RAMÓN MOLINAS-EDITOR

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

REDACTADO POR LOS MÁS REPUTADOS ESCRITORES

de España y Portugal

É ILUSTRADO

POR LOS MEJORES ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS

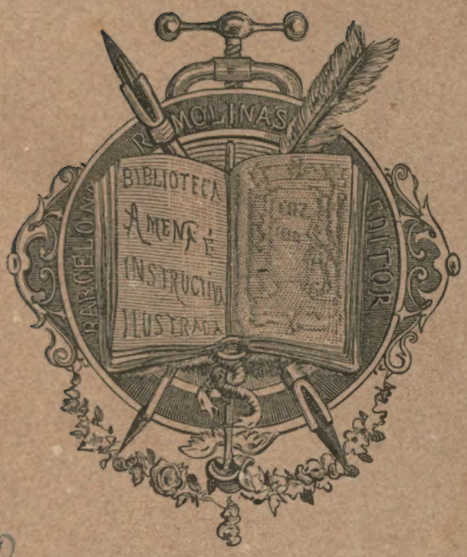
TOMO QUINTO

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

365 — CORTES — 367

1887

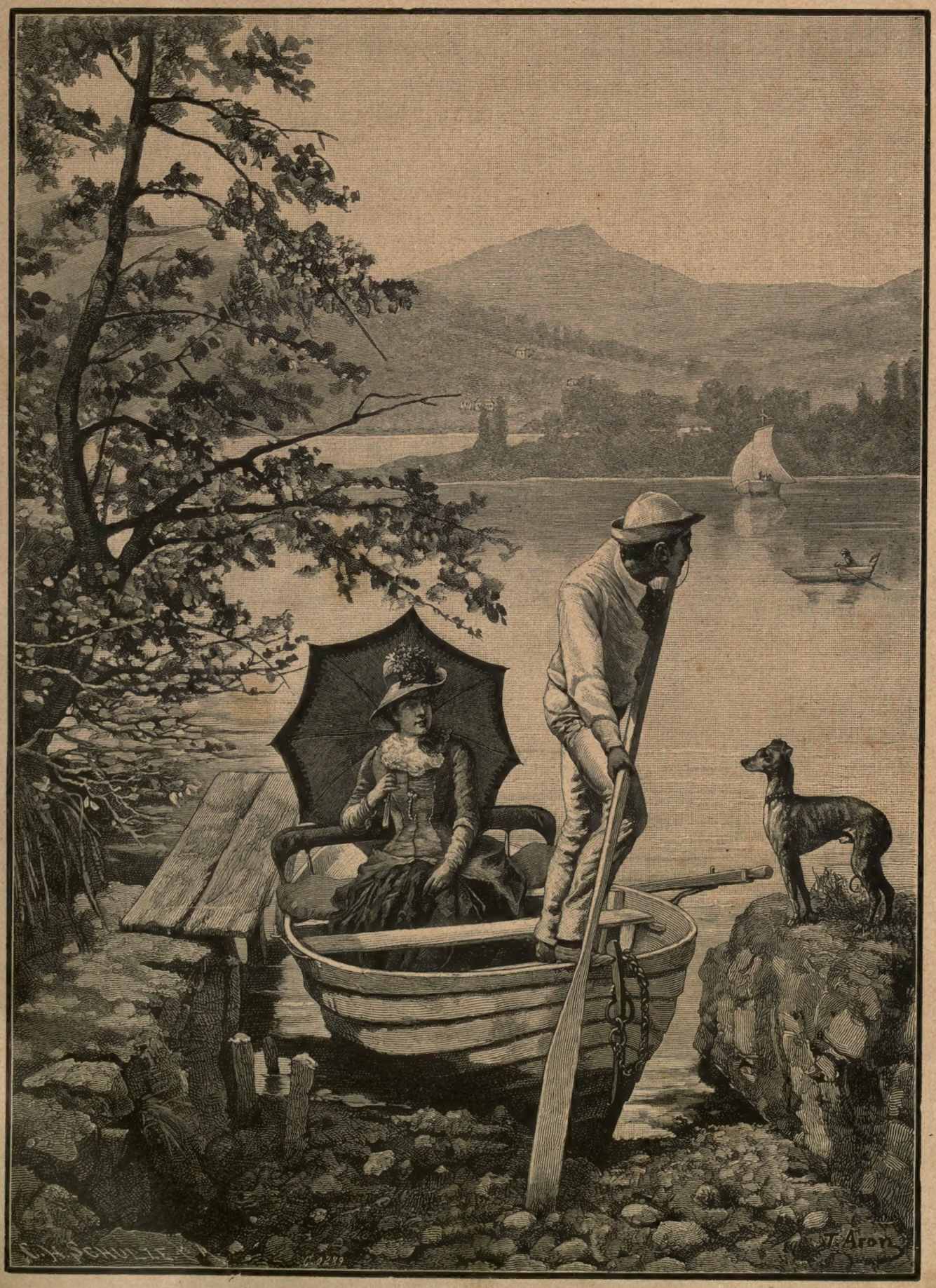


AP
60
I6
año 5

LIBRARY
MAR 22 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

LA ILUSTRACION IBERICA

Año V | Barcelona 1.º de Enero de 1887 | Núm. 209



EL LAGO (Cuadro de T. Aron)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López*, por Juan Tomás Salvany.—*Filosofía de la Historia*, por Emilio Castelar.—*Revista Científica*, por Alfredo Opisso.—*Los listos*, por A. Sánchez Pérez.—*Lo absurdo*, por U. González Serrano.—*Aguinaldo* (poesía), por Manuel del Palacio.—Nuestros grabados.—*La fuente de los currutacos*, por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—El lago.—Una belleza de Praga.—Flora.—Invierno (alegoría).—Los favoritos del emperador Honorio.—Una callejuela en la antigua Roma.—La última escena de Hamlet.—Recolectores de algas marinas, un día de tormenta.—Felipe IV.—Granada durante un chubasco.—El Angel de la Guarda.—*Toledo*: Puente de Alcántara.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EN EL FONDO

Al dar principio con esta carta á la serie que prometí escribirte, me parece bien, como tributo á los sentimientos de tu corazón, no hablar de Madrid en los términos que otras veces he hablado y que tú me censuraste.—No parece, me decías, sino que en Madrid todos las mujeres y los hombres son malos, que sólo es el centro de la vanidad, de la ambición, del egoismo; una ciudad grandiosa, pero despreciable. ¿Nada bueno hay en Madrid? ¿No hay corazones para sentir; manos para socorrer; acciones dignas de elogio? ¿Así como es lo peor de lo malo, no es por ventura, también lo mejor de lo bueno?

Recordando estas interrogaciones tuyas he pensado que leerías con placer algunas líneas mías, consagradas á declarar que, en efecto, en Madrid la virtud da frutos, aunque mezclada entre la hojarasca espinosa de las espléndidas flores del vicio;—y que si nosotros la desconocemos y la ignoramos, consiste en que ella no es ruidosa, sino callada; en que no es altiva, sino humilde; en que busca la soledad y no el tumulto. Pero alguna vez, cuando se bulle sin cesar entre los escándalos que las pasiones dominantes del siglo alzan en Madrid, se da con ella; y entonces, sin querer, se detiene uno á contemplarla, la reconoce y la saluda.

Tienes razón; en Madrid hay muchas personas buenas, y se hace mucho bien; y son de admirar quienes le hacen, porque á la verdad no siempre la gratitud acompaña al beneficio; efecto de que aquí el bien visible suele dispensarse colectiva, no individualmente; y que los espíritus cristianos, bondadosos, tiernos, fraternales, buscan pronto en la asociación la manera de aumentar la caridad, el socorro... Los que son naturalmente benéficos, gustan de socorrer á los verdaderamente necesitados; y no esparcen los beneficios como Dios la lluvia, sobre los terrenos fecundos, como sobre los peñascos... Por esto necesitan informarse de las necesidades del que pide; de los orígenes de la pobreza que sufre; de la condición moral de los necesitados; porque si bien todo el que es pobre necesita, y todo el que es desdichado siente; interesa menos el criminal que el mártir... Y después, ni yo, ni nadie conoce ni puede enumerar los bienhechores particulares, desperdigados entre la masa general que no da un céntimo, ni pronuncia una palabra de consuelo, ni procura el alivio de una enfermedad ni de una desesperación; son tantos como las gotas de agua que caen del cielo; pero sólo se advierte la grandeza de la lluvia cuando, empapada la tierra, forma el sobrante largos arroyos, ancho remanso y ríos, al fin, y mares. Así el beneficio dispensado al pobre de la casa, queda ignorado sin salir de ella, y sólo aquellos que constituyen núcleo, asociación, son los que dan idea, por su magnitud visible, del Madrid benéfico.

Para formar opinión respecto de este punto, conviene interesarse por algún maltratado de la fortuna, y querer buscarle pan, asilo y consuelo. Entonces es, cuando preguntando á unos, importunando á otros; siendo rechazado por éstos; acogido por aquéllos, caemos en la cuenta de que no todos en Madrid envidian á los dichosos, sino que otros se angustian con las penas ajenas; y sólo envidian á los que tienen fortuna para calmar el dolor ajeno... Muchas veces habrás oído recordar al buen señor que se murió de sentimiento porque á un amigo suyo le sacaron el chaleco corto... Más inverosímil encontrarán muchos, que haya quien sienta minada su existencia, y consuma su corazón en el fuego de la caridad; pensando en las aflicciones y escaseces de algún sér, que ni es su amigo, ni tiene más afinidad con él que la de prójimo. Y hay mujeres y áun hombres á los cuales el palacio les trae, en oposición, la guardilla; y el enguatado gabán, la blusa de algodón; y el pan, la mesilla desierta; el doctor que llega, la falta de asistencia y medicina; y el dorado féretro y la carroza de caballos empenachados, las andas de pino pintado del pobre de la parroquia; mujeres y hombres que ven á través del corazón y no á través del cerebro.

Yo he conocido alguien de esta feliz naturaleza,—y la llamo feliz por tener algo de la de los ángeles;—una señora conozco cuya vida está constantemente amargada por la noticia de los suicidios, de los asesinatos, de las catástrofes, de los presagios de inundaciones, guerras, epidemias y hambres; no disfrutando de tranquilidad un punto, porque ella no puede encontrar remedio á todo esto ni Dios quiere dárselo. Hoy mismo he pensado en ella; porque al atravesar la Puerta del Sol, he oído alboroto en un grupo de gente:—¿Qué ocurre?—he preguntado.—¡Qué ahora mismo se acaba de pegar un tiro junto á á la Administración de la Lotería un desgraciado!—¡Habría creído ser rico y la desilusión le ha vuelto loco!—repuso no sé quién.—Pues estoy seguro que la tiernísima señora de quien hablo, sabrá esta noche la noticia; y no cerrará los ojos... ¡Ah!—dirá,—¡si yo lo hubiese sabido, yo hubiese ido á socorrer su necesidad con dinero, á confortar su ánimo, á recordarle sus obligaciones morales, si tiene familia! ¡Qué desgraciado sería ese infeliz, y que desgraciada soy yo, y somos todos, que ni puedo ni podemos evitar tanta y tanta desventura!—Será si quieres,—prima mía,—especie de locura la de esta buena señora...—En verdad que á veces da risa... pero en Madrid donde el egoismo tiene tantos héroes, bueno es que la caridad tenga alguna caricatura simpática...

No hace mucho tiempo quise socorrer á una pobre; socorrerla de modo permanente, que tuviese pan, que tuviese techo, que viese llegar en paz los últimos días; fuí á consultar con el alma caritativa de quien hablo, y ella se encargó de mi desvalida. Charlé con ella y salí encantado porque hablaba de hacer el bien con un fuego, con un entusiasmo... La encontraremos todo eso,—decía,—ó yo no he de ser quien soy... Y gesticulaba y accionaba como quien va á tomar un castillo por asalto. Entonces empezó á enumerarme todos aquellos asilos y sociedades, y personas á cuyas puertas llamaría. Eran tantos, que la verdad, no sé cómo todavía quedan pobres...—Y, nada,—añadía,—venga V. con todas las peticiones que quiera. Madrid tiene para todo. Mire V., yo tengo vara alta en la Hermandad del Refugio, donde costeamos la lactancia de los niños pobres y tenemos hostería para que los pobres puedan pasar la noche; si bien los ponemos de patitas en la calle por la mañana; y visitamos á domicilio y facilitamos baños. ¡Y de esta misma índole, hay otras sociedades aquí! Sé que tiene V. pocas simpatías,—añadió,—¡dejaría V. de ser liberal!—por la de San Vicente de Paul; pero también visitan sus socios y socorren. En la Junta de Damas de Honor y Mérito,—lo mejorcito de Madrid, ya ve usted, pagan ciento veinte reales al año, conozco muchas señoras,—y en la Asociación de Beneficencia Domiciliaria,—todas son títulos ó poco menos,—también conozco muchas; pues en la Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María Santísima, que ha venido muy á menos, siempre me reservan una plaza que dar para la comida en honor de la Virgen;—por San Isidro Labrador llevo á vestir un par de niños á la Congregación de Seglares naturales de Madrid;—en la Congregación de Nuestra Señora de la Misericordia y Buena Dicha, me socorren á varios enfermos de la parroquia que tengo recomendados;—la Novena de Santa Rita es para mí un diluvio de bonos;—este año en la parroquia de Santiago, la Congregación de la Beata Mariana de Jesús, me vistió á una niña que logré fuese en la procesión;—pues, ya forma parte de las *decenas* del Patronato de los Diez, que fundó mi incomparable amiga Concepción Arenal, y llevo el bien á muchas familias;—y en otras congregaciones como la de Nuestra Señora de los Desamparados también me dan bonos.—Y aquí la buena señora empezó á enumerar Memorias, Patronatos y Obras Pías de madrileños antiguos y modernos, y de provincianos en obsequio de los naturales de sus provincias que viviesen y padeciesen en Madrid... y aquello era el cuento de nunca acabar.—Pero,—la dije,—entonces, ¿es difícil morirse de hambre ó por falta de asistencia?—Sí: en Madrid mueren de eso,—me contestó,—los pobres que no tienen recomendaciones.

Siguiendo la conversación, ví que en Madrid hay un gran número de hospitales de que generalmente no se habla, porque aquí sólo se mencionan el General con sus mil quinientas ó dos mil camas, y el Clínico de la facultad, para el estudio; y el de la Princesa y el del Buen Suceso y el de San Juan de Dios y el de Incurables de hombres, y algún otro;—pero ella me citó varios fundados y sostenidos por la iniciativa particular. Si tiene V. *la suerte*,—me dijo,—de tener alguna enferma por colocar, dígame V. su nombre, que haré enseguida un memorial para mi amigo el rector de La Latina. Y le advierto á V. que si quiere curarse por la homeopatía también la conseguiré asistencia; hay algunos enfermos que tienen este capricho, y es caridad satisfacerlo, porque al fin, si se mueren de su mal por lo menos no se mueren hechos una criba.

No necesito decirte, querida prima, que esta señora pertenece á varias Congregaciones para asistir enfermos de las que hay en esta corte, como la de las Siervas de María y la de Nuestra Señora de la Esperanza; y á otras para socorrer niños y niñas enfermos como la de Nuestra Señora de los Dolores. En fin, por hacer el bien en todas sus formas, contribuyó mucho al crecimiento de La Estrella de los Pobres, á fin de que estos pudiesen tener mortaja y ataud y se les condujese al cementerio en carro fúnebre y se les costease sepultura. Esta Asociación se sostenía con una rifa: el premio,—ya lo ves, prima,—era bien triste, ¡un ataud, una lápida!

Llamé la atención de esta buena señora hacia el número creciente de pobres que hay en Madrid.—¡No sé de dónde salen,—exclamaba,—porque siempre han sido tantos que parece mentira que pudiese haber más!—Algunos,—añadía,—sufren hambre porque ignoran que hay sitios donde dan comida; los Padres Escolapios de San Antón y San Fernando, las Religiosas del nuevo monasterio de las Salesas, en todos los cuarteles, reparten raciones, así como un número infinito de fondas, restoranes y casas de comida. En las casas particulares hay la costumbre todavía de dar lo que queda al aguador ó al portero... ¡Será preciso organizar una sociedad para reunir todas las sobras de las cocinas de Madrid y repartirlas! ¡Pensaré en ello!—Lo mismo digo,—prosiguió,—de algunos enfermos que no se curan por ignorar que hay medicación gratuita. En el Jardín del Botánico se dan plantas medicinales; el marqués de Mudela da pomada para curar los ojos; el duque de Fernán Núñez un bálsamo para las heridas; otros particulares...

Pude observar que esta señora tan benéfica extendía sus cuidados á otras enfermedades del cuerpo social: visita las casas de Maternidad y la de las Desamparadas y las Recogidas y la de Nuestra Señora del Consuelo,—que es de arrepentidas solteras, y otras donde la pobreza no es de pan ni de traje, sino de ilustración, ó de fortaleza de alma.

Sí, prima, sí, no diré yo que en Madrid haya muchos tipos como el de esta señora, cuya fortuna y existencia se consagre al dolor de los demás; pero es lo cierto que no todo en Madrid es ambición de goces; que Madrid no es tan sólo un hormiguero del placer, ni una brillante red de infamias.

Pero allí vamos los hombres, como te dije al principio, donde la luz fulgura,—y la virtud es ruborosa y se refugia siempre en la oscuridad. La caridad semejante al rocío, cae sin ruido.

Querida prima: Hecho ya desde mi primera carta cumplido elogio de la médula sana de este organismo complicado y gigantesco que se llama Madrid, espero que en las siguientes me permitas hablar mal de sus cosas y de sus hombres.

Adiós, pues. FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

I

Durante el último otoño, mi familia, por convenir á sus intereses, hubo de trasladar su residencia á la isla de Cuba. Yo, como lo hubiese cruzado ya dos veces, corriendo grave peligro en una de ellas, no me sentía con gana de pasar el charco nuevamente; ni mi afición ni mi conveniencia me llamaban á ultramar, á donde van tantos á sufrir el naufragio de sus esperanzas, cuando no el de su alma y de su cuerpo. Además, *de Madrid al cielo*,—dice el vulgo,—y dice bien, porque si en Madrid falta dinero con frecuencia, nunca falta un amigo á quien pedírselo, y la vergüenza está de más, y el aturdimiento y la frivolidad, valga la metáfora, son los vientos que empujan nuestra vida hacia el sepulcro.

Por estas razones, y por otras que no son del dominio público, resolví permanecer en la corte, si bien hube de mudar de domicilio, viniéndome muy ancha y no pudiendo seguir habitando la casa que habitado había con mis consanguíneos.

Provisionalmente me instalé en una fonda, donde no viví mal un par de meses, al cabo de los cuales di en hacer ascos á la comida, un tanto amanerada, y en pensar que quien como yo se domicilia en una fonda viene á ser un viajero que no viaja, paradoja viviente, torpe y ociosa á todas luces. En vista de ello, para tener más arraigo y estar como en familia, resolví mudarme á una casa de huéspedes, cosa que, una vez resuelta, la verifiqué en el acto.

Dos mudanzas equivalen á un incendio,—suele también decirse, y ello debe de ser cierto, porque desde la casa familiar á la de huéspedes, me ví privado de algunos objetos, preciosos por su utilidad, ni más ni menos que si hubieran quedado reducidos á pavesas.

Todos los huéspedes comíamos á un tiempo en mesa redonda,—así la llamaban, aunque era cuadrada,—excepto los rezagados, que siempre los había; y durante casi todas las comidas, sobre la nueva ley de inquilinatos, sobre el impuesto de la sal, sobre mil cosas que no nos importaban un bledo, se armaba cada discusión que hacía retemblar las paredes del reducido comedor, cuando no degeneraba en disputa de mal tono con peligro inminente de la vajilla y áun de nuestros propios individuos. Estas comidas bullangueras me disgustaron en breve, y el apelativo *patrona*, puesto constantemente en boca de los huéspedes, recordándome la llegada de tropas á un villorrio y haciendo imaginariamente de mi traje un uniforme, vino á dar al traste con mi paciencia.

—Un solterón de mi calibre,—pensé después de contar las vigas del techo de mi cuarto,—debe vivir feliz é independiente, como España en tiempo de los cartagineses.

Y me eché á la calle, resuelto á buscar casa cuyo alquiler se hallase en armonía con mis recursos, por cierto no muy sobrados.

—Tomaré un criado,—añadí,—y comeré á lo bohemio donde pueda y me coja el apetito.

Adoptada esta nueva resolución, no tardó en dolerme el cuello á fuerza de torcerlo y mirar á los balcones en busca de papeles.

En Madrid, nadie lo duda, existen buenas casas para los ricos, aunque las rentas suelen ser mejores. En cuanto á los pobres, no hay que apurarse por ellos; se les relega á una cueva con honores de cuarto interior, ó á un observatorio astronómico con nombre de sotabanco, ó á una pocilga sin nombre y sin honores, sin aire, sin luz y sin higiene, que ninguna de estas cosas, por lo visto, deben de necesitar los pobres.

Yo, en mi calidad de escritor público, venía á ser un pobre vergonzante, esto es, decente, de los que piden limosna cuartilla en mano, cuando, como el de que aquí se trata, tienen muy poco ó nada por su casa, y luchaba con el doble inconveniente de ser pobre con educación y costumbres de rico, ó rico con recursos y haberes de pobre. En tal situación hubo de costarme en gran manera encontrar casa, porque las que me gustaban eran caras, y las que baratas eran... esas no me gustaban.

Por fin, al recorrer una calle larga, estrecha, algo sombría, pero céntrica, ví papeles en un cuarto tercero. A mayor abundamiento, en la parte exterior del portal, hondo, oscuro y no muy limpio, pendiente de un clavo, se veía un tarjetón con estas palabras en letra gruesa y desigual:

SE ALQUILA UN CUARTO TERCERO EN ONCE DUROS. LA PORTERA DARA RAZON.

Miré á todos lados y no ví portera ni portería. En el interior del portal sí pude ver á mano derecha un arco que sosteniendo parte del techo, daba acceso á la escalera, angosta y empinada, y á la izquierda de ésta, cuya angostura remataba una pilastra, un largo pasadizo que, á juzgar por la luz interior, conducía á un patio.

Mis ojos buscaban todavía á la portera á quien pedir razón del cuarto, cuando un ruidoso taconeo, descendiendo desde lo alto de la escalera, me hizo volver instintivamente la mirada. Dos mujeres jóvenes, regordetas y no mal parecidas, con sendos mantones sobre los hombros y pañuelos á la cabeza, por debajo de los cuales asomaban las revueltas greñas, bajaban atropelladamente la escalera, no sin riesgo de ir á estrellarse contra la pared de enfrente. Una de ellas, la más desgreñada, llevaba en la mano una fotografía, en la cual pude ver el busto de un hombre, y se reía con risa sardónica, prorumpiendo á borbotones:

—El muy charrán... así lo desnuquen... me ha dado... su retrato... ¿Tengo yo algo que ver... con su... maldita estampa?

—¿Está guapo?

—Mira.

Esto diciendo, las dos amigas, sin reparar siquiera en mí, se detuvieron en el umbral de la puerta, y juntando sus cabezas desgreñadas, contemplaron breves momentos el retrato.

—¡Puf!—prorumpió, con asco la que lo tenía en la mano.

(Se continuará.) JUAN TOMÁS SALVANY.

UNA BELLEZA DE PRAGA

FLORA (Cuadro de D. Francisco Casado del Alisal.—Dibujo de P. y Valor)

INVIERNO (Dibujo de K. Brokka)

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Precisa huir de la revolución y abrazar la libertad resueltamente. Precisa condenar la reforma constitucional para proceder á la reforma económica y administrativa y militar. El indispensable olvido, el aparcamiento por lo menos, de todos los debates concernientes á la organización del poder público, traerá una ventaja inestimable, la de sosegar pasiones alteradas y oscurecer utopías tormentosas. Y dejando libertad á todas las ideas, desde las más reaccionarias hasta las más demagógicas; y dejando libertad á todas las reuniones, sin pararse para nada en los excesos de palabra, castigados ya por el general menosprecio; y dejando libertad á todas las asociaciones, desde la asociación jesuítica hasta la asociación internacionalista, porque nada tan contrario á los cadáveres corruptos ni á las aves nocturnas como la clara luz del día; mostrarán las instituciones democráticas su fuerza y su vigor, arraigadas como se hallan, por sus hondísimas raíces, así en la tierra nacional como en la pública conciencia. Por una coincidencia bien afortunada obsérvase hoy que la política más liberal resulta, en último término, la política menos revolucionaria. Y es natural que suceda esto. Los revolucionarios surgen siempre, como los héroes y los semi-dioses, en las épocas de los combates designados por el deseo común y universal con el nombre de homéricos. Al desarraigar una secular institución y destruir una formidable fortaleza y vencer una creencia de cien generaciones, envía el cielo providencialmente aquellas personalidades superiores forjadas para el combate. Y estas personalidades, todos estos héroes sublimes y todos estos inspirados profetas y todos estos elocuentísimos tribunos, tan útiles en su tiempo y sazón, truécanse á una en plaga verdadera, si guardan para épocas de paz y de conservación su temperamento de guerra, propio sólo para la tempestad de las revoluciones. En mis estudios preferidos, en los filosóficos-históricos, encuentro á cada paso complexiones extraordinarias que hubieran resultado nocivas, ó por lo menos inútiles, extraídas y apartadas de su verdadero elemento.

En ninguna edad se confirma tanto esta observación, como en la centuria décima-sexta, ni se ven tanto estos prototipos de la energía revolucionaria como en la reforma religiosa.

El sol calienta nuestro sistema planetario, porque reune y concentra, en torno de su núcleo, la luz difusa en el éter infinito, mandando sobre nosotros, los míseros hijos de los planetas fríos, á torrentes, el calor, la electricidad, la vida, los colores, el magnetismo. Calvino, por ejemplo, comprendió que las iglesias protestantes, en el

LOS FAVORITOS DEL EMPERADOR HONORIO (Cuadro de Waterhouse)

mundo esparcidas, necesitaban de un sol, en torno de cuyo centro pudieran moverse, recibiendo la luz, el calor, la vida. Las ciudades mayores de la historia pueden llamarse, como soles de ideas, en el sentido humano de que atraen, condensan, guardan y luégo irradían y difunden artes, pensamientos, dogmas, sistemas, los varios matices del prisma intelectual, que luégo conducen á los pueblos y á las generaciones por el mundo, como la columna encendida por Jehová guiaba con sus resplandores á los israelitas en las noches oscuras del desierto. Como Jerusalén difunde por el planeta la unidad de Dios, como Atenas la inspiración del arte, como Alejandría las síntesis científicas, como Córdoba los primeros albores del Renacimiento intelectual en la Edad media, como Florencia la nueva forma estética y la nueva idea científica, como París el sentido universal de la Europa moderna, como Londres el Parlamento, como Wittenberg la conciencia libre, Ginebra [illegible] el Cristianismo republicano y democrático [illegible] las páginas divinas del Evangelio, la religión, alma del alma de Cristo, presentida por San Francisco, soñada por Savonarola, entrevista por Zuinglio, puesta en [illegible] por Calvino, forja la Suiza moderna y [illegible] que todos [illegible] suscitó la Holanda republicana, vencedora del Nacionalismo de la monarquía europea, educa la Europa [illegible] parlamentario democrático y trasciende más allá de los mares, al seno de la virgen América, erigiendo con su espíritu allí una pasmosa República.

No hay que equivocarse; todas estas grandes obras, necesitan un hombre de autoridad incontestable, cuya energía venza los obstáculos y eche los fundamentos de las nuevas sociedades y de las nuevas ideas en horrible conflicto con todas las fuerzas organizadas de la reacción, que naturalmente las defienden. El Cristianismo se quedára, como los ebionitas ó cualquier otra secta de los judíos, á la sombra del patrio techo, á la sombra de la Sinagoga, si San Pablo, en lucha constante con los cristianos hebraicos, en lucha constante con Santiago y Pedro, no hubiera, recogiendo la sublime protesta del primer mártir, heleno-cristiano, de San Esteban, abierto de par en par las puertas del nuevo templo á todos los hombres, sin preguntarles, ni por la religión que dejaban ni por el origen y por la raza de donde procedían. Hay en todos estos grandes organizadores de ideas nuevas la misma voluntad firme, arrogante, imperiosa, y en todos toma los aspectos del despotismo y en todos llega, por razón de la tenacidad de su violencia, como en una fuerza del Universo. Antes de Calvino registra la historia un hombre de tal temple, Gregorio VII, y después de Calvino, otro hombre de tal temple, Maximiliano Robespierre. Sin el primero, no se hubiese, contra el feudalismo y su jefe el emperador feudal, organizado la teocracia católica, que desde fines del siglo undécimo hasta mediados del siglo décimo tercio inició la educación de Europa; sin el segundo, no se hubiese, contra el catolicismo romano y el protestantismo realista y ducal, organizado esa gran revolución religiosa, motor y fluído principal del espíritu moderno; sin el tercero, no se hubiese, contra la coalición general de los reyes y de los papas, organizado esa República francesa, en la cual se hallan escritos con caracteres de fuego los imprescindibles derechos del humano linaje.

No debemos desconocerlo. Todas estas obras progresivas exigen una gran fuerza de autoridad en sus comienzos y una organización robustísima. La imperfección acompaña, por una ley natural incontrastable, los comienzos y nacimientos de los seres y de las ideas. Toda infancia física, natural, moral, intelectual, social, exige una cuidadosa, y á veces, despótica tutela. Nacen las instituciones en la sociedad, como los seres en la naturaleza, rodeadas de asechanzas y de enemigos. Las mismas fuerzas que las han producido se conjuran para devorarlas y consumirlas. La cuna tropieza fácilmente con el ataud, y esa mariposa, que se llama la infancia, desaparece, con su ligereza natural, entre los dedos de la muerte. Segura de todo esto, la reproducción, la fuerza creadora de las especies, pone soberanos instintos de defensa en las madres para preservar sus crías. Acometed la madriguera, el nido, y veréis, desde las alimañas más carniceras y feroces, hasta las aves más canoras y aladas, enfurecerse, y defender con todos sus

medios á sus perseguidos hijuelos. Así, las almas de los predestinados á covar las ideas como la gallina los huevos, celan, atisban cuanto al rededor suyo pasa, cuidadosas de los próximos polluelos, amados á pesar de desconocidos. El alma de Calvino abrigaba la idea capital del Protestantismo; y como abrigaba la idea capital del Protestantismo, la defendía con furia maternal de todos sus numerosos enemigos; el alma de Juan Calvino, como el alma de Gregorio VII, como el alma de Maximiliano Robespierre, es un alma revolucionaria esencialmente. Pero todas estas almas pasan como relámpagos y pasan con la tempestad que las produce.

EMILIO CASTELAR.

REVISTA CIENTIFICA

LA PALIDEZ Y EL RUBOR

Digamos, aunque sea una perogrullada, que de todo puede escribirse en este mundo: de *omni re scibili et quibusdam aliis*. Por eso, sin duda, ha escrito M. C. Richet sobre el *Asco*, y recientemente, el distinguido fisiólogo turinés Mosso, sobre el *Miedo*. Vamos á tratar en la presente revista de uno de los capítulos de la segunda obra citada.

Suponemos enterados á nuestros lectores de la manera como se efectúa la circulación en el organismo humano: los cuatro kilógramos de sangre que por término medio contiene nuestro cuerpo recorren incesantemente un conjunto de tubos elásticos cuyo centro está en el corazón, ramificándose desde allí hasta la periferie en vasos de cada vez más estrechos hasta hacerse invisibles, lo cual no impide que áun entonces sigan dividiéndose y subdividiéndose formando una red intrincadísima que da á la piel aquel tinte encarnado, tan combatido por nuestras aficionadas á los polvos de arroz (ó de albayalde).

Desde los *capilares*,—que así se llaman, exagerándose muchísimo su calibre, los expresados vasillos,—pasa la sangre á unos canalículos de mayor diámetro, que son las venas, las cuales forman un sistema inverso al arterial: éste, á manera de un árbol, va ramificándose de adentro afuera, mientras que el sistema venoso, va constituyéndose á manera de caudaloso río formado por innumerables afluentes y sub-afluentes, desde la periferie al centro.

Estos canalículos, por cuyo interior se verifica la circulación de la sangre, están revestidos de fibrillas musculares, que si se dilatan, ensanchan el calibre del vaso, mientras que si se contraen lo estrechan. La palidez, elocuente manifestación del miedo, resulta de la contracción vascular; en cambio, el rubor, delicada prueba del pudor herido, dimana de su dilatación. Pero ni en uno ni en otro cambio de color tiene nada que ver el corazón, igualmente alborotado en uno y otro caso, sino que la alteración procede de los nervios vaso-motores, delgadísimos filamentos nacidos en los centros nerviosos, que acompañan á los vasos en todas direcciones, y que sin voluntaria excitación, producen la dilatación ó contracción de los capilares arteriales y venosos obrando sobre sus fibras musculares.

Esta palidez y este rubor de que venimos hablando se notan, sobre todo, en la cara, particularidad que depende de que allí los vasos son más sensibles que en ninguna otra región,—y lo son porque los nervios vaso-motores están más cerca de los centros de donde proceden y después porque los capilares del rostro son más delicados en su estructura íntima que no el resto. «En efecto, dice Mosso, si se respiran los vapores de una sustancia que como el nitrito de amilo paraliza los vasos sanguíneos, prodúcese inmediatamente una viva rubicundez de la cara, sintiéndose al cabo de algunos segundos como una especie de llamaradas en el rostro.» Recomendamos, pues, el nitrito de amilo á los que tengan necesidad de aparentar los fenómenos externos causados por el pudor. Es una sustancia que puede prestar inmensos servicios en la farmacopea política y en el teatro.

No todos palidecen ó se ruborizan con igual facilidad. Una de las diferencias principales dependen de la edad. Los adultos se ruborizan menos que los jóvenes, pero no porque sea menos viva la emoción experimentada sino porque los vasos sanguíneos se han hecho menos elásticos y puesto rígidos. Por eso los niños muestran más encendido el color, durante un paseo por el sol, que no los jóvenes y estos más que los ancianos.

Existen también diferencias entre la facilidad de ruborizarse personas de una misma edad, y no porque no puedan ser todos igualmente pudibundas sino por la diversa reacción vascular de cada una. Así, en un teatro, en un café, en un baile, donde reina una elevada temperatura, no todos los concurrentes aparecerán con el rostro igualmente encendido ni las manos igualmente ardorosas; ó lo que es lo mismo, el calor no dilatará igualmente los capilares para producir el efecto de la dilatación: rubor y calor.

UNA CALLEJUELA EN TIEMPO DE LA ANTIGUA ROMA

(Acuarela de Waterhouse)

Los efectos de una temperatura elevada ó baja son, sin embargo, puramente locales, por lo cual es mucho más importante la variación originada por las emociones; por punto general, la excitabilidad de los nervios vaso-motores, es igual en las dos mitades laterales del cuerpo (aunque hay personas que se ruborizan más fácilmente de la parte derecha, que es donde se encuentra los vasos más sensibles). «Después de fuertes emociones, dice Mosso, experimentamos una sensación de frío, debida á la contracción de los vasos esparcidos por todo el cuerpo, como si una sábana helada rodease los miembros y alcanzase hasta el corazón; es una mezcla de impresiones indefinibles y variadas, comparables á las tinieblas, al frío, á un rumor triste y profundo. La sensación es generálmente más viva en la cabeza y en la espalda, que en los brazos y en las piernas. A veces sin causa aparente experimentamos cosa semejante, en cuyo caso dice el pueblo «que la muerte pasa por cerca de nosotros.» Es algo como análogo á las contracciones que experimentamos de súbito en la cama, en el momento de dormirnos.»

LA ÚLTIMA ESCENA DE HAMLET (C

de Sánchez Barbudo.—Dibujo de P. y Valor)

[illegible] al [illegible] de estudiar las más ligeras [illegible] por los [illegible] en el [illegible], y no pudiendo ser estas [illegible] con el [illegible] [illegible] ingeniosísimo [illegible] los vasos sanguíneos del [illegible] que á la fuerza debería [illegible] la dilatación vascular y disminuir [illegible] los vasos se contraían, de ahí la [illegible] *pletismógrafo* ó medidor de cambios de volumen, consistente en un vaso bien [illegible] después de haber introducida la mano y el antebrazo en él y provisto de un tubo largo y estrecho, por el cual salía el agua desalojada por el aumento, que experimenta la mano cuando llega á ella más sangre, y baja la que ya [illegible] al introducir la mano en caso de contraerse los vasos. Cuenta Mosso que hallándose con su amigo Luigi Pagliani haciendo experimentos en el laboratorio de Ludwig, de Leipzig, y en ocasión en que Pagliani tenía introducidas [illegible] en sendos *pletismógrafos* provistos de un aparato registrador entró Ludwig y el agua contenida en los tubos bajó bruscamente. Entonces Ludwig, asombrado, escribió en el punto del trazado gráfico que señalaba aquel cambio producido en la circulación: «Entra el leon.»

Posteriormente á tan ingenioso aparato construyó Mosso una balanza para apreciar el continuo desalojamiento que experimenta la sangre, acumulándose ya en una parte, ya en otra. En último análisis, desprendese que la más ligera emoción determina un aflujo de sangre á la cabeza, pero no contento aún con este resultado ha querido el distinguido fisiólogo estudiar en todas sus particulares la marcha de esa sangre que huye de los miembros hacia la cabeza, espiando durante la vigilia y el sueño las más ligeras modificaciones que la actividad del pensamiento, las impresiones externas, los ruidos y los sueños producían en los vasos sanguíneos.

Mosso ha podido comprobar, mediante el examen del pulso,—ó por mejor decir, de todos los pulsos que es dado observar en el hombre, —la diferente *forma* que presenta el de la mano ó el del pié, según se trata de un individuo en ayunas ó no, y no sólo esto, sino que recordando la pretendida adivinación de los quirománticos, jáctase, en vista de dos pulsaciones, de distinguir la del hombre pensador de la del hombre distraído, la del dormido de la del despierto, la del que tiene frío de la del que siente calor, la del agitado de la del calmoso, la del miedoso de la del valiente. Y como un literato amigo suyo le manifestase á Mosso que era mucho decir el suyo, invitóle á hacer la prueba; dióle á leer un libro italiano y á seguida un libro griego; el pulso de la mano se modificaba profundamente, según se trataba de leer un cuento de Boccacio ó de traducir de corrido un pasaje de Homero.

«La vida es tanto más activa, dice el autor, cuanto más rápida es la circulación de la sangre y el movimiento de ésta se acelera á causa de la contracción de los vasos sanguíneos.

RECOLECTORES DE ALGAS MARINAS, UN DIA DE TORMENTA (Cuadro de Lewis-Smith)

Cuando en nuestro aparato circulatorio lo que en [illegible] que se hace más rápido [illegible] el calor es más estrecho. Cuando estamos amenazados de un peligro, cuanto experimentamos un susto,—en cuyo caso debe el [illegible] reconcentrar sus fuerzas,—prodúcese [illegible] una contracción de los vasos [illegible], y esta contracción activa el movimiento de la sangre hacia los centros nerviosos.

Por lo mismo que los vasos se contraen en la [illegible] del susto, ponemos pálidos algunos segundos después de una emoción viva. Hay quien después de un acceso de miedo ha [illegible] que antes no podía [illegible] por sus esfuerzos que hiciera. [illegible] realmente en virtud de la [illegible] experimentada por los vasos del [illegible].

De ahí que el refrán *manos frías, corazón caliente*, sea una verdad como un templo. *Cor pedi, cor frigi*, los pies y las manos se enfrían realmente, [illegible] de una [illegible] vida, la sangre se retira de las extremidades para acudir al corazón. No [illegible] la [illegible] expresión que [illegible] el pueblo [illegible] de los [illegible].

M. Fuentes Urriaso.

LOS LISTOS

«Señor, cuentan que decía el gitano cuando elevaba á Dios sus preces, Señor, no os pido que me deis dinero, sino que me pongáis cerca de donde lo haya;» repítese esto y se comenta siempre que se quiere encomiar la destreza de alguno para apropiarse los bienes ajenos; ó si ustedes lo prefieren más claro, para robar que, —sin perdón,—ese es el vocablo adecuado al caso y á la cosa.

Sólo que nuestras aficiones al *eufemismo* (yo no sé si la Academia acepta ya esta palabra), se han desarrollado de tal suerte, que somos muy contados los que damos á cada objeto su nombre y á cada acción su calificativo. Yo, por ejemplo, he recordado esa conocida frase del gitano, precisamente porque acabo de conocer las *travesuras* (así las nombran sus amigos), de Manolito, á quien no sé si Vdes. tratarán; pero de quien seguramente han oído hablar alguna vez.

Manolito, al decir de las gentes, es un chico muy listo; el primero que adivinó lo que el muchacho valía fué un banquero de Zaragoza, tío carnal de Manolito. Dicho tío que idolatraba á su sobrino y á quien encantaran siempre la travesuras del muchacho, dió colocación en el escritorio á Manolito y nadie sabe por qué, pues el banquero zaragozano jamás quiso explicarlo y variaba de conversación siempre que se le hablaba de ello, le despidió de su casa á los pocos meses, no sin entregarle una cantidad suficiente para que se estableciera por su cuenta en Madrid y una carta para los padres, en la cual les decía:

«Ni la vida de Zaragoza conviene á Manolito, ni Manolito me conviene en casa. Es chico muy listo; dejadle ir, irá muy lejos.»—Yo no sé si en eso de ir lejos, quería referirse el tío á nuestros presidios de África ó á otra cosa; porque,—como llevo dicho,—jamás explicó lo que entre él y su sobrino había pasado, y en cuanto á Manolito, ponía formal empeño en que nadie le hablase de su tío, de cuyo nombre, como Cervantes del nombre de cierto lugar de la Mancha, no quería acordarse.

Había yo oído hablar de Manolito infinidad de veces; veíale frecuentemente en los teatros, en las recepciones aristocráticas, en las grandes solemnidades académicas ó literarias, en el casino y en el Ateneo, en el salón de conferencias del Congreso, y en los despachos de los ministros; todos le conocían y él conocía á todos; todos le hablaban con afecto, saludábanle todos con grandes miramientos y él hablaba y saludaba á todos hasta con efusión cariñosa. Sonriente siempre, constantemente amable, Manolito parecía llevar, en vez de cara, una careta, cuya expresión era siempre la misma.

Examinando fijamente su rostro, advertíase, sin embargo, cierta dureza en su mirada que sobre hacerle muy poco simpático contrastaba notablemente con la sonrisa estereotipada en sus labios.

Esto no lo observaban todos, pero todos convenían en que Manolito era muy listo. «¡Oh!—decía uno,—se pierde de vista.» «¡Puf!—exclamaba otro,—bien decía su tío, ese muchacho llegará donde llegan pocos.» «¡Qué hombre!»—gritaba éste,—«Eso es saber vivir,»—vociferaba él otro, y así por ese estilo mismo hablaban todos, siendo de notar que nadie elogiaba más que su travesura, su audacia, su inteligencia; nadie habló nunca de su probidad, de su honradez, de su lealtad; veíase que se le admiraba, pero no se conocía que se le estimase; tenía cortesanos; pero no tenía amigos.

La casualidad hizo que en cierta ocasión Manolito y yo fuésemos compañeros de mesa y de carruaje durante algunas horas; ambos habíamos sido invitados á una solemnidad cívico-religiosa y como nos conocíamos mucho de vista y como teníamos amigos comunes y relaciones comunes también, cruzamos algunas palabras. Confieso, francamente, que le hablé con temor al principio; al lado de aquel prodigio de la habilidad humana, cerca de aquella inteligencia asombrosa, de aquella naturaleza privilegiadísima, yo pobre sér vulgarísimo y adocenado temía cometer cuatrocientas torpezas á cada minuto y no decir una palabra que no fuese un dislate; calcúlese cual sería mi asombro al comprender muy luégo que Manolito era hombre de instrucción muy escasa; que nada sabía, de nada; que las ciencias como las artes, la geografía como la historia, la filosofía como la política eran para él cosas en absoluto y por completo desconocidas. Que, sin ser idiota ni mucho menos, discurría sin gran lucidez; que no tenía noción de industria alguna, ni de oficio, ni de trabajo de ninguna clase; y que sus opiniones, —en las pocas cosas acerca de las cuales él tenía opinión,—eran vulgarísimas y ramplonas. Ni en hacienda, ni en política, ni en economía, ni en nada, pude verle un poco elevado, un tanto digno de su fama. Confieso que fué para mí verdadero desencanto; el desencanto de quien creyendo encontrarse en una ciudad rica y populosa, se hallase de pronto en un pueblecillo viejo y deshabitado.

No hace muchos días, estábamos en el teatro de la Princesa mi amigo Pepe González y yo, cuando en el palco platea próximo á las butacas que ocupábamos mi amigo y yo, entró Manolito: saludóme afectuosamente con la mano, amén de dirigirme la cariñosa sonrisa de siempre.

—¿Conoces á Manolito? —preguntó mi amigo Pepe, como si se sorprendiese de verme tan relacionado.

—Sí, —contesté.

—¡Qué hombre más listo!—dijo.—¡Negocio que él deja, cualquiera va á tomarlo!

—Pero, ¿tú crees,—le dije yo,—que en efecto, Manolito es una inteligencia privilegiada?

—Estoy seguro,—replicó Pepe, muy asombrado de que existiese un mortal suficientemente mentecato para discutir eso.

—Pero, ¿en qué te fundas?

—En que todos lo dicen, primeramente; y después en lo que yo sé de su vida.

—Loado sea Dios; voy á saber algo de Manolito. Hombre, haz el favor de decirme lo que sepas de sus conquistas, de sus descubrimientos, de sus obras, en fin, de lo que revela su talento del que tanto se habla y que tan pocos prueban.

—En primer lugar, Manolito era pobre hace tres años; hoy es uno de nuestros banqueros más acaudalados: este solo hecho bastará para probar que tiene inteligencia privilegiada; Bretón de los Herreros lo dijo:

El que sabe hacerse rico
tiene sobrado talento.

—Bretón no ha dicho semejante cosa; eso lo puso en boca de uno de los personajes de su teatro; personaje muy grotesco por cierto.

—Bueno, pues, grotesco ó no, yo pienso como ese personaje. Quien en poco más de tres años, ha sabido *hacer* una fortuna, es un genio, y vale por una docena de sabios y por muchos centenares de literatos como tú.

FELIPE IV (Retrato de Velázquez)

—Hombre, según cómo haga la fortuna.

—Hágala como la hiciera. ¿Quieres decir que pudo haberla hecho robando? Pues, áun así, tiene mérito; no todos los ladrones son millonarios, ni arrastran coche, ni tienen abono en el teatro; los ladrones vulgares viven en la miseria; rodeados de privaciones y de peligros, perseguidos constantemente por la justicia, muchos acaban sus días en presidio.

—Pero hombre...

—Bien, esto es una exageración, porque Manolito es un muchacho muy listo, travieso como nadie, aprovechado como pocos, osado, audaz, inteligente... si yo te contase algún rasgo de su vida...

—Pues hombre, si no deseo otra cosa.

—Pues verás; aún era muy niño, cuando hizo esta travesura. Su padre, que estaba en una posición desahogada sí, pero modesta, le daba todos los domingos un duro para que atendiera á su gasto de muchacho durante la semana.

Con ese duro solía el ganar diez ó doce ó más jugando á la treinta y una y al punto en un billar inmediato á su casa. En cierta ocasión la suerte le fué adversa y perdió «su duro;» ¿crees que se apuró por eso? Pues, no señor; hizo creer al padre que se le había quedado sobre la mesa del despacho, y le sacó otro y después logró sacar otro á su madre, y otro á cada una de sus hermanas casadas y otro á su hermano mayor y otro á la doncella de su casa y no sé cuantos más; á cada uno le dijo que el próximo domingo le pagaría con el duro que había de entregarle su padre, pero á la semana siguiente llamó á concurso á todos los acreedores y les dijo que siendo ellos muchos y el duro uno solo, optaba por quedarse con él y dejar iguales á todos.

—Hombre ¡qué gracia!

—Vaya si la tiene; advierte que eso lo hizo á los doce años.

—Pues promete.

—Ya joven, como él es guapo y simpático, fué á Zaragoza y enamoró á la mujer de su tío, y estuvo en muy poco que no le birlase á la hija, con quien estuvo á punto de fugarse, y de quien, según malas lenguas, había logrado ya cuanto puede lograrse; aunque él aspirase á conseguir la dote. Esto no lo consiguió, pero sacó á su tío, á cambio de no divulgar lo ocurrido, doce mil duros, con que ha concluído su carrera.

—Lo cual habrá sido, estoy seguro de ello, digna de tales comienzos. No necesito saber más; ese á quien llamas listo, es sencillamente un canalla. Aceptado el procedimiento, no hay hombre que no pudiera y no supiera ser listo. Arrojando como fardo inútil la vergüenza, la honra, la decencia, la probidad, la consideración á los demás y la estimación propia, no hay nadie que no pueda ser listo como Manolito.

Pepe me miró asombrado, como sino acabase de entender lo que yo le decía.

Yo desde entonces evito encontrarme con Manolito, á quien no pienso volver á saludar en mi vida y siempre que de alguno oigo decir que es muy listo, confieso á Vdes. que le tengo por un tunante.

A. Sánchez Pérez.

LO ABSURDO

Absurdo significa, según opiniones de Littré y Larousse, lo que, procedente de la sordera, engendra un *quid pro quo* ininteligible. Lo inconcebible, lo que el espíritu no puede pensar, es, en último término, lo contradictorio. Lógicamente, lo absurdo expresa el límite ó extremo del diámetro del mundo inteligible. Son, en efecto, los principios ó categorías de la identidad (A = A) y de la contradicción (A es la misma cosa que no A) las leyes que rigen el proceso y desarrollo de nuestro pensamiento, más allá de las cuales no se concibe ni la existencia concreta de nuestras percepciones, pues áun desviada la inteligencia de sus propias leyes, otra vez se rige en tales desviaciones, según una ley, imponiéndose el orden en medio del desorden ó siguiendo el pensamiento una lógica en el fondo tan inflexible en el error como en la verdad.

El límite infranqueable de la lógica del error, en medio de su posible sistematización, está representado por el absurdo.

El sentido común suele precipitadamente identificar el absurdo con lo que de momento no se entiende ó no se explica y llega á restringir su alcance á lo que no se concibe, dado el estado habitual de la experiencia.

En primer lugar, conviene advertir que la experiencia no puede ser criterio para discernir lo absurdo de lo que no lo es, pues acontece muy frecuentemente que lo que para un estado de experiencia puede aparecer como absurdo, deje de serlo para un estado subsiguiente. Así sucede, por ejemplo, para la experiencia del hombre inculto que resulta absurdo que se mueva la tierra, porque desconoce la manera de interpre-

GRANADA DURANTE UN CHUBASCO (Cuadro de Muñoz Degrain.—Dibujo de F. y Valor.)

EL ÁNGEL DE LA CUARDA (Cuadro de Herman Kaulbach)

[illegible] las apariencias que ocultan la realidad, distinguiendo el [illegible] real del aparente. Y [illegible] el que se atiene al dato de la experiencia, para el que es absurda la existencia de los antípodas, porque ignora que la ley de la gravitación atrae los cuerpos hacia el centro de la tierra. Para el sentido empírico, lo que no es susceptible de sensible, esquema ó imagen, es absurdo, olvidando que más allá del alcance que se pueda conceder á nuestra facultad imaginativa, existen pensamientos, ideas y nociones que no son representables en imagen, son concebibles (la bisectriz de las paralelas, el punto matemático, etc.).

La absurdo será, pues, lo inconcebible, lo que contradice ó niega las leyes del pensamiento, y, por lo menos, las de la realidad, pero de ningún modo lo que no es imaginable ó representable en sensible. Precisamente, contra este sentido [illegible] del empirismo, se ha estimado siempre el principio de toda realidad y el fundamento de la [illegible]. Dios, como el *inefable* el que no es susceptible de signo ó esquema que lo represente. Contra el empirismo, que declara absurdo el pensamiento de Colón, se podrá siempre reargüir, afirmando que «la utopia de hoy es la realidad del mañana.» El gran proceso de la historia humana y el abolengo de todos los inventos, niegan por completo que lo absurdo pueda ser fijado por medio del criterio, siempre parcial, de la experiencia. Además, tampoco es admisible la preocupación del vulgo, que considera ideas equivalentes la de lo absurdo y la de lo falso. Hemos dicho ya que el error tiene su lógica tan inflexible como la que rige el proceso de la verdad, siguiendo el mismo desarrollo que se observa en las desviaciones del mundo natural, de las cuales son ejemplo la periodicidad de ciertas perturbaciones, la intermitencia de determinadas enfermedades, el ritmo de algunas afecciones, etc. Y en cuanto el error es susceptible de sistematización, según lo precisan los sistemas filosóficos, puede ser concebido, y áun explicado (aunque nunca justificable y admisible), según las leyes de la historia de la filosofía. Será falso, por ejemplo, que el sol gira alrededor de la tierra; pero no es absurdo el sistema de Ptolomeo, como de otro lado no parece cierta la separación establecida por Kant entre la materia y la forma del conocimiento, y no se podrá, sin embargo, estimar como absurdo, sino como concebible y muy lógico, dado aquel estado de pensamiento, el sistema kantiano.

Restringiendo, pues, el verdadero sentido de la palabra absurdo á su alcance legítimo, resulta que sólo se aplica á lo contradictorio, inconcebible é irracional. Es, por tanto, la negación del pensamiento y de sus leyes; pero no de la experiencia, que puede ser contradicha á cada paso por experiencias ulteriores y por la hipótesis, audacia del pensamiento, al par que instrumento de progreso de la ciencia. No puede negarse la razón á sí misma, como, en fin de cuenta, la experiencia total, íntegra, que concebimos, aunque no conocemos, por lo limitado de nuestra condición, no se contradice tampoco; de [illegible] que lo absurdo no se refiere [illegible] á las determinadas operaciones [illegible] de nuestra inteligencia ó facultades reales de nuestro pensamiento, sino á aquellas operaciones [illegible] formales de que [illegible] para *interpretar* los datos reales de las primeras, y, desde luégo, al juicio operativo, en virtud de la cual [illegible], mediante un acto intelectual (la cópula), dos nociones que se contradicen (A no es A).

No es, pues, posible el absurdo aplicado á la [illegible] el absurdo sólo existe [illegible] otras ideas. Puede, pues, existir proposición absurda, pero no [illegible] que [illegible]. Con esta restricción, conviene [illegible] que, á veces, el espíritu combina palabras ó representaciones verbales, convertido [illegible] ideas, porque [illegible] de la mecánica del pensamiento [illegible]. En este modo se explica que el espíritu pueda representarse *sólo verbalmente* ideas absurdas (círculo cuadrado, semana de tres jueves, paralelas que sean equidistantes, etcétera). Se reconocen éstas como representaciones exclusivamente verbales, desde el momento en que el espíritu descarta del velo de los sonidos la idea de lo significado, reflexionando sobre el sentido de las palabras empleadas. Se percibe en seguida su contradicción y se reconoce que el absurdo no existe en las ideas (pues aquellos signos no expresan ideas), sino en las combinaciones de palabras de sentido contradictorio.

La proposición absurda (y por tanto lo absurdo reside en la relación interpretada mediante la cópula del juicio), es aquella cuyo atributo enuncia algo que niega ó contradice la composición esencial del sujeto.

Determina la lógica lo que es contradictorio (dos proposiciones que difieren en cantidad y cualidad), y estima, desde luégo, que las proposiciones contradictorias no pueden ser á un tiempo verdaderas ni falsas, sino que de la verdad de la una se deduce la falsedad de la otra, y vice-versa. En esta regla lógica, que requiere la distinción de la contrariedad (lo blanco y lo negro) y de la contradicción (lo blanco y no lo blanco), se funda lo llamado demostración indirecta *ad absurdum*, que consiste en probar que la no admisión de la tesis implica lo contradictorio y lo irracional. Este raciocinio es un procedimiento de crítica ó de refutación, más que de prueba; sirve para discutir y rechazar el error, pero no es útil para hallar ni probar la verdad; porque, aparte de que es camino indirecto que no conduce á la contemplación de lo verdadero, no se puede olvidar que lo implícito en el absurdo es siempre una negación. Además, esta demostración indirecta ó *ad absurdum* (reducción al absurdo), debe ser apreciada sólo como un último recurso, del cual se echa mano cuando faltan otros más directos; porque en él siempre se halla latente el gravísimo peligro de confundir lo contradictorio con las proposiciones contrarias, engendrando de esta suerte sofismas sin cuento y errores de gran bulto.

Todos los razonamientos que se fundan en la complegidad de los hechos históricos, adolecen de este vicio, por lo cual se afirma con sabor escéptico, pero con sentido certero, que «la historia es arsenal que proporciona toda clase de armas para defender las causas más opuestas.» Y es que se prescinde de la complegidad de los hechos históricos, se examina sólo algunas de las circunstancias que á su realización concurren, se nota con excesiva diligencia y con inducciónes prematura su diferencia y por uno de los llamados sofismas de tránsito se concluye de la contrariedad á la contradicción y al absurdo.

Sin insistir en estos peligros, fácilmente se concibe que existen razones todavía más valiosas para preferir la demostración directa á la inderecta, ó *ad absurdum*.

La primera prueba que una proposición es verdadera y el *por qué* de su verdad, mientras que la reducción al absurdo se limita á concluir sobre la verdad de una proposición, sin probar el por qué es verdadera.

U. González Serrano.

AGUINALDO (1)

A mi antiguo y buen amigo
ANTONIO CARRALON DE LA RUA,
secretario del Presidente de la República del Uruguay, diputado nacional, etc., etc.

No te invito á rezar, querido Antonio,
pero ello es que se acerca un año nuevo
y hay que hacerle la cruz como al demonio.

Son muchos ya los que á la espalda llevo,
y tampoco los tuyos son escasos,
por más que á numerarlos no me atrevo.

Recuerdo, sí, que en mis cabellos lasos,
apuntaban las canas prematuras,
signo, quizás, de andar en malos pasos,

cuando, ávido de gloria y de aventuras,
como el manchego hidalgo tú salías,
de malsines en pos y fermosuras.

¡Ay, Antonio, qué noches y qué días!...
La fiebre convertida en indolencia,
el ayuno mezclado á las orgías,

pródigos, si no de oro, de existencia,
de toda autoridad demoledores
y sin más religión que la conciencia,

logramos encumbrar á los mayores,
que nos daban aplausos y sonrisas,
guardándose riquezas y favores;

siendo la consecuencia á estas premisas
que, mientras ellos adquirieron fraques,
nos quedamos nosotros sin camisas.

¡Tiene la humanidad estos achaques!
Alguno que al pavés subir hicimos,
nos llamó en ocasiones badulaques.

Por sendas diferentes luégo fuimos,
y hoy que lejos del suelo nos hallamos,
donde, como las plantas, florecimos;

hoy que hacia la vejez marchando vamos
y al vernos en la altura en que nos vemos,
yo no sé si perdimos ó ganamos;

bien es que aquellas horas recordemos
en que la juventud, á manos llenas,
nos brindaba sus goces más supremos.

¡Horas de lucha, y á la par serenas!
aún de vuestros encantos la memoria,
es lenitivo y bálsamo á mis penas,

y no hay ni puede haber mundana gloria,
ya se llame fortuna ó poderío,
ya se escriba en el alma ó en la historia,

que yo no diera en dulce desvarío
por renovar los sueños que llenaron
de amor y dicha nuestro hogar vacío.

Mas, ¡ay! Cuando su nido abandonaron,
no vuelven las perdidas ilusiones,
aves de paso que al volar cantaron.

En cambio, á ennegrecer los corazones
vienen las sierpes, del dolor sañudas;
los gusanos del odio y las pasiones;

los buitres del engaño y de las dudas,
y las movibles larvas del deseo,
más horrorosas cuanto más desnudas.

Yo, Antonio, lo sé bien; yo que peleo
treinta años há sin tregua ni reposo
y apoyado en la tierra, como Anteo,

contra lo vil ridículo y odioso
de este mundo que el hombre empequeñece
y Dios hizo tan grande y tan hermoso.

Por eso, al ver el año que amanece,
la tristeza mi espíritu domina,
y mi cariño á lo pasado crece.

El sol de la esperanza ya declina
un punto más, y, en el ocaso hundido,
vendrán las sombras á envolver su ruina.

En tanto, y mientras logro del olvido
sacar triunfante mis recuerdos gratos,
(el único caudal que no he perdido);

(1) De mi libro de versos escritos en Montevideo, próximo á publicarse.

déjame que bendiga aquellos ratos,
y tu buena amistad celebre y cante,
para dar ese ejemplo á los ingratos.

Y desde el año nuevo en adelante,
del Rhin al Plata, del Pisuerga al Segre,
el que nos quiera mucho, que se alegre;
el que nos quiera poco, que se aguante!

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, 31 Diciembre 1885.

NUESTROS GRABADOS

EL LAGO
Cuadro de T. Aron

Comprendemos la satisfacción que debe experimentar esa pareja al dar una vuelta por un lago tan bonito y pintoresco.

UNA BELLEZA DE PRAGA

Compréndese que un país que tiene tan hermosas mujeres quiera ser autónomo y consiga se le reconozca oficialmente el uso de su lenguá, una de las más ricas de la raza eslava, y preferible por ende al desagradable idioma alemán. Bohemia va consiguiendo de día en día nuevas reivindicaciones, y es de esperar que al fin logrará ocupar el preeminente lugar que en otros tiempos alcanzó en Europa.

FLORA
Cuadro de Francisco Casado del Alisal.—Dibujo de P. y Valor

Adivínase al momento la mano del malogrado maestro en esa obra de factura tan elegante, de tan correcto dibujo y tan brillante colorido, perfectamente apreciable en la concienzuda copia hecha por Plá y Valor.

El ilustre Casado tenía el dón de renovar la representación de los más trillados asuntos; la tradicional *Flora* de los pintores adocenados, reviste, bajo el influjo de su paleta, el original aspecto de esa hermosa dama á quien lo único que puede reprocharse es el ser más aristocrática que mitológica.

INVIERNO
Dibujo de K. Brokka

Terrible invierno ése de Brokka, siniestro, cruel. El asunto está representado con elocuente realismo, tanto, que hace tiritar.

LOS FAVORITOS DEL EMPERADOR HONORIO
Cuadro de W. Waterhouse

UNA CALLEJUELA EN LA ANTIGUA ROMA, *acuarela por el mismo*

No habrán olvidado seguramente nuestros lectores el hermoso cuadro de *Santa Eulalia* que publicamos hace pocos meses, en el cual tan gallardas pruebas de invención pintoresca y de sentido histórico dió el autor. Al mismo género pertenecen las dos reproducciones de obras de Waterhouse que damos hoy: *Los favoritos del emperador Honorio* es un hermoso lienzo inspirado en un paisaje de Gibbon acerca de las adulaciones de que era objeto por parte de los palaciegos y Claudianos el pobre pupilo de Estelicon, mientras los bárbaros invadían el imperio y desolaban las provincias. *Una callejuela en la antigua Roma*, es una deliciosa acuarela de vivo y agradable color y de límpido tono, llena de bonitos y exactos pormenores que hacen revivir la época en que la Ciudad Eterna era la capital del mundo.

LA ÚLTIMA ESCENA DE HAMLET
Cuadro de Sánchez Barbudo.—Dibujo de P. y Valor

Este notabilísimo y grandioso lienzo, uno de los primeros que figuraron en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, representa el instante en que Hamlet se dispone á lanzarse con la espada desnuda sobre el rey Claudio, después de haber sido herido por Laertes y haber herido á su vez á éste, que permanece en pié sostenido por varios cortesanos. Hay en el cuadro más de treinta figuras, divididas en tres grupos principales; á la izquierda los cortesanos que apoyan al moribundo Laertes; en el centro las damas de honor arrodilladas junto á la reina, que acaba de espirar envenenada por haber bebido la copa destinada para Hamlet; á la derecha el rey Claudio, de pié, apoyado en el solio, y aterrado y confundido á la vez ante el horror de la situación, el aspecto amenazador de Hamlet y los terribles cargos que éste le dirige. En el centro figura Hamlet en actitud descompuesta, empuñando la espada envenenada con que fué herido, merced á la traidora asechanza del rey Claudio.

Decía hablando de este cuadro un distinguido crítico de Madrid: «Llama la atención el grupo de damas de honor por el verdadero derroche de blanco que el pintor ha invertido en sus trajes. Esto produce un gran efecto luminoso, que llega á deslumbrar y que desentona bastante el cuadro. La figura de Hamlet no corresponde á la idea que todos tenemos de este personaje. Debiera ser rubio, pálido, alto, y el pintor le hace moreno, de negra barba y de menos que mediana estatura. El rey Claudio está trazado con magníficos rasgos, y el colorido de su ropaje indica en el pintor excepcionales condiciones artísticas. Hay en el cuadro animación y vida, brillantez de color y grandes contrastes de luz. El Sr. Sánchez Barbudo puede estar satisfecho de su obra.»

RECOLECTORES DE ALGAS MARINAS, UN DÍA DE TORMENTA
Cuadro de John Smith Lewis

El autor es uno de esos bravos pintores norte-americanos que con tanta decisión están trabajando para dotar á su país de un arte verdaderamente nacional. En ese cuadro hácese patente la influencia de la joven escuela realista francesa, que llora todavía hoy la muerte de Bastien-Lepage, así como otros, v gr. John Sargent, han buscado su inspiración en Goya.

FELIPE IV
Retrato de Velazquez

Esta obra del primero entre todos los pintores habidos,—y probablemente por haber,—es una de las poquísimas con que se honran los Museos extranjeros, y figura en la galería de Dorchester (Londres). El retrato es de tamaño natural, y representa á Felipe IV en sus treinta y cinco años. Como todos los cuadros del autor está compuesto muy armoniosamente y no menos armoniosamente pintado.

GRANADA DURANTE UN CHUBASCO
Cuadro de Muñoz Degrain.—Dibujo de P. y Valor

¡Qué hermosura! ¡Qué profundo sentimiento de la naturaleza! ¡Qué conocimiento de la luz, del cielo y del agua! El pintor ha logrado perpetuar en su cuadro un momento de melancólica belleza de la ciudad morisca. ¡Cuántas cosas no hay en esa composición y cuántas emociones no produce! Solo á los grandes talentos es permitido ver las cosas con ese aspecto elocuentemente expresivo.

EL ANGEL DE LA GUARDA
Cuadro de Herman Kaulbach

Bellísima composición digna del autor de tantas delicadas obras, algunas de las cuales han visto ya la luz en estas páginas. No hay que confundir al pintor Herman Kaulbach con el famoso dibujante del mismo apellido; ambos son ilustres, pero la especialidad del autor de *El ángel de la Guarda* es muy distinta de la del autor de *La Reforma*. Todo lo que en este es fuerza y vigor, es delicadeza y gracia en su homónimo, gran intérprete de piadosas leyendas y de consoladoras creencias.

TOLEDO: PUENTE DE ALCÁNTARA

Este *Puente de los Puentes*, como se le ha llamado, es la principal avenida por donde se entra en la imperial ciudad. Construído por los romanos ha sido sucesivamente restaurado y fortificado por godos, moros y cristianos, constituyendo sus nobles y atrevidos arcos un ejemplo admirable en obras de su género.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

Á MI AMIGO ALFREDO OPISSO

I

LA GENTE DE ANTAÑO

Sonreían los albores de nuestro bendito siglo XIX, y era arrullado, agasajado y ensalzado por las seguidillas boleras y por las seguidillas manchegas, por las tiranas, por las tonadillas, por el fandango y por otras tantas trovas picarescas, intencionadas y resbaladizas, que imprimían color nacional y fisonomía propia á la abigarrada sociedad española, compuesta de oficiosos abates, de atrevidos diestros, de aplaudidos histriones, de pundonorosos guardias reales, de insípidos petimetres, de finchados currutacos, de rechonchos frailes, de aturdidos estudiantes, de melindrosas damiselas, de festejadas lechuguinas, de curiosas monjas, de descocadas caleseras, de rumbosas majas, de inciviles manolas, formando un solo cuerpo, una sola persona, un solo pensamiento y una sola voluntad.

¡Dichosa época en que tenían efecto los seráficos rosarios de la aurora, las comilonas campestres, las tertulias de confianza, las citas á hurtadillas en los templos del Señor, y muchos enredos, muchas intrigas, muchas farsas, muchas danzas y contradanzas, en que la moral, el decoro y las virtudes cívicas no representaban, desgraciadamente, el principal papel!

Siglo que apareció en la escena pública empolvado y cepillado, como si saliera del tocador, repartiendo peinetas de concha, juguetonas y nevadas mantillas, collares de perlas, abolladas basquiñas, sedosos guardapiés, pulidos chapines, estuches de dulces, primorosos ridículos, perfumados pañuelos, sombreros de tres picos, terciopeladas casacas, nevados chalecos, calzón corto, medias de seda, zapatos con hebillas de plata, y el indispensable manto, codeándose con la rumbosa capa, al són de la pavana ó al compás de las graves, pausadas y aristocráticas notas del ceremonioso minuet.

En aquellos días, y entre tales gentes, ocurrió en la modesta villa de N..., villa mitad murciana mitad andaluza, lo que forma el asunto de la presente narración.

II

LA DAMA

Era un portento. Imagínate, lector, una morena, pero muy morena, como manda Dios y debieran ser todas las mujeres en el mundo. Una muy distinguida dama, alta de talle, de veintisiete años de edad, de rostro agraciado, risueño y expresivo; dotada de abultadas trenzas negras, lustrosas y perfumadas; de ojos pequeños, vivos, punzantes, saltadores y parlanchines; de nariz griega; de boca juguetona, fresca, apetitosa y encarnada, y añadid á ese rostro unas largas y enlutadas pulseras; á los ojos, unas terciopeladas y tentadoras ojeras; perfilad sobre el labio un finísimo bozo; colocad un hoyo, que valga un mundo, junto á la boca, y otro hoyo, que valga un cielo, en el centro de la redonda y torneada barba, y tendréis el vivo retrato de doña María Luísa del Jordán Zúñiga y Zúñiga, viuda de D. Venancio de Segura y Compolino, oidor de la Rota y sapientísimo señor.

Aquella muy noble y agraciada viuda, esbelta, elegante y juguetona, había leído mucho y bueno, tocaba la guitarra como fray Basilio, bordaba al realce, fabricaba sabrosas golosinas, era muy limpia de cuerpo, pensamiento y obras, y estaba dotada de un desparpajo de buen género, de una gracia tan fina y delicada, de una soltura y elegancia en el decir, que los frailes la llamaban *la culta*, los currutacos *la diosa*, los pisaverdes *la ninfa*, las damas *la casta*, y los doctores *la sabia*.

Pero era una culta, una diosa, una ninfa, una casta y una sabia tan agraciada, tan pilla, tan juguetona y tan elegante, que trabucaba el seso á cuantos admiraban el fuego de sus ojos y su donaire, ó merecían el alto obsequio de ser contados en el número de sus pocos y escogidos amigos.

La noble señora vivía, en compañía de una ama de llaves, en su casa solariega situada en la calle del Palo Corto, que era una casa, como todas las de su época, sombría por fuera y pintada por dentro, muy clara, muy espaciosa, muy fría y muy bien decorada, que era conocida por la casa-templo en toda la localidad.

III

EL GALÁN

Don Leandro, golilla sin pleitos, casado y con hijos, hacendado, hombre muy hablador, muy mujeriego, muy pulcro, muy hiperbólico en el hablar, muy terco en sus cuestiones y muy afrancesado; era el admirador más rendido, más entusiasta, más servicial y más oficioso de cuantos trataban á la preciosa dama en toda la villa y su dilatada comarca.

El buen señor pulsaba la lira, digo mal, la péñola, y era de ver cómo en sus letrillas anacreónticas, soñados epitalamios y seguidillas pedestres, ya imitando al lúgubre Cadahalso, ya á Paco Barbero, ensalzaba las gracias de la dama de sus pensamientos, de la señora de sus afanes, de la reina de su alma, de la musa de sus inspiraciones, que era astro de bienandanza, la Ceres de sus vegas, la mariposa de sus ilusiones, la zagala de sus mimos, la Galatea de sus riberas y la Lucinda de sus vigilias, como todas las damas y petimetras que salían á relucir en romance, tonadillas y sainetes, en aquellos días que, afortunadamente, se fueron para más no volver.

Era nuestro héroe un noble varón, de cara avinagrada, de ojos pequeños y oblicuos, de na-

[illegible] tanto á guisa de remolacha, de labios [illegible] y carnosos, de cuello largo, é idem de cuerpo, de lengua, de brazos y de piés.

La vanidad le había tomado por su cuenta, y ella se revelaba en todas sus obras, en todos sus gestos y, en particular, en el acompasado movimiento de sus cuatro remos, que solamente parecían moverse y agitarse á impulsos de esa finchada, perjudicial y reprochable señora.

En el pueblo le llamaban el pavo de Navidad, pero él no temió nunca las sangrientas hecatombes de la clásica Nochebuena.

IV

EL FRAILE

Sapientísimo varón, guapo, rechoncho, listo, afable, cariñoso y jovial.

Entusiasta de Feijóo, admirador del padre Isla, predicador erudito, enemigo de los inquisidores, despreocupadillo, amigo de Muñoz Torrero, de Quintana y de Nicasio Gallego, y con asiento en el coro, en el confesionario, en los bufetes, en las tertulias, en los teatros caseros, en los escaños de las fuentes, en las barberías y en el banco de casa del herrador.

Fray Pedro Nolasco, de la orden de los carmelitas y como tal más tolerante y más sociable que los demás frailes, era el padre espiritual de muchas damas y melindrosas damiselas, el consultor en los casos graves, el que apaciguaba á las almas timoratas, el que consolaba á las muchachas enamoradas, el que ponía término con mucho tino y con cierta gracia especial á ruidosas escenas conyugales, y el hombre, en fin, que pensaba, que dirigía y que legislaba en el seno de muchas familias que no se tomaban el trabajo de obrar por cuenta propia.

Fraile de muchos latines, de mucha experiencia, de mucha trastienda, de mucho tino y de mucha observación. Notabilísimo padre que desde sus mocedades se adelantó á su siglo, que presintió la revolución social, que no odió á Godoy, que estudió mucho y bien á Jovellanos, que tenía, sin embargo, por lo que había de venir, aunque no sabía á punto fijo lo que vendría y lo que sucedería en nuestro revuelto y antojadizo país.

Era un monje sociable como pocos, curiosillo como una mujer, ladino como un estudiante de tuna y gran conocedor de esa gramática parda que se aprendía tras la espesa rejilla del confesionario, en el estrado de la bella, cabalgando en la mula del convento ó repasando cuentas y oraciones en la puerta de un mesón.

El buen señor visitaba muy á menudo á doña María Luisa, y murmuraban los envidiosos del lugar, que si nuestra dama era tan sabia, tan culta y tan buena doctora como á la par picaruela, era por obra y gracia de su erudito y distinguido confesor.

Fray Nolasco se reía buenamente de ello; y la viudita también.

(Se continuará.) FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

TOLEDO

PUENTE DE ALCÁNTARA

[illegible] Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NUM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis

Barcelona 8 de Enero de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 210

LA BIBLIA DE GUTENBERG (Cuadro de Lerche)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid*. Carta á mi prima, por Fernanflor.—*La* [illegible], por Juan Tomas Salvador.—*Recuerdos* [illegible], por Adolfo [illegible].—*El regicida* [illegible], por A. Pérez de Nueva.—*En el* [illegible], por Vicente [illegible].—Nuestros grabados.—¿A qué *saben los besos?* [illegible].—*La fuente de los carruajes* [illegible], por Francisco Giras y Edias.

GRABADOS.—La Biblia de Gutenberg.—Domingo.—La Maternidad.—Hielo.—Lujo decorativo.—Cuestión de gusto.—El descargadero.—Como el pez en el agua.—Puente de Badajoz.—Hermanos [illegible] y pobre, consolándose con sus cantos.—Lucrecia.—Los Vaqueros de casa.—Matrona romana.—El otaku.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EL INCENDIO

«Algunas personas me han preguntado: ¿Y quién es esa prima de usted? ¿Y cómo se llama? ¿Es joven? ¿Es guapa? ¿Es rica? ¿Está V. enamorado de ella? ¿Es soltera, casada ó viuda? Está en España ó en el extranjero... En fin, sepamos algo, porque su primera carta de V. no es muy explícita...»

—Pues sí,—les he contestado,—mi prima se llama Carmen, tiene veinte años, es lindísima; no está mal de fortuna, es soltera y tiene novio y se casará, Dios mediante; vive en París desde hace un año y no la tengo amor sino mucho cariño porque nos hemos tratado siempre como hermanos. Esta es la razón de que hoy la escriba estas cartas... Y si ella me contestare alguna vez, por las contestaciones verían ustedes que así es linda como modesta, sencilla, instruída, de buen corazón, de vivo ingenio, de gustos artísticos, de sentimientos cristianos; y, en fin, la perfección de las perfecciones. Es una señorita con quien se puede hablar, y una mujer con quien puede cualquiera casarse: toca el piano, habla francés y el inglés, baila, dibuja, pinta; y, sin embargo, sabe regir una casa, guisar, coser y cuidar á un enfermo. Si viniese á pobre no tendría que mendigar ni prostituirse como algunas *pollas* de Madrid, amigas suyas, al pasar repentinamente del fausto á la miseria...»

Creo que reconocerás,—prima mía,—la exactitud de este retrato; y comprenderás que no engaño á los curiosos... Y dicho esto, y para no mortificar tu modestia, entro en el asunto de la segunda carta que te dirijo... Asunto triste, que será el culminante de la semana, pues no es probable que ocurra en ella otra mayor catástrofe.

Anteayer, miércoles, á las cuatro de la mañana las campanas de la iglesia de Chamberí, despertaban á los vecinos de aquel barrio.—¿Qué ocurre? se preguntaban con susto asomándose á los balcones. No tenían necesidad de contestarse. El incendio con sus llamaradas, con sus resplandores de aurora boreal y con su penacho de humo iluminaba la calle del Cardenal Cisneros, y anticipaba la claridad trémula del alba.—¿Dónde es?—¿En qué número?—¡Es en el número 7, en una tienda de ultramarinos!

Madrid vive,—como tú sabes,—sobre tabernas y tiendas de comestibles. En cada casa hay algunas de estas dos clases de comercio. Apenas se abre un portal y se edifica una casa llega el tendero del aceite y del vinagre ó el del aguardiente y el vino y toma posesión de la [illegible]. Son estos comercios que no sufren las fluctuaciones de la política ni del capricho. Hay que comer y beber so pena de la vida. Son [illegible] y, ya que no sean [illegible], [illegible] modesta y [illegible]. El tendero de la esquina, que tiene [illegible] conocen, tiene la [illegible]. A todos, por las habladurías de las [illegible], sabe quién es pobre, cual es [illegible], rico y mendigos de cada uno, y [illegible] en [illegible] universal. Los [illegible] de la mayor parte de las casas toman comestibles y dicen como el del cuento:—¡Apunte usted!—hasta que el tendero contesta un día como su colega de marras:—¡Dí á tu amo que ya me canso de *apuntar*, que voy *á hacer fuego!* Se comprende, pues, que el tendero es digno de gratitud y que debiera dársele mayor estimación que se le manifiesta. Pero, si bajo este punto de vista le debemos gratitud, es también cierto, que su comercio es un peligro constante de la casa en que vivimos y de nuestra propia vida... La planta baja de casi todos los edificios de Madrid es un depósito de petróleo, de aguardientes, de muchas materias inflamables... Puede decirse que Madrid está sobre un volcán. Y á lo mejor revienta uno de sus cráteres, abrasando un edificio y devorando muchas vidas.

Mientras esto no sucede el vecino de Madrid vive descuidado, sin fijarse en el peligro; ya porque todo hombre se cree el favorito de la fortuna, ya porque en esta vida de lucha, de afán y de escasez constante en que vivimos, creemos que sólo debemos temer á los enemigos conocidos. Y el tendero es un enemigo anónimo, y su almacén, verdadero polvorín, tiene un escaparate halagüeño, amistoso, que despierta sensaciones y pensamientos gratos.

Dejamos todos los días nuestra casa sin pensar en que tal vez no la encontraremos al volver; que todo aquel ajuar en el cual hemos empleado gran parte de nuestra fortuna y al que tenemos tanto cariño como á nuestra familia misma, desaparecerá, tal vez, en una hora, y que de súbito nos quedaremos con el suelo y el cielo por hogar y por techumbre... Entre todos los riesgos que tenemos para nuestra familia no contamos el incendio, jamás... ¿Por qué?—Acaso, prima, porque es un peligro que nos sigue á todos lados, en todas las ciudades y casas, en los templos, en los teatros y que llevamos con nosotros con una caja de fósforos en el bolsillo; con una lámpara de petróleo en la mano... Hasta en los bosques, hasta en la campiña, sobre todo por Agosto, el incendio puede sorprendernos y calcinarnos.

Al mudarse de casa nadie tiene en cuenta si en el piso bajo ni en cualquier otro hay almacenadas materias inflamables; todos, sin embargo, dejarían de mudarse á una casa si supiesen que uno de los vecinos era ladrón ó asesino.

El incendio de la calle del Cardenal Cisneros ha sido terrible. A los pocos momentos las llamas subían por la fachada hasta retorcerse sobre el tejado. Los vecinos dormían y se encontraron prisioneros del fuego. El terror animó aquel tranquilo edificio; se oyeron voces de: ¡Socorro! corría la gente sin dirección, buscando salidas entre humo y llamas, entre el golpear en los tabiques y las voces de los guardias y bomberos que llegaban á prestar auxilio. Nadie sabe luchar con la muerte cuando ésta le rodea en el sueño y le despierta oprimiéndole con sus brazos. El espíritu necesita espacio para rehacerse y la carne temerosa no se le concede; el más heroico se aturde, se precipita y por evitar el peligro se lanza en peligros mayores sin vacilar un momento. En este incendio de Chamberí, uno de los vecinos se descuelga por un cordel, escaso, y se deja caer en la calle, donde le recogen mal herido... Otros inquilinos se dirigen al núcleo del incendio creyendo evitarle.

En el piso tercero de la casa vivía un jefe de telégrafos, con su señora, una hermana, una cuñada y cinco hijos; las dos hermanas, uno de los niños y el jefe de telégrafos, han muerto...

La impresión que este incendio ha producido en Madrid ha sido grande y el alcalde se ha creido en el caso de publicar un bando tranquilizador...

Con este motivo *El Imparcial* ha escrito juiciosas observaciones lamentándose de que en Madrid se gaste el dinero en cosas supérfluas, descuidando las necesarias. En efecto, los ayuntamientos de Madrid dedican el dinero de sus administrados á obras de lujo; sin emprender muchas de absoluta necesidad ni de higiene. La razón de esto se encuentra en nuestro carácter vanidoso, que prefiere lucir exteriormente á vivir con comodidad en casa; á que Madrid quiere parecer una gran capital sin los recursos de otras capitales europeas. Madrid es *cursi*. Además nuestros ayuntamientos se llaman populares, sin ser del pueblo, y sólo inician y terminan las reformas aristocráticas y las convenientes para las clases acomodadas. Del pueblo no esperan nada; nada de la masa común, sino de grupos sociales determinados; á estos favorecen y halagan con preferencia. Si un día se quemase parte del Palacio Real ó de la Presidencia del Consejo de Ministros, pereciendo alguien de las respectivas familias, verías cómo se montaba súbitamente un admirable servicio de incendios y se canalizaba todo Madrid y hasta se formaba una red de tubos sobre el casco de la población para convertirla, cuando fuese preciso, en un juego de aguas. Sí, prima, lo repito, Madrid es *cursi* como un elegante que se pusiese frac y corbata blanca con pantalones de color

En cuanto ocurre un incendio las Compañías de seguros envían á sus agentes por las casas para invitarnos á que aseguremos nuestros muebles. No hablo de los edificios porque casi todos los de Madrid están asegurados.

Entonces, prima, algunos particulares aseguran sus mobiliarios pero la generalidad se contenta con mirar sus muebles sin querer exponerlos además del incendio á un pleito con las Compañías... Después de todo, lo que más tememos perder, nuestra mujer, nuestros hijos, no son muebles asegurables; y entre los mismos objetos de nuestra casa, los que mayor valor tienen para nosotros no tendrían ninguno para las Compañías aseguradoras... Hay hombre que en momento de oir la voz de *¡Fuego!* sólo se preocupa de salvar un retrato, un paquete de cartas, un recuerdo. El militar entonces busca sus cruces; el pintor la obra que tiene empezada; el aristócrata su genealogía; el autor dramático su manuscrito; la actriz sus coronas; la patrona de huéspedes sus cubiertos de plata de Meneses; el licenciado su canuto; el cura su breviario; la coqueta su servicio de tocador; el miope sus lentes; el elegante su gabán de pieles; el coleccionista su miniatura... Y esta señora no quiere ponerse en salvo sin su canario; ni aquélla sin su perrito y hay quien aparece entre las llamas, convulso, sin ropas y con su guitarra.

No cabe duda que todos deberíamos tener en nuestra casa un pequeño material de incendios: una piqueta con que abrir boquetes en la pared; escalas y maromas para descolgarnos por los balcones; sacos salvadores de la asfixia... Nadie tiene esto. Se contenta con esperar á que vengan á salvarle los de afuera ó se tira sencillamente á la calle por un balcón.

Durante algún tiempo ha estado de moda el hacerlo incombustible todo: edificios, muebles, ropas é individuos; pero la gente se va ya convenciendo de que contra el fuego sólo hay un medio eficaz, el más primitivo: el agua. Esta es la verdadera salvación... Por cierto, Carmen, que en el incendio del miércoles se presentaron las bombas inmediatamente; cosa que no suele ocurrir. Verdad es que en cambio no había en la calle agua con que llenarlas.

Ignoro si se ha sabido ya la causa del incendio. Se creyó en un principio que provenía de haberse inflamado el gas; por descuido del mozo de la tienda; un muchacho recién venido de un pueblo, que al despertarse y oir en la oscuridad que su amo le decía:—¡Virgilio, hijo mío, levántate!—se levantó y huyó espantado, no del incendio, sino de que le llamasen *hijo*. Pero luégo se ha desechado aquella suposición.

No te digo una novedad al decirte que la malicia supone casi siempre intencionados los incendios en los comercios; yo no sé quién ha dicho:—«Sólo el diablo sabe los incendios que ha producido el seguro.» La malicia, sin embargo, casi siempre también se equivoca; y lo milagroso es que en Madrid no haya más incendios todavía... ¿Has visto alguien que mire donde arroja un fósforo ni una punta de cigarro; ni donde pone una palmatoria, ni como deja, al salir de casa ó al acostarse, la chimenea?

Por cierto que los caseros han recibido ayer una lección... Ayer se inició un fuego en la plaza del Progreso; á consecuencia de haberse inflamado el hollín de una de las chimeneas de cierta casa. El teniente alcalde del distrito, que acababa, sin duda, de leer la descripción del fuego de Chamberí, no tenía humor para permitir más catástrofes, é impuso al dueño de la casa una multa por falta de deshollinamiento. Este propietario que no deshollina ha resultado ser nada menos que el ex-ministro D. Eugenio Montero Ríos... ¡Lancemos á la execración de las generaciones el nombre, ya famoso por otros mejores títulos, de aquel ilustre gallego!

Si es admirable que no ocurran más siniestros en las casas, lo es todavía más que no se incendien frecuentemente los teatros; donde el gas corre y serpentea por los cordones de goma entre los bastidores de tela y la madera barnizada; donde se disparan armas de fuego; y se encienden bengalas y árboles de pólvora... Algunas veces, cuando la escena se llena de luz y de humo, un espectador se levanta inquieto y gana la puerta por si acaso; mas el público aguarda sonriente á que estalle la voz clásica, terrible, de *¡Fuego!* para morir allí, estrujado, pisoteado y carbonizado.

Verdad es que desde hace algunos años asiste á las representaciones en cada teatro una pareja de bomberos; lo cual hace de este cuerpo un gran plantel de autores dramáticos.

Al pensar en los horrores de un incendio en tierra firme, consideramos también que no es comparable al incendio de un barco; aquí el agua es otro peligro; el barco tiembla, chisporrotea, se consume; y los que buscan salvación en las olas sangrientas y fulgurantes del mar, se vuelven, bien pronto con esfuerzos angustiosos, á coger los restos inflamados de los maderos.

¡Cuántos acasos desventurados amenazan al hombre! ¡Y al mismo tiempo, que misteriosa y alta protección la de nuestra vida, que se desliza decenas y decenas de años entre tantos peligros mortales!

Siento que la actualidad haya impuesto á mi carta de hoy un asunto tan lúgubre; pero él refleja la preocupación de Madrid... Acaso más adelante,—mi querida prima,—el incendio sea también la preocupación de Europa; si guerra se impone. El Incendio sigue á la Guerra.

Un rey de la Edad media, decía: «La guerra es el incendio.» Y en efecto, cuando una tropa huye de un pueblo perseguida por otra, le incendia para detener á sus perseguidores; cuando tiene que abandonar campos llenos de fruto, los incendia para que su enemigo perezca de hambre. Por donde los ejércitos de Tamerlan habían pasado, ni se oía el ladrido de un perro, ni el canto de un pájaro, ni el llanto de un niño... ¡En inmensa llanura, sólo humeaban los tizones de los pueblos!

Termino aquí esta carta, verdaderamente combustible; y ojalá,—prima,—que la próxima semana me ofrezca un tema digno de tu corazón; que sólo se complace en lo que es bueno.

Tuyo,

FERNANFLOR

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Al propio tiempo ajó la fotografía, arrojándola con desdén sobre el arroyo.

—Chica, yo no vuelvo á esta casa,—profirió la compañera.

—¡Otra! ¡Ni yo!—replicó la del retrato.

Y ambas desaparecieron á lo largo de la calle, entre sonoras risotadas, codeando, cabeceando y sonándoles á monedas los bolsillos de las faldas.

Con filosófica conmiseración contemplaba la fotografía desdeñada, cuya varonil imagen á su vez parecía mirarme desde el suelo, cuando acertó á pasar un carro y la arrastró, aplastada, informe, bajo el lodo de su rueda.

Entibiando este incidente mi deseo de tomar la casa, iba á alejarme.

De pronto gritó una voz desde el fondo del portal:

—¿Quería V. ver el cuarto, señorito?

Una mujer alta, delgada, pálida, vestida de negro, apareció en el largo pasadizo que comunicaba con el patio. Había en su semblante una amalgama de bondad y truhanería, que no pudo menos de llamarme la atención, y respondí:

—¿Es V. la portera?

—Para servir á usted.

—Pero ¿y la portería?...

—La tengo en la prendería de al lado, que por la parte de atrás conduce al patio...

—Comprendido.

—Conque, si V. quiere ver el cuarto...

—No siendo molestia...

—Nada de eso. ¿A qué está una? Suba usted.

Ella delante, yo detrás, echamos á andar escalera arriba. Al llegar al segundo tramo, oí el golpe de una puerta que se cerraba, en seguida ruido de tacones sobre los peldaños, y en el próximo rellano, un señorito pasó, sin vernos, junto á nosotros, dándose aires de don Juan y tatareando una canción obscena.

Era el original del retrato escarnecido.

II

—Decía V. que renta el cuarto...

—Once duros.

—Si lo dieran en diez...

—No tengo esa orden. Pero, en fin, vea usted al amo.

—¿Dónde se le ve?

—Pára poco en casa; en el teatro, en el café de Lisboa...

—Alegre vida lleva el amo.

—¿Qué quiere usted? Cada uno tiene su modo de matar pulgas.

EL DOMINÓ (Cuadro de Frank Bramley)

—Con franqueza, el cuarto no me disgustará, si efectúan en él algunas mejoras.

—A la vista están los operarios.

—Con todo, aparte del precio, tengo otra razón más poderosa para tentarme la ropa antes de tomarlo.

—Usted dirá.

—He visto salir á dos mujeres...

—¡Ya! No siga usted; se trata de la inquilina del segundo, que se nos ha entrado por sorpresa y la hemos despedido. Desocupa el cuarto á fin de mes, en cuanto consuma la fianza.

—De suerte que los vecinos...

—Son de lo más tranquilo de Madrid.

—Ya digo, no siendo en diez duros... y me corro en dos; no puedo dar más que ocho.

—Vea V. al amo, ó si quiere V. le veré yo.

—¿Cuándo termina el mes?

—Faltan ocho días; para entonces habrán concluído los operarios, y el cuarto quedará en disposición de ser habitado.

—Pues bien, mañana vé V. al amo, pasado vuelvo yo por la contestación, y si ésta es favorable, no hay más que hablar.

—Corriente... Mire V., sentiría que no nos arregláramos, porque tiene V. un aire, y una cara... Me parece V. una persona formal; en fin, me ha petado usted.

—Muchas gracias.

—No las merece.

—Conque, entendidos ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Contando con que la del segundo.

—Por supuesto.

—Pues hasta pasado mañana.

—Hasta cuando V. quiera, señorito.

La de aquella tarde fué la peor comida de cuantas verifiqué en la casa de huéspedes; dos de éstos, por si era ó no era Catalina buen autor, por si Gayarre cantaba ó no cantaba con más arte que Masini, atronando el comedor, se dijeron mil picardías; volcaron tres copas llenas de vino; rompieron una fuente; y la criada, que en otra servía un guiso, fué á chocar de un codazo contra la repisa de la chimenea, vertiendo el contenido de aquélla sobre la levita de un comensal. Nos quedamos sin principio. Yo me retiré á mi habitación, mohino y enfurruñado, diciendo entre dientes:

—Aunque no lo bajen, mañana tomo el cuarto.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

LA MATERNIDAD (Relieve de Medardo Sanmartí.—Dibujo de F. y Valor)

HERO (Cuadro de Sichel)

REVISTA CIENTIFICA

Retratos de lo pasado.—Mas sobre ayunos

M. E. Zola ha añadido con *La Obra* un canto más á su poema pesimista de la animalidad humana, [illegible] recientemente Jules Lemaitre en uno de sus brillantísimos artículos de crítica literaria. «Sin duda que valdría más que los [illegible] de talento se dedicasen á cantar las excelencias y perfecciones de la humanidad, pero, que le vamos á hacer si á cada momento la realidad parece poner cruel empeño en humillar la fe que tenemos en el maravilloso empuje del progreso? Por duro que sea tener que confesarlo, existen todavía muchas capas humanas sumidas en la animalidad más repugnante.

No de otra suerte se concibe un salvaje crimen cometido hace pocos días en un pueblo del Morbihan, crimen que prescindiendo de su ferocidad puede considerarse como un *documento* elocuentísimo del arraigo de ciertas supersticiones en el magín del vulgo.

Diremos ante todo que el Morbihan es una de las comarcas más atrasadas de Francia; aunque parece imposible, profesábase allí todavía el paganismo en tiempo de Luis XIV, mas no el paganismo helénico ó romano sino el brutal fetichismo de los australianos ó del Congo, especialmente el fetichismo litolátrico, ó sea la adoración de ciertas piedras. En un pueblo de dicha región, vivía pues una familia de molineros, compuesta de los padres y cuatro hijos,—dos varones y dos muchachas. Una de éstas, muy linda, un tanto coquetuela y algo sabedora de lectura y escritura, veíase requebrada por los mozos del lugar á quienes probablemente encontraría demasiado brutos para merecer su blanca mano,—pues blanca debería ser, como de molinera. Esther, que así se llamaba la mozuela, era festejada y estimada como nadie, y esto engendró celos en el ánimo de su familia, recibida siempre con repulsión por los vecinos, á causa quizás de su imponderable estupidez. Fuéronse los padres á consultar con el reverendo párraco sobre la diferencia que se advertía entre las simpatías de que gozaba Esther y la aversión que inspiraban ellos, doliéndose de paso de la esquivez de la doncella en aceptar ninguno de los *buenos partidos* que le salían para casarse, á lo cual contestó el señor rector, émulo de Bossuet, que Esther «*estaba poseída del demonio de orgullo.*»

No cayó en saco roto la opinión del párroco. Celebróse un conciliábulo y decidióse que ya que Esther tenía metido en el cuerpo el *demonio del orgullo* y costaría muchos cuartos hacérselo echar por los curas especialistas en tales materias, lo mejor sería que los hermanos se

PLAFÓN DECORATIVO (Fresco de Paul Baudry)

encargasen de ejecutar ellos mismos la operación, tanto más, en cuanto la familia sabía por [illegible] el *modus faciendi*. Así fué: metieron en un cuarto á la desgraciada Esther; echaron [illegible] los dos hermanos desnudaron á la joven y mientras la otra chica y los viejos estaban rezando la letanía, ellos con un berbiquí [illegible] agujeros en el cuerpo de la desventurada: uno en la frente, otro en el vientre y uno en cada pierna, pero con indecible [illegible] que escapase por ninguno de [illegible] *demonio del orgullo*, sólo se escapó mucha sangre, y después la vida.

No pasó mucho tiempo sin que se notase en el pueblo la desaparición de la linda molinera: [illegible] y sin esperar á que los tribunales [illegible] ran el caso, fueron cogidos los [illegible] del fratricidio y encerrados en [illegible].

Se [illegible] que los manifestemos disconformes con la solución dada al asunto: los [illegible] locos, sino simplemente [illegible] es para el loco, no [illegible] á la cosecha, [illegible] que le cuida el doctor Ez[illegible] que pueden meterse [illegible] en el cuerpo y sacarlos de allí agu[illegible] Verdad, esto parece de de ignorancia, de falta de instrucción, no de perturbación de la mente.

Véase, pues, si tiene razón Zola al inspirarse en la animalidad humana para escribir toda una voluminosa biblioteca. La superstición por una parte, la sensualidad bestial por otra, retienen todavía á gran parte de la humanidad en los tenebrosos fondos á donde no llega la noble luz de la razón suprema y libre.

Esos hechos horribles, como el que acaba de tener efecto en el Morbihan, si pueden desalentar por un momento al pensador creyente en el progreso, arraigan en cambio la convicción de la necesidad imperiosa de extender la instrucción, aún valiéndose para ello de los procedimientos más tiránicos. Seres como los que han llevado á cabo la hazaña que hemos referido, son un peligro social, pero un peligro que puede combatirse mediante la propagación enérgica de las luces.

Y no se tome por vana declamación lo que decimos, porque la verdad es, como escribe un sabio ilustre, M. Girard de Rialle, «que los progresos hechos por la humanidad á través de las edades no son realmente apreciables, fuera de las cosas de la industria, más que en un número relativamente corto de individuos, y que las masas profundas de las poblaciones se libran muy poquito á poco de los lazos de las antiguas supersticiones, ingertas, por otra parte, unas en otras y á menudo toleradas, aceptadas y áun adoptadas por sistemas teológicos de una gran elevación moral» (1).

No pretendemos que con la propagación de la instrucción puedan crearse caracteres como los de un Espinosa, un Littré, un Sanz del Río etc., pero cuando menos quizás podrían hacerse abortar esos espíritus que imbuídos de superstición llevan luégo á la práctica sus bárbaras concepciones sobrenaturales, como los molineros del Morbihan y otros que no son molineros ni morbihaneses, pero que no por eso dejan quizás de clavar una puñalada por la espalda á los que suponen tienen diablos en el cuerpo.

***

Así como á raiz de haber cumplido M. Chevreul su siglo de existencia todo se volvió descubrir centenarios, más ó menos auténticos, pasa ahora lo mismo con los *yeyunantes*, citándose numerosos casos de personas hechas á prueba de hambres,—aunque sin olvidarse por eso de algunos que, menos acostumbrados á la dieta absoluta de alimentos, han fallecido d

(1) *La Mythologie comparée*, pag. 221.

inedia al cabo de un tiempo más ó menos largo. Pero sobre esto último, dijo ya lo suficiente el Dante en el episodio del conde Ugolino y sus tres hijos y ofrecen también sobrados ejemplos nuestros maestros de escuela y áun alguno que otro subsecretario de Ultramar; (parece que algún otro ex-subsecretario de lo mismo, escarmentando en cabeza ajena, ha tomado á tiempo las oportunas precauciones). Hablemos, pues, únicamente de los que no se mueren por no comer, empezando por la noticia que ha corrido estos días por los periódicos respecto á existir en un pueblo de la provincia de Orense una mujer que hace CINCUENTA AÑOS no ha comido ni bebido apenas. En tal caso, Galicia tendrá el privilegio de poseer las mujeres menos comilonas que hay en toda la redondez de la tierra, pues se habló también de no recuerdo que *santa*,—contemporánea,—de por allí, que hacía once años no probaba bocado, aunque la tal no se movía de la cama, y la quintañona de ahora, anda, aseguran, por aquellos trigos, como pudiera hacerlo otra cualquiera labradora.

Ahora bien: ¿puede ser eso? ¡Pásmense mis lectores! Yo no diré que sí, pero tampoco diré que no pueda ser. Constan con toda certeza multitud de casos de este género; sobre todo, es considerable el número de mujeres místicas que han podido pasarse muchos días, meses y áun años, privadas de todo alimento; poca gracia tiene el ayuno de Santa Eufrasia, que, después de haber sido tentada por el demonio, permaneció siete días sin comer; mucho más serio fué el ayuno de San Alberto, pero ya es mucho el caso de Cristina Michelot, una amenorreica, que permaneció tres años sin probar bocado, contentándose con beber agua; (observación comunicada por Landrillon á la Academia de Ciencias de París, en 1756 (1). Estos ayunos, casi vulgares entre los fakires hindos, se explican sencillamente por la reacción de lo moral sobre lo físico, perfectamente estudiada hoy día siguiendo el impulso dado por Cabanis ya á fines del pasado siglo, y también por el gran poder de la voluntad, como suponemos ha sucedido con Merlatti.

El doctor Cheron ha exhumado con este motivo la historia de un canónigo de Noyon, que comenzando el miércoles de Ceniza de 1460 se pasó tres años, ocho meses y doce días sin comer. Con todo, antes de comenzar su prolongado ayuno, habíase preparado el buen señor un brevaje en que entraban,—naturalmente,—un cocimiento de lagartos, víboras y sapos; los correspondientes extractos de vegetales narcóticos y los indispensables polvos de *caput mortui*. Como hace observar M. Cheron no era muy difícil que la ingestión de una cucharada del tal líquido le quitase al digno canónigo las ganas de comer.

En fin, hemos creido conveniente reproducir la receta del eclesiástico noyonés porque dado el furor que les ha entrado á las elegantes por volverse flacas, quizás podrán ponerse á dieta para conseguir su intento, sin peligro de perder con la grasa el finísimo pellejo que la cubre.

ALFREDO OPISSO.

CULLERCOATS (INGLATERRA): EL DESCARGADERO

EL REGALO DE REYES

—¡Pero estás muy empecatada, criatura, no vas á dejar cacharro sano! ¿En qué piensas? ¿Qué te ocurre?

La pobre Maruja atortolada y como abstraída no replicó palabra á semejante apóstrofe; miró como una tonta á su ama, púsose muy encarnada, medio gruñó entre dientes una torpe excusa y estropajo en ristre y enjabonando la loza como si le corriera prisa continuó con afán su tarea, ahora desportillando una taza, luégo rajando un vaso, más tarde quitándole el asa á un puchero, con harto escándalo de la señora Bruna que no cesaba de repetir hecha un basilisco:

—¡Pero mujer!... ¡Pero borrica!... ¡Pero tienes manos de hierro!... ¡Pero eres el espíritu de la destrucción!

Maruja callaba y seguía fregando sin reposo, en tanto la señora Bruna secaba el servicio de mesa, después de aclararlo y lo colocaba luégo en los basares muy emperejilados con papeles de color de rosa. Allá junto al fuego, bajo la ondulante sarta de chorizos y morcilla que, secándose al humo, de dosel servían á la ennegrecida campana de la chimenea, casi tostándose los piés en las brasas desceñida la faja azul y con aspecto cansino, dormitaba el señor Zoilo, tirando con fruición de un cigarrazo de papel en el que ardía á buen seguro y malísimamente liado su medio cuarterón de tabaco. No lejos de la lumbre roncaba el corpulento mastín hecho una rosca, y el rubio gato, que de cuando en cuando abría sus ojos y se enteraba de lo que acontecía en torno, dejando oir su más plácido gruñido habíase acomodado blanda cama entre las patas del perro. Un candil, limpio como el oro, colgado sobre el fogón, acaso humillado ante la mucha luz que el hogar despedía, tal vez por falta de aceite y sobra de pábilos, daba las últimas boqueadas en tanto las llamas de la hoguera en la que se quemaba el tronco de Navidad, como persiguiéndose unas á otras y tendiendo á subir chimenea arriba en busca de su amigo el aire, iluminaban con un resplandor claro y alegre las paredes dadas de yeso de la cocina, los taburetes y la mesa de pino sin pintar, el curioso fregadero, el aseado pié de los cántaros del agua, los relucientes azulejos del fogón, la cobriza batería de cacerolas y sartenes, los basares adornados de colgaduras de papel, la escopeta y el cuerno apoyados junto á la ventana, los machos próximos al fuego, algunos chismes de labranza tirados aquí y allá y varios trebejos de todos oficios arrojados por todas partes, que el señor Zoilo, si era labrador de profesión, gustaba de la caza, y activo como él solo, mataba los ratos libres que le dejaban sus labores y no sé qué cargo de justicia que en el pueblo ejercía, en perjeñar y hacer con no poca maña trastos de carpintero. Fuera... cualquiera asomaba á fuera las narices. Soplaba un vientecillo sutil, se había entrado la noche oscurísima y empezaba á caer la nieve en silenciosos copos.

Por fin quiso Dios que se acabase el fregado; dió la última mano la señora Bruna á los cacharros, encarándose con su marido, le gritó:

—Oye tú, Zoilo, despábilate que vamos á echar un tute,—y á renglón seguido la gruñona mujer le dijo á la criada:—súbete á acostar.—Pues ahora pongo yo mi zapato,—refunfuñó Maruja para

(1) Alfred Maury. *La Magie et l' Astrologie dans l'antiquité et au moyen-age*, p. 394.

COMO EL PEZ EN EL AGUA (Cuadro de Ferra

ente en el Museo Nacional.—Dibujo de P. y Valor)

[illegible] para no tan bien que no pareciese [illegible] Bruna.—¿Qué mascullas hoy de [illegible]? preguntó esta en tanto sacaba los [illegible] del cajón de la mesa.—Nada, señora, [illegible] y la sirvienta enderezó sus pasos por [illegible] escalera que á los estrados conducía.

¡Pobre criatura! Tosía con frecuencia, era de complexión delicada y débil, tenía el pecho muy hundido, las mejillas muy pálidas y los pómulos muy salientes; apenas contaría trece años y estaba en esa edad crítica, en la que el ángel pierde sus alas y se trasforma en mujer. No se

PUENTE DE BADAJOZ

la podía llamar fea, aunque no pasaba de graciosa, tanto por el [illegible] trabajo y la mucha [illegible] le robaban colores á su cara, fulgores á [illegible] pelo y redondez á sus formas. De ordinario se veía de [illegible] al terminar [illegible] Maruja las escaleras muy desenvuelta, con más seguros andares y en [illegible] es no es [illegible] y febril. Las palabras de la mocosa de la hija de la señora Bruna, repercutían sin cesar en los oídos de Maruja, atronándole el tímpano con inusitado y constante machaqueo:

—Esta noche vendrán los Reyes á traerme un regalo, ¿verdad madre? Dejaré uno de mis zapatos en el balcón de la sala.

Así había dicho la niña al acostarse, y la idea del regio presente volvía loca á Maruja. Ya recordaba ella, ya, que el año anterior trajeron esos señores Magos á su amita, un enorme muñeco con una de rasos y seda que era lo que había que ver. Pues lo que es este año no se quedaba Maruja sin regalo. Descalzóse para que no sintieran sus pasos, concluyó de subir la escalera, atravesó sin ruido la sala, abrió el balcón que daba á la plaza, y, con cautela, como si de algo malo se tratase, dejó uno de sus recios borceguíes pegadito á la barandilla de verde madera del balcón. Luégo desanduvo lo andado y se acostó. Pero un demonio cogió el sueño.

Hecha un ovillo y tiritando de frío permaneció insomne en la cama. Que cosa tan extraña, ¡no podía dormir! Y si cabeceaba se le ofrecían ante sus ojos lujosas cabalgatas y unos señores muy ricamente vestidos con unos criados de cara de cisco y unos camellos con no sé cuántas jorobas. Traían repletos sacos de juguetes y los colocaban sobre su cama, diciéndole los señorones: para tí. ¡Para ella!... Y al irlos á coger Maruja se despertaba. Poníase entonces á rezar para que los Reyes se acordasen de traerla algo, y murmuraba entre sus oraciones,—¡señor Dios, mándeme usía una muñeca que hable como la de la hija de la alcaldesa!—Así estuvo mucho tiempo; Dios sabe cuanto. Al cabo no pudo resistir más la tentación; se puso las medias y una falda, se cubrió los hombros con un pañuelo, y á obscuras, á tientas, con sigilosa planta, temblando toda se salió de su alcoba y se encaminó á la sala, abriendo un poquito el balcón, lo suficiente para ver que allí estaban su zapato y el de su amita, pero vacíos.—¡Si no vendrán!...—pensó Maruja, con zozobra. Volvióse al lecho, tornó á sus rezos y á sus sueños y á despertar; no se oía en la casa ni el más pequeño ruido; debía de ser muy tarde. Otra vez comenzó á dar vueltas entre las sábanas y otra vez se vistió y otra vez se fué al balcón de la sala. ¡Cielo santo! El zapato de la amita tenía una muñeca con sobrefalda y rubios cabellos y un traje hermosísimo de raso. Pero el zapato de ella... en su zapato no había nada. ¡Dios mío! Habían llegado ya los Reyes por lo que se veía, y sin embargo, ni el más mínimo regalo en su borceguí!... ¡Sino se acordarían los Reyes de las niñas pobres!... Pero aquel señor Dios ¿en qué pensaba? Descorazonada y dando diente con diente se volvió á su cuarto. Tal vez no se fijaron en su borceguí, pero no había que perder la esperanza; puede que hicieran otra visita al pueblo. Dos veces más fué al balcón y dos veces más sufrió un nuevo desengaño. Tornó una tercera; era de madrugada y entonces se levantó iracunda y nerviosa; ya no rezaba, abrió el balcón; el borceguí continuaba vacío. Entróle muchísima rabia, llamóles tíos á los Reyes, y sin poderse contener, agarró la muñeca del zapato de su amita, la tomó con ternura entre sus brazos y escapó con ella á su dormitorio. Una vez en él le dió mil besos á la muñeca, la estiró el trajecito, la dijo cariñosamente pobrecita y... de pronto se echó á temblar llena de miedo.—¡Soy una ladrona!...—pensó... ¡Y su amo que era de justicia!... ¡Dios mío!... la que se iba á armar por la mañana. Se vió en la cárcel, en un calabozo muy obscuro y con muchos ratones. Lo mejor era volver la muñeca al balcón. Pero ¡dejarla, desposeerse de ella! ¡Nunca! Tomó una resolución desesperada; huir. Se arropó con un mantón, se puso unas chanclas viejas, bajó despaciosamente á la cocina, abrió con silencio el pórtico que siempre quedaba con solo el postillo, y sin soltar la muñeca de sus amores, dióse á correr por la plaza y se perdió por una calleja. Nevaba ¡cómo nevaba! Los copos impulsados por el aire le azotaban á Maruja la cara, cortándosela materialmente. Y el viento hacía música... por las encrucijadas, con un huo lastimero que asustaba. No podía seguir su camino con aquel viento y aquella madrugada. Entonces se refugió en el quicio de la primera puerta que halló al paso, acurrucóse, murmuró tiritando,—¡pobrecita!... ¡Se me va á helar!...—Arropó bien á la muñeca, la dió un beso y se puso á cantarla un estribillo para que se durmiese. Seguía nevando

con furia, el viento arreciaba y el frío aumentó de atroz manera. Poco á poco sintió Maruja una pesada somnolencia, algo como entumecimiento, se rebujó cuanto pudo en su pañolín, inclinó sobre el pecho su cabeza y al cabo le acometió un sopor profundísimo mejor que sueño. Y seguía nevando con furia y la nieve comenzó á arremolinarse en torno á aquel cuerpecito de la chicuela.

A la mañana siguiente advirtieron varios vecinos un montón de trapos en el quicio de aquella puerta. Fueron allá y se encontraron á la Maruja muerta, heladita, dura como una piedra. Sonreía como sonreirán los ángeles; en su rostro había algo muy tierno y dulce y tenía en sus brazos, estrechamente abrazada, una preciosa muñeca de rubios cabellos, y ricamente vestida de raso.

A. Pérez G. Nieva.

EN EL ANDAMIO

El día amaneció lluvioso y, ya entrada la mañana, comenzó á caer un aguacero que no había de cesar hasta la noche.

Poco antes de las siete, fué reuniéndose un grupo de albañiles en una de las esquinas de la calle de Alcalá, frente á una casa de seis pisos, á la sazón envueltos de arriba abajo por una espesa red de andamiaje, entre la que se veía el yeso de la fachada, picado á trechos y á trechos desmoronado.

Parecía la casa un enfermo cuya piel, rugosa y llagada, cruzasen diferentes vendas.

Dando el reloj las siete, los obreros se pusieron en línea y se contaron.

—¿Quién falta?—preguntó el capataz de la cuadrilla, que había echado uno de menos.

—El manco,—respondieron varias voces.

—Es extraño; siempre viene el primero; algo debe ocurrirle.

—Puede que esté enfermo.

—El bizco lo sabrá, que es el novio de su hija.

—¿Oyes, bizco?

—Oigo.

—¿Qué es de Juan?

—¡Yo qué sé!

—¿No fuiste anoche á su casa?

—Ni vuelvo.

—¿Has tronado con la Blasa?

—Como arpa vieja.

—Basta de conversación, y á trabajar, que ya es hora,—dijo el capataz, interrumpiendo el diálogo.

El grupo se deshizo y, trepando por las sogas, fué cada cual á ocupar su puesto.

De allí á poco, al ruido de la lluvia, se unió el sordo y acompasado golpear de las piquetas en el muro.

Era preciso andarse con mucho cuidado; el yeso y el agua habían formado sobre las tablas un barro suave y escurridizo, y, al menor movimiento, podía desviarse el pié y dar con un hombre en la mitad del arroyo.

Media hora después de empezada la faena, se presentó Juan, con los aperos al hombro.

El capataz le salió al encuentro.

—¡Qué! ¿Se te han pegado hoy las sábanas?

—No, señor.

—Traes los ojos hinchados aún por el sueño.

—¡No fuera malo!

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Pues, aquí, ya has ganado tu jornal.

Juan pensó que le despedían.

—¿Qué me quiere V. decir?

—Que tienes cuatro reales de multa.

—¡Cuatro reales!

—Por no haber venido á tiempo.

—Lo mismo da,—repuso más conforme.

Y cambiando de tono, añadió:

—¿No ha venido el bizco?

—Allí le tienes,—dijo el capataz, señalando con el dedo el andamio más alto de la esquina.

—¿Podrían hacerme un hueco á su lado?... Tengo que hablarle.

—Como quieras.

—Entonces, con su permiso.

—No distraerse, que estamos muy atrasados y los jornales vuelan. ¡Ah! oye; te perdono la multa; pero, no digas nada, porque eso sería dar mal ejemplo.

HOMERO, CIEGO Y POBRE, CONSOLÁNDOSE CON SUS CANTOS (Bajo-relieve de Harry Bates)

—Muchas gracias.

Juan ocupó su sitio, y se puso á trabajar; á cada golpe hundía la piqueta tres pulgadas; tenía los ojos como puños, los labios temblorosos y la respiración desigual y fatigosa.

El bizco le miraba, bien á pesar suyo, con ojo torcido y, al parecer, no muy satisfecho y gustoso de la vecindad que tenía.

—Oye, tú; ¿es cierto lo que dicen las mujeres?

—¿Qué dicen?

—Que has dejado á la Blasa.

—Es cierto.

—Y, ¿tú sabes?...

—¿Qué?

—¿Tú sabes que la Blasa está en cinta?

LOS VIEJECITOS EN CASA (Cuadro de Carl Gussow)

MATRONA ROMANA (Cuadro de Amós Casioli.—Dibujo de R. Camins)

—Es decirle ella.

—Y es verdad.

—No digo que no.

—¿Y tú crees que á una mujer se la deja en tal estado, sin más ni más, porque se te haya puesto en la cabeza? ¿Tú crees que se echa, así como se quiera, ese ¡pedazo de hembra á una familia? ¿Crees que ni yo ni mi mujer tenemos poca de vergüenza?

—Yo qué sé.

—¿No tengo ya bastantes hijos á quienes mantener, que quieres darme los tuyos? ¿Qué te has pensado, que te vas á reir de mí?

—Yo no digo nada.

—¿Qué motivos tienes para romper con mi hija?

—Ninguno.

—¿Es verdad lo que dice tu madre, que no quieres casarte con la Blasa porque es una tal y una cual, y pretendes á la hija del tabernero porque tiene cuartos?

—¡Quién hace caso de mujeres!

—Te han visto con ella muchas veces.

—Habladurías.

—Te he visto yo.

—¿Usted?

—Sí, yo; la otra noche entré á echar unas copas, y tan amartelado estabas que no me conociste.

—Sería casualidad.

—¡Casualidad! ¿eh?... Más pronto se pilla á un embustero que á un cojo. ¡Casualidad!... A mí no me gusta proceder á ciegas y, antes de hablar, me entero de las cosas. Hoy mismo, en vez de venir á la obra, me fuí á hablar al tío Robles, quien dice ser cierto que estás en relaciones con su hija. ¿Lo negarás ahora?

—Y bueno, ¿qué? Me gusta la Clotilde. ¿Qué se le importa á nadie?

—Haberlo pensado á tiempo.

—¿Quién me lo impide?

—La Blasa está en cinta.

—¡Que no se hubiera dejado!

—¡Mira lo que hablas, no tengamos luégo que sentir!...

—¿Es amenaza?

—Tómalo como quieras.

—Es que...

LUCRECIA (Cuadro de Lorenzo Lotto)

—¿Dejas á la Clotilde?

—No, no la dejo.

—¿Te casarás con mi hija?

—¡Qué más quisiera ella!

—Piénsalo.

—Por pensado.

—¡Ah! ¡Preferiría que te rompa el alma!—gritó Juan, hecho una furia.

Los chiquillos se volvieron á mirarlos.

—¿A mí?

—A tí.

—No hay quien me rompa á mí el alma.

Algunos transeuntes se detuvieron en la acera de enfrente, al ruido de la disputa.

—¡Ahora mismo me á verás!

—Como no se la compra. Vá á ha...!

Juan, ciego de ira, avanzó, enarbolando la piqueta con ambas manos; el hizero le volvió la espalda, se asió á las sogas que sujetaban el andamio, y cuando le vió cerca, echó las piernas al aire, dándole tan fuerte patada, que el viejo perdió el equilibrio, resbaló, y, dando vueltas, fué á estrellarse en los adoquines de la calle.

. . . . . .

Al muerto le llevaron al cementerio, el hizero fué en presidio, la viuda pide limosna y Blasa se vende al vicio.

No hay nada más vulgar que la desgracia.

VICENTE COLORADO.

NUESTROS GRABADOS

LA BIBLIA DE GUTENBERG
Cuadro de Lerche

¡Qué mirífica emoción la de los tres dignos bibliófilos al toparse nada menos que con aquella Biblia eternamente memorable que salió de las prensas de Gutenberg en los albores de su invento incomparable, resultando, sin embargo, una obra maestra de la tipografía! ¡Qué voluptuoso placer, qué curiosidad ardiente se ve reflejado en esos rostros, revelando en los buenos religiosos la alteza de sus inteligencias y el refinamiento de sus gustos! Dulce emoción de que no pueden tener idea los brutales adoradores de los vilos y fáciles placeres de la materia; delirio reservado solamente á las almas elevadas que despreciarían un fajo de papeles del Banco á trueque de un *incunable*.

DOMINÓ
Cuadro de Frank Bramley

Como se ve, estamos en presencia de una obra enteramente *realista*, ejecutada con prodigiosa habilidad de mano, llena de aire, exactísima de luz, y lo que vale más que todo, sincera, natural, espontánea, fuerte. Vengan *Dominós*, aunque sea de Inglaterra.

LA MATERNIDAD
Relieve de D. Medardo Sanmartí
Dibujo de P. y Valor

Digna es esa obra de lo que había derecho á esperar de su distinguidísimo autor, dando con ella una nueva prueba de su poderoso talento y magistral ejecución.

La capital de España podrá envanecerse de contar con una joya escultórica más entre las que ya posee, pues ese relieve está destinado á figurar en la puerta principal de la Casa de Maternidad de Madrid.

HERO
Cuadro de A. Sichel

No hay para que repetir aquí la historia eternamente lamentable de Leandro y Hero, sabida de jóvenes, de viejos y de niños. Sichel ha representado muy acertadamente la figura de la desgraciada amante del intrépido nadador, la cual, como se ve, merecía muy bien la pena de darse Leandro aquellos diarios y largos remojones.

PLAFÓN DECORATIVO
Fresco de Paul Baudry

Conocido universalmente es el nombre del ilustre cuanto malogrado pintor de la Grande Opera de París. No tenía

ciertamente Paul Baudry la audacia *tintorettesca* de Eugenio Delacroix, ni se veía en sus obras la monumental grandeza de las de Puvis de Chavannes, pero ganábales á ambos en severidad de dibujo, en armonioso colorido y en *modernismo*, esto es, en la facultad de inspirarse más que ellos en las pasiones y aspiraciones contemporáneas.

Paul Baudry era vendeano, nacido de humildísima familia, y deja infinidad de obras esparcidas por diversos monumentos públicos de París, como el palacio de Luxemburgo, el Panteón, la Grande Opera, etc.; existiendo también algunas en el castillo de Chantilly y en casa de Vanderbilt, de Nueva-York.

CULLERCOATS: EL DESCARGADERO

Pocas localidades habrá en Inglaterra más desconocidas de la generalidad al par que más frecuentadas por los artistas que esa aldehuela de pescadores, asentada en la costa del Northumberland, á una milla de la desembocadura del Tyne y colgada en la punta de un banco de rocas batidas sin cesar por las olas del triste Mar del Norte. Por el dibujo que damos hoy de uno de los paisajes que rodean la citada aldea podrá venirse en conocimiento de lo pintoresco que es aquel lugar, tan cuerdamente explotado por los *marinistas*.

COMO EL PEZ EN EL AGUA
Cuadro de Ferrandiz, existente en el Museo Nacional
Dibujo de P. y Valor

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino;
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,

debía repetir para su sotana, haciendo las oportunas variantes, el buen padre acabado de llegar al *Parador del Amor de Dios*.

El insigne y malogrado Ferrandiz figuró esa escena, tan picaresca y española, en tiempos ya pasados, pero todavía resultaría exacta dándole carácter contemporáneo.

PUENTE DE BADAJOZ

Llamado también el *Puente de las Palmas*, y de fábrica romana, lo mismo que el de *Alcántara*, de Toledo, es una espléndida obra de granito, contando 37 arcos, bajo los cuales corre majestuosamente el Guadiana.

HOMERO, CIEGO Y POBRE, CONSOLÁNDOSE CON SUS CANTOS
Bajo relieve de Harry Bates

Esta obra se recomienda por su composición bellísima y por su carácter decorativo, refinadamente *espiritual*. Cada figura expresa intensamente la emoción de que está agitado el personaje; vése en Homero al desgraciado poeta, privado de la luz y sumido en la miseria, mientras que el hermoso grupo que le escucha queda arrobado al dulce són de su lira. Hay mucha alma en esa obra, ajena enteramente á las archicursis tradiciones del clasicismo.

LUCRECIA
Cuadro de Lorenzo Lotto

Este autor, que floreció en Venecia en la primera mitad del siglo XVI, fué el que más fielmente conservó las tradiciones de la cálida manera del Giorgione La dama figurada en ese lienzo es, sin embargo, lombarda, por su tipo y por el traje, pudiendo calificársela de marimacho á no ser tan hermoso su semblante. En cuanto á su personalidad es un misterio, pero un misterio trágico, quizás, pues algo significa tener en la mano una pintura representando á Lucrecia, desnuda, en el acto de darse la muerte para no sobrevivir á su deshonra, de lo cual le viene llamarse la *Lucrecia* á ese cuadro. Añadamos, para acabar de poner los puntos sobre las *ies*, que en el original puede leerse en el papel que está sobre la mesa: «Nec ulla Lucretia impudica exemplo vivet,» cosa que no tiene malicia, que digamos...

Consérvase este cuadro en la galería de Dorchester (Londres).

LOS VIEJECITOS EN CASA
Cuadro de Carl Gussow

Linda escena, á pesar de la avanzada edad de los protagonistas. Tambien tiene la vejez su poesía, registrándose en el arte numerosas obras inspiradas en el tierno afecto de los viejecitos, desde Filemon y Baucis hasta el gracioso idilio casero representado por Gussow.

MATRONA ROMANA
Cuadro de Amós Cosioli.—Dibujo de R. Camins

Las figuras y la composición de esa obra son ciertamente muy agradables y simpáticas, pero no se ve que ostenten el sello de arcaísmo que debieran. Con todo, importa poco el título; es un cuadro llamativo, y la señora y sus famulas son todas unas arrogantes matronas, á pesar de su aire, más de ciudadanas de la Roma *adegnata*, con sus bulevares, tranvías y luz eléctrica, de que se queja el pintor Humbert, que no de la Roma republicana ó imperial.

EL ORÁCULO
Cuadro de Waterhouse

Este cuadro pertenece al género *sensacionista*, ó para explicarnos en cristiano, al que obtiene siempre el aplauso popular por la viva impresión que produce á primera vista, estando al alcance de la comprensión del vulgo. Es obra verdaderamente notable y pintada con escrupulosa exactitud en los pormenores y gran conocimiento del juego de las fisonomías, habiéndole proporcionado á Waterhouse uno de sus mas justos y ruidosos triunfos.

¿Á QUÉ SABEN LOS BESOS?

¿Á qué saben los besos?—ayer me preguntaba
una hechicera niña,—de virgen corazón,
y mientras anhelante,—su vista en mi clavaba
así yo la decía,—colmando su ilusión:

—

Saben, á lo que sabe,—gozar en el misterio
oyendo las promesas,—de amor de una beldad;
saben á lo que sabe,—tras duro cautiverio,
gozar por fin sin trabas,—la ansiada libertad.

—

Al jugo que de flores,—extrae la mariposa,
al gozo en que se tornan,—los días de dolor;
¡El beso es en los labios,—de una mujer hermosa
la gota del rocío,—temblando en una flor!

—

Saben, á lo que saben,—los soplos de la brisa
que agitan suavemente,—las olas en el mar;
saben, á lo que sabe,—tener una sonrisa
cuando están ya los ojos,—cansados de llorar.

—

Á oir contar medrosas,—patrañas y consejas
del duende ó del fantasma,—que vaga aterrador,
saben, á lo que sabe,—la miel de las abejas;
los goces de la dicha,—los frutos del amor.

—

Saben á lo que sabe,—la gloria tras la lucha;
la calma venturosa,—tras loco frenesí...
Así saben los besos,—pero, mi bien, escucha:
¡no se los dés á nadie!...—(¡á nadie más que á mí!)

JOSÉ BORRÁS.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

V

LA FUENTE

Del mismo modo que existe en Madrid la calle de Preciados, que según cuenta la fama, era en donde vivían los más rumbosos caballeros de la corte, existía en la villa de N... *La fuente de los currutacos*, que era el punto de cita, por las tardes, de los currutacos más aristocráticos, como lo era por la noche de todos los galanes de faja en cinto y de baja estofa.

La visitada como ensalzada *fuente* se elevaba al pié de los muros de la villa, y estaba dotada de cinco caños que prodigaban fresca, abundante y cristalina agua que abría el apetito y que áun ayudaba á la digestión. Junto á ella se extendía un abrevadero y en derredor anchos y duros canapés de piedra, sombreados por altos y pomposos álamos, donde gorjeaban pintadas y canoras avecillas; álamos que con su bóveda de follaje prestaban apacibles y perfumadas sombras á los dichosos mortales que *cuotidianamente*, como decían en el pueblo, se reunían en amena sociedad.

Allí entre dos luces se citaban alegres y afanosas las doncellas de la villa y en aquel sitio el amor plantaba sus reales y la noche prodigaba sus sensuales y voluptuosas sombras á las amarteladas parejas. Allí se repartían anises, se probaba el agua, se retozaba, se charlaba, se cantaba y se adoraba. Allí los currutacos iban en busca de novia y las doncellitas de galán. Allí era el cielo de las guapas mozas y el infierno de aquellas á quienes la naturaleza las había negado sus encantos. Allí los currutacos enseñaban á su manera el catecismo del amor y de allí se pasaba la generalidad de las veces á la vicaría y de la vicaría... al cielo del himeneo, á la gloria de las glorias para aquellos que se amaban y se casaban á impulsos del pícaro corazón.

De aquella fuente nacían todas las serenatas amorosas, todas las pendencias, todas las intrigas, todos los celos y recelos, todos los disgustos, todos los líos, todos los bromazos de mal género en carnaval, todas las comilonas campestres entre currutacos y doncellas y todos aquellos enredos más ó menos subiditos de color que constituían la muy *non sancta* novela aristocrática y popular de aquella bendita tierra.

Una apacible tarde del mes de Setiembre, que suelen ser más que deliciosas en la florida vega murciana, formaban amigable tertulia, como de costumbre, el reverendo padre Nolasco, el señor boticario, el señor licenciado en medicina, el señor notario de rentas y un comandante de marina retirado, que había perdido la pierna derecha en el combate de Trafalgar.

Aquellos ilustres varones después de conferenciar largamente tocante á la política algún tanto liberal iniciada por el Príncipe de la Paz, llevaron la conversación sobre las últimas conquistas llevadas á cabo por Bonaparte, comentando sus hazañas como si fueran las de un semi dios.

De pronto el boticario, que era un célibe camastrón con ojos de águila y garras de milano, exclamó con alborozo:

—¡La viudita! ¡la viudita!

Don Leandro se puso colorado como un tomate, levantóse precipitadamente de su asiento y articuló con cierta mal reprimida vehemencia:

—Sí ¡es ella! ¡es ella!—añadiendo por lo bajo: —Parece la diosa de la tarde montada en el caballo del sol.

Doña María Luísa, modestamente ataviada, ostentando en la cabeza un abultado gorro, el ridículo en el brazo, el látigo en la diestra, montada en una soberbia mula que no la hubiera rechazado el padre guardián, y acompañada de un mozo de labranza de ligero pié que hacía las veces de escudero, se presentó en la plazuela de la fuente.

Todos los currutacos, sombrero en mano incluso el padre Nolasco, corrieron á su encuentro.

—Buenas tardes, señores,—murmuró la damita;—cúbranse sus mercedes y sírvanse hacerse á un lado, que la bribonzuela mula ha visto la fuente y si no procuro complacerla mucho me temo que no dé con mi cuerpo en tierra.

—Para algo nos dió el Señor los brazos,—manifestó don Leandro abriendo sus remos.

—Gracias, doctor,—articuló la viudita.—Es su merced el prototipo de la galantería con espada y casacón.

El arriero tomó por la rienda la rolliza mula y la condujo al abrevadero.

—¿A dónde vamos gentil amazona?—preguntó el fraile acariciando el lomo de la mula.

—A la granja, si su paternidad no manda lo contrario. Se acerca mi santo y he de disponerlo todo para la fiesta. Inútil es decirles que espero que todos Vdes. la honrarán con su presencia.

Todos los currutacos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Tendremos especial gusto en ello,—se apresuró á manifestar don Leandro.

La dama mordióse el labio para ahogar la risa que retozaba en su boca y dijo después de una breve pausa:

—La invitación se hace extensiva á toda la la familia. Presumo que no me privará V. del placer de abrazar á doña Cándida.

El golilla palideció. El no había ni remotamente pensado en acudir á la fiesta con su cara mitad.

La mula agitó la cabeza, giró sobre sus herraduras y se puso en marcha.

EL ORACULO. Cuadro de Waterhouse.

—Mil felicidades, señores. No echen ustedes en saco roto la bendición,—dijo insistiendo la dama.

—Adiós, hijos,—contestó el monje.

—Adiós, primavera de la vida,—articuló doña Luisita.

—El cielo á usted mil venturas,—agregó el mayor.

—Que Dios la colme de bendiciones,—añadió el [illegible].

—Que la suerte no la abandone,—manifestó el galán.

—Que la dicha la conduzca de la mano,—exclamó el boticario.

Y entre tantas y tantas bendiciones, como llovidas del cielo, doña María Luisa tomó el camino de su granja, ansiando llegar á ella antes que se ocultase el sol.

VI

LA GRANJA

A una legua de la villa de N... se extendía la magnífica y deliciosa hacienda de doña María Luisa; granja dotada de regadío, bosque, viña é yermo, que era una verdadera bendición de Dios.

En el centro de una espléndida arboleda formada por pomposos olivares, floridos almendros, perfumados azahares y arábigas palmeras, prodigando benéfica sombra y cobijando á los alados pájaros que con sus dulces y suaves trinos se comunicaban sus amores y dulces devaneos, se levantaba un vetusto caserón, compuesto de planta baja y de dos pisos, dotado de capilla, de trujales, de inmensas cuadras con sus correspondientes pesebres, corrales, grandioso salón, pintado comedor, cámaras con alcoba y sin ella, galería, desvanes y despejada azotea para tomar el sol.

En aquel pintoresco sitio, que parecía ser una bella transición entre la huerta valenciana y la fértil vega de Murcia, doña María, ajena de fatigas y cuidados, pasaba los calurosos días de verano y los primeros de otoño, entregada á todos los goces campestres, que, aunque monótonos, no dejan de tener para muchos sus encantos.

Se levantaba con el sol, bajaba al huerto, tomaba asiento en una pintoresca gruta, regalaba el paladar con exquisito chocolate, acompañado de fresas ó de higos humedecidos por las perlas del rocío, como diría don Leandro, probaba el agua de la fuente, formaba después un caprichoso ramo con las más exquisitas flores que poblaban sus jardines y adornaba con ellas su gabinete de confianza que recordaba los arabescos camarines

La mañana la distribuía andando y zarandeando de una parte á otra; ya regando las albahacas y clavellinas que brotaban en las macetas que adornaban y engalanaban las anchas galerías; ya dando de comer á los tiernos palomos que se arrullaban y se enamoraban con la mejor intención; ya limpiando con sus finísimas manos las jaulas de los arpados canarios y pintados jilguerillos que alegraban con sus trinos el espacioso comedor; ya vigilando los ponedores de las gallinas; ya repartiendo el maiz á los rollizos y majestuosos gansos que se pavoneaban en el zaguán llenando los aires de graznidos.

Por la tarde, después de la siesta, tomaba la aguja, y con la doncella y la hija del mayordomo, daba principio á la labor, empleando en ella tres horas largas, que las más de las veces se deslizaban hasta el anochecer si el tiempo amenazaba lluvia, ó apremiaba la costura.

Terminada la cena, la solitaria dama encendía el velón, se encerraba en su cuarto, leía sus autores favoritos que eran Santa Teresa de Jesús, el teatro de Calderón y Lope, las poesías de Quevedo y el *Lazarillo de Tormes*, echaba cuentas, punteaba la vihuela, y cuando el acompasado reloj con sus vibrantes campanadas anunciaba las diez, sacaba el rosario, rezaba sus oraciones y terminado tan piadoso ejercicio, destrenzaba sus hermosos cabellos, depositaba sobre el sofá sus vistosas faldas, imprimía un beso á los sagrados piés del Crucifijo de marfil con cruz de ébano que señoreaba su alcoba, mataba la luz y se deslizaba entre las sábanas, quedando envuelto entre telas y entre sombras aquel precioso y bien formado cuerpo que hubieran envidiado las hadas y hubiera enloquecido al Niño Amor.

Tal era, en breve compendio, la vida que llevaba la culta señora, encerrada en su granja, sin otra compañía que sus doncellas, la familia del mayordomo, los rústicos labriegos, el leñador, el leñero y los gañanes, que la admiraban como á la divina Pastora que se veneraba en uno de los altares de la vecina iglesia parroquial.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

[illegible] Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Pla y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

Imprenta y Litografía de R. Bastida.—Calle de Villalbert, núm. 57, Ensanche de San Antonio.—Barcelona.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año V | Barcelona 15 de Enero de 1887 | Núm. 211

LAS VIRGENES LOCAS (Cuadro de Pendron)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernandez. *La casa de Pedro López* (continuacion), por Juan Tomas Salvany.—*Amuletos y presagios*, por Antonia Opisso. *Una y otra*, por Carlos Cano.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Las ilusiones* (poesía), por Tomas Camacho.—Nuestros grabados.—*La noche de la muerte* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*La fuente de los carruajes* (continuacion), por Francisco Gras y Elias.

GRABADOS.—Las vírgenes locas.—El rio San Juan (Estados-Unidos).—El Pescador.—Francesca de Rimini.—Isabel de Este.—Momento de peligro. Lenci.—Romanza sin palabras.—La ermíta.—Joven marroquí.—Galantería.—La Nike de Samotracia.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Los sargentos y el general.—La muerte de dos bandidos.—El pintor Domingo.—La originalidad y el plagio.

Algunas personas han supuesto que estas cartas,—por ser dirigidas á una señorita,—sólo tratarían de asuntos alegres propios de la hermosura, de la frivolidad, de la elegancia. No, por cierto; ya he dicho que tú eres,—á pesar de tu edad y de tu posición,—una mujer *seriecita;* que gusta de lo útil y se complace en estudios provechosos. Si he de darte cuenta de la vida general de Madrid, forzosamente habré de tratar todo género de cuestiones. Las que hoy son de oportunidad no tienen carácter ligero, sino que son graves y de trascendencia social. Escribiré de algunas lo más agradablemente que pueda.

Ya sabes que los sargentos han adquirido una importancia que desearían los generales. Hasta el público oye con respeto ese nombre y cuando alguien dice *sargento* se estremece como si se tratase de un monstruo espantable ó de un héroe invencible. Su celebridad aumenta. En las prisiones militares había siete de ellos condenados á cadena perpetua; han desaparecido, con los encargados de custodiarlos. Otro 19 de Setiembre, pacífico. Este ha sido el último golpe recibido por el general Pavía, que se dejó sorprender por el movimiento del 19 y que no se ha dado por enterado de la fuga de los presos. Uno y otro acontecimiento le han pillado en su butaca de teatro escuchando una ópera. El general Pavía es un filarmónico entusiasta; por nada de este mundo deja su función, y se diria que la política, los gobiernos, el orden público y las instituciones no valen para él lo que una corchea. Los que saben que los conspiradores muchas veces aseguran el éxito de sus planes apoderándose de las autoridades sorprendiéndolas, siempre temieron que el general fuese detenido en pleno teatro por algunos audaces; nada parecía más sencillo. El general no debía ignorar este peligro, mas su vida no vale para él una ópera. El general cae, no por falta de vigilancia, ni de pericia militar, cae por un azar de la suerte: en el estado en que el ejército se encuentra es probable que todos los capitanes generales sean igualmente sorprendidos por los acontecimientos. No es posible que un general [illegible] piensa, medita y hace un sargento, ¿qué digo? un cabo independiente. Pero ha caido, [illegible] de la satisfacción universal. Así [illegible] se nubla un astro político, todo el [illegible] perdonan. En cambio se desuella con igual entusiasmo al feliz que le reemplaza. Pasemos á otro asunto.

La segunda tema de la conversación general es también,—querida Carmen,—propio de hombres [illegible] y hasta de hombres graves y feos. Los periódicos traen la relación de la muerte de los bandidos Frasco Antonio y Vertedor, que figuraban en la partida de Melgares y del Bizco del Burgo. Este Frasco Antonio era conocido por su fealdad y su arrojo. Ha muerto al presentarse á recoger él mismo una cantidad que [illegible] pedido. Muchos de estos bandoleros mueren así; su fuerza está en el terror que inspiran; su valor; á veces, confianza en el prestigio de su nombre y sus crímenes. Cuando se encuentran con gentes superiores á esa fascinación, duran poco. Un hombre, al fin y al cabo, no es más que un hombre, carne y huesos que no resisten al cuchillo y al plomo.

De cuando en cuando la cuestión del bandolerismo renace... Andalucía es una escuela de bandidos: siempre hay gente dispuesta al enganche, porque allí el cielo es alegre, la gente perezosa y el terreno apropiado á ciertas empresas. Los habitantes del Norte de España no comprenden como la guardia civil y los soldados no pueden concluir con el bandolerismo andaluz. Sin la protección que los grandes propietarios y los pueblos les dispensan, no podrían sostenerse mucho tiempo... Mas hay que pensar en que los grandes propietarios temen ver sus cortijos y montes incendiados y que los campesinos defienden sus vidas con el silencio. En Andalucía y algunas comarcas de Castilla los pastores pasan la vida en las sierras y barrancos, sin más compañía que los ganados, sin ver más gente que algún caminante, sin ver en mucho tiempo el uniforme de un guardia civil. Si en tales condiciones se les acerca un bandido y les pide comida y les mande que callen, recompensándoles, tal vez, en más de lo que vale la comida que le proporcionan, no puede exigírseles que vayan á dar parte á la autoridad. Primero, que estos rústicos no tienen muy clara idea de la moral y sí la admiración del hombre de la naturaleza por los hechos audaces; y segundo, que saben muy bien que al siguiente día pueden pagar con su vida la delación. Por añadidura, si en ocasiones han comunicado noticias á la autoridad y el criminal ha sido preso, le han visto luégo volver escapado del presidio ó indultado.

Por si no lo sabes,—y porque merece quedar consignado en este libro como anécdota curiosa del bandolerismo,—voy á referirte la historia del ingreso de Frasco Antonio en la partida de Melgares y el Bizco. Frasco Antonio era un gitano que había cometido varios crímenes cuando se presentó solicitando plaza. Melgares contestó á su pretensión diciendo que tenía buenos antecedentes de su valor y que le admitía sin pruebas. El gitano insistió. Melgares le dijo que desde luégo le pondría en ocasión de lucirse; para ver de lo que era capaz, aquella misma noche debía ir á cierto cortijo y entrar por la puerta principal, mientras él, con su gente, atacaría por detrás. Convenida la hora, Melgares escribió un anónimo al cortijero, advirtiéndole, con todos los pormenores, el asalto que debía dar Frasco Antonio y previniéndole que él no tomaría parte en el hecho, por lo cual debería prevenir á la guardia civil y escabechar al gitano. El dueño del cortijo avisó á los guardias; unas parejas se ocultaron de modo que pudieran cortarle la retirada. A la hora convenida, Frasco Antonio sólo con su retaco, entró en el cortijo. Dejáronle entrar y cuando avanzaba en la casa y en lo oscuro le hicieron dos disparos. Vió el hombre que estaba cogido, disparó y huyó; saltó una empalizada, se tiró por un barranco, se defendió disparando hasta diez y seis veces, hirió á un guardia, resultó herido también y presentándose al fin á Melgares, sin mostrarse agraviado, le dijo sencillamente:—*¿Sirvo?*

El cadáver de Frasco Antonio y el de su compañero han sido expuestos en Velez y cuatro mil personas los han visitado para ver al que les inspiró tanto horror y miedo. Y basta de tan siniestras historias que temo,—querida prima,—que sueñes con trabucos, tricornios, facas y cadáveres.

Ha llegado á Madrid un pintor favorito, cuyas obras has visto ahí, en París; ha llegado Domingo, y he tenido el placer de abrazarle. Hacía muchos años que no le veía; está más grueso; tiene la barba algo cana y el pelo tan desordenado como siempre; pero en sus ojos africanos resplandece como siempre también el genio. Domingo es pintor como Zorrilla es poeta. Nació en Valencia, completó su educación en Roma y luégo pasó por Madrid y se fijó en París. El Museo del Prado posee de él un cuadro de su juventud: *El desafío,* que indica ya su carácter enérgico; es un verdadero drama en que las figuras se estremecen como si fuesen de carne y ante el cual el espectador se sobrecoge como ante la realidad. En la Exposición de 1871 presentó muestras diferentes de su talento: presentó la famosa *Santa Clara,* ejemplar de pintura seria, castiza, realista, de amplia ejecución; los *Titiriteros,* cuadro de caballete, de pincel finísimo, cuyos tonos forman un delicioso acorde. En aquella Exposición figuró también *Sagunto,* batalla en que todo marcha y pelea, y dos admirables cabezas. En el palacio de la duquesa de Bailén hay un medio punto de gigantesco tamaño, titulado: *La lección de música,* que hace el efecto de un esmalte de muchos metros. Le pintó como él pinta en los grandes lienzos: á brochazos, como quien se bate, como quien juega ó como quien se burla. Domingo se casó con la hija del renombrado dueño del Hotel de París, de la Puerta del Sol, y he visto ahora en su casa dos *dominguillos* encantadores. No es de los pintores que faltándoles *el natural* están perdidos; su genio independiente le dispone á crear, y *el natural* le sirve para ajustar sus figuras y dar á sus cuadros el *naturalismo* que hoy exigen los aficionados y que reclaman los precios fabulosos en que se le pagan sus trabajos. No puede decirse que pinta *de manera,* porque su memoria de pintor es tan prodigiosa que sólo con ver un caballo, un perro, una puerta, se los lleva íntegros al estudio y los reproduce con nimia exactitud, A más de esto, sus cuadros valen por su entonación siempre agradable, jamás disonante, cualesquiera que sean los colores que emplee; por su dibujo intencionadísimo, que da una vida picante, luminosa, á sus figuras, y por una distinción y elegancia en el color supremas. Si se trata de acabar, sus tablitas son miniaturas; si se trata de la gran pintura, de cada trazo surge un mundo. Lo que hace chico parece grande y lo que hace grande chico. Y sobre todo la personalidad, la intuición, el hacer lo que no sabe, el interpretar los libros que no ha leido; el trasladar á los lienzos dramas, sainetes, santos, héroes, caricaturas que viven en su cerebro revueltos, confundidos, pugnando por salir deslumbradores y palpitantes. Es *el pintor,* en fin, el ave que vuela porque Dios la ha dado alas... Pero estoy diciéndote cosas que tú sabes mejor que yo, puesto que tú eres artista y eres su admiradora.

Como no conozco el texto valenciano del sainete, traducido por el señor Matoses, *Matasiete Espanta ocho,* que algunos suponen haber servido de modelo al señor Burgos para su sainete *Los Valientes,* no puedo darte mi opinión en el asunto. Parece que se ha formado, á petición de los señores Burgos y Matoses, un tribunal literario para decidir sobre la originalidad de dichas obras. Supongo, sin embargo, que este tribunal cumplirá su misión, que es declarar que el señor Escalante, autor valenciano, y el señor Burgos, autor madrileño, son igualmente originales. Lo cual, después de todo, será la verdad probablemente.

Estas polémicas de la originalidad y el plagio no se sostienen para bien del público ni de la literatura, sino para recreo de unos y mortificación de otros. Rara vez el público se interesa por saber si la obra que le ha gustado es de quien la firma ó es también de otros autores. Estima la obra en sí. Los del oficio discutimos estas cosas; pero las discutimos sin fe, porque casi siempre el censor ha plagiado más que el reo en capilla.

Para tener renombre de áutor, es preciso escribir no una sino varias obras; y que estas obras tengan todas ellas una condición personal; intención, gracia, profundidad, estilo; algo en fin, que diga: «Soy de fulano.» Quien no tiene esto, resulta ganancioso hasta con la censura; y el que lo tiene está sobre ella. ¿Quién no recuerda,—prima,—el escándolo que dió el famoso Nakens al acusar á Campoamor de plagiario,

probándoselo por matemáticas? Cien y cien frases de Campoamor resultaron ser de Víctor Hugo, mal traducidas y embutidas. Campoamor quedó convicto de ser un Melgares de la poesía. Ha pasado el tiempo y los aficionados y el público se descubren al pasar el poeta de las *dóloras*, como el respeto que los caminantes saludan en los caminos á un guardia civil. Le han quitado á Campoamor lo ajeno; pero ¿y lo suyo? ¿Quién le quita el no parecerse á nadie y que media juventud poética se le parezca en un todo? Las polémicas sobre *plagios* son interesantes á título de curiosidad; pero no tienen otra importancia. En el teatro mucho menos; el teatro es un campo tan reducido que necesariamente todos los autores se encuentran y entrechocan en él: yo tengo la seguridad de que ninguna de las situaciones más famosas de nuestros más famosos autores contemporáneos es original; buscando en el fárrago inmenso de lo escrito encontraremos esas situaciones sin duda; y tal vez en obras silbadas. Las situaciones son como el cascabel de la fábula; el mérito está en ponérsele al gato.

Además el plagio á nadie perjudica. En cierta ocasión me remitieron un artículo, publicado en América por un celebradísimo escritor... Era un artículo escrito y publicado por mí en España; él habia tachado mi firma y puesto su nombre. El ingenioso periodista que me le remitía le acompañaba con una carta suya, pidiéndome que lo insertase yo en *El Liberal*. Le devolví artículo y carta, diciéndole, que le estaba muy agradecido al usurpador; porque al hacer mi artículo suyo me demostraba haberle gustado; cosa que me satisfacía; y que una de dos: ó los lectores al leer el artículo no conocían su procedencia y nada me importaba que se lo elogiasen á él, puesto que de ningún modo habían de elogiármelo á mí, ó le habían leído ya con mi firma, en cuyo caso el usurpador quedaba bastante castigado.

Valera hablando del *plagio* en un artículo preciosísimo ha dicho (plagiando á Larra que á su vez plagió la frase de un escritor francés), que vale más copiar una discreción ó una cosa bella, que decir una sandez, una frialdad ó un desatino propio.—Y añade Valera:—«Dado que sandeces, frialdades y desatinos no sean también copiados... Discurrir así sería como si alguien imaginase que eran hijos suyos todos los muchachos de la Inclusa.»

Pero,—Carmen amiga,—en la literatura pasa lo contrario que en la política. En literatura no se censura el plagio, sino *el éxito*. De silbarle el sainete al bueno de Burgos, á estas horas los madrileños ignoraríamos que había un sainetero de gran talento que se llama Escalante.

De lo cual se deduce que al fin y á la postre, nadie perderá en este asunto; ni Escalante, ni Burgos, ni Matoses, todos autores excelentes. Ni el público.

Hasta otro día querida prima.

FERNANFLOR.

EL RÍO SAN JUAN (ESTADOS-UNIDOS) Panorama de Fredericton

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Cuando volví á ver á la portera, ella me dijo:

—Esta mañana temprano, he visto al amo.

—¿Y qué?

—Le he pillado de muy buen humor.

—¿De suerte, que pondrá el cuarto?...

—En diez duros, como V. quería.

—Perfectamente.

—Con una condición.

—Sepamos.

—Que se comprometa á vivir en él tres meses.

Reflexioné un momento y dije:

—No tengo inconveniente, siempre y cuando él á su vez me responda de los vecinos.

—De esos respondo yo; descuide V., señorito, la casa, en acabando el mes, será una balsa de aceite, y por si así no fuese, aquí está una.

—Corriente; ¿hay más condiciones?

—Un mes de fianza y otro adelantado.

—Pero hasta el próximo...

—Se supone.

—En tal caso es asunto concluído. Puede usted quitar los papeles.

—Ahora mismo.

—Por lo que toca al contrato...

—Lo firmaremos mañana, si V. quiere, con la fecha convenida.

—Hasta mañana, pues.

—Buenas tardes, señorito.

Y la portera me despidió con la amable sonrisa de quien ve colmado su deseo.

Veinticuatro horas después puse mi firma en un papel, al lado de la del casero, cuyo papel, aparte del sello móvil, pegado en un ángulo, y de los renglones de costumbre, tenía impresas al margen infinidad de condiciones y cortapisas de las que no me había dicho palabra la portera, ociosas unas, disparatadas ó excéntricas otras, risibles las más, pongo por caso, una en virtud de la cual se me prohibía terminantemente criar gallinas, conejos y otros animales *en los pasillos*, cosa que parecía reconocerme el derecho de criarlos en las habitaciones, condición, aparte de esto, imposible de ser infringida, si se considera que el cuarto sólo tenía un pasillo.

—El casero teme que le convierta la casa en una granja,—dije para mi coleto;—pero como no me prohibe escribir, que es lo que especialmente me propongo, allá se las avenga él con sus ridiculeces.

La firma que en el contrato figuraba al lado de la mía era la de un tal Pedro López, que así debía llamarse, el hasta entonces para mí tan apreciable como invisible casero.

A fin de mes ajusté mis cuentas con la patrona de la casa de huéspedes; al otro día, mandé cargar en un carro algunos muebles hasta entonces depositados en la guardilla de la casa que habitaba con mi familia, y en compañía de un doméstico, recién licenciado del ejército y debido á la amistad de un capitán de infantería, cuyo asistente había sido, procedí á la mudanza de la cual esperaba el bienestar tan codiciado.

III

La casa de Pedro López constaba de tres pisos y un sotabanco, con fachada y balcones al mediodía, circunstancia que me decidió á habitarla. Era un tanto vieja, pero no estaba mal conservada, por más que su dueño hubiera obrado cuerdamente mandando revocar el frontis. El portal ya lo conocemos; al lado de éste había una prendería, cuya mejor prenda era la portera casada con un empleado de corto sueldo en las oficinas del ferrocarril del Norte, la cual prendería tenía en su interior dos habitaciones con puerta y ventanas á un patio alto, estrecho y rectangular, semejante á una gran maleta descansando sobre una de sus caras laterales.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

EL PEIXEADOR (Marina del señor Abril)

FRANCESCA DE RÍMINI (Cuadro de L. Hoffmann-Zeitz)

AMULETOS Y PRESAGIOS

Subsisten en la sociedad actual preocupaciones tan arraigadas que con haber llegado nuestro siglo al grado de ilustración y cultura de que á todas horas blasona, no ha conseguido acabar con el oscuro legado de pasadas edades.

A medida que el hombre ha ido perfeccionándose en sus conocimientos intelectuales, la luz del estudio ha disuelto las sombras que cohibían su inteligencia, suavizando sus asperezas. Hoy no se cree en hechizos y brujerías como sucedía antaño, pero sí en la influencia propicia ó perniciosa de determinados objetos, preocupación disculpable entre las clases ignorantes ó faltas de la debida instrucción, pero altamente inconcebible entre personas medianamente instruidas.

Mas como la ley de contrastes parece presidir nuestros destinos desde remotas edades, las grandes preocupaciones, los errores más inverosímiles han sido siempre amparados, si no por las gentes más ilustradas, á lo menos por las más ilustres que han figurado en el mundo.

ISABEL DE ESTE (Retrato del Ticiano)

Durante el Renacimiento se rinde fanático culto á toda suerte de sortilegios y supersticiones: los retros de los Borgias son el terror no solo de la corte pontificia sí que también de las cortes italianas y las de España y Francia; donde quiera que aparezca un descendiente de Calixto III, allí se adivina un precursor de la muerte. Los hechizos y las más absurdas brujerías son las preocupaciones más profundas que conmueven aquella sociedad.

En épocas más recientes, en pleno siglo XVII, la dorada corte de Luis XIV es la que mayor [illegible] revela, lo que con más facilidad se deja sorprender por el charlatanismo de embaucadores y adivinos. Las más famosas cortesanas, o dama de la corte, como se las quiera llamar, fiaban el éxito de sus empresas amorosas á los brebajes que les preparaban las aventureras de aquella época de memorable depravación. Mme. de Montespan, la ambiciosa favorita del rey, la rival afortunada de Mlle. de La Vallière, se entregó en cuerpo y alma á la famosa Voisin, célebre por los brevajes que preparaba, y al influjo de los cuales fió la Montespan apoderarse de la voluntad del rey. Indudablemente consiguió su fin, no por la eficacia de las pócimas de la Voisin, ni por el éxito de cierta escandalosa misa, de cuyos detalles hago gracia á mis lectores por no descender á la pornografía, sino por el carácter de Luis XIV, tan fácil de sucumbir á las coqueterías de aquellas depravadas cortesanas.

Hoy únicamente las maritornes fían en el influjo de frutas y bebidas preparadas para conquistar el cariño de sus insensibles adorados; el buen sentido ha logrado acabar con esta ridícula preocupación entre las gentes regularmente educadas, pero, como he indicado, subsiste todavía algunas, impropias de la ilustración que hacemos gala.

A todas las piedras preciosas se las concede determinada virtud. Los ópalos con ser una de las piedras más delicadas y de más vistosa combinación, pues no cabe darse conjunto más bello que los ópalos montados con rubíes ó con brillantes, son considerados como una piedra fatídica y de mal agüero; ¡quién es capaz de convencer á una dama algo supersticiosa de que los ópalos no traen desgracia! ¿y las perlas negras? ahí es nada el funesto sino que entrañan. El rey Chico llevaba un collar de perlas negras al sucumbir Granada. Si la leyenda no es fábula, Boadil pudo adornarse con perlas negras como símbolo de luto ó de pesar; sin embargo, se ha sacado del hecho el partido suficiente para convertirle en leyenda, y cual si esto no bastara, para hacer mirar las perlas negras con alguna prevención á la muerte de Don Alfonso, los periódicos de la corte nos enteraron de la historia de una perla negra que poseía la real familia. Se trataba de una sortija que había pertenecido á la primera Regente, á Doña Mercedes, á la infanta Pilar y á Don Alfonso, respectivamente; todos usaron la mencionada alhaja hasta morir, y hoy la lleva pendiente de su cuello la Virgen de la Almudena, en su modestísima y popular capilla. Si realmente las perlas negras tienen alguna influencia maléfica, preciso es convenir en que deparan todos sus rigores entre los seres de regia estirpe.

Las turquesas y las piedras llamadas *ojos de gato* se consideran como verdaderos talismanes; hay quien se adorna de continuo con alguna joya que contenga piedras de estas últimas y espera con infantil confianza una ventura que difícilmente consigue, pero que espera ver realizada merced á la bienhechora influencia de las benéficas piedras.

Las esmeraldas llaman la fortuna; las perlas blancas son símbolo de la más inmaculada pureza y, sin embargo, indistintamente las vemos usar á quien acredita y á quien echa por tierra su destino.

Las italianas son indudablemente las mujeres más supersticiosas de Europa; contadas son las que no usan como seguro amuleto unas pulseras de coral ó de plata compuestas de igual número de aros como de sílabas se compone su nombre; cuando se les rompe ó extravía alguno de los aros lo consideran presagio funesto, augurio de tremendas desventuras. Una de las cosas que mayor sobresalto las ocasiona, es encontrarse una horquilla en el suelo.

Conozco una famosa tiple, mujer de excepcional talento que ha cantado en los primeros teatros líricos del mundo, que el día que por casualidad se encuentra una horquilla, se niega rotundamente á cantar. Ya se ve, después de aviso tan persuasivo fuera locura exponer una reputación envidiable.

En Cataluña, y muy particularmente en la provincia de Tarragona, está muy generalizada la creencia de que uno de los generales más populares que ha tenido nuestro ejército, debió el éxito de sus campañas y de sus pronunciamientos á llevar arrollada en la cintura una piel de culebra y en poseer una fulgurita *(pedra de llamp)*, considerada por el vulgo como el más prodigioso de los amuletos. Es fama que el general llevaba siempre consigo la maravillosa piedra que fatalmente se le extravió pocos días antes de su trágico fin; otros opinan que influyó poderosamente en su desastrosa muerte el fatídico número trece, pues de trece sílabas se componían el nombre y apellidos del popular caudillo.

Una de las preocupaciones más extendidas es la de considerar de mala estrella los martes y los viernes y los días trece de cada mes; los que así discurren, que no son pocos, viven en lastimosa holganza la mitad de su vida, pues descontando los días indicados y las fiestas de precepto, apenas si les queda tiempo que dedicar á sus trabajos, estudios, empresas ó á lo

que fuere á que se dediquen. La aprensión de los viernes es una de las más absurdas é injustificadas; porque en ese día murió el Señor se considera de funestos presagios y sin embargo, de aquella muerte arranca nuestra redención, y esta luminosa innegable verdad desautoriza las ridículas y erróneas supersticiones que los crédulos amparan.

No enumeraré los insectos, flores y pájaros cuya sola presencia se considera que puede influir en nuestra suerte ó desgracia; ni detallaré los líquidos y clases de cristales que al verterse los primeros ó quebrarse los segundos alteran, según general creencia, nuestro destino, porque estas vulgaridades son del dominio de todo el mundo; señalaré como último detalle la ciega creencia que algunas personas conservan sobre el influjo de las monedas antiguas.

Las pesetas de Carlos III son consideradas como los talismanes del siglo; ellas procuran toda suerte de felicidades, todo linaje de dichas; muchas señoras llevan entre los dijes de sus pulseras alguna de las mencionadas monedas ú otra de oro que haya pertenecido á una persona afortunada. Con tan buena compañía se consideran llamadas á descubrir algun día otro tesoro de Faria. Es incalculable el número de monedas taladradas ó pertenecientes al reinado de Carlos III que en la época de Navidad, particularmente, se recogen en las administraciones de loterías. Los compradores fían tranquilamente en la eficacia de aquellas monedas; si la suerte no les es favorable el desencanto es doblemente sensible, pero borrada la primera impresión se espera otra Navidad para probar mejor fortuna y entre tanto van buscándose y recogiéndose nuevas monedas.

Y ¿qué duda cabe? podrán las mencionadas monedas no tener gran eficacia para deparar la suerte á los que fían la suya á los juegos de azar, que juego de azar y no otra cosa es la lotería, pero es indudable que en el siglo actual dado el grado de ambición y positivismo á que hemos alcanzado, el oro y la plata son los más maravillosos amuletos.

ANTONIA OPISSO.

MOMENTO DE PELIGRO (Grupo en bronce por Tomás Brock)

UNA Y NO MÁS

Por fortuna ha pasado su época.

Me refiero á la época del álbum de versos.

Hace algunos años, hasta las señoras de poco más ó menos se hallaban provistas de uno de esos volúmenes apaisados, en donde alternando con composiciones de literatos eminentes, figuraban renglones desiguales de poetas muy conocidos en sus casas.

Eduardo pertenecía á estos últimos. Estudiante de medicina, allá por el año 1864, vivía en la calle del Codo en una casa de huéspedes muy acreditada... de matar de hambre al infeliz que en ella buscaba alojamiento.

Eduardo había nacido *para* poeta, según le habían dicho repetidas veces en su pueblo,—un pueblo de pesca,—el maestro de escuela, el sereno y el sacristán, que eran tres funcionarios distintos y un solo hombre verdadero.

Pero Eduardo, en la corte, era un tesoro escondido y en vano trataba de conseguir por todos los medios imaginables que sus desahogos poéticos aparecieran en las columnas de los periódicos.

Esta contrariedad, lejos de curarle aquella monomanía de darse á conocer entre la gente de letras, servía para alentarlo más y más; pues, como solía decir á doña Mónica,—su patrona,—tenía por cierto, que la senda de la gloria está empedrada de desengaños y que nadie llega al templo de la inmortalidad sin sufrir amargas decepciones.

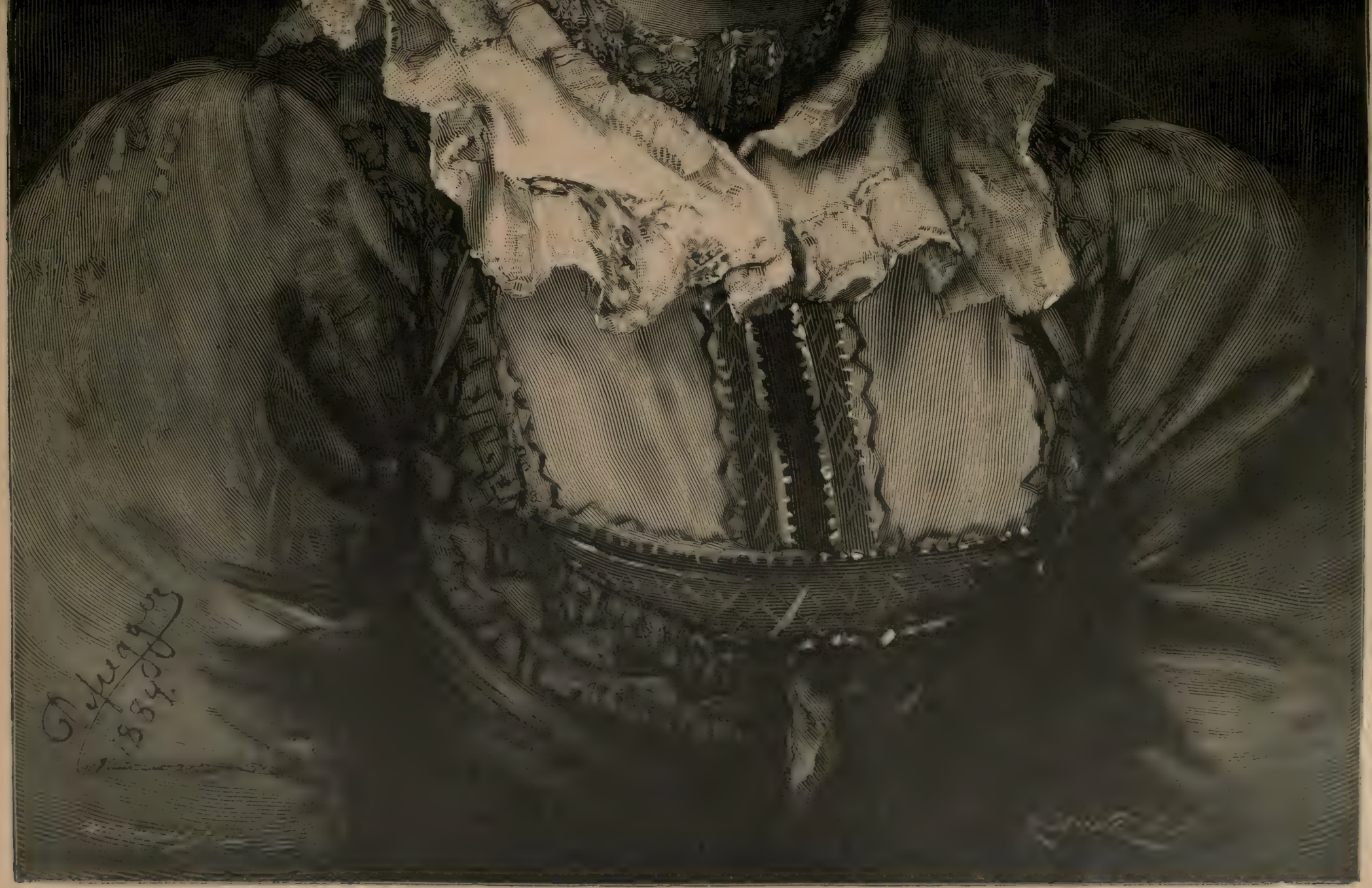
Doña Mónica, que era la mujer más tonta del mundo, á pesar de sus cincuenta años, de sus cincuenta dolencias y de su incurable viudez, aún se creía capaz de inspirar amor ó cosa parecida; y encontrando muy aceptable á Eduardo, empezó á distinguirlo entre los demás pupilos y á pedirle con empeño que le leyera sus coplas, á lo que accedía gustosísimo el vate de la calle del Codo, alentado por las exageradas alabanzas de aquella estantigua.

Eduardo no sospechó,—¡qué había de sospechar!—el móvil de aquellos elogios. Los atribuyó únicamente al mérito de sus versos, y más de una vez, al lamentarse la patrona de no ser rica para poder costearle la impresión de sus obras, la abrazó agradecido como si abrazara á su abuela.

Una tarde que Eduardo conversaba con doña Mónica, y se lamentaba, como solía hacerlo, de no encontrar quien le diera á conocer ante el público, le ocurrió á aquella nueva Mecenas una idea luminosísima.

Recordó que entre los varios huéspedes que se le habían ido sin pagarle, se encontraba un poeta cuyas obras *hacían furor* entonces en los teatros de tercera categoría. A él apeló, y no en vano, doña Mónica, obteniendo en su primera entrevista, á cambio de olvidar la trasnochada deuda, formal promesa de presentar á Eduardo á varios periodistas amigos suyos. En otra visita, que le hizo al día siguiente, consiguió más todavía; el autor dramático entregó á doña Mónica el álbum de cierta señorita, en cuyo libro ya había él puesto unos versos, encargándole que el joven Eduardo depositara en una de sus hojas las primicias de su inspiración.

Cuando doña Mónica entregó el libro á su huésped predilecto, le proporcionó indescriptible alegría; y acto seguido, el poeta en ciernes,



LONEI (Dibujo de Franz Defregger)

[illegible] en su cuarto para ver de escribir algo que fuera la base de su futura reputación.

Repasó Eduardo una por una las páginas de aquel [illegible] de versos, y desde luego supuso que la dueña del álbum sería una divinidad según se hacía constar en tantas y tantas poesías dedicadas á sus ojos, á su boca, á sus cabellos, á su corazón, á sus virtudes, etc., etc.

Buscando pues para su composición se le vino á la pluma el par de la interesada, y á esa extremada [illegible] dedicó unas quintillas, que eran la quinta esencia de lo malo.

En ellas hizo mil elogios de aquel pié que calificó de breve y de diminuto, diciendo de él, entre otras cosas, que al mirarlo con gracia y ligereza dejaba invisibles huellas en la arena más menuda.

Satisfecho de su obra, devolvió el álbum á doña Mónica, ésta lo hizo á su ex-huésped, y éste, por último, sin leer siquiera la producción de Eduardo, lo mandó á la interesada.

Al día siguiente, el novio de ésta envió al autor de las quintillas un cartel de desafío por medio de dos amigos suyos, para vengar la [illegible] que había recibido su futura con los versos del poeta novel.

Eduardo protestó, pero no le valieron coplas y, en el campo del honor, su contrario le [illegible] el pecho de una estocada que lo puso á las puertas de la muerte.

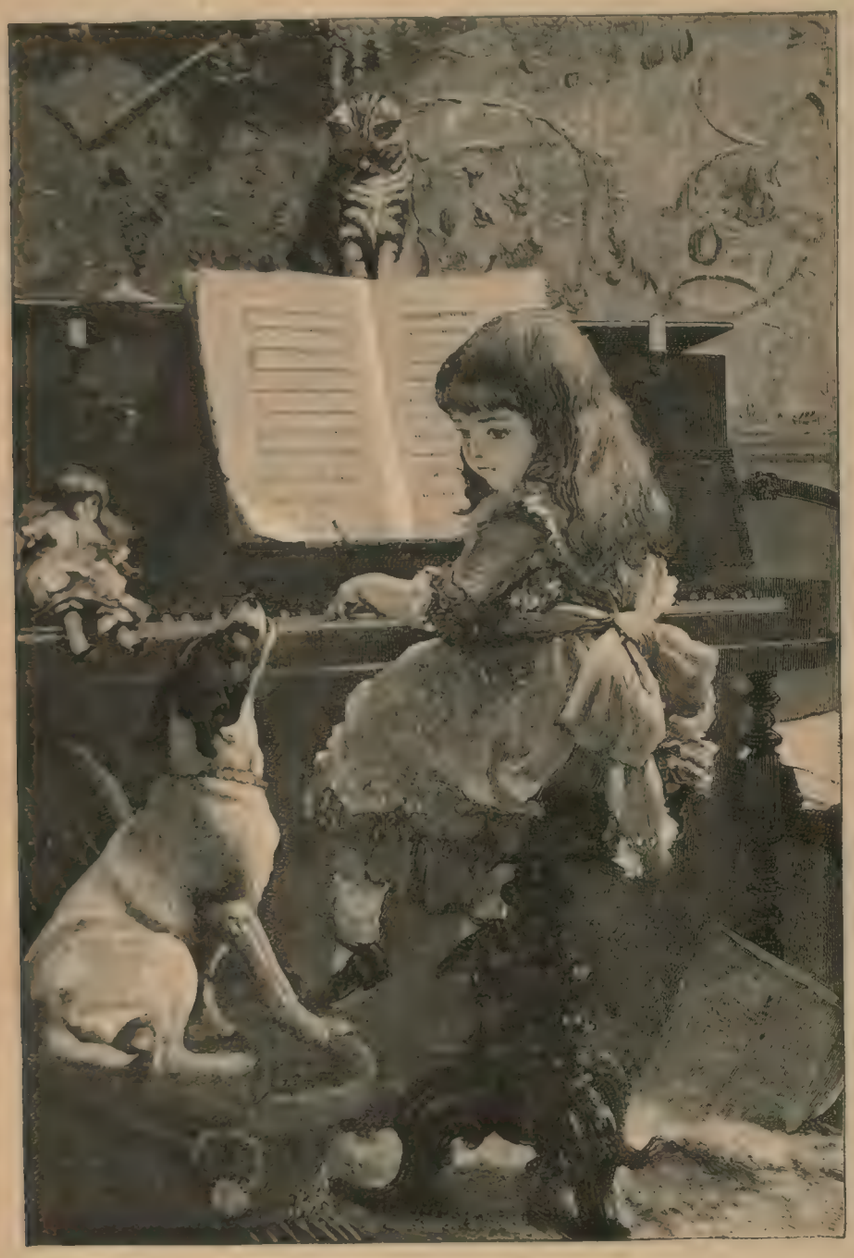
Una vez restablecido de su percance, lo primero que pensó fué abogar á doña Mónica, [illegible] de su desafío, pero al fin se [illegible] con marcharse de su casa para [illegible].

Hoy, [illegible] ya de sus aficiones poéticas, [illegible] algunos le pedían de versos para algún álbum, [illegible] sus cabellos, y sus labios [illegible] palabras: ¡Una y no más!

Supongo que habrán comprendido Vdes. lo que [illegible] el [illegible] de Eduardo, pero, por si no lo han adivinado, se lo diré en secreto.

La dueña del álbum... ¡era coja!

CARLOS CANO.



ROMANZA SIN PALABRAS (Cuadro de Burton Barber)

REVISTA CIENTIFICA

LOS BUZOS

Algunos trabajos practicados recientemente en las profundidades del mar,—entre otros, la extracción de los caudales contenidos á bordo del *Alfonso XII*, sumergido en el bajo de Gando,—dan interés de actualidad á una brillante conferencia dada hace pocos meses por M. Emilio Yung en la Universidad de Ginebra, si bien limitando su programa al empleo de las escafandras en las exploraciones de zoología marina.

A la verdad, pocas cosas aparecen más misteriosamente atractivas que esos aparatos de que se revisten los buzos y que todos conocemos, ya por haberlos visto funcionar, ya por lo que se habla de ellos en las novelas de Julio Verne, sin olvidarnos de la famosa escena de los *Sobrinos* por antonomasia.

El primer esbozo de la escafandra se remonta al siglo pasado: componíase entonces de un cilindro de palastro que encerraba la cabeza y el tronco del buzo dejando libres los brazos y las piernas; dos pequeñas lumbreras situadas delante de los ojos permitían ver lo que pasaba fuera, y al nivel de la boca abríanse dos tubos fijos en el cilindro, uno de los cuales servía para la entrada del aire y el otro para su salida. Tal la concibió Khingert, de Breslau, siendo objeto de sucesivas modificaciones y perfeccionamientos por parte de varios ingenieros, que la han convertido en un aparato de fácil manejo.

Empleada primeramente, por los pescadores de coral, esponjas, perlas y erizos de mar, y por los buzos que prestan su servicio en los muelles ha sido utilizada ahora por los exploradores de la fauna sub-marina, en las estaciones de Banyals, Roscoff y en la magnífica de Nápoles (1).

«Cuando el buzo se ha revestido con el traje de caucho, el casco de cobre, la esclavina del mismo metal y los borceguíes con suelas de plomo que deben lastrarlo en el agua,—dice monsieur Yung refiriéndose á los que descienden al fondo del mar para practicar observaciones zoológicas,—pesa de dos á tres quintales. La carga que lleva sobre las espaldas hace sus movimientos penosos al aire y no sin dificultad gana la escala de cuerda por donde debe descender al mar.

»El vestido impermeable, que forma saco, carece de flexibilidad y requiere mucho trabajo poder introducirse en él, siendo indispensable el auxilio de uno ó dos hombres. Hay que tener cuidado en cerrar herméticamente las aberturas; en los puños por medio de brazaletes elásticos, y al rededor del cuello pellizcándolo entre el collar metálico, al que rebasa algunos centímetros, y el casco. Es muy importante también llevar siempre interiormente algún abrigo de lana que protegerá contra los enfriamientos, y sobre los hombros una almohadilla para atenuar el efecto del peso considerable que soportan. Esta última precaución es indispensable para los que deben permanecer mucho tiempo bajo del agua.

»Hecho esto, el buzo se ata sólidamente al rededor del talle la cuerda de seguridad cuyo otro cabo permanece en manos de un vigilante y debe servir para las comunicaciones con la superficie. Pone el pié en la escala de cuerda que está sumergida cerca de unos dos metros y en la cual se verifican los últimos preparativos. Fija en su cintura redes, sacos y frascos para alojar la próxima cosecha, un cuchillo de hoja fuerte para hacer desprender los animales duros y demasiado adherentes y una lente para observar de cerca las especies más pequeñas. En fin, después de asegurarse del buen estado de la válvula que va á permitirle regularizar la alimentación del aire en el casco, el buzo da orden de atornillar la ventana redonda, que debe aislarle en su aparato y se abandona al elemento líquido.

»Los primeros instantes producen siempre cierta emoción, experimentándose una sensación especial de humedad, de frío y de presión, siendo esta última la más penosa, y áun haciéndose insoportable para algunos. Con frecuencia hay quienes se hacen retirar á menos de diez metros de profundidad por no poder resistir el vivo dolor experimentado en el tímpano. Por lo demás, el aparato que tan pesado é incómodo era en el aire, queda muy aligerado después de la inmersión y permite una gran libertad de mo-

(1) Si no estamos mal enterados debe de existir también en España una estación de este género, pero ha dado hasta ahora tan poco que hablar de sí, que no podemos proporcionar sobre ella más dato que el de su existencia.

vimientos, limitados tan solamente por el tubo de aire.

»Lo que sorprende sobre todo en el Mediterráneo,—dice M. Yung que ha bajado muchas veces con la escafandra,—es la belleza indescriptible de los colores. El azul domina por do quier, os rodea enteramente, y en el azul no tardan en distinguir los ojos los más ricos matices, los tonos más variados. A cinco ó seis metros es un deslumbramiento de azur.

»Esta coloración general resulta del color propio del agua bajo diferentes espesores. El agua es azul, y el color que trasmite es el mismo que el que refleja: sábese, por otra parte, que lo conserva al solidificarse. En la grieta de un glaciar gózase igualmente de este magnífico espectáculo, de un azul puro extendido sobre todas las cosas.»

Empero para que este azul sea puro, precisa que el agua permanezca perfectamente trasparente, por manera que si el mar está agitado el azul se mezcla con el amarillo y el verde, debido á la presencia de cierta cantidad de partículas sólidas procedentes del fondo, removido por la alteración de la superficie.

En cuanto á la intensidad de la luz bajo el agua varía según la profundidad y el estado del cielo. Bajo el cielo de Nápoles puédese leer á quince y hasta á veinte metros bajo el mar. A treinta y cinco metros es ya difícil distinguir los objetos.

Los zoólogos, dedicados á la clase de exploraciones que decimos, no suelen descender más allá de diez metros; cuando la presión alcanza una atmósfera se hace ya muy incómoda, aunque hay quien puede resistirla dos horas seguidas. A veinte metros, sólo es posible permanecer de quince á veinte minutos, por término medio, pues los movimientos respiratorios se hacen sumamente fatigosos. Con todo, hay buzos que han doblado y hasta triplicado esta profundidad, pero en el agua dulce.

En el agua salada la presión aumenta con la densidad, equivaliendo á 1.450 gramos por centímetro cuadrado para cada columna de agua de diez metros, en el Mediterráneo. De ahí que á sesenta metros sobrevengan alucinaciones, temblores y pérdida del conocimiento, pero no precisa descender á tanta profundidad para experimentar graves trastornos patológicos: á cuarenta metros preséntanse ya frecuentemente.

Uno de los mayores inconvenientes de la presión bajo el agua, es un gran saliveo y como no sería peligroso deglutir la enorme cantidad de aquella secreción á medida que se produce, suelen los buzos proveerse de un babero. Otro inconveniente consiste en el continuo empañamiento de las lumbreras del casco, á causa de la condensación del vapor acuoso del aliento y de la transpiración en los cristales. Algunos buzos los limpian sencillamente con la lengua, pero cuando se trata de ejecutar operaciones delicadas empléase una esponjita que se ata sobre la frente, bastando un ligero movimiento de cabeza para servirse de ella.

A la verdad, cuando el buzo no ha pasado de los dos metros, es decir, cuando tiene á su lado la escala, el temor no es grande, ni tampoco cuando se ha llegado á los tres metros, en cuyo caso está todavía á su alcance dicha escala, pero la cosa varía cuando se encuentra uno á veinte ó treinta metros de profundidad. De ahí que sea muy difícil ejercer por largo tiempo la profesión de buzo: en la mayoría de casos no tardan en experimentarse alteraciones más ó menos graves en el aparato respiratorio: la voz se vuelve ronca y óyese el murmullo de la respiración, accidentes que dimanan sin duda de los bruscos enfriamientos á que están sujetos los buzos, bañados en sudor cuando trabajan y terriblemente enfriados así que se permiten un momento de reposo.

Véase lo que refiere un buzo de Ginebra á propósito de un gran descendimiento que verificó á 45 metros de profundidad:

«A diez metros, dice, no experimenté casi nada, por estar familiarizado con una presión de dos atmósferas. A 20 metros el frío del agua me causa una sensible opresión, aunque sin incomodarme sobremanera. A 25 metros empiezo á sentir dolores de cabeza, y por un momento vélanse mis ojos y me zumban los oídos; pónense muy doloridos ciertos órganos. A 20 metros la cefalalgia se hace violenta y va aumentando siempre hasta los 40 metros, en cuyo momento mi cabeza experimenta la más extremada sensibilidad; me resiento de cada golpe de las chapaletas de la bomba y echo de ver que fluye sangre de mi nariz. En fin, á 45 metros, los fenómenos precedentes alcanzan su máximum de intensidad. La hemorragia nasal es bastante copiosa y pierdo sangre por los oídos. Cuéstame mucho trabajo el moverme, y mis fuerzas están enormemente disminuídas; me es menester tenderme con frecuencia boca arriba para descansar y también para que el aire pueda repartirse hasta las extremidades inferiores del vestido, donde de continuo se forman pliegues que tienden á incrustarse en los miembros, oprimiéndolos fuertemente y dándoles una especie de parálisis. Gracias á estas precauciones pude permanecer veinte minutos á esta profundidad de 45 metros, pero confieso que experimenté grandísimo contento al remontarme á la superficie del agua.»

LA ENFERMITA (Cuadro de Mary Gow)

El mismo práctico da los siguientes consejos higiénicos á los de su oficio: «La experiencia me ha enseñado que el buzo debe abstenerse de toda bebida alcohólica; si tiene sed, al partir, puede beber un vaso de buen vino tinto; nada de vino blanco ni de cerveza, por razones fáciles de comprender. No hay que bajar nunca durante la digestión. Algunos de mis colegas tienen la costumbre de comer, antes del trabajo, un poco de ajo crudo; este condimento facilita mucho la respiración, en efecto, pero su olor desagradable restringe naturalmente su empleo.»

No hay que decir que hay que bajar siempre con gran lentitud y remontarse de igual manera.

La condición esencial del bienestar en la escafandra consiste en la regularidad de la respiración, por lo cual y á fin de asegurarla en la medida de lo posible están provistas todas las escafandras modernas de un regulador de la circulación del aire. Precisa además que el juego de la bomba y de las válvulas esté perfectamente vigilado, pues una interrupción en la llegada del flúido podría traer las más funestas

JOVEN MARROQUÍ (Cuadro de Schlesinger)

GALANTERÍA (Cuadro de A. Kosakeiwicz)

consecuencias, por más que M. Petersen crea que el volumen de aire contenido en el casco podría entretener la vida durante cinco minutos, tiempo suficiente para dar la señal de alarma y hacerse subir. Además de esto, tiene que tener cuidado el buzo en disminuir el aire por su vestido, pues tiende siempre á ocupar la región superior, y en graduar bien la válvula de salida del aire para que no entre más del que sale, en cuyo caso se hincharía el traje y los plomos de que va cargado el buzo serían insuficientes para mantenerle en el fondo.

«El aire que sale del agua, dice M. E. Yung, produce un *gluglu* que constituye un serio inconveniente bajo el punto de vista de la percepción de los ruidos submarinos, siendo por otra parte verosímil que las profundidades del mar son muy silenciosas. Pero sea como quiera, ello es que el buzo está reducido á no poder comunicarse con la superficie más que por medio de señales convencionales. La misma cuerda con que está solidamente atado le sirve para entenderse con los que, á bordo del barco, están atentos á sus movimientos. Una fuerte sacudida impresa á la cuerda significa que *todo va bien*; dos sacudidas, *subidme*; tres sacudidas, *bajadme un saco*; una serie de sacudidas repetidas rápidamente señalan un peligro; es una suerte de grito de alarma que hace seais inmediatamente retirado por los vigorosos brazos de los marineros.»

Como se ve, es muy poco lo que puede decirse con la cuerda, además de la facilidad con que pueden interpretarse torcidamente sus indicaciones á causa del oleaje. M. Petersen pensó que el teléfono podría prestar preciosos servicios aplicado al caso, pero no han sido muy felices los ensayos hechos hasta ahora. «El buzo, cuyos movimientos de cabeza son muy limitados, cuyos conductos auditivos están rellenos de algodón para atenuar los efectos de la presión en el tímpano y cuya atención está constantemente distraída por el ruído del aire que se escapa del casco, no comprende distintamente las palabras humanas.» Es de esperar, sin embargo, que con el tiempo llegarán á obviarse estos inconvenientes y le será posible al buzo comunicarse ampliamente con su vigilante.

En cuanto á los buzos que trabajan al mismo tiempo en el fondo del agua, entiéndense haciendo tocar sus cascos mientras hablan y consiguen de esta suerte comunicarse sus impresiones.

ALFREDO OPISSO.

LAS ILUSIONES

Del horizonte han surgido
muchas nubecillas blancas,
y con rapidez se acercan
por fuerte viento impulsadas.
Ya en desorden se amontonan,
ora en jirones se rasgan,
ondulantes, vagorosas,
como fragmentos de gasa...
¡Qué bellas son!... ¡si parecen
las ilusiones del alma!

—

Por cima de mí las veo
como se deslizan raudas
cual tímidas avecillas
que huyen del plomo azoradas.
Ya han pasado... ya se alejan...
¡Ay! cuán rápida es su marcha...
¡Deteneos... deteneos
nubecillas nacaradas!...
No me escuchan... desparecen
burlándose de mis ansias...
¡Adiós, adiós ilusiones,
ilusiones de mi alma!

TOMÁS CAMACHO.

NUESTROS GRABADOS

LAS VÍRGENES LOCAS
Cuadro de Pendron

«Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y a la esposa.

»Mas las cinco de ellas eran fátuas, y las otras cinco prudentes.

»Y las cinco fátuas, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite.

»Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas.

»Y tardándose el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas.

»Cuando á la media noche se oyó gritar: Mirad que viene el esposo, salid a recibirle.

»Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas.

»Y dijeron las fátuas á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

»Respondieron las prudentes diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras, y para vosotras, id antes á los que lo venden y comprad para vosotras.

»Y mientras que ellas fueron á comprarlo, vino el esposo: y las que estaban apercibidas, entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta.

»Al fin vinieron también las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos.

»Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo que no os conozco.

»Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora» (1).

Esta parábola, una de las mas profundas que salieron de los divinos labios de Jesús, ha inspirado á numerosísimos artistas, que la han interpretado según su genial manera, siendo á nuestro juicio la de Pendron una de las más acertadas pinturas basadas en el expresado asunto.

EL RÍO SAN JUAN (ESTADOS-UNIDOS)
PANORAMA DE FREDERICTON

Fredericton es una ciudad perteneciente al Estado de Maine que en pocos años ha llegado á contar 10 000 habitantes. Tiene por su carácter mucho de canadiense francés, cosa no extraña por ser fronteriza con aquel país y estar regada por un río común á uno y otro territorio.

EL PEIXCADOR
Marina del señor Abril

El asunto que ha inspirado al joven y distinguido pintor valenciano señor Abril, el cuadro que verán nuestros lectores en la página 36, está tomado de la poesía valenciana del señor Aguirre y que fué premiada años atrás con la flor natural en los juegos florales. Se titula *El peixcador*, y en él, el pintor interpretando fielmente el pensamiento del poeta, presenta agrupada en la playa á la familia del marino en un día de tempestad. La composición está muy bien tratada y si anteriores cuadros no le hubieran dado al señor Abril una justa reputación, bastaría este para colocarlo en primera fila entre los que cultivan el género.

FRANCESCA DE RIMINI
Cuadro de L. Hoffmann-Zeitz

Quali colombe dal disio chiamate
con l' ali aperte e ferme, al dolce nido
volan, per l' aer dal voler portate:
cotali uscir della schiera ov' è Dido
a noi venendo per l' aer maligno,
si forte fu l' affettuoso grido.

. . . . . .

«Amor, que al cor gentil ratto s' apprende,
»prese costui della bella persona
»che mi fu tolta, e 'l modo ancor m' offende:
»Amor, che a nullo amato amar perdona,
»mi prese del costui piacer si forte,
»che, como vedi, ancor non m' abbandona:
»Amor condusse noi ad una morte:
»Caina attenda chi vita ci spense»
Queste parole da lor ci fur porte (2).

(1) (*San Mateo*, cap. xxv, vers. 1 á 13. Traducción de la *Vulgata* por el P. Scío de San Miguel).

(2) Cual palomas que llamadas por el deseo, abiertas é inmóviles las alas, vuelan á su dulce nido, llevadas por una sola voluntad, así esas dos almas salieron de la bandada donde estaba Dido, viniéndose hacia nosotros por el aire maléfico; tan fuerte fué mi afectuoso grito.

. . . . . .

«Amor, que pronto se apodera de los gentiles corazones, apoderóse del de la bella persona que me fué arrebatada, de tal modo que aún me duele. Amor, que no permite á ningún sér amado no amar, prendióme con placer tan fuerte, que como ves ni aún ahora me abandona. Amor nos ha conducido á la misma suerte. Caín espera al que nos mató allá arriba.» Tales fueron sus palabras.

Tal es el pasaje,—tan caro á las heroinas de Echegaray,—que ha tratado de interpretar Hoffmann-Zeitz, después de haber tentado á infinidad de pintores y músicos. No hay que decir que ha salido airoso del asunto, pero á buen seguro que no será el último que se sienta atraído por los lamentables amores de aquellas interesantes víctimas de la literatura caballeresca.

ISABEL DE ESTE
Retrato del Ticiano

Esta ilustre dama, marquesa de Mantua y hermana del famoso *ducca Alfonso*, marido de Lucrecia Borgia, fué una de las mujeres más notables de su tiempo, así por su divina belleza como por su apasionada afición á las cosas del arte. Mantenía correspondencia con los principales sabios y pintores de su época y no reparaba ni en dinero ni en medios para hacerse con las preciosidades artísticas de que estaba henchido el museo del palacio de los Gonzagas; pinturas de Mantegna, del Correggio, del Ticiano y del Perugino; estatuas griegas, mayólicas, barros de Gubbio, curiosos instrumentos, raras ediciones del Petrarca, el Virgilio de las prensas aldinas, etcétera, etc.

Fué grande amiga de los latinistas de Nápoles Pontanus y Vergerius, del impresor Aldo, de Venecia, y mereció ser cantada por el Ariosto en su *Orlando*. Todas las riquezas acumuladas por Isabel en su palacio de Mantua desaparecieron en el saqueo de que fué objeto aquella ciudad en 1630 por parte de las terribles bandas de alemanes luteranos, con gran contentamiento del católico conde-duque de Olivares.

Figura esta obra en el Belvedere de Viena.

MOMENTO DE PELIGRO
Grupo en bronce, por Tomás Brock

Nadie pondrá en duda que esa obra no se recomiende por su sólido modelado; que no aparezca expresada con mucho realismo la intención del drama; que no haya mucha gradación en las partes; que no se vea la mas perfecta naturalidad en las actitudes, con ausencia de todo convencionalismo; que así el caballo como el ginete indio no sean vivo trasunto de la verdad, pero, áun así, esas obras alborotadas y violentas señalan siempre un período de decadencia en el arte y en la inteligencia,—sin exceptuar siquiera el *Laocoonte*,—siendo así que los períodos culminantes se señalan por obras donde aparece la más augusta tranquilidad, como lo atestigua la Venus de Milo, suprema expresión de la más ideal y noble de las artes.

LONEI
Dibujo de Franz Defregger

Es sin duda Defregger la más descollante figura de la escuela fundada en Munich por el benemérito Piloty. El artista que ha trazado esa *Lonei*, tan magníficamente grabada, revela que posee excepcionales facultades de modelador y que no en balde ha de haber estudiado las obras inmortales de Rembrant.

ROMANZA SIN PALABRAS
Cuadro de Burton Barber

Bueno es que haya de todo, así encopetados pintores de historia como modestos cultivadores del género llamado anecdótico. La cuestión está en hacer las cosas bien, como no podrá negarse que lo ha conseguido Mr. Burton en su linda y chispeante *Romanza sin palabras*.

LA ENFERMITA
Cuadro de Mary Gow

Dulce impresión produce la vista de esa obra, inspirada en un vivo conocimiento de la infantil edad, no siendo preciso ser muy lince para adivinar que es mujer la que ha pintado el original. Y no por ninguna cualidad inferior, sino por la exquisita ternura con que está interpretado el asunto, ternura reveladora,—y propia,—del sexo que en mal hora no quiere ya llamarse débil.

JOVEN MARROQUÍ
Cuadro de H. Schlesinger

Nadie le gana al reputado artista vienés en pintar lindos palmitos, según de ello habrán podido convencerse nuestros favorecedores recordando los cuadros que de este autor hemos dado. Podrán ser los títulos que les pone Schlesinger á sus obras más ó menos ajustados al riguroso carácter histórico ó geográfico de lo que pinta, pero resulta que siempre hace *Bellezas*, á cuyo género hay no pocos aficionados.

GALANTERÍA
Cuadro de A. Kosakeiwicz

Un mozo de cuadra puede ser tan galante como cualquiera otro hijo de Adán, y dar muestras de esa recomendable circunstancia quizás con más frecuencia aún que los que viven en más elevadas esferas ó cilindros. Testigo sino ese mocetón sobre cuyos fornidos hombros halla apoyo la rolliza muchacha que de peldaño en peldaño va descendiendo del

pajar; robusta pareja que infunde todavía esperanzas en el porvenir de la humanidad, afligida con tal número de anémicos, enclenques y tristones.

EL ARTE HELÉNICO: LA NIKÉ DE SAMOTRACIA

Como antiquísima debe reputarse esta obra maestra, labrada por desconocido artista, aunque por el lugar en que se encontró la estatua debe suponerse fuese de extirpe pelásgica y presidiese al tremendo culto de los Cabires que tenía su centro en aquella sombría isla de Samotracia. Es á la verdad un resto imponente, ampliamente trabajado.

LA NOCHE DE LA MUERTE

¡Cómo está oscura la noche!
¡Qué negro está el firmamento!
Ni una antorcha sobre el mundo,
ni en las sombras un lucero.
Ni un leve rumor que turbe
tan espantoso silencio,
ni un vientecillo que mueva
las flores del cementerio.
Inmensas y tristes aves
cruzan por el cielo negro,
y aunque no logro mirarlas,
puedo decir que las veo.
¡Qué solo estoy! tengo frío;
¡qué solo estoy! tengo miedo;
estoy muy triste, muy triste,
muy solo porque estoy muerto.
Ayer estaba en el mundo,
ayer el vital aliento
animaba mi existencia
dando vigor á mi cuerpo.
Ahora todos me abandonan...
¿Quién se acuerda de los muertos?
¡Madre! ¡porque madre tuve!
¡Madre! ¿por qué estás tan lejos?
Diera yo toda mi vida
porque me dieras un beso.
¿Mi vida? ¿la tengo acaso?
Sólo me queda el recuerdo,
y es el recuerdo muy firme
y el existir pasajero.
Siento cruzar á mi lado
las almas de los que fueron,
que ni se atreven á hablarme
ni yo á llamarlas me atrevo.
¡Cómo está oscura la noche!...
¡Qué negro está el firmamento!...
¡Estoy tan solo, tan solo!...
¡Qué triste es el cementerio!
Quisiera llorar un poco,
quisiera... pero no puedo.
¡Pobre de aquel que se muere!
¿Qué cosa pueden los muertos?
Cómo se alza mi cariño
por los que en el mundo dejo:
ignoro si aborrecía;
si aborrecí, no me acuerdo.
Una mujer fué mi encanto,
mi luz, mi vida, mi ensueño...
Ella también me abandona...
¿Quién se acuerda de los muertos?
¡Qué soledad! ¡Cuánta sombra,
cuánto frío, yo me hielo!
¿Adónde torno mis ojos?
¿Adónde guío mi empeño?
Mi Dios, ¿por qué me abandonas?
¿Por qué me dejas, Dios bueno?
¿Es cierto que tú eres Dios
de vivos y no de muertos?
La antorcha de la esperanza
extinguió su santo fuego;
estoy solo en mi sepulcro,
estoy solo y tengo miedo.
Oyeme ¡oh Dios! estoy triste,
muy triste en el cementerio.
¡Tú que eres luz, dame vida;
Tú, que eres vida, consuelo! . . .
. . . . . .
. . . . . .
¡Ah! ¿qué miro? se colora
espléndido el firmamento;
vaga armonía se escucha
entre las luces del cielo;
cruzan mirando á la tierra
los espíritus, envueltos
en luminosos ropajes,
lanzando puros destellos.
¡Cuánta luz! ¡Cuánta ventura!
¡Qué armonía! ¡Qué concentos!
Ni estoy triste, ni estoy solo,
ni está oscuro el cementerio.
¿Y tú quién eres? ¿Qué buscas,
ángel que tocas mi pecho?
¿Por qué me miras tan dulce,
por qué tan dulce te veo?
¡Eres la Fe! te conozco;
tu mano me muestra el cielo:
Hay un camino de estrellas
y después... el sol eterno.
¿Te he de seguir? Ya te sigo;
estoy libre, ya lo siento:
Entre torrentes de vida
flota mi espíritu inquieto;
tierno arcángel, ya te sigo,
levanta, levanta el vuelo,
que al buscar el infinito
entre las ondas de fuego,
himnos alzaré al que justo
no se olvida de los muertos.

VICENTE RIVA PALACIO.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

VII

CELOS Y RECELOS

Don Leandro era uno de esos varones que tienen la virtud de saber dormir tranquilamente con los postigos del balcón abiertos.

Era de mañanita. La risueña luz del nuevo día reflejábase en los cristales de los balcones dejando en la penumbra la alcoba conyugal. Las campanas repicaban alegremente á misa de alborada y los devotos de la cofradía de la Virgen del Rosario entonaban por las calles de la dormida población el Rosario de la Aurora, aquellas seguidillas boleras con música puramente clásica y nacional que empiezan:

Cristianos venid,
devotos llegad.

Doña Cándida, la mujer de nuestro docto licenciado, que más que una hermosura presente era ya una hermosura pasada, despertóse perezosamente, restregóse los ojos con ambas manos como los niños llorones y notó que don Leandro dormido como un tronco y con la cara vuelta á la pared soñaba y predicaba de lo lindo.

La desvelada esposa haciéndose toda ojos y toda oídos, con esa curiosidad propia de las hijas de Eva, exclamó á media voz:

—¿Qué soñará mi buen esposo? Tempranito empieza la oración.

Don Leandro, revuelto como un ovillo, feo, sudoroso y con el brazo fuera de la sábana y la diestra hundida en la almohada y pegada á la mejilla, murmuraba al arrullo de su fatigada respiración:

—Es una perla, es una tentación. ¡Qué divina, qué guapa y qué zalamera es!...

Su cara mitad sonrióse como una bienaventurada.

El abogado cambió de posición, extendió los brazos y añadió:

—No he visto mujer igual en todos los días de mi vida,—articulando después de un prolongado suspiro:—Dios después de haberla criado, rompió el molde.

—No tanto, no tanto, niño,—exclamó doña Cándida sonriendo y pasándole suavemente la mano por la frente.—Sueña, amorcito mío, que yo también te quiero y te requiero con la más dulce voluntad.

El esposo continuó balbuceando muy por lo bajo:

—¡Oh Leandro! ¡Leandro eres digno de un cordel!

Doña Cándida fijó los atónitos ojos en el rostro de su esposo.

El esposo prosiguió:

—Si no hubiese llevado tanta prisa en casarme, hoy podría ofrecer mi mano, mis riquezas á esa estrella y decir al mundo entero...

Don Leandro agitó la cabeza, hizo un bostezo y enmudeció.

La pobre señora incorporóse como una hiena é hizo ademán de estrujarle, pero conteniéndose como espantada de su misma acción, cruzó los brazos y dobló la frente, en el mismo instante que los devotos del rosario cantaban debajo de sus balcones:

Los faroles ya están encendidos
por falta de gente no pueden salir.

—Para cantos estamos,—exclamó la ofendida señora, añadiendo con ira:—¿De quién se habrá prendado ese mostrenco? ¿Quién será la desvergonzada que le ha devanado los sesos y le hace soltar ese cúmulo de atrocidades?... ¡Oh soberana Virgen del Rosario! ¡Farolitos de su cofradía, iluminad la mente de mi buen señor para que me ame á mí, á mí tan solo, como es de razón y ley!...

Las lágrimas, ese mágico resorte que tienen siempre á mano las mujeres, salpicaron su pálido y alterado rostro.

El golilla hizo una mueca que hubiera envidiado al mismo Satanás, excitándole de paso la hilaridad, y balbuceó:

—Mi Cándida es tan cándida como su nombre.

—Gracias,—gritó con rabia la mujer, deslizándose de sus trenzas la dormilona.

El enamorado continuó:

—No puedo quejarme de ella. Se porta muy bien conmigo. Me regala sus caricias, y cada dos años un fruto de bendición.

—Que no los mereces, condenado.

Don Leandro, como si hubiese oído la voz de su mujer, volvióse de cara á la pared y continuó charlando de un modo imperceptible. La dama, con el pecho mal guardado y los hombros poco menos que desnudos, sentóse sobre la mullida cama, dobló el cuerpo, colocó el oído sobre la boca del varón, escuchó atentamente y dijo después con verdaderas muestras de amargura:

—Se queja... ¡qué sé yo de qué se queja!... ¡oh tunante, muy tunante!... ¿Conque me he vuelto obesa, y aumento en años y en carnes cada día, y mi rostro ha perdido la lozanía de la juventud, y mis cabellos se vuelven canos, los ojos llorones y los labios ajados, mientras la otra?... ¡Ah! ¡A esa, diera yo el escaparate con la Virgen de las Angustias para arrancarle las greñas en medio de la calle! ¡Cada día se presenta más guapa, más linda y más petrimetra en todas partes!...

Doña Cándida no cabía en la cama. La infeliz se hallaba en un potro. Pasó unos momentos terribles; pero poquito á poco tranquilizóse, cogió con ambas manos las sábanas y ocultó la frente en la almohada.

Procuró reconciliar el sueño, pero el sueño no acudió á sus párpados. Los pícaros nervios habían dado el traste con el dios Morfeo. Principió la ultrajada jamona á dar vueltas y revueltas por la cama... La manta y los abrigos parecían las velas de una nave hinchadas por la tempestad.

Don Leandro continuaba durmiendo como un bendito...

La mujer continuaba luchando con sus celos y recelos que no le daban tiempo de reposo.

—Yo sabré quién es esa buscona, esa barragana de Satanás, ese diablo con basquiña que ha cazado á mi señor marido, que por lo visto ha nacido para Gran Sultán.

El confiado esposo continuaba roncando de lo lindo.

La luz del día penetraba poquito á poco en la sala, para descubrirnos las pinturas de los muros que representaban la célebre muerte de Virginia, el canapé, los taburetes y una preciosa arquilla sobre la cual se destacaba una caprichosa cruz de palo santo y á ambos lados un reloj y un Niño Jesús de cera colocado dentro de una campana de cristal.

La desvelada dama, fija en su idea, puso las manos en cruz, y fijando los llorosos ojos en el techo de la alcoba, articuló:

—¿No es verdad, Santo Angel de la Guarda, con quien me acuesto, con quien me levanto que descubrirás ese lío, para que pueda arañar el rostro á este tunante que ronca á mis espaldas y á esa bellaca digna de ser emplumada por la Santa Inquisición?

El ángel nada hizo y nada dijo.

—¡Oh! me ha acudido una idea,—repuso de pronto doña Cándida.—¡Gracias! ¡Gracias, farolitos del Rosario, por haber iluminado mi mentel... Todo lo averiguaré.

Saltó de la cama, vistióse á toda prisa, aderezóse la marmota del mejor modo posible, empolvóse el pelo, atóse la escurrida basquiña á la cintura, prendióse el velo, encomendó los niños á la doncella y salió.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

LA NIKÉ DE SAMOTRACIA

GONZALO TARRIO, Ofic. Ma. 107. Isabel Millán, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año V | Barcelona 22 de Enero de 1887 | Núm. 212

HERMES (Cuadro de W. Richmond)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid*. Cartas á mi prima, por Fernanflor.—*La [illegible]* (continuación), por Juan Tomas Salvany.—*Recuerdos [illegible]*, por Alfredo Opisso.—*Perico Antona*, por A. Sánchez Pérez.—*La dicha de ser padre*, por [illegible].—Nuestros grabados.—*A María* (soneto), por Vicente Blasco Ibáñez.—*La fuente de los currutucos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Hermes.—Caricaturas. En las rocas, desembocadura del Tajo.—El Alcázar de Toledo.—Abanico veneciano del siglo XVIII.—El arte en Roma (cuatro grabados).—El sueño de Carlos IX.—El reto.—Tocados femeninos de principios del siglo XVIII (siete grabados).—Vista interior de la iglesia de «El Transito,» en Toledo.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

LA REGINA DE SABA

QUERIDA Carmen: Hoy puedo hablarte de algo risueño, del estreno de la ópera *La Regina de Saba*, recordándote, así, una de aquellas noches espléndidas del teatro Real en que tú contribuías al mayor lucimiento del espectáculo con las gracias de tu rostro y la elegancia de tu traje... Todo Madrid estaba, y si añades que en aquella misma noche la sociedad debía bailar en la legación de Austria, puedes imaginarte el teatro de la ópera: muchos vestidos claros, muchísimos brillantes, magníficos escotes...

No sé si conoces el argumento de la ópera del maestro Goldemark. Te le referiré brevemente. Carlos Goldemark es alemán, nació en 1830, se ha distinguido en la composición de *cuartetos* y *grandes sinfonías*. *La Regina de Saba* es la primera ópera de las que ha compuesto; se estrenó en 1874, en Viena, donde obtuvo gran éxito. Goldemark es wagneriano. Traducida al italiano esta ópera no produjo el mismo efecto que en Alemania. Representada en Madrid... Pero no anticipemos los acontecimientos, prima. Fórmate idea de la ópera siguiendo con los ojos de la imaginación los cuadros que evocaré rápidamente con mi pluma. Asistes al Real, en tu palco, y no quitas la vista de la escena sino alguna que otra vez, para ver si te mira tu novio. Ves, por lo tanto, que se alza el telón y aparece la escena dividida en tres naves, por dos columnatas; te encuentras en el patio del palacio de Salomón. El Gran sacerdote conversa con su hija Sulamid, y fortalece su espíritu y su corazón; Sulemid teme que su novio, Assad, la olvide en la ausencia; el Gran sacerdote la dice que Assad juró guardarla fe y que no puede ser traidor á la fe jurada. De esto suelen entender más las hijas que los padres. Assad aparece luégo y Sulamid ve que la mira con frialdad, quiere interrogarle y él la recrimina y se aleja. Sulamid tenía razón; Assad es perjuro. Aparece Salomón cuando Assad se retira; Salomón le recuerda que prometió su amor á Sulamid; Assad contesta que por el momento está enamorado de una extranjera de maravillosa hermosura. Llega en esto la reina de Sabá y Assad reconoce en ella la protagonista de su aventura... Se cree en el caso de recordarla el pasado y ella niega y se asombra y se indigna... Entonces es decir que el maestro Goldemark aprovecha la ocasión para que todos los instrumentos de la orquesta levanten el mayor estrépito posible.

El segundo acto pasa en un jardín. Assad desempeña un traje de caza; la reina viene á distraerse en la soledad del bullicio de la fiesta; ya está sola, ya es mujer, no reina; entonces se ofrece á los ojos de Assad como una visión amorosa. Assad la cree celestial aparición, y, acariciado por ella, envuelto por ella en el mismo velo de que se ciñe, deslumbrado y desmayado, le deja sobre la escalinata de la fuente, de donde le recogen después. Le recogen para llevarle á la tienda á que se casa con Sulamid. Aquí el jardín se desvanece y aparece un templo. Sulamid está vestida de blanco, la reina la ofrece una copa llena de perlas y ella las rechaza con horror. Assad se precipita sobre la reina y la quita el velo... ¡Indignación general!... Sulamid llora, porque es caso de pena capital para su novio. ¡Así lo expresan furibundamente también todos los músicos abrazados á sus respectivos instrumentos!

Y viene el acto tercero... Salomón se divierte. Tenía debilidad sin duda por las bailarinas. Se comprende si bailaban pasos como el de *La Abeja*... Hé aquí una joven perseguida por el zumbador insecto y que se envuelve en su velo para librarse su lindo rostro de la picadura, y que así envuelta, la espanta, huye de ella y sigue sus giros, ataques y fugas. El insecto la persigue, y al fin, por algún pliegue se le entra la abeja en el velo, tiene que arrojarle y como al arrojarle ha quedado la abeja en él, baila en torno regocijada. Al cabo, con precaución, le agita, le sacude y el insecto huye y la joven tras él. Salomón era un sabio y sin duda encontraba en estas danzas trascendentales alegorías; los abonados del Real, sin ser Salomones, encuentran este paso muy bonito... Pero Assad está condenado á muerte y la reina de Sabá no es una Lucrecia Borgia, y no quiere que su enamorado perezca. Se ve, pues, en el caso de referir á Salomón sus devaneos y pedir gracia. Salomón la concede. En consecuencia debemos trasladarnos al desierto, al retiro de las vírgenes sagradas y todo lo más cerca posible de cierta palmera... Assad está solo; la reina de Sabá viene á coquetear de nuevo con el desterrado, pero éste se ha vuelto casi un Salomón en el ostracismo y desoye sus pérfidas insinuaciones... Levántase horrible tempestad, nube de arena cubre el desierto, Assad tiembla... Y entonces se le presenta Sulamid, la invariable, la tiernísima, la que nunca él debió olvidar y á quien olvidó tan desdichadamente... Y entonces los remordimientos limpian su corazón del amor de la reina y se le devuelven á Sulamid puro y ardiente como antes de la ausencia. Después de esto, lo mejor es morirse y esto hace Assad con aplauso de los espectadores.

Y ahora, me dirás, ¿ha gustado la música? Te diré; consultando opiniones, podrías convencerte de que no. La música de Goldemark pertenece al género de Wagner; recuerda el estilo de *Lohengrin* y *Tännhauser*, si bien los inteligentes no conceptúan tan buena como estas óperas *La Regina de Saba*. Los españoles y los italianos somos apasionados de la melodía, y difícilmente nos acostumbramos al drama musical de los wagnerianos. Así, pues, hemos empezado por no entender en la primer noche *La Reina de Sabá*, y lo único que nos consuela es que tal vez lleguemos á comprenderla en otra temporada. Sin embargo, de común acuerdo hemos convenido en afirmar que es una ópera excelente; acuerdo discretísimo que hace honor á nuestra modestia. No cabe duda,—querida prima,—que Wagner ha ganado mucho terreno entre nosotros desde hace años: *Lohengrin* y *Tännhauser* son óperas que no comprendíamos y que hemos comprendido al fin, gracias á muchas explicaciones; sin embargo, la mayoría del público madrileño opina del gran maestro alemán lo que aquella buena señora que tú recordarás sin duda... Oyendo cierto teclear en el gabinete donde estaba su hija la gritó:—¡Ya sabes que no te permito tocar música de Wagner!—¡Mamá,—la contestó,—si no toco; si es que están afinando el piano!

Han sido muy elogiadas las decoraciones de esta ópera y los trajes de los cantantes. Realmente han vestido éstos con lujo oriental. La Kupfer, la Pascua y Gayarre, estaban deslumbradores.

La ejecución maravillosa, querida prima.——Todos se esmeraron; los coros, la orquesta, admirables.

Las Revistas especiales que tú recibes y lees, podrán darte detalles de esta solemnidad, y en ellas podrás seguir la polémica eterna de los melodistas y los instrumentistas. Yo doy aquí por terminada esta reseña y para llenar el espacio acostumbrado de mi carta me permitiré hablarte de las dos principales figuras bíblicas de la ópera...

¡Qué figura tan bonita la de la reina de Sabá! ¿Cómo no habrán hecho de ella y de Salomón los verdaderos amantes de la ópera? Porque ella, según parece, no estuvo enamorada ni podía estarlo de un hombre que no fuese verdaderamente extraordinario, que no fuese digno de ella. Dicen que vino desde un reino á visitar á Salomón, atraída por su fama de sabio, y que para probarle le hizo muchas difíciles preguntas, lo cual supone que ella era más sabia que él todavía. La reina de Sabá le encontró, sin duda, tan agradable de cuerpo como de espíritu; y después de haber cambiado muchos presentes se separaron, sin que ninguno de ellos reservase al otro ningún sentimiento de sus corazones. Uno y otro perdieron en sus conversaciones científicas la serenidad propia de la sabiduría y todas sus controversias,—así lo afirman los autores,—terminaban con un beso. Y cuando volvio á sus Estados la reina pudo anunciar á sus súbditos que serían gobernados con el tiempo por un rey sapientísimo, pues no podía menos de serlo el príncipe heredero. Cuando se lee en los comentaristas la descripción de las riquezas con que Salomón y la reina se obsequiaron, y las sumas de oro y plata que se regalaron uno al otro, admira que pudiese haber tanto metálico en solos dos reinos y en solo un mundo. Quizás haya en las historias alguna equivocación de guarismos; la tradición, es sabido, tiene siempre los bolsillos llenos de ceros.

Existe una leyenda en que se dice que la reina de Sabá, para convencerse de la sabiduría de Salomón, le envió una embajada y con ella una caja dentro de la cual había un diamante (que tenía un agujerito que le atravesaba tortuosamente) y un vaso de cristal. Salomón debía meter un hilo por el diamante y llenar el vaso de un agua que no viniese ni del cielo ni de la tierra. Salomón resolvió los dos problemas. Para entrar el hilo le ató al extremo de un gusanillo que caracoleó por dentro de la piedra preciosa y el vaso le llenó del sudor de su corcel que fué y vino largo tiempo, á la carrera. Pruebas tan concluyentes hubieran enternecido cualquier corazón,—prima mía,—por vulgar que fuese: cuando menos el de una reina.

Te advertiré, sin embargo, que no todos los comentadores de la Biblia están conformes en que la reina de Sabá fuese dueña de tal imperio; hay quien sostiene que no era tal, sino una gran señora de admirable belleza, de riquezas inagotables, de carácter independiente, que se llamaba entonces *Balkis* como hoy hubiera podido llamarse *Trini*. Y dicen que era muy simpática y tan conciliadora con todo el mundo, que cuando dejó el reino de Salomón, no sólo lloraba el sabio Rey, sino también sus mil y tantas mujeres.

De todos modos no hay ficción del pensamiento que no resulte al fin justificada; el reino de Salomón, su sabiduría, su opulencia, la hermosura, el tiernísimo corazón de Balkis, todo aquel magnífico pasado se ha hecho realidad y se ha llamado ópera.

Este gran estreno ha llenado la semana del mundo filarmónico; la semana del mundo literario será colmada, sin duda, por *Los dos fanatismos*, drama que mañana se estrena en el Español.

No será *Los dos fanatismos* sino los *tres*... Contando con el *fanatismo* de nuestro público por Echegaray.—Besa tus lindos piés,

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Este patio, según ya dije, por medio de un largo pasadizo y de una puerta de comunicación, situada debajo de la escalera, venía á ser la

prolongación y remate del zaguán. La escalera, cosa rara en Madrid, era de piedra, con peldaños altos, desiguales, grasientos y desgastados, recibiendo la luz del patio por una reja pequeña y cuadrada, con barrotes de hierro, abierta á considerable elevación sobre cada meseta, y las paredes que limitaban su caja estaban estucadas, con un estuco cayendo ó grieteándose en unos lados, negro ó amarillento en otros; en su parte superior la cubría y la alumbraba á un tiempo, al nivel del tejado, un largo tragaluz en forma de óvalo, con alambrera y cristales negruzcos, empolvados y llenos de telarañas; la barandilla era de hierro labrado, con pasamano de madera, ancho y carcomido, lo mismo que las puertas que daban acceso á los diversos cuartos, á las cuales se llamaba tirando de sendas cadenillas de metal entre negro y amarillo, pendientes á la izquierda del marco, rematando en un anillo y haciendo sonar de un modo destemplado, al tirarse de ellas, una tosca campanilla situada en el interior de cada cuarto. Durante la noche, hasta las once de la misma, hora en que la portera, cerrando el portal, las apagaba, vertían macilenta luz sobre esta escalera, arrancando siniestros reflejos á la grasa de los peldaños, á los hierros de la barandilla y al estuco de las paredes unas candilejas de petróleo, sostenidas por otras tantas abrazaderas empotradas en aquéllas. El primer tramo, que terminaba en el rellano del piso principal, ofrecía una pendiente más suave que la de los subsiguientes, los cuales se iban empinando á medida que se subía, como si á su construcción hubiera presidido el propósito deliberado de castigar el inquilino con una fatiga proporcionada á su indigencia.

El primero y segundo piso de la casa eran enteros, es decir, abarcaban toda el área de la misma, excepto el patio; el tercero estaba partido en dos, de los cuales me había á mí cabido en suerte, ó en desgracia, el de la izquierda. Este último, ó sea el cuarto que acababa de alquilar, constaba de un pequeño recibimiento, atravesado por un pasillo que conducía por un lado á las habitaciones de delante, consistentes en una sala y un gabinete á la francesa, con balcones á la calle, todo ello bastante reducido, y por el otro á las habitaciones de atrás, que eran la cocina y el comedor, con una alcoba éste, y ambos con vistas á un segundo patio, comprendido entre mi casa y la inmediata. Estas habitaciones eran las más oscuras, húmedas y tristes de la casa, y desde ellas se hallaba uno en comunicación auricular con los vecinos. En el pasillo había dos cuartitos interiores, que recibían luz y ventilación por otros tantos montantes abiertos en los tabiques que respectivamente los separaban á uno y otro lado, del gabinete y de la sala. Todas las habitaciones, sin omitir la alcoba del comedor, estaban estucadas, con exclusión de este último, la sala y la cocina, revocada ésta y empapelados aquéllos, cada uno según su importancia y destino. Adornaban la sala y el gabinete sendos cielos rasos, claros y limpios, con cenefas oscuras y rosetones de relieve en el centro; cubría las paredes de la primera vistoso papel floreado sobre fondo perla; comunicaba con ambas una puerta vidriera de cristales con labores y visillos encarnados; los suelos eran de fino baldosín, recién puesto, y por los balcones de ambas piezas se entraban raudales de luz, de aire puro y de sol de mediodía, gracias á la casa fronteriza, cuya elevación no pasando de dos pisos, daba generoso y libre acceso á semejantes beneficios.

Tal era, someramente descrito, el cuarto tercero izquierda de la casa de Pedro López, que acababa de alquilar y me disponía á poner con la comodidad que mis recursos permitían. En efecto, aprovechando los restos del mueblaje y utensilios de nuestra antigua casa, mandé alfombrar la sala y el gabinete, esterar los pasillos y demás habitaciones, colgar cortinas en las puertas y balcones respectivos, y colocar cada mueble en su lugar correspondiente. Destiné al criado uno de los cuartos interiores, situado enfrente de la puerta de la escalera, hice del gabinete mi dormitorio y de la sala mi despacho, quedando así instalado, sino con el lujo apetecible, con el decoro al menos debido á mi persona.

Paco Ramírez, que tal nombre y apellido usaba el licenciado del ejército, recién entrado á mi servicio, era un aragonés de unos veinticinco años, moreno, alto, fornido, testarudo como buen hijo de su madre patria; pero con la fidelidad de un perro y la exactitud de un matemático en el cumplimiento de su deber, á juzgar por los informes de su antiguo jefe y amo.

—¿Sabes guisar?—le pregunté.

—Si el señorito se contenta con comer lo que mi capitán...—respondió el ex-asistente.

—Veamos tus habilidades. En la cocina tienes lo necesario; ahí va dinero para la compra de mañana y... ¡mucho ojo con las sisas!

—A la orden mi... señorito.

—Perfectamente,—añadí por lo bajo;—no tendré necesidad de comer en público, ni de que me exploten fondistas.

En seguida, satisfecho de verme instalado en toda regla, me asomé al balcón á contemplar la vecindad.

Era al caer de una melancólica tarde de Diciembre; el sol se hundía en el ocaso, como un ministro que depone su cartera á los piés del soberano, con la esperanza de recobrarla en breve; algunos negruzcos nubarrones, de formas raras y gigantescas, amenizaban el puro azul del éter; el viento, frío y suave, al azotarme el rostro, traía á mis oídos los infinitos rumores de esa gran colmena llamada Madrid, donde abundan más los zánganos que las abejas, y cuya miel, casi siempre inadvertida ó despreciada, se seca y se evapora en las celdillas de los corazones y de los cerebros en que fuera fabricada. Muchedumbre de pacíficos ciudadanos discurría tranquilamente por la calle en opuestas direcciones, desde la desfachatada chula al atildado caballero, desde el aguador, cargado con su cuba, á la gran dama, cargada con su vanidad y sus alhajas, mientras venían á confundirlos y barajarlos, salpicándolos de barro y como escupiéndolos sobre las aceras, las ruedas de los carruajes que, al estremecer el empedrado, atronaban sus oídos. Las tiendas, ostentando en sus vistosos escaparates una variada multitud de objetos, ya útiles, ya preciosos, y de tentadoras golosinas, eran otros tantos lazos tendidos al bolsillo del ocioso ó atareado transeunte; entre ellas, interrumpiendo la monotonía de la calle, veíase aquí una carbonería, allá un café, acullá un estanco, más arriba una farmacia, una lonja de ultramarinos al lado de un palacio, en animado contraste y bulliciosa algarabía todo ello. Junto al portal de mi casa, es decir, la de Pedro López, un corrillo de tres personas ocupaba la acera, cual si hubiera echado allí raíces, interceptando el paso, sufriendo sin sentirlos, los codazos y las invectivas de los transeuntes. En un balcón del cuarto segundo, tirada, mejor que sentada, sobre una silla de enea, debajo de una cortina de persiana, envuelta en ancho mantón desde los piés hasta la barba, una mujer desgreñada y sucia miraba con ojos estúpidos á la calle, sonriendo de cuando en cuando y haciendo, no se sabía á quién, con la cabeza señas imperceptibles. Los balcones de la casa de al lado se hallaban cubiertos de ropa, y en el alero del tejado de enfrente picoteaban, trinando, algunos gorriones; sobre las tejas se levantaban las buhardas con sus caballetes cubiertos de pizarras, y á lo lejos, dominándolo todo, alzábanse más aún, como gigantes petrificados, las cúpulas de los templos, con sus linternas de cristales sosteniendo la cruz que abrazaba el vacío, símbolo perfecto y elocuente de nuestras creencias. Una niña de diez á doce años, asomada al balcón inmediato al alero del tejado donde picoteaban los gorriones, apuntó á mi rostro unos gemelos de teatro, examinándome con ávida curiosidad.

—¡Delicioso!—pensé cerrando el balcón.—Aquí podré entregarme sin estorbo á terminar la novela titulada *Los Aduladores*, que há largo tiempo anuncié al público.

Y me puse á escribir, sentado al *bureau* que había mandado arrimar á un testero de la sala.

CULLERCOATS: EN LAS ROCAS, DESEMBOCADURA DEL TYNE

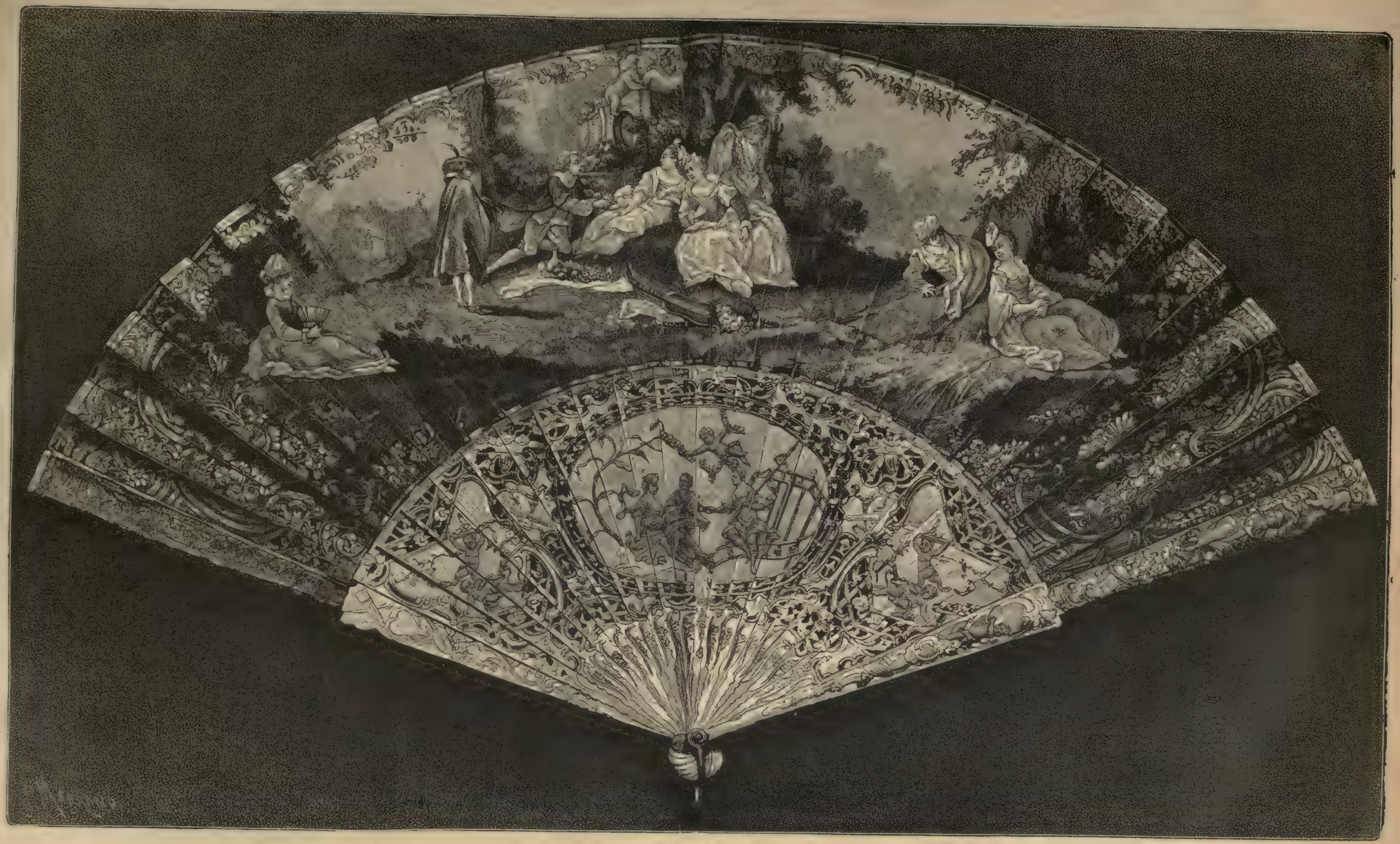
IV

Aquella noche y las dos siguientes, escribí sin interrupción multitud de cuartillas.

Los escritores, cuando nos entregamos de lleno á la producción, somos excéntricos y caprichosos como las mujeres en cierto estado; de uno sé que no podía escribir sin un loro posado en el hombro; otro lo verificó cerrando las ventanas en pleno día y alumbrándose con una bujía metida en un cráneo; y en fin, por no cansar, me consta que hubo quien no podía trazar un renglón sin antes sumergir los piés en un baño de agua caliente.

(Se continuará.) JUAN TOMÁS SALVANY.

EL ALCÁZAR DE TOLEDO, INCENDIADO LA NOCHE DEL 10 DEL CORRIENTE (Dibujo de P. y Vider



ABANICO VENECIANO DEL SIGLO XVIII (Dibujo de Yon.—Grabado de Maurard)

REVISTA CIENTÍFICA

Curaciones por «sugestion».—Sepultura y cremacion.—Nuevo papel.—Motor de aire carburado.—Los mosquitos y la fiebre amarilla.

MM. Fontan y Segard han comunicado últimamente á la *Sociedad de biología* curiosas observaciones de sugestión terapéutica, que demuestran pueden curarse con extremada facilidad, por la sugestión hipnótica, no solamente las alteraciones *sine materia* de la sensibilidad y la motilidad, sino también desórdenes circulatorios y secretorios dependientes de lesiones anatómicas precisas, como las que resultan de un traumatismo.

Los autores han conseguido hacer desaparecer, en una sola sesión de sugestión, rigideces articulares consecutivas á una antigua artritis traumática y á un reumatismo crónico de una duración de muchas semanas, y una impotencia de los miembros pelvianos, seguida de conmoción cerebral.

Las irradiaciones dolorosas y los reflejos despertados por una prostatitis específica ó una pelvimetritis febril bien caracterizada, han sido aniquiladas fácilmente; la propia secreción uretral ha podido ser cortada. Finalmente, un reumatismo articular agudo ha cedido completamente á un tratamiento por sugestión de ocho días; ya, al segundo, habían desaparecido los dolores.

Esas son aplicaciones enteramente nuevas de la terapéutica sugestiva, y sus resultados revisten grande importancia, por más que no rebasen el límite de las nociones adquiridas en fisiología, habiendo notado ya muchos autores, entre otros MM. Hack Tuke y Bernheim, que tales hechos podían explicarse por una acción sobre los nervios vaso-motores sobre el sistema nervioso de la vida vegetativa en general, acción que no es más difícil de admitir que la que recae sobre nuestras sensaciones y nuestros movimientos, es decir, sobre el sistema nervioso de la vida de relación, y entra perfectamente en el vasto cuadro de la influencia de lo moral sobre lo físico. *(Revue Scientifique.)*

***

M. G. Hay acaba de dedicar á la cuestión de la manera como conviene tratar á los muertos un interesante trabajo en la *Therapeutic Gazzette*, que vamos á resumir rápidamente.

El sér viviente,—lo mismo el hombre que los animales,—está compuesto de cierto número de elementos primordiales: carbono, oxígeno, hidrógeno, azufre, fósforo, cal, etc. Cuando muere, estos elementos se disgregan en forma de ácido carbónico, agua, amoníaco, fosfuro y sulfuro de hidrógeno, etc. La rapidez de esta disgregación depende de la temperatura, del grado de humedad, de la presencia ó ausencia de bacterias. Después de la desaparición de las partes blandas, quedan sobre todo carbonatos y fosfatos. Todos esos productos tienen su utilidad en la naturaleza: el agua y ciertos gases sirven para la alimentación de las plantas; las sales son diseminadas por el viento y arrastradas con las aguas, y si éstas contienen ciertos ácidos (carbónico y sulfúrico, por ejemplo), disuelven dichas sales que sirven también para la alimentación de las plantas. La materia tomada por los animales á los vegetales acaba por volver á la tierra de donde viene, y sirve de nuevo para la alimentación de las plantas. De esta manera, los seres vivientes consumen y utilizan no solamente los materiales mismos que han servido á sus predecesores, sino los que han contribuído á constituir éstos. Comemos los vegetales de los tiempos pasados, y á nuestros antepasados mismos, y nosotros á nuestra vez de alimento á nuestros descendientes.

ROMA ANTIGUA: EL COLISEO CON EL ARCO DE CONSTANTINO (Reducción de una estampa del Piranese)

En lugar de dejar verificarse libremente esta circulación de la materia, la ponemos considerables trabas enterrando á nuestros muertos. Con todo, la descomposición, aunque retardada, continúa el mismo resultado. Los elementos que de otro modo pasan á las aguas y van á servir de alimentación á las plantas acuáticas y á los animales que se nutren con estas, el círculo permanece el mismo, poco más ó menos. Pero el enterramiento ofrece peligros. Los líquidos orgánicos procedentes de un cadáver de tífico, de colérico, pueden, en los cementerios urbanos, ser arrastrados á las cloacas y los gérmenes morbosos llegar por tanto al contacto de los vivos; pueden filtrarse en los poros y envenenar á los que beben las aguas de tal manera infectadas. Para evitar estos inconvenientes, hay que relegar los cementerios lejos de las poblaciones.

Se ha creído que la cremación evitaría todos los peligros inherentes á la existencia de cuerpos en descomposición; evidentemente ofrece algunas ventajas, pero presenta también inconvenientes, aún fuera de los que puede tener bajo el punto de vista de la acción de la justicia, en los casos de muerte sospechosa. ¿Qué sucede, en efecto, en la cremación? Sir Lyon Playfair ha declarado de una manera terminante que los productos últimos de ésta son los mismos de la descomposición ordinaria, pero esto es muy dudoso. Verosímilmente, no se desprende amoníaco, y el azoe se produce en estado de gas aislado, solitario, no combinado. Esto constituye una diferencia importante. El azoe de los cuerpos sale en estado de gas puro, aislado en la atmósfera, en lugar de venir combinado con el hidrógeno bajo forma de amoníaco, siendo así que se admite generalmente que el azoe atmosférico no entra para nada en la nutrición de los seres vivos y que las plantas no se asimilan gran cosa de este, á no ser en estado de amoníaco (Liebig). La cremación tiene, pues, por resultado oponerse al retorno, en el círculo de la materia, de una cantidad notable de un gas útil, sustituyendo á éste un gas inerte.

No es esto todo. Las cenizas que resultan de la cremación representan sales útiles, necesarias á los vegetales, á los animales y al hombre, de los cuales se priva al suelo, en el mero hecho de conservarlos, por respeto, en las urnas funerarias. Esos fosfatos, útiles á los cereales, se convierten en inaccesibles; se les derrocha literalmente, dejándoles en las urnas.

En dos conceptos, por lo tanto, perturba la cremación el *curriculum* de la materia é impide á la naturaleza aprovecharse de los elementos que le son útiles. Es decir, que para M. G. Hay, la cremación representa una operación desastrosa bajo el punto de vista económico, una medida de prodigalidad.

Queda por saber ahora hasta qué punto esta medida puede perjudicar á la circulación de la materia útil *(Idem)*.

***

Un japonés acaba de inventar un procedimiento que permite fabricar papel con algas marinas. Este papel, muy consistente, es transparente hasta tal punto que se le puede emplear

en lugar de cristales. Recibe muy bien los diferentes colores é imita perfectamente los vidrios antiguos.

Este descubrimiento interesante no tiene nada de sorprendente, en atención á la naturaleza mucilaginosa de las algas, pero es muy de notar en razón de la importancia del papel. *(Mouvement Industriel).*

***

La *Revue-Gazzette commerciale et maritime* da cuenta de la explotación, por los constructores alemanes, de un motor de aire carburado.

La mezcla explosiva es producida por la máquina misma, que aspira el aire á través de un reservorio de bencina ó de otro cualquiera hidrocarburo líquido. El aire saturado pasa enseguida al cilindro, donde se mezcla con el aire atmosférico. Esta mezcla es comprimida luégo, é inflámase en el momento que se quiere mediante una chispa eléctrica.

Un aparato electro-magnético movido por el eje de la máquina es el que produce automáticamente, y con gran precisión, el incendio espontáneo de los gases.

Este género de motor está destinado á un gran porvenir, puesto que no exige ninguna canalización de los gases, siendo de creer que su aplicación se propagará mucho en la pequeña industria. *(Moniteur industrial).*

***

Muy á menudo háse preguntado, aunque en vano, de qué podían servir los mosquitos, no habiendo nadie, hasta el presente, podido asignar á su creación una causa final satisfactoria. El doctor Ch. Finlay, médico de la Habana, acaba de emitir una teoría que no satisfará ciertamente á los causa-finaleros, acostumbrados á creer la naturaleza llena de virtuosas intenciones y á considerarla como una especie de hombre *au petit manteau bleu* incesantemente ocupado en derramar beneficios; pero su teoría interesará á los biólogos. M. Finlay, que ha estudiado mucho la fiebre amarilla, declara que ésta no es transmisible ni por el aire, ni por contacto, sino tan solamente por inoculación, y para él, el agente natural principal de la inoculación es el mosquito, el *Culex*.

Este insecto recogería en los enfermos los gérmenes del mal, que trasmitiría á las personas sanas con sus picaduras. Mr. Finlay ha podido convencerse *de visu* que el aparato perforante conserva fácilmente fragmentos de la piel que acaba de picar. Cultivando las sustancias encontradas por él al rededor de una trompa de *Culex*, Mr. Finlay ha visto desarrollarse esporos análogos á los que se obtienen cuando se cultiva la sangre procedente de enfermos atacados de fiebre amarilla. Compréndese que puedan ser transportadas partículas de virus de un organismo á otro, en el mero hecho de la sucesión de picaduras que el *Culex* distribuye tan liberalmente. Un colega suyo americano, Mr. Hammond, confirma el parecer de Mr. Finlay, señalando un caso bastante curioso. En 1839, hubo una epidemia de fiebre amarilla en Augusta (Georgia), pero no se dió ningún caso en Summerville, localidad vecina, situada en las dunas y enteramente desprovista de mosquitos. Algunos años después, habiéndose construído una carretera á través de las marismas y abierto algunas cisternas, hicieron los mosquitos su primera aparición en Summerville, y en la epidemia de 1854, Summerville fué atacada como las poblaciones vecinas.

Mr. Finlay ha hecho algunos experimentos respecto á la inoculación de la fiebre amarilla. Ha inoculado 24 personas, y según el *Journal of the american medical Association*, del cual tomamos estos datos, cree, por lo que ha visto en ciertos casos, que esas inoculaciones pueden procurar la impunidad. No encontramos, empero, ningún dato sobre el método de esas inoculaciones en el referido periódico. Los estudios del doctor Finlay son interesantes; arrojarán, quizás, nueva luz respecto al papel de los mosquitos y podrán servir para dar á conocer mejor la historia de la fiebre amarilla. *(Revue d' hygiene).*

ALFREDO OPISSO.

*

PERICO ANTIBON

Salí verdaderamente indignado.

Y no porque al badulaque de Perico Antibon le pareciese mal el cuadro de mi amigo Manuel, sino porque dos horas antes había dicho él mismo todo lo contrario de lo que entonces propalaba.

Ya comprenderá el lector discreto que me refiero á un maldiciente. Perico Antibon lo era, —presumo que seguirá siéndolo si alguna de sus víctimas no le ha aplastado todavía,—y de la peor especie; con ser muy malos *per se y secundum quid*, los maldicientes de todas calañas.

Y digo que Antibon era de la peor especie porque era maldiciente injerto de adulador. Hay maldicientes, de maldicientes; sí, señor, que los hay; que maldicen por hacer gracia á su auditorio. Ellos advierten que cuando hablan mal de fulano y de mengano, las gentes se ríen, y caen en la cuenta de que son graciosos y de que pueden serlo siempre á muy poca costa. Otros hay que hablan mal del ausente, por costumbre; otros que lo hacen por envidia. Pero aún entre esos mismos los hay inofensivos; que murmuran del amigo, no para hacerle daño, ni con el propósito de perjudicarle en sus intereses, sino solamente por satisfacer esa inclinación natural suya á decir chistes y á pasar por agudos á costa del prójimo. Pero Antibon no pertenecía á esta clase; Antibon pasaba horas y horas, y yo creo que días enteros, discurriendo la manera de hacer más daño, de causar mayor perjuicio y siempre que podía introducir la desconfianza y el recelo entre dos enamorados; ó lograba producir el rompimiento de dos buenos y antiguos amigos; ó llevar al cisma á una familia bien avenida, gozaba con gozo repulsivo y odioso que se adivinaba en su risita falsa y en su mirar á lo zaino.

Vamos que yo no podía resistir á Perico.

Tropezábame con él, y aún venía á sentarse á mi lado en algunas reuniones y me llamaba *compañero;* vea V., ¡yo compañero suyo! habría yo preferido la compañía de un capitán de ladrones.—Pero yo muy pocas veces correspondía á su saludo, y en más de una ocasión le dejé con la palabra en la boca, cuando en la calle ó el paseo, en el café ó en el teatro, tuvo la ocurrencia de dirigirme alguna pregunta.

Manuel era el reverso de la medalla; para Manuel no había amigo malo, ni poeta mediano, ni artista que no mereciese corona, ni mujer que no fuese digna de ser colocada en los altares; era ya demasiado bueno. Pero, en fin, caso de pecar, vale más que sea en este sentido que en el otro.

Para mí Manuel solamente tenía un pero; la amistad de Perico.

Tratábale con cariño; recibíale en su casa; solía prestarle dinero y hasta le tuteaba; á mí esa debilidad de Manuel me desesperaba. En vano le prediqué uno y otro día para que rompiese esa amistad que le favorecía muy poco.—

LA COLUMNA DE TRAJANO (Reproducción de una estampa del Piranesc)

EL SUEÑO DE CARLOS IX, DESPUES DE L

E DE SAN BARTOLOMÉ (Cuadro de Max Adamo)

«Son aprensiones tuyas, me dijo siempre. Perico es muy buen muchacho, un infeliz, que me quiere mucho y me presta servicios que acaso ninguno de mis amigos podría prestarme, sino que tú le has tomado ojeriza, y no le juzgas con imparcialidad.»

Hube, pues, de renunciar á mis propósitos de alejar á Perico de la intimidad de Manuel, y por el contrario, yo comencé á escasear mis visitas. Pero Manuel había terminado un cuadro que se proponía llevar á un concurso que exposición y habiéndome rogado el que fuese al taller para ver su obra y para decirle con franqueza mi opinión acerca de ella, acudí con gusto, porque estaba muy convencido de que Manuel habría hecho una obra maestra. No me engañé, el cuadro de Manuel era un magnífico cuadro. Así se lo dije y así se lo repitieron conmigo varios compañeros que, como yo, habían sido invitados por el autor.

Entre ellos, claro es que se hallaba, sin separarse un momento del artista, el antipático Antibon, lanzando, sin cesar, exclamaciones de asombro que ya parecían empalagosas áun á los más entusiastas. —Prodigioso, decía, prodigioso; chico, esto es un verdadero asombro; no lo digo por adularte, sabes que detesto la adulación, y que por carácter soy poco aficionado á lisonjas, pero tu cuadro es una maravilla. Esto es sorprendente; ese aire se respira, esas figuras hablan, esas flores se huelen, esas frutas se comen. No digo ya los Casado, los Gisbert, los Pradilla, los Sans; ni Velázquez, ni Murillo, ni Rafael, sirven para lavarte los pinceles.»

Aquellas exageraciones, que con asombro mío, escuchaba Manuel con la sonrisa en los labios, produjeron en todos nosotros un efecto muy desagradable, y no faltó quien pusiese correctivo á ese torrente de estúpidas y descaradas adulaciones, indicando, aunque cariñosamente al pintor, alguna incorrección y algún descuido que notaba en la obra; Manuel escuchaba sus indicaciones con la misma sonrisa de agradecimiento y no parecía mostrarse ofendido.

La sesión terminó; salimos poco á poco del taller y nos separamos del artista.

Poco tiempo después y como nos encontrásemos gran número de los mismos amigos de Manuel, en la cervecería inglesa, ví á Perico decir del cuadro tales cosas que, como antes he dicho, me retiré indignado y temeroso de arrojarle una botella á la cabeza. Tal salí de la cervecería que como si me hubiesen disparado, me encaminé corriendo á casa de Manuel. Entré precipitadamente y casi sin poder respirar en su taller y me le encontré retocando su cuadro, modificando algunos trozos, corrigiendo algunos efectos de colorido.

—¿Qué pasa?—me preguntó asombrado.

ARCO DE TITO (Reducción de una estampa del Piranese)

—Mira,—le dije, sin poder dominar mi enojo.—De hoy no pasa. Has de elegir entre la amistad de él y la mía. Yo ni debo, ni quiero decirte por qué; pero yo no puedo permitir que seas tan cándido, por no decir tan necio, que sigas considerando como amigo á ese miserable.

—Bah!—dijo Manuel,—no digas más. Perico habla mal de mi cuadro; me parece que lo estoy oyendo. Pero, si aquí el único necio eres tú.

—¿Pues?

—¿Tú crees que yo estimo á Perico?

—Lo creo porque lo veo.

—¿Lo ves? ¿Y qué es lo que tú ves?

—Que recibes, que escuchas, que atiendes á ese ruin personaje.

—Pues, ¿no he de recibirle, no he de escucharle, no he de atenderle, si me sirve mejor que ninguno de vosotros que tanto me queréis?

—¿Que te sirve?

—Y mucho. Hoy, sin ir más lejos. Sin los elogios de ese pobre hombre, que han producido, por la exageración, la reacción natural en vuestros espíritus, acaso vosotros no me hubierais hecho las observaciones atinadas, tan atinadas como sencillas, que ahora me estoy aprovechando.

Sin las censuras que Perico ha de lanzar en todas las formas y por todas partes quizás, nadie pensaría en mi cuadro.

Créeme, amigo mío; Perico Antibon, sirve, para lo que sirve lo que es venenoso y malo, aunque que se emplee con oportunidad.

Es chismoso.

Me sirve para decir á las personas á quienes no quiero ver en casa, que me revientan sus visitas. Se lo digo á él en confianza y con mucha reserva, y al día siguiente lo sabe el interesado y no vuelve.

Hoy, ya lo ves, sus murmuraciones han servido para que yo me afirme en la opinión que ya tenía de que tú eres mi mejor amigo.

Permíteme, pues, conservar á Perico; cuando no de otra cosa, sirve para recordarme mis defectos.

Callé, no muy convencido; pero pensándolo bien, dije:—Al cabo, puede ser que tengas razón.

Y desde entonces comencé á mirar con más curiosidad y menos repugnancia á Perico.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA DICHA DE SER PADRE

(MONÓLOGO)

I

—¿Niño? ¡Es niño!... ¡Qué ventura!... ¡Gracias, Dios mío!... ¡Cuidado, cuidado!... ¡A ver, venga mi hijo!... ¡Hijo de mi alma!... ¡Qué vagido tan triste!... ¡Anda, anda, lloroncillo; vete con tu madre, al calorcito; anda, llorón!... ¡Con cuidado, no le vayas á sofocar! Espera, antes un beso..., otro, otro. ¡Ya le besarás tú!... ¡Sí, tápale; pon en hueco la ropa, no vaya á asfixiarse!... No, no es aprensión; es que los niños requieren mucho cuidado. ¿Te sientes bien? ¿Estás contenta con nuestro hijo?... ¡Es un ángel!... ¡Qué feliz me siento! ¡Déjame que le vea otra vez... nada más que una vez... así! ¡Bendito seas!... ¡Gracias, Dios mío! Sí, sí, vivirá, no tengas cuidado. ¡Vaya si vivirá nuestro hijito del alma!... ¡Mi hijo!...

II

—¿Que en qué pienso? ¿Pues en qué quieres que piense sino en nuestro hijo? Debemos ser previsores. Voy á tomar una póliza á su nombre en esa Sociedad de seguros tan renombrada, y además voy á asegurarme yo en otra Compañía para que si os faltare yo no quedéis desamparados. Estas cosas no se deben dejar para lo último. Así, cuando cumpla los veinte años, podrá redimirse del servicio militar, y áun tendrá una base para no temer lo porvenir. ¡Pero, mujer, por Dios, no seas así! ¿Por qué no ha de vivir? ¿No le ves?... Es fuerte, está muy robusto... ¡Qué mejillas tan sonrosadas! Parecen de terciopelo, sí, de terciopelo de rosa y nieve. ¿Sus labios? Dos cerezas, rojas y húmedas. ¡No, no, los ojos son como los tuyos, azules... y tan brillantes y tan inquietos como los tuyos!... ¡Hijo de mi vida!... ¡Déjamele!... Te voy á llenar

de besos ese hoyuelo que tienes en la barba. ¡Ay, qué rico es mi hijo!... ¿Cuándo va V. á saber llamarme papá?... ¡Mira, mira cómo se ríe!... ¡Si esto es un ángel del cielo!... ¡Luís! ¡Luís!... ¡Eh, eh, eh! ¡No se llora, no señor!... ¡Anda con mamá, picaruelo, ya sé lo qué quieres!... Dale de mamar.

III

—¡Si yo fuese pintor!... ¡Qué grupo! Los dos dormidos: la madre y el hijo. ¡El, sonriente en la cuna; ella sonriente en la butaca! ¡Los dos sueñan: ella con su pequeñuelo; él... debe soñar con los ángeles! ¡Pobre mujercita mía! Se ha obstinado en criarle y no, no debe convenirla. Se va desmejorando por días. En cambio él... Pero ¿qué soñará? ¡Cómo se ríe y cómo abre y cierra las manitas, sus manitas de blancura sin igual! ¡Parece que le molesta algo!... Acaso le oprima demasiado la fajita... Si yo pudiera aflojársela para no tener que despertar á su madre. ¡Amada mía! Toda la noche en vela...

IV

—¡Militar! No quiero que sea militar. Pudiera morir en la guerra. Ya veremos cuando sea mayor que es lo que le llama la atención preferentemente. Pero, militar, de ningún modo. Abogado ó ingeniero... Médico tampoco, en época de epidemia su puesto de honor sería el peligro. Tampoco médico. Ya veremos, ya veremos. Es prematuro, pero no debemos descuidarlo. El porvenir de los hijos es la preocupación más légitima de todo buen padre. ¡Hola! ya despertó este señorito. Ven, ven con papá, vida mía. A ver como me llamas... pá-pá... ¡Ay! ¡Ya lo repite! ¡Luís, Luisito otra vez: pá-pá!... ¡Qué monada! ¡Hijo de mi vida!...

V

—¡No, si es de felicidad! Soy tan dichoso que no me cabe el corazón en el pecho. ¡Qué misterio tan inexplicable! Ya ves, es de alegría; mis lágrimas son el desbordamiento de la ventura que siento. ¿Qué puede haber comparable á este amor? ¡Nada! Yo creo que no he sentido jamás gozo semejante. ¿Y tú, por qué lloras? ¡Lo mismo, lo mismo! ¡Cuánto debemos á Dios!

VI

—¿En qué estará pensando?... ¡Pensando! No puede pensar todavía. ¿Qué es lo que le pone tan contento; cómo se llamará la causa de esa alegría angelical?... ¡Sensaciones!... ¿Qué? ¿Efectos nerviosos? ¡Hombre, por María Santísima, no atribuyan Vdes. á la materia lo que es emanación divina!... ¡Ah! Vaya si se fija. Mire V., mire V. como sigue el movimiento de la péndo-

SEPULCRO DE CECILIA METELLA (Reducción de una estampa del Piranese)

la con su mirada. Y... no se ría V., doctor, pero... cuando veo ese *quid divinum* que asoma á sus ojos... me parece que no es propio de una criatura de su tiempo. Creo que es algo así como una revelación de la inteligencia. ¿Y cree V. que no hay motivo para temer?... Sí, sí, ya veo que está hermosísimo, pero ese color tan encendido, ese calor tan fuerte... ¡claro que es robustez! Su madre está sana y buena, aunque aparentemente se haya desmejorado un poco. ¿De modo que no hay que sospechar nada malo?... El cielo lo quiera así. ¿Ve V. qué fuerza tiene? No, no suelta el dedo con facilidad. ¿Le oye usted? ¡Qué claro me llama papá! Esto es cosa de enloquecer de pura alegría. ¡Hijo mío! ¡Cariño de mi vida!

VII

—¡Cuidado, no le sueltes!... Ven, ven con papá... otro paso... otro... ¡Vaya! Como que está hecho un caballerito, con dos dientes... y rompiendo á andar... ¡Ven, Luisito; hijo mío!... ¡Aupa! ¡Hola! ¿Con qué me tiras de la barba?... No le haga V. llorar, déjele. ¡Vaya! ¡Otra vez haciendo pucheros!... Este niño tiene algo que le hace daño, que le molesta... alguna cinta... Puede que sea la dentición; pero... en la duda, que vayan inmediatamente á avisar al médico. Yo no estoy tranquilo. ¡No, si no creo que sea cosa grave!... ¡Qué llorar tan continuado! Otras veces no, no me preocupaba, pero ahora me hace daño, sufro oyéndole. Mi hijo no está bueno. Dámele; yo le pasearé. ¿Qué tiene mi Luisito? ¿Qué le pasa al hijito de mi corazón? ¡Pobrecito mío!... ¡Pobrecito!... ¡Han hecho pupa al niño!...

VIII

—No es pesimismo, es que siento como calofríos en el alma. Es que me desgarra el corazón el aspecto de mi hijo; es que echo de menos sus sonrisas y sus gritos inarticulados y sus palmaditas. Aquel destello indefinible que animaba sus pupilas ha desaparecido; sus labios están secos, pálidos, como pétalos de una rosa marchita... ¡No soy pesimista, pero no me gusta lo que veo! No, no tengo confianza en el médico... mejor será que venga otro, el más afamado, el que tenga más justo renombre. ¡Dios mío, ten lástima de nosotros!... ¡No te aflijas, mujer! ¿Crees que una criatura tan robusta, tan hermosa, está amenazada de muerte sin más ni más? ¡No, hija mía, no! Vamos, no te apenes; tanto como tú le quieras le quiero yo y ya ves... no hagas caso de esa lágrima. ¡Quiero tanto al hijo de mi vida!

IX

—¿Garrotillo?... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á ser de mi niño?... ¡Pues si hay esperanza no se aparte V. de su lado; pagaré lo que usted quiera; se hará cuanto V. desee; pero no se aparte de la cuna! Acaso un gesto, un movimiento, un grito, cualquier cosa revele á V. su estado. ¡Sálveme V. el niño y cuanto poseo es de usted!... Indique todo lo que estime necesario; lo traerán enseguida. ¿Está mejor?... Anda, recógete; descansa, mujer; vas á caer enferma, no duermes, no comes, no cesas de llorar... ¡Ten ánimo! ¡Dios no querrá privarnos de ese ángel! Nos quedamos á su lado el doctor y yo. Te prometo avisarte si ocurre alguna novedad. Descansa tranquila. ¡Con franqueza, doctor, con franqueza... dígame V. la verdad, toda la verdad!... ¿Debo aún alimentar alguna esperanza?... ¡Cuánto bien me hacen las palabras de usted! ¡Si supiera V. cuán loco me tiene ese niño!... Sí, es el primero, mi primer hijo. Una alhaja, doctor... Mucho, muy robusto... ¿Que eso le perjudica?... ¡Y yo que fundaba en ello mi esperanza!...

X

—Todos duermen. El médico ronca tan tranquilo en una butaca... ¡claro! ¡como no es padre!... Mi mujer no duerme, estoy seguro; ¡pobrecilla! ¡Sublime amor el de esa débil mujer!... ¡Qué encendido está mi hijo!... ¡Benéfico lloro que me alivia el pecho abrumado por el dolor! ¡Qué precioso es mi hijo! ¡Si parece un ángel!... Hasta

EL RETO

Moda de 1790, según un retrato de Gainsborough

Peinado *á lo erizo*, segun Chodowiecki

Puesto de verdura, 1778

Peinado inglés, 1786
De un retrato de Reynolds

Oreilles de chien

Revolucionario ingles

Moda de Berlín en 1777
Según Chodowiecki

TOCADOS FEMENINOS DE Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII

la palabra ángel me da miedo por la idea del cielo que la acompaña. No, que no sea ángel del cielo, Dios mío, sino de la tierra; aquí también puede serlo. No debo desesperar. La razón dice que todos los seres cumplen una misión... ¿qué misión ha cumplido mi hijo?... La de hacernos dichosos, sí, es verdad. Pero, ¡ha sido tan poco tiempo!... Para algo más habrá nacido... Cierto es que también otros niños... ¡Doctor!... ¡Doctor!... ¡El niño!... ¡mi hijo!... ¡pronto!... ¡Por el cielo!... ¿Qué?... ¿qué dice usted?... ¡imposible!... ¿mi hijo muerto?... ¡el hijo de mi alma!... ¡Ah, Dios mío, Dios mío!... ¿Y para esto has permitido que sea padre?...

PEDRO J. SOLAS.

NUESTROS GRABADOS

HERMES

Cuadro de W. B. Richmond

No hay inconveniente alguno, sin duda, en que los pintores tomen á su cargo representar en sus cuadros al mensajero de los dioses, pero si diremos que nos parece mas propio este asunto para ser tratado por los escultores que no por los hijos de Apeles. En ese *Hermes* tenemos, en efecto, mejor un estudio de figura que no una obra profunda y *helénicamente* concebida. El realismo no tiene nada que ver con los graciosos mitos griegos.

CULLERCOATS

EN LAS ROCAS: DESEMBOCADURA DEL TYNE

Dijimos ya que esa pintoresca aldea estaba asentada en la costa del Northumberland. Nuestro grabado de hoy reproduce el interesante paisaje constituido por la desembocadura del Tyne en el mar del Norte.

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

Incendiado la noche del 10 del corriente. (Dibujo de P. y Valor)

Toda España ha sentido profundamente la pérdida de este precioso monumento, destruido por esa especie de maldición que parece pesar sobre nuestras mejores joyas arquitectónicas.

Reseñemos, pues, ya que lo precisa esta triste ocasión, lo que era el soberbio Alcazar toledano, para lo cual nos valdremos de las concienzudas descripciones publicadas por varios apreciables colegas madrileños.

El incendiado monumento data en sus primeras líneas de la época de Alfonso VI, quién después de la conquista se fortificó en aquel sitio que domina toda la ciudad, poniendo en él la guarnición castellana con el Cid á la cabeza.

Alfonso VIII hizo de esta fortaleza, después de mejorarla mucho, su residencia ordinaria, y Fernando III y Alfonso el Sabio, realizaron tambien algunas mejoras; siendo de este último soberano la parte central de la fachada de Oriente y la bóveda de todo aquel costado, que es lo más antiguo que en aquella fábrica existia.

En tiempo de Don Juan II se labró un gran salón por disposición de su ministro D. Alvaro de Luna, y de la época de los Reyes Católicos procedian aquellas habitaciones en que todavia se descubrian sus armas y empresas del yugo y las saetas.

Carlos V, aficionado á las construcciones suntuosas, quiso reedificar el Alcázar, y encargó á su famoso arquitecto Alonso de Covarrubias y á Luis de Vergara, maestros mayores de la catedral, los proyectos y dirección de esta obra colosal, obra que continuaron Villalpando y Juan de Herrera.

Forma la planta de este edificio un cuadrado de 200 piés por cada frente, flanqueado en sus ángulos por torres también cuadradas que salen bastante de los lienzos de Oriente, Norte y Occidente, y superan todas en altura el resto del edificio.

Este es todo de piedra y sólo los pequeños entrepaños de la fachada meridional y de la caja de la escalera principal son de ladrillo cocido.

La fachada principal ó Norte consta de tres cuerpos de arquitectura del Renacimiento español, proyectados y dirigidos por los maestros Covarrubias y Vergara; el primer cuerpo ostenta en su centro la portada del palacio, que se compone de un grandioso arco con entablamento almohadillado, decorado con dos columnas pareadas á cada lado que descansan sobre elegantes y bien tallados pedestales.

Todo en esta fachada es artístico y sobrio cuanto cabe en el género. Los adornos, que se atribuyen á Berruguete, no la desmerecen y son del gusto más exquisito.

El frente meridional, que consta entre la subida al palacio desde Azucaderos y la puerta de la Cantería, recibió en la época de Carlos V grandes reformas, pues se le construyó una galería de columnas y se acomodaron en las ventanas marcos trabajados al gusto plateresco.

El frente oriental, como el más antiguo por proceder de la época de Alfonso el Sabio, según se cree, carece de ornatos, siendo todo él muy sencillo y estando sus muros flanqueados por torreones redondos.

La fachada de Mediodía es obra de Juan de Herrera.

El patio es cuadrado y le rodean cuatro galerías de 32 arcos, apoyados en hermosas columnas corintias. Es obra de Covarrubias.

Al frente de la entrada y en el centro de la galería meridional está la célebre escalera principal. Ocupa todo el frontis de aquella galería, siendo su caja una nave de gigantescas proporciones, con más de cien piés de largo sobre cincuenta de ancho, y toda la altura del edificio.

Corrió al principio la construcción de esta imponderable escalera, á cargo de Francisco de Villalpando, autor de tantas obras notables en la catedral, que la comenzó con sólo seis reales diarios de jornal (unos once y cuartillo de nuestra moneda actual), y después le auxilió Gaspar de Vega, siguiéndose en la obra las instrucciones que Felipe II comunicó desde Valladolid á 15 de Octubre de 1563.

Muerto Villalpando en 1561, fué preciso que concluyera esta obra Juan de Herrera, asociando á su empresa á Jerónimo Gili.

En la guerra de Sucesión, á principios del siglo XVIII, las tropas aliadas de los austriacos, al mando del general Staremberg, causaron mil destrozos en el Alcazar, acabando por poner fuego al palacio al salir para Zaragoza.

Así quedó hasta 1772 en que obtuvo el cardenal Lorenzana de Carlos III, que le hiciera cesión de este palacio para establecer en él la Real Casa de Caridad, como lo realizo bajo la dirección del famoso arquitecto D. Ventura Rodriguez.

Ocupado á principios de este siglo por los franceses, al retirarse en 1810 le prendieron fuego.

Tres dias duró este incendio, que sólo perdonó los muros exteriores, las arquerias del primer piso del patio, la escalera y parte de la capilla y algunas piezas del piso bajo.

En 1853, se hizo cargo del Alcázar el Colegio de infantería, pero á esta sazón sobrevinieron los acontecimientos de Octubre de 1854, y las obras quedaron paralizadas.

En 1866, después de este largo periodo, se emprendió de nuevo la restauración, que sufrió poco después nueva paralización hasta 1875, desde cuya época no se han interrumpido las obras.

MARÍA ANTONIETA, EN 1783

Además de las de fábrica se han ejecutado otras muchas y muy costosas de ornato, que no armonizaban mucho con la fábrica. Un gran salón llamado regio, cuyo techo fué pintado por Sanz y recordaba los de Tiéppolo en el Palacio de Madrid; otro árabe, obra bastante buena de Tovar, y otra imitación del Renacimiento con artesonados copiados de los famosos de Alcalá. La capilla, que es de Herrera, ha sido nuevamente adornada, habiendo pintado el señor Vera y hecho la ornamentación el señor Contreras.

La restauración del Alcázar de Toledo ha costado más de veinte millones de reales, habiendo contribuido con algunos el Ayuntamiento de Toledo, que para ello vendió unos montes de Propios, y también con buena parte la Diputación provincial, poniendo el resto el Estado.

Hoy solo subsisten en pié los muros exteriores, las cuatro clases y las cocinas y caballerizas situadas bajo las bóvedas.

La fachada principal ha sufrido mucho, la capilla queda casi destruida, habiéndose perdido el bello bajo-relieve de Berruguete representando á la Virgen y las estatuas de Felipe II y D. Juan de Austria, obras de D. Eugenio Duque que decoraban ambos lados del altar. El grupo en bronce de Cárlos V y el Furor que se levantan en el centro del patio, se han conservado.

Por lo que hace al origen del incendio, créese que el fuego se inició en el cuarto de ordenanzas, comunicandose acto continuo á la biblioteca, situada debajo de dicha habitación.

Al darse la voz de fuego, el oficial de guardia se dirigió á la biblioteca, cuya puerta se cerró á las siete y cuarto de la noche, y de donde salía bastante humo, corriéndose con tal rapidez las llamas, que antes que se pudieran tomar medidas para combatirlo, se había convertido en una imponente hoguera.

Tocóse llamada, é inmediatamente salieron los alumnos del Alcázar, desplomándose á los pocos momentos el vestíbulo de entrada, causando heridas y contusiones a tres oficiales y nueve soldados.

Además resultaron heridos dos sargentos segundos, un cabo, grave; un corneta, grave; seis soldados, un camarero de la Academia y cuatro paisanos.

ABANICO VENECIANO DEL SIGLO XVIII

Dibujo de Edmundo Yon. — Grabado de Maurand

Figura esta lindísima pieza en la colección de la signora Vittoria Brambilla Manzoni, siendo un ejemplar verdaderamente típico del arte frívolo y elegante del pasado siglo.

EL ARTE EN ROMA

(Reproducción de cuatro estampas del Piranese)

«No busques aquí una descripción ni un catálogo,—dice Taine en su magistral y admirable libro *Italia y la vida italiana*, refiriéndose á Roma; es preferible comprar Murray, Forster ó Valery, que te proporcionarán noticias de arte ó de arqueología. Con todo, son muy secos, aunque no sea culpa suya; ¿acaso con palabras alineadas sobre el papel es posible hacer ver formas y colores? Lo mejor son las estampas, sobre todo las viejas, por ejemplo las del Piranese. Abre tus cartones, mira esas grandes plazas cuadradas, rodeadas de altas fábricas y de cúpulas, polvorosas, llenas de baches, por donde

pasa una carroza Luis XIV cargada de lacayos, mientras que unos pordioseros se acercan mendigando una limosna ó duermen apoyados contra una columna. Eso habla mas claramente que todas las descripciones del mundo, solamente que hay que rebajar algo: el artista ha escogido un bello momento, un efecto de luz interesante; no ha podido librarse de ser artista. Además, una estampa tiene la ventaja de no oler mal, y los mendigos que se ven no inspiran ni compasión, ni asco...»

Ahí tenemos, pues, una lindísima reproducción de esas estampas del Piranese, cuyos ejemplares se pagan hoy á peso de billetes de Banco. El lector podrá formarse, en su vista, perfecta idea de los monumentos representados, por lo cual sólo añadiremos ahora algunos ligeros datos históricos respecto á cada uno.

El Coliseo con el Arco de Constantino: fué erigido el primero por Vespasiano, en medio de la antigua Roma, en la confluencia de los tres montes Palatino, Celio y Esquilino, y de las tres vías principales, la *Suburra*, la *Sacra* y la *Triunfal*. Dos anchos vestíbulos ó corredores de travertino rodeaban aquella gran elipse de 180 metros de largo por 150 de ancho y 560 de circuito, teniendo una elevación de 180 piés. Y sin embargo de lo enorme de tal mole, aún hoy día causa maravilla, por su esbeltez y elegancia.—*El Arco de Constantino*, levantado por el Senado y el pueblo al vencedor de Magencio, es el mejor conservado de cuantos ostenta la ciudad. Está formado por tres arcos, y sus dos caras aparecían respectivamente adornadas por cuatro magníficas columnas de orden corintio, coronadas con sendas estatuas policromas, aunque hoy han desaparecido los colores. Antiguamente dominaba toda la mole una cuadriga de bronce, como la que se ve hoy en el Arco de la Estrella. Son muy notables los bajo-relieves.

El Arco de Tito, que se encuentra siguiendo por la Vía Sacra, camino del Foro, fué erigido asimismo por el Senado y el pueblo en honor al vencedor de los judíos, y constituye un verdadero modelo de buen gusto. Son excelentes también los bajo-relieves.

El Sepulcro de Cecilia Metella, la mujer de Craso, está en la Vía Appia. Es imponente por su forma circular, que sirvió de modelo para el mausoleo de Adriano, y notable por la solidez de sus muros, de treinta y cinco piés de espesor, así como por haber sido la primera fábrica romana de fecha cierta en que aparece usado el mármol.

Finalmente, *la Columna de Trajano* se levanta en el Foro que lleva el nombre de este ilustre emperador, entre el Capitolio y el Quirinal. Es un monumento insigne de la historia, y más todavía del arte, que no había producido obra más bella en su género, quedando desde entonces la Columna Trajana por modelo de las que habían posteriormente de erigirse. Es de mármol de Carrara, compuesta de treinta y cuatro piezas de mármol, de 16 palmos de diámetro por la parte inferior y 15 por la superior, y su altura es de 128 palmos, sin contar la base. La escalera por donde se sube al coronamiento es de mármol, y consta de 178 gradas, iluminadas por 43 ventanas. La columna está rodeada por una cinta de preciosos bajo-relieves de estilo griego, que traza una espiral de 23 vueltas. Fué erigida esta columna por el Senado y el pueblo, en conmemoración de las victorias de Trajano sobre los pueblos del Danubio, constituyendo á la vez un monumento sepulcral. Está coronada hoy por la estatua de San Pedro, en vez de la de bronce dorado que representaba al gran emperador español.

EL SUEÑO DE CARLOS IX
DESPUÉS DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ
Cuadro de Max Adamo

Después de haber estado el rey Carlos IX gritando toda la noche: «*¡Matad, matad!*;» de haber arcabuceado, al rayar el día, á los que se salvaban por el barrio de San German y de haber experimentado gran regocijo cuando desde sus ventanas vió pasar por el río más de cuatro mil cuerpos, entre los que se ahogaban y los muertos (Brantôme), entráronle escrúpulos de asesino al cabo de algunos días, dando muestras de su horror al oir contar que los facinerosos habían muerto á ancianos, mujeres y niños «Continuamente, —decía,—me parece que se presentan ante mis ojos los cadáveres sangrientos de las víctimas, con la faz moribunda, roja y cárdena, y hubiera deseado que se hubiese perdonado á los débiles y á los inocentes.»

En su vista y al oirle referir al rey las pesadillas que le atormentaban cada noche, no sabían Catalina de Médicis y los guisardos que contestarle al miserable rey de Francia.

EL RETO

No cabe mayor verdad y fuerza en la expresión de esa escena, conociéndose al momento que está la razón de parte del gallardo cazador, estafado por el innoble fullero que no tiene alientos para levantarse y encararse con su provocador.

La composición es habilísima, resultando del conjunto un efecto único, que produce viva impresión.

Es esta, sin duda, una de las mejores obras que han salido de la escuela de Munich.

TOCADOS FEMENINOS DE Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII

El *Puesto de verdura* hizo furor en 1778; nadie creería que á tal extremo llegara la extravagancia á no estar reproducido este grabado de un retrato de aquella época.

En 1790 hubo un poquito más de juicio, como se ve por el retrato pintado por Gainsborough. En lugar de un *puesto de verdura* contentáronse las señoras con ponerse un quitasol sobre la cabeza.

María Antonieta en 1783: peinado con plumas; gustábanle mucho las plumas á la pobre reina.

Orejas de perro.—Revolucionario inglés.—Como Rousseau predicaba el salvajismo, nada mejor que mostrarse encantado de lo más *natural*, esto es, de los animales, y como estaban en alza las ideas revolucionarias, nada más oportuno que rendir las inglesas un tributo de consideración cabelluda á las nuevas ideas, poniéndose sobre la cabeza las más inverosímil monteras.

Peinado á lo *erizo (á l' herisson)*. En 1778; demostración de lo resistente y huraño de la virtud de aquellas damas.

1786. — Moda inglesa, muy popular. El grabado es reproducción de un cuadro de Reynolds.

Moda de Berlín, en 1777, (segun Chodowiecki); formaba un enorme triángulo, imitando en la parte superior la corona real inglesa mediante anchas hojas entrelazadas y coronadas por un ramillete.

VISTA INTERIOR DE LA IGLESIA DE «EL TRÁNSITO,» EN TOLEDO
Dibujo de J. García

Esta iglesia fué construída para sinagoga por el judío Leví,—tesorero del rey Don Pedro I de Castilla, que lo hizo asesinar en 1360,—«hombre trabajador y pacífico, poderoso entre todos y gran constructor,» según reza la lápida conmemorativa que se conserva todavía. Destinada posteriormente al culto católico, puede estimarse, no obstante, como uno de los más preciosos ejemplares del arte judaico en nuestra península, donde por tanto tiempo ejercieron importantísima influencia los israelitas.

Á MARÍA

SONETO

Asombrar todo el orbe con mi espada,
ser fiero defensor del inocente,
verme aclamado por extraña gente,
conquistar la región más apartada;
Libertar á mi patria amenazada
y defendiendo lo que el pecho siente,
escupir al tirano en su alta frente
y morir tras la heroica barricada:
Llegar al sol con vuelo violento,
envolverme en su haz de rayos rojos
y mecerme en las ráfagas del viento;
Son dichas que no calman mis enojos,
como aspirar tu perfumado aliento
y ver de cerca tus lucientes ojos.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

VIII

LA COGULLA Y LA BASQUIÑA

Fray Nolasco acaba de darse una *gran panzada de pecados* en el confesonario, cuando un lego, que era un lego en latín y en muchas cosas, le anunció que una tapada preguntaba por él y que esperaba la contestación en la portería.

—¿Ha dicho su nombre?—preguntó el padre.

—No, señor. Va rebozada en la mantilla, y parece por la facha, más una mujer de tapadillo que no una dama principal.

—¡Bonita mañana me ha caído encima! Tres horas mortales en el confesonario *lavando la ropa sucia* del prójimo, y ahora poner en colada la de una prójima que no habrá por dónde cogerla.

El buen señor aún no se había desayunado.

El lego acompañó á la tapada al locutorio, la dejó sola en él después de ofrecerle silla, y allí estuvo bonitamente aquella especie de dama duende aguardando que fray Nolasco hubiese tragado el chocolate, los correspondientes higos y las encarnadas fresas que hacían las delicias del afortunado varón.

La dama al oir sus pasos abandonó la silla, se levantó el velo y murmuró, besando la redonda y nevada mano del carmelita:

—Buenos días tenga su paternidad. Dispense, señor, que pase á molestarle en medio de sus ejercicios espirituales, pero...

—¡Cómo! ¡Doña Cándida, V. en esta santa casa!... Perdón, señora, perdón por mi tardanza. ¡Pesan sobre mí tantas obligaciones! Tome su merced asiento y veamos en qué puedo ser útil á tan gran señora.

La dama exhaló un prolongado suspiro, acercando una silla al descomunal sillón en que se había acomodado el carmelita.

—¿Estamos solos, fray Nolasco?

—Solitos, mi señora, solitos;—y añadió sonriendo:—¿Podrá saberse qué pecadillo le ha impulsado á pasar aquí?

Doña Cándida dió rienda suelta á la fuente de su llanto y murmuró con verdaderas muestras de hondo desconsuelo:

—¡Leandro! ¡Mi Leandro me es infiel!

El fraile se puso turbio.

La cuitada continuó:

—No me quiere, bebe los vientos por otra. ¡Huye de mi lado cuando yo le adoro, le mimo y le halago como manda Dios!

—¿Está V. convencida de ello?—preguntó el fraile tomando un polvo.

—Es el Evangelio, señor. El mismo lo ha dicho y lo ha confesado.

—¡Eso es grave! ¡Muy grave!... ¿Es posible que se haya atrevido á tanto?

La confidente enjugó los ojos y continuó:

—Mi esposo es uno de esos hombres que no saben guardar un secreto. Tan pronto como se entrega en brazos del sueño, pierde la llave del corazón, los secretos levantan la tapa de la caja y todos, toditos se deslizan por su boca.

—Pues diga V. que él lo ha charlado, pero no lo ha confesado.

—Para el caso es lo mismo, padre mío. Yo no estoy en mí... ¡A mí me va á dar algo!... ¡Unos sudores me vienen y otros se me van!... ¡Los vapores, señor, los pícaros vapores me han subido á la cabeza!... ¿Qué diría el gran bribón si me viera en este estado?

Fray Nolasco apoyó ambas manos en los brazos del sillón, levantóse pausadamente, se acercó á la puerta y pidió un vaso de agua.

El lego se presentó con él.

—Vamos, señora, tome V. un sorbito. Tranquilidad, tranquilidad, hijita, y deje rodar la bola que todo se arreglará.

La dama acercó el vaso á los labios, apuró el agua, pasóse el pañuelo por el rostro y sudorosa frente y echó mano del abanico.

El monje volvió á posesionarse del sillón, cruzó las manos sobre el hábito y murmuró tranquilamente:

—Esto no ha sido más que un pequeño vahido producido por la exaltación. Ya pasó, amiguita, ya pasó. Vamos, mucha calma y tenga V. presente aquello de que los sueños...

—No, padre mío, no. Leandro me es infiel. Hace algún tiempo que vive muy distraído, que no gusta de mis caricias y no se fija en mis hijos, que parecen tres serafines en la tierra.

—Pero, doña Cándida, ¿ha dicho él por ventura el nombre de su soñada Laura ó de la mujer que le hace cosquillas en el corazón?

—Eso no,—contestóse secamente doña Cándida, tiesa como un palo, con el color encendido y con el fuego de la ira y de los celos retratados en los ojos.

—Pues, ¿entonces?

—Pero sé dónde se esconde.

—Será un sér imaginario fabricado por los celos y recelos. Medítelo V. bien.

—Nada de eso. Es una persona que todos conocemos; una ociosa, una casquivana que cuida mucho de su cuerpo y muy poco de su decoro en lo que se ve.

El padre se encogió de hombros.

La mujer del golilla bajó la voz y añadió:

—¿No la reconoce?

—No.

—Pues es... su hija espiritual. En fin, es la muy noble, la muy culta, la muy santa doña María Luisa. ¿Está usted?

El carmelita, á pesar de no ser nervioso é

impresionable, como buen fraile, experimentó una convulsión general, y aparentando gran serenidad, sacó la caja de tabaco, tomó un polvo, y contestó:

—Niego soberanamente que sea ella. Mi hija, mi buena hija espiritual no gusta de trapicheos y mucho menos de amoríos de esta naturaleza. Su señor marido puede tal vez haber puesto sus pecadores ojos en ella: pero la pobre ni áun lo debe haber notado.

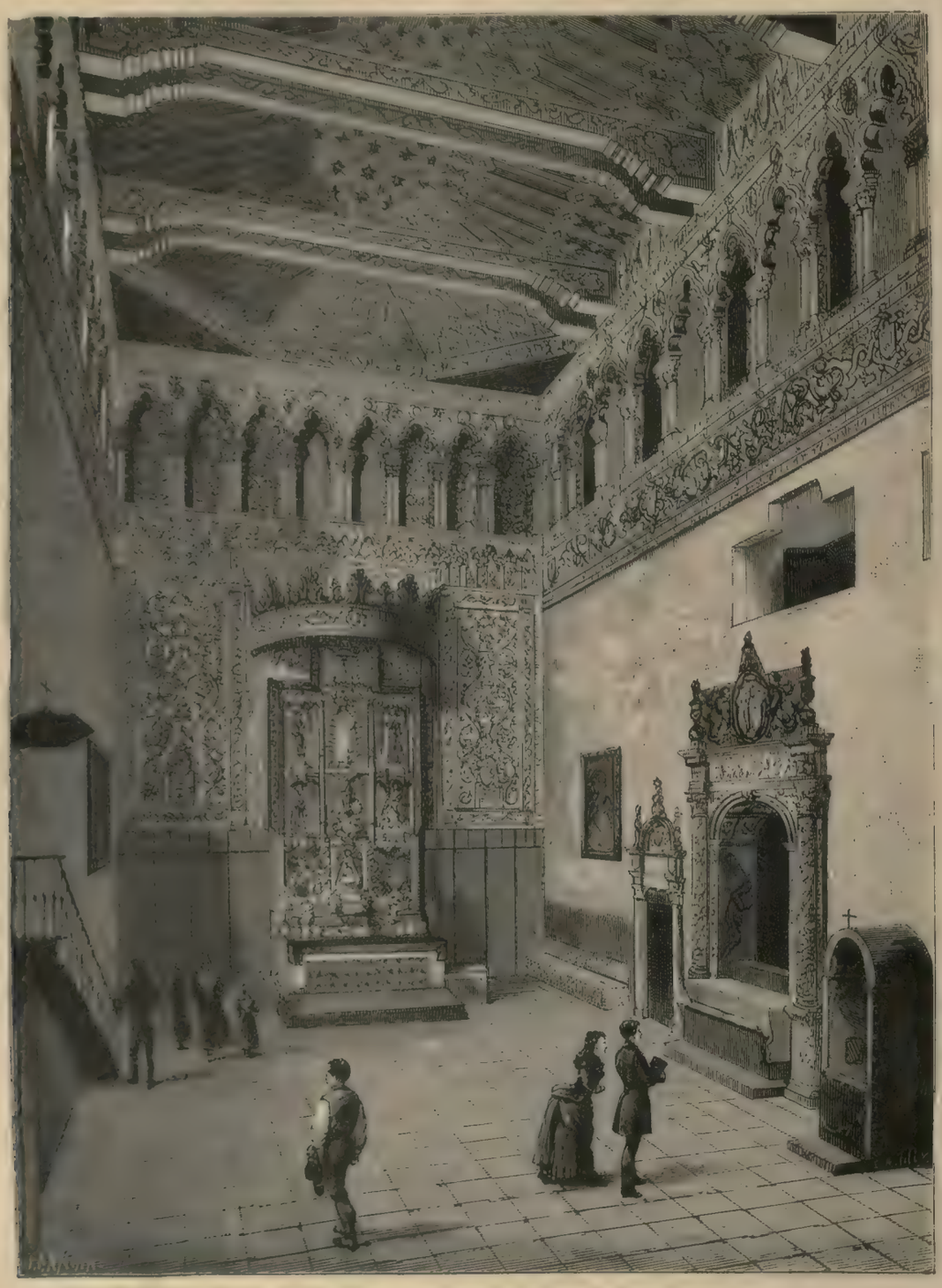
—¿Lo juraría usted?—insistió la mujer, firme en sus trece.

Fray Nolasco extendió la diestra tocando los piés de un Crucifijo.

La dolorida se tranquilizó.

El religioso aprovechó el efecto del juramento y dijo levantándose:

—Señora, la paz sea en su casa. Desvanezca



TOLEDO: INTERIOR DE LA IGLESIA DE «EL TRÁNSITO» (Dibujo de J. García)

por completo la pícara idea de que doña María Luisa fuera capaz de una tontería semejante, y usted en su casita, procure llevar á buen recaudo á su señor marido, sirviéndose de las ternezas, de los mimos y de los halagos; que muchas veces produce más efecto un beso, uno solo, entre marido y mujer, que el sermón de las Siete Palabras.

—Tengo una espina clavada en el corazón!...

—Déjese V. de espinas y de cardos. Vista á la moda, gaste mucho en afeites y alfileres, eche mano de la salsa de las zalamerías y el esposo tornará de nuevo al redil de sus amores.

—¡Qué bueno es su merced! ¡cómo pagarle tanta y tanta bondad!

Diciendo esto doña Cándida puso una cara de fiesta que hubiera alegrado cualquier corazón.

—No olvide V. la receta, pues ella obra verdaderos milagros conyugales. Dios vaya con usted y no le prive de sus celestiales dones.

—Amén,—murmuró la dama besándole humildemente el escapulario.

El campechano monje la echó la bendición.

La esposa volvió á casa del esposo y el fraile al refectorio.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACION Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Año V | Barcelona 29 de Enero de 1887 | Núm. 213

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomas Salvany.—*Lectura: Los Pozos de Ulloa*, por Clarín.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Un prólogo y una aventura*, por N. de Leyva y Vizcarro.—Nuestros grabados.—*Cosas con triunfo*, por Carlos Cano.—*La fuente de los curatucos* (continuación), por Francisco Grass y Elías.

GRABADOS.—La cartomanecra.—Orillas del Mosa, en los Vosges (Francia).—Incendio del Alcazar de Toledo, la noche del 8 del corriente. Las ruinas.—En la torre.—Obras de los antiguos pintores ingleses (cuatro grabados).—Feliz momento.—Una calle en Sevilla.—Puesto á raya.—La martir de amor.—Metalistería Norte-Americana, (seis grabados).—*Londres*: Puerta de las caballerizas del Temple. Paseo del Banco del Rey, en el mismo.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

En los teatros, en el hotel de París, en Apolo y en la legación brasileña

A estas horas,—mi querida Carmen,—te habrás enterado por los periódicos del último éxito de Echegaray; ha sido uno de los más completos, y nueva prueba de su genio formidable. Yo te contaría el argumento de *Dos fanatismos*, por si acaso no le conoces, mas en la duda, me parece lo mejor insertar aquí el magnífico párrafo en que uno de los personajes del drama, Julián, sintetiza el pensamiento del autor y el drama mismo. Julián y Angustias que se aman, son víctimas de las preocupaciones, caracteres y educación diferentes de sus padres: el de Angustias, es un *neo;* el de Julián, es un *yankée*, el Dios del uno es el Dios de las cofradías; el Dios del otro es el Dios del vapor y la electricidad. Los dos fanáticos chocan y aplastan en su choque á sus hijos. Toda la triste desesperación de éstos se condensa en las siguientes palabras de Julián:

«Anoche... eran las doce... y andaba yo grandemente desasosegado. Tu amor, mi madre, la felicidad próxima, las tristezas presentes... todas estas memorias y todos estos sentimientos, de tal modo habíanse revuelto dentro de mí, que mis nervios andaban desatados como diablillos de los que no sabe conjurar don Lorenzo, y mi cabeza ardía como un horno de los que ha sabido inventar mi padre con tan ingeniosa ciencia. Abrí el balcón, me asomé buscando aire y frescura; y como nos sucede siempre que queremos huir de nosotros mismos, ví realizadas en el mundo exterior las propias ideas que bullían en mi cerebro. Enfrente de mí estaba el *Teatro Nuevo*, y en su pórtico brillaba una poderosa lámpara de arco voltaico, irradiando en todas direcciones vivísimos rayos de esplendorosa luz... Lindando con el rico coliseo, elevábase la vieja iglesia, y en su frontispicio dominaba un cuadro del *Cristo de la Columna*, iluminado por un humilde farolillo de aceite. Eran las dos ideas que hoy luchan al rededor de nosotros, las que frente á frente se me representaban. El mundo antiguo con sus piadosas creencias. El mundo moderno con sus portentosas creaciones: el fluido eléctrico que circula y brilla: el hombre Dios que sufre y muere. La débil luz de la imagen se anegaba en los resplandores del intenso foco; pero cuando llegaba un eclipse y el foco moría el único destello que iluminaba al presuroso transeunte, al pobre vergonzante á el que cansado de los goces del espectáculo abandonaba el teatro, era el que entre sombras bajaba del farolillo del Cristo.

»Con estas cavilaciones andaba yo cuando reparé en dos hombres que pasaban y repasaban en casa por delante de casa. El uno siempre que cruzaba ante el Cristo se descubría; el otro, á cada intermitencia del foco eléctrico, decía en voz alta: ¡Mal regulador tiene.» Si de antemano no los hubiera conocido, habríalos conocido entonces. Eran tu padre y el mío, que rondaban esta casa, que hacía ella se sentían atraídos por su arrepentido acaso de sus exageraciones, que acaso deseaban paz y amor.

»En una de las vueltas, y cuando iban á la par, un niño les detuvo pidiéndoles limosna, y ambos tendieron su mano y se tocaron; y yo pensé: si la caridad les une un instante, ¿por qué el amor de sus hijos no ha de unirlos para siempre? ¡Quién pudiera confundir esas dos luces en un solo foco! *¡Quién pudiera unir á esos dos hombres en un solo abrazo!* ¡Y estos fueron mis presentimientos en aquella noche de calentura, y estas son mis esperanzas en este día de felicidad!

Como te dije, todo el drama se encierra en este párrafo.—«¡Quién pudiera unir á esos dos hombres en un solo abrazo!»—exclama Echegaray; es decir, quien pudiera desterrar del mundo todos los fanatismos y enlazar á los mortales con el amor y la caridad! Comprenderás que el problema es difícil, inmenso, que se sale del marco del teatro, y que no puede resolverse dramáticamente. Por lo cual, el público, después de haber tributado magníficas ovaciones á Echegaray, queda desconsolado para una semana. Yo he dicho cien veces, que el mayor defecto de las obras de Echegaray es que resultan antipáticas. *Dos fanatismos* como habrás observado ya, por sus caracteres fundamentales, incurre en ese mismo vicio. Sólo así se comprende que una obra tan prodigiosa, tan aplaudida, ensalzada con absoluta sinceridad, por todos, no consiga el éxito de contaduría que otras producciones de menos importancia y menos mérito han conseguido. Apenas estrenada esta obra se anuncia la preparación del drama de Leopoldo Cano, titulado: *Trata de blancos*. Las esperanzas que la empresa del teatro Español fundaba en el drama de Echegaray, las funda hoy en el del autor de *La Pasionaria;* singular estado el de las corrientes del sentimiento y de la opinión; porque no cabe duda de que esta misma obra de Echegaray hace algunos años hubiese llenado el teatro Español toda una temporada. A medida que Echegaray se hace más autor, el público le exige más. ¿Es por cansancio del género? ¿Es que el *drama* se ahoga entre la general explosión de la risa, dominadora hoy de todos los teatros? Difícil es decidir esto; pero si el gran autócrata de nuestro teatro, Echegaray, ni con asombrosas producciones consigue fijar al público ¿quien tendrá ya esperanza de fijarle? El público abandona el drama por el sainete pareciéndose á los Tenorios que cansados del amor de las grandes señoras se aficionan á las chulas. Por fortuna estos eclipses de las más nobles aspiraciones del alma son pasajeros y el sentimiento del drama reaparecerá, sin duda, pujante y esplendoroso como en otro tiempo.

En *el mundo que se divierte* hace hoy la más principal figura M. Stuart Cumberland, el más famoso de los adivinadores, puesto que es el más moderno de ello. Los adivinos gozarán siempre del favor del público: la aspiración de los hombres es ver lo increíble; conocer el porvenir y borrar de la creación la palabra misterio. Por muy incrédulo que se muestre un hombre siempre se deja fascinar por quien le ofrece transformarle en Dios; pues sólo Dios puede anular la materia y el espacio. Los profetas, los mágicos, los espiritistas y los *electricistas* triunfarán siempre de las prevenciones del hombre; hablan á su imaginación, una loca que á la primer palabra que oye delira; un pájaro que no se encuentra bien dentro de su jaula. Así es que toda la tierra está llena de adivinadores; unos que esperan en sus casas á los deseosos de saber; otros que funcionan en los salones y en los teatros. Mientras haya mujeres, mientras haya miedo, ambición, amor, los adivinadores obtendrán éxito y serán necesarios. El arte del adivinador en todo tiempo se reduce á profetizar á cada uno lo que desea. Los adivinos que ejercen privadamente, en Madrid, son muchísimos; porque en este centro de la cultura hay personas que no se atreven á intentar un negocio, ni emprender un viaje, ni elegir novio sin consulta previa de alguna embaucadora. Tú conoces alguna señorita de esas que para vivir tranquilas necesitan consultar todos los días sus sueños, y hasta los menores accidentes de su vida. Se parece al que consultaba con un filósofo la significación de cierto percance que le había ocurrido: un ratón se le había comido medio zapato.—Creo, —le dijo el filósofo,—que eso no debe inquietar á V.; fuera del gasto consiguiente: lo grave hubiera sido lo contrario; que el zapato se hubiese comido al ratoncillo.

De M. Cumberland se cuentan cosas extraordinarias. No es un nigromante vulgar; él mismo se da por un simple sabio de frac. Anteanoche reunió, en el hotel de París, á diversos individuos de la sociedad y de la prensa, con objeto de mostrarles su habilidad. La reunión era selecta y no debe suponerse, por lo tanto, que estuviese en convinencia con él para formarle un éxito y disponerle otro mayor ante el público. No cabe duda que para adivinarle á uno el pensamiento, lo mejor es que reservadamente nos lo anticipe el interesado. Nada de eso, prima; M. Cumberland ha descubierto que el hombre tiene siete sentidos: los cinco ya famosos y otros dos: el de la presión ó resistencia muscular y el eléctrico; este último sin educar en casi nadie. Con los ojos vendados adivina cual es el objeto en que *ha pensado* cualquier individuo, siempre que le tenga cogido de la mano en el instante en que fija su pensamiento y pasee de este modo con él buscando el objeto susodicho. Parece que al acercarnos al objeto en que hemos pensado, experimentamos una conmoción nerviosa que puede apreciar un *electricista*.

Uno de los experimentos más curiosos que hizo fué el de los alfileres. M. Cumberland dijo que él podía hacerlo con éxito aunque se le escondiese el alfiler á uno ó dos kilómetros de distancia. Se cuenta, en efecto, que un día, en París, salió Cumberland del hotel Continental, con los ojos vendados y cogido de la mano de Dumas, y así fueron hasta el jardín de las Tullerías, donde el ilustre autor dramático había ocultado el alfiler. Esta vez no tuvo que ir tan lejos: el ministro de Inglaterra y el de Austria, que asistían á la reunión del hotel de París, ocultaron dos alfileres, cada uno el suyo, en el sofá y en un *clac*, mientras el *experimentador* hablaba con otros individuos del cuerpo diplomático en diferente habitación. Volvió á entrar Cumberland, vendados los ojos y poniendo en su frente la mano de sir Clare Ford, halló sin dificultad el alfiler, después de dar una vuelta por la sala. Lo mismo hizo con el que había escondido el conde Donbsky.

Se comprende que este método experimental puede dar grandes resultados para el descubrimiento de los crímenes, así como también puede ser un auxiliar para los mismos criminales. Puesta la mano sobre el corazón de un avaro, fácil sería descubrir el sitio en que ocultaba su tesoro; la conmoción eléctrica revelaría el paraje donde el asesino ha enterrado á su víctima; los esposos podrían adquirir datos respecto á las simpatías que á sus esposas inspiran ciertas personas, con sólo pronunciar sus nombres, y no sería difícil conocer la verdadera edad de una dama sintiendo en su mano el temblor que produciría la verdadera y terrible cifra.

M. Cumberland, pues, como habrás comprendido, es una naturaleza educada y nada más; la piel de su mano y de su frente recibe las sensaciones externas con mayor viveza que la piel de los demás hombres. No se ha sacado de este sentido, el tacto, las ventajas de que es susceptible. Algunos ciegos, que le ejercitan mucho, conocen los colores por la desigualdad de la impresión que hacen en su piel, porque unos son más suaves, otros más ó peros. La mano que con el roce continuo de los objetos se encallece, podría conservarse muy sensible y entonces sería asombrosamente adivinatoria. Sin duda que M. Cumberland puede adivinar al apretar la mano de un conocido, si éste tiene simpatías hacia él ó si, por el contrario, le odia. Cultivando la educación de la piel de nuestra mano, tendríamos que variar en sociedad de saludo y cumplido. Un apretón de manos sirve hoy para disimular los sentimientos y los pensamientos, ¿quién se atrevería entonces á dejarse dar un apretoncito?

Quedan muchos misterios en la naturaleza: cada día nos convencemos más de que el hombre es un animal susceptible aún de gran perfeccionamiento no sólo en su parte moral sino en la física. El hombre es un error: nace, se educa, vive y muere quizás de un modo contrario á como debería nacer, educarse, vivir y morirse. Quizás con el tiempo se llegue á descubrir su verdadera condición y los verdaderos métodos de su perfeccionamiento. Quién sabe si entonces entre ese hombre y el de hoy habrá la misma diferencia que entre el de hoy y el mono.

Puesto que consagro á los espectáculos esta carta, debo decirte que anoche se presentó en el teatro de Apolo madamoiselle Teol, que interpretó un sainete cómico, lírico y cantó varios *couplets*. El público llenaba el afortunado teatro; pero se mostró cruel con ella. Realmente el cambio era violento. Pasar de la canción de la *Po-bre Chi-ca* á una canción de París, del aire y desgarro de la criada madrileña, á la coquetería picante de la doncella parisiense, debía ser peligroso. La gente que entiende el *caló* de las chulas, no está muy corriente del francés. La gracia no es absoluta y lo que hace reventar de risa en Francia, aflige cantado en Lavapiés. Nuestro público no pide gran mérito á los cantantes, mientras canten aires patrióticos, porque él lleva el compás dentro de su alma en que se remueven recuerdos y pasiones; pero cuando no entiende la letra ni los sentimientos de una canción, pide que las notas valgan por ellas mismas. Los *couplets*, como las peteneras ó las seguidillas, sólo pueden enloquecer á los que pueden cogerlas al vuelo. El público de Apolo, el público de *La Gran Vía*, de *Los valientes* y de *Cádiz*, es demasiado flamenco para entender á una *divette*. Una cosa es ser *guripa* y otra *gamin*.

Estas consideraciones me traen á terminar esta carta, querida prima, con palabras de tristeza. Siquiera el sentimiento de la patria sea el más poderoso en el hombre, grande es sin duda la miseria de esta gran capital, cuando cientos y cientos de individuos quieren ir al Brasil, para buscar fortuna.—«Mi patria es aquella tierra en que me encuentro bien,»—decía un antiguo filósofo. Esos infelices que forman cordón delante de la legación brasileña, no han encontrado, todavía, su patria.

Al venir á mi casa he visto en la calle de San Quintín, agrupados bajo el escudo imperial, muchas mujeres, muchos hombres, casi todos jóvenes, esperando la vez para inscribirse en la emigración.

Es un espectáculo desconsolador: ¿pero tenemos el derecho de censurarlos? ¿Abandonarían su patria si encontrasen en ella pan y cariño?

Los emigrantes esperan con el rostro alegre.

Para ellos la legación del Brasil, es la legación... de la Esperanza.

Tuyo,

FERNANFLOR.

ORILLAS DEL MOSA, EN LOS VOSGOS

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Por lo que á mí toca, cuando me entrego á la vida holgona, y ello sucede casi siempre, mis costumbres no difieren en un punto de las de los demás mortales. Pero si me arrojo al trabajo, como quien se arriesga á cruzar los mares, sufro un cambio tan radical que ni me curo de cuanto me rodea, ni á mí mismo me conozco.

Siguiendo entonces una fase de esta transformación, solía levantarme tarde, comer fuerte á la una, pasear hasta las cuatro, tomar un piscolabis á las cinco y sentarme á escribir hasta las tantas de la noche, sin dárseme un ardite del mundo ni de los mortales. Si el trabajo me debilitaba, salía como un sonámbulo á cenar á cualquier café; de lo contrario me acostaba con mis personajes de novela y me dormía al cabo con los ensueños de mi imaginación calenturienta.

Pues bien, á la cuarta noche, próximo á entrar en el nudo de mi obra, oí repentinamente sobre mi cabeza un golpe sordo, seguido de otros varios; después algo como silletazos y derribo de muebles; en seguida sollozos sofocados, gritos penetrantes y frases entrecortadas.

Solté la pluma, levanté la cabeza, retuve el aliento, y el silencio de la noche, como con la ayuda de un teléfono, entre otras que no entendí, trajo á mi oído estas palabras:

—¡Asesino! ¡ladrón!

—¡Bribona! ¡Te voy á reventar!

—¡Revienta á tu hijo... si te atreves!

Sonó otro golpe, seguido de otro grito, luégo pasos precipitados en todas direcciones, y al fin un último golpe seco, semejante al de un cuerpo pesado que se viene al suelo, hizo retemblar el cielo raso.

—¡Se están matando!—proferí con susto.

De un salto me puse en pié; cogí una palmatoria y llegué al cuarto de mi criado. Ramírez roncaba como un bendito, con tanta fruición, que me dió pena despertarle. Sobre una silla, junto á la cabecera de la cama, tenía un revólver cargado. Me apoderé del arma, y con ella en una mano y la luz en otra, abriendo sigilosamente la puerta, me lancé de igual modo escalera arriba; subí hasta el mismo tragaluz y me detuve á escuchar en el último rellano. Un silencio sepulcral reinaba en toda la casa; los golpes secos, los pasos precipitados, los gritos desgarradores y las frases entrecortadas, parecían más que triste realidad, engendro de mi revuelta fantasía. Sólo al breve rato sentí abrirse la puerta del principal, pasos y voces tranquilos de varias personas que se despedían en la escalera, luégo separarse y encajar de nuevo las pesadas hojas del portal, luégo... volvió á reinar desde el zaguán al tejado el mismo sepulcral silencio.

—Si se han matado ya,—dije encogiéndome de hombros,—maldita la falta que les hago; y si están apaciguados, ¿á qué reanimar el fuego?... ¡A imitar á Ramírez! ¡A dormir! Lo que fuere sonará.

En absoluto no respondo de ello, porque no me oí; pero juraría que á los diez minutos mis ronquidos hacían duo con los de Ramírez.

V

A las dos de la tarde del siguiente día, cuando salí á dar el paseo acostumbrado, encontré á la portera barriendo el portal.

—Oiga V., señora Pepa.

—Mande V., señorito.

—¿Ha oído algo esta noche?

—¡Yo!... Nada.

—¿Ni ha venido la autoridad?...

—Tampoco.

—Pues en el sotabanco se han estado matando.

En el mismo instante de proferir estas palabras, un hombre de capa y hongo, descalabrado á juzgar por la venda que le cubría parte de la cabeza, acertó á bajar la escalera, y al pasar, nos dió las buenas tardes.

—Ahí lo tiene V. al vecino del sotabanco,—me dijo la portera.

—¿Es casado?

—Sí...—respondió con cierta reticencia.

—En ese caso,—repliqué,—déle V. por viudo, porque ha matado á su mujer.

—¿Decía usted?... Voy comprendiendo; habrá oído V. gritos, golpes, sollozos, insultos...

—Eso es.

—Pues semejante escena se repite la mayor parte de las noches.

—¡Diantre!

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

INCENDIO DEL ALCÁZAR DE TOLEDO, LA NOCHE DEL 10 DEL CORRIENTE.—LAS RUINAS (Dibujo de P. y Valor)

EN LA TORRE (Cuadro de los señores Masriera.—Dibujo de P. y Valor)

LECTURAS

LOS PAZOS DE ULLOA

I

Este es el nombre de la última novela de mi buena amiga Emilia Pardo Bazán, y, en mi opinión, ha llegado el momento de felicitar de todas veras á la ilustre escritora gallega por la demostración palmaria de sus facultades notables como artista. Sí; bien se puede decir ahora sin ningún género de reservas: Emilia Pardo sabe escribir buenas novelas.

Y no es decir poco; cada día va exigiendo más el gusto delicado y tal vez gastado de aquella parte del público cuyo voto merece ser tenido en cuenta. Una concurrencia que de día en día crece, de verdaderos talentos, de artistas de la palabra y hombres de poderosa fantasía, suficiente estudio y buen seso, ha llegado, fuera de España, principalmente en Francia, á convertir en obra de romanos lo que antes fué bien fácil, á saber: hacerse oir y admirar con un libro de mérito, especialmente con una novela. Julio Lemaitre, muy simpático escritor, joven todavía y ya crítico de influencia en París, se quejaba no há mucho de la especie de hastío que causa tanta literatura amena que sin llegar á las alturas del genio tiene que ser calificada de excelente si se la quiere hacer justicia. Algunas de estas obras que salen á docenas cada año, casi cada mes, merecerían para los críticos, según Lemaitre, el título de obras maestras... si fueran del siglo pasado. Sí; es indudable,—(con la observación se puede aprender),—ha subido mucho el nivel general del talento artístico, y al lado de la concurrencia inofensiva de lo malo y de la algo más alarmante de lo mediano, se nota ya la concurrencia aterradora de lo bueno, que sólo puede parecer insignificante al genio. Esto es fuera de España, ya lo sé; pero como el público español, que algo entiende de estas cosas, es *público francés* también, y compra y lee los libros franceses á los pocos días, á las pocas horas á veces, de ser publicados, también se puede decir que á nuestra España se extienden los resultados de esa concurrencia.

Los que aquí leen con algún criterio y gusto son los mismos que conocen la literatura contemporánea francesa igual ó más que la de casa. ¡Y para que una novela española interese todavía á estos lectores se necesita tanto!

¡Hay tantos maestros! Además de la novela francesa ó inglesa que son muy conocidas y tantos grandes nombres ofrecen, hay algo bueno en la novela italiana, bastante en la alemana, algo en la norte americana... y, como si fuéramos pocos, la moda de la novela rusa que impera hoy en París hasta el punto de que uno de sus principales propagandistas, de Vogüé, ya habla de *excesos*, esta moda comienza á extenderse por España y ya hemos leído todos *nuestro* Gogol y *nuestro* Tolstöi y ya sabemos de memoria las tristezas y las aprensiones del ilustre desterrado de Siberia que trajo de allá su

OLIVERIO CROMWELL (Retrato por Roberto Walker)

SIR NATHANIEL BACON (Retrato por él mismo)

visión terrible de *La casa de los muertos*. La novela rusa es hoy una obsesión general, y eso que los más tenemos que saborear los primores de aquella literatura bajo la palabra de honor de los traductores, franceses los más, que no siempre traducen como el *decadentista* ó *simbolista* Merice. Pues *Los Pazos de Ulloa*, en medio de tal concurrencia y á pesar de esta justísima curiosidad que despiertan *Las almas muertas* y *La guerra y la paz*, etc. etc., se abre su camino en el cerebro y en el corazón del lector y llega á lo más profundo y allí arraiga.

Siempre ha pintado bien el campo de Galicia y la vida en aquellas aldeas la propietaria de la *Granja*, pero jamás ha llegado á la perfección de ahora. Lo que en *Bucólica* es delicada flor, es aquí fruto cierto. El campo de los que han vivido en él y saben sentirlo de veras no es el de las églogas ó idilios, ni el de los viajeros impresionistas que toman la naturaleza por un panorama y sólo hablan ante los *cuadros* que ofrece la ancha tierra, de efectos de luz, de tonos, de matices, de perspectiva, alabando á Dios como á un Poussino ó un Claudio de Lorena en grande. Tampoco es el campo para el artista que sabe vivir en él, lo que es para el novelista naturalista *á priori*, que va por el mundo copiando la naturaleza con su caja de colores de estío, como un pintor de paisajes. Este tal podrá conocer algo de la verdad, lo *pictórico*, pero la poesía completa es mucho más que eso. Un escritor muy de moda, el alemán, Rücker, burlóse de una sociedad de pintores naturalistas que salen al campo, armados de pluma y papel como

curial que busca embargos, á guisa de fotógrafos ambulantes capaces de retratar al mismo sol; burlóse, sobre todo, de un impresionista que en mitad de una callejuela sorprende á una zafia zagala y la obliga á servirle de modelo para un retrato *al estilo;* pasmada la aldeana se está quieta un momento, pero pronto se aburre, adivina lo ridículo de la escena y volviendo la espalda al pintor de pluma, azótase en aquella parte de su cuerpo que cierta *heroína* de Zola enseñaba al sol poniente, y huye, riéndose á carcajadas del naturalista. Sin tales burlas, y hablando muy seriamente, me decía Pereda, cuando vino por Asturias, que, según él, no puede el novelista que quiere copiar la poesía de la naturaleza comprenderla y sentirla en un viaje de recreo ó de observación; que eso puede bastar para pintar una fábrica de hilados ó de fusiles, pero el campo, su vida, sus costumbres... necesitaba otra cosa... Es verdad, no es poeta del campo el que quiere, ni para que una novela pueda llamarse aldeana, basta figurarla en la aldea; es necesario que el escritor conozca la vida rústica y sobre todo haya sentido los efluvios misteriosos de su encanto inefable. El autor de un idilio ó el de una poesía romántica que usan de la naturaleza como de un teatro, como de un telón de fondo, no necesitan penetrar en la vida del campo como penetra Virgilio en las *Geórgicas* como penetra Gogol (ya pareció el ruso), al pintarnos en el canto de su poema, que él mismo tenía por su obra maestra, la vida de Costanjoglo el perfecto agrónomo; como penetra, estaba por decir, el mismo Marco Porcio Catón, en su libro de *Re rustica*... porque es de advertir, que el campo no deja por completo de ser en el arte paisaje de abanico, aquellos lugares comunes que irritaban á los Goncourt como una colección de cuadros vulgares, sino cuando se ve en él la poesía utilitaria al lado de la pictórica. Así como en la arquitectura entra por mucho en la impresión puramente estética y en el juicio de este orden el elemento de lo útil, también en el campo, para el observador artista que siente y ama y comprende toda la verdad poética del asunto, es elemento muy interesante el fin útil... digámoslo de una vez, la industria agrícola.

Podrá esto parecer una blasfemia estética á un idealista de esos que visten el uniforme de ordenanza, el blanco, talar, puramente pitagórico, pero á cualquier persona de buen sentido que haya leído las *Geórgicas*, v. gr., ó el canto XVI de *Las almas muertas*, le será fácil entender lo que quiero significar con esa especie de *boutade* ó *salida* agronómica. Yo no niego la poesía exclusivamente decorativa de la naturaleza, sirviendo, como quiere Hugo Blair, para entonar por el contraste ó la armonía la expresión de los sentimientos; comprendo que se describa el bosque en que el cíclope ó el fauno preparan una emboscada á la virginidad pastoril, de prisa y corriendo, y sólo como *lugar de la escena*, pero no se me niegue tampoco que el campo da de sí más poesía que esta, y áun más que aquella otra en que se le toma como aliciente, como una música *sugestiva* que eleva el alma á la contemplación del *dilettante*, ó á la del místico, etc. etc. Al fondo, al último y más rico

jugo de la poesía campestre no se llega hasta que se la toma tal como es, tropezando enseguida con sus relaciones utilitarias. ¡Y qué sincera, noble, inefable poesía nace de aquí! Por eso es la obra maestra de Virgilio, en algunos conceptos, un poema que se ha llamado malamente didáctico; por eso son páginas sublimes, de una belleza fuerte y originalísima aquellas en que el pícaro Tchitchikof (el Quijote-Sancho ruso), se enternece muy de veras oyendo en Costanjoglo la explicación de la verdadera economía rural (1). «No es por la ganancia,—dice el *barina*,—por lo que hago todo esto; lo esencial es el placer que esta vida me procura; el dinero, al fin y al cabo no es más que dinero, un producto como los demás»... Costanjoglo, pinta, no el arte por el arte, ni el arte por lo útil, sino la belleza de lo útil... por el arte. Profundísima estética á que sólo puede llegar con tan hermosa representación, el genio. Por lo que sé de *La Terre*, la novela de Zola próxima á publicarse, el gran escritor francés también ha puesto en ella su tratado poético de *Re rustica;* su *Tierra* no es la tierra de los poetas de égloga (y áun en la égloga representa gran papel la majada, el queso, la leche, las castañas etc.,) ni de los poetas *laquistas*, ni la Tierra del *turista*, ni la del filósofo asceta ni la del soñador oriental, sino la Tierra de las cosechas, la Tierra útil, Demetera.

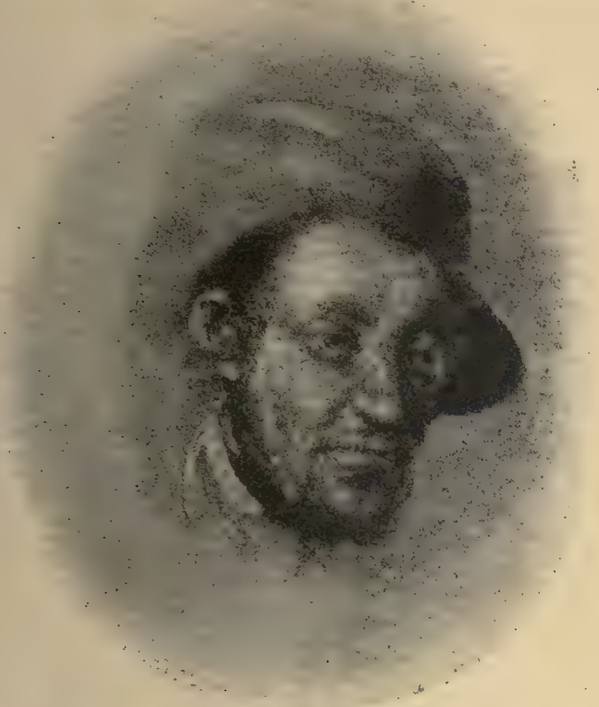
Pues D.ª Emilia Pardo, que sabe, como el querido novelista montañés, el gran Pereda, amar el terruño, ver la poesía útil del campo, nos pinta por este estilo su aldea de los Pazos, y con tal fuerza de verdad, y pruebas tales de sentir bien lo que describe, que es un asombro y un placer muy intenso, leer, devorándolos, aquellos capítulos en que se ve á la pobre Galicia con toda su miseria y con toda su hermosura natural, con su vida de vegetal mal cuidado, pero de vigorosa savia; Galicia fecunda entre estiércol, rica en nobles recuerdos, dotada por Dios de belleza inmortal y cubierta de harapos por los hombres. Inmundicia y harapos pinta sin miedo la insigne escritora, y no sólo los del cuerpo sino los del alma; y al lado de esto grandezas y hermosura espirituales, y hermosura y grandezas de la tierra en que nació y que tanto ama.

(Se concluirá.) CLARÍN.

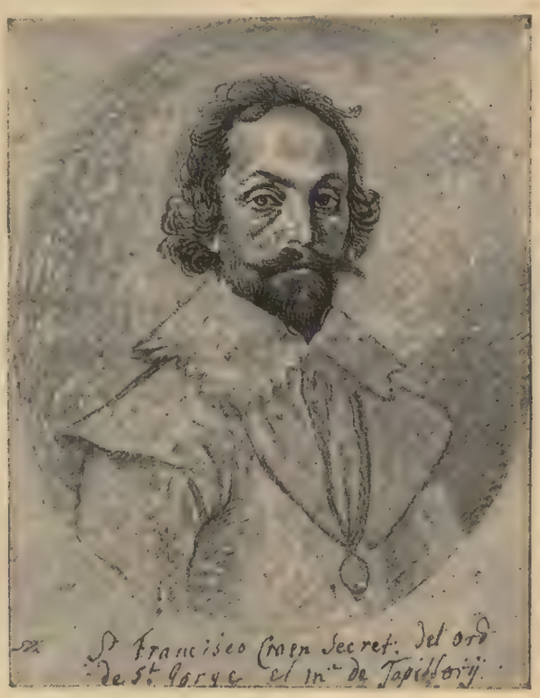
REVISTA CIENTIFICA

Arturo de Bretaña, drama en cinco actos, por M. Claudio Bernard, con un prefacio histórico, por M. Georges Barral; Dentu, editor; París.—Perros de guerra.—Los peces de las grandes profundidades.—Purificación del agua por medio de los agentes químicos.—Pavoroso porvenir de los peluqueros y dentistas.

No se olvidó nadie de decir, al escribirse la necrología de Cl. Bernard, que el más ilustre representante de la ciencia moderna había llegado á París, no con intento de fundar la Fisiología General, sino al objeto de que le representasen un drama en verso. *Si non e vero, e ben trovato*, decían los sabios de la Academia de Ciencias y los de fuera de ella, pero resulta



ESTUDIO por John Riley



SIR FRANCIS CRAME (Retrato por Peter Oliver)

ahora que es verdadero y cierto lo del drama, tan cierto como el asco que le tomó Bernard á la droguería médica de resultas de las triacas que le veía confeccionar al dueño de la farmacia en que estuvo de practicante.

Acaba, en efecto, de publicarse el famoso drama, con lo cual queda desvanecida toda sospecha de novelería sobre el particular. No lo he leído todavía, pero lo leeré, Dios mediante; con todo, algo podré decir ya de *Arturo de Bretaña*, valiéndome de lo que sobre él mismo cuenta la *Revue Rose*.

Claudio Bernard, pues, en una conversación que tuvo con M. Barral, hubo de decirle: «Podéis publicar esta obra, si así os place, pero que sea, á lo menos, cinco años después de mi muerte. Ya que he leído un vaudeville que fué representado en Lyon en 1833, bien puedo dejar leer mi drama, pero no os olvidéis de anunciar que M. Sant-Marc Girardin le dió carpetazo, y eso áun después de muchas correcciones.»

Bien quisieran nuestros grandes dramaturgos que se expresasen con tanta modestia los autores calabaceados que se dignan consultarlos, pero esa modestia es tanto más de admirar, en cuanto que al parecer teníale Claudio Bernard especial cariño á su pobre *Arturo*. «Nunca hablaba sin enternecimiento, dice M. Barral, de aquella obra de su mocedad, con la cual había partido, ligero de bolsillo y cargado de esperanzas á probar fortuna en París.»

Hé aquí ahora, cómo se expresa la Revista de M. Richet respecto á esta obra póstuma: «No diremos, escribe, que el drama de *Arturo de Bretaña*, pueda ser, con alguna probabilidad de extraordinario éxito, representado en alguno de nuestros teatros; seguramente no se advierte nada que revele genio dramático, pero compréndese que es por inexperiencia mejor que no por impotencia. Hay movimiento, energía y sobre todo, una grande generosidad de sentimientos, digna enteramente del hombre benévolo y bueno, grande por su corazón, como grande por su espíritu, que se llamaba Claudio Bernard.»

Y añade á guisa de comentario: «¿Por qué se ha de querer, en efecto, que haya antagonismo entre la ciencia y la literatura? ¿No es acaso una puerilidad creer que un sabio no puede entender palabra en letras ó en artes? Eso es bueno para el colegio, donde los alumnos de matemáticas se las echan de despreciar el latín y los sobresalientes de retórica se vanaglorian de no comprender miaja en geometría. Pero en el fondo, esta dualidad no existe. Podríamos citar ejemplos memorables: Haller, el gran fisiólogo, que fué un poeta renombrado; Pascal, que fué uno de los creadores de la física y un escritor incomparable; Leonardo de Vinci, tan gran geómetro ó ingeniero como gran pintor. Por lo demás, queda hecha la prueba, y ya hoy únicamente los tontos se sorprenden de ver á un sabio cultivar las letras ó un literato rendir culto á la ciencia.»

***

Según el periódico tudesco *St. Hubertus*, se están amaestrando en estos momentos en Alemania unos perros cuya función deberá ser la de ir desde las avanzadas destacadas de un cuerpo de ejército al grueso de éste, y *vice-versa*. Cada perro lleva al cuello una bolsita de cuero donde se colocan los datos que hay que trasmitir.

Existe asimismo la idea de amaestrar perros para ir en busca de los heridos y extraviados, así como para anunciar á las tropas la aproximación del enemigo é impedir que los centinelas se vean sorprendidos.

Estos animales pertenecen en su mayoría á la raza de los perros de pastor; algunos son perros de aguas. En cuanto á los mastines, sólo han dado hasta ahora medianos resultados.

***

Resulta de una nota leída por M. L. Vaillant en la sesión celebrada el 10 del corriente por la Academia de Ciencias de París, que los peces buenos nadadores han escapado al presente, á lo menos en grandísima parte, á los dragados, por cuyo motivo la fauna ictiológica abisal (de *abismo;* es el adjetivo consagrado), nos sería, en este concepto, imperfectamente conocida. Con todo, ateniéndonos á los hechos que resultan de las investigaciones practicadas hasta el día,

(1) Sería interesante un estudio comparativo de Costanjoglo y de Catón el antiguo. Yo no encuentro el *tratado* de *Re rustica* tan prosaico como dice Pablo Albert.

FELIZ MOMENTO (Cuadro de Schwenniger)

pueden desprenderse ya muchas conclusiones respecto á la repartición y relaciones de esos seres.

En primer lugar, las cosechas recogidas por el *Talismen*, muestran que un número considerable de especies consideradas hasta el día como propias del Mediterráneo, sobre todo entre las *Escopáridas*, las *Gadidas* y las *Macrúridas*, se encuentran también en el Atlántico hasta el banco de Arguino y las islas de Cabo-Verde, puntos extremos á que se ha llegado en la última campaña.

El aspecto de esta fauna la relaciona muy evidentemente con el de las faunas boreal y austral, sobre todo, la primera. Así las *Lycodidas*, tan características de estas regiones, se encuentran en las grandes profundidades, y la abundancia de los Ænocantinos, especialmente los del grupo de las *Macrúridas*, atestigua en igual sentido.

Finalmente, un hecho no menos importante, es la *homogeneidad* de la fauna ictiológica en estos abismos. No solamente, en efecto, se encuentran los mismos *géneros* en puntos muy lejanos entre sí, sino que áun las *especies* pueden tener un área de repartición muy extensa, lo cual, á la verdad, viene muy bien en favor de las teorías de los evolucionistas.

***

Leemos en la *Revista de higiene*, que el profesor Dobroslavine, de San Petersburgo, recomienda el siguiente medio de purificación del agua potable por medio de los agentes químicos que, determinando un precipitado, arrastran todas las impurezas en suspensión. Para ello, basta añadir á un cubo de agua (cerca de 12 litros), 50 centígramos de percloruro de hierro y 70 centígramos de carbonato de sosa en cristales; al cabo de 45 minutos, el agua queda perfectamente purificada. El único inconveniente que resulta de esto es el sabor ligeramente metálico y siempre un tanto desagradable que puede presentar, una vez purificado, el líquido caro á D. Florencio Morales y Temprado.

***

A creer lo que aseguran los médicos y yankées señores Hammond y Eaton, no puede ser más sombrío el porvenir de los cabellos y los dientes, y por lo mismo el de los *doctores* en dentistería y maestros peluqueros. No hay tu tía; en el año 3500 todos nuestros descendientes tendrán el cráneo mondo y lirondo como una cáscara de huevo, y tan desamuebladas las encías como las gallinas; calvicie y desdentamiento que los dos autores americanos consideran como concomitantes de una civilización más desarrollada que, á medida que se irá elevando, despojará al hombre de cabellos y dientes, producciones orgánicas que constituyen ahora un humillante testimonio de la animalidad de que derivamos. La causa de este... perfeccionamiento, debe atribuirse sobre todo á la costumbre que tenemos de cubrirnos la cabeza,—recomendada ya por Hipócrates en su capítulo *de los Sombreros*,—y de cocer nuestros alimentos.

No habrá, pues, en 3500 más gente provista de semejantes apéndices epidermoideos que los salvajes, si es que todavía queda alguno para muestra.

Siempre creímos con Edgardo Quinet que aparecería con el tiempo un sér superior al actual *Homo sapiens*, de Linneo, pero ¡calvo y desdentado!... ¡Bonitos estarán aquellos sabios!

ALFREDO OPISSO.

UN PRÓLOGO Y UNA AVENTURA

Juan tragó el último sorbo de café después de paladearlo con fruición y quedóse con la cabeza inmóvil y los labios entreabiertos como si tratara que las papilas de su lengua perdiesen la agradable sensación que en ellas causaba el líquido de que todavía estaban empapadas. Juan saboreaba el café con un placer que rayaba en sibarítico. El mismo lo preparaba en casa después de almorzar, consiguiendo con ello algunas ventajas que no tuviera si en el Café lo tomase. Su estudiantil bolsillo clamaba por la economía y los dos reales que cobraban por la bebida en los establecimientos públicos, hacían temblar de pánico su forro. Además, preparada por él, sabía que sólo de *moka* y *caracolillo* era la infusión, mientras en otra parte, las achicorias se enseñoreaban por mayoría del contenido de la taza. Otra causa poderosa por la que en casa tomaba el café, era una pereza ingénita que hasta á la realización de las cosas más de su gusto ponía trabas. ¡Cuántas veces salió á la calle con zapatillas por excusar el ponerse las botas! Y es.....

El caso que aquella tarde tenía precisión de salir de casa y, circunstancia agravante, ir á la de un señor *de muchas campanillas* (frase de Juan), en cumplimiento de un encargo del padre del estudiante, que repugnaba la más pequeña demora.

Juan estiró las piernas y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca. Sacó un cigarro puro del cajón de la mesa, y después de cortarle la punta con los dientes lo encendió, aplicando luégo la cerilla al borde del platillo del azúcar, lleno entonces de ron. Tímidamente surgió una azulada llamita que fué extendiéndose y tomando cuerpo, hasta cubrir, temblorosa, toda su superficie.

—Qué tarde más destemplada,—dijo Juan envolviendo sus amortiguadas palabras en espirales de humo.—Si á lo menos un nuevo ciclón ó una tempestad se desencadenase, quedaría tranquila mi conciencia aunque no cumpliera hoy el encargo; pero, ¡cá! esas cosas no suceden en invierno. Hoy hace tarde de estarse uno toda ella al ladito de la novia, pensando en los infelices, que sin tener una mujer querida ni que les quiera, van por esas calles de Dios á hacer visitas.

UNA CALLE EN SEVILLA

Un rápido estremecimiento de frío experimentó Juan al decir las últimas palabras. Miró al exterior por los cristales del balcón. El firmamento tenía ese triste color ceniciento frecuentísimo en invierno. Delante del cristal por que Juan miraba, se veían el tejado y una buhardilla de la casa frontera; un gato con la cola erguida y el pelo erizado saltaba de teja en teja

mayando plañideramente; en la ventana de la buhardilla donde se alineaban unas pocas macetas sin hojas ni flores, ondeaban, impulsadas por el fuerte viento, algunas prendas de ropa blanca, puestas allí, sin duda, á secar.

Juan volvió los ojos al encendido ron, y al mirar su oscilante llama se le ocurrió... una grandísima tontería: que él tenía frío en el alma y que de su espíritu era fiel remedo aquella llama; siempre anhelando, elevándose ahora puntiaguda para extenderse achatada luégo. ¿No tendría él otro destino? Nacer, vivir haciendo siempre lo mismo y extinguirse pronto sin dejar huella de su existencia. «*Nacer, amar, morir; después, ¿qu'én sabe?*» como dijo Campoamor. Pero, ¡si él no amaba! De ahí provenía ese frío anímico. Amáse él y poco le importaría el «*¿quién sabe?*» de *ultra-tumba*. Pues, que ame. ¿Pero cómo? El maldito destino se empeñaba en que no. ¡Qué destino ni qué calabazas! El; que no era más que un perezoso incapaz de sostener un cerco amatorio. Si con un piropo se arreglasen dos personas...

Hundía Juan su pensamiento en estas metafísicas y hundía sus manos todo lo posible en los bolsillos del pantalón. No podía idearse mejor personificación de la pereza. Arrellanado en la butaca, con las piernas tan tirantes como susceptibles de estirarse eran, los piés dentro de unas anchas y viejas zapatillas, hasta las cejas calada la grasienta gorra de seda negra y flojamente ceñido el cuello por sudado pañuelo de seda blanco; estaba el hombre sin apartar la vista de la llama que al reflejarse diminuta en sus pupilas hacía creer que, por sus ojos, calentaba las ideas del joven para que, por retorcidísimo alambique descompuestas, destilaran la tristeza en su alma.

La verdad es, que sólo cosas tristes pensaba Juan aquella tarde Fueron desfilando en su memoria una buena colección de mujeres de diferentes edades y estados; mujeres que lo habían entusiasmado sin sospechar, quizás, que del entusiasmo fueran causa; mujeres que imaginaba aquella tarde felices, y haciendo á su vez la felicidad de otros hombres; mientras que de él, de él que tenía un corazón capaz de amarlas á todas, de él no se acordaba ninguna. A todas las había soñado alguna vez y ¡ojalá las soñara tan desdeñosas como se las fingía despierto! Porque al despertar bañado en sudor, ciñendo con sus brazos la almohada y la funda de ésta unida á la boca, el desencanto era horrible. Desde los primeros años de su pubertad hasta entonces (no

PUESTO A RAYA (Cuadro de Walter Hunt)

muchos años), todos los femeninos seres de que en su tiempo se creyera enamorado vinieron á mortificar su pensamiento. Primas suyas, modistillas, mujeres casadas, actrices, hasta fregonas... Especialmente recordaba á una viuda; joven, rubia, gruesa y de formas esculturales; que el día de la muerte de la madre de Juan, le prodigaba palabras dulces y consoladoras que nunca olvidó; ella le hacía tomar tazas de caldo, le pasaba la mano por la cabeza cuando á tomarlas se resistía, y le limpiaba las lágrimas con su pañuelo, con aquel pañuelo tan fino y perfumado. ¿Y quién era ella? Antes de aquel día una vecina casi desconocida; desde entonces, una mujer que á su pensamiento se presentaba sonriente y simpática, al lado de un ataud rodeado de encendidos cirios. Después de la viuda se enseñoreó de sus ideas otra mujer: su única pasión, cuánto verdadera, grande é ignorada de todos menos de Juan. Ya no pudo más el muchacho; exhaló un gran suspiro que no desahogó su pecho, y dijo mientras se mojaban sus párpados de lágrimas:

—¡Ay, madre! Si supieras qué desgraciado es tu hijo en esta vida...

Vamos; aquel Juan era tonto de capirote.

La llama había consumido todo el alcohol y el ron estaba ya frío en el platillo. Juan lo vació en un vaso donde algunos terrones de azúcar se disolvían en agua, y después de mover la mezcla con una cucharilla, la tragó con ansia cual si quisiera arrastrar una cosa que á manera de nudo le obstruía el conducto de la garganta.

—De buena gana me emborracharía esta tarde,—dijo.—¡Maldita visita y maldito encargo y maldita suerte la mía!—añadió levantándose de la butaca.

Y menudeando las maldiciones empezó á vestirse. Hasta de calcetines cambió; sus calzoncillos ya necesitaban reemplazo, pues dos semanas hacía que á sus piernas estaban unidos; el destrozarse las uñas y ponerse rojo el cuello al pretender abrochar el de la camisa, no fué parte á que abandonase la empresa; antes bien, tomó con empeño el salirse con ella y jurando como un carretero, logró al fin coger el botoncillo y aprisionarlo en los almidonados ojales; verdad es que durante la operación puso de oro y azul á un señor *de tantas campanillas*, pero éste pudiera perdonarle considerando su obcecación. Siempre sucedía lo mismo en casos como aquél; no se acordaba de la causa próxima de su martirio: la planchadora, y renegaba de la remota: la ocasión por que se ponía lo planchado.

Cuando Juan, blanquísimo de piés á cuello, después de mojarse los ojos con agua fresca, se ponía la corbata mirándose al espejo, ya no se acordaba de que hubiese mujeres en el mundo. Luégo, cuando vestido de negro, con la levita abrochada y el sombrero de copa en la cabeza, calzaba trabajosamente sus manos con guantes amarillos, cantó contoneándose:

«*Caballero de gracia me llaman...*»

Por fin, el chico se puso la capa, después de sacudir la fría ceniza dentro de la taza, encendió el puro que yacía apagado sobre la mesa, y habiéndose mirado nuevamente al espejo, se dirigió á la puerta, continuando en cantar el alegre wals de Chueca.

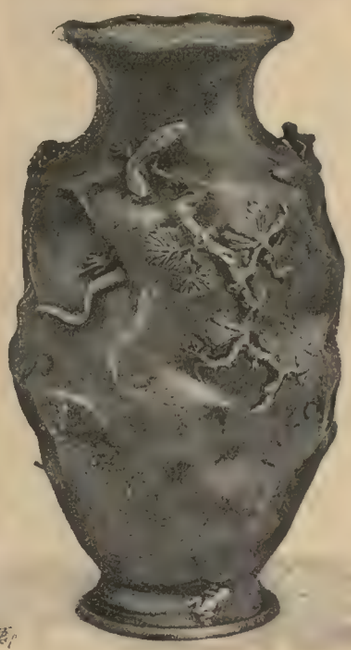
***

Juan subió al tranvía en la Puerta del Sol. Habitaba el campanilludo personaje (campanudo, más en verdad y en su oratoria), habitaba, digo, en una casa de la calle del Divino Pastor, y no era cosa de irse á pié desde la del Prado; quizás á la vuelta... pero entonces lo pensaría. En un momento estuvo lleno el interior del coche; dió el conductor vuelta al torno y el tranvía se puso en movimiento para detenerse poco después. Una joven subió á la plataforma y allí se detuvo mirando disgustada los reple-

LA MARTIR DE AMOR (Cuadro de Bouguereau).

Lámpara de plata y bronce

Vaso de hierro con incrustaciones de plata



Cafetera de plata

Cucharas y tenedores de marfil y plata

Taza de ponche, de cobre forjado

Loving-cup

METALISTERÍA NORTE-AMERICANA

tos asientos. Juan, instintivamente, se levantó indicando con una seña á la joven su sitio. Entró ella, balbuceando al cruzarse con Juan que salía á la plataforma:

—¿Por qué se molesta usted?...

Juan pensó después, que había hecho lo que debía: estaba satisfecho de sí y ni siquiera se le ocurrió pagar el billete de la muchacha. ¡Y qué guapita era la tal! Debía de ser oficiala de modista ó de sastre; cuando menos, una joven que ganaba el dinero cosiendo. No podía pensar otra cosa al ver su aspecto, y más que su aspecto se lo hacía creer un pañuelo unido por las puntas en el que, indudablemente, llevaba la obra de la semana, y un hilo blanco que pegado á la falda de su vestido, lo aseguraba con mucha elocuencia.

La chica, entre tanto, también pensaba en Juan. Sabía que éste tenía en ella fijos los ojos y ella sin apartar la vista de el lío de ropa que en su regazo había colocado, decía para sus adentros, mientras el tranvía se deslizaba rápido por la calle de Preciados ensordeciéndola con el retemblar de cristales y los silbidos del conductor:

—Ese debe de ser uno de la aristocracia; tan jovencito, casi sin pelo de barba y con esa levita tan ceñida y ese sombrero tan reluciente y esos guantes... ¿Por qué me habrá cedido el asiento? Nunca me lo ofreció ninguno *tan paquetito* como ese. Y lo que es gomoso no lo es. Y no me ha dicho nada; ni siquiera que lo hacía con mucho gusto, cuando dije que por qué se molestaba. Sin hablar, por señas me ha indicado su sitio trasladándose, luégo, á la plataforma sin mirarme; como lo hiciera mi padre ó mi tío. Y lo que es ahora... ahora no me quita la vista de encima.

Y Juan, pensaba:

—¿Dónde irá? Quisiera que se bajase antes que yo y verla entrar en alguna casa... ¿Y si toma por una de las calles laterales, como es probable?... Podía, también, bajarme y seguirla; pero... ¿para qué? ¿Para ir detrás como un bobo? ¿Qué le había de decir?... De todos modos, lo primero es la visita...

En la calle Ancha hizo parar la joven el tranvía. Al salir la miró Juan con un descaro extraño en él; entornó ella los párpados, se puso muy colorada y con la cabeza gacha, bajó sin saludarle, internándose luégo por la calle de la Luna. Nuevamente arrastraron los caballos el coche haciendo, al arrancar, saltar chispas del adoquinado y regularizando después su paso de manera que, más que en la piedra, creían los que en el tranvía estaban, que en su cerebro chocaban las herraduras. Juan, cuando ya no pudo ver la calle de la Luna, dirigió la visual al interior del coche y antojósele que todas las caras que allí había, tenían marcada la estupidez en las facciones.

. . . . . .

El viento había cambiado de dirección; ya no azotaba furioso las faldas de los vestidos ni envolvía iracundo en un remolino de paño la cabeza del desdichado que no sabía sujetar el embozo de su capa; ya no arrebataba sombreros ni empujaba brutalmente en las tiendas, las muestras al aire libre; traía, en cambio, del Guadarrama, algo muy punzante ó escociente ó ¡qué sé yo! que recogió de entre la nieve y con que frotaba al paso, el rostro de los transeuntes. El crepúsculo tocaba á su fin; las calles y el firmamento encendían sus luces.

Embozado hasta los ojos y con ligero paso regresaba Juan á su casa. Pensando iba en *la chica del tranvía*, de la que hasta entonces no se había vuelto á acordar, cuando se le puso la chica delante, saliendo de la calle de la Luna y entrando en la de Tudescos.

—¡También es casualidad! —murmuró Juan.

Libre ya del lío, la joven ocultaba sus manos en los bolsillos de la chaquetilla, de una chaquetilla de paño de color de aceituna, muy ceñida por detrás, abierta por delante y con dos filas de grandes botones de nácar. Aquella chica sabía pasear bien los trapos (¡buena frase!) Con la cabeza muy tiesa, algo echada hacia atrás; con pasos cortos, pero ligeros y firmes, andaba la joven, en igual tiempo el mismo terreno que el estudiante.

—Es muy graciosa esta chica, — pensaba Juan.— De seguro creerá que no llevo otro objeto que seguirla y me calificará de soso al notar mi silencio. Pero, vamos á cuentas; ¿á mí qué me debe importar el juicio que de mí forme esa mujer? Probablemente no la veré más en mi vida. A la primera boca-calle cambio de rumbo. Pero, ¡qué tontería! Convencido de que nada me interesa ella, sería yo un majadero en alargar el camino. Lo que me fastidia es tener que ir escuchando los piropos que le dicen todos los desocupados que pasan...

Era cierto; pero también lo era, que Juan, aunque hubiese sabido ir por camino más corto, no hubiera abandonado aquella ruta en que la joven parecía guiarle. Conocía ya hasta la menor costura del espaldar de aquella chaqueta que á metro y medio de él invariablemente se mantenía; creyérase si en ello pensara, atraído con regularidad constante, por magnética fuerza, condensada por igual en aquellos dos codos que por ambos lados de la espalda asomaban. Sabía Juan que la chica iba muy bien calzada, no ignoraba de que color era la falda de su vestido, le parecía que con mucha gracia llevaba prendida la mantilla y que le estaba muy bien el *pelo alto;* de todo lo cual deduzco, que no había dejado de mirarla de piés á cabeza. En cuanto á los piropos que tanto molestaban á Juan, todos estaban cortados por el patrón *flamenco* y no le molestaban por esto precisamente; véase la clase:—Adiós, Guerrita.—Vayan unos andares y una carita de cielo y un aquel.—¡Olé! las mujeres toreras y con circunstancias.—Deme usté el volapié, prenda.

Y así sucesivamente.

Entre tanto la requebrada seguía impávida, sabiendo que detrás iba *el chico del tranvía* que quizás había estado esperando que ella saliera de la casa, escondido en cualquiera parte, para seguirla luégo y averiguar donde vivía.

Llegaron á la Puerta del Sol. Allí esperaba Juan que la joven tomaría un derrotero distinto al suyo y que ya sería probable «no la volviese á hallar *en su camino.*» (En el camino de su vida, pensaba figurada y tristemente). Pero no; *el destino había dispuesto otra cosa.* (Pensamiento, también, del joven). La muchacha, atravesó siempre delante de Juan, el trayecto que había desde la calle del Carmen á la Carrera de San Jerónimo, sorteando con habilidad la multitud de tranvías y carruajes que en todas direcciones se entrecruzaban; apresurando el paso unas veces, parándose otras y mirando siempre á todos lados; dirigía la joven inconscientemente al estudiante, que, más torpe, andaba cuando ella andaba y deteníase cuando ella se detenía.

—Carrera de San Jerónimo, calle del Príncipe y calle del Prado. La casualidad no puede ser mayor,—pensaba Juan.

Ella se aseguraba de que era por él seguida y él pensaba en el chasco que ella se llevaría cuando él entrase en su casa...

—Pero... ¡Cómo!... — Juan se resistía á dar crédito á sus sentidos. — ¡Pues no entra ella en mi casa!—y entró detrás.

—¡Calla! ¡Y tiene el atrevimiento de subir! ¡Tan formal que parecía!—pensó ella: y subió corriendo. Juan también subió ligero; llegó la chica al piso segundo y después de estirar el cordón de la campanilla, al ver que él ya estaba allí, se volvió rápidamente y en actitud como de defensa.

—Caballero, ¿cómo se atre...

—Señorita, vivo en el tercero; le pido á usted mil perdones... Usted dispense.

Y aprovechando la ocasión de que abrían la puerta, se entró ella, rápidamente en su casa, cerrando con violencia.

—¿Será verdad que es vecino, ó me habrá tomado por una de esas...—pensó el nombre con todas sus letras,—y al ver que se ha equivocado habrá puesto la excusa, sabiendo que el tercero es casa de huéspedes?...

—¿Conque es vecina?... Si algún día... Pero, ¡ca! ésta como todas oirá mis pasos por la escalera sin que *encuentren un eco en su corazón.*

N. DE LEYVA Y VIZCARRO.

NUESTROS GRABADOS

LA CARTOMANCERA
Cuadro de Wally Moes

Mal que nos pese á cuantos detestamos las supersticiones, no quebrará tan fácilmente como sería de desear la industria de la cartomancia. En vano es predicar que eso de las cartas es pura filfa: no les convencerán Vdes. á las criadas, duquesas, generalas y lavanderas, creyentes en tales embelecos, de que no se trate de un asunto serio. Y á lo que se ve, en todas partes cuecen habas de esta clase, pues nuestro grabado no reproduce ciertamente el sórdido tipo de las cartomanceras de por aquí, sino que se refiere á una profetisa del bello país regado por las azules ondas del Danubio.

ORILLAS DEL MOSA, EN LOS VOSGOS (FRANCIA)

Tiene este río unas 200 leguas de curso, pero sólo atraviesa una reducida parte de Francia, después de su nacimiento un poco más arriba de la aldea de Mosa *(Meuse)*, en la meseta de Langres. No empieza á ser navegable hasta Verdun, y lo es entonces en una extensión de 217 kilómetros, hasta la frontera belga. Atraviesa de S. E. á N. E. el departamento de su nombre, por entre largos y feraces valles y al cruzar el de los Vosgos baña la aldea de *Domremy-la Pucelle,* patria de Juana Darc, embelleciendo con sus sinuosidades las majestuosas laderas de las redondeadas montañas que forman aquella cordillera.

INCENDIO DEL ALCAZAR DE TOLEDO, LA NOCHE DEL 10 DEL CORRIENTE. — LAS RUINAS
Dibujo de P. y Valor

(Véase lo que dijimos en el número anterior).

EN LA TORRE
Cuadro de los señores Masriera
Dibujo de P. y Valor

Suelen ser la brillantez y la elegancia cualidades inseparables de las obras de estos distinguidos artistas y así se ve en nuestro grabado, cuyo original figura con justicia en el Museo Nacional de Pintura y Escultura.

OBRAS DE LOS ANTIGUOS PINTORES INGLESES
Retratos de Sir Nathaniel Bacon, R. Crame y Oliverio Cromwell

Quizás se haya exagerado algo por parte de los historiadores del arte la carencia de pintores ingleses hasta muy reciente época. Ciertamente que eran extranjeros á aquel suelo Holbein, Antonio Moro y Van-Dyck, pero con todo, pueden encontrarse en pleno siglo XVI y XVII algunos artistas verdaderamente nacionales. Tales fueron Nicolás Hilliard, protegido de Felipe II; Isaac Oliver, su discípulo, autor de algunos preciosos retratos de Isabel y del amante de ésta Roberto Devereux, conde de Essex; Peter Oliver, hijo del anterior (1601-1660) excelente miniaturista, autor del *Sir Francis Crame* que reproducimos hoy en estas páginas; Sir Nathaniel Bacon, primo hermano del gran filósofo y gran conocedor de las escuelas italianas; el austero republicano y puritano Robert Walker; John Riley, pintor de Cámara de Carlos II, y muchos otros todavía entre los cuáles citaremos John Roskins, los Coopers, William Dobson, el *Tintoretto inglés,*—pertenecientes asimismo al siglo XVII, etc., etc.

FELIZ MOMENTO
Cuadro de Schwenniger

Delicioso; esto es saber pintar enamorados; esto es saber expresar bien con líneas y colores el poema de la juventud... ¡Qué miserables nos parecen el duque de Mora y Felicia Ruys en su paseo higiénico sentimental por el *Bois de Boulogne* comparados con esos dos amantes, fuertes, bellos y sanos de espíritu! El cuadro de Schwenniger es la apoteósis de la alegría y la juventud. ¡Al diablo los amantes tísicos, viejos y naturalistas!

UNA CALLE EN SEVILLA

Generalmente hablando, las calles de Sevilla son estrechas y tortuosas y si bien los edificios modernos presentan bastante capacidad, los antiguos conservan el tipo sarraceno y el carácter de aislamiento de la civilización oriental. En muchos puntos se interrumpe la red de callejuelas para dar lugar á una plazoleta, plantada de árboles y decorada con una fuente monumental, muy en armonía con lo que exige aquel caluroso clima.

Sevilla es una ciudad llena de animación,—cuenta hoy 99 000 habitantes,—brillantísima y alegre, pero sobre todo original y sin par en su aspecto, no pareciendo sino que han pasado impunemente los siglos para ella á juzgar por los recuerdos vivientes que aparecen por todas partes; allí puede figurarse uno todavía á D.ª María de Padilla durmiendo bajo los artesonados del Alcázar; á D. Pedro I y á Carlos V recorriendo el mismo palacio; á D. Juan Tenorio sepultándose en el monasterio de la Caridad, etc.

PUESTO Á RAYA
Cuadro de Walter Hunt

Ocupa este pintor uno de los primeros puestos entre los de su género, sobresaliendo tanto por su fuerza cómica como por el tacto con que sabe evitar las exageraciones á que se presta la interpretación de las escenas de animales. Constituye, además, ese lienzo un alarde en el manejo de los blancos y los negros, lo cual es de tanto mérito en pintura como en política.

LA MARTIR DE AMOR
Cuadro de Bouguereau

Merecido tienen muy justamente el cielo las enamoradas que mueren en aras de su pasión, y no es de extrañar por lo mismo que músicos, pintores y poetas se inspiren en semejantes *Asunciones*.

El cuadro, referente á tal viaje, pintado por Bouguereau es digno del asunto, habiendo sido bastante feliz el autor para representar poética y humanamente la fantástica viajata.

METALISTERÍA NORTE-AMERICANA

Háles entrado á los yankées un verdadero furor por rivalizar con las producciones de la *vieja y corrompida Europa*, y así como están trabajando ahincadamente para constituir una escuela de pintura exclusivamente norte-americana, se han dedicado también á cultivar la metalistería, con éxito un tanto temible ciertamente para nuestros plateros y artífices en metales repujados.

No hay para qué negar, en efecto, que son muy lindos sus productos, de los cuales pueden verse reproducidas algunas muestras en nuestros grabados de hoy.

Es una obra original y elegante ciertamente la *loving cup* ó *copa de cariño*, objeto que suele destinarse á regalo para demostrarle al favorecido aquel afecto, más raro de cada día; indica un profundo estudio del arte persa la *cafetera*; la *lámpara*, de plata y bronce, nos ofrece un delicado modelo del más exquisito gusto oriental, y, finalmente, la *taza de ponche*, de cobre forjado; los *tenedores* y *cucharas*, de marfil y plata, y el *vaso*, de hierro con incrustaciones de plata, son admirables artículos del más puro estilo japonés.

LONDRES: PUERTA DE LAS CABALLERIZAS DEL TEMPLE PASEO DEL BANCO DEL REY, EN EL MISMO

Pertenecen estos edificios al patrimonio de la corona, formando parte de la cadena de alojamientos reales que se extiende desde Oxford Street y Holborn, hasta el Támesis. La mayoría de estos edificios están destinados hoy á oficinas y cuarteles.

OROS SON TRIUNFOS

Tras de ponerme en un potro
amándola á troche moche,
me dejó Celia por otro
sujeto que arrastra coche.
Tal premio á mi amante fe
me hace que viva trinando;
¡dejarme á mí por lo que
va por las calles rodando!

CARLOS CANO

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

IX

DIANA Y ENDYMION

Era una de esas tardes caniculares, henchidas de vapor, bochornosas y sofocantes, que parecen haber sido creadas para la molicie y el amor.

Luísa estaba en el baño. En el pabellón de aquel jardincito rodeado de arábigas palmeras y verdes azahares, mandó construir un baño con pila de mármol y el correspondiente tocador, y allí, sumergida en el agua, sin velos ni importunos chales, sueltas las trenzas, libre, sola y retirada, había templado el calor del cuerpo y la soñolencia del alma.

En brazos de tan dulce como natural diversión, pues el baño es una diversión higiénica en alto grado, se hallaba la graciosa y tentadora dama, cuando don Leandro, con la escopeta al hombro y acompañado de su lebrel y hostigado por su pícaro amor, se presentó en la granja, entrando en ella como Pedro por su casa.

Tomó asiento en un escaño pegado al muro del caserón y preguntó á uno de los colonos por la noble dueña de la casa.

—Está en el baño,—contestó el rústico, añadiendo:—pronto saldrá.

El golilla dejó la escopeta á un lado, exhaló un suspiro y murmuró por lo bajo, abanicándose con su sombrero:

—Esperaré. No quiero retirarme sin verla y sin hablarla. Ahora está en el baño y saldrá de él fresca, limpia y transparente como una rosa... Si su difunto pasa el purgatorio en la otra vida no tendrá de que quejarse habiendo gozado antes de las delicias de la gloria... Ante ella me vuelvo un chico de la doctrina, y no es extraño, porque un niño es el Amor, y á mí el hijo mimado de la diosa Venus me ha tomado por su cuenta. Un lustro hace que me pudro en silencio. Un lustro hace que esa viudita de mis tormentos anida en mi imaginación, envuelta en luz y derramando perfumes... En derredor de toda esa dama se extiende una aureola que deslumbra, que atrae, que fascina y que enamora. Aquella aureola es una tela de araña y yo soy la pobre mosca enredada en ella; el insecto que aletea, que busca la fuga y más y más se pierde en su revuelto laberinto...

A este monólogo sucedió otro más apasionado que pasamos en silencio, primero por su extensión, y segunda por su intención, que no era muy santa que digamos.

De pronto se abrió la puerta del jardín y apareció ante los atónitos ojos del camastrón la ninfa de sus sueños, con la negra y húmeda cabellera desprendida sobre la espalda, ceñido cuerpo por un vestido blanco de muselina, con un largo lazo azul prendido á la cintura, y respirando todo el cuerpo elegancia y belleza.

Don Leandro se apresuró á ofrecerle sus respetos con muchas ceremonias.

La viudita al verle sonrió.

—Tanto bueno por mi casa,—manifestó tendiéndole la mano.—¿Y doña Cándida y los chiquitines?

—Reventando de salud. Buenos, muy buenos. ¿Y á V., noble dama, cómo le prueba esta soledad?

—A las mil maravillas... Tome V. asiento. Yo lo efectuaré en esta silla.

El licenciado contemplaba aquella beldad. Todos sus cinco sentidos estaban fijos en ella.

La dama lo notó y articuló sonriendo:

—¡Qué calor, Virgencita de las Angustias!

—Parece una tarde de los trópicos,—manifestó el doctor.

—No se mueve ni una hoja. ¡Qué calor tan pegajoso! Acabo de salir del baño y estoy sudando. Mire V.,—exclamó la dama arremangándose la manga de la bata.

El golilla cerró los ojos.

—¿Le gusta á V. el campo?—preguntó la dama haciendo mueca tentadora con el malicioso fin de embaucar de lo lindo al trasnochado Amadis.

—Según y conforme. Lo encuentro monótono; pero pudiendo gozar de cerca de las gracias... de las divinas gracias...

—Aquí todo lo son. Cuido mis flores, doy de comer á las gallinas y á los patos, cojo la fruta y me entretengo en mil cosas... ¡Soy tan feliz en este pequeño imperio!... Y al mismo tiempo gozo de completa libertad: trisco, canto, bailo, me baño, charlo á mi solas y me aturdo. ¿Le parece á V. poco?

—¿Sabe V., señora, que es bajo todos conceptos envidiable la suerte de los patos, de las gallinas y de las flores?... ¡Qué ventura poder ser acariciado uno por esos dedos de marfil, que parecen hechos solamente para bordar, tocar el clave y puntear la vihuela!

—Es mi afición favorita. Fray Basilio, el insigne guitarrista, maestro de Godoy y de S. M. la reina, me dió algunas lecciones durante mi residencia en la corte... Otro día, pues presumo que esta no será la última tarde que me dedicará su merced, le daré á conocer un par de tiranas. Pues las tiranas las toco, las bailo y las canto como dice la canción. ¿No le gustan á V. las tiranas?

Don Leandro, sin saber qué pensar ni qué decir de aquella majestuosa amabilidad que parecía orillar el camino de sus pretensiones, articuló con amorosa vehemencia:

—¡Mucho! ¡Mucho por mis desgracias!... Una tirana constituye una belleza, un algo superior, selecto, escogido, y por lo tanto, mi corazón y mis ojos que nunca envejecen vuelan tras ella con una fe, con una pasión...

—¡Ay, don Leandro!—exclamó la dama interrumpiéndole la frase y llevándose las manos á los ojos.

—¿Qué tiene V., señora?—preguntó el cumplido galanteador incorporándose y extendiendo los brazos.

La dama exhaló un gemido.

—¿Qué la afecta?

—Nada menos que un mosquito me ha entrado en el ojo derecho. ¡Dios mío, cómo me duele!

—¡Cuidado con frotarlo! ¡Cuidadito!... ¿Quiere su merced que vaya por agua?

—Gracias.

—Mire V. el gran bribón; ¡en buena parte se ha metido!...

Doña María Luísa ocultó el ojo con un cabo del lienzo y con el otro la boca para que no viera el doctor en jurisprudencia la burlona sonrisa que retozaba en sus labios.

—¿Le duele mucho?

—¡Mucho, señor! ¡Mucho!—suspiró la dama con falso y estudiado sentimiento.

—¡Quién dijera, que hasta los zumbadores mosquitos se enamorasen del sol!

—Es un sol en eclipse,—y añadió doblando la cabeza:—¡Ay, mi buen amigo!... Si con esta amabilidad que le caracteriza se sirviera... No me atrevo...

—Diga V., diga V.,—contestó el abogado levantándose.—Sus deseos son leyes. Sus caprichos, si es que su merced tenga caprichos, órdenes terminantes. Su labio insinúa la frase y yo la acato.

—Tal vez molestaré...

—Nada de eso. Tendré especial placer en poderla servir en todo y por todo. Ya sabe, ó puede imaginarse, que reina en su casa, y que reina, manda y gobierna...

—Pues bien. Sírvase soplarme el ojo. Mucho cuidado, ¿eh?

Aquella farsa no podía estar mejor zurcida.

El currutaco experimentó un estremecimiento general; rojo como la grana, bamboleándose como si estuviera ebrio, adelantó hacia la bella con el lente en la mano para examinar la pupila.

La dama, con un descuido que fascinaba el alma, echó la cabeza hacia atrás y ladeándola después sobre el hombro izquierdo, preguntó:

—¿Nota V. algo en el rabo del ojo?

—¡Santo Cristo del Zapato, que encarnado y lacrimoso está el pobrecillo!

—¡Cuidadito, don Leandro! ¡Cuidadito!..... Abra V. el párpado. ¿No se atreve usted?

El pobre Endymión con peluca y calzón corto acercó el dedo al moreno y peregrino rostro de aquella Diana cazadora, y una verdadera corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo. Hizo un esfuerzo supremo y sopló dos ó tres veces pareciendo que á cada soplo le saliera por la boca el corazón.

—¡Gracias, buen señor! ¡Gracias!—balbuceó la dama aparentando profundo agradecimiento y tendiéndole la mano.—¿Cómo pagarle tanta bondad?

—Yo no soy bueno ni malo. Sólo soy un hombre capaz de hilar á los piés de una hermosura como Hércules á los de Omfala.

La dama prorumpió en una carcajada.

—¿Sabe V., don Leandro, que me gustaría verle con la rueca en la mano?

—¡Cómo se chancea usted! Ríase á su gusto, pues esta jovialidad aumenta el brillo de sus lindos ojos, los hechizos de su rostro y la gracia de esta pequeña boca que envidiara la ensalzada Helena.

—¿Yo chancearme?... ¡Que superficialmente me ha juzgado su merced! Como se conoce que no ha sondeado mi corazón,—añadió levantándose.—Venga V. conmigo.

—¿A dónde? —preguntó el golilla haciéndose [illegible]

—A la viña. Tengo en ella unos moscateles riquísimos. El año pasado los probaron el padre Nolasco, el señor Inquisidor de Toledo y el representante de los Santos Lugares y quedaron prendados de ellos. Ya verá V. que racimos tan sabrosos.

—He oído hacer grandes elogios de ellos,—murmuró don Leandro abandonando su asiento.

La señora se encaminó al portal de la granja y gritó en alta voz:

LONDRES
PUERTA DE LAS CABALLERIZAS DEL TEMPLE

EL PASEO DEL BANCO DEL REY

—Cuta! Cuta!

Una muchacha bastante bien parecida, ni alta ni baja, trigueña, limpia, fresca, hacendosa, [illegible] la alogarrada saya, acudió al llamamiento.

—¿Qué se le ofrece á mi señora? —preguntó [illegible] voz melosa.

—El quitasol y un cesto para llevar uvas.

—Voy corriendo.

Don Leandro en aquel momento ni se acordaba del santo de su nombre, de su mujer, de sus hijos, de su posición, de su estado civil y canónico, pues él pobre estaba más que maravillado del agasajo y amabilidad de la dama de sus sueños.

Se conoce que ella también me ama,—exclamaba por lo bajo.—¡Qué dulzura! ¡qué finura! ¡qué mujer!...

—Cuando V. guste,—murmuró la dama agitando alegremente la artística cabeza y abriendo de paso el quitasol.

—Estoy á sus órdenes. Los esclavos de las verdaderas bellezas no disponen, obedecen.

Y diciendo esto, don Leandro colocóse el sombrero de medio queso bajo el brazo y ofreció la diestra á la dama.

—Pues en marcha, esclavo mío,—contestó doña María aceptándole la mano.

¡Qué cuadro tan bello, tan original formaban aquellas tres personas tan distintas, en clases, en trajes y en pensamientos caminando poquito á poco hacia la viña donde el ilustre varón había de probar las uvas entre las burlonas sonrisas de la tentadora viudita y de la graciosa y amaestrada doncella!

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

[illegible] Casa Editora Emilio Maria Ramos.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLAROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO. BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

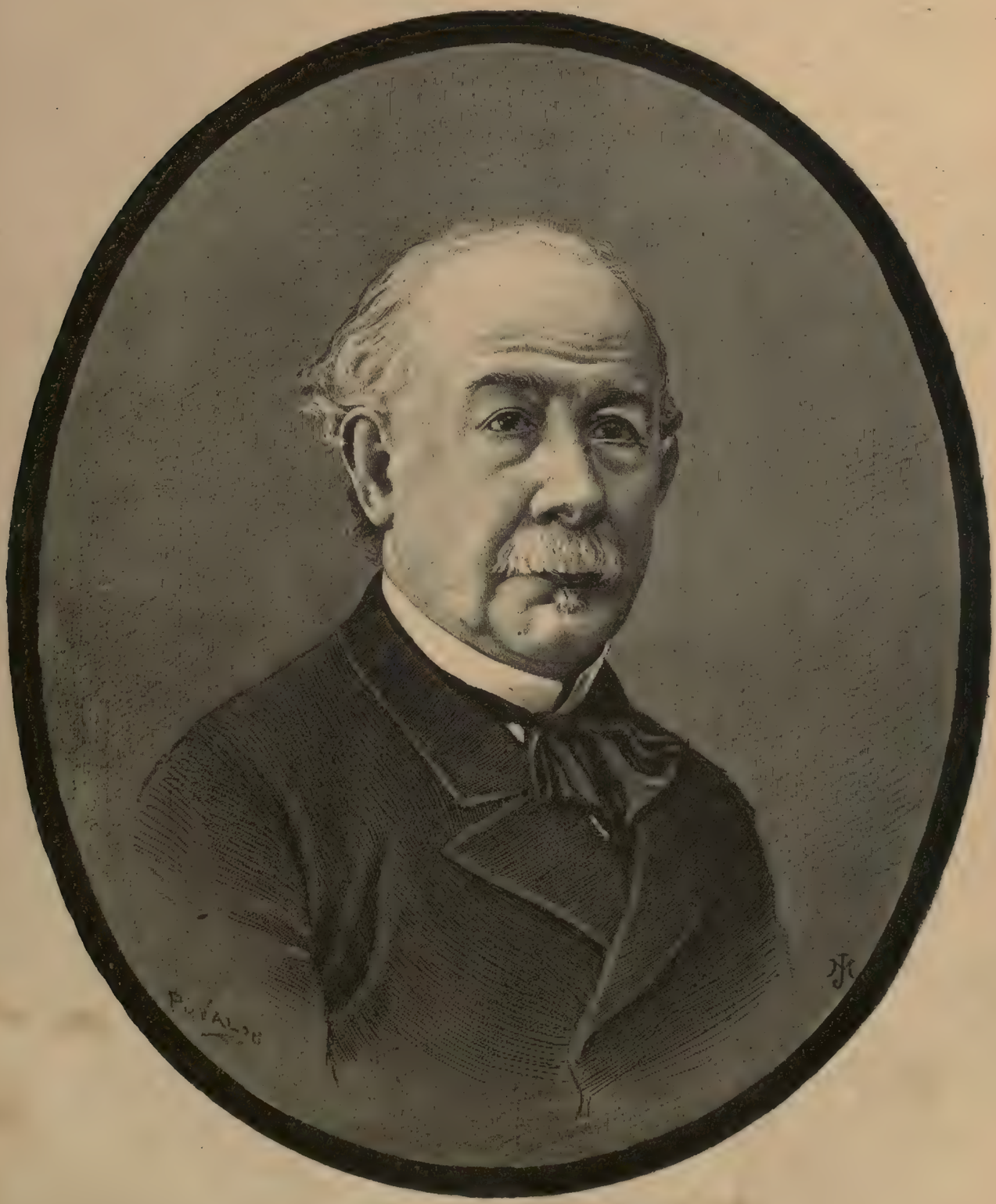
Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 5 de Febrero de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm 214



D. IGNACIO JOSÉ ESCOBAR, MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS † en Madrid, el 24 Enero último. (Dibujo de P. y Valor)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La cruz de Pedro López* (continuación), por Juan Tomás Salvany.—*Lecturas: Los frutos de Vilna* (conclusión), por Clarín.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Episodio marítimo*, por Vicente Blasco Ibáñez.—*Poemas* (poesía), por V. Beltrán.—*Un castillo en el aire*, por Ricardo J. Irazoqui.—Nuestros grabados.—*La pasar de los carruticos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Don Ignacio José Escobar.—Carlos Enrique Meier.—La gran Vía (Teatro Principal de Barcelona).—La escalera del Alcázar de Toledo, antes del incendio.—Barrancos entre la Alhambra y el Generalife (Granada).—Paisajes ingleses: El arroyo de las Truchas, en el condado de Essex.—La madre defendiendo el cuerpo de su hijo.—Medallones de teatro: Alejandro Dumas, el hijo; Edmundo Rostand; Eugenio Labiche.—La mañana en Amsterdam.—Tocados del siglo XV.—Londres: La Catedral de San Pablo, vista desde el río.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

DON IGNACIO ESCOBAR

Mi querida Carmen: Mucho siento volver á la tristeza en estas cartas; pero el tema de hoy, se me impone por la general preocupación y sentimiento de Madrid. Ha muerto una de las grandes representaciones del periodismo español: un hombre excepcional por su laboriosidad y su modestia; un político que ha sido injuriado por sus adversarios cuando vivía y á quien estos mismos adversarios tejen la mejor corona uniéndose hoy espontáneamente al dolor de su familia y de su partido... No recuerdo,—y dispénsame la palabra,—una *oración fúnebre* semejante; este periodista, este conservador cuyos intereses estuvieron tantas veces enfrente de tantos intereses políticos é individuales, muere, al parecer, sin un enemigo, sin un injuriador, sin un contradictor siquiera. No cabe duda que hay en esa existencia, tan agitada, tan combatida, algo que se alza revelándonos algunas de las difíciles virtudes que vegetan silenciosamente en vida y que se despliegan sobre el ocaso del hombre visibles para todos y como justicia consoladora de la muerte... Esa es la hora,—la hora del morir,—en que los detalles de una biografía parcial desaparecen; en que se borran las escaramuzas del día y sólo quedan los rasgos característicos, las grandes batallas; las síntesis que ensalzan ó condenan. Y la prensa y los hombres políticos y Madrid entero ha visto y ha juzgado y ha dicho en esa hora de juicio solemne, que Don Ignacio Escobar era un hombre de trabajo, un hombre de sana intención para su partido y su patria; un corazón tiernísimo lleno del amor de su familia; un hombre, en fin, que en medio de una política y de unos partidos que corrompen y excitan al vicio, al ocio, á la soberbia y á las persecuciones ha sabido permanecer siempre laborioso, sencillo, transigente, bondadoso y [illegible].

Don Ignacio Escobar ha muerto de sesenta y seis años. Nació en Madrid y estudió la carrera de [illegible]. La pasó [illegible] que á D. Ramón Campoamor; que en vez de escribir recetas prefirió escribir versos. Su carácter se reveló desde [illegible] presidente de un círculo literario, [illegible] en un certamen, por [illegible] que se presentaron en ese círculo [illegible] y los versos... Escobar dejó su [illegible] al poeta [illegible]. Llegado [illegible] Usted [illegible] el presidente. El poeta [illegible] D. Tomás Rodríguez Rubí.

Entró de redactor en el famoso *Heraldo*; el periódico del [illegible] de San Luis. ¿Quién ha [illegible] ¿Adivinado [illegible] de Escobar.—Ese [illegible] que [illegible]—Pues [illegible] sin duda, [illegible].—Esta frase demuestra que Escobar ha sido periodista [illegible].

El [illegible] de San Luis le encargó de la secretaría del gobierno civil de Granada. En esta [illegible] de [illegible] titulada *Un corazón español*; y en ella pasó la luna de miel de su matrimonio. Nada necesito decirte de la hermosísima y discreta dama que fué su esposa; tú la conoces y has elogiado en más de una ocasión su bondad y sus cualidades de gran dama.

Del 53 al 56 escribió en *La Época*, periódico fundado por D. Diego Coello; un año después fué elegido diputado por Navalcarnero y terminada la legislatura nombrado oficial de la secretaría de Gobernación.

Por aquella época D. Manuel Santana había fundado *La Correspondencia Autógrafa*, y deseando algún descanso cedió á Escobar su periódico en 25.000 duros, ó por una cantidad anual; en calidad de arrendamiento. Escobar cambió el nombre de aquella hoja: le puso el de *Correspondencia de España;* vino la guerra de África, *La Correspondencia* obtuvo gran circulación; pero habiéndose rescindido el contrato, Escobar pasó á *La Epoca;* encargándose de su dirección.

Comprendiendo Escobar cuán justificada y cuán inevitable sería la revolución de Setiembre quiso evitarla, dando á su partido saludables consejos. González Brabo les desatendió; la revolución vino, y, Escobar, siguiendo en su política sensata, rompió sus compromisos con los moderados é inició la candidatura de Don Alfonso XII. Creía Escobar, «que perseguidas las ideas extremas y flageladas por la guerra predicada hasta el exterminio ó con la amenaza perenne de la proscripción, de las deportaciones, de las cárceles, de los patíbulos, no se consigue otra cosa que repeler fuerzas que deben ser atraídas á la convicción por sistemas benignos é insinuantes.» Como ves, su política era su mismo carácter. Trató, pues, de hacer comprender á las clases conservadoras el verdadero sentido de su misión, que es resistir con suavidad y dirigiendo. Ciertamente que sus temperamentos benignos no fueron mejores para que se le hiciese justicia por el jefe de su partido; pues ha muerto sin ser ministro ni ser tan siquiera senador vitalicio; cuando tantas nulidades conservadoras han sido investidas de esos altos honores.

Esta conducta de templanza no se desmintió al surgir la monarquía de Don Amadeo; rey al cual trató *La Epoca* con templanza. No bien abdicó Don Amadeo y vino la república, Escobar se dedicó, por entero, á la defensa y al triunfo de la restauración alfonsina. En esta época fué cuando al volver de Biarritz, donde había conferenciado con los jefes de la conspiración, fué detenido en la venta de la Tejería por el marqués de Valdespina... Habiéndole manifestado el duque de la Torre la necesidad de que se encontrase en Madrid en día determinado y no encontrándose buque ninguno dispuesto en el puerto decidió atravesar las fronteras carlistas. En la venta de la Tejería hizo descanso para comer y se sentó á la mesa con varios oficiales carlistas y los demás viajeros. El trato fué cordial, pero uno de los oficiales le conoció y dijo á sus camaradas: que comían nada menos que con el director de *La Epoca*, de Madrid. El marqués de Valdespina le llamó y por buen componer le dió orden de volver á Francia. Logró, sin embargo, enternecer al hosco aristócrata carlista y siguió para Madrid, salvando papeles de importancia y fuertes sumas de dinero.

Realizada la restauración Escobar fué recompensado con cargos honoríficos y gravosos; fué nombrado gentil-hombre y hecho marqués. Inició entonces su campaña para agrupar los elementos del partido liberal conservador; desunidos hoy, al fin, para siempre, por los disentimientos de Cánovas y Romero Robledo.

Generalmente, prima mía,—me lo has oído decir varias veces,—el hombre trabaja para no trabajar. El marqués de Valdeiglesias no trabajaba para esto; tenía el vicio del trabajo y el vicio del periodismo. Una de las cosas que no he podido comprender nunca es que *La Epoca* combatiera el noticierismo, cuando Escobar,—como lo demostró en *La Correspondencia de España*,—había sido un gran noticiero, y cuando después de todo *La Epoca* se alimentaba constantemente de las conferencias continuas de Escobar con todos los hombres políticos. En esto el difunto periodista se parecía á esos hombres que gozan hablando mal de la mujer de quien están perdidamente enamorados. Verdad es que sobre su amor al trabajo tenía otra consideración para no desatender su periódico. *La Epoca* es una notoriedad, una honra, una empresa y una fortuna que los jefes de partido no pueden dar ni quitar; y este había de ser el escudo de su familia el día (por desgracia ya venido), de la enfermedad y de la muerte. Se refugió, pues, en aquella redacción, como si presagiase la desgracia; y en aquella casa donde se han fabricado tantas reputaciones y tantas glorias; á donde han llegado con el sombrero en la mano tantos poderosos, y de donde han salido con altivez tantos ingratos, se dedicó á educar y aleccionar en el arte de dirigir la opinión á su hijo Alfredo... En medio de las agitaciones de su vida y de las perspectivas de su ya cansada edad, le era gran consuelo ver que dejaría su obra en manos que sabrían recogerla y prosperarla.

La Epoca, en efecto, será desde hoy dirigida, sin aquel sabio consejo, por ese joven que tú has visto en sociedad muchas veces; cuya discreta conversación has saboreado y del cual has hablado con verdadera simpatía; pues si bien por el atildamiento de su persona, por el elegante desenfado de sus maneras y por las audacias de buen tono de su conversación no es el tipo de una señorita tan grave y seria como tú, bien pronto advertiste que tratabas á un hombre ilustrado, cortés de corazón, amante del trabajo; dispuesto á continuar su obra inspirándose en la consecuencia y en la bondad de su padre; no engreído con su posición afortunada, no desdeñador de la autoridad del talento; de un hombre, en fin, cuyo exterior responde á la sociedad que trata, á la juventud que estimula su imaginación y su sangre, á la precocidad de su existencia literaria y política, pero cuyo pensamiento es reflexivo, bien intencionado y cuyo corazón es sano y valiente. Los que al principio creyeron que Alfredo Escobar sólo serviría para dirigir un cotillón, se equivocaron: dirige bien ilustradísimos periodistas, y quién sabe si más afortunado que su padre dirigirá un ministerio.

Como *La Epoca* es una institución y ha de influir tanto en la política, no puedo menos de considerar que el carácter del hijo le indica como seguro continuador de la política transigente de su padre. Alfredo Escobar será siempre conservador porque no es posible que un espíritu se sustraiga á la influencia de una eterna atmósfera conservadora, en la cual palpitan, además, en átomos de vida, el cariño de un padre, sus consejos, y hasta las últimas palabras en que le ha pedido amor, respeto y amparo para la monarquía y la dinastía... Pero yo he visto pocos jóvenes tan influídos por el espíritu moderno, y especialmente del espíritu del periodismo; como su padre quiere ser el jefe de un periódico más que el jefe de un Centro político, y su ambición es la de ser encumbrado por los periodistas, no por sus correligionarios, y guiar la opinión y derramar su espíritu beneficiosamente en el espíritu de la patria. No hace muchos días que hablábamos en la calle y que para desarrugar su frente nublada por fatales presentimientos, le hablé yo del porvenir. —Mi propósito,—me dijo,—es hacer de *La Epoca* un periódico conservador, pero *conservador nacional;* las ideas y los intereses conservadores antes que sus hombres y que sus partidos; y al propio tiempo quiero hacer de él una gran hoja diaria que difunda la ilustración, la ciencia, la literatura; que traiga á nuestro campo las simpatías de nuestros mismos adversarios, y en la cual, salvando sus opiniones políticas, reunan los primores y las energías de su talento cuantas notoriedades tiene nuestra patria. Al obrar así continúo la obra de mi padre. Reflexione V. que mi padre ha sido cien veces injustamente juzgado por los

suyos á causa del espíritu conciliador que siempre ha demostrado y por creer que *La Epoca* debía ser más bien un nivel que una espada. Este fué el espíritu de sus palabras y yo aplaudí este leal y sensato propósito.

El entierro del marqués de Valdeiglesias ha sido una gran manifestación de duelo. El féretro se ocultaba bajo numerosísimas y magníficas coronas; llevaban las cintas ilustraciones de todas las clases sociales y un número inmenso de hombres políticos, de escritores y de particulares formaba el cortejo.

La comitiva siguió á pié el carro fúnebre hasta salir de la población; después le acompañó en los coches, hasta el cementerio. Allí se le dió tierra; y allí repitió no sé quién este verso de D. Carlos Coello:

¡Hoy descansando está por vez primera!

Aquí concluye, naturalmente, mi carta y no quiero prolongarla, siquiera te deje la impresión de tan tristes palabras y sentimientos.

Tuyo,

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

—Como él juega y ella se emborracha, á lo mejor arman un belén, hasta que ella se acuesta sobre el santo suelo, ó alguno de los dos, como ha sucedido esta noche, se da ó recibe algún porrazo. En la casa todos estamos acostumbrados á esos zipizapes y no les hacemos maldito el caso; como nos pillen dormidos, ni siquiera nos despiertan.

—Y ¿no han intentado Vdes. poner paz?

—Ni falta que les hace. Una vez se metió un vecino con ellos en medio de la gresca, y estuvo en un tris que no le saltaran un ojo, después de decirle que más sabía el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Tres veces se han separado jurando matarse, y otras tantas han vuelto á reunirse, no pudiendo soportar la separación. Son dos tortolitos que no viven el uno sin el otro; se quieren á trompis, y hay que dejarlos; cada uno es como Dios le ha hecho.

—El vino, las mujeres y el juego... ¿Sabe usted, señora Pepa, que tiene V. encerrados todos los vicios en el sotabanco?

La portera me volvió la espalda y continuó barriendo; yo salí, comenzando á disgustarme de la casa de Pedro López.

En efecto, á las tres ó cuatro noches se repitió la escena, exornada con el aparato de costumbre, sólo que el estrépito fué mayor, si cabe, que en la primera. Me distrajo de tal modo, que furioso de no poder seguir escribiendo, cuando él por centésima vez gritaba:—Te voy á reventar,—le contesté sin que me oyera por fortuna:

—¡La revienta V., ó la reviento yo!

Ramírez dormía como sólo él sabía hacerlo, acostumbrado también al zipizape. Habiéndome la fatiga dado sed, me levanté y fuí á la cocina á beber un vaso de agua. Ya en ella, una circunstancia extraña vino á llamarme la atención. Por la ventana que caía al patio abierto entre mi casa y la inmediata, se entraba un ruído extraordinario de monedas, ni más ni menos que si á expuertas las estuviesen manejando.

—¡Chispas!—dije para mí.—¿Dónde me he metido yo? ¿Serán ladrones, cambistas ó monederos falsos?

Me asomé y ví alumbrada la ventana del principal á través de la entreabierta montera de cristales que cubría el patio. Con la mayor atención escuché durante algunos minutos. Oíase el ruído de dinero derramado á expuertas sobre un mueble; luégo el ludir de unas monedas con otras, como si contándolas las ordenaran en pilas. Al mismo tiempo, una voz ligeramente emocionada, unida á cierto confuso rumor que recordaba el roce de papeles mugrientos, decía por lo bajo:

—Cuatro mil... seis mil... veinte mil...

—No ha sido floja la ganancia,—añadió una nueva voz.

—Gracias á mis escamoteos de ases y sotas.

—Y á mi cambio de barajas cuando aquel tío copó la banca.

—Si llego á tallar yo...

—Lo malo es que nos han levantado un muerto de dos mil reales.

—¿Quién ha sido?

—Aquel vejete, en el *entrés*.

—No te apures; de Enero á Enero el dinero es del banquero.

—Que no entre más ese canalla.

—Descuida.

Callaron y siguieron contando.

—¡Vaya, una casa de juego!—dije cerrando sigilosamente la ventana.—Y jugadores de ventaja por lo visto. Vamos atando cabos; el vecino del sotabanco entra de paso en el principal; mientras él tira de la oreja á Jorge, su... mujer, ó lo que sea, le espera empinando el codo. Una vez desplumado, él sube á su habitación, la encuentra á ella borracha y la apalea. ¡Pues, señor, esta casa es un edén!

Al tiempo de retirarme al gabinete, sentí sobre mi cabeza reproducirse la consabida escena; esta vez no me impidió dormir, porque, como había dicho la portera, también yo me iba acostumbrando al zipizape.

CARLOS ENRIQUE MILLER
Distinguido paisajista norte-americano

Transcurrió cerca de una semana, sin que, aparte de las referidas, ocurriera cosa digna de mentarse. Sólo algunas veces encontraba en la escalera, ya subiendo ya bajando, gente de mala traza, de las cuales unos me daban maquinalmente las buenas tardes; otros pasaban sin saludar, con aire misterioso ó preocupado.

—Serán *puntos*,—me decía;—los que saludan van gananciosos; á los que bajan sin decir esta boca es mía se los llevan los diablos.

La mayor parte de las noches oía abrirse y cerrarse con cierto sigilo, pero también con bastante frecuencia, las puertas de los cuartos inferiores y la de la calle; al propio tiempo sonaban pisadas de varias personas, acompañadas de murmullos, entre los cuales percibían de cuando en cuando palabras soeces y blasfemias.

Yo empezaba á preocuparme seriamente de mis vecinos y hasta á maldecir la hora en que se me ocurriera meterme en aquella casa. Verdad es que nadie se metía conmigo ni me estorbaba en un ápice; que, salvo los zipizapes del sotabanco, la tranquilidad era completa; pero una vaga inquietud, un malestar inexplicable, me sobrecogía cuando estaba ocioso.

—¿Viviré condenado á ser otro judío errante? —pensaba entonces, cruzando por mi imaginación la idea de mudarme de nuevo.

Mi criado Ramírez era quien no parecía preocuparse en lo más mínimo. Fiel al cumplimiento de su deber, solía madrugar todas las mañanas; iba á la compra, á la vuelta me servía el chocolate, si estaba yo despierto, y luégo se encerraba en la cocina á preparar la comida de la una, en cuyo cometido solía salir bastante airoso.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

TEATRO PRINCIPAL DE BARCELONA «LA GRAN VIA,» ESCENA V (Decoración de los Sres. Moragas y Urgellés)

LA ESCALERA DEL ALCÁZAR DE TOLEDO, ANTES DEL INCENDIO (Dibujo de P. y Valor)

LECTURAS

LOS PAZOS DE ULLOA

(CONCLUSIÓN)

Si de toda realidad se puede hacer asunto de novela no es porque se haya descubierto que la novela puede ser prosaica, sino porque en toda realidad se puede ver poesía. La prosa, *natural* ó *escrita*, nunca es arte (en el sentido en que aquí se emplea *prosa, prosaico)*, y por eso tantos y tantos autores que se creen realistas porque copian (¡qué han de copiar!) lo que ven donde quiera, no son más que escribientes. Se puede ser realista y continuar siendo poeta á condición de ver la realidad como un artista. Emilia Pardo en algunas de sus obras de imaginación no siempre ha estado viendo como artista la realidad que imitaba, sino como observadora prosaica, y de aquí la inferioridad de ciertos cuadros, á pesar de la exactitud. En *Los Pazos de Ulloa*, donde el escenario es, por decirlo así, el corral de un caserón de la aldea, tal vez ni un momento abandona á la autora la visión de lo bello.

Hasta ahora, entre nuestros novelistas contemporáneos de primera línea, sólo Pereda había sabido pintar en el campo el hombre del campo. Galdós jamás se lo ha propuesto: conoce y describe la naturaleza como paisaje, pero en la vida aldeana no ha intentado penetrar, ni creo que la haya estudiado todavía. Emilia Pardo en *Bucólica* ofrece una muestra de su aptitud para tal género, y en los *Pazos* prueba con cien argumentos de belleza que sabe también lo que es la aldea para un artista. Don Pedro, pseudo marqués de Ulloa, y todo lo que le rodea es puramente aldeano. Desde el primer capítulo conoce el que entiende de esto, que el novelista, sin idealizar el campo, le ha sabido encontrar su poesía natural. Idealismo y realismo son legítimos en la expresión literaria del sentimiento ó idea que tenemos de la realidad; el idealismo es legítimo á condición de que al modificar el dato del sentido ó de la observación y de la experiencia no salga de la verosimilitud, ó sea de la gran virtualidad ideal de lo esencial: el realismo es legítimo también en poesía á condición de ver en lo real no sólo lo que aparece en la serie de los fenómenos, sino la trascendencia ideal de que son expresión última y la la más concreta. En *Los Pazos de Ulloa*, sin admitir elementos de un subjetivismo poético extraño al escenario en que vive la acción, tenemos en abundancia poesía, y la tenemos en paisajes, animales, vegetales, sociedad, aldeanos, costumbres y caracteres.

No está reñida la naturalidad en la forma de la acción, en la marcha de los sucesos, con el arte de presentarlos de modo que exciten más y mejor el interés, y esto se comprueba en los *Pazos*, donde todo pasa en una sucesión verosímil, jamás violenta, y, sin embargo, con sabia gradación y distribución de infalible buen efecto. Es claro que entre el arte de componer y el arte de la naturalidad en la acción debe sacrificarse, siempre que haya conflicto, el primero; mas siempre que por feliz accidente ó á fuerza de habilidad el artista consiga hacer compatibles ambas excelencias, habrá miel sobre hojuelas.

Desde el primer momento nos importan las aventuras de aquel capellancico que echa sobre sus hombros la enorme carga de remendar la moral y la hacienda de los Ulloa, y que sólo consigue verse en recias tentaciones, y, por fin, víctima de sospechas tan calumniosas como de aparente verosimilitud. Pintar un *alma de Dios*, como es Julián, sin atribuirle género de robustez que no tiene en espíritu ni en cuerpo, y saber no obstante convertirle en héroe muy poético é interesante, es un triunfo que ha conseguido doña Emilia. Puede decirse que todo lo que se refiere á Julián está bien pensado, mejor escrito, y sentido con gran delicadeza y y fina pasión poética. Con gracia original ha sabido la autora mostrarnos el amor que inspira Nucha al buen clérigo, sin asomo de escándalo, ni áun de malicia, sin un grano de mostaza de esa que suele picar más yendo entre líneas. Nada de esto; no era tal el propósito del artista; se enamora el capellán de Nucha, como el Abate Mouret de Zola estaba al principio enamorado de la Virgen. Este amor singular de la Virgen, que muchos de los que hemos tenido una adolescencia cristiana, mejor diré, genuinamente católica, nos explicamos bien, es uno de los más admirables y misteriosos sentimientos entre los muchos misteriosos, dulcísimos y admirables que algún día estudiará una psicología-histórica, artística y *laica*, imparcial, pero religiosa, despreocupada, pero vidente, cuando se analice con cuidado y buena intención la gran riqueza espiritual del cristianismo.

Julián parece un Hamlet tonsurado, y reducido como es natural á la humilde condición de capellán gallego; Hamlet por la poca maña y energía con que maneja los negocios mundanos, y por su prurito de perderse en idealidades cuando sopla con más furia lo que llamaba el señor Cánovas el *huracán de las circunstancias*. Creo que este cura (Julián) es, como la novia de aquel *Viaje*, lo mejor que ha ideado y expresado Emilia Pardo en punto á psicología. Los apuros de nuestro hombre en aquel duro trance de Lucina, cuando sólo se le ocurre pedir á Dios ayuda para que Nucha, su *Virgen*, dé á luz lo que haya de ser con toda felicidad; su cariño á lo *San Antón* á la hija de su *Virgen*, y sobre todo, lo que pasa por su alma allá en el destierro, en la parroquia de los puertos, son otros tantos rasgos de maestro, que nos aseguran la posesión de un verdadero novelista más. Verdad y sentimiento hay también en Nucha, que si hubiera estado más dibujada poco tendría que envidiar al clérigo. Tal como es, interesa mucho y prueba observación exacta, *auténtica*, de muchas emociones é ideas que no es fácil adivinar por intuiciones vagas é indecisas. Don Pedro es el retrato acabado de que ya tantos apuntes había hecho en libros anteriores nuestra autora. Si le admiro menos que á Julián es porque no nos hace conocer, como éste, nuevas fuerzas de la novelista; en este arte plástico que pinta á los hombres que tienen tanto de hermosos animales Emilia Pardo ya había probado con fortuna su habilidad.

Sabel, las hermanas de Nucha, el mayordomo, el clero aldeano, don Eugenio singularmente,

PAISAJES INGLESES

EL ARROYO DE LAS TRUCHAS, EN EL CONDADO DE ESSEX

todos, ó casi todos los actores de segundo término, merecen alabanzas por la corrección de los perfiles y la frescura del color. Aquel ergotismo de sobremesa de los buenos párrocos arranca espontáneas carcajadas y después se hace alabar y gustar por la exactitud con que están tomadas los rasgos principales de esta clase de escenas. En los varios episodios de la caza y sus preparativos hay mucho que elogiar, y merecerían todo un artículo de análisis los pocos párrafos que se dedican, por vía de episodio, á la elocuente y muy poética espera nocturna de las enamoradas liebres á la luz de la luna.

Pero iba ya á concluir y no decía nada de Perucho, el pobre bastardo. Quédense en el tintero otras muchas cosas dignas de recuerdo, ya que no hay más remedio, pero no se olvide aquel Perucho, hijo hermoso del pecado, creación tiernísima en que han colaborado un pintor que imita bien á Murillo, un estilista émulo de los Goncourt... y una madre.

CLARÍN.

REVISTA CIENTÍFICA

Tratamiento de la fiebre tifoidea por las inhalaciones de aire frío.—Composición química del cuerpo humano.—Pila de tres líquidos.—Contra la difteria.—Manera de detener instantaneamente un buque en marcha. — Aplicaciones del papel.—Exposición Marítima en Cádiz.

M. A. Sokoloff, médico del hospital militar de Krasnoe Selo (cerca de San Petersburgo), ha publicado hace ya algún tiempo interesantes investigaciones sobre un nuevo método terapéutico dirigido contra la fiebre tifoidea. Habiendo notado el autor que los tíficos instalados en las tiendas hospitalarias pueden, sin inconveniente, respirar un aire cuya temperatura no excede de 5.° ó 6.° sobre cero, y aún á 0.°, y que en estas condiciones el calor ha bajado á veces de 40.° á la cifra normal, ha pensado que podrían practicarse inhalaciones de aire frío con un fin terapéutico. Basando sus experimentos en 23 casos de fiebre tifoidea, ha deducido que las inhalaciones de aire frío (de —2 á —10 R) producen una defervescencia más ó menos pronunciada, pero la acción es menos viva que con los baños de aire ó de agua fríos. Esta acción es asimismo más fugaz.

Según parece, los efectos generales de las inhalaciones de aire frío son los siguientes: la respiración sufre un retardo de cuatro movimientos por minuto; el pulso disminuye en seis latidos por término medio y se pone más lleno, y por fin, las mucosas y la piel se hacen menos secas.

De todas maneras, y según las propias conclusiones de M. Sokoloff, no parece comprobada la superioridad de las inhalaciones de aire frío sobre los baños de agua á la misma temperatura, sobre cuyo último medio no existe tampoco la prueba cierta de su decantada utilidad.

***

El *Hierro*, inglés, publica una nota sobre la composición química del cuerpo humano; el hombre está formado de combinaciones de *trece* cuerpos simples, 5 gaseosos y 8 sólidos ó bien 8 metaloides y 5 metales. Un individuo del peso medio de 70 kilógramos está compuesto de 44 kilógramos de oxígeno, 7 kilógramos de hidrógeno, 1'72 kilógramos de ázoe, 800 gramos de cloro, 100 gramos de fluor, 12 kilógramos de carbono, 800 gramos de fósforo, 100 gramos de azufre, 1'75 kilógramos de calcio, 80 gramos de potasio, 70 gramos de sodio, 50 centígramos de magnesio y 45 gramos de hierro.

Si el oxígeno y el hidrógeno se encontrasen en estado libre, ocuparían respectivamente espacios de 28 y 80 metros cúbicos.

«Nuestro colega, dice el *Moniteur Industrial*, nota melancólicamente que el cuerpo humano no contiene ningún metal precioso, y añade, con alguna ironía tal vez, que el hombre encierra materiales tan comunes como los que constituyen las moras silvestres, y no cree, por ende, que la especie valga la pena de ser explotada industrialmente. Verdad es que en lo moral, en lo figurado y en la vida diaria, los individuos no dejan de explotarse unos á otros, lo cual no deja de constituir una compensación.»

***

El doctor Lugo, de Nueva-York, acaba de pedir patente de invención para una pila de corriente constante, en la cual entran tres líquidos.—Un vaso exterior contiene zinc sumergido en una disolución alcalina; un vaso poroso encierra una solución de cloruro de cobre, en la cual se deja sumergido el carbón. Este vaso tiene la forma de una copa y contiene ácido clorhídrico libre que disuelve el cobre precipitado, y le impide que se deposite sobre el carbón. Produce á cada instante una nueva provisión de cloruro de cobre, y de este modo permanece constante la intensidad de la piel. *(English Mechanic)*.

***

Por lo que valga,—aunque creemos debe valer poco—transcribimos aquí la noticia de haber dado el Dr. Cornilleau con un nuevo remedio contra la difteria; tal sería, una vez conocida la enfermedad, someter al paciente á la acción del ácido oxálico, administrándole una pequeña cucharada de esta sustancia disuelta en una infusión de the verde y una taza de tisana de hojas de acedera, cada hora.

El doctor Tova, médico de Haras, dice haber empleado este tratamiento en nueve casos con satisfactorio resultado, incluyendo entre ellos á un hijo suyo.

***

Se lee en el *Scientifique American* la descripción de un aparato propuesto por M. John Mac-Adams, de Brooklyn, para detener casi instantáneamente un buque en plena marcha, de manera que serán más difíciles ó menos peligrosos los choques.

Este freno se compone de dos voladizos articulados á uno y otro lado del codaste, al rededor del cual pueden girar, en un momento dado, hasta colocarse transversalmente al eje del buque y oponer así á la marcha un obstáculo considerable.

En marcha normal, esos voladizos están plegados contra el casco y mantenidos en esa posición por cadenas que corresponden á una cabria.

Si se quiere detener el buque, basta con levantar los trinquetes que contienen las cabrias y entonces inmediatamente los voladizos se separan del casco bajo la acción de resortes, y el empuje del agua acaba de abrirlos y de llevarlos á la posición transversal. Se han hecho algunos experimentos con el vapor de ruedas *Florencia*, en Nueva-York. Este buque tiene 38'10 metros de largo, 6'80 metros de ancho, 1'98 metros de calado atrás y 191 toneladas de arqueo. Su velocidad es de 10 á 12 nudos por hora. Cada voladizo medía 2'58 metros de largo por 2'58 metros de ancho y estaba construído con palastro de 8 milímetros. Los experimentos hechos bajo la dirección de M. Moore, maquinista en jefe de los Estados-Unidos, han sido muy favorables al freno Mac-Adams.

***

GRANADA: BARRANCO ENTRE LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE

LA MADRE DEFENDIENDO EL CU

SU HIJO (Cuadro de Jorge de Geetere)

Tomamos del diario *Paper Trade Journal* los siguientes pormenores que ha publicado sobre las aplicaciones múltiples del papel:

Estamos lejos, dice el colega neo-yorkino, del papiro de los egipcios y del pergamino de los griegos y romanos. ¡Y cuál no será la ceguera de las personas que creen aún que el papel está únicamente destinado á la impresión (libros y periódicos)!

El siglo XIX, al que se decora con el epíteto de *progresivo*, verá, sin embargo, sorpresas más extraordinarias que las de la gruta de Aladino.

Hagamos, sin comentarios, la enumeración de las diversas etapas del empleo industrial del papel.

Cuando por primera vez se habló de los cuellos, puños, camisas y ruches de papel, todo el mundo, ó casi todo él, ha dicho absurdos; y sin embargo, hoy día gran número de personas hacen uso de ellos en su *toilette*.

Su empleo en objetos de menor utilidad, como cuadros, placas, botones, etc., se ha generalizado sin ruido.

Después se han fabricado esquifes, canoas y remos de papel comprimido. La construcción de las ruedas de wagones de ferrocarriles, considerada como una locura, ha producido resultados tan satisfactorios que, hoy en día, en las grandes líneas de Nueva-York á Chicago y sobre todos los ramales del Pacífico se cuentan más de 60.000 ruedas de wagones de papel comprimido.

Hace algunos meses, en Nueva-York, una gran fábrica de camas, colchones etc., ha puesto en venta sábanas, almohadas y fundas de papel. Las tiras de papel de Manila, superpuestas unas á otras, engomadas y orladas de cordones, igualmente de papel, sirven para la confección de cobertores de variados dibujos, de muy poco peso, y sin embargo, muy confortables y apreciados durante la estación del invierno. Cuando comienzan á arrugarse, fácilmente se les estira y vuelve nuevos, dándoles una pasada de plancha.

Cimentando la pasta del papel con albúmina, cal y alumbre y extendiéndola sobre fajas circulares, se han fabricado toneles, barricas y otros envases más resistentes que la madera y mucho más cómodos para el transporte de los líquidos, alcohol, petróleo, etc. Una importante fábrica pone á disposición de los habitantes de Nueva-York, zapatillas, sandalias, zapatos y botas, enteramente de papel, que resisten perfectamente al agua y que conservan los piés muy calientes. De perfeccionamiento en perfeccionamiento, se ha llegado á modelar con pasta de papel la forma del pié y la pierna, de modo que se puede proporcionar á cada parroquiano el zapato ó botín que mejor le acomode.

Por otra parte, esta industria generaliza cada día sus aplicaciones en la ornamentación de las casas y de los hoteles (contramarcos, puertas, cónsolas, ventanas y cielo-rasos, etc.) Y aún ¡quién sabe si tendremos nosotros la suerte de habitar casas de papel, que traerán á nuestra memoria los castillos de naipes de la niñez!

***

Promete ser concurridísima y brillante la Exposición Marítima Nacional que ha de verificarse en Cádiz á mediados del próximo Agosto. Como dice bien la circular que hemos recibido de la Comisión de propaganda, formada por los directores de los periódicos de aquella localidad, ya que estamos en presencia de proyectos de grandes armamentos marítimos, demuestre el país lo que vale y lo que puede.

ALFREDO OPISSO.

EPISODIO MATERNAL

I

Aquella mujer al recibir la fatal noticia, pasó muchos días llorando en un rincón de la cocina, hasta que por fin sus piernas perdieron la sensibilidad y fueron dominadas por la parálisis.

Ya se lo anunciaba en su lenguaje misterioso el corazón, cuando un año antes vió partir á los dos, esposo é hijo, con el fusil al hombro, y el ademán resuelto.

Tal vez no volverían nunca...

E impulsada por tan triste presentimiento, gimió, suplicó, y estrechó entre los brazos á su hijo, se abrazó de las rodillas del padre, y por fin no pudo lograr más que oir otra vez las palabras de siempre:

La patria estaba invadida por los franceses; todos iban á libertarla. ¿Por qué no debían ellos hacer lo mismo?

Y tras este breve razonamiento, los dos partieron, dejando á la infeliz mujer sola ó más bien dicho acompañada de su dolor y su tristeza.

Desdè entonces ¡cuánta noche pasada en vela, sollozando y haciendo correr entre los dedos las cuentas del rosario!

Muchas veces, cesaba en su rezo creyendo los bramidos del viento fuertes aldabonazos dados en la puerta, y al convencerse de que todo era pura fantasía del deseo, tornaba resignada á murmurar oraciones, mientras su imaginación volaba hasta los lugares en que por confidencias se sabía que estaba la guerrilla, de que su esposo é hijo formaban parte.

Una tarde ¡qué tarde tan horrible! vió como por junto á su puerta pasaron algunas vecinas mirándola con ojos compasivos, y apenas su instinto femenil comenzó á presagiarle algo desagradable, penetró en su casa un hombre desconocido, que por la indecisión de sus ademanes revelaba estar encargado de alguna misión cuyo desempeño no era muy de su gusto.

ALEJANDRO DUMAS, EL HIJO

Autor dramático é individuo de la Academia Francesa

A las pocas palabras, la infeliz lo comprendió todo.

Su esposo había perecido en un combate con los franceses, muriendo como un héroe en los brazos de su hijo y del portador de la noticia.

Entonces fué cuando sufrió la desdichada la transformación física que al principio hemos apuntado.

Víctima de la parálisis, cayó en una silla para no volver á levantarse, no teniendo desde aquel día otro recurso con que vencer su soledad, que gemir rezar ó escuchar, las canciones que ora patrióticas, ora sentimentales, cantaba una muchachuela encargada, desde el principio de la enfermedad, de las faenas de la casa.

Además, en sus momentos de desesperación maldecía á los hombres y á la guerra.

¿Qué le importaba la salvación de la patria, si por ella se encontraba viuda y desamparada?

II

Una tarde, ocurrió una cosa en el pueblo que por lo desusada, llamó al instante la atención de la paralítica.

Se oyeron cerrar muchas puertas, con acompañamiento de juramentos de hombres, llantos de mujeres y lloriqueos de niños, y al mismo tiempo en las calles se escuchó el rechinar de las carretas junto con ese ruído especial que indica el paso de numerosos rebaños.

Por algunas palabras que la infeliz mujer escuchó desde la cocina en donde como de costumbre permanecía sentada é inmóvil, comprendió que todos los habitantes del pueblo lo abandonaban en masa; aunque no pudo conocer el motivo de semejante huída por más que prestó atención, pues la puerta de la casa estaba cerrada.

Durante algún tiempo escuchó aquel rumor que de pronto cesó y fué sucedido por un completo silencio.

Esto último, comenzó atemorizar á la pobre mujer.

Aquel silencio era muy semejante al del sepulcro, ó á la calma que siempre precede á las grandes tempestades.

De repente, allá á lo lejos, resonó algo parecido á un lejano trueno, que sin cesar fué repitiéndose cada vez más cercano.

Los postreros rayos del sol penetraban por

una entreabierta ventana, y viéndolos la infeliz comprendió que aquellos estampidos no podían ser hijos de negras y amenazantes nubes.

Y como si solo necesitara hacer esta deducción para conocer la verdad, muy cerca del pueblo, casi en su misma entrada, estalló de pronto una gritería infernal acompañada de estampidos mucho más intensos.

La pobre mujer se estremeció en su silla. Todo lo había adivinado.

Aquello eran nutridas descargas de fusilería, procedentes, sin duda, de una reñida batalla entablada en las cercanías del pueblo entre españoles y franceses.

Ella se conmovió con sus recuerdos y la presente realidad.

Su esposo había muerto como muchos tal vez morían en aquel instante.

Además tenía un hijo ¿y quién sabe si estaría á poca distancia de ella, entre los que con tanta saña se exterminaban?

Abismada en tales pensamientos, permaneció inmóvil en su asiento escuchando abstraída las descargas cada vez más frecuentes y cércanas.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

Ni ella misma lo supo, pero lo cierto es que de pronto oyó sonar en la calle voces imperiosas que daban órdenes en un idioma extranjero, al mismo tiempo que algunos tiros aislados poco menos que junto á su puerta.

Ya no se oían como antes retumbar cerradas descargas, pero en cambio por la escasez de las detonaciones y por cierto rumor indefinible, se comprendía que la lucha era cuerpo á cuerpo y hierro contra hierro.

A los oídos de la paralítica llegaban confundidos en espeluznante acorde, los juramentos horribles y brutales, los quejidos de dolor y de agonía, y las voces de mando de los jefes.

EUGENIO LABICHE

Insigne vaudevillista é individuo de la Academia Francesa

Con su mirada pretendía atravesar la puerta de la calle para poder ver aquel horrible espectáculo, pero sólo lograba distinguir los fogonazos cuya luz rojiza se filtraba por entre las rendijas, tan débil y pasajera como la de un relámpago lejano.

Varias veces oyó chocar contra la puerta culatas de fusiles y cuerpos humanos, y un estremecimiento no debido al miedo sino á un sentimiento del que ella no podía darse exacta cuenta, agitó en aquellos instantes todo su sér.

De pronto la lucha pareció cesar, y á los juramentos de los franceses sucedieron las voces de *¡adelante!* dadas en español.

El estruendo del combate fuese alejando, y por fin vino á sonar amortiguado allá en el otro extremo del pueblo.

Entonces el silencio se restableció en la calle, y la paralítica impulsada por una curiosidad extraña, quiso ver el aspecto que aquella presentaba.

Al intentar levantarse de la silla, sus piernas se negaron á obedecerla, pero su voluntad hizo un esfuerzo titánico, sus nervios adormecidos cobraron alguna fuerza, y arrastrándose como una culebra, logró llegar hasta la entreabierta ventana á la que se asomó después de enderezarse trabajosamente.

III

La calle presentaba el aspecto más aterrador.

La tarde había espirado ya, y, á la luz indecisa del crepúsculo, veíanse esparcidos por el suelo un sinnúmero de hombres muertos ó heridos, y de armas abandonadas ó rotas.

En la semi-oscuridad de la calle, destacábanse las siluetas de los cadáveres con líneas tétricas y rígidas.

Unos mostraban el pecho abierto por descomunal herida, otros el cráneo horriblemente magullado, muchos la frente agujereada por las balas; algunos tenían la cabeza casi separada de los hombros, y todos llevaban impresa en el rostro la expresión de punzante agonía, ó salvaje furor, con que les había sorprendido la muerte.

Entre ellos muchos oprimían aún el fusil entre las frías manos, y alguno que otro conservaba clavada en el pecho, media bayoneta, ó un pedazo de espada.

De vez en cuando, por entre los muertos veíase aparecer una mano agitándose con temblor espasmódico, mientras se oían voces que con acento débil y quejumbroso imploraban socorro, ó llamaban en su auxilio á la muerte.

La paralítica, contemplaba, presa de angustioso terror, tan horrible espectáculo.

Pasaba su vista por los cadáveres, y al mismo tiempo pensaba en su esposo, en aquel infortunado al que algunos meses antes le había cabido igual suerte.

Y abismada en sus recuerdos permaneció algún tiempo, hasta que de ellos vino á sacarle una voz débil y desfallecida.

Al oirla su cuerpo se estremeció, y fué tal la impresión que en ella produjo, que en el primer instante no comprendió las palabras que decía.

Cuando logró entenderlas, sonaron en su oído como una rima cadenciosa.

—¡Madre! ¡madre!

La infeliz conoció al momento la voz de su hijo, y á pesar de la oscuridad, vió como éste pretendía incorporarse entre algunos cadáveres amontonados junto á la puerta.

El primer impulso de la pobre madre fué disponerse á abrir aquélla, pero sus piernas se negaron á obedecerla, y por más esfuerzos que hizo, tuvo que permanecer inmóvil y agarrada á la ventana con crispadas manos, viendo como su hijo volvía á caer debilitado, para revolcarse en la sangre que manaba de uno de sus costados.

La desdichada al ver esto, presa de la mayor desesperación, intentó un último esfuerzo.

En aquel mismo instante el rumor del combate arreció en el otro extremo del pueblo, y las descargas fueron tan espantosas é interminables como horrorosos truenos.

Un ruído extraño sonó de repente en la entrada de la calle.

El suelo pareció conmoverse, las puertas y las paredes trepidaron, y la paralítica columbró en la sombra algunos caballos arrastrando una máquina que no pudo distinguir.

No tardó mucho en conocer que era la artillería que avanzaba en veloz carrera.

Apenas apareció en la calle, cuando ocurrió una cosa verdaderamente espeluznante.

Los cañones eran arrastrados cada vez con más velocidad, y en su rápida marcha, las ruedas aplastaban aquella alfombra de despojos humanos muertos ó palpitantes.

Oíanse estallar los cráneos, chasquetear los huesos, y un verdadero concierto de gritos que imploraban compasión y socorro.

Los heridos pretendían arrastrarse para evitar la muerte á un lado de la calle, pero por ser esta estrecha la artillería la ocupaba de pared á pared, y los cañones seguían aplastando pechos, y triturando huesos, en su carrera desenfrenada.

La infeliz madre, veía tal espectáculo próxima á desvanecerse de terror, y escuchaba los gritos de los heridos al mismo tiempo que la voz de su hijo que con desesperación le gritaba fijando en ella sus ojos vidriosos:

—¡Socorro, madre! ¡socorro!

—Allá voy hijo mío,—contestó ella con voz ahogada.

Y como comprendiese que sus piernas se negaban á obedecerla y que aquel monstruo de hierro estaba próximo á estrujar entre sus piés al sér querido, gritó á los artilleros con voz suplicante y temblorosa:

—Un momento, señores; aguardaos un solo momento. Voy al instante á abrirle la puerta. Respetadle. ¡Es mi hijo! ¡Es lo único que me queda en el mundo! Aguardaos, os lo ruego por vuestras madres.

Y más tranquila, al decir esto, se soltó de la ventana y fué á andar, pero su cuerpo vaciló y á poco rodaba por el suelo.

En aquel entonces, los cañones pasaron tan rápidos como habían venido, entre un coro de blasfemias, gemidos y maldiciones.

IV

Al día siguiente los soldados veteranos del ejército español, y los guerrilleros de alma más endurecida, no podían contener una lágrima

LA MAÑANA EN AMSTERDAM (Cuadro de Hans Hermann)

Gorra de armiño

San Jorge, según un cuadro del Pisano

Demencia. Moda inglesa 1415-80

FILIPPINO LIPPI
Pinxit

Vanidad de las plumas
Fantasía floreal — Birrete de abogado umbrío
Un precursor de Jorge Fox

Frenesi
Moda inglesa 1415-80

Luis XI

Adaptaciones del fez: inglés, flamenco, francés, alemán, italiano y español

Alain Chartier

TOCADOS DEL SIGLO XV

que rodando por sus mejillas, iba á perderse en el canoso bigote.

Una mujer, con el cabello blanco y los ojos enrojecidos, abrazaba frenéticamente un cuerpo informe, repugnante amasijo de sangre, harapos, y carne destrozada, regándole con su llanto.

En aquellos instantes, todos pensaban en sus madres.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

FAKMES

Fakmes ha descendido á los jardines
y allí á la sombra de los frescos tilos
en ancho lago de tranquilas aguas
templa el calor del ardoroso estío.
Arroja los chapines, el turbante,
los velos, y hasta el último vestido,
y libre de los grillos de los broches,
besan sus piés los abundantes rizos.
Entra en el baño; las azules ondas
la dan un lecho en sus cristales tibios
y embalsaman el aire dulcemente
las rosas, los jazmines y los lirios.
A través de una espesa celosía
el valiente Abdalí ve sin ser visto
á la hermosa Fakmes, que, oculta y sola,
no vela de su cuerpo los hechizos.
Acariciando su sedosa barba
devora con los ojos encendidos,
el labio enjuto y palpitante el pecho,
de su adorada el seductor descuido.
«Mis esclavos,—murmura,—están en vela,
da su vida quien pise ese recinto,
y nadie más que yo, yo solamente,
las gracias de su cuerpo absorto admiro.»
Filtrando por las ramas temblorosas
llega un rayo de sol hasta su oído
y, «Yo también,—dice,—como tú la veo
y con besos de fuego la acaricio.
Trémulo el moro de coraje, pálido,
ebrio de sangre como tigre herido,
empuña su kandjiar, y de la mora
el seno rasgan los cortantes filos.
Blande el hierro de púrpura manchado,
busca en vano al rival, y en su delirio
lo reta, lo amenaza, y hiere el aire
creyéndolo en sus pliegues escondido.
Pero él, desde la altura de su esfera,
prosigue indiferente su camino;
sació su orgullo, recogió sus rayos...
y arrojó la tragedia en el olvido.

V. BELLMONT.

UN CASTILLO EN EL AIRE

Estaba sentado y en mangas de camisa ante un espejo de cuerpo entero, cuando mi ayuda de cámara penetró en mi gabinete-dormitorio y me advirtió que eran las seis de la tarde.

—Señorito,—me dijo Ramón afablemente,—no pierda V. ahora el tiempo en pensar, pues le hace falta para concluir de vestirse.

Estas palabras me hicieron recordar que sólo faltaban dos horas para celebrarse el acto que había de unirme con Pilar haciéndola mi esposa.

Aunque parezca extraño, contemplando mi imagen ante el espejo, no pensaba en mi tan próxima boda ni en nada que con ella tuviese relación.

Me encontraba en uno de esos dulcísimos letargos que parece nos privan de la existencia por breves momentos.

Con la útil compañía de mi ayuda de cámara, quedé completamente vestido y compuesto cuando todavía no era pasada una hora desde que él entraba.

Llegaron mi padrino, los testigos y varios amigos, y cuando ya no faltaba ninguno de mis invitados nos dirigimos á la iglesia.

Al penetrar en el sagrado recinto, mi mente parecía hervidero de horroríficas ideas, y tantas y tales eran éstas, que en muy pocos minutos pensé varias veces en huir de allí y de la ciudad para siempre.

Si hubiese pretendido llevarlo á efecto no lo habría conseguido, pues aún estaba absorto en aquellos extraños pensamientos cuando abriéndose la puerta del templo, apareció en ella Pilar rodeada y seguida de numerosa comitiva.

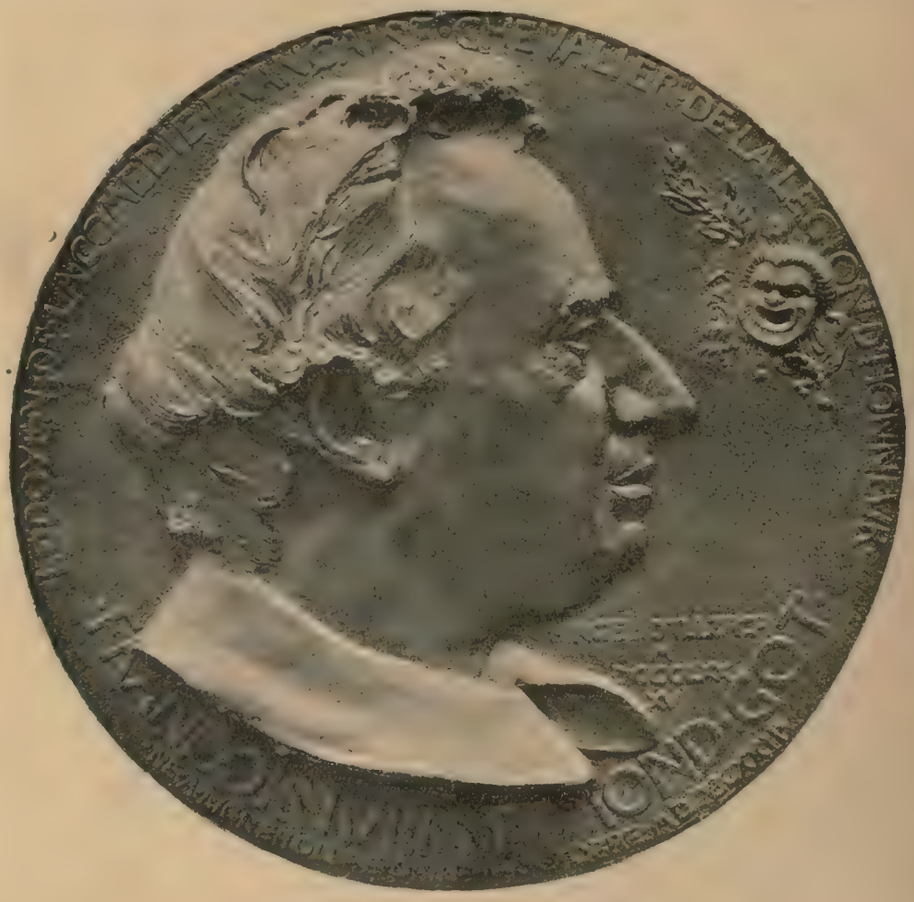
Reunidos los dos grupos, y mientras los monaguillos hacían los preparativos necesarios, Pilar y algunas de sus amigas, juntamente con la madrina, oraban en el presbiterio; los demás presentes, silenciosos y distraídos, ora me contemplaban con indefinibles miradas, ora criticaban al artífice que esculpió algunas de las estatuas que servían de religioso ornamento á las paredes de aquella iglesia.

Comenzada la ceremonia, los concurrentes le hicieron los honores con aparente devoción y sepulcral silencio, sólo interrumpido por la gangosa voz del sacerdote y por el chisporroteo de las velas que ardían en el altar.

No puedo explicar el efecto que aquel silencio me produjo. Sólo sé decir, que en aquellos momentos no ví ni oí nada, y únicamente tengo una ligera idea de haber dicho: *sí, quiero*, en contestación á una pregunta que no sé quién me hizo y que supongo sería el ministro de la iglesia encargado de casarnos.

Al profundo silencio que me había infundido pavor, siguió un serie de apretones de manos, abrazos y murmullos, que parecióme interminable y me causó un fastidioso mareo.

Ya casados, fuímos á casa de Pilar, donde se sirvió una suculenta cena en la cual prodigáronse los vinos y licores, quizás más de lo que la prudencia manda. Después se bailó, cantó y jugó, saboreando todos con especial deleite la alegría que nos dominaba, bien por nuestra felicidad ó bien por algún exceso en la bebida.



EDMUNDO GOT, insigne actor francés

En la madrugada, y cuando yo creía ya que nuestros convidados habían resuelto vivir con nosotros, empezaron á desfilar en dirección á la calle.

Al despedirlos aparentamos sentir mucho que se fueran, pero interiormente no deseábamos otra cosa.

Así debieron figurárselo, y sin duda para vengarse de nuestros deseos, nos dijeron al salir, recalcándolas, estas irónicas frases ú otras parecidas:—¡Buenas noches!—¡Que Vdes. descansen!—¡Que duerman bien! etc.

Mientras daba tiempo á que Pilar se acostase, trabé conversación con mi suegro y cuñados y muy pronto recorrimos con nuestra crítica á todos los que acababan de salir dejándolos tan mal parados, que estoy seguro que si nuestras palabras se hubieran convertido en alfilerazos, habrían sucumbido martirizados.

Pasada una hora y dejando la conversación y á mis interlocutores, me dirigí á la habitación que nos habían destinado.

Cuando penetré en la alcoba, y á la escasa luz que desde la sala se atrevía á llegar hasta allí, sólo ví un blanquísimo lecho y recostada sobre una almohada, una graciosa cabeza, notable por su abundante y negra cabellera y por sus grandes y rasgados ojos, que en aquel instante me miraban no sé si con espanto ó con ternura.

. . . . . .

Hasta aquí había llegado en mi sueño, cuando una voz chillona y atiplada me despertó diciendo:

—Señor, esta carta acaban de traer para usted.

Mal humorado y casi dormido se la quité violentamente de sus manos, rompí el sobre con coraje y leí lo que sigue:

«Muy Sr. mío: Siento en el alma que V. se haya molestado en escribirme, pues me disgusta tener que decirle que no le amo porque sé que V. me quiere muy de veras, cosa que yo no me merezco.

»Pidiéndole perdón por la contrariedad que esta carta le cause y ofreciéndole su amistad, B. S. M., —*Pilar Alonso*.

RICARDO J. IRANZO.

NUESTROS GRABADOS

D. IGNACIO JOSÉ ESCOBAR, MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS
Dibujo de P. y Valor
(Véase la revista de *Madrid*, de Fernanflor).

CARLOS ENRIQUE MILLER
Distinguido paisajista americano

Nació este artista en Nueva-York el año 1842 y después de haber ejercido por algún tiempo la profesión de médico-cirujano dióle de pronto la humorada de consagrarse al arte no menos difícil de pintar cuadros. Visitó los museos de Londres, Amberes, París y Munich; estudió en la Academia de este último centro; viajó por Italia y volvióse á Nueva York, con un cargamento de lienzos que compró por esta vieja Europa, siendo actualmente uno de los principales campeones de la *autonomía* de la pintura norte-americana.

TEATRO PRINCIPAL DE BARCELONA
«LA GRAN VÍA,»—ESCENA V
Decoración de los señores Moragas y Urgellés

La popularísima zarzuela-apoteosis de las criadas ha sido presentada con mucho lujo en el *decano de nuestros coliseos*, siendo muy notable, como podrá ver el lector que no la haya visto allí, la decoración de la escena V.

LA ESCALERA DEL ALCÁZAR DE TOLEDO, ANTES DEL INCENDIO
Dibujo de P. y Valor

(Véase lo que dijimos en el número 212).

BARRANCO ENTRE LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE
(GRANADA)

Separa este barranco el mágico palacio erigido por Abenamar el Conquistador y los encantados jardines del Generalife, enorme conjunto de adelfas que cubren el frente de la opuesta colina. Ambas obras son maravillosas: como alarde de la arquitectura la una, y como el triunfo sobre la naturaleza la otra.

PAISAJES INGLESES
El arroyo de las Truchas, en el condado de Essex

Es este un dibujo precioso; el bullicioso arroyo se precipita entre las rocas huyendo del apacible río y formando ligeras cascadas en su curso. Parece que á las truchas les gusta meterse por allí, y entonces es cuando se aprovechan los pescadores, para pescarlas casi á bragas enjutas.

LA MADRE DEFENDIENDO EL CUERPO DE SU HIJO
Cuadro de Jorge de Geetere

La sola concepción de esta obra revela en su autor talento y audacia extraordinarios. No puede imaginarse, en efecto, nada más brutal que la escena representada: un grupo de crucificados sobre los cuales se aprestan á lanzarse los buitres, y, sin embargo, en vez de experimentar el espectador una sensación de malestar ante semejante cuadro, hállase conmovido por la grandeza de la composición y por la poderosa fuerza conque está expresado el dolor de la madre del ajusticiado, aquel dolor seco, desolado, derivado de la animalidad maternal más que de sublimada sensibilidad.

MEDALLONES DE TEATRO
Alejandro Dumas, el hijo.—Edmundo Got.—Eugenio Labiche

M. Ringel, de Illzach, es un digno continuador de David d'Angers por la austeridad, dignidad y sobriedad que imprime á todas sus obras, consistentes especialmente en medallones de personajes célebres.

La serie de hoy corresponde á eminencias de teatro: Dumas, el autor de *La Visite de Noces* y de *M. Alphonse*, Edmundo Got, *le doyen* de los societarios de la Comedia francesa, actor insigne que al gusto por la realidad reune una poderosa fantasía, y Eugenio Labiche, el gran vaudevillista, que ignora, sin duda, el grande éxito que han alcanzado muchas de sus piezas en los teatros de Castilla y Cataluña.

LA MAÑANA EN AMSTERDAM
Cuadro de Hans Hermann

Fieles los holandeses á las gloriosas tradiciones de sus pintores de *Vistas*, cultivan hoy este género con habilidad no indigna de lo que hicieron Juan Van Goyen, Salomón Ruysdael, y, sobre todo, Guillermo Van de Valde.

Lindísima es, ciertamente, esta *Mañana en Amsterdam*. A pesar de la nieve y de la lluvia, no parece la gente sentir en exceso el frío, y lo que es más grave todavía, resulta encantador el aspecto de los canales helados y del cielo gris.

TOCADOS DEL SIGLO XV

Véase cuán antiguo es el sombrero de copa que ya siglos antes de *universalizarlo* (palabra inventada por los ex-zurdos) Jorge Fox lo usaba ese conde de Holanda cuya efigie está reproducida de un cuadro de Van Eyck. Nada más sencillo: era un mortero, tocado oficial, adicionado con unas vastas alas. Esos morteros adquirían á veces proporciones imponentes: testigo el *abogado umbrío*, sacado de una pintura de Piero della Francesca (1415-1492), una de las notabilidades de aquella escuela.

A últimos de dicho siglo pusiéronse de moda los gorros á estilo del fez mahometano, variándolos cada nación según sus gustos.

En Italia adquirieron gran preponderancia los sombreros; no hay mas que ver el que le puso el Pisano á un *San Jorge* que pintó. Haciaseles tomar las más caprichosas hechuras; fra Filippino Lippi le coronó á un rey mago con un sombrero en forma de guisante de olor. Bien conocido es el sombrerillo á lo Luis Onceno. Estuvieron en alza en Inglaterra durante el reinado de Eduardo IV los sombreros de armiño, como todo el resto del traje. El tocado de Alain Chartier, el poeta á quien cuando estaba dormido le daban besos las princesas á pesar de lo feo que era, es un ejemplo de la moda que imperaba en París.

Grande afición á las plumas, en Milán, y á los sombreros en forma de chimenea en Inglaterra *(Demencia y Frenesí)*. En tiempo de Carlos VIII de Valois un desenfrenado gusto por los sombreros en forma de flor, cuando no convertidos en un jardín verdadero.

LONDRES: LA CATEDRAL DE SAN PABLO
VISTA DESDE EL RÍO

Es esta la obra monumental más bella del protestantismo; verdad es que tiene poquísimas. Fué comenzada en 1675 y la planta general figura una cruz latina. Mide 500 piés de longitud por 100 de anchura; la parte más elevada de la cúpula se halla á 404 piés de tierra. El monumento se halla rodeado de estatuas; el lado Oeste se halla adornado de un doble pórtico, el cual es semi-circular en los del Norte y Sur, de orden corintio y compuesto, formando un conjunto de la más majestuosa armonía.

El interior es el de un almacén desalquilado.

El principal aliciente de San Pablo son sus monumentos funerarios; hállanse allí enterrados en magníficos panteones Sir Josué Reynolds, el doctor Johnson, Nelson, etc.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

X

CONFABULACIONES

Aquella tarde, como de costumbre, tomaron asiento en los escaños de piedra que rodean *La fuente de los currutacos*, los sapientísimos prohombres de la localidad.

Los pájaros ocultos entre el ramaje charlaban de lo lindo picoteándose mútuamente, y los hombres sentados en la florida alameda hincaban el diente en la honra de los vecinos y vecinas del lugar.

Los pájaros y los hombres se despachaban á su gusto.

Charla en los aires y charla en la tierra.

Gorjeos y vocerío, es el ritmo más ó menos cadencioso que forma la universal armonía de la creación.

El padre Nolasco, respirando salud por todos sus poros, con las manos cruzadas sobre el abdomen presidía la selecta reunión.

Acababan de repartirse los anises y de remojar el gaznate con la fresca agua de la fuente servida por las chicas que habían acudido con sus cántaros á ella; chicas que eran unas graciosas Rebecas, de pálido rostro, de ojos mozárabes, flexible cuerpo, y elásticas caderas que alegraban el alma y daban pellizcos, pero muy buenos pellizcos en mitad del corazón.

Fray Nolasco, que no había podido desvanecer de su mente la entrevista con la atribulada doña Cándida y ardía en vivos y naturales deseos de investigar algo sobre la vida y milagros de don Leandro, exclamó paseando la mirada en derredor:

—¿Por dónde andará el señor licenciado, que hoy ha faltado á la cita?

—Persiguiendo codornices, contestó el farmacéutico.

—¡Cómo! ¿Ha dado ahora en la manía de convertirse en cazador?

—Creo que sí. Esta tarde, después de dormir la siesta, he tomado asiento en la puerta de la botica y he visto como nuestro queridísimo letrado con la escopeta al hombro pasaba por debajo los pórticos de la plaza.

—¡Como ahora es la época en que las pobres codornices emigran de nuevo al Africa!—objetó el marino que había dejado parte de su persona en el glorioso combate de Trafalgar.

—¡Otras codornices sin alas llevan mareado al buen señor!—observó el notario de rentas.

—¿Quién es ella? ¿Quién es ella?—preguntó fray Nolasco haciéndose todo oídos.

—Su paternidad no está en autos, por lo visto. Pica muy alto el buen varón,—añadió el notario.

—¿De quién se trata?—insistió el carmelita.

—Es un secretillo. Nada sé á punto fijo; pero jurara, y eso sea dicho *inter nos*, que ama en secreto á una dama principal.

—¿Y media correspondencia?—preguntó el monje poniéndose algún tanto nervioso.

—Ni por pienso. Ama de lejos como Don Quijote; y así como el hidalgo manchego se encasquetó aquello de la sin par señora del Toboso y hablando de ella se le hacía agua la boca, nuestro amigote consagra todos sus pensamientos á una dama muy ilustre y recatada, dedicándole unos versitos que harían verter lagrimones á las peñas de ese torrente.

—Ya tenía indicios,—amonestó el discípulo de Esculapio dando con el bastón golpecitos en el suelo.

—No es cosa nueva lo de que don Leandro pulse la lira; pero yo creía buenamente que sus cantos iban dirigidos á su cara mitad,—murmuró el monje aparentando la más genuína candidez.

—Doña Cándida es para él una carga y una verdadera cruz. Nuestro Ovidio Nason, á pesar de no ser mas que un coplero, es casado como aquel, y como él aficionado á la manzana del paraíso. Canta, hasta quedarse ronco, las gracias de otra mujer más bonita, más joven y... vamos, más apetitosa que la suya.

—¡Qué picardías tan gordas se ven en este mundo!—exclamó el monje llevándose las manos á los oídos y poniéndolas después en cruz con cierta unción religiosa que tenía más de grotesca que de celestial.

—Pero V. con todo eso, señor escribano, aún no nos ha dicho el nombre de la dama en cuestión,—observó el militar ardiendo en vivos deseos de descubrir todo el enredo.

—Este es mi secretillo.

—Aquí todos somos amigos, y más que amigos, personas prudentes y enemigos de chanzas y de murmuraciones,—hizo presente el fraile con mucho tino.

El notario inclinó el cuerpo, colocó los codos en las rodillas, llevóse las manos á ambos lados de la boca y con mucha prosopopeya y ceremonia murmuró:

—Es doña María Luísa. Pero *mutis*.

El marino y el boticario soltaron una carcajada; el discípulo de Galeno, dándose aire de importancia, aparentó no extrañarse de la noticia y el padre Nolasco como si se descolgara de la luna agitó la cabeza de un lado á otro haciendo signos negativos con la diestra.

Hubo una pausa; pero una pausa cómica, risible y algún tanto original.

El fraile fué el primero en interrumpir el silencio, preguntando:

—¿Y qué rezan los versitos?

—Cosas gordas. El domingo último, pasó nuestro héroe á mi despacho, y me mostró un soneto, de esos que llaman acrósticos, y decía, *doña María Luísa*. Era una declaración en toda forma.

—¿Podría V. proporcionarnos copia?—preguntó el fraile deseoso de poseer tal composición.

—Es difícil bajo todos conceptos; pues guarda esas niñerías como oro en paño.

—Silencio, silencio,—exclamo el marino.—Allí viene nuestro hombre.

—Hablando del ruín de Roma...—dijo el doctor.

—Mucha prudencia,—encargó el notario.

—Descanse usted,—contestó el monje.

El marino no se equivocó.

Dándose aire de triunfador, colorado, alegre, satisfecho, con el sombrero á media paga, la escopeta al hombro, el zurrón en la espalda y el lebrel al lado se presentó don Leandro en la plazoleta de la Fuente.

Todos sus compañeros le rodearon, le saludaron y le agasajaron examinándole desde los piés á la coronilla.

—Viene de la quinta,—murmuró el notario.

—Ha visto á ella,—insistió el licenciado en medicina.

LONDRES: LA CATEDRAL DE SAN PABLO, VISTA DESDE EL RÍO

—Pone cara de Pascuas,—observó el marino.

Ha dado con la codorniz,—añadió el farmacéutico.

—Si habrá hecho caza!—murmuró con cierta pena el carmelita inclinando la cabeza.

Y terminadas esas espontáneas exclamaciones principió una verdadera lluvia de preguntas, de pullas y de observaciones, que obligaron al presuntuoso golilla á que relatase minuciosamente todos los lances de amor y fortuna que había corrido aquella bendita tarde, lances que vinieron á poner de manifiesto á todo aquel respetabilísimo cónclave, que el apasionado varón había perdido alguno de los tornillos principales de su mollera.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACIÓN Cortes 305 307, Ramón Molnas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NUM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 12 de Febrero de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 215

RETRATO DE UNA DAMA, por Sir Josué Reynold

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomás Salvany.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Los parientes de Elías*, por José María de la Torre.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Alfombra, esteva y ladrillo*, por J. F. Saumarthe y Aguirre.—*Egoísmo* (poesía), por R. J. Catarineu.—*Intimas* (poesía), por José Barbany.—Nuestros grabados.—*La fuente de los carrutucos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Retrato de una dama.—*Londres*: El palacio de San Jaime, (cinco grabados).—Griega.—La mujer de Tarquino el soberbio, pasando sobre el cuerpo de su padre.—El inventor.—Joyas de la pintura religiosa italiana, (dos grabados).—Moisés, después de haber dado muerte al mal capataz.—*Atenas*: Ruinas del panteón ó templo de Júpiter Olímpico y de la Acrópolis.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

GRANDES Y CHICOS

Siento, mi querida Carmen, lo que me dices, aunque lo siento á medias; á tí no te conviene volver á Madrid; mientras tu novio permanezca en esa gran ciudad, yo debo manifestar alegría al saber que acaso vuelvas. Tus presagios me parecen aventurados; sin embargo, quizás no se declare la guerra entre alemanes y franceses tan pronto como te figuras; siquiera sea, en más ó menos próximo término, inevitable. Comprendo que vuestra permanencia en esa capital se hace difícil, como la de cualquier extranjero... Los extranjeros son mirados ya con sospecha por los franceses; recuerdan estos que el espionaje alemán auxilió mucho á Bismarck y á Moltke para lograr el triunfo; y *el espía* es hoy la pesadilla de todo patriota francés. Además, no cabe duda que si hubiese guerra, casi todas la naciones de Europa tendrían que tomar parte en ella; y los franceses tienen motivo para ver en todo extranjero un enemigo. El *extranjero*, ese habitador de París, tan deseado por el fondista, por el tendero, por los especuladores franceses; que enriquece á cuantos trafican allí con el amor y el placer, y al cual debe París su grandeza, su alegría, y su reputación de capital del mundo, ha perdido su tipo simpático; ha cobrado un aspecto siniestro. Todo extranjero es un alemán. Es un ayudante de Moltke que lleva en su saco de viaje los planos de la guerra del porvenir. Contra esta invasión pacífica no hay más que un medio; el que adoptan los comerciantes é industriales franceses; llevar, á los extranjeros, mucho más caro por todo.

No puedo darte mi opinión respecto de si habrá ó no habrá guerra, porque en ese centro en que arde la pasión no puedes juzgar serenamente; yo en cambio me encuentro demasiado lejos del movimiento para juzgar. En Madrid se cree también que la guerra es inevitable; y los que, por no haberlo creído así, han perdido, de súbito, su fortuna en la Bolsa están convencidísimos de ello. Mas no es posible afirmar en absoluto sino que habrá guerra... ¿Cuándo? Tal vez dentro de dos meses; quizás dentro de un año.

Esta guerra, querida prima, (y hablemos de ella puesto que por tantas razones hoy te preocupa), estaba ya prevista antes de firmar la paz de la última. Al negociar las condiciones de la capitulación de Sedan, el general Wimpffen decía á Bismarck:—Si se quiere que cedamos la Alsacia y la Lorena, esta paz no será sino una tregua; porque de viejos á niños se legará la reconquista de esas ciudades, y niños y viejos aprenderán constantemente el manejo de las armas para renovar la lucha hasta que uno de los dos pueblos desaparezca del mapa de Europa.—A lo cual le contestaba Bismarck:—Que Francia les sería siempre hostil y que era preciso debilitarla.—Pero Bismarck, entonces, no comprendía todo el vigor de Francia.—¡Antes de cincuenta años,—decía,—los alemanes no volveremos á estar en disposición de hacer sacrificios iguales á los que hemos hecho para esta guerra, por eso queremos esas garantías!—Se ha equivocado, pues, el gran canciller. No pidió lo suficiente.

Quizás no se hubiese precipitado tanto la *revancha* si no hubiese surgido de las filas del ejército un general organizador, lleno de entusiasmo, y que parece asumir la responsabilidad y la gloria de la futura guerra. Este general ha convertido á Francia en un campamento; ha dado á cada francés un fusil novísimo; ha encendido el ardor patriótico con discursos y con artículos en la prensa... Todo está dispuesto... ¿Y en esta situación que hacer? Dejarlo para mejor ocasión; como decía Fernando VII. Si el general Boulanger es un ambicioso de la madera de los Bonapartes, habrá guerra; no porque convenga á la Francia que la haya, sino porque él se anularía no haciéndola.

Boulanger viene haciendo lo que todos los generales ilustres: ha preparado el espíritu y la fuerza. Los ejércitos se improvisan quizás; las victorias no. Todos sabemos que los planes científicos de Moltke no hubieran convenido á soldados menos ilustrados que los alemanes; se ha dicho que el verdadero general de los ejércitos prusianos ha sido el maestro de escuela. La victoria es y será siempre de las naciones más fuertes, más ricas, más hábiles, más populosas, mejor armadas, más disciplinadas; de las naciones cuya educación moral sea más sana, cuyas industrias y comercio sean más importantes: de las naciones, en fin, más grandes, material, intelectual y moralmente. Por eso venció Prusia.

Francia tiene hoy más soldados que Alemania, está mejor armada que ella, tiene más dinero en su Tesoro y además del espíritu de la *revancha* tiene en su favor la desesperación con que habrá de luchar, pues sabe que esta guerra es definitiva... Bajo el punto de vista del Estado mayor ¿tiene generales que oponer al Estado mayor alemán? Aquella terrible frase: el ejército francés es un ejército de leones mandados por asnos; ¿podrá tener aplicación todavía? Boulanger ¿vale tanto como Moltke?

Las enormes masas de soldados necesitan genios matemáticos para ser movidas sin que ellas mismas sean obstáculo de la victoria. Un general de división la decidía antes; cargando al frente de algunos cientos de caballos; hoy la deciden los relojes de los generales y no se puede suplir con una alocución el retraso de quince minutos. Hemos visto, querida prima, que se han rendido sin combatir cientos de miles de hombres en la campaña de 1870 y que ni ellos mismos sabían por qué razón ni á quién se habían rendido; en las guerras de hoy se muere y se triunfa quizás sin haber visto al enemigo. Un general puede decir con razón:—Ignoro si he triunfado ó si he sido hecho prisionero.—El campo de batalla comprende toda una provincia y las noticias del combate se parecen en algo á las de unas elecciones. Se conoce el resultado á los dos ó tres días.

Pero no cabe duda que este es el punto difícil de la cuestión. Estamos delante de un tablero de ajedrez y vemos que los jugadores van á empezar la partida: iguales piezas hay en un lado que el otro: pero los dos hombres que van á mover todas estas piezas ¿son iguales también en talentos militares?

Ni Francia ni Alemania quieren la responsabilidad del ataque; prueba de que ninguna de ellas se cree realmente la más fuerte; pues de otro modo no les amilanarían las responsabilidades: pero ninguna de ellas quiere desarmar sus ejércitos... Inmensos ejércitos que consumen la riqueza de ambas naciones... Se les irá concluyendo la paciencia conforme se les concluya el dinero.

Y se comprende que ningún país, por rico que sea, pueda soportar los gastos de un gran ejército. Hace treinta años un cañón del mayor calibre costaba 2.800 pesetas y la carga del mismo valía 14. Hoy las piezas del mayor calibre, los cañones de 110 toneladas cuestan 487.500 pesetas y cada disparo vale 4.675: es decir que un solo tiro cuesta hoy lo que en otro tiempo un cañón.

En estos días se ha verificado en Madrid el ensayo de un fusil presentado por un norteamericano al ministro de la Guerra. Dispara hasta 25 tiros por minuto. El general Boulanger no aceptó este fusil porque está satisfecho del que tiene el soldado francés, ó porque ya no puede cambiar su armamento. En España no sé si se aceptará; por aquí al gobierno le convendría más desarmar al ejército que armarle.

En fin, amadísima prima, si hay guerra y tienes que venir á Madrid, desde aquí seguiremos juntos las peripecias de tan feroz campaña no ocultándote que mis simpatías están del lado de los franceses, gente de la cual podemos esperar algo malo; pero recibimos también mucho bueno.

Una mala noticia tengo que darte; y es la de que tienes una sobrinita menos; porque la pobre Julita murió al fin de la difteria; enfermedad que en tres meses se ha llevado miles y miles de niños. Has de saber, por si no lo sabes, que *difteria*, significa *membrana;* para expresar el síntoma revelador más frecuente de esta enfermedad, casi siempre mortal, y de las más graves. La verdadera causa de la enfermedad se ignora según parece; algunos médicos la atribuyen á un microbio, que es el diablillo de moda; microbio que se desarrolla con extraordinaria vivacidad en épocas lluviosas y en lugares sombríos, abundantes en materias orgánicas en descomposición. Dicen los estadísticos que es vez y media peor que la escarlatina, tres veces más que el sarampión, ocho más que la tos ferina y cuatro más que el tifus. Dirás que para qué te suministro todos estos datos habiendo salido tú de la niñez y no teniendo á tu cargo ningún pequeñuelo. Tienes razón; pero has de saber que en las casas de Madrid sólo se habla de esto; porque donde no ha muerto un niño, hay alguno enfermo ó se teme que pueda haberlo; y, por otra parte, no cruzamos por las calles sin encontrar una carroza blanca arrastrada por caballos emparamentados de azul ó de grana; en la cual va un ataud pequeñito blanco y dorado;—cuando no van dos de dos hermanitos.—No se pasea por las afueras tampoco sin ver artesanos que llevan al hombro una cajita y que así, las más veces solos, se dirigen al cementerio. Por más que la muerte de un niño no influya visiblemente en la sociedad y por lo tanto veamos pasar esas cajitas con indiferencia, no cabe duda que influyen en la felicidad ó en la desgracia de muchos corazones que llenaban con su amor... Y también influyen en los destinos de la sociedad, puesto que si hubiesen vivido hubiesen modificado el curso de los acontecimientos; dentro de esas cajas, que parecen de confitería, van los que hubieran podido ser un Napoleon, un Newton, un Cervantes, un Montgolfier, un Washington; y con ellos se entierran las soluciones de cien problemas y muchas acciones que hubieran sido brillantes glorias. Se podrá decir también que algunos de esos niños, ya pálidos como la cera, y con rosas entre sus cabellos rubios, hubieran sido feroces criminales; espanto y vergüenza de los hombres... ¡De todos modos, son pequeños, son buenos, son bonitos, han sido amados y se les llora todavía!... Son mundos que desaparecen sin ruído entre el estrépito general; pompas de jabón que han reflejado un momento los colores del cielo y se han deshecho. Esas alegrías que rodean el ataud de un niño; esa corona de que se le ciñe; ese cortejo de fiesta que sigue á un cadáver, bien nos indican que el niño ha sido feliz con no llegar á hombre y que los hombres así lo reconocemos y por eso le envidiamos. Las gentes que tienen fe dan otro sentido á esta envidia, diciendo á la madre:—¡No llore V. que el chiquitín está en el cielo!—Pero, ¡vaya V. á convencer á una madre de que hay otro cielo mejor para su niño que sus brazos!

Y ya,—Carmencita,—que hablamos de criaturas, te diré que los héroes del día son dos enanitos que tienen su morada en un entresuelo de la Carrera de San Gerónimo. Todo Madrid sube á contemplarlos. Son muy bien formados, muy simpáticos y dos verdaderas miniaturas.

Yo estuve mirándolos mucho tiempo y al

verlos tal como son, y al pensar que no necesitan ser mayores para nada, exclamé por fin: —No cabe duda *que nosotros somos los desproporcionados.*

Si piensas en las ventajas y desventajas de que la humanidad fuese toda *liliputiense*, encontrarás que al reducir el tamaño se reduciría el mal y no se reduciría el bien: tendríamos menos cuerpo pero no menos alma.

Demos aquí punto á la carta de hoy, querida prima; Mr. Cumberland continúa buscando y encontrando alfileres por todas partes; en los salones y en la calles. Ha convertido á Madrid en un acerico.

Tuyo,

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Mientras yo daba mi paseo de costumbre, Ramírez se quedaba en casa haciendo la limpieza; terminada ésta, salía á cumplimentar mis órdenes, si las tenía, ó me dejaba dispuesto el piscolabis de la tarde, ó hacía de su capa un sayo, según las circunstancias. Como quiera que si yo cenaba algunas noches, no lo verificaba en casa, Ramírez entonces campaba por sus respetos hasta las once, hora en que cerraban la puerta de la calle y él venía á recogerse. Unicamente los sábados y las vísperas de los demás días festivos, le permitía llevarse la llave, con la ineludible condición de tener juicio y no venir más tarde de la una. No cambiaba con él más palabras que las precisas, y por su parte, debo confesar que, salvo algunas pequeñeces, siempre inevitables, en las dos ó tres semanas que llevaba á mi servicio no me había dado motivo de censura. Ganaba, amén de la comida, ocho duros mensuales, los mismos que percibía, por preferirlo él así, á razón y cuenta de diez pesetas por semana.

Era la noche de un sábado y víspera, además, del cumpleaños de Ramírez. Yo, preocupado, rendido y con alguna jaqueca, dando punto á las cuartillas, me acosté á las once. Ramírez no se hallaba recogido aún, lo cual no me extrañó, pues se había llevado la llave, siendo para él doble día de suelta.

Dormí siete horas de un tirón, al cabo de las cuales me desperté, sobrecogido y nervioso á causa de una horrible pesadilla; soñaba que todos los vecinos de la casa habían entrado en el gabinete, y estorbándoles mi vecindad, querían arrojarme por el balcón. Me rehice pronto al distinguir la realidad de la ficción. El más profundo silencio y la más profunda oscuridad reinaban en torno.

—¿Qué hora será?

Encendí una cerilla, miré el reloj, colocado sobre la mesita de noche; eran las seis de la mañana. Como sintiese en el estómago alguna debilidad, tiré del cordón de la campanilla, con objeto de mandar á Ramírez que, antes de ir á la compra, me sirviera el chocolate. Inútil pretensión; llamé repetidas veces, sin que nadie acudiera al llamamiento.

—¡Cosa más rara!—pensé.—¿Habrá salido Ramírez á la compra? Pero, ¡si no veo gota!

Apliqué otro fósforo encendido al pábilo de la bujía, colocada en una palmatoria, al lado del reloj; salté de la cama, me vestí precipitadamente y, cogiendo la luz, me dirigí al cuarto de Ramírez. Este no se hallaba en su dormitorio.

—¡Diantre! ¿Habrá, en efecto, ido á la compra de noche todavía?

No tardé en convencerme de la falsedad de esta suposición; la cama estaba intacta; la vela de sebo con que solía alumbrarse mi criado, no había sido encendida. Ramírez, en fin, ¡no había dormido en casa!

Pensativo y contrariado, fuí á sentarme al *bureau*, donde, con aire distraído, me puse á repasar las cuartillas que escribiera la víspera.

Amaneció, y, á eso de las siete y media, sentí abrirse cautelosamente la puerta de la escalera, y habiendo quedado abierta la de comunicación con el pasillo, desde el lugar donde me hallaba sentado, ví entrar á Ramírez, con aire receloso, pisando como los gatos, en dirección á su dormitorio. Ignoro si me vería, pero es lo cierto que no se dió por entendido. Yo dejé hacer, limitándome á observar á mi criado.

Ramírez, á los cinco minutos, salió de su habitación, se dirigió á la cocina volvió á salir con la cesta al brazo, y sin decir oste ni moste, se marchó á la compra.

Apenas hubo desaparecido, corrí á su cuarto, impulsado de una viva curiosidad; había descompuesto la cama y sustituido, por un cabo recién apagado, la vela intacta de su palmatoria.

—¡Ah, bribón! ¡Cuántas veces te habrás burlado de mí!—no pude menos de exclamar!

Antes de una hora, volvió y me sirvió el chocolate, con militar exactitud, sin manifestarse sorprendido de mi madrugón.

Después de tomar el desayuno, le llamé á mi presencia.

—Oye, Ramírez.

—A la orden, mi amo.

—¿Se puede saber dónde has dormido esta noche?

—Yo... señorito... en casa... como todas las demás.

—¡Mientes, perillán!

Ramírez miró al techo, bajó la cabeza y se puso á dar vueltas á la gorra entre sus manos.

—Acabemos; ¿dónde has dormido?

—En el segundo, mi amo.

—¡Cómo! ¡En el cuarto segundo de esta casa!

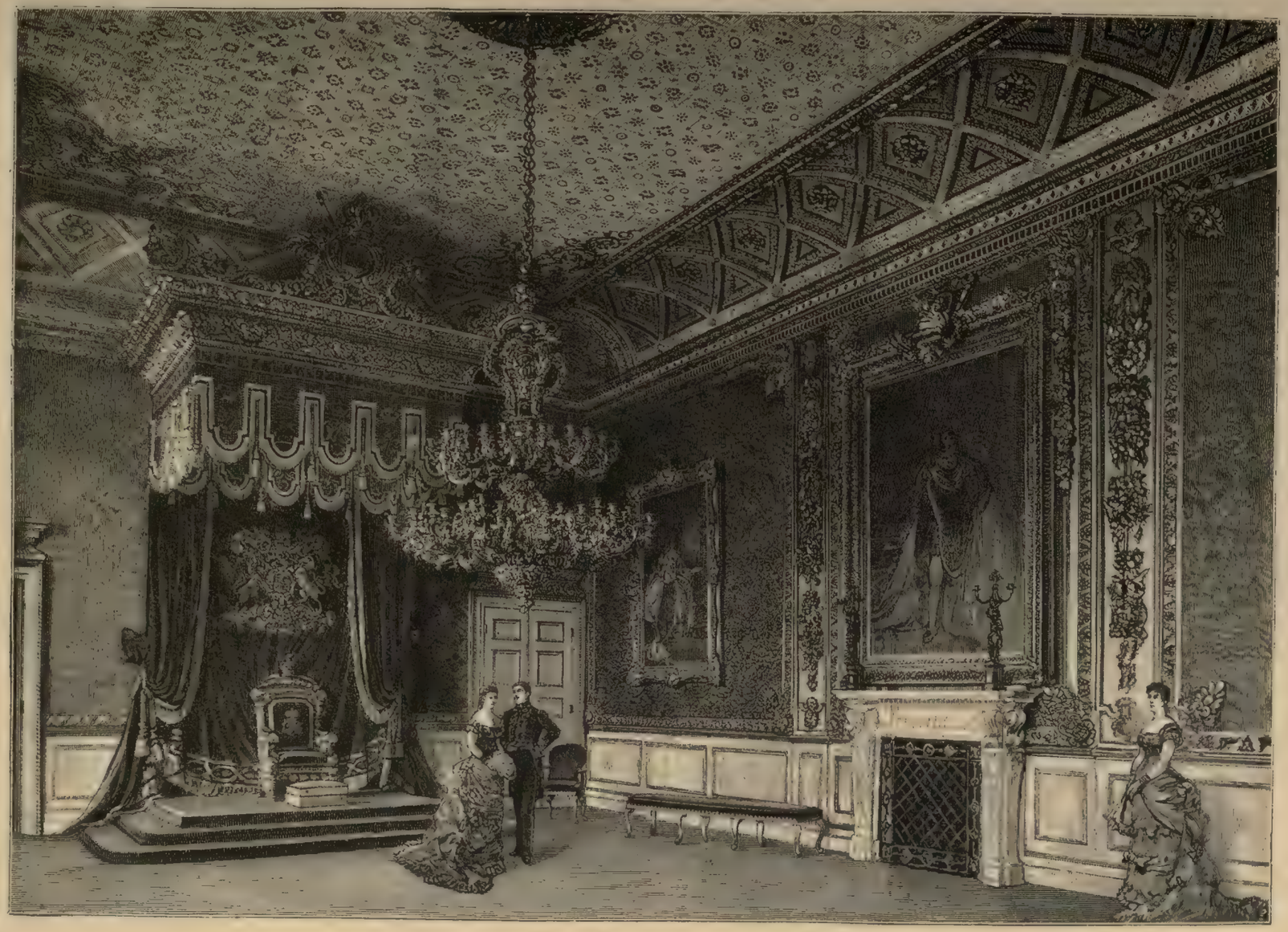
—Sí, señorito. Vine tarde, no traía fósforos, la escalera estaba oscura y me equivoqué de cuarto.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

LONDRES: VISTA EXTERIOR DEL PALACIO DE SAN JAIME

GRIEGA (Cuadro de Paul Thuman)



LONDRES: EL PALACIO DE SAN JAIME, EL SALÓN DEL TRONO

REVISTA CIENTIFICA

Motor de petróleo. – Un nuevo medicamento hipnótico. – La sacarina de Fahlberg. – Terapéutica frutera. – El maná. – Medios de defensa de las plantas.

«Como el petróleo es un producto muy poco caro en Inglaterra, dice una Revista extranjera, los inventores ingleses se esfuerzan en crear con este líquido un motor económico, silencioso y exento de todo peligro. M. Etevè, ingeniero, ayudado por M. Humes, ha inventado y perfeccionado un motor que parece reunir las mejores condiciones. El principio de este aparato es el siguiente: el petróleo que llega al cilindro se encuentra mecánicamente dividido por el aire comprimido y queda mezclado con este aire en proporciones convenientes. Al principio el aire debe ser comprimido en su recipiente, pero así que el motor se pone en marcha, produce por sí mismo la compresión. La explosión de la mezcla de aire comprimido y de petróleo en el cilindro es debida á una chispa eléctrica, producida por tres elementos con bicromato de potasa y una bobina de Ruhmkorff. Este motor ha sido utilizado para *accionar* una dinamo.

»Se ha construído igualmente un tipo especial, de cinco caballos de fuerza, para un barco capaz de contener algunas personas, y se han hecho también algunos experimentos para la tracción de los tranvías por medio de una locomotora de petróleo, basada en el mismo principio. La cantidad de agua necesaria para enfriar el cilindro es la misma que para un motor de gas de la misma fuerza. En el caso de la locomotora de petróleo, el recipiente de agua es ventajoso, pues es menester cierto peso para producir la adherencia.»

***

Los señores Mairet y Combemale, de la Academia de Ciencias de París, han dado cuenta en la sesión del 24 de Enero del resultado de sus estudios sobre el *methylol*, nuevo cuerpo al que el doctor Personali, de Turín, atribuye propiedades hipnóticas.

Digamos ahora que el methylol, acetal obtenido por la acción de la potasa sobre el formethylol, es un cuerpo líquido, móvil y refringente, de olor etéreo; su densidad, 0'8551; más volátil que el éter; hirviendo á 42° y soluble en agua, el alcohol, los aceites, etc.

Los veinte experimentos practicados por dichos señores lo han sido en 4 conejillos de Indias, 6 gatos, 1 perro y 1 mono.

Inyectado el methylol en la economía por la vía hipodérmica, ha resultado muy dolorosa la introducción, hasta el punto de sobrevenir á veces un síncope y de dar lugar á ulceraciones, si se inyecta puro. Según las dosis, determina salivación, sueño más ó menos rápido y profundo, fatiga muscular considerable, una fase parética, sacudidas convulsivas y descenso de temperatura, pudiendo originar la muerte.

Por *la vía estomacal* se advierten iguales síntomas; el sueño se produce á las mismas dosis, pero es más tardío y puede ser más persistente.

Por *la vía pulmonar*, es diferente el efecto según se emplean pulverizaciones ó inhalaciones; en el primer caso sólo se obtiene soñolencia; en el segundo el sueño va acompañado de irritación de las mucosas ocular, nasal y bronquica, con lágrimas, estornudo y tos.

En resumen; á dosis altas, el methylol da lugar á fenómenos tóxicos diversos y produce la muerte, determinando lesiones irritativas que afectan diversos órganos, pero á pequeña dosis, es decir, á la de 25 ó 50 centígramos por kilógramo de animal, sólo se observa soñolencia.

De ahí que el methylol sea un *hipnótico*, que á juzgar por la rapidez con que se elimina y la ausencia ó insignificancia de alteraciones que se presentan al despertar, no se acumula en la economía. Hay que emplear más de 2 gramos por kilógramo de peso del cuerpo para producir una verdadera intoxicación.

***

Los alemanes se muestran muy entusiasmados al parecer con el descubrimiento de una nueva sustancia, sobre cuya importación les conviene á todas las naciones estar muy prevenidas.

Trátase de la *sacarina de Fahlberg*, que en breve va á fabricarse en grande escala en Werterhusen, cerca de Magdeburgo. Esta *sacarina*, de un poder azucarante muy elevado, va mezclada en la proporción de un 5 p. °/₀ con las glucosas, cuyo precio tan inferior es al de los azúcares de caña y remolacha, y á las cuales vuelve tan dulcificantes como el azúcar actual.

Las glucosas desempeñan ya en la industria y en el consumo un papel considerable; tienen el inconveniente de azucarar muy poco, pero hácense con ellas montañas de tarros de confituras y de jarabes de toda suerte; hasta parece que no faltan en el extranjero farmacéuticos que les venden glucosa á los parroquianos en vez de jarabe de goma. Los vermouths y demás aperitivos gomados que destruyen cada día, á horas fijas, los estómagos de una clientela religiosamente convencida de sus virtudes, están gomados con glucosa.

Hasta algunos alemanes han protestado contra la *sacarina alemana de Fahlberg*. Este principio azucarante, condensado, por decirlo así, en forma de glóbulos, escaparía al impuesto de en-

SALA DE LOS TAPICES

trada como tal azúcar y permitiría endulzar toda clase de líquidos, lo cual dista mucho de ser un ideal de higiene; es azucarería homeopática, si las hay, con la cual podrán hacerse las más horripilantes mezclas.

***

El doctor Lewis, de Filadelfia, preconiza el uso de las frutas como muy útil en terapéutica, con preferencia á ciertos remedios muy desagradables de tomar y ciertamente menos eficaces.

Las naranjas, los higos, las ciruelas, los tamarindos, las moras, los dátiles, los melocotones, pueden ser ventajosamente utilizados como laxantes.

Las granadas, las moras silvestres, las frambuesas, las bayas de zumaque, el agracejo, son astringentes.

Las uvas, las peras, los membrillos, las fresas, los higos de Berbería, las grosellas, las simientes de melón, son diuréticos.

Las grosellas ordinarias, las sandías y el melón, son refrigerantes.

Las cidras y las manzanas, son refrigerantes y sedantes del estómago.

Tomada en ayunas, cada mañana, la naranja obra eficazmente como laxante, y algunas veces hasta como purgante, y todos los estómagos pueden soportarla.

Las granadas son muy astringentes, y excelentes para las fauces y la campanilla.

La corteza de raíz de granado, en forma de cocimiento, es un vermífugo muy eficaz; puede empleársela sin temor para combatir la solitaria.

Los higos abiertos y hendidos, son excelentes cataplasmas para las quemaduras y pequeños abcesos.

Las fresas y el limón, prestan verdaderos servicios contra el sarro de los dientes.

Las manzanas, son un útil correctivo de las náuseas, el mareo y los vómitos de la preñez.

Las almendras amargas, contienen ácido cianhídrico y detienen á menudo la tos, pero producen á veces una urticaria.

El aceite extraído de la nuez de coco, reemplaza á menudo el aceite de hígado de bacalao;

SALA DE LA REINA ANA

es empleado con frecuencia contra la tisis por los médicos alemanes.

Las uvas son muy útiles, eminentemente emolientes. La «cura de uvas,» por ejemplo, es muy empleada en Francia y Suiza para el tratamiento de las enfermedades del estómago y el hígado, la escrófula y la tuberculosis. Consiste en comer muchas libras de uvas al día, con exclusión de pan y agua.

Los membrillos, además de sus cualidades astringentes, procuran, después de su infusión de agua hirviente, una excelente loción para las enfermedades de los ojos.

***

A creer lo que refiere madame Dieulafoy, intrépida viajera que acaba de regresar de una importante expedición á Persia y Caldea, los armenios consideran como una codiciada golosina el producto de la secreción de un gusano que vive en los arbustos de aquellas montañas, la cual sustancia, blanca y azucarada como miel, dicen ellos que no es otra cosa sino el maná que sirvió en remotos siglos para alimentar á los hebreos en el desierto. Se la recolecta sacudiendo los árboles sobre unas sábanas extendidas en el suelo, pero acontece á menudo que arrebatada por el viento, es transportada á distancias de 150 leguas, al desierto. Los pasteleros armenios la mezclan con harina, almendras y pistachos y hacen con ella unos confites muy estimados por los inteligentes.

***

M. L. Errera, distinguido botánico belga, ha leído en la *Sociedad Real* de Bruselas, una curiosísima nota sobre los medios de defensa de las plantas. Hé aquí el resultado de sus observaciones.

Bajo el punto de vista del mecanismo de la protección, pueden clasificarse las plantas de la manera siguiente:

Caracteres biológicos

1. *Plantas inaccesibles*, por su estación en las rocas, en medio del agua, etc.
2. *Plantas sociales*, formando por su asociación matorrales impenetrables.
3. *Plantas vasallas*, que se colocan bajo la protección de ciertos animales ó de otras plantas mejor protegidas.
4. *Plantas fanfarronas*, especies inofensivas que tienen el aspecto de plantas peligrosas, por ejemplo, el *Lamium album* que se parece á la *Urtica didica*.

Caracteres anatómicos

5. *Plantas de órganos duros*, punzantes, cortantes, etc.

Caracteres químicos

6. Plantas de principios ácidos, amargos, de aceites esenciales, de glicósidos, de alcaloides.

Formando seis grupos con estas plantas y representando por 100 el número total de los géneros de cada uno de los mismos, ha encontrado M. Errera la proporción siguiente:

1. Plantas coriáceas, erizadas, cortantes: 13 géneros *desdeñados*, 49 *evitados* y 38 *buscados*.
2. Plantas punzantes, 25, 35, 40, respectivamente.
3. Plantas de aceite esencial, 21, 44 y 35.
4. Plantas de principio amargo, 35, 26 y 39.
5. Plantas de glicósido, 31, 28 y 41.
6. Plantas de alcaloide, 53, 9 y 38.

«Lo que sorprende sobre todo, dice el natu-

LA MUJER DE TARQUINO EL SOBERBIO, PASANDO SOBRE EL CUERPO DE SU PADRE (Dibujo de V Zick)

ralista belga, es que los medios defensivos no son tan eficaces como se podría creer, y por otra parte, que los alcaloides son particularmente preciosos como agentes de protección. Ciertos ganados parece que no han aprendido todavía á evitarlos, puesto que el tejo *(taxus)* del cual se muestran muy ávidos los solípedos, les ocasiona á veces accidentes graves.»

«No deja de ser curioso pensar, añade á su vez la publicación de donde tomamos estos datos, que al rodear nuestras propiedades de paredes ó rejas armadas de pinchos, al derramar agua al rededor de nuestras plantas de estufa para sustraerlas á los ataques de los limazos, al alcanforar nuestros muebles ó al envenenar nuestro herbario no hacemos más que imitar las plantas y reinventar lo que ellas practicaban antes de que existiese el hombre.»

Una vez más se ha visto confirmada la melancólica sentencia del real amante de Balkis: *¡Nihil novum sub sole!*

ALFREDO OPISSO.

LOS PARIENTES DE «ELLA»

Son una verdadera plaga.

Así como no hay rosa sin espinas, ni cielo sin nubes, ni guardia de orden público sin mala educación, no es fácil encontrar una novia que no tenga parientes.

La joven más hermosa, una de esas niñas cuyos ojos son capaces de volver loco á cualquier hijo de vecino, esas *Eros* y esas *Ofelias* del siglo XIX que se ofrecen á nuestros ojos rodeadas de poesía y de encanto, llenas de promesas de felicidad y dulcísimos deliquios, están rodeadas de un tropel de gentes, que como Argos á la ninfa Io, las cercan, las guardan y vigilan y cuando no, pasan la vida urdiendo chismes para dar al traste con el noviazgo.

La historia de esa pasión que se llama amor, está llena de actos vandálicos, llevados á feliz término por los parientes de las novias en contra siempre del infortunado amante.

SALA DE GUARDIAS

Los Capuletos no dejaron en paz á Romeo Montesco, el apasionado adorador de Julieta.

Fulberto, el tío de Eloisa, cometió una porción de tropelías con el infeliz Abelardo.

Segura, padre de Isabel, no paró hasta casar á su hija, fastidiando de este modo al bueno de Diego Marsilla, y hoy no hay pollo que no haya sufrido una porción de vicisitudes y de trabajos, debidos á la parentela de su adorado tormento.

El primer pariente que fastidia suele ser el más próximo, el hermano. Y peor todavía si es hermana.

Si es menor que «ella,» suele contar á la mamá una porción de cosas que acechó previamente y esta confidencia produce por lo regular una represión terrible.

Si es mayor, todo se vuelve consejos sobre la maldad y picardía de los hombres, ó cela ó enreda de modo que siempre se termina la entrevista amorosa mucho antes de lo que esperaba el galán.

Si es un hermanito *nene*, chilla denunciando inocentemente la presencia del adorador.

Hay tíos que son verdaderos *tíos* y tías feroces como un sargento indómito, que so pretexto de que tienen que guardar á la niña en ausencia de los padres, llevan su salvajismo hasta el extremo de cerrar balcones y ventanas y áun de dirigir al galán un par de *frescas*.

Pues no digo nada del primito que entra en la casa contínuamente, echa piropos, la lleva del brazo por salas y pasillos, inventa mil embustes para malquistar á la pareja y cuando ya cansado dice el novio:

—Pues, señor, yo á ese *tipo* le rompo la cabeza.

Contesta ella dulcemente:

—No; por Dios; cariñín, monono, no digas nada á Fulanito, porque mamá le quiere mucho y es muy capaz de clavar esta ventana.

—Así la clavaran á ella...

—No digas eso. Es mi madre.

Y tienen ustedes aquí el pariente más terrible: la mamá. Toda señora que tiene hijas es durante la infancia de éstas, una madre, el sagrario donde se guardan los sentimientos más dulces que atesora el corazón humano, pero cuando una de *ellas* tiene relaciones, comienza á sentirse suegra con todas sus gracias y prerogativas.

Ilustra á su vástago en la ciencia de las batallas domésticas y áun creo que la obliga á hacer el ejercicio y tirar al blanco con los platos.

—Mira niña, sé que tienes relaciones con ese joven que parece un bacalao de Escocia; yo no me opongo á que tengas amores; cuando yo era como tú tenía mucho partido, amé á un alférez de zapadores bomberos y concluí por casarme con tu padre que es una buena persona aunque muy borrico mejorando lo presente. Es necesario que no le dejes *resollar*. A los hombres, en cuanto les das el dedo se toman el brazo y... puede que algo más; conque sé intransigente, sino ¡desgraciada de tí!

Esta es la apertura, como dijéramos el discurso de la corona, en la serie de sesiones amorosas á través de la reja ó del balcón á calle.

Cuando el novio entra en la casa, toma todo esto un aspecto más terrible. Entonces la presencia de los parientes suele ser eterna.

Y no puede V. decirles:

—Pero, señores, si yo soy un buen chico, si adoro á la niña y no me valdré de la soledad.

Además estando gente, vis á vis, á nadie le gusta decir ternezas.

¡Oh! Con cuanto placer debe encontrarse uno solo la primer noche de bodas.

Y no sean ustedes maliciosos, lo digo solo por estar libre de parientes.

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.

BIBLIOGRAFÍA

EL PATIO ANDALUZ, cuadros de costumbres. — EL POEMA NACIONAL, costumbres populares, por *Salvador Rueda*. — Madrid, 1886. — LA QUINTAÑONES, novela por *M. Martínez Barrionuevo*.—Madrid, 1887.

Es una lástima que no tengamos en España una docena más de escritores del género del Sr. D. Salvador Rueda, pues constituirían uno de los más eficaces elementos para el progreso del idioma nacional. Por punto general nótase bastante pobreza en el estilo de la mayoría de cultivadores de las letras; no porque sea colaborador de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA vale callar aquí el nombre del más benémerito de los modernos reformadores,—de los perfeccionadores, mejor dicho,—de nuestra retórica: el antiguo *Lunático*. Con *Fernanflor* empieza, en efecto, una nueva época en el estilo español. El impulso comunicado por el ilustre autor de *Cuentos Rápidos* fué eficaz en cuanto produjo el florecimiento de multitud de escritores que con mayor ó peor fortuna procuraron imitarle. Es fácil que á no haber sido él se hubiese seguido cultivando la lengua española según D. Antonio de Trueba ó D. Pedro A. de Alarcón.

Hoy contamos con una joven escuela de estilistas que saben trabajar artísticamente el castellano; que lo labran, lo cincelan y colocan á la altura á que ha llegado el francés en manos de los sucesores de Flaubert. Es difícil poder citar á todos los que en tal tarea toman parte, pero sin injusticia no es posible olvidar los nombres de Blanco Asenjo, Pérez Galdós, Castelar, Palacio Valdés, Picón, Pérez G. Nieva en su *Año*, Martínez Barrionuevo, etc., etc., en cuyos trabajos se nota el exquisito cuidado de la forma y el laborioso estudio del idioma, rejuveneciéndole, haciéndole flexible, enriqueciéndole de otra manera que con ranciedades antológicas y aportándole un contingente de frases y vocablos inéditos y de onomatopeyas de la más feliz invención.

EL INVENTOR (Cuadro de Daniel Ridgway)

Así, el que quiera hoy deleitarse con la belleza de la frase popular, con la superabundancia castiza de los giros, con la pasmosa maleabilidad del idioma, con la riqueza de palabras y expresiones y los primores progresivos de nuestra lengua nacional, no tiene mas que coger el *Patio Andaluz* y leérselo de cabo á rabo, cosa fácil que resulta hecha en menos de una horita. El señor Rueda es un académico de la Academia ideal de los grandes hablistas, es un colorista, un poeta y un... autor que hay que consultar para convencerse de que el castellano es una lengua capaz de servir de instrumento á los escritores más objetivos ó plásticos.

Y con esto, como dicen las horteras de París, una gracia espontánea que deleita; un interés que ni por un momento se debilita, por todos y cada uno de los tipos presentados en escena; una originalidad lindísima en la *factura;* una naturalidad deliciosa en los diálogos. El arte está velado con tanta donosura como el rostro de una sevillana detrás de su mantilla.

El señor Rueda ha renovado un género que se hacía ya difícil de digerir cultivado por tanto cursi como se las echa de escritor de costumbres no haciendo mas que imitar á los imitadores de los émulos del buen Mesonero Romanos. Las costumbres populares tienen un insigne retratista más digno del asunto y de la época. *El Solitario*, si resucitara, le daría sin duda el parabién al señor Rueda, de muy mejores ganas que no á su formidable prologuista.

Y ahora diré que de la misma suerte que se muestra oportunísimo y discreto cultivador del *género* en prosa, ha dado también en el clavo al ejercer de poeta, huyendo de imitar á los que no parece sino que eternamente han de ser objeto de imitación; el distinguidísimo autor del *Poema Nacional* no ha querido que se le tomara por ninguno de esos maldecidos *becquerianos*, *zorrillianos* (no confundir), *campoamorianos* y *nonicianos*, que infestan con sus aborrecidas coplas el correo, cuando no las mismas columnas, de los periódicos; raza repululante como la filoxera, corta de entendimiento y de narices como quien carece de mollera y de sentidos. En vez, pues, de echarse á imitar á nuestros grandes líricos, como tal cual orador de privilegiados pulmones imita á Ríos Rosas, ó este ó el otro comicastro á Rafael Calvo, el autor de quien hablamos ha buscado su inspiración en la verdad y en la afición á las cosas de su tierra, única manera de que el poeta demuestre que cuenta con fuerzas propias y bebe en vaso suyo. Y cuéntese si me habrá gustado el *Poema Nacional* cuando lo alabo y pongo sobre mi cabeza á pesar de tener en él *los toros* unos cuantos romances que, á la verdad, no se merecen... por lo hermosos.

***

Impresa formando un elegante tomo en 8.° acaba de publicarse en Madrid cierta novela que, inserta en las columnas de este periódico, pudieron ya apreciar nuestros lectores. Tenemos, sin embargo, por interesante acontecimiento su aparición en la nueva forma que reviste ahora, pues no deja de ser un buen libro más entre los muy contados que han visto la luz pública en el pasado año.

No se dirá, en efecto, que nos encontremos aquí, como sucede en Francia, en el *embarras dans le choix;* la mayoría de las novelas que se leen, y algo se ha de leer, son, cuando no malas en la forma, insulsas, falsas, triviales; bienvenidas sean, pues, las que aparecen buenas.

Y que *La Quintañones* es una buena novela no puede ocultársele á quien se deleite en estas

LA ANUNCIACIÓN, de Lorenzo de Credi

LA ANUNCIACIÓN, de Fra Angélico de Fiésole

JOYAS DE LA PINTURA RELIGIOSA ITALIANA

MOISÉS, DESPUÉS DE HABER DADO MUERTE AL MAL EGIPCIO (Cuadro de Merwarth)

cosas. Es buena porque está deliciosamente escrita y vigorosamente pensada; porque se ve en ella un autor que no decalca á nadie y un prosista con estilo propio. No creo, en efecto, que el señor Martínez Barrionuevo se haya fijado mucho en D. Nicomedes Pastor Díaz, y, sin embargo, si á alguien se parece en su estilo es al autor de *Villahermosa á la China*. Esto cuando se deja arrebatar demasiadamente contando los deliquios de Sor Estrella. El autor es malagueño y recuerda en la mayor parte de su libro el dejo del Málaga dulce; con todo, al final, en las escenas de las barricadas, cambia por completo y se encuentra uno con un Málaga seco, tan enjuto, que á poco arde.

Son páginas terriblemente serias, por lo mismo que no se advierte en ellas la menor declamación.

De ahí que el señor Martínez Barrionuevo sea uno de los que mejor saben entonar su estilo, y se ve claramente que le viene esto por ingénito buen gusto y natural talento, no á fuerza de raspar, corregir, limar y gastar aceite: *la literatura trabajosa*, que dijo no sé quién. ¡Oh qué gran cosa producir sin esfuerzo, por la mera virtualidad de la fecunda savia propia! El señor Martínez Barrionuevo derrocha el color, despilfarra las imágenes, dice sublimidades como la cosa más sencilla, y *hace mística* como si jugara. Tanta facilidad encanta y seduce; indudablemente la musa de Andalucía se aposentó en el cerebro del autor mientras escribía y le hizo producir su obra como muestra castiza de lo que sale de aquella tierra y nace bajo aquel cielo.

Después de tanta belleza, de tanto misticismo-realista *(qui potest capere, capiat)*, encuentro enteramente *deplacés* aquellos escarceos de ginecología al tratar de las molestias de Sor Estrella. Apartémonos de invadir el terreno de la fisiología más ó menos patológica y al llegar á semejante punto digamos:

Glissons; n' appuyons pas.

Respecto al argumento... no es de aquellos que no salen... Pero aquí se ve el talento del señor Martínez Barrionuevo al sortear con habilidad magistral la escabrosidad del asunto, sin herir en lo más mínimo la susceptibilidad del lector de determinada confesión. Según quien hubiese imaginado el conflicto en que coloca el autor á Sor Estrella hubiéramos visto toda la cohorte de horrores de ciertas novelas que titulándose anti-clericales son simplemente anti-digestivas. Lejos de esto, el señor Martínez Barrionuevo, con delicadísimo pulso, con impecable *corrección*, dice cuanto quiere decir sin que ni por un momento pierda el equilibrio necesario entre la verdad y las conveniencias sociales.

Por más que limitándose *La Quintañones* á ser un finísimo estudio psicológico, hubiera cumplido lo bastante el autor no ocupándose en otra cosa, no ha descuidado el novelador lo que en el caso de su libro resulta secundario, es decir, el estudio del *medio* y de los caracteres. Más que dibujante es el señor Martínez Barrionuevo un manchista desenfrenado. Paisajes, interiores, retratos, todo sale chorreando color, hiriendo vivamente la retina, produciendo la sensación exacta de lo que es en realidad lo descrito, ya sea una noche de Andalucía, ya el interior de un templo de monjas churrigueresco, ya el gabinete de un médico de pueblo.

Respecto á los caracteres, bien demostrado dejó el señor Barrionuevo en *La General* con que habilidad sabía presentarlos en lo que tienen de individual y típico; esta vez reducida la tarea á pintar nada más que tres ó cuatro no le han resultado menos acabados: ¡qué hermoso corazón el de don Manuel! ¡qué española honradez la de don José!

En suma, el efecto que produce este libro es profundo; después de haber hecho sentir, hace pensar.

CARLOS MENDOZA.

ALFOMBRA, ESTERA Y LADRILLO

En el mundo, opinen como quieran los más ilustres utopistas, nunca será un hecho real la cacareada igualdad con que piensan labrar nuestra ventura.

La comunista Icaria con que algunos sueñan, no deja de ser un sueño hermoso; pero un sueño irrealizable.

La naturaleza corrobora este aserto.

Entre los millones de hombres que pueblan la tierra, raramente encontraremos dos que física y moralmente se parezcan, como una gota de agua á otra gota.

Otro tanto sucede entre los vegetales.

Junto á la gigantesta palmera, que altiva levanta su majestuosa copa, florece el enano naranjo; por el robusto tronco de la centenaria encina, trepa la débil hiedra, al mismo lado de la fragante rosa, gala del vergel, oculta entre verdes hojas, vejeta la modesta violeta.

Por más que parezca paradoja, el conjunto inarmónico de los mundos, seres y plantas de la creación, forman la eterna armonía del Universo.

No se concibe calor sin frío; luz sin sombras; ni fealdad sin belleza.

Del mismo modo es inconcebible ricos sin pobres.

Dice un principio de economía política:

Si la fortuna repartiera por igual sus codiciados dones, á todos los hombres, todos vivirían en la miseria.

Por eso la igualdad social que algunos ilustres pensadores proclaman, es una utopia; mientras exista el mundo habrá clases.

En la antigüedad sólo se conocían dos: libre y esclava, noble y plebeya, rica y pobre.

Para la una estaba destinado el poder, la fortuna, la gloria; para la otra la triaca, la horca, el feudo.

El progreso por un lado y la necesidad por otro, crearon la mesocracia, estado intermedio entre la nobleza y el pueblo.

La mesocracia ha dado vida á la clase media.

La síntesis de las tres clases en que se divide la sociedad, se encierra en estas palabras:

Alfombra, estera, ladrillo.

La primera simboliza la nobleza; la segunda la inteligencia; la tercera el trabajo.

Las tres unidas forman un todo armónico llamado *sociedad*.

En los peldaños de la escala social, la clase media es la que ocupa el peor puesto. Destinada por su posición á alternar indistintamente con las otras clases, conociendo el lujo de la alfombra y la horrible miseria del ladrillo, tiene que resignarse á satisfacer su vanidad con la prosaica estera.

Esto no deja de ser desagradable.

Además la referida clase, sin gozar de las ventajas de sus compañeras, se ve comunmente desdeñada por estas que la denigran con crueles epítetos.

Para la una es *cursi*.

Para la otra *silbante*.

¿Habráse visto mayor injusticia?

Sin embargo, de esa desdeñada clase media es de donde generalmente salen para ocupar altos destinos los escritores eminentes, los artistas distinguidos y los repúblicos gubernamentales; ella da vida al comercio, fecundo manantial de la riqueza de las naciones, y ella en medio de nuestras contiendas, es el arca santa donde se conserva todo género de virtudes.

Rotos sus privilegios por la revolución, y á la sombra de su pasada grandeza, viviendo entregada á los goces de una vida sibarítica; la aristocracia de la sangre está condenada á ser absorbida completamente pronto ó tarde, por la clase media.

Hoy existen dos nuevas aristocracias: la del capital y la del talento.

Pero mientras la clase media viva en su reducido círculo; mientras con el capital ó el talento no escale los dorados salones de la fortuna y de la gloria, preciso es reconocer que en los peldaños de la escala social ocupa el peor sitio.

Entre la chaqueta y el gabán, es preferible la chaqueta; entre el ladrillo y la estera, el ladrillo.

De la estera á la alfombra media un paso; de la estera al ladrillo un abismo.

Es más fácil subir que descender; más doloroso descender que subir.

Un escritor dramático, Enrique Gaspar, en su obra *La levita*, pone en evidencia los inconvenientes de vestir esta prenda.

En efecto; de todos cuantos pobres existen, el de levita es el más digno de lástima. Acostumbrado al lujo de la alfombra ó á la modesta medianía de la estera, la pérdida de su fortuna le coloca en un trance apurado. Sin fuerzas para el trabajo corporal, su único recurso consiste en revolver papeles en una oficina, ó apoyar en su frente el cañón de una pistola. Esto si es honrado; si ha perdido esta cualidad, la embriaguez, el juego y el robo, le presentan una fácil pendiente por donde insensiblemente resbala hasta las gradas del patíbulo.

En cambio el pobre de nacimiento está libre de estos inconvenientes. La caridad le ofrece ancho campo para hacer de la mendicidad un oficio que le produce lo bastante para llenar sus cortas necesidades; con la práctica se acostumbra á él, donde encuentra muchas veces innumerables goces.

El pobre de levita no tiene este recurso: la vergüenza se lo rechaza; el qué dirán se lo impide.

¡Ah! Confieso que alguna vez al ver asediar un pobre á un individuo de la clase media, exigiéndole una limosna que éste le niega con un «perdone, por Dios, hermano,» se me ha ocurrido este rompe-cabezas:

—¿Dónde está el necesitado?

Pero estoy divagando; continúo:

He dicho que mientras haya mundo existirán clases y sostengo mi tésis.

Si una revolución socialista midiese á todos los hombres con un mismo rasero; si los bienes de la tierra fuesen repartidos entre todos por igual; si valor, virtud y ciencia, fuesen para la generalidad palabras vanas; á pesar de todo, nunca acabarían las clases.

El fuerte siempre estaría sobre el débil; el virtuoso sobre el ruín; el sabio sobre el ignorante.

La alfombra, la estera y el ladrillo existirían moralmente.

Por eso la revolución, al quitar á la nobleza sus odiosos privilegios y proclamar los derechos del hombre, no pudiendo borrar por completo las clases, se vió precisada á medirlas todas con el único rasero que buenamente podía: el de la ley.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

EGOISMO

Ayer triunfé y sonreí
y, ajeno á todo temor,
en dulces redes de amor
incautamente caí.
Hoy nada pasa por mí
que me dé vida y calor;
ya no soy, con mi dolor,
ni sombra de lo que fuí.
Pienso en la dicha perdida,
que ya ni tengo ni valgo;
mi ansia no está destruída
ni de mis delirios salgo...
¡quiero amar!... ¡y amo la vida,
siquiera por amar algo!

R. J. CATARINEU.

«ÍNTIMAS»

Te quiero prisionera
pero de una manera
más dulce que estar libre y mucho más;
tu asilo en mi regazo,
por cadena mi brazo...
sin moverte de tal prisión jamás.

En tu asilo, querida,
sorprenderte dormida
y soñando invocar mi aparición...
mi beso despertarte
para otra vez besarte...
y... por fin... implorar de tí el perdón.

Por apoyo tu pureza,
por consuelo tu caricia,
por tesoro tu belleza...
¿puedo hallar mayor riqueza?
¿puede haber mejor delicia?

Permite que te abrace y te dé un beso,
que es cuanto te pedí
y muy poco te va á importar todo eso...
y después ¡oh! después, hermosa, pide
cuanto quieras de mí:
pedir hasta me puedes... que te olvide!!

¡Ay! Cuando mirar te ví
el cielo con tanto anhelo,
tuve celos... celos, sí,
porque, loco, me temí
que al verte tan bella el cielo
se enamorase de tí.

¿Dices que una prueba quieres
de mi amor exagerado?
. . . . . .
¡¡Cuántas veces te he soñado
más hermosa de lo que eres!!

JOSÉ BARBANY

NUESTROS GRABADOS

RETRATO DE UNA DAMA
por Sir Josué Reynold

Llamóse en vida la tal dama la honorable Miss Ana Bingham, pero su personalidad importa bien poco al lado de la del autor, el más ilustre pintor de retratos que floreciera el pasado siglo en Inglaterra, en cuyo género no falta quien le pone un tanto cerca de Velázquez y casi á la altura de Van Dyck.

LONDRES: EL PALACIO DE SAN JAIME

Este palacio es un edificio construído de ladrillo y por cierto con escasa regularidad En un principio fué hospital de leprosos, pero dióle la humorada á Enrique VIII de reedificarlo y convertirlo en morada real. En su interior se han aglomerado maravillas de lujo, según puede verse por nuestros grabados, pero con todo no cabe negar que están bastante mal dispuestas las habitaciones. Celébranse allí las solemnidades palatinas, y en él está instalado el ministerio del exterior. Todos han oído hablar del *Gabinete de Saint-James.*

GRIEGA
Cuadro de Paul Thuman

El artista, enamorado sin duda de la clásica antigüedad, ha trazado una figura capaz de hacer reconciliar con el helenismo á los más entusiásticos partidarios de lo moderno. Hay que reconocer, en efecto, que las figuras de la hermosa Grecia arcáica sirven admirablemente para el arte simbólico. Daudet asimismo ha tenido que acudir á *Saffo* para que se comprendiera bien y sintéticamente lo que quería decir.

LA MUJER DE TARQUINO EL SOBERBIO
PASANDO SOBRE EL CUERPO DE SU PADRE
Dibujo de V. Zick.

Monarca demócrata, si los puede haber, fué Servio Tulio, nombrado rey por el pueblo sin consentimiento del Senado, lo cual no fué obstáculo á que se portara como ninguno, hasta el extremo de que reformó el censo electoral en el sentido de que la plebe tuviese siempre mayoría en los comicios. Rescataba á los deudores hechos esclavos; abolía las deudas; repartía las tierras entre los plebeyos, etc. etc.

El buen Servio Tulio, sin embargo, que tan excelentes cosas hacía como rey, tuvo la desgracia de que su hija Tulia le saliese perversísima y malvada criatura, hecho que Dios nos libre de creer no pueda verse reproducido. Casóse Tulia con cierto aristócrata etrusco llamado Tarquino, *soberbio* como él solo, y no se le ocurrió nada mejor al yerno que asesinar al suegro para ponerse en su lugar. La desnaturalizada hija, hecha reina, realizó entonces el monstruoso crimen que podrá ver el lector, según lo ha representado Zick en su dibujo.

EL INVENTOR
Cuadro de Daniel Ridgway

Este artista, de Filadelfia, es un agradable pintor de *género;* en su *Inventor* ha hecho notar con humorística malicia el caso que les hacen las mujeres á los que se devanan los sesos en bien de la humanidad. ¡Vaya un simplaina! parecen decirse la esposa y la hija. Ahí está él con sus compases y sus matemáticas, mientras nosotras cose que te cose y muriéndonos de hambre...

JOYAS DE LA PINTURA RELIGIOSA ITALIANA
Las Anunciaciones *de Lorenzo de Credi y de Frá Angélico de Fiesole*

Fué la *Anunciación* uno de los misterios que más tentaron á los antiguos pintores italianos, y sobre dicho asunto abundan á docenas las obras maestras. Por hoy, sin embargo, nos contentamos con dar dos: una de Lorenzo de Credi, ilustre discípulo de la escuela de Florencia, y otra del beato Frá Angélico, pintada en una celda del convento de San Marcos de la propia ciudad.

La *Anunciación* continúa muy en predicamento en Italia y sin duda hay por eso allí una orden de caballería de la *Annunziata,* además de muchas mujeres que llevan este nombre.

MOISÉS DESPUÉS DE HABER DADO MUERTE AL MAL EGIPCIO
Cuadro de Merwarth

«Educado Moisés en la corte de Faraón,—dice un autor,—se dedicó á todas las ciencias de los egipcios. Mas, ilustrado por el Espíritu Santo, renunciando á la gloria y á las ventajas de la adopción real, dejó la corte, y á la edad de cuarenta años se fué con sus correligionarios, abandonando aquel pueblo idólatra. Testigo de la opresión que sufrían los hebreos, al ver que un egipcio golpeaba inhumanamente á un israelita, mató al agresor y sepultó su cadáver bajo la arena. Temiendo Moisés ser delatado, huyó á la tierra de Madian, donde se puso á las órdenes de un hombre llamado Jethró, el cual le dió en matrimonio á su hija Séfora, en premio á una virtuosa acción.»

Y ya tienen explicado mis lectores el asunto de ese cuadro.

ATENAS: RUÍNAS DEL PANTEÓN Ó TEMPLO DE JÚPITER OLÍMPICO Y DE LA ACROPOLIS

En la llanura del Cerámico, al pié de la colina en cuya cumbre se levanta la Acrópolis y casi junto á las orillas del Ilíso, hállanse las diez y seis columnas de orden corintio, muy floridas, pertenecientes al edificio concluído por Adriano y llamado por unos el Panteón y por otros el templo de Júpiter Olímpico. Tienen dichas columnas 6 1/3 piés de diámetro por 60 de altura, proporciones colosales ciertamente. Nada más subsiste del antiguo famosísimo Panteón. La solitaria grandeza de estas ruínas de mármol es acaso, dice un viajero, más imponente y asombrosa que ningún otro sitio de Atenas.

En cuanto á la Acrópolis, diremos que era la antigua ciudadela de la ciudad de Palas Atenea, y que en su parte más alta se encuentra el divino, el glorioso, el inefable Partenón dórico, orgullo de la humanidad.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

XI

EL CAZADOR CAZADO

Doña Cándida salió del convento más tranquila, más risueña y mucho más aliviada de su afección moral. Encaminóse á su casa y se encerró en su tocador. Dos horas largas estuvo nuestra dama encerrada en él, y apareció de nuevo tan emperegilada, tan empolvada y tan llena de afeites de buen gusto, que parecía que se hubiese quitado de encima dos lustros, por lo menos.

Todo el día lo pasó consagrada al aseo de su persona, inspeccionando chales, cintas, peinetas y chapines, como si fuera una damisela en el noviazgo de sus primeras y amorosas relaciones.

Cuando la campana de la torre de San Avelino dió el toque de ánimas, doña Cándida encendió el velón de cuatro pábilos y, en compañía de la doncella, extendió los manteles sobre la mesa, distribuyó los platos y los cubiertos, acercó dos sillas, y exclamó, tomando asiento en una de ellas:

—Preparemos á recibir á nuestro señor y dueño, que vendrá molido y fatigado de sus excursiones, mitad campestres, mitad amatorias. Pues nadie me quita á mí la idea que no son todo pajaritos lo que va á cazar mi buen varón.

Don Leandro no se hizo esperar.

Entró en el comedor, dejó la escopeta á un lado, colgó el zurrón y sacó de él dos codornices; mas, al presentarlas á su cara mitad, quedó confuso y altamente sorprendido al verla tan restaurada y emperegilada, con la sonrisa en los labios y guardando una actitud tan zalamera y provocativa, que hubiera cautivado al más curro y palaciego galán.

Doña Cándida le miraba á hurtadillas, con aquel tino peculiar de la mujer, que la convierte en el lince más refinado de la creación.

—¿Y los niños?—preguntó don Leandro, con el solo fin de preguntar algo.

—Ya están recogidos los pobrecitos. La niña ha bordado unos escapularios de la Virgen del Carmen, que son una verdadera maravilla. Tiene unas manos de plata nuestro bello retoño. Ya te los enseñaré.

—¿Y los chicos?

—Agapito me ha mostrado hoy su cartapacio, que no había por dónde cogerlo de sucio. Era aquello un lodazal estampado en un papel, y Manolo ha convertido el Padre Nebrija en un sombrero de tres picos. Estoy convencida que los dos estudian con el mismísimo Satanás.

—Lo creo,—contestó secamente el marido, examinando detenidamente á su mujer, y añadiendo por lo bajo:

—¿Qué novedades son esas?

—¿Pero qué llevas en la mano, Leandro mío?

—Dos codornices,—exclamó el letrado, alzándolas en alto.

—¡Pobrecillas! ¡Qué regalo tan sabroso me ofrece hoy mi señor esposo, á quien amo tanto! —manifestó la dama, cogiendo las codornices para examinarlas á la luz del velón.

Don Leandro parecía bobo.

La dueña de la casa entregó la caza á la doncella, hizo una graciosa mueca y, colgándose del cuello de su esposo, añadió con entrañable mimo:

—¡Y cómo me quiere, me regala y me agasaja mi buen Leandro! ¿No es verdad, pichón mío, que las has cazado para mí y que sería tu deseo que me las comiera en tu compañía?

—Sí, esto es,—contestó maquinalmente nuestro hombre, sin saber qué pensar ni qué decir de toda aquella farsa.

Los dos cónyuges tomaron asiento en la mesa.

—¿Quieres que te sirva?—preguntó doña Cándida, tomando con una mano la cuchara y con la otra el plato de su esposo.

—Como gustes,—manifestó éste secamente, extendiendo la servilleta sobre las rodillas.

—Es una sopita con ajos que dice cómeme.

—La probaremos.

—Estoy convencida que te gustará.

Don Leandro se llevó la cuchara á la boca y principió á comer como un autómata.

Su mente bogaba por regiones desconocidas. La amena y deliciosa tarde pasada dulcemente al lado de la viudita, preocupaba por completo su imaginación.

La doncella fué sirviendo plato tras plato; pero los dos esposos no cambiaban ni una sola frase.

Sólo el ruído de los cuchillos y tenedores se escuchaba en el comedor.

Al terminar los postres se rezaron las gracias, como era costumbre en todas las familias en aquellos *morigerados* días.

La preocupación del golilla iba en aumento, y los celos y recelos de doña Cándida también.

El reloj anunció las diez.

—Vámonos á acostar, Leandrito,—exclamó

ATENAS: RUINAS DEL PANTEÓN Ó TEMPLO DE JÚPITER OLÍMPICO Y DE LA ACRÓPOLIS

doña Cándida, esforzándose en aparentar cierta ternura que, como comprenderán nuestros lectores, estaba muy lejos de sentir.

—Vamos,—articuló don Leandro, levantándose.

Los dos esposos pasaron á la alcoba conyugal. Empezaron á desnudarse á ambos lados de la cama, de aquel lecho que en otros dias preparó el amor con gasas y flores, y que en aquel entonces era ya una cama como otra cualquiera, y nada más.

Al acostarse don Leandro, exclamó entre dientes, como si fuera un Amadis de veinte años:

—¿Si pensará en mí la tirana, como en ella estoy pensando yo?

La esposa, en cambio, hizo la señal de la cruz, y articuló en sus adentros:

—Si vuelves á soñar en alta voz, te juro por el santo de mi nombre, que te dejo sin un pelo en la cabeza.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACIÓN. Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto . . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 19 de Febrero de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm 216

CUPIDO Y PSIQUIS (Cuadro de Paul Baudry)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomás Salvany.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Los ocho cuartos y el niño muerto*, por J. Miró Folguera.—*Notas musicales*, por Antonia Opisso.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Alborada* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*Fragmento. El talismán* (poesías), por José M. de la Torre.—Nuestros grabados.—*La fuente de los currutucos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Cupido y Psiquis. Edmundo About.—El carnaval.—El entierro de la sardina, mascarada en el Canal.—Paisajes del Danubio (tres grabados).—La leona y su cachorro. Cantadores españoles.—El mausoleo de D. Jaime Balmes, en la Catedral de Vich.—Los dramas de Shakespeare. Otelo y Julio César (dos grabados).—El mejor libro.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

CRÓNICA DE LITERATURA

Has de saber, mi querida Carmen, que la sociedad aristocrática vuelve á sus antiguas aficiones; y que siguiendo el ejemplo de la duquesa de la Torre, varias grandes señoras hacen construir teatros en sus hoteles y organizan compañías dramáticas. Puedes figurarte las consecuencias de esta moda... Como todas las clases imitan aquí á la gente noble y opulenta, dentro de poco habrá un teatrito en cada casa de Madrid. Volvemos á la época de los teatros caseros, tan satirizados entonces y que á pesar de las sátiras hicieron felices á infinitos padres é hijos de familia. Nada hay tan difícil como inventar un placer nuevo; así pues no tenemos otro remedio sino tomar, dejar y volver á tomar los ya inventados.

Con motivo de esta nueva moda un periódico ha publicado algunos artículos en los cuales se recuerdan los teatros de la duquesa de Montijo, de la de Medinaceli, de la condesa de Vilches y otros; teatros que dirigieron Romea, Arjona y demás actores ilustres de aquel tiempo. Te remito esos artículos que tienen verdadero interés; porque interesante es lo que nos recuerda un mundo viejo que hemos visto desaparecer poco á poco. En Francia muchos hombres de viso, muchos políticos y escritores suelen anotar de noche lo importante ó curioso que han sabido y han presenciado de día:—así aquella literatura es tan rica en Memorias; pero nosotros ni tomamos apuntes ni somos aficionados á publicar observaciones íntimas. Quizás esto proviene de que el español no gusta ver discutida su personalidad y por lo tanto respeta la del prójimo; mientras que los franceses desean se hable de ellos, bien, con preferencia; y en último resultado, mal. Algún movimiento literario se nota en este sentido; algunas Memorias se han publicado ya; entre ellas las de Mesoneros, Alcalá Galiano, Zorrilla y el general Córdoba. Aún estas tienen más bien carácter político que el social. Recuerdos de la vida del placer antiguo; de la conversación, de los amores, de los antagonismos de las estrellas del mundo elegante y de la literatura... eso, tan curioso, tan entretenido, de interés muy superior, sin duda, al de la mejor novela, eso, ha desaparecido. El periodismo viene hoy á llenar ese hueco; pero de un modo imperfecto; porque cuando los sucesos están recientes no puede decirse de las personas lo que luégo no es arriesgado revelar calmadas las pasiones. Hay anécdotas que valen una biografía y que explican un carácter mejor que una historia. En las Memorias del general Córdoba se nos presenta el carácter de Narváez, de súbito, bajo un aspecto que no habíamos imaginado; y en contraposición de todas las ideas que de él teníamos. Córdoba nos dice que siendo ya Narváez jefe del ejército se hubiese dado por satisfecho con obtener la plaza de administrador de correos, que solicitó en no recuerdo cual provincia. Es decir, que Narváez no era un temperamento de ambicioso.

En los artículos publicados en *El Resumen*, á que me refiero, hay algunas anécdotas curiosas. La emperatriz Eugenia en su juventud había tenido grande afición á representar; y cuando vino á España, todavía reina, su madre la Montijo, dispuso algunas representaciones para obsequiarla. Era directora de escena Matilde Diez y la emperatriz la regaló una sortija.—¡Conserve V. este recuerdo de una admiradora que la envidia!—Señora,—contestó Matilde,—¿puede envidiar V. M. á nadie?—¡A usted!—repuso la emperatriz con tristeza,—¡á V. que haciendo papeles de reina ha sido siempre aplaudida!—En el teatrito de la duquesa de Montijo se inauguraron las representaciones con *El joven Telémaco;* una obra del género bufo; burla sangrienta de lo humano y de lo divino; joya de la literatura caballesca. ¡Qué contraste!

Un distinguido escritor y poeta, sin duda presintió esta renovación del teatro casero al escribir sus *Diálogos de salón*, (poesías representables, escenas sueltas). Don Fernando Martínez Pedrosa, antiguo y discreto cultivador de las letras, discurrió ese recreo para que las muchachas de su familia sustituyeran el simple recitado de los versos con una especie de poesía plástica. Para escenario de este teatro es suficiente una cortina ó un bastidor; este género de representaciones, tan fácil de costear y de ofrecer, se extiende con aplauso. Martínez Pedrosa es un poeta de intención moral y que prefiere resultar insípido á resultar deslenguado y barbianesco. Se ha quedado en su tiempo, con la retórica sencilla que se aviene con su temperamento. Sus *Diálogos*, tal vez no encuentren acogimiento entusiasta en las pollas del día; pero son el regocijo y admiración de los padres.

Pasemos, si quieres, de los teatros de mentirijillas á los teatros de verdad. Ayer se ha estrenado, en el Español, *La trata de blancos*, original de D. Leopoldo Cano, el autor dichosísimo de *La Pasionaria*. Te hablaré de esta obra juzgando por las críticas de los periódicos; no habiendo podido asistir yo al estreno por el mal estado de mi salud. Debo decirte, además, que los estrenos no tienen ya para mí el encanto que tuvieron en otro tiempo. El espectador de buena fe se encuentra en una atmósfera preparada; entre los aplausos insensatos de unos y los sarcasmos despreciativos de los otros, y las simpatías ó antipatías que están corrientes suscitan en su ánimo y le obligan á tomar bandera en pro ó en contra, falto ya de serenidad para juzgar la obra que se representa. Hoy las empresas tienen que imponer los éxitos á la crítica, porque las críticas de hoy, hechas al día siguiente, sólo tienen una virtud real: llevar ó no llevar gente al teatro. Lo que se disputa hoy, exclusivamente, es el número de representaciones que se darán á la obra; y el periodista, como lo sabe, no puede manifestar una opinión que al autor y al empresario les quita dinero. Los éxitos de los estrenos, cuando se trata de ciertos autores, todos son asombrosos; de todos, al siguiente día se ocupa con igual estrépito la prensa: la crítica efectiva viene luégo; se hace en la contaduría. No hay tampoco quien se proponga escribir dramas para su propia satisfacción sino para el aplauso de las muchedumbres. El teatro como pintura seria de los pasiones y de los caracteres, ha muerto; se le ha sustituído con una pintura colosal, extravagante, caricaturesca, escenográfica que da idea de la vida y de los hombres como el microscópico da idea de los insectos, hinchándolos; representándolos como enormes monstruos. La butaca del teatro aterra como butaca de un gabinete de dentista; nos sentimos en ella mal desde que nos sentamos. Además, en casi todos los dramas del día se nota el esfuerzo del autor para ser gigantesco; se ve zozobra continua, y la temeridad con que se abordan situaciones y se lanzan conceptos por si la masa bruta los acepta. Nuestros autores dramáticos son una especie de *Espartaros* de el teatro. Se arrojan al toro á matar ó á ser muertos. Y cuando salen de entre los cuernos los más sorprendidos y asombrados son ellos. Y, en fin, prima, el público confunde dos cosas muy diferentes; el talento personal de los autores con la bondad de las obras. Pensamientos y pensamientos; frases y frases; hé aquí nuestra dramática; pensamientos y frases como perdigonadas. Cuando sales del teatro consideras por lo que tú has sudado viendo el drama lo que el pobre autor habrá sudado también haciéndole.

Al dar cuenta de *La trata de blancos*, dice un periódico, que este drama es una superficie erizada de pinchos, un nuevo aparato de tortura social, algo destinado á herir, á cauterizar, y que por la vehemencia con que se aplica el correctivo revela un genio satírico de primer orden. A juzgar por estas líneas un Museo anatómico ofrecerá más encantos que ese drama. Yo reconozco, sinceramente, querida prima mía, que estoy anticuado en materias literarias y sobre todo en las teatrales; que me voy oxidando también y que dentro de poco figuraré dignamente en un gabinete arqueológico. Sin duda por esto ya que no pude asistir á la representación del drama, cogí el libro de poesías de su autor, titulado *Suetos* y pasé la noche leyendo algunas. Estoy seguro de no haber perdido en el cambio. No sé si las obras dramáticas de Cano *quedarán*, pero tengo la seguridad de que habrá de figurar en *El Romancero Español*, como una verdadera joya, *La retirada de los tres*. Pero casi ninguno de los frenéticos admiradores de Cano que se rompen las manos aplaudiendo sus hermosos monstruos dramáticos, conocerá este poemita, sensible, espontáneo, castizo, que no es posible leer sin palpitaciones del alma. Leopoldo Cano, por mucho que haga para no parecerlo, es un verdadero poeta.

Mientras puedo enviarte un ejemplar, te diré que el drama de Cano representa la lucha de dos personajes, el Mal y el Bien. La honradez vase rindiendo á las sugestiones del Mal y la sociedad aparece pintada con los más negros horrores.

El autor traza en los siguientes versos el fatal eslabonamiento del mal en la sociedad.

En el confuso tropel
del humano laberinto,
busca el malo por instinto
al que vale menos que él,
y le hace depositario
de algo infame que es secreto,
uniéndose al mal sujeto
que eleva á buen secretario.
Este, que juez ó censor
para sus vicios no quiere,
buscando quien le tolere
se liga á un tuno mayor,
el cual, instintivamente,
busca á otro más desalmado
que, á su vez está ligado
con otro más delincuente;
y, así, de anillo en anillo
va la cadena social
como la escala del mal
bajando de santo á pillo.
Ninguno romperla puede,
ni su libertad consigue
y ha de tirar del que sigue
si le arrastra el que precede.
Y el robo se une en misterio
con argolla al homicidio;
el tirón que da el presidio
se siente en el ministerio.
Vence quien tira mejor;
por eso de vez en cuando
se ve á un ministro arrastrando
detras de un secuestrador;
el criminal queda oculto
y la honradez sin abrigo;
el juez que impone el castigo,
burlado con el indulto,
¡y el hombre, la infame grey
forma ese monstruo sublimado,
que suele estar enroscado
en la espada de la ley!

De las revistas que he leído se deduce que el éxito ha sido ruidoso; pero que la obra es muy discutible y discutida.

Y ahora para terminar esta carta te diré que Manuel del Palacio ha publicado otro volumen de versos. Es un libro de recuerdos de Montevideo; le titula *Huelgas diplomáticas;* composiciones, casi todas de *Album;* pero fáciles, sentidas, simpáticas, que se leen con encanto. Casi todas ellas tienen un dejo de tristeza; como esos ruidos misteriosos de la puesta del sol. El poeta, lejos de su patria, en el alto puesto que desempeñaba, tiene dos nostalgias: la de la juventud y la de la independencia; siente haber subido tanto y todo lo cambiaría por sus ilusiones y libertades de bohemio. Su libro es una sinfonía: notas sueltas, alegres muchas, que se reunen en un gemido de resignación, sin esperanza. Se

ve que el poeta no es completamente desgraciado porque puede quejarse en verso.

Puedes juzgar tú misma, por este soneto, dirigido por Palacio á un amigo, mirándole su retrato:

¡Lo quisiste, y ahí vá! Fragil remedo
del que años hace cuando Dios quería,
fué por el entusiasmo y la ironía
mezcla de Don Quijote y de Quevedo.
Fortuna y ambición dió por un bledo;
amó la libertad y la alegría
y enemigo de toda hipocresía
sólo de su conciencia tuvo miedo.
Hoy es un diplomático maduro,
que al calor de la nómina vegeta,
viviendo entre el pasado y el futuro;
¡Y encuentra en la amistad dicha completa,
amando cuanto es bello y grande y puro,
con la estultez sublime del poeta!

Después de haber copiado estos versos creo que me agradecerás concluya. Termino, pues, esta crónica de literatura.

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Súbito una idea repentina iluminó mi pensamiento; recordé la escena del retrato, y dije al criado:

—Conque ¿una equivocación, eh?

—Sí, mi amo.

—Pues ándate con piés de plomo, porque la vez que te vuelvas á equivocar, será la última... ¡Granuja!

Ramírez, esquivando un tremendo puntapié, echó á correr hacia la cocina.

Yo permanecí arrellenado en el sillón, mirando á la pared, y seriamente pensativo.

—Resumamos,—dije.—En el principal, un garito con jugadores de ventaja; es decir, la fuente de todos los crímenes. En el sotabanco, un hombre y una mujer, un... matrimonio, ó lo que sea, que juega, se emborracha, blasfema, arma poco menos de un zipizape diario y está si revienta ó no revienta; todos los vicios, todas las groserías, presentes de tejas arriba, y, lo que es peor, un crimen futuro, si Dios no lo remedia. En el segundo... demasiado temo adivinar lo que hay en el segundo: por de pronto, unos vecinos ó vecinas, que codician el criado ajeno, que no es poco codiciar. En el tercero de la derecha, ignoro todavía cuyos sean los inquilinos; pero, probablemente, por la pinta de la casa, no deben de ser cosa de provecho. En el tercero, izquierda, á la vista está, Ramírez y yo; Ramírez es un truhán, según acaba de probarme... Luego yo, yo, y no tengo por qué envanecerme, ¡soy la única persona decente de la casa! Pues, señor, ¡vaya unos vecinos! ¡Y yo que pensaba mandarles mi tarjeta de visita! Afortunadamente, estas cuartillas me han distraído, y no se la he mandado aún. Esto no puede continuar así; ¡ó ellos, ó yo!... ¡Ramírez, Ramírez!

—Señorito.

El infeliz acudió tembloroso, creyendo que iba á despedirle.

—A la portera, que suba inmediatamente.

—Voy volando.

La señora Pepa, á los cinco minutos, se hallaba en mi presencia.

Entonces la observé detenidamente. Vestía de negro, como siempre, ni más ni menos que si llevara el luto de su honradez, ó el de las víctimas de sus inquilinos. Era una mujer, según dije, alta, pálida y delgada, con una palidez de convento ó de hospital; había en sus movimientos algo felino, algo del tigre ó de la gata; en su mirada un rayo de bondad postiza y de virtud estúpida; rodeaba sus ojos un cerco amoratado, y sus labios, sinuosos y delgados, parecían próximos á despegarse, apercibidos á la defensa, y áun al ataque.

—¿Manda algo el señorito?—preguntó con voz meliflua.

—¿Está en casa su marido de usted?

—Sólo viene á dormir por las noches y se va muy de mañana; le trae tan ocupado ese bendito ferrocarril...

—¿De suerte, que V. corre con todo?

—Para servir á usted.

—Perfectamente. Ahí está el recibo; ajústeme usted la cuenta; me voy de esta casa.

—Pero...

—O se van todos los vecinos.

—No lo permita Dios; pagan como príncipes.

—Siendo así, lo dicho; me marcho, señora Pepa.

—Hay una pequeña dificultad.

—Oigamos.

—Siento disgustar al señorito; mas, con el debido respeto, le recordaré que ha firmado un contrato en virtud del cual se compromete á permanecer tres meses en el cuarto. Todavía no hace uno que tengo la honra de contarle entre...

—¿Y si falto á lo contratado?

—Pierde V. la fianza y el mes corriente.

—Eso es inicuo.

—Sin perjuicio de que el amo, si quiere...

—Gracias, señora Pepa; me ha dado V. una idea; veré al amo.

—Todas las noches, en el café de Lisboa, después del teatro...

—Pero él, ¿dónde vive?

—Cuchilleros, 37. Yo lo digo porque en el teatro, ó en el café, preguntando por D. Pedro López... Todo el mundo lo conoce. Crea V. que tendrá un disgusto.

—En efecto, no es agradable la noticia.

—Mas... sepamos: ¿por qué se marcha el señorito?

—A causa de los vecinos.

—¡Bendito Dios! ¡Si son de lo más tranquilo de Madrid!

—¡Caracoles! ¡A eso llama V. tranquilidad! Unos vecinos que roban, seducen y se matan todas las noches...

—¿Le han molestado á V. en algo?

—¿A mí?... No.

—Es que... yo respondo del orden... y si alguien se atreviera con el señorito... Aparte de los zipizapes del sotabanco, á los cuales todos nos hemos acostumbrado, y donde nunca llegará la sangre al río... ¡rediós! ¡no faltaba más!... Pues, como iba diciendo, no ha visto V. vecinos más tranquilos. En el principal juegan, es verdad, pero todos son personas decentes, muy decentes, eso sí; como que el juego es un recreo de la aristocracia, según no ignora el señorito. Las del segundo tendrán sus trapicheos, no diré que no; al fin, á todos se nos ha de comer la tierra; y, señor, lo que yo digo, ¿á qué está una, sino...? pero esas son también unas personas muy prudentes, de mucha decencia; son unas señoritas que no se meten con nadie. Aquí no hay escándalos, ni belenes; á las once se cierra el portal, y esta casa es muy tranquila, muy tranquila, señorito.

—Perdone V., señora Pepa; si mal no recuerdo, me aseguró que las del segundo estaban despedidas...

—Y lo estaban, y lo están aún; sí, señorito.

—Pues, entonces, ¿por qué no se marchan?

—Eso mismo digo yo... ¡Señor, también es mucho porfiar!

—¿O por qué no las echan Vdes. de una vez?

—Todos los días las estoy echando, sino que ellas no me hacen maldito el caso; y luégo ya ve V., la ley de desahucios... yo no entiendo de leyes, y me aburro, y lo dejo...

—Señora Pepa, dice V. que vive el amo...

—Cuchilleros, 37, y mejor en el teatro, en el café, preguntando por D. Pedro López...

—Está bien, yo me las entenderé con ese señor.

—Como V. quiera, señorito. Crea V. que yo tendría un disgusto, un verdadero disgusto, si una persona tan fina, tan decente como V., nos abandonara. Lo que digo yo todos los días: ¡qué decente, qué fino es el señorito! ¡Bendito Dios!...

Aquella misma tarde fuí á ver al casero, y me contestaron que acababa de salir.

—¿A qué hora volverá?

—A ninguna, lo menos hasta la madrugada...

—Me urge mucho verle; ¿no come en casa hoy?

—Esta noche, en el café de Lisboa... Allí suele cenar.

Volví á mis cuartillas, para hacer tiempo y aprovecharlo. Un capítulo en que describía al adulador y los efectos de la adulación, me retuvo en casa hasta las nueve, hora en que salí, decidido á buscar á mi don Pedro.

Al bajar la escalera, casualmente me fijé en un detalle significativo, que hasta entonces no llamara mi atención. Las candilejas de petróleo que en cada rellano alumbraban aquélla, sostenidas por sendas abrazaderas de hierro empotradas en la pared, estaban atadas con una cadenita sujeta á un anillo del mismo metal, empotrado también á distancia conveniente, y servía de nudo á la atadura un candado cuya llave obraría en poder de la portera.

—¡En valiente casa me he metido!—no pude menos de pensar.—Se conoce que aquí roban hasta las candilejas. Eche V. decencia y tranquilidad, señora Pepa.

Al tiempo de cruzar la meseta que la precedía, oí cerrarse con estrépito la puerta del segundo, no sin que antes viera flotar en su interior la punta de una capa.

Apoyada en el quicio de la puerta de la calle, ví una mujer envuelta en un mantón que sólo le dejaba al descubierto desde la frente á la nariz, tiritando de frío y tarareando una canción que no entendí. Al pasar por delante de ella, me miró con cierta curiosidad, sin atreverse á proferir palabra.

VI

Atravesando nubarrones de humo, dando y recibiendo codazos y empujones, gané el mostrador del café de Lisboa.

—¿Ha venido D. Pedro López?

El amo miró á todos lados, y llamando á un camarero, repitió la pregunta.

—Acaba de marcharse,—respondió el interrogado.

—¿Sabes tú si volverá?

—Después del teatro, seguro; viene todas las noches...

—Muchas gracias.

Saliendo del café, crucé despacio la Puerta del Sol, indeciso entre volver á casa ó esperar en cualquier parte la hora de ver á mi casero. Los disgustos y las preocupaciones del día me habían quitado el apetito durante la comida, y como en aquel instante me acometiese cierto desfallecimiento, resolví entrar en el Oriental, á donde solían concurrir varios amigos y compañeros.

Allí estaban Paco, Antonio, Ventura, Marcos, con algún otro, todos ellos ventajosamente conocidos en la república literaria. Al llegar me dirigieron una granizada de preguntas.

—¡Hola, Luis! ¿Qué tal estás?

—No se te ve el pelo por ninguna parte; ¿dónde te metes, hombre?

—¿Va muy adelantada tu novela?

—¿Cuándo la publicas?

—¿Tienes novia?

—¿Tronaste con Clotilde?

Y así por el estilo, durante algunos minutos. Al fin pude decir:

—Señores, me he mudado.

—¡Mandaste al diablo á la patrona con sus huéspedes! ¿Dónde vives ahora?

—Infantas, 109, vuestra casa, en el tercero izquierda.

Apenas hube proferido estas palabras, al alborozo sucedió un silencio glacial. Todos se miraron con extrañeza.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

EL CARNAVAL (Dibujo de Pollack)

EL ENTIERRO DE LA SARDINA, MASCARADA EN EL CANAL (Cuadro de Goya.—Dibujo de P. y Valor)

REVISTA CIENTÍFICA

El olfato en las mujeres.—Un nuevo anestésico local.—Empleo de las aguas amoniacales en la extinción de los incendios.—Fisiología del pulso del cerebro.

»Afirman muchas personas, como un axioma, dice la *Revue scientifique*, la igualdad absoluta de los sexos, así en el concepto de la potencia física ó intelectual como en el de la finura de los sentidos. Especialmente por lo que concierne á éstos, el hecho parece tenerse por tan incontestable que los tratados de fisiología ni aún se toman la molestia de enunciarlo, pareciendo darlo anticipadamente por demostrado. Un examen muy superficial basta, sin embargo, para revelar, sobre este particular, ciertas diferencias entre los sexos. Por ejemplo, el sentido del *tacto* es incontestablemente más delicado en las mujeres, consideradas en general, que no en los hombres, siendo esto precisamente lo que las hace tan aptas para las más minuciosas labores con la aguja.

»Respecto al sentido del *oído* y al de la *vista*, no se ha hecho todavía ningún ensayo comparativo que permita pronunciarse en pro ó en contra de la igualdad de los sexos, pero en materia de *gusto*, en el sentido propio, los hombres parecen más privilegiados que las mujeres, debiéndose precisamente á esto el monopolio, indisputable, que ejerce el sexo fuerte por lo que toca al arte culinario, en sus más elevadas manifestaciones. Rara vez se encuentran mujeres que entiendan realmente en vinos y por más que las haya muy golosas escasean tanto las que realizan el ideal del *gourmet* que esta palabra no tiene femenino.

»Sobre el sentido del *olfato* han hecho recientemente experimentos concluyentes, en los Estados-Unidos, los señores Nichols y Bailey, que han dado cuenta de ellos á la Asociación americana para el adelantamiento de las ciencias.

»Los dos fisiólogos habían escogido cierto número de sustancias fuertemente odoríferas, tales como la esencia de clavo, el extracto de ajo, el ácido prúsico, el cianuro de potasio, etc. Diluída en agua una determinada cantidad de cada una de estas sustancias, preparóse una serie de frascos de tal suerte, que conteniendo el primero, por ejémplo, un centígramo de extracto de ajo por litro de agua, la segunda solución era menos fuerte que la primera, la tercera menos que la segunda y así sucesivamente hasta la completa desaparición del olor aliáceo en la última dilución.

»Una vez completa la serie para cada olor, mezclábanse los frascos, numerados por debajo, y se invitaba á cada *sujeto* á colocarlos de nuevo por su orden natural, guiándose únicamente por el olfato. Este método, tan sencillo, ha permitido enseguida comprobar prodigiosas diferencias en la sensibilidad del olfato, según los individuos. Así es como tres individuos masculinos han sido reconocidos por capaces de apreciar el ácido prúsico diluído en *dos millones de veces* su peso de agua, proporción infinitesimal que no revelaría la más delicada análisis química. Otros, por el contrario, no percibían el ácido prúsico á la tercera ó cuarta dilución. Pero el resultado más curioso de estos experimentos ha sido dejar sentada la gran diferencia que existe entre los dos sexos relativamente á la finura del olfato. Las investigaciones han recaído en cuarenta y cuatro hombres y treinta y ocho mujeres de todas condiciones y permiten sacar por término medio que el olfato de los hombres es dos veces más fino que el de las mujeres.

»El ácido prúsico, por ejemplo, cesaba de ser sentido por todas las mujeres, sin excepción, en *veinte mil veces* su peso de agua, mientras que la mayor parte de los hombres le reconocían en *cien mil veces* este peso. La esencia de limón, sentida por los hombres en doscientas mil veces su peso de agua, no era reconocida por las mujeres más que hasta la dilución precedente, es decir, á más que el doble. Igual resultado para el ajo y los demás olores.

»Hay evidentemente en esto una ley general, y esta ley va directamente contra la opinión, muy vulgarizada, que atribuye á las mujeres una finura particular del olfato, basándose en su marcada afición á los perfumes. Este gusto procede muy verosímilmente, por el contrario, de que huelen menos que los hombres y están por consiguiente menos sujetas á sentirse molestadas por ello.

»Aviso á las señoras que abusan de la perfumería, sin tener en cuenta el desastroso efecto que pueden ejercer sobre sus admiradores. Desde ahora deben darse por notificadas de que están dos veces más perfumadas para las narices masculinas que no para las suyas propias.»

EL DANUBIO CERCA DEL DRENKOVA

***

Parece que le ha salido una rival á la cocaina. Trátase de la *Drumina*, alcaloide descubierto por el Dr. J. Reid, de Port-Germein (Australia), y extraído por él de un euforbio, la *Euphorbia Drummondii*, que mata muchos ganados cuando éstos la encuentran mezclada con el forraje Los animales mueren en un período de tiempo que varía de veinticuatro horas á siete días, con parálisis de las extremidades y á veces coloración amarillenta de los ojos. Cuando se depositan algunas gotas de la solución del alcaloide en el ojo de un animal, éste (el ojo) se pone rápidamente insensible y soporta el contacto del dedo. La pupila no se dilata mucho.

Inyectada subcutáneamente la solución no se presenta más síntoma que la anestesia local. El doctor Reid logró hacerse insensible á los sabores,—al de la quinina, por ejemplo,—mediante la anestesia de su lengua.

Se ha empleado ya la *Drumina*, con excelente éxito, en un caso de ciática y en varios otros de dolor localizado y agudo.

Si se administra una fuerte dósis de este alcaloide á un animal, sobreviene la muerte con parálisis de las extremidades, debido probablemente á que el remedio, después de haber obrado sobre los cuernos posteriores sensitivos de la médula, obra luégo sobre los cuernos anteriores motores.

Esto es lo que se dice.

***

Leemos en *Le Genie Civil*, que últimamente ha podido extinguirse con gran facilidad un incendio ocurrido en Lewes (cerca de Brigthon, Inglaterra), á beneficio del empleo de las aguas amoniacales del gasómetro mezcladas con el agua de la bomba de incendios.

Parece que estas aguas están llamadas á prestar grandes servicios en los expresados casos,

siempre que no haya que temer los efectos de los gases sofocantes á que dan origen.

***

Habiendo tenido ocasión de observar dos individuos afectos de una pérdida de sustancia de la calota craniana resultante de un traumatismo, han estudiado, entre otras particularidades, los señores Rummo y Ferrarini, las variaciones diurnas y nocturnas del pulso del cerebro, hora por hora, cuyos resultados han comunicado á la Academia de Ciencias de París. (Sesión del 31 de Enero próximo pasado).

Hé aquí lo que se desprende del trabajo de dicho observador:

1.° Hay un ciclo en las variaciones diurnas y nocturnas del pulso del cerebro.

2.° Por la mañana (de ocho á diez) el pulso del cerebro, en un mismo individuo y á la misma hora, varía según los días. Las modificaciones observadas en el curso del día son diferentes según los diversos tipos del pulso observados por la mañana.

3.° Después del almuerzo (de once á tres) hay un refuerzo del pulso cerebral que dura de tres á cuatro horas.

4.° En las últimas horas del día (de cuatro á seis) el pulso del cerebro ofrece menor tensión.

5.° Después de comer (de seis á diez de la noche) el pulso vuelve á reforzarse de una manera considerable.

6.° Durante el sueño normal (de las diez de la noche á las seis de la mañana) hay tres fases claramente distintas.

En una primera fase (entre las diez y la una) el pulso se mantiene casi semejante á lo que se ha observado después de la comida de la noche, es decir, sensiblemente reforzado.

LA LEONA Y SU CACHORRO (Grupo esculpido por Alicia Chaplin)

En una segunda fase (de una á cuatro) disminución considerable del tono de las paredes vasculares.

En la tercera fase (de cuatro á seis) esta disminución de tono que había llegado á su máximum á las tres y diez minutos disminuye más y más hasta el despertar y el pulso se refuerza. El paso de una de estas fases á la siguiente es gradual. El sueño más profundo se observa durante la segunda fase.

7.° En el momento de despertar, sea por la noche, sea por la mañana, modificación constante del pulso que persiste durante algunos minutos más *(período espasmódico del pulso cerebral)* y que consiste en una sucesión de pulsaciones más pequeñas é irregulares en un espacio de tiempo muy corto.

8.° Pasado este período, vénse en el individuo despierto todos los caracteres del pulso de la tercera fase.

Han estudiado además dichos fisiólogos lo que ocurre cuando se inviertan las horas de sueño y de vigilia, y han observado que:

1.° El sueño normal no va acompañado durante toda su duración de la misma modificación de la circulación cerebral, pero se observan también variaciones distintas en tres fases.

2.° El sueño invertido va acompañado de una disminución notable de la tensión del pulso cerebral.

3.° Durante la vigilia invertida, si el individuo continúa luchando contra el sueño, la tensión del pulso tiende á disminuir de cada vez más.

No hay duda que pueden hacerse interesantísimas aplicaciones á la higiene mental de las curiosas investigaciones de los señores Rummo y Ferrarini.

ALFREDO OPISSO.

LOS OCHO CUARTOS Y EL NIÑO MUERTO

Es esta una de las noches más frías de todo el invierno. El aire punzante hiere dolorosamente la cara como si arrastrase alfileres de hielo. Los pocos faroles encendidos en la Rambla dejan el paseo nadando en una penumbra confusa, entre la que se distinguen fragmentos de las siluetas borrosas de los escasos transeuntes, que se precisan un momento al estar cerca de las luces. Más arriba, las farolas eléctricas esparcen entre los intervalos negros una claridad lechosa é inanimada. El fondo de la perspectiva lo forman las luces vibrantes de un kiosko, claro como un cuadro de linterna mágica. A través de estas distintas claridades aparecen los noctámbulos de siempre: jugadores andando perezosamente en fila, hablando en voz baja, envuelto el cuello en una chalina de seda, ocultos los ojos tras los párpados hinchados; indiferentes, encorvados irreparablemente por el mismo vicio. Luégo una figura de mujer contoneándose, volviendo á todos lados la cabeza, clavando en los hombres una mirada centelleante, hasta perderse en las tinieblas de una calle transversal, seguida al poco rato de dos bultos que se mueven acompasadamente, todos de una pieza debajo del ruso oscuro sobre el que resaltan de vez en cuando los visos encarnados de la teresiana y la contera del sable junto á los piés. Pasan después rápidamente grupos de jóvenes desabrigados que gritan y ríen y se empujan; hijos de familia silenciosos, apresurados por el retardo, pensando en el enfado paternal; y arrimada á las aceras, huyendo de la luz, se desliza una pareja, apretada la mujer contra el hombre.

De una de las calles de la derecha surge un rumor hondo, que va creciendo y acercándose, con un bataneo ensordecedor, y desemboca en la Rambla un coche grande; una caja negra reluciente que lleva en el centro un reloj de arena dorado. El cochero silba entre dientes, y al trote largo de sus dos caballos negros cuida de seguir el itinerario marcado. Pronto enfila la calle del Hospital y se aleja del centro de la ciudad; pasa la Ronda y entra en una calleja polvorienta del barrio de Hostafranchs, quieta como la vía de nichos de un cementerio. Pára el coche y llama á una puerta.

Pero al instante acude el sereno con su farol que se balancea y riega la calle con chorros de luz.

—¡Si no es aquí! Es en el número 27 —dice á gritos desde lejos el sereno al cochero.

Y los dos se acercan á una casucha vecina. Llama el cochero á manotazos que resuenan sin respuesta. Vuelve á llamar, y al poco rato se oye una voz ronca que dice:—«Ya va.»

Ábrese por fin la puerta y un hombre aparece, iluminada la cara soñolienta y morena, por un cabo de vela que estrecha entre sus dedos; medio desnudo, abierta la camisa grasienta que muestra el pecho curtido. La vela derrama una claridad pálida por la habitación, donde no hay más muebles que dos sillas y una mesa de madera que fué blanca, oscurecida por la pringue que la cubre.

En el fondo, una puerta vidriera sin vidrios da paso á otra habitación que debe ser un dormitorio, á juzgar por el hedor tibio que exhala. Junto á la puerta hay arrinconado un jergón que poco á poco deja escapar la paja por sus mil agujeros. Sentada en una silla, una mujer demacrada tiene en brazos un niño dormido. La suciedad baja por las paredes, enfanga el enladrillado, empapa las ropas de la mujer y del niño y se amontona en harapos indescriptibles que llenan los rincones.

Solo una nota blanca vibra entre los innumerables matices asquerosos; un niño tendido en el jergón, con el vientre tapado por una camiseta, rígidos los brazos desnudos y pegados al cuerpecito inmóvil, blanco todo como una figura de nieve. En su cara descolorida, se abren los agujeros de las órbitas hundidas y de la boca abierta. Dos días hace que murió en aquel jergón.

Los padres son valencianos; postrados por la miseria, pasan la vida atontados, embrutecidos por el trabajo, insensibles á las penas, mal nutridos por esos alimentos del pobre que se digieren con hambre. Vinieron á Barcelona, él para remover bultos en una estación de ferro-

CANTADORES ESPAÑOLE

co de Alfredo Cluysenaar)

carril: ella,—inútil para todo, ignorante de todo, ocupada en fregar suelos, cuando no se lo impiden los hijos que vienen uno tras otro.

El que ha muerto es el mayorcito, que contrajo su enfermedad en el vientre de su madre que no le dió la vida, sino la partícula de vida suficiente para poder atravesar el mundo entre dolores, agonizando lentamente, consumido por el hambre desde que se agarró ansioso á aquel pecho lacio hasta quedar atado al jergón y morir.

Dos niños duermen en el cuarto del fondo soñando que comen. El padre ha vuelto después de despachar el último tren; ha gastado sus últimos ocho cuartos en aguardiente y no ha cenado. Han quedado todos al rededor del niño muerto, hasta que el sueño y la fatiga les ha rendido.

No hay ataud para el pobrecito difunto; enciérranlo en un cajón lleno de rótulos y sin tapa, y á la luz del farol del sereno, el padre lo lleva al coche, donde hay depositados dos ataudes de madera sin pintar.

Todo se hace sin ceremonias ni arrebatos.

EDMUNDO ABOUT (Retrato por Paul Baudry)

La madre permanece rígida en su silla, en una postura de Virgen románica; aprisionadas las facciones atontadas en una red de arrugas que irradian de los ojos y de las comisuras de los labios, y recortan la frente combada y dura. Las pupilas azules, anegadas en humedad viscosa, siguen el cadáver del niño hasta la calle. Aléjase el coche con su carga, ciérrase la puerta, y la calle recobra su silencio indiferente.

El cochero silba entre dientes, y al trote largo de los caballos negros, dirige al cementerio su coche, pues ningún pasajero le falta.

Las dos luces del coche avanzan titilantes junto al mar tranquilo que murmura entre las rocas, y se hunden poco á poco en las tinieblas infinitas, despertadas de repente por un grito agudo y sonoro de: «¡Alerta!» repetido sucesivamente como por el eco de un abismo, hasta sonar débil y triste como un quejido.

Poco á poco amanece; el coche deja su carga en el cementerio; las brigadas de limpieza barren las calles; desaparecen de la Rambla jugadores y prostitutas, y en la ciudad, inundada por la ceniza pálida del crepúsculo, corren desalados los obreros.

J. MIRÓ FOLGUERA.

NOTAS MUSICALES

Treinta y nueve óperas nada menos se han estrenado durante el año último en diferentes teatros de Italia, número que si parece excesivo, lo convierte en cantidad negativa el escaso éxito obtenido por la mayor parte de las obras en cuestión. Algunas de ellas han sido recibidas con aplauso la noche de su estreno, pero la duración de las obras no la deciden los triunfos previamente preparados, sino los éxitos legítimamente adquiridos, cosa algo difícil de conquistar en medio del dualismo que reina en el mundo lírico y de la radical evolución que se está operando en el gusto musical.

El año que empieza se inicia bajo mejores auspicios que el que acaba de terminar, ofreciendo ya algunos frutos de recomendable valor. Ha sido el primero de ellos el reciente estreno en el aristócratico teatro de San Carlos de Lisboa, de la nueva ópera en cuatro actos del distinguido compositor lusitano Augusto Machado, titulada *I D rua;* la prensa portuguesa, particularmente la de Lisboa, tributa los más lisonjeros plácemes al autor señalando el estreno de su ópera como un verdadero acontecimiento musical. Ya hacía falta. También en Madrid se ha representado con bastante buen éxito *La Regina di Saba*, obra que si no es de extraordinario mérito ha ofrecido en cambio el aliciente de la novedad.

En el momento de escribir estas líneas, los telegramas recibidos de Milán dan cuenta del brillante éxito que ha obtenido *Ote lo* estrenado la noche del 6. Un brindis del acto segundo, el duo de amor de Desdémona y Otello el *Credo del M l* que canta Yago, han sido aplaudidos con entusiasmo. El terceto del acto tercero cantado por Otello, Desdémona y Yago no ha producido el efecto esperado á pesar de ser una de las escenas más trabajadas por su autor; con tener este acto un concertante muy grandioso ha sido acogido con alguna reserva por parte del público. El acto cuarto lo llena todo la catástrofe; á la romanza del *sau e*, que es penetrante y melancólica, sigue un *Ave María* considerada como la perla de la nueva partitura; acompañan el canto únicamente los instrumentos de cuerda con *so dina*. Un *so o* de contrabajos que rebosa salvaje grandiosidad, anuncia la salida de Otello. La muerte de Desdémona y el suicidio del Moro, conmueven profundamente por la expresión que el maestro ha sabido imprimir á su música.

Tales son los pormenores que el telégrafo nos ha trasmitido y las primeras impresiones que se han recogido del nuevo *spartito* de Verdi.

No faltó quien asegurase que el nuevo *Otello* pertenecía á la más *italianísima* escuela lírica; que el maestro tenía una ocasión excelente para dar una nueva hermana á su bellísima *Aïda*, su obra maestra, y no la había querido aprovechar. *Aïda* continuaría, pues, resaltando entre las demás piedras preciosas que forman su corona de artista y fulgurando con más brillantes destellos, cuantas más piedras se engasten en derredor. Parece no ha sido así.

A la verdad, no es la escuela italiana, toda melodía y sentimiento, la más á propósito para transportar al drama lírico las portentosas creaciones de Shakespeare que llevan en sí grandiosidad propia, terrores y sublimidades que no les puede prestar la música. Cuantos autores lo han intentado hasta ahora se han estrellado contra la magnitud de su empresa; han dado á la escena fragmentos de música más ó menos bella, pero han presentado las figuras de sus obras sin color ni contornos, borroso bosquejo de las que creó el gran dramaturgo inglés. Los varios *Romeos* que se han arreglado, el *Otell* , de Rosini, y el *Hamlet*, de A. Thomás, con ser obras líricas de compositores de primera fuerza no están á la altura de los poemas dramáticos que los han inspirado. *Hamlet* particularmente es el poema que mayores dificultades ofrece para ser instrumentado; sus páginas más hermosas, sus pensamientos que mayor profundidad entrañan no pueden ser expresados por medio del lenguaje lírico, y eso lo demuestra la infinidad de recitados que el compositor ha puesto en su ópera. Esto confirma lo que decía Scribe: que las buenas óperas debían de tener malos libretos; él compuso cuantos sirvieron á Meyerbeer, que si no se recomiendan literariamente permitieron en cambio al gran maestro desplegar toda la grandiosidad de su incomparable talento.

Una laudable particularidad tiene la nueva producción de Verdi. Desdémona no canta

ningún wals, lo cual la distinguirá de Ofelia y de Julietta.

Las heroínas de Shakespeare no están en carácter cantando walses... Bellini comprendió mejor que Gounod á Julietta; á Ofelia no se la ha comprendido conforme es. Su demencia no es la de Dinorah; en la una todo es vaguedad, tristeza infinita, en la otra plácida demencia; la una ha vivido siempre en el palacio de los reyes, la otra vaga errante entre breñales y montañas. El sentimiento que embarga á Ofelia al extraviarse su razón debe ser completamente distinto del que siente Dinorah al verse retratada por la luna. Dinorah puede mostrar su demencia cantando un wals; Ofelia no lo puede cantar, y sin embargo lo canta; es muy bello y muy delicado pero no es más que una arbitrariedad del inspirado compositor francés.

Según aseguran las Sibilas musicales había dificultado el estreno del *Otello* de Verdi la interpretación de la *romanza del sauce*, que el maestro ha compuesto diversas veces. Boito, autor del libreto, se negaba á cambiar el ritmo de la poesía, que Verdi no podía adaptar

RUINAS ROMANAS, EN EL DANUBIO

á la melodía de la romanza, contrariedad que ha ocasionado los naturales disgustos entre el autor de *Aïda* y el de *Mefistofele*. Parece que la aludida romanza ha sido el número de la nueva ópera en que el maestro ha concentrado toda su inspiración, el que ha trabajado con más entusiasmo. Los que han oído ya la ópera *Otello*, aseguran que es de una grandiosidad imponente el efecto que produce un unísono de cincuenta violines al simular el grito quejumbroso que exhala Desdémona al espirar. Es el compás de oro de la nueva ópera y el destinado á ocasionar más profunda impresión en el público.

Verdi ha confiado siempre las frases más hermosas é inspiradas de sus obras á la interpretación de los violines, y á mejores intérpretes no la podía confiar. En una orquesta son los reyes de los instrumentos; lo que no expresen sus finas y delicadas cuerdas, instrumento alguno lo podrá expresar; el conmovedor final de *Aïda*, el majestuoso preludio del acto quinto de *L' Africana*, la inspiradísima *Ave María* de Gounod adaptada al primer preludio de Bach, y la introducción del cuarto acto de *La Traviata*, son composiciones de índole totalmente distinta, y que sin embargo, para ser expresadas con toda su grandiosidad las unas y su suave delicadeza las otras, únicamente pueden ser ejecutadas por los más pequeños instrumentos de cuerda.

BARCAS PESCADORAS TURCAS, EN EL DANUBIO

El público, tan dado á patrocinar ideas vulgares, cree que la ponderación más alta que cabe hacer de la voz humana, es comparar tal ó cual *estrella* á un jilguero ó á un ruiseñor; sin embargo no hay garganta por ductil y prodigiosa que sea que pueda verter las notas con la facilidad y brillantez con que las vierte un cantable ejecutado primorosamente en un violín.

El piano debería pasar ya á la categoría de instrumento de *familia*; no debería mostrarse como un adorno para ser exhibido en los salones salvo contadísimas excepciones; eso es, cuando se trata de una notabilidad legítima. Actualmente se cultiva con preferencia el estudio del arpa, pero el arpa es un instrumento harto especial, ya que su principal objeto es hacer los acompañamientos, circunstancia que vale mucho en una orquesta, pero que resulta negativa cuando se trata de *hacer música* en un salón. Además, el arpa es un instrumento poetizado por la leyenda, pero quizás demasiado grande para que lo abarque con sus brazos una señorita. El violín no es de abolengo tan romántico pero en un salón se recomienda mil veces más.

Hasta hoy hemos oído infinidad de pianistas y algunas arpistas; las violinistas son contadas; en público no recuerdo haber oído más que á las célebres hermanas Ferni; en familia y en el seno de la más cordial amistad he podido admirar algunas veces á mi excelente amiga Clarita Sanjuan de Lengo, notabilidad indiscutible, pero cuyo mérito les es dado admirar tan sólo á contados amigos. Al terminar sus estudios tomó parte en algunos conciertos de Londres y Dublin; en esta primera excursión artística conoció al que hoy es su esposo y su prematuro enlace puso término á una carrera que se había iniciado bajo los más envidiables auspicios. Ahora sólo á sus amigos nos cabe la suerte de poder disfrutar de las bellezas de su correcta y vigorosa ejecución.

EL MAUSOLEO DE DON JAIME BALMES, EN LA CATEDRAL DE VICH

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE

OTELO Y DESDÉMONA (*Otelo*, acto IV, escena II) Cuadro de C. Gregory

PORCIA Y BRUTO (*Julio Cesar*, acto II, escena I) Cuadro de Paget

El carnaval con sus bailes ha interrumpido el curso de las representaciones líricas en varios teatros de ópera; es esta la época del año en que lo permanente cede su puesto á lo efímero.

ANTONIA OPISSO.

BIBLIOGRAFÍA

EL AÑO PASADO: *Letras y Artes en Barcelona*, por J. Yxart. D. Cortezo y Compañía, editores, 1887.

Con vivo placer he leído el libro que con el título de *El Año Pasado: Letras y Artes en Barcelona*,—segundo de la serie,—acaba de publicar el distinguido literato D. José Yxart. Mucha y buena es la doctrina que contiene el espresado volumen, aplicada á los asuntos de que trata, viéndose juzgados en él no solamente los autores barceloneses sino el mismo respetable público de esta localidad. Lo que dice el señor Yxart *e ben trovato*, pero también *e vero*.

Nótanse en el tomito de este año las mismas cualidades que en su predecesor: muy buen sentido en los juicios, un concienzudo detenimiento en el análisis de las materias, independencia en las apreciaciones y un estilo sumamente agradable.

En todas las páginas transparéntase la personalidad simpática del autor, dejándose ver sus preferencias lo mismo que sus repugnancias, algunas de las cuales revelan lo refinadísimo y un tanto aristocrático de su gusto.

Generalmente predomina el buen humor en todas las páginas, pero algunas veces parece enfadarse el autor, lo cual es más patente al increpar á no sé que crítico que dijo de las novelas realistas que «parecían escritas con tinta de opio sobre planchas de plomo.» La frase es rebuscada en efecto, pero en cambio no es original: pertenece á Condorcet, á quien no hay peligro de confundir con Diderot. Es, realmente, *un peu excessive*, pues no todas las novelas realistas hacen dormir, aunque sí algunas.

Por lo demás, no hay que asustarse de nada; lo que el crítico idealista se permitió repetir es tortas y pan pintado en comparación con lo que se ha dicho de los más grandes hombres; hay que tener toda la autoridad y talento de don Juan Valera para hacerse perdonar y áun *reirle* las impertinencias estampadas contra Shakespeare en el prólogo de la traducción de Jaime Clark; el pesado Sarcey no tuvo reparo en escribir que *Hamlet* le había fastidiado y que no lo entendía y recuerdo un artículo del *Fígaro* en que se trataba á Goete poco menos que de zoquete. No hay, pues, para que enojarse demasiado contra los que aún no han llegado á entusiasmarse con Zola y sus sectarios y prefieren, quizás, á Paul Bourget, Renan, Loti, Delpit y hasta ¡qué diablos! al mismo Feuillet. Sobre gustos no hay nada escrito.

Conócese que el señor Yxart es de los que mejor organizados ó iniciados están para saborear las bellezas, algo difíciles de paladear á veces, de los naturalistas y de Balzac, aunque no por eso es sistemáticamente hostil á las producciones ultra-idealistas, como son, por ejemplo, las tragedias del señor Guimerá; pero así como goza y se deleita con este género, en el cual, ciertamente, cabe hacer ostentación de grandes bellezas, quizás se muestra demasiado desdeñoso con lo que llama *literatura menuda*, en contraposición, sin duda, á la literatura *gorda*: puede suceder muy bien que un simple artículo de *Ilustración* ó de periodiquito semanal contenga tanto sentimiento, tanta *miga* y valga tanto por sus condiciones literarias como un libro ó una obra dramática. A nada como al arte puede aplicarse la frase aquella sobre la virtud de *¿oú diable va-t-elle se nicher?* Se han visto viñetas de anuncios de circo ecuestre que eran verdaderas obras maestras de dibujo y se disputan hoy los coleccionistas. ¿Qué más? Cabe sublimidad ¡hasta en las sombras chinescas!

En suma, el *Año Pasado* es una nueva muestra de las felices disposiciones de su autor para el ejercicio de la crítica y áun los que no sientan interés alguno por conocer las obras que ha producido en 1886 la literatura catalana, encontrarán amenísima la lectura del libro de que trato, tantas son las ideas y reflexiones originales de que está nutrido.

C. MENDOZA.

ALBORADA

Trinando están los jilgueros
el aura soplando ufana,
y pálidos y ligeros
huyendo van los luceros
de la luz de la mañana.

Asoman entre las brumas
rosas, lirios y amapolas,
y como flotantes plumas
del arroyo las espumas
se posan en sus corolas.

En la selva que despierta
se oye místico, suave,
vago rumor que concierta
con esa armonía incierta
que lanza al cantar el ave.

Va la fuente murmurando
entre la erguida espadaña,
y el pardo cielo cruzando
las nieblas que van buscando
la cresta de la montaña.

Dejan el caliente nido
las bandas de los tropiales,
y desde el bosque escondido
llegan en vuelo tendido
á los dorados trigales.

Sobre la pradera amena
todo es quietud, todo calma,
y de luz y encanto llena
la atmósfera está serena
como está tranquila el alma.

¡Pienso con tanta dulzura
en tí, vida de mi vida!
¡es tan grande mi ventura!
¡tan profunda mi ternura!
¡mi fe tan correspondida!

Toda pasión enmudece
ante esa inmensa pasión;
toda imagen desparece
y toda luz palidece
á la luz de esa ilusión.

Te amo, pues amor le llaman
al dulce inefable anhelo
que nuestras almas derraman,
como los ángeles aman,
como ha de amarse en el cielo.

Pienso en tí: quizá dichosa
del sueño entre las visiones,
oiga tu alma generosa
esta cántiga amorosa
que entonan mis ilusiones.

Y del cuerpo desprendida
por el sueño, aquí tu alma
dando esté vida á mi vida,
y á mi pasión encendida
la fe que me da la calma.

¡Aquí está ¡sí! yo la siento;
por eso ven mis amores
más bellos el firmamento,
la luz, las nubes, el viento,
la selva, el prado y las flores.

Porque en tu amor, vida mía,
toda mi ilusión se encierra,
y sin él, siempre hallaría
la bóveda azul, vacía,
desierta y sola la tierra.

VICENTE RIVA PALACIO.

FRAGMENTO

TROVA

Hermosa que duermes con sueño de calma
revueltas tus trenzas, desnudo tu pié,
escucha los cantos nacidos del alma
que al pié de tu reja feliz lanzaré.

Yo soy quien te adora; quien loco te sigue;
quien guarda tu sueño con plácido afán;
quien una sonrisa que siempre consigue
les pide á tus labios si alegres están.

Quien cifra en amarte su solo deseo,
quien cifra en tus besos su sola ilusión,
quien ciñe tu banda, si lucha en torneo
blandiendo en la justa su férreo lanzón.

Quien cruza la sombra vestido de malla
cantando en la noche tu excelsa virtud,
quien sólo por verte, con todos batalla
y arroja el acero tañendo el laud.

Ansiando agradarte partí á Palestina
y en sangre de infieles mi espada bañé;
mas tú me pagaste preciosa Ethelvina
con una mirada que nunca olvidé.

Te adoro doncella. Reposa con calma,
yo sé que descansas muy cerca de mí.
¡Qué arrullen tus sueños las notas del alma
que lanzo en la noche tan solo por tí!

EL TALISMÁN

Sobre el campo de batalla
entre el grito del guerrero
y el chasquido del acero
y el rugir de la metralla,
mientras en su torno estalla
sordo estruendo por doquier
un esclavo del deber
sin fuerzas, pálido, herido
lanza doliente quejido
y viene al suelo á caer.

—

Alza los ojos al cielo
piensa en su madre adorada
y la parca descarnada
le cubre con frío velo.
¡Al fenecer por su anhelo
que sólo la muerte humilla
suspira alegre Castilla
porque su espíritu vuela
besando un trozo de tela
encarnada y amarilla!

JOSÉ M. DE LA TORRE.

NUESTROS GRABADOS

CUPIDO Y PSIQUIS. - *Cuadro de Paul Baudry*
EDMUNDO ABOUT. — *Fresco del mismo*

En el retrato del célebre literato francés Edmundo About, pareció Paul Baudry haber querido seguir la manera de Holbein. El fondo es de un azul verdoso; la luz está distribuída según acostumbraba el gran maestro anglo-holandés; nótase igual soltura y delicadeza en los toques y la personalidad está admirablemente caracterizada, sin eclipsar por esto el efecto decorativo.

En cuanto al cuadro de las *Bodas de Cupido y Psiquis*, según lo que se lee en el *Asno de oro*, de Apuleyo, fué ejecutado por encargo del difunto Vanderbilt, el famoso archi millonario neo-yorquino y ostenta las elevadísimas cualidades de nobleza que comunicaba el pintor á todas sus figuras, por más que le sirvieran de modelo los más perfectos tipos de frívola *modernidad*.

(Véase nuestro número 210 para más pormenores sobre el ilustre decorador de la Grande Opera.)

EL CARNAVAL
Dibujo de Pollack

Por lo que se ve, aún hay quien cree en el carnaval y es capaz de producir obras lindísimas inspirándose en semejante recuerdo. La figura de mujer dibujada por Pollack es muy agradable con sus atavíos de arlequín italiano.

Es bueno que haya quien conserve las tradiciones carnavalescas á fin de que cuando menos subsista el pretexto para holgar tres días y darse un buen atracón el cuarto.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA, MASCARADA EN EL CANAL
Cuadro de Goya.—Dibujo de P. y Valor

Aparece Goya todo entero en esta composición sin igual, así por su humorismo como por su ejecución exuberante de vigor. Parece tener uno ante los ojos sorprendente fantasmagoría infernal, siniestra, sobrehumana. ¡Qué misterio! ¡Hallar un pintor asunto para tan extraordinaria visión en medio de una sociedad tan miserablemente prosaica y mezquina como era la del tiempo de Carlos IV!

PAISAJES DEL DANUBIO
El río, cerca del Drenkova.—Barcas pescadoras turcas
Ruinas romanas

En la frontera servia más parece el Danubio un lago ó un brazo de mar que no un río, tanta es su anchura. Esto se ve muy bien frente á Drenkova, puesto militar húngaro, colocado á la orilla opuesta del río. Siguiendo su corriente encuéntrase á poco el desfiladero de Kazan, por el cual se precipita con majestuoso ímpetu. Finalmente, mas allá de la salida de esta garganta admírense los restos del famoso puente de Trajano, testimonio de las victorias de aquel emperador español sobre los Dacios.

LA LEONA Y SU CACHORRO
Grupo de Alicia Chaplin

Es un gracioso estudio del natural, constituyendo un buen ejemplo de tratamiento *realista*. Domina en este grupo el sentimiento del reposo, siendo, por decirlo así, negativa la acción, de lo cual resulta un esquema puramente escultural. La línea ondulante que forma el grupo es muy bella y el modelado digno de quien lleva el nombre del celebrado pintor francés.

CANTADORES ESPAÑOLES
Cuadro de Alfredo Cluysenaar

Échase de ver que el asunto está tomado *d' après nature*, y bien tomado. Trátase de unos ciegos que al compás de la guitarra refieren al selecto auditorio el espantable crimen cometido en *la ciudad* de tal, cuidando de poner á la vista de la gente un pintarrajeado cartelón en que aparecen trazados, por pintor de brocha gorda, las escenas culminantes del sangriento asesinato. Es muy gracioso y divertido, ciertamente, el espectáculo que ha copiado el pintor, pero valiera más para todos que hubiese llegado el día en que desapareciese el lamentable atraso de cultura que revela.

EL MAUSOLEO DE D. JAIME BALMES
EN LA CATEDRAL DE VICH

Bien se merecía el insigne filósofo catalán un monumento que perpetuase su memoria, pues, dejando á un lado sus personales puntos de vista, no cabe negar que ha sido uno de los más sinceros pensadores de nuestros tiempos y que su *Criterio* es todavía hoy un libro de provechosa lectura. Claro está que las aguas van actualmente por muy distinto camino que cuando Balmes escribía sus obras, pero no hay que ser ingrato con los que han cooperado al adelantamiento de los estudios filosóficos, siquiera partiesen de un criterio *apriorista*.

El monumento levantado á la memoria del malogrado eclesiástico vicense, figura en los góticos claustros de aquella catedral.

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE
OTELO.—*Otelo y Desdémona*, (Acto IV, escena II)
Cuadro de C. Gregory

Otelo.—Veamos, ¿quién eres tú?

Desdémona.—Vuestra esposa, monseñor, vuestra sincera y leal esposa.

Otelo.—Veamos, jura eso, condénate tú misma; te pareces tanto á un ángel del cielo que los demonios podrían tener miedo de cogerte; así, condénate doblemente, jura que eres honrada.

Desdémona. El cielo lo sabe con toda verdad.

Otelo.—El cielo sabe con toda verdad que eres falsa como el infierno.

Desdémona. ¿Con quién, monseñor? ¿con quién? ¿como puedo ser yo falsa?

Otelo.—¡Ah Desdémona! ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

JULIO CESAR.—*Porcia y Bruto* (Acto II, escena I)
Cuadro de H. M. Paget

Porcia.—Mi caro señor, dadme á conocer la causa de vuestro pesar.

Bruto.—No me encuentro bien; he ahí todo.

Porcia.—¡Oh, no! Bruto es muy gentil y sabría hallar enseguida remedio á su enfermedad...

EL MEJOR LIBRO

Ha hecho bien ese joven en abandonar la lectura del libro que trae todavía entre manos, pues por interesante que sea no lo será tanto de seguro como el bellísimo original que tiene delante.

Conócese que el joven no leyó más por aquel día.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

XII

UN BILLETE DE CONFIANZA

Cuando don Leandro abandonó la granja, ama y criada soltaron una estrepitosa carcajada, pues las dos comprendieron claramente las amorosas como ridículas inclinaciones del apasionado golilla.

La noble dama reflexionó seriamente respecto el amoroso y cómico lance, y á fin de ponerse al abrigo de toda sospecha y maledicencia, se encaminó á su gabinete y escribió al padre Nolasco, que, como hemos manifestado, era su consejero, su confidente y su director en todos los casos graves.

Tomó una silla, abrió la papelera, sacó recado de escribir, cogió una pluma de ganso y con magnífica letra española escribió la siguiente y familiar misiva:

«Prudentísimo padre: no me trate su paternidad de aturdida, de olvidadiza y de perezosa si hasta hoy su más humilde hija espiritual no le da cuenta de su persona. Ya sabe V. que en mi granja ó pequeña Tebaida, como V. la llama, vivo en continuo mareo, y mucho más ahora que estamos en la recolección de los frutos. ¡Si viera su paternidad que melocotones y que moscateles tan ricos me ha concedido este año la Providencia! Le juro, aunque sea feo el jurar, que es cosa rica. Están diciendo: cátame, y yo me doy unos atracones de ellos que no sé cómo no dan al traste con mi estómago. Yo tengo una locura para la fruta y su frescor es un gran lenitivo para calmar el ardor de mis labios, siempre febrosos y secos. Es cosa que me ha hecho reflexionar muchas veces el por qué las mujeres preferimos las legumbres y las frutas á los más esquisitos manjares. Su paternidad, que está al cabo de tantas y tantas cosas, presumo que me lo explicará. Yo soy muy curiosa, como V. no ignora, y rabio para averiguarlo todo. Cuando era moza me pasaba las horas muertas contemplando los nidos; cuando Dios tuvo á bien concederme esposo, corría tras los niños como si fuera una loca de atar, y ahora me devano los sesos por muchas cosas pueriles, que estoy convencida que no tienen explicación alguna.

»La soledad en esta cartuja aumenta todos los días más y más. Aquí sólo llegan de pasada las codornices y las golondrinas que se disponen pasar el mar para dirigirse al Africa. Aves de paso, ¿está V? Pero hoy me ha caído un ave de rapiña, un pajarraco gordo y muy feo. No vaya á creer su paternidad que se trate de un milano ó de un águila. Nada de eso. Es un pájaro con chupa y calzón corto, con espolones como los gallos y con medio siglo encima. ¿Qué apostamos á que V. no lo adivina? Me parece verle frunciendo el ceño, la boca entreabierta, mi carta en la mano, la diestra en la frente y dando vueltas y revueltas al libro de memorias de personas conocidas impreso en su imaginación.

»Deje V. á un lado todo cabildeo que ya le retrataré con todos sus pelos y señales el avechucho en cuestión. Es... don Leandro, nada menos. El cual se ha entrado de rondón en mi granja, digo Paracleto, y con estudiadas frases ha parecido galantearme de lo fino. Yo me he reído en sus barbas, pero con cierta discreción y estudiada zalamería. Estoy convencida, que el buen señor ha fijado los ojos en mí de un modo particular y mucho me temo que se quede bizco. Le he enseñado la viña y en ella mi doncella y yo le hemos manteado moralmente de lo lindo. Me parece que el tal gavilán no va á dejarme ni á sol ni á sombra, pero va á encontrarse con la horma de su zapato.

»Si insiste, como insistirá, desearía entre usted y yo trazar el plan para que escarmiente. Una lección provechosa, decente y original. Su paternidad, que está dotado de mucho ingenio, dará con ella, y nos reiremos de lo lindo.

»Dentro cuatro días es la Natividad de Nuestra Señora, y por lo tanto, no eche en olvido que con el cholocate de las seráficas madres de la Circuncisión, los bollos del pastelero de su comunidad, las horchatas, los barquillos, los melindres, los melones y otras sabrosas frutas de mi huerto, le espera en esta triste morada su hija espiritual, tórtola, llorosa y viuda y que besa humildemente sus piadosos piés,

MARÍA LUÍSA.»

Terminada la carta, la noble dama encargó á uno de sus colonos que al día siguiente, sin pérdida de tiempo, pasase al convento de los padres Carmelitas á depositarla personalmente en manos de fray Nolasco.

La muy ilustre dama no pudo reconciliar el sueño hasta al sonreir el alba, recordando los cómicos accidentes de la escena amorosa con el finchado varón.

Fray Nolasco recibió la misiva al abandonar el coro después de la misa mayor; la leyó detenidamente y sonriendo en la misma iglesia, la guardó bajo el escapulario y murmuró, frotándose las manos:

—Bien decía yo que era imposible que Mariquita diese oídos á las ridículas pretensiones de tan necio galanteador.

XIII

LA TERTULIA

En el salón de doña María Luísa se había citado todo lo más selecto de la villa y de los mansos del contorno. Era un salón extensamente grande, enjalbegado, con una faja azul, de techo embovillado y el piso de ladrillo. Sobre la puerta que daba entrada á este vasto recinto, se destacaba el escudo de la familia, y en sus paredes se admiraban dos magníficas cornucopias, que representaba la una el *Ecce Homo*, y la otra el seráfico San Antonio de Padua, con sus marcos dorados, con sus musas, ninfas y alados cupidillos, pareciendo que lo humano custodiara lo divino. A ambos lados de un grandioso ventanal, se descubrían dos preciosas y artísticas arquillas, cargadas y recargadas de incrustaciones de marfil y ébano; los taburetes y canapé, forrados de damasco, convidaban al descanso, y el indispensable clave, completaba el rico mueblaje de aquel severo salón.

Sentados en sus correspondientes taburetes, las damas á un lado y los currutacos á otra, como era costumbre en aquellos días, á fin de evitar el roce y la familiaridad entre los dos sexos, sin tener en cuenta que con aquel ridículo alejamiento y con aquella línea divisoria eran más vivas y más incendiarias las llamas de los ojos y más temibles los naturales apetitos, se deslizó la tarde, en medio de la más amena jovialidad.

Presidía la reunión doña María Luísa, que estaba hecha un brazo de mar, teniendo al lado á fray Nolasco, que parecía no caber de satisfacción dentro de su religioso hábito.

Las damiselas habían sido enviadas á la galería para que allí retozasen libremente y no se enterasen ni se mezclasen en las conversaciones de sus papás, tratadas como enjauladas colegialas, á pesar de contarse entre ellas angelitos

con faldas que eran verdaderos pimpollos de veinte primaveras, que les pedian sus corazoncillos un amartelado galán.

La mañana se había deslizado alegremente y la comida había sido suculenta y abundante.

Don Leandro no apartaba los ojos de la agraciada señora de la casa, y todos los contertulios los tenian fijos en él.

Parecía el amartelado señor un ratoncillo acechado de continuo por los nerviosos gatos, tal era su situación.

El fraile inspeccionaba y sonreía.

EL MEJOR LIBRO

Su vivaracha hija espiritual murmuraba por lo bajo al oido del carmelita:

—¿Se ha enterado V. de mi billete?

—Sí, niñita. Ya caerá en la trampa nuestro lobo carnicero.

—Si supiera su paternidad lo qué me dijo. Parecía un pollo recién salido del cascarón.

—¡Qué atrocidad, hijita mía! Se conoce que el tal golilla es muy buen pez, pero picará en mal anzuelo.

—Ya verá su paternidad que declaración nuestro Cupido con canas va á dispararme esta tarde. Ya se la relataré á su debido tiempo.

—Así lo espero, niña. Me divierte mucho el buen señor.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 26 de Febrero de 1887 | Núm. 217

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

ESCULTURAS DE HOUDON: VOLTAIRE

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomas Salvany.—*Lecturas: A muchos y á ninguno*, por Clarín.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*El monólogo del viento*, por S. Rueda.—*El Escorial* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*A un artista* (poesía), por Jacinto Labaila.—Nuestros grabados.—*La fuente de los currutacos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Molière, Glugk y Voltaire.—Vidrieras góticas y del Renacimiento (tres grabados).—La nieve en Barcelona (dos grabados).—*Moscou*: El Kremlin, visto desde la torre de Ivan Veliki.—Trajes de la opereta de Audran «El Gran Mogol.»—Los borrachos.—Abdul Rahman, Emir del Afganistán.—Una calle de Murcia.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EL DOMINGO

Si tu padre hubiese estado en Madrid hubiese podido asistir á una discusión del Senado que le hubiese hecho venturoso. Hubiese oído hablar nada menos que á don Claudio Moyano, al conde de Canga Argüelles y al obispo de Zamora contra la impiedad de los tiempos, y hubiese oído al Gobierno dar la razón y prometer castigo contra los impíos. ¿De qué se trataba? Tratábase de lo de siempre: los ciudadanos se empeñan en no santificar el domingo, ni otros preceptos, y de que es preciso infundirles la piedad metiéndoles en la cárcel y sacándoles algunos miles de reales. Como este es un punto que á todo el mundo interesa, la discusión se ha hecho general y unos opinan que los senadores susodichos tienen razón y otros que lo que aquí hace falta no es suprimir sino aumentar los días de trabajo.

Para todo buen cristiano es, sin duda, una obligación no trabajar en domingo. «El séptimo día,—dice el Exodo,—reposarás para que reposen tu buey y tu asno y se refrigeren el hijo de tu esclava y el extranjero.» Han variado los tiempos: el cristiano de hoy no suele tener asnos, ni bueyes, ni hijos de su esclava, ni extranjeros en su domicilio; mas con las variantes consiguientes, el precepto igualmente le obliga. «Seis días harás obra,—dice el mismo libro,—el séptimo día, porque es descanso, se llamará *santo;* ningún trabajo harás en él; el sábado es del Señor en todas las habitaciones.» Esto de *en todas las habitaciones* no es tan aplicable á Madrid como á otros puntos; porque en las casas de Madrid hay habitaciones donde en ningún día se trabaja; pues no es trabajar leer novelas, jugar al *besigue*, recibir á la modista, disponer una comida extraordinaria, preparar una *sauterie*, recibir las visitas y despedir á los acreedores sin pagarlos.

Los libros sagrados cuentan que el Señor mandó á Moisés que le diese muerte á un hombre que había faltado al precepto, y ese hombre fué lapidado. Cuentan igualmente, que los Macabeos respetaban el descanso de tal modo, que áun estando en guerra, si los enemigos les atacaban, no recurrían á las armas para defenderse. Si el Gobierno diese esta orden á las tropas, excuso decirte que Ruiz Zorrilla le derribaba en el primer domingo.

Ello es que los Apóstoles trasladaron hace diez y ocho siglos el sábado al domingo y que en estos diez y ocho siglos el fervor ha decaído hasta un punto, que parece que no se quiere trabajar sino en ese día.

Es raro que la semana, como número de días convenientes para el trabajo humano, se halle establecida lo mismo en todo el mundo. «Vendrás de siete en siete días á honrar la Suprema Deidad,» dicen los libros divinos. Homero también aconseja la veneración del séptimo día. Los fenicios consagraban á Saturno un día de cada siete. Los druidas de la Gran Bretaña consideraban sagrado el día séptimo.

Esta unanimidad de los pueblos es una demostración de que el descanso del séptimo día corresponde exactamente á la medida de las fuerzas del hombre.

En tiempo de la Revolución francesa se quiso instituir la década; pero esta reforma cayó en desuso; y según parece quedó demostrado que era perjudicial á la salud.

Pero no se atiende sólo á la higiene del trabajador pidiendo el descanso del domingo: se atiende á su moral. Puede decirse que la familia no existe para el obrero si no existe el domingo. Apenas el obrero se levanta, tiene que abandonar el trabajo y vuelve por la noche rendido para caer sobre el mismo jergón que abandonó al romper el alba: sus hijos y su mujer, cada cual anda por su lado buscando el sustento; de manera que sólo se reunen y pueden constituir familia en el domingo, conversar, preguntarse lo que han hecho, reprender el padre á los hijos, darles buenos consejos, prevenir las necesidades de otra semana, dar expansión á sus corazones, ser, en fin, algo más que máquinas, ser seres racionales y efectivos. No cabe duda, pues, de que el domingo es dos veces santo; que no es sólo religioso sino moral. Lo malo está en que los tiempos de la Arcadia ya pasaron y el domingo de los obreros no siempre corresponde al ideal descrito: la bota, el garrote y la navaja, son los primeros bártulos que coge el trabajador cuando se despierta en día festivo. Tú los has visto muchas veces salir en hileras por las afueras de Madrid, sin otro propósito que el solaz material, sin preocuparse gran cosa de aleccionar, moralizar, ni cristianizar á sus familias, ni cumplir ningún precepto religioso ni saber una oración... Se han estado seis días en el obrador, en la fábrica, en los andamios, en el empedrado, trabajando siempre con los mismos movimientos, como la rueda de una máquina, y lo que desean y necesitan es desentumecerse, revolcarse en la yerba, dando cuatro gritos y cuatro zapatetas al sol. Los oradores católicos que peroran contra el trabajo en los días de fiesta, trabajan en bien de los obreros; pero no conseguirán su propósito de catolizarlos: sólo conseguirán, y ya es algo, que se pongan colorados y robustos.

El trabajador que hace obra por su cuenta, tiene algún interés en trabajar los domingos; los que están en una fábrica, no tanto; pero dependen de un amo. Hay, pues, que convencer á los amos, y esto es lo difícil; pues si los comerciantes, cada uno de por sí, desearía descansar el domingo, la competencia comercial no lo permite. El común acuerdo de todos los intereses en beneficio del trabajador es lo único que puede resolver el problema; sin acudir al Código, ni á la prisión, ni á la multa. Ya se han convencido los grandes industriales de que á todos les conviene el descanso y de que con no vender un día en cada semana no se perjudican si dejan de vender todos. De la incesante actividad del trabajo, como de todas las exageraciones, nacen mayores males que bienes; el desorden y embrutecimiento de los obreros, la destrucción de la vida de familia y la falta absoluta de todo vínculo moral entre el amo y el obrero.

Antes que D. Claudio Moyano hablase en el Senado contra el trabajo en domingo, muchos comerciantes de Madrid habían hecho algo más práctico. Se habían reunido y acordado no abrir sus tiendas en esos días; así sucede hoy; por las mañanas están cerrados los establecimientos de las principales calles de la corte y esto ha reformado algo las costumbres; pues la clase media compra ya los sábados lo que dejaba en otro tiempo para el siguiente día. Esta es la manera de moralizar á la sociedad; por la unión de los mismos ciudadanos y su propio convencimiento; formando costumbres con el ejemplo, y no acudiendo á las leyes, por desusadas, tiránicas; y que aquí, en Madrid y en España, donde no existe el principio de autoridad, nacen ya sin virtud. Fórmense sociedades de católicos, y sociedades de comerciantes, especuladores, industriales y jefes de taller y difundan los unos sus buenas máximas, y comprométanse los otros á no vender ni comprar, á no trabajar ni obligar al trabajo á sus dependientes en los días de fiesta.

Podrá estar tan arraigada, en Inglaterra, la costumbre de santificar el domingo, que ni los carteros llevan las cartas á domicilio; pero aquí el domingo precisamente es el día que imprime más movimiento en los establecimientos de artículos de primera necesidad, ó que se relacionan con los festejos públicos y privados. La previsión no existe en Madrid: en las despensas no hay más que el cuarterón de garbanzos y el pedazo de jamón y tocino del día; y el ovillo de hilo y las cuatro hebras de seda que se necesitan para la ropa de la semana. Aquí se va y se vuelve diez veces en el día á una misma tienda. Verdad es que tampoco hay la previsión de tener mucho dinero, que es lo que facilita comprar mucho de una vez.

El carácter inglés, que tan perfectamente conlleva ciertas obligaciones, es lo contrario del carácter español; aquél gusta del método, éste del desorden. Pocos españoles hay que resistan al deseo de aprovechar el día del trabajo en un placer que se les ofrece inopinadamente, y pocos que si el trabajo les es necesario en día festivo se crucen de brazos y digan: ¡Respetemos las palabras del Exodo! El interés mismo no mueve tanto al español como su capricho; la reflexión no encadena su fantasía; hacer su voluntad, es el código de todo español; quien no la hace es porque no puede. Su carácter independiente es causa de que rara vez pueda conformarse con la opinión y la conducta de los demás; por eso es tan difícil en España formar sociedades, círculos, grupos... Al poco tiempo cada cual tira por su lado si es que no se concluye como el Rosario de la Aurora.

En España, mi querida prima, antes que santificar los domingos, hay necesidad de santificar á los ciudadanos, hacerlos creyentes. Los mejores son unos hipócritas. Si el clero y los católicos piden la santificación, es para que se emplee en buenas obras; hay, pues, que reformar los corazones y los espíritus. No basta que no se trabaje. Estos mismos fervorosos propagandistas del descanso lo dicen: todas las pompas y goces del diablo á que el cristiano renunció solemnemente en su bautismo, son cabalmente á las que se entrega en el día de fiesta. Los excesos de una mesa ó de un banquete, las embriagueces, las blasfemias del vino, las pendencias, los juegos ruinosos, las palabras y conversaciones obscenas, la perpetración de todo género de pecados, están reservados para ese día. Los bailes, los toros, las riñas de gallos, el tiro de palomos y otras ceremonias piadosas son el descanso del domingo. Y en los pueblos, no hablemos, porque para los días de fiesta se reservan las mayores atrocidades.

Donde hay tales hábitos, donde es costumbre llamarse cristiano y no serlo, el clero poco hará trayendo á la ley la prohibición que no ha podido hacer arraigarse desde el púlpito. La misma facilidad con que un gobierno liberal acepta proposiciones que escandalizan al espíritu revolucionario, manifiesta en mi concepto que no las da ninguna importancia. Figurarán en el Código las penas contra los que trabajen en domingo y contra los que blasfemen; pero los mismos jueces seguirán trabajando en las fiestas, si les es preciso, y seguirán los carreteros acompañando con el puño cerrado su pintoresco estilo.

En los primeros días del cristianismo los fieles honraban la Iglesia con virtudes y buenas obras: ya está dicho. Asistían al divino sacrificio, que duraba, en días y ocasiones, horas enteras, con puntualidad, con reverencia, con fervor, con oración y con lágrimas. Comulgaban en él todos los presentes y los diáconos llevaban la comunión á los ausentes legítimamente impedidos. Asistían á las catequesis ó explicaciones de doctrina cristiana, que eran muy cumplidas. Celebrábanse lecturas espirituales, oraciones y otros muchos ejercicios piadosos. Se recogían las limosnas que cada uno había preparado en la semana y las repartían por los diáconos á los huérfanos, viudas y demás necesita-

dos; se visitaba y socorría á los encarcelados y enfermos, sobre todo cuando lo estaban por la fe, y se les animaba al martirio. Días de piedad y de fervor, de verdadero descanso para la carne, verdaderamente santos. ¡Días *deliciosos* como los llamó Isaías! Tal es la pintura que los apologistas hacen de aquellos primeros días del cristianismo. ¡Ay, prima, cualquiera creería, al compararlos con los nuestros, que estamos en los últimos!

¿Es que no queda nadie en la tierra que recuerde el fervor dominical de aquellos mártires? Sí, don Estanislao, un amigo mío, les recuerda. El hombre virtuoso, por excelencia; buen esposo y cariñoso padre de familia. A primera hora se prosterna con todos los suyos; toma el chocolate con dobles bizcochos, se pone el sombrero de copa y seguido de su mujer y su pollada entra á la iglesia. Nada de coqueteos. Cuando pasa el monago suelta en el cepillo un perro grande. Cuando suena la campanilla se da golpes con tanta piedad que le retumba el pecho. Al salir compra una estampita para la niña en recuerdo de la Virgen y otro perro de majuelas para los niños en recuerdo del Huerto. Si hay función de estrépito en alguna Iglesia allí acuden; sino pasean junto á la de Atocha por estar más cerca de un santuario. En casa leen el Año cristiano y la Biblia. Él tiene que explicar á su mujer algunos pasajes y lo hace con unción y prosopopeya. Por ejemplo: «Tu esposa será como una parra fecunda en el recinto de tu casa; al rededor de tu mesa estarán tus hijos como pimpollos de olivos.» (Salmo 127). «¡Esto,—dice don Estanislao á sus hijos,—lo parece, mas no está dicho por vosotros!» Cuando llega la noche se reza el rosario y tres Padrenuestros para que jamás se le ocurra al Director de Rentas enviar á tan buen cristiano la cesantía. ¿Pero hay muchos como don Estanislao en Madrid? El conde de Canga Argüelles y don Claudio Moyano, quizás. ¿Y, ahí, en París? ¡Oh, seguramente ninguno! prima.

Tu cariñosísimo,

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

—Pero, hombre, Luís, ¿qué es eso?—se atrevió á decir uno.

—¿Cómo vives?—preguntó otro.

—Que el diablo me lleve si os entiendo. Vivo independiente, en compañía de un criado: salgo poco y trabajo ocho horas diarias. Por cierto que... ¡Oid!

Y á continuación referí cuanto sabía de mis vecinos y las impresiones que éstos me produjeran.

Todos soltaron la carcajada.

—Por fin, ¿me explicaréis?—dije desconcertado.

—¡Infantas, 109! ¡La casa de Pedro López, como la llaman por ahí!—respondieron todos á un tiempo.

—¿Y qué tenemos con ello?—repliqué con la mayor sorpresa.

—Que has caído en la trampa, en el garlito. ¡Te han cazado como á un conejo!

—Pues bien, sí; os juro que ignoraba...

—Tú serás allí, de fijo, la única persona decente.

—Pero, hombre, tú, tan corrido; tú, el novelista, el fotógrafo á la pluma, de nuestra sociedad, no sabías...

—Lo sabe todo Madrid.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Ignoras también quién es ese Pedro López, tu casero?

—¡Ja, ja, ja!

Soltaron una carcajada más estrepitosa que las anteriores. Yo, ciego de furor y de vergüenza, cruelmente herido en mi amor propio, les grité levantándome de un salto:

—Pues bien, sí, lo sabía, lo sé todo; de intento me he metido en esa casa... porque... como soy novelista... y para escribir buenas novelas es indispensable la observación, la... experimentación...

El despecho no me dejó concluir, y salí sin pagar la cena medio consumida, cuyo importe debieron de satisfacer con gusto mis amigos á trueque del buen rato que les diera.

Vagué por las calles, sin dirección ni conciencia de ello, como proyectil arrojado de un obús, y con una idea fija en el cerebro.

—Pedro López...—me decía,—¿quién será ese Pedro López?... López... López... López de Ayala, López Guijarro, López Bago... no, ese no es, estaba en el café, y además, se llama Eduardo... López el de los chocolates, tampoco, ese es otro López... Pues, señor, apenas habrá López entre los españoles, todos los descendientes de los antiguos Lopes, ó lobos, ó lo que fueran... Lo menos hay diez mil; conque... ¡échese V. á buscar! Decir López es como no decir nada; y en cuanto á Pedro, el nombre de pila de mi casero, de mi pesadilla, mejor dicho... desde el gallego del cuento, que apenas se llamaba Pedro, hasta D. Pedro Calderón de la Barca, es decir, toda la escala de los Pedros... pues, ¡adivine V. al Pedro en cuestión! Paciencia Luís, mucha paciencia; no tienes otro remedio que volver al café de Lisboa, á ver si esta vez eres más afortunado. ¿Qué hora tenemos? La una menos cuarto. Ya habrán concluído las funciones en todos los teatros. Vamos allá.

El café de Lisboa estaba, si se considera lo avanzado de la hora, bastante concurrido. Varias personas cenaban en distintas mesas, formando grupos, charlando tranquilamente unos, discutiendo y alborotando otros. Me dirigí al mismo camarero de antes, repitiendo la pregunta:

—¿Ha venido D. Pedro López?

—No, señor, no ha venido; es una rara casualidad, viene todas las noches, yo soy quien le sirvo.

VIDRIERA DE LA IGLESIA DE SAN VICENTE DE RUAN

—Traéme una chica clara, y como le veas entrar, avísame.

Tomé un periódico, encendí un tabaco; mi casero no parecía. En el café, de fijo, habría más de un López; pero el que yo buscaba... ¡á ese había que echarle un galgo!

Al cabo de media hora, cansado de fumar y de beber, resolví ir á acostarme, con objeto de madrugar y sorprender á mi López en la cama, si es que dormía en ella.

—Como quiera que sea,—iba diciendo camino de mi casa,—si mañana no le veo, pasado me mudo á cualquier parte, y renuncio á la fianza, y al pico de este mes, y salga el sol por Antequera.

VII

Esta vez, dando razón á la portera, la casa estaba como una balsa de aceite; ni un rumor se oía en la escalera, ni en los cuartos, ni en el sotabanco. Ramírez dormía como un lirón, sin haber equivocado el dormitorio; sin duda no carecía de fósforos. Nadie hubiese sido capaz de adivinar que allí se albergaba gente inmoral y truhanesca, de malos antecedentes y peores costumbres. Tanta quietud casi daba miedo.

Entré en el gabinete, con un fósforo en la mano; encendí la bujía; tiré sobre un sillón la capa y el sombrero; dí cuerda al reloj, colocándolo después sobre la mesa de noche y empecé á desnudarme.

Apenas me hube quitado la levita, un violento campanillazo, brusco y nervioso, me estremeció de piés á cabeza.

—A estas horas... ¿quién será? ¿qué me querrán?—dije sobresaltado.—¡Voy!

Un segundo campanillazo, más violento que el primero, me ahogó la voz.

Cogiendo la palmatoria y un pesado bastón, me lancé á abrir.

Un hombre y una mujer, azorados, convulsos, las ropas en desorden, se arrojaron, no entraron, dentro de mi habitación, cerrando la puerta tras ellos. El hombre, calvo, de mirada penetrante y repulsiva, contaría medio siglo; la mujer, un prodigio de hermosura y de candor á juzgar por la apariencia, unas diez y siete primaveras; metida en aquella casa, me pareció un lirio entre cardos ó una perla en un muladar. Venía aferrada al brazo de su padre, y presa de un convulsivo temblor, se adhería instintivamente á él como si la amenazara un gran peligro.

(Se continuará.) JUAN TOMÁS SALVANY.

LA NIEVE EN BARCELONA

La Cascada del Parque.—Un detalle del Puerto.—Estación del ferrocarril de Zaragoza (De fotografía)

LA NIEVE EN BARCELONA

El Paseo de Gracia.—Paseo de Colón.—El lago del Parque.—Una puerta del mismo.—¿Transeunte ó curiosa?—Plaza del Teatro (Dibujo de Asarta)

LECTURAS

Á MUCHOS Y Á NINGUNO

Todo buen ciudadano que crea en la solidaridad de los intereses sociales debe reconocer importancia al estudio de la vida intelectual de su patria. Examinar con cuidado y constancia los síntomas de la necedad pública no es hacer alarde de pesimismo ni poner cátedra de Heráclito ó de Jeremías.—¿Para qué hablar de los tontos ni siquiera de los insignificantes?—preguntan muchos á la crítica literaria. Cuando la nulidad pasa plaza de medianía no hay más remedio que atender á ella, sobre todo en un país en que á eso que se estima medianía se le consagra las alabanzas que sólo merecen el talento superior y el genio.

No se persigue por gusto ni por crueldad á los escritores malos, sino porque al público que lee algo, poco, y distraído y no hace profesión de la literatura, le presentan los periódicos influyentes á esas medianías nulas como si fuesen autores recomendables, dignos de atención y de estudio.

El síntoma es más grave de lo que parece. Se habla mucho de la decadencia de los pueblos por exceso de poder, de sensibilidad, de inteligencia, por alambicamento de ideas, por neurosis complicadas, por vicios quintesenciados... pero se habla poco de la decadencia por tontera nacional; enfermedad muy posible, y que en parte puede ser debida hasta... al mal alimento, y lo digo sin asomo de broma.

Recuerdo haber leído un artículo de mi buen amigo el muy notable publicista y pensador Pompeyo Gener (que ojalá supiera yo donde vive á estas horas) en que se hablaba de lo mal que solían comer algunos escritores madrileños y de los alardes de miseria y depravada cocina de algunos bohemios de la corte literaria. Gener censuraba este amaneramiento, este *ebionismo* literario, causa tal vez del escaso vigor intelectual de muchos. Pues bien, sin insistir yo hoy en este aspecto de la cuestión, y sin más que reconocerle gran importancia, digo que sea por lo que sea, por mala comida material ó por escaso é insustancial pasto del espíritu, ó por ambas deficiencias, ello es que la literatura española, como cosa de todos, como ambiente social, se va convirtiendo en una marea viva de necedad suficiente. Yo vivo en una atalaya desde la cual puedo observar perfectamente el subir de las olas, de esas olas de tontos de pluma que amenazan tragarse toda la república de las letras españolas. ¡Qué comedias, qué poemas, qué novelas, qué periódicos, certificados ó no, recibo casi todos los días!

Pero eso ¡no importa, dicen los optimistas;

VIDRIERA GÓTICA, OBRA DE TRANSICIÓN.—RENACIMIENTO ALEMAN: INFLUENCIA GÓTICA, EN SHREWSBURY

siempre ha habido muchos más escritores malos que buenos, y como ahora se ha ensanchado el círculo de la instrucción y cunde la afición á las letras y su profesión comienza á ser algo recompensada en honor y provecho es natural que la oferta sea mayor cada día y que la muchedumbre de productos malos tome gran incremento... En otros países sucederá lo mismo.—¡Ay, no señores!—replico yo.—Ese es el caso. Lo malo, lo rematadamente malo de otros países no llega á noticia del público, porque ni él lo compra ni la crítica, ó lo que sea, se lo mete por los ojos. Las medianías francesas, italianas, inglesas, portuguesas, alemanas, americanas, rusas... son verdaderas medianías. La nulidad en ningún país culto tiene el mercado que aquí tiene gracias á la indulgencia de la prensa, á la tolerancia no siempre desinterada de las empresas literarias y á la anarquía mansa de la crítica.

Los poemas, dramas, novelas de que yo trato son de autores que se han visto llamar eminentes, ó notables por lo menos, y algunos de ellos genios ó grandes esperanzas.

Algunos críticos ó revisteros sonríen con malicia cuando se les habla de su benevolencia como diciendo:—¿Qué quiere usted? Demasiado listo soy yo para comprender lo que son majaderías; pero mi espíritu superior escéptico y positivo se ríe de esas niñerías de justicia y buen gusto, imparcialidad de la crítica, etc., etc. ¿Qué importa todo eso? ¿Quién cree en el arte? El mundo va á dar un estallido. ¿Qué se pierde por dejar contento á un ganso? Estos *esprits forts* del arte no siempre son tan maliciosos y escépticos como ellos se figuran. A veces alaban con toda sinceridad las vulgaridades soporíferas porque las toman con buena fe por cosa excelente.

Lo que sucede á menudo con los *estrenos* de los teatros importantes de Madrid es prueba de esto... y además es un escándalo. Dramas y comedias de trama pobre y vulgar, sin asomo de caracteres, inverosímiles, insignificantes y adocenados, con un lenguaje pedestre, con versos de coplas de ciego, sin piés ni cabeza, en suma, son puestos por las nubes y á sus autores se les llama genios ó meritorios de inmortales, y se les dan banquetes y se les dice que van á eclipsar el sol y á Lope y Tirso por de contado... Pero dejo hoy esto. No quiero hablar del teatro. El asunto especial de este artículo es la novela.

¿Recuerdan ustedes aquellas nubes de langostas poéticas que todos los años venían á nublar el sol del arte en forma de *rimas, doloras, pequeños poemas* y *poemas descriptivos?* Pues ya no son lo que eran, ó mejor, siguen siendo lo mismo, plagas, pero con diferente forma. Ahora ese océano atlántico de versos se ha convertido en un gran océano de prosa. Sí, señores, toda aquella poesía se ha disuelto en el agua chirle de la prosa á lo Mr. Jourdain... y no hay español que, si quiere, no resulte novelista, largo ó corto.

Valera lo decía con gracia pocos días hace; para escribir novelas no se necesita más que papel y pluma y saber escribir. Pues esta gracia de Valera ya la habían descubierto multitud de jóvenes amables que tal vez se disponían á escribir su poema correspondiente cuando llegó á su noticia que el figurín de la última moda literaria proscribía el verso. ¡No más versos! parece ser la consigna de la vulgaridad, del cretinismo literario... y ahí tienen ustedes esas prensas de Madrid y de provincias sudando prosa continua, prosa sin conocerse!

Difícil es leer un libro de versos adocenados; yo á lo menos, cuando pretendo llevar á término feliz tan heroica aventura sólo consigo sa-

crificarme en vano, leer y más leer, y dormirme con el martilleo de la rima, si la hay, ó de lo que haga sus veces... sin haber podido enterarme de cosa alguna. Pero la prosa que ha venido á sustituir á tamaña poésia resiste á todas las tentativas. ¡No, no se deja invadir por la tentación pecaminosa del curioso lector! Los versos, áun sin dejarse entender se dejan leer. Pero esta prosa por sufragio universal, no, no se deja leer. Prueben ustedes y verán.

Dos formas predominan en la nueva *escuela* prosaica de nuestros muchos y muy ilustres majaderos reformistas: el cuento corto y la novela descriptiva, con poco diálogo, de párrafos largos y en la cual el autor procura, y lo consigue, que no *suceda nada de particular*.

Cuanto más soso y para poco es un muchacho, con más aptitudes se cree para cultivar la prosa naturalista de moda (según ellos) con la cual se ha de pintar cuanto Dios crió, pero sin decir nada que *tenga nada de particular*. Hay que ser sensible, hay que ser natural.

Los otros, los de los cuentos cortos, son nerviosillos, atrevidos y creen tener una imaginación como una máquina fotográfica reformada de esas que retratan en un abrir y cerrar de ojos. Pero como no quieren ser menos que los otros en lo de escribir mucho, se desquitan de la necesaria brevedad del cuento escribiéndolos por docenas y hasta por millares. El caso es que ni á unos ni á otros les ha de quedar pizca de prosa en el cuerpo.

Entre las víctimas (prescindiendo de la principal que es el arte) de esta manía modernísima, hay algunas que merecen un buen consejo. Para dárselo con conocimiento de causa es preciso leer algunos de sus libros. Pues bien, yo los he leído: y sin citar autores, porque en esta ocasión no hay para qué, voy á permitirme, ofrecerles varias advertencias que, ó mucho me engaño, ó debieran tomarlas en consideración. Y empiezo.

(Se concluirá.) CLARÍN.

REVISTA CIENTIFICA

EL ESTADO DE CREDULIDAD

M. de Rochas, cuyos escritos se distinguen siempre por su originalidad y ciencia, acababa de publicar en la *Revue rosè* un extenso artículo sobre el tema arriba enunciado, del cual procuraremos dar á conocer á nuestros lectores lo más fundamental, así como algunos de los hechos observados por el autor. Damos, naturalmente, por sentado, que se tiene alguna ligera noticia sobre el hinoptismo, de cuyo asunto tanto se habla en estos últimos tiempos.

Después de recordar que las sugestiones en estado de vigilia han sido observadas después de Braid particularmente por Philipss, Carlos Richet y Bernheim, sienta M. de Rochas los siguientes puntos, basados en numerosos experimentos personales practicados en cierto número de individuos.

1.° En el *estado de credulidad*, una idea cualquiera del sujeto se transforma automáticamente en sensación ó en acto, según su naturaleza; las sugestiones pueden ser á plazo. Estos fenómenos son pues idénticos á los que se producen en el estado sonambúlico, salvo, quizás, que presentan menor intensidad.

2.° El estado de credulidad es, de todas las fases de la hipnosis, (1) la más fácil de provocar; es intermediario entre la vigilia y el estado cataléptico; prodúcese por consiguiente cuando el sujeto pasa del uno al otro, sea durmiéndose, sea dispertándose. Puede ser determinado aún en los individuos refractarios á caer en estado cataléptico.

3.° El estado de credulidad puede ser producido, según la sensibilidad de los sujetos, por cualquiera de los agentes reconocidos como capaces de provocar una fase cualquiera de la hipnosis, á condición de que se dosifique convenientemente este agente. Puede, como los demás estados, ser provocado en cada mitad del cuerpo separadamente.

MOSCOU: EL KREMLIN, VISTO DESDE LA TORRE IVAN-VELIKI

4.° Una alucinación ó una sugestión cualquiera pueden ser destruídas por cualquier agente que despierte, ó en otros términos, por todo agente que restablezca la actividad cerebral.

La primera consecuencia de estas leyes es que un individuo puede procurarse á sí mismo todo linaje de alucinaciones y sujestiones con solo fijar su pensamiento en lo que desea, pero á condición de *ponerse en estado de credulidad* mediante cualquiera de los medios á ello conducentes que están á su disposición.

Corolario de esto: la facilidad de ponerse en guardia contra las sugestiones á que uno pueda estar expuesto. No hay que reirse: ha habido algún caso en que se ha robado por la sugestión de algún malvado hipnotizador, hecho que motivó un libro en que un fiscal francés ponía sobre el tapete la cuestión de irresponsabilidad

(1) El eminente psico-fisiólogo M. Charcot divide el hipnotismo en tres fases: *catalepsia, letargia* y *sonambulismo;* la escuela de Nancy no admite fases sino diferentes grados de profundidad del sueño; por su parte M. Pierre Janet añade tres estados intermediarios a los descritos por Charcot y traza esta escala: CATALEPSIA, *catalepsia letárgica, letargia cataléptica*, LETARGIA, *letargia sonambúlica, sueño letárgico*, SONAMBULISMO, *sonambulismo cataléptico* y *catalepsia sonambúlica*.
A. O.

TRAJES DE LA OPERETA DE AUDRAN, «EL GRAN MOGOL»

de una manera tal que puso de malhumor á la magistratura de la vecina república.

Veamos ahora cuales son esos procedimientos para provocar la sugestión.

Pueden dividirse en tres grupos: 1.° Los que derivan de una viva sorpresa. 2.° Los que reconocen por origen la suspensión de los pensamientos. 3.° Los que se originan por diversas acciones mecánicas.

1.° Un *mandato brusco* produce efecto á veces en personas muy impresionables, no susceptibles de llegar á un grado más avanzado de la hipnosis. «La orden,—dice M. de Rochas,—debe ser corta, claramente pronunciada y de modo que sorprenda al individuo; con un poco de hábito puédese reconocer el ligero estremecimiento que indica que la sugestión *ha prendido*. Puédese así, á la voz de mando, volver á la vez á toda una asamblea de individuos ciegos, sordos, mudos, cojos, paralíticos, y curarlos; quitarles y devolverles la sensibilidad ó la memoria; hacerles creer que están poseídos del diablo ó transformados en animales cuyos gritos y movimientos imitan; hacerles avanzar ó retroceder, caer

MOLIERE (Busto por Houdon)

á tierra y levantarse, dormir y despertarse, etcétera. Esos efectos son muy dramáticos y se producen con tanta mayor intensidad cuantos más individuos se encuentran reunidos, sea por el instinto de imitación, sea por el de corrientes inducidas mal conocidas todavía.»

Una luz viva y repentina (la de magnesio, un rayo eléctrico, etc.) pueden *dinamizar* igualmente las ideas que un individuo abriga en su mente; con todo, este medio es demasiado violento y puede determinar de pronto el estado cataléptico. Se han visto en la Salpetriere algunos histéricos que caían en semejante estado bajo la impresión causada por un relámpago ó por el ladrido de un perro.

A nadie ha de extrañarle que el *miedo* sea una causa de alucinaciones. Memorable es la de Job, una noche en que se hallaba poseído de terror: «Pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los cabellos...»

Actuando sobre una masa, produce el miedo lo que se llama el *pánico*, estado propenso á engendrar las más aterradoras alucinaciones.

Una *emoción viva* ocasiona iguales resultados que el miedo:

«Encontrábame en París,—dice Wigam,—en la tertulia de M. Bellart algunos días después del fusilamiento del mariscal Ney. Un ujier, oyendo el nombre de *Marechal aîné* (1) *(Marechal mayor)* anunció *M. le Marechal Ney*. Un estremecimiento eléctrico recorrió la reunión, y confieso, por mi parte, que la semejanza del príncipe de la Moscowa fué, durante un instante, tan perfecta á mis ojos como la realidad.»

2.° «El procedimiento más conocido para suspender el pensamiento,—sigue diciendo M. de Rochas,—consiste en *fijar* un punto brillante.» Es lo que se llamó un tiempo el *braidismo*, habiéndosele quizás ocurrido á Braid por lo mucho que habían empleado este medio los antiguos brujos y adivinos.

A veces no hay necesidad siquiera de que el objeto fijado sea brillante, si el sujeto es muy sensible; basta concentrar su atención, producir lo que Ochorowicr llama la *monoideia*.

(1) Pron. *Marechal ené.—Marechal Né.*

La misma impresión se aplica á las *impresiones del oído:* por ejemplo, versos recitados de manera que el pensamiento se duerma por el retorno periódico y monótono de ciertos sonidos; la música soporífera de los cafés árabes, el ruído de las olas, el tic-tac de un reloj. Algunos caen en éxtasis repitiendo en tono bien ritmado el *Ora pro nobis* de la letanía.

Otras veces puede caerse en estado de credulidad mediante *fricciones dulces y regulares*, aunque á veces se obtiene en su lugar el sueño.

3.° Demuestra muy bien la influencia de la circulación cerebral en la producción de la hipnosis el hecho de que basta despertar un pensamiento en un individuo y retardar enseguida la llegada de la sangre al cerebro mediante la compresión de las fauces, para provocar en él, instantáneamente, la alucinación correspondiente, que cesa así que la garganta vuelve á quedar libre.

Igual resultado se obtiene expulsando la sangre de la coronilla por medio de la aplicación de un cuerpo frío, ó bien atrayendo la sangre á la espalda por el empleo de fricciones enérgicas ó de un objeto caliente. La alucinación desaparece, en cambio, calentando el sincipucio.

La *digestión*, durante la cual la sangre afluye á la parte media del cuerpo, puede dar lugar á iguales fenómenos.

Lo mismo sucede con la *rotación*. De ahí el peligro de los walses...

«Una simple presión sobre la coronilla,—dice nuestro autor,—es decir, sobre la parte superior del cuero cabelludo, puede determinar, según su intensidad, todos los grados de la hipnosis. El punto más sensible se halla en la unión de los dos huesos parietales con los dos frontales. Siendo los bordes de estos huesos los últimos en solidificarse, este punto del cráneo (que se llama el *bregma)* queda más particularmente maleable, y se concibe que una presión ejercida allí vuelva momentáneameste exangue una parte de la sustancia gris, como cuando se apoya un dedo sobre el dorso de la mano.

»Si la presión se verifica sobre el bregma mismo, y por consiguiente sobre la línea media del cráneo, obra simultáneamente sobre los dos lóbulos del cerebro; pero si aprieta algo á la derecha ó á la izquierda, el efecto no recae sino en la parte derecha ó izquierda del cuerpo.»

Añadamos que para desvanecer el estado producido por las presiones basta practicar fricciones en iguales sitios.

Hay personas en las cuales es tan viva la sensibilidad del bregma, que basta rozarle para determinar el estado de credulidad.

Ciertos olores y unguentos dan lugar asimismo á la hipnosis. El soplo produce igual resultado dirigido á la nuca é inverso cuando se le dirige al rostro.

Hablemos ahora de los *cambios de personalidad*, fenómeno bastante fácil de obtener. Según M. Carlos Richet, depende de que bajo la influencia de una causa mal conocida el individuo pierde todos los recuerdos que no se refieren á la personalidad evocada, con lo cual éstos reinan como soberanos absolutos en su cerebro, adquiriendo una intensidad excepcional.

Parece que sólo se producen efectos interesantes cuando el sujeto es observador; pero no se obtiene nada si se le habla de lo que no tiene idea. Un labrador imitará muy bien á los animales, pero se quedará pegado si se le quiere convertir en un académico, por más que quizás no piensen todos de este modo.

A tal extremo de semejanza llegan algunos hipnotizados, ilustrados, en la imitación del porte y carácter del personaje, que, según Rochas, llega á modificarse consiguientemente el de su letra. El carácter, se entiende.

Hé aquí, ahora, algunos de los experimentos personales realizados por el autor, después de hipnotizado el individuo, ó sea puesto en estado de credulidad:

«Dígole á Benito *(uno de sus «sujetos»)* que mire bien en el espejo su oreja derecha y la verá alargarse, y que de un mo-

mento á otro va á tener orejas de asno. Al cabo de algunos segundos ve sus orejas y las toca por encima de su cabeza; acostumbrado á mis experimentos, sabe muy bien que se trata de una alucinación y se ríe; pero afirma que no puede distinguir lo verdadero de lo falso...

»Benito y Gabriela son extremadamente sensibles á la acción del éter; basta aproximar á su nariz una píldora que lo contenga, atravesada con un alfiler, para determinar primero el estado de credulidad y después la hipnosis.»

Escribe, por ejemplo M. de Rochas en un papel «*Este papel arde.*» Dáselo á Benito y al propio tiempo le hace respirar un poco de éter. Al punto arroja el papel al suelo y pone el pié encima, como para apagarlo. Escribe en otra hoja: «*Sois ciega,*» impregnala con éter, y la coloca dentro de un sobre. Entrega la carta á Gabriela; lee ésta aquellas palabras, mientras respira el éter, y cesa de ver.

La ceguera por sugestión dura cinco minutos, y M. de Rochas la quita soplándole en los ojos á la joven.

Dejo para el siguiente número la exposición de otros experimentos, que arrojan viva luz sobre cierta aberración que cuenta con no pocos adeptos entre nosotros.

(Se concluirá.)

ALFREDO OPISSO.

EL MONÓLOGO DEL VIENTO

FANTASÍA

Acabada la misa, que aquel día se cantó con acompañamiento de órgano, y una vez que hubo salido la gente, restregando los piés, bajo las altas puertas de la catedral, Alejo, el monaguillo, cruzó en medio de la oscuridad de las naves sonando las corpulentas llaves del templo, y convencido de que no quedaba ningún penitente rezagado, hizo rechinar las cerraduras con ecos que se dilataron por el espacio, y volviendo á su punto de partida, metióse por una estrecha puertecilla y subió torre arriba, donde vivía en fraternal unión con el campanero.

A pesar de la requisitoria del monaguillo, un bulto como de persona, parecía descubrirse confusamente echado sobre el pavimento de una capilla. Así era en efecto. Angeles Todores, llevada aquella mañana por su fe á oir misa en el templo, habíase arrodillado cerca de la capilla del Perdón, y desde allí, sufriendo duro cilicio en las rodillas á pesar de sus noches de vela pasadas en asistir á su madre, con la oración encendiendo sus labios al pasar por ellos viva y ardiente, y su rostro de diez y siete abriles lleno de acristaladas lágrimas, pidió salud y vida para su madre con aquel recogimiento que convierte al creyente en estatua inmóvil, orlada, al parecer, de resplandores.

El cansancio físico, pudo más, sin embargo, que la entereza de ánimo, y el cuerpo de la mujer cayó desmayado sobre el suelo á tiempo que el monaguillo hacía la señal, y quedó rota en los labios la oración, como lirio blanco que troncha la dentellada hoja de la sierra.

La mañana amenazaba huracán y tormenta, pues el cielo estaba lleno de esas nubes de color morado que suelen cuajar á veces el granizo.

El viento, que empezaba á mugir en las torres y en las veletas, barría hacia Poniente con fuerza poderosa la legión de vapores, que ora simulaban grandes legiones de monstruos terribles, ora fingían espesas bandadas de pájaros siniestros, y tan pronto rodaban sus cárdenas ondas por el aire, como se desgarraban para dejar paso presuroso á los relámpagos.

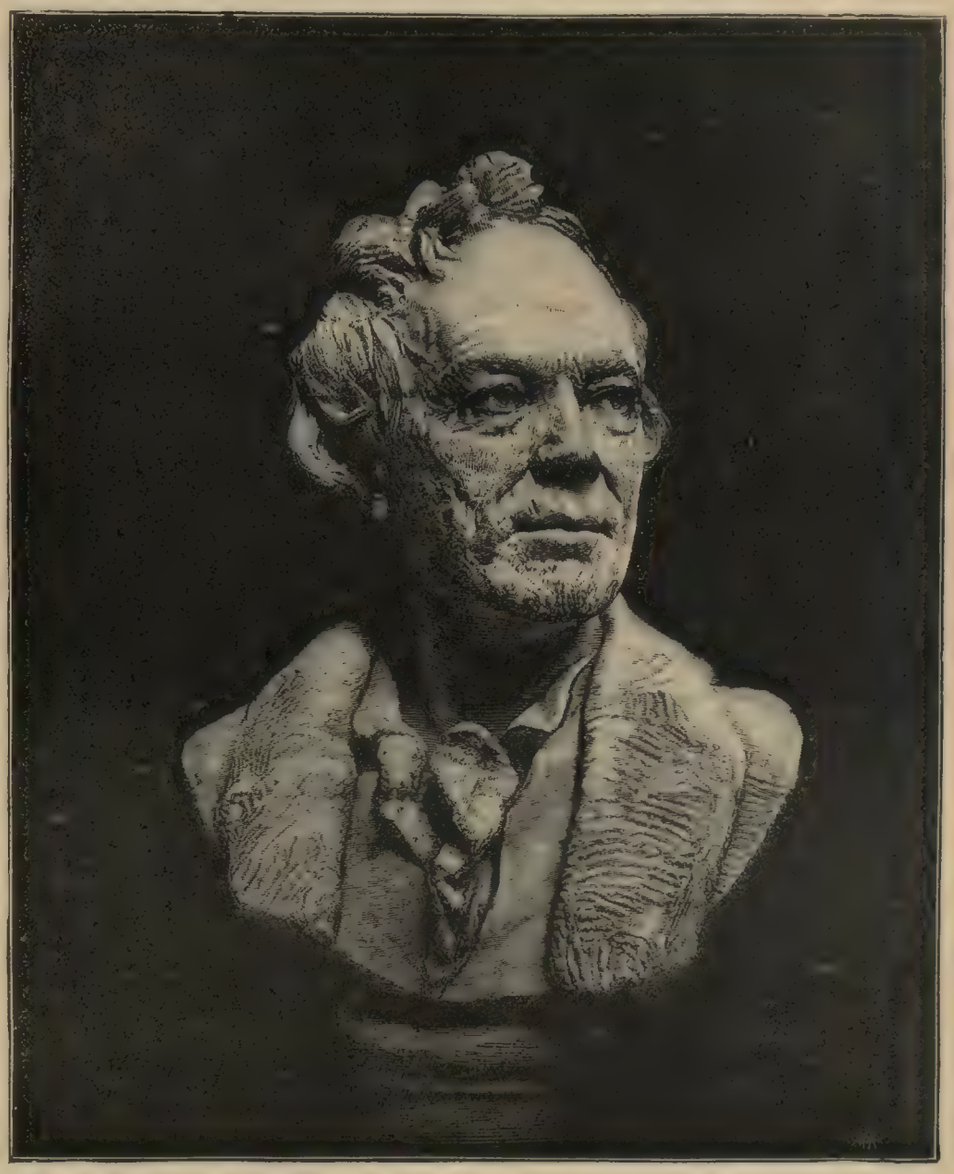
El temporal, que en el hondo seno de las naves no preludiaba aún sus destemplados acordes, se había iniciado en las alturas de la torre, y desde abajo empezóse á oir leve susurro de pájaros atribulados que buscaban el resguardo del nido, y zarandearse de cordeles de campanas, cuyos nudos, endurecidos por el tiempo, dábanse fuertes castañetazos, y engañaban el oído con los golpes de un imaginario desafío en que los combatientes tenían amarillentos huesos por espadas.

Al murmullo confuso y fantástico que de la alta torre bajaba hasta desembocar en las naves, siguió un rumor más pronunciado, que á la vez que ponía mayor furia en las espadas del desafío, enviaba á la honda quietud del templo un estrepitoso ronquido, como si la mole cristiana durmiera ruidosamente el profundo sueño de los siglos.

El huracán movía, ya furioso, en la altura, la grande cruz clavada en el granito, y cerraba el puño invisible haciendo hercúleos esfuerzos por arrancar el sagrado símbolo de la religión.

Las escaleras de la torre, crujían, crujían como armazón de ciclópeo esqueleto; en el borde de las campanas rompían las terribles rachas su bramido, y los instrumentos hablaban callando de cosas inmensas, con la voz misteriosa y profunda de los bronces.

Tan fuertemente silbó de pronto el huracán, abarrancándose en los obstáculos que oponía á su impaciencia la torre, que durante un momento creyóse habíase tronchado el cuerpo pesadísimo del cíclope, y que sus pedazos caían sobre el techo de las naves golpeándolas como á enormes tapas de tumbas. Las matas y plantas silvestres, nacidas trabajosamente en la piedra, movíanse furiosas deseando huir del edificio, y fustigaban su pedregosa epidermis, dando leves silbidos de zurriagos. La escalera de la torre la invadía con tenacidad el cuerpo del viento, enroscándose y retorciéndose por el caracol de piedra, como si fuera reptil que bajara á derribar las estatuas echadas en silencio sobre la blanca cubierta de los sepulcros.



GLUCK (Busto por Houdon)

Rotas algunas ventanas por el viento, la marejada llenó las vastas naves del recinto, y los ex-votos colgados al lado de las imágenes, los paños del altar bordados de hermosas flores de oro, las negras y severas lámparas bajando de los cielos, suspendidas como estrellas de interminables cadenas, y los cuadros colgados de los muros, donde la religión trazó con inspirado pincel las escenas de santos y profetas, empezaron á oscilar en medio de un arrebatado torbellino, que tan pronto alzaba la capa de polvo tendida sobre algún cornisamiento desde la remota construcción del templo, como estremecía las cerradas puertas de altares y capillas, tal como si hubiera llegado terrible invasión de escépticos y herejes que ansiaban tomar los recintos y saquear despiadadamente el edificio.

La racha suelta y caprichosa que ondeaba á su antojo por el templo, rodaba violenta sobre el teclado del órgano sin poder arrancarle el ronco *Miserere* que debía acompañar la espantosa hecatombe de las columnas. Pasaba sin poder dispertar la serie de notas dormidas en el instrumento, daba una vuelta por la nave chocando en algún cuadro que hacía tabletear sobre el muro, y persistente en su deseo, volvía á rodar sobre el teclado, como esos ejércitos de golondrinas que trazan círculos sin cuento junto al remate de los cimborios hasta coger la embocadura al estrecho nido colgado del peñón.

La tormenta sonó entonces fuera de la iglesia, y aquel choque de aires contrapuestos en que desahogaba la tempestad, atronó la terrible mole, que cogió el eco sonoro y lo hizo correr

LOS BORRACHOS (Cuadro de VELAZQUEZ.—Dibujo de P. y Valor)

ABDUL RAHMAN, EMIR DEL AFGANISTAN (Retrato por C. Haaz)

por las naves con un tremendo ruido de terremoto.

Los relámpagos abrasaron por un momento la iglesia, y penetrando por las ventanas, rasgaron la sombra dormida en el recinto, que pareció quejarse al chocar en los millares de filos de la luz.

A este punto, los silbidos cada vez más pronunciados del viento, los horribles palmetazos de los cuadros en las paredes, el escarceo de trastos volcados por el suelo, y las cien placas metálicas que vibraban sin saberse dónde con destemplados dobles de campanas, dispertaron llena de incomprensible terror á la penitente, que poco á poco dióse cuenta del lugar en que se hallaba. Corrió, como pudo, hacia una de las puertas, para salir atropelladamente, pues creía que se le venía encima el edificio, pero era imposible la salida por ningún lado de la iglesia. Se aumentó entonces su terror. ¿Qué habría sido de su madre durante su ausencia? ¿se habría agravado en su enfermedad? ¿pero qué tiempo había estado sin sentido? Llamó, golpeó con furia las maderas pidiendo vinieran en su auxilio. Su voz se perdía entre el confuso ruido del viento, que alzaba trágicos clamores en la iglesia.

Huyó apresuradamente á la capilla para implorar, puesta en cruz y de rodillas, quiso reanudar la oración comenzada, y abriéndose al parecer la tremenda cúpula al resonar de un espantoso trueno, hundió los aires una luminosa línea vertical, y la centella fué á reducir á polvo el cuerpo delicado de la joven.

—¡¡Ah!!—exclamó dando un inmenso grito la mujer al salir de su sueño, echando los brazos á su madre, que se hallaba cerca del lecho.

—¿Otra vez el ataque?—dijo ésta con ternura, acostumbrada á las repentinas sacudidas de la enferma.

—¡Qué sueño más horrible!—murmuró tremula de espanto la joven, sin separar los brazos de su madre.—¡Soñé que me hacía pedazos un rayo! Mira, todavía andan por los muros las sombras de la iglesia.

Efectivamente, la mariposa que alumbraba la estancia, chisporroteando casi moribunda, producía confusas sombras, que trazaban repentinos paisajes de tinieblas en las paredes.

S. Rueda.

EL ESCORIAL

Resuena en el marmóreo pavimento
del medroso viajero la pisada,
y repite la bóveda elevada
el gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
vive la vida de la edad pasada,
y se agita en el alma conturbada
supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
contra su propia hiel, buscó un abrigo,
esclavo de sí mismo un soberano;

Que la vida cruzó sin un amigo,
águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo.

Vicente Riva Palacio.

A UN ARTISTA

Al tibio rayo de argentada luna,
cuando brilla la verde primavera,
cuando derraman en serena noche
su fulgor en el cielo las estrellas,
y las movibles ondas de los mares
lamen del puerto las labradas piedras
con sus besos de espuma, cuando todos
los seres que se agitan en la tierra
duermen en su regazo, y apacible
reposa la feliz naturaleza;
en esa calma tierna despertando
la fantasía cobra vida y sueña.

—

En esas horas, cariñoso amigo,
de quietud y silencio, estar en vela
es dulce al solitario pensamiento
que mi cerebro con su llama quema
cuando, de día, acorralado vive
de triste realidad tras las barreras;
cuando hastiado de prosa de la vida,
cuando ahito de luchas y miserias,
sobre sí mismo y sobre el mundo se alza
hasta el éter azul que le enajena,
batiendo sus dos alas y extendiendo
su raudo vuelo lejos de la tierra.
Artista tú, como él, abre las alas
de tu imaginación, conmigo vuela,
porque el mismo horizonte pueden juntos
recorrer á la par pintor y poeta.

—

¿Buscas el ideal del amor puro,
que el hombre núbil en sus sueños crea
en la cándida edad? Pues deja el mundo,
ven conmigo á fantásticas esferas.
Busca en vano el artista aquí á la virgen
que soñara en su tierna adolescencia
de faz celeste y corazón divino,
como expresión de la más pura idea;
y corre tras la fimbria de su manto
si en florido sendero alcanza á verla,
con leve pié cruzar veloz y esquiva
y perderse en la lóbrega arboleda.
Esa mujer, que no consigue el hombre,
aunque obstinado y terco va tras ella,
ese ideal que escapa á nuestro tacto
cuando á nosotros la ilusión lo acerca,
en polvo á nuestras plantas se deshace
cuando se toca su beldad quimérica,
ó al ir á asirla desaparece rápida
y á las regiones infinitas vuela!...

—

¿Buscas el ideal de la justicia?...
Ven conmigo á fantásticas esferas;
porque ese espejo que de Dios emana
en el mundo su imagen no refleja.
El filo agudo de su augusta espada
enmoheció el favor, su faz severa
sonríe al poderoso y mira adusta
al desvalido que confía en ella
y ya de su balanza en los platillos
mucho más que el derecho el oro pesa.

—

¿Buscas el ideal del amor patrio?...
Pues vuelve á Roma, retrocede á Grecia,
porque en la España de Guzmán el Bueno
esa apagada antorcha ya no humea.
A placeres impuros se entregaron
las que ayer eran vírgenes austeras
extinguirse dejando esas Vestales
del fuego sacro la ideal hoguera
y el templo abandonando; ora vacío,
sus ya desiertos claustros sólo llenan
la oscura frialdad del egoísmo
y del propio interés la sombra densa.

—

¿La Verdad en el mundo encontrar quieres?
Pues no la busques donde no se encuentra.
Esa Diosa purísima é inflexible
tendió sus alas á la azul esfera
del socavado pedestal volando,
que en pié dejó sobre la ingrata tierra;
y en él, provocativa la Mentira
erguirse consiguió, substituyéndola,
de la Verdad con el disfraz el cuerpo
cubriéndose y la faz con la careta.

—

¿Buscas otro ideal? ¿Buscas la Gloria?
Ven conmigo á fantásticas esferas.
Mercaderes del arte han profanado
el santo templo, en cuyas naves suena
de vendedores el rumor siniestro
que, voceando, el noble culto afrentan.
Es el oro su Dios y sobre el ara
do al ideal se rinden las ofrendas,
cual Judas á Jesús, venden el Arte
por miserable precio: deja, deja
que corra el hombre con febril locura
tras la lasciva sed de la riqueza,
á más altas regiones, á otros mundos
conmigo asciende y noblemente sueña

—

Somos de estirpe superior al rico:
su material cerebro no alimenta
ni el alto pensamiento que ennoblece
ni el germen fecundante de una idea.
Su árido corazón del sentimiento
la bienhechora lluvia no refresca;
jamás del entusiasmo su alma fría
llega á sentir la vibración eléctrica.
¡Pobres ricos, artista, pobres ricos,
de oro que huye, de efímeras riquezas
que da y quita la suerte caprichosa
sólo moviendo la inestable rueda!...

—

En nuestra fantasía hay más tesoros
que amontonar consigue la opulencia:
los pensamientos creadores brillan
con resplandor más limpio que las perlas,
que el oro y los brillantes; créo cielos
con mi imaginación calenturienta,
y bellos mundos tu pincel de artista
en concepciones inspiradas, crea.
Ricos somos, artista, somos ricos:
gocemos sin temor nuestras riquezas
que no dependen de falaz fortuna,
que se gozan sin miedo de perderlas.

—

El mundo del artista es otro mundo:
vuestras alas ligeras á él nos llevan,
lejos de los pantanos de la vida
donde se encharca el cieno que la infecta.
Volemos á los limpios horizontes
do la imaginación se enseñorea,
donde se gozan los placeres puros
que nos ofrecen su afección perpetua.
El hombre material los desconoce,
como réptil se arrastra por la tierra
y, rampante, no llega hasta la altura
donde el águila real tan solo llega.

Jacinto Labaila.

NUESTROS GRABADOS

ESCULTURAS DE HOUDON
MOLIERE, GLUCK, VOLTAIRE

Fué Houdon uno de los más insignes escultores franceses de la pasada centuria, brillando sobre todo en el retrato, para cuyo género estaba dotado de singulares dotes, entre otras una gran fuerza de observación. Iniciado por Caffieri en los secretos de la técnica, no tardó en aventajar á su maestro, consiguiendo llevar el arte á envidiable perfección.

El método que seguía Houdon para darles vivísima personalidad á sus modelos era no descuidar ni los más minuciosos detalles, pudiendo decirse que fué, en Francia, el introductor del naturalismo en escultura. Nuestros escultores lo fueron siempre.

Considérase como su obra maestra el *Voltaire* de la Comedia Francesa, por la admirable reproducción de la cara y las formas del olvidadísimo autor de *Merope*, *Alzira* y tantas otras tragedias de imposible audición hoy en día.

Esta escultura y el busto de Molière hallánse en la Comedia Francesa, y el de Gluck, el creador del drama musical, en el *foyer* de la Ópera.

VIDRIERAS GÓTICAS Y DEL RENACIMIENTO

La vidriera en que está pintado un paisaje y cuyo asunto es un episodio de la vida de San Pedro, se halla en la iglesia de San Vicente, en Ruan, formando pareja con otra. El color del vidrio está en completa armonía con el sentimiento de la escena: es invernal. El fondo de la pintura es de un hermoso azul celeste, produciendo el paisaje un efecto sumamente aéreo. Es obra del siglo XVI; gótica, pero influída ya por la oleada del Renacimiento.

Ejemplo de transición son las dos vidrieras de Shrewsbury, probablemente de origen tudesco. La que representa un fraile predicando, parece inclinarse por la ausencia de determinado estilo en los detalles ornamentales al gótico; la otra, por su marco arquitectónico, refiérese mejor al gusto del Renacimiento.

LA NIEVE EN BARCELONA

Nunca la actual generación conoció un nevasco tan fuerte cual el que cayó aquí desde la mañana del jueves, 10, hasta entrado el sábado, con breves intervalos de calma. En este día y el siguiente había puntos en que la capa de nieve alcanzaba 60 centímetros de espesor, pero en pocas partes bajaba de 50. Calculóse que habían caído en el radio de Barcelona 630.000 toneladas de nieve.

Como era natural, dada la rareza con que ocurre aquí semejante fenómeno, la gente se echó á la calle ó subió á las azoteas en busca de los puntos de vista en que producía mejor efecto la sábana blanca que lo cubría todo.

Nunca como ahora lamento mi carencia de dotes descriptivos, pues había de regalarles á mis lectores una página digna del aspecto maravilloso que ofrecía la ciudad, con sus casas, torres, cúpulas, campanarios y miradores festoneados de cornisas de nieve; con sus árboles fantásticamente envueltos en la más deslumbrante vestidura; con sus montañas cubiertas de un manto de blancura nítida; con sus calles alfombradas como de candidísimo vellón; con el extraño silencio de la vía pública, sin carruajes, sin ruido de pisadas, sin eco apenas de las voces. Fué, sí, ciertamente, un espectáculo inolvidable, que nos hizo saborear por espacio de tres ó cuatro días los encantos de Irkust ó de Tobolsk... sólo que no estando acostumbrados á ello hubieron algunos de ver amargada su deleitosa contemplación con resbalones y caídas de los cuales, ¡ay! conservan todavía dolorosas huellas...

Nuestros grabados dan fidelísima idea del aspecto que presentaban algunos de los más pintorescos sitios de Barcelona.

Como quedamos después de la nevada es imposible ponderarlo. Gracias á que entre el sol y los vecinos se pudo ir quitando, aunque muy poco á poco, la nieve, á la buena de Dios, que de haber tenido que esperar á que nuestros ediles dictaran las medidas oportunas para alcanzarlo bien y pronto de fijo que todavía estaríamos como estábamos. Exceptúese, sin embargo, la calle de Fernando VII y la Rambla. El ensanche ha quedado que da horror, más horror todavía que de costumbre.

A la fecha en que escribimos estas líneas,—doce días después del nevasco,—vénse todavía blancos vestigios en algunos solares y azoteas y no han perdido aún su frígida corona algunas cimas de las vecinas montañas.

MOSCOU.—PERSPECTIVA DEL KREMLÍN, DESDE LA TORRE DE IVAN VELIKI

En el punto más elevado del Kremlin *(el Fuerte)* y dominando el conjunto de palacios, templos, conventos, cuarteles, almacenes y arsenales encerrados dentro las murallas de aquella imponente fortaleza, levántase una elegante y graciosa iglesia coronada por nueve cúpulas de oro, lo mismo que la techumbre: es la catedral de la Anunciación.

Esta fábrica, edificada en 1399, fué reedificada noventa años después por orden de Ivan III, bajo la dirección de un arquitecto milanés llamado Heviso.

Es imposible ponderar la magnificencia verdaderamente oriental de este templo.

A su lado levántase la torre de Ivan Veliki, de forma octógona, terminada por una cúpula dorada á fuego, coronada por una cruz de oro.

En esta torre y á diferentes alturas están suspendidas treinta y tres campanas.

TRAJES DE LA OPERETA DE AUDRAN «EL GRAN MOGOL»

Esta opereta, acompañada de baile, ha recorrido ya los principales teatros de Europa, siendo una nueva muestra de la suerte loca que tiene el autor de la *Mascota*.

LOS BORRACHOS
Cuadro de Velázquez.—Dibujo de P. y Valor

«Pasar del cuadro de *Las lanzas* á los *Borrachos*,—dice L. Viardot,—es pasar de un poema épico á una canción báquica, y, sin embargo, lejos de bajar, quizás he subido... No hay allí más que una escena picaresca; pues bien: es uno de los cuadros de los cuales ninguna descripción ni alabanza pueden dar idea ni expresar dignamente la belleza... Hay que ver ese cuadro, hay que volverlo á ver, y verlo sin cesar, fijar en él la mirada, concentrar toda la fuerza de la atención... Cuéntase que el inglés David Wilkie, el pintor de la *Gallina ciega* y del *Bedel de Aldea* había ido exclusivamente de Londres á Madrid para estudiar á Velázquez, y que simplificando todavía más el objeto de su viaje, de todas las obras de Velázquez no había estudiado más que esa. Cada día, hiciese el tiempo que hiciera, iba al museo, instalábase del cuadro querido, pasaba tres horas en silencioso éxtasis, y después, cuando la fatiga y la admiración le habían dejado sin aliento, dejaba escapar un *¡uf!* del fondo de su pecho, y cogía el sombrero.»

Hoy, todo el que vale, reconoce en Velázquez el primer pintor del mundo, ó cuando menos, *primus inter paces*.

ABDUL RAHMAN, EMIR DEL AFGANISTAN
Acuarela de Carlos Haez

Trátase de un bonito retrato á la acuarela, género á que se presta mucho el carácter del personaje representado. El digno emir demostró ser hombre de valor y corazón en la guerra con los ingleses, pero no por eso deja de ser muy inestable su posición, colocado como se halla su estado entre la Rusia y la India.

UNA CALLE DE MURCIA

Esta calle es la de la Platería, aunque representada solamente en parte en nuestro grabado, famosa entre todas las de la ciudad, fabricándose todavía en sus tiendas aquellos pendientes de plata de gusto puramente oriental que las murcianas usan invariablemente.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

En esto uno de los petimetres que más se despepitaba por Tersípcore y que no perdía nunca la ocasión de lucir la agilidad de sus pantorrillas, exclamó levantándose:

—Señores, me atrevo á proponerles una cosa que estoy seguro merecerá los plácemes de todos los presentes.

—Diga V., diga V.,—murmuraron los contertulios.

—Que se llame á las chicas y que se baile un minué en honor á la señora de la casa.

—Aceptado, aceptado,—contestaron á coro los currutacos.

Doña María Luísa inclinó cortesmente la cabeza y articuló:

—Mil gracias por tanto honor. Estimo en mucho la galantería de don Fermín; pero antes les pido una benevolencia...

—¿Cuál?—preguntó el lechuguino, echando mano al lente y ladeando el cuerpo como un bailarín.

—Molestarles los oídos. Ya que se encuentra presente don Leandro, espero que se servirá acompañarme en el clave su preciosa canción *La damisela*, la cual me ofrezco á cantarla como un singular obsequio á la reunión.

—Con mil amores, señora,—articuló el bailarín.

Don Leandro perdió los colores.

Su cara mitad sudaba tinta.

—¿Qué canción es esa?—preguntó el fraile cambiando una mirada de inteligencia con la viudita.

—Una canción muy pícara, pero muy linda,—contestó la dama, y añadiendo:—Es de lo mejorcito que ha escrito don Leandro.

El golilla se apresuró á contestar:

—No vaya V. á creerlo. Es una composición muy sencilla que escribí en mis mocedades, cuando cursaba leyes en Alcalá de Henares y que el gran Manuel García ha puesto en música.

—Que se cante, que se cante,—exclamaron damas y caballeros.

—Me hará el obsequio...—exclamó doña María Luísa dirigiéndose al golilla.

—Pero, señora...—articuló el pretendiente con cierto embarazo notando que no le perdía de vista su mujer.

—Vamos, pasemos al clave. Parece su merced un colegial.

Don Leandro ofreció la mano á la bella y la acompañó al armonioso instrumento.

La buena de doña Cándida, que no era tan bonachona y tan cándida como creía su esposo, saltó como una ardilla y tomó asiento al lado del fraile, exclamando:

—¿Ve? su paternidad cuanto descaro.

—No ve V. nada, señora. Esto no es más que un sainete de D. Ramón de la Cruz.

—Pero es un entremés que puede terminar en drama.

Don Leandro, en tanto que la dama buscaba entre los papeles de música su canción, balbuceaba muy quedo y con meloso acento:

—¿Por qué me ha puesto su merced en este aprieto? ¡Por lo visto V. se chancea mientras yo la digo sin ambajes ni rodeos: la amo, la quiero y la idolatro con todos mis cinco sentidos!

—Más bajo, más bajito,—articuló la dama aparentando temor.

—¡Sí, mucho, mucho! y V. se complace en atormentarme, en hacerme sufrir, en martirizarme poniéndome en cruz entre mi mujer y el fraile, cuando yo le consagro todos mis pensamientos, todas mis ilusiones y es...

—Más quedo, más quedo, don Leandro.

—¡Yo me muero, señora! Soy un cordero que lame sus piés, que vive sólo de la luz de esos ojos...

—Que mirarán dulcemente á V.,—interrumpióle la dama con toda la zalamería de su alma.

—¡Cómo!—exclamó don Leandro, saltando de la silla.

—Si V. pone en mí su confianza y me complace en todo y por todo,—añadió la dama guiñándole el ojo de un modo especial.

—¡Abra V. esos labios de corales! ¡pida usted por esa boca!

—Ya se lo manifestaré por escrito. Ahora demos principio á la canción de V.,—y articuló por lo bajo:—Imbécil, como voy á divertirme.

—¿Se canta ó no se canta?—preguntó el fraile desde su sillón.

—A ello voy,—contestó la viudita, haciendo una mueca encantadora.

Don Leandro, sin saber lo qué se hacía, dejó correr sus dedos en el teclado.

Todos los contertulios prestaron atención.

Doña María Luísa, con mucha sal, con mucha intención y con mucho donaire, dió principio á *La damisela*, pareciendo sus trinos gorjeos del ruiseñor.

Las primeras frases ya excitaron la hilaridad.

La canción decía así:

Cuentan que una damisela
por escrúpulos de amor
fué á pedir consejo á un fraile,
á un fraile predicador.

Yo me acuso, padre mío,
que una noche en San Antón
besé el rostro á un currutaco
con la más buena intención.

El dominico
bajó el cerquillo,
del pecadillo
se sonrió;
guiñóle el ojo,
y él muy travieso
dicen que el beso
le reclamó.

La petimetra
cruzó su velo,
del santo suelo
se levantó;
y dijo al fraile,
muy liso y raso:
—Por ese paso
no paso yo.

Una lluvia de aplausos resonó en aquel aristocrático salón.

Doña Cándida lloraba de pena, y el fraile se puso turbio.

El abogado acompañó á la dama á su asiento, entre plácemes y palmadas.

El pobre diablo se daba aires de triunfador.

El carmelita le decía por lo bajo:

—Está V., amiguito, en pecado mortal. Esta canción no es muy santa que digamos.

—Ya me he confesado de ello. Es obra de mis juveniles años como se lo manifesté.

En eso se abrió la puerta del salón y entraron como una bandada de palomas las tímidas damiselas, las cuales fueron á besar ceremoniosamente la mano á fray Nolasco y á sus respectivos papás, principiando poco después el ceremonioso minué.

El fraile, lleno de impaciencia, preguntaba en tanto á su hija espiritual:

—¿Ya se ha declarado este insensato?

—Sí, padre mío; ¡y si hubiera oído con qué ardor! Con que, señor, venga pronto el consejillo.

—Mañana pásate, niñita, por el templo y te lo diré. Será cosa buena.

Hecho esto, el buen varón se frotó las ma-

nos por debajo del hábito y giró los ojos al humeante chocolate colocado dentro de sus correspondientes jícaras, sobre una ancha bandeja que se destacaba encima de las arquillas que adornaban el salón.

XIV

SECRETILLOS ÍNTIMOS

Al día siguiente muy de mañanita doña María Luísa abandonó la granja y se dirigió á la villa.

Envuelta en una riquísima mantilla de encaje, que velaba sus pícaros ojos negros y vestida de negras sedas penetró nuestra dama en el templo del convento del Carmen y se encaminó al altar de la Virgen de la O, protectora de las mujeres casadas, en cuya capilla, la más grande, la más espaciosa y la más oscura del templo, hallábase el confesonario del padre Nolasco que echaba mano de cierto anzuelo espiritual para pescar almas pecadoras dejándolas tan limpias de feas culpas y de abominables pecados que pasaban al banquete del Señor como si estuvieran aún almacenadas en el cielo y no hubiesen nunca morado en los pecaminosos dominios de la carne.

Doña María Luísa, rebozada en su velo, con los brazos puestos en cruz, postróse de hinojos en uno de los lados del confesonario de su padre espiritual y por su espesa celosía fueron sus bermejos labios confesando sus pecadillos esperando su alma contrita, sumisa y atribulada la bendición espiritual.

Media hora larga duró la confesión.

Cuando terminó tan religioso sacramento rezó por lo bajo el acto de contrición, fué á besar ceremoniosamente la estola y se encaminó á un ángulo de la desierta capilla.

Fray Nolasco abandonó el confesonario alegremente y murmurando por lo bajo:

—Pasemos del banco de la penitencia al banco de las murmuraciones.

El monje y la viudita, que eran tal para cual, según rezaban en la villa, tomaron asiento en un banco, y por sus labios, que pocos momentos antes sólo se habían deslizado palabras piadosas, resonaron las de la sabrosa salsa de la murmuración.

UNA CALLE DE MURCIA

Doña María Luísa, con los ojos entornados y formando un delicioso juego de alza y baja con los hoyos de su tentadora cara, relató minuciosamente al fraile las visitas amorosas y apasionadas declaraciones de don Leandro.

El fraile ponía unas veces cara de vinagre y otras se esforzaba mucho para contener la risa.

Cuando la compotente terminó su interesante relato ladeó la cabeza murmurando por lo bajo:

—Ya ve V., como huyo de la tentación y busco su amparo. Conque, prepare V. una lección que obligue á andar con pié derecho á aquel que va con el alma cojeando.

—¡Ay niñita, niñita mía, —contestó el monje dándole suaves palmaditas en las rodillas, — advierte que aquel que juega con fuego, algunas veces se quema, y sería muy triste, pero muy triste, que el espíritu infernal te tomara por su cuenta!

—Tengo puestas muy buenas barreras á mi virtud.

—¡Algunas veces se asaltan, chicuela!

—Perderían en la lucha.

—Así lo espero de Dios, —contestó el fraile levantando los brazos al cielo como si estuviera representando un melodrama.

—Vamos, padre, conciba usted un enredo bueno, chistoso y muy ladino.

—Doña Cándida está muy furiosa...

—Ya se aplacará.

—Los celos y recelos, niña mía, la sacan de quicio.

—¡Qué culpa tengo yo, cuando estoy encerradita en casa y no me meto con la vecindad!

—¡Pero le franqueas la puerta, pícara mía,— amonestó el fraile seriamente.

—No ponga su merced este ceño, que no lo merezco, y exponga V. su plan.

El monje bajó los ojos, llevóse los dedos á los labios moviéndolos de una parte á otra y después de una larga pausa exclamó:

—¡Ya he dado con él!

—¿Cuál es?

Fray Nolasco giró una mirada en derredor, y colocando su boca junto al oído de la dama, expuso la provechosa lección que parecía por su gracia especial concebida por Moreto.

La virtuosa viudita soltó una estrepitosa carcajada, ocultando la risa con su finísimo lienzo.

—¿Te place?

—Mucho.

—Pues bien, ahora escribe dos cartas, una para él y otra para Cándida y me las mandas por tu criado. Verás como irá todo viento en popa.

—Padre mío, será un lance delicioso.

—Eso corre de mi cuenta.

El fraile se levantó perezosamente y añadió sonriendo:

—Ahora adiós, que después de atender al alma bueno es atender al cuerpo. No eches en olvido la penitencia que te he impuesto, aturdidilla.

—¡Qué mayor penitencia que separarme de su merced!

El fraile le echó la bendición y la dama le echó un cumplido.

(Se continuará.) FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

—) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 5 de Marzo de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 218

UN DÍA APROVECHADO (Cuadro de Picknell)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid*. *Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomás Salvany.—*Lecturas*. *A muchos y á ninguno* (continuación), por Clarín.—*Revista científica* (conclusión), por Alfredo Opisso.—*La noche de piñata*, por José M.ª de la Torre.—*Necesidades*, por J. F. Saumartin y Aguirre.—*El amor de los amores* (poesía), por Carlos Cano.—*Ternezas*, por Ezequiel Solana.—*Modelo* (poesía), por José Barbany.—Nuestros grabados.—*La fuente de los currutacos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Un día aprovechado.—Pintores australianos, (dos grabados).—Botadura del acorazado español «Pelayo,» en la Seyne, Tolon.—La familia.—*Rusia*: El Kremlin de Nijni Novgorod.—La gruta azul, de Linderhof (Baviera).—Faena interrumpida.—Robles y Hayas.—Apuntes del puerto de Barcelona.—Modas en cinturas.—*Moscou*: Torre de Kremlin é iglesia del Salvador.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

LA PIEDAD DE UNA REINA

QUERIDA Carmen: Hace algunos días se anunció en los carteles del teatro de la Comedia, un drama cuyo título fijaba la atención desde luégo por su prestigio de actualidad: *La piedad de una reina*. Los aficionados á la literatura sabían de quien era el drama, de Marcos Zapata, el autor de *La capilla de Lanuza*... Como este Marcos Zapata es una verdadera personalidad y no un simple versificador, permíteme que te envíe algunos rasgos de su carácter. Zapata es aragonés, y para saberlo basta cruzar con él algunas palabras; el tono, la sinceridad y rudeza de su acento, lo dicen desde luégo; habla con extraordinaria energía y se transparentan su pensamiento y su corazón á través de sus ojos que resplandecen y se fijan. Participese ó no de las ideas que defiende se hace simpático, pues la fe y la entereza en sostenerla son simpáticas siempre. Su fisonomía y su persona no corresponden á este siglo; como su talento, parecen trasunto de alguno de aquellos poetas de la floresta del siglo XVII; está pidiendo el sombrero con pluma, el coleto y la espada de cazoleta. Pero en la vida social y en sus convicciones políticas es un perfecto hombre de su siglo; le gusta la literatura moderna y las ideas novísimas; él escribe según su carácter, pero admira lo que otros escriben con opuesto carácter del suyo. Es decir, no tiene más preocupación literaria que una: el buen gusto.

Esta cualidad del buen gusto sin duda que la adquirió en el estudio de nuestros clásicos; estudio que le hace ser castizo hasta en sus descuidos. Y tan compenetrada está en su organización que no ha perdido ese delicado sentimiento en los difíciles años de su juventud, pasada en pobrezas desconsoladoras y en el trato de otros ingenios de la *bohemia*.

Llegó á Madrid con veinticuatro reales en el bolsillo y con grandes esperanzas. Como solo sabía escribir versos, tuvo que dormir en el Prado por las noches y alimentarse de elegías y madrigales. Uno de los bancos de piedra del Prado ha sido llamado *el banco de Zapata*. Cierto escritor que le encontró un día sentado en él y comiendo le dijo:—¡Hombre, comes en la cama!

Pudo entrar en *La Discusión* y escribió allí durante tres años. Después hizo *La capilla de Lanuza* y este drama le creó instantáneamente una reputación. El público reconoció en aquel autor un poeta varonil, inspirado, español; cantor de nobles ideas y sentimientos. Después escribió *El castillo de Simancas*, *El solitario de Yuste* y algún otro drama, todos célebres por el vigor y la espontaneidad de su versificación. Ya con nombre y con medios para vivir, arrancado á la poesía dolorosa de la vida bohemia, corrompido acaso por haber mejorado de sastre y de cocina, pensó en que le pusieran sus versos en música para que le valiesen más dinero, no para que sonasen mejor. Se hizo poeta zarzuelista, y, en efecto, mejoró de posición social. El mismo lamenta muchas veces su trasmigración del mundo de los Calderones y Quevedos al mundo de los barítonos y tenores; tiene como remordimientos de haber adornado su lira épica con laureles culinarios... Pero, en fin, tiene la disculpa de que nadie puede resistir, sin caer, á las corrientes de su siglo. Tal vez, como una reivindicación de su juventud y de su alma clásica escribió *La piedad de una reina*, que había de darle tanta fama, sin ser representada, como sus otras obras más famosas.

El gobernador de Madrid cuando leyó el título debió decirse, como todos sus gobernados: esto debe tener alguna relación con el indulto de Villacampa, y pidió el ejemplar á la empresa. El empresario le llevó al gobierno y de resultas de esta condescencia recibió orden de suspender el estreno. Protesta del empresario, protesta del autor, protesta del público, protesta de los socios del Círculo literario y artístico, protesta de las oposiciones liberales; interpelaciones en las Cámaras, contestaciones del ministro de la Gobernación, Leon y Castillo,—*ese que mata codornices con cañón*,—como decía Ayala; reaparición de Romero Robledo como defensor de la sagrada libertad del pensamiento; lectura en el Congreso de algunas escenas de la obra; crítica del Presidente del Consejo, que afirma que los versos de Zapata no le han parecido tan excelentes como se dice... Y así llevamos unos cuantos días, y la cuestión no se acaba ni el drama se representa. Y unos dicen:—¡El asunto es baladí; mentira parece que traiga revueltos á tantos hombres serios!—Y otros:—¡El tercer acto de *La piedad de una reina* (tiene solo dos) está escribiéndose por el Destino y se titula: *La caída de Sagasta!*

¿Me permites, prima, que diga unas palabras acerca del fondo de la cuestión?... Pero no, antes, como sé que las mujeres preferís la narración á las reflexiones, te contaré lo poco que sé del argumento de ese drama. Si pudiese esperar á mañana te le podría contar extensamente; su autor da lectura de él esta noche en el Círculo literario y artístico, pero eso no puede ser... Del drama sólo sé que empieza en una torre de Stokolmo, donde está encerrado un general insurrecto aguardando el castigo de la ley. Este general tiene una hija y esta hija un enamorado. El enamorado se pone de acuerdo con la nodriza del rey,—un *rey-niño*,—y ponen en la cuna del rey un pliego sobre el cual dice: *A mi madre*. La reina llega, lee y perdona; con grande asombro y sentimiento de un general y de otros personajes de la corte que ya se estaban relamiendo en la esperanza de un fusilamiento. Como te digo todo esto pasa en Suecia; mas no parece sino que ha pasado en España.

Y ahora, discurramos... El fondo de la cuestión no es si hay alusiones á la reina y al rey y al general Martínez Campos: las hay desde luégo; es si la monarquía hubiese peligrado porque se hubiese representado *una sola vez* el drama. No cabe duda que no; seguramente no se hubiese proclamado la república en el teatro de la Comedia: única proclamación grave para la monarquía... Por otra parte: el autor elogia la piedad de la reina; de igual modo que la elogian casi todos los españoles. ¿Por qué el gobierno ha roto con el sistema represivo y acudido al de los conservadores? Pura y simplemente para evitar que se escriban más obras con alusiones políticas. Aunque tú no seas muy aficionada á este género de discusión reconocerás que por este hecho el gobierno ha demostrado que es un gobierno lleno de preocupaciones conservadoras. Su torpeza es muy grande. A la muerte del rey se creyó que la Regencia duraría poco tiempo y que vendría la república; Cánovas cedió el poder lleno de miedo, y se empezó á gobernar con tolerancia. Vino el 19 de Setiembre y el gobierno pudo ver que la revolución armada no tenía sectarios: que desfilaban por Madrid con indiferencia los grupos de insurrectos; vió, en fin, que no había opinión revolucionaria. Y ¿qué hace? ¡crearla! y se hace reaccionario en lo que todo el público puede juzgar y en aquello que todo el público está interesado; en la libertad del pensamiento; en las diversiones; en los placeres; en lo que puede hacerle más antipopular...

Las oposiciones explotarán esta cuestión y darán al ministerio carácter reaccionario; haga ya lo que hiciera Sagasta le dirán que es más conservador que Cánovas. Vivía de no ser nada, (la eterna política sagastina); ha empezado á morir por haberse significado en algo. Llevamos muchos días en que sólo se habla de esta cuestión...

Como tú tienes muchas simpatías por la reina, te doy el pésame. El gobierno con su política la perjudica. Puesto que es monárquico debe procurar que sólo se hable bien de ella: y casi, casí, que no se hable de ella ni bien ni mal; que el país se acostumbre á creerse solo, sin monarquía, sin dinastía, como si estuviese en plena república, como si los presidentes de la república fuesen Sagasta, Martínez Campos, López Domínguez, ó cualquier otro político. En el estado en que la opinión y los partidos se encuentran, la monarquía debe evitar las batallas. Una mujer y un niño son figuras tan simpáticas que no pueden menos de inspirar respeto á nuestro pueblo, muy sentimental y generoso. Los gobiernos monárquicos deben explotar este sentimiento y estimularle. Se le ofrecía la ocasión, al representarse un drama en que aparece la cuna de un rey niño, iluminada por la aureola de la clemencia. Esta exhibición hecha por un poeta de estro, práctico en los efectos patéticos, debía resultar favorable al hijo y á la madre en cuyo nombre se fulmina la muerte ó se concede perdón en el palacio de nuestros reyes. Se hubieran visto lágrimas en ojos de los republicanos y seguramente, como te decía, no hubieran ido á tomar el fusil llorando. Yo creo que hay políticos seriamente disgustados con Zapata por su drama, y gozosos porque no se haya representado: los verdaderos revolucionarios; los que no transigen con los reyes ni los perdonan. Romero Robledo diciendo en el Congreso que él hubiera *subvencionado* el drama de Zapata, no era el gran cínico de otras sesiones; hablaba como verdadero político.

Estos monárquicos, querida prima mía, tienen un rey niño, guardado por una mujer, y no saben lo que tienen. Se me viene á la imaginación, hablando de esto, uno de los poemas grandiosos y tiernos de Víctor Hugo: *La epopeya del leon*. Sin duda que la recuerdas, «un león había cogido, en la boca, sin hacerle daño,—*porque los leones son así, terribles y generosos*,—á un niño de diez años: era el heredero del trono; porque el rey, su padre, sólo tenía otra niña de dos años. Un guerrero heróico, que cruza por aquel país, le dice al rey que él salvará al niño; entra en la cueva del león que le recibe reposadamente, cercado de huesos roídos, y que le mira con majestad.—¡Dame el niño,—le dice el héroe,—si no quieres morir!—El león se sonríe; le ataca el guerrero y el león le abraza, le aprieta y le deja caer al suelo derramando sangre por entre las grietas de la armadura. Después le bebe la sangre y roe los huesos y se duerme sobre ellos. Entonces el rey le envía un ermitaño para pedirle al hijo. Un ermitaño, de barba blanca, de grande elocuencia:—¡Dame nuestro rey!—le dice.—¡No!—¡Su padre no puede vivir sin él!—¡Yo no podía vivir sin mi leona y me la habéis matado!—El ermitaño tiene, al fin, que marcharse. El rey dispone una batida. Soldados y perros, sin número, rodean el bosque y acosan al león; los soldados le disparan sus flechas; pero él sacude el cuerpo y las flechas caen al suelo, como pajas enredadas en las crines; da un rugido; un rugido augusto; soldados y perros huyen amedrentados. El león sube á un monte y desde allí le anuncia al rey que irá con el niño á su palacio para devorarlo allí mismo. Al romper del alba entra en la ciudad; las gentes huyen; las murallas estan desiertas, nadie se atreve á resistirle. Avanza, con el niño desmayado en la boca. Las puertas del palacio estan abiertas: el rey quiere á su hijo, pero teme al león; y además, debe conservarse para su

pueblo. La fiera se disgusta; espera, lucha y tendrá que comerse al príncipe sin lucha ni testigos; entra en el salón del trono, recorre todas las habitaciones y, por fin, escoge un sitio para comerse al niño... De pronto se queda sorprendido y estático. Ha oído una voz infantil, angelical, llena de alegría y de seducción: entra en la alcoba de donde sale la voz y ve una niña de dos años (la hermanita del príncipe) con el cuello, los piés y los brazos desnudos; de ojos azules como el cielo, sólo vestida con su camisita. El león avanza, estira su cuello y presenta su enorme cabeza por encima de una mesa llena de juguetes... ¿Qué pasó entonces? La niña gritó juntando sus manitas:—Mi hermano, mi hermano,—y luégo amenazó terriblemente al mónstruo con su lindo dedo. Y el león dejó caer con suavidad en la cuna de seda y de encaje al príncipe sentenciado y dijo á la niña:—*¡Ahí le tienes! ¡No te enfades!*»—Esta es la epopeya.

Querida Carmen: el pueblo español, casi todos los poetas lo han dicho, es un león; un león como el de Víctor Hugo. Por eso te decía:—No saben los monárquicos lo que tienen con tener un rey niño. Por más que los políticos desprecien el sentimiento, no cabe duda que el sentimiento es un gran resorte de la política.

Entre tanto, para más digna conclusión, cópio la carta que la reina encuentra en la cuna de su hijo.

«Escucha, madre querida,
oye á un sér todo candor,
recién entrado en la vida,
que es alma á la tuya unida,
como el capullo á la flor.
Cuando se encarnó mi esencia
en la impureza del suelo
le dijo la Providencia
esta profunda sentencia
desde las puertas del cielo:
«¡Vida de reyes te dí!
¡Ten en cuenta mi bondad!
pues sólo espero de tí
que te asemejes á mí
en un rasgo, ¡en la piedad!
¡Si quieres mi bendición,
sé afable de condición!
¡Dichoso el Rey que perdona!
¡Desdichada la Corona
que necesita perdón!»
¡Tú que ejerces, madre mía,
hoy á mi nombre el gobierno,
muéstrate clemente y pía
y conságrale este día,
en holocausto al Eterno!
Toma un pliego de papel,
y dulce como la miel,
y sin demora ninguna,
estampa el indulto en él
y ponlo sobre mi cuna.
Y me verás sonreir
con delirante embeleso,
y á tu regazo acudir...
¡y en tus labios imprimir
mi gratitud con un beso!»

Tuyo,

FERNANFLOR.

PAISAJE AUSTRALIANO (Cuadro de Paterson)

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

—Perdone V.,—dijo el hombre de la calva,—si nos entramos en su casa á tales horas, sin previo aviso ni presentación alguna. Soy el prestamista de al lado; creo que los vecinos deben ayudarse en ciertas ocasiones...

—Ya tenemos en campaña á otro vecino, un usurero, otro tunante,—dije para mí, inquieto y sorprendido de semejante escena.—Pero sepamos al fin, ¿qué ocurre?—pregunté en alta voz.

El pobre hombre miró con azoramiento á todos lados.

—¿Tiene V. ladrones en casa?—profirió, castañeándole los dientes.

—¡Tal vez!—respondí mirando con fijeza al usurero.

—Es que yo... ahora mismo... nosotros... Cuéntaselo tú, hija mía, que á mí me tiemblan las carnes.

—Tranquilícese V., vecino: tome V. asiento, señorita, y cuéntenos...

—No hay tiempo que perder; es necesario registrar la casa, ahora mismo.

—Sosiéguese V., papá,—dijo la joven con adorable acento.

—Respondo de que aquí no ha entrado nadie,—añadí con firmeza.

—Sin embargo, oigo ronquidos.

—Es Ramírez, mi criado, que duerme como un bendito, ahí, tras ese montante.

El prestamista pareció tranquilizarse hasta cierto punto y preguntó:

—¿No ha venido V. hace un momento de la calle?

—Sí, señor.

—¿Lo ve usted? Lo he oído... ¡Si sabré yo quien entra y sale!

—No comprendo...

—Dígame V., por favor, ¿ha entrado alguien con usted?

—Nadie, que yo sepa.

—Y en la escalera, ¿ha visto usted?...

—Los peldaños, las paredes.

—¡Es particular! Pues entonces estaban escondidos... ¡Ladrones tenemos!

—Pero ¿dónde?

—¡Qué sé yo! En cualquier parte. A poco de entrar V. llamaron á mi puerta, con cierto sigilo. ¿Verdad; Rosa?

—Sí, papá, todavía se me crispan los nervios.

—Y con motivo. Figúrese V., vecino, un llamamiento á semejante hora es para asustar á cualquiera. Yo no me atreví á salir, salió ésta, y... El caso es que con el susto se me pierden las palabras... Cuéntalo tú, hija mía, tú eres más valiente.

La joven se volvió hacia mí, embriagándome con su hermosura, y dijo:

—Apenas oí que andaban en la puerta, salté de la cama, tomé una luz, me eché esta bata encima, y así como estoy, salí á mirar por el ventanillo: entre la oscuridad de la escalera me pareció distinguir un hombre de mala traza, disfrazado de militar. — ¿Quién? — pregunté, temblando. Y una voz ronca, desde fuera, respondió:—¡Degollada! Dí un grito de espanto, la luz se me cayó de la mano, quise huir y tropecé con papá, que me había seguido hasta la puerta. Al mismo tiempo sonaron pasos desiguales en la escalera, como si el ladrón, frustrado el golpe, se diera á la fuga. Fuímos por otra luz, y al cerciorarnos de que ya no había nadie, impulsados del miedo, nos hemos atrevido á llamar á la puerta de V., el único vecino que nos inspira confianza y cuya visita deseábamos.

—Lo celebro, — respondí inclinándome, — aunque lamento, señorita, la ocasión que nos aproxima. ¿Está V. segura de cuanto acaba de referirme?

—Segurísima.

—¿No le parece á V., vecino, muy sospechoso todo eso?

—A decir verdad, en esta casa no me extraña nada.

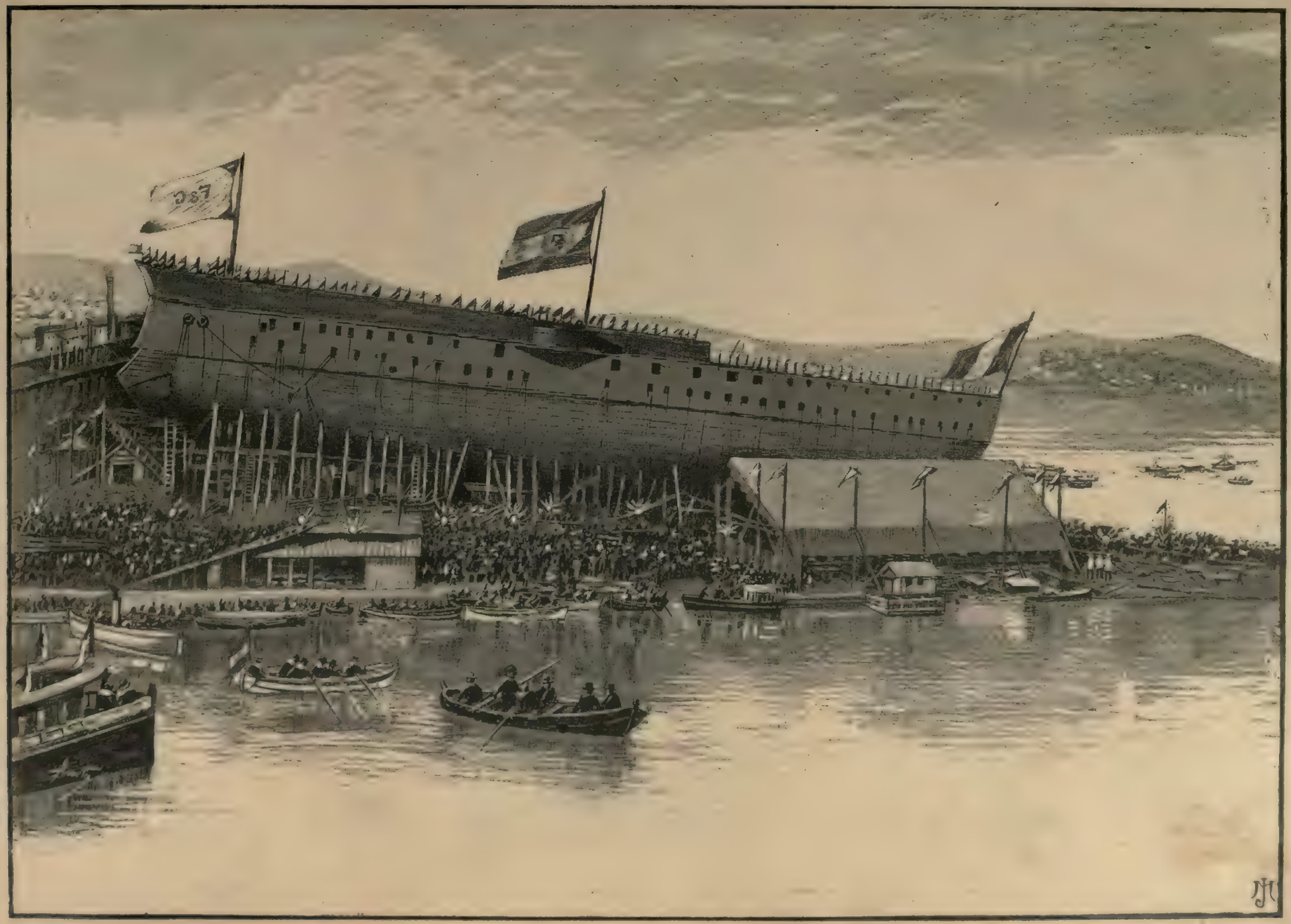
—¿No le parece á V. que un hombre, á tales horas, disfrazado de militar, tentando una puerta que no es la suya, no viene con buen fin?

—Así al menos lo parece; con todo, se dan casos...

—¡Oh! y tendrá cómplices, apostaría un perro chico: un hombre solo no se mete así, á humo de pajas, en una ratonera.

—Papá, son las dos de la mañana, estamos molestando á este caballero; eso no será nada.

(Se continuará.) JUAN TOMÁS SALVANY.



BOTADURA DEL ACORAZADO ESPAÑOL «PELAYO,» EN LA SEYNE, TOLON (Dibujo de Asarta)

LA FAMILIA (Cuadro de Miguel Angel Lupi.—Dibujo de P. y Valor)

LECTURAS

A MUCHOS Y A NINGUNO

(CONTINUACION)

Por todas partes se oye ahora maldecir de los poetas de poco vuelo, de los libros de poesías adocenados, obra de incautos imitadores; y hasta esos críticos ó revisteros que tienen por todo criterio seguir la moda, y contra viento y marea quieren ser graciosos, ligeros y *modernísimos*, dicen mil chistes, siempre elegíacos, contra la pícara manía de escribir en verso. Pero, ¡ah señores! como dicen los diputados, ¿dónde dejamos la manía de escribir en prosa?

Está brotando una generación, que no es espontánea, ni mucho menos, de novelistas *cortos* ó *largos* no menos formidable por su muchedumbre y por su anemia intelectual que aquella multitud de poetas de que ya todos nos reímos.

«En poesía no caben medianías» se repite. Según y conforme. Mediaciones verdaderas sí caben, y hasta son necesarias, y, sobre todo, son natural producto de la especie; lo que no cabe en poesía son nulidades disfrazadas de medianías.

Pero esas tampoco deben ser admitidas en la novela. Y, sin embargo, entre nosotros hay muchos críticos y una parte del público que toleran, ¿qué digo? que aplauden con entusiasmo las obras de tales nulidades, llamadas por los más exigentes medianías, y por los más bobalicones *jóvenes que comienzan por donde otros acaban*, escritores de porvenir y hasta... restauradores de la novela.

Ha llegado á tanto la locura, mejor diría, la necedad, que en alguna parte se ha brindado *contra* los que se van y por los que *vienen*, y ocupan el puesto de los otros. Vamos despacio, señores, vamos despacio, que *vienen* muchos caballeros particulares que así son artistas como yo zapatero; y entre lo poco que entiende el vulgo y lo crédulo que es y lo mucho que le engañan algunos periodistas, vamos derechos á una bancarrota literaria irremediable.

Dejo el teatro que me haría poner el grito en el cielo.

Se trata de la novela, nada más que de la novela. Entre los revisteros mal intencionados y envidiosillos y el dichoso naturalismo de prendería que anda por ahí de café en café, de periódico en periódico han producido estas pléyades de escritores prosaicos que si ya son demasiados, con ser de ayer, ó de hoy, dentro de poco llenarán la península.

Más de diez enemigos *nuevos* tengo yo á estas horas por culpa del *renacimiento* de nuestra novela.

Puesta la novela á *renacer* por los críticos de misa y olla, se han creído obligados revisteros y novelistas flamantes á demostrar el dichoso florecimiento por medio de una abundante cría de narradores novísimos: los unos, los revisteros, se prestan á poner el marchamo de novelista al primero que se presente, y los otros, los de la cría, se dejan declarar artistas en prosa, y en su credulidad de ramos floridos de esta primavera convencional, escriben como un deudor libros y más libros.

El novelista *moderno* es muy trabajador, y como no cree en la inspiración, y hace depender la fecundidad de un buen sistema higiénico... tenemos en consecuencia una porción de males, por ejemplo, que el novelista *moderno* con su salud de roble vivirá muchos años y todos ellos los dejará señalados con un rastro de tinta comparable á la vía láctea en extensión.

«Hay que vivir de lo que se escribe,» este dogma de los *modernísimos* complicado en este otro «Hay que escribir todos los días poco ó mucho algo,» da por resultado esos miles de páginas tristísimas llenas de letras de molde, estepas grises del aburrimiento, forma desconsoladora, hasta terrible, si bien se mira, de la necedad humana, sosa, fría, seca, gárrula. Después de todo, son inocentes estos buenos hombres, y, sin embargo, no se les puede tener lástima, y el remordimiento que de aquí nace aumenta la antipatía.

In illo tempore había ciertos krausistas, de los que llamaba Canalejas (don Francisco, por supuesto) *attachés*, que tenían por cierto que el filósofo no necesitaba tener talento y que áun éste le perjudicaba; y añadían los tales, oyendo campanas y sin saber dónde, que se debía leer muy poco para llegar á la sabiduría. Semejantes absurdos repugnantes se parecen á lo que piensan nuestros naturalistas de portal, los *attachés* del realismo, respecto de las condiciones psicológicas del novelista y las retóricas y estéticas de la novela. Para ellos no hace falta saber inventar, la imaginación sobra ó poco menos; la inspiración es un mito de la *psicología vulgar;* el genio una farsa; el verdadero genio es la paciencia; la musa, la asiduidad en el trabajo. Combinad estas ideas con un poco de positivismo de boticario ó de orador de *sección* y saldrá un revulsivo infalible.

RUSIA: LA TORRE DEL KREMLIN, EN NIJNI NOVGOROD

Llegan á mis manos novelas y más novelas de caballeretes desconocidos; todos dicen lo mismo, es decir, no dicen nada. Creen que escriben libros suyos y no hacen más que coser reminiscencias de lecturas buenas y malas; pero al cabo malas todas, en cuanto lecturas, por culpa del lector incapaz de sacarle el jugo al libro bueno. *Madame Bovary* (de quien todos ellos hablan) es una novela adocenada, tal y como la pueden entender ellos; ni más ni menos que Shakespeare y Cervantes han servido para que con motivo de ellos se dijeran las más rastreras vulgaridades que constan en los tremendos archivos de las letras cursis modernas. Esos novelistas *nuevos* creen estudiar la realidad y están pasando revista á las borrosas imágenes de sus reminiscencias frías y secas y superficiales.

Yo conozco *personalmente* á Fulanito y á Menganito y á Zutanito que son unos majaderos en todas partes, verdaderos cretinos, ¿por qué han de ser hombres de ingenio cuando escriben? No lo son. No podría ser y no es. Pero vaya V. á decírselo á ellos.

A ellos que tienen argumentos de autoridad y de razón para defender sus novelas.

La autoridad, ¡oh! la respetan muchísimo, creen en la disciplina.

Novelista hay de estos que cree pertenecer á una escala cerrada, como las de los cuerpos facultativos. Yo le he oído decir más de una vez:

—*Nosotros*, los naturalistas, ascendemos en una especie de escalafón cerrado, por pasos contados, como los ingenieros y los artilleros. Los *idealistas* son como la infantería, á lo mejor un trompeta salta á general. *Natura... lista non facit saltum.*

(Se continuará.)

CLARÍN.

EN LA CHOZA (Cuadro de Ashton)

REVISTA CIENTIFICA

EL ESTADO DE CREDULIDAD

(CONCLUSIÓN)

Hallábanse reunidas muchas personas en mi casa,—dice M. de Rochas;—hago venir cuatro sujetos y después de algunos experimentos de polaridad, anuncio que voy á tratar de reproducir una ascención de mesa...

Para preparar el espíritu de los espectadores doy algunos pormenores sobre ese linaje de experimentos y muestro la realidad de la corriente determinada por una cadena humana.

Pongo entonces un lápiz sobre una mesilla; nos colocamos al rededor cogiéndonos de las manos y digo que voy á concentrar mi voluntad para que la mesa se eleve hasta el techo, se pegue allí y el lápiz escriba en gruesos caracteres: *Estáis convencidos*.

Al cabo de un instante, afirmo que siento pasar una corriente y que veo vacilar la mesa, y exclamo luégo: «Héla ahí como se levanta... ya se ha pegado al techo.»

Todos los sujetos la vieron también y leyeron la inscripción; creo bien, á juzgar por la expresión de sus semblantes, que ciertas espectadoras que no estaban en el secreto hicieron otro tanto, pero no quise hacerlas confesar su estado.

En cuanto á los cuatro sensitivos, hice que hablasen entre sí de manera que confirmasen, con sus testimonios recíprocos, la realidad del fenómeno, sobre cuyo asunto no les edifiqué hasta más adelante.

Entiéndase que M. de Rochas no hace más que referir hechos. Vaya otro:

He dicho ya que María ve espíritus cuando está en el sueño magnético; uno de aquellos con los cuales se encuentra habitualmente en relaciones es el de un antiguo vecino de su barrio, M. V.

Habiendo llevado á Benito á ver una de esas sesiones de espiritismo, preguntóle si ha conocido á M. V. y me responde que no. «Bueno: voy á enseñártelo. Toma, hélo ahí.»—Le vé, dispónese á hablarle.—«¿Es muy alto?—¡Oh, sí!—¿Cómo va vestido?—Todo de negro.—¿De frac ó de levita?—No veo bien.—Alárgale la mano y díle que te produzca una contractura.»

Tiende la mano y la mano experimenta una contractura.—«Díle que te *descontracture*.»—La mano recobra su estado natural.—«Pregúntale si ha conocido á tu padre.»—Entáblase un diálogo entre Benito y el espíritu.

María sigue esta escena con profundo asombro. Mándola de pronto que vea también; ve.—«¿Es alto?—No.»—Siguen entonces unas señas bastante vagas y diferentes de las que había dado anteriormente Benito, quien continúa hablando en el vacío.

Hago igualmente que entre en contractura la mano de María y que luégo desaparezca la contracción.

Iguales fenómenos con Rosa que estaba también allí y se burlaba de los dos alucinados.

Manifiesta luégo M. de Rochas que ha sugerido muchas veces á diversos individuos el tener sueños determinados, comprobándose su realización por las manifestaciones hechas por los hipnotizados al despertar.

La facilidad para caer un individuo en el estado de credulidad, es tanto mayor cuanto más repetidamente se sujeta á esta clase de experimentos, lo cual se comprende bien por la exaltación que necesariamente ha de sufrir su sensibilidad. Algunos llegan á tal extremo que áun en estado normal se les puede hacer creer cuanto se quiere (1).

El estado de hipnosis puede transformarse en otro más avanzado; un sonámbulo puede caer en letargo; un individuo en estado de credulidad caer en catalepsia.

Si la sugestión ha sido bien practicada, le es imposible á un individuo sensible distinguir la realidad de la alucinación que se le ha sugerido. No citamos ejemplos para no repetir lo que todos los periódicos han dicho ya; sugerir á un individuo, adulto, que es un niño, etc.; convencerle de que es ciego, no siéndolo; de que tiene un objeto entre manos, estando vacías; de que huele algo, que no es nada, etc., etc.

Grado de potencia de las sugestiones.—Puédese, por un procedimiento cualquiera, sugerir á un individuo la imposibilidad de franquear una línea trazada en el suelo. Acuérdese ó no se acuerde de la sugestión, una vez llega á la línea continuará moviéndose de medio cuerpo arriba, pero las piernas quedarán inmóviles como clavadas en el suelo.

Esos fenómenos de inhibición dan lugar, como dice M. de Rochas, á efectos muy curiosos que recuerdan las escenas de magia descritas en el *Fausto*, de Goete. «Puédese armar con espadas á muchos individuos susceptibles de recibir las sugestiones en estado de vigilia y afirmarles que no os podrán tocar; véseles entonces consumirse en esfuerzos impotentes sin conseguir alcanzaros. Si cogéis una varilla cualquiera como para desviar los golpes, sus armas parecerán huir ante la vuestra y podréis poner fin á este combate desigual derribando á cada uno de vuestros adversarios con un gesto brusco que les da una sugestión de retroceso, demasiado rápidamente seguida de efecto para que permanezcan en pié.»

Otro de los efectos que pueden conseguirse con la sugestión es aumentar momentáneamente la fuerza del sujeto ó bien impedirle que pueda verificar el más ligero esfuerzo; por ejemplo, sostener un libro. Ensayadas en el dinamómetro las variaciones de la fuerza muscular de Benito resultó que siendo su fuerza normal 70°, no arrojaba más que 35° cuando se le decía que había perdido la fuerza, llegando á 135° cuando se le aseguraba que era un Hércules.

El experimento siguiente fué algo pesado:

Estando en un laboratorio donde hay una llave de fuente, pongo á un individuo en estado de credulidad y le digo:—La espita está abierta; hé ahí todo el suelo cubierto de agua.—El ve el agua, anda de puntillas y se sube al primer peldaño de una escalera doble.

Repito muchas veces:

—No puedo cerrar el grifo; el agua sube siempre; estoy con ella hasta las rodillas, hasta el pecho, hasta el cuello...

El sujeto, en quien la alucinación se pronuncia más y más, sube hasta el último peldaño; su rostro se altera y pone pálido; forcejea, respira á penas é iba á anegarse si no hubiese puesto yo término á la escena sosteniéndole y mandándole:—Despertaos.

Como reconoce el autor esos experimentos son muy peligrosos, no debiendo olvidar el que los practique que se puede morir de miedo. No citaremos aquí el caso de aquel sentenciado á muerte á quien se hizo creer que moría desangrado, y falleció en efecto, aunque no se hizo más que arañarle ligeramente la epidermis, ni tampoco el de aquel bedel de colegio á quien

(1) No hay otra explicación que esa para darse cuenta de ciertos increíbles fenómenos. Muchos de nuestros lectores estarán enterados de la credulidad inaudita del célebre vaudevillista francés *Poinsinet*, para quien se inventó la palabra *mistificación*. Véase si aquel autor ingeniosísimo comulgaba con ruedas de molino que le hicieron creer que podía hacerse invisible; que había asestado veintidos estocadas á un capitán de mosqueteros (y siguiendo la broma le metieron en la Bastilla y vino un decreto de Luis XV indultándole de la pena de muerte), etc. etc. La última *mistificación* del autor del *Cercle*, fué dar crédito, hallándose en Córdoba, á los que le aseguraron que podía meterse en el Guadalquivir sin temor de irse á fondo; hízolo así y pereció ahogado.

A. O.

LA GRUTA AZUL, DE LINDERHOF

ERA), Dibujo original de Roberto Assmus

mistificaron los internos figurando que le decapitaban, y se murió de veras; son casos auténticos perfectamente conocidos; no lo es tanto el ocurrido recientemente en Keating y del cual da cuenta *The Lancet:* queriendo suicidarse una joven de aquella villa tomó cierta cantidad de unos polvos insecticidas, echóse en la cama y falleció á las pocas horas. Practicada la autopsia resultó que los polvos tragados eran completamente inofensivos para un sér humano y además no habían sido digeridos.

Otro peligro que pueden traer consigo las sugestiones es su persistencia, pues no solamente ejercen su acción en los accidentes pasajeros que desarrollan, sino también sobre una clase entera de enfermedades ó defectos inveterados que, según la frase consagrada, reconocen un origen psíquico.

Esos estados morbosos dimanan frecuentemente de emociones ó golpes violentos, figurando en primera línea los accidentes de los ferrocarriles, fecunda causa de obnubilaciones y hasta desapariciones de los sentidos (vista, oído, olfato), claudicaciones, contracturas, etc.

En su libro *Paralysies, contractures, affections douloureuses de cause psychique*, ha demostrado el doctor Lober que esos estados son susceptibles de desaparecer bajo la influencia de la sugestión, auxiliada con ciertas prácticas que impresionen vivamente el espíritu del enfermo. Muchos casos podríamos citar de la clínica de Charcot, en los cuales este grande hombre ha conseguido brillantísimas curaciones, pero vale más que el curioso lector se entere de ellos en el original, ya que corren por ahí traducidos al castellano sus *Leçons sur les maladies du systeme nerveux*. Referiremos solamente algunos casos de curación alcanzados en Nancy, en cuya ciudad todo el mundo sirve para hipnotizar ó ser hipnotizado:

Un médico visitaba á un hombre afectado de glosoplegia (quiere decir *paralisis de la lengua)*; todos los tratamientos se estrellaban. El Galeno trató entonces de ensayar un instrumento de su particular invención, en el cual manifestó tener la mayor confianza, pero antes de proceder á la operación introdujo en la boca del paciente un termómetro clínico,—del cual suponemos no habría hecho uso anteriormente, introduciéndolo donde acostumbra M. Charcot...;—el mudo, poco enterado del objeto de aquel utilísimo chisme, figuróse que le metían en la boca el instrumento salvador y al cabo de algunos minutos, exclama lleno de alegría, que puede mover libremente la lengua.

M. Bernheim ha curado, por un procedimiento análogo, á una joven afectada hacía un mes, de una afonía nerviosa completa. Aplicó la mano á la laringe, imprimió algunos movimientos al órgano y le dijo á la chica:—«Vamos, ya puede V. hablar ahora. Diga V. *a*.—La joven dijo *a*.—Diga V. *b*.—Obedeció la paciente.—Diga V. *María*.—Díjolo; la afonía había desaparecido,—sin haber tomado las aguas de Lourdes.—Tratábase, por supuesto, de un mutismo histérico, como el del cabo Simón en *La aldea de San Lorenzo*.

FAENA INTERRUMPIDA (Cuadro de Beadle)

Hospital de Nancy: sala de oftalmología.—N. N., histero-epiléptico; estrechez del campo visual; disminución de una tercera parte de la agudez.—Simulación de una corriente interrumpida aplicada al ojo afecto.—Curación.

Volviendo ahora á París, háse visto muchas veces en aquel hospital de los prodigios llamado la Salpetriere donde opera sus maravillas M. Charcot, que las más rebeldes parálisis histéricas ó histero-traumáticas, han curado á la voz de mando de cualquier médico que haya gritado enérgicamente traducido en correcto francés... el lema de la Biblioteca-Museo Balguer.

Con todo, es condición indispensable para obtener estas curaciones, que el enfermo permanezca en el mayor *aislamiento*, sobre todo, tratándose de niños ó adolescentes. No hay mejor manera, en efecto, de que el espíritu del enfermo se concentre fuertemente en la idea de la curación cierta, antagonista de la auto-sugestión, que es en los neuropáticos el origen ordinario de la enfermedad, sobre todo si la perturbación nerviosa se desarrolló á consecuencia de algún accidente en ferrocarril (1).

ALFREDO OPISSO.

(1) Hé aquí como explica M. Charcot el desarrollo de las parálisis histero-traumáticas en los neuropáticos por auto-sugestión consecutiva á un *choque local:* «Por una parte la sensación de pesadez, de entorpecimiento, de ausencia del miembro contuso, y, por otra, la pereza que no deja de existir nunca en cierto grado, harán nacer, en algún modo naturalmente, la idea de impotencia motriz del miembro; y esta idea, en razón al estado mental tan particularmente favorable a la eficacia de las sugestiones, podrá adquirir, á consecuencia de una especie de incubación, su desenvolvimiento considerable y realizarse al fin objetivamente en forma de una parálisis completa, absoluta.» (Obra citada, t. III, fas. II.) Es lo que llamaríamos, si valiese, *paralisis por aprension*.

A. O.

LA NOCHE DE PIÑATA

(CUENTO CORTO PERO MAL ESCRITO)

I

Abelardo y Eloísa se amaban entrañablemente.

Esto parece que sea cosa ya muy antigua y que todo el mundo sabe, pero para convencerles á ustedes de lo contrario diré que no vivían en París ni en la Edad media sino en la plazuela de Antón Martín y en pleno siglo XIX.

El era barbero, algo tímido con las mujeres y demasiado listo con los parroquianos á quienes hacía la barba... muchas veces *en seco*, según la frase popular.

Ella era una joven pálida á fuerza de beber vinagre, y tan exageradamente romántica á consecuencia de su nombre, que á pesar de ser hija de un antiguo empleado de Hacienda y nieta de un guardia de corps, se había puesto en relaciones con el rapista sólo porque se llamaba Abelardo.

Lo que ella ignoraba y lo que de seguro hubiese cambiado mucho su corazón, era que Abelardo se llamaba de apodo *Mantequillas*, nombre nada poético que el rapa-barbas ocultaba cuidadosamente á su novia por temor á un cataclismo.

Habían pasado ya los tres días de Carnaval y el día de ceniza en que la iglesia recuerda al hombre que es de polvo, cosa que lo suelen demostrar los harineros á primera vista, y que en polvo se ha de volver ó lo han de hacer polvo si tiene la desgracia de tropezar con algun suegro acalorado de caballería ó cosa así.

Había, pues, empezado la Cuaresma, esa época del escabeche y del bacalao á la vizcaína, nunca bastante alabada por los sacerdotes ni bastante llorada por los estómagos. No quedaba más baile

de máscaras que la Piñata, último eco de las carcajadas de Momo y despedida triste de las Carnestolendas.

Eloísa leía junto su balcón el *Werther*, librito de Goethe que han leído todos los amantes cursis y que han jurado imitar en todo, excepto en lo del pistoletazo final que es cosa ya de pensarlo un poquito.

De pronto vuelve la esquina un hombre embozado en una capa de vueltas azules y se detiene bajo el balcón. Tiene este joven (si hay que creer á Eloísa) todo el aspecto de un caballero antiguo; la capa forma un ángulo de veinticinco grados por detrás de él.

—¿Llevará espada?—se pregunta Eloísa llena de emoción.

Pero no, era el paraguas, porque el tiempo estaba algo lluvioso y Abelardo temía mancharse el sombrero.

—¡Sube!—murmuró Eloísa indicando con su manita blanca por los polvos de arroz, la escalerilla de su casa.

Abelardo subió los tres tramos lentamente y se detuvo junto á su amante.

Ella extendió la mano sobre el pecho de su galán y tocó un cuerpo duro que produjo un ruído metálico.

—¡Oh, Abelardo mío, me habrás dado gusto por fin!—exclamó llena de alegría.—¿Es esto la coraza?

—No, ensueño mío, es una bacía que llevo á componer.

—Te he hecho subir porque esta noche voy á la Piñata, y quisiera que fueses tú también.

—No faltaré, Eloísa mía, te lo juro sobre este pomo,—dijo el barbero arrebatadamente sacando algo del bolsillo.

—¿De qué es, de cicuta?

—No, vida mía, de pomada de Opoponax.

—Bien, iré sola ¿sabes? es decir, sin mamá. Vendrán las de López á buscarme, ellas van disfrazadas de *Madamas Angotes*, pero yo iré de Ofelia.

—¿Y qué disfraz es ese?

—Uno de mi invento; una túnica aérea, vaporosa...

—Oye, no sea demasiado vaporosa y se vea algo...

—No; ten la seguridad y ahora... Adiós.

—Hasta la noche.

Abelardo besó la mano empolvada de su adorada Eloísa y se fué relamiéndose los polvos de arroz á componer su bacía en casa de un hojalatero.

II

Hace una hora que ha comenzado el baile.

Cada señora ha sido obsequiada á la puerta con un cartucho de confites en los que entran como principales ingredientes el yeso y la harina y su *bouquet* de flores cordiales según el color.

HAYAS Y ROBLES

Eloísa vestida con una bata de muselina del sol, con cinturón de terciopelo negro lleno de mataduras, va colgada del brazo de Abelardo, el cual lleva chaquet y sombrero de copa de ala estrecha semejante al que saca *el bolero oftigío* en cierta conocida zarzuela.

Llega una máscara.

—Adios *Mantequillas*, ¿cómo estás? ¿Es esta tu novia?

—¡Qué mala educación!—prorumpe abroncado el barbero apretando el paso.

—Oye, ídolo mío, ¿por qué te ha llamado con semejante epíteto esa deslenguada?

—No sé... pero esas bromas...

—Serénate y no seas temerario, conozco ya tu acrisolado valor, sé que has derramado mucha sangre...

—¡Ya lo creo,—dice la mascarita de marras, —como que desuella vivos á los parroquianos con el verduguillo.

—¡Habrase visto! ¡Qué poca crianza!

—¡Mantequillas, Mantequillas!—dicen siete ú ocho jóvenes todas disfrazadas de Mascota.

—¡Jesús, qué horror! ¿Pero cómo consientes que te digan eso?

—No sé; sin duda se han dado de ojo...

—¡Ay, yo me siento mala, me va á dar algo, si pudiese respirar alguna esencia!...

Y Eloísa cae en un diván. Abelardo le aplica bajo la nariz una barra de cosmético que es lo único que lleva encima.

Ella vuelve en sí y recobra los sentidos para exclamar:

—¡Tengo apetito, después de un desmayo siempre se me abren las ganas de comer!

El barbero que no lleva encima más que ocho perros para tomar café, hace comer á Eloísa los dulces del cartucho, exponiéndola á criar una cantera en el estómago.

—Quisiera agua.

—Vamos enseguida. (Sacrificaré diez céntimos.)

Y llegan al café. Eloísa pide agua con azucarillo y dice después de hacer varios buches, pues no quiere tragar líquido tan prosaico.

—¿Por qué te llamarán todos Mantequillas? ¡Oh, si estuviera yo segura de que tienes ese nombre!...

—No, angel mío, sin duda es una broma de Carnaval. Ningún hombre que me aprecie, formal y discreto, es capaz de repetir ese odioso apodo de máscaras. ¡Si tú supieras lo que me distinguen en la barbería por mi honradez y noble prosapia, no tendrías esa duda que me tortura el corazón! ¿Me amas?

—¡Oh, te adoro!

—Y yo te te...

—Mantequillas,—dice en este momento el maestro de Abelardo llegando á gran velocidad, —¡Mantequillas, date prisa, déjalo todo que te llama la sangre!...

—¡Oh, Abelardo... tu maestro también! ¿Pero vas á la guerra?

—No, señora, es que ha de aplicar media docena de sanguijuelas en la rabadilla á don Olegario.

Eloísa cayó desmayada.

Abelardo echó á correr.

Amanecía.

Cuando la joven volvió en sí juró olvidar á Abelardo para siempre.

En cuanto al galán todos los años el día de Piñata se mete en cama y no sale de ella hasta la noche del domingo.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE.

NECESIDADES

La necesidad es la madre de la inventiva.

Es más: el motor que impulsa á la humanidad.

Más aún: la vida del trabajo.

El hombre, en su estado de gracia, vivía en el Paraíso completamente feliz y libre de nece-

APUNTES DEL PUERTO DE BARCELONA (Dibujo de Passos)

En la escollera del Oeste.—La Capitanía.—Interior del puerto.—Tinglados.—El Astillero

Enrique III de Valois

Reina ceñida

Abrigo sajón

Santa Catalina

Juana de Flandes

Santa Radegunda

La viuda de San Luis

Catalina de Médicis

Romana

Dama desceñida (siglo XV)

Mangas y cotillas

Siglo XV

MODAS EN CINTURAS

sidades. Pecó, y la vergüenza de su desnudez, le sugirió la idea de cubrir sus carnes con unas hojas de higuera. Hé aquí su primera necesidad, la primera invención, el primer trabajo.

Pero las hojas de higuera, si bien cubrían su vergüenza, no libraban su desnudo cuerpo de los rigores de los elementos, y en esta nueva necesidad, se vió precisado á verter la sangre de los animales para abrigarse con sus pieles; pero esto no le bastaba, dió más tarde otro paso en la senda del progreso á que la necesidad impelía, y tejiendo la lana de las pieles, dióle por resultado la tela; la tela hizo necesario el sastre, el sastre completó la obra haciendo el vestido.

Otro tanto sucedióle respecto á sus demás necesidades.

Porque el hombre, cuando más avanzaba por el camino de su perfección, cuando más iba alejándose de su primitivo estado, más necesidades sentía; de modo que sustituyó su rústica y frágil choza de troncos y fango, por la sólida casa de canto, que, andando el tiempo, había de convertir en palacio; sus groseras armas de piedra, por otras más perfeccionadas hechas del hierro de las entrañas de la tierra; sus frugales alimentos, por otros más abundantes y mejor condimentados.

De aquí el origen de las artes.

Hizo más el hombre.

Unió á sus hijos con sus hijas y creó la familia, base de la sociedad; repartió la tierra entre ellos y esparcidos estos por ésta, establecieron las tribus, cuna de los pueblos; la precisión de vivir todos al amparo de una equitativa justicia, obligóles á someterse á determinadas reglas, origen de las leyes.

Es decir, que la necesidad fundó la familia, creó las nacionalidades y estableció los códigos.

Más claro: la necesidad lo creó todo.

El hombre primitivo, el hombre de la naturaleza, el hombre salvaje, tiene muy pocas necesidades; las indispensables para la existencia. En cambio el hombre de la civilización tiene muchas que, á primera vista, parecen supérfluas, pero que le son indispensables á su modo de ser, por aquello de que la costumbre es una segunda naturaleza.

Es innegable que la existencia impone al hombre necesidades ineludibles, pero también lo es, que éste se crea algunas de las que fácilmente podría prescindir.

Diógenes, el único filósofo de la antigüedad, tenía muy pocas; un tonel por albergue y una escudilla por vaso.

No obstante de esto, se escandalizó de sí mismo, viendo beber agua á un niño en el hueco de la mano.

—La niñez me enseña á despreciar lo supérfluo,—dijo arrojando su escudilla al río.

No sabemos si haría lo mismo con el tonel, no pudiendo llenarlo de verdaderos amigos.

Entre el hombre salvaje que satisface sus precisas necesidades con una choza de arbustos, un traje de pieles y una lanza de piedra y el sibarita que mora en un artístico palacio, viste con todo el refinamiento del lujo y se entrega por placer á la caza, armado de una ligera escopeta con incrustaciones de plata, media un abismo.

Este abismo lo llena la civilización.

Generalmente no es más rico el que posee más dinero, sino el que tiene menos necesidades.

Por eso hay ricos *pobres*, que no les bastan sus cuantiosas rentas para hacer frente á todos sus compromisos, como hay pobres *ricos*, que viven tranquilamente sin ninguna clase de deseos.

Verdad es que hay también ricos que viven en la miseria, presas de la más sórdida avaricia y pobres que sacrifican su honra por la maldita vanidad de pasar plaza de opulentos.

De estos últimos, los primeros prescinden de necesidades; los segundos las crean tontamente.

Los vicios son necesidades supérfluas; con un tantico de virtud y otro de voluntad, podemos prescindir de ellos.

La vanidad y el lujo también lo son.

A pesar de esto, todo tiene su compensación. La vanidad hace necesario el lujo, este el capricho, el capricho la moda. Suprimid la primera y secaréis una de las principales fuentes del trabajo. Las vanas necesidades de los ricos, cubren las verdaderas necesidades de los pobres.

La economía política coloca entre los artículos de primera necesidad el *alimento*, nada tan natural; pero yo añadiría á su lado la *instrucción*, alimento tan necesario á la inteligencia, como el pan lo es al cuerpo, para la cultura y moralización de los pueblos. El libro Santo lo dice: «no sólo de pan se mantiene el hombre;» esto es, no sólo debe satisfacer las groseras necesidades de la materia, también hay necesidades morales; el amor ¿no es una necesidad del corazón?

J. F. Sanmartin y Aguirre.

EL AMOR DE LOS AMORES

A LA VIRGEN

Perdona mi osadía
si para el canto, que del alma mía
hasta tu trono elevo,
á pedirte me atrevo
tu auxilio celestial, Virgen María.
Pero te quiero tanto,
con tanto afán en mi ansiedad te imploro,
que, sin tu auxilio santo,
mal pudiera expresar mi pobre canto
lo inmenso del amor con que te adoro;
de este amor que es mi anhelo,
mi vida, mi ventura y mi consuelo;
de este amor que mitiga mis dolores;
de este amor cuya fe me eleva al cielo;
de este amor ¡el amor de los amores!
El es el faro que mis pasos guía
mostrándome tu trono en lontananza,
y tú me lo inspiraste, Madre mía,
tú que eres mi placer y mi alegría,
mi gloria y mi esperanza.

Huérfano y sin ventura,
al cruzar de este valle de amargura
el árido sendero,
con mi planta insegura
voy marcando de lágrimas reguero;
pero á la vez que crece mi quebranto
y se acrecienta el llanto
que brota de mis ojos,
mas mi fe se enardece
y, ante tu altar postrándome de hinojos,
que desciendes del cielo me parece
para calmar mi pena y mis enojos.

Un hijo yo tenía,
un ángel que era toda mi alegría,
y con tanto cariño le adoraba
que, al mirarme en sus ojos, exclamaba:
«Si te murieras tú me moriría;»
¡y se murió en mis brazos!
¡en mis brazos!... ¡y vivo todavía!...
. . . . . .
¿Quién sino tú, del mundo Soberana,
consoló mi honda pena?
¿quién infundió resignación cristiana
al alma mía de amargura llena?
¿quién sino tú? Tú sola mi agonía
lograste mitigar, Virgen María.
Postrado ante tu imagen, con la palma
de mi rudo dolor por compañera,
buscando en tí la bienhechora calma,
con toda la amargura de mi alma
tu amparo te pedí de esta manera:
«Virgen Santa que ves mi pecho triste
cual sufre del dolor el dardo fiero,
por la resignación con que sufriste
el dolor sin segundo
de ver morir clavado en un madero
al Celestial Cordero,
al hijo de tu amor, ¡al Rey del mundo!
dame resignación, préstame calma
y enjuga de mis ojos este llanto
que vierto por el hijo de mi alma
que huyó de mí cuando le amaba tanto;»
y así como el rocío,
da nueva vida á las marchitas flores,
en las serenas noches del estío,
tú, en las noches sin fin de mis dolores,
nueva vida le diste al pecho mío.

Nunca pensé que soportar podría
la muerte de mi madre, Madre mía,
porque me amaba tanto
y tanto yo la amaba
que con ella mis penas dividía
y con ella mis dichas aumentaba.
Cuando,—pensaba yo,—libre de enojos
mi madre sienta de la muerte el hielo,
su bendición recibiré de hinojos,
y me dará por último consuelo
la postrera mirada de sus ojos.
Pero en infausto día,
el único que de ella estuve ausente
y el que menos su muerte presentía,
la parca de repente
ahogó el aliento de la madre mía;
y cuando presuroso
corrí á su lado con febril anhelo,
de cuatro cirios á la luz incierta,
sobre negro crespón la ví en el suelo
pálida, inmóvil, ¡muerta!
. . . . . .
Ante aquel cuadro de dolor y luto
por mi madre, como último tributo,
una oración mis labios murmuraron,
y, ahogando de mi pecho los gemidos,
á tí, que eres consuelo de afligidos,
en mi aflicción mis ojos se elevaron.
Y así como la aurora
las sombras rasga de la noche fría,
de mi dolor la sombra aterradora
te dignaste rasgar, Virgen amada,
y hoy llora por mi madre el alma mía
pero vierte su llanto resignada.

¡Ay! Cuantas otras veces
el cáliz de amargura,
que apuraba mi pecho hasta las heces,
trocaste, Virgen pura,
en néctar de suavísima dulzura.
Y pues tanto favor me has concedido,
¿que mucho el alma entera consagrarte?
Si quisiera, mi amor para mostrarte,
¡haber de Dios cien almas recibido
y poder con cien almas adorarte!
La que el cielo me dió te ofrecería,
con dulce arrobamiento,
si digna fuera de tu amor un día,
por tí purificada, Madre mía,
en el santo crisol del sufrimiento.
La esperanza de verte
me alienta en esta vida procelosa,
y ¿cómo no esperar tan dulce suerte
si al hijo de tu amor le dimos muerte
y aún nos abres tus brazos amorosa!
Abrelos á mi afán, Virgen María,
y, cuando llegue el día
que mire rotos los mundanos lazos,
recibe para siempre el alma mía
madre de amor, en tus amantes brazos.

Carlos Cano.

TERNEZAS

—Niña, cuando yo me muera
y al cielo me haya subido,
bajaré todas las noches
á recoger tus suspiros.

—Después que tú te hayas muerto
mi dueño ¡ay! ¡y amante mío!...
Si tú murieras, yo al cielo
me subiría contigo...

Ezequiel Solana.

MODELO

—¡Te amo!—me decía ayer;
—¡Te quiero!—me repetía...
y fingiendo cada día,
débil me dejé vencer
y su amor me enloquecía.
. . . . . .
—«No me dejes: sé constante:
tuya siempre: fiel seré:
feliz soy: mi pecho amante
fuego encierra en este instante:
si me dejas... moriré.

—Vivo triste: por tí lloro:
dudo siempre: no sonrío:
tu constancia al Cielo imploro:
tú eres mi rico tesoro
y único consuelo mío.»
. . . . . .
Y esas frases que poco antes
mil veces me murmuraba,
poco después las echaba
á otros dos ó más amantes...
¿No es cierto que me adoraba?

JOSÉ BARBANY.

NUESTROS GRABADOS

UN DÍA APROVECHADO
Cuadro de P. Picknell

Debe considerarse esta importante obra, mejor como un estudio de ciertos fenómenos de la luz, el ambiente y el color que no como cuestión pictórica. Así la figura como los accesorios están tratados á lo naturalista, resultando una escena viviente por la fuerza del relieve, á costa de la perspectiva aérea.

PINTORES AUSTRALIANOS
Paisaje, por Paterson.—En la choza, cuadro de Ashton

Ambos grabados son un bonito ejemplo del grado de adelantamiento que han alcanzado ya los artistas de la Australia. Una y otra obra son muy características, como tomadas del natural. Paterson es considerado como el mejor pintor de aquel continente, aprovechando hábilmente las lecciones recibidas en Europa. Ashton, por su parte, se distingue por sus excelentes facultades para la figura, como puede verse en su cuadrito de *En la choza*.

BOTADURA DEL ACORAZADO ESPAÑOL «PELAYO» EN LA SEYNE, TOLÓN
Dibujo de Asarta

El 5 de Febrero último fué botado al agua, en Tolón, con feliz éxito, el nuevo barco que á costa de crecientes sacrificios impuestos á la nación poseerá nuestra marina de guerra. Síguese discutiendo la utilidad de tales naves; pero en fin, lo hecho hecho está y no vale ya pensar si hubiera sido preferible, dentro del presupuesto respectivo, dar otra inversión á los 18 millones de pesetas que por ahora, sin artillado ni otras cosas, cuesta el barco.

Los planos del *Pelayo* han sido obra de monsieur Lagane, ingeniero en jefe de los talleres de la Seyne, (Tolón).

Las dimensiones del buque, la fuerza de la máquina y su velocidad son las siguientes:

Eslora	105'60 m.
Manga	20'20 m.
Puntal	15'50 m.
Calado	7'50 m.
Desplazamiento, cargado	9 900 toneladas.
Fuerza de la máquina	6 800 caballos.
Máximum de esta fuerza	8.000 id.
Velocidad	15 á 16 nudos por hora.

El *Pelayo* es de acero; el casco está dividido en 145 celdas estancas que aseguran la flotabilidad del buque aún en caso de averías resultantes de balas ó torpedos.

La coraza tiene 45 centímetros de espesor y su altura media es de 2'10 m; quedando 1'50 m. bajo la línea de flotación.

El artillado consistirá en 2 cañones de 32 centímetros, emplazados uno á popa y otro á proa y otros dos de 28 centímetros, uno por banda. Los cuatro son del sistema González Hontoria y están instalados en sendas torres barbetas, provistas de un blindaje de 40 centímetros de espesor.

La batería alta contendrá 12 cañones Hontoria de 12 centímetros y uno de 16 en proa.

Completarán el armamento gran número de cañones-revólver de tiro rápido contra los torpederos y siete tubos lanza-torpedos.

El aparato motor está constituído por 12 calderas cuya superficie ocupa 2.170 metros cuadrados.

Las dos máquinas motrices compound son verticales y están colocadas simétricamente con relación al eje del barco, moviendo cada una una hélice.

El *Pelayo* podrá quedar completamente armado y estará en disposición de hacerse á la mar á principios del año próximo.

La ceremonia de la botadura fué muy lucida, asistiendo el obispo de Tolón y el ministro de marina español. Pronunciáronse entusiastas brindis y Juan Aycard leyó uños versos en honor á la unión de las razas latinas.

La prensa francesa ha hecho grandes elogios de este barco y de la actividad que en su construcción ha desplegado la *Societé des Forges et chantiers de la Mediterranée*.

LA FAMILIA
Cuadro de Miguel Angel Lupi.—Dibujo de P. y Valor

Con justa razón obtuvo esta bellísima obra premio de segunda clase en la Exposición de 1871, figurando hoy en las galerías del Museo Nacional. Es un lienzo profundamente simpático así por el asunto como por su ejecución, y del cual ha hecho el Sr. Plá y Valor el más feliz traslado en su hermoso dibujo.

RUSIA: LA TORRE DEL KREMLIN EN NIJNI NOVGOROD

Fundada en 1222 en las elevadas orillas del Volga, en la confluencia del Oka, puede considerarse dividida Nijni en cuatro barrios: la fortaleza, la ciudad alta, la baja y los arrabales.

El *Kremlin* es una imponente fortaleza flanqueada por trece torres y en su interior se levanta la catedral donde reposan los antiguos príncipes del país.

LA GRUTA AZUL DE LINDERHOF (BAVIERA)
Dibujo original de Roberto Assmus

Fué la construcción de esta gruta uno de tantos caprichos como le dió la real gana de llevar á cabo al difunto rey Luis II de Baviera. Aquel monarca, irresponsable dos veces, por la Constitución y por haberse chiflado, quiso darse el gustazo de realizar prácticamente las extravagancias del *Lohengrin* y á este objeto gastó una infinidad de millonadas en construcciones estrafalarias De lo cual resulta que hubiera sido mucho mejor que así que dió pruebas de estar *ido* hubiese empuñado las riendas de la monarquía su señor tío el actual regente, menos aficionado de seguro á decoraciones que el *Rey Virgen*, ya que así le llaman poéticamente algunos á Luis II, á quien Dios haya perdonado en su infinita misericordia.

FAENA INTERRUMPIDA
Cuadro de Beadle

Recuerda este cuadro la manera de Millet; hay gran elevación en el modo de concebir el cuadro; las figuras aparecen *dramatizadas* y el movimiento de la tempestad está expresado con vaporoso claro-oscuro. Es una obra notable, muy humana.

ROBLES Y HAYAS

Es este grabado un bonito estudio del asunto que indica el título. No parece sino que el majestuoso roble y la corpulenta haya forman como una pareja... de enamorados, y vaya V. á saber si realmente no existen entre los dos gigantes secretas simpatías. Ello es que sorprende la armonía que producen y que algo debe de haber para que los dos crezcan con igual lozanía en tan corto espacio de terreno. No seamos esclusivistas pretendiendo que sólo pueden amarse los seres del resorte de la zoología.

APUNTES DEL PUERTO DE BARCELONA
Dibujo de Passos

Estos apuntes dan una idea exacta de lo que se proponen reproducir; vése lo que es el puerto de Barcelona, siempre animado y pintoresco.

MODAS EN CINTURAS

Quizás no debe imputarse como el mayor crimen á la hermosa viuda de Enrique II de Valois la sangrienta jornada de la noche de San Bartolomé; otra barrabasada, mucho más odiosa todavía, pesa sobre su memoria: la introducción del corsé en Francia, acogido con entusiasmo por el *alado escuadrón de querubines* que capitaneaba Catalina de Médicis. Estaba visto que la astuta italiana había nacido únicamente para causar desgracias.

Como sucede siempre, exageróse con la imitación la deformidad puesta de moda por la soberana y en tiempo del execrable *Enrique III* llegó á su colmo la extravagancia pretendiendo las depravadas damas de su corte competir con las avispas en punto á delgadez de cintura.

Había sido mucho más juiciosa la moda en el siglo XV, según puede verse por el grabadito correspondiente, que representa una dama, *viuda de un cortesano de Carlos el Temerario;* es un traje severo; el cinturón es rojo con adornos de oro.

Juana de Flandes pertenece al siglo XIV; su traje es el que usaban las señoras de alto copete.

La viuda de San Luis, Margarita de Provenza, no hay que decir que corresponde al siglo XIII; lleva un gabán ó túnica, de cuyo conjunto puede formarse mejor idea fijándose en la imagen de *Santa Catalina*, de la misma época

Santa Radegunda nos da una idea de la moda que reinaba en punto á cinturas en el siglo XII. En este tiempo, usábanse ya corsés en Inglaterra, mereciendo que un caricaturista de la época satirizara tan perniciosa costumbre en el dibujo que intituló *Mangas y cotillas*.

Púsose de moda en el siglo XIV dejar los cinturones las casadas y esto se ve en el grabado *Dama desceñida*. En cambio la *Reina ceñida*, que no es otra que Berenguela, esposa de Ricardo I. Corazón de León nos da idea de las cinturas que se llevaban en el siglo XII. No era muy gracioso, aunque se imite hoy en día, el *sobretodo* que usaban las damas inglesas durante el período de la dominación *sajona*, pero indudablemente constituía un modelo de buen gusto la moda que en materia de cinturas reinó en la época del *bajo imperio romano*.

MOSCOU: TORRE DEL KREMLIN É IGLESIA DEL SALVADOR

«Todo es allí grande, extraño, caprichoso, magnífico,—dice un viajero hablando del Kremlin,—y, sin embargo, magnífico. Todo parece que revela las grandes pasiones que sintieron los antiguos moscovitas.»

Basta examinar el grabado para convencerse de la verdad de las palabras de M. de Saint-Julien. La iglesia del *Salvador en el bosque*, levantada á órillas del Moscowa, fué fundada en 1330, siendo la más antigua de la ciudad. Su arquitectura es mitad bizantina, mitad tártara; la base es casi cuadrada, con cuatro enormes pilares que sostienen la bóveda, sobre la que se eleva una espléndida cúpula de oro rodeada por cuatro más pequeñas. Distínguese esta catedral por la gran elevación de sus naves.

En cuanto á la *Torre*, edificada en tiempo de Ivan el Grande, es un monumento imponente por su severidad, dominándose desde arriba el inmenso panorama que ofrecen la ciudad y sus contornos.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

XV

DE DAMA EN DAMA

Al día siguiente fray Nolasco estaba encerrado en su celda dando la última mano á una jaula para criar canarios, pues el oficioso varón reunía muy buenas cualidades para ello, cuando el criado de doña María Luísa pasó á entregarle dos cartas de su señora.

El carmelita leyó detenidamente las dos misivas, la una dirigida á doña Cándida y la otra á su esposo, y después de enterarse de su contenido, exclamó ocultándose los dos billetes en la manga derecha de su hábito:

—¡Bien, muy bien! El género epistolar lo maneja magistralmente la bribonzuela. Son dos cartitas que valen un mundo. No las hubiera escrito yo mejor. Ahora veremos el efecto que producen.

Cerró la celda con llave, la cual dejó en manos del prior que parecía un salmón envuelto en ropas, bajó á la portería y salió á la calle en el mismo instante que todos los demás monjes de su comunidad juntos, y á solas, fingían al portero asuntos de gran monta que les obligaban mal de su grado á abandonar en aquella hora, eran las tres de la tarde, su pacífica y religiosa vivienda.

Fray Nolasco se dirigió á la calle del Nazareno á sacar los diablos del cuerpo á una dama endemoniada, que los ángeles rebeldes habían tomado por su cuenta, ocasionándole los más crudos y endiablados dolores, y terminado tan edificante ejercicio pasó á casa de doña Cándida, la cual le recibió en el estrado obligándole á tomar asiento en el sofá, y encomendando de paso á la doncella que preparase el aromático chocolate y los indispensables azucarillos con que obsequiar á tan piadoso varón.

El carmelita tomó un polvo, y después de cerciorarse de que don Leandro se hallaba ausente, murmuró con campanudo acento:

—Cuando manifesté á su merced que la recatada y nobilísima señora doña María Luísa se hallaba inocente de las pecaminosas inclinaciones de su señor esposo, tenía motivos para ello.

MOSCOU: LA TORRE DEL KREMLIN Y LA IGLESIA DEL SALVADOR

—¡Ay padre, lo que vieron mis ojos!...

—Ya le manifesté que nada veían.

—¡Si así fuera!

—Así es, señora mía, así es. Amigo como el primero de la verdad, como enemigo de todo aquello que esté reñido con los sanos y justos principios de la religión, llamé aparte á mi virtuosa hija espiritual, y la pobrecilla, llorando como una Magdalena, me expuso todo cuanto le había dicho don Leandro, jurando y perjurando que no había en ello mácula de pecado mortal.

—Su paternidad es muy bueno, y las mujeres muchas veces dicen lo que no sienten.

—Pero doña Cándida, yo sé muy bien de que pié cojea toda hija de Eva, pues el confesonario es un lavadero espiritual en donde se sumerje *in puribus* la conciencia humana.

—Siempre queda algún rinconcillo oscuro, padre mío.

—La luz del Espíritu Santo lo ilumina todo, y en prueba de ello, aquí tiene la carta que doña María Luísa me ha entregado para V. y en que pone de manifiesto toda la lealtad de su alma.

—¡Y se atreve á escribirme!

—¿Y por qué no, si el único dardo que aguijonea su alma es haber ofendido, involuntariamente y sin poderlo evitar, á su merced?

Doña Cándida se caló las antiparras y leyó la carta de la viudita.

A medida que adelantaba en su lectura iba serenándose el rostro de la celosa mujer.

El carmelita iba observando tranquilamente el efecto de la misiva llenando de tabaco sus desaforadas narices.

Aquella carta relataba cuanto hizo y dijo don Leandro las dos veces que la visitó en su granja, pidiendo la infrascrita mil perdones por los disgustos que involuntariamente hubiera podido ocasionar á la digna esposa.

Doña Cándida respiró fuertemente como si le hubiesen quitado un enorme peso de mitad del afligido corazón.

—¿Respira V. ahora, doña Cándida?—preguntó el fraile.

—¡Respiro, piadosísimo padre! ¿Cómo pagarle tantas bondades? Desde hoy le prometo añadir al santo rosario que rezo todos los días un padre nuestro para que Dios alargue su trabajosa existencia.

—Gracias, noble dama, gracias. ¿Pero V. ha puesto en práctica sus dengues y mengues para volver al marido á buen reclamo?

—¡Ay padre mío, si hago cuanto puedo, y nada, nada consigo!

—¡Conque nuestro hombre no se da por entendido!

—¡Es un bribón, padre mío, es un bribón!

—Pues entonces lo que interesa es darle una lección muy seria. Hasta ponerle en cuclillas no desisto de mi idea.

—Eso es lo que digo yo.

—Pues atienda V. señora y escuche mi plan, que lo bendecirá eternamente.

—Veamos.

—Atienda usted.

—Con toda el alma, señor.

Doña Cándida se hizo toda oídos; el carmelita inclinó el cuerpo hacia delante, bajó la voz y entre pícara sonrisa expuso al oído de la mujer del golilla toda la trama que había concebido para reirse á costas del amartelado galán.

Doña Cándida prorumpió en una estrepitosa y franca carcajada, ocultándose el restaurado rostro con su finísimo pañuelo de batista.

El fraile reía á la vez alegre y satisfecho de la buena acogida que había tenido su original pensamiento.

—¡Ay padre mío,—manifestó la dama,—y de que gran talento le han dotado los cielos! ¡Qué bueno, qué juicioso y qué sapientísimo es su merced.

—Señora, yo no soy más que un indigno siervo de Dios que procura volver la paz á las almas atribuladas.

En aquel momento se presentó la doncella con una bandeja en brazos con el correspondiente chocolate, bizcochos y azucarillos que colocó sobre un velador.

El monje engulló de buenas ganas todo cuanto encontró á mano y una vez terminado el refrigerio se levantó pausadamente murmurando:

—Que Dios esté de continuo en esta casa. Prosiga usted con los mimos y remimos, ojos dulces y palabras tiernas y nosotros continuaremos tendiendo la red para pescar pecadores.

La dama giró los ojos al cielo-raso de la sala, cogió el escapulario del monje, imprimió en él sus mundanos labios y el fraile le echó ceremoniosamente la bendición.

Fray Nolasco con la cabeza erguida, alegre como unas castañuelas y llenando las calles con su religiosa majestad se encaminó á casa de su hija espiritual que le aguardaba con suma impaciencia, á darle cuenta de la entrevista que acababa de tener con la ya pacífica y confiada doña Cándida.

(Se continuará.)

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 12 de Marzo de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 219

NADEJE (Dibujo de J. Dvorak)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomás Salvany.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*La moneda de la suerte*, por Francisco Flores García.—*Algunos antecedentes históricos del chocolate*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—*Las plegarias* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*Loca de amor* (poesía), por José Borrás.—*Versos*, por Ricardo Cano.—*Fe, Esperanza y Caridad* (poesía), por Jacinto Labaila.—Nuestros grabados.—*La fuente de los currutucos* (continuación), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Nadeje.—Vista de Dort.—*Córdoba*: Entrada de la ciudad por el puente.—El viejo enamorado.—Miss Nettie Huxley.—Paisaje.—Berlín.—El taller.—Carlos Santley.—Lucrecia Donati. Savonarola, (orfaduras de Juan Bastianini.—*Guadalajara*: Portada del Palacio del Infantado.—«Ecce ancilla Domini.»

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

ASUNTOS DIVERSOS

Hace días que se habló de regicidio. No parece ser cierto; el hombre que al pasar la reina en coche por la calle quiso arrojar dentro del carruaje un paquetito, debe ser un pobre que se valía de aquel medio para enviarla una súplica. El pueblo difícilmente puede hacer llegar sus ruegos hasta los reyes y cuando no tiene otro medio, les bombardean con memoriales. Recordarás haber visto muchas tardes delante de la puerta de palacio, á la hora que salen los reyes ó las infantas, muchos hombres y mujeres que esperan, charlan, accionan y gesticulan, queriendo todos ponerse en primera fila, luchando para esto con los centinelas y porteros. Son necesitados, haraganes y buscavidas que solicitan dinero, socorro para baños, para medicinas, destinos, ropas, en fin, cuanto necesitan. Para muchos el rey es como el sol que debe dar á todos luz, calor, salud y alegría. Cuando los de este grupo, que aguarda con los ojos fijos en el vestíbulo, ven que los lacayos se apresuran, y los porteros abren paso y los centinelas se cuadran, no pueden contener su impaciencia, sacan sus memoriales, los enseñan, hacen el último esfuerzo por romper la línea y los entregan al palaciego que acompaña á las reales personas. El coche pasa, toda aquella turba de angustiados ó de bribones se inclina y saluda, disolviéndose al fin, bajo la impresión divina de la esperanza. Así es que nadie ha dado importancia al caso y la reina continúa saliendo sin acompañamiento en su carruaje de dos caballos. Se va perdiendo ya la costumbre de que los reyes salgan precedidos de batidores y seguidos de aquella gran escolta que espantaba la calle, que hacía retemblar los edificios, estremeciendo el pavimento con sus pesados trotones. No es ya sólo cuestión de seguridad personal, es cuestión de buen gusto. Por otra parte sería innecesaria precaución; sólo algún loco podría intentar la muerte de la reina y no hay escoltas que valgan contra la locura. Buen ejemplo de ello nos da la historia contemporánea de Rusia; allí las precauciones no han resguardado la vida de los autócratas. Solo el amor y el respeto de los pueblos guardan bien á los reyes.

En tu carta del otro día me indicabas con satisfacción las ventajas que obtiene la mujer en la vida social y pública, refiriéndote á la proposición votada por el Senado de Albany, concediendo á la mujer el derecho de sufragio en las elecciones municipales; no cabe duda que vais obteniendo concesiones importantes y no dudo que dentro de algún tiempo obtendréis no solo el de votar los ayuntamientos que empiedran las calles en que ponéis vuestros lindos piés, sino los mismos gobiernos que conocen peor que vosotras á los diputados, vuestros maridos. Hay, en efecto, mucho de preocupación, de rutina, en el apartamiento sistemático en que os tenemos de todo aquello que es actividad, fortaleza y entendimiento... Pero el hombre y la sociedad son todo caprichos, contrasentidos y absurdos.

Para evidenciarlo, basta dirigir la vista sobre los actos de la primera y más brillante figura de la situación; que lo es, naturalmente, la reina. Elegir á un alcalde ó á un diputado, creo que es algo más difícil que dirimir las contiendas entre muchos hombres y muchos partidos. Pero hasta en las ocupaciones diarias de una reina encontrarás justificada tu protesta. Todos los hombres convenimos en que la mujer está muy bien paseando por la Castellana, siendo, si es guapa, el ornamento del paseo y el recreo de los ojos; pero, ¿á quién se le ocurre que una mujer pueda ser, por ejemplo, capitana de coraceros? Sin embargo, nadie encuentra motivo de crítica en la visita que ayer hizo la reina al Parque de artillería. Allí estuvo; allí la recibieron el ministro de la guerra, el director del arma, el capitán general de Madrid, y otros, que reconocían por muy superiores á sus entorchados las blondas de la regente. Y á nadie le asombraba que una mujer, seguida de otra dama, de una duquesa, examinase el material existente, el montaje y todos los demás útiles del nuevo cañón inventado por el comandante Sotomayor, ni que le felicitase por su terrible invento. ¿Por qué nadie se admira de esto? ¡Porque no se trata de una mujer, sino de una reina!—dicen los hombres de Estado, dice la sociedad, dicen todos los hombres, decís vosotras mismas.—Pero, ¿es que las reinas no son mujeres? Hé aquí lo que son las preocupaciones. Nos creemos seres inteligentes siendo como somos tan ciegos de espíritu. Admitimos que una mujer siendo reina, pueda tenerlo todo, virilidad, ciencia, genio político; pero no concedemos que pueda tener esto sin habérsela coronado. Y lo mejor es, que, en efecto, los grandes reyes de la historia no han sido reyes, sino reinas. Y si de las cuestiones políticas pasas á otras, en todas verás los mismos absurdos, que prueban la poca sustancia del cerebro del hombre. Pero que más, yo que reconozco todo esto, que todo esto censuro, ¿estoy exento de preocupación, por ventura? No, yo declaro que á pesar de Semiramis y de Isabel la Católica y Catalina de Rusia, no puedo, sin repugnancia del espíritu, imaginarme á una mujer aprobando ó desechando un cañón con un golpe de su abanico. Pero basta de disquisiciones.

Me hizo gracia cuanto se te ocurre sobre otra proposición presentada al Congreso de Texas, y por la cual se impone una contribución muy crecida á los solteros de más de 30 años; contribución que será repartida entre las viudas y huérfanos. Desde luégo ese proyecto manifiesta la convicción que tienen sus autores de que la soltería es una ventaja. No pedirían nada contra los solteros si les creyesen desgraciados. ¡Dejémosles,—dirían,—con su desgracia! Pero la tal proposición está redactada, sin duda, por algunos envidiosos. Los solteros probablemente la pagarían con gusto. En vano se declamará contra el celibato mientras las costumbres sociales le favorezcan y donde la vida no sea barata. La mujer ha venido á ser un artículo de lujo. Tú vives en París y sabes más de esto que cuanto yo pudiera decirte. En otros tiempos quien no tenía casa no tenía ni donde comer ni donde dormir, ni quien diese oídos á sus pérfidas insinuaciones. Esto dicen al menos los moralistas de antaño. Pero hoy en día, lo único que se necesita es dinero; con él te reciben en los mil *restoranes* de la ciudad, con él encuentras toda clase de ropa á precios ínfimos, sin que tengas que mantener en tu casa mujer que te cosa ni que te zurza. La libertad de las costumbres ha declarado *beligerantes* á las horizontales; y no encuentra censurable que un joven ó un viejo viva con mujer que no es suya ante la Iglesia. Cuando alguien dice:—¡Voy á casarme!—todos le aconsejan:—¡No sea V. tonto! —Pero lo grave es que si se necesita poco dinero para vivir en soltería se necesita muchísimo para vivir en matrimonio. La educación de la mujer se ha perfeccionado, y, por lo tanto, todas las que no son criadas de servicio han venido á constituir una clase vastísima, cuyas necesidades materiales é intelectuales son las mismas porque nada desconocen de cuanto la sociedad y el mundo pueden ofrecer de grato á los sentidos y al espíritu. La baratura de los trajes, de las diversiones y de los libros establecen esa igualdad de aspiraciones. El lujo es la aspiración de las señoritas, y, en efecto, se necesita ser muy rico para satisfacer sus ambiciones. El soltero que con pocos recursos vive, goza y triunfa, no se aviene á renunciar á todo esto para satisfacer la vanidad de una linda muchacha. Así es que por las calles y paseos de Madrid van legiones de muchachas solteras muy emperifolladas y blanqueadas, cubiertas de monstruosos sombreros y maniobrando con *antucás* formidables; pero que á pesar de todas estas condiciones relevantes no encuentran quien se decida á costear la pintura de sus rostros ni sus espléndidos trapos. El soltero sabe, además, por experiencia, que la rigidez de las costumbres no es gala de este siglo y que es cosa corriente buscar en el amante los regalos y el dinero que niega el esposo. Por regla general las mamás suelen decir á las hijas:—¡Espero que te mantendrás fiel á mis consejos... por lo menos hasta que te cases!—Tú conoces á muchas mamás y á muchas hijas; dejando aparte remilgos de buena sociedad, dime si exagero.

Por estas consideraciones ha sido necesario buscar á la mujer artes y oficios en que pueda vivir sin necesidad de casarse, ó por mejor decir, de prostituirse. De aquí esa cantidad fabulosa de institutrices, de profesoras de idiomas, de pianistas; de aquí el haberse facilitado acceso á la mujer para ciertos empleos. Con el tiempo se considerará eventual el matrimonio en la mujer; dirán sus padres:—La daremos un buen oficio, á fin de que pueda vivir; no, de que pueda casarse.—Hoy el matrimonio es una esperanza. El porvenir se preocupará sólo de la realidad.

Y ahora que hablo de pianistas sabrás que ha llegado á Madrid Berta Max. Viene precedida de una reputación extraordinaria. Sarasate, en su última excursión europea, la ha llevado consigo, lo cual manifiesta su mérito. Grande se necesita para impresionar á un público que ha oído á Planté y á Rubinstein, el Rafael y el Miguel Angel de este género de música, si es que el arte del piano puede ser comparado con el de la pintura.

De aquí á trasladarnos al teatro de la Opera y aplaudir á Gayarre, la transición es natural. Si has leído los periódicos de Madrid sabrás que Madrid ha enloquecido una noche más oyéndole. Ha sido el triunfo de la temporada. No puedes imaginarte las cosas que se oían. Yo dudo mucho que el júbilo de nuestra buena sociedad encuentre medios más estrepitosos de manifestación si algún día los ingleses nos devolviesen á Gibraltar ó los portugueses se uniesen á nosotros. *¡Gayarre ó la muerte!* Mi entusiasmo no fué menor, lo declaro, pero recordando lo frágil que es la voz en que se cifran tan delirantes glorias, no pude menos de añadir mirando al cielo:—¡Señor, no envíeis á este genio inmenso un constipado!

El último día de Febrero enfundé la escopeta. Ha empezado la veda. Los campos y montes descansan ya libres de los cazadores y de los perros, y los pobres conejos y las liebres y perdices podrán tomar el sol tranquilamente, contándose las terribles historias del invierno. Seguramente los pobres no se explicarán bien el entusiasmo y el furor con que el hombre y el perro les persiguen. ¿Qué saben ellos de la organización social y de la vida de este planeta en que ellos jugueteaban en sus primeros días creyendo que sólo se había hecho para ellos? ¿Qué saben los conejos y las perdices de que su carne sea muy sabrosa, y susceptible de diversos guisos, ni de que en su honor tengamos dispuestas grandes cocinas, sabios cocineros, mesas de convite, y salsas gustosísimas? ¿Qué saben tampoco de los altos precios que alcanzan en la plaza, del esmero con que se los coloca en ataudes de pino para enviarlos por ferrocarril á las ca-

pitales de Europa; ni tampoco de los libros que acerca de ellos escribimos; ni del canto de los poetas cinegéticos; ni del pintor que les inmortaliza sobre lienzo antes de comidos y después de cazados?

¡Si el hombre es todo preocupaciones, convengamos en que los conejos y perdices son todo desgracia é ignorancia, y el mundo todo misterios!

Basta de filosofía, querida prima. Dediquémonos á ver las funciones teatrales de la buena sociedad. A los teatros ya inaugurados hay que añadir uno más, el *Teatro López*. Es un teatrito que ha hecho Busato en un salón del gran industrial. El domingo por la noche se inauguró. Los hijos de la casa y otros amigos representaron algunas piezas muy bien. Se bailó en el hermoso salón de baile. El bufet magnífico.

Lo dicho, vamos á tener en cada casa un teatro. En vez de decir: presento á V. mi familia, se dirá: presento á V. mi compañía.

Siempre tuyo,

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

—Y luégo,—prosiguió el prestamista,—esa voz ronca y esa palabra atroz con que el ladrón ha contestado á la pregunta de mi hija: *¡Degollada!* A mí que no me digan, aquí hay gato encerrado, aquí se ha cometido un crimen ó van á cometerlo... ¿Si será algún cliente?—añadió, como advertido por su conciencia.

—Cálmese V., yo no creo...

No pude continuar; un campanillazo, si cabe más violento que el de mis vecinos, me cortó la palabra.

Todos nos miramos sorprendidos; Rosa palideció, su padre se puso lívido, yo empecé á temer alguna desgracia.

—¡Ramírez! ¡Ramírez!—grité con todas mis fuerzas. Y al tiempo de gritar corrí hacia la puerta, preguntando con ira:

—¿Quién?

—¡Degollada!—respondió la misma voz de antes.

Instantáneamente, sonaron pasos en la escalera; escuché algo semejante á un ronquido de agonía, y un golpe sordo, como el de un cuerpo al caer sobre los peldaños, me heló la sangre en las venas.

Rosa y su padre se habían levantado como impelidos de un resorte; al escuchar la extraña contestación, la primera cayó sobre una butaca, lo mismo que si, en efecto, la hubieran degollado; el segundo, azorado, convulso, sin encomendarse á Dios ni al diablo, abrió el balcón, gritando con todos sus pulmones:

—¡Sereno! ¡Sereno!... ¡Pronto, ladrones en el 109.

Sonó en la calle un pito al que contestaron otros varios, seguidos de ladridos y carreras. Yo entré en mi cuarto y salí empuñando una magnífica pistola de dos cañones. Ramírez, á medio vestir y frotándose los ojos, nos miraba á todos con aire estúpido.

—¡Coge el revólver y sígueme!—le grité, precipitándome hacia la escalera cuya puerta había abierto.

Varios vigilantes nocturnos subían, oscilando sus faroles, pistola y chuzo en mano, seguidos de algunos policías y de agentes de orden público, armados también.

VISTA DE DORT (Cuadro de Alberto Cuyp)

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—Ladrones... no sabemos... aquí han debido de matar á un hombre.

La alarma cundió por toda la casa como un reguero de pólvora. Su efecto fué indescriptible. La portera salió al zaguán acompañada de su marido en calzoncillos, y gimoteando:—¡Qué vergüenza! ¡Bendito Dios! ¡Una casa tan tranquila!—Un verdadero alboroto ocurrió en el principal: oímos volcarse una mesa, movimiento desordenado de sillas, seguido de un estrépito metálico, golpes, gritos, palabras soeces y blasfemias; á continuación se abrió la puerta y un grupo de hombres azorados se lanzó hacia la escalera: unos, á favor del desorden, se precipitaron á la calle; otros se confundieron con los que subían en busca de los ladrones. En el segundo, varias mujeres desarrapadas, medio dormidas, medio desnudas, olvidadas del pudor, salieron á la meseta de la escalera, y alargando sus estúpidas cabezas, contemplaron todo aquello con aire indiferente, mientras en lo alto se oía al vecino del sotabanco, que por centésima vez gritaba:—¡Te voy á reventar!—Todo ello simultáneamente y en el espacio de un minuto.

Al oir, sin comprenderlas, las voces del sotabanco, vigilantes y policías se lanzaron hacia lo alto de la escalera, creyendo, no sin razón, que arriba estaban los criminales. Ramírez y yo permanecimos en el rellano correspondiente á nuestra puerta, guardando el paso, arma al puño y prontos á disparar sobre el primer ladrón que se presentara. En cuanto al usurero, sin hacer caso de su hija, que continuaba desmayada en mi sillón, se había colocado junto á la entornada puerta de su cuarto, dispuesto á dejarse hacer trizas antes que le arrancaran su dinero.

—¿Dónde están los ladrones?—preguntó de pronto, con acento bravucón, en el piso inferior una voz bronca.

—¡Don Crispín, por allá!—respondió la portera.

—¡Arriba, don Crispín!—dijeron las del segundo.

Y repitiendo la misma pregunta, pasó por delante de nosotros un capitán de coraceros, de formas hercúleas, y sable en mano.

—¡Al que pille, le degüello!—iba diciendo mientras subía la escalera.

Y de la hoja de su sable partían vivos reflejos á la luz de los faroles.

—¡Te voy á reventar!—seguía gritando el vecino del sotabanco.

—¡La reventarás en la prevención, canalla!—le respondió un agente de orden público.

Al cabo de algunos minutos, tras inútiles pesquisas, todos bajaron custodiando á la pareja del sotabanco.

—¡Aquí hay un cadáver!—gritó horrorizado el usurero, señalando al próximo rellano.

Todos nos precipitamos hacia el sitio que indicaba el prestamista.

Efectivamente, en un rincón, yacía un hombre sobre un charco al parecer de sangre, y vistiendo uniforme militar. El susto y la confusión del primer ímpetu nos habían impedido verle antes.

—Es el que anduvo en mi puerta; ¡le han degollado!—dijo el usurero.

—Y si no, le degollaremos nosotros,—añadió un policía.

—Nadie le toque, es mi asistente,—observó don Crispín, inclinándose sobre el presunto muerto;—ha vaciado su cuerpo y está durmiendo la mona... ¡Ah, bribón, así cumples mis órdenes! ¡En tal estado vienes á reunirte conmigo en el principal, mientras yo me duermo, cansado de esperarte, en cama ajena! ¡Toma, toma y aprende, ladrón!

Esto diciendo, el coracero, de un soberbio puntapié, obligó á levantarse á su asistente y la emprendió con él á cintarazos. El infeliz, recobrado de su borrachera, se dió á la fuga saltando los escalones de cuatro en cuatro.

—¡Calle!—gritó Ramírez al verle escapar,—¡es mi antiguo compadre, el asistente del capitán Degollada!

—¡Degollada!—repetimos, estupefactos, el prestamista y yo.

—Sí, señores, don Crispín Degollada, capitán de coraceros, para servir á Vdes.,—contestó el aludido, dirigiéndonos un saludo militar y envainando el sable con aire de triunfo.

—Comprendido,—dije riendo;—el señor se hallaba en el principal esperando á su asistente: éste llegó al fin en el estado que hemos visto, y desconcertado, llamó á todas las puertas sin acertar á proferir otra palabra que el nombre de su amo, hasta que cayó y durmió.

Todos soltaron la carcajada.

—Conque ¿esos eran los ladrones?—preguntó un vigilante.

—¡Pues no valían la pena de haber levantado tanto cisco!—objetó el jefe de policía.

—Señores, buenas noches,—prosiguió un agente de orden público. Y concluyó, encarándose con el vecino del sotabanco:

—Cuando la haya reventado V., volveremos por los dos.

(Se continuará.)

JUAN TOMÁS SALVANY.

CÓRDOBA: ENTRADA DE LA CIUDAD POR EL PUENTE

EL VIEJO ENAMORADO (Cuadro de Mantegazza)

REVISTA CIENTIFICA

Buenas noticias para los gordos y los diabéticos.—El agua potable.—Los gases inflamables del estómago.

Parece que por fin se ha encontrado el medio de consolar á los gordos,—y mejor aún á las gordas,—esto es, de hacerles enflaquecer. Para ello, claro está que precisa en primer lugar no tomar dos veces al día chocolate de Matías López, pero siguen luégo otros medios positivos, con cuya práctica se consigue la más perfecta y acabada curación.

El doctor Oertel, catedrático de Munich, ha descubierto que la obesidad dimana de una ruptura del equilibrio hidrostático, de la acumulación de masas sanguíneas que el corazón no puede continuar moviendo. A esta causa, eminentemente física, hay que oponer medios físicos también, conducentes á disminuir la cantidad de agua contenida en la sangre y los tejidos. De ahí la proscripción de toda emisión sanguínea, que debilitaría demasiado al enfermo; de los diuréticos, á menudo insuficientes é infieles, y de las aguas alcalinas, agravantes del estado de repleción que es precisamente el enemigo que se trata de combatir. Acabáronse los paquetes de sales de Carlsbad. En cambio nada mejor que los ejercicios gimnásticos que procuran una sudación abundante, una exhalación pulmonar activa y la combustión de las materias grasas.

«El doctor Oertel,—dice una revista,—recomienda una, dos ó tres curas al año, según la gravedad de los casos, de tres semanas cada una, consistentes en marchas prolongadas, en carreras, con algunas ascensiones á montañas de ochocientos á mil metros. La sofocación, las palpitaciones que pueden experimentarse en un principio no deben tomarse como contraindicaciones; únicamente los enfermos harán bien en descansar de vez en cuando durante sus ejercicios. El aire comprimido y la pilocarpina pueden ser auxiliares útiles. Por supuesto que este tratamiento debe ir acompañado de un régimen especial, severo, destinado á ayudar primero y á conservar después los resultados obtenidos; muchos alimentos albuminoides, carnes y huevos; pocas grasas ó hidrocarburos; nada de azúcar, doscientos gramos de pan cuando más, y, sobre todo, pocos líquidos. Una taza de te ó de café, una cuarta parte de litro de un vino ligero y otro tanto de agua bastan ampliamente para los cambios nutritivos.»

MISS NETTIE HUXLEY (Retrato por John Collier)

Este método, que tiene el mérito de ser sencillo, está justificado por grandísimo número de éxitos y cuenta además con la inapreciable circunstancia de estar basado en concienzudos é interesantísimos trabajos de laboratorio.

Como por todas partes no se oyen más que lamentos de los gordinflones, hemos creído oportuno enterarles de esa áncora de salvación que les ha arrojado Oertel,—si es que no lo sabían ya.

***

Y puesto que estamos con las manos en la masa, nos dirigiremos ahora al numeroso gremio de los diabéticos para comunicarles,—siempre en el supuesto de que lo ignoren todavía,—que en la sesión celebrada el 16 de Febrero por la Academia de Ciencias de París dió cuenta M. Villemin de un hecho terapéutico tanto más interesante en cuanto presenta toda la precisión de un experimento de fisiología.

«Trátase,—dice una reseña publicada sobre dicha sesión,—de un diabético llegado á un período grave de su enfermedad, en el cual no habiendo dado resultado alguno el tratamiento clásico tuvo el autor la feliz idea de emplear la medicación por el opio y la belladona, con el cual había obtenido ya una curación, pero en un caso de *poliuria ó diabetes insípida*, siendo así que ahora se trataba de una *diabetes sacarina*.

»Estos dos medicamentos asociados fueron dados á la dosis de diez centígramos de extracto de belladona y cinco centígramos de extracto de opio, dosis que fué elevada progresivamente hasta veinte centígramos de cada sustancia. El resultado fué de los más notables; alcanzóse la curación y mantúvose mientras duró el tratamiento, al paso que el azúcar y la poliuria reaparecían si se le suspendía ó bien si se aminoraba la dosis de los dos medicamentos. Esta curación fué tal, que los enfermos pudieron hacer uso de la alimentación de todo el mundo sin que el cambio de régimen acarrease ninguna modificación. En resumen, la experimentación ha demostrado que los resultados obtenidos eran debidos absolutamente á la asociación de la belladona y el opio. Ensayado en su lugar el bromuro de potasio reapareció la enfermedad enseguida.»

***

Interesantísima ha sido la conferencia dada hace pocos días, por M. Brouardel, en la *Asociación francesa para el adelantamiento de las ciencias*, sobre el tema de *El agua potable*, asunto que tanto interesa á todos. Trataremos de resumir lo más saliente del expresado discurso.

Comenzó diciendo el eminente higienista francés, que el agua, *este amigo*, puede convertirse en el enemigo más cruel, gracias á la impericia de los hombres. Señalados desde los tiempos hipocráticos los peligros que encierra el agua impura no se ha llegado á adquirir una noción bien precisa de la realidad de estos riesgos hasta que en nuestros días ha dado á conocer M. Pasteur dos hechos capitales: primero, que no existe la generación espontánea, y, segundo, que los *gérmenes*, tan temidos por los antiguos, son elementos figurados que pueden encontrarse lo mismo en el aire que en el agua ó que en el suelo.

«El mejor elogio que cabe hacer del agua,—

dice M. Brouardel,—es decir que es indispensable á la vida... Las grandes aglomeraciones humanas se han formado al rededor de las corrientes de agua, de los ríos.»

Por desgracia, así que un hombre, solo ó en sociedad, se establece en la vecindad de un agua potable corre peligro de contaminarla, ya por sus propias deyecciones, ya por las de los animales que reune en torno suyo; á cuyo peligro se agrega en las ciudades la alteración ocasionada por los productos de la industria. Un río á cuyas orillas se levanten ciudades y aldeas quedará casi fatalmente mancillado.

Sabido es que los antiguos decían que el agua para ser buena debía ser insípida, inodora é incolora. Con todo, es innegable que dicho líquido tiene, como el vino, su *bouquet*, su gusto particular.

Un medio bastante bueno para enterarse de la calidad de un agua consiste en olerla cuando ha permanecido tres ó cuatro días en un frasco. Con todo, si esto les bastaba á los antiguos la ciencia cuenta hoy con medios infinitamente superiores y verdaderamente preciosos. El microscopio, en efecto, permite ver que el sedimento de un agua, por clara que sea, está habitado por un número prodigioso de animálculos (infusorios, rotíferos, confervas, vorticelas, etc.), aunque á la verdad, perfectamente inofensivos. Otros productos contenidos á veces en el sedimento, son, sin embargo, un manantial de peligros para el hombre; las lombrices, por ejemplo, origen de las más variadas y temibles afecciones, diarreas, anemias, etc.

Después del examen físico habla Brouardel de la análisis química como comprobante de la pureza de las aguas potables y defiende la cal de las acusaciones de que ha sido objeto, contentándose con admitir que puede producir dispepsias ó indigestiones, pero nada más. Absuelta, pues, la cal quedan las materias orgánicas, pero, según parece, no es su riqueza lo que constituye el peligro sino su calidad, su naturaleza. De ahí que la mejor manera de averiguar si un agua es ó no sospechosa, sea indagar si contiene microbios conocidos por su valor patogénico.

PAISAJE (Acuarela de miss E. Parsons)

Esto es lo que vienen haciendo, desde 1866 los ingleses, obrando en su consecuencia con la energía y rapidez que reclama el caso; verdad es que allí hay un cuidado extremadísimo por lo que se refiere á la salud pública, y en cuanto la mortalidad de una ciudad pasa del 19 por 1000 el *Board local government* pide enseguida un plan de saneamiento. Así se ha podido venir en conocimiento de que 90 veces por 100 propágase la fiebre tifoidea según el modo de distribución del agua.

M. Brouardel refiere enseguida una porción de ejemplos en que se ve patente que unas veces la fiebre tifoidea y otras el cólera han causado horribles estragos por haberse hecho uso de aguas que el examen bacteriológico demostró estar contaminadas. Por desgracia no puede siempre procurarse agua que proceda de manantiales puros, ó, aunque así sea, que pueda llegar sin mácula al punto donde debe ser empleada, ó bien se hace preciso recurrir á aguas de pozo ó de río. Las tentativas hechas hasta el día para purificar éstas, han resultado estériles, sin que valgan las filtraciones á través de espesas capas de arena, de carbón, etc. Al contrario; esos filtros son á menudo focos donde pululan todos los micro-organismos.

¿Qué hacer, pues? No hay más remedio, *en tiempos de epidemia*, que beber el agua hervida, utilizando para los demás usos ordinarios el agua filtrada á través de filtros cuidadosamente entretenidos.

M. Brouardel no quiere sin embargo que se le eche solamente al agua la culpa de todo; hay otras maneras también de propagarse las epidemias; las manos sucias, las ropas, el contacto directo son vehículos de las enfermedades infecciosas, pero en tal caso sus efectos son circunscritos y no diseminan el mal en la vasta escala que lo hace el agua. Si se quiere, pues, evitar la mortandad que causan ciertas epidemias, especialmente por lo que toca á la fiebre tifoidea, téngase la precaución de someter las aguas al examen bacteriológico, y si resulta que contienen micro-organismos patógenos, prohíbase su uso ó cuando menos no se empleen sin haberlas hecho hervir previamente.

***

Vamos á terminar esta revista dando á conocer un curioso fenómeno que, si bien no era del todo inédito, ha llamado recientemente la atención por haberse venido en conocimiento de una porción de casos análogos: nos referimos á la posibilidad de formarse en el estómago gases inflamables, suceptibles de arder al contacto de una llama.

El año pasado publicó el *British medical journal* un caso de este género, y al momento salieron varios corresponsales señalando análogos sucedidos. Uno de ellos contaba que venía padeciendo hacía cinco ó seis años de una dispepsia, incomodándole mucho unos eructos de olor sumamente desagradable. (Dispensen mis lectores lo naturalista de la frase). Aquejaba al propio tiempo un terrible dolor de estómago que llegaba á privarle del sueño. Una noche, disponíase á encender la pipa, cuando en el momento en que tenía la cerilla aplicada al tabaco, sobreviene uno de aquellos *desahogos* que Sancho Panza no tenía reparo en designar con su verdadero nombre, pégase fuego al gas y quémase los labios y el bigote del fumador-dispéptico, ocasionándole el susto que es de suponer. «El efecto producido, dice la víctima, era idéntico al de la explosión ó combustión rápida de una pulgarada de pólvora sobre las brasas.» El hecho se ha repetido cinco ó seis veces desde entonces.

Friederich ha observado un caso análogo, pero, hombre cuidadoso, quiso hacer el análisis de los gases y halló la composición siguiente:

Ácido carbónico. . . .	26'56 por 100
Hidrógeno.	32'30
Gas de los pantanos. . .	0'34
Oxígeno.	7'36
Azoe.	33'44

Waldenburg ha visto un enfermo afectado de dispepsia, cuyas eructaciones se inflamaban facilmente produciendo una llama azulada. Un cliente de Heynsius emitía un gas inflamable que ardía sin producir mucha claridad, pero que en cambio dejaba percibir una pequeña detonación. En un caso que tuvo Beatson el ruído producido por la explosión, fué tal, que despertó á la esposa del paciente. Probablemente son debidos estos gases, á que los alimentos no digeridos experimentan un principio de descomposición.

ALFREDO OPISSO.

LA MONEDA DE LA SUERTE

NARRACIÓN

Manolo Sandoval, sujeto qué pasaba por hombre á la moda y calavera de buen tono, allá por el año de 1875, salió de su casa (situada al final de la calle de Segovia), una noche del invierno del año de referencia, algo después de las doce; es decir á la hora en que acostumbran á dejar la calle,—buscando el calor del hogar,—la generalidad de las personas de vida ordenada, pertenecientes á las clases aristocrática y media, respectivamente; que el infeliz obrero, forzado á levantarse á las cinco de la mañana para emprender la cuotidiana tarea, que no siempre le proporciona el pan de cada día, no puede permitirse el lujo de estar en la calle ó en un espectáculo á semejante hora.

Quien no conociera á Manolo, podía creer que, al abandonar su morada á hora tan inconveniente, lo hacía impulsado por algún quehacer urgentísimo, de esos que no tienen espera. Nada de eso; Manolo salía de su casa todas las noches á la misma hora, por hábito, por costumbre, á divertirse,—como él decía,—volviendo á su domicilio, también por costumbre invariable, con las primeras luces de la mañana, por lo cual él solía decir, creyendo hacer un chiste, «que se retiraba *temprano*.»

Ordinariamente Manolo salía de su casa tan hondamente preocupado que recitaba monólogos, y monólogos pintorescos que habrían obtenido éxito indudable si hubiera alcanzado la suerte de tener espectadores á tales horas en aquel apartado barrio de Madrid, aunque, por otra parte, no era poca dicha la de Manolo el lucir sus facultades oratorias en aquella soledad, porque, si la policía,—también ausente de aquellos sitios y de otros muchos,—le hubiera escuchado alguna vez, Manolo no lo habría pasado bien, ni mucho menos. Por ejemplo, cuando decía con mal reprimido enojo:

—¡Soy un atolondrado, y anoche me fué tan mal, y me pudo ir peor, por haber intentado *matar al rey!* Fué una temeridad estando tan cerca los caballos.

Otras veces hablaba de *judías, contra-judías, mayores, menores*, etc., etc., y, como todo juga-

B

LIN

dor de oficio, hacía cábalas y combinaciones cuyo resultado positivo habría de ser encontrar el suspirado desquite primero y hacer después una fortuna colosal.

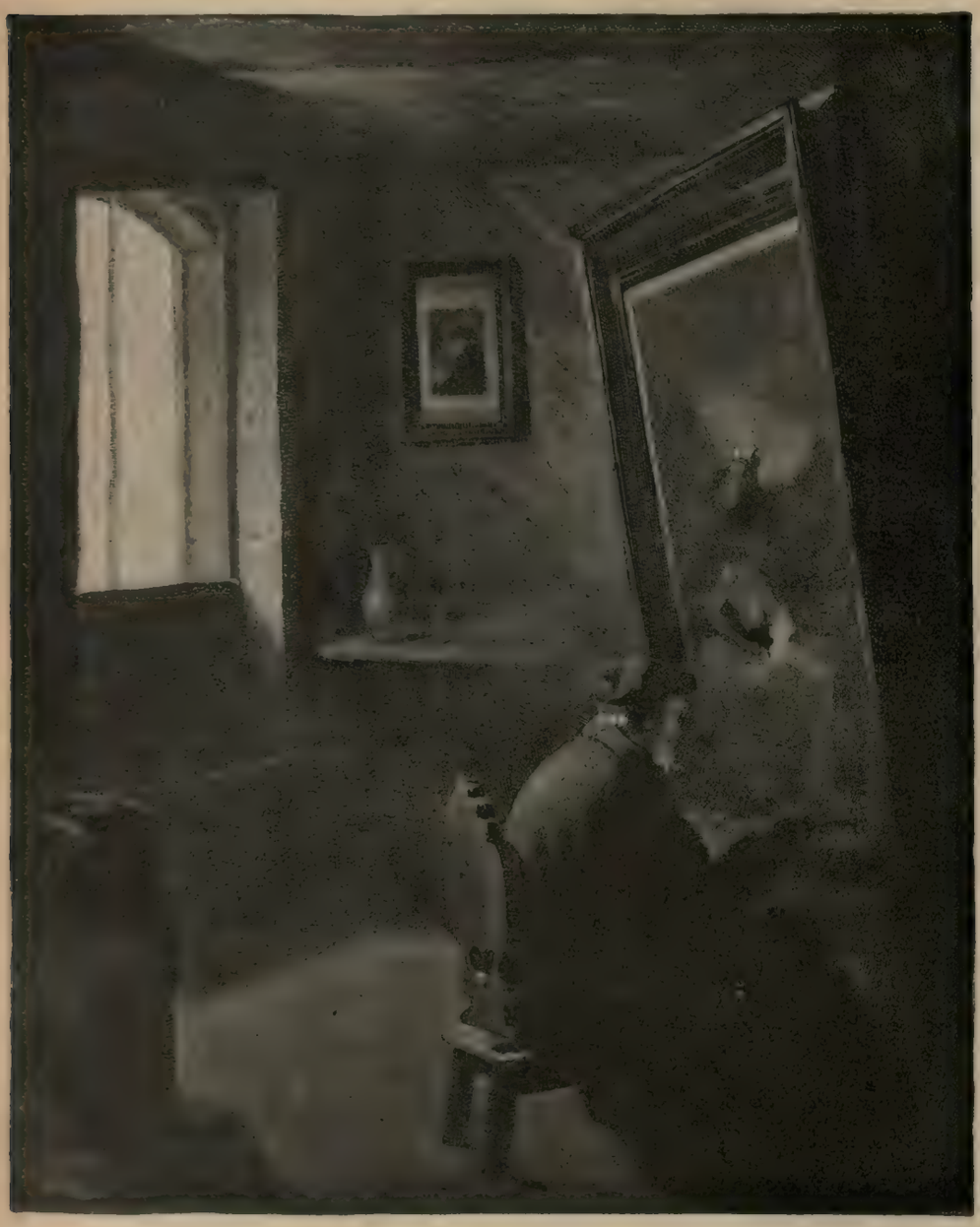
Estos monólogos, que principiaban en la escalera de su casa, solían concluir al penetrar en la sala de juego de que era parroquiano y cuya sala podría ser el entresuelo de un populoso café situado en una de las más amplias y elegantes calles de la coronada villa.

Todas las noches, al atravesar Manolo las sombrías encrucijadas del Pretil de los Consejos, interrumpía su monólogo la voz lastimera de un anciano mendigo allí apostado, con la fórmula de costumbre:

—¡Señorito, una limosna por Dios!

Un «Dios le ampare,» indiferente y frío, solía ser la contestación de Manolo... la noche que contestaba; pues también ocurría frecuentemente que pasase de largo sin apercibirse siquiera de la presencia de aquel desgraciado.

La noche á que se contrae esta narración, fría, lluviosa y por todo extremo desapacible, el anciano mendigo, por no sé qué accidente de su



EL TALLER (Cuadro de Germán Ribot)

mísera existencia, cambió de fórmula, de actitud y hasta de acento.

Al divisar á Manolo, avanzó, y, como si quisiera detenerle:

—¡Señorito... que hoy no me he desayunado todavía!—díjole casi al oído y con acento reconcentrado.

Por el tono y por la actitud, aquello lo mismo podía ser una súplica, que una advertencia, que una amenaza, y acaso significaba las tres cosas juntas.

Manolo se detuvo un momento instintivamente, más sorprendido que admirado, y reanudó su marcha sin acertar á responder lo de otras noches y como si en su mente bullera aquella fórmula oficial de: «Quedo enterado.»

No sé si por el estado de su temperamento en aquel instante, ó por la desusada actitud del mendigo ó por otra razón, ello fué que Manolo aún después de penetrar en la calle Mayor, llevaba en el oído aquella á manera de protesta enunciada con las palabras de:

—¡Señorito... que hoy no me he desayunado todavía!

—¡Pobre hombre!—dijo Manolo parándose de repente y echando mano al bolsillo.—¡No se ha desayunado todavía! Debo socorrerle... y así Dios me ayudará en mi empresa de esta noche...

Ya sabe el lector que la empresa de Manolo era, aquella y todas las noches, jugar al *monte*. Tan elevada idea de Dios tenía aquel caballero que, en su fervor piadoso, quería nada menos que llevar la voluntad divina al tapete verde y hacerla funcionar, desde luégo, á su favor.

Tocado su córazón de la idea filantrópica y deseando que la recompensa fuese proporcionada al mérito que pensaba contraer, paróse nuevamente y exclamó:

—¿Qué son unas cuantas monedas de cobre para remediar la desgracia de ese infeliz? Nada. Las cosas hay que hacerlas bien ó no hacerlas.—En aquel momento examinaba un puñado de monedas que tenía en la mano: entre éstas percibió su mirada el amarillento fulgor de una onza de oro.

—¡Qué efecto tan mágico produciría en el ánimo de ese hombre una limosna de esta magnitud!—decía, separando la onza de las otras monedas.—Es el caso,—añadió enseguida,—que de estas quedan ya pocas y que yo la guardaba para el puño de un bastón... La he conservado tanto tiempo que... ya me la sé de memoria, y la reconocería entre mil. No... le daré un duro... y... Pero, ¿y la satisfacción... la sorpresa, el asombro de ese desgraciado, al...? Nada, que se la doy...

Y avanzó resueltamente hacia el mendigo; á cuatro pasos de éste volvió á detenerse con insólita brusquedad, y, como si ante su vista apareciera de improviso un nuevo horizonte por él descubierto, dijo:

—¡Esta puede ser la moneda de la suerte!... Le daré un duro.

Y avanzó dos pasos más.

El mendigo extendió la mano.

Otra nueva idea, hija legítima de la superstición del jugador de raza, volvió á cambiar su propósito, y se retiró con apresuramiento diciendo entre dientes y con voz ininteligible para el mendigo:

—Luégo, luégo, ó mañana... Con el producto de esta moneda... ¡No hay que malograr esta inspiración!

Y con este pensamiento se dirigió resueltamente á la Puerta del Sol.

El mendigo creyó que el señorito había querido burlarse de su miseria, y, con la mirada centellante y las manos crispadas, dejó escapar de sus labios convulsos una blasfemia horrible...

***

Manolo fué saludado al entrar en la sala de juego, por los allí congregados, con la familiaridad que se saluda á un antiguo compañero.

El banquero le miró con mirada codiciosa, mezclada del temor, que inspira un *punto fuerte* que lo mismo puede ocasionar grandes ganancias que grandes pérdidas.

Un *punto flojo* se apresuró á ceder su sitio, en lugar preferente, á Manolo, y prosiguió la partida sin ningún incidente que deba mencionarse.

Manolo sacó la *moneda de la suerte* y la puso á una carta; pero, algunos segundos después, con la palabra: «¡Juego!» retiró aquella moneda y puso otra en su lugar, diciendo para su capote: «No conviene todavía; es mi recurso de esta noche y debo guardarla para el final.»

Durante un cuarto de hora, la suerte fué caprichosa con Manolo. Acertaba dos cartas y perdía tres, y vice-versa, hasta que, pasado dicho tiempo, se decidió definitivamente en contra suya.

Y aquí fueron las dudas y las perplejidades de Manolo.—Si hubiese dado la onza al pobre, —se decía á sí propio,—es indudable que Dios me habría protegido por tan buena acción... Pero Dios que todo lo sabe y lee hasta los más ocultos pensamientos, sabe también cual es mi intención sobre ese punto... ¿Será, acaso, porque todavía no he echado mano del talismán?—Y volvía á sacar la onza; y tornaba á guardarla, por medio de la siguiente reflexión:—Me dice el corazón que cuando no me quede más que esta moneda, con ella he de recobrar lo perdido, realizando, además, una ganancia fabulosa...

En breve llegó el momento de la prueba decisiva. Manolo había perdido todo su dinero á excepción de la moneda referida.

En un estado verdaderamente febril arrojó la onza sobre el tapete diciendo:

—A la sota.

—No hay *gallo*,—repuso el banquero, y volvió la baraja.

—¡Juego!—añadió de pronto Manolo paralizando la acción del banquero.—Esa onza no juega más que ocho duros.

—¡Ocho que sobran!—exclamó el banquero después de haber tirado *la contraria*.

—Debe ocho duros esa moneda,—replicó Manolo, negándose á que le cambiaran *la moneda de la suerte*.

—La paz al rey,—agregó un instante después al empezar otra *talla*.

—No hay *gallo*,—volvió á decir el banquero y á la segunda carta *pintó la contraria del rey*.

Al pasar la onza al montón del banquero, Manolo, frenético ya, acusó al banquero de haber *amarrado*; éste protestó de su *honradez*, trabóse empeñada disputa y acabó *aquello* pegando Manolo una fuerte bofetada á su enemigo, tan fuerte, que casi casi le metió debajo de la mesa.

La mayoría de los *puntos* se metió por medio y la tremolina no tuvo allí más consecuencias.

El banquero se levantó, tomó un vaso de agua, contó *su* dinero, se lo guardó, y dijo tranquilamente:

—Otro *talla*.

Pocos momentos después abandonó la sala.

Se *talló un burlote*, y Manolo permaneció allí como una hora viendo jugar.

La mayoría de los *puntos* se había puesto de su parte en la cuestión que había tenido con el banquero; pero al despedirse Manolo, ninguno de aquellos hombres quiso salir con él á la calle.

***

El frío de la madrugada, apagando un tanto el fuego de su acalorada imaginación, dió nuevo rumbo á las ideas de Manolo.

Y pensó que había hecho muy mal en dar una bofetada al banquero, porque, recordando friamente aquella jugada, no estaba muy seguro de que el banquero hubiese *amarrado*.

Y pensó más todavía. Pensó que, suponiendo que el hecho fuese real y positivo, sin dejar lugar á la duda, él, por su educación y por el rango social que ocupaba, no debió nunca producir escena semejante.

Por virtud de estas reflexiones, Manolo se arrepintió sinceramente de la culpa que había cometido al abofetear á su prójimo,—por más que su prójimo fuese un jugador.—¿Qué era él, despues de todo?

Puesto ya en tan buen camino, se arrepintió también de su conducta, y se juró á sí propio apartarse del juego, procurando rehacer su maltrecha fortuna, al objeto de entrar en la normalidad de su existencia.

Estas ideas y estos propósitos llevaron una ternura infinita á su corazón, y, por una correlación lógica de sentimientos, se acordó, con remordimiento verdadero, de aquel anciano mendigo que unas horas antes le había pedido un socorro de la manera más elocuente, esto es, participándole que aquellas horas aún no se había desayunado.

En aquel momento hubiera deseado Manolo llevar mil duros en el bolsillo y haberse encontrado con el pobre en cuestión.

Al llegar á este punto de sus reflexiones Manolo dejaba á un lado la calle Mayor y entraba en el Pretil de los Consejos.

Al doblar la primera esquina creyó que soñaba y hubo de restregarse los ojos. En la esquina de enfrente se encontraba el anciano mendigo. Ninguna madrugada le había visto allí, y de aquí nacía la extrañeza, ó más bien, el estupor de Manolo. Se registró los bolsillos. Nada, no llevaba un cuarto.

—Esto es un aviso del cielo,—pensó.—Mañana recompensaré debidamente á ese pobre hombre.

Y avanzó con el intento de pasar inadvertido á los ojos del pordiosero.

Cuando Manolo se encontraba á cuatro pasos del anciano, una voz conocida de Manolo gritó desde el oscuro rincón de la encrucijada:

—¡Este es!

—¡Este debía ser!—repuso el mendigo con feroz alegría, clavando un puñal en el pecho de Manolo.

Este, al sentirse herido, se asió fuertemente á la siniestra mano del asesino, é instintivamente le arrebató un objeto que el anciano estrechaba entre sus dedos.

El anciano pudo desasirse y un momento después se perdía en la sombra.

Manolo cayó al suelo bañado en su propia sangre y con las ansias de la muerte, á la luz de un farol cercano pudo ver que el objeto que había arrebatado á su matador era una onza de oro, ¡la suya! es decir, la que él mismo había pomposamente llamado *la moneda de la suerte*.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

CARLOS SANTLEY (Retrato por T. Gotch

ALGUNOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL CHOCOLATE

Es ciertamente asunto digno de fijar la atención, por referirse á uno de los más usuales alimentos y excita por lo mismo justificada curiosidad cuanto se relaciona con su origen; por cuya razón expondremos breves y ligeras ideas, no con el fin de llevar á cabo extensa disertación histórica, sino aspirando tan solo á trazar vagos recuerdos, que á modo de interesante noticia, pueda ser con afición leída y simpáticamente aceptada, por todo el que sepa rendir el tributo de aprecio, que de derecho corresponde á los estudios históricos en sus diversas esferas.

Mucho se ha escrito acerca de este tema, que ofrece no escasa curiosidad é interés. La circunstancia de ser un alimento tan usual, así como su origen y vicisitudes, son otros tantos motivos que justifican la importancia de lo que se desea conocer, que no es una cuestión baladí, sino una de las en que se refleja las costumbres de un pueblo, en las cuales pueden verse muchos de los rasgos característicos de sus habitantes, que se observan de una manera notable en las manifestaciones del hogar doméstico, en el seno de la familia, al calor de los encantos que produce el cariño de los que viven bajo los dulces lazos de inextinguible amor, creado entre los que constituyen una agrupación de padres, hijos y hermanos.

La palabra Chocolate es derivada de la mejicana *quachahuatl*, compuesta de dos, *choco* que significa ruído y *latle* agua. Es por tanto una voz, cuya etimología recuerda el país originario de la sustancia.

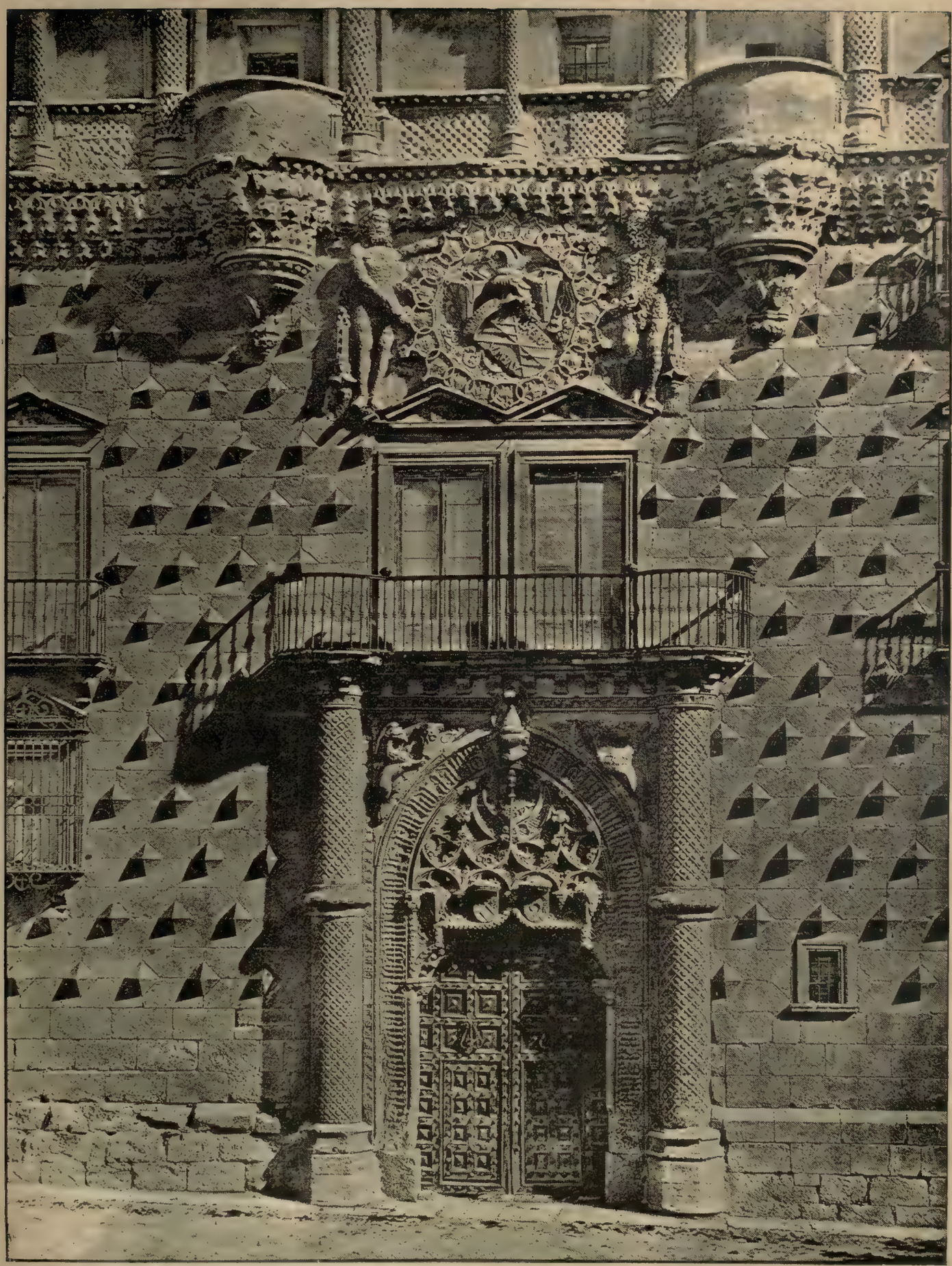
Al descubrimiento de Méjico por los españoles en 1520, pudieron observar que el chocolate formaba parte de la alimentación de los indígenas, y desde esta época data su introducción en Europa, comenzando por España en que tuvo desde luégo grande acogida, habiendo tardado algo más en generalizarse en Francia, lo cual no se verificó, sino en la época de la regencia de Ana de Austria, que comenzó á ser apreciado y enaltecido por las personas de distinción y de categoría social.

El chocolate es, pues, de origen mejicano, fué importado en la isla de Santo Domingo en 1503

LUCRECIA DONATI

SAVONAROLA

FORJADURAS DE JUAN BASTIANINI



GUADALAJARA: PORTADA DEL PALAGIO DEL INFANTADO

por Estiaca, y no se aceptó en París, hasta el reinado de Luis XIV en 1660.

Los españoles, sin embargo, le dieron á conocer en Europa á mediados del siglo XVI y en España fué donde primero se vulgarizó. Desde nuestra nación pasó á Italia y Austria; después á Francia hasta que se extendió por toda Europa. Se adoptó primeramente por la clase aristocrática, luégo pasó á las demás clases sociales.

Es una sustancia que se debe al país americano, que ha motivado tantas conquistas en el mundo científico. Allí, en las inmensas llanuras del país del Amazonas, es donde crece el árbol del Cacao *(Theobroma cacao*, de Linneo), delicado por su naturaleza y que ha menester de la temperatura y condiciones de aquellos climas, solo compatibles con su existencia, é imposible en nuestras regiones frías, desiguales y destempladas. Por eso ha podido ser trasportado unicamente á climas de condiciones parecidas. Las semillas de esta planta, forman, pues, juntamente con el azúcar y canela, la mezcla conocida con el nombre de chocolate y los mejicanos emplean alguna vez dichas semillas, hasta como alimento único, habiéndose servido en épocas remotas de las mismas, á guisa de moneda ó símbolo de cambios.

La aceptación que ha tenido el chocolate en nuestro país, ha sido, sin duda alguna, superior á la de los demás, sin que haya experimentado épocas de olvido ó pasajera decadencia. Ha llegado á formar hasta uno de los lazos de la familia y su importancia para muchos es tal, que prescindirían de otros alimentos, pero no perderían jamás el chocolate. Es casi tan clásico como el cocido. Hombres eminentes en ciencia, príncipes de la Iglesia y literatos de primer orden han descrito su preparación, enaltecido sus propiedades, ensalzado sus efectos y le han dedicado los frutos de su inteligencia, considerándole como un alimento útil, sencillo, agradable, delicado, fácil de digerir y al alcance de las más modestas fortunas. No habrá, en efecto, ningún español que no haya saboreado, siquiera alguna vez, ese alimento compuesto de cacao, azúcar y canela, que en ocasiones adicionan vainilla para aromatizarle y en determinados casos se le mezclan sustancias medicamentosas, que puede fácilmente asimilar el organismo, sin experimentar el enfermo las molestias de repugnante medicina que si bien puede recuperar la salud es repulsiva por su sabor ú olor, los cuales desaparecen cuando se ocultan bajo las perfumadas y aromáticas emanaciones del chocolate. Hay, sin embargo, muchos á quienes no gusta, por considerarle insuficiente como reparador y quisieran verle relegado tan solo, al catálogo de los alimentos del convaleciente ó valetudinario. Y está justificada la aceptación. Es un alimento fácil de preparar y de adquirir, que se acomoda á todas las edades y en todas las condiciones de la existencia; que lo toma lo mismo el convaleciente que el sujeto lleno de vida y en perfecto estado de salud.

No obstante, hay no pocas personas que son refractarias al empleo de esta sustancia como alimento y que no les satisface en modo alguno.

También ha sido objeto de no pocas adulteraciones y ha constituído tema de ocupación de los químicos, el descubrimiento de las mismas, á fin de poner sobre aviso á los confiados en extremo, llegando la perversidad en este terreno, á un grado de refinamiento difícil de concebir, introduciendo sustancias de índole diversa, nocivas unas ó inocentes otras; pero todas ellas constituyendo un acto punible por muchos conceptos. No podemos descender á detallar estos medios de adulteración y reconocimiento, porque nos llevaría muy lejos de nuestro propósito. Baste decir que ocupa extensas páginas en las obras de química.

Sólo hemos tratado de llamar la atención acerca de una curiosidad histórica, dejando para más oportuno momento, el estudio científico del asunto.

JOAQUÍN OLMEDILA Y PUIG.

LAS PLEGARIAS

I

EL NIÑO

¡Oh virgen María,
botón de clavel!
mi madre me dice
que te ame con fe,
pues cuenta que eres
mi madre también;
que el rezo del niño
te causa placer;
que cuando en las noches
dormidito esté,
si soy un buen hijo,
me vendrá á ver.
Mi madre no engaña,
lo sabe muy bien,
por eso te espero
y al fin te veré,
¡Oh virgen María,
botón de clavel!

II

LA JOVEN

¡Madre tierna, virgen santa!
con el alma conmovida,
cruzando voy en la vida
por un mundo que me espanta;
donde quiera se levanta
la sombra de la maldad,
Y en la densa oscuridad
en que el porvenir se abisma,
temblando voy por mí misma
con tan fiera tempestad.

¡Virgen pura! ¡Madre amante!
dame tu amparo divino,
que es peligroso el camino
y voy sola y vacilante.
La luz de tu amor, constante
alumbre la senda mía;
sé tú mi antorcha, mi guía,
y en este mar que amedrenta
sálvame de la tormenta,
¡Oh Madre! ¡Virgen María!

III

EL HOMBRE

(CREDO)

Creo en tí, Señor y Dios, no porque admiro
al ronco mar que aprisionado ruge,
ó al huracán que con terrible empuje
lleva la tempestad en raudo giro.

Creo en tí, Señor y Dios, no porque miro
que en los cielos la aurora se dibuje,
ó enhiesto el tallo de las flores cruje
del aura matinal con el suspiro.

Creo en tí, porque mi espíritu agitado
nunca la duda entre sus penas lleva,
y tu sér en su sér siente grabado.

Y cuando á tí su pensamiento eleva
del infinito en pos, arrebatado,
sus alas tiende y hasta tí me eleva.

IV

EL ANCIANO

¡Larga ha sido la lucha! En este mundo
pálida sombra soy de lo que fuí,
¡Sácame de este piélago profundo!
¡Señor, llámame á tí!

Tristes mis horas son, negros mis días,
me arrastro en la vejez y en el dolor:
¿por qué de tu presencia me desvías?
¡Llámame á tí, Señor!

Envuelven ya las nubes del olvido
los recuerdos del tiempo en que viví;
viajero por la noche sorprendido,
¡Señor, llámame á tí!

De la amarga vejez en el remanso,
sin más luz en la tierra que tu amor,
tranquilo espero mi final descanso,
¡Llámame á tí, Señor!

VICENTE RIVA PALACIO.

LOCA DE AMOR

Me amaba tanto la infeliz Consuelo,
que un día su razón subióse al cielo;
(si es que al dejar la vida
se sube al cielo la razón perdida).

Sin que á nadie le asombre,
diré que la llevaron á un encierro,
y en la verja de hierro
«...loca de amor» pusieron tras su nombre.

Un extranjero, médico alienista,
profundo observador... corto de vista,
visitó el manicomio y su mirada
se fijó en el encierro de mi amada.

Sospechó la existencia de un arcano
y al preguntar,—¿Qué dice ese letrero?—
le contestó un loquero:
—Loca de amor es *tonta* en castellano.

«*Esa* dice que un hombre espera atento
á que torne á la luz su pensamiento
para brindarla goces y alegrías...
¡No se pueden decir más tonterías!»

«Se imagina que muere
sin cobrar la razón y él, que la quiere
con pasión sin igual, por lo insensata,
la dé un beso frenético y se mata.»

«Otras veces también exclama á gritos:
—¡No estoy loca, no, no, seres malditos!
¿Qué culpa tengo yo,—ya humilde gime,—
sino atendéis mi amor, porque es sublime?»

. . . . . .

¡Cuando esas frases manan de su boca
no delira su mente extraviada;
tiene razón mi amada...
y sin embargo dicen que está loca!...

JOSÉ BORRÁS.

VERSOS

Hora tras hora se avecina el día;
la noche hora tras hora se nos viene,
una ilusión á otra ilusión sostiene,
el dolor se sucede á la alegría.

El sueño rinde al cuerpo en su porfía,
y al alma entre patrañas entretiene;
y otra mañana al despertar previene,
y otra noche después al sueño guía.

¡Entre dormir y ambicionar, transcurre
el tiempo que con mano cautelosa,
la aspiración al desengaño enreda!
¡Y nadie piensa en ello ni discurre
que buscar existencia más dichosa,
es acortar la poca que nos queda!!

RICARDO CANO.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

FE

De paz tranquila el corazón inundo
del que mis pasos sigue por la tierra
y su faz cubre mi celeste velo;
que el que en mí su absoluto amor encierra
consigue un día descubrir un mundo,
consigue un día conquistar el cielo.

ESPERANZA

Gozar de mi hermosura le interesa
al mortal, que yo aplaco sus dolores;
pero asirme del todo no consigue,
soñando eternamente en mis amores
corre tras mí; que yo soy la promesa
de la ventura que el mortal persigue.

CARIDAD

Voy apartando de los piés, abrojos,
hago suave del dolor el yugo,
del infeliz abrigo el frío lecho
y con mi manto bienhechor enjugo
las lágrimas que brotan de los ojos
y la honda herida que desgarra el pecho.

JACINTO LABAILA.

NUESTROS GRABADOS

NADEJE
Dibujo de J. Dvorak

Hé ahí el tipo de polaca en su verdadera expresión, tal como se conserva generalmente, libre de todo cruzamiento con los moscovitas. Sabido es que aquellas mujeres se han hecho célebres en el Norte por su belleza, pues cuando menos sobrepujan á las de Rusia por la nobleza de sus formas y á las de Alemania por su color. Tienen el talle esbelto, el pié pequeño y bonito y hermosos cabellos; sus maneras son más agradables y más animadas que las de las demás de Rusia. No son muy raras las rubias ó las blondas, lo cual prueba, lo mismo que su idioma, la mezcla frecuente de las razas gótica y eslava, pero no de la hugro-finnesa,—prusiana,—ni de la tártara de los actuales dominadores.

VISTA DE DORT
Cuadro de Alberto Cuyp

El más ilustre pintor holandés, dejando aparte á Rembrandt, es Alberto Cuyp (1605-1672), de quien decía recientemente con su acostumbrado *esprit* M. Paul Mantz, que á falta de arboles ponía el *infinito* en sus paisales.

Fué Cuyp cultivador de todos los géneros de pintura: retratos, floreros, caza muerta, bodegones, escenas de interior, animales, interiores de edificios, paisajes, marinas: todo brotaba con igual prodigiosa belleza de su pincel de mago. «Luchó,—dice Luis Viardot,—contra todos los maestros de su tiempo y de su país sin más secreto que encontrar la variedad en la sencillez, lo imprevisto en lo natural, la grandeza en la ingenuidad, y sobrepujó'os á todos, salvo Rembrandt, en un punto: es el más luminoso de los maestros holandeses. Diríase que al coger los pinceles había pronunciado Cuyp aquella famosa palabra del Génesis: «Hágase la luz» y la luz fué hecha.»

Los ingleses se han hecho con casi todas las obras de este autor, pudiendo admirarse en la galería de Dorchester la *Vista de Dort*, cuya reproducción damos hoy en uno de nuestros grabados.

CÓRDOBA: ENTRADA DE LA CIUDAD POR EL PUENTE

Puede citarse esta puerta como uno de los mejores ejemplos de la arquitectura española del siglo XVI. Construida en tiempo de Felipe II, ostenta la grave majestad que caracteriza las obras de aquella época, formando digna entrada á la histórica ciudad que fué un tiempo del emporio del saber humano, cuando era corte de los califas de Occidente.

EL VIEJO ENAMORADO
Cuadro de Mantegazza

¡Uf, qué asco!... ¿Quieren ustedes nada más repugnante, en efecto, que un viejo requebrando á una niña, con la circunstancia agravante de hacerlo con acompañamiento de guitarra? ¡Quite allá el carcamal!...

Sin embargo... hay algo más nauseabundo todavía que eso, y es la juventud dejándose babear por la ancianidad libertina... De todas las escenas *shocking* con que ha amenizado Zola sus novelas, ninguna más *ecœurante* que aquella en que el *protector* de la hija de Coupeau se encuentra con las piernas encanijadas y canosas de su suegro proyectándose de donde no esperaba. Por dicha, no parece que la bella *damigella* de nuestro grabado deba hacer gran caso de las grotescas *soltanze* de *il vecchio*.

MISS NETTIE HUXLEY
Retrato por John Collier

El honorable John Collier es uno de los grandes retratistas de que con justo motivo se envanece el Reino-Unido. Músico, poeta, escultor y pintor brilla por la elevación de su inteligencia y por la distinción con que marca todas sus obras. Como retratista pone todo su empeño, y hace bien, en hacer que resalte la individualidad del modelo, no concediendo grande importancia á los accesorios. En cuanto á miss Nettie, diremos que es hija del ilustre presidente de la Sociedad real de Londres y autor casi popular de multitud de obras sobre prehistoria sir John Huxley.

PAISAJE
Acuarela de miss E. Parsons

La autora es una australiana educada en la buena escuela. Su paisaje está compuesto con gusto y método y produce bonita impresión.

BERLÍN

Berlín es una ciudad muy grande, muy monótona y muy tristona. Para imitar una antigüedad que nó tiene los arquitectos han levantado infinidad de monumentos á estilo de los de Roma ó Atenas, áridas moles de piedra, secas y plomizas, consiguiendo tan solamente con esto hacer más solemne el aburrimiento que inspira la capital prusiana á cuantos la visitan. Lo único pasadero que hay allí es el *Unter den Linden (Bajo los tilos)* que viene á ser una especie de Rambla, aunque infinitamente menos alegre que la nuestra.

En punto al carácter de su población, parece que no tiene nada que envidiar á París en materia de vicios ni virtudes, aunque naturalmente sin la gracia ática de que con justicia blasona la capital de la vecina república.

EL TALLER
Cuadro de German Ribot

Es artículo de fe para muchos que Teófilo Agustín Ribot es el Ribera de nuestros tiempos, fundándose para ello en que se ha dedicado á pintar principalmente vidas de santos haciendo que reinara en sus cuadros rudísimo contraste entre la luz y la sombra. Así es, en efecto, pero además de esta filiación riberesca ofrece también otra, no menos indiscutible, procedente de los antiguos maestros holandeses, lo cual se hace patente cuando en vez de pintar santos pinta interiores, á cuyo género pertenece *El taller* que figura hoy en nuestras páginas.

CARLOS SANTLEY
Retrato por Gotch

Puede señalarse esta obra como ejemplo de sencillez en la factura, lo cual dice mucho en favor del buen gusto de su autor, uno de los corifeos del realismo. La cabeza de Carlos Santley, escritor inglés, aparece muy bien modelada y la actitud y la expresión están admirablemente caracterizadas.

FORJADURAS DE JUAN BASTIANINI
LUCRECIA DONATI.—SAVONAROLA

Nació Juan Bastianini en 1830, en Ponte alla Badia pueblecillo entre Florencia y Fiésole, y después de haber pasado su infancia en calidad de aprendiz de escultor, estudió con Fedi. Poseído de la más profunda admiración por las obras del Renacimiento dedicóse á imitarlas, en lo cual consiguió en breve hacerse una especialidad. Forjaba *tesoros del arte antiguo*, como el abate Marchena poemas del tiempo de la buena latinidad. Muchos museos creen poseer obras maestras del siglo XVI, etc., cuando quizás hayan salido de manos de Bastianini.

En nuestros grabados pueden verse dos bustos de este autor, que nadie podría atribuir á un escultor contemporáneo, tanto es su perfecto carácter *d'antichità*: una Lucrecia Donati existente en el museo de South Kemington, que se creyó obra de Miguel Angel, y un *Savonarola* que se ve en San Marcos de Florencia y fué atribuido por los más competentes críticos al Buonarroti ó á Lucca delle Robbia.

GUADALAJARA
PORTADA DEL PALACIO DEL INFANTADO

Este palacio es de grande extensión, pero no de mucho gusto. La portada, sí, es soberbia y del más castizo carácter español; los aposentos interiores están cargados de molduras doradas, y es celebérrimo su magnífico patio.

«ECCE ANCILLA DOMINI»
Cuadro de Dante Gabriel Rossetti

Este distinguido pintor italiano, cuyas obras alcanzan gran predicamento en Inglaterra, ha interpretado á nuestro ver deliciosamente la escena de la *Anunciación*, cuando María contesta á la salutación del ángel con aquellas humildes palabras: *Hé aquí la sierva del Señor*. No es poco mérito traducir con la dulzura que lo ha hecho Rossetti el inefable misterio del *Angelus*.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONTINUACIÓN)

XVI

UN VIAJE INESPERADO

El pobre de don Leandro parecía haber perdido por completo el juicio.

Causaba lástima el buen señor.

Sin tener en cuenta sus cincuenta años, la cruz del matrimonio que cargaba sobre sus hombros, sus hijos, hijos de un amor ya trasnochado; su severa toga de abogado y su representación social, desde que la vivaracha viudita había regresado de nuevo á la villa, se pasaba bonitamente las horas el amartelado golilla rondando su casa como cualquier Tenorio del lugar.

Chicos y grandes, varones y hembras, tenían noticia de sus pretensiones amorosas, y sus pasos y repasos por la calle de la viudita constituían el tema de todas las conversaciones en la localidad.

Una noche sin luna en que las calles de la villa estaban oscuras como boca de lobo, don Leandro acababa de abandonar la botica en que había pasado un par de horas jugando al ajedrez cometiendo toda clase de torpezas, cuando al sentar el pié en la calle del Santo Madero, se le acercó un hombre del pueblo preguntándole de buenas á primeras, pero llevándose la mano al ancho sombrero al mismo tiempo:

—¿Es V. don Leandro de Pluma en blanco?

—El mismo,—contestó el golilla echando mano al espadín.

—No se asuste su merced, que soy moro de paz,—contestó el desconocido.

—¿Pues qué quieres? Despacha pronto.

—¿No me conoce su merced?

—No.

—Soy Silverio, el criado de doña María Luísa.

El golilla dió un salto.

—Sí, sí te reconozco. ¿Qué quieres, hombre? ¿Vienes de parte de tu damita?

—Sí, señor. Mi buena señora me ha entregado esta carta para V., y le he aguardado en este sitio á fin de que nadie se enterase de ello.

—Muy bien hecho,—contestó Pluma en blanco, sonriendo como un bienaventurado.

—Mi buena señora, que tiene la confianza puesta en mí, me ha llamado á parte, diciéndome:—Aquí tienes esta carta para don Leandro y procura entregársela de noche en un sitio solitario y sin que las piedras se aperciban.

—Veámosla, veámosla,—exclamó el golilla hueco de alegría y tomando el billete de manos del escudero.

—Aquí la tiene su merced. Entérese de ella.

Don Leandro, hinchado de vanidad y como si el hijo mimado de la diosa Venus, como diría el poeta, disparara por vez primera contra él sus amorosos dardos, se llevó á los labios el perfumado billete y se encaminó bamboleando de gozo hacia una capilla en la cual se veneraba la piadosa efigie del *Ecce Homo*, colocada entre dos balcones de una casa solariega y alumbrada por un agonizante farol colgado de un garabato de hierro suspendido en el balcón.

—¡Qué ventura! ¡Qué felicidad! ¡Haber obtenido este singular obsequio de la reina de mi alma, señora de mis pensamientos y astro de luz de mi existencia! ¡Cómo pagarle tanta gratitud!

Así exclamando, llegó al pié de la capilla, rompió el sobre y dió principio á la lectura.

Nuestro señor licenciado con candorosa sonrisa, haciéndose todo ojos y pareciéndole que cada uno de los rasgos de aquella carta fueran por obra y gracia de las hadas protectoras de los buenos y oficiosos amantes, leyó con alborozo la inesperada misiva.

La carta como todas las de aquellos *piadosos* tiempos estaba encabezada con la señal de la santa cruz, y nunca con más razón pudo decirse

ECCE ANCILLA DOMINI (Cuadro de Dante Gabrie. Rossetti)

...ella de tras de la cruz el diablo, pues parecía tan en ella hubiese tomado su parte Satanás.

El estudiante, lente en mano, con el billete á la diestra, buscando la luz del farol y sin fijarse en el venerable *Ecce-Homo* que parecía mirarle con ojos de compasión, leyó y releyó esos cortos é interesantes renglones:

«Amabilísimo don Leandro: Con todo el sentimiento de mi alma pongo en conocimiento de su merced, como el día siete del actual mi venerable cuñado don Serapio de Segura y Campolino, alcalde que fué de casa y corte, fué llamado por Dios á su santa gloria después de haber recibido los Santos Sacramentos.

»Su inesperada muerte, pues el pobre señor sólo contaba setenta años y gozaba de buena salud á pesar de sus achaques, ha acontecido en la ciudad de Granada. Dios lo ha querido así y no hay más que acatar su suprema y santa voluntad.

»Como el día veinte del actual se celebrarán sus funerales y en aquel triste día se leerá en familia su última voluntad, deseo asistir á ambos actos, pues los dos me interesan de igual modo, como comprenderá su merced.

»A pesar de la pena que aguijonea mi alma, otra me mortifica y me molesta en este instante, y es la de ponerme en viaje. No puedo acostumbrarme á exponerme á los peligros de una larga excursión. ¿A más, quién viaja? Nadie. La idea de los vuelcos, de los caminos de herradura, de los mesones, de los bandidos y de los robos están impresos en mi imaginación.

»¡Una dama sola, por esos caminos de Dios, corre tantos y tantos peligros!

»Si su merced, que tanto y tanto se interesa por mi humilde persona, su merced, repito, que es todo un caballero, amable, prudente, respetuoso y comedido se dignara servirme de paje en mi excursión, quedaría de ello sumamente reconocida.

»Eso ha de ser un secreto entre los dos. Júreme su merced, señor, por el nombre de su difunta madre, cerrar el pico, no participar nada á su señora, ni á amigos, ni á confidentes, no dirigirme la palabra en el coche hasta que llegue el día, portarse como un hombre de honor, y yo le prometo esperarle mañana á las ocho de la noche, dentro de mi carruaje, en la Fuente de los Currutacos, y de aquel triste y apartado sitio, á fin de evitar murmuraciones, dirigirnos derechos á Granada, pernoctando en el mesón del Cabrito hasta que sonría el sol.

»Su mas humilde admiradora que pone en sus manos su recato y su virtud, convencida de que sabrá velar por ellos, *María Luisa.*»

El golilla creía volverse loco de alegría.

—¡Qué dicha! ¡Qué suprema ventura! ¡Qué felicidad!—repetía de nuevo con el más cómico alborozo.

—¿Qué contesta el señor?—preguntó humildemente el escudero.

—Dí á tu ama, que estoy á sus órdenes, que puede disponer de mí y que beso humildemente sus hermosas manos.

El criado se dirigió á la calle del Palo corto, y don Leandro más alegre que un estudiante de tuna en tiempo de vacaciones, hacia su morada.

Al dar con doña Cándida toda afecto y toda cintas, el esposo meditó su crítica situación.

—¡Leandro mío! ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó la dama abriéndole el cancel.

—Pesan muchos negocios sobre mí, esposa mía.

—¡Muchos!—murmuró su cara mitad poniendo los ojos en blanco.

—Sí, mujer, sí. Tanto, que he de separarme por ocho días de tu lado.

—¡Ocho días, que atrocidad!

—Sí, quiero encerrarme una semana en la cartuja de San Benito y dedicarla toda entera á ejercicios y maceraciones para desagraviar á Dios, pues acaba de publicar una bula el Santo Padre, diciendo que ganarán tres mil días de indulgencias cuantos pongan en práctica esos piadosos ejercicios.

—¡Todo sea por Dios!—murmuró la dama fingiendo credulidad.

—Lo ha creído de buenas á primeras mi cándida señora,—murmuró el esposo.

—¡Y qué hombres tan mentecatos ostentan la borla de doctor,—articuló la dama con maliciosa sonrisa,—merecería ser emplumado por majadero!

Los dos cónyuges retozándoles la risa y evitando sus miradas tomaron asiento en la mesa y principiaron á cenar.

(Se concluirá.) FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACION: Cortes, 365 367. Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

—) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (—

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 19 de Marzo de 1887 | Núm. 220

GALANTEOS DE ANTAÑO

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La casa de Pedro López* (continuación), por Juan Tomas Salvany.—*Lecturas. A muchos y á ninguno* (continuación), por Clarín.—*Todo el mundo*, por Antonia Opisso.—*Tipos militares. Alemania, Rusia é Italia.*—*Música lejana*, por S. Rueda.—*Kéfir* (poesía), por José M.ª de la Torre.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—Nuestros grabados.—*La fuente de los currutacos* (conclusión), por Francisco Gras y Elías.

GRABADOS.—Galanteos de antaño.—Los animales como elemento decorativo (dos grabados).—El terremoto de Niza.—Tipos militares de Alemania, Rusia é Italia.—Guantes históricos (cuatro grabados).—Embarque del cadaver de Gustavo Adolfo, en Wolgast.—Reunión de patronos de un Asilo de huérfanas.—El nido abandonado.—Paisaje.—*Portugal*: Universidad de Coimbra.—Un camino á través del bosque.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Los cañones están cargados... de paz.—En lo que piensan los que no tienen dinero para comprar pan.—Lo que hace hoy la sociedad madrileña.—La estadística del crimen.—Lo que hay dentro de una libreta y dentro de una botella de vino.—Los libros que te envío y recomiendo.

Mi querida Carmen: Hé aquí que la paz no será turbada y que vosotros continuaréis en París; me alegro por la humanidad y por vosotros.

Sin embargo, la paz de Bismarck, es decir, la paz que consiste en armar á los hombres en vez de desarmarlos, ¿ofrece garantías? Proudhon ha dicho que la paz no existirá mientras haya oprimidos y explotados. La última votación de Alsacia-Lorena demuestra que hay oprimidos; esta paz es sólo la tregua del miedo. Por otra parte, el emperador se muere de sus noventa años. Su vieja cabeza se inclina con el peso del casco, sus manos tiemblan y sus piernas se doblan. Falto ya de aliento para vivir tiene que hacer esfuerzos inauditos para presentarse alguna vez á sus súbditos y conservar ante ellos la entereza de un emperador inmortal; pero luégo, cuando se retira déjase caer en su butaca como un maniquí á quien faltan de pronto los resortes. El mismo debe creer que se lleva consigo la paz de su imperio y que lega á su hijo los horrores de una feroz campaña. La visión de su imperio destruído será probablemente la visión última de su vida y al entrar en la eternidad donde le esperan las sombras gloriosas de sus antiguos soldados, tendrá en sus ojos lágrimas. Si alguien debe creer en otra vida, sin término, es quien ha sido rey; quien ha dominado el mundo, no debe resignarse á la igualdad del polvo y de la nada. ¿Para qué sirven el poder y los tesoros y las grandezas, si no sirven más que para reinar sobre hombres y poseer cosas que se desprecian? O el reinar es una mentira ó se ha de seguir siendo rey en otro mundo después de la muerte.

—¡Me exalto,—decía un banquero,—cuando reflexiono que con tanto dinero no puedo sobornar á la Muerte!—Esta consideración no se le ocurre al desgraciado que no tiene pan que llevar á la boca; y son muchos que se van á encontrar en este caso si las lluvias no vienen pronto. Mientras llegan, los panaderos han subido el precio del pan, sin esperar á que subiese el trigo. Todo Madrid ha clamado contra semejante inhumanidad y los tenientes de alcalde han empezado á visitar las tahonas decomisando el pan falto de peso. Ha ocurrido con este motivo lo de siempre; en cada visita se ha encontrado con dicha falta miles de panecillos. Es decir, que muchos tahoneros defraudan sistemáticamente al público y que el público sistemáticamente lo consiente. Lo consiente porque en Madrid nadie reclama que se le pese el pan que compra. Todos se quejan de la carestía, todos sospechan que se les da mermado el pan y lo aceptan y se callan. Aquí no cumplimos con nuestros deberes; pero en cambio tampoco ejercitamos nuestros derechos. Hace pocos días entró un obrero en una tahona:—¿Cuánto es un panecillo?—pregunta.—Once céntimos.—Bueno, péselo usted.—Pesado cuesta doce.—Bueno, péselo usted.—Hombre, déjate de eso. Llévale sin pesar y te le doy en diez.—Esto se sabe y todo el mundo se encoge de hombros con indiferencia verdaderamente estúpida. El pueblo se contenta con proferir sombrías amenazas, con augurar venganzas para el gran día de la liquidación social y prometerse colgar de los faroles á los mozos de tahona ó cocer en los hornos de su propia tahona á los tahoneros. Mientras llega ese día,—que tiene otros días semejantes en la historia,—reduce su pedazo de pan cuotidiano y enflaquece y ve enflaquecer á su desdichada familia. He citado en el principio de mi carta una frase de Proudhon: no habrá paz mientras haya oprimidos y explotados. No habrá paz donde no haya pan barato.

Ayer cayeron algunas gotas de lluvia y todos sonreímos con esperanza. Las nubes pasaron ligeramente sobre los paraguas abiertos trazando un arco iris que no era el de la paz sino el del hambre. Hoy por la mañana ha llovido un poquito. Lo bastante nada más para que en estos alrededores nazca una verde pelusilla que se agostará con el sol al otro día. ¡Qué campos los de este Madrid; ya tú los recuerdas! Apenas crece en ellos un arbolito. Cierto buen señor, cuando sale con sus hijos de paseo por las afueras y encuentra un árbol, hace que sus hijos se arrodillen delante, como si aquel árbol fuese una capilla:—¡Ya veis,—les dice,—aunque lo nieguen los incrédulos hay milagros!

No debe contarse entre los incrédulos las damas madrileñas; éstas han terminado ya de regocijarse y ponen la cara tan melancólica como lo exige la Cuaresma. No se visten ya los colores alegres de sus trajes de sarao ni se engalanan con brillantes; ahora se visten de negro, se rodean el semblante con la blonda de la mantilla y se dirigen á las iglesias cuidando de no mirar á los hombres sino con el rabito del ojo. Mostrar hoy la desenvoltura de hace días no sólo sería impropio de esta época de oración sino que sería de mal tono. El traje modesto requiere un aire de modestia y sencillez también. Parecer beata, es hoy añadir un atractivo más á los de siempre: es una coquetería. Tú sabes algo de esto, se me figura. Durante ocho días, han celebrado las Hijas de María, en la capilla del Sagrado Corazón, sus ejercicios espirituales. Este es el templo preferido por la buena sociedad que tiene sus templos y sus días religiosos de moda, como en los teatros.

Las ocupaciones de estas damas han variado; muchas de ellas en vez de ir á las funciones teatrales se quedan en casa y convierten en talleres sus salones; ocupándose en hacer hilas y ropas para los asilos benéficos. Otras recogen donativos á las puertas de las iglesias, donde se celebran misiones y novenas. Algunas, dedican las tardes á enseñar la doctrina cristiana á los niños acogidos en los asilos particulares, á visitar enfermos; todas, en fin, expían terriblemente sus anteriores diversiones. Las que más se distinguen por su fervor religioso suelen ser las mismas que se distinguieron por su entusiasmo en los placeres; y esto es natural. Esta es una época deplorable para los Tenorios y los pollos fulminantes. Unos y otros, viendo á sus enamoradas cruzar con los ojos bajos, los brazos cruzados y entre los guantes el libro de oraciones, piensan que han sido olvidados para siempre y meditan estrepitosos suicidios... Por fortuna las respectivas doncellas, encargadas de otras misiones no tan católicas, les dicen:—Señorito, no se apure usted... en cuanto resucite Dios, resucitará usted.—Palabras tan consoladoras son recompensadas siempre desde cinco pesetas á cinco duros. Dejemos rezar á tus amigas y conocidas y pasemos á otro asunto.

¿Quieres que hablemos un poquito de la maldad de los hombres ya que estamos en época de sermoneo? Pues has de saber que, según leo en un diario, la estadística del crimen acusa grande crecimiento en España. De Julio de 1885 á Julio de 1886 se han despachado en toda la península é islas adyacentes 24.158 causas criminales por delitos contra personas, de las cuales 72 son por parricidio, 201 por asesinato, 1.127 por homicidio, 199 por infanticidio, 18.204 por lesiones, 6 por duelo, 2.204 por disparo de armas, 696 por suicidio, 1.449 por amenazas y coacciones. Esto sin contar los robos, hurtos, deshonestidades, incendios y otros estragos. Ya casi siento haber desarrollado ante tus ojos estas cifras que á tu viva imaginación se presentarán como torcidas figuras de ensangrentados criminales. Parece que con la civilización no nos mejoramos sino que codiciamos con mayor afán el bien del prójimo; que nuestras pasiones son más vivas y nuestros nervios más irritables. Sólo hay una ventaja, puramente moral: la mayor ilustración nos da conciencia de nuestros actos; sabemos que obramos mal y delinquiendo sabemos cuán reprobable es nuestra conducta. Compadecemos á nuestras víctimas y nos despreciamos á nosotros mismos. Esto es un consuelo para el que ha sido robado ó asesinado, sin duda. Los periódicos que copian la estadística mencionada, insisten como siempre en que el vino y la navaja tienen la culpa de todo. Figúrate lo que habrá de suceder ahora en que no teniendo los pobres para comprar pan barato preferirán beberse todo su dinero en vino. ¡El pan y el vino! ¡El cuerpo y el alma! ¡La fuerza y la idea! ¡El trabajo y la alegría!

Sólo que el abuso del vino puede traer más graves consecuencias que el abuso del pan. El soñador más fantástico, el mayor alucinado, sólo puede ver en una libreta el júbilo, la paz de una familia. La navaja del obrero, cuando parte un pan, despide fulgores que deslumbran y recrean. Pero ¿qué no ve la imaginación de un pesimista cuando mira á través del verdoso cristal de una botella? Allí dentro se agitan esperando salir á borbotones, primero, es cierto, el placer, las sonrisas, las esperanzas, las palabras ingeniosas y dulces, las protestas de la amistad y del amor; pero luégo los groseros insultos, las pasiones feroces, todos los desórdenes del cerebro, todas las brutalidades y todos los crímenes. Entonces sale también la navaja; pero despidiendo fulgores que espantan y que giran con trazos de fuego para luégo apagarse en sangre.—En España hay, por lo visto, un gran desnivel entre la producción del trigo y la del vino. Y este desnivel irá en aumento porque cada año se siembran menos tierras y se plantan más vides.—El porvenir de España está en el vino,—dicen los agricultores españoles.—Es decir,—contestan otros,—en la taberna y en la navaja.

Para concluir esta carta con algo menos grave y filosófico, te anuncio el envío de algunos libros de amena literatura; que realmente son amenos.

Entre ellos figura *La hija de Miracielos* y *La cuerda del ahorcado*, dos cuentos en un solo volumen, original el primero de Urrecha y el segundo de Chaves. El estilo de Urrecha es más espontáneo, más colorido, más moderno que el de Chaves; éste es más sencillo, más correcto, más justo y más castizo. Urrecha figura entre los revolucionarios de nuestra literatura; Chaves, entre los conservadores. Al uno le parece antigua la levita y viste de americana, ya negra, ya vistosa, según las circunstancias: al otro la levita le parece prenda desgarbada y quisiera vestir sencillo traje del siglo XVII; su época favorita. Los dos son dos escritores estimables que podrán llegar á escritores excelentes.

Otro de los libros que te envío se titula *Del Monton*, (retratos de sujetos que se ven en todas partes). Es una colección de tipos dibujados graciosamente con sencillez, con verdad, con ligereza, sin pretensiones; un libro agradable y simpático. Su autor es un periodista, tan simpático personalmente, como su obra. Manuel Matoses, que firma sus artículos *Andrés Corzuelo*. A este libro acompañan lindísimas viñetas de *Mecachis*.

Y nada más por hoy.

Tuyo,

FERNANFLOR.

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONTINUACIÓN)

Todos aquellos hombres desocuparon la escalera, ignoro si haciendo la vista gorda ó no sospechando que tuvieran algo que ver con los vecinos del principal.

Al poco rato había recobrado la casa su aspecto ordinario. Sólo el usurero y yo quedábamos en la escalera.

—¡Se ha salvado mi dinero! ¡Hija mía!—profirió aquél, maquinalmente.

—Aquí estoy, papá, ¿se sosegó todo?—respondió la joven, acudiendo.

—No ha sido nada, señorita, una alarma falsa.

—¡Alabado sea Dios!

Entonces pude ver, en la puerta de mi vecino, una plancha de metal con estas palabras:

DIMAS RAPOSO

PRESTA DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS QUE CONVENGAN

—¡Es posible,—le dije,—que V., tan apegado á sus intereses, habite en semejante casa!

—¡Pues por eso!—me contestó.—¿No ve usted que son clientes míos los del principal y del segundo?

Rosa exhaló un elocuente suspiro, mirando á su padre; luégo se volvió hacia mí, y con una graciosa sonrisa, alzó la mano, apoyó el índice en la frente y me hizo una seña que interpreté de esta manera:

—Es su manía; hay que dejarle.

—Vecino, está V. apurando la bujía,—observó don Dimas con la vista fija en mi palmatoria.

—¡Vaya! que Vdes. descansen.

—Buenas noches; haga V. lo propio.

—Y muchas gracias, caballero,—terminó la joven con acento angelical.

Mientras sonaba tras la puerta del usurero gran ruído de llaves y cerrojos, entré en casa, cerrando la mía, deseoso de acostarme, acto en el cual sin cumplimiento me había precedido Ramírez.

—¡Las tres y media! Noche toledana; esta casa se va haciendo inhabitable,—dije mirando el reloj al tiempo de desnudarme.

VIII

Al amanecer ya estaba yo en la calle, resuelto á pillar en la cama á mi casero. Transitaban en ella escasas personas y de poco arraigo todas ellas. Muchos portales permanecían cerrados, otros comenzaban á abrirse, dando paso á sendas muchachas de servicio, que, cesta al brazo, se encaminaban á la compra. Algunos horteras, perezosos y soñolientos, iban descubriendo los escaparates de las tiendas, ó descubiertos ya, barrían la acera, levantando nubes de polvo espeso y repugnante. Los edificios, con sus balcones y ventanas cerrados, parecían dormidos también como los vecinos que albergaban. A la vuelta de tal ó cual esquina, la destemplada esquila de las burras, al sonar acompasadamente, pregonaba la leche salutífera. Algún carro repleto de basura estremecía el empedrado, inficionando la atmósfera, formando admirable contraste con la suntuosidad y magnificencia de los palacios cuyo despojo tal vez era.

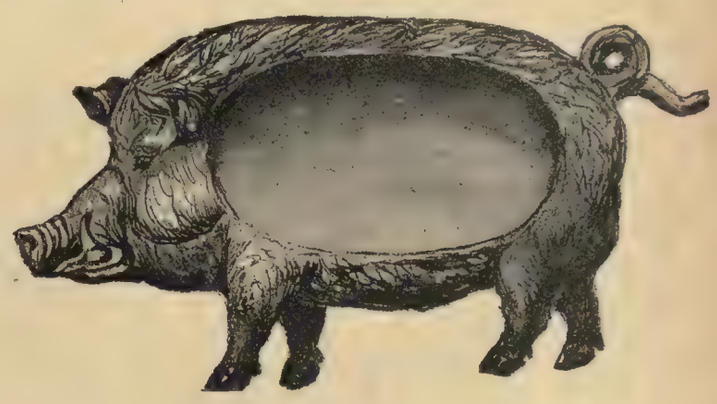
Me dirigí á la calle de Cuchilleros y busqué en ella el 37. Al entrar en el zaguán, abierto ya, una agraciada niña de catorce á quince años, secándose la cara con una toalla sucia, me salió al encuentro.

—¿Por quién pregunta usted?

—¿Don Pedro López?

—No está.

—¡Cómo que no está! Que no recibe dirás; pero en cuanto á estar en casa, tan temprano...



LOS ANIMALES COMO ELEMENTO DECORATIVO: CABEZA DE COCODRILO (Pintura de Nettleship). ARTESA EN FORMA DE JABALÍ

—Para el amo debe de ser muy tarde, porque no se ha recogido todavía.

Entre tantos miles de López como cuenta España, principié á dudar de la existencia de mi D. Pedro López.

No sabiendo qué resolución tomar, permanecía clavado en el portal cuando acertó á entrar un hombre de capa y sombrero hongo.

—Este caballero busca á V.,—dijo la niña.

El recién llegado hizo con la cabeza un movimiento casi imperceptible.

—¿Es usted D. Pedro López?—pregunté con aire de duda.

—Para servir á usted.

Respiré como Colón al descubrir la América.

—Usted dirá,—añadió el extraño personaje.

—Soy inquilino de V. y vengo á hablar sobre asuntos de la casa.

—¿De qué casa, caballero?

—La de la calle de las Infantas.

—Mala hora es esta: pero, en fin, suba usted,—dijo bostezando.

Subimos, él delante, yo detrás, entregado á serias reflexiones.

Mi casero no era un mito, sino un hombre de carne y hueso, que vestía como los demás, que estaba allí, delante de mis ojos subiendo la escalera, echando cada bostezo que temblaban las paredes; y no un casero así como se quiera, sino un casero trasnochador, buen mozo, propietario de más de una casa como lo había revelado su pregunta.

Entramos en el cuarto segundo con auxilio de una llave que sacó al efecto, y me introdujo en una especie de despacho con ventana á un patio, con una mesa sin papeles encima, y en el cual cogían apenas tres personas. Nos sentamos, él en una butaca junto á la mesa, yo en una silla al lado opuesto. Se quitó el sombrero y la capa; un rojizo rayo de sol entró en la habitación, y entonces pude examinar á mi casero. Era un hombre como de treinta años, alto y bien formado, pero de aspecto vulgar y hasta repulsivo, no sé si como casero ó como hombre, ó bajo cualquier aspecto que se le considerase. Su cabello era negro, lustroso y fino á fuerza de afeites, su frente estrecha y deprimida, sus orejas grandes y caídas como las de un perro perdiguero, su nariz correcta, sus labios gruesos y rojos, recordando el almagre, su barba redonda, carnosa y reluciente; sus ojos, careciendo de brillo inteligente, no daban al semblante expresión alguna ó le daban la de un lacayo; tenía el rostro afeitado, y bajo la lustrosa epidermis, algo semejante á una ola de pelo pugnaba por rebasar la superficie: vestía *chaquet* y chaleco de *tricot*, pantalón de lana, todo ello oscuro y flamante.

—Usted dirá,—repitió mirándome de hito en hito.

—Perdone V. si tan temprano le molesto, pero...

—Al grano.

—Pues el grano consiste en que deseo borrarme del número de sus inquilinos.

Sin contestar, abrió un cajón, sacó de él un mamotreto y se puso á hojearlo.

—¿Qué cuarto ocupa usted?

—El tercero de la izquierda.

—¿Su gracia de usted?

Le dije mi nombre.

—¿Cuánto tiempo lleva V. en la casa?

—Tres semanas.

—En efecto, aquí está. Pues, amigo mío,—añadió soltando el mamotreto,—lo convenido es ley, no puede V. mudarse antes de dos meses y una semana... A no ser que se resigne á perder la fianza y el pico del mes corriente...

—No obstante...

—¿Ha firmado V. ó no el contrato por un trimestre?

—Sí, señor.

—Pues, entonces, nada tengo que añadir; usted cumple ó no cumple; si no cumple, para eso es la fianza.

—Con todo, haré observar á V. que sus inquilinos, mis compañeros de vecindad, no son personas decentes.

—¡Cómo que no! Para mí valen tanto como usted, y como cualquier otro; pagan al pelo.

—En el principal hay un garito.

—¿Qué tengo yo que ver con él? Eso es cosa de la autoridad.

—En el segundo...

—Sé lo que me va V. á decir; esas mujeres están autorizadas; ¡vea V. si serán decentes!

—En el tercero derecha vive un usurero.

—Lo cual es una gran comodidad para los vecinos. Además, también está autorizado, y en Madrid, la usura constituye un artículo de primera necesidad.

—Acaso no sepa V. que los vecinos del sotabanco se están reventando todas las noches

—Pues que revienten de una vez; entonces pondré papeles. Si delinquen, ahí están los tribunales, los presidios y el verdugo. Yo, nada tengo que ver con ellos.

—Esta noche pasada hemos llevado un susto; allí no ha dormido nadie.

—Eso se lo cuentan Vdes. á la portera; ella es la encargada de mantener el orden.

(Se concluirá.) JUAN TOMÁS SALVANY.

NIZA: LOS TERREMOTOS

Escuela municipal de niñas del barrio de San Esteban.—Una casa del mismo barrio.—El pánico en las calles en el momento del siniestro.—Campamento en una plaza

TIPOS MILITARES: ALEMANIA, RUSIA É ITALIA

LECTURAS

Á MUCHOS Y Á NINGUNO

(CONTINUACIÓN)

Nuestro hombre (se le puede llamar así porque, al fin, lo es) cree que llegará á eminencia si trabaja con fe y obediente al *dogma* de la escuela y á las advertencias de la *crítica*.

El se ha visto en una lista de escritores que están regenerando la prosa y la novela, y de ahí ya nadie le apea: él es novelista y prosista. Ahora, la cuestión, para ascender, es tener cachaza, *observar* mucho la realidad, escribir largo y tendido (todos los días un poco), madrugar, hacer gimnasia, reirse de la inspiración y de la imaginación, y componer como el patrón manda. «La autoridad y la razón están conmigo,» piensa: veamos cómo.

Toma por autoridad á unos cuantos caballeros que escriben en periódicos de mucha circulación, y cometiendo sin querer un tropo que no estaba previsto en la retórica, toma al crítico por los lectores, y la importancia que éstos tienen, por ser muchos, se la atribuye al otro que es uno solo, y malo. Entre nosotros hay unos pocos... ¿para qué mentir? hay ya muchos literatos que sin dejar de ser unos mequetrefes desprovistos de todas las cualidades esenciales en el artista de la palabra y en el crítico literario, se creen eminencias sólo porque, sabe Dios cómo, han llegado á enseñorearse de tal ó cual papel que se lee mucho, no por obra y gracia de los tales, sino por la maña, industria y laboriosidad de un empresario, el cual, ó se ha muerto ya, ó si vive, no se mete en asuntos literarios y hace que el papel prospere gracias á una habilidad por completo extraña á la estética y sus contornos.

Pero nuestro novelista no ve esto, no ve más sino que en un periódico de mucha autoridad (de mucha circulación, señor, que no es lo mismo) un crítico muy conocido (ya lo creo, como las máquinas de Singer) le ha dicho que continuara por ahí, esto es, por ese mar de tinta vertida sobre resmas de papel barato, *sorprendiendo la realidad* todos los días por la mañana y creando, en suma, en compañía de otros como él, la nueva novela española. Nuestro hombre no quiere pararse en notar que *su crítico* suele ser un novelista *manqué* ó frustrado, ó, lo que es más terrible, un novelista *in fieri* que no quiere escribir *todavía* novelas porque está esperando la última novela, como el loco del cuento. Esos señores tienen una envidia descomunal pegada al hígado, y lo que ellos quieren es mortificar á los escritores verdaderos olvidándoles ó tratándoles con las mismas frases insustanciales de guardarropía que dedican á los principiantes á quienes pretenden animar. Ya Flaubert se quejaba de estas malas mañas que por lo visto no son invención de nuestros *críticos de caja* y de *gran tirada*. Decía el autor de *Bouvard et Pecuchet* en su carta XXXIX á Jorge Sand: *Ce qui m' indigne tous les jours c' est de voir mettre sur le même rang un chef-d' œuvre et une turpitude. On exalte les petits et on rabaisse les grands; rien n' est plus bête ni plus inmoral.*

En la prensa de París, en la popular y muy notada, se observa algo parecido á lo que sucede aquí, y nuestros *Figarillos* de Madrid que procuran imitar á esos escritores de quien Flaubert se queja, lo consiguen, no por lo que respecta al ingenio y la gracia que aquellos suelen tener, sino en los *galicismos* (que en los otros, es claro, no lo son) y en las pasioncillas miserables.

Nada más digno de alabanza que alentar á la juventud, sacarla de la oscuridad y ayudarla á ganar la gloria; pero esto cuando se ha visto su talento positivo, cuando merece esa juventud que se la dé la mano. Pero las *autoridades* á que se agarra nuestro novelista no hacen eso; protegen al primero que llega y sino rechazan sistemáticamente el verdadero talento para socorrer tan sólo á la ineptitud, es porque ni siquiera saben distinguir el oro del barro con que corre mezclado. Y aquí la justicia me obliga á notar una circunstancia atenuante en la picardía de tales críticos de la *gleba periodística*; y es, que no hay que suponerlos tan maliciosos que siempre alaben lo malo por malo y para dar en cara á lo bueno que envidian; no, algunas veces se entusiasman de veras con la obra de la necedad, obedeciendo á la luz de las afinidades electivas. El talento oscurecido no lo aborrecen ellos, por dos razones; primera, porque no lo conocen, por que no tienen ojos para apreciar el mérito, sino oídos para escuchar la voz de la fama que habla del mérito ya sancionado; segunda razón, no aborrecen el mérito ignorado porque lo que envidian no es el talento sino el crédito, el renombre.

Pero hecha esta salvedad, por escrúpulo de conciencia, se puede decir que lo general en tales literatos es formarse una corte de admiradores á quienes ellos á su vez fingen admirar, diciéndolo á los numerosos y por esto, muy respetables lectores, siempre que hace falta. En esta corte de *chicos que empiezan* figura nuestro novelista, que se agarra á su *autoridad* como á una tabla un náufrago. Alabar á la ineptitud con aires de medianía, ¡es tan agradable y tan fácil tarea para el envidioso de lo excelente!

Lo peor no es la tristeza del espectáculo que dan estos críticos *autorizados*... por el libro de suscriciones y la lista del timbre; lo peor es lo que se le mete en la cabeza al novelista novel á consecuencia de las alabanzas de quien él estima oráculo inapelable.

El chico que empieza ya sabe, por lo que ha visto respecto de otros como él, que á su segunda novela, sea como sea, se le dará el ascenso, el empleo inmediato superior; ya no será la obra del que *empieza por donde otros quisieran acabar*, sino el fruto de aquella esperanza comunicada al público en su día. «Sí, el señor X ha *cumplido su promesa*, ha sabido aprovechar las lecciones de la experiencia y los consejos de la crítica, etc., etc.,» y ya «figura ventajosamente al lado de nuestros primeros novelistas.» Otro pasito, otra novelita más, y el crítico ya desahoga, ya echa del cuerpo la bilis en forma de incienso, y dice al tercer engendro de nuestro autor: Tenemos un maestro más; la novela española está de enhorabuena; el insigne X, rompiendo antiguos moldes, trae una nueva fórmula al arte, etcétera, etc... Aviso á los antiguos maestros que se duermen sobre sus laureles; el mundo marcha y el que se pare será aplastado, etcétera, etc., etc

(Se continuará.) CLARÍN.

GUANTES HISTÓRICOS

GUANTE DE LA FAMILIA CROWMER, DE KENT (Siglo XVI)

GUANTE DE TERCIOPELO CARMESÍ, BORDADO DE ORO Y PLATA (Época de Isabel)

TODO EL MUNDO

¿Quién no conoce á esa parte feliz, alegre y dichosa de nuestra sociedad, dispuesta siempre á exhibirse, que así le distrae una mascarada carnavalesca como un simulacro militar, que así acude al estreno de un nuevo espectáculo como á una misa de campaña, que con igual preferencia asiste á una fiesta aristocrática que á una partida de campo, individuos que no clasifican diversiones si no que las aplauden y admiten todas con tal de que lo sean, sociedad profana á cuanto ve y juzga, pero obligada á mostrarse siempre para dar carácter y fisonomía á nuestras expansiones, y conocida por esta misma circunstancia con el expresivo nombre de *todo el mundo?*

Con que dos individuos pertenecientes á la venturosa clase, se vean en algún sitio público, si se pregunta á alguno de ellos á quien ha vis-

to, contestará con la más profunda convicción que: á *todo el mundo*.

Tan presuntuosa idea excede de mucho á la regia baladronada de Luís XIV. Éste se contentaba con ser *el Estado;* ellos no se contentan con menos que con ser la personificación de toda una época, y bien pensado sería injusto llevarles la contraria. A la modestia no se la discute; por otra parte si estos mortales afortunados no se aplaudieran y celebraran entre sí, ¿quién les iba á hacer justicia? desfilarían á nuestros ojos confundidos con esa anónima pero brillante y abigarrada multitud, más desconocida cuanto más se exhibe y se la ve.

Se acabó el Carnaval,—si es que existe todavía;—acallaron las orquestas los voluptuosos acordes de sus últimos bailes; tuvieron fin las fiestas ceremoniosas; se acabaron los *asaltos*, delicia y regocijo de la gente de humor, — *todo el mundo* inclusive;— cerráronse los salones artística ó pretenciosamente dispuestos para recibir á los amigos; ya no se ven en las salas de los teatros lámparas que arrojan raudales de vivísimo fulgor, y cuya luz cabrillea en los fosforecentes cambiantes de las piedras preciosas, ni á esa multitud delirante y frenética que se atropella y ríe y grita como olvidada de su propia condición, ni se ven flotar gasas, ni centellear lentejuelas, y agitarse plumas, y discurrir en desordenada confusión trajes de todas las épocas y edades, salidos unos de la guardarropía de un teatro de ínfima clase á juzgar por lo deteriorados y descoloridos y copiados otros de los más recientes figurines según lo demuestra la elegancia y buen gusto de su confección. El Carnaval lanzó su última festiva carcajada y el *todo el mundo* que da color y vida á todo linaje de fiestas, se despojó de sus dominós, de sus capuchones, de sus brillantes atavíos, y fatigado todavía por el cansancio originado por contínua agitación, ansioso de benéfico descanso, ha saludado sonriente la entrada de la Cuaresma, ya que ella les brinda ocasión de exhibirse y prodigarse tranquila y sosegadamente.

No es la Cuaresma de nuestros días la austera de los tiempos de nuestros abuelos; ya no se presenta con el sayal, ni el cilicio, ni con la cabeza cubierta de ceniza, ni los piés descalzos; aparece sí grave y reflexiva, invitando á la meditación, pero con rasgos simpáticos y vestida á la moderna. Sin divorciarse de sus antiguas tradiciones en la cuestión de *forma*, la Iglesia ha transigido en algunos puntos con las exigencias del gusto moderno. Hoy sus capillas no aparecen cubiertas con mugrientos paños, ni deja oscuras sus naves, ni permanecen mudos sus órganos, ni confía los sermones cuaresmales á sacerdotes que aturden á sus timoratos oyentes amenazándoles de contínuo con los horrores del infierno, pavor constante de las almas fervorosas. Hoy se cubren los altares con tapices recamados de oro ó plata, ó lisos pero limpios siempre y los ilumina con pródiga esplendidez; la luz eléctrica difunde alguna vez su níveo reflejo entre el dorado resplandor de las velas que arden en las arañas de tallado cristal; las capillas de música dejan oir á la par que fragmentos de nuestros antiguos clásicos, las modernas composiciones que rebosan todas en inspirado misticismo. Los oradores sagrados por su parte hablan con más caridad que rigor, con más unción evangélica que fanatismo, con más elegancia que austeridad.

De ahí, que la llegada de la Cuaresma, lejos de ser considerada como una contrariedad, sea recibida como un paréntesis de agradable calma entre la agitada época del Carnaval y la de Pascua, que con la llegada de la primavera trae consigo multitud de fiestas y diversiones.

Ya tiene donde ir el *todo el mundo* que acude á todas partes; á los teatros sería de mal tono; irá á los templos donde prediquen oradores de fama; allí se confundirá entre las personas piadosas que acuden á la iglesia por espontánea vocación; allí podrá ver á sus amigos ó conocidos de ambos sexos; allí podrá discutir sobre el alcance de la oración que haya oído, ya que hoy se discute á los oradores sagrados con igual calor y entusiasmo que se discute sobre el mérito de los artistas de moda, bien que para conseguir un orador fama de notable, es preciso que sea un verdadero artista de la palabra. ¡Cuántas veces, á consentirlo lo sagrado del

LOS GUANTES DE SHAKESPEARE

GUANTE DE CABRITILLA
BORDADO DE ORO, PLATA Y PERLAS
(Época de Enrique VIII)

templo, se aplaudiría á los oradores con igual entusiasmo con que se aplaude á Calvo ó á Vico!

Cuando el elocuentísimo señor Sánchez de Castro, hoy obispo de Santander, en determinadas épocas del año predicaba en Barcelona, al terminar sus sermones se le obsequiaba con magníficos presentes. Tributo profano, pero que se ha repetido después con otras eminencias del alto clero. Es costumbre encargar los sermones de las más aristocráticas de nuestras parroquias á algún orador de fama de la corte; por esta circunstancia los señores Bócos y Montalvan, de Madrid, son aquí muy estimados, lo mismo que los ilustrados Padres Fita y Llanas. Si para asistir donde predican se despacharan localidades, indudablemente sería preciso colocar en la puerta del templo la tablilla anunciando que quedan despachadas todas, y es que los mencionados sacerdotes no poseen sólo el dominio de la palabra; tienen otra circunstancia más favorable: la de saber hacerse comprender; por eso se les oye siempre con simpática atención y por igual cautivan á los devotos fervorosos, que á los que acuden á oirlos por agradable pasatiempo.

Meritoria tarea es dominar por espacio de una ó más horas la atención de un auditorio compuesto de personas de diversas convicciones y opuestas ideas; no se necesita sólo ser artista de la palabra, es necesario también expresarse con gran sencillez y claridad, mostrarse fervoroso sin llegar al fanatismo, persuasivo sin ser amanerado, tierno sin descender á la afeminación, y elocuente sin ser afectado ni ampuloso; exponer, en fin, la doctrina de Cristo en toda su diáfana pureza, sin mistificaciones, ni mal pergeñadas enmiendas. Quizás el ilustrado Padre Fita resulta algunas veces demasiado científico y profundo en sus oraciones, más en armonía para ser comprendidas por sus compañeros de Academia que por un auditorio cuya gran mayoría lo componen señoras ú oyentes de más débil inteligencia.

Naturalmente que en estas solemnidades religiosas se da cita el *todo el mundo* que acude á las fiestas mundanas, ganoso de exhibirse y dar fe de vida en cuantas oportunidades se le presenten. La Cuaresma, sin embargo, es corta, y Pascua traerá con la llegada de la primavera distracciones más en armonía con sus gustos y costumbres.

Las *carreras:* ese es el espectáculo predilecto, modernísimo, deseado de nuestra gente. Al Hipódromo acudirá *todo el mundo* no para cruzar apuestas sobre la ligereza de tal ó cual caballo,—en ese punto no se es práctico todavía,—sino para demostrar que sabe que á las carreras hay que ir vestido á la inglesa, calzando zapatos sin tacones, y traje claro con descomunales gemelos; allí se confundirá con los aficionados auténticos y arriesgará alguna apuesta, seguro que la habrá de perder. Aunque al par que carreras de caballos se celebren corridas de toros, la masa dichosa asistirá al Hipódromo. Una corrida ofrece más incidentes, es extraordinariamente más animada, tiene incomparable interés, pero... todas las suertes se nombran en español puro y neto; no se puede hacer gala de un vocabulario exótico y torpemente pronunciado; hay que resignarse á una igualdad irritante entre todos los espectadores, á abdicar por unas horas de toda pretensión y superioridad.

Para pasar bien el tiempo en una plaza de toros no se necesitan sólo buenos pulmones y buenas palmas, es preciso ser competente en las suertes del toreo. Los profanos en una corrida se aburren espantosamente.

En el Hipódromo, por el contrario, se fastidia la gran mayoría de los asistentes, pero se divierte *todo el mundo*.

ANTONIA OPISSO.

TIPOS MILITARES

ALEMANIA—RUSIA—ITALIA

Tal está hoy la política europea que sólo puede hallar reposo tras los horribles sacudimientos de la guerra.

Nadie puede sustraerse á la influencia que ejercen sobre el espíritu perspectivas tan amenazadoras; por egoistas é indiferentes que sean

EMBARQUE DEL CADÁVER DE GUS

ADOLFO (Cuadro de Hellqvist, de Estocolmo)

aquellos que alardean de escépticos, por fuerza han de preocuparles un día á otro los problemas que en Europa se agitan, que por fortuna para la humanidad en general y por desgracia de algunos es completa y absoluta la solidaridad de los hombres diseminados sobre la tierra.

En nuestro país se llevan muy lejos el desconocimiento y la apatía en lo que se refiere á asuntos internacionales; se aceptan las mercancías extranjeras como maravillas fabricadas en espacios celestes, se siguen con servil sumisión las extravagancias de la moda y hasta se copian filosofías exóticas, sistemas absurdos y modismos intraducibles.

Mas en lo que se refiere al provechoso estudio de esos pueblos, siquiera por lo que pueda afectar á nuestra nacionalidad en lo futuro, poco ó nada se estudia, por parte de algunos entes originales; no parece sino que estamos en una isla encantada que guardan invisibles monstruos y podemos dormir bajo nuestros secos laureles con paradisíaca é inocente confianza.

EL NIDO ABANDONADO (Cuadro de Woodcock)

Así se comprende que nos cojan desprevenidos muchos sucesos que tienen explicación naturalísima.

Y, sin embargo, nada más interesante para nosotros como lo que en Europa se prepara; los problemas escandinavos y los conflictos sajones, las ambiciones eslavas y las germanas concupiscencias, complicaciones europeas son, y de la Europa no podemos menos que formar parte; el territorio que va á servir de teatro para la sangrienta tragedia que se prepara, unido está á nuestro territorio, y los actores que van á morder el polvo, pertenecen á nuestra familia.

Raro aparece el conjunto de las cuestiones europea, cuando no se ha seguido paso á paso el curso de esas influencias crecientes que acaban por chocar faltadas del espacio necesario á su desarrollo y vencen ó son vencidas; esta es la vida así en los átomos como en los hombres y en las naciones; hoy la existencia se complica en su proceso con la pobreza del medio en que vive; y desasosegada la naturaleza busca el equilibrio automáticamente sin darse cuenta de ello, y haciendo lo primero que aprendió el sér naciente, vivir á costa de la vida de otro.

Además de este conjunto de luchas parciales entre los estados del mismo continente, existen otras causas involuntarias y fatales que proceden del eterno, incesante, aún que lento cambio que en demanda del equilibrio alterado hacen las grandes agrupaciones de hombres en las más vastas porciones de nuestro globo.

Desvanecida ya tras terribles desengaños la hermosa quimera de la dominación universal, apareció como nuevo y poderosísimo factor la América con su inesperado é increíble poderío; ella creció como planta tropical bajo los ardores del sol de una libertad desconocida; pasó á ser rival dejando de ser la esclava de Europa; fundó estados y naciones con la rapidez de una erección mágica; constituyó una fantasma hermosa, sí, pero verdadera y amenazadora fantasma que se aparecía siempre en los sueños trabajosos de la vieja Europa.

El eje de la civilización inclinóse visiblemente hacia las tierras descubiertas por los heróicos aventureros de los siglos XV y XVI; la vida fácil y próspera de los vírgenes continentes creó por efecto opuesto la penuria en los territorios fatigados por las luchas religiosas, políticas y sociales.

Europa, como un noble arruinado, se encontró un día forzada á pensar en el terrible mañana; á través de todas las complicaciones locales, todos los gobiernos vieron clarísimamente como se acercaba el descarnado espectro de la necesidad; unísonos en apreciar el mal, discordaron en aplicar el remedio; y de ahí nacieron las civiles contiendas, las persecuciones políticas, las revoluciones y reacciones, las luchas por el dominio de las ideas y las desesperadas defensas de caducas pero imprescindibles prerogativas.

Este siglo que ha visto la independencia de América, es el más propicio á las sañudas y cruentas guerras europeas; no son más ciegos hoy que ayer los hombres que quieren abreviar con sus espasmos destructores la fatalidad impuesta por la naturaleza, pero sí tienen más prisa en concluir de una vez con el obstáculo que ahoga todas sus expansiones, con el cáncer que les devora, con el monstruo que les amenaza, y en esas contiendas de interés pueden verse unidos los que más se odian, procurando la destrucción de sus más afines.

Extraño parece que hoy estén unidas siquiera ocultamente las encarnizadas enemigas que combatieron en Crimea; aquella Rusia que anonadó á Napoleón, vencida más tarde en el mar Negro, es la misma que hoy, no por amor á Francia, sí por odio á Alemania, constituye el más firme sostén de la francesa democracia; ¡quién lo dijera! ¡la caballeresca y aventurera Francia, siempre dispuesta á romper lanzas por los pueblos oprimidos, hoy se ve obligada para defender su territorio á ser la cómplice del verdugo de Polonia, del tirano de Bulgaria!

Alemania, por su parte, da treguas á su aversión por todo lo inglés, aplaza su meditado golpe contra el poder colonial británico y va unida momentáneamente con su más cruel é implacable enemiga.

¿Y qué diremos de Italia? Por ambición legítima pero desmedida, ella, la víctima de los bárbaros del Norte, la ayer esclava de Austria, vuelve los ojos al sol germánico y la espalda á su libertadora, todo con el fin de recuperar los Alpes franceses y el Tirol austriaco: digna aspiración de un pueblo grande, mas al mismo tiempo suerte arriesgadísima y en lo porvenir funesta á la nación italiana.

En el dibujo que acompaña estas líneas hemos querido figurar algunos de los tipos militares más característicos de Alemania, Rusia é Italia; y ciertamente quisiéramos no poder continuar esta serie interesante, que de comenzar la guerra, ha de ver forzosamente el lector de esta Revista.

El alemán, orgulloso con sus recientes victorias, olvida toda su nebulosa filosofía en los campos de batalla y se porta con los vencidos con igual rudeza y crueldad que los antiguos germanos; desconfía de todo, teme las emboscadas, encubre su recelo con rigores desmedidos, y está tan temeroso de perder en un momento los laureles y el poder penosamente conquistados, que ningún informe basta á su previsión, ninguna arma satisface á su seguridad, y movido por ese recelo hace gran ruido, amenaza, procura imponer á los enemigos que sus antipatías le han suscitado; y es singular que mientras el guerrero de una nación pensadora y pacífica en el fondo toma tales aspectos hoscos y feroces, hasta los mismos cosacos, que nos presentaban como tártaros sedientos de ma-

tanza y de botín, pórtanse en la campaña con más humanidad y mesura.

El ejército italiano, es, sin disputa, uno de los primeros de Europa, mas no creemos que estén á su altura los estratégicos llamados á dirigirle; tal vez por esta razón Moltke cuenta con ellos como incomparables auxiliares, y así los italianos harán como el caballo de la fábula al requerir el auxilio del hombre para vengarse del ciervo.

Brillantes y marciales uniformes ostentan los bravos italianos, que saben morir con gloria aún á muchas leguas de su patria; pero se nos figura que si la estrella colonial de Inglaterra camina á su ocaso, dista mucho de llegar á su zénit la estrella italiana.

Obsérvese bien esa extraña expedición al Mar Rojo, y compáresela con la tristísima campaña inglesa en el Sudán, y podrá comprenderse fácilmente la exactitud de nuestra opinión.

¡Terrible error el de las naciones europeas al escuchar los cantos de la sirena alemana! Allá en el Tonkin y China, en Egipto y en el Mar Rojo, han abierto los ojos á la luz cuando ya era tarde; mas la hora de la revancha se acerca fatalmente y sólo puede ya tener la esperanza de que el temido choque se aplace; sólo la tempestad puede serenar esa atmósfera abrumadora en que viven angustiadas las naciones.

MÚSICA LEJANA

Es el triste y apenado invierno. La naturaleza se arropa exhausta de vida bajo el pesado cobertor de las nieves. En el cavernoso seno de los montes donde cincel maravilloso grabó en piedras oscuras majestuosas catedrales por cuyo pavimento se desliza el agua, jamás vista por la luz; donde se destaca el órgano fantástico enclavado en el muro y bajan cien mil lámparas apagadas, de colgantes estalactitas; donde las rocas se abrieron en puertas ojivales como los capullos en flores, y se modelaron al mandato de la naturaleza altares, santos, coros de labradas sillerías, sepulcros con figuras recostadas en la piedra, y bóvedas, y asientos, y misales, el viento penetra contra sus rígidas alas, que deja rotas en las cuevas, y entona la canción de los sepulcros, acompañando la misa de *requiem* que el invierno consagra á las profundas capas zoológicas.

Sobre la tierra oyen los oscuros torreones y los rotos monasterios las bramadoras rachas del aire cruzar á carrera tendida por los cielos, como huyendo espantadas de la muerte. Todo publica la aciaga destrucción y el estrago, y la

PAISAJE (Cuadro de G. Michel)

tierra es sólo el fantasma de un mundo muerto que vaga como automático esqueleto por los aires.

Pero entre la triste elegía de la muerte, el oído se inclina hacia lo porvenir como á sima en cuyo fondo suena el instrumento del agua, y cree percibir una lejana música en la cual palpitan notas de luz y acentos de pájaros, crujido de yemas que se rompen y retozar de mariposas, gérmenes que bullen abriendo el grano sediento, y fermentaciones de amor que suben entre las ondas de armonía como marejadas de risas y de oro.

Embelesado en esta inspirada música, el corazón se adelanta solicitado por una evocación á lo futuro, y en su seno se hace la suave luz de Mayo, como en los cráneos surgen por manera inesperada las flores.

Ved por el maravilloso cristal de la fantasía aparecer los almendros cuajados de estrellas y bordar el musgo los campos echando su velo sobre la tierra. Las ramas ahora desnudas, se envuelven en la nube de yemas que el sol pinta y el aire ungido de aromas balancea. Las violetas brillan como chispas de cielo echadas en los campos por los que cruzan las jóvenes en danzas alegres, movidas por el mágico impulso de la sangre.

A través del tejido de las arboledas, los ojos creen ver el desfile de las heroínas del amor, santas y condenadas, ardientes y apacibles, de todas las religiones y todas las edades, revueltas y atadas por un rayo de sol de primavera.

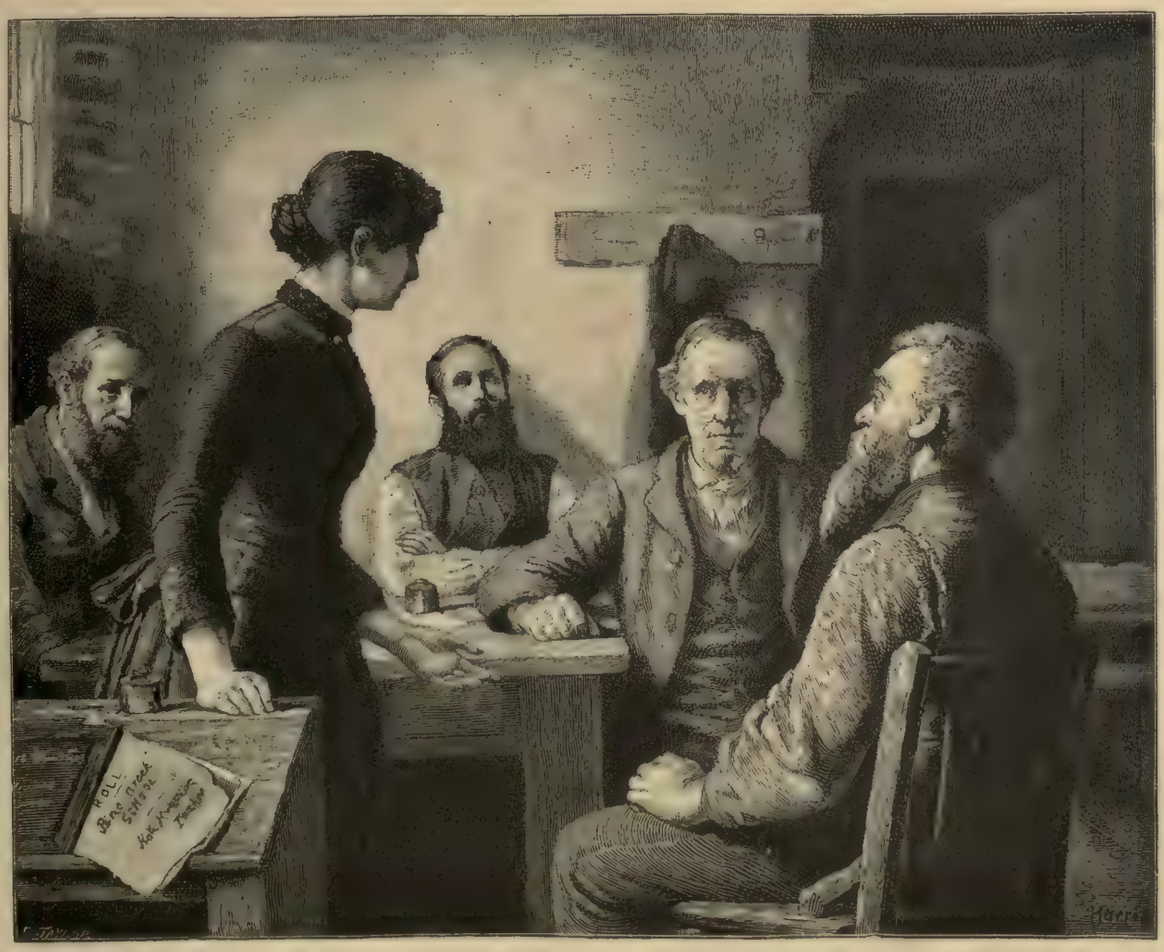
Pasa primero la divina Julieta mirando entre las hojas por ver si descubre á su adorado, con la corona de flores en la cabeza y la túnica suelta y ondulante tejida de blancas mariposas; síguela la atormentada Eloísa fijándose en los floridos rosales, en cuyas rosas cree leer las lecciones que el arrebatado amante le explicaba encubierto bajo el humilde traje del profesor; va en su seguimiento una figura evangélica, la desconsolada Magdalena, sueltos los abundantes cabellos y mirando los cruces formados por las ramas y las yemas que fingen clavos sangrientos; luégo asoma la enloquecedora Cleopatra con la copa llena de perlas disueltas en la mano y en los ojos las trasparencias del Nilo y el fuego terrible del infierno; va tras de su paso Teresa la santa, buscando las azucenas con que tejer su ramo de pureza á Jesucristo; Mesalina, Ninon, Lucrecia, Raquel, todas desfilan en procesión espantosa y divina, y á todas preside como bella visión de la mente la vaporosa Ofelia, con la falda llena de las nuevas flores de Mayo y en el semblante las luces de la eterna poesía.

Allá van en marcha dolorosa sobre los campos buscando las huellas del amor para siempre perdido, semejantes á rastro de estrellas que hace su peregrinación melancólica sobre la tierra.

A su paso, pían los pájaros en las ramas y dicen engañosamente:—«Aquí se oculta Romeo,» «allá medita Abelardo en la filosofía bajo la benéfica sombra de los árboles,» «por aquel anchuroso río avanza Marco Antonio sobre un buque dispuesto para el recibimiento de una reina,»—pero las visiones siguen con el llanto en los ojos su camino, á pesar del habla dulce de los pájaros que nuevamente y como en horas de dicha les engañan.

Los lirios ceden al lento arrastrarse de sus túnicas; los rosales les tienden capa de flores para alfombrar su paso; los brotes se abren y ríen en las ramas embelesados con su presencia, y una estela de insectos de plateadas alas hormiguea y revive allí donde estampa su huella luminosa la procesión.

PORTUGAL: UNIVERSIDAD DE COIMBRA



¡ADIOS! (Cuadro de Paul Peel).—REUNIÓN DE PATRONOS DE UN ASILO DE HUÉRFANAS (Cuadro de R. Harris)

Mientras el amor va despertando naturaleza y seres á la vida en la extensión infinita de los campos, la ciudad celebra el mes de María en los templos y aspira la esencia de violetas que ondula por las naves oscuras y medrosas.

Cercada de profusión de cirios que restallan su mecha dejando hilos de humo ceroso en los aires, la Madre de Dios resplandece colocada sobre el fondo de un vidrio de colores, al cual llegan las golondrinas que vuelan en torno de la iglesia con un hálito de esencias en el pico.

Arrodillase en las losas el creyente, cuyo corazón templado como celeste instrumento al ritmo de las nuevas vibraciones de la tierra, exhala más suave y melodiosa su oración, que se mezcla al canto de alegría universal y á las divinas alabanzas de los seres.

En las puertas de las iglesias llaman la atención los pobres que la estación libra de la muerte, y los vivos cálices de flores parecidos á himnos compuestos de hojas y de esencias.

Haciendo esfuerzo mayor aún con el deseo, créese también penetrar en las solemnes fiestas de la Pasión y aspirar el ambiente de religiosidad que acompaña los días del rezo y del ayuno.

En esas tristes horas, la imaginación piensa ver á través del confuso coro, desfilar como visiones místicas, los graves padres de la iglesia, con sus obras inmortales en las manos y el responso rodeando en catarata ronca de los labios.

La confesión, el rezo, la penitencia, todas las prácticas y ceremonias acuden á recordarnos las debilidades del cuerpo y los pecados del alma, y nos envuelven en un nimbo de paz y sosiego.

. . . . . .

Cuando lo que es ahora dulce presentimiento llegue á convertirse en deseada realidad, y la tierra entone su *resurrexit* despertando de su sueño y vivifique átomos y gérmenes á modo que las moléculas se embriagan y beben la vida en el azulado rayo de sol, habremos de agitarnos en las explosiones de vida y en la exuberante orgía de la naturaleza; sólo así gozaremos de las flores antes de que se marchiten, y de que, helados bajo el peso de tantos inviernos, digamos dirigiendo á la tierra la frente, semejantes al árbol seco y sin ramas:

—¡Contra qué realidad fué á romperse, como flor de cristal, nuestra fantasía!

S. Rueda.

KEFFIR

Era la noche; de la noble Memfis
los palacios y agudos obeliscos
cubría un cielo de matiz oscuro
que acrecentaba de la luna el brillo.

Sumergía en el río sus escamas
brillantes el verdoso cocodrilo,
y el ibis escondido en la palmera
rizaba el ala con su largo pico.

Dormía el Faraón en su palacio,
dormía el Apis en su templo altivo,
y velaba á sus piés el sacerdote
murmurando canción de extraño ritmo.

Al rumor cadencioso de la fuente
donde Féllahs tostados y fornidos
recogen el raudal que se desprende
hasta llenar el cántaro rojizo,

contestaba el murmullo de las hojas
que agitaba pausado vientecillo,
y la voz del monarca de la selva
que á lo lejos lanzaba sus rugidos.

Kéffir la amada de Ramsés el grande,
la verdadera reina del Egipto,
hermosa como el cielo del desierto,
ardiente como el sol por el estío,

en la fresca terraza del palacio
que alumbra el astro con su rayo tibio,
contempla la llanura que se extiende
por las riberas fértiles del Nilo.

Dejó al Rey-Dios sobre las blandas plumas
tras la fatiga y el amor dormido
mientras besan su rostro los efluvios
que mueven perfumados abanicos.

Y allí temblando, palpitante el pecho,
entreabiertos los labios purpurinos
mientras las perlas que el cabello adornan
rozan la nieve de su cuello nítido,

Kéffir dirige sus rasgados ojos
en que brillan deseos ardientísimos
á una barca que boga lentamente
sobre las aguas del brillante río.

En ella va su amor, ella le espera
y con ciego arrebato del delirio
lanza mil besos al ligero esquife
y se agita con loco desvarío.

Al pié de la soberbia escalinata
llega el batel al fin, ella da un grito
en que el amor desbordase á torrentes,
en que puro se muestra el regocijo.

Un joven de rizada cabellera
perfecto, hermoso como el bello Antino
trepa al instante por flexible escala
cayendo en brazos de su bien querido.

—¡Alkár!—murmura la hechicera Kéffir.
—¡Cuánto tardaste idolatrado mío!—
y él la mira con mágico embeleso
mientras la hermosa juega con sus rizos.

—¿Triste estás dulce bien? ¿Por qué no estrechas
mi mano con pasión? ¿Por qué un suspiro
desprenden esos labios que yo adoro?—
dice Kéffir á Alkár.—¿Quizá el hastío

llegó á posesionarse de tu pecho?
¿Guarda tu amor la tumba del olvido?
Dímelo, dulce bien, que yo te adoro
más que á Osiris el dios del infinito.

—No tal,—contesta el joven,—soy hebreo;
de raza impura, por tu rey proscripto
y al Dios del Sinaí rindiendo culto
á tus dioses desprecio y aún persigo.

¡Todo nos hiere, todo nos aleja
sangre, patria y áun Dios: ve si he podido
sentir que flaqueaban mis alientos
al ver en nuestra contra tanto abismo!

Ella cegada por ardiente lloro
arrebatarle entre sus brazos quiso...
cuando un hombre de atlética figura
cogió sus manos exhalando un grito.

Envuelto en ancha túnica que borda
el oro más preciado y de más brillo
circundaba su frente la diadema
sembrada de esmeraldas y zafiros.

—¡El Faraón!—gritaron los amantes
de sin igual espanto poseídos;
y él con su daga de brillante cobre
quiso arrojarse sobre el rey altivo.

Mas con un fiero golpe de su maza,
arrojóle á sus piés desfallecido
y bañó al punto el blanco pavimento
un torrente de líquido sombrío.

—¡Ingrata!—murmuró Ramsés el grande,—
muere con ese impuro á quién de fijo
vendiste mis caricias en la noche
usando tus groseros artificios.

Y Kéffir sobre el cuerpo de su amante
cayó también porque su cráneo herido
fué por la maza que blandió la mano
del terrible monarca del Egipto.

¡Y brilló la mañana en los espacios
con resplandores blancos y rojizos
alumbrando los ojos de la esfinge
que miraba tranquila el homicidio!

José María de la Torre.

BIBLIOGRAFÍA

Folletos Literarios de Clarín: *Cánovas y su tiempo*. Librería de Fe, Madrid.

Quisiera inculcar yo á todos mis lectores la admiración que siento por el gran crítico, por el literato insigne de cuya pluma no sale jamás nada que no esté marcado con el sello del más ardiente amor al arte. Verdad es que quizás estoy buscando *midi á quatorze heures* y que la admiración que despierta Clarín sea superior á la misma que yo desearía. En todo caso, si algo se necesitara para coronar su reputación, ya está: es el folleto de *Cánovas y su tiempo*, con el cual ha demostrado su autor que no solamente sirve para dar desazones á los escritores chirles sino para poner en su verdadero punto lo que sólo en España podría pasar plaza de *monstruoso*.

El Cielo Alegre, por Salvador Rueda.—Madrid, 1887.

Contiene este tomo variados cuadros de escenas andaluzas, escritos con la brillantez de estilo que caracteriza á su joven autor. El señor Rueda ha pintado lo que ha visto, presentándolo con poética realidad, de lo cual ha resultado una obrita que se lee con sumo gusto. Paréceme que el señor Rueda ha tenido la suerte de encontrar un género en que puede desplegar sus privilegiadas dotes de colorista, siendo el *Cielo Alegre* digno hermano del célebre *Patio Andaluz*.

Víctor, novela madrileña, por Angel Salcedo y Ruiz.

Échase de ver en este libro la ilustración de su autor; aunque la acción se desarrolla con cierta lentitud y abundan, con exceso, escenas y alusiones literarias de poco interés para la generalidad, encierra amenos trozos y está escrito con elegante facilidad, lo cual hace de la primera novela del señor Salcedo un apreciable ensayo. La obra es tanto más recomendable en cuanto no se descubren en ella grandes pretensiones de trascendentalismo ó ambiciosas tendencias á revolucionar el campo de la novela.

Carlos Mendoza.

NUESTROS GRABADOS

GALANTEOS DE ANTAÑO

Fué el siglo XVIII aquel en que llegó á su colmo la galantería, con todos sus caracteres de afectación, falsedad y conceptismo. Nada más insípido hoy que los madrigales en que los enamorados de casacón y sombrero de picos pintaban sus cuitas ó envolvían sus atrevidos pensamientos; en cambio hacen de muy buen ver los cuadritos y estampas de la época, aunque tal lindeza no autoriza á abusar de semejantes escenas.

LOS ANIMALES COMO ELEMENTO DECORATIVO

El *jabalí* es una artesa alemana, y la *cabeza de cocodrilo* uno de los originales estudios de Nettleship, famoso *animalier* inglés. En todo tiempo han servido los animales de motivo ornamental, si bien en el día no parece se haga tanto caso de ellos como antiguamente, cuando los arquitectos no sabían hacer nada sin adornarlo con esfinges, dragones, quimeras, serpientes, etc., etc.

EL TERREMOTO DE NIZA

Por largo tiempo conservará memoria la bella ciudad de Niza del terremoto que se dejó sentir en la misma apenas apagados los ecos del último Carnaval.

Un formidable sacudimiento ocurrido el miércoles de Ceniza, 23 de Febrero, á las seis menos cinco minutos de la mañana, hizo oscilar sobre sus cimientos todas las casas de la

capital, siguiendo á aquél otros varios que vinieron á aumentar el espanto de los acongojados moradores.

Todo el mundo se echó á la calle y los forasteros, poseídos de un terror perfectamente comprensible, corrían á la estación para huir de allí. Con todo, solamente seis mil personas pudieron salir al momento, en los ocho trenes suplementarios que se organizaron con notable actividad.

Felizmente, cayéronse pocas casas á pesar de lo cual nadie juzgó prudente exponerse á permanecer bajo techado. Improvisáronse campamentos y quien no quiso cobijarse bajo una tienda buscó un asilo en los ómnibus, en las barcas, en los coches y hasta en las casillas de los baños.

Entre las contadas casas que se desplomaron figura la escuela municipal de niñas del barrio de San Esteban, donde pereció la maestra madame Chaylon. Otras muchas han quedado inhabitables y un buen número cuarteadas.

Parecidos estragos ocurrieron en Menton, pero sin comparación con las desgracias de que ha sido teatro Italia, especialmente la provincia de Porto-Mauricio donde la catástrofe excede á cuanto pudo imaginarse en un principio, pues que los muertos y heridos pasan ya de 1.200, y se calcula que aún subsisten bajo las ruinas de Diano Marina, Oneglia y otros pueblos más pequeños 500 cadáveres, pues con el trascurso del tiempo, falta de alimentos y fétido hedor, han debido perecer los que sólo hubiesen quedado heridos.

Sólo dicha provincia, sin contar otras localidades, daba hace ya días esta triste estadística: Acerigo, 9 muertos y 10 heridos; Dianocastello, 20 muertos y 12 heridos; Diano Marina, 300 muertos y 50 heridos, sin contar otros 200 moradores, de los cuales nada se sabe y que se cree por tanto cubren los escombros de todas las casas destruídas; Oneglia donde no ha quedado una sola casa habitable, y cuyas ruinas contendrán nuevos cadáveres, 21 muertos y 30 heridos; Pantasina, 2 muertos; Piani, 2 heridos; Pietrabuna, 4 heridos; Porto-Mauricio, 1 muerto y 8 heridos; Prela, 11 heridos; Villataglia, 1 muerto y 4 heridos; Bajardo, 238 muertos y 65 heridos; Bussana, 50 muertos y 40 heridos; Castellaro, 50 muertos y 50 heridos; Ceriana, 2 muertos y 10 heridos; Pompeyana, 5 muertos y 7 heridos; Traggia, 6 muertos y 3 heridos; Vallegrosía, 12 muertos.

TIPOS MILITARES DE ALEMANIA, RUSIA É ITALIA
Dibujo de Julián

(Véase el artículo correspondiente).

GUANTES HISTÓRICOS

Puede considerarse la época de Isabel de Inglaterra como aquella en que rayó á mayor altura el furor por los guantes. En nuestros grabados damos reproducidas algunas muestras de algunos muy célebres que se conservan en los museos de Londres.

EMBARQUE DEL CADÁVER DE GUSTAVO ADOLFO EN WOLGAST EN 15 DE JULIO DE 1633
Cuadro de G. Hellqvist

Gran figura, ciertamente, la de aquel monarca á quien llamaban desdeñosamente en Viena el *Rey de nieve* y que había de demostrar, sin embargo, que no bastaban á derretirle todos los rayos del sol imperial. Al subir al trono cuando tan sólo contaba diez y siete años, encontróse con Suecia en guerra contra Dinamarca, Polonia y Rusia, terminando en breve gloriosamente todas ellas, después de lo cual, viendo que los emperadores de Austria iban á destruir el sistema federativo de Alemania haciendo hereditaria la dignidad imperial y amenazaban acabar con el partido protestante, decidió ponerse al frente de éste y precipitarse sobre la Alemania en contra de Fernando II (Tercer período de la guerra de Treinta años).

Apenas se presentó Gustavo Adolfo cuando cambió el aspecto de las cosas, derrotando completamente al feroz Tilly en las llanuras de Leipzig y confundiendo á sus enemigos con una nueva táctica que había imaginado. Por desgracia fué asesinado al comenzar la batalla de Lutzen (6 Noviembre 1632) y así pudieron volver á levantar la cabeza los austriacos.

Su muerte ocasionó una consternación inmensa á sus amigos y una alegría indecible á sus contrarios. En Madrid hubo fiestas por espacio de once días ridiculizando al difunto monarca sueco en populares y burlescas representaciones.

Fué Gustavo Adolfo hombre recto, liberal, de arraigadas convicciones, de sencillas costumbres y muy instruído, siendo digna de recordación la donación que hizo de los dominios de su familia á la universidad de Upsal. Sentó las bases de la futura prosperidad de su país ofreciendo en él un asilo á los emigrados protestantes, que á trueque de ver respetada su libertad de conciencia resignáronse á habitar en aquel áspero clima. Gobernó con equidad, protegió al pueblo y solía decir que las naciones debían rogar á Dios no les enviase grandes reyes porque con sus proyectos y empresas destruyen la paz de los pueblos. Á un consejero que le sorprendió un día leyendo la Biblia díjole que había buscado fortaleza en la palabra de Dios, en atención á que nadie está más expuesto á las tentaciones del diablo que aquellos que sólo á Dios deben dar cuenta de sus acciones. Hombre de grandes alientos, acariciaba la idea de conquistar toda la Alemania protestante y renovar en Italia y en España el reinado de los godos, anhelando muy particularmente unir á Polonia y Suecia.

En medio de la desgracia de haber perdido al gran Gustavo Adolfo, tuvo Suecia la suerte de contar con el canciller Axel Oxenstiern, que continuó dignamente la obra del difunto rey. Aquel insigne hombre de Estado propuso al pueblo recibir por reina á Cristina, hija de Gustavo (era electiva la corona), de seis años de edad, y habiendo preguntado un campesino:—*¿Cómo es esa niña? Nosotros no la conocemos*,—el canciller la presentó y el campesino dijo:—*Tiene los ojos de Gustavo, su frente, su rostro, toda ella se le parece; sea nuestra reina*, siendo aclamada con generales aplausos bajo una regencia presidida por Oxenstiern.

El cadáver del rey, embalsamado, fué devuelto á su país el año siguiente, habiéndose inspirado en este hecho el ilustre artista de Estocolmo Hellqvist para pintar su hermoso cuadro.

REUNIÓN DE PATRONOS DE UN ASILO DE HUÉRFANAS
Cuadro de Roberto Harris
EL NIDO ABANDONADO.—*Cuadro de F. Woodcock*
ADIÓS.— *Cuadro de Paul Peel*

Pertenecen estas tres obras á distinguidos autores canadienses. Por lo que se ve, los pueblos jóvenes demuestran la mayor aptitud para la pintura, pues no solamente florece este arte con envidiable prosperidad en los Estados-Unidos, sino también en las apartadas colonias australianas y en las autónomas posesiones inglesas del Norte-América.

PAISAJE
Cuadro de G. Michel

Fué Jorge Michel el antecesor de Julio Dupré y Teodoro Rousseau; desconocido casi durante el período de la revolución francesa, alcanzó envidiable reputación en la brillante época del año 30. Era gran inteligente en materia de disponer los planos y de presentar los horizontes y nadie como él sabía el secreto de animar el paisaje con algunas figuritas.

PORTUGAL: UNIVERSIDAD DE COIMBRA

Fué fundado este famosísimo establecimiento en 1307 por el rey Don Dionisio, y aunque decaído ya de su antiguo esplendor, continúa siendo, no obstante, el centro de instrucción más notable de Portugal.

UN CAMINO Á TRAVÉS DEL BOSQUE

Ofrece este paisaje la melancolía propia de los países del Norte. Parece que los del oficio reniegan del Mediodía porque hace resaltar demasiado los primeros planos y les quita la perspectiva aérea á los fondos. No se dirá que tenga este defecto el paisaje de que hablamos; hay seguramente muchos árboles, pero pasado el primer término puede extenderse la vista hasta la pared de enfrente. Sin contar que la hora es muy poética y que el grabador ha sabido reproducir el dibujo con la mayor finura de buril.

LA FUENTE DE LOS CURRUTACOS

(CONCLUSIÓN)

XVII

CAYÓ EN LA TRAMPA

Al día siguiente fray Nolasco citó á la Fuente de los Currutacos al boticario, al amigo de Galeno, al notario y al hijo de Neptuno.

Ninguno de ellos faltó á la cita. El monje, presidiendo como de costumbre la reunión y tomando polvo tras polvo, con su cajita de plata entre las manos, articulando mucho, guiñando el ojo y sin levantar la voz, les manifestaba casos muy cucos y muy sabrosos por lo visto, pues la sonrisa retozaba en todos los labios y en todos los rostros se reflejaba la más risueña jovialidad.

Al prorumpir el recién licenciado en medicina en una estrepitosa carcajada debida á un chiste muy subido de color que se permitió el boticario, levantó la cabeza y fijando los ojos en una tortuosa y empinada senda que conducía á la retirada cartuja de San Benito, distinguió á don Leandro encaminándose á aquel patriarcal asilo.

—Por allí pasa nuestro hombre,—exclamó el Esculapio.

—¿Por dónde, por dónde?—preguntó el fraile incorporándose.

—Por el camino de la Cartuja.

—Tiene su merced razón. ¡Desventurado! El pobrecillo va por lana y saldrá trasquilado. Buena tijera soy yo.

—¿Pero á dónde irá por esos andurriales?—objetó el notario alzando su cuello de cisne.

—Saca á paseo sus ilusiones,—contestó el monje, añadiendo con sorna:—le cogeremos en el lazo como los caballos jóvenes. Me parece que el buen señor va á encabritarse

—Será un lance muy chistoso el que nos proporciona su paternidad,—exclamó el marino frotándose las manos.

—Y muy original,—murmuró el carmelita.

Don Leandro más alegre que unas pascuas, echando monólogo tras monólogo, riéndose de su cara mitad, soñando un mundo de ilusiones de color de rosa, consultando los relojes á cada instante, pues el buen currutaco los gastaba á pares como era moda en aquellos pacíficos tiempos, é impacientándose porque el rubicundo sol no se ocultaba de una vez en el ocaso, llegó ante la puerta de la Cartuja y tomó asiento en un canapé de piedra pegado al tronco de un fúnebre ciprés con la punta vuelta al cielo, tal vez harto de contemplar las miserias mundanales.

El golilla, paseando la vista por el bello y pintoresco panorama que se extendía ante sus ojos, murmuraba con apasionado acento:

—Dentro de poco seré el hombre más feliz del universo. Ese enojoso sol que ya solo muestra la coronilla será reemplazado por la luna que es el sol de los ladrones y al mismo tiempo de los enamorados. Entonces llegará mi hora. ¡Oh! ¡qué dicha, qué ventura, pasar con mi Cloe, con mi bella Elena, la noche viajando por esos mundos de Dios; ver brillar sus ojos en la oscuridad del carruaje; contar los suspiros que se escaparán de sus labios; oir el chasquido de sus sedas y acariciar con los míos sus diminutos piés! Mi Cándida estará roncando y yo velando. ¡Ja, ja, ja! Una conquista de este género me coronará de gloria. Volveré de mi excursión cargado de laureles, que desde el prócer al villano todos envidiarán. Ayer era la pobre mosca enredada en las redes de mi tirana y hoy es ella la paloma sin hiel cogidita en las garras del milano. ¡Con qué gusto alargara un cachete al día para que desapareciera de una vez!

Este discurso al aire libre sólo era escuchado por los pájaros que iban en busca de sus nidos y el orador sólo era admirado por otros pájaros que movidos por la curiosidad se asomaban á las respectivas rejas de sus celdas.

En eso vino la ansiada noche; pero noche sin luna, más negra que el alma de un condenado, reinando en el alto cielo y en la baja tierra la más completa oscuridad como si los de arriba y los de abajo se hubiesen puesto de acuerdo para secundar los amorosos planes del galán.

Don Leandro consultó el reloj y notó que eran las siete y media.

¡Sólo media hora, sólo treinta minutos faltaban para la misteriosa y suspirada cita!

De un salto se plantó ante la Fuente de los Currutacos.

El coche estaba allí.

Parecía una inmensa mole negra que se desprendiera de la misma oscuridad. Era una especie de carroza extremadamente grande y con dos portezuelas laterales con sendas cortinillas azules.

Don Leandro, batiéndole fuertemente el corazón y bamboleándole las piernas, loco, ciego, obcecado y creyéndose en los umbrales del Edén, adelantó hacia el carruaje.

El cochero con mucho sigilo y con más recato le preguntó por lo bajo:

—¿Es su merced, don Leandro?

—El mismo. ¿Y la señora?

—Le espera en el coche. Venga su merced.

Don Leandro ebrio de amor y luchando con las tinieblas llegó ante la portezuela del vehículo.

Doña María Luisa en traje de viaje, envuelta con un manto, de pié en la portezuela, murmuró muy quedo y con acaramelado acento:

—¿Eres tú, mi Leandro?

—El mismo soy, sirena de mis ojos. Diana de esta noche de ventura, astro del cielo, paraíso de mi amor.

—Más bajo dueño mío, más bajo.

—¡Eres la gloria!

—Soy una esclava que se postra á tus piés.

—Eres reina de mi alma.

—Dame la mano, sube. Así. Déjate conducir. Cuidadito que está muy oscuro todo esto. Siéntate en ese rincón.

Don Leandro ciegamente alucinado, sumido en las sombras, obedeció á pié juntillas.

El pobre diablo creía haber salvado los límites de la felicidad.

Extendió los brazos en medio de aquella tumba y preguntó luchando con las tinieblas:

—¿En dónde estás, Venus sin concha?

—Aquí de pié, ¿no me distingues?

—Sí. Dame á besar tu mano.

—Eso no. Has jurado no hablarme y respetarme en toda la noche.

—Tienes razón.

—Pues cierra el pico, galán mío, que ya hablaremos cuando luzca el sol, y toma asiento en aquel rincón.

Si nuestro golilla no hubiese estado tan orgulloso de su conquista y si aquella escena nocturna no le hubiese sacado de quicio, hubiera notado el roce de un guardapiés que se deslizaba por la portezuela más cobijada por la sombra y que se cerraban los dos al mismo tiempo.

Pero el señor de Pluma en blanco, nada vió, ni nada oyó.

El carruaje, se puso en marcha.

El golilla reventaba de gozo dentro de su chupa.

La consigna de guardar silencio era la única cosa que le molestaba.

Si nos fuera posible describir todos los cabildeos, ilusiones y esperanzas que bullían en la mente de nuestro buen señor, sería este libro tan chistoso, tan lindo, tan entretenido como original.

Los baches, la oscuridad, las piedras y los charcos obligaban al coche á caminar á paso de tortuga pareciendo que á cada instante se venía al suelo.

Pero el amarteledo y desvelado galán no se fijaba en esas niñerías.

Una hora larga duró la excursión.

De pronto aquella especie de carroza se paró y gritó el cochero:

—La venta del Carnero.

Puso el pié en tierra, abrió la portezuela, se levantó don Leandro, puso los atónitos ojos en derredor y vió con indescriptible asombro que se hallaba de nuevo en la villa ante un caserón de doña María Luisa, y á ésta con un velón en la mano, á fray Nolasco, al boticario, al doctor, al notario y al marino que salían á su encuentro.

UN CAMINO A TRAVÉS DEL BOSQUE

El trasnochado golilla, paseando los atónitos ojos en derredor, corrido, confuso y sonrojado de pié sobre la portezuela de la carroza, parecía un insensato.

—¡Apéese su merced,—exclamó la dama alzando el velón,—que se halla V. en su casa!

—¡Bonito viaje ha hecho su merced!—expuso el fraile meneando la cabeza.

—¡Bien venido!—exclamó el boticario.

—¡Y bien hallado!—añadió el notario.

—¡Que no le dañe el relente!—objetó el galeno.

—¡Cuidado en salvar la orilla!—murmuró el marino.

Don Leandro parecía bobo. El infeliz, fijo en su puesto, no apartaba los ojos de doña María Luisa que alumbrada por el velón que suspendía en la mano se destacaba en medio de aquel abigarrado corro.

—¿Pero no se apea su merced?—preguntó el fraile.

El golilla fijó los ojos en el fondo de la carroza, hizo un visible gesto de disgusto y como el hombre que huye de sí mismo saltó á tierra.

Tras él apareció en la portezuela doña Cándida.

Todos los presentes prorumpieron en una estrepitosa carcajada.

El fraile adelantó hacia ella ofreciéndole la mano y murmurando con finísima intención:

—¡Miren sus mercedes, el bribonzuelo del diablo que cosas tiene tan peregrinas! Es un gran escamoteador. Sólo á él se le hubiera ocurrido trocar las damas.

El golilla mordióse el labio fijando los angustiados ojos en los mustios ojos de su cara mitad.

—¿Quiere V. subir á descansar?—manifestó doña María Luisa.

—Gracias, amiguita, gracias,—contestó doña Cándida estrechando cariñosamente las manos á la viudita.

Don Leandro, pálido y nervioso, no perdía de vista al carmelita.

Bien comprendía aquel burlador burlado que solo á él se debía aquella ingeniosa aventura.

En tanto las damas hablando muy quedo, cogidas de las manos y ocultándose la boca con el pañuelo reíanse maliciosamente

—Ha caído como un ratón en la ratonera. Lo que temía doña Cándida, era que no notase cuando me he deslizado por la portezuela.

—Era imposible advertirlo. Como yo la ocultaba con mi cuerpo y él estaba convencido que en el coche sólo había su merced, no se fijó en ello.

—¿Y han continuado los piropos?

—Al principio no, pero después han caído como una granizada.

—¿Y ha podido contenerse su merced?

—No me hable V. de ello, que más de una vez me vinieron intenciones de estrangularle. Pero yo decía, suelta, suelta la sin hueso, que ya te la cortarán.

—¡Señores, á descansar!—gritó el carmelita.

—Adiós, amiguita,—amonestó doña Cándida.

—Adiós, muy señora mía,—contestó la viudita estampando un beso en las mejillas.

—Santas noches,—murmuraron los presentes.

Don Leandro, sin decir esta boca es mía y con los ojos fijos en el suelo, tomó del brazo á su esposa emprendiendo el camino de su casa.

La historia no consigna lo que aconteció aquella noche entre marido y mujer, pero sí hemos de hacer constar que don Leandro desde aquel lance estuvo quietecito en casa, miró con mejores ojos á su mujercita, echó en olvido á la tentadora viudita, cerró la puerta al fraile, colgó la péñola y miró con horror la concurrida y regalada Fuente de los Currutacos.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

(INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Año V | Barcelona 26 de Marzo de 1887 | Núm. 221

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

CONTEMPLACIÓN

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La muerte de Capeto*, por Vicente Blasco Ibañez.—*La casa de Pedro Lopez* (conclusión), por Juan Tomas Salvany.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*La desposada del rey*, por Antonio J. Marquez.—*Introducción á un libro de poesías* (poesía), por R. J. Catarineu.—*Cantares*, por Manuel de Peñarrubia.—Nuestros grabados.—*El premio de siempre*, por Josefa Pujol de Collado.

GRABADOS.—Contemplación.—El arte asirio (dos grabados).—El ultimo canto.—En la pradera.—¡Te quiero mucho!—*Inglaterra*: Puente y calle del Castillo, en Chester.—César Borgia abandonando el Vaticano.—La construcción de una casa.—Oliverio Cromwell, de visita en casa de Milton. Monjas rezando.—El Shah Jhean saliendo de la Gran Mezquita de Delhi.—Mesas de arte (cinco grabados).

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

La futura Exposición industrial.—Lo que produce Madrid.—La madrileña.—El madrileño.—Los beneficios de los actores.—Parreño.—Una comedia que puede ser un nuevo camino.—Las tristezas de los héroes viejos.—La última obra del teatro *flamenco*.

Has de saber que para Setiembre de 1888, si antes no vienes, tendrás ocasión de venir á esta corte; pues no creo que se haya de celebrar una gran Exposición en Madrid sin que tú figures entre las visitadoras. Bien mirado en una Exposición madrileña las mujeres de Madrid es lo más interesante; pues ellas compendian todas las cualidades de su suelo y de su cielo, y además se visten y adornan de todo lo selecto de sus artes é industrias. Y por cierto que el tipo de la madrileña queda oscurecido en la corte por la mujer de las provincias que es, ya más corpulenta, ya de mayor belleza, ya de más gracia física, ya, en fin, de atractivos más estrepitosos; pero ese conjunto de amable belleza, y de gracia suave de la madrileña, que se llama *monería*, viene al cabo á triunfar de las celebridades provincianas. Este mundo convencional de Madrid lo han hecho ellas y nada tiene de particular que concluyan por reinar allí donde á todos y en todo han impuesto sus leyes. Madrid, además, se compone de diferentes círculos, donde los gustos cambian y hasta la mujer necesita ciertos defectos físicos y morales para encantar á los hombres: el *chic* es una cualidad que raramente posee una mujer bonita y que tienen muchísimas feas. Y el *chic* es un atributo de belleza en Madrid; es la belleza misma. La Venus madrileña está retratada en la Academia de San Fernando, por Goya; sus líneas carecen de la gracia severa, casta, poética de las Venus de Rafael y el Ticiano; de éstas se comprende que puedan andar por el campo, decentemente, aunque desnudas; de aquélla no se cree pueda salir, sin desdoro, fuera de su alcoba. Pero la Venus madrileña, no puede ser representada sino vestida; el traje es para ella algo tan propio y necesario como la pluma en el ave, y desnudarla es desplumarla. Quiero decir con todo esto, prima, que lo más digno de ser considerado en Madrid, como producto de su ciencia, de su arte y de su industria, es la madrileña misma. Si mi afirmación te parece, por lo evidente trivial, dispénsame, teniendo en cuenta que nada hay, tampoco, tan madrileño como las trivialidades.

Y volviendo al tema. El Alcalde primero ha tenido esa idea que ha entusiasmado á los comerciantes y los fondistas. El alcalde oía siempre con mucho disgusto las diatribas de las provincias contra Madrid.—¡Aquí no hay más que empleados y cesantes!—suele decirse.—Madrid es una gran feria donde envían sus productos las ciudades de España.—No, señor,—ha dicho el alcalde,—Madrid tiene industria propia, crea productos que remite á provincias y al extranjero después de haber proporcionado á la población abundante consumo.—(Ignoro, prima, si el alcalde se referirá á la industria de las condecoraciones.) Madrid paga sobre un millón de pesetas de contribución industrial; en el casco de Madrid humean las chimeneas de quinientos motores de vapor, que funden hierro, plata, metal blanco, plomo, y que son las visibles señales de que allí se fabrican objetos de papelería, curtidos, petacas, zapatos, fósforos, paraguas, ebanistería... Doce mil obreros mantiene Madrid y no hay necesidad de ir á las fábricas para verlos, basta con ir á las reuniones de los socialistas, donde el ciudadano López ó el ciudadano Pérez, suelen proponer á sus compañeros como la medida salvadora de este momento social una huelga permanente subvencionada por los burgueses. El alcalde desea que esta grandiosidad y florescencia de la industria local se patentice, y, además, los tiempos son difíciles; el comercio se queja de sus parroquianos; los parroquianos no toman muy á pecho las reconvenciones del comercio y hay que traer parroquianos nuevos aunque sea de la China. Al anuncio de esta Exposición vendrán los comerciantes de otras provincias y otras capitales, vendrán los curiosos y millonarios que buscan nuevos países en que aburrirse y que se dispersarán cuando concluya la Exposición llenando el mundo de paraguas, abanicos, petacas y tacos de billar legítimos madrileños. Y, quien sabe, quizás muchos de esos *turistas* se lleven el principal artículo, la madrileña; fábrica de amor, cuyo sombrero puede muy bien aumentar el número de chimeneas citado por el alcalde.

El hecho es que en Madrid, realmente, hay muchas fábricas y que si nosotros lo ignoramos consiste en que nuestro carácter no es industrioso, y sólo paramos la atención en las cosas de la política. La inauguración de una fábrica, en Madrid, por magnífica que sea, tiene menos resonancia que una frase ingeniosa ó mordaz lanzada por un diputado á un ministro en plena sesión. Tal vez esta indiferencia de Madrid por su industria consista en que Madrid no es patria de nadie; el madrileño nace en un país invadido por forasteros; en que todo pertenece al primer ocupante, venga de donde viniere; sin costumbres, ni traje, ni dialecto especial; habituándose á transigir con todas las costumbres, trajes y dialectos; decir: ¡Yo soy de Madrid! es lo mismo que decir: Yo no soy de ninguna parte. ¿A quién irá el madrileño para decirle: ¡Favorézcame usted, tan siquiera porque somos *paisanos!* ¡Paisanos! los tienen los andaluces, y los gallegos, y los asturianos, y los valencianos, y los aragoneses; los tiene todo aquel que ha nacido, menos quien ha nacido en Madrid. ¡Desgraciado, sino se protege él solo! Sucede, pues, que el madrileño no se interesa por la prosperidad fabril de un país ingrato y que los que no son madrileños no están dispuestos á confesar que en Madrid hay nada superior á sus patrias respectivas; verdaderas patrias, estímulo de su ambición; donde tienen sus familias, sus amigos, su verdadera casa, su retiro. No es extraño que los provincianos conquisten el poder y la fortuna; tienen un ideal; pero nosotros, los madrileños, ¿podemos creer que Madrid se asombrará de nuestros encumbramientos, ni que nuestros paisanos se morirán al saberlo de envidia? Ignoro si algún día me casaré, querida Carmen, ignoro igualmente si de casarme tendré descendencia, pero yo te aseguro que mis hijos nacerán fuera de Madrid. Yo les daré patria. Haré un viaje con mi mujer á Galicia. Tengo observado que el nacer gallego, es nacer, casi, ministro.

Pero, en fin, como todavía está muy lejana la referida Exposición, hablaremos si gustas de asuntos del momento. Esta es la época del año en que se verifican los *beneficios* de los actores: según la prensa, los amigos de éstos, aprovechan la ocasión de manifestarles sus simpatías. En efecto, si has visto los periódicos habrás admirado las terribles listas de regalos á los beneficiados que publican. Los actores reciben en estas noches más objetos y artículos que contiene un bazar. Todos cuantos autores ó amigos les deben cualquiera atención ú obsequio, les devuelven su fineza. Cierto maldiciente asegura que hay actor que se pone en connivencia con el dueño de una fábrica de quincalla para que le remita un ciento de objetos que luégo volverán á su tienda. De este modo se figura una colección de regalos sin perjuicio de nadie. La costumbre de exponer en el *camarín*, y de enumerar la prensa los regalos, es muy reciente. Hasta hace pocos años el beneficiado sólo hacía ver lo que era inevitable, las coronas y los ramos que se le arrojaban á escena. La idea del lucro, y del dinero, no aparecía en aquella fiesta del arte: hoy la curiosidad es tan grande en el público como el entusiasmo. Cada vez se significa más el sentido utilitario de los regalos: en cualquier beneficio veremos que los criados de la escena interrumpen el aplauso general presentando al beneficiado una mesilla de noche. Cuando se aproxima un beneficio tiembla el beneficiado y sus amigos. El beneficiado porque si no le regalan mucho y bueno, sobre todo mucho, queda deslucido; los amigos, porque los amigos de los actores,—gente que suele ir al teatro de *tifus*, como ahora se dice,—suelen tener poco dinero. Los pobres autores dan compasión: alguno de ellos no consigue que el actor le acepte una comedia y le regala, sin embargo, por si ablanda con la gratitud al monstruo; otros regalan porque no se diga que deja de regalar siendo autor. Hay quien regala por salir en lista; y casi todos los objetos tan pomposamente enumerados en los periódicos, suelen valer en junto, después de todo, cinco pesetas. Esta costumbre caerá en desuso porque es presuntuosa, ridícula y *cursi*. Esto se comprende en los paises ricos y entre la sociedad aristocrática y financiera. Pero aquí los aristócratas y los banqueros han perdido ya las tradiciones del rumbo. Aquí sólo es rumboso quien quiere parecerlo; es decir, el pobre. Si los diarios dejasen de publicar esas listas de nombres propios, no recibirían los actores ni una boquilla de á real.

Ya recordarás, sin duda, al bueno de Parreño, aquel actor tan reposado, tan concienzudo, de aspecto tan solemne, de voz tan majestuosa. Ha muerto repentinamente. Tenía grandes simpatías como actor y como particular. No se le han dedicado extensas biografías, porque con los actores pasa como con los cantantes: mientras no se mueren los tenores no se conmueve nadie. Pero la verdad es que estos actores estimables, que desempeñan discretamente las obras, que estudian sus papeles y procuran martirizar sus condiciones personales para brillar algo en ellos; que tienen el sentimiento del arte y de la dignidad de su profesión, merecen que los aficionados á la escena les consagremos un doloroso recuerdo. Nuestro teatro precisamente carece de esta clase de actores y por carecer de esta clase carece de *cuadros*, sin los cuales no hay buenas obras, ni buenas temporadas. Me refiero al drama y á la gran comedia; en los cuales el actor tiene que suplir con su reflexión, con su talento y su inspiración, el desconocimiento de los personajes y las pasiones que debe interpretar, por no ser las que él frecuentemente observa ó siente. En el género cómico y popular, hoy tan en boga, se forman cuadros escénicos porque nuestros actores conocen ese *mundo* á la perfección. Las compañías extranjeras que han venido á Madrid han demostrado que varias medianías que se funden valen más que una eminencia que se aisla. Ni una golondrina hace verano, ni un solo actor hace teatro. Con actores como Parreño, tan discretos, tan en su lugar escénico, siempre se pueden hacer obras de conjunto.

Sigamos en nuestra excursión por los teatros. Un autor joven, el señor Pleguezuelo, ha obtenido un éxito de gran estimación en el teatro de la Princesa con su comedia *Margarita*. Cierto marqués ha obtenido en su juventud una hija. Se casa el marqués y aunque no se atreve á declarar la existencia de esta hija, la trae á su misma vivienda en calidad de institutriz de su hermana. Esto da origen á que pueda creerse que Margarita es la querida del marqués, es decir, de su padre. Entonces la verdad se descubre y Margarita es dichosa. Se ha celebrado esta obra con feliz unanimidad por todos los críticos. Y en sus juicios se ha traslucido el ardiente deseo que hay en el público de que nuestro teatro, sin perder la energía y la viveza ca-

racterística de nuestra literatura actual, vuelva al mundo de la realidad y del sentimiento; apartándose de esos temas transcendentales (que ya no tienen transcendencia) y de la inevitable tremebunda catástrofe. El señor Pleguezuelo ha fijado la atención del público con una violeta, hoy que para fijarle es preciso darle rosas de mil hojas, del tamaño de un repollo:—este éxito debe fortalecerle sin deslumbrarle.

El viejo Valero saldrá para América dentro de algunos días: entre tanto da algunas funciones en Jovellanos. Al despedirse del público ha empleado frases tales que parecía decirle: —¡Ven á verme, ven á aplaudirme por última vez! —El arte ofrece ovaciones que enloquecen; pero tiene tristezas que abruman. Han venido otros actores; las corrientes del pensamiento y del gusto cambian, el actor envejece y el arte es joven siempre. En mucho puede compararse á Valero con Zorrilla: su nombre, su celebridad, existen; pero su público ha ido desapareciendo; aquellos que fueron admiradores de sus obras en el tiempo de su creación, de su gran virilidad, han muerto casi todos, menos felices que ellos... Su público está ya enterrado y les espera. ¡Pobres viejos, gozad del pasado en la misma tristeza del presente, recordad con los pocos que os quedan.., y no os precipitéis á morir!... ¡Qué diablos, es tan seguro que habéis de obtener la inmortalidad, que no debéis precipitaros!. .

Para concluir, con una *nota* alegre. Se ha estrenado anoche, en el teatro de Apolo, *Juan Matías el barbero ó la corrida de beneficencia*, letra de Ricardo Vega, música de Chapí y Nieto. No es de las mejores del castizo sainetero. Tiene preciosas decoraciones. Durará en el cartel mucho tiempo.

Y sin más...

Tuyo,

FERNANFLOR.

LA MUERTE DE CAPETO

MEMORIAS DE UN PATRIOTA)

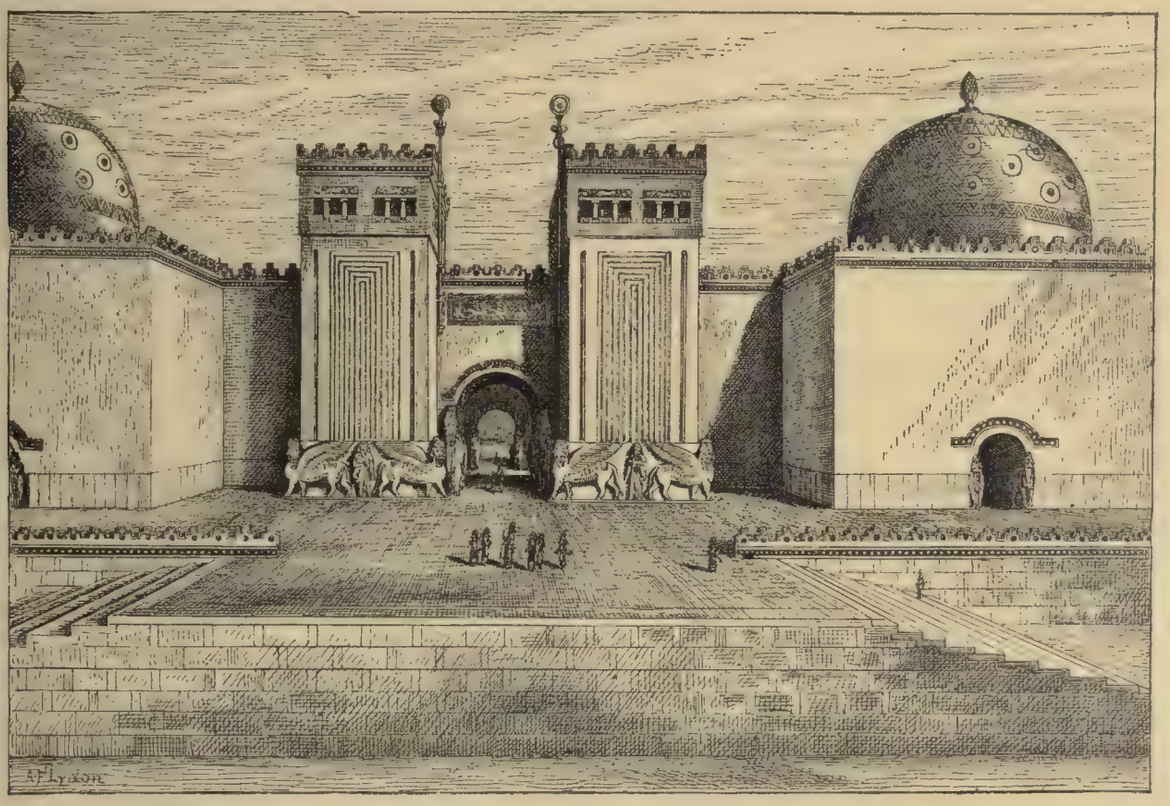
I

A principios del año 1793, vivía yo con mi amigo Teodoro en una de las buhardillas más altas de París, separado del resto del mundo por una tortuosa y empinada escalera de más de cien peldaños.

¡Qué época aquella!

Como lo mismo mi amigo que yo habíamos tomado parte activa en todos los acontecimientos más notables de la Revolución, gozábamos fama de patriotas, particularmente en los sitios donde se reunían los hombres más exaltados de entonces.

Desde el principio de aquella tormentosa y



EL ARTE ASIRIO: EL PALACIO DE SARGON, EN KORSABAD

agitada época habíamos abandonado los pinceles y dejado de concurrir al estudio de nuestro maestro Pedro David, uno de los genios más populares de aquel tiempo.

La historia de Teodoro y la mía eran la de la Revolución.

Los dos habíamos hecho fuego en la toma de la Bastilla; el 10 de Agosto de 1892 fuímos de los primeros que penetramos en las Tullerías acuchillando á los suizos, y al pié de la guillotina victoreamos á la Nación cuando rodó sobre el tablado la cabeza de Luís XVI.

Además, éramos asíduos concurrentes á las tribunas de la Convención para aplaudir á Danton y Robespierre, nos honrábamos con la amistad de Camilo Desmoulins cuyos escritos leíamos, y no nos acostábamos ninguna noche sin hojear antes algunas páginas de la *Enciclopedia* ó del *Contrato social*.

Como hijos de aquella época éramos adoradores prácticos de la Revolución, á pesar de que á ésta debíamos el vivir en la mayor indigencia.

No eran aquellos tiempos los más favorables para el cultivo de las artes.

La gente sólo se fijaba en dos cosas; la guillotina y el fusil, y tenía puestos los ojos á todas horas en la Convención y las fronteras.

En la una había sus representantes y en las otras sus defensores.

Durante el período revolucionario, Teodoro y yo solo trabajamos verdaderamente una vez y fué para restaurar bajo la dirección de nuestro maestro, el salón de sesiones de la Convención. Este trabajo, nos valió de parte de los representantes del país, más agradecimiento que dinero.

La falta de ocupación influyó directamente en nuestro estado.

De continuo nuestras bolsas estaban escuetas y nuestros vestidos á causa de su vejez tenían un aspecto deplorable.

Algunos años antes se nos hubiera tomado por mendigos, pero entonces estábamos lejos de ser víctimas de tal suposición, pues muchos hombres populares que en aquella época influían en la situación de Francia, presentaban poco más ó menos un aspecto parecido al nuestro.

Yo no me resignaba á aquella vida miserable.

Era aficionado por razón de mi naturaleza á los placeres y me agradaba más tener algunas monedas en el bolsillo y acariciar á las muchachas de las tabernas, que andar casi harapiento, pasando plaza de virtuoso y patriota incorruptible.

En cambio Teodoro se encontraba feliz en aquella situación.

No pensaba más que en la patria, y cada paso que ésta daba en el nuevo camino, le producía una vivísima satisfacción.

—Esto va bien, Nicolás,—me decía á cada instante;—Francia se dispone á difundir las luces de la libertad y el progreso por todo el mundo. Los tiranos pretenden ahogar la Revolución en su cuna, pero no lograrán sus deseos, pues tienen que luchar con nosotros que estamos destinados á realizar la grande obra.

Yo no hacía gran caso de las palabras de Teodoro, y daba poca importancia á las obligaciones que como ciudadano republicano tuviera que cumplir.

Mas á pesar de esto, mi amigo me arrastraba á todas partes, valido del ascendiente que su superioridad le daba sobre mí.

Teodoro como artista se encontraba á una altura envidiable.

Era el primero entre todos los discípulos de David, y éste le quería como á un hijo.

(Se continuará.)

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

EL ÚLTIMO CANTO (Cuadro de F. Achim d' Arnim)

EN LA PRADERA

¡TE QUIERO MUCHO!

LA CASA DE PEDRO LÓPEZ

(CONCLUSIÓN)

—Debo advertir á V. que antes de tomar el cuarto, la señora Pepa me prometió echar á las vecinas del segundo, y en su consecuencia...

—Esa condición no consta en el contrato.

—¿De suerte que?...

—Lo dicho, amigo mío, vuelva V. dentro de dos meses y hablaremos. Hoy por hoy, es asunto concluído.

Y, acompañándome hasta la puerta, me despidió como si hubiese despedido al carbonero.

Salí rabioso y horrorizado, balbuciendo:

—¡Vaya un hombre estúpido! Por no darle el gustazo de chuparse la fianza, subarrendaré la casa. No, lo que es de mí no se burla ese animal; ¡el casero soy yo!—concluí, parodiando á Luis XIV.

Aquel mismo día, al regresar á casa después de mi paseo acostumbrado, un hombre, vestido de caballero, como la mona vestida de seda, me paró en la calle con este saludo:

—¡Hola, Pepito! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

Retrocedí algunos pasos, rechazando la mano que me tendía.

—Está V. equivocado,—le dije,—pues no tengo el gusto de conocerle.

—¡Tan olvidadizo eres! ¡Ya no conoces á Periquillo, tu antiguo compañero de colegio, el que siempre compartía contigo su merienda cuando te castigaban!... Pero ¿á qué ir tan lejos? No hace seis años todavía, fuímos compañeros de oficina en el Gobierno Civil de Granada. ¿Tampoco lo recuerdas?

—¡Yo! Ni me llamo Pepe, ni á mí me ha castigado ningún hombre, ni probé jamás la merienda ajena, ni fui nunca empleado, ni ví otra Granada que la del mapa.

PUENTE Y CALLE DEL CASTILLO, EN CHESTER (INGLATERRA)

—No le hace, caballero; es el caso que ahora estamos cesantes y nos reunimos varios amigos; hemos fundado un modesto círculo de recreo, donde jugamos á las cartas; se juega en familia, poco dinero, nada más que para pasar el rato. Si V. quiere honrarnos con su visita, yo tendré mucho gusto en presentarle, solo para que vea V. el local.

—¿Y dónde dice V. que es eso?

—Cerquita, ahí, en el 109.

—Justamente al 109 voy.

—Sígame V., yo guiaré.

Entramos en casa, subimos la escalera, llegamos á la meseta correspondiente al cuarto principal.

—¡Qué! ¿no entra usted?—me dijo el hombre.

—Mírame bien á la cara, so tunante, y apréndetela de memoria para dejarme siempre el paso franco, porque, en volviéndome á parar, te descalabro de un palo.

—Bien, hombre, bien; no hay que tomarlo tan á pechos,—refunfuñó, penetrando en el garito, mientras yo subía la escalera.

Apenas hube entrado en mi despacho, mandé á Ramírez poner á un lado de cada balcón, papeles que sirvieran de reclamo á fin de subarrendar el cuarto.

—¿Nos mudamos, señorito?

—Sí, para evitarte nuevas equivocaciones. ¡Y yo que tanta tranquilidad me prometía en esta casa!—pensé viendo á Ramírez ejecutar mi orden.

A todo esto, con tales inquietudes y disgustos, mis *aduladores* adelantaban muy poco en sus adulaciones. Llegó la noche; no tuve gana de escribir y me lancé á la calle.

—¿A dónde voy? ¿Al Oriental? De ninguna manera; no quiero ver á mis amigos mientras siga en esa casa; me creerían consentido. ¿A la tertulia de la duquesa? No estoy de humor. ¿Al Ateneo? ¡Es tan monótono aquello!

Reflexionando de esta suerte y caminando á la ventura, acerté á pasar por delante de un teatro cuyo cartel anunciaba la comedia de magia *Los polvos de la madre Celestina*, exornada con todo el aparato que requiere su argumento. Desde mis tiernos años no había concurrido á una sola representación de esa comedia, que, á la sazón, hacía mis delicias, y cuya parte literaria, como obra de Hartzenbusch, es excelente.

—Tal vez me divierta,—dije.

Tomé una butaca y entré á ocuparla. Estaban á la mitad del primer acto.

Efecto de la noche toledana que tenía en el cuerpo, el sueño pudo más que los versos de Hartzenbusch, y me quedé dormido en la butaca. A ratos, por un esfuerzo de la voluntad, me despertaba, miraba á la escena y volvía á dormirme. En una de estas alternativas, ni dormido ni despierto, creí soñar con un palacio encantado, lleno de hadas danzando á los rayos de la luna, al són de una música deliciosa. Abrí los ojos, y una voz dijo á mi espalda:

—¡Preciosa decoración!

Miré maquinalmente y ¡oh sorpresa! ví la realidad de mi sueño sobre el escenario: el palacio existía, la música sonaba, la luna era luz Droumont, las hadas eran bailarinas.

El público aplaudía frenéticamente.

Pedí prestados los gemelos á un vecino de butaca y los apunté á la escena.

Ni un rayo caído á mis piés me hubiera asombrado tanto.

—No, no puede ser, estoy soñando todavía.

Me restregué los ojos, volví á mirar con los gemelos y no me cupo duda: el varón de la primera pareja coreográfica... ¡era mi casero!

Era él, sí, mi casero en carne y hueso, el amo de la señora Pepa, el misterioso concurrente al café de Lisboa, el trasnochador insustancial, el mismo que con tanta grosería me recibiera aquella mañana. Y allí estaba, bañado por la luz Droumont, cubierto de talco y lentejuelas, bailando á la faz de su inquilino, improvisando posturas académicas, haciendo piruetas y visajes, dando saltos y volteretas, durante los cuales llegaba hasta perder la forma humana, como un oso en la plaza pública. ¡Y gustaba, y le aplaudían, y sabe Dios lo que cobraría por cada salto, por cada visaje, por cada voltereta de su decoro, por cada puntapié asestado al sentido común!...

—Y ese hombre,—no pude menos de pensar,—tiene casas en Madrid, es propietario; fuera de aquí representa y vale más que yo, vota á los representantes de la nación, interviene en la cosa pública, se llama amigo y conservador del orden; y yo, poeta, autor de novelas, escritor público, no tengo voz ni voto, con dificultad visto levita; soy, comparado con él, un hombre despreciable, un pelafustán, un pelele, un don nadie! ¿Y está bien así la sociedad? ¿Y existe Dios y la consiente?...

Todo aquello me disgustó de tal manera, que me levanté y fuí á acostarme, sin esperar la conclusión del espectáculo.

Excuso decir que al día siguiente me mudé, no tanto á causa de mis vecinos como del golpe recibido en mi dignidad al tener por casero, esto es, por tirano, á un bailarín.

JUAN TOMÁS SALVANY.

REVISTA CIENTIFICA

La futura ciencia de conocer á los hombres por la fisonomía.—Contra la jaqueca.—Acción del alcohol sobre la nutrición.—Empedrado y enlosado de escorias.—Nuevo modo de fabricación de panes de carbón de piedra.—La pila Fiseman.—Fabricación eléctrica del aluminio en Suiza.—La electricidad aplicada á las patatas.

Los estudiantes del porvenir tendrán sobre nosotros, los que ya vamos para viejos, la inmensa ventaja de poder aprender psicología en

libros mucho menos repulsivos que los que corrían en tiempos de nuestra juventud; ya no será aquella prosa dura y seca que nos hacía considerar el librote, ó librejo, como una especie de saco lleno de guijarros, sino que hasta habrá capítulos que podrán leerse por vía de pasatiempo, pues no hay duda que uno de ellos habrá de titularse: *Del arte de conocer á los hombres por la fisonomía.*

Y no se crea que venga á ser el tal capítulo ninguna repetición de las sandeces empíricas inventadas por Lavater y Spurzheim sino que será un estudio grave y formal de psico-fisiología, ciencia que ayer estaba en mantillas y hoy amenaza tragarse la desvalida metafísica y otras *asignaturas* no menos cojitrancas.

No tiene, en efecto, vuelta de hoja, desde el momento en que es una ley fisiológica, y, por lo tanto, promulgada *á posteriori*, que todas las excitaciones venidas del exterior vuelven,—después de haber sido elaboradas en los centros nerviosos en forma de sensaciones, sentimientos é ideas,—á su origen, agotándose en forma de movimientos, de lo cual resulta que la actividad muscular es una especie de canalización de salida para las fuerzas que nos vienen de la acción del mundo exterior sobre nuestros sentidos.

Esta concepción del *arco reflejo* que parte de la sensación y se termina por el movimiento nació en los laboratorios de fisiología, pero no ha tardado en convertirse en fundamento de la nueva psicología, ofreciendo anchísimo campo para el análisis de los elementos de la personalidad. «Concíbese fácilmente,—dice la *Revue Scientifique*,—como simples variaciones en la manera de sentir, de elaborar las sensaciones, de reaccionar bajo su influencia por manifestaciones motrices bastarán á dar cuenta de los innumerables rasgos característicos de las personalidades humanas.

»Investigar las condiciones de las variaciones de la sensibilidad reaccional del sistema nervioso; aislar por una suerte de disección experimental los estados cerebrales simples y registrar los fenómenos motores de todo linaje que les traducen al exterior y manifiestan así la vida psíquica será precisamente la obra, ape-

EL ARTE ASIRIO: BAJO-RELIEVE REPRESENTANDO UNA LEONA HERIDA

nas emprendida, de la psicología fisiológica, en la cual el estudio de la *mímica*, en general, tendrá de esta manera ancho lugar. Si se considera que hay que estudiar los movimientos no solamente en sus formas actuales sino también en las huellas que deja su producción repetida, habitual,—lo que se llama los *rasgos*, los cuales son hereditarios algunos y adquiridos otros, —se verá cuán extenso es en suma este estudio de la mímica que comprende en sí el gesto, el porte, la fisonomía, la palabra y la escritura.»

Entre las tentativas hechas para descubrir el carácter de las personalidades por signos exteriores, ocupa un lugar nada despreciable la *grafología*, ó arte de conocer á los hombres por medio de su escritura, estudio que está en vías de adquirir todo el rigorismo científico de que carecieron las prácticas de Lavater, entendiéndose que este sello científico á que nos referimos dependerá de que en lugar de estar fundada la grafología en meras observaciones estará basada en experimentos. Así, en vez de decir: los individuos que presentan esta ó la otra cualidad ó defecto hacen tal movimiento ó presentan tal rasgo, se dirá: tal movimiento ó tal rasgo es resultado ó efecto de tal organización cerebral, de tal aptitud característica, de tal procedimiento psíquico especial.

En este sentido están trabajando algunos, siendo de desear que aparezca pronto un buen tratado que nos enseñe *científicamente* á conocer con quien se trata, mientras lo cual pueden contentarse los interesados con leer el bonito libro publicado por el doctor Schack, de Copenhague, *La fisonomía en el hombre y los animales.* (Traducción francesa.—J. B. Bailliere.)

***

En el *New-York Medical Record*, propone M. John Blake White, un nuevo remedio contra la jaqueca. Trátase de la antipirina, que al parecer no sería solamente un apreciable antipirético sino un eficaz analgésico, ó calmante, atribuyendo M. White esta propiedad á la acción de dicha sustancia sobre los vasos. La antipirina produciría la desaparición de los fenómenos congestivos moderando la actividad del sistema vaso-motor, y así se explicaría su eficacia contra las jaquecas congestivas, la jaqueca gástrica y otras, la cefalalgia urémica, y, finalmente, los diversos dolores de cabeza.

Para obtener este resultado hay que prescribir dicho medicamento á dosis macizas. Los efectos terapéuticos se notan ya al cabo de media hora; el enfermo experimenta entonces como un pasajero sentimiento de vértigo y un deseo de dormir que dura algunos instantes. Según el autor, la desaparición de la cefalalgia es entonces constante.

***

Sabido es que mientras unos creen que el alcohol es una sustancia de «ahorro,» otros sostienen, al contrario, que es un excitante de los cambios intra-celulares. Según M. Forster, de Amsterdam, el alcohol sería á todas luces un agente de pérdida, un agente de gastos y no de economía. Habiendo escogido algunos *sujetos* bien nutridos y sanos y teníolos en ayunas durante cincuenta ó sesenta horas, el experimentador les administró, en los momentos en que el hambre se dejaba sentir periódicamente, cierta dosis de alcohol; recogió después sus orinas y dosó la cantidad de azoe excretado. Nada de particular se notó respecto á esto, pero se vió que cada ingestión de alcohol era seguida, al cabo de una ó dos horas, de un aumento sensible de la cantidad de ácido fosfórico excretado.

CÉSAR BORGIA ABANDONANT

ATICANO (Dibujo de G. Gatteri)

El uso del alcohol tendría pues por consecuencia inmediata una excreción exagerada de una sustancia que forma parte integrante del organismo humano, y si este efecto no ha sido observado todavía depende de que las investigaciones no han recaído hasta ahora más que sobre la exhalación de ácido carbónico ó la excreción de la urea. *(Revue Scientifique.)*

***

La *Chronique industrielle* da cuenta de haberse formado en Middlesbrough una compañía que se propone utilizar las escorias de los altos hornos de una manera más completa que lo han sido hasta el presente. Entre las aplicaciones que se han buscado citaremos la fabricación de ladrillos obtenidos colando la escoria en moldes metálicos. Sometidos á un recocido y después á un enfriamiento lento, esos bloques adquieren la dureza y la resistencia del basalto. Si se les pulveriza y se mezcla con el polvo obtenido cierta cantidad de cemento obtiénese un producto que da una masa superiormente sólida comprimiéndola en moldes y dejándola tres meses en reposo. Fabrícanse baldosas y losas para aceras, para andenes de embarque en las estaciones de ferrocarril, etc. Estas losas tienen 0'90 m. de largo por 0'08 de espesor.

***

Según un periódico *gasista*, M. Saltery, ingeniero austriaco, ha tenido la feliz idea de emplear las melazas ó residuos de la fabricación del azúcar en lugar de la brea para la fabricación de los panes de carbón de piedra, lignito y otras sustancias minerales.

La superioridad del nuevo procedimiento consiste en su sencillez y en la extremada baratura de la sustancia ligante. La proporción de melaza que hay que emplear varía de 0'75 á 1 por 100 según la naturaleza del combustible. No es solamente el azúcar sino la pectina y las gomas contenidas en las melazas los que obran como materias aglutinantes; las melazas que han estado sometidas á la acción de la osmosis convienen igualmente. Débese, por lo demás, diluirlas en la cantidad de agua necesaria para formar una pasta tan plástica como sea posible.

Los panes fabricados de este modo con ciscos de calidad inferior dan sin embargo coks compactos y porosos que convienen perfectamente á los altos hornos y las fraguas. Según el doctor Rossman, una de las principales aplicaciones del nuevo procedimiento es la fabricación

LA CONSTRUCCION DE UNA CASA (Dibujo de Ricketts.)

de panes de mineral de hierro para la transformación directa en hierro y con acero.

***

El doctor Eiseman, de Berlín, acaba de inventar una nueva pila en la cual emplea el ácido túngstico como líquido excitador en vez del ácido crómico. Estos dos ácidos ejercen casi igual acción; la fuerza electro-motriz y la resistencia de los elementos son los mismos, pero basta una ligera adición de ácido fosfórico para mantener en disolución el ácido túngstico. Cuando este ácido ha sido reducido por electrodos metálicos como los de zinc, por ejemplo, es facilmente regenerable por el oxígeno del aire. El empleo del ácido túngstico es ventajoso sobre todo en los elementos de electrodos móviles.

Prepárase el líquido excitador haciendo disolver en 350 gramos de agua 30 gramos de tungstato de sosa y 5 gramos de fosfato de sosa y añadiendo á la disolución una corta cantidad de ácido sulfúrico.

***

Las cascadas del Rhin en Schaffhouse van á ser utilizadas para la producción de electricidad por una sociedad que se propone instalar allí una importante fábrica de aluminio.

El procedimiento que se seguirá es el mismo de las grandes instalaciones hechas recientemente en América por la Cowle Company, y la máquina eléctrica empleada será una del sistema Brush, de las llamadas *Colossus*. Hé aquí un pormenor curioso de esta fabricación: las escorias retiradas de los crisoles en los cuales se operan la preparación eléctrica y la fusión del aluminio contienen záfiros y rubíes formados incidentalmente, que se encuentran engastados en la masa escorificada. Este simple hecho deja conocer el partido que podrán sacar los químicos, en un porvenir más ó menos cercano, de los nuevos y poderosos recursos que la electricidad pone á su disposición. *(Bulletin de la Societé internacion de des electriciens).*

***

Los periódicos ingleses dan cuenta de unos curiosos experimentos sobre la acción de una corriente eléctrica en el crecimiento de las plantas tuberculosas. Fueron introducidas en tierra y á 30 metros de distancia unas de otras varias placas de zinc y otras de cobre enlazadas respectivamente por un hilo metálico, con lo cual se produjo una pila cuya corriente actuaba en las raíces de los legumbres. Comparando las plantas tratadas de este modo con otras del mismo campo comprobóse un aumento de grosor que llegaba al 15 por 100 en cuanto á los nabos y al 25 por 100 por lo que hace á las patatas. Nos complacemos en hacer público este hecho por lo que puede interesar á los numerosos españoles condenados al régimen vegetariano.

ALFREDO OPISSO.

LA DESPOSADA DEL REY

FANTASÍA

I

EL ASILO

Era en aquellos viejos tiempos tan famosos llamados buenos; los románticos amores florecían entonces, pero también los tósigos y cuchilladas. Y los reyes no eran menos pródigos en tajar cabezas.

En Toledo, el pueblo compasivo acababa de libertar de la prisión á una dama, joven y bella; se contaba que era la esposa del rey, quien de muerte la odiaba desde el día de sus nupcias; por esto la tenía encerrada en el alcázar de la ciudad y muy vigilada por sus servidores.

La joven dama, cuando estuvo libre, se fué en busca de protección á la catedral de la ciudad. En aquellos tiempos las iglesias servían de refugio, pero no era éste tan seguro, que reyes y nobles no le profanasen más de una vez; los privilegios eran buenos sólo para invalidarlos el más fuerte.

—¡Amparadme!—dijo la dama.

—¿Quién sois?—preguntóla el clero.

—Soy doña Blanca.

—¡La reina!

Y á la tal nueva todos temblaron, porque aunque el clero era poderoso, más lo era el rey don Pedro, á quien tanto temían. Porque el rey castigaba con crueldad á cuantos tuviese por enemigos suyos.

Así la recién venida huéspeda era muy peligrosa de guardar.

—¿No me abandonaréis á las crueldades de mi señor?—decía la reina.

Y los sacerdotes ya resignados contestaban:

—¡Señora, que Dios nos ampare á todos!

Y ya de este modo daban á entender claramente cuán grande era el peligro que les amenazaba.

Pues conocían al rey.

Sus pasiones eran violentas y no había condición alguna que no atropellase.

¡Ni el parentesco de familia, ni la inocencia, ni la ancianidad, nada respetaba!

II

LA PROFANACIÓN

La reina se creía muy segura en aquel sagrado recinto, porque Toledo se había sublevado contra el rey de Castilla y en aquellos momentos estaba la ciudad bajo las órdenes de D. Enrique de Trastamara.

Era éste uno de los hijos de doña Leonor, la real favorita de Alonso XI, y por consiguiente, hermano bastardo del monarca. Con el otro bastardo don Fadrique, ambos en rebelión, se habían apoderado de Toledo; de esta manera aquella ciudad era un refugio seguro para doña Blanca.

La reina estaba al pié del altar cuando las puertas de la iglesia se abrieron estrepitosamante y entró un caballero, rodeado de los rayos que despedía su brillante armadura; traía

DAVID NEAL, Célebre pintor americano

MONJAS REZANDO (Cuadro de David Neal)

la visera echada y desnudo el tajante acero.

—¡Reclamo á la reina!—dice.

—¿Con qué derecho?—le contestan.

—¡Con el del más fuerte!

—¡Es un amigo!—exclama la reina.

Y con el caballero se va; aquel era don Fadrique. Pero la calumnia la infama. Criminales relaciones suponen entre la dama y el caballero, y hasta un fruto del amor, cuando ambos se encontraban en Navarra.

La mayoría de los historiadores no opinan así, pues aseguran que la reina era sumamente virtuosa.

—¿A dónde me lleváis, nobles caballeros y adalides?—dijo la reina.

Y todos los que la rodeaban contestáronla:

—¡Al trono de Castilla, señora!

Loable era el propósito; pero muy difícil; el rey llevaba consigo á la Padilla.

¡Habría que combatir!

¡E infeliz quien se entregue á la mudable suerte de los hechos de armas!

¡Quien á ellos confía sus promesas, trazas lleva de no realizarlas jamás!

III

LA VENGANZA

A poco de lo referido, confiada Toledo en las promesas del rey, abrióle sus puertas creyendo que se uniría con doña Blanca; los bastardos, con pocos parciales, huyeron de la ciudad.

Entonces don Pedro no correspondió á las halagadoras esperanzas. Apoderóse de doña Blanca y la encerró en Sigüenza; después, con el tiempo, aquella señora fué á parar á Medina Sidonia, de donde dice el cronista:—«*Algunos días estuvo allí presa y allí finó.*»

Porque el odio del rey, implacable la perseguía hasta en su prisión. Iba una vez de caza el rey; un infeliz pastor intercede por la reina; nuevo furor contra ella. ¿Le habría mandado la reina? Nada confirma la sospecha. Pero esto la condena á muerte. Mas el guardián á quien se le confiara esta misión, dice al monarca:

—¡No seré yo, quien mate á la reina!

—Ponedla en poder de Badillo,—replica el rey.

—Voy á obedeceros, señor.

—Y decidle que aquí venga.

Después de este diálogo pronto murió doña Blanca: «*é dicen que por mandato del rey le fueron dadas yerbas.*» Pero más trágica aún fué la venganza que ya había tomado de su hermano don Fadrique por su prisión en Toro

Hízole venir al alcázar de Sevilla y con afables términos le recibió halagándole.

—Hermano, idos á reposar de las fatigas del camino; después nos veremos.

Cuando volvió le mandó asesinar en la real cámara, ordenándoselo á los ballesteros.

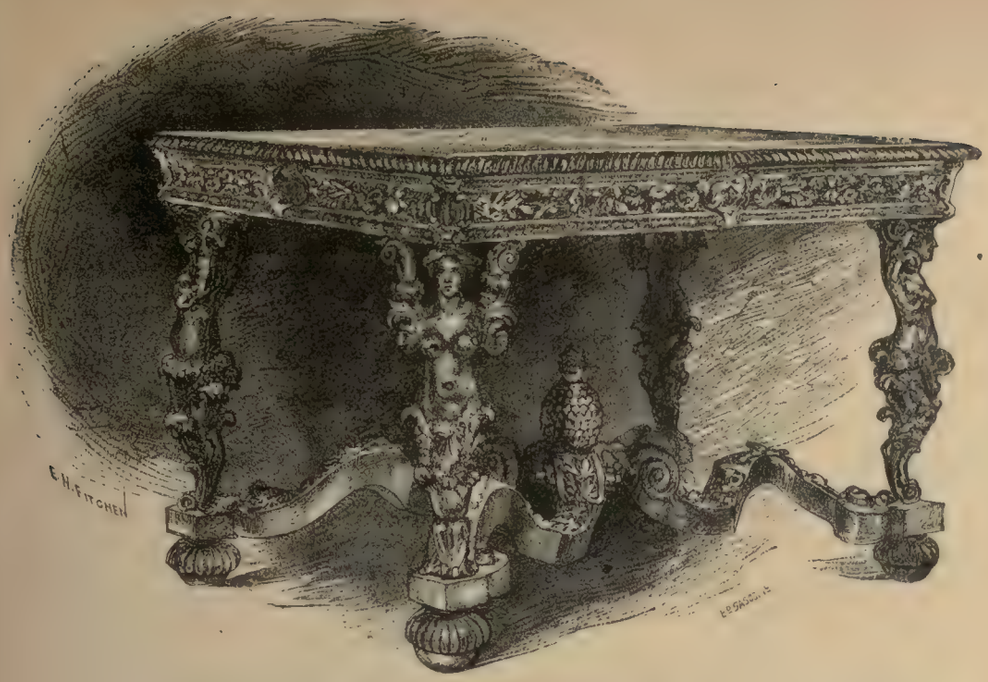
—¡Matad al maestre, matadle!—dijo.

Matáronle. Y el rey en persona asesinó al camarero mayor de don Fadrique.

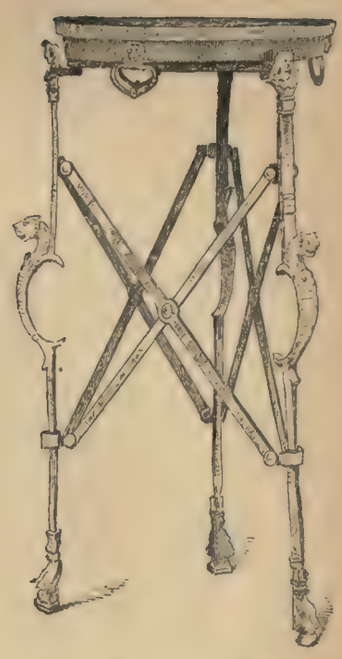
Y aún no estaba satisfecho.

Vió á su hermano que agonizaba y para que

EL SHAH JEHAN, SALIENDO DE LA GRAN MEZQUITA DE DELHÍ (Cuadro de Edwin Lord Weeks)

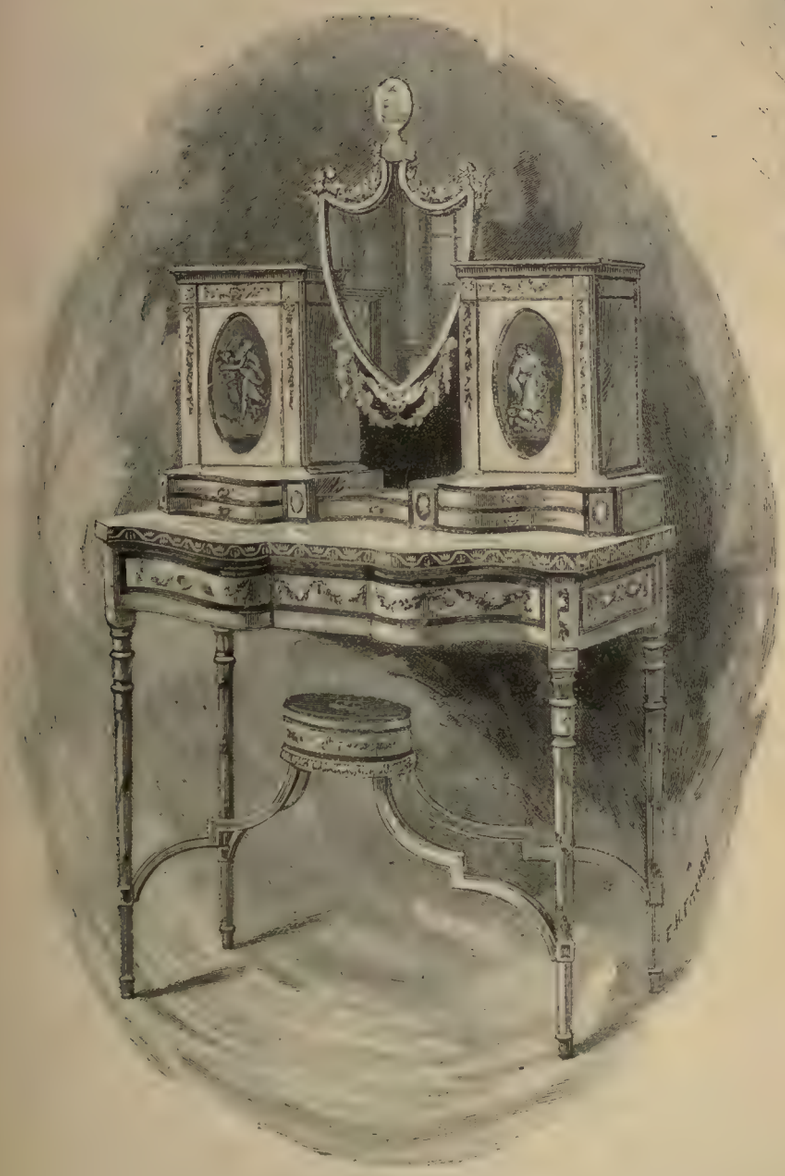


Mesa del tiempo de Guillermo III.



Trípode pompeyano.

Mesa de Pembroke (siglo XVI.)



Tocador del siglo XVIII.

Mesa de té, de la época de Isabel.

MESAS DE ARTE

le rematasen dió el puñal ensangrentado que aún llevaba en sus manos.

Después allí se hizo servir de comer; era como la bestia feroz husmeando aún la sangre de sus víctimas.

ANTONIO J. MÁRQUEZ.

INTRODUCCIÓN

A UN LIBRO DE POESÍAS (*)

Joven viejo del siglo diez y nueve,
no tengo idea que á luchar me lleve
y soy en religión un nuevo Judas;
mi corazón es un montón de nieve
y mi cabeza otro montón de dudas.
¡Madre mía, por Dios! ¡Yo necesito
algo que tus doctrinas me recuerde!
Mi vida es ya un sarcasmo, mi fe un mito
y mi amor una sombra que se pierde
por ese vago azul de lo infinito.....
Desde muy niño me entregué al destino,
y de cabeza me enfangué en el lodo;
nunca he sentido un éxtasis divino;
mi cerebro es revuelto torbellino.....
¡tanto dudé que lo he dudado todo!
Tendió á mis ojos, esplendente, un día
la poesía sus vistosas galas;
mas estudié después filosofía
y ya en mi corazón la poesía
aletargó las deslumbrantes alas;
¿y quién puede aceptar ese idealismo
si entre materialismo y panteismo
á fijar han llegado por sistema
que el cuerpo es un pedazo de Dios mismo
y el alma es un pedazo de problema?
Vivamos á la moda del presente,
en un positivismo callejero;
¡el que quiera luchar con la corriente
tendrá que ahogarse irremisiblemente,
igual que la mujer del molinero!
Que va el gusto tomando nuevos giros
y el que no los siguiere fuera malo;
no debo, pues, dar rienda á mis suspiros
¡si hablo de religión, merezco un palo!
¡si hablo del corazón, un par de tiros!...
¡Lejos de mí los vates vocingleros
que entre suspiros y ayes lastimeros
pasan su vida lamentando amores,
diciendo *versecitos* á las flores
y de una niña hermosa á los luceros!
¡Lejos, los que correr sienten las horas
entre brisas y músicas sonoras,
y delirando mil impertinencias
viven para cantar las excelencias
de ocasos y crepúsculos y auroras!...
¿Qué soy yo de *esos?* Pues, pondréme á raya
¡desde hoy mi corazón ya no desmaya!
¡y no temáis que á desvelarme vuelva
el choque de las olas en la playa,
ni el rumor de las hojas en la selva!

R. J. CATARINEU.

CANTARES

Cuando veas que agonizo,
no me mires á la cara
porque en ella se han de ver
los pesares de mi alma.

Quién amor puro pregona
comete una falsedad;
que el amor que llega al alma
no se pregona jamás.

Una señora me dijo
que se moría de pena;
cuando yo ya no me he muerto,
no hay quien de pena se muera.

Acaba con mis penitas
mátame sin compasión;
que el que mata á un desgraciado
merece el perdón de Dios.

No tengo padre ni madre
ni cariño, ni amistad;
solo me queda en el mundo
los ojos para llorar.

A orillitas de la mar
me juraste eterno amor;
como las olas corrían
una ola se lo llevó.

Pajarito, pajarito,
que por el espacio vuelas;
déjame tus ilusiones
y aléjate con mis penas.

MANUEL DE PEÑARRUBIA.

(*) Que pronto se publicará, Dios mediante.

NUESTROS GRABADOS

CONTEMPLACIÓN

La niña quería ver hasta lo último al enamorado amante que partía. La joven no podía dominar la tristeza que la dominaba; bella era siempre, pero en aquel momento parecíalo más aún. Ninguna ocasión más propicia para sorprender la ternura que se reflejaba en su rostro y así aparece en el dibujo.

EL ARTE ASIRIO

Puede decirse que apenas comienza á saberse algo de la civilización del grande imperio de Ninive, y esto, gracias á los descubrimientos hechos hace pocos años por Mr. Layard. Resulta de lo que se va viendo, que además de ser los asirios grandes conocedores del empleo del ladrillo en arquitectura, eran escultores no menos hábiles, sobresaliendo sobre todo en la representación de figuras naturales. No cabe mayor animación ni energía que la que imprimían, por ejemplo, á los leones, con los cuales estaban harto familiarizados á consecuencia de sus largas expediciones por el desierto. Véase, sino, el bajo-relieve representando una leona herida, descubierto en la colina de Assur-Bani-Pal.

Como muestra de su arquitectura, de extremada magnificencia y grandiosidad, puede verse el grabado que representa el palacio de Sargon, en Korsabad; es de notar la oposición que reina entre el arte asirio, todo vida y *terrenalidad*, y el arte egipcio esencialmente fúnebre y mortuorio. Los grandes monumentos egipcios son tumbas; en cambio las gigantescas fábricas asirias son palacios donde el harém ocupa el más importante lugar. Comprendese que Sardanápalo debía vivir allí á sus anchas.

EL ÚLTIMO CANTO
Cuadro de F. Achim d' Arnim

Dolorosa escena ha expresado en esta obra su genial autor, grande aficionado á asuntos hondamente conmovedores. Quédanle pocos minutos de vida al sublime músico agonizante y le han faltado las fuerzas para acabar de arrancar á su violín los acordes de la más cara melodía, pero un amigo, un noble amigo, se encarga de que el moribundo pueda escuchar aquellas notas interrumpidas por la garra de la Muerte que se acerca, y acompaña los últimos instantes del gran artista con aquel canto que brotó del cerebro de un genio en el momento de su mayor inspiración.

¡TE QUIERO MUCHO! — EN LA PRADERA

¿No es verdad que son lindísimos esos dos dibujos? Lo mismo el alegre grupo de niños que la figura de la doncellita producen deliciosísimo efecto. Todo respira dulce placidez en las dos obras. Conviene en estos tiempos de atormentada originalidad y de canallescas aficiones ver de vez en cuando asuntos que enderecen el pensamiento á las hermosas regiones del candor y la inocencia.

PUENTE Y CALLE DEL CASTILLO, EN CHESTER

Para los entusiastas del color local no hay duda que debe ofrecer Chester bastante aliciente, además del que reune para los gastrónomos aficionados al queso que se elabora allí. Ciudad antiquísima y llena de recuerdos conserva piadosamente sus viejos monumentos y es más visitada por pintores y dibujantes que por comisionistas.

CÉSAR BORGIA ABANDONANDO EL VATICANO
Dibujo de G. Galteri

Precisa juzgar á los hombres según las épocas y no según las reglas de un criterio absoluto; en este sentido, hay que reconocer que César Borgia fué un infame, un tunante de marca mayor, un disoluto, un asesino, un desalmado; pero, aparte de esto, demostró ser un político incomparable, un grande hombre de Estado, uno de los más insignes patriotas italianos.

Hecho cardenal por su padre, el papa Alejandro VI, renunció á la púrpura cardenalicia para trocarla por la coraza del guerrero. En vez de príncipe de la Iglesia, prefirió aceptar el título de duque de Valentinois, que le confirió el rey de Francia.

El terrible hermano de Lucrecia Borgia quería realizar su divisa: *César, ó nada;* y á punto estuvo de conseguir la independencia de Italia.

Eran profundos políticos padre é hijo; querían acabar con el feudalismo que corroía á la nación y la deshonraba y para alcanzarlo, quisieron contar con el favor del pueblo: *El que quiere dominar á los grandes, debe hacer mucho por los pequeños*, decía César. Y ello es que nunca hubo más justicia ni se disfrutó de mayor bienandanza en Roma que en tiempo de Alejandro VI. Nadie se atrevía á encarecer los víveres ni á defraudar el salario al artesano, y creáronse inspectores para atender á las quejas de los que yacían encarcelados injustamente.

César, por su parte, conquistó la Romanía, bien ó mal, y restableció allí el orden, dotó al país de una excelente administración y se atrajo las bendiciones de aquellas pobres gentes que, gracias á él, se veían libres de sus aborrecibles tiranuelos.

No había hombre de Estado que no se sintiese poseído de admiración hacia el valerosísimo cuanto inteligente César, que era, aparte de esto, el más hermoso caballero de su tiempo. Creía el duque de Valentinois que el fin que se proponía legitimaba los medios; modo de pensar que era también el de su padre. Corría por entonces, como proverbio, que el Papa no ejecutaba nunca lo que decía, y que el duque de Valentinois no decía nunca lo que ejecutaba.

Repetimos que no hay que asustarse de nada tratándose de aquellas gentes; también nuestro Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba juró sobre la hostia respetar la libertad del hijo del legítimo rey de Nápoles, D. Fadrique de Aragón, que defendía á Tarento, y, sin embargo, cometió el sacrilegio de faltar á su palabra, una vez capitulada la plaza, enviando al desgraciado joven prisionero á España para toda la vida.

Alejandro y César estaban imbuídos de la misma idea: la necesidad de reunir la Italia bajo el dominio de uno solo, y la convicción de que la fuerza del león no bastaba, sino que era necesaria la astucia del zorro. Ya César había comenzado á poner por obra aquel designio, ocupando la Romanía, el Lacio y una parte de Toscana, y ambicionaba el reino de Nápoles, en poder del extranjero. Por desgracia, murió Alejandro VI, dícese que por haber equivocado la copa con que quería envenenar á un cardenal, y de resultas de lo mismo púsose también muy grave el Valentinois; pero, habiendo conseguido restablecerse, hízose fuerte en el Vaticano, hasta que se vió obligado á salir de allí, á consecuencia de haber triunfado sus contrarios, siendo esta la escena representada en el dibujo de Galteri

Habiéndole dado palabra Julio II, enemigo encarnizado de los Borgias, de que le dejaría ir libre si le proporcionaba el voto de los cardenales de su partido, cumplió religiosamente lo ofrecido, y César partió á Nápoles, donde permaneció hasta que Fernando el Católico le ordenó venir á España, donde fué preso, en menoscabo del salvo-conducto que le habían dado Fernando é Isabel. Habiendo conseguido fugarse, entró al servicio de su cuñado Juan II, rey de Navarra, pereciendo gloriosamente en una batalla, y creyéndose fuese enterrado en Viana. Así resulta, á lo menos, de unas curiosísimas investigaciones hechas á este propósito por el eminente artista y escritor francés M. Charles Iriarte, tan apreciado aquí.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CASA
Dibujo de Ricketts

Como dibujo ofrece esta obra una perfecta unidad de impresión, aunque preferimos á sus cualidades de luz la novedad de la composición, bastante original.

OLIVERIO CROMWELL, DE VISITA EN CASA DE MILTON
MONJAS REZANDO
Cuadros de David Neal, con el retrato del autor

Así como se dijo de Munkacsy que era un pintor francés nacido en Hungría, podría decirse de David Neal que es un pintor alemán nacido en Lowell, Massachussets, donde vió la luz en 1838.

No fué muy descansada su juventud; huérfano á los catorce años, tuvo desde entonces que ganarse la vida trabajando de peón en los muelles de Nueva Orleans y Boston, después de lo cual partió á Honduras y el Brasil, en cuyos bosques pasó algunos años ejerciendo el oficio de leñador.

Embarcóse después para San Francisco de California, donde se encontró con un amigo grabador, que le propuso aprender este oficio, á lo cual accedió Neal de buen grado. Una cosa suscitó la otra, y de grabador convirtióse nuestro artista en dibujante y pintor, para cuyas artes se sentía poseído de irresistible vocación. Allí permaneció dos años adquiriendo fama de retratista, al par que de buen grabador en madera.

Desde California trasladóse Neal al New-Hampshire, (Nueva Inglaterra), donde abrió una academia de dibujo, y después de haber habitado allí algún tiempo, volvió á San Francisco, donde contrajo estrecha amistad con Breat Hart el gran novelista, y con un pintor de Munich, llamado Nahl, los cuales le alentaron á proseguir sus estudios, aconsejándole hiciese un viaje á Europa.

Neal atendió los juiciosos avisos de sus amigos y se embarcó en Nueva-York para Hamburgo, llegando á orillas del Elba el día 1.º de Enero de 1862 y fijándose al poco tiempo en Munich, donde entró en la academia dirigida por Kaulbach, casándose al cabo de algunos años, después de unas relaciones no poco románticas, con la hija del caballero Ainmuller, director de la Academia de pintura sobre vidrio.

Deseoso de perfeccionarse en su arte, entró en el taller de Piloty, pintor más digno de estima que por sus obras por sus discípulos, que se llaman Makart, Gabriel Max, Krutzbauer, Grüntzner, Hermann, Kaulbach y Defregger, de todos los cuales tienen conocimiento los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA. Neal viajó luégo por Italia é Inglaterra, donde pintó un *San Marcos de Venecia* y una *Abadía de Westminster*, que llamaron grandemente la atención al ser expuestos en Nueva-York.

Creyóse en un principio que Neal se distinguiría más por sus *estudios* de perspectiva arquitectónica que por las figuras, pero en sus siguientes cuadros echóse de ver que había ido formándose, paso á paso, en semejante género, revelándose, al fin, como eminente pintor de historia. Su *Santiago Watt* y la *Primera entrevista de María Estuardo y Rizzio*, premiados con medalla de primera clase en la Exposición de Munich, alcanzaron inmenso éxito y le hicieron popular.

En 1877 tuvo que embarcarse para los Estados-Unidos, á fin de cumplir el sinnúmero de encargos de rétratos que desde allí le habían hecho, y fué recibido en triunfo, regresando á Munich al año siguiente.

Como no podía menos, hizo varios viajes á París, confesando que los pintores franceses sobrepujaban en elegancia y pureza á los alemanes. Bajo la influencia del arte de nuestros vecinos, pintó Neal un hermoso cuadro, *La Castellana*, figura de mujer en traje del siglo XVII, y la *Visita de Cromwell á Milton*, que reproducimos hoy en nuestros grabados, y que fué expuesta en Berlín, merecienda ser calificada, cuando figuró después en la Galería de Grosvenor, de obra maestra de colorido y de *sinfonía en azul*.

El cuadro de las *Monjas rezando*, está inspirado en un pasaje de la *Leyenda dorada*, de Longfellow, y es un atrevido alarde de una combinación de *blancos*, problema favorito de los pintores extranjeros, á lo cual llaman algunos *una sonata en blanco*.

Tales son, á grandes rasgos, la vida y obras del famoso pintor David Neal.

EL SHAH JEHAN SALIENDO DE LA GRAN MEZQUITA DE DELHI
Cuadro de E. Weeks

El autor no ha retrocedido ante las dificultades que presentaba el asunto y ha conseguido trazar una brillante página en la historia de la pintura norte-americana. Meneste es un gran talento para producir una obra orientalista digna de llamar la atención después de tantos prodigios como se han admirado.

MESAS DE ARTE

De fijo nunca se ha conocido mayor variedad de mesas que hoy en día, por ser tantas las necesidades creadas por los progresos de la civilización; no así en tiempos pasados donde no se conocían las mesas de café, las mesas-escritorio, las mesas de billar, de trabajo, de laboratorio, etc. En cambio construíanse muchas mesas de capricho, según puede verse en nuestros grabados, empleando para ello los más variados materiales.

En el *trípode* del Museo de South Kesington, los piés son de bronce y la tabla de madera, sobre la cual hay superpuesto un mármol. Procede de Pompeya.—Es un bonito modelo el de la mesa *Elisabethana*, ó del tiempo de Isabel, y verdaderamente regia la del siglo XVI, perteneciente al género de las llamadas «mesas de Pembroke.» – En el siglo XVII y siguiendo las modas de Luis XIV en Versalles construyéronse mesas de plata; puede verse reproducido el modelo de una de ellas existente en el castillo de Windsor y labrada en tiempo de Guillermo III.—Finalmente, la mesa-tocador, de maderas preciosas es del siglo XVIII, como se comprende enseguida fijándose en su decoración de guirnaldas, medallones, etc.

EL PREMIO DE SIEMPRE

I

IMPULSOS DEL ALMA

Rugía con inusitado furor en los montes Apeninos violenta tempestad, durante una fría tarde del mes de Febrero, y la espléndida vegetación italiana, victoriosa de los rigores del invierno, se preparaba apenas á desplegar sus galas al primer soplo de la riente primavera, cuando veíase combatida por el desvastador aquilón que en fuertes ráfagas hacía estremecer hasta los cimientos de la inmensa cordillera de montañas que atraviesa Italia desde los Alpes marítimos hasta el estrecho de Sicilia.

En una de las pintorescas vertientes del monte Amaro, situado en el Apenino meridional, una sencilla y hermosa casa de campo, con puertas y ventanas herméticamente cerradas, ofrecía dulce esperanza de refugio al desalentado viajero que en tarde tan tormentosa sorprendiera la tempestad en aquellas soledades.

Cabalgando sobre un rocín flaco y enteco, como los que suelen proporcionar en las posadas á los viajeros, adelantaba por el accidentado sendero del monte un hombre, anciano ya, con visibles muestras de descontento, calado hasta los huesos y sin poder dominar su impaciencia desde que divisara la aislada casita.

Caía una lluvia verdaderamente torrencial cuando nuestro viajero echó pié á tierra, llamando con vigorosa mano á la cerrada puerta.

La graciosa hospitalidad italiana no podía verse desmentida en tan deshecha borrasca; el viajero fué introducido en una espaciosa sala de la planta baja, donde se hallaba reunida la familia, compuesta de un matrimonio de alguna edad, y un hijo, que podría contar á lo sumo diez y seis años.

—Sentáos caballero,—dijo el dueño de la casa al desconocido, ofreciéndole cortesmente una silla junto al fuego. — Horrible está la tarde para aventurarse por estos montes.

—¡Espantosa!—objetó á su vez el recién llegado descubriendo su cana cabeza, dejando á un lado de la habitación una voluminosa caja, y aceptando con desembarazo el sitial que le había sido ofrecido. Después, su mirada inteligente y viva recorrió uno por uno todos los semblantes que le rodeaban, fijándose con singular complacencia en la expresiva cabeza del adolescente que antes hemos mencionado. Realmente aquel niño con sus negros ojos, su rizada cabellera, su frente noble y despejada y un perfil purísimo, como los que sirvieron de modelo á los antiguos artistas griegos, hablaba en honor de la raza italiana, digna heredera en belleza y arte del pueblo heleno su predecesor.

Bien pronto quedó cubierta de sabrosos manjares la modesta y limpia mesa, junto á la cual, previamente invitado, se sentó el desconocido, á quien el viaje había abierto apetito.

Difícil es trabar animada y larga conversación entre personas que se ven por vez primera, pero el viajero era hombre que no se aturdía por poco, y el dueño de la casa, á pesar del modesto traje que vestía y su silvestre morada, parecía tener más trato de mundo del que suele abundar entre la gente campesina. Así, al cabo de media hora de estar reunidos, parecían los mejores amigos del mundo y habían encontrado asunto para agradable conversación.

—Es preciso que os resignéis á pasar aquí la noche.—dijo el dueño de la casa;—la tempestad lejos de disminuir aumenta, y sería imperdonable dejaros emprender de nuevo la caminata. Mañana veremos como se presenta el tiempo, y entonces estaréis libre para proseguir vuestro viaje. Hoy nos pertenecéis.

—Y sin ninguna violencia por mi parte,—repuso jovialmente el desconocido, mirando los francos rostros de los que le rodeaban.

—Sólo siento que os parezcan largas las horas, de aquí á mañana.

—Nada de esto; además tengo un medio eficaz para distraerlas, si me permitís, pues soy hombre que no gusta de perder tiempo.

—Estáis en vuestra casa.

El desconocido se dirigió al ángulo de la habitación, donde dejara su equipaje, sacó de él, una reducida caja, la abrió, y en su fondo viéronse todos los objetos propios de un pintor.

—¿Sois artista?—preguntó sonriendo el dueño de la casa.

—¡Oh! artista precisamente no,—contestó con modestia el desconocido.—¡Quién puede apropiarse tal nombre en el mundo, siendo las obras de los hombres tan deficientes! Admiro el arte, sueño con él algunas veces, hélo aquí todo. El arte es la expresión perfecta de la belleza, y ésta no cabe en los humanos límites.

—Mucho habría que discutir sobre esto.

—¿Lo creéis así?

—¡Vaya si lo creo!

—Entonces, la ocasión es á propósito: hablad.

—¡Oh, no! si no me engaño os proponíais hacer algo: prefiero veros trabajar y así juzgaré de vuestro mérito.

El desconocido miró fijamente á su interlocutor.

—¿Sabéis lo que pienso?—dijo después de un momento de meditación.

—¿Qué?

—Os lo diré con franqueza: nada tenéis de campesino; ni vuestras maneras, ni vuestra conversación revelan al hombre nacido y educado en el campo.

—Quizá tengáis razón, pero por lo menos os puedo asegurar que solo en el seno de la naturaleza, en el aislamiento, he encontrado la verdadera ventura. El mundo exige mucho y da poco en cambio, y aquí vivo solo para mi familia. Pero hablemos de vos ¿qué pensáis hacer?—preguntó viendo al pintor revolver en su caja de colores.

—Trasladar al lienzo la cabeza de vuestro hijo, si me lo permitís. Es una cabeza esencialmente artística, expresiva y soñadora.

—¡Vais á ocuparos de mí!—exclamó el niño que hasta entonces no había desplegado los labios, en el colmo del asombro.—¡Qué gusto veros pintar!

Sonrió el artista al ver el entusiasmo del adolescente, preparó el lienzo y se dispuso á ejecutar la obra.

Todos le rodearon llenos de curiosidad, inspeccionando sus menores movimientos, no perdiendo detalle, y tres horas después el milagro del arte se había realizado: la hermosa cabeza del adolescente, admirable de expresión, quedaba retratada en el lienzo.

—¡Qué felicidad saber pintar!—suspiró el niño.

—¿Te gustan los cuadros?—preguntó el artista.

—Mucho, aunque solo he visto los que se conservan en la iglesia cercana.

—Y que por cierto no son de ninguna celebridad,—repuso el padre.

—Entonces, bien puedo asegurarte que los hay mucho más bellos, pequeño.

—Pero, yo no los he visto.

—Los verás con el tiempo, cuando crecidas tus alas, abandones como los pajarillos, el paterno nido, para volar en pós de la realización de tus sueños.

El niño suspiró de nuevo, y sus ávidas miradas volvieron á fijarse en la caja del pintor. Este desarrolló un lienzo que tenía guardadosamente en el fondo de su equipaje. Representaba una hermosa Virgen, llena de idealidad y celestial belleza.

Entonces el adolescente cruzó sus manos con ingénua admiración, exclamando:

—Y ¿tanta hermosura nace únicamente de la sencilla mezcla de los colores? ¿Todo esto se enseña?

—Materialmente considerado sí, pero, para lograr que resulten llenas de vida las figuras, se necesita algo más que la enseñanza material, algo que Dios da á sus elegidos, el dón del genio, compañero inseparable de la gloria.

—Daría la mitad de mi vida por imitaros. ¡Qué dicha copiar cuanto encanta nuestros ojos, el sér humano, la Divinidad, la naturaleza; manejar á capricho los pinceles, producir cosas bellas, despertar la admiración, inmortalizarse! ¡Ah!—prorumpió el niño con desaliento,—¿por qué cuando uno es capaz de soñar esas cosas, no es fácil realizarlas?

—Aquí tenéis el entusiasmo primero de la juventud,—dijo el artista contemplando al adolescente con cariñoso interés, y dirigiéndose á su nuevo amigo, añadió:—Con menos entusiasmo empezaron muchos la carrera artística.

—Pero la han terminado olvidados de todos, si no tienen genio, ó postergados por la envidia, si realmente eran hijos del arte; con el hielo de la vejez, este fuego desaparece,—objeto el padre.

—Algo hay de lo que acabáis de decir,—añadió el artista,—pero algunos se ven recompen-

sados por la admiración de sus contemporáneos, y respecto á vejez, los artistas jamás somos viejos. En mí tenéis palpable ejemplo: la cabeza se llena de canas, sin que se apague el fuego sagrado del corazón. Recorro el mundo en busca de ideales; tan pronto hallo un modelo en el centro de la populosa y loca capital, como á solas con mi entusiasmo, pido á la soledad inspiraciones misteriosas. La naturaleza me ofrece asuntos grandiosos para mis cuadros, y todo, absolutamente todo lo olvido, cuando me consagro á mi arte: el mundo, la sociedad, las pasiones, las virtudes y áun los vicios; en aquellos momentos sólo vivo para sentir la belleza, sólo anhelo aprisionarla en el campo reducido de mis cuadros. Desde niño me arrastra la pasión suprema del arte y moriré con ella. No hagáis caso; todos los artistas tenemos algo de locos.

—¡Qué fortuna poder estudiar con vos caballero, y seguiros á todas partes! Yo siento que sería capaz de imitaros á fuerza de estudio,—dijo el adolescente.

—¡Tú!—exclamaron á la vez el padre y la madre con asombro;—¡es posible, tú, hasta ahora tan indiferente á todo!

—Hasta hoy no he sentido despertarse en mí la verdadera vocación; quiero ser pintor.

—Vamos, tú estás loco,—repuso el padre encogiéndose de hombros.

—Tienes un gran corazón muchacho,—dijo

OLIVERIO CROMWELL, DE VISITA EN CASA DE MILTON (Cuadro de David Neal)

el viajero, —y á fe de Giacomo, te aseguro que estás llamado á ser algo grande en la tierra; no desconfíes.

Sonrióse el niño con sublime confianza y acercándose al artista exclamó:

—Seguid pintando, os lo suplico; que yo os vea trabajar.

Pasaron los días sin que Giacomo abandonara la alegre morada de los Apeninos; todos le querían en la casa, no como un huésped, sino como se quiere á un antiguo y buen amigo. La amistad había echado pronto profundas raíces en aquellos corazones honrados y francos.

Por fin, como todo tiene su término en este mundo, y la gradación agobiadora que une los días unos á otros no se interrumpe según el capricho de los mortales, en una hermosa mañana de primavera, abandonó Giacomo la hospitalaria casa.

No iba solo; el adolescente que tanta simpatía le inspirara desde los primeros momentos, le acompañaba.

—Adiós, Andrés,—dijo el padre al muchacho con severa tristeza;—yo me alejé del mundo buscando aquí la felicidad, tú vas al centro tumultuoso de Roma para encontrarla. Bien opuestas son las sendas, pero no quiero contrariar tus deseos. Giacomo, á vos os le recomiendo. Todavía mis antiguas amistades pueden servirte de algo en la ciudad Eterna. Estudia con perseverancia y buena fortuna.

—Sé feliz,—dijo la pobre madre sollozando.

—No olvides sobre todo,—añadió el padre,—que el sendero del arte se halla sembrado de espinas.

—Es cierto,—contestó pensativo el extranjero;—tal vez un día lamentes lo que hoy dejas, una familia, la paz, la soledad y la inocencia. Pero si quieres ser algo,—exclamó dando brusco cambio á sus ideas,—no desmayes, y á Roma.

—¡A Roma!—repitió el joven soñador, y sus pupilas húmedas aún por las lágrimas de la despedida, lanzaron reflejos de mal contenido entusiasmo.

(Se continuará.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 2 de Abril de 1887 | Núm. 222

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La muerte de Capeto* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Lecturas: A muchos y á ninguno* (continuación), por Clarín.—*Maceraciones y ayunos*, por Vicente Colorado.—*Dos cartas*, por Ricardo J. Iranzo.—Un recuerdo (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*Aben-Jot*, por Mariano Vallejo.—Nuestros grabados.—*El premio de siempre* (continuación), por Josefa Pujol de Collado.

GRABADOS.—El buzón.—El arte fenicio, (tres grabados).—Una belleza del siglo XVI.—Las mujeres alemanas después de la batalla de Aqua Sextia.—Cerámica fenicia.—Gregorio el Grande castigando á un fraile.—Bordados americanos, (tres grabados).—Alberto Durero en Venecia.—Un héroe.—El vestido de la abuelita.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Idilio triste.—*La Lolilla*, la sociedad y el periodismo.—Toreros y toreros.—*Don Alvaro y Calvo.*

TODO pasa, todo vuelve y todo vuelve á pasar. La vida es un círculo. Ayer y hoy es lo mismo que mañana. Nieve en invierno, calor en verano, flores en la primavera. Puesto que nos encontramos en esta última época, dejémonos de filosofías y busquemos las flores.

Pero seguramente que tú no sientes la misma impresión que yo ante el campo vestido de las primeras galas. A tí de fijo te salta el corazón con alegría diciéndote que la vida es muy hermosa y que la tierra es el paraíso del amor. En esos alrededores de la gran capital paseas del brazo de tu novio y cada florecilla que distingues entre el musgo, te parece un brillante. La coges y la pones en la levita de tu enamorado formando un *bouquet* y arreglándole luégo la solapa con tus lindos dedos. El sol, el campo, el espacio todo se ha cubierto de esplendores sólo para que vosotros seais felices. Dios creó el mundo para vosotros únicamente; así al menos lo pensáis; así lo sentís al menos. ¡Oh juventud, primavera de la vida! —como ha dicho el poeta, ó mejor aún, como ha dicho todo el que ha sido joven cuando debió serlo.—Porque hay quienes son jóvenes mucho más tarde. En este Madrid y en ese París, por ejemplo. Muchos que nacieron sin fortuna, otros que vivieron con padres severos, algunos que debieron á la naturaleza horribles imperfecciones, aquellos, en fin, que ni amaron ni fueron amados, ó que si amaron no se atrevieron á decirlo, y si fueron amados jamás lo supieron. Estos llegan á ser viejos, sin haber paseado con una mujer, sin saber que la primavera es siempre florida, luminosa, íntima, feliz. Para nosotros, los que ya tenemos canas, las florecillas de Marzo son algo como *canas teñidas*. Para nosotros esta primavera es bella, como recuerdo de otras.—¡Oh,—prorum-

EL BUZÓN (Dibujo de Schlittgen)

pimos,—cómo correría yo por esta hermosa pradera si no tuviese ya los huesos tan oxidados, cómo me tendería sobre el terciopelo de este montecillo si no fuese por temor del reuma! ¡Qué no la hubiera dicho yo á esta linda campesina en otro tiempo, mientras que ahora ni se me ocurren palabras que decirla!—Ahora cuando salimos á pasear por los alrededores con un amigo, tan desilusionado como nosotros, llevamos en el bolsillo algún periódico del día, para saber si Ruiz Zorrilla se subleva de nuevo, si León y Castillo ha perdido la voz, es decir, la cartera; si Puigcerver sostiene el impuesto sobre la renta, si la Kupfer canta ó no canta en su beneficio una canción española, si se alivia *la Lolilla*, si ocurre algo grave, en fin, en el mundo del Madrid, afanado y afanoso, muy distinto, en verdad, del mundo de las flores.

Y á un hombre que pasea leyendo periódicos en los que reinará quizás alguna vez el verano con sus fogosas pasiones, y sus reptiles, su vegetación aparatosa y sus tempestades y sus torrentes, pero en los que los delicados tonos de la primavera no aparecen nunca, á un hombre así, ¿qué puede decirle la naturaleza que sólo revela sus misterios á quien se entrega todo á su contemplación, á su admiración y á sus goces?

Yo mismo al leer los periódicos de hoy cruzando por las calles del Retiro he visto noticias de tristeza; breves sueltos de algunos diarios me hablan de amigos que han muerto ó de otros amigos que mueren; y al tender la vista por los jardinillos el pensamiento busca instintivamente en ellos lápidas y cruces. ¡Pícaras flores de almendro! No puedo veros sin sentir algo que no acierto á explicarme, pero que me pone blando el corazón como la nata. Pero no bien os miro vuelvo los ojos á otro lado sin atreverme á tomar una de vuestras ramas rosadas. Parecería yo mi caricatura de estudiante. ¡Qué más cruces, ni que más cementerio que estos almendros y este Retiro!...

Y al propio tiempo, querida prima, otros vienen, sin periódicos en la mano, sin mirar la naturaleza, pero rodeados y minados y compenetrados por todas estas voluptuosas sensaciones primaverales y se detienen ante los almendros y prorumpen en exclamaciones de placer y de asombro y los desfloran y se adornan con sus flores. Yo aparto la vista por no contemplar y por no aborrecer á esta juventud presuntuosa, insultadora é irritante.

En tanto el coro universal de insectos que renacen al calorcillo de Marzo, crece y crece, los pájaros cantan más y más briosamente que antes, se aumenta el número de cantores alados y de nuevos ruidos acordados que no se sabe de dónde vienen ni qué idioma hablan: parece que la tierra se grietea, que los árboles desentuercen sus fibras, que el agua pompea y que de todas partes nacen insectos, almas, vidas, para llenar tierra, cielo y espacio. ¡Enorme problema; terrible misterio! el mundo me parece una esfera donde sólo los fuertes viven en todas las estaciones y dentro de la cual se refugian los débiles en la estación inclemente. ¡Oh primavera! Aunque no fuese más que porque das libertad á los seres pobres y enfermos y á los muy sensibles y de poca vida, ¡tú serías la estación hermosa y más sagrada y más elogiable de las estaciones!

Y hagamos punto: sigue tú paseando y fingiéndote historias del porvenir; déjame fingirme yo historias del pasado y continuemos tú y yo por el camino alegre y triste de la vida cumpliendo nuestra misión: ¡hacer las horas todo lo más breves posibles; y lamentar al mismo tiempo la brevedad de las horas!

Pero como no ha de concluír aquí esta carta, veamos qué asuntos pueden entretenernos un rato. Varios indiqué en uno de mis anteriores párrafos: escojamos.

Me gustan los temas difíciles, porque son los que el lector encuentra más interesantes. Hé aquí uno, *la Lolilla*. Casi todos los periódicos hablan de esta *mujercita*, de esta vendedora de periódicos y billetes de lotería; que todo Madrid conoce; que protegió Felipe Ducazcal; que algunos hombres importantes tratan con cierta familiaridad; que alguna gente ve siempre con lástima; que otra ve sólo con risa ó con desprecio. Algún periódico ha publicado su biografía; de la cual resulta que esta enana tiene veinticuatro años. Pero *la Lolilla* estaba olvidada desde hace algún tiempo; ¿por qué ha vuelto á ser la más grande figura de la actualidad? Hé aquí el punto dificultoso de la cuestión. Pues bien, querida prima, como tú lees los periódicos de Madrid, ya lo sabes. *La Lolilla* se encuentra en cinta; es un caso raro; un caso con el cual Zola hubiera podido hacer una gran novela de sensación. Los doctores más distinguidos se han encargado de la asistencia de la popular vendedora de periódicos; y en los cafés y en los círculos y tertulias de Madrid, se pregunta todos los días:—¿Cómo está *la Lolilla*?—El *buen público* se admira de ver que los diarios consagren á este suceso una importancia y un espacio que sólo se debería conceder al magnífico aniversario del emperador Guillermo, con sus cien príncipes y su pueblo enloquecido: cree que importa poco que haya un enanito más ó un enanito menos en el mundo. Yo pienso que los periódicos hablan todos los días de cosas mucho menos interesantes que ésta; y bajo este punto de vista me parece bien que se trata de la vida y hechos de los liliputienses á la moda como se trata de otros personajes de tamaño natural... Confieso, sin embargo, que me ha llenado de inquietud ver tratado públicamente este asunto, porque inaugura una reforma gravísima. *La Lolilla* es soltera: se discuten, sin embargo, sus condiciones personales como si se tratase de una dama, bendecida en santo lazo por el mismo monseñor Rampolla. ¿Es que el interés de la ciencia puede autorizar á que se rompa el silencio publicando y discutiendo un deshonor? ¿Es que la honra de una mujer depende de su estatura? ¿Es que cuando una mujer no pasa de cierto número de pulgadas no es sér racional, no tiene alma, está sólo tolerada en la humanidad y en la sociedad como un lindo monstruo?...

Tan extraña como la misma *Lolilla* parecerá, sin duda, esta lamentación mía; porque en efecto, el honor de una liliputiense no tiene importancia; ni los defectos ni las virtudes de un sér parecido al hombre, pero tan disconforme con él en el tamaño, no merecen reprobación ni elogio; mas esto demuestra, querida prima, cuán somera raíz tiene la filosofía humana, que poco esa filosofía dimana del espíritu ni del sentimiento, sino de los sentidos; cuán convencional es la moral porque se rige, y á que todo lo sacrifica, esta sociedad, tan ilustrada, en que vivimos. El estado físico de la pobre *Lolilla* será interesante sin duda; pero su estado espiritual debe ser digno de respeto; tan digno como el de otra soltera de cuerpo entero... Lee este párrafo: «El ánimo de la enferma no ha decaído en nada y tiene siempre en sus labios una frase ingeniosa con que esquivar la respuesta á las preguntas indirectas que suelen dirigirle algunos visitantes.» Porque no digan que yo que pido respeto para los liliputienses y no le tengo para los grandes, no hago desfilar ante tus ojos honestísimos las consideraciones que se me ocurren. Si se pone en boga dar cuenta de las enfermedades de las notabilidades femeniles, hemos de saber historias curiosas y presenciar conflictos terribles. Confío en que ni lo hará el periodismo moderno, que no es censurable, después de todo, ni de estas contradicciones mismas; pues el periodismo sólo es una especie de fonógrafo; una ó varias hojas de papel donde quedan estampadas en negro las voces de la calle, de la tertulia, del café, de las Cámaras, de todos los que hablan. Mi teoría es que el periódico es irresponsable. Y el día en que lo fuese, por completo, en absoluto, ese día, como fuerza, no tendría ya importancia.

Los círculos *flamencos* están agitadísimos con la noticia de que los toreros españoles que se hallan en Puebla, de Méjico, han tenido que dar una batalla cuando solo pensaban dar una corrida. Los picadores *Badila, Agujetas, El Albañil* y Ortega, pararon, según es costumbre, en fonda distinta que Mazzantini... Parece que cuando ellos se estaban vistiendo para la corrida, llegó á la fonda una diligencia en la cual venía un matador mejicano. El pueblo entra en la fonda y grita:—¡Viva Méjico, mueran los españoles! —Tuvieron que salir; hubo tumulto y pelea, vino un escuadrón de caballería y el gobernador puso preso á Méjico y guardia de seguridad á España.—Agujetas y Badila sostuvieron luégo una conversación filosófica sobre el caso.

Agujetas dijo:

—Ya me tenía yo tragado esto desde que cierto *chavó* de estos paises, dijo: *América para los americanos*.

—La verdad es,—añadió Badila,—que nadie es torero fuera de su patria: debíamos haberles enviado á la *Fragosa* y demás toreras.

Continúan los beneficios. Hoy se verificará en el Español el de Rafael Calvo con el *Don Alvaro*, magnífico drama en el cual el actor despliega magníficamente sus características facultades.

Y basta, basta...

FERNANFLOR.

LA MUERTE DE CAPETO

(MEMORIAS DE UN PATRIOTA)

(CONTINUACIÓN)

Jamás he visto en ningún cuadro la riqueza de colorido que poseía su pincel y la energía de sus toques.

Antes de que comenzara el período revolucionario, Teodoro pasaba gran parte del día en el estudio del maestro, completamente entregado al cultivo del arte y pintando las más de las veces alegorías de efecto sorprendente, que por lo regular representaban la libertad rompiendo las cadenas de los pueblos é iluminando al mundo.

Además se ocupaba en el decorado artístico de los grandes palacios, trabajo que le producía lo necesario para la subsistencia de los dos, pues yo por mi pereza ó más bien por mis escasas facultades artísticas, apenas si lograba sacar de mi pincel un insignificante producto.

Teodoro, era, pues, quien me proporcionaba la subsistencia con su trabajo.

Éramos dos amigos verdaderos, ó más bien, dos hermanos.

A pesar de nuestra unión nos diferenciábamos bastante, tanto en lo físico como en lo moral.

Él era tranquilo, virtuoso y pensador; yo alborotado, libertino y escéptico; él adorador y sectario de las doctrinas revolucionarias, y yo amigo solamente de los placeres.

En lo físico, como antes he dicho, tampoco éramos semejantes.

Teodoro, delgado, pálido, de frente dilatada y mirada recogida y penetrante; yo, fornido, rubio y sonrosado y con ojos en los que llevaba impresa el ansia del placer.

Y á pesar de tales diferencias nos amábamos entrañablemente.

Todavía está fresco en mi memoria el recuerdo de aquella tarde en que se decidieron nuestros destinos.

Yo estaba ocupado en pintar la muestra de un bodegón de los arrabales.

Su dueño, que era un exaltado *sans culotte*, tuvo buen cuidado de encargarme pusiera en ella el retrato de Marat, con la siguiente inscripción:

Venid al Amigo del Pueblo, ó á la muerte.

Nuestra habitación tenía un marcado sello de desorden.

En un rincón, la cama de la que disfrutábamos en común Teodoro y yo. En los demás extremos, montones de papeles y libros; las paredes cubiertas de grabados medio rotos; algunas sillas por el suelo, acompañando á la piedra de moler

colores, la paleta y los pinceles, y en la ventana, entre dos tiestos de flores, un cráneo humano que más que en estudios artísticos lo empleábamos para asustar á los vecinos.

Teodoro estaba fuera de casa desde por la mañana.

Los días transcurrían para él en la Convención ó en los clubs, donde peroraba algunas veces con aplauso de la concurrencia.

Cerca de las cinco de la tarde, cuando ya el sol comenzaba á esconderse tras los tejados de París envolviendo toda la ciudad en una pálida nube de oro, se oyeron en la escalera los pasos de Teodoro, que empujó poco después la entreabierta puerta y penetró en la buhardilla.

Estaba más pálido que de costumbre; al entrar arrojó al suelo su sombrero con escarapela tricolor, y después comenzó á dar paseos por la habitación.

—¿De dónde vienes?—le pregunté sin interrumpir mi grosero trabajo.

—De la Convención. Acabo de oir un discurso de Danton.

—¿Tan elocuente como siempre, eh?—dije sin cesar de dar pinceladas en mi muestra.

Teodoro no me respondió; siguió paseando y al cabo de algún tiempo dijo con voz firme:

—¡Nicolás, es preciso que cambiemos de vida!

—¿Tienes dinero?

—Siempre eres el mismo. No te hablo de placeres sino de sacrificios que debemos hacer por la patria.

—Creo que hemos hecho los suficientes para que ella nos esté agradecida.

—¡Calla, miserable! Todo buen ciudadano no cumple con su deber si no la ofrece la vida en holocausto. Ella está amenazada por todas partes y pide á sus hijos que la defiendan. Los que se muestren sordos á sus lamentos no son buenos patriotas.

—¿Y qué pretendes?

—Que nos alistemos como voluntarios y partamos á la frontera.

—Pero...

—No me respondas; tengo tomada mi resolución. Hoy todas las naciones se muestran hostiles á Francia y hasta la Vendeé se levanta amenazadora. Estoy resuelto á cumplir mi propósito y si no quieres seguirme, quédate.

Yo conocía muy bien el carácter de Teodoro, sabía que era tenaz en sus resoluciones; así es que me limité á decirle después de reflexionar un momento:

—Te sigo.

—No esperaba otra cosa de tí. Eres un verdadero hijo de la patria. Mañana saldremos de París para ingresar en el ejército del Rhin.

II

¡Qué entusiasmo el de los soldados de la República!

Nunca pueblo alguno tendrá ejércitos como aquéllos, que faltos de toda clase de recursos y poco avezados á las fatigas de la guerra, llevaron á cabo con feliz término las más temerarias empresas.

Teodoro y yo estábamos incorporados á una de las más famosas medias brigadas que al mando de Hoche formaban el ejército de la frontera alemana.

Nuestro estado era deplorable. Teníamos rotos los uniformes y casi convertidos en harapos por los rigores de la intemperie, y hacíamos las pesadas marchas poco menos que descalzos, pero en cambio nuestras armas estaban siempre limpias y prontas para la defensa.

Aquel general de veintiseis años, nos infundía con su presencia un valor y una confianza heroicos.

Junto á Hoche no experimentábamos vacilaciones, y nos sentíamos capaces de emprender las más arriesgadas aventuras.

Además, pensábamos á todas horas que estábamos investidos de la sagrada misión de defender nuestra patria, y esto nos daba fuerzas para resistir las largas marchas y aquellas noches frías y desapacibles en las que teníamos que acampar completamente al descubierto al pié de los Vosgos.

Teodoro era feliz con aquella existencia y hasta en ciertos momentos llegaba á sonreirse.

La vida de soldado de la revolución le agradaba más que la de agitador de París.

La compañía á la que él y yo pertenecíamos, presentaba, como todo el ejército en general, un abigarrado conjunto de hombres de todas clases y edades.

En aquella época en que los hombres parecían surgir de bajo de las piedras para defender la libertad y la patria, no era extraño ver marchar empuñando el fusil en una misma fila á un muchacho de quince años junto á un anciano de sesenta.

Todos sentíamos rebosar en el corazón el entusiasmo, y cuando éste comenzaba á extinguirse, mi amigo era el encargado de hacerle revivir.

¡Cuán grande se mostraba Teodoro en ciertos momentos en los que semejante á una vestal removía el sacro fuego!

Todavía recuerdo con amargo placer la última noche que le ví.

El día siguiente era el destinado para dar una terrible batalla.

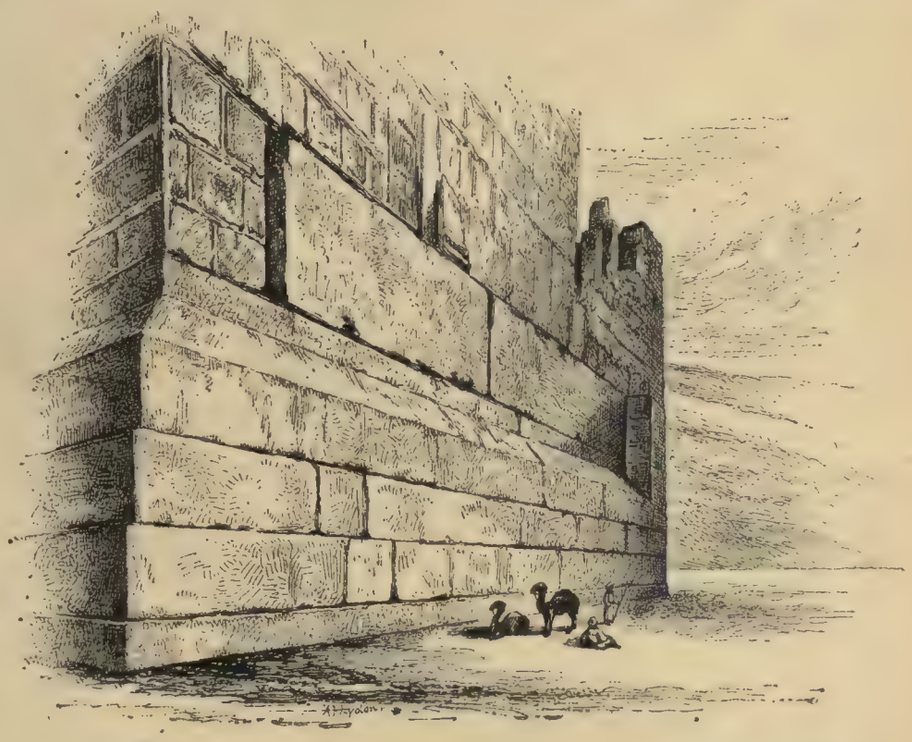
Los alemanes ocupaban las alturas de los Vosgos y á nuestro general le era preciso romper sus líneas de defensa para reunirse con el ejército de Pichegrú.

Acampados al pié de los montes pasamos la noche, que, por cierto, era bastante fría.

Yo dormitaba envuelto en mi manta junto á una regular hoguera, oyendo, aunque amortiguados por las primeras nieblas del sueño, los chasquidos de los humeantes leños y los pasos de los centinelas.

Teodoro estaba acostado junto á mí, y á la oscilante luz de las llamas, veía como sus ojos estaban abiertos y fijos en el oscuro cielo.

De pronto saliendo de su completa abstracción, levantó mi amigo un poco la cabeza y me llamó.



EL ARTE FENICIO: BASAMENTO EN BAALBEK, PERÍODO ROMANO

—¿Qué quieres?—le respondí.

—Nicolás, mañana me matan.

—¡Bah! ¿Para darme tal noticia me llamas?

—Sé lo que me digo. Mañana á estas horas me contarán entre los muertos en el próximo combate.

—Pero, ¿qué motivos tienes para creer tal cosa?

—¿Tienes fe en los presentimientos?

—Ninguna.

—Pues yo tengo la seguridad de que en ciertos instantes el corazón nos anuncia lo que ha de suceder.

—¿Y crees firmemente que mañana vas á morir?

—Sí, amigo mío, y esa convicción me martiriza, tanto más, cuanto que veo me será imposible llevar á cabo el proyecto que hace tiempo acaricio en mi imaginación.

—¿Un proyecto?

—Sí, hace ya tiempo que lo tengo y pensaba realizarlo así que terminase la guerra.

—Explícamelo.

—Es un regalo que pienso hacer á la patria. Tú recordarás perfectamente aquel momento en que hizo caer la cuchilla de la guillotina la cabeza de Capeto; pues bien, yo deseo pintar un cuadro que represente el instante en que Francia se deslizó por completo de los lazos de la monarquía. El tablado de la guillotina, el palpitante cuerpo de Luís XVI, la compacta y atronadora muchedumbre, la sangrienta cabeza y aquel cielo plomizo y tempestuoso, quiero que aparezca en mi cuadro tal como nosotros dos los vimos. Deseo hacer una obra que repita á los ojos de las venideras generaciones el espectáculo que presenta la venganza de un pueblo. Pero... desgraciadamente moriré mañana, me lo dice el corazón. ¿Ves esas montañas que á lejos se destacan en la oscuridad como monstruosos gigantes? pues en ellas moriré mañana. Comprendo que vas á decirme que esta afirmación no es más que un producto de mi fantasía; pero no Nicolás, te engañas si tal cosa piensas, pues yo creo en los presentimientos con la misma seguridad que proclamo existe ese algo superior á los hombres que unos llaman Dios y otros Sér Supremo. Amigo mío, yo muero mañana, pero antes de dejar de existir quiero hacerte un encargo.

—Habla, ya sabes que soy tu hermano.

—Deseo que supuesto voy mañana á morir te encargas de realizar mi proyecto.

(Se continuará.)

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

UNA BELLEZA DEL SIGLO XVI

LAS MUJERES ALEMANAS DESPUES DE LA BATALLA DE AQUA SEXTIA (Cuadro de W. Lindenschmidt)

REVISTA CIENTIFICA

La septicemia de las ballenas.—Los microbios y el agua de pozo.—Un antídoto del alcohol.—Las superficies del cuerpo.—El alza de los salarios en el siglo XIX.

No deja de ser curioso el modo que tienen de capturar ballenas los pescadores de las cercanías de Bergen; nadie sospecharía ciertamente que alguna vez pudiese ser provechoso el virus de la septicemia, y, sin embargo, así resulta de una comunicación del señor Armauer Hausen, que por su vivo interés vamos á transcribir íntegra.

«Cada primavera,—dice,—los pescadores de las cercanías de Bergen capturan regularmente ora uno, ora dos ejemplares de la reducida especie de Balenópteros bien conocida hoy día con el nombre de *Balænoptera rostrata*.

»Quinientos años, cuando menos, hace que esta caza se repite cada año en condiciones idénticas, en los mismos parajes, con los mismos aparejos y con los mismos resultados. Ordinariamente la ballena anual se deja coger en una pequeña bahía, á treinta kilómetros de Bergen, llamada Skogsvåg. Este fiord tiene una embocadura muy estrecha y una vez ha entrado allí el animal no puede salir, por lo cual se pasea á lo largo de las costas esperando que le den caza. En los meses de Abril y Mayo los pescadores esperan la ballena y vigilan la bahía; así que ha penetrado en ella cierran la embocadura por medio de unas redes y desde entonces es suya la presa puesto que jamás intenta el animal empujar la red que se opone á su salida, sino que retrocede.

»Trátase ahora de apoderarse del coloso. Los pescadores, armados de arcos, apréstanse á perseguir al animal. Los arcos de que se sirven son de una construcción muy primitiva, pero de una fuerza considerable, y sus flechas de madera están armadas de una punta de hierro. Cuando la flecha alcanza á la ballena, únicamente el hierro penetra en sus carnes y éste lleva la marca del pescador que lo ha lanzado. El que logra fijar en los flancos de la ballena la flecha mortal, recibe la más importante parte de los despojos.

»Después de un tiempo que varía desde veinticuatro á treinta y seis horas, la ballena se hace más pesada y menos ágil; sale con más frecuencia á la superficie para respirar; hállase evidentemente enferma y en este momento se la puede atacar con los arpones; después de haber sido *arponada* es llevada á tierra, siendo menester cincuenta ó cien hombres para izarla en la playa. Encuéntrase invariablemente entonces al rededor de una de las flechas que han penetrado en las carnes una región gangrenada, y esta se considera como la flecha mortal.

»Para envenenar las flechas para las futuras

EL ARTE FENICIO: CABEZA COLOSAL, ATHIENO.—LOS MEGALITOS DE ANERIT

cazas báñanse las puntas en la carne gangrenada, después de lo cual se las deja secar.

»No sé si es mi hermano el doctor K. Hausen ó bien el doctor Gade quien ha tenido primeramente la idea de que se trataba aquí de un envenenamiento; solamente sé que los dos han hecho preparaciones de la sangre y de la carne gangrenada, casi al mismo tiempo, y que uno y otro han encontrado bacilos en ellas.

»Mi hermano ha tratado también de medir la temperatura de una ballena introduciendo un termómetro en sus músculos, pero desgraciadamente, por las contracciones musculares, el termómetro se ha roto. En la primavera última he asistido á una de esas cazas con mi amigo M. Nielsen, veterinario de Bergen, y hemos hecho siembras en el Agar, tomando los gérmenes en el bazo y en la carne gangrenada. En los tubos del cultivo del bazo hemos obtenido un cultivo puro de bacilos que presentaban los mismos caracteres que los que habían encontrado antes mi hermano y M. Gade, y hemos encontrado también los mismos bacilos en un vaso sanguíneo del pulmón. En los cultivos de carne gangrenada había principalmente micrococos. Los bacilos engendran, en los cultivos, esporos incoloros.

»Creo poder deducir de estas observaciones que la introducción de la flecha envenenada inocula á las ballenas los gérmenes de un bacilo que produce en ellas la septicemia. En los tres casos examinados, se ha encontrado el mismo bacilo en la sangre, y sería interesante someter á la comprobación de la experiencia la opinión que acabo de formular. M. Gade ha tratado de infectar conejos, aunque sin resultado.

»Espero poder examinar en la próxima primavera los bacilos que poseo en cultivo.

»Lo que me parece muy curioso es que los pescadores de la costa de Noruega han encontrado accidentalmente y sin darse cuenta de ello un bacilo que produce la septicemia, y probablemente han hecho este descubrimiento hace millares de años. Los arcos de que se sirven son de la misma construcción que los que empleaban los guerreros antiguos, los *Vikingos;* hay lugar á creer que esta forma de arco se remonta á una larga antigüedad, porque es eminentemente probable que esta caza de ballenas ha nacido largo tiempo antes de que un obispo de Bergen haya hecho de esta pesca un monopolio de su sede, lo cual sucedió hace quinientos años.»

***

Respetemos las transiciones, aunque no hasta el extremo ni de la manera que aquel buen señor que, fiel á dicha regla, creyó muy puesto en orden, como se tratase de la *Restauración*, hablar á su vez de los *restaurants*, inocentemente, por supuesto. Hablábamos de microbios: sigamos, pues, en lo mismo.

Manifiesta el *Journal of the American medical association*, que el químico Frankland acaba de practicar diversos experimentos sobre la multiplicación de aquellos *insectos*, como diría Gedeon. En el agua filtrada á 20° c., los microbios se multiplican más aprisa que en el agua no filtrada. En los pozos profundos y fríos multiplícanse poco, pero á 20° lo hacen con más rapidez que no en agua de río, sea cual fuere. Los microbios de los pozos poseen una facultad de reproducción superior de mucho á la de los microbios de río, fenómeno que explica Frankland en el hecho de las aguas de pozo, poco frecuentadas por los microbios á causa de su temperatura que se opone á un pululamiento considerable, no han sido privadas de las sustancias alimenticias necesarias á éstos, como lo han sido las aguas de río. Las aguas de pozo representarían, pues, un medio favorable á la alimentación, pero no á la reproducción, pero así que alcanzan cierta temperatura se hacen muy favorables para esta última; concíbese, por lo tan-

to, que la doble ventaja presentada por este *medio* se convierta en tal caso en causa de una prolificación abundante. Este hecho explicaría la facilidad de la infección microbiana por las aguas de pozo así que éstas han sido contaminadas.

Y ahora basta de matemáticas y continuemos á *bâtons rompus* nuestra revista.

***

Hasta el día no se conocía casi otro antídoto del alcohol en la intoxicación aguda que el amoníaco, escapando completamente á la acción de los contravenenos el alcoholismo crónico. Afortunadamente puédase dar ya la enhorabuena á los Coupeaus, gracias á las caritativas investigaciones hechas sobre el particular por M. Jarochewski, de las cuales ha dado cuenta en el *Congreso* (en los Congresos suelen darse cuentas) en el *Congreso de los médicos rusos* reunido en Moscou. Dice, pues, M. Jarochewski que la estricnina no solamente sería capaz de destruir la acción narcótica del alcohol sino que aún daría al organismo la propiedad de soportar durante largo tiempo grandes cantidades de alcohol sin sufrir las lesiones de que están ordinariamente afectados los órganos particularmente sometidos á su influencia. Por lo tanto, el empleo de la estricnina hallaríase indicado en todas las formas del alcoholismo.

Los experimentos de M. Jarochewski han sido practicados en perros.

***

Según el *British medical Journal*, M. Putilow, de Onsk, ha obtenido los resultados siguientes al examinar la superficie de diferentes órganos, La superficie de la cabeza de un adulto, equivale, por término medio, á veintisiete veces la de una cabeza de feto á término. El tronco y los miembros tienen en el adulto una extensión proporcional menos diferente. Respecto al tronco, los miembros superiores y los miembros inferiores, su superficie es en el adulto 7'5, 7 y 10'8 veces la de las partes correspondientes del feto á término. En cuanto á las mucosas, hé ahí algunas cifras interesantes: el esófago adulto es solo 4'7 veces más extenso que el esófago del recién nacido; la mucosa respiratoria lo es 13'5; el estómago 50; los intestinos delgados 18, y los gruesos 22. La superficie total del tubo digestivo equivale á 1.200 centímetros cuadrados en el niño y á 18.300 en el adulto. El hígado presenta una superficie de 199 centímetros cuadrados y de 774'5 en cada caso.

***

Un poco de estadística para concluir.

Véase el aumento comparativo que han tenido en Francia los salarios agrícola é industrial

CERÁMICA FENICIA

partiendo del glorioso año 89, por antonomasia. Entiéndase que se trata de salarios de hombres.

	Salario agrícola medio — *Francos*	Salario industrial medio — *Francos*
1789	0'70	1'40
1825	1'25	1'70
1852	1'41	2'06
1872	2'04	3'09
1880	2'32	3'46

De esto resulta que el salario agrícola ha aumentado desde 1789 á 1880 en un 231 por 100 y el industrial en un 147, pero hay que tener en cuenta que esta proporción no es tan crecida si se tiene en cuenta la elevación paralela del precio de los artículos de consumo.

ALFREDO OPISSO.

LECTURAS

Á MUCHOS Y Á NINGUNO

(CONTINUACIÓN)

Antes de continuar la exposición y el comentario de estas tristezas literarias, capítulo importante de una verdadera psiquiatria estética, necesito volver á detenerme un momento para insistir en la idea que vocifera claramente el título de este artículo. Hablo con muchos y con ninguno; no tengo en la memoria, al escribir, á determinada persona, á éste ó al otro crítico, á tal ó cual novelista; formóse el conjunto de estas descripciones de reminiscencias asociadas por la fuerza plasmante de la fantasía y por el hilván de la lógica; hablo de un oleaje que nos acomete, de una inundación de tinta fina de escribir, y no culpo de las desgracias subsiguientes á esta ó á la otra ola en particular; son muchos los que están poniendo las manos en nosotros, inocentes lectores. El nombre genérico de estos escritos es *Lecturas*; queda explicado en una especie de introducción el carácter de estos trabajos, donde la crítica viene á ser más que sentencia de juez (idea un poco trasnochada de su objeto), opinión libre de *dilettante*, impresión de aficionado. Así como en otros artículos he de hablar de lo que sugieren á mi espíritu, en sentimiento y reflexión, autores antiguos como Luciano ó Quevedo, Góngora ó Marivaux, ó escritores del día, como Bourget ó Amiel, Tolstoi ó Pereda, Dumas ó Echegaray, y en ocasiones he de discurrir acerca de lo que me ha hecho pensar y desear y sentir la novela rusa en general, ó la lírica moderna francesa, etc.,—etc., del propio modo me permito fijar aquí mis reflexiones y el tinte con que se tiñe el ánimo mío después de contemplar el espectáculo de pesadilla de esta flamante literatura novelesca que algunos quieren que tomemos por feliz renacimiento, siendo así que, en mi concepto, no es sino la invasión del Parnaso por todos los Mrs. Jourdain de España y de la América española. Mi propósito no es herir á nadie, no es desanimar á nadie. Yo no ataco más que á los malos, á los que aprovechan el *realismo* para *cantar* en estilo familiar todos los géneros coloniales y del reino que llevan dentro del espíritu prosaico y adocenado. A todos los que pudierais daros por aludidos, sálveos el amor propio, y decid á una, si queréis complacerme: «Esto no va conmigo.» Así lo dicen algunos caballeros que se creen muy por encima de estas censuras mías, sin sospechar, y más vale así, que son ellos los más parecidos á las imágenes que yo procuro tener presente mientras tal escribo. Porque es de notar, que no son los más sandíos y vulgarotes é insípidos los más peligrosos, sino aquellos otros que algo han oído y han leído mucho, y de tarde en tarde alguna vez dan en el clavo ó cerca por lo menos. Pero, en fin, no demos señas y adelante. Lo dicho va porque he oído quejas y sé de sospechas, y como hoy por hoy no me propongo mortificar á bicho viviente, sino desahogar el mal humor y mostrar el daño, quiero que conste que

EL PAPA GREGORIO EL GRANDE CAST

O A UN MONJE (Cuadro de Basilio Verestchagine)

no hay alusiones ni por asomo. Prosigo. ¿No fuera tremenda cosa, grande vergüenza póstuma, que andando los tiempos, pudieran venir tales que en ellos con justicia se dijese: Sucedió que los españoles por tragar mal y digerir peor doctrinas extranjeras que tenían mucho de bueno y algo de malo, comenzaron á escribir á porrillo libros de entrenimiento que lo mismo era leerlos cualquiera que caerse dormido para despertar bobo de remate y serlo ya siempre?

Pues inevitable se hará tamaña desgracia si enérgicamente no se acude en tiempo con el remedio. El cual consiste en hablar con franqueza y sin pensar en los amigos que se pierde (y que no debieran perderse por esto, es claro) diciendo la verdad lisa y llanamente.

De buena fe y *motu proprio* creen muchos, aún antes de que se lo afirmen los críticos complacientes de que hablo más atrás, que ellos, los autores, son artistas desde el momento en que acometen la empresa y la llevan á cabo con firme resolución, de llenar un tomo de prosa compacta, obedeciendo á las reglas de tal cual preceptista de los ¡flamantes. ¿Quién no ha

BORDADOS AMERICANOS: MINNEHAHA (Dibujo de Dora Wheeler)

leído v. gr. los cinco ó seis tomos en que Emilio Zola expone su modo de entender el arte? (Cánovas todavía no los ha leído). En la obra crítica de Zola hay una trampa, sin quererlo el autor probablemente, en que han caído y siguen cayendo muchos retóricos *idealistas* que van allí á buscar argumentos que combatir y muchísimos *realistas* que no buscan más en esos y otros libros, que otros tantos *Rengifos* para escribir novelas naturalistas con perfección y economía de ingenio. El que no sepa ver en los trabajos críticos de Zola, como en los de todos los grandes artistas de la palabra que han querido sistematizar sus procedimientos, su estilo y las cualidades características de su genio (verbi gracia Goethe, Schiller, Richter, Víctor Hugo, Campoamor), el que no sepa ver, digo, en la crítica de Zola cierto lirismo *didascálico*, con sus conatos de científico, á la manera de los filósofos poetas jónicos, no puede comprender ciertas enseñanzas que allí existen, ni ser justo con el autor, ni penetrar toda su idea, ni mucho menos aprovechar sin peligro la parte positiva de buena retórica que encierran sus preceptos envueltos en teorías arriesgadas, en paradojas sujestivas, en *neurosismos* peligrosos para ciertos lectores y en un pesimismo vidente que ya habla como profeta ya delira con poéticas aprensiones.

Dejando por hoy lo que en Zola ven y no ven los críticos que le atacan, voy á lo que en él encuentran los que quieren ser escritores *modernos* á toda costa.

«El arte ha de ser la *realidad vista á través de un temperamento*, ¿no es esto?» se dice nuestro naturalista de misa y olla; pues bien, yo vivo en la realidad ó mucho me equivoco, y en cuanto al temperamento yo tengo uno, bueno ó malo, como cada hijo de vecino. No necesito más que ponerme á escribir. Y se pone.

«Todo es interesante; no hay nada que no sea digno del arte; se debe inventar lo menos posible, el mundo lo da todo hecho; para ser naturalista de veras hay que creer en el dogma de la belleza real, como superior á toda belleza imaginada.» Con estos sanos principios nuestro hombre se pone á escribir, y á darle, v. gr., á los zapatos de su portera una importancia que ellos no tienen, aunque se miren á través del temperamento más amigo de abultar los zapatos. El pobre naturalista remendón produce la misma ilusión que el poetastro *becqueriano* ó *campoamorino* de quien él tanto se ríe. Nuestros *líricos* solían decirnos que una muchacha les había mirado y hasta sonreído, por lo cual ellos se creían acto continuo en el deber de amarlo todo y de reconocerle á la Providencia todas sus prerogativas. Después resultaba que la muchacha les engañaba, como es natural, y quería á un indiano, por ejemplo, y entonces adiós Providencia y amor universal y cuanto Dios crió. Nuestros *líricos*, que eran muy capaces, en efecto, de haber llevado unas calabazas y de haberlas tomado muy á mal, creían de buena fe que su furor y su tristeza y su desencanto los trasmitían al lector indiferente por conducto de aquellos cinco ó seis versos asonantados y á veces terminados en palabras agudas. ¡Qué habían de trasmitir! El lector no sentía nada á no ser haber perdido el tiempo leyendo aquellas tonterías. Pero al fin los líricos tenían á su favor dos circunstancias atenuantes: primera que el tiempo que hacían perder era poco; segunda, que bueno ó malo aquello era lirismo; ellos no trasmitirían á nadie su pena, pero no cabía duda que á ellos les había llegado muy al alma el chasco de marras. El naturalista de mi cuento no puede ofrecernos ninguna de estas ventajillas; escribe largo y tendido, hace perder muchísimo tiempo (y esto es lo peor) y no tiene pizca de lirismo, ni gana; como que se lo prohibe la ley. Él tiene que ser en sus obras impersonal; así se caiga el firmamento él como si tal cosa, lo mismo que Julio Ruiz cuando se comete en Filipinas una irregularidad; es así que el lector tampoco se interesa por los zapatos de la portera ni porque las manchas de un mantel sean de vino tinto ó blanco... luégo tenemos que la *literatura modernísima* no le importa á nadie, ni al que escribe ni al que la lee.

Y esto es demasiado poco importar.

La culpa de todo ello no la tiene Zola, es claro, sino la vanidad y la ignorancia de los que se ponen á escribir prescindiendo de un requisito indispensable; el ingenio.

(Se continuará.) CLARÍN.

MACERACIONES Y AYUNOS

—Toribia.

—¡Demonio!

—Hoy es sábado.

—Noticia fresca.

—No, no lo tomes á risa, porque es muy serio lo que voy á decirte.

—Veamos qué tripa se te ha roto.

—Digo que mañana empieza Semana Santa, y que, como son días de devoción y de iglesias, no hay trabajo; y no habiendo trabajo no hay jornal, y si no hay dinero...

—Ayunaremos.

—Hay que ver de dónde viene.

—Del cielo.

—Del cielo sólo cae agua, y yo por lo menos necesito vino.

—Yo también necesito muchas cosas y me paso sin ellas.

—Pues yo no quiero ayunar ocho días, ¡ea!

—Entonces...

—¿Qué?

—Cómete los codos.

—Mejor será que nos comamos tu mantón de lana y tu falda de merino.
—¡Quiá! ¡Se te van á indigestar!
—No lo creas, me harán muy buen estómago.
—¿Cómo?
—Comiendo.
—¿La lana y el merino?
—No, lo que den por ellos en la casa de préstamos.
—No te hará daño.
—Así lo espero. Conque, venga la llave de la cómoda.
—Tengamos la fiesta en paz.
—Dame esas prendas.
—¿Y qué me pongo para visitar las estaciones?
—El vestido de percal.
—Está roto.
—Lo coses.
—No se puede coser, le falta cada pedazo, ¡así!
—Entonces, no visitarás este año las estaciones.
—¡Judío!
—Yo no me quedo sin comer.
—¡Tragón!
—Ni sin beber.
—¡Borracho!
—¡Toribia! ¡No me insultes! Trae la llave.
—No te la doy.
—Dámela por buenas ó te sacudo el polvo.
—La llave no sale de mi bolsillo.
—Mira que te solfeo.
—Que me lastimas el brazo.
—Suelta la llave.
—¡Me estás rompiendo la chambra! ¡Animal!
—La llave.
—¡Bruto!
—Toma, para que te quejes por algo.
—¡Ay! ¡ay! ¡ay!... Me has abierto la cabeza.
—¡A ver si se te ablanda!
—¡Con una mujer te atreverás tú! ¡Cobarde!
—¿Dónde la tienes?
—¡Ay!... ¡ay!
—Ya la toco... Aquí está.
—¡Anda, empeña y véndelo todo! ¡Para lo que nos queda, acaba con ello!
—Yo lo ganaré.
—Y te lo beberás.
—Mejor, ¿sabes?
—Si lo que gastas en la taberna lo ahorrases, no pasaría esto. ¡No será porque no te lo diga á todas horas! Pero tú, en teniendo una peseta ya no te acuerdas de que vendrán malos tiempos.
—Paciencia.
—¿Y el día que caigamos enfermos?
—Al hospital.
—¡Ojalá fuese hoy mismo! y Dios me lo perdone, que no sé lo que me digo, ni hay paciencia para aguantar esta vida tan arrastrada que llevo.
—Tú te tienes la culpa.
—¡Ese! ¡Todavía tengo yo la culpa! ¿Por qué?
—Porque no escarmientas. Si las cosas han de hacerse al fin y al cabo, ¿no es mejor por buenas que no por malas? ¿Qué adelantas con llevarme la contra? que te zurre. Y, después, ¿qué sucede? que se haga lo que yo digo, como ahora. Pues, ¿no vale más empezar por esto?
—¡Es claro! ¡Haciendo lo que tú quieras todo va bien!
—¡Vaya! Límpiate esas lágrimas y lleva á empeñar el mantón y la falda.
—¡Gabriel!
—¡Toribia! ¿Volvemos á las mismas?
—Bueno; no iré á visitar las estaciones. ¿Y luégo querrás que nos ayude Dios? Llevaré el mantón; con cinco pesetas habrá bastante.
—Es que yo necesito otro tanto.
—¿Para qué?
—Para tabaco y vino.
—No bebas ni fumes; así como así esta semana es de ayuno.
—La iglesia sólo prohibe comer carne, pero no fumar y beber. Conque ¡ea! vete y no tardes.
—Siempre te has de salir con la tuya. Hasta luégo.
—Oye, Toribia; coge la botella, y tráete de paso un cuartillo.
—¡Un demonio!
—Y unas copas de aguardiente.
—De aguarrás; y así concluiríamos de una vez para siempre.

VICENTE COLORADO.

DOS CARTAS

Separó la vista del libro, se reclinó sobre el respaldo del lujoso sillón que ocupaba, y pasándose la mano por la frente apartó con un ligero movimiento los cabellos que pugnaban por cubrir sus ojos.

Durante algunos segundos contempló con indiferente mirada el libro en que antes leyera, del cual la alejó para fijarla en un precioso cuadrito en que había dos palomas pintadas magistralmente por uno de nuestros primeros artistas.

LA DONCELLA DE ZUÑI (Dibujo de Rosina Emmett)

Ensimismada en la contemplación de aquellas lindas aves que mirándose con alegre complacencia parecía que se arrullaban, la interesante figura de Paulina adquirió más importancia, debido quizás á la tristeza que empezó á dominarla en el mismo momento en que fijó su atención en el inocente idilio.

Más bien que sentada, tendida con incitante voluptuosidad y natural coquetería; llevando por todo vestido una bata blanca, sencilla y elegante, que merced á una pequeña escotadura dejaba admirar un preciosísimo seno; en libertad la negra cabellera, tan fina, como copiosa; y expresando su semblante gran melancolía y tristeza profunda, Paulina asemejábase en aquella actitud á una escultura griega que representara un sueño de amor.

Cuando dejó de mirar al cuadro de las palomas, debió llegar al colmo su aflicción, porque de sus hermosos ojos brotaron dos gruesas lágrimas que al deslizarse pausadamente por sus mejillas, parecían límpidas perlas desprendiéndose de albaja de fabuloso valor.

En la puerta del gabinete apareció su doncella (monísima rubia y excepción en las de su clase, pues era graciosa), diciendo:

—Señora, ¿se puede pasar?

—Adelante,—contestó Paulina.

La doncella entró en la habitación y acercándose á su señora, le entregó una carta y al mismo tiempo, le dijo:

—Esto ha traido para V. el criado del señorito Rodolfo.

ALBERTO DURERO EN VENECIA (Obra de Becker

UN HÉROE (Cuadro de C. Staniland)

EL VESTIDO DE LA ABUELITA

—¿Espera contestación?

—No, señora.

—Pues retírate.

Rasgó el sobre, desplegó apresuradamente la carta, y con la ansiedad propia de la mujer que tiene en sus manos un escrito del amante que la ha abandonado, leyóla en menos tiempo del que yo he invertido en contarlo.

No satisfecha con aquella rápida lectura, volvió á leer la epístola más detenidamente.

Y sin duda aquella repetición tampoco la dejó contenta, porque apenas terminada, comenzó por tercera vez á recorrer con su vista el escrito, pero con tal atención y calma, que parecía analizar y valuar todas las palabras.

Después de una breve indecisión, abrió un precioso *secreter* y escribió las siguientes cartas:

«Mi amado Rodolfo: Dispénsame que te dirija estas líneas á pesar de tu prohibición; ten en cuenta que es la última vez que te desobedezco y no olvides que eres el único hombre que ha conseguido mi amor, y el solo que de aquí en adelante ocupará mi pensamiento.

»Para evitarte disgustos en el nuevo estado á que vas á pertenecer, me suplicas que me aleje (pues sin duda no tienes confianza ni áun en tí mismo) y yo que sé sacrificarme por tu felicidad, he decidido salir de aquí esta semana y dirigirme á mi ruín pueblo, para arrepentirme de corazón de los muchos disgustos y perjuicios que te he ocasionado.

»Adjuntas te remito las cartas y alhajas que de tí poseo, á cambio de las cuales supongo no tendrás inconveniente en mandarme mil pesetas, para cubrir los gastos que el viaje pueda ocasionarme.

»No te olvides de la que siempre te querrá y te desea múltiples felicidades en tu matrimonio.

Paulina.»

«Sr. D. Antonio La Croix.

»Muy señor mío y distinguido amigo: En el poco tiempo que hace nos conocemos, me ha dado V. tantas pruebas de amistad y amor, que si yo no correspondiese hoy á su pasión, me juzgaría á mí misma como la mujer más ingrata de la tierra.

»Y como no quiero parecer ingrata ante V., ni ante mi conciencia, acepto las proposiciones que tantas veces me ha hecho, no exigiéndole otra condición que la de salir de España antes de cuatro días.

»Para tratar de este particular, le espero á las seis de la tarde en esta su casa.

»Reciba V. la expresión más cariñosa del amor que le tiene su

Paulina.»

Cerró estas dos cartas, hizo un paquete con otras muchas y una porción de baratijas, pues las alhajas las metió en una linda cajita de bronce, y llamó á la doncella.

Cuando ésta salía con las cartas y el paquete para sus destinatarios, Paulina se arrellenó en el sillón que ya conocemos y cogiendo el libro, púsose á leer con la mayor tranquilidad.

RICARDO J. IRANZO.

UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce, pero triste,
de mi temprana edad:
mi madre me llevaba de la mano
por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
como pardo cendal,
y á gritar comenzaba en la cañada
el huaco pertinaz.

Cantaban los tropiales en el bosque
con dulce suavidad,
los peñachos del mangle caballero
agitaba el terral,
y de la balsa entre los verdes musgos
acechaba el caimán,
y bajaban los peces á sus nidos
de concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
en su continuo afán,
y en medio á los rumores, dominando
los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
escuchóse fugaz
de las campanas de vecina aldea
tañido funeral.

Detúvose mi madre, y en silencio
la contemplé rezar,
y de llanto llenáronse sus ojos,
y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre?—la decía
con dulce ingenuidad;
y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar,

que con lúgubre toque las campanas
anunciándome están
que un hombre, como todos, de esta vida
pasó á la eternidad.

—Y tú te has de morir?—la dije entonces,
—¿tu amor me faltará?
y ella sin contestar, sólo lloraba,
y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
y ella con dulce afán
enjugando mis lágrimas, decía:
—«¡Vamos, ya está, ya está!»

Pocos años después, perdí á mi madre:
no ceso de llorar,
y en sueños la contemplo cada día;
del cielo viene ya.

Llega, se acerca hasta tocar mi frente
su rostro celestial,
y con acento tierno me repite:
—«¡Vamos, ya está, ya está!»

VICENTE RIVA PALACIO.

ABEN-JOT

ORIGEN DE LA JOTA ARAGONESA

I

Con robusta y potente voz y con acento lleno de arrogancia y valentía, el Royo del arrabal, allá en la ribera del Gallego y en el día 5 de Marzo, dejó, hace ya muchos años, oir la siguiente copla:

«De noche fué acometida
Zaragoza la inmortal,
y tardó tanto en vencer
como tardó en despertar.»

Conocedor yo del heróico acto llevado á cabo por los zaragozanos el día 5 de Marzo, y de la derrota de Cabañero, que esta popular copla recuerda, en vez de pensar en la letra, pensé en la música que oía; y de pensamiento en pensamiento, ocurrióseme el de inquirir, de las personas que conmigo estaban, la procedencia y origen de la Jota.

A pesar de ser aragoneses cuantos me rodeaban, ninguno, sin embargo, pudo satisfacer mi curiosidad; porque si bien todos eran instruídos, y todos, sin casi, muy amantes de las glorias de su país, como quiera que los cronistas de Aragón, y entre ellos Zayas, Abarca, Dormer y Zurita, que son los que más extensamente han tratado la historia aragonesa, nada dicen sobre el particular, nada tampoco supieron decirme mis amigos.

Uno de ellos, sin embargo, después de mucho tiempo de haber visitado muchos archivos, desentrañado muchos códices y revuelto un sin fin de polvorientos legajos, me remitió unas cuartillas que decían:

II

En el último tercio del siglo XII, ó sea por los años mil ciento sesenta y tantos, un árabe, llamado Aben-Jot, compuso una canción, que muy pronto fué, por todos y en todas partes, y con insistente saciedad, cantada y repetida.

Valenciano su autor, las floridas y fértiles orillas del Turia fueron los primeros sitios donde resonaron las notas de la canción de Aben-Jot, causa, para él, de males y trastornos, toda vez que Muley-Tarek, Cadí que era por aquel entonces de Valencia, proscribió la naciente canción, imponiendo fuertes multas á los que osaran cantarla y repetirla.

¿Por qué esta persecución y este odio de Muley-Tarek á la canción de Aben-Jot?

¿Perseguía el Cadí valenciano la música de aquél, hoy canto popular, ó fué más bien su primitiva letra la causa de esta persecución y de la ira y rigores del Cadí?

Paréceme que debió ser lo segundo; pero de todos modos, y bien fuera por causa de su letra, bien por la música en sí, ello es que, si no mienten las crónicas, Muley-Tarek, no solamente prohibió la canción, sino que además impuso fuertes multas á cuantos la cantaran, desterrando, por último, á su autor, el cual, proscrito y perseguido con encono, tuvo que huir refugiándose en la antigua Bílbilis, ó sea en la patria del gran satírico Marcial, llamada Kalat-Ayud (Castillo de Ayud) por los árabes, y Calatayud simplemente en nuestros días.

Si fuera mi ánimo escribir un cuento, si pretendiera inventar peripecias, en vez de relatar sucesos, tal vez presentaría el destierro de Aben-Jot como efecto de una terrible conspiración política en la cual su armoniosa canción representaría el mismo papel que representó la de Rouget de l' Isle en la revolución francesa; pero mi intención es únicamente consignar lo que la tradición consigna, sin entrometerme en las causas que tal hecho produjeron; consigno tan solo que Aben-Jot se refugió en Calatayud, porque esto basta á mí intento.

En Calatayud, pues, en ese pueblo franco y hospitalario cuyos hijos se han distinguido siempre por su carácter, al par que sencillo y bondadoso, altivo y siempre arrogante, fué donde el proscrito músico valenciano lanzó de nuevo al viento las notas de su canción, si bien, temiendo las primeras veces que ésta le acarreara las mismas persecuciones que en su patria.

Afortunadamente para Aben-Jot, no fué así, ni mucho menos, y lo que en Valencia le proporcionó disgustos, le valió en Aragón plácemes y congratulaciones.

Los aragoneses necesitaban sintetizar en un canto su carácter viril y su especial modo de ser, y como el de Aben-Jot revela fuerza y vigor, energía y entereza, le acogieron con entusiasmo y repetido de boca en boca y de pueblo en pueblo llevado, el antiguo reino de Aragón se connaturalizó en breve con él, adoptándole por suyo, y como á suyo mirándole.

III

Hasta aquí la tradición que explica el origen y consigna el nombre del autor de la Jota, la cual, si en un principio no, por lo menos durante muchos años, fué conocida con el nombre de *El canario*.

Así, por lo menos, aparece de los siguientes renglones, tomados de la vida de Pedro Sabuto, el cual, refiriéndose á los árabes, y haciendo la descripción de una de sus principales fiestas, dice:

«Tocaron después y entre otras cosas, *El canario*, canción que entonces se usaba mucho, y bailaron *El gitano* que comenzaba á estar en boga, cuya canción y baile, de variedad en variedad, y de nombre en nombre, han venido á ser y á llamarse en nuestro tiempo la *Jota* y el *Fandango*.»

La Jota aragonesa, pues como casi todas las canciones populares de nuestra patria, tiene su origen en los árabes, los cuales, en ella, prescindieron de ese carácter triste y melancólico que

predomina en la generalidad de los cantos que de ellos tenemos y conservamos.

La Jota aragonesa, más viril y alegre, más arrogante y altiva que el resto de las canciones populares que los árabes nos legaron, tiene algo de la alegre arrogancia y de la bondadosa fortaleza del buen pueblo aragonés, adorador de la Virgen del Pilar (La Pilarica), y entusiasta de su Jota.

Después de la guerra de la Independencia y sobre todo, después de la heróica resistencia que Zaragoza bajo la dirección de Palafox opuso á Soult, el mejor de los generales de Napoleon I, la Jota, no solamente es un canto popular, sino un lábaro glorioso, pues con ella por enseña lucharon y vencieron nuestros padres.

«La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la gente aragonesa.»

cantaban los que con el tío Jorge, el del arrabal, al frente, hacían con los heridos muralla para defender el Baluarte de Santa Engracia; mientras que los pueblos de la ribera del Ebro, viendo al ejército francés avanzar hacia Zaragoza, corrían á defenderla cantando:

«Adiós, puente de Tudela,
por debajo pasa el Ebro,
por encima los franceses
que van al degolladero.»

y estas y otras coplas que los aragoneses cantaban, eran, si para ellos canto de esperanza y de independencia, gritos de amenaza y de muerte para los hijos de Francia.

La Jota aragonesa, pues, árabe por su autor y valenciana por el pueblo de su nacimiento, es, á pesar de esto, aragonesa, y esencialmente aragonesa, como es, esencialmente español el descubridor del Nuevo Mundo, por más que Cristóbal Colón naciera en suelo italiano.

Génova, en efecto, es la patria de Colón, pero el descubridor del Nuevo Mundo nació en Palos de Moguer, pues en Palos de Moguer y no en Génova, fué de donde el atrevido navegante partió para la vida de la inmortalidad y de la historia.

La Jota, por iguales razones, es, no ya árabe, ni valenciana, sino aragonesa de pura sangre, puesto que al oirla, se oyen los cañonazos y revive brillante esa magnífica página de gloria que inmortaliza el nombre de Palafox, recordando el indomable valor de Zaragoza.

MARIANO VALLEJO.

NUESTROS GRABADOS

EL BUZÓN
Dibujo de Schlittgen

Es imposible dejar de sentir cierta curiosidad al ver á una mujer joven, bonita, elegante y nada arisca, al parecer, echar una carta al correo, y esto les pasó sin duda á esos dos *chicos* que se están en nuestro grabado mirando á la deliciosa beldad que en aquel momento se dispone á depositar en el buzón una carta que indudablemente debe ser de amores. ¡Feliz su destinatario, parecen decirse los dos pollos! La joven continuará su camino y ambos Tenorios creerán de rigor suplicarla les favorezca con alguna misiva á lo cual probablemente contestará la interpelada: «No es la miel para la boca del asno.» Porque en cuanto á ser asnos los dos mirones no tiene vuelta de hoja que lo son.

EL ARTE FENICIO

Son escasísimos los ejemplares que existen de antigüedades fenicias: á la verdad no puede decirse que tuviesen allí arte propio sino que imitaban el estilo decorativo del Egipto, la Asiria, la Persia, y, en sus últimos tiempos, de la Grecia. Gente práctica, no se paraban en construir templos ni tumbas, sino fortificaciones y recintos murados, *por el estilo* de los muros llamados *ciclópeos* de Tarragona. (Dios nos libre, sin embargo, de afirmar que anduviese descaminado del todo Joaquín Bartrina cuando atribuía la fundación de éstos á los supradichos fenicios).

Su escultura se empleaba en labrar colosales sarcófagos en forma de figuras humanas (véase el grabado) á los cuales llama M. Renan *sarcófagos antropoides*. En cuestión de cerámica estaban adelantadísimos excediendo quizás en este arte á los mismos helenos.

UNA BELLEZA DEL SIGLO XVI

Aunque una mujer sea hermosa en sí no cabe duda que puede parecerlo más según el traje con que se reviste. Así tenemos que las damas del siglo XVI, cuando eran bellas, asemejaban verdaderas divinidades, gracias al buen gusto y riqueza de las modas. ¡Dichoso tiempo aquel en que cabía ser original y no se vestía la gente plagiando la indumentaria antigua como sucede hoy!

LAS MUJERES ALEMANAS
DESPUÉS DE LA BATALLA DE AQUA SEXTIA
Cuadro de W. Lindenschmidt

Hay que reconocer la habilidad del pintor que ha sabido concentrar poderosamente en un solo episodio todo el interés de la lucha, y estarle además agradecido por haber pintado entre romanos y alemanes otra batalla que la demasiado cantada, pintada, historiada y romanceada de la selva de Teutberg.

GREGORIO EL GRANDE CASTIGANDO Á UN FRAILE
Cuadro de Basilio Werestchagine

Fué nombrado Papa el monje Hildebrando en 1073; era hijo de un pobre carpintero y profesó en la abadía de Cluny. Hombre de severísimas costumbres, de grandes alientos y de sin igual talento organizador procedió sin levantar mano á la reforma de la Iglesia, tan necesitada de ello por el cáncer de la simonía, y otros cánceres. Gregorio VII demostró inquebrantable energía en corregir los abusos del clero, y no menos vigor para poner á raya á los reyes.

Siendo abad del monasterio de San Pablo, en Roma, encontróse con una comunidad depravadísima, pero tan rigurosos fueron los castigos que impuso á los delincuentes — como puede verse un ejemplo de ello en nuestro grabado,— que aquellos lobos tornáronse corderos y pronto fué el monasterio dicho el modelo de aquellos que más se distinguían por la disciplina eclesiástica.

Con todo, no puede estarle España muy agradecida al gran Papa, pues á él se debió la prohibición de emplear el rito mozárabe, que fué sustituído por el romano.

BORDADOS AMERICANOS

Quizás en ninguna nación del mundo se ha establecido mayor intimidad entre el arte y la industria que en los Estados-Unidos de Norte-América. Así, por ejemplo, el arte del bordado ha alcanzado allí una importancia de primer orden por sus aplicaciones industriales, dedicándose infinidad de señoras á la especialidad de aquel dibujo, con la particularidad de ser en todo originales y tener carácter propio sus obras, de las cuales pueden verse algunas reproducciones en nuestros grabados de hoy. No se diga en su vista que América es la patria tan solamente de las máquinas de coser, pues de fijo que en ninguna parte se borda tan delicadamente como allí, sin máquina.

ALBERTO DURERO EN VENECIA
Obra de Becker

Se ha dicho con justicia que Alberto Durero (1471-1528) es el Rafael del arte alemán, es decir, la más alta personificación del mismo. Hijo de Nuremberg y educado en un taller de platero no solamente llegó á ser pintor y grabador, sino también escultor, arquitecto y literato, como Miguel Angel. Amigo del católico Erasmo y del luterano Melanchton mostróse ajeno á las contiendas religiosas y civiles de su época. «Su genio,—dice Viardot,— parece resumir el carácter de su país; es grave, lento y profundo, bueno, pero fuerte y algunas veces terrible, más potente que gracioso, é impregnado de un misticismo particular que compone los caprichos más desarreglados de la imaginación con los objetos de la más exacta realidad.» «¡Genio extraño!— dice á su vez el malogrado Charles Blanc,—con figuras detalladas hasta la prosa, expresa ideas de una indecisión poética y á menudo es un impenetrable misterio.»

Alberto Durero visitó mucho por Flandes é Italia, deteniéndose especialmente en Brujas para estudiar á los Van-Eyck y á Hans Hemling y en Venecia para admirar al Giorgione y á Bellini, armonizando en sus obras las brillantes delicadezas del naturalismo flamenco con el estilo más noble y más pensador del idealismo italiano.

Nuestro grabado reproduce una escena de la vida de Durero durante su primer viaje á Venecia. Era entonces hombre de unos treinta años, de rostro blanco y fresco, de ojos azules muy rasgados, barba rubia, rizada cabellera y expresión varonil.

La mayor parte de sus obras se admiran en Nuremberg, Viena, Munich y Madrid, llevando todas su conocido monograma de una *D* pequeña dentro de una *A* grande.

Parece que desde 1511 no pintó ya más cuadros, dedicándose al grabado en cobre ó en boj ó al agua fuerte, sea que sintiese mayor gusto hacia ello, sea porque esto le valiese más y pudiese contentar así la exigente avaricia de su arisca esposa Inés Frey, que fué el tormento de su vida y la abrevió ciertamente.

Muerto Alberto Durero, el arte alemán decayó rápidamente y se extinguió al poco tiempo, dividiéndose sus discípulos en italianos y flamencos, pereciendo de todo punto abandonado el arte nacional, para no resucitar hasta principios de este siglo con Owerbeck y Cornelius.

UN HÉROE
Cuadro de Stanland

Sirvan las bellas artes para ennoblecer no solamente las heroicidades guerreras sino también las proezas de los paisanos. ¿Y qué proeza más digna de ser ensalzada que la de un bombero salvando del horrible martirio de las llamas á un semejante? Mucho se merecen los hombres arrojados y heroicos que se dedican á aquel cargo y nunca serán bastante ensalzados por los servicios que prestan á costa de su vida y expuestos á los más imponentes peligros. Día llegará en que sólo se considerará héroe al que ejerza actos como el de nuestro bombero ú otros semejantes, en consonancia con el carácter de la próxima fase histórica en que la humanidad habrá de ver abolido el militarismo al comenzar la era industrial.

EL VESTIDO DE LA ABUELITA

Grande interés despierta en la mujer cuanto se refiere á trapos, y así no es de extrañar la atención con que esas señoritas examinan el magnífico traje de ceremonia que allá en sus mocedades lució la buena de la abuelita. Paréceles sin duda estrafalaria vestimenta aquélla, pero en cambio antójasele á la anciana que valían mucho más las modas de su tiempo que no las del presente. En todas partes se presenta el conflicto entre la tradición y el modernismo.

EL PREMIO DE SIEMPRE

(CONTINUACIÓN)

II

ESPERANZAS Y DOLORES

La acción avasalladora del tiempo no ha despojado á Roma de su augusta grandeza. Emblema soberbio de otras civilizaciones, á sus ruínas acuden cuantos gozan en la contemplación del pasado. La historia encuentra en ella sus mayores encantos, las artes su eterna inspiración, las almas manantial inagotable de dulces meditaciones, la poesía hermoso motivo de sus cánticos, la religión emporio de sus grandezas, y todos los pueblos de la tierra una porción misteriosa de su espíritu y de su orgullo, cimentado en aquella remota epopeya greco-romana que inmortalizara la más admirable etapa del progreso humano.

Mil locos ensueños de gloria cruzaron por la mente de Andrés, apenas pisara el sagrado recinto de la hija del Tiber. Arrancado de sus apacibles montañas por la fuerza avasalladora del destino, mezclado de repente á esa pléyade de soñadores y artistas que pululan en Roma, teniendo por amable Mentor á un hombre, si viejo por los años, joven aún por el entusiasmo, bien pronto se posesionó del mecanismo de la pintura, de los elementos primordiales del arte. A la par se desenvolvían en él un corazón entusiasta, una inteligencia vivísima y un conocimiento perfecto de las obras maestras de la antigüedad, cuyas ocultas bellezas ponía de relieve á sus asombrados ojos su maestro y amigo.

Poco á poco iba engrandeciéndose la inteligencia de Andrés. Roma es la tierra de promisión para los artistas, la patria de los sueños; sólo allí se confunde en extraña mescolanza lo antiguo con lo moderno; un esbelto pórtico se alza al lado de rústica cabaña; se encuentran sepulcros de nobles familias romanas, junto á murallas destruídas, y no es raro hallar así mismo, una estatua rota, recuerdo de lejanos tiempos, inmediata á un edificio de construcción moderna; por todas partes el arte; donde quiera que se pose la investigadora mirada, vestigios augustos de un pasado glorioso.

Pues bien; al contacto de tanta belleza, el alma de nuestro adolescente se desenvolvía como una hermosa flor al influjo de un rayo de sol, y nada más puro que las primeras manifestaciones del espíritu, nada más bello que los primeros impulsos de un corazón.

—Tienes condiciones para ser un gran artista,—decía Giocomo al joven,— pero, no desmayes en la lucha; precisan soberanos alientos para vencer las contrariedades. Todos hemos luchado; yo soy viejo ya, y lucho todavía.

—Si yo llegara á vuestra altura, creo que me volvería loco de dicha. ¡Ser admirado por todos es el complemento de la ventura!

—Eso no lo lograrás nunca por completo, porque hay muchos seres mezquinos, dedicados á empequeñecer los triunfos de los demás. Para mí, no ha llegado todavía la hora de que se me haga justicia; luchando por imponerme han emblanquecido mis cabellos, invadiendo repetidas veces la amargura mi corazón. Sólo una cosa no han podido arrebatarme, ni mis enemigos ni mis desengaños, ni la edad misma: el entusiasmo que alienta en mi alma con soberano impulso.

—Cuando contemplo las obras de los grandes maestros,—contestaba Andrés,—me siento pequeño, desespero de llegar á ser algo, y la fiebre, hija de la impotencia, hace circular fuego por mis venas.

—Espera, espera,—decía bondadosamente el anciano;—la gran ciencia de la vida consiste en saber esperar. Ya lo ves, yo soy viejo y espero todavía. No lo olvides.

Después de estas conversaciones el joven cogía lleno de fe y entusiasmo los pinceles; el interrumpido trabajo le parecía ligero y fáciles de vencer todos los obstáculos.

¡Qué de horas felices mecidas por los más dulces ensueños, vió transcurrir Andrés en el estudio de su maestro, perfeccionándose en el arte!

Pasaron seis años con la rapidez de un sueño. La juventud no mide el tiempo; Andrés se ocupaba poco del presente; su afán era conquistarse un nombre para el porvenir.

De vez en cuando recibía noticias de la hermosa casita del monte Amaro; los ojos del joven se humedecían de ternura al calor de los recuerdos y se sentía con más alientos para trabajar. Antiguas relaciones de familia abrieron para Andrés las puertas de aristocráticos salones romanos, pero como para nuestro joven sólo existía el arte, los frecuentaba muy de tarde en tarde, con perfecta indiferencia. Ni el amor mismo había llamado á su corazón, absorbido por completo en la contemplación de la belleza del arte.

La constante lucha que con sus detractores sostenía Giacomo, con admirable perseverancia, fortalecía más y más á Andrés en sus propósitos de llegar al logro de sus deseos.

Pero ¡ay! quebrantado un día el bondadoso maestro por la edad y los disgustos, cayó peligrosamente enfermo, y conociendo que se aproximaba su fin, llamó junto á su cama al joven.

—Andrés,—dijo sonriendo con dulce serenidad,—me muero; no se gasta inútilmente en la ruda lucha por la vida la fantasía, pero sí el organismo. Siento dejarte, porque hubiera querido asistir á tus primeros triunfos, complaciéndome en mi obra. Nada has hecho todavía para conquistarte un nombre, pero lo alcanzarás, porque vales; tuyo es mi estudio, y mi modesta fortuna, reunida á costa de mil trabajos. No desmayes: sigue con fe el camino emprendido, y con el tiempo ilustrarás tu nombre, siendo una gloria de nuestra hermosa Italia. Yo sucumbo sin ver cumplido mi anhelo de dejar un nombre que pase á la posteridad, pero confío que habrá un cielo especial para los artistas, destinados á sufrir en el mundo doble tormento que los demás humanos; la sed del infinito que nunca se satisface y la ingratitud que brota siempre ante sus pasos.

Murió el amigo generoso que fué para Andrés consejero, guía y casi padre. El dolor del joven fué inmenso, terrible, al verse sin el cariñoso apoyo de Giacomo. Negra nube de persistente melancolía invadió el espíritu de Andrés, quien por espacio de un año luchó en vano con el recuerdo constante de su bienhechor, y al fin, sintiéndose enfermo, resolvió dejar por algún tiempo la ciudad Eterna, donde todo le recordaba la muerte del más noble de los hombres.

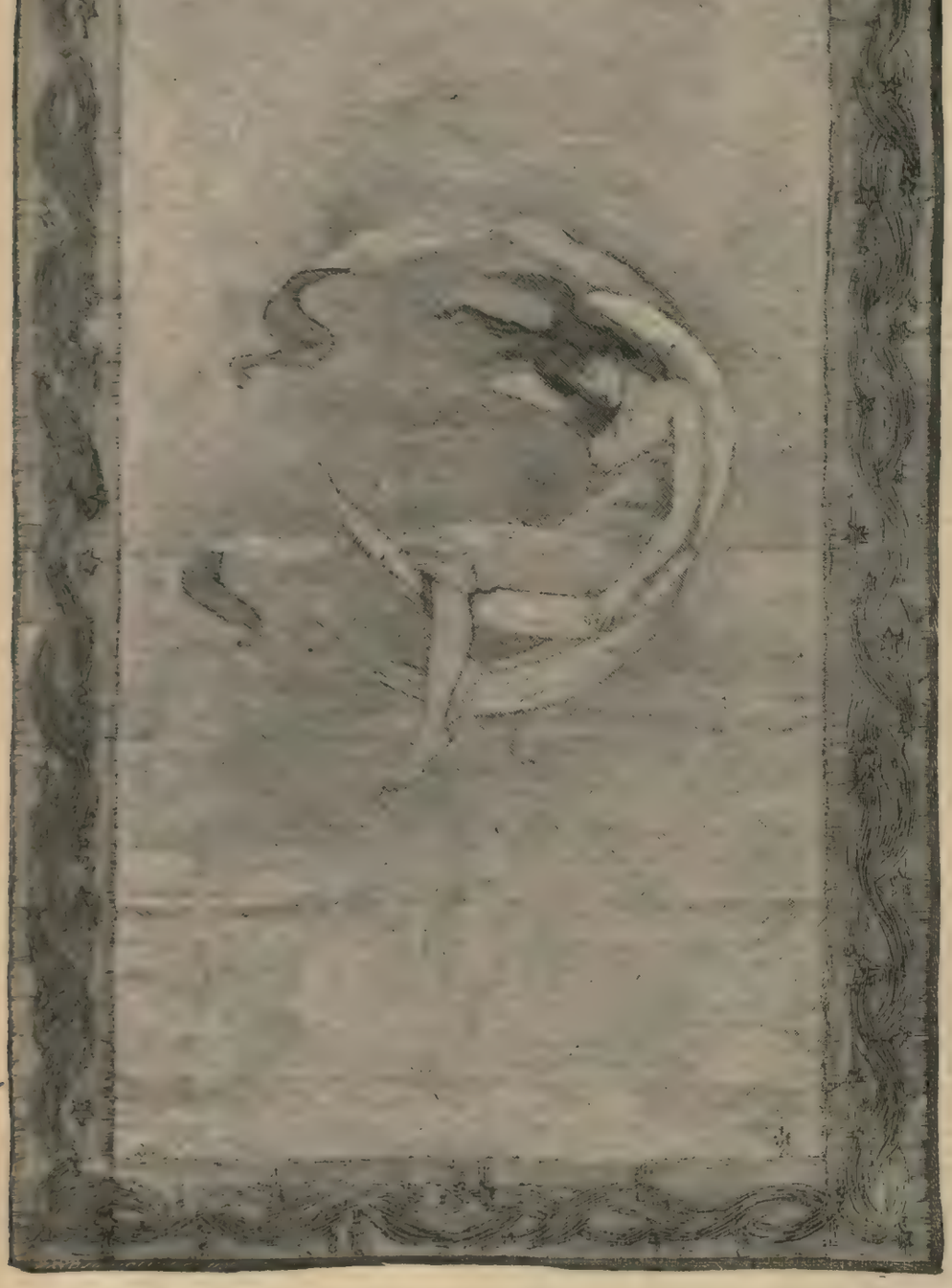
—Sí, sí,—murmuraba Andrés contemplando un día desde el Capitolio, á la poética luz crepuscular, el panorama inmenso de Roma;—quiero buscar nuevas emociones para mi espíritu lejos de aquí, proporcionarme algún descanso y distracción. Me trasladaré á Florencia, la ciudad de la alegría y los amores, en vez de arrastrar lánguida vida por la ciudad de los sepulcros.

Y Andrés, entregado á tristes meditaciones, dejaba errar su mirada por los monumentos romanos, deteniéndola en los sitios favoritos que había visitado con su amigo, y lágrimas amargas aumentaban por momentos su agobiadora tristeza.

Por fin, el joven pintor abandonó la altiva hija del Tiber, llevando en su pecho el recuerdo tristísimo del perdido amigo y sus ensueños de gloria, nunca desvanecidos, porque Andrés, á pesar de sus desdichas, era el incorregible soñador de siempre.

(Se continuará.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



BORDADOS AMERICANOS: LA LUNA ALADA (Dibujo de Dora Wheeler)

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 9 de Abril de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 223

LA MADONA DE GUIDO RENÍ

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La muerte de Jesús* (soneto), por Enrique Franco.—Sobre el Salmo *Super Flumina Babilonis*, por San Juan de la Cruz.—*Soneto*, por Luis de Góngora.—*A la cruz á cuestas*, por Lope de Vega.—*A la Virgen* (poesía), por Alfonso Alvarez de Villasandino (siglo XV).—*La resignación cristiana*, por madame Swetchine.—*Primera lamentación de Jeremías*, con una introducción del poeta; versión de Moseh Juan Pinto Delgado.—*Canción á la Redención humana*, por don Juan de Jauregui.—*Letrilla glosando el Miserere*, por Fray Luis de Escobar.—*Soneto*, por Lope de Vega.—*A la columna*. *Estancias religiosas*, por Cancionero de Ubeda.—*A Santa María Magdalena* (poesía), por Bartolomé Leonardo de Argensola.—*El Pasmo de Sicilia*, por Luis Viardot.—Nuestros grabados.—*La religión de Cristo*, por Antonia Opisso.

GRABADOS.—La Madona de Guido Reni.—El Pasmo de Sicilia.—La adoración de la cruz el Viernes Santo.—Cristo ante el pueblo.—Cristo en el pilar.—El Padre Eterno sosteniendo á su divino Hijo muerto.—Jesús lamentándose sobre Jerusalén.—El camino del Calvario.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

ESTOS DIAS

QUERIDA Carmen:—«No escribas la carta correspondiente á la Semana Santa en el mismo tono que acostumbras; burlándote de las cosas sagradas como te burlas de las del mundo. Modera siquiera un día tus malos instintos.»—Esto me dices en tu carta y tanto me ha ofendido la advertencia que para castigarte voy á escribirte en serio. Después de todo tienes razón; puesto que todos nos decimos cristianos, lo menos que podemos hacer es parecerlo.

Empecemos, si gustas, por el Domingo de Ramos, que es el primer día... Pero no, antes hablemos de la semana misma. ¿A qué con tantas recomendaciones cristianas ignoras los nombres que la Iglesia la ha dado? Pues, se llama la Semana Mayor y la Semana de las Vigilias; porque los primeros cristianos pasaban la noche leyendo la Pasión; (y no como nosotros, leyendo los partes facultativos de la salud de la *Lolilla*; ó la relación de los apuros del *Espartero* por haber *recibido* á un juez de la misma manera que suele *recibir* los toros). Y se denomina Semana de los Trabajos, porque el Divino Señor los pasó muy grandes desde que se hizo simple mortal. Y Semana de las Indulgencias por lo indulgente que el Maestro estuvo con todos los que le desconocieron y ultrajaron. Y Semana de los Ayunos; sin que necesite explicarte el significado de este nombre.

Decía, pues, que el primer día es el Domingo de Ramos; al que la Iglesia da solemnidad inusitada. La tradición consigna que la entrada gloriosa de Jesús en Jerusalén se realizó el domingo anterior al viernes, día de su muerte. Jesús pasó casi toda su vida en la pobreza y el abatimiento. Pero al fin tuvo un día triunfal, como lo suelen tener todos los revolucionarios; y entró en la capital de la Judea con pompa y estrépito de un rey; los judíos le recibieron con ramos, vítores y entusiasmo. Después debían crucificarle; así son todos los pueblos. Si me permitieses mezclar lo vulgar con lo sublime, lo religioso con lo político, te diría que el pueblo no ha variado gran cosa desde entonces: después de la Revolución de Setiembre entró D. Juan Prim entre el delirio de las masas y sintetizó estas aclamaciones, diciendo: — ¡Con iguales bríos gritarían si me llevasen al patíbulo!—¡El pueblo tiene dos ídolos: Jesús y Barrabás! Mas en aquel día salió á recibir á Jesús con palmas y ramos; y no parecía sino que los bosques se habían puesto en movimiento para escoltar al Mesías. «Este es nuestro Rey, este el verdadero hijo de David.» Los niños piden bollos y permiso para no ir á la escuela y para jugar; las mujeres se adornan con lo mejorcito y adornan también los pórticos y las fachadas de sus casas; los pobres tienden en el suelo sus mantos y sus túnicas para entapizar las calles: y hasta los hombres de orden pierden la chaveta y lanzan el grito de: ¡Bien venido sea el que viene en nombre del Señor! que era como si dijesen hoy: ¡Viva Ruiz Zorrilla!

El hijo de David, el Rey de Israel, viene montado sobre un pollino, sin guardia, sin séquito, sin escolta. Y por cierto que el hombre debiera haber honrado más al animal que sirvió á Dios de cabalgadura. Pero no ha sido así: le ha deshonrado con los empleos más ruines, con los epitetos más groseros; le ha calumniado suponiéndole perversos instintos. El que á Dios condujo lleva fardos al mercado; recibe palizas, viste pobres y sucios arreos; y acaba su trabajosa y útil vida en un muladar. En cambio el caballo, el animal que simboliza el Imperio que condenó á Jesús; el animal feroz é inútil para el bien, el animal de la guerra y de la vanidad, obtiene confortable existencia, magníficos pesebres, premios de la cría caballar, de los clubs y de las damas y suele morir entre aplausos, como viejo batallador, en la plaza de toros. La Iglesia, sin perderse en estas elucubraciones, solemniza la entrada de Jesús con la bendición de las palmas y ramos que distribuye á los sacerdotes y al pueblo... Aquéllos y éste formados en procesión salen del templo; ciérranse las puertas; ábrense de nuevo y volviendo á entrar todos, únense en alabanzas al Señor y á sus maravillas y grandezas. Desde el siglo IV se celebra esta fiesta sin interrupción. La tierra está materialmente cubierta del polvo en que se han convertido tantas benditas palmas. Algo ha decaído la costumbre de comprar estos ramos y ponerlos en los balcones: antes sólo se vendían palmas largas, enteras, completas; pero desde hace tiempo y por conciliar la religión y la economía, se venden unos cogollitos rizados que parecen el *esprit* de algún morrión; pero, en fin, todavía entre las muestras de las liquidaciones por cesación de comercio y las sociedades de seguros se destaca una palma curvada, dorada, fina y elegante. La palma tenía la misión de alejar los rayos de los edificios; Franklin, con su prosaica invención, ha perjudicado mucho á las palmas. En el palacio de nuestros reyes se coloca en un balcón una magnífica, llena de rizados y adornos; que parece hecha por algún peluquero de fama: nada queda en ella de la natural gallardía ni simplicidad del desierto; parece una imitación de esos palillos llenos de hojarasca que fabrican con su navaja los presidiarios.

Y para concluir con este día te diré que Jesús entró en Jerusalén montado en un pollino de procedencia desconocida: «Habiéndose acercado Jesús á la ciudad y al monte de las Olivas, envió á dos de sus discípulos, diciéndoles:—Id al castillo que está en frente de vosotros y encontraréis una pollina atada y con ella un pollino; desatadlos y traédmelos, y si alguno os dijere algo, decid que el Señor tiene necesidad de ellos é inmediatamente os los dejará.»—Todo esto sucedió así. Entre los que presenciaron la entrada de Jesús, debía estar el dueño de la borrica y del buche; pero es lo cierto, prima, en honor suyo, que no se sabe dijera nada. Este procedimiento de adquisición se ha plagiado alguna vez por los hombres con igual éxito... El poeta Zorrilla cuando se escapó de su casa,—él lo cuenta en sus Memorias,—montó en una caballería que pastaba suelta en el campo: llegó á Valladolid, vendió la yegua y vino á la corte. También ha tenido Zorrilla su Domingo de Ramos: y también ha leído un discurso á los doctores en la Academia. *¡Coincidencias extrañas!*

Hé aquí que ya se ha concluído el domingo y que nos encontramos en lunes. Jesús no pasó la noche en Jerusalén: volvió en el lunes y en el camino de Cafarnaun tuvo hambre y habiendo encontrado una higuera vió que no tenía fruto, sino solo hojas. Jesús la maldijo. Esto, según los comentaristas, significa que debe maldecirse las almas hipócritas y secas, todas hojarasca sin obra buena. Entró en Jerusalén, se presentó en el templo y le encontró ocupado por los mercaderes. Por muy bondadoso que uno sea, suele uno ver cosas que le sulfuran y esto pasó á Jesús. Echó á rodar las mesas, los mostradores, las arcas, las mercancías y el dinero y dijo palabras inolvidables; que todavía repiten con frecuencia los políticos, los periodistas y los enemigos de los curas. Después curó muchos enfermos y predijo la destrucción del mismo templo en que hablaba. Estando en casa del resucitado Lázaro, María Magdalena se llega al Señor y con aceite de nardo puro le unge los piés; enjugándoselos luégo con los cabellos. Judas, gran economista, calculó que aquel bálsamo hubiese podido valer seiscientos reales y opinó que mejor hubiese sido venderlo que derramarlo en las plantas de Jesús. Jesús aprobó lo hecho y dijo á la Magdalena que guardase el resto para ungirle en el sepulcro. Con ser tan justo como era no pudo menos de ser sensible á una mujer que llegaba con perfumes, con cariño y con llanto.

Salió y volvió el martes. La higuera se había secado. El discípulo Pedro lo reparó. El miércoles, á presencia del pueblo, con todos sus discípulos, explicó á los judíos la significación del Bautismo. Habló misteriosamente de su fin próximo y llenó el espacio de sombríos augurios. Llegó el Jueves Santo. De los más solemnes de la Iglesia; en él se celebra el gran Misterio de la Eucaristía: del establecimiento del sacerdocio de la ley de gracia y del lavatorio de los piés á los discípulos. ¿A qué referirte las costumbres actuales de nuestra Iglesia y de nuestros reyes? Pedro y Juan fueron encargados de disponer la cena en que celebrar la Pascua. Ya en aquel tiempo el pobre cordero, emblema de excelsas virtudes, era sacrificado al apetito del hombre: Jesús se sentó con los doce apóstoles á la mesa, que tenía figura de media luna, como también lo tenía el banco en que se recostaron todos. Jesús ocupó el lugar más alto, el discípulo Pedro el inmediato, á su mano derecha; y después de éste seguían los demás por orden de edad, de modo que Juan vino á estar al lado de su maestro á la izquierda. En los banquetes de hoy las preferencias son otras; la posición, el dinero, la caprichosa indicación del huésped, todo menos la correlación de las edades; orden exclusivamente divino. «Tomad, este es mi cuerpo,—dijo tomando el pan y partiéndolo y ofreciéndoselo,—bebed, esta es mi sangre,—añadió brindándoles una copa de vino.» La Iglesia consagra en este día el *Oleo de los enfermos*, el *Santo Chrisma* para la administración del Sacramento del Bautismo y el *Oleo de los catecúmenos*, que sirve para la administración de los Sacramentos del Bautismo y del Orden y para la unción sagrada de los soberanos. No ignoras que esta consagración sólo pueden verificarla los obispos. Ya, por la noche, canta la Iglesia los Maitines solemnes, para recordar las exequias de Jesús.

Viernes, ¡día de luto, de llanto, de expiación, de horror, en que la Naturaleza se conturba, gime, se desquicia y parece sensible! ¡Viernes Santo, el *Mayor, el de la Redención!* No se celebra misa. Ni en los primeros siglos se abrían, en todo el día, las puertas de los templos. Se celebra un oficio de profunda tristeza. Léense profecías de Oseas y de otros profetas, que todos anuncian la muerte del Hijo de Dios. Se lee el Evangelio de San Juan, el prendimiento en el Huerto, cómo le condujeron á casa de Anás, cómo fué juzgado por Pilatos, cómo el pueblo pidió su muerte, cómo fué atado al pilar y escarnecido y azotado, cómo Pilatos no encontrando culpabilidad en él quería soltarle, cómo le dijeron:—¡Si le sueltas no eres amigo de César!—cómo Pilatos temeroso de perder el destino entregó á Jesús para que le crucificasen. Y cómo le crucificaron. Y cómo José de Arimathea obtuvo permiso de retirar el cuerpo de Jesús y le puso en un sepulcro nuevo.

¡Viernes Santo! ¿Quién no puede recordar como el poeta, la Iglesia de su niñez, y que se amedrentó y conmovió oyendo la voz del sacerdote, que relataba las angustias de la Madre de

Dios al pié de la cruz? ¿Quién no dice con Zorrilla:

El templo era oscuro,
vestidos pilares
se veían, y altares
de negro crespón,
y en la alta ventana
meciéndose el viento
mentía un lamento
de lúgubre són;
la voz piadosa
tu historia contaba;
el pueblo escuchaba
con santo pavor;
oía yo atento
y el hombre decía:
¡y quién pesaría
tamaño dolor!
El hijo pendiente
de cruz afrentosa,
la madre amorosa
llorándole al pié;
el llanto anudome
oído y garganta;
con lástima tanta,
postreme y lloré.

Sábado Santo. Concluye la Semana. Se bendicen los cinco granos de incienso y se colocan en el cirio pascual. Se enciende la vela dividida en tres brazos que representa la Santísima Trinidad. Se encienden luégo todas las lámparas; el mundo ha salido ya de las tinieblas. La Iglesia deja las vestiduras de luto, se viste con los ornamentos de gala, descúbrense los altares, repican las campanas; la Iglesia, todos los cristianos, el mundo todo debe alegrarse. Dios ha subido al cielo y solo el hombre, ya purificado, queda en la tierra.

En celebridad de tan fausto suceso la humanidad deja el libro de oraciones y coge la novela de última moda; se abren los salones de la sociedad y se vuelve á pecar.

Yo te aconsejo que no te dejes arrastrar por los malos ejemplos; que vivas, después de Semana Santa, como si todas las semanas fuesen tan santas como ella y que en vez de atenerte á la rutina respetable que nos hace mejores en siete días, nos edifiques con una vida ejemplar é irreprochable. Te propongo que empieces por dar calabazas á tu novio.

Si no encuentras aún bastante seria esta carta te observaré que la palabra es lo de menos y el espíritu lo más, y que el espíritu cristiano dignifica las burlas y las palabras más santas no pueden dignificar el escepticismo.

Vive, pues, alegre y cristianamente, que es la mejor vida.

Así te lo desea, querida Carmen, tu primo

FERNANFLOR.

LA MUERTE DE JESÚS

SONETO

Del Gólgota en la cumbre se levanta
leño afrentoso, en que morir espera
Jesús, el defensor de verdadera
causa sublime, bendecida y santa.

Ved al Dios-hombre, cuya faz encanta,
como al rigor que entre la turba impera
desvía su mirada lastimera
de la vil chusma cual aspecto espanta.

Llore por El la humanidad doliente,
quién su cariño y religión estime
doble, al mirarle, con dolor la frente,
pues el que en rudas contorsiones gime,
es aquel Dios que ha de adorar la gente
y que, al morir, la humanidad redime!

ENRIQUE FRANCO.

SOBRE EL SALMO

SUPER FLUMINA BABILONIS

POR SAN JUAN DE LA CRUZ

Encima de las corrientes
que en Babilonia hallaba,
allí me senté llorando,
allí la tierra regaba,
acordándome de tí,
oh Sión, á quien amaba.
Era dulce tu memoria,
y con ella más lloraba.
Dejé los trajes de fiesta,
los de trabajo tomaba,
y colgué en los verdes sauces
la música que llevaba,
poniéndola en el deseo
de aquello que en tí esperaba.
Allí me hirió el amor,
y el corazón me sacaba,
díjele que me matase,
pues de tal suerte llagaba.
Yo me metía en su fuego
sabiendo que me abrasaba,
disculpando á la avecita
que en el fuego se acababa.
Estábame en mí muriendo,
y en tí sólo respiraba,
en mí por tí me moría,
y por tí resucitaba;
que la memoria de tí
daba vida y la quitaba.
Gozábanse los extraños
entre quien cautivo estaba.
Preguntábanme cantares
de lo que en Sión cantaba.
Canta de Sión un himno,
veamos como sonaba;
decid ¿cómo en tierra ajena,
donde por Sión lloraba,
cantaré yo el alegría
que en Sión se me quedaba?
echaríala en olvido
si en la ajena me gozaba.
Con mi paladar se junte
la lengua con que hablaba,
si de tí yo me olvidare
en la tierra do moraba.
Sión por los verdes ramos
que Babilonia me daba,
de mí se olvide mi diestra,
que es lo que en tí más amaba,
si de tí no me acordare
en lo que más me gozaba,
y si yo tuviere fiesta,
y sin tí la festejara.
¡Oh hija de Babilonia,
mísera y desventurada!
Bienaventurado era
aquel en quien confiaba,
que te ha de dar el castigo
que de tu mano llevaba.
Y juntará sus pequeños,
y á mí, porque en tí lloraba,
á la piedra, que era Cristo,
por el cual yo te dejaba.

SONETO

Pender de un leño traspasado el pecho
y de espinas clavadas ambas sienes,
dar tus mortales penas en rehenes
de nuestra gloria, bien fué heroico hecho.
Pero más fué nacer en tanto estrecho,
donde para mostrar en nuestros bienes
adonde bajas y de donde vienes,
no quiere un portalillo tener techo.
¡No fué esta más hazaña, oh gran Dios mío!
del tiempo por haber la helada ofensa
vencido en tierna edad con pecho fuerte.
(Que más fué sudar sangre que haber frío);
sino porque hay distancia más inmensa
de Dios á hombre que de hombre á muerte.

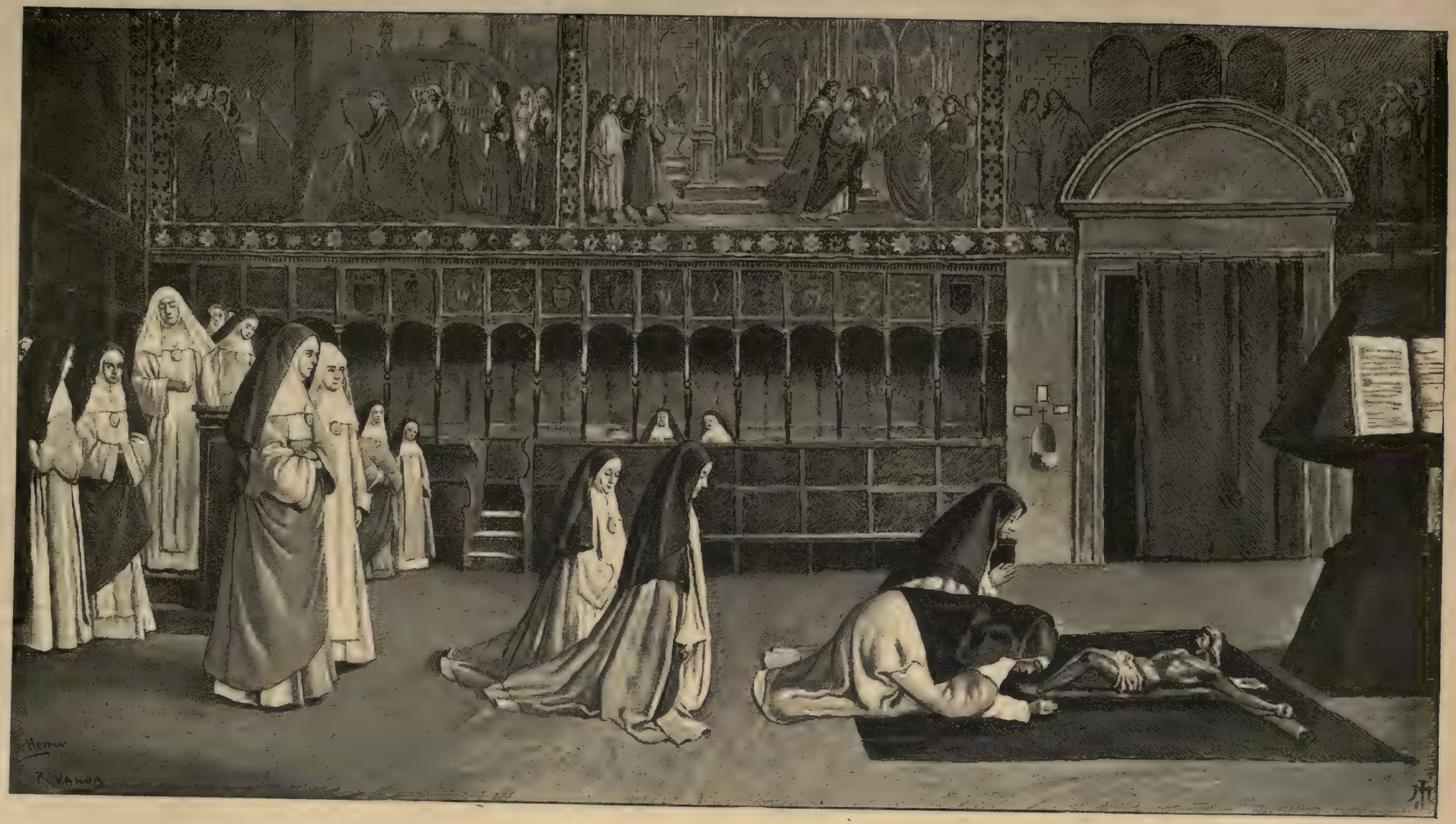
LUÍS DE GÓNGORA

A LA CRUZ A CUESTAS

POR LOPE DE VEGA

La leña del sacrificio
lleva en sus hombros Isaac,
aunque no ha de bajar ángel
á detener á Abrahan.
Que el puro manso Jesús,
que el Bautista en el Jordán
llamó Cordero de Dios,
se quiere sacrificar.
El que, entre Moisés y Elías,
vieron Pedro, Diego y Juan,
en las cumbres del Tabor,
lleno de luz celestial;
ese mismo á un monte triste,
no lejos de la ciudad,
porque piensen que es ladrón,
entre dos ladrones va.
Un madero al hombro lleva,
lugar que ha de pisar.
el sólo racimo fértil
de aquella vid virginal.
En su delicado cuello
lleva el príncipe de Paz
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro real.
Al són de trompetas tristes
pregones injustos dan:
esta es la justicia dicen,
pero no dicen verdad.
Sí, esta es la envidia, dijeran
bien pudieran acertar;
mas siempre se vale el mundo
de las disculpas de Adan.
Dicen que al César hurtaba
la romana majestad,
por hacerse rey quien era
hijo de Dios natural.
Mucho le pesa la cruz,
los pecados mucho más;
con ellos ha dado en tierra,
que no los puede llevar.
Llevadlos, Jesús querido,
que si vos no los lleváis,
esclavos seremos todos
del tirano Leviatan.
Cayó Cristo, y por la frente
con el golpe desigual
se le entraron las espinas
lo que faltaban de entrar.
Cególe el polvo los ojos,
si el sol se puede cegar;
la boca llena de sángre
se estampó en un pedernal.
Suspira el manso Cordero;
ayuda pidiendo está,
y á palos, golpes y coces
le vuelven á levantar.
Como tiraron la soga,
volviendo el cuerpo hacia atrás,
miró al cielo enternecido,
pero vióle sin piedad.
¡Ay, virginales entrañas!
Los pasos apresurad,
y el angélico decoro
si le queréis consolar.
Para conocer su rostro
desfigurado y mortal
la imagen del Padre Eterno
con vuestras tocas limpiad.
Abrazadle, Vírgen santa,
porque si vos le abrazáis,
al regalo desos pechos
consuelo el suyo tendrá.
Mas el descomedimiento
desa gente desleal
atropellará furioso
vuestra santa honestidad.
Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigáis,
porque quien tras él la lleva
ese le viene á ayudar.
Que si de vuestros pecados
el peso á la cruz quitáis,
haréis que le pese menos,
y Cristo camine más.

EL PASMO DE SICILIA (Cuadro de Rafael, existente en el Museo Nacional)



LA ADORACIÓN DE LA CRUZ EL VIERNES SANTO (Cuadro de Joaquín Herrer.—Dibujo de P. y Valor) Existente en el Museo Nacional

A LA VIRGEN

POR ALFONSO ÁLVAREZ DE VILLASANDINO

(SIGLO XV)

Generosa, muy fermosa,
sin mansilla Virgen santa,
virtuosa, poderosa,
de quien Lucifer se espanta,
tanta
fué la tu grand homildat,
que toda la Trenidat
en tí se encierra, se canta.
Plasentero fué el primero
goso, Señora, que hoviste,
cuando el vero mensajero
te salvó, tú respondiste.
Troxiste
en tu seno virginal
al Padre celestïal,
al cual sin dolor pariste.
¿Quién sabría nin diría
cuanta fué tu homildanza,
oh María, puerta é vía
de salud é de folganza?
Fianza
tengo en tí, muy dulce flor,
que, por ser tu servidor,
habré de Dios perdonanza.
Noble rosa, Fija é Esposa
de Dios, é su Madre dina,
amorosa es la tu prosa,
Ave, stella matutina.
Enclina
tus orejas de dulzor,
oyendo á mi, pecador,
ayudándome, *festina.*
Quien te apela, *Maristela,*
flor del ángel saludada,
sin captela non recela
la tenebrosa morada.
Criada
fuste limpia, sin error,
porqu'el alto Emperador
te nos dió por abogada.
Que parrias al Mexías
dixeron gentes discretas,
Jeremías é Isaías,
Daniel é otros profetas.
Poetas
te loan é loarán,
é los santos cantarán
por tí en gloria chanzonetas.
¡O beata immaculata,
sin error desde *abenitio,*
bien barata quien te cata,
mansamente sin bollicio!
Servicio
fase á Dios nuestro Señor
quien te sirve por amor,
non dando á sus carnes vicio.

LA RESIGNACIÓN CRISTIANA

POR MADAME SWETCHINE

La resignación es una de las virtudes de que ha dotado al mundo el cristianismo: no es que, desde el comenzar, el alma humana no la haya contenido en sí misma, con todos los principios del mal y del bien, sino que únicamente á la luz de la revelación se ha manifestado marcada con ese carácter de libertad, de amor, de suavidad y de fuerza con que los santos, que son los sabios del cristianismo, nos la muestran revestida.

El hombre ha sufrido siempre, ha visto siempre su voluntad contrariada y siempre con fuerzas más ó menos desiguales lucha con el destino. Con todo, aunque necesariamente vencido en muchas circunstancias, en cuanto á la acción exterior que le es menester soportar, el hombre queda dueño en el fondo de su corazón de las condiciones de su derrota, y, por la ley de la libertad moral bajo la cual vive interiormente, está cierto de poder escapar á toda voluntad que no sea la suya. Doblarse ó desafiar, resistir ó someterse, adorar ó negar son otras tantas sendas que permanecen abiertas ante él. Lo que decide de su elección es únicamente la idea que se forma del poder que le domina, según le suponga inteligente ó ciego, amigo ó enemigo, implacable ó impasible. Un sentimiento instintivo nos advierte que la simple fuerza no tiene nada de moral y que sólo una ley espiritual tiene el derecho de mandarnos, por lo cual la voluntad, en nosotros, sigue las modificaciones que sufren las creencias y las opiniones y reacciona al mismo tiempo sobre las impresiones que alcanza, para combatirlas en su doble y tan fuerte raíz de la naturaleza y del hábito.

El primer sistema religioso que se presenta á nuestro pensamiento es el de esa Grecia tan ingeniosa en sus ficciones y cuya mitología nos han hecho familiar nuestros primeros estudios.

Examinando la influencia que este sistema ejercía sobre la voluntad humana, nos encontramos sorprendidos primeramente ante esa deidad sombría que cerniéndose como soberana sobre las pasiones personificadas de que está poblado el Olimpo no se revelaba sino por fallos arbitrarios é irrevocables. El Dios verdadero amo de los dioses, amo de aquel que usurpaba el nombre del Dios supremo, se llamaba el Destino, el Destino con su ceguera profunda y con el cinismo de sus decretos caprichosos y tiránicos. Júpiter, formador y ordenador de un mundo que no había creado y que no realizaba ningún plan que fuese comprensible, no se presentaba á los hombres ni como legislador ni como juez. Con mano indiferente había impreso el movimiento á los elementos sacados del caos, sin que el mal, cuya naturaleza y origen se convertían en problemas sin solución, hubiese incurrido en su animadversión. La acción de Júpiter sobre los acontecimientos del mundo no era más libre que moral había sido su pensamiento al formarlo; su voluntad obedecía, ella también, á los decretos sin apelación emanados de un poder cuya esencia era profundamente desconocida; la fuerza ciega hallábase por todo, y en ninguna parte la autoridad que desciende de Dios á los hombres por el mando explícito y directo.

Bajo la ley de un politeismo brillante, que no había olvidado más que el respeto á los dioses y la piedad para la naturaleza humana, vióse al pueblo más adelantado y más inteligente de la tierra en el que la necesidad del derecho y de la justicia habría debido recibir un estimulante nuevo de su propio desenvolvimiento, persistir, sin embargo, en un sistema que desterraba de los cielos la sabiduría y hasta la libertad. Y cuando tales dioses, en perpetua contradicción con la conciencia del género humano, inclinábanse ante el *fatum* y sus tinieblas que sumían en desesperación á la razón, la voluntad humana no podía encontrar por sobre de ella, ni regla, ni luz, ni apoyo; veíase desde entonces forzosamente entregada á la alternativa de una lucha insensata ó de un desaliento amargo y abyecto. Así, en las pinturas que nos ha dejado la antigüedad del hombre en lucha con el infortunio, no vemos sino, salvo algunas ilustres excepciones, la rigidez del orgullo ó la embriaguez que nace de los placeres de los sentidos: Ayax ó Epicuro, hé ahí los dos términos á que debía casi inevitablemente conducir el dolor, sea que llevase á aturdirse ó á desafiarlo todo.

Habiéndose debilitado las creencias religiosas en los griegos, vinieron á resolverse en sistemas de filosofía. El del Pórtico exaltó más que otro alguno el poder de la voluntad, esforzándose en mostrarla triunfante hasta en sus inútiles resistencias á los decretos de la suerte; pretensión vana que no tuvo otro resultado que las apariencias de una impasibilidad quimérica y una mentirosa negación del dolor.

El fatalismo mahometano, corrupción de principios verdaderos, como el islamismo entero, extravió la resignación por falsos caminos. El mundo, á los ojos de los sectarios de Mahoma, no era, como á los ojos de los paganos, conducido por una divinidad ciega; pero reconociendo una causa primera, libre é inteligente, un Dios espíritu y por quien todo ha sido hecho, detenían irrevocablemente todos los acontecimientos en su seno, de suerte que por una parte, encadenándose á sí mismo, perdía Dios hasta el derecho de dejarse conmover, y de otra despojaba al hombre de toda libertad moral.

En este punto de vista, Dios no borra para escribir, sino que es la palabra de Pilatos la que tiene fuerza constante y universal: *Lo que está escrito, está escrito.*

Instrumento dócil en manos de un jefe ardiente y hábil, el islamismo se apoderó del instinto perezoso del Oriente para dar á la sumisión ciega toda la actividad que se retiraba del espíritu y del corazón, y dirigió esta sumisión hacia el fanatismo guerrero. La creencia en un decreto que fijaba por adelantado el porvenir desconocido, hacía inútil toda prudencia, armaba á los musulmanes de un invencible valor, excitado todavía por el dogma de la salvación que obtenían todos aquellos á quienes la muerte sorprendía con las armas en la mano.

Esta creencia, y todas las indulgencias ofrecidas á la sensualidad, motivaron en gran parte el éxito de este islamismo que estuvo á punto de recibir por corona la conquista material del mundo; pero donde quiera que el fanatismo guerrero no tuvo que proteger el fanatismo religioso, el mahometismo dió sus frutos; extinguió la actividad moral en el doble sueño de la pereza y de la voluptuosidad, y partiendo de la imprevisión para llegar á la incuria, sumió las almas en un sopor letárgico.

El quietismo indiano, otra forma igualmente desnaturalizada de la resignación, toma su origen en un error sútil y fundamental, en un panteismo que confunde todas las sustancias é invierte todas las relaciones. El alma humana no es considerada en él como creación del Altísimo sino como una porción de Él mismo, de la misma manera que la chispa es una parte del fuego de donde se desprende. Concíbese que en tal hipótesis, se convierta muy legítimamente en fin de sí mismo, y que un estado de satisfacción imbécil, de inmovilidad externa é interna sea una de las consecuencias de su absorción en la unidad divina.

Todo error, cuando pasa de la especulación á la vida real, hácese peligroso para la moral, y en este sentido el resultado lógico de este dogma indiano de la absorción es separar la acción, hacer desaparecer la noción del deber, atacar la energía humana en el doble objeto que debe proponerse, el amor al prójimo y el desinterés de sí mismo. En lugar de marchar á la luz de los preceptos vivificantes,—la resignación conduciendo al hindo á la indolencia,—parece seguir la sombra y la declividad de las inclinaciones naturales; anula la inteligencia, saca toda su fuerza de la imaginación, de vagas especulaciones que no tienen más aplicación sino la inútil práctica de las más extrañas puerilidades. Aún tratándose de los gimnosofistas de la India repugna reproducir las acusaciones vulgares de hipocresía y de mentira, pero, prescindiendo de ellas, como exigen el buen sentido y la experiencia, esas sorprendentes aberraciones nos demuestran aún hasta qué punto unos principios aisladamente verdaderos, intenciones rectas y una incontestable fuerza de inercia defienden mal, así que se está fuera de la verdad, contra las conclusiones más insensatas.

Si, pues, una sumisión de respeto y de amor no puede dirigirse á una causa ciega, si negar el sufrimiento es otra cosa que enseñarnos á soportarlo, si es igualmente verdadero que esta sumisión, en las condiciones que hacen de ella una virtud, no procede ni de un fatalismo que estereotipa á Dios y al mundo, ni de un quietismo que vaporiza todas las verdades de que

se apodera, ¿no estamos obligados á concluir que la resignación, tal como poseemos la noción de la misma, depende de las verdades reveladas?

Sin Dios y el hombre, conocidos como son á la doble luz de la historia y del dogma, hubiera faltado siempre el carácter moral de la autoridad al poder que dispone de nuestro destino y jamás el temor servil hubiera dejado su puesto al respeto filial. El solo hecho de la Redención, en su doble carácter de potencia y de caridad, nos inicia más adentro en la justicia, en la conveniencia, en el mérito, en el buen sentido de la sumisión perfecta, que todas las inducciones humanas, todos los cálculos de la prudencia, las demostraciones abstractas y los vagos puntos de vista de una huera teosofía.

Un dios vago, impersonal, cualquiera, que quiere permanecer desconocido en su reino más allá de los soles, no podría ejercer ningún derecho sobre el hombre abandonado á sí mismo é ignorante á la vez de sus grandezas y de su nada. Para crear en nosotros esta sumisión firme, tierna y paciente, es menester que el ruego dirigido á Dios por un gran santo: *Noverim te, noverim me* (¡Conoceros! ¡Conocerme!), haya sido elevado en el fondo de nosotros mismos; es menester que ese Dios, tan desfigurado por la ignorancia y la mala fe, sea verdaderamente á los ojos del hombre, el Dios vivo, el Dios creador que nos sacó de la nada, lo mismo que todas las cosas, y después de la caída dignóse reparar su obra; es menester que remontando las edades, el hombre haya visto desenvolverse el magnífico cuadro de las más sorprendentes misericordias, y no faltar Dios jamás á los suyos, áun cuando parece abandonarlos; es menester sobre todo que una fe viva le muestre en los cielos el Dios que nos ha hablado, el buen Dios, el Dios hijo del hombre, ese Emmanuel del altar que ha venido á enseñárnoslo todo, que ha venido á vivir, morir, morar entre nosotros!

En defecto de estos auxilios divinos, puédese, sin duda, fiar el honor en el valor y oponer una frente serena á los golpes de la suerte, pero no es á una firmeza de aparato, á una buena cara exterior, á actos aislados, á lo que se limita la resignación cristiana que debe penetrar todos los sentimientos antes de traducirlos por de fuera. Esta resignación es mejor la libre expresión de una voluntad regenerada y victoriosa que un esfuerzo de virtud; es mejor una situación del alma que una adhesión calculada y medida sobre la prueba del momento. Nunca se podrá repetirlo bastante: la permanencia de tales efectos supone esencialmente, y ante todo, una fe viva, ilustrada, activa, tal como solamente podrá formarla el cristianismo, porque él solo, en su admirable repartición de luz y de sombra, muéstrase igualmente armado de justicia y de misericordia y maravillosamente atento á todo lo que pasa en la tierra. A la sabiduría que todo lo ha prevenido y todo lo ha preparado pertenecía el atraer á sí, dejándolas libres, todas nuestras voluntades, y si nuestro Dios no se hubiera llamado para nosotros la Providencia, jamás nuestro corazón hubiera concebido la verdadera y viviente resignación.

No hay sistema religioso que haya proclamado más altamente que el cristianismo la libertad del hombre. Encerrada en esta palabra misma del Omnipotente: *Hagamos el hombre á nuestra imagen*, es igualmente atestiguada por el más antiguo de los hechos humanos á que podamos remontarnos, el pecado original, que no es ¡ay! más que un inmenso y criminal acto de libertad.

Si el hombre no tuviese una personalidad distinta, una vida propia, la inteligencia para conocer, la facultad de elegir, si no tuviese una esfera de acción y en la conciencia un inexpugnable asilo, ¿dónde estaría su semejanza con Dios?

Si el hombre no fuese libre, ¿cómo habría podido ser culpable? ¿cómo hubiera quebrantado los designios de Dios y consumado su propia desgracia? Sin libertad, nada de responsabilidad; sin responsabilidad, ningún acto estaría marcado con el sello de moralidad, y, por consiguiente, toda justicia en la aplicación de la recompensa y del castigo se haría imposible.

JESÚS ANTE EL PUEBLO (Estatua por Mark Antokolsky)

Por esto solo de ser la libertad el carácter de su naturaleza, distínguese el hombre del resto de la creación y está investido de una vida especial y personal que le hace, con la gracia, dueño y artesano de su propio destino. Por el libre albedrío, el hombre, colocado entre el bien y el mal, puede ser culpable ó meritorio; porque la voluntad humana puede protestar, resistir, sufriendo la ley que interiormente rechaza, es por lo que su adhesión tiene un sentido, un consentimiento, un valor y por lo que su elección, sea cual fuere, pesa en la balanza.

Pero esta libertad, que en Dios es absoluta, no ha sido para el hombre sino magníficamente concedida; el primer atributo de su realeza sobre el mundo no puede ser más que una primera servidumbre respecto á aquel de quien la tiene. Dios ha colocado al hombre en la cima de la creación para que él concentrase sus rayos y su homenaje recibiese por ello más unidad y valor. Ha creado al hombre libre para elevar su dependencia y hacerle un mérito de confesarla. Por grande que sea el hombre, todo lo ha recibido y de cada uno de sus privilegios nace siempre su deber.

Al sentimiento de esta libertad común á todos los hombres añade el cristianismo el conocimiento del uso que hace de ella; mide con los ojos el abismo abierto por la caída y ve toda la imposibilidad de llenarlo sin la gracia.

De estos dos términos, fundamentos primitivos de una misma historia, el hombre creado libre y el hombre caído, base revelada que nos descubre todo el pensamiento de Dios y toda nuestra debilidad, nacen inmediatamente dos virtudes que pertenecen propiamente al cristianismo: la humildad, de la cual el mundo antiguo no había oído hablar jamás, y la sumisión, irreconocible bajo los disfraces del error.

Siendo el orgullo la causa de la caída del hombre, ¿no corresponde acaso á la humildad el levantarlo? Existe una correlación, secreta y poderosa, entre la libertad que ha comprometido todos sus derechos y la resignación que, confiándose á los medios reparadores, hace remontar al hombre al rango de donde jamás habría debido descender. Toda la moral cristiana es la expresión lógica de la situación en que la libertad y la caída han colocado al hombre. Esta moral es como una vasta red que lo abraza todo por entero; todas sus partes son idénticas, á pesar de sus proporciones diversas; cada una presenta la misma marca, hasta en las deducciones lejanas en las que cuesta algún trabajo encontrar la sustancia del precepto bajo la forma etérea y sublime del consejo.

Con todo, entre estas deducciones las hay que surgen más inmediatamente de las entrañas mismas del dogma cristiano y que son como sus primogénitas; la humildad y la resignación reclaman los honores de esta primogenitura. Esas dos virtudes, en efecto, no ponen solamente en plena luz el carácter más saliente de la moral cristiana, sino que inician en todo lo que su esencia tiene de más íntimo y de más profundo, y son aún los medios eficaces por los cuales las más explícitas y elevadas enseñanzas alcanzan una realización completa. Así, mientras que la humildad se hacía la primera virtud del hombre, á causa del orgullo que había sido el principio de su caída, la resignación se encadenaba voluntariamente para expiar las demasías de la libertad.

La redención, obra de adorable é infinita misericordia, cuya potencia se ha concentrado por entero en los postramientos de la obediencia, nos muestra inmediatamente por debajo de las tres virtudes teologales la humildad y la resignación. Humillarse y sufrir: hé ahí el real camino en el cual Nuestro Señor nos precede; humillarse y sufrir, es, con la gracia, toda la alegría de la inocencia y toda la confianza del hombre pecador; es todo el perfume de las humildes flores que crecen al mismo pié de la cruz.

Nacida á las primeras claridades del mundo y apoyada en las verdades que nos han trasmitido la Escritura y la Tradición, la resignación, tal como la concibe el pensamiento cristiano, no puede tener nada de común con las vías trazadas por la sabiduría del paganismo. ¿Cómo, en su sentido íntimo, razonable y sincero no hubiera el cristianismo juzgado al estoicismo falso y contradictorio? ¿Cómo no hubiese juzgado la negación del dolor particularmente absurda en un sistema que no se deja atacar por él, puesta que no le opone ninguna esperanza?

El cristianismo, obra de Aquel que ha hecho la naturaleza, no trastorna de tal manera sus leyes, ni áun mediante la introducción del elemento sobrenatural; no pretende suprimir el

dolor, sino que lo purifica, lo alivia santificándolo, lo justifica á nuestros ojos mostrándonos su relación profunda con nuestras verdaderas necesidades, y él solo sabe endulzarlo haciéndonos entrever la felicidad que puede merecernos un día. No es la verdad, ¡ay! la que negará jamás el dolor; ella, que ha venido á sondear sus profundidades, á mostrar sus designios, ella que tan bien sabe igualmente toda la dignidad á que eleva al alma humana y todo lo que en ella debe fecundar. En lugar de negarlo puerilmente, despójalo de todo lo que lo extravía ó lo corrompe, lo transforma por el secreto de una alquimia divina. Transformar pertenece al hombre que obra en nombre de Dios; no crear ó aniquilar.

En el sistema del encadenamiento fatal de todas las causas y de todos los efectos, el cristiano ve un culpable atentado cometido contra la potencia y la libertad del soberano Sér. La informe noción de un Dios creador, y, sin embargo, ausente de su obra; no sé qué decreto una sola vez pronunciado que produce para siempre más sus consecuencias inflexibles, deben dejar al hombre lleno de terror ó de estupidez, y alejar de él con la esperanza hasta la fe en la piedad celeste.

Descendido al dominio de la acción, el dogma de la fatalidad no ejerce estragos menos funestos quitando á la actividad humana todo verdadero estímulo. Y, en efecto, ¿para qué obrar, para qué combatir la inercia, la pereza y la ligereza si nuestros esfuerzos son vanos, si en nosotros y fuera de nosotros nada es modificable, si Dios no espera nada de nosotros, si no es verdad que siendo como somos agentes libres y reflexivos, al darnos Dios su ley nos haya revelado su pensamiento y se haya dignado tomarnos por cooperadores; si no es verdad, en fin, que en esta inmensa escena del presente que proyecta su sombra sobre la eternidad tengamos que continuar la obra de Dios, que hace valer nuestro talento y al fin de cada día merecer un salario?

Los hipócritas esfuerzos para asimilar la resignación cristiana al fatalismo musulmán no lograrán jamás, por más que se haga, confundir disposiciones separadas entre sí por los más característicos síntomas. El turco toma la víspera por el día siguiente; en él la inerte sumisión precede á la acción en lugar de seguirla, y cuando no la separa de sí, la debilita; esta voluntad, en su imbécil adolescencia, temería pasar á la virilidad. Fuera de la verdad, la voluntad es una fuerza sospechosa; se la encadena ó se la embrutece á falta de poder gobernarla. El cristiano es menos tímido; la resignación activa, inteligente hasta el cabo, no es para él más que el término de su actividad misma, la última razón de todos los esfuerzos intentados y agotados. Solamente después de haber desplegado todos sus recursos, puesto en juego todas sus fuerzas, entra el cristiano en el reposo de la sumisión perfecta, vencedor, sea cual fuere el resultado de la lucha, porque la victoria, para la conciencia, no es más que el cumplimiento de su deber y el acabamiento de su tarea toda entera.

No sería más justo querer reconocer algo de la resignación cristiana en las falsas semejanzas del quietismo indiano.

A pesar de todo lo que el cristianismo lleva en sí de abandono tierno á la voluntad divina, de propensión á unirse á ella y de felicidad al entregarse á la misma, los sentimientos que hace germinar no tienen nada de común con la absorción de toda personalidad y la orgullosa pretensión de una identidad blasfematoria. El cristianismo perfecciona la virtud humana por la acción de su principio divino; hace sierva la materia y combate sus usurpaciones, y, sin embargo, la hace participar en todas las santificaciones del alma: Su respecto por las realidades le pone en guardia contra los sueños pueriles, contra las quimeras piadosamente engendradas por la imaginación, contra las ilusiones, por santo que pueda parecer su origen, por inocentes que sean sus efectos. Siempre recubre con símbolos sensibles los pensamientos más sútiles, siempre para renovar nuestras fuerzas, nuevos Anteos, nos hace tocar la sustancia del deber.

Hemos dicho lo que la resignación cristiana no era: tratemos al presente de decir alguna cosa de lo que es.

Las definiciones de la fe no son las únicas á las cuales la Iglesia aplica su dictadura soberana; extiéndese ésta igualmente sobre la moral y el dogma las contiene á una y otra, no pudiendo venir la afirmación más que de él. La Iglesia, es, pues, á la vez la ortodoxia en hecho de creencias y la infalible rectitud en hecho de nociones morales. El símbolo traducido y pasado al dominio de la acción da á los preceptos su valor y su sentido; él es también quien preserva todas las verdades que nos hace conocer, de la interpretación estrecha, de la extensión injusta, de toda desviación, de todo cambio de lugar en cuya virtud podría ser alterado el orden de las importancias. Dios, que no excluye nada porque lo abraza todo, lleva de frente todas las simultaneidades; ha hecho el lugar de todas las cosas, en la naturaleza, en la dualidad del hombre y también en este mundo espiritual en el cual todas las virtudes, como todas las verdades, se concilian entre sí. La Religión nos las presenta como hermanas que tienen igual derecho á la herencia paterna y que están destinadas á sostenerse siempre, á no perjudicarse jamás, no pudiendo ninguna de ellas extenderse legítimamente en perjuicio de las otras, estando puesta la integridad de cada una bajo la salvaguardia de todas.

A través, pues, de los escollos del brutal fatalismo, del quietismo indolente, es por donde la resignación cristiana traza su camino para no favorecer ningún exceso y preservar á la virtud misma de todo entrometimiento, como de toda irregularidad. Bastante bella para no querer más que la belleza que le es propia, bastante poderosa para encerrarse en sus límites, bastante humilde y bastante elevada á la vez para tratar directamente con Dios, libre, viviente, fuerte, generosa, tranquila, serena y digna ante todo, la resignación reviste sucesivamente todos estos caracteres ó los presenta confundidos en un reflejo sublime.

Sí; es digna y altiva esta resignación que dobla la cabeza é hinca la rodilla; no se podría privarla del alto rango que asegura á la voluntad la obediencia voluntaria. «¡Que el Señor te mande!» este grito del arcángel Miguel es, según la palabra de un elocuente escritor, el más noble deseo que una criatura puede formar en favor de otra criatura. ¡Que Dios te mande! y la suavidad y la fuerza acompañarán su mando y el yugo del Señor te librará de todo otro.

¡Sí; la resignación es libre; porque no hay acto más soberano que aquel por el cual resigna uno su libertad!

La resignación es viviente y gloriosa; viviente, porque hay más vida en la muerte de aquel que, según la palabra del Evangelio, se muere á sí mismo que en la mayor parte de aquellos, sombras ó cadáveres, que el combate, la abnegación y el sacrificio no han ennoblecido nunca; gloriosa, porque el cristianismo se resigna como Abraham obedece. Todo lo ha aprendido de la palabra revelada; reconócela aún, hablada ó traducida, igualmente inteligible, en los acontecimientos que Dios, sin rechazar el concurso de nuestra impotencia, escoge para la manifestación de su voluntad. Harta claridad ilumina el hilo conductor que el fiel tiene entre sus manos para que se inquiete de las oscuridades donde el deber le arrastra, y como no es de las probabilidades de éxito de lo que pide cuenta sino de la rectitud de cada uno de sus pasos, por do quiera la acción está obligada á detenerse, viene la sumisión á ocupar su puesto.

Finalmente, la resignación es tranquila y serena, con esta serenidad visible cuya llama es interior y que es la alegría de la virtud. La resignación vive de respeto y de confianza, pero tiene también una vista de comprensión y de amor que hace más penetrables á sus ojos las astucias adorables de que se vale la misericordia divina para con los hombres para conducirlos á sus fines.

Así, la noche de nuestro destierro puede tener sombras, pero no tiene tinieblas. Mientras que la acción está en marcha y su término en suspenso, la fuerza y la actividad moral adquieren todo su desenvolvimiento; pero así que la lucha ha cesado, así que el carácter de irrevocabilidad ha venido á proclamar la sanción ó permiso divinos, el cristiano se inclina ante ellos y uniéndose su voluntad á la voluntad suprema, entra, según la magnífica expresión de Bossuet, en las potencias de Dios.

PRIMERA LAMENTACION
DE JEREMIAS
CON UNA INTRODUCCION DEL POETA

VERSIÓN DE MOSEH JUAN PINTO DELGADO

Señor, mi voz imperfeta,
nacida del corazón,
que á vano error se sujeta,
hoy siga, con tu profeta,
el llanto de tu Sión.
Si del polvo á las estrellas,
del mundo en lo más remoto,
mostró sus vivas centellas,
el menos y el más devoto
llore conmigo y con ellas.
Concede de alto tesoro
tu luz á mi ciega vista;
tu sciencia en lo que ignoro,
porque en ajeno mi lloro
á propias culpas resista.
Si veo en el llanto mío
la parte de humor que encierra
tu fuente inmensa, confío
que será como el rocío,
que fertiliza la tierra.
Y aunque sin alas me atrevo
á tanto vuelo, y me espante
el ver que mis labios muevo,
inspira en mi canto nuevo,
porque en mis lágrimas cante.

—

¿Cuál desventura, oh ciudad,
ha vuelto en tan triste estado
tu grandeza y majestad,
y aquel palacio sagrado
en estrago y soledad?
¿Quién á mirarte se inclina,
y á tus muros, derrocados
por la justicia divina,
que no vea en tus pecados
la causa de tu ruina?
¿Quién te podrá contemplar,
viendo tu gloria perdida,
que no desee que un mar
de llanto sea su vida
para poderte llorar?
¿Cuál pecado pudo tanto,
que no te conozco agora?
mas, no advirtiendo, me espanto
que tú fuiste pecadora,
y quien te ha juzgado, santo.
En ofenderle te empleas
ya por antigua costumbre,
y en errores te recreas;
y así, no es mucho que veas
tus libres en servidumbre.
Tus palacios y tus puertas
fueron materia á la llama
en esas calles desiertas,
por émulos de tu fama
en tus miserias abiertas.
Por tus plazas y rincones
miro, por ver si pasea
alguno de tus varones,
porque crea á sus razones,
cuando á mis ojos no crea.

Mas vano es este deseo;
que animales sin razón,
sin dueño, balando veo,
que no articulando el són,
certifican lo que creo.
Aunque se encienda mi pecho
llamando, siempre callaron
sus hijos en su despecho,
como sus dioses le han hecho,
que por engaño llamaron.
La causa porque bajaste,
y porque humilde caiste
de la gloria en que te viste,
fué la verdad que dejaste,
la vanidad que seguiste.
Ya no eres la princesa
de todas otras naciones;
ya tu altivez es bajeza,
tu diadema y tu grandeza
se han vuelto en tristes prisiones.
Ya tu palacio real
humilde cubre la tierra
en exequia funeral;
la paz antigua es la guerra,
y el bien antiguo es el mal.
Si fuíste al Señor contraria,
de los pecados el fruto
son tu cosecha ordinaria,
ha sido el mismo tributo
por quién te ves tributaria.
No sólo viste perder
la honra que te adornó,
mas tus hijos perecer,
que el Señor los entregó
al más tirano poder.
¿Cómo se puede alentar
tu pueblo entre su gemido,
llegando á considerar
lo que seguir ha querido,
lo que ha querido dejar?
Llorando dice: «¡Ay de mí!
¿dónde estoy? ¿dónde me veo?
ó ¿quién me ha traido aquí?
¡tan cerca lo que poseo!
¡tan léjos lo que perdí!»
Lloren al fin entre tanto
que no descansa su mal,
y obliguen al cielo santo;
que no puede ser el llanto
á sus delitos igual.

CANCION

A LA REDENCIÓN HUMANA

POR D. JUAN DE JÁUREGUI

La profética voz del labio puro,
que abrasó el serafín con sacro fuego,
sigue mi lira, aunque en humilde acento
y varias plumas, que en el siglo ciego
los casos predijeron del futuro
tiempo y del cielo el prevenido intento;
corrija mi instrumento
quien voz distinta al mudo
dió, y elocuencia al rudo,
tanto que imite el venerable canto
de aquellos cuyo genio ilustre y santo
halló el misterio, y le tocó profundo
del cielo mismo espanto,
paz y rescate universal del mundo.
Crecerá de Jesé la fértil planta,
cuya frondosa vara en huerto ameno
produzca nueva flor cándida y bella,
que el cielo adorne y el confín terreno;
y la piedad, la fortaleza santa
y Espíritu de Dios descanse en ella.
Nueva, luciente estrella,
ya en otra edad prevista,
do la piadosa vista
fije el remoto habitador de Oriente;
lucero y luna, cuya luz ardiente
honre el impíreo con eterno día,
y sol resplandeciente
en sombra oscura, de los cielos guía.
¡Oh cuánto á la sazón la renovada
y enriquecida redondez del suelo
alegres gozarán sus moradores!
que ya la tierra sin la escarcha y hielo
del aterido ivierno matizada
se verá de olorosas, frescas flores;
los tiernos y menores
corderos y novillos,
y errantes cabritillos,
no temerán, en fieros escuadrones,
al oso y lobo, tigres y leones.
Con pura sencillez verá delante
aspides y dragones,
y habitará seguro el simple infante.
Feliz edad presente, en que miramos
efectos de evangélicas verdades,
que fueron en un tiempo indicio y muestra,
y con segura posesión gozamos
cuanto esperaron antes las edades,
como envidiosas de la gloria nuestra,
ya el claro sol nos muestra
su luz alegre y pura
contra la sombra oscura
en que la faz terrena se envolvía;
la planta generosa su flor cría,
que esparce, como luna, lumbre bella,
y forma un nuevo día,
como lucero y matutina estrella.
Ya pues la tierra, en frutos abundante,
y antes estéril, la matizan flores
cándidas y de púrpura teñidas,
que al cielo puro esparcen sus olores;
ya el infiel y gentil, más arrogante,
fieras del universo, enfurecidas,
humillan, convencidas,
la temerosa frente
al Cordero inocente;
ya del dragón en la caverna ó nido
vemos á Dios infante entretenido,
que, sin contagio de veneno impuro,
planta sobre el rendido
aspid y basilisco el pié seguro.

LETRILLA GLOSANDO EL MISERERE

POR FRAY LUIS DE ESCOBAR

Dios eterno, poderoso,
Unico Dios y Señor,
Padre nuestro, Criador,
Justiciero y piadoso,
Miserere nobis.
Los ambiciosos y malos,
de soberbia y vicios llenos,
tratando mal á los buenos,
los quieren mandar á palos.
Miserere nobis.
Necios, torpes, deshonestos,
el mundo quieren regir;
y así, los han de sufrir
los virtuosos y honestos.
Miserere nobis.
De quien más nos confiamos,
ese nos trata peor,
y á veces es más traidor
aquel á quien más amamos.
Miserere nobis.
Por tal arte y por tal maña
nos suele el mundo tratar,
que quien nos ha de avisar,
ese nos vende y engaña.
Miserere nobis.
Los que nos han de regir,
si no miran la conciencia,
arrímanse á su prudencia;
por allí nos manda ir.
Miserere nobis.
Ponen lazos por el suelo,
adonde el pobre se enrede,
roban al que poco puede
con título de buen celo.
Miserere nobis
Vemos frailes y casados,
lo que hoy quieren y consienten,
que mañana se arrepienten,
y querrán mudar de estados.
Miserere nobis.
Clerecía y religiones,
confiando en privilegios,
cometen mil sacrilegios
y quedan sin puniciones.
Miserere nobis.
Cuando suele acaescer
que digamos una misa,
decímosla muy de prisa
por irnos pronto á comer.
Miserere nobis.
Buscamos siempre intereses
en las cosas que hacemos,
y si éste no tenemos,
querrémos que todo cese.
Miserere nobis.
Sabemos que Dios se ofende
de intención interesal;
empero queremos mal
al que nos lo reprehende.
Miserere nobis.
Privilegios y favores
tenemos tan defendidos,
que nos hacen atrevidos
y ser cada día peores.
Miserere nobis.
La maldad es tanta y tal,
y los privilegios tales,
que nuestros bienes son males,
porque el bien nos hace mal.
Miserere nobis.
Pues si somos religiosos,
en mayor peligro estamos;
que el mundo con quien tratamos
ya nos quiere virtuosos.
Miserere nobis.
Quiere ricos y esforzados,
poderosos resabidos;
que por fraires recogidos
no se da cuatro cornados.
Miserere nobis.
Quiere amigos que en el aire
le ayuden con la espada;
que es cosa descomulgada
al que quiere ser buen fraire.
Miserere nobis.
Quiere confesores viejos
y caducos y abobados,
que ni entiendan sus pecados
ni les sepan dar consejos.
Miserere nobis.
Y quieren predicadores
que sean graciosos fraires,
que les digan mil donaires,
sin tocar en sus errores.
Miserere nobis.
Quieren que diga la misa
y el oficio todo junto,
que se les diga en un punto,
diciendo que están de prisa.
Miserere nobis.
Si cuentos quieren decir,
no saben otros donaires
sino decir mal de fraires,
dellos mofar y reir.
Miserere nobis.
Bien igual anda la rueda,
por mucha burla que hagan,
pues que los fraires les pagan
en esa misma moneda.
Miserere nobis.
Todos van por una renta,
si bien queremos notar;
mas los fraires, al sumar,
los alcanzarán de cuenta.
Miserere nobis.
Las mujeres con afeites
mil saetadas nos tiran,
que á los necios que las miran
los provocan á deleites.
Miserere nobis.
Trajes nuevos no les bastan,
perfilados y polidos;
cuanto ganan sus maridos
en contentallas lo gastan.
Miserere nobis.

EL PADRE ETERNO SOSTENIENDO A SU DIVINO HIJO MUERTO (Cuadro del Greco)

JESÚS LAMENTÁNDOSE SOBRE JERUSALEN (Cuadro de B. Hole)

Sospechar do no hay mal
es peligrosa jornada;
pero no sospechar nada
es un peligro bestial.
Miserere nobis.
Callando el pobre desnudo,
sufre injurias criminales,
y el rico hace los males,
y sobre eso anda sañudo.
Miserere nobis
Dice el pobre la verdad,
no le oimos ni miramos,
y al rico lisonjeamos
aunque diga necedad.
Miserere nobis.

SONETO

¡Oh vida de mi vida, Cristo santo!
¿A dónde voy de tu hermosura huyendo?
¿Cómo es posible que tu rostro ofendo,
que me mira bañado en sangre y llanto?
A mí mismo me doy confuso espanto
de ver que me conozco y no me enmiendo;
ya el ángel de mi guarda está diciendo
que me avergüence de ofenderte tanto.
Deten con esas manos los perdidos
pasos, mi dulce amor; mas ¿de qué suerte
las pide quién las clava con las suyas?
¡Ay, Dios! ¿A dónde estaban mis sentidos,
que las espaldas pude yo volverte,
mirando en una cruz por mí las tuyas?

LOPE DE VEGA.

A LA COLUMNA

En un mármol duro y frío,
para habelle de azotar,
de fieros y hambrientos lobos
se deja el Cordero atar.
Con encendidos sospiros
así comienza á hablar:
¡vosotras, oh almas mías,
sois causa deste mi mal!
Acordáseos debiera,
que cuando vine á encarnar,
nací desnudo llorando,
y empecé á derramar
mi sangre inocente y pura
sólo por os rescatar;
mirad que amor es el mío,
que á más no pudo llegar,
porque con amor queráis
mis beneficios pagar,
que sólo amor pidió en cuenta,
pues por amor quiso dar
el contento y alegría
de que pudiera gozar.

ESTANCIAS RELIGIOSAS

Amarrado en una áspera columna
aquel estaba que sustenta al cielo,
y el que da luz al claro sol y luna,
y ser á todo lo del ancho suelo,
pagando culpas sin tener ninguna,
abrasado en divino y santo celo,
dando calor á un mármol duro y frío,
por mi torpe locura y desvarío.

A cuestas lleva el Verbo soberano
la dura cruz, de intolerable carga,
para aliviarte, pecador cristiano,
de aquella cruz eterna, triste y larga.
Hoy vuelve dulce el rico cortesano
de nuestra culpa la pobreza amarga;
hoy Isaac su propia sangre empeña,
y él mismo lleva al sacrificio leña.

AL SANTO SEPULCRO

Rompe tu corazón de piedra dura,
pues Cristo Dios por tí su vida ha dado
tus entrañas serán sábana pura
para que en tí Jesús sea sepultado.
De mirra y aloes tú harás mistura,
que es un olor con oración mezclado;
cierra el sepulcro, si á Jesús tuvieres;
hombre, con el cuidado que pudieres.

CANCIONERO DE UBEDA.

A SANTA MARÍA MAGDALENA

POR BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Aquella pecadora que solía
ser fábula del pueblo de ordinario,
y de su gente público cuidado,
hoy deja el techo de artificio vario,
do la quejosa cítara se oía
del uno y otro ocioso enamorado;
el antiguo propósito trocado,
la púrpura preciosa desampara,
las cintas de záfiro, y el cabello
tendido sobre el cuello,
abrazando con lágrimas la cara,
entre confuso número de gente,
olvidada de sí, de la vergüenza
que pudiera tener de tal mudanza,
pregunta por el fin de su esperanza,
y hállale al mismo punto que comienza
á quererle buscar; que nuestra mente
sin él no es para hallarle suficiente.
Y pues sin Dios ninguno á Dios aplace,
buscar á Dios de haberle hallado nace.
Turba el convite su presencia y lloro,
y el cabello, donde almas enredaba,
sobre los piés de Cristo lo derriba,
y con él y sus lágrimas los lava.
Entonces queda haciendo injuria al oro;
y pues muestra una fe tan excesiva,
es justo que tan buen lugar reciba,
y que humillado de más alto vuelo,
cese ya la ficción de Berinice,
de quien el vulgo dice
que alumbran sus cabellos en el cielo;
porque más son tus piés, gran Dios, los cuales,
En siendo con ungüento sacro ungidos,
porque de lo que deja no haya rastro,
hace pedazos luego el alabastro.
Mas no se trata así con los sentidos,
que no se priva dellos; pero dales
otro fin á sus actos naturales.
Prosiguen sus oficios y el objeto
solamente les muda más perfeto.
Sacerdotisa y víctima en un punto,
tu voluntad, María, en sacrificio
con invisible fuego á Dios preparas,
y con esto lo tienes más propicio
que si el olor de Oriente todo junto
en su honor á las llamas entregaras.
Estas víctimas quiere y estas aras;
y por esto entre espíritus divinos
te elige eterna silla, eterna palma,
y es ocasión tu alma
de alegrarse los techos cristalinos;
porque todos la esperan ver triunfando,
cargada de despojos de esta vida,
con los vicios al carro encadenados,
y entre sus estandartes conquistados
tu propria voluntad como vencida;
pues de manera en Dios se está abrasando,
que no por la ciudad á Dios buscando,
mas fueras, donde el hielo ó sol ardiente
niegan habitación á toda gente.
¡Oh tú, siempre dichosa pecadora,
la que fuiste por tal con grande espanto
del vulgo con el dedo señalada!
Tus lágrimas con Cristo pueden tanto,
que la menor lo enciende y enamora,
y á la culpa mayor deja anegada.
Tú quedas en apóstol transformada,
y de ignorante y mala, santa y sabia.
No es mucho que la zarza en flor se mude,
y que el álamo sude
en competencia de la mirra arabia,
y que cuando de yerba al campo priva,
la miés en abundancia se recoja.
Venid á ver de rosas y azucenas
las montañas estériles más llenas,
y un árbol seco revestido de hoja.
La planta antes inútil Dios cultiva;
Regada en su jardín con agua viva,
es fructífera ya, y sus ramas bellas
tocan continuamente en las estrellas.
Canten otros, María, cómo fuiste
aquella que escogió la mejor parte,
y el amor que te tuvo Jesucristo,
cuando ningún apóstol le había visto,
y á tí, en resucitando, quiso hablarte.
No callen la constancia que tuviste,
la penitencia que en Marsella hiciste;
digan cómo en los aires te elevabas,
y la música angélica escuchabas,
si es dado tanto al limitado ingenio.
Y tú, canción, que confiada subes,
penetrando los aires y las nubes,
escarmienta en el joven temerario
que dió infelice nombre al mar Icario.

EL PASMO DE SICILIA

POR LUIS VIARDOT

El *Pasmo.*

Tal es el nombre que se da á un *Cristo con la cruz á cuestas* que fué hecho para el convento de Santa María dello Spasimo, de Palermo. Los españoles le llaman el *Extremo dolor* (1). Hé ahí como cuenta Vasari la historia un tanto milagrosa de este cuadro, que vino más adelante de Sicilia á España: «Rafael hizo enseguida, para el monasterio de Palermo, llamado Santa María del Pasmo, de los hermanos del Monte Olivete, un cuadro sobre madera *(una tavola)* de Cristo llevando la cruz... Mientras que Jesús, transido por el dolor de la proximidad de la muerte, caído bajo el peso de la cruz, bañado en sudor y en sangre, se vuelve hacia las Marías que lloran con ardientes lágrimas, vése aún á la Verónica *que tiende las manos presentándole un sudario* con un sentimiento muy grande de caridad... Este cuadro, de un acabamiento perfecto, estuvo á punto de perecer. Dícese que estando embarcado para ser trasportado á Palermo, una tempestad horrible hizo chocar el buque contra un escollo donde se estrelló. Los hombres y el cargamento se perdieron excepto este cuadro únicamente, que embalado como estaba, fué arrojado por el mar en el golfo de Génova. Allí fué pescado y sacado á la orilla. Echóse de ver entonces que era una obra divina y se la puso bajo guardia. Habíase conservado intacto, sin mancha y sin desperfecto, porque la fuerza de los vientos y de las olas había respetado la belleza de tal obra maestra. La fama divulgó el acontecimiento y los frailes se apresuraron á recobrarlo por interposición del Papa... Fué embarcado por segunda vez y trasportado á Sicilia. Vésele en Palermo, donde su fama es mayor que la del monte de Vulcano.»

Completaré esta historia añadiendo que, á pesar de este primer milagro de conservación, el tablero de madera sobre el cual fué pintado el *Spasimo* habíase enmohecido y desecado tanto que la obra entera amenazaba caer en polvo. Pero en París, cuando fué traído entre los trofeos de las victorias de la república y de las conquistas del imperio, una operación tan feliz como atrevida, ejecutada por el hábil restaurador M. Bonnemaison, transportó la pintura sobre tela y devolvió á esta obra maestra una nueva vida secular.

Se ha creído encontrar en la anécdota referida por Vasari la explicación de una especie de defecto que han encontrado algunos en el cua-

(1) ¡Oh! ¡al contemplar tu Virgen adorable
en su *extremo dolor*, cuanto he gemido!
MELENDEZ, *Oda á las artes.*

dro de Rafael: la santa mujer que, en primer término, extiende los dos brazos hacia el Salvador, algo torpemente, á lo que se dice, no sería María sino la Verónica, cuyo pañuelo ó sudario, consagrado por la leyenda, y que explicaría el movimiento de los brazos, habría desaparecido á consecuencia del accidente en que estuvo á punto de perecer el cuadro. Es una conjetura que cualquiera puede admitir ó rechazar. En cuanto á mí, que no veo ninguna torpeza en esos brazos extendidos sino al contrario un admirable gesto de ternura y desesperación, creo que Vasari se ha equivocado al citar á la Verónica y su sudario; á lo menos, no se puede percibir, en el ancho espacio que habría ocupado este sudario extendido, ninguna señal de *repintado*, ningún vestigio de trabajo de una mano extraña, y esta mujer en evidencia, *adorable*, como dice Melendez, *en su extremo dolor*, que ha servido entre los españoles para designar el cuadro, no puede dejar de ser la madre de Cristo, á quién necesariamente pertenecía el primer lugar entre las Marías y sus santas compañeras.

El *Pasmo*, que los biógrafos de Rafael están acordes en declarar pintado todo él por su mano, sin que ninguno de sus discípulos, ni áun el mismo Julio Romano, que esbozaba á menudo el color según el trazo del maestro, hubiese tomado la menor parte en este vasto trabajo, el *Pasmo* es, seguramente, uno de los mayores poemas de la pintura. No puede ser comparado en la obra de Rafael, ó mejor, en las obras de todos los pintores, más que á la sola *Transfiguración*, de la cual tiene las dimensiones y la forma. Si su destino (porque se podría decir de los cuadros, como de los libros: *habent sua fata*) lo hubiese colocado en San Pedro de Roma, en medio del gran templo de la cristiandad, mientras su célebre rival viajaba de Roma á Palermo y de Palermo á Madrid, él es el que se hubiera colocado en el trono del arte. Sobrepújale, por lo demás, en un punto importante, en la perfecta unidad de la composición. No podría dirigirse al *Pasmo* el reproche de que la acción es doble; no es del *Pasmo* del que se podría decir que, sacrificando á las modas de su tiempo, había cometido Rafael el extraño anacronismo de anidar bajo un árbol de la montaña, para hacerles testigos de la aparición, dos curas cristianos revestidos de sus estolas y de sus sobrepellices. En el *Pasmo* nada de inútil, nada de extraño; cada figura, cada objeto, cada detalle concurre maravillosamente á la misma acción, que se desarrolla así en esta unidad absoluta tan necesaria á las grandes composiciones.

Además de la unidad de acción, la excelencia del *Pasmo* reside principalmente en la fuerza de la expresión. En este concepto, señala el punto extremo donde se haya elevado el alma sublime de su autor servida por su hábil mano, y, por lo tanto, el colmo del arte. Jesús, en el centro del cuadro, que, á punto de llegar á la cumbre del Gólgota, dóblase y cae, no bajo el peso del madero que sostiene con brazo vigoroso y caritativo Simón el Cirineo, sino bajo el desfallecimiento y las angustias de su corazón; María, las mujeres, los discípulos, que exhalan y confunden su dolor en un concierto de oraciones y de lágrimas; los verdugos feroces, los soldados impasibles, y hasta ese centurión á caballo en quien respiran el poderío y la majestad del imperio romano; todos esos personajes diversos, trazados con la audacia y la firmeza del maestro, dispuestos con ese gusto inteligente que les hace valer unos por otros, forman una escena imponente, patética, noble y sublime, llena de una santa grandeza y de una belleza inefable. El *Pasmo*, en el cual se unen todas las eminentes cualidades que comprende y resume el nombre de Rafael y que el divino artista parece haber querido marcar con su sello de preferencia dándole su firma, tan poco prodigada, el *Pasmo* es una de esas obras raras, superiores, excelentes, en las cuales hay que limitarse á decir, cuando se las conoce, á los que quieren conocerlas: «Id á ver, sentir y adorar.»

NUESTROS GRABADOS

LA MADONA DE GUIDO RENI

Pertenece esta obra á un período de decadencia, y resplandece, por lo tanto, más por la belleza de la ejecución que no por el sentimiento. Guido Reni era un pintor lleno de elegancia, pero que carecía del genio creador de los antiguos maestros. Sus obras placen á los ojos más que al pensamiento.

EL PASMO DE SICILIA
Cuadro de Rafael

(Véase el artículo.)

LA ADORACIÓN DE LA CRUZ EL VIERNES SANTO
Cuadro de Joaquín Herrer, existente en el Museo Nacional
Dibujo de Plá y Valor

Es muy agradable este cuadro por su simpática composición y reproduce con perfecta fidelidad el espectáculo que presenta el coro de un convento de monjas en el solemne acto de la adoración, armonizando perfectamente los personajes con los accesorios y estando muy bien entendida la expresión de las figuras bajo el dominio de la impresión que las domina.

CRISTO ANTE EL PUEBLO
Estatua por Mark Antokolsky

Este escultor es el primero de Rusia, habiendo sido llamado *el escultor de los héroes*. Con todo, ha demostrado en su *Cristo* que era algo más que un incomparable cincelador de Ivanes y Pedros y que sabía también producir obras del más puro carácter religioso.

Esa figura del Cristo es tan original como sublime; humana y profundamente concebida, y el efecto que produce es hondo. Ahí está el divino Redentor oyendo las voces de la turba que grita á Pilatos: – *¡Crucifícale!* ¡Qué soledad, qué desolación, qué dolorosa miseria se refleja en el divino mártir! Es el Cristo que imaginan las almas delicadas; el Cristo de los tristes, de los pobres, de los desgraciados, que prefieren verlo representado así que no falseado por el convencionalismo.

CRISTO EN EL PILAR

Brevísima es la mención que los evangelistas hacen del azotamiento, pero es de tal manera *sugestivo* cuanto contienen los admirables relatos que nos dejaron, que no es de extrañar que así la meditación como el arte hayan podido sacar de ellos inagotable caudal de representaciones.

Uno de los episodios más memorables de la Pasión de Jesús es su flagelación y en él se ha inspirado el autor de *Cristo en el pilar* para pintar su cuadro lleno de dolorosa realidad al par que ingenuo misticismo, produciendo la reunión de ambos elementos ese efecto incomparable de las obras sinceramente religiosas.

EL PADRE ETERNO SOSTENIENDO Á SU DIVINO HIJO MUERTO
Cuadro del Greco

Ocupa eminente lugar entre los pintores españoles el célebre Domenico Theotocopuli, más conocido por *El Greco*, por ser esta su naturaleza, aunque no se sabe cuándo ni en qué ciudad nació. Estudió en Venecia,—donde recibió aquel apodo,—siendo condiscípulo del Ticiano, y por circunstancias especiales fué á residir en Toledo el año 1577, fundando la escuela de aquella ciudad. Su manera, que en un principio había sido puramente veneciana, modificóse en breve, adoptando ese dibujo fantástico y ese colorido agrisado, pálido, fofo, que hacen de sus personajes otras tantas sombras y aparecidos, concluyendo por ser excentrico hasta en la forma de sus cuadros, desmesuradamente largos y estrechos. Fué, en suma, un talento extraviado, aunque potente. La obra suya que representamos hoy es una de las mejores y figura en la catedral de Sevilla.

JESÚS LAMENTÁNDOSE SOBRE JERUSALÉN
Cuadro de B. Hole

Trátase de un cuadro moderno verdaderamente *religioso*. El asunto es la patética lamentación de Cristo sobre Jerusalén. La figura del Redentor, entregado á la meditación y contemplando á lo lejos la ciudad á la misteriosa luz del crepúsculo vespertino, está rodeada de una solemne y tierna atmósfera de armoniosos tonos grises, resaltando vagamente en la oscuridad. La expresión de Jesús concuerda con el aspecto del paisaje triste y desolado, resultando de ello un penetrante simbolismo.

EL CAMINO DEL CALVARIO
Grabado de Martín Schöngauer

Viene á ser esta obra una imitación del *Pasmo*, hecha, según trazas, por Justo de Gante, habiéndola grabado Martín Schöngauer, de Colmar. Aparte del prestigio de la obra rafaelesca nótanse en este *Camino del Calvario* evidentes huellas del arte flamenco.

LA RELIGIÓN DE CRISTO

El mundo antiguo, falto de los elementos esenciales que deben constituir el organismo de toda sociedad, dominado por cruel despotismo, sin fuerza moral ni material para recobrar su dignidad de contínuo hollada y escarnecida, fustigado y maltrecho por la tiranía de sus Césares, entregado al más irritante servilismo, necesitaba un reactivo enérgico y poderoso que devolviera la virilidad á su materia gastada y que le mostrara nuevos y luminosos horizontes que vinieran á poner término á la tenebrosidad que le rodeaba.

Roma pagana, árbitra del mundo, otorgaba á sus Césares poder tan ilimitado que así los convertía en señores de sus vidas y haciendas como les facultaba para elevarse á divinidades, siendo muy frecuente ver aquel pueblo de siervos adorar reverente en sus templos á sus desapiadados tiranos y á sus disolutas concubinas, prestar culto de adoración al que por mero capricho podía mandarlos á la arena del Circo ó condenarlos á una muerte más cruel.

En medio de aquel caos, de aquella espantosa disolución de costumbres, cuando la humana dignidad parecía rebajada al último peldaño del envilecimiento, aparece por Oriente la estrella destinada á difundir su redentora luz por todo el orbe.

Cuando en los primeros años del Redentor el Senado Romano proclamaba á Tiberio, la vida del Nazareno transcurría ignorada y apacible en Galilea; dirigíase algunas veces al templo donde se celebraban las asambleas hebdomadarias ó semanales, en las que comunmente discutían las gentes del pueblo y los sabios predicaban sobre la doctrina.

A la edad de doce años asistía á todos el derecho de exponer sus dudas y opiniones; había, no obstante, algunos libros como los primeros capítulos del Génesis y de Ezequiel cuyo examen no era lícito sino á una edad más madura y solo á los treinta años se consideraba que había llegado el hombre á la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

A esa edad se revela, pues, la gran figura del Salvador, y empiezan sus incomparables predicaciones encaminadas siempre á difundir el espíritu de amor y caridad entre todos los hombres. Infatigable en su regeneradora obra, despreciando las amenazas de que era objeto, sin desmayar ni un solo instante á la idea de la afrentosa muerte que le esperaba; llega al día de su pasión dejando sembrada la semilla de la doctrina más grande y consoladora, la más profunda y sabia que había de ser faro y esperanza de las futuras generaciones.

En nombre de Tiberio fué condenado el dulce Hijo de María; en nombre suyo sufrieron persecución los primeros propagadores de la divina palabra, persecución que continuaron sus sucesores con más despiadada saña y crueldad. Gran fe y gran abnegación se necesitaba en aquellos tiempos para ser apóstol de la naciente religión; los circos se llenaban de mártires, los suplicios más feroces eran aplicados á los más entusiastas propagadores; la lucha entre la verdad y el error comenzada en la cima del Gólgota, se acrecentaba con el martirio y la persecución; el más fuerte redoblaba sus rigores, agigantábase el heroismo del que no tenía otra fuerza que su fe, otra esperanza que su suplicio, pero como á consoladora confortación la eternidad de gloria prometida por el Impecable á los más desvalidos y desgraciados, y la corona de la inmortalidad que había ofrecido á los mártires de su doctrina. Algunos siglos de lucha titánica, miles de vidas sacrificadas por el poderoso opresor y una constancia indomable por parte de los cristianos dieron por resultado el triunfo de la Iglesia que había de prevalecer como á guardadora de las doctrinas del Verbo hasta la consumación de los siglos.

¡Cayó el poder de los Césares! su trono rodó por el polvo empujado por sus propios errores

y en aquella Roma pagana, tenaz perseguidora de la verdad evangélica, establece su silla la nueva Iglesia; la corte de los emperadores modelo de disipación y libertinaje, pasa á ser la Capital del Orbe Católico; la Ciudad Eterna.

¡Qué contraste tan opuesto ofrecen la Roma pagana y la Roma católica! No tan solamente marca esta en el reloj del tiempo la hora de la regeneración social, sí que también anuncia los albores del renacimiento de todas las artes, fuente de vida é inspiración de todas las edades, nota única que marca con perdurables trazos el estado de adelanto y perfección de los pueblos. Apenas establecida en Roma la silla apostólica, van desapareciendo los terroríficos circos y el mundo cristiano empieza la edificación de estas hermosas catedrales góticas, con sus naves majestuosas, sus alicatadas ojivas y sus agujas afiligranadas que partiendo de sus atrevidas torres parecen rayos de la fe, perdiéndose en lo infinito, templos edificados con tan maravillosa armonía con el culto á que habían de ser consagrados, que en su interior parece agrandarse la idea de lo eterno, remontarse el alma á las regiones de la inmortalidad. Avanza el tiempo y la idea no muere ni se debilita, al contrario se muestra palpitante y robusta en todas las manifestaciones de aquellas felices edades. Escriben los Padres de la Iglesia esas obras incomparables que habían de ser fuente de toda sabiduría, trazan los pintores sus Concepciones más famosas, inspirados en su mayor parte en asuntos místicos, y á la Roma Pontificia acude todo aquel que siente inflamada su mente por un destello de inspiración; allí son los papas los primeros protectores de las artes, allí se forma ese prodigioso Vaticano, dos veces sagrado asilo, dos veces venerable santuario por ser alberge del Vicario de Cristo y monumento que guarda las más prodigiosas manifestaciones de las artes.

Con el trascurso de los siglos se ensayan nuevas doctrinas que nacen vacilantes y mueren entre la general indiferencia; la del Crucificado impera y nadie puede eclipsarla á pesar de su indiscutible sencillez; al contrario, cuando parece que debe haberse agotado su poderosa fuerza, cuando parece que se han cantado sus

EL CAMINO DEL CALVARIO (Grabado de Martin Schöngauer)

excelencias hasta lo infinito, llegan los místicos del siglo de oro y para no dejar á las letras huérfanas de un monumento cristiano, legan á la literatura la más diáfana y espléndida corona, rayos de luz que no logra eclipsar la presuntuosa y vacía filosofía moderna.

¡Qué extraño y á la par que prodigioso secreto sustenta la doctrina de Cristo! Cambian los tiempos y con los tiempos las costumbres; las revoluciones derriban tronos seculares, ajustician á los reyes, atropellan á los creyentes, se proscriben leyes y costumbres, cambian las instituciones, se ensayan las más diversas formas de gobierno, se pasa de uno á otra extremo sufriendo las consiguientes oscilaciones y, sin embargo, la ley de Cristo subsiste; Roma continúa siendo la ciudad eterna; por cimera de todas las coronas reales se ostenta la cruz, símbolo de redención, y el Papa ciñe la tiara y es acatado como á rey de reyes y como á Vicario de Jesucristo en la tierra.

¿Qué queda de la antigua Roma? Un recuerdo repulsivo, algo como una sangrienta leyenda, una memoria dolorosa que se aviva á veces á los resplandores de la ciudad incendiada y otras enrojecidas por la sangre de sus víctimas y de sus mártires; quedan las figuras,—no grandes, deformes,—de sus Césares, dechados de disolución y crueldad; quedan algunas ruinas cuya vista hace entornar los ojos, porque sucede á veces que en la oscuridad aparecen más brillantes y luminosas las ideas y en la imaginación se reproduce momentáneamente la ciudad pagana con todo su espléndido poderío y todos sus tremendos errores, con su fuerza dominadora y absoluta y sus monumentos, reflejo de bárbaro poder.

El férreo cetro de sus Césares fué quebrantado para siempre, no por legiones poderosas y convenientemente armadas sino por el cetro de caña que en su pasión santísima empuñó nuestro Redentor.

Ninguna religión ha tenido tantos mártires ni tantos detractores; ninguna, apóstoles tan entusiastas, ni enemigos más encarnizados, y, al fin, ¿de qué se la acusa? ¿cuál es la grave, la capital acusación que sobre ella pesa? lo imperfecto de su clero: arranca el mal desde su origen, se revela ya en el apostolado; tiene Jesús entre sus discípulos un Judas traidor, un Pedro acomodaticio y tibio hasta negarle por tres veces, unos apóstoles que le abandonan en la triste noche del huerto de los Olivos y un Tomás que duda de su resurrección. Si los discípulos del Maestro se ofrecen á tan tristes reflexiones, ¿por qué exigir la perfección á todos sus sucesores y por qué no persuadirse de que lo perfecto no cabe en lo humano, á no ser que lo humano se funde completamente en el espíritu divino, y, sobre todo, por qué señalar siempre la parte débil y secundaria, si la doctrina del Divino Maestro por la pureza de sus principios y lo consoladoras de sus máximas será siempre la confortación de los tristes, la suprema esperanza de la humanidad?

ANTONIA OPISSO.

ADMINISTRACION: Cortes, 365 367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 16 de Abril de 1887 | Núm. 224

LA NOVIA DE MARMOL (Dibujo de Heilbaneck)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La muerte de Capdo* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Lecturas: A muchos y á ninguno* (continuación), por Clarín.—*Diana de Poitiers*, por Carlos Mendoza.—*Lo que dicen los libros*, por Vicente Colorado.—*A Enriqueta, al ser madre* (soneto), por Enrique Franco.—*Tus ojos*, por Teodoro Rodríguez de la Torre.—*Abril y Mayo* (poesía), por Ezequiel Solana.—Nuestros grabados.—Certamen literario en Sevilla.—*El premio de siempre* (continuación), por Josefa Pujol de Collado.

GRABADOS.—La novia de marmol.—Diana de Poitiers.—El juicio de Paris.—A orillas del Tér.—El Museo Helénico de Cambridge, (tres grabados).—El arte en Persia, (tres grabados).—La Jacquerie.—Tarde de sol.—El solitario.—Canada: Cabo Rojo.—Perspectiva desde la montaña.—El cementerio de la Costa de las Nieves, (Montreal).—En el parque.—La nieta.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

FIN DE UNA HISTORIA

PERMÍTEME, querida Carmen, que te dé noticias del término que ha tenido la enfermedad de la *Lolilla*; esta mujercita ya más célebre por su desventura que por su pequeñez. Es digna de un epitafio, porque Madrid durante muchos días sólo se ha ocupado de ella, mostrando al cabo un sentimiento de compasión por la que hasta entonces sólo había mirado con risa ó con desprecio. Faltaría, sino, en este libro el desenlace de una de las más interesantes historias de sus crónicas.

Tú sabes que muchos médicos se encargaron de esta enferma, visto lo raro del caso y más todavía la espectación pública. Los médicos, inclusos los más célebres y autorizados, tienen algo de los curanderos, de quien sólo hablan con sonrisa burlona; buscan el *puff*, desesperadamente; fiando en él su porvenir ó el acrecentamiento de su reputación, más que de su propio mérito. La enfermedad de la *Lolilla* les ofrecía una notoriedad provechosa y acudieron á rodear su lecho, buscando uno de esos brillantes éxitos que la prensa repite con admiración y entusiasmo... Pero la enanita era un caso desesperado; ella y su hija estaban destinadas á morir y la ciencia comprendió que en torno de su lecho no había más que un desengaño. Desde este momento, al decir de un periódico respetable y popular, la *Lolilla* quedó entregada á la comadrona y á las vecinas; es decir á las mujeres, que obedecen á los sentimientos de su corazón, sin esperanza de que los periódicos citen sus nombres. La queja de *El Imparcial* (que en su misma rectificación sostuvo briosamente) ha sido muy simpática; porque la *Lolilla*, aunque fuese una mujer de forma rara, encerraba dentro un alma de la misma esencia del alma de las mujeres más nobles y hermosas. Acaso la impresión gravísima que produjo esta noticia fué excesiva. La ciencia es una curiosidad lícita y gloriosa que no podría satisfacer plenamente su misión, si palideciere y temblase. ¿Qué podía ser la *Lolilla* para la ciencia? Un caprichoso manojillo de nervios y huesos.

En fin, la *Lolilla* murió, y la hija que la ciencia tardía y violentamente hizo entrar en el mundo, murió también; el pueblo de Madrid que ha seguido el curso de este asunto con un afán indescriptible, herido en su imaginación por esta leyenda de enanos, tan rara, en que el amor se mezcla con la brutalidad, en que los amores, forzosamente tienen que ser trágicos; supo su muerte y se agolpó á la puerta de la casa mortuoria para ver el cadáver. Varios agentes de orden público impidieron la entrada; de no haberlo hecho así hubiesen desfilado ante aquel pequeño ataud tantos miles de personas como ante el de un gran prelado ó de un rey. El cadáver de la vendedora de periódicos fué amortajado con un traje blanco y una corona de flores del mismo color; llevando, además, un ramo de pensamientos en la mano derecha. Homenaje conmovedor que se avenía con la juventud y la desventura de la *Lolilla*, pero que hacía surgir en la imaginación de quien contemplaba su cadáver ideas y sentimientos tan extraños como la figura y la historia de la muerta. Realmente ha necesitado morir para que todos la reconozcamos, como semejante nuestra y se la tributen los honores que á una niña, no á un fenómeno, corresponden. El ataud, donde yacían la hija y la madre, estaba puesto sobre una cama imperial, álumbrada por ocho antorchas.

Los que por verdadera piedad, ó por curiosidad tan solo, visitaban el cadáver de la *Lolilla* se encontraron un espectáculo singular; como todo lo que va unido á esta historia. Una mujer, profundamente emocionada, velaba estos cadáveres. Era la madre de la liliputiense: á quien la naturaleza quiso imponer el dolor y la dulzura de crear un monstruo y de amarlo. A las dos de la tarde del martes, la muchedumbre llenaba materialmente la calle de San Carlos; pugnando siempre por llegar hasta la casa mortuoria. Para despejar la calle hubo que acudir á un recurso ya empleado en otras ocasiones para disolver las multitudes, sin sangre. Los mangueros anunciaron que iban á regar y dirigieron al pueblo los cañones de sus aparatos. El pueblo no se deshizo por esto; mas levantó un clamoreo de protesta, que la frialdad de la tarde justificaba sin duda. Las mangas lanzaron, al fin, sus terribles bufidos y la calle quedó transformada en un monumento hidráulico. La confusión fué espantosa. Los gritos de indignación, los insultos, se mezclaban con las risas. Al cabo los funerales de una liliputiense tomaban carácter. Las salvas de honor las hacían los mangueros. Es inútil luchar contra el Destino; en vano trataréis de ir contra la preocupación social y honrar lo que ésta no estima ó estimar lo que la sociedad deshonra. Sin que lo sepáis, la preocupación toma forma de casualidad y se impone á vosotros: haciéndoos reir donde quisiérais llorar ó derramar lágrimas donde creías encontrar asuntos de risas.

Antes de las tres había llegado una magnífica carroza fúnebre, tirada por cuatro caballos enjaezados con penachos blancos y cubiertos con mantillas de damasco. Al sacar el féretro de la casa se produjo una agitación, una turbulencia, un griterío, un escándalo espantosos. Aquellas voces expresaban los varios y extraños sentimientos del pueblo de Madrid; sentimientos indefinibles para los mismos que los experimentaban; y en los que había indignación, curiosidad, admiración y á los cuales se mezclaba también alguna carcajada.

Pero en aquel momento no cabe duda, ya muerta la enanita, y muerta por tan extraña causa, la compasión se imponía en todos y la enana crecía en la imaginación popular con proyección luminosa; para el pueblo entonces la *Lolilla* era una virgen asesinada.

Sobre la caja se colocó una magnífica corona en cuyas cintas se leía la siguiente dedicatoria: «¡Pobre *Lolilla! Un parroquiano de Fornos.*» Este nombre resume su historia mejor que otro alguno, porque el café de Fornos era el sitio en que ella solía vender los periódicos y billetes de lotería. Los parroquianos de este café preguntaban siempre por ella cuando no la veían, y, según el corazón y la educación de cada uno de ellos, éste le dirigía una pregunta acerca de su familia, aquél una broma más ó menos intencionada y de buen gusto, todos alguna frase en que se marcaba la superioridad que sobre ella tenía el parroquiano por ser criatura de más cuerpo y la que pensaba tener también porque á más cuerpo más alma, sin duda. Si hubiese faltado esta corona en el entierro de la *Lolilla* hubiese faltado algo más que el homenaje colectivo de los que todos los días hablaban de ella; hubiese faltado el tardío desagravio, la retractación, de los que veían al cabo ennoblecida la deformidad por la desgracia.

Detrás de la carroza iban á pié, presidiendo el duelo, el empresario de teatros Ducazcal y el señor Casal, concejal del distrito. Ducazcal presidió por derecho propio; pues, ciertamente, había protegido mucho á la *Lolilla*. No hubiese faltado tampoco, de ningún modo, á este entierro, pues no deja de figurar en ningún acontecimiento extraordinario. Es un hombre que admira por su fibra corporal y por su imaginación siempre despierta. El monopoliza todos los acontecimientos y todos los éxitos. Allí donde ocurra un fausto suceso ó una gran desgracia; donde haya que ganar un duro y donde haya que darle, allí está Ducazcal: la aristocracia concluyó por transigir con él y el pueblo no ha dejado de quererle: fácilmente se ha convenido en perdonarle sus pecados y ponderar sus buenas cualidades: su temperamento es la lucha y nadie quiere habérselas con tan infatigable adversario. En este entierro le esperaba, sin embargo, algún desengaño de su popularidad... Pero todavía no ha llegado el momento...

Más de quinientas personas, la mayor parte de ellas vendedoras de periódicos, seguían el féretro. La matrona le seguía también. El aspecto de la comitiva no podía ser más extraño. Aquella escolta de viejos, mujeres, niños y niñas se ofrecía en corporación visible al curioso que no repara cuando compra un periódico ni siquiera en quien se le ofrece. Aquellos eran los hulanos de la prensa, los que contínuamente exploran la capital para conquistarla, en nombre de la libertad. Los diarios populares, son los liberales; por las calles no circula la reacción: se oculta en el hogar bien amueblado del magnate, ó en el cuarto desmantelado y triste del cura; en los palacios y en las sacristías. La calle pertenece á esa turba gritadora que ama la libertad porque de ella vive. El mismo Presidente del Consejo conoce menos el estado de la política y de la opinión que ellos. Ellos viven de no equivocarse y los hombres políticos de sus equivocaciones. Mañana se venderán tantos *veinticincos*, dicen los vendedores la víspera de una gran discusión, en la noche de un gran crimen. Ellos saben cuales sucesos impresionan al público y cuales no aumentan la tirada de su periódico en un millar de ejemplares. Ellos saben hacer el juicio de los mismos periódicos que venden con cuatro palabras, claras, gráficas, naturalistas, que no tienen réplica posible. Como que recogen directamente el juicio público. Mientras se permitan vendedores de periódicos y gritar los periódicos en la calle, la libertad dominará en España, porque dará siempre con su voz el alerta de calle en calle. Parecía que la escolta de aquel féretro era sólo una turba; era algo más: sus voces destempladas sonaban como las fanfarrias del progreso moderno. Y confesemos, prima, que aquel momento, en que sinceramente estaban afligidos é indignados le representaban noblemente.

En la sacramental de San Lorenzo se dió sepultura al cadáver. Allí la confusión se reprodujo: allí el espectáculo revistió incidentes lamentables. Todos querían ver el cadáver, todos se agolpaban junto á la fosa, se apretaban, se empujaban, se repelían; el tumulto degeneró en lucha; algunos recibieron contusiones graves; porque algunos cayeron al suelo y alguien dentro la misma fosa. ¿Qué les impulsaba á mirar de cerca con afán insaciable? Un sentimiento misterioso que como un vapor acre y siniestro se desprende de esta historia de desventura: algo de superstición inexplicable que conserva siempre el pueblo.

La *Lolilla* tiene sepultura perpetua, situada en el patio central número uno. Ducazcal ha costeado los gastos. No con el dinero que llevaba en el bolsillo, ciertamente. Porque allí mismo, como á otros concurrentes, manos calientes y corazones fríos se le habían robado.

Así ha concluído la historia de esta mujercita. Empezó como un fenómeno sólo interesante para la ciencia; cuya misión era soportar su desdicha viviendo como una mujer honrada, que después de todo forzosamente debe serlo; la frivolidad de las gentes, que no un sentimiento generoso, fijó en ella la atención pública; un día la Moda la indicó á la sociedad con su dedo sonrosado; la *Lolilla* se vió protegida, agasajada, festejada; alguien se fijó en ella estimu-

lado por el capricho; ella correspondió por capricho ó por amor; y de súbito la enana sin historia, sin porvenir, que debía vejetar y envejecer vendiendo la ilustración y la fortuna, se convierte en heroína de una novela de amores funestos, es madre y muere.

Todo es absurdo en esta historia: su cuerpo, su vida, sus amores, su enfermedad, su término, sus funerales, y la fluctuación de sentimientos entre la cual han seguido su vida y su muerte el pueblo y la sociedad...

Un día estaba en Fontainebleau Luís XIV, cuando le hicieron un singular obsequio: le presentaron en un plato de plata y cubierto con una servilleta un enanito de treinta y seis años, el cual se desenvolvió, lindamente, de su cobertura y le saludó con mucha finura. Era el más pequeño de sus súbditos. Luís XIV se rió mucho.

Se le enseñaron después al pueblo: el pueblo se rió lo mismo que Luís XIV.

Y el enano en una y otra ocasión se reía también viendo reir á todos.

Y todos tenemos razón. ¿Qué hace un hombre tan chiquitín entre tantos hombres de tan crecida estatura?

¿Para qué los hombres tienen necesidad de ser tan grandes?

—¡Si la risa no matase en ocasiones, confiesa, Carmen, que la mejor solución de todo sería siempre esta: la risa!

Tuyo,

FERNANFLOR.

LA MUERTE DE CAPETO

(MEMORIAS DE UN PATRIOTA)

(CONTINUACIÓN)

—¿Qué es lo que dices? Bien sabes que mis conocimientos artísticos son bastante limitados y que no me siento capaz de delinear no el bosquejo de un cuadro sino simplemente el de la más fácil figura. Yo solo sirvo para pintarojear muestras y por lo tanto me siento imposibilitado de llevar á cabo tu encargo.

—¡Quién sabe lo que puede suceder! No sería extraño que alguna fuerza misteriosa te ayudase en tal tarea.

Después de decir esto Teodoro todavía hablamos algunos momentos hasta que por fin mi amigo, con aquel estoicismo que le era característico, se envolvió en su manta, acostóse, y poco rato después dormía tranquilamente como hombre libre de toda preocupación.

Al día siguiente apenas amaneció, los tambores con su ronco sonido mandaron formar á las brigadas republicanas.

Allá en las alturas, á la blanquecina luz del alba, se vislumbraba el ejército alemán ocupando sus posiciones y esperando nuestra acometida.

En la agitación que reinaba en nuestros batallones se conocía que el combate no tardaría mucho en empezar.

De pronto sonó una terrible detonación. Era el primer cañonazo que nuestra artillería disparaba contra las posiciones enemigas.

Los alemanes contestaron, y entonces un terrible cañoneo entablóse entre los dos ejércitos.

Nosotros en correcta formación y arma al brazo aguardábamos la orden para escalar las abruptas faldas de aquellos montes y romper á la bayoneta las líneas enemigas.

¡Cuán diferente era el aspecto que presentaban los dos ejércitos!

Arriba los alemanes parapetados en sus trincheras, bien armados y deslumbrándonos con sus brillantes uniformes. Abajo nosotros completamente á descubierto, hambrientos, fatigados, con los vestidos rotos, las polainas destrozadas, y escasos de municiones.

Ellos soldados viejos, habituados al combate y endurecidos por las fatigas de la guerra, nosotros inexpertos reclutas y poco acostumbrados al ruído de las batallas.

Y á pesar de esto no sentíamos pavor porque la fe iba con nosotros.

Entre un guerrero de oficio y un patriota entusiasmado, existen inmensas diferencias.

Yo tenía á mi lado á Teodoro, que pálido y con ojos febriles contemplaba alternativamente mi rostro y las alturas vecinas, mientras que con manos crispadas oprimía su fusil.

En este instante, me pregunto que es lo que pensaría entonces mi amigo.

De pronto vimos como una exhalación pasar por frente á nosotros un grupo de ginetes.

En el centro de él columbramos el penacho y la faja tricolor de Hoche y los anchos sombreros de los dos representantes de la Convención.

Inmediatamente que esto sucedió diósenos orden de avanzar.

Todos bajamos á un tiempo horizontalmente nuestros fusiles y rompimos la marcha.

Poco rato después nuestros piés hollaban las primeras asperezas de los montes cuyas crestas ocupaban nuestros enemigos.

Como de costumbre en todas las batallas de aquella época, cantábamos la Marsellesa, y, tal vez fuera ilusión mía, pero nuestro canto vibraba en el aire con tan fuertes sonidos que no parecía sino que el himno saliera de boca de toda Francia.

¡Qué especie de soldados tan rara era la nuestra!

Nos batíamos cantando, y tal vez á esta circunstancia era debido aquel arrojo para desbaratar á los enemigos, y aquella fiereza en el ataque, que nos era peculiar.

DIANA DE POITIERS (Según el retrato de Belliard)

Yo no veía en aquellos instantes más que las filas de hombres que me precedían y los compañeros que marchaban á mi lado.

Mis ojos no tenían otra perspectiva que las brillantes bayonetas francesas y aquella bandera tricolor que excitaba mi entusiasmo y cuyo extremo asomaba por encima de los viejos tricornios.

Marchaba envuelto en aquel torrente que rugía el himno de la patria saltando peñas y salvando precipicios.

Era una gota de la hirviente marea de hombres que subía y subía para no parar hasta lo más alto de los Vosgos.

Una lluvia de balas caía contínuamente sobre nosotros causando un verdadero estrago.

Teodoro al oirlas silbar sobre su cabeza se sonreía al mismo tiempo que murmuraba junto á mi oído:

—Cualquiera de esas será para mí.

Poco distábamos ya de las posiciones enemigas. A través de las densas nubes de humo veíamos destacarse confusamente los negros montones de tierra tras los cuales asomaban las bocas de los cañones y las cabezas de nuestros enemigos.

De pronto, cuando ya solo distábamos un centenar de pasos de las posiciones que íbamos á atacar, los jefes de nuestros batallones agitaron sus sables en el espacio y aquella fué la señal.

Apresuramos el paso, ó más bien dicho, corrimos para arrojarnos sobre nuestros enemigos, y en el mismo instante de todas sus trincheras salió una formidable descarga.

Una intensa y fugaz llamarada horizontal, luégo un espantoso trueno, y por fin nos vimos envueltos en una nube de espeso humo.

Yo ví perfectamente como Teodoro cayó al suelo de bruces sin exhalar un solo grito, pero en el mismo instante la tierra pareció faltar bajo mis piés y vine al suelo.

(Se concluirá.)

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

EL JUÍCIO DE PÁRIS (Cuadro de D. J. Jimenez) Existente en el Museo Nacional

A ORILLAS DEL TER (Dibujo de F. Mestres)

LECTURAS

Á MUCHOS Y Á NINGUNO

(CONTINUACIÓN)

Porque sin ingenio, señores, no hay nada. Esta verdad de Pero Grullo es la que nuestros novelistas improvisados olvidan constantemente. Hay que hablar de esto. Según el discreto y erudito autor del *Discurso preliminar sobre la primitiva novela española*, (Rivadeneyra, t. III) viene á ser la novela «relación *ingeniosa* de una acción fingida pero verosimil entre personas particulares.» Con tal definición podrá estar mal cualquier cosa menos lo de exigir á la relación que muestre ser obra del ingenio.

Sin embargo, de esto es de lo que con mayor desfachatez se prescinde, y se quiere probar por *a* más *b* que se es novelista porque se cumple

EL MUSEO HELÉNICO DE CAMBRIDGE

LA NIKÉ DE ARKERMOS

con esta y la otra condición, sin que les importe á los que tal hacen olvidar lo principal, la aptitud para el arte literario, la invención ingeniosa.

Yo conozco algunos de nuestros *jóvenes prosistas* que escriben su novelita cada año (y antes falta el sol) que de buena fe se creen autores y en poco está que no anden con uniforme de naturalistas; tienen montada una especie de administración, complicada, como la de cierto *barina* tronado de Gogol, en la que no falta más que una rueda para que sea aquello todo un establecimiento de realismo perfeccionado. Escriben los tales cartas y más cartas á todos sus compañeros de naturalismo dentro y fuera del reino, se alaban mútuamente, desprecian al enemigo, á los idealistas, y se quedan tan satisfechos. Pues bien, ahora el secreto: son tontos, tontos casi casi de capirote; sosos, apocados, de espíritu flaco, de ánimo alicaído; nunca se les ha ocurrido decir, ni pensar, ni hacer nada de particular, y con estas señas personales quieren representar el arte literario, es decir, la flor de la fantasía y del sentimiento, la frescura del alma humana, el anhelo más alto, la visión más gloriosa y pura de la realidad ideal y corpórea. Pues eso no se lo hace nunca ver la crítica, esa crítica que por serlo prescinde también de lo principal en su naturaleza: el gusto. Los críticos sin gusto perdonan á los novelistas la falta de ingenio y así anda ello.

Como aquí nadie estudia de veras estética, porque los más ni saben con qué se come, y otros la desprecian sin conocerla por aquello de que ya no hay metafísica, ni nada más que hechos, etc., etc, y los más listos creen que para estética basta la de Eugenio Veron y á lo sumo los trataditos de Laugel y otros por el estilo, buenos para saber cómo le escarba á uno la música los oídos y cosas de este tenor, pero insuficientes para lo principal; como aquí se meten á hablar de literatura jóvenes y viejos que tienen el alma de canto... positivista y con fractura antropológico-sociológica, ó como si dijéra-

LA NIKANDRÉ DE DELOS

mos, á la antigua, de ciencias morales y políticas; como andan por esos periódicos critico literarios que hablan de estas cosas, sagradas cosas, como si fueran presupuestos, ó microbios ó higiene pública, ó teorías parlamentarias, como todo esto es una confusión y un dolor, nadie se para á meditar lo que corresponde á la psicología estética, á las propiedades del artista como espíritu creador. ¡Buen creador te dé Dios!

¿Qué han de crear esos muchachos que no sienten nada, que nada tienen que decir porque son almas vulgarísimas? De artistas no tienen más que la ambición de gloria; más que de gloria de notoriedad, porque la gloria consiste en valer y á lo sumo en que lo sepan los espíritus nobles, elevados; la notoriedad no necesita más que la fama del sufragio universal y se cuida poco de merecer ó no el crédito que alcanza. Algunos de nuestros novelistas ya nos vienen con el ren ren ese, traducido del francés, por supuesto, que consiste en despreciar á los políticos por *burgueses*, por medianías de ambición pequeña y prosaica. ¡Infelices! No comprenden que ellos no llevan á las letras mejores armas que los otros á la política; tal vez recurren al arte por no haberse atrevido á probar fortuna en la vida pública ó por haber llevado desengaños, ó por débiles ó por ineptos para los negocios. El arte no es un refugio, no es iglesia de asilo. Sin contar, con que áun muchos espíritus aristocráticos, en el sentido del *esteticismo*, que no son profanos en el culto desinteresado de lo bello, tienen que contentarse con el papel de fieles, sin osar pretender un oficio en la iglesia militante, porque les faltan las facultades creadoras. No basta que tengan buen gusto, delicadeza, juicio firme, penetración, pasión sincera y noble por el arte, aguda inteligencia, gran ilustración; sino saben inventar no escriben, por lo mismo que son discretos y aman de veras el arte. En todo amor grande hay respeto. En el arte hay que dejar mucho á lo que, bien ó mal, se llama lo insconsciente. Entendiendo mal ciertos párrafos de Zola, yo creo que entendiéndolos mal, muchos se ríen, en nombre del naturalismo, de la invención, de la inspira-

LA HERA DE SAMOS

ción, del *dón*, etc., etc. Es, sencillamente, una tontería burlarse de tales ideas, negarlas. Despojémoslas en buen hora de todo carácter mítico, pero no las neguemos; ni siquiera cabe negarlas su carácter de misteriosas fuerzas. Esa espontaneidad creadora que no se sabe de dónde viene, es siempre la principal en los artistas, aunque ellos lo nieguen, porque sean de los aficionados á ese espejismo del orgullo que se contempla, no en las propias obras, sino en la teoría en que se pretende fundarlas. Muchos grandes escritores que no se atreven á alabarse directamente, se valen de este fingimiento retórico de elogiar la eficacia de la doctrina y de los procedimientos técnicos de que se valen. Los incautos imitadores caen en la trampa; no ven la profunda ironía de los maestros, á quienes sin pensarlo ofenden atreviéndose á imitarles. ¡Imbéciles! pensará el genio preceptista al ver estrellarse á los incautos. Cuando yo veo á Campoamor ó á Víctor Hugo, ó á Zola mismo, ó al mismo Juan Pablo (y eso que éste era más legítimo *estético)* exponer todo su arte de escribir poesía, se me figura estar oyéndoles decir: «Para hacer esto hay que proceder de esta y de la otra manera,»—y añadir por lo bajo,—«y, además, hay que ser Campoamor, ó Hugo, ó Zola, etc.»

Hay que ser casi tonto, para no comprender que Zola ha sabido antes que nadie lo que ahora descubren los Ganderax, los Brunetiere, los Lemaitre, etc., saber, que él es antes que todo un poeta, un gran poeta, y que si su naturalismo *á lui* prospera es... por la *inspiración* del maestro. Zola, que tiene además de genio, talento, no puede menos de haber notado que lo mejor que hay en sus obras es lo que no depende de credos literarios ni filosóficos; lo que viene no se sabe de dónde: la inspiración, el soplo divino, que no será divino ni soplo, si no quieren, pero que sopla, y sopla como lo haría una divinidad.

(Se continuará.)

CLARÍN.

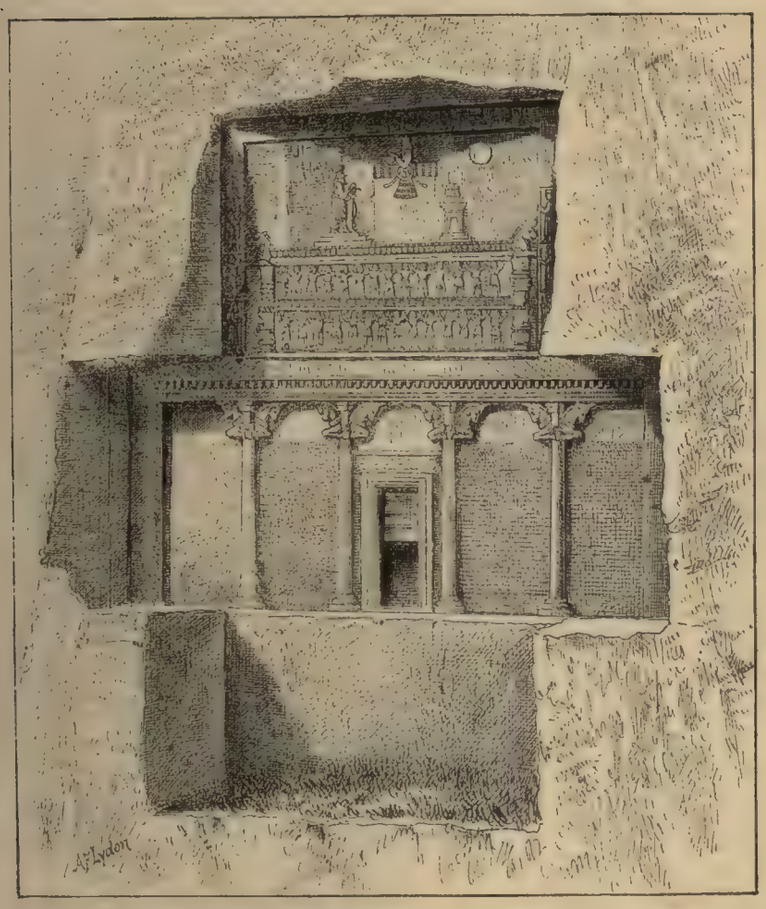
DIANA DE POITIERS

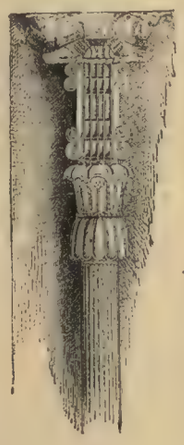
Así como hay tipos de mujer, Helena, Cleopatra, Francesca de Rímini, Julieta, Desdémona, la Estuardo, María Antonieta, que serán eternamente objeto de interés y motivo de pasión para el artista, hay también una porción de hermosísimas vulgaridades que gozan de extendida fama. Así, por ejemplo, suélese citar como una especie de diosa de la hermosura á la célebre Diana de Poitiers, la hija de aquel conde de Saint-Vallier, de *Le roi s' amuse* y *Rigoletto*, salvado del patíbulo por el abandono de su hija al rey-caballero. ¡Qué desencanto, sin embargo, cuando se fija la atención en tal hembra! Nada más repugnante, en efecto, que la avaricia y la sed del oro en una mujer. Hartos ejemplos tenemos hoy día entre tantas damas de mucho ringorango cuyas fechorías financieras causan náuseas. La de Poitiers era el tipo completo del mercantilismo; mujeres así, más parecen muñecas mecánicas, artificiales y secas, que no criaturas humanas.

Todas esas favoritas y queridas de los reyes, no han favorecido jamás los intereses de su patria ni han contribuído nunca á mejorar la condición de los monarcas; la mayor parte han sido calamidades públicas, desde la Cava á Lola Montes y desde la Sulamita á la Pompadour. Ninguna de ellas puede resistir al análisis de la crítica.

El prestigio de la famosa duquesa de Valentinois procede de la atmósfera que le hicieron los artistas de la corte de Francisco I, tales como Juan Cousin, Juan Goujon, Filiberto Delorme y el Primatice, todos los cuales la representan en sus cuadros y estatuas en figura de Leda abrazada al cuello de un ciervo, cuyo animal no hay para qué decir que aludía á su real amante.

Es imposible negar que Diana de Poitiers fué una de esas mujeres, tan numerosas en Francia, que saben aparentar una juventud eterna, como Ninon de Lenclos y la Recamier; hermosa, no hay para qué encarecerlo, ni tampoco su buen gusto y su elegancia, y con todo, Diana no fué más que una cortesana sin corazón ni talento, símbolo de la victoria de la adulación y el sensualismo. Fué adúltera, egoísta y avara; agotó el erario, y si bajo su dominación se llevaron á cabo varias obras de arte, fueron pagadas por medio de vejatorios impuestos ó de crueles confiscaciones. Joven, casi niña, se había casado con un viejo, feo y jorobado, pero que era gran senescal de Francia. Viuda de aquel carcamal, fingió llorar muchos años su memoria para que pudiesen ser cotizados á más alto precio sus favores. Nada más innoble, finalmente, que su barraganía con el delfín, que tenía diez y ocho años menos que ella y al cual dominaba por completo, gracias á sus astutas artes. Era, en suma, Diana de Poitiers, si materialmente bella, llena en cambio, de fealdad moral. Con todo, sépase que la hermosa manceba de Enrique II (y antes de su padre Francisco I) contaba entonces cuarenta y tres años, los mismos que madame Recamier cuando Ampere, que sólo tenía veinte, quería casarse con ella.





EL ARTE EN PERSIA: LA TUMBA DE DARIO, EN NAKHCHI-RUSTEM.—UN CAPITEL.—SAPOR I Y EL EMPERADOR VALERIANO

Cuando el delfín se prendó de la viudita, adoptó los colores blanco y negro, únicos que empleaba Diana en sus fastuosos trajes. La infancia del príncipe había sido muy triste. Enviado á España con su hermano como uno de los rehenes para la ejecución del tratado de Madrid, había pasado cuatro años relegado en Valladolid en un convento de frailes, en donde había padecido una verdadera cautividad. Vuelto á la corte de Francia, mostróse lleno de embarazo y timidez, por cuyo motivo su padre le demostraba poco afecto. A Francisco I no le gustaba aquella falta de vivacidad que tanto contrastaba con la ligereza de su cabeza de chorlito. El pobre príncipe, que se veía de tal manera aislado, tendió entonces una mirada en torno suyo y cayó postrado á los piés de Diana, en demanda de su protección y arrimo. El desdichado mozalvete se enamoró de la taimada palaciega como de una divinidad, hasta la idolatría y el fanatismo más exagerados.

Nadie diría que el amante de Diana fuese el heredero de la corona de Francia al leer los versos que le dirigía y las muestras de rendísimo vasallaje con que se conducía respecto á ella.

Enrique estaba casado con Catalina de Médicis desde hacía ocho años, pero las costumbres de la época — *¡quantum mutantur ab illo!* — admitían que se compartiese el cariño entre la esposa y la querida. La astuta florentina callaba y disimulaba, esperando, empero, la ocasión de vengarse. Además de esta rival tenía Diana otra enemiga en la duquesa de Etampes, joven querida del viejo Francisco I, así como ella era la vieja querida del joven delfín. La duquesa tenía por artista encargado de reproducir sus encantos al Primatice, y Diana á Benvenuto Cellini.

Así que subió al trono Enrique II, convirtióse Diana, que tenía entonces cuarenta y ocho años, en la verdadera dueña de Francia. Mandó desterrar á la de Etampes, hízola devolver un diamante de cien mil escudos, último presente que á la linda jovencita había hecho Francisco I, y desde entonces puede decirse que el tesoro público se convirtió en su caja particular. Todo lo cobraba, lo vendía, lo dispensaba, lo devengaba y lo embolsaba la interesante jamona. Dinero, dinero y dinero, tal era el único afán de la duquesa, siempre bella á pesar de los años.

Tocante al carácter de su hermosura no hay para qué negar que guardaba relación con su nombre; era una belleza dominadora, escultural, de orgulloso aspecto, imponente y casi dura, revelando como principal atributo la fuerza. Así es que muchas veces se revestía de una armadura sin mostrar la menor incomodidad. ¿Pero cómo podía á los cincuenta años conservar el prestigio y el brillo de la juventud? «El secreto,—dice Michelet,—es bello sin duda, pero fácil de saber: no conmoverse por nada, no amar nada, no compadecerse de nada. No abrigar otra pasión que la que da un poco de movimiento á la sangre, placeres sin borrascas, amor á la ganancia y la caza del dinero.»

Por otra parte, la fuerza de voluntad de Diana alcanzaba imposibles. No quería envejecer y no envejecía. Tenía, empero, una fuente de Juvencia, y ésta era el baño de agua helada que tomaba en todas épocas. Al rayar el alba estaba

LA JACQUERIE (9

de G. Rochegrosse)

ya levantada; lanzábase entonces á caballo á través de los bosques y cazaba dos ó tres horas ciervos ó jabalíes. Estas costumbres activas y matinales le daban un vigor increíble, evitándole el menor instante de desfallecimiento.

La vieja cortesana sabía, por otra parte, tenerle embobado á aquel rey quijotesco, manteniéndole en la ilusión de que ni el mismo Amadis había sido tan fino enamorado como él; Enrique II estaba chiflado, en efecto, con los libros de caballería y remedaba lo que leía acerca de los Lisuartes y Esplandianes.

La Dulcinea, sin embargo, no incurría en semejantes mentecaterías; la cuestión era sólo *cuartos, cuartos, cuartos*, y á este propósito trata, regatea, compra, vende, adjudica y hace negocios como el más inteligente mercachifle. Así, como Solimán II, aliado del rey cristianísimo, hubiese apresado algunos barcos españoles y regalado los cautivos á Enrique II, cedióles éste á Diana para que dispusiera de ellos, y en efecto, LOS VENDIÓ, hombres y mujeres, y no sólo los vendió sino que sabiendo que Solimán había encontrado muy feo este negocio y se disponía á mandar un embajador para quejarse al rey, dió orden de que se sacaran á subasta lo más pronto posible, antes de que llegase el enviado del Gran Señor.

La favorita, siempre ojo avizor á la ganancia, cuidaba de todo lo relativo á los hijos que iban naciendo de Enrique y su mujer; les escogía las nodrizas, les designaba los sitios en que debían veranear y se convertía en enfermera de la reina cuando estaba mala. Todo se le pagaba espléndidamente. En cuanto á Catalina de Médicis, disimulaba lo que podía mortificarla aquel amor, y hasta llegó á formar una especie de alianza tácita con la favorita, tanto más en cuanto ningún cariño profesaba á su esposo. La taimada florentina sólo abrigaba en su pecho la pasión del mando y su astrólogo Ruggeri la había vaticinado que reinaría á sus anchas. Por eso aguardaba y callaba.

Tenía, además, otra gracia Diana, y era la crueldad; así, después de haberse entregado á los placeres más insensatos con el rey, disponía unos cuantos autos de fe para ver cómo ardían los hugonotes en la hoguera, ó bien se divertía con el hijo de Francisco I viendo como daban tormento á los reos de herejía con la cuerda, la estrapada, la tranca, el brasero y demás *cuestiones*. ¡Era muy entendida en materia de placeres la duquesa de Valentinois! Generalmente los torneos iban seguidos siempre, como fin de fiesta, de hogueras para calvinistas. Una vez el rey, que volvía de justar en honor á Diana, pasaba por el quemadero y oyó los alaridos de un antiguo criado que moría entre las torturas del fuego.

Donde se ve que no siempre han de ser España y la Inquisición los autores de chamusquinas.

Con todo, ocurrió una vez un suceso que hizo se le pasaran á Enrique II las ganas de ver cómo *daban lumbre*, aunque no de hacerla dar. Fué el caso que un pobre sastre, detenido como herético, fué conducido ante el rey, á quien quiso darse el divertido espectáculo de la confusión y simplicidad de aquel botarate, pero en vez de ser así contestó al interrogatorio regio con cordura y dignidad. Diana de Poitiers que asistía á aquella escena, quiso meter baza en la discusión, y entonces exclamó el sastre: —«Señora, contentaos con haber infectado la Francia y no mezcléis vuestra basura en cosa tan sagrada como es la verdad de Dios.»—Callóse la favorita por de pronto, pero el día 4 de Julio de 1549 subió el pobre sastre, con tres correligionarios más, á la hoguera encendida en la calle de San Antonio, en presencia del rey y de Diana, y

EL SOLITARIO

cuéntase que cuando el sentenciado se apercibió del rey, que estaba asomado á una ventana del palacio de Roche-Pot, «se puso á mirarle tan fuertemente que nada podía hacerle desviar la vista del él.» El rey, lleno de terror por aquella mirada, fija y terrible, se apartó de la ventana, y perseguido largo tiempo por aquel recuerdo vengador, juró no volver á ver quemar más condenados.

El rey murió de una lanzada que recibió en un torneo. Su querida, cuyos colores, blanco y negro, llevaba, tenía entonces *sesenta años*, y conservaba aún algunos restos de belleza.

Subió en consecuencia al trono Francisco II, casado con María Estuardo, el cual se contentó con hacer devolver á la querida de su padre todas las joyas que había recibido del chiflado monarca, mientras Catalina de Médicis la hizo restituir, por su parte, el castillo de Chenonceaux (hoy propiedad de M. Wilson, yerno de M. Grevy).

Diana pasó los últimos años de su vida entregada á la devoción; fundó varios conventos de arrepentidas y en su testamento habló de sus bienes, diciendo que procedían *¡dé su trabajo!* ¡Oh ingenuísimo cinismo!

«Nada ofrece el destino de Diana de Poitiers, —dice M. Imbert de Saint-Amand,—que encante la imaginación; nada que seduzca el corazón; nada que deba desarmar la justa severidad de la historia. En ninguna de sus cartas se encuentra la menor expresión tierna ó humana, sin desmentirse jamás el personaje oficial. Fué una mujer sin sensibilidad, sin lágrimas, sin sonrisas; una belleza viril que poseyó fuerza, energía y resolución, pero no gracia ni bondad. Es el tipo de las favoritas regias, de esas grandes intrigantes medio queridas y medio ministras, que tratan el sentimiento como un negocio de Estado y ponen en el triunfo del vicio como una especie de decoro y de gravedad... Diana de Poitiers fué el genio maléfico de Enrique II; mejor dirigido hubiera sido este príncipe capaz de grandes cosas; Diana le quitó el respeto de sí mismo. La pretendida *divinidad del Renacimiento* no merece ninguna apoteosis, y si la historia no es una escuela de escándalo jamás podrá ser indulgente para mujeres que como la duquesa de Valentinois no fueron en realidad, más que modelos de cortesanas.»

Razón de sobras tiene el distinguido historiador francés. Nada más repugnante que el vicio tarifado; entre el desbordamiento frenético de Mesalina y el frío cálculo de la crápula de cuenta y razón, es más disculpable lo primero. Nada más asqueroso que la sordidez de las favoritas. Por suerte, se acabaron con el absolutismo.

CARLOS MENDOZA.

LO QUE DICEN LOS LIBROS

Mi familia son los libros y mi hogar cualquiera biblioteca.

Quisiera que la humanidad hubiese hablado un idioma en todos los tiempos para leer los libros de todos los pueblos.

La pasión por el libro me ha proporcionado días de inefables goces y de pesares sin cuento.

Porque un libro, como una mujer, ama ó aborrece, se entrega ó resiste, es fiel ó inconstante, acaricia ó maltrata, hace reir ó llorar y á veces dormir profundamente.

En mi primera edad amé á todos los libros sin distinción de sexos ni categorías.

Algunos, los de literatura, correspondieron á mi entrañable afecto, me amaron; con otros, como los de matemáticas, no pudimos entendernos nunca.

Romeo y Julieta gozaron de una paz octaviana en sus amores, comparando sus desdichas con las que á mí me han proporcionado otros Capuletos y Montescos no menos tenaces y testarudos.

Primero mis parientes, los cuales ponían el grito en el cielo siempre que me hallaban con un libro en las manos; luégo mis amigos que nunca me dejaron pelar la pava tranquilamente; y, por último, las mujeres, cuya afición á la lectura no traspasa los límites del folletín.

¡Qué de herejías me han hecho! ¡Cómo me cosieron con sus burlas!

En muchas ocasiones fué la desigualdad de fortuna la que me impidió gozar del objeto amado.

Como el célibe que aburrido de las cuatro paredes de su casa busca en la de un amigo la alegría y el calor que en la suya le faltan, así yo, en mis épocas de penuria he recurrido á las bibliotecas de mis compañeros.

Eran estas lecturas, de libros ya conocidos, como renovación y recuerdo de antiguos amores, los cuales muchas veces terminaban en crueles desengaños.

¡Quien no ha visto á uno de tantos amantes, la mirada fija en un punto y el alma en los ojos, inmóvil bajo un balcón, pasar largas horas en semejante actitud, lo mismo en los ardientes días del estío que en los nevados del invierno!

De igual modo han pasado para mí días, meses y áun años á pié quieto, frente á los escaparates de las librerías.

Esta clase de espectáculos me han cautivado en todas ocasiones, mucho más que la contemplación de la naturaleza.

La luz del mechero de gas, reflejándose en las cubiertas de colores impresas, me atrae y da vértigos como si me asomara á un abismo.

La última edición de un libro antiguo es la vuelta de la primavera: florece de nuevo.

Ante las obras impresas en idioma para mí desconocidos me quedo largo tiempo en éxtasis; son mis amores platónicos.

Cuando á través del cristal no alcanzo á leer un título ó un nombre, siento el suplicio de Tántalo; ¡una frase de amor perdida!

OBRA NUEVA

Este anuncio colocado entre las páginas de un volumen, me produce efectos extraordinarios; los ojos se me agrandan, la inteligencia se me esclarece, los nervios no me dejan en paz, me agito, me muevo, bailo, salto, gesticulo y río como un idiota.

¡OBRA NUEVA!

¡Un libro más que leer!

Para mi nó hay alegría semejante; todo lo demás desaparece á mis ojos; todo menos la nueva obra que se ofrece á mis miradas hermosa, provocativa, deslumbrante, como si el sol hubiera bajado á la tierra y se hubiera hecho libro.

El libro es hijo del papel y de la tinta.

¡La negrura de la tinta expresando la claridad de la inteligencia!

Así debió salir el mundo del caos.

¡Los sentimientos del hombre confiados á la debilidad de un papel! ¡Quién duda que el amor es heróico!

TARDE DE SOL

El libro en manos de un librero es un esclavo; los libros no deberían venderse, deberían solicitarse y su autor ser considerado como hijo de los dioses.

El libro en manos inexpertas es un mártir; á toda persona á quien se la enseña á leer convendría enseñarla antes á tratar los libros, como se educa á los niños al propio tiempo que se les instruye.

Prestar un libro es ser cómplice de adulterio; el que lo roba efectúa un rapto; quien lo vende lo prostituye.

El libro en el escaparate es una joya; envuelto en un papel una mercancía; en el bolsillo un recurso; sobre una mesa un enfermo; en el suelo un cadáver; en la biblioteca una momia, y en la mano, ¡ah! en la mano es libro.

Un libro antiguo infunde respeto; viejo, mueve á compasión; sucio, parece un apestado; roto, hace llorar y nuevo se le ve sonreir.

Los libros creados por el fuego de la inteligencia, sería conveniente en sus postrimerías entregarlos al fuego de la naturaleza; la madre ama á sus hijos, ¿por qué no devolvérselos?

Sería un triple *fiat lux;* el de la creación, el de la vida y el de la muerte.

Un libro cerrado es una noche estrellada; cuando se le abre, amanece; el acto de cortar sus páginas, tiene algo de alumbramiento; quién lo hojea, lo acaricia, lo besa; leerlo, es orar; comprenderlo, es fortalecerse.

El libro mal cosido, es una persona mal vestida; se parece á una mujer fea si está mal impreso; con erratas, es una hermosa tela con remiendos viejos y de distinto color; con dobleces, parece un mendigo; cuando la estampación es desigual toma formas horribles, semejándose á un hombre que, á la vez que tuerto, fuese cojo, manco, jorobado y sin dientes ni pelo.

Cuanto más bellas condiciones tipográficas tiene un libro, tanto más gana el texto; la letra clara y holgada, da claridad á los pensamientos; nos habla en voz alta cuando los caracteres de imprenta son grandes y muy bajita cuando son pequeños.

La cubierta de un libro es su fisonomía; su papel lo que la ropa blanca á las mujeres, que cuanto más limpia y planchada, más seduce y enamora.

El cuerpo del libro es la margen, el alma lo impreso; su edad la paginación; el título su nombre.

Los grabados son la vanidad del libro; parece que están diciendo antes de que lo leais:

—¡Mira que buen mozo soy! ¡Qué talento poseo! ¡Qué cosas tan buenas digo!

Los libros con grabados son los seres más indiscretos, más inoportunos y más impertinentes que conozco; no tienen seriedad ni educación.

Revelan antes de tiempo secretos que al lector únicamente toca descubrir; involucran los sucesos; desfiguran á los personajes y dan en tierra con el interés de la narración.

Quien no sabe ver con el entendimiento que cierre el libro.

El que ve con la fantasía lo que lee, siempre se lo imagina más perfecto y acabado que el lápiz y el buril puedan hacerlo.

Leer es pensar y sentir, no mirar.

Los libros con grabados son buenos para los niños y para las mujeres.

Los libros grandes me inspiran tanto miedo y temor, que los pondría en un atril como en un altar y leería sus páginas con el sombrero en la mano.

El libro en rústica es el libro por excelencia.

El hospital de los libros es el taller del encuadernador.

Un libro en pergamino es un ictérico; un volumen manuscrito una flor de trapo; los libros de lujo la nobleza de la clase; los de escuela y universidades apenas son libros.

Un libro encuadernado en pasta es como un sér enterrado en vida; sus tapas son la losa del sepulcro, entre las cuales y en letras doradas, se lee su epitafio.

No hay nada tan semejante á un cemen-

CANADÁ: CABO ROJO

PERSPECTIVA
DESDE EL PASEO DE LA
MONTAÑA

CEMENTERIO DE LA COSTA DE
LAS NIEVES (MONTREAL)

EN EL PARQUE (Cuadro de Wodzyuski)

terio como una biblioteca de libros empastados.

El libro en rústica es comunicativo y espontáneo: en donde quiera que se le deja os sonríe, y, por entre sus blancas márgenes, deja escapar alguna palabra, os enseña alguna frase con la cual os provoca y atrae como una dama que, sonriendo, os enseñara el nacimiento de la pantorrilla entre blanquísimos encajes.

El libro en pasta metido en sí mismo, se halla siempre cerrado á piedra y á lodo; os muestra una superficie dura y compacta como una piedra; no tiene expresión ni dice nada; parece que está vuelto de espaldas, que lo desdeña todo; tiene cara de pocos amigos.

Un libro en rústica es flexible, se adapta á vuestros gustos; parece que las palabras están saltando del papel, que las hojas se vuelven por sí mismas, que desea agradaros y ser vuestro, vuestro hasta la última letra de su sangre.

Un libro en pasta se va de entre las manos; está siempre queriendo escapar; al menor descuido se cierra y os deja con la palabra en la boca; no podéis llevarle á parte alguna sin grandes molestias y dificultades.

El libro en rústica es el libro de mis amores; mi amigo inseparable; dónde quiera que voy me acompaña; unas veces en el bolsillo, otras en las manos, nunca debajo del brazo, le llevo conmigo y me habla á todas horas; duerme á mi lado; come en mi mesa; hacemos juntos visitas, y por la calle, en medio de la red de coches, tranvías, carros, rippers y personas que la cruzan en todos los instantes del día, lo tengo ante mis ojos y leo tranquilamente palabra por palabra, línea por línea y hoja tras hoja.

Mi ambición, mi ideal es poseer una biblioteca en un jardín.

¡Flores y libros! ¡Perfumes y sentimientos! ¡Ideas y colores!...

Temo la muerte porque vendrá á interrumpir mis lecturas.

¡Cuántos libros se publicarán después de que yo haya dejado de existir! ¡Qué buenas y bellas cosas se imprimirán que yo no he de leer!...

Esto me desespera.

¡Oh, mis queridos libros, vuestros serán mi corazón, mi inteligencia y mi voluntad!

No me habléis de mujeres, de fortuna, ni de honores; dadme libros, más libros, siempre libros.

Cuando la hora de mi muerte haya llegado y comience mi agonía, no me digáis palabras de consuelo, no lloréis; si me amáis, si queréis que muera dichoso y la eterna sombra se ilumine y el reino de la muerte me sea querido, abrid los diálogos de Platón y con voz clara, vibrante y sonora leedme el de *Phedon* sobre la inmortalidad del alma.

VICENTE COLORADO.

Á ENRIQUETA, AL SER MADRE

SONETO

Me han dicho que eres madre. ¡Con qué anhelo
bendecirás al tiernecillo infante
cuando en sus ojos, de placer radiante,
fijes los tuyos de color de cielo!

Dichosa tú, que en la vejez consuelo
podrás hallar en ese niño amante
que, fruto grato de pasión, constante
calmará con cariño tu desvelo.

No así yo, pues, el día que afligido
comprenda que la muerte me rodea,
y llame con afán á un sér querido,
porque en su afecto y su cariño crea,
no habrá quién venga á mí y, entristecido,
mi angustia alivie y mi consuelo sea!

ENRIQUE FRANCO.

TUS OJOS

Cuando Dios el sol hacía,
Luzbel, que aunque era un chiquillo
era ya de lo más pillo
que entonces se conocía,

Le hizo apartar un momento
la mirada del crisol,
y salió manchado el sol,
luminar del firmamento.

Rió el diablo, y dijo Dios:
—Porque veas mi poder,
ahora mismo voy á hacer,
no uno bueno sino dos.

Y, sin demostrar enojos,
tomó fuego, luz é imán,
uniólo y dijo:—Aquí están.
Miré el diablo y vió tus ojos.

TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

ABRIL Y MAYO

I

Del cielo la primavera
baja risueña á los campos,
y de aromas se perfuman
y embalsaman los espacios;

Los árboles reverdecen,
las rosas abren sus ampos;
se agitan las mariposas,
y se enamoran los pájaros,

Formando tanta armonía
rumor tan dulce y preciado,
que á las almas estremece
y hace abrirse al entusiasmo.

II

Pero yo la primavera
tengo en tu rostro agraciado,
con más primores que el alba
con más sonrisas que el Mayo.

Qué son tus mejillas rosas,
y son claveles tus labios,
hallo aromas en tu aliento,
y en tus ojos dulces rayos,

Formando tanta armonía,
junto todo, y tal encanto
que me enamoran y el alma
se me abrasa de entusiasmo.

EZEQUIEL SOLANA.

NUESTROS GRABADOS

LA NOVIA DE MARMOL
Dibujo de Heilbauck

Trátase de un verdadero juguete, pero de un juguete graciosísimo, hábilmente concebido y lleno de malicia de buena ley, formando entre Séneca, el negro y la insensible cuanto risueña dama un terceto estatuario-viviente de la más humorística originalidad.

DIANA DE POITIERS
(Según el retrato de Belliard)

(Véase el artículo.)

EL JUICIO DE PÁRIS
Cuadro de D. J. Jiménez, existente en el Museo Nacional

Anduvo muy inspirado el autor en traducir de tal manera el mito griego de marras. Hay veces, en efecto, en que hasta las diosas se portan ni más ni menos que como unas gallinas.

Á ORILLAS DEL TER
Dibujo de F. Mestres

Merece la más sincera enhorabuena el joven autor de este dibujo por la bella página que figura hoy en este número. La obra deja comprender toda la poesía del paisaje trasladado al papel y produce agradable efecto, quizas en gracia de la misma sencillez de la composición.

EL MUSEO HELÉNICO DE CAMBRIDGE

La *Niké*, ó diosa de la Victoria, fué cincelada por Arkermos, famoso escultor de Delos, y labrada en mármol de Chio. Es un modelo interesantísimo de escultura arcaica.

La *Hera*, de Samos, hallábase en el templo que tenía Zeus en dicha isla. Es obra mucho más moderna que la anterior, siendo notabilísima la ejecución de los paños. Venerábase á Hera como reina de las diosas.

La *Nikandré*, se llama así del nombre de la devota que hizo labrar la estatua, hallada en el templo de Apolo en Delos. Parece obra antiquísima, anterior al tipo creado por Dédalo y créese representa á Artemisa. Es una escultura muy importante para el estudio de los orígenes de este arte, siendo reproducción, al parecer, de otra estatua en madera.

EL ARTE EN PERSIA

Entre las más interesantes provincias de la Persia ocupa el primer lugar el *Farsistan*, cuya capital, *Schiraz*, se considera como la segunda del reino. A doce leguas al N. E. de la misma encuéntranse las famosas ruinas de Istakhar ó *Persepolis*, antigua corte de la Persia. Estas ruinas ocupan una extensión de más de ocho leguas, hallándose las principales en una eminencia en forma de anfiteatro, desde la cual se distingue una vasta cuanto fértil llanura. Los restos del antiguo palacio de Jerjes,—cuyo dibujo acompañamos,—ocupan una plataforma cortada en la roca; su planta es cuadrilátera y la circunferencia de 1.400 metros. Llámanle en Oriente *Tchihil-Minar*, esto es, cuarenta columnas. Todas las partes del palacio están adornadas con bajos relieves, siendo muy notables también algunos enormes capiteles, uno de los cuales reproducimos hoy en nuestras páginas.

Al Norte de *Tchihil-Minar* hay otra montaña llamada *Nakhchi-Rustem* donde aparecen cavadas cuatro tumbas, en una de las cuales se ve un bajo-relieve figurando un hombre en postura suplicante delante de un príncipe montado á caballo, lo que ha hecho presumir que este suplicante, vestido en traje romano, representa al emperador Valeriano que cayó en poder de Sapor I. Otra de las tumbas es la de Ciro, muy pomposa, según se ve en el correspondiente grabado.

LA JACQUERIE
Cuadro de G. Rochegrosse

Habiendo en la batalla de Poitiers quedado prisionero de los ingleses Juan II el Bueno (1356), pareció que le había llegado á Francia su última hora y que de un momento á otro iba á hacer su entrada en París el Príncipe Negro, como hubiera sucedido probablemente á no haber surgido Estéban Marcel, preboste de los mercaderes, que con su enérgica iniciativa devolvió la confianza á la ciudad.

Lo más irritante, sin embargo, no había sido la derrota, por vergonzosa que ésta hubiese sido, sino el ver que mientras el pueblo era sacrificado miserablemente, los nobles caballeros prisioneros de los ingleses gozaban y triunfaban escandalosamente en su cautiverio, pasándolo entre fiestas y jolgorios. El pueblo comparaba su suerte con la de la aristocracia y naturalmente sentía crecer de cada momento el odio hacia aquellos insolentes señores.

Durante el regalado cautiverio de Juan II y sus cortesanos encargóse de la regencia su hijo Carlos que se apresuró á convocar los Estados Generales, á los cuales concurrieron 800 diputados, imponiéndose acto seguido y haciendo causa común el estado llano presidido por Estéban Marcel y el brazo eclesiástico á cuyo frente estaba el dignísimo obispo de Laon contra la estúpida nobleza.

Las medidas acordadas, cuyo carácter democrático es verdaderamente admirable en aquel siglo, no fueron aceptadas, sin embargo, por el delfín-regente, que se apresuró á disolver la Asamblea, iniciándose con ella una deplorable lucha entre la monarquía y el pueblo.

En esto, los ingleses habían dado libertad á los nobles franceses que habían sido hechos prisioneros en Poitiers, con promesa de que por Navidad volverían con gruesos rescates, en virtud de lo cual aquellos *caballeros* tan amigos de cumplir la palabra empeñada, apenas se vieron en su tierra apremiaron cruelmente á sus vasallos para pagar las arras, sin tener el menor escrúpulo en robarles hasta la camisa á fin de quedar *con honor*.

Así pasaron dos años durante los cuales no conocieron límite los martirios de que fueron víctimas los campesinos por parte de los nobles.—*Jacques Bonhomme*, decían los aristócratas, *es un animal manso*,—y en tal persuasión torturábanle, estrujábanle, robábanle sus aperos, sus carros, sus graneros, sus vestidos, sus despensas, su alcancía y hasta el pellejo después de lo cual para no oir los quejidos del atormentado bruto lo mataban. El terror había llegado á tal extremo que los *villanos* se escondían en grutas subterráneas, permaneciendo allí meses enteros con sus familias huyendo de la tiranía de los nobles.

Llegó sin embargo á noticia de aquellos desgraciados la lucha ardiente entablada en París entre los nobles y el pueblo acaudillado por Estéban Marcel y creyeron que había llegado la hora de tomar venganza de tantos sufrimientos, (8 de Mayo 1358). Los campesinos se enfurecieron y mordieron, presa de una verdadera rabia de exterminio contra aquellos infames opresores que tanto les habían martirizado, y sin jefes, sin plan, sin más armas que palos ferrados, hoces, azadas y cuchillos, acometen los castillos, los incendian, pasan á cuchillo á todos sus moradores, abruman de ultrajes y tormentos á sus prisioneros, violan á las mujeres, queman á los niños. Un día asan á un noble, se lo hacen comer á su mujer y á sus hijos, y preguntándoles porque traspasan así las leyes divinas y humanas, responden: *No lo sabemos; hacemos lo que hemos visto hacer á los demás.*

Los sublevados eligiéronse al cabo de algún tiempo un rey al que llamaron *Jacques Bonhomme*, como por irrisión le llamaban los nobles al pueblo. La nobleza salió por fin de su estupor y marchó contra los *jacques*, que sólo en Champaña y Picardi eran ya más de cien mil. Estos decidieron apoderarse de Meaux en cuya fortaleza se habían refugiado muchas damas, pero fueron derrotados por Gaston Febo, conde de Foix. Cayó prisionero el rey de los jacques, que fué coronado con unos trebedes candentes y después ahorcado, y los nobles iban á caza de campesinos como á la de fieras pasándolo todo á sangre y fuego. Al cabo de seis semanas estaba dominada la insurrección, quedando incultos y despoblados los campos. Por su parte Estéban Marcel fué asesinado por un concejal realista, abortando la revolución democrática que tan admirablemente había iniciado.

Tal fué aquella terrible *Jacquerie*, en una de cuyas escenas se ha inspirado el joven y ya ilustre Rochegrosse para pintar uno de esos grandiosos cuadros que tantos lauros le han valido.

TARDE DE SOL.—EL SOLITARIO

Ambos dibujos se recomiendan por el profundo estudio que revelan de la realidad, constituyendo dos magníficos ejemplos de la vigorosa ejecución que distingue á su autor Mr. Henley.

CANADÁ: CABO ROJO.—PERSPECTIVA DESDE LA «MONTAÑA» EL CEMENTERIO DE LA COSTA DE LAS NIEVES (MONTREAL)

Divísase desde San Romualdo una vasta extensión del río San Lorenzo, limitada por Cabo Diamante, desde cuyo punto hasta Cabo Rojo, á siete millas de Quebec, produce dicha corriente un tumultuoso rumor al despeñarse por una majestuosísima cascada.

Respecto á los otros dos grabados de la misma página, figura uno de ellos el panorama que se contempla desde el paseo llamado de la *Montaña* y el otro el cementerio de la Costa de las Nieves, no lejos de la ciudad.

EN EL PARQUE
Cuadro de Wodzyuski

Siempre se tiene medio ganado el pleito echando mano de escenas como la presente, pretexto unicamente para pintar dos figuras agradables en cuanto son de mujer, pues, á la verdad la otra no tiene gracia ninguna desde el momento en que es de hombre. Ayuda no poco en hacer simpático al cuadro el traje que visten los personajes, tan noble y bello en comparación de los estrafalarios trapos de nuestros días.

LA NIETA
Cuadro de Millet

Es digna de elogio esta obra por su colorido sobrio y refinado, la perfecta ejecución y el efecto atractivo y poco vulgar que produce. Es una bonita pintura de interior.

CERTAMEN LITERARIO EN SEVILLA

La *Real Academia Sevillana de Buenas letras*, ha acordado la celebración de un *Certamen literario* para 1887, en el cual se adjudicarán tres premios á las composiciones que por su mérito sean dignas de ellos, con arreglo al siguiente programa:

PRIMER TEMA.—*Poesía lírica*, en que se cante alguno de los grandes ideales ó sentimientos de la Humanidad, ó algún hecho memorable y de gran importancia, en Armas, en Ciencias, en Letras ó en Artes, con entera libertad en el asunto y dimensiones, sin más limitación que la de que sea una *Oda* ó composición en *tercetos*.—Premio, una flor de lis, de oro y brillantes. Regalo de S. A. R. el Sermo. Sr. Infante duque de Montpensier.

SEGUNDO TEMA.—*Memoria crítica* en prosa, en que con nuevas apreciaciones se trate de la vida y escritos de algún autor sevillano de mérito indiscutible, prefiriendo el que haya sido menos tratado.—Premio, un hermoso reloj de sobremesa, de mármol y bronce. Regalo del Excmo. Ayuntamiento.

TERCER TEMA.—Una *Leyenda histórica ó tradicional* en verso y de asunto sevillano.—Premio, de la *Real Academia Sevillana*.

Las condiciones son las generales en estos casos, debiendo ser todas las obras enteramente inéditas y estar escritas en lengua castellana.

Los autores habrán de remitir sus obras á la secretaría de la Academia antes del día 15 de Mayo del año actual. El acto de la adjudicación de los premios se celebrará el día 30 de Mayo, fiesta de San Fernando.

Para alcanzar los premios deberán tener por sí mérito suficiente las obras, no bastando el relativo en comparación á otras presentadas.

EL PREMIO DE SIEMPRE

(CONTINUACION)

III

DESEOS VAGOS

Felices ó desgraciados, el tiempo transcurre con la misma vertiginosa rapidez. Dos años de estancia en Florencia, bastaron para hacer del niño entusiasta é irreflexivo un hombre enérgico y resuelto.

Mucho cambiara nuestro héroe desde la muerte de Giacomo, porque nada enfrena más nuestros ensueños que el choque rudo de la realidad. Perdido el amigo generoso que guiara sus inciertos pasos por el sendero del arte, huérfano su corazón de aquel cariño indulgente y previsor, la necesidad de buscar en el aturdimiento un remedio á la inmensa pena que le embargaba engolfó al artista en las contínuas fiestas de que era teatro la sin par Florencia, durante el siglo XV, cuando Cosme de Médicis regía aquella hermosa y rica república, rodeado por los artistas que engrandecieron la brillante época del Renacimiento. De salón en salón, de baile en baile, tan brusco cambio se efectuó en el modo de ser de Andrés, que así como no lograra su nueva vida divorciarle del arte, cuyos vagos ensueños atenaceaban más que nunca su alma soñadora, el amor de la mujer corrió al socorro del amor al arte, para verter la hiel del desengaño después de los encantos de las más dulces emociones, en la existencia del soñador hijo del genio.

Un día, paseaba Andrés á orillas del Arno, con uno de sus amigos florentinos, hablando de sus proyectos futuros con la animación y el entusiasmo que son encantador patrimonio de la juventud, cuando de repente interrumpiendo la conversación empezada, dijo el amigo de nuestro artista:

—Pero Andrés, tú siempre me hablas de tus ensueños de gloria, nunca de tus proyectos de amor, y lo extraño, porque el amor es el complemento de la existencia, el sol que presta calor á la fantasía.

—Dos soles de igual potencia en el cielo de nuestra alma, nos abrasarían sin compasión,—contestó Andrés sonriendo.

—Hay quien dice que tú corres ese peligro.

—¿Y en qué apoyan semejante afirmación?

—En que te gusta la condesa Angiolina, y eres su adorador más constante, desde que frecuentas sus salones.

—Soy galante y nada más.

—El amor y la galantería no se parecen, aún cuando son de la misma familia, y realmente la condesa es digna del amor de un hombre como tú; bella, joven, rica, libre é inteligente, tiene todas las cualidades propias para agradar; su único defecto es ser coqueta.

—No he visto nunca en ella coquetería alguna; es un ángel.

—Sí, sí, pero algo travieso; una naturaleza mitad ángel y mitad diablo; más, preciso es confesarlo ¡es un diablo tan bello!

Una sombra de disgusto cruzó por la frente de Andrés; no obstante guardó silencio, y su compañero, observando tan repentino mutismo, añadió pasados algunos instantes:

—¿Irás esta noche al baile de la condesa?

—Así lo creo.

—Entonces, allí seguiremos la interrumpida conversación.

—¿Referente á qué?

—¡Toma! Referente á tu amor por Angiolina.

—¿Insistes en esta idea?

—Más que nunca.

Encogióse de hombros el pintor por toda respuesta, y la conversación fué languideciendo cada vez más, hasta quedar reducida á monosílabos.

IV

UN SUEÑO DE AMOR

Angiolina de Rocaberti era, en verdad, una mujer encantadora. Viuda de uno de los mejores jefes de la República florentina, hermosa, joven y rica frecuentaba su casa la más escogida sociedad, y hallábase constantemente rodeada, como Cosme de Médicis, por una corte de artistas, de filósofos y de poetas.

Para todos tenía una palabra afectuosa, una frase picaresca, un rasgo de ingenio, y la misma movilidad de su carácter constituía un elemento importantísimo de su atractiva belleza.

A su lado se experimentaba algo parecido al vértigo, al deslumbramiento; tenía á sus piés mil aduladores, pero su espíritu inquieto y ligero no se fijaba en ninguno.

En la noche del baile á que hacemos referencia, pululaba por los vastos salones de su espléndido palacio cuanto Florencia encerraba de inteligente y rico. Millares de flores abrían sus corolas en una atmósfera saturada de perfumes; magníficos espejos, reproducían hasta lo infinito el número de los lujosos convidados, y la condesa, con un bellísimo traje de tisú de plata con flores rosa-pálido, recibía graciosamente á sus convidados. Hermoso collar de perlas rodeaba su torneado cuello, mezclándose hilillos de las mismas entre sus negrísimos cabellos. Con su delicioso rostro oval, moreno, grandes ojos brillantes y soñadores, y su esbelta y airosa estatura, embellecíala tanto la lujosa sobrevesta de raso blanco, que parecía Angiolina la personificación espléndida del arte que impulsara y diera vida al Renacimiento, mezcla feliz de los purísimos ensueños del espíritu cristiano y de los ardores ya debilitados del antiguo paganismo.

Hallábase la fiesta en todo su apogeo, el baile en su mayor animación, cuando Angiolina huyendo del tumulto, internóse distraída por el frondoso jardín. Allí la encontró nuestro Andrés, quien, efectivamente, alimentaba en silencio loca pasión por la noble dama.

—Hacéis mal en abandonar á vuestros convidados,—dijo el artista con dulce reproche,—porque los salones carecen de animación, y las conversaciones de encanto cuando vos no brilláis en ellas.

—También se divierten sin mí, y poco se nota mi ausencia.

—Sois injusta.

—No ciertamente.

—¡Con tantos adoradores!

—Y ninguno verdadero.

—¿Creéis que os engañan los que os hablan de amor?

—Sí; por eso no doy importancia á sus protestas.

—Veo que tenéis formada mala idea de la sinceridad del hombre.

—El amor verdadero no se satisface con protestas, necesita hechos. ¿Creéis que á mí basta el amor frívolo que se alimenta en los salones de frases huecas é insustanciales? Yo quiero, si un día llego á amar, que el amor se inspire en obras capaces de inmortalizar al hombre, y al mismo tiempo á la mujer que supo inspirarlas.

—¿Os seduce la gloria?—preguntó Andrés deslumbrado por la vivísima luz descubierta en aquel espíritu que hasta entonces creyera frívolo.

—A mí no me puede seducir la riqueza, porque me sobra el dinero, ni el poder, porque, según dicen, impero en los corazones, ni la hermosura...

—Porque sois la personificación de la belleza,—prorumpió el pintor entusiasmado.

Sonrióse la amable dama, envolviendo al joven con una mirada deslumbradora.

¿De suerte que amaríais al hombre que hallara en vos la inspiración?

—Sí.

—¿Al hombre que cifrara en vos y en su arte el máximum de la dicha humana?

—Sí.

LA NIETA (Cuadro de Millet)

Al pronunciar esta última afirmación, los ojos de la bella florentina se fijaron de un modo tan elocuente en el demudado rostro del joven, que éste, fuera de sí, loco de dicha, exclamó tendiendo ambas manos hacia su simpática interlocutora:

—¿Y si ese hombre fuera yo, que soñara en merecer vuestro cariño?

—Cuando hiciérais digno de él, entonces os amaría.

Palideció intensamente el joven y llevóse la mano al corazón para contener sus violentos latidos.

—Indicadme lo que podría emprender que os fuera más grato.

—¡Qué sé yo! ¡Vosotros los artistas en tantas cosas podéis probar vuestras aptitudes! Precisamente ahora Cosme de Médicis congrega á los pintores de más fama, para elegir dos que pinten un gran cuadro que falta á la iglesia de San Giovanni. De los dos lienzos, al terminar los cuales se presentarán al moderno Creso, él elegirá el mejor para el templo, proclamando á su autor como el primer pintor de la República florentina. ¿No podríais ser vos quien alcanzara tan señalada honra?

Brillaron con el indiscreto fuego del entusiasmo los ojos del joven artista.

—Buena es la empresa para alcanzar laureles; la obra es gigantesca y no todos los alientos, por grandes que sean, se hallan á la altura de ella.

—¿Os anonada sólo intentarlo?

—No me conocéis, Angiolina; el entusiasmo es en mí tan grande, más quizás, que mis fuerzas; además, todo me parece poco, si por recompensa tiene vuestro amor. ¡Qué no intentaría yo para conseguirle!

—¿De suerte que lucharéis?

—Hasta morir ó vencer en el empeño. Fijadme un plazo para venir á reclamar vuestra promesa.

—Un año.

—Sea. Durante este tiempo no preguntéis por mí, estaré por completo consagrado á mi obra, que por otra parte tiene también señalada un año de plazo por Cosme de Médicis. Después de este tiempo, si el mundo aplaude en mí uno de sus grandes pintores, vendré á reclamaros la palabra empeñada, á buscar el dulce complemento de mi gloria.

—Y habréis merecido mi amor, —añadió la dama tendiéndole su hermosa mano, á tiempo que invadían aquella parte del jardín varios invitados buscando á la encantadora dueña de la casa.

Andrés desapareció á través de un bosquecillo, sin que nadie notara su ausencia, y la fiesta se prolongó hasta el amanecer.

Cuando, al fin, la seductora florentina, fatigada de aquella noche de aturdimiento, se encontró sola en sus habitaciones, sonrióse complacida, mirándose al espejo, y exclamó á tiempo que desprendía los hilos de perlas entrelazados con sus negros cabellos:

—Creo que he hecho una obra de caridad entusiasmando á Andrés para que tome parte en el concurso; mi corazón es harto inconstante para abrigar por mucho tiempo una pasión; conozco que me ama, y en cierto modo le recompenso la predilección que me manifiesta animándole en la empresa. Después... ¡quién sabe! Un año es muy largo, y tanto él como yo, al final del mismo, habremos cambiado mil veces de parecer. No pensemos, pues, en el porvenir, y gocemos con el presente.

Angiolina se durmió aquella noche con la sonrisa de la felicidad en los labios.

¡Pobre Andrés!

(Se continuará.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365 367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 23 de Abril de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 225

EL RETRATO DE LA SEÑORA MAYOR (Cuadro de J. Boks)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*El telescopio ó el mundo de los infinitamente grandes*, por P. de Alcantara García.—*La muerte de Capeto* (conclusión), por Vicente Blasco Ibañez.—*Revista Científica*, por Alfredo Opisso.—*Comellas* (soneto), por Vicente Colorado.—*Rumbos opuestos* (poesía), por Cayetano de Alvear.—*La azucena y el huracán* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*Filis* (soneto), por Enrique Franco.—Nuestros grabados—*El premio de siempre* (continuación), por Josefa Pujol de Collado.

GRABADOS.—El retrato de la señora mayor.—A orillas del Dart.—*Madrid*: Palacio de la Exposición Nacional.—*Barcelona*: Bendición de la primera piedra de la fachada de la Catedral.—Paisajes del Volga (dos grabados).—Amor y Cricket.—Una belleza de Gratz.—Ilustres tabernas del antiguo Londres (tres grabados).—*Barcelona*: Inauguración de las obras del nuevo palacio de Justicia.—Vidrios pintados holandeses.—Escenas del Bajo Ottawa.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

ENTRE los acontecimientos literarios de estos días, preciso es señalar dos: el estreno de un nuevo drama de Echegaray y la lectura dada en el Ateneo por la señora Pardo de Bazan;—que resulta otro Echegaray del bello sexo.—Además de esto recuerdo como casos notables el crimen del paseo de los Olmos y el próximo debut del actor Coquelin en la Comedia. Hablaremos, querida prima, de estos asuntos.

De la última obra de Echegaray *La Realidad y el Delirio*, dícese unánimemente lo que de las anteriores: que es muestra evidentísima de su genio portentoso, de su estilo y efectismo subyugantes, de su facilidad para la creación teatral, de su arte en confeccionar espléndidos ropajes con los cuales realzar las figuras escénicas de Calvo y de Vico... y que, al propio tiempo, es una obra falsa, convencional é inverosímil. Esta obra siniestra y terrible, ha sido escrita en un mes, con precipitación febril, y ha obtenido, en algunas escenas, éxito excepcional, —dentro de los mismos éxitos de Echegaray. Vico y Calvo han debido,—como la heroína del drama,—desmayarse varias veces, tanto ha sido el incienso quemado ante ellos por todos los diarios. Se ve que el numen de Echegaray no decrece, que se vigoriza y exalta; esto lo reconoce con sus aplausos el público y en sus juícios la prensa; se ve que tiene actores para sus obras, y actores excepcionales... Y se ve, sin embargo, que no se acogen ya las producciones de este autor con aquella estupefacción y aquel delirio de los primeros,—y no mejores tiempos. Es que la opinión se ha fijado; es que el talento de Echegaray ha sido ya clasificado y comprendido: el hombre aparece colosal, el autor dramático deficiente; no sé quién ha dicho que nada hay tan monótono como la repetición de lo sublime; Echegaray, Calvo y Vico incurren ya en esta monotonía. Todos ellos son gigantescos; el uno con su estilo y los otros con sus acentos hasta para dar los buenos días en la escena, nos ponen el cabello de punta. Comprenderás que yo no censuro, que yo admiro, con sinceridad, á Echegaray, á Vico y á Calvo, y que me congratulo como el que más de que nuestro teatro y nuestro siglo los posea... Pero analizo, busco la explicación de este fenómeno que consiste en combustionarse en el teatro y congelarse á la salida, y deduzco de todas mis reflexiones una cosa, y es que, puesto que el público se ha transformado, Echegaray debe también transformarse. Yo creo sinceramente que si quisiera inventar algún teatro nuevo, distinto, aunque fuese rompiendo la cartilla tradicional y los usos y costumbres dramáticos, lo inventaría, y su invención gustaría sobremanera. Por lo menos, mientras el público se apercibiese de que no le gustaba, pasarían dos ó tres años, á cuyo término Echegaray podría inventar otro sistema dramático diferente. No tenemos mas que Echegaray, interpretado á perpetuidad por Vico y Calvo; reconozcámoslo de buena fe y procuremos, al menos, realizar todas las posibles combinaciones para obtener la mayor variedad. Acaso el entusiasmo con que todos nos hemos acogido al sainete, á la tonadilla y á la pintura de las pasiones y costumbres populares, proviene del hastío de lo sublime. Yo no sé lo que hace falta en nuestro teatro nacional, y aunque lo supiera sería lo mismo, no sabiendo, como no sabría, realizarlo; pero hace falta algo; no mejor, sino diferente y nuevo. Entretanto descúbrome, con el mismo respeto que todos, ante Echegaray, Calvo y Vico...

Por los diarios tienes ya noticia de la lectura dada en el Ateneo por una ilustradísima escritora. Dejando aparte el mérito real,—muy grande por cierto,—de la señora Pardo Bazan, no puede menos de convenirse en que ha sido afortunada; desde su primera obra, ha sido reconocida por todos como eminentísima por su talento, su estudio, su crítica, su ingenio y su estilo. No todas las escritoras vivientes de importancia han tenido igual fortuna. ¿Es que pueden influir en el elogio y en la censura de una literata su posición social, sus amistades, su hermosura? Yo no creo que sean extrañas por completo estas circunstancias al renombre de la Pardo Bazan. Si lees las descripciones que los revisteros hacen del aparato físico con que leyó aquella señora su trabajo sobre *La Revolución y la novela en Rusia*, comprenderás que tales atractivos no pueden menos de influir favorablemente en la apreciación de sus talentos interiores. Yo creo que influye mucho en el gusto que una mujer tiene por ciertos escritores sus rasgos personales, y conocidos por ella, de propia vista ó por fotografía; Ayala no podía menos de aumentar la grandiosidad de sus pensamientos y de su estilo con el recuerdo de la grandiosidad de su figura; Castelar con su noble cabeza, y Moret con su rostro casi bonito, corroboran el entusiasmo de sus admiradores. Los hombres somos todavía más sensibles á los encantos físicos, y rara vez creemos que una lindísima cantante gorjee mal, ni una cómica graciosa deshonre la escena. Si la Concepción Arenal fuese hermosa, tuviese un título y apareciese en los salones, la prensa y la sociedad hubiesen hecho justicia á sus talentos extraordinarios, á su corazón humanísimo, al espíritu y forma de sus escritos, tan admirables, como poco admirados; hasta le hubiesen concedido otras cualidades de que notoriamente carece. Pero arrancando de la corona de brillantes que el éxito ha puesto en las sienes de la autora de *El viaje de novios* los que pueden brillar con el reflejo de su hermosura, queda todavía muy vistosamente adornada.

No he leído todas las obras de la Pardo Bazan; pero he leído, prima, las que son bastante para reconocer en ella talento, instrucción y hermoso lenguaje. Por desgracia, en mi opinión, la Pardo Bazan no es una excepción como algunos creen; puesto que no es una escritora: es un escritor más. Literariamente, explora, describe, analiza y domina con su pensamiento el mundo de los hombres. Su pluma es viril y sus adjetivos tienen bigotes. Yo la reconozco, estimo y saludo por lo tanto como á un literato que ensancha los dominios del progreso moderno; pero tal vez hubiese preferido encontrar en ella una escritora; que iluminase con el resplandor de su corazón inflamado en dulces sentimientos y evaporándose en palabras que fuesen sonrisas y lágrimas ese mundo inesplorado del alma de la mujer, sólo bien conocido de ella; y sólo de ella conocido porque sólo lo vive y puede vivirlo ella. Grande, magnífica es sin duda la poesía de la Avellaneda; pero unas veces me hace pensar en Byron y otros, por ejemplo, en el marmóreo Nicasio: es un poeta como ellos; pero cuando leo los versos más sencillos de la Coronado creo haber encontrado entre la yerba y las flores el manantial purísimo y fresco donde calma su sed el caminante que viene de áspero camino, muerto de calor y ahogado por el polvo. Los hombres al coger la pluma no podemos menos de escribir como varones. Yo desearía que las mujeres escribiesen como tales. ¡Cuánto aprenderíamos nosotros! ¡Pero generalmente las mujeres quieren parecer hombres! La señora Pardo Bazan como escritora, digámoslo por última vez, gasta barba corrida.

Te convencerás de ello cuando leas su conferencia. Pero antes, como sé que te interesan ciertos detalles, te diré como vestía la Bazan en aquella noche. Llevaba un vestido negro, salpicado de azabaches; un tocado sencillo y severo, la cabeza muy descubierta, los brazos completamente desnudos. Un ramo de flores cerraba el escote del pecho. Alguien la ha comparado á una musa convertida en Sibila. Ya comprendes que un escritor, por muy bien cortado que lleve el frac y aunque enseñe mucha pechera, sólo podría compararse con un cuervo. La conferencia duró dos horas. Es la primera: quedan otras dos. Fué interesante. Señaló el carácter de la raza eslava diciendo que era pesimista, que tenía un culto religioso á la miseria y al dolor. Pereza, fatalismo, inconstancia, hé aquí los defectos de la raza eslava. Defectos como ves de mujeres.

El labriego ruso le parece á la escritora práctico y positivo: há menester dos accesorios: mujer y caballo. La boda es la matrícula del agricultor; la pareja se incorpora en la gran familia, en la comunidad agrícola y aquí termina el idilio. La mujer es un sér inferior. Aunque el labriego ruso la considera independiente, no sujeta á padre ni marido é investida de iguales derechos que el hombre, aunque si es soltera ó viuda es cabeza de casa, toma parte en las deliberaciones del *mir* y hasta llega á ejercer en él funciones de alcalde, semejante consideración es puramente social; individualmente no goza de fuero alguno. Dicen los refranes del país que siete mujeres sólo tienen un alma y que esta alma es humo. No creo que te satisfagan tampoco las teorías matrimoniales de esos labriegos, mucho menos estando tan en peligro de casarte, porque ellos dicen también que debe quererse como al alma á la mujer propia, y varearla, como al gabán de pieles; la paliza es la sanción del contrato. Cada país tiene sus preocupaciones; aquí la paliza suele disolver los matrimonios.

La Pardo Bazan no ha estado en Rusia, y habla según lo que ha leido; pero el aldeano ruso no le es completamente extraño. Ha visitado en París á veinte ó treinta paisanos de Smolensko mordidos por un perro rabioso. Estaban en casa de Pasteur. «Un viejo,—dice,—me llamó la atención en particular porque realizaba el tipo de los patriarcas y podía servir de modelo para un Abraham ó un Job; ancho cráneo desnudo en la cima y aureolado de mechones de un blanco amarillento, extensa barba canosa también, facciones esculturales, arcada superciliar proeminente, ojos emboscados bajo la espesa ceja. El brazo era como añoso tronco de árbol, según los nudos y asperezas y el grueso cordaje de las venas recordaba las raíces. Las manos enormes, rugosas, leñosas, narraban una vida de labor, una cohabitación incesante, un trueque diario de caricias con la madre tierra.» Este párrafo da perfecta idea del estilo de la Pardo Bazan y del aspecto verdaderamente bíblico del labriego ruso anciano. (Nada quiero decirte cuando esté hidrófobo.)

A la conferencia asistió el Madrid más selecto; los hombres la miraban y las mujeres la envidiaban. ¡Ser escritora! ¡Y escritora formalmente reconocida!

Pero consagremos algunos instantes á una personalidad brillantísima del teatro francés; á Coquelin.—Mañana, sábado, debuta en la Comedia.—Dará cuatro representaciones:

Sábado 16 de Abril.—*Un parisien*, comedia en tres actos, de M. Edmond Gondinet. *La vie*, monólogo de M. Grenet Dancourt, dicho por M. Coquelin Ainé. *Le naufragé*, monólogo de Francois Coppée, dicho por M. Coquelin. *L' Etincelle*, comedia en un acto, de M. Pailleron.

Domingo 17 de Abril.—*Tartuffe*, comedia en

cinco actos, de Moliére. *Les ecrevisses*, monólogo de M. Jacques Normand, dicho por M. Coquelin. *Les précieuses ridicules*, comedia en un acto, de Moliére.

Lunes 18 de Abril.—*Le deputé de Bombignac*, comedia en tres actos. *Gringoire*, comedia en un acto, de Theodore de Banville.

Martes 19 de Abril.—*Le Mariage de Fígaro*, comedia en cinco actos, de Beaumarchais.

Y después se marchará, ensordecido por los aplausos. Tú le conoces, tú le has admirado y admiras; nada puedo decirte de él que sea nuevo para tí. Un célebre autor poeta parisiense, cuyas obras representa Coquelin, ha dicho que «cierto día que Dios había hecho precipitadamente una hornada de mortales se apercibió de que no había hecho ningún comediante; para no perder tiempo cogió de un rasgo la misma cabeza de Moliére solo que por descuido la punta de la nariz le salió *facetieux et fol;*» que ya son circunstancias respetables tratándose de una nariz. Y el mismo escritor dice «que Coquelin tiene en sus labios el apetito de devorarlo todo: las flores de la tierra y las estrellas del cielo, el arte, el amor, todos los oficios, todos los papeles.» Un hombre, en fin, por lo visto, que no se contenta con vivir menos de mil vidas. De sus éxitos en Madrid ya te daré noticia.

Y, para terminar, ahí va en algunas líneas, el fin de una historia. La gente que pasaba ayer por el paseo de los Olmos, formó corro en torno de un cadáver. Era el de Antonio Barreiro, carnicero de oficio. Allí se contaba el caso. Había sido muerto por otro joven, hermano de una muchacha pretendida por él. Se habían encontrado y el hermano le había dicho que no insistiese en cortejar á su hermana: no había cedido Barreiro; brillaron las navajas: Barreiro quedó muerto allí mismo y el hermano moría luégo en la casa de Socorro.

Eran casi dos niños. Su amor y su odio han quedado anegados en la misma sangre.

La muchacha debe ser casi una niña también. ¿Podrá verse amada por otro sin estremecerse de horror?

Adiós prima,

FERNANFLOR.

EL TELESCOPIO

Y

EL MUNDO DE LOS INFINITAMENTE GRANDES

Si el microscopio permite al hombre penetrar los arcanos de un mundo nuevo, agrandando considerablemente para la vista los seres y las cosas que se ocultan en las misteriosas sinuosidades de lo infinitamente pequeño, el *telescopio* le ha abierto de par en par las puertas de otro nuevo mundo, dándole medios para recorrer la inmensidad del espacio y pasear su mirada escrutadora por las majestuosas regiones de lo infinitamente grande.

A ORILLAS DEL DART
UN RECODO.-REDES PARA LA PESCA DEL SALMÓN

Merced al telescopio, el hombre puede contemplar, valiéndonos de la bella expresión de Humboldt, «el orden en la magnificencia y la magnificencia en el orden.»

Colón de las regiones siderales, el telescopio ha descubierto multitud de mundos cuya existencia ni siquiera se sospechaba, y nos ha hecho ver que esos mundos, obedientes á las leyes de la vida universal, gravitan en sus órbitas al rededor de otro astro, y conservan, en la variedad de sus formas, las señales de su común origen. Aproximándolos á nosotros, nos ha mostrado en la superficie de esos globos, fenómenos análogos á los que la vista contempla en el planeta que habitamos, haciéndonos concluir que hay otros mundos que, cual la Tierra, se hallan animados por el hálito de la vida.

¿En qué época y por quién fué inventado este maravilloso instrumento?

Se cita á un tal Porta como el primero que á fines del siglo XVI indicó la posibilidad de combinar dos lentes, una cóncava y otra convexa, «para ver agrandados y distintos, así los objetos próximos como los lejanos.»

Pero á quien parece que realmente se debe la construcción del primer anteojo telescópico, es á Juan Lippershey, óptico de Midleburgo, que la llevó á cabo en 1606. Respecto de la manera cómo el sabio holandés llegó á tan feliz resultado, da el renombrado astrónomo Arago, las dos versiones siguientes:

Primera.

«Cuenta Jerónimo Sirturo, que un desconocido, *hombre* ó *genio*, se presentó en casa de Lippershey, y le encargó varias lentes convexas y cóncavas. El día convenido fué á buscarlas, eligió dos, una de cada clase, se las puso delante de un ojo, las separó poco á poco, sin decir si esta operación tenía por objeto examinar el trabajo del artista ó cualquiera otro motivo, pagó y se marchó. Lippershey se puso luégo á imitar lo hecho por el desconocido, observó la amplificación de los objetos motivada por la combinación de las dos lentes, adoptólas á los extremos de un tubo y se apresuró á ofrecer el nuevo instrumento al príncipe Mauricio de Nassau.»

Segunda versión:

«Hallándose jugando los hijos de Lippershey en la tienda de éste, se les ocurrió mirar al través de dos lentes, una convexa y otra cóncava. Y puestos estos cristales á conveniente distancia, vieron mediante ellos el gallo de la veleta del campanario de Midleburgo agrandado ó sumamente cerca. La sorpresa que los muchachos experimentaron con este motivo, llamó la atención de su padre, quien para hacer la prueba con más comodidad, puso primeramente las lentes en una tablita, y luégo las sujetó á los extremos de dos tubos capaces de entrar el uno dentro del otro: desde aquel momento *quedaba descubierto el anteojo.*

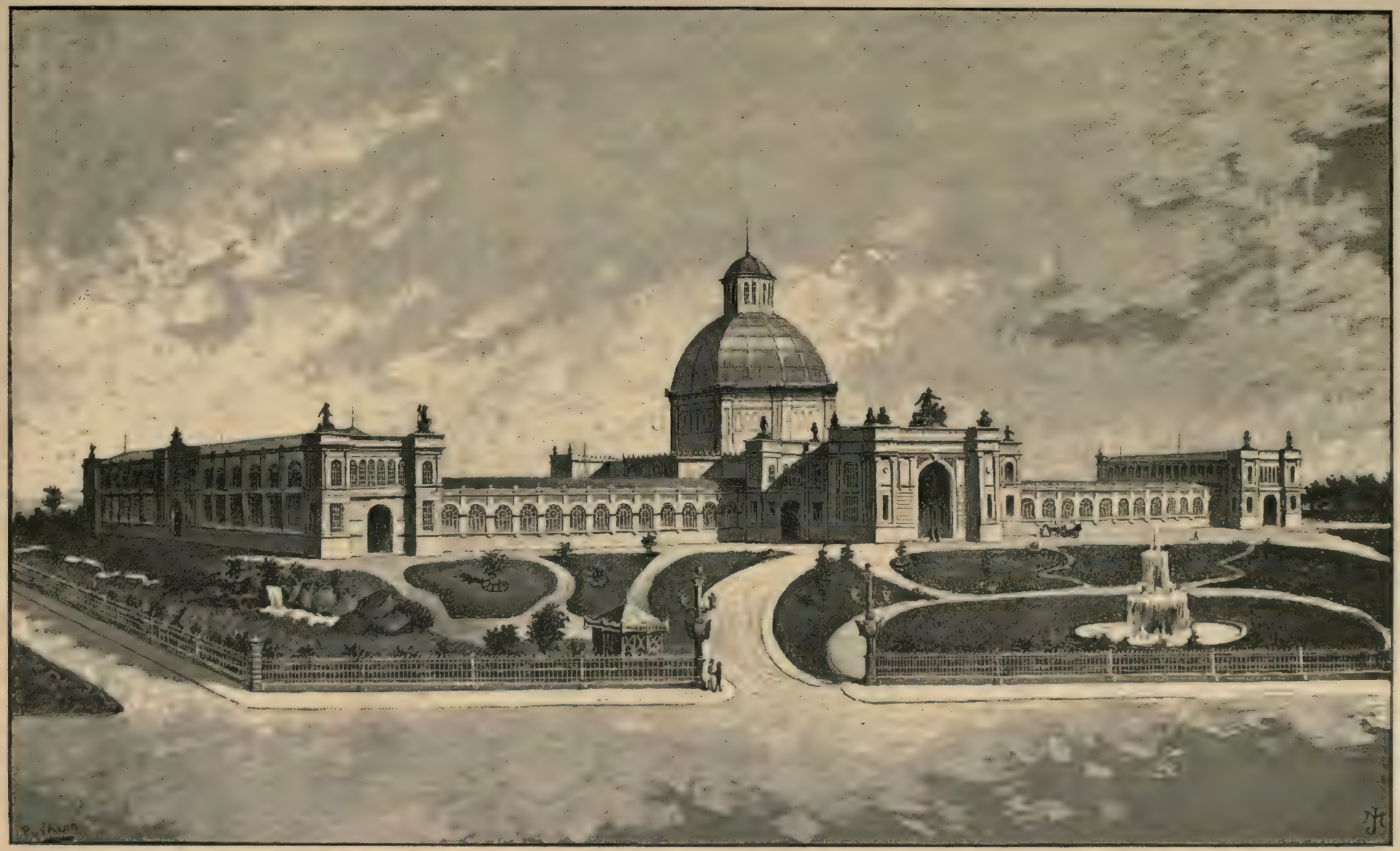
Como perfeccionadores del invento de Lippershey, se citan, en primer término, á Metieus y, sobre todo, al inmortal Galileo, que dió nombre á la primera clase de anteojos de larga vista, al que se conoce con la denominación de *anteojo de Galileo.*

Compónese este instrumento de dos partes esenciales, ó sea de dos sistemas de lentes, colocadas en ambos extremos de un tubo. La lente que se halla más próxima al cuerpo que se examina, recibe la denominación de *objetivo*, es por lo regular biconvexa y produce la imagen invertida. La otra lente, que es la que se adapta al ojo del observador, se denomina *ocular*, consiste, en último término, en un anteojo de aumento ó lente bicóncava, en el anteojo de Galileo, mediante el que se ve la imagen que produce el objetivo agrandada y derecha.

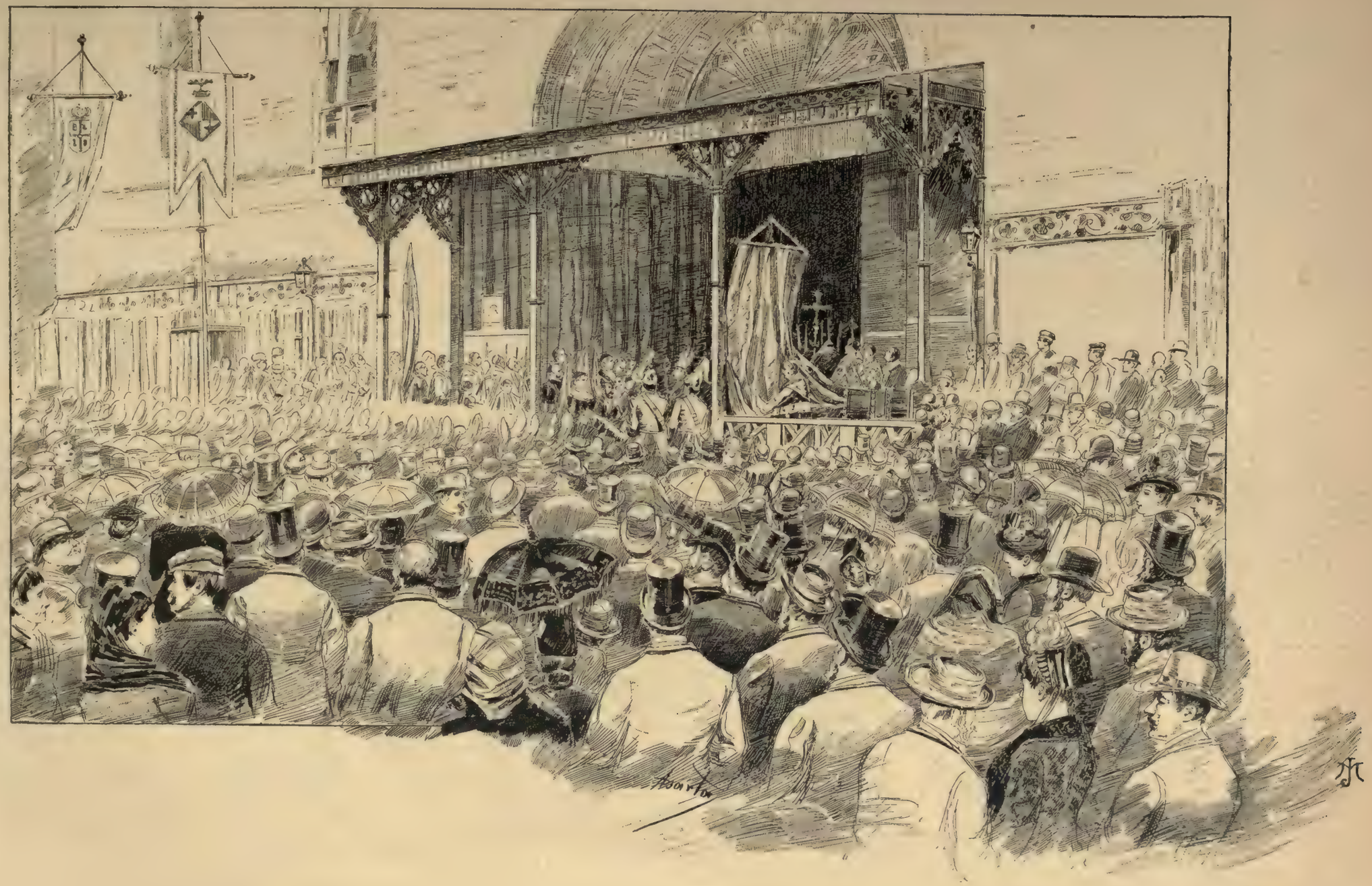
Dada á conocer la invención, construyéronse en gran número anteojos astronómicos, y sólo de España se hizo á Galileo un pedido de un centenar de estos tan preciados instrumentos.

(Se concluirá.)

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.



MADRID: PALACIO DE LA EXPOSICION NACIONAL DONDE SE VERIFICARÁ PROXIMAMENTE LA DE BELLAS ARTES (Dibujo de P. y Valor)



BARCELONA: BENDICION DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA FACHADA DE LA CATEDRAL CON ASISTENCIA DEL MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA

LA MUERTE DE CAPETO

(MEMORIAS DE UN PATRIOTA)

(CONCLUSIÓN)

Experimenté un agudo dolor en una pierna, mi vista se oscureció, mis oidos zumbaron, y sentí por fin caer sobre mi cerebro un velo de negras sombras.

Poco á poco dejé de escuchar el infernal estruendo de la lucha corporal entablada entre los dos ejércitos.

III

En aquella batalla murió mi amigo Teodoro, y yo recibí un balazo en una pierna que me dejó inútil para siempre.

Quedé cojo y á esta desgracia debí el no formar parte de los últimos ejércitos de la República, ni tampoco de los del Imperio que algunos años después paseó Bonaparte victoriosos por todo el mundo.

Establecí mi residencia en París al abandonar el hospital y me entregué á una vida que no era ni con mucho semejante á la que llevaba antes de partir para la guerra.

Yo mismo reconocía á todas horas esta diferencia hasta en mis menores actos.

Aquel carácter alegre y ruidoso que me era peculiar había desaparecido y de continuo me sentía poseído de una cruel y eterna melancolía.

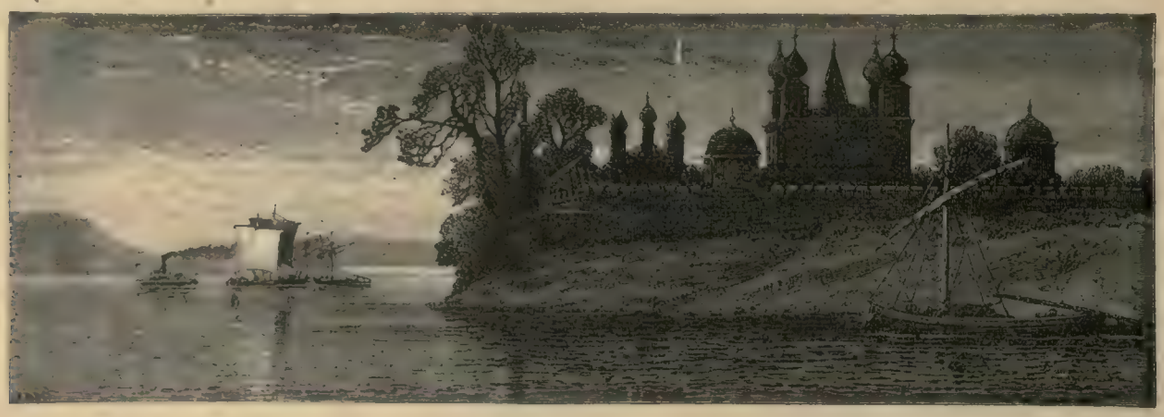
Vivía humildemente, pues mis medios de existencia eran bastante mezquinos.

Como antes pintaba muestras de tiendas, dibujaba grabados para periódicos populares en los que por lo regular se ridiculizaba á Bonaparte, y alguna vez llevado de una inocente audacia llegaba á atreverme hasta hacer retratos que me eran pagados con creces dado su valor artístico.

Yo seguía siendo un mal artista. Cada día mi mano era más torpe para el dibujo y los colores al ser trasladados al lienzo por mi pincel, ora se hacían *chillones* en los toques luminosos, ora sucios en los oscuros.

Muchas veces al tomar la paleta y disponerme al trabajo no podía menos que acordarme de Teodoro y de su talento artístico.

Y al refrescarse en mi memoria su trágico fin y aquel momento en que le ví caer á mi lado sin vida, me veía obligado á esconder la cabeza entre las manos y llorar copiosamente.



¡PAISAJES DEL VOLGA: UN MONASTERIO.—LAS BARCAS

Una noche de invierno al ir á acostarme en mi pobre camastro, por no sé qué coincidencia extraña comencé á acordarme de Teodoro y de sus últimas palabras.

En aquel instante su encargo de pintar un cuadro que representase los últimos instantes de Luis XVI, surgió en mi memoria. Yo hasta entonces ignoro por qué motivo nunca había recordado tal encargo.

Aquella noche, dentro de mí sentía algo sobrenatural y en las sombras que mi pobre farolillo proyectaba sobre los desmantelados muros, creí entrever el perfil rígido del rostro de Teodoro.

Abrí el lecho y me acosté después de apagar la luz.

En los primeros momentos permanecí inmóvil y en la oscuridad que envolvió mi habitación no distinguí nada.

Esto fué lo que más miedo me causó. Yo esperaba algo grande y sobrenatural, pues así parecía anunciármelo mi estado sobreexcitado y nervioso.

En aquellos instantes mi escepticismo había desaparecido y estaba poseído de un temor supersticioso.

Todo me asustaba y el roer de la carcoma en las viejas vigas, esos mil pequeños ruidos que engendra el silencio de la noche, y hasta las palpitaciones apresuradas de mi corazón, eran causas suficientes para que yo creyese oir pisadas de un sér sobrenatural que silencioso é invisible se acercaba á mi lecho.

En este estado de sobresalto mis ojos se cerraron y quedé profundamente dormido.

¡Qué noche! Jamás creo tener otra igual en la vida.

¿Qué soñé? Ni yo mismo pude explicármelo á la mañana siguiente.

Mi memoria estaba envuelta en opacos velos que en vano intenté romper. No recordaba nada, pero lo cierto es que me levanté nervioso y agitado y que al instante me dispuse para el trabajo.

Arrojé á un rincón aquellas tablas llenas de pegotes de color que tenía á medio concluir con destino á varios establecimientos, y me ocupé en preparar un gran lienzo que hacía tiempo tenía en mi habitación.

Una hora después me encontraba ante él empuñando la paleta, y mi pincel corría sobre su superficie gris trazando con líneas negruzcas los contornos de figuras y edificios.

Yo estaba maravillado. Mi mano tenía una seguridad maestra, y trazaba líneas y curvas artísticas sin sufrir vacilaciones de ninguna especie.

Desde aquel día comenzó para mí una nueva existencia.

Mi estado físico era anormal y verdaderamente sufría en mi interior una enfermedad desconocida.

Devorado por una fiebre de actividad trabajaba sin descanso, y sólo abandonaba mi cuadro en el reducido tiempo que corría á un figón inmediato para saciar mis necesidades.

A excepción de este momento nunca salía de mi habitación. Por las noches al dormirme creía percibir algo sobrenatural, me parecía sentir sobre mi rostro un ligero roce cual de tenues alas, pero por fin me rendía el sueño y entraba en un mundo fantástico, en el que cual al día siguiente recordaba con vaguedad haber visto extraordinarios sucesos.

Conforme fuí avanzando en mi obra, aquellas sensaciones sobrenaturales fuéronse agotando hasta el punto de que al terminarle recobré mi carácter propio experimentando una sensación parecida á la del que despierta de un extraño sueño.

Por fin mi obra llegó á estar casi terminada. ¡Cuántas cosas sentí durante mi ejecución! Muchas veces al ir á dar una pincelada de efecto falso que recordaba mis antiguos productos artísticos, sentía detenido mi brazo por una fuerza

sobrenatural y otras mi mano era atraída por ciertos puntos del cuadro en los que faltaban algunas pinceladas que vinieran á completar la obra.

Las figuras de ésta fueron poco á poco surgiendo del lienzo y por fin un día á los ardientes rayos del sol pude verle completo.

Cuando desde uno de los extremos de mi habitación abarqué de una ojeada su conjunto, no pude reprimir un grito de admiración y entusiasmo.

Allí, frente á mi mirada, estaba representado fielmente y con una naturalidad pasmosa el momento de la muerte de Luís XVI.

Hubo instante en que me creí presenciando aquel acto, como si fuera un sueño todo el tiempo transcurrido desde entonces.

Yo veía perfectamente y con el tinte de la mayor realidad la muchedumbre abigarrada, las tropas de la República y las secciones de París arma al brazo, los tambores redoblando, las casas con sus ventanas atestadas de gente, el cielo lleno de nubarrones, y los labios de todos los hombres contraídos como para dar paso á un grito de triunfo.

Además, contemplaba el relumbrar de los sables de los gendarmes en derredor de la guillotina, y sobre el tablado de ésta se distinguía la cuchilla tinta en sangre, el cuerpo inerte de *Capeto* y la figura fornida y repugnante del verdugo enseñando la cabeza de aquél á la muchedumbre. Este pequeño grupo era la parte maestra del cuadro. Yo estaba asombrado de mi obra. Distinguí las gotas de sangre que titilaban á la punta de la cabellera del guillotinado y parecía que sus ojos vidriosos me miraban fijamente.

Yo sentía frío y calor á un tiempo; veía en mi obra algo sobrenatural que me causaba espanto.

De repente me estremecí al notar una cosa de que hasta entonces no me había apercibido.

El pueblo, los soldados, el verdugo, todas las figuras de mi cuadro tenían iguales rasgos fisonómicos.

Aunque diferentes en la expresión todos sus rostros poseían cierto aire como de familia que les hacía parecidos.

Mi amigo Teodoro apareció ante mí en diferentes posiciones y vistiendo diversos trajes.

Creí que todas las figuras se agitaban como queriendo desprenderse del cuadro, y, en un rincón, en el techo, ó no recuerdo dónde, columbré dos ojos claros y rasgados que me miraban fijamente.

Sentí frío en las entrañas, no pude resistir aquello, y caí víctima de un desvanecimiento.

IV

Jamás volví á pintar luégo que acabé *La muerte de Capeto*.

Varias veces intenté ejercer el sublime arte, pero siempre tuve que desistir. Era, como de antiguo, el embadurnador de muestras.

Al contemplar los productos de mi torpe pincel dudaba de que yo fuese el autor de tan magnífico cuadro.

Y de la misma duda participaban todos mis compañeros en el arte.

Hoy llego á creer, en ciertos momentos, que aquella gran obra fué tan solo soñada por mí, y digo esto porque hace muchos años que ha desaparecido por completo.

En los primeros tiempos del Imperio me la compró por un precio relativamente módico, un antiguo jacobino hacendado de provincias.

Pero cuando cayó para siempre Bonaparte y los aliados se exparcieron por Francia, fué destruído el cuadro por unos emigrados realistas que se sintieron poseídos de sacra indignación al conocer el asunto que aquél representaba.

Además, á su dueño le valió el ser fusilado. ¡Que Dios le tenga en santa gloria, y que desde ésta me perdone, por ser yo, aunque remotamente, la causa de su muerte.

Hoy tengo ochenta años y todavía no he visto en ninguna exposición un cuadro que pueda igualarse con el mío.

Por eso digo á todos los que quieren oirme que cuadro como el de *La muerte de Capeto* solo se ha pintado uno. Y al decir esto pienso en Teodoro á quien considero su legítimo autor.

Todo lo cual me vale el que muchísimos me tengan por loco.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

AMOR Y CRICKET

REVISTA CIENTÍFICA

Una carta hidrográfica catalana de 1339.—Desincrustación de las calderas de vapor.—Causa posible de los terremotos.—Peligro de los materiales empleados en los huecos de los suelos.—Investigaciones sobre la curación de la tuberculosis.

De la *Revue Scientifique*, de París, traducimos lo siguiente, á propósito de una carta catalana de 1339:

«La carta catalana de 1375 que posée nuestra Biblioteca Nacional ¡había sido considerada hasta estos últimos tiempos como el más antiguo documento debido á esa escuela, cuando el pasado año un aficionado parisiense compraba un portulano sobre vitela, muy bien conservado, que llevaba en el ángulo superior derecho esta leyenda:

Hoc opus fecit Angelius Dulceri anno mccccxxxviiij de mense Augusto in civitate Maioricarum.

»Hé ahí, pues, un documento anterior de treinta y seis años á la carta anónima de 1375, sobre la cual tiene la doble ventaja de estar firmada y fechada. No solamente es la más anti-

UNA BELLEZA DE GRATZ (Dibujo de Helena Birnbacker)

gua carta catalana conocida, sino que no se tiene noticia de ninguna otra anterior á ella, como no sean los portulanos del genovés Pedro Vesconte, no dejando de ser interesante el darse cuenta de la influencia que la escuela catalana ha podido ejercer sobre los cartógrafos italianos. En todo caso, como el portulano de Dulceri es de una exactitud de todo punto notable y las deformaciones de las costas son imputables á los errores de la brújula, único instrumento de observación que poseyesen entonces los marinos, queda uno confundido al ver que en una época tan atrasada se conociese tan bien y, sobre todo, se representase tan fielmente las comarcas europeas. Más aún: hay en ese portulano catalán tal grado de habilidad que se ve enseguida que ha debido ser precedido de muchos otros, pues no se llega de una vez á un conocimiento tan general, tan profundo y á una seguridad de mano y una exactitud de proporciones tan maravillosas. Por otra parte, sábese por una ordenanza que cita Lelewel, que todos los barcos mallorquines debían poseer dos cartas náuticas; de manera que como las marinas catalana, valenciana y mallorquina contaban un gran número de buques, era menester que la producción cartográfica fuese considerable.

»No es menos interesante en esta carta la evidencia que resulta de las frecuentes relaciones que mantenía la marina mallorquina con los países del Norte. En efecto: son numerosas las ciudades cuyos nombres figuran en las costas de Suecia, de Noruega, de Inglaterra y en las costas del Báltico. Pero en ninguna parte se encuentra más nombres de localidades que en litoral francés, pertenecientes, la mayor parte, á puertos importantes en aquella época, pero más decaídos en la actualidad. Etaples, Fecamp, Honfleur, Ouistreham, en la costa normanda. Es interesante seguir esta nomenclatura en las cartas subsiguientes, encontrándosela casi idéntica en la carta de 1375, lo mismo que en el portulano de Soleri y en las demás cartas catalanas.

»Tales son algunas de las reflexiones que ha comunicado á la Sociedad de Geografía nuestro colaborador M. G. Marcel, desenvueltas en una larga y erudita *Memoria* que ha enviado á la Academia de la Historia de Madrid.»

ILUSTRES TABERNAS DEL ANTIGUO LONDRES: LA DE JORGE.-LA CABEZA DE LA REINA

No hay para qué decir cuanto nos place que los franceses, tan enamorados de lo suyo cuanto desconocedores de lo ajeno, rindan este tributo de justicia al mérito de nuestros antiguos navegantes.

***

La adición semanal de 2 kilógramos de azúcar al agua de alimentación de una caldera tubular de 126 tubos, habría impedido, según M. Polto, la formacion de incrustaciones y áun habría hecho desprender los depósitos antiguos, siendo así que, antes de emplear el azúcar, era preciso limpiar la caldera á los 45 días de marcha. Con todo, como hace notar la *Chemiker Zeitung* al publicar esta noticia, hay que tener presente que el azúcar, á la temperatura correspondiente á una presión de 4 á 5 atmósferas, da lugar rápidamente á la formación de ácidos, especialmente de ácido fórmico, los cuales corroirían enérgicamente las calderas. Por lo tanto hay que ir con tiento en el empleo del azúcar como desincrustante.

***

Entre las innumerables teorías imaginadas para explicar los terremotos,—y con tanto mayor motivo ahora por haber ocurrido en Francia,—merece especial mención la que ha expuesto M. Blavier en el seno de la Academia de Ciencias de París. Según dicho *savant* puede atribuirse la causa de los últimos terremotos á la formación, desde el invierno excepcional del año 1879-1880, de un glaciar polar en la región situada al Norte del Atlántico, comprendiendo la Groenlandia, la bahía de Baffin y el estrecho de Davis. Esta acumulación de hielos en el Norte del Atlántico tendería á destruir las condiciones normales de equilibrio de la porción de corteza terrestre comprendida entre los meridianos de Nueva-York y París, produciendo una sobrecarga cuyo efecto, en un momento dado, debería provocar un ligero doblamiento del suelo submarino, con fractura local posible, si existe una línea de menor resistencia, convenientemente orientada y á débil distancia. Ahora bien, dice el autor: basta echar una ojeada sobre un globo terrestre para reconocer que existe una línea así hacia el 40° de latitud Norte, en la parte del paralelo atravesado por el Océano Atlántico, de Filadelfia á Lisboa, y por el Mediterráneo en toda su longitud. En los alrededores, pues, de este paralelo es donde, bajo la influencia de la indicada causa, debían producirse las fracturas locales de la corteza terrestre por las cuales introduciéndose bruscamente el agua del mar hasta el núcleo central en ignición ha provocado las explosiones, causas inmediatas de los movimientos sísmicos de los años 1884 y 1887. M. Blavier añade que de ser exacta su teoría son de temer nuevas sacudidas á lo largo de esta zona hasta el día del deshielo del glaciar polar.

***

En un estudio sobre *La contaminación de los huecos de nuestras moradas en sus relaciones con las enfermedades infecciosas* publicado en el tomo XVIII del *Zeitscrift für Biologie*, ha demostrado M. R. Emmerick que se acumulaba una cantidad prodigiosa de materia orgánica en los huecos ó senos, (espacios situados bajo los suelos.) Según dicho autor, no hay en nuestras mora-

das ni á su alrededor ninguna sustancia tan cargada de materias orgánicas como la que llena los senos, siendo la principal causa de ello el servirse harto á menudo, para colmar los vacíos que existen bajo los suelos, de materiales de demolición que están ya saturados y sobresaturados de materias orgánicas. Emmerick evalúa en 27158 kilógramos la materia orgánica seca aprisionada de este modo voluntariamente bajo los suelos de una casa que acababa de ser construída, y estima que esta materia es equivalente á la de ¡3.000 cadáveres! Sea lo que fuere de estas evaluaciones, el autor ha llegado á las conclusiones siguientes, generalmente adoptadas por los higienistas:

1.° Los escombros procedentes de la demolición son terrenos de cultivo para los gérmenes y no deben servir nunca para colmar los huecos.

2.° La arena pura bien lavada puede contaminarse rápidamente si el pavimento no es hermético.

3.° Cuando se dejan huecos los senos, llénanse á la larga de materias orgánicas.

Un buen seno debe llenar las condiciones siguientes: ser ligero, apagar los sonidos, ser mal conductor del calor, ser impermeable al agua y al polvo, estar exento de materias orgánicas y ser incombustible. *(Justamente lo contrario de lo que suelen ser aquí).*

Para Hartis y Emmerich, el coke y las cenizas son, como los escombros, materiales que hay que rechazar: dan la preferencia á la arena lavada, recubierta de una capa de asfalto en la cual se colocan las piezas de madera que forman el parquet. Por desgracia, la arena lavada cuesta bastante cara y tiene el inconveniente de ser pesada en exceso y sobrecargar los techos.

Háse ingeniado, pues, para encontrar una sustancia que siendo tan poco putrescible como la arena, fuese más ligera: primeramente se pensó en las escorias de vidrio, pero se echó de ver que contenían sulfuro de calcio que, al contacto del ácido carbónico del aire, desprende ácido sulfhídrico que ennegrece las pinturas y despide un olor desagradable.

Se ha pensado después en la turba, que es ligera, absorbe y retiene el vapor de agua y además constituye un medio aséptico: desgraciadamente á la larga se deja penetrar por el polvo por ser muy porosa, y está lejos de ser incombustible. El arquitecto Cristiano Nussbaum ha tenido la idea de emplear la turba molida con cal; hace una mezcla de 4 á 6 volúmenes de este polvo con un volumen de cal apagada, desleído el todo en agua hasta la consistencia de una papilla clara la cual se bate de tiempo en tiempo; al cabo de 24 horas la pasta es dividida á pedazos que se ponen á secar separadamente.

Por otra parte, se ha cerciorado M. Nussbaum de que esta turba con cal arde muy difícilmente; que es un medio muy poco favorable á las fermentaciones; que trasmite débilmente el sonido y que absorbe y retiene el vapor de agua tan bien como la turba natural; por lo cual se presta muy bien para llenar los espacios situados bajo los suelos. *(Revue d' hygiene).*

***

Gracias á la iniciativa del insigne cirujano francés M. Verneuil, quedó fundado, hace ya un año, una especie de *Instituto*, sostenido por medio de suscriciones voluntarias,—que el mes pasado ascendían á 54.600 francos,—destinado á buscar los medios más oportunos para la curación de la tuberculosis, pensamiento humanitario como ninguno ya que la tuberculosis es la primera plaga que diezma la actual generación. Los resultados conseguidos hasta ahora por los investigadores no son, á la verdad, muy brillantes, pero tampoco son de desdeñar, aunque no fuese más que por lo que orientan la terapéutica y salvan del escepticismo á que muchos se habían entregado respecto á la cuestión de la curación de la tuberculosis.

Vamos á dar cuenta de los principales hechos comprobados: tenemos, pues, que el Dr. Gosselin (de Caen), ha encontrado que saturando de iodoformo el organismo de los conejillos de Indias impedíase evolucionar los bacilos. Verdad es que suprimido el tratamiento la tuberculosis evoluciona y produce rápidamente la muerte, pero de todas maneras puédese suponer que no sería poca ventaja en el hombre lograr adormecer durante muchos meces los bacilos nocivos y administrar durante este tiempo al enfermo los reconstituyentes oportunos á fin de ayudarle á adquirir fuerzas con que luchar victoriosamente con el mal. A este tratamiento puédese referir el empleo de inyecciones de eter iodoformado preconizado por M. Verchese para la curación de las adenopatías tuberculosas del cuello.

EL CIERVO BLANCO

No menos esperanzas dejan entrever las investigaciones de M. M. Raymon y Arthaud. Habiendo estos experimentadores administrado á seis conejos un gramo diario de tanino durante un mes, han visto esterilizarse dos inoculaciones de materia tuberculosa hechos á los mismos con tres meses de intervalo.

Administrado también el tanino á cierto número de tuberculosos se ha observado que los síntomas presentados por los enfermos mejoraban notablemente, sacándose en conclusión, muy legítima, que el tanino es un poderoso agente de la medicación antibacilar.

Por desgracia, se han descubierto también algunas particularidades poco halagüeñas; «pues dos experimentos positivos de inoculación de esperma de animales tuberculosos, hechos por M. Daremberg,—dice una nota que tenemos á la vista,—parecen demostrar que la tuberculosis es directamente hereditaria en contra de la opinión generalmente admitida de que se nace tuberculizable y no tuberculoso.»

ALFREDO OPISSO.

COMELLA

Si el bermellón, el talco y la tintura
que empleas en tus dramas lo pagases
y á todos cuantos matas costeases
siquiera una modesta sepultura,

cierto estoy de que entonces, por usura
ni el tiempo ni el dinero malgastases,
y honras, vidas y haciendas respetases
escribiendo, aunque mal, con más cordura.

No porque tanta gente te ha aplaudido
tu vanidad á imaginar se atreva
que es el aplauso justo y merecido;
si eso tan sólo te seduce y lleva
es porque eres al globo parecido,
que cuanto más vacío más se eleva.

VICENTE COLORADO.

RUMBOS OPUESTOS (1)

Los dos, con distintos rumbos,
á un mismo punto llegamos;
después de unirnos gran trecho
no es fácil ya separarnos.

No es fácil ya separarnos,
y opuesto es nuestro camino:
ó yo he de seguir el tuyo,
ó tú has de seguir el mío.

Ó tú has de seguir el mío,
cuya pendiente es penosa,
ó habré de bajar el tuyo
que hermosas flores alfombran.

Las flores que el tuyo alfombran
llenan tu marcha de encantos,
pero al fin de la jornada
todo se cierra á tu paso.

Todo se cierra á tu paso;
yo al fin del viaje te ofrezco
un espacioso horizonte
y encima un cielo sereno.

Bajo aquel cielo sereno
gozar podrás, prenda mía,
de ese descanso en el alma
que es el todo de la vida.

El descanso de la vida
no se logra sin trabajos;
si quieres seguir mi rumbo
fuerza es desandar lo andado.

Fuerza es desandar lo andado
para hallar la dicha cierta...
si es que no quieres seguirme,
sea al fin como tú quieras.

¡Sea al fin como tú quieras
y sigamos tu camino,
aunque todos tus errores
tenga que llorar contigo!

CAYETANO DE ALVEAR.

(1) Del libro *Cantares*.

BARCELONA: INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DEL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA (Dibujo de Asarta)

JESÚS
ARROJANDO A LOS MERCADERES
DEL TEMPLO
—Por Dirck Crabeths—

EL FARISEO Y EL PUBLICANO

Por Hendrik de Keyzer y Cornelius Koffeus

GRISALLA

Por
Thibault de Harlem

EL BAUTISMO

—Por Dirck Crabeths—

EL SOCORRO DE LEYDEN

Por Isaac Nicolai y Cornelius Clok

VIDRIOS PINTADOS HOLANDESES

LA AZUCENA Y EL HURACÁN

APÓLOGO

—«Yo soy la azucena
de lánguido talle,
que mece en el valle
el aura sutil.
La brisa que anuncia
la fresca mañana,
me dice «Sultana,
hermosa y gentil.»
«Yo guardo en mi seno
las perlas que llora
la cándida aurora
huyendo del sol;
y doy en mi cáliz
dulcísimo aroma
que el céfiro toma
cruzando veloz.»
—«Yo llevo en mis alas
angustia y espanto,
y sombras y llanto,
terrible huracán.
Yo traigo la muerte
y voy, á mi paso,
sembrando al acaso
miseria y afán.
«Destruyo soberbio
la pobre cabaña;
la erguida montaña
temió mi poder.
Del lago me irritan
las blancas espumas,
y en pálidas brumas
se miran perder.
«Las olas pujantes
del mar proceloso
levanta orgulloso
mi altivo rigor.
Y rujo en los bosques,
y tiembla la tierra,
y el hombre se aterra
y siente el horror.»
—«Te adoro por fuerte,
terrible te amo,
sombrío te llamo,
acércate á mí.
Me arrastra á adorarte
tu inmensa grandeza,
tu noble fiereza
me lleva hasta tí.»
—«Yo adoro, azucena,
tu tierna hermosura,
tu blanda ternura,
tu dulce candor;
y forma mi encanto
la mágica esencia,
que da á tu inocencia
tu místico amor.»
—«Pues llega, que espero
tu plácido halago.»
—«Yo llevo el estrago,
amarme, es morir.»
—«Tu amor es mi vida,
tu suerte mi suerte.»
—«Mi amor es la muerte,
mi sino sufrir.»
—«Que pueda yo ufana
mirar á mi amante,
y muera al instante
gozando en mi amor.»
—«A tí me encadenan
ternísimos lazos...
que muera en mis brazos
la cándida flor.»
Rugió entonces la tormenta,
la tierra gimió de duelo,
y triste y amarillenta
perdióse la luz del cielo.
Y tras de la noche oscura
en la tranquila mañana,
seco se alzó en la llanura
el tallo de la sultana.

VICENTE RIVA PALACIO.

FILIS

La sien ceñida de olorosas flores
y del viento á merced su cabellera,
por el monte desciende á la pradera
la risueña deidad de los pastores.
De su gracia y belleza admiradores,
muchos la acosan porque amarles quiera;
y Filis, con cariño y placentera,
pesares calma sin sentir amores.
Pero un zagal que ilusionado vive
y un «sí» pretende de sus labios rojos,
tan extraño carácter no concibe...
Y aunque le causa, por ingrata, enojos,
siempre que *Filis* en la arena escribe,
con llanto empaña sus azules ojos.

ENRIQUE FRANCO.

NUESTROS GRABADOS

EL RETRATO DE LA SEÑORA MAYOR
Cuadro de J. Boks

El autor, de Amberes, continúa las tradiciones del *género*, tan propio de la escuela flamenca, adaptándolo á los usos y costumbres contemporáneos. La escena representada encierra un humorismo de buena ley, lo cual, unido á lo acabado de la ejecución, hace que la obra produzca el mejor efecto.

A ORILLAS DEL DART
Stoke-Gabriel.—Redes para pescar salmones

Se ha llamado al Dart el *Rhin inglés* y no ha faltado tampoco quien le comparase al Beresina. Con todo, los verdaderos amantes de sus bellezas niegan una y otra semblanza, diciendo que el Dart es algo más que eso: es el Dart, en goce de peculiar y fuerte personalidad. Sea lo que fuere, no cabe duda en que es un magnífico río que alcanza, sobre todo, extremada belleza al cruzar el Devonshire y en el cual se pescan riquísimos salmones.

MADRID
PALACIO DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL
DONDE SE VERIFICARÁ PRÓXIMAMENTE LA DE BELLAS ARTES
Dibujo de P. y Valor

Este magnífico local fué proyectado por el malogrado arquitecto D. Facundo de la Torriente, habiéndose encargado de su dirección, á la muerte del autor, el Sr. D. Emilio Boix. La construcción ha corrido á cargo de una casa belga.

De este edificio daremos extensos pormenores una vez inaugurada la Exposición de Bellas Artes, la cual, como es sabido, debe celebrarse el próximo Mayo.

BARCELONA: BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA FACHADA DE LA CATEDRAL CON ASISTENCIA DEL MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA

El día 10 del actual se inauguraron con gran pompa las obras de la nueva fachada de la Catedral.

Delante de la puerta principal se construyó un pabellón cuya plataforma estaba rodeaba por una barandilla calada de estilo gótico. En la cubierta se notaban también algunos detalles del propio estilo, y, además, destacaba un friso con los escudos de Cataluña, Barcelona, San Jorge y Cabildo Catedral. A derecha é izquierda del pabellón se colocaron algunos mástiles de los que pendían gallardetes y banderas con los colores nacionales.

En casi todos los balcones que dan frente á la Basílica se veían colgaduras, ofreciendo un conjunto vistoso.

Cerca las diez salió del Palacio episcopal una numerosa comitiva en dirección á la Catedral. Figuraban en ella muchos seminaristas, vistiendo sobre-pelliz; la música del Ayuntamiento, que tocaba la marcha de los concelleres; el cabildo catedral, cuyos individuos ostentaban el hábito de verano; el señor ministro de Gracia y Justicia, vestido de uniforme, y al lado y en pos de éste las principales autoridades, el Ayuntamiento, la Diputación provincial y numerosas comisiones de varios centros de esta ciudad.

En la plaza de la Catedral se había situado un piquete de infantería con bandera y música, que al entrar la comitiva en la iglesia, presentó armas y batió la marcha real, ejecutando el propio himno la banda del Ayuntamiento y la orquesta y el órgano de la Basílica.

«En aquel momento, dice un periódico, la plaza del templo ofrecía un aspecto animadísimo. Balcones y azoteas estaban cuajados de espectadores, y así la plaza del templo como la gradería ó escalera que conduce á la calle de la Corribia, estaban invadidos por una multitud extraordinaria. En medio de tanta animación, abriéronse de par en par las puertas de la Catedral, y los ecos de la orquesta y el órgano, en el interior, contrastaban con los de la música Municipal y la militar, en la calle; completando la animación de aquel pintoresco cuadro el toque de la campanas entre cuyos sonidos retumbaba pausadamente la majestuosa y sonora *Tomasa*.»

A las doce y media el repique de las campanas anunciaba al vecindario que se iba á principiar el ceremonial de inaugurar las obras de la fachada del gótico templo.

Presentóse á la puerta principal una procesión en la que figuraban, á más de las autoridades y corporaciones que formaron en la comitiva salida del Palacio episcopal, varios individuos que llevaban las banderas de Lepanto y de Santa Eulalia y diferentes reliquias.

Después de entonarse varias preces por el cabildo, dióse lectura de la Real orden autorizando las obras de la nueva fachada.

Pronunciaron después palabras alusivas el obispo señor Catalá, á las que contestó breve y cortesmente el señor ministro.

Terminada la ceremonia, que fué obra de corta duración, el cabildo entonó el *Te-Deum laudamus* y la procesión entró nuevamente en el templo, regresando después al Palacio Episcopal la comitiva.

PAISAJES DEL VOLGA
Un monasterio.—Las barcas

Se ha llamado con toda justicia al Volga el *Mississippi de Europa*. En las 2.000 millas que tiene de curso suele ofrecer un espectáculo monótono, aunque sumamente majestuoso. A largos intervalos aparece en sus orillas una ciudad, un monasterio, una aldea, por manera que la más frecuente señal de vida que suele observarse es las barcas que por él navegan.

AMOR Y CRICKET

Es un buen dibujo que ofrece, además de su belleza intrínseca, la demostración de que en nada ha disminuído la caballeresca adoración de que viene siendo objeto la mujer desde la Edad media, pues así como entonces el vencedor en un torneo rendía a su dama los trofeos del triunfo, sucede lo mismo hoy con los vencedores en el *cricket*, juego muy recomendado por los higienistas.

UNA BELLEZA DE GRATZ
Dibujo original de Helena Birnbacher

Los dibujos de ese género se recomiendan por sí solos, como el vinillo de Baltasar del Alcázar. ¿A qué teorizar sobre un buen palmito? Vale más presentar ejemplos de estética práctica que no venirse con infundios sobre las relaciones entre lo *verdadero, lo bello y lo bueno*, etc., etc..

ILUSTRES TABERNAS DEL ANTIGUO LONDRES

Todas esas tabernas, ó cervecerías, son altamente típicas, y se hallan como acantonadas á la otra parte del puente de Londres, camino de Borough. Por lo general son construcciones de madera, muy bien acondicionadas para su objeto.

BARCELONA: INAUGURACION DE LAS OBRAS DEL NUEVO PALACIO DE JUSTICIA
Dibujo de Asarta

El día 11 del corriente verificóse la solemne ceremonia de colocar la primera piedra para la construcción del nuevo Palacio de Justicia. El solar está enclavado en terrenos del Salón de San Juan, manzana núm. 14, entre las calles de Almogávares y Pallars. Los alrededores, ocupados por una apiñada concurrencia, estaban adornados con escudos y gallardetes.

Verificado el acto, el presidente de la Audiencia D. Mariano Díez pronunció un interesante discurso y otro, breve y oportuno, el señor ministro de Gracia y Justicia.

Es de esperar que así el frontis de la Catedral como el nuevo palacio de Justicia no correrán la suerte que otras proyectadas obras.

VIDRIOS PINTADOS HOLANDESES

Pertenecen esas obras á autores del siglo XVI en cuyo tiempo empezó, por decirlo así, el principio del fin de este arte felizmente restaurado en nuestros días.

Todas las obras de los Crabeths de Gonda, eran redondamente buenas. El dibujo es sólido, el color rico, la perspectiva, especialmente en el paisaje, muy exacta. No menor mérito ostentan las vidrieras pintadas por Isaac Nicolai y Cornelius Clock, de Leyden, dibujante y colorista de las mismas, respectivamente. Hendrik de Keyzer y Cornelius Kuffens, de Amsterdam, brillan por sus composiciones de estilo arquitectónico y por su amplia factura, y finalmente, recomiéndase Thibault, de Harlem, por sus vidrieras monócromas y por su acabada ejecución.

ESCENA DEL BAJO OTTAWA

Cuando se sale de Santa Ana siguiendo el curso del Ottawa, no se tarda en llegar al *Lago de las dos montañas*, frecuentemente agitado por las tempestades y á cuyas orillas se levanta el pueblecillo de Oka. En el punto en que el lago es más ancho vese la *Punta de los ingleses*, pintoresco cabo cerca del cual emergen numerosas isletas. Toda esta parte del distrito de Gaspesia (Bajo Canadá) está habitada en su mayoría por descendientes de los primeros colonos franceses, habiéndose continuado sin interrupción algunos antiguos usos, tales como, por ejemplo, *las calesas*.

EL PREMIO DE SIEMPRE

(CONTINUACIÓN)

V

LAS LUCHAS DEL GENIO

Inauguróse desde aquel momento para nuestro artista una época de agitación y de ansiedad indescriptibles. Una sola idea le dominaba: hacerse digno de Angiolina, y á conseguirlo dirigió todos sus esfuerzos.

Merced á fatigosísimas luchas, poniendo en juego todas las influencias, presentando á Cosme de Médicis varias de sus obras, y después de muchos días de agobiadora perplegidad, logró Andrés ser nombrado uno de los dos artistas que debían pintar el codiciado cuadro. Su competidor era un artista célebre ya, cuyo nombre volaba en alas de la fama, y los alientos del joven debieron sufrir poderosa sacudida, cuando recibido el nombramiento, se dispuso á medir sus fuerzas, él, individualidad oscura y casi desconocida, con un artista por todos celebrado.

Para lograr el triunfo apetecido, competían en Andrés sus nobles ensueños de siempre y el amor cada día más poderoso que le inspiraba Angiolina, amor nutrido en el silencio y la soledad de su reducido estudio. Allí, donde de memoria había trazado la imagen de su adorada, elaboraba el plan vastísimo de su obra recurriendo para ello, al inagotable arsenal de su rica imaginación. El tema propuesto era *El Sermón de la Montaña*, y necesitaba nuestro héroe sentir con toda su fuerza la sublimidad del asunto, para reproducir la figura de Jesús é interpretar uno de los actos más notables de su vida.

No sangre, fuego, corría por sus venas, durante el tiempo ¡un año! que necesitara Andrés para concebir y ejecutar su obra. La fiebre de la inspiración cubría de intensa palidez sus mejillas, y por momentos enflaquecía el combatido cuerpo.

¡Oh vosotros los que no sabéis, por fortuna, lo que son los deliquios del alma cuando en la mezquina tierra quiere aprisionar un reflejo de la grandeza eterna por medio del arte! ¡vosotros los que vivís en el mundo ignorando los combates que á todas horas sufre el hijo del genio cuya mente caldea avasalladora fantasía! ¡los que disfrutáis sosegada vida en la esfera vulgar y adocenada, no podéis, no, comprender ni imaginar el tormento que sufren las naturalezas privilegiadas al luchar entre la realidad de la existencia y la idealidad del arte, suspendidos entre el cielo de la gloria y el abismo del ridículo! para comprenderlo, es necesario sentir lo que ellos sienten, sufrir con ellos, y concebir sus mismos ideales, atenaceando el alma y aniquilando la indócil materia.

Andrés sufría un combate espantoso que agostaba los frágiles resortes de su vida, y puesto en el empeño, sabiendo toda Florencia su audacia de querer competir con un hombre famoso, no le quedaba más recurso que vencer ó morir en la contienda, porque de salir derrotado, se cubría de ridículo, se inhabilitaba para siempre y perdía el dulce encanto de su existencia, el amor de Angiolina.

No sólo luchaba por el arte, por su porvenir, luchaba también por el amor; no le eran permitidos, finalmente, términos medios; debía hacerse célebre ó desaparecer como seca arista, arrastrada por el vendabal.

¡Cuántas horas de horrible angustia vió transcurrir Andrés en la soledad de su estudio! De mil maneras pensó desarrollar el asunto, y otras mil rechazó sus propios planes, con desaliento, considerando mezquina la composición al lado de la grandiosidad augusta del asunto. Pero el artista, cuando se halla posesionado de la inspiración hija de Dios, parece adquirir él también algo de la divina grandeza. Un día, tras continuados combates, la frente de ordinario sombría y tempestuosa de Andrés resplandeció con celestiales reflejos, trazando con mano segura las primeras líneas de su cuadro. Paulatinamente fué cubriéndose el lienzo de colores, cobraron relieve las figuras, movimiento y vida los semblantes, y pasaban los días, sin que el abstraído Andrés se separara del lienzo un solo instante. Cuando la fatiga le rendía y los pinceles caían de sus manos, sus ojos, inmensamente abiertos, su mirada calenturienta, no dejaban de acariciar la obra soñada en sus delirios de artista.

Terminóse al fin el cuadro, y la continuada agonía de Andrés tuvo también un término.

¡Respiraba la obra una placidez tan augusta! Al fondo, divisábanse las costas de Tiro y de Sidon; una multitud inmensa, acampada al pié de una montaña, escuchaba absorta las palabras que como miel dulcísima destilaban los labios del Salvador. Este, vestido con la blanca túnica de los profetas, no fijaba sus ojos en el cielo, su habitual morada, sino posando en la tierra sus dulces miradas para acariciar á la pobre multitud, ofrecía un conjunto tal de grandeza y sencillez que atraía con fuerza irresistible. Los apóstoles, no lejos del Divino Maestro, guardaban atentos en su mente la preciosa semilla del universal amor, para difundirla más tarde como fruto de bendición por todos los pueblos. Las puras auras de Galilea parecían agitar la blanca túnica de Jesús y su hermosa cabellera; un horizonte sin nubes armonizaba el conjunto del cuadro. Allá en los cielos asomaba su faz augusta el Eterno, complaciéndose en las predicaciones del Hijo amado, y tal era el efecto fascinador del lienzo, que parecían moverse las gentes y repercutir por los aires las dulcísimas palabras del Redentor: ***Bienaventurados los que lloran porque de ellos será el reino de los cielos.***

En todo resplandecía una sencillez, una verdad, una placidez tal, tenían tanta vida las figuras, tanta armonía el conjunto, que Andrés al terminar el cuadro y sentir todas sus bellezas, olvidando que él era el autor de aquella maravilla, cayó aturdido, extasiado, fuera de sí, de rodillas, adorando como un insensato su propia obra.

Lector benévolo, cuya alma no está quizás templada para tan fuertes sacudidas é ignoras, por tu bien, la fuerza avasalladora de semejantes tormentos y alegrías, no te encojas de hombros desdeñosamente al leer estas líneas, ni llames loco al pobre Andrés. ¡Cierto que era loco! Pero hay locuras sublimes, y sin ellos Dante, Milton, el Tasso, Rafael y Miguel Angel, no hubieran dejado su inmortal recuerdo en la tierra. ¡Ante esas locuras, algunas veces asoman lágrimas, áun á los ojos más indiferentes, y por ellas las razas legan preciados timbres á sus descendientes, después que murieron olvidados y pobres, tal vez cubiertos de ridículo sus infortunados autores!

VI

MALES DEL ALMA

El trabajo sobrehumano llevado á cabo por Andrés agotó por completo sus fuerzas físicas, y al terminar el cuadro apoderóse del pobre joven violentísima calentura, perdiendo toda noción de cuanto á su alrededor acontecía. Dos solas ideas vagaban sin concierto, pero persistentes siempre entre las brumas agobiadoras de la calentura; su cuadro, Angiolina.

En tanto, solícitos amigos, por no dejar pasar el plazo señalado, apresuráronse á llevar el cuadro al palacio de Cosme de Médicis, donde se hallaba ya el del competidor de Andrés, y pasáronse los días en medio de la mayor incertidumbre, entregado el artista á su lucha con la enfermedad, y los amigos á la inquietud por la suerte que cupiera á la obra, objeto de tantas esperanzas.

Junto á la cama del pobre enfermo, congregábanse diariamente los amigos, artistas también, y allí, sin que Andrés tuviera conocimiento de lo que pasaba á su alrededor, trasmitíanse sus impresiones.

Una de las noches que más animada parecía la tertulia y Andrés daba muestras de mayor agitación y desasosiego, entablóse á media voz la siguiente conversación:

—¿Qué noticias corren por la capital, Pietro amigo?

—Pocas de las que á nosotros nos interesan; las artes duermen indolente sueño, y como acontecimiento de sensación, sólo se habla de la llegada del fastuoso embajador español, por tanto tiempo esperado.

—¡Hola! En este caso nuestras damas ya tienen digno objeto donde saciar su infatigable curiosidad.

—Hasta tal punto, que tú no sabes cuanto se comentan las frecuentes visitas del gallardo embajador, á la linda condesa Angiolina.

—Su fausto la habrá deslumbrado.

—Al contrario, pienso que ella desea deslumbrarle á él con su belleza y opulencia, pues esta noche da un baile que se considera en honor del noble extranjero.

—Es una coqueta.

—A mí no me entusiasman las mujeres así, y desgraciado el hombre que en ellas fía.

Abrióse en aquel momento la puerta de la estancia, y en su dintel apareció un joven pálido y denudado.

—¿Qué te pasa, Marcelo?—preguntaron todos.

El recién llegado púsose un dedo sobre los labios, y luégo preguntó á media voz:

—¿Cómo está?

—Lo mismo que siempre.

Marcelo dirigióse de puntillas al lecho, y vió efectivamente á Andrés con los ojos cerrados por la intensidad de la calentura y revolviéndose con fatiga.

—¡Siempre igual!—murmuró.

En todos los semblantes retratóse profunda pena, porque Andrés era querido sinceramente por sus amigos. Después, estos se sentaron al rededor de una mesa, disponiéndose á cambiar sus impresiones en voz baja según costumbre.

—Parece que vienes disgustado, Marcelo, ¿qué te pasa?

—Os traigo una mala noticia.

—¿Respecto á qué?

—Respecto al cuadro.

—¡Será posible!

—¡Y tanto! Acaban de asegurarme que esta tarde misma, Cosme de Médicis se ha decidido por el cuadro del rival de Andrés, y que mañana se hará pública la noticia.

—¡No puede ser!—dijeron todos con estupefacción.—La obra de nuestro amigo es mil veces mejor que la de su contrincante y saltan á la vista sus bellezas.

—Pero se han puesto en juego muchas intrigas para negar el premio al verdadero mérito. Andrés, durante el año del plazo, sólo se ha ocupado en pintar el cuadro; el otro, lo ha aprovechado también para hacer atmósfera en su favor, empleando para ello todos los medios de que dispone la bajeza y la adulación. De suerte que tiene de su parte á casi todos los magnates florentinos.

—¡Qué siempre la fortuna ha de ser para los intrigantes! ¡Pobre Andrés!

—Yo todavía no lo creo y me permitirás que haga lo posible para enterarme. Me voy á adquirir noticias,—dijo uno de los jóvenes.

—Y nosotros te acompañamos. ¿Quién se queda hoy para velar al enfermo?

—Yo,—dijo Pietro.

—¡Pues adiós, y ojalá mañana no resulte cierta la infausta noticia!

Los amigos abandonaron cabizbajos la habitación, y Pietro quedóse solo con el enfermo, meditando un buen rato en las consecuencias que tendría para el pobre artista lo que acababa de saber.

Transcurrió una hora. Andrés parecía algo más tranquilo y Pietro hacía inauditos esfuerzos para vencer al sueño. El silencio que reinaba en la casa no era el más á propósito para

estar desvelado, y como el enfermo en aquellos momentos descansaba, al parecer, Pietro, cómodamente arrellenado en un sillón, se dispuso á permitirse algún descanso.

Cuando su igual y tranquila respiración demostraba que dormía, Andrés se incorporó en

ESCENAS DEL BAJO OTTAWA

el lecho con los ojos desmesuradamente abiertos, y con presteza se dispuso á vestirse, cuidando de no despertar á su compañero. Parecía animado por sobrenatural lucidez, temblaba convulsivamente y apenas podía tenerse en pié, pero á costa de heroicos esfuerzos, logró vestirse, dar algunos pasos por la habitación, y luégo salir de ella sin producir el menor ruído.

Pietro dormía profundamente.

(Se concluirá.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 30 de Abril de 1887 | Núm. 226

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

LA PRIMERA BAILARINA (Dibujo de Schlittgen)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*A la tercera va la vencida*, por Felipe Mathé.—*El telescopio y el mundo de los infinitamente grandes* (conclusión), por P. de Alcantara García.—*Lecturas: Maximina*, por Clarín.—*Las Academias antiguas*, por U. Gonzalez Serrano.—Nuestros grabados.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*El premio de siempre* (conclusión), por Josefa Pujol de Collado.

GRABADOS.—La primera bailarina.—*Londres:* El colegio de Eton (dos grabados).—El 3 de Mayo.—San Gerónimo de la Murta (Barcelona).—La mezquita tártara de Kazan (Rusia).—Cabeza de estudio.—La impedida.—La actriz.—Idilio.—Estudio.—*Inglaterra:* Orillas del Deben.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Las representaciones de Coquelin.—El atentado contra Bazaine.—Por qué razón no puede haber desafíos con los toreros.

COQUELIN ha dado las representaciones anunciadas en el teatro de la Comedia. No ha presidido buena elección á su campaña. *Tartuffe* y *Les precieuses ridicules*, que representó en una sola noche, dió lugar á que los espectadores exclamasen, — según cuentan, — «¡Perfecto!; ¡pero *trop de Moliere!*» *L'Aventuriere*, de Augier, que ha dado también, es una obra anticuadísima. Su campaña ha sido brillante para él como actor, mas no para su repertorio ni para su compañía.

Coquelin tiene las cualidades necesarias para la interpretación de todos los tipos y pasiones, y, sobre todo, la más preciosa para gustar al público ilustrado: la naturalidad. Su biógrafo Amicis dice que cuando Coquelin contaba diez años, cansado de traer y llevar cestos de pan, —su padre tenía una tahona,—dejó el cesto en el suelo y dijo al autor de sus días:

—¡Papá, quiero ser cómico!

Es posible que el dicho sea cierto, porque Coquelin es cómico por naturaleza.

Ha sido ya tan descrita, tan elogiada, tan referida y comentada la vida artística y la escuela de este actor, que nada puedo decirte de nuevo, sino atenerme á los datos y elogios que sabes, repitiéndolos y confirmándolos. Como dice Amicis, la cara de Coquelin es un verdadero rostro de histrión antiguo; una caraza ancha y llena, de tez amarillenta, en la cual brillan dos ojuelos de garduña, sobre una gran nariz, vuelta hacia arriba «con petulancia sin ejemplo.» La boca es grande, los labios gruesos, la barba larga y saliente; las mandíbulas, de león, se dilatan cuando habla con un movimiento inquietante. Coquelin es feo y él hace ostentación de saberlo. Parece que no ha querido hacer nunca papeles que exijan la belleza personal. En la *Galatea*, de Mme. Adam, no aceptó el de Pigmaleón.

—¿Qué quiere V.,—la dijo,—que me presente yo ante el público con el nombre de Pigmaleón? Míreme V. bien, señora, ¿tengo yo nariz de griego?

Pero en las tablas la fealdad de Coquelin desaparece y sólo queda la fisonomía espiritual de los personajes que representa.

Lo que más ha gustado á nuestro público ha sido los monólogos, en los cuales ha podido apreciar todo el arte de los afectos y los tonos, y la prodigiosa sencillez de su estilo, resultado de un estudio social incansable. Es un actor de una flexibilidad pasmosa, y no hay pasión, ni acento que no pueda él reflejar y producir con vida palpitante.

Su compañía es endeble. Mme. Kolb y Monsieur Duchesne se han distinguido; sin embargo, Coquelin ha salido ya para Lisboa con su compañía, y ha prometido que á su regreso de Portugal dará dos ó tres funciones más. Dará *Don César de Bazan*, *Mademoiselle de la Seglière* y *Oscar ou le mari qui trompe sa femme*. Ocasión habrá, quizás, de consagrar al cómico francés otro recuerdo.

No necesito decirte, — puesto que conoces nuestra sociedad,—que el teatro de la Comedia ha sido, durante la estancia de Coquelin, el centro de la moda. Ni en sus noches más brillantes ha reunido el teatro de la Opera concurso tan selecto. Un periódico, con este motivo, se ha lamentado de que nuestra sociedad, tan solícita para honrar el arte en la persona de un extranjero, relegue al olvido á nuestros actores, y que ni en las grandes solemnidades concurra al teatro Español, tan necesitado de valiosas protecciones. Tienen razón, prima, los que deploran este apartamiento del gran mundo, que sólo asiste á la Opera en invierno y á ver comedias en italiano y en francés, en la primavera; mas el gusto no se impone. Nuestro gran mundo encuentra vulgar, ordinario y, lo que es peor, aburrido, nuestro teatro nacional y nuestro repertorio moderno. Por añadidura, esa misma sociedad se ha dedicado á representar comedias en teatritos preciosos y ante el *bouquet* de sus relaciones. De este modo se llegará á formar un público reducido y exquisito de espectadores que no podrá sufrir la atmósfera de los teatros públicos, ni á los cómicos, sin perfumes ingleses, de los dichos teatros. Y la verdad es que en algunos teatrillos aristocráticos, como en el de la duquesa de la Torre, se representa muy bien; y que no cabe duda de que la buena sociedad es un gran plantel de cómicos y cómicas. Pero de esto ya te hablaré en otra carta.

Este mal del teatro español es incurable, porque, realmente, ningún español cree necesario que el gobierno subvencione un teatro á donde el público no iría por eso; puesto que las obras, probablemente, no se harían mejor que se hacen, ni los billetes costarían menos caro. Hay épocas de entusiasmos poéticos, teatrales, artísticos, en que el honrado burgués hace versos, no puede pasarse sin ir á los estrenos, y entre la lectura de la cotización y de las sesiones del Congreso, habla de pintura. Los burgueses de hoy hablan de pintura más que en otro tiempo, hasta se permiten comprar algún cuadro, pero no se conmueven ya con los versos y permanecen impávidos ante los arranques más estentóreos de Calvo y Vico. Pedir hoy dinero para subvencionar el teatro nacional, parecería ridículo. Se crea lo que hace falta, pero no lo que nadie echa de menos, lo que está de más. Nuestra sociedad elegante sólo gusta del teatro extranjero; nuestro público, sólo del género popular, retozón y regenerante.

Otro francés de muy distinta condición é historia ha dado alimento á la curiosidad en estos días. Me refiero á Luís Hillauraud, viajero de comercio, autor de una novela; corresponsal de *La Rochelle;* el cual ha intentado asesinar al general Bazaine. El rendido de Metz vive en una casa de la calle de Monte Esquinza, esperando la vuelta de su esposa que está en Méjico. Gracias á su título de corresponsal de *La Rochelle*, Luís Hillauraud pudo visitar al general y cuando estaba con él en conversación, sacó un estilete asestándole un golpe en la cabeza. El asesino se retiró, siendo perseguido y detenido en la calle por varias personas. No intentó huir; dijo que era el ejecutor de un mandato de Dios y el vengador de su patria. Hace tiempo que tenía decidida la muerte de Bazaine; aunque otros franceses (á los cuales había comunicado su propósito) le habían desaprobado. Según telegramas de esa capital muchos franceses quieren dar carácter de crimen político al asesinato del general; lo cual, después de todo, viene á ser como elogiarle.

En verdad más que un sectario político, más que un fanático del patriotismo, parece Luís Hillauraud un hombre vulgar. Porque, ¿qué hombre de sentimientos profundos puede creer suficiente castigo de la supuesta traición de Bazaine la muerte? Culpable ó inocente, su vida no debe serle grata; está condenado á soportarla en tierra extranjera; contemplando de lejos el rostro airado é implacable de la Francia. Sus campañas en Africa, y en España le acreditan de soldado valiente; Napoleon le nombra gobernador de Sebastopol después del asalto; cuando quiere derribar la República le envía á Méjico, como el más hábil y esforzado de sus generales y el imperio le colma de honores y riquezas; Francia confía en él cuando fija los ojos en el porvenir. Llegó un momento, en que París y la Francia entera creyeron que el único salvador posible del honor nacional era Bazaine; su gran energía, su consumada habilidad, la fecundidad de recursos de que había dado muestras le impusieron á sus mismos enemigos. Pero Bazaine entrega á Metz con sus cien mil defensores, y Gambetta le acusa ante la Francia de agente de Napoleon y cómplice de Bismarck: toda la Francia se sacude y se levanta contra él; todos gozan, acaso, de poder arrojar sobre un solo hombre la vergüenza de todos; Bazaine es juzgado; es condenado á muerte; es indultado de esta pena; sufre la prisión en Santa Margarita y se evade de ella gracias al heroismo de su esposa, que le proporciona la fuga y le recibe en una barca bajo la muralla del puerto. Viene á España y en España vegeta, llorando tristemente por la reivindicación de su honor militar, agobiado por el desprecio, por la indignación ó por la piedad de sus compatriotas; cerrados los horizontes de la vida y la felicidad; porque si es inocente, si su patria es justa con él sólo le hará justicia la historia. ¿Qué puede importarle la vida al general Bazaine? ¿Cómo puede ser castigo librarle de ella? Paréceme, pues, que este Luís Hillauraud no ha meditado con rencor su crimen. Por fortuna para el asesino la herida de Bazaine es leve. Ha hecho sensación este suceso, porque lo cierto es que el mariscal tiene muchas simpatías en Madrid. Se conduce con dignidad en su destierro. Y luégo su esposa, á la cual conoces, es una mejicana de gran corazón que da con su belleza y sus virtudes mayor realce á la desgracia de su esposo.

También se ha ocupado la prensa de un incidente curioso: de un desafío concertado entre un notable escritor y crítico y un afamado torero. Como el lance no se ha realizado, ningún inconveniente veo en citar los nombres. Se trata de Peña y Goñi y de Mazzantini. Surgió la cuestión por un artículo publicado en *La Lidia*. Mediaron amigos y, como era natural, concluyó el asunto.

Con este motivo se ha discutido si hubiera podido realizarse ese duelo: si un torero tiene la consideración social necesaria para cruzar una espada ó un par de balas con las personas á quienes llamamos *personas decentes*. (Difícil sería la definición de lo que son estas personas, ó de las condiciones que para ser tales personas se requieren). No intentaré yo, querida prima, discutir este punto con la seriedad y el detenimiento que se merece. Lo único que afirmaré es que los toreros, como clase, me parecen tan honrados y nobles como cualquiera y áun más, si cabe en el sentido caballeresco; pues representan el valor, la tradición y el más castizo sentimiento nacional. Entre los toreros habrá, como hay en todas las clases, unos que serán personas decentes y otros que no lo serán. Eso la opinión lo indica. ¿Cómo es posible negar reparación por las armas,—siendo justa la petición,—á un hombre estimado por todas las clases sociales; ídolo de las multitudes, y al propio tiempo compañero, comensal y honrosísimo convidado á tertulias, palcos y saraos de la aristocracia? ¿Qué buen español no estrecha con orgullo la mano de Frascuelo, de Lagartijo ó de Mazzantini? ¿Si hubiese que abrazar á la patria en alguna persona, no designaríamos para representarla á un torero? ¿El torero no es la representación más genuina del espíritu varonil que anima nuestra historia? ¿El aplauso, el enaquecimiento, el frenesí que se apodera de todas las clases ante el torero triunfador en el redondel, reconoce por causa alguna cualidad ni acción vergonzosa ni despreciable? No; todos consideramos que su triunfo se debe al arte y á la grandeza de alma.

Pero es lo cierto que todo hombre serio se miraría mucho antes de aceptar un duelo con un

rero, que procuraría evitarlo. La razón es muy ncilla. Como dicen los franceses se bate uno *r la galería;* es decir, por la consideración púlica. Y ahora bien; el público no comprende los uelos entre un *particular* y un torero; y por lo nto los considera una *tontería*. Falta en uno e los dos que se baten la necesidad de batirse ara ser más estimado luégo; y ese uno es el rero. El torero, por serlo, tiene ya cartilla de ombre de corazón y de arriesgar, sin escrúpus, la vida; esto le hace superior á las ofensas y autoriza á oirlas sin rechazarlas. El público sulta groseramente á los toreros en ocasiones, ero no los deshonra. Esos insultos caen sobre faz del lidiador como la gota de agua sobre hierro caldeado, deslizándose y evaporándo-. Su oficio les coloca, en las cuestiones de onra, en una situación singular, de la cual no ueden salir con ventaja, pues al querer cambiar estoque del matador por la espada ó por la istola del duelista, incurren en la frivolidad y el ridículo. Por su parte el particular que acep un lance con un torero, expone su vida sin la nica garantía moral que justifica su acción: la e que la sociedad considera necesaria esa prueba. No; la opinión, cree tan dignísimo á un torero, en materias de honra, como á un escritor ó n cantante ó un actor ó un aristócrata; lo que o cree es que haya necesidad de que se bata n torero. De aquí que no haya jamás semejanes desafíos y de aquí el que no lleguen á realirse nunca los que se inician.

Todo esto te parecerá un poco raro y hasta ifícil de entender; pero siendo cierto el hecho e que la opinión no acepta desafíos entre *parculares* y toreros, (por casos de su profesión ública, se entiende), preciso es buscar la expliación de ese fenómeno.

Y con esto concluyo la carta y te deseo como iempre prosperidades.

Tuyo,

FERNANFLOR.

A LA TERCERA VA LA VENCIDA

I

A la una...

¡Qué cosa tan grata son los recuerdos de iempos más felices!

Por muchos años que pasen, ¡qué frescos se etratan en la memoria ciertos detalles de nuesra vida juvenil!

¡Con qué placer las hacemos revivir en nuesra mente aquellas sensaciones suavísimas que onmovieron nuestro corazón por vez primera!

Dulces memorias que alientan la esperanza y nos hacen más risueño el porvenir. ¡Benditas sean!...

Hace ya muchos años, siendo niño, pasaba lurante el verano largas temporadas en el Escorial con mi familia.

A pesar de mi poca salud, nada me faltaba para ser feliz.

Con entera libertad para jugar con otros chicos de mi edad, corría alegremente por aquellos sitios deliciosos, bajo los ardientes rayos de un sol canicular, y respirando el aire puro de las montañas, saturado con los aromas del romero y del tomillo.

El monasterio, esa maravilla del arte, edificado á fuerza de paciencia por un monarca sombrío y receloso, era para mí tan familiar, que me sabía de memoria todos sus rincones como el ciego Cornelio, el famoso cicerone que lo enseñaba todos los días á los forasteros.

Ni una sola mañana dejaba yo de asistir á la *procesión*, que así se llamaba á la comitiva de curiosos y forasteros que recorría el edificio bajo la guía de aquel ciego bondadoso, que, sin vista, hacía ver á todos los demás que le seguían hasta los detalles más insignificantes de tanta belleza artística como allí se atesora.

Jiras campestres, paseos por los jardines del convento, recibir á los viajeros de Madrid que venían en la *diligencia* y paraban en la plaza de Miranda, paseos matinales por los Alamillos, etc., etc.; esas eran nuestras distracciones. Porque como ya tenía *¡doce años!* no consentía bajo ningún concepto que se prescindiera de mí para todas aquellas diversiones.

Mi placer favorito, como el de todos los chicos, era echármelas de hombre y perseguir sin tregua á las niñas de mi edad, entre las cuales las había bien bonitas.

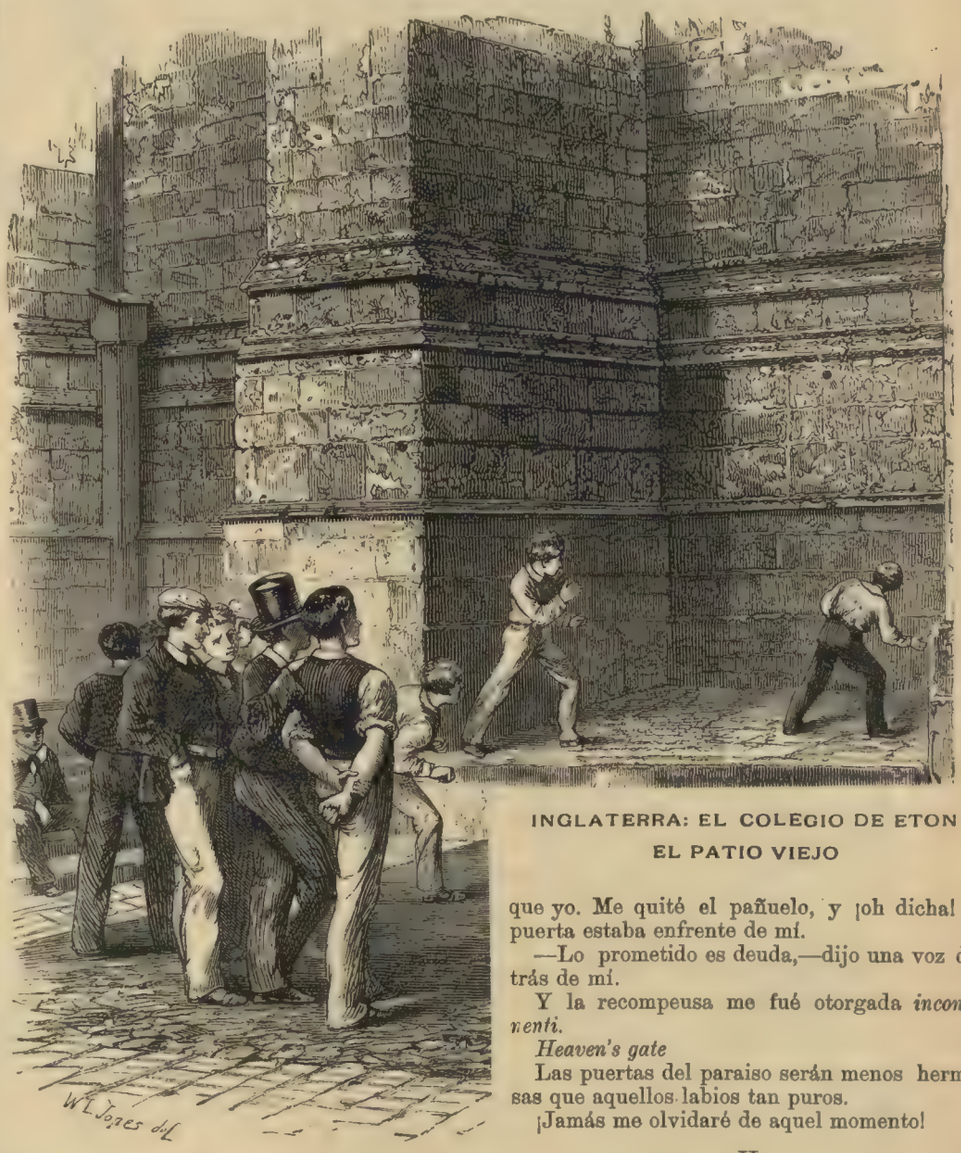
Pero la que más me llamaba la atención era Mercedes Z.

¡Alta, delgada, de pálido semblante, labios gruesos, admirable dentadura, nariz un tanto prominente y unos ojos tan grandes y tan negros que parecían abismos sin fondo!

¡Qué gracia la suya tan indefinible, qué distinción en sus modales y qué manos tan blancas, tan largas y tan finas!

Me parece estarla viendo todavía, con su vestido de muselina blanca, tan sencillo y elegante.

Recuerdo perfectamente que una noche varias familias de nuestro círculo se habían reunido en la Lonja ó esplanada que da frente á la fachada principal del monasterio: las muchachas idearon vendar sucesivamente los ojos á los amigos, ponerlos frente á la puerta principal del monasterio y dejarlos andar en aquella dirección para divertirse en ver cómo se desviaban algunos de su camino, hasta el punto de ir á parar muy distantes de la puerta, y áun á veces en sentido contrario, después de muchas vacilaciones.



INGLATERRA: EL COLEGIO DE ETON
EL PATIO VIEJO

¡Cómo habíamos de permitir los chiquillos no tomar parte también en aquel juego!

Sin andarme con rodeos, me acerqué á la bella Mercedes y la dije, con el aplomo de un pollo hecho y derecho:

—¿Quiere V. vendarme los ojos, y me hará con ello muy feliz?

Y, ¡oh placer incomparable! sus manos de nieve rozaron suavemente mi cara, tapó mis ojos con su pañuelo, me cogió los brazos por detrás, y dándome una vuelta y un ligero empujón, me dijo alegremente:

—¡Presuntuoso! ¡más que presuntuoso! Si acierta usted con la puerta le doy un beso.

¡Qué emoción tan fuerte la mía! ¡Que no me tuerza, caramba, por la Virgen! exclamaba yo para mis adentros. Y, efectivamente, una flecha no hubiese hecho su viaje con más derechura que yo. Me quité el pañuelo, y ¡oh dicha! la puerta estaba enfrente de mí.

—Lo prometido es deuda,—dijo una voz detrás de mí.

Y la recompensa me fué otorgada *incontinenti.*

Heaven's gate

Las puertas del paraiso serán menos hermosas que aquellos labios tan puros.

¡Jamás me olvidaré de aquel momento!

II

A las dos...

Pasaron después los años, y también aquellos tiempos dichosos, para nunca volver.

Mis padres me dedicaron á la carrera de las armas; entré en un colegio militar, y desde entonces hasta mi salida á oficial del ejército español, dejé de ser un chico feliz para convertirme en un estudiante desgraciado. Y tanta fué la dosis de ciencia que me obligaron á *tragar*, que tuve una indigestión intelectual y perdí hasta la facultad de saludar á las gentes.

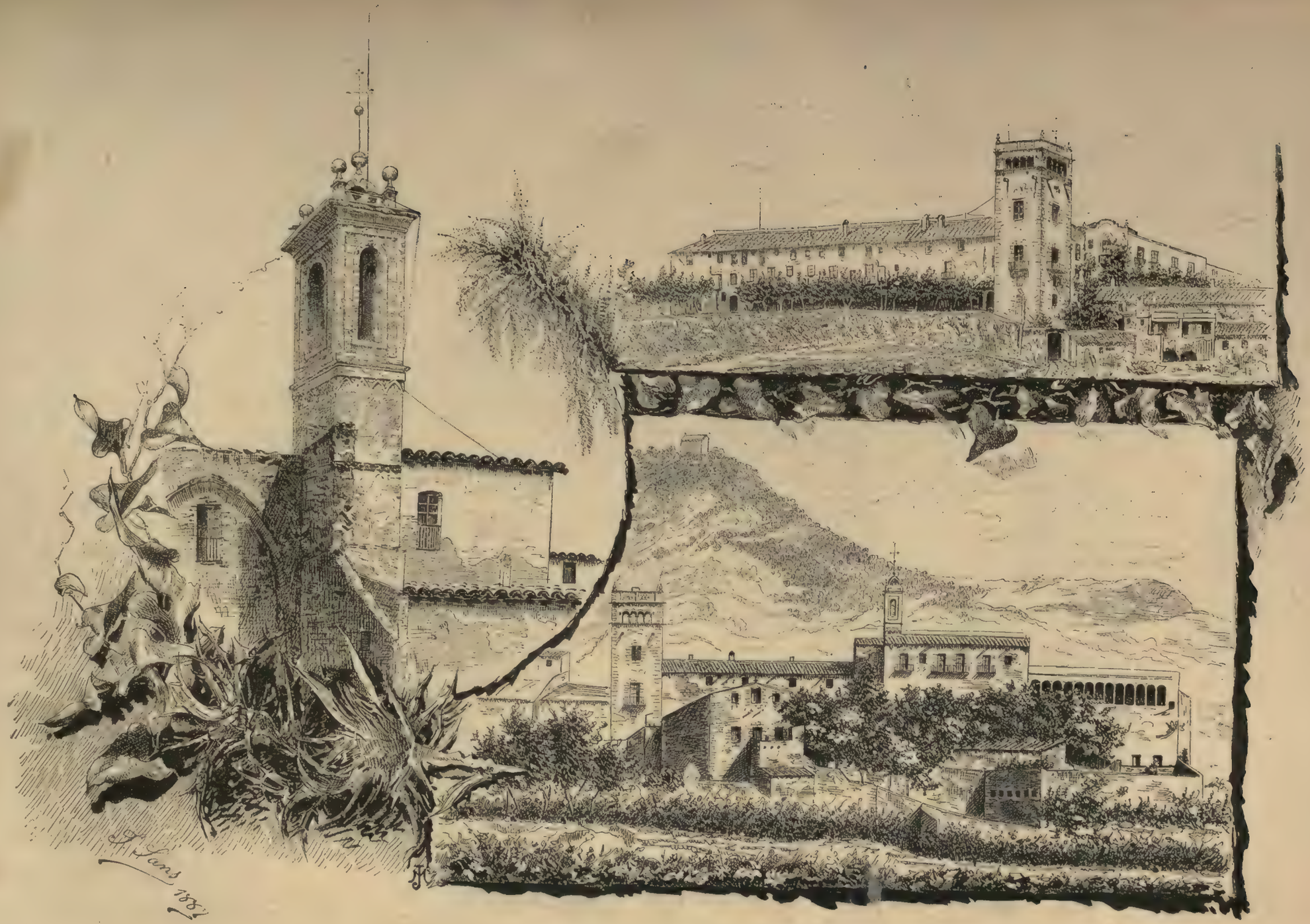
Con algunas ilusiones menos y veintiocho años sobre mis espaldas, ascendí mucho después á capitán, siendo destinado á uno de los regimientos de guarnición en Madrid.

Durante el mes de Julio de aquel año, permaneció la corte en el Escorial, y le tocó á mi regimiento prestar allí su servicio.

¡Qué cambio tan grande en aquellos diez y seis años transcurridos!

(Se continuará.) FELIPE MATHÉ

EL 3 DE MAYO: LOS ENTERRAMIENTOS DE LA MONCLOA (Cuadro de D. Vicente Palmaroli. Dibujo de P. y Valor)



SAN GERÓNIMO DE LA MURTA (BARCELONA)

EL TELESCOPIO

Y

EL MUNDO DE LOS INFINITAMENTE GRANDES

(CONCLUSIÓN)

El anteojo de Galileo fué perfeccionado más tarde por el más ilustre astrónomo de la época, Kepler, que reemplazó la lente bicóncava del ocular por una biconvexa; de aquí que se le considere como el verdadero y primer inventor, al menos el descubridor teórico, del *anteojo astronómico*, tal como se construye al presente y conforme á las mejoras que en él introdujo el jesuita Schucider, que es á quien se debe en realidad el anteojo de ocular convergente, que construyó al intento de estudiar las manchas del sol, que tanto llamaran la atención del gran Galileo.

En el anteojo astronómico que resultó por virtud de la modificación introducida por Kepler en el de Galileo, la imagen del objeto se ve invertida, puesto que ambas lentes son convergentes, por lo que la del ocular no hace más que agrandar la que da ya invertida el objetivo. Esta manera de producir las imágenes es muy incómoda tratándose de los objetos terrestres, y de aquí que se ideara por Reita lo que se conoce con el nombre de *anteojo terrestre* ó *anteojo de día* (en general todos los llamamos *de larga vista* incluso los *de noche* que usan los marinos), el cual no es otra cosa, en suma, que el mismo anteojo astronómico con dos lentes convergentes intercaladas entre el objetivo y el ocular, y colocadas de modo que produzcan la inversión de la imagen invertida que da el objetivo.

Con todas estas modificaciones no se había llegado aún á obtener el verdadero *telescopio*, instrumento que difiere del anteojo astronómico, en que su objetivo es en vez de una lente convergente, un espejo metálico cóncavo que tiene también la propiedad de juntar en una pequeña imagen brillante los rayos que se reflejan en su superficie, cuya imagen es enseguida observada á través de un ocular, semejante al de los anteojos, que la amplifica.

La primera aplicación de esta nueva clase de anteojo, que ideara en 1616 Zucchi, se debe al astrónomo inglés Gregory, que se valió de dos espejos, uno grande y otro pequeño y ambos cóncavos, para obtener la imagen del objeto amplificada por el ocular. Ofrecía este sistema algún inconveniente, tal como la pérdida considerable de luz, y el famoso físico Newton consiguió evitarlo mediante un espejo con una inclinación de 45 grados, que no hace más que reflejar la imagen, igual á la primera, en una dirección que resulta en ángulo recto con la de los rayos de luz ó con el eje del instrumento. De aquí nació el llamado *telescopio de Newton*, que posteriormente modificaron, con gran ventaja para la ciencia astronómica, Herschel y Foncault, entre otros menos notables.

Considerado el telescopio en general y tal como se usa al presente para las observaciones astronómicas, hay que tener en cuenta algunos términos que á él se refieren.

Se denomina *foco* el sitio donde se reunen las direcciones de los rayos luminosos que partiendo de un mismo punto, son refractados por las lentes. Sí, como sucede respecto de los astros, esos rayos incidentes se pueden considerar como paralelos, recibe aquel el nombre de *foco principal;* á la distancia que media entre el foco y la lente, se da el nombre de *distancia focal*. Recordando lo que hemos dicho acerca del *objetivo* y el *ocular*, debemos añadir que del primero dependen principalmente la calidad de un anteojo y su poder óptico, y que el segundo puede ser *positivo* ó *negativo:* resulta positivo cuando las dos lentes que lo constituyen se hallan dispuestas de modo que se correspondan sus superficies convexas, y es negativo cuando las dos caras planas de las mismas están vueltas en dirección del ojo y entre ellas cae el foco del objetivo. El ocular se halla adaptado á un tubo que puede salir y entrar en el del objetivo, y mediante un botón que engrana con una barra dentada, puede variarse la distancia de las lentes y ponerlas de manera que se vea con toda claridad la imagen, lo cual se expresa diciendo que el ocular se *pone á foco*.

El *aumento* que producen los telescopios, no es otra cosa que la relación que existe entre el ángulo bajo el cual se ve directamente el objeto por el observador, ó sea á simple vista, y el que es visto á través del anteojo. Este aumento se expresa por diámetros, diciendo que es de tantos como veces es mayor el segundo ángulo que el primero. Así, pues, se dice que el anteojo de Galileo daba un aumento máximo de 32 diámetros, ó que aumentaba 32 veces el tamaño del objeto tal como se ve á simple vista. Porque debe tenerse en cuenta que en el telescopio y en general, en los anteojos astronómicos, la imagen es siempre inferior en dimensiones al objeto mismo, al contrario de lo que sucede en el microscopio, que la que produce es siempre mayor en realidad que el objeto.

Se llama *campo del anteojo* el espacio circular del cielo que se ve en el instrumento, y sus dimensiones dependen del aumento que éste tenga, el cual aumento depende á su vez del diámetro y la distancia focal del objetivo: aquel que tenga mayor diámetro y mayor distancia focal, dará una mayor amplificación del objeto, siempre, se entiende, que reuna buenas condiciones por lo que respecta á la materia de que esté compuesto, su talla, pulimento, etc.

Se cita como uno de los telescopios más poderosos de los conocidos, el que construyó Herschel, que contaba 13 metros de largo, siendo el diámetro del espejo de 1m 47 y pesando todo el instrumento 20 quintales antiguos; el aumento que se obtenía mediante él era de 6.000 veces.

Refiriéndose á este telescopio, dice Arago:

«Semejantes dimensiones son enormes comparadas con las de los telescopios construídos hasta entonces; y sin embargo, parecerán mezquinas á las personas que hayan oído hablar de un supuesto baile dado en el telescopio de Slough. Los que propalaron tal patraña confundieron al astrónomo Herschel con el cervecero Meux, y un cilindro en el que apenas podía estar de pié el hombre de menor estatura, con ciertos toneles, tamaños como casas, en los cuales se fabrica ó se conserva la cerveza.»

El mismo aumento que el telescopio de Herschel da el construído en Irlanda por el inglés Rosse, si bien sus dimensiones son más colosales que las de aquél, pues mide 17 metros de distancia focal, teniendo el espejo metálico un

INGLATERRA.—EL COLEGIO DE ETON: LA ESCUELA ELEMENTAL

diámetro de 1m 83, y un peso todo el aparato que no baja de 10.400 kilógramos.

Pero dimensiones tan enormes y peso tan exagerado, dificultan el manejo del instrumento, por lo que los telescopios más usuales no son tan grandes. Entre ellos se citan como de los mayores los de los observatorios de París y de Pulkova que tienen 30 centímetros de abertura y 8 metros de distancia focal, y el del observatorio de Cambridge (Estados-Unidos), cuya abertura mide 47 centímetros. Marsella tiene uno de 80 centímetros de abertura de los de Foncault, con arreglo á cuyo sistema se construía hace años uno para el observatorio de París, de 1m 50 de diámetro, además de otro de distinto sistema que debe medir 18 metros de largo y 76 centímetros de abertura. Como se ve, no se desiste de las grandes dimensiones á pesar de los inconvenientes apuntados.

Como quiera que sea, el telescopio, al venir en ayuda de la vista, ha mostrado al hombre las maravillas de un modo que le era desconocido y que merced al poder prodigioso de aquel admirable instrumento, ha salido del misterio en que le envolvían las distancias infinitamente grandes que lo separan de nosotros.

Ha hecho más el telescopio. No contento con revelarnos la existencia de mundos infinitos, la naturaleza de ellos y los eternos movimientos á que viven sometidos, ha facilitado el medio de que tengamos copias exactas y directas de los astros.

Del mismo modo que hemos visto que se ha hecho respecto de los descubrimientos del microscopio, se ha aplicado la *fotografía* á los descubrimientos del telescopio, por lo que los utilísimos efectos de aquel arte han podido pasar del mundo de lo infinitamente pequeño al de lo infinitamente grande.

Siempre con el auxilio del telescopio, se han obtenido y se obtienen fotografías tan exactas como interesantes, del sol y sus manchas, de la luna y sus montañas y mares, de Saturno y su anillo, de varios grupos estelares, como los de las Pléyades, Orion, el Pesebre y Perseo, por ejemplo (de los que se ha obtenido imágenes de la 9.ª magnitud); y, en fin, de las nebulosas y hasta de los eclipses y sus particularidades físicas, se han sacado curiosísimas fotografías, que permiten estudiar con más minuciosidad y provecho esos mundos llenos de misterios que pueblan la inmensidad del espacio.

Tales son los servicios que presta ese prodigioso auxiliar de la vista á que se da el nombre de telescopio.

Constituyendo de por sí este instrumento una verdadera maravilla, es origen perenne de maravillosos descubrimientos, con los que á la vez que se robustece la ciencia, que merced á ellos dilata portentosamente sus dominios, el alma se eleva cada vez más y con mayor conocimiento de causa á las regiones incomprensibles de lo infinitamente grande, y se extasía y purifica llena de inefable gozo en la contemplación del Creador de todas las cosas.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA.

LECTURAS

MAXIMINA.—NOVELA DE ARMANDO PALACIO (1)

Uno de los deberes más importantes de la crítica en España, en los días que alcanzamos, es atender con mucho cuidado á distinguir de la multitud de libros de imaginación que se publican, y de los cuáles la gacetilla hace elogios de apología, aquellos otros que realmente merecen atención por encerrar algún mérito, y que no suelen ser tan alabados. Generalmente no coincide el arte de saber hacer libros con el de saber *faire l' article*, y á juzgar por lo que se observa y también por lo que la reflexión dice, suelen estar ambas habilidades en razón inversa. Así, por ejemplo, Pérez Galdós es uno de los españoles más ineptos para dar publicidad y renombre á sus novelas mediante los periódicos, y reconociendo esta ineptitud que radica en el sentimiento de la dignidad propia y en el amor á la dignidad del arte, prefiere pegar un sencillo anuncio en *La Correspondencia*, esa esquina, á ir de redacción en redacción repartiendo tomitos y sonrisas y palmadas en el hombro. Se echa la cuenta de que le cuesta mucho menos trabajo que esto, escribir un libro bueno que se vende porque lo es, y que se acredita por lo que vale, no por lo que de él digan cuatro ó seis periodistas satisfechos de los miramientos que con ellos guarda el autor.

RUSIA: LA MEZQUITA TÁRTARA DE KAZAN

La misma Emilia Pardo Bazan, que por ser dama, y muy activa y ocuparse en muchas clases de asuntos literarios y tener copiosa correspondencia con publicistas de muchos géneros, suele encontrar favorable acogida entre los olímpicos gacetilleros y ver sus libros muy anunciados, podría quejarse con justicia más de una vez del silencio de la prensa, sobre todo ahora, que después de haber publicado su mejor novela, se encuentra con que sólo hablamos de ella los que para hacerlo sólo hemos necesitado los impulsos de una sincera admiración.

Armando Palacio, de quien hoy se trata, gran enemigo de buscar buenos éxitos por los mismos procedimientos por que se busca en España un destino, tampoco tiene nada que agradecer, en general, á la prensa más traída y llevada, pues no le basta con tener excelente carácter, un trato afable, una modestia muy simpática, ni con haber dejado el látigo de la crítica, para conjurar los desdenes fingidos ni las pretensiones efectivas de revisteros presumidillos y censores de ocasión. Palacio, que ya *no se mete* con nadie, tiene, sin embargo, enemigos; ahora no se le aborrece por ser crítico satírico, pero se le odia por lo que vale.

Maximina ha obtenido elogios de mucha parte de la prensa, es verdad, pero los más fueron de pacotilla, y el autor hubiera preferido un estudio concienzudo á tantas insulsas alabanzas. Sin embargo, debo decir que ha habido excepciones; así, por ejemplo, el artículo de José Zahonero, en *La Opinión*, merece ser leído, porque se aparta de lo vulgar sin caer en lo extravagante y prueba *conciencia* literaria y profundo sentimiento.

Y en verdad, que pocos libros se prestan como *Maximina* á un análisis detenido y provechoso. *Maximina* es un *documento* no sólo para estudiar la historia íntima, interesante, por cierto, del talento y del corazón de su autor, sino para ver algo de lo que aporta á la literatura la nueva generación, acaso como nota original y característica.

En el artículo de Zahonero, si bien por el sistema casi siempre injusto del contraste, se apunta algo de lo que principalmente debe llamar la atención en este libro.

Ello es, que así el mérito principal de la novela como sus defectos mayores, revelan la misma preocupación del autor, el mismo anhelo: la absoluta sinceridad artística, tomando por forma la sencillez.

Mucho tiempo hace que Palacio vive, como artista, para este dogma; lo bueno, sencillo es la poesía; y sin detenerse ante sacrificios, que juzga necesarios, mutila el propio ingenio consintiendo en privarse de ciertas facultades de que estaba pródigamente dotado por la naturaleza, pero que él no cree compatibles con la austeridad de su profesión artística. Aspira á lo sencillo no como puro *dilettante*, no como *esteticista*, sino como literato que es además hombre y cree que la moral entra también en la poesía, y que hay modos de ser poeta morales é inmorales. Lo moral en el arte es ser sincero principalmente, y no hay más modo de ser sincero (siendo como Palacio) que ser sencillo.

Aquí yo debo advertir que en mi juicio la sinceridad artística, necesaria en muchos géne-

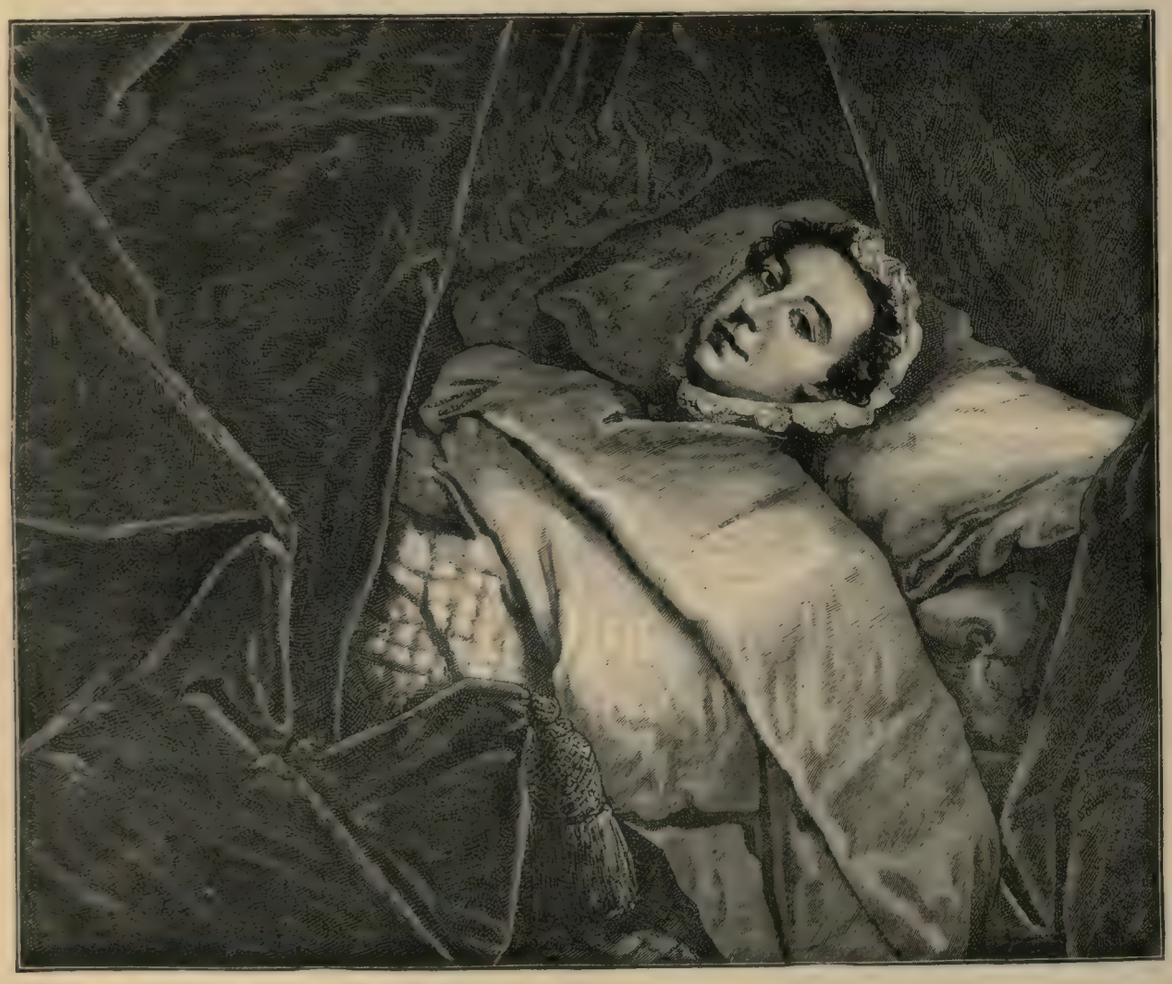
(1) Interrumpo la serie de artículos *A muchos y á ninguno*, para hablar hoy de un libro de actualidad. Con el mismo ó análogo motivo haré otro tanto, algunas veces, en adelante. (N. del A.)

CABEZA DE ESTUDIO (Dibujo de Enrique Schlimarski)

ros, no en todos, en ciertos estilos no en todos, pero sí en los géneros y en los estilos más elevados y dignos de admiración, no exige siempre la sencillez porque lo complicado y áun lo retorcido y quintiesenciado pueden ser tan sincera manifestación del espíritu, como el idilio más sencillo que queramos imaginar. Negarle á Amiel la sinceridad, sería absurdo; y en ese espíritu lo *compuesto* (*composite*) es lo natural y lo característico.—Baudelaire en sus *Flores del mal*, no parece sincero ante una observación que, con el respeto debido á Valera, yo estimo á mi vez poco sincera ó superficial; y sin embargo, hay allí la sinceridad de una enfermedad, la sinceridad del delirio poético, la sinceridad de la afectación espontánea si se quiere; la que encuentra y explica magistralmente en éste poeta Pablo Bourget.

De modo que, en mi opinión, Palacio obra como un sabio... bueno proclamando el dogma de la sinceridad, dado el género de literatura que cultiva; pero en lo de añadir el dogma *formal* de la sencillez, sólo hace bien si se limita á predicarlo como creencia subjetiva (si vale decirlo así), aún más, si se limita á predicar y *practicar* la sencillez como única forma de la sinceridad, dado su propio temperamento literario. Sí, un escritor, como Palacio hoy por hoy, sólo será sincero siendo sencillo.

La principal belleza de *Maximina* está en la sencillez, porque revela como es él alma del autor en los días en que éste escribe. Una niña de la aldea que se casa con un periodista madrileño, egoísta que no resulta antipático (y tal resultado no sería defecto, es claro) porque se le estudia poco; una descripción superficial pero en ocasiones bastante sugestiva y trasparente de la vida de un matrimonio joven; una muerte casi repentina, artísticamente considerada, oportunísima, de mucha belleza; un aprendizaje brusco, inopinado, de un alma vulgar, que ve en la desgracia, que juzga la mayor de su vida, algo de lo que importa á la salvación del alma; esto es, en suma, lo principal de la novela. Hace sentir, hace pensar. A mí me ha hecho pensar que había acertado al clasificar á Armando Palacio, por síntomas anteriores, entre los jóvenes que tal vez anuncian una vida nueva.



LA IMPEDIDA (Retrato por Arturo Pond)

En España hay muy pocos, que yo conozca; González Serrano es uno, Menéndez Pelayo es otro, Oller y algún catalán más pueden contarse entre estos; hay algunos otros... pero, en fin, ahora no importa á mi propósito contar con todos; en Francia hay muchos más, v. gr., Bourget, J. Lemaitre... en Portugal no faltan... ¿Qué quiere esta juventud?

No se puede decir á punto fijo; no todos ellos piden lo mismo en todo: pero hay algo de común en las tendencias; podría decirse que se espera una aurora de poesía espiritual, una vida nueva en que entren por mucho algunas cosas santas muy viejas, una filosofía hecha con el amor de la historia y las esperanzas nuevas y el respeto de lo averiguado por estas generaciones más cercanas á quien debemos también mucho respeto... Pero es absurdo dejar que la pluma corra sobre este asunto del que apenas se podría hablar sin ponerse en ridículo ó sin pecar de oscuro en muchas, muchísimas páginas consagradas á él exclusivamente.

¿De qué hablaba? De *Maximina*, novela para el corazón de los que lo tienen; libro escrito sin cuidado en gran parte, donde hay hasta faltas de sintaxis y citas infieles y episodios de mediana fuerza y de poco interés, novela donde está acaso lo peor de Armando Palacio en lo secundario, pero que encierra también lo que ya le ha dicho á él que era, hasta hoy, *su gran marea* de artista, todo lo que va desde la lección de astronomía hasta el índice. Allí hay alma, profundidad poética, *intereses morales*, como diría Chateaubriand, que inventó la frase.

Si yo tuviera espacio, que no tengo, diría mucho de lo malo de este libro, que toca á la obra muerta y así taparía la boca á los envidiosos de Palacio y á los murmuradores, pero tendría que decir mucho más de lo bueno; de lo muy bueno que no verán acaso ciertos espíritus medianos, en todo, pero que han visto los sencillos de corazón y los artistas de corazón; así *Maximina* ha gustado mucho á las mujeres honradas y hacendosas, á las que *empuñan la escoba los sábados*... y los demás días de la semana y ha gustado mucho también á D. José Pereda, un hombre que hace obras de caridad escribiendo.

CLARÍN.

LAS ACADEMIAS ANTIGUAS

El origen histórico de la palabra academia, en su aplicación á las múltiples derivaciones de la filosofía platónica, se debe al nombre dado por los atenienses á un paseo plantado de plátanos y olivos, que fué en un principio gimnasio y que fué después legado á la república por un contemporáneo de Teseo, llamado Academus. Al mencionado sitio (cuyas descripciones difieren poco en los escritores que de él se ocupan) concurría Platón para enseñar filosofía y á él, pagando especie de tributo á la tradición, siguieron asistiendo con frecuencia los tenidos por discípulos más ó menos fieles del gran *sistematizador* de la dialéctica. De estas coincidencias procede el nombre genérico, que en un principio se diera á la doctrina de Platón de filosofía académica, así como de ellas deriva el nombre de académicos atribuído á los discípulos de Platón. Cohonestadas y admitidas en la historia de la filosofía estas denominaciones, se comprende dentro de ellas un largo período, de cuatro siglos, que abraza desde Platón hasta Antíoco. En él examinan los historiadores de la

filosofía los más opuestos sistemas, aunque todos ellos manifiestan el tronco común de que dimanan, á saber, el idealismo platónico. Son muy escasas las noticias y muy numerosas las conjeturas que hay necesidad de hacer para historiar, y aún esto sólo externamente, las consecuencias que se desprenden de la enseñanza platónica, cuyo completo desarrollo y áun aplicación debe referirse á la filosofía alejandrina y al neo-platonismo que filtra su sustancia doctrinal en la información del dogma cristiano. Aristóteles, Diógenes-Laertio y Cicerón ofrecen datos, siempre incompletos, acerca de las vicisitudes que sigue la doctrina platónica entre los llamados académicos. Con inferencias más ó menos cercanas á la exactitud señalan los historiadores de la filosofía (V. Ritter), fundados en tales datos, hasta cinco academias. La primera academia, llamada *antigua*, es la de Platón y sus discípulos inmediatos, aunque no muy fieles, Espencipo y Xenócrates; la segunda ó *media* es la erigida por Arcesilao, fundador del probabilismo (V. Fouillée.—*Histoire de la Philosophie)*; la tercera ó *moderna* es la establecida por Carneades, que recuerda los antiguos sofistas; la cuarta es la que tenía por jefe á Philón, y la quinta es la establecida por Antioco (V. Sextus Emp.) Fragmentarias son las indicaciones que Cicerón (V. *Diálogos del orador*, libro III) hace de los filósofos llamados académicos. De ellos dice: «Habiendo sido tantos los discípulos de Sócrates y conservando todos alguna parte de su enseñanza esparcida en tantas y tan variadas discusiones, nacieron de aquí muchas sectas entre sí discordes, aunque todos sus adeptos se llamasen socráticos y se tuviesen por fieles discípulos de Sócrates. Y primero fueron discípulos de Platón, Aristóteles y Xenócrates... padre éste de la academia. Los académicos forman dos escuelas con un mismo nombre; porque Espencipo, hijo de una hermana de Platón, Xenócrates, discípulo del mismo Platón y Polemón y Crantor, que lo fueron de Xenócrates, se diferencían poco de Aristóteles, que fué, juntamente con ellos, discípulo de Platón; sólo difieren mucho en la abundancia y variedad del estilo. Arcesilao, discípulo de Polemón, fué el primero que de varios diálogos platónicos y razonamientos de Sócrates, dedujo la consecuencia de que no hay certidumbre alguna en el conocimiento adquirido por los sentidos ó por el entendimiento, y cuentan que con suma gracia en el decir despreció todo criterio, lo mismo el de la razón que el de los sentidos, y fué el primero en reconocer el método ya usado por Sócrates: no demostrar lo que el mismo pensaba, sino disputar contra la opinión de cualquiera otro. De aquí nació la nueva academia, en la cual se distinguió por su divina prontitud de genio y abundancia de decir Carneades.»

No hay para qué historiar ni hacer juicio crítico aquí del platonismo, pero aún limitando nuestro empeño á la historia externa de los discípulos del divino idealista, no se puede prescindir de consignar una apreciación general, aplicable por igual á la doctrina de todos los filósofos académicos. Se bifurca la filosofía griega después de Platón, en dos direcciones; la filosofía Aristotélica y la escuela académica. Los filósofos académicos no pueden ni deben figurar en el número de los filósofos que han dado nuevos impulsos á la ciencia, mientras que Aristóteles, considerado por una crítica superficial como discípulo infiel y áun émulo de Platón, vive vida inmortal en la historia del pensamiento. Los académicos suplen la virtualidad genial del pensamiento (de que carecen casi por completo) por una especie de afán excesivo de erudición, que parece justificar la tradicional significación de su apelativo puesto que en efecto hoy mismo se estima que filosofía académica (ó de las academias) equivale á pensamiento formado por la erudición que no elaborado en virtud de una reflexión propia, intensa y personal. En la academia antigua, Espencipo se consagra más á la erudición que al pensamiento propio, señalando conexiones á veces artificiales entre las ciencias más distintas entre sí y proponiéndose, quizás con más audacia que aptitud, constituir una historia natural sistemática, merced á su hipótesis, de las semejanzas y diferencias. Desvíos parciales, aunque significativos, de la enseñanza platónica se notan en Espencipo, tenido erróneamente por el más fiel de los discípulos de Platón, en sus reminiscencias pitagóricas y en algunas argucias, á que era inclinado, sobre la sensación y la unidad del sér. Más se acentúan aún las fórmulas pitagóricas en Xenócrates, que pretendía reducir las ideas filosóficas á razonamientos matemáticos. Los pensadores de la antigua academia, hambrientos sentados á la mesa del sabio, sin satisfacer su apetito con estos malogrados ensayos, revelan un síntoma, el de la debilidad de la fuerza productora de su inteligencia y á la vez el comienzo de la erudición de la filosofía (sin exceptuar á Polemón y Crantor). En la segunda ó sea la academia media, cuyo jefe es Arcesilao, hallamos ya una mayor divergencia de la enseñanza platónica. Condena toda su doctrina Arcesilao, repitiendo el aforismo de Sócrates: «Sólo sé que no sé nada,» y añadiendo «y aún esto no lo sé de una manera cierta.» La teoría de lo verosímil y de lo probable es ya completamente contradictoria del dogmatismo platónico. Arcesilao, con amor á la filosofía y con marcada preferencia á Platón, es el fundador de un probabilismo con tendencias escépticas. No citan las más antiguas autoridades obra alguna de Arcesilao, y apenas si existen datos más concretos acerca del núcleo de su doctrina que los que dejamos transcritos de Cicerón. Se personifica la tercera academia, la moderna, en Carneades, que reproduce y exagera el sentido escéptico de Arcesilao y recuerda los antiguos sofistas hasta el punto que se refiere que durante su estancia en Roma pronunció

LA ACTRIZ (De autor desconocido)

IDILIO (Dibujo de Alberto Schautsch)

ESTUDIO (Dibujo de Juan Vilinski)

dos discursos, uno en pro y otro en contra de la justicia. En progresivo desacuerdo de la doctrina platónica y en combate continuo contra los estoicos llegó Carneades á extremar el probabilismo de Arcesilao, sin que por otra parte pudiera él mismo librarse de la eterna contradicción, que le prestaba contrastes inagotables, para su buen decir. Philón, el jefe de la cuarta academia, discípulo de Clitómaco como éste lo fué á su vez de Carneades, pareció inclinarse á un sentido práctico de la especulación, aunque repetía el dicho de Carneades, esto es, que apenas si podemos salir de lo verosímil porque no poseemos medio para distinguir la percepción verdadera de la falsa. Finalmente Antíoco, fundador de la quinta academia, termina con la aspiración estéril de conciliar los peripatéticos y los estoicos con la antigua academia. Después de la erudición, que enerva la virtualidad de la reflexión propia, la filosofía académica concluye con una tendencia ecléctica que es en la historia del pensamiento síntoma indudable de una decadencia sensible. El escepticismo erudito y la incertidumbre escéptica; tales parecen ser los resultados de esta larga trayectoria de la filosofía académica. Ella, sin embargo, prepara ulteriores evoluciones del pensamiento, merced á las cuales se ha de determinar en cierto movimiento concurrente para que coincidan al platonismo y el aristotelismo, de cuya recíproca fecundación brotará en siglos posteriores la robusta planta de la filosofía cristiana. Pero sin recurrir á tan lejanos tiempos, repitamos para concluir que el platonismo no encarna en la filosofía académica, ni por los frutos de ésta, que valen poco, debe ser aquel estimado; sino que la dialéctica del divino idealista es verbo que se hace carne y sal regeneradora en la filosofía alejandrina y en el neo-platonismo.

U. González Serrano.

NUESTROS GRABADOS

LA PRIMERA BAILARINA
Dibujo de Schlittgen

Todos son danzantes en ese dibujo; la *prima ballerina* por oficio y el sietemesino por fatalidad congénita. Sabido es que las bailarinas tienen gran partido entre la alta goma; hay muchos, en efecto, que no pueden comprender otro talento que el de los piés, y es además de muy buen tono frecuentar el trato de aquellas artistas.

Por otra parte, justo es reconocer que las bailarinas son un elemento *sine qua non* en los teatros. ¿Qué sería de tantas magias y zarzuelas de espectáculo sin el atractivo de las piernas del cuerpo coreográfico? Cuando los autores solo se merecen un *¡qué baile!* nada mejor que buscar el éxito en las piruetas.

LONDRES
EL COLEGIO DE ETON: EL PATIO VIEJO
LA ESCUELA ELEMENTAL

Eton, con Harrow y Rugby, es uno de los tres principales establecimientos de segunda enseñanza con que cuenta Inglaterra. No hay que creer, sin embargo, que la educación que allí se recibe se parezca en nada á la que se obtiene,—ó se paga por obtener,—en nuestros colegios. «Los juegos vienen en primer lugar,—decía un profesor de Eton,—los libros en segundo.» Y así es; la ciencia y la cultura del espíritu ocupan el último lugar en la educación inglesa; en cambio, el carácter, el corazón, el valor, la fuerza y la destreza del cuerpo se llevan los más preferentes cuidados. Tal sistema forma luchadores así en lo moral como en lo físico, con todas las ventajas inherentes, pero también con todos los inconvenientes propios de esta dirección del alma y del cuerpo.

EL 3 DE MAYO
(LOS ENTERRAMIENTOS DE LA MONCLOA)
Cuadro de D. Vicente Palmaroli.—Dibujo de P. y Valor

Ahogado en sangre el heroico levantamiento de Madrid contra la traidora usurpación napoleónica, creyóse que restablecido el orden, en virtud de las promesas de Murat, cesaría toda persecución. Un cruel desengaño había de quitar pronto esta falaz ilusión. «Á las tres de la tarde,—dice el insigne Toreno,—una voz lúgubre y espantosa comenzó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habían sido cogidos por los franceses y arcabuceados junto á la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo.» En efecto: faltando descaradamente á lo convenido, los franceses estaban prendiendo á cuantos, fiados en la palabra del gran duque de Berg, acudían a sus ocupaciones, alegando por pretexto que los detenidos llevaban armas, lo cual era falso, pues apenas había quien llevase una navaja ó unas tijeras... Muchos fueron pasados por las armas sin dilación y otros quedaron detenidos en la Casa de Correos y en los cuarteles.

Habíase instalado en dicha casa, custodiada por el traidor general Sesti, una Comision militar francesa «con apariencias de tribunal,—dice el antes citado historiador,—mas por lo común, sin ver á los supuestos reos, sin oirles descargo alguno ni defensa, los enviaba en pelotones, unos en pos de otros, para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el montón, caían ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el día para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, sólo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas y por el ruido de los fusilazos y del cañón que de cuando en cuando á lo lejos se oía y resonaba. Recogidos los madrileños á sus hogares lloraban la cruel suerte que había cabido ó amenazaba al paciente, al deudo ó al amigo...»

Lúgubre rayó la mañana del siguiente día, apareciendo cerradas las casas y las tiendas, solitarias las calles y turbado únicamente el silencio por el paso de las patrullas francesas que recorrían la villa. Yacían insepultos en la Moncloa multitud de cadáveres y acudieron los deudos á darles cristiano enterramiento, vigilados por los feroces soldados de Murat. Escena tristísima, que con pincel sublime ha inmortalizado Palmaroli.

SAN GERÓNIMO DE LA MURTA (BARCELONA)

Está situado este antiguo monasterio de gerónimos en término de Badalona, á tres y medio kilómetros de esta villa, en una hondonada bastante fragosa formada entre una colina que está encima de Santa Coloma de Gramanet y otra que viene á ser continuación de la que va hacia Montalegre.

La arquitectura de la fábrica no ofrece nada de particular. Es de un solo alto y de mucha antigüedad. Antes del año 35 estaba rodeado el claustro por una galería de arcos ojivales levantados sobre un antepecho La iglesia era de una sola nave, de orden gótico también. Esta ha desaparecido, pero queda áun bastante de los claustros, subsistiendo también un severo surtidor que hay en el centro.

Lo más vistoso de este monasterio son sus avenidas y la posición que ocupa entre altos y hondonadas plantadas de viñas y árboles, abarcando la mirada desde la playa de Mataró hasta la desembocadura del Llobregat. En la cima de las montañas sobre que descansa el monasterio, existen dos viejas ermitas, desde donde se domina todo el llano regado por el Besós y parte de la marina.

Fué fundado este monasterio en San Pedro de Ribas por aquel mismo mercader barcelonés Beltrán Nicolau, de quien hicimos ya referencia al hablar de la Cartuja de Montalegre, y viviendo aún su fundador (1413) se trasladaron los religiosos al sitio en que se ve hoy el edificio.

En el patio y á la derecha de la entrada por la parte que mira al mar, se halla ahora la hospedería, de fábrica moderna, y en el mismo frente la casa de los colonos. En un ángulo del monasterio subsiste aún una antigua torre, cuya cúpula de forma piramidal, fué preciso derribar por haber quedado agrietada de resultas de haber caído un rayo, siendo sustituída por una terraza.

San Gerónimo de la Murta ha quedado convertido en una verdadera colonia veraniega de Barcelona, compuesta actualmente de veintiseis familias. El edificio es propiedad de don Juan Bover.

LA MEZQUITA TÁRTARA DE KAZAN (RUSIA)

Hállase asentada esta ciudad á orillas del Volga, algo al Este de Nijni Novrogod. A pesar de que su aspecto material es el de una ciudad rusa, por el estilo de Moscou, no se ha logrado sin embargo borrar su carácter tártaro, ni el recuerdo de cuando era la capital de un poderoso reino de aquella nacionalidad, que subsistió hasta 1552 en que fué conquistado por Ivan IV.

CABEZA DE ESTUDIO
Dibujo de Enrique Schlimarski

Esa cabeza de estudio obliga á quien la ve á entregarse á un largo estudio de cabeza. Pocas veces se habrá visto, en efecto, un busto más interesante.

LA IMPEDIDA
Retrato por Arturo Pond
LA ACTRIZ
De autor desconocido

Ambas obras figuran en el Museo de South Kensington, siendo su original mistress Woffington, célebre actriz que alcanzó gran renombre á mediados del pasado siglo. El cuadro titulado *La actriz* es de autor desconocido y representa á la ilustre comedianta en la flor de su belleza; en cuanto á *La impedida* es obra de Arturo Pond, el cual murió poco después de terminarla (1758).

IDILIO
Dibujo de Alberto Schautsch

No puede interpretarse más deliciosamente un asunto como ese. El autor ha resucitado el mito de las Nereidas y los Silvanos, conservándole toda la belleza de las creaciones helénicas: es griego.

ESTUDIO
Dibujo de Juan Vilinski

El autor es un distinguido artista de Praga, en cuya capital es notabilísimo el florecimiento que alcanzan así las artes como las ciencias. El dibujo de Vilinski atestigua un profundo conocimiento del claro-oscuro y gran dominio sobre el modelado.

ORILLAS DEL DEBEN

Es ese un río que al atravesar por el Este del condado de Suffolk, ofrece los más pintorescos puntos de vista, especialmente cerca de su desembocadura en el mar del Norte.

BIBLIOGRAFÍA

Intimas y Quadrets, por Francesch Bartrina.—Barcelona 1887

Una de las ventajas que tienen los poetas catalanes sobre sus hermanos de la España castellana para escribir muy buenas cosas, es el hallarse fuera de la influencia de los astros de primera magnitud que tanta atracción ejercen allí sobre sus satélites. No es esto decir que los vates de por aquí sean todos un dechado de originalidad, pues harto se imita también, pero á lo menos el lector tiene el consuelo de no tropezar con los mismos modelos que en Castilla. Sería cosa verdaderamente insoportable que un catalán escribiese *Rodaments de cap* ó *Petits poemas*.

Mas se acerca, ciertamente, la lírica de Cataluña, á la poesía provenzal que no á la otra, de lo cual sólo cabe decir *més val aixís*

Hoy, sin apasionamiento, es preciso reconocer que la poesía catalana no atraviesa la espantosa decadencia que la castellana, en prueba de lo cual, aparecen libros como *Intimas* y *Quadrets*, llenos de frescura, de espontaneidad y, lo que no es saco de paja, de buenos versos.

Francisco Bartrina, su autor, es una personalidad; bebe en un vaso chiquito, pero suyo, y es, además, poeta, verdadero poeta, de esos que saben descubrir la poesía á la manera que el imán descubre donde yace el hierro.

En los *Quadrets* no es la brillantez del colorido lo que más se admira, sino la suavidad de los toques, la delicadeza de las medias tintas, la penetrante melancolía de la idea; con todo, no es esto porque el autor deje de tener más colores en su paleta; si á mano viene, sabe pintar en rojo sobre fondo negro:

Allá, á las cimas del vell Montseny,
dret ab la manta dalt d' un pedreny
hont tot l'any grunyen los vents del Nort,
sa estesa d' asclas vetlla ferreny
lo carbonayre de Font-de-Cort.

Talment diríau qu' es Llucifer
quan fa sa tasca, la nit al ser,
voltat de flamas y d' espurnall,
badant las pedras per fe 'l piler
á cops de roca y á cops de mall.

De dia 's fica boscatge endins
y esbranca roures y esbranca pins,
destralejantne per tot-arreu;
si rebat l' eyna pels rochs vehins
sembla qu' espurniu los llamps de Deu.

. . . . . .

El tono general de las composiciones no suele ser ese, sin embargo: mejor se detiene Bartrina ante los asuntos melancólicos que le dan ocasión á pintar esas figuras doloridas, entrevistas en la vaguedad del claro-oscuro:

¡Neva! Mal racerada
per un' alba esfullada,
una pobreta vella està plorant:
l' ha atrapat lo malt temps, y la nevada
no la deix passá avant.

Ullant tot lo de fora,
veu d' un cingle á la vora
fumejá una barraca de pastors:
—¡Si 'm volguéssiu obrir!— exclama y plora,
y demana socors.
Més ningú se n' apiada...
y vé en tant la vesprada,
alsant lo vent qu'aumenta la fredor;
y segueix la nevada
y tot se va fonent en la foscor.

Como se ve, esto no es copia de nadie, sino *d' aprés nature.*

Si en los *Quadrets* se mueve al poeta en pleno objetivismo, resulta sinceramente personal en las *Intimas.*

M' apar que la veig encara
l' alcoba en aquella nit:
de la mare 'ls plors escolto
y 'l Sant-Cristo miro dins.
Quatre círis lo llit voltan
y tú estinellat al mitj...
¡Oh germá de la meva ánima,
qui 't veu ara y qui t' ha vist!
Al tombar la matinada
se 'n volá ton esperit:
negre núvol tot de sopte,
ta mirada enterboli.
Sembla avuy... ¡y fá tans dias
que deixares eix mon trist!
¡Sense consol, quántas llágrimas!
¡Sens cumpliment, quánts desitjs!
¡Qué sol que 'm trobo en la terra
des que t' en 'nares d' aquí!
¡Y ab quina tristor la senda
de la vida vaig seguint!

Nada más sencillo, nada menos aparatoso, y sin embargo, ¡qué profundo dolor no se revela en esas líneas! ¡Qué emoción producen! Y si el que lee conoció á Joaquín y conoce á su hermano y sabe el cariño entrañable que los unía, ¡cómo ve en esos gemidos la característica expresión del dolor sentido!

Grande, bien lo sabe el autor de *Intimas y Quadrets*, fué la consternación que á todos sus amigos nos causó la muerte del malogrado Leopardi catalán, pero no podemos menos de sentir cierto egoísta consuelo al ver que á falta de las extraordinarias producciones que se esperaban de Joaquín podamos experimentar el noble goce de la poesía sana, viril, humana que se encierra en las páginas, demasiado breves, que nos hemos permitido analizar.

***

Poesías de Juan Alcover y Maspons.—Palma, 1887.

A pesar de que el donoso prólogo puesto á ese libro por un amigo del autor es capaz de descorazonar á cualquier crítico, como yo en este punto apenas quiero llamarme Pedro, sigo adelante, no sin decir que podría ahorrarme perfectamente mi tarea con sólo reproducir aquí lo que dice el señor Maura del señor Alcover. Con todo, es para mí tan grato hallarme con libros dignos de elogio,—ó si se quiere de otro modo, con libros que me gusten,—que no puedo resistir al deseo de meterme á *guarda-bosques del Citerón*, aunque sin *mastín*, ni *perra podenca*, ni *galgo* que echarle al autor, antes bien, llenas las manos de laureles, englantinas, violas y hasta una *flor natural.*

Mis alabanzas, empero, no han de extenderse á todas las composiciones que encierra el primoroso librito. Por de pronto, *Mi libertad*, es una gallardísima romanza, un homenaje por todo lo alto á la mujer, un colmo de galantería que no habrá enamorado que deje de aprenderse de memoria, pero en cambio, el *Nido*, paréceme como cosa de lance. ¿A qué imitar el amaneramiento del señor Campoamor? En él, quizás, puede hacer gracia, pero ya al malogrado Revilla le reventaban las imitaciones de aquellos *Pequeños poemas*, que no dudo son gustadísimos, pero sin implicar por eso que deban gustarles á todos.

Por fortuna, no necesita el señor Alcover escribir silvas filosófico-caseras para agradar: en ninguna parte aparece más simpático que cuando escribe redondillas por su cuenta.

No puede darse más gallardo desenfado, más profunda intención que en *La lupia, La sortija*, y *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, la segunda sobre todo.

La influencia de Heine se hace evidente en *La travesía;* á ser aquel el autor no creo hubiese aparecido esta composición, traducida al castellano por el señor Llorente, de otra manera que como lo ha hecho el señor Alcover.

Las *Hojas al viento* suscitan involuntariamente el recuerdo de los *Arabescos*, de Joaquín Bartrina, y en peores fuentes hubiera podido beber, ciertamente, el nuevo poeta mallorquín, si no ha sido pura coincidencia. Sepáralos, ciertamente, un abismo en cuanto á las tendencias, pero en punto á agudeza, rivalizan.

Los *Apólogos* son de lo que no se acostumbra á leer en este género; hay allí originalidad, intención, gracejo y estilo. No creo pueda pedirse más.

Por lo que hace á la ejecución artística,—ya que damos por sentado que pensador y filósofo lo es en sumo grado el señor Alcover, aunque con tendencias reaccionarias,—es exquisita, si por eso se entiende la facultad de cristalizar el pensamiento en perlas y brillantes, en vez de hincharlo formando una masa de plata Ruolz, sin contornos, ni brillo, ni tersura.

Es de esperar que un nuevo tomito de *Poesías*, despojado de toda imitación peligrosa y podado de traducciones de Víctor Hugo, todo *Travesías, Sortijas, Apólogos* y *Dins lo Temple* venga á deleitar á los que en estos tiempos de zarzuelones infra-bufos y de insulseces novelescas acogen los versos buenos con la fruición del caminante que en medio del desierto se encuentra con un manantial de agua cristalina.

CARLOS MENDOZA.

EL PREMIO DE SIEMPRE

(CONCLUSIÓN)

VII

HONORES PÓSTUMOS

Cuando el viento fresco de la noche agitó los desordenados cabellos de Andrés, sus ideas parecieron esclarecerse algún tanto, cobró nueva fuerza y exclamó por lo bajo:

—¿Conque es cierto que mi porvenir desaparece como si se hundiera en el abismo de la desventura? Mi cuadro en el cual cifraba tantas esperanzas, postergado; mi amor que me sostenía en la ruda lucha de la vida, burlado indignamente. ¡Oh! ¡No; no puedo creerlo! Si Angiolina en realidad me amaba, no me retirará su cariño por esta derrota artística, hija de la torpe intriga; yo encontraré nuevas fuerzas, lucharé más, y algún día conseguiré lo que deseo; no ser el primer pintor de Florencia, sino del mundo! Me sobran fuerzas para acometer grandes empresas; yo no desmayo nunca, pero es preciso adquirir antes la certeza de su amor, de lo contrario, ¿para qué quiero la vida? Anhelo convencerme de que son una miserable calumnia los rumores que circulan respecto al embajador español; quiero saberlo esta noche misma. ¡Oh Angiolina, en tus manos tienes mi suerte! ¡Arte ingrato, que mal pagas á tus más fervientes cultivadores!

Andrés se dirigió á la morada de la condesa, por cuyas ventanas salían torrentes de luz y armonía. Saltó fácilmente la verja del jardín é introdújose en las habitaciones de la planta baja, y como el criminal que busca donde ocultarse, fué recorriendo con precaución diferentes aposentos. A sus oídos llegaban de vez en cuando, dulcemente debilitados, los ecos de la fiesta, y en un momento dado, que creyó percibir ruído de pasos, y el rumor de cautelosa conversación, ocultóse precipitadamente en la penumbra.

Ya era tiempo; la condesa deslumbradoramente vestida, se aproximaba del brazo de un arrogante caballero.

—Sois muy bella, condesa,—decía el desconocido con pasión,—y cuando os llaméis mi esposa, en España, país clásico de la hermosura, eclipsaréis la belleza de todas las mujeres.

Angiolina guardó silencio, pero sonrió de un modo seductor ante tan halagadora idea.

Al pasar junto al sitio donde se hallaba oculto Andrés, detúvose la feliz pareja ante un hermoso canastillo de flores. La condesa cogió una de ellas, la más diminuta de todas y la ofreció graciosamente á su caballero. Éste la prendió en el pecho, y estrechando la hermosa mano que se la ofreciera, exclamó con entusiasmo:

—¡No puedo creer en la dicha que me ofrecéis, y algunos momentos paréceme que soy juguete de un sueño! ¿Es cierto que consentís en ser mi esposa, que no nos separaremos nunca y que soy el único hombre que ha reinado en vuestro corazón?

—Mi marido fué para mi un padre; el verdadero amor del alma, hasta hoy no lo he conocido.

—De suerte que la admiración que despertabais, los adoradores que tenéis en Florencia...

—Pasatiempos nada más, señor embajador, hasta hoy no me convierto en mujer seria.

Sonriéronse ambos interlocutores y prosiguieron su interrumpido camino.

Cuando se hubo perdido en lontananza el ruído de sus pasos, salió Andrés de su escondite con todos los rasgos de la desesperación pintados en el descompuesto semblante. ¡Todo se hundía á un mismo tiempo para el desdichado! Sus sueños de amor y sus esperanzas de gloria, y aquella naturaleza tierna, esquisita, soñadora, vióse de repente desposeída de todo ideal, y pesadumbre inmensa rindió el espíritu que antes se sintiera fuerte para la lucha.

Andrés, ciego por la desesperación, loco de dolor, y agobiado por la intensa calentura que le prestara ficticia vida, quiso á todo trance abandonar aquellas habitaciones, donde respiraba envenenada atmósfera y tambaleándose como un hombre ebrio, se dispuso á ganar el jardín.

—¡Quién fía en el amor de la mujer, es un necio, quien sueña con la gloria es un insensato!—balbuceaba al alejarse de aquel palacio funesto.

Al estar en la calle, cuando por última vez dirigió la triste mirada á aquella casa que antes creía el cielo de su amor, tan profunda desesperación se apoderó de su alma que sintió algo extraño en su interior, como si se rompieran los frágiles resortes de la vida; nubláronse sus ojos y cayó desplomado sobre el frío pavimento á tiempo que resonaban en la ancha plaza los melodiosos acordes de la orquesta que en el vecino palacio preludiaba una pavana.

Al día siguiente recogieron de la vía pública, helado, rígido, el cadáver del desventurado Andrés. Su muerte, los móviles que le hicieron abandonar el lecho para correr al palacio de Angiolina, fueron un misterio para el vulgo, pero á pesar de que no había hablado nunca con sus amigos del pacto que celebrara con la voluble condesa, alguno de ellos sospechó algo de la verdad, pero no pasó de ser una sospecha.

Mientras se identificaba al día siguiente su cadáver, circuló con la rapidez del rayo por toda Florencia, la noticia de que su cuadro había sido premiado por unanimidad en el concurso, predominando en el ánimo de Cosme de Médicis el verdadero mérito, antes que los torpes manejos de la intriga.

Entonces, aquella ciudad entusiasta por el arte é impresionable como ninguna, llevó al palacio de los Médicis el cuerpo del infortunado artista. Allí se le cubrió de coronas, se pronunciaron sentidos discursos en su honor y el tentador aparato de la gloria mundana prodigóse sobre aquellos mortales despojos.

El cuadro de Andrés fué admirado por todos los florentinos, se le colocó solemnemente en el templo y el nombre del joven artista lo repitieron hasta la saciedad los mil ecos de la fama.

¡Pobre Andrés! Ya no podía gozar de aquel triunfo á tanta costa alcanzado; su existencia breve y azarosa fué un nuevo eslabón de la ineludible cadena, una etapa del martirio que sufre el genio, mientras permanece en el mundo.

Los hijos predilectos del arte son naturale-

zas privilegiadas que sueñan la belleza infinita, que alguna vez dan forma real á sus sueños, pero á quienes se recompensa con la más fría indiferencia.

El amor de la mujer y los halagos de la gloria resultaron igualmente negativos para Andrés, y sucumbió en la lucha como tantos otros.

Si hubiera vivido, tal vez la envidia de sus contemporáneos hubiera buscado defectos en su obra inmortal; murió, y sólo á este precio pudo lograr sus ensueños de gloria.

INGLATERRA: ORILLAS DEL DEBEN

Angiolina se casó con el embajador español, no tuvo jamás remordimientos y fué feliz, como lo son las mujeres coquetas, gozando de los bienes materiales de la vida.

Es de suponer que el nombre de Andrés no acudió nunca á su memoria, y le olvidó, como antes de él fueron olvidados tantos otros adoradores.

¡Pobre Andrés! La soñada gloria, aquella que debía llenar su alma de inefables emociones, sólo se reflejó en su tumba.

Tal es el premio que el mundo destina á los artistas: después de obstinada lucha, sólo consiguen la admiración de los hombres cuando pisan las misteriosa penumbre de la eternidad con la palma de los mártires.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 7 de Mayo de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 227

EN EL GABINETE DEL COLECCIONISTA: UN GRABADO RARO (Cuadro de Lerche)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*A la tercera va la vencida* (continuación), por Felipe Mathé.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Vivir de milagro*, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—*Tipos de salón*, por Ricardo J. Iranzo.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Donna vorrei morir...*, por Cayetano de Alvear.—Nuestros grabados.—*Roma redutta fede perduta*, por Jacinto Labaila.

GRABADOS.—En el gabinete del coleccionista: Un grabado raro.—Retratos ingleses antiguos: La reina Isabel y el conde de Essex.—Un fanfarrón.—Cascada de la Trinidad en el monasterio de Piedra.—Primavera.—Dulces momentos.—Estudio de paisaje.—Francisco I.—Los dramas de Sakespeare: Romeo y Julieta. Romeo y el boticario.—La locura de Hugo van der Goes.—La familia del pescador.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Juez y jurado.—El servicio militar obligatorio.—El más famoso de los toros.—En las carreras.—La dama misteriosa.

ESTAMOS en vísperas de ser jueces y de ser soldados.

Seremos soldados y seremos jueces porque las *corrientes de la opinión*, como decimos hoy, lo exigen. Si bien lo adviertes, esta es la verdadera razón del absolutismo y de la democracia; del miriñaque y de la falda ceñida; de los melodramas y del sainete. No discutamos si tal ó cual cosa se fundamenta en las leyes de la naturaleza ó en las de la moral; lo quieren casi todos y por lo tanto inevitablemente pasaremos por ello.

El público no sigue con grande atención la discusión del jurado en el Congreso, sabiendo ya que habrá de votarse; y tampoco discute consigo mismo si un jurado es más apto para juzgar á un criminal que lo es un juez de derecho. El público, es decir, la masa de los ciudadanos, cree que por mal que lo hagan los jurados lo harán mejor que la justicia histórica, de la cual está desilusionado. La palabra justicia pone los pelos de punta al hombre honrado, y solo encuentra cierta simpatía en el criminal. El público no busca sabios ya para jueces; prefiere hombres ignorantes de sano corazón. Quizás la prevención contra los jueces va más allá de lo justo, pero existe. El jurado en materia criminal nos parece todavía poco; volveríamos á los tribunales al aire libre (como existen todavía en Valencia, por ejemplo) para fallar los asuntos civiles:—¡Vecino, lea V. estos documentos y díganos mañana quien tiene razón de los dos!—Al otro día el vecino da su informe desposeyendo al verdadero dueño. Ha fallado, pues, como el juez más histórico posible. Pero, en fin, se han ahorrado muchísimos gastos. La vara de la justicia fué arrancada ya torcida del árbol del Paraíso, porque precisamente en ella solía enroscarse la serpiente. Desde entonces acá todos los hombres han tenido afán por enderezarla; pero ha tomado vicio y conserva la forma de la serpiente susodicha. El gobierno actual nos dará, pues, la vara en cuestión á los simples ciudadanos con la figura de un sacacorchos; intentemos nosotros un esfuerzo supremo y pongámosla recta y lisa como un pararayos.

Se ha dicho con razón que un juez es la persona menos á propósito para juzgar; por una progresión involuntaria é insensible la vista frecuente de los criminales y el espectáculo constante del vicio embotan la sensibilidad de su corazón y le inducen á ser severo; tiene costumbre de que los criminales lo nieguen todo, y cree todo lo que ellos niegan; para el juez la sospecha es certidumbre; y cualquier circunstancia le confirma en la seguridad que ya tiene. Su preocupación única es buscar recursos para que el acusado declare forzosamente el crimen. Cuanto más inocente aparece, le parece á él más corrido. Se entabla, pues, una lucha entre el juez y el reo; y el juez concluye por hacer cuestión de amor propio el probar un delito imaginario. Tal vez cuando ya la inocencia del acusado se muestra patentísima, el juez exclama:—¡Qué contrariedad, resultar inocente en el momento en que yo me disponía á evidenciar su crimen!—Tú, querida prima, te encuentras en París, y habrás seguido con atención el proceso del crimen de la calle Montaigne. ¿No has observado algo de lo que te digo?

Así, pues, los que dicen que un juez está en condiciones de serlo malo, casi siempre, añaden que, por el contrario, presenta mayores garantías de imparcialidad una reunión de ciudadanos sin prevención desfavorable contra el acusado, y que juzgan, no con arreglo á la ley, sino con arreglo á su conciencia. En un acusado,—se ha dicho,—el juez ve un criminal: el jurado ve un hombre. El juez, por el constante ejercicio de su cargo es duro; el jurado, temeroso siempre de la responsabilidad en que puede incurrir con su conciencia, suele ser blando; mas, tú, prima, preferirás, y todos los buenos corazones, la compasión á la crueldad. Se dice que el jurado representa la pasión. Y los jueces, ¿no tienen pasiones? ¿Y no tienen preocupaciones, que son peores todavía? ¿No tienen la *indiferencia*, que aún es peor que la pasión y la preocupación juntas? ¿Qué vota el señor magistrado?—le preguntaban á uno de ellos, que se había dormido.—Voto que lo ahorquen,—exclamó.—¡Señor, se trata de un campo!—¡Pues que le sieguen!—Así como el médico se hace insensible á la muerte de los enfermos que asiste, el juez lo es á la mayor ó menor exactitud de sus fallos. Y no nos hagamos ilusiones; no todos los días estamos de humor de saludar con afabilidad á los amigos; ni de discutir con los adversarios; ni de sufrir al prójimo; ni de hacer justicia. Ni un juez tiene tiempo material, muchas veces, para saber lo que debe fallar y lo que falla. La buena intención le salva con su conciencia y se contenta con decir:—Me alegraré de haber acertado.—No así el ciudadano pacífico á quien se le obliga á fallar en una causa. Para él este es un grave problema; tiene tiempo para estudiar y meditar este único asunto; desatiende su taller ó su escritorio ó su farmacia para ilustrarse y tantear la opinión;—tomando el chocolate se mete la sopa por las narices; tomando café sume sus ojos,—como fascinado,—en aquel negro abismo; sus noches son inquietas y aún en sueños la tembladora borla de su gorro manifiesta los horrores de sus pesadillas. Su esposa y sus hijas concluyen al fin por decirle:—¡No sufras tanto; si se nos ha de aparecer por las noches ese malvado, más vale que votes su absolución! Y él vota que el malvado es inocente. Al menos,—dice, en el seno de la familia, explicando su voto,—si ese criminal tiene un resto de pundonor y conducta le compromete á ser de hoy en adelante un hombre honrado!

Conste que yo no me burlo, Carmen querida, aunque en la forma sea un poco caprichoso. No quiero parecerme en esto á D. Francisco Silvela, que al impugnar el jurado se ha permitido referir anécdotas contra los jurados rurales. Por muchas que de los jurados quieran decirse se habrán dicho más de los jueces. En el condenar con dureza no llegarán los jurados al juez aquel de quien decía Mazarino:—¡Es tan buen juez que se le lleva el diablo de no poder condenar á las dos partes!—Pues ¿y aquel juez famoso el cual decía, cuando el criminal era viejo:—¡Colgadle que ya tendrá hechas muchas!—y si era joven:—¡Colgadle para que no haga otras?—Ni es anécdota despreciable la de cierto señor que perdió un pleito y al decirle que lo había perdido por voto unánime del tribunal, replicó:—¡Hombre, si los magistrados no han hecho mas que dormir! ¡querrá V. decir *por sueño unánime!*— ¡Silencio!—gritaba un presidente de Sala:—¡alguaciles, pongan orden! ¡hemos fallado ya diez causas sin haber oído una siquiera!

¡Ah! ¡La justicia! ¡La justicia con jurado y con jueces, bajo el absolutismo y bajo la democracia, es una gran palabra que ha cubierto, cubre y cubrirá grandes iniquidades! Entre las del pueblo que juzga con pasión y las de los gobiernos que juzgan por interés optemos por las del pueblo: la convicción no es la justicia; pero la sirve de pedestal al menos.

Y como te dije antes, seremos también soldados. Esta reforma trae soliviantadas á las madres, pensando ya que han de quitarlas á sus hijos; que sus hijos no podrán concluir sus carreras; que ellos tendrán que vivir en un cuartel; sufrir calores y lluvias, y finalmente, asistir y morir en las guerras. No por esto la reforma dejará de plantearse, si bien ofrece dificultades serias. Pero es inevitable. ¿Por qué? ¿porque es justa? No, aunque justo es defender á la patria con las armas en la mano y evidente que para este honor y este deber todos debemos ser iguales. Es inevitable porque á pesar de los filósofos humanitarios el estado actual de Europa es un estado de paz armada y guerra inminente; lo es porque las demás naciones tienen millares ó millones de soldados, gracias al servicio obligatorio, y nosotros no podemos tenerlos sino con el mismo procedimiento. Por eso cuando se discute gravemente cuál sistema es mejor, el antiguo ó el nuevo, se pierde el tiempo; con decir:—Señores: dispongámonos á ser conquistados, si no aparecemos como dispuestos á ser conquistadores,—todo estaba ya dicho. Otra corriente de la opinión; otra moda. Los prusianos cuando nace un chiquillo le ponen un casco en vez de chichonera; cuando ya es un pollo en lugar de bastón le regalan un fusil, y cuando muere le amortajan con el capote de soldado. ¿Qué hacer nosotros si con esos procedimientos han derrotado á Francia, han hecho estremecerse de asombro y de inquietud á Europa? Copiar el figurín hasta en los vivos y botones. Así, pues, las madres deben irse preparando á ver su hogar transformado en cuerpo de guardia y á sus hijos empaquetados en un uniforme.

Después de todo, los que dicen que los jóvenes de buena posición no podrían resistir las fatigas de la guerra como soldados, si bien podrían resistirlas como oficiales, porque no es lo mismo hacer una marcha con dos arrobas de peso encima, que hacerla libre de estorbos y que una cosa es andar á pié y otra ir en jaco propio ó en bagaje, dicen una gran verdad; pero también es cierto que para estos jóvenes habrá enfermerías. Este servicio regenerará la raza, y dentro de algún tiempo sólo quedarán en Madrid gentes robustas, capaces de llevar una catedral sobre los hombros. Algunos salvajes arrojan al río los niños que nacen enclenques y los ingleses se contentan con pasearlos casi en cueros vivos cuando nieva. El sistema obligatorio vendrá, pues, á realizar entre nosotros ese sistema de perfeccionamiento de la raza por reventación bajo el peso de la mochila: y en el porvenir no existirá el tipo ya tan fustigado por los moralistas que se llama *sietemesino*.

Materialmente no cabe duda que la reforma de Guerra es más grave que la de Gracia y Justicia; pues al fin y al cabo al juzgar mal sólo se perjudica al reo y no al jurado, mientras que el fusil no se podrá llevar por segunda persona. Esta ley es terriblemente democrática; y cosa rara, trae nuevamente á las armas á la aristocracia separada de ellas por el materialismo del siglo. En los tiempos antiguos los hijos de los nobles no se hubieran quejado del peso de su armadura, sino que por el contrario, hubiesen tenido á honra llevar una muy pesada. Los duques, los condes, los barones eran jefes de la caballería y marchaban escoltados por pajes y escuderos. Llevaban casco y coraza, sobre una cota de malla y otras piezas de acero en brazos y piernas y escudo y hacha y espada y lanza; los plebeyos, en cambio, iban muy ligeramente armados y libres de peso; como que su misión era cuidar de los señores, los cuales fácilmente venían al suelo,—en un choque,—desde su caballo y no podían rebullirse dentro de tanto hierro; volverles á poner en la silla, y luégo saquear los campos y pueblos vencidos. Entonces los que llevaban peso eran los estimados y los que no le llevaban tan despreciables que cuentan de un rey que ordenó matar parte de su infantería porque le estorbaba el paso y la vista. La pólvora concluyó con las armaduras y

con los nobles; se hicieron las guerras con plebeyos vestidos de levita, y todo hubiera seguido bien si la Prusia no hubiese descubierto que el talento, la erudición, el tener dinero y cualquier otro adorno social aprovechan para ser soldado. El sistema obligatorio concluye con las clases, uniéndolas en un lazo común, la defensa de la patria y la destrucción del género humano.

A otro punto. Los sentimientos fieros del hombre pueden engrandecerse ante el espectáculo de otra fiereza mayor: la de los animales. Los aficionados á las corridas de toros están entusiasmados; en la corrida del domingo apareció en la arena el toro,—según dicen más bravo que se ha lidiado desde Carlos IV,—un toro de Salas que arrancó al salir del toril, derribó caballos y picadores, despejó la plaza, y herido por un pica en la médula, sin enemigos á quienes matar, hundía en tierra los cuernos, mugía y pateaba, muriendo al fin, en un parasismo de ira desesperada. La inmensa plaza le contemplaba con admiración; los toreros con espanto, y al sacarle muerto un aplauso universal manifestó que los espectadores se conceptuaban inferiores al toro en grandeza de alma. Se vió allí un pueblo despreciado por un animal y admirando y aplaudiendo este desprecio.

Las carreras de caballos han empezado con un tiempo feliz, si bien con algunas desgracias. Un caballo se rompió una pata el primer día, y un jockey se fracturó un dedo de un pié, al chocar con un poste.

Los aficionados á los toros, se burlan, con este motivo, de los anglomanos sensibles que llaman espectáculo bárbaro á las corridas.

Puede que unos y otros tengan razón, que ambos espectáculos sean igualmente censurables ó igualmente cultos. A las corridas ó á las carreras, si ustedes miran bien los palcos ó la tribuna, verán que concurre siempre una mujer delgada y pizpireta que no deja ver bien su rostro porque lo cubre con la blonda de su mantilla ó el velo de su sombrero.

Unos la toman por una gran dama, otros por una horizontal.

Pero sólo la conocen un torero ó un jockey que al pasar y mirarla con súbita revelación exclaman palideciendo:

¡Sí! ¡es ella! *¡La muerte!*

Tuyo,

FERNANFLOR.

A LA TERCERA VA LA VENCIDA

(CONTINUACIÓN)

Aquel círculo de familias distinguidas, reducido, pero selecto, que sin pretensiones de ninguna clase pasaban allí la temporada del verano en otro tiempo; aquella franqueza y discretísima libertad de que gozaban, se perdió por completo con el prosaico ferrocarril que lleva al Escorial todos los años una colonia abigarrada de forasteros que, esclavos del lujo y del boato, se aburren soberanamente.

Yo puedo decir, por mi parte, que á nadie conocí cuando llegué. Sin embargo, mi buen amigo Carranza me indicó que aún existía allí un pequeño círculo de familias que, guardando las antiguas tradiciones de aquellos tiempos felices, se divertían á conciencia, sin cuidarse de los demás y sin temor al qué dirán.

A la noche siguiente fuí presentado á la reunión en la Lonja, con todas las formalidades de ordenanza, y por un capricho de la suerte se divertían, como antaño, en aquel momento en vendar los ojos al sexo feo para que acertasen con la puerta principal del monasterio.

Como es natural, se me vino en seguida á la memoria mi aventura con Mercedes y la manera con que ésta recompensó mi habilidad para marchar á ciegas. ¡Lástima, pensaba yo, que no estuviera aquí también ahora!

Apenas formulé mi pensamiento interiormente, dijo una señorita, en alta voz:

—Por allí viene Mercedes Z.

—¡Sin su marido!—añadió otra pollita, que estaba á mi derecha.

¡Qué alegría tan grande inundó toda mi alma! Dando la derecha á otra señora de alguna edad, avanzaba Mercedes, transfigurada por completo y más hermosa que nunca, pero con una tristeza indefinible retratada en su semblante.

¡Mi gozo en un pozo! Otro afortunado mortal, más listo que yo, había hecho suya aquella mujer que tanto me agradaba.

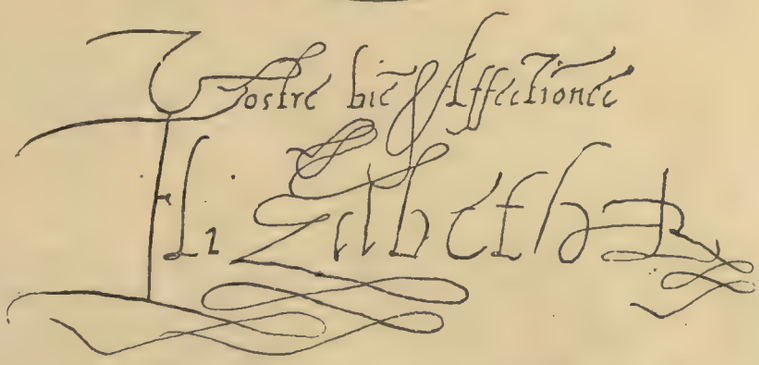
Mi buen amigo Carranza me presentó, diciéndola mi apellido.

Me parece que su nombre de usted no es para mí desconocido.

—Ya lo creo, señora; como que hace precisamente diez y seis años que jugando en este mismo sitio, como ahora, á vendarnos los ojos, tapó usted misma los míos y premió mi destreza en acertar con la puerta del monasterio.

—Y estoy dispuesta,—replicó, sonriéndose apenas,—á repetir la experiencia, suprimiendo, por supuesto, la recompensa.

Sin esperar un momento más, me aproximé hacia ella, diciendo:



LA REINA ISABEL DE INGLATERRA (Retrato por Isaac Oliver)

—El llanto sobre el difunto; ya puede usted empezar.

De nuevo aquellas manos de raso pusieron la venda sobre mis ojos, para enderezar mis pasos hasta la puerta principal del monasterio.

Llegué, me quité el pañuelo, ví que había acertado con la puerta, y volviéndome hacia Mercedes, que me había seguido de cerca, dije con aire contrito:

—Deme V. siquiera el brazo en recompensa.

—Más todavía, amigo mío, pues tengo que pedirle un señalado favor, que sólo V. puede hacerme.

—Pídame V. cuanto quiera. Por devolver un instante la alegría á ese rostro tan hermoso, soy capaz de perder hasta la vida, que sin usted me es odiosa.

—Mal se conoce, cuando ha dejado V. que me case con otro hombre.

—Tiene V. razón, Mercedes, y me arrepiento de ello como de mis pecados... Pero volvamos á lo que á V. le interesa. ¿Qué desea de mí?

—Pues bien, amigo mío; una ligereza, muy propia de los pocos años, me hizo admitir, siendo soltera, los obsequios de un hombre indigno de mi cariño. Conociendo á tiempo por fortuna, su infame egoísmo, corté las relaciones, sin conseguir que me devolviera mis cartas.

Hoy, ese hombre villano, á quien tengo un miedo horrible, me amenaza con entregar el paquete de cartas á mi marido esta misma noche, y si Dios no lo remedia, me pierdo para siempre.

—No tema V. nada, Mercedes. Suceda lo que quiera, yo impediré que ese infame sin honor cometa tal felonía.

Indíqueme V. con una seña cuando se acerque, y cueste lo que cueste, se las arrancaré.

—Gracias, amigo mío; pero procure que nadie lo note, y no se exponga V., por Dios.

Al poco rato se acercó á nosotros un hombre alto, rubio, elegantemente vestido, y con una cara impasible, que me fué repulsiva desde el primer instante.

(Se continuará.) FELIPE MATHÉ

UN FANFARRÓN (Cuadro de Muñoz Degrain. – Dibujo de P. y Valor)

CASCADA DE LA TRINIDAD EN EL MONASTERIO DE PIEDRA (Dibujo de E. Vilardell)

REVISTA CIENTIFICA

Del sueño, del ensueño, de los sueños, del dormir, de la anestesia y de otras cosas soñolientas

Es lástima que el autor del *Llibre de les set sebetes*, tan ingeniosamente *exhumado* por el amigo Coroleu, no viviera en nuestros días, porque hubiera podido añadirle un capítulo más con el título de *Sebeta del magnetisme*. Hablemos, pues, de lo que tiene *emballée* á nuestra generación, conjuntamente con el alto sainete y el crimen de la calle de Montaigne.

Trátase de la relación que de sus impresiones durante la anestesia por el éter,—á causa de una operación quirúrgica que hubo de sufrir,—ha escrito el doctor americano G. Shoemaker; es un documento curioso y que interesará de fijo á la generalidad de nuestros benévolos lectores.

Cuenta el autor que se dejó eterizar sin dificultad y que no experimentó ninguna sensación desagradable al aplicarle el hórrido cucurucho, —por lo cual no podemos menos de enviarle nuestra felicitación retrospectiva,—clasificando enseguida sus recuerdos en tres series, correspondientes á los tres períodos primario, de inconciencia y de retorno al estado consciente, ó si ustedes quieren, conscio.

1.° *Período inicial.*—No se presentó ningún fenómeno de excitación. Unicamente recuerda Mr. Shoemaker que no podía pronunciar una palabra, pero no por falta de ideación sino *por impotencia vocal* y que desde el centro partían á la periferie como una especie de *auras*. Falta de movilidad voluntaria. Desaparición del *yo*.

2.° *Fase inconsciente.*—El paciente experimentó dos impresiones: una de ellas visual y la otra auditiva, consistiendo la primera en dos líneas sin fin, ondulantes, paralelas, que se movían rápidamente. Las ondas estaban colocadas según la misma vertical y dirigidas en sentido inverso, en disposición de cruzarse; su altura era igual á la distancia que separaba las dos líneas; éstas se movían sobre un fondo oscuro, monocromo y parecían compuestas de puntos muy aproximados, con un movimiento rápido y regular.—La impresión auditiva consistía en un sonido constante, parecido al de un torno (1).

Carencia absoluta de pensamientos y emociones. Conservación del sentido muscular. Abolición de las sensaciones visuales, auditivas, olfativas y gustativas. Por lo que hace á la operación, ejecutada en las fosas nasales, experimentaba el enfermo una desagradabilísima sensación de distención de la fosa izquierda, sin dolor positivo. Después, se produjo una sensación casi insoportable en el mismo lado de la cara, debida sin duda á la acción de una gubia, con la cual se practicaba una resección de la parte. «No era dolor, dice Mr. Shoemaker, sino peor todavía; la recuerdo como la sensación más desagradable que haya experimentado yo jamás. Hubiera hecho cualquier esfuerzo para escapar de allí, pero me hallaba imposibilitado de moverme... No tenía en aquel momento noción exacta de mi propia personalidad ó de la del cirujano. Experimentaba, sin embargo, para coronar esta sensación desagradable, el sentimiento de que una persona en quien había tenido entonces completa fe y á quien había considerado como un amigo, se aprovechaba de una manera atroz de mi impotencia absoluta. El efecto mental, producido de esta suerte, era sencillamente horrible.»

Hay que hacer presente, sin embargo, que en nuestro país, y en casi toda Europa, no se emplea el éter como anestésico general, no habiendo notado yo jamás en las muchas operaciones que he presenciado, que la administración del cloroformo produjera á los pacientes ninguna de las impresiones de que habla el autor, aunque sí fenómenos de diferente orden, nada desagradables pasado el período de excitación, especialmente reviviscencias de memoria.

3.° *Período de retorno á la conciencia.*—Desaparecen rápidamente, aunque no con instantaneidad, las líneas paralelas y el ruído de torno. El paciente se da cuenta de que hace una inspiración profunda, acompañada de una suerte de ronquido y seguida de una larga pausa respiratoria; el operado tiene perfecta conciencia de que semejante respiración durante la eterización indica un estado de narcosis profundo, vecino de la muerte, pero no siente por ello el menor cuidado, dominado enteramente por la curiosidad de lo que ha de sentir ahora.

Durante este período y antes de recobrar por completo el conocimiento, ocurriéronle muchas ideas curiosas, entre las cuales es digna de transcribirse la siguiente: «Hallábame muy profundamente persuadido, dice, de que me había sido dado entrever la expresión más sencilla, la esencia de la naturaleza de la existencia humana. Parecíame perfectamente claro que esas líneas representaban, mejor dicho, *eran* mi existencia (como alma) y que las ondas representaban mi vida humana ó animal; ó en otros términos, que las ondas (ó vida animal) constituían una modificación temporal de una condición primaria. Las ondas eran á buen seguro muy delicadas y la menor fuerza perturbatriz podía evidentemente hacerlas desaparecer y no dejar más que las dos líneas... Parecióme que era esa una concepción enteramente nueva para mí y para la humanidad y que era preciso que yo recordara todo lo que acaecía y lo anotase al pormenor cuando volviese á la conciencia.

«Había, indudablemente, una onda definida en el retorno de las diversas fases de la conciencia y resolví fijar las impresiones nuevas á medida que se fuesen sucediendo y recordarlas. En un principio no existía duda alguna de que pudiese ser esto fácilmente realizado, tan claras me parecían las cosas, pero á medida que me hacía yo más apto para comprender los fenómenos que pasaban en el cuarto, vime de cada vez menos capaz de recordar lo que tanto había procurado grabar en mi memoria. *Conocía*, entonces, que existía una influencia, ó una potencia, de una autoridad absoluta, sentida, pero no vista, enteramente impersonal, fuera de mí mismo y de la humanidad. Parecíame esto tan evidente en aquel entonces como me parece evidente ahora la existencia de los objetos materiales que me rodean... En manos de esa potencia, la memoria hacíase impotente, domada por su influencia formidable. De una manera firme, inexorable, quedó barrida mi determinación, y no pude á pesar de mis más vigorosos esfuerzos y mi ardiente deseo, volver á la plena conciencia con un conocimiento distinto de las cosas que han sido siempre misterios para el hombre.»

Este convencimiento de haber entrevisto fenómenos misteriosos é incógnitos de que da cuenta Mr. Shoemaker es propio de los que se han encontrado muy cerca de la muerte y han podido después dar cuenta de sus impresiones, como por ejemplo en el envenenamiento por el haschich, en los suicidios frustrados por ahorcamiento ó sumersión, etc. De todos estos se ha hablado, por lo cual como documento más nuevo y autorizado vamos á copiar el resultado de un experimento hecho por un amigo de mister

EL CONDE DE ESSEX (Retrato por Isaac Oliver)

1. Según Mr. Blood, americano también, las impresiones visuales y auditivas experimentadas por Mr. Shoemaker son constantes en cuantos se sujetan á la acción anestésica del éter.

Shoemaker, el distinguido médico norte-americano Holmes; conque, ¡ido á la caja:

«Respiré una vez,—dice,—una dosis bastante considerable de éter con intento de anotar, así que recobrase la conciencia, el pensamiento que predominaría en mi espíritu. La potente música de la triunfal marcha en la nada resonó en mi cerebro y me llenó de un sentimiento de posibilidades infinitas que por un momento hizo de mí un arcángel. Descorrióse el velo de la eternidad. La única gran verdad que está subyacente á toda la experiencia humana y qué es la llave de todos los misterios que la filosofía ha tratado vanamente de resolver, apareció á mis ojos como una súbita revelación. Entonces todo fué claro, y algunas palabras habían elevado mi inteligencia al nivel de la de un querubín. Cuando volví á mi estado natural recordé mi determinación y tambaleando hasta la mesa escribí en caracteres mal formados, irregulares, la verdad eterna que vacilaba todavía en mi conciencia. Las palabras eran (los niños pueden sonreir; los sabios reflexionarán): «Un fuerte olor á trementina reina por do quier.»

¡Un fuerte olor á trementina! Si hubiese dicho que «está oscuro y huele á queso,» creemos hubiera estado mucho más en lo cierto, pero en fin, Holmes asegura que no huele á queso sino á lo otro y hay que creerle bajo su palabra de experimentador.

Por lo demás, eso de creerse uno que ha encontrado la clave que resuelve todas las cuestiones, no es propio, repetimos, de los anestesiados por el éter. Como hace notar muy bien, en la *Revue rose*, un autor que se ocupa en este mismo asunto, lo mismo sucede á veces en el sueño natural. «Todo aquel que recuerda algo sus sueños,—dice el escritor aludido,—encontrará, ciertamente, en ellos (sobre todo si por su profesión forma parte de los buscadores de verdad) hechos análogos. Despiértase á veces con una impresión indefinible de que se acaba de leer en un viejo mamotreto una frase fatídica que lo explica todo ó bien que en las retortas que se creía manejar acaba de formarse la reacción que sintetiza todo el saber que se busca. Recuérdanse á veces las palabras, se tienen presentes los elementos que hay que mezclar y en que proporciones pero como Shoemaker ú Holmes sólo se posee en realidad una fórmula vacía de sentido y que no explica nada, ni áun ella misma. La forma en que se presenta la verdad buscada puede variar á lo infinito, en los sueños, según los individuos y según la profesión... Este sentimiento produce una viva impresión, muy extraña, que á veces sólo se disipa lentamente y con pena.»

La historia registra muchos casos en que se han tomado por revelaciones de verdades sobre naturales estas incoherentes fantasías, y ahora, puesto que estamos con las manos en la masa diremos que M. Delbœuf, bien conocido de muchos lectores españoles, acaba de publicar un curioso trabajo sobre el inagotable tema de *el sueño*, del cual viene á sacarse en conclusión que quizás tendría razón Taine al decir que todo es alucinación y fantasía en las percepciones.

Una percepción, en efecto, es *actual* y la concepción de la misma es *posterior*. Por lo mismo no son simultáneas. Ahora bien; al experimentar una percepción no queda espacio para percibir el objeto y la imagen del objeto en el mismo sitio anatómico en que es percibida la impresión original, debiendo atribuirse sencillamente á un hecho de hábito hereditario y personal la fe en la existencia del objeto percibido, una vez fuera de su presencia.

Supongamos que estamos soñando: concebimos sin percibir; ¿cómo saber si lo concebido ha sido percibido ó no? El criterio, se dirá, lo da el despertar, interrumpiéndose la lógica de los fenómenos experimentados durmiendo; pero esa lógica puede ser tan rigurosa que resulte deficiente el criterio vigil. ¿Acudiremos como criterio al testimonio de los demás? Puede ser tan deleznable como el nuestro: *ergo*, nadie puede jactarse de poseer un criterio científicó absoluto; nadie puede decir *yo sé esto ó lo otro*, desde el momento en que nos es imposible poder asegurar si una concepción es resultado de una percepción ó si ha brotado sin anteceder una impresión real percibida.

PRIMAVERA

DULCES MOMENTOS (Cuadro de Alejandro Rontini)

Sigamos. No hay nadie,—ó casi nadie,—que no sepa hoy día que inconscientemente adquirimos y conservamos conocimientos que surgen inopinadamente en forma de reminiscencias durante el sueño, el hipnotismo y hasta despiertos (1).

La memoria se nos presenta, pues, como *conservadora* y *reproductora* de antiguas nociones y para explicar el mecanismo de esas formas emite M. Delbœuf la hipótesis de que existen en los órganos centrales de la percepción una serie de capas superpuestas *sensibilizables*, que impresionan, á la manera que sucede con las placas fotográficas, las sensaciones venidas del exterior, radicando los sueños en las capas intermedias, —ó sea aquellas en que quedan fijadas las impresiones de donde dimanan nuestros instintos, nuestras costumbres y nuestros recuerdos, — entre las profundas de las que derivan los movimientos reflejos, automáticos, de lejano origen, y las superficiales en la que quedan registrados los fenómenos nuevos de la vida actual.

En suma, trátase de una de las aplicaciones del principio general de la fijación ó conservación de las fuerzas. La memoria inconsciente, que aparece á veces en los sueños, es el testimonio de que subsisten aún las impresiones recibidas, las emociones experimentadas, los deseos, las alegrías y los desengaños que componen el tejido de la existencia; capital ignorado que se lega por herencia y trasmite á los hijos las cualidades y rasgos de sus padres.

Compárese esta concepción físico-psicológica con las puerilidades de la vetusta psicología de los Institutos reducida á explicar los sueños por la *imaginación* y se verá si hay para no sentirse orgulloso del progreso realizado por los que se encogen de hombros al oir hablar de metafísica, de estética y de psicología *á priori*.

ALFREDO OPISSO.

(1) Puedo citar como un notable caso de estas reminiscencias el hecho de un notario cartagenero, sexagenario, que una vez cloroformizado cantó con perfecta afinación una aria del *Tancredo*, de Rossini, cuya ópera había oido una sola vez en su infancia.—A. O.

VIVIR DE MILAGRO

Frecuentemente oye uno decir á propósito de alguna desgracia ó muerte repentina: ¡Válganos Dios! ¡Vivimos de milagro!

Esta frase que á fuerza de repetirse se ha hecho vulgar, la oimos siempre como quien oye una sentencia filosófica sin parar mientes en que es una perogrullada de las muchas que oimos decir, y áun decimos inconscientemente á cada paso.

Porque bien mirado, ¿qué es la vida mas que un milagro continuo?

Desde el momento que venimos á este valle llamado de lágrimas, tal vez porque todos entramos en él llorando, estamos expuestos á una interminable serie de peligros, que si nos preocuparan, maldito el humor que tendríamos de vivir.

Porque aparte de las enfermedades que nos amenazan, las cuales podemos combatir con ayuda de la ciencia, puede acarrearnos la muerte cualquier causa imprevista. Por ejemplo, el disparo de un arma, una explosión, un descarrilamiento, un rayo, un veneno, un disgusto y otras causas más, que sería larga tarea el mencionar.

Prescindiendo del hombre, que es el enemigo mayor de la vida, por el cual estamos condenados todos á una lucha continua que durará tanto en el mundo como la raza humana: la lucha por la existencia.

En vista de esto, ¿cómo negar que vivimos de milagro?

Alármanse las gentes al solo anuncio de que el cólera asoma su lívido rostro por la frontera; tiemblan los políticos por el temor de que el desequilibrio europeo pueda provocar una guerra internacional; asústanse los medrosos ante el espantajo de la revolución y no piensan que dichas plagas con todos sus horrores, son tan grandes peligros para la existencia, como, pongo por caso, una tisis galopante, ó el romperse la crisma á consecuencia de un tropezón.

¡Cuántos salen ilesos de la batalla, y mueren á manos de cobardes asesinos!

La historia lo demuestra.

César, vencedor en cien combates, murió en el Senado, envuelto con su toga, herido por los puñales de sus enemigos.

La vida que la guerra había respetado, la cortó con su hoz la traición.

Prim decía en Africa, que aún no estaba fundida la bala que había de matarle. No se equivocó. Las balas que le respetaron en los Castillejos, no eran las mismas con que años después cargaron sus trabucos los cobardes asesinos de la calle del Turco.

La vida, como la célebre espada de Damocles, pende de un hilo, que un accidente cualquiera, ó una mano alevosa, puede cortar en un momento inesperado.

De aquí la frase *cortaron el hilo de su existencia*, que decimos refiriéndonos á los suicidas.

A propósito. Uno de estos en su testamento, que era un salivazo arrojado desde el umbral de la tumba al rostro de la sociedad, escribió la siguiente máxima:

«La muerte es una letra pagadera á la vista que nunca es protestada. Los suicidas no hacemos más que adelantar el pago.»

A juzgar por el estilo, su autor fué un comerciante.

Si en el orden físico vivimos de milagro, nos sucede otro tanto en el orden moral.

Porque en España todo vive de este modo.

Las instituciones.

El gobierno.

El país.

No lo duden ustedes.

De la lealtad de cuatro sargentos pende la vida de las instituciones; del capricho de la voluntad regia la existencia de los gobiernos; de los desaciertos de éstos, la ruína del país.

En el mundo artístico y literario, sucede lo propio.

¿Qué más milagro que la vida de la mayoría, de los que en España se dedican al cultivo de las bellas letras por amor al arte?

ESTUDIO DE PAISAJE

Bohemio hay que sabe todas las mañanas donde cenó la noche anterior,—en el supuesto de que cenara,—pero que ignora donde se desayunará.

De Roberto Robert se cita una ingeniosa frase que debo reproducir.

A propósito de los famosos saltos de Leotard, dijo en una reunión de amigos:

—Yo he saltado más que el célebre gimnasta.

—¿Usted?

—Sí, señores, yo.

—¿Es posible?

—He saltado desde la noche de un lunes, hasta la mañana de un jueves, sin tropezar en el camino con un solo garbanzo.

En tiempo de Robert, que Tanner, Succi, Merlati y otros ayunadores célebres, no habían aún ensayado el problema de vivir sin comer, lo hecho por el festivo escritor, era un verdadero milagro.

A pesar de lo que opinen en contra los partidarios del ayuno, yo creo que en nuestro tiempo, vivir sin alimentarse también lo es.

Y, sin embargo, muchos viven al parecer por el sistema de Tanner, sin que por eso sufran novedad en su, para ellos, importante salud.

Observen ustedes esa multitud de cesantes, pretendientes, timadores, vagos de profesión, etc., etc., que á todas horas pulula por la Puerta del Sol é invade los cafés y sitios concurridos. Seres todos ellos sin recursos ni profesión conocida, su existencia es un problema del cual tienen la clave los agentes de policía. Infórmense ustedes de éstos y les dirán que tales vagabundos los unos viven *del sable*, los otros *del timo*, los más de *levantar muertos*, en general de *milagro*.

Los poetas para representar la fragilidad de la existencia, la han comparado á una vela encendida, que una ráfaga de viento puede comprometer. De aquí la frase *nuestra vida es un soplo*, que decimos vulgarmente. ¿Saben ustedes por qué? Porque *se apaga*.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

TIPOS DE SALÓN

I

Es joven, goza en los salones fama de elegante, simpatizan con ella todos los jóvenes que la tratan, y la envidian las de su sexo.

Sin ser hermosa, ni bonita, tiene muchos atractivos que la sirven á manera de ingeniosos reclamos, pues diariamente aparecen á su alrededor nuevos pretendientes á su amor.

Su carácter es alegre, jovial y reservado. Su

corazón, según dejan entrever algunas de sus manifestaciones, parece de hombre por su insensibilidad, y por su inconstancia nos convencemos que es de mujer.

Como tal, y como joven, posee una imaginación pronta y poderosa que con frecuencia la hace soñar, á pesar de encontrarse dispierta.

Es irreflexiva y rencorosa, y su irreflexión y su rencor anuncian respectivamente que no conoce muy bien la sociedad, y que la domina el orgullo, que proviene del amor propio.

Su conversación es agradable y por regla general irónica y graciosa, á lo cual contribuye, muy mucho, una risa franca, intencionada y provocativa, que es su inseparable compañera. No le gusta hacer uso de frases rebuscadas y ridículas metáforas, pero estima mucho la claridad en el lenguaje, por lo cual se expresa siempre con palabras de todos conocidas y con oraciones bien determinadas, y procura que los ingeniosos chistes y abundantes bromas que intercala en la conversación resulten claras y precisas, y estén exentas de redundancias y confusiones.

Por su genio resuelto, animado y desenfadado, es un elemento muy importante en las tertulias y saraos, pues comunica á todos su animación y su buen humor, siquiera sea mientras éstos duren, y sólo aparentemente.

Critica con sarcasmo, mas no con ensañamiento, y cuando se burla de alguien lo hace comedidamente, pero recurre á maliciosas alusiones para producir los mejores efectos.

En los salones atiende á cuantos le dirigen la palabra y tiene para todos contestaciones oportunas y discreteos sutiles.

Le gusta que á su alrededor haya siempre muchos admiradores, y como no le agrada acarrearse enemigos, entretiene á los que tiene con suma habilidad y prudente coquetería sin darles esperanzas, pero sin quitárselas.

No distingue á ninguno más que á los demás, y por esto, aquellos de sus adoradores que llegan á enterarse de lo que podemos llamar su inocente coquetismo, le perdonan esta falta á cambio de su buen comportamiento.

Observa á todos con mucho descaro y fijeza; examinándolos detenidamente con mirada penetrante y escudriñadora, parece que pretende descubrir sus más resueltos pensamientos, sus pasiones y sus deseos; fíjase en todos los detalles de los trajes, peinados, alhajas y demás adornos; pone mucha atención en las conversaciones que se sostienen á su alrededor, fingiendo que está distraída, y recorre con la vista y muy despacio los semblantes de los que hablan, como si tratara de averiguar hasta qué punto es cierto lo que dicen é intentara conocer por sus caras los odios que en el fondo les separa y las circunstancias que en apariencia les unen estrechamente, ó deseara convencerse de que algunos interlocutores aman á determinadas personas, procurando ocultarlo.

Toca el piano regularmente, y como es más amiga de la música ligera y juguetona, que no requiere mucho estudio, que de la seria y profunda, que exige grandes trabajos, en él sólo ejecuta piezas de baile, composiciones populares y aires nacionales de más ó menos gusto.

Canta únicamente cuando son pocos los oyentes y éstos de confianza é intimidad. Después de lo dicho, ya se comprenderá que su género de canto predilecto es el *flamenco*.

En lo que más se distingue es en el baile, y especialmente en el vals, que es su danza favorita. Su genio vivo, sus prontos movimientos y la agilidad de sus piés, contribuyen mucho para que consiga valsar á la perfección, con la velocidad y destreza que pide el ligero compás de este baile.

En resumen, es el tipo genuíno de la joven de diez y ocho años, alegre y virtuosa, elegante sin afectación, reservada y complaciente, indiferente en muchas cosas, en otras insensible, y, para terminar, dominada algún tanto por las ideas positivistas de nuestro siglo, pues no se decide por ninguno de sus adoradores, porque espera tener uno que le aventaje en fortuna y posea un título nobiliario, con lo cual conseguiría lo que su familia y ella han apetecido siempre, unir á sus riquezas más riquezas, é introducirse en la aristocracia.

Con esto la sociedad olvidaría por completo que su padre nació pobre y en modesta cuna, y que, dedicándose al comercio cuando joven, ha llegado á ser millonario por medios que no todos juzgan honrosos.

FRANCISCO I (Escuela de Clouet)

II

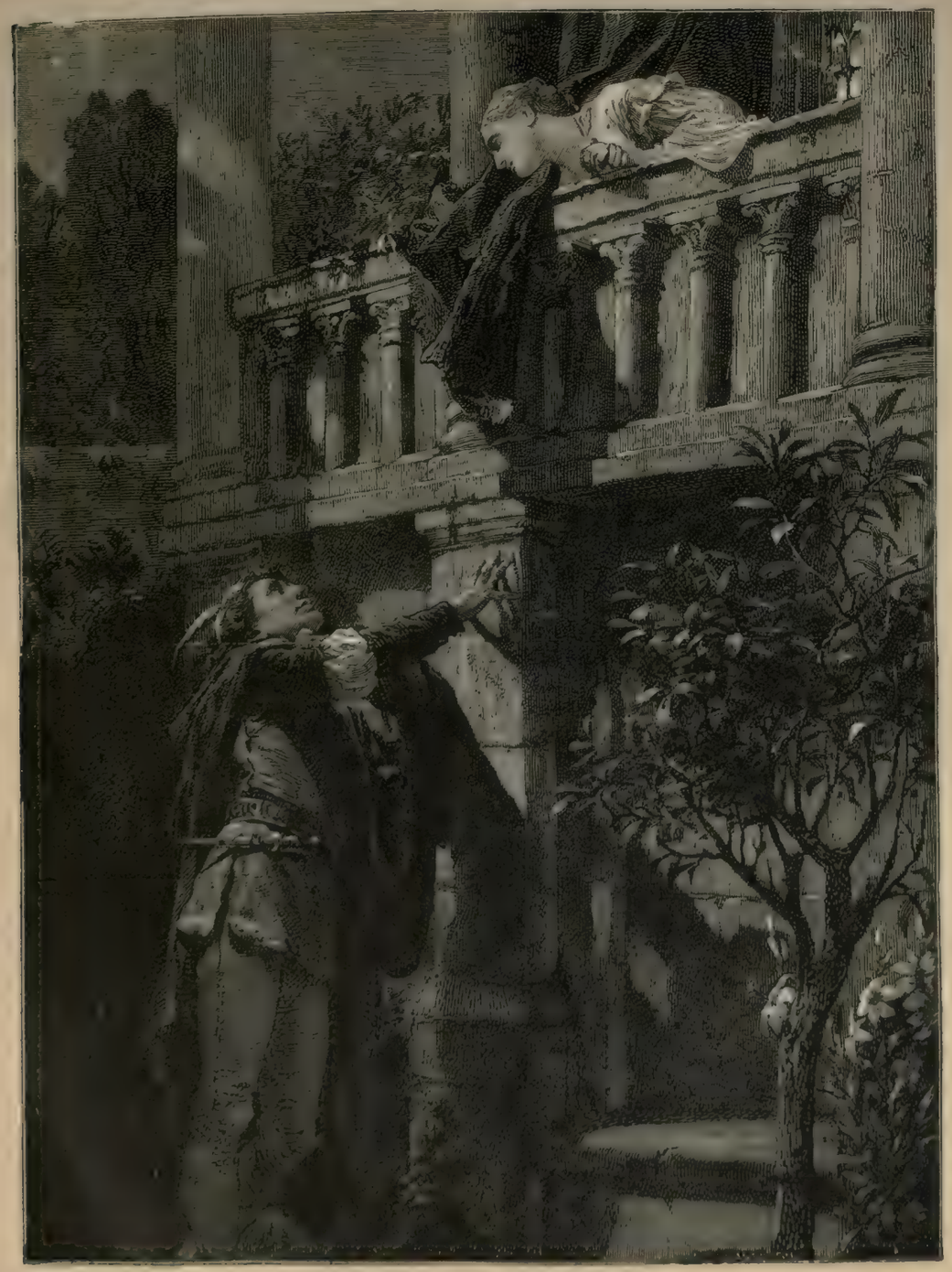
Abunda mucho. Habla bastante y piensa poco, porque no tiene capacidad suficiente para pensar mal.

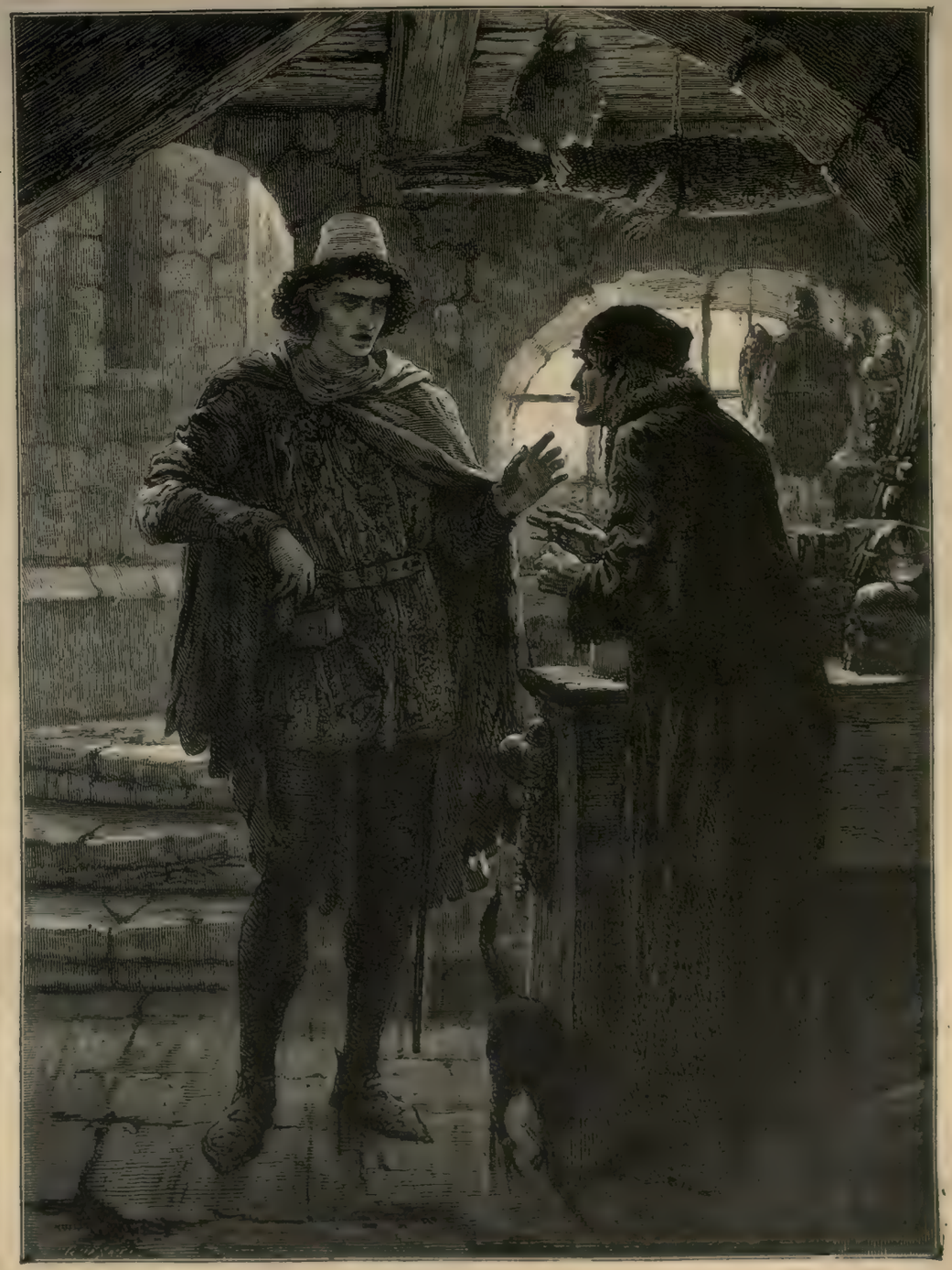
En cuantos sitios se presenta, hace alarde de una porción de cualidades que no posee, mas conviene advertir que él cree de buena fe todo lo contrario.

Es de estatura regular, de cuerpo rechoncho y mal formado; su cara ovalada, ancha y de carrillos mofletudos, carece de atractivos; sobre su disforme nariz apóyanse unos lentes engarzados en oro, y tras ellos dos ojos, sin ninguna expresión, dirigen miradas insolentes y, en apariencia, profundas á cuanto les rodea.

Tiene una carrera literaria. Los estudios que ha cursado para obtener el título de licenciado, los ha hecho en doble número de años de los que marca el reglamento, y se ha logrado demostrar su *suficiencia* en las asignaturas respectivas, se debe á las altas influencias que para conseguirlo se han puesto en juego.

Posee otro título, aunque no académico, y á él dedica todas sus atenciones y gran parte de sus rentas, con objeto de ostentarlo ante sociedad con el mayor esplendor posible; es decir, de manera que éste deslumbre cuanto pueda y sin atender á que dicho esplendor, más ó menos deslumbrante, perjudica sus intereses, exigiendo, como exige, gastos mayores que los que pueden sostener los de su ya no muy grande capital. No obstante, como está plenamente convencido de que en la actualidad se ganan





JULIETA Y ROMEO (Acto II, escena II) | LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE (Dibujos de Frank Dicksee) | ROMEO Y EL BOTICARIO (Acto V, escena I)

LA LOCURA DE HUGO VAN DER GOES (Cuadro de Emilio Wauters)

todas las voluntades presentándose en la sociedad como aristócrata y rico, y no ignora que á nadie se le ocurre preguntar si efectivamente es lo último, y menos si tiene ó no talento, si es honrado ó miserable, gasta sin pensar en el porvenir y derrocha sin prever que esto le puede ocasionar muy desgraciadas consecuencias. Si alguna vez pasa por su imaginación semejante idea, en vez de horrorizarse, vanaglóriase, porque causa admiración y se jacta de humillar á los pocos ó ignorantes hombres que no estiman ni aprecian más cualidades que la riqueza, el lujo y la ostentación excesiva.

En los grandes saraos, en las tertulias de confianza, es siempre muy digno de estudio.

Si hay baile, él es el bailador infatigable, que no descansa mientras aquél dura, y, al terminar, todavía está dispuesto á seguir bailando. En el rigodón, se mueve tan acompasadamente, que en los movimientos que se repiten varias veces, pisan sus piés en todas ellas en los mismos sitios; hace gala de su seriedad, avanza y retrocede con extremada fineza, y, al saludar, inclina todo el cuerpo, porque cree que á mayores reverencias corresponde mayor distinción. Si se baila vals, aquella mole de carne que antes nos parecía pesada y casi inamovible, preséntasenos como cuerpo ligero y de fáciles movimientos, pues lo vemos dar vueltas con una agilidad asombrosa; si nos fijamos en su cara creeremos que la tiene barnizada, porque está humedecida por copioso sudor, y, al par que copioso, sucio; veremos que sus moflete han adquirido un fuerte sonrosado, que se ha hecho extensivo, aunque con menos intensidad, á las demás partes de su rostro, y observaremos que su respiración acredita una excelente salud en sus pulmones.

Si se juega, es él uno de los jugadores más importantes, si se atiende á las posturas que hace y á lo mucho que habla. Enreda sin cesar con el dinero que tiene delante, y mueve constantemente cabeza y brazos en todas direcciones con una ligereza, al parecer, infatigable, originada por la exaltación de sus nervios. Si le preguntan cómo le va en el juego, contesta: «pierdo una porción de pesetas.» Si alguna vez gana tanto, que los demás llegan á observar su buena suerte, dice con la mayor tranquilidad: «gano unos cuantos reales;» pero tiene buen cuidado de advertir que éstos no llegan á veinte.

Hablando, pone siempre de manifiesto su presunción, su ignorancia y su grandísima imbecilidad. Como pretende cubrir plaza de hombre instruído, en la conversación alardea de inteligente, empleando palabras escogidas y poco oídas, y como él no conoce sus verdaderas significaciones, sucede frecuentemente que habla sin corrección y que su lenguaje se hace ininteligible para la mayoría de sus oyentes. A pesar de esto, habla muy despacio, con objeto de deleitarse oyendo lo que él mismo dice.

Como consecuencia de la afectación que emplea en todo, de su no muy cultivada inteligencia, de su petulancia y de su limitadísimo talento, resulta que es antipático á los que le tratan y á muchos que sólo lo conocen de vista, y que su especial carácter le acarrea muchos odios y muy abundantes desprecios.

En él ven todos representado á un joven aristócrata, orgulloso, ignorante, amigo de humillar á los demás, charlatán y derrochador; y, por si no fuese bastante, vislumbran ya su próxima ruína, con lo cual perderá los pocos adeptos que tiene en la actualidad.

RICARDO J. IRANZO.

BIBLIOGRAFÍA

Cuentos pequeñitos, por José Zahonero.—Madrid, 1887

Si no tuviese ya el señor Zahonero conquistada su reputación de escritor notable daríasela sin duda alguna el bello libro que acaba de publicar, ilustrado con lindísimos dibujos de Urrutia. Es una colección de cuentos trabajados con tanto cuidado en la forma como originalidad en el fondo, encerrando todos ellos una dulce filosofía. Los niños saborearán sin duda este tomito en el cual la brillantez del estilo se hermana con la moralidad é interés de la intención.

***

Libro de Madrid y Advertencia de forasteros, por Manuel Ossorio y Bernard.—Madrid, 1887

Puede estar seguro todo el que lea un libro del señor Ossorio que ha de encontrarse con un buen caudal de ingenio, irreprochable corrección de lenguaje, sanas ideas y curiosísima enseñanza. Tales son las cualidades que descuellan también en el libro de que tratamos, con el cual se deleitarán sin duda las personas amantes de la literatura amena y de buena cepa española.

***

Biblioteca X, tomo I.—*Arco iris*.—Madrid, 1887

Con dicho título acaba de inaugurarse en Madrid una publicación de bonitos trabajos en prosa y verso, de carácter festivo, en la cual colaboran escritores tan apreciables como los señores Albeniz, Borrás, Camacho, Carrillo de Albonoz, Diego, Letran, Mario (hijo), Martínez Medina, Pascual, Serrano, etc. El precio de cada tomo quincenal es el de 75 céntimos de peseta.

CARLOS MENDOZA.

DONNA VORREI MORIR...

(DE L. STECCHETTI)

Yo quisiera morir, pero extasiado
con tu más puro amor;
verme á lo menos una vez amado
sin sentir el rubor.

De mi agitada vida la pureza
toda poderte dar;
reclinar sobre tu hombro la cabeza...
¡y ya no despertar!

CAYETANO DE ALVEAR.

NUESTROS GRABADOS

EN EL GABINETE DEL COLECCIONISTA: UN GRABADO RARO
Cuadro de Lerche

Excelente obrita, ejecutada *con amore* y perfecto conocimiento del asunto. Los coleccionistas de estampas se merecen ser tratados con toda consideración, pues constituyen un gremio respetabilísimo por su formalidad y buen gusto.

RETRATOS INGLESES ANTIGUOS
La reina Isabel.—El conde de Essex

Ambos retratos son obra de Isaac Oliver (1556-1617), artista de origen francés, aunque naturalizado en Inglaterra. Fué discípulo de Zucchero y de Hilliard y no tuvo rival como miniaturista, por la exquisita delicadeza de su toque.

En cuanto á los originales de los dos retratos que damos hoy, no hay para qué biografiarles, siendo bien sabido quien fué la ilustre asesina de María Estuardo y no menos el favor de que gozó con ella, de 55 años, el conde de Essex que sólo contaba 21, hasta que fué degollado, quizás más por haberla llamado *vieja* (contaba 67 años á la sazón) que no por conspirar á favor de los puritanos.

UN FANFARRON
Cuadro de Muñoz Degrain
Dibujo de P. y Valor

A primera vista se revela en esa obra la factura de un gran maestro, amplia, sólida. La composición es acertadísima por la armonía y naturalidad que resulta del conjunto y en cuanto al tema es de esos que mueven siempre á interés desde el momento en que se trata de una escena en que interviene uno de aquellos tipos peculiares á nuestro país, del cual tomaron los franceses el suyo de *matamoros*.

CASCADA DE LA TRINIDAD EN EL MONASTERIO DE PIEDRA
Dibujo de E. Villardell

Está situado el monasterio de Piedra en la margen derecha de este río, partido de Calatayud, en la pendiente de una sierra que lo defiende de los vientos del Norte. Abunda en ricos mármoles, tanto que la cerca era toda de dicho material en bruto. La antigua laguna de los *Argalides* donde se criaban sabrosas truchas, hállase convertido hoy en parque de ostricultura. Hay cuatro despeñaderos y una cascada natural, siendo considerado este sitio como uno de los más pintorescos de Europa. Pertenecía el monasterio á la orden cisterciense.

PRIMAVERA

Hemos creído necesario poner ese grabado á fin de que no se pierda la tradición astronómica, según la cual hay una estación del año llamada así. Por lo demás, yo he creído siempre que la primavera no existe sino en la imaginación de los poetas.

DULCES MOMENTOS
Cuadro de A. Rontini

Esa obra es inspiradísima; es un poema. Ahí está vivo, adorable el sentimiento de la maternidad, sorprendido en un momento de abandono, sin aparato, sin convencionalismo. El gran mérito de ese cuadro está en que representando un asunto risueño, juguetón, impone respeto, y en vez de producir una sonrisa sume en la severa meditación que origina siempre la contemplación de lo augusto.

ESTUDIO DE PAISAJE

Una laguna y á su orilla una haya de sin igual magnificencia; praderas; las vacas, inmóviles y solemnes, paciendo en la majestad de la silenciosa campiña... ¿qué más se necesita para un dibujo que haga recordar las delicias del campo á la manera que recordaba el Toboso don Quijote al contemplar las tobosescas tinajas?

FRANCISCO I
Escuela de Clouet

Las obras de Clouet y sus discípulos son interesantes como última manifestación del arte castizamente francés, libre de toda influencia italiana. Era Clouet discípulo lejano de Van Eyak por las lecciones de su padre Jehan Clouet, flamenco. Sus retratos son admirables por lo exactos y verdaderos, así como por su maravillosa delicadeza, constituyendo preciosos monumentos de historia, tan importantes como las más estimables crónicas.

En cuanto á Francisco I, no hay para qué decir quien era, pues todo español se lo tiene sabido ya de sobras.

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE
Romeo y Julieta

ACTO II. — ESCENA II. — *Julieta y Romeo.*
(JULIETA *reaparece en la ventana*)

JULIETA.—¡Psst, Romeo, psst! ¡Oh! ¡Que no tenga yo la voz del halconero para hacer volver á mí á ese gentil azor terzuelo! La esclavitud tiene la voz enronquecida y no puede hablar alto; sin eso, penetraría yo en la caverna donde duerme Eco y le pondría su voz aérea más ronca que la mía á fuerza de hacerle repetir el nombre de Romeo.

ROMEO.—Mi alma es la que pronuncia mi nombre. ¡Con qué dulce timbre argentino resuenan las voces de los amantes durante la noche! Es como la más dulce música para oídos atentos.

JULIETA.—¡Romeo!

ROMEO.—¡Mi amor!

JULIETA.—¿A qué hora enviaré mañana á saber de ti?

ROMEO.—A las nueve.

JULIETA.—No dejaré de hacerlo. De aquí á entonces van á pasar veinte años. He olvidado porque te había llamado.

ROMEO.—Permíteme que permanezca aquí hasta que lo recuerdes.

JULIETA.—Lo olvidaré aun, á fin de hacerte quedar, y no me acordaré más que del amor que tengo por tu compañía.

ROMEO.—Y yo me quedaré para hacer que olvides todavía, olvidado yo mismo de que tengo otro alojamiento que este jardín.

JULIETA.—Ya es casi de día: quisiera que hubieses partido y, sin embargo, no más lejos que el pájaro de una loquilla que le deja alejarse un poco de su mano, semejante á un pobre preso en sus ligaduras, y que le retiene con un hilo de plata, tan amorosamente celosa está de su libertad.

ROMEO.—Quisiera ser tu pájaro.

JULIETA.—Amor mío, yo lo quisiera también; sin embargo, te mataría haciéndote demasiadas caricias. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! La separación es un dolor tan delicioso que diría buenas noches hasta mañana. *(Retírase del balcón.)*

ACTO V.—ESCENA I.—*Romeo y el Boticario*

BOTICARIO.—¿Quién llama tan recio?

ROMEO.—Ven aquí, amigo. Veo que eres pobre; toma, ahí van cuarenta ducados; procúrame una dosis de veneno, un veneno tan rápido, que así que se habrá esparcido á través de mis venas, el desdichado fatigado de la vida que lo haya tomado pueda caer muerto y su alma pueda ser despedida tan violentamente de su cuerpo como la pólvora rápida, una vez inflamada, se precipita fuera de las entrañas del fatal cañón.

BOTICARIO.—Tengo esas mortales drogas, pero hay pena de muerte en Mántua para el que descubra que las tiene.

ROMEO.—¡Qué! ¡Te hallas tan desnudo y miserable y te

da miedo morir! El hambre se aloja en tus mejillas, la necesidad y la indigencia asoman en tus ojos, el desprecio y la mendicidad penden en tu espalda, ni el mundo, ni las leyes del mundo te son amigos; el mundo no promulga leyes que puedan hacerte rico; por consiguiente, cesa de ser pobre, viola la ley y toma este oro.

BOTICARIO.—Mi pobreza es la que consiente, no mi voluntad.

ROMEO.—Pago tu pobreza y no tu voluntad.

BOTICARIO.—Echad eso en cualquier líquido, en el que querais, y bebedlo; aunque tuviéseis la fuerza de veinte hombres, eso os despacharía inmediatamente.

ROMEO.—Hé aquí tu oro; el oro es para las almas de los hombres un veneno peor y que comete más muertes execrables en el mundo que no esas pobres drogas que no tienes permiso de vender. Yo soy el que te vende veneno; tú no me has vendido ninguno. Adiós; compra manjares y trata de engordar. Ven, cordial, y no veneno; ven conmigo á la tumba de Julieta; porque allí es donde haré uso de ti. (Salen.)

Tales son las dos escenas que con admirable inspiración y ejecución incomparable ha dibujado Dicksee, el más fiel intérprete hasta ahora de la ilustración de *Romeo y Julieta*, tal como debe entenderse en el sentido shakespeariano.

LA LOCURA DE HUGO VAN DER GOES
Cuadro de Emilio Wauters

Fué Hugo van der Goes uno de aquellos grandes discípulos de los van Eyck que tan alto pusieron el nombre de la escuela flamenca en la segunda mitad del siglo XV.

Nació en Gante en 1420 y distinguióse ya desde temprana edad como excelente artista.

Afectado de honda tristeza por el fallecimiento de su esposa, retiróse al monasterio de Rodensdale, cerca de Bruselas, donde su tristeza degeneró en locura melancólica. Cada vez que le sobrevenía un acceso conseguíase calmar al paciente al són de acordada música.

Tal es el asunto en que se ha inspirado el eminente pintor belga Emilio Wauters, rindiendo así un homenaje de respeto á una de las glorias del arte nacional y dejando al par á la posteridad una de las mejores obras de este tiempo.

LA FAMILIA DEL PESCADOR
Fresco de Puvis de Chavannes

¡Váyanle Vdes. con realismos ni zolaismos á M. Puvis de Chavannes! Creerá de fijo que se le habla en volapuk... Pintar un cuadro que se titule *La familia del pescador*, no quiere decir que tenga uno que pintar un pescador y su familia, sino la síntesis-tipo de todas las familias de todos los pescadores de todo el mundo, en todo el tiempo que ha pasado desde que se pesca... y Dios sabe cuanto tiempo habrá de esto, porque antes se pescó,—esto es indudable,—que se cazó.

En fin, sobre gustos no hay nada escrito; habrá quien prefiera ver representada una *Familia del pescador* á la manera que las habrá visto en el *Serrallo* de Tarragona, ó en Badalona, ó en Cambrils, ó en Málaga, ó en la tierra de don José M.ª de Pereda, mientras otros creerán preferible ver simbolizada la familia piscatorial como en la noble y majestuosa alegoría de Chavannes. Así, hay quienes en punto á lavanderas se fijan mejor en la homérica princesa Nausicaa que no en la Gervasia del silbadísimo autor de *Renée*.

ROMA VEDUTTA FEDE PERDUTTA

POR

JACINTO LABAILA

I

ENRIQUE Á FERNANDO

Valencia 16 Agosto de 1880.

Mi querido Fernando: Hace dos años, dos años con cola, que dejamos de existir el uno para el otro, á pesar del cariño que nos unió desde la infancia, á pesar de haber recorrido en la coronada villa, durante tres lustros consecutivos, la escala de placeres y dolores, de alegrías y de angustias, que suben y bajan los jóvenes solteros en ese Pandemonium que se llama Madrid, cuando gozan de buena salud, de infinitas relaciones y de bolsillo repleto. Larga es ya la fecha de no vernos, no hablarnos, ni escribirnos.

Desde que me participaste tu boda, y yo te contesté, remitiéndote por el correo, mi enhorabuena con cierto burlón retintín tan propio de los solteros recalcitrantes, como fuiste tú y como lo he sido yo, hemos abierto tan largo paréntesis á nuestra intimidad y á nuestras confidencias que parece que nuestros vínculos amistosos se hayan desatado de repente, sin culpa tuya ni mía; tirando de sus cintas, por una parte, tu matrimonio, y por otra parte las circunstancias que me rodean, pero tirando estas y aquel de tal modo, que lograron deshacer el susodicho lazo, como si antes no hubiera existido.

Tú has consentido en ello, sin duda porque inviertes todas tus horas en disfrutar de la ventura conyugal, y el que es feliz está muy ocupado para poder pensar en los demás y se convierte en egoísta, si es cierto que *el amor es un egoismo de dos*, como dijo un escritor, cuyo nombre no recuerdo en este instante, pero cuya idea no aparto nunca de mi pensamiento. Consentí yo también, durante dos años, en guardar tenaz silencio epistolar por un motivo idéntico, sino igual al tuyo, y es, por haberme dedicado también á conjugar el verbo amar, pero á conjugarlo *de veras*, quiero decir, que aunque después que tú, he apostatado de las disolventes teorías que como solteros contumaces profesábamos, y que voy á buscar por el camino recto la felicidad que no pudimos encontrar por el camino curvo; en una palabra, que pienso celebrar el mismo contrato que tú celebraste y que bendice y santifica la Iglesia.

No te rías de mí, aunque lo merezco. Al escribirme que, cuando menos lo esperabas, se te había aparecido en Madrid, bajo la forma de mujer, el ideal que ambos perseguíamos inútilmente durante quince años y creíamos que sólo existía en la tierra, en la imaginación de los adolescentes y de los poetas, no pude remediarlo, te tuve lástima; creí que habías perdido la serenidad del juicio que te caracteriza, creí que se había reblandecido tu masa encefálica y exclamé:—¡Pobre Fernando! ¡Se ha vuelto loco!—¿Quién me había de decir entonces que, dos años después, encontraría yo también en Valencia otra mujer, trasunto fiel del ideal que hemos soñado inútilmente durante nuestra juventud, y que llegaría el instante en que, casi avergonzado, te había de escribir esta carta, participándote en ella que voy á cometer lo que consideraba una locura, y que soy dueño del cariño de un dechado del tipo de la mujer, dechado, como nunca le vimos en ninguna de nuestras correrías solteriles, como jamás se puso al alcance del anzuelo de nuestra caña cuando éramos pescadores hábiles?

Me convenzo, Fernando, de que la galería de mujeres que pasan seduciendo la vista y fascinando á los solteros no son de la raza de las que traen la felicidad al hogar doméstico, porque ninguna de ellas siente el cariño intenso que nace de la abnegación y de la pureza de las costumbres en que la mitad preciosa del género humano debe educarse desde la cuna; y nosotros, buscábamos oro en el doublé, diamantes de brillo eterno en los diamantes americanos y claridad de sol en las luces de bengala. La facilidad de nuestros triunfos debían habernos abierto los ojos y hacernos comprender que el castillo que se rinde á las primeras intimaciones es porque está mal defendido, y no tener la vanidad de atribuir á nuestro valor ó á nuestras armas una victoria conseguida casi sin lucha. Tras esta equivocación, que nos proporcionaba el amor propio, incurríamos en otra de mayor trascendencia para nuestro porvenir: medíamos por el mismo rasero á todas las mujeres; porque desconocíamos á las de la raza superior, creíamos que el interés, ó el temperamento, ó la utilidad eran las únicas causas que las determinaban á buscar alianzas masculinas; como numerosos ejemplos nos lo prueban hasta la evidencia, de aquí nacía que sólo inspirábamos y sentíamos amoríos sin trascendencia, caprichos á plazo fijo y previsto, olvidos á seis meses fecha y saciedades á veces más precoces. Desconocíamos por completo á la mujer que ama por el único móvil de amor y que, ciegos, creíamos que no existía, porque en el mundo ligero, impresionable y materializado en que estábamos envueltos, no la veíamos; y éramos tan absurdos que sacábamos por consecuencia que esa mujer sublime era tan solo un ideal, sin forma humana en la tierra, soñado por imaginaciones sedientas de encontrar la ventura en este valle de lágrimas.

Tú, te convenciste, sin duda antes que yo, como lo prueba el salto mortal que diste hace dos años, salto que me preparo á dar yo dos años después; y tú estas dotado de carácter independiente, imperativo y caprichoso, que fortaleciste, merced á tu posición especial en la vida. Como falleció tu madre casi al entrar tú en el mundo, como tu padre expiró durante tu pubertad, creciste sin el calor que da el cariño de la familia y estás acostumbrado á no encontrar vallas á tu voluntad, pero también al aislamiento que producen la ausencia de los afectos. Por eso no extrañé ayer verte correr conmigo tras esa mujer soñada, tras esa mujer-cariño, para llenar el hondo vacío de tu alma; por eso hoy ya no me sorprende que te ligara el lazo del matrimonio el día que creíste encontrarla, como me participaste al noticiarme la celebración de tu boda.

Yo voy, pues, á imitarte, y por igual motivo. Sabes que mi carácter es opuesto al tuyo: yo soy afectuoso, expansivo, de voluntad flexible, acostumbrado al afecto y á la obediencia de mis padres, que no perdí hasta llegar á la mayor edad y que vivieron lo suficiente para inocularme el modo de ser que me es propio. Tú, buscabas en tu compañera una afección para tí desconocida, por eso la deseaste con vehemencia; yo busco algo que ya conozco y que me llena de regocijo, á pesar de no conocerle en toda su extensión; por eso también fébrilmente lo apetezco. Tú has hecho el sacrificio de tu independencia en holocausto á ese *Deus ignotus*, por cuya intervención esperaba lograr la dicha; y yo voy á descorrer el velo de la hermosa estatua de la felicidad cuya belleza me hizo entreveer el aire tibio del hogar que me destapó una de las puntas de ese velo.

Los dos hemos conocido á tiempo que las sendas extraviadas que recorríamos no conducían á ninguna parte; y emprendemos el camino real que conduce al verdadero sitio de reposo de la vida, á donde fueron nuestros padres, á donde más pronto ó más tarde irán los solteros más rebeldes. Te confieso con ingenuidad que ahora me maravillo de haber malgastado los mejores años de la juventud en amores transitorios y de haber rendido culto á tantos ídolos de barro y no acierto á explicarme porque nos hemos empeñado tanto tiempo en ser miopes poseyendo vista perspicaz.

Huíamos del matrimonio porque nos parecía que casarse era caer en una trampa; y, por lo tanto, esquivábamos el trato con las jóvenes dotadas de brillantes condiciones para ennoblecer ese estado, creyendo que para ellas el casamiento era una carrera lucrativa y no una necesidad del corazón.

No he buscado á mi futura esposa; porque, como acabo de decir, nuestras ideas pretéritas no nos permitían tratos íntimos con doncellas aspirantes á recibir el séptimo sacramento, pero la casualidad se encargó de descubrirme ese tesoro sin querer y sin sospechar yo que lo fuera: sin duda estaba de Dios que había de ser feliz contra mi voluntad y quiso probarme que nadie debe decir, *de esta agua no beberé*, casándome para que sirva de ejemplo á los tercos y á los lenguaraces.

Sí, mi querido Fernando; estoy enamorado, pero enamorado en la extensión romántica de la palabra, de una hermosura sin tacha, de dotes morales sobresalientes, que me muestra tal delicadeza y tal intensidad de cariño que sería un monstruo si no correspondiera como se merece pasión tan pura y al mismo tiempo tan vehemente.

Cuando recibas esta carta habré ingresado ya en el gremio; y estoy rogando á Dios para que llegue rápidamente tan apetecido instante.

No seas ingrato y contéstame á vuelta de correo porque deseo que me des minuciosos detalles de la felicidad que debes gozar en tu matrimonio, ya que te lo hizo contraer la mujer cariñosa y apasionada que deseabas, para que tu próspera situación me sirva de ejemplo y

pueda yo, de este modo, conocer la práctica de la teoría que tanto me ilusiona.

Acabo de hacer un auto de fe de varias cartas, retratos, trenzas, etc., de mis pasados extravíos, para que no quede en mi poder ni un solo recuerdo de la vida solteril, ya que tampoco queda en mi memoria; desde hoy pertenezco por completo á Rosalía; ella reasume mi presente y mi porvenir, ya que concentra en mí todas sus afecciones, quiero imitar su conducta. Todo lo olvido por ella, menos á tí, mi querido Fernando.

Se debe romper con los afectos del pasado, cuando no han arraigado en el alma, con las mujeres casquivanas ó coquetas ó materiales, á las que nos ligaran el capricho, ó la vanidad ó el deseo; se puede renunciar á las diversiones lícitas que complacen á los hombres libres, pero

LA FAMILIA DEL PESCADOR (Cuadro de Puvis de Chavannes)

que pueden traer complicaciones ó serios disgustos al seno de la vida conyugal; se debe variar de costumbres y hasta de modo de vivir al cambiar de estado, en aras de la tranquilidad doméstica; pero no se debe ni se puede acabar con las amistades que nacen en la niñez, que crecen en la adolescencia y desarrollan por completo en la juventud, amistades como la nuestra. Volvamos, pues, á anudar el deshecho lazo. Te doy el ejemplo; imítame.

Aunque se dice desde remotos tiempos que hay tres objetos que el hombre no debe fiar á nadie, la escopeta, el caballo y la mujer, eso jamás rezó con nosotros; para nosotros los dos primeros objetos siempre fueron bienes comunes, y el tercero, casi, casi; pero desde ahora en adelante para mí Rosalía y para tí Elisa; la mujer propia será lo único que en lo sucesivo poseeremos íntegra y exclusivamente cada uno.

Hoy es mi último día de soltero; desde mañana al amanecer será tu colega eterno,

Enrique.

(Se continuará.)

ADMINISTRACIÓN. Cortes, 365 367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 14 de Mayo de 1887 | Núm. 228

FLORES SILVESTRES

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*A la tercera va la vencida* (continuación), por Felipe Mathé.—*Percances del oficio*, por Vicente Colorado.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Mi amigo Lopez*, por R. Hernandez y Bermudez.—*El ángel*, por José M.ª de la Torre.—Nuestros grabados.—*Bibliografía*, por B. Fernandez Iriarte.—*Roma redutta fede perduta* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS.—Flores silvestres.—Retrato de una dama.—El castillo de Lérida.—Los preparativos de la fiesta.—Frescos decorativos del Museo de Viena.—La locura del rey Nabucodonosor.—Tocados femeninos medievales.—Una velada en Túnez.—Paisajes del Bajo Ottawa. El remolcador de maderas.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

UNA CAUSA CÉLEBRE

Desde hace muchos días preocupa la atención pública una causa verdaderamente originalísima cuyas sesiones se celebran en la sala de lo criminal de esta Audiencia. Parece una novela jurídica, de las que publica *La Correspondencia* en sus folletines, si bien con la circunstancia de ser más curiosa, pues en estas novelas el misterio desaparece por fin, y en la causa en cuestión quizás continúe después del fallo. Al menos, por hoy, no se explica suficientemente en ella el carácter de la procesada, sus medios de existencia sus verdaderos propósitos ni las grandes influencias que parecen protegerla y que maniobran en la sombra.

Martina Espinal es soltera, tendrá de 35 á 40 años; nació en un pueblecito de Navarra, pertenece á una familia humilde; pero se diría que ha recibido una educación esmerada. De su vida nada se sabe, hasta que en el año 1880 entró á servir de doncella en casa del conde de Torreanaz, senador, ex-consejero de Estado y académico. En esta casa estuvo dos años, y fué despedida por la condesa, la cual no la encontró ya útil para el servicio; mas según ella, salió por celos de su señora. No volvió á servir en ninguna otra casa, viviendo de las limosnas con que la socorrían algunas señoras piadosas, la conferencia de San Vicente de Paul ó diferentes religiosas de varios conventos. Vivía en casa de un librero de lance, pagándole tres duros al principio, mas luégo continuó morando allí gratis. No se dedicaba á ningún trabajo; salía por la mañana, volvía por la noche; su ocupación exclusiva era seguir y perseguir por todos lados al conde de Torreanaz, su antiguo amo, del cual decía haber sufrido declaraciones y requerimientos amorosos sin haberlos dado oídos, por supuesto. El hecho es que no se ha probado la culpabilidad del conde y que éste se encontraba con Martina en la calle, en paseos, en teatros, en el Senado, en el Consejo, en todas partes, á todas horas, sin dejarle descanso, ni tranquilidad, ni esperanza de que aquel fantasma desapareciera.

¿Qué deseaba la Martina? El conde, según ella, la había causado perjuicios con despedirla de su casa; pedía con este motivo, una fuerte indemnización. El conde, que se revela en esta causa hombre de carácter, se negó á ello... Entonces la persecución tomó aspecto más grave; en ocasiones vió á la Martina acompañada de una vieja y de un hombre joven, y testigos han declarado que estaban de común acuerdo para la explotación del negocio. Un día, el conde, sin embargo, quiso poner término á la persecución; ofrecía á Martina cierta cantidad, pero al exigirle recibo, ella se negó á darlo y quedaron rotas las negociaciones. Entonces el conde puso en conocimiento de las autoridades la trama de que era víctima, fué presa Martina y ofreció no molestar á su antiguo señor; pero ya libre, volvió con mayor empeño á su viejo propósito. Pero antes de esto, y en cierta época, hizo una vida de bohemia, recorriendo algunas poblaciones del Norte y varias de la frontera francesa. Al comenzar el mes de Setiembre del año 1885 estaba en el pueblo de Anaz, partido judicial de Santoña, en cuyo pueblo tiene ricas propiedades el conde. Allí le dió albergue el beneficiado de Santa María de Cerdeyo, antiguo amigo de la familia de Torreanaz y á él espuso Martina sus pretensiones para que se las hiciera saber á su aristocrático amigo. ¿Qué influencias poderosas contaba Martina para que el beneficiado atendiere sus palabras? ¿Con qué elocuencia no le hablaría cuando no vaciló en turbar el sosiego y arrostrar la cólera del conde? Este rompió con el antiguo amigo, y le dijo, por despedida, que ni daba un solo real, ni le imponían las amenazas...

Se recrudeció, pues, la persecución, y tomó diferente aspecto. El conde empezó á recibir anónimos, en los cuales se le indicaba como futuro el término de su vida; se le acompañaban á los anónimos casos de asesinatos horripilantes, entresacados de los periódicos con verdadero esquisitismo. Por añadidura los anónimos llovieron también sobre los inquilinos de las casas que el conde posee en las calles del Divino Pastor y San Bernardo de esta corte, noticiándoles que dichas casas iban á ser voladas con dinamita, lo cual produjo, como es consiguiente, la súbita desaparición de los inquilinos susodichos, con todos sus menesteres estimables. El conde denunció entonces, el hecho á los tribunales, y el 17 de Mayo último Martina fué encarcelada como principal responsable en este singular proceso.

Nombró por defensores suyos á don Nicolás Salmerón y á don José Cristóbal Sorni. El conde nombró á don Luís Silvela.

Los que tienen en cuenta la clase de papeles que se encontraron en casa de Martina Espinal, atribuyen á ésta un carácter místico que se aviene mal con ciertas compañías suyas. En su casa se encontraron borradores de cartas escritas á una señora del convento de Cienpozuelos, al de la Buena Dicha, á otra señora de la conferencia de San Vicente de Paul, á un voluntario carlista de los que militaron en la última guerra civil, y se encontró también una oración. Todo esto se aviene mal con el proyecto de volar las casas del conde como un medio de persuasión y acomodamiento, ¿no es cierto?

Martina al presentarse en la vista, llevaba hábito. Es bastante agraciada y simpática.

El conde ha sido el primer testigo que ha declarado. Y convengamos, prima, en que es bien digno de compasión. Desde luégo,—siquiera la Martina le acuse de haberla pretendido,—es indudable que no tiene que agradecerla favor alguno, ella misma lo dice. Y se encuentra de pronto conque por haber despedido á una criada ésta le sigue con gesto amenazador, como una sombra; que á élla se unen otros espectros no más tranquilizadores; que su reputación corre en lenguas, pues sus amigos se aperciben de la persecución; que tal vez su señora recibe anónimos y duda de su lealtad y la paz interior se anubla; que se le amenaza indirectamente con ser desollado vivo y hecho cuartos; que los inquilinos de su casa vienen á entregarle los anónimos en que se les advierte la próxima voladura de sus familias, y, por fin, que donde quiera que va le acompañan la inquietud, la angustia, lo misterioso, lo desconocido... ¡Y no basta ser conde, ni hombre influyente ni respetable; una mujer vulgar se le atraviesa en su camino y dispone de su reputación y su paz y su felicidad pública y doméstica por un rencor caprichoso!

En la próxima carta podré decirte la sentencia que haya recaído en este proceso, que á la verdad hoy,—ya lo indiqué al empezar estas líneas,—es objeto de los más encontrados pareceres. La figura del conde aparece simpática, mas la de la Martina se pierde entre sombras que no ha conseguido desvanecer el juicio público. Como te digo es personaje á propósito para una novela de Montepín ó de Gaboriau. Posible es que así como la primera vez que fué á la cárcel no quedó convencida de lo conveniente que es vivir de los recursos de la caridad ó de su propio trabajo sino buscarse la vida por el espanto, insista por tercera vez. El conde, sin embargo, al llevar á los tribunales este asunto ha dado muestra de serenidad, de energía y de respeto y amor á la opinión pública.

Y ahora bien, querida Carmen, apartándonos del aspecto jurídico de esta cuestión y volviendo á ella en su aspecto social se necesita ser muy desgraciado para verse perseguido por una doncella que se supone requerida de amores, aquí donde es proverbial que los señoritos suelen descomedirse con sus sirvientas sin que jamás el escándalo conturbe las casas. La *Menegilda* de la *Gran vía*, ese tipo clásico ya de la criada madrileña, cuando su ama la despide oye que su señorito la dice:

«Te espero en Eslava
tomando café...»

Al oir estas frases tan llenas de malicia, el público prorumpe en una carcajada y un aplauso. Es que ha visto al señorito de la casa dibujado de cuerpo entero. Es que la pobre criada no solo tiene que cumplir con todas las obligaciones de su atareado oficio sino también dar oídos á las pérfidas insinuaciones del amo, que acecha todas las ocasiones de romper las leyes de la moral bajo el mismo techo que debía ser recinto de amparo y respeto. ¡Ah! ¡Si todas las doncellas y criadas de menor cuantía que han escuchado proposiciones reprobables de labios de sus amos, se convirtiesen en otras tantas perseguidoras de ellos! ¡Figúrate el aspecto que ofrecerían las calles, los espectáculos y todos los parajes públicos! ¡Cada individuo, bien fuese alto personaje, bien humilde particular, llevaría detrás una escolta de su vieja servidumbre que haría imposible hasta la libre circulación pública! El defensor del conde, tratando de justificar la inocencia de su defendido por el hecho mismo de la persecución, decía: «Señores: yo no creo que todas las mujeres accedan á este género de pretensiones, pero sí que todas las agradecen.» El hecho es que ninguna doncella suele quejarse de las faltas de respeto, aunque la Menegilda de la *Gran vía* nos presente el verdadero estado de la moral en el hogar doméstico.

Suelen clamar los moralistas contra las mujeres que pasean sus vicios por las calles y desafían la opinión desvergonzadamente, acusándolas de que corrompen á la sociedad; pero á decir verdad casi todas ellas han sido corrompidas antes por hombres irreprochables, que las tuvieron bajo la salvaguardia del honor, en su misma casa; y que al ofenderlas ofendían, tal vez, á sus propias mujeres. El ascendiente de la posición, del dinero, del talento; la facilidad del día y de la noche ¿quién resiste á esto? Para resistir sería preciso que las jóvenes que se ponen á servir tuviesen una educación de que carecen porque sólo puede tenerse en la holgura; que sus sentimientos morales se hubiesen fortalecido en el seno de una ejemplar familia y que de libre albedrío pudiesen rechazar el mal y buscar el bien. Mas la pobreza es ignorante, abandonada y perezosa; crece entre malos ejemplos; sufre la sugestión de quien es más fuerte, más poderoso, más audaz que ella; no resiste jamás, porque para resistir es preciso ser valiente y la pobreza es toda miedo. En cambio el rico, el fuerte, el audaz, abusa; y después de abusar abandona. El señorito de la Menegilda no debía haber logrado todavía el *sí* cuando la citaba en el café: los señoritos se avergüenzan, por regla general, de las caídas de sus víctimas y las temen á veces después de sacrificadas... Triunfar y despedir á las Menegildas suele ser uno. ¡Condenación explícita de la corrupción secreta del hogar, más considerable y más vergonzosa que la pública, y desconocido origen, de ella, como he dicho!

Tú que no eres beata, ni gazmoña, ni te asustas de que yo trate cualquier punto de moral por arriesgado que sea, siendo bien intenciona-

do, me dispensarás estas reflexiones, á propósito de una causa tan famosa. Con tanto más motivo pueden hacerse, cuanto que no se refieren á las personas que en ella figuran; siendo respetables por su moralidad de costumbres según del mismo proceso se infiere.

No quiero seguir adelante con mis reflexiones sin embargo: este tema tan lleno de revelaciones, de interés, que tan conveniente sería iluminar y desentrañar; que podría llevar por título *La criada y el señorito*, concluiría por parecerte escabroso por bien intencionado que le encontrases; préstase á un estudio, como decimos hoy, *naturalista*... Me contento, pues, con indicar el título; y que cada uno haga el artículo en su interior escogiendo los términos con pinzas, á solas.

Sin más, tuyo affmo.

FERNANFLOR.

A LA TERCERA VA LA VENCIDA

(CONTINUACIÓN)

Una rápida mirada de Mercedes me hizo comprender que tenía delante de mí al hombre sin conciencia que se preparaba tranquilamente á mancillar la honra de una mujer.

—Carolina,—dije, dirigiéndome á una polla morenita, muy revoltosa, que estaba cerca de mí;—es preciso que ponga V. la venda á este señor que acaba de llegar, para que demuestre su destreza como todos nosotros.

Aquel hombre me miró fijamente como extrañado de mi franqueza; pero las manos de Carolina no le dieron tiempo mas que para dejarse tapar los ojos.

Cuando empezaba su camino hacia la puerta, dije á los demás que deseaba darle una broma, siendo yo su acompañante.

En el momento mismo que le faltaban cinco pasos para llegar, me acerqué á él rápidamente.

—Si en este mismo instante,—le dije con voz baja,—no me entrega V. el paquete de cartas que lleva consigo, le levanto á V. la tapa de los sesos, como se debe hacer con un villano sin conciencia.

Aquel hombre tembló ante una amenaza tan inesperada, y me entregó sin resistencia las cartas.

Cuando se quitó el pañuelo que cubría sus ojos, fijó los suyos sobre mí con aire amenazador, y desapareció de nuestra vista.

A los pocos momentos me acerqué á Mercedes, y, aprovechando un momento oportuno, le entregué el paquete misterioso.

—¡Qué mirada tan expresiva la suya para darme las gracias!

Como era de presumir, á las dos horas me buscaban los testigos de aquel hombre, y aquella misma noche, junto á las tapias de la *Casa de abajo*, tuvo lugar el duelo.

El arma elegida fué el florete, y cuando me ví enfrente de aquel sér tan repulsivo, una nube de sangre cubrió mis ojos y le acometí rabiosamente.

Él tiraba mejor que yo, pero fué tal la rapidez de mis ataques, y éstos tan vigorosamente ejecutados, que por fin cayó á mis piés, con el pecho atravesado de parte á parte.

No era mi intención herirle en aquel sitio, pero su mala fortuna le hizo perder la vida, siendo vanos los auxilios que el médico le prestó.

III

A las tres...

Fué imposible ocultar un lance tan desgraciado, y á la tarde siguiente tuve que abandonar aquellos sitios precipitadamente.

Por el pronto, no tuve otra solución que poner tierra por medio, ya que mi contrario resultó ser un personaje político de muchas campanillas y su muerte produjo un escándalo terrible.

Por consejo de mis mejores amigos, trasladé mis reales al extranjero, estableciéndome, por fin, en París.

Como abandoné mi puesto, me dieron de baja en el ejército, como era de presumir, perdiendo en un solo día una carrera que tantos afanes y sinsabores me había costado.

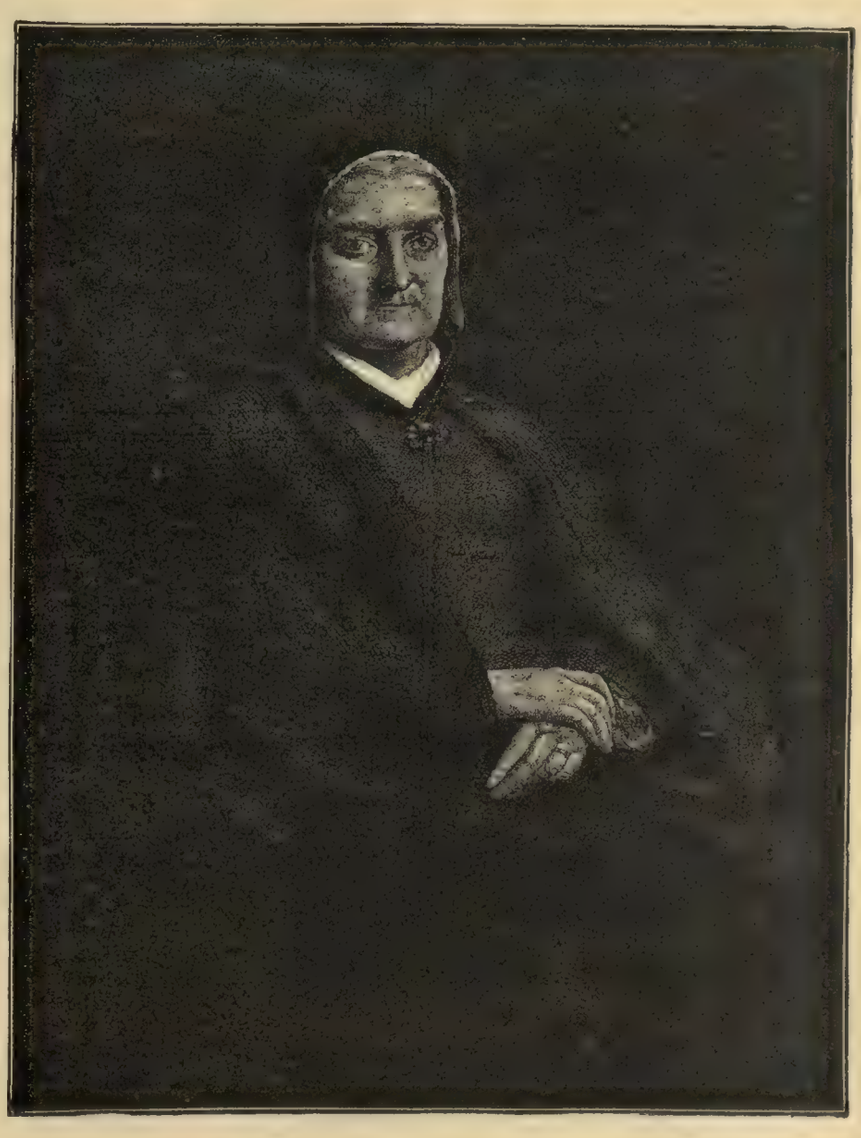
Pero todo lo daba yo por bien empleado con tal de haber sido útil á Mercedes, por la cual empecé á sentir un amor insensato que embargó mi alma por completo.

Fueron vanos los esfuerzos cariñosos de algunos amigos para ahuyentar la tristeza constante que mi situación me causaba, y mi único, mi solo pensamiento era el objeto de aquel culto ferviente que rendía mi corazón á la hermosa mujer de la cual me separaba un abismo en aquel entonces.

Su imagen querida nunca se apartaba de mí. Se me aparecía á todas horas y en todas partes.

En el cielo y en la tierra, en la luz de la luna y la del sol, en las flores, en todos los objetos que me rodeaban, creía yo ver clavados siempre en mí aquellos ojos negros, de brillo incomparable.

Mi sobreexcitación nerviosa llegó á tal extremo, que resintió profundamente mi salud, cayendo, al cabo, gravísimamente enfermo.



RETRATO DE UNA DAMA, por Wyatt Eaton

Entre la vida y la muerte permanecí largo tiempo; pero los incesantes desvelos de mis amigos, y mi naturaleza de hierro, me sacaron adelante.

La convalecencia fué larga y trabajosa, tardando dos meses y medio en recuperar mis fuerzas por completo.

Mi situación empezó poco á poco á ser precaria y tuve necesidad de buscarme una ocupación decorosa y lucrativa.

Tan buenas trazas me dí para ello, que por fin me confiaron una teneduría de libros en una respetable casa de comercio.

Por más empeño que puse en distraerme y en dominar mi tristeza, no lo pude conseguir, y cada vez sentía crecer más poderosa dentro del alma la nostalgia de la patria perdida.

Cuando pasaron dos años en aquel estado, comprendí que me sería imposible continuar así por largo tiempo, y traté de interesar á todos mis amigos para que gestionasen el indulto.

Un fausto acontecimiento que tuvo lugar en España por aquellos días, facilitó, afortunadamente, un desenlace favorable para el asunto, y, por fin, llegó el día venturoso en que me fueron abiertas las fronteras de mi país.

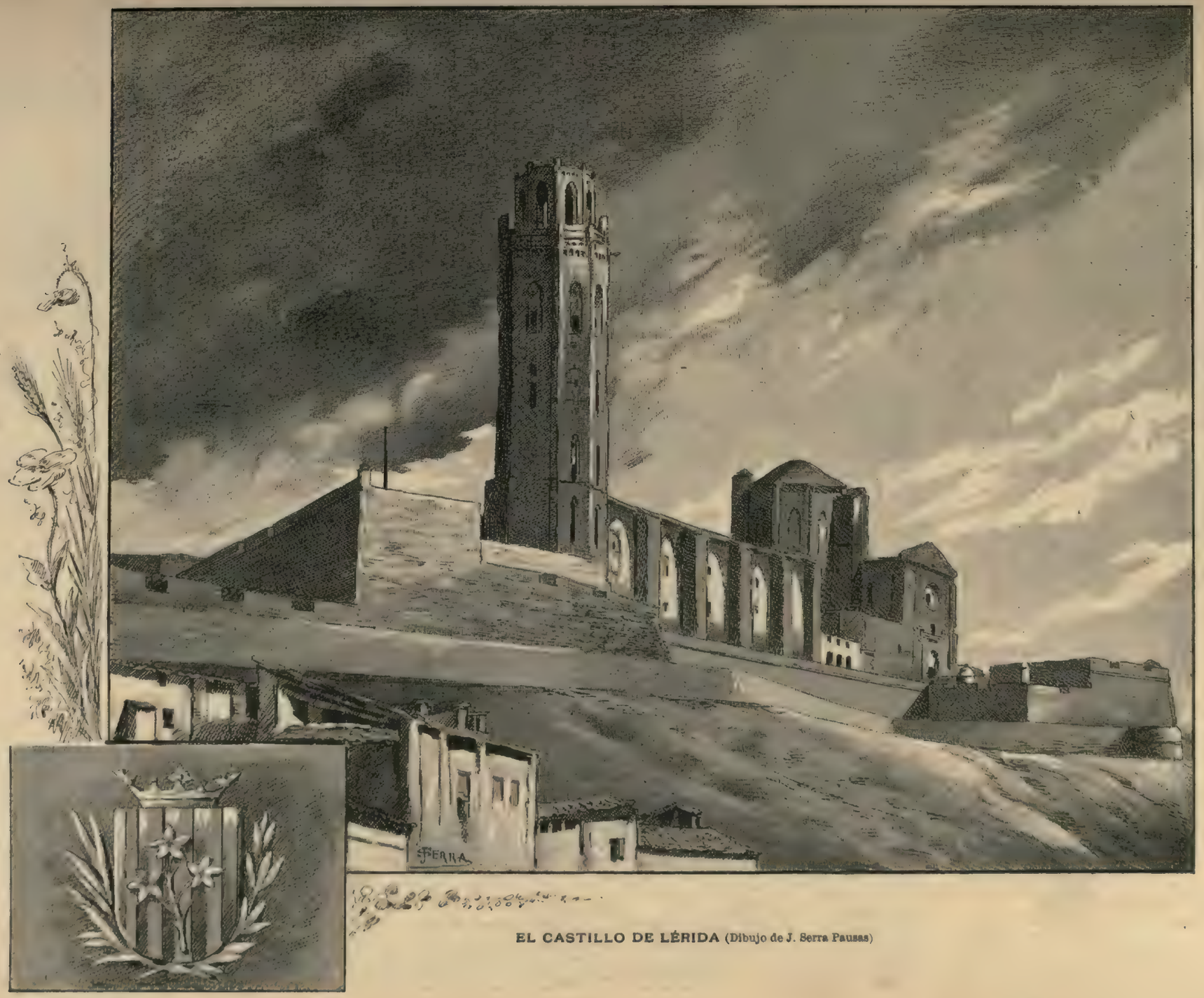
No pude recuperar mi puesto en el ejército, pero en cambio tuve la dicha incomparable de contemplar, más puro que nunca, el cielo alegre de mi patria querida.

¡Qué felicidad tan grande para el pobre proscripto, pisar de nuevo la tierra bendita que le vió nacer!

Jamás he sentido un placer tan inmenso como el día que regresé á Madrid, después de mi destierro. El aire que respiraba me pareció más puro, el cielo más azul y las calles más alegres y bulliciosas que nunca.

(Se concluirá.)

FELIPE MATHÉ



EL CASTILLO DE LÉRIDA (Dibujo de J. Serra Pausas)

LOS PREPARATIVOS DE LA FIESTA (Cuadro de G. Sciuti)

PERCANCES DEL OFICIO

El de escritor tiene sus quiebras; no da para comer, pero, en cambio, ¡qué disgustos ocasiona!

FRESCOS DECORATIVOS DEL MUSEO DE VIENA, por Hans Makart.—RAFAEL

Un suelto, un cuadro de costumbres ó una crítica literaria, ¡qué gritería levantan! ¡Qué escándalos produce!

Diga V. que Fulano es listo, Mengano un Cid y Zutano una persona bien educada; y los aludidos á quienes de fijo se les calumnia, se encargarán, libro ó periódico en mano, de encarecer los méritos que V. no tiene, en provecho de los propios que ellos mismos se suponen.

—¿Ha visto V. *El Rábano?*—preguntarán al primero que hallen.

—¿Qué rábano?

—El periódico.

—No sabía que existiese.

—Tómelo usted.

—¿Por las hojas?

—Por cualquier parte. La cuestión es que usted lo lea.

—¿Qué dice?

—Que soy un grande escritor.

—¿Usted?...

—Sí, señor; yo mismo. Tenga V., tenga usted un ejemplar; ¡verá V., qué estilo, qué gracia y qué humorismo los de Pimiento!

—Vamos; será un pimiento dulce.

Pero ¿y cuando el pimiento es picante, es decir, cuando el escritor de tantas malas costumbres y el crítico de tantas pésimas obras dicen la verdad á los necios, á los vanos y á los ignorantes?

Entonces es un horror lo que pasa.

Un revistero, pongo por caso, en su afán de hacer frases más ó menos ingeniosas, escribe un día, hablando de artes y oficios, algo semejante á esto:

«El zapatero es, de todos los artesanos, el más holgazán; hasta para trabajar se sientan.

»Es rastrero, porque vive de lo que todos pisan.

»Servil, porque siempre está á los piés de sus parroquianos.

»Deshonesto, porque comercia en cueros.

»El único dón que tiene, es el de dar cartón por suela.»

Estas y otras frases se publican, el periódico circula y, al día siguiente, el revistero, recibe mil visitas de otros tantos maestros de obra prima.

—¿El señor del Olmo?

—Servidor de usted.

—Pues, venía...

—Siéntese usted.

El zapatero cree que el periodista lo dice con segunda intención, y contesta con retintín:

—Aunque trabajo sentado, me tengo en pié.

—Como V. quiera.

—Pues, como iba diciendo, venía á que usted rectificase.

—¿El qué?

—Yo soy zapatero.

—Por muchos años.

—Y, como V. sabe, tenemos que arreglar cuentas.

—Usted padece una equivocación; yo nada debo á zapatero alguno.

—No, sino es eso. Vdes., la gente de pluma saben mucho; pero á mí no hay quien me la dé ¿usted comprende?

—Sino se explica V. más claro...

—¿No es V. el señor del Olmo?

—El mismo que viste y calza.

—¡Y vuelta á las indirectas! Pues, ayer, he visto en el periódico una cosa con su nombre que... ¡la verdad! me ha ofendido.

—¿Cómo ha podido ser eso?

—Yo, aunque me esté mal el decirlo, soy zapatero; y V. ha dicho que soy holgazán, servil, rastrero y que pongo cartón al calzado, en vez de suela.

—Yo no conozco á V. y, por tanto, mal puedo haberle ofendido.

—Usted ha dicho que el zapatero es...

—Sí, señor; pero el zapatero son todos los zapateros del mundo, y ninguno en particular.

—Ahora no se trata de los otros; se trata de mí, que soy del oficio, y es necesario que usted rectifique diciendo que Juan Lezna es un zapatero honrado y laborioso, que sus botas y zapatos son de un material excelente, que vive en la calle de tal, número tantos, y que vende el género á precios económicos.

—Pues pase V. á la administración y pague el anuncio.

—Es decir, ¿qué V. no rectifica?

—No, señor.

—Entonces, nos veremos.

—Ya nos estamos viendo.

—Le pondré á V. las peras á cuarto.

—Así las comeré baratas.

—¿Se burla usted?

—Puede pensar lo que quiera.

—¡Es que yo!...

—¿Qué?

—¡Nada, hombre, nada! No hay que incomodarse por tan poco. Míreme V. á mí, que no soy rencoroso con nadie. ¡Caramba y qué genio! Con que... lo dicho; y ya sabe V. donde tiene su casa, y si se le ofrece un par de botas...

—Sí, señor; tal se van poniendo las cosas, que necesitaré unos zapatos con bigoteras de metal.

—¡De metal!... ¿Para qué?

—Para rectificar con ellos en cuantas personas se den por aludidas de mis escritos.

Si el zapatero es un remendón literario, la cuestión toma proporciones alarmantes.

El interesado pide, por medio de dos amigos, rectificación y satisfacción.

¿Le ha llamado V. mal poeta? Pues, entiende que se ha dudado de su honradez, y exige un acta en la cual se afirme que es un perfecto caballero.

¿Ha dicho V. que tiene más ripios que versos? ¿Qué no escribe en castellano? Pues ve una alusión en la que se ataca la fidelidad de su esposa y pide otro documento que atestigüe el honor de su cónyuge.

Novelistas chirles, líricos memos y dramáticos sin piés ni cabeza, la emprenden con el crítico, como si éste tuviera la culpa de sus engendros.

El escritor de costumbres se halla á su vez acosado por todos á quienes animan las malas pasiones que fustiga.

Día vendrá en que el ratero se dé por ofendido y exija al periodista una reparación, por denunciar á quien vive honradamente de su *industria*.

¡Calma, señores, calma, y el que sienta el golpe, quéjese de sí mismo!

Recuerden Vdes. las palabras de Fígaro:

«A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si alguna caricatura por casualidad se pareciese á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecérsele.»

Apliquen Vdes. el cuento.

VICENTE COLORADO.

REVISTA CIENTÍFICA

Tratamiento local de la tisis.—La fatiga intelectual de la infancia.—Sugestibilidad de los niños.

Siguiendo siempre *las corrientes de la opinión pública* y puesto que hoy les toca el turno de moda á los rusos, diremos que ha producido bastante impresión en el campo médico la Memoria leída por el doctor Kremiansky en el Congreso de Moscou respecto al tratamiento local de la tisis. M. Kremiansky, con ambición digna de un paisano de Pedro el Grande, propónese pura y simplemente curar la tisis como si se tratara de la sarna, esa enfermedad que constituye el orgullo de la medicina por ser la única que se cura científicamente como decía con cierta sorna Claudio Bernard (1). Así, pues, á la manera que bastan unas cuantas fricciones de ungüento de azufre sobre la piel para librarse de la *shoking* dolencia á que hemos aludido, basta también obrar directamente sobre los bronquios y el tejido pulmonar para triunfar de las criptógamas que dan la tisis,—si es que la dan, y no son resultado de la misma.

«Las sustancias empleadas por M. Kremiansky, dice una ilustrada publicación extranjera, son la anti-fibrina y el aceite de anilina, productos mortales para los bacilos de la tuberculosis al mismo tiempo que inofensivos para el hombre. La anti-fibrina, dada al interior, se descompondría en anilina y en ácido acético; al propio tiempo podría administrarse también la anilina en inhalaciones por medio de un aparato construído según el principio del narghilé. A título de medicación auxiliar, recomiéndase á los enfermos la dieta ácida: limonadas, frutas acídulas, kefir, kumiza y polvos de carne, alimentos todos ellos que obrarían por los ácidos que contienen, tanto como por sus propiedades nutritivas.

»Esta acción de los ácidos, considerada como desfavorable á los bacilos de la tuberculosis *en el organismo* desde el momento que lo es *in vitro*, no deja de ser muy hipotética; con todo, el antagonismo reconocido entre la tuberculosis y el artritismo (ó reumatismo),—caracterizado éste por una discracia ácida,—parece ser un argumento en favor de tal teoría.

»Sea como fuere, M. Kremiansky habría curado dos tísicos con su método. Este número de éxitos es muy pobre; pero como se trataba de enfermos gravemente afectados, merece en rigor ser tenido en consideración. La poca precisión, sin embargo, de las dos únicas observaciones referidas por el autor no basta á suplir las insuficiencias de su estadística.

»No es esto decir que la idea del tratamiento de la tisis pulmonar por aplicaciones medicamentosas locales ó inhalaciones deba ser abandonada; sino que no hay que atribuirle á M. Kremiansky la prioridad de la idea: gran número de autores han propuesto, en efecto, semejante modo de tratamiento, y los médicos que cada día envían á sus enfermos á respirar el aire de los pinares, no hacen otra cosa. Más aún, desde hace muchos años preconiza M. Sandras, en Francia, las inhalaciones de aire cargado de vapores de esencia de trementina y de alquitrán para el tratamiento de las enfermedades de las vías respiratorias, tales como la tisis y la difteria, y ha imaginado también inhaladores muy simplificados y biberones inspiradores que pueden ser de grande utilidad en el tratamiento de las enfermedades de los niños.

»El tratamiento de la tisis ensayado por M. Cherbakoff, tampoco no es más nuevo por su parte. Consiste, en efecto, en inhalaciones de vapores de nafta, medio corrientemente empleado en el Cáucaso desde hace largo tiempo contra esta enfermedad. Solamente que como es difícil procurarse nafta pura el autor se sirve lo más á menudo de inhalaciones de benzina que obran á la vez como narcóticas y como expectorantes. Los resultados de este tratamiento habrían sido favorables, y M. Cherbakoff declara que ha registrado notables mejorías en el estado de sus enfermos. Pensamos, sin embargo, que esto es lo más que podría decirse de los enfermos de M. Kremiansky, no habiendo pretendido por su parte M. Sandras obtener otro resultado que el de mejorar sensiblemente el estado de los suyos.

»Pero aún reducida á esos términos, la acción de las inhalaciones de vapores medicamentosos en el tratamiento de la tisis merece consideración y constituye una preciosa medicación para las investigaciones experimentales y clínicas. La detención, ya que no la curación de las enfermedades tuberculosas, es más frecuente de lo que se creía generalmente hace algunos años. La enfermedad no es una operación de labora-

HOLBEIN

(1) *Lecciones de fisiología general*, traducción castellana de J. Lasso de la Vega, pág. 344.

LA LOCURA DEL REY NABUCODONOSOR (Cuadro de Rochegrosse)

torio, sino un conflicto entre elementos vivos, y puede que ciertos medios, poco enérgicos en apariencia, basten, sin embargo, para facilitar al organismo el mínimum de fuerza que le falta para salir triunfante de la lucha en que está comprometido.»

REMBRANDT

***

Creemos de altísimo interés, por la triste aplicación que de ello puede hacerse á nuestro país, reproducir aquí el sensato juicio que acaba de emitir la misma importante publicación francesa respecto á una conferencia dada por M. Hammond sobre la excesiva fatiga intelectual que se inflige actualmente á los niños:

«Hace poco tiempo, dice el sabio neurólogo (norte-americano), una señora me trajo su nieta, de doce años, para consultarme. La niña se disponía á ir á la escuela y llevaba consigo una cartera llena de libros. Era alta, pálida y delgada. Los músculos de su rostro se agitaban convulsivamente y no podía tener quietos las manos ni los piés. Tenía la danza de San Vito, y además se quejaba de una cefalalgia casi constante con otros síntomas de perturbaciones nerviosas. En el curso de mi examen roguéla que me enseñara los libros que llevaba, los cuales, según me dijo, había estudiado la noche antes y aquella mañana misma.» Los tomos que salieron de la cartera eran una gramática inglesa, una guía del estudiante, una aritmética, una geografía, una historia de los Estados-Unidos, un libro elemental de astronomía, una fisiología é higiene elementales, un método francés y un libro de lectura francesa. Total, nueve materias diferentes. La niña aprendía sus lecciones entre las tres de la tarde y las nueve de la mañana, dejando una hora para la comida, media hora para el almuerzo, dos horas para ir á la escuela y volver, desnudarse por la noche y vestirse por la mañana, ocho horas para el sueño (mínimum insuficiente por otra parte); quedan seis horas y media para estudiar nueve materias diferentes. «Supongamos ahora, dice M. Hammond, que cualquiera de vosotros, oyentes de uno ú otro sexo, se retire á un rincón tranquilo, con su cerebro bien disciplinado y educado y su espíritu maduro y trate de estudiar durante seis horas y media nueve asuntos de estudio que no le sean familiares, ¿encontraríais extraño que al cabo de este tiempo los asuntos se confundiesen en vuestro espíritu?» Con todo, ese es el trabajo á que se obliga á los niños, lo mismo en París que en Nueva-York, sino es mayor aún. ¿Y cuál es el resultado? Es que la instrucción se adquiere á costa de la vida misma de la víctima; su cerebro, es decir, el manantial de la vida, paga todos los gastos. Mientras se extermina aprendiendo, el desarrollo físico padece, el cerebro mismo se fatiga y las facultades se esterilizan. ¿Cuántas veces no es este también el caso, *mutatis mutandis* de los adolescentes de nuestros liceos y de nuestras escuelas, los cuales á la edad en que el organismo físico tendría más necesidad de ejercicio, de la vida sana, del aire libre, permanecen encerrados hora tras hora, puesta su atención en asuntos difíciles y numerosos, inclinados sobre un libro ó un cuaderno y no dejando el estudio mas que para un aburrido y penoso paseo en un patio desnudo y triste, verdadero patio de presos? ¿Y quién sabrá nunca cuántas inteligencias habrá atrofiado en germen ese sistema bárbaro, inteligencias nacientes y espontáneas que el método mismo habrá ahogado?»

Creemos que el asunto se presta á mucha meditación por parte de los que mangonean la instrucción pública. A tal extremo han llegado las cosas que no parece sino que se quiere que al salir de la primera enseñanza pueda pretenderse ya á un sillón en la Academia de Ciencias — institución que realmente existe en Madrid, por más que sean poquísimos los que tengan noticia de ella;—y no hablemos del fárrago que se explica en los Institutos, ni de los programas imposibles de las facultades—Ossa sobre Pelion—porque el que saliese de allí sabiendo todo lo que tiene obligación dejaría tamañito á Pico de la Mirandola, á Littré y á Pedro Larousse con todos sus colaboradores.

***

De la misma publicación de que hemos traducido lo anteriormente expuesto trasladamos la siguiente nota, de trascendental importancia, sobre *la sugestibilidad de los niños*.

«M. Motet, dice el articulista, ha leído ante la Academia de Medicina, en su sesión del 12 de Abril último, una interesantísima comunicación sobre los falsos testimonios de los niños ante la justicia. Recordando primeramente cuán conmovedora es la declaración de un niño que cuenta los pormenores de un crimen, ha referido el autor cierto número de hechos que caracterizan netamente el estado mental de los niños acusadores y muestra el mecanismo psíquico de sus falsos testimonios.

»En muchos de esos casos, las acusaciones más graves no han tenido más objeto que la necesidad de explicar una escapatoria insignificante. Unas veces el niño, no sabiendo que responder á su madre que le interroga, ésta, con sus preguntas le sugiere toda una historia de atentado contra el pudor que él retiene y repite delante de un magistrado; en otros, es otro niño que, haciendo novillos, se cae al agua y bajo la influencia de este choque moral que despierta en él toda una serie de sueños y de temores imaginarios anteriores, organiza todo un drama en su espíritu y acusa á un individuo de haberle arrojado al agua. En otros casos son simples alucinaciones hipnagógicas que se convierten en punto de partida de una acusación de abusos. Finalmente un interrogatorio acusador enérgico parece bastar en otras circunstancias para determinar en un niño un trabajo de asimilación inconsciente en virtud del cual va á declararse culpable el mismo de un crimen que no ha cometido ó atestiguar en hechos que nunca ha visto.

»En todos estos casos reconócese el efecto de la sugestión ó de la ante-sugestión, que, en el

cerebro maleable y en vías de organización del niño, ejercen una influencia exagerada. Ese es, por otra parte, el origen de la tendencia de los niños á la imitación, tan fecunda para el bien; tan tremenda, por el contrario, para el mal. La experimentación ha permitido observar que existían todos los grados entre las sugestiones hechas en individuos hipnotizados y las que muchas personas son aptas para recibir en estado de vigilia. Ultimamente, proponíase sacar provecho de la aptitud para ser hipnotizados que presentan los niños para hacerles benéficas sugestiones desde el punto de vista de la educación y para corregir ciertas naturalezas particularmente defectuosas. Pero muy á menudo, basta decir ó dejar creer á ciertos niños, y áun á ciertos jóvenes, que se les supone esta ó la otra cualidad para que se esfuercen en justificar este buen concepto. Las reprensiones inmerecidas y los malos tratamientos, medios con demasiada frecuencia empleados por educadores ininteligentes, producen desgraciadamente el resultado contrario. Desde este punto de vista podría decirse, en una medida muy general, que el arte de conducir á los jóvenes consiste sencillamente en suponerles tan buenos como se desearía que fuesen.

»Al lado de esta sugestibilidad hay que tener también en cuenta, para la explicación de los falsos testimonios de los niños, su afición á lo maravilloso. «Cuando se trata del niño, — dice M. Motet, — no hay que olvidar que su tierna inteligencia está pronta siempre á sorprender el lado maravilloso de las cosas, que las ficciones le encantan, que objetiva poderosamente sus ideas, que consigue con sorprendente facilidad dar un cuerpo á las ficciones que brotan en su imaginación; que su instintiva curiosidad, su necesidad de conocer, por una parte y por otra la influencia que ejerce sobre él lo que le rodea, le disponen á aceptar sin comprobación posible todo lo que le llega de esos orígenes diversos. En breve no sabe ya lo que le pertenece en propio, lo que le ha sido sugerido; queda franco de todo trabajo de análisis, y su memoria, entrando sola en juego, le permite reproducir sin variantes un tema que ha retenido.» Ahora bien: contrariamente á lo que se hubiese podido creer es, precisamente, esta repetición monótona, este *ne varietur*, lo que es el signo característico del falso testimonio *automático* en el niño. Mientras que en el adulto son los pormenores contradictorios, las declaraciones diferentes las que prueban que hay falso testimonio voluntario y los magistrados esperan en sus interrogatorios el momento en que el testigo se contradirá, por el contrario, la invariabilidad de la declaración de un niño es lo que debe hacer, poner en guardia sobre su veracidad. «Cuando el médico perito, —dice, en conclusión, M. Motet, — después de muchas visitas, encuentra los mismos términos, los mismos pormenores; cuando basta *ponerle en camino* para oir desarrollarse en su inmutable sucesión los hechos más graves, puede estar seguro de que el niño no dice la verdad y que sustituye, involuntariamente, datos adquiridos á la manifestación sincera de acontecimientos en que no habría podido tomar parte.»

Como se ve, el trabajo de M. Motet no solamente ilustra un punto de medicina legal sino que constituye una importante contribución al estudio de la psicología del niño.

ALFREDO OPISSO.

MI AMIGO LÓPEZ

El correo me trajo una carta cuyo sobrescrito me causó gran extrañeza, no porque fuese para mí desconocida aquella letra, sino porque la persona que me escribía nunca lo había hecho.

Más claro. La carta era del único criado que tenía mi amigo López.

—¿Por qué me escribirá él y no López?—me pregunté.

Siempre que recibimos una carta inesperada, sin abrirla la damos mil vueltas entre las manos, leyendo repetidas veces nuestro nombre y las señas de nuestro domicilio, el sello de la Administración de correos del punto de partida y hasta queremos penetrar el contenido de la epístola á través de los dobleces que en el reverso tiene el sobre.

Algunos llegan al punto de mirar la carta al trasluz para ver sin duda si se trasparenta el escrito y enterarse así de lo que se les comunica, cuando más natural sería rasgar en seguida la cubierta y de este modo la curiosidad quedaría saciada inmediatamente.

Yo miré y remiré el sobre, le dí vueltas y vueltas en mis manos en la inconsciencia de la extrañeza que la carta me causara, híceme todo género de preguntas y acabé por conjeturar los mayores disparates.

Harto de tantas tonterías rompí el sobre y leí:

«Querido amigo: Estoy muy malo. Me muero poco á poco. Te escribo por mano de Juan porque la mía no puede ni soportar el peso de la pluma. Tu amigo, *López*.»

Esta carta me produjo mucha tristeza.

López era un buen amigo, generoso hasta la esplendidez, cariñoso hasta el sacrificio, honrado, leal y desinteresado.

Yo le quería como á un hermano y López correspondía dignamente al afecto que le profesaba.

Así que, hice mi maleta, monté en el tren y al día siguiente me presenté en la casa de campo que cerca de Mujerada poseía mi amigo López y en la cual se iba poco á poco extinguiendo aquella existencia en otro tiempo alegre y bulliciosa que siempre estaba proyectando lo que al fin jamás llegaba á realizar.

RUBENS

Cuando López me vió, tendióme su mano abrasada por la calentura y humedecida por el sudor y me saludó con un «Buenos días» tan débil, que me pareció un sarcasmo.

Por la tarde, había, al parecer, experimentado alguna mejoría. Hizo que Juan le colocase bien

Segun Pietro della Francesca

La reina Felipa (1340)

Frontal *fashionable*

Barbillera

Tocado alemán del siglo XV—Turbante—El campanario—Hennin de tres cuernos

Rodete alemán

Tocado inglés del siglo XV—Tocado alemán, según un cuadro de Mabusio

El último hennin

Moda francesa, siglo XV

Los amores de las plantas

Siglo II

TOCADOS FEMENINOS

UNA VELADA EN TÚNEZ (Cuadro de Fernando Bredt)

dos almohadas para sostenerse y se sentó en la cama.

—¡Y pensar,—me dijo,—que me muero siendo el hombre más desgraciado del mundo!

Yo le miré con sorpresa y como buscando explicación clara á sus enigmáticas palabras.

—Sí,—prosiguió,—me muero sin haber sido enteramente feliz. Dejo la vida pesaroso solo por una circunstancia que á cualquier espíritu superficial causaría risa.

Seré más expresivo. Yo he sido joven, ya no lo soy. Esto que parece una tontería explica mejor que otra frase discreta mi pensamiento.

He sido joven y queriendo disfrutar de los goces de la vida, jugué, viajé, me divertí cuanto pude, donde encontré alguna necesidad me apresuré á socorrerla y hastiado de todo, cuando tuve treinta años pensé seriamente en dar el último adiós á aquella existencia agitada... Mi objeto era buscar una mujer digna de mí y casarme.

Yo creí que aquello sería la cosa más sencilla del mundo... ¡Cuán equivocado estaba!... No porque en la tierra dejara de haber mujeres á quienes pudiese confiar la custodia del sagrado fuego de mi hogar, no, sino por otras causas ajenas en absoluto á este punto de vista bajo el cual pudiera mirarse la dificultad.

Encaminéme á Francia y las francesas me parecieron ligeras y superficiales; pasé á Italia y encontré la vanidad en casi todas aquellas cabezas de Madonna; en Inglaterra eran demasiadas rígidas, las alemanas harto serias, y cansado de buscar una mujer, imitando en esto á Diógenes, temí como el cínico griego hallarla en lo más inmundo y regresé á mi querida España para ver si bajo este cielo azul, iluminado por los espléndidos rayos de nuestro sol, surgía la belleza que debía cautivar mi alma y colmar de gozo mi corazón.

Conocí aquí y traté á muchas mujeres. Rubias, morenas, de todas clases.

Me miré en ojos grandes y negros velados por tupidas pestañas y en ojos azules dentro de los cuales parecían residenciar los abismos cerúleos.

Oí frases de amor de bocas grandes, medianas y pequeñas cuyos labios de grana demandaban con incitantes movimientos apasionados besos.

Estreché talles esbeltos y manos diminutas y hasta mis piés sirvieron de confidente á otros enanos como los de Cendrillon.

Y, sin embargo, ninguna de aquellas mujeres llegó á ser mi esposa.

Creerás que la causa de ello sería que yo fuese muy descontentadizo ó que ninguna se asemejara al ideal forjado por mi fantasía. Nada de eso.

La causa de eso, ¡asómbrate! era que me gustaban todas, y con todas no podía casarme.

Esto me desesperaba y juré corregir á la loca de la casa, á mi imaginación, imponiéndola trabas sin cuento.

Y tanto la corregí que cuando quise recordar pernocté en los cincuenta años sin haber tratado á otras mujeres.

Y por eso no me casé, y por eso me muero triste, porque abandono el mundo sin saber lo que es el matrimonio, la vida con una mujer á quien se ame y por quien se es amado; ignorando lo que son hijos y lo que es ser abuelo.

Al llegar aquí, López suspiró profundamente.

Yo también me había conmovido.

Mi amigo López se murió á los cincuenta y cinco años pensando en la mujer que le hubiera hecho feliz, que era, según él, una muchacha hija de un coronel de infantería, muy bruto, que vivía en la calle de Toledo.

Según mis noticias, la tal muchacha se había puesto muy gorda y estaba casada con un comerciante á quien hacía una guerra sin cuartel, recordando que no en vano era hija de un militar.

R. Hernández y Bermúdez.

EL ANGEL

EN LA MUERTE DE LA STA. D.ª ENRIQUETA FALCÓ

Dios le dijo: ¿Ves el mundo?
Desciende. Serás mujer.
Y anhelante de placer
cruzó la tierra un segundo.

Vióla triste por demás,
y remontando su vuelo
tornó nuevamente al cielo
para no volver jamás.

José M.ª de la Torre.

NUESTROS GRABADOS

FLORES SILVESTRES

Con buen acuerdo se ha separado el autor de la tradicional señorita que va cogiendo flores por el jardín doméstico y ha representado en su lugar una poética enamorada de la verdad que da sus preferencias á lo silvestre sobre lo cuidadito y á las plantas acuáticas sobre las cultivadas en arriates y tiestos Ningún jardín puede compararse, en efecto, á ese rincón de bosque donde impera en todo su misterioso encanto la Naturaleza.

RETRATO DE UNA DAMA
Por Wyatt Eaton

El autor es un pintor norte-americano, poco amigo de obtener éxitos halagando los gustos vulgares. Su obra es enteramente personal, reflexiva, bien observada, tranquila. En cuanto á su manera vése que Eaton ha estudiado mucho á Rembrandt, de quien ha tratado de imitar las audacias de la luz, aunque quizás en ese cuadro le haya resultado demasiado brillante la cara en comparación del resto.

EL CASTILLO DE LÉRIDA
Dibujo de J. Serra Pausas

Está situado este castillo en la cumbre de la montaña en cuya falda se asienta la población y encierra en su interior la antigua catedral. Es de lo poco que los continuos bombardeos que ha sufrido han dejado en la célebre ciudad teatro de tantas vicisitudes.

LOS PREPARATIVOS DE LA FIESTA
Cuadro de G. Sciuti

No solamente como representación arqueológica sino como bellísimo estudio de figuras merece este cuadro los más sinceros elogios. Su contemplación evoca el recuerdo de aquellas fiestas paganas que constituyen una verdadera humillación para las presentes miserables *juergas*.

FRESCOS DECORATIVOS DEL MUSEO DE VIENA
por Hans Makart

El malogrado pintor austriaco dejó en esos frescos una muestra más de su talento poderoso,—aunque un tanto vulgar,—y de su admirable habilidad técnica. Cada uno de los grandes artistas representados lo está con sumo acierto, apareciendo bien caracterizado el genio del dulce Sanzio, la admirable maestría de Holbein en el retrato, el luminismo misterioso de Guillermo van Ryn y la soberbia plenitud de color de Pedro Pablo.

LA LOCURA DEL REY NABUCODONOSOR
Cuadro de Rochegrosse

Entre los lienzos más curiosos que figuraron en la última Exposición de Bellas artes de París merece citarse esa extraña y grandiosa composición en la cual su joven autor ha sembrado todos los recursos de sus cualidades personales y originales. Experiméntase siempre honda impresión ante los cuadros de M. Rochegrosse, de la cual han podido darse cuenta ya nuestros lectores por el cuadro de la *Jacquerie* que reprodujimos hace poco. Es siempre la misma potencia de efecto, la misma investigación de detalles curiosos, la misma preocupación de color, puesto todo el servicio de una ejecución habilísima y constantemente personal. Era imposible no detenerse ante esa escena extraordinaria representando *La locura del rey Nabucodonosor* que traduce de una manera tan enérgica y curiosa la espantosa caída de ese rey soberbio precipitándose desde lo alto de su trono en el fango de una cloaca infecta, donde, durante años, debía expiar sus crueldades y su orgullo. Reducido á la condición de las bestias inmundas, allí yace, pisoteado por un ángel implacable que se revela bajo la luz de un rayo deslumbrador y que, espada en mano, preside al castigo del monarca humillado y vencido.

Algunas líneas extractadas de los hagiógrafos han proporcionado á M. Rochegrosse el asunto de su imponente composición. Se comprenderá mejor, después de leído, hasta que punto el artista las ha traducido fielmente:

«El Dios Supremo había otorgado á Nebon-Koudorri-Ouçor la realeza, la magnificencia y la gloria. Levantaba á los que quería y humillaba á los que quería. Pero cuando su corazón se hubo hinchado y su espíritu se endureció hasta el orgullo, fué precipitado del trono y le fué arrebatada su dignidad. Su corazón se volvió como el de las bestias. La venganza del Altísimo pesaba sobre sus lomos... Comía yerba y su cuerpo era humedecido por el rocío del cielo...»

TOCADOS FEMENINOS MEDIEVALES

Nuestros aplausos á las elegantes del siglo XII. Las señoras se recogían el pelo en dos largas trenzas las cuales rodeaban luégo con una cinta, abrazando alternativamente las dos y luégo una sola. El grabado referente á esa moda es copia de un retrato de la *reina Adela*, esposa de Enrique I de Inglaterra (1221) que figura en la catedral de Rochester. Por aquellos tiempos también era universal la moda de la *barbillera*.

Mas adelante, en 1335, ocurrióseles á las damas de alto copete recogerse las trenzas en ambos lados de la cara dándoles una forma como de cuerno de animal; escándalo justamente anatematizado por los predicadores y moralistas, á pesar de ser una de las principales pecadoras en tal sentido la *reina Felipa*.

Años después, comenzaron á complicarse los peinados con la adición de adornos extra-capilares, especialmente flores. Sirva de ejemplo la figura sacada del *Bautismo de Cristo* de Pietro de la Francesca. Como se ve era un tocado muy elegante.

En el siglo siguiente comienzan las monstruosidades: véase el retrato de la condesa de Arundel *(tocado inglés del siglo XV)*; el tocado en forma de mitra (*alemán* de la misma centuria), generalmente adoptado por las tudescas; el *campanario*, moda parisiense, de 1430, y la estrafalaria disposición que se dió subsiguientemente al velo (moda francesa del siglo XV), á dicha época pertenece también el *hennin*, de metal, en figura de tres cuernos sobre los cuales se sostenía un voluminoso velo; el *hennin* sufrió su última transformación en 1470, según puede verse en el grabado correspondiente, que representa *Margarita de Anjou*.

Caído el feudalismo, sobre cuyas ruinas se levantó la monarquía absoluta (Luis XI en Francia, Eduardo IV en Inglaterra, Lorenzo de Médicis en Italia), quiso saludar la moda semejante transformación y cesaron aquellos excesos *individualistas* para tomar los peinados un tono más respetuoso y cortesano: de ahí el *turbante*, el *rodete alemán* y el artístico tocado representado por Mabusio en su *Adoración de los Magos*.

En cambio en Alemania llegaba hasta la demencia la excentricidad de la moda, usándose los inenarrables trajes que pueden verse en los *Amores de las plantas*. En Italia, llegada la época de la decadencia, cayó la moda en los excesos más idiotas, como se ve en *el peinado italiano de á últimos del siglo XV*.

UNA VELADA EN TÚNEZ
Cuadro de Fernando Bredt

Es un delicioso cuadro del Oriente, recomendable así por su graciosa composición como por el acertado fondo que da perfecta idea de una ciudad levantina.

CANADÁ
PAISAJES DEL BAJO OTTAWA
EL REMOLCADOR DE MADERAS

Los grandes lagos y ríos que hay en el Canadá han hecho que se empleara mucho el trasporte de maderas por medio de remolcadores, los cuales toman el nombre especial de *lumbers*.

BIBLIOGRAFÍA

Poesías festivas del Rector de Vallfogona, con dibujos de Pellicer.—Barcelona, 1887.—Inocente López, editor.

Siempre será bien recibida del público una reedición esmerada de las poesías de D. Vicente García, máxime cuando contribuye á hacerla más amena la colaboración del celebrado dibujante señor Pellicer Montseny. El señor López ha prestado un buen servicio á las letras catalanas con la reimpresión de que hablamos.

* * *

Diario de un deportado, novela de costumbres, por Antonia Opisso.—Madrid, 1887

Con este título acaba de publicar nuestra distinguida colaboradora una novela que tanto por el sentimiento con que está escrita como por la idea que la inspira habrá de añadir un nuevo lauro á los muchos que tiene ya conseguidos.

El *Diario de un deportado* es una tierna elegía que da ocasión á la autora á desplegar la delicadeza de su análisis sin excluir por esto el estudio de caracteres, algunos de los cuales están trazados con mano maestra, revelando un verdadero estudio del natural.

B. FERNÁNDEZ IRIARTE.

ROMA VEDUTTA FEDE PERDUTTA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

II

FERNANDO Á ENRIQUE

Madrid 1.° Setiembre de 1880

Mi querido Enrique: Aprovecho esta ocasión de haberse ido Elisa á casa de su madre, que está enferma, para dedicarte una abundante ración epistolar desde la soledad de mi gabinete, con la sinceridad y con los detalles que me pides, y que, la antigua y nunca desmentida amistad que nos une desde la infancia, reclama justamente de mí.

Ahora que puedo respirar libremente, voy á dar rienda suelta á todos los pensamientos, á todas las ideas, que, hace dos años, retengo encadenados en el rincón más oculto del cerebro, sin tomar forma viable ni en el diálogo ni en el papel á impulsos de la pluma, porque me faltó hasta hoy una persona de toda mi intimidad á quien poder comunicárselos, estando como estaba interrumpida nuestra correspondencia, sin culpa mía ni tuya, por efecto de las circunstancias que hemos atravesado, ó hablando con más propiedad, que *nos han atravesado*.

En dos años, ¡qué cambio tan brusco hemos sufrido! ¡Los dos solteros que galleaban en Madrid en primera línea uncidos y agarrotados por el yugo del matrimonio! Porque tú ya lo estarás cuando llegue á tus manos esta carta, que llegará como los agentes de orden público en España, demasiado tarde. No me avisaste con tiempo del *mal paso* que ibas á dar y no es ya posible que te desvíe del abismo, aunque tampoco creo que lo sería, si me lo hubieses participado dos meses antes.

Comprendo que al leer el párrafo anterior te debes quedar desagradablemente sorprendido, porque tu carta me convence de que estás lleno de las engañosas ilusiones que me alucinaron, haciéndome terminar la vida intranquila del célibe y que te impulsaron á seguir las huellas de tu desventurado amigo, al que crees muy ocupado en la felicidad doméstica que ha debido proporcionarle la mujer cariñosa y amante, que fué el sueño dorado de toda nuestra vida.

Cuando te dí parte de mi boda, exclamaste con la seguridad y con el aplomo del que conserva la serenidad de la razón: *¡Pobre Fernando! ¡Se ha vuelto loco!* Y cuando esto me escribiste te tuve por insensato, porque entonces vivía fuera de la realidad, en el mentido horizonte que nos finge la fantasía enamorada de un estado de perfección en este pícaro mundo; hoy que he descendido de él y que le contemplo á sangre fría, comprendo que tu admiración fué muy cuerda y que el demente he sido yo. No me digas, pues, que mereces que me ría de tí; lo único á que eres acreedor en tu flamante estado es á que te tenga lástima, como debe sentirla el esclavo de dos años por su nuevo compañero de esclavitud.

Tienen razón los italianos, mi querido Enrique, *Roma vedutta, fede perdutta*. Cuando se ve á la mujer querida por la mañana, por la tarde, por la noche, á todas horas y esta mujer es sensible, apasionada, vehemente; ¡adiós ilusión! ¡adiós falso cielo! ¡adiós ídolo de oro! La mujer propia que ha de ser tuya veinticuatro horas diarias y que te obliga á vivir siempre á su lado, es como las decoraciones de teatro; de lejos te deslumbran, pero te aproximas hasta tocarlas con la nariz y sólo entonces ven tus ojos brochazos y golpes de colores chillones que á cierta distancia y combinados con las luces de gas y de Drumont te encantaron por su aspecto maravilloso.

¡Qué vergüenza para hombres de mundo tan corridos como nosotros, tener que confesar que hemos sido víctimas de esa fantasmagoría de la vida íntima, que nos seducía con todo el encanto de un placer desconocido, con toda la magia de los sueños de la felicidad!...

Tres días antes de doblar la cerviz al yugo matrimonial, me encontré en la calle á Filomena, á aquella graciosísima viuda que sostuvo amoríos con entrambos, aunque en diferentes épocas. Venía de París y vestía con la deslumbradora elegancia que le es peculiar. La dí parte verbalmente de mi próximo enlace y la invité á asistir á la misa de mi boda; ¿sabes lo que me contestó?—«Gracias, no quiero ver fusilar á nadie.»

La redomada Filomena siempre vió muy largo y muy adentro. Hasta ayer no la volví á encontrar. Iba en una elegante berlina. En cuanto me vió hizo parar el coche. Me aproximé y me preguntó con viva curiosidad que traslucí en su fisonomía:—¿Te prueba el matrimonio?—Fuiste profeta,—la contesté,—*me han fusilado*.—Al oir mi respuesta soltó larga, franca y sonora carcajada. Yo eché á correr, la berlina me imitó. Sí, Enrique, me han fusilado moralmente.

No creas, por esto, que mi mujer es como yo no la imaginaba, no. Elisa es un modelo en su clase, ha recibido buena educación, está dotada de excelentes sentimientos, enamorada de mí hasta el extremo de no querer que me separe nunca de su lado, es tan cariñosa y tan dulce que con frecuencia derrama lágrimas de cariño, y tan celosa, que me es imposible salir de casa sin ella... ¡Hé aquí mi horrible presente y mi tremendo porvenir! ¡Hé aquí el ideal femenino encarnado en mi propia mujer, que, sin descender del pedestal, me cansa con sus incesantes caricias y me ahoga con sus interminables abrazos!

Hay momentos que acuden á mi memoria los versos que escribiste á Gabriela cuando te fatigaron sus caricias extremadas:

La esperanza de ayer, hoy es recuerdo;
el placer, es hastío;
el afán, es desvarío
y la dulzura empalagosa al fin, etc.

Filosofía exacta y verdadera arrancada *d' après nature*, como dicen los franceses. Estoy pues, mi querido Enrique, *empalagado* y lo peor del caso es que no es posible desempalagarme. Mi mujer ha escrito sobre la portalada de nuestro matrimonio el espantoso letrero que escribió el Dante en la puerta del infierno: *Lasciate ogni speranza voi qui entrate*. Deseaba encontrar en mi cónyuge cariño, mucho cariño... pero no tanto!!!

No abrigo ni la esperanza de reñir con ella para siempre. Esto es imposible, no por el escándalo que producen semejantes separaciones, sino por las condiciones especiales de su carácter y las del mío. Figúrate tú que Elisa está siempre pendiente de mi voz, que se plega á cuanto me ocurre, que á los ojos de cuantos nos conocen y nos visitan me hace aparecer como un marido modelo, que ante la sociedad yo soy el que manda y ella es la que obedece, pero que en realidad no es así. No es así; porque me ocurre ir solo á alguna parte y empieza por decirme que haga lo que me parezca, pero que piense que la dejo sola en casa y aburriéndose, que la tengo poco cariño porque no la quiero llevar conmigo á donde yo vaya, etc., etc. Yo protesto diciéndola que la quiero muchísimo, pero que no por eso debo estar cosido á sus faldas, que eso es demasiado exigir, etc., etc. Pues bien; mi esposa en vez de ofenderse de mis palabras y de contestarme con tono tan alto ó más que el mío, exclama: «Ya no me quieres, ¡te has cansado de mí!» y sus ojos son dos ríos de lágrimas, y como yo conozco que las hace brotar el cariñoso afecto que me profesa, cedo y no salgo de casa ó salgo con ella. Me vence siempre llorando; por eso digo que en realidad ella manda y yo obedezco; concluyo siempre por hacer su voluntad.

Si en vez de llorar manifestase la fortaleza de carácter que poseen otras mujeres, replicándome, queriéndoseme imponer, nada conseguiría de mí, he dicho mal, conseguiría que á las cuatro ó cinco réplicas agrias que mediasen entre los dos, tronásemos por completo y á la cuarta ó quinta cuestión acabaríamos por separarnos para siempre: conoces bien mi carácter enérgico, independiente y soberbio, sabes que no puedo sufrir que *se me atrevan;* si mi esposa se me *atreviese*, ¡adiós, paz del hogar! ¡Adiós estado tranquilo del matrimonio! Pronto terminaría todo. Pero en vez de atrevérseme, llora y... ¡malditas sean las lágrimas de la mujer!.. Como las derrame una esposa enamorada eres perdido; no tienes más remedio que ceder para evitar un cataclismo; no te queda otro recurso que tascar el freno y acariciarla.

Cuando llora una querida, te ríes: conoces que rara vez deja de haber un fondo de egoismo en su llanto, porque te interesas mucho menos por ella, porque desde el principio de las relaciones profesas respecto á ella la teoría de *á rey muerto, rey puesto;* pero cuando se trata de la mujer propia es muy diferente; y mucho más si la hacen llorar los celos que á cada momento la asaltan, nacidos de la vida pasada que llevó el marido, cuando era mariposa y corría por el jardín de flor en flor, como le sucede á Elisa respecto á mí; como no lo dudes, le sucederá á Rosalía contigo.

Nuestra pasada vida, mi querido Enrique, se vuelve contra nosotros desde el momento que nos unce el exclusivo y sacrosanto yugo del matrimonio: en el secreto de la intimidad referimos á nuestras futuras esposas, cuando las galanteábamos, algún suceso de la serie de aventuras de nuestra juventud; (lo que acaso las encendió los deseos de sujetar la hasta entonces voluble veleta de nuestro corazón), y ellas no olvidan ya nunca que nos hemos paseado en carrera triunfal por el reino del amor. El temor á que cometamos pecaminosas reincidencias las asalta por todas partes y sin justo motivo; y hé aquí porque no nos quieren dejar salir solos de casa, hé aquí no quieren ni que miremos á las mujeres que pasan por nuestro lado, como si nuestras miradas lanzadas al acaso hubieran de producir un incendio de cariño en el alma de una transeunte que vemos por primera vez y que quizás no volvamos á encontrar en nuestra vida.

Porque no lo dudes; la esposa enamorada profesa al esposo cariño tan absoluto que para ella es indiferente todo lo demás del mundo, ó hablando con más propiedad, concentra el mundo en él; pero en cambio, exige que nosotros concentremos el mundo en ella: esto, como comprendes, es un absurdo, porque el corazón del hombre necesita otras expansiones lícitas que no hacen falta al corazón de la mujer, y de esto ni se quiere hacer cargo ni se le hará en toda su vida mi apasionada Elisa.

Puedes comprender ya de lleno mi espantosa situación: el lazo de mi casamiento se ha convertido en cadena, que arrastro penosamente; las flores del amor, á fuerza de restregármelas por la nariz, sacan las pinchas y me punzan; la miel del cariño, prodigada á todas horas, me produce continuas indigestiones... ¡Ah, Enrique, cuánto daría porque Elisa me quisiera menos!.. ¡Mírate en mi espejo, y tiembla!

Bien sé que cuando recibas esta carta no darás crédito á mis amarguras conyugales, porque estarás gozando de la luna de miel y mientras ésta dure serás muy feliz con tu cariñosísima esposa, como lo fuí yo en los primeros meses; pero esa luna no es eterna, ni siquiera larga, tiene un cuarto menguante de fatal recordación, y después... se apaga la luz y el cielo se cubre de negras nubes que te sumen en constante oscuridad.

Como sé esto por experiencia te ruego que no contestes por ahora al fondo de mi epístola; resérvate esa contestación para cuando se cumplan los dos años de tu matrimonio: sin perjuicio de

lo que te indico escríbeme, pues deseo como tú, que continúe nuestra interrumpida correspondencia.

No enseñes esta carta á tu mujer, porque si la lee, me profesará desde ese momento odio á muerte, y sentiría inspirar semejante pasión á la esposa de mi amigo más querido.

Cuando me contestes dirige el sobre á mi nodriza Angustias Pérez, Costanilla de los Angeles, 4: no quiero que mi cónyuge se entere de que mantengo correspondencia con nadie, porque esto me proporcionaría un disgusto. No soy dueño ni de cartearme con libertad con un amigo.

ESCENAS DEL BAJO OTTAWA (CANADÁ) EL REMOLCADOR DE MADERAS

Si he de proceder contigo con lealtad no debo felicitarte por tu nuevo estado ya que según los precedentes que me das, debe parecerse tanto tu matrimonio al mío, como un suplicio á otro suplicio; me concretaré, pues á desearte, que tu esposa te adore menos que me quiere la mía.

Adiós, Enrique, adiós compañero de cadena; te la desea lo más ligera posible este presidiario de la cárcel matrimonial, que se llama

(Se continuará.) *Fernando.*

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Año V | Barcelona 28 de Mayo de 1887 | Núm. 230

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

ARTE Y BELLEZA

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*El violinista* (continuacion), por Vicente Blasco Ibañez.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Lecturas: A muchos y á ninguno* (continuacion), por Clarin.—*Las bodas de Achmet*, por J. Miro Folguera.—*A orillas del Cantábrico* (poesía), por A. Alcalde y Valladares.—*A Elisa* (poesía), por Vicente de Arana.—*Bibliografía*, por C. M.—Nuestros grabados.—*Roma vedutta fede perdutta* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS.—Arte y belleza.—El arte en casa.—Recuerdos de las carreras de caballos celebradas en Barcelona.—Marietta.—Después de la tempestad.—Una atencion delicada.—La Cartuja de Londres.—Caza de patos.—Una inundación inminente.—El té de las muñecas.—Los acantilados de la costa de Crimea.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EN EL MUNDO DEL CRIMEN

QUERIDA Carmen: En Madrid se lee de preferencia las reseñas del juicio oral de Archidona. Esta causa excita inmenso interés por los orígenes del crimen, que son amor, celos, odio y venganza; por la ilustrada barbarie,—si es posible juntar estas palabras,—del medio empleado por el asesino para consumar su crimen y por la serenidad excepcional que demuestra el criminal ante sus acusadores y sus jueces. No pienso hacer un extracto de esta causa porque tú le habrás leído ya en los diarios y porque le ha leído ya todo Madrid y toda España, mas la preocupación general me indica que mi deber de revistero es hablar en esta crónica de asuntos criminales y trágicos. Mucho sentiré quitarte el sueño de la noche ó llenártelo de espantables visiones... Sírvame de disculpa lo que te digo; cuando todos tienen delante de los ojos espectros sangrientos es inútil querer distraerlos con frivolidades.

La edad y la experiencia que viene con ella hacen que el hombre vea con diferentes sentimientos al criminal; quiero decir, que si nosotros cuando niños y cuando jóvenes, influídos por las teorías de la moral, de la virtud y del honor sentimos horror inmenso hacia el reo de un bárbaro crimen, luégo cuando peinamos canas solemos contemplarle con profundísima compasión. Si primero fué para nosotros un malvado y solo un malvado, luégo es un infeliz y un infeliz desdichadísimo. Sin el Código penal no habría sociedad posible, claro está; mas yo creo que este Código ha sido hecho para contener más que para castigar; el castigo llega tarde y ni corrige ni castiga nada. Lo que hace sí es vigorizar en los demás ese sentimiento de aversión hacia el delito y hacia los delincuentes; sentimiento noble, sano, depurador de nuestra naturaleza, compuesta de una sangre que hierve con un simple calor, con una simple palabra y de un aire encerrado que se llama alma y el cual aire lucha por salir tempestuosamente de sus recónditos encierros.

Pero ese fuego de las pasiones es tan eficaz y se prende en el corazón tan fácilmente que el hombre experimentado se aterra ante el relato de los crímenes de la pasión como si hubiese sido él mismo quien le hubiese cometido... ¡Ha visto en su larga carrera zozobrar tantas convicciones, deshacerse tantas firmezas, oscurecerse tantas luminosísimas inteligencias, borrarse súbitamente tantas virtudes, enloquecer tantos juicios, transformarse, en fin, tantas naturalezas!

Sólo quien no ha vivido muchos años puede creer que no podrá sentarse en el banquillo del acusado. Si en el caso de Peris, sólo por su libre voluntad ha podido llegar al crimen, en otros ciento se llega por la voluntad de los demás ó por un camino desconocido, de accidentes que distraen y en los cuales nada se ve de espantable hasta que de súbito, en el final, se descubre un paraje donde hay sangre y muerte. No hace mucho tiempo que pasando yo por una de las calles extremas de Madrid ví un corro de gente al lado de una taberna. Me enteraron del caso. Aquella noche y en aquel figón habían entrado dos hombres y una mujer, esta última unida por vínculos estrechos con uno de ellos. Habían pedido algunas copas y estaban alegres, uno de los hombres quería más vino, el otro y la mujer no querían que se bebiese más. —¡Eres un roñoso!—dijo el uno.—¡Vámonos!—exclamó la mujer levantándose.—¡Tú te callas, —repuso el primero dirigiéndose á ella,—ó te doy un bofetón!—¡Tú á mí!—replicó la mujer; y sacando una navaja se la clavó en el pecho. Así viene el crimen, por el camino del placer y de las alegrías, luminoso y súbito como el rayo. La pobre naturaleza humana propende tanto á la fiereza que hasta en sus accesos de compasión puede demostrarla. Muchas veces hemos visto que algún niño martirizaba á un pájaro ó á un perro y le hemos advertido que no lo hiciera. ¿Cómo? Por regla general pegándole un cachete.

Al hablar de Peris he hablado en la suposición de que sea criminal; así aparece con fundamento de la causa; mas hay en ella cierto detalle que viene á corroborar mis pensamientos. Uno de los testigos ha manifestado que el mismo Palomero,—víctima de la explosión de la caja infernal,—le había preguntado donde hallaría un cartucho de dinamita, con objeto de colocarlo bajo la habitación de su suegro. Dijo luégo Palomero que lo había preguntado por broma. Pero al suegro, que sin duda lo supo, debió parecerle broma pesada. ¿Acaso el víctima no llegó á ser asesino por haber sido asesinado antes? ¿Quién sabe lo que hubiera traído el porvenir?

Si esta suposición te parece irrespetuosa para la memoria del infeliz Palomero, discúlpame al considerar que los asesinados no tienen ya personalidad moral, pues entregados á los tribunales en ellos todo se revela, todo se discute, todo se publica; siendo lícito aventurar las suposiciones más injuriosas, pues lo exige la defensa del reo; y porque no es posible dejar de oir á los testigos, cuya boca unas veces está henchida de sinceridad y otras pletórica de maledicencias. ¿Qué no se ha dicho en este juicio? Deshonrados han quedado todos; víctimas y criminales; y ciertamente que algún asesinado,—si los muertos tuviesen elección,—preferiría que le asesinasen otra vez á seguir viviendo en el mundo tal como le han dejado las reparadoras dilucidaciones de la justicia.

También son entretenidas estas reseñas de los juicios orales. Las preguntas y respuestas de los testigos pueden competir con los diálogos más interesantes de los folletines; la tenebrosidad del crimen se rasga con un chiste ó con una simpleza de un testigo. Los asesinos hacen reir á veces. Los presidentes no se desdeñan, tal vez, de mostrar su ingenio ante el numeroso concurso; á veces nadie cree que estas carcajadas que se oyen puedan ir á estrellarse contra los maderos de un patíbulo. Y, hay que reirse, en efecto; porque la risa es superior á la voluntad; está en el alma la cual nos pertenece menos que nosotros la pertenecemos. Yo, querida prima, desafío que haya hombre bastante serio para oir imperturbablemente la *salida* de cierto criminal, que indignado por la declaración de un testigo,—declaración que el escribano apuntaba solícitamente, exclamó:—¡Testigo, sois un grosero! Os escupiría á la cara sino temiese ensuciar al señor escribano.

La serenidad de Peris ha contenido á la opinión, bastante; porque la enormidad del crimen, debía,—ya lo dije,—abrumarle. Es rara la serenidad; supone un gran carácter. Los criminales no avezados suelen turbarse en el momento del crimen, no tan sólo después. Algunos por su misma turbación se pierden y no le realizan. Puesto que consulto á mis recuerdos, recuerdo un hecho, que hace pocos meses ocurrió en Valencia: un grupo de muchachos rodeaba á una mujer que pretendía huir de sus perseguidores. Uno de los chicos, se apartó, buscó á una pareja y la pareja detuvo á la mujer. ¿Qué había hecho? Se dirigía hacia la huerta de Ruzafa con un envoltorio bajo el delantal. Los muchachos se apercibieron de que ocultaba la mujer un niño recién nacido; porque el niño lloraba... Temieron que la mujer quisiese arrojar la criatura en una de las acequias que por allí corren; la siguieron, la acosaron... la aturdieron. Y entonces, ella, arrastrada por su mismo delito, en vez de conservar la criatura, la arrojó sobre un montón de paja; envuelta en unos trapos; pero viva. Presa, negó; tardía serenidad; ya estaba perdida.

El semblante de la Verdad es terrible porque en efecto, él es el solo rostro que aparece siempre sereno, sin esfuerzo; porque de propio ser es inmutable. La ficción es un estado violento; una tensión de los nervios que al fin y al cabo se estiran y aflojan como las cuerdas del arco siempre armado. El día gasta mucho la conciencia del criminal, porque el día le trae la visita de los hombres; pero la noche le gasta más, porque entonces le visita su desesperación. Cada prueba que se presenta es una herida que recibe el criminal; y si el alma quiere resistir siempre,—como el espíritu del soldado en las batallas,—el cuerpo al fin desfallece y se dobla. Y llega un momento en que la misma vida no merece luchar tanto, ni tan penosamente contra la vindicta de la sociedad, y el criminal dice: —¡Sí! Es cierto, soy un asesino; perdonadme ó matadme. ¿Llegará este momento para Peris?

En el primer instante se creyó que Palomero había preparado él mismo la caja para suicidarse. Pero luégo la opinión, casi unánime, se fijó en Peris. La opinión es un jurado que no sentencia; y que si para condenar debe tenerse en cuenta, debe tenerse más aún para perdonar. Bien es cierto que son raros los casos en que la opinión se revela unánimemente contra la sentencia de un tribunal. Esto se ha visto, sin embargo; yo recuerdo también un hecho de esta especie. Allá, por el año 84, recayó sentencia en causa de asesinato sobre un vecino de cierto pueblo de Murcia; fué condenado y los vecinos del pueblo acudieron al presidente de la Audiencia, en número de quinientos, para decirle que el sentenciado era inocente y no podía menos de serlo. Ellos estaban dispuestos á jurarlo así y á justificarlo donde fuese necesario; y contra los manifestantes se hallaban los individuos de la familia de la víctima. El presidente de la Audiencia, conmovido ante aquella ola de la opinión, lloraba como un niño; pero no podía hacer nada porque la sentencia se había dictado. Los tribunales le condenaron; un jurado le hubiese concedido, tal vez, reparación triunfal.—Más aún que el crimen, aterra la inocencia sentenciada.—Y al menos en antiguas naciones era uso celebrar fiestas públicas para la proclamación de la inocencia sentenciada; pero en las modernas la única reparación es decir: «Nos hemos equivocado; ya está V. libre: le devolvemos á V. (triste, viejo, cano, sin ilusiones ni esperanzas) á la consideración particular de sus amigos.» Yo creo que la sociedad es muy sobria en las fórmulas con que rehabilita la inocencia acusada, sentenciada y encarcelada. No hablo de la inocencia que ha muerto en los patíbulos: para esas... el cielo.

Veo que esta conversación, como todas las mías, va siguiendo el curso caprichoso de mi fantasía, desligándose de mi voluntad... Yo quise en un principio demostrarte que por grande que fuere el crimen de un hombre, debe inspirarnos más lástima que repulsión, porque los crímenes dimanan de nuestra naturaleza primitiva, que la cultura social no desbasta completamente, quedando siempre en el varón más juicioso alguna veta de la materia miserable primitiva. Dejemos al fiscal (ese señor *cuyo oficio es hacer daño;* como definía cierta mujer de un procesado que buscaba la casa del golilla para conmoverle) dejemos á los jueces la dolorosa misión de execrar y condenar. Doblemos la cabeza ante la justicia de la sociedad, terrible y necesaria... Pero confundamos nosotros en un

sentimiento de piedad á los muertos y á los matadores.

¡Ah! querida Carmen, el resumen de todas las causas, de todos los juicios orales, se expresa casi siempre en una de estas palabras: ¡Ignorancia! ¡Miseria! ¡Locura! ¡Pasión!

Y sobre la fosa de quién obró por ignorancia, por miseria, por locura ó por pasión los que no tenemos necesidad de sentenciar sólo debemos poner este epitafio:

¡Desdichado!

FERNANFLOR.

EL VIOLINISTA

(CONTINUACIÓN)

—¡Hola, gran pícaro!—le decía siempre al encontrarle.—Ya sé que tienes una novia muy hermosa, y por cierto que siento grandes deseos de conocerla.

—¡Bah!—contestaba invariablemente.—No es del todo fea: ya la conocerás más adelante.

Y se veía que al momento procuraba cambiar de conversación.

—¿Cuando podré oir alguna cosilla tuya?

A esta pregunta siempre contestaba ruborizándose y asegurando que yo estaba en un error, pues el se limitaba á tocar el violín y no había compuesto una nota en toda su vida.

Esto no era verdad.

Ricardo era tímido en el trato, mas, á pesar de ello, se conocía que en su alma tenía un gran acopio de pasión próxima á desbordarse en alguna circunstancia suprema.

Varias veces me propuse verle con más frecuencia; ser su amigo del alma, pero las peripecias de mi vida me separaron de él por largas épocas.

Un día le encontré en la calle y su aspecto me causó alguna extrañeza.

No le había visto en muchas semanas y no pude menos de notar que estaba bastante cambiado.

Sus ojos en vez de aquella mirada dulce y benévola que le era peculiar, tenían una expresión triste y áun algo siniestra.

Andaba contra su costumbre apresurado, y en sus movimientos se notaba un desembarazo y una decisión que no le eran propios.

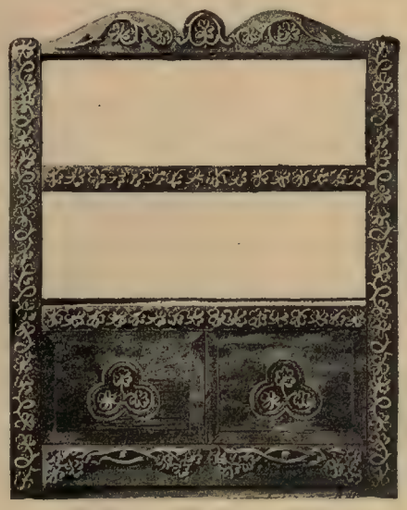
En fin, toda su persona se había despojado de aquella antigua capa de timidez y encogimiento para dejar traslucir algo semejante á desencanto, ira ó desesperación.

—Oye, Felipe; me alegro mucho de encontrarte,—dijo en el momento que me vió, con voz que en vano pretendía convertir en tranquilo.—Acaba de sucederme una cosa que indudablemente tendrá gran importancia en mi vida futura. Tú conoces más que yo el mundo y necesito que me aconsejes.

—Ya noto en tí algo extraño. Pregúntame lo que quieras que al momento te responderé como Dios me dé á entender.

—¿Qué harías tú si una mujer á quien amaras te abandonase por otro?

—¡Toma! Donosa pregunta. Procuraría olvidarla cuanto antes para entregar á otra mi corazón.



EL ARTE EN CASA

Hiedra: escultura en roble.—Muestra de una obra hecha por un alumno de 15 años.—Un entrepaño en roble

—Así sois todos. ¡Miserables! O no tenéis corazón ó estáis embrutecidos.

Y tras ese exabrupto Ricardo escapó calle arriba con paso rápido, mientras que yo comprendiendo el alcance de su pregunta me alejé en dirección contraria murmurando:

—¡Pobre muchacho! De seguro se ha vuelto loco.

III

Pasaron no recuerdo si uno ó dos meses sin que volviera á ver á Ricardo.

Una noche en que me paseaba solo por las calles de Madrid, no sabiendo qué resolver entre meterme en algun teatro ó pasar la velada en casa de un amigo, sorprendióme la lluvia cerca del café en que tocaba Ricardo.

Al momento sucedió lo de siempre. Los transeuntes se guarecieron bajo los arcos de las puertas, los coches de punto fueron ocupados en un momento, los ómnibus se llenaron, y yo que no llevaba paraguas me ví en la espectativa de tener que arrostrar la ira de las nubes si no me acogía al elegante establecimiento en que se hallaba mi amigo.

Tomé esta última resolución y abriendo la cancela de cristales penetré en el café.

Este presentaba un aspecto deslumbrador.

Los ricos artesonados del techo y las doradas filigranas de los muros brillaban heridos por las luces que incesantemente se agitaban en sus globos de cristal, y los colosales espejos reflejaban el conjunto del salón prolongándolo hasta lo infinito.

De seguro que os extrañaréis de tan analítica descripción, pero el recuerdo de aquella noche ha quedado de tal modo grabado en mi memoria, que aún parece que me veo penetrando en el café.

La lluvia era la causa de que aquel establecimiento de continuo bastante concurrido, se viera en la tal noche atestado de un público inquieto y bullicioso.

Los camareros apenas si lograban abrirse paso entre la gente que sentada ó de pié se agrupaba junto á las mesas, y por todas partes sonaba un prolongado y mortificante ruído que venía á ser producto de mil distintas conversaciones, y en el cual se destacaban las palmadas de los parroquianos, los saludos cruzados de una á otra parte del café y el argentino retintín de las cucharillas y los platillos del azúcar.

Así que penetré en el establecimiento, fuíme directo á la plataforma sobre la que se ostentaba el piano.

En ella dejaba oir todas las noches Ricardo las notas de su violín, acompañándole un viejo pianista, verdadero veterano del arte, rutinario y vulgar.

En una mesa situada junto á la plataforma ví á mi amigo... ¿pero en qué estado?

A no ser porque me llamó, de seguro que hubiera tardado en reconocerle.

Vosotros habréis leído en las leyendas fantásticas, como algunos paladines después de muertos, se presentan por la noche á sus enemigos y levantan la celada de su careo, para dejar ver un rostro enjuto lívido y agujereado por dos ojos oscuros y fosforecentes.

Pues igual aspecto presentaba aquella noche la cara de Ricardo.

Además había adelgazado hasta el punto de que su traje cayese á pliegues á lo largo del cuerpo, como demostrando que la fecha de su nacimiento dotaba de otra época en que su dueño tenía mejor aspecto físico.

—¿Qué tienes Ricardo? ¿Qué te ha sucedido? —dije así que ocupé una silla á su lado.

—He estado enfermo.

—¡Ah demonio!—exclamé yo entonces recordando la última entrevista que con él tuve y de la cual mi memoria no conservaba el menor vestigio.—Ya comprendo. Has estado enfermo á consecuencia de aquella decepción amorosa que hace tiempo sufriste.

—Los médicos no han podido conocer mi enfermedad, y aún como gracias á mi suerte he salido bien de ella,—contestó mi amigo con entonación seca y nerviosa.

Y luégo, como aquel que desea mudar de tema en su conversación, continuó:

—Llegas á buena hora pues esta noche vas á conocer una de mis obras musicales.

—¿Vas á tocarla aquí?

—Dentro de algunos minutos.

—¿Y á qué se debe tal variación en tu carácter?

—¡Qué quieres! he mudado de parecer. Antes componía para una sola persona y deseaba que mis cantos fuesen para todos un misterio tan impenetrable como las pasiones de mi alma... ahora desgraciadamente voy á componer música para todo el mundo.

(Se concluirá.)

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

RECUERDOS DE LAS CARRERAS DE CABALLOS CELEBRADAS EN BARCELONA

En la pista.—Salto de obstáculos.—En la pelouse.—Desfile por la calle de Cortes.

MARIETTA (Cuadro de P. de Raveustein)

REVISTA CIENTIFICA

Una nueva teoría de los terremotos.—Sobre la pneumonía aguda.—Neumoterapia.—La morfinomanía en los animales.—Propiedades antiepicas de las esencias.—Accidentes causados por el ruido.—El estudio de la medicina en Alemania.

En la sesión del 18 de Abril próximo pasado, leyóse en la Academia de Ciencias de París una interesante comunicación de M. Oppermann exponiendo una nueva teoría de los terremotos. «Los temblores de tierra, dice un extracto de dicha sesión, son atribuídos por la mayoría de los geólogos á la presión que ejerce el vapor del agua formado, á grandes profundidades bajo el suelo, por las infiltraciones de las aguas superficiales á través de terrenos permeables ó agrietados.

»Ahora bien; si el vapor del agua obrase por simple presión, sería menester para que lograse levantar los terrenos que le están superpuestos, que estuviese encerrado en cavidades que presentasen anchas superficies y, en el momento en que ocurriese la ruptura de equilibrio, resultarían desórdenes muchísimo más graves que los que acompañan á los terremotos más desastrosos. Las sacudidas, á veces violentísimas, pero á menudo apenas perceptibles, que se producen siempre en el centro de la región afectada presentan, por el contrario, una grande analogía con los sacudimientos ocasionados por la brusca expansión de los cuerpos sólidos ó líquidos transformados súbitamente en cuerpos gaseosos M. Oppermann cree que son ocasionadas por verdaderas explosiones subterráneas producidas por desprendimientos instantáneos de vapor de agua. Añade que, para que las condiciones de su teoría se encuentren realizadas, basta que la corteza sea permeable ó esté agrietada hasta cierta profundidad y que las rocas situadas á esta profundidad sean susceptibles de ser atacadas por el agua llevada á una temperatura muy elevada, condiciones que no le parecen inadmisibles.»

EL ARTE EN CASA: MISCELÁNEA DE TRABAJOS EN TALLA

M. Oppermann acaba de completar esta exposición de su teoría en la siguiente comunicación, inserta en un periódico científico: «En ciertas regiones trastornadas, dice, pueden existir terrenos calcáreos y cavernosos hasta una profundidad bastante grande. Las cavidades subterráneas que las aguas de infiltración han ido cavando, pueden, á pesar de las grietas que sólo dejan pasar el agua y el vapor lenta y difícilmente, ser asimilados á recipientes cerrados conteniendo vapor bajo presión y agua á la temperatura de ebullición correspondiente. Esas temperaturas y esas presiones aumentan de una cavidad á otra á medida que se va ganando en profundidad. Si dos cavidades en que las presiones son diferentes acaban por comunicar súbitamente entre sí por la ruptura de la pared que las separaba ó el ensanchamiento de las grietas que las enlazan una á otra prodúcese una descarga brusca en la cavidad en que la presión era más elevada, y, por consiguiente, transformación instantánea en vapor de una parte del agua que contiene, es decir, una verdadera explosión.

»Si se admite un incremento de temperatura de 1° por 30 metros, el fenómeno puede producirse ya á profundidades relativamente débiles de 4.000 á 5.000 metros bajo el suelo.»

Esta teoría parece bastante satisfactoria, por mas que, á la verdad, nadie sepa nada todavía, á punto fijo, sobre los terribles fenómenos de los que tan amargos recuerdos guardan nuestras provincias del Mediodía, las de S. E. de Francia, casi toda Italia y recientemente el valle del Arizonas.

***

Es importante también, en otro concepto, la nota dirigida últimamente por el sabio catedrático Dr. Jaccoud á la misma corporación, relativamente á una de las causas de la pneumonía aguda y á uno de los orígenes de los micro-organismos que la caracterizan. Según M. Jaccoud, contrariamente á las proposiciones emitidas cuando se reconoció que la pulmonía era una enfermedad con microbios, el enfriamiento es una de las causas eficaces de esta afección y la presencia de los pneumococos, sea en los esputos, sea en los pulmones, es resultado de una infección *intrínseca*, de una *auto-infección*. Los pneumococos no han venido de fuera, no han penetrado en el organismo en el momento en que ha experimentado la acción del frío sino que existen previamente en el hombre: mientras la salud es perfecta, son inocentes, pero la perturbación que resulta del enfriamiento permite su difusión y proliferación.

Dada la justa autoridad de que goza M. Jaccond es de excepcional valor su parecer.

***

Con el título de *Neumoterapia: Tratamiento de las enfermedades del pecho por la aeroterapia y las inhalaciones* acaba de publicar el distinguido médico de esta capital D. Ernesto Sánchez Comendador un interesante opúsculo relativo á dicha especialidad terapéutica, en el que hace gala de sus vastos conocimientos en la materia y de su competencia en la misma. Realmente el tratamiento neumático es uno de los que mejores resultados prestan en aquella clase de dolencias y aún en algunas más, cuando está bien dirigido y es convenientemente aplicado, lo cual no siempre ocurre. El doctor Comendador, cuyo privilegiado talento y ardiente entusiasmo por la ciencia le han conquistado un envidiable lugar entre nuestros más acreditados facultativos, se ha dedicado con incansable perseverancia al estudio de dicha especialidad, consiguiendo montar un establecimiento que reune cuantos adelantos se han realizado hasta el día.

***

La humanidad puede estar orgullosa de pegarle sus vicios,—ó algunos de ellos cuando menos,—al resto del reino zoológico. Así, resulta que en los países donde es costumbre fumar opio, no es raro ver entre los fumadores algunos pobres animales convertidos en morfinómanos á consecuencia de su permanencia habitual entre los vapores opiáceos.

Según L. Jammes, que ha sido testigo de ello en Conchinchina y en Camboja,—ó Cambodge que decimos ahora los españoles,—ora es un gato que tiene la costumbre de posarse sobre la cama de campaña mientras su dueño fuma el opio, ora son un mono ó un perro, en los que, á menudo se ha querido ensayar un experimento. Estos animales manifiéstanse de ordinario tristes ó inclinados á la melancolía; su fisonomía denota algo de anómalo como en el hombre morfinómano, y duermen mucho más que los otros animales de su especie. Parecen experimentar los mismos efectos que el hombre siendo fáciles

de comprobar sobre todo en el mono, á causa quizás de su conformación.

Los indígenas pretenden que el opio produce efectos maravillosos, áun en los animales más rebeldes á la domesticidad. M. L. Jammes oyó hablar de una pantera joven que un mandarín cambojano había conseguido domar y volver de una dulzura extremada por medio del opio.

***

Por largo tiempo, y no sin razón, la idea del mal olor ha quedado asociada á la de infección, y las prácticas religiosas de la antigüedad, que no eran, en suma, más que prescripciones higiénicas como las medidas sanitarias empleadas hasta estos últimos tiempos contra la trasmisión de las enfermedades epidémicas, consistían principalmente en el empleo de *perfumes*. Así es como el incienso que se quema aún en las iglesias es un símbolo de purificación. Pero hoy que los miasmas han tomado cuerpo en forma de microbios y que la antisepsis de los «medios» puede obtenerse con el auxilio de numerosas sustancias *microbicidas*, de las cuales algunas distan mucho de tener un olor agradable, sonríese uno de buena gana al recuerdo de nuestras viejas prácticas cuarentenarias y de sus aromas. Esos *perfumes*, sin embargo, eran en su mayor parte esencias, y, particularmente los egipcios, empleaban las esencias de canelas para embalsamar sus momias.

Es el caso ahora que M. Chamberland, habiéndose dado á buscar sustancias antisépticas volátiles para remediar á aquella dificultad de la práctica de la desinfección que consiste en la necesidad de llegar á todos los micros-organismos por un contacto directo con el agente antiséptico, ha tenido la idea de emplear esencias de todo linaje y de investigar, por la experimentación, el poder esterilizante de los vapores que emiten á la temperatura de 30°.

Los experimentos hechos con la bacteridia carbonosa han demostrado que apenas si entre cerca de sesenta esencias hay una docena cuyos vapores no se opongan al cultivo de este micro-organismo. Además, aún después de la aeración de los tubos de cultivo, ocho de éstos, sometidos previamente á vapores de esencias diferentes parecieron definitivamente esterilizados. Estas esencias eran las de angelica, de canela de la China, de canela de Ceylán n.° 1, de canela de Ceylán n.° 2, de geranio de Francia, de geranio de Argel, de orégano y de vespetro.

De hecho, los gérmenes de la bacteridia no habían sido muertos, y aún mezcladas con el caldo de cultivo en estado líquido, esas esencias, que son las más activas, no producen este resultado; pero los experimentos de M. Chamberland no demuestran menos que los vapores de algunas esencias, es decir, los perfumes de las ceremonias religiosas de la antigüedad y de nuestras viejas prácticas higiénicas son no solamente desodorantes, sino también desinfectantes susceptibles de ser colocados entre los mejores antisépticos, inmediatamente después del bicloruro de mercurio y del ácido thímico.

Es curioso notar que las esencias de canela, que han sido reconocidas como las más activas, son precisamente las de que se servían los egipcios.

M. Chamberland no ha conseguido nada con el empleo de esas esencias en el tratamiento de los animales á quienes había inoculado el carbunco; pero nuevos experimentos, hechos con otras bacterias patógenas, á las cuales está expuesta sobre todo la especie humana, devolverán quizás á los *perfumes* su antigua reputación para el saneamiento de los locales y objetos de toda suerte. *(Revue Scientifique.)*

DESPUES DE LA TEMPESTAD

***

M. Burckart-Merian, de Basilea, acaba de publicar en el *Journal de medecine et de chirurgie pratiques* de Lausana algunas observaciones refiriendo una serie de alteraciones auditivas debidas al ruído agudísimo de los silbatos de ferrocarriles. M. Beuguier-Corbeau publica igualmente en dicho periódico la observación de un hombre en quien ha visto sobrevenir accidentes de este género. Encontrábase en una estación, cerca de un tren: resuena un silbido; un hombre cae como herido por el rayo, rígido, como un epiléptico. Levántanle; no había perdido el conocimiento, pero el ruído estridente del silbido mezclado con el ruído de la máquina al desvaporar había determinado un vértigo de una intensidad formidable que lo había precipitado al suelo y le había tenido clavado allí durante toda su duración. «Si el zipizape dura

UNA ATENCIÓN DELICADA (Cuadro de C. Scheweninger)

algún tiempo más, estoy seguro, decía, que me moría.» El ruido del silbido solo no le producía ningún efecto; pero su mescolanza con el escape de vapor le aterraba. Por otra parte, el ruido del martillo sobre el yunque le había sido en todo tiempo insoportable. Esos accidentes habían empezado cuatro años antes, un día que un organero, amigo suyo, le había hecho la broma pesada, reparando un órgano, de meterle por el oído derecho, mientras se hallaba inclinado, un sonido de los más penetrantes; vaciló del lado izquierdo y estuvo á punto de caer de una altura de quince piés. Esta vez también, en la estación, la caída acaeció del lado izquierdo.

Estos hechos recuerdan los de inhibición revelados por Browu-Lequard. Interesan á la higiene y demuestran que habría motivo para no abusar de esos silbidos que hacen la vecindad de las estaciones, puertos y máquinas, de todo punto insoportable. *(Revue d' hygiene).*

***

Mientras en Francia, pero sobre todo en España, la opinión pública parece como que quiere exigir de los gobiernos la mayor facilidad para seguir las profesiones liberales, especialmente la medicina, sin tener en cuenta las aptitudes personales y el hacinamiento de la carrera «esos dos factores de las medianías y de los desocupados,» la comisión de la asociación de médicos de Alemania ha enviado á los directores de los gimnasios ó institutos de segunda enseñanza del Imperio una circular para recomendarles vivamente que aparten de la carrera médica á los alumnos. A esta circular van adjuntos unos cuadros estadísticos destinados á demostrar la proporción entre el número de estudiantes de medicina que obtienen el derecho de establecerse y el número de médicos que mueren ó se retiran cada año. Otros cuadros establecen la proporción entre el número de médicos y la cifra de los estudiantes. Tal manera de proceder, como dice el periódico en que leemos la anterior noticia, no puede menos de ser provechosa á los intereses de los estudios y á los del país, y hay ciertamente en ello un ejemplo que imitar.

ALFREDO OPISSO.

LA CARTUJA DE LONDRES: EL SALÓN

LECTURAS

A MUCHOS Y A NINGUNO

(CONTINUACIÓN)

Zola, sin eso que llaman ya todos la *fuerza*, no sería un gran revolucionario, un jefe de un movimiento hondo y extenso. Los naturalistas de escalera abajo atribuyen el triunfo á la eficacia de la doctrina, y el triunfo se debe al vigor del ingenio.

Triste es decirlo, pero entre nosotros, críticos de talento y capaces de profundizar algo en estas difíciles y delicadas materias, fían demasiado el buen éxito de las obras literarias á la eficacia del canon, á las reglas de la composición; y al juzgar los productos artísticos atienden más á la conformidad ó disconformidad del resultado con tales propósitos extra-artísticos, que á la esencia de la producción bella, á la flor de la poesía.

Yo no quiero citar hoy nombres propios, porque aún no estimo oportunas ciertas sorpresas, tal vez desagradables; pero digo, en general, sin alusiones transparentes, que entre los más discretos, entre los que más han visto en España en este asunto del arte moderno, hay quien deja en segundo término el elemento principal, el de la inspiración, (llámese como se quiera); y así, se protege á medianías insípidas, y se mezcla su nombre con el de verdaderos ingenios, regocijo de las musas como se decía antes. Y aún más, se han cometido grandes injusticias con algunos libros de Galdos y de Pereda alabándolos poco ó poniendo á su nivel otros de autores medianos, tal vez discretos, tal vez elegantes, pero sin gracia, sin invención, sin vida original y espontáneo arranque en el estilo; y todo ello por atender á cotejar novelas con códigos; por atender á aplicar cánones arbitrarios, por atribuir mérito superior á entidades secundarias.

Detrás de la apoteosis de la medianía viene la apoteosis de la nulidad; yo acabo de leer en los periódicos elogios descomunales de libros necios; he leído hace pocas horas uno que se llama prodigio de arte al aborto de un ingenio de cretino. ¿Qué ha de suceder? Se alienta al primero que pasa por delante del público á que cultive la novela, á que contribuya á este renacimiento de la prosa castellana ¡rayo de Dios en la prosa y en el renacimiento! ¿Estamos locos, señores? ¿Ustedes olvidan quienes somos, de quienes descendemos? Esos libracos que á docenas vomita la imprenta ¿cómo han de ser de la raza de aquellos otros en que brilló el ingenio español admirado por todo el mundo?

Aquí no se trata de realismo, ni de clasicismo, ni de romanticismo; aquí se trata de tontos y majaderos, de si ha de ser tenido por novelista cualquier droguero literario, sin gusto, sin delicadeza, sin habilidad para medir y componer, sin tacto para decir y callar, sin sentimiento, sin idea..... Yo recibo docenas de novelas cada mes...; pues juro que me pongo á leerlas todas y no puedo terminar ninguna; todas huelen á hospicio; entre esos escritores ninguno sabe escribir, ninguno sabe ver, ni tiene qué decir, ni en qué pensar... En fin, son los antiguos poetastros, disfrazados de prosistas.

Nulla dies sine linea; éste es el lema que ha escogido el autor de *Germinal*, y multitud de

escritores de por acá le plagian la conducta y no dejan día sin emborronar papel. Se comprende que haga esto quien puede estar seguro de la fuerza constante de su genio, ó quien ha de escribir articulejos para comer ó para cenar, sin pretensiones de producir materia artística, (v. gr. un servidor de Vdes.); pero el que sin las monstruosas facultades de un Hugo ó de un Zola escribe poesía, en verso ó en prosa, obra de invención y de composición artística, éste no debe acogerse al lema copiado, sino preferir otro que diga, por ejemplo, en vez de *nulla dies sine linea, nulla linea sine musa.*

Me había propuesto estudiar en esta serie de artículos los tristes recursos á que se agarran los pretendidos novelistas para suplir el ingenio, y así, pensaba pasar revista al prurito descriptivo, á la psicología de prendero, á la imitación fotográfica, al culteranismo de los modernistas sin gramática, á la falsa naturalidad y sencillez contrahecha, que no son mas que vulgaridad, absurdo, ignorancia, pobreza de estilo y de lenguaje;... pero todo esto y lo demás que cabría examinar en tal asunto, es obra de mucho tiempo. Por desgracia, tal y tal libro de los que son alabados sin merecerlo, y que por esto han de exigir que con justicia se les diga cuatro frescas, me darán ocasión para sacar á plaza todas esas trazas del falso ingenio, que engañan ¡quién lo dijera! á críticos que en otros puntos han dado prueba de ser discretos y de no dejarse embaucar.

En vigor, la vida entera será poca cosa para emplearla en separar el oro del talco.

En otros países cultos apenas hay quien tome á su cargo esta penosa tarea de negar un día y otro día títulos de escritor á uno y otro caballero; pero es que por ahí fuera tan elemental trabajo lo tiene á su cargo el público mismo, y además el desarrollo superior que alcanzan otras manifestaciones de la vida intelectual disminuye en gran parte la concurrencia del vulgo prosaico al mercado literario.

En Francia, en Italia, en Inglaterra y en Alemania hay en los estudios de erudición, en los trabajos de paciencia y atención de los pormenores de las ciencias naturales, sociológicas, históricas, etc., salidas abundantes para el prurito intelectual y de publicidad que aqueja á nuestra época; las medianías y áun las nulidades doctas y trabajadoras, asiduas en el afán de procurarse un pedazo de fama más perecedera de lo que ellos se figuran, encuentran ancho campo en revistas y bibliotecas y archivos y sociedades científicas, en colegios y universidades, para satisfacer sus apetitos á veces inocentes, y es más, de estos esfuerzos casi anónimos, de este montón de sabiduría gris, de esta aglomeración indigesta, de este aluvión monótono resulta á la larga algo bueno, un elemento que ayuda en alguna parte al verdadero sabio, al inventor verdadero, al hombre científico de pensamiento original y fuerte.

Pero entre nosotros toda la fuerza de la masa reflexiva, del vulgo pensante y decidor, amigo de repetir y manosear en letras de molde la invención ajena se emplea en las que llaman bellas letras, y si no tenemos esos cientos de libros científicos que en los catálogos de los editores extranjeros y en las notas de las obras eruditas se presentan citados en formidable lista, si no tenemos esa multitud abrumadora de tratados, ensayos, etc., etc., ofrecemos ya en la novela y otros géneros *amenos*, una triste abundancia contra la cual es necesario combatir con energía.

(Se concluirá.)

CLARÍN.

LAS BODAS DE ACHMET

La luna llena camina solitaria por el desierto negro del cielo y platea la llanura interminable del Sahara; blanca, yerma, fría. Como un montón de ropa sucia, tirada en medio del desierto, manchan la llanura unas tiendas agrupadas, aduar perdido en el océano de arena. Con el vientro pegado al suelo dormitan en el centro del aduar doce camellos, y junto á un caballo atado á una estaca vela un árabe acurrucado, invisible bajo los pliegues de su burdo jaique. En las tres tiendas descansan los mercaderes, de camino para el Soldan; en la mayor, se guardan los fardos de alcatifas de Rabat, puñales, yataganes y sables de Fez; telas compradas á los francos en Mogador; y sobre uno de los fardos duerme Muley, el hijo segundo de Abdallah, jefe de la caravana, Sidi-Muza, su amigo, y tres esclavos negros. La segunda tienda la ocupan dos moros de Tánger, y la tercera está destinada al viejo y á sus dos mujeres Fatmah y Zulemah.

El hijo mayor de Abdallah, Achmet, vela por la seguridad de todos. ¡Quién sabe lo que estará pensando el bizarro mozo, única vida que anima la quietud del desierto! Acaso entre el silencio acudirán á su memoria los recuerdos de los tiempos pasados; su niñez, mecida por el paso entrecortado de los camellos á través de los arenales, acariciada por los besos y las sonrisas de su madre y dolorida por la tragedía horrenda que devoró sonrisas y besos. Acaso se le presenta á la memoria aquella tarde,—el sol poniente chorreando sangre,—el viejo rugiente en un arrebato de furor, temblorosos los labios, cerrados los puños,—y la pobre mujer abrazada á su hijo, retortijado el cuerpo por el terror, con la mirada velada y suplicante,—luégo el viejo que manotea para arrancarle el pequeño, impotente contra la resistencia de la madre; babeando como un perro rabioso, levantando el pié delcalzo, derribando de una coz en el vientre á la débil mujer, muerta al poco rato... Esto debe de recordar Achmet, porque de golpe levanta la morena cabeza y queda con los ojos clavados en la tienda del viejo.

Ni el rumor más leve se oye; en el cielo negro y en el suelo claro reposa todo, todo menos el pensamiento de Achmet, que enciende chispas en sus pupilas y sacude su mano abrazada á la culata de una pistola. Después, algo surge de las profundidades del cerebro, que suaviza su mirada y apacigua los músculos agitados; es la figura de una mujer, es Fatmah, la esposa de su padre, acercada á él por el odio al dueño que la martiriza, á él unida por la pasión que en ambos brotó como un incendio que lo ha tragado todo al mostrar su primera llamarada. Achmet lo sintió desparramarse por sus venas, que le enardecía con ardores nunca sentidos, que le embriagaba con deseos nunca gozados, que cegaba sus ojos con nieblas tupidas, ondulantes y vertiginosas, que oprimía su cuerpo y su alma con mallas apretadas.

ENTRADA A LA CAPILLA

Así viajó desde Mogador, al lado del viejo y de Fatmah; taciturno, febril, desgarrado sin cesar por el odio y por el amor, sintiendo exhalar de sus entrañas besos y mordiscos, deleitándose horas enteras en el fingido espectáculo del viejo tendido á sus piés, y Fatmah desfallecida en sus brazos...

Mas todo había pasado; y al mirar la luna llena que caminaba solitaria por el campo negro del cielo, parecióle que la luz inmaculada penetraba en sus ojos, se exparcía con blandura por los sesos en una oleada consoladora.

De pronto Achmet se echó de bruces en el suelo y se arrastró en silencio hasta la tienda de Abdallah; luégo, arrastrándose también, se acercó á la tienda de las mercancías, entró, y sin alzarse llevó á fuera en dos viajes dos sacos de provisiones que empujó hasta el centro del aduar. Llamó en voz baja á su camello, y cuando le tuvo de rodillas cargóle los dos sacos. Por un segundo le pareció oir ruído y se echó de bruces... nada. Acercóse otra vez á la tienda de su padre y silbó muy quedo, como silban las serpientes. Al instante apareció la figura blanca de Fatmah que mantenía elevada sobre su cabeza la tela pringosa y remendada de la tienda que servía de puerta, y se erguía gallarda, sonriente para encubrir su zozobra. Pero de repente sintió la mujer una mano ruda que tiraba de su camisa, ahogó un grito y se lanzó de un salto al lado de Achmet. Detrás suyo, el viejo Abdallah se bamboleó como un borracho, soltó la mano con que se agarraba á la orilla de la tela, dió un traspiés y fué á caer recostado en la pared inclinada de la tienda. La luna iluminó su rostro amoratado, sus ojos vidriosos é inmóviles que dirigían la mirada idiota á Fatmah petrificada por el espanto. El viejo no dió un grito, no articuló una palabra; su lengua saltaba frenética en el agujero negro de la boca de la que salía un murmullo gutural y continuo como el de un chorro de agua.

Achmet cogió á Fatmah por un brazo y sin ver más que los ojos negros y los labios húmedos y el cuerpo desmayado de su amada la atrajo sobre su corazón, la besó con delirio en la boca, apagó su sed. El viejo lo miraba con sus ojos muertos y murmuraba cosas incomprensibles.

CAZA DE PATOS (Cuadro de Alejandro Guillou)

UNA INUNDACIÓN INMINENTE

EL TÉ DE LAS MUÑECAS

Separóse Achmet de Fatmah para terminar precipitadamente y sin ruido los preparativos de marcha; enseguida la subió en el camello, desató el caballo y á todo correr se alejaron del aduar. El viejo les miraba con sus ojos muertos, y murmuraba cosas incomprensibles; y las manchas negras del camello y del caballo se empequeñecían á cada momento hasta disolverse en los arenales sin fin.

Achmet y Fatmah iban á celebrar sus bodas; el desierto escondía al mundo sus amores como la alcoba más recatada.

II

Corrían los amantes desalados por la llanura en busca del pozo rodeado de palmeras, primer albergue de sus amores. Sólo interrumpían la planicie montículos de arena, y á lejanas distancias, osamentas de animales y de hombres, sobras de los banquetes en que el desierto roe caravanas enteras. Achmet y Fatmah se embebecían en la mutua contemplación; atraídos uno á otro por las pupilas ardientes, por el rostro angustiado, mirábanse al fondo de los ojos, con la impaciencia del viajero sediento que á la vista tiene la fuente rumorosa que ha de saciarle.

Apenas empezó á clarear el día, cuando el sol asomó fulgurante sin precederle el alba, y los novios continuaban ensimismados su huida. Al fin exclamó ella con abandono:

—¡Estoy cansada!

Achmet detuvo el caballo y puso pié á tierra.

El camello se arrodilló y Fatmah se dejó caer en brazos de su amante. Sentáronse ambos en la arena; recostáronse en el vientre del camello y dijo Achmet después de un silencio:

—¡Qué hermosa eres, mi dicha! ¡Qué dulce es el habla de tu boca! ¡Qué inefable es la mirada de tus ojos! ¡Tus labios son más sabrosos que los dátiles de Tafilete! ¡Tu cara morena es más esplendente que el sol que nos alumbra! ¡Tu cintura de leona es más airosa que la palma de Egipto! ¡Enrosca tus brazos en torno de mi cuello! ¡Deja que me cieguen las tinieblas de tus pupilas, hasta que llegue mi vista al fondo de estos abismos!...

Volvió la cabeza, interrumpiéndose de golpe, y se puso en pié de un salto: adivinaba un peligro. Fijó la vista á lo lejos y maldijo á Dios. En el horizonte una nubecilla blanca flotaba, inmóvil. Eran los perseguidores.

La fuga entonces fué desenfrenada, loca. Achmet clavaba las espuelas en los ijares de su caballo y se sentía arrastrado por una ira inmensa que encendía todo su cuerpo; vomitaba blasfemias en voz baja, y buscaba con los extraviados ojos algo que destrozar, alguna vida que arrancar de cuajo en la llanura desierta. Las miradas de los enamorados no se encontraban nunca; ella volvía convulsivamente la cabeza hacia atrás, acongojada por el terror; él miraba adelante, con la cabeza baja y los párpados contraídos.

Y el fondo de la escena se desenvolvía, eternamente idéntico. El mar de arena se alargaba y el oasis nunca aparecía.

—¡Dame el odre, tengo sed!—dijo Achmet á Fatmah.

—¡No hay agua, me la he bebido toda!—respondió ella.

Apenas percibida poco antes, la sed se hizo aguda y dolorosa, le resecaba el paladar y le daba una angustia incesante. Corrieron mucho sin hablarse los amantes, hasta que el mozo vió los límites del horizonte limpios y rectos.

Entonces el espíritu de Achmet volvió lentamente á la calma.

—Fatmah, á la puesta del sol llegaremos al oasis; las yerbecillas nos disponen blando lecho, las palmeras nos saludarán con dulcísimos murmurios, el pozo nos envolverá en la húmeda blandura de su aliento. ¡Un esfuerzo más, mi vida, que estamos á la puerta del Paraíso!

—¡No puedo, Achmet, no puedo más! ¡Esta carrera me tiene rendida!

Y Fatmah se dejó caer al suelo.

Cuantas súplicas, cuantas exhortaciones, cuantas caricias le prodigó Achmet para hacerla continuar el viaje, mas era inútil. Alargada ella sobre la arena, abierta la boca, jadeante el pecho abultado, cerrados los hermosos ojos no le oía; Achmet lloraba, rugía, se agachaba sobre su amada, daba vueltas á su entorno; perplejo, desesperado. Mediodía había pasado, y era ya seguro que iban á encontrarse solos, indefensos en el arenal cobijados por las tinieblas.

Así transcurrió la tarde, y el sol fué descendiendo pausadamente. Las sombras del grupo se extendieron inmensas por el suelo, y Achmet vió de pronto proyectadas las figuras descomunales del camello y del caballo pegados uno á otro por un terror inexplicable. Miró el sol y lo vió rasando la tierra, rojo, en medio de una neblina que ponía un nimbo de polvo de oro á su entorno. Achmet tiró con fuerza del brazo desnudo de su amada, y á gritos le dijo:

—¡Fatmah... anda... la muerte... el simun... vamos, Fatmah... el simun!

Ella nada respondió; solamente una sonrisa descorrió sus labios y mostró sus dientecillos blancos y unidos; una sonrisa descolorida, paciente, reconocimiento de su impotencia ante la fatalidad.

Un momento después el sol se había puesto y nacía á lo lejos un mugido creciente y espantoso y una nube sangrienta se elevaba al cielo y se exparcía á todos los lados. El caballo y el camello se lanzaron hacia Oriente.

—¡Fatmah, despierta, levanta la cabeza! ¡Mírame! ¡Vamos á morir, pero mírame y habla!

El mugido era un torrente atronador.

Fatmah abrió los ojos.

—¡No puedo, Achmet, no puedo! ¡Déjame morir!

Achmet se mesaba los cabellos, se mordía los labios, quería luchar aún enfurecido contra el Destino.

Mas una montaña de arena avanzó majestuosa entre la música retumbante del huracán. Achmet acercó los labios á la boca de Fatmah y entonces la montaña les envolvió. Él, con el instinto repulsivo á la muerte, dió un salto, pero se cegaron sus ojos y cayó. El simun cubrió de arena sus cuerpos separados.

Las bodas se consumaron. A los pocos días una hiena olió sus cuerpos putrefactos y los devoró.

En el viaje de regreso á Mogador, Sidi Muza halló un montón de huesos pulidos. Enredado en unas vértebras había el saquito que Achmet había llevado al cuello y metidos en un cráneo los zarcillos de Fatmah.

Eran ya los amantes dos en uno y uno en dos.

J. Miró Folguera.

Á ORILLAS DEL CANTÁBRICO

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO)

Del Cantábrico mar hasta la orilla
que bate con sus olas de esmeraldas,
dorado por el alba que en él brilla
extiende un monte sus agrestes faldas,
cual verde cabellera,
que azota con sus ráfagas el viento,
que aquella muda soledad altera,
los árboles gigantes á su aliento
se ven allí flotar, mientras velera
la nave audaz hasta sus piés avanza
rompiendo el manto de la blanca bruma
para buscar un puerto de esperanza
tras de la roca que blanquea la espuma.
Al contemplar del sol á los reflejos,
¡qué de recuerdos á la mente acuden!
aquella inmensidad que allá á lo lejos
los vientos la revuelven y sacuden.
Sobre aquella granítica montaña
do cambiantes de luz tan ricos flotan
que el agitado mar combate y baña
cuando las olas á sus piés rebotan,
se conserva en sus bosques virginales
la misma sencillez, la paz serena
que tuvieron en tiempos patriarcales,
su cumbre con el cielo se encadena
y hasta su manto azul parece toca,
su sombra sobre el agua se dibuja
concluyendo su cima en una roca
igual que una pirámide en su aguja.
Allí prados de flores
donde la brisa sus aromas bebe
reflejan con sus múltiples colores
donde otras veces se cuajó la nieve:
sus áuricos plumajes
ostenta el ave que su nido clava
en medio de los débiles ramajes
donde empieza su vida y donde acaba.
Sus árboles se cruzan y se enredan
las madre-selvas á sus viejos troncos
donde incrustados con los años quedan:
allí se oyen los roncos
zumbidos del enjambre
de abejas que en revuelto remolino
como acosados lobos por el hambre
buscan donde saciarla en su camino.
La luna con sus rayos macilentos
como arroyo de plata que serpea
mecido por el soplo de los vientos
parece que gotea
lluvia de perlas en la noche oscura
que rompe con sus pálidos reflejos
ostentando á la faz de la espesura
una ilusión pintada por espejos.
La selva solitaria
nunca turbada por humana huella,
revelaba en su vida legendaria
la dulce calma aquella
que siguió con su mansión hospitalaria
á los primeros padres que exhalaron
allí de pena su primer suspiro
cuando del santo Edén los arrojaron.
Aquel dulce retiro,
el valle aquel que corta la montaña
y cierran de otras dos, las asperezas,
que el sol jamás con sus fulgores baña
ni penetra en sus bosques de malezas,
bajo el cóncavo centro de una roca
que cobijan encinas seculares,
una casita que en las ramas toca,
que reflejaran en su faz los mares
sino tuviera por detrás y enfrente
el escabroso y empinado monte
que cortando de ocaso hasta oriente
le cierra por do quier el horizonte
se levanta entre flores que las riega
un arroyuelo que con ellas juega.
En esa humilde casa que limita
el bosque impenetrable en que se encierra,
que parece los restos de una ermita
quizás refugio ayer de aquella tierra,
el venerable anciano que la habita
ajeno de este mundo á los engaños,
que ostenta de su barba entre la nieve
el hondo padecer de largos años,
con apagada voz y acento breve
llama á una niña que á la puerta estaba
cuidando sus canarios y jilgueros
y la dijo con pena:—En tí pensaba.
—¿Qué quieres, padre?—Escucha los postreros
consejos del que á tí tanto te quiere
antes que sucumbir en esta lucha...
—¿Me vas á hacer llorar?—No, no te altere
la voz de la verdad.—Pues habla.—Escucha.

A. Alcalde y Valladares.

Á ELISA

¡Ay Elisa! ¡Qué mundo tan triste!
¡Qué triste y qué feo!
Cada día que pasa, parece
que más lo aborrezco.

—

El amor, que yo busco anheloso,
proscripto lo veo;
do quier reina el atroz egoismo,
hijo del infierno.

—

Este mundo tan triste, amor mío
dejara contento;
pero en él estás tú, bella Elisa.
Por eso me quedo.

—

¡Ah! La luz de tus ojos alumbra
el antro más negro;
tu divina presencia embellece
el mundo más feo.

—

Sin tí, triste sería y oscuro
el más alto cielo;
y contigo, un Edén deleitable
sería el infierno.

—

¡Oh mi Elisa! ¡Que pueda yo siempre
ver tu rostro bello!
Adorarte es mi único goce;
ningún otro quiero.

VICENTE DE ARANA.

BIBLIOGRAFÍA

Brochazos, por Tomás Camacho: tomo III de la *Biblioteca X.*

Contiene este tomito una colección de artículos y cuentos tan amenos y bien intencionados como suelen ser siempre las producciones del autor, uno de los escritores españoles más simpáticos.

***

Para ser amada, secretos femeniles, por la duquesa Laureana. Traducción castellana por D. Carlos de Ochoa.—Madrid, 1887.

Es un libro francés por todos sus poros y sin grandes conexiones con la literatura, constituyendo esencialmente un tratado de cosmetología para uso de las hijas de Eva.—C. M.

NUESTROS GRABADOS

ARTE Y BELLEZA

El autor ha rodeado á esa joven de un marco que armoniza perfectamente con el carácter de su belleza, de la cual permite ingeniosamente formarse cargo el espejo en que se mira. Es un buen estudio de figura y de accesorios, perfectamente equilibrados en importancia.

EL ARTE EN CASA

Con el título de la *Asociación de las Artes é Industrias en casa (Home Arts and Industries Association)*, se ha constituído en Inglaterra, por iniciativa particular, una sociedad destinada á propagar entre los niños de las clases populares el gusto por los trabajos de arte que pueden practicarse en casa, especialmente en materia de talla, repujado, bordado, estampación de cueros, hilatura á mano, etc., habiéndose obtenido hasta el presente los más felices resultados, según las varias muestras que de algunos de los trabajos hechos reproducimos hoy en nuestras páginas. En muchos distritos agrícolas funcionan ya las escuelas destinadas á tan loable objeto como es el de fomentar un *arte para el pueblo*, siendo de notar que se deja libre al alumno para que invente lo que mejor le parezca en vez de sujetarle á la copia de modelos, desenvolviendo así su *capacidad constructiva* y haciendo que se inspire en el natural.

RECUERDOS
DE LAS CARRERAS DE CABALLOS CELEBRADAS EN BARCELONA LOS DIAS 9, 12 Y 15 DEL CORRIENTE MAYO

En la pista.—Salto de obstáculos.
En la pelouse.—Desfile por la calle de Cortes

Dibujo de Asarta

Hácense visibles en este hermoso dibujo los crecientes progresos de su joven autor, destinado á brillar entre los más celebrados de nuestros artistas. En el asunto representado hoy no puede ser mayor la gracia con que están reproducidos los varios episodios de las carreras, género de diversión que de tal manera ha entrado en las aficiones barcelonesas que se ha hecho ya insuficiente la Gran Vía para el rápido desfile de carruajes.

MARIETTA
Cuadro de P. de Ravenstein

Figura idealizada y casi simbólica de la flamenquería tudesca: Marietta fuma, bebe, toca la pandereta, juega á cartas y reune, sin duda, otras habilidades no menos graciosas. Como estudio de figura y alarde de comprensión del claro-oscuro es obra muy recomendable.

DESPUÉS DE LA TEMPESTAD

¡Cuánta elocuencia en ese mudo paisaje! Razón de sobras tenía Millet al decir que los árboles hablan entre sí, por más que el hombre no comprenda su lenguaje. No parece sino que al aspecto de ese gigante, partido y derribado por un rayo, le contemplan con pavor sus compañeros y se estremecen aún al eco de la tempestad.

UNA ATENCIÓN DELICADA
Cuadro de C. Schewcninger

Tratándose de este autor tiene uno por seguro que ha de encontrarse con caras bonitas hasta la pared de enfrente; el cuadro cuya reproducción damos hoy no desmiente esta presunción, mostrándose el elegantísimo artista vienés á la altura de su reputación de sobresaliente conocedor de los chirimbolos del siglo XVIII y no menos inteligentísimo copiador de los buenos palmitos del siglo XIX.

LA CARTUJA DE LONDRES

Es este uno de los monumentos de cuya conservación se muestran más celosos los arqueólogos y artistas ingleses, por ser uno de los mejores tipos de la antigua arquitectura gótica de aquel país. Por lo mismo se ha levantado gran polvareda cuando se ha tratado ahora de derribarlo, calificando todas las personas de gusto de *vandalismo* inonoclasta tal designio.

CAZA DE PATOS
Cuadro de A. Guillon

Es una obra de atrevida perspectiva, concienzudamente estudiada. La escena, propia de las costas de Normandía, se recomienda por su originalidad, resultando en su conjunto un cuadro de elegante factura y mucho modernismo.

UNA INUNDACIÓN INMINENTE.—EL TÉ DE LAS MUÑECAS

Ambos dibujos están hechos con el más sincero humorismo, revelando una mano experta en la interpretación de asuntos infantiles, manantial inagotable de inspiración cuando se tiene el genio de la *filo-puerilidad*,—y dispensen ustedes lo híbrido del neologismo.

LOS ACANTILADOS DE LA COSTA DE CRIMEA

Constituye este dibujo una preciosa marina, llena de originalidad y magníficamente grabada.

Bañada por los dos mares Negro y de Azof, constituye el antiguo *Quersoneso Táurico* ó la *Táurida*, una región llena de recuerdos gloriosos, pero no por eso menos interesante bajo el punto de vista comercial. La costa bañada por el mar Negro es fragosa y acantilada, ofreciendo numerosos puertos y estando festoneada por multitud de lindas poblaciones tártaras.

ROMA VEDUTTA FEDE PERDUTTA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

IV

FERNANDO Á ENRIQUE

Madrid 28 Setiembre 1880.

Mi querido Enrique: Estaba en mi gabinete después de almorzar, leyendo el libro de máximas y pensamientos del duque de La Rochefoucault, cuando suspendió la lectura la súbita llegada de mi nodriza Angustias, que se internó en mi cuarto sin anuncio previo, como acostumbra. Mi mujer estaba en casa de su madre, que continúa aún indispuesta, gracias á Dios, pues merced á su enfermedad puedo respirar y estar solo algunas horas, libre de la incesante presencia de mi esposa.

Angustias llegó hasta mí con el semblante osco y el ceño fruncido, y casi sin saludar, me arrojó sobre la mesa escritorio tu carta cerrada, diciéndome:

—Otra vez no me encargues semejantes comisiones; en mi vida me he ocupado de cosas tan repugnantes, bien lo sabes.

En vez de contestarle, lancé una carcajada, que no pude reprimir y que exasperó á mi interlocutora.

—¡Parece mentira que te haya criado á mis pechos!—exclamó,—pero, bien dice el refrán, «la cabra siempre tira al monte.»

—Pero, Angustias, ¿qué série de desatinos estás ensartando?—la dije.

—No son desatinos, sino verdades de tomo y lomo... Ya se ve, acostumbrado toda la vida á vivir entre mujeres pícaras, como Dios no manda, te has olvidado que te casaste hace más de dos años con una señora, modelo de virtudes, que te quiere como no mereces, y sigues con tus mañas de soltero calaverón, engañando al ángel que has tenido la suerte de encontrar, y, lo que es peor, haciéndome á mí tercera de tus escandalosas aventuras.

Sin poder contener la risa, abrí el sobre de la carta, que conocí por la letra, y haciendo leer á mi nodriza el encabezamiento y tu firma, la dije:

—Esta carta, como ves, no es de mujer; es de un amigo.

—Sí, ya lo veo,—me contestó,—es de Enrique, de tu inseparable compañero de picardías.

—Que se casó también, y que es muy dichoso, según me escribe,—añadí, después de recorrer rápidamente tu epístola, exhalando hondo suspiro.

—Perdóname, si sospeché de tí injustamente, —replicó Angustias;—pero como yo sé por experiencia que el que malas mañas há tarde ó nunca las perderá...

—Pues yo las he perdido, desgraciadamente, —la contesté, interrumpiéndola;—estoy convertido en un maridazo, por la gracia de Dios y de la Constitución del matrimonio.

—Porque llegara ese caso recé durante mucho tiempo á todos los santos de la corte celestial, y veo con gusto que no fueron sordos á mi petición,—me respondió Angustias, recobrando por completo la tranquilidad.

Hé aquí, pues, mi querido Enrique, uno de los episodios á que da margen la tiranía del amor, que me obliga á soportar, con la resignación de un esclavo el ángel enamorado que apetecéis para compartir con él la vida íntima del hogar.

Siento en el alma haberte proporcionado el primer ligero disgusto de tu nuevo estado, obligándote, involuntariamente, á entregar mi carta á Rosalía, que se enteró de mi actual situación, y que me profesa desde entonces el odio á muerte que te predige; repito que lo siento, pero convendrás conmigo en que la escena á que dió lugar mi carta debe abrirte los ojos y hacerte vislumbrar un porvenir... muy próximo y muy semejante al mío. La pesadilla de tu pasada vida empezó ya á enseñorearse de la imaginación de tu esposa, y será para tí, de hoy en adelante, la sombra que oscurezca tus alegrías, la espina que se clave en tus placeres, la gota de hiel que caiga continuamente en tu copa.

Me llamas irreverente porque declaro mi falta de fe dentro del templo, en el que tú rezas todavía; y me acusas de imprudencia porque te hablo con el corazón en la mano y te digo la verdad desnuda; pero, ¿cómo he de hablar contigo? ¿Mintiéndote? Eso es indigno de mi carácter, y sería hacer un agravio á la lealtad de nuestro afecto. ¿Por qué me incitaste á que te confesara minuciosamente cuanto me ocurriera en el estado matrimonial? Me preguntaste sinceramente, y sinceramente te respondí. Me creíste dichoso, y te empeñaste en saber si lo era; si soy desgraciado, no tienes derecho de reconvenirme por habértelo participado, por más que así chasqueara tus ilusiones respecto á mi matrimonio y te pusiera en guardia respecto al tuyo. No es mía la culpa.

Me pides imposibles: que vea las cosas de otro modo que son, que cambie de carácter, que no exija del mundo más de lo que me da...

¿Quién es capaz de conseguir todo eso? ¡Cómo se conoce que eres neófito en la religión del matrimonio! ¡Cómo te alucinas creyendo que su bellísimo principio no pierde su encanto! ¡Cómo fastidio! La Rochefoucault, á quien tanto conoces y admiras, lo dice en la siguiente máxima, que debes haber olvidado: «El amor, como el fuego, no puede subsistir sin movimiento continuo y acaba de vivir cuando cesa de *esperar* ó de *temer*.» Yo no *espero* lo que esperan la mayoría de los cónyuges desde el momento de la boda, el regocijo de ser padre, después de tanto tiempo transcurrido sin conseguirlo, tengo fundamento para creer que no he de gozar de las dulzuras de la paternidad. No *temo* que mi esposa me prive del extremado cariño que me profesa, porque es apasionada y constante y concentró en mí todos sus deseos y todos sus placeres. Si temiese perder su cariño, quizás entonces me apasionaría de ella; pero no, no puede sonreirme siquiera tan halagüeña esperanza; por lo tanto, el amor tiene que *acabar de vivir* en mi matrimonio, como acertadamente opina el moralista francés.

Dices que ayer me harté de independencia y que hoy me harto de amor, que ambas cosas son antitéticas y que en la vida no se puede elegir otra tercera: pues yo no lo creo así; creo que, después del hartazgo del cariño, me volvería á la vida á respirar con libertad el aire de la independencia; creo que, sin penetrar en el círculo vicioso que hemos recorrido durante nuestro período de solteros, podría disfrutar de satisfacciones lícitas y compatibles con nuestro estado, que son muchísimo más agradables que estar sepultados perennemente entre las cuatro paredes del domicilio conyugal, como un cartujo en su celda, cuando nuestra educación, nuestras costumbres y la vida moderna nos han enseñado que la sociedad se ha establecido para el hombre culto y que el casamiento no debe ser una tumba, sino un santuario ante el que no debemos arrodillarnos á todas horas ni rezar continuamente.

Dentro de dos años, mi querido Enrique, pensarás como yo, y se apoderará de tí el cansancio que me entristece. Lo que para nosotros, los hombres, es monótono y fastidioso, es el bello ideal para la mujer, que ama toda su vida y no puede ser feliz sino inmolando su alma y su cuerpo eternamente en holocausto del dios Cupido: el hombre nació para brillar en otras esferas, para sobresalir y lucrar á la vez fuera del hogar, desempeñando brillantes y variados papeles en la comedia humana, según sus inclinaciones y sus estudios. Hé aquí otra de mis tristezas. Tú y yo, ricos desde la cuna por el capricho de la suerte, no pensamos en tiempo á propósito ser útiles á la sociedad y á nosotros mismos, y hemos visto desvanecerse nuestra juventud sin pensar jamás en ser hombres de provecho, deseando únicamente pasar la existencia divertida, y ahora que el amor y los placeres han hecho el vacío en mi alma, es ya tarde para crearse por el esfuerzo propio una posición social que hoy disiparía mi fastidio y me ofrecería goces que jamás he saboreado y que envidio hoy con la vehemencia de mi carácter impetuoso, porque me abrirían la puerta por la que saldría á descansar de la monotonía de este estado siempre igual, sin claro oscuro ni peripecias.

No insisto más en la anterior idea, porque, como es ya irrealizable, es inútil hacer hincapié en ella, y aguardo la definitiva carta que sobre la felicidad de tu matrimonio me has de escribir dentro de dos años. Idéntica es nuestra posición; nuestras esposas son semejantes en apreciar el estado conyugal y en la índole del cariño que nos profesan; nuestra vida anterior fué la misma, con insignificantes diferencias; nos han pescado con el mismo anzuelo, esto es, con el cebo de la pasión verdadera que han sabido lanzarnos dos mujeres; por lo tanto, debemos sacar los dos las mismas consecuencias, y si yo no soy feliz, puedes irte preparando para no serlo.

Preciso es cortar ahora nuestra correspondencia, sopena de no entendernos, ya que aún es *temprano* para que veas en toda su desnudez el estado del matrimonio; aguardemos á que *sea hora*.

No por eso dejará de quererte y de pensar muchas veces en tí el que hoy, como ayer y como mañana te ha de profesar el afecto de un hermano,

Fernando.

P. D. Mis afectos á Ildefonso Sancho. Aconséjale que, si piensa entrar en nuestro gremio, que se case con mujer que le considere mucho y que le quiera poco.

(Se continuará.)

LOS ACANTILADOS DE LA COSTA DE CRIMEA

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NUM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 4 de Junio de 1887 | Núm. 231

DÍA DE LLUVIA

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Estudios sobre la vida del pueblo*, por José Zahonero.—*El violinista* (conclusión), por Vicente Blasco Ibáñez.—*El descubrimiento del fósforo*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—*Bibliotecas de los pueblos mahometanos*, por A. de Valdeflores.—*Las dos miserias* (poesía), por Tomás Camacho.—*Carta de María* (fragmento de un poema), por Federico Ortega de la Parra.—Nuestros grabados.—*Roma veduta fede perduta* (continuación), por Jacinto Labalía.

GRABADOS.—Día de lluvia.—Paréntesis.—*Barcelona*: Inauguración del monumento al general Prim.—En alta mar. (Exposición de Bellas Artes de 1887).—*Canadá*. Paisajes del Bajo Ottawa.—El teatro Ventura, en el hotel de la Excma. Sra. duquesa de la Torre.—A punto de dormirse.—Los pescadores.—Filomena.—La planchadora.—El lenguaje de las flores.—Ventimiglia, cerca de la «Cornisa.»

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Comentarios á un dibujo de este número.—Apertura de la Exposición.

Te había prometido, querida Carmen, escribirte algo acerca de las principales actrices del teatro Ventura y comprenderás que debía reservarlo para cuando apareciesen en esta ILUSTRACIÓN sus retratos. En este número puedes verlos.

Los diarios de Madrid han prodigado tantos elogios á la compañía del teatro Ventura, y especialmente á dos de sus actrices, á Ventura Serrano y á Rita Luque, que podrían juzgarse muy exagerados los elogios. Yo participo de la admiración general y formo en el coro. El salón del hotel donde vivió el duque de la Torre, ha sido decorado con un escenario; en el cual algunos individuos de la juventud más brillante de nuestra sociedad han representado obras diversas en español, y en francés, ya del teatro antiguo, ya del moderno; ya dramáticas, ya cómicas. Han sido estas funciones verdaderas fiestas en que el lujo y la elegancia del público completaban la elegancia y primor del teatrito y de la escena. Yo pudiera llenar algunas columnas con la descripción de las *toaletas* que allí se han lucido,—descripción que tú leerías con delicia,—si yo tuviese la pluma esmaltada de piedras preciosas de nuestro amigo Gutiérrez Abascal, que sabe describir un vestido, ó una diadema, con palabras que tienen la precisión de la línea, la brillantez del color, el resplandor de la luz, la transparencia del cristal, la delicadeza del encaje, la tersura del oro bruñido y los tonos cambiantes y profundos del terciopelo. Pero te autorizo, para que en tu imaginación acumules riquezas, lujos y pomposidades y revistas con ellos al público del teatrito de la duquesa de la Torre; seguro de que tu fantasía no creará nada más delicioso que estas reuniones, donde no se llegaba para hablar, bailar y tomar té, únicamente, sino en las cuales el público celebraba una fiesta del arte y rendía tributo al talento. Dado que nuestras clases superiores cuando se ponen el frac ó el vestido de escote emplean casi todo el tiempo en las arideces de la política, en las frivolidades de los cumplidos ó en las ingeniosidades de la maledicencia, no cabe duda que el teatrito Ventura es una institución saludable.

Muchas gentes se admiran de que siendo tan jóvenes y de familias tan distinguidas, las actrices del teatro Ventura representen como representan. Creen que las señoritas de la aristocracia tienen obligación de ser tontas. Nada de eso, es todo lo contrario. Prescindiendo de que las señoritas de Madrid son listas de condición, las de mejor casa suelen ser las más listas. Esto depende, quizás, de que como ningunas otras se aleccionan en el arte del disimulo; en que todo el día se pasan componiendo el rostro y la voz para no desentonar en las visitas, en la tertulia, en la mesa, en el teatro; rodeadas como lo están siempre de personas de clase, enfadosas para ellas, pero á las cuales deben consideraciones. Su educación, por muy descuidada que sea, es superior á la de la señorita pobre; sus lecturas son libros y novelas de los más ingeniosos escritores franceses y su afán constante es lucir en todo, en sus trajes y en su conversación. Cuando una señorita de alta clase tiene disposición; disposición, como suele decirse, progresa rápidamente: porque está rodeada de elementos de progreso y sólo necesita voluntad para aprovecharlos. Además, en España y en Madrid no sucede lo que en otras naciones y en algunas de nuestras provincias, aquí las altas clases viven en relación directa con las demás: sólo se exige al hombre de talento que tenga un frac para las grandes solemnidades. Los hombres de talento entran en todos los salones, forman una aristocracia también y no hay tertulia ni comida en la cual no figuren por su propio derecho. Esta creación prodigiosa del planeta en que vivimos dicen que se verificó á causa de haber llegado á unirse felizmente las moléculas dispersas de la sustancia cósmica á fuerza de estrecharse; de igual modo las señoritas de Madrid resultan genios por el constante conversar, por la lectura continuada y por la atmósfera que las rodea, artificial quizás, pero luminosa.

Así, pues, las señoritas de alta clase deben representar comedias con mayor facilidad que las de las clases ínfimas; y poseen más notas de la escala dramática; puesto que están en condiciones de observar la sociedad en las clases que constituyen el teatro moderno, es decir, la noble y la media; pudiendo observar también el mundo del sainete con observar las costumbres y caracteres de sus criados. En las clases altas la imaginación de la mujer joven está excitada constantemente; la cuestión es dirigir á buen propósito esta excitación del pensamiento: y en vez de que se pierda en frívolas luchas de la coquetería y del lujo, emplearla en propósitos útiles ó en el arte.

No por eso dejará de admirarnos el raro mérito del teatro Ventura y especialmente de las dos señoritas que indiqué antes; éstas, sin duda, tienen condiciones nativas para el teatro y pudieran llegar con el estudio á ser aplaudidas en verdaderos teatros.

El grabado que va en este número representa la decoración de *Le serment d' Horace;* un lindo juguete de Henri Murger, el poeta y novelador de la bohemia francesa. Elegantes biombos, almohadones de raso y de *peluche* recamados de oro, espléndidos cortinajes, pieles magníficas, cubriendo el pavimento, guitarras, laudes, panderetas, encajes, flores, daban al escenario el aspecto del estudio de un pintor elegante y aristocrático. El conde de Romrée, Venturita Serrano, Clarita Lengo y el señor de Montero desempeñaron esta obrilla; el director de escena de este teatro, Carlos Romrée, es un actor distinguido, que figuraría dignamente en cualquiera de nuestras buenas compañías cómicas; y que en el género de la comedia de sociedad sigue las tradiciones de Romea. Discreto en todos los papeles, ingenioso y fácil en todos ellos, se ha distinguido mucho en el de americano de *Le serment;* le desempeñó con una flexibilidad, un buen gusto y un aplomo notables. En favor de su inteligencia hablan los éxitos obtenidos por la compañía; pues las obras han merecido por sus efectos escénicos y conjunto, elogios muy justos.

El triunfo más brillante de Rita Luque ha sido *Buenas noches señor don Simón*, en la última fiesta de la temporada. Esta señorita está lejos de ser una belleza; es un lindo manojo de huesos; sus facciones no son regulares y pasaría desapercibida en un salón si desde el momento en que pone su alma en actividad, esa alma no se difundiese con maravilloso encanto por sus ojos y por toda su fisonomía. Tiene una gracia irresistible en su voz y en sus ademanes; es toda mujer y mujer delicada, suave, á un tiempo sencilla y aristocrática. Es de las mujeres cuya belleza no se pierde cuando dejamos de contemplarla; porque esa belleza no reside en los rasgos de su fisonomía, sino en la gracia movida y picante de su espíritu que parece habérsenos infiltrado después de haberla visto y oído. Viéndola representar, oyéndola cantar, se pierde la noción del tiempo y del espacio y en aquellas noches teatrales todos la enviaban en su aplauso el secreto mensaje de un amor sin esperanzas. Los jóvenes llegaban al último grado de la exaltación; los viejos sentían removerse entre la ceniza de sus corazones las últimas chispas. Excuso decirte que yo que no soy ya joven ni todavía soy anciano me encontraba en un término medio razonable.

Su hermana, la señora de Moreno, como podrás juzgar por el retrato, previene favorablemente con su gran belleza. Su talento es de índole diferente al de Rita, si bien tiene condiciones como ella para el género cómico. La voz de Rita es suave y limpia, la suya es firme y oscura; pero la modifica con verdadero talento. Une á su hermosura la inteligencia, y en todos los papeles merece aplausos.

Clarita Lengo, á quien verás en el grabado vestida *de traje*, es actriz modesta de esta compañía. Su distinción, su elegancia, su educación artística y la preciosidad, en fin, de toda su persona, son cualidades suficientes para garantizarla la benevolencia del público.

He dejado para el último lugar la dama de la compañía, Ventura Serrano, marquesa de Castellón. Desde la primera función en que tomó parte fué declarada excelente actriz; pero su obra ha sido *La capilla de Lanuza*. Ventura reune todas las cualidades que pueden agradar: es bella, graciosa, esbelta, de fisonomía inteligente y simpática, pero es necesario verla representar *La capilla* para comprender que bajo aquella serenidad, compostura y distinción se oculta un corazón impetuoso y arde la llama de las pasiones trágicas. El papel de la novia de Lanuza es muy difícil porque sólo aparece en la escena para significar los arrebatos de su amor y de su desesperación; es un papel en el cual el estudio del arte no basta, en el cual es preciso abandonarse al sentimiento. Pues bien, Venturita Serrano entra de súbito en el drama con una vehemencia, con una realidad y al propio tiempo con un idealismo que no es posible verla y oirla, sin sentirse profundamente emocionado. Un hombre de Estado, cuya palabra oyen siempre con respeto los partidos y hasta las naciones, me decía, después de haberla oído:—¡Si esta señorita tiene el corazón tan sensible como aquí lo parece... será muy desgraciada!

Habrás formado idea por estos retratos de la compañía del teatro Ventura. Sólo me falta decirte que es muy completa, pues cuenta con otros actores excelentes; entre ellos Federico Luque hermano de Rita, que realmente tiene madera de actor, y Crooke, un característico que sabe decir y accionar y vestirse con mucha naturalidad y gracia, y Fernando Fontanar, al que solo puede reprochársele cierta imitación del estilo de Calvo, imitación que desluce su verdadero talento.

Allá para Octubre se reanudarán las funciones y los éxitos.

Ahora hablemos de la apertura de la Exposición de Bellas Artes. Esta se verifica en un magnífico edificio que ha surgido, por así decirlo, junto al Hipódromo. El palacio de la Industria y las Artes está situado al norte de la población, al final del paseo de la Castellana, que con sus hoteles, sus jardines y sus alamedas, hermosea la población. El proyecto es debido al arquitecto D. Fernando de la Torriente, que no ha podido verlo concluído. El ladrillo blanco y el encarnado, así como la piedra blanca y granítica están combinados de manera que dan severo y agradable aspecto á la fachada. Proyectado con cierta grandiosidad las economías han ido disminuyendo sus pretensiones; pero es un edificio espacioso y bien ideado. Con el tiempo se irán construyendo anejos por ambos lados hasta una extensión de 80.000 metros. No creo que lleguemos á ver esto nosotros.

Las salas de Bellas Artes tienen luz cenital,

pero son demasiado grandes; convendría dividirlas por biombos.

Se inauguró la Exposición el día 21. Vino la reina de Aranjuez. A la entrada del edificio esperaban los ministros y en la sala de la cúpula se verificó el acto. Sagasta lucía en su uniforme la banda de Santa Ana de Rusia, Moret la de Carlos III, León y Castillo la de la Estrella Polar de Suecia, Navarro y Rodrigo la de San Mauricio y San Lázaro, el general Casola cruces y placa militares, Balaguer otras condecoraciones... El ministerio brillaba como nunca.

El acto fué magnífico. Las alumnas del Conservatorio entonaron una cantata del maestro Arrieta, letra de Arnao, que dirigió el maestro Vazquez; después una composición titulada *Ronde de nuit*, instrumentada por el director del Conservatorio de Bruselas y dirigida por el maestro Zubiaurre.

Después el ministro de Fomento declaró abierta la Exposición.

Como ha de ocuparse en LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA de este certamen otro escritor, le dejo íntegras sus impresiones y sus juicios limitándome á manifestar que es numerosísima y que abundan en ella los cuadros excelentes. De ella podrás juzgar en algo por tus propios ojos, pues los dibujantes de LA ILUSTRACIÓN preparan ya la reproducción de muchos.

Sin más por hoy, tuyo,

FERNANFLOR.

ESTUDIOS SOBRE LA VIDA DEL PUEBLO (1)

LA REPUDIADA

I

Antolín fué el primero que se despertó en la casa; su padre ya había salido al trabajo, su madre tal vez estuviera durmiendo; el muchacho abrió de un empellón la puerta y sus ojos parpadearon al ser heridos por la luz del sol; era ya tarde y debía de marcharse prestamente al tejar.

Tenía los sentidos entorpecidos por el sueño y apenas si acertó á descubrir á la claridad que penetraba por la puerta, la lata donde su madre solía dejarle todas las mañanas un mendrugo de pan y una tajada para el almuerzo; luégo se puso su chaqueta sucia, porque aún hacía frío, y salió cerrando tras de sí la puerta y siguió por los rojizos desmontes á tomar el camino de Chamartín, cuyos pinares verdeaban oscuramente contrastando con la nieve de la sierra, bajo un cielo azul despejado y luminoso.

Aquella mañana no se abrió en más de una hora la puerta del casuco, otros días ya abierta mucho antes de que Antolín se despertara; ni se vió á la señá Margarita zarandear la escoba, ni aparecieron los tres chiquitines que en camisilla y descalzos solían corretear por la casa, saliendo de ella al par que penetraban las gallinas picoteando el suelo de ladrillo; faltaba, además, el tremendo perro que ordinariamente se hallaba siempre tendido junto á la puerta que daba al campo.

Ninguna de estas cosas echó de ver Antolín ó si las echó de ver no le sacaron de su indiferencia estúpida; él no sabía hacer otra cosa que comer, dormir, irse al trabajo á sus horas y cuando más coger alguna que otra vez al más pequeñuelo de sus hermanos y apretar dulcemente su carita con sus ásperas manazas de bracero, callosas por el azadón. Los sábados echaba el jornal en el bolsillo del delantal de su madre y los domingos los pasaba tumbado á la larga en un pradezuelo cercano ó jugueteando con el perro.

La señá Margarita no estaba acostada como había pensado su hijo, sino antes por el contrario, había pasado en vela y fuera de casa toda la noche y en cuanto á los chiquitines estaban con una vecina; á las diez de la mañana llegó la madre de Antolín á su casa; la mujer estaba pálida y ojerosa y tenía la frente oscurecida por un ceño adusto muy pronunciado.

Abrió la puerta y entró en la pobre casita abandonada; allí le acometió el llanto y comenzó á sollozar lanzando sordas maldiciones contra el malvado de su marido y contra la bribona de la cacharrera que había vuelto el juicio á un padre de familia, á un hombre que hasta entonces había sido bueno como el pan.

El drama había sido terrible y brutal; su desenlace se produjo cuando menos podía esperarse; lo que decía la señá Margarita «cuando yo estaba más confiada en que todo había acabado.» La noche anterior Aniceto llegó de la obra, al poco rato llegó Antolín, cenaron, y éste se echó á dormir; ella acostó á las criaturas y de pronto Aniceto buscó quimera á su mujer; ella aguantó, aguantó hasta que no pudo más. ¡Señor, señor, la paciencia de un santo se agota! Riñeron y Aniceto se fué de la casa... Mil veces hubiera querido la señá Margarita recibir un golpe de aquel hombre, antes que verle abandonar la casa al muy descastado sin ley ni entrañas.

¡Quién habría de decirla á ella cuando llegó á Madrid con su marido que éste habría de hacerse tan duro de corazón! Entonces hacía dos años que se habían casado, no tenían más hijo que Antolín que aún se hallaba en mantillas; habían vivido en buena armonía; ella era una mocetona de veintiun años, fresca, rozagante, mostrando al reirse sus blancos dientes y con los colores de salud en las mejillas; él un aldeano tímido, inocentón, recio para el trabajo, sin otros gustos que los de estar como encantado junto á su mujer y cuando más echar algún domingo una partida de barra y apurar un jarro con los mozos del pueblo. Pero desde el *punto y hora* en que, por los malos años del campo, tuvieron que venirse á Madrid, el bueno de Aniceto fué cambiando que ya no era conocido, llegando hasta el extremo de abandonarla y á tres criaturas y sin otro socorro que los tres reales que pudiera ganar Antolín.

Este no había oído la disputa de sus padres y según pensaba la señá Margarita, ni aún había echado de ver por la mañana que se hallaba solo en la casa.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Virgen Santísima del Cubillo!—exclamaba la señá Margarita sentada en una banquetilla de pino y estrujando un pañuelo entre sus manos.— ¡Qué va á ser de mi y de mis hijos!—y de sus ojos caían las lágrimas á todo caer.

Lloraba entonces enternecida y amedrentada y nadie hubiera reconocido en ella la mujer que una hora antes enronquecida, desgreñada, furiosa, echando espumarajos por la boca, braceando y descompuesta llenaba de terribles insultos á la cacharrera y al bribón de Aniceto, á los cuales había ido á buscar á la taberna del barrio... ¡Oh, y como entonces se cebó injuriándoles! Depuró su cólera con aquel desahogo; no hubo palabra insultante de cuantas ella había oído á las vecinas cuando peleaban que no soltase en su furia; y eso que la señá Margarita había sido siempre modosa, callada y poco amiga de ruidos.

—Miren, miren la señá Margarita qué lengua tiene, ¡quién había de decirlo!—exclamó señá Eustaquia, la lavandera, al oirla.

(Se continuará.)

JOSÉ ZAHONERO.

PARÉNTESIS

(1) Se advierte al lector que estos cuadros están exactamente copiados de hechos reales.

BARCELONA: INAUGURACION DEL MONUMENTO AL GENERAL PRIM (Dibujo de Asarta)

EN ALTA MAR (Cuadro de S. Abril.—Dibujo de P. y Valor)

EL VIOLINISTA

(CONCLUSIÓN)

Al decir esto creí que el pobre muchacho iba á llorar, y yo que en aquella época era escéptico por naturaleza, no pude menos de conmoverme al comprender la intención con que habían sido dichas aquellas palabras.

Ricardo permaneció silencioso durante algunos instantes, pero pasados éstos, levantóse como aquel que adopta una resolución y me dijo:

—Perdóname amigo mio si soy tan ingrato contigo. Vienes á verme y no satisfago tus deseos: pero aguarda un momento y oirás mi composición.

Y después de decir esto, gritó á un vejete que ocupaba una mesa cercana y que no era otro que el pianista:

—Cuando V. quiera, don Juan.

—Que impaciente está V. porque el público oiga su obra. ¡Allá voy!

Y aquel desecho artístico subió á la plataforma acompañado de Ricardo y se puso á hacer escalas en el teclado mientras que mi amigo templaba el violín.

Yo no pude menos de entristecerme al considerar que en una ocasión como aquella Ricardo abrigaba esperanzas sobre el éxito de su obra.

Me creía ser el único espectador que en ella fijaría su oído.

Conozco mucho lo que les sucede á los artistas que tocan en los cafés,—por más eminentes que sean,—y confieso que nunca he podido oirles sin pena.

Cuando más se esfuerzan y se exceden por arrancar á su instrumento notas que lleguen al corazón de los oyentes; cuando al ejecutar los pasajes más difíciles creen logrado su deseo, escuchan como en la mesa más cercana dos honrados ciudadanos tratan de asuntos mercantiles, y más de una vez se sienten oscurecidos por la voz de una camarero ó la destemplada de un ciego que atraviesa el café pregonando sus periódicos.

Aquello es la fiel expresión de la eterna lucha entre el positivismo y el arte, entre lo material y la belleza.

A Ricardo por fortuna no le sucedió nada de esto en dicha noche.

Tenía entre los habituales parroquianos un gran número de amigos tan apasionados de su mérito artístico como yo, y éstos se encargaron apenas apareció en la plataforma de establecer en el café un relativo silencio, con prolongados siseos; á cuya invitación el público obedeció con la extrañeza del que aguarda un gran acontecimiento.

Cuando todo esto sucedió ya Ricardo tenía el violín apoyado en el hombro.

De repente comenzó á tocar acompañado del piano.

Aquello era la introducción de la obra.

Su construcción artística daba á entender que no estaba ajustada á los moldes de ninguna escuela musical, y sus armonías sembradas de acordes tenían un tinte semifantástico y originalísimo.

Los sonidos del violín como fugaces diablejos cruzaban por la atmósfera del café cargada de humo, y poco á poco iban creciendo y entrelazándose caprichosamente para formar una inspirada y arrebatadora melodía.

Aquella obra de Ricardo era toda una historia escrita con notas.

Un prólogo de idilio y un final de tragedia encerrados entre las líneas de la pauta musical.

Unas veces armonías dulces y embriagadoras como diálogos de amor ó besos apasionados, otras golpes secos y estridentes semejantes á las agitaciones de un corazón lleno de celos y de continuo arrastres melancólicos semejantes á gemidos de una alma desgarrada.

El violín á impulsos de la mano de Ricardo, cantaba una historia de amor, de dudas y de desesperación.

En el café reinaba el silencio y la atención más completos y el artista parecía gozarse en aquel aplauso mudo que tributaban á su obra.

Yo que con la cabeza baja escuchaba como reconcentrado en mí mismo aquella prodigiosa composición, alcé varias veces los ojos y ví como mi amigo irguiendo su enjuta figura sobre el entarimado, paseaba satisfecho su mirada por el auditorio.

De pronto las cuerdas del violín produjeron un sonido nervioso (y perdonad la frase) que á no dudar era extraño á la partitura.

Volví á mirar á Ricardo y su aspecto había cambiado por completo.

Sus facciones estaban como desencajadas, en los ojos tenía una expresión infernal y toda su persona demostraba sorpresa y rabia á la vez.

Desde el primer instante comprendí que en el café existía la causa de aquella transformación.

Seguí la dirección de su mirada, y en un rincón ví á una mujer y un hombre que contemplándose amorosamente parecían como olvidados del mundo y sordos para aquello mismo que enloquecía de entusiasmo á todos cuantos les rodeaban.

Desde el sitio que yo ocupaba solo pude ver el rostro del hombre que por cierto era bastante vulgar.

La mujer estaba de espaldas, mas á pesar de esto, conocí que era bastante hermosa. Guiado de un secreto instinto adiviné que aquella mujer no podía ser otra que la antigua amada de Ricardo.

Este parecía á cada instante como tentado á bajar de la plataforma, pero la fuerza del deber le retenía en su sitio y seguía tocando de una manera tan extraña como desesperada.

En aquellos instantes su alma debía ser un verdadero infierno.

El furor de que se sentía poseído lo descargaba en formas artísticas sobre el violín y el instrumento parecía retorcerse y llorar bajo aquel arco que agitándose, tan pronto hería

PAISAJES DEL BAJO OTTAWA (CANADÁ)
TORRE-ATALAYA, CERCA DE LACHINE

RUINAS DEL ANTIGUO CASTILLO

CANAL
Y ESCLUSAS DE LACHINE
(CANADÁ)

sus cuerdas sin piedad, como se deslizaba sobre ellas suavemente.

De sus entrañas salían en ciertos momentos desgarradores gemidos, en otros delicadas armonías, y, en fin, la obra vino á parecerse á una serenata en la cual alternaban los suspiros del enamorado con los rugidos del celoso.

A pesar de esto Ricardo no dejaba en olvido su partitura, pero era tan sobrenatural la manera de interpretar sus notas y daba tal matiz á los principales pasajes, que el bueno de don Juan, el pianista, volvióse varias veces con espanto y asombro á contemplar á su compañero, y viendo el poco caso que de él hacía, continuó el pobre diablo acompañando al violín si bien con suma dificultad.

Mi amigo seguía viendo con ojos desencajados aquella pareja que medio oculta en el rincón se miraba cada vez de más cerca y con mayor arrobamiento.

Hubo un instante en que las facciones del violinista llegaron á adquirir un aspecto que verdaderamente me alarmó.

Miré al lugar objeto de su atención, y pude ver como los dos amantes al encontrarse demasiado juntos, y aprovechando la distracción de todos los concurrentes que obedeciendo al oído tenían fijos sus ojos en el violinista, se daban un rápido y silencioso beso que fué para Ricardo como un golpe de puñal.

Entonces le ví rechinar los dientes, bajar su frente cubierta de un sudor frío y pegajoso para no ver á la amante pareja y ocuparse al parecer solamente de su instrumento.

¡Gran Dios! De qué modo tocó Ricardo desde dicho instante...

Yo no sabiendo lo que me hacía estreché la mano de un vecino, algunos concurrentes sin darse cuenta de ello se levantaron de sus sillas, otros adelantaron la cabeza como para oir mejor y en los ojos de muchas mujeres brilló una lágrima de tierno entusiasmo.

Por fin el violín y el piano dejaron de sonar, y apenas las últimas notas de aquella avalancha musical espiraron en el espacio, un verdadero trueno de aplausos retumbó en todo el salón.

Pero estos no duraron mucho, pues todos vieron como Ricardo al inclinarse para saludar, vaciló algunos instantes y cerró los ojos, hasta que por fin desplomóse sobre la plataforma.

Yo fuí de los primeros que salté á ella y cogiéndole en mis brazos pretendí reanimarle.

Entre los presentes había un médico que se encargó de hacernos conocer á todos la verdad.

Ricardo era un cadáver y su muerte no se debía más que al corazón que de repente había dejado de funcionar.

. . . . . .

El violín de Ricardo, bastante roto, lo recogí del suelo para colgarlo en mi despacho, donde me recuerda á todas horas al amigo muerto de una manera tan extraña.

Esto es la causa de que yo posea un violín no sabiendo hacer sonar ninguna de sus cuerdas.

Ahora bien, jóvenes casquivanos, ¿qué os ha parecido mi historia?

IV

—¡Chico, famosa comida! Don Felipe es hombre que sabe hacer las cosas en toda regla.

—Las trufas eran de primera.

—Y el champagne magnífico. ¿Qué me dices de él?

ESCLUSA DEL CANAL
Y
FERROCARRIL DE SANTA ANA
(CANADÁ)

EL TEATRO VENTURA EN EL HÓTEL DE LA

Señorita Ventura Serrano, marquesa de Castellón.—Señora Luque de Moreno.—

DUQUESA DE LA TORRE (Dibujo de P. y Valor)

uque.—Señorita Clara Lengo.—Señor conde de Romrée, director de escena

—Que me ha gustado más que la historia.

—Tiene razón. Ya no me acordaba de ella. Te aseguro que nos ha aburrido á todos con la relación. A mí se me ha indigestado el tal postre.

—Y á mí también. ¡El demonio del hombre venirnos á nosotros con tales paparruchas!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

EL DESCUBRIMIENTO DEL FÓSFORO

Hé aquí uno de los asuntos cuyo interés universal se halla fuera de toda duda, y cuyos detalles, sólo del hombre de ciencia conocidos, son en extremo curiosos y dignos de referirse y ser puestos al alcance de la generalidad.

Nada más importante, en efecto, que conocer el origen de las sustancias que á todas horas se hallan en nuestras manos y pueden como el fósforo producir la luz y la muerte, ó lo que es lo mismo, ser manantial de la vida y causa poderosísima de su destrucción. Tal es el motivo que nos ha impulsado para dar á conocer en breves frases el asunto que sirve de epígrafe, y no desprovisto de interés en nuestro concepto; para el conjunto de los lectores que deseen conocer un curioso fragmento de la historia de la ciencia, relacionado con la vida social.

Había transcurrido más de la mitad del siglo XVII. Todavía las creencias erróneas de la antigua alquimia continuaban en vigor y no se habían dado al olvido muchos de sus quiméricos ensueños, cuya total desaparición estaba reservada á los últimos años de la pasada centuria con la creación de la ciencia química que inmortalizó el gran Lavoisier, cuya figura atravesará las

A PUNTO DE DORMIRSE

generaciones cual claro sol cuyos fulgores no se apagan. Las condiciones supremas de la humana ventura sintetizadas en las palabras de Goethe, *el oro da el poder, no hay goce sin salud y una larga vida equivale á la inmortalidad*, creían encontrar los que al arte de la alquimia se entregaban en la llamada *piedra filosofal*, de cuyo hallazgo en pos, marchaban llenos de ilusión y fe y prescindiendo de sus erróneos fines juntaron, sin darse cuenta de ello, el pedestal donde descansa majestuosa la moderna ciencia química. En efecto, los múltiples trabajos que iban encaminados á la transformación del vil metal en oro, para después emplearle como precioso medicamento, considerando, según ellos, que al propio tiempo que proporciona el disfrute de los goces materiales, llevaba en sí la salud y la vida, han suministrado á los modernos químicos materiales copiosísimos con que enriquecer el arsenal de su ciencia destinada, sin duda alguna, á prestar señalados servicios sociales.

Al número de estos laboriosísimos soñadores, para quienes debe guardar la historia, consideración y señalado aprecio y no en manera alguna severidad inexorable, pertenecía en la ciudad de Hamburgo el año 1669, un comerciante desgraciado en sus empresas mercantiles, llamado Brandt, que se entregaba á los trabajos de la alquimia, deseoso sin duda de encontrar en estas investigaciones el desquite de sus malogrados negocios.

Parece ser que el indicado Brandt, se dedicaba en aquella ciudad, con más ó menos transgresión de las leyes, al ejercicio de la medicina y la farmacia y que descubrió en la orina humana un cuerpo que tenía la propiedad de lucir en la oscuridad; la etimología de la palabra *fósforo*, (1) (que tal es el nombre del cuerpo descubierto), da á conocer desde luégo esta particularidad. De consiguiente es Brandt, el que en 1669 descubrió el fósforo. Pero existen en el referido descubrimiento algunos detalles dignos de no pasar desapercibidos.

Parece ser que Juan Kunckel catedrático de química de la Universidad de Wittemberg que mereció las mayores distinciones de los reyes Federico Guillermo y Carlos XI de Suecia, se vió obligado á practicar un viaje á Hamburgo, donde le dijeron que existía un arruinado negociante llamado Brandt, quien había encontrado un cuerpo que en la oscuridad lucía. Trató inmediatamente Kunckel de conocer el medio de que se había valido para conseguir su objeto, pero llegó tarde, pues había vendido su secreto en 200 thalers (3.000 reales proximamente) á un tal Krafft y no podía por consiguiente acceder á la demanda de Kunckel. Partió éste, pues, de Hamburgo, sin haber conseguido su objeto y suplicó desde Wittemberg repetidas veces á Brandt que le revelara su secreto, el cual le contestó por vez postrera, que su arte era inspiración divina y le era de todo punto imposible la revelación. Vista la ineficacia de todas las gestiones, dedicóse Kunckel á investigar por sí la resolución del problema y habiendo sabido que empleaba Brandt, como primera sustancia, enorme cantidad de orina, no dudó un instante que había de ser éste el certero camino para llegar al objeto deseado. Efectivamente, según escribe detalladamente Homberg, el procedimiento de que Kunckel se valía, estaba reducido á una descomposición por el fuego en una retorta de gres, de la orina evaporada á sequedad hasta casi carbonizarla y mezclada con doble de su peso de arena fina, recibiendo el producto de esta descomposición en adecuada vasija con agua.

Esta es, pues, la historia del fósforo, que puede calificarse del descubrimiento más interesante hecho por la química en el siglo XVII.

La ciencia moderna ha modificado, como es consiguiente, de un modo notable los procedimientos para obtener el fósforo, y así lo testifican los nombres de Schelle, Margraff, Cary-Martrand y Wocler, como los importantísimos trabajos acerca de este cuerpo del inmortal Berzelius, de Mitscherlich, de Graham, Dessains, Marchand, Fischer, Thenard, Henry Rose, Regnault Schröeter y otros varios que han intervenido en el estudio del descubrimiento.

Son también muy dignos de mencionar los progresos que ha tenido la historia del fósforo en lo relativo á sus estados alotrópicos.

No debe darse al olvido al tratar del descubrimiento del fósforo, el nombre del irlandés Roberto Boyle que, por alguna ligera aunque vaga indicacion de Krafft (comprador del secreto de Brandt), pudo llegar á conseguir pedazos del indicado cuerpo hasta del tamaño de guisantes, cuyas propiedades, á la perfección describe, no olvidándose en manera alguna de señalar los peligros que corre el que imprudentemente le maneja.

De consiguiente, en resumen, la gloria del descubrimiento del fósforo pertenece en primer término á Brandt é inmediatamente después á Kunckel y á Boyle que aislados por su parte y á fuerza de constancia y laboriosidad sumas, con solo un dato llegaron á resolver el intrincado problema.

Pero permaneció todavía algunos años dentro de las sombras del misterio el método de obtención del fósforo, temerosos sus autores de que estuviese en las manos del vulgo, un cuerpo en cuyo manejo había tantísimo peligro.

Así es que durante mucho tiempo un farmacéutico de Londres, llamado Hankwir, que poseía el secreto, comunicado por Boyle, suministró á Europa fósforo durante un largo período, por lo que se le denominó *fósforo de Inglaterra*. Por último, Homberg, discípulo de Kunckel, extrajo el fósforo ante una comisión de la Academia de ciencias de París, cuyos individuos Hellot, Dufay, Duhamel y Geoffroy se encargaron más tarde de publicar, como aparece en 1737, con la firma del primero en la Colección de memorias de esta corporación.

En 1769 Gahn y el eminente químico sueco Scheele, para cuya memoria serán siempre escasos todos los elogios que se prodiguen, demostraron la presencia del fósforo en los huesos y más tarde, en nuestros días, hemos visto á los más notables químicos y médicos de Alemania, Inglaterra, Francia y España, ocuparse del estudio de este curioso cuerpo, ya en sus caracteres, en su acción sobre el organismo, sus aplicaciones para devolver la salud, sus diversos estados denominados alotrópicos, entre los que se halla el fósforo rojo ó sea fósforo no venenoso, sus multiplicadas combinaciones, de tanto interés algunas en el concepto agrícola, etc.

Tal es, pues, la historia de uno de los descubrimientos que han atravesado por mayor nú-

(1) De dos griegas φως luz y φερω conduzco.

mero de fases, hasta llegar á ser del dominio del público científico; pero puede decirse que ha sido cual la gota de agua, que sin cesar sumándose, ha constituido el caudaloso río, representado en las grandes consecuencias que se han derivado de su aparición en el horizonte de los conocimientos humanos.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

BIBLIOTECAS
DE LOS PUEBLOS MAHOMETANOS

No siempre estuvieron los musulmanes en el estado de ignorancia que hoy les vemos. Verdad es, que Omar dió orden á su teniente Amrú de quemar todos los libros que componían la segunda biblioteca de Alejandría, pues sabido es que la primera había sido incendiada accidentalmente en tiempos de Julio César, siete siglos antes. Pero no todos los califas han pensado de la misma manera que Omar. Los nombres de Almanzor, Arón, Ab-Reschyd y Almamón, recuerdan una época en que las ciencias y las letras descuidadas y desconocidas en Europa, se habían refugiado en Bagdad, donde se enviaron de Constantinopla hombres exprofesos para traducir al árabe las mejores obras de los griegos; donde, en fin, entre las condiciones del tratado de paz, impuestas por el califa vencedor, figura la sección de cierta cantidad de libros griegos.

Nosotros tenemos pocas noticias sobre la biblioteca particular de los califas y los numerosos colegios que ellos habían fundado en Bagdad. Un solo hecho basta para juzgar de la inmensidad de sus colecciones. Cuando Bagdad fué tomada por los tártaros, el año 1258, éstos arrojaron todos los libros al Tígris, cuyo número era tan considerable, que formaron una calzada, sobre la cual pasaban las gentes á pié y las caballerías.

En Egipto, Mauritania, España, Siria, Bokhara, Samarkand y en todas las comarcas sometidas al yugo del Corán, los príncipes rivales ó vasallos de los califas, se distinguieron por el amor á las letras, y fundaron bibliotecas y academias. La de los califas de Egipto ocupaba cuarenta salas de su palacio en el Cairo, y contenía más de *un millón seiscientos mil volúmenes*, entre los cuales se encontraba un gran número de manuscritos autógrafos. Todos estos libros eran notables por la belleza de caracteres, y magníficas encuadernaciones enriquecidas con oro, plata y piedras preciosas. Durante los desórdenes que señalaron una parte del reinado del califa Morkanser, hacia el año 1080, esta biblioteca fué dilapidada por las milicias turcas que tomaban libros á cuenta de sus sueldos atrasados. El visir mismo hizo trasportar á su casa la carga de 25 camellos, á consecuencia de una autorización que, por 5.000 dinars (50.000 pesetas) que le debían, le adjudicaba el valor de 100.000 dinars *(un millón de pesetas)* en libros. Después del pillaje de la casa de este ministro, los esclavos tomaron parte de las cubiertas de los libros para hacerse calzado y quemaron las hojas. Otros fueron hechos pedazos y perecieron en las llamas ó las aguas del Nilo, de donde fueron sacados y llevados á países extranjeros. El resto permaneció amontonado en montoncitos sobre los cuales los vientos arrojaron una gran cantidad de arena y de tierra, y formaron varios montecillos que existieron largo tiempo cerca del Cairo, y que llamaban *colinas de libros*.

La biblioteca particular de los califas de Egipto, fué respetada en esta ocasión; contenía más de ciento veinte mil volúmenes encuadernados, sin contar los que estaban en rústica. Después del califato de Egipto, todos estos libros fueron vendidos por orden del sultán Saladin, cuyas virtudes privadas, las cualidades guerreras y el celo religioso, no eran favorables á las letras.

Los árabes, dueños de España, hicieron en ella florecer su literatura y sus artes. Los reyes después del califato de Córdoba, fundaron en esta ciudad academias y colegios. Uno de ellos, Ab-Hakem II, no se limitó á llevar á su corte los hombres más célebres de Oriente, tenía en África, Egipto y Persia, encargados de comprar y hacer copiar á buen precio, los manuscritos más preciosos. Su palacio estaba constantemente abierto á los sabios y literatos. En él había reunido una biblioteca de *600.000 volúmenes* arreglados por orden de materias en diferentes salas. Algunos fueron enriquecidos con sabias notas por la misma mano del príncipe. El catálogo solo formaba 44 volúmenes infolio. En tanto que la Europa permanecía sumida en las tinieblas de la ignorancia, las cortes de Bagdad, el Cairo, Fez y Córdoba, eran los hogares conservadores de las luces. Dominando los moros en España sucedió que Gerbert, arzobispo de Reims y que fué después uno de los papas más ilustres bajo el nombre de Silvestre II, le obligaron á ir á aprender la geometría, á riesgo de ser á la vuelta acusado de brujería, porque trazaba los ángulos y círculos.

Cuando sobre las ruinas del califato de Córdoba, se establecieron en España varias dinastías, los príncipes menos poderosos establecieron bibliotecas en Valencia, Sevilla, Granada, etcétera. De estas se contaban *setenta* en la Península. Todas fueron sucesivamente cogidas y destruídas por los cristianos españoles, y sus restos han pasado á la del Escorial.

De todas las bibliotecas públicas de que hablan los autores orientales, la más considerable era la que los príncipes Amárides habían formado en Trípoli de Siria. Esta se componía de *tres millones* de volúmenes, incluso cincuenta mil ejemplares del Corán y veinte mil comentarios sobre este código religioso, civil y político de los musulmanes. A ella estaba anexa una academia, la más floreciente que hubo en el universo. Cien copistas trabajaban todo el año disfrutando de un buen sueldo, y de ellos había treinta que no abandonaban el edificio ni de día ni de noche. Otros estaban encargados especialmente de comprar en diversas comarcas las obras mejores y más raras. Bajo el gobierno de Amárides, Trípoli se había hecho el punto de cita *(rendez vous)* de los sabios de todos los países. Cuando esta ciudad cayó en poder de Bertrand, conde de San Gil, uno de los jefes de las Cruzadas (1109), quedaron asombrados los vencedores á la vista de tantos libros como encerraba la biblioteca. Una persona que se encontraba en la sala donde estaban los ejemplares del Corán, habiendo tomado varios volúmenes, y que todos eran de la misma obra, declaró que este edificio no contenía más que el Corán. Esta declaración fué causa del embargo de la biblioteca; los cristianos la redujeron á cenizas. Los pocos libros que se escaparon del incendio, fueron dispersados en diferentes países. Ispahan, Schiraz, deben haber tenido también bibliotecas reales muy numerosas, á juzgar por la del sabio Abul-Casim, Ismael Saheb, Ibu-Abad, la más considerable que jamás ha poseído un particular si se exceptúa la de M. Bonlard.

LOS PESCADORES

No es posible formarse idea de la riqueza de la biblioteca imperial de Delhy, por la belleza de una obra que formaba parte de ella; cuando la revolución que ha consumado la ruina del imperio mogol. Este es el ejemplar autógrafo de la Ayyn Akbery, compuesta y copiada por el emperador Akbar. Este ejemplar sobre papel salpicado de oro y ornado de retratos y viñetas, se vendió por 16.200 francos en la venta de la biblioteca de Langlés, en 1825.

Los turcos otomanos, tártaros de origen, menos aficionados al estudio de las ciencias y las letras que los árabes y los persas, no han formado jamás tan vastos depósitos de libros. La biblioteca del serrallo de Constantinopla, fundada por el sultán Amed III en 1719 y aumentada por sus sucesores, puede contener á lo sumo 15.000 volúmenes y se aumenta continuamente por consecuencia de las confiscaciones. Hay además en Constantinopla doce academias y otras tantas bibliotecas públicas que llevan los nombres de Santa Sofía, de los sultanes Mahomet II, Soliman I, Bajazot II, Osman III y Abdul-Hamid, de la sultana Validé, de los grandes visirs Mehemet, Ikinprde, Hibrahim Pachá, Reghih Pachá, etc. Estas bibliotecas colocadas en edificios elegantes, no contienen más que unos dos mil manuscritos cada una.

¿Quién creerá hoy que Fez y Marruecos han sido en la Edad media dos célebres ciudades por sus bibliotecas y academias? Al presente ofre-

FILOMENA

LA PLANCHADORA

EL LENGUAJE DE LAS FLORES (Cuadro de Pío Ricci)

cen los mismos vestigios de ignorancia y de barbarie que las tribus moras errantes por la costa y el interior de Africa.

A. DE VALDEFLORES.

LAS DOS MISERIAS

—¿Dónde vas visión hermosa?
¿dónde vas tan adornada
de diamantes y de perlas,
de rubíes y esmeraldas?
—Voy al mundo, pues me esperan
con indescriptibles ansias
para que habite palacios
y portentosas moradas.
¿Y tú, sombra negra y triste,
á dónde, dí, á dónde marchas
con ese traje de harapos?
—Del mundo también me llaman
para habitar las boardillas
y las míseras cabañas
donde viven en consorcio
la miseria y la desgracia.
—¡Triste suerte, pobre sombra!
¡me inspiras, por cierto, lástima!
—Y á mí me inspiran desprecio
esas riquísimas galas
con que te adornas, pensando
que me deslumbro al mirarlas.
—¡Miren, miren la orgullosa!
—¡Miren, miren la insensata!
—A mí me buscan los ricos,
los príncipes, los monarcas;
me cubren con ricas joyas
y me miman y me halagan...
Si alguna vez con mis gritos
pretendo turbar la calma
que, en apariencia, disfrutan
los que á su lado me llaman,
hácenme gozar delicias
siempre nuevas, siempre gratas,
y con dulces emociones
mis fuertes gritos acallan...
—Yo, en cambio, soy patrimonio
de las personas honradas,
de las que lloran y sufren,
y trabajan, y trabajan
sin obtener de los ricos
las compasivas miradas.
A mí tan solo me encuentran
donde hay hambre, donde hay lágrimas;
mis distracciones no son
cual las tuyas, variadas,
y mi única ventura
es soñar con esperanzas
que rara vez se realizan...
—¡Véte de mi lado, hermana,
que me dan horror tus frases
y asco el aliento que exhalas!
—¡Eres necia, cual los necios
que te miman y te halagan!
Véte á tus palacios, véte;
yo me voy á mis cabañas
porque el vivir á tu lado
fuera mi mayor desgracia.
Pero escucha: entre nosotras
hay una inmensa distancia;
yo no soy lo que aparento,
tú, con tu apariencia, engañas.
Bajo mis sucios harapos
hay oculta una luz clara,
luz intensa, luz radiante
que nunca, nunca se apaga
y que es el precioso emblema
del amor y la esperanza;
y bajo el hermoso brillo
de tus deslumbrantes galas
sólo se oculta la sombra,
la inmundicia...
—¡Calla, calla!
que ya me dice quien eres
la verdad de tus palabras...
—¡Soy la miseria del cuerpo!
¡tú... la miseria del alma!

TOMÁS CAMACHO.

CARTA DE MARÍA (1)

«Por la postrera vez, Marcial querido,
te escribo, y en verdad que no debiera
si no dar nuestro amor tan al olvido
que no mediase ni un adiós siquiera;
ya que así, al parecer, lo ha decidido
el que en la tierra y en el cielo impera.

—

No sé cómo expresarte el duro estado
de lucha interna en que me encuentro. Veo
en mi pecho tu amor acrecentado,
cuanto más extinguirlo es mi deseo,
y siento mi cerebro trastornado,
cual se trastorna ante su juez el reo.

—

—De un lado, mi conciencia que reclama
de mi sacra promesa el cumplimiento:
de otro, mi corazón, que tanto te ama,
y que mira aumentar cada momento
dentro de sí la destructora llama,
sin que logre alumbrar mi pensamiento.

—

¡Alumbrarlo, Marcial! ¿Qué es lo que digo?
Cuando busco la luz aquí, en mi mente,
y alguna claridad hallar consigo,
elevo á Dios mi súplica ferviente,
como la eleva el infeliz mendigo
que esperó de este mundo inútilmente.

—

¡Nada soy! ¡Nada valgo! Es esta vida
puente, no más, de otra existencia ignota
que nos es, por lo mismo, tan temida.
Muere una flor, y en breve otra flor brota.
¡Ay! La dicha de amor, interrumpida,
mientras aquí vivimos sigue rota.

—

¡Qué horror! ¿Te acuerdas? Terminaba el día
y llegaba hasta allí de la campana
la voz que por el aire se esparcía,
y en los recursos de la ciencia humana
más y más la esperanza se perdía;
que al fin la ciencia, como el hombre, es vana.

—

Era la hora misteriosa y triste
en que la noche avanza presurosa,
y oscuro traje el universo viste:
la hora de la oración, bella y dudosa,
cuya impresión, que el alma no resiste,
la convierte de impía en religiosa.

—

Al lado de mi lecho se encontraban
los seres que me dieron la existencia,
y era tal su dolor, tal la violencia
de los sollozos que en su pecho ahogaban,
que sus pálidos rostros retrataban
la desesperación y la demencia.

—

Mírelos fijamente un breve instante,
y los dos, á la par, se sonrieron
con expresión tan viva y tan amante
que, á pesar de encontrarme agonizante,
mis ojos tiernas lágrimas vertieron
é inundaron con ellas mi semblante.

—

No sé bien ya lo que pasó. Perdida
por completo en mi pecho la esperanza
de continuar viviendo en esta vida,
ví la celeste gloria en lontananza,
y, en su seno, la calma apetecida,
como tras la tormenta la bonanza.

—

Y soñé que había muerto, y que ceñía
una blanca corona mi cabeza,
y un velo transparente me envolvía
dejando ver mi virginal pureza
que á los ojos de Dios resplandecía
más que á los tuyos luce mi belleza.

—

Fué un sueño nada más: sueño tirano.
Fué sólo una ilusión, un desvarío
que la fiebre engendró: sueño inhumano
que vino á destrozar el pecho mío,
como destruye el cauce, en el verano,
por la borrasca desbordado, el río.

(1) Fragmento de un poema de este nombre.

¡Mas cómo abandonarte, si en mis venas
hierve la juventud, y tengo el pecho
ahogándolo tu amor con sus cadenas!
Tienes razón, Marcial; dalo por hecho.
Al sacerdote le diré mis penas,
y, así, mi voto quedará deshecho.

—

Me impondrá penitencia. ¡Sea en buen hora!
El mismo Dios se alegrará, sin duda,
de ver esta pasión que me devora,
y acudirá, benéfico, en mi ayuda,
y templará mi sed abrasadora,
y pondrá fin á esta batalla ruda.

—

¡Y podremos unirnos! Ya me veo
en tus brazos, esposa fiel y amante,
sin otro pensamiento ni deseo
que el de hacerte feliz. A cada instante
miro tus ojos y en tus ojos leo
que me adoras también, que eres constante.

—

Y juzgo realizado mi destino;
y me trasporto, con la mente mía,
á las regiones del hogar sagrado
dó se respira el hálito divino;
esa bendita paz que tanto ansía
el generoso corazón honrado...

—

¡Pero no; no es posible! Indigno fuera
que un alma noble, grande y fervorosa,
romper el sacro lazo pretendiera.
Fuera debilidad ignominiosa:
es preciso luchar, y antes muriera
que no hacer profesión de religiosa.

—

Siento en mi alma el sacrosanto fuego
de la fe en el Creador, pura y sencilla,
y en sus misterios plácidos me anego.
Miro al Altar, doblada la rodilla,
y á los designios de mi Dios me entrego,
como á la mar y al viento la barquilla.

—

¿Triunfaré de la mar? ¿Llegaré al puerto?
No acierto á descifrar tan hondo arcano;
que aunque el camino que la fe me ha abierto
para llegar al cielo, es el más llano,
pienso que es escabroso y es incierto;
pues ha de andarlo un corazón humano.

—

En fin, adiós Marcial. Si llega el día
—quizás mañana mismo, cuando leas
esta carta que copia al alma mía,—
en que se turbe tu razón y veas
desfallecer tu fe, piensa en María,
y ella disipará tales ideas.»

FEDERICO ORTEGA DE LA PARRA.

NUESTROS GRABADOS

DÍA DE LLUVIA

Ese dibujo demuestra singular audacia en su autor, pues es realmente un problema técnico el de colocar una figura en un ambiente que pugna por ocultarla, alterando las líneas y estorbando.

De todo ha salido triunfante, sin embargo, pudiéndose ver en esa señorita el símbolo de la actual lluviosa, fría y destemplada primavera.

PARÉNTESIS

Bien se merecía la pobre niña un rato de distracción después de haberse estado tres horas seguidas estudiando el *Método*. Nada mejor que hojear en el entretanto una *Ilustración* con bonitos grabados y ameno texto, por el estilo de la que ya saben ustedes.

BARCELONA
INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL GENERAL PRIM
Dibujo de Asarta

Celebróse esta fiesta el 26 del pasado Mayo, con inmensa afluencia de personas y no sin algún desbarajuste. La obra se levanta al extremo del paseo de las Magnolias, en sitio donde confluyen las dos soberbias avenidas formadas por los paseos de Colón y de la Aduana y el salón y paseo de San Juan;

por lo cual resulta sumamente visible. La estatua de Prim, obra del notable escultor valenciano Sr. D. Luís Puigjener, fundida en los talleres de los señores Comas, se recomienda por la pureza de sus líneas y vigorosa ejecución así como los bajorelieves que adornan el pedestal. Este consta de sesenta piezas y es de mármol procedente de las canteras de Masarach (Gerona). Quizás la estatua resulta algo pequeña dada las dimensiones del pedestal, pero sea como quiera es un *Prim* muy notable, aunque algo frío.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
EN ALTA MAR

Cuadro de S. Abril. — Dibujo de P. y Valor

Con este cuadro empezamos la serie de las más notables obras de la Exposición, que como de costumbre aparecerán reproducidas en las páginas de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA.

Por hoy sólo diremos que *En alta mar* ha llamado poderosamente la atención del público, dejando el cuidado de hacer el juicio crítico del mismo al distinguidísimo escritor encargado de la revista del certamen recién inaugurado en el magnífico palacio de la prolongación de la Fuente Castellana.

PAISAJES DEL BAJO OTTAWA (CANADÁ)

Cerca de su desembocadura en el lago de las Dos Montañas divídese el Ottawa en tres canales, dos de ellos al norte de Laval y de la isla de Montreal y el otro junto al lago de San Luís.

El canal de Lachine es el que se forma al Norte de Montreal, tomando su nombre del de aquella ciudad, especie de arrabal de la metrópoli comercial del Canadá. En cuanto al propio nombre de *Lachine*, recuerda el propósito de los primeros exploradores empeñados en que por allí podría pasarse al Asia, y más concretamente á *la China*, error en que siguieron los que fueron en pos de Colón á *las Indias*.

Encerrado Montreal dentro una verdadera isla comunica con el lago Ontario por medio de un ferrocarril que pasa por Santa Ana, cruzando el lago San Luís por un puente tubular. Todavía subsisten á orillas de este lago las ruinas de un fuerte-atalaya, construído para defenderse los primeros exploradores de los ataques de los iroqueses.

EL TEATRO VENTURA
EN EL HOTEL DE LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE LA TORRE

Dibujo de Plá y Valor

(Véase la *Revista* de Fernanflor).

A PUNTO DE DORMIRSE

¡Dichosa edad aquella que no conoce las torturas del insomnio! La niña, cansada de hojear el album y sobradamente predispuesta al sueño por lo mullido del asiento, sintióse poco á poco dominada por invencible modorra y se quedó dormida, sin hacer caso alguno de las llamativas imágenes que contenía el lujoso volumen.

LOS PESCADORES

La escena, tomada del natural, expresa elocuentemente la vida harto amargada por contínuas zozobras de los pobres pescadores, expuestos á cada salida á no volver al regazo de la familia; oscuros héroes del trabajo que en aras del amor á sus hijos no vacilan en arriesgar su vida en frágiles embarcaciones. Bien merecen *los trabajadores del mar* que el arte les dedique sus más sentidas creaciones.

FILOMENA.—LA PLANCHADORA

Ambos tipos son igualmente simpáticos, cada uno á su manera, formando una especie de *pendant* como el de *Marta y María*. No es menos poética, ciertamente, la hacendosa planchadorcita que la interesante *Filomena*, cuyo nombre basta para revelar sus artísticas aficiones.

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Cuadro de Pío Ricci

Esa obra se recomienda por sí sola. No es que el autor no se haya metido en dibujos,—pues no se ha metido poco,—sino que con un asunto casi trivial ha tenido tela para pintar un deliciosísimo lienzo con todo el atractivo que le da una hermosa dama cuya belleza realza aún más el magnífico traje de á fines del siglo XVI. En cuanto al galán nos deja bastante indiferentes. Conócese que Pío Ricci lo guardó todo para la señora.

VENTIMIGLIA, CERCA DE LA «CORNISA»

Famosa es en todo el universo la carretera que desde Marsella va á Génova, por la costa.

Pasado Menton encuéntrase el puente de San Luís que separa el territorio francés del italiano, el cual opone su primera barrera en Ventimiglia, en forma de una robusta fortaleza. La vegetación es allí esplendidísima, adquiriendo, gracias á las palmeras, un aspecto de todo punto oriental.

ROMA VEDUTTA FEDE PERDUTTA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

V

ENRIQUE Á FERNANDO

Valencia 1.° de Setiembre de 1882.

Mi querido Fernando: Van ya transcurridos con exceso los dos años de mi matrimonio, por lo que vuelvo á reanudar la correspondencia, terminado el plazo que me concedieron tus teorías sobre la materia para ver la verdad desnuda de la vida conyugal; y debo haberla examinado detenidamente después de alejarme tanto de los primeros meses de alucinación amorosa, que constituyen la primera etapa del *estado perfecto* en el mundo, como con justicia algunos lo consideran.

Ví claro desde el principio y ví lejos: no me equivoqué al preveer que el matrimonio sería el manantial de mi felicidad. A pesar de tu ejemplo, á pesar de tus predicciones, á pesar de mi vida pasada, á pesar de todo, he conseguido realizar los sueños de ventura que hizo brotar en mi imaginación el amor de Rosalía. Me parece ahora que malgasté el tiempo hasta el día de conocerla y que si hubiese tenido esa suerte quince años antes, podría haber vivido quince años más unido á ella por el lazo de flores de su fascinador cariño, porque, Fernando, soy feliz.

El matrimonio, que para tí es una sátira, para mí es un idilio, como te anuncié; y tus burlas y tus ironías, se estrellan, sin producirme daño alguno, como saetas sin punta sobre mi coraza de acero.

Estoy tan convencido de que en sociedad y fuera del afecto del hogar, todo es efímero, mendaz é ilusorio, que veo con fruición que llegó el día de despedirme de ese mundo, que constituyó nuestro encanto durante la juventud y que hoy me parece un pandemonium, en el que solo pueden gozar los seres hinchados de vanidad y de amor propio, siervos del lujo y de las exigencias mundanas, desprovistos por completo de las afecciones tiernas del corazón, que no pueden desarrollarse entre el tumulto de la vida moderna, ni ante importunos testigos, sino en el silencio de los propios lares y en la soledad doméstica, y que son las que gozan dos seres que se compenetran hasta el punto de constituir una sola voluntad y una sola aspiración.

La independencia, que tanto te ilusiona aún, sería hoy para mí dón inútil, dón, que desde que lo contemplé sin atractivos, abandoné como abandona su caballo el general que regresa victorioso á sus hogares, después de terminada la batalla. Si no hay nada en la sociedad que excite ya mi interés, ni mi afecto, ni mi curiosidad siquiera: ¿para qué he de desear una libertad, que tantas veces convertí en licencia, y que ahora de nada me había de servir? En cambio de esa libertad he adquirido la posesión íntegra de un alma y de cuerpo, en los que veo reflejarse todos mis deseos, todas mis esperanzas y todas mis glorias; en cambio he aprendido el arte del amor por sus legítimos principios y soy un artista tan aventajado que gozo de placeres inefables en la contemplación de mi propia obra.

El refrán italiano que al casarme me arrojaste á la cara como una provocación, quien ve á Roma pierde la fe, es falso de toda falsedad: debe entenderse en sentido contrario; debe decirse: *quien ve á Roma se fortifica en la fe:* óyeme y verás como no sin fundamento lo creo así. El artista que no ha ido á estudiar á la capital del mundo artístico los modelos que allí se conservan, á pesar de las revoluciones y del progreso de los siglos, no adquiere jamás ese *quid* que se necesita para descollar y ocupar un primer sitio en las alturas de la Gloria, aunque posea ingenio sobresaliente y esté dotado de grandes condiciones; por lo tanto, á Roma van todos los que tienen fe en su porvenir, y salen de la ciudad eterna no solo empapados de ella y llenos de esperanzas, sino consiguiendo muchas veces victoriosas realidades: pues lo mismo sucede cuando se trata del amor; el que quiera conocer su arte y fortificarse en su fe, tiene que ir á Roma, esto es al matrimonio. El matrimonio es la consagración del amor. Existe algunas veces fuera del casamiento, pero entonces siempre á la pasión le falta la aureola con que se ilumina cuando la bendice la Iglesia, cuando la solidifica la abnegación mutua y cuando la embellece la paternidad legítima.

Aunque experimentas estas inconcusas verdades, te cansas y te hastías del matrimonio, porque no sabes amar, porque eres tan desgraciado que llevas dentro de tí tu mayor enemigo, tu carácter: si eso te sucede con Elisa que siente por tí el cariño constante, delicado y absorbente de la esposa honrada, ¿qué te sucedería si hubieras matrimoniado con una mujer sin corazón, incapaz de quererte, como insensatamente deseas? Me hace daño fijarme en la hipótesis de que Elisa desengañada de tí, al ver que la cupo en suerte un hombre sin sentimiento, cese de profesarte el inmerecido afecto que te profesa y dejándote en libertad para que te entregues á discreción á esa falsa independencia que te seduce, busque ella á su vez con que llenar el vacío que hizo en su alma tu falta de cariño; la mayoría de las veces que las mujeres resbalan, es porque los maridos las empujan.

Reflexiona que el camino que recorres á ningún sitio conveniente puede conducir á tu cónyuge: satisfácese con haber logrado lo mejor que puede conseguir el hombre en el mundo; el cariño verdadero de una esposa casta. Yo que soy dueño de igual tesoro, sé apreciarlo; te aconsejo que lo examines á buena luz y verás que no hay brillantes en la tierra de luces más puras; olvida al duque de la Rochefoucauld, que escribió en tiempos de costumbres corrompidas, en la época de las grandes damas lujuriosas, que escandilizaron al orbe, en la época en que la concupiscencia era el único móvil de fútiles amoríos y de insensatas ambiciones, que iba condensando la tempestad tremebunda que descargó, causando horrores desconocidos en la historia. El amor que muere cuando no *teme* ó *espera*, no es verdadero amor; es solo la fugaz falsificación de una pasión constante y exclusiva, que anonada á todas las demás: tú no amas á Elisa, si la amases comprenderías la falsedad de la citada máxima del moralista francés.

Yo amo verdaderamente á Rosalía, porque estaba sediento de cariño y harto de correr tras efímeras aventuras, que no conseguían aplacar la sed que me consumía; tú, viceversa; avasallándote el alma la imaginación no dejaba brotar en aquella ningún afecto durable y logró secar en tí el manantial del sentimiento. Te casaste alucinado creyendo de buena fe que sentías una verdadera pasión, porque así te lo hizo ver el caleidoskopo de tu imaginación; y, luégo, al comprender que tu amor era pura fantasmagoría, culpas de ello al estado matrimonial, cuando la culpa es tuya, porque tuya ha sido la ilusión. Hé aquí porque dice muy bien el sabio Fontenelle que: «parece que la suerte tenga especial cuidado en dar éxitos diferentes á los mismos acontecimientos, sin duda con el propósito de burlarse de la razón humana, que carece de regla segura para obrar.»

Ejemplos vivos de ese pensamiento son nuestros dos matrimonios, de resultado tan distinto, sobre haberse contraído en idénticas circunstancias, como dices en tu última carta. Tan diversas son nuestras situaciones, que vosotros, según todas las probabilidades, seréis *dos*, toda la vida, mientras que nosotros hoy ya somos *tres;* me explicaré. Hace tres meses Rosalía dió á luz una niña hermosísima, si el cariño de padre no me ciega. ¡No sabes lo que es tener un hijo! Yo lo ignoraba también, pero por fortuna, la experiencia me lo enseñó. ¡Es el placer de los placeres! Es una reproducción de tí mismo, es otro tú, que te sobrevivirá cuando la muerte te

arrebate á la vida. Cuando era soltero me parecían insensatos los padres que deliraban por sus hijos, y ahora comprendo que se hagan por ellos los mayores sacrificios y las más incomprensibles locuras, porque me siento capaz de unos y de otras. Cuando mi María llora, la daría la luna si me la pidiese y yo la pudiera obtener á costa de mi existencia; cuando mi María ríe, siento tanto regocijo como si disfrutase de gratísimo placer; en una palabra, cuando el árbol del matrimonio da el apetecido fruto, puede asegurarse que se ha conseguido en el mundo la mayor suma de felicidad posible. Pero tú, eres tan desgraciado, que no puedes disfrutar del placer de la paternidad: acaso, acaso esta privación es un castigo que te impone la mano recta de la Providencia.

¿Te acuerdas de Isidora? ¿Te acuerdas de aquella infeliz que abandonaste al poco tiempo de saber que estaba en cinta, sin motivo, inventando un pretexto baladí, para evitarte *compromisos*, pretexto que ella no creyó, abandono que yo te afeé y que me opuse á que llevaras á cabo, en cuanto me declaraste ese propósito? Pues esa acción, propia de un hombre sin entrañas, ha debido presentarse ante tu imaginación durante los cuatro años de tu matrimonio, tomando la forma de una nube negra y extendiendo su sombra sobre el cielo de tu conciencia; esa acción, cerrándote el paso al placer más sublime de la vida,—el de obtener de la esposa frutos de bendición,—impide que reverdezca en tu pecho la planta ya agostada del cariño: porque, no lo dudes, existe en medio de la injusticia del mundo, cierta justicia distributiva que da á cada cual su merecido, como dije yo en una de mis novelas, que debes recordar.

Perdóname si soy severo contigo, como lo exige el afecto fraternal en esta ocasión y mucho más cuando me diste hace dos años el ejemplo de la ruda sinceridad que hoy uso contigo, al describirme tus amarguras conyugales y al augurarme igual infortunio al tuyo en mi matrimonio. No sé qué será de tí, cuando me detengo á reflexionar en la tirantez de tu vida actual; porque el hombre que llega á no amar á la mujer con la que se enlazó y vive esclavizado por el amor dominante que ésta siente, no sé, ni cómo ha de poder suavizar la opresión de sus cadenas, ni mucho menos, como ha de poder romperlas. Yo, gracias á Dios, adoro lo que tú abominas, y me inclino con gratitud ante el ídolo que tú quisieras lanzar del pedestal.

Rosalía, que acaricia á María mientras te escribo, sentada en mi gabinete y á mi lado, deseando conocer el contenido de esta carta que voy á leerle antes de firmarla, con la idea de que termine la impaciencia que la agita y que me manifiestan sus ojos, que es donde acostumbro á adivinar sus pensamientos y sus deseos.

Apenas acabo de enterar á Rosalía del contenido de la epístola que te dirijo, depositando con rapidez en la cuna á la inocente María, se arroja en mis brazos llenándome de besos de inefable dulzura, y bañando á la par mi rostro de lágrimas que el regocijo que recibe hace gotear de sus párpados.

Estos momentos valen más para el hombre que siente una verdadera pasión que todos los placeres de una larga vida de libertinaje. Te lo asegura el que probó ambas cosas, y te compadece, porque ve que en tu corazón seco y estéril jamás brotarán esas escondidas violetas que no logra ver florecer la mayoría de los hombres de mundo.

Deseo te conformes, que, atendiendo á tu modo de ser, es lo único que debe desearte tu amigo

Enrique.

(Se concluirá.)

VENTIMIGLIA, CERCA DE LA CORNISA

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

—) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (—

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE S. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Año V | Barcelona 11 de Junio de 1887 | Núm. 232

EL PRIMER REMOJÓN (Cuadro de Cecilio Van Haanen)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas a mi prima*, por Fernanflor.—*Estudios sobre la vida del pueblo* (continuación), por José Zahonero.—*Lecturas. A muchos y á ninguno* (conclusión), por Clarín.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*El papá Titi*, por N. de Leyva y Vizcarro.—*Dilema*, por Ricardo J. Catarineu.—*¡Ciego!* por Francisco Tomas y Estruch.—Nuestros grabados.—*Roma vedutta fede perdutta* (conclusión), por Jacinto Labaila.

GRABADOS.—Obras de Cecilio Van Haanen (cinco grabados).—*Barcelona:* Fiesta marítima celebrada por el «Club de Regatas» el 29 de Mayo.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887.* La paz á palos. A los piés del Salvador.—*Canadá.* Vista de Quebec desde la Ciudadela.—Un vallado.—Escapatoria.—Los centinelas.—Palabras del corazón.—El Puente del Diablo en la carretera de San Gotardo.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

La mora Basalia.—La Granier.

No pensaba escribirte nada respecto de la colonia filipina mientras el Gran certamen no se hubiese inaugurado. Pero la muerte de la pobre Basalia que ha impresionado á los corazones sensibles de Madrid me induce á entrar en este asunto más pronto de lo que imaginaba. Sabrás, pues, si ya no lo sabes, que hace poco tiempo vinieron á Madrid cuarenta y tres filipinos representantes de las razas que pueblan aquellas posesiones nuestras. Los hay pertenecientes á la población malaya algo civilizados; los hay que corresponden á lo que por allí llaman *igorrotes*, gente que vive en el monte, en estado salvaje, pero que al venir á las poblaciones donde están nuestras autoridades y donde residen nuestros frailes, suelen adquirir facilmente una mediana educación. Los hay que son moros de Joló, y los hay, en fin, de las propias islas Marianas y Carolinas.

Sus rasgos generales característicos son los de la raza malaya. Color aceitunado, que en algunos llega casi hasta el negro, nariz ancha y algo aplastada, boca grande, ojos oblicuos y pómulos salientes. Las mujeres tienen cabello muy abundante y largo, de un negro metálico.

Dirige á los hombres un igorrote muy inteligente, llamado D. Ismael Alsate, el cual habla español y posee todos los dialectos de su país. Está condecorado con tres cruces. Este viste levita y sombrero hongo y lleva guantes. Los demás visten también el traje europeo, que han aceptado con disgusto, pero en atención á que los pobres cuando viajaban tenían mucho frío con su ropa filipina. Dicen que este Alsate no sólo se expresa bien en castellano, sino que parece un verdadero palaciego, pues emplea muy oportunamente los tratamientos de Excelencia y Majestad y á todos trata y habla con exquisita cortesanía. Nunca habían oído hablar estos filipinos de más reyes que del emperador de la China y tienen grandes deseos de ver por sus propios ojos que cosa sea una reina.

Sigue al jefe de los igorrotes en importancia un joven moro aspirante á *datto*, que tiene extraordinaria influencia en las tribus de su comarca. Puede levantar en armas facilmente cuatro ó cinco mil hombres. No necesito decirte las consideraciones que se le guardarían si aquí pudiera hacer otro tanto. Es afable, cariñoso, inteligente y no se quita el puro de entre los dientes ni en los más graves momentos de su existencia. Obsequia con cigarros á cuantos le visitan, inclusas las damas. Cree, sin duda, que la humanidad ha nacido para fumar y que todo individuo debe ser una chimenea. Este habla correctamente el inglés, lengua esencialmente antipopular en España.

El capitán Picio, trae el bastón de gobernadorcillo, y bien conoce la importancia que tiene este símbolo de autoridad, pues no le deja ni un solo instante. Es un hombre pegado á un bastón, como decía Quevedo hablando de cierta nariz.

Las hembras son jóvenes y algunas agraciadas. Fuman todas. Son más inteligentes que los hombres y algunas hablan el castellano. Una de las carolinas habla correctamente el inglés y el español.

La mayoría de los hombres conoce nuestro idioma. Se han mostrado muy respetuosos con todas las personas que les han hecho visitas, y están muy tranquilos, como gente que sabe les queremos bien, y debe, por lo tanto, dejarse admirar con benevolencia por seres inferiores. Es dudoso, querida prima, yo así lo supongo, que, á pesar de todo lo que advierten á su alrededor, nos conceptúen superiores á ellos.

Los moros,—dando muestra de que no reconocen esa superioridad,—no han querido cambiar su traje por el nuestro.

Se les ha dado á comer arroz, bacalao, carnero... Son poco aficionados al pan. Les gustan los alimentos muy salados y la carne de cerdo, aunque en su país este plato origine muchas enfermedades.

En lo que tienen más semejanza con nosotros, según parece, es en el tocar la guitarra y en el acompañar al tocador con sus voces. El día en que llegaron, apenas aliviados de las fatigas del viaje, uno de ellos se puso á cantar coplas melancólicas que coreaban los demás.

Se les ha visto frecuentar los teatros, obsequiados por las empresas; manteniéndose en actitud dignísima durante la representación, sin dejar de mirar al escenario ni un momento, pero sin asombrarse, ni reír, ni conmoverse en lo más mínimo. Puesto que entienden el estilo castellano debían entender el sentido de las palabras; pero ¿qué son las palabras, cuando las ideas y las pasiones que expresan no están en el cerebro ni en el corazón de quien las oye?

También se les ha visto pasear en carruaje por las calles, acompañados de personas distinguidas y entrar en los cafés y en las tiendas; mostrándose siempre muy amables, y, al propio tiempo, muy resistentes á las influencias morales de nuestra sociedad. Seguramente que nos compadecen; no comprendiendo que una existencia como la nuestra pueda ser divertida. Se les ha dado camas, tocadores con buenos espejos, cubiertos; pero todo esto no constituye la felicidad. Buena prueba de ello es que las damas filipinas desprecian las sillas de Viena, tan elegantes para el gusto europeo, y se sientan sobre las losas á fumar sus cigarros. ¿Los refinamientos del lujo, son, tal vez tormentos verdaderos, aberraciones de la naturaleza á que nos hemos acostumbrado?

Son muy curiosos, especialmente las mujeres, lo cual prueba que la curiosidad es como los pechos, y el cabello largo y la cara limpia requisito universal de la mujer en todos los países. No todos los hombres somos Adanes; pero, sí todas las mujeres son Evas.

Y ahora vengamos al triste suceso, motivo de este preámbulo. En esta expedición vinieron dos moros, con sus moras correspondientes. Vivían los cuatro en el mismo departamento; sin comunicarse mucho con los demás. Una de estas moras se llamaba Basalia, era la más joven. Había nacido en Joló; tenía treinta años. El frío de Europa la sentó mal y en Madrid se agravó su dolencia. Como le sucede á quien deja su patria, resistió decir su enfermedad á los extraños, y los otros moros lo resistieron también; confiando más en el destino que en la ciencia de nuestros médicos. El hecho es que Basalia se moría; y cuando Ismael Alsate entró en el barracón que habitaban los moros en el Retiro, quiso que no muriese sin bautismo. Los moros se opusieron; ellos tienen su religión; tienen sus oraciones; Basalia moriría como había vivido. Y cuando espiró, su marido Boston Bason, descolgó un espejo de la pared, desenvainó su machete, y puso sobre el cadáver ambos objetos, así como su lanza y la de su compañero; que se llama Oto Jadcaqui. Después de esto inauguraron el festín de la muerte fumando cigarros é invitando á los guardias civiles y á las personas que estaban presentes á chocolate y licores, en celebración del viaje de Basalia. Reflexiona bien, Carmen, respecto á la sabiduría de esta gente que ha hecho de la muerte de las personas queridas motivo de gozo; muy al contrario de nosotros que conceptuamos tener razones fundadas para entristecernos al perderlas. Realmente debemos alegrarnos de que los que amamos se vean libres de las tribulaciones del mundo y gocen ya del eternal reposo; en vez de lamentar con egoísmo la soledad y los dolorosos recuerdos que nos dejan. El cadáver de Basalia fué lavado dos veces por los moros, y rociado con polvos de arroz, tapándole la nariz y los oídos, vistiéndole de blanco y envolviéndole en un lienzo, blanco también, de nueve metros. Bien atado después, fué llevado el cadáver, en un furgón, al cementerio civil del Este.

Hé aquí el destino de las criaturas. ¿Habría podido imaginar la pobre joloana que se moriría fuera de su patria? ¿Y que como planta trasplantada, moriría doblada por el aire, contraída por el frío? Ese cuerpo tan amante del sol yace bajo una tierra que algunas veces cubrirá la nieve. ¡Contrastes imposibles de preveer en la vida, secretos que sólo sabemos de labios de la muerte!

En fin, ella murió, querida prima, áun antes de ser mirada con curiosidad por el público de Madrid en la Exposición, y la prensa no ha dejado de rendirla un singular tributo fúnebre; pues de resultas de su muerte, dura todavía una polémica entre varios periódicos acerca de si la mora infeliz debía ó no debió morirse. Los unos afirman que ella venía expresamente á Madrid para eso; los otros que su muerte ha sido el primer grave error oficial de la Exposición de Filipinas.

Puesto que, al fin y al cabo, ella está ya enterrada hablemos, si quieres, de otra cosa.

Y hablemos de cosas más agradables. Con esto mi carta terminará más á tu gusto, sin duda: hablemos de Juana Granier, la reina de la opereta. Madrid ha confirmado su reputación universal; en todas las obras la aplaude con delirio. Verdad es que la Granier es no sólo cantante de voz agradabilísima, expresiva, que evoca todas las alegrías en el corazón; sino que es actriz consumada, y una persona lindísima, llena de gracia, de coquetería, de atracción irresistible.

Su madre, actriz francesa, solía decir de ella: «Es una tonta, no sirve para nada.»

En ninguna ocasión ha podido decirse con más motivo que el amor de madre ciega.

Juana Granier es el ídolo de París y lo es de Madrid, también, ahora.

Dicen que conserva de mujer la gran afición que tienen las niñas. El mejor regalo que puede hacérsela es una muñeca.

Es vengativa, según parece; pero lindamente vengativa.

Cuando se dedicó al teatro se dirigió á monsieur Cantin, famoso empresario, y le pidió sesenta duros al mes por cantar.

—¡Tienes que comer mucho pan todavía, antes de ganar eso!—le contestó.

A los tres meses, M. Cantin, la ofrecía los mismos 60 duros.

—¡No he comido todavía bastante pan!—le dijo ella.

Pero, ¿á qué contarte anécdotas de la vida de una celebridad que tú conoces y admiras?

FERNANFLOR.

ESTUDIOS SOBRE LA VIDA DEL PUEBLO

(CONTINUACIÓN)

¡Por supuesto! ¡si la mujer estaba ya más que harta! había venido sufriendo despegos, malos tratamientos, mayor pobreza de la que hubiera tenido á no sonsacar los cuartos á su hombre la picaronaza de la cacharrera, cuanto hay que sufrir, y esto por más de un año, hasta que, al fin, su marido la abandonaba. No hay leyes ni justicias en la tierra... ó por lo menos según le decían todas las vecinas, de nada le servía que

las hubiera, porque el juez no podría obligar al marido sino á que diese alimentos y el marido con probar que nada ganaba, aunque ganase, ó con desaparecer, estaba libre del compromiso.

¡Ah! pero cuando se halló sola, ya no pudo con la pena; no le era dado gastar su dolor vociferando y ultrajando... Lloraba, lloraba angustiada; pasaba sus dedos secos y fuertes de lavandera por su cara terrosa y negruzca ya, y luégo crispaba las manos, ó amenazaba á un invisible enemigo, llevando al cielo sus puños prietos de rabia para caer de nuevo en su llanto de aflicción profunda.

En esto penetró por la puerta la María, con los tres niños ya vestidos y que llegaron medrosos y asombrados; tenían de cuatro á siete años, eran dos niñas y un niño.

La María, la vecina que había tenido en su casa á los niños y los llevaba de nuevo con su madre, una mujer alta y delgada, con ojos sobresaltados y boca sumida, hacía girar aquéllos de un modo que amedrentaba y movía ésta, al hablar, como si chupara algo, era sentenciosa y formal en sus palabras.

La señá María pensaba que su vecina no debía desesperar; el señor Aniceto no tardaría, según ella, en volver á su casa.

—¡No, no, si no le quiero ver, si para una miserable puchera que una se come y un mendrugo que darnos... me basto yo! Aún tengo manos, señá María,—gritaba la señá Margarita,—con mi Antolín y yo no se morirán mis hijos de hambre.

Entonces, olvidando la aflicción que un momento antes la angustiaba puso empeño en mostrar que sentía una aversión y un desprecio tan grande por su marido, que para nada, para nada había de irle á buscar.

—Si se lo he dicho, se lo he dicho, ha de verse arrastrado por los suelos... y esa bribona, esa bribona sin vengüenza que quita el padre á estas criaturas de Dios, morirá en la galera... sí, señora... allí ha de verse...

—Vaya señá Margarita, llévelo con resignación ..

—Y tanto como he de llevarlo, que maldito lo que ya me importa; les he dicho cuanto quería, y eso sí, tantas veces les vea tantas veces les saco á la vergüenza; eso sí, señá María, eso sí, no han de reirse en mi cara de mí...

Y cogiendo en brazos á uno de sus hijos sacó del cajón de una mesa un peine y se puso á peinar los enmarañados cabellos de un rubio de oro del pequeñuelo.

A las doce, cuando llegó Antolín á comer, ya estaba dispuesto el puchero como todos los días; al muchacho no le extrañó no ver á su padre; éste trabajaba en el centro de Madrid y solía llegar mucho después que su hijo. La señá Margarita extendió una servilleta de recio tejido sobre la mesita de pino y puso las cucharas de hierro y de palo, sacó una gran navaja, hizo con la punta la señal de la cruz sobre el pan y partió éste en cinco pedazos; luégo sirvió la sopa; los pequeños ya estaban sentados.

—¿No esperamos á padre?—preguntó Antolín con su voz ronca y difusa, en el modo de hablar refunfuñando que le era propio.

—No, no le esperamos,—replicó la señá Margarita.

Antolín no preguntó más y comenzó á comer tan silenciosamente como de costumbre; después su madre le sirvió un medio vaso de vino y él se volvió á su trabajo sin haberse apercibido de nada; por la noche tornó á casa le dió la cena su madre y el muchacho se echó á dormir, rendido del rudo trabajo del día.

Tres pasaron y la señá Margarita volvió á mostrarse tranquila, si bien más afanada y diligente; había tomado su partido, se echó á buscar ropa para lavarla y pudo reunir multitud de encargos; esto parecía contentarla, hasta se creía más satisfecha... ¿Para qué necesitaba al fin y al cabo á nadie? con su trabajo y el jornalillo de su hijo vivirían todos. Sacaba su artesón á la puerta, sentaba sus hijitos al sol y como si hubiera tenido gran empeño en que las gentes se apercibiesen de su indiferencia y de su valor, hablaba y reía con todo el mundo, hacía extremadas caricias á sus hijos y á veces cantaba á voz en grito como una mujer que no tiene asomo de penas en su pecho.

Al cabo de los tres días ya hubo de llegar á extrañarse algo el bobalicón de Antolín de no ver á su padre.

—Pero, ¿y padre?—preguntó.

—Bueno, hijo, bueno, tan rico y tan contento, —dijo la señá Margarita, sin que Antolín echara de ver ni la ironía ni el dejo de despecho con que había replicado su madre.

Y nadie imaginaría lo que este pobre inocentón hubo de reirse cuando un camarada suyo le dijo:

—Antolín, ¿y tu padre? ¿Ya hará más de ocho días que no le ves, verdad? ¡Pues hijo se ha ido á casar con la cacharrera!

Como si un hombre pudiera casarse con otra mujer viviendo la suya... En la ignorancia y simplicidad ingenua de Antolín aparecía una noción de justicia muy singular: él no creía que el delito aquel de abandonar un padre á su mujer y á sus hijos no estuviera gravemente penado por las leyes... Por lo demás... él tal vez no discurría ni aún de este modo; se echó á reir y tal vez á su manera y sin saber por qué pensó seriamente en el asunto.

Un año pasó después de la desaparición de Aniceto. Antolín ya sabía la verdad, y una tarde vió á su padre y se acercó á hablarle, pero el padre le amenazó con pegarle si no se retiraba.

En cuanto á echarle de menos... á la verdad no había mucho por qué, pues la señá Margarita se ganaba casi tanto y áun más que el ma-

CECILIO VAN HAANEN

rido, y á Antolín le habían subido el jornalillo tres reales más... y algunas veces trabajaba á destajo, sacando buenos cuartos.

—Anda, el maldito,—decía á veces la señá Margarita hablando de su marido,—si apareciera por aquí le daba con la puerta en la cara... anda que triunfe y gaste...

¿Le quedaba en el fondo de su alma á Margarita algún despecho al saber que Aniceto iba los domingos á comer al campo con la cacharrera, y ella y él, según de público se decía, vivían alegremente, ó bien no disimulaba dolor alguno y respondiendo al gozo de las mujeres del pueblo, cuya dicha se cifra en tener pan seguro para sus hijos é independencia para ella, cantaba regocijada á su libertad?

Vaya V. á saberlo.

En cuanto á Antolín unas veces se reía, otras se quedaba muy triste y sin darse cuenta del por qué.

—Oiga, madre,—exclamó un día,—yo en cuanto que vea á padre, que ahora trabaja en la obra del colegio... le traigo por acá.

—¡Dios te libre! Anda y que se las componga como quiera; si él viene yo me voy y te dejo.

Antolín se quedó como quien ve visiones; pero como él sin duda convencido de que por mucho que quisiera no habría de comprender las cosas, no pensaba mucho tiempo en ellas.

II

Allá por cima de las casas más elevadas del barrio, se ve el armazón de un atrevido andamiaje; los oscuros palos, troncos aún no descortezados, fuertemente unidos por recias ligaduras, vigas y tablas y palos de blanca y amarillentá madera.

Bajo aquella trama de tablados y soportes se veían crecer día por día los muros del nuevo edificio...

Habría de ser una magnífica obra; multitud de albañiles con blusas y pantalones blancos iban y venían por el andamiaje; parecía que acababan de saltar de la cama y no habían tenido tiempo de vestirse; allí resonaba el golpear y aserrar de los carpinteros; los alegres ruidos del trabajo, el bullir de los obreros afanados contentaban la vista y el oído.

(Se concluirá.)

JOSÉ ZAHONERO.

BARCELONA: FIESTA MARÍTIMA CELEBRADA POR EL «CLUB DE REGATAS» EL 29 DE MAYO (Dibujo de Asarta)

LA PAZ Á PALOS (Cuadro de D. A. Amorós.—Dibujo de P. y Valor)

LECTURAS

A MUCHOS Y A NINGUNO

(CONCLUSIÓN)

Cuando se es adolescente estudioso y se tiene, con la cándida pedantería propia de la edad, la noble pasión de querer saberlo todo, se busca por mil partes listas y más listas de libros, catálogos y notas bibliográficas y se siente el terror de lo indefinido en presencia de tantas y tantas hojas de papel impreso, porque se cree que no se puede pasar por otro camino que el de leer todo aquello. Después la reflexión y los desengaños nos enseñan á despreciar lo más de cuanto se ha escrito y aprendemos que es uno de los capítulos más importantes y más difíciles del arte de estudiar el que trata de cómo se ha de escoger la lectura y de cuáles libros se han de leer dos ó más veces y cuáles ninguna vez. Esta reacción contra el *mare-magnum* de letras de molde sabias puede ir demasiado lejos; así que el varón justo debe abstenerse de leer muchas obras que no por eso necesita despreciar. Esa multitud de tratados que tienen individualmente tan escaso mérito, ayudan, sin embargo, al progreso, como capas de tierra que se van sobreponiendo en insensible aluvión y llegan á formar un terreno alto y firme. Pero lo que en la ciencia es útil es en el arte perjudicial. Una muchedumbre de novelistas sin ideas propias, sin inspiración, sin ingenio, sin gusto, no hacen adelantar un paso á la poesía; lo que necesita el arte para vivir bien no es una multitud de escritores, sino un pueblo que sepa ser espectador ó lector, que sepa contemplar y admirar. El griego fué el pueblo artístico por excelencia porque tuvo grandes creadores y un ambiente de popularidad para la poesía, no porque todos los griegos se dedicaran á escribir tragedias ó poemas, ó á sacar de las canteras estatuas ó templos. Hace más por la novela española el que compra un ejemplar de *Sotileza* ó de *Gloria* y lo lee y se calla, ó habla de sus impresiones á un amigo, que el que imita sin aptitud suficiente á Pereda ó á Galdós escribiendo fábulas largas en prosa trivial ó retorcida. Esos críticos que se dan la enhorabuena porque ven que se publican cada día más y más libros de imaginación, debieran pensar despacio si lo que se le ocurre á la imaginación de un cualquiera le importa algo al arte. El público español aprendería algo y serviría algo á la poesía cuando se consagrase á estimar á los pocos, poquísimos escritores buenos que tenemos y á estudiarles y penetrarse de su espíritu; pero nada aprende ni de nada sirve una masa de lectores que vaya y venga impulsada por el capricho de la novedad, por las imposiciones de la gacetilla profana y vocinglera repartiendo la atención y el dinero entre multitud de nulidades, de vulgarísimos escribientes capaces de convertir en idiota en pocos años á la raza mejor dotada para gustar el encanto de la belleza literaria.

Es natural el prurito de producir obras del mismo género de las que se admira en los autores favoritos; no todos saben contener esta comezón y son muchos los que se lanzan á escribir guiados sólo por ella (aunque difícil será que la vanidad no tome parte también en la resolución), pero á lo menos en otros países civilizados ese afán de decir algo sobre la belleza se desahoga en libros ó artículos de erudición, ó de crítica, en fin, en comentarios, ya científicos, ya de pura fantasía, pero no como aquí necesariamente en imitaciones y remedos anodinos y ridículos.

Tienen la culpa de esta desventaja nuestra la ignorancia general y la pereza que nos domina. Ni el público lee más que obras de *vaga* y *amena* literatura, como dice el Catálogo del Ateneo de Madrid, ni la mayor parte de los que aquí saben pergeñar cuatro renglones tienen educación suficiente para emprender trabajos de comentario científico, de erudición y crítica verdadera. Así, á nuestros grandes poetas, se les ha imitado mucho más que estudiado y comentado; tenemos, v. gr. continuaciones del *Diablo Mundo* y no tenemos un estudio importante acerca del ingenio de Espronceda. Sucede á nuestros aficionados lo que al doctor Faustino de Valera, que se sentía muy capaz de inventar leyes, pero no de estudiar las que habían hecho otros.

Yo tengo el honor de tratar en continuada y frecuente correspondencia á varios amantes de la literatura, franceses y portugueses, jóvenes inteligentes y entusiásticos los más; pues noto en ellos lo que rara vez he visto en sus similares españoles, un *desinteresado* amor á la poesía, una afición *pasiva* que encanta; afán por estudiar y penetrar las obras ajenas; no la fiebre de producir á todo trance. Por ahí fuera, la juventud estudiosa y bien sentida forma una atmósfera propicia al arte; aquí nos quedamos sin aire á fuerza de echárnosla todos de hombres de mucho pulmón poético; aquí respiramos en un cuarto cerrado, estrecho, mezquino, donde se acumula una multitud de consumidores de oxígeno.

No, no es así como se va á un florecimiento literario; si queréis algo que se parezca á eso dejad, oh jóvenes ineptos, que escriban los que saben y vosotros contentaos con llegar, á fuerza de estudios y meditaciones, á comprender y sentir algún día lo que han querido decir los artistas verdaderos en las obras que hoy por hoy son para vosotros letra muerta.

CLARÍN.

UNA PELOTERA EN LA CALLE.—LA AGUADORA (Cuadros de C. Van Haanen)

REVISTA CIENTIFICA

Determinación práctica de las temperaturas elevadas.—Interesante propiedad del bi-cromato de potasa. Envenenamiento crónico por el tabaco. - Mistress Eldridge, exnegra. — La locura en la gente de color. — Epidemia trapera.—¡Cuidado con la leche... mala!

Los *Anales industriales* describen el procedimiento siguiente, sencillísimo, para la determinación práctica de la temperaturas elevadas, debido á M. Walrand, ingeniero de minas.

Para reconocer si la temperatura de un horno es la de la soldadura del hierro, por ejemplo, suspéndese en el interior de este horno un gancho de hierro de 8 milímetros de diámetro que se deja durante 21 segundos. Este tiempo se mide por un péndulo consistente en una simple varilla provista en una extremidad de un anillo de suspensión y en la otra de un peso que se puede ajustar por medio de un tornillo. Arréglase este péndulo al principio de cada experimento por medio de un reloj, y aún basta con un reloj de segundos, sin necesidad de péndulo. Si se retira el gancho á los 21 segundos y echa chispas, es señal de que el horno está á una temperatura conveniente. Aunque este método no indica la temperatura en unidades absolutas, da indicaciones suficientes en la práctica.

***

Además de sus usos industriales, bien conocidos, se ha descubierto recientemente que el bi-cromato de potasa goza de una propiedad muy interesante, cual es la de hacer insolubles en el agua las colas fuertes y la gelatina, de donde resulta que los artículos de algodón, lino, seda y otros, y áun los papeles, una vez barnizados con esta cola hecha insoluble, son completamente impermeables.

Según *La Papeterie* basta para hacer insoluble la cola ó gelatina añadir al agua que la mantiene en disolución una parte de bi-cromato de potasa por cincuenta partes de cola ó de gelatina, en el momento en que tenga que servir, y operar en plena luz.

***

Es un hecho reconocido y admitido por todo el mundo que el abuso del tabaco da lugar á alteraciones agudas y crónicas de intoxicación y que estas últimas resultan á veces de suma gravedad. Pero los desórdenes anatómicos que caracterizan esta intoxicación son todavía bastante mal conocidos, por ser raro que sobrevenga la muerte en su consecuencia. M. Favarger (de Viena) ha tenido con todo ocasión de observar una notable degeneración grasienta del corazón en un sexagenario que fumaba desde largos años fuertes habanos y en quién esta degeneración no podía explicarse por el alcoholismo ni por otra causa más que por el abuso del tabaco. La muerte había sobrevenido á consecuencia de una hemorragia debida á una úlcera simple del estómago y como no había ateroma arterial (1) M. Favarger atribuye la degeneración del corazón á la estrechez funcional de las arterias coronarias (2) y á la isquemia (3) cardiaca consecutiva. Una alteración circulatoria del mismo mecanismo podría explicar también la formación de la úlcera estomacal.

En una conferencia dada últimamente en Viena á propósito de este caso y de la cual da cuenta la *Semaine medicale*, M. Favarger llamó la atención sobre las diferentes maneras de fumar y distingue cuatro tipos de fumadores:

1.° Los que tragan el humo; en este caso la nicotina puede obrar directamente sobre la mucosa pulmonar y no sobre la mucosa estomacal,—como dice el autor,—puesto que los que absorben el humo lo *inhalan* y no lo *tragan*, según la expresión corriente, impropia;

2.° Los fumadores que se contentan con aspirar y en los cuales la acción nociva queda limitada á la faringe y la laringe;

3.° Los fumadores que tienen constantemente el cigarro entre los labios y que tragan entonces cierta cantidad de saliva mezclada con nicotina; en esos puede haber una acción directa sobre la mucosa estomacal. En fin,

4.° Los fumadores que hacen uso de boquillas insuficientemente entretenidas ó renovadas.

Los medios propios para evitar el nicotismo crónico consisten, según M. Favarger:

1.° En no fumar nunca en ayunas, por manera que quede reducido el número de cigarros, que obre la nicotina sobre el estómago lleno y que pueda aprovecharse la acción anti-nicotínica del ácido tánico contenido en ciertas bebidas (vino tinto, café, té).

2.° En no tener el cigarro en la boca de una manera permanente.

3.° En renovar y limpiar á menudo las boquillas, y

4.° En hacer alternar los cigarros fuertes con otros más flojos.

M. Favarger recomienda el ácido tánico (tanino) como el mejor antídoto de la nicotina. Puédese administrar también el ioduro de potasio, y el opio ha sido dado con éxito contra la ambliopia (1) tabácica que resulta de una isquemia retiniana comparable á la isquemia cardíaca y de la misma naturaleza; finalmente la atropina es un antídoto fisiológico de la nicotina.

Por lo demás, el conferenciante sólo ha acusado la nicotina en la intoxicación tabácica y no ha tratado de distinguir entre las diversas sustancias que se encuentran en los tabacos ó que resultan de su combustión y pueden ser nocivas en diversos grados. Haremos presente, pues, que los espasmos vasculares atribuídos por M. Favarger á la nicotina, parecen debidos en los fumadores,—como han dejado sentado M. M. Leroy de Mericourt y Pabst,—á productos empireumáticos y ciánicos que se forman por la combustión del tabaco. Este obra sobre todo por la nicotina que contiene en la acción de *mascar*, y el envenenamiento que resulta entonces, y que puede ser muy acentuado cuando se traga la mascada, tradúcese por hipostenia, vómitos y cámaras profusas, es decir, por un verdadero cólera tabácico. *(Revue Scientifique)*.

***

Cuenta el *Journal du commerce* de Nueva-York, que en Howell (Michigan) ha muerto hace poco una vieja negra que durante su vida excitó en sumo grado el interés de los médicos de por allí. La tal mujer, llamada mistress Eldridge, ha llegado á una edad muy avanzada, con la particularidad de que hasta los cincuenta años su piel era de un hermoso color de ébano y partiendo de entonces aparecióronle unas

EL ZAPATERO DE PORTAL (Cuadro de C. Van Haanen)

(1) Forma de induración de las arterias, de *atera*, papilla.
(2) Las que nutren el corazón, propias de este órgano.
(3) Detención de la circulación arterial.

(1) Debilidad de la vista.

Á LOS PIÉS DEL SALVADOR (C

V. Cutanda.—Dibujo de P. y Valor)

placas blancas del tamaño de un duro, que comenzaron por las piernas. Al cabo de muy poco tiempo el cuerpo quedó cubierto por entero de manchas parecidas, hasta el momento en que toda la piel apareció blanca como la de una mujer de la raza caucásica. Este cambio de color de la piel no ejerció ninguna influencia en la salud de esta mujer. Los médicos que la han observado no encuentran explicación posible para motivar semejante cambio de color, si bien han opinado unánimemente que no se trataba de ninguna enfermedad de la piel.

Si se confirma, pues, que el caso de mistress Eldridge no consiste en un colosal albinismo ó vitiligo, van á ponerse de mal humor los poligenistas empeñados en que los negros han sido siempre negros y en cambio quedará bastante justificada la frase de aquel morenito haitiano que una vez proclamada la independencia de su país mandó poner en sus tarjetas: *Georges, ex-negro.*

***

Sin salirnos de tan oscura cuestión diremos ahora, que, según se lamenta Mr. Buchanan en el *New-York Medical Journal*, llega á ser ya alarmante el número de casos de locura en la gente de color que vive en la gran república.

Según dicho señor, á quien si no viésemos que escribe en un colega neo-yorkino tomaríamos por un *sudista* furibundo, era rarísimo antes de la emancipación el que un negro se volviese loco, de lo cual deduce lógicamente que la herencia, la predisposición ó el cambio de clima han debido tener muy poca parte en lo que está sucediendo desde la victoria de los yankees sobre el sin par general Lee. Más aún: según aseveran muchos y fidedignos viajeros la locura es cosa muy peregrina entre los negros. Hay, pues, que buscarle otras causas á ese rápido desarrollo de la enagenación mental de que son víctimas los individuos nuevamente emancipados.

Parécele evidente á Mr. Buchanan que la libertad y las ventajas de la civilización les han sido fatales á los negros... Incapaces de reformar sus inclinaciones se han entregado prontamente á todos los excesos, especialmente á los que á tal extremo de *avachissement* condujeron á los Coupeau. Además, la mayor parte de ellos, incapaces de saberse manejar, de organizar su existencia, han caído en una vida miserable. ¡Por vida de *Jeff* que no dirían mas que mister Buchanan Jackson *Stone-Wall*, Johnson, Beauregard y el obispo Polk!

Lo más gracioso es que en esos negros locos ó locos negros las tendencias homicidas son las más comunes, guardándose bien en cambio de echárselas de suicidas. La demencia, la lipemanía, el delirio de las persecuciones y el delirio de las grandezas son las formas más ordinarias que presentan.

Mr. Buchanan piensa que, con el tiempo, podrá instruirse suficientemente á los negros,—como si no tuviésemos bastante trabajo con civilizar á los blancos,—para infiltrarles las ideas morales de que carecen ahora casi por completo, poniéndoles así en estado de escapar á las causas de locura que pesan sobre ellos.

Por desgracia, sabemos todos lo que suelen sacar los negros de los sermones.

***

Dejemos ya á los descendientes de Cam y echemos una ojeada á una de tantas miserias como afligen á la raza de Jafet. Trátase de una epidemia que se ha desarrollado entre los operarios encargados de escoger los trapos empleados en una fábrica de papel de Riga. El primer caso ocurrió el 25 de Abril último y el día 28 contábanse ya 7 defunciones. Los síntomas señalados son: primeramente, temblores, calor vivo, malestar general; luégo, pérdida del apetito, cefalalgia, diarrea, pulso débil, tos con expectoración moderada. Cuando la terminación debía ser fatal, descenso de la temperatura, debilidad creciente del pulso, cianosis y colapso. En la autopsia, rápida descomposición de los tejidos, derrames en el pericardio, la pleura, el mediastino, hinchazón de los ganglios brónquicos y del bazo. El señor Krannhals encontró tres especies diferentes de microbios en la sangre: algunos se parecían á los que Koch ha encontrado en el edema; otros estaban dispuestos en hileras y otros parecían *cocci*. Donde más había era en el parenquima pulmonar, los bronquíos y el tejido celular del mediastino. Inyectado el líquido pleural bajo la piel de un perro sobrevino un edema maligno que ocasionó la muerte á los tres días. El cultivo de esos productos en el agar-agar demostró su identidad con los microorganismos del edema maligno, de lo cual deduce M. Krannhals que se trataba de una epidemia análoga al edema maligno ó carbuncoso.

Se han observado casos análogos en las filaturas de lana.

Es de añadir que los traperos dedicados al escogimiento de trapos suelen padecer también de una enfermedad especial de la piel de las manos.

***

Vamos á terminar dando la voz de alerta sobre los peligros que pueden sobrevenir de la utilización de los productos obtenidos con la leche de las vacas tuberculosas. Resulta, en efecto, de las investigaciones hechas por M. V. Galtier y comunicadas á la Academia de Ciencias de París en la sesión del 16 de Mayo último, que los gérmenes de tuberculosis que contiene la leche de las vacas tísicas son de temer no tan solamente cuando este producto se utiliza en estado de crudeza y sin transformación para el consumo del hombre y alimentación de los animales sino también cuando se emplea en la fabricación de los productos que la industria lechera saca de ella habitualmente. Estos gérmenes se conservan en la leche tratada por el cuajo, en el queso, en el suero y pueden hacer esos productos tan peligrosos como la leche de la que se les ha obtenido. El hombre puede, muy verosímilmente, inocularse gérmenes de tisis tuberculosa consumiendo leche cruda de vaca tísica, leche cuajada, queso fresco, queso desecado ó salado ó suero preparados con la leche de las bestias tuberculosas. Las aves de corral y los animales de la especie porcuna, para cuya alimentación se utiliza en muchas casas de campo el suero procedente de la fabricación de los quesos, pueden infectarse á su vez cuando, entre las vacas lecheras, las hay que están afectadas de tuberculosis, y no es irracional achacar á esta causa cierto número de tuberculosis de la gallina ó del cerdo. En consecuencia, está rigurosamente indicado, no solamente apartar del consumo la leche cruda de las vacas tísicas ó sospechosas, conviene reservarla exclusivamente para la alimentación de los animales después de sometida precisamente á la ebullición.

ALFREDO OPISSO.

VISTA DE QUEBEC
DESDE LA CIUDADELA (CANADÁ)

EL PAPÁ TITÍ

En una velada que se celebró en el *Círculo Posibilista*, conocí á don Ignacio. Me habían proporcionado billete de invitación para asistir á aquella solemnidad *lírico-literario-científica* y la casualidad hizo que me sentase á su lado. Él, como luégo supe, tampoco era socio, no por excusar el pago de la cuota, sino por el profundo desdén que, aunque republicano, sentía por la *evolución pacífica;* se decía *revolucionario* y... Pero lugar hay para repetir sus palabras.

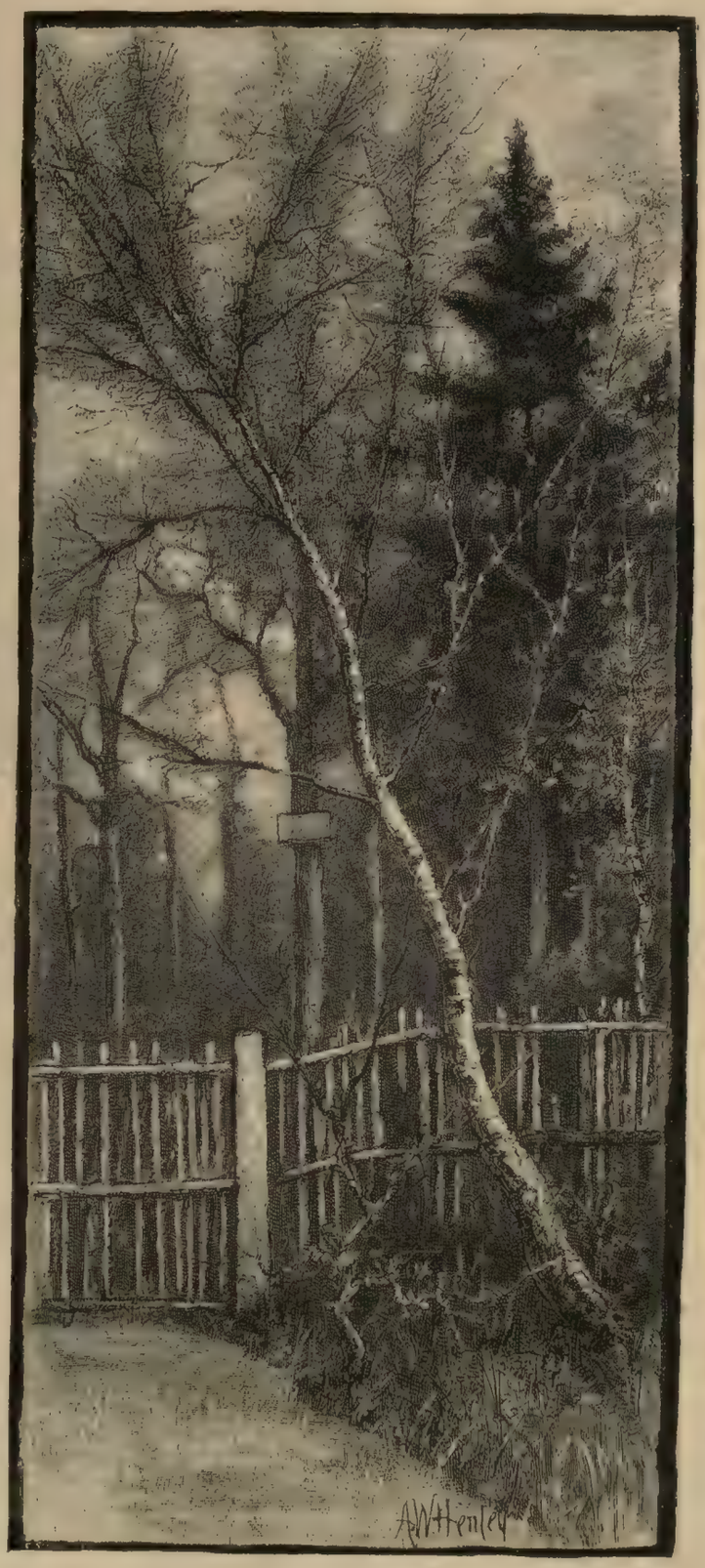
El presidente del *Círculo*, decano de la facultad de ciencias de la ciudad y célebre en toda la provincia por su sabiduría, pronunciaba el discurso con que empezó la fiesta. No recuerdo el tema elegido por el calvo profesor, pero sí que de cuestiones astronómicas é interestelares trataba éste y que con frecuencia, harto penosa para el pensamiento de los circunstantes, lanzaba de su sapientísima boca cifras enormes. Alternativa y paralelamente á su barba, hacía girar ambos sus dedos índices y extendiendo luégo rápidamente el brazo ó describiendo en el aire graciosos arcos, pretendía hacer comprender la formación de astros nuevos, las fuerzas centrípeta y centrífuga, los movimientos de rotación, las hipérboles y parábolas... Si solo por el sentido de la vista me hubiese enterado del discurso, creyera que el señor presidente había hecho buena descripción de un castillo de fuegos artificiales.

Ya dije antes que don Ignacio estaba á mi lado aquella noche. Pronto comprendí que el tal debía de tener en tan poco á la ciencia astronómica como al *posibilismo*. Después de terminar el orador el exordio de su discurso, el cerebro de don Ignacio no pudo resistir al vacío, cerráronse sus ojos ante una constelación de nebulosas, inclinó la cabeza quizás bajo el peso de un astro trillones de veces mayor que el nuestro y lanzóse, por fin, á los abismos del sueño, tal vez en busca de ese infinito lleno de éter, donde de él hiciera buena provisión porque ya estaba cansado de comprarle frascos á una querida suya excesivamente nerviosa. Posible es también que soñara con espectros, pues muchas veces los había nombrado el profesor en el curso de su discurso aunque refiriéndose á unos muy distintos de los únicos de que tenía noticias don Ignacio. Éste no despertó hasta que despertar le hizo un estrepitoso palmoteo con el que gentes que no comprendieron al orador ó á quienes el orador había aburrido, premiaban el discurso, no sé si por bueno ó porque había terminado. Don Ignacio aunque no por estos motivos aplaudió más fuerte que los demás y volviéndose á mí, me dijo con convicción:—¡Muy bien!—Luégo me habló del éter y de su querida.

Como no me he propuesto describir la velada aquella «en la que la ciencia, la poesía y la música, hicieron que las horas se deslizasen rápidas para los socios del *Círculo* y las personas invitadas»—así lo escribió al siguiente día un redactor del *Eco Posibilista*,—como no ha sido esa mi intención, repito, con lo dicho basta para que se sepa en qué circunstancias trabé conocimiento con el *papá Tití*. Ya se verá cómo y por qué pusieron á don Ignacio mote tan extravagante.

Pasaron días y llegó uno en que mudé de casa de huéspedes. Grande fué mi asombro cuando á la hora del almuerzo ví en la mesa, frente á mí, á don Ignacio que hablaba mucho y engullía más, cual si necesitase desalojar de palabras su liviano cuerpecillo para dar cabida á la gran cantidad de alimento que como por arte de magia desaparecía entre sus tan delgados labios que hubiese creído de goma á juzgar por la facilidad con que se estiraban en aquel solemne acto.

Era don Ignacio de baja estatura y pocas carnes; sus párpados arrugados, al abrirse con flojedad como viejo estuche de antigua joya, dejaban ver unos ojos azules, grandes por lo redondos y donde parecía estar siempre marcado el espanto; hundíasele la carne de las mejillas, se le plegaba en arrugas la de la frente y tenía roja (rojo variable) la piel que cubría la de los pómulos y nariz; ésta era corva y con su punta parecía sujetar al labio un bigote blanco y de larguísimas guías que el buen hombre cuidaba de llevar muy tiesas y engomadas; en el cuello, á siniestro lado, se le alcanzaba á ver una mancha ovalada de color oscuro que siempre atribuyó don Ignacio á cierto capricho que, por un melón, tuvo su madre estando de él (de don Ignacio) preñada.



UN VALLADO

Comunmente llevaba el *papá Tití* traje claro de americana, camisa de color con cuello vuelto, corbata roja y en su centro un espolón de gallo por alfiler, dos pequeñas fichas de dominó á guisa de gemelos, en los puños de la camisa, reloj de plata y cadena de nikel y dublé con una brujulita por dije.

Era estrafalario el tal hombre por esencia, presencia y potencia; estrafalario en su manera de hacer, hablar y mentir. Le preguntaban por ejemplo:

—¿Cómo estamos, don Ignacio?

—*Cabizmundo* y *meditabajo*,—respondía él: cabizbajo y meditabundo hubiera dicho cualquiera,—porque, querido,—continuaba,—como nó recibo el dinero que me han de mandar... ¡Oh! *El dinero es la medida universal que abarca todas las distancias*. Y no crea usted que me faltan ahora diez duros para un amigo como usted pongo por casa, digo, por caso; nunca me han faltado para sacar á *cualsiquiera* de un apuro, por eso tengo en Cartagena quinientos hombres que se tirarán á la calle á un grito mío y... no se tardará mucho; pero yo no adelanto nunca los acontecimientos. Ahora estoy aquí porque no me conviene que me vean por Cartagena; mi esposa está encargada de todos mis asuntos mineros y revolucionarios.

—¿Pero, es usted casado?—decían.

—Sí, señor,—replicaba don Ignacio,—y con dos hijos, es decir, casado con dos hijos, no; casado con mi mujer y padre de un *churumbel* y de una *chavalilla* á quienes doy una educación superior; les he puesto un maestro de baile que les enseña por *filadelfia* y por lo *flamenco;* saben hablar la guitarra y el piano y tocar en francés y en caló, digo no, al revés; en fin, que hacen á pluma y á pelo unos verdaderos *hemalfloditas* (hermafroditas). No extrañe usted que á pesar de mi *paterfamiliaridá*, me extramure, digo, me *extramilite* un poco, porque como no tengo cerca á mi chuleta (costilla) y los impulsos cardinales (carnales) no se pueden contener... ¿Usted no conoce aquellos versos de Espronceda sobre la mujer que dicen así:

«¿Cuando será que de la loca mente...
. . . . . .»

Continuaba el ridículo don Ignacio ensartando disparatadas mentiras y atribuyendo á Espronceda cosas que jamás pasaron por las mientes del insigne vate. Pero, ¡cualquiera convencía á don Ignacio de que aquellas indecencias no eran de Espronceda! Él lo había leído en un librejo que se vendía *de ocultis* y cosa

ESCAPATORIA

LOS CENTINELAS

PALABRAS DEL CORAZÓN (Cuadro de L. Meyer)

que en letras estuviese podría ser clandestina pero no dejaba por ello de ser infalible para don Ignacio; tan infalible como el Evangelio que si nunca fuera impreso, quizás no habría sido tenido en mucho por él. A tanto llegaba su tontería que lo que manuscrito creyera baladí y desabrido, visto por él en las borrosas columnas de un periódico considerábalo cosa de gran belleza, sustancia y entretenimiento.

¿De qué vivía don Ignacio? Nunca lo supe. ¿Qué edad tenía? En su extravagante rostro era imposible adivinarla. No debía de ser muy joven y solo con jóvenes se asociaba, especialmente con sus compañeros de casa, estudiantes casi todos y gente anti-universitaria y maleante. Tres de ellos y don Ignacio eran *alabarderos* del teatro *Latorre;* él tenía más influencia con el jefe de la ruidosa corporación que sus compañeros ya encallecidos en la profesión por la larga práctica de tres temporadas; en el teatro, todos los tramoyistas, aposentadores, partiquinos y masas corales lo conocían y trataban; creo que tenía relaciones, no sé de qué especie, con la criada de la Masas, célebre tiple, sin rival para lucir las pantorrillas y cantar contoneándose en las picarescas *operetas* de Supé, Lecoq, Autran, *et sic de cœteris.* También por aquella época varios jóvenes tan incautos como pervertidos alquilaron uno de los peores pisos que pudieron hallar en las malas casas de una de las peores calles de la ciudad y establecieron en él un casino anónimo, si casino puede llamarse á tres sucias, pequeñas y casi inhabitables habitaciones mal amuebladas, en las que se jugaba un poco al tresillo, bastante al golfo, demasiado al monte, y donde, con frecuencia, se oía el ruído de las fichas de dominó al arrastrarse éstas sobre el mármol de una mesa, movidas diestramente por manos que parecían querer rascar con ellas la grasienta roña de que la piedra solía hacer ostentación, y en aquel antro donde se templaban al vicio los corazones estudiantiles, en aquella guardilla agrietada y con goteras, horno en verano, nevera en invierno y siempre llena de humo apestante, allí iba don Ignacio con frecuencia, siendo considerado como uno de tantos por los á veces insociables socios de aquel recreativo lugar; pero él era allí la nota disonante: las únicas canas que allí había eran las de su cabeza... y sus bigotes; habilísimo jugador, manejaba tan galanamente los naipes como las fichas de dominó y las figuras del ajedrez; tan diestramente atacaba como defendía en el juego llamado del asalto, y nadie igualaba su mañosa ligereza en mezclar y distribuir las cartas.

A hora avanzada de la mañana se levantaba del lecho don Ignacio si después del alba no se había acostado; pasaba la tarde en el *Círculo montaraz*, nombre con el que el *papá Tití* bautizó á la guardilla antedicha; después de comer iba al teatro en cumplimiento de su obligación y en busca de la *doméstica* de la Masas; rarísima era la calificación que á sus compañeros en *alabarda* y á él propio dió: decía que ellos eran «el mejor *zaguanete* de *palmípedos* que tenía la sociedad de *clásicos* españoles.» Cuando tantas horas de la noche habían pasado que hasta el *Círculo montaraz* cerraba su desvencijada puerta cual tuerto que cubriendo con su párpado el lagañoso ojo se dispone á dormir la borrachera, cuando no quedaba ni el recurso de ir á comer rosquillas al horno que hasta más tarde permanecía abierto, el de la plaza de Miraluna, entonces, don Ignacio solía acompañar á los más calaveras de sus co-pupilos á cierta casa donde en holocausto á Venus y provecho de sus más descocadas sacerdotisas frecuentemente sacrificaban los imbéciles jóvenes su salud y su dinero; pocas veces para tal culto dejaba don Ignacio su óbolo; con cínica seriedad se decía padre de aquellos chicos «á quienes guiaba por la senda de la virtud;» y no por otra cosa ideó una de las mujeres, demostrando no poco ingenio, llamarle el *papá Tití*, nombre que al parecer gustaba mucho á sus adoptivos hijos. Que don Ignacio había caído en gracia á aquellos *ángeles caídos*, era cosa sabida y tampoco ignoro que cuando el chistoso carcamal salía del burdel, sacaba algo de colorete en las arrugas de su rostro y un insoportable perfume producto de extraña mezcla de afeites mujeriles, cuando no, un mareante olor de licores, vino, boquerones y queso.

El *papá Tití*, era, según confesión propia, zorrillista en política, ateo en religión, *frascuelista* en tauromaquia, partidario del amor libre y de las novelas por entregas, especialmente de aquellas en que se celebran las criminales fazañas y glorioso agarrotamiento de un bandolero; muy serio decía que el *arte* político de don Manuel era el mejor y que en la *arena* de la política á nadie *tocaba* (don Ignacio, no don Manuel) *las palmas* más que al *ilustre proscrito;* en cambio, creía que ninguno representaba mejor que *Frascuelo* el verdadero *credo* taurómaco y que jamás *comulgaría* con los *lagartijistas* que tan sin razón gustaban de los poco meritorios *tropos* de la escuela sevillana.

Aunque don Ignacio no creía en Dios, creía en San Roque, no sé si por el perro; en su pueblo había sido varios años clavario del Santo el *papá Tití* y jamás paisano suyo había hecho ostentar al can mejor ni más grande rosca con peladillas, en la procesión del día de *Corpus-Christi;* tenía don Ignacio un gozquecillo al que enseñó muchas habilidades, entre otras, la de hacer el ejercicio con un bastón cuyo puño figuraba la fiera cabeza de un mastín; sabía el devoto de San Roque imitar á la perfección el ladrido y pintar con dos líneas un perro entrando en la iglesia: trazaba, para ello, una recta vertical que podía tomarse por la puerta del templo alambicando mucho las leyes de la perspectiva y remataba la obra con una curva dibujada junto al extremo inferior de la vertical, curva que representaba al rabo, única parte de la integridad perruna que permanecía fuera; se preciaba el *papá Tití* de cazador y precióse siempre de tener los mejores galgos, podencos y pachones de la península, aunque yo creo, que esto último, como sus convicciones políticas y su ateísmo, eran parte de las muchas mentiras que su lengua tenía el hábito de articular; otra cosa le quedaba en el pensamiento, si formalmente su pensamiento se ocupaba en elaborar tales ideas.

Don Ignacio, como se ha visto, no carecía de gracia y habilidades; además de las consignadas merecen mención especial las siguientes: hacer más de veinte clases de *solitarios* con los naipes, arrojar al aire la manzanilla contenida en una caña y recogerla después en el receptáculo sin perder ni una gota, construir pipas de sarmiento para pitillos, puntear gentilmente las cuerdas de la guitarra, cortar las plumas á un gallo inglés como es uso que se corten para las peleas y hacer pasar á un gallo viejo por joven pollo, sin más que rasparle mucho y varias veces los espolones endureciéndolos luégo con una mezcla de pólvora y ajo sabiamente combinada.

Gustaba yo del trato de don Ignacio y serviame de agradable solaz su extravagante conversación. Cuatro meses habitamos él y yo en la misma casa y cuando esperaba completar el difícil estudio psicológico que de mi compañero empecé á hacer aprovechando el *espejo de sus actos* para descubrir el *hondo perfil* de su espíritu, perfil borroso sin duda, me quedé, de la noche á la mañana, sin el objeto de mis investigaciones y divertimiento. Tan cierto es que desapareció de la noche á la mañana, que en una del mes de Mayo me dijo la patrona, al entrarme el chocolate, que en el tren mixto de la madrugada había salido don Ignacio para Cartagena. «¡Ingrato!—pensé.—¡Marcharse sin despedirse siquiera!...»

Aquí acabaría este artículo si un nuevo detalle, concerniente al *papá Tití*, que averigué á los pocos días de su marcha y que me causó indignación y extrañeza, no reclamase de mí algunas líneas. Y era, aunque te cause, lector, enojo y pesadumbre, causa de la rápida desaparición (llamémosle fuga) de don Ignacio, una importante letra de cambio falsa que felizmente negoció el *papá Tití*. Al relatar los periódicos el *timo*, decían que lo había efectuado un sujeto llamado don Ignacio Vergalacarreguí y Ricacochea, natural de, no recuerdo qué pueblo, de la provincia de Guipúzcoa. ¡Vizcaíno! ¿Quién lo había de pensar?

N. DE LEYVA Y VIZCARRO.

DILEMA

¡Qué momento sublime!
Cuando en tranquilas venturosas horas,
con la cabeza en el materno seno,
de mil delicias lleno,
mi amante madre preguntóme:—¿Lloras?
y, con el alma de pasión henchida,
pareció contestarle mi mirada:
—¡Oh, no te apenes, no, madre querida!
—¿Qué tienes?—¡nada, nada!
¡las lágrimas primeras de la vida!

Y, sufriendo también en mi tristeza,
dejando que mi pecho se taladre
del colmo del dolor por la crudeza,
no encuentra hoy ese apoyo mi cabeza
¡ay! que me falta el seno de mi madre.
Mi cerebro se agita,
gime mi pecho, el corazón palpita;
soy mártir de un dilema inextinguible,
porque *amar sin vivir* es un absurdo
¡y *vivir sin amar*, un imposible!

RICARDO J. CATARINEU.

¡CIEGO!

¿Por qué humedece mi pupila el llanto?
¿por qué mi ardiente corazón suspira?
—Es ¡ay! que el alma ya apagarse mira
la luz de mi pupila, con espanto.....
Sólo una vez entre martirio tanto
dulce consuelo bienhechor me inspira,
y es la que grita, si mi aliento espira,
dentro del pecho, con aliento santo:
«El estudio ha iniciado la ceguera
en tus jóvenes ojos, mas no el vicio;
si en sombras la pupila se sumiera;
La Ciencia vino á iluminar tu juicio,
y su luz es más pura y verdadera
que aquella que le diste en sacrificio!»

FRANCISCO TOMAS Y ESTRUCH.

NUESTROS GRABADOS

OBRAS DE CECILIO VAN HAANEN
El primer remojón.—Retrato del autor.—Una pelotera
La aguadora.—El zapatero de portal

M. Cecilio Van Haanen, descendiente de una familia holandesa, nació en Viena en 1844 y comenzó por ser discípulo de su hermano, inspirado paisajista. Estudió después en la Academia de la capital austriaca, pasó seis años en Amberes al lado de Van Lerius y de Veriat, vivió luégo en Londres, dibujando para las principales *Ilustraciones* y, por fin, en el año 1873 hizo su primer viaje á Venecia, donde Passini ejerció sobre él poderosísima influencia.

Puede decirse que bajo la inspiración de tan insigne artista remozó completamente Van Haanen los asuntos de aquella ciudad incomparable, prestándoles una originalidad que forma el principal encanto de sus obras y librándoles en consecuencia de la monotonía de que adolecían desde larguísimos años.

Por supuesto que la *bassa plebe* de Venecia ha perdido su carácter peculiar, pero con todo Van Haanen ha logrado distinguir todavía los matices casi ya borrados y presentar cada tipo en particular, con vida propia.

En suma es Van Haanen un pintor personalísimo ocupando uno de los primeros puestos entre los mejores artistas extranjeros contemporáneos. De algunas de sus obras pueden formar concepto nuestros favorecedores en vista de los grabados que acompañan el presente número.

BARCELONA: FIESTA MARÍTIMA
CELEBRADA POR EL «CLUB DE REGATAS» EL 29 DE MAYO
Dibujo de Asarta

Animadísimo estaba nuestro puerto la tarde del día de Pascua de Pentecostés con motivo de la fiesta que dió el Club

de Regatas, viéndose el antepuerto, donde se verificaron, cuajado de lanchas, botes, vaporcitos y el vapor *Unión*, todos llenos de gente. En la parte del muelle de Barcelona donde se halla el Club de Regatas había un sitio reservado para las autoridades y personas que iban provistas de tarjeta. El punto de partida de las regatas se fijó entre el cañonero *Pilar* y el Club. En la galería de este se hallaba el jurado.

La salida de las embarcaciones se anunciaba por medio de un cañonazo. Siete fueron las regatas. En la primera, de embarcaciones á la vela, tomaron parte once, alcanzando el premio de la Reina D.ª Cristina la embarcación *Pepito*, aunque no llegó la primera; pero se le concedió dicho premio por la compensación del tiempo de 1' 7". El segundo premio, consistente en un reloj artístico, lo alcanzó *Catalina*, y el tercero, ó sea un magnífico termómetro artístico, *Gravina*, que hubiera ganado el segundo si no hubiese virado mal. Recorrieron á la vela 10 kilómetros en menos de dos horas.

En la segunda regata tomaron parte tres canoas de doce remos, alcanzando el premio de la Diputación provincial y trece medallas de plata la canoa *Leonor*, y el segundo del Club de Regatas y trece objetos artísticos, la canoa *Gravina*.

Aunque para la tercera regata no estaban inscritos en el programa más que tres vaporcitos remolcadores, fueron, sin embargo, cuatro los que regatearon, alcanzando el primer premio de 200 pesetas, de la Asociación de Navieros y Consignatarios, el vaporcito *Antonieta*, y el segundo, de 100 pesetas, de la misma Asociación, el *Pepita*. Obtuvo el núm 3 el vapor *Enriqueta*. A la llegada de los vapores un esquife se volcó, siendo salvados al instante los tripulantes y auxiliados en el Club de Regatas. Los vapores recorrieron un trayecto de 3.000 metros.

En la cuarta regata de canoas de recreo no tomaron parte más que dos, recorriendo sólo los 1.500 metros del trayecto señalado la *Maltaise*, de A. V. B, pues la canoa *Aragón*, al poco rato de haber partido, chocó con una de las muchas embarcaciones particulares que obstruían el paso, y se le rompió una pala: así es que el premio lo obtuvo la *Maltaise*.

Aunque para la quinta regata se inscribieron seis *perissoires*, no regatearon más que cinco y obtuvo el premio del ministerio de Marina el *perissoire* de D. M. J. J.; el segundo, consistente en un *perissoire* de regata, el *Veremos*, del Club de Regatas, y el tercero, una medalla de plata dorada, el *Chulo*, de D. P. Pagés.

En la sexta regata de *skiffs* de un remo, alcanzó el premio del Ayuntamiento el esquife *Mosquito*, del Club de Regatas, que luchaba con el esquife *Mosca*.

Sólo dos embarcaciones tomaron parte en la séptima regata, que terminó á las siete y cuarto. Alcanzó el premio de tres objetos artísticos el *yole-gig* de dos bayonas, *Relámpago*, del Club de Regatas, que regateó con el *Rayo*.

El tiempo estuvo muy agradable y á propósito para las regatas, pues el viento que reinó al comenzar y que fué favorable para la regata á la vela, cesó á media tarde.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
LA PAZ Á PALOS, *cuadro de D. A. Amorós*
A LOS PIÉS DEL SALVADOR, *cuadro de D. Vicente Cutanda*

Hé aquí en qué términos se expresa respecto á esos dos lienzos el autorizado crítico Sr. D. H. Giner de los Ríos:

«... diremos del cuadro del señor Amorós, *La paz á palos* (39), que ha superado la intención con que está hecha la riña de los chicos en el corral, en medio de tanto público de mujeres, á la realización del pensamiento. Esto no obsta para que aplaudamos algunas de sus bellezas.»

Y refiriéndose al otro:

«El Sr. D. Vicente Cutanda presenta el episodio de una matanza de judíos en la Edad media, bajo el título de *A los piés del Salvador* (196). Un grupo de perseguidores al pié de un Cristo se entrega á los más brutales actos, tales como el de clavar la cabeza de un judío en la esquina en que aparece la imagen del Redentor. No falta sinceridad al artista para la expresión de su sentimiento, y la tendencia que revela en su estilo, es plausible. Pero son tales los desdibujos y tamañas las exageraciones en el toque y en el color, que el cuadro resulta como obra de principiante. Seguros estamos de que en brevísimo plazo, por el camino emprendido, llegará el discípulo de la Escuela Nacional de Pintura á la suspirada meta.»

VISTA DE QUEBEC DESDE LA CIUDADELA (CANADÁ)

Algunas veces hemos hablado ya de la celebrada capital canadiense; el grabado de hoy, sumamente recomendable por su inmejorable ejecución, nos ofrece la vista de la ciudad tomada desde la ciudadela, fortaleza que además de servir para la defensa reune al mismo tiempo la cualidad de paseo.

UN VALLADO

Tenemos ahí un buen estudio de árboles, trabajo verdaderamente magistral que denota en su autor la más alta competencia en semejante clase de asuntos.

ESCAPATORIA

No puede ser más graciosa,—áun á riesgo de salir alguien hecho gigote,—la escena representando á un tigre que toma las de Villadiego, no sin enérgica protesta por parte de un colega, un leopardo y un león, escandalizados de la ingratitud del carnicero para con su domador y empresario. Y el caso no es tan raro como podría suponerse á primera vista, testigo sino una buena señora que hace algunos años se encontró con un tigre al lado en mitad de la calle de Alcalá. La fiera se había escabullido bonitamente de la jaula de su *menagerie* aprovechando aquella oportunidad para echar un vistazo por la coronada villa y corte. ¿Y quién no recuerda también la escapatoria del inolvidable *Pizarrito*, devastador de las chamartinianas tahonas? *Hasta los animales aman la libertad*, como diría un filósofo cartesiano, aunque me parece que ya lo ha dicho alguien.

LOS CENTINELAS

Mientras la tropa flamenca, ó sea de los flamencos, está descansando en la floresta, vigilan metidos de piés en el lago los centinelas de avanzada, atentos á cualquiera novedad. La luna proyecta sus rayos á través de las graciosas copas de las palmeras y de los cactus colosales y el plumaje blanco y rosado de los flamencos brilla con plateados reflejos en la claridad nocturna.

PALABRAS DEL CORAZÓN
Cuadro de L. Meyer

Es una escena hondamente sentida; adivínase que la cosa es grave y que se trata de algo más que de *penillas*. Puédese hacer un cuadro bien elocuente con dos figuras que no hablan.

EL PUENTE DEL DIABLO EN LA CARRETERA DE SAN GOTARDO

Entre los diversos pasos,—todos los dificilísimos,—por donde puede penetrarse en Italia á través de los Alpes, es uno de los más pintorescos el de San Gotardo.

Suponiendo que se venga de Lucerna, la ascensión empieza en el pueblecillo de Altorf; el camino toma el aspecto de una cueva de cíclopes y el ruido de las cascadas va creciendo de cada momento. Después de mil revueltas distínguese á una altura prodigiosa un puente de un solo arco arrojado sobre el abismo; es el célebre *Puente del diablo* cuya curva atrevida se eleva 75 piés para dar paso al torrente del Reuss.

ROMA VEDUTTA FEDE PERDUTTA

POR

JACINTO LABAILA

(CONCLUSIÓN)

VI

FERNANDO Á ENRIQUE

París 24 Setiembre 1882.

Mi querido Enrique: Como comprenderás por el punto de la fecha de esta carta, estoy en el extranjero, pero todavía recibí la tuya en Madrid, antes de venir á Francia.

Dejé á Elisa en casa de su madre, que recuperó por fin la salud, y vine solo á esta capital, desde donde te escribo, para contestar á tú última y enterarte del motivo de ausentarme de la corte.

Tan visible era el estado de aburrimiento en que me sumió la tiranía amorosa de Elisa, que para ella no pasaba desapercibido y estaba continuamente derramando lágrimas, pero ni se corrige ni consiente en que yo salga á ninguna parte, y concibe celos insoportables y ridículos, martirizándome con una sujeción absoluta que no me impone su mandato, pero á la que su llanto me obliga, por no mover un San Quintín, que atendido mi carácter era igual que *cortar* este nudo gordiano, que desatar no puedo ni creo que podré jamás.

Pues bien; para vivir algunos días con tranquilidad y gozar algún tiempo de las ventajas de la pasada vida, inventé el motivo de venir á retirar del Banco de Francia algunos miles de duros que tenía depositados en él, para dedicarlos en Madrid á negocios, con la idea de tener alguna ocupación y algún pretexto para poder salir de casa sin ir cosido á las faldas de mi costilla; ésta se opuso al principio, como puedes suponer, pero yo me cerré á la banda y la dije agriamente:—«Quiero ir á París, soy dueño de mi capital, haré de él lo que me convenga y esto es lo que me conviene.»—Lloró, pero consintió al fin, porque estaba en mi derecho y tuvo que reconocérmelo, consintió, pero añadiendo que deseaba acompañarme en el viaje á Francia. Esta fué nuestra segunda cuestión; tampoco cedí, porque me iba por separarme de ella una temporada. Entonces tuvo un ataque de nervios, pero yo estaba ya decidido á todo, y, á pesar del ataque y á pesar de su llanto, más copioso que de costumbre, la dejé en casa de su madre y me vine aquí solo, libre, feliz é independiente.

Me convenció tu última carta de que fuí un falso profeta. Veo con asombro que, aunque eres hombre de mundo, has retrocedido á tu primera juventud y me pareces un colegial al que casan sus padres, recién salido del colegio, mancebo que no ha enamorado á otra mujer y que se encandila y se deja arrastrar por la primera que la casualidad arroja en sus brazos á impulsos de la bendición del sacerdote. ¡Pobre Enrique! ¡Rosalía te ha hechizado! No sé de qué bebedizo tan poderoso ha podido valerse para convertirte en maniquí suyo, en corneta de órdenes de sus deseos. ¡Cuánto más leo y repaso tu epístola, mayor es mi asombro! ¡Eres feliz de ese modo y no envidias nada del mundo! A no decírmelo tú, que eres tan veraz, lo dudaría. ¡Es posible que seas dichoso por el mismo motivo que causa mi desventura!...

No eres ya aquel sprit-fort que tuvo la habilidad de desbancar á un ministro que obtuvo antes los favores de la interesante viuda Filomena y que cuando fué tuya, abriste una cicatriz indeleble en un desafío al coronel que se insolentó con ella, dándole con el sable contundente lección de *moral*. No, hoy no eres aquel hombre, eres otro. Te cansaste del mundo y como un hurón te encierras en tu huronera. Tú, que pudiste aquilatar el valor del corazón del bello sexo en general, te consagras en cuerpo y alma á una sola mujer, y no solo te olvidas, sino que reniegas del teatro de tus triunfos.

¿Qué mujer es Rosalía que realiza ese milagro? Según tus informes debe ser de la misma índole que Elisa, acaso no sea tan hermosa, pero aunque la venza en belleza, no la aventajará en cariño. Esto es lo que te seduce como me sedujo á mí, hasta el extremo de ir con ella al altar; pero yo estoy ya harto del exceso de pasión, que digerí en la primera época conyugal y ahora se me indigesta todos los días; mientras á tí te sienta perfectamente alimento tan pesado y saca á tu rostro los colores sonrosados de la salud; no hay duda, pues, de que uno de los dos vive engañado; si el engañado eres tú, al menos puedes tener la satisfacción de que el engaño te proporciona la felicidad; pero si lo soy yo, además de tocar el violón, sufro la inmensa desventaja de ser desventurado.

Atribuyes mi desgracia á no haber nacido con alma tan sensible como la tuya y á mi carácter impresionable, ligero é impetuoso, y hasta sospechas que la naturaleza me castiga condenándome á no ser padre por abandonar á una mujer en estado interesante. En cuanto á las primeras apreciaciones debo decirte que no es culpa mía haber nacido con las cualidades que á la suerte plugo concederme, por lo tanto no merezco castigo; y en cuanto á *la justicia distributiva*, que crees encontrar en que el cielo no me otorgue frutos de bendición, te contesto, que si concluí mis relaciones con Isidora por el motivo que expones, las terminé porque no estaba yo seguro de ser el único correspondido por ella, no por ser hombre sin entrañas como acerbamente me calificas.

A propósito de Isidora. Ayer me la encontré en uno de los *boulevares* de París convertida en una *cocotte* de primera fuerza. Vestía elegante traje de seda y sombrero no menos elegante y la acompañaba un criado con librea. Me llamó, no solo para enterarme del lujo que podía gastar, sino también por saber algo de mí, á quien no había vuelto á ver desde seis años atrás, sorprendida y gozosa de encontrarme en la capital de Francia, donde ella vive. Estaba hermosísima y perfumaba el ambiente con las esencias que se escapaban de su coquetísima toilette. Poseía coches y el tren de una duquesa. Un banquero, á la sazón ausente por cierto negocio importante, era el pagano. Me invitó á comer con ella en su suntuoso hotel: cediendo á su in-

vitación y en su compañía, llegué á su morada y me senté á su mesa. Entonces supe que el sentimiento de nuestra ruptura fué tan vivo en ella que malogró el fruto de su vientre; así te lo digo para repetirte las frases con que Isidora me anunció aquel acontecimiento.

Me encuentro, pues, en París en el pleno ejercicio de mis derechos de ciudadano libre; y comparando esta existencia con la que arrastro hace cuatro años uncido al yugo de Elisa, deduzco de las pruebas que me suministra el ejercicio de esos derechos, que en la independencia estriba mi felicidad. Convencido de esto, escribí á mi esposa, hace diez días, la siguiente carta que te copio á la letra para que te enteres de mis firmes propósitos:

«Mi estimada Elisa: Considerando que ya salí de la menor edad y que la ley me autoriza para no depender de ninguna tutela, y constándome por una larga práctica de cuatro años que me vi en la imposibilidad de gozar de la independencia lícita que es permitida á todo ciudadano español mayor de veinticinco años, aunque sea casado; considerando que para que los cónyuges se amen no es necesario que se separen por completo de la sociedad y vivan en absurdo aislamiento; considerando que el amor propinado á todas horas degenera en fastidio y en aburrimiento, como ha degenerado en mí; y que debo evitar esta fatal consecuencia para poder retroceder á los primitivos tiempos de nuestro enlace y volver á gozar de la alegría que entonces disfrutaba; determino que te sujetes á las siguientes condiciones para volver á hacer contigo vida común.

»1.ª Podré tener amigos y tú amigas.

»2.ª Estaré siempre en casa á las horas de almorzar y de comer.

»3.ª Saldré y volveré á casa cuando quiera.

»4.ª Podré ir á los teatros, á los casinos, á los cafés y á las diversiones honestas que tenga por conveniente, sin ser reconvenido y sobre todo sin que llores delante de mí ni te den ataques de nervios.

»5.ª Gozarás de la misma independencia que yo y no serás nunca reconvenida porque goces de los mismos derechos de que yo disfrute.

»6.ª y última. Como en la confianza estriba el verdadero cariño, te querré más de lo que te he querido, si en lo sucesivo vivimos como te propongo.

»Si no aceptas las anteriores condiciones te dejaré en Madrid medios de subsistencia y no volverás á verme porque me iré á América ó al Congo, huyendo de una esclavitud impropia de un hombre libre y que ocasiona mi desventura.»

EL PUENTE DEL DIABLO EN LA CARRETERA DE SAN GOTARDO

La contestación de mi esposa que recibí hace tres días, fué esta.

«Queridísimo Fernando: Las exigencias que contigo tuve bien sabes que eran hijas del infinito amor que por tí siente mi alma cariñosa. Veo que los hombres queréis de otro modo y que sois tan desagradecidos que no sabéis apreciar lo que vale un afecto como el que yo te consagro. Me disgusta el programa que me trazas de nuestra vida futura, pero como me amenazas con huir de mí para siempre, como si mi leal cariño te atormentase, y como deseo también por otra parte no causarte los involuntarios sufrimientos que con él te causé, acepto el programa con todo el dolor de mi corazón. Te espera con los brazos abiertos, deseando con ansiedad abrazarte, *Elisa*.»

Como acabas de saber, mi querido Enrique, mi esposa pasa por todo, á lo menos así me lo promete; alentado por esta esperanza mañana tomaré el camino de Madrid y regresaré á mi hogar abandonado.

No estoy muy seguro de que cumpla lo prometido, es más, creo que no lo ha de cumplir cuando me vuelva á tener á su lado; si falta á su promesa yo no faltaré á la mía; estoy resuelto á marcharme al fin del mundo antes que á morir de una indigestión de cariño de la que ya he sentido varias veces síntomas alarmantes.

Envidio el milagro que hizo contigo Rosalía; Elisa no ha tenido conmigo semejante poder, porque sin duda mi corazón es de otra clase que el tuyo; el amor propinado á todas horas es el medicamento que te da la vida y que á mí me causa la muerte. Cada uno es como Dios lo hizo.

Así es por desgracia tu amigo

Fernando.

VII

CONCLUSIÓN

Enrique ya no supo más de Fernando; le escribió varias cartas y no obtuvo contestación á ninguna de ellas. Es lo probable que esté en América ó en el Congo.

Enrique disfrutó de perpetua luna de miel.

La felicidad ó la desgracia en el matrimonio depende de la idiosincrasia de cada uno.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 18 de Junio de 1887 | Núm. 233

UN RAMO DE NARCISOS

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*El violin del ciego*, por Antonio Pareja Serrada.—*Exposición de Bellas Artes de 1887*, por R. Blanco Asenjo.—*Estudios sobre la vida del pueblo* (conclusión), por José Zahonero.—*El clown negro*, por Antonia Opisso.—*Versos*, por Ricardo Cano.—*La capilla* (poesía), por José Jackson Veya.—*En el campo* (poesía), por J. Frutos Baeza.—Nuestros grabados.—*Adan Mickiewicz*, por Ignacio de Genovér.

GRABADOS.—Un ramo de narcisos.—El balancin.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887:* La Tradición. El cadaver del general Álvarez.—Ofrenda de las jóvenes romanas á Lucina.—Las hojas caidas.—El bandolero.—*Quebec:* «Sous le Cap.»—En familia.—La madre.—En socorro.—Momento de excitacion.—Ahasvero.—Túnel en la carretera de San Gotardo.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

AVES, PLANTAS Y FLORES

La Sociedad Central de Horticultura celebra su Exposición anual. Esta vez ha cambiado de sitio. Lo que en otro tiempo fué reservado del Retiro, ha sido reservado para ella. Pocas sociedades han dado muestras de mayor perseverancia para lograr desarrollo y aficionados. Hoy esa sociedad es una institución; las plantas, las flores y las aves tienen su jardín, su palacio, su academia, su público, sus recompensas, sus cronistas: y se imponen á esta ciudad del positivismo, de la política y de los mercaderes por su belleza, su delicadeza, su gracia y su poesía. Admirable cosa es que Madrid, este lugarón de la Mancha, haya cobrado afición á las plantas y á las flores; aquí fueron siempre consideradas como una preciosa inutilidad digna solo de la mujer joven y romántica. Hoy, por fin, querida prima, se tiene por útil cuanto mueve el alma deliciosamente, alejando de ella los sombríos vapores de una vida llena de afanes y angustias, de ambiciones y deseos insaciables; porque es útil, en efecto, cuanto nos hace volver los ojos á la naturaleza, nuestra verdadera madre, para buscar en ella frescura de sentimientos, virginidad de ideas. Aves, plantas y flores son nuestras amigas, aunque suelen ser amigas prisioneras; las unas con su aleteo incesante recrean nuestros ojos hablándonos de mundos que ellas pueden dominar con sus alas; las otras con sus verdores aterciopelados y sus palideces del otoño nos dicen que la vida no es solo esta existencia nuestra de agitado movimiento, sino que también hay seres organizados que viven y mueren incrustados en la tierra y en los peñascos mismos; y las flores, por último, segunda vida de las plantas, hijas suyas, como nosotros lo somos de nuestras madres, son la imagen perfecta de la esperanza, pues son ilusión en un principio por sus colores y sus aromas, y, más tarde, fruto maduro que lleva en sus semillas otras flores y frutos en sucesión interminable. Madrid, sin campo, Madrid, sin río, sin nada de aquello que parece marco natural de las flores, Madrid con un clima fiero, hoy abrasador, de hielo mañana, tendrá que ser una estufa, una inmensa estufa de plantas para surtir á sus elegantes y á sus damas de gardenias y de claveles; pero al fin y al cabo será un palacio de la naturaleza bonita, ilustrada y presuntuosa: que esto significa la *flora* de los cortesanos y la de la Sociedad de Horticultura.

La Sociedad se ha instalado, pues, en el terreno que comprende la *Montaña rusa*, la *Casa del pescador* y la *Capilla románica*. Sitio encantador: vario en árboles y frondoso. Las instalaciones lucen mucho allí formando un conjunto vistoso.

La portada de la Exposición está formada por un elegante enverjado de bambúes decorado con los escudos de España y de la Sociedad. Llégase á la *Montaña rusa* por una espaciosa calle de laureles. De la *Montaña* caen dos cascadas que alimentan el lago que la rodea y que esmalta con sus colores variedad de plantas acuáticas y de tulipanes.

La *Casa del pescador* ha sido restaurada: forma el pabellón *de la Reina* y en torno de la isla de este pabellón pasean con su majestad natural cisnes blancos y negros, moviendo con suprema elegancia y vanidad sus largos cuellos. ¿Hay algo más gentil que un cisne? Su cuerpo asemeja un barquichuelo y su cuello una culebra de pluma. El *Templo románico* tiene delante una plazoleta de rosas; la flor desestimada por su abundancia y que si fuese rara valdría un tesoro. Las estufas siguen la línea formada por la tapia del Retiro y tienen cristales de colores. Son dormitorios de rarísimas variedades, vitrinas de piedras preciosas que dan perfume.

Frente á las estufas de las plantas más selectas están las jaulas para las aves.

En el centro de una plazoleta que embellecen los *macizos* de la duquesa de Alba y del conde de Montarco, se alza la instalación del Sr. Lisan de Andrade. Son flores, frutas y hortalizas petrificadas por medio de un sencillísimo procedimiento. Uvas cogidas hace quince años, flores arrancadas de su planta hace más de diez presentan la frescura y los colores de su existencia natural. Así, pues, los ramos, las coronas, los adornos de flores son eternos. Comprenderás, Carmen, que esto inicía una revolución en el mundo de la gloria, de la escena, del amor y de los recuerdos. Y hasta de la simple vida burguesa. En la gloria y en la escena porque los homenajes al talento no serán arrastrados por la escoba del barrendero, en la calle, ni del mozo entre bastidores; del amor y de los recuerdos porque la flor recién cortada, fresca y limpísima, no palidecerá jamás; ni podrá encontrarse luégo, cualquier día, como polvo de aromas, dentro de un cajón entre otras cien prendas ajadas. —Durará más la rosa que el amor. ¡De los juramentos y las flores sólo las flores serán eternas!—Tú habrás ya visto en los escaparates de los joyeros de París medallones y pulseras que son, por decirlo así, ricos ataudes de estas lindas momias; son preciosos adornos, y el cristalito que las guarda las presta un barniz luminoso, de más brillo que el sol mismo. Pero las cosas no son lo que son; son lo que el pensamiento quiere que sean; y el pensamiento nos habla de la tristeza de la muerte, entristeciendo los colores de aquella flor. Es maravillosa; como cuando vivía; pero, es un cadáver, al fin; era un sér, en otro tiempo; hoy es materia preciosísima nada más: tenía ayer una existencia misteriosa que la ligaba por afinidades ciertas con todos los seres del universo; hoy sólo dice á nuestros ojos lo que dicen las piedras. No, lo que es, debe ser bueno ó malo,—y esto muestra la sabiduría de la Providencia y modifica sus aparentes contradicciones;—la flor debe abrirse y resplandecer y deshacerse como todos los organismos, esta es su belleza; pues la admiración que sus colores nos producen auméntase con la seguridad de su efímera belleza. ¿Por qué morirán las flores? nos preguntamos con dolor. Y ahora que las vemos eternamente vivas, al parecer, no podemos menos que exclamar:—Se embalsaman los colores de una flor; pero no su alma. ¡Traedme una flor que viva y muera!—Petrificar las uvas es mayor delito aún. No creo yo que los borrachos agradezcan el descubrimiento. Ese líquido petrificador podrá llegar á ser no menos temido que el petróleo si las sociedades de templanza dan en rociar con él las viñas.

Pero continúo. Se ha elogiado mucho con razón la estufa del señor Pastor y Landero. Es uno de los verdaderos aficionados y entre los socios de los que han prosperado más la Sociedad. Se ha dicho de Rubinstein, viéndole crear sus maravillosas armonías, que es un oso haciendo encaje; de Pastor y Landero, figura varonil, barbudo y resuelto puede decirse que es un león cogiendo rosas. E insistiré, querida prima, en esa preocupación de que las flores son afición de mujeres. Y las mujeres ¿no son ellas flores también? ¿Hay algo más delicado, más débil, más tímido, más opuesto á la naturaleza del hombre? ¿Y se admira alguien de que las mujeres sean nuestra pasión dominadora? No debe juzgarse superficialmente de nuestros actos. Basta leer los libros árabes para saber que los sultanes más amorosos de la mujer y de la flor han sido los más guerreadores y hasta los más crueles. Los verdaderos enemigos de la flor y de la mujer son los egoistas, los hombres prácticos, los ruines. Por eso me entristece pasear por Madrid y mirar á los balcones y verlos casi todos sin tiestos.

Hay rosas y claveles que tienen la altura de árboles. Un rosal mide cuatro metros. Dicen que ha sido criado en el balcón del entresuelo de una casa por un enamorado joven para que su novia pudiese coger las rosas desde el principal. Si dan en criar rosales de este tamaño y colocarlos en los balcones, el gobierno los aprovechará para colocar en ellos los alambres del teléfono. Sin embargo, no aconsejo á los novios que críen rosales para que sus novias cojan la flor desde otro piso. ¡No suprimáis el placer de dar la rosa con la propia mano! ¡El gusto es mayor y mayor suele ser también la recompensa!

El presidente de la Sociedad, conde de Montarco, ha presentado cuarenta clases de naranjas. De la naranja puede afirmarse lo mismo que de la rosa. Su abundancia es un descrédito. Es precioso por su figura, su color y su gusto. Un naranjo no es un árbol, simplemente; es una constelación plantada en un jardín.

También el Ayuntamiento ha presentado algo. El Ayuntamiento parece uno de esos buenos señores, gordo, de buena pasta y de mal gusto, que en todas partes la echan de rumboso y en todas quedan mal. Lucen sortijas con enormes solitarios, y al mismo tiempo, les faltan la mitad de los botones en la levita y las botas, y sus botas deformadas lamentan las ausencias del betún. Pero, en fin, no puede negarse que hace algún tiempo el Ayuntamiento se preocupa mucho del adorno florido de Madrid... Donde puede, en cualquier rincón, en cualquier cruce de dos calles, coloca un tapete de musgo con algunos pintollos, á modo de bandeja de confitería, que no hay más que ver... En la Exposición ha presentado un macizo compuesto de 1.300 geráneos, una hermosa colección de palmeras y varias muestras de tapicería de flores.

El Instituto agrícola de San Isidro, ha presentado cereales, hortalizas y legumbres.

El *ramio* tiene una instalación especial, con productos de los ensayos practicados en Madrid, Valencia, Zaragoza y Lérida. Hay lienzos, lanas, cretonas y batistas tejidos con los filamentos de esta planta.

La *Montaña rusa*, era antes una cueva destinada á guardar leña; ha sido transformada en una gruta preciosa. El conjunto es fantástico; la luz eléctrica da brillantez deslumbradora á las estalactitas y estalagmitas; el agua murmura con el misterio de los abismos: la música se repite en las toscas paredes con ecos estremecedores, y las damas vestidas con polisón se créen por un momento ondinas, ninfas, hadas y bacantes. ¡Tan propia es la ilusión de la naturaleza subterránea y primitiva!

Es el sitio de cita: Dafnis y Cloe, de última moda, se encuentran allí por las mañanas ó por las tardes. No echan de menos los tarros, colodras, flautas, pífanos y churumbelas, ofrendas de pastores, que solían adornar las grutas de Lesbos, y sólo deploran que no se presten aquellas apeñascadas paredes á que se graban en ellas juramentos y nombres.

Para terminar. En esta Exposición no todo son aves, plantas y flores. El reclamo favorece la concurrencia. Con la entrada de por la mañana, es decir, por una peseta, se obtiene la entrada y el derecho de tomar un vaso de leche,—una taza de café,—ó un puesto en las barcas del estanque del Retiro.

Llegan, por ejemplo, una joven y una vieja. —¿Qué quiere usted?—preguntan á la hija.—¡Yo; un *bouquet* de rosas!—dice.—¿Y usted? —¡Yo; café con leche!—contesta la mamá.—La ilusión y la realidad declarándose ante un despacho de billetes.

La estadística, dice, que en la Exposición triunfa la realidad, es decir, el café con leche.

Pero yo iré mañana, y pediré un ramo de flores, y,—con permiso de tu novio,—te lo enviaré á París.

Tuyo,

FERNANFLOR.

EL VIOLÍN DEL CIEGO

I

El invierno es muy frío para el que sólo puede abrigarse con la capa de la miseria.

Esto mismo pensaba el desdichado Fernando mirando el miserable lecho donde yacía su madre, anciana, más por las enfermedades que hacía tiempo la acosaban, que por el tiempo que había vivido.

Una guardilla mal ventilada sin más muebles que dos desvencijadas sillas de palma, un mal catre de tijera en el que escondía su vergüenza algo que debió ser colchón y una mesa de pino sobre la que agonizaba, más que lucía, una repugnante vela de sebo, es la decoración que nos sirve de prólogo á este drama.

Sobre aquella sombra de lecho cubierta por un harapo que en sus tiempos debió ser capote de monte, y reclinada la cabeza en una almohada sin funda, dormitaba la enferma doña María de Inestrosa y Campos, madre del antes rico mayorazgo D. Fernando Colomer é Inestrosa.

Heredero, por las leyes de Cataluña, de una pingüe fortuna, cuando aún carecía de esa ciencia que se llama *mundo*, Fernando se arrojó en brazos de los placeres sin pensar ¡insensato! que el oro se acaba cuando no le conservan la previsión ó el trabajo, y como versátil mariposa quemó sus alas en la deslumbrante luz de la ostentación.

Su desgraciada madre voló á Madrid, donde el desdichado había fijado su residencia, confiando en salvarle de la ruína; pero sólo consiguió caer con él en la miseria, y después en el lecho con fiebres cerebrales que por su repetición eran constante amenaza de su vida.

Acababa de entrar el médico de la Beneficencia Municipal, y había dicho al disipado *heredero:*

—Si con este medicamento que le receto y que ha de tomar esta misma noche no conseguimos cortar la fiebre, puede V. contar con la muerte de esta pobre señora.

—¡La muerte!—balbuceó Fernando espantado.

—Y será lo mejor que pueda sucederle, porque de no obrar la fórmula y triunfar la enfermedad, si sale con vida será vida sin alma; perderá la razón.

Y despidiéndose del joven con una inclinación de cabeza, descendió por la estrecha y mal alumbrada escalera.

Fernando quedó pensativo y sollozando.

Después se irguió como hombre que toma una resolución enérgica, y arrojó una mirada en su derredor.

—¡Nada! ¡Ni una hilacha que poder vender ó empeñar! Y sin embargo, es preciso que yo me procure lo suficiente para pagar esta receta.

Y volvió á su desaliento.

—Sólo me quedan cuatro reales que reservaba para comer mañana... ¡Qué importa! Mi madre antes que todo y sobre todo... Pero, ¿tendré bastante con este dinero? Sí; y si me equivocase iré á pedir la medicina... ¡al hospital!... No; ¡nunca! Esa palabra abrasa mi garganta... sofoca mi alma...

Doña María hizo un movimiento.

Fernando se precipitó sobre ella y preguntó:

—¿Qué quieres, madre mía?

—¡Agua, mucha agua, Fernando! Mi lengua está seca y ardiente, mi frente abrasa...

—Pronto desaparecerá todo eso, madre mía; voy á traer una medicina que te ha mandado el doctor, y ya verás, ya verás que pronto estás buena... muy buena... como yo deseo.

—¡Ay, hijo mío! ¡Qué ilusiones te forjas!

—¡No me hables así, madre!

—¿Acaso... tienes dinero para ella?

Fernando lanzó un suspiro y elevó sus ojos al cielo con una mirada indecible, mezcla informe de súplica y desesperación.

La enferma vió aquella mirada, y por sus violadas mejillas resbalaron dos silenciosas lágrimas que se evaporaron al contacto de la fiebre.

En esto llegaron hasta la guardilla las notas de un violín tañido por mano hábil, y doña María, queriendo apartar de la imaginación de su hijo los recuerdos que su pregunta había evocado, le tomó una mano y dijo:

—¿Oyes, Fernando? ¿Recuerdas de dónde es eso?

—Sí, madre mía; es *Dinorah*.

—¡Y qué bien interpretada!

—Sí;—balbuceó Fernando.—Debe ser el señor Rodríguez, nuestro vecino el ciego, que sale á hacer su colecta.

—¿Y tú no sales... por... por mí?

—Al momento, madre mía; voy en dos saltos á la farmacia, y luégo aquí... á tu lado... á esperar anhelante y lleno de esperanza sus efectos.

E imprimiendo ardiente beso en la frente de la enferma, el joven se lanzó á la calle á tiempo que las notas del violín se perdían entre el ruído de los carruajes.

***

¡Una peseta!

Cuatro costaba la fórmula, y Fernando desesperado corría las calles hacía más de una hora buscando un amigo que le sacase de semejante angustia.

Por fin encontró uno; uno solo, pero casi tan pobre como él.

Tampoco poseía más que una peseta, y aún haciendo el sacrificio de darla á su amigo, no remediaba la situación.

EL BALANCÍN

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?—exclamaba Fernando retorciéndose las manos con furor.

—Una idea me ocurre que puede salvarnos, —dijo su amigo.

—Habla por caridad.

—Aquí al lado hay una casa de juego; vamos á *dar dos golpes* y tal vez...

—¡Nunca! ¡Harto dinero he derrochado sobre el tapete verde!

—Pero ahora no es lo mismo; ahora es para hacer un bien. Tu madre necesita de esa medicina y todo es lícito para alcanzar su salud. ¡Dios acaso dará suerte al buen hijo!

—¡Sea! Vamos pronto, que la impaciencia me mata.

—Te prevengo que hay *cucas;* ¡cuidado con lo que haces!

Y entraron en la casa.

Dios protegió al buen hijo... más de lo que debía, sin duda.

Una hora de juego había acumulado ante él un gran montón de plata y oro, á su lado una muchacha morena y desenvuelta le dirigía ardorosas miradas.

Y Fernando jugaba, jugaba siempre olvidado de todo, sin reparar que faltaba al más santo de los deberes.

Al amanecer salía de la casa ebrio de alegría y de fascinación, llevando en los bolsillos de su raído chaquet un capital en billetes de Banco, y rebosándole en el pantalón y chaleco el oro del juego.

Subió de dos en dos los escalones de su zaquizami, entró como loco hasta la cama de la enferma, y gritó:

—¡Madre! ¡Madre, ya somos ricos! ¡Ya somos felices!

Doña María abrió los ojos, paseó por la habitación una mirada estúpida, y exclamó:

—Sí, es verdad; esta noche á la Opera... á ver *Dinorah*, tu favorita... ¡El coche! ¡Que enganchen el coche! ¡Ramón! ¡Juan! ¿Dónde os habéis metido? ¡Magdalena! ¡Pronto, al tocador!

Y lanzando una carcajada horrible cayó sobre el lecho desvanecida.

Fernando exhaló un grito de rabia y de dolor, y rodó por el suelo murmurando:

—¡Loca! ¡Está loca, Dios mío!

(Se concluirá.)

ANTONIO PAREJA SERRADA.

EL CADAVER DEL GENERAL ÁLVAREZ DE CASTRO ANTE EL PUEBLO DE FIGUERAS (Cuadro de D. Vicente Nicolau Cotanda.—Dibujo de Ponseda)

OFRENDA DE LAS JÓVENES ROMANAS Á LUCINA (Cuadro de Elena Coomans)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

¡CERTAMEN TRIENAL.—MAYO, 1887

I

Después de recorridos los salones, tarea no escasa, porque las obras presentadas en esta exposición son muy numerosas, se adquiere el convencimiento de que en este certamen no sobresale del nivel general ninguno de sus lienzos que por la novedad de su asunto, por su ejecución primorosa y por otro cúmulo de circunstancias felices impresiona hondamente y es la revelación de un pintor de grandes alientos, y de nombre hasta entonces acaso desconocido.

LAS HOJAS CAIDAS.—EL BANDOLERO (Cuadro de Arturo Lemon)

Difícil es señalar á que condiciones debe sujetarse el artista para obtener esa nota inspirada que halla eco en las muchedumbres y se impone. Si el pintor ha de pedir á la naturaleza la verdad, y reproducirla en sus cuadros sin otro adorno, galanura y trascendencia que ella misma, ó si la ha de embellecer juntando á los efectos que la observación recoge y el gusto clasifica y ordena, un sentimiento, una idea, algo en fin, que la espiritualice y levante.

No se puede verdaderamente acerca de este punto universalizar, ni establecer concretas teorías, porque es preciso ante todo, tener en cuenta, que cada país, por sus tradiciones históricas y artísticas, por singularidades de temperatura y de suelo, por inclinaciones de raza, por peculiar educación, y por otros mil motivos distintos, tiene ideales y aspiraciones propios, característicos y determinados que influyen en los actos y fines de la vida, ya políticos, ya científicos, ya artísticos ó de cualquier otro orden que sean.

Hay además, circunstancias de momento é influencias de época que igualmente concurren á modificar estos ideales. En nuestro país, por ejemplo, una larga tradición artística que respondía al sentimiento religioso que le animó durante muchos siglos, dió origen á esa admirable pintura mística cuyas últimas vibraciones de inspiración palpitan todavía en algunas de las creaciones de los pintores modernos; pero entiéndase que es más reflejo que luz propia esta como evocación de lo pasado que en nuestra pintura contemporánea aparece, porque dentro de la vida moderna sólo como excepción pueden presentarse estos fervores religiosos y estos beatíficos arrobamientos.

Cierto que hace algunos años Mercadé, Torrás, Vera, Ferrant, y áun el mismo Domingo, á pesar de su marcada tendencia naturalista, han intentado resucitar á imitación de Overbeck y de otros artistas alemanes y franceses el elevado conceptismo religioso que expresaron en lo antiguo las escuelas italiana, española y flamenca. Estos esfuerzos ó han sido estériles ó han permanecido aislados, porque la pintura religiosa manifiesta en los últimos tiempos señaladísima tendencia á naturalizarse, es decir, á transformarse de manera que el ideal desaparece, quedando sólo el descarnado concepto de lo real y de lo humano, expresado maravillosamente con prolija minuciosidad, observación detenida y estudio serio y profundo de la época y costumbres, de manera que el pasaje bíblico ó la escena del nuevo testamento se convierte, en puridad, de asunto místico en motivo adecuado para un lienzo de carácter histórico.

Por este derrotero que el vigoroso genio naturalista de Velázquez presintió en su *Jesús muerto en la cruz*, han impulsado á los modernos el persuasivo Morelli y el concienzudo Munckacsi, y es ocasión oportuna de observar que no es esta tendencia ajena del todo á los pintores españoles que muy recientemente han tratado asuntos místicos en sus cuadros.

Benlliure y Gil, aventajado discípulo de D. Francisco Domingo, presenta en esta exposición un cuadro de grandes dimensiones, en el que pueden verse comprobadas algunas de las teorías que dejamos expuestas acerca de la extraña conjunción de condiciones opuestas al parecer que resultan en los lienzos de asuntos místicos modernamente pintados.

Una tradición poética y piadosa á la vez refiere que San Almaquio, eremita de Oriente y mártir valeroso que pereció en el Coloseo al querer impedir la lucha de los gladiadores, vaga desde entonces por aquellas imponentes ruinas desiertas, en la noche de Difuntos, seguido de bienaventurados de todas las épocas entonando el *Miserere mei Deus*.

El asunto no puede ser más religioso, y la manera de estar concebido es fantástica y sobrenatural; á pesar de esto, el espectador que se pára ante aquel lienzo no experimenta emoción alguna distraído por lo que pictóricamente ha resultado allí lo principal, como son los efectos de luz de luna y reflejos de cirios encendidos, la perspectiva aérea, las dificultades

técnicas que el artista parece que adrede se ha impuesto para darse la satisfacción de vencerlas, y otros muchos detalles que avaloran el cuadro, sin esparcir en él ni un leve soplo de ese ambiente de sacro idealismo que campea en las obras de los antiguos maestros inspirados en fe cristiana, más ardiente y más pura de la que puede palpitar en los escépticos corazones de los pintores del día.

Y esto es tanto así, que en el cuadro de Benlliure, por lo que toca á la idea que le determina, puede, razonadamente, abrigarse la duda de que aquella composición responda á un sentimiento religioso, ó sea una sátira del mismo. Porque aquellos santos escuálidos y demacrados, con las manos levantadas al cielo, los rostros contraídos de dolor, y los ojos reflejando la desesperación y el espanto, más parecen réprobos condenados que celestiales escogidos, y el conjunto de la composición produce un efecto que de trágico y terrible está en el linde de lo ridículo y lo caricaturesco.

QUEBEC: SOUS LE CAP (CANADÁ)

Se podrá, sin duda, objetar que la índole ascética del asunto no permitía representar aquella cohorte numerosa de santos penitentes con plácidos y risueños atractivos, pero habrá de replicarse á esto que si la intención del artista fué producir un sagrado temor religioso no ha conseguido su objeto en manera alguna, porque á su composición le falta aquella grandeza y amplitud y aquella serenidad que distingue á dos grandes obras maestras á las que vagamente recuerda: los frescos de Miguel Angel en la capilla Sixtina y los de Orcagna en el cementerio de Pisa.

Hay asuntos pictóricos que requieren para su desarrollo grandes espacios. Por eso el cuadro de Benlliure, mas que la obra definitiva y acabada, nos parece el boceto de un gran fresco. Y de no ser así, no podemos por nuestra parte considerar á este lienzo en el que reconocemos eximias condiciones, sino como una de esas obras geniales de un artista que no obedecen á sistema preconcebido ni se inspiran en determinado ideal.

Primores de ejecución, maravillas de color y de luz, aglomeración de brillantes efectos, tonalidades felicísimas, alardes de arrojo en lo de proponerse dificultades para salvarlas con éxito, ninguna de estas y de otras muchas excelentes condiciones hemos de negar al cuadro de Benlliure, pero sí hemos de vacilar sobre si en realidad se le ha de incluir por esta obra en el número de los pintores que en la época moderna cultivan los asuntos religiosos, ó si se le ha de considerar más bien como artista que persigue por fin único la impresión vigorosa y el deslumbrador efecto, sin otros propósitos y trascendencias.

No se puede otro tanto decir del cuadro de Sorolla *El entierro de Cristo*. Inferior al otro cuanto á primores y habilidades de maestro en la ejecución, le supera con mucho en idealidad, poesía y sentimiento. Sorolla en su cuadro es infinitamente menos pintor que Benlliure, pero es más místico, está más dentro del género. Este artista es muy joven y pueden dispensársele las inexperiencias en que incurre, algunas graves por lo que concierne al dibujo que es incorrecto en todas las figuras. Todo el cuadro resulta hecho con timidez; por eso apenas están acusadas las figuras envueltas en aquel ambiente azulado con que pretende disimular la indecisión y vaguedad del lienzo, que apenas es otra cosa que un boceto muy grande.

Simonet en la *Decapitación de San Pablo* ha encontrado una nota justa de color, interpretando admirablemente la luz rompiendo entre celajes y la que en aureola rodea la cabeza del apóstol, el pavimento enlosado y la roja mancha que le tiñe de sangre. La composición es endeble, sobre todo en el grupo de sacerdotes paganos y senadores diseminados sin gusto.

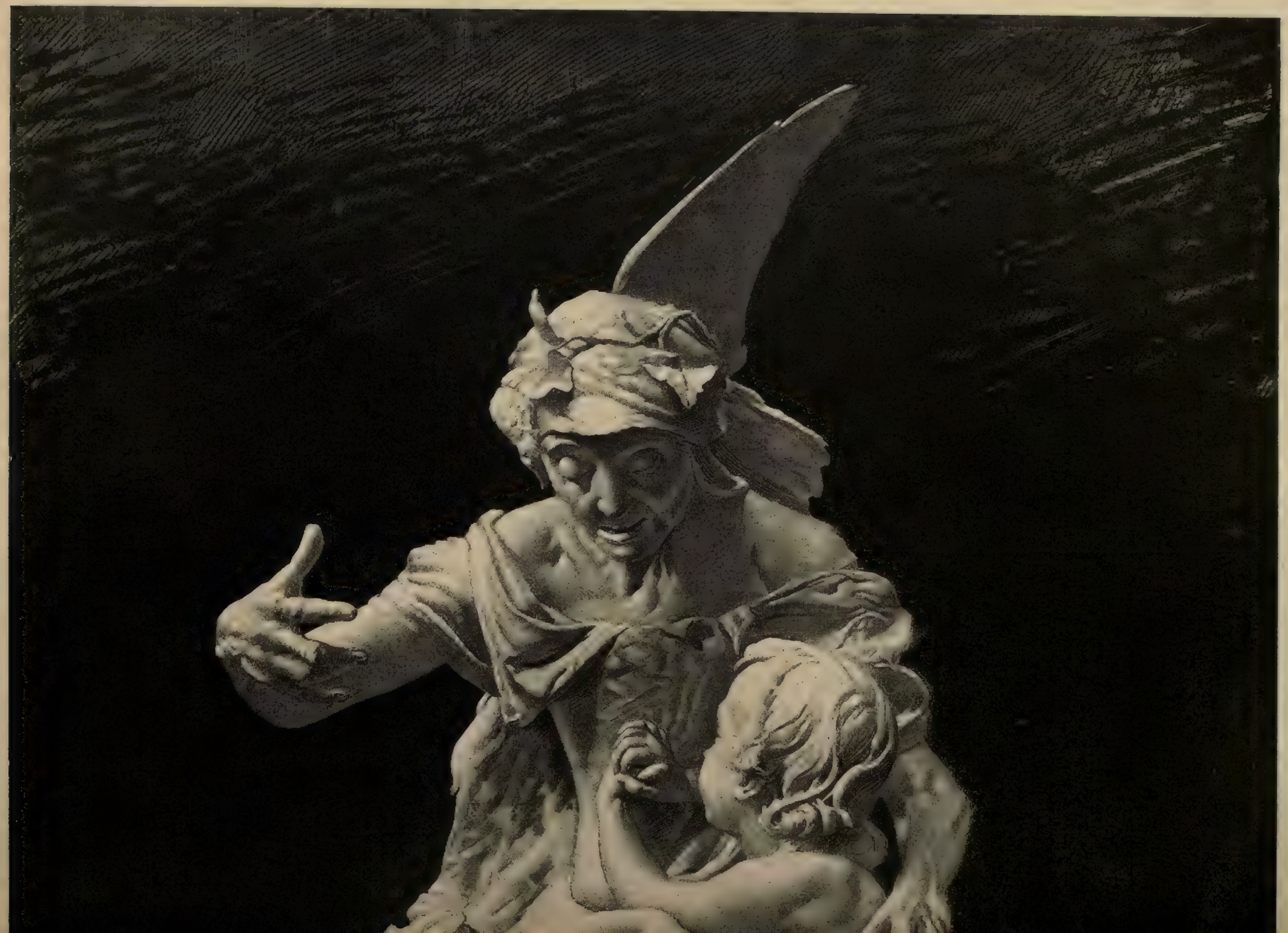
Resurrexit non est hic. Estas palabras que el ángel dijo á las mujeres que según el Evangelio hallaron vacío el sepulcro de Cristo, cuando al despuntar del día acudieron á visitarle, ha servido de asunto y de título para el cuadro pintado por Ruíz Guerrero. Hay poesía en la entonación y está sentido el argumento que desarrollan las figuras. El dibujo es endeble y la vaguedad de tintas motivada á la hora del crepúsculo han servido de pretexto para descuidar el modelado. La luz está bien repartida y produce efecto. La composición resulta borrosa y abocetada.

Silvela ha presentado *La comunión de las vírgenes en las catacumbas*. Es un cuadro muy estudiado, muy correcto, pero escaso de inventiva artística y de personalidad. Alejo Vera trató muy felizmente hace ya diez y seis años el mismo asunto. Resulta el de Silvela muy reposado aunque frío; la perspectiva del fondo está entendida y aunque hay cierta monotonía en las figuras, todas están bien dibujadas. La luz que desciende del *luminare* esparce suavemente su claridad sobre la cabeza del sacerdote, que está bien modelada, y sobre los lienzos de las talares vestiduras. La cripta que se prolonga á la izquierda del cuadro produce la mejor perspectiva y las lucecillas que brillan en ella tienen mucha verdad.

García Mas ha expuesto un cuadro de grandes dimensiones cuyo asunto es repetición del de Sorolla. Revela este lienzo algunas estimables cualidades en su autor, pero la entonación es desmayada, el color crudo y el dibujo un tanto descuidado. Más parece una pintura moral rechupada por el tiempo que un cuadro que se acaba de pintar.

Un artista ventajosamente conocido en otras exposiciones, Casanova y Estorach, presenta este año un lienzo que por su asunto y por su ejecución ofrece algunas dudas para clasificarlo. *El santo rey Fernando III reparte viandas entre doce pobres.* El tema es religioso, pero la manera de estar desarrollado no revela gran inspiración mística. Un detalle nos ha decidido, sin embargo, á considerarle como pintura religiosa. Nos referimos al nimbo que por encima

LA TRADICION (Escultura de D. Agustín Querol.—Dibujo de P. Valor)



de la regia corona circunda la cabeza del santo.

Conocido el asunto diremos de él que está expresado con verdad admirable, sin amaneramientos ni efectismos. El dibujo es de la más pura corrección. Por debajo de la mesa se ven los piés desnudos de los pobres, y todos ellos están tratados con la mayor prolijidad y sin apartarse de lo natural ni un momento. Lo mismo puede decirse de las manos, y en las cabezas que acusan igual esmero, es lástima que no haya procurado el pintor huir de la monotonía. Todas ellas tienen el mismo carácter y temperamento y áun los mismos rasgos de fisonomía; el artista no se ha tomado el trabajo de variar de modelo reproduciéndole con insignificantes alteraciones en distintas actitudes.

El color es de buena tinta, sobrio pero entonado. La figura del santo muy hermosa y muy verdadera sobre todo. Expresa la dignidad de la realeza y la caritativa virtud, constituyendo un carácter al par humilde y elevado. Aquel rostro es ante todo humano, humano hasta lo vulgar. Ya lo hemos dicho, si una ligera cinta de luz no descubriese un trazo circular en el aire á poca altura de la cabeza del monarca, nadie adivinaría al santo en aquella dulce y complaciente fisonomía de un hombre de madura edad y de maneras nobles y cortesanas.

EN FAMILIA

Hasta aquí las obras que pueden en rigor clasificarse dentro del grupo de los cuadros más notables que pertenecientes al género de pintura religiosa se han presentado en esta última exposición.

Sobre que de entre todas ellas, no hay una sola que legítima y genuinamente se ajuste á la inspiración fervorosa y cristiana que el género requiere produciendo en el espectador entusiasmo de fe y ardores de misticismo, inútil es insistir después de cuanto dejamos expuesto al principio de estos apuntes.

Caprichos fantasmagóricos en que los efectos de luz rebuscados y los extraordinarios agrupamientos tienden á confundir lo inverosímil con lo divino y sobrenatural; composiciones en las que á falta de una concepción hondamente idealista se procura transformar la realidad fingiendo la poesía del misticismo con vaguedades de entonación y bellezas decorativas de paisaje; escenas interpretadas fielmente conservando color de localidad y sabor de época en pormenores y detalles arqueológicos é indumentarios pero frías cuanto al reproducir el espíritu religioso y la sacra unción que debiera reflejarse en las figuras del drama; traslado verdaderamente admirable de la naturaleza, razonado estudio del modelo, primores de dibujo, aciertos de entonación, todo á servicio de asunto que es religioso no por sentimiento que palpite en la obra, sino porque para lucir su experiencia pictórica hubo el artista de tomar el pasaje de la vida de un santo, por incidental pretexto...

Pero si nada más han acertado á expresar los pintores referidos cúlpeseles de error en la elección del camino, no de falta de facultades y de práctica en el arte difícil que profesan. No es posible en la agitada vida moderna tan distante de aquella contemplativa que en los siglos XV, XVI y áun XVII originó en la arquitectura, en la pintura y en las letras tantas obras inspiradas en fe cristiana vivísima y ardiente, no es posible que el pintor sin renegar de su siglo, sin abstraerse de cuanto le solicita y rodea y sin abjurar de su personalidad fabricándose otra artificial y ficticia, pueda reproducir en sus lienzos, si á perseguir ideales se lanza, otra cosa que un concepto amanerado, un pálido reflejo, una servil imitación ó una creación exótica con mezcla de condiciones que dificultan clasificarla con exactitud y atenerse á su estricto alcance y adecuado sentido.

La ciencia y las artes siguen rumbo distinto. Ya no es la teología fuente de todos los conocimientos é inspiración constante de todas las manifestaciones de la belleza; la influencia religiosa ha desaparecido porque sus ideales no palpitan en nosotros con el entusiasmo y vigor que alentaron en los antiguos escritores y pintores místicos. Por eso á pesar del estudio prolijo y de la enérgica voluntad no llegan los contemporáneos á expresar un concepto que no han podido asimilarse y que no sienten con la vehemencia de fe que á Vicente Joanes impulsaba á prepararse al trabajo con la oración y el ayuno, y á Bartholomeo Angelico movía á éxtasis durante el que pintaba de rodillas el rostro de la Virgen y á Luís Vargas aconsejaba huir las instigaciones del sensualismo atormentando la carne con disciplinas, cilicios y austeridades.

Pintores eximios, maestros verdaderos cuanto al tecnicismo del arte, muchos de los artistas de que acabamos de hablar se han equivocado en el concepto, y este error como por la mano les ha conducido á otros de ejecución en los que no hubieran de seguro incurrido al seguir más propias y personales inspiraciones. Pero no se crea por esto que tan esforzados impulsos por restaurar una antigua y decadente manifestación del arte que tantos aplausos y brillo alcanzó en España en otras épocas, no han de ser estimables y áun dignos de alabanza; pero entiéndase que el límite á este avaloro y á este aplauso á nuestro entender se ha de buscar en aquella profunda frase de Edmundo About: «Es una buena obra pronunciar las últimas palabras sobre la tumba de un arte que se extingue.»

R. Blanco Asenjo.

ESTUDIOS SOBRE LA VIDA DEL PUEBLO

(CONCLUSIÓN)

Allí estaba Aniceto trabajando, en el extremo más elevado, adosando al esquinazo de la fachada unos ladrillos; tenía un cubo de cal al lado y unos cuantos ladrillos á otro; cogía uno á uno éstos y los colocaba en el muro como si fuera un libro que poner en la estantería.

El maestro silbaba con la mayor indiferencia, mirando á veces distraídamente por cima de los espesos grupos de casas cuyos tejados dominaba al lejano campo; se mantenía en ese asombroso descuido del albañil que juega su vida más frecuentemente de lo que se cree, y realiza prodigios de valor, el menor de los cuales serviría á un general para envalentonarse como un semi Dios del heroismo.

El cielo estaba despejado y magnífico, el sol reflejaba en los planos de pizarra, en los cristales y en los remates metálicos de las torres... Mirando hacia abajo... el carro del ladrillo y las mulas, los peones que le descargaban; los vecinos de las casas de enfrente, los transeuntes, en fin, parecían de juguete por lo pequeños que resultaban á aquella distancia...

—¿Sabes, Juan,—decía en esto un compañero de Aniceto á otro que como éstos se hallaban á la misma altura y no muy separados,—sabes, Juan,—dijo el uno al otro,—que el Rojillo se ha caído en la obra de don Mariano?

—¡Anda con Dios!—replicó Juan como si oyera la cosa más natural del mundo si bien por un leve fruncimiento de cejas marcó la seriedad y el interés más vivo, y dijo á media voz.—¿Pero ha sido de cuidado, Vicente?

—En cuanto á que de *cuidao*, es de *cuidao*... pero no de muerte, según me han dicho... cayó desde el *prencipal* y como un plomo. ¡Es tan torpe!

—¡Para caída buena, la mía!—dijo Juan sonriéndose, y suspendiendo un momento el traba-

jo, añadió:—Iba á poner en la obra del marqués Villarjos una polea, cuando *afianzo á unas tablas;* el *tinglao* estaba muy firme á lo que pensé... cuando me pareció que una de las tablas se meneaba *para así* como hacia fuera... y de pronto la condenada hace *rig* y se parte por la *mesma* mitad,—Juan hizo con las manos enyesadas un expresivo ademán y prosiguió con otros dando todo el relieve posible á su relato y sin cesar de reirse cada vez más como si contase una chistosa aventura.—¡Me valga la bula, chico! Se vence el tablero y *¡zás!* se cae á la calle... yo me quedé *abrazao* al poste como á una cucaña.

Al llegar á esto la risa no le dejó hablar y Vicente reía también con toda su alma.

—Parecerías una mona,—dijo éste.

—*¡Empingorotao* en la puerta, *recontra!* Mira tú y á aquella altura, casi la *mesma* en que estamos, yo me decía: ¡Ahora te escurres Juan y cuéntaselo á tu abuela que allá te aguarda hace tiempo! Si me llego á escurrir me estrello hombre... me estrello... Pues mira tú, la suerte mía fué que se me enredaron los piés con las cuerdas de unos tablones... que estaban sujetas á otro palo frontero y de pronto *¡pataplum!* se me fué la cabeza y caí, pero quedé dando vueltas y vueltas sujeto no sé cómo por las cuerdas. Como una de esas pelotas cautivas que venden á los chicos, así quedé... Se me fué el sentido... y en esto llegaron el Chato, Francisco y el maestro, y me pudieron subir... Si no, ya ves tú que así no hubiera estado mucho tiempo; pero por el balanceo del cuerpo, ó qué sé yo, me dí muchos golpes... y luégo echaba sangre por ojos, narices y boca...

Los dos obreros quedaron un momento silenciosos y graves prosiguiendo su trabajo; de pronto Vicente se espanta y exclama aterrado:

—¡Señor Aniceto, señor Aniceto!...

No hubo tiempo de comprender bien lo que ocurría... tras el grito de Vicente se oyó un terrible estruendo, la parte de entablamiento del andamio que correspondía á la esquina en que se hallaba Aniceto se desprendió cayendo del tercer piso sobre las tablas del andamio del segundo y con ellas Aniceto que se quedó desmayado y herido en un muslo por uno de los maderos.

Vicente y Juan miraban con espanto aquella catástrofe... ¿Habría muerto Aniceto?...

No, no murió; cuando pudieron recogerle se vió que no había recibido sino dos contusiones y una herida en una pierna, puede que alguna grave contusión en la cabeza; tardó en salir del desmayo y medio atontado le llevaron á la casa de socorro; al salir de ésta se halló con Margarita á quien un camarada de Aniceto fué á avisar...

Margarita hecha un mar de lágrimas, decía:

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, y que desgracia tan grande!... Vamos á llevarle á casa...

Aniceto la miraba como si no la conociese, había en su mirada una cosa extraña, parecían sus ojos los de un imbécil...

En un estado de imbecilidad hubo de quedarse en efecto, á consecuencia de alguna contusión...

En el barrio vive, al lado de la señá Margarita, sostenido por ésta y por Antolín, junto á los pequeñuelos... con su verdadera familia, en fin, pero lejos de ella para siempre su alma de aquel sitio, puesto que tal vez seguía desconociendo á su mujer y á sus hijos... ¡Idiota sin remedio!

Antolín no acertaba á comprender como su madre obraba de aquel modo; verdad es que Antolín comprendía pocas cosas.

La señá Margarita decía á cuantos querían oirla:

—¡No me pesa, no, señora, mientras yo tenga estas manos, nada le faltará á ese desgraciado!

¡Oh alma varonil de las mujeres!

JOSÉ ZAHONERO.

EL CLOWN NEGRO

ARTÍCULO DE VERANO

Negro no era, al contrario, siempre que aparecía en la pista la blancura de su rostro embadurnado con dos ó tres capas de albayalde contrastaba con las caras de sus compañeros tiznadas con toda suerte de colores y dibujos.

Se le llamaba el clown negro porque vestía siempre de este color.

El color del luto y de la tristeza lo había adoptado Pik,—así se llamaba,—para divertir á la gente, para formar entre la abigarrada *troupe* de payasos.

Su traje no tenía el holgado corte del de sus compañeros; era un vestido de punto negro rigurosamente ajustado al cuerpo, ceñido á la cintura por un cinturón charolado y adornado el cuello con ancha golilla blanca graciosamente plegada; calzaba guante blanco.

Trewey imitó más tarde el traje de Pik.

En los bailes infantiles los niños más distinguidos concurren copiando el traje de Trewey.

Pik era el clown favorito en cuantos circos ecuestres se presentaba.

Había recorrido los principales de Europa y

LA MADRE

eran tan frecuentes y continuados sus éxitos que á tener un átomo de vanidad ó á conocer la soberbia Pik hubiera podido mirar con desdén á las primeras notabilidades artísticas de su época; pero él no otorgaba importancia alguna á los aplausos que el público le prodigaba; al contrario, le afligían profundamente. Tenía él un instinto muy delicado y cada vez que le aplaudían se consideraba mejor payaso pero menos hombre; de ahí que sus mayores éxitos le abrumaran en profunda melancolía.

—¡Debo ser como *ellos!*—se decía,—y tal temor le acongojaba extraordinariamente.

Porque Pik con exhibirse en los circos ecuestres y hacer juegos malabares y apalearse en la pista con los otros clowns y tomar parte en las pantomimas grotescas que éstos organizaban, no era un payaso grosero y vulgarote; era un pobre hombre á quien su mala suerte había condenado á la más triste de las condiciones, á divertir á los demás fingiendo una alegría y un humor, un olvido de la propia condición que estaba muy lejos de sentir.

Hacía mucho tiempo que había perdido un niño de pocos años. A ser español lo hubiera recuperado con mandar á los secuestradores la cantidad que le hubiesen exigido, el rescate no hubiera sido difícil; pero era inglés y á su pobre niño lo perdió en Londres. En el Reino Unido los secuestradores son menos populares, pero en cambio son mucho más crueles que los nuestros. De la suerte que cabe á las niñas que desaparecen, *non raggionam di lor;* cuanto á los niños pensando lo más piadosamente posible no es aventurado presumir que pasan á poder de esas compañías de titiriteros que á fuerza de repetidos tormentos educan á los infelices para explotar más tarde la flexibilidad de sus músculos ó su agilidad gimnástica en los principales circos, donde son muy frecuentes las exhibicio-

EN SOCORRO

MOMENTO DE EXCITACIÓN

AHASVERO (Cuadro de K. Kauzik)

nes de niños que hacen maravillas en el trapecio ó prodigiosos ejercicios ecuestres. Pik presintió el porvenir que le esperaba á su hijo y como era lo único que amaba en el mundo, desesperando de recobrarle decidió hacerse..... clown.

Estrenóse al poco tiempo de haber perdido á su Arthur, y siendo mucha la pena que sentía, desde su primera salida á la pista adoptó el traje negro; lo que era una muda manifestación de duelo fué considerado como un rasgo de originalidad que el público estimó del mejor gusto y de ahí que desde su primera salida el *clown negro* consiguiera notoria celebridad. Indudablemente aquel traje se destacaba con simpática severidad entre los chillones y abigarrados que vestía la bulliciosa turba de payasos. Era una nota triste, pero que cautivaba más que las otras, ruidosas y todas de un mismo diapasón.

Hacer reir á la gente es cosa muy fácil, pero muy desagradable cuando no se tiene un espíritu vulgar y una inteligencia ruín. Despertar la atención de un público y dominarle es empresa más difícil, pero más meritoria aún cuando el éxito se presenta siempre dudoso. Pik encontró, sin embargo, el prodigioso secreto y sin descender á la ridículo y chocarrero lograba imponerse por su natural distinción, por la variedad y buen gusto de sus excentricidades. Era un clown de guante blanco. Cuando él aparecía en la pista sus compañeros parecían más payasos.

Su popularidad le hizo pronto famoso, siendo solicitado para trabajar en los más renombrados circos. Al igual que las celebridades líricas se le contrataba por contado número de funciones y su nombre aparecía en los carteles con grandes letras tiradas en oro y varias tintas, y como se aumentaba el precio de las localidades, naturalmente, el público que asistía á sus funciones era siempre numeroso y distinguido.

Sus éxitos le halagaban poco, era insensible á ellos. Pik sólo ansiaba recobrar á su hijo; esperaba casi lo imposible, y esperando proseguía el triste en su alegre carrera, á la que transcurridos algunos años acabó por cobrar afición.

Él vivía por el recuerdo de un niño y los niños son los asiduos concurrentes á los circos, los admiradores más sinceros y entusiastas de los clowns, los que con más espontáneas y alegres risas celebran sus ocurrencias, los que los imitan en sus juegos y diversiones, los que les recuerdan con sin igual admiración.

Si no encontraba á su Arthur entre los niños acróbatas podía descubrirle entre su público y esta generosa esperanza le alentaba y le hacía mirar sonriente al público infantil, y los niños le sonreían á su vez; algunos le llamaban por su nombre y le arrojaban sus dulces, y Pik, como el fanático anheloso de oir la voz de Dios, prestaba extraordinaria atención á las voces de los niños pero no descubría la que tanto anhelaba oir. Los niños son como los pájaros, casi todos tienen la misma voz; su hijo la tenía más argentina y sonora; llevaba en sus oídos el eco lejano del último día que le habló y todavía vibraba con armonía inolvidable como arrullo conmovedor.—¿Le volveré á ver?—esto se preguntaba de continuo y pregunta que tan abrumadora incertidumbre encierra le prestaba sin igual aliento, heroica resolución, para proseguir una carrera tan poco en armonía con el duelo de su alma.

Y con animosa abnegación continuaba recorriendo circos, visitando diversas capitales y siendo en todas partes el niño mimado de los públicos más aristocráticos, y considerado por sus compañeros con un respeto rayano en veneración, porque donde Pik iba no se maltrataba á ningún niño de la compañía; no se les imponía ni el más ligero castigo.

Pik no había revelado nunca á nadie el triste secreto que amargaba su existencia, pero cuantos le trataban presentían que el traje del simpático clown ocultaba á un hombre muy desgraciado y es que el infortunio inmerecido no hay que proclamarlo, se revela en elocuentes manifestaciones.

Habían transcurrido ya muchos años y el *clown negro* que ocultaba sus canas bajo la típica peluca de los payasos desesperaba de encontrar á su Arthur, que buscaba todavía entre los niños. Quizás habría muerto y más feliz que él estaría ya reposando; y esta idea, la más desconsoladora que puede amparar un padre, le regocijaba dulcemente. Pik era muy parco en sonreir, y, sin embargo, sólo sonreía cuando se afirmaba en que su Arthur ya no existía.

Una noche,—era en un circo de Viena,—en la compañía que trabajaba Pik debutaba una preciosa niña que debía hacer ejercicios en un caballo en libertad. Era la vez primera que la diminuta amazona se presentaba en público, y esta circunstancia unida al invencible terror que sentía á las insinuantes advertencias de su maestro la perturbaban profundamente. Salió á la arena luciendo un llamativo vestido rosa, bordado de lentejuelas y flecos de oro; su blonda cabellera cuidadosamente rizada cubría sus flacos y desnudos hombros; su rostro era muy pálido y sus ojos azules tenían esa vaga tristeza de los niños prematuramente desgraciados. Salió á la pista, hizo torpemente algunas piruetas y auxiliada por su maestro montó en brioso caballo árabe de hermosa estampa; el hombre sacudió su latiguillo y el caballo emprendió acelerada carrera; iba á efectuarse la suerte de los aros y la niña fué lanzada al intentar el primer salto. Montó de nuevo; ya no estaba pálida; su carita estaba cubierta de vivo carmín; al recogerla su maestro le había hecho sentir una de sus dolorosas caricias que pasó inadvertida para el público. De nuevo emprendió su carrera y de nuevo el caballo la despidió, con tan mala suerte que la desdichada cayó exánime en la arena. Llegó á ella su maestro y casual ó intencionadamente su látigo cruzó la cara de la pobre niña. Un grito de indignación partió del público. Pik no necesitó ver más. Frenético, ciego, delirante, se arrojó impetuoso contra aquel hombre, le estrechó violento entre sus brazos y luchando desesperadamente ambos rodaron por la arena. *El clown negro* estaba dramático, era la vez primera que un payaso llenaba de terror á un público. Súbitamente fueron separados aquellos dos hombres que tan fieramente se maltrataban; al levantarse Pik dirigió al público una mirada de estupor, recogió á la niña entre sus brazos y la besó con amoroso anhelo. La niña no volvía en sí, y Pik, el clown destinado á hacer reir á la gente, lloraba. El maestro de equitación tenía el rostro ensangrentado y fué socorrido. Aquella misma noche fué despedido de la compañía. Pik *compró* á la niña y la amó desde aquel día como hubiera amado á su Arthur.

Abandonó su carrera y consagró todo su cariño y sus cuidados á la que consideraba como su hija; en su retiro nadie turbó su sosegada tranquilidad, ni recuerdos tristes ni memorias amargas. En cuanto á su Arthur nada absolutamente supo; al contrario, siempre ignoró que la única vez que la fatalidad lo puso en su camino lo abofeteó cruelmente hasta ensangrentarle el rostro.

ANTONIA OPISSO.

VERSOS

Deja el hombre volar su pensamiento
y de ilusión en ilusión saltando,
de caprichos y antojos, va formando
universos sin fin; ¡raro portento!
¡Tal es su aspiración, que en un momento
los triunfos adquiridos desdeñando,
de lo ignoto y abstracto, va forjando
cadenas de dolor al sentimiento!
Siguiendo yo no sé qué extraña estela,
sordo á la voz de la razón que grita,
á los sueños se entrega sin cautela;
Y en el eterno afán que le concita,
¡hace un mundo del átomo que anhela,
y un átomo del mundo en que palpita!

RICARDO CANO.

LA CAPILLA

Luto, tristeza, agonía;
sala estrecha, negros paños;
un altar, Cristo y María;
una cama, dos escaños
y un crimen que allí se expía.

—

Una lámpara colgando,
medrosa luz esparciendo;
una campana doblando,
un hombre casi creyendo
y un cura casi llorando.

—

La lámpara agonizante,
el sacerdote anhelante,
el criminal mudo y fijo
en el pálido semblante
de un antiguo crucifijo.

—

Imagen del Redentor,
debida al docto cincel,
que le muestra en su dolor
unos labios todo hiel,
unos ojos todo amor.

—

La fe en la mirada asoma
del reo; nido al fin toma
en su alma el divino beso,
al sentir su enorme peso
en el lecho se desploma.

—

¡Todo á la tristeza inspira:
el bronce que el aire hiere,
aquel hombre que delira,
aquella noche que espira
y aquella luz que se muere!

—

Nada allí muéstrase altivo,
todo es medroso y esquivo:
la muerte en su espacio zumba
y da más miedo esa tumba
porque es la tumba de un vivo.

—

Allí cede el hombre inerte
y el valor soberbio y fuerte
huye receloso y falso:
¡que está más que en el cadalso,
en la capilla la muerte!

—

En su recinto fatal
se consuma la sentencia.
¿Dónde hay más duro dogal
que dejar á un criminal
á solas con su conciencia?

—

Allí es el trance imponente,
la hora triste y peregrina
que se encuentran frente á frente
el infame delincuente
y la justicia divina.

—

¡De allí al cadalso va en calma!
¡Va de la esperanza en pos,
y va besando su palma,
porque ya lleva en el alma
y en el pensamiento á Dios!

JOSÉ JACKSON VEYA.

EN EL CAMPO

Goce en hora buena el rico
entre el esplendor que ofusca,
de los alcázares regios
la magnificencia augusta;
goce en buen hora del brillo
que le da su ilustre alcurnia
y en salones suntuosos
sus preciadas joyas luzca,
que yo para mí más quiero,
lejos de tal baraunda,

pintada casa de campo
por jarales medio oculta
y cercada de palmeras
y de arroyos que murmuran.
Quiero allí escuchar los trinos
que los jilgueros modulan
en las copas de los alamos
y entre la maleza rústica;
quiero altivos jazmineros
y naranjos que perfuman;
quiero oir, en las colmenas
las abejas cuando zumban,
y en los altos palomares
las palomas que se arrullan.
Allí es la noche más plácida,
y más alegre la luna,
más azul el firmamento
y la alborada más pura;
de allí, como efluvio santo,
se elevan á las alturas
las preces que el labrador
al Sumo Hacedor tributa:
en la primavera hermosa,
cuando desciende la lluvia
y mueve los olivares
y los sembrados fecunda;
en el ardoroso estío,
cuando las pesadas mulas
el áspero trillo arrastran
sobre la mies, que tritura;
en el bonancible otoño,
cuando las brisas columpian
de las vides trepadoras
el pomposo ramo de uvas;
y del invierno sombrío
en las noches largas, crudas;
cuando al calor de la lumbre
sus hijos amados junta
y el moreno pan reparte,
quizás duro, amargo nunca.
¡Todo es hermoso en el campo!
en las ciudades más cultas
sufre el hombre decepciones
que el corazón le torturan.
En el campo halla el sosiego
y la paz que el alma busca,
y cada flor que se mueve,
y cada palma que ondula,
le hacen sentir una nota
del himno que la Natura
eleva al cielo, cantando
de Dios la grandeza suma.

J. Frutos Baeza.

NUESTROS GRABADOS

UN RAMO DE NARCISOS

Está muy bien esa bella joven con ó sin narcisos, pero al autor se la antojó bautizarla con aquel nombre y hay que respetar su voluntad.

EL BALANCÍN

Lindo grabado. Con menos cosas puede hacerse un cuadro que merezca una medalla. El autor, escrupuloso hasta lo sumo, ha dibujado eso con tanto esmero y atención como si se tratara de simbolizar el equilibrio europeo.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
LA TRADICIÓN, *escultura de D. Agustín Querol*
EL CADÁVER DEL GENERAL ÁLVAREZ DE CASTRO ANTE EL PUEBLO DE FÍGUERAS
Cuadro de D. Nicolau Cotanda

Aunque de ambas obras se tratará oportunamente en la revista de bellas artes que comenzamos á publicar en el presente número diremos, sin embargo, que la *Tradición* ha valido á su autor el primer premio de escultura.

En cuanto al cuadro del Sr. Nicolau Cotanda véase lo que dice de él un distinguido crítico:

«Prueba del influjo que ejerce en nuestros tiempos el señor Pérez Galdós, es el número de cuadros que toman su asunto de aquellos célebres episodios nacionales. Hay verdadera riqueza de tales cuadros patrióticos, y algunos repetidos. Así, por ejemplo, nos encontramos otra vez con *El cadáver del general Alvarez* (564), entendido de manera análoga al lienzo del Sr. Muñoz Lucena, pintado por el Sr. Nicolau Cotanda (D. Vicente), ya premiado en otras Exposiciones. No entraremos á describir el argumento, por la semejanza antedicha, y nos limitaremos á alabar lo bien sentido de la escena y lo discretamente ejecutada que está; señalando sólo los pequeños defectos que se advierten, tales como la falta de explicación de unas cadenas que cualquiera atribuiría á puente levadizo, sin que se dé razón de dónde acaban; la repetición del modelo que quita variedad é interés á la acción; el paralelismo de las actitudes y sobre todo el de los estudios de piés. En realidad, algunas cabezas son más que buenas.»

OFRENDA DE LAS JÓVENES ROMANAS Á LUCINA
Cuadro de Elena Coomans

Pocos cuadros tan bonitos como ese conocemos entre la multitud de los que se refieren á escenas de la vida romana. La autora ha desplegado en él todos los recursos de su paleta y la gracia de su dibujo, resultando de ello una obra tan simpática como original.

LAS HOJAS CAÍDAS

Claro está que el refrán de que «á árbol caído todos hacen leña,» no puede rezar con los gatos, á pesar de ser eminentemente *ungueados* los que tal suelen hacer, pero no pasa lo mismo con las hojas...

Este tema ha dado ocasión á preciosísimas inspiraciones ¿no recuerdan ustedes *Las hojas secas* del desdichado Becquer?

Verdad es que no todos conocen á Becquer; cierto *ilustre canonista* debe conocerle seguramente mucho menos que á sus vacas gallegas.

EL BANDOLERO
Cuadro de A. Lemon

Este título *fait songer*... ¡El bandolero! Si todos fuesen como ese... Si todos tuviesen siquiera ese tinte estético... Pero no son precisamente los bandoleros de Arturo Lemon los que más cuidado dan... Otras ladroneras hay mucho más seguras y productivas que la carretera real.

QUEBEC: «SOUS LE CAP»

Llámase así un viejo barrio situado al pié de la Gran Batería y de la Universidad de Laval y suspendido sobre un hórrido precipicio. Habita allí una población de pura raza francesa y no deja de ser un sitio bastante pintoresco, prescindiendo de la estrechez y oscuridad en que viven sus moradores.

EN FAMILIA

Ponemos este grabado,—lo confesamos,—como un reclamo para que los *célibes empedernidos* se apresuren á llamar á las puertas de la Vicaría. Eso da muy halagüeña idea de lo que es un matrimonio bien avenido siendo bastante guapa la señora, un buen Juan el marido y dócil la chiquilla.

LA MADRE

¡Oh Dios, y que bien está eso!... Sépase que el autor es un tal Clark... como si dijéramos el señor López. Pero no por eso ha dejado de dibujar un poema mucho más elegante que otros muchos, pequeño ó grande...

Aquí del aplaudido autor señor N...

La historia de las *medres*
es la que hay que escribir.

EN SOCORRO.—MOMENTO DE EXCITACIÓN

Ambos dibujos se recomiendan por su excelente ejecución y por la verdad con que están representadas las respectivas escenas. Nada más exacto que el salvamento de los náufragos por los intrépidos marineros que tripulan el bote salvavidas, como tampoco cabe mayor fidelidad en la reproducción de ese grupo de jugadores á bolos tan atentos al resultado de la partida como si se tratara de una empeñada lucha ajedrecista ó del resultado de una votación en unas oposiciones formales.

AHASVERO
Cuadro de K. Kauzik

El autor ha personificado al *Judío errante* según la tradición eslava y no cabe negar que le ha prestado un carácter superiormente terrible.

El tal personaje fué importado á Europa en el siglo XIII por los frailes de Armenia: á decir verdad, en Oriente no se le considera como un andarín sempiterno, sino como un criminal cuyo castigo debe durar siempre. Parece que este tipo reconoce un triple origen, siendo un compuesto del *Cartafilo* que debe vivir hasta la segunda venida del Mesías, del *portero de Pilatos*, alma criminal y condenada y del *cazador salvaje*, tipo indo germánico que anda día y noche.

TÚNEL EN LA CARRETERA DE SAN GOTARDO

Pasado el Puente del Diablo, del que hablamos en nuestro número anterior, y á poca distancia de dicha atrevidísima fábrica, entra el camino en una gruta ó túnel de 60 metros de longitud, siempre á orillas del torrente del Reuss. Comenzado este túnel en el siglo pasado ha sido considerablemente ensanchado en el presente.

ADAN MICKIEWICZ

Siendo tan poco conocido en España cuanto se refiere á la literatura de los pueblos eslavos, creemos prestar un verdadero servicio á nuestros lectores, presentando á la vista, siquiera sean breves muestras de uno de los escritores que indudablemente más la han honrado, y cuyo nombre resonó poderosamente en Europa, cuando en 1829 acontecimientos políticos favorables pusieron á los valerosos polacos en armas.

Sin perjuicio de consagrar en otra ocasión nuestra pluma al célebre Segismundo Krasinski, conocido por *el poeta anónimo de Polonia*, adalid, sino creador, del drama político-social, como también al fogoso Slowacki, apellidado, y no sin razón, el Byron de su patria, dedicaremos hoy todo aquel espacio de que podemos disponer al ardiente patriota Adan Mickiewicz, que si constituye con los dos citados la más bella trinidad poética de Polonia, personifica en sí todas las nobles aspiraciones del pueblo lituano.

Daremos, pues, someras notas biográficas del mismo, acompañándolas de alguna de sus composiciones más famosas.

Adán Mickiewicz, el cantor desgraciado, el vate dolorido de la vencida Polonia, nació en 1798 en Nowogrodek, pequeña ciudad de Lituania, de familia ilustre, aunque empobrecida por los disturbios que tan frecuentes fueron en aquel anárquico país.

Recibió su instrucción primaria en la escuela de su distrito y bajo la dirección de los Padres Dominicos, quienes inculcaron al joven polaco la fe religiosa, que tanto debía influir en la manifestación católica de su talento. Fué notable en él durante su adolescencia la suma afición que mostró hacia las ciencias naturales y físicas, y en especial la química, cuyo conocimiento nada superficial se descubre en varios pasajes de sus obras.

No tardó, con todo, en manifestarse en el escolar otra afición que debía conducirle á la posteridad, la de la poesía, escribiendo sus primeros versos casi en la infancia, con motivo de un incendio ocurrido en su ciudad natal. En ellos se deja vislumbrar ya algo de su gran estro futuro.

En 1815 y á los diez y siete años, tuvo ocasión de trabar amistad con un compatriota que debía más tarde ser mártir de su fe política y de su acendrado amor á la patria. Hablamos de Tomás Zan, á quien consagra un recuerdo en *Los antepasados*.

Mientras cursaba las ciencias físicas y matemáticas en Vilna, una pasión arrastró al poeta hacia la hermana de un amigo suyo; mas ¡oh, historia vulgar de todos los días! oponíase á su enlace con ella desigualdad de fortuna; y como se hiciese necesaria una separación, el pesar que ello le causó hizo vibrar fuertemente en él la cuerda de la poesía.

Si el dolor ha sido siempre el despertador del genio en los grandes poetas, en Mickiewicz constituye, con el amor de patria, el fondo todo de su inspiración y propiamente su ideal.

Poco después, habiendo con su amigo Zan fundado la asociación patriótica de los Filaretas, fué disuelta ésta por el gobierno ruso, cogidos los papeles de ella y procesados sus fundadores; pero no habiendo sido posible descubrir el fin político de la misma, volvió á funcionar más tarde, hasta que una orden emanada de Vilna, intimó á las autoridades de Kowno á que se apoderasen del poeta y fuese conducido á la capital de Lituania, donde debía ser encarcelado. Fué allí acusado de participación en la sociedad secreta y mientras duró el proceso vióse reducido á prisión, junto con su amigo Zan, Kolakowki, Sobolewski y otros compañeros de estudios, cuyos nombres y cuyos hechos constan también en la epopeya dramá-

tica *Los antepasados* (Zziady), fundada toda ella en este episodio de su vida.

Antes de pasar adelante hablaremos someramente de la colección de poesías lírico-narrativas, pertenecientes en su mayoría á los juveniles años del poeta y que fueron agrupadas más tarde bajo el título común *El Romancero*.

Y en verdad que reflejan el candor de la primera edad, que el frío contacto de la vida trocará más tarde en amargura. En ellas se apodera el cantor de los antiguos usos y costumbres, supersticiones y creencias de los pueblos eslavos y teje con elementos tales de la musa popular, pequeños cuadros alternativamente impregnados de inspiración dulcemente melancólica y de alegría franca y espontánea. Nacional por lo que atañe á la elección del sujeto, sigue con todo las huellas de la escuela alemana en sus procedimientos, en particular la de Goëthe y Schiller cuyas baladas nos recuerda á cada paso, apareciendo ya reflexivo y plástico como el primero, ya tierno y expansivo como el segundo, no siendo tampoco extraño á la influencia de Burger, el fatídico cantor de *Lenora*, cuyo inquieto numen y poderosa fantasía hallan por igual feliz transcripción en este libro. *La ninfa del lago*, *Las Willis*, *La tumba de María*, *El caballero y la joven* y *El tocador de lira*, deben contarse entre las más bellas.

Una vez procesado no tardó en ser condenado el poeta á la expatriación y relegado á San Petersburgo, bajo la vigilancia de la policía imperial moscovita.

Fué desde allí donde entonó un himno que halló en su patria eco, canto precursor de una revolución y que conmovió á sus conciudadanos. Se alude á su famosa oda *A la juventud*, concebida en el destierro y volando libre como el águila, merced á la poca suspicaz censura rusa, que sólo vió en ella una audacia de poeta y la dejó circular tranquilamente.

Nada mejor que trascribirla, sirviéndonos para ello de la versión francesa de Owtrouski ya que nos está vedado el original.

ODA Á LA JUVENTUD

¡Pueblos sin corazón y sin alma! ¡Pueblos de esqueletos! ¡Oh, juventud! Préstame tus alas y emprenderé mi vuelo por sobre el caduco mundo hacia el país de las dichosas ilusiones, allí donde el entusiasmo crea maravillas que reviste de la flor del pensamiento y del prisma de la esperanza.

Que incline su arrugada frente al suelo aquel cuyos cansados ojos ha empañado la edad; que no ose éste salir del estrecho horizonte que le señalan sus débiles miradas.

¡Juventud! Emprende tu vuelo por sobre las llanuras y con la mirada de fuego del sol, de un polo al otro, mide el Océano de la humanidad.

Allí, bajo tus piés, mira esa masa opaca, inerte, cubierta de un eterno diluvio de desprecio: es la Tierra.

Ve como por sobre sus fangosas y turbias aguas sobrenada un cetáceo á la vez navío, piloto y timón, persiguiendo á otros cetáceos menores que él. Tan pronto se lanza á la superficie como se sume en el fondo del mar; ni busca apoyo en la onda que le lleva ni la onda se adhiere á él; mas, de pronto, se rompe en pedazos contra las peñas. Nadie supo su vida, nadie sabe su muerte: éste es el egoísmo.

¡Oh, juventud! Sólo me es dulce la copa de la vida cuando la apuro con otros; los corazones unidos por vínculos sagrados tienen sólo derecho á abrevarse en el cielo.

¡Abracémonos, amigos! La felicidad común es nuestro fin. Fuertes con nuestra unión é iluminados por el entusiasmo, abracémonos.

Feliz el que sucumbe en la carrera engañado por su noble ardor, porque otros siguen en pos y su cuerpo es un peldaño más hacia la ciudad de la gloria.

Abracémonos, amigos; si el camino es penoso rudo, y nos disputan la entrada la bajeza y la violencia, rechacemos la violencia con la violencia y á la bajeza, jóvenes todavía, aprendamos á vencerla.

El niño que supo en la cuna aplastar la cabeza de hidra, una vez hombre destrozará los centauros y arrebatará al infierno sus víctimas, al cielo sus laureles.

Asciende hasta donde nunca llegó la mirada del hombre; rompe lo que la razón jamás osó romper. ¡Juventud! Tu vuelo es el del águila y tu brazo semeja el huracán.

Vamos, espalda contra espalda, formemos la cadena al rededor del mundo. Concentremos nuestro pensamiento y nuestras almas en un rayo.

Sal de tu órbita, viejo mundo, pues vamos á empujarte hacia nuevos derroteros. Te despojaremos de tu añeja corteza y renacerás en la primavera florida de la vida.

. . . . . .

El hielo de los corazones se rompe; las preocupaciones ceden ante la luz. Brilla esplendente, aurora de la independencia, pues que en pos de tí viene el sol de la libertad.

(Se continuará.) IGNACIO DE GENOVÉR.

TÚNEL
EN LA CARRETERA DE SAN GOTARDO
CERCA DE ANDERMATT

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

Año V | Barcelona 25 de Junio de 1887 | Núm. 234

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

UN SECRETO EN LA NIEVE

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*El licenciado Carrillo*, por José M.ª de la Torre.—*Exposición de Bellas Artes de 1887*, por R. Blanco Asenjo.—*El violín del ciego* (conclusión), por Antonio Pareja Serrada.—Nuestros grabados.—*Adam Mickiewicz* (continuación), por Ignacio de Genover.

GRABADOS.—Un secreto en la nieve.—Palique interesante.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*: Aves de amor, flores y espinas.—El canal de Suez.—Esculturas de Leone Leoni.—Joyas del antiguo arte italiano.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*: La invasión de los bárbaros.—Escenas de la vida de artista.—Lucha desesperada.—Un lindo tronco.—Intervención intempestiva.—Monte-Carlo, en Mónaco.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

MADRID.—PARÍS.—LONDRES

Se ha verificado el concurso de ramos en la Exposición de floricultura, asistiendo al acto lo más selecto de Madrid. Con este motivo algún periódico recuerda que las damas principales tienen su flor predilecta; la emperatriz Eugenia gusta de las violetas, y por eso los imperialistas adornan con esa flor la solapa del frac; la reina Victoria, emperatriz de las Indias, suele prender en su traje de viuda un ramito de *no me olvides;* la emperatriz de Rusia prefiere la hortensia y la de Austria no se viste de amazona sin iluminar el oscuro traje con una rosa de té.—Tú amas sobre todas las flores el blanco jazmín, flor pequeña, odorante, preciosa; que gusta de subir por los encañados y que cuando ya no puede subir cae desmayada, como si muriese de la tristeza de no llegar hasta el cielo.

Estamos en la época de las flores; de las madrugadas y del Retiro, en la temporada más poética de Madrid. Sin embargo, los madrileños no tenemos ya grandes espacios donde pasarnos bajo los árboles y en soledad. El Retiro desaparece, invadido por los edificios, y dentro de poco no quedará uno de aquellos infinitos árboles seculares en cuyas altas copas cantaron los ilustres antepasados de los jilgueros del día. Por eso algunos periódicos claman contra el nuevo atentado que se proyecta en la parte que ahora se llama Parque de Madrid; allí, según parece, se trata de construir una nueva Casa municipal. Algún diario elogia el proyecto manifestando cuan grandiosa sería una plaza formada por tres edificios como el Ministerio de la Guerra, el Banco y el palacio del Municipio... Pocas cosas dan más perfecta idea de la falta de sentido práctico que tenemos como el destino de esos edificios. Ni el Ministerio de la Guerra tiene necesidad de estar en el que ocupa, ni el Banco tenía necesidad de gastar los millones de sus accionistas en tan suntuosa construcción, ni hay necesidad de que el Ayuntamiento se establezca en un sitio que debe quedar libre para desahogo de la población asfixiada. Llevar allí el Ayuntamiento sería iniciar la completa destrucción del Parque de la Villa. No es probable que el proyecto prospere, sin embargo; ni el Ayuntamiento tiene fondos para construir hoy, ni puede pensar en semejantes construcciones mientras no se realicen reformas de primera necesidad urgentísimas. Todas estas indicaciones de magníficos edificios en terrenos apartados, suelen nacer del interés particular; los propietarios de terrenos se ingenian como pueden para que sus terrenos adquieran más precio y claro está que las construcciones oficiales dan mucho valor á los terrenos en que se emplazan. Este proyecto no pasará de las tímidas indicaciones que en provecho propio pueden hacer los interesados. Algo más provechoso é importante era el famoso, el descomunal proyecto de la *Gran Vía:* que todos creíamos inmediatamente realizable y no ha dado más resultado, ni parece que deba ya dar otro, que la popularidad de ese nombre elevado á la más alta fama por los autores de la popular zarzuela. Los atentados contra el Parque de Madrid, que ha sido repartido entre Exposiciones diversas, están ya preocupando al público que no tendrá, dentro de poco, donde respirar aire puro, ni refrescar su cuerpo abrasado, ni solazar su espíritu angustiado por los afanes de esta existencia febril y aniquiladora de los grandes centros. El terrible ciclón que tronchó gran número de magníficos árboles en todos nuestros paseos, fué una tempestad pasajera; el lápiz de los arquitectos municipales, es un ciclón permanente. Será preciso formar una sociedad patriótica para conservar á Madrid la poca frescura, el poco espacio, el último *retiro* consolador que le queda.

Cuando no hay cosas importantes de que hablar en Madrid, se habla de las que ofrecen interés en otros lados. Los telegramas publicados ayer y hoy, nos dan cuenta de un extraño acontecimiento ocurrido en esa capital. La señorita Mercedes Martínez Campos, condesa que fué de San Antonio hasta que después de un litigio famoso que no habrás olvidado, anuló el Papa su casamiento con el hijo de los duques de la Torre, salió á pasear por *El Bosque*, en compañía de su doncella, y no volvió ya del paseo. La doncella se presentó á los parientes de su señora; afectando el terror más profundo y diciendo que su señora había sido secuestrada por una mujer; la cual, cogiéndola de súbito, la obligó á meterse en un coche; dentro del cual, la doncella creyó haber visto una persona. El lugar del atentado estaba desierto; y la escena fué tan rápida que la doncella no pudo darse cuenta de lo que ocurría... Cuando la señora pidió socorro y ella se lanzó á socorrerla, el coche había partido en carrera desesperada.

Unos llaman secuestro á este suceso, otros rapto, y otros se contentan con calificarlo de misterio. La mujer que se apoderó de la señorita Mercedes Martínez Campos llevaba el rostro cubierto con un velo. Claro es,—y esto lo sabrás tú mejor que yo,—que este suceso ha impresionado vivamente á esa capital: y que donde mayor sensación produjo fué en la colonia americana. Circulan muchas versiones diferentes. Una de ellas,—y es la que más partidarios tiene,—es que doña Mercedes ha querido romper á toda costa el yugo insoportable de una criada antigua,—de la cual se habló mucho en el famoso folleto,—y que ha desaparecido para casarse con un pretendiente de quién desde hace algún tiempo se hablaba. Los que tal suponen afirman que este aspirante es un título francés, pobre; y se le atribuye participación en el suceso.—Otra versión: el rapto es obra de la servidumbre de la robada; de personas á quién se atribuye grande influencia sobre ella; las cuales temerosas de perder esa influencia sobre ella si daba su mano al título francés, han apelado á tan violento recurso: para separarla del pretendiente y para que este renuncie á ser su esposo.

El *Figaro* ha dicho que fué robada por unos enmascarados. Otro periódico ha indicado la desaparición de dos antiguos criados de cierta casa de la alta aristocracia madrileña. Su indicación ha levantado protestas universales. Nada tiene de extraño que, en tan original suceso y dados los antecedentes de los personajes de que se habla, cada cual se permita imaginar y decir cosas extraordinarias y fabricar absurdos. La policía confía en descubrir pronto la verdad, y yo creo que así lo realizará; mas como de todos modos este acontecimiento ha de ser origen de gran curiosidad y ha de ocupar y reocupar mucho á la sociedad de París y de Madrid, tomo nota de los antecedentes y esperaremos los sucesos y las aclaraciones. Hay personas,—dice algún diario,—que parecen nacer destinadas á ser protagonistas de acontecimientos sorprendentes y cuya vida fluctúa en un vaivén de luchas fantásticas... La señora doña Mercedes Martínez Campos es de estos seres... Apenas terminado el célebre proceso que fijó la atención de la Europa y que tuvo influencia no sólo en las relaciones de dos grandes familias, sino en la política del país y en la vida de algún famoso hombre de Estado; apenas oscurecido aquel escándalo, vemos figurando ya el mismo nombre en otro suceso novelesco, gravísimo, que ofrece incidentes y peripecias interesantísimos. La vida de doña Mercedes Martínez Campos parece ser una novela de folletinista francés; dividida en partes, no terminará sino con la muerte de los personajes principales. Dejemos, repito, para otras crónicas la continuación de este singularísimo acontecimiento.

Y puesto que hemos salido de Madrid, querida Carmen, no volvamos á él tan pronto; figurémonos que hemos anticipado el verano y que desde París tomamos el ferrocarril, y luégo nos embarcamos y llegamos, por fin, á Inglaterra.

Londres se dispone á celebrar el jubileo de su soberana con magnificencia nunca vista. Estos ingleses tan fríos, cuando se entusiasman se entusiasman con desesperación; como todo el que después de haberlo reflexionado mucho decide consigo mismo que está en el caso de entusiasmarse.

La reina Victoria nació en 1819 y fué coronada en 1837. Se casó con el príncipe Alberto, tres años después. En su matrimonio dió muestras de ser previsora y positiva, como el genio inglés. Se casó con un hombre que pudiese hacerla dichosa. Cuando murió el príncipe Alberto, que había sido su consejero y su amigo, dió muestras de sincero dolor, y durante algunos años pareció inconsolable. Supo mostrarse simplemente mujer y no reina. Esto gustó mucho á las clases populares inglesas, que se gobiernan, como las de todos los países, por el corazón. Mas como ella dió en hacer una vida retraída, se quejaba el pueblo de que ella no gastaba su lista civil en beneficio del trabajo público. Adquirió reputación de avaricia. Si me permites la frase, tratándose de tan gran reina, era *una hormiguita para su casa.* No hacía mas que pedir aumentos de dotación para sus hijos. Ella, en fin, no ponía obstáculos para gobernar á los partidos que tenían la opinión y alcanzó renombre de constitucional. El pueblo inglés la respetaba como un maniquí coronado en las grandes ocasiones, y fuera de sus banquetes, donde siempre brindaba por su salud, procuraba olvidarla. A pesar de esto, no se reina siempre con el beneplácito de todos, y en muchas ocasiones ha sido víctima de atentados. O'Connor la disparó un pistoletazo, sin herirla. Otros individuos se habían ocultado para asesinarla en el palacio Buckingan. En 1840 cierto joven de diez y siete años se ocultó en su tocador, con igual propósito; en fin, en otra ocasión recibió dos bastonazos en la cabeza. Todos estos criminales fueron encerrados en las casas de locos, pues ya sabes que la conciencia inglesa no admite el regicidio. Es una ficción noble, pero ignoro si los reyes la encuentran beneficiosa para ellos.

Las fiestas del jubileo superarán lo imaginado. La procesión cívica partirá de Buckingan y terminará en la Abadía de Westminster. Se ha votado un crédito de 20.000 libras para las obras de recepción. Asusta el número de príncipes que asistirá. De todas las partes del mundo llegan enviados extraordinarios para rodear de fausto y prestigio la monarquía inglesa. Las iluminaciones convertirán á Londres en un Océano de fuego. Se pagan sumas fabulosas por un asiento en la carrera de la procesión. Por una silla veinticinco duros; por una ventana cuatrocientos, por un balcón hasta quince mil reales. Un espectáculo que dejará recuerdo es el que ofrecerán 25.000 ó 30.000 niños reunidos en Hyde-Park. Esta pollada de angelitos será obsequiada con té. Cada uno de ellos conservará, como recuerdo, la taza y el platillo, que tienen dos retratos de la reina; uno de 1837 y otro de 1887. Las fiestas preparadas, son admirables y su relación deslumbra, marea.

Pero... todo tiene alguna sombra en este mundo; se teme que los fenianos no asistan al jubileo también, y aporten sus bombas de dinamita. El jefe de la policía de Londres ha dis-

puesto que en los días del jubileo se instalen numerosas ambulancias en todo el trayecto que ha de recorrer la reina; se ha pedido auxilio al cuerpo médico militar y de los voluntarios para dotar de numeroso personal á estas ambulancias. Ya que no sea posible evitar la explosión de las bombas y (si hay quién las arroje) han de volar las piernas y los brazos de los curiosos; que sepan éstos, por lo menos, que hay personal dispuesto á volver á colocárselos.

Así, pues, estos preparativos de alegres fiestas deben ofrecer algo siniestro, y la misma reina en cuyo honor se reunen tantas maravillas y tantas multitudes renunciaría si pudiese, quizás, á subir ese Calvario resplandeciente.

Por un lado vemos á la monarquía absoluta destruída por las máquinas nihilistas, por otro los fenianos se disponen á volar también la monarquía constitucional... Nunca un rey ha sido menos rey que ahora; pero en cambio jamás le ha costado tanto el serlo.

¡Bien haya el átomo viviente, sin aspiraciones ni ambición, limitado á vivir de su trabajo en la oscuridad sin que su presencia sea notada del curioso, ni sirva de obstáculo para las ajenas ambiciones! ¡El habrá sido dueño del mundo, porque lo será de sí mismo!

Bajo esta impresión filosófica, transcendental y modesta, me parece bien concluir mi carta de hoy.

Tuyo, FERNANFLOR.

EL LICENCIADO CARRILLO

CUENTO

A MI QUERIDA TÍA LA SEÑORA DOÑA ISABEL CARBONELL DE LA TORRE

El señor licenciado D. Martín de Carrillo era hombre de más que mediana edad, cerrado de barbas y un tantico zambo, lo cual no le impedía en manera alguna creerse sobrado galán y más que demasiadamente gallardo y apuesto. Nacido en Villarrubia de los Ojos, cursó leyes en Alcalá y ejercía á la sazón su cargo en la patriarcal Toledo, en donde murmurábase que solía clavar sus uñas más de lo justo en bolsas clientes y atender muy mucho á sí y muy poco á la justicia y equidad; pero yo tengo esto por hablillas de bellacos envidiosos de su buen nombre y valía, y no las creo ni por mientes.

Ello es que el licenciado de mi cuento no medraba en la antigua corte goda y vínole la idea (por cierto en hora menguada) de trasladarse á Madrid con deseo de establecerse en la Villa y Corte y ver si el viento de la fortuna soplaba más bonancible hacia su bolsa, sobrado ética y lacia, á pesar de lo que decían toledanas malquerencias. Él tenía en Madrid á un tal fray Felix Mesejo, muy su amigo, y que lo era bastante del reverendo fray Luís de Aliaga, aquel monje de quien corrió la especie de haber escrito con el pseudónimo de Avellaneda la segunda parte del *Quijote* y que era inquisidor general y confesor de la cristianísima majestad de don Félipe III rey de España y de sus Indias.

Digo, pues, que cierto día, ya resuelto nuestro don Martín, tomó el camino de la corte en el coche de canillas (pues mula, Dios te la dé) y pián pianito, rebozado en la pañosa, la mano en el pomo de su espada más mohosa que limpia, pues á buen hidalgo que era no dejara del cinto la tizona aunque lo pesaran á oro, llegó á las puertas de la coronada villa cuando ya el sol ocultaba su rubia cabellera, quiero decir con esto que se le venía la noche encima más que á paso.

Detúvose en la puerta de Toledo y entró en un tenducho, donde mediante algunos maravedís refrescó su garganta, preguntando con exquisita cortesanía á un mozo con aires de truhán y ratero que en la taberna estaba, las señas del convento de franciscanos, morada ascética de fray Félix Mesejo.

Contestóle el pícaro mirándole socarronamente:

—Seguirá vuesa merced la calle abajo, torcerá á la diestra, luégo á la izquierda, llegará por fin á una plazuela donde hay un retablo con las benditas Animas...

—¿Y habré llegado?

—No. Entonces puede vuesa merced preguntar, que en Dios y en mi conciencia, que no le falta la mitad del camino.

El licenciado mandó noramala al chocarrero y desenfadado galopín. Prometióse que le informaran mejor en otra parte y pagando el gasto salió de la taberna echando calle adelante no sin darse un buen cuento de tropezones contra los cantos del arroyo, pues era ya noche cerrada y él sin ventura no tenía linterna porque no pensó en ello al abandonar su casa, donde pensaba tornar en busca de mueblaje y trebejos si alcanzaba en la corte lo apetecido.

—Héteme ya,—rezaba entre dientes mientras caminaba al acaso,—en esta corte donde, según las cartas de mi reverendo amigo, el hacer fortuna es cosa de bicoca si uno tiene algo de travesura y denuedo y buenas aldabas donde cogerse. Bien sabe Dios que me escucha que no soy ni pizca presuntuoso pero piénsome yo que con mi conocimiento de las humanas letras y leyes de las Partidas y Justinianas pocos habrá en la corte, sin contar que soy hidalgo y hombre que lo mismo maneja la pluma que la espada, aunque esta última há ya diez años que no la desnudé, y fué si mal no recuerdo, la vez postrera para purgar de ratas el desván donde hice más víctimas que las huestes del emperador difunto en Pavía, ó el Santo Oficio en día de auto.

PALIQUE INTERESANTE

—¡Por vida de Sanes! — continuaba, — mala cosa es en mi ánimo que yo no dé con el convento ni escuche pasar á nadie en torno mío á quien preguntar, porque por mi fe de hidalgo lo digo, tengo el estómago exhausto y pez con pez y los huesos hechos jalea y no se me daría tres higas en verdad, tener que cenar esperanzas y dormir al raso si no doy con la santa comunidad de esos buenos padres.

Esto diciendo vió de repente relumbrar una luz al volver de una esquina y notó que ardía ante un retablo y que era un farolillo mortecino. Parecióle de perlas la ocasión de intentar saber dónde se hallaba y sí el retablo era ó no el indicado por el mozo de taberna y acercóse á la luz. Se descubrió y desrebozó completamente murmurando de rodillas una fervorosa plegaria y pidiendo á Dios le sacase del atolladero en que se encontraba y le encaminase en derechura al objeto de sus afanes.

Sintió que le tocaban en el hombro con suavidad y volviendo la cabeza vió ante sí una, al parecer, dama y que no era otra cosa que una doncella de casa principal; pero pocas ó ninguna de ellas había visto el licenciado, así es que la tuvo á primera vista por señora linajuda y encopetada.

—¿Qué quiere de mí vuesa merced,—dijo el licenciado deshaciéndose en saludos, — en qué puedo servirla?

—Puesto que habéis cumplido la señal convenida seguidme,—dijo la dama.

Quedóse Carrillo como quien oye á griegos, mas pensando después que todo el valimiento que pudiera darle fray Félix sería tortas y pan pintado con el que la presencia y deseos de la dama prometían, decidióse á seguirla contra viento y marea y dijo gallardeándose para parecer orondo y remozado.

(Se concluirá.)

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.

AVES DE AMOR, FLORES Y ESPINAS (Cuadro de Horacio Lengo.—Dibujo de P. y Valor)

EL CANAL DE SUEZ (Dibujo de J. Serra Pausas)

1. Entrada del canal marítimo en el lago Timsah.—2. El Ferdana.—3. Entrada de Port-Said.
4. Riberas del lago Meuzaleh.—5. Esfinge del desierto y pirámide de Cheops

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

CERTAMEN TRIENAL.—MAYO, 1887

II

Los artistas del color y de la luz como los de la palabra han sentido en nuestro país profundamente así la inspiración religiosa como la épica produciéndose á la par: las lucubraciones místicas de Teresa de Jesús y de Fray Luis de Granada; las vírgenes de Murillo y los ascetas de Rivera; las personalidades caballerescas y legendarias del romancero y del teatro, y las salientes y epigramáticas figuras de las novelas de *Pícaros;* junto con las maravillosas creaciones de Velázquez que interpreta, á veces, la arrogancia vencedora de aquellos conquistadores de América y Flandes, y otras guiado de su genialidad caprichosa y de su apasionado amor á la naturaleza y la verdad traslada al lienzo imágenes caricaturescas ó vulgares y escenas copiadas de las costumbres sencillas y harto groseras del pueblo.

Pero así como la pintura religiosa ha tocado á su decadencia, ó por mejor decir, se ha transformado por completo no acertando á expresar aquel puro idealismo que la fe alentaba, llevando á los asuntos más sobrenaturales el concepto realista que informa y preside á las manifestaciones del arte en la época contemporánea, el otro género, ó sea el de la pintura histórica, ha ganado en importancia y trascendencia hasta el extremo de apropiarse, en no pocas ocasiones, asuntos considerados místicos hasta ahora y que ha hecho suyos al imponerles con su procedimiento de rigurosa verdad y de análisis naturalista su sello peculiar y característico.

BUSTO Y GRUPO DE CARLOS V. por Leone Leoni, en el Museo Nacional de Madrid

En su sentido más limitado por cuadro histórico debiera de entenderse tan solo la representación pictórica de un suceso verdadero acaecido en época anterior á la en que ha sido pintado; pero el uso ha admitido bajo esta denominación la pintura de acontecimientos tomados de la historia y la de escenas imaginadas que por los trajes y tipos con que se presentan son recuerdo también de tiempos pasados y aún la copia de sucesos contemporáneos de alguna notoriedad é importancia.

El cuadro de historia se diferencia de todos los demás por cierto carácter de trascendentalismo del que no puede prescindir el pintor y lo expresa ya en la parte puramente técnica, como lo que se relaciona con las dimensiones y el mayor esmero en el estudio de la composición y los modelos, ya en otras cualidades más internas, como la copia fiel de pormenores prolijos que concurran á dar exacta idea de la época que se propuso trasladar ó el sentimiento humano y trascendental que quiso que evocase la contemplación de su lienzo ó la síntesis filosófica que ideó desprender de la acción pintada, deduciendo de ella alguna enseñanza, bien directamente del hecho expuesto con natural sencillez, bien de un concepto más abstracto del mismo, expresado en los términos generalizadores de la alegoría.

De todos estos recursos empleados con éxito por los pintores de historia contemporáneos, hemos de apuntar con orgullo que el más sencillo, el más natural y también el más inspirado ha sido con principal predilección seguido por nuestros compatriotas. Ninguno de ellos alardeó jamás de la prolija ciencia arqueológica de Alma Tadema ni del alto conceptismo sintético y trascendental de Kaulbach; ni la pintura erudita, ni la alegórica, podía en modo alguno interesar á artistas de espíritu fogoso y apasionado, capaces de sentir hondamente un carácter ó una época y de interpretarla con vigorosa intuición pero no inclinados á heladas disquisiciones ni menos á ideologías abstractas y trascendentales extrañas á la índole de su espíritu.

Algunas veces, sin embargo, nuestros pintores se han propuesto formular la síntesis de una época ó expresar el carácter de un pueblo en un cuadro. En la última Exposición el lienzo de Luna, *Spoliarium*, indicaba este empeño, y en la actual parecen proseguir el mismo propósito el de Villodas, *Victoribus Gloria*, y el de Checa, *Los Bárbaros en Roma*.

Es el primero, el cuadro de un maestro, pero resaltan en él más las cualidades reflexivas de la meditación, el gusto y el estudio que los arranques fogosos de la fantasía y los atrevimientos de la imaginación. El dibujo es de una pureza clásica sobre todo en la parte de la derecha que es donde la composición ha sido más feliz. La nave y el grupo de figuras sobre ella repartido son de atildada elegancia helénica. El paisaje está lleno de luz y poesía. Por detrás del collado que al caer de la tarde comienza á envolverse en sombras azuladas, el resplandor del crepúsculo se extingue y sus reflejos opali-

nos se dibujan en las aguas verdosas mansamente agitadas por la fresca brisa vespertina. En el perezoso oleaje acaso hay abuso de entonaciones verdes. Los lejos son de efecto admirable y están razonados dentro de las leyes de la perspectiva; pero con todos estas eximias condiciones la impresión que produce el lienzo es inferior á la que pudiera prometerse de sus excelencias y primores. La manera de estar desarrollado el asunto es más propio de un cuadro de caballete que de lienzo de grandes dimensiones. De aquí resulta que no obstante su magnitud el espectador se imagina las figuras menores de lo que son en realidad. Por otra parte, procurando el artista subordinar el estilo al asunto ha empleado cierta manera que podría calificarse de arcaica, hasta el extremo de que, el cuadro recién pintado, parece traído de la co-

SAN MIGUEL.—LA VIRGEN ADORANDO AL NIÑO JESUS.—TOBIAS Y EL ANGEL (Atribuidos al Perugino)

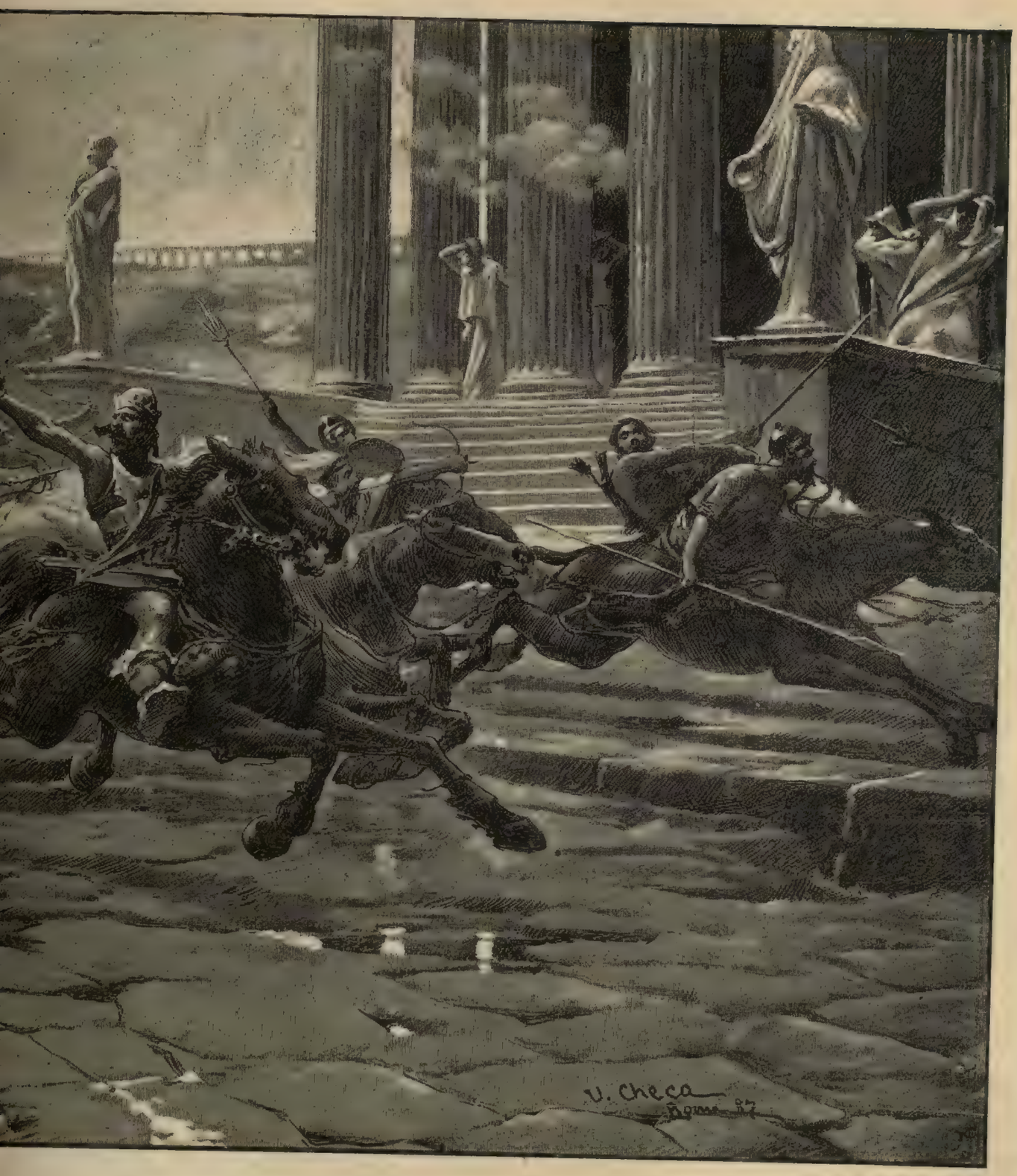
LA MADONA DEL TRONO, de Andrés Mantegna

RETRATO DE JOVEN, por Antonello da Messina

lección antigua de un Museo. No señalaremos como defecto lo que es condición estimable: sorprender é imitar esa sobriedad y ese reposo de los grandes maestros; pero importa reconocer que esa posesión técnica del asunto y esa manera sabia y erudita cuanto á la ejecución chocan no poco con el gusto moderno que más y más cada día se aparta de los moldes clásicos. Hemos oído decir á muchos como ponderación de este cuadro, que podría confundirse con un original del Veronés, sin comprender que con tal aplauso señalaban implícitamente un defecto capitalísimo en artista de vuelo tan levantado: la falta de propia inspiración y de genialidad personal.

Los Bárbaros en Roma, de Checa, es un hermoso lienzo que tiende, como el de Villodas, á sintetizar un gran acontecimiento histórico: la destrucción del imperio romano por las hordas de los pueblos procedentes del Norte. El artista ha tenido buen cuidado de no señalar época; su cuadro representa lo mismo la invasión de los galos mandados por Brenno, que la de los visigodos acaudillados por Alarico. La síntesis se levanta por cima del hecho histórico; la acción es real y alegórica á la vez; pero no hace sentir y pensar en lo que tiene de verdadero y natural y en lo que encierra de trascendental y compendioso. Aparte de esto el efecto pictórico no puede resultar más sorprendente. En mañana tibia y brumosa, á los albores primeros del día velados por girones de niebla que envuelven en gasas pálidas y transparentes las lejanías azuladas de las llanuras del Lacio, como oleaje encrespado de inundación que rompe diques y asalta parapetos y se derrama rugiente y violenta, avanza y se precipita furiosa una masa extensísima y compacta de hombres y caballos; y el espectador se figura oir el golpear del casco

LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS (Cuadro de D



eca. Medalla de primera clase.—Dibujo de P. y Valor)

de los corceles sobre las anchas losas del suelo y que el agua encharcada que como límpido cristal entre sus grietas y junturas brilla, se quiebra y salta salpicando los ijares de aquellos caballos que galopan sin freno, y que allá á lo lejos en dilatada perspectiva el hacinamiento confuso de millares de invasores se pierde en columna movida y trepidante sobre la que destacan el cabrillear confuso de los cascos y el bélico ondear de las banderas, fundiéndose en fondo lleno de ambiente húmedo y fresco un tanto ensombrecido por las diáfanas y blanquecinas opacidades de la niebla.

Algunas incorrecciones de dibujo pudieran señalarse en las figuras modeladas deprisa, pero los primores de detalle no se han de exigir tampoco á composiciones donde todo se halla supeditado al principal y exclusivo propósito de hacer sentir hondamente los arrojos de composición y tonalidades rápidas, acentuadas y vigorosas. En aquella masa de airados conquistadores hay vida, movimiento y pasión y el contraste que resulta entre aquel torrente invasor y la apacibilidad temerosa de las vírgenes paganas que en blancas vestiduras envueltas aparecen entre las estriadas columnas del templo, está bien preparado y produce un efecto admirable que concurre á dramatizar el conjunto.

Abunda entre los notables cuadros de historia que hay en esta exposición, aquel género sentimental, inspirado más que en la realidad de un hecho histórico en la emoción profunda que el artista ha sabido hallar en él; género, que como antes dijimos, es muy propio de los pintores españoles que con mayor acierto expresan una situación dramática y conmovedora ó trazan

ESCENAS DE LA VIDA DE ARTISTA: BALANCEO MÁXIMO

vigorosamente un carácter y una personalidad que descienden á pormenores sabios y detallados que determinan una época. Y entre las obras que por esta índole peculiarísima se señalan, son los más notables los lienzos de Viniegra, Bilbao y Alcázar Tejedor.

La bendición de los campos en 1800, del primero, es un lienzo inspirado directamente en la naturaleza. El asunto de época es pretexto para que el pintor luzca sus habilidades de colorista y su sensibilidad de poeta. ¿Es un cuadro de historia ó es un cuadro de paisaje? ¿Lo principal son las figuras y el fondo lo accesorio, ó por el contrario, lo accesorio son las figuras y el fondo lo principal? Pero, ¿á qué descender á estas disquisiciones en busca de una clasificación rigurosa? Baste con saber que en este hermoso lienzo se halla todo tan relacionado que de nada puede prescindirse, ni pueden, por lo mismo, considerarse subordinados á unos elementos los otros. La impresión que produce es única, armónica y total.

No es posible sentir más la naturaleza ni expresarla mejor. El suelo tapizado de muelle y verde alfombra, el cielo vagorosamente envuelto en nieblas grises, diáfanas y de melancólico albor matutinal iluminadas; las lejanías fundiéndose en suaves tonos azules y sobre este fondo destacándose las figuras admirablemente empastadas sin contornos duros y modeladas con delicadeza distinguida. Del conjunto de la composición se desprende como una atmósfera de luz, de frescura y de tranquilidad que regocija al ánimo profundamente. Aquel viejo sacerdote de aldea revestido de capa de tisú de oro, aquellos monacillos infantiles y retozones, aquellas mujeres fervorosas y aquel grupo de hombres de rostros curtidos por las saludables brisas de los campos que con recogimiento severo y respetuoso presencian la ceremonia rodeando las vistosas y adornadas andas de la Virgen emocionan plácida y dulcemente haciéndonos codiciar aquella atmósfera pura y olorosa que parece desprenderse del cuadro y orearnos las mejillas con el aliento suave y perfumado de la verbena y el tomillo y aquella dulce paz del espíritu que aquellos rostros reflejan con la satisfacción de una fe sencilla é inquebrantable y el reposo de una existencia oscura y modesta ajena de afanosos cuidados y de insensatas ambiciones.

El cuadro de Bilbao se titula *Idilio* y parece inspirado en la bucólica narración que hizo Longo de los amores de Cloe y Dafnis. El pastorcillo imberbe y juvenil tiene delicadeza y gracia verdaderamente atenienses y la tierna doncella de blanco peplo vestida es flexible y esbelta como los puros modelos que inspiraron á la escultura helénica las ninfas y las diosas. Los blancos cabritillos triscan y ramo-

nean por entre los frescos troncos de los árboles rebosando savia de primavera, y allá, á lo lejos, el bosque se dilata cruzado por senda estrecha y ondulosa y se pierde el confín del horizonte en pálidas y transparentes nebulosidades que se funden en las armoniosas gradaciones de luz de una mañanita de Mayo entoldada, tibia y olorosa. El cesped de un verde muy fresco, parece húmedo de rocío ó de una de esas lluvias pasajeras que preceden al buen tiempo; y presidiendo aquel paraje agreste y solitario como burlón testigo de la inocente escena de amor sonríe el busto de Pan envuelto entre hojarasca y es la nota única que recuerda al espectador que la composición pictórica tan tiernamente sentida y con tanta habilidad ejecutada buscó la inspiración en clásica leyenda.

Y á proposito de la manera singular y muy digna de aplauso como ha conseguido este artista huir en su cuadro de ese convencionalismo académico por el que otros se hubieran dejado arrastrar insensiblemente por la índole del asunto, es conveniente decir que con este lienzo sucede algo muy parecido con otro del que nos vamos inmediatamente á ocupar. Esto es, que la personalidad del artista y su inventiva poderosa han sabido comunicar de tal manera el sentimiento y la originalidad al asunto escogitado, que han roto con los moldes del género y se han salido de los límites conocidos por la clasificación.

Si rigurosamente se atendiera al asunto, el cuadro de Bilbao había de incluirse en el número de las obras inspiradas en un sabio y académico clasicismo; pero su interpretación triunfando de las rutinas y preocupaciones ha conseguido comunicar á aquella escena de la poesía antigua tal realidad, interpretando la naturaleza tan fielmente, que figuras y paisaje que recuerdan la Hélada, nos hacen al propio tiempo sentir nuestra propia vida trasladándonos con la mente á risueñas y apartadas comarcas que á todos nos parece haber recorrido alguna vez.

Con el cuadro de Alcázar Tejedor *Los padres del celebrante después de la misa nueva*, sucede en otro orden algo muy parecido. Su asunto es sencillo y natural en extremo, pero el sentimiento que el pincel del artista le ha sabido comunicar, sus proporciones desusadas en estos asuntos, y otras circunstancias, ya de ejecución, ya de concepto, si de un lado hacen resaltar en él todos los caracteres y condiciones del cuadro de género, del otro le elevan y ennoblecen haciéndole digno de figurar en el número de los lienzos de historia. Porque ya lo hemos dicho, la representación de una escena de la vida real puede en ocasiones como esta trascender con sentimiento tan hondo, tan universal y tan humano, que la copia de un hecho vulgar se eleva á concepto generalizador que desarrolle y exprese, no ya en determinado suceso histórico, sino la historia de una pasión eterna, de una voluntad permanente ó de una sublime idea.

UN SOBRESALTO

LA CUESTION DEL AJUSTE

¿QUÉ SIGNIFICAN ESOS MAMARRACHOS?

Alcázar Tejedor ha logrado, con efecto, en su cuadro pintar con delicadísimo é inspirado sentimiento toda la ternura que inunda el corazón de unos padres sencillos, buenos y creyentes el día en que contemplan con ojos que el llanto de la satisfacción anubla, ante el altar que irradia esplendores celestiales, al hijo idolatrado revestido de la dorada casulla, y á cuyas manos por vez primera en el misterio de la consagración Dios bajará en cuerpo y sangre por milagroso cumplimiento de promesa divina. Todas las figuras están primorosamente dibujadas; la del padre que está en pié y oculta el rostro en el pañuelo que oprime en la mano es la más sentida; la del cura tiene una naturalidad y una vida admirables, pero sobre todas las excelencias de la ejecución sobrepuja la felicidad de la idea con tanta gracia como vigor apreciada.

Un cuadro, que acaso como otro alguno puede considerarse dentro del género genuinamente histórico, es el de Martínez Cubells, *Reinar después de morir*. Tiene excelente casta de color y las figuras principales están muy bien dibujadas. Hay en las de los cortesanos por efecto de la actitud en que están colocadas algo de desproporción, resultando cortas y aplastadas. No había necesidad de acudir al recurso de inclinarlas en demasía para expresar en ellas la sumisión y la repugnancia. La actitud del joven príncipe es natural y movida, digna la del rey, y el cadáver de D.ª Inés de Castro poetizado y embellecido hasta donde es posible hacer esto con miserables despojos de muerte. Están briosamente pintadas las telas y ropajes; el tisú verde y oro del dosel tiene relieve y verdad y lo mismo puede decirse del raso blanco y las gasas que encubren y atavían la rígida figura de la infeliz esposa de Don Pedro I de Portugal.

El saqueo de Roma por los luteranos de Frandberg, de Amérigo, es un cuadro cuyo asunto aunque se refiere á un hecho histórico, ha podido ser tratado con cierta libertad que demuestra en su autor viveza de fantasía. Aquella escena de vandalismo y disolución que el lienzo representa, al saquear las alhajas de un rico templo una horda brutal y ebria, revistiéndose los ornamentos sagrados y atropellando á las vírgenes profesas está dramáticamente expresada y sentida. La composición se ha cuidado con esmero, lo mismo que el dibujo, pero la tonalidad resulta algo fría y monótona. El efecto hubiera sido mayor sino estuvieran todas las partes del cuadro tratadas de la misma manera.

Las postrimerías de Fernando III, el Santo, de Mattoni, es una composición algo teatral pero hermosa por los efectos de luz en ella acumulados. Sin duda que hubiera ganado el cuadro si se hubiese prodigado con alguna más sobriedad. La figura del santo rey está muy bien dibujada; aquel cuerpo, ya inerte, pesa y se desploma y sus manos crispadas por la agonía están tratadas con suma delicadeza y primor. La cabeza del fraile joven arrodillado en primer término, sosteniendo de uno de los brazos al rey, tiene admirable expresión de éxtasis fanático y religioso. Las mujeres que hay á la derecha son largas y están modeladas con des-

LUCHA DESESPERADA

UN LINDO TRONCO

INTERVENCIÓN INTEMPESTIVA (Cuadro de Juan Owidzkiego)

cuido. La perspectiva está muy estudiada y produce efecto y el color es brillante y de buena casta.

No faltan en esta exposición los cuadros históricos que representan escenas de la antigüedad clásica, siendo de los más notables el de Garnelo, *La muerte de Lucano*, muy hermoso de composición y colorido. Aseguran que su autor apenas cuenta veinte años; á ser así, podrá á este joven aplicarse aquella frase tan repetida de que empieza por donde muchos acabaron.

A las fieras, de Silvio Fernández, es un cuadro que revela más esmero y estudio que genio é inspiración. Las figuras están bien dibujadas, principalmente las del primer término, pero carecen de la expresión dramática que exige el asunto. Aquellos prisioneros se levantan indiferentes y lo mismo revelan que son llamados á derramar su sangre en la arena del Circo, como que van á ser puestos en libertad. Ni el entusiasmo religioso ni el terror humano se reflejan en aquellos seres melancólicos y fríos. Los términos del cuadro están pintados por el mismo procedimiento y de aquí resulta algo de enfadosa monotonía.

El cadáver de Agripina, por Montero y Calvo, ofrece un desnudo muy bien modelado, está bien tratada la entonación y el dibujo es correcto; es falto, sin embargo, de originalidad, recordando á Rosales en el estilo y en alguna figura.

Las fiestas á la diosa Flora, de Reina, tiene efecto de color, pero la perspectiva no está razonada; el tamaño de las figuras no se relaciona con los términos en que se hallan.

También merece citarse en este género de pintura *Cleopatra y Marco Antonio*, por Salinas.

En otro orden es bastante estimable *La muerte del príncipe de Viana*, por Poveda, que tiene acertados detalles en los ropajes, siendo endeble de dibujo y frío de entonación.

Por último, entre los asuntos históricos de época que puede considerarse contemporánea, son excelentes dos cuadros de los hermanos Alvarez Dumont. El de don César representa la *Defensa del púlpito en la iglesia de San Agustín de Zaragoza*, episodio de la guerra de la Independencia, pintado con soltura, desenfado y verdad, sobresaliendo principalmente más por la composición y casta de color, que por el dibujo. Por el contrario, el cuadro de don Eugenio *Malasaña y su hija*, está muy bien dibujado pero flaquea en la entonación.

Otro episodio nacional, *Gerona: el cadáver de Álvarez de Castro*, por Muñoz Lucena, resulta muy agradable de color; las figuras, sin embargo, algo inferiores al paisaje.

R. Blanco Asenjo.

EL VIOLÍN DEL CIEGO

(CONCLUSIÓN)

II

Un chalet en la Castellana.

Lujurioso jardín lleno de plantas exóticas y matizados canastillos de geráneos y verbenas, sobre los que descuellan magníficos grupos de magnolias, y marmóreas fuentes que arrojan al espacio el hilo de plata de sus surtidores.

Portero con elegante librea custodia la verja con remates dorados que sirve de ingreso al chalet, y en una calle próxima un elegante landó tirado por dos briosas yeguas de pura raza, espera indudablemente á su dueño visita de la casa.

Si preguntamos al portero quién es su habitador, nos responderá con tono enfático: «El señor D. Fernando Colomer é Inestrosa, banquero acaudalado y próximo conde por matrimonio con la señora condesa de ***.» Si penetramos en el elegante despacho de éste, encontraremos á nuestro antiguo conocido de la modesta guardilla, aunque bien cambiado á la verdad.

Fernando no es ya, ni mucho menos, el joven aturdido en cuyo rizado cabello negro enredaba sus dedos la enferma doña María; á través del elegante batín que viste, se adivina un cuerpo anémico, casi extenuado, no sabemos si por el dolor físico ó el padecimiento moral, y á pesar de sus treinta y cinco años, multitud de canas inundan su cabeza y barba recortada con arreglo al gusto de la época.

Prematuras arrugas surcan su frente, y en sus pálidas mejillas se ven las huellas de tormentos morales, mucho más dolorosos que la tortura de los músculos que revisten nuestra envoltura física.

Fernando sufre, y sufre horriblemente.

La locura de doña María, mezcla de monomanía religiosa y de persecución, resulta completamente incurable; cuando su hijo lo recuerda, mil horribles remordimientos asaltan su alma, porque comprende que de nada le sirve la riqueza, aquella terrible noche adquirida, si la sed del oro le hizo olvidarse de la prescripción facultativa y el desgraciado augurio se cumplió exacta y fatalmente.

Y como si una maldición pesase sobre él, en los momentos en que el goce llama á las puertas de su espíritu como iris de paz de sus dolores, la carcajada histérica de la pobre loca le vuelve á sumir en sus horribles pensamientos.

***

Llegó la noche; una noche deliciosa de la primavera en que el cielo aparecía como inmenso manto de terciopelo tachonado de brillantes.

El chalet, iluminado desde el vestíbulo con centenares de bombas de cristal que preservaban los mecheros de gas, reflejaba débilmente sobre el mármol de los pisos y de las paredes las fugaces sombras de las aristocráticas damas que, con elegantes vestidos de *soirée*, apenas sentaban el pié sobre la alfombra de terciopelo que pisaban.

El aristocrático frac se veía confundido entre los brillantes colores de los uniformes militares; la severa ropa sacerdotal se destacaba entre los encajes y sedas de la desenvuelta dama de la aristocracia; el grave y respetuoso rostro del magistrado hacía *pendant* con el perfecto óvalo de la romántica niña ó el sonriente semblante del joven militar, y allá, perdido en los salones, barbotaba ese indefinible ruído de mil animadas conversaciones, de mil discreteos elegantes á que dan margen las fiestas de la fortuna.

Fiesta, y no escasa de importancia, es la que va á celebrarse en la casa de Fernando Colomer.

Aquella noche, y en presencia de gran número de convidados, van á firmarse las capitulaciones matrimoniales que han de servir de base á su casamiento con la condesa de Casafuerte. Atendido el estado de la madre del novio la noble dama ha accedido á que el contrato se firme en el chalet de su futuro esposo, y allí está recibiendo á los convidados llena de satisfacción, y acariciándolos con agradables sonrisas y verdadero derroche de ingenio.

El notario acaba de llegar y la ceremonia da principio con la mayor solemnidad.

Leídas las condiciones estipuladas por los contrayentes y puesta al pié su firma con las de los testigos, abandonan todos el salón de honor y se lanzan en vertiginosa oleada hacia el jardín, en cuyo invernáculo se halla servido un aristocrático *lunch*.

Circulan los vinos escanciados por criados que lucen vistosas libreas; estallan las botellas de Champagne, hierve su dorado color en las copas y comienzan los indispensables brindis.

Un joven publicista tiene la palabra, y en bellísimos períodos pinta á grandes rasgos la historia del anfitrión, hombre á la moda en todos los actos de su vida, banquero tan honrado como opulento, y modelo de hijos por lo que ha hecho en favor de su desventurada madre.

Cual si este recuerdo, expuesto con palabra llena de elegancia, fuese el recitado de una ópera, óyese en la calle próxima el sonido de un violín que toca *la plegaria de Dinorah*.

Uno de los invitados se acerca á Fernando que pálido como un cadáver se ha puesto en pié, y le dice:

—Mi querido banquero y... conde; ¿nos permitirá su amabilidad y galantería que en el salón de juegos instalemos un *baccarrat?*

En vano esperó la contestación.

Colomer, abstraído en un pensamiento que desgarraba su alma, sólo oía la voz del remordimiento y ni aún se apercibía de la presencia de sus convidados.

En aquel momento abrióse violentamente una puerta lateral del invernadero, y doña María de Inestrosa, con el semblante descompuesto, desgarradas las ropas y el ceniciento cabello en desorden, se arrojó en los brazos de su hijo, exclamando:

—¡Protégeme de esos infames que quieren asesinarme, hijo mío! ¿Concluyó la ceremonia?... Pues al Real, á oir *Dinorah*... Va á tocar su violín el señor Rodríguez, nuestro vecino... Vamos ¿qué haces? Ve por la medicina y vuelve pronto.

Y prorumpiendo en horribles carcajadas, hizo saltar los cristales de una vidriera, y desapareció por su hueco entre la maleza del jardín.

Fernando y los convidados se lanzaron tras ella.

La pobre loca huía, huía siempre dando gritos y riendo de un modo horrible; Fernando desapareció.

Dos minutos después el ruído de una detonación espantó á los concurrentes que atropelladamente se dirigieron al despacho de verano del banquero.

Allí vieron su cadáver tendido sobre la alfombra y sobre la mesa una cuartilla de papel que decía:

«Señor Juez de guardia:

»Moralmente he muerto á mi madre, pero no quiero que el verdugo ponga la mano sobre mí, y encargo de mi ejecución á otro más inexorable, pero más digno.

»Muero á manos del remordimiento.»

La fiesta degeneró en tragedia, y de ella hoy no queda más que el recuerdo en la memoria de un buen amigo, y tal vez la lenta agonía de un demente tras las rejas de algún manicomio.

Antonio Pareja Serrada.

NUESTROS GRABADOS

UN SECRETO EN LA NIEVE

Hé ahí un procedimiento amatorio perfectamente dentro las condiciones novelescas. Supongamos que un joven y bizarro marino anda enamorado de una muchacha y no se atreve á declararle su atrevido pensamiento; la dice entonces:—Cuando mañana al amanecer nos hagamos á la mar, se viene usted á la playa y una vez nos haya perdido de vista se fija usted en un dibujo que verá trazado en la nieve, al pié del sendero tal.—La joven, curiosa, no deja de dirigirse al sitio manifestado y se encuentra con un corazón del tamaño de un foque. Nada más gráfico y comprensivo.

PALIQUE INTERESANTE

Bien claramente se deja entender que no tratan esas dos señoras de baladíes cuestiones de amorcillos sino que la cosa es algo más honda. ¿Sería acaso que *se* estuviesen discutiendo una jugada de bolsa?

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

AVES DE AMOR, FLORES Y ESPINAS

Cuadro de J. Horacio Lengo.—Dibujo de P. y Valor

Hé aquí lo que dice de este cuadro,—entre otros del autor,—el Sr. Giner de los Ríos:

«El *Sr. Lengo* se presenta en esta misma sala sin desmentir sus tradiciones; pero hemos de lamentar, como siempre, que las extraordinarias dotes de tan genial artista se desvanezcan con los defectos á que nos tiene habituados. Los cuatro lienzos que exhibe ofrecen exactamente los mismos lunares y las mismas bellezas de costumbre. *Manrique* y *Leonora* titula sus dos estudios de flores, cachivaches, azulejos, paños bordados y... palomas. Ya comprenderán nuestros lectores que Manrique es el *pichón* y Leonora la *pichona*. Los dos palomos, macho y hembra, son dos maravillas de color y ejecución; pero el resto de las obras son dos modelos tam-

bién de amaneramiento. Las flores huelen á trapo perfumado, y la composición á un artificio tan convencional como ingrato.

»Los otros dos lienzos que presenta, titulados *Rosas* y *flores* y *espinas* acreditan precisamente lo mismo que queda indicado, y es á saber: la rosa es una vara de capullos entre los cuales aparecen las cabezas de tres niños, y el segundo una *Hermana de la Caridad*, escueta, entre los grupos de secos tallos de cardos silvestres, ó cosa por el estilo y varas de malvas locas. Es el colmo de lo alambicado y... de lo cándido. El talento y el arte de tan distinguido pintor puesto al servicio de las extravagancias de una imaginación descarriada. Nadie negará á D. Horacio Lengo el título de maestro; pero hay que señalarle á los principiantes como un *maestro* peligroso del cual es preciso huir. El desdichado que lo imite incurrirá, careciendo de sus condiciones, en la caricatura y en la cursilería. A él se le puede perdonar, á cambio de sus revelantes dotes.»

EL CANAL DE SUEZ
Dibujo de J. Serra Pausas

El lector podrá ver en esos bonitos dibujos algunos de los principales puntos de vista que ofrece la travesía del canal, verdadero monumento de la inteligencia y poder del hombre, simbolizados en Lesseps.

ESCULTURAS DE LEONE LEONI

Leone Leoni fué el escultor de Carlos V,—no hay para qué decirlo,—y además el violentísimo rival de Benvenuto Cellini; artista de prodigiosa fecundidad, muy realista (de *res, rei)* más metido en política de lo que debiera, ilustrísimo en el manejo del bronce y grande amigacho del infame Pedro Aretino,—*Divus P. Arretinus Flagellum Principum,* como decían las medallas acuñadas en honor de aquel baratero.

Hay en España muchas obras del gran escultor Leone Leoni, dignas del cincel de Miguel Angel; por hoy reproducimos los dos Carlos V del Museo, pero quien desee conocer *de visu* las restantes no tiene más que darse un paseo por el Escorial ó Valladolid.

JOYAS DEL ANTIGUO ARTE ITALIANO
Antonello da Messina. — Mantegna. — Perugino

Eche V. ¡igos, como decía aquel andaluz...

Supónese que el retrato de *Un joven*, por Antonello da Messina, es el del propio autor, que sobresalía, efectivamente, en aquel género. El principal timbre de gloria de Antonello no es, sin embargo, su habilidad como retratista sino haber importado á Italia (1450) el conocimiento de la pintura al óleo empleada por los Van Eyck. Es, por consiguiente, uno de los artistas más meritorios de su tiempo.

Las tres tablas atribuidas al Perugino,—pero que de todas maneras pertenecen á la escuela umbría,—constituyen otras tantas obras maestras, eminentes entre las más celebradas del mundo. No falta quien cree que anda por allí la mano del sublime discípulo del Perugino, Rafael. Ese tríptico figuraba antes en la Cartuja de Pavía.

En cuanto al gran pintor paduano Andrés Mantegna (1431-1506) diremos que su destino y el papel que desempeñó le hacen muy semejante ó casi igual al Giotto, con haber nacido siglo y medio después. Fué, en efecto, como el ilustre *trecentista,* pastor de ganados en su infancia y más adelante, habiendo recibido las lecciones del viejo Squarcione, su compatriota, revelóse maestro tan precoz como lo había sido Rafael respecto del Perugino, y más aún, pues fué proclamado tal á los diez años, sin contar que fué también tan insigne grabador como pintor.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS
Cuadro de D. Ulpiano Checa.—Dibujo de P. y Valor

(Véase la revista de *Bellas Artes* del Sr. Blanco Asenjo).

ESCENAS DE LA VIDA DE ARTISTA

A corta diferencia lo mismo pasa en el flamante palacio de la Industria y de las Artes,—cerca del Hipódromo,—de Madrid, que en el *Salon* de París, ó que en las *Gallerys* de Londres. La cuestión de la colocación de los cuadros es un semillero de disgustos. Poco podríamos añadir por nuestra parte, no siendo del oficio, á lo que tan humorísticamente expresan nuestros grabaditos, originales de un interesado, y por eso nos limitamos á decir que no hay mas que hacerse el cargo de que en todas partes cuecen habas.

LUCHA DESESPERADA.—UN LINDO TRONCO

Esa «lucha desesperada» tiene no sabemos si la ventaja ó el inconveniente de ser rigurosamente exacta, y de no parecerse en lo más mínimo al rapto del doctor Mirabel (creo que Saturnino) habiendo acaecido el hecho en la Iliria, aquella montañosa región de la costa oriental del siempre tempestuoso Adriático. Hallábanse dos niños, uno de trece y otro de ocho años, paseando una tarde por un hermoso valle cuando de pronto se lanza sobre el menor un águila real arrebatándolo entre sus garras. El camarada, entonces, que iba armado de un robusto y nudoso garrote, sacudióle al águila un palo á la cabeza, dejándola aturdida, con lo cual la rapaz dejó caer su presa y escapó por los aires, desde donde cayó al suelo atravesada por los certeros disparos de un cazador que había presenciado la escena. El soberbio animal medía once piés de un extremo á otro de sus alas.

El otro asunto, si menos heroico es mucho más filosófico, queriendo indicar que desde niños damos la medida de nuestros gustos respecto á servir de acémilas ó de amo.

INTERVENCIÓN INTEMPESTIVA
Cuadro de Juan Owidzkiego

No puede estar mejor representado el asunto, ni producir más dolorosa impresión. La esposa ha sabido que su marido iba á batirse y con mejor intención que respeto á los *deberes sociales* ha acudido á estorbarlo. Mientras el desdichado rechaza á su mujer su adversario se está mofando de la *ridícula* escena y sus padrinos le hacen coro, contemplando desdeñosamente al angustiado marido.

No hay para qué decir que el combate se llevará á efecto y que sucumbirá el esposo, por cargado que esté de razón.

MONTE-CARLO, EN MÓNACO

Según la última estadística, son ya 68 los suicidios llevados á cabo en este *delicioso* lugar por jugadores á quienes no ha sonreído la fortuna, contándose entre las más recientes víctimas una desgraciada compatriota nuestra llamada *la Serafina,* infortunada horizontal que se precipitó verticalmente desde una altura como quien se tira por el viaducto de la calle de Segovia.

ADAN MICKIEWICZ

(CONTINUACIÓN)

***

Tales palabras debían electrizar á la juventud polonesa, al igual que en nuestra gloriosa guerra de la Independencia enardecían las estrofas guerreras de Quintana para el combate. En tiempos de opresión nunca falta un Tirteo cuando alienta la fe. Entonces, en el común infortunio, se sobrepone siempre al desaliento algún noble ideal que infunde aquel entusiasmo que es alma de las grandes acciones y de la grande poesía.

Más justo será decir que si correspondió generoso el pueblo á los designios del poeta, pronto dieron buena cuenta de la insurrección polaca de 1829 las bayonetas moscovitas y el látigo del Czar, *reinando luégo el orden en Varsovia.*

Con todo, el patriota y el poeta merecieron igualmente la simpatía de Pouckine y otros ilustrados ingenios de Rusia. Nobles amistades fueron éstas que le vengaron de la persecución y del destierro.

Más tarde, considerando el soberano peligrosa la estancia en San Petersburgo de varios poloneses condenados por su patriotismo, dispersólos, siendo esta vez relegado nuestro poeta á Odesa, desde donde junto con varios compatriotas emprendió un viaje á las estepas de Crimea, que le inspiraron una serie de sonetos, que son los primeros que se han escrito en lengua polonesa.

De Odesa pasó á Moscou, y más tarde fijóse de nuevo en San Petersburgo; con la aquiescencia del autócrato ruso, se entiende. Dió desde allí á luz su poema *Conrado Wallenrod*, que promovió grande entusiasmo, llegando á ser popular en la tierra de opresión á la vez que en su patria.

Contiene aquél, bajo la forma de un asunto sacado de los antiguos anales lituanos, disimulado y rudo ataque contra el gigante imperio enemigo y un nuevo llamamiento á la insurrección. Sentido oculto es éste cuya clave podráse hallar en la divisa que estampa en el poema, sacándola del astuto y sagaz Machiavelli: *bisogna essere volpe e leone,*—dice el poeta en el frontispicio de la obra,—presentando luégo en cada palabra una alusión patriótica. Bajo el simil del odio implacable que jura á la orden Teutónica el joven Walter y su refinada venganza, veremos palpitar todo el odio de los polacos contra Rusia.

Aprovechándose entonces de la admiración que causó á varios personajes distinguidos la obra, entre quienes se contaba el célebre poeta Joukoffskoï, preceptor de la familia imperial, pidió y obtuvo pasaporte para el extranjero.

De paso en Weimar visitó al patriarca de la literatura alemana, el gran Goëthe que en el ocaso de su vida residía tranquilamente allí abrumado de gloria.—Los genios cuando se hallan deben comprenderse; y así fué en efecto.—Conmovido el anciano ante los infortunios del profético bardo y admirador de su gran genio poético, quiso manifestarle la simpatía, en aquella ocasión, que hacia él sentía, y entrególe la pluma que le había servido para escribir el Fausto, pidiéndole á su vez un retrato; y como se hallase el célebre David d' Angers allí presente, esculpió para la posteridad el estatuario las nobles facciones del bardo liutano, á lo que oficioso correspondió el poeta, traduciendo al francés para él su bella casida árabe *El Fariz*, que presentaremos más adelante con tanto mayor motivo en cuanto, sobre su relevante mérito, escrita por decirlo así de nuevo en francés por el autor, podrá salir traducida directamente del original.

Emprende luégo el peregrino un viaje á Italia, á fin de organizar una legión y libertar con ella á su patria, cuando llega hasta él el clamoreo de la Revolución de Julio, que derriba en tres días el trono de Carlos X; y preveyendo que Polonia se alzará en breve para sucumbir, compone entonces su bella elegía *A una madre polonesa.*

En ella su inspiración sombría y melancólica, aunque atemperada por la resignación, parece que llora con Jeremías y truena con Tácito y Juvenal. Jamás, como ha dicho Jorge Sand, se ha levantado voz más poderosa para cantar la ruína de un pueblo. Patriota ardiente, ha sabido dar á su poesía, aún quejumbrosa, Mickiewicz, robusto colorido y virilidad sin igual.

Vea á continuación el lector la composición aludida.

Á UNA MADRE POLONESA

¡Oh, madre polonesa! cuando brilla el rayo del genio en las pupilas de tu hijo; cuando el antiguo valor y la antigua arrogancia tejen á su frente juvenil una aureola; cuando esquivando los juegos de sus compañeros se va hacia el bardo anciano que entona los cantares de la patria, y que, baja la frente, escucha pensativo la historia de sus antepasados; ¡oh, madre polonesa! preserva á tu hijo entonces de esos juegos terribles; antes, póstrate de rodillas ante la imagen de la Virgen Dolorosa, y contempla la espada que destroza su seno, porque el destino váte á herir de un modo tan cruel. Sí, mientras que la paz florece por el mundo en una alianza de pueblos, de dogmas y de opiniones está llamado él á sostener combates sin gloria y á morir... en el martirio, sí, mas sin esperanza de resurrección. Ordénale, antes, que vaya á meditar en la caverna solitaria tendido sobre la húmeda paja; que aspire un vapor fétido, helado; que comparta allí su lecho con el reptil inmundo; que aprenda á encubrir sus alegrías y sus cóleras, á cavar su pensamiento como un abismo y hacer que sus palabras sean funestas cual contagio y misteriosas; que, frío y humilde, aprenda á fingir cual la serpiente.

El Salvador, entre los hijos de Nazaret, llevaba ya la cruz sobre la que debía salvar el mundo.

¡Oh, madre polonesa! ¡Cuánto más me complacería ver á ese niño jugar con los instrumentos de sus juegos futuros!

Que su mano se acostumbre á la cadena; que aprenda á llevar el infame chirrión; que jamás palidezca su frente ante el hacha del verdugo ni su frente se sonroje al aspecto de la cuerda. Porque, no irá, no, cual los guerreros de otros tiempos á enarbolar la victoria sobre los muros de Solima, ni como los soldados de la bandera tricolor, cavar el surco de la libertad y regarlo con su sangre. Un tenebroso espía le arrojará el guante y le será preciso combatir contra un tribunal perjuro; será la arena del torneo un calabozo subterráneo, y un enemigo poderoso su juez y árbitro.

Y una vez vencido, será su monumento fúnebre el seco árbol de la horca; su gloria y su inmortalidad, las pronto enjugadas lágrimas de

una mujer y las pláticas nocturnas de sus conciudadanos.

***

Grazina, otra de sus creaciones, épica y de mayor vuelo, es sencillamente una leyenda ó conseja popular narrada con todo el candor y toda la buena fe de los viejos tiempos. Es poesía retrospectiva, si vale decirlo. El duque de Lituania, esposo de la heroina, sostiene guerra con los caballeros de la orden Teutónica, fundadores del reino de Prusia, y perece en un combate. Apodérase entonces de sus arreos y armas su desesperada viuda, la hermosa Grazina, y animosa venga en sangre enemiga su muerte.

Lo que esencialmente distingue ese poemito, es la grandiosidad y al propio tiempo la sencillez que lo asimilan en un todo á los antiguos cantos de la Edad media. Por su ferocidad y por su ingenuo sentimiento parece arrancado á la vieja epopeya de los Nibelungos ó al ciclo de leyendas primitivas de los Eddas escandinavos.

La aflicción en que está sumida su alma de patriota vése reflejada en el sombrío poema mitad dramático y mitad narrativo *Los antepasados*, obra de coloso, que no ofrece paridad sino con el portentoso *Fausto* de Goëthe y el *Manfredo* de Lord Byron, símbolos los tres, no abstractos antes llenos de vida, de una idea grande y antigua como el mundo, la lucha entre el *bien* y el *mal*.

MONTE-CARLO, EN MÓNACO

Al analizar, con sagacidad y espíritu de crítica profunda, que habrán de envidiar muchos y muy notables talentos masculinos, esta producción Jorge Sand, nos parece que se ha dejado llevar con todo de su entusiasmo, al darle preferencia sobre las obras del Patriarca de Weimar y el noble británico. Mas pueden equitativamente nivelarse, salvo tener aquellas sobre el poema, simpático por el patriotismo, pero en cierto modo nacional del último, la ventaja de caberles mayor universalidad, ya que ambos dramatizan una idea general y trascendente sin exclusiva relación á tiempo ni á lugares.

Así como en Conrado Walleurod y Grazina, explota Mickiewicz las antiguas tradiciones de su patria, en *Los antepasados*, nos trasporta á la Edad moderna y en plena época contemporánea.

(Se continuará.)

IGNACIO DE GENOVÉR.

ADMINISTRACION, Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 2 de Julio de 1887 | Núm. 235

LA ORACIÓN

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Campanas y palomas*, por A. Pérez G. Nieva.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*El licenciado Carrillo* (conclusión), por José M.ª de la Torre.—*El Sacorio* (poesía), por S. Rueda.—Nuestros grabados.—*Adam Mickiewicz* (continuación), por Ignacio de Genovér.

GRABADOS.—La oración.—Curiosidad castigada.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*: El entierro de Cristo. En el puerto. A las fieras.—La noche.—Árabe.—Una belleza griega.—¡No me arañes!—En tiempo de Tiberio.—La educación del condesito.—Contemplación interesante.—Menton.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

LA NOVELA DEL RAPTO

Veo, mi querida Carmen, que no tenéis más noticia que nosotros respecto del famoso rapto que aquí llamamos *el folletín de París* porque cada día se presenta más complicado, más interesante y más misterioso. En Madrid no se habla de otra cosa y todo el mundo lee con avidez los periódicos pensando encontrar, al fin, la clave del enigma. Y la tal lectura de los diarios es para sacar de dudas á cualquiera. Pocas veces se han visto referencias más contradictorias sobre un asunto ocurrido á la luz del día en uno de los paseos de esa capital. Entre los datos, sin embargo, que se reciben es curioso lo que se dice del sitio mismo en que fué robada doña Mercedes. Dicen que se llama *El club de los tronados;* es decir que el rapto se verificó en los mismos reales del ya famoso Mielvaque, persona tan audaz como tronadísima, según parece. Es aquel punto la reunión de la turba de aventureros que acuden á París y de todos los parisienses que han disfrutado de gran fortuna; que han vivido con lujo y han sido admiración de París algunos días y que luego se quedan sin un céntimo y se contentan con ir á ver desfilar el fastuoso cortejo de la vanidad de que antes formaron parte pensando en que el juego, la estafa ó cualquier otro azar ó delito les traerán una restauración brillante. Si se cree lo que afirman algunos periódicos de esa Babilonia, Mielvaque es individuo de cierta banda de criminales que se ocupan preferentemente de buscar herederas ricas para comprometerlas y casarse con ellas. Mielvaque es hijo de un humilde curial y entre sus cómplices hay hijos de albañiles y de cocineras que llevan títulos nobiliarios postizos. Para dar este golpe de mano se echó un guante entre los concurrentes de un café y hubo quien dió veinte duros y quien solo dió veinte céntimos. Un sastre de la calle de la Paix había hecho ropa fiada antes del rapto á Mielvaque y á varios de sus cómplices, con objeto, sin duda, de que pudiesen presentarse en tan grave momento *decentemente*. Se cuenta, en fin, cuanto hemos leído en los novelones por entregas, sin creerlo ni presumir que jamás pudiese ser realizado; y el tono de la relación es tan siniestro y sombrío que á cualquiera se le ponen los pelos de punta con solo oir los nombres de Mielvaque, Madame Bon y Rubau Donadeu. Se anuncian varios procesos, varios lances personales; las opiniones son contradictorias, nadie sabe por qué versión decidirse, y lo único en que todos convienen es en que el escándalo es mayúsculo; lo será tal vez más y tendremos folletines para rato. Los unos decían que doña Mercedes había sido secuestrada, los otros que robada por su gusto; los otros que robada contra su voluntad, pero con aprobación inmediata; para mayor confusión otro diario ha discurrido suponer que doña Mercedes se fugó bajo la influencia de la sugestión mental, que Mielvaque es un magnetizador, que la señorita Martínez Campos es una mujer excesivamente nerviosa y que va y viene y viaja y firma poderes y se casará por puro magnetismo. Con solo que realmente esté enamorada de Mielvaque se habrán verificado todos esos fenómenos magnéticos, pues el magnetismo y amor producen efectos muy semejantes.

El hecho es que doña Mercedes y Mielvaque salieron de París sin que nadie pudiera ni quisiera evitarlo, que pasaron por Bélgica sin que les detuvieran tampoco, y que se encuentran en Inglaterra dispuestos, según parece, á casarse. Hay quien protesta contra el embajador de España en esa capital porque no acudió al gobierno pidiendo la detención de los fugitivos. El señor Alvareda no creía deber intervenir en el asunto; creyó que las relaciones de Mielvaque y doña Mercedes no afectaban carácter internacional. Los adversarios de Mielvaque juzgan, sin duda, que hasta los elementos deben negarles su concurso.

Puesto que ahora están llenos los escaparates de las tiendas de fotografías de Rubau y Donadeu, supongo que le conocerás por retrato. Desde luégo, sin conocerle, su nombre está rodeado de un prestigio terrible. Todos saben que trabajó mucho para la anulación del matrimonio de doña Mercedes, dando muestras de una inteligencia, una firmeza de carácter y una dureza en las agresiones verdaderamente admirables. Venció por fin en aquella lucha titánica, y, según es fama, doña Mercedes le recompensó dándole cuatro millones y nombrándole su apoderado general. No bien supo Rubau lo del rapto, saltó como una fiera, acusó de secuestradores á los que le habían realizado y salió en persecución de los fugitivos, excitando con sus gritos á periodistas, curiales, policianos, diplomáticos y hasta los maquinistas de los trenes y mozos de las estaciones francesas y belgas. Activo, desenfrenado, incansable, saltando de un fiacre á un vagón, de un vagón á un ómnibus, de un ómnibus á una lancha y á un vapor y pidiendo un globo para llegar más pronto, ha logrado dejar atrás á los personajes de Gaboriau, tan felices en perseguir á los criminales avezados... Por desgracia, clama en vano; las autoridades de todos los países se aterran quizás de sus voces pero se cruzan de brazos y le dicen:—«Puesto que su propósito de los fugitivos es casarse, nada más honesto, nada más lícito, nada más conforme con la moral de todas las naciones.»—Pero es que ella no sabe lo qué se dice ni lo qué se hace,—contesta Rubau y Donadeu en el colmo de la indignación.—A lo cual, sin duda, le contestan:—¡En este país á casi todas las pasa lo mismo!

Y al mismo tiempo salen otros á cortar el camino de Rubau, y un español, también famoso de nombre, escribe una carta y dice: «Rubau es un buitre inconsolable porque se le escapa la presa,» y añade: «Si la señorita Martínez Campos está ahora secuestrada, no habrá hecho más que cambiar de secuestradores.» Tú te habras horrorizado, como nos hemos horrorizado todos, si has leído estas cosas; porque en medio de esta confusión espantosa, de este hormiguero de personajes que se ofenden y se despedazan hay algo de los hormigueros de verdad en los cuales dos bandas de hormigas luchan por llevar á sus graneros un solo y enorme grano de trigo.

A todo esto Mielvaque, que ha sido escribiente de la Cámara de Diputados, tiene un cuñado que era cajero de dicha Cámara. El cuñado ha sido declarado cesante; ya, pues, hay una víctima; y seguramente todos los parientes de Mielvaque que tengan algún destinejo estarán temblando de que se les descubra el parentesco. Terrible cosa es, en verdad, ser pariente de un caballero de industria que ejerce por su cuenta sin consultar sus aventuras, ni por atención, con sus parientes. Ya ser honrado en este mundo es algo difícil; dado que las tentaciones son continuas; pero ser pariente de hombres honrados, es más difícil todavía. ¡No basta ya virtud propia, es preciso la ajena para conservar un destino! ¡Nuestra cesantía la lleva en el bolsillo cualquier pariente!

La expedición se compone nada menos que de siete fugitivos. Se dice que doña Mercedes viaja enferma. Doña Mercedes firmó en Montmorency á favor de Mielvaque un poder general para administrar sus bienes. Pero dicen también que las señas de la persona que firmó no concuerdan con las de ella. Otro nuevo capítulo de folletín tenebroso en perspectiva.

Pero algo se distingue en la penumbra de este misterio: al fin, los adversarios de Mielvaque convienen en decir que doña Mercedes fué robada contra su voluntad; por eso gritaba, por eso llamaba ¡cobardes! á sus raptores; pero hoy, realizado el delito, acepta los hechos consumados y quiere ser la esposa de su robador. El amor ó el escándalo la han vencido. Así es que al llegar á Douvres se presentaron en la oficina del registro civil y declarándose solteros, pidieron, según la ley inglesa, licencia para contraer matrimonio. El jefe del registro les contestó que según la ley no podían obtener la licencia de matrimonio sin llevar por lo menos quince días de residencia en la ciudad. Esto dejó á los novios desconcertados; la ley no había previsto el caso en que se encontraban. Mielvaque, que está en fondos, le dijo al empleado que le daría cuanto dinero fuera preciso, si los casaba inmediatamente. El inglés permaneció inconmovible... En su consecuencia los novios han decidido esperar el plazo susodicho. ¡Mentira parece que no haya un país donde casen en el acto!

En esto llegan á Douvres un representante de la familia Martínez Campos (Rubau Donadeu), un oficial de la policía francesa y un representante del consulado de España en Londres: doña Mercedes y Mielvaque los reciben en el momento. Doña Mercedes dice:—¡Están ustedes equivocados, Mielvaque es el hombre á quien quiero por marido!—Rubau se queda confuso; y los demás con la boca abierta. Rubau, luégo, quiere demostrar que la señorita Martínez Campos es víctima de un secuestro moral y material; pero las autoridades inglesas se niegan á intervenir en el asunto, diciendo:—Aquí la señorita que es mayor de edad se casa con quien quiere.—Y Rubau sale prorumpiendo en terribles voces contra la insensatez de los ingleses.

El hermano de la señorita Martínez Campos y la dama de compañía (Madame Bon) dan por terminada la campaña, y tristemente se retiran de la lucha; pero Rubau no es hombre que cede facilmente y continúa pidiendo la prisión de Mielvaque antes de la boda, en la boda y después de la boda.—Y mientras tantos siguen y siguen los periódicos de Europa barajando los personajes de este suceso, divididos en *Rubaunistas* y *Mielvaquistas*. Estos dicen que doña Mercedes estaba siendo víctima de una explotación incalificable; que estaba tiranizada por el matrimonio Bon. Hay quién supone que Rubau Donadeu tenía el proyecto de casarse con la señorita Martínez Campos, y que por lo tanto no ha podido tolerar que Mielvaque haya sido más afortunado que él y más listo. Y un sacerdote, —con quién ha hablado el corresponsal de un periódico madrileño,—dice que doña Mercedes estaba dominada por la Bon, y que sólo con que ésta la mirase temblaba. Vivía cohibida hasta un extremo que daba lástima; siendo natural que aceptase las proposiciones de Mielvaque... Pero si has leído *Le Temps*, habrás visto que el conde de Santovenia ha dicho á uno de sus redactores:—«Tengo que rectificar el error en que han incurrido ciertos periódicos respecto á mi hermana. Se la describe como una mujer de carácter débil, fácil de dominar y de imaginación novelesca y no es verdad. Mercedes está dotada de una energía indomable; ninguno de su familia tuvo jamás ascendiente en su ánimo. Cuando ha tomado una resolución, es inútil intentar que desista; porque esa resolución es irrevocable. En la anulación de su matrimonio con el conde de San Antonio, Mercedes no escuchó ni nuestros consejos ni nuestras súplicas. Quería divorciarse y no la de-

tuvo la perspectiva de un proceso escandaloso.»

Ahora, por lo visto, no se ha detenido tampoco en *perspectivas*.

Pero, no aventuremos opiniones; ni censuras; ni tomemos partido; ni aumentemos el tumulto y el escándalo.

A veces, amiga Carmen, los que somos pobres nos consolamos de nuestra pobreza viendo los conflictos, los delitos, los crímenes, las desgracias y la infelicidad que suelen traer los millones.

Acaso doña Mercedes alguna vez en las angustias, ó terrores de este drama, exclamará mirando al cielo:—¿Qué he hecho yo, Dios mío, para ser tan desgraciada?... Y una voz interior la contestará.

—*¡Ser rica!*

Tuyo, FERNANFLOR.

CAMPANAS Y PALOMAS

I

—Talán, talán... talán, talán...

—Ruuú... ruuú... ruuú...

—Muy buenas, señoras palomas.. talán, talán.. ¿Ya están Vdes. tomando el sol en el balconcillo del campanario?... Talán, talán..

—¡Y que hace una mañana más hermosa que algarroba madura, señora campana!... Ruuú, ruuú...

—¿Y las crías?... Talán, talán...

—Bien gracias, no tardarán en levantarse porque en cuanto oyen el alboroto que arma el badajo de V. doblando: ¡á misa!... ¡á misa!... ¡á misa! no hay quien las retenga en el nido y comienzan á abrir un pico de á cuarta pidiendo el desayuno... Ruuú...

—Talán, talán... ¿Ha venido ya el estudiante?

—Ruuú, ruuú... Ya está, libro en mano, junto al árbol de costumbre.

—Talán, talán... ¿Y el novio de la chica del ventorro?

—Ruuú, ruuú, ruuú... ¡Pijota! Apenas su amigo de V. el sol vino á darle los buenos días á la ermita, se plantó ese mozalvete junto al merendero. Ruuú, ruuú, ruuú... ¡Perdigones!

—Talán, talán.... ¡No juren Vdes. así, hijas, que al fin son Vdes. inquilinas de esta santa casa, y no parece bien que nosotras oigamos esas judiadas.

—Ruuú, ruuú... Pero si ese hombre es un milano de la peor especie y la pobre muchacha tiene tanta hiel como nuestras crías (¡miren las campanas hipócritas y no le dan punto de reposo al volteo, para que el sol se enamore de ellas y las bese con sus rayos!)

—Talán, talán... Vamos, vecinitas, no sean ustedes murmuradoras (¡estas palomas torcaces son unas sinvergüenzas!...)

—Ruuú, ruuú... Pues si es verdad. En fin, allá ellos y hasta luégo, esquila, que el corral del merendero nos llama al almuerzo... ¿Usted gusta?

—Talán, talán... ¡Muchas gracias y que aproveche! Yo voy á dar el tercer toque de misa y no vuelvo á desplegar el badajo hasta el *Angelus*.

—Ruuú, ruuú... Pues abur.

—Talán, talán... Adiós.

II

Contaba yo entonces los hermosos veinte años, tenía muy buena salud y muy poco dinero y con el entusiasmo siempre vivo y el fuego siempre creciente de la inexperiencia, al modo que en el corazón la sangre venosa se transforma en arterial para trocarse luégo en venosa y volver á arterial en sucesión contínua, naciánme en el alma las ilusiones para morir en desengaños y resucitar en ilusiones nuevas por la eterna ley de la vida. Cargábame sobre manera el bullicio cortesano, andaba muy en tratos, á la sazón, con los poetas románticos, me codeaba con Espronceda impreso ó séase con sus poemas, y así, con la Metafísica del padre Ceferino bajo el brazo, pues andábame en una lilaila de licenciatura, me pasaba en mi finca rural todas las mañanas. Porque yo me las echaba de rico; y era mi finca rústica, el vallecillo que, costero al río, sirve de frondoso ceñidor á la ermita de la Virgen del Puerto. Allí me esparcía á mis anchas, en mi cuarto imaginario, junto al décimo árbol de la primera calle, y en la compaña de mis vecinos del piso cuarto, las campanas y palomas de la torre de la ermita; los gorriones del segundo, siempre charlando en las arbóreas copas; y las gallinas del bajo, aposentadas en la corraliza de un ventorro próximo. Yo les saludaba á todos, áun sin haberles pasado tarjeta, con todos me trataba, todos me conocían y en cuanto los del cuarto me divisaban: Talán. talán... Ruuú, ruuú; ¡ya viene el estudiante!... decían, y al ruído se asomaban por entre las ramas de los árboles los inquilinos del segundo, y pí, pí, pí, pí... pitorreaban; el estudiante está aquí; en tanto que las gallinas, mirando por entre los palos de la valla del corral, cacareaban sin dejarlo: ca, ca, ca, ca, ca, ca... ¡Venga V. acá!...

Era el ventorro aquel, cercano á la ermita, un sucio figón con mal tratado porche de esteras ante la puerta y un corralillo anexo. Allá á un lado del porche, leíase en la tapia con garabatosas letras negras: «Se guisa de comer,» pero en realidad de verdad, lo que para mí se guisaba en aquel bodegón que se hubiera antojado famoso castillo al hidalgo manchego, era, ni más ni menos, que la propia dicha. Y esta mi dicha se personificaba en la hija de la ventera, una muchacha que en la torre de la ermita hubiera sido recibida por las palomas como hermana, fresca y exuberante de hermosura como las rosas gansas de Málaga, con un par de ojos negros que no le cabían en la cara, y una voz parlera y argentina que traía muertos de envidia á los pájaros.

CURIOSIDAD CASTIGADA (Cuadro de Franh Ulrick)

Aquel diantre de muchacha había concluído por sorberme el seso; veíala en todas partes con los ojos del alma; soñaba con ella y su recuerdo no me dejaba ni á sol ni á sombra. Horas enteras me pasaba mirándola de lejos, desde mi árbol atisbando los momentos en que traginaba en sus faenas bajo el porche. Pero toda mi pasión amorosa no rebasaba de semejantes osadías, atada por una timidez invencible. Yo amaba á aquella chica con un cariño dulce y sosegado, rendíale un culto interno enteramente platónico, la quería como deben querer las estrellas, pero mi ceguera no llegaba hasta el punto de desconocer de qué modo había que hablar á aquel ídolo de barro. Y hé ahí el obstáculo, pues ni yo entendía jota de trasteos amorosos por lo chulo, ni me entraba la bazofia de lo flamenco, ni me daba traza maldita en eso de conquistar beldades del pueblo.

Todos mis convecinos y amigos, campanas, palomas, pájaros y gallinas fueron quedando relegados poco menos que al olvido, ante el astro que los eclipsaba. Y era preciso tomar un partido; ella no se me había de declarar y el fuego crecía. Pero aquella su hermosura arrogante y provocativa, saturada del aire picaresco y procaz de la madrileña de la clase baja, á la vez me incitaba y me daba miedo. Suspiros y miradas eran papel mojado para semejante moza; pasé por fin á medios más prácticos y cien veces intenté entrar en el ventorro, pedir algo y ponerme al habla con la muchacha, pero las ciento me dirigía al figón muy decidido, acortaba el paso al llegar á él y pasaba por último de largo, más encarnado que un tomate. Por más esfuerzos que hice no conseguí comenzar aquel idilio, sobre el pié forzado de un plato de caracoles. Yo no sé si la muchacha llegaría á enterarse del espionaje, y adivinar tal timidez y sobra tal de holgura del bolsillo de mi chaleco, pues á mí hasta los dedos se me antojaban huéspedes. Una tarde, enardecido como nunca, acudiendo á toda la suma de energías que hallé á mano, sofocando mi emoción intensa, muy tieso y aparentando gran calma, me encaminé hacia el ventorro y ya cerca ví á la muchacha que gritaba tatareando un cantar:—Ya se va el señorito pelao.

Un golpe de sangre me sacudió el rostro; toda mi energía desapareció en el acto, se me atragantó la saliva y en un resto de fortaleza miré de soslayo á aquella mujer, que clavaba en mí sus ojos con expresión descarada y burlona, como compadeciendo y mofándose á la vez del tísico y tronado *silbante*, que no se dignaba tomar jamás, ni siquiera media copa. Y más contrariado que nunca, también pasé de largo aquella tarde.

(Se concluirá.) A. PÉREZ G. NIEVA.

EN EL PUERTO, de Juan Martinez Abades (Dibujo de P. y Valor)

A LAS FIERAS, por Silvio Fernández (Tercera medalla)

REVISTA CIENTIFICA

ACCIÓN DEL ACEITE SOBRE LAS OLAS

Por el grandísimo interés del asunto, no vacilamos en dedicar hoy todo el espacio de que podemos disponer á la reproducción íntegra de la memoria leída por el vice-almirante G. Cloué en la Academia de Ciencias de París el día 6 del corriente. Dice así el sabio general:

«La Academia se ha enterado ya de muchas comunicaciones relativas á la acción del aceite derramado sobre el mar con objeto de disminuir el peligroso efecto de las gruesas olas, suprimiento la rompiente que las corona. Es lo que nuestros marinos llaman *la larga del aceite (le filage de l' huile.)*

»Desde la última comunicación, recibida en la sesión del 2 de Enero de 1883, se han multiplicado los experimentos y gracias al celo desplegado por la oficina hidrográfica de Washington, he podido reunir los informes de doscientos de esos experimentos, hechos ora á bordo de los buques de navegación de altura, ora con lanchas de salvamento, ó, en fin, á la entrada de diversos puertos de Inglaterra y Escocia.

»Ha ocurrido á muchos barcos poder utilizar el *filage* del aceite con viento en popa redondo y hasta con viento de bolina lo cual les ha procurado la gran ventaja de hacer camino en lugar de perder tiempo permaneciendo á la capa.

»Desde hace muchos años los botes salvavidas de la Australia están ejercitados en franquear los arrecifes durante el mal tiempo con auxilio del aceite que derraman. Lo hacen sin correr ningún peligro y sin embarcar una gota de agua: el aceite traza en medio de las rompientes como un camino liso, á cada lado del cual se estrellan las olas con violencia.

»Se han llevado á cabo salvamentos de tripulaciones apuradísimas, durante una borrasca, por embarcaciones muy pequeñas, sin que hayan corrido el menor peligro; hallándose los dos barcos al pairo uno cerca de otro, el aceite derramado por el que estaba á sotavento había formado entre ambos una ancha sábana plana, ofreciendo toda seguridad á los botes.

»Muchas embarcaciones cargadas de gente procedente de buques abandonados, incendiados ó sumergidos no han debido su salvación sino al aceite que se había tenido la precaución de embarcar.

»Todos los informes señalan la *maravillosa rapidez* con que el aceite se esparce sobre el mar y gran número de capitanes proclaman altamente que la salvación de su buque solo se ha debido al empleo que han hecho del aceite para combatir las rompientes.

»Durante una travesía de Boston á Londres, el vapor *Stockholm-City*, encontró una terrible tempestad de Oeste que levantó las olas á una altura enorme. Estando el barco con sus líneas de carga debajo el agua y con el puente ocupado por doscientos bueyes, era imposible ponerse á la capa y no quedaba otro recurso que huir; pero atendida la gruesa mar que reinaba esta maniobra se hacía extremadamente peligrosa. El capitán resolvió hacer uso del aceite. Un saco de lona conteniendo estopa saturada de aceite de linaza fué suspendido en la popa, en cada ángulo. A cada lado, en medio del buque, colocáronse otros dos, y las cubetas de las rodas de proa se llenaron con estopa en la cual se echó petróleo, de manera que se escurriese al mar por los conductos de la roda. El efecto del aceite sobre las olas pareció ser instantáneo y las más peligrosas rompientes quedaron transformadas en una marejada inofensiva. Durante una corrida de cerca ciento setenta millas delante la tempestad, no entró á bordo ni una gota de agua.

»Segundo ejemplo: el capitán Bailey, del buque *Nehemiah Gibson*, previendo un huracán mientras hacía camino viento en proa, con mar muy gruesa y que aumentaba constantemente de violencia, tomó dos sacos de lona de unas cuatro pintas de cabida (2 lit. 30) cada uno, muy agujereados y llenos de aceite de marsopla. Los sacos fueron suspendidos de cada serviola, de manera que se mojasen en el agua, y el aceite reveló pronto su presencia en la superficie del mar produciendo el efecto esperado. Las grandes olas que se precipitaban en el surco del navío con sus crestas rompientes y peligrosas y que elevándose mucho más alto que el buque parecían deber tragarlo, experimentaban un súbito apaciguamiento al llegar á la sábana lisa

LA NOCHE (Alegoría de Franz Lester)

»Después de haber hecho un estudio muy atento de todos esos informes, no vacilo en declarar que la cuestión puede darse por resuelta; creo, pues, necesario dar la mayor publicidad á los resultados obtenidos á fin de que este medio de salvación se generalice y se trabaje en perfeccionarlo.

»Por lo mismo que esta importante cuestión está demasiado descuidada en Francia he reclamado el honor de hablarle de ella á la Academia.

»El medio más generalmente empleado á bordo de los buques para derramar el aceite consiste en un saco de lona fuerte, de una capacidad aproximadamente de diez litros, que se llena de estopa saturada de aceite; complétase vertiendo aceite encima de la estopa, y, estando sólidamente cerrado el saco, se agujerea su fondo con muchos orificios por medio de una aguja de coser jarcias. Con viento de próa, huyendo ante el temporal, cuando la mar parece pronta siempre á sepultar el barco, colócase uno de estos sacos á remolque de cada ángulo de la popa ó algo más cerca de la proa.

»Muchos capitanes han preferido suspender los sacos de la proa, en cada serviola, porque el buque, sumergiéndose y rechazando la mar, extiende la mancha de aceite y ensancha así el camino liso donde quedan suprimidas las rompientes.

»Se ha empleado también con éxito el siguiente medio: se llena de estopa saturada de aceite la cubeta de la roda ó branque de la proa de cada barco y se vierte aceite por encima ó bien se coloca en la cubeta un barril de aceite en cuyo fondo se practica un agujero.

»Si el buque está á la capa, suspéndese uno de los sacos descritos más arriba en la serviola del viento y los otros sacos á lo largo de la borda, de diez en diez metros de manera que toquen en el agua en el balanceo. Muchos capitanes han colocado los sacos á proa, á sotavento, y les ha ido bien, no tardando la deriva del buque en hacer pasar el aceite á barlovento.

producida por el aceite. Las crestas desaparecían al punto y pasaban impotentes por debajo el barco, transformándose en largas ondas de marejada.

»Tenemos ochenta y un informes como estos de buques que huían con viento de proa.

»Hé aquí un ejemplo del empleo del aceite estando á la capa:

»El buque *Emily Whitney*, capitán Rollin, encontróse el 25 de Agosto de 1886, sorprendido por un huracán. El peligro que corrían el barco y la tripulación pareció tan grande al capitán que se decidió á hacer uso del aceite. Estaban á la capa babor amuras; llenáronse tres sacos de lona de una capacidad de trece litros con aceite de pino *(Pine oil)* y después de haberles taladrado con una aguja de jarcias se les suspendió en medio de babor, espaciándolos desde delante los obenques de mesana hasta detrás de los grandes obenques. Los tubos de serviola de proa fueron guarnecidos también con estopa saturada de aceite. El efecto sobre el mar fué maravilloso: el peligro, que era inminente hasta que se comenzó á derramar aceite, desapareció como por encanto; el mar quedó inmediatamente en gruesa marejada y raramente entró una gota de agua á bordo mientras se hizo uso del aceite.

»La mar estaba plana al rededor del barco hasta la distancia de cincuenta yardas y se podía ver el aceite hasta tres cuartos de milla á barlovento.

»Tenemos setenta y dos informes de barcos á la capa anunciando los mismos resultados que el que precede.

»Hé aquí un ejemplo muy interesante del salvamento verificado en el mar en circunstancias muy difíciles.

»El capitán Greenbank, del buque *Martha Cobb*, yendo de Nueva York á Europa, cuenta lo que sigue: «Durante una de las fuertes tempestades del invierno último tuve la buena suerte de encontrar un barco en peligro, cuyo capitán me hizo señas de que se iba á pique, que sus botes estaban desfondados, y pedía se le sacase de allí. Los dos barcos navegaban con el velamen replegado.

»Había yo perdido mis lanchas grandes; los paveses del barco habían sido arrebatados y el puente era barrido por el mar. El solo bote que me quedaba era una yoyola de 4m 80. Hallábame bastante perplejo sobre lo que había que hacer, pues mi botecillo no era capaz de afrontar la mar que teníamos. Esperé muchas horas, confiado en que la tempestad se calmaría, pero como se viniera ya encima la noche sin apariencia de mejoramiento, decidime á hacer una tentativa para salvar la tripulación del barco que iba á sumergirse. Mi buque iba cargado de petróleo y tenía yo muchas mermas en la cala, lo cual calmaba la mar á lo largo de á bordo cada vez que se daba á la bomba. Resolví utilizar eso para poner mi yoyola en la mar.

»Hice colocar los dos barcos de través, el mío á barlovento del naufragado y puse mi bomba grande en movimiento. Pero ví que el buque derivaba más aprisa que el aceite y por más que tuviésemos comparativamente una mar lisa á barlovento, no obteníamos resultado á sotavento. Dejé llevarme y pasando á popa del otro barco, coloqueme á sotavento lo más cerca posible. Volvieron á funcionar las bombas grandes y en el mismo momento vertimos por los canalones el contenido de un barril de aceite de pescado que teníamos á bordo. ¡El efecto fué mágico! En algunos minutos, la mar entre los dos buques y al rededor de ellos, quedó enteramente aplanada. Subsistían las largas olas de marejada, pero las volutas y las rompientes habían desaparecido y mi yoyola, con tres hombres, no tuvo dificultad en remontar á sotavento; hizo dos viajes y trajo casi toda la tripulación.

»El otro buque, entretanto, había remendado su bote más chico con jarcia, y se había servido de él para salvar á sus oficiales y al capitán. Vigilaba yo los bateles con el mayor cuidado, pero ninguno de ellos embarcó agua durante el viaje, á pesar de que estuviesen enteramente cargados y de que el mar rompiese furiosamente en todas direcciones fuera de la pequeña mancha encantada en que se encontraban los buques. Las embarcaciones no sufrieron la menor avería, ya sea al acercarse, ya sea mientras se les izaba á bordo. He comprobado también que no hay tempestad ó mar gruesa que pueda impedir que dos barcos se aproximen de manera que sea dable transportar sin peligro, con auxilio de botes un número cualquiera de personas, cuando el barco que está á sotavento sabe hacer un empleo juicioso del aceite.»

»Es inútil continuar las citas; todos los informes (sin excepción) certifican los resultados maravillosos del *filage*, del aceite; la demostración no deja nada que desear.

ÁRABE (Estudio de M. Sozariski)

»Hanse empleado todas las variedades de aceite, con diverso éxito; hasta se han empleado las grasas derretidas de las cocinas y el barniz ordinario; con todo, los aceites de pescado y en particular los de las focas y marsoplas, han sido reconocidos superiores. Los aceites minerales han resultado demasiado ligeros, aunque han dado á menudo buenos resultados; finalmente, ciertos aceites vegetales, como el de coco, por ejemplo, se cuajan demasiado pronto en las latitudes frías.

»El aceite no es penetrable por el aire ni por el agua, y la cohesión de sus moléculas es tal que no se puede transformarlo en lluvia; el viento no puede hacer presa en él y esto es sin duda lo que causa su maravillosa facilidad de expansión y lo que hace que por delgada que sea una capa de aceite, impida al viento obrar sobre la superficie del mar que recubre.

»Hay otras materias que gozan, si bien,—á la verdad,—en menor grado, de esta propiedad del aceite, de oponer un formal obstáculo á la desagregación de las partículas del líquido marino bajo la influencia del viento, y por consiguiente de impedir la formación de las rompientes. Todos los detritus arrojados de los buques y proceden-

EL ENTIERRO DE CRISTO, cuadro de Joaquín Sorolla.

on diploma de honor de segunda medalla (Dibujo de P Valor)

tes de las cocinas ó de las máquinas, todos los cuerpos que flotan en masa compacta en la superficie del mar ó muy cerca de su superficie, producen el mismo resultado.

»Yo lo he comprobado atravesando un banco de arenques á flor de agua de cerca una milla de diámetro: hacía un viento bastante fuerte; la mar rompía todo alrededor, pero en manera alguna sobre el banco de peces. Otra vez, atravesando un espacio bastante ancho recubierto de menudos pedazos de hielo apretados entre sí y procedentes de la ruptura de un enorme iceberg encallado por sesenta metros de agua, he encontrado la mar muy bella en medio de aquella especie de crema, mientras que estaba blanca de espuma por todas las demás partes.

»Entre las doscientas observaciones cuya relacion tengo, solamente treinta han anotado el consumo de aceite hecho en un tiempo determinado; el gasto medio de diez y siete buques, corriendo con viento de proa, ha sido de 1'83 litro de aceite por hora, y la de once buques á la capa ha sido de 2'70 litros. Finalmente, dos botes salvavidas han gastado 2'75 litros aceite por hora.

UNA BELLEZA GRIEGA

»Si nos representamos un buque corriendo con viento de proa con una rapidez de diez nudos, recorriendo así 18.250 metros por hora y cubriendo de aceite esta longitud en una anchura de diez metros con 2'20 litros de aceite solamente, y si se nota que un litro de aceite representa 110 segmentos de un decímetro cuadrado cada uno por un milímetro de espesor, se llega á reconocer que el espesor de esta larga capa de aceite es de una fracción de milímetro tan ínfima, que sobrepuja cuanto se puede imaginar.

»Encontramos, en efecto, que ese espesor es de 1/90000 de milímetro; apenas si me atrevo á enunciar esta cifra tan extraordinaria, que da un valor muy imprevisto á la vieja locución tan á menudo empleada: *se corre como una mancha de aceite*.

»Si se compara el gasto producido por la larga del aceite con el valor del material preservado; y sobre todo, si se hace entrar la vida de los hombres en línea de cuenta, se ve que no hay que vacilar y que desde ahora la larga del aceite se impone á todo buque que las olas amenacen invadir.

»Por otra parte, el gasto de aceite hecho en estas circunstancias es considerado hoy día como gruesa avería por los aseguradores que reintegran su importe.

»Queda, pues, perfectamente demostrado que es posible garantizarse de los efectos desastrosos de la mar gruesa, empleando el aceite con inteligencia. Las olas amenazadoras, en vez de estrellarse vienen á morir al borde de la sábana de aceite, y solamente la marejada, sin ninguna rompiente, es la que levanta el barco.

»No hay más hoy que perfeccionar el modo de empleo, según las diversas necesidades, y no dudamos se llegará pronto á métodos tan prácticos como económicos.

»Añadiremos á lo que precede, que ciertos trabajos hidráulicos, de una ejecución difícil cuando el mar rompe, tales como construcciones de diques, escolleras, etc., podrán ser más fáciles con el uso del aceite.

»Así, esperamos que el ministro de Marina, las Cámaras de Comercio y las sociedades de Salvamento se esforzarán en propagar la larga del aceite y fomentar su perfeccionamiento.

Vice-almirante, *G. Cloué.*»

Solo nos resta por nuestra parte manifestar que hemos tenido la mayor complacencia en traducir la presente comunicación, á riesgo de haber incurrido en alguna incorrección técnica, esperando que la gran publicidad que tiene este periódico servirá para propagar el empleo de un medio tan recomendado por el autorizadísimo marino francés.

ALFREDO OPISSO.

EL LICENCIADO CARRILLO

(CONCLUSIÓN)

—Vuestra grandeza sea servida de guiar que á gloria tengo seguilla y á honor y mucho honor tener tan discreta y hermosa acompañante.

Rió la moza y díjole:

—Galán sois y merecedor de la dicha que se os espera.

Y sin más ni más le empujó á un soportal ancho que lo era de una casa señorial que en la plazuela había; atravesaron zaguán y zaguanete y se encaminaron por una escalera, cruzando por varios salones de alfombrados pisos y todo esto en medio de tal oscuridad que no desdecía de las tinieblas por que pasara el bueno de don Martín al atravesar plazuelas y callizos.

Detuviéronse al fin y díjole la incógnita:

—Espere usarcé que presto saldrá de penas.

Y retiróse, al parecer, dejando á Carrillo sentado sobre blandos cojines.

—¡Válame una bruja!—decía transportado el leguleyo. — ¡Suerte como la mía hay pocas! Tener tan buena estrella que dos minutos no más de estar en una calle han de hacer que damas de alto copete se enamoren de mí, y si no ¿á qué introducirme en estos palacios con tan recatado sigilo? ¿A qué mandar esta servidora (pues así ahora me lo parece) con objeto de atraerme y reducirme? Y, sin embargo, no fiaría medio ducado á tal albur ahora que pienso seriamente. ¿Quién sabe si seré objeto de los apetitos desordenados de alguna dueña rancia como queso pasado? Pero no puede ser; desecharé pensamientos tales y debo creer que de esta salgo lo menos consejero mayor ó cuando más duque, pues de menos hizo Dios á Cañete, y si nombrara persona, de fijo que pudiera indicar á más de uno de los que más mosquean cerca del rey nuestro señor... y quédese aquí que peor es meneallo.

En tales pensamientos abundaba Carrillo cuando sintió cerca de sí el roce de un vestido de seda y un olor suavísimo y aromático, escuchando á poco las siguientes palabras en tanto que una mano se apoyaba en la suya:

—Que bueno sois, don Lope, en venir. Os he mandado una doncella que no os conoce porque la otra me vende. Deseo evitaros un gran disgusto y no un menor peligro. ¡Salid de Madrid, os lo suplico, por el amor que me tenéis!

Quedó suspenso don Martín al verse burlado en sus esperanzas y ya iba á contestar y á cometer acaso alguna picardiguela, cuando se oyó en la estancia fragoroso y terrible ruído y la luz penetró á torrentes sobre los que así comenzaban á departir.

Pasmóse el licenciado y áun se atemorizó al ver por su desventura varios hombres armados

de tizonas y provistos de luces y uno de ellos que, al parecer, los capitaneaba, ricamente vestido y armado, dijo con una voz que á Carrillo le pareció más fuerte que disparo de arcabuz:

—¡Señora! ¡Por fin, os cogí en el hato! ¡Tiempo es ya de castigar vuestras canallescas y bellacas liviandades!

—¡Mi esposo! — murmuró la dama y cayó al suelo sin sentidos.

—¿Piés para qué os quiero? — dijo don Martín y lanzóse en medio de la turba con ánimo de escapar, lo que consiguió, derribando luces y atropellando cuerpos no sin recibir un buen por qué de palos que le brumaron las costillas y sin correr siete ú ocho calles, pensando ver tras de sí á los servidores del burlado esposo.

Molido el cuerpo y angustiada el alma detúvose, por fin, en cierta calleja maldiciendo el momento en que por males de sus pecados prestó oidos á doncelliles ofertas que sólo zurriagazos le habían producido y díjose para su coleto tristemente:

—¡Maldita sea la hora en que quise darla de galán creyendo labrada mi suerte y seguí mentecato á la doncella de esa señora cuyo esposo y servidores me han calentado y vapuleado el cuero! ¿Quién me llamaba, pecador mil veces, á entrometerme en amorosos entretenimientos ni á fiar de doncellas (que Dios sabe si lo serán) cuando la premura de mi objeto era encontrar la comunidad de franciscanos? ¡Válate Dios que así me he de mezclar yo más en ajenos asuntos como hacerme Papa! ¿Y quién me indicará el convento á estas horas?

Pensando en estas y otras cosas caminaba, cuando sintió rumor de conversación y alegróse pensando encontrar quién al convento le encaminara.

Distinguió dos bultos al extremo de la calleja y poco después oyó choque de espadas y vió en la sombra relucir los aceros.

—Van á matarse,—pensó,—solos aquí y sin que nadie se lo estorbe; eso es inicuo y no lo consentiré en mis días,—dijo y echóse á correr nuestro licenciado llegando prontamente á la esquina donde lizaban los campeones, que eran un estudiante y un soldado de la guardia tudesca. Lanzóse Carrillo en medio de ambos á peligro de recibir una estocada diciendo á grandes voces:

—¡Teneos, hidalgos, en nombre de Dios! ¿No veis que os vais á matar? ¡Alto, os digo! ¡Por mi estrella!

Paráronse entrambos en repartir mandobles y dijo con voz vinosa el estudiante:

—¿Es un corchete? Pues ya que es uno solo mejor las habrá con dos en su contra,—y arrimándose bonitamente á don Martín, le sacudió entre oreja y oreja media docena de cintarazos que le dejaron como las mismas hieles, pues ya vapulado de anterior le supieron á diablos.

—¡Voto á trescientos!—juró Carrillo perdiendo la paciencia y tirando del montante, —¡Qué me la habéis de pagar, pues no vine yo, por cierto, á Madrid para no encontrar sino linternazos á diestro y siniestro!

Como si le hubieran temido mucho, dieron los otros á correr con todas sus piernas.

—¡Eh!—dijo él sin envainar y dándose aires de matón,—¡ya corren los valientes! ¡Tanto luchar y tan poco esperar, tentado voy de creer que se batían de mentirijilla!

Pronunciadas estas palabras se vió rodeado de alguaciles que decían á voz en cuello:

—¡Este es!

—¡Uno de los que se batían!

—¡Aún conserva en la mano la espada!

—¡A la cárcel de Villa!

—¡Dése en nombre del rey!

—¡Señores, señores, — barbotó don Martín muy asustado,—yo no soy de los contendientes sino un honrado legista de Toledo...

—¡Sí, bueno está el legista!

—¡Cree el rufián que nos engaña!

—Os confesé la verdad y no me haría gracia que por venir á pretender á la corte y poner en paz á dos bellacos, pasara en galeras el resto de mis días.

Por fin, al cabo de porfiar mucho y de suplicar aún más, le dejaron libre merced á una buena vieja que presenció las cosas desde un ventanillo y puso los hechos en claro.

—Tan azorado estoy,—díjose Carrillo después de haber visto alejarse los corchetes,—que ni me he atrevido á preguntarles el paradero del convento; pero quizás esta buena anciana que ha hecho el beneficio de mi salvación, me dé las señas del sitio.

Y acercándose á la puerta del casucho, que él creyó morada de la vieja, dió dos golpes recatados.

Apenas dejó caer por vez segunda el aldabón cuando entreabrióse la puerta y saliendo por ella un brazo provisto de una estaca le propinó tal palo que á poco le hunde un hombro, mientras escuchó las siguientes palabras:

—¡Voto á tal, don Caco, que ya sé que venís de acuerdo con mi criado todas las noches á robarme así que duermo y ya me han faltado tres ropillas y un tahalí, por lo cual si no os desparecéis al punto, juro á Mahoma que os doblo la ración!

Separóse, don Martín, murmurando:

—Está del cielo que yo no he de hablar esta noche sin que me cierren la boca á garrotazos; no tendré más recurso que acostarme en el piso

¡NO ME ARAÑES!

y esperar el día molido y maltrecho como estoy que parezco uva madura.

Sentóse en un poyo que en la pared estaba y trató de acomodarse para dormir, pero sintió voces y vió al fin de la calle relumbrar muchas antorchas, oyendo al mismo tiempo prolongados bufidos.

Salióse al centro por ver lo que era y estando en el arroyo notó que todo aquello se acercaba más que de prisa.

Pero, ¿cuál no sería su espanto al ver venir hacia sí un tremendo novillo escapado, sin duda, de alguna carnicería y seguido de jayanes que voceaban como energúmenos?

Dióse á correr como alma que lleva el diablo, atravesó medio Madrid perdiendo la capa y el chambergo y jadeante como perro en estío llegó á una casa de una gran plaza y cayó junto al portal casi sin aliento.

Allí quedó, solo, en silencio el sin ventura. La res que le seguía y sus perseguidores quedáronse yo no sé dónde y él llegó á la plaza sin saber cómo.

Tranquilizóse un poco, tomó aliento y miró en torno de sí. Estaba junto á un ruinoso caserón de severo aspecto del cual salían de vez en cuando, como rachas de cefirillo, acordes dulces y religiosos.

—¿Qué casa es esta? — preguntó á cierto villano que pasaba á la sazón.

—El convento de Franciscos, — respondió aquél alejándose.

Don Martín se agarró á la aldaba como náufrago á pecio salvador, y poco después entreabierta una mirilla salió por ella una voz gangosa que preguntó:

—¿Qué es lo que desea, hermano?

—¿Es aquí el convento de RR. PP. Franciscos?

—Sí, para servir á Dios Nuestro Señor.

EN TIEMPO DE TIBERIO (Cuadro de Luis Wiestlowski)

CONTEMPLACIÓN INTERESANTE

LA EDUCACIÓN DEL CONDESITO

—¿Se puede ver á fray Félix Mesejo?

—¿Desea verle ucé á estas horas? ¡Sin duda es algún amigo que viene á dedicarle este recuerdo!

—Abrid, hermano.

—Sea todo por Dios, — dijo el lego abriendo la puerta.

Atravesóla el licenciado y vióse ante un motilón con linterna en mano, que le dijo:

—Siga el claustro y vaya á la capilla que allí satisfará su deseo.

Hízolo así y al entrar en la capilla vió al padre Félix, pero muerto y entre cuatro blandones. Toda la comunidad rezaba las preces de difuntos.

El licenciado gritó:

—¡Malhaya de mí, ya lo he perdido todo! — y desmayóse junto al muerto, falto de fuerzas y casi de vida.

. . . . . .

Es fama que el licenciado Carrillo pasó aquella noche en el convento, asistido por los buenos padres y tornóse á Toledo al siguiente día, donde cuentan las crónicas que murió en paz y gracia algunos años después, sin haberle repetido el deseo de volver á la corte, donde tan mal la hubo por su ambición y deseos de medro.

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.

EL SACORIO

COSTUMBRES ANDALUZAS

ROMANCE INÉDITO

I

En pié sobre el duro trillo
de pedernales sembrado;
el látigo por el viento
y las riendas en la mano;
sobre el semblante de bronce
el sombrero derribado,
y en su novia el pensamiento
y una copla entre los labios,
el trillador Juan Calores
hace girar sus caballos,
sobre el tapiz que combinan
rubias espigas y granos.
La tarde cierra sus luces
tendiendo sobre los campos
largas y vagas siluetas
de montes y campanarios,
y las mozuelas entonces
con las vasijas al lado,
camino van de la fuente,
y va con ellas Rosario.
Ama á esta linda mozuela
el trillador afamado
que en cien parrandas alegres
probó el valor de su brazo,
pero opuestas una y otra
sus familias á casarlos,
la relación impidieron
de los dos enamorados;
y es de ver cómo en la fuente,
en la iglesia, y en el campo,
cambian los dos sus sonrisas
á espaldas del mundo vano;
y cómo aunque en apariencia
nada le dicen sus labios,
sus corazones de fuego
se están de amor abrasando.

***

Quebrada salta la espiga
cubriendo el suelo empedrado,
y cerca, en la clara fuente,
llénanse á chorro los cántaros.
—«¡Miradlo, es él, Juan Calores!»—
grita el femenino bando,
y al momento se apresura
á ver trillar los caballos.
En torno de la ancha pista,
entre carreras y saltos,
la mozas una por una
sube el mozuelo á su lado.
A cada pliegue que el viento
abre en la falda, al rozarlos,
un estallido de risas
alegra rostros y labios.
Si tiembla la moza, hay gritos;
si el mozo la ciñe, aplausos;
y hay estruendo y hay jolgorio
si salen los dos rodando.
Así subiendo una á una
y otra tras otra bajando,
al trillador se le acerca
la que es su dueño adorado;
y pisando el móvil trillo
con pudor y con recato,
mientras cantan las mozuelas
seguidillas al verano
y de amor palpita el mozo
de la joven al contacto,
así le dice al oído
con acento apasionado.
—«Todo lo tengo dispuesto,
padrinos, gente y caballos,
mañana será el *sacorio*,
que estés, mi bien, preparado.
Al dar las diez en la torre
tras tu corral te esperamos,
sal por la puerta secreta
y corre luégo á mis brazos.
El mismo alcalde en persona
será tu depositario;
los padrinos mis amigos;
y el pueblo, los convidados.
Ya sabes donde te espero,
no faltes á lo tratado,
prudencia, fe, disimulo,
y compostura y recato.»
Y en tanto que estas palabras
dice con trémulos labios,
deshácense las gavillas,
hieren las piedras los cascos,
y de la parva crugiente
saltan brillantes rosarios.

II

Con fiestas en la esplanada
anoche en lo lagares,
y el tajo de la vendimia
dejó cortado la tarde.
En torno de los paseros
la gente empieza á alegrase
con el rumor de la copla
que fué despertando el aire.
Sabrosos cuentos se escuchan
y sentencias y refranes,
y donde espira una risa
un chiste palpita y nace.
Al dulce olor de las uvas
se une el grato del vinagre
y al de fuego de la tierra
el de la fronda sonante.
En el pueblo resplandecen
los candiles al cruzarse;
sentadas junto á las puertas
hablan mozas y comadres;
los perros de los cortijos
ladran allá en lo distante,
y en las oscuras laderas,
entre pitas y chumbares,
resplandecen los paseros
bajo los toldos flotantes.

III

En cercano caserío
del pueblo á una legua escasa,
se oye murmullo de gente
que se remueve y prepara.
Es la gente del *sacorio*
que siendo las nueve dadas,
hacia el pueblo se encamina
en bien precavida marcha.
Y es de ver á Juan Calores
lucir trencillas y randas,
para agradar á la novia
cuando la lleve á las ancas.
Sobre zapato de cuero
bordado de sedas varias,
botín primoroso enseña
que del tobillo le arranca.
Ciñe luégo su rodilla
pantalón de rica lana
que arriba corre á ocultarse
bajo el doblez de la faja.
Chaleco de fina tela
sobre su pecho se clava,
y envuelve su airoso cuerpo
en chaquetilla de pana.
Encima de la pechera
enseña ojetes y tablas,
y bordados, y labores,
y arabescos de puntadas.
Toda su persona brilla
tan vívida como un ascua;
y para fin de su adorno,
sombrero andaluz lo acaba,
con negras moras por fuera
y dentro forro de plata.
El caballo que conduce
con la crin suelta y rizada,
muestra ceñida la cola
por un vendaje de grana.
Un aguacero de sedas
le cuelga de banda y banda
y á los movibles caireles
une el primor de las mantas.
Subiendo al pretal las manos
y alzando airoso las ancas,
un castellano anda el potro
mejor que pluma lo traza.
Y este conjunto soberbio
hacen completo en la marcha,
la copla que lanza el mozo
y el aire que el potro marca.
Hasta unos quince caballos
en el calvario se paran,
mientras que novio y padrinos
el pueblo arriba adelantan.
Es de escuchar á las viejas
al divisar gente extraña,
en los cercanos corrillos
sonar el grito de alarma.
Es de ver cómo las mozas
echan números y cábalas
sobre los hombres que cruzan
con tanto rumbo la plaza.
Es de oir á los chiquillos
siguiendo á la cabalgata,
hacer cundir poco á poco
de las personas la entrada.
Cómo á medida que llegan
de Rosario tras la casa
la voz de alerta y aviso
toma cuerpo y se propala.
Pero es inútil que cunda,
Rosario, toda asustada,
con misterio y con sigilo
cruza el corral de su casa;
empuja luégo la puerta
que se halla medio entornada,
móntala al punto el padrino
del guapo novio á las ancas,
y á tiempo que tras del muro
suenan gritos y amenazas,
dejando las duras piedras
llenas de chispas doradas,
los caballos se deslizan
como tres negros fantasmas.
—«¡Un *sacorio*—grita el pueblo, —
es Rosario la que sacan!»
y añade una astuta vieja:
—«¡Cuando yo me lo pensaba!»
—Que callado lo tenían.
—Dios nos libre de agua mansa.
—Y el padre ¿no habrá sabido?...
—No ha debido saber nada.
—¿Y es Juan Calores el novio?
—El mismo que viste y calza.
—Pero ¡al calvario! señores.
Y hacia el calvario se lanzan,
á punto que el aire vibra
con las primeras descargas.
—«¡Vivan los novios!»—prorumpe
á voces la cabalgata,
y nuevos roncos disparos
se escuchan en la distancia.
Corre el padre de la novia
armado de todas armas

para ocasionar mil muertes
con su plomo y con su rabia;
pero en medio del bullicio
una voz de las que hablan,
poniendo el grito en el cielo
con sorna y malicia canta:
«No te canses en seguir
lo que no guardó tu casa,
porque el amor cuando corre
no lo coge ni una bala.»

***

Por la lejana vereda
lucen vivas llamaradas;
relinchos dados al viento
unen su estruendo á las salvas;
en los lagares vecinos
los perros brincan y ladran;
toda la gente del pueblo
se hace lenguas de la hazaña,
y allá, entre el rumor confuso
que forma la cabalgata,
el mozo dice á su novia
con voz misteriosa y baja
mientras que el suegro á lo lejos
blasfema, maldice y rabia:
—«¿Me quieres?»—y ella afanosa
responde:—«¡Con toda el alma!»—

S. Rueda.

NUESTROS GRABADOS

LA ORACIÓN

Es una de las más excelsas facultades de la razón humana la de poder elevarse al ideal religioso y una de sus más nobles preeminencias la de ponerse en comunicación con la Suprema Omnipotencia. De ahí que la oración sea una de las más augustas demostraciones de la humanidad y que áun en labios de un niño adquiera mejestad sublime.

CURIOSIDAD CASTIGADA

Pensaba sin duda el revoltoso can que iba á pasar un rato muy divertido echando á rodar la cesta, pero ¡cuál no sería su terror al verse acometido por aquellos fierísimos cuanto suculentos crustáceos á quienes en su perdonable ignorancia piscatorial calificó Julio Janin de *cardenales de los mares!* ¡Y cómo le clavaban aquellas malditas sus robustas pinzas mirándole irritadas con sus ojos globulosos! Creemos que el perro tendrá bastante con esta vez para no volver á cometer nuevas indiscreciones.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
EL ENTIERRO DE CRISTO.—EN EL PUERTO.—A LAS FIERAS

Hé aquí el juicio que de los cuadros de los Sres. Sorolla, Martínez Abades y Silvio Fernández escribe el Sr. D. H. Giner de los Ríos.

«*El entierro de Cristo*, de Sorolla (785), encantará de fijo á la mayor parte de los concurrentes á la Exposición. Encierra ese algo misterioso que seduce y á que nos inclinamos con la devoción que la emoción estética produce.

»También es una *academia* á la cual puede aplicarse un juicio análogo al del otro cuadro que acabamos de mencionar. (1) Sublímase, sin embargo en éste, todo lo que en el otro se anuncia, y aparte de que los piés y otros pormenores de las figuras más deben llamarse laudable intento de dibujo que efectivo trabajo, el conjunto hace olvidar los lunares, para que la vista goce en aquella ráfaga de oro que corta el horizonte, y aquel recogimiento que irresistiblemente conmueve. La figura de la Virgen es encantadora y comunica su dolor al que la contempla, envuelta en la augusta aureola del martirio moral. Mucho hay que esperar del ya premiado discípulo del señor Pradilla.»

Respecto del cuadro del señor Abades, pensionado por la Diputación de Oviedo, dice: «Llámase *En el puerto* (468). A primera vista se nota que el pintor no es un artista formado todavía; pero al propio tiempo indica dotes muy recomendables para este género. Si corrige los tonos agrios del colorido y sigue esmerándose en la corrección de su diseño, la brillantez de que hace gala llegará á constituir el principal gallardón de sus obras.

»Un episodio de la historia antigua romana, *A las fieras* (237), retrata D. Silvio Fernández. Redúcese al momento en que conducen desde los interiores subterráneos del Coliseo los que van á ser destinados á pasto de las bestias feroces. El cuadro resulta poco distinguido en la interpretación, aunque lo ordinario no sea hijo de un estilo *realista*. Declaremos al propio tiempo que no es despreciable el dibujo, por más que la falta de bulto lo empobrezca. Algunos de los personajes encontraron una expresión feliz, y otros, en que es más desgraciada, superaron en cambio á los primeros en corrección y en naturalidad. El atractivo del cuadro consiste especialmente en una entonación agradable, si bien raya en opaca.»

(1) *El campo de San Francisco*, del señor Uría.

LA NOCHE
Alegoría de Franz Lesler

Está representada esa alegoría según todas las reglas del arte y áun de la ciencia, pues no faltan tampoco sus correspondientes cabezas de *papaver somniferum*. Es un cuadro muy simpático... para los que amamos el dormir sobre todo el resto de los deleites de esta vida.

ÁRABE
Estudio de M. Sozanski

¡Magnífico morazo! Ello es que los sectarios del Profeta pueden pasarse muy bien del precepto que les impuso prohibiéndoles representar jamás la figura humana, puesto que no hay pintor cristiano que no se pirre por los musulmanes, sobre todo desde que Fortuny sacó tanto partido de sus infieles marroquíes.

UNA BELLEZA GRIEGA

La cosa no tendría importancia si se tratara de una griega contemporánea de Homero ó Anacreonte; sépase, pues, que esa belleza es moderna, contemporánea; en una palabra, que á pesar de su atavío y de su escote es una cismática, que habrá oído quizás más de una vez los discursos del señor Tricoupis ó del ciudadano Comondouros. Gracias á Dios, no degenera la raza de las Helenas, Andromacas y Hermiones, reforzada por sangre catalana y navarra.

¡NO ME ARAÑES!

Es un bonito grupo, digno de los honores de un cincel ó cuando menos de unos palillos. La niña es bonita y alegre, pero el gato no deja de ser también un interesante tipo.

EN TIEMPO DE TIBERIO
Cuadro de Luis Wiesilowski

A la verdad, no ha faltado quien opinara que Tiberio no fué tan malo como se quiere sostener. Durante su reinado, como en tiempo de la Revolución francesa, el pueblo sufrió poco y aún puede decirse que lo pasó muy bien, siendo las principales víctimas los que por su encumbrada posición podían hacerle sombra al tirano. Si fué horrible en muchas cosas no le cupo poca parte en ello al Senado, llegado al último extremo de envilecimiento. En Caprea llevó una vida modelo de escándalos, no muy diferentes quizás de los que se cuentan del difunto Luis II de Baviera. Probablemente estaría chiflado Tiberio, como lo estaba el Wissenbach de quién hablamos.

El grabado de hoy representa el momento en que los deudos de los asesinados van á recoger sus cadáveres de las rocas de Caprea para darles sepultura. El cuadro de Wiesilowski llamó mucho la atención y figura en la Academia de San Petersburgo.

LA EDUCACIÓN DEL CONDESITO
CONTEMPLACIÓN INTERESANTE

Tierna escena la de esa noble madre enseñando á su hijo y hermoso dibujo el en que está representada. Verdad es que no le va en zaga el otro, figura gallarda y á quien, al parecer, debe interesarle no poco el tripulante del bote que surca el pintoresco río, según la atención con que se fija en él.

MENTON

Es esta lindísima población una de las que se encuentran á lo largo de la *Cornisa*. Tiene, como Nápoles, una doble bahía y es considerada por la templanza de su clima y la belleza de su situación como una de las mejores estaciones de invierno para las personas delicadas de salud. Forma parte del principado de Mónaco.

ADAN MICKIEWICZ

(CONTINUACIÓN)

Aquí da el poeta libre curso á su indignación y acude ora en su cólera al sarcasmo, ora á la virulenta imprecación. Mas todo lo reviste de mágicos colores y en su rica imaginación lo trasfigura.

Compónese la obra, calificada de *Misterio* á usanza de los antiguos dramas populares, de cuatro partes. De ellas tres: *La velada de los muertos*, *Los Mártires* y *El Presbiterio*, ostentan forma dialogada, siendo la del *Viaje á Rusia* (ó del destierro) narrativa.

Constituye el primer episodio, uno á manera de prólogo fantástico, desarrollado en la vasta escena, por todo el que circula hedor de cadáver.

En la noche de difuntos se reune el pueblo en un cementerio; é insiguiendo una antigua costumbre, se evoca de sus tumbas á los muertos. A la formidable voz de un mago, aparecen unos tras otros los espectros pidiendo oraciones, hasta que surje, mostrando ancha herida en el pecho, fatídica la sombra del héroe, un mancebo que se ha suicidado por amor y que por decreto del Altísimo cada año ha de comparecer en idéntico día para renovar su horrendo crimen.

Adquiere toda la composición en esta parte un aire de misterio que estremece. Allí hablan el mundo real y el de los fantasmas; allí se funden en algo impalpable é incorcópero espectadores, magos, condenados, y, como dice el coro de la obra, «oscuro está todo y sombrío.»

En *Los Mártires*, otra de sus partes, presenta un cuadro de la persecución ejercida contra los estudiantes de Vilna, en nombre del czar Alejandro I, por su augusto hermano Constantino y el inmundo senador Novosieltzoff, á quien pinta el poeta con los más negros colores. En el delineamiento de este carácter y en las escenas en que nos lo ofrece en acción, manifiesta el poeta un temple satírico, mezcla de Aristófanes y de Juvenal, que no le conocíamos hasta ahora; lo azota y expone á la pública vergüenza.

Cruel á la vez y cobarde, cortesano grotesco y disoluto, es la figura de ese *Neron-Panurgo*, de un efecto grandioso, acabada.

Son *Los Mártires* un drama rigurosamente histórico, para la traza del cual ha bastado reducir á escenas y dialogar *La Gaceta de las tropelías moscovitas*. Nunca fué más verdad el dicho de Napoleon Bonaparte: «rascad el ruso y hallaréis el tártaro.» En él aparece el propio autor en persona, si bien bajo los nombres de Conrado y Gustavo indistintamente, al igual que sus condiscípulos y amigos Tomás Zau, Kolakowski, Sobolewski y otros.

Toda la obra es de un interés evidente y conmovedora por estar escrita en sangre. Mas entiéndase que no es el interés de que hablamos el que se funda en el elemento dramático y la trama con más ó menos artificio desenvuelta, pues, apenas si la obra contiene acción y está toda ella muy descosida; es el interés que despierta el poeta apoderándose del alma de los lectores al presentar á su vista, la pluma chupada en el corazón y empapada en hiel, una serie de escenas donde un grupo de adolescentes, en aquella feliz edad de cándidos sentimientos en que revolotean cual mariposas las ilusiones, vénse envueltos en un proceso tenebroso y se ofrecen víctimas expiatorias del grave delito de patriotismo. A una escena patética en la cárcel, síguese otra en los salones de la aristocracia, y asistimos al espectáculo de los opresores, digeriendo perfectamente en danzas y festines tanta iniquidad.

Mezcla á todo ello Mickiewicz el elemento fantástico, que no podía faltar en un poeta eslavo, y está perfectamente encajado este en el drama. Ya los genios del averno y los del cielo se disputan el alma de Conrado, á quien sumen unos en la desesperación, mientras los otros calman sus arrebatos. Momentos hay en que, en sus delirios, llega aquel á blasfemar de Dios: «Voy á lanzar,—dice en un reto soberbio á la Divinidad,—voy á lanzar mi voz por toda la inmensidad del mundo; pero una voz que retumbará de generación en generación; diré que no eres el padre del universo, sino...» é interrumpe la voz de uno de los demonios: «El czar.»

En otra de sus escenas, atormenta el espíritu de las tinieblas á su *altér ego* el senador Novosieltzoff, presentando este cuadro un efecto originalísimo en su compuesto de fantástico é irónico; es, apropiándonos una frase célebre, una alegría cruel; la burla sangrienta de la mayor bajeza. Sueña el senador ver, ante una mirada de desprecio del czar, desvanecidos sus planes ambiciosos ¡terrible pesadilla para un inmundo cortesano cual es él! y arrastran la mitad de su alma los demonios para baquetearle, salvo encerrarla de nuevo en su cuerpo como en *perrera apestada*.

Después de haber apuntado algo de lo mucho digno de admiración que contiene el drama, no nos extenderemos más sobre él, á pesar nuestro, por no hacer interminables los límites de esta simple noticia.

Más tarde y en el período de calma, casóse el poeta, y templada su inquieta imaginación al dulce calor de los lazos de familia, adquirió su genio bajo tan benéfico influjo algo, si vale decirlo, de más positivo; algo más en relación con la vida real. Resultado de tal estado fué la publicación de su novela *Tadeo Soplica*, vasto cuadro de costumbres polacas, referente á los tiempos del primer imperio, cuando bajo las promesas falaces de Napoleon, contaba Polonia recuperar su independencia.

Hablemos también del *Libro de la nación polonesa*, otro *pendant* á las prisiones de Silvio Pellico, que será un día el *breviario* de ese pueblo tan grande como infortunado. La resignación y el heroísmo tejen inmortal corona en esa obra al poeta. Rodea á su patria de un santo amor en ella, y para llegar al alma de sus compatriotas, abandonando el campo estéril de la lucha, habla en pró de la concordia universal, asignando á Polonia el papel importante que en la civilización del porvenir ha de desempeñar. Y este es un nuevo aspecto de tan peregrino ingenio. Mas no siempre su corazón de patriota se contiene; antes de vez en cuando se desborda y fulmina el anatema. Es un canto de resurrección entremezclado de gritos y sollozos. Pero ya levante el tono é increpando duramente á los opresores, entone con desesperado acento el canto de resurrección, ya evoque recuerdos de gloria patria é incite á sus conciudadanos al combate pacífico y tenaz de las ideas, ya se despedace por fin su corazón al contemplar aniquilada á su querida Polonia, ó temple el arpa de Sión sus arrebatos y escape la plegaria de sus labios, siempre esplendente ó dolorida y velada en el misterio, aparece á nuestros ojos, con su misión santa y providencial, esa nación víctima de inmerecidas desgracias y que ha de arrastrar en pos de sí las simpatías de toda alma noble y generosa.

La idea que preside á la composición es la del martirio de Polonia, ofrecido como expiación de los pecados del mundo, la esclavitud y la impiedad, y cuya redención ha de ser por los méritos de esa nación católica enclavada ahora como el Salvador en la cruz.

(Se continuará.) IGNACIO DE GENOVÉR.

MENTON

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 9 de Julio de 1887 | Núm. 236

UN ABUELO (Cuadro de C. Krouberger)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*La nariz*, por J. Clurana.—*Campanas y palomas* (conclusión), por A. Perez G. Nieva.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Tipos de salon*, por Ricardo J. Iranzo.—*Ayer y hoy* (poesía), por Vicente de Arana.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—Nuestros grabados.—Certamenes literarios.—*Adan Mickiewicz* (continuación), por Ignacio de Genover.

GRABADOS.—Un abuelo.—El genio de la fábula.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887:* El cadáver del general Alvarez de Castro, ante el pueblo de Gerona. Entrada del emperador Carlos V, en el monasterio de Yuste.—El jubileo de la reina Victoria, en Londres.—Declaración de amor.—Andrajos y cigarros.—Dibujos decorativos de Walter Crane (seis grabados).—La casa del Pretor.—La torre de la Madona en San Remo.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

LA EXPOSICIÓN DE FILIPINAS

No será esta carta, seguramente, la última que te escriba sobre el gran concurso regional de Filipinas, cuya inauguración ayer se ha verificado, porque hay en este acontecimiento materia sobrada para que conversemos muchas veces. Mi carta de hoy se dirige, tan solo, á darte una ligera idea de los muchos aspectos interesantes de esta Exposición, que producirá, sin duda, grandes resultados para nuestra grandeza futura; puesto que evidencia á un mismo tiempo el abandono en que siempre hemos tenido aquellas islas y sus riquezas y maravillas infinitas. Aquí en España la generalidad no conocía Filipinas sino es por las relaciones más ó menos apócrifas de los empleados que volvían cargados con algunos cofres llenos de onzas, de abanicos de chinos y de pañuelos bordados. Para nosotros sólo había en Filipinas oro y disentería. Los gobiernos miraban con interés esta región privilegiada á la cual podían enviar á sus parientes y protegidos, á fin de que se enriqueciesen y enfermasen. Imaginar que pudiera traerse de Filipinas algo más que oro y enfermedad, era una ilusión, y, sin embargo, por causas muy largas de investigar, pero que han dado resultados felices, nos hemos traído á Madrid, casi íntegras, las Islas Filipinas con su fauna, su flora, sus casas, sus habitantes, su comercio, su industria, sus supersticiones y su prosperidad posible y su atraso efectivo. La Exposición se ha inaugurado, y nos encontramos con una Exposición magna, importante, interesante, pintoresca, útil, divertida, extraordinaria, que ha caído en gracia y que se ha puesto de moda.

Ya iba siendo tiempo, querida prima, de que se inaugurase; porque hace meses que los periódicos nos hablaban todos los días de los trabajos realizados por la comisión y de las transformaciones del parque de Madrid. Las dificultades crecían á medida que la Exposición tomaba cuerpo; se aplazó varias veces; y áun hoy, después de inaugurada, se aplazará,—según creo,—nuevamente. Dentro de seis ú ocho días se cerrará hasta Setiembre ú Octubre. Ha parecido ya demasiada propiedad tenerla abierta con estos calores.

Al llegar á la Exposición nos salió al paso un igorrote que pidió lumbre para su cigarro á mi compañero; después que se fué, me dijo mi amigo:—Este que V. ha visto es un igorrote, persona en la actualidad muy sensata; pero que en otro tiempo era antropófago.—No debe haber perdido del todo la afición, porque he reparado que se le van los ojos tras los hombres y las señoras de carnes abundantes y frescas.

La Exposición ha sido instalada en el mismo local en que hace dos años estuvo la de Minería; el antiguo recinto de madera ha sido reemplazado por una sencilla verja de hierro. En la parte más elevada y casi central del recinto, abraza, ahora, otro pabellón, con armadura de hierro, esbelto y airoso, que debe quedar ya para adorno de aquella parte del Retiro. Se entra en este pabellón por una escalinata de piedra, que, en su parte inferior, sirve de embarcadero para un lago en que se balancean tres ó cuatro piraguas filipinas. En la estufa hay cerca de tres mil plantas traídas del Archipiélago, y no lejos del palacio central están las cigarreras últimamente llegadas de Filipinas que trabajan sin descanso en la elaboración del tabaco, dando muestras de su habilidad extraordinaria. Esta instalación es de nipa y caña y ha venido de Manila. Representa una sección de la magnífica fábrica *La Isabela*. La planta principal de dicho edificio consta de un *camarín de oreo* en que está la hoja del tabaco, otro denomido *camarín de mandala* en que está amontonado el tabaco para darle una temperatura máxima, hallándose, además, en esta pieza muestras de tabaco de todas clases, y otro camarín destinado á taller de operarias y que tiene una especie de palco al exterior, desde el cual se hace la venta al menudeo para el público. Es jefe de este taller la indígena Crescencia, maestra de la fábrica de la Isabela; y trabajan actualmente, Nicolasa, *la escogedora*, Agapita, *la torcedora*, y Papay, *la expendedora*. Todas son jóvenes, y como la notoriedad es una belleza en estos tiempos que alcanzamos, muchos visitadores las dirigen miradas capaces de inflamar la aromática hoja que con sus ágiles dedos trabajan. Para completar este ligero croquis con algún rasgo trascendental, te diré que la fábrica Isabela elabora mensualmente cerca de cuatro millones de cigarros y remite á Europa por cada vapor de la Compañía, millón y medio de pesetas en tabaco elaborado y en rama. Esta sección tiene que ser visitada por el público en grupos reducidos; el piso es de caña y la caña es frágil aquí como en Filipinas. Tú dirás que te hablo demasiado del tabaco, mas aparte de que el tabaco es materia tan importante en esta Exposición, lo es también para el bello sexo del archipiélago, y en otra sección podrías ver los *Chicotes*, cigarros de gran tamaño que allí fuman las mujeres, encontrándolos deliciosos para su vida perezosísima. Yo participo de la repugnancia que á tí te causa imaginarte una mujer fumadora, por más que yo he reparado que cuando á uno le gusta una mujer le hace gracia verla jugar con el chicote entre los dientecillos, y creo que los dulces labios de la mujer deben conservarse sin aromas adquiridos para que de ellos no se alejen las delicadas mariposas del amor que siempre los andan buscando.

Apenas entramos en el campo de la Exposición fija nuestro interés *la ranchería de los igorrotes*. Esta ranchería es curiosísima. Es la naturaleza salvaje trasladada al centro de una ciudad culta. A la derecha de la puerta y colocada sobre un largo palo, hay atravesada la calavera de un caballo. Este signo tiene por objeto ahuyentar las enfermedades de la ranchería. A poca distancia se ve otro palo largo, colocado á un metro de distancia del primero, cruzado por tres delgadas cañas, muy afiladas por sus extremos, y colocadas en forma de X. Estas cañas, según los indígenas, ahuyentan los espíritus malignos; las afiladas puntas les impiden entrar en la ranchería. La entrada de la ranchería es tortuosa, con objeto de impedir una sorpresa y la entrada súbita y número del enemigo. Allí vemos la *casa tribunal* y la cárcel. Una escalera rústica conduce á la sala en que se administra justicia. En ella hay una silla en la cual se sienta el *gobernadorcillo*, único juez competente en juicios criminales. Es muy curioso el juramento de los igorrotes y te voy á referir, por lo tanto, la manera que tienen de formularle. Todo aquel que declara ante el gobernadorcillo, sujeta con ambos brazos un tambor y una lanza y después de dar dos vueltas y decir cuanto sepa respecto á lo que se le pregunta, el juez le dirige el siguiente chaparrón de maldiciones:—Si no dices verdad, que te parta el rayo, que el caimán te coma y la luna te trague, y cuando pases por un río te ahogues.—Parece que los igorrotes creen, de verdad, que si mienten les ocurrirá cualquier cosa de estas; así es, que no juran en falso. El juramento es la única prueba en juicio. Después de jurar se corta la cabeza á una gallina y con la sangre se le hacen al jurador cruces en los piés, en el pecho y en la cabeza. Tantos juicios, tantas gallinas muertas; esto es lo positivo. La cárcel está en la planta baja; y cosa extraña, á pesar de que sus paredes son de frágiles cañas, jamás se ha dado el caso de que se fuguen los detenidos, á los cuales tampoco se custodia. Verdad es que los ponen en terribles cepos.

Frente á la casa tribunal hay un *abung* de igorrotes, cuya forma es la de una pirámide de cuatro lados, completamente iguales. Es de nipa, dando consistencia á las paredes el bambú y el tronco de palmera que le sirven de base. La altura del *abung* es de dos metros y en su interior, en uno de los rincones, se ven dos cráneos que proceden de enemigos ó de víctimas. Parece que los igorrotes,—no respondo del hecho,—han solicitado reemplazarlos por otros de los visitantes de la Exposición.

La casa de *actas* ó negritos es sumamente curiosa; está colocada á dos metros de altura sobre el suelo; su elevación no pasa de la mitad de su altura; las paredes son de cortezas de árbol y rechazan las flechas; una techumbre de nipa las preserva del agua. Habita esta casa el negrito Tek; en una de las dos habitaciones en que la casa se divide tiene su petate; la otra está vacía. Tek vive muy satisfecho y feliz; conversa con los visitantes y el dinero que éstos le dan lo gasta en aguardiente,—como ves que muchos habitantes de esta capital no viven de otra cosa y se gastan el dinero en lo mismo.—En todas las latitudes hay una cosa que une á los hombres: los vicios.

La casa de los igorrotes está colocada sobre un elevado árbol: tendrá de base unos dos metros de longitud por un metro de anchura. Esta pequeña casa, construída con caña y nipa y colocada sobre ramas elevadas de árbol, sirve de albergue y defensa cuando una ranchería es sitiada: la casa se convierte en fortaleza y último y desesperado refugio.

Este cuadro pintoresco se completa por el lago, que aquí se ramifica y viene á bañar la madriguera de un enorme reptil: de un caimán. La comisión hubiese deseado, sin duda, para mayor color local, que el caimán estuviese vivo; pero se ha convenido en que la confianza pública requería un caimán disecado. A pesar de esto el monstruo es imponente.

Dentro de este recinto saltan en libertad algunos carabaos y varios corzos, todos destinados á usos domésticos en las rancherías de los igorrotes.

Ahora, si quieres que visitemos las instalaciones, tendremos que pasar rápidamente por ellas; pues no hay tiempo en unas cuantas horas para enterarse bien de aquella multitud de objetos y cosas aglomeradas en las muchas secciones de la Exposición; y que son como un índice de la región tan olvidada de España. En una de ellas podemos ver minerales variadísimos y botellas de aguas termales, planos y cartas geográficas y hasta los cráneos de algunos famosos bandidos; en otra libros, armas, jarrones de bronce, colecciones de piedras, conchas y caracoles, hamacas, trajes de las comedias chínicas de Manila, imágenes bordadas en oro y plata; cuadros y acuarelas de los artistas filipinos, una colección de navajas para reñir gallos, amuletos encontrados sobre los cadáveres de los *tusilanes* (bandidos) ni más ni menos que sobre los cadáveres de los tusilanes de Despeñaperros; *salacots*, es decir, sombreros de carey, concha, nito y buntal, con magníficos adornos; retratos al óleo de célebres asesinos; infinitas muestras de maderas preciosas.

No dejaría de interesarte en otro departamento, entre otros trajes, el de una mestiza, consistente en saya de raso grana y negro y camisa y pañuelo Rangue bordado. Hay una

colección de ídolos; pipas, instrumentos musicales, bandejas, chinelas, zapatos de madera y cuero... Las secciones tercera y cuarta son la de guerra y marina; trofeos militares y cuanto se refiere al material de los barcos y al traje y armamento del ejército. La sección quinta es florestal: la sexta es la de agricultura; la octava, la de instrucción pública, ciencias y artes. En litografías y en fotografías la industria del archipiélago está bien representada; los objetos musicales que ocupan dos tiras formando *pendant*, son de caña y palo, casi todos, y de menos mérito que curiosidad. Hay unos bustos del general Terreros y del Alcalde de Manila señor Elizalde, hechos por Vicente Francisco, escultor que ha venido con la colonia, y que no había cogido un compás ni había hecho ningún dibujo hasta que llegó á Madrid.

Son muchos los aficionados que presencían la confección del *abacá*, producto exclusivo en Filipinas, que produce al Archipiélago un ingreso anual de seis millones de pesos y debiera producirle, según dicen los industriales, mucho más.

Pero, dando punto aquí, á esta carta, sólo añadiré que la Exposición de Filipinas será el centro de atracción universal para Madrid; y que este movimiento irreflexivo, al parecer, de la moda, que hoy simpatiza con un país y una civilización que ha mirado siempre con agria extrañeza, influirá en el deseo de conservar, prosperar y hacer verdadera y eternamente propiedad nuestra un país espléndido codiciado de poderosísimos extranjeros.

Y en verdad que nos ha dado tarde por las Exposiciones; pero nos ha dado en regla... Exposición de Bellas Artes; Exposición de Horticultura; Exposición de Filipinas; Exposición regional de Madrid en proyecto...

Después de todo, una exposición es una cátedra donde aprendemos materias especiales, que nos hubiésemos opuesto decididamente á saber si no se nos enseñasen con pretexto de divertirnos.

Las Exposiciones son Escuelas de niños calvos y de niñas con hijos.

Tuyo,

FERNANFLOR.

LA NARIZ

Abstraído en profundas meditaciones me hallaba dando pábulo á fantásticas quimeras que todos los mortales alimentan en sus momentos de aparente y agobiada inercia, cuando la imprevista presencia de un amigo, de quien pudiera decirse con el poeta, *érase un hombre á una nariz pegado*, vino á interrumpir mis infructuosos ensueños. En tal disposición de ánimo, se comprende que, por una de esas excentricidades que no quiero calificar, me fijase singularmente en la descomunal nariz de mi desde entonces interlocutor, á cuyas preguntas contestaba automáticamente, embargado por las impresiones asaz ridículas de tan enorme *bicho* y abismado en un cúmulo de consideraciones que se agolparon en mi mente, sin duda para dar aplicación plausible á la existencia de ese «biombo de los rostros y balsopeto de la frente.»

Que aquel individuo de la especie que reseñamos era á todas luces inconmensurable, no cabe ni por un momento dudarlo; pero al lado de éste hay otros que por su delicada forma y admirable disposición son el encanto de quien los posee, y, en general, todos ya por los señalados servicios que nos prestan, ya por las facultades que revelan se hacen merecedores de la dedicatoria que encabeza estas líneas.

Desde luégo, y tomando la defensa de este cachito de nuestra humanidad tan generalmente desconsiderado, hemos de empezar por una imprecación dirigida á aquellos que en sus brillantes y cuasi siempre hiperbólicas descripciones del *palmito*, han incurrido en el execrable olvido de un calificativo expresivo y adecuado al soberano papel que la nariz desempeña en esas controvertidas lides.

Sucede con nuestro protagonista lo que en sociedad al todo de que forma parte; sólo el que se agita, mueve y da señales de existencia mediante el auxilio de sus músculos locomotores y tal cual exabrupto de la laringe, logra por estos solos méritos abrirse paso, aún cuando aquellos movimientos sean automáticos como los del péndulo y sin mas trascendencia que los del rabo del cualquier cuadrúpedo al azuzarse los impertinentes moscardones.

Si, pues, lejos la nariz de guardar siempre esta quieta actitud, fuese como sus congéneres los ojos, de suyo movedizos é inquietos, á buen seguro hubiese encontrado dignos apologistas que le sacaran de la oscuridad en que vive, á pesar de su exhibición perenne en el día y en la noche, en verano y en invierno, desafiando lo mismo los vívidos rayos de un sol tropical que las intempestivas brisas de algunos grados bajo cero.

Digresiones aparte, siempre resulta ser en nuestra economía el órgano que en sus funciones determina el más aristocrático de los cinco sentidos; porque sólo á los que disfrutan de tiempo y medios para aromatizarse su persona con los perfumes de tocador, les es dable regalarse con las placenteras sensaciones del olfato, pues los demás mortales sólo pueden aprovechar los desperdicios de aquéllos, si la suerte ó la desgracia, que todo podría ser, no les proporciona ocasión para gozar tales beneficios en la naturaleza, al despertar del alba una de las mañanas de Mayo.

EL GENIO DE LA FÁBULA (Frontispicio de una edición de Lafontaine, según un cuadro de Gustavo Moreau)

No deja de tener sus inconvenientes y en más de una ocasión hemos de lamentar sus impertinentes servicios; pero váyase lo uno por lo otro y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

A este propósito es digna de mención la observación de un afamado doctor, según el cual está el olfato mucho más perfeccionado en el hombre que en la mujer. Esto explica el abuso, mejor que uso, que éstas últimas hacen de las esencias, ¡cómo que no las sienten!

En sus relaciones con el gusto (no estético, por supuesto), puede decirse que ha dado forma al arte culinario, y con él á esa inmensa falange de gastrónomos que pueblan el universo.

¡Cuántas veces las consoladoras emociones de un exquisito y bien condimentado manjar nos cautivan y obligan á saborearle!

Y hé ahí, pues, por cuan sencillo medio viene nuestro héroe á ser causa determinante y sostén de todo un programa político. Por qué, vamos á ver, ¿qué son esas opíparas comilonas que con el nombre de *thes*, *lunchs* ó *banquetes* celebran cuotidianamente nuestros más afamados políticos al uso, sino la parte más importante de su programa?

Pero donde resalta la verdadera importancia de la nariz, es en lo que atañe á su forma y disposición exterior, prescindiendo de todo funcionamiento como órgano de nuestro sér y atendiendo meramente á su influencia que podríamos calificar de *sociológica*.

(Se concluirá.)

J. CIURANA.

EL CADÁVER DEL GENERAL ÁLVAREZ DE CASTRO, ANTE EL PUEBLO DE GERONA, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Segunda medalla)

EL JUBILEO DE LA REINA VICTORIA EN LONDRES (Dibujo de Asarta)

Los trompeteros de Estado aguardando la llegada de la reina á la abadía de Westumister. -Paso de la comitiva regia por la plaza de Waterlóo.—La comitiva atravesando el muelle Victoria, cerca del palacio de Westumister.—Vista general de la fiesta dada á los niños de las escuelas de Londres en Hyde Park.—Los niños del Real Colegio Naval de Greenwich victoreando á la reina en Trafalgar Square.

CAMPANAS Y PALOMAS

(CONCLUSION)

III

Un día, aquella mi finca en la que tan buenas migas hacía con mis inquilinos, y donde, dando de mano por obra y gracia de Eros al estudio del ente, me solazaba con romanzas de esquila, coros de palomas, conciertos de gorriones y diarias melodías de susurros de hojas, vióse invadida por un intruso que, porque se le puso en las mientes alquiló un árbol contiguo al mío, y allí trasladó sus muebles, ó lo que es lo mismo, un libro que casi nunca abría. Aquella mancomunidad de bienes que en modo alguno podía evitar me irritó grandemente y no me dignó entrar en amistades con mi copropietario de arboleda.

Al principio no me llamó la atención la conducta de mi nuevo compañero. Llegaba éste, sentábase unas veces, paseaba otras, de cuando en cuando ojeaba el libro su amigo y se iba. Pero muy luégo al marcharse tomó la costumbre de parar en el ventorrillo; allí se detenía unos instantes; tomaba una botella de cerveza y se partía enseguida. Después alargó su visita al figón un cuarto de hora; después media, después horas enteras; después entre él y mi tormento, la preciosa venterilla, se armaron muy tirados paliques con ruidoso cortejo de alborozadas risas, y por último, mi copropietario de arboleda puso papeles á su árbol, y se mudó al figón y en él se pasaba la mañana entera.

DECLARACIÓN DE AMOR (Cuadro de Pio Ricci)

Mordióme entonces una sospecha, y con profunda cólera pensé que el *quidam* aquel no había tomado cuarto en la arboleda, sino con las aviesas intenciones de enamorar también á la chica del figón. Sino que, más listo que yo ó más curtido acaso en las lides del mundo, dejábase de inútiles rodeos y se encaminaba derecho al bulto, diciéndolo en la fraseología novísima á la moda. Tal vez fué ilusión, tal vez chifladura que vale lo mismo, pero se me antojó que las hojas como que susurraban: ¡es su novio!... y que los pájaros: pí, pí, pí... decían, ¡es su novio!... y que las campanas: talán, talán, doblaban: ¡es su novio! y que las palomas murmuraban: ruuú, ruuú: ¡es su novio!

Una vez más Platón quedaba derrotado; una vez más triunfaba la materia. Aquella mujer era solo impuro barro; yo la hubiera ofrecido el nectar celeste pero ella prefería la picante pimienta. ¡Vaya V. con andróminas y espiritualismos á quien sólo entendía de caracoles y callos! Yo era entonces poco menos que un fuego fátuo, embutido de Lamartine hasta los tuétanos, y ella era un montón de carne con todas las palpitaciones y apetitos de la pasión sensual y ruda. Adiviné la caída y hasta creo que compuse no sé qué elegíacos versos, titulados «Las alas enfangadas» ó cosa así, dedicados *in mente* á la graciosa ventera. Y como era natural, aumentóse mi timidez y no volví á manifestar mis ansias amorosas, contentándome con adorar á mi ídolo,—así lo creía yo,—desde lejos, y á imaginarme á aquella mujer vaporosa, con los cabellos sueltos, cubierta de transparentes cendales, y reclinada en una nube, en la cual y en la compañía de la moza nos remontábamos los dos por esos espacios infinitos. No han sido años después risas, sino carcajadas, las que han tronado en mi boca al acordarme de aquellos disparatados deliquios, profesados de buena fe; entonces es cuando yo creía comenzar mi carrera literaria porque colaboraba, de higos á peras y gratis por supuesto, en *El Tulipán azul* ó en *El Progreso de la civilización* ó en cualquier periodicucho ó revista por el estilo.

Y así se pasó aquella primavera, y me licencié y comencé á rodar de veras por el mundo. Pero antes, una mañana, vislumbré el principio del fin de aquellos amores venteriles. Aquel día, la viuda, dueña del ventorro, salió muy tempranito, á lavar sin duda, pues marchóse con un regular talego de ropa, apoyado sobre la robusta cadera y sujeto bajo el brazo. Agonizaba el mes de Mayo y la atmósfera era calorosa y el aire encendido como si el amor soplase en el ambiente á dos carrillos. Había como flotando en el éter, algo abrumador é incitante que despertaba sensualidades dormidas. Diríase que todos los avechuchos de la arboleda se buscaban; que era más tierno el pitido de los pájaros, más candoroso el arrullo de las palomas.

La puerta de la venteril cocina se hallaba abierta. Miré y debí de abrir ojos como platos ante lo que allá adentro se veía. La muchacha, mi deidad, permanecía de pié, de espaldas y apoyada en el fogón; el señorito, mi copropietario, le hablaba con animación vivísima. Ella debía guardar silencio; él la puso ambas manos en sus hombros; estaban solos los dos en la cocina y en la venta. Sólo un gato dormía cerca, pero los gatos, no siendo Enero, no se cuidan de estas cosas ni se pagan de ninguna clase de papeles sociales.

De pronto dejó él de hablar, y con la furia del torbellino, con la atracción de fuerzas iguales, con espontáneo y mútuo arranque, ella y él unieron sus cuerpos con la dulce cadena de sus brazos, soldando esta cadena con el tierno remache de un beso. Luégo ella, debió advertirle á él, algo prudente, y él se desasió y cerró la puerta de la cocina.

IV

—Talaaaán...

—Tolooón...

—Ruuú, ruuú, ruuú... ¿Quién ha muerto, vecinas?

—Talaaaán... ¡La chica del ventorrillo!... Talaaaán... ¡Nada es la vida humana!...

—Tolooón... ¡Ha muerto de un desengaño!... Tolooón... ¡Todo lo es la vida eterna!...

—Ruuú, ruuú... ¡Algarrobas! ¿Qué dicen ustedes? Ruuú, ruuú... ¿De modo que el noviajo del señorito?...

—Talaaán... ¡No ha vuelto á acordarse de ella! Talaán... ¡Ay de la que se hunde en el fango!... Talaán..

—Tolooón... ¡Ay de la que se mancha las alas!... Tolooón...

—Ruuú... ¡Lo de siempre!... ¡El milano!... ¡Pobres mujeres!... ¡Pobres palomas!... Ruuú...

—Talaaán... Tolooón...

A. PÉREZ G. NIEVA.

REVISTA CIENTIFICA

Propagación del germen difteritico.—El alcoholismo en la lactancia.—Modo de evitar la caída de las correas.—Fetos viejos.—El serrín como medio curativo.—Las ortigas.—Contra los torpedos.—Un precursor de M. Pasteur.—*Micrófono* y *Teléfono*.—El methylal.

Vamos á escribir una revista que, al revés de la anterior, será *á bâtons rompus*.

Prosiguiendo sus estudios sobre las vías de propagación de las grandes enfermedades contagiosas, se ha fijado recientemente M. Tissier en las condiciones que presiden á la difusión del germen difteritico, deduciendo de sus

investigaciones, comunicadas á la Academia de Ciencias de París en sesión del 13 de Junio, que la difteria es una enfermedad eminentemente infecciosa cuyo germen, trasmitido por intermediación de las *polvaredas atmosféricas*, tiene por vía de absorción esencial los órganos respiratorios. El polvo emanado de los estercoleros y depósitos de trapos ó de paja es particularmente sospechoso, por constituir un excelente *medio* de cultivo del germen patógeno; los pichones y la volatería parecen ser los agentes más activos de la siembra de esos diferentes medios infecciosos.

Habida en cuenta la autoridad de M. Tissier, nada costaría á las autoridades, y menos aún á los particulares, no echar en saco roto su descubrimiento.

***

M. Decaisne ha recogido un número bastante considerable de observaciones respecto á accidentes graves en los niños de teta, tales como convulsiones, vómitos, etc., que hacían temer no comenzase una meningitis, siendo así que dependían de excesos alcohólicos á que se habían entregado las amas de leche los días precedentes. En muchas casas las nodrizas negaban haber infringido el higiénico precepto de la templanza, y los papás les hacían coro ponderando su afición al agua pura, pero una vigilancia discreta venía á poner después las cosas en su verdadero punto. Sirvan, pues, estas maliciosas observaciones de M. Decaisne para refrenar un poco la afición de los autores de los días de los bebés á entregarlos á éstos al cuidado de la mamífera tan admirablemente descrita por Pérez Galdós en *El Amigo Manso*.

***

Según se lee en el *Eco de las minas y de la metalurgia*, francés, entre las causas que hacen caer las correas de sus poleas cuando éstas son lanzadas á gran velocidad, una de las más importantes es la capa de aire que se interpone entre las dos superficies de rozamiento. No pudiendo este aire escaparse, causa sobresaltos que pueden acarrear la caída de la correa.

El remedio consiste en practicar agujeros á dos ó tres centímetros entre sí, en toda la superficie de la correa; el aire se escapa fácilmente y de este modo se obtiene una marcha regular.

***

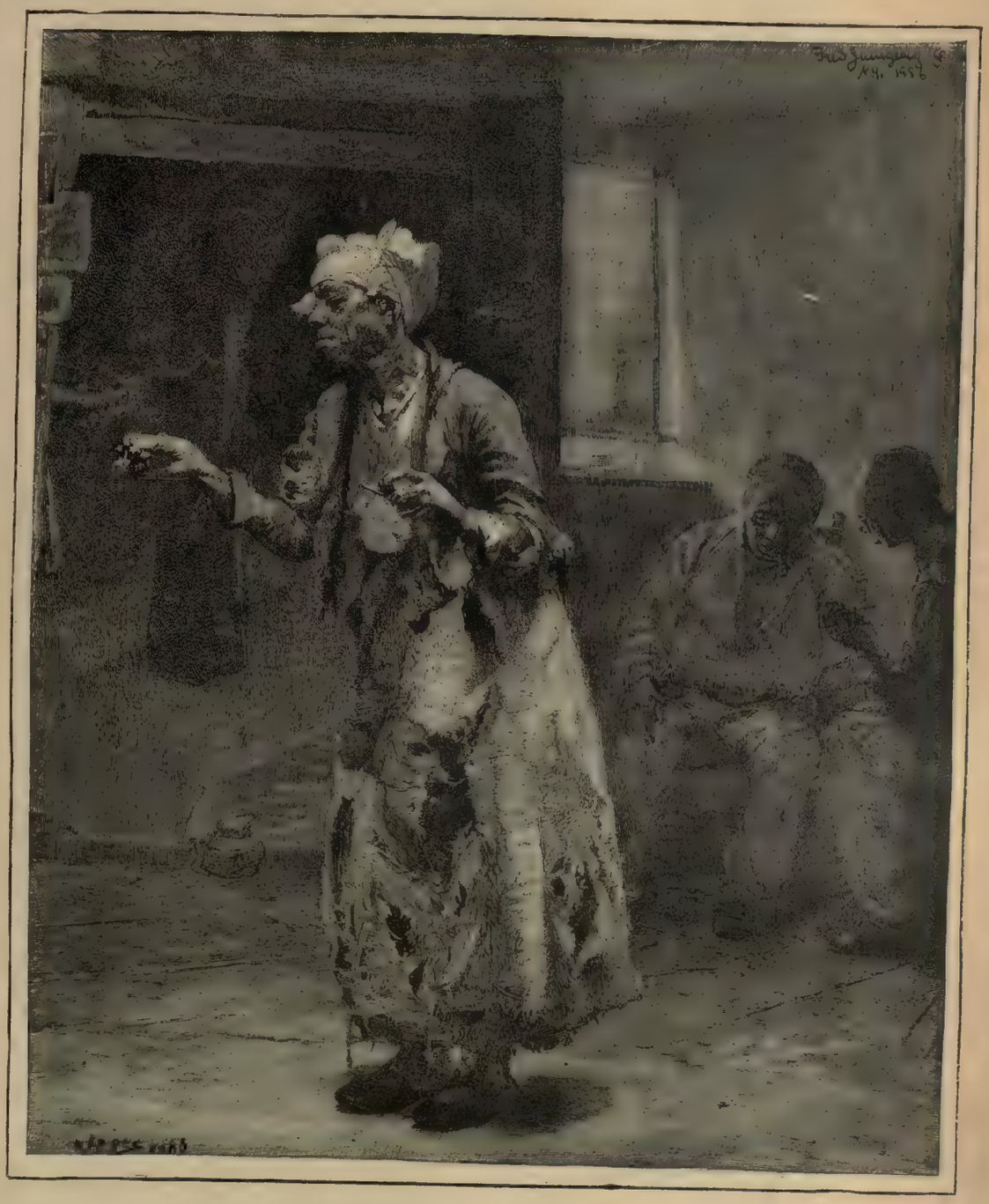
Un señor A. G., le manda á un periódico parisiense la siguiente nota: «Habiendo tenido ocasión de enterarme de la observación que M. Sappey ha comunicado á la Academia de Ciencias (sesión del 27 de Agosto de 1883) respecto á un feto que permaneció cincuenta y seis años en el vientre de su madre, he recordado un hecho de que fuí testigo en 1863 en una cacería en las montañas de Bitche.

»Abriendo una corza que acababa de matar, encontré, donde debía, un corzuelo *muerto*, completamente formado y á término, con el pelambre moteado de los pequeños de su especie. Estábamos en Febrero y el trabajo de las corzas ocurre á fines de Abril ó principios de Mayo; el feto permanecía, pues allí, hacía ocho ó nueve meses en un estado de conservación perfecto. Y lo mismo podía ser desde hacía años. El animal se encontraba en perfecto estado y su andadura, en la montaña, no indicaba absolutamente nada de anormal.

»En mi larga carrera de cazador, no he visto sino dos veces un hecho semejante, por más que hayan sido á millares las piezas que, sin levantar mano, haya vaciado de aquella suerte. La última vez que lo haya visto fué el mes de Enero del año 1885, pero este último feto, también á término, estaba endurecido y arrugado, mientras que en el primero no era así.»

***

M. H. O. Thomas acaba de publicar en el *Provincial Medical Journal* un trabajo sobre el serrín como materia de curación. Toma serrín ordinario, despojado naturalmente de los numerosos fragmentos puntiagudos ó angulosos que se encuentran á menudo en él; lo humedece con una materia medicamentosa antiséptica y lo emplea seco ó húmedo, según las circunstancias. Para darle propiedades antisépticas usa ora el eucaliptol y el ácido fénico, ora el ácido piroleñoso y el bicloruro de mercurio. En los casos de fractura complicada el serrín presta un doble servicio, pues absorbe los líquidos de la herida y sirve para mantener la inmovilidad; sirve de lecho, de soporte á la parte lesionada, que descansa en él sin fatiga. M. Thomas emplea el serrín para toda clase de heridas y declara que le va muy bien. Parece, en efecto, que dicha materia debe presentar propiedades absorbentes notables; es fácil de manejar y debe de ser más cómodo reemplazar algunos puñados empapados en pus y sangre, que no rehacer un vendaje entero y colocar de nuevo uata ó hilas. Teníamos ya la lana y el papel de madera; hé aquí las hilas de lo mismo. *(Revue Scientifique.)*



ANDRAJOS Y CIGARROS (Cuadro de Alfredo Kappes)

***

Esto de sacar provecho del serrín nos lleva como por la mano á tratar de otra clase de aprovechamientos no menos estupendos de materias tenidas hasta el presente por perfectamente inútiles. Tal es el caso de las ortigas. «Esta planta, dice el periódico antes citado, es muy abundante en esta época; se la puede utilizar

ENTRADA DEL EMPERADOR CARLOS V EN EL MONASTERIO DE

cuadro de Agrasot, diploma de honor de segunda medalla (Dibujo de Ponsoda)

para pasto de los ganados. Fresca y muy económica aumenta la producción de la leche en las vacas y las cabras que la consumen, dando una fuerte proporción de crema y de azúcar.

»Los brotes jóvenes son arrancados y abandonados algún tiempo al aire; se les mezcla con tres veces su peso de avena ó de paja y los animales absorben este alimento con avidez, no sufriendo en manera alguna su boca por la acción irritante de la ortiga. Los colonos inteligentes buscan mucho el estiércol que resulta de esta mezcla y que es excelente para el cultivo.

»Según la *Francia agrícola*, los volátiles engordan rápidamente cuando se les pone al régimen de las semillas de ortiga. Estas semillas dan un aceite de un gusto delicado, recomendado á las madres jóvenes para favorecer la secreción de la leche y empleado en medicina como derivativo en ciertas enfermedades.

»Desde tiempo inmemorial fabrican en la China telas maravillosas tejidas con la hilaza de la ortiga blanca. Los tejidos que suministra la ortiga común, son superiores á los que se obtienen con el lino más bello, y la materia textil se enría completamente al cabo de una semana de permanencia en el agua.»

Es de celebrar que las ortigas, hasta el presente sólo utilizadas por las comadres que hacían con ellas un cocimiento contra las metrorragias, hayan resultado unas plantitas tan estimables y beneficiosas.

***

Ha sido siempre artículo de fe que un torpedo ó un torpedero pueden destruir el mayor acorazado si la explosión se produce contra la quilla. Con este objeto se ha tratado de preservar los buques contra los efectos de los torpederos, pero no se ha alcanzado por este camino los mismos progresos que en el perfeccionamiento de los torpedos; habíase tenido demasiado en

DIBUJOS DECORATIVOS DE WALTER CRANE: LA EDAD ANTIGUA (Papel imitación de guadamacil)

poco en un principio á esos destructores minúsculos; y ahora sus poderosos efectos han demostrado que hay que contar seriamente con ellos.

A este objeto ha imaginado M. E. F. de Celis, de los Angeles, el procedimiento siguiente, destinado á prevenir la aproximación de un barco submarino: la quilla está perforada por cierto número de ojos de buey debajo la línea de flotación; se lanza por esas aberturas haces luminosos muy potentes que iluminan los contornos del buque y permiten á los vigías señalar la aproximación de un torpedero, y así es fácil ponerle fuera de estado de poder perjudicar antes de que llegue á la distancia en que sus efectos serían peligrosos.

Como este modo de protección no cuesta mucho y nunca están de sobra las precauciones, podría aplicarse quizás á nuestro *Pelayo*, aprovechando la próroga de seis meses que, según parece, ha pedido la *Société des forges et chantiers* para entregar aquel costoso barco.

***

Digamos otra vez *Nihil novum sub sole* con el *Eclesiastés*, ya sea Salomón su verdadero autor, como creemos los católicos fervientes, ya sea aquel judío *bon vivant* y pre-volteriano que asegura M. Ernesto Renan. En efecto, resulta ahora que ya antes de que M. Pasteur inventase sus inoculaciones más ó menos intensivas contra la hidrofobia se le había ocurrido lo mismo á monsieur J. B. Salgues, autor de un *Traité des erreurs et des prejugés*, publicado en París en *1810*. «Los carnívoros susceptibles de contraer la rabia,—escribía aquel sabio del primer imperio, —son también los únicos capaces de comunicarla. Las especies inocentes que viven de frutos, de yerbas, de semillas pueden recibirla, pero no la transmiten, como si la naturaleza hubiese querido, por esta feliz excepción, recompensarles de sus virtudes pacíficas. Este hecho es hoy día constante, de suerte que sería tal vez posible *encontrar en esos animales un virus más dulce y transportarlo á las especies carnívoras como se trasmite el virus vacuno á las especies susceptibles de la viruela.*»

Prescindiendo de las inexactitudes y candideces del párrafo anterior,—exhumado por el *Intermediaire des chercheurs et curieux*,—no deja de ser notable la ocurrencia de M. Salgues, realizada científicamente hoy por el eminente químico francés.

***

Añadamos ahora que tampoco son nuevas las palabras *micrófono* y *teléfono*, por más flamantes que sean los instrumentos que conocemos hoy con aquellos nombres. Según un periódico electricista de Nueva-York, la palabra *micrófono* fué empleada por primera vez en 1827, aplicándose á un instrumento mecánico inventado por Wheatstone y cuyo objeto era hacer perceptibles los sonidos más débiles. En cuanto á la voz *teléfono* no se remonta más que á 1845, siéndole dada semejante denominación á un aparato inventado por el capitán John Taylor, «instrumento poderoso destinado á transmitir señales durante la niebla, con auxilio de sonidos producidos por el aire comprimido á través de unas bocinas.» Olvidado el vocablo, empleólo de nuevo Sudre en 1864, para significar con él un

sistema de lenguaje musical que había imaginado.

Claro está que la nomenclatura actual es la más propia y precisa.

* * *

Los señores Mairet y Combemale han dado á conocer recientemente sus investigaciones sobre el nuevo medicamento llamado *Methylal*, basándose en los experimentos practicados en treinta y seis individuos afectados de enagenación mental y atormentados por agitaciones é insomnios bajo la dependencia de locuras de forma y naturaleza diferentes. Parece que, sin producir efecto hipnótico en la locura alcohólica y en el período inicial de las locuras simples con agitación nocturna, el *methylal* presta en cambio buenos servicios, generalmente, en el período de estado de estas locuras simples, así como en los insomnios propios de la demencia simple, de la demencia por ateromasia y de la demencia paralítica. En todos estos casos, empero, excepto en el último, se habitúa prontamente al enfermo y, por lo tanto, deja de producir efecto.

El methylal ejerce una acción puramente sommífera; su impresión sobre el cerebro es pasajera y no produce ninguna depresión; al despertar, la agitación del paciente es tan intensa como la víspera.

Sea como fuere, sin embargo, será siempre digno de aprecio todo agente que venga á enriquecer la serie de los hipnóticos, tan socorridos en la práctica, ya que el médico no puede en muchos casos desempeñar otra misión que la de *componer los dulces medicamentos que apaciguan los negros dolores*, como decía Homero.

ALFREDO OPISSO.

TIPOS DE SALÓN

III

Le ha llegado el turno al más ingenioso y necesitado de los que me he propuesto presentar.

Seamos benévolos con él ya que la fortuna ha dejado de mirarle sumiéndole en una posición humillante para su orgullo de cortesano.

Consuélese este mortal, hoy desgraciado, pensando que todavía puede ser feliz.

Triste consuelo en verdad, y más para el que, como él, no sabe apartarse del *mundanal ruido* y rehuye el más apetecible bienestar si para alcanzarlo ha de sacrificarse levemente.

Carácter perezoso y displicente, como buen hijo del Mediodía español, odia con sus cinco sentidos al trabajo, porque jamás lo ha cultivado y es tal lo enemigo que le tiene, que hasta leer una novela le causa fatiga insoportable.

Ha nacido con vocación decidida para corretear por los salones que le son accesibles y por todos los sitios frecuentados por la aristocracia, y ha avivado aquella vocación, su excesivo deseo de ocupar en ésta un lugar preferente.

Mas como á su deseo y blasones no acompaña el dinero que para conseguirlo se necesita, hoy ve con tristeza que sólo á medias ha logrado lo que con tanto afán apetece y ya desespera poder alcanzarlo.

Dije que lo consiguió á medias, porque con-

EL POETA Y PEGASO (Entrepaño en plombagina).—FIGURA EMBLEMÁTICA DEL AIRE (Cartón para mosaico)

curre con asiduidad á casi todos los salones en que se *recibe;* trata amistosamente á los más distinguidos próceres, asiste siempre á los espectáculos en que hay que ver ú oir algo notable, pasea en los carruajes más lujosos, y, sin embargo, tiene que limitarse á vestir con cierta modestia, á economizar en sus vicios y á ahorrar cuanto le es posible en todos sus gastos.

Está pasando por una situación tan peligrosa que le obliga á valerse del balancín de más difícil manejo, cual es el ingenio, para atravesarla manteniéndose en equilibrio aunque sea muy dificultoso en tal circunstancia.

De un lado el recuerdo de sus antepasados y su ingénita vanidad le producen irresistible atracción hacia el pináculo, para él inconquistable, de la aristocracia; de otro, su amor á la holganza y sus rentas, si buenas para figurar decentemente en la clase media, insuficientes para vivir de un modo aristocrático, le precisan á sostenerse en un punto medio, y para esto, además de aguzar el ingenio, tiene que conformarse á pasar alguna que otra penuria, con las cuales se aviene muy mal.

Colocado entre estas dificultades y aquellos sus deseos, preso entre unos y otros, si consigue satisfacer las que él considera sus más apremiantes necesidades, débese á que generalmente cubre las llamadas primeras, á costa de sus prójimos.

Por eso dice, con muchísima razón y ocultando que de ello está plenamente convencido, que si no tuviera amigos no podría vivir.

Así es, en efecto, pues si careciera de éstos no le sería posible hacer la vida que hoy hace, y teniendo que renunciar á ella, renunciaría también de muy buena gana á la existencia. Porque hay que advertir que no comprende ésta, sin el cumplimiento (en todo ó en parte) de los deseos que uno tiene; lógica consecuencia de su carácter é ideas, las cuales discrepan bas-

DIBUJOS DE WALTER CRANE

LA CASA DE JACK (Papel pintado)

ENTREPAÑO (Ejecutado en yeso)

MOTIVOS CAMPESTRES (Papel pintado)

LA CASA DEL PRETOR (Dibujo de Juan Gehrts)

tante de las que sostiene la clase á que él, por nacimiento, pertenece.

Esto no debe causar extrañeza, porque sobre él han ejercido y ejercen una grande influencia las teorías modernas con todas sus numerosas ventajas y no pocos inconvenientes, influyendo siempre más los últimos.

Dicho queda, que según afirmación suya, la vida sin la amistad le sería insoportable, y resta decir como le va en este mundo en el trato con sus amigos.

Si á la fortuna puede hacerle cargos porque no ha sido más pródiga con él, seguramente que á la amistad no tiene que hacerle ninguno.

A no ser que corresponda á los favores con ingratitud y á los obsequios con *voluntario* olvido.

Pero como no es de los que así proceden, á nadie guarda él más reconocimiento que á la amistad y á los hombres con los cuales está unido por ella.

Es, pues, estómago agradecido, porque importa saber que, con arreglo al *modus vivendi* propio, que há tiempo puso en práctica, en su alimentación gasta muy poco dinero.

En las comidas sigue la costumbre francesa, es decir, que almuerza cuando el mediodía está próximo y come á las últimas horas de la tarde.

Cada día de la semana hace esto último en distinta casa, pero ninguno en la suya.

Según dice son tantas las invitaciones que para comer tiene que aceptar, que para atenderlas todas se ve precisado con frecuencia á almorzar en la de algún su amigo.

Los días que no sucede así, ó no almuerza ó lo hace muy frugalmente.

Por las noches, antes de retirarse y cuando no le han dado té en la casa á que ha asistido, toma chocolate en cualquier café ó en el casino.

Y al levantarse por la mañana (muchos días ya es tarde) no acostumbra á tomar nada.

Esto es lo que se llama vivir á costa de los amigos.

Si bien es verdad que paga si no con creces, como puede, estas distinciones.

Y lo hace prestando servicios á granel y dando pruebas de la más sincera amistad á los que se muestran tan galantes con él.

A los más íntimos les ayuda en la difícil tarea de hacer los honores de la casa; si dan alguna fiesta en sus preparativos; si una excursión campestre á disponerla.

A los que no trata con mucha intimidad, les pone al corriente de lo que desean saber de otras casas que él frecuenta; les notifica anticipadamente las novedades teatrales y los adula con la más refinada lisonja.

De este modo deja á todos igualmente satisfechos y captándose muchas simpatías llega á ser un elemento tan importante en las mesas de sus conocidos que todos desean ser sus anfitriones.

Una de las buenas cualidades que tiene (la que más aprecian sus amigos) es que no critica ni murmura de nadie.

Es poco hablador y en su lenguaje ampuloso, pero discreto, se descubre totalmente su carácter beatífico á la par que petulante.

De él dicen lenguas viperinas que es un animal inofensivo.

Por su buena educación y cariñoso trato se le estima mucho, pues ambas cualidades escasean hasta en la alta clase social.

Por su vanidosa jactancia de aristócrata de preclara prosapia, se le censura sin acritud, porque este es su único defecto, ó más bien, su sola debilidad.

Es, pues, un individuo muy digno de ser apreciado, que pasa la vida haciendo servicios de mayor ó menor importancia á sus amigos de elevada posición y cobrándoselos en comidas, paseos en carruaje, palcos de teatro, jiras campestres y otras frioleras.

RICARDO J. IRANZO.

AYER Y HOY

1871-1886

En un bosque, en un bosque frondosísimo
paseábamos los dos;
ella era hermosa y buena como un ángel,
y la adoraba yo

En purísimo fuego por mí ardía
su virgen corazón;
con dulce voz me dijo:—«¡Qué felices
vamos á ser los dos!»

Con sus rosados dedos, una linda
flor de brezo cogió;
yo ví á la flor de gozo estremecerse,
y envidia tuve yo.

Sonrió como un ángel, y la hermosa
florecilla me dió,
diciéndome:—«Esta flor sea el emblema
de nuestro tierno amor.

»No ama esta bella flor, aunque tan bella,
el mundano rumor;
busca la soledad en sus amores,
como nosotros dos.

»Esta linda y modesta flor del yermo,
¡cómo la quiero yo!
¡Guárdala siempre, y nuestro amor tiernísimo
siempre bendiga Dios!»

Tomé la florecilla, y á los labios
llevela con amor;
de gozo henchido, en el instante mismo
palpitó el corazón.

¡Oh, día inolvidable! ¡Qué dichoso
entonces era yo!
La vida un paraíso parecíame,
y bendecía á Dios.

Angeles parecíanme los hombres,
llenos de ardiente amor,
—¡Qué buenos son los hombres, yo decía,
y qué amoroso es Dios!

Fresco como la flor recién nacida
tenía el corazón;
sólo de nombre el odio conocía.
Era yo todo amor.

Pero ¡ay! el mundo, el miserable mundo,
de ella me separó;
desde entonces, perdida la esperanza,
siempre llorando estoy.

El mundo fea cárcel me parece,
la vida me da horror;
y lloro el día infausto en que, ¡oh, desgracia!
al mundo vine yo.

La flor de brezo que amoroso guardo,
ya no tiene color;
la pobre mustia está, cual la esperanza
de mi perdido amor.

Más valiera que nunca ella brotara,
y nunca viera el sol;
y no se viera mustia, mustia y seca,
como la miro yo.

Más me valiera á mí no haber venido
á este mundo traidor;
así el mundo cruel no asesinara
mi desdichado amor.

VICENTE DE ARANA.

BIBLIOGRAFÍA

RETAZOS LITERARIOS
por D. Joaquín Adan Berned; Huesca, 1887

Contiene esta colección algunas composiciones de valía, mezcladas con otras en que quizás se transparenta demasiado la imitación de los maestros favoritos de la mayoría de los versificadores. Generalmente pertenecen al género amatorio, si bien donde á mi juicio se muestra mas original y espontáneo el señor Berned es en las que habla de las tristezas y aspiraciones del poeta: la *Introducción*, *Mi anhelo*, *¡Ya veremos!* *¡Siempre adelante! Sin careta*, *¡Oh, la amistad! Amor imposible*, la CCIV, etc.

En cuanto á los epígramas, adolecen casi todos de un verdor archi-primaveral.

Es de creer que el Sr. Adan Berned, poeta de brillantes condiciones, dará pronto una muestra formal de lo que puede, ya que las composiciones de que hablamos tienen en su abono la falta de pretensiones con que están escritas, así como la manera como lo han sido, según cuida de indicar el autor.

***

LA HABANA Y NUEVA-YORK. - DE PUERTO RICO Á MADRID
por D. Manuel Fernández Juncos; Puerto Rico, 1887

Ambas obras se leen con singular agrado é interesan vivamente, pues aparte de las amenas descripciones de los lugares visitados y de la relación de las emociones y lances del viaje, encierran multitud de retratos de nuestros más famosos literatos y políticos estudiados en su vida íntima. Así, por ejemplo, nunca hemos leído nada tan curioso é interesante sobre la Sra. Pardo Bazan como el capítulo en que el autor refiere la visita hecha en la Coruña á la ilustre autora de *La Tribuna*. Enviamos al distinguido escritor puertoriqueño nuestra más cordial enhorabuena.

CARLOS MENDOZA.

NUESTROS GRABADOS

UN ABUELO
Cuadro de Krouberger

Hermosa obra en el concepto del claro-oscuro; expresión bien hallada y mucha verdad en todo. No se le puede pedir más á un pintor de abuelos.

EL GENIO DE LA FÁBULA
Acuarela de G. Moreau

Pocos artistas pueden jactarse como Moreau de ser hijos de su tiempo; en sus obras todas se ve que padece del *mal du siecle*, esto es, de la insaciable sed de analizar y sutilizar la vida, del afán de quintesenciarlo todo y de la manía de perseguir la resolución de los más misteriosos problemas. Así no es de extrañar que haya simbolizado tan magistralmente el *Genio de la fábula*, apartándose de los procedimientos *de receta* hasta ahora en uso. Nada más exquisito que ese frontispicio representando una mujer semi-desnuda, abrazada á un busto de Esopo y montada en un fantástico grifo, al que sirve de heraldo el *pájaro azul*, caro á los soñadores.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
ENTRADA DEL EMPERADOR CARLOS V
EN EL MONASTERIO DE YUSTE, *de D. Joaquín Agrasot*
EL CADÁVER
DE ÁLVAREZ DE CASTRO ANTE EL PUEBLO DE GERONA
de D. Tomás Muñoz Lucena

Del primero de esos dos cuadros, dice el Sr. Giner de los Ríos:

«No debe negarse que el cuadro está bien pintado, en cuanto concierne á la factura; pero á hombres de la talla del señor Agrasot puede exigirle la opinión mayor esfuerzo, si han de competir sin desmerecer con la juventud que trabaja con entusiasmo empujando á la generación de los artistas consumados. El grupo de sacerdotes revestidos, á la derecha del cuadro, está sentido y dispuesto de manera intachable;

pero el género á que responde la concepción de la obra, encaja más en el gusto de un Gisbert que en el gusto del día.»

Hé aquí ahora el juicio del propio autor sobre *El general Alvarez:*

«Como factura, pocos cuadros hay en la Exposición mejor pintados. El hombre de la capa, el que inclina su cuerpo con las manos atrás, la cabeza que se asoma en segundo término cubierta con la montera, la mujer que oculta su rostro en la mano, todo el grupo, en fin, izquierdo del cadáver del defensor de Gerona, puede servir de modelo á la mayoría de nuestros pintores.

»La precisión de la luz y la composición del cuadro también, son prendas estimables de la obra. Hay algo, sin embargo, en este lienzo que no alcanza á llenar el vacío experimentado delante de él, sin que hayamos conseguido descifrar en qué consiste este efecto que notamos. Acaso no resulta patética la escena; tal vez hay un interés de curiosidad más bien que de respeto hacia el héroe muerto en los semblantes de los que lo miran; quizás la figura aislada que se recorta en el fondo, y que es indiferente, disminuye la impresión dramática... no sabemos en qué consiste, pero á fuer de sinceros, confesamos que en el cuadro supera lo admirablemente pintado á la expresión perfecta de la escena; es decir, que en nuestra pobre opinión, está mejor pintado que sentido. Puede ser que no estemos en lo justo, porque siempre tememos equivocarnos; pero consignamos con entera lealtad nuestro pensamiento. Y cuenta, que esto no disminuye en lo más mínimo, nuestra creencia de que este cuadro es uno de los mejores que encierra la Exposición de pintura.»

Digamos ahora que la señora Pardo Bazan ha emitido un juicio bastante severo respecto á los cuadros inspirados en la guerra de la Independencia. «Ninguno de ellos está á la altura del asunto,—dice en un artículo publicado en francés en *Les Matinées Espagnoles.*—Hay dos ó tres aceptables, pero inferiores al sentimiento sublime que pretenden encarnar.

»Se debe recomendar la prudencia al pintor, lo mismo que al escritor, y uno y otro deben medir sus fuerzas antes de cargar con ciertos compromisos, exponiéndolos á confundir los *Episodios Nacionales* de Galdós con la zarzuela *Cádiz.* Siento tener que pronunciar un juicio tan duro, pero la *vox populi* es cruel de otra suerte y los concurrentes á la Exposición no se muerden la lengua.»

EL JUBILEO DE LA REINA VICTORIA EN LONDRES

Sabido es que el 21 del pasado Junio se celebró en la metrópoli británica, con no poco júbilo,—y varias piernas rotas,—el 50° aniversario del reinado de su graciosa majestad Victoria I. Muchos fueron los festejos y hasta excesivo el entusiasmo inglés, por lo cual, en la imposibilidad de dar un trasunto gráfico de todo, hemos escogido algunos episodios y tipos bastante característicos de aquella solemnidad monárquica.

DECLARACIÓN DE AMOR
Cuadro de Pio Ricci

No hay que hacer gran caso de la amenazadora campanilla. Se trata del siglo XVIII y entre aquellas damas y caballeros no se tenía por gran pecado los mayores atrevimientos en galantería, salvo siempre honrosas excepciones.

ANDRAJOS Y CIGARROS
Acuarela de Alfredo Kappes

El *especialismo* en el arte conduce á raras preferencias. Hay quienes se dedican á pintar pichones; otros á pintar soldados; Mr. Kappes se dedica á pintar negros.

Esta vez el personaje es una morena que harta de trabajos y miserias, ha buscado en el tabaco,—ese consolador imparcial de ricos y pobres,—un lenitivo á sus penillas.

DIBUJOS DECORATIVOS DE WALTER CRANE

Después de haber sido un dibujante de libros como otro cualquiera, revelóse Walter Crane eminente dibujante de estampaciones en telas ó papel, así como gran modelador de artesonados, entrepaños, etc. Puede verse hoy en nuestras páginas una colección de muestras de las obras de este artista.

LA CASA DEL PRETOR
Dibujo de Juan Gehrts

La escena pasa en Alejandría durante la dominación romana. Un magnate imperial, gastado, fatigado, enervado, entretiene su displicente ociosidad jugando al ajedrez con una hermosa liberta, toda juventud y gracia. En este dibujo está escrupulosamente estudiado todo lo accesorio, sin que esto quite que esté magistralmente reproducida la expresión propia de cada personaje.

LA TORRE DE LA MADONA EN SAN REMO

San Remo, en el golfo de Génova, es una población que se distingue especialmente por su benigno clima, lo cual, unido á su pintoresca situación, ha hecho que muchas personas delicadas de salud fuesen á pasar allí el invierno; esto ha sido causa de que fuese necesario agrandar el pueblo, habiéndose edificado numerosos hoteles, muchos de ellos de grandísimo lujo, y todos muy alegres, como que á San Remo van las principales majestades de Europa á curarse los constipados.

CERTÁMENES LITERARIOS

La Academia de Ciencias y Literatura del Liceo, de Málaga, ha publicado el programa del Certamen que se celebrará próximamente en dicha capital. Hé aquí los temas:

PRIMER PREMIO. *Diploma de honor y título de socio facultativo del Liceo de Málaga,* á la composición poética dedicada á conmemorar el hecho glorioso de la reconquista de Málaga.—SEGUNDO PREMIO. *Un objeto de arte,* á la poesía con libertad de asunto, extensión y metro.—TERCER PREMIO. *Un ejemplar,* lujosamente encuadernado y edición también de lujo, de una importante obra literaria, al Opúsculo sobre la influencia de la reconquista en el desenvolvimiento de las ciencias, letras y artes.

Las condiciones son las que generalmente se acostumbran. Las composiciones deberán remitirse antes del 31 de Julio al secretario de la Academia, J. Narciso Díaz de Escovar, calle de San Juan de Letrán, número 2, Málaga.

***

También la pintoresca villa de Sitges se prepara á solemnizar con un certamen científico y literario, la fiesta mayor, que se celebrará el 25 de Agosto próximo. Numerosos son los premios, como puede verse por el siguiente estracto:—I. *Flor natural,* á la mejor poesía.—II. Una *rosa de oro* á la mejor poesía sobre algún suceso, hecho ó tradición gloriosa de la patria.—III. Un *lirio de plata,* á la composición en verso que cante las glorias ó celebre los hechos del ínclito Apóstol mártir San Bartolomé.—IV. *La historia de Cataluña,* por D. Víctor Balaguer, al mejor trabajo en prosa sobre las Causas que han producido la emigración y la decadencia del comercio en la costa de Cataluña y sobre los medios de evitarlas.—V. Una *hoja de plata,* imitación de pergamino, con letras de oro y policromadas, á la mejor novelita, colección de leyendas ó cuadros de costumbres que presenten colorido local de la comarca de Sitges.—VI. *Un grupo alegórico de plata,* á la más inspirada *Oda al trabajo.*—VII. Un magnífico *objeto de arte,* al autor de la poesía lírica más inspirada que al certamen se presente.—VIII. *Un precioso objeto artístico,* á la mejor *Oda á Cuba.*—IX. *Un bronce artístico,* con lápida conmemorativa de plata, al trabajo que desarrolle mejor el tema: Naturaleza de los terrenos laborables de Sitges y comarcas limítrofes. Cultivos indicados con ventaja en el caso de que alguna plaga destruyese la viña.—X. *Una hermosísima joya artística,* al que con más competencia desenvuelva este tema: ¿El encabezamiento de los vinos es perjudicial á la salud pública? en caso negativo detállense las condiciones en que puede permitirse.—XI. *Un grupo simbólico* con los emblemas del Trovador esculpidos en oro y plata, á la mejor colección de canciones populares describiendo en alguna de ellas tipos ó costumbres del país.—XII. *Un bronce artístico* á quien más inspiradamente celebre en catalán á D. Juan I de Aragón, el Rey Cazador y amador de la Gentileza.—XIII. Un ejemplar de la *Historia contemporánea,* por César Cantú, al trabajo en prosa que mejor se ocupe en el siguiente tema: Importancia de la imprenta en los pueblos. Mejoras morales y materiales que les proporciona.—XIV. *Una papelera* de piel de Rusia, que se adjudicará al que presente en verso el mejor cuento moral.—XV. *Una artística plancha* de plata y mármol, ofrecida por la redacción de *El Eco de Sitges* para recompensar al autor de la sátira escrita con más inspiración y buen gusto literario.—XVI Y ÚLTIMO. *Una joya* de plata y oro á la más ingeniosa composición festiva, genuinamente humorística.

Las composiciones deberan remitirse antes del 5 de Agosto, á D. Francisco Huguet, secretario de la comisión organizadora del certamen, Sitges (Barcelona).

Todas las composiciones, excepto la XII, podrán estar escritas en catalán ó castellano.

ADAN MICKIEWICZ

(CONTINUACIÓN)

Su estilo bíblico la asimila en un todo á «La visión de Hebal,» del un día aplaudido y olvidado hoy Ballanche, el filósofo místico y sobrado germánico; ofreciendo por igual no pocos puntos de contacto con las obras del abate Lamennais, si anterior la primera á la producción del poeta polonés evidente imitación las últimas de esa obra tan rica de poesía y de imágenes.

Publicóla el autor en París y cuando la colonia de emigrados se agitaba vanamente bajo la presión de cierto visionario fundador de la pretendida nueva religión del Mesianismo, al objeto de agruparla bajo una bandera. Para conseguirlo afea á sus compatriotas el espíritu de discordia que entre ellos reina y que esteriliza toda idea fecunda de patria, imaginando la serie de Parábolas que matizan la obra y que destacan como en plácida noche las estrellas Incítales á que desechen toda idea estrecha de partido, «pues cada uno de vosotros, dice, lleva en su alma la semilla de las leyes futuras; tanto más mejoraréis y engrandeceréis aquélla, tanto más corregiréis vuestras leyes y extenderéis los límites de vuestra patria.»

Vamos á entresacar de ese hermoso libro escrito bajo la inspiración elevada de un espíritu de concordia piadosamente evangélico alguna de sus reflexiones, excusando decir si son ahora más que nunca de oportunidad.

Se dirige el poeta-moralista á los desterrados.

«Se os dice con frecuencia que estáis entre las naciones civilizadas y de consiguiente que justo es os civiliceis. Mas sabed que cuantos os hablan de civilización no aciertan con el concepto verdadero de esa palabra.

Atended á que *civilización* está derivado de *civis,* ciudadano, y significa *civismo.* Y se llamaba ciudadano al hombre que se consagraba á la patria, como Sévola, Curius y Decius; semejante sacrificio era un acto de civismo. Fué, pues, una virtud pagana menos perfecta que la virtud cristiana que ordena el sacrificio no sólo por su patria sino por el hombre. Con todo, esto era siempre tenido por una virtud.

Pero más tarde y cuando hubo la idolatría confundido las lenguas, se llamó civilización á la buena comida y al vestir fastuoso, al cómodo lecho y espectáculos gratos.

No sólo un cristiano, sino hasta un pagano de Roma que resucitase y pudiese ver á cuantos se apellidan hoy civilizados, se indignara y les preguntara con qué derecho se atreven á arrogarse un título que deriva únicamente de la palabra *civis,* ciudadano.

No tanto admirar pues á las naciones que engordan con el *bienestar* ó que son industriales y están bien administradas.

Por qué, si la nación más opulenta, que come bien y bebe bien, ha de ser la más estimada, debierais estimar entre vosotros á los hombres más corpulentos y robustos. Idénticas cualidades pueden poseer las bestias, mas al hombre otra cosa le es necesaria.

Si las naciones industriales han de ser reputadas perfectas, ¿no sobrepuja á todas la hormiga por su industria? Mas al hombre otra cosa le es necesaria.

Y si las naciones mejor administradas han de ser reputadas perfectas, ¿dónde habrá mejor administración que en una colmena? Mas al hombre otra cosa le es necesaria.

Por qué, la sola civilización digna del hombre es la civilización cristiana.

En 1839 fué llamado á Suiza, Mickiewicz, para desempeñar la cátedra de Literaturas antiguas que ocupó breve tiempo, trocándola más tarde por la de los pueblos eslavos, comprendiendo el polaco, ruso, servio y bohemio. Mereció esta distinción por parte del gobierno de Luís Felipe, al crearse en el Instituto de Francia, á propuesta de M. Coussin, la cátedra de lenguas eslavas que solo duró cuatro años, pues surgió un conflicto merced á una nota diplomática de Rusia cambiada con el gobierno francés referente á ciertas apreciaciones políticas que se permitía el poeta y que invadían ya sobradamente en sus lecciones el pacífico campo de las letras.

Puesto en grave compromiso el Gabinete, nada creyó mejor que cerrar el curso y salir con ello de compromisos. A determinación tal mucho contribuyeron la baja envidia y las intri-

gas de buena fracción de emigrados poloneses.

Ya en esa época había sufrido Mickiewicz la influencia del Mesianismo que fué para él fatal, pues sobre los perjuicios que le ocasionó en el terreno moral y político, oscureció algún tanto su inteligencia. Desde entonces complacióse en dar á sus obras un carácter místico extraño é incomprensible. Defecto es este de que adolecen por punto general los mayores ingenios de Polonia. Léanse las producciones de concepción á menudo grandiosa y atrevida de Slowacki y *el poeta anónimo*, y se verá que todo se envuelve allí en la alegoría y el misterio, siendo forzoso en no pocas ocasiones una clave que venga á dar el sentido oculto que entrañan.

¡Particular organización la de ese pueblo eslavo! Su historia y su literatura atestiguan á cada paso la mezcla heterogénea del espíritu del Norte reflexivo, profundo, y de influencias meridionales. Ofrecen un pensamiento velado entre sombras; un sentimiento que vibra melancólico y tierno, y súbitamente no es raro que esplendoroso se ilumine el concepto, haciéndose toda alusión clara y transparente, como tampoco que se resuelva el llanto en alegría y brote la risa de entre el dolor. En el terreno político les veremos, tenaces en su actitud hostil contra el opresor, blasonar y justamente de un valor y constancia á toda prueba, y en luchas intestinas y estériles sobre lo que menos debe importar, la forma de gobierno, pierden lastimosamente lo que de mayor monta es, la nacionalidad; aconteciendo con ellos lo consabido de la añeja fábula de la lechera, que al hacer castillos en el aire se quedó sin cántaro y sin leche.

Raza fuerte y pensadora, participa en suma de toda la movilidad y todas las veleidades del carácter meridional.

Hombre de pasiones violentas Mickiewicz, sostuvo en París acerba polémica con su célebre compatriota Slowacki, siendo inútiles cuantos medios se pusieron en juego para reconciliarlos: *genus irritabile vatum*. Y en verdad que entre los dos era el antagonismo inevitable: poeta de combate el último, rechazaba indignado cuantas medidas pacíficas Mickiewicz proponía para el triunfo de la causa de Polonia. Mas no salimos garantes, dada la vanidad del amor propio, de si originó conflicto semejante entre dos glorias que debían adorarse, el silencio guardado por el cantor de Grazina tocante su opuesto rival en el curso de literaturas eslavas, por conceptuarle destituído de aquel perfecto equilibrio y mente sosegada que solo en su concepto pueden producir obras duraderas.

Damos estos detalles por serlo muy curiosos de historia literaria.

Fué Tadeo Soplica la postrera obra que en vida publicó el cantor de Wallenrod, en adelante muerto ya para las letras merced, como se ha dicho, al funesto influjo del Mesianismo.

Una vez llegados á este punto, tenderemos un velo piadoso sobre los últimos años del escritor, teniendo en cuenta que nada hay más respetable que el genio en la adversidad. Baste solo decir, para terminar, que desempeñó durante algún tiempo la plaza de bibliotecario del Arsenal, en París, que dejó vacante la muerte de Carlos Nodier; y siendo mandado más tarde á Oriente por el gobierno francés al objeto de preparar las bases y organizar las legiones polacas destinadas á combatir en la guerra contra Rusia, falleció en Constantinopla y en el mismo año, el de 1855, á los cincuenta y seis años de su edad, víctima de un ataque fulminante de apoplegía. A ello pudo sin duda contribuir acalorada disputa que pocos momentos antes sostuvo con varios compatriotas que bajo capa de emigrados y vendidos al enemigo, fomentaban secretamente la discordia para con ella conseguir la destrucción de toda esperanza de resurrección para Polonia.

***

Léase ahora su bella casida oriental, émula de Mazeppa y fogosa como la vertiginosa carrera que describe de un árabe á través del desierto. Podrá estimarse como un símbolo de ese pueblo que no ceja ante los más grandes obstáculos, la culpable indiferencia de Europa y las lanzas cosacas, y cuyo triunfo será mayor cuando, como el animoso ginete, avergonzada el águila altanera y destrozado el huracán del desierto irradie en un cielo de gloria y bienandanza.

(Se concluirá.) IGNACIO DE GENOVÉR.

TORRE DE LA MADONA, EN SAN REMO

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 16 de Julio de 1887 | Núm. 237

PINTURAS NORTE-AMERICANAS: A LA AMBULANCIA (Cuadro de Gilbert Gaul)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Mujeres de la novela contemporánea: Mujeres de Daudet*, por Rafael Altamira.—*Exposición de Bellas Artes*, por R. Blanco Asenjo.—*La nariz* (conclusión), por J. Ciurana.—*La catedral de Virgilio*, por B. Morales Sanmartín.—*El Genio* (poesía), por Eduardo Pato Martínez.—Nuestros grabados.—*Adam Mickiewicz* (conclusión), por Ignacio de Genover.

GRABADOS.—Pinturas norte-americanas (3 grabados).—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*: Malasaña y su hija.—El Viático.—El arte en Australia (2 grabados).—*Madrid*. Exposición general de las Islas Filipinas.—El castillo Hoghton (Lancashire, Inglaterra), Terraza del Norte.—Antiguas porcelanas de China (8 grabados).—Los dramas de Shakespeare (2 grabados).—Capilla de Ntra. Señora de la Guardia, cerca San Remo.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

SERES INFERIORES

MADRID se dispersa, y los que todavía permanecemos aquí, no sabiendo que hacer nos vamos por las tardes á la Exposición de Filipinas. La Exposición, según parece, seguirá todo el verano, procurando sostener el interés con fiestas especiales; en las cuales harán primeras figuras los igorrotes con sus danzas y simulacros. Algún periódico, con este motivo, dice que la Exposición se va convirtiendo en un espectáculo semejante al que ofrecen en tiempo de ferias las barracas de los titiriteros, domadores de fieras y empresarios de salvajes más ó menos auténticos. Lo que debiera ser concurso civilizador se transformará en un circo más, por lo visto. A eso dirá la comisión que necesita atraer al público y que hace lo que hacen los comerciantes de los *baratos*, los cuales alquilan algún enano y le visten carnavalescamente para que la gente entre en la tienda y despachar el género. Lo malo es que en la Exposición hay poco género que despachar. La gente va porque es más sencillo y económico el viaje á la Exposición que á las Filipinas, donde sólo puede irse de empleado del gobierno y con el laudable propósito de traerse á España hasta la coleta de los chinos. Pero ya te dije, prima, en mi carta pasada, que estaba de moda la Exposición y que los *leones* del día son los igorrotes. Estos se han acostumbrado al aplauso, á las propinas y á dar representaciones de sus ritos. Ayer mismo se repitió la fiesta inaugural de sus casas; se mató un cerdo, se roció con su sangre las viviendas al són de los cánticos salvajes, y en fin, hubo en pleno Retiro una *juerga* de negros extraordinaria. Para nadie es dudoso que el terreno que hoy ocupa la Exposición y los edificios construídos quedarán destinados á otras Exposiciones; se incuba la idea de que la ranchería de salvajes, con sus casas en el aire y su flora y su fauna, queden definitivamente afectos al parque de Madrid. El terreno de la Exposición quedará afecto á las Islas y gobernado por su capitán general, del cual, claro está dependerán también los igorrotes. Si estos salvajes, lo que no es de esperar, son demasiado sensibles á la civilización y se adulteran, serán sustituídos por otros legítimos, para que siempre tengamos verdaderos salvajes.

Dejando esto aparte, mi visita de ayer fué muy entretenida por haberla hecho en compañía de un amigo mío naturalista y que ha estado en Filipinas bastante tiempo. Por esta razón nos fijamos con mayor detenimiento en los animales vivos y muertos; los que, después de todo, son la parte expositiva que el público mira siempre con mayor interés; pues al hombre siempre le atrae cuanto tiene ó ha tenido instinto, razón, alma, vida. Así es que se podrá preguntar al público de muchas cosas notables y áun extraordinarias de la Exposición, sin que se muestre enterado de ellas; pero seguramente habrá reparado en los carabaos, en la serpiente viva, en los murciélagos enormes disecados, en el cráneo descomunal del caimán, en la colección de mariposas y en otros seres raros ó restos de seres misteriosos, más ó menos útiles ó funestos. Nos suelen chocar más aún que las especies desconocidas, las que conocemos si afectan caracteres ó proporciones diferentes, y ningún animal inverosímil no asombra tanto como los murciélagos que tienen cuatro ó cinco palmos de longitud de extremo á extremo ó el cocodrilo, que después de todo, no es más que una lagartija excesivamente desarrollada.

Mi amigo el naturalista me decía que en Filipinas se acostumbra uno á estas exageraciones de tamaño; que no sólo existen en los animales citados sino en otros muchísimos; me decía que él había visto ratas de seis cuartas de largo. Es de suponer que para estas ratas habrá gatos en la conveniente proporción.

Pero lo que en este país clásico del toreo sorprende á todos sobremanera es el *carabao*, especie de buey que tiene los cuernos puestos del modo más singular, echados atrás, como si no quisiese caer en la tentación de ofender con ellos. Mi amigo me habló de este animal largamente y concluyó por hacerle simpático, y cuando tú leas sus muchas cualidades materiales y morales le concederás también tu estimación. Es el compañero inseparable del indio, como el asno ó el burro lo son de nuestros labriegos: le sirve de medio de locomoción y transporte; su inteligencia, su actividad, su paciencia, son imponderables; nunca se rinde al trabajo; dejarle únicamente que en las horas de la siesta se refocile en las aguas ó en el cieno de los esteros; esto le basta para ser dichoso y estimar y servir plácidamente al amo. Lo mismo come yerba fresca que seco rastrojo y pudiendo bañarse todos los días goza de admirable salud. En cambio el indio estima su carabao sobre todas las cosas; le considera como de su propia familia y suele cogerle la cabeza entre las manos y acariciarle y hasta decirle palabras tiernas al oído, como si el animal las comprendiera,—que después de todo, sí las comprende.—Como el penco del famoso gitano el carabao lee, *pero no pronuncia*, es decir que obedece á las voces del indio y hasta á sus más leves indicaciones... Cuando su amo le carga demasiado y teme el peso vuelve mansamente el hocico y en un prolongado mugido expresa que tiene ya carga suficiente; si su dueño es un chiquillo, una vez suelto sabe arrodillarse para que éste pueda subir sobre su lomo, y en todas ocasiones da muestras de su buen deseo, de su mansedumbre y de sus cultas maneras. Alguien ha dicho que la sola familia del indio la constituyen el carabao y el gallo, y, en efecto, el indio, egoísta, indolente, sólo á estos dos seres prodiga sus cuidados. Pero, ¡de cuán diferente manera y qué fines tan distintos! Al carabao le utiliza únicamente, al gallo lo atiende para destinarle á matar ó morir en la pelea. No hay que engañarse, sin embargo; á pesar de tener los cuernos en arco hacia atrás puede herir con ellos y sus acometidas son mortales. Pero se ve que si es bueno lo debe á los principios, es decir, á la educación; porque en estado salvaje es terrible. Mi amigo me ha referido que un día para librarse de uno de ellos tuvo que subirse á un árbol; el carabao intentó derribar el tronco dándole sacudidas tremendas y no logrando su propósito se acostó al pié dispuesto á esperar que el sabio cayese extenuado por el hambre. Mi amigo hubiese encontrado allí el fin de sus exploraciones si no hubiesen pasado por allí otros carabaos á los cuales se unió el primero después de un breve consejo que al parecer todos celebraron.

Los carabaos de la Exposición son mansísimos; sin duda que extrañan el clima, y que les parecen mezquinos el río, los prados, la ranchería, y hasta los igorrotes de la Exposición; pero sin duda también que se resignan al ostracismo viendo que se les atiende, se les mima, no se les carga el lomo pesadamente y están rodeados de un público civilizado, porque al superioridad hasta los carabaos la sienten. Quién sabe si el carabao tiene una misión que llenar en España; aquí más pronto ó más tarde concluiremos con los toros, nuestras ganaderías no dan suficiente abasto y tendremos que acudir á los toros de cuerno vuelto: después de todo si ellos acometen con daño y tienen testuz donde clavarles un estoque lo principal del espectáculo ya se obtiene.

Pero más todavía que el carabao atrae la atención la culebra. Es de las que llaman *sana* los naturales y *boa* los españoles. En los primeros días de la Exposición estaba dormida y haciendo la digestión; pero en estos últimos se ha sentido algo aliviada del estómago dando señales de vida. Es enorme, tendrá muchos metros y su grueso, en la parte media, será como la cabeza de un hombre. Estaba dormida, como he dicho, pero si tú la hubieses visto en aquellos días, sobre haberte asombrado te hubieses entristecido; porque al lado hubieses visto unos conejillos vivos, que esperaban en la jaula, el despertar famélico de la serpiente. El contraste era punzante; al fin y al cabo todos sabemos que para que vivan unos es preciso que mueran otros, pero con su aspecto de conejos no dejaban de ser reos en capilla: espectáculo que al sentimiento le perturba más que la ejecución misma. Ayer la serpiente se dilataba perezosamente por la jaula moviendo la cabeza y dos varas de cuerpo, sin mover el resto entrelazado como un ovillo; los conejos habían desaparecido y la comisión oficial de la Exposición debía estar satisfecha. La jaula es de alambre fuerte, pero á muchos les parece que debiera serlo más aún. Se recuerda que el elefante Pizarro rompió un día su jaula y se marchó majestuosamente á una tahona, guiado sin duda, por el olorcillo de la hornada; rompió las puertas con la trompa, dispersó los mozos con un par de narizazos y se engulló el pan del barrio de Salamanca..... Cualquier día nos encontraremos por la calle de Alcalá un gran pedazo de cable viviente que se dirige á tomar un *soda* al despacho de refrescos ingleses.

Filipinas es la tierra de promisión de las serpientes. Los aficionados pueden gozar en la sección V donde hay muchas especies disecadas; unas de bello color azul; otras de los colores del iris; muchas de ellas venenosas; porque eso sí en tierra y mar, es aquel un país favorecido donde las yerbas y las ondas escupen veneno. El mismo aficionado, en la misma sección, puede variar sus placeres contemplando los esqueletos de los caimanes y los caimanes enteros.

Desde el caimán hasta la lagartija, la variedad es infinita y una sola tarde pasada en el campo, debe convertirle á uno en perfecto naturalista. Bien es cierto que en Filipinas el lagarto es animal doméstico; el *chacón* tiene un pié de longitud, y se permite modular dos notas con aquellas dos sílabas. Está provisto de una especie de tentáculos en las extremidades, con los que se adhiere á los objetos donde se posa; se alimenta de insectos y por lo tanto se le encarga la limpieza de la casa. No son los beneficios positivos que da, sino los que se le atribuyen su mejor título á la consideración del indio. Dícese que donde vive este lagarto, no hay temor á hundimientos por terremoto, y hay por lo tanto quién hasta se lo lleva, cuando hace visitas, en el bolsillo.

Pero, en fin, como no quiero dejarte bajo la impresión de animales tan feos, para concluir esta carta, te diré, que la vista y el espíritu se recrean admirando las variadas colecciones de conchas y de mariposas. Del Archipiélago filipino se conocen ya más de tres mil especies de moluscos notables por sus brillos y sus nácares. Si todas las creaciones no hablan de la grandeza de Dios, las conchas y las mariposas nos hablan de él en un lenguaje de sonrisas; con palabras de luz y colores.

¿Qué relación puede haber entre las conchas destinadas á vivir y morir en el fondo de los mares y las mariposas, esas flores del aire? Pa-

rece que son organizaciones de dos creaciones diferentes, y obra de dos diferentes Dioses. Pero como advertencia de que son obras de uno solo, y de que la vida y el alma son idénticas y universales, podrías ver allí preciosos insectos revestidos de vistosas corazas y que no son más que vidas resguardadas por conchas que les sirven de alas.

Ocasión me parece de suspender esta carta, quedándonos así suspendidos... entre tierra y cielo.

Tuyo,

FERNANFLOR.

MUJERES DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

MUJERES DE DAUDET

A Nenita.

Ruego á mis lectoras que no se asusten. Ya sé yo que Daudet es *realista* ó *naturalista*, que en eso de motes hay varias opiniones; y que de un modo ú otro, suena mal á los oídos femeninos, desde que un académico dijo de la escuela, que era «la mano sucia de la literatura.» Pero vean ustedes lo que son las cosas: los académicos también yerran á lo mejor y por todo lo alto. Con lo que, habida consideración á la respetabilidad artística del que dijo aquello del realismo, digo yo que se equivoca de todo en todo. Por lo cual, no ya de Daudet, que del mismo Zola me atrevería yo á escribir, contándoles á mis lectoras todo lo bueno y agradable que hay por aquellas páginas de *Les Rougon-Macquart*, y sobre todo lo mucho útil que allí se encuentra, en punto á caracteres femeninos. A bien que ahí está D.ª Emilia Pardo que ha escrito de Zola y de Flaubert, y no sé yo que se haya escandalizado.

En Daudet concurre una circunstancia atenuante. De puro sobado ya, da grima el copiar una vez más el juicio del autor de *Una página de amor* acerca del autor *Nabab*. Dice Zola que Daudet está colocado en «el punto exquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad.» Así, de primera intención pase la frase, á reserva de analizar más despacio y en ocasión más oportuna su alcance y su verdad. Pero lo que sí es ciertísimo es que Daudet posee cualidades que le abrirán «las puertas del hogar doméstico, las de la elegante biblioteca de palo de rosa, adorno del gabinete de las damas,»—que dice D.ª Emilia Pardo,—y que están cerradas en mucho para Zola. Si esto es completamente justo, yo no lo diré; pero de que es perfectamente exacto, no cabe duda.

Pues bien; ya tenemos á Daudet en casa, y vamos á charlar un rato de él.

Es buen colorista, deslumbrador con frecuencia, pero á la vez un magnífico psicólogo. ¡Qué caracteres tan bien definidos, tan penetrados, macizos, chorreando verdad, imponentes de vida! En punto á hombres tiene Daudet ejemplares preciosísimos. Pero además, por encima de la dificultad subjetiva de comprender el elemento femenino, de apreciarlo en la realidad sin engaño ni embustes, ¡qué mujeres las de Daudet! No crean ustedes que es cualquier cosa eso de andarse con señoras; son ustedes, mis excelentes amigas, muy duritas de entender, á lo mejor. Pero Daudet no es rana, créanme, y sabe estudiar los caracteres y descubrir la nota dominante, y fijarla á perfección. Algunos han encontrado en Zola algo de monotonía: parece que todas sus obras tienen algo de igual que las da un parecido fatigoso. Allá se queden con su opinión los que tal dicen; pero de fijo que á Daudet no se le puede aplicar.

De *Petit Chose* á *Jack*, de *Jack* á *El Nabab*, del *Nabab* á *Numa*, de *Numa* á *La Evangelista* ó *Sapho* ó *Tartarin* ó *Fromont y Risler*, hay una distancia que las diferencia notablemente. Son trozos sueltos de la realidad, de los que cada uno tiene su individualidad propia.

Y allí, en aquellos cuadros de la vida, rebosando color, animación, movimiento, se dibujan graciosos y enérgicos los contornos adorables de las mujeres de Daudet. Tienen todas un encanto que hace aferrar la memoria á sus siluetas, y que no permite el olvido una vez trabado el conocimiento. Bien que no todas son simpáticas, ni es posible que lo fueran; pero todas admiran.

Ya es la figura de fondo de Camila Pierrotte, cuya vaguedad seduce á los adolescentes; ya la madre de Jansoulet, hermoso carácter lleno de nobleza, que aparece como un rayo de luz en medio de la desgracia de su hijo; ya la cuñadita de Numa, cabeza puramente meridional, impresionable, dulce, tierna é inexperta. Y también el busto severo de Lina Ebsen, la evangelista; la imagen dolorida de su madre; la cabeza melancólica de Felicia Ruys; la figurilla ligera, bamboleante de Ida; la sombra negra, temible de Sidonia ó de Sapho.

Pero en lo que luce la especialidad de Daudet es en los caracteres simpáticos, los cuadros rientes, la nota alegre de la vida. En las páginas del *Nabab*, *Mamita* cruza activa, satisfecha, gozosa de su papel de ama de casa, dejando tras sí un perfume embriagador de poesía. Ella es la Providencia de la familia, la madre de sus hermanas, la confidente de Gery, la animación de aquel hogar pobre, pero satisfecho de su suerte, lleno de paz, de quietud, de alegría sana, la alegría que dan el trabajo y la conciencia tranquila. Educada en el heroísmo diario, en la abnegación callada, pero noble y positiva de la dirección del hogar, siendo la maestra de todos y la ordenadora de todas las casas, Alicia aparece como la mujer sencilla, natural, sin afeites de idealismos ni dengosidades, sabiendo de la vida práctica por propia experiencia y educiendo de ella poesía, risas, luz, franqueza, con la satisfacción convencida de la hija de familia, de la burguesa que ve el mundo de cerca y se acerca al choque saludable de la realidad. No hay nada que produzca mejores caracteres, educaciones más finas, dulzuras más francas y al mismo tiempo más mimosas,—como conociendo todas las pequeñas satisfacciones, los deseos insignificantes, las necesidades nimias que llevan el contento al alma, que se satisface de la felicidad *oculta del interior de casa*,—como esos hogares tranquilos de la clase media, trabajadora, en que no han entrado aún el afán plutocrático ni los pujos aristócratas de lujo; y en que nadie permanece ocioso, repartiéndose entre todos el trabajo de la casa, preparándose para la lucha en el exterior, con aquella gimnasia sana que bautiza la paciencia de la buena conformidad y que se manifiesta en el cesto de ropa que se cose, el puchero que se espuma, la sala que se barre, los muebles limpios, arreglados, cuidados como reliquias, que os hablan de mil pequeñas alegrías interiores, de mil escenas de que fueron testigos, y á veces ¡ay! de algunos seres queridos que se fueron, volando hacia arriba su alma, cayendo á la tierra blanca del Camposanto su cuerpo, dejándoos en el corazón una herida que brotará muchas veces lágrimas sinceras, de las que se derraman en silencio y á solas y son rocío que consuela y vivifica.

. . . . . .

(Se continuará.) RAFAEL ALTAMIRA.

EL DEVA CAUTIVADO POR LAS PERIS (Cuadro de Siddons Mowbray)

MALASAÑA Y SU HIJA, cuadro de Eugenio Alvarez Dumont, tercera medalla (Dibujo de P. y Valor)

EL VIÁTICO (Cuadro de Luis Passini)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

CERTAMEN TRIENAL.—MAYO, 1887

III

Vulgarizada está la creencia de que entre los pueblos latinos nunca progresaron gran cosa ni la pintura de costumbres, ni la llamada impropiamente *de género*, ni el paisaje. No hay que desconocer, en efecto, que la genialidad propia de los pueblos meridionales más la lleva á grandes concepciones sintéticas inspiradas en el idealismo religioso ó heroico que al análisis detallado de la vida á diario ejercido sobre las manifestaciones de la realidad; pero á pesar de esto, hay en la historia del arte pictórico de España, aunque pocos, tan felicísimos ensayos, y, para hablar con más propiedad, tan consumadas obras maestras del género que prefiere á la fantasía la verdad y á los primores de una bella composición la sencillez razonada que ofrece el natural, que con orgullo podríamos decir que en calidad, ya que no en número, fácil nos sería competir con aquellos países que más han sobresalido pintando con predilección casi exclusiva esta clase de asuntos.

Si como timbres de sus glorias artísticas ostentan otras naciones cuadros como *La ronda nocturna*, *La lección de anatomía del doctor Tulp* y *Los síndicos*, podemos aquí oponer á las primorosas genialidades de Rembrandt, las no menos originales y brillantes debidas á los pinceles de Velázquez y Goya, llenos de personalidad y empapados de naturalismo. El *Esopo*, el *Menipo*, los *Enanos*, *Las Hilanderas* y *Los Borrachos*, del famoso Apeles Sevillano, así como las *Fiestas del Manzanares* y *Los Volatineros* del pintor de cámara de Carlos IV, son lienzos que admirablemente representan la vida y las costumbres de España en dos distintas épocas, y además con tal maestría y espontaneidad ejecutados, que con razón se estiman por joyas de precio incalculable.

Oportuno es además advertir, que bien fuese por las relaciones constantes que tuvo nuestra pintura en los siglos XVI y XVII con las escuelas flamenca y holandesa, bien por un rasgo característico de raza que también se refleja en nuestra literatura de aquel tiempo, los pintores más místicos y más idealistas sentíanse con violencia solicitados por un amor á la naturaleza y á la verdad que contrastaba muy singularmente con el espiritualismo que informaba y presidía con imperio absoluto todas sus obras. Así se ve con frecuencia al soñador Murillo olvidar el nimbo de oro y nácar en que envuelve los rostros ideales de sus vírgenes, para recrearse en el modelado enérgico y real de el *Aguador de Sevilla* y de la *Gitana*, llevando sus complacencias y aficiones naturalistas hasta el extremo de ponerlas al servicio de sus elevadas imaginaciones religiosas y hasta el punto de ahogar en sus ondas materiales su idealización divina, como se observa en la *Santa Isabel* y en la Sacra familia llamada *del pajarito*.

EL HADA DE LA RESACA (Cuadro de F. Church)

Por camino análogo ayudaron al progreso de la pintura de costumbres Zurbarán y Cerezo y Navarrete y Caxés y muy principalmente el gran Ribera que para sus modelos de mártires apóstoles y santos sabía escoger con frecuencia aquellos andrajosos, sucios, escuálidos, renegridos y traspillados tantas veces descritos por Cervantes en sus novelas ejemplares y por Quevedo al relatar la vida de los industriales del ampa.

No obstante tales tradiciones artísticas, lo cierto es que la pintura de costumbres no ha alcanzado entre nosotros gran desarrollo, pudiendo decirse que á pesar de las felices disposiciones que algunos maestros han manifestado en ella, no ha llegado á generalizarse como en otros paises.

Los caprichos y genialidades de Goya llevaron á muchos á imitar aquellos cuadros de majas y toreros, copiando más las exageraciones y extravagancias que las cualidades excelentes que en ellos sobresalían. No está lejana la época en que nuestros pintores se dedicaban exclusivamente á representar escenas entre moros y cristianos ó á reproducir los trajes y costumbres de principios de siglo por lo que llegaron á designarse con mucha oportunidad aquellos lienzos con el nombre de cuadros de *casacón*.

Requiere la pintura de costumbres condiciones especialísimas y facultades singulares para su desempeño en el artista que la siga y cultive. Observación meditada y profunda, amor á la verdad, delicado gusto para escoger y combinar los elementos que ofrece al arte la vida real, y además un delicado humorismo que sepa hacer resaltar la nota ya sentimental, ya cómica, que encierra en sí toda acción humana contemporánea.

No hay en esta exposición obras que sobresalgan muy principalmente por tales condiciones; pero con todo, en algunas de ellas han sabido sus autores acercarse bastante á lo que pudiera considerarse como ideal del género.

En puridad, á la cabeza de los cuadros de esta exposición dedicados á la pintura de costumbres contemporáneas debe señalarse el hermoso lienzo de Alcázar Tejedor *Los padres del celebrante después de la misa nueva;* pero de su examen hemos de prescindir en este momento por haberlo hecho ya al hablar de los cuadros de historia, en cuyo grupo le incluímos, teniendo para hacerlo en cuenta razones especialísimas que allí dejamos apuntadas.

El Corpus en un pueblo de Cataluña, de Mas y Fondevila, es un preciosísimo lienzo, lleno de luz, de ambiente, de verdad y de color de buena casta. Cuanto á su dibujo es también otra maravilla. Las figuras todas están correctamente tocadas con una gracia exquisita y una ligereza notable. Las mujeres agrupadas á la izquierda

ofrecen una nota muy jugosa y muy fresca y lo propio puede decirse del soldado que está de rodillas en el primer término. La perspectiva de la calle está bien trazada, el altarcillo en donde se levanta la rígida figura del Ecce-Homo está pintado con sobriedad y finura, y las rejas de las casas junto al primer término, que son del mejor gusto, están primorosamente detalladas. Este cuadro es, en una palabra, uno de los que en su género, entre los demás de esta exposición, ofrecen una nota de color más justa y más brillante.

El niño dormido, por doña Antonia Bañuelos y Thorudike, es un hermoso estudio del natural que sorprende principalmente por la soltura y fijeza de aquella pincelada que tiene toques felicísimos de maestro y que revela una práctica larguísima del arte, inconcebible ciertamente en una mujer. Hay trozos calientes y vigorosos y atrevimientos geniales dignos del mayor aplauso. Las carnes muy jugosas y transparentes, los rubios cabellos tocados con rapidez, seguridad y gracia inimitables, los extremos con correctísima precisión dibujados, y toda la figura empastada con maestría en el fondo, con el que se funde en mancha que acusa los perfiles sin recorte, señalando con las gradaciones de las tintas las diferencias de los términos. El efecto total está buscado con toda la picardía de un maestro experimentadísimo pidiendo á la nota roja del fondo reflejos simpáticos y dulces, más armoniosos y agradables que ajustados á la verdad sencilla y desprovista de este aparato rebuscado y mañoso.

García Hispaleto presenta en esta exposición un lienzo que es á nuestro juicio brillantísima nota de luz y de color. En cuanto á lo primero, pocos de los cuadros exhibidos en el nuevo palacio de la Industria y las Artes, podríase no ya aventajarle, pero ni igualarle siquiera. Titúlase *Una lección*, y representa dos hermosos niños que han interrumpido sus juegos para escuchar atentamente la lectura del libro que la madre, elegante y gallarda señora, tiene entre sus manos. El fondo del cuadro, á la altura de las cabezas de los niños, le constituye una gran ventana por donde penetra la luz de un día despejado y clarísimo. La diafinidad de aquel ambiente luminoso y brillante se esparce y refleja por toda la estancia repartida con sabia y razonada dirección que contribuye á su perfecta tonalidad. Es uno de los cuadros en que más resalta el estudio del natural y el deseo de interpretar la verdad sin rebuscamientos de efectismos amanerados. La casta de color es española, la pincelada vigorosa y segura, la entonación caliente.

La madeja se enreda es un capricho delicioso debido al pincel de Recio y Gil. En parque frondosísimo, engalanado por la frescura y verdor de la primavera, una joven tendida sobre el césped ríe provocativamente la torpeza del mancebo que entre las manos sostiene la madeja distraído en contemplar las gracias y picaresca actitud de su compañera, y nada atento al trabajo que se le ha confiado. Las figuras están dibujadas con ligereza y corrección; el fondo del jardín, interpretado propiamente, se aleja entre manchas de sombra y de luz. En el primer término, las masas de floridos follajes acaso están en demasía detalladas. Como la entonación general es inferior al dibujo, el cuadro por su asunto y color tiene algo de tapiz.

SIDNEY EN 1882 (Cuadro de C. Piguenit).—ADELAIDA (Cuadro de S. Gouldsmith)

Infortunio, por Teixidor, es una composición muy melancólica y sentida, dibujada con bastante esmero. El contraste que resulta entre la figura rugosa y marchita del hombre aviejado por los padecimientos y la miseria, y la joven fresca y delicada, aunque apenada y triste, es muy dramático y conmovedor. La ejecución es pulcra, fina y esmerada; acaso esta manera de hacer en un cuadro de grandes dimensiones resulte nimia y falta de vigor. La entonación general tiende algo al gris azulado.

El *Lavadero en el Manzanares*, por Pérez Valluerca, es un lienzo de admirable efecto, acertado sobre todo en la interpretación de la luz y muy ajustado á la verdad. El agua ofrece reflejos vivísimos, acaso más brillantes de lo que corresponde á la vista del cielo. Las figuras no están exentas de algunas incorrecciones, pero en toda la composición hay espontaneidad, frescura, copia acertada y directa del natural y cierta originalidad personalísima que la distingue y avalora.

Primavera, por Pelayo, es un paisaje de grandes dimensiones que no carece de novedad y

MADRID: EXPOSICION GENERAL DE LAS ISLAS FILIPINAS (Dibujo de P. y Valor)

Instalación Real y el lago.—Palacio de Cristal.—Casa de labranza.—Plano del recinto

de atrevimiento. La nota verde está con arrojo acometida y dominadas algunas de las dificultades que siempre ofrecen las agrias entonaciones del campo al comenzar la primavera. Las figuras muy descuidadas de dibujo

La *Gitana*, que presenta García Ramos, es una verdadera maravilla de dibujo y de color. El brazo izquierdo desnudo es de notable frescura; por debajo de su piel tostada y morena parece que la sangre palpita y circula; el codo se sale materialmente del cuadro; las manos están con esmero y delicadeza modeladas. Lástima que la fisonomía, aunque llena de carácter y verdad, sea torva y antipática.

Pobres huérfanos, de Alcázar Tejedor, es una composición sentida y pintada con sobriedad y soltura. Recuerda por su asunto el lienzo de Franco *¡Consolatrix afflictorum!* que expresa la misma idea y que es también muy estimable, por la corrección del dibujo y la finura del color. En este último cuadro están muy sentidas las figuras de la joven huérfana y de la hermana de la Caridad que se ven en primer término. El fondo, dispuesto con gusto y propiedad, abunda en detalles delicados que concurren á producir el efecto patético que se propuso el pintor.

CASTILLO DE HOGHTON

(Lancashire, Inglaterra): La Terraza del Norte

Cordero ha presentado dos cuadros grandes que representan *Un herrero* y *Una pescadera*. Los dos tipos tomados indudablemente del natural; pero á pesar del cuidado que ha puesto su autor en interpretar la verdad, las figuras resultan de un naturalismo un tanto afectado que las hace muy poco simpáticas.

El Copo, por Blanco Coris, es un cuadro de dimensiones que se avienen mal con el asunto. No se sabe si son en él lo principal las figuras ó el paisaje; los tipos agrupados tienen verdad y reflejan con exactitud caracteres locales; pero adolecen de faltas de dibujo y color. La marina enorme que forma el fondo del cuadro lucha con las dificultades que ofrece la magnitud del lienzo; en tan grandes proporciones no se pueden sostener los efectos de la radiante luz meridional sin caer en crudezas de color y en chillonas y falsas entonaciones. En el primer término hay una cubeta y otros utensilios pintados con sobriedad y exactitud.

El *Estudio de cabeza*, presentado por Saenz y Saenz, es muy justo de color y está tratado con valentía y soltura. Otro tanto puede decirse de *La cabeza de labradora* que expone Agrasot, aunque es algo desigual en el dibujo.

R. Blanco Asenjo.

LA NARIZ

(CONCLUSIÓN)

Para comprender hasta dónde llega esta influencia, es preciso haber tenido la desdicha de observar con detención á alguno de esos infelices que por enfermedad ó accidente se ven privados en absoluto de la nariz. ¿Háse visto cosa más repugnante y á la vez más digna de conmiseración?

A muchos veremos transitar por las calles, que por efecto de una de esas dolencias que minan la existencia, áun el más lego en la materia, conoce se hallan al borde del sepulcro; pero ni áun esos arrancan en nosotros la singular impresión, mezcla de terror y compasión, de un *desnarigado*.

Y aquí la de nuestro popular Quevedo:

«Promontorio de la cara,
pirámide del ingenio,
pabellón de las palabras,
zaquizamí del aliento.»

No es preciso verse por completo desprovisto de nariz para que su importancia se manifieste; basta considerarla en tal ó cual forma para demostrar su influencia. Desde luégo podemos rotundamente afirmar que no se concibe la belleza de un rostro sin una nariz regular y correcta; como no se concibe la vida sin el oxígeno que la sostiene.

Figuraos por un momento una cara con todas las perfecciones imaginables, con las proporciones de un todo armónico: si va acompañada de una nariz deforme por su magnitud ó por su configuración, ha de resultar precisamente una cara fea. Es imposible un rostro bello, sin su concurso.

¡Cuánto deben, pues, las muchachas casamenteras cuidar y bendecir su bien compuesta nariz y cuánto deben agradecerle las que se han dado en llamar *vengadoras, horizontales, etc.!*

¡Y, sin embargo, tan descuidada como siempre se ve, sin que el ingenio humano haya ideado un sencillo preservativo que la resguarde, por su saliente condición, de tremendos mogicones con algún distraído transeunte!

¡Cuando menos los malayos sino lo preservan hasta cierto punto la distinguen y honrán con vistosos anillos pendientes de su punta!

Y en esto precisamente, no hacen otra cosa que rendir homenaje á quien lo deben.

La influencia de la nariz en la expresión y hermoseo de las facciones la conocieron muy bien los egipcios que dominados por el erróneo concepto que en materia de penalidad supone la aplicación del Talión, castigaban á la mujer adúltera con la pena de cortarle la nariz; creyendo, y no se equivocaban, que de esta manera se privaba á la delincuente de entregarse de nuevo á sus livianos y voluptuosos placeres.

Y los indios hacían más: dada la facilidad con que por simple yuxtaposición podía ella recobrarse, debía después de cortada, ser quemada públicamente en un brasero.

Prevención que hoy día los adelantos de la cirugía han venido á destruir hallando el modo de reponer la narices mutiladas, valiéndose de la piel del brazo.

En confirmación de este mismo aserto, quedaban por el capítulo XXI del Levítico excluídos del servicio del Altar los hebreos que tuviesen la nariz chica, enorme ó torcida, atendido que sólo debían consagrarse á Jehová las criaturas que por sus perfecciones eran dignas de tan elevado servicio.

Por lo demás, es nuestro protagonista tan pulcro en todas sus cosas, que ha burlado el artificio de cuantos se devanan los sesos para embaucar al prójimo con supercherías de mal género; pues,

«ojos y dientes postizos
andan engañando necios
y la nariz no consiente
sustitutos ni remiendos.»

Una de las condiciones que la distinguen, es su grandísima variedad.

Desde el enunciado *érase un hombre á una nariz pegado*, como determinando la mayor magnitud que pueden adquirir, hasta la que como mínima describe Quevedo en los siguientes versos:

«Por tu nariz, yo testigo,
pleitean con buen derecho;
por pezón la pide un pecho
y una panza por ombligo.
Y me ha dicho un hablador,
que con justicia y enojo,
la pide por roncha un piojo,
y por cero un contador»,

se nos presentan un cúmulo de formas con tales caracteres de originalidad en cada una de ellas, que hace difícil su comprensión en grupos.

Podemos, no obstante afirmar, que por su rasgo más saliente se denominan aguileñas las que presentan, á semejanza del pico de estas rapaces, una protuberancia que va aminorándose hacia los dos extremos como describiendo un ángulo obtuso, cuyo vértice viene á estar situado en la mitad de su extensión.

Estas narices han sido objeto de especial predilección por los antiguos, los cuales considerando eran manifestación de un carácter imperioso y de firmes resoluciones, tan apreciado en aquellas épocas de caudillaje, auguraban en el que la poseía las esperanzas de un lisonjero porvenir.

Eran más apreciadas cuando se encorvaban por una línea dulce é insensible sin trasmisiones bruscas ó rápidas.

Platón la llamaba nariz real, por excelencia, y Plutarco afirma era aguileña la nariz de Ciro el Grande; por cuyo motivo se explican sus prodigiosas victorias que le valieron la sumisión de los medos y del Asia Menor.

En otras diferentes formas se nos presenta la nariz, y podemos ver en cada uno de sus rasgos más notables, la expresión de tendencias ó inclinaciones diversas inherentes al individuo que los ostenta, viniendo por tal medio á ser un verdadero espejo del alma.

Es opinión admitida, que las narices rectas y perpendiculares son evidente indicio de una constancia varonil.

Si por el contrario describen una línea curva de gran anchura en el dorso, lo que no sucede frecuentemente, indica facultades superiores propias de un genio.

Una nariz muy proeminente acompañada de una boca salida, anuncia un gran hablador.

Si es puntiaguda denota un carácter fino y diplomático; en oposición á las redondeadas que corresponden á los abiertos y francos. Cuando es pequeña, denota un espíritu tímido. Si suelta y vibrante con punta algo arremengada, es signo de un carácter violento. Y cuando corta y achatada, lo es de tendencias ó inclinaciones egoístas.

Por fin, la mayor ó menor abertura de las ventanas nasales corresponde á la indignación ó cólera del individuo.

Y basta ya de tan *nasal* materia, pudiendo darme por dichoso si el lector que haya tenido paciencia de llegar hasta el final me hace el honor de creer que el autor no es ningún *chato*.

J. CIURANA.

LA CATEDRAL DE VIRGILIA

Ofrecía la vieja catedral á nuestra vista rudo contraste. Mezclados en aparente confusión, distinguimos en su artística fachada la suave delicadeza del orden corintio con toda su riqueza en los detalles, su minuciosidad en los adornos, su gracia en los dibujos, su esbeltez en las columnas, su originalidad en los capiteles cuyas encorvadas hojas de acanto combinábanse con singular elegancia con las talladas ménsulas y alternados modillones del cornisamento, ocupando los intercolumnios y los espacios limitados por las cornisas, excelentes relieves donde mostrara su rara habilidad el artista; el orden romano campeaba sobre el anterior exornando con mayor riqueza el segundo cuerpo de la fachada, dónde amalgamado con la gentileza del orden jónico, con sus elegantes volutas en los

ANTIGUAS PORCELANAS DE CHINA

Azucarero; con ornamentación de lirios

capiteles, con sus numerosas molduras en las cornisas, estaba la rica variedad del corintio engalanando el arco de medio punto abierto en el muro las cornisas y columnas adosadas á la fábrica, unido todo á la precisión matemática peculiar de los romanos y á la severa arquitectura que caracterizó á los dorios. Aquellos cornisamentos pareciéronme arrancados del arco

Vaso cilíndrico; en la faja del centro dragones blancos sobre fondo azul

de Tito; aquellos arcos trasportados del foro pompeyano; aquellas cornisas, de espacioso atrio; los minuciosos adornos que llenaban los huecos de las cornisas, parecían mejor delicados bajo-relieves desprendidos del peristilo de una villa romana; admiré magníficos detalles copiados sin duda de las suntuosas termas de Caracalla, de la esbelta columna Antonina, de la grandiosa villa que edificó Adriano junto á Tívoli y cuyas inmensas ruinas fueron consideradas por arqueólogos é historiadores como los restos de una gran ciudad; vimos la base ática en las columnas, el arquitrabe jónico con sus resaltes, los adornos de las molduras bien empleando las geométricas formas de los dorios, bien copiando á la naturaleza en las caprichosas hojas y elegantes flores de arqueados pétalos, carácter propio de la civilizada Corinto; columnatas, fiel trasunto del Partenon y estatuas sacadas del célebre friso que cinceló Fidias en el templo de Minerva; muros edificados á semejanza del de Conon en la acrópolis atenea; el arte clásico, para abreviar, con sus infinitas variantes reunido en armónico conjunto en la elegante fachada de la catedral de la antiquísima Virgilia; y como protestando de tanto paganismo y contrastando con la ostentosa ornamentación románica, ocupan las arcadas grupos escultóricos representando unos escenas bíblicas, otros pasajes de la vida austera de algún santo; aquí, una bella estatua de esforzado guerrero coronado con la aureola de la santidad; más á la derecha, la figura de místico asceta que dijérase modelado por Alonso Cano, allá, á la izquierda, hermosos relieves que retratan en duro mármol la vida sencilla y poética de la madre del divino Verbo, y en la cúspide de la artística pirámide,—forma que afecta la fachada,—corona el grandioso monumento un precioso grupo de la Asunción de María, reina de los cielos. La elevada torre, digna de tan singular portada, ostenta en su tercio inferior el estilo romano; el tercio medio es graciosa combinación de varios subórdenes griegos caprichosamente ideada por el artífice; el remate es de severo gusto moderno, cuya severidad no excluye la majestuosidad de su ornamentación.

¡Hermoso edificio! ¡Soberbia fábrica! Nuestra calenturienta imaginación evocaba recuerdos de los clásicos tiempos en que la cultura romana apoyándose en el arte griego, producía hermosas manifestaciones del genio de los dos más grandes pueblos de la antigüedad: Grecia, Roma.

Al penetrar en la histórica catedral por la puerta que mira al Oriente,—precioso trasunto de arquitectura greco-latina,—creíamos encontrar un suntuoso templo maravilla del orden romano, fiel copia del que levantó Roma á la casta Diana en el Aventino entre un montón de riquísimos palacios y lindo bosquecillo de frondosos laureles, según Dionisio nos cuenta. Creía nuestra fantaseadora imaginación admirar un templo hecho á semejanza del levantado por los Tarquinos á Júpiter en el Capitolio, en cuyas tres anchurosas naves dedicadas á Juno Minerva y Zeos, retumbaban nutridos cantos de victoria, alegres vivas, exclamaciones de férvido entusiasmo; de donde salía el primer grito de guerra que ensordecía de miedo á las naciones enemigas de Roma, atemorizaba á sus mismos aliados y enardecía á las viciadas legiones avaras de rico botín; en cuyas columnatas colgábanse los trofeos de la guerra y donde depositaba el César los presentes de los extranjeros pueblos al dios tonante; templo que reedifica varias veces Roma adornándolo con los bronces y columnas que trajo Sila de los templos de Apolo y Júpiter en Delfos y Elide, que rodea de columnas de mármol del Penthélico labradas en Atenas, que describe maravillosamente la elegante pluma de Tácito, deteniéndose hasta en las ceremonias que precedieron á la colocación del primer sillar. Pensábamos descubrir entre la semi-oscuridad que envolvía el interior de nuestra catedral, el templo de la Concordia con las estatuas y molduras que pedía Cicerón á su amigo Ático, de Grecia, con las estriadas columnas que sostenían su pórtico; pórtico desde cuyas gradas se mostraba el Senado al pueblo y escuchaba los fulminantes discursos del tribuno de la Roma republicana. Sospechaba que íbamos á escudriñar las preciosidades del fastuoso templo levantado por Claudio Nerón en la cumbre del Celio, reedificado por aquel avaro emperador de la familia Flavia que creyó haber purificado á la podrida Roma con sus reformas; por aquel César enemigo constante del lujo que gastaba en espléndidas construcciones el oro del imperio, al propio tiempo que decre-

ANTIGUAS PORCELANAS DE CHINA

Vaso, con los «altos inmortales,» guerreros y damas encumbradas

Jarro decorado con medallones y arabescos

Frasco

Vaso cilíndrico, con rosas

Ornamentación: grotescos y pajaros

Jarro: en el cuerpo un mandarín recibiendo homenajes y unos guerreros en el cuello

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE

RICARDO II Y LA REINA (RICARDO II, acto V, escena I).—Dibujo de J. Ralston.—WOLSEY Y BUCKINGHAM (ENRIQUE VIII, acto I, escena I).—Dibujo de Salomon Hart

taba un vil impuesto sobre las basuras; por Vespasiano, de cuyo célebre templo quedan en pié tres columnas y un friso, resto de su pasada magnificencia. Creíamos admirar un prodigio del arte clásico y nuestras esperanzas se desvanecieron al interrogar con avara mirada el santuario, como las amarillas hojas se desprenden de sus ramas al soplo del frio cierzo. Donde pensábamos vislumbrar un destello de la epicúrea filosofía,—emanación del hedonismo de Aristipo,—reflejado en las creaciones artísticas de artífice peritísimo, impregnando los esculpidos mármoles y traslucíéndose en las talladas piedras las filosóficas aberraciones de la sensual sociedad latina, encontramos la idea cristiana derivación del estoicismo de Zenón en lo tocante á su severa moral, con su inmortalidad anímica enunciada por Platón, con sus principios filosóficos emanados del método socrático; idea encarnada en la austeridad del orden gótico, austeridad que apagó nuestra ardorosa sed de clasicismo. Allá en el exterior, en la fachada, la expresión pagana avivada por la suntuosidad de su arte; aquí, en el interior, el ideal cristiano ajeno á todo fausto, invitando á la oración al recogimiento, aquellos desnudos muros, aquellas atrevidas bóvedas, sus elegantes ojivas, los ligeros pilares elevados hasta el arranque del agudo arco, su sobria exornación que emplea las zarpadas hojas de cardo y laurel para envolver áridos capiteles: caracteres todos del gótico orden; orden que retrata en sus severas manifestaciones el romanticismo de los siglos en que aparece y se desarrolla.

Tres anchas naves dividían el templo, ocupando su centro la capilla mayor con sus muros cubiertos de dorada talla gótica profusamente sembrada de puntiagudos doseles, en cuyo fondo aparecía medio borrado antiquísimo retablo ó bajo cuyos rosetones distinguíase ruda escultura. Dos colosales lámparas de maciza plata sostenían multitud de encendidos cirios á cuya luz brillaba esplendoroso altar donde celebrábase en aquel momento mística ceremonia del culto católico.

El órgano difundía por las espaciosas naves expresivas notas que repercutían en el muro devolviendo torrentes de armonías que se sucedían con reposado ritmo; perdíase entre las bóvedas un canto dulcísimo mientras le reemplazaba otro pujante y sonoro trabándose sus notas en armoniosa confusión, asemejándose á continuado coro de querubes que no cesara en sus alabanzas al Altísimo; un crescendo que terminó con fortísimos acordes y rugientes sonidos dominó el conjunto, que poco á poco fué palideciendo hasta extinguirse cual suave susurro entre las nubes de incienso que envolvían, —amortiguando,—las amarillentas luces del altar.

Recorrimos el templo ansioso de conocer sus más notables cosas. Nos detuvimos en el coro, precioso joya del arte del renacimiento engastada entre severos pilares y graciosas ojivas; mostraban los anchos sillones de roble, notables relieves labrados con delicadeza. En el presbiterio elevábase preciosa urna de plata en cuyos ángulos aparecían los evangelistas en pequeñas estatuillas de rico metal; parecíónos al examinar su labor, trabajada en el décimo-séptimo siglo. Escudriñamos con detención dos capillas, modesta la una; exacto modelo del orden gótico en su mayor apogeo y perfección, la otra; esta, es minuciosa filigrana ejecutada por pacientísimo artista que amontonó en reducido espacio todos los primores que brotaron de su cincel: la profusión de adornos, hojas, aristas cruzadas en varios sentidos, ligerísimas columnillas, inscripciones formadas por duras y angulosas letras, todo yuxtapuesto, todo en ordenado desorden, parecía más bien que se hubiera arrojado sobre el muro, ocultándolo enteramente multitud de relieves y dibujos ordenados al azar, de tal manera, que la severidad de este género de arquitectura desaparecía bajo tan múltiple exornación. Según reza gótica inscripción que la rodea á modo de elegante cenefa, fué construída en el primer tercio del siglo décimo-sexto. Más reducida la otra capilla, sin ser excesivamente severa, muestra menos riqueza en su conjunto; en el centro se destaca de entre las geométricas aristas y bordones que forman amplísimo arco que ocupa todo el fondo del altar, un blanco mármol con amarillas vetas, en el cual admírase el nacimiento del Redentor en inimitable relieve.

Testigo de grandes acontecimientos señalados por la historia fué la catedral de Virgilia, presenciando los sacudimientos que en pasadas centurias originaron las luchas entre el poder real y la nobleza y entre ésta y el pueblo. En ella se reunían las asambleas de los descontentadizos nobles; las losas de su pavimento estremecíanse con frecuencia bajo el peso de crugiente armadura, cuando no se regaban con la sangre de los patricios y plebeyos de la Edad media; en los sillones del sombrío coro veíase brillar al lado de la áspera estameña que envolvía el macerado cuerpo de un abad, la bruñida coraza de levantisco señor, resaltando entre pesado arnés y la sencilla franela de cejijunto dominico, la púrpura, no menos dada á cabildeos y conjuras. A veces llenaba sus bóvedas el pueblo cuando en defensa de las libertades escritas en sus códigos, se concertaban en atronador conciliábulo donde con sendos discursos salpicados de bruscas interrupciones y elocuentes apóstrofes, abogaban por el mantenimiento de sus derechos; qué siempre ha tenido la elocuencia sus sacerdotes en las populares masas. Otras muchas se congregaban en sus naves la nobleza del reino, el clero, el pueblo, para elevar sus preces al Señor en acción de gracias por haber vencido los ejércitos reales en fortísima batalla al rebelde musulmán, por haberse librado el reino de asoladora peste, por escapar el monarca del peligro en que le puso cruel dolencia, por varios motivos en suma, resonaban en el coro los graves versículos de solemne *Te Deum*. La coronación de un rey, mezcla de aparatosa ceremonia religiosa y de cortesanas fórmulas; el casamiento de jóvenes príncipes que unían con su suerte la de sus estados; la jura famosa de apuesto rey, que olvidaba el respeto á los fueros de sus vasallos con la misma presteza que juraba su observancia, eran razones que movían á juntarse en el histórico templo confundiéndose ante el altar, los tres brazos del reino.

Acudían estas ideas á mi cabeza en confuso revoloteo, mientras observaba el aspecto sombrío que el interior de la vetusta iglesia ofrecía. Habíanse apagado las luces; sólo quedaba en solitario altar triste lámpara cuya luz hacía más negro su alrededor. El templo estaba desierto, íbanse á cerrar sus puertas y tuvimos que abandonarlo; nos faltaba recorrer aún la ciudad dentro de cuyos muros se alzaba tan hermoso baluarte de la católica fe.

La noche había extendido su negra gasa por el azul del cielo. Al internarnos por desierta calleja en busca de nuestro alojamiento, nos volvimos á saludar á aquel coloso del arte que tan bellas páginas de la historia guarda entre sus muros: la silueta de la catedral y los aleros de los vecinos tejados se dibujaban en el horizonte merced á la débil claridad que por Occidente marcaba la huella de esplendente día.

B. MORALES SANMARTÍN.

EL GENIO

De arpa sonora sobre las cuerdas
dedos de nácar pasando van,
y una armonía celeste y pura
de los metálicos hilos de oro
surge á compás.

—

Cántico dulce de amantes aves
á aquel concierto se une fugaz;
es el del genio, que ayes y perlas,
luces y aromas, entre armonías,
quiere brindar.

—

Si hay en la tierra divinas flores,
son las que el genio vierte al cruzar
cual nube de oro rápida y leve,
ala de cisne, copo de espuma
y azul raudal.

—

De aquellas flores la vaga esencia
costó una vida de eterno afán:
¡muertas dulzuras, tronchados sueños,
hondos suspiros, rota esperanza
su sér les da!

—

Sobre el sepulcro del bardo muerto
deja coronas la sociedad:
¡ayer espinas ciñó el poeta
que hoy, hecho polvo, duerme de bronce
sueño glacial!

—

¡Genio divino! tú de la muerte
las sombras rasgas potente, audaz.
Ante tu nombre se postra el mundo.
¡¡Que sueñe y ore, como tú sueñas
y orando vas!!...

EDUARDO PATO MARTÍNEZ.

NUESTROS GRABADOS

PINTURAS NORTE-AMERICANAS

A la ambulancia, cuadro de Gilbert Gaul, es una bella muestra del talento de su autor, pintor de asuntos militares, lo cual no deja de constituir una extrañeza en los Estados Unidos. La escena, inspirada en los recuerdos de la guerra de *Secession*, se recomienda por su exactitud y es muy de alabar el acierto con que están expresados el cielo y la luz a la hora del crepúsculo vespertino.

A otro género muy distinto pertenece *El Hada de la resaca*. Su autor, Mr. Church, cultiva de preferencia los asuntos fantásticos, que le dan ocasión á emplear los blancos, rojos pálidos, pardo-oscuros y líneas verdes y azules á que es aficionado. El cuadro, cuyo grabado reproducimos hoy en nuestras páginas, es un verdadero estudio de olas que el autor ha sabido arreglar, sin perjuicio de la verdad, de tal manera, que sus crestas vienen á formar un caballo de Neptuno.

En cuanto á Mr. Siddons Mowbray, es un joven pintor orientalista, de cuyas buenas facultades da testimonio su cuadro de *El Deva* (ó espíritu maligno) *cautivado por las Peris*, asunto inspirado en la mitología persa.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

MALASAÑA Y SU HIJA
Cuadro de Eugenio Alvarez Dumont
Dibujo de P. y Valor

La crítica ha hecho justicia á este cuadro tributándole merecidos elogios, y el jurado ha confirmado tan unánime opinión distinguiéndole con una de las codiciadas medallas. La sublimidad del asunto está dignamente expresada que es cuanto cabe decir.

EL VIÁTICO
Cuadro de Luis Passini

Contrariamente á lo que haría suponer su apellido italiano es Luis Passini súbdito de S. M. I. Apostólica Francisco José. Se sabe que nació en Viena en 1832, de una familia de artistas, y que así que pudo se instaló en Venecia, de cuya vida moderna se ha hecho el pintor sin rival. Obtuvo la *gran medalla de oro* por sus cuadros de género en París y Berlín. El *Viático* es una admirable pintura del interior de los *Frari*, que respira naturalidad y sorprende por su factura, si bien recuerda algo la archi famosa obra maestra de Fortuny.

EL ARTE EN AUSTRALIA

Así el cuadro de *Sydney en 1882*, como el que representa una calle de Adelaida, indican excelentes condiciones en sus autores, los cuales hacen honor á la joven colonia que en tan pocos años ha sabido crearse hasta un arte propio.

MADRID: EXPOSICIÓN GENERAL DE LAS ISLAS FILIPINAS

Nuestros lectores pudieron saborear ya en el pasado número la crónica que dedicó á este asunto *Fernanflor*, por lo cual nos limitaremos á dar noticia de los asuntos representados en nuestro dibujo de hoy:

La *Instalación real* está establecida en el *Pabellón del rey* que á este efecto ha sido restaurado y cubierto con una nueva cúpula de bronce dorada.

El *Palacio de cristal*,—proyectado por el distinguido arquitecto D. Ricardo Velázquez, á quien se debe la disposición general del certamen,—es un pabellón elegantísimo que según escribe un apreciable colega de la corte, tiene la particularidad de acusar en pequeño espacio el conjunto de muchas épocas.

«Los detalles, añade, pertenecen todos al estilo griego-jónico moderno; pero en cuanto á su estructura, obedece á otras épocas distintas.

»Tiene la disposición de los ábsides en cruceros de la Austrasia. Al dividirse el imperio en las dos partes, la Austrasia y la Neustria, correspondió á Carlo-Magno por herencia la primera y por conquista la segunda.

»En el primero de dichos territorios se desarrolla una arquitectura que se extiende actualmente por Bélgica y las orillas del Rhin, arquitectura que hacia los siglos XII y XIII toma en sus cruceros la forma que afecta el Pabellón de cristal, es decir, un crucero con su cúpula sobre planta cuadrada rodeado de tres ábsides.

»Al mismo tiempo, en parte de la Neustria y sobre todo en el Centro y Mediodía de Francia, después de muchos ensayos se adoptan las bóvedas laterales de *medio-cañón*, ó en arbotante, origen de los botareles de las iglesias góticas de los siglos XIII al XV, en los cuales, por una disposición muy razonada, las bóvedas laterales sirven de contrarresto ó apoyo á la bóveda central y de lo que en España solo tenemos—aparte de varias pequeñas iglesias de Cataluña—la catedral de Santiago, uno de los ejemplares más notables de Europa.

»Estos son los principios que el señor Velázquez, de acuerdo con el carácter de nuestra época, ha logrado armonizar brillantemente y de manera que por sus elegantes líneas y por sus esbeltas proporciones sea el *Palacio de cristal* digno de fijar la atención de los inteligentes.

»Las dimensiones del pabellón son 156 metros de largo por 38 de ancho.

»Todo está hecho por casas y materiales españoles; el hierro laminado por la casa de Duro, en Asturias, y construído por B. Asin, de Madrid, con obreros españoles: el zinc por la Compañía Asturiana, así como la escalinata y balaustrada del lago, en el cual ha entrado en su mayor parte cemento traído de las fábricas de Cataluña; los azulejos proceden de la fábrica de la Moncloa, demostrándose de este modo que en España hay elementos para hacer muchas cosas que de ordinario se encarga el extranjero.

«El coste total del pabellón asciende á 167.000 pesetas.»

Este palacio está destinado á exposición permanente de productos filipinos.

La *Casa de labranza*, de caña y nipa, consta de cinco piezas á las que se llega por una estrecha escalera.

Bajo un cobertizo que arranca de un costado del edificio, hay útiles de labranza, descascarilladoras de arroz, desgranadoras, arados, máquinas para la extracción del *abacá*, carretones de transporte, cribas, aventadores, objetos de cerámica, todo primitivo y sin que refleje, siquiera, la idea de los más elementales adelantos en los procedimientos del cultivo.

También en este lugar de la Exposición se halla la nueva máquina para extraer las fibras del *abacá*, inventada por el Sr. D. Abelardo Cuesta;—que ha venido de Manila para instalarla, y que después de repetidas pruebas ha remitido con gran recomendación la Sociedad Económica de aquella capital.

Por el procedimiento del señor Cuesta, la parte carnosa del *abacá*, que equivale al 75 por 100 y antes se desperdiciaba como residuo inútil, es aprovechable ahora para la fabricación de papel, que resulta de calidad excelente.

Para terminar acompañamos la explicación del plano.

1. Pabellón Central.—2. Pabellón anexo.—3. Pabellón para las tejedoras.—4. Casa de labor.—5. Ranchería de los Igorrotes.—6. Parque de los Ciervos.—7. Estufa para las plantas de Filipinas.—8. Bajal de la Compañía de Tabacos de Filipinas.—9. Pabellón Real.—10. Pabellón de la Comisaría.—11. Pabellón del Comité Ejecutivo y Oficinas.—12. Caseta de la Guardia Civil.—13. Cafés y fondas.—14. Retretes.—15. Almacenes.

EL CASTILLO DE HOGHTON (LANCASHIRE, INGLATERRA)
TERRAZA DEL NORTE

Está situado este edificio entre los grandes centros comerciales de Preston y Blackburne y data su fundación del tiempo de Isabel, conservándose perfectamente sin que nadie se haya atrevido á profanarlo con modernismos de mal género.

ANTIGUAS PORCELANAS DE CHINA

La antigua porcelana de China, blanca y azul, fabricada en Nankin, es uno de los productos artísticos más delicados, admirables y misteriosos que cabe imaginar, figurando entre los primeros poseedores de tales tesoros, en Europa, nuestra doña Juana *la Loca* (!) y su marido Felipe el *Hermoso*, el cual enseñó una copa de China oriental á los ingleses en un viaje que hicieron los augustos consortes á Londres el año 1506. Las porcelanas de China alcanzan hoy un precio fabuloso deleitándose los coleccionistas en el material de la pasta, tan fino, tan homogéneo, tan perfectamente blanco, tan suave al tacto; en la graciosa y delicada forma de los objetos; en sus bien terminados bordes y lisa superficie; en aquel azul vivido y transparente que le da á la porcelana el aspecto de una ágata, en el pulido barniz, en los dibujos de la ornamentación, etcétera.

Los chinos comparan el matiz azul de sus porcelanas al del *cielo después de llover* y llaman á su loza *Mercancía celestial*, en lo cual no dicen por cierto ningún disparate; los ingleses la titulan *Cerámica fenomenal* y los holandeses se vuelven aún locos con los cachivaches *del país del azul*, á pesar de los grandes cargamentos que se llevaron de allá en el siglo XVII.

Hay magníficas colecciones en el museo de Dresde y en los museos de Londres *Británico* y *South Kensingthon*, amén de no pocas que hay en casas particulares. Débese la introducción de *la china* en Europa, en grande escala, á los portugueses, aunque ya había dicho algo sobre ella Marco Polo.

Los fabricantes del Celeste Imperio conservan religiosamente el secreto de la composición de su porcelana, mistificando como unos chinos á los que quieren sonsacárselo. Con todo, se ha imitado sus productos admirablemente, y nunca será bastante llorada la salvaje destrucción ordenada por el general inglés Hill de la *Casa de la China*, que, como es sabido, estaba en el Retiro, y de la cual salían porcelanas de mérito superior, quizás, á todas las de Europa.

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE
WOLSEY Y BUCKINGHAM

Londres.—Una antesala del palacio

(Entra el cardenal WOLSEY, *precedido de algunos servidores que llevan el capelo y demás insignias; de algunos* GUARDIAS *y de* DOS SECRETARIOS *con papeles. El* CARDENAL, *al pasar, fija su vista en* BUCKINGHAM, *y éste le devuelve su mirada, ambos con expresión de profundo desdén).*

WOLSEY.—¿Y el intendente del duque de Buckingham? ¿Eh? ¿Dónde está su interrogatorio?

PRIMER SECRETARIO.—Hélo aquí, si os place.

WOLSEY.—¿Se halla presto en persona?

PRIMER SECRETARIO.—Sí, plazca á Vuestra Gracia.

WOLSEY.—Bueno, en este caso sabremos aún más y Buckingham bajará esa mirada altanera. *(Salen* WOLSEY *y su comitiva).*

BUCKINGHAM.—Ese perro de carnicero tiene la boca venenosa y carezco de poder bastante para abozalarle; por consiguiente vale más no despertarle de su sueño. El libraco de un mendigo ha podido más que la sangre de un noble.

(EL REY ENRIQUE VIII, acto I. escena I).

RICARDO II Y LA REINA

Londres.—Una calle que conduce á la Torre

. . . . . .

LA REINA.—¿Debemos estar separados? ¿Debemos dejarnos?

EL REY RICARDO.—Sí, mi amor; tu mano debe separarse de mi mano; tu corazón debe separarse de mi corazón.

LA REINA.—Desterradnos á los dos y enviad al rey conmigo.

NORTHUMBERLAND.—Sería eso muy caritativo, pero poco político.

LA REINA.—Entonces, dejadme ir con él á donde va.

EL REY RICARDO.—Así es como los dos, llorando juntos, formemos una misma armonía de dolor. Llora por mí en Francia, yo lloraré por tí aquí. Vale más estar lejos que no estar cerca uno de otro, sin estar cerca de una mútua felicidad. Anda, cuenta tu camino por tus suspiros; yo contaré el mío por mis gemidos.

LA REINA.—Entonces, el que haga el camino más largo será el que gemirá más.

EL REY RICARDO.—Como el camino es corto, lanzaré dos suspiros á cada paso y retardaré el viaje con la carga de los pesares de mi corazón. Vamos, vamos; sea rápido nuestro cortejo con el pesar, puesto que al casarnos deberá por tan largo tiempo permanecer con nosotros. Un beso cerrará nuestros labios y nos separaremos en silencio. Así es como te doy mi corazón y te tomo el tuyo. *(Se besan).*

LA REINA.—Vuélveme el mío; sería una triste acción tomarte el corazón y matarlo. *(Bésanse de nuevo).* Ahora que he recobrado el mío, parto y voy á tratar de matarlo con un suspiro.

EL REY RICARDO.—Distraemos la desgracia con los retardos de esas caricias. Una vez más, adiós; que nuestro dolor diga el resto. *(Salen).*

(RICARDO II, acto V, escena I).

CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA
CERCA SAN REMO

Al pié de antigua torre destinada un tiempo á atalaya existe una capilla destinada á la Madona llamada *della Guardia*, por ser esta la misión del edificio cuando se la instaló allí. Está cerca de Cabo Verde y dominase desde ella una vasta extensión del Mediterráneo.

ADAN MICKIEWICZ

(CONCLUSIÓN)

EL FARIZ

¡Cuán feliz es el árabe cuando desde lo alto de una roca lanza su corcel al desierto! ¡Cuando los piés de su caballo se hincan en la arena con un sordo ruído semejante al del rojo acero cuando se templa en el agua! Vedlo cual nada allá en el árido Océano y rompe las ondas con su pecho de delfín.

Aprisa, aprisa. Apenas toca la superficie de la arena, y, más lejos ya, lánzase envuelto en un torbellino de polvo.

Negro es mi corcel cual tormentosa nube. En su frente brilla la estrella de la mañana, ostenta suelta al viento su crin de avestruz y sus blancos piés brotan fuego.

Vuela, vuela mi bravo alazán; paso ante mí, bosques y montañas.

En vano la verde palma me convida con su amiga sombra y con su fruto; yo me sustraigo á su dulce hospedaje y avergonzada la palma huye á lo lejos y se oculta en el oasis pareciendo con el susurro de sus hojas hacer burla de mi temeridad.

Las rocas, guardas de la frontera del desierto, vuelven hacia mí su rostro sombrío y negro, y repitiendo los ecos de mi galope parecen amenazarme diciendo:

«¡A dónde vas, insensato! Tu cabeza no hallará ya abrigo contra los dardos del sol ni bajo la palma de verde cabellera, ni bajo la tienda de blanco seno.

»Allí no hay más que un pabellón, el de los cielos, en que, solas, duermen las rocas; en que, solas, viajan las estrellas.»

Y corro yo más y más; vuelvo los ojos y veo las rocas huir y ocultarse unas tras otras.

Pero un buitre oyó sus amenazas y juzgando aprisionarme fácilmente en el desierto, hiende el aire en persecución mía. Por tres veces, cerniéndose, rodea mi cabeza con negra corona y grita:

«Ya siento, ya siento hedor de un cadáver. ¡Insensato ginete, y, oh pobre corcel! ¿Busca acaso camino por aquí el ginete? ¿Busca acaso la yerba por aquí el caballo? Solo el viento halla aquí su camino y la víbora solo halla aquí su pasto. No hay más que los cadáveres que descansen ahí, ni más que los buitres que viajen por el desierto.»

Y así gritando me amenaza y esgrime sus garras. Tres veces se hallaron nuestros ojos; más ¿quién de los dos se atemorizó? El buitre fué que huyó aterrado.

Y corro yo más y más; pero cuando volví los ojos lejos estaba ya el buitre. Suspendido allá en los cielos, semeja de pronto una mancha negra, pequeña como el jilguero, luégo una mariposa, después un insecto, y, al fin, desvanecióse en el azul del firmamento.

Vuela, vuela mi alazán; rocas y buitres, paso ante mí.

Mas una nube oyó las amenazas del buitre y desplegando sus blancas alas sobre el cielo azul me acomete; y pretendiendo en el éter pasar por un intrépido ginete cual lo soy yo acá en la tierra, suspéndese sobre mi cabeza y silba con el viento esta amenaza:

«¡Dó corres, insensato! Fundirá el rayo del sol cual cera tu pecho, y ni las nubes disueltas en lluvia lavarán tu cabeza cubierta de polvo ardiente: el manso arroyo no te llamará con su voz argentina y ni una gota de rocío caerá sobre tí, porque antes no se desprenda ya el árido viento la habrá devorado.»

Pero en vano es que me amenace, porque corro yo más y más hasta que rendida la nube vacila de fatiga. Vedla doblar la cabeza y buscar apoyo en las rocas. Y al volver los ojos ya el ancho horizonte nos separaba. Apercibíla aún y pude en su faz leer lo que escondía en su alma: tiñóse en rojo despecho primero, amarilla luégo, palideció de envidia y al ennegrecer su rostro cual cadáver sepultóse en las rocas.

Vuela, vuela, mi alazán: buitres y nubes, paso ante mí.

En aquel punto medí el horizonte con mis ojos, cual si fuera yo el sol y á nadie ví. Aletargada la naturaleza parecía no haber despertado jamás por la voz del hombre. Los elementos yacían tranquilos á mi alrededor, tal como en una isla recién descubierta los animales no se asustan ante la primera mirada del hombre.

CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA, CERCA SAN REMO

Pero, ¡oh, Alá! No soy yo aquí el primero. En un campo cercado de arena miro brillar gran comitiva. ¿Serán caminantes, ó, por acaso, salteadores acechando al pobre viandante? ¡Cuán blancos se ostentan en sus corceles también espantosamente blancos! Corro hacia ellos y no se mueven; grito y no me contestan.

¡Oh, Alá! Cadáveres son. Es una antigua caravana exhumada del fondo de las arenas por el viento. Sobre la osamenta de los camellos están sentados los esqueletos y por las huecas cavidades donde se asentaron los ojos y por entre las descarnadas mandíbulas derrámase la arena, y, amenazadora, parece murmurar estas palabras:

«¡Dó corres, insensato! Detén tu marcha á tiempo, pues que más lejos hallarás los huracanes.»

Y corro, y corro yo más y más. Paso, paso ante mí, huracanes.

Y uno, el más temible de los agitadores de África, se pasea solitario por el océano arenoso y apercibiéndome de lejos se detiene suspenso y enroscándose en sí, me dice:

«¿Quién es ese viento, de entre mis hermanos el más joven, que se atreve con su mezquina talla y vacilante vuelo á penetrar en mis dominios hereditarios?»

Y ruge y se lanza sobre mí cual alta pirámide. Reconoce que soy yo un mortal y que no cedo ante él, y furioso entonces hiere con su pié el suelo y trastorna la mitad de la Arabia. Me coge cual agarra el buitre un gorrión y azotándome con sus alas de remolino me abrasa en inflamado aliento, me lanza al aire y me derriba en tierra.

Salto yo y combato rompiendo los nudos del gigantesco torbellino. Le destrozo, le muerdo, y tasco con mis dientes trozos de su arenoso cuerpo. Quiere el huracán escapar de entre mis brazos en forma de columna y no pudiendo desasirse rómpese en surcos. Su cabeza cae disuelta en lluvia de polvo y su enorme cadáver se extiende á mis piés cual muro de una ciudad.

Entonces, respiro yo; levanto al cielo los ojos, los fijo con altivez en las estrellas y todas, todas fijaron también en mí sus ojos, porque solo estaba yo en la inmensidad del Desierto.

¡Oh, cuán dulce es respirar aquí con toda holgura! Al fin respiro libre y desembarazadamente. Todo el aire del Arabistan no basta á mi pecho. ¡Oh, cuán dulce es mirar desde aquí con todo el alcance de mi vista! Mis ojos se engrandecen, se fortifican y llegan más allá de los límites del horizonte. ¡Cuán dulce es extender aquí los brazos! Me parece que abrazara con ellos todo el universo, desde Oriente al ocaso.

Lánzase cual saeta mi pensamiento, alto, muy alto y más todavía hasta tocar el cielo; y cual sepulta su vida la abeja en el aguijón que hunde, tal yo con mi pensamiento penetro en los cielos.

IGNACIO DE GENOVÉR.

ADMINISTRACIÓN Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

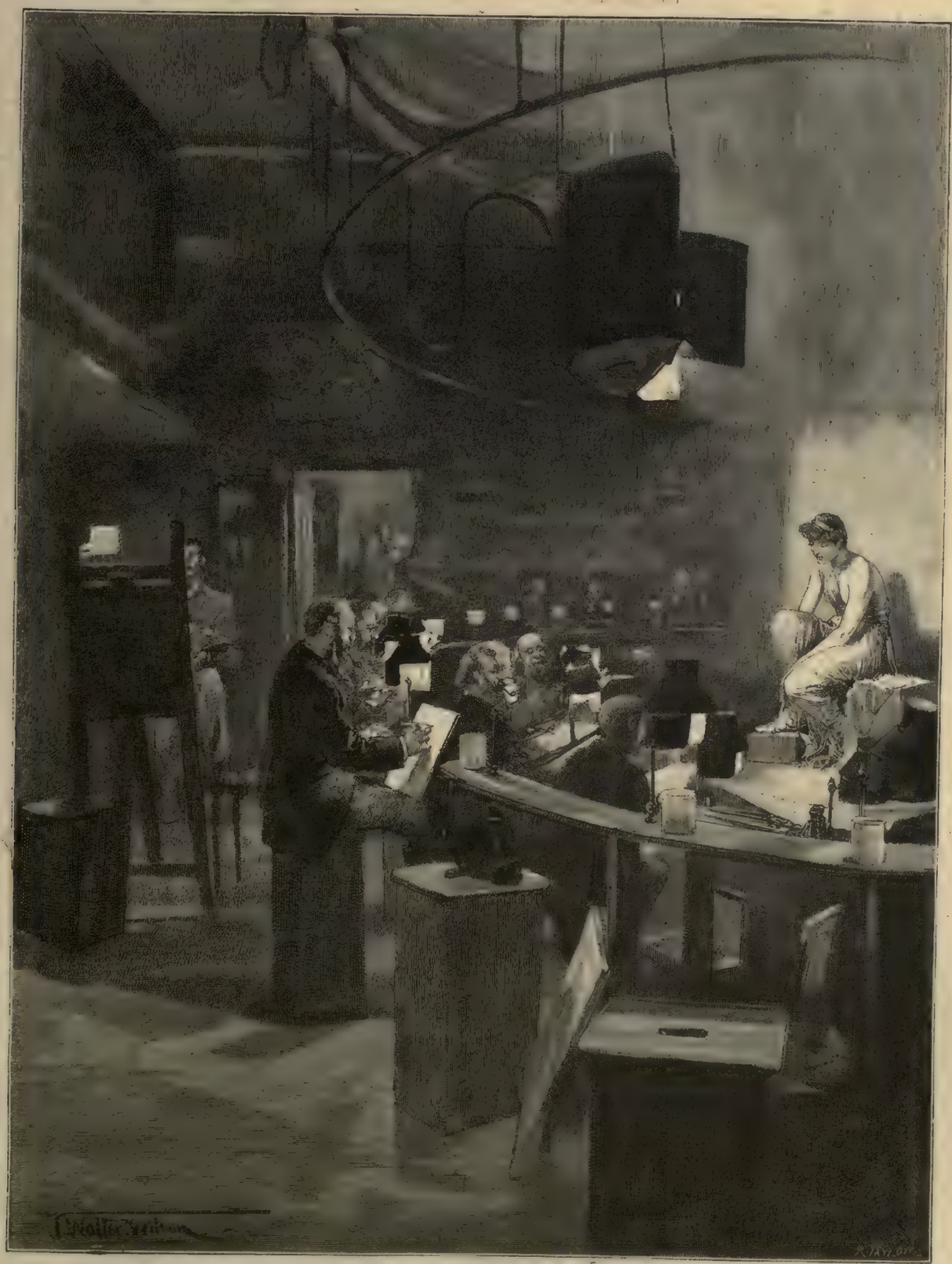
Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 23 de Julio de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 238



LA VIDA ARTÍSTICA: EL MODELO EN FUNCIONES

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Mujeres de la novela contemporánea: Mujeres de Daudet* (continuación), por Rafael Altamira.—*Exposición de Bellas Artes*, por R. Blanco Asenjo.—*Lecturas. Baudelaire*, por Clarín.—*De estrellas arriba*, por Antonia Opisso.—*El bien perdido* (poesía), por A. Alcalde y Valladares.—*En el álbum de Carlota* (poesía), por Ramón Blasco.—*Fosforescencia y calor de las plantas*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—Nuestros grabados.—*Amor suicida*, por Luis Blasco.

GRABADOS.—La vida artística (7 grabados).—Las Bellas Artes en Italia (2 grabados).—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*: Entierro de Santa Leocadia.—Un bosque (2 grabados).—Obras de Luis Passini (3 grabados).—Modelos de camafeos.—«Cuando yo era niño...»—El nuevo bebé.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

CARTA DE VERANO

QUERIDA Carmen: No hablemos de Madrid porque en Madrid no ocurre nada interesante; las gentes que suelen dar que hablar están fuera, porque ó son hombres políticos, ó ricos, ó elegantes. La curiosidad va donde van ellos, y los pobres no conseguimos llamar la atención por más que lo intentemos. No es el hombre, es la posición lo que atrae las miradas; la envidia designa las eminencias; para ser objeto preferente de la opinión siendo pobre es preciso cometer algún crimen. Pero hasta en esto los madrileños somos poco castizos y prestamos nuestro interés con preferencia á los criminales extranjeros. El proceso de Pranzini es hoy nuestra conversación; ya recordarás sus antecedentes, Pranzini es el asesino de dos mujeres y de una niña. Una de las mujeres era su querida; la dió muerte por robarla. Es un buen mozo, acostumbrado á vivir de sus dotes físicas, deseoso de hacer figura y de gozar, pero sin voluntad para buscar en el trabajo la satisfacción de sus aspiraciones. El jurado le ha condenado á muerte sin hacer caso de su constante negativa ni dejarse imponer por la serenidad asombrosa de que ha dado muestras. Durante el proceso el criminal se ha mostrado tranquilo, confiado y hasta sonriente. Hoy el terrible porvenir se ha desplegado ante sus ojos limitado por la guillotina. El llevar un chaqué nuevo, una camisa de pechera reluciente, el tomar café en el café más de moda, el comer un bistec más en un punto que lo comen otros, el ocupar una butaca entrando aparatosamente cuando el telón está alzado, el llevar el pelo arreglado con tenacillas y las manos con guantes, ¿vale este calvario maldito de angustias á cuyo fin nos recibe la Muerte con el sudario de la eterna deshonra? Debe valerlo, puesto que esta historia se repite hasta lo infinito, creyendo siempre el gozador despreocupado, convertido en criminal, que el ojo de la justicia se distraerá con los engaños que él para salvarse ha preparado.

Gozar, efectivamente, es el objeto de esta sociedad positivista, y por esta razón la sociedad se divide en dos porciones, la una de hombres que aceptan el código de la moral y sacrifican parte de su vida para lograr dinero con que disfrutar, y la otra en hombres que se dedican á robar y asesinar á los hombres que trabajan para gozar con el dinero reunido por ellos.

El derecho al goce viene ya en las antiguas teorías del derecho á la vida y al trabajo. Sin meterme en disquisiciones enojosas para tí afirmaré que esa aspiración se evidencia en esta época del verano. Puede verse que el comerciante, el empleado, el fabricante que ha trabajado febrilmente durante el invierno deja su representación á un inferior y corre á divertirse, sumergiéndose en el regalado placer del ocio ó buscando entretenimientos que desentumezcan sus miembros y su espíritu; nada le importa derrochar en un mes el dinero fatigosamente recogido en muchos meses; si la vida no tiene placeres nada significa ni vale; sin el placer no es aceptable la vida.

Pero hay quienes no pueden obtener el goce ni con el continuo trabajo porque no pueden ganar sino lo preciso para la vida diaria, para sostener su familia, ó sostener sus vicios, que son sagrados también como verdaderos hijos, y éstos no pueden ver con calma la despoblación de Madrid cuando llega esta época ni leer sin indignación las crónicas de los sitios de baños y de recreo donde los dichosos del momento se reunen. No pugnan los desheredados tan solo por el derecho al trabajo; trabajo ya lo tienen, pugnan también por el derecho á veranear. El progreso moral y los deseos del corazón humano no reconocen límites.

Tú que te has encontrado en esa gran capital en 14 de Julio habrás podido apreciar en su verdadera significación el acto que los republicanos rojos han realizado. Habrás visto á París dividido en dos tendencias: la de los que sostienen el actual orden de cosas y están por la paz y protestan contra los que quieren volcar la Francia sobre la Prusia, y la de los que á nombre de la patria imposibilitan la gobernación del país, y en nombre de la libertad proclaman la dictadura de un soldado. En el fondo de esto, allí no hay más, créelo, Carmen amiga, que dos bandos; el bando de los que tienen dinero para veranear y de los que no lo tienen para irse al campo. Invierte los términos y verás la transformación que se origina en ambas mitades: te encontrarás al demagogo, corriendo con aspecto triunfal á montar en el tren y al burgués de antaño increpándole desde lejos, vestido ya de blusa, con los puños cerrados y gritando:—¡Viva Boulanger! ¡Muera Grevy!

Pero, ¿á qué seguir en este curso de filosofía humorística que deja tantos amargores en el fondo del corazón por mucho azúcar que se le quiera echar para engañar á los labios? Demos gracias al destino que nos ha concedido poder gozar, sino como los más ricos, como los que no son completamente pobres y resignémonos también á veranear para que lejos de las grandes capitales, lleguen á nuestros oídos más amortiguadas las quejas de los que no han podido salir como nosotros.

El campo tiene de bueno que al aislarnos de los hombres nos reposa la sangre y las ideas, contribuyendo á fortalecer en nosotros el elemento físico; principal elemento para la terrible lucha social de los inviernos. Cuanto más solos y apartados mejor... Si no fuese porque también le es necesario al cuerpo estar bien alimentado con sustancias fácilmente asimilables al estómago viciado del hombre de la capital. Hay quien no puede vivir en el campo porque necesita de primera necesidad el cocinero de Lhardy y tiene que ir, no donde su salud lo exige sino donde lo reclama su paladar estragado.

Por más que se hable contra la vida del campo siempre este será el gran crisol donde se purifique la sangre del cortesano y donde este renazca con sus energías primitivas; para adaptar el campo á sus condiciones de vida gastada el cortesano ha tenido que confeccionar campos de virtudes menos eficaces que la naturaleza salvaje y de aquí las estaciones de verano que son, por decirlo así, la naturaleza medicinal de estas generaciones anémicas. Sólo el hombre, tan desgraciado en la vida normal que conserva intactas sus condiciones primitivas: salud y hambre, puede afrontar impunemente las enérgicas caricias del verdadero campo.

Hay hombre civilizado para el cual el campo es una verdadera novedad y se encuentra en él como en otro planeta. La tienda, la oficina, la fábrica, aquí empieza y concluye el mundo para él. La naturaleza la conoce por conversaciones ó por algún libro. El cielo; esta es la parte de la creación al alcance de todas las fortunas; lo mismo da ser pobre que rico para mirarle; para uno y otro es igualmente azul y luminoso, para todos tiene nubes y pájaros y lluvia y auroras boreales y sol y luna y millones de estrellas. Y visto un pedazo de cielo, visto el cielo en toda su inmensidad; sin que sus colores varíen ni sus astros cambien el encanto de sus luces. Pero... ¡la tierra!... En sus pliegues y repliegues toda es variedad y aquí ríos, allá bosques, allí ciudades, toda se va diferenciando con especies de árboles, animales, hombres, artes, filosofías, religiones y placeres.

Los hombres del campo desean venir á la ciudad y los hombres de la ciudad desean el campo. En esto hay algo de la nostalgia del barco primitivo; y según nos vamos haciendo viejos vamos deseando vivir en el seno de la naturaleza; aspirar aire puro, ponernos en contacto con las fuerzas vivas de la vida física. Entonces, después de haber calcinado nuestros huesos y lacerado nuestras carnes con el fuego de las pasiones, sentimos violento deseo de reconstituir carne y huesos y desearíamos buscar los recónditos lugares donde todo parece surgir y vivir con savia más abundante y con más poderoso vigor.

En fin, dichoso aquel que puede abrir un paréntesis en la agitación de la vida madrileña y descansar en cualquier pueblecillo olvidado; libre del ceremonioso trato del hombre culto: el más temible de todos nuestros semejantes. Si puedo haré una escapada en este verano y descansaré también por algunos días en el seno idílico de alguna montaña; ó bajo la cabaña de alguna llanura donde haya paz, soledad y codornices.

Una cosa es ser aficionado á la caza y otra serlo al campo; el cazador no se preocupa del panorama que tiene delante, ni se deja impresionar por sus luminosas y fragantes bellezas: su perro que rastrea, meneando el rabo; la perdiz, que arranca con estridente vuelo; la liebre, que salta; el conejo, que se rebulle y refugia súbitamente en el vivar, esto le preocupa... Sólo cuando el crepúsculo le niega luz para ajustar la pieza con el cañón de la escopeta, se sienta en una piedra y contempla la rojiza faja de luz que se desvanece. La melancolía de la puesta del sol no le afecta; le afecta el sentimiento de que el sol, poniéndose, cierra la caza.

Mas, sin embargo, hay algunas bellezas del campo; algunas sensaciones que sólo el cazador las aprecia y las siente con tan sublime grado de intensidad. Quién no haya sido cazador, no sabe lo que es sombra de árbol ni agua de fuente. Un árbol y un manantial que burbujea debajo son la felicidad suprema de la vida en las horas de la siesta; cuando el sol de la canícula desciende en lluvia de fuego alborotando los insectos y los mosquitos de las siembras, los viñedos, las huertas y los rastrojos: la sensación que entonces sentimos depuesto el sombrero á un lado, recostados sobre el tronco; llenando de agua límpida, fresca, el clásico barquichuelo de cuero, apurando con los secos labios aquel raudal de vida no puede expresarse. Sólo puede compararse esta sensación á la que debió experimentar el cuerpo de Lázaro cuando sintió que de nuevo le infundían el alma.

Gozosas son, sin duda, las horas de la mañana en el campo; pero las siguen otras fatigosas por el calor; la retirada es más grata. Se hace descanso en la huerta, y se discuten los lances del día; se le exige cuenta estrecha de su conducta al perro, concluyendo por convenir en que nosotros lo hemos hecho peor todavía: elogia cada cual su habilidad en el tiro, poniéndola galantemente sobre la de su compañero y se vuelve al pueblo en busca de la cena, y para discurrir acerca de las novedades que han traído los diarios de Madrid.

Porque eso sí, el cortesano, por mucho aborrecimiento que tenga de la capital y de la civilización y de la sociedad y de la política, no puede menos de hablar de Madrid y de seguir atentamente sus acontecimientos. Madrid es un vicio.

Querida prima: mañana son tus días y no podría yo concluir esta carta sin felicitarte. Tienes la fortuna de llevar un nombre que no sólo es una fiesta en tu casa, sino en toda la Cristiandad. En tu casa se celebrará con un ban-

quete y con primorosos regalos. Aquí se celebrará con algunas corridas de toretes, en que puede muy bien salir hecho pedazos algún devoto. Recibe mi felicitación y prepara tus oraciones.

Siempre tuyo,

FERNANFLOR.

15 Julio 1887.

MUJERES DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

MUJERES DE DAUDET

(CONTINUACIÓN)

Alicia ha tenido todo esto. Por eso sabe vivir como amiga con De Gery, otorgarle aquella franqueza que tanto gusta á los hombres honrados, ser su confidenta en los sueños aquellos de que es Felicia objeto, y por último, amarle, aceptar su amor que vivió siempre latente y escondido, que se les impuso, y que ella confiesa sin remilgos, como deben decirse esas cosas cuando se sienten con verdad, tan perfectamente natural y con aquel mismo rubor hermoso con que Agata contesta á Daniel en *El beso de la condesa Sabina*.

La cojita de *Fromont jeune et Risler ainê*, es digna pareja de Alicia. ¡Qué suavidad de contornos en esa figura, qué luz simpática pero triste, con la tristeza de la fatalidad física que allí se impone y de la desgracia social que allí pesa, irradia de aquel cuerpecito que encierra un algo hermoso, dulce, enamorado; que es en la novela de Sidonia, como el reflejo rosado de la aurora en un horizonte manchado de nubes sobre el que luce aún otro resplandor simpático, la mirada sencilla, inexperta de Franz, el hermano de Risler, que enérgico en todo, no tuvo ¡ah! la energía de terminar dignamente su conversación con su cuñada: *no la mató!* La muerte de aquella pobre cojita,—modelo precioso de esta otra niña desgraciada que Zahonero ha dibujado con tanto *amore* en su última novela,—os apena terriblemente; parece que muere el único rayo de luz que atraviesa aquellas páginas dolorosas. ¡Quedará tan sólo el dolor trágico de Risler y el cinismo de Sidonia, sobre el que pesa, como un grito bíblico, la maldición profética, desesperada de Planus!

Hay otro libro de Daudet, *Jack*, que tiene mucho de epopeya. Es grande, inmenso, complicado como la existencia social; tiene cantos episódicos que palpitan de vida, derroche de color, de estudio, de nota local, de realidad en fin. Es la novela de Daudet que más se asemeja á las de Zola. Como las del autor de *Nana*, es aquella un libro de ironía, de quejidos, de desgracia, de penas; y el escenario se ofrece grande, magnífico, comprendiendo en sí el modo de vivir de miles de individuos, de varios grupos sociales, de infinitas direcciones de la actividad humana. En medio de aquel pasar contínuo de gentes y lugares, cada cual en su faena, siguiendo su camino, moviéndose en su esfera, sujetos al medio social en que nacieron, avanza la existencia dolorosa, triste, de aquel niño cuya mayor desgracia fué tener por madre á una mujer de imaginación impresionable, sin voluntad propia, á merced de aquel egoísta de D'Argenton que no sé por qué me parece hijo, pero muy aprovechado, de Delobelle el cómico. Hay un momento en que Jack cree haber encontrado algo de la felicidad, que se le ofrece en la figura preciosa, simpática, de aquella niña, —tan desdichada como él,—en la que deposita todo su amor. Otra que puede formar al lado de la cojita de *Fromont y Risler*. ¡Tú, honradísimo doctor de *Jack*, que no sabías reñir sino con tu caballo á cuenta de ceder siempre á los caprichos de tu irracional compañero; tú también viste como la pobre niña, como el infeliz Jack, como todos los que leemos la novela del hijo de Ida, que se abría un horizonte de color de rosa para aquellos dos seres, desheredados de la vida, que nacieron sin duda el uno para el otro sirviéndose de apoyo mútuo! Sobre la tumba de Jack, que es la tumba de una víctima del egoísmo y de la debilidad de los otros, flota, pálida y amorosa, la figura blanca, etérea de Cecilia, sonriente con la sonrisa forzada, tranquila del dolor que se padece con resignación.

¡Cuán distinta aquella Ida de Barancy, criatura desdichadísima, huérfana y sin bienes de educación ni de voluntad, ligera, impresionable, buenaza por lo mismo que no sabe decidirse, y á virtud de esto mismo llevando el mal allá donde quisiera llevar el bien, por pura debilidad, pereza del espíritu que no sabe ni se decide á romper los hierros que le sujetan, y que se contenta de buenos propósitos, prohijados y no puestos en hecho, con aquella ligereza que es la nota más parisién de Ida!

Por las páginas, frescas, jóvenes de *Le Petit Chose*, vaga también un algo que no tiene cuerpo, que es como la niebla ideal de los sueños, como las imágenes que forman y amasan en la región del aire las imaginaciones plásticas, soñadoras del Mediodía. Son los *ojos negros*, esa primera ilusión de todo hombre que tiende por inclinación sentimental á lo pobre, lo desgraciado, lo que padece, lo que necesita apoyo; y más aún, si él también está solo, débil, falto de una mano amiga, como lo estaba Daniel en el colegio tétrico, severo, que cerraban las llaves burlonas del señor Viot. Si Daniel Eyssette se enamora luégo de la hija de Pierrotte, es porque, cubriendo todas las imperfecciones, todas las vulgaridades de Camila, brilla aquella luz que parece venir de lo hondo, del alma, de lo más último del abismo de ternura de *los ojos negros*.

Felicia Ruys, la artista del *Nabab*, es otra de

LA VIDA ARTÍSTICA: EL ÚLTIMO GRITO

las mujeres de Daudet que más atención merece y sin duda uno de los tipos mejor trazados. No se la comprende así de buenas á primeras; hay que ahondar algo, que leer entre líneas para sentir conmiseración por aquella mujer, víctima del desengaño, herida del escepticismo, rotas sus alas al golpe rudo, brutal, recibido apenas hizo su entrada en la vida. Felicia no es delincuente; tiene á su favor mil circunstancias atenuantes; y si hubiera muerto á Jenkins, de juro que ninguno de nuestros modernos jueces,—que ya van entendiendo algo de psicologías,—echaría sobre su conciencia jurídica el castigo de la artista. ¡Oh, de ningún modo! El fondo perenne de asco y tristeza, de *spleen* y desengaño,—exagerado sin duda por su imaginación no muy saneada en el conocimiento de la vida real, que para Felicia es, casi sin excepción, la vida de *cochon et compagnie*, que dice la criada de *Pot-Bouille*,—es para la amiga de Alicia el infierno más atroz, la herida más dolorosa que basta á marchitar todo lo bello, lo bueno, lo salvador que pueda atravesarse en su existencia. Felicia no cree apenas en lo bueno porque apenas también si lo ha visto; toda su educación de niña le lleva á este prejuicio, muy subjetivo. Por un instante unido al carácter franco, honrado de De Gery, cree que ha de salvarse de su esclavitud de aburrimiento y de su obsesión del mal, y aquella ilusión se desvanece, se le va de entre las manos, ahuyentada por aquella existencia despreocupada que ella misma se crea por aquel carácter raro, oscuro, que da miedo á *Minerva*, mote de taller, de artista, que Felicia puso á De Gery. Y sin duda alguna, la ilusión halagüeña de aquel amor perdido, que la echa una vez más en el fango, había de ser en la vida de Felicia acicate del dolor, pena honda y profunda que solo sabía acallar ahogándola en cieno.

A pesar de *Mamita*, Felicia resplandece simpática con la simpatía que infunde la desdicha, en el gran cuadro humanitario y social que retrata la injusticia, *la mayor injusticia que París ha cometido desde que es París*.

También entiende Daudet como son las madres. Ahí está esa reina de Iliria de *Los Reyes en el destierro*, que levanta su talla de heroína sobre la ruindad miserable del rey Cristian; siendo lo más noble, lo más sobresaliente de aquella sátira hermosa, discreta, rica en alusiones y en verdad...

(Se continuará.) RAFAEL ALTAMIRA.

LAS BELLAS ARTES EN ITALIA: BAILE DE BODAS (Cuadro de Egisto Lancerotto)

LAS BELLAS ARTES EN ITALIA: LAS LAVANDERAS (Cuadro de Aquiles Formis)

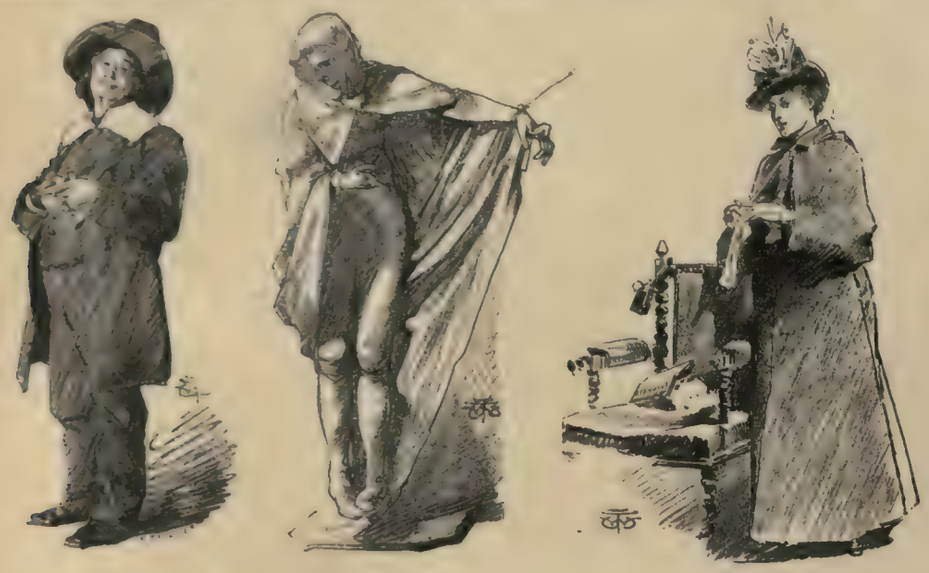
EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

CERTAMEN TRIENAL.—MAYO, 1887

IV

Lizcano ofrece un lienzo original de asunto y acertado de ejecución que titula *Cervantes y sus modelos*. En realidad no puede incluirse este lienzo en el número de los cuadros históricos, aunque las figuras en él agrupadas visten trajes de hace dos siglos, pero por esta razón no debe tampoco ser considerado como cuadro de costumbres. Es una composición fantástica que representa al ingenioso autor del Quijote, sentado en el patio de la posada de *La Sangre*, de Toledo, donde según la tradición escribió algunas de sus novelas ejemplares, en actitud meditabunda y contemplativa cual si delante de sus ojos desfilara aquella cohorte numerosa de personajes por él imaginados, y que el capricho del pintor ha esparcido en su torno en numerosos grupos. Es cuadro notable principalmente por su entonación; de dibujo no está á la misma altura.

A los sesenta años, por Masriera, representa una mujer anciana, llena de expresión y verdad. Es una de las notas más justas de color que



LA VIDA ARTÍSTICA

Cabeza de puritano.—De utilidad general.

Venus.—Cupido

hay en esta exposición. El dibujo excelente y el fondo originalísimo, venciendo no pocas dificultades de entonación con aquellas manchas de luz que proyectan en el suelo los rayos del sol atravesando los tupidas hojas de los árboles.

De este mismo pintor hay otros dos cuadros no menos estimables: *Una bacante*, de buen dibujo y fina de color, aunque de encarnación demasiado rosada y *Locura*, sentida imagen de mujer enlutada con un ramo de siemprevivas que destaca muy briosamente.

Ya volverá, por Llimona y Bruguera, es una composición originalísima que impresiona por el notable efecto de luz del fondo que representa una bahía cuyas tranquilas aguas brillan con argentinos reflejos.

Un viejo solteron, por Jiménez, es un cuadro precioso dibujado primorosamente; tiene detalles finísimos como las coles de la huerta, de ejecución minuciosa y prolija y ricas de color. Las figuras están igualmente cuidadas y expresan la intención epigramática que ha querido comunicarlas el artista.

Los santos sin hogar, por Alcázar Ruiz, aunque incorrecto en el dibujo es un cuadro notable por la mancha de color, que es justa y razonada.

Costumbres valencianas, por Gasch, ofrece un fondo de luz agradable y bien entonada; la composición feliz y las figuras dibujadas con delicadeza y corrección.

No abundan en esta exposición los cuadros de costumbres militares puestos tan en boga por los famosos franceses Detaille y Neuville, pero en este género tan adecuado para expresar una manifestación muy brillante y animada de la vida moderna, merece mencionarse á Esteban á Cusachs y á Barrio.

El primero presenta un lienzo grande que titula *África (1860)* y que ofrece el panorama de la batalla de Tetuán. Es de efecto agradable; las figuras que son muchas están primorosamente dibujadas y el paisaje tiene mucha verdad.

Cusachs concurre por vez primera á certamen y con sólo dos cuadritos logra llamar muy poderosamente la atención. El primero es *Un vivac*. En el centro de un bosque de pinos un cuerpo de ejército hace alto. Los oficiales de alta graduación sentados conferencian sobre las operaciones; más allá se ven las masas de soldados de artillería y de infantería que descansan de las fatigas de la marcha. El paisaje revela inexperiencia, pero en las figuras no se sabe que admirar más, si los conocimientos técnicos militares con que están colocados ó su dibujo correcto y elegante y su finísima entonación. *En el campo de maniobras* es un lienzo que denota las mismas condiciones excelentes que el anterior para este género de pintura.

Barrio ofrece un lindo cuadrito, *El toque de avance*. En un bosque de álamos una brigada de artillería se dispone á extender sus maniobras. Las figuras están bien dibujadas, el país es agradable y el color está manejado con finura, resultando simpático y delicado.

En error señaladísimo incurren los que imaginan que es la pintura de paisaje por su apariencia de producción de carácter objetivo, fácil y expedita concretándose á la habilidad más paciente que inspirada de interpretar la naturaleza con fidelidad. Pero en manera alguna cede que el artista con sistemática sujeción exclusivamente se limite á reflejar el paisaje que tiene por modelo con la precisa y automática sinceridad de la cámara de fotografía.

Por esto ha dicho muy oportunamente un ilustrado crítico que: «El aislamiento en que el paisajista se nos presenta, la obligación que contrae de darnos la traducción exacta de las sensaciones que ha experimentado y del acto de razón que ellas determinan, constituyen la inmensa dificultad del paisaje, que sólo tratan con fortuna organizaciones privilegiadas.»

Dedúcese de todo esto que el género es precisamente todo lo contrario de lo que á primera vista aparenta, y que para sobresalir en él, acaso necesita el artista más subjetivismo y mayor esfuerzo de personalidad que en ningún otro; no sin propósito insistimos en esta profunda cuanto exacta observación.

Muchos años hace que entre nosotros goza de merecidísima reputación un maestro eximio que supo á maravilla interpretar la naturaleza, trasladándolo al lienzo no con fría exactitud fototípica sino con inspirado y personal sentimiento. Nadie podrá negar á D. Carlos de Haes la gloria de haber elevado á la categoría de escuela razonada los tanteos pocas veces felices de Camaron y Villamil; pero su poderosa personalidad artística ha llegado á pesar é imponerse sobre sus discípulos de tal modo, que pocos de ellos han podido desligarse de los procedimientos del maestro, abjurando toda personalidad y dejándose arrastrar por la cómoda pero fatal pendiente de las prácticas por receta y de los sistemáticos amaneramientos. Por todas estas razones, sin duda, en esta exposición no son los paisajistas de Madrid los que más sobresalen; llévanles notable ventaja los de Cataluña y Valencia.

Entre dos luces, de Urgel, es un reto á la dificultad de producir perspectiva en una línea horizontal. El cuadro está casi dividido en dos mitades; la superior, cielo; tierra la inferior; la recta que entre ambas se produce sólo está interrumpida por un esbelto contorno de mujer; el efecto resulta maravilloso. Aquella horizontal se dilata lejos, muy lejos, hasta donde una ráfaga luminosa señala en el horizonte los postreros albores de una tarde pesada y nebulosa.

Al oscurecer, por Solas, tiene entonaciones salientes y está con poesía interpretado el cárdeno fulgurar del crepúsculo.

Fuente de Montjuich, por Rusiñol, es de una admirable precisión casi fotográfica y muy bien de color. No es, sin embargo, una reproducción minuciosa del natural desprovista de sentimiento. Por el contrario, hay en este paisaje un melancólico abandono que refleja la impresión personal del artista al contemplarle.

Orillas del Guadalquivir, por García Rodríguez, es un paisaje muy agradable de luz, si bien ésta más parece propia de Holanda ó Bélgica que de la meridional Andalucía. El cielo está brumoso, los términos envueltos en opaci-

dades grises y los contornos muy fundados y empastados. Las aguas tienen transparencia, y los troncos de los álamos de la izquierda ofrecen frescas entonaciones. Los primeros términos están descuidados, y algunas de las casas lejanas tocadas con más vigor del que les correspondiera por la distancia que figuran. Aparte de estos ligeros defectos la tonalidad del conjunto es encantadora.

Son además dignos de mención dos paisajes, por Marín Baldo, muy llenos de luz y pintados con frescura, aunque con alguna monotonía; *El Llobregat en otoño*, por Rabadá, muy fino de color; *Laguna al rededor del Lincio*, por Cabanzon, en que la naturaleza aparece bien interpretada y los reflejos del agua reproducidos con fidelidad; *Alcudia* y *Puerto Pollensa*, paisajes por O'Neille y Rosiñol, bien de luz aunque con excesiva minuciosidad ejecutados; otros dos países por Franco y Cordero de entonaciones suaves y muy frescas; *Montesclaros*, por Sainz, muy fino y admirablemente interpretada la luz del sol que hiere de soslayo; *Estudio de calle*, por Silvela, tabla fina de color y de buena perspectiva aunque algo nimia de ejecución; *La niebla en el Tíber*, caprichosa impresión de luz con notas muy acertadas, por Espina; *Arroyo en la Casa de Campo* y en la Moncloa, por Lhardy. Por último, Teixidor expone un lindísimo lienzo, verdadera maravilla de entonación y de color. Representa la *Plaza de Palacio* (Barcelona) y el efecto de lluvia no puede estar mejor interpretado; los reflejos del agua, la brumosa humedad que flota en la atmósfera y la envuelve, y los términos de la perspectiva, muy razonados y entendidos, hacen de este cuadro una valiosa joya. Y Laforet presenta la *Puerta del Sol en Toledo* de prolija y minuciosa ejecución y acertado de luz y de color.

Hay en esta exposición multitud de marinas, algunas de mérito relevante y que acusan un verdadero progreso en esta pintura tan difícil, sobresaliendo en él los artistas que moran en nuestras risueñas costas de levante y á diario observan las alteraciones del diáfano y transparente Mediterráneo.

Presenta Yuste el *Puerto de Vinaroz*, efecto maravilloso, lleno de verdad; el agua, el cielo y las casas ofrecen la luz y la tonalidad que les corresponde; el color es fino, delicado, transparente, y el dibujo correcto.

Meifren se ha revelado como artista de grandes y excepcionales condiciones para el cultivo de este género. *¡Tarde!* y *Mal tiempo*, expresan con fidelidad el pavoroso hervir del oleaje y el violento empuje de la ola, gruesa como líquido ariete, ruda y destructora. Las entonaciones azules y verdosas están bien entendidas, y admirablemente esparcidos los reflejos de la luz que contribuyen á dar á aquellas masas transparencia y verdad En ambos cuadros el artista ha acometido valerosamente enormes dificultades de muchas de las que ha salido victorioso.

Puerto, ofrece una admirable perspectiva. Cada término tiene su valor expresado con fidelidad; en primer término un malecón inmenso que ocupa gran parte del lienzo y sobre él, dilatándose en extensión prolongadísima, la planicie dilatada de sus muelles hasta perderse en lejanías envueltas en bruma las torres y edificios de populosa ciudad; á la izquierda el mar, con serenidad imponente y tranquila, cierra el horizonte y confunde sus líneas azuladas y grises con las plomizas entonaciones del cielo.

LA VIDA ARTÍSTICA: BUENAS NOTICIAS

Entre dos luces, es un lindo paisaje lleno de reposo y poesía. La tarde cae, y sobre el oriente oscurecido el disco de la luna se levanta sereno y claro y refleja una plateada arista sobre la ola que se quiebra mansa y espumosa en la arena de la playa.

Los restos de naufragio, de Ruiz Luna, están pintados con verdad admirable. La luz del fondo es traslado fidelísimo; la ola que se dobla verdosa y transparente y en blanca espuma se parte, tiene movimiento, y los reflejos y transparencias de los primeros términos tienen un vigor extraordinario y acusan observación profunda y rápida y acertada ejecución.

En alta mar, por Abril y Blasco, ofrece un movido oleaje y una entonación subida que interpreta el natural á maravilla; está ejecutada esta marina con mucho brío y atrevimiento.

También son muy estimables los lienzos que de este mismo género han presentado Morera, Martínez Abades, Lleonart Campuzano y Muriel.

Cuadros de género, en la acepción en que los franceses emplean este nombre, es decir, cuadros cuyo asunto no es de historia ni de paisaje, como retratos, representación de animales, utensilios de cocina, flores, frutos, etc., etc., algunos de mérito no escaso registra la exposición presente.

Merece ante todo citarse el admirable lienzo de Jiménez y Fernández, *En el establo*. Aquellos corderos de tamaño natural están correctamente dibujados y llenos de movimiento, vida y expresión. En este género tan difícil, que requiere una incesante observación del modelo, nadie, seguramente, aventaja entre nosotros á este pintor distinguidísimo.

Una señorita, D.ª Fernanda Francés, presenta dos cuadritos de *Ostras* y *langostinos* con tanta verdad y delicadeza pintados, que el más descontentadizo *gourmet* se sentiría atraído por ellos. D. Sebastián Gessa ha pintado un hermoso racimo de uvas que titula *Recuerdo de Sax*, con el que podría repetirse el caso que refiere la tradición ocurrida con aquella pintura del antiguo artista Parrasio que con tanta verdad retrató unas uvas que los pajarillos acudían á picarlas. Son también recomendables los dos cuadros de la señorita D.ª María Luisa de la Riva, *Flores y frutas* y *Puesto de flores*.

R. Blanco Asenjo.

LECTURAS

BAUDELAIRE

I

Hace pocos días publicaba la *Revue des Deux Mondes* un artículo de uno de sus críticos de guardia, M. Brunétière, con el exclusivo y poco cristiano propósito de arrojar cieno y más cieno sobre la memoria de un poeta que ha influído mucho en la actual literatura francesa, y que tiene multitud de sectarios y hasta podría decirse de adoradores. La diatriba, pues tal era, del crítico francés me hizo sentir ese especial disgusto que causa en el alma de quien seriamente ama el arte la injusticia de un censor que se ceba en la fama de un poeta á quien se deben momentos de solaz, ó alguna visión nueva de lo bello, ó sugestiones para ideas ó sentimientos, ó cambios fecundos del ánimo.

Ya estaba yo acostumbrado á experimentar esta clase de emociones con la lectura de este crítico ilustrado que cuando habla de los contemporáneos casi siempre parece que se complace en enseñar un mezquino corazón. Que Brunétière tiene algún talento, es indudable; que ha leído mucho, también; que su análisis no siempre es superficial y á veces se distingue por lo sutil, no cabe negarlo, pero pocas veces deja de ser antipático por las causas que defiende, ó mejor, por los enemigos á quien ataca, y sobre todo por las armas y la táctica que para atacarlos emplea. Brunétière es uno de esos escritores franceses (hay varios) que se diría que se complace en una especie de coquetería maligna para hacerse aborrecer en cuanto critica; él combate á Carlos Baudelaire principalmente por su inspiración diabólica, por sus famosas *Flores del mal*, pero á él se le podría combatir por la vena mefistofelica que le asiste cuando apura los recursos de su erudición, de su estilo

ENTIERRO DE SANTA LEOCADIA (Cuadro de D.

Plá y Gallardo, tercera medalla.—Dibujo de Punsoda

y de su dialéctica para demostrar que Zola es poca cosa, Víctor Hugo un viejo verde indigno de tanta fama y Baudelaire un pobre diablo bueno para pasmar en la feria literaria á los incautos burgueses que se creen maliciosos y leen libros nuevos. Conviene insistir en el carácter del ya afamado crítico de la *Revista de Ambos Mundos*, porque su crédito va siendo grande, el lugar desde que escribe es eminente y su voto es repetido como un eco en muchas partes; v. gr. en las lucubraciones literarias de nuestro famoso Cánovas del Castillo, oráculo á su vez de media España cuasi-pensante. Cánovas, cuando habla de literatura francesa, y habla á menudo, repite las opiniones y los argumentos, echándolos á perder un poco con el acento andaluz, de M. Brunétière y de M. Cherbuliez (Valbert) que le pagan esta deferencia alabándole de tarde en tarde en la revista de más circulación de Francia.

Brunétière influye, además, en muchos escritores franceses de tercer orden que á su vez influyen en varios corresponsales (del orden más humilde que podemos figurarnos) que mantienen en París algunas publicaciones españolas populares. La mayor parte de las tonterías y de las injusticias y cavilosidades que se han escrito en España contra el naturalismo, se remontan, por tres ó más derivaciones, á los apasionados ataques que Brunétière y Valbert dirigieron á Zola y á su escuela. Esto se sabe cuando se sigue con atención é interés el movimiento actual de nuestra literatura llegando á pormenores que las más de las veces los críticos solo creen dignos de ser estudiados en los tiempos remotos, es decir, en tiempos en que poco se puede saber de seguro respecto á pormenores.

Brunétière es uno de los capitanes de cierto *prudentismo* literario (y pase la palabra, que es exacta) que seduce á muchos espíritus delicados y sinceros, pero poco enérgicos, y que merced á cierta hipocresía innata, en algunos inconsciente, causa graves daños al progreso del arte. Este prudentismo que en Francia ha hecho ya estragos, también ha entrado en España y combinándose con otras preocupaciones nacionales nos amenaza á nosotros con grandes sequías de ingenio.

Hay muchos aficionados á las letras que viven en constante recelo temerosos de tomar gato por liebre, dispuestos á contener los impulsos del propio entusiasmo en cuanto alguien les advierte de que no es oro todo lo que reluce. Yo confieso que esta clase de lectores me son profundamente antipáticos, aunque no tanto como la ralea de críticos que les sonsacan y escandalizan. Arrojar del templo de la fama á quien no merece ocupar en él un mal rincón siquiera, es santa empresa, pero regatearle gloria á quien la tiene legítima, escatimar aplausos al gran ingenio, me parece trabajo improductivo y contrario á la hermosa y grande caridad del arte. «¡Eh, no admiréis á fulano que es un majadero, como lo pruebo!» esto lo comprendo y lo aplaudo, pero esto otro «¡Eh, no admiréis tanto á Víctor Hugo que tiene sus defectos; no os enamoréis del sol que tiene manchas!» esto no me lo explico. En estos amigos de matar el entusiasmo y en estos sectarios del *prudentismo* suele obrar la envidia, en los que toman la iniciativa sobre todo; pero también influye mucho el miedo al ridículo, el terror de encontrarse admirando como el mísero vulgo lo que no merece tanta admiración. El afán de no ser uno de tantos, de no confundirse con el populacho literario obliga á muchos á ser reservados en materia de alabanzas y gustos, y tal lector habrá que habiendo leído á Baudelaire y habiéndole encontrado gran originalidad y fuerza, ahora, advertido por Brunétière le desprecie y le llame farsante.

Porque nada menos que eso se propone el crítico de la *Revista de Ambos Mundos;* llega á decir del poeta que es un pobre diablo que ha escrito muy pocos versos regulares y que no ha dejado nada nuevo á no ser una pintura exacta de las emociones que despierta el sentido del olfato, el menos espiritual de los sentidos. A Dios gracias, en esta ocasión Brunétière exagera tanto su antipática severidad para el ingenio reconocido que la malicia del intento se hace transparente y el peligro de la injusticia disminuye. Su parcialidad se ve bien claramente cuando dice que Baudelaire escribió artículos de crítica pictórica como cualquier otro, ni mejor ni peor que otro crítico cualquiera. Eso vale tanto suponer que los *Salones* los escriben lo mismo todos los críticos y áun los que no lo son; según eso tanto valen los *Salones* del gran estético de la Enciclopedia como los articulillos de Wolff, el del Fígaro; Eugenio Veron vale tanto como Taine... Pero dejo esto.

La crítica debe defender á todos los escritores buenos á quien se pretende negar la condición de tales, aunque se trate de aquellos por los que no se siente el mayor entusiasmo. Aún puede añadirse que en este último caso se da más pruebas de amor á la justicia y de entender los deberes de la misma crítica. Salir á romper lanzas por las doctrinas y por los autores predilectos no tiene gran mérito; con ello se obedece á impulsos que pueden ser hasta irresistibles. Yo no tengo á Baudelaire por un poeta de primer orden; ni su estilo, ni sus ideas, ni la estructura de sus versos siquiera me son simpáticos, en el sentido exacto de la palabra, pero veo su mérito, reconozco los títulos que puede alegar para defender el puesto que ha conquistado en el Parnaso moderno francés y solo por esto me decido á escribir, con ocasión del artículo de Brunétière, estas impresiones de una segunda lectura de las *Flores del mal*, obra que principalmente cita el crítico y que es la más importante del poeta. Sí, he vuelto á leer las *Flores del mal*, no con frialdad impasible (que así no se lee á los poetas) pero sin preocupación favorable, seguro, por las circunstancias de ser imparcial; y para mejor lograr mi intento de obedecer solo á mis emociones y á mi juicio propio, espontáneo, he prescindido de cuanto he leído acerca de Baudelaire, y para nada me acuerdo, v. gr. del estudio de Gautier ni del muy notable de Paul Bourget, que recomiendo á mis lectores.

(Se continuará.) CLARIN.

LA TARDE

EN VERANO

DE ESTRELLAS ARRIBA

Contemplando estaba el excelso patrón de Madrid como los hijos de la alegre villa y corte celebraban su romería, y tanto le agradaba aquel pintoresco espectáculo, aquel movimiento de carruajes, el incesante ir y venir de gentes y la bulliciosa algazara que armaban los vendedores de su veneranda efigie y de las tradicionales rosquillas, que á ser débil mortal, la emoción que le embargaba, más de una vez hubiera arrasado de lágrimas sus piadosos ojos; pero los santos están exentos de penas y el preclaro labrador en vez de llorar, manifestaba su gratitud sonriendo con inefable bondad. A través de las diamantinas esferas donde se recogen los astros y se oculta el sol, seguía admirando con sin igual atención, los obsequios que le tributaban los hijos de Madrid.

—¡Cómo me recuerdan! —pensaba.—Es altamente conmovedor ver desde lo alto como nos veneran en la tierra... En tanto estuve entre ellos, ¡qué olvidado me tuvieron! Solito araba en esa pradera; mis bueyes eran mis únicos compañeros; mis tristezas y desdichas jamás tuvieron consuelo alguno... Pero Dios es justo, y en cambio de aquella vida oscura é ignorada me otorgó los esplendores de la inmortalidad, y aquí habito entre coros de arcángeles y serafines, entre vírgenes y mártires que con la luz de su gracia alimentan las estrellas que iluminan el mundo. ¡Eso es vivir, porque aquí el tiempo no se mide por horas, sino que se acorta disfrutando de las delicias reservadas sólo para galardón de los escogidos!...

Así discurría, cuando un varón de simpática presencia vino á distraerle de sus agradables cabildeos.

—¿Conque hoy estás de turno en la tierra?—le preguntó.

—Sí; y por cierto que quedo muy agradecido á las demostraciones de aprecio que me dispensan los madrileños,—le contestó.

—Es natural que te obsequien; por algo eres su patrón.

—Pero el tiempo... ¿comprendes? acaba con las tradiciones.

—Eso sucede cuando se trata de santos menos populares que nosotros dos; tú y yo seremos siempre patronos predilectos y queridos; ¿no ves que traemos fiesta?

—Voluntaria, no de precepto.

—Por eso tiene más fuerza.

—Tú tienes mucho partido; ¿recogerás infinitas oraciones?

—Regular; lo que recojo son innumerables promesas. Los retablos que diariamente me presentan no los puedes tú calcular; ¿cirios? á millares; ¿azucenas? cuántas producen los jardines; ¿trenzas? más pelo me han ofrecido, que no guarda un almacén de peluquero; ¿vestiditos de raso bordados de oro para el Niño? á cientos; ¿coronas de oro, plata y piedras preciosas? he perdido ya la cuenta; hasta unas andas de oro me han prometido; soy yo muy afortunado.

—¿Y te cumplen cuanto te prometen?

—Si otorgo lo que me piden, claro está que sí.

—Y, ¿qué te piden, Antonio?

—Cuando tanto me ofrecen, ¿qué quieres que me pidan?... novio.

—¿Y tú se lo concedes?

El de Padua titubea un momento antes de contestar; luégo con breve resolución:

—Cuando conviene, claro está que sí,—contestó.

—¿Dónde tienes más devotas?

—En España.

—Ni que fueras tú de la tierra.

—¿Eso qué importa? La que más y que menos, me cree más español que una pandereta.

—Tu negociado es bueno, pero de mucho compromiso y responsabilidad. Yo no le hubiera aceptado nunca.

—Pues, ¿no habías de aceptarlo, hermano? Que dijera eso el de Gonzaga, menos mal; pero á tí que presides la romería más bulliciosa que se conoce en España, no te está bien el decirlo. No es propio de seres celestiales andarnos con hipocresías.

—Claro está,—interrumpió un gallardo mancebo que al acaso acertaba á pasar junto á los dos contendientes.— De los santos que gozan popularidad en la tierra vosotros sois los que representáis la alegría y el buen humor. Cada uno de nosotros tiene una virtud especial para obrar prodigios, pero no es propio de varones justos hacer alardes de vanidad.

—Y tú, ¿qué prodigios obras?—le preguntó desdeñosamente el patrón de Madrid.

—Eso es, ¿quién te conoce en el mundo?—objetó el de Padua.

—¿Qué quién me conoce? ¿qué prodigios obro?—contestó el aludido.—Pues á fe que me maravilla vuestra ignorancia. Yo no presido romerías, ni verbenas, ni doy novio á las niñas, pero poseo manantiales que son fuentes de vida y de salud; yo alivio toda suerte de dolencias y sirvo por algo más que para divertir á la gente. ¿Vichy? ¿qué son sus ponderados manantiales comparados con los míos? ¡Aguas de charco! ni más ni menos.

—Date tono, Hilario, date tono, y háblanos luégo de vanidades,—repuso San Isidro.

EN MISA.—VENDEDOR DE LA RIBERA DE ZUCCA (Acuarelas de Luis Passini)

Dibujo oriental en blanco y oro sobre fondo carmesí

Vaso de Auldjo

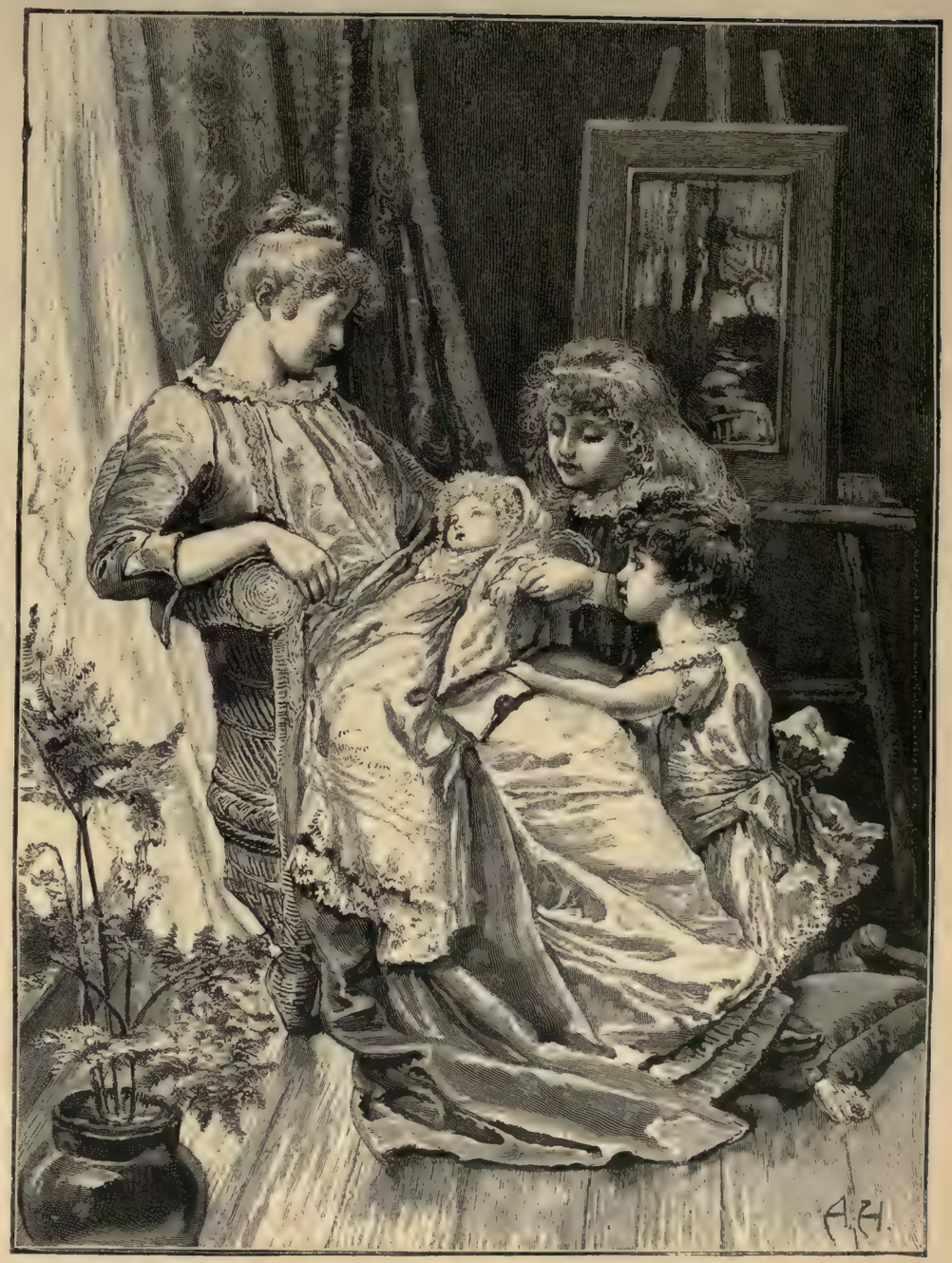
Dibujo chino

Plantas blancas sobre fondo azul

Camafeo blanco sobre fondo opaco oscuro

MODELOS DE CAMAFEOS

«CUANDO YO ERA NIÑO...»



EL NUEVO BEBÉ

—Yo no le atiendo,—añadió Antonio.

—¿Y por qué no le atiendes? — le preguntó una agraciada doncella tomando parte en el interesante palique.

—¿Por qué he de atenderle? Vaya un mérito salirnos con los prodigios que obran sus manantiales.

—Que son maravillosos,—afirmó la Santa.—Posible es que desdeñéis también los míos; pero yo os aseguro que no cambiaría su fama ni por la de tu verbena, ni por la de la romería de Isidro. A mí no se me conoce sólo en Madrid; mi fama es casi universal y de ambos mundos acuden á mi balneario.

—Miren que bien se explica Agueda,—exclamó sin dejarla acabar, un mancebo cuyo garbo y donaire revelaban su origen andaluz,—Quien os oyera á tí y á Hilario os creería los seres más alabados, y al fin, es preciso convenir en que gozarías de una popularidad anfibia; y el agua, no lo dudéis, es buena, pero no lo mejor que da la tierra; es preferible el vino, y el más rico y deleitoso le doy yo. La manzanilla de mi tierra es lo único que echo de menos aquí arriba, porque no hay néctar que tenga su ambrosía, ni líquido alguno que tenga su aroma delicado y su color de topacio fino; sino se me alcanza como el Padre Santo no ha ordenado que se use para la consagración.

Guardaron silencio breves momentos, cuando un varón de majestuosa presencia golpeó suavemente en el hombro del último que acababa de hablar, diciéndole:

—Lúcar, parece que no se te quita la nostalgia de la tierra; merecerías que el Señor te devolviera á ella.

—Hablaban Agueda é Hilario de sus aguas y recordé yo mi vino y me puse triste, pero ya pasó.

—¿Y Antonio de qué hablaba?

—De sus verbenas y de los casamientos que arregla.

—Empezó Isidro hablando de sus romerías, —repuso el de Pádua.

—Vaya un palique mundano,—exclamó el recién llegado.—¿Y así empleáis el tiempo? ¿No estaría más conforme que alabarais á Dios? Bueno fuera que diéramos en recordar lo que en la tierra somos y podemos. Aquí vendría Lorenzo recordándonos que es el sepulturero regio, y serían de oir las historias que podría contarnos desde Felipe II á Alfonso XII. Aquí Juan echaría su párrafo explicándonos por qué le llaman de Luz, y por qué de las Abadesas, y Jerónimo podría referirnos lo que alcanza á ver desde las cumbres de Montserrat, donde su vista abarca del Cabo de Crens á las Baleares. En España el que más y el que menos, todos tenemos privilegios, pero es sobrado atrevimiento hacer gala de nuestros méritos, cuando la humildad es la principal virtud que de nosotros se reclama. A no ser así, ¿quién como yo podría ufanarse de la fama que en la tierra goza? ¿Qué son los jardines de Versalles comparados con los míos? ¿Dónde se reune una sociedad tan ilustre como la que en los veranos acude á mi real sitio? Yo me rozo solamente con gentes muy elevadas é infatigables para divertirse. En mis jardines, ¡cuántas fiestas se improvisan; cuántas intriguillas se conciertan; qué de sabrosas fábulas se comentan! ¿Dónde podría formarse un *corro grande* como el que se reune á la sombra de mi delicioso arbolado? ¡Qué *corro* aquél, válgame Dios! Si los pajarillos recogieran las palabras que en él se pierden, y entre arrullos y gorjeos nos las subieran á contar, vaya, que con ser tan santos como somos, capaces seríamos de perder nuestra serenidad.

—¿Y tú las sabes?—le preguntó Antonio.

—Cuéntanos algo,—clamaron todos.

—Que no puedo,—repuso el noble santo.

—Decididamente eres tú de los más afortunados de entre nosotros, Ildefonso,—dijo Isidro, —pero no estaría de más que por precaución á lo menos, velaras alguna de las estatuas que adornan tus ponderados jardines.

—No mirarlas,—contestó sentenciosamente el que fué en vida arzobispo de Toledo.

La conversación fué animándose, y cuando había subido algunos grados en calor y color, con paso resuelto y elegante, desembarazado, llegó al corro un arrogante mocetón. Espléndida aureola circundaba su hermosa frente, y su holgado manto de anchas tablas rojas y gualdas que llevaba terciado con mucho garbo, mostraba embozo tricolor.

Al verle sus hermanos no pudieron reprimir un movimiento de sorpresa y disgusto.

—¡Él!—clamaron todos muy quedo.

—Yo,—objetó el recién llegado con afable buen humor.—¿Por qué me miráis tan despavoridos? ¿Es que os sentís tamañitos á mi lado?

—Nada tengo que envidiarte,—le contestó secamente Ildefonso.

—Ni yo,—repuso Antonio.

—Yo estoy contenta con mi suerte,—repuso Agueda.

—No cambio por la tuya mi fama,—afirmó Lúcar.

—Nadie me destrona de mi alto sitial,—dijo á su vez Isidro.—Soy y seré siempre el patrón de la corte de España.

—¿Y tú, Hilario, no dices nada?—le preguntó el del manto.

—¿Por qué, si á tí nadie te puede convencer? —le contestó.

—¿Y por qué me habéis de convencer si en España soy yo árbitro de todas las voluntades y de todos los corazones? Hoy han sentido un poco de calor y ya me han aclamado con delirio. De vosotros ¿quién se ha acordado? Vamos á ver preguntadles: ¿á qué santo queréis más; cuál es el que tiene más partido y está más de moda?

San Ildefonso no contestó, volvió la espalda y con paso majestuoso fuese á su espléndido sitial.

Lo mismo hicieron sus hermanos.

El guapetón compañero que acababa de interrogarles, sonriendo les vió desfilar. Cerró la noche; las nubes de oro y grana se disolvían en el éter; y las estrellas que, como á divinos luminares temblaban entre las azules gasas que fluctúan en el firmamento, escribían en el movimiento de sus caprichosos giros, un nombre, que no se cansaban de apuntar:

San Sebastián.

ANTONIA OPISSO.

EL BIEN PERDIDO

Si no comprende mi dolor el mundo
ni ya me restan esperanzas hoy
¿de qué me sirven los recuerdos tuyos
si ves que ya me voy?

—

Ni esa mirada que en tus ojos brota
como sombra que brota en el espejo
en esta desventura ya me importa
pues ya de tí me alejo.

—

Si un recuerdo ha borrado otros recuerdos,
si otra memoria en tus entrañas rueda,
perdida la ilusión para mis sueños
sin tí, ¿ya qué me queda?

—

Los años que se van y nunca vuelven
se han llevado mi lágrima postrera,
tú te quedas aquí, mas sin que encuentres
quien como yo te quiera.

—

Y si mañana con ardor palpita
tu hermoso corazón para mí frío,
¿puede importarme su ilusión tardía
después de muerto el mío?

—

Aquellas esperanzas que se fueron
no ha de volverlas tu cariño ya
¿qué valen tus halagos y tus sueños
á un alma que se va?

A. ALCALDE Y VALLADARES.

EN EL ALBUM DE CARLOTA...

Naciste para amar; coral pulido
son tus ardientes encarnados labios,
y tus ojos dos soles donde brilla
de amor el rayo santo.

Tu cintura juncal la gentil palma
que mece el viento al sonreir galano,
y tu acento la nota melodiosa
que vibra en el espacio.

Tus mejillas la flor tímida y bella
que el alma inunda de perfume santo,
por la mano de Dios en tí prendida
como recuerdo grato.

Y al contemplarla yo, pobre poeta,
que en sueños vivo y entre sueños amo,
¡Quién hubiera nacido mariposa!
me digo suspirando.

RAMÓN BLASCO.

FOSFORESCENCIA Y CALOR DE LAS PLANTAS

Entre los hechos que la naturaleza nos ofrece dignos de ser admirados, figuran algunas manifestaciones que diversas plantas presentan, muy propias para fijar la atención, no tan solo del botánico, sino del que siente interés hacia cuanto se desarrolla y tiene vida en torno nuestro.

Son, en efecto, tan admirables y raros los hechos que la observación ha consignado en varias plantas, que no es posible prescindir de mencionarlos, en la seguridad de que han de ser leídos con interés y afición.

Uno de estos fenómenos á que nos referimos, es la propiedad que algunos vegetales ofrecen de ser luminosos cuando se les examina en la oscuridad más densa.

Es sumamente curioso pasear por un jardín en las oscuridades de una noche de estío, y ver que de algunas flores se desprenden luces fugaces é inciertas, para volverse después á reproducir como los fuegos fatuos, cuyo fenómeno se observa en determinadas épocas y solo en contadas plantas. La imaginación, como es natural, dió al principio gran importancia al hecho y formó fantásticas deducciones en que la poesía y la fábula tomaron no escasa participación.

La primera observación de la luminosidad ó fosforescencia de las plantas fué hecha por la hija de un sabio botánico cuyo nombre ha colocado la humanidad en el templo de sus genios para que pase íntegro á las edades futuras, el gran Linneo.

En las flores denominadas espuelas de caballero se notó primeramente. Después se manifestó en otras varias de color parecido. Más tarde, lo que se creyó peculiar de algunas pocas plantas y excepcional por lo tanto, fué generalizándose á otras varias.

Se ha notado que la fosforescencia de las plantas es mayor y se presenta con más facilidad en los ardorosos calores del verano y cuando la atmósfera se encuentra más cargada de electricidad. La sequedad del aire favorece también este fenómeno singular.

A medida que las observaciones han sido más minuciosas, se han visto mayor número de plantas dotadas de esta propiedad. Hay algunos hongos que la poseen en alto grado, como acontece con la *Rizomorfa subterránea* y el agárico del olivo. Se supone que esta fosforescencia procede de una verdadera combustión, por la circunstancia de activarse con el oxígeno y anularse en el seno de los gases no respirables. De todos modos, este fenómeno, que se presenta en bastantes vegetales y en algunos hasta en sus zumos, cual sucede en la *Euphorbia phosphorea*

del Brasil y en otros en su madera en putrefacción, es muy notable y ha sido asunto de algunas discusiones en fisiología vegetal.

A pesar de que la fosforescencia de las plantas es uno de los fenómenos que han llamado la atención de gran número de botánicos, no se ha puesto todavía en evidencia la causa á la cual se debe tan extraordinario efecto. Las explicaciones que hasta ahora se han dado, pueden considerarse como hipótesis que satisfacen más ó menos las exigencias científicas, si bien no exentas de objeciones y reparos.

La temperatura que las plantas ofrecen es otro de los hechos dignos de llamar la atención.

Los vegetales tienen temperatura propia, independiente de los cambios atmosféricos, como sucede en los animales, lo cual depende sin duda de la multitud de reacciones que la química de la vida origina en el interior de los organismos.

Se observa plantas que resisten los más intensos fríos y crecen lozanas, dando aromáticas flores y sabrosos frutos; de igual modo que otros experimentan las altas y abrasadoras temperaturas de los arenales del Senegal. Plantas hay que viven constantemente bañadas sus raíces por aguas termales y otras como el abedul y la encina que subsisten en temperaturas de treinta grados bajo cero.

Además, hay actos vitales en las plantas que dan lugar á elevación de temperatura como sucede con la germinación. Las semillas al desarrollarse para dar origen á un nuevo vegetal, producen un notable desprendimiento de calor, como puede ponerse de manifiesto cuando se examinan los depósitos en que se acumula la cebada para la fabricación de la cerveza Dutrochet por medio de un aparato termo-eléctrico, pudo apreciar en distintas ocasiones aumentos de temperatura en las plantas relacionadas con actos diversos de su vida.

Así, en el aro por ejemplo, se eleva su temperatura notablemente en el acto de la fecundación, lo cual es en términos suficientes para poderse apreciar sin auxilio alguno de termómetro.

Hay diferentes plantas cuya temperatura se eleva en horas determinadas del día y las observaciones en este sentido han de ser de gran utilidad en el estudio de la fisiología vegetal, donde aún existen no pocos vacíos y problemas que esperan solución en el terreno experimental.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

NUESTROS GRABADOS

LA VIDA ARTÍSTICA

El modelo en funciones.—El último grito.—Cabeza de puritano. De utilidad general.—Venus.—Cupido. Buenas noticias

Estos dibujos constituyen una serie llena de buen humor respecto á los *modelos*. Los iniciados en la vida de artista reconocerán al punto la exactitud de lo expresado y los que ignoran las interioridades de los talleres podrán hacerse cargo de lo que pasa tocante á aquellos hoy indispensables elementos de verdad y conciencia.

LAS BELLAS ARTES EN ITALIA

BAILE DE BODAS, *cuadro de Egisto Lancerotto*

LAS LAVANDERAS, *cuadro de Aquiles Formis*

Inspiradas ambas obras en la vida del pueblo brillan igualmente por su ejecución franca y vigorosa. Es imposible no aplaudir el impresionismo de buen género de que alardea el *Baile de bodas*, así como la composición bellísima de *Las lavanderas*. Cuadro es éste de sabor griego por el magnífico modelado de las figuras, la gracia de las actitudes y la armonía entre los diversos elementos de que consta, no pareciendo sino que árboles y mujeres viven una misma vida surgida con igual encantadora fuerza del seno de la Naturaleza.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

ENTIERRO DE SANTA LEOCADIA

Cuadro de D. Cecilio Plá y Gallardo, tercera medalla

Dibujo de Punsoda

Hé aquí lo que respecto de esta obra escribe el señor Giner de los Ríos:

«Estamos delante de un cuadro de esos que impresionan agradablemente y descansa el ánimo después de vistas las violentas escenas y los exabruptos de la fantasía. Hay un tono azulado que se repite en otras telas y que viene á ser como fórmula convencional de filiación romana, respondiendo más á la luz peculiar en aquel cielo y en el ambiente de aquella campiña que convencionalismos puramente artificiosos. Entra de todos modos en la categoría de lo que se llama una *academia*, en la cual algunas de las figuras, sobre todo la del paño azulado de la derecha, satisface por la bella melancolía que la envuelve. La del hombre, recorta muy bien sobre el paisaje, cuyo fondo está bien entendido, especialmente en la hojarasca del primer plano izquierdo. Todo el cuadro es fino y vale más que la protagonista.»

UN BOSQUE

La tarde.— En verano

Ambos estudios son notabilísimos: el uno por la elocuente expresión que el autor ha sabido darles á los árboles semi-achicharrados por el calor y el otro por la deliciosa frescura que respira. ¡Quién pudiera hallarse en esa espesura á orillas del arroyo que se desliza entre la sombra de los árboles!

OBRAS DE LUÍS PASSINI

En misa.—Vendedor de la ribera de Zucca. Un lector del Tasso

En el número anterior dimos ya alguna noticia sobre el autor de esos cuadros por lo cual no nos queda más que decir que los tres grabados que se verán hoy pertenecen también á asuntos de la vida moderna veneciana. En todos ellos se muestra Passini encantador, delicado y sincero acuarelista.

MODELOS DE CAMAFEOS

Puede decirse, que el arte de los camafeos es un arte redivivo. Por largo tiempo sólo subsistió del mismo un hermoso recuerdo hasta que casi en nuestros días ha resucitado con nuevo esplendor rivalizando sus productos con los que en la antigüedad labraban los grandes artífices del Egipto, la Siria y sobre todo Grecia. Floreció también en Roma este ramo, del cual era Neron,—hombre de fino gusto,—entusiástico partidario. Consta que en la antigüedad era cosa corriente la afición á los camafeos, pero vinieron los vándalos y parece que lo rompieron todo, refugiándose en Bizancio aquella delicada fabricación, desde donde pasó á Venecia.

Los modelos reproducidos hoy en nuestras páginas son: un jarro con plantas blancas sobre fondo azul, otro de dibujo oriental, blanco y oro sobre fondo carmesí, una taza con dibujo chinesco y un medallón con camafeo blanco sobre fondo negro, obra de los Webb, de Stourbridge; y un vaso llamado de Auldjo, el cual tiene la forma que en el arte se llama de *œnochoë*, como si dijéramos destinado á servir de jarro de vino; es una pieza antigua, descubierta en las cercanías de Nápoles.

«CUANDO YO ERA NIÑO...»—EL NUEVO BEBÉ

Son dos dibujos elegantísimos, aunque reñidos enteramente con todo «impresionismo.» Una y otra escena respiran distinción y son un alarde de lindeza.

El templo del arte es muy grande y hay en él suficientes capillas donde todos pueden hacer sus devociones con entera libertad.

AMOR SUICIDA

(PÁGINAS DE LA VIDA REAL)

I

Era un sábado del mes de Enero de 1885. El *Casino popular* daba aquella noche uno de sus acostumbrados bailes de sociedad. A las diez comenzaba la fiesta, que no terminaba hasta la una de la madrugada. El salón era grande y espacioso, pero esas noches resultaba pequeño; no había un hueco desocupado ni un asiento vacío. Verdad es que á estos bailes concurrían todos los socios, y pocos dejaban de asistir, acompañados de sus respectivas familias. Sólo una causa mayor, una desgracia, una ocupación precisa, pudiera obligar á que un socio faltase á estas reuniones familiares agradables y económicas, factor este que entraba por mucho en el éxito de la fiesta.

Los socios del *Casino popular* pertenecían á la clase que gusta divertirse y dispone de escasos medios; gente artesana, dueños de pequeños talleres, empleados de corto sueldo, en fin, todos los que no podían permitirse el lujo de figurar en las listas de las sociedades y centros recreativos de cierto nombre.

Por seis reales al mes, que esta era la cuota, disfrutaban de una biblioteca con cuatro docenas de obras incompletas, de varios periódicos, de una sala de juego, de veladas literarias, funciones de teatro y de los conciertos bailables. Todos estos milagros, que sí lo eran, y muy grandes, sólo se alcanzaban mediante el concurso de muchas cuotas: en las listas figuraban más de mil socios.

Aquella noche el baile prometía estar animadísimo, ofreciendo grandes atractivos á los aficionados á la danza, que allí lo eran todos, ó la mayor parte.

Las jóvenes asistieron ataviadas con sus trajes domingueros. El calor era sofocante, la atmósfera pesada, el movimiento perezoso y enervante. En medio de aquel mar de cabezas humanas, á través de un ambiente opaco y agrisado, los ojos de las jóvenes brillaban mucho más que las tres docenas de mecheros de gas que había en el salón.

Aquellos rostros, que rebosaban vida, enardecidos por el ritmo de la danza, semejaban grandes amapolas agitadas por el torbellino del baile.

Y frente al cuadro de la vida agitada, alegre y expansiva propio de almas juveniles y apasionadas por la fiesta, ofrecía notable contraste el cuadro de las madres, cuadro reposado, tranquilo y á ratos durmiente. No bailaban. Como ellas decían, había pasado su tiempo. Allí estaban guardando los pañolones de lana y los abrigos de estambre de sus hijas entregadas por completo en brazos del wals ó de la polka.

No todas las jóvenes bailaban. Algunas, contadas, es verdad, gozaban más contemplando el espectáculo. Entre esas pocas, había una para la que el baile no ofrecía encantos. Era de rostro redondo, morena de color, ojos grandes y oscuros, cejas fuertes, cabello negro, labios pronunciados y medio abiertos, por donde escapaba una continua sonrisa, dejando ver dos hileras de dientes pequeños, blancos y bien conservados. No se la podía llamar hermosa, pero sí atractiva simpática y hasta vistosa.

Muchos fueron los jóvenes que le rogaron fuera su pareja en el baile. Ninguno vió satisfechos sus deseos. Todos obtuvieron igual contestación:

—Gracias, no bailo; me duele la cabeza; otra noche.

Un joven, entre tantos, fué el único que no se acercó. Colocado á cierta distancia, sus ojos estaban fijos en la joven. A veces las oleadas de gente, la marea de los danzantes le arrojaba lejos de aquel sitio. Apartábase el cuerpo, pero no la vista, siempre fija en un punto, siempre atenta á los movimientos de la joven.

Ésta no tardó mucho en notar la presencia del joven y la insistencia de su mirada. No era coqueta, pero le agradaba llamar la atención. ¿Qué joven, siendo bonita, no gusta de esas contemplaciones?

Y el joven no era de los que repugnaban. Sin ser lo que se llama un buen mozo, podía codearse entre los más favorecidos de la naturaleza. A primera vista, un espíritu observador descubría sin gran esfuerzo en la mirada del joven, en sus facciones y en su manera de ser, que la nota dominante de su carácter no era la energía, la decisión y una fuerte voluntad. Todo en él era apacible, sin relieve; era uno de esos seres guiables, nacidos para la obediencia y ser esclavos de los caracteres enérgicos, voluntariosos y vehementes.

Mas de una vez se cruzaron las miradas de los jóvenes. La de ella, vigorosa, penetrante, avasalladora; la de él, tímida, solícita, obediente. Por esto sin duda, se comprendieron pronto. Dos miradas igualmente intensas, de igual modo violentas, hubieran chocado y el choque ocasionado la repulsión, el antagonismo. Pero se completaban tal como eran. Ella había encontrado, tal vez sin buscarlo, el tipo soñado; él, la mujer superior, el fuego necesario para poner en movimiento aquella voluntad sin fuerza, anémica.

Concluyó el baile y comenzó la dispersión. La joven, acompañada de su familia, abandonó el salón, seguida á cierta distancia por el galán.

Y sucedió lo de siempre. Al siguiente día el joven hizo investigaciones y supo cuanto deseaba saber.

Luisa, que así se llamaba la joven, era huérfana de padre. La mayor de tres hijas; contaba veintidos años, vivía en compañía de su madre, viuda de un modesto empleado. En el barrio gozaba de buena reputación, considerándola como una joven bien educada, trabajadora y no... se le habían conocido novios.

A la muerte de su padre, después de haber agotado todos los recursos y de ir vendiendo los mejores muebles y desprenderse de algunas alhajillas, Luisa determinó remediar con su trabajo las penurias y privaciones de la familia.

UN LECTOR DEL TASSO (Cuadro de Luis Pasini)

Bordaba perfectamente, tenía gran habilidad para la costura, y sus trajes, aunque modestos, eran siempre la envidia de las jóvenes del barrio. Estos conocimientos, resultado de una educación juiciosa y modesta, fueron puestos á contribución y no faltó parroquia y con la parroquia trabajo y con éste un relativo bienestar, cierto desahogo, del humilde círculo en que se desarrollaba la existencia de Luisa.

Dos eran sus pasiones favoritas: el trabajo y la lectura. Cuando no trabajaba, leía. Las novelas sentimentales, sencillas y apacibles la encantaban; con su lectura nutría la inteligencia y formaba su corazón, siempre abierto á las más tiernas y puras emociones de la vida tranquila y sosegada. ¡Cómo se interesaba por los héroes de sus novelas! ¡Cuántas veces la sorprendía su madre con los ojos húmedos por las lágrimas, provocadas por un pasaje triste ó placentero!

Luisa, aparte de todas las cualidades que dejamos apuntadas, tenía una que vale mucho, pero que también suele ser muy peligrosa: la de conocerse á sí misma, la de apreciar su verdadera situación en el mundo.

Por educación, por temperamento, por ideas, pertenecía á una clase superior; por su estado, quedaba sujeta á otra clase inferior. No estaba en las capas más bajas de la sociedad, pero sí en la que pudiéramos llamar la clase media de los trabajadores, de los que viven sujetos á un jornal. Situación llena de peligros y privaciones y expuesta lo mismo al bien que al mal, según fueran las impresiones, las contrariedades, los deseos dominantes.

Nuestra joven conoció pronto la realidad. No se forjó ilusiones engañosas, pasajeras, tenues, impalpables. Su pensamiento se remontaba á más altas esferas, pero su cuerpo, la materia, no podía navegar en ese mundo; pertenecía á una clase y no era posible salir de ella. Antes que pasar los umbrales del vicio, se resignó á vivir, á vegetar entre los suyos, ahogando los latidos del corazón y renunciando á desembarcar en la playa hermosa que había soñado y visto con los ojos de la fantasía y el deseo.

Su resolución era firmísima, su voluntad inquebrantable. Nada la apartaría de la senda que se había trazado. Con pié firme, seguro, sin arrepentimiento, cruzaba el camino de la vida, honesta, tranquila, apacible, sin tempestades aparentes. Con igual vigor, con la propia energía, habría seguido el derrotero de la perdición, si ésta hubiera sido el norte de su existencia. Carácter enérgico, llegaba al fin sin volver la cabeza, ni contar la distancia recorrida.

Conoció á Enrique, adivinó su pensamiento y con paso lento, pero seguro, fué entregándole su corazón, no herido hasta entonces por la pasión violenta y avasalladora del amor.

(Se continuará.) LUIS BLASCO.

ADMINISTRACION Cortes, 365-367. Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

—) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (—

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

Año V | Barcelona 30 de Julio de 1887 | Núm. 239

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

UNA PAISAJISTA

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Mujeres de la novela contemporánea: Mujeres de Daudet* (continuación), por Rafael Altamira.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*La exposición de pinturas y España*, por Benigno Pallol.—*La viudita*, por R. Hernandez y Bermúdez.—*La campana del lugar* (poesía), por Pedro Bonet Alcantarilla.—*Soneto*, por José Sierra y Suarez.—Nuestros grabados.—*Amor suicida* (continuación), por Luis Blasco.

GRABADOS.—Una paisajista.—Dibujos de Randolfo Caldecott (5 grabados).—Los jugadores.—El arresto.—La resignación.—Un Otelo de aldea.—Huérfana.—Los regalos de la abuelita.—El pan nuestro de cada dia..—Recuerdos de Vulipellach (Gerona).

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

MADRID HIGIÉNICO

En esta época del año Madrid ofrece poco interés al lector de periódicos; porque Madrid *viaja*, como ahora decimos. Y dar cuenta de los espectáculos y diversiones es poco entretenido, pues estos se refieren á circos donde repiten sus acostumbrados ejercicios hombres y fieras y á teatrillos donde se pasa revista á todas las actualidades cómicas de la capital y especialmente del mundo político. En el jardín del Retiro se canta música italiana y en el teatro Felipe continúa la *Gran Vía* declarado espectáculo permanente y obligatorio.

Unos cuantos cólicos, ocurridos simultáneamente en diversos barrios, sobresaltaron á la opinión, que se temió la vuelta de nefastos días. Los tenientes de alcalde tranquilizaron al vecindario diciéndole que esos cólicos se debían á la mala calidad de la leche expendida por algunos vendedores y que ellos harían un reconocimiento extraordinario de cántaras y vasijas... Hecho el reconocimiento ha resultado que á la verdad la leche no contenía grave adulteración; antes bien contenía tan solo bicarbonato de sosa, sustancia favorable para la salud; siquiera no sea la que desea comprar en las lecherías el parroquiano... Resulta, pues, que los que se han muerto de los cólicos se han muerto sin verdadera causa justificada. Hay personas que andan buscando pretextos para morirse.

La cuestión de la salud pública y la cuestión de la pública higiene es, por lo tanto, la única cuestión importante del día; pero este punto es precisamente el que se pone á discusión todos los veranos; época en que renacen los insectos, las moscas, los miasmas, las fiebres y todos los hálitos, enfermedades y muertes que tenía dormidos, entumecidos y desarmados el invierno.

Bajo este punto de vista comprenderás que el veraneo no tan solo es una ventaja para los que salen de Madrid sino para los que no pueden veranear. Madrid se despeja; y con el gentío que huye desaparecen muchas causas de males: cuanto menos bultos más claridad, dice un adagio: cuanta menos población más salud, puede decirse también.

No parece que haya aumentado la afición á los baños medicinales; pero aumenta la de salir de Madrid á exparcir el espíritu. Los higienistas han convencido fácilmente á todo el mundo de que nada hay tan favorable al hombre trabajador como el descanso; al hombre pensador, como el dejar de pensar; y al ocioso, como cambiar de teatro de sus ocios. La higiene es una gran ciencia. Respire V. aire puro; esmérese V. en la limpieza corporal; sea V. sobrio en comer y beber, pero lo que coma y beba usted que sea fresco y sano; haga V. un ejercicio suficiente; huya V. de las pasiones; tenga usted dinero en los momentos en que lo necesite y vivirá V. largos años y será dichoso en esta baja tierra.—Es una gran ciencia, en verdad. Sólo la encuentro un punto vulnerable; y es que las gentes del campo que no suelen tener nada de esto, viven, por regla general, más tiempo que los cortesanos y suelen ser más felices.

Esto de la felicidad parece ser que está en razón inversa de la posición; por lo cual, en Madrid hay pocos dichosos; dado que aquí todo el mundo está lleno de preocupaciones, incluso los que viven de profesiones mecánicas y, por lo tanto, debieran ejercitar poco la imaginación. Pero en Madrid los oficios no son un fin, son un medio; el artesano no practica su arte con amor y cariño, por la satisfacción de realizar un trabajo perfecto, sino que le practica rápidamente y sin gusto para emprender otro que le aguarda: el trabajo para el artesano de Madrid no es elemento de salud, ni de moral, ni de vida, como los higienistas pregonan, sino elemento de fabricar dinero. Sin que los higienistas se lo recomienden al artesano, éste, al mismo tiempo que trabaja, piensa en el teatrillo, en el baile, en la función de toros, en la partida de naipes que le aguarda y trabaja febrilmente, no por entusiasmo, sino por impaciencia. Así es que á los artesanos les falta en el trabajo material la cualidad precisa para que este trabajo sea higiénico: les falta la serenidad, el reposo del ánimo.

Por esto, sin duda, los artesanos necesitan veranear como los que se dedican á profesiones liberales, y veranean, en efecto; porque el deseo de vivir en una esfera superior, es el carácter del hombre en esta época; y esto constituye por sí solo una enfermedad del espíritu que necesita calmantes. Así es que el veraneo se ha hecho general y ya nadie se extraña de que veraneen los tenderos, ni los sastres, ni los ebanistas, ni los peluqueros, ni los guardias de orden público.

La vida se ha metodizado en Madrid y hemos convenido en que el verano se destine tan solo á los pronunciamientos, bastando para hacerlos frente el que se quede algún ministro. Los que ejercitamos principalmente las facultades intelectuales, los hombres de Estado, los empleados, los médicos, los abogados, los literatos, los periodistas, los poetas, los compositores de música hemos convenido en que hay ciertos meses en que no se debe pensar. Estos meses los dedicamos á la nutrición: el cambio de clima y el descanso devuelve al estómago sus fuerzas.

Realmente la vida que hacemos en Madrid es aniquiladora y solo podemos resistirla por el hábito, que nos hace soportar sin peligro hasta los venenos. Ponemos en constante tortura nuestra imaginación y descuidamos los ejercicios corporales; sino se hubiesen inventado las mesas de billar al rededor de las cuales damos vueltas después de comer, entre inquietud de una digestión forzada por las píldoras y el bicarbonato y envueltos en la atmósfera de los cigarros, concluiríamos por no saber andar ni mover los brazos. Hay madrileños,—los hombres políticos, los banqueros y otros muchos,—que solo andan en coche y cuya ponderada actividad la deben al tronco de yeguas que les trasladan de un ministerio á otro. Madrid es también el centro de los sabios y estos hombres de la ciencia no comen. Arquímedes no salió de su meditación ni cuando los enemigos asaltaron la ciudad: todos los sabios son Arquímedes y no se preocupan de tan ligeros detalles. Los sabios suelen casarse jovenes por egoísmo; toman mujer que se cuide de ellos porque se reconocen incapaces de cuidarse á sí propios, y ven con indiferencia los sucesos del hogar doméstico y apenas se enteran de que les nacen los hijos, de que se les mueren los parientes y de que les mudan la casa. Por esta misma razón tampoco saben que veranean; van con sus familias en el tren, viven con ellas en las fondas y vuelven á Madrid sin haberse enterado de nada... Los sabios son la execración de los higienistas. ¡Nadie más propenso á las enfermedades, nadie menos limpio de cuerpo ni más delicado de espíritu!... Un sabio,—dicen los higienistas,—no puede servir nunca de tipo al hombre natural, que debe ser robusto, colorado, ágil y apto para todos los ejercicios y placeres de la vida. Si á los sabios, como digo, no se los llevaran en esta época, Madrid parecería una Universidad en verano.

Pero los que abandonan á Madrid no por higiene sino por continuar sus vicios, son los aficionados al bello sexo. Como la mujer es más aficionada que el hombre á veranear, Madrid pierde sus más bellos ornamentos; y los diversos puntos en los cuales residen durante Agosto y Setiembre se convierten en otros tantos jardines de la galantería. Puede decirse que el amor es quien más estragos hace en Madrid; porque siendo esta población eminentemente intelectual es al propio tiempo excesiva en los placeres que el Amor brinda. Los hombres pensadores deben sujetar su corazón y sus sentidos á un método saludable; los entusiasmos de la pasión solo pueden serle permitidos al rico ocioso que vive para sí; mas que no puede tener influencia, ni pretende tenerla en la marcha intelectual de su país. El literato, el escritor, el erudito, el poeta, el artista, el militar, el hombre de Estado que no sabe limitar sus afectos, está perdido: las leyendas de Sansón y de Dalila se repiten constantemente; y la imaginación y las fuerzas físicas son devoradas por la llama de la pasión como hojarasca de pino. Si recuerdas la historia de los hombres políticos de fama, de los grandes sabios, de los escritores inmortales verás que la mujer ha cortado siempre en flor los grandes talentos y que sólo han llegado á la madurez aquellos otros que supieron bogar por los mares de la vida hacia el sol de la gloria sin atender al canto de las sirenas. Lo mismo pasó en la antigüedad; los más ilustres varones fueron sobrios en amor y reservaron sus efusiones para la patria; amar con exceso sólo está reservado á los ignorantes y á los idiotas. Ciertamente que los manicomios están llenos de sabios que han querido descubrir la dirección de los globos y la cuadratura del círculo; pero abundan más en ellos los que en tiempo de lluvia no podían ver á las modistillas sin ofrecerlas el paraguas, ni en el buen tiempo sin decirles un chicoleo.

Por donde se advierte que no sabe uno de qué mal morirse, pues si la ociosidad es madre de todos los vicios y, por lo tanto, el cortesano rico suele ser enamorado, el hombre pensador inclinado al estudio y el hombre que batalla interiormente con las preocupaciones de la vida gustan de un veneno cuya acción deletérea les es funesta. El abuso en el ejercicio de las facultades intelectuales reflexivas desorganiza al hombre, le aisla, le hace misántropo y Rousseau ya dijo, en cierta ocasión mirándose al espejo: —«El hombre que piensa es un animal depravado.»—Pero si la manía de pensar es funesta, como repuso cierto fraile plagiando á Rousseau, convengamos en que el pensador que veranea nos favorece difundiendo su depravación por otras regiones.

El verano es la época de los higienistas: en invierno se callan y además nadie les hace caso. Al llegar estos meses publican memorias y artículos haciendo responsables á los gobiernos de la insalubridad pública. Cuando un higienista grita mucho hay que darle una comisión, con lo cual se mejoran por lo menos sus condiciones personales.

Pero el hecho es, prima, que sólo se atiende á los fundamentos de la higiene cuando suceden casos como este á que referí en el principio de esta carta: entonces, durante unos cuantos días, se despliega un celo admirable; se visitan los establecimientos que no habían sido visitados nunca y se procura encontrar un criminal responsable, que no tenga grandes recomendaciones para hacer un ejemplar fructífero. Por desgracia los adulteradores perseguidos han tenido noticia de la visita; se han dispuesto á recibirla: los cántaros de leche,—si de estos cántaros se trata,—están ordenados, resplandecientes, apetitosos y llenos de un líquido superior á las condiciones reglamentarias.

Pero en punto á higiene hemos convenido en que lo más higiénico para todo el mundo, en este tiempo, es marcharse y cada uno de los in-

cidentes desagradables que ocurren para la salud pública da por resultado mayor número de veraneadores.

Celso, que era un gran higienista, dijo, que la mejor medicina era no tomar ninguna: los cortesanos decimos que la mejor medicina es tomar el tren... y le tomamos.

Dispensa esta breve y monótona carta: ella te dará perfecta idea del Madrid actual: sin ideas, sin variedad y sin alegría.

Tuyo,

FERNANFLOR.

MUJERES DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

MUJERES DE DAUDET

(CONTINUACIÓN)

Madre es también aquella otra de Jansoulet, que aparece en dos momentos solemnes de la novela. En las fiestas del Bey como la mujer de su casa, ordenadora, arreglada, positiva, verdadera ama; en la situación apuradísima del Nabab que ve hundirse su diputación y con ella toda su vida, como la madre cariñosa, sufrida, que acude á salvar á su hijo, á prestarle apoyo, á ser su ayuda, y que por una coincidencia que es de un alto efecto dramático, precipita la caída del Nabab en cuyo corazón sano habla en aquel momento y se impone la honradez, la abnegación por la familia, el respeto á el hermano que allá en provincias duerme su estupidez del vicio, y á la madre que los crió á los dos y que los ama por igual. A la salida de la cámara de diputados la figura burguesa, pesada del Nabab, y la figurilla arrugada, sin pretensiones, de su madre, suben cien codos sobre aquella multitud infame, hambrienta del escándalo y cortesana de la envidia.

Por ahí aparece igualmente,—víctima de otra infamia social que no por ser error deja de ser infamia,—la mujer del Norte, la madre de Lina Ebsen la Evangelista. La novela empieza con lágrimas y acaba en desesperación; es toda ella un calvario para la pobre madre, que, sin embargo, aparece oscurecida por la figura verdaderamente heteróclita en que van mezcladas la grandeza de la fe, y el error, (el desdichadísimo error que casi es crimen), del fanatismo, que se manifiesta en aquella obsesión mística que tiene algo de la fortaleza mormónica, pero que mata todo cariño, toda afección con el frío aterrador, indiferente de la conducta que se tiene por buena, por santa. ¡Qué recuerdos de pura raza española, nacidos de nuestros mejores novelistas, nos traen á la memoria Lina Ebsen y su aristocrática protectora! ¡Ah, *D.ª Perfecta!* ¡ah *María Elorza*, y *la señorita de Lantigua* y *María Egipciaca!*... ¡Qué sueños de amor, qué felicidades rotas y destrozadas por la misma desoladora, implacable preocupación social! El hombre menos reflexivo, se ve forzado á meditar ante esos cuadros reales, vivientes, que chorrean sangre y lágrimas...

También traen lágrimas y sangre esas dos mujeres, tan distintas de Lina, que se llaman *Sidonia* y *Sapho*. Sidonia es uno de los caracteres más perfectamente expresados por Daudet; están sorprendidos todos los toques decisivos, reveladores de aquella educación infeliz que produce la inmoralidad más egoísta, más infame que puede caber. Allí está la honradez de Risler, la severidad de Planus, la inexperiencia de Franz, para hacer resaltar la ingratitud, la falta aborrecible, maldita, de aquella mujer ambiciosa, concuspicente y al fin desvergonzada. ¡Ay, niña Sidonia, encumbrada de ayer, como das el fruto miserable de tu savia envenenada, intoxicada por la atmósfera de fingimiento, de vanidad, en que te criaste!

Sapho trae la desgracia por otro lado. Claretie dice que *Sapho* es «una obra maestra y la obra maestra de Daudet,» lo cual, salvo el respeto al ilustre crítico, es discutible. Quizás sea la obra más concreta, digámoslo así, más recogida, y en que por lo mismo pueden ser atendidas con mayor especialidad todas las partes; hay esmero, hay esa corrección que se admira, v. gr., en *El idilio de un enfermo*, de Palacio Valdés. Pero que sea lo mejor de Daudet, no podemos creerlo. Es algo muy bueno, pero no es lo superior. Es lo *perfecto* de Longino, pero no lo más grande.

Aquella adorable Sapho que tiene toda la gracia, toda flexibilidad, toda la frescura que falta á Nana, (con algo de la *gaitê* dulzona, juvenil de *Mimi)*, lleva en sus abrazos la serie larga, dolorosa de consecuencias, que producen la obsesión del placer que mata toda actividad.

Besos deseables los suyos, pero que intoxican lentamente el ánimo, encadenan la voluntad, emborrachan y conducen poco á poco al hombre á la regularidad mecánica, brutal de un mismo estado, monótono, seguido, como el hocicar diario de los cerdos en el estercolero. Desgraciado del que toma en serio los caprichos de Sapho. A veces ella se agarra con todas sus fuerzas á uno de esos amores de momento, parece que en él se detiene, que cambia su ligereza por la emoción amorosa de Margarita Gauthier; pero de repente, vuelve aquella volubilidad de su carácter, aquel revolotear de mariposa, de *fillette;* y se va, se va con la risa en los labios, dejando una víctima más, cuya imputabilidad no puede razonablemente referirse más que al impresionalismo de la juventud. Porque Sapho no es una *seductora* vulgar, un ángel malo de esos que lucían las novelas románticas. Si lleva el mal tras de sí, lo lleva como la generalidad de los humanos; sin saberlo, ni creer que lo produce. Su conducta, que se ha detenido en una de sus primitivas fases,—el egoísmo, el placer propio, indeliberado contraproducente,—se desenvuelve de un modo irreflexivo, sin tener en cuenta los disturbios que trae á la conducta de los otros. Hay aquí algo de filosofías muy sutiles en que yo me detendría de buen grado, si esto, más que una introducción á las *Mujeres de Daudet*, fuera un estudio propio de *Sapho*. Y es que en Sapho hay algo más que todo esto. Carga dulce y ligera en un principio para el estudiante arlesiano que la conduce á su casa después del baile, á medida que él va adquiriendo el hábito de vivir con ella y verla de diario, va también siendo un peso duro, formidable, que ahoga bajo su cargazón, pero del cual no se puede prescindir, aunque lentamente va hundiendo, hundiendo las fuerzas cansadas, pero tercas (por una inercia de estados idénticos), en sostener lo que es su muerte.

DIBUJOS DE RANDOLFO CALDECOTT: EL PRIMER AMOR

Cuando llegada la pasión de Gaussin á su más alto grado, sacrifica á ella el porvenir, la felicidad, el cariño de familia, *Sapho*, por una inconsecuencia que tiene en el fondo,—y este es un detalle de preciosa delicadeza,—algo del sacrificio de una *Miggless*, y algo de la abnegación ó del consejo de la mujer que ve una buena acción en el hecho de libertar á uno de sus esclavos de la voluntad, abandona al pobre muchacho que se entregaba á ella para siempre. Es doloroso, inmensamente doloroso, aquel momento en que Gaussin lee la carta de Sapho á la luz del sol que filtra por las persianas é ilumina, fuerte y vigoroso, el muelle donde se balanza el vapor que había de llevarles lejos. Allí se rompe de pronto toda la ilusión amorosa del estudiante arlesiano, llega el castigo mayor y más tremendo de su inexperiencia y de su pasión; y esto cuando ya no es tiempo, cuando él lo ha sacrificado todo, ha roto con todo y se ha hecho inútil para la felicidad honrada que le preparaban allá arriba. Entonces siente el peso enorme, abrumador de aquel cuerpo que él acarició joven y que ahora, con la severidad moralista de una institutriz mayor de edad, le destroza el idilio, le habla de deberes... De deberes, Sapho. Y sin embargo, Sapho sabía de deberes.. . . . . .

La novela de Juan Gaussin es una lección preciosa, que hace meditar y que puede ser de provecho en la vida. Tiene algo de la lección amorosa de *Petit Chose;* con la enorme diferencia que la *señora del principal* apenas está dibujada y Sapho es todo un carácter. Ese es su mayor mérito; no es una mujer *de una pieza* como se las forjan los idealistas, si malas, eterna y constantemente malas en todos los instantes y acciones de su vida; si buenas, rígidas, secas, como un precepto de Pascal que se personaliza y que vive muy lejos de este mundo, sin saber nada de influencias externas, de movimientos psicológicos, de dualismos, de educaciones contradictorias, de aspectos diversos de la conducta... Sapho es una mujer, prototipo de las de su clase, que responde á una realidad y encanta con sus reflejos de vida. Por eso es rara, voluble, bestial á veces, tierna á momentos, razonable en ocasiones, todo mezclado con aquella superficialidad de su educación desdichadísima.

(Se concluirá.) RAFAEL ALTAMIRA.

EL ARRESTO (Cuadro de Julio Girardet)

LA RESIGNACIÓN (Dibujo de Adolfo Liebscher)

REVISTA CIENTIFICA

Acción de las temperaturas elevadas sobre el hombre.—M. Galtier y la trasmisibilidad de la tuberculosis. — *Microbium microbio lupus* — Admirables virtudes del café.

Los extraordinarios calores que se dejan sentir este año dan un interés de «palpitante actualidad» á la comunicación dirigida recientemente por M. Bonnal á la Academia de Ciencias de París (sesión de 11 de Julio) respecto al mecanismo de la muerte bajo la acción de las temperaturas excesivamente elevadas.

Dicho señor ha trabajado más de seis años en el estudio de esta cuestión, practicando sus experimentos no *in anima vili* sino en el hombre, alternativamente colocado en un medio líquido, en una estufa seca y en una estufa saturada de vapor; desnudo el cuerpo y con la cabeza ya dentro ya fuera de la estufa, cuidando M. Bonnal de anotar exactamente las perturbaciones fisiológicas á medida que se iban presentando. Hé aquí las conclusiones que cree el autor poder dejar sentadas:

1.ª Los experimentos hechos en las estufas, —concordando en esto con las observaciones meteorológicas,—demuestran que la vida es posible en los medios cuya temperatura es superior á la del hombre.

2.ª La tolerancia para las temperaturas elevadas es mucho mayor en el aire seco que en el aire saturado de vapor y en los baños de agua.

3.ª Por corta que sea la permanencia en un medio cuya temperatura sea superior á la del hombre, constantemente se producirá una pérdida de peso, en razón directa de la temperatura del medio y la duración de su permanencia.

4.ª Sea cual fuere esta pérdida, restablécese el peso á las veinticuatro horas; si la disminución ha sido considerable, la secreción urinaria será casi nula durante este intervalo, no reapareciendo hasta haberse reintegrado el organismo en su peso normal. Esta supresión de la orina es uno de los elementos de compensación, á la cual contribuye también el aumento de las bebidas.

5.ª Cuanto más elevada sea la temperatura del medio y más larga la permanencia, tanto mayor será la intensidad de las perturbaciones fisiológicas sobrevenidas en el sér viviente sujeto á dicha acción. Con todo, estas alteraciones serán más graves,—en igualdad del resto de las circunstancias,—en el baño de agua y el baño saturado de vapor que no en la estufa seca. La sudación provocada por ésta cesa al salir del baño, mientras que la acarreada por el baño de aire caliente y húmedo ó por el baño de agua caliente persiste á veces una hora después de haber salido.

6.ª No hay orden constante en la aparición de los desórdenes: ora se presenta primeramente la dificultad de la respiración, ora la aceleración del pulso. Hay que advertir que no concuerdan siempre la frecuencia de pulso con la frecuencia de la respiración. *La elevación del calor animal no se presenta nunca como fenómeno inicial.*

DIBUJOS DE R. CALDECOTT: CARRERA DE CABALLOS

7.ª La evaporación influye poco en la tolerancia para las altas temperaturas, á pesar de ser tanto más abundante el sudor cuanto más apremiante es el peligro.

8.ª Parece estar fuera de duda que la muerte es el resultado directo de la lesión del sistema nervioso gran simpático, regulador de todas las funciones indispensables del mantenimiento de la vida.

9.ª De lo cual se sigue que en las fiebres agudas la elevación de la temperatura es un *efecto* y no una *causa;* en una palabra, la hipertermia no es más que *un síntoma.*

10.ª El empleo de los baños en algunas de dichas fiebres,—sobre todo en la tifoidea,—debe solamente su eficacia á la acción directa que ejerce sobre el sistema nervioso.

No hay para qué encarecer la trascendencia que tienen algunas de estas conclusiones, enteramente contrarias á lo que se venía creyendo según las aserciones de Claudio Bernard. Decía, en efecto, este inmortal fisiólogo, que la pérdida de peso es mayor después de un baño en la estufa seca que no en un baño de agua caliente ó de aire caliente y húmedo, y Bonnal sostiene lo contrario. Resulta también, según el novel experimentador, que los accidentes nerviosos provocados por los baños calientes y en particular la aceleración del pulso y de la respiración aparecen *antes* de que la temperatura central haya experimentado la menor elevación, lo cual, caso de ser cierto, probaría, contrariamente á otra afirmación del gran sabio antes nombrado, que los desórdenes respiratorios y circulatorios no dependen del calentamiento de los centros nerviosos, de la propia manera que otros accidentes tampoco dependen del calentamiento de la fibra muscular.

***

Atento siempre M. Galtier á la investigación de la trasmisibilidad de la tuberculosis al hombre por conducto de los animales, se ha fijado recientemente en dos cuestiones, á cual más interesante, que demuestran su sagacidad en el descubrimiento de las pistas tisiógenas.

Refiérese la primera al empleo de la sangre fresca en la clarificación de los vinos, en sus relaciones con el peligro indicado más arriba, y sobre este particular ha adquirido M. Galtier la convicción de que el virus tuberculoso resiste durante cierto tiempo á la acción del alcohol, según había afirmado ya anteriormente el doctor H. Martin. El virus tuberculoso puede conservar, por lo tanto, su actividad así en las mezclas de alcohol y agua como en los vinos de diversos grados de alcohol. Verdad es que el peligro á que se expone á los consumidores vendiéndoles vino clarificado con sangre fresca de animales tuberculosos es de corta duración, pero esto no quita que cualquiera pueda tuberculizarse bebiendo vino en el período durante el cual el virus no ha perdido todavía su actividad.

La segunda cuestión versa sobre las desgracias ocasionables por las materias tuberculosas áun después de su calentamiento, desecación, contacto con el agua, salazón, congelación, putrefacción, etc., resultando que el virus referido está dotado de un poder de resistencia tan grande que puede conservar su actividad en las aguas, en las superficies putrefactas y bajo las mayores variaciones de temperatura y lo mismo si las sustancias tuberculosas han sufrido la congelación que la desecación. Teniendo presente por otra parte que los enfermos excretan cantidades considerables de materia virulenta no solo con sus productos de secreción patológica sino mezcladas también con otros de secreción normal, se comprenderá el cuidado con que debe prevenirse la diseminación de dichas excreciones. Por ejemplo, una vaca tísica puede contaminar el agua de un abrevadero; un conejo puede expulsar con su estiércol cierta cantidad de virus, etc.

De ahí la conveniencia de desinfectar los locales ocupados por los animales tuberculosos y de cuidar que no infecten á los que se albergan con ellos.

***

Si M. Galtier se convierte en vigilante centinela para dar la voz de alerta contra las insidiosas vías por donde puede introducirse la enfermedad puesta en solfa por Verdi, Herr Kraus, en cambio, nos tranquiliza respecto á los riesgos que podemos correr bebiendo agua infestada de microbios malignos. Este ilustre sabio ha tenido curiosidad de saber qué se hacían las bacterias patógenas que pueden hallarse en suspensión en las aguas destinadas á los usos alimenticios. «Las muestras de agua empleadas, dice una nota inserta en un importante periódico, eran de tres procedencias distintas, destinadas todas á la alimentación de la ciudad de Munich. El experimentador, que cuidó de no esterilizar su agua y mantenerla á una temperatura de cerca de 10° C. á fin de permanecer en condiciones normales medias, llegó al imprevisto resultado de que las bacterias patógenas, mezcladas con agua de pozo ó de manantial, desaparecen lo más tarde en el espacio de algunos días. El vibrión del cólera al cabo de veinticuatro horas, el bacilo del carbunco al cabo de tres días, el bacilo de la fiebre tifoidea al cabo de seis. Este resultado se obtiene con igual rapidez así en el agua más pura como en las aguas más ó menos contaminadas, y esta destrucción de los micro-organismos peligrosos se operaría mediante los microbios inofensivos, habitantes vulgares de las aguas, sin que la constitución química de éstos tenga nada que ver en ello.

»Ciertamente que estos resultados tienen necesidad de ser comprobados, porque sin ser del todo contrarios á la opinión, hoy día predominante, de los que consideran las aguas potables como el vehículo único de propagación de las epidemias de fiebre tifoidea y de cólera, introducen sin embargo cierto número de dificultades en la explicación de la marcha de las epidemias, y los partidarios de las ideas de Pettenkofer, que quiere que sea el aire el que transporta los gérmenes morbosos abandonados por las aguas, cuando descienden las capas subterráneas, podrían reivindicar en su provecho los experimentos de M. Kraus.»

Nada más verosímil que la explicación dada por el autor para explicar la desaparición de los microbios dañinos. Es indudable que entre esos ínfimos vegetalillos debe reinar la misma guerra que en el resto de la creación, y si los microbios *vulgares* tienen más recursos para sostener la lucha por la vida que no los *distinguidos* perecerán éstos fatalmente.

***

DIBUJOS DE R. CALDECOTT: ¡HURRA!

Generalizando la frase de que «algo tendrá el agua cuando la bendicen,» podríamos decir que algo tendrá el café cuando tantos devotos cuenta, y en efecto, de cada día aparece dotado de nuevas y más maravillosas propiedades. Véase lo que se ha descubierto ahora: «La infusión de café, se lee en la *Revue Scientifique*, de la cual traducimos estos párrafos, es dada por los médicos en cierto número de enfermedades que presentan síntomas de adinamia pronunciada, y especialmente en el curso de la fiebre tifoidea, en cuyo caso se obtienen excelentes efectos. Esos efectos eran atribuídos, hasta estos últimos tiempos, á la acción especial, excitante y tónica de la cafeína sobre el sistema nervioso, pero recientes investigaciones tienden á establecer que no es esa la sola acción terapéutica del café.

»Ya en 1885 dió á conocer M. Oppler la propiedad interesante que presenta dicho agente de impedir, hasta cierto punto, el desenvolvimiento de los micro-organismos en las sustancias susceptibles de putrificarse. Después, estudiando M. Sucksdorff la acción del café y del té sobre las bacterias parásitas de los intestinos del hombre, demostró que las infusiones de esas plantas podían quedar expuestas libremente al aire sin cubrirse de moho ni dar lugar, como es de regla para los infusos en general, á un desarrollo considerable de bacterias.

»M. Heim, finalmente, acaba de publicar los resultados de una serie de investigaciones más precisas hechas sobre el mismo asunto, y que tienden también á establecer la realidad de las propiedades antisépticas del café tostado. El método del autor ha consistido, sea en añadir un infuso de café á un cultivo de microbios en plena evolución, sea en ensayar cultivos de diversos microbios en medios gelatinizados, adicionados anticipadamente con una infusión de café al 10 por 100.

»El bacilo del cólera es el que ha manifestado más claramente su repugnancia por el café. Ciertamente que sería oportuno hacer parecidas investigaciones con la infusión de té, tan ampliamente empleada, y no sin éxito, en el tratamiento del cólera. Los esporos de la bacteria carbonosa han muerto igualmente en un medio adicionado con café al cabo de dos días. El efecto ha sido más poderoso con la cafeína á 0'5 por 100, que ha detenido completamente el desenvolvimiento de los micro-organismos del pus.

»En presencia de tales resultados puédese lamentar que las investigaciones no hayan recaído en mayor número de organismos patógenos, particularmente en el de la fiebre tifoidea, pero sea como fuere, autorizan al autor á emplear el café como antiséptico de *primer empleo*, cuando no se tiene otra cosa á mano, por ejemplo, en un campo de batalla. Con todo, hay que tener cuidado de no servirse de café en polvo, el cual puesto en suspensión en agua ó gelatina no parece ejercer ninguna influencia antiséptica fuera de sus puntos de contacto inmediatos.»

¡Honor, pues, á esta infusión paradisíaca que después de haber contribuído en tanta escala al progreso de la civilización y al desarrollo de la oratoria y de haber prestado tan buenos servicios en el tratamiento de las quebraduras, de la fiebre tifoidea y de los envenenamientos por el opio se nos aparece como un anti-colérico irresistible y un antiséptico deliciosamente grato al olfato!

ALFREDO OPISSO.

LA EXPOSICION DE PINTURAS Y ESPAÑA

Cuando el ánima, fatigada de tanto poner su atención en las cosas mínimas de lo presente, vuelve los ojos á lo ideal ansiando ver el iris de la esperanza en los cielos del arte y la poesía, no puede menos de lamentar los extravíos de la humana inteligencia, que abren un abismo entre la verdad esencialmente positiva y la rea-

LOS JUGADORES (Cuadro de Claudio Meyer)

lidad harto grosera del momento. Esta radical separación de las cosas eternas y las cosas efímeras, destruyendo la armonía que debe existir en la sociedad, hace del hombre un ente desnivelado y ciego, que hoy se exalta hasta el martirio por el amor de una mala causa y mañana se hunde en el lodazal de todas las concupiscencias.

No fundará nada sólido y duradero el hombre, ni realizará cumplidamente sus altos destinos, si no procura hermanar las nobles tendencias del alma y las justas necesidades de la carnal naturaleza, esto es, fomentar á un tiempo los intereses materiales y los intelectuales, lo útil y lo bello, lo que nos sustenta y lo que nos ennoblece.

Sugiérenos estas reflexiones la Exposición de pinturas, cuyas consecuencias pueden ser muy gloriosas ó muy lamentables para la patria, según sea el comportamiento de la nación para con los artistas que la han ofrecido los frutos de su ingenio.

Siempre ha contado España entre sus hijos buen número de artistas eminentes que, cubriéndola de gloria, han extendido su fama por el mundo. Podrán las especulaciones científicas ó los principios filosóficos haber tenido pocos y medianos sacerdotes en nuestro pueblo; tal vez se ha interrumpido en determinadas épocas la serie de nuestros talentos militares; pero no hay una página en nuestra historia que no conserve un nombre famoso en el arte ó la poesía. En la época presente, sobre todo, en que la filosofía de la historia, las grandes invenciones de la ciencia y los progresos de la industria han abierto ancho campo á las manifestaciones del arte, nótase un aumento de afición, ó mejor un entusiasmo, que promete más lustre y esplendor para lo venidero. La verdad de esta afirmación, discutible hace unos pocos años, se ha hecho evidente en la actual Exposición de pinturas.

La *Entrada de los bárbaros en Roma*, de Checa, magnífica interpretación de dos civilizaciones, una que se hunde y otra que se levanta; *La Naumaquia*, de Villodas, que pinta la gloria de los antiguos luchadores con estimable corrección y acierto; *La visión del Coloseo*, apoteosis del martirio llena de poesía y grandeza; *La muerte de Lucano*, lienzo en que parécenos ver la elegancia griega y la austeridad romana juntamente; estos cuadros y muchos más cuyo mérito es notorio, manifiestan el fervor de nuestros jóvenes pintores, lo vasto de su ingenio y su nobilísimo propósito de levantar la patria á la cumbre más alta de la gloria. Nos dan á conocer igualmente cuán infundada es la nota de escepticismo y corrupción que algunos insensatos echan sobre nuestra juventud. Además de la fe que denota el haber vencido las inmensas

DIBUJOS DE R. CALDECOTT: ESTUDIO ORIGINAL PARA EL «BRACEBRIDGE HALL» EL COMBATE EN LA VILLA VERDE

dificultades que opone la pobreza á la inspiración para realizar obras como las citadas, ¿no se advierte en esos cuadros un vigor excepcional de inteligencia y pasión y una madurez de juicio más propios de una raza viril que de gente escéptica y corrompida?

Los asuntos de los cuadros de importancia, en su mayor parte, están tomados de la historia de la antigua Roma, pero esto, que pudiera atribuirse á estancamiento ó retroceso en el arte, es, por el contrario, un adelanto digno de alabanza. Los hechos de la antigüedad que, bien interpretados, enseñan mucho á los hombres, y sobre todo en épocas de transición como la presente, han llegado á nuestros días desfigurados por la ignorancia ó la malicia, y por caminos torcidos. Limpiar la historia de los errores que la empañan, de la parcialidad que la falsea y de la inconexión que la destroza, es un deber del erudito, del filósofo, del literato, como es deber del artista y del poeta presentar al pueblo estas lucubraciones de los sabios, siempre indigestas para las multitudes, en formas salientes que impresionen más al corazón y la fantasía que á la inteligencia.

No hay que decir que han comprendido perfectamente este deber nuestros artistas y que se han mostrado por extremo celosos en su cumplimiento. Como *revelidores*, se han inspirado en la verdad de la historia y en la pureza de las ideas; como artistas, han consumido el tiempo y el dinero en provecho del arte; como patriotas, han presentado sus obras al examen nacional, esperando más bien admiración que recompensa.

Ahora bien, ¿ha correspondido la nación cumplidamente al generoso entusiasmo de esos jóvenes pintores?

Si las obras presentadas en la Exposición fueran por su tamaño apropiadas á los salones particulares, es muy posible que la iniciativa individual hubiera resuelto el problema comprando los cuadros á sus autores; pero tal como son, no pueden adquirirse, para darles destino conveniente, sino por el Estado. El Estado, escudándose con la escasez del Tesoro, ha creído cumplir bien adquiriendo á bajo precio algunas obras. No queremos discutir, porque no se discute con cuerpos sin alma, si el Estado ha hecho lo que puede y debe en este asunto (para lo bueno siempre falta dinero cuando no hay voluntad) pero la nación, de la que deben ser hijos predilectos los que tanto la honran, ¿cómo ha premiado los esfuerzos de sus hijos en la ocasión presente?...

No basta el aplauso, no basta el laurel. El artista no escatima el dinero ni el trabajo ni la salud cuando añade un timbre más á la gloria de su patria, no titubea en consumir en el fuego de la inspiración su hacienda y su vida. Tiene hijos, madre, esposa, acaso es un joven enamorado de lo ideal á la vez que de la virgen prometida. En esos cuadros que admira el público y que cubre de aplausos, está depositado todo, el porvenir de los hijos, la esperanza de la esposa, el anhelo de la madre, la sonrisa de la mujer amada y el beso de la gloria; todo esto, que aletea como una promesa en el corazón del artista, puede realizarse con el aplauso y la justa recompensa ó desvanecerse al soplo frío de la indiferencia nacional. No es esto solo; España, grande en otro tiempo gracias al valor de su brazo, y despreciada hoy por las demás naciones, necesita hombres ilustres que la enaltezcan con sus talentos, que la vuelvan al antiguo prestigio, no por medio de la fuerza brutal, sino por méritos de la inteligencia. Si mata en flor esos ingenios, no es solamente homicida, sino suicida, porque destruye su propia y necesaria regeneración.

¡Y no, no cuidará ese árbol florido lo bastante para que fructifique!... ¿Por qué? Por lo que decimos en el comienzo de este trabajo: porque ha separado radicalmente lo verdadero por esencia de la realidad accidental y variable. Así, mientras llueve el dinero para construir plazas de toros que embrutecen á las muchedumbres, falta para fomentar las bellas artes y las bellas letras; las academias de pintura carecen de lo necesario y áun del correspondiente decoro, los

poetas mueren en la sombra y los artistas tienen que sacar sus obras gloriosas de la miseria y de la nada.

Tal vez la humanidad, harta de divagaciones fantásticas, cae, por réacción natural, en el opuesto extremo, y de aquí su predilección por las cosas *positivas* y su menosprecio de las *ideales*. Lejos de nuestro ánimo censurar en absoluto este movimiento de las almas, que tiene su objeto y su ley; pero es lamentable lo extremado de tal criterio, que nos precipita en un materialismo práctico, cuyo término indefectible es la corrupción y la muerte.

Ocúpese en buen hora España en cultivar sus campos, en aumentar el número de sus fábricas y talleres, entréguese á las diversiones honestas y áun á los juegos que acrecientan su vigor físico, honre á los héroes del trabajo manual que nos traen la riqueza y la abundancia, pero no olvide á los que la ilustran con su sabiduría, la hermosean con sus artísticas producciones ó la ennoblecen con su poderosa inspiración. Una, en fin, en íntimo consorcio lo intelectual y lo material, como están unidos el alma y el cuerpo, y tendrá riquezas y sólida y brillante fama.

¡Que el trabajo material puede hacer ricos á los pueblos, pero sólo el ingenio los hace grandes!

BENIGNO PALLOL.

LA VIUDITA

No se trata de la que Bretón de los Herreros nos presentó en una de sus geniales producciones, sino de otra cuya historia pública, y digo pública, porque la secreta aún permanece oculta tras el impenetrable misterio de lo desconocido, cuya historia pública me refirió un amigo mío.

Era aquella mujer una de las viudas más hermosas que alumbró con sus rayos el sol de nuestro cielo azul; una mujer bellísima que apareció un día en el Retiro tendida indolentemente en lujoso *landeau*.

Pero su belleza era una belleza rara, una belleza inmóvil, si la frase es permitida por lo gráficamente que expresa el pensamiento.

La sonrisa de aquella mujer parecía un rayo de luna iluminando una estatua de nieve.

Todos miráronla al principio con curiosidad no exenta de admiración y algunos corrieron en pos de ella para tributarla los honores de la adulación buscando el agradecimiento que es el peldaño inmediato del amor.

Pero ella confundía en una igual indiferencia á sus adoradores, sin dejarles entrever la más ligera esperanza de que lograrían ablandar su corazón.

UN OTELO DE ALDEA (Cuadro de John White)

Hubo locos que apelaron á la amenaza ó al suicidio, otros prosiguieron el asedio con la constancia de un estoico y cuando ya la fiebre había descendido y los cerebros no estaban maleados por la sangre y los corazones iban amortiguando la precipitación de sus latidos, la hermosa viuda dejó caer su mano tan blanca como fría sobre la de uno de sus adoradores más apasionados.

La embriaguez del triunfo conseguido, á poco le produce la muerte; tan imposible le parecía que la hermosa viuda se hubiese dignado descender hasta él.

Su dicha fué muy envidiada por los preteridos.

Los periódicos anunciaron el enlace de los jóvenes y se dispuso lo necesario para que la ceremonia revistiera toda la brillantez que el caso requería.

La víspera de celebrarse la boda él habló á su amada con infantil regocijo de la felicidad que la Providencia le había otorgado al concederle mujer tan bella y virtuosa y arrodillándose á sus plantas la demostró lo intenso de su cariño en transportes de sincera alegría.

De pronto la viuda acercóse á él y con gran dificultad, como si fuese aquello la revelación de un horrible secreto, balbuceó en su oído algunas palabras que le dejaron mudo de asombro.

Pero aquello pasó con la fugacidad de un relámpago... Alzó los hombros con indiferencia y estrechando entre las suyas las manos de su prometida salió de la casa para ultimar los detalles de la ceremonia.

Al día siguiente se verificó la boda.

Trascurrió un año. La joven conservaba sus antiguos encantos de sueño crepuscular. En cambio el marido, pletórico antes de salud y de vida, tornábase cada día más pálido y triste como si una enfermedad que nadie comprendía le minara sordamente.

Sin embargo, el matrimonio continuaba más unido que nunca: ella era para él más afectuosa y dulce cada día, y este interés lo pagaba él con pruebas de respeto y de cariño.

Poco después él dejó de existir.

Aquel infausto día la viuda dió señales del horrible dolor que torturó su corazón amante, y á pesar de las advertencias y consejos de los amigos, siguió á pié el cortejo fúnebre hasta el cementerio y allí en la tumba abierta para recibir el cadáver cortó sus cabellos más finos y brillantes que las hebras de la seda y los arrojó sobre el ataud como demostración irrecusable de su pena por la muerte del sér querido.

El desenlace misterioso de este matrimonio al parecer feliz, añadió atractivos inexplicables á la belleza de la joven y una verdadera lluvia de adoradores giraba en derredor suyo, como satélites atraídos por la magia de su hermosura.

Durante una no interrumpida sucesión de días la bella permaneció insensible á todas las declaraciones cual si las negras tocas que realzaban sus encantos, fuesen la coraza en que se estrellasen los dardos de las pasiones mundanas.

Pero el tiempo y la juventud se sobrepusieron á los cálculos de la razón egoista y como la primera vez la viuda eligió al más enamorado de los que la asediaban, para que borrase el recuerdo de los que le habían precedido en su corazón.

No fué menos afortunada esta segunda unión que la primera.

La recién casada conservábase tan bella y sonriente como una mañana de primavera y su marido hacíala objeto de idolátrica adoración.

Al cabo de algunos meses, circuló por Madrid un rumor á que nadie quería dar entero crédito.

El nuevo esposo de la viudita, sin duda en un acceso de locura, se había saltado de un tiro la tapa de los sesos.

—¿Ha sido suicidio?—preguntaban unos.

—Tal vez un accidente casual,—replicaban otros.

Pero en realidad nadie sabía la verdadera causa de la desgracia.

La triste y desconsolada viuda siguió por se-

DIBUJOS DE RANDOLFO CALDECOTT: ESTUDIO DE MONTERÍA.—ESTUDIO ORIGINAL PARA «BRACEBRIDGE HALL:» LA BODA DE ALDEA

LOS REGALOS DE LA ABUELITA

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA...

gunda vez el enlutado carro fúnebre de su marido, cuya caja iba cubierta por las flores que ella depositara regándolas con sus lágrimas, y al bajar el féretro al fondo del sepulcro ella se cortó su luenga cabellera y la arrojó allí para que fuese enterrada con el sér amado.

Hubo entonces una tregua entre sus fanáticos, cada uno de los cuales se hacía preguntas mentales para inquirir el enigma de una tan extraña existencia y la única consideración que se les ocurría dejábalos indecisos y vagamente inquietos.

En voz muy baja se cuchicheaba, pero tan quedo que nunca las frases murmuradoras llegaron á oídos de la que las originara y si ella las escuchó, ó despreciólas ó acalló el disgusto que le causaran matándolas con la máscara de la indiferencia.

Unos amigos apartáronse poco á poco de su lado y los otros por el contrario parecieron más solícitos admiradores de la extraña beldad pero sin ambicionar un puesto que calificaron de peligroso.

Y ella proseguía soberbia, indiferente, sin oir nada, sin nada entender de lo que en torno suyo acaecía.

Entre sus aduladores vió á un joven, casi un niño, é hizo presa en su corazón. Él pretendió resistir pero fué en vano: al fin cayó subyugado como otros antes que él habían caído ante aquella mujer de sonreir triste, de cabellos negros y de manos blancas y frías como el mármol.

Algunas semanas después estaban casados.

Su luna de miel fué más pálida que la de sus antecesores, era una luna cubierta por nubes negras hechas jirones.

Comenzaron á circular historias extraordinarias... Decíase que los vecinos habían oído ruído de reyertas nocturnas, gritos de dolor, golpes de muebles destrozados... Pero la imaginación se forja siempre fantasías inverosímiles cuando de asuntos misteriosos se trata y no puede darse crédito á lo que cada cual no vea con sus propios ojos.

Además en su exterior nada revelaban los recién casados que viniese á confirmar los rumores del vulgo necio. La joven mostrábase siempre afectuosa para su marido y éste respetuoso y dulce para con su mujer.

De pronto él desapareció y se dijo que había partido para lejanas tierras de donde nunca ha regresado.

¿Se había vuelto loco?.. ¿Quiso con la fuga evitar un desenlace á que la fatalidad le precipitaba? ¿Rompió acaso con la huída las cláusulas de un contrato misterioso libremente aceptado?

Nadie lo sabe ni es posible que se sepa.

La viuda no se mostró ni sorprendida ni alarmada por esta peripecia tal vez prevista.

Se contentó con entablar una demanda de divorcio, cuya resolución depende actualmente del romano pontífice.

Pero la enigmática viudita ha sido abandonada por todo el mundo.

Algunos la contemplan desde lejos y admiran la blancura de su cutis que se destaca con enérgico relieve de sus negras tocas y cuando la hermosa fija su mirada en la multitud más de un caballero cierra los ojos estremecido por un terror pánico.

Esta mujer, cuyo amor parece inmortal, que no ama y sin embargo desea ser amada, ¿encontrará, al fin, el hombre capaz de romper el encanto que la envuelve y de domar el invisible *fatum* que existe tras de ese velo tupido de una existencia en que se halla escrita la frase del Dante: *Lasciate ogni speranza?*

R. Hernández y Bermúdez.

HUÉRFANA (Cuadro de T. Kennington)

LA CAMPANA DEL LUGAR

A MI QUERIDA AMIGA MARÍA T. ANDRIANI

I

Poco á poco se extinguía
el claro sol del estío:
la hermosa tarde moría,
mientras la luna lucía
reflejándose en el río.

—

Soplaba la brisa suave
de aromas mil saturada,
llevando hasta tu morada,
el postrer canto del ave,
las notas de la enramada.

—

En el cielo azul, prendida
del lucero vespertino
la luz clara y encendida,
para alumbrar mi camino
como antorcha bendecida.

—

Tú, de pié, triste y llorosa,
contemplabas silenciosa,
tras los hierros de una reja,
aquella senda tortuosa
que entre las flores se aleja.

—

En tanto que yo, angustiado,
me alejaba de tu lado
lleno el corazón de enojos,
por no verme retratado
en el cielo de tus ojos.

—

Paréme un instante lejos;
la noche el campo invadía;
del último albor del día
á los ténues reflejos
te mandaba el alma mía.

—

Un adiós tierno y profundo
lleno de inmenso dolor,
como adiós del moribundo
que al abandonar el mundo
deja una prenda de amor.

—

Tu blanca mano agitaba
el pañuelo que oprimía,
que á lo lejos parecía
ave tierna que volaba
buscando la selva umbría.

—

Cediendo al negro destino,
y atrás dejando á mi hermosa
triste, afligida y llorosa,
torné á emprender el camino
por la senda tortuosa.

—

Cerró la noche nublada;
la aldea, lejos, callada
dormía tranquilamente,
en el prado floreciente
en donde fué levantada.

—

Todo estaba silencioso,
sólo á intervalos se oía
la hoja seca que caía,
ó el murmullo cadencioso
de la fuente que corría

—

Entre el lecho de verdura
de la selva perfumada,
ó alguna nota callada
que dulcemente murmura
entre la verde enramada.

—

De pronto creí escuchar
un triste, són, vago, incierto,
de lúgubre resonar;
era que tocaba á muerto
la campana del lugar.

—

Detuve el páso un instante;
mi corazón anhelante,
—vuelve atrás,—me repetía,
y el deber dijo,—adelante,—
y yo moría, moría,

—

Huyendo desalentado
de aquel triste són, lanzado
para aumentar mi aflicción,
y que la ausencia ha grabado
en mi pobre corazón.

II

Pasaron algunos años
de triste melancolía,
y al oscurecer de un día,
cargado de desengaños
hacia la aldea volvía.

—

Nunca en la tierra he sentido
en los años que he vivido
tal gozo en mi corazón,
ni jamás tanto he sufrido
como en aquella ocasión.

—

Mi pensamiento volaba
hacia el pueblo solitario
donde mi amor me aguardaba,
mientras la vista fijaba
en el negro campanario.

—

Oprimido el corazón,
temía á cada momento
escuchar aquel acento
de triste y lúgubre són,
que aún vive en mi pensamiento.

—

Ansiaba verte asomada
tras la reja, enamorada
agitando tu pañuelo
en los celajes del cielo,
saludando mi llegada.

—

Mas no estabas, no, no estabas
ni amorosa me mirabas
como el día en que partí.
¡Ay, porque no me esperabas!
¡porque no estabas allí!

—

No lo sé. Solo recuerdo
que al atravesar el río,
sentí un frío, sí, un frío,
que aún hoy cuando de él me acuerdo
me estremezco á pesar mío.

—

Detuve el paso un instante;
miré hacia el pueblo anhelante;
y al pensar en tu amor santo,
inundó mi pecho amante
mezcla de risa y de llanto.

—

Dispuesto estaba á marchar
dejando el valle desierto
y en el pueblo penetrar,
cuando oí tocar á muerto
la campana del lugar.....

—

Ay, no sé lo que sentí
cuando el viento trajo á mí
aquel triste són, no sé,
solo sé que me lancé
hacia el pueblo en que nací.

—

Ciego, loco, atravesaba
el llano y la selva umbría,
el crepúsculo espiraba,
y la campana gemía,
y yo corría y lloraba.

—

Llegué por fin, pregunté
al primero que encontré
que al verme me conoció,
y nada me respondió
y nada saber logré.

—

De pronto ví con espanto
un entierro que pasaba,
y escuché su triste canto
que entre luces y entre llanto
lentamente se alejaba.

—

Me acerqué con paso fuerte,
llegué hasta la abierta caja,
y al mirar tu cuerpo inerte
envuelto en blanca mortaja,
sentí el frío de la muerte.

—

Lanzó un agudo gemido
mi corazón destrozado,
al mirar mi amor perdido
y el cuerpo rodó rendido
junto al tuyo inanimado...

—

Torné al fin de mi desmayo,
cuando el purpurino rayo
del sol, teñía las hojas
que agitaba rumorosas
la fresca brisa de Mayo.

—

Desde entonces sin ventura
y entre nubes de amargura,
paso el tiempo con enojos,
regando tu sepultura
con el llanto de mis ojos.

—

Y retirado en mi hogar,
que hoy miro triste y desierto,
llora el alma sin cesar,
cuando oigo á tocar á muerto
la campana del lugar.

PEDRO BONET ALCANTARILLA.

SONETO

Tan grande es el amor que por tí siento,
que sólo pienso en tí, Carmen querida;
bendigo con tu amor la triste vida
cuando de tí no aparto el pensamiento.
Mas si un disgusto leve, un sentimiento
la memoria de tí deja extinguida,
ansioso quiero ver interrumpida
la existencia, que amé solo un momento.
Maldigo entonces de mi aciaga suerte,
desprecio altivo el enojoso mundo
y espero suspirando por la muerte;
Mas, ¡oh, dicha feliz! que sólo al verte
se trueca en calma mi dolor profundo
y ya mi dicha estriba en no perderte.

JOSÉ SIERRA Y SUAREZ.

NUESTROS GRABADOS

UNA PAISAJISTA

No hay nada que decir respecto á las aficiones de esa señora, ya que cualquier pasatiempo es preferible á que una joven se dedique á manosear el piano. Sin embargo hay que hacer notar que toda pintora por excelente que se la suponga, no pasa de ser un número más en la legión de discípulos de Apeles que pululan y repululan con progresión formidable en los países sobresaturados de civilización. No ponemos en duda que es de muy buen tono dedicarse á la acuarela, al pastel, al mismo óleo, etc., etc.; pero siempre resulta una obra que en nada se distingue de la de un artista del sexo feo. El insigne Raffaelli, pintor francés que sabe donde tiene la mano derecha y así maneja el pincel como la pluma, escribió no hace mucho acerca de esto y partiendo del principio de que toda mujer es enemiga implacable de sus congéneres exponía la idea de que nada más propio para dar á conocer el talento personal de una joven, como pintora, que dedicarse á la caricatura mujeril, especialidad en que le es imposible entender jota á ningún hijo de Adán, ó Adán padre, poseídos como estamos todos de una verdadera imposibilidad de descubrir los ridículos de una hija de Eva. Como se ve, trátase de una *rama* del arte que, si se nos permitiera dislocar la metáfora como suelen hacer los oradores del Congreso, diríamos que permanece *inédita* todavía, con lo cual entraría en escena un nuevo elemento y podrían lucir su habilidad muchas Angélicas Kauffmann que tienen que contentarse ahora con pintar floreros ó imitar á Lengo.

DIBUJOS DE RANDOLFO CALDECOTT

Este malogrado artista pintor, escultor y dibujante era uno de los más populares de Inglaterra, reuniendo una porción de cualidades que hacían de él un *humorista* especial. Brillaba sobre todo como incomparable dibujante de cacerías y demás géneros de *sport* donde figurasen caballos y perros; en medio de sus risas sabía conservarse delicado y poético, embelleciendo su visión mejor que afeándola, comentándolo todo con bondad y expresándolo con claridad poderosa.

Destinado en un principio á la Banca, no tardó en comprender que no le llamaba Dios por el camino de los Rostchilds y abandonó el pupitre del escritorio por la cartera del artista. Dióse á conocer primeramente en el *Punch*, estuvo luégo en el taller del escultor Dalou y aprendió á pintar en las escuelas fundadas en Londres por M. Slade. Ilustró después muchos libros y dedicóse con ardor á dibujar escenas de la vida elegante del siglo pasado en Inglaterra, con el título de *Bracebridge Hall*, parte de las cuales figuran hoy en nuestras páginas. Trabajó mucho para el *Graphic* y habiendo hecho un viaje á los Estados-Unidos por encargo de dicho periódico á fin de estudiar las costumbres del Sur, sorprendióle la muerte en San Agustín, La Florida, el 12 de Febrero del pasado año.

LOS JUGADORES
Cuadro de Claudio Meyer

No se merecen á la verdad esos tahures un cuadro tan hermoso, tan lleno de expresión y vida; excelente obra que hace honor á la escuela de Munich.

EL ARRESTO
Cuadro de Julio Girardet.

Trátase de un realista contra el cuál dictó el Comité de Salvación Pública mandato de prisión. Está muy bien representado todo, así el lugar de la escena, evidentemente aristocrático, como el sentimiento de cada personaje. Epoca terrible aquella, aunque más peligrosa para los que habían figurado ó figuraban ó querían figurar en política que no para las clases poco acomodadas ó indiferentes.

LA RESIGNACIÓN
Dibujo de Adolfo Liebscher.

Respira esa obra la melancolía dulce que caracteriza este sentimiento en la raza eslava. El ángel de la resignación concebido por Liebscher es ciertamente tal como debe aparecerse al espíritu de un hombre como ese anciano en cuyo rostro venerable se ve pintado el cansancio de una porfiada lucha por la vida.

UN OTELO DE ALDEA, *cuadro de John White.*—HUÉRFANA, *cuadro de T. Kennington.*

El *Otelo* es una obra pintada con delicada nimiedad, por más que no sea muy propio el título con que la ha bautizado el autor; en cuanto á la *Huérfana* es sinceramente patética, sin sentimentalismo, toda verdad.

LOS REGALOS DE LA ABUELITA.—EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA...

El primer dibujo es bonito y gracioso como exige el asunto, mientras *El pan nuestro de cada día* se recomienda por la profunda emoción que suscitan en el ánimo esas dos figuras transfiguradas por la oración, graves, solemnes en medio de su humildad.

RECUERDOS DE VULLPELLACH (GERONA)
Dibujo de S. Padrós

Creemos que nuestros lectores verán con gusto los apuntes de esa pintoresca población que figuran hoy en nuestras páginas. Inmediato á la Bisbal y ocupando una posición muy ventajosa en el Ampurdán reune Vullpellach condiciones para progresar rápidamente, gracias al tranvía que pasa por su término municipal.

AMOR SUICIDA

(PÁGINAS DE LA VIDA REAL)

(CONTINUACION)

Los dos jóvenes no tardaron en comunicarse sus impresiones y deseos. Sus corazones latían á impulsos de igual pasión. Creció el cariño, fué en aumento el amor, pero no sin contrariedades, sin lucha, sin disgustos.

La madre de Luísa no aprobaba las relaciones. En los primeros días, cuando la cosa no parecía tener importancia, disimuló; creyó que el noviazgo no sería nada, un puro pasatiempo. Pero cuando vió que la marea crecía, que la ola iba subiendo, que el tibio calorcillo de los primeros días se convertía en fuego abrasador, conoció el daño y quiso poner remedio: era tarde. Harto conocía el carácter de Luísa. Afrontar de frente la cuestión, oponerse cara á cara á esas relaciones, era avivar más la llama, echar leña al fuego. Puso en práctica otro procedimiento.

Averiguó quien era Enrique. No le fué difícil conocer todo lo que deseaba. Supo que nunca había conocido á su padre, y, según se decía, era el fruto de una pasión mundana. En cuanto á su conducta, los informes fueron satisfactorios. Enrique era lo que se llama un buen muchacho, amigo de sus amigos y dócil como la cera. No fueron tan satisfactorios los datos recogidos respecto á los medios de fortuna. El joven era pobre, su madre no poseía nada. Vivía á expensas de una familia amiga, en tanto que el hijo desempeñaba una modesta plaza en un escritorio de comercio. Su carácter apocado, sin energía, sin resolución, se notaba en todas las manifestaciones de la vida. Había tenido tres ó cuatro colocaciones sin prosperar en ninguna, sin adelantar. Esta falta de fijeza, esta volubilidad y apocamiento le habían perjudicado mucho. A los veinticuatro años apenas si ganaba lo necesario para mantenerse.

En cambio, no faltaban ilusiones. Todo lo fiaba al acaso, á la suerte. Lo imprevisto, lo

inesperado tenían para Enrique grandes encantos. La lotería, una herencia de parientes lejanísimos, una colocación brillante, eran sus temas favoritos, medios todos de mejorar de fortuna. En ellos fiaba, seguro de salir de la situación modesta en que se hallaba, no por el trabajo y la actividad, sino por el esfuerzo de su fantasía, sin contar para nada con la voluntad, con el firme propósito de trabajar en favor de sus adelantos, de su mejora.

La madre de Luísa conocía todos esos antecedentes. No aspiraba á un yerno rico, poderoso, pero tampoco deseaba el que Luísa se casase con un hombre de las circunstancias de Enrique, de porvenir incierto, dudoso.

Luísa apreciaba perfectamente la situación pero no quería ceder á las observaciones de su madre. Había entregado su corazón á Enrique y no retrocedía ante los obstáculos. Cuando su madre tocaba este punto, cuando de un modo indirecto planteaba de nuevo el problema de la vida del joven, la contestación de Luísa era siempre la misma:

—De él, ó de nadie. Si en la tierra no podemos ser felices, lo seremos en el cielo, en cualquier parte.

Estas escenas se repetían todos los días. Las palabras de Luísa eran descargas eléctricas que agitaban á la infeliz madre, cuyos ojos, trabajados por el dolor, no estaban nunca secos.

A medida que el tiempo avanzaba, la discusión tomaba formas más agrias, violentas, tempestuosas. La calma había desaparecido de aquella casa, antes tranquila y sosegada. La situación se hacía difícil, insostenible. Un día la tempestad estalló con violencia; era el huracán de la pasión, la tormenta desencadenada que conmovía hasta las más tenues fibras de aquellos seres.

Después de la lucha, de la agitación y de las lágrimas derramadas, serenáronse los espíritus, pero sólo en la apariencia. La calma reinaba en la superficie, en la corteza de aquellos corazones. En el fondo el daño era grande, intenso el dolor, violenta la desesperación.

Luísa fué la primera en poner fin á la discusión. Disimuló y presentóse como resignada. Creyó su madre que había obtenido un triunfo. ¡Vana ilusión!

La crisis estaba latente. Aquella noche la entrevista de los dos amantes decidió la suerte de ambos. Luísa contó á Enrique todo lo ocurrido. Terminó diciendo:

—¿Qué hacemos? La situación es insostenible, esto no puede seguir así.

—Ten calma, Luísa,—contestó Enrique.—Tal vez dentro de poco cambie la situación y así todo será fácil. Verás como tu madre no se opone á la boda, que yo deseo más que la salud.

—¡La boda! Sí, ese sería el término natural de esta lucha. Pero, ¿es posible por ahora? No, bien lo sabes. No estamos en condiciones de alcanzar lo que otros alcanzan.

—Es cierto, pero, ¿no podemos esperar algún tiempo más? ¿Hemos de ser tan desgraciados que no consigamos romper el círculo de hierro que nos aprisiona?

—¡Esperar! Lo de siempre. Hace tiempo que abrigamos esa esperanza, pero todo es en vano. ¡Ay, Enrique! ¡Qué desgracia la nuestra! ¡Por todas partes la noche sombría! ¡no hay una luz amiga que nos guíe, que nos ampare! ¿Y á esto llaman vivir? ¿No es preferible la muerte?

RECUERDOS DE VULLPELLACH (GERONA) Dibujo de S. Padrós.

1. Entrada al pueblo.—2. Cercanías del pueblo, por donde pasa el tranvía del Bajo Ampurdán.—3. Notable torre y plaza.—4. Árboles de la riera.—5. Iglesia y cementerio.

—¿Quién habla de morir? Lucharemos, y si tú quieres, abandonaremos la ciudad, iremos á Barcelona, á Madrid, á cualquier parte. Tal vez así mejore la suerte.

—¡Cómo! ¡Una fuga! ¡Jamás! Prefiero morir. Ya sabes mi resolución y de nuevo te la repito. De mi casa solo saldré para dos sitios: á la iglesia ó al cementerio.

—Pero Luísa mía, reflexiona, ten calma, no te agites ¿No ves que con ese dolor aumentas mi desesperación y me haces odiosa la vida?

—¿Te es odiosa la vida?—preguntó nerviosamente la joven.—A mí también. ¿Qué porvenir nos espera en este mundo? ¿Acaso hay alegría para nosotros? ¡Morir, sí, ese es el único remedio! ¡Con la muerte todo acaba, todo concluye! ¿Quieres morir, Enrique mío?

—¡Tú estás loca, deliras, Luísa! Desecha esas ideas, aparta de tu pensamiento semejante preocupación.

—¡Que estoy loca, es verdad! ¡Loca por quererte, loca por amarte como no te mereces, sí, tienes razón, deliro! En cambio tú, estás tranquilo, sosegado. ¿No es verdad que me amas mucho? Las pruebas son grandes. ¡No tienes corazón! ¡Eres... un cobarde...!

—¡Por Dios, Luísa, no prosigas! ¡Te amo con delirio, bien lo sabes! ¡Eres el único sér que adoro en este mundo! ¡Sin tí, nada; contigo, todo! Pero lo que propones, lo que acabas de decirme, es una locura. Reflexiona que la situación no es tan desesperada como tú la imaginas, no es satisfactoria, pero, ¿acaso no puede tener remedio?

—¡Remedio! Sí, en la muerte.

La conversación de los dos jóvenes siguió triste. Cruzaron algunas palabras más y se despidieron. Ni Luísa ni Enrique consiguieron dormir. Aquélla, aferrada á la idea del suicidio; éste, sin valor para luchar de frente buscando medios de mejorar la situación. Los dos en lucha perenne contra el destino que por caminos diversos les impelía hacia un mismo punto.

Pasaron algunos días. Luísa siempre hablando sobre el mismo tema. Tanto se aficionó con la idea de la muerte, que llegó por fin á familiarizarse con ella. Hablaba del suicidio como la cosa más natural del mundo, como si efectivamente hubiera sido creado para dar solución á muchas dolencias del cuerpo y del espíritu. Y Enrique iba contaminándose de ese entusiasmo. Al principio procuraba desechar tan sombríos pensamientos. Luégo ya los discutía, y más tarde, hasta llegaba á reconocerlos como buenos y convenientes en las crisis supremas.

Un incidente vino á remachar el clavo. Enrique quedó sin colocación. Su principal hizo suspensión de pagos y el escritorio fué cerrado. La situación era grave, violenta. En otros momentos no hubiera tenido gran importancia, pero en aquéllos sí que la tenía y muchísima. Enrique buscó nueva colocación. No consiguió ninguna. En todas partes había sobra de personal. Nuestro joven servía también para poco; el círculo de su acción era reducidísimo, limitado.

Este nuevo golpe fué terrible para Luísa. Lo que al principio era una idea débil, sin fuerza, tomó grandes proporciones, creciendo en su espíritu á medida que la situación se agravaba y los caminos desaparecían á la vista de la joven. Por todas partes veía negruras, por todas partes la noche eterna, inacabable. ¡Qué días más tristes! El cuerpo y el espíritu abatidos, trabajados, desechos con el sufrimiento, con el insomio, con la pesadilla de la muerte. ¡Siempre esta idea! Se había aferrado en el corazón de Luísa y no había medio de arrancársela.

En una de esas crisis, en aquellos momentos que los dos amantes se lamentaban de su aciaga suerte y Luísa insistía una vez más en su idea de la muerte, ocurrió un hecho que tuvo gran influencia. Un joven estudiante, cansado de luchar contra la miseria, se había suicidado. El suceso fué descrito con mucho lujo de detalles por los periódicos de la noche.

Luísa compró uno de esos periódicos. En familia, durante la velada, leyó el relato con voz segura y entonada. Un espíritu observador habría notado que á medida que avanzaba en la lectura, iba en aumento la excitación nerviosa, intranquila. La mirada buscaba en las pausas de la relación, la de Enrique, incierta, vaga, movediza. Cuando concluyó la lectura los dos jóvenes se miraron, una misma idea relampagueó en sus ojos; una ola de pasión, de conformidad, se desbordó de aquellas cabezas. Ni una palabra, ni la más ligera frase siguió á esa evolución del espíritu. ¿Estaban conformes? ¿Había triunfado Luísa?

(Se continuará.) LUÍS BLASCO.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 6 de Agosto de 1887 | Núm. 240

PALABRAS DE AMOR

SUMARIO

Texto.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Zoraida*, por Angel Coello de Torres.—*Mujeres de la novela contemporánea: Mujeres de Daudet* (conclusión), por Rafael Altamira.—*Exposición de Bellas Artes*, por R. Blanco Asenjo.—*Luisa de La Valliere*, por Carlos Mendoza.—Nuestros grabados.—*A Teresa* (poesía), por José M.ª de la Torre.—*Al huracán* (soneto), por A. Alcalde y Valladares.—*Amor suicida* (conclusión), por Luis Blasco.

Grabados.—Palabras de amor.—*Inglaterra:* El castillo de Hatfield, visto desde el parque.—*Madrid:* Exposición general de Filipinas (2 grabados).—Joyas del arte italiano antiguo (5 grabados).—Luisa de La Valliere.—Van-Dyck (5 grabados).—En el coro.—Velando al niño.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EL ALCOHOLIZADO

Puesto que no se habla ni se escribe más que del alcohol, permíteme que dedique esta carta al asunto del día; pero como no es cosa de enviarte un artículo industrial, voy á enviarte una relación entresacada de mis recuerdos; relación que si tiene mucho de científica, tiene algo de amenidad por sus tintes dramáticos.

No hace mucho tiempo que me encontré en la calle á cierto amigo mío, distinguido médico y grande aficionado á la poesía. De estos médicos poetas hay muchos; la medicina debiera ser admitida como décima Musa; en cambio he notado que los farmacéuticos no cultivan el arte de Apolo; misterios que se escapan á la perspicacia de los mortales. Ello es que, como te digo, me encontré al amigo en cuestión el cual, desde luégo, me manifestó deseos de leerme una composición para que le diese mi voto... No es cosa de ponerse á recitar versos en la calle... El culto de la poesía es ya vergonzoso y requiere practicarse en secreto... No sucedía esto en los tiempos de Espronceda y Zorrilla, en que era de buen tono mostrarse versificador y poeta; pero entonces se llevaba el pelo largo y ahora se estila llevarle corto; entonces se leían los versos á la luz del farol de la esquina, escaso de aceite, y hoy las calles están iluminadas por la luz espléndida de la electricidad... ¡Todo cambia! Sin embargo, se hacen versos todavía. Mi amigo, por lo tanto, me rogó que entrásemos en un cafetín cercano donde podríamos él, leer, y yo escuchar su composición con el debido recogimiento. Así lo hicimos.

El cafetín estaba oscuro y sólo vimos al entrar algunas sombras que parecían reposar delante de algunas mesas... Por fin nos dirigimos hacia un rincón hasta el cual llegaba el rayo luminoso de una ventana entornada, rayo que parecía preparado y dispuesto para caer fantásticamente sobre el blanco papel á que mi amigo debía dar lectura... Pedimos una botella de cerveza por pedir algo, y mi amigo sacó de su bolsillo sus flamantes versos.

Pero antes de dar lectura un incidente nos distrajo por algún tiempo, y este incidente constituye mi carta. Destacándose por negro en la entrada, como un insecto negro sobre un áscua, aparecía un hombre de contornos extraños; hongo torcido y desformado; corta levitilla; pantalones cortísimos con flecos, de puro raídos; pequeño de estatura y grueso. La sombra entró en el café, confundiéndose en la atmósfera gris y desapareciendo detrás de una columna; pero reapareció luégo y vino á tomar posesión de una mesa colocada en frente de nosotros. Aquí, ya, fijó sus ojos en mi amigo y no pudo disimular un movimiento de disgusto. Algo así como turbación de vergüenza. Pero le vimos encogerse de hombros, casi imperceptiblemente, y después de bajarse el ala del hongo como para ocultar su cara, dar las dos clásicas palmadas de rigor.

—¿Le conoces?—pregunté yo á mi amigo.—Vaya si le conozco,—me contestó.—Hemos sido compañeros de colegio; nos hemos tratado luégo bastante en sus tiempos de prosperidad y he sido su médico asistiéndole gratis hasta hace un año en que le abandoné como cosa perdida. Es un *alcoholizado*... Ahora verás lo que pide... No necesito esperar á que se lo traigan para decírtelo... Aguardiente.

En efecto, el mozo llegó con un servicio compuesto de dos copas y dos botellas; una de las copas y una de las botellas chica. El del hongo le hizo seña que dejase todo sobre la mesa y se fuese. Cogió la botella chica y se sirvió...

Aunque había elegido un sitio oscuro, se le veía lo bastante para juzgar de su persona. Desde luégo se comprendía que aquel hombre no debía tener oficio ni beneficio, sino que pordioseaba para gastar el dinero en aguardiente. Su rostro tenía el color de la púrpura; su piel estaba llena de granos; fijaba sus ojos saltones en la copa llena, con profunda mirada, como quien registra los misterios de un abismo; y sus manos puestas sobre el mármol, con las palmas abiertas, como si apoyase en ellas su cuerpo trémulo, temblaban con el temblorcillo de un resorte sutil de acero. Al principio nos miraba con el rabo del ojo, para ver si le observábamos; pero á medida que fué tomando copas, dejó de observarnos y se consagró exclusivamente á gozar las íntimas y enérgicas sensaciones de la bebida. Su rostro se encendió más aún; sus ojos brillaron con extrañas luces, y desabrochándose la levitilla, y dejándonos ver su lacia camisa, respiró á sus anchas, con anhelo y con ruído; como si dentro de su pecho sintiese un fuego que le regenerase y le consumiese al propio tiempo. Después, tendió atrás su hongo, reclinó su cabeza sobre el rojo respaldo del diván, y se quedó, al parecer, dormido, con la boca abierta, los ojos entontados, con un gesto de placer y de angustia que iluminaba y entenebrecía por intervalos su abotargada faz y que me repugnaba y espantaba y entristecía...

Pues ahí donde le ves,—me dijo mi amigo,—pertenece á una familia aristocrática, y ha tenido una gran fortuna y ha sido espejo de galanes y de caballeros. El juego y las mujeres concluyeron con su dinero y su salud; encontrándose sin medios para vivir, sin hábitos de trabajo, y sin valor para luchar contra el destino se dió al coñac, á la ginebra, y por fin al aguardiente, que es lo más barato. No hubiere tenido valor para suicidarse con un revólver; pero lo tiene para suicidarse con una botella. En la primera crisis que tuvo, la naturaleza se rebeló contra la muerte; él se asustó y me envió un recado, invocando nuestra antigua amistad para que le asistiera. Fuí á su guardilla; y le encontré tendido sobre un jergón; en una pieza donde no había más que una mesa, dos sillas y unas cincuenta botellas y frascos vacíos... Al ver aquel aparato no había que preguntar la enfermedad del huésped, y en efecto; apenas entré el temblor de las manos que quiso tenderme; el tartamudeo de su voz, apenas inteligible; la vaguedad de su mirada... confirmaron mis noticias y mis sospechas.—¡Qué tienes, hombre, qué tienes!—le dije. El, debió ver en mí la imagen de su pasado, cuando tenía en sus manos, en su corazón y en su inteligencia un porvenir lleno de placeres honrados, y volvió la cara para que no viese quizás el rojo de su rubor cubriendo el rojo de su abotargado semblante;... pero con su mano derecha me señalaba el rincón en que estaban las vacías botellas.—Eso no será nada,—le contesté,—¡si quieres enmendarte! Ahora es preciso que te cures, y luégo que dejes la bebida y que trabajes. Ya veremos de buscarte una ocupación decente; porque no es digno de un hombre como tú, nacido de padres nobles, vivir de las migajas del ganancioso del garito ni de la piedad del amigo que compartió tu riqueza en otro tiempo... Veamos ¿qué sientes?—¡Ah!—me contestó él,—tengo en la cabeza un hormiguero que busca salida y que no acierta á salir por los oídos; el vértigo se apodera de mí, y tengo que retener mi cabeza con las manos porque quiere separarse de mi cuerpo y girar por el cuarto; algunas veces, según dice mi portera, que me asiste, me quedo embebecido, estúpido, como un niño; y oigo á quien no veo y si veo no oigo. ¡Sobre todo, las noches! ¡qué noches! Por eso te he llamado; que no quería llamarte por nada de este mundo, á tí que has sido siempre mi amigo de verdad. ¡Qué noches! Mientras la luz de la tarde entra por ese ventanillo, la luz es una protección que me defiende de mis pensamientos y de mis dolores; pero cuando la sombra lo invade todo, entonces la luz parece que se refugia en mi cerebro y surgen de él visiones espantables que me atosigan, que me enloquecen y transportan á un lugar donde la atmósfera hierve en átomos de fuego, que me abrasan al respirar y que ulceran mi pecho y le llenan de suprema angustia. Entonces, en la oscuridad, pugno por arrastrarme, agarrándome con las uñas á las baldosas y por llegar hasta una de esas botellas y apurarla para avivar más y más el fuego interior y para morir abrasado más pronto. Pero el aguardiente me quema, como sin rescoldo, sin acabarme y mi único alivio es retorcerme dando gritos.—El aspecto de este desgraciado, al referirme las terribles alucinaciones de sus noches, era espantoso: explicaba el por qué mientras podía andar se le veía hasta la salida del sol rondando por las calles y por los cafés, donde hubiese luz, donde hubiese gente que ahuyentase el mundo de fantasmas que le asediaban en la soledad y en las tinieblas. Aquella noche me quedé con él y yo creo que el bálsamo del bienestar que las buenas acciones llevan consigo; el placer de ver que aún la amistad existía en el mundo modificó, más que mis recetas, las crisis porque pasaba... Tres días después, ya restablecido, le tracé un plan higiénico salvador: le proporcioné algunos recursos y le dí esperanzas de que encontraría para él una colocación.

A la otra semana la portera, esta vez por cuenta propia, vino á buscarme. Su huésped había vuelto á beber y le habían repetido los ataques. Fuí de nuevo y confieso que esta vez, de mala gana. La portera me había indicado los síntomas de la enfermedad que eran de los del *delirium tremens*. Su huésped no tenía apetito, y ella no había podido hacer que comiese; cada día estaba más temblón; cada día dormía menos y siempre con sueños poblados de visiones. Sus agitaciones eran furiosas y había intentado suicidarse deslizándose por el ventanillo de su guardilla. Le puse en curación; hice que tomase baños tibios, prolongados; acudí al opio para calmar sus nervios; y al cabo de ocho días, pudo dormir, comer, darme las gracias con efusión... y continuar bebiendo aguardiente. Esta vez,—le dije,—me despido definitivamente de tí; tengo la seguridad de que mis cuidados y mis advertencias serán inútiles; el alcohol no solo ha consumido tu cuerpo, sino tu alma; no eres tan solo un hombre enfermo; eres un hombre despreciable...—Al oir estas duras frases, pronunciadas por mí como un remedio heroico, se echó á llorar como un niño y besándome las manos, exclamó:—¡No, no! no lo soy; pero lo sería si no escuchase tus palabras y si no correspondiese á tu cariño y á tu generosidad. Ven á verme para animarme; porque la lucha es dura y necesito de tí... ¡Si me dejas solo temo ser vencido!—Procura no serlo,—repuse,—¡porque la derrota es la locura y la parálisis!—Pocos días después fuí á visitarle y al entrar en la casa pregunté á la portera.—¿Que tal está?—No suba usted,—me contestó,—está *perdido*, acaba de tirarme una botella.—Subí sin embargo, y encontrando cerrada la puerta llamé repetidas veces. Al fin sentí pasos y una voz sorda preguntó:—¿Quién es?—Soy yo, abre.—¿Tú? ¿tú?—y la puerta se abrió; pero antes de que yo hubiese podido entrar, volvió á cerrarla después de haberme escupido el rostro.—¡Miserable!—exclamé golpeando á la puerta con indignación... Pero me detuve aterrado y compasivo; porque sentí como un cuerpo que caía y rebotaba dentro de la habitación lanzando risotadas y aullidos. Desde entonces, ya lo ves, no nos conocemos.

Confieso, prima, que esta relación me había puesto los pelos de punta y que tenía fijos los ojos en aquel beodo durmiente con sentimiento de repugnancia, de horror y compasión profundísimo. El alcoholizado, en tanto, había ido estirando el cuerpo, había dejado caer sus brazos á plomo y solo el contínuo temblor de sus manos colgantes indicaba que vivía...

—Pero, á otra cosa hemos venido,—exclamó mi médico-poeta.—Y desdoblando el papel y disponiéndose á leer, me dijo á guisa de preparación:—Ya sabes que yo soy poeta clásico, griego, que soy el poeta de los madrigales y de los idilios; oye pues:—A FILIS, *poema en verso suelto*. La escena pasa en la Arcadia.

Te hago gracia del poema querida prima. Ni podría darte razón de aquellos versos. Yo no dejaba de mirar al *alcoholizado*.

FERNANFLOR.

ZORAIDA

TRADICIÓN GRANADINA

I

El año 1482 fué de infortunio para los moros granadinos.

El odio de muerte que desde algún tiempo se profesaban los zegries y abencerrajes no reconocía límites.

Este odio tenía su origen justificado.

Dos años antes regía el territorio Ali-Abul-Hasan, casado con dos mujeres, su prima Aixa y una cristiana llamada D.ª Isabel de Solis, hija del gobernador de Martos, que fué hecha cautiva en un asalto; tan bella como la antigua Helena y no menos fatal á los granadinos, que la deidad griega lo fué para los troyanos. Envidiosa Aixa de las galantes preferencias que por sus virtudes el monarca concedía á la cristiana y temiendo que en la sucesión del trono los hijos de ésta iban á ser preferidos á los suyos propios, constituyó un partido poderoso á cuya cabeza púsose la tribu de los zegries. En tanto, los *beniserraj* ó abencerrajes, colocándose al lado de doña Isabel, protestaron de aquel bárbaro atentado con las armas en la mano.

Así las cosas, tanto el palacio como la ciudad trocáronse en un campo de batalla y la sangre corría á torrentes por las calles, sin que la autoridad de Ali-Abul-Hasan fuese respetada por ambos bandos que en encarnizadas luchas, consumían las últimas fuerzas del ya amenazado reino.

Con el advenimiento al solio de un primogénito de Aixa, llamado Aben-Abdallah ó Boabdil, quien destronó á su padre, reavivároose más y más los odios no extinguidos y los disturbios se sucedían con más fuerza en la turbulenta Granada.

Boabdil, hombre de carácter déspota é instintos crueles y encizañado por su celosa madre, juró exterminar á los que habían hecho armas contra su causa, esperando una ocasión que le favoreciese para llevar á cabo su venganza.

INGLATERRA: EL CASTILLO DE HATFIELD VISTO DESDE EL PARQUE

Una figura delicadísima se destaca de este sangriento reinado, cuyo nombre recuerda gustosa la tradición. Esa figura es Zoraida, la hermosa musulmana, de melancólico mirar, ojos de fuego y cutis aterciopelado; la bella sultana, cuyo recuerdo guardan las crónicas granadinas juntamente con el de su esposo el rey Boabdil.

La influencia de Zoraida en algunos hechos (que algunos historiadores desmienten) dió margen á la leyenda que nos ocupa y que el pueblo siempre fiel, ha conseguido trasmitir hasta nosotros.

Hé aquí la leyenda:

II

Era una noche oscura y fría como el desengaño y triste como el remordimiento.

Todo callaba en las calles de Granada que parecía dormir un sueño pesaroso.

Sólo de cuando en cuando se percibía un ligero rumor.

Era el graznido de algún ave nocturna, que anidaba en las grietas de algún viejo minarete.

Granada, la más bella de las ciudades musulmanas, la virgen sarracena, tenía un aspecto sombrío.

Pero la oscuridad que en la ciudad reinaba, era mayor, si cabe, en una revuelta calle donde se alzaba esbelta y majestuosa la casa de Aben-Amet, noble abencerraje, á cuya nobleza de sangre acompañaba la de sus sentimientos.

Los más ancianos le respetaban por su talento y sabio criterio.

Aquella noche, pues, se habían congregado los más nobles mahometanos de la ciudad en aquella casa. Sus ardientes miradas y la calma forzada y poco natural que reinaba en la lujosa estancia, demostraban bien á las claras que se trataba de algo grave.

Este silencio fué interrumpido con la presencia de Aben; todas las miradas se dirigieron al abencerraje, quien después de saludar cortesmente á los circunstantes, que se preparaban para no perder ni una frase de las que iban á salir de sus labios, tomó así la palabra:

—Una razón poderosa me ha obligado á llamar á mi casa á la nobleza granadina y pedirla que delibere á cerca de la conducta que en adelante debemos seguir; los numerosos abusos del monarca, que joven y sin experiencia, pretende anatematizarnos con su tiranía, conducen, mejor dicho, precipitan á Granada á un abismo. Lejos de escuchar nuestros consejos, nos retira su amistad y es sordo á nuestras súplicas. Los diferentes bandos en que está dividido el territorio, con sus sangrientas luchas, aminoran considerablemente nuestras fuerzas, y el día, quizás no lejano, que las huestes cristianas aparezcan ante nuestros muros, no podremos rechazarlos y el estandarte del Crucificado triunfará, para vergüenza nuestra, de la media luna. Hé aquí el motivo de mi llamamiento; ahora consultad con vuestra razón lo que debemos hacer.

Un asentimiento general sucedió á las últimas palabras de Aben quien tras una breve pausa continuó:

—El pueblo, que siempre se deja conducir por el que más le halaga, defiende á quien corrompido por los vicios y placeres olvida torpemente los asuntos del gobierno, que hoy más que nunca merecen ser tratados. ¡Unámonos, pues, nobles abencerrajes, no nos separemos sin antes trazar el camino que hemos de seguir y morir si preciso fuese, como saben morir los de nuestra raza, demostrando á Boabdil que á pesar del odio que le inspiramos le defendemos y libramos de la vergüenza!

En todos los rostros se pintaba el efecto que habían causado las últimas palabras de Aben; todos parecían abrazar sus consejos excepto uno de los más ancianos, que como no participando del asentimiento general, continuaba cabizbajo y meditabundo. Luégo levantándose de su asiento cuando se hubo restablecido el silencio, exclamó con acento poco extenso pero cada vez más enérgico:

(Se continuará.)

ANGEL COELLO DE TORRES.

MADRID: EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS (Dibujo de P. y Valor)

1. Casa tribunal.—2. Casa de Tinquianes.—3. Casa de negritos en la isla de Negros.—4. Al-ligau, casa para guarecerse en caso de guerra con otras tribus.
5. Casa al estilo de las que se construyen en los distritos P. M. de Lepanto Bonton y Benquet y en ella un local para los cráneos de las víctimas.—6. Vista general de la ranchería de Igorrotes

MADRID: EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS.—HABITANTES DE LA RANCHERÍA (Dibujo de P. y Valor)

MUJERES DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

MUJERES DE DAUDET

(CONCLUSION)

Igual realidad que resplandece en *Sapho* hay en esas otras figuras, delicadas, tiernas como el recuerdo de la felicidad perdida, de la mujer de Numa, la madre de Daniel Eyssette, la viejecita de Fromont y Risler... y en las imágenes terriblemente verdaderas, miserables de la baronesa María, la señora Afchin, la hermana del tamborilero, la chiquilla querida de Numa y otras y otras chorreando la podredumbre ó la acidez de sus pasiones, de sus temperamentos viciados, de sus manías, de su egoismo... Aquí también corre vigoroso, fuerte, trazando líneas gruesas que ponen como de relieve las figuras, el lápiz fidelísimo á la realidad, — (la realidad plena de la vida que ríe á veces y en mucho llora ó se espuma de rabia,)—del privilegiado novelista de *Jack*.

Zola, en cuyas obras maravilla ese tono enérgico del color, esa valentía que pone en las notas oscuras, en las sombras, en las manchas grandes, lucientes, deslumbradoras,—tanto que á veces da en lo alegórico ó á lo menos en algo de la epopeya ó en los cuadros prototípicos, escapándose un tanto algo de las figuras *documentales*,—tiene también y muy á menudo matices delicados, sones dulcísimos, casi idílicos y hasta carcajadas francas, alegres y con más frecuencia alegrías melancólicas bien lejanas de ese pesimismo que le han echado encima como característica de sus obras,—y que si es algo es el pesimismo del predicador que pinta la corrupción no ya del vicio, sino de la acción directa é indirecta de mil causas sociales que tienen en mucho la culpa, inconsciente ó no prevenida á lo mejor, de muchas lacerías humanas. En *Pot-Bouille*, una de las pinturas más descarnadas de Zola, tanto que hiela con su frío del mal, hay aquella María, víctima (que no criminal) del género

LA ANUNCIACIÓN (Cuadro de Fra Filippo Lippi)

LA ANUNCIACIÓN (Cuadro de Carlo Crivelli)

LA VIRGEN ADORANDO AL NIÑO JESÚS (Cuadro de Pollajuolo)

de vida á que la han sujetado las ridiculeces de sus padres y la pobreza de carácter de su marido, junto á la educación torcida, pésima, en cuya atmósfera ahogadora fué creciendo. Sólo un momento levanta el novelista el velo que cubre la desgracia moral de aquella mujer, sujeta por preocupaciones de los otros; pero es lo bastante para ver en los ojos de ella la tristeza de la pena oculta, de los recuerdos dolorosos y para hacerla simpática á los nuestros. Por allí se descubre también, y mejor se adivina, un hogar que vive en el aislamiento de toda aquella miseria *bourgeoise*, con la felicidad de la vida honrada. Madame Campardon es buena á su modo, y su pobreza de espíritu da lástima; no sé por qué me recuerda el chiquillo de una novela de Dickens, sofocado de buena voluntad bajo el peso contínuo, abrumador del muñeco de su hermano, autócrata en pañales de aquella existencia esclava pero que sonríe á su esclavitud. ¿Y Gervasia en la primera época de su casamiento con Coupeau; y la pobre niña martirizada por el abuelo Bijard, y la madre de Camilo, el de *Teresa Raquin*, y otras más, existencias doloridas que gimen bajo el látigo de la fuerza, ó francamente alegres, trabajadoras, bordeando las dificultades de la lucha social con buen ánimo y firmeza de alma?

Ya vendrá la historia de todas ellas, que es la mejor defensa de Zola y el mejor reproche á los que hacen del ilustre novelista un anatómico rígido, clínico afanoso, enamorado de lo malo sólo porque es malo, y amigo antes del criminal que de la víctima. No son fríos, fatales delincuentes todos los personajes de Zola; antes

son desgraciados, víctimas de la herencia física y del medio social.

Ahora leed á Daudet. Zola es hermoso, cautiva al artista, al verdadero artista robusto de alma, que bebe la belleza á grandes tragos; pero deja una impresión dolorosa, algo de amargor en los labios y de lágrimas en los ojos á la vista de tantas miserias como hay en los hombres; bien así como resulta de un artículo estadístico sobre el pauperismo, ó también algo parecido á la dejadez, á la especie de desilusión y cuando menos de temor prudente que queda en el ánimo amigo de la verdad, luégo que la lectura de la *Introducción á la Sociología* de Spencer, pongo por caso, le ha mostrado los mil inconvenientes con que tropezará en sus especulaciones. Se llega á dudar del remedio; lo cual no es malo, porque lleva á duplicar las fuerzas y los esfuerzos.

Daudet también, sin destrozar la realidad, nos habla de lo malo; pero menos severo, algo más indulgente con la sociedad que Zola, y en todo caso falto de la idea sistemática que guía al autor de *Nana* en sus novelas, prodiga más los cuadros de luz, las notas alegres, sanamente optimistas que nos reconcilian con la vida. «Daudet,—dice Emilia Pardo Bazán,—consuela, refresca y divierte el espíritu, sin echar mano de embustes y patrañas como los idealistas, con solo la magia de su amorosa condición y simpático carácter... Es su talento de índole femenina, no por lo endeble, sino por lo gracioso y atractivo.»

Y por eso, sin duda, pinta esas figuras de mujer, tan adorables, cuyo recuerdo vivo no os abandona nunca, desde el momento en que tuvisteis la feliz idea de trabar con ellas conocimiento, amistad firme, duradera; ó enemiga franca, viviente, como si hubieseis de acusarlas mañana mismo ante el tribunal de las justicias sociales.

RAFAEL ALTAMIRA.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

CERTAMEN TRIENAL.—MAYO, 1887

V

Es la acuarela un género lleno de dificultades de ejecución y cuyos resultados no recompensan bastante los esfuerzos que cuestan los muchos obstáculos que ofrece á vencer. Tiene, sin embargo, por su especial índole y manera, aceptación en la época presente. No puede desarrollarse en grandes dimensiones y esto facilita su transporte y acomodo; además la rapidez con que se trabaja hace de ella un género de pintura adecuado á los gustos del siglo, en que la vida se agita vertiginosa, y en que la variedad de emociones es preferida á su intensidad y duración.

Como objetivo artístico, el acuarelista se propone imitar el efecto de los vigorosos toques del óleo, y de aquí, que los enemigos de este género de pintura, hayan sostenido varias veces que no tiene razón de ser, puesto que es un género que como aspiración suprema se propone la semejanza con otro.

Verdad es que, como dice Calonne, en esta pintura «el efecto carece de energía siempre; la perspectiva de transparencia; los primeros términos de solidez y los lejos de confusión, siendo en ella casi imposible el reflejo del sol, tan apreciado por los paisistas.» Sin embargo, por verdad que haya en tales apreciaciones, tampoco se ha de desconocer que la acuarela es un género utilísimo en casos determinados, prestando á los artistas grandes servicios por sus condiciones de rapidez y frescura que la hacen preciosa para estudios del natural y para expresar una composición y apuntar sobre el papel un pensamiento original ó una impresión fugitiva

Muchos de los pintores antiguos han empleado este procedimiento para bosquejar sus composiciones; pero en realidad la manera que tenían de hacerlo era muy diferente de la de nuestros artistas del día. La mayor parte de las veces no se valían más que de una sola tinta, y cuando aplicaban todos los colores no lo hacían con fluidez y ligereza, tomándoles su pasta y produciendo de este modo un trabajo prolijo

LA NATIVIDAD (Cuadro de Piero della Francesca)

EL MARTIRIO DE SAN SEBASTIÁN
(Cuadro de Antonio Pollajuolo)

muy parecido al de la miniatura sobre marfil ó al de la iluminación á la manera de los pacientísimos artistas que estofaban las letras primorosas de los códices de la Edad media.

El primero que entre nosotros aprende el procedimiento originalísimo de este género especial, característico de la pintura inglesa, es Fortuny. La sociedad que se fundó en Londres en 1804, con el título de *Society of painters in water colours* y que en 1823 construyó la galería Pall-Mall, destinada á la Exposición de acuarelas, llevó bien pronto á París la clave del misterioso procedimiento, enseñada por el inglés Bonnington y por el célebre Gericault. Si no con especialidad, con el acierto de su genio, cultivaron por entonces este género Paul Delaroche, Delacroix, Deveria, Descamps y Meissonier. En esta época llegó á París Fortuny, aprendió lo que puede llamarse mecánica del procedimiento, pero no siguió otra escuela que la de su poderosa y personalísima originalidad.

Al lado de Fortuny, cuya vida artística y también cuyo genio le colocan algo alejado de España, llevándole no pocas veces á romper con las gloriosas tradiciones de nuestra manera nacional, conservando únicamente, como con acierto apunta Teófilo Gautier, el recuerdo de la picante ligereza de Goya, llena de gracia y brillantez, comenzaron á conquistar reputación entre nosotros como acuarelistas Pérez de Castro y don Ricardo Madrazo, cundiendo así, aunque lentamente, la afición á un género que como oportunamente dice el señor Tubino: «no se adapta á nuestro carácter y á las exigencias de nuestro temperamento y de nuestros gustos.»

Ya en tiempos muy posteriores, hacia el año 1874, en el estudio del señor Diaz Carreño comenzaron á reunirse algunos jovenes pintores deseosos de practicar la acuarela, y allí puede decirse nacieron los fundamentos de *la Sociedad de acuarelistas* que ha celebrado exposiciones muy brillantes, á las que han concurrido con notabilísimos trabajos: Pradilla, Plasencia, Madrazo, Pellicer, Hispaleto, Morera y otros muchos.

En la presente Exposición, no se han presentado gran número de acuarelas, pero entre las que hay, pueden señalarse algunas como muy excelentes.

De todas ellas, merecen distinción principalísima las presentadas por Fabrés. *Un ladrón* y *La Calumniada*, son dos figuras dibujadas muy correctamente, llenas de verdad, y sobre todo, con la frescura y ligereza de color que es condición tan estimable en este género. Las ropas están apuntadas con gracia y gusto y los detalles de indumentaria revelan estudio prolijo y minucioso. Los paisajes que presenta este artista son muy inferiores á las figuras; con todo *Recuerdos de Llinás*, está muy sentido aunque es algo desigual en la ejecución. Lo mejor que tiene es el cielo, transparente y lleno de luz; la tierra, en los primeros términos sobre todo, no está tan bien interpretada.

La copia que de un fresco de la Academia de San Lúcas en Roma, de Rafael de Urbino, presenta Araujo, ofrece una interpretación muy exacta y feliz del original del gran maestro italiano. En ella se conserva su estilo y genialidad, y la transparencia del color muy diluído en agua y puesto con rapidez, soltura y seguridad expresa á maravilla la ligereza, tersura y brillan-

LUÍSA DE LA VALLIERE EN EL CONVENTO DE

CARMELITAS (Cuadro del profesor Emmanuel de Bussche)

tez del fresco. Es una acuarela de estudio muy digna de examen detenido y de aplauso. *Cante jondo* es una figura de gitano muy característica, pintada con gracia y soltura y en la que, aparte de los méritos como acuarelista, resaltan las excelentes condiciones de pintor de costumbres que en ocasiones repetidas tiene revelado el señor Araujo.

VI

Largamente ha debatido la crítica si la escultura, como manifestación artística, es ó no adecuada á la representación de la vida moderna, estando conformes los más en asentir que por su carácter idealista no puede adaptarse bien á las necesidades y gustos de nuestro tiempo.

Alcanzó la estatuaria su florecimiento mayor en aquel pueblo que más alto ideal llegó á tener de la naturaleza humana, hasta el punto de considerarla confundida con la divinidad, de la que el héroe semi-dios era un reflejo. Este elevadísimo concepto antropomórfico imprimió en la escultura helénica un sello de grandioso idealismo, del que no se ha podido despojar á través de los siglos, según unos por lo difícil que son de romper las trabas de una rutinaria tradición, y según otros, por absoluta imposibilidad de expresar con la fría palidez del mármol otra cosa que conceptos generalizadores y elevados de las pasiones y movimientos del espíritu.

Contra esta última opinión, que es la más generalizada, oponen sus contrarios la doctrina de que á todas las artes puede y debe llevarse el naturalismo moderno, y en nombre de él combaten con encarnizamiento las teorías que llaman académicas. En tanto, los impugnadores del realismo en la escultura, dicen que por los limitados medios de expresión con que esta cuenta, es de necesidad que se atienda á algo más que á reproducir la naturaleza conservando sus proporciones fidelísimamente; y este algo es el concepto idealista que desarrollaron los egipcios, los griegos, los góticos y áun los mismos escultores del Renacimiento, según las creencias, supersticiones ó gustos de sus épocas respectivas.

No hemos de pretender dilucidar esta cuestión; autoridad y espacio nos faltan para ello; pero aunque de pasada, apuntaremos un hecho indiscutible que los idealistas invocan á favor de sus argumentos. Las más felices tentativas de los artistas por libertar á este arte de la esclavitud clásica en que ha vivido, no han llegado á reproducir la naturaleza en sus exactas y verdaderas proporciones. Las estátuas de tamaño natural que han salido de los estudios de los escultores modernos, si se han limitado á reproducir el modelo, no han excedido en mucho á las excelencias del vaciado. En cambio, aquellas producciones en que la vida moderna palpita con mayor verdad, todas han sido ejecutadas en tamaño menor que el natural.

Tiempo hace que estas dos corrientes opuestas comparten la inspiración de los escultores en todos los países, y nuestros compatriotas que no han permanecido indiferentes á la lucha, vienen manifestando en sus producciones el influjo de las dos escuelas. Y bien puede decirse, que lo mismo en la escultura que en las otras artes, los españoles se han señalado siempre por su predilección por la verdad vigorosamente expresada, áun en aquellas concepciones que se inspiraron en el más ideal y exagerado misticismo. Las imágenes que con destino al culto tallaron los cinceles de Berruguete, Gregorio Hernández, Cano y Montañés, ofrecen detalles que revelan un sentimiento muy vivo y profundo del natural y una nobilísima tendencia á expresarlo con franca sinceridad, que no vacila ni ante el temor de degenerar en la vulgaridad ó la crudeza.

Lo que por poderosa intuición presentían entonces aquellos grandes maestros, hoy más razonadamente procuran gran número de nuestros escultores contemporáneos. Hace bastantes años, que Novas presentó su estátua del *Torero moribundo*, anunciando una revolución en un arte que había entre nosotros vivido hasta entonces encerrado en moldes académicos, siquiera fuesen hábilmente adaptados por el cincel inimitable en gusto y corrección de Sabino Medina. Desde entonces la juventud siguió con entusiasmo por la nueva senda y en esta Exposición de 1887 son muchas las obras que se inspiran en la tendencia naturalista moderna.

Querol, joven discípulo de la escuela de Bellas Artes de Barcelona que es en la que se han formado la mayoría de nuestros escultores más notables, presenta un grupo originalísimo en yeso que titula *La Tradición*. Una anciana mujer refiere á dos nietezuelos historias de tiempos antiguos. Sobre su hombro un cuervo aposado parece dictar á su oído el lúgubre relato de la matanza horrible cuya memoria parece invocar con su siniestro aleteo. El simbolismo que representa este grupo es hermoso, aunque en realidad un poco oscuramente expresado. Quiere el escultor darnos á entender que la abuela refiere á los niños la rota de Carlomagno en su retirada de Roncesvalles, y la imaginación tiene que hacer un pequeño esfuerzo para sujetarse á tal convencionalismo, porque lo cierto es que la anciana lo mismo podía contar á los pequeños cuentos maravillosos de endriagos y encantamientos, duendes y aparecidos. A parte de esta vaguedad de expresión, defecto general de todo simbolismo, la producción artísticamente considerada es digna del mayor elogio. El grupo está bien compuesto y las figuras de los niños tienen mucha naturalidad y están admirablemente tratadas. La vieja ofrece un modelado primoroso destacando en feliz contraste sus formas angulosas y desecadas con las suaves curvas de los niños cuyas carnes aparecen flexibles, jugosas y frescas.

El vencido de hoy y vencedor de mañana, por el mismo artista, es una estátua que acusa estudio anatómico y esmero en la interpretación del desnudo y que más que *La Tradición* se resiente del conceptismo ideal que pretende expresar y que es aquí más emblemático y oscuro.

Benlliure concurre á este certamen con una magnífica estátua en yeso, de *Ribera*, el gran pintor valenciano. Es una obra llena de vigor, de inspiración y de carácter. La cabeza del fogoso creador de tantas imágenes de santos y ascetas llenos de vida, de realidad y de expresión, revela su genio enérgico y fecundo. La actitud y apostura de su cuerpo corresponde en todo al ardor que alentaba á aquel grande y privilegiado espíritu. No se puede imaginar á Ribera de otro modo, ni se le puede representar mejor. Los que dicen que su figura tiene algo de afectada y teatral desconocen las condiciones de su carácter y su personalidad tan felizmente interpretados en la estátua

¡Al agua! por el mismo, es un precioso grupo en mármol que en primores de ejecución y en detalles concienzudos tomados del natural, es de lo más exquisito que se admira en la Exposición. Una niña pretende arrojar al baño á su hermano menor que se resiste con rabia cómica. Ambas figuras están llenas de vida y movimiento. La niña tiene una cara dulce é inocente y en sus labios se pliega una sonrisa que por su rostro infantil se exparce como adivinación instintiva del amor maternal. El niño expresa coraje, y su crispatura rígida y nerviosa aparece pro-

RETRATO DE VAN-DYCK, POR EL MISMO

porcionada al esfuerzo de repulsión que representa hacer aquel tierno y desnudo cuerpecillo. Pesa de veras el travieso y mal humorado muchacho y se adivina que la niña tiene que contrarrestar con el empleo de todas sus fuerzas aquella tenaz aversión. Las carnes son flexibles, tiernas y palpitantes y las manos sobre todo, son de un modelado muy fino.

Susillo y Fernández, joven escultor sevillano, se revela en esta Exposición como un artista de mucho porvenir. Su grupo, en yeso, de grandes proporciones, *La primera contienda*, es un estudio muy aventajado del desnudo. La idea que ha inspirado la composición es bella y real al mismo tiempo. Dos tiernos infantes disputan en el seno de la madre cuál de ambos se ha de apoderar del pecho.

Gandarias concurre á esta Exposición con muchas obras, estimables todas, pero en las que, por lo general, ha presidido más que el deseo de expresar una alta inspiración artística el de colocarse al nivel de los gustos vulgares y responder á las exigencias del comercio. *El amor y el interés*, estátua en mármol, es su producción de más empeño; y aunque la idea no resulta muy clara, las carnes están ejecutadas con un esmero acaso demasiado prolijo. Otro tanto puede decirse del busto de *Japonesa*, tratado por el mismo procedimiento que hace más fino y simpático que grandioso. En el grupo de *León y águila* hay mayor grandeza, pero el asunto no puede ni interesar ni conmover, porque en escultura todo lo que no sea la reproducción de la figura humana no resulta dramático jamás.

Los dos Vallmitjana concurren á la actual Exposición con producciones dignas de citarse. *San Juan en el desierto*, por don Agapito, revela inspiración y logra felizmente unir á la majestad y grandeza del asunto religioso, una oportuna tendencia naturalista cuanto á la ejecución así en el conjunto como en los detalles. El *León*, en yeso, acusa estudio del natural y no poca maestría en la ejecución que además es sobria y severa.

Don Venancio Vallmitjana, padre y maestro del anterior, presenta *La niña en la silla*, de admirable naturalidad y ajustándose á interpretar fidelísimamente la gracia infantil y movida de un modelo muy lindo y delicado. *La belleza dominando la fuerza*, el bajo-relieve de *Santa Teresa* y la estátua de *Cupido*, son obras que revelan igualmente á un habilísimo y experimentado maestro.

La mejor elección, estátua en barro cocido, por Brocos; tiene mucha originalidad y está ejecutada con ligereza que no se aparta de la corrección.

Las hijas del Cid, por Díaz Sánchez, revelan mucho estudio del natural. Ambas son dos hermosas figuras bien razonadas, pero demasiado frías de expresión. Acaso á lo dramático del asunto hubiera convenido huir de ciertas afectaciones clásicas.

Jesús discutiendo con los doctores, por Folgueras Doiztua; se resiente de algo de amaneramiento en la actitud del divino niño, cuya figura no ofrece la sublime tranquilidad que corresponde á su naturaleza superior.

Ultima cena de Jesús con los apóstoles, grupo tallado en madera, por San Martín de la Serna; no carece de merecimiento artístico, pero el tamaño en que se ha ejecutado empequeñece el asunto. Hay, además, en la manera de estar concebido, poca espontaneidad, no ofreciendo diferencias notables con los muchos maestros que en pintura y escultura han tratado el tema hasta la saciedad.

Leónidas en el paso de las Termópilas, por San Martín Aguiló, es un estimable modelado de Academia, pero que lo mismo puede representar al indomable espartano que á otro héroe cualquiera.

El vaso decorado, estilo de Renacimiento, por Sánchez, es muy elegante y rico de ornamentación y está con delicadeza y gusto ejecutado.

De grabado en hueco merecen mención muy especial el *Retrato de S. M. la Reina*, por Maura, preciso en el dibujo, de claro oscuro muy suave; y *la Flor valenciana*, por Ponce.

VII

Mas por completar estos apuntes, reducidos á escasas dimensiones porque sólo en el espacio de voluminoso libro hubiésemos logrado completo desarrollo, hemos de enumerar, finalmente, algunos de los proyectos de arquitectura más notables que se han presentado en esta Exposición.

Ofrece esta clase de trabajos dos aspectos diferentes bajo los que pueden examinarse. Uno técnico relacionado con los conocimientos especialísimos que requiere arte que precisa á más de la ardiente inspiración genial el auxilio meditado y frío de la ciencia; otro plástico referente á los procedimientos de la ejecución que han sido empleados para trasladar al bastidor de papel la expresión gráfica y detallada de la invención arquitectónica. Una crítica elevada no puede seguramente prescindir de estos dos elementos que de tal manera se completan y confunden en este arte, que bien puede decirse, casi constituyen uno solo.

Esta consideración nos impide descender á un examen prolijo circunstanciado y doctrinal de obras que no estamos autorizados á criticar por carecer de conocimientos especiales suficientes. A lo más podríamos, en aquella parte artística que se refiere al concepto estético, emitir nuestra opinión; pero tal juicio no alcanzaría otro valor que el de una impresión personal acerca del gusto revelado por el proyectista ó sobre su mayor ó menor acierto en el dibujo, el lavado á la tinta de China ó la acuarela.

Por las razones expuestas no hemos de hacer otra cosa al ocuparnos de esta sección, que citar de pasada los principales estudios presentados en esta Exposición, pero sin descender á discutir sus cualidades.

Del malogrado arquitecto, D. Manuel Antonio Capo, se contemplan siete bastidores del *Proyecto de restauración del casón del Retiro*, todos notables por su dibujo. En las fachadas predomina el estilo dórico y las hace severas y sencillas al prestarlas su sobria y elegante corrección.

El proyecto de un monumento á los Reyes Católicos, por D. Luís María Cabello y Lapiedra, ofrece un suntuoso conjunto formado por cuatro escalinatas de acceso con estátuas, un basamento con otras estátuas ecuestres y una columna adornada acaso con demasiada profusión, que termina en un capitel corintio. El águila coronada que usaron como timbre heráldico los Reyes Católicos, aparece sobre el ábaco.

Don Juan Bautista Cámara y Cámara, ofrece un curioso *Proyecto de monumento para el centro de la Puerta del Sol*. Parece que ajustándose al precepto de Horacio ha querido unir á lo útil lo bello, en los dos cuerpos que forman el trazado. El primero se destina á sala de espera de tranvías, despacho de billetes de espectáculos, etc. El segundo es una torre con reloj de cuatro esferas, barómetro, termómetro, señal de hora meridiana y grandes medallones con bustos de los preclaros hijos de la villa y de los monarcas que más la engrandecieron. El estilo á que pertenece este proyecto es del Renacimiento conservado con mayor pureza y gusto en la parte baja que en la torre que resulta pesada.

Don Antonio Arraez y Floyo, presenta dos acuarelas que constituyen un esmerado estudio de *Interior de un salón árabe*. Mereciendo también ser citados:

Don José Esteve y López, por su *proyecto de baldaquino para la iglesia de San Miguel de Jeréz*; D. Adolfo García Cabezas, por el *Monumento á la memoria del Excmo. Señor Marqués de Comillas*; D. José Grasses y Riera, por sus proyectos de *Monumento á Colón*, *Manicomio-modelo*, *Imprenta Nacional* y *Casa para la sociedad La Equitativa*; el *Cuadro de mosaico*, por D. José Huertas y Domínguez y el modelo en madera del *Puente del Rey en Madrid*, por D. Antolín Ramón Alonso.

R. Blanco Asenjo.

LA MARQUESA BALBÍ DE GÉNOVA (Retrato por Van-Dyck)

LUISA DE LA VALLIERE

Sabida es la contestación de aquel estudiante,—más asíduo lector sin duda de las novelas de Alejandro Dumas que no de los *Elementos*

EN EL CORO

VELANDO AL NIÑO

DÉDALO É ICARO.—LA DAMA Y EL NIÑO (Cuadros de Van-Dyck)

de Historia Universal, ad usum de los muchachos de segunda enseñanza,—quien, preguntado por su catedrático sobre cual había sido la mejor conquista de Luís XIV respondió con el aplomo que presta una arraigada convicción:—Mademoiselle de La Valliere.

No porque la tal mademoiselle valga gran cosa, á nuestro modo de ver, sino por la curiosidad que despierta su nombre, nos creemos en el caso de tener que dar algunos breves apuntes sobre su vida y milagros.

Nació *Louise de la Baume Le Blanc La Valliere* en aquella *region di Turena*, de que se hace lenguas en los *Hugonotes* la reina Margarita y donde, como dice Brunétière, «se reflejan á lo largo del río (el Loira), en un agua límpida y perezosa los palacios de los favoritos y las favoritas de nuestros reyes,» es decir, de los suyos.

Era muy niña todavía Luisita cuando leyó en la cornisa de la chimenea de la quinta donde vivía un letrero con esta inscripción: «*Ad principem, ut ad ignem, amor indissolutus,*» que en cristiano, según le explicarían á ella, si es que no se lo hizo explicar, significa: «Al príncipe, como al fuego del altar, amor indisoluble.» No cayó, por lo visto, en saco roto el latinajo.

Apenas había abandonado la La Valliere sus muñecas, cuando su madre la metió á palaciega, figurando en la cortecilla, bastante cursi, de las princesitas de segundo ó tercer orden alojadas en el castillo de Blois, desde donde ascendió á camarista ó camarera,—no recordamos bien como debe decirse,—de madama Enriqueta, hija de Carlos I de Inglaterra, calabaceada por Luís XIV en sus pretensiones de compartir el regio tálamo nupcial y casada ahora con *Monsieur*, hermano del monarca. No tuvieron inconveniente, sin embargo, el rey y su cuñada, en pegársela á dicho *Monsieur*, con gravísimo escándalo de la corte, decidiéndose para cubrir el expediente que Luís XIV aparentaría hacer la corte á alguna dama de su hermana política, la cual dama serviría así de *chandellier* (ó *Pañuelo blanco*), desempeñando sucesivamente tan honroso cargo las señoritas de Pons y de Chemerault y finalmente la de La Valliere (1661), sin que al parecer se la importara á ninguna de ellas un comino que su cortejo tuviese una honrada y amantísima esposa que se llamaba María Teresa de Austria, hermana del rey de España.

El rey *estableció* á la La Valliere en un pabelloncito del jardín del Palais-Royal, donde nació un niño (1663) que fué inscrito con el nombre de Carlos, hijo de M. de Lincourt y de mademoiselle Elisabeth de Beux. Como se ve «las cosas pasaron tan correctamente como es posible en la irregularidad,» dice Brunétière. Este niño murió al poco tiempo.

En 1664 el rey, sin respeto á su madre ni á su mujer (¡pobres reinas españolas!) se permitió presentarle á Ana de Austria (la reina madre) á la La Valliere, desvergüenza que afectó tanto á María Teresa que por causa de ello «cayó peligrosamente enferma de indignación y de celos.»

Nuevo alumbramiento en 1665, en el Hotel Brion. A este recién nacido le pusieron Felipe y declararon ser hijo de un Francisco Derssy y una Margarita Bernard.

La favorita, sin embargo, tenía muchos enemigos porque en honor á la verdad no explotaba al rey ni para sí ni para los demás. *Inde ira.* Todos los cortesanos estaban contestes en afirmar que aquella odalisca «*gâtait le métier,*» sin contar que no pocas palaciegas se daban literalmente á todos los diablos por no poder suplantar á la novelera combleza que se contentaba con amar á palo seco. Esto no impidió, sin embargo, que en 1666 tuviese que recurrirse á las luces de la ciencia obstétrica con ocasión de otro fausto acontecimiento, esto es, la venida al mundo de la futura princesa de Conti, legitimada al año siguiente, al paso que la madre recibía el título de duquesa de Vaujours. Hubo quien se escandalizó de semejante legitimación, pero á la verdad, los precedentes le autorizaban á hacerlo á Luís XIV. ¿Acaso Enrique IV no había hecho una porción de veces lo mismo?

Llegó 1667 y el rey dejó plantificada á la La Valliere para enamorarse de la Montespan, á pesar de estar próxima la pobre mademoiselle á darle un nuevo y cuarto hijo. Pero lo terrible del caso es que Luís XIV se permitió dudar por mucho tiempo sobre si el futuro conde de Vermandois *etait de lui*. La infeliz Luísa no pudo resistir aquel abandono y ¿resolvió meterse monja? no, señor; resolvió servir de tapadera á los amores del rey y de la Montespan, aviniéndose á desempeñar tan insigne cargo durante la friolera de seis años y apadrinando á varios bastardos de su antiguo amante y la nueva favorita.

Y no se crea que la apeada concubina se estuviese lloriqueando y dirigiese versos á la Luna explicándole sus cuitas, sino que era uno de los más esplendorosos astros de Versalles y gastaba y triunfaba y seguía las diversiones y se daba todo el tono de una duquesa, como era, importándosele un ardite que algún precursor de Echegaray pudiese bautizarla con el título, en femenino, de uno de sus más aplaudidos dramas.

M. Brunétière no puede menos de reconocer que en todo esto que el rey parece *avoir manqué cruellement de delicatesse; lui rappelait trop durement ce qu' elle avait eté jadis;* efectivamente, era muy poca delicadeza decirle á la pobre duquesa que no era más que *la femme de chambre* de la Montespan.

Desdenes, humillaciones y burlas no impedían sin embargo que la ex-favorita fuese muy á gusto en el machito y así hubiera llegado á vieja á no haber tenido la suerte de que un mariscal de Francia, amigo suyo, le aconsejara que se metiera monja, haciendo que se entregara en manos del P. César, del Carmen Descalzo, varón ejemplar y celebrado director espiritual. El mariscal, impertérrito en su piadosa tarea, hizo que su amiga fuese también á visitar á las Carmelitas Mayores *(les Grandes Carmelites)*, y finalmente la catequizó para que fuese á conferenciar con el Aguila de Meaux.

La Montespan puso el grito en el cielo al saber que su antecesora quería entrar en un convento. Esto era como señalarle el camino cuando el rey la despidiera como había hecho con ella, pero por fin, prevaleció la determinación de la La Valliere, la cual el 20 de Abril de 1674 fué á hacer la visita de despedida al *Maitre*, como le llamaba aún.

Dos meses después tomaba el hábito, corriendo el sermón á cargo del obispo de Aix, y al año siguiente hacía profesión con el nombre de Sor Luísa de la Misericordia, siendo el predicador Bossuet, que según madame de Sevigné no estuvo tan *divino* como la gente se había figurado. A pesar de las maceraciones á que dicen se entregaba, no puede asegurarse que le probara mal á Sor Luísa la vida monástica, pues vivió todavía treinta y seis años.

Como se ve, no hay para qué hacer de la La Valliere una heroína de novela; si es verdad que quiso sincera y desinteresadamente á Luís XIV todo el mérito que esto puede tener queda oscurecido por su vergonzoso papel entre la Montespan y el monarca. Más que cualquiera de esas favoritas valía la española María Teresa, esposa que Luís XIV no se merecía.

Pocas veces, ni en Francia ni en parte alguna, veremos un bardaje á quien deba agradecerse ningún bien; piedra de escándalo para los ciudadanos, solo acarrean desgracias y suscitan vergonzosas emulaciones; pocas pueden conservar su dignidad, si nunca la tuvieron, y una vez arrojadas del pedestal de su ignominioso encumbramiento, no vacilan á guisa de la La Valliere en figurar como criadas de sus sucesoras ó en convertirse como la Pompadour en proxenetas reales. Mucho daño han acarreado los novelistas sin ciencia ni escrúpulos que han presentado con simpáticos colores el papel de esas mujeres. Siempre las Blancas de Borbón valdrán mil veces más que las Marías de Padilla.

CARLOS MENDOZA.

NUESTROS GRABADOS

PALABRAS DE AMOR.—EN EL CORO.—VELANDO AL NIÑO

Tres dibujos muy simpáticos, finamente grabados. Modelo de belleza escultural la joven que cree escuchar *palabras de amor* y no es que lo crea sino que realmente algo, simbolizado audazmente por el autor en un angelito, le está hablando al oido; piadosa escena la de esas jóvenes cantando á coro y en el coro las alabanzas del Señor y delicadísima creación la de esa joven madre que, atenta á su trabajo, no se separa, sin embargo, del lado del enfermito, presta á prodigarle sus cuidados.

Dados tres asuntos como esos y desempeñados con el sentimiento y habilidad con que aparecen, no hay más que decir sino que *tout est pour le mieux.*

INGLATERRA: EL CASTILLO DE HATFIELD VISTO DESDE EL PARQUE

Este edificio, como tantísimos otros, data del reinado isabelino, en cuya época, pintorescamente hablando, alcanzó el colmo de la perfección la arquitectura doméstica inglesa, uniendo á la solidez del ojival, modificado por la elegancia italiana, cierto sello *comfortable* propio del país. Puede decirse que de entonces data la idea del *home life* ó vida casera, tan característica del sajón. Todas aquellas construcciones están dispuestas de modo que son muy abrigadas en invierno y frescas en verano. Además de esto, hay espacio para que se den libre carrera las artes decorativas, gracias al mobiliario, á las chimeneas monumentales, á las grandes escaleras, á los parques, etc.

Este castillo situado en el Hertfordshire es propiedad actualmente del marqués de Salisbury.

MADRID: EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS

La ranchería formada en la Exposición del Retiro para ofrecer una idea de lo que es un poblado de igorrotes está detrás del Pabellón real, en la parte baja del Parque, rodeada por la ría y cercada por una valla de cañizos.

Llama la atención desde luégo la casa construida sobre el tronco y en el arranque del ramaje de un pino, construcciones muy usuales entre los naturales de las montañas de Luzón y á las que se sube, no por una escalera de mano, como la colocada en la que hay en la Exposición, sino simplemente por un tronco de árbol con hendiduras, en los que se apoyan los habitantes del casi aéreo edificio.

Otra de las construcciones viene á ser un chozo circular destinado á necrópolis; es decir, á lugar destinado á la conservación de los cráneos de los fallecidos, pues los igorrotes decapitan á sus muertos, queman el cuerpo y maceran las cabezas, que se depositan en esta forma en la especie de panteón general que reseñamos.

El edificio más importante es el que figura la casa Ayuntamiento ó tribunal, sin que por ello se diferencie notablemente de los demás.

Como todas estas casas están montadas sobre puntales que separan su piso inferior un metro, por lo menos del suelo, la del tribunal tiene destinado aquel espacio á cárcel, con la particularidad de que sus paredes son de ligeras cañas. Claro es que los criminales encerrados en aquel recinto se evadirían sin la menor dificultad, sino se les sometiera á precauciones más cuidadosas, consistiendo la principal en sujetarlos á un largo cepo que imposibilita casi por completo todo movimiento del detenido.

Un detalle curioso. Conservan adosado al tronco de un árbol, el cráneo del cerdo que sacrificaron y se comieron cuando la fiesta de que tanto hablaron los periódicos, habiéndole colocado, pendiente de las mandíbulas, dos trozos de madera recortada en extrañas curvas que afectan signos masónicos.

En una cerca inmediata á la ranchería hay varias especies de los animales domésticos generalmente utilizados por los igorrotes.

En el otro grabado figuran los tipos diversos que habitan en la ranchería; nada más oportuno ciertamente cuando tantos de ellos van desfilando hacia la Eternidad.

JOYAS DEL ARTE ITALIANO ANTIGUO

Fra Lippo Lippi.—Piero della Francesca.—Pollajuolo
Carlo Crivelli

Figuran todos esos tesoros en la Galería Nacional de Londres y son otras tantas páginas de subidísimo valor en la historia del arte.

Piero della Francesca es uno de aquellos artistas de *la piadosa Umbria* que no abandonaron su carácter de tales para hacerse florentinos, es decir, paganos. Sus obras respiran la más ingenua religiosidad y resplandecen por sus peregrinas cualidades técnicas. Fué Piero uno de los primeros italianos que hicieron uso de la pintura al óleo y con ello gran conocedor de la anatomía, de la perspectiva,—cuya ciencia mejoró con la aplicación de la geometría,—y del claro-oscuro, tanto que se adelantó á su tiempo. No brillaba menos en la invención que en el color, armonioso, finísimo. Es muy estimado este autor como pintor concienzudo; M. Paul Mantz ha dicho de él que se había creado «un paraíso umbrío.»

La obra cuya reproducción puede verse en estas páginas, da idea del profundo conocimiento del insigne artista en

el modelado, en la disposición de los paños y en la variedad de las expresiones. Ofrece mucho interés también esta *Natividad* por darnos en ella el pintor el fiel trasunto de las gentes de su época, como estudio hecho del natural, siendo las figuras otros tantos retratos. Además de esto, no caben sino elogios por la belleza del paisaje, verdadero alarde de perspectiva, y por la delicada manera con que están representados el buey y el asno del establo y las avecillas que pían en torno del divino infante.

Esa escuela umbría, tan enamorada de la idea, tan sinceramente religiosa y á la cual debió Rafael el encanto de su dulce manera de *sentir* las Madonas, goza hoy de gran predicamento, bastando decir que el cuadro de que hablamos fué comprado por los ingleses el año 1874 en 2.415 libras esterlinas.

Pollajuolo del siglo XV, como el anterior, era florentino; grande innovador, maestro en muchas artes, inventor, apasionado por la anatomía y la perspectiva. Como otros muchos excelentes escultores y pintores, había comenzado por ser platero. Pintó muy bien al óleo, cuyo secreto traído á Italia por Antonello da Messina, fué uno de los primeros en conocer. Su color es poco brillante, pero exacto; en cambio en el claro-oscuro es admirable. Tampoco sobresale en la composición, por resultar apiñadas las figuras, si bien cada una de ellas está en su sitio, presentando todas las más variadas actitudes y brillando por su acertada expresión.

Carlo Crivelli, contemporáneo de los dos anteriores, ocupó un lugar distinguidísimo en aquella admirable generación que floreció después que el Giotto hubo regenerado el arte. Nació en Venecia á principios del siglo XV y se formó en la escuela del Squarcione, de Padua. Su *Anunciación*, aparte de su mérito artístico, es obra curiosísima por la abundancia de detalles referentes á los trajes, muebles y arquitectura de la época.

¿Quién no conoce las extraordinarias aventuras del carmelitano frá *Filippino Lippi*, asimismo del siglo XV? Puesto por sus padres en un convento cuando solamente contaba ocho años escapóse de allí al poco tiempo y fué hecho esclavo por los berberiscos; empero, habiendo pintado el retrato del corsario que le apresara, dióle éste la libertad. De regreso a Florencia, su patria, fuese á pintar al monasterio de religiosas de Santa Margarita y robó á una de ellas, de la cual tuvo un hijo, al cual trasmitió su nombre y su arte. Como pintor brilla por la magnificencia de sus composiciones, por su color jugosísimo y por la vida, alegría y vigor de sus figuras, rompiendo así con las tradiciones divinamente idealistas del Beato Angélico. Con todo, en sus últimos tiempos mostróse impregnado del más sincero fervor religioso, perteneciendo á esta época la *Anunciación*, tan sentida como bella de color y ricamente ornamentada. Es obra al temple.

LUÍSA DE LA VALLIERE EN EL CONVENTO DE LAS CARMELITAS
Cuadro del profesor Emmanuel de Busseche

(Véase el artículo).

VAN-DYCK

Sir Antony Van-Dyck, como llaman los ingleses al que los italianos conocen con el nombre de *il pittore cavalieresco*, es indudablemente uno de los artistas más simpáticos, á la manera de Rafael ó de Mozart, con quienes tiene más de un punto de contacto. Comenzaremos á dar cuenta de las obras que reproducimos hoy en estas páginas, por su *Retrato;* hé aquí algunos de sus principales rasgos biográficos:

Nació en Amberes en 1559 y fué discípulo y émulo de Rubens; aventajó á éste como retratista, y mostróse inferior á él en el arte de componer un cuadro y en el vigor de la ejecución; con todo, como vivió poco, no es posible decir hasta dónde hubiera llegado. Decir de Van-Dyck que era un modelo de distinción, es repetir lo que todos saben; fué además de seductora presencia, muy amable, galanteador y afortunado. Por eso murió á los 42 años, habiendo alcanzado *el honor*, él, hijo de un pobre mercader de paños, de casarse con la sobrina de la duquesa de Montrose, perteneciente á la más encopetada aristocracia de Inglaterra.

Sus amorosas aventuras no impidieron, sin embargo, que fuese un trabajador incansable; en esta parte compite con Rubens, pues si no ha dejado tantos cuadros como éste, hay que tener en cuenta que vivió veintiun años menos. Madrid, Londres, Amberes, Gante, Malinas, Courtray, San Petersburgo, Viena, París, Dresde, Munich y otras capitales poseen ya en sus museos públicos, ya en sus iglesias, gran número de lienzos de Van-Dyck, además de no pocos que figuran en las galerías particulares.

No satisfecho todavía con la enseñanza adquirida en el taller del gran Pedro Pablo, hizo un viaje á Italia donde durante cinco años estudió con entusiasmo las obras maestras de los venecianos y pintó algunos de sus más famosos retratos.

Volvió á Inglaterra en 1632 y llegó á su apogeo como pintor sin rival en gracia, hechizo y refinada distinción, tratándose del género que hemos dicho, al par que brillaba como uno de los principales ornamentos de aquella Corte tan fastuosa y elegante.

Quieren explicar algunos la exquisita sensibilidad, el *feminismo*, por decirlo así, de este pintor, suponiendo que heredaría tal cualidad, no de su padre el rico mercader Francisco Van-Dyck, sino de su madre María Cuypers, que, á lo que se dice, era mujer de refinada cultura y sumo gusto, con sus dejos de interesante melancolía.

Decíamos que tenía Van-Dyck más de un contacto con Rafael y Mozart y así es, habida en cuenta la precocidad de que, como estos dos genios, dió muestras. Ya en 1609 dejaba asombrado á su primer maestro Hendrick Van Balen y dos años después entraba en el taller de Rubens, quien fué para él siempre el mejor y más desinteresado amigo.

Casado con la noble señora que hemos citado antes, murió Van-Dyck (1641) dejando una bonita fortuna, 15.000 libras esterlinas, lo cual en juicio de algunos basta para desmentir los cargos que se le hacen de haber sido un derrochador. Y en efecto, el argumento no puede ser más convincente.

Los magníficos grabados, copia de cuadros de Van-Dyck que acompañamos con este número son, además de dicho su retrato:

La Marquesa Balbi de Génova, radiante de simpática belleza, retrato verdaderamente suntuoso, de sólida ejecución; *La dama y el niño*, resumen de la feliz influencia de Rubens sobre su discípulo, donde brillan conjuntamente la vivacidad del gran flamenco y la melancólica gracia propia del autor; *Dédalo é Icaro*, concepción feliz, en la cual no cabe llegar más allá en punto al modelado de las dos figuras; y finalmente *Enriqueta María*, el mejor retrato que se hizo nunca de la infortunada esposa de Carlos I Estuardo.

A TERESA

Si una flor, pidió mi vida
para esenciar sus amores
fuiste tú, prenda querida,
la flor más bella y pulida
que puede hallarse entre flores.
Si fuí buscando una estrella
para alumbrar mi camino
y afirmar en él mi huella,
fuiste tú, la pura y bella
lumbre que vió mi destino.
Si cruzando el ancho mar
la tabla de salvación
pude un punto reclamar
me la dió tu corazón
con su firmeza sin par.
Y si con heroico anhelo
quise al emporio ascender
para desgarrar su velo,
tú me mostrastes ese cielo,
siendo diosa y no mujer.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE.

AL HURACÁN

Tú, que el espacio cruzas turbulento
y el polvo en nubes con tu soplo arrojas,
que arrancas á los árboles sus hojas
y haces volar las piedras con tu aliento.
Que estremeces las torres en su asiento,
y al templo de sus cúpulas despojas
que le empañas al sol sus tintas rojas
y dentro del volcán rujes violento.
Que el proceloso mar rompes silbando
en tanto que con ímpetu exterminas
las naves en las rocas estrellando;
En medio de las rápidas mudanzas
con que siembras estragos y ruínas
¿Qué has hecho de mis pobres esperanzas?

A. ALCALDE Y VALLADARES.

AMOR SUICIDA

(PÁGINAS DE LA VIDA REAL)

(CONTINUACIÓN)

II

A la mañana siguiente Luísa abandonó su casa. Fué en busca de Enrique. Ella planteó con resolución y valentía el problema de la vida. Arrastró al joven, que sin fuerzas para luchar, sin voluntad propia, conformóse al fin con las ideas de su amante.

Los dos abandonaron la ciudad. Durante el día recorrieron los más pintorescos pueblos que forma la huerta de Valencia. Llegaron hasta Burjasot y junto á una cruz de piedra que marca los límites del término, hicieron alto. Sentáronse en los escalones que forman la base que sostiene el signo de la redención. Allí, en medio de la más completa soledad, sin más testigos que la cruz, juraron quitarse la vida fijando un plazo cortísimo, algunas horas.

La resolución era inquebrantable. A fin de evitar el que sus familias pudieran estorbar semejante determinación, acordaron no volver á Valencia hasta la noche, pasándola en una posada.

Ya estaban encendidos los faroles del gas cuando entraban en la ciudad.

—¿A dónde vamos?—preguntó Luísa.

—Donde tú quieras.

—Lo mejor sería buscar una posada poco frecuentada.

—¿Quieres ir á la posada de la Maza? Es la más cercana y la menos vigilada.

—Tiene, según dicen, muy mala reputación, —dijo Luísa después de un momento de duda, —pero si no hay otro remedio marchemos á ella. Cuanto más pronto mejor.

Elegido el sitio dirigiéronse á él. Pronto llegaron á la posada, situada en una calle solitaria.

Esta posada, que en realidad ya no tiene de tal más que el nombre, les ofreció albergue seguro aquella noche. El posadero, hombre que conocía bien el oficio, no era indiscreto con sus huéspedes. Entregábales la llave del cuarto, recibía el importe del hospedaje y *Laus Deo*.

El cuarto que ocuparon los jóvenes estaba situado en el piso principal. Era de los más espaciosos y mejor amueblados. Una mesa toda manchada, seis sillas de Vitoria medio desvencijadas y una cama con dos colchones duros y unas sábanas que en algún tiempo debieron estar limpias.

La joven, una vez dentro de la habitación, dejóse caer en una silla, en tanto que Enrique pedía papel para escribir una carta. Luégo se sentó sobre la cama. Así permanecieron largo rato.

Luísa levantóse de la silla, colocó otra frente á la mesa, alumbrada por un quinqué de petróleo, y dijo:

—Anda, siéntate y escribe la carta.

Enrique obedeció casi maquinalmente. Cogió la pluma y estuvo largo espacio pensando cómo daría principio á la carta.

—¿Pero, qué haces, hombre, que no escribes? ¡Parece que estás muerto!

—Es que no sé cómo principiar.

—Escribe, yo dictaré,—respondió con palabra segura la jóven.

«Señor juez:

»No se culpe á nadie de nuestras muertes. Las contrariedades de la vida nos conducen á ese fin. ¡Dios tenga misericordia de nosotros!»

—Firma.

El joven escribió: Enrique Vilar.

Luísa cogió la pluma y con mano segura y letra clara puso su nombre: Luísa Campos.

—Ahora escribe el sobre.

«Al señor juez del distrito.»

—¿No escribimos á tu madre y á la mía?—preguntó Enrique.

—¿Para qué? No es necesario. Mañana sabrán la noticia. Ya se consolarán, si es que pueden hallar paz y consuelo en la tierra.

Un silencio profundo siguió á la redacción de la carta. ¿Qué experimentaban en aquel momento los dos jóvenes? El acto que acababan de realizar era el testamento y éste sólo se otorga, generalmente, cuando la muerte se avecina. Por más voluntad que habían demostrado, después de escrita la carta dirigida al juez, la realidad se presentó ante ellos, desnuda, y tal vez entonces sondearon con miedo el abismo abierto á sus piés.

Enrique y Luísa sumiéronse en profundas meditaciones. Él sentado frente á la cabecera y

sujetando con las manos la cabeza, y ella sentada en una silla y con la cabeza caída y apoyada en la mano izquierda. En esta actitud permanecieron toda la noche.

Pero las horas pasaban. En el reloj de la catedral dieron las tres. Luísa oyó los acompasados golpes de la gran campana y se levantó de la silla.

LA REINA MARÍA ENRIQUETA (Retrato por Van-Dyck)

—Enrique,—dijo acercándose al joven,—vamos, ya es hora.

El novio, medio aletargado, alzó la cabeza y fijó sus ojos en Luísa. La luz del quinqué apenas alumbraba la sala. Enrique estaba pálido, convulso, nervioso. En aquel supremo instante se presentó en su imaginación la realidad, desnuda, sin atavíos; realidad horrible, inmensa y cuyo desenlace eran dos cadáveres. La emoción fué terrible. Vibraron todos sus nervios, brotaron las lágrimas y se arrojó en los brazos de Luísa exclamando:

—¡Que desgraciados somos, bien mío! ¿Por qué no hemos de ser dichosos como lo son las demás criaturas?

Y oprimía sobre su pecho á la joven que no estaba menos agitada y llorosa que su prometido.

Abrazados y llorando permanecieron largo tiempo. Los sollozos confundíanse con los besos; besos puros, pero ardientes como el hierro enrojecido. Cada beso era un escape de vida, de fuego y de pasión.

—¡Bien mío, luz de mis ojos, abrázame fuerte, más fuerte!—decía la joven.—¡Muera en tus brazos, Enrique querido!

—¡Deja que bese por última vez las lágrimas de tus ojos, Luísa idolatrada!... ¡Maldita sea nuestra suerte! ¡Vivir, sí, vivir para tí fué mi sueño! ¡No llores, corazón mío! ¡Nena mía, mírame, abre los ojos, no me robes tus miradas!

—No me aflijo, no. Lloro, sí, porque vamos á gozar de la dicha eterna. En el otro mundo seremos felices, dichosos. Nuestras almas volarán al cielo, no lo dudes, Enrique mío. Allá nos espera la ventura, la calma, un eterno gozar; aquí, en la tierra, lucha, desesperación, contrariedades, miserias, lágrimas, un dolor eterno..... ¡Repite que me amas mucho, que siempre me has querido como yo te quiero, bien mío! ¡Júramelo por la salud de tu alma, por la memoria de tu padre!

—¡Sí, te lo juro, ángel mío! Tú sola eres mi consuelo. Tienes razón. Sí, la muerte no es más que el camino para el otro mundo. Marchemos á él, busquemos allí la felicidad que Dios nos ha negado en la tierra...

Abrazados, los ojos convertidos en ríos, la fiebre de la desesperación atacando sus cuerpos y la voz ronca, afónica. En esta actitud permanecieron cerca de una hora. Sonaron las cuatro.

Luísa fué la primera en poner término á la escena. Las fuerzas iban faltando, la debilidad se apoderaba de aquellos cuerpos.

—Vamos, Enrique,—dijo la joven con la resolución y energía propias de su carácter.

—Sí, marchemos, pero dame un abrazo más. Otro...

De nuevo se confundieron y chocaron sus labios, brotando esos besos tras los que el alma sale hecha pedazos, convertida en jirones.

Abandonaron la posada. Las calles estaban solitarias, desiertas, oscuras. Habíanse retirado los vigilantes nocturnos y el día se anunciaba con esa claridad pálida, incolora, que va alumbrando primero el horizonte, luégo las azoteas y terrados de los edificios para descender después al fondo de las calles, disipando las últimas negruras de la noche y preparando el reinado de la luz, la llegada del sol con sus calientes y dorados rayos.

Tomaron la dirección de la Alameda. Allí se habían consumado muchos suicidios. El sitio convidaba á poner fin á la vida.

Alguno que otro transeunte madrugador se fijó en la pareja. Distinguió los cuerpos, la silueta de dos seres, pero no penetró en el fondo de aquellos corazones. Había escasa luz y no podía leerse en sus rostros, el fuego de la desesperación que se alimentaba y crecía con violencia en las cabezas tempetuosas de Luísa y Enrique.

Sin hablar una sola palabra llegaron al puente del Real. Al otro extremo estaba el paseo; la distancia era corta, el fin de la lucha se acercaba, el día adelantaba rápidamente en su carrera.

Algunas carretas cargadas de hortalizas cruzaban el puente en dirección á la ciudad. Sobre las cestas repletas de coles, lechugas, calabazas y patatas, iban los conductores de los vehículos, soñolientos, sin fijarse en la pareja.

(Se concluirá.) LUÍS BLASCO.

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 13 de Agosto de 1887 | Núm. 241

LA VELADA

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Zoraida* (continuacion), por Angel Coello de Torres.—*Amor suicida* (conclusion), por Luis Blasco.—*Lecturas. Baudelaire* (continuacion), por Clarin.—*La romería*, por Alfonso Pérez Nieva.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—Nuestros grabados.—*Lolis*, por Prospero Merimee (traduccion de A. O.)

GRABADOS.—La velada.—Pinturas sobre esmalte (tres grabados).—*Exposicion Nacional de Bellas Artes de 1887* ¡Agua!—David y Saul.—Bronces rusos (dos grabados).—Reverie.—Un almuerzo en el bosque.—Un gracioso.—Bajo los árboles.—¡Salvada!—El regreso de las barcas.—Cristina, duquesa de Milan.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

LOS DUELOS

QUERIDA Carmen: Aquí leemos con avidez, todos los días, los despachos telegráficos, para saber si se ha verificado ya el duelo entre Boulanger y Ferry. Por fortuna este duelo experimenta algún retraso y los duelos que se discuten rara vez se realizan. Las palabras dichas contra el general Boulanger por Ferry, no son tan graves que exijan un duelo á muerte y los padrinos de Ferry hacen bien tratando de que se cubra el honor sin cubrir un cadáver. Este duelo, públicamente concertado, públicamente discutido, demuestra hasta qué punto llega la manía de los lances en París; y de los lances que no resuelven nada; porque si el duelo entre aquellos dos hombres políticos se realiza, ninguno de ellos ganará ni perderá en la consideración pública: Boulanger no necesita este duelo para que todos sepamos que es un militar bizarro; y Ferry ni aceptándolo ni rechazándolo dejará de ser para todos un hombre de Estado respetable y serio.

Mas en ese París se ha perdido el juicio por completo. Todos sabemos que el duelo está en las costumbres modernas y que no se reforman en un día las costumbres. No ya los duelistas, personas tan formales como el mismo Guizot dicen que una infinidad de insultos y de abusos y de vejaciones se cometerían en la sociedad sin que los jueces pudiesen remediarlas si allí donde hubiese un hombre de corazón no hubiese una justicia apreciadora de esas ofensas que se levantase á protestar contra ellas esgrimiendo una espada ó disparando una pistola. Esta justicia individual mantiene la urbanidad de las relaciones sociales y además ampara el honor sagrado de la familia. Pero en la actualidad se baten ahí por cualquier cosa; por una palabra equívoca, por un gesto, por una mirada y sobre todo, porque se hable del lance en los diarios. No hace mucho tiempo que los franceses, para batirse, tenían que pasar la frontera, y los periódicos daban cuenta de los lances con ciertas precauciones y publicando tan solo las iniciales de los combatientes; hoy se publica la noticia de las condiciones del desafío, sitio y hora en que se verificará sin pasar la raya internacional; y se dan los nombres de los testigos que le disponen. Lo mismo que si se tratase de una boda ó de solemnizar un aniversario.

No hay razón contra la moda y, por lo tanto, inútiles son las reflexiones de las personas sensatas; en épocas en que se estima la notoriedad sobre todo, se busca ésta por todos los medios y es más fácil insultar á uno y batirse con él que descubrir la piedra filosofal ó la dirección de los globos. Hay hombres célebres, en Francia, que no serían nada si no hubiesen sido duelistas y cuya celebridad está sostenida por la espada. Quien arriesga su vida excita siempre la admiración, pues no puede negarse que la vida es el más precioso tesoro del hombre; las mujeres mismas, que parece debierais sentir horror por los duelistas, no dejáis de admirarlos; y os sentís fascinadas por sus bárbaros y crueles alardes y lejos de huir con espanto de sus caricias, caéis desvanecidas de amor entre sus terribles brazos. M. Paul de Casagnac, uno de los espadachines más famosos de Francia, es buen ejemplo de ello. Las damas de la sociedad francesa le adoraban según parece.

Y por cierto que también los diarios de esa capital nos hablan de un lance en proyecto que no se ha verificado por oponerse á ello el desafiado; que no es otro sino el citado M. Casagnac. Este, después de haber tenido innumerables desafíos, ha decidido no batirse y hacerse hombre formal. Su contrincante le niega este derecho bajo el pretexto de que después de haber molestado á todo el mundo para llevarle al terreno, porque á él entonces le entretenía este juego, no tiene ahora derecho á retirarse porque haya engordado, adquirido fincas y rentas, y entrado en el período de una madurez exquisita y confortable. Estos famosos matasietes cuando llegan á cierta edad, en que reconocen su desventaja física y en que no sienten la necesidad de aumentar su reputación, se dedican á padrinos de los demás duelistas y á jueces de los tribunales de honor. Por regla general son los mejores arregladores de los lances y M. Casagnac tiene arreglados muchos; los padrinos malos son los nuevos; los que no han presenciado lances y necesitan darse la emoción de ver como dos estimables personas se ponen el pellejo como una criba. Los despachos telegráficos nos han dicho que acerca de la situación creada por los padrinos de Ferry, negándose á aceptar las condiciones propuestas por los de Boulanger, se consultaría la opinión de M. Anatole de la Forge. Este M. Anatole de la Forge es otra celebridad de la espada, al cual se nombra juez por su reputación de hombre de honor. Pues casi todos los lances que se le consultan se resuelven pacíficamente; y el de Ferry con toda seguridad no se realizaría de nombrársele árbitro. Y es que verdaderamente el duelo es mejor para aceptado que para recomendado á los demás. Hay gallardía en exponer la propia existencia, sin motivo; hay falta de corazón en exponer la vida de otro hombre sin justificación evidentísima.

El lance de Boulanger y de Ferry, de verificarse, sería á pistola. Entre los militares y paisanos suelen ser á pistola los desafíos porque se supone á los militares maestros en el arma blanca. Pero esto agrava las consecuencias del desafío, cuando no las hace ridículas. En un duelo á pistola no suele haber término medio; ó resulta gravemente herido uno por lo menos de los adversarios ó los dos vuelven del terreno tan sanos y tan frescos. No se comprende que se vaya al terreno sin motivo ni que se vuelva sin él. Lo peor es que el público, por quién la mayoría de los combatientes se bate, no queda contento y los actores en cambio han pasado las amarguras que lleva consigo un duelo á muerte. El momento más terrible de los duelos no es el momento en que se verifican, cuando nos encontramos enfrente del adversario; allí se obedece automáticamente y no se tiene ya conciencia de lo que se hace; el momento terrible es el de la noche que precede al duelo cuando solitariamente se mide el peligro y se despide uno de todos los afectos é intereses que le ligan al mundo; cuando la conciencia nos dice que hemos provocado sin razón quizás y que vamos á ser justamente muertos ó injustamente asesinos.

Por esta razón las dilaciones en los lances son crueldades; y por esta razón los lances que se dilatan no se verifican.

Aquí en España, los duelos son por fortuna muy poco frecuentes. La mayoría de los periodistas se mueren sin haberse batido. Primero porque realmente los españoles somos mesurados en las formas y después porque no buscamos la notoriedad por medio del escándalo. Un periodista español necesita ingenio é intención; pero no necesita saber tirar á las armas. Apenas hay un periodista español que sepa coger una espada ni derribar un muñeco de un balazo, á diez pasos. Esto constituye la más hermosa igualdad en los lances: los sablazos y las balas van por donde Dios quiere; los que verdaderamente están amenazados de muerte son los padrinos.

En Francia suelen verificarse los desafíos á espada, porque el duelo es una costumbre y la mayoría de la sociedad está preparada para ellos en las salas de armas; aquí nos batimos al sable porque este combate es más irregular y franco. El sable tiene la ventaja de que no suele ser mortal ni ridículo. Sus heridas espantan mucho y se curan pronto; mas la hoja fina de la espada, sin enrojecer la camisa deja seco á un hombre.

Aquí donde, como digo, casi nadie tira al arma blanca; menos aún se maneja la pistola. Así la mayoría de los duelos á pistola terminan con la reconciliación de los dos adversarios satisfechos é incólumes. Hace algún tiempo fuí padrino en uno de estos lances que te referiré en su sencillez, porque puede servir de patrón; siendo como es semejante al noventa por ciento de los desafíos á pistola. Se trataba de dos jóvenes conocidos entre los cuales habían mediado palabras descorteses con motivo de un incidente de juego. Uno de ellos era tirador de espada; se convino en que el duelo sería á pistola; cambiándose cuatro balas. Nos habíamos reunido los cuatro padrinos y desde luégo convenimos en que debíamos hacer cuanto fuese posible para evitar una catástrofe. Convenimos en que los adversarios se colocarían á treinta pasos; y que dispararían á la voz de mando. Uno de los padrinos propuso que disparasen á cincuenta pasos de distancia; pero le hicimos considerar que en esas condiciones corríamos nosotros más riesgo que ellos, por distantes que nos colocásemos. Al segundo disparo los adversarios avanzarían cinco pasos, si les agradaba. Los desafíos á la voz de mando se verifican de esta manera: puestos los dos adversarios uno enfrente de otro el testigo director del combate dice:—¡Atención! ¡fuego! ¡una, dos, tres!—y al decir ¡tres! deben sonar los pistoletazos como si fuese uno solo. Ni antes ni después; cualquier error en esto... no vale. Como entre los padrinos había un coronel, persona respetable por su profesión y su edad, á este le confiamos la dirección del combate. Después nos ocupamos en buscar armas y terreno. Un amigo mío me prestó una soberbia caja de pistolas, que había comprado exclusivamente con objeto de prestarla.—Puede usted llevarla con tranquilidad,—me dijo tristemente,—han servido ya en cinco lances, sin que hayan matado ni herido á nadie. Si como espero, nada ocurre en este otro, tendré que reemplazarla, ¡porque la verdad no parecen instrumentos de muerte, sino de vida!—Sellamos la caja de las pistolas para no abrirla ya más que en el terreno.

El terreno elegido por nosotros era entre los dos Carabancheles; ningún objeto material, ningún árbol, ninguna mata podía servir de guía para los disparos.

A la mañana siguiente llegamos al sitio, y echamos suertes para ver que lugar debían ocupar los combatientes; procurando que no les diese en la cara ni el sol ni el viento. Les permitimos que conservasen sus gabancillos; después de habernos asegurado por nosotros mismos, con decoro, que no conservaban la cartera, ni el portamonedas, ni el reloj, ni objeto ninguno que pudiese detener una bala. Les dijimos que podían levantarse el cuello de la levita á fin de disimular el de la camisa; que facilitaba la puntería.

Yo cargué las armas en presencia de los otros testigos; disparando primero una cápsula para probar que estaban corrientes las chimeneas; y luégo un tiro de pólvora sola, para limpiarlas.

Después entregamos las pistolas á los combatientes.—¡Atención! ¡una, dos, tres!—Sonaron los dos tiros.

Las pistolas habían correspondido á sus tradiciones. Los dos adversarios se alzaban impávidos y mudos entre la ligera nube de humo que el viento desvanecía.

—¡Señores! ¡El honor está satisfecho!—dijo uno de los padrinos,—¡podemos dar por concluído el lance!

—¡No!—exclamé yo,—el acta de las condiciones del duelo está firmada, y en ella se estipula que deben cruzarse cuatro balas... ¡Es preciso cumplir lo convenido!

Vueltas á cargar las pistolas y dada de nuevo la voz de mando, sonaron otra vez los dos tiros. Ambos habían avanzado heroicamente la distancia permitida.

Y ambos continuaban admirablemente buenos.

—Señores,—dijo uno de los padrinos,—ninguno de Vds. necesitaba de esta prueba para ver universalmente reconocida su caballerosidad; pero esto mismo aumenta el valor de su noble conducta... Señores... ¡las manos!

Uno y otro extendieron la mano derecha y se las estrecharon con efusión. Habían sido amigos y volvían á serlo con mayor entusiasmo que nunca.

Muchas veces hablan del peligro con que les amenazaron las balas de aquellas pistolas.

Ignoran que las balas no les podían hacer daño, porque en vez de meterlas en los cañones de las pistolas me las metía yo en los bolsillos.

Mas excuso decirte que en el acta que redactamos los testigos aquella misma noche, se hizo una relación del suceso ya que no verídica, espantable.

Tuyo siempre,

FERNANFLOR.

ZORAIDA

TRADICIÓN GRANADINA

(CONTINUACIÓN)

—Nada podré refutar de lo expuesto por Aben. Su noble corazón que nunca conoció la maldad ni la venganza, no le dicta otras razones que las que ha expuesto; yo también, nobles sarracenos, sería de su misma opinión sino conociese las malvadas intenciones de Boabdil, cuyo ideal es perdernos, encizañando al pueblo para nuestro exterminio. Creedlo, si hasta ahora no ha obrado así, es porque la ocasión no le ha favorecido, pero en adelante la buscará con más encono y sino la inventará.

—Te engañas, venerable Abul,—exclamó Aben dirigiéndose al que acababa de hablar,—el monarca, cuya temprana edad no le hace escuchar más voz que la de sus locas pasiones, no osará poner sus manos sobre nosotros, harto sabe que no lo permitiríamos...

Estas últimas palabras fueron de repente interrumpidas por un ligero rumor producido en una de las estancias contiguas.

Todos los circunstantes llevaron sus diestras á las damasquinadas empuñaduras de sus alfanjes, temiendo una traición de Boabdil, pero una exclamación de sorpresa al mismo tiempo que de júbilo salió de todos labios.

—¡Zoraida!

Era, en efecto, la bella sultana, pero ¿cómo se explicaba su presencia en aquella casa y á tales horas?

Ya iba Aben á interrogarla, cuando aquella con dulcísimo acento y voz un poco entrecortada por la emoción.

—¡Vengo á salvaros!—exclamó.—Un vengativo zegrí ha participado á Boabdil que conspirabais contra él y en este momento se prepara á enviaros sus feroces guardias para que le presenten vuestras cabezas.

—¡Miserables!—exclamó uno de los que la escuchaban, no pudiéndose contener.

—Ya os lo decía yo y no me creíais,—repetía el anciano Abul con voz ahogada por la ira.

Todos se levantaron instintivamente y en sus semblantes rebosaba la cólera y la indignación, excepción hecha de Aben, cuyo semblante no había sufrido la más ligera alteración, que trataba de apaciguar los exaltados ánimos de todos los circunstantes.

—Calma, amigos míos, mucha calma,—les decía, y dirigiéndose luégo á Zoraida que en tanto sollozaba.—Tú parte, señora,—la dijo,—aquí el peligro te amenaza y serías víctima del furor de tu esposo.

—¡Oh, no!—prorumpió la hermosa sarracena.—Yo me postraré á sus piés y obtendré vuestro perdón.

—¡Eso nunca!—se atrevió á decir otro de los nobles,—prefiramos mil veces la muerte antes que rebajarnos á ese tirano.

De pronto abrióse la puerta de la estancia y apareció un esclavo que aproximándose á Aben le dijo:

—Señor, un emisario de Boabdil tiene gran empeño en verte, pues dice tiene que comunicarte un asunto urgente.

—Mi casa está siempre abierta para quien venga en nombre del rey,—se apresuró á contestar el caudillo.

A poco penetraba en aquella lujosa cámara un favorito de Boabdil llamado Said, de su misma edad y de instintos tan crueles, que después de dirigir á los nobles sarracenos una mirada de odio y venganza, que éstos no comprendieron, tomó así la palabra con un tono de mentido respeto:

—Si mi señor, vuestro rey, no estuviese convencido de la fidelidad y nobleza que os distinguen, no me hubiese enviado á vosotros. Harto sabe que ahora más que nunca necesita vuestros consejos, pues la situación de Granada empeora á medida que mayor número de plazas se rinden á los cristianos. Ya sus numerosas huestes se hallan cerca de nuestro reino y Boabdil que quiere ser vuestro amigo, os reclama para que unidos rechacemos al invasor.

—¡Basta!—exclamó Aben,—ve y dí á Boabdil que también somos sus amigos, y para que Granada se rinda es preciso que antes que la ciudad pise el cristiano nuestros cuerpos.

PINTURAS SOBRE ESMALTE

—Con tu venia parto, Aben,—dijo saludando Said,—Allah os guarde.

Al partir una sonrisa infernal se dibujó en sus labios.

Todos los señores se disponían á abandonar la casa de Aben, cuando éste les interrumpió diciéndoles:

—Amigos míos, confiad en el rey; nos ha brindado su amistad y en momentos tan críticos no hemos de negarle la nuestra ni abandonarle, pues sería abandonar á nosotros mismos. Quizás se haya convencido de su loca conducta. ¡Allah le guíe!

De todos los labios salieron palabras de asentimiento y adhesión á lo dicho por Aben.

Poco después los principales *jeques* de la ciudad que se habían reunido en aquella casa se retiraban; con ellos iba también la bella Zoraida sumida al parecer en pensamientos que aletargaban su espíritu, como nuncio seguro de la tormenta que más tarde había de estallar.

Después todo volvió á quedar en silencio.

III

Al amanecer del siguiente día, una desusada animación se notaba en los alrededores del regio alcázar que hoy conocemos por la Alhambra. Numerosos cortejos de nobles abencerrajes seguidos de sus servidores, luciendo sus más preciadas joyas, llamaban justamente la atención de los habitantes de la ciudad, que no se daban cuenta de lo extraordinario de aquella fiesta.

Luégo se supo que el rey se había reconciliado con los nobles y que éstos iban á jurarle fidelidad.

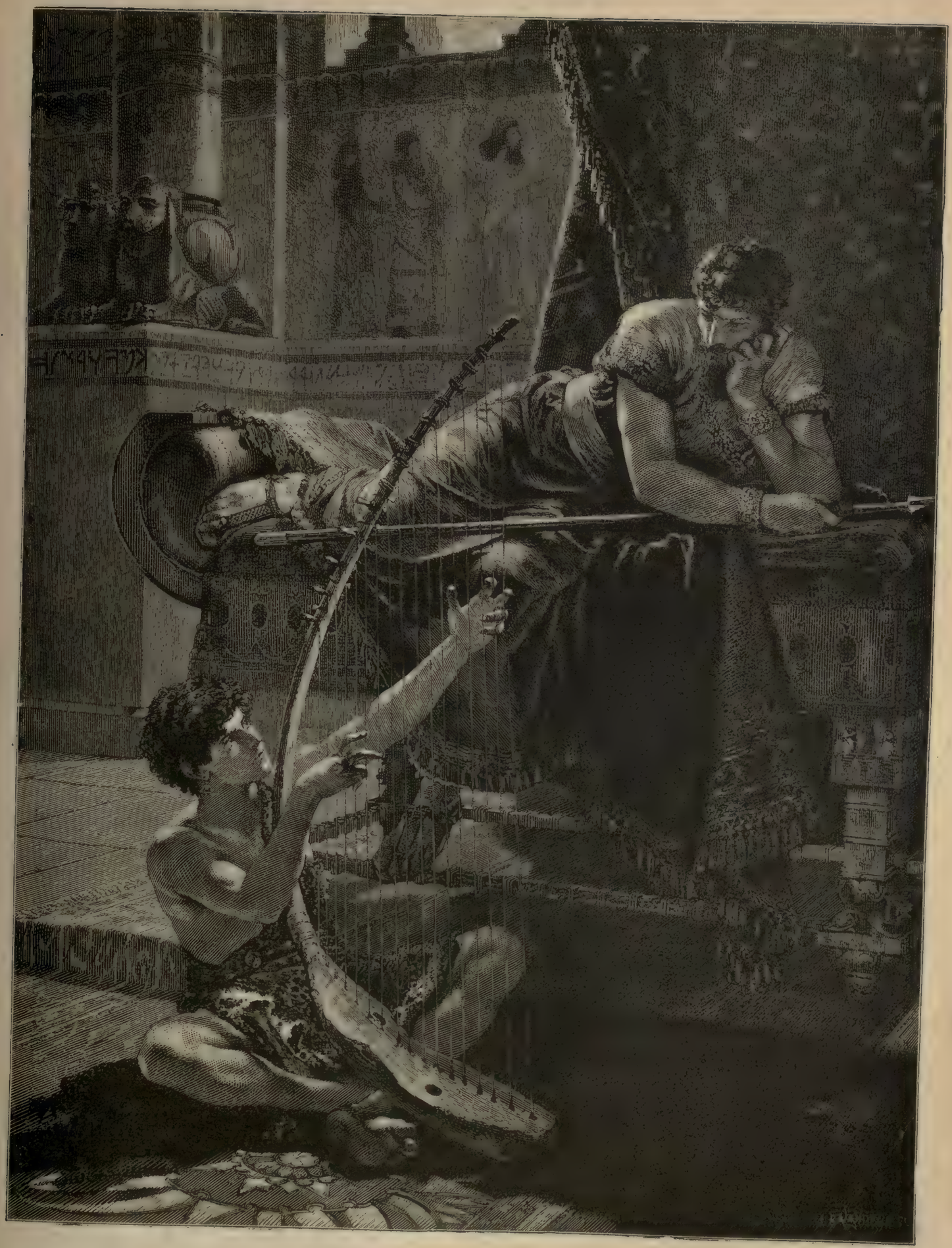
Pero casi al mismo tiempo de esto, una escena horrible tenía lugar en una de las más lujosas cámaras del alcázar, donde á medida que los desprevenidos caballeros llegaban, hombres feroces y desalmados se arrojaban con furor sobre aquéllos, dándoles alevosa muerte sin que pudiesen defenderse ni exhalar un grito.

Cuando hubo concluído aquella horrible carnicería, Boabdil penetró en aquella sangrienta estancia y paseando una sedienta mirada por aquellos amoratados rostros, cuyos vidriosos ojos cubiertos por el velo de la muerte, parecían pedir á Allah justicia contra los hombres, exclamó:

(Se continuará.)

ANGEL COELLO DE TORRES.

¡AL AGUA! escultura de Mariano Benlliure. (Dibujo de P. y Valor)



DAVID Y SAUL (Cuadro de Julio Kronberg)

AMOR SUICIDA

(PAGINAS DE LA VIDA REAL)

(CONCLUSIÓN)

Ésta cruzó el puente y entró en el paseo. Sin pronunciar una frase y como si obedeciesen á una misma idea, tomaron la calle de la izquierda llamada el Plantío.

¡Y estaba hermosa aquella mañana! La tenue claridad del día que llegaba hacia resaltar los botones dorados de los naranjos, destacándose sobre un fondo oscuro. Los arcos formados por los cipreses, semejaban en aquella hora las ojivas de algún antiguo claustro gótico, recortando el horizonte con sus líneas curvas y ondulantes. Los macizos de rosales parecían una inmensa maceta en la que crecían arbustos, cuyas ramas figuraban los brazos de fantásticos seres.

El ambiente era delicioso, enervante. La violeta, como invisible pebetero, perfuma la atmósfera con su olor fuerte, que casi llegaba á dominar el que despedían las cenicientas florecillas de los heliotropos.

La soledad era completa, el silencio profundo. Todo dormía en aquel momento. La naturaleza apenas despertaba perezosamente del sueño de la noche. Las hojas de los árboles descansaban lánguidas y caídas, el viento no las agitaba; reinaba tranquilidad, sí, pero la tranquilidad material.

En cambio, una tormenta moral, grande, intensa y horripilante se desencadenaba en los cerebros de los dos novios, que con paso acelerado marchaban bajo un toldo de follaje, en busca de la muerte.

Cogidos de la mano y agitados por fuertes y continuas convulsiones nerviosas, llegaron á un pequeño *parterre*. Allí se detuvieron, miráronse y sin pronunciar una sola palabra, sin articular una frase, se comprendieron: aquel era el sitio.

En verdad que es el más pintoresco y poético del paseo. Por todas partes rodeado de naranjos y grandes rosales. En uno de los lados un pequeño pabellón con puertas y ventanas pintadas de verde, respirando aire campestre; en el centro y colocada sobre un canastillo de rosas y claveles, la estátua de Flora, labrada en blanco mármol, ya alumbrado por la luz naciente; en torno de la plazoleta rústicos bancos de piedra, mojados por la fresca humedad de la noche.

Tomaron asiento en uno de los primeros bancos. Sobre sus cabezas el cielo purísimo; detrás, un inmenso rosal; frente, la diosa de las flores, del amor, y á los piés, alfombra de hojas desprendidas de los árboles...

La luz bañaba todos los objetos. El pabellón, los naranjos, los rosales, la estátua y los bancos destacábanse de las tinieblas. El horizonte estaba teñido por rojiza claridad que descendía pausadamente sobre Luísa y Enrique, aumentando la palidez de sus rostros y el fuego de sus miradas. Envueltos por aquella luz matinal, que representaba la aurora de la vida, los dos amantes permanecieron silenciosos, los ojos fijos en la inmensidad. En aquel momento se consideraban felices. ¿Soñaban en la dicha que les esperaba en el otro mundo? ¡Quién sabe!

—¡Enrique, —dijo la joven con voz muy débil,—perdóname, yo te he conducido á esta situación!... ¡Pero te quiero tanto, tanto, que ya no es posible querer más!... ¡Perdóname, Enrique mío! ¿No es verdad que me perdonas, que no me odias, que me quieres mucho, muchísimo?

—¡Sí, idolatrada mía! ¡En este momento soy feliz, dichoso, pero lo sería más, mucho más si pudiéramos vivir tranquilos!

—¿Te arrepientes?—exclamó la joven.—Si tienes miedo, si te falta el valor déjame el rewólver y marcha, yo moriré sola..... pero te ruego que no me olvides, que llores sobre mi cuerpo, Enrique amado.

—¡Perdón Luísa! Estoy resuelto. Sé que cometemos una locura, que somos unos cobardes, sí, no lo dudes, cobardes, porque no hemos sabido luchar.

La joven por única contestación se arrojó en los brazos de su novio. El llanto brotó por última vez de aquellos ojos, se abrazaron con efusión, con delirio. Estaban ebrios, locos. Dominado Enrique por fuerte excitación sacó un pequeño rewólver.

—Dispara,—exclamó Luísa,—no tengas miedo... Enrique... volemos al cielo... dispara y termine pronto esta lucha... Dios nos espera..... te amo...

Enrique apuntó el cañón del rewólver sobre la sien izquierda de Luísa, que estaba sentada á su derecha. Al recibir la joven la impresión del arma cerró los ojos, cruzó el brazo por la cintura de Enrique y con toda la pasión de su alma, dijo:

—Te am...

No pudo concluir la frase... Sonó un tiro, luégo un beso sobre la ensangrentada frente de Luísa y después otro tiro...

En aquel instante los pajarillos saludaban con sus alegres trinos la llegada del día: los primeros rayos del sol disiparon las últimas sombras de la noche.

LUÍS BLASCO.

BRONCES RUSOS: LA BOMBA.—UN CIRCASIANO Y SU NOVIA

(Grupos de M. Gratchoff)

LECTURAS

BAUDELAIRE

(CONTINUACIÓN)

II

Tómase en estos tiempos la opinión por ciencia, decía un clásico español; y bien puede asegurarse que esa mala costumbre de hace siglos sigue prevaleciendo, porque la mayor parte de los autores que pretenden enseñar algo, nos dan por ciencia lo que opinan. En materia de crítica literaria esto es lo corriente, y se llega á tal extremo, con el atrevimiento á que convidan la aparente libertad del gusto y la vaguedad y anarquía de las doctrinas estéticas, que muchos preceptistas y críticos no vacilan en predicar como dogmas y reglas aprensiones subjetivas, preferencias personales que no llegan siquiera

á la categoría de opiniones racionalmente adquiridas y de una verdad probable. Es claro que la crítica en nuestros días no puede todavía,—ignoro si podrá más adelante,—llamarse científica en la vigorosa acepción de la palabra; pero sí puede tener ciertas condiciones que le den un valor objetivo, garantías de imparcialidad y método, elevándola á la altura, en punto á sus cualidades de conocimiento reflexivo, á que llegan otras doctrinas, como v. gr., la sociología, la economía, la filosofía del derecho, etc. etc., que tampoco son rigorosamente ciencia, aunque los más así las llamen. Pues tal carácter semicientífico, si puede hablarse así, no lo tiene la crítica literaria en la mayor parte de los escritores de este género, aún los más alabados, porque con el escepticismo que en tales asuntos reina (y el poco celo que en realidad se muestra por aclarar este orden de conocimientos) los más avisados, no los más ingenuos, juzgan que es preferible manifestar originalidad y fuerza de ideas, exquisito y dificilísimo gusto, que procurar un criterio general que pueda ser norma común, por todos, grandes y pequeños, reconocida y acatada. Si á esta tendencia se añade el justificarla, por lo que toca á la actualidad, el estado de crisis en que hoy vive toda filosofía y toda ciencia antropológica especialmente, y el espíritu de independencia que en toda clase de lectores y aficionados predomina, hay motivo suficiente para comprender que los críticos más despiertos aspiran más que á crear una verdadera ciencia de aplicación á sugerir ideas y emociones con la propia *genialidad;* mas esto puede tolerarse en los pocos que confiesan, directamente ó de otro modo, su propósito, no en los que insisten en que su opinión, su preferencia, su *gusto subjetivo*, es regla, es dogma, es ciencia. Entre estos últimos se puede contar á los más, incluyendo á los mejores; entre los otros figura Renan, v. gr., con su famosa y fecundísima teoría del *dialoguismo*, y su criterio amplio y comprensivo, así en historia como en filosofía, como en arte, y figuran también algunos jóvenes franceses que cual Paul Bourget y Jules Lemaître, predican y practican análoga doctrina y crítica, la crítica sugestiva. Ya se sabe que la crítica de Paul Bourget es más que otra cosa, estudio, experimento psicológico; pues la de Lemaître, sobre todo en su propósito, tiende á la expansión, *á aumentar la facultad de ver y de admirar*, y á ejercitar esta potencia de expresar la emoción, de reflejar la idea adquirida que es al crítico de buena cepa lo que la visión directa é inmediata de lo bello natural á la inspiración del artista. Sí, hay un modo de crítica, podría decirse un modo de arte, que el *espectador* sensible é inteligente puede querer, y consiste en una especie de producción refleja; el espectador es aquí como una placa nueva, como un eco; así como los rayos del sol arrancaba vibraciones que parecían quejidos á la estátua famosa de Egipto, así en el crítico de este género el entusiasmo producido por la contemplación de lo bello arranca una manera de comentario, de crítica expansiva, benévola (en la acepción más noble de la palabra) *optimista*, que hace ver más que ve el espectador frío y pasivo, y expresar bien con elocuencia lo que se admira y se siente. La crítica de este modo,—que no es la única legítima, ni siquiera la más necesaria,—hay que tenerla como lo que es, no hay que atribuirla pretensiones dogmáticas que no tiene, y con esta advertencia puede dejársele ser subjetiva, personalísima, *cuasi-lírica*, que no por eso dejará de ser útil, no tomándola por lo que no es ni quiere ser. En este sentido ha examinado el citador Lemaître el último drama de Renan, v. gr., y los discursos de Dumas y Leconte de Lisle acerca de Víctor Hugo y un drama de Tolstoi que á él le parece sublime y á ciertos corresponsales rusos se les antoja obra grandiosa pero tétrica y disparatada.

La crítica que no tiene disculpa, la que no puede menos de hacer daño es la que sin ser menos subjetiva pretende representar la rigurosa aplicación de una regla, de un canon científico á las obras del arte, la que no se inspira en el entusiasmo, sino en la prevención, la que lejos de querer ver mucho, *todo lo que hay* se tapa un ojo, ó mira por un tubo, la que no quiere ser lince sino miope voluntario. La crítica que Brunetiére usa generalmente, la que ha empleado ahora al juzgar á Baudelaire es de esta clase; detestable como ella sola.

Después de haber leído por segunda vez *Las flores del mal*, me parece imposible que un hombre de seso y de buena fe diga que allí no hay más que vulgaridades. Al leer ahora ese libro me proponía no sólo estudiar la obra de Baudelaire sino penetrar los motivos que con ocasión de esa obra pudo tener Brunetiére para decir lo que dijo; he ido buscando las huellas de la vulgaridad, de la petulancia, de los cien defectos que el crítico ha ido señalando, y este propósito mío me hizo ver la gran injusticia que había en leer así á un hombre como Baudelaire. Leyéndole con esa intención, con esa prevención retórica, fría, maligna, no se le puede entender siquiera, entender, digo, así, al pié de la letra, ni penetrar todo su sentido y sentimiento, que para eso se necesita mucho más. Es más, hay versos en *Las flores del mal*, en que parece que el autor adivina á esa clase de lectores secos, ciegos y sordos, para el caso verdaderos idiotas; más de una vez se vuelve contra ellos, ora displicente, ora melancólico, ya airado, ya compasivo.

Así, por ejemplo, en su poesía CXXXIII, (edición definitiva, pág. 307) que es como el prólogo de la parte especialmente titulada: *Flores del mal*, dice de este modo (1).

(1) Ni me atrevo á traducir, ni el lector de estos artículos debe necesitarlo.

REVERIE (Cuadro de Salomón J. Solomon)

EPIGRAPHE POUR UN LIVRE CONDAMNÉ

Lecteur paisible et bucolique,
Sobre et naïf homme de bien,
Jette ce livre saturnien,
Orgiaque et melancolique.

Si tu n' as fait la rhétorique
Chéz Satan, le rusé doyen,
Jette! tu n'y comprendrais rien,
Ou tu me croirais histerique.

Mais si, sans se laisser charmer,
Ton œil sait plonger dans les gouffres,
Lis moi, pour apprendre á m' aimer;

Ame curieuse qui souffres
Et vás cherchant ton paradis,
Plains-moi!... Sinon... je te maudis!

(Se continuará.) CLARÍN.

UN ALMUERZO EN

QUE (Dibujo de Ravel)

LA ROMERÍA

EL VIENTO Y LOS ROBLES

—¡Buenas tardes, señores! ¡Beso á Vdes. las agallas!

—¡Llévele el demonio!... ¡Cómo se le han pegado las rachas!...

—Crean Vdes. que no cesaba de acordarme del robledal y bien he soplado esta mañana por despachar pronto, pero no he podido venir antes...

—Pues nos ha hecho V. pasar un rato con su tardanza que ya se merecía que le sacudiéramos de firme con nuestras porras... Pensamos que se había V. enfurruscado y que no quería refrescar los campiños de la romería.

—¡Que disparate!... ¡Lo menos he volado sesenta nudos por segundo para llegar á tiempo á la fiesta!... Y no lo tomen ustedes por adulación pero ya estaba yo rabiando por silbar entre sus frondas y orear sus umbrías... Además no podía faltar sin quedar por un viento sucio, pues he prometido á la ermita venir á ondearle sus gallardetes y banderolas. Pero hace días di racha de honor á unas gabarras amigas, de hincharles las velas para que hoy mismo tomasen puerto y hé ahí la causa de mi retraso.

—Ya está V. buen aire... De fijo andarán en el asunto algunas monadas de olas de plata...

—Se engañan ustedes... Nada tengo que ver ahora con oleajes. Hay mar bella para algunos meses...

—En fin, se fastidió el bochorno; ya está usted entre nosotros.

—De lo que me alegro mucho... Y ¿que tal cariz presenta la romería? ¿Ha acudido mucha gente?

—¡Desde el mediodía están afluyendo romeros al robledal y de arriba, de la cúspide del cerro bajan unos rumores de colmena que aturden!... ¡crea V. que tenemos las copas como locas!...

—Entonces me voy á la carrera que ya echarán de menos mis ráfagas las flámulas de la ermita... Hasta luégo, robles.

—Vaya el frescachón enhorabuena y divertirse.

EL MURMULLO DE LOS MAIZALES

—¡Hola!... El viento va hacia la romería y se detiene á besarnos los cogollos. ¡Qué gusto da mecerse y que suave frescura se siente ahora en las mazorcas! ¡Eh... pasad de largo aforragaitas, campesinos soeces, y respetad el sueño de las napeas que duermen la siesta entre nuestros tallos y bajo el toldo de nuestros penachos bordados de hilillos de oro!... ¡Lo que es como contáramos con brazos como los robles, ya os daríamos una buena batibarbas por pellizcarnos los botones de fuego de nuestras panizas, que no se han hecho para bocas de sátiro, sino para labios de ninfa!... ¡Vaya una bullanga que se trae el aura, del robledal!... ¡A la verdad que para los maíces acostumbrados á hablar callandito, á susurros, es bien molesta la vecindad de esos árboles, siempre de jolgorio y romería!... ¡Diantre con Agosto y que alegre lo gasta!... Alalá-aa. Lo dicho, el coro se acerca, la orgía se viene en busca del misterio de nuestros abanicos.

PINTURAS SOBRE ESMALTE: ENTREPAÑO DECORATIVO

LO QUE CHARLAN LAS SENDAS

No hagáis caso del camino real, romeros, la carretera es una cursi presumida, que porque la veau no va sino por ciertos sitios... Seguidnos á nosotras. Las veredas no respetamos lugares y tan pronto nos metemos por los tuneles del robledal, como escalamos los altozanos, como culebreamos cerro arriba... ¡Pero, es claro, la carretera la han hecho los hombres y y como á nosotras nos suele trazar el callo de la vaca!... ¡Ea! venid, hundámonos en los maíces; atravesemos el mar de sus hojas. En esta urdimbre de plumas vegetales sólo se oyen rumores; aquí exhala el viento sus quejas y suspiros cuando las olas le desdeñan.

El aire es fresco y acre, huele á húmedo; es que costeamos el mar. Se acabaron los maíces. Mirad á la izquierda; la ría se interna ciñendo la tierra porque sabe que le han recomendado baños de ola. Allí los helechos de la orilla y las ondas, los eternos amantes cambian sus caricias todos los días en las horas de amor de la marea. Subamos por las estribaciones de la derecha. ¿Queríais paisajes? Pues ahí tenéis hasta perderse de vista las falanjes de melancólicos pinos que lloran resina y se amontonan ofendidos porque los castaños, sin importarles un ardite tal tristeza, no dejan de jugar á los bolos con sus frutos... Ved más allá qué nube de jazmines, que todo esencia viven á fuerza del yodo que el mar les presta y ved que contorsiones les hacen las vides vecinas, en són de burla..

¡Ea! se acabaron juegos de luz, lontananzas y reflejos... Deslicémonos por esta calleja entre tapiales coronados de parra... Si no fuéramos á la romería nos daríamos un paseo por esas sendas compañeras que cubren con un mosaico de líneas, la alfombra de musgo de ese pueblecito... Allí no hay calles; las casas han debido caer del cielo y se han desparramado por el terreno.... ¡Santiguaos!... Pasamos por ante la imagen de Nuestra Señora con Jesús muerto sobre las rodillas y ambos labrados en la piedra de una cruz... El grupo es deforme pero la piedad que lo levantó es sublime... ¡Como este hay muchos en el país!...

Las encrucijadas se quedan atrás; hemos llegado á la entrada del túnel; el robledal comienza; por entre los árboles se distinguen á lo lejos jirones de panorama; cabrilleos de ría; tonos verdes de campiña; manchas azules de montañas... ¡Dios nos dé que dar, hermano!... ¡Dios le socorra! ¡Son los pobres que brotan á lo largo de nosotras como las flores de trebol; el odio recubierto con la máscara de la hipocresía; la miseria sin pudores.

—Aquél es una pura llaga... este carece de remos... el de más allá se arrastra como una culebra; son las guerrillas de la fiesta; el cortejo de todas las romerías; un paso más y topamos á la ermita.

EL SEÑOR DE TONEL

—¡Alto!... ¡Soy la avanzada de la romería!... Aquí se paga el derecho de peaje... Nadie pase sin acercar la conca á mi espita que yo regalo la alegría...

—Glu... glu... glu... ¡Eh!... Venid acá, devotos; yo os daré rosarios de chispeantes rubíes... Formad la rueda, bebedores, mientras yo descanso sobre la desuncida carreta á la sombra de la vela marina que me han puesto de toldo... Oye, gaitero, corónala de pámpanos á la gaita... Tú, el del violín, pasa de largo, que con tus chirridos se me avinagra el peleón... Tan, tan, tan... La campana tiene ronquera; decidle que venga á remojarse el badajo con un trinquis... ¡A la salud del santo!... No amorriñarse, rapaces... ¡Acercáos y empinad el codo, mozas; yo os encenderé la sangre! ¡Soy el alma de la fiesta!... ¡Viva Baco y viva el placer y corra el vino hasta que se tiña de púrpura la ría! ¡Muera el agua!

LA VOZ DE LA ESQUILA

Talán... talán... talán... talán... ¡Estoy loca de contento!... ¡Que elegante me han puesto á mi ermita querida!... ¡Apenas si le han clavado

en el alero banderolas, flámulas y gallardetes!... Eh, romeros, que esta santa casa se ha colgado de seda y ha encendido todas sus velas para recibiros... ¡Acudid con vuestras ofrendas!... ¡El santo os espera para bendeciros!... Un padre nuestro y enseguida á estirar las piernas al són de la gaita... Talán... talán... talán... talán... Viento, lleva mi voz en tus alas hasta las barrancas más lejanas. ¡Tengo hoy unas ganas de repiquetear! ¡No me canso de tañer!... ¿Se les figurará á esos pájaros que por mucho que pitorreen van á poder más que la esquila?... ¡Sí, pues á quien alborote con más fuerza!... Talán... talán... talán... talán... Muchas gracias señor sol, por haber asistido á la fiesta... ¡Hola, los palilleros vienen á bailar la danza de costumbre delante de la ermita!... ¡Famosos sombreros de copa, con lazos y ramas, me gastan!... Talán... talán... llegad, mujeres, llegad á cumplir los votos que hicisteis cuando la última borrasca cogió á vuestros maridos mar adentro... ¡Viva la romería!... Talán... talán... ¡Viva San Roque!...

(Se concluirá.)

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

BIBLIOGRAFÍA

HEREGÍAS, estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles, por Pompeyo Gener.—Barcelona, 1887.

La amistad que me une con el autor de este libro no habrá de ser parte, espero, á impedir que mi juicio sea tan desapasionado como si se tratara de otro cualquier escritor. En ciertos pasajes de sus obras, especialmente al tratar de «lo que es una nación,» me ha gustado mucho; en cambio, en otras me ha producido una impresión tanto más penosa en cuanto el autor demuestra poseer brillantes dotes de estilista.

Comenzaré, pues, lamentándome de que habiendo escrito Gener un libro que podía ser leído con agrado por toda clase de personas y valídose de un método que cuando menos tiene aquí el mérito de la novedad, se haya creído en el caso de mostrarse extrañamente agresivo al tratar de ciertos hechos de nuestra historia y de ciertos particulares de nuestra manera de ser actual, haciéndose eco de las exageraciones é inexactitudes que sobre España es costumbre leer en la mayoría de los escritores transpirenáicos. Este *parti-pris*, seguramente involuntario, afea su libro, lo hace antipático y será causa de que en justa correspondencia se le nieguen quizás las excelentes condiciones que le distinguen como escritor lleno de nervio y elocuencia. Podía haber dicho lo mismo,—es

PINTURAS SOBRE ESMALTE: RETABLO

decir, lo mismo no, algo parecido,—ponderando menos las envidiabilísimas cualidades, virtudes, seducciones, talentos, glorias, ventajas, fortunas, maravillas y suculencias de los franceses, y mostrándose un poco más benévolo con España. Comprendo que París ha de ejercer una fascinación irresistible en quien como Gener está dotado de la más ardiente pasión por el progreso intelectual y material; comprendo que aquella capital admirable le haya seducido hasta parecerle el bello ideal de un literato ó de un artista y que el trato con las eminencias con quienes se codea le haya hecho creer que no cabía mayor felicidad en el mundo; pero era preciso que este justo amor y entusiasmo por lo de París no fuera á costa de deprimir demasiado á España, lo cual irrita tanto más en cuanto se ve claro que en muchas cosas repite el autor lo que han dicho otros sin conocer bastante la materia, ó por lo menos sin haberla ahondado lo suficiente.

¿Cómo en su talento clarísimo, en su dón de gentes, en su cualidad de *mondain* no comprendió Gener que no tenía que dirigirse á un público español en el tono que lo hace? ¿Cómo él, avisado antropólogo, no echó de ver que á un pueblo tan bilioso como este no hay que irritarle la bilis para que entre en razón, sino todo lo contrario?

Creo yo que andaluces, catalanes, madrileños, editores y *mastroquets* le perdonarían aún á Gener *tout le mal qu' il en dit* si no hubiese tenido la fatal ocurrencia de hacer que la negrura de su cuadro resaltara sobre el fondo color de rosa y lila de la sociedad parisiense. Es cierto que todo español habla mal de España, pero no es para decir que sea mejor lo francés, ni lo italiano ni lo sueco. Yo cuando me he encontrado en el extranjero, he dicho que era español con todo el énfasis que hubiese dicho siglos atrás: *Civis romanus sum*. Al fin y al cabo, á falta de otras cualidades, el mundo entero nos reconoce como maestros en gloria é hidalguía, y por más que Napoleón I fuese un grande hombre, aquí le dimos el primer puntapié que le hizo perder su fama de vencedor infalible. Como estoy cierto también se lo daríamos á otros si probaran de amilizarnos á la fuerza.

Pero volvamos á París. Gener, con la riqueza de sus imágenes y su lenguaje vívido y expresivo, se empeña en pintarnos aquello como un paraíso, como si fuese Jauja para los mozos hechos á pluma y á pelo,—quiero decir á plumas y pinceles,—y sin embargo no es preciso ser un *boulevardier* ni estar muy metido *dans le mouvement* para saber que allí cuecen habas lo mismo que en Madrid y que muchos escritores tienen que ayudarse con destinillos para ir pasando esta triste vida. No es preciso conocer los más recónditos misterios, los más inescrutables *dessous* de la vida literaria para saber que en aquel centro que se titula modestamente á sí mismo la *capitale de la lumière* á la manera que sus profesores científicos se apellidan, *sans vergogne, des savants*, hay también al lado de autores millonarios como Hugo, Dumas, Sardou, Zola, Daudet y el pobre Ohnet, otros no poco estimables que se están comiendo los codos. ¿Pues acaso Gustavo Planche, el crítico de la *Revue des Deux Mondes*, no estaba en la mayor miseria y pedía un sillón entre los *Inmortales* para cobrar los 25 duros de honorarios que devengan todos los meses? ¿No se ahorcó Gerardo de Nerval, por no tener dinero? ¿No murió casi de hambre el delicadísimo Hegesippo Moreau? ¿No se queja Armando de Pontmartín de la insoportable *petardería* de Murger? (1). Mas de cuatro notabilidades académicas *mangent de la vache enragée* según cuidan de revelarnos los *reporters*, y más de ocho poetas murmuran allí mismo donde falleció Gilbert:

> Au banquet de la vie, infortuné convive,
> je suis tard arrivé...

Los *Asilos de noche* recogen no pocos *hommes de lettres* y áun cierta vez fué á parar allí todo un ex-prefecto del *Seize-Mai*. Sábese que Teófilo Gautier apenas si ganaba para cubrir sus gastos, y no era nada derrochador. Paul Feval murió en un asilo. Asegúrase que Alberic Segond no estaba siempre al corriente de su *terme*. Flaubert, *dans l'embarras*, recibió un delicado obsequio de madame Pelouze al invitarle

(1) *Les Jeudis de Madame Charbonneau.*

UN GRACIOSO (Cuadro de A. Kozakiewicz)

BAJO LOS ÁRBOLES

¡SALVADA!

á escribir en su palacio de Chenonceaux un poema hidrológico. Datos son estos bastantes á demostrar que París no es todo Jauja para los escritores, y que en esta parte la pobretería ilustrada de Madrid puede sin falsa modestia *donner le pas* á la «parisién,» sin que por eso falten en la corte otros que pueden darse aires bastante parecidos á un Wolff, un Veron y demás escritores bien pagados.

¿Y qué diremos de los artistas? Ciertamente que Meissonier, Henner, Cabanel, Duran, son unos Fúcares, pero ¿olvidaremos la paupérrima situación de Millet? ¿No hay en el patio de la escuela de bellas artes un *Mercurio* sin brazo, de Briant, que atestigua que aquel miembro le falta por haberse helado el barro del original la noche horrible en que el escultor pereció de frío en su buhardilla? La prensa parlanchina ha cuidado de pregonar que Puvis de Chavannes gana poquísimo: Gleyre ganaba menos todavía según explica Taine; Tassaert, muerto hace poco, era conocido ó explotado casi unicamente por Dumas, y supongo que á muchos que no son Gleyres ni Chavannes ni Tassaerts les pasará lo mismo. Hay ciertamente una aristocracia artística y literaria que gana mucho, pero la inmensa mayoría es de creer que no tiene cuentas corrientes con el Banco.

Pero dejo esto, escrito sin otra intención que rebajar un poco el tono excesivamente sonrosado del París de Gener, y entro en otra clase de consideraciones.

EL REGRESO DE LAS BARCAS

Sin duda que el método empleado por Taine procura á veces muy satisfactorias explicaciones, pero como todos los *sistemas* peca de falso, y así no es de extrañar que de vez en cuando, en vez de una demostración matemática le resulte un verdadero cien piés, por ejemplo el *Lafontaine* y ahora el *Napoleón*. Témome que así al hablar de Madrid como al tratar de Cataluña, se haya apoyado Gener en pocos datos, ó por mejor decir en datos incompletos; la tentativa, sin embargo, es meritoria como tendencia, y ojalá sirviera de patrón para historiar el arte y la ciencia en España.

No me convence el que la altitud de 650 metros sobre el nivel del mar y la aridez de los alrededores de la corte sean causa suficiente para que allí no pueda cultivarse la ciencia. Arenales áridos habrá difícilmente tan pocos como los que rodean á Berlín, y en punto á elevación, otras localidades hay en Europa que están mucho más altas que la corte de Felipe II. Sin embargo, no puede decirse que sean impropias para el cultivo y desenvolvimiento de la ciencia (1).

Eso de querer explicar el *genio* de un país por la configuración del suelo y la alimentación de los habitantes no es, sin embargo, cosa nueva, y antes de que Taine lo elevara á sistema de crítica, habíalo ya empleado Montesquieu. Y, sin embargo, el estudio de tales condiciones puede dar á lo más un conocimiento vago de los caracteres generales de una raza; pero no de lo que constituye sus rasgos típicos.

(1) La meseta de Valdai en la Rusia Central (Moscou, Nijni Novgorod); las llanuras cimbro-germánicas; las montañas caledonianas y las colinas del Derby en Escocia; la región Hercinio-Carpata (Franconia, Bohemia, Alta Hungría, Transilvania); la región de los Alpes, (Baviera, mesetas del Piamonte); meseta de la región de la Francia oceánica (cuencas del Sena, del Loire, y del Garona), á 400-600 metros sobre el nivel del mar.

Son causas primeras muy vagas, y difícil sería decidir porque Estremadura ha dado Corteses y Pizarros, porque de Navarra han salido tantos músicos y qué tuvo que ver Zaragoza con la vocación de Goya.

Más influencia atribuyo á la herencia y á las causas segundas, como son los fenómenos sociales, las costumbres, las tradiciones, y de estas cosas no son responsables muchas veces el clima ni la altitud, porque si, por ejemplo, en España ha habido largos siglos de guerra que han desarrollado las condiciones belicosas de sus moradores, no tienen la culpa el suelo ni la alimentación, sino la codicia de los cartagineses, romanos, árabes, etc. Si queda alguna sangre israelita en ciertas comarcas, no tiene la culpa el suelo de que Vespasiano y Adriano enviasen aquí á los judíos que expulsaron de Jerusalén; si España tuvo que combatir en las dunas de los Países Bajos, tampoco fué por gusto sino para dominar la insurrección de aquella gente; si fuímos á Italia á derrotar franceses tampoco tiene la culpa el clima sino las circunstancias políticas que lo motivaron; si civilizamos la América, fué porque nos tocó desempeñar este papel como hubiera tocado á Francia ó Inglaterra si hubiesen tenido la gloria de descubrir un Nuevo Mundo. Estos factores ethicos son de todo punto independientes de las condiciones telúricas.

En cuanto á la alimentación, protestará conmigo la mayor parte de la gente de letras de que influya algo en escribir bien el ser un *gourmet*. Probablemente en España debe de ser contraproducente un régimen demasiado nutritivo, pues no parece que de los conventos donde se comía exquisitamente de rejas adentro, nos hayan legado muy portentosas obras, ni se ha dejado conocer tampoco hasta ahora la influencia de Fornos en la literatura; á lo menos no se ha demostrado gran cosa en la oratoria de los padres de la patria. Nuestros mejores libros están escritos, según se lee ó dicen los *reporters*, en ocasiones bien poco propicias para regodearse con lo exquisito de los platos. Es cosa delicada, sin embargo, entrar en este asunto, pues á nadie le gusta que en vida digan de él

que *fulano* no cenó
cuando concluyó *tal libro*.

Podemos afirmar, sin embargo, que Becquer ha dejado obras imperecederas, sin haber tenido nunca fama de gastrónomo, y que Inza,—un Tanner,—inventó más *Nouvelles á la maine* que todos los *Máscaras de bronce hebergées* en el Continental. ¿Qué más? Voltaire era un vegetariano impecable.

Ni tampoco apelan en París á los auxilios de un buen cocinero para hacer lo que el alcalde le mandaba al *senyor Canons*. La *serpiente verde* es la gran musa de la generalidad; hay quienes se atosigan de café, ni faltará tampoco de fijo quien como Alfredo de Musset,—si creemos al libelista Mericourt,—sólo acierte á escribir renglones cortos con el peñascaró al lado y una barbiana delante en traje de Friné en el Areópago. ¡Medrados estaríamos con que sólo pudiesen escribir cosas buenas los estómagos satisfechos! Claro está que el ideal de un literato es aquella *aurea mediocritas* de Horacio, pero si no es posible ¿qué le vamos á hacer? No es esto decir, que como el *Carnioli* de *Dálila* ó tomando en serio una paradoja del ingeniosísimo don Juan Valera, pretenda que los artistas deban pasar hambres y los literatos escribir de balde; pero sí me parece excesivo que se quiera hacer depender para nada la inteligencia del régimen dietético. Estas cuestiones se prestan á exageraciones que es preciso evitar, lo cual me recuerda aquello de que «sin fósforo no hay pensamiento,» lo cual es una mentecatería y un aserto falso. Alguien, sin embargo, tomó al pié de la letra el aforismo y le preguntó al célebre Mark Twain, qué clase de pescados ó moluscos podría comer.

—Creo que bastará con que en cada almuerzo os hagáis servir un par de ballenas de mediano tamaño,—contestóle el humorista americano,

confundiendo, es verdad, lastimosamente un mamífero con un pez.

No estoy, pues, con Gener al suponer que las causas de la decadencia de la literatura *madrileña* dependan de la altitud de la corte sobre el nivel del mar, ni de la aridez del suelo, ni del abuso de garbanzos, gazpachos, callos y bacalao. Cuando á uno le falta fósforo, ni aunque se almorzara las dos ballenas de Mark Twain le serviría de nada para escribir... un soneto.

Habla el autor de la literatura castellana en el siglo XIX é incurre á mi juicio en varias equivocaciones, amén de pasar por alto algunos hechos sumamente favorables al buen concepto de nuestras actuales letras.

En primer lugar la escuela liberal no surgió después de la invasión francesa. Ya á últimos del pasado siglo hubo en Madrid un complot para proclamar la república y se contaban varios escritores como D. Juan Nicasio Gallego, Cienfuegos, Jovellanos, Quintana, etc., decididamente liberales; no hay para qué decir que en las Cortes de Cádiz brillaron muchos oradores. Tampoco estoy conforme en que el clasicismo no arraigara aquí; arraigó cuando iban las corrientes por aquella parte (Meléndez Valdés, Moratín) y desapareció cuando nos reimportaron de Francia el romanticismo. En cambio dice excelentemente Gener cuando señala los defectos de que adolecía esta última literatura.

Tampoco me parece justo atribuir á la revolución de Setiembre la gloria de haber empollado una porción de talentazos, pues á mi juicio y por más extraña que pueda parecer mi opinión, creo que esto data del advenimiento al poder del partido moderado en 1844 y no porque el partido moderado tuviese una varita mágica para hacer que los tontos se volviesen discretos sino porque suele suceder que después de un período de agitación viene otro de recogimiento favorable al cultivo de las ciencias y las artes y aquí nos encontrábamos al día siguiente de Vergara. Rivero, Canalejas, Castelar, Pí, Salmerón, Campoamor, Valera, Lorenzana, son de mucho anteriores á la *gloriosa* y no cabe negar que el conde de San Luís fué un Mecenas como ha habido pocos. ¿Qué más? Allá por los años 57 ó 58, ¿no hizo un ingeniero (creo sería ingeniero) llamado D. Manuel María de Azofra la exposición del positivismo de Comte en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias? Por lo demás es la verdad, por desgracia, que los mejores autores dramáticos que hemos tenido han sido reaccionarios,—como lo son también en Francia (Augier, Sardou). Verdad que después de la revolución han aparecido Echegaray, Galdós, Revilla, Alas y algunos otros menos conocidos, que cita el autor, descuidándose en cambio de la señora Pardo Bazan, Fernández Flores, Pereda, Palacio Valdés, Labra, etc. pero es fácil que lo mismo hubiesen brillado gobernando González Brabo que en república ó bajo la ecuación Cánovas=Sagasta (1).

Empréndela Gener con los andaluces, y á fe que no tiene nada que envidiarles en punto á imaginación, y dice de ellos poco menos lo que Daudet de sus paisanos; sin embargo, es imposible prescindir de los andaluces,—que no son tan Tartarines como á primera vista podría suponerse,—y además no todos ellos pueden comprenderse bajo una sola rúbrica étnica. Alarcón, verbi-gracia, caracterizó con mucha gracia á las granadinas diciendo que no son andaluzas de profesión. Mendizábal, Narváez, Rivero, verdaderos hombres de Estado, eran de allí. Pero si los andaluces son una calamidad como *informadores* políticos y literarios, resulta que no hacemos sino estar igual que Francia donde el *Midi* ha conquistado el Norte y, sin embargo,

ni han temblado las esferas... etc.

Pues, vaya, que en tiempo de la república gobernaron algunos paisanos de Gener y míos, y ¡Dios nos asista! En cuanto á Prim, fué para mí un andaluz de Cataluña y hacía bien en creerse de la raza de los Guzmanes.

He de exponer ahora la extrañeza que me ha causado la afirmación de Gener de que aquí hay el prurito de imitar el estilo de los escritores del siglo de oro, imitadores á su vez, según el autor de *Heregías* de los autores italianos (¡No, pardiez, que Hurtado de Mendoza, Granada, León, Teresa de Jesús y demás aludidos hacían *da se.)* No sé ver eso; conozco sí algunos bien intencionados escritores catalanes y mallorquines que todavía creen se debe ser *purista*, pero la generalidad, ¡buena está para andarse con imitaciones! Precisamente si de algo se peca es de tener demasiado presente lo que escriben en el *Fígaro* y *Gil Blas* Millaud y A. Sylvestre, más que de seguir las huellas de nuestros olvidadísimos autores del siglo XVI. Pero aparte de esto hay que reconocer que *se trabaja* hoy el castellano y se perfecciona y se enriquece como nunca se haya hecho, introduciéndose en él, ya que no catalanismos, frases y modismos populares de todas las provincias en que se habla aquella lengua (Pereda, Alas, Palacio, los autores andaluces;) en cuanto á la Academia buen respeto se la guarda con los *Escalados* y *Bachilleres de Osuna* que la van saliendo. Con todo, no crea el señor Gener que cuando les conviene á los madrileños no hagan uso de ciertas palabras catalanas: repase los periódicos por Navidad y se encontrará con *tortells, butifarra*, etc. *Cacahuet, pebre, nena*, están admitidos de hace tiempo; sin duda no encontrarán á faltar nuestra dulcísima *anyorança*, que algún orador grandilocuente ha pretendido, sin embargo, sustituir con la feísima de *iñor*.

(Se continuará.) CARLOS MENDOZA.

(1) En prueba de que algo vale la actual literatura castellana baste decir que algunas novelas de D. Juan Valera han sido traducidas al francés y al inglés; en esta última lengua varias de Galdós y la *Regenta*, de Alas; al ruso algunas de Palacio Valdés y al alemán *La Quintanones*, de Barrionuevo.

NUESTROS GRABADOS

LA VELADA.—BAJO LOS ÁRBOLES.—¡SALVADA!

Recomiéndase el primer grabado por la hábil distribución de la luz y lo simpático del asunto, pues nada más simpático, en efecto, que una escena de familia, dulce y apacible. *Bajo los árboles*, es un dibujo de verano: una figura de niña á la cual sirven de marco el césped y el follaje. Finalmente. *¡Salvada!* constituye un homenaje de admiración al heroísmo de una señora llamada Miss Laurence, la cual en las calles de San Diego de California libró á una niña expuesta al peligro que expresa el grabado.

PINTURAS SOBRE ESMALTE

Este arte es antiquísimo, pues fué conocido de los griegos y etruscos, de los egipcios del tiempo de los Tolomeos, de los chinos, y más adelante de los bizantinos, rusos, persas, italianos, irlandeses y franceses. Hoy día puede decirse, sin embargo, que se ha localizado en Limoges, Battersea, Canton y Yeddo, datando de este siglo el descubrimiento hecho por los japoneses del arte del esmalte sobre porcelana.

Los Simpson, de Battersea, monopolizan hoy, puede decirse, el arte de la pintura en esmalte sobre metales, del cual damos algunas muestras.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

¡AL AGUA!

Escultura de D. Mariano Benlliure.—Dibujo de P. y Valor

«El número 764, titulado *¡Al agua!*—dice el señor Giner de los Ríos,—es un lindísimo grupo en mármol lleno de gracia, de finura y de intención. La hermanita mayor pugna por bañar al pequeñuelo en las ondas. La expresión de ambas cabezas es felicísima y ofrecen un contraste tan señalado como encantador. Si nos fuéramos á detener á enumerar las bellezas de ejecución del rico mármol, nos extenderíamos más de lo que consienten estas revistas.

«Contentémonos, pues, con aplaudir también incondicionalmente esta obra.»

DAVID Y SAUL

Cuadro de Julio Kronberg

Ungido rey Saul por el profeta Samuel no tardó en demostrar que estaba poco dispuesto á consentir que el altar dominase al trono. De ahí que cesaran las relaciones entre el teócrata y el monarca y que Samuel buscase otro rey que fuera de más fácil manejo. Por divina inspiración fijóse entonces en el pastorcito David, hijo de Isaí, apresurándose á ungirle como había hecho antes con Saul, pero sin que este llegase á traslucirlo.

Hizo el candidato de Samuel sus primeras armas matando á Goliat, terrible filisteo, lo cual despertó el entusiasmo de los hebreos que comenzaron á cantar coplas en las que comparando lo hecho por el rey y el pastorcito se decía que éste había tenido la dicha de matar diez veces más gente que no aquél. Estas canciones debían irritar naturalmente á Saul, que era sí desobediente, bravo y valeroso, por lo cual no tiene nada de extraño que desde entonces no mirase con muy buenos ojos al afortunado hondero; así fué que un día en que le dió un ataque de melancolía, á lo cual estaba muy sujeto, David como de costumbre fué llamado para que tocase la cítara delante de él, y cuando más sosegado parecía encontrarse el real enfermo, tiróle éste la lanza con ánimo de traspasarle, lo cual afortunadamente no consiguió. El futuro poeta del *Miserere* debió de hacerse, sin embargo, el desentendido ó achacar la acción del rey á un acto de locura, pues al poco tiempo fué su yerno.

Meses después suicidábase Saul por no sobrevivir á una derrota que había experimentado por parte de los filisteos; David fué proclamado rey por la tribu de Judá pero las otras once eligieron á Isboset, cuarto hijo del difunto monarca. Encendióse la guerra civil que duró 7 años y por fin, asesinado Isboset por los mercenarios, quedó triunfante David, el cual, muy justamente, mandó matar á los asesinos de su adversario y cuñado.

BRONCES RUSOS

No parece que los escultores rusos tengan grande afición al desnudo, antes al contrario, es su fuerte todo lo que sean trajes con muchos repliegues, caídas, dobleces, arrugas, etcétera. De ahí su afición á los asuntos de caza, batallas y cuanto permite hacer alarde de *rustanismo* y puede ser tratado realísticamente.

REVERIE

Cuadro de Salomón J. Solomón

Vése en el autor de esa obra un pintor cuidadoso de la expresión, enemigo de lo fácil y dado á los toques vigorosos y atrevidos, áun á riesgo de parecer duro ó confuso. La figura aparece con esto llena de originalidad y resulta verdaderamente interesante, por más que haya algo que decir respecto á la especie de belleza que indudablemente encontrarán muchos en el rostro de la embebecida señora.

UN ALMUERZO EN EL BOSQUE

Dibujo de Ravel

Perfectísimamente: esas escenas de almuerzos y comidas campestres solazan el espíritu presentando la familia bajo un aspecto risueño y atractivo. Sin apelar á groseros incentivos, sin más que representar la verdad amable y justa lógrase dar cima á una obra embelesadora, como esa que ofrecemos hoy.

UN GRACIOSO

Cuadro de A. Kozakiewicz

Hay muchos estúpidos que se entregan á la gracia que le vemos hacer á ese tirolés, sin importárseles un ardite que puedan dejarle ciega á su víctima. Y sin embargo, nada más fácil que descubrir al autor de semejante hazaña: basta pensar en cual es el amigo más bruto que uno tiene, si es hombre, ó en el novio más idiota si se trata del bello sexo.

EL REGRESO DE LAS BARCAS

Es este un espectáculo siempre interesantísimo, no sólo bajo el punto de vista gastronómico, sino también en el concepto artístico. Por lo mismo nada más socorrido para tema de una marina que reproducirlo en una buena acuarela ó en un dibujo.

CRISTINA, DUQUESA DE MILÁN

Retrato por Holbein

Al punto se comprende que ese retrato es obra de un gran maestro, y á la verdad, quizás en este género no le llega nadie á Holbein, á no ser nuestro Velázquez que, naturalmente, le aventaja.

Esta Cristina, duquesa de Milán, era la viuda de Francisco Sforza, la cual, á la muerte de su marido, fuése á vivir á la corte del Regente de los Países-Bajos. Enrique VIII, que acababa de perder á su tercera mujer Juana Seymour, parece que pensó en reemplazarla con ella, pero no hubo de ser así, enamorado del retrato que le envió Holbein de la horrorosa Ana de Cleves convertida por el pintor en una Venus.

LOKIS

POR PROSPERO MERIMÉE

I

. . . . . .

—Teodoro,—dijo el señor profesor Witembach;—tened la bondad de darme ese cuaderno forrado de pergamino, en el segundo estante, encima del *secreter;* no este, sino el otro, en octavo menor. Ahí es donde he reunido todas las notas de mi diario de 1866, á lo menos las que se refieren al conde Szemioth.

El profesor se caló los anteojos, y en medio del más profundo silencio leyó lo que sigue:

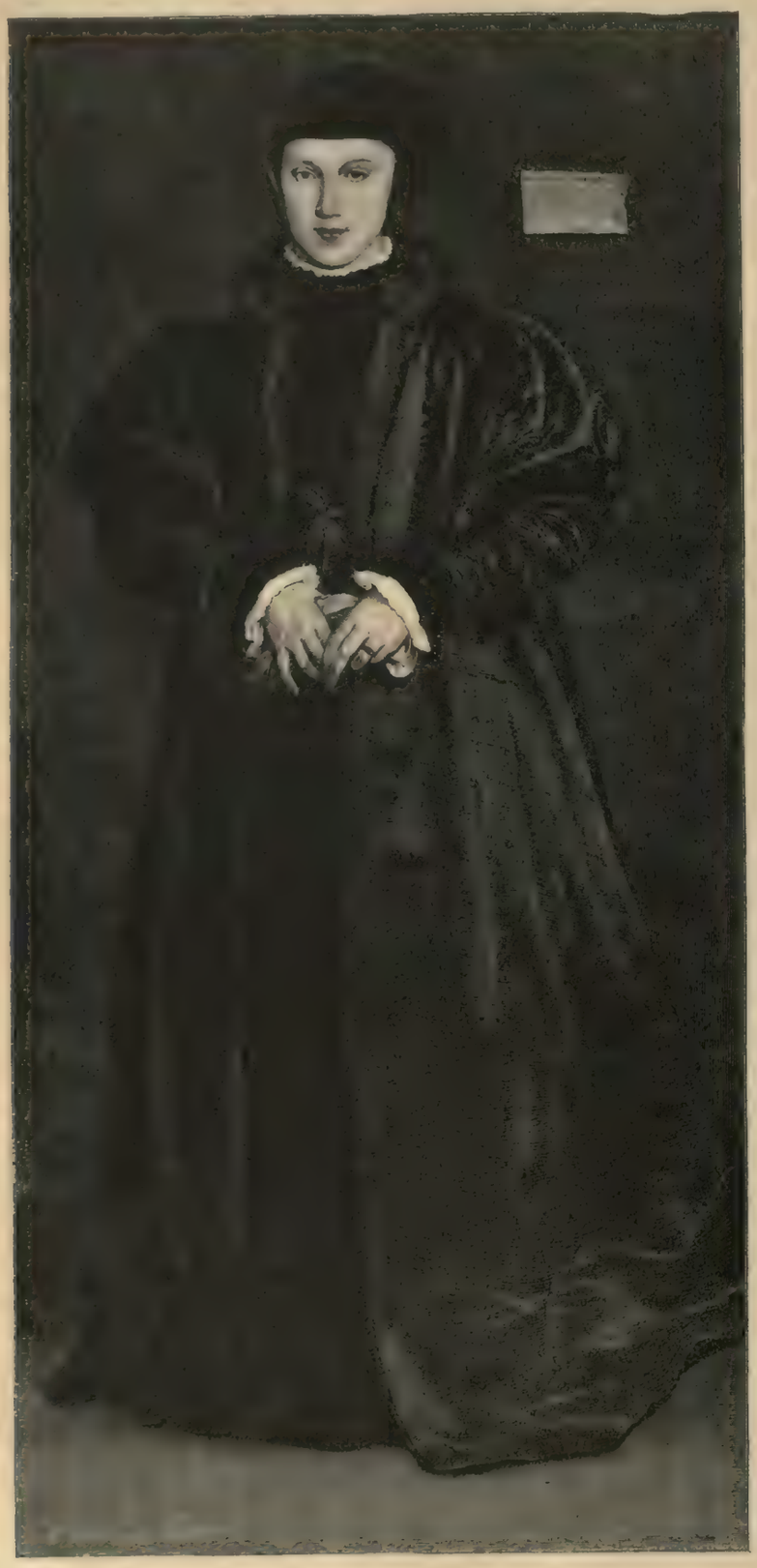
LOKIS,

con este proverbio lituano por epígrafe:

Miszka su Lokiu,
Abu du tokiu. (1)

(1) Los dos forman pareja; literalmente, *Miguel con Lokis, ambos los mismos. Michalium cum Lokide, ambo (duo) ipsissimi.*

Cuando apareció en Londres la primera traducción de las Sagradas Escrituras en lengua lituana, publiqué en la *Gaceta científica y literaria* de Kœnigsberg un artículo en el cual, aunque haciendo plena justicia á los esfuerzos del docto intérprete y á las piadosas intenciones de la Sociedad bíblica, creí deber señalar algunos ligeros errores, permitiéndome, además, manifestar que esta versión podía aprovechar solamente á una parte de las poblaciones lituanas, pues el dialecto de que en ella se hace uso es difícilmente inteligible á los habitantes de los distritos donde se habla la lengua *jomaïtica*, vulgarmente llamada *jmuda*, quiero decir, en el palatinado de Samogicia, lengua que se aproxima al sanscrito más aún, tal vez, que el alto lituano.



CRISTINA, DUQUESA DE MILÁN (Retrato por Holbein)

Esta observación, á pesar de las críticas furibundas que me valió por parte de cierto profesor bien conocido en la universidad de Dorpat, ilustró á los honorables individuos del consejo de administración de la Sociedad bíblica, el cual no vaciló en hacerme la lisonjera oferta de dirigir y vigilar la redacción del Evangelio de San Mateo en samogicio. Hallábame yo entonces harto ocupado en mis estudios sobre las lenguas transuralianas para emprender un trabajo más extenso que hubiera comprendido los cuatro Evangelios. Aplazando, pues, mi matrimonio con la señorita Gertrudis Weber, marcheme á Kowno *(Kaunas)*, con intención de recoger todos los monumentos linguísticos impresos ó manuscritos en lengua jmuda que pudiese procurarme, sin descuidar, por supuesto, las poesías populares, *daïnos*, y las narraciones ó leyendas, *pasakos*, que me proporcionarían documentos para un vocabulario jomaïtico, trabajo que debía preceder necesariamente al de la traducción.

Habíanme dado una carta de recomendación para el jovén conde Miguel Szemioth, cuyo padre, á lo que se me aseguraba, había poseído el famoso *Catechismus Samogiticus* del Padre Lawicki, tan raro, que ha llegado á ponerse en duda su propia existencia, especialmente por el profesor de Dorpat á quien acabo de hacer alusión. Encontrábase en su biblioteca, según ciertos datos que me habían proporcionado, una vieja colección de daïnos así como poesías en lengua prusiana antigua. Habiendo escrito al conde Szemioth para exponerle el objeto de mi visita, apresuróse á contestarme dirigiéndome la más amable invitación para que fuese á pasar en su castillo de Medintiltas todo el tiempo que exigiesen mis investigaciones. Terminaba su carta diciéndome de la manera más graciosa que se jactaba de hablar el jmudo casi tan bien como sus colonos y que se consideraría dichoso con añadir sus esfuerzos á los míos para una empresa que calificaba de *grande* é interesante. Lo mismo que algunos de los más ricos propietarios de la Lituania profesaba la religión evangélica, de la cual tengo el honor de ser ministro. Habíanme prevenido ya que el conde no estaba exento de cierta extrañeza de carácter, muy hospitalario por otra parte, amigo de las ciencias y de las letras y particularmente benévolo para aquellos que las cultivaban. Partí, pues, para Medintiltas.

En la escalinata del castillo fuí recibido por el mayordomo del conde, que me condujo al momento al aposento preparado para alojarme.

—El señor conde,—me dijo,—está desolado por no poder comer hoy con el señor profesor. Se halla atormentado por la jaqueca, enfermedad á que, por desgracia, está algo sujeto. Si el señor profesor no desea se le sirva en su cuarto comerá con el señor doctor Frœber, médico de la señora condesa. La mesa estará puesta dentro una hora; no se hace *toilette*. Si el señor profesor tiene órdenes que dar, aquí está el timbre.—Retiróse dirigiéndome un profundo saludo.

El aposento era vasto, estaba bien amueblado, adornado de espejos y dorados, con vistas por un lado al jardín, ó, por mejor decir, al parque del castillo, y por otro al gran patio de honor. A pesar de la advertencia: «no se hace *toilette*,» creí deber sacar del baul mi ropa negra. Estábame en mangas de camisa, ocupado en desdoblar mi ligero equipo, cuando el ruído de un carruaje me atrajo á la ventana que daba al patio. Acababa de entrar una bella calesa en la cual iban una señora de luto, un caballero y una mujer vestida como las labradoras lituanas, pero tan alta y tan fuerte que en un principio estuve tentado de tomarla por un hombre disfrazado.

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 20 de Agosto de 1887 | Núm. 242

IRENE (Cabeza de estudio de J. Zenisek)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Zoraida* (continuación), por Angel Coello de Torres.—*Tiempo perdido*, por Antonia Opisso.—*La romería* (conclusión), por Alfonso Pérez Nieva.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Sutilezas* (poesía), por Luis del Cañizo y Miranda.—Nuestros grabados.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Irene.—Escenas de la vida de artista (cinco grabados).—Los dramas de Shakespeare (dos grabados).—Un concierto musical en el palacio Clerici de Milan.—Frank Dicksee (cuatro grabados).—Un retrato en 1806.—La nueva fachada de la catedral de Florencia.—El emperador Maximiliano visitando el taller de Alberto Durero.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

DEL PERIODISMO MODERNO

HACE muchos días que solo preocupa la atención pública el conflicto entre el general Salamanca y *El Resumen*. Brevemente voy á referirte como ha surgido, ya que no pueda indicarte aún como habrá de terminar. El general Salamanca y el redactor de aquel diario, Gutiérrez Abascal, se encontraban en el Real sitio de San Ildefonso, el primero para asuntos oficiales, el segundo para llenar su misión de *reporter*. Ambos almorzaban con otros huéspedes en el hotel Europeo; se habló del nuevo mando del general y dijo éste que su misión era difícil, que la Isla estaba en situación deplorable, que pensaba plantear ciertas reformas contra viento y marea, que organizaría la Isla en previsión de la lucha con el filibusterismo y de conflictos internacionales; que según la opinión pública hay funcionarios en Cuba que mandan sumas á hombres importantes de Madrid y que él no lo toleraría, y, en fin, que el ministro de Ultramar era un ministro deplorable. Gutiérrez Abascal dió cuenta de esta conversación en su periódico y claro es que tales revelaciones cayeron como una bomba en el campo ministerial y fueron leídas con sorpresa por cuantos leen diarios en Madrid. Se creyó que á consecuencia de este incidente surgiría un conflicto gravísimo, pues el ministro de Ultramar no podía quedar bajo el peso de aquellas censuras, pero el general Salamanca ha desautorizado las declaraciones que se le atribuían, diciendo que la conversación había sido confidencial y reservada. Por su parte Gutiérrez Abascal y la redacción de *El Resumen* no se ha conformado con que pueda tener carácter de reserva una conversación habida entre huéspedes en una mesa redonda. De aquí artículos que se han publicado en todos los periódicos, cada cual según los intereses y sentimientos de sus autores; de aquí una vivísima espectación, una agitación extraordinaria en los círculos políticos, variedad de juícios y opiniones, augurios de próxima ruína gubernamental y de aquí en fin, el nombre de *El Resumen* durante muchos días en todos los labios, en toda la prensa, en todo Madrid y en toda España. Pero no todo ha sido ruído que se desvanece al desvanecerse las palabras; á la desautorización del general Salamanca, Gutiérrez Abascal contestó con un cartel de desafío, al cartel replicó el general con un telegrama, diciendo que nombraría dos padrinos, y un hijo del general, capitán de artillería, escribió una carta al director del diario reformista D. Augusto Figueroa, de resultas de cuyo escrito, éste y el capitán se batieron ayer á pistola. Ha resultado herido, no de gravedad por fortuna, el distinguido periodista... El general llegó anoche á Madrid y hoy se verificará la entrevista de sus padrinos con los de Gutiérrez Abascal... Ya que hoy no pueda indicarte el final del resultado de esta cuestión magna, no dejaré de comunicártele en mi carta próxima. Unos opinan que el duelo se verificará, otros que no, cada uno da razones que parecen concluyentes.

Deseo que se encuentren términos decorosos para resolver pacíficamente la cuestión. Prescindiendo de que los sentimientos de humanidad justifican este deseo mío creo que la conservación de estos dos hombres le importa al país. El general Salamanca puede reconstituir las simpatías que ha perdido de sobremesa, realizando en Cuba su gran campaña á favor de la moralidad; y Gutiérrez Abascal es una personalidad importantísima del periodismo, que trae á la prensa iniciativa, un estilo terso, el reflejo de todas las elegancias de la sociedad; tesoros de ideas y de lenguaje. Creo que serás de mi opinión como lectora constante que eres de sus primorosos trabajos.

Dejando aparte este incidente entretengamos el tiempo en algunas consideraciones que de él se derivan; la *información* es hoy el alimento principal de los periódicos; y realmente solo de ella viven. La parte política de un diario no basta ya para fijar el interés de los lectores y para que ese diario viva de la suscrición. Basta observar que los diarios revolucionarios, los cuales tienen, sin duda, numerosísimos adeptos, viven con dificultad y en la escasez. En otros tiempos el entusiasmo político sostenía muchos periódicos, y el ciudadano solo admitía en la casa el periódico de sus propias ideas; hoy dejamos extinguirse el periódico de nuestras ideas y nos suscribimos á otro que cumpla mejor la misión de enterarnos de lo que pasa en el mundo; no solo en nuestro partido. Este movimiento á favor del *reporterismo* se inició en la Revolución; pues entonces se sucedieron rápidamente importantísimos acontecimientos; entre ellos las guerras civiles; después el desprestigio en que cayeron los hombres políticos, atentos solo al interés personal, que se manifestaron dispuestos á gobernar con cualquiera institución ó cualquier doctrina, hizo que la atención pública se fijase en los asuntos de carácter general, en los nacionales y en todo aquello que pudiese satisfacer al espíritu avivado por los elementos de progreso, científicos é industriales, que la Revolución había traído. La política y los hombres políticos han caído en desprecio y hoy si algún resorte gubernamental conmueve al país es la promesa de reformas administrativas. Fuera de este ideal solo existe para el lector de periódicos un aliciente; la narración diaria de los acontecimientos públicos; de la vida social; la historia y semblanzas de los personajes importantes; la crónica de los espectáculos y la chismografía de las tertulias y salones.

Los dos periódicos de más circulación de Madrid, son *La Correspondencia* y *El Imparcial*, según el timbre, y como se ve son periódicos bastante indefinidos. *La Correspondencia* es ministerial siempre, y *El Imparcial*, dentro del criterio democrático lo es cuantas veces puede serlo; ahora bien, nada hay más antipático á todo buen español que los diarios que elogian á los gobiernos... Pero transige con *La Correspondencia* porque este periódico, antes que ninguno le enseñó á saborear el deleite de la noticia y lee *El Imparcial* porque no es posible estar al tanto de la vida internacional sin leer su magnífico servicio telegráfico, y porque *El Imparcial* diaria, lenta, calladamente, pero con una persistencia infatigable, publica artículos intencionados, serios y hábiles que favorecen á todos los intereses comerciales, industriales, permanentes del país y á todas las clases, pulsando constantemente la nota patriótica, teniendo siempre en la pluma la palabra moralidad y predicando sensatez y templanza. Así como quien lee *La Correspondencia* todas las noches es difícil que no tenga la relativa satisfacción de encontrarse entre los *muertos* algún conocido, así quien lee *El Imparcial*, sea empleado, médico, carabinero, canónigo ó vendedor de zapatillas, encuentra de cuando en cuando un artículo en el cual se piden mejoras y provechos para su honrada clase.

El periódico sin partido, el periódico para todos, el periódico de los grandes ideales nacionales y de las pequeñeces interesantes del día es el periódico tipo, el periódico que reclama hoy la opinión y que por unas causas ó por otras no ha podido realizarse; este periódico debería consagrarse al elemento neutro del país, á los indiferentes, á los desilusionados y á los aborrecedores de la política, es decir, á casi todos los españoles del día. Ante la grande abundancia de periódicos que tenemos, se cree que no es posible fundar más periódicos; es un error (puedes decírselo á tu señor padre que me defendía esa tesis no hace mucho tiempo); la mayor parte de los periódicos que hoy existen hacen bulto, pero no hacen falta; el día en que apareciere un diario sinceramente dedicado á reconstituir y unificar los sentimientos nacionales dentro de la libertad y que de consuno y en dos grandes movimientos llevase al minuto la cuenta corriente de todos los acontecimientos universales y entre los descansos de la actualidad, que priva sobre todo, sistemáticamente, con amplitud y patriotismo, realizase grandes campañas en favor de la agricultura, del comercio, de la industria; entregando esta misión no á sus redactores sino á las ilustraciones más notorias del país, ese día los lectores de los periódicos de hoy afluirían al nuevo órgano de la opinión; al diario que más legítimamente la representaría. No perdería ese periódico; perderían los existentes. Antes, se necesitaba años para popularizar un diario; hoy se puede lograr popularizarle en poco tiempo. Lo que se necesita es medios grandes, inmensos de publicidad para satisfacer la ansiedad del público en los acontecimientos; es decir, que lo que se necesita es mucho dinero, con que establecer ese periódico.

Que el éxito se consigue hoy pronto lo demuestra el diario de que vengo ocupándome: *El Resumen*. Es uno de los periódicos más recientes y sin embargo no le hay ya de mayor crédito en lo que se refiere á la información política y social, á la discreción en la elección de asuntos siempre interesantes y literariamente tratados; en la frescura, en la amenidad, en la oportunidad, en la gracia, en la energía y caballerosidad quizás exageradas, con que defiende sus opiniones, juícios y afirmaciones. *El Resumen* ha traído al periodismo nueva savia; lo ha refrescado; es un periódico que tiene *chic*; es el *lion* del día. Respira todo él, entusiasmo por el periodismo; horror á lo vulgar; es moderno; esencialmente moderno. Sobre todo le caracteriza el nervio periodístico con que facilmente realiza el supremo trabajo del arte: casi todos los periódicos esperan con los brazos cruzados á que vengan los acontecimientos; como algunos moros esperan á la montaña; si llegan los aprovechan ó los pierden según sus facultades ó el azar. *El Resumen* no aguarda los acontecimientos, *los crea*. En estas dos semanas ha creado tres ó cuatro, de los cuales el último ha tenido y tiene resonancia inmensa. Basta leer los diarios para ver que el David de la prensa se ha impuesto y que los gigantes han tenido al fin que abrirle paso, cederle asiento en la primera fila, hacerle coro, secundar sus propósitos, propagar sus glorias y abrumarle con sus admiraciones.

Por desgracia *El Resumen* tiene un pecado original, que le impide ser el periódico de mis imaginaciones; el gran periódico de que está necesitado este país. *El Resumen* es órgano de un partido; por mejor decir, de dos medios partidos. Los hombres políticos, llámense como se llamen, son funestos para la vida de los periódicos. Y es de notar que cuanto más importantes son les abruman más. Nada tiene de extraño; no se puede llegar al puerto nadando con un par de balas de cañón bajo los brazos, y se puede llegar con un par de calabazas.

Pero veo, querida prima, que mi sangre de viejo periodista se ha encendido hablando de las muchas experiencias del oficio y que debes encontrar esta carta poco divertida. Admite como disculpa el que siempre es interesante cuanto se refiere á este organismo poderoso del siglo XIX, á la prensa; que es el libro de todas las casas, el consejero de todas las familias, el

festejador inagotable del espíritu, el amigo esperado con ansiedad todos los días, que esclarece y vivifica nuestra conciencia.

Lo que caracteriza á nuestra sociedad es el periódico; y la libertad y la justicia, no podrán desaparecer completamente mientras él exista...

Hablar del incidente Salamanca sin hablar del periodismo y de *El Resumen*, no hubiera sido posible. Quedamos, pues, en que merezco disculpa.

Tuyo,

FERNANFLOR.

ZORAIDA

TRADICIÓN GRANADINA

(CONTINUACIÓN)

—Veníais á rendirme homenaje y ya veis como en pago os he librado del yugo del cristiano. Con vuestra sangre habéis sellado el trato que hace horas os propuse; después de todo habéis demostrado ser leales y buenos vasallos. ¡Madre mía, puedes estar satisfecha de mi conducta, porque gracias á mí estás vengada!

Y dirigiéndose á uno de los verdugos que le contemplaba absorto:

—¿Y Aben?—le preguntó.

—Señor, es el único que ha faltado á la cita.

—¡Ah, miserable!—exclamó el burlado monarca reconcentrando su ira.—¡Algún traidor me ha vendido revelándole mis planes de venganza y ese traidor no ha podido ser otro que Zoraida; sí, sí... ella ha sido. ¡Yo ahogaré en sangre la pasión que le inspira ese perro moro!

Y saliendo de aquel recinto, volvió á sus habitaciones llena la mente de tenebrosos pensamientos.

IV

La noche era serena y tranquila.

Todo callaba en los frondosos jardines del Generalife; aquella calma por lo muelle y voluptuosa parecía invitar á los placeres del amor.

Sin embargo, como no gozando de aquella esplendidez de la naturaleza, permítasenos la frase, dos sombras esbeltas y hermosas permanecían meditabundas, sentada una sobre florido banco de verdura y arrodillada la otra á sus piés, como sumidas en profundos pensamientos.

Aquellas sombras eran Zoraida y su esclava favorita Zulema.

De cuando en cuando la bella sultana alzaba sus hermosos ojos al cielo y un leve suspiro salía de sus labios.

—¡Oh, no es posible, señora,—la decía Zulema,—no es posible que exista quien pueda aborrecerte. Tú, cuyas virtudes admiran á Granada; tú, cuya hermosura envidian los ángeles y los huríes; tú, cuyo nombre es tan dulce que parece una bendición del poderoso Allah, cayendo sobre la tierra como un rocío de misericordia; tú, que pareces haber nacido para inspirar amor y respeto y formada por ángeles que te mecieron en sus brazos y se extasiaron en tus graciosas sonrisas, debes alejar fuera de tí esos temores que embargan tu espíritu y entristecen tu alma.

—No, Zulema,—prorumpió dulcemente su señora,—no sé que lúgubres ideas cruzan mi cerebro y por más que pretendo desecharlas vuelven otra vez con más empeño. Todo cuanto me rodea, en medio de su belleza, parece hablar de mi desgracia. Hasta el viento que azota mi mejilla silba tristemente y produce al pasar junto á mí un gemido de dolor. Estas ideas me hacen sufrir muchó y cuando vuelvo en mí de ese letargo, hallo mi rostro humedecido de lágrimas.

—No prosigas, señora,—repetía Zulema sollozando,—no laceres el corazón de tu pobre esclava con tus tristes palabras, hijas tan solo de tu sobrescitada imaginación.

Aún no se había extinguido el eco de estas últimas palabras, cuando saliendo de entre las espesas ramas del jardín, apareció un caballero vestido con el airoso traje de los nobles sarracenos, quien acercándose á la esposa de Boabdil que aún no se había repuesto de su terror, la dijo respetuosamente:

—Señora, perdóname si oculto tras esas ramas he sorprendido el secreto de tu desventura; perdona mi atrevimiento de llegar hasta aquí sin tu permiso, pero á tí debo la vida y creo altamente justo por tí sacrificarla.

—¡Oh, Aben!—se apresuró á exclamar la sultana así que hubo reconocido al abencerraje. —¿ignoras, acaso, tu inminente peligro al permanecer aquí por más tiempo? ¡Huye, te lo ruego!...

—Si así obrase sería ingrato é indigno de la clase á que pertenezco. Partamos, señora.

—Es imposible, Aben.

—Considera que vengo reventando caballos para llegar á tiempo de que ese miserable no sacie su cólera en tí que eres inocente.

—Además, la fuga no es posible. Estamos rodeados de guardias que á la menor imprudencia nos descubrirían.

—No importa. Mi acero se encargaría de franquearnos el paso.

—¡Ah perro!—gritó de entre el verde follaje una voz dura enronquecida por la ira, y antes que Aben se apercibiese de ello apareció Boabdil con las facciones trastornadas por el odio que no pudo menos de exhalar un grito de alegría al pasear sus miradas por Aben y Zoraida.

—Ahora,—decía aquél aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir,—no podréis negarme vuestra traición. Ya veis que os he sorprendido consumando el más infame de los delitos.

—¡Mientes!—se apresuró á exclamar Aben.

—¿Aún te atreves á negarme tu infamia?

—Es que te probaré que no existe.

—¡Yo también probaré á ese pueblo que me aborrece pero me teme, mi justicia, arrojándole tu cabeza para escarmiento de traidores!

—Ahora comprendo la trama que nos has urdido. ¡Malvado!

—Respeta á tu rey.

—Un tirano como tú es indigno de llamarse así. Demasiado sabes que el pueblo, tu antiguo amigo, te odia de muerte cansado ya de tus incesantes crímenes, y que el poder de que tanto te vanaglorias, hoy sólo se reduce á un puñado de hombres tan viles como tú.

—¡Miserable!

—¡Modera tus insultos si no quieres trabar conocimiento con el alfanje de un noble!

—¡Tú!...—se atrevió á decir Boabdil expresando con esta frase tal cantidad de desprecio que Aben iba á lanzarse sobre aquél para exterminarle, cuando se vió de repente asido de las espaldas por brazos de hierro que tenazmente le sujetaban é impedían movimiento alguno.

Hubo un momento de lucha.

Merced á la luna, vióse brillar en el aire la reluciente hoja de un puñal que se hundió en el pecho de uno de los cuerpos fuertemente enlazados; á poco se oyó un ¡ay! débil, muy débil... y uno de los dos cayó pesadamente sobre el césped.

Boabdil quedaba libre de su enemigo.

Entonces clavando su ansiosa mirada en el cuerpo del desgraciado Aben cuyos cárdenos labios parecían moverse aún para recriminar la conducta de su rey, exclamó:

—¡Tanto peor para tí! Habías contraído conmigo una deuda sagrada y tú mismo has venido á pagarla.

Y dirigiéndose á su malvado secuaz:

—A no haber sido por tí, Said,—le dijo,—este hombre me hubiese arrancado la vida.

Una sonrisa obtuvo por toda contestación del verdugo, como hombre acostumbrado á tales escenas.

Hubo una breve pausa, tras de la cual, el monarca apartando la vista de Aben y dirigiéndola á Zoraida que desde su aparición permanecía abrazada fuertemente á su esclava medio muertas de terror, y haciéndola volver en sí de su desmayo.

—¡Tú prepárate á morir!—la dijo,—la tamaña ofensa que me has inferido no la puedes borrar sino con tu sangre. ¡Mujer maldita!

—¡Venga la muerte!—exclamó resueltamente Zoraida,—la prefiero á ser esposa de un rey cobarde é inhumano que apela á la traición porque no confía con sus fuerzas y su valor; de un rey miserable que por sujetar la corona á sus sienes, próxima á desprendérsele, la ha manchado con sangre noble y leal, tan villanamente derramada. ¡El poderoso Allah, que presencia tus abominables acciones, no dejará impunes tus crímenes! En sueños he visto á un rey cobarde y cruel, corrompido por los vicios, odiado de su pueblo, que en el momento de ver cercada su plaza, no contando con fuerzas suficientes, tuvo que cederla al enemigo, llevando á cabo la más vergonzosa rendición. Pues bien, ¡ese rey eres tú y esa ciudad Granada!...

Y Zoraida volvió á caer desfallecida en brazos de su esclava.

Boabdil, cuyas anteriores palabras lejos de atemorizarle, por lo terrible que encerraban, le exasperaron mucho más, exclamó:

—¡A no temer una rebelión de ese pueblo que la ama tanto, mi cuchillo acabaría con su existencia que tanto odio; pero mañana haré patente su delito que nuestra ley tan duramente castiga y entonces... el mismo pueblo será el primero en pedirme su cabeza!

(Se concluirá.) ANGEL COELLO DE TORRES.

UN BANQUETE DE PINTORES EN EL SIGLO XVIII

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE

Warwick ataca la tienda del rey (ENRIQUE VI, parte III, acto IV, escena III).—Rosalinda, Celia y Touchstone (COMO GUSTÉIS, acto II, escena III)

UN CONCIERTO MUSICAL EN EL PALACIO CLERICI DE MILAN (Cuadro de Luis Sorio)

TIEMPO PERDIDO

Hace pocos días uno de los periódicos más populares de la corte y más leídos de España, publicaba el siguiente suelto:

«Según datos estadísticos, en el mes anterior han recibido el grado de licenciado en derecho 620 jóvenes. Es decir, 620 nuevos abogados, que con los *siete mil* que se supone hay en España sin colocación, sin pleitos, ó pasando una vida de privaciones, representa una cifra bien desconsoladora para los que con verdadero afán se dedican á seguir una carrera larga, penosa y tan poco útil.

»Menester es que los padres ó encargados de los jóvenes escolares que están en disposición de pasar á estudios mayores en Setiembre próximo, reflexionen bien y mediten por la práctica de los hechos, el porvenir que espera á los que se dedican á la carrera de las leyes, después de gastar un capital que por término medio asciende á tres mil duros, y de emplear en estudios los mejores años de la vida del hombre.»

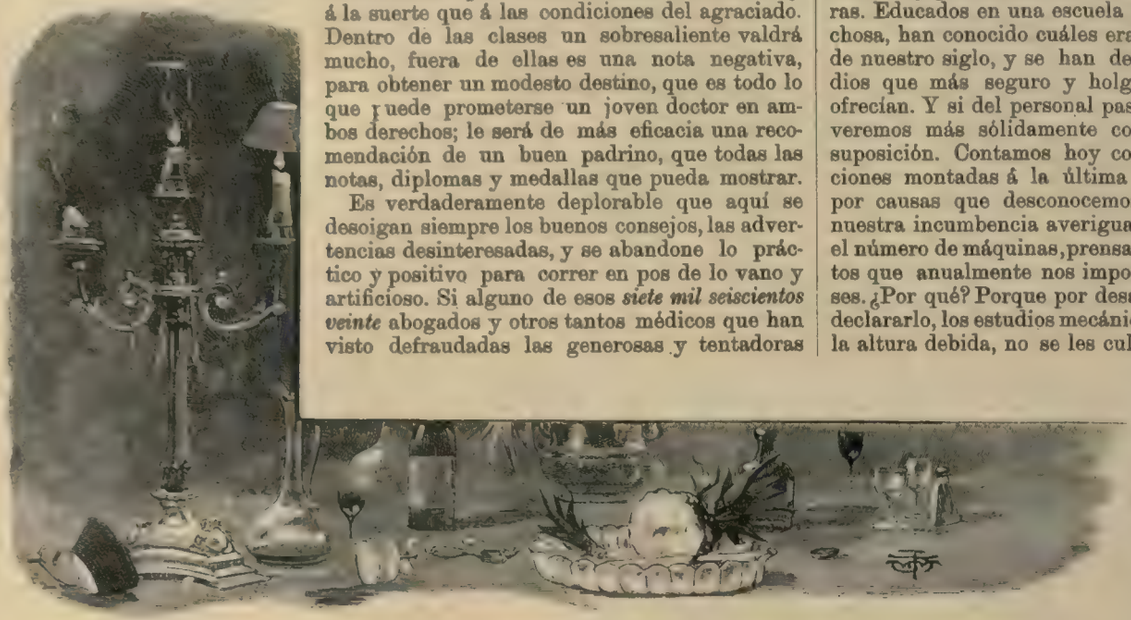
En un país como el nuestro donde las noticias frívolas y pueriles logran fijar la atención, el suelto que antecede habrá pasado desapercibido, y la provechosa advertencia que encierra se perderá en el vacío de la más unánime indiferencia.

Llegará Setiembre y nuestras Universidades se verán invadidas por centenares de jóvenes tan sobrados de ilusiones, como faltos de experiencia y de sentido práctico. A tenerlo, no sacrificarían su inteligencia en el estudio de carreras tan infructuosas como los hechos han demostrado que lo son hoy las leyes y la medicina; sobran miles de médicos, sobran miles de abogados; fiar el porvenir en el ejercicio de estas profesiones es abandonarlo al azar. En nuestras costumbres impera siempre el espíritu de imitación, y este error inveterado es lo sólo que justifica la deplorable preferencia que los jóvenes escolares dan á las dos carreras que más desastroso porvenir les ofrecen. Fulano ó Zutano cursa leyes, es preciso matricularse para leyes; el hijo de tal ó cual es médico, entonces es irremediable estudiar medicina. Así se discurre, así se obra; después los resultados son siempre desconsoladores, pero lógicos é inevitables.

Es preciso convencerse y persuadirse de que el tiempo que se emplea en el estudio de las dos citadas carreras es tiempo perdido, á menos que el estudiante sea hijo ó deudo de un letrado ó de un médico, y cuente con el apoyo de los suyos para el ejercicio de su profesión. ¿Es verosímil presumir que en la familia donde hay un enfermo se llame para consultarle á un joven que acaba de licenciarse? ¿y no es más aventurado todavía suponer que los que tienen que litigar encomienden la salvación de sus intereses á un abogado novel? En ambos casos se busca siempre una celebridad de la medicina ó del foro, á un hombre de fama y de reconocida experiencia, y la fama y la reputación no se adquieren en un día, son fruto de largos años, de continuas vigilias, de muchas amarguras y de repetidos desengaños. Antes de obtenerla es preciso sufrir y trabajar mucho, y con mucho trabajar son contados los que llegan al deseado término. A veces se da el raro fenómeno de ver llegar á la cumbre de su profesión á jóvenes recién salidos de las aulas; estos casos no son los más frecuentes, son excepciones contadas que se deben más al favoritismo y á la suerte que á las condiciones del agraciado. Dentro de las clases un sobresaliente valdrá mucho, fuera de ellas es una nota negativa, para obtener un modesto destino, que es todo lo que puede prometerse un joven doctor en ambos derechos; le será de más eficacia una recomendación de un buen padrino, que todas las notas, diplomas y medallas que pueda mostrar.

Es verdaderamente deplorable que aquí se desoigan siempre los buenos consejos, las advertencias desinteresadas, y se abandone lo práctico y positivo para correr en pos de lo vano y artificioso. Si alguno de esos *siete mil seiscientos veinte* abogados y otros tantos médicos que han visto defraudadas las generosas y tentadoras ilusiones de su juventud, en su forzoso vagar frecuentasen algunos de nuestros principales centros industriales, agrícolas ó manufactureros, comprendería cuan torpe anduvo en la elección de carrera, al ver que la gran mayoría del personal facultativo de los indicados centros es extranjero por no haber en nuestra patria número suficiente de jóvenes hábiles para el desempeño de aquellos cargos, que por lo regular, son espléndidamente retribuídos.

¡Qué de tristes reflexiones sugiere una visita á una de esas grandiosas fábricas que áun en su heróica agonía son nuestro orgullo y nuestra vanagloria! Allí se ven congregados centenares de obreros españoles, española es la sociedad ó compañía propietaria de la fábrica, y español alguno de los ingenieros y maquinistas, pero los encargados de la conservación de la maquinaria, los directores de pintados, los químicos y demás empleados facultativos son franceses, ingleses ó alemanes. Allí están con su *blusa azul* las más de las veces; dirigiendo á nuestros obreros y perfeccionando nuestras manufacturas. Educados en una escuela práctica y provechosa, han conocido cuáles eran las tendencias de nuestro siglo, y se han dedicado á los estudios que más seguro y holgado porvenir les ofrecían. Y si del personal pasamos al material, veremos más sólidamente confirmada nuestra suposición. Contamos hoy con algunas fundiciones montadas á la última perfección, pero por causas que desconocemos y que no es de nuestra incumbencia averiguar, es incalculable el número de máquinas, prensas y demás artefactos que anualmente nos importan de otros países. ¿Por qué? Porque por desagradable que sea declararlo, los estudios mecánicos no están aquí á la altura debida, no se les cultiva con la preferencia que merecen, se les considera como estudios secundarios; porque nuestros escolares creen que la patente de *sabio* sólo se consigue cursando leyes ó medicina y las pretensiones ahogan las más de las veces los impulsos de la reflexión.



DESPUES DEL BANQUETE

Si prescindiendo de la industria nos fijamos en la agricultura, veremos que todas las casas no ya de fama, sino medianamente conocidas que se dedican á la elaboración de vinos, cuentan con su correspondiente *composeur de vins*. Dan al *francés* un sueldo magnífico, participación en las ventas, pero él, en cambio, con el auxilio de algunos bocoyes de alcohol obra maravillas con la vendimia recogida. En la provincia de Tarragona, son innumerables las familias francesas que se dedican al arreglo de los vinos. Reus, en algunas épocas del año parece una colonia extranjera, tantos son los que acuden á su mercado, y ya en su plaza se convienen con los vinicultores para componer sus caldos. La composición y clarificación de vinos, es una industria completamente desconocida en nuestro país y sin embargo, es una de las que más pingües resultados ofrece.

Poco queda ya para explotar, pero algo puede hacerse todavía; la industria y la agricultura pasan crisis terribles, espantosas, pero no se las puede aniquilar porque son las grandes arterias de la vida de los pueblos; después de épocas calamitosas suceden épocas de reacción y prosperidad, y las fuerzas no quebrantadas se rehacen, y su potencia se revela con más grandiosidad y vigor; pero de las carreras literarias, ¡qué puede esperarse! Esa cifra imponente de *siete mil seiscientos veinte* abogados holgando por la fuerza de la razón, ¿no es el más expresivo *de profundis* que puede entonarse á las carreras citadas? No se necesita una inteligencia muy hábil para convencerse de ello, pero mostrar á nuestra juventud tales inconvenientes es perder á sabiendas un tiempo precioso. A nuestros jóvenes escolares, tan entusiastas, tan ricos en ilusiones, tan vehementes y soñadores, les falta espíritu práctico, criterio reposado; carecen del dón de saber pensar, se deslumbran ante lo que más brilla, sin detenerse en averiguar si los destellos parten de fino ó grosero metal. Y es lógico que así sea; son innumerables los niños que á los doce ó trece años terminan su bachillerato, y á esa edad no tiene el individuo ni condiciones, ni la

FRANK DICKSEE
Individuo de la Real Academia de Pintura de Londres

reflexión debida para acordar su porvenir. ¡Qué sabe él del mundo! ¡qué de la vida! ¡qué, finalmente, dónde se encierra el bien y el mal! pero le han asegurado tantas veces que es un prodigio de talento, que fundadamente se considera el Menéndez Pelayo del porvenir, el genio destinado á ser el asombro de las aulas de la Universidad. Y con tales aspiraciones, ¿cómo ha de fijarse en analizar cuál es la carrera, arte ú oficio que mejor asegure su suerte? Un genio no puede ser industrial, ni andar entre máquinas y balas de algodón, lana ó papel; y mucho menos tratar con vendimiadores y arreglar por propia mano los caldos que se extraen de las cepas; cada cual en su esfera, y así discurriendo claro está que las leyes son el bello ideal de todos los niños llamados inteligentes.

Pero si los errores de una niñez presuntuosa se justifican, no tiene disculpa que las familias secunden sus descabelladas decisiones, y no tan solamente las secunden, sino que muchas veces las alienten; el bello ideal de muchos, de muchísimos padres es ver á sus hijos togados á los veinte años.

¡Qué afán para anticiparles inevitables amarguras y los más abrumadores desencantos!

ANTONIA OPISSO.

LA ROMERÍA

(CONCLUSIÓN)

EN PLENA FIESTA

Las moscas.—Hu... hu... hu... ¡Buen atracón nos vamos á dar esta tarde!... ¡Vaya unas barricadas de frutas!... ¡Con tal que escapemos de los pescozones!... hu... hu... hu... Fuera de aquí, menesterosos; en la romería no se permiten más moscas que nosotras... ¡A ellos, compañeras, que no quede uno!...

Las ostras.—¡Eh!... ¿Quién nos sorbe?... Vengan acá, señores. Nosotras encerramos entre nuestras conchas el sabor del Océano y somos la aristocracia de los mariscos... ¡Eh!... ¡Vaya la gloria del paladar!... Para antes de la leche...

El cascajo.—¿Quién quiere metralla?... ¡Aquí de las muelas valientes!... ¡Ande la fruta con coraza!... ¡A los veteranos de los árboles!...

Las urracas.—¿Qué alborotadores son estos vecinos! Nosotras pertenecemos á la familia más dulce y delicada y apenas si decimos esta miel es nuestra. Somos la pera de la nostalgia y en cuanto nos alejamos de las campiñas nativas nos da mal de corazón y se nos pica la carne.

El columpio.—Soy la imagen de la fortuna; yo llevo á las gentes de un envión para luégo hundirlas otra vez en el polvo... Muchachas, arriba, que el cortar el aire enardece la sangre y colorea las mejillas. Venid á hacer una visita á las copas de los robles.

El violín del ciego. — Tiririn... tiririn... rim... rim... ¡No sé cómo arreglarme para que no se note que me faltan dos cuerdas!... ¡Atención, señoras y caballeros, que va mi dueño á improvisar coplas á cada una de las muchachas presentes... Por supuesto que más ganas tengo de llorar que de producir sonidos. ¡Y yo que albergaba, de joven, en mi caja tantos sueños de gloria verme precisado á ir mendigando de aldea en aldea!... ¡Una limosna para el violín de las romerías!

La charanga.—Pan... tapatán... chin... chin... tarariro... riro... riro... ¿Conque no sueno, eh?... Pues hoy me van á oir hasta los sordos; voy á aturdir el robledal á trompetazos. Que sepa la banda del pueblo de abajo que á mí lo que me sobran son cornetines y platillos. Chicas, á bailar una habanera. ¿Qué no llevo compás? Mejor, mis instrumentos no tienen por que sujetarse á la batuta de nadie.

Los árboles.—Cada uno de nosotros sirve de frondoso dosel á un altar de Baco. ¡Y qué observantes de la liturgia son sus devotos!... ¡Qué humedad se siente en el tronco!... ¡Si nos están regando con vino!

El sol poniente.—¡Toldos, sombrillas, pañuelos, que sé yo cuantos chismes para librarse de mis rayos y si yo no me doy una vuelta por la romería se lleva todo su lucimiento el más mínimo chubasco!... ¡Yo presto al conjunto reflejos de oro, abrillanto la tierra, charolo el musgo, luciendo las frondas, esparzo la alegría por todas partes y nadie me ofrece un trago para que me refresque!... ¡Son muy ingratos los hombres!

Un cohete.—Chirís... pum... Queden ustedes con Dios; yo me subo con las estrellas. Para eso gasto manojos de chispas. Yo he nacido para escalar la altura, para vivir en el espacio, entre constelaciones. Abajo no soy comprendido y á lo mejor me disparo fuera de tiempo. Y cargo con culpas que no merezco si tengo la desgracia de chamuscar á alguien...

El musgo.—¡Cómo me están poniendo de manchones y chafaduras!... ¡Y yo que estaba tan aterciopelado y reluciente!... ¡Cualquiera conoce ahora la alfombra del robledal con semejante lluvia de cáscara, conchas de marisco y mondaduras de frutos!...

ARMONÍA.—HISTORIA DE AMOR (Cuadros de Frank Dicksee)

LA GAITA Y EL TAMBORIL

Lalarala... lalalalá... lalalá... lalalalalo..... ¡Eh, muchachos!... ¡La muñeira os llama! ¡Venid en torno mío que yo soy la melancolía hija de las rías!... ¡Coged á las mozas, formad la rueda, describid vuestras graves y graciosas figuras!... Entregaos al baile de la tierra que desecha la morriña del alma...

—Marque V. el compás con los palillos, compañero.

—Pan... pan... pan... Por mí no ha de quedar, pero, mire V., paisana; la gente joven prefiere el agarradiño y se va á danzar al són de la charanga...

—No importa, amigo, ya verá usted en cuanto nos oigan como acuden; mis notas vibran en el corazón de los gallegos con la irresistible simpatía con que los recuerdos llaman á las esperanzas.

—La encuentro á V. hoy muy melancólica...

—Yo soy de natural taciturno; mis sonidos

UN RETRATO EN

adro de J. Rougier)

tienen la tristeza de las brumas; cada uno de mis ecos es un suspiro, pero hoy me siento más triste porque me acuerdo de los que allende los mares, lejos de la tierra, soñando con la romería, pedirán al viento que les lleve en sus ráfagas algún recuerdo de las rías á cuyo arrullo nacieron...

—Encárgueselo á la brisa.

—Ya me ha prometido transportar á los paisanos los ecos de mi fuelle. Dentro de unas horas tendrán allí un recuerdo de su gaita...

—¡Ea! pues, déjese de nostalgias y suelte de esa boca una explosión de escalas, que ya mozos y mozas forman la rueda para la danza. ¡Que no se diga que la charanga nos puede!... Pan... pan... pan... Sacúdeme bien el parche, tamborilero...

LA INVASIÓN DE LAS SOMBRAS

Vaya, la luz del faro titila ya como una estrella perdida en el espacio; es la hora en que las nereidas salen del mar, á pasear á la orilla y áun baja del cerro un rumor de titiritaina que aturde.

¡Ea! empezaremos á borrar contornos y á disfuminar paisajes... Basta de juegos de sol y de cabrilleos de rayos entre las hojas... A mí me agradan más las siluetas... Bien, el valle se queda envuelto en la penumbra y sumido en el misterio... Vámonos al robledal...

Cada mochuelo á su olivo; se acabó la bulla que la noche se viene encima... Aquí es preciso extender mi oscuridad á toda prisa; levantaré la niebla... Vaya, romeros, á la ciudad y á vuestras aldeas que ya están las encrucijadas como boca de lobo... Nada, nada, hoy no sale la luna... ¡Gracias á Dios que me van dejando á solas entre mis robles!...

LOS ÚLTIMOS ECOS

El aura de la noche.—Pan... pan... patapan... pan... pan... pan... paan... Ya se pierde el golpeto del tamboril... ya se debilita por la distancia... ya no se oye... Lalalá... laralá... laaa... laaa... Hola, todavía la gaita por las barrancas... ¡Qué melancólico es su tañido!... ¡Parece que envía al robledal el primer suspiro de la ausencia!... A... lalalá.. á lalalá... ¡Esos gritos salen de entre los maíces!... ¡El coro final de la romería!... ¡Son los campesinos que tornan por las sendas, á las aldeas!... Tlin... tlin... tlin... Las tartanas del señorío que vuelve de la fiesta, por la carretera... Tacos, ternos y roces; la postrera oración á Baco; el último trago bajo el porche de la venta que se halla al paso... Bueno, ya no se escuchan en el campo más que los rumores de la oscuridad... el puerto ha encendido todas sus luces y la ciudad todos sus faroles... Pues yo también me voy á dormir á la bahía... ¡Que usted descanse, robledal y hasta la romería próxima!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

BIBLIOGRAFÍA

HEREGÍAS, estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles, por Pompeyo Gener.—Barcelona, 1887.

(CONTINUACIÓN)

Al encontrarse como sub-título del capítulo *De la decadencia nacional* el epígrafe *De la incivilización de España*, no puede menos, francamente, el lector, de dar un salto. *C' est trop fort; c' est exagéré*, como dice Daudet que dicen los del Midi. No hay nada que pueda titularse de ese modo; España es desde remotos siglos un país civilizadísimo; lo era ya, en parte, cuando vinieron los fenicios. Claro está que no sostendré aquí que los reyes asturianos, leoneses, castellanos, aragoneses y navarros fuesen unos Sénecas, pero, ¡pardiez! que bien civilizados se mostraban *ellas* y *ellos* y algo más eran que rudos soldadotes. Por su parte bien sabían los pueblos donde les apretaba el zapato y por esto en vez de la lepra del feudalismo y de las costumbres serviles que eran su consecuencia y se dejan todavía sentir en Francia, levantábanse aquí los libres municipios y había Cides que les hacían jurar de rodillas á los reyes. Que los califas eran unos soberanos ilustradísimos, mucho más que los reyes cristianos, dicen los novísimos historiadores, pero con ser nuestros monarcas unos tontos, creaban el estilo que

¿QUÉ SE DICE DE NUEVO?

UNA SITUACIÓN ELEVADA

llamó Jovellanos *asturiano*, ganaban batallas á los sabios moros y levantaban esas catedrales que desafían en gentileza y atrevimiento á las más ponderadas de Europa. ¡Ay, que el mal no dimana de lo que sucedió entonces, sino de lo que sucedió cuando se acabó la guerra! Vino Carlos V, y ya que no debía tener ningún quebradero de cabeza por causa de los sarracenos, dió en la flor de querer ser emperador de Alemania, inaugurando aquella política funesta y gloriosa de la cuál no creo yo sea lícito al pueblo español renegar y maldecir, pues la nación acabó por hacerse perfectamente solidaria de sus reyes. Al fin y al cabo no tuvimos nosotros la culpa de contar antes que Francia con reyes que soñasen con la monarquía universal y así como Francia se enorgullece con su Luís XIV y su Napoleón, ¿por qué hemos nosotros, reincidiendo en defectos progresistas, de echar pestes del escurialense y de su padre?

Traza Gener, con el colorido brillantísimo que es uno de sus rasgos peculiares, un retrato del Duque de Alba, que le envidiaría el más furibundo protestante. Realmente, no tengo paciencia para aguantar lo que del duque y de su prodigioso ejército escribe el autor; en malas fuentes ha bebido cuando tan gravemente les maltrata. Ni las tropas que mandaba el de Alba eran pillería, ni los flamencos y holandeses tenían absolutamente nada de interesantes.

¿Cómo, al contrario, no sentirse orgulloso de ser español al recordar aquella campaña memorable? ¿No tendremos siquiera una frase de admiración para quién como el Duque de Alba atravesó los Alpes cual lo hicieran antes Aníbal y después Napoleón? ¿Y á qué viene afirmar que aquel ejército marchaba á Flandes *ansioso de botín, ávido de pillaje*, cuando era tanta la severidad de la disciplina, que el Duque mandó ahorcar por el camino á un arcabucero de á caballo, por haber robado con otros dos unos carneros á un villano? Y gracias que el Duque de Lorena consiguió fuesen perdonados aquel par.

Sin duda que no fueron todo lo correctas que hubiera sido de desear las muertes de Egmont y Horn, pero estaba en las costumbres de la época obrar de aquel modo; peor fué lo que, siglos después, hizo Napoleón con el duque de Enghien. Tanto ponderar la crueldad de los españoles hace salir de sus casillas á cualquiera. Pues ¿y las bárbaras salvajadas de los franceses en el Palatinado? ¿Y las atrocidades de los ejércitos de Napoleón en Madrid, Córdoba Rioseco, Uclés y Tarragona? ¿Y la muerte de Alvarez de Castro? También los franceses saben dejar memoria amarga de su paso.

¿Era más de alabar la conducta infame de Catalina de Médicis y sus hijos, ora favoreciendo á los protestantes, ora alentando á los católicos para acabar por degollar á los primeros la noche de San Bartolomé en un momento de cobarde miedo y vender luégo á los segundos dejando que los calvinistas volviesen á levantar cabeza? Felipe II tenía cuando menos el mérito de la sinceridad. Los católicos sabían que podían estar tranquilos y que el rey no jugaría con dos barajas como Carlos IX de Valois. Por lo demás, la rebelión de los Países-Bajos solo reconocía por causa la ambición de Guillermo de Nassau y bajo mano la envidia de Inglaterra; en cuanto á crueldad, eran modelo de ello todos los que peleaban contra España.

Si el Duque de Alba fué duro, ellos hubieran sido feroces si les hubiesen dado lugar, y aún así, demasiadas atrocidades cometieron con nuestros bizarrísimos soldados. Quédese para Sardou pintar unos españoles «de fantasía» en su dramón de *Patrie*. La verdad histórica es una cosa, y la farsa teatral es otra.

Así es que me pesa extraordinariamente que Gener haya caído en la mala tentación de pintarnos un Duque de Alba y unos españoles de ópera, feroces, sanguinarios, deshonestos, hez de las naciones. No eran eso; eran un puñado de valientes que hicieron lo que jamás hubieran imaginado ser factible Napoleón y la *Grande Armée* y que tenían de su parte la razón contra los enemigos. El motivo del levantamiento fué la ambición de unos cuantos nobles que deseaban librarse de la soberanía del rey de España para convertirse en amos; lo de la Inquisición y el diezmo no pasaba de un pretexto. ¿Qué más inquisición que la saña con que se persiguieron después *Voecianos* y *Cocceyanos?*

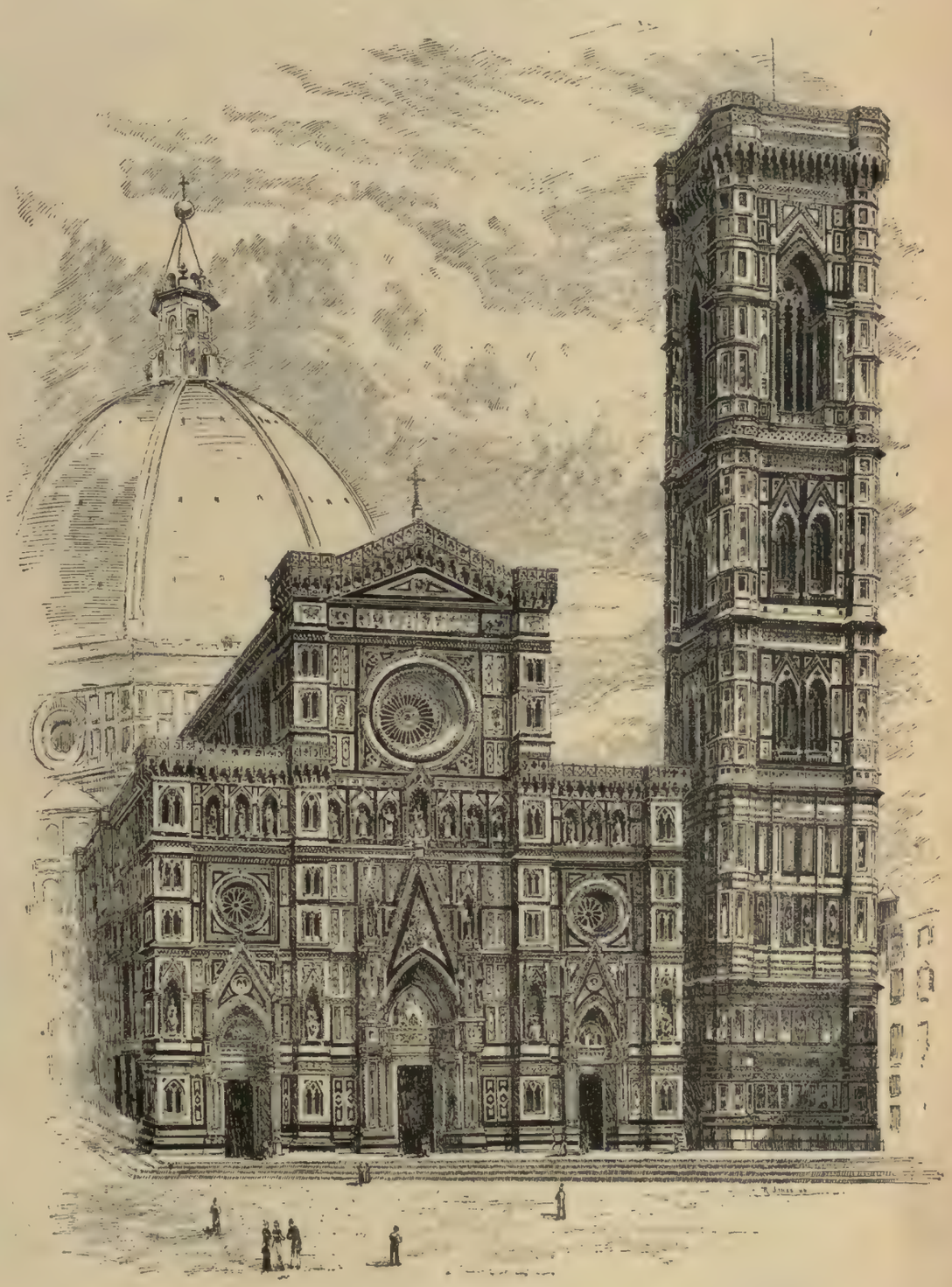
¿Ni qué comparación tiene lo que allí hicieron nuestros bravos tercios con lo que hicieron los franceses en tiempo de Luís XIV? Y sin embargo nadie habla de ello. Pero ya que tan callado se tiene, vayan aquí algunas de las amenidades que cuenta Basnage en sus *Annales des Provinces Unies:*

«Las dos villas de Swammerdam y de Bodegrave, compuestas de seiscientas casas, fueron

reducidas á ceniza... Creían cumplir con un deber de religión (los soldados de Condé y Turena), destruyendo las iglesias de los herejes sin exceptuar ninguna... Cerraban en las casas al padre y la madre con sus hijos para extinguir de un golpe á una familia; y cuando se movieron las cenizas y las piedras de las casas se hallaron una infinidad de cuerpos medio consumidos y los hijos quemados en los brazos de aquellos ó aquellas que les dieron el sér. Una madre ciega á causa de su decrepitud fué muerta en presencia de cuatro hijos que le asistían, teniendo su tumba como ellos en las llamas que les redujeron á cenizas... El príncipe de Orange que llegó á aquellos lugares dos días después, halló una multitud de niños con los brazos y las piernas cortadas y otros cuerpos mutilados, que dejó algún tiempo sin enterrar para que los viesen los pasajeros y aprendiesen lo que debían esperar de los franceses. Los soldados se divertían en coger á aquellas inocentes criaturas por los piés, arrojarles al aire y recibirles después en la punta de las picas ó de las espadas... Violaban á las hijas á la vista de las madres, á las mujeres delante de los maridos... La avaricia unida á la crueldad animaba á los oficiales al par que el soldado; colgaban á los hombres de las chimeneas de sus casas encendiendo en ellas un gran fuego para que ahogándoles y quemándoles el humo de la hoguera y la llama les obligase á descubrir el oro que poseían y que muchas veces no poseían... Despojaron de sus vestidos á las mujeres y á las jóvenes violadas, echándolas desnudas al campo en donde perecían de frío... A otras, después de cortarles los pechos, les echaban pimienta, cal y algunas veces pólvora, aplicándoles fuego para hacerlas morir más cruelmente. Uno de aquellos infames que en Bodegrave había cometido la inhumanidad de cortar los pechos á una señora en el momento del parto, poniéndole luégo pimienta, murió en el hospital de Nimega en un acceso de locura producido por los remordimientos de conciencia... A un barquero le clavaron las manos al mastil de su nave, violando á su mujer en su presencia... Ni aún se respetaron los cadáveres; dos que llevaban á enterrar fueron despojados de sus mortajas...» Esto pasaba en el año de gracia de 1670 y lo hacían los franceses. ¿Es lícito por lo tanto cuando se tiene una historia así ó se defiende á los que la tienen, venir á hablar de *la rabia española?* ¿Cuando todos sus detractores juntos valdrán un Requesens, un D. Juan de Austria, un marqués de Spínola? Los franceses, sin embargo, *erre que erre* con nuestro *ferore duc d' Albe*, y dale que dale con el *Tribunal de Sangre* que jamás nadie llamó así sino que tenía por verdadero nombre *Le Conseil des Troubles (sic)*.

«Lo que los aventureros españoles hicieron en América, esto ya no se puede describir...» dice Gener... y es verdad: no parece que simples hombres de naturaleza mortal pudiesen realizar aquellas empresas admirables. ¿Acaso es preferible lo que los ingleses han hecho en la Australia, los yankees con los Pieles Rojas y, según Pedro Lotti, los franceses en el Tonkin? ¿Es preferible lo que Pelissier hacía en la Argelia? Pues todo lo que estos han hecho no tiene excusa hallándonos en pleno siglo XIX mientras que juzgando los acontecimientos, según el espíritu de los tiempos, y teniendo presente el principio de la relatividad, se explican, justifican y disculpan todos los abusos que cometieran nuestro portentoso D. Fernando Cortés y nuestro bizarrísimo Pizarro.

De que nos viniesen de América galeones cargados de plata y oro,—que los ingleses procuraban quitarnos y nos quitaban á veces faltando al séptimo mandamiento,—deduce Gener que nuestros antepasados se acostumbraron á la holganza viviendo del presupuesto; que á causa de la monarquía universal «el español adquirió una altanería y un énfasis insoportable;» que el trabajo manual fué despreciado, (como si en Francia fuesen muy considerados los *voturiers*) y que aquí no mandaban más que los frailes. Es verdad todo esto, pero no estaba en lo posible que sucediese de otra suerte. España no es un país rico como Francia, y ya que quisimos tener gloria hubimos de pagarla cara; fuímos pobres, ignorantes, pero á mucha honra. Figúrese Gener que las guerras napoleónicas hubiesen durado tres ó cuatro siglos, y hubiéramos visto cómo quedaba Francia,—que harto mal quedó al caer el coloso. Después, sin embargo, nos despedimos de las guerras y ya la nación volvió á prosperar rápidamente. En suma, la decadencia de España alcanzó únicamente los reinados de Felipe IV y Carlos II, y sin embargo, ya se vió á la muerte del *Hechizado* si quedaba todavía esfuerzo bastante para sostener la larga guerra que trajo consigo la proclamación de Felipe V. Todas las naciones han tenido épocas así y las hay que desaparecen del mapa como la poderosísima república de Venecia, Polonia, la Suecia de Gustavo Adolfo y la Francia de Napoleón, mientras España habrá de figurar en él eternamente. España pobre, *embrutecida*, milagrera, atrasada, sin sabios ni literatos de punta, triunfó en Bailén y convenció á Prusia, al Austria, á Inglaterra, á Ru-



LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

MEMORIAS (Cuadro de Frank Dicksee)

EL EMPERADOR MAXIMILIANO VISITANDO EL TALLER DE ALBERTO DURERO (Acuarela de Sir James Linton)

sia, á Alemania... y á Francia de que los soldados de Napoleón no eran invencibles. Bailén es el verdadero Waterlóo.

Es que es imposible aplicar á cada nación un criterio igual para juzgar de la mejor manera que cumple sus fines y de las necesidades que más estima satisfacer; Gener traza un cuadro verdaderamente beatífico del papel desempeñado por Francia en medio de la civilización europea; pues bien, España tiene cumplida ya su misión: echó de Europa á los moros, añadió un Nuevo Mundo al mundo antiguo y dió el ejemplo de sacrificarse por una idea, nada más que por una idea; no importa si errónea ó acertada.

Y entramos ahora en lo más delicado del asunto, esto es, en la pintura que traza Gener de nuestro actual estado; trozo elocuentísimo, síntesis magistral, conmovedor relato, pero que ¡ay! tiene el inconveniente de parecer un artículo del *Figaro* traducido al español, pues todo lo que allí se dice es lo que les dicen los San Pablos del boulevard á los atenienses del Sena; todo excepto que falta mucha ciencia y sobra religión.

Yo voy á decir ahora una heregía peor que todas las de Gener y es, que España hace tiempo, desde Felipe V, que no es España, sino una parodia del francés. Cuanto puede decirse contra nosotros debe decírsele primeramente á Francia. Nos bastábamos y sobrábamos para todo mientras hubo dinastías nacionales y aún mientras reinaron los Austrias, consolándonos la idea de que si agonizamos con Carlos II, fuímos los dueños del mundo en tiempo del emperador; pero no parecimos ya los mismos desde que vino Anjou. Nos *ilustraron*, pero desfigurándonos. Creo que si hubiese triunfado Carlos III, estaríamos más adelantados aun que ahora, y no nos hubiéramos parecido tanto á los franceses.

Este culto á Francia nos ha hecho imitarles en todo á nuestros vecinos, siendo así que no tenemos bastante *esprit* para conseguirlo. ¿De qué viene todo el mal de España? De no tener nunca un buen gobierno. ¿Y de qué viene no tener nunca un buen gobierno? De hacer siempre lo que hace Francia. Dice Gener: teníamos la Constitución de Cádiz y nos la quitaron. ¿Quién? El duque de Angulema, para que no alborotáramos el cotarro. ¿Qué han sido los ministerios desde el año 23 hasta hace poco sino ministerios traducidos del francés? ¿Y son acaso otra cosa nuestras leyes y nuestras cocinas y nuestras comedias? Por desgracia de España, Madrid es una especie de capital de prefectura, Barcelona un Marsella sin la *Cannebiere*, y Navalcarnero un *Carpentras*.

Aquí no nos atrevemos con los curas, y de ello se lamenta naturalmente el autor de *Heregías*, pero en Francia se atreven... para hacer luégo la peregrinación á Canossa. «Lo único que se generaliza aquí muy fácilmente, dice Gener, es la milagrería religiosa ó de otra especie... Siempre las turbas marchan detrás de los doctores Garrido. Las novelas sangrientas, los dramas espeluznantes, lo mismo que los romances de ciego en que se narran mil crímenes, siguen aún privando. En el fondo, el pueblo siempre pide *¡más caballos!* La sangre le satisface y le embriaga... Aunque se digan liberales los jefes de los partidos españoles, siguen mandando á lo califa...» Pero, ¿sabremos dónde vivimos? ¿Quién ha inventado Lourdes y la Salette? ¿Dónde operan los Geraudel, así de botica como de *panache*? ¿Dónde y para quién se escribió *Jerónimo Paturot*? ¿De qué país son oriundos los más espantables mamarrachistas melodramáticos? ¿Es en las Salesas donde se arremolinan las turbas burguesas y semi-aristocráticas para asistir á la vista de la causa de Pranzini? La gente, es verdad, no puede pedir allí,—por dicha,—*más caballos*, pero permítase que tengan ese gusto y veremos si les dejan atrás á los españoles taurófilos. Y en política, ¿qué hacen más sino lo que luégo vemos parodiar aquí? Oportunismo y posibilismo allá se van; y ya que estoy con las manos en la masa, me permitiré, de pasada, la irreverencia de protestar de la frase atribuída á cierto orador, de quien dicen que hablando de Boulanger hizo esta frase: «Le conozco; es un general español.» A la verdad, no veo la tostada. Thermidor fué antes que el 3 de Enero y Brumario antes que Sagunto. ¿Qué más da decir *pronunciamiento* que *coup d' Etat?* Pero vuelvo al señor Gener.

Sabemos por él que en la política española «predomina hoy un espíritu de personalismo asqueroso...» Concedido, pero ¿lo será menos el que tiene por expresión *En révenant de la r'vue?* Y si predomina, ¿á qué lo debemos más que á la introducción impremeditada, extemporánea del parlamentarismo francés? Aquí se lleva siempre la palma el que tiene buen pico; pero esa es una de tantas gracias del sistema exótico á que estamos sujetos desde que los doceañistas se permitieron querer regalarnos lo que no sabían como nos probaría. Los charlatanes llegan á serlo todo en este país, pero es muy probable que el *Conrart* famoso por su *silence prudent*, no sería hoy,—si resucitara al cabo de dos siglos,—ministro en ningún gabinete de su país. Gener, sin embargo, enamorado de su teoría etnológica, atribuye este hecho, refiriéndose á España, á la psicología semítica. ¡Qué semítico, ni qué niño muerto! Atribúyalo á la psicología parlamentarista, si mala en Francia, aquí peor. Cuando en España se hace política nacional, se hace bien. Díganlo las Carolinas; dígalo Vega Armijo cuando fué embajador en París el año 74; dígalo la expedición á Méjico; dígalo Lytton Bulwer; dígalo el año 35; dígalo el año 8. En nada de ello tuvo parte, sin embargo, el parlamentarismo ni los *immortelles principes de 89*.

«Un evolucionista *(en política)* es aquí *rara avis*...» Me resigno á reconocer la superioridad evolucionista de los tan ponderados franceses: desde 1789 acá hemos tenido en España: Carlos IV, Fernando VII, Isabel II, Amadeo, la república Alfonso XII y Alfonso XIII, mientras que en Francia han tenido el gusto de ver desfilar á Luís XVI, la primera república, Napoleón I (dos veces), Luís XVIII, Carlos X, Luís Felipe, la segunda república, Napoleón III y la tercera república; eso sin contar las dictaduras. Mientras aquí hemos tenido las constituciones del año 12, del año 36, del 45, del 69 y del 76, allí se han regido por las de 1791, 1793, 1795, 1799, 1802, 1804, 1814, 1815, 1830, 1848, 1852, 1870 y la actual; ¿y para qué? para estar quizás en vísperas de una vuelta á la de 1830. Esto es ya más que evolucionar; es tener la danza de San Vito. ¡Y qué de incomprensibles retractaciones! La legitimidad, la república, Napoleón, vuelta á la legitimidad, vuelta á Napoleón, la legitimidad otra vez, la semilegitimidad, otra vez república, otra vez Napoleón, república otra vez y de nuevo la semilegitimidad en puerta. ¡Que manera de *se demener!* Pero cuando menos ¿ha conducido á algo tanto cambiar de postura? No veo francamente que esté más consolidada la república en Francia de lo que puede estarlo un adorno prendido con alfileres. Claro está que me trae sin cuidado lo que les pueda pasar á los franceses; pero he querido entrar en esas comparaciones para hacer ver que la evolución en política es como dar vueltas á una noria. ¿Evolucionó mucho Víctor Manuel para comerse toda la Italia? ¿Ha sido evolución la unidad alemana? ¿Evolucionarán los rusos para tener una constitución? ¿Vendrán por evolución la *Commune* ó la *Sociale?*

»Por un caso de atavismo de raza, el fondo africano que en las provincias transibéricas dejaran los sarracenos, reaparece de nuevo con gran fuerza, y esto es señal y prueba de nuestro aserto, de lo que muchas de las comarcas españolas, son refractarias á la civilización occidental moderna *(sic)*.» ¿Pero acaso únicamente hay en España razas impropias para la gobernación del país? ¿No dicen los ingleses que los irlandeses no sirven porque son celtas? ¿No se quejan los franceses de sus Roumestan y los piamonteses de los napolitanos?

(Se concluirá.) CARLOS MENDOZA.

SUTILEZAS

Cuando mi larga epístola concluya,
—ponía Laura, en carta á su futuro,—
segura quedaré de que no arguya
nadie, jamás, que te engañé; lo juro.
Mujer de chispa, Laura, fué poniendo
los pequeños defectos que tenía,
con insistencia algunos, presumiendo
que así el galán más gracia encontraría.
Concluyó su obra de arte (que lo era
por la intención y el excesivo esmero)
pero ¡ay! que fué á coger la salvadera
y, ¡zás! sobre el papel vertió el tintero.
Claro es, las faltas y las culpas leves
por un borrón atroz fueron cubiertas.
¿Sabes lo que hizo Laura? Si te atreves
piensa un rato y contesta á ver si aciertas.
—Rompió, quemó la carta.
—No.
—¡Increíble!
—¿Qué hizo, pues?
—Pues obrar con mucho tino
Aclarando el borrón, la hizo legible
y con él fué la carta á su destino.
Así quedó la joven más contenta,
pues qué,—Si bien el paso es arriesgado,
—dijo después,—no temo nueva afrenta,
pues ahora es verdad lo que he jurado.
Y cuentan que el galán, hombre de mundo
estuvo tonto ó se pasó de listo
al contestar:—Mi amor es más profundo
aún, pues no me engañas, *está visto*.

LUÍS DEL CAÑIZO Y MIRANDA.

NUESTROS GRABADOS

IRENE

Cabeza de estudio de José Zenisek

Es un buen tipo de eslava (con *e* minúscula, por supuesto), y con decir *eslava* claro está que se dice también una arrogante moza. Por eso tan solamente se les debe tener afición á esos buenos rusos que no pueden sufrir á los tudescos. Y en cuanto á buenas muchachas y esposas fieles y laboriosas no hay tampoco más que pedir siendo todas ellas unas hembras de corazón muy gordo.

ESCENAS DE LA VIDA DE ARTISTA

Los banquetes académicos han adelantado mucho en Inglaterra desde 1771 al actual año de gracia. Entonces algunos ilustres individuos de aquella corporación se contentaban con reunirse en la taberna de San Albano, figurando en las modestas agapas hombres como Sir Josué Reynolds, que era el que presidía siempre, Horacio Walpole, Jonhson, Goldsmith, etc. Hoy las cosas se hacen mucho más en grande y cuando el *jubileo* de la reina Victoria el banquete de la Real Academia de Pintura fué de órdago, como puede verse por el grabado.

Las otras viñetas son: un orador oficial, hablando desde la tribuna de la Academia; una conversación entre artistas y un caprichoso *fin de fiesta*.

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE

WARWICK ATACA LA TIENDA DEL REY

El campo de Eduardo, cerca de Warwick

. . . . . .

Entran WARWICK, CLARENCE, OXFORD, SOMERSET *y sus tropas.*

WARWICK.—Hé aquí su tienda, y ved, hé aquí su guardia. ¡Valor, mis señores! O nos sale bien ahora ó nunca. Seguidme tan solamente y Eduardo es nuestro.

PRIMER CENTINELA.—¿Quién vive?

SEGUNDO CENTINELA.—Alto, ó mueres.

(WARWICK *y los otros gritan todos:* ¡WARWICK! ¡WARWICK! *y se arrojan sobre los centinelas que huyen gritando:* ¡A LAS ARMAS! ¡A LAS ARMAS! WARWICK *y los otros les persiguen.—En seguida, al són del tambor y de las trompetas* WARWICK *y los otros vuelven á entrar trayendo al* REY EDUARDO *de bata, sentado en un sillón. Vése á* GLOCESTER Y HASTING *que huyen).*

SOMERSET.—¿Quiénes son los que huyen?

WARWICK.—Ricardo y Hastings; dejadles huir; hé aquí al duque.

EL REY EDUARDO.—¡El duque! ¿Qué quiere decir esto, Warwich? La última vez que nos hemos separado, me has llamado rey.

WARWICK.—Sí; pero las cosas han cambiado.

(ENRIQUE VI, *parte III, acto IV, escena III).*

ROSALINDA, CELIA Y TOUCHSTONE

El bosque de las Ardenas

Entran ROSALINDA *en traje de paje*, CELIA *en traje de pastora y* TOUCHSTONE.

. . . . . .

CELIA.—Os ruego que uno de vosotros vaya á preguntarle á aquel hombre que está allá abajo si quiere por oro darnos un poco de alimento; me siento casi morir.

TOUCHSTONE.—¡Hola, palurdo!

ROSALINDA.—Paz, loco, que no es de tu parentela.

CORINO.—¿Quién llama?

TOUCHSTONE.—Gentes mucho más altas que vos, caballero.

CORINO.—Sin duda, pues de no ser así bien miserables.

ROSALINDA.—Paz, repito. Buenas tardes, amigo.

CORINO.—Buenas tardes, mi gentil señor, como toda la compañía.

ROSALINDA.—Te ruego, pastor, que si por oro ó por humanidad se puede obtener un albergue en este lugar desierto, nos conduzcas á alguna parte donde podamos comer y descansar; pues tenemos aquí una niña extraordinariamente zarandeada por el viaje y que se desmaya de necesidad.

CORINO.—Mi bello señor, la compadezco y desearía más aún por ella que por mí, que mi fortuna me permitiese socorrerla mas de lo que puedo; pero soy el pastor de otro y no esquilo los carneros que llevo á apacentar. Mi amo es de un carácter caprichoso y áspero y se inquieta poco de encontrar el camino del cielo practicando la hospitalidad; por otra parte su cabaña, sus ganados y sus pastos están ahora en venta, y en nuestra choza, á causa de su ausencia, no hay á esta hora nada que podáis comer; pero, venid, veréis lo que hay, y con mi recomendación seréis bien recibidos.

(COMO GUSTEIS, acto II, escena IV).

UN CONCIERTO MUSICAL EN EL PALACIO CLERICI DE MILAN

Cuadro de Luis Sorio

El palacio Clerici de Milán, donde se halla instalado actualmente el Tribunal civil, es un edificio de estilo *rococó* que no presenta ninguna particularidad en cuanto á arquitectura, pero cuyo interior constituye un ejemplar de los más espléndidos de ornamentación del siglo pasado, obra, y áun puede decirse que obra maestra, de Juan Bautista Tiépolo.

Entre los artistas milaneses esta celebre sala Clerici fué por mucho tiempo un motivo de variaciones de colorido, como el *Carnaval de Venecia* es un tema de variaciones para piano y violín intentado por todos los *virtuosi*, quizás no se daba el caso de un solo artista milanés que no hubiese hecho uno ó más estudios de esta sala, que es una maravilla de coloración.

No escapó del contagio el distinguido pintor veronés Luigi Sorio, establecido desde hace algunos años en la capital lombarda, habiendo hecho de la sala Clerici el cuadro cuyo grabado damos hoy. Ha poblado la sala con un concierto musical, un quinteto. La composición no há menester de explicaciones: el tema está desenvuelto con tanta evidencia en las figuras que cada una de ellas parece que esté hablando. Señalemos, sin embargo, el garbo y la soltura en la disposición de los personajes, la bella distribución de la escena, la genialidad de la *signorina* que canta, figura verdaderamente graciosa que recuerda de un modo singular una del pintor belga Wilhems vulgarizada por el grabado. Si la fidelidad del traje no está muy observada en el de las mujeres es esta una licencia artística ampliamente compensada por su linda cara.

CUADROS DE FRANK DICKSEE

Este celebradísimo pintor, verdadera *coqueluche* de los aficionados londinenses, nació en la metrópoli británica el día 27 de Noviembre de 1853. Fué en su niñez discípulo de un hermano y un tío suyos é ingresó luégo en las escuelas de la Real Academia.

En 1872 obtuvo medalla de plata por un dibujo del antiguo y en 1873 medalla de oro por un cuadro bíblico. A raíz de esto, dibujó para los *Magazines* de Cassell y el *Graphic*, así como muchos cartones decorativos.

Su cuadro *Armonía* dió gran golpe en 1877; ilustró luégo la edición de lujo de la *Evangelina* de Cassell. Finalmente, en 1881 fué nombrado individuo de la Real Academia.

Mr. Frank Dicksee es un pintor originalísimo en su concepción, maestro en vencer las más arduas cuestiones técnicas y sumamente personal en su colorido, que en todo caso puede recordar únicamente el de los venecianos. No se parece á nadie por haberlo sacado todo de su propio fondo y hay pocos que sepan expresar con tanto sentimiento y poesía los asuntos que concibe.

UN RETRATO EN 1806

Cuadro de J. Rougier

Tenemos este cuadro por obra perfecta y acabada. No cabe en efecto mejor comprensión del asunto, mayor discreción en expresarlo y más cumplida ejecución en su desempeño. Es una verdadera página de historia del arte. No se comprende de otra manera como debía ser un taller en el Primer Imperio. Todo rebosa en color de época; las figuras son una evocación, los accesorios están reproducidos con fidelidad escrupulosísima y la luz aparece distribuida con exquisito acierto.

Es una obra agradabilísima, que el grabado ha reproducido superiormente.

LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

Lo mismo que otras muchas catedrales, la de Florencia carecía de fachada. El peregrino *Duomo*, obra de Arnolfo y del divino Giotto, estaba sin concluir. Después de muchas tentativas y vacilaciones durante siglos, decidióse, por fin, en el año 1862 abrir un concurso, siendo aceptados en 1867 los planos de De Fabri; este arquitecto, sin embargo, no pudo ver su proyecto realizado, pues murió en 1883.

En el trabajo de escultura han tomado parte los más célebres estatuarios de Florencia. El público inteligente está conteste en conceder que la nueva fachada empareja perfectamente con el resto, constituyendo una acertada obra de arquitectura ojival italiana; rica, colorida, majestuosa y linda.

EL EMPERADOR MAXIMILIANO VISITANDO EL TALLER DE ALBERTO DURERO

Acuarela de Sir James Linton

Siendo el autor presidente del *Real Instituto de Acuarelistas* de Londres, claro está que debía dar una obra de primer orden y así ha sido en el cuadro histórico, presentado en la exposición que se está celebrando actualmente en los salones de aquella sociedad. Trátase de una obra en que aparecen llenos de vida y nobleza multitud de famosos personajes del siglo XVI estudiados magistralmente y reproducidos con toda su personalidad característica. El cuadro tiene todo el sabor de época apetecible y sin embargo ostenta un carácter de *modernismo* que le distingue de las antiguas rutinarias composiciones de historia.

LOKIS

POR PROSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

Bajó la primera: otras dos mujeres, no menos robustas en apariencia, estaban ya en la escalinata. El caballero se inclinó hacia la dama enlutada y con gran sorpresa mía desató un ancho cinturón de cuero que la retenía en su puesto en la calesa. Noté que aquella dama tenía largos cabellos blancos en desorden y que sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían inanimados: semejaba una figura de cera. Después de haberla desatado, su compañero la dirigió la palabra, sombrero en mano, con mucho respeto, pero ella no pareció prestarle la menor atención. Entonces se volvió hacia las criadas haciéndoles una ligera señal de cabeza. Al momento las tres mujeres cogieron á la dama de luto, y, á despecho de sus esfuerzos para agarrarse á la calesa, la levantaron como una pluma y la llevaron al interior del castillo. Esta escena tenía por testigos muchos servidores de la casa que parecían no ver en ello nada de particular. El hombre que había dirigido la operación sacó el reloj y preguntó si se comería pronto.

—Dentro un cuarto de hora, señor doctor,—le respondieron.

No me costó trabajo adivinar que veía al doctor Frœber y que la dama de luto era la condesa. Por su edad, deduje era la madre del conde Szemioth y las precauciones tomadas para con ella anunciaban suficientemente que estaba alterada su razón.

Algunos instantes después, el doctor entró en mi cuarto.

—Hallándose indispuesto el señor conde,—me dijo,—véome obligado á presentarme yo mismo al señor profesor. El doctor Frœber, en lo que pueda serviros. Encantado de conocer á un sabio cuyo mérito les consta á todos los que leen la *Gaceta científica y literaria de Kœnigsberg* ¿Queréis que se ponga ya la mesa?

Respondí lo mejor que pude á sus cumplidos y le dije que si era ya tiempo de pasar al comedor estaba pronto á seguirle.

Así que entramos en dicha estancia un maestre-sala nos presentó, según la costumbre del Norte, una bandeja de plata conteniendo licores y algunos entremeses salados y fuertemente sazonados con especias, propios para excitar el apetito.

—Permitidme, señor profesor,—díjome el doctor,—que os recomiende, en mi calidad de médico, un vaso de esta *starka*, verdadero aguardiente de Cognac, desde hace cuarenta años en el barril. Es la madre de los licores. Tomad una anchoa de Drontheim; nada más eficaz para abrir y preparar el tubo digestivo, órgano de los más importantes... Y ahora, á la mesa ¿Por qué no hablaríamos en alemán? Sois de Kœnigsberg, yo de Memel, pero he estudiado en Iena. De esta suerte estaremos más libres y los criados, que no saben más que el polaco y el ruso, no nos entenderán.

Comimos primeramente en silencio; después, luégo de haber tomado un primer vaso de vino de Madera, pregunté al doctor si el conde se veía molestado frecuentemente por la indisposición que nos privaba aquel día de su presencia.

—Sí y no,—respondió el doctor;—eso depende de las excursiones que hace.

—¿Cómo es eso?

—Cuando toma por el camino de Rosienie, por ejemplo, vuelve con la jaqueca y de un humor feroz.

—He ido á Rosienie y, sin embargo, no me ha ocurrido semejante accidente.

—Eso depende, señor profesor,—respondió él riendo,—de que vos no andais enamorado.

Suspiré pensando en la señorita Gertrudis Weber.

—¿Vive en Rosienie, pues, la novia del señor conde?

—Sí; en las cercanías. ¿Novia?... No sé si lo es. ¡Una descarada coqueta! Le hará perder la cabeza, como le ha sucedido á su madre.

—En efecto, ¿creo que la señora condesa está... enferma?

—¡Loca, mi querido señor, loca! Y el mayor loco soy yo por haber venido aquí.

—Esperemos que vuestros buenos cuidados le devolverán la salud.

El doctor meneó la cabeza examinando con atención el color de un vaso de vino de Burdeos que tenía en la mano.

—Tal como me veis, señor profesor, era yo cirujano mayor en el regimiento de Kaluga. En Sebastopol estábamos de la mañana á la noche cortando brazos y piernas; no hablo de las bombas que nos llegaban como las moscas á un caballo desollado; pues bien; mal alojado, mal alimentado como estaba yo entonces, no me fastidiaba como aquí donde cómo y bebo de lo mejor, donde estoy instalado como un príncipe y pagado como un médico de cámara... Pero ¡la libertad, mi querido señor! ¡Figuraos que con ese diablo de mujer no tiene uno un momento suyo!

—¿Hace mucho tiempo está confiada á vuestra experimentada práctica?

—Cerca dos años; pero hace veintisiete á lo menos que está loca, desde antes del nacimiento del conde. ¿No os han contado eso ni en Rosienie ni en Kowno? Oid, pues, porque es un caso sobre el cual quiero escribir un día un artículo para el *Diario Médico de San Petersburgo*. Está loca de miedo...

—¿De miedo? ¿Cómo es posible?

—De un miedo que tuvo. Es de la familia de los Keystut... ¡Oh, en esta casa no se hacen matrimonios desiguales!... Aquí descendemos de Gedymin... Pues, como íbamos diciendo, señor profesor, tres días... ó dos días después de su matrimonio, que se celebró en este castillo en que comemos, (¡á vuestra salud!)... el conde, el padre de éste, se fué á caza. Nuestras damas lituanas son amazonas, como ya sabéis. La condesa va también á la cacería... Se queda atrás ó se adelanta á los monteros... yo no sé... ¡Bueno! De pronto el conde ve llegar á galope tendido al lacayuelo cosaco de la condesa, un chico de doce á catorce años.—Amo,—dice,—un oso se lleva á la condesa.—¿Dónde es eso?—

dice el conde.—Por allí,—responde el cosaquillo.—Toda la montería acude al lugar que designa; ¡nada de condesa! De un lado un caballo estrangulado, de otro un capote de pieles hecho trizas. Búscase, dase una batida por el bosque en todos sentidos. Finalmente, un montero grita:—¡Allá el oso!—En efecto el oso atravesaba un raso, arrastrando siempre á la condesa, sin duda para ir á devorarla á sus anchas en algún matorral, porque esos animales todo lo sacrifican á la boca. Gustan, como los frailes, de comer tranquilos. Casado hacía dos días, el conde

EL BRINDIS DEL BANQUETE CELEBRADO EN LA REAL ACADEMIA DE PINTURA DE LONDRES

en celebración del 50º aniversario de la reina Victoria

era muy caballeresco; quería arrojarse sobre el oso, cuchillo de monte en mano; pero, mi querido señor, un oso de Lituania no se deja agujerear como un ciervo. Por dicha, el porta-arcabuz del conde, un pícaro bastante bellaco, borracho aquel día hasta no distinguir un conejo de un corzo, hizo fuego con su carabina á más de cien pasos, sin cuidarse de saber si la bala daría en la bestia ó en la mujer... Pero... por algo se dice que hay un Dios para los borrachos... Si no llega á acertar...

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIÓ.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 27 de Agosto de 1887 | Núm. 243

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

ROMANZA ESPAÑOLA (Cuadro de H. Muhlthaler)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Recuerdos*, por Felipe Mathé.—*Zoraida* (conclusión), por Angel Coello de Torres.—*Cuvier*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—*Bibliografía* (conclusión), por Carlos Mendoza.—*En el abanico de Elisa Muller Sánchez* (poesía), por Vicente de Arana.—*La influencia del idilio* (poesía), por José María de la Torre.—Nuestros grabados.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Romanza española.—Un paisaje.—*Madrid:—Exposición general de Filipinas:* La tabacalera.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887:* Leónidas en el paso de las Termópilas.—Bellagio, en el lago de Como.—El castillo de Sermione, en el lago de Garda.—Apuntes de la Habana.—Cullercoats (dos grabados).—Guantes históricos.—De conquista.—Abetos.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Lo prometido es deuda y yo prometí referirte cual fuese el término de la cuestión Abascal-Salamanca; cuestión que ha variado de aspecto, y que todavía es la preferente de los diarios y de los círculos políticos. Reunidos los padrinos del general Salamanca y los del redactor de *El Resúmen*, manifestaron aquéllos que no procedía en su concepto, ni dar satisfacción, ni dar reparación en el terreno. Los padrinos del señor Abascal, se dirigieron, entonces, nuevamente, al general Salamanca pidiéndole el nombramiento de nuevos representantes, pues, la reclamación quedaba en pié. El general contestó á esta carta sometiendo el asunto á una Junta ó Tribunal de honor. En efecto, designó siete generales, encomendando á su juicio la resolución del incidente. Este consejo decidió, que dada la alta jerarquía y el cargo importante con que se halla revestido el general Salamanca y considerando el precedente funesto que establecería el que las más elevadas representaciones del Estado se viesen obligadas á contravenir las leyes del reino y descender á dirimir cuestiones con todo el que censurase sus actos, aparte de otras varias consideraciones, debía aplazarse la resolución de este asunto hasta que cambiadas las circunstancias y bien recapacitados los hechos, pueda tener lugar la reparación que debe corresponder.

Los generales que firmaban este dictamen son: Martínez Campos, O'Ryan, Golfín, Lasso, Obregon, Muñoz y Mantilla.

Los padrinos del señor Abascal no reconocieron autoridad á este fallo por ser de un tribunal que se había formado sin anuencia suya y devolvieron á su apadrinado su libertad de acción.

A esta carta contestó el distinguido periodista con otra en que ha sido muy elogiada, por la nobleza y elevación de sus sentimientos. Ciertamente que no podía él aceptar el aplazamiento que se proponía por un consejo nombrado sin acuerdo suyo; pero entrar en el camino de nuevas agresiones habría sido considerado por la opinión pública como un alarde de fanfarronería. El señor Abascal dió por terminada la cuestión, entregando el juicio supremo de la cuestión al único tribunal que no puede ser rechazado por nadie, al tribunal de la opinión, compuesto de todas las clases, de todos los corazones y de todas las conciencias.

Era esta una encrespada cuestión, en la cual estaban mezcladas opiniones é intereses ajenos á la personalidad del señor Abascal, y los partidos políticos tenían puesta en ella sus esperanzas ó la veían crecer con temor. Representaba un conflicto gravísimo para el gobierno, pues, no cabe duda que el general no puede ir á Cuba con su anterior prestigio; pero no cabe tampoco la esperanza de que permanezca en el partido fusionista si se le releva del mando. A pesar de que han transcurrido muchos días desde que se inició y se resolvió esta cuestión, aún es un misterio si saldrá ó no para Cuba el general. Un incidente insignificante, al parecer, la presencia de un escritor en el comedor del Hotel Europeo de la Granja, ha mantenido la espectación pública durante esta época del verano en que la política duerme y ha suscitado un problema, tal vez de vida ó muerte para el ministerio.

No se ha conocido desde hace mucho tiempo un incidente que haya preocupado y preocupe tanto á Madrid y sírvame esta consideración de disculpa por haberme extendido, más que de costumbre, en una materia relacionada con la política.

La vida madrileña está fuera de Madrid, y aquí hablamos poco de las cosas de esta villa y algo de San Sebastián, donde está la reina; de Cádiz, donde Moret inaugura la Exposición marítima y de otros puntos donde veranea y se divierte la gente.

La supresión del juego en el Casino de San Sebastián, es el suceso más culminante de la temporada. Una de estas mañanas el juez se ha presentado en aquel magnífico edificio y ha tomado posesión de la mesa del *treinta* y *cuarenta*, de la del ferrocarril, y de los *caballitos*; ha hecho encerrar todos estos muebles en otra habitación, cuyas puertas ha sellado. No contento con esto ha detenido al director del Círculo de Recreo del Casino y á otros *banqueros*.

Según dicen, el hecho ha causado grande sensación entre los socios del Casino, y especialmente entre las señoras, las cuales se muestran más aficionadas aún que los hombres á estos juegos de azar, que unen al encanto del acaso circunstancias pintorescas como los *caballitos* y el *ferrocarril*. Los juegos de cartas tienen un interés vivísimo, pero no se ve llegar la suerte, sino que ésta se revela de súbito con un cambio de cartas; en aquellos juegos la suerte tiene un punto fijo de arranque, se la ve ponerse en movimiento correr, acercarse, tocar el punto en que hemos puesto nuestro dinero y quedarse en él ó pasar. Positivamente dentro de la emoción, que está en la pérdida ó en lo ganancia, hay más accidentes, más amenidad en estos juegos donde las figuras se mueven y corren y se paran como si fuesen vivientes. Si el hombre más entero, prefiere las emociones súbitas, violentas, definitivas; la mujer, gusta de prepararse á sentir, y á sentir gradualmente.

Esto aparte de que la mujer tiene al juego más afición que el hombre. Su imaginación optimista la pinta siempre fácil el enriquecimiento; el dinero, para ella, significa todos los goces de la vanidad y del lujo; sus grandes pasiones y sus nervios son más excitables que los del hombre. Los jugadores suelen ser incorregibles; el vicio los domina y suelen morir reclinando la calva cabeza sobre el tapete verde; pero hay en ellos sentimientos que pueden equilibrar y vencer esta gran pasión; el amor, la política, la guerra, la literatura, las ciencias, las artes... La mujer no tiene estos grandes contrapesos, y cuando es viciosa se hunde, se anega, se pierde para siempre en el vicio. El único argumento serio contra la libertad del juego, es que si las mujeres pudiesen entrar en los establecimientos de monte y ruleta, pronto la ruína de las familias vendría por la mujer. Yo creo que habíamos de ver hasta mujeres, *apuntando*, al mismo tiempo que daban el pecho á su niño.

La prohibición del juego en San Sebastián no sólo ha causado sorpresa en aquella población, sino en toda España, porque al fin y al cabo cuando se vió construir un edificio tan excepcional todo el mundo discurrió que no podría sostenerse sin acudir al juego; y que había, por lo tanto, esperanza de que el juego fuese tolerado. En un principio, al decir de los diarios, el ojo de la justicia no quiso fijarse en aquel centro; mas según parece, algunas personas conocidas de la sociedad madrileña han perdido gruesas cantidades; el escándalo ha sido mayúsculo y, por fin, se han restablecido los fueros de la moralidad. Algunos dicen que los rigores de la moralidad se harán sentir únicamente mientras la reina Doña Cristina se encuentre en San Sebastián.

Todo esto significa, en mi opinión, lo contrario de lo que parece significar; significa que vamos cada vez más seguros á la tolerancia del juego y que si ésta no es completa consiste en que al fin y al cabo el juego es un delito penado en el Código. El juego y el duelo son delitos que dan origen todos los días á las mismas contradicciones; la sociedad lo practica y lo tiene por lícito, sin que nadie conceptúe deshonrado á quien es perseguido por jugador ó duelista. Los jueces juegan y se baten. Hay que reformar las costumbres ó el Código. Ya ustedes comprenden cuál cosa es más fácil.

Las costumbres, efectivamente, son difíciles de reformar. En vano los impugnadores de las corridas de toros claman por la supresión de este espectáculo bárbaro; los niños empiezan jugando al toro delante de la puerta de su casa; luégo se ensayan en los novillos del pueblo; más tarde, si no torean, quieren, por lo menos, ver como torean los demás. Los toros no se acaban ni los toreros tampoco; el lunes pasado se verificó en la plaza de Madrid una corrida que ha hecho época; la cuadrilla era un plantel de niños, pero de niños muy decididos, con aires de hombres y algunos de los cuáles hasta se permiten ya fumar un cigarro. Se lidiaban seis becerros de dos años, y capitaneaban la cuadrilla dos *mataorcitos* llamados, en el mundo torero, *Faico* y *Minuto*. Tendrá el que más doce años. Lo mismo fué salir á la plaza y dar el paseo, que todo el público se entusiasmó viendo tanta desenvoltura y tanta gracia. Alguien se entristeció creyendo presenciar una escena del circo romano y que los niños decían: *¡Los que van á morir te saludan!* Pero nada de eso; los chiquitines debían salir ilesos de la lucha con las fieras. Los *mataorcitos* se portaron; aunque los becerros eran de intención, los despacharon magistralmente, empinándose sobre las puntas de los piés para buscarles la cruz. Esta corrida no ha tenido grande importancia por ella misma; pero la tiene como promesa de un nuevo contingente de admirables toreros. Lagartijo y Frascuelo no son los últimos matadores; así lo han reconocido cuantos vieron á *Faico* y á *Minuto* arrojar delante del toro la chichonera y rematarle con verdadero genio tauromáquico. No hubo en esta corrida desgracias, aunque pudo haberlas por haberse originado un incidente natural entre toreros de sus años. Los espadas se dieron de cachetes sobre discrepancias del arte, ni más ni menos que suele ocurrir entre chicos cuando no se reparte bien la fruta de la merienda.

Más grave ha resultado otra corrida celebrada en un pueblo cercano: en Leganés. Se lidiaban novillos para celebrar la fiesta del pueblo; ya se sabe que en los pueblos bajan á la plaza todos los concurrentes y echan su capa, como les place; fiando únicamente su salvación en sus piernas. Esta vez los novillos dejaron muertos ó heridos á tres de los que bajaron; por lo cual todos han convenido en que no hay como Leganés para dejar bien puesto el nombre en las festividades. La prensa madrileña se conduele de que junto á la capital de España se den espectáculos de barbarie semejante y alguien ha dicho que el Africa no empieza en los Pirineos sino en la puerta de Toledo... Hay exageración en esta frase, pero es el hecho que Madrid parece una gran ciudad aislada en medio de un desierto, donde sólo hay aduares. Entristécese el ánimo al salir de su radio municipal y ver tanta áridez, tanta casuca, tanto chicuelo sucio y desnudo, incuria y rudeza tan primitivas. Hace tiempo que se tiene el propósito de agregar estos pueblos al de Madrid, sin duda con objeto de ver si aumentándoles las contribuciones se van ilustrando.

El tiempo ha cambiado de súbito; á los excesivos calores ha sucedido un fresco desagradable. Nos figuramos que los veraneadores empezarán á dar por concluido el verano. Entre esa masa de gente que huye de Madrid por moda sólo se espera un pretexto para volver: los viajes de la corte retendrán, sin embargo, en pro-

vincias á lo más exquisito de la sociedad.

Entre tanto aquí sólo concurrimos á un teatro y á un circo: al teatro Felipe y al circo Hipódromo. Los jardines parece que han terminado ya su magnífica temporada de ópera á peseta. Los cantantes siguen cantando; pero sería cosa de ir á oirles de capa.

En el circo Hipódromo debutó ayer la *troupe* Alfred; tres señoritas vestidas de verde y otros tres individuos vestidos de varios colores. Son campanólogos: con intermedios de bofetada limpia. El público aplaude la música de las señoritas; pero lo que verdaderamente le conmueve son las bofetadas.

Tuyo,

FERNANFLOR.

RECUERDOS

I

LA GUERRA

Negocios importantes me detuvieron en Madrid algún tiempo más del que tenía calculado.

Por otra parte, aquella vida, agitada y alegre, tan llena para mí de encantos, me cautivó de tal modo, que no encontraba nunca el momento oportuno para emprender mi viaje de regreso.

Por fin, lo que mi voluntad retrasaba con placer, lo adelantaron tristemente los acontecimientos, cuando menos lo esperaba.

Ultrajes inferidos á nuestro honor nacional, torcidos amaños de la diplomacia y explosiones irresistibles del sentimiento patrio, hicieron la guerra inevitable.

Mis haciendas estaban enclavadas cerca de la frontera, y no tuve más remedio que salir de la corte á toda prisa, con objeto de poner á salvo mis intereses, en caso de necesidad.

No pasaron muchos días, cuando ya empezaron á circular noticias alarmantes. El enemigo se acercaba rápidamente á la frontera, y se hizo, por lo tanto, insostenible mi permanencia en el caserío de *Fuentesclaras*. Tomé, pues, la prudente resolución de abandonarlo, recogiendo ante todo cuanto me fué posible, dada la premura del caso. Dejé en la casa solamente, á mi antiguo criado Guillermo, con la orden terminante de entregarla á las llamas, antes que consentir su ocupación por la soldadesca invasora.

Aquella misma tarde recibí el aviso de que numerosas fuerzas de nuestro ejército llegarían aquella noche á la cercana población de B..., y decidí marchar á ella sin pérdida de momento. Cuando llegué, ya estaba ocupada militarmente por la división de vanguardia. El general que la mandaba, á quien me presenté enseguida, estuvo muy deferente conmigo, y me permitió marchar agregado á su cuartel general, todo el tiempo que tuviera por conveniente conforme le supliqué. La curiosidad, el entusiasmo que yo sentía en aquellos momentos, y mi juvenil afán de ir en busca de aventuras, me determinaron á seguir por algún tiempo las primeras peripecias de la campaña.

Durante la noche, cayó sobre la ciudad una espesa niebla, cuya frialdad penetraba hasta los huesos.

Al romper el día, emprendieron la marcha tres escuadrones de caballería, encargados de prestar el importantísimo servicio de exploración.

Aquel silencioso desfile, más que de ginetes, semejaba sombría procesión de vagos fantasmas, engendrados por el hálito impuro de la niebla; figuras de formas indecisas, que se desvanecieran entre la densa bruma, volviendo á los senos misteriosos de donde brotaron.

Estos escuadrones formaban la primera parte de la vanguardia, «esencialmente móvil elástica y divisible, que explora, reconoce, tantea, avanza y persigue al enemigo, ó cede y desaparece, según los casos,» la que vela por la seguridad de la columna, á quien precede para orientarla, acechando los movimientos é intenciones del enemigo y manteniendo el contacto con la *extrema vanguardia ó punta*, que marcha detrás á la distancia de un kilómetro poco más.

Detrás de la extrema vanguardia, compuesta de cuatro compañías de infantería, una sección de ingenieros, y los carros y acémilas correspondientes, marchaba el *grueso de la vanguardia*, con una batería de seis piezas, un batallón de infantería, las ambulancias anexas y la reserva de la batería.

Después, seguía el grueso de la división (á cuya cabeza marchaba el general con su escolta), formando un total de seis batallones de infantería, dos baterías, las ambulancias, parque móvil, divisionario, con dos columnas de municiones para artillería y parque de útiles divisionario, con las fuerzas de ingenieros que no marchaban en vanguardia.

A la cola de la división, iban los bagajes y detrás la retaguardia, compuesta de dos compañías de infantería y una sección de caballería.

Por último, á una distancia más considerable, para no entorpecer en lo más mínimo la libertad de acción de los elementos de combate, marchaba el convoy de subsistencias con sus escoltas.

Aquellas unidades orgánicas, que formaban la división, avanzaban con las distancias más convenientes para que, moviéndose todas con amplia libertad, sin estorbarse unas á otras, y dispuestas siempre para el combate, pudieran, una vez abvertida la presencia del enemigo, adoptar sus posiciones de despliegue con tiempo y espacio suficientes para reforzar oportuna y rápidamente las fuerzas que iniciaran la acción.

Como cosa de hora y media después del primer descanso, y al descender por una cuesta sumamente larga y tortuosa que bordeaba la ladera de un monte, recuerdo perfectamente que la niebla empezó á elevarse, poco á poco, vencida por las ardientes caricias del sol. Entre los jirones de aquella densa bruma, que la brisa empujaba aquí y allá, se distinguían en ciertos momentos las filas de soldados que marchaban y el relucir de sus armas, semejando los anillos de una enorme serpiente que ondulase entre gasas flotantes de vapor.

(Se continuará.)

FELIPE MATHÉ

UN PAISAJE

MADRID: EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS.—LA TABACALERA (Dibujo de P. y Valor)

LEONIDAS EN EL PASO DE LAS TERMÓPILAS (Busto por Miguel Angel Trilles.—Dibujo de P. y Valor)

ZORAIDA

TRADICIÓN GRANADINA

(CONCLUSION)

V

Tras este tenebroso plan de venganza, se alejó de aquellos hermosos jardines, que una vez más había convertido en mudos testigos de su infamia, seguido de su fiel amigo Said, no sin antes dirigir una mirada de odio á Aben y Zoraida.

Al día siguiente y así que el pueblo se hubo enterado de las infames acusaciones dirigidas á su sultana por Boabdil y de su próxima muerte, se amotinó, pidiendo á voces por las calles la libertad de Zoraida.

El rey se mesaba los cabellos con desesperación viendo que su plan tan bien fraguado, se deshacía como un terrón de azúcar en un vaso de agua, su castillo de naipes venía al suelo.

No se encontraba con suficientes fuerzas para ahogar aquella rebelión, que había tomado ya un aspecto imponente, ni tampoco quería, accediendo al mandato de sus súbditos, soltar su víctima, que aborrecía ahora más que nunca.

Hallábase sumido en profundas meditaciones, no acertando qué resolución tomar, cuando á la caída de la tarde de aquel mismo día, llegó la solución de aquella duda.

BELLAGIO EN EL LAGO DE COMO

Un caballero cristiano, procedente de Loja, plaza recientemente conquistada á los sarracenos, le trajo un mensaje de su señor el rey Don Fernando, en el cual se declaraba protector de Zoraida y le proponía que ya que tenía decretada su muerte, cuatro de sus guerreros luchasen á buena lid con cuatro de los del cristiano y el premio de los vencedores fuese la vida de la sultana, añadiendo que caso de aceptar el desafío, señalase punto donde efectuarse, día y hora.

Al recibir este mensaje Boabdil no pudo ocultar su alegría. Confiaba ciegamente con los suyos y no vacilaba en creer que obtendría la victoria y con ella la muerte de su esposa, sin exponerse á las iras del pueblo.

Cuando hubo terminado la lectura, exclamó dirigiéndose al mensajero:

—Acepto el reto. Mañana á las cuatro de la tarde esperarán mis guerreros á los vuestros en la Fuente del Pino. Si trascurrido ese plazo no se presentasen, la cabeza de Zoraida rodará por el suelo.

Luégo que hubo partido el cristiano, dió las órdenes convenientes y todo quedó dispuesto para el siguiente día.

VI

Desde las primeras horas de la tarde, se hallaba completamente cuajado de gente el empolvado camino que conducía al lugar del desafío, que caminaba presurosa como temiendo llegar tarde.

A medida que la muchedumbre llegaba, prorumpía en dos gritos, uno de odio encerrando una maldición dirigido á Boabdil y otro de amor y simpatía á Zoraida.

Todas las miradas eran dirigidas al punto ocupado por ésta, en cuyo hermoso rostro se reflejaba el más acerbo dolor; sentada sobre rico estrado esperaba ansiosa la llegada de sus nobles defensores.

Ya había trascurrido más de una hora sin que éstos apareciesen y en el fondo de todos los pechos empezaba á renacer la desconfianza.

Boabdil se sonreía con la sola idea de su venganza.

Era feliz, porque para ciertos caracteres, vale tanto la venganza como la felicidad.

Por fin se oyeron vibrar en el aire cuatro sonoras campanadas.

Era la hora fijada para la lucha.

Zoraida permanecía inmóvil como una estatua de mármol, sin que las exclamaciones de dolor de los circunstantes la hiciesen salir de aquel ensimismamiento y se diese cuenta de lo terrible de su situación.

¿Esperaba aún?

Si así lo creía, pronto debía convencerse de lo contrario, pues el tirano daba ya orden de que fuese trasladada al tablado que al efecto se había construído para su ejecución.

Zoraida, el ídolo de Granada, el ángel que había enviado Allah por su misericordia á la tierra, iba á expiar el gran crimen de haber tenido buenos sentimientos.

Pero esta orden fué de repente interrumpida por atronadores gritos de la multitud, especialmente de la que se hallaba junto al camino que conducía á Loja.

Todos como impulsados por una fuerza extraordinaria se trasladaron al punto señalado por aquella.

El mismo rey se adelantó, temiendo una invasión de los cristianos.

Pero la nube de polvo que impedía reconocer el grupo que en vertiginosa carrera se aproximaba, se disipó y bien pronto cuatro caballeros luciendo sus más ricas armaduras y blandiendo sus bien templadas lanzas, hacían caracolear sus briosos corceles ante el monarca sarraceno que mudo y absorto les contemplaba.

De aquel numeroso público, compuesto casi en su totalidad de sarracenos, contra lo que al parecer debía suceder, todas las simpatías estaban de parte de los cristianos, pues el carácter feroz y cruel de Boabdil le habían hecho aborrecible de sus súbditos, mientras que las virtudes y el noble corazón de su esposa la hacían amada y respetada de todos. Hé aquí la causa de que los granadinos deseasen la derrota de los suyos.

En esto llegó el momento del combate.

Los ocho adversarios, colocados cuatro enfrente de los otros cuatro dirigíanse odiosas miradas.

Entonces uno de los caballeros cristianos se adelantó á Boabdil y le dijo con tono despreciativo:

—Es poco un moro para mí. Yo me batiré uno á uno con los cuatro.

Luégo que hubo obtenido del rey la afirmativa respuesta, hizo retirar á los señores que le acompañaban y esperó tranquilo y sereno la señal para la lucha.

La tradición asegura que este generoso y valiente guerrero, lo fué D. Diego de Lara, cuyo arriesgado valor y grandes proezas, le habían hecho célebre en la corte de D. Fernando III el Santo.

Zoraida bajando la cabeza y cerrando los ojos para no presenciar aquella sangrienta escena, temblaba por el apuesto caballero que en aquel momento iba á combatir por librarla de la tiranía de su malvado esposo.

Por fin Boabdil, levantándose de su asiento, hizo la señal, á cuya voz los caballos de uno de los sarracenos y el del cristiano partiendo á un tiempo á escape, chocaron produciendo un horrible estrépito. A poco oyóse un ronco grito y uno de los dos ginetes cayó al suelo como herido por un rayo.

La multitud reconoció en el vencedor al cristiano á quien vitoreó con crecientes muestras de júbilo.

Este apenas se rehizo un poco y esperó otro de sus tres restantes adversarios.

Nueva señal de Boabdil que ya empezaba á desconfiar de la victoria y otro sarraceno que tras breve lucha mordió el polvo.

Entonces el rey prorumpió en una maldición que el eco aterrado no se atrevió á repetir y temiendo que la victoria fuese más grande venciendo á los únicos guerreros que le quedaban, dió por terminado el combate, prometiendo á los caballeros cristianos respetar en un todo la vida de la sultana.

Pero éstos que conocían las malvadas intenciones de aquél, le exigieron que les entregase á Zoraida, añadiendo que no se fiaban de su promesa.

Más tarde partían al campo cristiano los cuatro enviados de Don Fernando, llevando consigo la hermosa sultana, cuya partida tanto lloró el pueblo granadino.

Añade la tradición que poco después recibió las aguas del bautismo acompañando durante toda su vida á los reyes católicos á cuya generosidad debía la existencia.

—

Si alguna vez pasáis por Granada y visitáis el hermoso palacio del Generalife, admiraréis en uno de sus graciosos y magníficos patios llamado *de los cipreses*, uno de estos árboles que por su colosal magnitud, sobresale considerablemente de los demás y que el vulgo conoce por *el ciprés de la reina*. Este nombre se refiere á la leyenda, pues al pié de su corpulento tronco se hallaba sentada la bella sultana, aconsejando á Aben huyese, en el momento de ser sorprendidos por el cruel Boabdil.

Por las noches, cuando todo está en silencio, aún parece vagar en derredor de ese ciprés, la sombra del infortunado bienhechor de Zoraida, mirando á Granada con aire de triunfo y llorando la pérdida de la hermosa ciudad.

ANGEL COELLO DE TORRES.

EL CASTILLO DE SERMIONE, EN EL LAGO DE GARDA

CUVIER

En el limpio horizonte, donde se dibujan como en cuadro fantástico, los gloriosos recuerdos de los genios, descubrimos claramente las huellas de uno de esos individuos pertenecientes á la egregia raza de los titanes, que han pasado por el mundo para admirar con los raros prodigios de su fecundo ingenio. Llegar en una especialidad de los conocimientos humanos á la cima de la misma, dominarla y poseerla hasta el punto de poder fructíferamente enseñarla, es difícil, pero á toda hora lo vemos repetido, con tal de que haya aplicación asidua y regular aptitud por parte del que aspira á tan señalada henra. Pero cambiar el aspecto de una ciencia, darla giro nuevo, hacer en ella singularísimos y sorprendentes adelantos, rodearla de nuevos datos, iluminar con la luz desprendida de una inteligencia clara, los profundos arcanos, hasta entonces vedados á la generalidad, sólo es propio del que merece llevar sobre sus sienes la corona inmortal del genio.

Jorge Cuvier, que ha merecido con justicia ser conocido con el nombre de Aristóteles del siglo XIX, nació en el año 1769 en Montbeliard, en el seno de una familia protestante. En el establecimiento denominado Academia carolina de Stuttgard, fué donde comenzó sus estudios, iniciándose en el conocimiento de la lengua y literatura alemanas. De la misma academia han salido eminentes literatos, siendo de advertir que es uno de los sitios donde mejor se conoce y con más afición se estudia la literatura española.

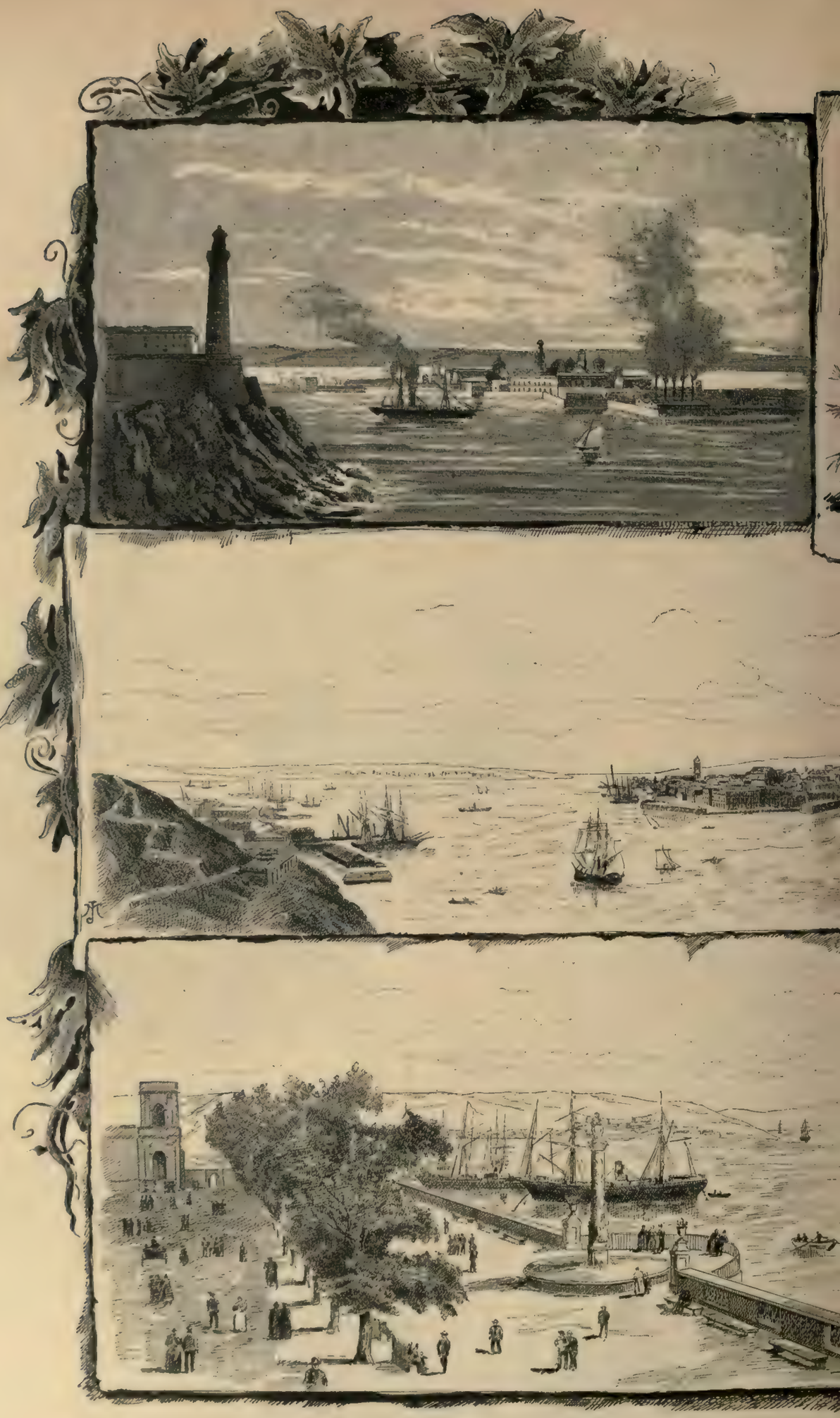
Todavía muy joven empezó á dedicarse Cuvier al profesorado, poniéndose al frente de un colegio particular en Normandía, cuyo cargo estuvo desempeñando por espacio de diez años, hasta que empezó el estudio de la historia natural.

El sabio agrónomo Tessier, fué quien tuvo la gloria de ver el alcance de su gran talento y observar que sus ideas se hallaban muy por cima de las que producen las vulgares inteligencias; así es que no bien le hubo visitado en modesto retiro, cuando pudo observar las primeras llamaradas de aquel genio y no se engañó, ciertamente, al presentir las grandes esperanzas que encerraba el germen de una futura vegetación, cuya lozanía y esplendor había de ser la admiración de su tiempo. Fué llamado á París, á consecuencia de los informes de Tessier en 1795, donde con mayor espacio para tender los altos vuelos de su inteligencia, se dió rápidamente á conocer con su palabra y con su pluma. Sus lecciones públicas de historia natural dadas en el Colegio de Francia, comenzaron á formar el pedestal de su reputación científica. Supo, en efecto, presentar estos conocimientos, que se hallaban hasta entonces en estado de lamentable atraso, con sorprendente novedad y revestidos de grandísima importancia, demostrando el inmenso interés que encierran.

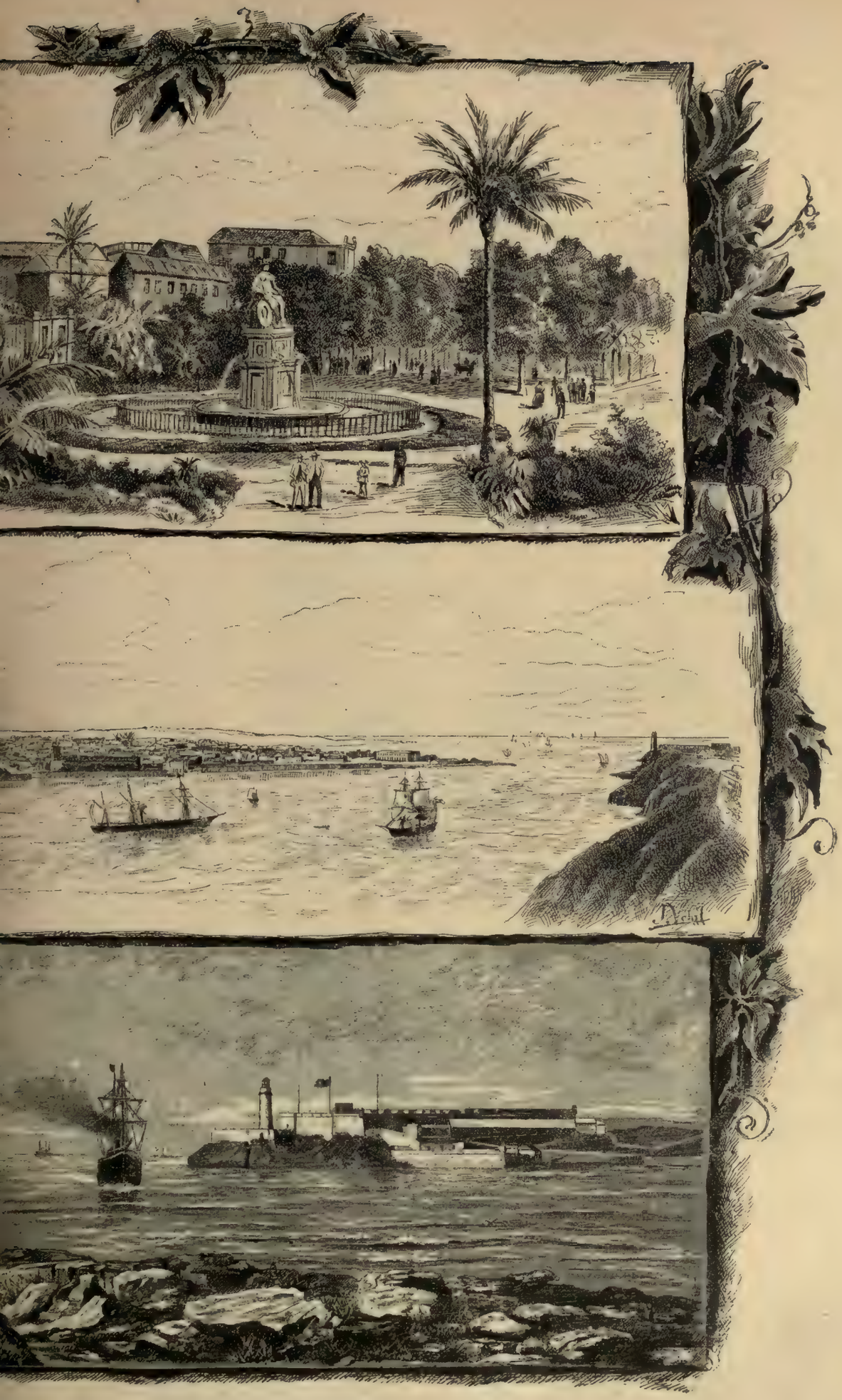
La cátedra de anatomía comparada, fué una de las que con más brillantez explicó en el colegio de Francia y era, á no dudarlo, la especialidad á que más se prestaba su talento sintético. En esta clase de estudio es donde se ofrece vasto campo al filósofo, para descender desde la humana organización, hasta las más sencillas manifestaciones de la vida de los seres, para examinar que nada huelga en la naturaleza, que obedece todo á inmutables leyes sabiamente dictadas.

Uno de los grandes servicios prestados á la ciencia por Cuvier es su clasificación zoológica. Llenas de imperfecciones y sin satisfacer las exigencias de los adelantos del saber, las conocidas hasta su época, no podía menos de llamar profundamente la atención el nuevo método dado á conocer por el gran naturalista, en términos que todavía sirve hoy de base á muchas clasificaciones modernas, que no son otra cosa sino las ideas de Cuvier, modificadas más ó menos profundamente y tal vez con éxito dudoso.

Como resultado de sus grandes conocimientos en anatomía comparada, llegó á ser profundo geólogo y á tener singular aptitud para el conocimiento de los fósiles. Muchas veces se en-



APUNTES DE LA



(Dibujo de Vehil)

contraba un fragmento cualquiera de un animal cuya especie había desaparecido largo tiempo antes, de la faz de la tierra, á consecuencia de algún cataclismo ocurrido en ésta. En este caso, recogía cuidadosamente Cuvier aquel aparentemente despreciable resto y con su imaginación iba reconstruyendo el animal entero, caminando por una serie de inducciones lógicas, debidas á sus profundos conocimientos en anatomía comparada y á su singular talento para este linaje de estudios, donde alcanzó con justicia tan alto renombre. La exactitud de sus juicios, se comprobó en muchas ocasiones, cuando al poco tiempo se encontraba el animal en su totalidad y se podía observar la identidad con el que Cuvier había dibujado, adivinando á la naturaleza y sorprendiéndola en sus secretos, llegando á resultados verdaderamente maravillosos. Esta singular aptitud, le dió imperecedero renombre entre propios y extraños, citándose como ejemplo de prodigio en los pronósticos científicos. Para estas deducciones se valía de lo que llamaba ley de correlación de las formas y subordinación de caracteres; pero estas leyes por otra inteligencia aplicadas, no producían ni con mucho los brillantes resultados que su privilegiado ingenio realizaba.

Diferentes obras ha legado Cuvier á la posteridad, entre las que figuran sus *Lecciones de anatomía comparada*, en cinco tomos, cuya publicación tuvo lugar de 1800 á 1805 y premiada por el Instituto de Francia; *El reino animal, distribuído según su organización*, publicada en 1816, en cuatro tomos; *Investigaciones sobre los huesos fósiles*, precedidas de un dircurso sobre las revoluciones del globo, de 1821 á 1824; *Historia natural de los peces*, en dos tomos, escribió asimismo multitud de Memorias que leyó en el Instituto de Francia, de donde era miembro, y diversidad de artículos en el *Diccionario de Ciencias naturales* y *Biografía universal*. Sin embargo, Cuvier, no rayó como escritor, á la altura que en otros conceptos. La naturaleza no concede por igual tan eminentes dotes, y es indudable que cuando con largueza otorga alguna sobresaliente cualidad, es siempre á expensas de la deficiencia de las otras. No es posible reunir en un mismo individuo la pluma de Calderón, la espada de Gonzalo de Córdoba y la inteligencia de Newton. Cambiad las aptitudes de estas individualidades y habréis descendido del reino de los encantos producidos por los genios que admiraron el mundo, á la triste realidad de las medianías. ¡Feliz aquel que llega á las cimas donde se cierne el genio, en una de esas manifestaciones, sin pretender la universalidad, imposible en la humana razón, imposible en la naturaleza, imposible en cuanto nuestra mente concibe!

Cuvier también representó su papel en el mundo político. En tiempo de la restauración fué Consejero de Estado en 1814 y Par de Francia en 1831. No desmintió en estos puestos, las altas dotes de capacidad que poseía, habiendo desempeñado en diversas comisiones cargos importantes, donde demostró su idoneidad.

Acúsasele, sin embargo, de haber sostenido en la tribuna algunas leyes impopulares; pero si llevaban el sello de convicción profunda y en su sentir contribuían al bienestar general, no debe desmerecer en lo más mínimo porque no halagara las pasiones de la muchedumbre, que muchas veces no suelen estar enteramente acomodadas á la justicia.

De todos modos, en los cargos ajenos á la ciencia que desempeñó, dejó marcadas imperecederas huellas de aptitud y probidad.

Cuvier murió en París en 1832. Su nombre ha pasado á las edades futuras con sobrada justicia. Sus ideas serán la inextinguible luz que siempre alumbrará las espinosas vías de la ciencia y su figura se verá siempre radiante, por densas que sean las nubes que oculten tan refulgente sol.

J. Olmedilla y Puig.

CULLERCOATS: LA PLAYA AL ANOCHECER

BIBLIOGRAFÍA

Heregías, estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles, por Pompeyo Gener.—Barcelona, 1887.

(CONCLUSIÓN)

Truena luégo Gener contra los toros.

Aquí entusiasman las corridas (si bien no á todos, ni siquiera á la mayor parte), pero es como en Inglaterra las regatas y las carreras de caballos, como en Francia los espectáculos de *parade*, como en Alemania la música de Wagner, como en Rusia las fiestas en la nieve. Se divierte uno con los espectáculos del país, y esas corridas de toros no son sarracenas, ni bereberes, sino mucho, infinitamente, más antiguas, contemporáneas de los primeros pobladores de nuestra patria.

Gener incurre en un defecto gravísimo al querer que seamos culpables de todo, como si en el extranjero no se hiciese lo mismo, ó por mejor decir, como si aquí supiéramos hacer otra

cosa que imitar al extranjero. Aquí *lo flamenco* nos entontece y degrada, pero ¿qué es *lo flamenco* sino una variante de los géneros *poissard*, *faubourien*, *canaille*, etc., etc., inventados en París? ¿Qué diferencia hay entre Paulus y Juan Breva (q. D. h.)?

«... chulos, majos, cantos guturales monótonos y fúnebres, repiqueteos de piés y contorsiones erótico-epilépticas, bailes dignos de los Cándalas de la India, castañuelas, guitarras; palabras, costumbres y actos de gitano, hé aquí lo que priva, hé aquí lo que se oye, se ve y se halla por todas partes y se apoya desde lo más alto...» ¿Escribe Gener sobre España ó sobre Francia? *Chulos, majos*... Cualquiera podría traducir, sino fuese hacerles una ofensa á aquellas clases, *souteneurs, voyous; cantos guturales, monótonos*... esto sí, es español, pues los franceses son refractarios á la música; *contorsiones erótico-epilépticas*, ¿no es eso el cancán? *Bailes dignos de los Cándalas de la India, castañuelas, guitarras*. ¿Pues no se baila allí la farandola y se ha bailado la *sarabande* y no se sirven acaso del *tambourin* y el *calumet? Costumbres y actos de gitanos*... ¡Oh, tierra de los Rougon-Macquart y de las Safos, cuanto ciegas á los espíritus más perspícuos!

«España está paralizada por una necrosis producida por la sangre de razas inferiores como la Semítica, la Berber y la Mogólica, y por el espurgo que en sus razas fuertes hizo la Inquisición y el Trono, seleccionando todos los que pensaban, dejando apenas como resíduo más que fanáticos, serviles é imbéciles. La compresión de la inteligencia ha producido aquí una parálisis agitante. Del Sud al Ebro, los efectos son terribles; en Madrid la alteración morbosa es tal, que casi todo el organismo es un cuerpo extraño al general organismo europeo.» Pues, señor, que le traduzcan á Gener su libro en francés y buen puñado de honra nos habrá echado á los ojos de Europa. En primer lugar, ninguna «necrosis» (enfermedad de los huesos) *paraliza* nada y no vemos que España sea la única que pueda quejarse de los judíos, no habiéndose presentado todavía el caso de que un Albert Drumont, escriba un *pendant* á su *France Juive*. Sangre árabe si la hay, pero no es tan mala sangre como quieren decir algunos y sobre todo produce unos ojos negros de valencianas y andaluzas, que no hay más que pedir. Con algo ha de pagarse la superioridad de la belleza de nuestras mujeres sobre las del resto de Europa. En cuanto á la sangre mogola, más claro, los gitanos, no tenemos aquí su exclusiva: en Francia pueden estudiarse los *cagots*, en Alemania hay millares de gitanos; en Bohemia ¿cuántos no habrá? y en Rusia... no digamos si habrá mogoles de ambos sexos. Pero en todas partes ejercen, sin duda, los hijos de Faraon mayor influencia que aquí donde son mirados con verdadera repulsión por la inmensa mayoría. En cuanto al *espurgo* de inteligencias que hizo la Inquisición es una idea exagerada, y remito al lector el discurso que pronunció don Juan Valera, contestando á algunas vulgaridades progresistas que dijo el señor Núñez de Arce al ingresar en la Academia. Naturalmente que hubiera valido mucho más que no hubiese existido aquí la Inquisición, pero aún concediendo que efectivamente fué un tribunal bárbaro y cruel,—aunque no más cruel ni bárbaro que otros que funcionaban en la Alemania protestante y en la Francia de los Valois y los Borbones,—algo quedó y no toda la gente de buen entendimiento pereció en el *quemadero*. Mientras la Inquisición quemaba protestantes florecían aquí Mariana, Cervantes, Velázquez y Quevedo. Tengo yo para mí que una de las causas que más contribuyeron á la despoblación y decadencia intelectual de España fué, no la Inquisición, sino *el descubrimiento de América*, ya que todos querían marcharse allí á hacer fortuna.

Prosiguiendo en su impetuosa *charge á fond de train*, afirma Gener que en las provincias de Levante «el antiguo sedimento que en su sangre dejaran los cartagineses, los fenicios y áun los israelitas, se pone de manifiesto dominando casi todas las manifestaciones de la vida.» Permítaseme que ponga aquí los puntos sobre las *ies* y que haga uso del evangélico precepto del *suum cuique*. En primer lugar, no fueron las provincias de Levante, ó por mejor decir, las de aquende el Ebro, las que más explotaban los fenicios y los cartagineses. Es verdad que Indibil y Mandonio, ilergetas, parece estuvieron emparentados con la familia de Aníbal, pero no tiene comparación con la parentela que tenía este en Andalucía por parte de su mujer,—una chica de Cazlona. Cádiz, Carteya (¿Algeciras?), Málaga, Abdera, Martos, Adra, ¿La Coruña? Sevilla y Córdoba son de fundación fenicia, pero no corresponden al Este. En cambio, ¿por qué no habla Gener de la sangre griega ó romana que corre abundantísima por las venas,—incontestablemente,—de muchos vecinos del litoral mediterráneo? ¿Por qué no mienta aquel *coro de ciudades griegas* que figura en el repertorio de imágenes de Castelar? Pues si uno se fija en los rasgos de la gente de Rosas, de Villafranca, de Villanueva, de Denia y otras localidades comprendidas entre Cartagena y Cap de Creus, ó les toma por griegos ó yo, como cierto ex-ministro famosísimo, no sé qué estátua es la de la Venus de Milo. Y Tarragona se conserva romana todavía, y también su campo,

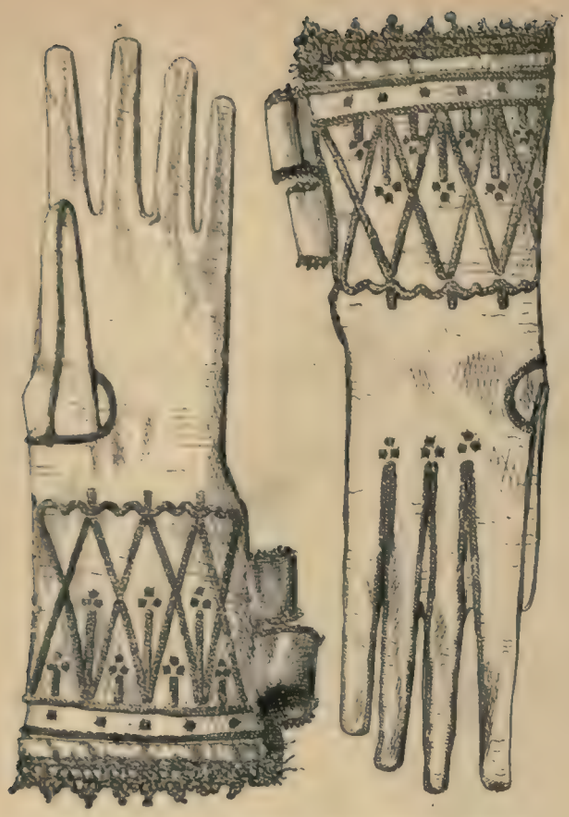
CULLERCOATS: EL ARRABAL

y Aragón y gran parte del centro, ostentan aún aquel carácter celtíbero que cuenta en su pasado lealtades como Numancia y Calahorra.

¡Gitanos, gitanos!... ¡Ah! Yo bien sé que hay mucha gitanería en España, pero por desgracia los que la constituyen son en su mayoría no mogoles sino aryas... No me dan cuidado á mí las gitanadas de los *payets*, sino las de otros... Por desgracia se puede ser traidor y judío y malvado constituyendo un lindísimo ejemplar de la raza caucásica.

Y vuelvo á lo mismo: nuestros actuales vicios no tienen nada que ver con nuestra filiación. Estamos infectados por contacto, contagiados por imitación; somos unos plagiarios de lo que vemos hacer en el extranjero; nuestras malas cualidades no son innatas, pero sino se pone remedio las trasmitiremos por herencia y nuestro antiguo carácter nacional acabará por quedar definitivamente falseado. El autor aprovecha la ocasión para decir que á Cataluña le fué tan ricamente cuando estuvo anexionada á Francia... Tan ricamente le fué, en efecto, y tanto cariño les cobraron los catalanes á los franceses, que cuando se dijo iba á venir aquí un rey de París hasta las piedras se levantaron contra él.

«Aherrojada Cataluña» y no sabiendo qué hacerse se dedicó al comercio, como si jamás hubiera hecho otra cosa; como si la corona de Aragón hubiese tenido más objetivo que una política comercial; como si los catalanes no estuviesen destinados por su situación en el mapa á ser comerciantes, como lo son los marselleses y los genoveses y los griegos. «La feroz tiranía política que pesó sobre el catalán durante siglo y medio, contribuyó á que fuera asemejándose al judío...» Así, así: las cosas claras; somos unos judíos los catalanes; aquí nadie es judío más que el que sabe decir *setze jutjes;* no lo son los que insertan anuncios en los periódicos de Madrid proporcionando colocaciones de dinero al 40 por 100; no lo son los usureros valencianos, andaluces, castellanos, leoneses y gallegos que arruinan con sus estafas á la agricultura; no son judías las *las*...; el señor Gener nos arroja este pedazo de honra á los catalanes; como que aquí todos somos unos *chuetas*.



Guantes usados por el rey Carlos I en la batalla de Worcester
(3 de Setiembre de 1651)

Guantes de Oliverio Cromwell

Guantes de cabritilla con los puños
bordados en oro y plata. (Inglés. Siglo XVII)

Guantes de cabritilla con los puños bordados
y franjeados de plata. (Inglés. Siglo XVII)

Guante de sir Eduardo Denny
(Epoca de Jacobo I de Inglaterra)

GUANTES HISTÓRICOS

DE CONQUISTA (Cuadro de G. Ritter de Cuzzardi)

Esos catalanes judaizados por el unitarismo son los héroes del Bruch, de Gerona, de la guerra de los siete años, de la guerra de Africa y de Puigcerdá; esos mercachifles son nuestros insignes poetas y prosistas, pintores, escultores, arquitectos y músicos. ¿Y cómo no protestar de lo que dice Gener de Cataluña,—*morçeau de bravoure* que se apresuró á trasladar á sus columnas un periódico madrileño de gran circulación no muy aficionado á nuestra tierra? La falsificación, la sofisticación, el abuso, el agio, la cicatería tenderil, ¿son propios únicamente de Cataluña? ¿No sucede eso en las restantes regiones de España, de Europa, del mundo entero? ¿Pues acaso los falsificadores, los sofisticadores y demás gente ruín y horteril hace más que copiar lo que sabe se hace en el extranjero? ¿Quién opera todas las matráfulas que se hacen con nuestros vinos? Pues no son españoles los que lo hacen. ¿De dónde se copió el horrible crimen de la calle de Moncada? ¿De dónde nos ha venido la fiebre de la Bolsa? ¿A qué lengua pertenece la expresiva calificación de *âpre au gain?* Pícaros ha habido siempre en España y los habrá hasta la consumación de los siglos, pero ¿es el pícaro un producto exclusivamente nacional? ¡Traficantes los catalanes! Lo son, mucho, ¿pero no lo son los franceses, los ingleses, los italianos, los alemanes, los griegos, los noruegos, los suecos, los austriacos, los portugueses, los rusos y la república de San Marino y los yankees y los patagones? ¿Se quiere que como el burro de la fábula confesemos ser nosotros los culpables únicos exclamando:

¡Caí en la tentación! ¡Comí del trigo!

No hay que esforzarse mucho para comprender que el autor de *Heregías* ha reducido á caso particular lo que es carácter general de la sociedad moderna. ¡Pero si hasta la fraseología nos viene del extranjero! *Reclamo, Barnum, carnet, anuncio, Bolsa* ¿Sabe Gener por qué le parece más desarrollado el embuste en Barcelona que en otras partes? Porque aquí vivimos más que en otras partes á lo extranjero y las necesidades y ambiciones son mayores que en otras localidades del interior.

«Hacer negocio en Cataluña es sinónimo de engañar á aquel con quien se trata...» ¿Y sólo en Cataluña? Pues yo creía que Alejandro Dumas, el hijo, había definido los negocios diciendo en francés: «*Les affaires... c' est l' argent d' autrui.*» Ya confiesa Gener que en todas partes cuecen habas, pero añadiendo que lo que en la América del Norte, Inglaterra, Alemania, y EN MENOR GRADO (!) en Francia es defecto, en Barcelona es virtud. Esto es injustísimo: ¿acaso no es una máxima norte-americana aquello de: *Haz dinero honradamente si puedes, y sino puedes haz dinero?* ¿Y qué hacen nuestros tenderos sino vender todo lo sofisticado que les envían de Alemania? ¿Y cómo se quiere que suscriba nadie el aserto de Gener de que en Francia es donde menos se defrauda y sofistica, cuando no hay día que los periódicos parisienses no se quejen amargamente de comerlo y beberlo todo sofisticado, malo y caro? Temo que Gener haya tomado demasiado por lo serio la incurable vanidad de nuestros vecinos, queriendo ser en todo los primeros y los mejores.

Descarga enseguida el autor furiosos golpes contra los editores barceloneses y repite... lo qué dirán en París de los suyos, no pocos escritores. Tengo para mí, sin embargo, que dado el estado de cultura de nuestro país, los editores de Barcelona merecen una estatua en su grande mayoría, ya que contribuyen más que nadie al adelanto español. Por lo demás, dichos señores no hacen más que continuar la tradición gloriosa de la imprenta barcelonesa, en todo tiempo importantísima en España; la tradición de los Cormellas, los Cavallería, los Sapera, los Barceló, los Torner, los Bergnes, los Piferrer, los Oliveres, los Gorchs. Todos sabemos que lo que les echa en cara Gener á los editores de por aquí dista mucho de poder aplicarse á la colectividad. Barcelona es un gran mercado literario, es un verdadero foco desde donde se irradia la ilustración por toda España y la América latina, y algo bueno, óptimo, exquisito saldrá de aquí cuando casi todos los principales autores españoles tratan satisfechísimos con los editores barceloneses.

Respecto lo que dice Gener del ramo de los alcoholes, léase cualquier artículo de periódico francés sobre los *mastroquets* ó taberneros.

Todo lo que opina sobre España el autor de *Heregías*, puede sintetizarse en este párrafo: «¿Qué se puede esperar de una nación que está formada por la convergencia de razas tan desemejantes, tan separadas como la aria, con sus dos variantes germánica y latina, y la semítica, y la presemítica y la mogólica, más que ese curioso fenómeno de la sociología, esa evolución extraña, ya aquí empezada, en que se va de la barbarie á la decadencia, sin pasar ni siquiera por la penumbra de la civilización?» A esto responderé que lo que hay en España son vascos, iberos, celtas y celtíberos, fundamentalmente, con mucha sangre griega y romana. Los cartagineses estuvieron aquí poco tiempo y los judíos, tengo para mí, que se cruzaron poco; verdad que queda mucho elemento morisco, pero éste acabará por extinguirse, ya que ninguna condición tiene para imponerse. En cuanto á los gitanos forman una cantidad *negligeable*. El mal de España no viene de raza; viene principalmente de haberse querido adaptar precipitadamente el modo de vivir extranjero y de haberse creado una administración inepta. Somos pobres y queremos parecer ricos; al añejo ideal de Dios, Patria y Rey ha reemplazado al de *Duros, Pesetas y Reales* y lo mismo el alpujarreño de morisca estirpe que el montañés catalán de estirpe ibera, el celtíbero de Aragón que el celta de Asturias, el vasco de Bilbao que el balear de Palma todos á una sufren la infección característica del siglo XIX, la fiebre del oro, la sed de la riqueza. No, no es culpa de la raza la inmoralidad que corroe este país, como todos los demás, sin excepción: es culpa del estado general del mundo civilizado, de la vida que es preciso llevar, consecuencia ineludible de la marcha de los tiempos; es que aquí la lucha por la vida tiene que ser más áspera todavía que en el extranjero á causa del menor botín que hay que disputar y de haber derribado las revoluciones todas las barreras que antes contenían las concupiscencias.

Cree Gener que con una dictadura científica é higiénica que desasnara á los indoctos; con algunas otras medidas de diverso linaje, entre las cuales, cosa extraña, se cuenta el servicio militar obligatorio; con la evolución hacia el sistema federativo y una discreta protección, convirgiendo todo ello á modificar las condiciones climatológicas, atmosféricas y económicas del país se lograría hacer de España una tierra habitable. Yo celebraría mucho que pudiese ser eso, pero por de pronto permítaseme que desconfíe de las dictaduras de los sabios, de las virtudes del servicio militar obligatorio y de toda reforma política. Creo yo que para cortar de raíz el mal que corroe á nuestra patria, esto es, la administración detestabilísima que tenemos, sería precisa otra dictadura; la dictadura del Tribunal Supremo. Moralizada la administración por la guardia civil todo marcharía bien y brotarían por do quiera fuentes de prosperidad. En cuanto á volvernos sabios no lo tengo por muy interesante, siendo preferible á mi ver el progreso moral que no otro cualquiera. El día que saliese aquí un nuevo Saint-Just «decretando la virtud por el hacha del verdugo,» España sería un oasis. No suspiro yo por ninguna forma de gobierno ni creo capaz á ninguna de ellas de mejorar nuestra situación mientras no venga quien imponga por la fuerza el patriotismo y la moralidad, aunque fuese organizando una Santa Hermandad de nuevo cuño.

Sueño yo con una España orgullosa de su historia, proteccionista, prohibicionista si conviene, castiza; una España que no admitiese nada del extranjero ya que en el extranjero no nos admiten nada nuestro; una España que reivindicase su pasado, que se diese leyes emanadas de su modo de ser y no copiadas de las que hacen otros; monarquía, federación, república progresista ó república atrasada les sería igual á los que ambicionan ver bien administrada á nuestra patria. Todo el remedio está en *hacer administración* y que en vez de tantos ejemplos de inmoralidad triunfante, en todos los terrenos viera el país castigado duramente al que se olvidara de sus deberes.

Aquí termino este largo artículo. La amistad que me une con Gener es bastante elevada y ajena á todo compadrazgo para que no se altere en lo más mínimo por haber discutido su libro, constándole además que mi independencia, sin que me pese, llega hasta la *sauvagerie*.

CARLOS MENDOZA.

EN EL ABANICO DE ELISA MÜLLER SANCHEZ

¡Airecillo que oreas los rizos
de la bella Elisa,
y en su boca á su aliento te mezclas!
¡Yo te tengo envidia!

Llégate á sus oídos y díle:
—«¡Bellísima Elisa!
Sé dichosa. Fulgure en tu rostro
perenne sonrisa.»

VICENTE DE ARANA.

LA INFLUENCIA DEL IDILIO

Tiene mi amigo Gaspar
relaciones con Clarita,
la muchacha más bonita
que ustedes pueden hallar.

Es una rubia hechicera,
una perla... un serafín...
es una chiquilla, en fin,
que para mí la quisiera.

Un día los dos amantes
como nunca enamorados
se vieron del mundo aislados
sólo por breves instantes.

—¡Un beso, Clara querida!
—dijo Gaspar con pasión.
Ella se alzó del sillón
ruborosa y ofendida.

Gaspar, que es chico resuelto,
quiso besar á su amada
y... sufrió una bofetada
de aquellas... *de cuello vuelto.*

***

Pasó un mes. Gaspar y Clara
se encuentran en un salón;
la suegra está en un rincón
y en los chicos no repara.

Yo no sé qué pasaría
ni sé qué estaban hablando
más sé que de vez en cuando
Clarita al novio decía:

—No quiero, lo dije ya:
eso es faltarme al respeto;
anda chico, estáte quieto
que nos verá la mamá.

***

Pasó tiempo. Cierto día,
por una espesa enramada,
iba Gaspar con su amada
que amorosa sonreía.

Entre hojarascas y flores
y de su cariño en pos
se hallaron solos los dos
murmurando sus amores.

¿Qué hizo la joven pareja?
¿Qué hablaron? ¿Qué se dijeron?
¿Los escrúpulos vencieron?
¿Venció de Gaspar la queja?

¡No le pondría en el potro!
Porque al salir del sotillo
tenía Clara un carrillo
más encarnado que el otro.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE.

NUESTROS GRABADOS

ROMANZA ESPAÑOLA
Cuadro de H. Muhlthaler

Este es, ni más, ni menos, el título que le ha puesto el autor á ese su cuadro. Si la modelo es ó no española, nos guardaremos bien de asegurarlo, pero, en fin, ya que el señor Muhlthaler nos la da por tal, no vemos inconveniente alguno en que le conceda nacionalidad entre nuestras huríes, con destino á la clase de andaluzas linfáticas.

UN PAISAJE.—ABETOS

Por más que les parezca imposible á los que sudan y se asfixian á la temperatura de 43° á la sombra, ello es que ese paisaje y esos abetos existen en alguna parte y hay quienes los han visto, en Sevray-sur-Vallais... ¡Oh, gentes felices, que pueden creer en la sabiduría infinita que ha hecho pasar los ríos por debajo de los puentes y ha criado abetos para que den sombra á los bimanos!

MADRID: EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS
LA TABACALERA
Dibujo de P. y Valor

La Compañía general de tabacos de Filipinas hizo construir una casa de nipa y caña con destino á la Exposición, y es la que se ve hoy en el Retiro. El objeto de dicha sociedad fué, dice un periódico, presentar, en reducidas proporciones, una sección de su magnífica fábrica *La flor de la Isabela*.

La planta principal de dicho edificio consta de un *camarín de oreo*, en que se tiende la hoja del tabaco; otro denominado *camarín de mandala* en que, amontonado el tabaco se le da una temperatura máxima, con la aplicación de un aparato termométrico, de 45 á 50 grados centígrados, hallándose además, en esta pieza, muestras de todas las clases de tabaco; otro camarín destinado á taller de operarias y que al frente de la puerta de entrada, tiene al exterior, el *expendio*, especie de palco desde el cual se hace la venta al menudeo para el público transeunte.

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887
LEONIDAS EN EL PASO DE LAS TERMÓPILAS
Busto por Miguel Angel Trilles.—Medalla de tercera clase
Dibujo de P. y Valor

Llamó justamente la atención esta obra por la pureza del modelado y la acertada expresión del personaje en la ocasión en que ha sido representado; el Jurado le dió la merecida recompensa que habrá de alentar á su distinguido autor á continuar la carrera tan brillantemente emprendida.

LOS LAGOS ITALIANOS
El castillo de Sermione, en el lago de Garda
Bellagio, en el lago de Como

En el extremo Sur del lago de Garda, entre Peschiera y Desenzano levántase el curioso promontorio llamado la *Peña de Sermione*, ó sea la antigua *Sirmio*, residencia de Catulo. El castillo, cuyas pintorescas ruinas admira hoy el viajero, es obra del siglo XIII. En su mayor extensión está ocupado Sermione por olivares, cultivados con suma perfección y dispuestos con tal arte que forman un verdadero jardín.

El lago de Garda es la mas importante de las grandes masas de agua que se extienden en las vertientes de los Alpes Réticos; tiene once leguas de largo, una de ancho por la parte del Norte y cuatro por la del Sur, y su profundidad que es muy variable, es de unos 300 metros en su máximun. El lago de Garda es famoso, además de su belleza, por la variedad y el gran número de peces que cría.

Se puede ir directamente en ferrocarril desde este lago al de Como, el cual tiene una legua de ancho por seis de largo y recibe más de sesenta corriente. Hé aquí, en que términos se expresa Taine al hablar de este delicioso sitio: «Por la mañana,—dice,—se toma el vaporcito que da la vuelta al lago y todo el día, sin fatiga, sin pensamiento, se nada en una copa de luz. Las orillas están sembradas de aldeas blancas que vienen á meter sus piés en el agua; las montañas bajan suavemente y su pirámide está poblada hasta mitad de la ladera; olivos pálidos, moreras de cabeza redonda escalónanse sobre los mamelones; quintas de recreo orladas de bellas umbrías, bajan sus terrazas en grada hasta la playa. En Bellagio, mirtos, limoneros, parterres de flores forman ramilletes blancos ó purpúreos entre las dos ramas azuladas del lago; pero al hundirse hacia el Norte el paisaje se hace grande y severo; sus montes se yerguen y se pelan; las fracturas rígidas de la roca primitiva, las crestas dentelladas blancas de nieve, las largas torrenteras donde duermen viejas capas de escarcha, abollan ó surcan con sus intrincamientos la cúpula uniforme del cielo. Muchas altas montañas parecen baluartes colocados en círculo; el lago era antes un glaciar y el frotamiento de sus paredes ha lentamente roído y redondeado las pendientes. En esas gargantas inhospitalarias, ningún verdor ó huella de vida; césase de sentirse en la tierra habitada, se está en el mundo mineral, anterior al hombre, en un planeta desnudo donde los solos huéspedes son el aire, la piedra y el agua; una grande agua, hija de las nieves eternas, al rededor de ella una asamblea de montañas graves que remojan sus piés en su azur, detrás, una segunda hilera de picos blanqueados, más salvajes y más primitivos todavía, como un círculo superior de dioses gigantes,—todos inmóviles, y sin embargo, todos diferentes, tan expresivos y tan variados como fisonomías humanas, pero revestidos con un caliente tinte aterciopelado por el aire vaporoso y la distancia, pacíficos en el goce de su magnífica eternidad. El viento había cesado, y el gran luminar del cielo, por encima del horizonte cerrado, flameaba con toda su fuerza. El azul del lago se hacía más profundo; al rededor del barco ondulaciones de terciopelo hinchábanse y bajábanse sin cesar, y en los huecos, entre las fajas azuladas, el sol alargaba otras bandas movedizas, como una seda amarilla salpicada de centellas.»

APUNTES DE LA HABANA
Dibujo de J. Vehil

Figuran estos apuntes diversos lugares y perspectivas de la que un tiempo era llamada la capital *de la rica Antilla:* la entrada por debajo el castillo del Morro, la vista general, el paseo de la India, etc.

CULLERCOATS
La playa al anochecer.—El arrabal

Alguna vez hemos hablado ya de esta pintoresca población de pescadores, asentada en la costa del mar del Norte, en el Northumberland, cerca la desembocadura del Tyne.

En esta época de calores debe estar muy fresco aquello, y de más de uno puedo asegurar que se marcharía allí, si no se lo impidiese... lo que á tantos otros que se asan como él entre los 36° y 44° latitud Norte.

GUANTES HISTÓRICOS

Bien puede decirse que es este adminículo un lujo que va de capa caída á impulsos de la oleada democrática, etc. Claro está que los guantes no desaparecerán nunca y serán usados siempre por cuantos pertenezcan á la *glifa*, como dice ya intrépidamente la *low-life* barcelonesa, pero por más que se haga no volverán á lucir para las queirotecas aquellos días en que constituían costosísimos objetos de arte, con bordaduras en plata, oro y piedras preciosas, con guarniciones de encajes, con botonaduras de esmalte, con leyendas y emblemas en las entradas; guantes preciosos confeccionados con terciopelo carmesí, raso verde y otros tejidos caros; perfumados, ricos, verdaderamente señoriles. Hoy las cosas han cambiado y reina en la guantería la más desesperante uniformidad.

DE CONQUISTA
Cuadro de G. Ritter de Cuzzardi

Parece que el buen militar se las há con una fortaleza contra la cual nada pueden las estratagemas. La plaza es muy fuerte y lo más probable será que tenga que levantar el sitio. Por lo demás, el pintor se ha equivocado de vestuario, pues no puede darse mayor modernismo que el del palmito de la chica, con aquellos ojazos que están diciendo: *¡Te veo!*

LOKIS

POR PRÓSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

—¿Y mató el oso?

—Lo dejó tieso. No hay como los borrachos para esos golpes. Hay, también, balas predestinadas, señor profesor. Tenemos aquí hechiceros que las venden á precios módicos... La condesa estaba muy arañada, sin conocimiento, no hay para qué decirlo, con una pierna quebrada. Llévansela, vuelve en sí, pero la razón se había ido. La conducen á San Petersburgo. Gran junta: cuatro médicos emperifollados con toda clase de condecoraciones. Dicen:—La señora condesa está en cinta; es probable que su alumbramiento determinará una crisis favorable. Téngasela en sitio donde haya buenos aires, en el campo, suero, codeina...—Les dan cien rublos á cada uno. Nueve meses después la condesa da á luz un chico bien constituido, pero ¿y la crisis favorable? ¡Mucho que sí! Redoblamiento de rabia. El conde le muestra su hijo. Esto no deja nunca de producir efecto... en las novelas. —¡Mátalo! ¡Matad la bestia!—esto es lo que dice; á poco no le retuerce el pescuezo. Desde entonces, alternativas de locura estúpida ó de manía furiosa. Fuerte propensión al suicidio. Hay que atarla para hacer que la dé el aire; son menester tres vigorosas criadas para sujetarla. Sin embargo, señor profesor, fijáos en este hecho: cuando he agotado mis latines con ella sin conseguir que me obedezca, tengo un medio para calmarla. La amenazo con cortarla los cabellos... Antaño, creo, los tenía hermosísimos. ¡La coquetería! hé ahí el último sentimiento humano que ha subsistido. ¿No es esto chocante? Si pudiese «instrumentarla» á mi antojo, quizás la curaría.

—¿Cómo es eso?

—Moliéndola á palos. Yo he curado de esta suerte á veinte lugareños de una aldea donde se había declarado esa curiosa locura rusa, el *aullido* (1); una mujer comienza á aullar, su comadre aulla. Al cabo de tres días toda la aldea aulla. A fuerza de sacudirles el polvo, he salido con la mía. Coged una tranca y se amansan. El conde no ha querido que lo ensayase.

—¿Pues qué? ¿Queríais que consintiese en vuestro abominable tratamiento?

—¡Oh! ¡Pero si ha conocido tan poco á su madre, y además, era por su bien! Mas, decidme, señor profesor, ¿hubierais creído nunca que el miedo pudiese hacer perder la razón?

—La situación de la condesa era espantosa... ¡Encontrarse entre las garras de un animal tan feroz!

—Pues bien; su hijo no se le parece. Aún no hace un año se ha encontrado exactamente en la misma situación, y gracias á su sangre fría, salió del trance á maravilla.

—¿De las garras de un oso?

—De una osa, y la mayor que se haya visto desde hace largo tiempo. El conde quiso atacarla, chuzo en mano. ¡Bah! De un revés echa á rodar el chuzo, agarra al señor conde y le derriba tan fácilmente como volcaría yo esta botella. Él, con astucia, se hace el mortecino... La osa le huele, le huele, y luégo en vez de despedazarle le lame. Tuvo serenidad bastante para no menearse y ella siguió su camino.

—La osa creyó que estaba muerto. Efectivamente; he oído decir que esos animales no se comen los cadáveres.

—Hay que creerlo y abstenerse de hacer de ello el experimento personal; pero, á propósito de miedo, dejadme contaros una historia de Sebastopol. Estábamos cinco ó seis al rededor de una jarra de cerveza que acababan de traernos detrás de la ambulancia del famoso baluarte número 5. El centinela grita:—¡Bomba!—Nos echamos todos boca abajo; no, no todos, un tal... pero es inútil decir su nombre... un joven oficial que acababa de llegarnos se quedó en pié, teniendo el vaso lleno, hasta el momento que reventó la bomba. Llevóse la cabeza de mi pobre camarada Andrés Speranski, bravo muchacho, y rompió la jarra; felizmente estaba casi vacía. Cuando nos levantamos después de la explosión, vemos en medio de la humareda á nuestro amigo que se echaba al coleto el último trago de su cerveza, como si nada hubiera pasado. Creímosle un héroe. Al día siguiente encuentro al capitán Gedeonhof, que salía del hospital, y me dice: —«Hoy cómo con vosotros y para celebrar mi alta, pago el champagne.»—Nos sentamos á la mesa; el oficialillo de la cerveza estaba también allí. No se esperaba el champagne. Destapan una botella cerca de él. ¡Paf! El corcho le da en la sien. Da un grito y se pone malo. Creo que mi héroe había tenido una medrana del demonio la primera vez y que si había bebido su cerveza en vez de resguardarse era porque había perdido la cabeza y no le quedaba más que un movimiento maquinal del cual no tenía conciencia. En efecto, señor profesor; la máquina humana...

(1) Llámase en Rusia á la poseída, *una aulladora*, *klikoucha*, cuya raíz es *klik*, clamor, aullido.

—Señor doctor,—dijo un criado entrando en la sala,—la Jdanova dice que la señora condesa no quiere comer.

—¡El diablo se la lleve!—refunfuñó el doctor.—Ya voy. Cuando la habré hecho engullir á mi diablesa, señor profesor, podremos, si os tiene que ser agradable, podremos hacer una partidita de *preferencia* ó de *dourátchki*, ¿eh?

ABETOS

Expreséle mi sentimiento por mi ignorancia y cuando se fué á ver á su enferma volvíme á mi cuarto y escribí á la señorita Gertrudis.

II

La noche era calurosa y había dejado abierta la ventana que daba al parque. Escrita mi carta y no teniendo ningunas ganas de dormir me puse á repasar los verbos irregulares lituanos y á buscar en el sanscrito las causas de sus diferentes irregularidades. En medio de este trabajo que me tenía absorto, fué violentamente agitado un árbol bastante próximo á mi ventana. Oí crugir las ramas secas y parecióme que algún animal muy pesado trataba de encaramarse en él. Preocupado aún con las historias de osos que me había contado el doctor, levantéme, no sin cierta emoción, y á algunos piés de mi ventana, en el follaje del árbol, distinguí una cabeza humana, iluminada de lleno por la luz de mi lámpara. La aparición no duró más que un instante, pero el brillo singular de los ojos que se encontraron con mi mirada impresionóme más de lo que podría decir. Dí involuntariamente un paso atrás; luégo, corrí á la ventana, y, con tono severo, pregunté al intruso qué quería. Él, sin embargo, bajó á toda prisa, y cogiéndose de una gruesa rama dejóse colgar y después caer á tierra, y desapareció al momento. Llamé; entró un criado. Contéle lo que acababa de pasar.

—El señor profesor se habrá engañado, sin duda.

—Estoy seguro de lo que digo, — repliqué. — Temo que no haya un ladrón en el parque.

—¡Imposible, señorito!

—Entonces, ¿es alguien de la casa?

El criado abrió un palmo de ojos sin responderme. Por fin, me preguntó si tenía que mandarle algo. Díjele que cerrara la ventana y me acosté.

Dormí muy bien sin soñar con osos ni con ladrones. Por la mañana, acababa de vestirme, cuando llamaron á mi puerta. Abrí y me encontré en presencia de un guapo y arrogante mozo cubierto con una bata boukhara y teniendo en la mano una larga pipa turca.

—Vengo á pediros mil perdones, señor profesor, —dijo,—de haber acogido tan mal á un huésped como vos. Soy el conde Szemioth.

Apresuréme á contestar, que tenía, por el contrario, que darle humildemente las gracias por su magnífica hospitalidad, y preguntéle si se veía ya libre de su jaqueca.

—Casi del todo,—dijo.—Hasta una nueva crisis,—añadió con expresión de tristeza.—¿Os encontráis tolerablemente aquí? Quered acordaros de que estáis entre los bárbaros. No hay que ser exigente en Samogicia.

Aseguréle que me encontraba á cuerpo de rey. Hablándole, no podía evitar que mi vista se fijase en él con una curiosidad que yo mismo encontraba impertinente. Su mirada tenía algo de extraño que me recordaba á pesar mío la del hombre que la víspera había trepado en el árbol... ¿pero cómo puede ser, me decía yo, que el señor conde Szemioth se encarame á los árboles de noche?

(Se continuará.) *Traducción de A. O.*

ADMINISTRACION: Cortes, 365 367. Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 3 de Setiembre de 1887 | Núm. 244

EL FAVORITO (Cuadro de J. Umkadowick)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Feruanflor.—*Recuerdos* (continuación), por Felipe Mathé.—*Desde el manicomio*, por M. Martinez Barrionuevo.—*El hijo del regimiento*, por Federico Urrecha.—*Exposición marítima de Cádiz*, por Patrocinio de Biedma.—*¡Es tu alma!* (poesía), por F. Martinez Orozco.—Nuestros grabados.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—El favorito.—Espejismo.—*Exposición marítima internacional de Cádiz*: El cortejo oficial visitando los pabellones despues del acto de apertura.—*Madrid. Exposición general de Filipinas*: Usos y costumbres.—El lago de Como (dos grabados).—Baile de trajes.—*Inglaterra*: El palacio de Hardwick (cinco grabados).—Estatua colosal de Santo Tomás.—Bajo las lilas.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

TEATROS Y CIRCOS

EMPIEZAN á circular por los diarios noticias teatrales referentes á la próxima temporada; hé aquí los actores que probablemente trabajarán en Madrid y los teatros en que tendremos ocasión de aplaudirles: al Español vendrán Vico y Calvo; á la Comedia vuelve Mario, y con él según todas las probabilidades la Mendoza Tenorio; en la Zarzuela cantarán la Cortés de Pedral y la Soler Di-Franco, en unión de Bergés, Soler y Subirá; en Lara veremos este año á Lujan; en Apolo figura una compañía lírica, de la cual forman parte la Hijosa y Morales; en Variedades cuya compañía tradicional se ha disuelto, representarán obras populares la Lucía Pastor y los Mesejos; tomarán posesión de Eslava Julio Ruiz y Escriu; en Price, como en los anteriores teatros, se cantarán obras alegres; y en Martín y en Novedades habrá coros de chulas y literatura más ó menos flamenca.

La temporada se presenta como la anterior; difícil para la dramática seria: muy repleta de traducciones francesas y abundantísima para los que prefieren á las concepciones filosóficas y á los conflictos del sentimiento la franca y alborotada risa de los saineteros.

Cada vez se hace mas difícil formar una buena compañía dramática que restaure las glorias tradicionales de la escena española y cada día se muestra la escena más desierta de autores que escriban para el público literario; en cambio el teatro como recreo de una hora, como sustitución del café, la tertulia y la taberna va ensanchando sus dominios asombrosamente.

Decididamente el público no busca emociones en el teatro, busca solo placer, olvido de las penas.

Ha quedado, pues, el teatro reducido á dos cosas; á los dramas terroríficos de Echegaray que todo el mundo aplaude, admira, elogia y no vuelver á ver y las revistas de circunstancias, crítica y chismografía escénica, especie de gacetilla declamada y cantada, que no merece iguales ponderaciones, pero á las cuales el público vuelve una vez y ciento hasta saberlas de memoria.

Es una literatura que completa, por decirlo así, el tipo del madrileño castizo; éste tiene de día el espectáculo de los toros; pero sus noches estaban desiertas; ni Ayala, ni Tamayo, ni Echegaray, ni Cano, podían llenarlas... Una reacción feliz hacia la España de D. Ramón de la Cruz y una desdichada traslación del periodismo político á la escena han venido á llenar esas noches.

Y ha sucedido lo que necesariamente debía suceder: la pequeña literatura se ha tragado á la grande, porque la pequeña está en la índole de nuestro pueblo y la grande no. En tiempo de Calderón y Lope de Vega los sentimientos fundamentales de un teatro eran los del pueblo; pero hoy que no tenemos sentimientos fundamentales ningunos, el pueblo se hastía pronto de lo que no responde á las condiciones tradicionales de su carácter. La espada y el crucifijo han pasado, pero la guitarra no ha pasado aún; y de padres á hijos se ha trasmitido como el mejor alivio para desahogar el pecho. Siempre hay un corro allí donde se canta una seguidilla, pero si queréis despejar de gente un local, empezad á leer un poema épico.

Como esta afición á la seguidilla y á la guitarra nos viene de los primeros años, entendemos bien su lenguaje y acudimos á él como á los gritos maternos. Además y por semejante razón, somos aptos para copiar, remedar é interpretar lo chulesco en su verdadero carácter, espíritu y gracia, mientras que difícilmente podemos elevarnos á la interpretación de sentimientos y personajes de otras nacionalidades, de otras razas que no conocemos por la vida real sino por la lectura de los libros. Así, pues, vemos surgir cada día actores y actorcillos cómicos, populares, castizos, de cuerpo y alma de *guripa*, que traen toda la sal del arroyo sin que les cueste esfuerzo verterla porque la tienen de nacimiento. Casi todos los actores cómicos tan queridos del público, verdaderas celebridades y que llenan sus teatritos, no son propiamente artistas ni cómicos, son *Fulano de tal*; hombre gracioso *por que sí*, que hace gracia por *lo mismo*, y que aunque quisiera no podría dejar de hacerla. Cualquiera que sea el personaje que representan, son ellos y nada más; su presencia, naturalmente cómica, basta para producir efecto; en la calle, sin hablar, nos hacen reir y solo cuando se mueran dejarán de ser graciosos. Es que Dios les ha concedido el dón de un gesto, de un falsete, de un desequilibrio físico cualquiera ante el cual no es posible guardar compostura ni seriedad. De esta nota repetida hasta el infinito viven; porque la repetición en lo cómico no es como en lo sublime; si en lo sublime produce la monotonía, en lo cómico despierta siempre la hilaridad.

Si vemos tanto teatrillo pequeño que prospera y si en todos esos teatrillos vemos compañías relativamente aceptables y actores con reputación de notabilísimos, es porque, nacidos en el pueblo, educados en el café, connaturalizados con las patronas de las casas de huéspedes, las chulas y los toreros dominan el género que representan. Al representar las obras de su repertorio no fingen: viven su propia vida.

Por el contrario los actores de los grandes teatros, los artistas llamados á representar las concepciones superiores del talento necesitan como primera condición transformarse de carácter, de actitudes y hasta de figura, adoptando las de personajes cuyo mundo tal vez no conocen. Tantas obras, tantas creaciones distintas tienen que interpretar, fundamentadas no en lo risible, grotesco y ridículo, sino en sentimientos íntimos difíciles de traducir y de expresar por sus delicadísimos matices.

Y hé aquí de lo que realmente estamos necesitados en el teatro: de actores que nos representen hombres y no muñecos trágicos ó simples caricaturas. Tenemos actores que dicen, gesticulan, accionan y andan admirablemente el drama estentóreo y los tenemos que dan quince y raya á los *ratas* originales; pero no los tenemos para interpretar comedias ó dramas en que los personajes no sean energúmenos ó chiflados.

Si no es un drama de Echegaray no he visto anunciada ninguna otra obra original, y la temporada futura correrá sin grandes accidentes. Lastimoso es el estado de la literatura dramática; nacida del gran decaimiento de espíritu en que están los autores. Los autores que aspiran á triunfos solemnes y trascendentales no saben qué dirección dar á sus producciones; el público no les indica ningún camino por el cual puedan marchar gloriosamente; un camino sin *Pobres chicas*, sin *Ratas*, y sin música de Valverde y Chueca. La nota tremenda está gastada y el público la tolera sólo en Echegaray, porque esta personalidad, síntesis de muchas cualidades prodigiosas, le infunde supersticioso respeto.

Al leer las listas de obras y de actores que presentan las empresas se imagina uno que volverán para la zarzuela sus buenos tiempos; pero ya está visto que todos estos teatros que intentan fijar al público con la música española burguesa, honrada, honesta, tan apartada de la ópera como de la tonadilla, vienen á dar en la opereta parisiense ó descienden hasta el cante. Al fin y al cabo todo el Madrid que no ha veraneado ha oído todas las noches, por una peseta, en el jardín del Retiro, la mejor música de los maestros italianos y alemanes. Pensar en la resurrección de la zarzuela es pensar hoy en que vuelvan los pantalones con trabillas y el brasero.

Estamos muy lejos de aquellos tiempos en que sólo podían aspirar á los laureles dramáticos muy contados autores; y estos ya de reconocido talento. Hoy el número de autores que triunfan, es infinito, y casi puede asegurarse una cosa, aunque parezca broma, y es que los más famosos son los más desconocidos. En efecto, si pregunta V. en cualquier sociedad el nombre del autor de una pieza que lleva cien representaciones, no encuentra V. quien se lo diga. El teatro es de los pequeños y á la verdad que ya era tiempo; siglos hacía que era de los grandes.

Mas no censuremos este aspecto de nuestro teatro; tengamos en cuenta, prima, que los que van á estos teatrillos no irían al *Español* de ningún modo; parte porque no entienden la literatura seria; parte porque los precios de los grandes teatros no están á su alcance. Además si los autores de primer orden elevan el espíritu de sus contemporáneos, los autorcillos populares están haciendo una obra meritoria: impedir la completa disolución de la nacionalidad española.

He hablado de los precios de algunos teatros y ciertamente que no hay motivo para criticar los precios del Español ni de la Comedia cuando vemos á nuestra sociedad elegante dar un duro por una silla de Price en los días de moda; siendo así que allí solamente se ve hacer títeres.

Imposible parece que se pague tan caro el aburrimiento. Algunos clowns cuyo mérito principal consiste en dar y recibir pescozones; alguna pantomima que hace reir á los *bebés* y algunos ejercicios en el trapecio, ni más ni menos arriesgados que los que siempre hemos visto; hé aquí Price. Sólo, realmente, ofrece un espectáculo interesante, y por su naturaleza siempre nuevo, Mr. Seeth, el domador de leones, cuya despedida se ha verificado ayer. Mr. Seeth es un hombre joven, alto, de gallarda figura, que muestra en sus actitudes tener conciencia de la importancia de su trabajo y del efecto que su valor produce en el público. No puede menos de mirársele con cierto respeto, como á un hombre cuyo trágico fin está previsto y será inmediato. En su jaula hay leones de varias edades y de varios caracteres, sin duda. Algunos son ya viejos; dóciles, están acostumbrados á su voz, se rinden á ella cariñosamente, y más que leones diríase que son perros de Terranova. A éstos los coge, les abre las fauces, les trae y los lleva arrastrándolos, sin que ellos muestren enojo ni cólera. Hay otros, más jóvenes, rebeldes aún, pero temerosos del hierro y del látigo; que obedecen con ceño y se resignan difícilmente á los varios ejercicios que el domador les impone; y otros, por fin, hay también, que obedecen; pero con rugidos de furor, alargando hacia el domador sus cuellos melenudos, abriendo feroces la ancha boca y estirando la garra y dando zarpazos que algunas veces casi llegan á tocar la diestra amenazadora de Mr. Seeth... Pero todos estos leones, cuando él lo quiere, se acuestan, se alzan, se ponen de piés, saltan sobre su cabeza, pasan bajo sus piernas, trazan curvas y círculos correctos, reciben el fuego de los pistoletazos que les dispara, y siempre amenazadores y obedientes, siempre hacen temblar y horrorizarse al público sin estremecer ni turbar á su domador ni un solo momento.

La fuerza de Mr. Seeth está en su actitud y

en su mirada. Los leones le miran y bajan los ojos; le ven que no tiembla y tiemblan. ¡Desgraciado de Mr. Seeth el día en que sus pasos vacilen y sus ojos se turben!

No hace mucho tiempo los diarios dieron noticia de la muerte de Agop. Este hércules fué el ayudante de Nouma-Hawa, la célebre domadora; con ella compartía el cuidado de su colección de leones. Un día se echó de menos al ayudante, y habiendo preguntado á Nouma-Hawa por él, ella dió varias razones que disculpaban su ausencia; pero añadió:—«Agop, de todos modos, concluirá mal; les ha tomado miedo á los leones; yo se lo he conocido y ellos deben haberlo conocido también. Si no deja este oficio morirá en él. Nuestro secreto es fácil de adivinar; consiste en no tener miedo. No se doma á los leones; se presenta uno á ellos; decidida, impávidamente, la primera vez. Entonces se aterran y retroceden. Están vencidos. Agop se ha puesto á temblar dentro de la jaula; los leones lo han visto; y además grita demasiado; no tiene bravura sino fanfarronería, y eso no basta. Cuando un domador empieza á temblar, ó se retira ó muere.» En efecto, Agop no se retiró y murió destrozado en la jaula.

Esta teoría es exacta porque se ha visto que han entrado en la jaula de los leones personas que ellos no conocían, habiendo podido retirarse incólumes.

Una de las leonas de Mr. Seeth deja en Madrid algunos leoncillos; varios de estos fueron rifados y otros han sido adquiridos por algunas damas de las que frecuentan el jardín del Buen Retiro y que les llevan en brazos como falderos. Parecen perritos, así de pronto, pero luégo se ve que son nietos de los reyes del desierto.

—¿Qué piensa V. hacer con el león cuando crezca?—le preguntaron á una de aquellas damas.

—Encargarle de recibir á mis acreedores.

Es novelesco, bonito y elegante, tener un león; pero no debe ser grato preguntar por los niños de la casa y oir por respuesta:

—¿Sabe V. lo que ha pasado? pues nada, que *Sultán* se los ha comido.

Pero todos estos leones tienen asegurada su jubilación; los comprará el ayuntamiento para terror de las nodrizas y *bebés* que pasean por el Parque de Madrid.

Y se podrá repetir el caso de aquel niño que viendo en la Casa de Fieras el antiguo león, viejo, flacucho, anémico, de ojos tristes, insensible á las palabras y las injurias de los extraños, exclamó:

—¿Mamá... este león... *es el de España?*

Tuyo,

FERNANFLOR.

RECUERDOS

(CONTINUACIÓN)

Por fin, el astro del día quedó triunfante en la lucha. El azul purísimo del cielo inundó con su radiante esplendor el horizonte. Los rasgados cortinajes de la niebla se perdieron lentamente en el espacio, y allá, al final de aquella larguísima pendiente, y á derecha é izquierda de la carretera que blanqueaba entre verdes prados y árboles frondosos, se divisaron los primeros jinetes de la vanguardia exploradora, seguidos á distancia de la línea avanzada de patrullas, que precedían á la segunda línea de secciones de contacto, y más cerca el grueso de la fuerza restante de caballería, que marchaba por la carretera.

ESPEJISMO (Acuarela de C. Combes)

¡Hermoso espectáculo que nunca olvidaré! Aquellos jinetes lejanos que marchaban á la cabeza de todas las fuerzas de la división, eran, por decirlo así, los ojos penetrantes de aquel organismo de combate que habían de señalarnos la presencia del enemigo.

Según pude entender, por noticias cogidas al vuelo, operábamos en combinación con las fuerzas de otra división, que se dirigían por nuestro flanco izquierdo, para verificar su enlace con la nuestra en aquel mismo día. Con este motivo, se procuraba mantener expeditas las comunicaciones entre ambas, destacando al propio tiempo exploradores por nuestro flanco derecho, que podía ser el más amenazado, prestando también la infantería el penosísimo servicio de flanqueo, y formando unos y otros, con los exploradores de la vanguardia, una cortina lejana é impenetrable al enemigo que garantizaba la seguridad de la columna.

Indudablemente se debían tener algunas noticias recientes de la proximidad del enemigo, porque se redoblaban las precauciones cada vez más. A cosa de las doce de la mañana, un oficial de la vanguardia exploradora, seguido de un ordenanza, avanzó á la carrera hasta nosotros para dar aviso al general de la presencia del enemigo, que se había divisado á lo lejos, y darle los primeros detalles vistos respecto á su fuerza y dirección. A los diez minutos, empezamos á percibir débilmente los primeros disparos de nuestros jinetes, que señalaban el avance del ejército contrario. El general se adelantó al galope hasta la meseta de una colina, situada á la izquierda de la carretera, para observar desde allí los movimientos del enemigo y tomar las primeras disposiciones para el combate.

Confieso con franqueza que en aquellos momentos angustiosos, sentí correr por todo mi cuerpo una cosa extraña; muy parecida al miedo; que por fortuna desapareció en seguida ante la admiración que me produjo la grandiosidad del espectáculo.

La caballería exploradora desplegó sus flanqueos, adelantó sus patrullas y continuó su marcha, arrollando con bravura las descubiertas enemigas, hasta que, encontrando una serie resistencia, formó en orden de combate, tomando posiciones, mientras fueron llegando las fuerzas de infantería de vanguardia que, apoyándose en aquel primer escalón, desplegaron sus guerrillas formando su línea de sostenes y reservas, y rompiendo un vivo fuego de fusilería contra las numerosas avanzadas contrarias.

La batería de vanguardia, dejando la carretera, enderezó su marcha rápidamente hacia la colina ocupada por el cuartel general.

Envuelta en un torbellino de polvo, llegó cerca de la posición, desplegó en batería, avanzó las piezas á brazo, colocándolas en punto conveniente, y rompió sus fuegos contra las líneas enemigas.

En el mismo instante en que nuestras piezas se emplazaron en batería, coronaba sus posiciones la artillería enemiga. Pero, iniciaron las nuestras el fuego, con tal acierto y buena fortuna, que sus proyectiles empezaron á caer entre las piezas contrarias, antes que éstas nos causaran daño alguno.

Desde la cima de aquella meseta pude distinguir á mi placer, en los primeros momentos, los puntos que ocupaba el enemigo y las posiciones sucesivas que nuestras tropas tomaban en su rápido despliegue. Cuando ya la lucha se había generalizado algo más, el humo de la pólvora me ocultó las peripecias del combate, y el estrépito incesante del cañón me ensordeció por completo.

II

EL MIEDO

Las granadas enemigas empezaron á causar bastantes bajas entre nosotros, y, á decir verdad, me arrepentí como de mis pecados, en aquella ocasión, de haberme metido donde no me llamaban, y encontrarme en trance tan apurado. Algo de esto debió leer en mi semblante el general, cuando una de las veces que volvió la cabeza para dar una orden, me preguntó si quería encargarme de organizar á retaguardia un hospital de sangre, poniendo á mi disposición las ambulancias sanitarias.

Con mil amores, mejor dicho, con doscientos millones de amores, acepté la proposición, tanto más, cuanto que la casualidad quiso favorecerme dejando libre á nuestra derecha, y á mi parecer fuera del alcance del fuego enemigo, mi caserío de *Fuentesclaras*. Un ayudante me condujo fuera de aquel infierno, me presentó al jefe de Sanidad, y al cabo de hora y media instalé en mi propia casa un cómodo hospital de sangre, enarbolando sobre el tejado más alto una gallarda bandera blanca, con su cruz roja, que decía á voz en grito: ¡Aquí no se debe tirar! Esto no impidió que algunas granadas enemigas tocaran en el edificio, pero sin causar desgracias ni daños considerables.

(Se concluirá.)

FELIPE MATHÉ

EXPOSICION MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CADIZ: EL CORTEJO OFICIAL VISITANDO LOS PABELLONES DESPUÉS DEL ACTO DE APERTURA SE VE EL BARRIO DE SAN SEVERINO Y UN PABELLÓN (Dibujo de Asarta)

MADRID.—EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS: SALA 2.ª USOS Y COSTUMBBES (Dibujo de P. y Valor)

DESDE EL MANICOMIO

(Monólogo representable sin camisa de fuerza)

ES COPIA

Esta que escribo á vuela pluma y sólo para que tú la leas, me está pareciendo que ha de llamar mucho la atención de las gentes, porque se dirán mirándose, burla burlando, con risas y lástimas:

—Oye, ¿no ves? ¡La carta de un loco!

Si yo no te tuviera aún respeto, diría que la loca eres tú; pero loca de remate; tan loca, que tratas de volverme el sentido y se lo has de volver á todo el mundo, hasta se lo volverás á *ese*. Pero no quiero hablar aquí ahora de tu sentido ni del mío, sino explicar muy claro el por qué la gente leerá mi carta, la comentará después, é irá de este al otro lado con el documento y con mi nombre de boca en boca, cuando es la verdad que sólo está la carta para tí escrita, sin que ningún humano ó divino, que para mí es igual, debiera traslucir, en su vida mortal ó eterna, la noticia de que te escribieron y de que fuí yo.

Cierto es que nadie debía traslucirlo, pero como la locura mía la has causado tú, y gusta al verdugo enseñar el tornillo con que agarrota y el hacha con que cercena, por esa misma causa tú cantarás á grito pelado, para que los sordos te oigan, que yo te escribí una carta, y que en ella te dije lo de más acá y lo de más allá, queriendo demostrar así que mi locura es de remate y locura sin cura... ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué me duele el alma pensando en que tus angelicales dulzuras de otros días se convirtieron en odio contra mí, cuando si es verdad que me volví loco fué por tu cariño!... ¡Loco!... ¡Loco yo, que tan cuerdamente expreso mis ideas!... ¡Loco yo, que vivo en este palacio encantado de piedras preciosas y de columnas de oro!...

¿Tú no has visto mi palacio? Yo te lo describiría aquí con sus pelos y señales... ¡ya ves qué barbaridad, qué extravagancia! decir que un palacio tiene pelos. En fin, vosotros, los que estáis en el uso cabal de la razón, lo decís así, y no es posible que un loco lo diga mejor que un cuerdo.

Te describiría, pues, mi palacio con sus pelos y señales, si yo supiese que ibas á comprender la explicación; porque tengo la seguridad de que, lacrimosa y compungida, y ocultando la risa que por dentro te retozara, ocuparíaste en pensar que un loco solamente puede escribir locuras y no de fijar el pensamiento mesurado y afanoso para entender si alguno cuerdo encontrabas en lo que el demente dijera... ¡Ay, santa de mi alma!... Siempre que te voy á decir santa me acuerdo de los demonios y viene á mis labios la palabra: «¡maldita!» Pero, ¡qué quieres, ángel de mi corazón!... Siempre están mis labios próximos á acogerse á la santidad, antes que al infierno. ¡Si hubiese alguno que me pudiera definir lo que tienes tú de culebra y lo que tienes de ángel!... Se me figura en ocasiones que te veo la cola de escamas, con anillos azules, que me aprietan, que me están ahogando, y las alas de oro refulgentes, que me acarician, haciéndome aire en el rostro, un airecillo perfumado y mareador, como aquel de la primera rosa que deshojamos juntos.

EL LAGO DE COMO UNA CALLE EN VARENNA

A tí no, ¡á mi madre! á mi madre, que es más buena que tú, á esa es á quien yo debía contar mis alegrías... porque yo estoy alegre, ¿lo sabes? Yo estoy alegre, y no me desmientas queriéndome probar lo contrario y diciéndome que sufro, porque sería capaz de destrozarme el corazón con las uñas, de rabia de quererte tanto. Si yo estoy alegre, ¿por qué has de negarlo tú? No, no... ¡madre de mi alma! que ella me ha vuelto el juicio; ¡dile que no! ¡Que yo estoy contento, que huya de mis insomnios, que yo no la vea, que me ahoga!... ¡Madre, madre, que me ahoga!... Pero, ¿no ves? ¡Si es que me ahoga la risa!... ¡Y dices que no estoy alegre!... Tengo yo un palacio... verás; pero procura no enterarte, ¡ay, no!... que te adoro aún, y no quiero que te mueras; porque te morirás, ¿tú sabes? ¡Habrás de morirte despacito, muy despacito, así como la envidia se va agarrando al corazón! Pero no quiero que te mueras. ¡Pobrecita! ¡Tienes los ojos tan dulces! ¡Si vieras tú como parece que me miran muchos ojos, muchos, iguales que los tuyos, en las noches apacibles, cuando está el cielo cuajado de estrellas! ¡No, no te mueras nunca! ¡Eres la mujer que yo había separado de las otras, para poner en tus entrañas mis hijos, unos niños y unas niñas con los cabellos dorados y los ojos azules, vestiditos de seda blanca y con alas de hojas de flores muy tenues, muy finas, muy suaves, como para que pudieran volar y venir á este palacio encantado, que hice yo, de piedras preciosas y de columnas de oro!

Es grande mi palacio, grande como ninguno de esos de la tierra mezquina; lo he construído sobre le veleta de la torre que hay en el jardín del manicomio; por este motivo, *gira* mi palacio á *todos vientos;* es un gran espectáculo, *variadísimo* siempre, el que desde sus miradores se distingue; estos miradores fueron labrados, de mi orden superior, por un artífice que vestía hopalanda azul y bonete rojo; son las maderas de un árbol que yo sembré, cuando pasaba todavía por cuerdo; están tachonadas con granates, perlas y záfiros. No diré cómo están las habitaciones del palacio distribuídas, porque sería de muy difícil comprensión para un mísero cuerdo, pero sí haré constar, para asombro de quien mi carta lea, que tengo por habitaciones en el alcázar, un cielo, una mazmorra, una casa de locos, una guardilla, un infierno y un limbo.

La habitación del cielo es para meterme en ella, cuando me doy á pensar en tí; la mazmorra, para cuando me dedico á indagar lo negro que de pronto se pondría tu corazón puesto que así me matas y tan divino era; enciérrome en la guardilla, al pensar en las causas de tu abandono; caigo en el infierno de cabeza, al recordar todas las bondades tuyas, sin explicarme el motivo de tu súbito horror á un cariño por el que tantos sacrificios hacías; es el limbo para pensar en tus inocencias, tus castidades, tus rubores, y la casa de locos... es la tuya.

En mi sala del cielo he mandado colgar un columpio: es el columpio una bella concha de nacar fina; la fileteé de diamantes, recordando el brillo de tus ojos; sostiénese la concha como tú te sostenías al amarme, con dos hilos muy tenues, uno de lágrimas y otro de ilusiones; comparo á esa concha contigo, ¡pobre amada mía! ¡algo grande pesó sobre tí, y aquellos hilos misteriosos de ilusiones y lágrimas se hicieron pedazos! ¡Que misterio más triste la evolución tuya!... Por eso yo me columpio siempre *metido en mi concha*, pensando en tu carácter y viendo á mis piés, de rodillas, la corte grandiosa de damas, pajes, escuderos, monos y demás gente menuda que tengo bajo mi santa autoridad.

Mis favoritos, los que gobiernan mi palacio, mi pensamiento y mi corazón, son tres: un genio, un ángel y una sirena. En las tardes plácidas de estío, cuando el sol va declinando suavemente y susurran las brisas dulces quejas de las que yo te contaba al oído en un tiempo en que tú solías llorar de emoción oyéndome; cuando allá lejos miro las olas del mar estrellarse blandamente sobre los guijarros y las arenas de la playa, rodéome entonces de mis favoritos, enciendo los hilos de mi columpio, en llamaradas de pasión y alegría, ilumínase la concha con los colores del iris, y con cierta original batuta que hice yo con la canilla de un muerto, dirijo la

gran sinfonía monstruosa de mundos que estallan, rayos que vibran, planetas que chocan, infernal baraunda donde sacude la serpiente su larga cola, ruge el león, el tigre brama y vuelan por los espacios sobre mi cabeza con aleteo que trepida como el rugido de las tempestades, endriagos y alimañas feroces; todo lo cual sale de mi cerebro atropelladamente cuando toco yo en él con la punta de la varita de la virtud. Declina en esto la tarde, llega la noche, surge la luna, doy una orden á mi genio favorito, saca una llave de acero dura como mi constancia y brillante como tu artificio; sube el genio en mis hombros, abre una puertecita que tengo en la mollera y entonces... ¡Oh! De mi meollo que parece una caja de rapé, esperando las puntas del índice y pulgar de cualquier sujeto, sale humo, mucho humo, después unas llamitas azuladas y tú al fin, vestida de blanco, igual que aquellos niños de tus entrañas, de ojos azules y cabellera blonda. ¡Tú eres, sí, santa de mi alma, tú eres, y yo me hinco de rodillas y te rezo y te imploro y te pido perdón y tú sonríes y yo beso llorando la túnica flotante que te envuelve! ¡Te veo allí, con sonrisa de ángel triste, resignada, llorosa, desbandado el cabello en señal de luto, humilde, buena, con los divinos ojos de mi corazón alzados al cielo, las manos cruzadas en ademán de súplica, la carita pálida como de muerta y tienes flores en las manos y corona blanca en la frente, todo níveo, poético, emanando suave perfume de gloria, entre nubecillas que flotan como el incienso y la ilusión... y nos metemos en la concha del columpio, nacarada y con filos de diamantes y vamos columpiándonos embebidos en dulces gozos, teniendo como arrullo de nuestro embeleso purísimo de amor, aquella gran sinfonía tremenda de mundos que estallan, rayos que vibran... hasta que los hilos del columpio se parten, la concha se hunde, nos estrellamos y abur Perico.

Otras veces, hago que surja el mar delante de mí; veo sus olas azules, con ráfagas de oro, de los reflejos del sol, y plomizas con los tonos de las nubes; las olas cantan dulce melodía, como aquellos gorjeos tuyos entonados en mi oído, y yo vuelo mientras tanto por los aires sobre el mar arrullador, y vuelo solo porque procuro alejar á mis favoritos. El genio encarámase en una peña; se monta el ángel en una nube y la sirena se tira al mar, y va entre las aguas, sonriente y divina, con aquella hermosura fantástica y aterradora, como la que tú tienes. ¡Es una sirena creada por tu modelo! Escóndese de pronto entre las aguas, flota allí con suavidad, culebrea diestramente y deslumbra la vista un esplendor,—como el de tus ojos,—que brota de aquel medio cuerpo suyo de escamas.

Yo vuelo y sigo por los aires; llevo en una mano mi palacio, para cuando quiera sentarme á descansar en un columpio de la sala del cielo, y en la otra mano, la última carta tuya, que me parece,—aunque el símil lo creas tonto,—un altar socavado.

Deténgome á lo mejor en las alturas; y al momento, sin que yo lo ordene porque ya están acostumbrados, el genio dicta desde la roca, el ángel escribe con pluma de oro en el cielo, y la sirena cánta en el fondo de los mares. ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántas amarguras! ¡Cuántas pasiones veo yo en esos cantos populares, quejumbrosos y dulces; ardientes como el beso meridional; agudos como la daga milanesa; rítmicos y fantásticos como canción morisca; rumorosos y embriagantes como las brisas perfumadas de Laconia; esos cantos de tu país, ¡el país de los viejos castillas romanos! ¡Las mezquitas moras! ¡Las catedrales cristianas!

Sigue la sirena cantando mientras yo no le ordene otra cosa. Si pienso en tu corazón y en mi constancia,

«Aguita que cae—cae,
cécate ya en donde brotes,
que es mentira que la piedra
se ablande á fuerza de golpes.»

Cuando se fija mi pensamiento ardoroso en la situación horrible de que tú murieses sin yo estar á tu lado; sin yo velar tus noches de delirio, de rodillas ante tu cama; sin yo cerrar tus ojos después de muerta. ¡Dios mío!

«¡El día que tú te mueras
que guarden el cementerio!
No quiero estar en presidio
por profanar á los muertos.»

EL LAGO DE COMO: TORNO

Si como ráfaga de centella ilumina mi imaginación el recuerdo de la noche que pasaste por mi lado, tranquila y dichosa, la vez primera que te ví después de tu abandono, tiene entonces la copla algo de lúgubre y sollozante:

«¡Cuando pasó por mi lado
la vió de reír la gente,
y un poquito más arriba
cayó muerta de repente!»

También tengo celos; también me acomete de tarde en tarde, algo así, como desesperación y vértigo de horrores; algo que metaliza mi voz para que se convierta en rugido vibrante; ¡pienso en mi madre! ¡En tí! ¡En que hay otros hombres!

«Culebrillas tengo, ¡madre!
liadas al corazon.
Yo la quiero y quiere á otro...
¡Arráncamelas, por Dios!»

Un día, yo no sé cómo cantó la sirena, pero me hizo mucho daño, mucho, santa de mi vida; no puedo definir lo que encontraba en sus canciones. ¡Ay, qué martirio! Yo no tenía ya deseos ningunos; cesé de dar vuelos; tan distraído iba, que por poco si caigo al mar al encoger un ala; estuve en una de las habitaciones de mi palacio y me puse más triste todavía; era esta habitación la de la *casa* de locos.

Tu padre, adusto el ceño y paseándose con las manos cruzaditas atrás:

—Ya ves que no es posible que á él te unas: es un asesino; ha incendiado y ha matado; el otro día se comió de un golpe media docena de muchachitos que iban al colegio agarrados de la mano; por cierto que uno de ellos, que no sabía bien la lección, la iba repasando cuando cayó al estómago.

Tu mamá, abanicándose con mucha fuerza:

—¡Qué sería de tí, con un hombre que se come á los niños crudos cuando van á la escuela y todo!

Tu hermana, muy seria, muy ceremoniosa:

—¡Vaya con la niña! ¡Querer á un hombre que para quitarse el sombrero, lo coge por el lado y no por el frente! ¡Que se ha dejado el bigote y se afeita la barba! ¡Que al sentarse un día, dobló el cuerpo un poco!... ¡Vamos, mujer, no seas loca!

El gato:

—Miau... Miau; que equivale á decir: nada; que ese hombre no te conviene.

El perro:

—Guá... guá, que se traduce.—Niña, evitemos un disgusto.

Cuando yo ví la manera que tenían todos de acosarte porque me odiaras, salí muy triste; por eso me hacía tal impresión el canto de la sirena.

—Cállate,—la dije de mal humor.

—No me da la gana,—repuso la traidora,—y con liviano movimiento, se hundió en el mar: sacó luégo la cabeza y el busto, llenos de perlas y espumas y siguió cantando la muy bribona:

Cuando me muera, te pido,
por Dios que me des un beso,
para que no esté en la caja
penando después de muerto.

BAILE DE TRAJ

dro de Schweninger)

Desde que tú no me quieres
mi corazón es el mar;
que las penas cual las olas
unas vienen y otras van.

Al ladito del orgullo
sembraron el sentimiento:
lloraban allí las flores...
y nació tu primer beso.

Hice yo de tu cariño
barco para navegar;
era muy chiquito el barco
y naufragó en alta mar.

Suspirillos de la tierra
son las flores cuando brotan;
y son los suspiros tuyos
¡suspiros de *malea-loca!*

Quisiera yo publicar
coplas que están guardadas,
escribiéndolas con sangre
en las nieves de tu cara.

Lo que yo luché y sufrí
para darte el primer beso,
lo tiene Dios apuntado,
con rayitas en el cielo.

Al Padre Santo, mi crimen,
llorando le confesé;
y el Padre Santo me dijo
que te matara otra vez.

¡Ah, pérfida sirena, como se burlaba y se burla aún de mi corazón llagado! Desde el día que se rebeló contra mi autoridad, no deja de atontarme un minuto con sus coplas, que yo no sé de dónde saca, porque al ángel le he roto la pluma para que no escriba y le ha cortado la lengua al genio para que no hable. Yo tengo que oirla y me desespero, me vuelvo loco, no; la sirena dice esas cosas, de envidia que tiene á la muchachita de corona de flores en la frente de cara amarilla y suave como las hojas de los lirios; de manos cruzadas que piden á Dios misericordia por mí. No tengas tú cuidado, sirena infame; huyes constantemente, zambulléndote en el agua y cantando; huyes y haces bien, porque como te coja, te doy *ahogadillo*, por meterte en camisa de once varas. Quedáronse para mi consolación el genio y el ángel,—un par de buenos chicos.—Cuando después de mis furias, voy entrando en calma, y me da por el sentimiento, y se me encoge el corazón ante la idea de aquellas dulces horas de amor bendito, como yo estoy loco y los locos no lloran, digo al ángel que llore mis penas. Y al ver sus lágrimas me alivio mucho, porque me acuerdo de la Virgen y me acuerdo de Dios.

El genio se dedica á otras faenas.
Le da beton á mis botas.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO.

INGLATERRA.—EL PALACIO DE HARDWICK: ANGULO DE LA GALERÍA DE PINTURAS

EL HIJO DEL REGIMIENTO

I

Vivaqueamos sobre el llano de Albatera, que nos había costado diez horas de combate y mil seiscientas bajas entre muertos y heridos, y entre el cendal de la noche se rompía la oscuridad aquí y allá por las hogueras que encendían las compañías para condimentar el rancho. ¡Rancho melancólico comido entre las tristezas de la derrota y la fiebre de la revancha!

El coronel, el comandante y tres capitanes paseaban cerca, llegándose de vez en cuando al fuego que habíamos encendido y restregándose las manos amoratadas por el frío. Luégo seguían su paseo y se alejaban, oyéndose de vez en cuando la voz un poco cascada, pero dura, del coronel Pozazal que decía:

—¡Si no se hubiese retrasado la caballería!...

La caballería se había retrasado, efectivamente, bien por culpa suya ó por imprevisión del cuartel general; lo cierto era que cuando el cuarto regimiento del segundo cuerpo empezó á flaquear diezmado por la artillería, esperó más de media hora á que llegara, y cuando ya pasó como una tempestad de hombres, de caballos y de hierro, la derrota era inevitable. Formamos en batalla poco después para ser revistados por el general en jefe, y no recuerdo haber visto nunca palidez semejante en rostro humano, como la que cubrió el del acartonado coronel Pozazal cuando el general en jefe dijo señalando con el sable desenvainado hacia el cuarto regimiento, inmóvil á pocos pasos, aquellas memorables palabras:

—¡Mañana veremos lo que hace ese regimiento, coronel!

Se vería; no hubo un solo soldado que no se sintiese avergonzado de oir al general, ni quien no creyese humillantes las sonrisitas burlonas de los oficialetes del Estado mayor. El coronel estuvo callado hasta que el general hubo pasado, y luégo dió un golpe iracundo con el puño del sable sobre la perilla de la montura, y revolvió el caballo hacia nosotros, exclamando con acento enérgico:

—¡Mañana se verá, muchachos! ¡rompan filas!

Rompimos filas y como se echaba á más andar la noche vivaqueamos allí mismo. Estábamos helados hasta los huesos, y entre los de la primera compañía hicimos una hoguera, en derredor de la cual nos sentamos con los capotes subidos por cima del cogote. La plana mayor se había metido en la tienda del coronel, y en el silencio de la triste noche de los vencidos sólo se oían los *alertas* de la primera línea. De vez en cuando pasaban los sanitarios con una camilla en dirección de la aldehuela de Escuernavacas, donde estaba el hospital de sangre, casi á doscientos pasos de nosotros.

Con tres troncos se improvisó la cocina, y de ellos fué colgado el perol en el que fué echando las patatas mondadas el esclarecido Madrépora, á quien llamábamos así por un ramo de sangre que tenía en el carrillo derecho. Tenía el tal primorosas manos para toda clase de condimentos, hasta el punto de que nos lo envidiaran las demás compañías del cuarto regimiento, y solo él podía hacernos agradable el rancho después de las palabras del general en jefe.

Sobre las patatas cayeron los granos de arroz y el tocino añejo, y hasta una docena de pimientos que el sargento Monzón había sacado, no se supo de dónde. Y entre la lluvia finísima é insistente, sacudidos por el viento frío que sopló aquella noche sobre el llano de Albatera, comimos el rancho que había de darnos fuerzas para que el general viera al día siguiente lo que sabía hacer el cuarto regimiento del segundo cuerpo de ejército.

II

¡Ay, hondos pensamientos del vivaqueo antes de la pelea, y cómo y con qué ímpetu surgieron la noche aquella en los cerebros de los vencidos del cuarto regimiento!

Aquél no acabará de digerir las patatas que come, éste no acabará en paz el sueño que comienza al tibio resplandor del fuego del vivac, y ninguno de nosotros podría decir ahora que mañana no concluirá la jornada en el hospitalillo de Escuernavacas. El problema de la muerte se presenta entonces por modo más punzante, y los alientos se abaten y las energías se desploman. En el *mañana veremos* del general en jefe había para todo el regimiento algo más terrible que la dura verdad: la incertidumbre.

Comían también en la tienda del coronel, cuando de pronto oímos la voz enérgica de éste que decía:

—¡Madrépora! ¡uno aquí enseguida!

Corrimos seis ó siete. En el fondo de la tienda se agrupaban los oficiales en torno del abanderado, que sostenía en los brazos un chiquillo medio envuelto en una manta. ¿De dónde había salido aquel monigote rollizo y coloradete que se mordía los puños llorando desesperada-

mente? Probablemente lo habría llevado alguna desdichada de Escuernavacas, y la oficialidad sintió el llanto desde la tienda.

El coronel Pozazal, con el bigote erizado por el mal humor, entregó el chicuelo á Madrépora y le dijo:

—Llévate *eso* y encárgate de ello, que ahora irá el *pater* á echarle el agua.

Nos volvimos al vivac con aquel rollo de carne que seguía protestando contra su nueva familia. Madrépora, tan hábil en guisár el cotidiano rancho no sabía acallar gimoteos de recién nacido, y no hubo poder humano que consolase á aquel caballero. Cuando vino el padre Manzanequc, capellán del regimiento, y lo bautizó en un verbo, empezaban á romper por cima de las tierras de Escuernavacas los primeros estremecimientos de la luz del nuevo día. Madrépora había encontrado un cuartillo de leche no sé en dónde, y, por medio de un ingenioso artificio terminado en un tubito de goma que le habían facilitado en la sanidad, acallaba el hambre feroz de Marcialillo, que este era el nombre del sin ventura apadrinado por el regimiento.

Cuando á las cinco de la mañana se tocó generala y empezaron á formar las compañías, iban pasando todos, oficiales y soldados, por delante del vivac para ver al nene que en tan mala ocasión se había incorporado, pero dormía profundamente bajo la manta de Madrépora y no hizo movimiento alguno que indicase su deseo de entablar relaciones con el regimiento, ni aún con el coronel que estuvo tres veces á verle.

A las ocho rompió las nubes un pálido rayo de sol, y como si hubiese encendido la pólvora del primer cañonazo pasó una granada sobre el regimiento, enterrándose á cincuenta pasos de Escuernavacas.

III

A la primera luz del gran día empezó á hormiguear el ejército sobre el mojado llano de Albatera, y ya á las ocho media recibía el regimiento orden de situarse, costase lo que costase, en la cima del cabezo de Aguzahoces. Emprendimos la marcha; el coronel iba á nuestro flanco izquierdo, por donde venía el fuego de cañón, tieso y serio en el caballo, como hombre que llevaba comprometida su honra y la de su regimiento. Cada veinte pasos nos costaba una baja, como que la batería de Aguzahoces disparaba sobre la masa del regimiento cada tres segundos. Detrás venían los sanitarios y la música, y en su centro el gran Madrépora con el monigote en brazos, hecho éste un mar de llanto y como protestando contra aquel estrépito, que no era de su gusto. El coronel soltaba un taco á cada baja, y pasaba de vanguardia á retaguardia gritando á los oficiales:

—¡Más aprisa, con mil demonios!

Más fácil era decirlo que hacerlo. Cada vez que arriba saltaba el fogonazo, se detenía el regimiento instintivamente, caía uno, ó más y luégo seguía. Llegamos por fin: en el reducto había cuatro compañías de zapadores además del servicio de las piezas, y fuímos recibidos con una descarga cerrada. Entonces se convirtió en sed de vencer y vengarse el natural instinto de conservación. El toque de ataque corrió por las cornetas de las compañías como la chispa por el reguero de la pólvora, y dejando á un lado primores de táctica el regimiento todo solo fué un desborde de ira, un conjunto de desesperaciones individuales deseoso de caer sobre el cabezo de Aguzahoces, y exterminar á cuantos en el reducto estaban.

Cuerpo á cuerpo se entabló la lucha, trabándose los combatientes sobre las agudas piedras y los abandonados cañones, hirviendo el todo en interjecciones enérgicas y toques de corneta desesperados. Entre aquella confusión tremenda ví la música sobre el parapeto, y entre el humo al coronel sobre su caballo con el sable roto, el ros echado atrás, iracundo, soberbio de valor, rajando, hendiendo, abriéndose paso con heroico esfuerzo.

Aquello no acababa... A mi lado ví de pronto á un hombre con un lío informe en el brazo izquierdo y el sable de un artillero en la diestra, el gran Madrépora que se batía como cada hijo de vecino, con la borrachera de la lucha en el corazón. Me vió: iba muy embarazado con el fardo del brazo izquierdo, y me gritó:

—¡Eh! ¿te encargas del monigote?

Y estuvo á punto de arrojarme el bulto. En medio del horrendo hervor de aquellos momentos ví al monigote llorar espantosamente, sacudido por los movimientos bruscos que el gran Madrépora tenía que imprimir á su cuerpo. Fué clareando al fin el cabezo de Aguzahoces; los artilleros y el resto de las cuatro compañías bajaban en derrota por las laderas, en busca de la retaguardia de Escuernavacas en que cañoneaba aún la artillería enemiga, y el coronel Pozazal, mandaba tocar alto. Llevó el viento los últimos jirones de humo, y cuando pudimos contarnos faltaron más de cien hombres, pero se había visto de lo que era capaz el cuarto regimiento.

IV

Por la noche el vivac se trasladó á Aguzahoces. ¡Qué bien sabían con la victoria aquellas patatas que pelaba Madrépora, dando de tanto en tanto descanso á la faena para arrimar á la hambrienta boca de Marcialillo el tubo de goma que le habían dado en la sanidad! El monigote callaba y chupaba, el coronel paseaba como la noche anterior, sin culpar de nada á la caballería, y lo que quedaba del cuarto regimiento en torno de las hogueras recordaba aquel curiosísimo cuadro que todos habían visto en Aguzahoces, el que formaba Madrépora llevando bajo el brazo izquierdo al hijo del regimiento que lloraba su bautismo de fuego, y en el derecho un sable de artillería que subía y bajaba animado por la embriaguez de la pelea.

FEDERICO URRECHA.

INGLATERRA.—EL PALACIO DE HARDWICK: GALERIA DE PINTURAS

EXPOSICIÓN MARÍTIMA DE CÁDIZ

El día 15 de Agosto, marcado para la apertura oficial de la Exposición, encontró sin acabar las instalaciones más importantes de la misma y sin haber terminado la colocación de los aparatos para la luz eléctrica.

Esto sucede en todas partes y no debe ser motivo de crítica, explotado por la pasión política, lo que ha ocurrido en Cádiz, pues, no cabe en lo posible el encerrar, dentro de una fecha inmutable, trabajos que no siendo de una sola localidad, no pueden precisarse.

La mayoría de los expositores envían con retraso sus objetos; los obreros no pueden ultimar inesperados detalles, y hasta las empresas obligadas á plazo fijo, no cumplen por retraso inevitable de fuerza mayor.

La espera de quince ó treinta días para ver terminada una Exposición de esta importancia, no vale la pena de ser tenida en cuenta, pues, mucho más largas han sido las sufridas en París, Viena y Madrid, y nadie les ha dado importancia.

Hé aquí el motivo de que LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA, que nos ha favorecido confiándonos el encargo de ser sus cronistas de la Exposición, no haya tenido antes la primera revista, porque deseábamos que ella fuese como el prólogo de estas crónicas, que seguirán con la descripción detallada del magnífico local é instalaciones de la Exposición.

Desde 1.° de Setiembre comenzará nuestra misión, y entre tanto y como noticias que han de enlazar con las descripciones, completándolas, describiremos la apertura oficial de la Exposición marítima, importantísima por la solemnidad que ha revestido y por los altos personajes que han asistido á ella.

Los sonoros cañonazos de las escuadras extranjeras saludando á la plaza, dieron á conocer la proximidad de las fiestas, y fueron motivo de curiosidad é interés para todos los gaditanos.

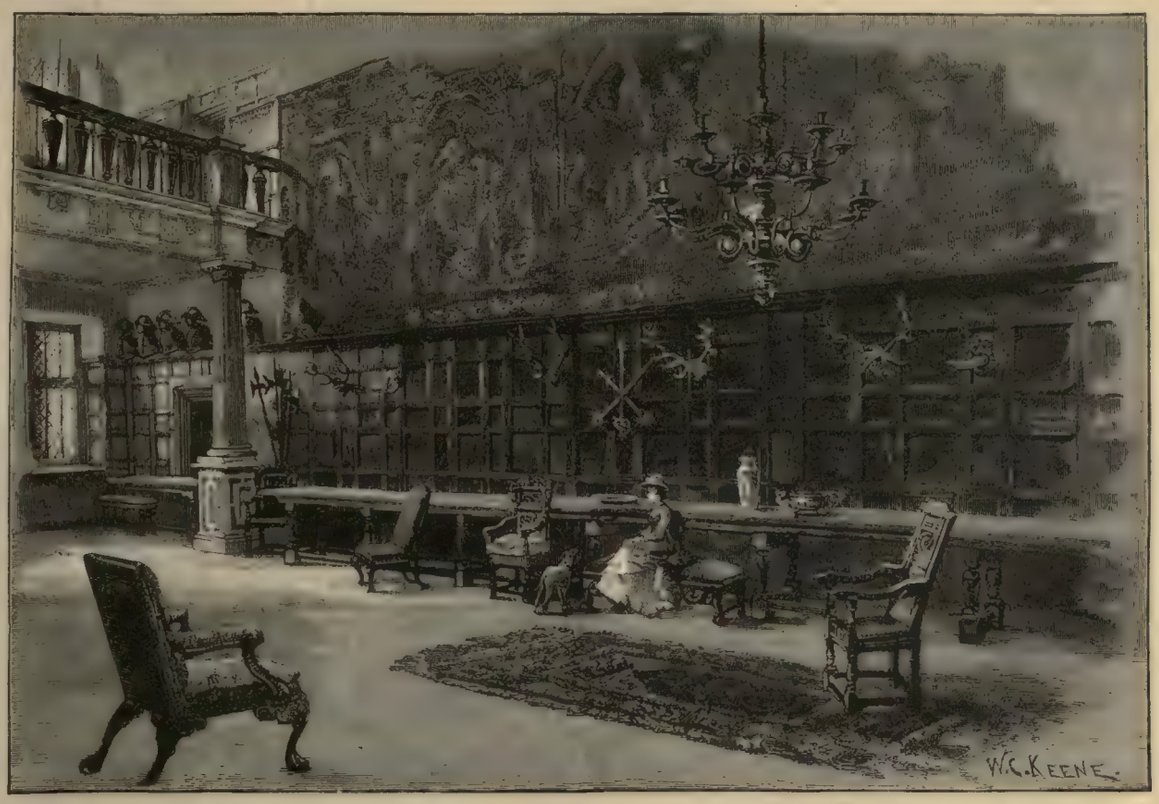
El día 13 de Agosto fondeaba en este puerto la escuadra inglesa, al mando del duque de Edimburgo, componiéndose de los buques *Alexandre*, *Temeraire*, *Thunderer*, *Drendnought*, *Colosous*, *Agammenon* y *Surprisse*.

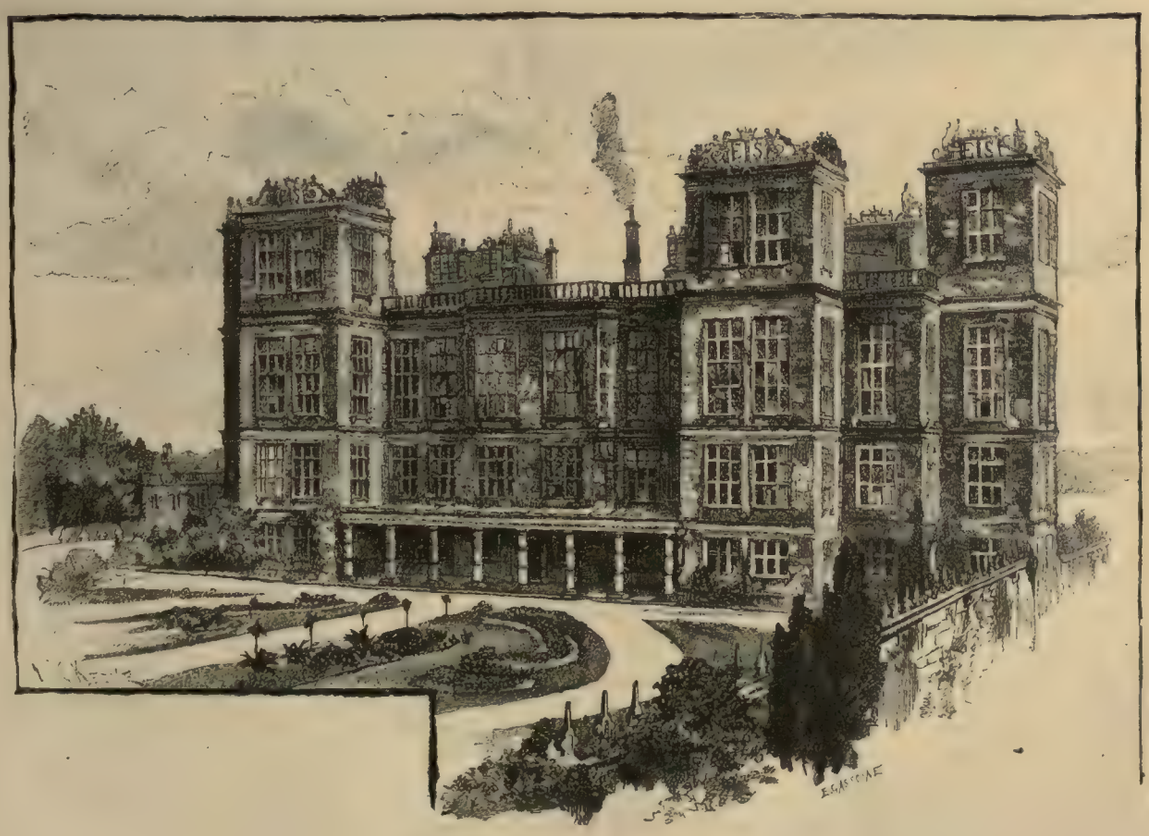
El *Alexandre* es un acorazado de tres palos y 9.940 toneladas de desplazamiento; su andar es 16 millas, el espesor máximo de su coraza 305 milímetros. Monta 12 cañones, 10 de 25 centímetros y 2 de 30.

Lleva á bordo cuatro aparatos para lanzar torpedos, colocados fuera del agua á popa y proa.

El *Temeraire* tiene un andar de 14'65 millas;

ESTATUA COLOSAL DE SANTO TOMÁS (Escultura de Eugenio Maccagnani)





INGLATERRA.—EL PALACIO DE HARDWICK: UNA ANTECÁMARA.—FACHADA DEL PALACIO

monta ocho cañones y su arboladura y torres son á barbeta, su faja tiene de espesor máximo 254 milímetros.

En las torres de popa y proa monta dos cañones de 25 toneladas.

Lleva, como el anterior, aparatos lanza-torpederos.

El *Thunderer* es un acorazado de cuatro cañones, sin arboladura, con dos torres giratorias; anda 12'5 millas. El espesor de su coraza es de 30'5 milímetros.

Además de estos magníficos buques, que han prestado animación y vida á nuestra de contínuo solitaria bahía, se esperaban otros, entre ellos el transporte *Hecla*, fondeado en Gibraltar y el cañonero *Scout* procedente del mismo sitio.

El acorazado italiano *Duilio*, su comandante el duque de Génova, llegó también el día 13, trayendo á su bordo al príncipe de la casa de Saboya.

Este soberbio monitor tiene un palo únicamente, dos chimeneas y 11.000 toneladas de desplazamiento. Lleva doce cañones, dos torres blindadas, y una tripulación compuesta de cuatrocientos veintiocho hombres.

Tiene además una cosa extraordinaria, y que no sabemos la tenga ningún otro buque del mundo; un dique en la parte de popa, que contiene un torpedero, el cual, en caso de necesidad, abiertas las compuertas é inundando el dique, sale flotando al mar, á cuyo nivel se encuentra.

Inmediatamente que estos buques llegó el cañonero portugués *Zaire* que lleva cuatro cañones y 100 tripulantes.

El día 14 llegó el acorazado francés *Courbet*, de gallardo porte, la corbeta de guerra alemana *Ariadne* y un buque norte-americano que se hallaba en la bahía, y que fué autorizado por su gobierno para representar en el acto de la apertura á su nación.

Completábase tan notable línea de buques de guerra anclados en el canal, con nuestra hermosa *Numancia*, la *Blanca* y la *Navarra*.

El día 14 llegó el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, ministro de Estado, para asistir al acto de apertura, y con él llegaron el señor Aguilera, sub-secretario de Hacienda, secretario particular, diputado provincial señor España y dos taquígrafos.

En la noche del 14 dió el duque de Edimburgo un banquete á bordo á las autoridades marítimas civiles y militares de Cádiz, que fué admirable por la suntuosidad y buen gusto desplegados por el ilustre Príncipe.

La mesa, colocada sobre cubierta, lucía una suntuosa vagilla, y un valioso adorno en centros *corbeille* y jarrones de oro y plata, formados por elegantísimos modelos de barcos, con tan delicados detalles y tal riqueza intrínseca que puede afirmarse causaron el asombro de los invitados.

Una música formada por un sexteto de cuerda tocaba á lo lejos delicados trozos de ópera, que el príncipe, como notable artista que es, había elegido sin duda.

Asistieron el capitán general del Departamento señor Montojo, el del distrito señor Polavieja, el alcalde de Cádiz, el gobernador y algunos otros personajes.

INGLATERRA: RUINAS DEL ANTIGUO CASTILLO DE HARDWICK

Desde el día 15 por la mañana Cádiz tomó un aspecto de fiesta que se revelaba en su extraordinaria animación.

Una misa de campaña, celebrada en el glasis de Puerta de Tierra, llevó más de ocho mil personas á este bello sitio rodeado por el mar.

A las dos de la tarde comenzaron las músicas á recorrer las calles, dirigiéndose á la Exposición, seguidas de un inmenso gentío.

En la casa Aduana y en la Capitanía del Puerto fueron reuniéndose los convidados, siendo recibidos los príncipes de Edimburgo y de Génova con los honores correspondientes.

En un tren *exprés* salió el cortejo en el cual iban, además de las mencionadas personas reales, el capitán general de Andalucía, señor Polavieja, el capitán general del Departamento marítimo de Cádiz señor Montojo, el gobernador civil Sr. Alvarez Osorio, el gobernador militar señor Fuentes, el presidente de la Diputación señor del Toro (don Cayetano), diputados provinciales, el alcalde de Cádiz señor del Toro (don Enrique), el capitán del Puerto señor Alemán, representantes de las Diputaciones provinciales y de varios Ayuntamientos, corresponsales de la prensa madrileña y andaluza, comandantes de los buques surtos en bahía, presidentes de la Audiencia, de las Academias y Centros literarios, fiscales, abogados, empleados de Hacienda, facultad de Medicina, jueces municipales y cuanto tiene en la localidad representación ó cargo de importancia.

El señor ministro de Estado presidía este brillante cortejo en el cual brillaban los uniformes y las placas á los últimos rayos del sol.

Llegada la comitiva al suntuoso salón de actos, el señor del Toro iniciador y alma de la Exposición, leyó su bien escrito discurso, enumerando las dificultades vencidas para realizar las obras y el estado de estas, así como los resultados ventajosos que se proponía.

El señor Moret encareció al dirigir al público su palabra después del discurso del presidente de la Diputación, las ventajas que estos concursos producen á los pueblos, y declaró abierto el certamen en nombre de S. M.

Seguidamente el cortejo recorrió las instalaciones, volviendo al tren para asistir al banquete con que obsequiaba á sus huéspedes la Provincia.

Su Alteza el duque de Edimburgo volvió á bordo, levando anclas por haber recibido avisos de Gibraltar.

El banquete fué notable pronunciándose brindis entusiastas.

Aquella noche había función de gala en el teatro Principal, que estuvo brillantísima.

El 16 almuerzo en el Ayuntamiento de ciento cuarenta cubiertos, en el cual pronunció el señor Moret su anunciado discurso con declaraciones políticas, que no tuvo otras que la declaración de pertenecer la herencia del poder á los conservadores.

El orador estuvo inspirado, siendo muy aplaudido.

El *Courbet*, el *Duilio* y la *Numancia* han ofrecido brillantes bailes á bordo, á la alta sociedad gaditana, que han sido brillantísimos.

La Diputación provincial, ó mejor dicho los diputados, puesto que lo costean de su bolsillo particular, han obsequiado á los corresponsales de la prensa con un banquete delicadísimo en un bello sitio de la Exposición.

Y por último, el Casino Gaditano ha obsequiado á S. A. el duque de Génova, en reciprocidad de los obsequios recibidos en Italia por nuestros marinos, con un baile verdaderamente regio.

Hé aquí en resumen las grandes fiestas de apertura; las revistas de la Exposición comenzarán desde primero Setiembre, para cuya fecha estará terminado el arreglo de las instalaciones.

PATROCINIO DE BIEDMA.

¡ES TU ALMA!...

Sobre el cáliz purísimo de un lirio
que columpia la brisa,
temblorosa una perla de rocío
á su vaivén oscila.

Es tu alma, tan pura cual la gota
que al lirio imprime un beso,
es tu alma uncida al dulce halago,
de mi amoroso anhelo.

F. MARTÍNEZ OROZCO.

NUESTROS GRABADOS

EL FAVORITO
Cuadro de J. Umkadowick

No todos fiarían en la lealtad de esa amiga de los gatos, ó por mejor decir, de su gato en particular, teniendo presente que una simpatía tan extrema por un animalito de aquellas circunstancias, implica un carácter decididamente felino. No negará nadie que las mujeres de cabeza gatiforme son adorables por esto solo, pero de lejos; de lo contrario es exponerse á que á lo mejor le suelten á uno un zarpazo.

ESPEJISMO
Acuarela de C. Combes

No deja de ser una ocurrencia muy original pintar un cuadro representando los *Efectos del espejismo en el Bogan*, pero si se tiene en cuenta que el autor es un australiano, la extrañeza se hace ya menor. Sea como fuere, se ve que M. Combes siente profundamente la naturaleza y sabe pintar lindas cosas.

EXPOSICIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CÁDIZ
EL CORTEJO OFICIAL
VISITANDO LOS PABELLONES DESPUÉS DEL ACTO DE APERTURA
SE VE EL BARRIO DE SAN SEVERINO Y UN PABELLÓN
Dibujo de Asarta

(Véase el artículo de D.ª Patrocinio de Biedma).

MADRID: EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS
SALA 2.ª—USOS Y COSTUMBRES
Dibujo de P. y Valor

En esta sala, notable por los interesantísimos objetos en ella depositados, puede el visitante formarse cargo de las interioridades de la vida filipina.

Además de los modelos de casas y de trajes, cuelgan de las paredes panoplias con armaduras, rodelas y *salacots* de moros, conteniendo seis de ellos equipos completos de igorrotes.

Hay, además, en doce palomillas adosadas al muro, gran variedad de *tampipis* ó cestos del país, *bilaos* ó bandejas de mimbres, cestas de labor y otros objetos de la misma materia y de uso doméstico, pipas, etc.

EL LAGO DE COMO
Una calle en Varenna.—Torno

En nuestro número anterior hablamos con alguna extensión de este lago. Diremos ahora que la vieja ciudad de Varenna ocupa el centro de su margen oriental, en medio de unas montañas de todo punto selváticas, pero no por eso menos encantadoras. Todo el terreno labrantío está plantado de viñas; hay también muchos cipreses, un castillo arruinado, una cascada de 900 piés y cuantos accesorios pueden desearse en un paisaje romántico.

En cuanto á *Torno*, tiene de linda todo lo que Varenna de triste; ocupa la extremidad meridional del lago.

BAILE DE TRAJES
Cuadro de Schweninger

A la legua se echa de ver que no podía ser otro el autor, verdadero especialista en materia de pintar mujeres hermosísimas, ataviadas á manera del siglo XVIII.

INGLATERRA: EL PALACIO DE HARDWICK

Ocupa esta quinta una bonita situación en el condado de Derby, siendo muy renombrada por su belleza arquitectónica, su riqueza en obras de arte y sobre todo por sus recuerdos históricos como centro general de operaciones del famoso *Robin Hood*.

El actual edificio fué comenzado en 1590 y terminado en 1597, perteneciendo por lo tanto, á la *era isabelina*. Pertenece hoy por herencia á la familia Cavendish.

ESTATUA COLOSAL DE SANTO TOMÁS
Escultura de Eugenio Maccagnani

Figurará en breve esta obra, si es que no figura ya, en unión con los once apóstoles restantes, en la fachada de la iglesia de San Pablo *extra-muros*, en Roma.

El buen Santo Tomás, célebre por su proverbial incredulidad, era algo arquitecto, por cuyo motivo el escultor le ha figurado con dos robustas escuadras en la mano. La expresión está profundamente estudiada y se ve que el santo era hombre muy meditabundo y quizás un tantico demasiado matemático. En cuanto á la indumentaria no cabe más holgado ropaje viéndose que al señor Maccagnani no le duelen prendas.

Es obra que ha sido muy celebrada por los inteligentes de la capital.

BAJO LAS LILAS
Dibujo de A. Hopkins

El autor, hombre de gusto, ha evitado el convencionalismo que suele notarse siempre en cuanto entran las supradichas flores en escena (exceptuemos, sin embargo, la bellísima novela de *Ouida: Un ramo de lilas)*. Tenemos, pues, que Hopkins ha respetado escrupulosamente la naturaleza y ha dibujado una figura de carne y hueso, aunque algo linfática, en vez de componer una romanza.

LOKIS

POR PROSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

Tenía la frente alta y bien desarrollada, aunque algo estrecha. Sus facciones eran de una gran regularidad; solamente los ojos estaban juntos, y me pareció que de una glándula lagrimal á otra no había el sitio de un ojo, como exige el cánon de los escultores griegos. Su mirada era penetrante. Nuestros ojos se encontraban muchas veces á pesar nuestro y los desviábamos uno y otro con cierto embarazo. De pronto el conde echándose á reir exclamó:

—¡Me habéis reconocido!

—¿Reconocido?

—Sí, me habéis sorprendido ayer haciendo el guilopo.

—¡Oh! ¡Señor conde!...

—Había pasado todo el día muy molesto, encerrado en mi gabinete. Por la noche, encontrándome mejor, me he paseado por el jardín. He visto luz en vuestro cuarto y he cedido á un movimiento de curiosidad... Habría debido anunciarme y presentarme, pero la situación era tan ridícula... me dió vergüenza y huí... ¿Me perdonáis haberos distraído en medio de vuestros trabajos?

Todo eso decíalo con un tono que quería ser chancero, pero se ruborizaba y evidentemente no se encontraba á gusto. Hice cuanto dependía de mí para persuadirle de que no había guardado ninguna mala impresión de esta primera entrevista, y para cortar pronto aquel asunto preguntéle si era cierto que poseía el Catecismo Samogicio del padre Lawicki.

—Puede que sí, pero á deciros verdad no conozco gran cosa la biblioteca de mi padre. Gustaba él de los libros viejos y de las rarezas. Yo no leo casi más que obras modernas; con todo, buscaremos, señor profesor. ¿Queréis, pues, que leamos el Evangelio en jmudo?

—¿No pensáis, acaso, señor conde, que una traducción de las Escrituras en la lengua de este país no sea una cosa muy de desear?

—Sin duda, pero si queréis permitirme una pequeña observación os diré que entre las gentes que no saben otra lengua que el jmudo no hay uno solo que sepa leer.

—Puede ser, pero yo le pido á vuecencia el permiso de hacerle notar que la mayor dificultad para aprender á leer, es la falta de libros. Cuando los campesinos samogicios tendrán un texto impreso querrán verle y aprenderán á leer. Esto es lo que les ha pasado á muchos salvajes... no es que yo quiera aplicar este calificativo á los habitantes de este país... Por otra parte, —añadí,—¿no es cosa deplorable que una lengua desaparezca sin dejar huellas? Desde hace treinta años, el *prusiano* es una lengua muerta. La última persona que sabía el *córnico* ha muerto el otro día...

—¡Tristel—interrumpió el conde.—Alejandro de Humboldt le contaba á mi padre que había conocido en América un papagayo que era el único que sabía algunas palabras de la lengua de una tribu hoy día enteramente destruída por la viruela. ¿Queréis permitir que traigan el té aquí?

Mientras tomábamos el té, la conversación recayó sobre la lengua jmuda. El conde censuraba la manera como los alemanes han impreso el lituano, y tenía razón.

—Vuestro alfabeto,—decía,—no conviene á nuestra lengua. No tenéis ni nuestra J, ni nuestra L, ni nuestra Y, ni nuestra Ë. Tengo una colección de *daïnos* publicada el año pasado en Kœnigsberg y me cuesta todas las penas del mundo adivinar las palabras, tan extrañamente desfiguradas están.

—¿Vuecencia habla sin duda de los daïnos de Lessner?

—Sí. Es poesía bien ramplona, ¿verdad?

—Puede que se hubiese encontrado algo mejor. Convengo en que, tal como es, esa colección no tiene sino un interés puramente filológico; pero creo que buscando bien se lograría recoger flores más suaves entre vuestras poesías populares.

—¡Ay! Mucho lo dudo, á pesar de todo mi patriotismo.

—Hace algunas semanas me han regalado en Wilno una balada verdaderamente bella, y además histórica... La poesía es notable... ¿Me permitiríais leérosla? La tengo en mi cartera.

—Con mucho gusto.

Hundióse en un sillón después de haberme pedido permiso para fumar.

—No comprendo la poesía más que fumando, —dijo.

—Esa se intitula: *Los tres hijos de Bodrys.*

—¿Los tres hijos de Bodrys?—exclamó el conde con un gesto de sorpresa.

—Sí, Bodrys, vuecencia (1) lo sabe mejor que yo, es un personaje histórico.

El conde me miraba fijamente con su mirada singular. Algo de indefinible, á la vez tímido y bravío, que producía una impresión casi penosa cuando no se estaba acostumbrado á ello. Apresuréme á leer para escapar de aquellos ojos.

«Los tres hijos de Bodrys.

»En el patio de su castillo, el viejo Bodrys llama á sus tres hijos, tres verdaderos lituanos como él. Díjoles: Hijos, dadles pienso á vuestros caballos de guerra, aprestad las sillas, afilad vuestros sables y vuestras jabalinas.

»Dicen que en Wilno se ha declarado la guerra contra los tres rincones del mundo. Olgerd marchará contra los rusos, Skirghello contra nuestros vecinos los polacos, Keystut caerá sobre los teutones (2).

»Sois jóvenes, fuertes, atrevidos, id á combatir. ¡Que los dioses de la Lituania os protejan! Este año no saldré á campaña, pero puedo daros un consejo. Sois tres; tres caminos se abren ante vosotros.

»Que uno de vosotros acompañe á Olgerd á Rusia, á orillas del lago Ilmen, bajo los muros de Novgorod. Las pieles de armiño, las telas brochadas, hállanse allí á granel. En casa de los mercaderes tantos rublos como témpanos en el río.

»Que el segundo siga á Keystut en su cabalgata, ¡que haga trizas la morralla porta-cruz! El ámbar, allí, es la arena de la mar; sus paños, por su lustre y sus colores, son sin iguales. Hay rubíes en las vestiduras de sus sacerdotes.

»Que el tercero pase el Niemen con Skirghello. Al otro lado encontrará viles aperos de labranza. En desquite, podrá escoger buenas lanzas, fuertes broqueles, y me traerá una nuera.

»Las hijas de Polonia, hijos, son las más bellas de nuestras cautivas. ¡Juguetonas como gatas, blancas como la natilla! Bajo sus negras pestañas sus ojos brillan como dos estrellas.

»Cuando yo era joven, hace medio siglo, he traído de Polonia una bella cautiva que fué mi mujer. ¡Desde largo tiempo ya no existe, pero

(1) *Statelstvo*, vuestro *brillo luminoso;* es el título que se da á un conde.
(2) Los caballeros de la orden teutónica.

no puedo mirar hacia este lado del hogar sin pensar en ella!

»Da su bendición á los jóvenes, que están armados ya y á caballo. Parten; viene el otoño, después el invierno... No vuelven. Ya el viejo Bodrys los tiene por muertos.

»Viene una tormenta de nieve; un caballero se acerca cubriendo con su burka (1) negra algún precioso bulto.—Es un saco dice Bodrys. ¿Está lleno de rublos de Novgorod?—No, padre, os traigo una nuera de Polonia.

»En medio de una tormenta de nieve, un caballero se acerca y su burka se hincha sobre algún fardo precioso.—¿Qué es eso, hijo? ¿Ambar amarillo de Alemania?—No, padre, os traigo una nuera de Polonia.

»La nieve cae en ráfagas; un caballero se adelanta ocultando bajo su burka algún fardo precioso... Pero antes de que haya enseñado su botín, Bodrys ha convidado á sus amigos á una tercera boda.»

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

(1) Capa de fieltro.

BAJO LAS LILAS (Dibujo de Arthur Hopkins)

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 10 de Setiembre de 1887 | Núm. 245

UNA BELLA LECTORA (Cuadro A. Mukarowsky)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista*, por Vicente Blasco Ibañez.—*Recuerdos* (conclusión), por Felipe Mathé.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Las yemas de coco*, por José María de la Torre.—Nuestros grabados.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimee (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Una bella lectora.—Verona (cuatro grabados).—*Exposición marítima internacional de Cádiz* (dos grabados).—El sortilegio.—Aguas tranquilas.—Combate de toros en el Coliseo.—*Madrid. Exposición general de Filipinas*: Instalación central. Pabellón real.—Cogiendo flores.—Cantos piadosos.—Los Alpes: desde Monte Generoso, junto al lago de Lugano.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EL AMOR Y EL PATÍBULO

Por fin han ejecutado á Pranzini, el famoso asesino de tres mujeres. El presidente de la República francesa, aunque se haya mostrado siempre dispuesto á la clemencia, no ha creído que en esta ocasión debía conceder indulto; ha dilatado, sí, la ejecución para manifestar, sin duda, que no entregaba el reo á la vindicta pública, sin completa convicción de que era culpable y también sin grande sentimiento propio. Grevy, un verdadero burgués, ha preferido siempre perdonar á derramar sangre; no quiere que el espectro de un inocente ajusticiado inquiete el sueño de sus pacíficas noches. A pesar de esto la sombra de Pranzini habrá turbado el reposo del presidente en la noche del día en que fué ejecutado el famoso criminal y la borla de su gorro de dormir se agitaría al compás de las inquietudes de la conciencia. Matar por robar y hacer matar por haber robado, son cosas diferentes en la apreciación de los hombres; pero al fin y al cabo dan resultados idénticos; suman, igualmente, cadáveres.

Esta causa de Pranzini, respecto de la cual me haces algunas observaciones en tu última carta, ha sido en verdad famosa entre las famosas; y ha tenido un carácter especial: tratábase de uno de esos hombres de hermosa presencia y de las condiciones físicas más atractivas para las mujeres. Si pudo vivir con algún desahogo y entregado á los placeres; si en algunos momentos entrevió un porvenir risueño para sus ambiciones de goces materiales, lo debió á las mujeres seducidas por la gallardía de su persona; fué buscado por ellas, vivió de su amor y estuvo á punto de realizar un gran matrimonio. En momentos difíciles la necesidad de sostener su falsa existencia le llevó á cometer un horroroso crimen... Y, sin embargo,—como tú me dices en tu carta,—ni después de ese crimen le ha abandonado el amor de las mujeres. En su prisión han ido á llevarle amor, esperanza, consuelo, cartas, ramos, obsequios de mujeres á quienes ha enamorado no ya su figura, puesto que no le conocían, sino la relación de sus anteriores conquistas y de sus mismos crímenes. Agasajar á un asesino, á un asesino que mata por robar, y que mata mujeres, es un agasajo que indica en quienes lo hacen una perversión moral espantable. ¡Cuántas débiles mujeres hay,—por lo visto,—que de no ser débiles, estarían en presidio!

Uno de los aspectos curiosos de esta causa ha sido la polémica entablada públicamente en un diario francés, respecto de si madame Sabatier había procedido bien ó mal declarando contra su amante. Si madame Sabatier no declara contra él, Pranzini se hubiese salvado. Pues bien resulta de esta polémica,—tú lo sabes,—que la mujer parisiense censura la conducta de madame Sabatier. La mujer parisiense dice que ella no le amaba, sin duda; que de haberle amado jamás hubiese salido de sus labios una palabra de acusación. Los fundamentos de este juicio de las mujeres no carecen de lógica, admitiendo la realidad de esa emoción del alma que se llama amor. Los hombres,—dicen las mujeres que han tomado parte en la polémica,—razonan porque no aman y encuentran por lo tanto bella la resolución de madame Sabatier, entregando al verdugo la cabeza de Pranzini. Quien ama no razona; madame Sabatier temió; si hubiese amado no hubiese sentido miedo ante su amante; el miedo es un egoísmo y quien ama no es egoísta. Cuando se ama no hay tiempo para pensar en uno mismo, ni en el porvenir. Se puede ser cobarde ante la persona á quien se ama; este sentimiento es una prueba más de amor; pero se tiene valor hasta el heroísmo cuando se trata de salvar al objeto querido. Si el amor es más fuerte que la muerte misma, como se lee en la *Imitación de Cristo*, ¿cómo no lo será más que la conciencia? Se dirá que el amor no vive sin la estimación; esas son palabras vacías que la realidad de la vida desmiente de contínuo; Bossuet lo ha dicho y otros lo dijeron antes: Se ama sin saber cómo ni por qué Y se deja de amar por igual motivo. No se arranca del pecho el amor porque un hombre haya cometido un crimen; acaso se le ama más todavía; sintiendo la necesidad de protegerle. El amor no tiene remordimientos. Sólo habla la conciencia cuando el corazón se calla.

Estas y otras son las razones de las mujeres de París que han dado su opinión por escrito; y de ello resulta, según ha indicado un escritor, que el bello sexo está, por lo visto, en desacuerdo con la moral del Código; que á juzgar por las leyes del corazón femenino los hombres no somos justos; no conocemos las leyes del amor; no amamos.

Lo que es cierto de todo punto es que Pranzini no ha encontrado simpatías mas que entre las mujeres, y que estas simpatías casi casi han tenido carácter de una manifestación por lo numerosas. Claro es que en ese París, como capital que es, por así decirlo, de las capitales de Europa, están reunidos los caracteres y temperamentos femeniles más extraños, más enfermos y más extraordinarios; mujeres que cansadas de amar hombres, poseedoras de sus derechos civiles, encuentran atractivos en la figura de un criminal engrandecido por las reseñas jurídicas de los diarios; mujeres que nacieron para ser fieras y que en un criminal espantoso encuentran su idéntica naturaleza; mujeres extraordinarias de perturbado espíritu que aman á un sentenciado á muerte por ser amor imposible.

No creas, sin embargo, que todas las que opinan de ese modo pertenecen á la sociedad desmoralizada de París. La mujer es toda imaginación y sentimiento; es toda amor y piedad; los crímenes la aterran, pero los criminales la fascinan cuando tienen alguna cualidad eminente; su belleza, su entereza, su corazón sensible... Hay además una circunstancia fácil de notar; los hombres abandonan á sus amigos cuando les condenan á prisión; las mujeres no abandonan á sus amantes; se las ve llegar á la cárcel, con alimentos, con cigarros, con flores, con un obsequio cualquiera; y más que con esto con semblante triste, que sólo se ilumina cuando aparece el preso, para que éste se consuele á su vez con ese reflejo de alegría.

Muchas veces he pensado que lo más triste para quién está en la cárcel no es la desnudez de la prisión, ni la soledad, ni la pérdida de la estimación de las gentes, ni la desesperanza de los bienes soñados; lo más triste es la oscuridad que deja la mujer, la novia, la querida, la hija, al terminar la hora de la visita; oscuridad llena de la ausencia de esos cariños, de esos encantos, de esas poesías, que brotan en palabras y en besos de los labios de la mujer. En buen hora que se retiren de la reja los hombres, el padre, los hermanos, los amigos; todos ellos han ido allí á recordar el crimen ó el delito, á refunfuñar consejos tardíos, á discutir sobre trámites de la causa, á distraer el ánimo, quizás, con noticias de la política, de inventos, de negocios, de espectáculos, de fiestas y de las desgracias y felicidades ajenas; pero al retirarse las mujeres se van con ellas más que consejos, noticias y recuerdos; porque ellas hablan sólo á su preso de una vida, un mundo y un porvenir en los cuales no aparece un reproche, donde él puede vivir sin rubor, donde se le disculpa, se le proclama inocente y se le devuelve á la libertad, á la luz y al aire amplísimos de los espacios. Le hablan de cariño, de amor, de un corazón que comparte con él sus amarguras; que no puede ser feliz mientras él no lo sea; que responde fuera de las murallas de la cárcel al latido de su corazón en las prisiones, y le dicen que no está preso del todo, puesto que la mitad de su tristeza está fuera, entre las alegrías del mundo. ¡No, no hay preso desgraciado, mientras pueda llegar á la reja de su cárcel, de cuando en cuando, una mujer; compadezcamos sólo al que está condenado para siempre á sólo ver el duro rostro y á oir, tan sólo, la bronca voz de los hombres!

Entre los asesinos famosos que han interesado á Madrid, vive todavía uno que fué sentenciado á muerte y que empezó á dar síntomas de locura poco después de ser encerrado en una celda. Era hombre conocido y estimado y su crimen se relacionó con rencores personales. Yo fuí á visitar la cárcel y pude verle en su celda, y entré en ella acompañado de una de las damas más celebradas por su hermosura en Madrid, la cual había solicitado verle por curiosidad.

Cuando entramos en la celda el criminal, que estaba sentado, alzó los ojos, volviéndolos á bajar instantáneamente: aquella dama le dirigió la palabra sin recibir contestación; sin que él alzase los ojos; entonces ella se le acercó y le tomó una mano, que él abandonó como sino tuviese movimiento; y la dama, en fin, para verle, con esa intrepidez que tienen las mujeres, le puso la mano en la frente y le echó atrás la cabeza para verle bien la cara, y quizás también para que él se la viese á ella. El preso la miró y cerró los ojos. Salimos de allí y yo, al salir, discurría entre mí si lo que había visto en aquella mujer era valor, era piedad ó era un amor naciente. Y aquella noche cuando me revolvía en mi cama para conciliar el sueño no pude menos de recordar al preso que estaría en la celda despierto, dejando vagar sus ojos enloquecidos por la negrura de la oscuridad y viendo en ella destacarse como una aureola la figura de una mujer de belleza espléndida, que se le acercaba, y le dirigía palabras suaves y le tocaba en la frente con sus dedos de ángel, y que se evaporaba luégo dejándole mayor desesperación en el alma, como la visión de un amor imposible que huye al extender hacia ella las manos manchadas de sangre.

Si las mujeres de París han dado el espectáculo á que antes me referí, el buen pueblo ha dado otro muy distinto. Algunos días antes de la ejecución el sitio en que ésta debía verificarse estaba ocupado por inmensa concurrencia, y la multitud se divertía en improvisar canciones contra Pranzini. No tiene esto nada de extraño: en todos los países donde se ejecuta á los reos públicamente el día de la ejecución es fiesta: se celebra *la romería del patíbulo*. Sin embargo, si hemos de creer lo que dicen los periódicos ingleses, en Londres, aunque se ejecuta dentro de la prisión, los alrededores de ésta se cubren igualmente de muchedumbre. Hace pocos días fué colgado en la prisión de Newgate un asesino, Lipspi; el público acudió, contentándose con mirar las paredes de la cárcel y suponer, consultando el reloj, lo que dentro está pasando. Mirar á una pared detrás de la cual se ajusticia es ver algo. La multitud ya que no pudo hacer otra cosa tributó una ovación al verdugo, le pidió detalles y le acompañó á su casa como se acompaña al héroe triunfador.

Todo esto podrá ser lógico más es repugnante, y no ha faltado quien proponga que las ejecuciones no se hagan en las ciudades y pueblos, sino en parajes desiertos. Yo creo que este sería un gran medio de poblar esos parajes, pues, no faltarían quienes construirían casas allí para tener asegurado sitio.

Los periódicos nos han dicho también que

Pranzini leía en su prisión, con preferencia, libros de viajes. Según parece la biblioteca de la prisión se compone de ese género de obras en su mayor parte. No deja de ser curioso que se le ofrezca irónicamente al criminal la descripción pintoresca de un mundo que está en vísperas de abandonar.

La sociedad es muy complaciente; no tan sólo proporciona libros amenos, sino que regala en el día de la ejecución los platos más selectos: el reo puede elegir sus platos favoritos; algunos aceptan el obsequio hasta con gratitud por circunstancias especiales; hé aquí uno de esos casos que citaré, para concluir esta carta con un chiste, aunque sea un chiste verdaderamente patibulario.

El director de la cárcel.—Antes de ir al patíbulo, ¿quiere V. tomar algo?

El reo.—Sí, señor; quisiera un plato de almejas: me gustan con delirio y no las tomo nunca porque siempre se me indigestan...

El director.—Comprendido; seguramente que hoy no le harán á V. daño.

(Histórico).

Tuyo,

FERNANFLOR.

UN IDILIO NIHILISTA

I

Cuando Alejandro se despertó, tuvo un ligero sobresalto.

Abrió los ojos, incorporóse sobre la cama, y contempló con asombro aquella estancia que le era desconocida.

Poco á poco la realidad fué disipando las nieblas que el sueño había amontonado sobre su cerebro, y conoció que ya no se hallaba en el tren, sino en el cuarto de la modesta posada.

Su cuerpo se hallaba todavía resentido por el largo viaje, y en sus oídos zumbaban el ronco silbido de la locomotora, el trepidar de los vagones, los chasquidos de las ruedas y el murmullo producido por las insulsas conversaciones de los compañeros de viaje.

Su mirada soñolienta y nublada paseóse rápidamente por todos los rincones del mezquino cuarto.

Alejandro, la noche anterior, no había tenido tiempo para fijarse en aquél, pues apenas se encontró solo, tendióse rendido sobre la cama, y á los pocos momentos fué presa del sueño.

La habitación que ocupaba el joven no se diferenciaba en nada de las de todas las posadas rusas.

El techo, el pavimento y las paredes eran de madera reforzada con argamasa, y la estancia sólo recibía la luz á través de una irregular y mezquina ventana con vidrieras compuestas de cristales de diferentes colores.

Los muebles eran escasos y malos; una cama de álamo vieja y desvencijada, dos taburetes de la misma madera, y un arcón lleno de composturas y clavos, que lo mismo podía servir para guardar objetos que como mesa ó confidente.

Las paredes estaban desnudas de todo adorno, y sólo en un rincón y apegado con engrudo, veíase el retrato del Czar grotescamente pintarrojeado y envuelto en el tradicional manto imperial.

Todo este aspecto que presentaba la habitación, lo abarcó Alejandro de una sola ojeada.

Después permaneció inmóvil sobre la cama, hasta que comprendiendo por la luz que atravesaba las vidrieras, que debía ser algo tarde, levantóse de aquélla de un salto.

El joven habíase acostado sin desnudarse la noche anterior, y presentaba un aspecto muy digno de descripción.

Vestía un traje que en Rusia podía llamarse mixto, pues se componía de prendas elegantes y prendas rústicas que parecían desdecir de su porte distinguido.

Usaba reloj, y su camisa era tan blanca y fina como la del primer elegante de San Petersburgo, pero en cambio su traje era de paño de tejido grosero, y sus pantalones se escondían dentro de unas altas botas claveteadas, de gruesas suelas y como hechas de encargo para pisar las nieves de los campos.

Sobre el arcón veíase una gorra felpuda y un abrigo de pieles de los que usan los campesinos y que reciben el nombre de *tulupa*.

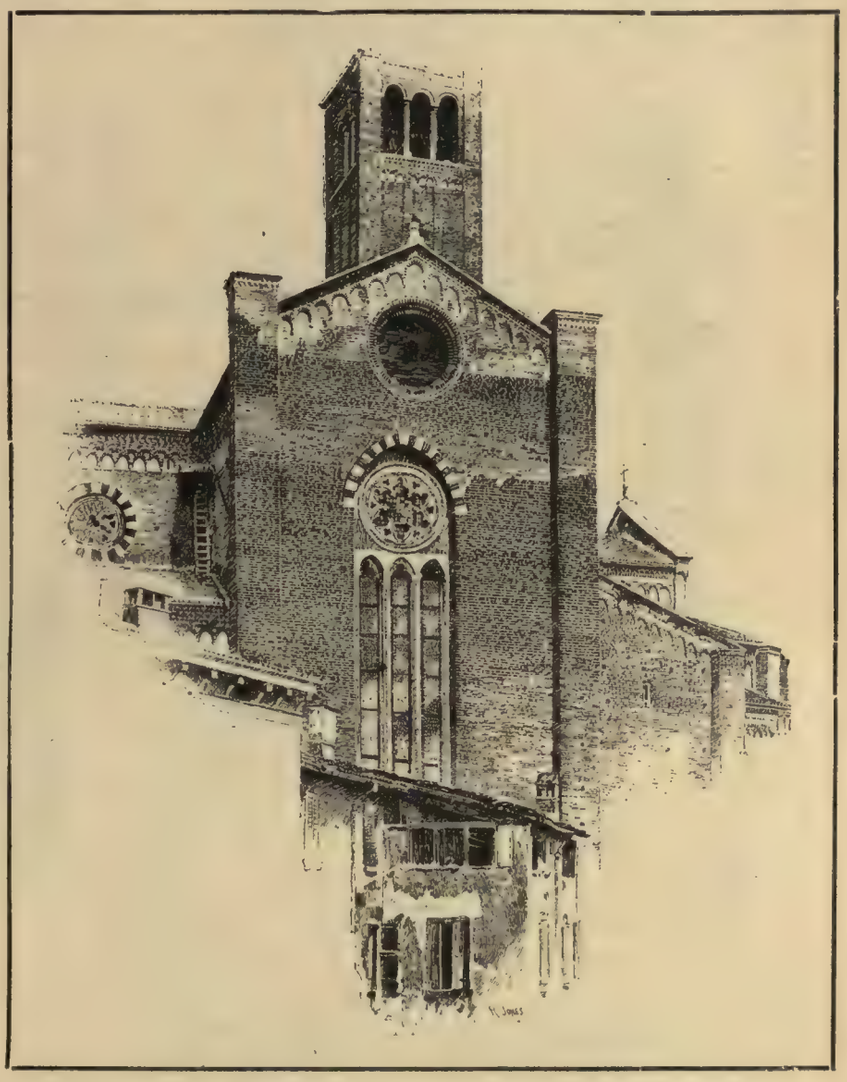
La figura de Alejandro era también extraña y mixta.

Su cuerpo era robusto, su estatura más que regular, bajo los pliegues de su traje se delataban músculos rectos y poderosos, y toda su persona respiraba fuerza y energía.

A primera vista parecía vulgar, pero con una poca observación, se conocía que aquel cuerpo encerraba algo grande, algo superior.

Su vista producía el mismo efecto que una caja sencilla de cartón dentro de la cual comprendemos existen ricas alhajas.

Aquella cabeza bien puesta sobre los hombros, y cuyos principales detalles eran una luenga barba rojiza y esa nariz pequeña que parece patrimonio de la raza eslava, nada expresaba de contínuo; era la cabeza de un hombre vulgar, pero en ciertos momentos sus ojos azulados que de contínuo tenían una expresión fría é indiferente, dejaban escapar como fugaz relámpago una mirada sublime y avasalladora, de esas que sólo son propias de los vencedores ó los mártires.



VERONA: ÁBSIDE DE LA IGLESIA DE SANTA ANASTASIA

Era generalmente, un joven severo, grave, y de pocas palabras, pero en determinadas circunstancias se despojaba de su frialdad, y aparecía momentáneamente con la grandiosidad del apóstol y la firmeza del fanático.

Con esto creemos haber descrito á Alejandro.

Después que éste saltó de la cama al suelo, púsose á pasear pensativo por la estancia como aquel que procura orientarse por entre un dédalo de suposiciones y pensamientos.

Por algún tiempo permaneció abismado en sus meditaciones, hasta que dos golpes dados con alguna suavidad en la puerta le sacaran de su abstracción.

Alejandro al oirlos quedóse sorprendido, pero inmediatamente descorrió el cerrojo de la puerta que se abrió, apareciendo en el dintel un hombre alto, casi hercúleo y de feo rostro, coronado por una crespa é inculta cabellera.

El joven le reconoció al momento; era el mozo de la posada, la noche anterior le había conducido al cuarto que ahora ocupaba.

—Señor,—dijo con voz áspera que en vano intentaba dulcificar,—son las once de la mañana y como no os levantabais...

Y mientras esto decía, el sirviente fijaba con insolencia su torcida mirada en Alejandro, como si pretendiera adivinarle sus más recónditos secretos.

—Gracias,—contestó el joven.—Eres un buen muchacho; venías á despertarme y te agradezco la intención.

—Indudablemente habréis dormido bien, señor Alejandro.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

—La policía lo sabe todo. Esta mañana ha venido un comisario á inquirir si verdaderamente estáis alojado aquí.

—Se conoce que esto está muy vigilado.

—Bastante: y aun así, esos pícaros nihilistas atentan á cada instante contra la vida del Czar nuestro muy amado padre.

(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

EXPOSICIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CADIZ

Acto de la inauguracion en la plaza de la Marina. Se ven tres de los siete pabellones irradiados.— Parte de la plaza de la Marina con un templete en el centro que representa la arboladura y puente de un barco, destinado á la música. Se ven dos pabellones irradiados salientes al mar y parte del pabellón de actos. — Frente del pabellón de actos al terminarse las obras. (Dibujo de Acaria, segun las fotografías)

EXPOSICIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CADIZ

Parte Central de la plaza de la Marina.—Café árabe y lago que forma la dársena al lado de la vía férrea (Dibujo de Asarta, según fotografías directas)

RECUERDOS

(CONCLUSIÓN)

Por espacio de cuatro horas, siguió en toda su fuerza el ruido atronador de la pelea; después poco á poco se fué alejando, hasta perderse en lontananza sus últimos ecos, muy cerca ya del anochecer.

Mucho trabajo tuvimos aquella tarde, pues no cesaban de llegar heridos desde el campo de batalla; pero gracias á las buenas condiciones del local empleado, y á la incansable actividad de los médicos y practicantes de Sanidad, fueron divinamente atendidos aquellos desgraciados.

Por un joven oficial de caballería, que vino á la caída de la tarde con órdenes para el jefe de Sanidad, supimos con inmenso placer que la victoria había coronado los heroicos esfuerzos de nuestros bravos soldados, y que el enemigo emprendía su retirada en toda la línea, con un orden admirable y un valor á toda prueba.

Para cumplimentar las órdenes recibidas, y escoltados por fuerzas de infantería, destinadas al efecto, emprendimos la marcha hacia vanguardia, para recoger todos los heridos que quedaban todavía sobre el teatro de la lucha.

Toda aquella noche duró para nosotros tan triste tarea. Ejércitos mil de pálidas estrellas tachonaban la bóveda celeste, irradiando en el éter oleadas infinitas de suavísima luz, que venían á morir con dulce ritmo sobre la tierra humedecida del rocío.

EL SORTILEGIO (Cuadro de John Collier)

Perfumes embriagadores se elevaban al cielo desde el humilde cáliz de las flores silvestres. Rumores lejanos confundían sus ondas allá en el espacio, formando á cada instante el susurro misterioso del silencio. Silencio tanto más terrible, porque era el de la muerte. Allí dormían el sueño de los héroes, los cadáveres insepultos de muchos soldados, que horas antes, estaban llenos de vida y juventud.

¡Pobres madres, que esperarán quizá el suspirado regreso de aquellos pedazos de su propio corazón! ¡En vano, un día y otro día, mirarán con esperanza secreta la blanca senda que conduce á la aldea, para divisar á lo lejos un bulto, uniforme militar que anuncie la vuelta deseada de sus hijos! ¡Quién sabe, si alguna sin ventura verá llegar por sarcasmo de la suerte, al mismo que tenga la triste misión de entregar en sus manos las ensangrentadas reliquias de aquel que, cumpliendo un sagrado deber para con la patria, encontró gloriosa muerte sobre el campo del honor!

Felices al cabo, en cierto modo, los que tienen quien les llore. ¡Cuántos hay, en cambio, que encuentran tumba ignorada en el fondo de un barranco, sin que nadie derrame una lágrima por ellos, ni la patria agradezca su noble sacrificio! El soldado, esa figura tan noble, tan sencilla y tan grande á la par, merece que todo el que lo encuentre en su camino, se quite el sombrero hasta los piés en señal de respeto y admiración. Despreciable será el hombre que no respete en el soldado, la personificación más pura de la patria, el prototipo más acabado de la abnegación y el desinterés.

Así filosofaba yo en aquellos tristes momentos y pensaba al propio tiempo, cuán difícil es la noble misión de los jefes y oficiales de todas armas, tanto en la paz como en la guerra. En la paz, educar al soldado y adiestrarle para el combate; administrar sus haberes, atenderle y cuidarle con aquel tacto y constancia que tanta paciencia requieren.

En campaña, aplicar los principios enseñados, acostumbrar y connaturalizar al soldado con los peligros, infundiéndole una ciega confianza en los que mandan, y economizar, por fin, con inteligencia y serenidad las vidas preciosas de aquellos seres que la patria les confía, para tener después la satisfacción más grande, el orgullo más noble, el placer más cumplido y hermoso de todos los placeres, cual es el devolverlos á los amantes brazos de sus madres, cubiertos, sí, de cicatrices pero llenos de vida y juventud para que puedan ser el amparo de su vejez.

¡Cuánta injusticia y cuánto egoísmo! Durante la paz, nadie ve en los militares más que el dinero que cuestan á la nación; pero no tienen en cuenta los sacrificios, las penalidades, los sufrimientos y privaciones que pasan en campaña, las vidas que se pierden, las heridas terribles que reciben, la miseria quizá que les aguarda y otras mil contrariedades de todo género á que está sujeta la vida azarosa del militar. No se cansen, no, los que cegados por una pasión inconcebible, miran con prevención aquello mismo que tanto debieran dignificar. Tanto tiempo como duren las discordias y miserias de los hombres, durará también la guerra y la necesidad de los ejércitos permanentes.

Porque el ejército ha sido siempre y será, la fuerza á la orden del derecho, el sostén incontrastable del honor nacional. Cada gota de sangre que derrama el soldado sobre el campo de batalla, es semilla fecunda y maravillosa de grandes virtudes y de elocuentes ejemplos, dignos siempre de imitar.

Si todos los ciudadanos fueran soldados y pagaran á la patria una vez sola, tan justo y noble tributo, sabrían como yo sé las espinas y abrojos de que está sembrada la carrera de las armas.

III

PEDRO PONCE

Recuerdo perfectamente que, entre los muchos cadáveres que vieron mis ojos durante aquella noche, ninguno me causó tanta impresión como el de un pobre soldado de cazadores, que tenía el pecho atravesado de un bayonetazo. Su cuerpo estaba tendido de espaldas sobre la yerba, los brazos abiertos, la cabeza caída hacia atrás y salpicado de sangre su uniforme.

Su rostro varonil conservaba todavía una expresión amenazadora. Al verlo, se formaba uno la idea de aquel hombre, lleno de vida, cargando á la bayoneta con sus demás compañeros y detenido en su carrera, de improviso, por el arma homicida que le dió gloriosa muerte.

El sargento primero, comandante del pelotón que nos ayudaba en tan fúnebre tarea, reconoció perfectamente al pobre soldado, por ser de su misma compañía y paisano suyo. Me dijo que se llamaba Pedro Ponce, que era hijo de una pobre viuda llamada Constanza Venegas que, sola en el mundo y habiendo disfrutado en otro tiempo de una posición desahogada, no tenía al presente otros recursos ni más amparo que aquel hijo querido á quien idolatraba con pasión. Registradas sus ropas por el sargento, se le encontró la última carta que había recibido de su madre. Carta conmovedora que hizo asomar las lágrimas á mis ojos y acariciar en seguida un proyecto que bien pronto realicé.

El sitio en que el pobre Pedro Ponce perdió su vida era un *oasis* en miniatura. Arboles frondosos cubrían con su verde pabellón una pequeña pradera, cuyas suaves pendientes esmaltaban flores silvestres. Un limpio manantial, brotando en su parte más alta, formaba en su vertiente un arroyo que, saltando bullidor de piedra en piedra, producía un murmullo delicioso.

Muy cerca del manantial, y junto al tronco de un añoso roble, abrimos una zanja profunda, en la cual depositamos el cuerpo de aquel valiente. Una cruz de madera coronaba aquella humilde sepultura, como recuerdo á su memoria.

A los dos días, una persona de toda mi confianza salió con dirección al pueblo de Z..., para dar á la pobre Constanza la infausta nueva de la muerte de su hijo y con el encargo expreso de traérsela á mi casa, para que viviera en lo sucesivo bajo mi amparo.

Su entrevista conmigo fué dolorosa en extremo. «Estoy sola en el mundo,» me dijo sollozando. «Yo también señora, le contesté, y por ese será V. mi segunda madre, y así tendrá otro hijo á quien amar, no tan bueno como Pedro, pero dispuesto siempre á enjugar sus lágrimas y á endulzar sus muchas penas.»

Todos los días, al amanecer, emprendía aquella pobre mujer su caminata, para rezar sobre el sepulcro de su hijo. Nunca faltaron en la tosca cruz frescas flores que la adornaran.

¡Pobre madre! No bastaron dulces reflexiones, cuidados incesantes y cariñosos consuelos. Sucedió lo que debía suceder. Una hermosa mañana del mes de Mayo, alarmado por su tardanza, salí á buscarla en el sitio de costumbre. Allí, sobre la cruz arrodillada, la sorprendió sin duda la muerte. ¡Murió de pena la infeliz! No quise separar aquellos seres que vivieron siempre juntos, y previas las formalidades necesarias, conseguí autorización para enterrarla al lado de su hijo.

La campaña fué bastante breve, gracias á la bravura de nuestro ejército, y la paz, con sus rientes resplandores, devolvió la tranquilidad y el sosiego á todos los habitantes de aquella comarca, tan digna de mejor suerte.

Cuando mis muchas ocupaciones me permitieron poner en orden los asuntos de mi casa, fué mi primer cuidado reemplazar la cruz de madera bajo la cual reposa el pobre soldado, por otra más grande de mármol, que se eleva gallardamente sobre un elegante pedestal: «Pedro Ponce, muerto en el campo del honor. Su madre, Constanza Venegas, descansa junto á él.»

Este fué el epitafio que hice grabar en la cruz como memoria de aquellas dos almas que la muerte separó por breve plazo.

¡Cuántos años han pasado desde entonces!

Aquel agreste lugar, tan solitario entonces, es ahora el punto de cita obligado de todos los habitantes comarcanos, siempre que se trata de alguna expedición de caza, romería ó cualquiera otra diversión. Los recién casados nunca dejan de beber en su limpio manantial, porque es fama que sus aguas dan la felicidad. Ni hay un prado más alegre que aquel para bailar las zagalas y aldeanos al compás del tamboril.

Durante el invierno, es el sitio elegido por los ancianos para tomar el sol, que lo inunda con sus rayos todo el día.

Las tardes del estío, son más frescas cuando se pasan bajo la sombra de aquellos árboles frondosos. Entre sus ramas cantan mejor sus tiernas endechas los ruiseñores en las noches serenas. Las brisas de la mañana, al pasar entre los miles de gayombas que allí crecen, se saturan con sus perfumes para llevarlos lejos en sus plácidas ondas. Allí la naturaleza entera parece regocijarse derramando á manos llenas sus más preciados dones, y es que, en aquel sitio bajo la cruz de mármol, está la *tumba del soldado* que murió por la patria. La tierra, salpicada un tiempo con su sangre generosa, palpita desde entonces de alegría y se viste con sus galas más brillantes.

¡Dichoso yo, si un día, cuando los años coronen de nieve mi cabeza, puedo descansar sobre las gradas de aquella cruz bendita y esperar tranquilamente la hora venturosa de mi muerte!

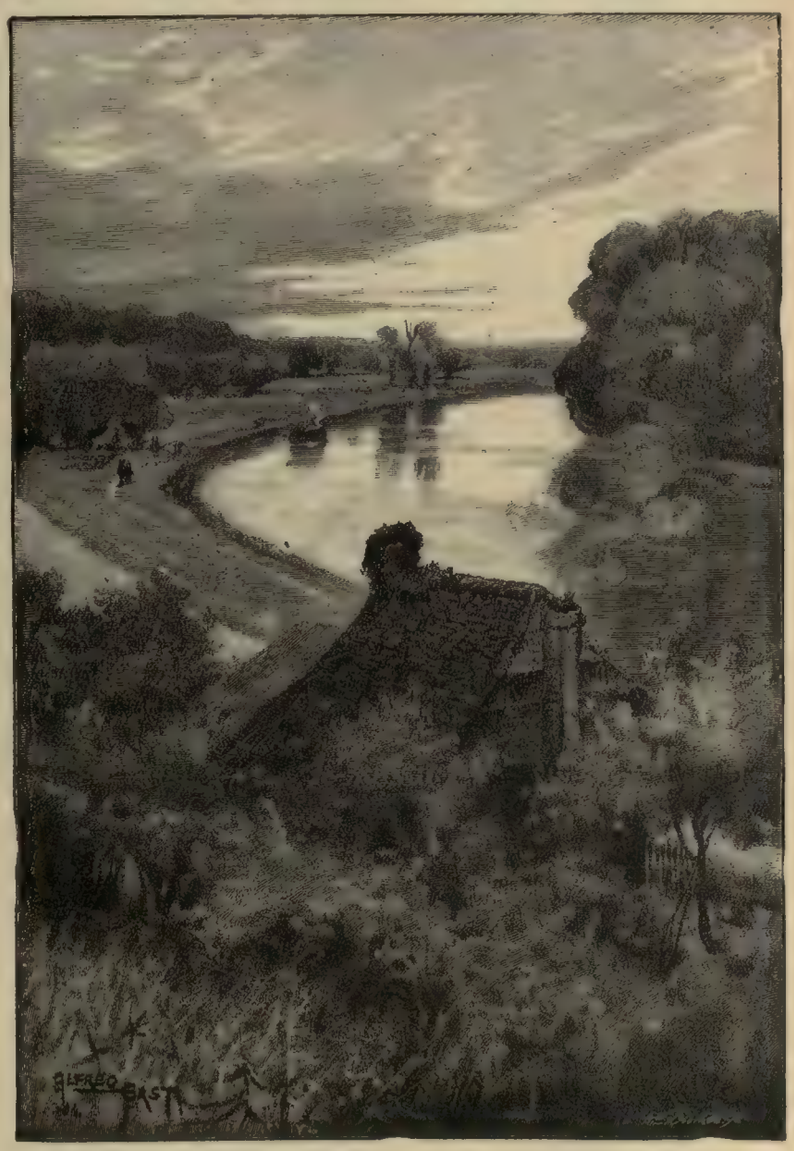
FELIPE MATHÉ.

*

REVISTA CIENTIFICA

Aviso á los tenedores de billetes de Banco.—Tranquilizadoras noticias respecto á la extinción del calor del sol.—El eclipse del 19 de Agosto.—Contra el hipo.—Cuidado con la cocaina.—La futura sub-humanidad.—Utilización del veneno de los crótalos.

A pesar de lo poco que nos interesa á la inmensa mayoría de los españoles, no quiero privarme de dar á conocer á los que no lo sepan todavía, que parece haberse descubierto el medio de reconocer indefectiblemente los billetes de Banco falsos, obra de misericordia debida á un austriaco. «Cuando se mira en el estereoscopio, —dice M. Georges Petit,—dos billetes de Banco legítimos, las dos imágenes se confunden y no se ve mas que una cuyas partes todas están en un mismo plano. Si, por el contrario, se colocan dos billetes que no proceden de la misma plancha, las dos imágenes no se recubren ya exactamente, pues áun en el supuesto de la imitación más perfecta, la forma y la posición de los caracteres y otros pormenores presentan siempre algunas diferencias que en el estereoscopio aparecen distintamente, puesto que las partes desemejantes no se presentan ya en un mismo plano y se destacan una de otra en el espacio formando relieve. De ahí se sigue que para comprobar la autenticidad de un billete dudoso basta confrontarlo con un billete legítimo en un estereoscopio de las dimensiones que se quiera; el menor desdoblamiento de la imagen denuncia inmediatamente la falsificación.



AGUAS TRANQUILAS (Cuadro de A. East)

»Este mismo medio serviría para reconocer las imitaciones de valores, de impresos antiguos, etc. Más aún: si este procedimiento es susceptible de mostrarle al mismo falsario la imperfección de su imitación, no le facilita en cambio indicación alguna que le permita rectificar su grabado y realizar una reproducción absolutamente fiel. Este medio de comprobación no exige ningún conocimiento especial, ni manipulaciones químicas que podrían deteriorar la pieza examinada, y además es aplicable con gran rapidez; no es, pues, un descubrimiento interesante tan sólo teóricamente, sino que puede emplearse en todas las oficinas financieras, en el curso de las operaciones diarias.»

Por mi parte, sólo cuidaré de avisar á los que hagan uso del estereoscopio, que tengan cuidado de que el billete que sirva de tipo de comparación sea legítimo á fin de evitarse el disgusto de un industrial de aquí, que comprobando en aquel aparato los billetes buenos con uno falso que le servía de muestra, rehusaba los primeros y admitía únicamente los segundos.

***

En una de las últimas sesiones de la *Institución Real* de Londres, ha vuelto á abordar sir W. Thompson, la cuestión de la conservación de la energía solar y ha desenvuelto la hipótesis de Helmhrotz que atribuye el calor del sol al trabajo de condensación progresiva de su masa bajo la influencia del enfriamiento. La tasa actual de la irradiación solar, equivalente á 78.000 caballos de vapor por metro cuadrado, puede explicarse por una contracción del radio solar que alcanza anualmente 35 metros y corresponde á un diez milésimo de este radio cada 2.000 años. Suponiendo que la irradiación haya permanecido constante durante doscientos mil años, tendríamos que admitir, partiendo de esta hipótesis, que el radio solar ha disminuido de entonces acá en 1 por 100. Este cálculo no puede evidentemente ser aplicado, ya en el pasado, ya en lo porvenir, más que á períodos de tiempo considerables, puesto que el trabajo de la contracción depende de la densidad y varía, en consecuencia, con ella. Teniendo en cuenta esta variación se ha calculado que la contracción del radio solar, desde un valor cuatro v

COMBATE DE TOROS EN

ISEO (Cuadro de A. Wagner)

ces superior á su valor actual, ha podido suministrar 15.000 millones de años de calor; su contracción hasta un valor dos veces más débil que el valor presente puede suministrar aún veinte millones de años de calor. Es de notar que esta última contracción es un límite extremo, puesto que implica una densidad del sol once veces superior á la del agua, densidad incompatible con la idea de una retracción operada bajo la influencia de un enfriamiento. Por otra parte, la disminución de la superficie irradiante con temperatura decreciente, supone una irradiación igualmente decreciente, y por lo tanto, inferior á la irradiación actual. Así, Newcomb, partidario de esta teoría, admite que el papel del sol, para mantener las condiciones actuales de la vida en la superficie de la tierra, tiene limitado su porvenir á unos diez millones de años.

Estos cálculos están basados en la hipótesis sencilla de una densidad uniforme (1,4) de la masa solar. De hecho, es probable que esta densidad vaya creciendo hacia el centro, pero esto no invalida en nada las conclusiones de Newcomb relativas á la fijación del valor límite del período activo del astro. Por otra parte, las investigaciones recientes del profesor Langley, han conducido á multiplicar por 1,7 las cifras de Pouillet relativas á la irradiación solar que han servido en esos cálculos (la potencia por metro cuadrado sube así á 133.000 caballos). Desde este momento, los veinte millones de años se reducen á doce, y si tiene en cuenta el acrecentamiento de densidad de que se ha hablado más arriba, así como la posibilidad de variación de la constante solar en el pasado, parece racional limitar la acción del sol á veinte millones de años en el pasado y á cinco ó seis millones en lo porvenir. *(Ciel et Terre)*.

VERONA: PIAZZA DEI SIGNORI

* * *

Al dar cuenta M. Jansenn, en la sesión celebrada por la Academia de Ciencias de París el 22 de Agosto último, del eclipse de sol del día 19 del mismo, manifestó que, según las noticias llegadas hasta entonces de los observatorios, los resultados habían sido casi negativos á causa del estado del cielo casi en todas partes nubloso. Sin embargo, en la estación de Petrowska, M. Glassnapp pudo sacar dos dibujos y tres fotografías de la corona; M. Stanoiewitch ha obtenido en el espectro las líneas de la corona y sacado fotografías; M. Kononowitch, de Odessa, ha obtenido un espectro completo de la corona.

En la estación de Jurgewitz, orilla derecha del Volga, protuberancias observadas, corona no visible.

Como *mot de la fin*, añadió M. Janssen, que en Berlín algunos bromistas de mal género *(mauvais plaisants)*, habían pegado un anuncio en las esquinas, diciendo, que en vista del mal tiempo el eclipse quedaba aplazado para el domingo siguiente.

* * *

Ya dijo Hipócrates en sus *Aforismos* que el estornudo provocado por el cosquilleo de la mucosa nasal detiene el hipo, y el médico Eryximaco, en un *Diálogo* de Platon, cita igualmente este hecho, de lo cual deduciría ciertamente Gedeon la grande antigüedad que tiene el hipo. Nadie, á causa del lamentable abandono en que yacen hoy los *Aforismos* de Hipócrates y de lo poco leídos que son los *Diálogos* de Platon se acordaba ya de esto, cuando M. Gibson, distinguido médico edimburgués, dedicóse á estudiar de nuevo la cuestión, corroborando en un todo los asertos del *anciano de Cos* y del elocuente Eryximaco, y no solo lo corrobora, sino que afirma no ser necesario siquiera el estornudo bastando con un simple cosquilleo de la pituitaria.

Ténganlo entendido, pues, los que se ven sujetos con frecuencia á aquel molesto espasmo.

* * *

Ya ha comparecido el inevitable tío Paco con su correspondiente rebaja, de la cual ha sido objeto ahora la famosa cuanto cara *cocaina*. Hé aquí lo que se lee, efectivamente en la *Revue Scientifique* del 20 del pasado: «Según mister J. B. Mathieu, en un artículo publicado por la *Australasian Medical Gazzette* de Sydney (n. 9, vol. VI, 15 Junio 1887), la cocaina, que tanto ruído está metiendo desde há poco, sería un medicamento bastante peligroso, al cual le serían imputables ya cierto número de accidentes. Sin hablar del triste y ruídoso caso de Kolomnine, que se suicidió el año último después de haber creído que la muerte de una de sus operadas era debida á la cocaina, hay casos auténticos muy claros en que la cocaina ha producido graves perturbaciones. Así W. U. Long, ha tenido un enfermo cuya laringe embadurnó con una solución de cocaina; los síntomas morbosos se disiparon, pero al cabo de tres ó cuatro horas el paciente estaba inconscio, con pulso rápido y anestesia profunda, y finalmente se detuvo la respiración y la vida con ella. F. M. Thomas ha notado un caso de muerte por la cocaina en una señora que se trataba un dolor de muelas con aquella sustancia. Myerhausen, Schwarzbach, Bockl, Ziem, Litten, Newmann y otros más han observado casos en que la cocaina, sin acarrear la muerte, ha producido graves desórdenes. Según el autor americano, la cocainomanía hace progresos considerables y los médicos que han observado casos de ellas están contestes en señalar sus graves inconvenientes.»

* * *

M. Víctor Meunier, cuyas crónicas científicas en el *Rappel* son modelo de originalidad, acaba de publicar un libro que en nada desdice de sus cualidades como revistero: titúlase *El porvenir de las especies, los animales perfectibles*, rótulo que no da exacta idea, sin embargo, del contenido, puesto que debería decir de la *especie simiana*, por mal nombre, monos.

M. Meunier, darwinista acérrimo, dice que espera convencer al lector de que, gracias á los monos, la sociedad habrá conquistado su dicha, después de haber conquistado la naturaleza, gracia al perro. ¡Con qué elocuencia insiste en la importancia que podría tener para nosotros los humanos la domesticación de los monos! Ellos serían jardineros y en tal concepto manejarían el azadón ó la podadera, tirarían de la carretilla, sacarían agua, regarían las legumbres ó las flores, darían á la bomba; se les dedicaría al servicio doméstico, como mozos de campo y plaza y les veríamos darles el pienso á las caballerías y echarles el grano á las gallinas; adiestrados en el oficio de ayuda de cámara cepillarían nuestros vestidos, nos darían *á las botas betún*, harían las camas, barrerían los cuartos, encenderían fuego, servirían la mesa, etc. ¡Dominguito y Cangreja á las órdenes del tío de los sobrinos del capitán Grant! Finalmente, M. Víctor Meunier descubre aún la posibilidad de que se les pudiese dedicar á pinches de cocina lavando platos, mondando patatas, etc...

Verdad es que en todo eso queda muy corto M. Meunier si se comparan sus aspiraciones en cuanto á los monos con lo que de las monas escribe el sabio escritor belga M. Houzou el cual afirma que «las hembras *(las orangutanas, chimpazesas y demás señoras de la alta monería)* podrían emplearse en cuidar á los niños, y áun harían unas excelentes nodrizas por ser su leche muy rica en manteca, de la cual contiene un 10 por 100.»

Bien examinada la cosa, ¡quién sabe, sin embargo, si esa *sub-humanidad* que trata de crear M. Meunier no llegará á ser un hecho! Ya en el Brasil se ha hecho el ensayo de confiar á los monos, bajo la inmediata vigilancia de un capataz bimano, los trabajos de la recolección del lino, dando al parecer brillantes resultados; más aún, de la habilidad de los monos como funcionarios públicos de esos que pasan la vida emborronando papelotes da fe y crédito M. Leon Gozlan en su filosófica fantasía titulada: *Las emociones de un chino*, con la ventaja de que probablemente no irregularizarían ni filtrarían

tanto como á esos de quienes se viene hablando desde Cádiz... á Holguín, con escala en la coronada villa.

***

El último remedio contra la fiebre tifoidea ¿saben mis lectores cuál es? Pues, de fijo, no acertarían en cien años: es el veneno de las serpientes de cascabel. Así lo asegura á lo menos M. Drysdale, que lo recomienda mucho en las calenturas perniciosas y en la susodicha fiebre, á la dosis de una gota cada dos horas, de una solución acuosa al 1 por 100, pudiendo emplearse también en todas las enfermedades caracterizadas por grande postración.

Todo el toque está ahora en que sea legítima la ponzoña cascabelina que vendan los boticarios y no se dé el caso de repetir la *farce* de Barbey d' Aurevilly, cuando habiéndole preguntado una buena mujer por la causa de aparecer cerrada un día una farmacia exclamó, suponiendo que el dueño había sido detenido:

—¡El miserable falsificaba los venenos!

ALFREDO OPISSO.

BIBLIOGRAFÍA

Noticia de la vida y escritos de D. Manuel Milá y Fontanals que en la sesión pública de 10 de Abril de 1887, dedicada por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona á honrar su memoria leyó D. Joaquín Rubió y Ors. — Barcelona, 1887.

No he podido vencer el profundo desaliento que se ha apoderado de mi ánimo al acabar de leer ese libro. ¡Cuán pobres somos los de ahora! ¡Qué charco de ranas ese en que gritamos! La voz de aquellos hombres, rarísimos, que nos quedan de la generación del año 30, resuena, comparada con nuestros brutales graznidos, como la del ruiseñor; su vuelo equiparado con el nuestro, plebeyísimos gorriones, es el del águila.

Milá, Piferrer, Roca, Balmes, Aribau, Quadrado, Rubió, nombres respetabilísimos, nombres venerandos; voces, cuyo acento impone. No, mil veces no; nunca valdremos lo que ellos; ni el mismo Menéndez Pelayo, ese asombro, les llegará á alcanzar. Son como profetas, son los grandes descubridores, los sumos maestros; los Eddison sublimes de lo bello; los Schliemann de la olvidada poesía popular. Su escuela podrá ser incompatible con las tendencias de hoy, pero está edificada en tan alta cumbre que desde ella deben sonreirse al ver nuestros esfuerzos para derrocarles.

¡Qué modo de hablar ó de escribir el suyo! Esa *Noticia* es una humillación para nuestros flamantes estilistas. ¡Qué majestad, qué nobleza, qué serenidad olímpica! A nuestros secos renglones responden con los meandros y arabescos de las grandes arquitecturas. Los de hoy construímos con piedra artificial casas de cinco pisos *para* alquilar, y ellos levantan palacios cuyo único material es el mármol de Paros.

Comprendo que nos desdeñasen si vivieran y que no se avengan con nosotros los que sobreviven: ellos son colosos, nosotros raquíticos engendros; ellos, gentil-hombres, nosotros ruda plebe; ellos, los que sólo se alimentaban con *la médula de los leones*, los que á costa de paciencia subieron hasta la cima y desde allí lo divisaron todo; nosotros indiferentes comensales de vulgarísimo restaurant, que hacemos el viaje por donde nos llevan, no por donde queremos ir.

Quizás haya quien encuentre sobrada solemnidad en ese estilo que en la ocasión presente no quiero llamar *académico* porque se ve que es sincero, pero á mi ver es el único que conviene hablando de Milá y Fontanals, doctísimo varón y de quien, lo confieso, apenas si he leído algunos articulejos y *La Complanta d' en Guillen*; con todo tenía yo formado alta idea de él por lo que me decía Joaquín María Bartrina, con quien estaba, según trazas, en buenas relaciones.

En cambio constábame que el señor Rubió y Ors, el *Gayter del Llobregat*, había sido el verdadero promovedor del renacimiento de la poesía catalana y de los Juegos Florales, mérito pagado con la ingratitud imperdonable de no haberse acordado nunca de él para presidirlos hasta hace dos ó tres años, obrando dignamente con rechazar entonces el tardío honor.

Esa *Noticia* es un monumento legado á la posteridad. El autor, maestro en el uso del lenguaje castellano, hace gala de su completa posesión del mismo, sin trascender al lector la sospecha del menor esfuerzo en la gallardísima audacia de las construcciones; sale, se remonta, vá de una parte á otra, gira, revolotea y cuando se le cree desconcertado y sin rumbo vuelve á caer de piés, allá, allá lejos, siguiendo su camino. Es de los escritores que se ciernen, no de los que se arrastran.

Sus juicios sobre las múltiples producciones del panegirizado pueden parecer sobrado concienzudos dada la escasa importancia de las más, pero como esto sirve para que el señor Rubió escriba algunos párrafos se pasa por la insignificancia del asunto en gracia de la hermosura de la forma.

No creo yo que Milá sobreviva en la memoria del vulgo á la reputación de que gozó durante su gloriosa carrera; sus tratados doctrinales, á lo que veo por lo que de ellos dice el señor Rubió, no son para dar satisfacción á los problemas modernamente planteados: la erudición no es bastante para imponerse á la común creencia y al viciamiento de la opinión del vulgo: nadie se allanará,—fuera de Cataluña,—á darle importancia á la literatura lemosina histórica y de cada vez se descuidará más el estudio de la poesía *heroico-popular castellana*. Es como Menéndez Pelayo al empeñarse en decir que aquellos cuantos jesuítas españoles que escribieron del *bello ideal* el pasado siglo, pueden representar algo en la historia de la estética. Nosotros, los del vulgo, somos reacios á cuanto sea hacernos modificar las ideas *reçues*, como dicen los franceses.

Lo verdaderamente deleitoso y utilísimo para todos que contiene el discurso del señor Rubió, —ya que he dicho que en cuanto á la forma es una maravilla todo él,—es el cuadro que traza del renacimiento literario en Cataluña, partiendo de la fundación de *El Europeo*. A falta de *Memorias* nos quedan esas páginas (23 á 69) para saber la historia del movimiento literario en esta ciudad de los Condes, desde el año 24 á los últimos de su cuarta década, desde cuya fecha acá les es ya suficientemente conocido á todos lo que se ha venido haciendo.

Con la *Noticia* sobre el famoso catedrático de literatura de nuestra facultad de Filosofía y Letras ha puesto, creo, el señor Rubió, el sello á su eminente reputación como cultivador de las bellas letras. No me importa el abismo que me separa de sus ideas y tendencias. Trátase de un hombre que se granjea la admiración y el respeto por su alteza de miras, sus relevantísimos méritos y su pericia literaria y esto basta para inclinarse ante él, como ante un dechado de escritores y maestros.

CARLOS MENDOZA.

VERONA
FRISO DEL PORTAL DEL PALACIO SANMICHELI

LAS YEMAS DE COCO

(CUENTO DE REPOSTERÍA)

I

Amalia era una joven preciosa.

Una muchacha de aquellas que llaman la atención de los Tenorios, más ó menos apaleados por las iras paternas, y que producen en los simples mortales ese deseo, casto y vivo al mismo tiempo, que obliga á decirles al paso: «¡Olé! ¡Bendita sea tu gracia!» sin reparar en las consecuencias desastrosas y desgarradoras que puede sufrir á veces cierto sitio de los pantalones pertenecientes al chicoleador.

Pero el verdadero entusiasmo en nada repara.

Pepito era un chico acostumbrado á las con-

MADRID.—EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS: INSTALACIÓN CENTRAL.—PABELLÓN REAL (De fotografía)

COGIENDO FLORES

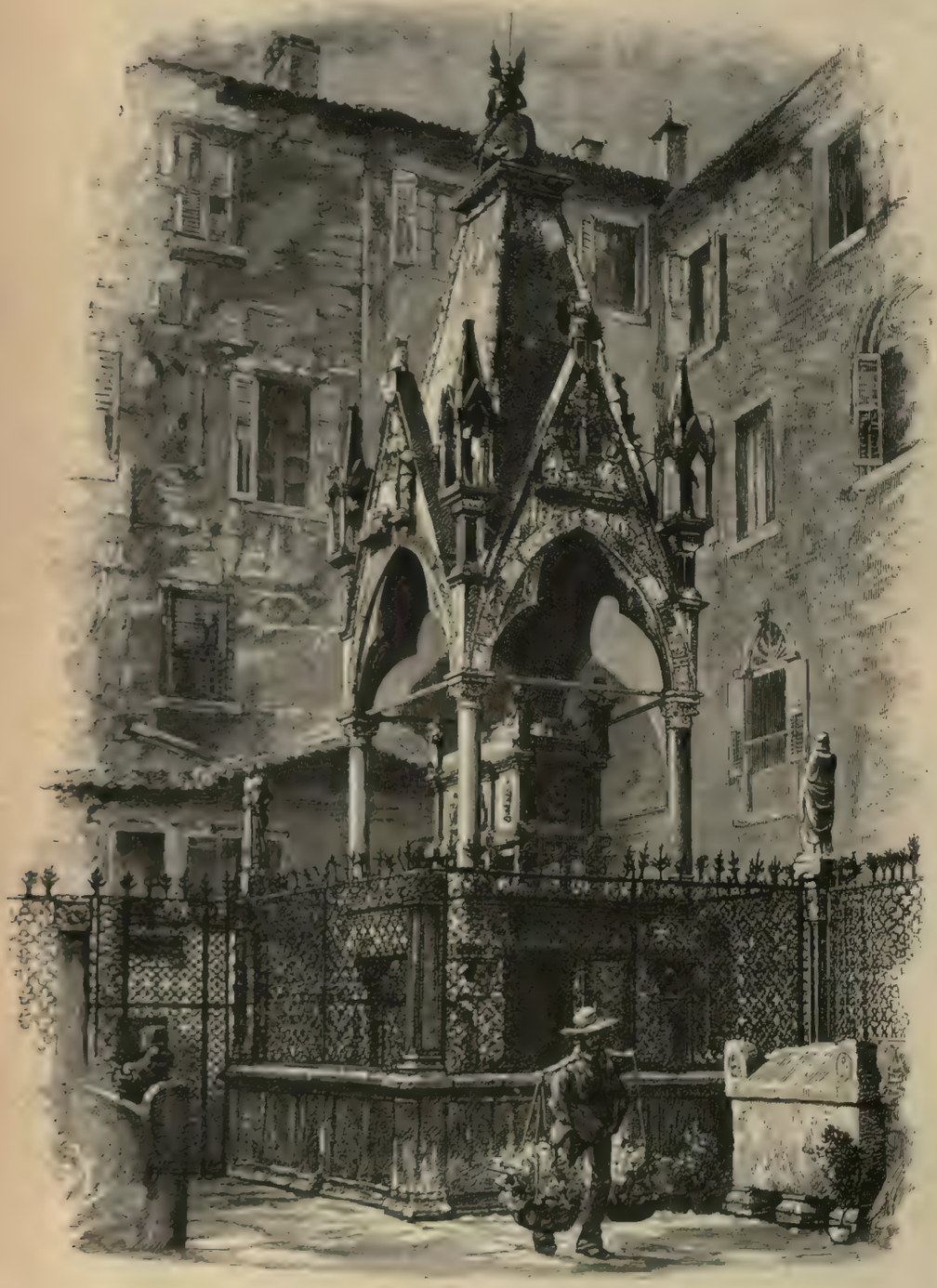
CANTOS PIADOSOS

quistas. Malas lenguas decían que tenía cara de mochuelo; total porque el pobre muchacho tenía los ojos redondos como pesetas columnarias y la nariz algo parecida á un saca-tapones; pero esto no impide ser amado por las hermosas, por aquello de que: «El hombre y el oso...» Pero, vengamos al asunto.

Era una noche fría del invierno aterido, como dijo Núñez de Arce, y lo extraño sería que en invierno fuesen las noches calientes; pero no nos metamos con los genios. Pepe salía del teatro apurando la colilla de un cigarro puro. Amalia, con el manguito en la boca, preservándola del frío y tragando alguno de los pelos por inadvertencia. Se vieron y se amaron.

¿Quién es capaz de adivinar la penetración de una mirada, aunque proceda de unos ojos amochuelados?

Él la siguió hasta la casa donde desapareció ella.



VERONA: MAUSOLEO DE MASTINO II

La joven salió al balcón, y él se acercó rápidamente á la acera, diciendo con frase arrebatada:

—¡Señorita! ¡Yo la amo á usted!

La contestación fué un ladrillazo que le brumó las costillas.

Pepe no llevaba los lentes puestos.

La persona á quien se había declarado era un teniente de carabineros que vivía en el segundo piso.

II

Trascurrieron varios días que Pepe pasó en el lecho del dolor aplicándose cataplasmas de linaza y llamando en la soledad con enamoradas voces á su amante. Pero, ¡ay! no acudió nadie más que la portera, mujer cuyos bigotes envidiaba Pepe en sus horas de solaz ó de aburrimiento.

Y pasaron días y días.

Pepe se puso algo mejor y se lanzó á la calle renqueando algún tanto, pero dispuesto si era preciso á morir por su amor y hasta recibir otro cantazo en el último extremo.

Llegó á la calle de la pasada tragedia. Miró y vió en el piso principal á el ídolo de sus amores que bordaba unas zapatillas mamelucas.

Entonces Pepe llevaba puestos los lentes.

Ella le sonrió intensamente, como diría Pérez Escrich.

Él llevó la mano á sus labios para enviarla un beso, pero en aquel momentó silbó un chiquillo que pasaba y la joven impuso silencio á Pepe llevando el dedo á los labios, pues no le gustaban los novios filarmónicos.

Se citaron para las diez de la noche *por la escalera*.

Esto tiene sus peligros.

¡Oh, jóvenes, las del peinado en forma de sorbete, las de las faldas escurridas, las de impresionable corazón! No habléis nunca con el novio *por la escalera*.

Los hombres son muy malos, muy *granujas*, y el que no tiene empacho en no pagar cuentas al sastre, al sombrerero y á la patrona, ¿cómo queréis que pague cuentas del honor ultrajado? Han perdido la costumbre, por molesta. Pero no divaguemos.

Pepe acudió á la cita. Todo lo que había leído en las novelas de á cuartillo de á real la entrega respecto á los celos y al amor, con sus ¡ah! y ¡oh! inclusive, se lo dijo á su Amalia en un periquete. Ella se abandonó cándidamente á aquel amor de niña, pero Pepe no abusó; era un caballero. Además, le dolía aún bastante el ladrillazo, y no estaba para bromas.

La boda quedó concertada entre los chicos. Pepe decidió casarse con Amalia, á pesar de todo. Aquel espaldarazo *sui generis* era un bautismo de *moraduras*, y Pepito era supersticioso.

Pero Amalia era golosa en extremo. Todas las noches traía Pepe una librita de dulces que le costaba disputar á los agujas de portal, pues el enamorado mancebo vivía en las afueras; caramelos, bombones ó *pitisús* que Amalia engullía, pareciéndole muy dulce el amor de su Pepito. ¡Claro! ¡Como que unos días sabía á almíbar y otro á caramelos de los Alpes!

III

Llegó el suspirado día de pedir la mano.

No sé por qué se dice esto de pedir *la mano*. El novio, cuando llega ese día, ha tomado la mano y algunas cosas más; pero de algo ha de servir la metáfora.

Pepito trajo aquella noche dos libras de yemas de coco.

Hay que advertir que por la tarde había comido, en compañía de su amada, una buena porción de limoncillos.

A Amalia, ¡rara avis!, no le gustaban las yemas.

La hora de entrar en casa se acercaba, y no era cosa de entrar con las yemas en la mano á pedir la idem, pues hubiera creído la mamá que el futuro llevara los postres á prevención, y por muy enamorado que se esté no le da á nadie por llevar cucuruchos á la suegra (como no contengan bola municipal).

Tampoco podía meter en ningún bolsillo cartucho tan enorme, porque le hubieran negado el enlace con la niña, so pretexto de su salud, poniendo un plazo hasta la estirpación del tumor que ostentaba el yerno.

En resumen, Pepito se comió todas las yemas.

. . . . . .

—A los piés de V., señora.

—Beso... Siéntese usted.

—Pues yo venía sobre...

—¿Sobre quién?

—No, no señora, á pié; pero venía á pedir á usted...

—No tengo suelto.

—No... ¡Ay!... Yo amo... ¡Ay!... Y sufro... ¡Ay!...

—Ya se conoce; está V. pálido.

—Su hija de usted... ¡Ay!...

Pepito comenzaba á sentir en su vientre todos los cocoteros de la América del Sud y el calor tropical que madura tan apetecidos frutos.

—Pero acabe V.,—chilló doña Nicanora.

—Señora, lo que yo quisiera es poder empezar, pero delante de señoras es imposible.

—¡Tenga V. ánimo!

—Pues bien... ¡Yo estoy enamorado de Amalia!...

—Me parece...

—¡Si supiera V. lo que siento aquí!...

—¡Caballero!... ¡Inmediatamente, salga usted de mi casa!

—Pero, señora...

—¡Fuera!....

Pepe salió abroncado, y atravesó diez calles como una avalancha, murmurando:

—Más vale así.

Al día siguiente recibió una carta, concebida en estos términos:

«*Sr. D. José Lechoncillo.*

»Supondrá V. que la boda es imposible. Tuvo usted la avilantez de señalar su barriga para indicar el apasionamiento de su amor, y mi mamá no quiere un yerno que tenga el corazón en el hipocondrio.

B. S. M.

Amalia.»

Pepe no volvió á acercarse á una confitería en todos los días de su existencia.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE.

NUESTROS GRABADOS

UNA BELLA LECTORA
Cuadro de A. Mukarowsky

¿Qué leerá esa elegante señora, que tanta atención está prestando al libro? Vaya V. á saber, pero es indudable, dada la discreción que revela su semblante, que no debe leer ni uno de esos tomos que huelen á pomada de una legua, ni tampoco de esos otros que huelen á otra cosa, por ejemplo, la *Terre* del imponderable Zola. Ofenderíase de fijo la señora si se encontrase con aquellas violaciones de nonagenarias por arrapiezos de diez y seis años y aquellas interjecciones intraducibles de... no quiero decir el mote que le pone Zola; como, ya que no sintiese tales indignaciones, disgustaríase de fijo con la prosa rococó y opoponacada de los novelistas de *boudoir*.

VERONA

Después de haber sido plaza importantísima en la antigüedad romana y durante los siglos medio-evales, vése hoy Verona reducida á triste y solitaria ciudad de provincia, como tantas otras que después de una grande prosperidad yacen ahora en lamentable decaimiento.

Lo que no ha podido perder, sin embargo, es el recuerdo de sus pasadas grandezas: nada más pintoresco, por ejemplo que su *Piazza dei Signori*, verdadera decoración de una plaza italiana en pleno siglo XV, con su campanile, su palacio del Renacimiento, su espléndida ornamentación, sus soportales, estátuas, templetes, surtidores, etc.

Las numerosas iglesias que contiene (la Catedral, San Zeno, San Fermo, Santa Anastasia, etc.), son de un estilo particular llamado *lombardo*, intermedio entre el estilo italiano y el estilo gótico, «como si los artistas latinos y los artistas germánicos, dice Taine, hubiesen venido á acordar y chocar sus ideas en un mismo edificio; pero la obra es sincera, y como en todos los monumentos de una edad primitiva, se siente en ellos la viva invención de un espíritu que se abre.»

Santa Anastasia es un verdadero museo de escultura desde los siglos en que volvía á estar aún en mantillas hasta su triunfante plenitud, observándose igual gradación en su estilo arquitectónico donde se echa de ver la arcada romana que desaparece para dar lugar á la ogiva gótica.

El más curioso monumento de Verona es, sin embargo, el recinto enrejado cerca de Santa María donde están las tumbas de los Escaligeros, los antiguos soberanos de la ciudad, entre las cuales es una de las más bellas la de Mastino II, que no parece sino un joyel labrado por delicado orífice.

La casa de Sanmicheli, escultor insigne que floreció á últimos del siglo XV es un ejemplar de hermosa arquitectura del Renacimiento, del más puro clasicismo.

EXPOSICIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CÁDIZ
Dibujo de Asarta

En el pasado número pudieron leer nuestros favorecedores la reseña debida á la Sra. D.ª Patrocinio de Biedma, de la inauguración de la Exposición gaditana á la cual hacen referencia nuestros grabados de hoy; dicha eminenta escritora continuará favoreciéndonos con sus artículos, á los cuales servirán así mismo de ilustración otros dibujos.

EL SORTILEGIO
Cuadro de John Collier

El «honorable» autor de esa obra ha querido acumular en ella toda suerte de dificultades técnicas para demostrar su poderosa facilidad en vencerlas, al mismo tiempo que daba una prueba de su originalidad poética escogiendo y representando por tan interesante manera un asunto lleno de belleza extraña. No en balde goza John Collier de una reputación de primer orden.

AGUAS TRANQUILAS
Cuadro de A. East

Recomiéndase este pintor por sus eminentes cualidades de colorista, su fino sentido de lo pintoresco en la composición y la sobria unidad que imprime á los elementos de sus paisajes. Entiende East que el que se dedica á la especialidad en que él es maestro no debe reducirse á ser un mero trasladador, un simple transcriptor de los hechos literales de la naturaleza sino un intérprete de los mismos á los cuales imprime su personalidad, según la manera como se reflejan en su espíritu.

Esta es la buena escuela, muy superior sin duda á la de los amanuenses del campo.

COMBATE DE TOROS EN EL COLISEO
Cuadro de A. Wagner

¡Vivan los bestiarios! exclamaría sin duda el buen pueblo romano al ver á esos gladiadores habiéndoselas con el terrible jarameño. No se nos venga, pues, á culpar por nuestra afición á los toros (si bien suplico á ustedes se sirvan no contarme en el número) ya que el pueblo-rey era tan aficionado ó más que los contemporáneos de *Sentimientos* y *Sobaquillo* á las luchas taurinas.

Y ahora, viniendo á nuestro grabado, diremos que forma una de las más hermosas páginas de esa serie admirable en que Wagner viene representando las grandes manifestaciones de la vida romana en tiempo del imperio.

MADRID: EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS
INSTALACION CENTRAL.—PABELLON REAL

Continuando en nuestro propósito de dar á conocer en toda su extensión la importantísima Exposición Filipina, damos hoy la vista de la *Instalación central* y el *Pabellón Real*, según las fotografías remitidas por nuestro celoso corresponsal artístico en Madrid.

Dicha instalación ocupa la nave central del Palacio de Exposiciones del Retiro, que fué inaugurado con la de Minería, pudiendo decirse que allí está la exposición exacta de la verdadera riqueza del Archipiélago.

La Sociedad Económica de Manila ha marcado el pentágono que sirve de base á la gallarda pirámide de primorosas maderas, remate de la instalación, con las palabras *Tabaco*, *Abacá*, *Algodón*, *Café* y *Azúcar*, productos que, en primer término, constituyen el manantial verdaderamente inagotable de riqueza en nuestras Filipinas y de algunos de los cuales, —con pesar lo decimos,—hace la Península con relación á los demás países, una importación relativamente exigua, según los datos comparativos consignados por la Sociedad en la misma instalación.

La prensa periódica de Manila, ha concurrido á la Exposición con dos instalaciones: una de *El Diario de Manila* y otra de *El Comercio*, presentando este último una sección de su imprenta.

Adornan los lienzos de la Sala buen número de lienzos al óleo, acuarelas, fotografías y litografías dominando entre las pinturas la representación de tipos del país y de paisajes, reflejo estos últimos de la vegetación exuberante y del caliginoso clima de aquellas regiones.

En dos caballetes presenta D. Rafael Pérez los planos de su espaciosa fábrica para aserrar maderas, con máquinas motores de vapor, talleres y dependencias correspondientes, perfectamente marcados.

Como tendencia del gusto en el arte filipino, merece examinarse un biombo de madera tallada de una manera primorosa, pero de incorrecto y caprichoso dibujo de estilo japonés.

En este género de trabajos son notables el *Cuadro de honor*, expuesto por el Ateneo municipal, mosáico de madera con bellos medallones de talla y una sección de artesonado, también de ricas maderas y que en dibujo y delicadeza de ejecución puede competir con los trabajos más notables conocidos de los artistas de los siglos XV y XVI.

En escultura hay cosas verdaderamente extraordinarias por la valentía que en los autores revelan, y en muchas cosas por la corección de líneas y la bien sentida expresión de las figuras.

Corresponde á este número una *Dolorosa*, tamaño natural labrada en el tronco de un árbol, sin preparación alguna, por dos aficionados, padre é hijo naturales de Santa Cruz, provincia de la Laguna.

En cuanto al Pabellon del Rey, dijimos ya que había sido restaurado y cubierto con una nueva cúpula de bronce dorado.

COGIENDO FLORES.—CANTOS PIADOSOS

Son dos dibujos que impresionan suavemente, cosa que ya es menester en estos días de escándalo y desorden artísticos. Y no se diga que no sean verdaderos y reales así los tipos como los asuntos en que aparecen representados, pues no se tienen esas excelentes jóvenes la culpa de que no den con ellas los que solo van á la rastra de lo que pasa en Rognes.

LOS ALPES
DESDE MONTE-GENEROSO, JUNTO AL LAGO DE LUGANO

Escasamente conocido hasta hace pocos años se ha hecho hoy Monte-Generoso una estación veraniega frecuentada por innumerables viajeros que encuentran en el magnífico establecimiento allí levantado confortable hospitalidad y purísimo aire. Su cima se eleva á 5.561 piés sobre el nivel del mar, gozándose desde aquellas alturas del espléndido panorama de los Altos Alpes, sin contar la deliciosa vista del lago de Lugano, de cuya belleza puede formarse idea fijándose en nuestro grabado, verdaderamente precioso.

LOKIS

POR PRÓSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

—¡Bravo, señor profesor!—exclamó el conde, —pronunciais el jmudo á maravilla; pero, ¿quién os ha comunicado esta linda daïna?

—Una señorita con la cual tuve el honor de trabar conocimiento en Wilno, en casa de la princesa Katazyna Paç.

—¿Y se llama?

—La *panna* Iwinska.

—La señorita Iulka! (1),—exclamó el conde. —¡Que loquilla! ¡Habría debido adivinarlo! Mi querido profesor, sabéis el jmudo y todas las lenguas sabias y habéis leído todos los libros viejos, pero os habéis dejado mistificar por una chiquilla que no ha leído más que novelas. Os ha traducido en jmudo más ó menos correcto, una de las lindas baladas de Mickiewicz, que no habéis leído porque no es mucho más vieja que yo. Si lo deseáis, voy á enseñárosla en polaco, ó si preferís una excelente traducción rusa os daré Pouchkine.

Confieso que quedé todo confuso. ¡Qué alegría para el profesor de Dorpat si hubiese publicado como original la daïna de los hijos de Bodrys!

En lugar de divertirse con mi embarazo el conde, con exquisita cortesía, se apresuró á desviar la conversación.

—¿Así, pues,—dijo,—conocéis á la señorita Iulka?

—He tenido el honor de serle presentado.

—¿Y qué pensáis de ella? Sed franco.

—Es una señorita muy amable.

—Os place decirlo así.

—Muy linda.

—¿Eh?

—¡Cómo! ¿No tiene los más hermosos ojos del mundo?

—Sí...

—Una piel de una blancura verdaderamente extraordinaria..... Recuerdo un ghazel persa donde un amante celebra la finura de la piel de su querida. «Cuando bebe vino rojo,—dice, —se le ve pasar á lo largo de su garganta.» La *panna* Iwinska me ha hecho pensar en estos versos persas.

—Puede que la señorita Iulka presente este fenómeno, pero no sé muy bien si tiene sangre en las venas... No tiene corazón... ¡Es blanca como la nieve y fría como ella!

Levantóse y se paseó algún tiempo por el cuarto sin hablar, á lo que me parecía, para ocultar su emoción; después, deteniéndose de pronto dijo:

—Dispensad... Hablábamos, creo, de poesías populares...

—En efecto, señor conde...

—Hay que convenir, con todo, que ha traducido muy lindamente á Mickiewicz... «Juguetona como una gata, blanca como la natilla... sus ojos brillan como dos estrellas...» Es su retrato. ¿No os parece?

—Enteramente, señor conde.

(1) Juliana.

—Y en cuanto á esa picardía... muy fuera de lugar, sin duda... la pobre se fastidia en casa de una tía vieja... Lleva una vida de convento.

—En Wilno frecuentaba la sociedad. La he visto en un baile dado por los oficiales del regimiento de..

—¡Ah! Sí... Oficialillos jóvenes; hé ahí la sociedad que le conviene... Reir con éste, murmurar con aquél, coquetear con todos... ¿Queréis ver la biblioteca de mi padre, señor profesor?

Seguíle hasta una magnífica galería donde había muchos libros bien encuadernados, pero raramente abiertos según pude juzgar por el polvo que cubría sus lomos. ¡Imagínese mi gozo cuando uno de los primeros volúmenes que saqué del armario se encontró ser el *Catechismus Sanctoguticus!* No pude reprimir un grito de alegría. Menester que una especie de misteriosa atracción ejerza su influencia sin saberlo nosotros... El conde tomó el libro y después de haberlo hojeado negligentemente, escribió en las guardas: *Al señor profesor Wittembach, ofrecido por Miguel Szemioth.* No podría expresar yo aquí los transportes de mi reconocimiento, y prometime mentalmente que después de mi muerte este libro precioso sería el ornamento de la biblioteca de la universidad en que obtuve mis grados.

—Podéis considerar esta biblioteca como vuestro gabinete de trabajo,—me dijo el conde.—Nunca os estorbarán.

III

Al día siguiente, después del almuerzo, el conde me propuso dar un paseo. Tratábase de visitar un *kapas* (así llaman los lituanos á los túmulos á que dan los rusos el nombre de *Kourgâne*) muy célebre en el país, porque antaño los poetas y los brujos, que era todo uno, se reunían allí en ciertas ocasiones solemnes.

—Tengo,—me dijo,—un caballo muy manso que ofreceros; siento no poder llevaros en calesa, pero á la verdad el camino por donde debemos meternos no es nada propio para carruajes.

Hubiera preferido quedarme en la biblioteca tomando apuntes, pero no creí deber expresar otro deseo que el de mi generoso huésped, y, así, acepté. Los caballos nos esperaban al pié de la gradinata; en el patio, un lacayo tenía sujeto á un perro con un lazo. El conde se detuvo un momento y volviéndose á mí exclamó:

—Señor profesor, ¿sois conocedor en materia de perros?

—Muy poco, excelentísimo señor.

—La Starosta de Zorany, donde tengo unas tierras, me envía este faldero del cual se cuentan maravillas. ¿Me permitís que lo vea?

Llamó al lacayo, que le trajo el perro. Era un animal muy bello. Familiarizado ya con aquel hombre el perro saltaba alegremente y parecía lleno de ardor, pero al llegar á algunos pasos del conde puso el rabo entre piernas, retrocedió y pareció herido de un terror súbito. El conde le acarició, lo cual le hizo aullar de una manera lamentable, y después de haberlo mirado algún tiempo con ojos de inteligente, dijo:

—Creo será bueno. Tengan cuidado con él,—después de lo cual montó á caballo.

—Señor profesor,—me dijo el conde así que estuvimos en la avenida del castillo,—acabáis de ver el miedo de ese perro. He querido que fueseis testigo de ello con vuestros propios ojos... En vuestra cualidad de sabio debéis de explicar los enigmas... ¿Por qué los animales tienen miedo de mí?

—A la verdad, señor conde, me dispensáis el honor de tomarme por un Edipo. No soy más que un pobre profesor de linguística comparada. Podría ser...

—Notad,—interrumpió él,—que no les pego nunca á los caballos ni á los perros. Tendría escrúpulos de darle un latigazo á un pobre animal que comete una tontería sin saberlo. Y sin embargo, no podríais creer la aversión que inspiro á los caballos y á los perros. Para que se me acostumbren, me es menester doble trabajo y doble tiempo que otro cualquiera. Ved, no me ha costado poco aquietar ese caballo que montáis; ahora es manso como un cordero.

—Creo, señor conde, que los animales son fisonomistas y que descubren enseguida si la persona que los ve por primera vez siente ó no siente gusto por ellos. Sospecho que no amáis á los animales más que por los servicios que os prestan; al contrario, algunas personas tienen una parcialidad natural por ciertas bestias, que lo echan de ver al momento. Por lo que á mí toca, siento desde niño una predilección instintiva por los gatos. Raramente huyen cuando me acerco para acariciarles; jamás me ha arañado ningún gato.

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

LOS ALPES

DESDE MONTE-GENEROSO

JUNTO AL LAGO DE LUGANO

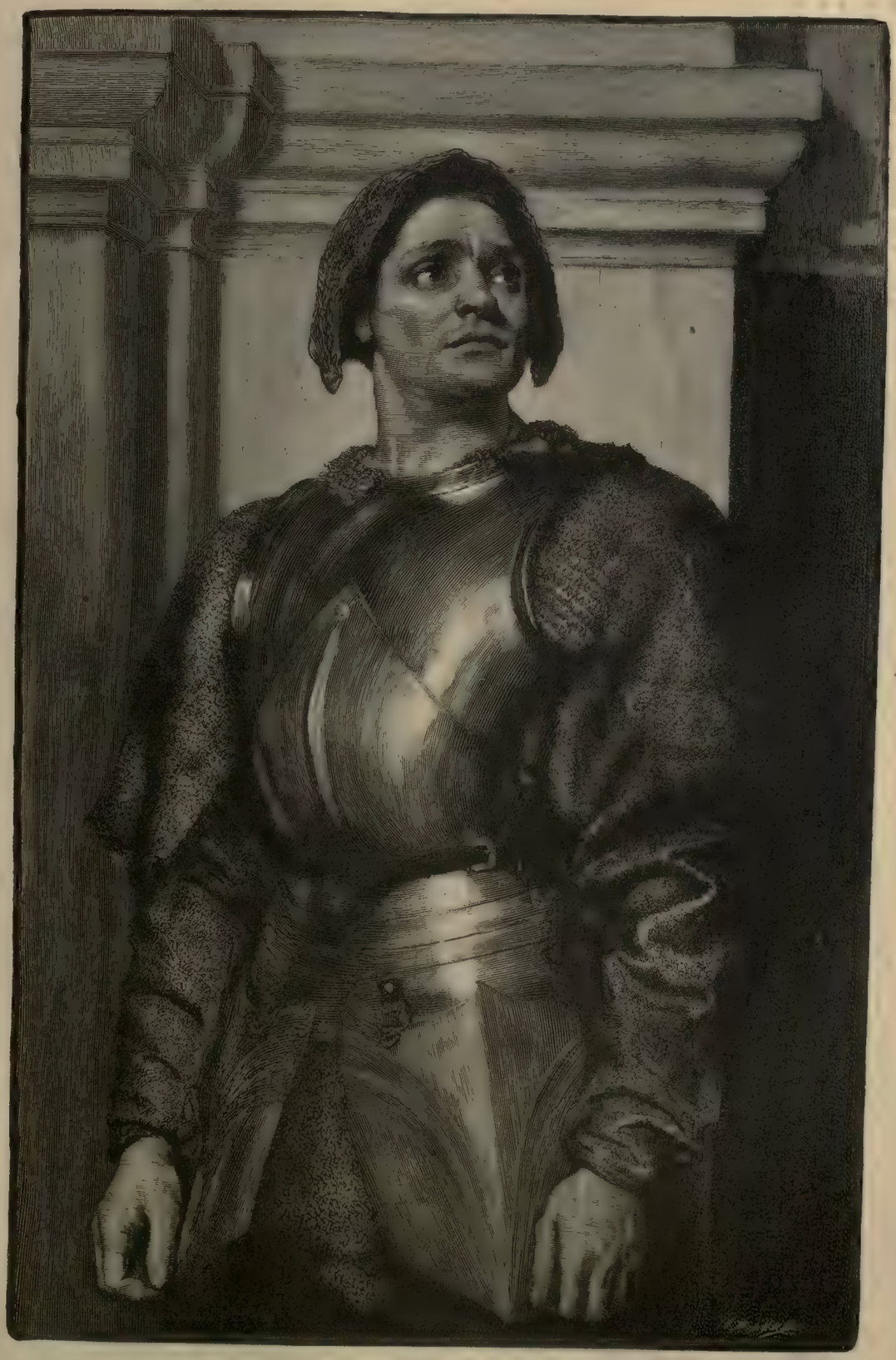
ADMINISTRACION: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Pla y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

Año V | Barcelona 17 de Setiembre de 1887 | Núm. 246



UN CONDOTTIERE (Cuadro de F. Leigthon)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Exposición universal de Barcelona*, por Antonia Opisso.—*Lecturas*, por Clarín.—*El centenario de la reconquista en Malaga*, por F. Martinez Barrionuevo.—Nuestros grabados.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimee (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Un Condottiere.—Tarde tranquila.—*Madrid. Exposición general de Filipinas:* Sala de la sección 7.ª—Cambio de tiro.—El río.—La cascada.—Gente alegre.—Descanso.—High life.—Iconografía pictórica.—De veraneo.—Ir por lana...—Setiembre.—Isola-Bella, en el lago Mayor.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

VINIENDO A LA CORTE

Esta mañana he llegado del Escorial donde he pasado algunos días; he venido en el tren de Francia, y, por lo tanto, en compañía de algunos distinguidos veraneadores. La conversación del camino puede servir de crónica madrileña. Cuando entré en el coche, sólo faltaba por llenar un asiento y le tomé yo, desde luégo; después dirigí una mirada de exploración á los demás asientos. A mi lado se encontraba un buen señor de buen porte, que debió ser guapo en tiempo de Narvaez; de grandes bigotes escandalosamente negros. En frente de nosotros había un viajero y una viajera, matrimonio, sin duda, como podía inferirse del aire satisfecho de la una y del aire resignado del otro. Ella era una jamona de buen color; nariz respingada, boca pequeña, colorada y sonriente; los ojos chicos y trapisondistas; el pié lindísimo y calzado con primor. En los otros asientos figuraban: un joven de barba negra y ojos árabes; tez morena y actitudes resueltas; hombre de la sociedad, sin duda; un caballero alto delgado, canoso, con gafas de oro, vestido de negro, salvo la gorra que era de dril blanco, y un jovencillo del color y la inquietud de una ardilla... Dejo para último lugar la más interesante persona, colocada junto á una de las ventanillas: una linda joven como de veinte años, puesta con la más aristocrática sencillez; toda de gris oscuro; lo cual iba de perlas á su cutis blanquísimo y á sus cabellos de oro. En ella se fijaron mis ojos con más detenimiento que se habían fijado en mis otros compañeros; lo cual no debe extrañarse, porque lo mismo que yo, el buen mozo de otros tiempos, el caballero de la barba negra, el señor de la gorra blanca y el joven ardillesco, no la quitaban ojo, deslumbrados por la aureola de su belleza. Ella, en cambio, miraba distraidamente, al parecer, á través del vidrio, dejando vagar sus miradas por las cortaduras de los montes y vallecillos. El único viajero que parecía insensible á sus encantos era el esposo de la jamona; éste parecía tener bastante y aún demasiado recreo con su señora; sus ojos de víctima no se levantaban del suelo; cuanto á su lado pasaba, pasaba, sin duda, como no realizado en presencia suya. Pero ella no quería, sin duda, que la atención universal se reconcentrase en la joven rubia y hablaba sin cesar, haciendo gestecillos muy monos, dirigiéndose á los circunstantes con cualquier motivo y encontrando siempre manera de que todos se fijaran en su pequeña mano y en su brevísimo pié. Los hombres, al fin y al cabo somos como los toros; acudimos donde nos llaman; y todos estuvimos al fin pendientes de los labios de aquella coquetísima señora. Esta dirigía con preferencia sus miradas y sus palabras al caballero de la barba negra sin descuidar del todo al pollo bermejizo. Un movimiento rápido, interrogativo, la servía para retener de cuando en cuando, la atención del maduro individuo encaperuzado de blanco. Al entrar yo encontró un oyente más; un nuevo corazón que conquistar por dos horas: los primeros cinco minutos de su conversación los dedicó,—puedes creerlo, prima,—á mi insignificante persona.

—¡Oh, es una vida imposible,—decía,—créanlo ustedes! Eso no es veranear; Biarritz es un pequeño Madrid, donde la etiqueta es más rigurosa todavía. Después de un invierno en que una ha tenido que vestirse casi todas las noches para ir al teatro Real, á las Embajadas, á casa del duque de A... y de la marquesa de B...; llegar á una estación de baños para disfrutar de las frescas brisas, de la holgura en el vestir, de la libertad y abandono de la vida campestre y encontrarse de nuevo encerrada en las armaduras de tul y de encaje de las grandes modistas. ¡Oh! ¡Esto no es vivir; no volveré á Biarritz otro año; quiero el verano natural, sencillo, silvestre, poético, diferente en su todo del invierno cortesano; quiero andar y vestir y vivir sueltamente, sin composturas y aderezos fatigosos y nada sanos. Las que como yo no son ya unas pollitas insustanciales... (Y dirigió una mirada á la rubita de la portezuela).

—Señora,—exclamó el caballero de la gorra blanca pensando que sus gafas le daban autoridad para arriesgar un requiebro sin exposición personal,—usted si no es una pollita... lo parece.

(El esposo alzó la cabeza y los ojos lentamente y dirigió al de las gafas una mirada de compasión que era un poema).

—Mil gracias, mil gracias,—prosiguió ella;—así es, que vuelvo á Madrid con placer para descansar de este viaje, y prepararme á la campaña de invierno... ¡Qué invierno se presenta! Saben Vdes. que al decir de los astrónomos será un invierno de horribles fríos... Y ¡cuánto lo siento! las que por razón de nuestros compromisos de sociedad tenemos que lucir el escote....

Y al decir esto, se pasó las manos desde los hombros á la cintura, para dar más elocuencia á la frase.

Siguió un momento de silencio, en que todos nos quedamos entregados á nuestras reflexiones.

—Los teatros,—dijo al fin el pollo,—no prometen ofrecer grande interés este año; ¡hay tan pocas obras originales! Ya no hay autores. ¡Ya no hay cómicos! Por fortuna nos quedan los teatros chicos; literatura y música retozona que alegra el ánimo; ahora se acaba de estrenar en *Felipe*, *Los efectos de la Gran Vía*, y según dicen, es una obra llena de situaciones cómicas, de chistes, de sal. Es una obra contra el género flamenco que lo consolida para siempre. Sobre todo ¡el concertante de los *Hugonotes*, con vistas á la jota de los Ratas! como ha dicho un diario. ¡Tendrá que oir eso! Yo, en cuanto llegue, lo primero que hago es encargar billete para la noche.

—¡Yo también deseo ver esa obra!—exclamó la señora.

—Pues, si quiere V. que le encargue un palco...—repuso el pollo.

La conversación se hizo general y terciamos todos en ella menos la joven rubia y el esposo de la jamona. Una y otro evitaban sin duda, por distintos motivos, tomar parte en aquella revista de los sucesos del verano y de los que ocurrían en Madrid. Y en la joven tenía mérito, porque el viejo Tenorio que á mi lado estaba y el caballero de la barba negra, no perdían ocasión para conseguir de ella una mirada y una frase.

El pollo sacó del bolsillo un *Imparcial* que había comprado en la estación. A medida que encontraba una noticia de interés la publicaba y hacía los comentarios oportunos.—¡Señores! Esto no puede leerse con indiferencia,—exclamó.—Oigan ustedes. «En las primeras horas de la madrugada se arrojó ayer por el viaducto un joven de diez y ocho años.» ¿Comprenden ustedes esto? En cuanto á mí, tengo algunos años más y todavía no se me ha ocurrido hacer tal cosa.

—No habrá V. amado sin éxito,—contestó la jamona.

—He sido bastante dichoso, señora, pero no he dejado de sentir á veces inmensos vacíos en mi corazón. Y qué cosas pasan en Madrid; y todos los días. ¡Otro infeliz á quien le han dado por cartuchos de monedas de oro media docena de cartuchos de perdigones! ¡Mentira parece que en este siglo pueda engañarse á nadie!

—Y no se engaña, en efecto, á ninguno: es uno mismo quien se engaña. La perspicacia del timador consiste en adivinar al tonto y salir á su encuentro. El tonto, como el orador, nace, no se hace.

—¡Qué monotonía! En este Madrid todos los días, lo repito, pasa lo mismo. «Anoche el guardia de seguridad n.º 175 encontró entre un montón de trapos y plumas que había en la calle de Lope de Vega, esquina á la de San Agustín, el cadáver de una niña recién nacida.» ¡Qué madres!

—¡Qué padres! dirá usted,—replicó la jamona;—porque si Vdes. no desamparasen á las jóvenes que seducen...

—Pero oigan ustedes... Esto sí que es curioso. «*Un crimen por cinco céntimos.*» El relato es largo; le abreviaré: Dos jóvenes estudiantes, el que más de diez y ocho años, jugaban á un juego que llaman *el Inglés;* uno de ellos se guardó un perro chico, que juzgó pertenecerle y se marchaba con él; mas el compañero sacó una navajita y le hirió con ella por la espalda, dejándole en la carne, parte de la hoja; el otro se volvió, con un compás le atravesó el pulmón; este joven del pulmón atravesado ha muerto y su matador está muy grave.

—¡Hé ahí,—exclamó el señor de la gorra blanca,—hé ahí destruídas en un momento dos vidas preciosas que debieran quizás haber sido útiles á la patria!... Sin ese accidente súbito, no entrevisto, ¿quién puede decir lo que esos dos jóvenes hubieran llegado á ser, lo que hubieran influído en los destinos de su patria? La juventud de hoy día,—prosiguió,— es una juventud inquieta, nerviosa, enfermiza, sin freno, que no resiste al despotismo de las pasiones; sólo se oyen suicidios y asesinatos en que figuran niños que no saben lo que es vivir todavía. Conocen la vida como si fuesen ancianos, y desencantados sin gozarla, no temen la muerte, como estos. ¿No es cierto caballero? (dirigiéndose al ex-buen mozo de los bigotes teñidos.)

—No lea V. esas noticias tan terroríficas,—dijo el caballero de la barba negra;—esta señora (y señaló á la joven rubia) estimará, sin duda, que se la eviten impresiones desagradables.

—¡Oh, en la vida!—exclamó el pollo doblando *El Imparcial*,—no hay más remedio que mezclar lo agrio con lo dulce; pero realmente no quisiera yo turbar la imaginación de ninguna dama, y mucho menos de nuestra distinguida y bellísima compañera.

Un movimiento de cabeza como para dar las gracias y ocultar el rubor, fué la única contestación de la rubia.

—También parece que Lujan, el célebre gracioso de Variedades, no ha gustado en Lara; *jaula nueva, pájaro muerto;* se ha dicho. ¡Claro! cada teatro tiene su público y aparte de esto, las condiciones de espacio y decorado influyen hasta en el lucimiento de la persona. Además los actores descuellan ó se anulan relativamente á la importancia de sus compañeros. Una pintura gana ó pierde según el marco en que se la coloca: al actor le pasa lo mismo. Y no solo al actor; á todos los artistas, músicos, cantantes, escritores. Para brillar siempre cualquiera que sea el medio en que nos exhibimos, necesitamos ser *genios*.

—Aseguro á Vdes.,—dijo la jamona,—que estoy aterrada con la repetición de los incendios en los teatros. Tanto que...

—¿Renunciará V. á ir?

—No; pero consultaré á mi modista para ver si puede hacerme vestidos *incombustibles*.

En este momento el señor de la gorra blanca se levantó; miró por el vidrio y dijo:—Señores, por fin... ya llegamos. El tren se acercaba á la estación, refrenando su marcha. Cada cual cogió sus maletillas y paquetes y poniéndose en pié, aguardó el ansiado momento.

Los mozos abrieron las portezuelas, y nos despedimos rápidamente unos de otros. Todos dirigimos una última mirada á la joven rubia, que se despidió de todos con un movimiento de cabeza.

—¡Aquí! ¡aquí está Laura!—exclamó una voz juvenil, y señalaba á nuestra silenciosa compañera.

Una niña y dos señoras se acercaron y la recibieron en sus brazos, con señales de grande alegría. Después se alejaron hablando con ella... ¡Pero hablando por señas!

—¡Es muda!—exclamó la jamona, volviéndose hacia su marido.

—Pues á no ser muda, mujer,—advirtió éste con sosiego,—¿hubiese callado?

Conque, adiós prima, y si no encuentras interesante esta carta, te ruego lo atribuyas benévolamente al poco interés que realmente ofrece Madrid todavía.

Tuyo,

FERNANFLOR.

UN IDILIO NIHILISTA

(CONTINUACIÓN)

Alejandro, al escuchar esto, se inclinó con respeto siguiendo la conducta del sirviente, y luégo éste continuó:

—Aquí se sabe todo. ¿Creéis que no se os conoce? Hace algunas horas he sabido por la policía que os llamáis Alejandro Ischerkassy, que sois alumno de la escuela de ingenieros de Moscow y que habéis venido á San Petersburgo enviado por vuestros profesores para estudiar no sé qué adelantos mecánicos.

Alejandro, al escuchar esto, inmutóse por un momento, pero luégo volvió á aparecer sereno y frío, y sonriendo con benevolencia dijo á su interlocutor:

—¡Por vida del diablo que sabéis mucho!

—Ya os lo dije; aquí lo sabemos todo.

Después de estas palabras los dos quedaron silenciosos como aquel que no sabe qué decir. El sirviente aprovechó aquella pausa para examinar á Alejandro á su gusto, y después, como aquel que procura acabar con una situación enojosa, dijo por fin:

—¿Vais á salir?

—Inmediatamente.

—Pues abrigaos bien; desde muy temprano que está nevando.

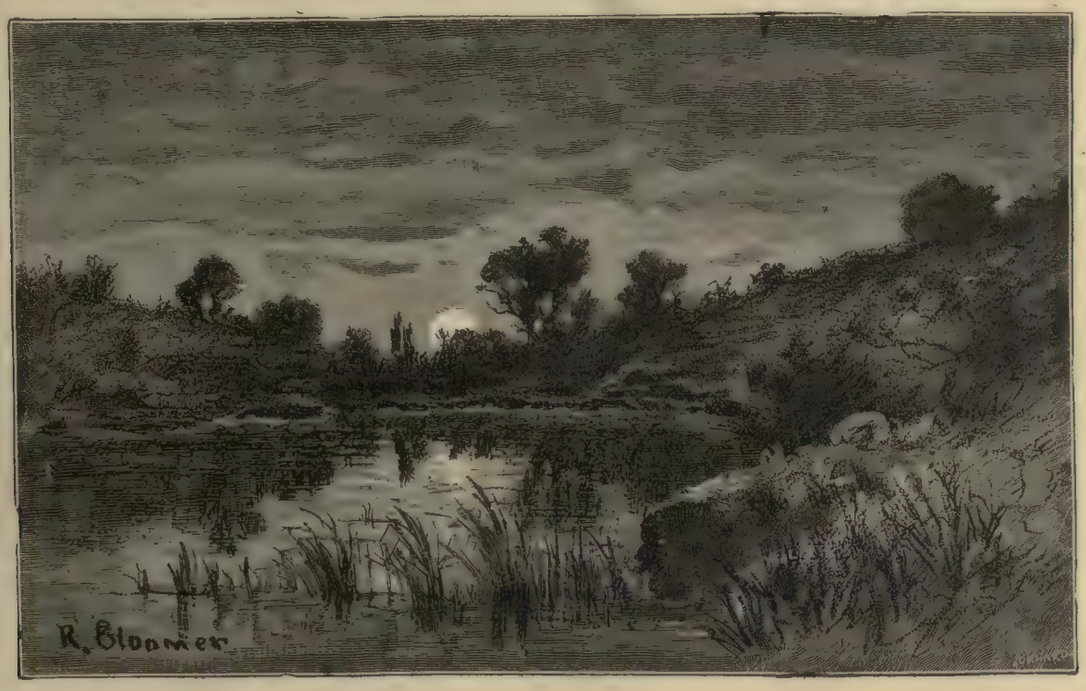
Una vez dichas estas palabras el sirviente juzgó ya como terminada la conversación, é inclinándose, desapareció en el fondo de una oscura galería de madera.

Alejandro, al quedarse solo, se dirigió al arcón y cogiendo la gorra se la caló hasta las cejas después de envolverse en su *tulupa*.

Al mismo tiempo que hacía esto, murmuraba con acento reconcentrado:

—¡En buen sitio estoy! Este criado indudablemente es de la policía y ha venido á verme sólo por examinarme y ver si podía inquirir algo de nuevo. Lo he conocido en su manera de mirar, y en sus palabras melosas en la forma y amenazantes en el fondo. ¡Maldito país en el que cada sirviente es un espía! Pero... resignémonos. ¿A qué posada ú hotel iré de San Petersburgo que no me suceda lo mismo?

Y Alejandro diciendo esto echó una última ojeada á la estancia y salió de ella cerrando la puerta cuidadosamente.



TARDE TRANQUILA

II

Cuando salió á la calle sus piés se hundieron en la nieve.

Un velo blanco y movible se cernía á impulsos de frío viento sobre la ciudad y el pavimento de ésta; los tejados de las casas y las casi esféricas cúpulas de los templos y palacios, aparecían cubiertos de gruesa capa de nieve que por momentos iba engrosando.

Alejandro detúvose como para orientarse algunos instantes, y en este tiempo su gorra comenzó á vestirse de blanco y hasta algunos copos vinieron á enredarse en su luenga y rubicunda barba.

Por fin subióse hasta las orejas el cuello de la *tulupa*, metióse las manos en los bolsillos y comenzó á andar rápidamente casi pegado á las paredes y con dirección á las afueras de la ciudad

Poca gente transitaba á aquellas horas por las calles. Como la nevada era fuerte, nadie se atrevía á andar á pié por ellas y sólo de vez en cuando, rápido como una exhalación, pasaba algún trineo arrastrado por caballos que al correr arrojaban espesas columnas de vapor por las narices.

Alejandro, además de esto veía á cada instante, guarecidos bajo el alero de un tejado ó el portal de una casa, polizontes de grandes bigotes y con la galoneada gorra calada hasta los ojos, que al pasar le dirigían miradas escrutadoras.

El joven estudiante apenas si se fijaba en el aspecto que las calles presentaban y atento solamente á la nieve que sin cesar caía, corría más bien que andaba procurando siempre evadir los hoyos y malos pasos en los que un hombre podía hundirse hasta los hombros.

De este modo, al poco tiempo Alejandro llegó á una calle de los arrabales en la que las casas no eran abundantes ni ostentosas.

Apenas dió por ella algunos pasos, comenzó á mirar con atención las casas de ambos lados mientras murmuraba:

—Por aquí debe estar la que busco.

Y durante algún rato continuó en sus pesquizas, hasta que, por fin, paróse frente á una casita de dos pisos que debía tener á las espaldas jardín, á juzgar por algunos álamos que cubiertos de nieve se asomaban balanceándose por detrás del tejado.

—Aquí es,—murmuró Alejandro, y asiendo el aldabón que adornaba la puerta, dió con él dos fuertes golpes y aguardó trazando con el pié figuras caprichosas sobre la alfombra de nieve.

No tardaron en abrir. El portón giró dando fuertes chirridos y tras él hizo su aparición una viejecita con la cara risueña y amoratada á fuerza de ser roja y vistiendo el traje propio de las campesinas rusas.

—¿A quién buscáis joven?—dijo con voz melosa.

—Al profesor Martens.

—Aquí vive; aunque en este momento está como siempre ocupado, subid joven y le veréis.

Alejandro atravesó el portal al oir tal invitación y junto con la vieja subió por una estrecha escalera, al fin de la cual, se encontró con una reducida estancia apenas amueblada.

La vieja acercóse á una puerta y dando en ella dos golpecitos con la palma de la mano, dijo con voz respetuosa:

—¿Señor?

—¿Quién es?—contestó desde dentro una voz áspera y de acento desabrido.

—Un joven que os busca.

—Adelante.

Alejandro entonces empujó la puerta y penetró en la estancia.

Esta era de grandes dimensiones, ocupaba casi todo el piso superior del edificio.

(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

MADRID.—EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS: SALA DE LA SECCIÓN 7.ª (Dibujo de P. y Valor)

CAMBIO DE TIRO

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

SU EMPLAZAMIENTO

El 8 de Abril de 1888, Barcelona inaugurará la primera Exposición Universal que se habrá celebrado en el país. La idea de verificar el gran concurso partió de la iniciativa particular, y aunque sus patrocinadores estaban inspirados en los mejores propósitos y deslumbrados por generoso optimismo, el plan fué acogido con frialdad por unos, con indiferencia por otros y con gran reserva por todos. La prensa local alentó con su incondicional adhesión la naciente idea; algún periódico de Madrid tuvo frases de encomio y de consideración para la capital de Cataluña, alentándola con su aplauso en su atrevido y arriesgado propósito; pero como las empresas más grandiosas son las que por lógica natural tropiezan siempre con mayores dificultades para su desarrollo, no era desconfianza ni pesimismo presumir que, dada la paralización de nuestra industria y la tremenda crisis que atravesamos, el resultado del concurso proyectado sería deficiente é inferior á nuestra importancia fabril é industrial.

Sin embargo, empezaron las edificaciones en el sitio designado para su emplazamiento; se invitó á las potencias extranjeras, y las que respondieron al llamamiento organizaron las debidas comisiones y sus comisarios regios se trasladaron á esta ciudad, eligiendo los terrenos necesarios para levantar las correspondientes instalaciones. Todo andaba, pero muy de espacio, muy lentamente, como caminan los seres débiles y enfermizos y el que ha de encontrar la muerte al término de su jornada. Desde luégo se comprendió no ya que era imposible inaugurar la Exposición el 1.° del año actual, sino seguir adelante; por otra parte, las edificaciones que se levantaban no guardaban relación con el fin á que se las destinaba; les faltaba perspectiva, holgura y grandiosidad. Como pabellones auxiliares hubieran resultado muy bellos y elegantes; como gran palacio, era imposible admitirlos sin comprometer seriamente el éxito de la Exposición.

Motivos eran estos más que suficientes para que nuestras autoridades locales se preocuparan para decidir de la suerte de lo que tan vital interés entrañaba para sus administrados, y puestos de acuerdo con el concesionario, convinieron en que la Exposición se verificaría bajo los auspicios del municipio, dando de esta suerte al concurso el debido carácter oficial. La cuestión se presenta, pues, bajo una forma totalmente distinta, y lo que en un principio se acogió con indiferencia y frialdad, se mira hoy con verdadera simpatía, con halagadora confianza.

EL RÍO

La cantidad prestada por el Estado, permitirá la indemnización reclamada por el concesionario y deshacer algo de lo hecho; el resto se llevará á cabo con fondos locales y permitirá emplear hasta tres mil operarios en las nuevas obras que se están practicando y cuyo primer plano ha sufrido importantes transformaciones, que han de redundar muy favorablemente en el buen efecto de la Exposición.

Ninguna idea nos pareció nunca tan descabellada y desastrosa como la de colocar la entrada de la Exposición en el sitio donde en un principio se acordó. No se necesitan, ciertamente, de grandes conocimientos técnicos para comprender que un lugar destinado á ser visitado por millares de personas debe emplazarse en un sitio espacioso, sin estorbos que obstruyan la circulación de los carruajes, ni pongan en constante peligro á los concurrentes de á pié; debe tener á su frente una ancha plaza ó una esplanada, que á la par que facilite la cómoda afluencia de los visitantes, permita descubrir el edificio en toda su grandiosidad y en toda la elegancia de su forma. Y, ¿dónde se había emplazado el edificio destinado á cuerpo principal de la edificación? á la entrada del Parque, junto á una verja que más lo encarcelaba que le servía de adorno, frente á la curva de los tranvías de circunvalación, teniendo á su derecha el ferrocarril de Francia cuyo tráfico es continuo é inmediato á la Aduana, donde es holgado asegurar que el movimiento de carros es incesante, de manera que por delante de la entrada principal de la Exposición hubieran desfilado continuamente tranvías, ómnibus, coches, carros y toda suerte de vehículos destinados á transportes.

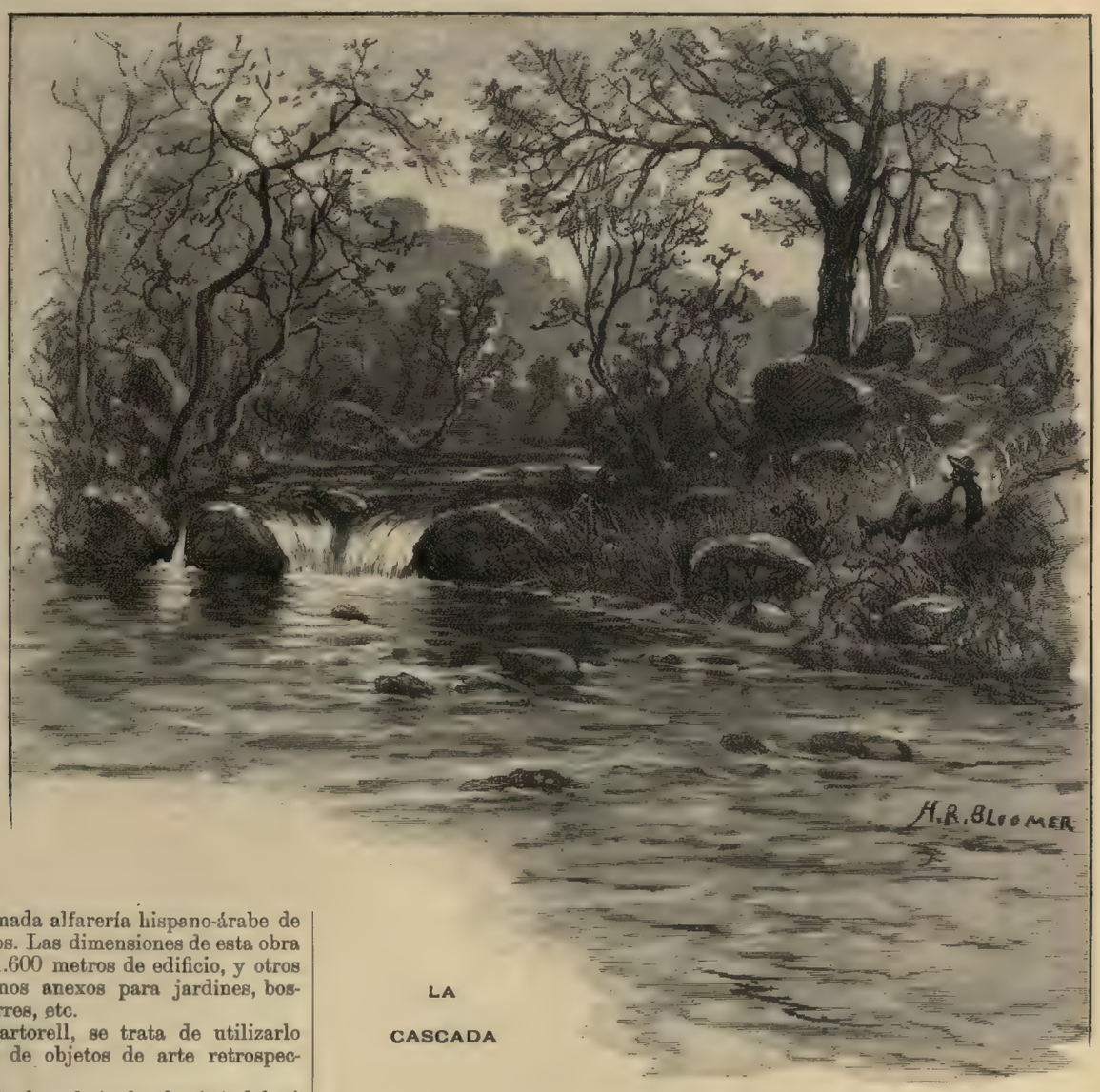
Reciente está todavía el recuerdo de la inauguración del monumento erigido á la memoria del general Prim, levantado á la entrada misma de la Exposición: ¿qué pasó aquella tarde? El sitio era insuficiente para contener á la multitud que esperaba la llegada de la comitiva oficial. Cuando ésta llegó, apenas si encontró sitio donde colocarse; todo había sido invadido: asaltada la valla que separaba el sitio reservado á los invitados, la ola de seres impacientes, gruñones, ansiosos siempre de presenciar espectáculos nuevos, se había desbordado: los carruajes no consiguieron lograr la entrada al Parque, sino dando una vuelta tremenda, y la confusión y el desbarajuste fueron tales, que la mayor parte de los *invitados* se retiraron sin haber visto la estátua del legendario caudillo catalán. El desorden de aquella tarde, en parte se justifica; la muchedumbre era inmensa y no podía desplegarse cual debía; á la derecha tenía el ferrocarril de Francia, y á la izquierda las casas del Paseo de la Aduana; no podía avanzar porque se lo impedía la verja que circunda el Parque, ni retroceder, porque se lo impedía la circulación de los carruajes, ¿qué debía hacer entonces? sencillamente lo que hizo: invadirlo todo, y posesionarse donde mejor le cuadrara, y donde más probabilidades tuviese de *verlo* y *oirlo todo*. Y lo acontecido el día de la inauguración del citado monumento se hubiera repetido tal vez en mayores proporciones en cuantas fiestas se hubiesen organizado en la futura Exposición, pero según se desprende de los últimos acuerdos tomados por quienes corresponde, el nuevo plano conforme al que se hacen las obras, coloca la entrada principal en el Salón de San Juan, sitio inmejorable y que reune las condiciones más apetecibles para dar á la edificación toda la holgura y grandiosidad necesarias. Una parte del Salón inmediato á la Ronda de San Pedro, formará una espaciosa plaza vestíbulo, en

la que se levantará un gran arco central de diez metros de altura. Este arco tiene proyectadas sus grandiosas dovelas formadas por los escudos de las principales ciudades de la nación, campeando en la clave el escudo de España. Coronarán el arco una serie de frisos, bajorelieves y esgrafiados de efecto y lo flanquearán cuatro torres de original dibujo, que recordarán las puertas de las antiguas ciudades muradas. Acabarán de cerrar el Salón de San Juan, unas vallas de barro cocido decoradas con calados y dos anchurosas entradas para la gente de á pié, coronadas por estandartes y colosales *leyeres*. Todo esto está mejor pensado que lo que en un principio se acordó, y podrá dar una idea más aproximada de lo que aquí puede hacerse.

A los dos lados del Salón de San Juan se levantan ya, además de los pabellones al aire libre, dos grandiosos edificios. Uno de ellos es el palacio de Bellas Artes que medirá 100 metros de largo por 60 de ancho. El salón central para conciertos 60 metros de largo por 30 de ancho. En este salón se colocará el órgano eléctrico que construye el señor Amezua. Al rededor del salón se desarrollarán con luces en las fachadas y zenitales las galerías de exposición de todo lo concerniente á las Bellas Artes. Habrá dos grandes pórticos y anchas escaleras para entrar en el palacio.

El otro edificio será el destinado á mostrar todos los adelantos de la electricidad. Tendrá de largo 80 metros. Se entrará en el palacio por un arco monumental con graderías y coronado por un faro de hierro para luz eléctrica de cuarenta metros de altura.

A la entrada de los jardines á mano derecha, se establecerá un gran café-restaurant. El estilo adoptado para este edificio recuerda las antiguas construcciones del país, y del mediodía de Europa en el siglo XV. La obra será de ladrillo crudo con grandes frisos de mayólicas recordando la llamada alfarería hispano-árabe de reflejos metálicos. Las dimensiones de esta obra son de más de 1.600 metros de edificio, y otros tantos de terrenos anexos para jardines, bosquecillos, parterres, etc.



LA CASCADA

El Museo Martorell, se trata de utilizarlo para exposición de objetos de arte retrospectivo.

Se terminará el umbráculo destinándolo á plantas, flores y otros objetos análogos, ensanchándolo considerablemente.

El llamado Gran Palacio de la Industria, que en forma de abanico se estaba construyendo, se terminará introduciendo en su construcción algunas reformas. La gran nave central de cuarenta metros de ancho tendrá su armadura de hierro. En esta nave se subirá á un puente de hierro por el que se salvará las líneas del ferrocarril de Tarragona á Barcelona y Francia y el Paseo del Cementerio para pasar á los terrenos del fuerte de Don Carlos donde se construyen algunos pabellones. El puente de hierro, que ha ofrecido construirlo la Maquinista Terrestre y Marítima, tendrá dos escaleras combinadas con dos grandes marquesinas, para subir y bajar por ambos extremos. En el centro del puente, y correspondiendo al Paseo del Cementerio, habrá un pabellón que servirá de mirador y saloncito de descanso. La playa inmediata al fuerte de Don Carlos se destina para exposición marítima.

Entre los pabellones anexos habrá uno llamado de León XIII para la exposición de objetos destinados al culto.

Los espacios sin edificar se destinarán á jardinería, habiendo ofrecido el hábil director de los jardines municipales señor Oliva, presentar un conjunto que ofrezca verdadera novedad.

Finalmente, los dos edificios construídos en la avenida donde se halla el monumento del general Prim, es posible que se desmonten y se levanten en el paseo de Pujadas. No hay unidad de opiniones sobre este acuerdo, pues, que algunos periódicos han asegurado que quedarían como auxiliares del resto de la Exposición. Como construcciones secundarias podrían dejarlas donde están, ya que su vista embellece el Paseo de la Aduana, y por otra parte, no está la fecha señalada para la apertura tan lejos, que no reclame toda la preferencia para construir en vez de pensar en derribar.

ANTONIA OPISSO.

LECTURAS

BAUDELAIRE

III

Bien se puede asegurar que al crítico de la *Revista de Ambos Mundos* le importa poco la maldición de un poeta difunto, y que la prefiere á ser tenido por «lector apacible y bucólico, sobrio y candoroso hombre de bien,» pero yo no estaba en el primer caso, y sobre todo, ví pronto que no podría juzgar con imparcialidad á Baudelaire, si cerraba ojos y oídos á los señales secretos que en sus versos gritan y hacen gestos para que pueda comprendérsele.

Así pues, preferí seguir el camino de esa que antes llamaba crítica *sujestiva*, sin pretender, por supuesto, acercarme á ella en sus excelencias activas, pero sí en la facultad de sentir y admirar, en el prurito de querer ver todo lo que había en las misteriosas *flores del mal*.

GENTE ALEGRE

e F. Andreotti)

No hace falta advertir, que ni en este, ni en caso alguno de este orden, la admiración, la potencia de simpatía, significa ceguera, apasionamiento. Pero ¿qué duda cabe, que en la crítica de arte lo primero es *enterarse*, comprender? Y comprender la poesía es claro que no consiste sólo en descifrar sus elementos intelectuales, sino que hay que penetrar más adentro, en la flor del alma poética; por eso ha habido, hay y seguirá habiendo tantos críticos muy sesudos, muy instruidos, muy perspicaces, que al hablar de los poetas desbarran lastimosamente.

El crítico de poesía necesita ser... ¿cómo lo diré yo? ecléctico en sentimiento y un poco también en ideas. Julio Simon acaba de decir, juzgando á su maestro Cousin, que todo ecléctico en filosofía, cae, sin querer, en el sincretismo; que la personalidad del crítico ecléctico á fuerza de querer penetrar las ideas ajenas y conciliar las de unos y otros pierde su propia esencia, deja de ser tal personalidad. No discutiré aquí (ni tampoco admito por completo) la opinión del ilustre pensador francés por lo que respecta á la filosofía, pero sí me atrevo á sostener que en poesía no hay crítico verdadero, sino es capaz de ese acto de abnegación que consiste en prescindir de sí mismo, en procurar, hasta donde quepa *infiltrarse* en el alma del poeta, *ponerse en su lugar*. Sólo así se le puede entender del todo y juzgar con justicia verdadera.

Leyendo á Baudelaire segunda vez, he sentido muchas veces repugnancias instintivas; aquí y allí herían mi fe y el amor que la tengo, frases precisas, afirmaciones *crudas*, que provocaban por su rudeza y franca tirantez la controversia, la oposición agria de mi espíritu. La reflexión me hacía advertir bien pronto que era inoportuna la intervención de mi subjetividad (aquí sí que hay *sujeto)* y la conciencia literaria, que también la hay literaria, me gritaba que en aquel punto mi cometido era buscar dentro de mí las ideas y sentimientos que pudiesen simpatizar con las ideas y sentimientos del poeta. Y aquí, aunque sea alargando estas filosofías, es necesario abrir una digresión para explicar como se puede, sin caer en indiferentismo, ni en escepticismo, *ponerse en el lugar* de quien no opina como nosotros. La frase, más sobada que estudiada en todo su alcance, del cómico latino: *Homo sum*, etc., quiere decir también que el hombre es *virtualmente* semejante á todos los hombres, que puede, en cuanto espíritu, por la naturaleza *discreta* de éste, colocarse en todas las situaciones sin necesidad de tomarlas para sí definitivamente; así, el ateo puede *figurarse* lo que sienten y piensan los deistas, y el creyente *sabe* cuales son los argumentos en que se funda el ateo, y comprende su alcance y pueda figurarse, sentir de un modo pasajero, lo que el ateo debe de sentir con relación á la causa primera, á la Providencia, y al último fin racional de la vida. Yo, leyendo á Leopardi, he podido ser ateo en el sentido de penetrarme del estado de ánimo que guiaba al poeta al escribir, por ejemplo, las tristezas que le cuenta á la luna el pobre pastor de Asia; leyendo á Shelley, he podido, aunque con mayor dificultad por parecerme menos natural el ateismo del vate inglés, he podido comprender aquel *anarquismo teológico* y hasta leer las terribles y á su modo sublimes blasfemias contra Jesús; contra Jesús que en mi insignificante sentir es el que ha de salvar al mundo, si este tiene arreglo. Confieso que el esfuerzo tenía que ser grande... y lo fué; Jesús, es, para mí, la más alta imagen del amor y la belleza ideal y el poeta inglés se lo figuraba como tirano, traidor, antipático, soberbio en su humildad, ladino en su grandeza, como se pueden figurar al general de los jesuitas algunos progresistas bonachones; el contraste no podía ser mayor, y, sin embargo, á fuerza de abstracción y *abnegación sujetiva, prescindiendo de mí*, llegué á penetrar la idea del *Cristófobo* y á ver la grandeza de su poesía...

DESCANSO

No cabe duda, soy hombre y nada de lo humano me es por completo extraño, por mi cerebro puede pasar todo lo que á otros les hace creer de modo distinto que yo creo; si así no fuera no habría Esquilos, no habría Shakespeares, no habría arte de imitación psicológica... ni habría verdadera crítica artística tampoco, puede decirse. Hoy todavía siguen diciendo necedades y torpezas contra Víctor Hugo muchas personas, porque no son capaces de ser *hugólicos* como ellos dicen en són de censura.

Schopenhauer ha dicho que no se debe estudiar á los grandes pensadores en las exposiciones que hacen de sus ideas los historiadores de sistemas; él lo dice porque un espíritu mediano no puede jamás ser intérprete fiel de un genio; y esto es verdad. Pero además, la máxima del gran pesimista es buena porque los expositores no suelen cuidarse de anular su personalidad ante la del hombre cuya idea quieren reflejar; no se cuidan de ser, ó no saben ser, sangre de su sangre; y así se observa que después de haber estudiado en los economistas, por ejemplo, la teoría de Adam Smith, al leer á éste en su propio libro, nos encontramos con la novedad de un Smith desconocido, y lo mismo sucede con Spinoza en filosofía (con éste más que en todos) y con Kant, etc., etc.

En la crítica, la de buen propósito, debe haber su religión del deber y en esta religión su misticismo y este misticismo consiste en trasportarse al alma del artista.

Es claro que este es el ideal; después se hace lo que se puede; pero no tengo duda que la justicia absoluta de la censura sólo se dará allí donde se dé completa esa trasformación deseada. El asunto se presta á muchas más consideraciones y aclaraciones y casi casi las pide; pero aquí ya serían excesivas. Como última advertencia diré que es también claro que la crítica es así cuando se trata de verdaderos genios ó de grandes talentos por lo menos; para los tontos y necios que se meten á poetas el mejor trato es el de cuerda; esto es evidente. ¿Y Baudelaire? —dirá algún partidario del método.—Baudelaire también necesita que nos pongamos en su lugar. Y, sin esto, puede parecernos un prestidigitador de ideas, y un diablo de feria. Su satanismo á un espíritu fuerte que está decidido á no *dejarse embaucar* se le antojará un cuadro diabólico dibujado con fósforos sobre la pared en la oscuridad.

Como también cabe ponerse en la situación de M. Brunetiere (con alguna incomodidad) me figuro perfectamente lo *pobre diablo* que al crítico francés le puede parecer el autor de las *Flores del Mal.*

Del cual ofrezco á Vdes. hablar en adelante directamente, sin más digresiones... que las necesarias.

(Se continuará.) CLARÍN.

EL CENTENARIO DE LA RECONQUISTA

EN MALAGA

1.º de Setiembre.

Señor director de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA. Mi querido amigo: Cumplo la palabra de escribir á V. algo sobre los festejos que con motivo del centenario de la reconquista se acaban de celebrar en Málaga, con ostentación á que, dicho sea con verdad, no está acostumbrado este noble país, por la prudente sabiduría del nunca bien alabado y reverenciado municipio. Dejo, pues, por algunos instantes, la ímproba tarea de llenar las miriadas de cuartillas, para su obra sobre el bandolerismo, *Los grandes criminales*, y tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN una reseña que resultará tal vez deficiente por el poco espacio y el poco tiempo de que dispongo, pero que haré con alegría... ¡Se trata de

este hermoso país donde he nacido; el país cuyas flores de todas las épocas, embriagantes de perfumes, inspiraron mis primeros versos: el de las noches claras y apacibles, donde la luna inspira amores; donde las olas del mar cantan idilios; donde sufrí las primeras amarguras; donde está mi madre; donde centellea el sol con las ráfagas de los ojos,—grandes y negros como abismos,—de la pálida virgen engañosa, visión y locura del poeta.

¡Y V. no sabe amigo mío, en cuanto número y de qué calidad son las vírgenes que hermosean estos días las calles del malacitano pueblo! Jamás han visto los asombrados ojos hermosuras tan perfectas, que no en balde habla la fama de las mujeres de aquí, y con las mujeres, del vino, y de la valentía de los hombres; pero de esto último no quiero hablar yo.

Entusiasmaba ver entre la multitud aquellos semblantes lindos de expresión curiosa, oído atento y ojos avizores; sí que esta vez han tenido,—¡Dios sea loado!—alguna cosa de mérito y ostentación en que recrearse. Dianas, magníficas vistas de fuegos artificiales, exposiciones de plantas y flores, de arte retrospectivo, de labores de mujer, certamen literario, procesiones de asombroso lujo, función religiosa en la catedral, cabalgata histórica, certamen musical, corridas de toros extraordinarias, regatas, iluminaciones, retretas militares..... el delirio, la locura; ha sido durante algunos días un desbordamiento sin límites; las calles de la población animadísimas en cualquier día no festivo del año, lo estuvieron ahora hasta el punto de ser ya el tránsito imposible con la inmensidad de los forasteros de que venían cargados los trenes de Granada, de Córdoba, de Sevilla, de Cádiz y de todos los pueblos de la provincia de Málaga particularmente.

***

El día 19 empezaron los festejos con las retretas militares que recorrían los sitios más céntricos; hubo después función solemnísima en la catedral á la que asistían autoridades y corporaciones y donde predicó el obispo, diciendo muy buenas cosas que no son para repetidas; en la Alameda se llevó á cabo la primera velada, presentando un magnífico golpe de vista aquella grandiosa bóveda de luz que cubría como aureola de fuego las veinte mil almas que en el paseo y sus inmediaciones estaban reunidas.

A las doce y media de la mañana del día siguiente se inauguró con gran solemnidad la Exposición de Artes retrospectivas, concurriendo lo más distinguido de la sociedad malagueña; presentáronse cuadros hermosísimos de todas las escuelas y objetos prehistóricos de mucho valor en la parte de cerámica y numismática. En la tarde de este mismo día fué sacada en procesión solemne la Virgen de la Victoria; las calles estaban adornadas de colgaduras y vistosos gallardetes; en todas partes lucían flores, de todos lados emanaban perfumes; el barrio hallábase como en sus mejores tiempos de esplendor y lozanía. Removíase en la calle la multitud, las mozuelas pasaban contoneándose, con muchos colorines y todas con su bosque de claveles en la cabeza; las echaban requiebros los mozos; los aguadores aturdían con sus gritos, reían unos, cuchicheaban otros; la doble hilera de sillas ocupábase formando acá y acullá grandes corros; partía de aquellos corros tenue rumor, como aleteo de la malicia, el abrir y cerrar de abanicos, las risitas graciosas, las carcajadas, el comentario, el secreto, el arrastrar de piés, el arrastrar de faldas y la conversación de tal ó cual enamoradísima pareja; confundíase el olor trasminante de las viznagas de los vendedores, empinándose descaradotas sobre la verde penca, con el de los jazmines y heliotropos puestos en los aguaduchos y los lirios y nardos que en puntiagudas varas hacían presente á los galanes las rapacillas andrajosas; y allí entre aquellos numerosos grupos de hombres, de mujeres, de flores, de sedas, embalsamado todo como por una nube de incienso, centelleaban alguna vez como fuego fatuo los brillantes ojos de la engañosa virgen.

El día 21 fué en la Plaza de Toros el certamen musical entre las tres bandas militares inglesas que llegaron en el vapor *Hecla*, conocido aquí por haber estado en nuestro puerto con la escuadra mandada por el duque de Edimburgo; también han concurrido á este certamen, la banda española del regimiento de Borbón; la de cazadores de Cuba, venida para ello de Granada; la de Infantería de Marina, de Cartagena, y la de Bomberos, de Málaga; como los días anteriores, la afluencia de gente fué espantosa; hubo este día recepción en el Ayuntamiento, *lunch* para los invitados, *bombo y platillo* y casa por la ventana. Como aquí se caminó de sorpresa agradable en otra más agradable todavía, el 22 fué inaugurada en el gran patio del Seminario la Exposición de plantas y también hubo otro nuevo motivo de *juelga* con el concierto dado por las bandas españolas é inglesas en la Plaza de Toros. Siguieron el día 24 los fuegos artificiales, originalísimos, como jamás se vieron en Málaga, y con un gentío inmenso. El certamen literario que también se celebró este día en *El Liceo*, revistió un carácter de verdadera solemnidad; fué la concurrencia tan numerosa como escogida; figuraban en ella, el obispo, el secretario del gobierno civil, y comisiones de Madrid, de provincias y de la prensa local.

La sociedad *El Liceo*, es muy antigua y la más notable de Málaga; se dan en sus espaciosos salones conciertos, bailes, y con mucha frecuencia solemnes fiestas literarias; *El Liceo* protege las artes en todas sus manifestaciones con un ahinco merecedor de aplauso sincero; tiene pintores pensionados en Roma, manda músicos á Bruselas, y convoca á los escritores á certámenes literarios, animándoles con la adjudicación de vistosos premios. El día á que me voy á referir, ha sido uno de los más animados de *El Liceo;* la entrada del local obstruíase por la aglomeración de gente. Aquel famoso *Senadillo*, donde tantos hombres de valer, muertos ya unos, y en lo más alto de la cumbre social otros, derrocharon pródigamente las primeras chispas de su ingenio; aquel famoso *Senadillo*, hoy decorado regiamente con hermosísimos lienzos de Martínez de la Vega, Ocon, Muñoz Degrain y otros pintores también notables, estaba invadido por una turba de caballeros formando calle para dar paso á *ellas*. Parecía el salón de sesiones un ascua de oro,—y valga por esta vez lo estúpido de la comparación;—quien haya asistido á esta fiesta, tuvo ocasión de comprender hasta dónde llegan las palpitantes irradiaciones de hermosura, de luz y de alegría de las mujeres de por aquí; podrá alguno tacharme de pródigo cuando á ellas me refiero; pero, ¿quién, aunque vaya de prisa, no ha de inclinarse á oler una flor cuando es hermosa? Creyérase al tender la mirada por aquel salón, que estaba uno metido en sueño fantástico y voluptuoso, leyendo en los semblantes bellísimos de aquellas mujeres, inteligencia, malicia y sentimiento; percibíanse esos rumores y esos perfumes imposibles de desterrar donde hay mujeres en profusión, y mujeres elegantes; ese perfume de hembra y ese rumor de rasos y de sederías que enardece el pensamiento, llevándole á recónditas esferas, donde parecen estallar besos y suspiros; perfumes y rumores gratos que embelesan y fascinan, haciendo bullir también la sangre hirviente, como á la contemplación de aquellas arrogancias de la mujer meridional; la hermosura severa de la forma y mundana á la vez, con el desnudo de los brazos, del pecho, de la garganta; las correctísimas facciones, la morbidez, el esplendor, en mezcolanza especia-

HIGH-LIFE

Godofredo Kneller (Grabado de Ficquet)

Juan Wildens (Según Van-Dyck)

Pedro Pablo Rubens (Según Van-Dyck)

Antonio Francisco Van der Meulen (Grabado de Ficquet)

Juan Van Huysum (Grabado de Ficquet

Santiago Antonio Artaud (Grabado de Ficquet)

CONOGRAFÍA PICTÓRICA: RETRATOS DE GRANDES Y PEQUEÑOS MAESTROS

DE VERANEO

IR POR LANA...

lísima para más complemento con la cultura de la sociedad moderna.

«Una lucida orquesta dirigida por el señor Zambelli, dice un periódico, dió principio al acto, ejecutando con maestría la *Marcha de las antorchas número uno*, de Meyerbeer.

»El discurso inaugural del Sr. D. Manuel Casado y Sánchez de Castilla, fué notable por su forma, y por la multitud de curiosos datos en él acumulados, acerca de poetas malagueños desde tiempos pasados hasta nuestros días. Estas eruditas noticias iban matizadas con oportunas apreciaciones críticas sobre el mérito y tendencias de cada uno de los escritores que en Málaga vieron la luz.

»A la palabra clara y reposada del Sr. Casado y Sánchez de Castilla, sucedió un nutrido aplauso, que fué general manifestación del gusto con que la concurrencia había escuchado su discurso.»

Las regatas, el concierto en el mar y la segunda y tercera velada, estuvieron también brillantísimos, como igualmente la Exposición de Bellas Artes, donde, entre otras cosas de mucho mérito, había unas hojas del álbum del Papa.

SETIEMBRE

La cabalgata histórica que salió por segunda vez el día 30, dejará indudablemente recuerdo extraño é imperecedero en todas las imaginaciones. Terminaron al fin los festejos, con la corrida extraordinaria de Miuras.

En la Exposición de plantas, han sido premiados: D. Juan López, con dos medallas de oro, una de plata y medalla de honor; Mitjana, con medalla de oro por sus notables colecciones de locacias; con varias medallas de plata los señores Chamusset, Ficrado, Larios y Loring.

En las regatas han sido premiados los señores Herrera, Vázquez, Vega y Serrano; la distancia que debían recorrer los barcos que tomaron parte en el concurso, se había fijado en dos mil metros entre ida y vuelta.

Del certamen musical, resultaron con un premio de mil pesetas, la banda de Infantería de Marina; otra de dos mil pesetas, la de bomberos municipales de Málaga; otro de mil quinientas la del regimiento de Granada, y otro de mil, una de las inglesas.

En el certamen literario fué declarado desierto el primer premio.

Don Clemente García, obtuvo el segundo extraordinario, ofrecido por S. A. la infanta doña Isabel, y el tercero, D. Fernando Mayoral.

Dí ya fin, de mi reseña, amigo director, con esos últimos apuntes; son las ocho de la noche, á las ocho y media, me embarcaré para uno de los pueblos próximos, punto de partida, donde empezarán de firme mis trabajos de investigación para nuestro libro: al dejar este país, donde sólo he permanecido algunas horas, al ver allá lejos las luces de la ciudad, como multitud de pupilas en gigantesca órbita, suspiraré seguramente, recordando el donaire, la gracia, el frasear, la muda sonrisa, los charlatanes ojos, el atavío, la arrogante apostura y la emanación en fin, impalpable, de luz divina y fuego humano de la mujer meridional, cadena inquebrantable que afianza en soberano conjunto la legendaria majestad de la matrona que preconiza el arte helénico y la sutil malicia de la andaluza, envolviéndose todo en una atmósfera exuberante, de oleada de sol, aroma de nardos y claveles y músicas extrañas; toda una acumulación que adquiere forma, allá en lo profundo de nuestro cerebro con el lúbrico pliegue de la mantilla macarena, y la nota triste, prolongada é infinita, de mocetón de robusto pecho, que en la noche misteriosa *rompió* por *carceleras*, al quejumbroso y lánguido puntear de la guitarra.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

NUESTROS GRABADOS

UN CONDOTTIERE
Cuadro de F. Leigthon

No hay para qué decir quién es Sir Frederick Leigthon, siendo, como es, universal la reputación del Presidente de la Real Academia de Pintura de Londres. Ese *Condottiere*, sin embargo, puede añadir todavía algo á la gloria del ilustre pintor inglés que ha hecho gala en él de su buen gusto, color y gracia, por cuyas cualidades se ha distinguido siempre Sir Frederick con preferencia á otras más viriles. Con todo, esta vez ha pintado una cabeza perfectamente vigorosa, que no desdice del admirable tratamiento de la armadura y de los paños.

TARDE TRANQUILA.—EL RÍO

Mi prosa, rebelde á hacer ninguna clase de competencia á las artes del diseño, me priva de describir como se merecen esos dos paisajes... Sólo acierto á decir que se me va el alma tras ellos. ¡Oh delicia, ver salir la luna y rielarse en el tranquilo espejo de una laguna en medio de agreste vegetación ó bien bogar por las serenas aguas de un río manso, encajonado entre risueñas orillas, bajo un cielo plácido!... (etcétera, etcétera).

MADRID: EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS

Continuando la serie de nuestros grabados sobre la importantísima Exposición del Retiro, damos hoy la vista de una de las salas de la sección séptima, una de las más notables, donde además de varios curiosos modelos de barcos, figuran también modelos de carruajes del país y ejemplares de *Quilas*, *Duquesas* y *Carromatos*, coches usuales en Filipinas; estantes con magníficas muestras de finos y ricos tejidos y telas primorosamente bordadas; muebles de madera de *narra* exquisitamente tallados; panoplias, muestras de cordelería etc.

CAMBIO DE TIRO

La escena representa el momento en que, llegando el carruaje á la mitad del camino que deben hacer los que van á celebrar la alegre jira, relévanse los caballos. La cosa está expresada con animación y buen gusto formando un grupo verdaderamente pintoresco.

LA CASCADA

¡Qué bonita es siempre una cascada! ¿verdad? Ya les digo á Vdes. que de buena gana preferiría yo estarme como ese ciudadano, tumbado *cabe* la orilla, que no tener ocasión de admirar á todas horas la de nuestro Parque, á pesar de lo mucho que se parece al *Chateau d' eau* de Marsella y de lo que se parece este á la *Fontana Novi* de Roma. ¡Oh, la Naturaleza! Nada más bello que un arroyo que, después de haber llovido, va dándose aires de río, metiendo ruido, saltando por las rocas, etc., etc. Ese grabado me recuerda la *riera* del Congost, en las inmediaciones de la Garriga, cuando se la antoja venir crecida, ó por mejor decir, cuando se les antoja á las nubes hacer que crezca.

GENTE ALEGRE
Cuadro de F. Andreotti

Bien comidos y bien bebidos, un tanto alegrillos y mientras llega la hora de tirarle de la oreja á Jorge, los nobles caballeros tienen á bien hacerles la corte á las maritornes de la casa, lindas y nada burañas jovenes, fogueadas ya en tales aventuras. Todo lo que el asunto hubiera podido ofrecer de vulgar queda salvado con la elegante indumentaria del siglo XVII.

DESCANSO

Escena tratada con naturalidad y gracia. El dibujante ha conseguido indicar bien los sentimientos de cada personaje, y, además de esto, los ha interpretado hábilmente (á los personajes) dándoles todo el *color* que ambicionan los que solamente emplean blanco y negro.

HIGH-LIFE

A primera vista se comprende que la elegante señorita no las tiene todas consigo, en atención á lo que la dice el novio y más aún por lo que estarán diciendo aquel par que están hablando allí junto á la puerta. La situación está muy bien expresada y se ve que el autor entiende al dedillo la vida de la gente distinguida.

ICONOGRAFÍA PICTÓRICA

Una de las obras que todo bibliófilo decente pagaría á peso de oro es, sin duda, la colección de *Vidas* de pintores

flamencos, alemanes y holandeses publicada por *M. Jean Baptiste Descamps, professeur de peinture á l' Academie de Dessin de Rouen* (1764), con retratos de los autores biografiados, según los originales de Van-Dyck ó el propio pintor, copiados por Eysen y grabados por Ficquet, Gaillard y Sornique. ¡Qué satisfacción, por lo tanto, para nosotros, el poder dar hoy los facsímiles de seis deliciosos retratitos en miniatura grabados por Ficquet que avaloran la obra de Descamps!

Y ahora, ahí van las correspondientes explicaciones, si bien, claro está que no diré nada sobre Rubens ya que todos mis lectores deben de estar más que ahitos de oir hablar de él y de leer artículos y gacetillas y ponderativos discursos sobre su genio verdaderamente portentoso, sin contar lo mucho que en estas mismas páginas he dicho yo del mismo.

Sea, pues, el primero, Antonio Francisco Van der Meulen, en cuya peluca no hay más que fijarse para comprender todo lo que podía dar de sí; fué el último pintor flamenco,—es decir, flamenco de Flandes,—y su papel artístico se redujo á ser una especie de historiógrafo que pintaba todos los pormenores y menudencias de la vida de Luis XIV.

Juan Wildens fué un apreciable paisajista, discípulo de Rubens: es poco interesante.

Godofredo Kneller, natural de Lubeck y discípulo de Rembrandt, retrató á todas las mujeres bonitas de las cortes de Carlos II y Jorge I de Inglaterra.

Juan Antonio Arlaud, ginebrino, descolló como miniaturista y floreció entre los años 1688 y 1743. Tuvo el honor de figurar entre los mejores amigos de Newton. Pintó una *Leda* que escandalizó horrorosamente á los pudibundos calvinistas sus paisanos (cosa muy natural sabiendo que en 1729 lanzábase en Suiza el anatema sobre el que se atrevía á pintar del desnudo) y brilló como admirable retratista. «Il se mettait sans façon, et cependant d' un ton trés modeste, au premier rang parmi les plus grands peintres» dice Descamps con admirable *naïveté*.

En cuanto á Huysum (1682-1749) fué el último holandés; tiénesele por incomparable pintor de *canastillas, vasos de flores*, etc. Si alguno de mis lectores posee algún florero de Huysum, puede venderlo, si quiere, á peso de billetes de Banco,—de los gordos, por supuesto. Téngase entendido, sin embargo, que sus cuadritos eran casi microscópicos.

DE VERANEO.—IR POR LANA...

Los dos dibujos son muy agradables, con la particularidad de representar el segundo un hecho absolutamente histórico; sí, señores: dos pavos reales pusieron en vergonzosa fuga á un gatazo que se había acercado con las más siniestras intenciones respecto al pobre pavito; la cosa, según informes fidedignos, ha pasado en una quinta de Escocia, este verano.

En cuanto á los dos niños que bien resguardaditos del sol se están en ese banco descansando de las fatigas del cricket, ¿quién no los envidiará y querrá al mismo tiempo?

SETIEMBRE

Podrían decirse muchas cosas excelentes sobre este mes, pero cuando pienso que cumplo yo en uno de sus días la edad de... ¡horror! ¡no quieran Vdes. saberlo! no me quedan ganas de pensar en nada más.

Pero, Señor, ¿por qué ha de llegar nunca el mes de Setiembre? ¿Por qué ha de consentir el Dios de las misericordias que me venga á mí ese mes, á guisa de acreedor inoportuno, á cobrarme un año más?

Ya comprenderán Vdes. que cuando á uno le van quedando *pocos* y tiene que darlos es una triste gracia y, por lo tanto, maldita la que me hacen á mí, setembrino irremediable, todas las bellezas de este mes ecléctico, sincrético, anfibio, mestizo, ¡abominable!

ISOLA-BELLA, EN EL LAGO MAYOR

Hemos hablado de cascadas, ríos, lagos, flores, árboles, campos de verdura y otras cosas *ejusdem furfuris*, y ya han visto Vdes. que no he acertado á dar idea de lo que son en sí y del efecto que producen. Los lectores van á desquitarse ahora de mi sequedad naturalista con este maravilloso trozo de Taine que va á dejarles deslumbrados:

«Al salir el sol se toma una barca y se atraviesa el lago en el vapor transparente de la mañana. Es ancho como un brazo de mar y las ligeras ondas, de un azul plomizo, lucen débilmente. La niebla vaga envuelve el cielo y el agua con su grisalla. Por grados, se adelgaza, echa á volar y en sus mallas más raras siéntese filtrar la bella luz y el buen calor. Así se camina durante dos horas en la suavidad monótona y blanda del aire semi-claro, agitado por la brisa como por los golpecitos de un abanico de plumas; después, se forma una abertura y no se percibe alrededor de sí más que azur y luz, —alrededor de sí, el agua, semejante á una gran tela de terciopelo arrugado,—encima, el cielo, liso como una concha de záfiro ardiente. Sin embargo, surge un punto blanco, se acrecienta, se destaca: es la Isola-Madre, encerrada en sus terrazas; la ola bate sus grandes baldosas azuladas y salpica de humedad sus follajes lustrosos. Desembárcase: en las paredes del reborde, áloes de hojas macizas, higueras de la India de largas raquetas calientan al sol su vegetación tropical; alamedas de limoneros contornean lo largo de los terraplenes y sus frutos verdes ó amarillos se pegan contra los cantos de las rocas. Cuatro pisos de hiladas van así sobreponiéndose bajo un tocado de plantas preciosas. En la cima, la isla es un copo de verdura que comba por encima del agua sus macizos de follajes, laureles, encinas, plátanos, granados, árboles exóticos, glicinias en flor, matorrales de azaleas desplegadas. Márchase rodeado de frescura y de perfumes; nadie, excepto un guardián. La isla está desierta y parece esperar á un joven príncipe y á una joven hada para cobijar sus esponsales. Tapizada toda de finos céspedes y de árboles floridos, no es más sino un bello ramillete matinal, rosa, blanco, violeta, al rededor del cual voltean las abejas; sus praderas inmaculadas están sembradas de primaveras y de anémonas; los pavos reales y los faisanes pasean por ellas pacíficamente sus vestidos de oro, estrellados de ojos ó barnizados de púrpura, soberanos indiscutidos en un pueblo de pajarillos que saltean y se responden.

»Yo no era capaz de sentir las obras calculadas de la arquitectura, sobre todo las formas contorneadas y la ornamentación artificial de los últimos siglos. Las diez terrazas abovedadas de Isola-Bella, sus grutas de rocalla, sus aposentos cubiertos de cuadros y poblados de curiosidades, sus estanques, sus juegos de agua, me han parecido acompasados y me han dejado frío. Yo miraba la costa occidental, que está en frente, escarpada y toda verde y que parece verdaderamente hecha para el placer de los ojos. Las altas y pacíficas montañas se yerguen allí con toda su talla y se tiene prisa por ir á sentarse en sus céspedes. Praderas inclinadas, de una frescura incomparable, revisten las primeras pendientes. Los narcisos, los euforbios, las florecillas purpurinas cunden por todos los huecos; los miosotis, por polladas, abren sus ojillos de azur y sus cabezas tiemblan en el rezumo de los manantiales; vése afluir de lo alto millares de hilitos que saltan y se cruzan; cascadas graciosas derraman sobre la yerba su lluvia de perlas, y arroyos de diamantes, recogiendo todas esas aguas fugitivas, corren á vaciarlas en el lago. Aquí y allá, sobre todas esas frescuras y todos esos rumorcillos muestran las encinas el lustre de su verdura nueva y suben de piso en piso hasta que al fin desaparece la altura bajo sus filas y en la cima queda barreado el cielo por la columnata indeterminada de un bosque. En lo bajo, el lago extiende su azur uniforme en una bordadura de arena blanca.»

¿Eh, qué tal esa descripción? ¡Eso sí que es una orgía de color!

LOKIS

POR PROSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

—Es muy posible,—dijo el conde.—En efecto, no tengo lo que se llama gusto por los animales... No valen gran cosa más que los hombres... Os conduzco, señor profesor, á un bosque donde á esta hora existe floreciente el imperio de las bestias, la *matecznik*, la gran matriz, la gran fábrica de los seres. Sí; según nuestras tradiciones nacionales nadie ha sondeado todavía sus profundidades, nadie ha podido llegar al centro de esos bosques y de esos lagunajos, excepto, por supuesto, los señores poetas y los brujos que penetran en todas partes. Allí viven en república los animales... ó bajo un gobierno constitucional; no puedo decir cual de los dos. Los leones, los osos, los antas, los *joubrs*, que son nuestros urus, todos viven en la mejor armonía. El mammouth, que se ha conservado allí, goza de una muy grande consideración. Creo es el repostero mayor. Tienen una policía muy severa y cuando encuentran alguna bestia viciosa la procesan y la destierran. Cae entonces de la fiebre en el mal ardiente y se ve obligada á aventurarse en el país de los hombres. Pocas escapan (1).

—Curiosísima leyenda,—exclamé yo,—pero, señor conde, habláis del urus; ese noble animal que César ha descrito en sus *Comentarios* y que los reyes merovingios cazaban en el bosque de Compiegne ¿existe realmente aún en Lituania, como así he oído decir?

—Seguramente. Mi padre mató por sí mismo un joubr, con permiso del gobierno por supuesto. Habéis podido ver su cabeza en la sala grande. Pero yo no los he visto nunca; creo que los joubrs son muy raros. En cambio tenemos aquí lobos y osos á granel. Por un encuentro posible con alguno de esos señores me he llevado este instrumento—(enseñaba una *tchekhole* (1) circasiana que llevaba en bandolera)—y mi groom lleva en el arzón una carabina de dos cañones.

Comenzamos á internarnos en el bosque. Pronto el sendero angostísimo que seguíamos desapareció. A cada instante nos veíamos obligados á dar la vuelta al rededor de árboles enormes cuyas ramas bajas nos barreaban el paso. Algunos, muertos de vejez y derribados, nos presentaban como un baluarte coronado por una línea de caballos de frisia, imposible de franquear. En otras partes encontrábamos ciénagas profundas cubiertas de nenúfares y de lentiscos de agua. Mas lejos veíamos claras cuya yerba brillaba como esmeraldas; pero desgraciado del que se aventurase, porque esta rica y engañosa vegetación oculta de ordinario sumideros de fango donde caballo y caballero desaparecerían para siempre... Las dificultades del camino habían interrumpido nuestra conversación. Yo cifré todos mis cuidados en seguir al conde admirando la imperturbable sagacidad con que me guiaba sin brújula y encontraba siempre la dirección ideal que era menester seguir para llegar al Kapas. Era evidente que había cazado durante largo tiempo en estos bosques silvestres.

Por fin, distinguimos el túmulo en el centro de una ancha calva. Era muy elevado, y estaba rodeado de un foso muy reconocible todavía á pesar de los brezos y los desprendimientos. Parece que se habían hecho ya escavaciones allí. En la cúspide noté los restos de una construcción de piedras, algunas de las cuales aparecían calcinadas. Una cantidad notable de cenizas mezcladas con carbones y aquí y allí cascos de cacharrerías groseras atestiguaban que se había encendido fuego en el vértice del túmulo durante un considerable espacio de tiempo. Si hay que dar fe á las tradiciones vulgares habríanse celebrado otras veces sacrificios humanos en los *Kapas;* pero no hay casi ninguna religión extinguida á la que no se haya imputado esos ritos abominables, y dudo que pudiese justificarse semejante opinión respecto á los antiguos lituanos, mediante testimonios históricos.

Bajamos del túmulo el conde y yo para recoger nuestros caballos, que habíamos dejado á la otra parte del foso, cuando vimos aproximarse hacia nosotros á una vieja que se apoyaba en un palo y tenía una cesta en la mano.

—Mis buenos señores,—nos dijo reuniéndose con nosotros,—quered hacerme una caridad, por el amor de Dios. Dadme con que pueda mercar un vaso de aguardiente para recalentar mi pobre cuerpo.

El conde le echó una moneda de plata y le preguntó que hacía en el bosque, tan lejos de todo lugar habitado. Por toda respuesta mostróle su cesta, que estaba llena de setas. Por más que mis conocimientos en botánica sean muy escasos, parecióme que muchas de aquellas setas pertenecían á especies venenosas.

—Buena mujer,—le dije,—espero no pensáis en comeros esto.

—Mi buen señor,—respondió la vieja con una sonrisa triste,—los pobres comen todo lo que el buen Dios les da.

—No conocéis nuestros estómagos lituanos,—repuso el conde.—Están forrados de hoja de lata. Estos campesinos comen todas las setas que encuentran, y no por eso dejan de probárles perfectamente.

—Impedidle cuando menos que pruebe el *agaricus necator* que veo en su cesta,—exclamé.

Y extendí la mano para coger una seta de las más venenosas, pero la vieja retiró vivamente la cesta.

—¡Ten cuidado!—dijo en tono de espanto;—están guardados... *¡Pirkuns! ¡Pirkuns!*

Pirkuns, digámoslo de paso, es el nombre samogicio de la divinidad que los rusos llaman *Perune;* es el Júpiter *Tonante* de los eslavos. Si sorprendido quedé al oirle á la vieja invocar

(1) Véase *Messire Tadeo* de Mickievicz; *La Polonia cautiva*, de M. Carlos Edmond.

(1) Caja de fusil circasiano.

un dios del paganismo, mucho más lo fui al ver que las setas se levantaban. La cabeza negra de una serpiente salió de entre ellas y se elevó un pié á lo menos fuera de la cesta. Dí un salto atrás y el conde escupió por sobre el hombro según la costumbre supersticiosa de los eslavos que creen desviar así los maleficios, á ejemplo de los antiguos romanos. La vieja dejó la cesta en tierra, acurrucóse á un lado y después con la mano extendida hacia la serpiente pronunció algunas palabras ininteligibles que tenían las trazas de un encantamiento. La serpiente permaneció inmóvil durante un minuto y después enroscándose al rededor del brazo descarnado de la vieja desapareció en la manga de su sayal de piel de carnero que con una mala camisa, componía, creo, todo el traje de esta Circe lituana. La vieja nos miraba con una sonrisita de triunfo, como un escamoteador que acaba de ejecutar una suerte difícil. Había en su fisonomía esa mezcla de astucia y de estupidez que no es rara en los pretendidos brujos, en su mayoría tontos y bribones á la vez

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

SOLA-BELLA, EN EL LAGO MAYOR

ADMINISTRACION. Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

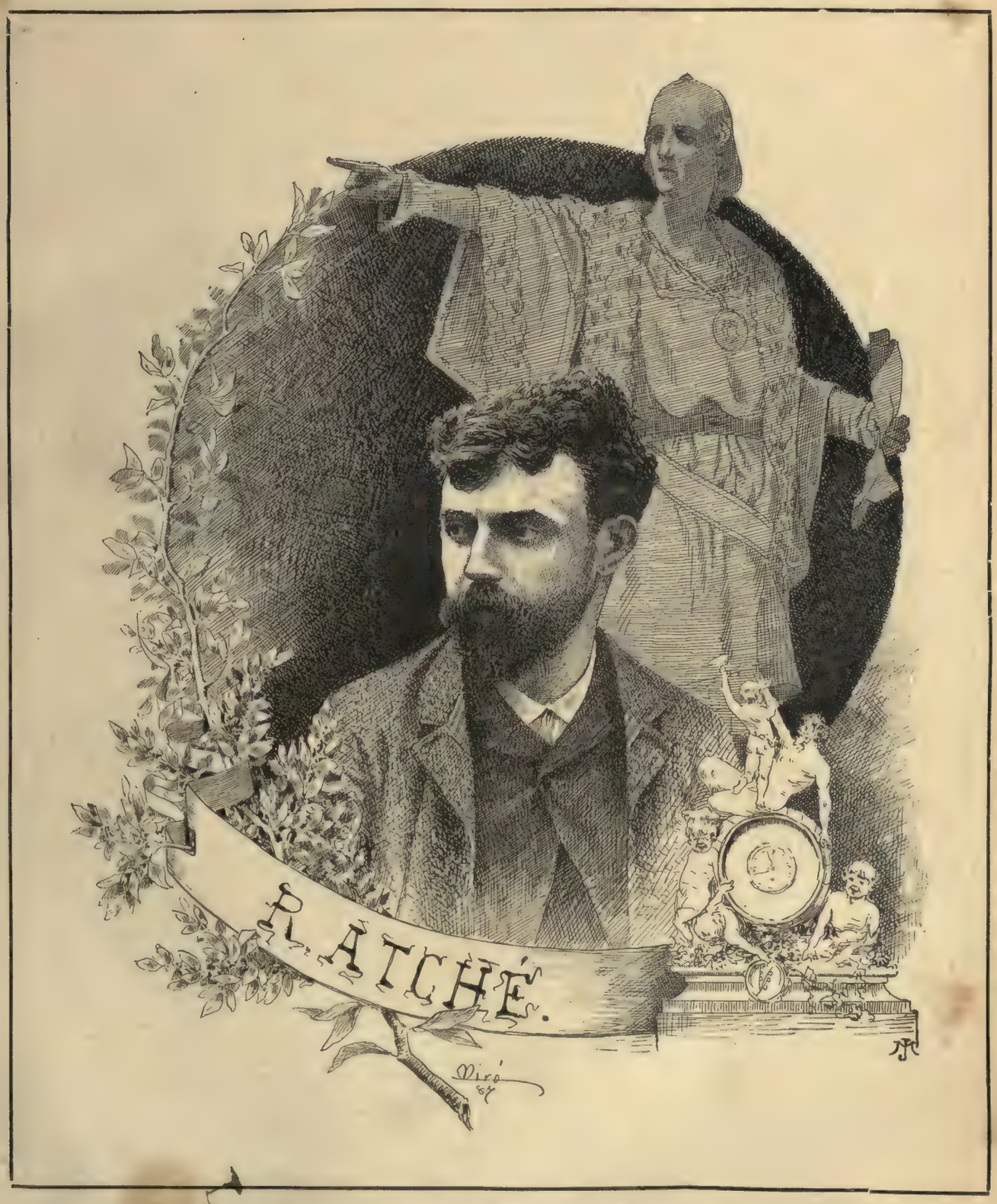
Año V

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
suscrición pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 24 de Setiembre de 1887

CUBA Y PUERTO-RICO
Un año . . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 247



R. ATCHÉ, DISTINGUIDO ESCULTOR BARCELONÉS (Dibujo de Miró)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista* (continuación), por Vicente Blasco Ibañez.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Exposición marítima de Cádiz*, por Patrocinio de Biedma.—*Lecturas*, por Clarín.—Nuestros grabados.—*Hoy* (soneto), por Vicente Riva Palacio.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—R. Atché.—Venus atraída por las Gracias.—*Madrid: Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*. Combate heroico en el pulpito de la iglesia de San Agustín, en Zaragoza.—*Madrid: Exposicion general de Filipinas*. Fachada del Pabellón central. Usos y adornos de igorrotes.—Cerámica coreana (cinco grabados).—Después de la batalla.—Italia: Pallanza, en el Lago Mayor.—*Exposición marítima internacional de Cádiz* (dos grabados).—Desagradable encuentro.—Alegre pareja.—Francia: Quimper.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

MADRID SE DIVIERTE

QUERIDA Carmen: Hoy se abre el abono del teatro Real; la compañía que actuará en la próxima temporada es la siguiente: Directores de orquesta: Campanini, Mancinelli y Pérez.—Primas donnas sopranos: señoras Bruschi-Chiatti, De-Vere, Gárgano, Lizárraga, Patti-Nicolini, Pérez y Tetrazzini.—Primas donnas mezzo-sopranos y contraltos: señoras Fabri y Pasqua.—Comprimarias: señoras Garrido y Gassull.—Primeros tenores: señores De-Lucia, Giannini, Marconi, Signoretti, Stagno y Tamagno.—Primeros barítonos: señores Bianchi, Blanchart y Vaselli.—Primeros bajos: señores Silvestri, Uetam y Verdaguer.—Bajo cantante: Ponzini.—Bajo cómico: señor Baldelli.—Si bien no ha podido ultimarse el contrato con Masini, la empresa cree poder contar con él.

Entre otras óperas se pondrán las siguientes: *Ugonotti*, *Profeta*, *Roberto il Diavolo*, *Africana*, *Stella del Nord*, *Gioconda*, *Guglielmo Tell*, *Mefistófele*, *Romeo é Giulietta*, *Saffo*, *Jone*, *Ebrea*. También se tiene el propósito de poner en escena las óperas nuevas del maestro Bizet, *Carmen* y *Pescatori di Perle*, y la del maestro Wagner *Il Vascelo fantasma*.

La apertura de la temporada se verificará en los primeros días del mes de Octubre.

Esta es, pues, la fecha en que debe encontrarse en Madrid toda la buena sociedad: y esa función inaugural es el principio del invierno elegante. En esa noche de inauguración se estrenan las *toaletas* que se han traído de París en los baules de viaje y que se han pasado, por supuesto, de contrabando. Hay señora que para no pagar derechos se viste en la frontera su traje de baile y entra en España escotada y con sombrero. Las ingeniosidades, los recursos y hasta los delitos á que las señoras acuden para pasar gratis sus galas, son innumerables; generalmente hacen cómplices á todos sus compañeros de wagon, repartiendo entre ellos un guardarropa. ¡Qué satisfacción cuando se ha logrado pasar la frontera sin pagar los derechos correspondientes! Somos contrabandistas de raza.

Como es natural se ha procurado tranquilizar á los abonados, en los cuales han puesto miedo las recientes desgracias de los incendios ocurridos en otros teatros. El subsecretario de Hacienda y el arquitecto del ministerio han visitado el Real para examinar las obras realizadas. Quedaron muy satisfechos de todas ellas y especialmente de la prueba del telón de agua; la inmensa cortina líquida innundó casi instantáneamente el escenario; de haber estado allí cantando la compañía ni un sólo artista se hubiera salvado. El público no debe, pues, temer el incendio en este teatro, sino llevar á prevención un salva-vidas para las inundaciones.

El gobernador, por su parte, se dispone á ordenar que los teatros estén alumbrados con luz eléctrica, y que se realicen en ellos otras convenientes mejoras. Todo esto, en verdad, se hace con el propósito de tranquilizar al público; los teatros de Madrid tienen tales condiciones que no habrá salvación para los que se encuentren dentro de ellos, si estalla un incendio. Hechos en épocas de menos temor al fuego, no sirven para esta en que frecuentes siniestros aterrorizan al público. Para garantizar en lo posible la vida del espectador sería preciso que los teatros fuesen edificios aislados; y que en un momento dado, el teatro,—paredes y techo,—pudiese desaparecer, dejando al público como en la mitad del campo, sin obstáculo para correr. No basta que se hagan incombustibles las decoraciones, ni que haya muchas puertas, ni que estas sean muy anchas, ni que al exterior se coloque un balconaje corrido por el cual pueda descenderse, ni que se apliquen á la fachada escalas infinitas, siempre dispuestas á recibir al despavorido; el público se reventaría en las puertas, se arrojaría por el balconaje y se despeñaría por las escalas desde que suene la voz de ¡fuego! Lo que mata no es el fuego, sino el pánico; los espectadores se alzan á una; buscan la salida todos al mismo tiempo, y como no es posible que todos pasen, se estancan todos. Se siente la necesidad de huir, perdiendo la conciencia de los peligros de la fuga, y evitando sólo el que se teme. Quien huye del fuego, no vacila en arrojarse desde un piso tercero, como quien huye de una espada desnuda no vacila en arrojarse dentro de una hoguera. Es que en nuestra imaginación la muerte ha tomado una forma determinada y sólo bajo ella nos aterra.

Mas ya comprenderás, prima, que no es posible construir dentro del casco de Madrid edificios aislados para teatros, porque el terreno vale mucho, y hasta hoy no se ha descubierto ese teatro de piezas que automáticamente pudiera desarmarse. Por lo tanto, hay que elegir entre la afición á la comedia y la probabilidad, más ó menos remota, de achicharrarse. Para un madrileño de pura raza no cabe dudar; la vida no merece la pena si hemos de arrastrarla con tristeza, en el hogar doméstico, ó entre cuatro amigos, por la noche, sin acudir á esos centros de luz espléndida, de animación encantadora, en la cual las artes nos ofrecen sus espirituales placeres; la mayoría de las gentes no sabría lo que pasa en el mundo sino fuese al teatro, donde le cuentan algo de las vidas ajenas y le ofrecen un espejo de la sociedad, algo empañado. No sería posible suprimir el teatro; en todas las casas se representarían comedias. El hombre, disgustado de su propia historia, gusta de inventar otras á su capricho y no contento del papel que le ha tocado en este mundo gusta de representar otros diferentes. ¿Quién es aquel que reconociéndose sin condiciones para vivir, dichosamente, su propia vida no se cree capaz de interpretar y realizar otros tipos de su imaginación? Dicen que de músico y de poeta todos tenemos un poco. Pues todos tenemos también algo de autores y de actores de comedias. En las preocupaciones de la vida, pensando en el porvenir, ¿cuántos argumentos, escenas, situaciones, enlaces y desenlaces no formamos para llevar los acontecimientos al término de nuestro deseo? Y respecto á ser actores, ¿quién no ha representado cien papeles desde que tuvo uso de razón, logrando con habilidad engañar al público?

Mas hasta hoy,—volviendo á los peligros de un incendio en los teatros,—todo se reduce al ensanche de las puertas; á que las puertas sean de corredera; á que las puertas estén francas y á que el público sepa,—mediante muchos letreros,—donde están las puertas. Estos letreros, por cierto, que indican la salida (así como los bomberos, de uniforme, que aguardan, á la vista del público, el estallido de las llamas) sólo pueden tranquilizarnos relativamente. Debería darse á cada espectador una bata incombustible, una careta de vidrio y una bomba manuable.

En una de mis últimas cartas te dije que no se anunciaban obras dramáticas de importancia; leo en un diario que Núñez de Arce ha escrito una comedia, en prosa, la cual quizás se represente en el Español. Supongo que se refiere á una producción del insigne poeta, de que el año pasado te hablé y de la cual no es preciso anticipar elogios; obra de gran realismo, escrita con sobriedad, con energía, sin efectismos, clásica como el bronce. Mucho deseamos los aficionados á esta difícil literatura ver representada esa obra; mas yo no tengo grandes esperanzas de que así sea.

Puesto que hablo de Núñez de Arce, debo hablar de los preparativos que se hacen para recibir á los individuos del Congreso literario y artístico internacional que vengan á Madrid con objeto de celebrar las sesiones correspondientes á su décima reunión. Organizado por la Asociación literaria y artística internacional, este congreso que tanto ha contribuído á la defensa de la propiedad intelectual y al establecimiento de relaciones regulares entre las sociedades literarias y los escritores de todos los países, ha verificado sus anteriores reuniones, la primera en París, presidida por Víctor Hugo; la segunda, en Londres, por los presidentes de la Sociedad de literatos de Francia y la Asociación literaria internacional y el conde de Lesseps; la tercera en Lisboa, por el rey de Portugal; la cuarta en Viena, por el gobierno austriaco; la quinta en Roma, por el rey de Italia; la sexta en Amsterdam, por el gobierno; la séptima en Bruselas, por S. M. el rey de los belgas y su Consejo de ministros; la octava en Amberes, por el jefe del gabinete belga, y la novena en Ginebra, por Mr. Numa Droz, Vice-presidente del Consejo de la Confederación Helvética. La décima reunión se verificará, como he dicho, en Madrid, del 8 al 15 de Octubre próximo, bajo el patronato y la presidencia del Consejo de ministros. Núñez de Arce, presidente de la Asociación de escritores y artistas españoles, trabaja con el entusiasmo patriótico que todos le reconocemos por el mayor brillo de esta gran solemnidad.

El programa de las tareas de este congreso es el siguiente:—De la uniformidad en cuanto á la duración de la propiedad literaria de todos los paises.—De la asimilación del derecho de traducción al derecho de reproducción.—¿La lectura en público de una obra literaria, depende, como la representación teatral, del derecho del autor?—¿Las obras del arte arquitectónico, deben gozar de la misma protección que las demás obras de la inteligencia?—Del derecho de ésta y del derecho de crítica.—Del dominio público en materia teatral.—Cervantes y su influencia en la literatura de todos los pueblos.—Nombramiento de los individuos del comité de honor; elección de los miembros del comité ejecutivo.—Y noveno: Proposiciones diversas.

Como ves el programa es vario, amenísimo, y trascendental. Espero que tú, cuando leas las discusiones de este congreso, encontrarás materia interesante para tu pensamiento, que no es el de una marisabidilla, pero que no es el de una joven frívola, tan sólo curiosa de las novelerías de la moda.

Se ha inaugurado el teatro de Eslava, dedicado al sainete y á la música ligera; y el día 22 del corriente se inaugurarán las funciones de Variedades, el pequeño y clásico rincón escénico en el cual recuerdo yo haber visto representar á Julián Romea *La cruz del matrimonio* y *Los soldados de plomo*. ¡Lo que ha variado el teatro y los actores y el público, desde entonces!

El principal atractivo de este teatrillo será la Lucía Pastor, la creadora de *Menegilda*, la criada de la *Gran Vía*, la *po-bre chi-ca*. Es joven, no es bella, pero sí graciosísima; dice y canta y baila con sin igual donaire; uniendo al carácter popular de los tipos que representa algo muy personal y muy distinguido. Sus desgarros son realistas sin ser groseros; y si no tiene condiciones para ser una actriz de verdad, tiene las suficientes para ser algo más que una cantatriz de café cantante trasplantada al teatro. Hay en ella sentimiento personal de decoro y sentimiento del arte. Por desgracia el género que exclu-

sivamente cultiva tiene exigencias lamentables; el público natural de ese género se satisface difícilmente con el grano de sal menudo y con delicadezas de artista; pide y exige más al artista cada día, hasta que se ve ya perfectamente encanallado. Esta es la historia de muchos actores y actrices que han interpretado el género popular con la discreción natural en los talentos selectos: su juventud ha inspirado esperanzas; más uno tras otro han ido perdiendo su delicadeza, su esmalte, para transformarse ellos en payasos y ellas en cancanistas y *cantaoras*. Anoche viendo bailar á la Lucía Pastor las seguidillas de la *Gran Vía*, y extremar más y más sus graciosísimos movimientos para corresponder al insistente y entusiasta aplauso del público, me pareció ver á la pobre mariposa que vuela y revuela deslumbrada al rededor de la vívida lámpara. Esa preciosa discreción, esa sencillez tan señorita de que la Lucía Pastor ha sabido acompañarse hasta hoy en las tablas, debe conservarla como un brillante precioso; pasado el límite, no triunfará ya; habrá siempre otras actrices que hagan mayores sacrificios para fanatizar á los públicos groseros.

Pronunciado este sermoncito, digno de Manini en los *Efectos de la Gran Vía*, sólo me resta suplicar á la Pastor vea en él un homenaje de simpatía y terminar mi carta besándote los piés, como es uso y costumbre de españoles galantes.

Tuyo,

FERNANFLOR.

UN IDILIO NIHILISTA

(CONTINUACIÓN)

Las paredes desaparecían tras colosales estantes y armarios, los primeros llenos de libros de diversos tamaños, los segundos de botes, redomas é instrumentos de física de todas clases.

Sobre el lienzo de pared frontero á la puerta destacábanse en lo alto dos grandes retratos con marco negro y sencillo y en la parte baja una gran mesa cubierta de papeles, junto á la cual estaba sentado un hombre envuelto en una vieja bata acolchada y hundiendo sus piés en una tupida piel de oso.

VENUS ATRAIDA POR LAS GRACIAS (Grabado de Francesco Bartolozzi)

El resto de la estancia estaba adornado con algunos sillones, y una estufa de hierro llena de encendido carbón.

Apenas Alejandro entró, el hombre púsose á examinarle detenidamente, y al cabo de algún tiempo le dijo:

—¿Quién sois?

Entonces el estudiante avanzó hasta llegar junto á la mesa, y una vez allí, trazó con la diestra en el espacio algunos signos extraños á los que el hombre contestó de igual modo.

—¿Eres entonces el que espero?—dijo éste con tono de cariñosa confianza.

—El mismo.

—Tienes buena presencia, y se conoce en tu aspecto que eres hombre capaz de grandes empresas ¿Cómo te llamas?

—Alejandro Ischerkassy.

—¿Que edad tienes?

—Veintisiete años.

—Joven, muy temprano has entrado en negocios por los que se arriesga la cabeza; pero se ve en tí, decisión y arrojo, y esto basta. La sangre joven es la encargada de libertar á Rusia, y tú puedes hacer mucho por tu patria; acuérdate que te lo dice el profesor Martens. ¿Eres del mismo Moscow?

—No; soy de Troitza; y si vivo en Moscow, es porque pertenezco á la escuela de ingenieros. En mi ciudad natal vive mi madre, vieja y sola.

—¿No tienes padre?

—No; murió cuando la última guerra con Turquía en la batalla de Plewna.

—Un víctima más de la ambición de los Czares.

Tras estas palabras el estudiante y el profesor quedaron meditabundos, hasta que por fin éste último dijo saliendo de su abstracción.

—¿No te han dado nada para mí nuestros hermanos de Moscow?

—Una carta, tomadla.

El profesor tomó el papel que le entregaba Alejandro, y desdoblándolo púsose á leerlo después de hacer á éste una señal para que se sentara.

El estudiante obedeció, y mientras Martens leía púsose á examinarle con ahinco.

Era un hombre verdaderamente extraño. Pertenecía á esa clase de seres humanos, cuyo físico conserva reminiscencias de alguna raza zoológica, pues en su rostro tenía todas las líneas y detalles suficientes para confundirle con un león viejo.

Su frente era pequeña y deprimida, su nariz mezquina, aplastada y latente á cada instante, sus ojos pequeñuelos y rojizos, y para completar la semejanza, su cabellera era larga y de un rojo sucio, y sus bigotes ásperos cerdosos y erizados.

Era la fiel representación de un león el sabio profesor Martens, pero de un león viejo pues su cabeza, en más de una parte, estaba calva creciéndole la cabellera en mechones aislados, y sus ojos de contínuo brillaban con el reluciente fuego de la cuartana.

Su cuerpo era pequeño pero robusto, y sus miembros dejaban adivinar bajo la rugosa piel un tejido completo de nervios y tendones rígidos como las cuerdas de un buque, y capaces de desarrollar en supremos momentos una fuerza bestial y sobrehumana.

Alejandro contemplaba con cierto respeto y admiración supersticiosa aquel hombre extraño y original.

Adivinaba en él un carácter de hierro, y una voluntad absoluta capaz de arrollar los más terribles obstáculos y llevar á cabo las más inconcebibles audacias.

Aquel hombre debía ser inquebrantable en el logro de sus deseos; ó realizar lo imaginado, ó morir.

Mientras Alejandro contemplaba el profesor Martens y reflexionaba sobre su carácter, éste acabó de leer la carta, y dejándola sobre la mesa dijo al estudiante:

(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

COMBATE HERÓICO EN EL PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN, EN ZARAGOZA (1809)

(Medalla de tercera clase.—Cuadro de D. César Alvarez Dumont.—Dibujo de P. y Valor)

MADRID.—EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS
FACHADA DEL PABELLON CENTRAL.—USOS Y ADORNOS DE IGORROTES, SALA 2.ª (De fotografía)

REVISTA CIENTÍFICA

DEL YESO... Y OTROS EXCESOS

Es preciso no solamente que los vinos no contengan alcohol amílico, ni fuschina, ni sales de plomo, ni veneno alguno, sino que áun el mismo yeso con que se suele adicionarles para darles color ó impedir su alteración, no exceda de cierta cantidad muy ligera. En Francia se ha dictado una circular fijando en dos gramos por litro la cantidad de yeso tolerada; los químicos, de concierto con los cosecheros, han querido demostrar que sea á la dosis que se quiera el yeso no produce el menor perjuicio, pero los médicos han salido demostrando que sí es nocivo á la salud el pasar de aquella dosis. Sobre todo, el informe de M. Marty, catedrático del Val de Grace, es á todas luces concluyente. El autor, escarmentado en cabeza propia, cuenta lo siguiente:

Gozaba dicho señor de la más perfecta salud cuando sin causa apreciable sintióse molestado, al cabo de una hora de haber comido, por gastralgias con calambres de estómago, sequedad en las fauces, cólicos y evacuaciones semi-líquidas, sin que en tres semanas que se estuvo medicando desaparecieran aquellos desagradables síntomas. Tuvo entonces la idea de renunciar al vino y beber nada más que agua y al punto cesó toda incomodidad. Sin embargo, como esto de beber agua es bueno mejor para anacoretas que para catedráticos de medicina, M. Marty, al cabo de cuatro días de hidropotismo, se decidió á beber cerveza, encontrándose muy bien con el cambio. Así pasaron dos semanas y aburrido ya de *brutolados* (así se llaman los preparados de cerveza, de la palabra griega βρὸτον), *reddit ad vomitum*, es decir, volvió al vino, reapareciendo inmediatamente los desórdenes digestivos. Es de advertir que M. Marty, catedrático de química aplicada á la medicina legal, es el autor del procedimiento clásico del dosado del yeso en el vino; analiza su mosto, del cual se creía seguro, y encuentra 3gr., 862 de sulfato neutro de potasa por litro (1). Reemplaza entonces el vino por una cantidad igual de agua alcoholizada al 11 por ciento, con más 2gr., 50 de sulfato neutro de potasa por litro, y á los dos días desaparecen todos los trastornos. A los quince días altera M. Marty la composición del líquido llevando á 3gr., 82 de sulfato neutro de potasa la dosis de esta sal y al cabo de once días de emplear este brevaje es tal el malestar, que se ve obligado el autor á suspender el experimento, que repetido después dos ó tres veces dió el mismo resultado.

(1) El yeso precipita el ácido tartárico del tartrato de potasa del vino, de donde resulta sulfato ácido de potasa en disolución.

CERÁMICA COREANA: LOZA AMARILLA Y FIGURAS PARDAS

LOZA DE PIEDRA

Desde entonces considera M. Marty la dosis de dos gramos como el máximum de tolerancia admisible. Los defensores del enyesado, eruditos ellos, parece que salieron con un texto de Plinio probando que ya en tiempo de este naturalista se hacía uso del tal yeso, pero no faltó quien, compulsando la cita, descubrió que se callaban lo mejor, y es que Plinio, después de decir que, en efecto, se enyesaban los vinos en su tiempo, añade: «En cuanto á los vinos en que hay raspaduras de mármol ó de yeso, son de temer, áun para las personas más robustas. Los latinos llamaban á esta sofisticación: *crapula.*»

Téngase entendido, pues, y en vista de la importancia del asunto, sigamos hablando de lo mismo.

***

No es sólo en los hospitales donde pueden verse innumerables víctimas del alcohol: de seguro que abundan todavía más en las cárceles, y no pocos yacen en los cementerios, fallecidos de muerte violenta por mano de un alcoholizado.

Nada más edificante sobre este particular que el informe leído recientemente en la Sociedad de Medicina pública é higiene profesional de París respecto á los productos que se emplean en el comercio para falsificar los vinos, aguardientes, etc. Estos productos son generalmente para los vinos, los *aceites de vino*,—francés y alemán,—y el *aceite esencial de heces de vino.*

Según M. Girard, químico distinguido que ha sido el que consiguió retirar dichos productos de las combinaciones artificiales en que entraban, el aceite esencial de heces de vino procede de la oxidación, mediante el ácido nítrico, del aceite de coco, de la manteca de vaca, del aceite de resina y de algunos otros cuerpos grasos; gracias al agua fuerte se obtienen de ellos ácidos capróico, caprílico y cáprico los cuales eterificados bajo presión con alcoholes metílico, etílico, amílico, propílico, etc., producen éteres de agradable perfume y tan fuertes que basta con una mínima cantidad para darle el *bouquet* á un gran volumen de alcohol.

Por lo que hace á los aguardientes, coñac,

rom y otros análogos, hay que decir que la composición de los *bouquets* es á veces inofensiva, pero esto nada importa desde el momento en que son malos ya de por sí tales líquidos, como fabricados exclusivamente con alcoholes de industria, cuyo mal gusto enmascaran dichos *bouquets*. En cuanto á los licores, no solamente son tóxicos por el alcohol que les sirve de base sino también por los *bouquets* con que se les sazona, eminentemenfe venenosos.

¿Y qué diremos de los vinos artificiales, de ese escandaloso tráfico de cuyos estragos pueden dar razón diariamente los médicos? Comenzóse por el *vinage*, pero pronto se prescindió de esto valiéndose de materias puramente artificiales y dándose el *bouquet* con los *aceites de vino*.

Ahora bien: vamos á ver qué efectos producen esos aceites: inyectados seis centímetros cúbicos de aceite de vino francés ó alemán en la vena safena externa de varios perros de diez á once kilógramos de peso, perecieron en menos de una hora después de haber presentado síntomas de excitación meníngea y desórdenes cardio-respiratorios terminados por asfixia. En la autopsia, entre otras alteraciones, se vió una inyección difusa de las meninges y el cerebro.

Los experimentadores M. M. Laborde y Magnan quisieron luégo comparar con la acción del alcohol de vino la de los alcoholes industriales y obtuvieron estos resultados: hicieron ingerir á un perro 50 gramos de alcohol de vino del Rosellón, á otro 50 gramos de alcohol de remolacha y á un tercero 50 gramos de alcohol de maíz, los tres á 50.° por adición de agua; el perro primero presentó apenas algunas ligeras de embriaguez, pero los otros dos cayeron en estupor, mostráronse doloridos exhalando lastimeros gritos y notóse que les temblaban las piernas y que la temperatura había descendido un grado, perdiendo además uno y otro el apetito durante 24 horas.

Con el alcohol etílico, procedente de los tres que se emplearon, vióse que los tres perros presentaban, sin excepción, pérdida de movimiento y sensibilidad, prueba evidente de que el alcohol, áun el etílico, es tóxico. Empero, nada más terrible que los efectos producidos por los residuos de la depuración de dichos tres alcoholes: 50 gramos de residuos de alcohol de maíz ó de remolacha, adicionados con parte igual de agua, acarrean tal irritación de estómago que sobrevienen vómitos sanguinolentos.

No se crea, sin embargo, que los alcoholes de industria contengan solamente alcoholes etílico, propílico, butílico y amílico, sino que se saca también de ellos la sustancia llamada *piridina*, enérgico veneno que, á la dosis conveniente, se emplea en medicina contra la disnea, y un cuerpo conocido con el nombre de *furfurol*.

Este furfurol, ó *aldeido piromúcico*, encuentrase especialmente en los alcoholes de semillas, de avena, de centeno, de cebada y parece producirse á expensas del salvado; es un líquido incoloro, que echa olor á esencia de canela ó á esencia de almendras amargas y que no hierve á menos de 16 2°. Su estudio experimental ha revelado ciertas particularidades de la patología alcohólica, pues, mientras algunos médicos escoceses é irlandeses ponían en la lista de los síntomas del alcoholismo agudo por el aguardiente la existencia de ataques epilépticos, los franceses decían que solo se presentaban en el alcoholismo por el agenjo los bitters y el vermut. La contradicción queda explicada ahora sabiendo que la inyección venosa de dos centímetros cúbicos de furfurol en perros de seis á ocho kilógramos, ha provocado violentos ataques epilépticos.

Y, sin embargo, por mucho que se sepa respecto á alcoholes de industria, no pasa día sin que se descubra un nuevo gazapo: así es que habiéndosele ocurrido hace pocas semanas á M. Pouchet analizar un titulado *rom de Jamaica* se encontró con que no solamente contenía alcoholes metílico, isopropílico, alílico y amílico sino también tres aldeídos (acetal, metilal y acetona) y productos aromáticos del grupo de los alcanfores.

¡Cuánta diferencia entre esos abominables líquidos de hoy y los licores de antaño, simple y honrado producto de la destilación de alcoholes de vino conteniendo en disolución las diversas sustancias aromáticas que les caracterizaban! Hoy nadie piensa en tales antiguallas: no se destila nada; se pone un poco de esencia en presencia de los alcoholes, se añade una mezcla azucarada, y buenas noches. No importa que la esencia pueda ser un veneno formidable; la

LOZA GRIS.—LOZA OSCURA

cuestión es hacer negocio. El que no quiera que no beba.

Pero nadie ó casi nadie quiere privarse de echar una copita y de ahí que el temerario aficionado á la *serpiente verde* ingiera con la esencia de agenjo un convulsivante enérgico; de ahí que el devoto del vermut y del bitter que creerá tal vez regalarse con esencias de ulmaría y de *Gaulteria procumbens* trague aldeído salicílico y salicílato de metilo, ambos no menos convulsivantes que la esencia de agenjo; de ahí que el que siente flaqueza por el noyó se exponga á un tétanos con los cinco gramos por litro que suele contener de benzonitrilo y de aldeído benzoico y de ahí que tantos borrachines sucumban de repente sin que la autopsia re-

DESPUES

BATALLA

vele otra lesión que aparecer el corazón tetanizado.

Véase, pues, si son graves los estragos que dimanan del industrialismo alcohólico; si aún el alcohol mejor y más puro es veneno aterrador ¿qué no resultará de esos venenos de los Borgias con que la homicida concupiscencia de traficantes sin entrañas fabrica vinos, aguardientes y licores? Hace diez y siete años que á propósito del *vinage*,—procedimiento inocente, sin embargo, comparado con los abominables procedimientos de nuestros envenenadores de hoy (1),—decía M. Bergeron: «Todo está gritando á nuestro alrededor que el alcoholismo nos gana y va á desbordarnos: la natalidad que disminuye; la debilidad congénita que se hace más frecuente de cada día en los niños de la clase obrera; el raquitismo que rellena nuestros hospitales de niños; el número creciente de los casos de epilepsia congénita ó adquirida, de idiotismo y de tantos estados neuropáticos diversos, tristes resultados de fecundaciones realizadas en la embriaguez; la tisis pulmonar multiplicando sus estragos, mientras que la enagenación mental paga al alcoholismo un tributo de cada año más elevado.»

¿Qué no podría decir ahora el ilustre médico? La enagenación mental progresa horriblemente, pero con la fatalidad de ocasionar á veces dos víctimas en vez de una, ya que el alcohol amílico, por ejemplo, está probado que engendra la locura homicida, y de ahí tantas muertes al salir de la taberna. Además de esto, es de notar que se ven muchos más casos que antes de esa espantosa enfermedad llamada *gangrena de Pott*, originada por la degeneración que en las arterias produce el alcoholismo; por otra parte, los desdichados que se encuentran bajo el influjo de semejante envenenamiento vénse privados de beneficiarse con los descubrimientos que la medicina viene realizando sin cesar; sus enfermedades así del resorte médico como del quirurgico son refractarias á las ventajas de que gozan los demás y para colmo de infortunio no reza con ellos el admirable método curativo de la hidrofobia practicado por M. Pasteur; el alcohólico está condenado á morir si le muerde un animal rabioso.

Por desgracia, si hasta hace poco había podido alardear nuestra nación de ser un modelo de sobriedad y templanza, no es así ahora; la embriaguez adquiere proporciones alarmantes y el alcoholismo hace ya de las suyas. Los tratados de comercio han dado entrada á los alcoholes de industria y ya el vino que bebemos es español en cuanto al nombre, alemán ó ruso en cuanto á los efectos. Conviene, pues, que resistamos todos y culpa será nuestra sino salimos en bien de la demanda. El Código Penal prevé sabiamente el caso de que nos den veneno por vino (Tit. V, cap. II, art. 356) y recientemente los tribunales le han proporcionado un año de presidio á un industrial. Este es el camino.

ALFREDO OPISSO.

(1) El *vinage* consiste en la adición de cierta cantidad de alcohol al vino, hecho en la tina y cuando el vino conserva todavía un resto de fermentación no tiene nada de nocivo, antes bien es necesario para conservar ciertos caldos, *encabezamientos*, pero no se trata de eso, sino de adicionarle el alcohol al vino en el momento de consumirse este, lo cual es una práctica peligrosa, pues no es ya cuestión de conservar nada sino de hacer posible la adición de agua y la mezcla con un vino fuerte en color, resultando de ello que la acción del mosto así *vinado* es la misma que la del alcohol ordinario diluido á 12° ó 15°.

ITALIA: PALLANZA, EN EL LAGO MAYOR

EXPOSICIÓN MARÍTIMA DE CÁDIZ

Para que la comprensión de los detalles sea más fácil, envío á LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA un plano de emplazamiento de las obras, que si bien ha sufrido alguna alteración por ampliaciones hechas en las mismas, precisa con exactitud la situación que ocupan.

Nada más hermoso que este rincón de tierra que hace pocos meses era olvidado arenal batido por las olas y que se ha convertido, gracias al trabajo y á la inteligencia, palancas que remueven el mundo, en centro bellísimo de la industria y de las artes.

Para obtener este resultado se han tenido que hacer explanaciones importantísimas, ocasionándose un movimiento de tierras que no bajará de treinta á cuarenta mil metros cúbicos.

Al nivelar estos terrenos se han encontrado preciosos restos arqueológicos de los cuales se han ocupado la prensa y la Academia de la Historia, reconociendo origen egipcio á las joyas descubiertas.

Que este sitio tiene raíces de antiguas generaciones, es cosa indudable, pues los desmontes que se hicieron para tender las líneas férreas que la cruzan, descubrieron valiosos objetos.

Esta empresa comenzó el muro de contención y desmontes, que completados hoy por las obras de la Exposición dan una planicie próximamente de un kilómetro.

Las grandes obras hechas por la empresa de Lacasaigne, que da nombre al muelle, enterraron algunos millones de francos en estas aguas levantando un muro circular, de un metro de espesor, que convirtió en dársena los 400.000 metros cuadrados que robó al Océano para desecarlo convirtiéndolo en diques, caños, muelle y cuanto tan vasto proyecto necesitaba para realizar sus planes.

Abandonadas esas obras, quedaron entregadas al mar como uno de tantos despojos de la

ambición humana, y el mar comenzó su obra de destrucción, combatiendo, como toda fuerza libre, el peso que se le impone.

Cuando surgió el proyecto de la Exposición, el pensamiento fluctuó entre plantearla aquí, utilizando lo hecho, ó en el extremo de Puntales, que con astilleros, muelle y amplio barrio marino viene á ser un pueblo independiente, más bien que un barrio de Cádiz de donde dista unas tres millas.

Venció discretamente la idea de el sitio que ocupa, más cercano de la capital, más bello y más práctico, y mediante un contrato privado con los herederos de Lacasaigne, que se consideran dueños de las semi arruinadas obras, la Diputación provincial tuvo el derecho de utilizarlas, llenando con esto el inteligente artista más que arquitecto D. Amadeo Rodríguez, su plan de ofrecer en la construcción tantos recreos marítimos como terrestres, según conviene á un certamen que para la marina se hace.

Salvando el deterioro del muro y muelle que forma la dársena, ha utilizado el primero como paseo, simulando una galería con barandal de hierro en medio del mar; el segundo como pabellón marítimo cubierto de lona, como la cubierta de un barco, y con escalas á la parte libre del mar y al interior de la dársena.

En este muelle se ha establecido un *restaurant* abundante y delicadamente servido, que ofrece uno de los sitios más gratos de recreo en la Exposición.

Avanzando la solidificación del terreno en la orilla, se ha roto la línea del polígono irregular que forma el lago, creando una pequeña península cuya curvatura se rompe en siete extremos rodeados de agua y unidos entre sí por una balaustrada con escalas para el embarque.

Son los siete pabellones radiales terminados en forma de barco con un saliente que ofrece un cómodo mirador.

El efecto de este radio de pabellones es singularmente bello y original, formando su semicírculo en lo interior una plaza, la de la Marina, en forma de herradura que se cierra con el gran pabellón de actos que es el central.

Esta plaza tiene en el centro una especie de tribuna para la música, imitando el puente de un buque con su arboladura completa.

Los jardines á la inglesa formados en su suelo, al rededor de este templete, afectan figura de anclas y atributos de marina: son de muy buen efecto.

Como después de dar una idea general de la Exposición, enviaré detalles de sus pabellones y lo que contienen, suprimo en esta los datos que correspondan á cada uno de ellos para que ocupen su lugar correspondiente.

Creemos que no sea esta advertencia del todo inútil, pues podría extrañarse que pasáramos á través de pabellones y paseos sin fijarnos en sus detalles.

Cruzando el gran pabellón central por sus dos puertas con gradería de piedra, que marcan con elegantes líneas como un vestíbulo del salón en cada uno de sus extremos, salimos á la

PLANO DE EMPLAZAMIENTO DE LA EXPOSICIÓN MARÍTIMA DE CÁDIZ

EXPLICACIÓN.—1. Muro cercado de la dársena.—2. Pabellones.—3. Pabellón angular para maquinaria.—4. Pabellones laterales.—5. Pabellón de autoridades.—6. Bazares.—7. Entrada por la Alameda de San Severiano.—8. Plaza central para instalación al aire libre.—9 y 10. Entradas.—11. Muelle Lacasaigne. *A*. Plaza de la Marina. *B*. Plaza de Cádiz. *C*. Avenidas.

plaza de Cádiz, en cuyo centro se alza una monumental fuente, coronada por una matrona que ostenta los atributos de la marina y la industria.

Al rededor de esta hermosa plaza se extienden los siguientes pabellones: el de Bellas Artes, con una á modo de rotonda y dos anchas alas, paralelo con el gran pabellón central que cité antes.

El de la provincia, á la derecha, de majestuosa amplitud, y al cual se une como anexo ó improvisado el pequeño pabellón marroquí; el de la compañía Trasatlántica, preciosa obra que merece detenida descripción; á la izquierda, colocándonos en el de Bellas Artes, dando frente al mar y rompiendo la línea irregular que forman, el gran pabellón de máquinas, obra de atrevida concepción que se prolonga hacia la avenida del ferrocarril, es decir, hacia el sitio llamado *Punta de la Vaca*, cuyo montículo, desmontado en parte, ofrece una eminencia de admirable vista, en la cual se construye de material y sólidamente el pabellón de autoridades, por haber adquirido la Diputación en propiedad este terreno al particular que lo poseía.

En el espacio que media entre el pabellón de máquinas, el pabellón monstruo, como suelen decir aquí á esa soberbia bóveda libre de todo apoyo, se alza una torre de carbón de piedra, formada por la compañía Trasatlántica, con armazón de madera y escalera interior que permite subir á la gran lucerna de cristales de colores, iluminada en su interior con potente foco eléctrico y coronada de un para-rayos.

Esta torre es de un efecto singular, con su negrura bruñida y brillante, su esbelta y airosa forma y su luminoso faro de bronce y cristal, hasta el cual puede subirse, dominando, con unos ocho metros de altura, todos los edificios de la Exposición.

Hay además un pabellón pequeño destinado á oficinas, que se llama *modelo* porque fué el primero que con este objeto se construyó.

No tiene nada de particular, ni presta armonía al conjunto, pues queda algo aislado.

Siguiendo por este lado hallaremos una amplia avenida, en la cual se han colocado, con mejor ó peor gusto, y como cosa extra-oficial en la Exposición, cafés y *restaurant*, uno de ellos en la eminencia de la *Punta de la Vaca*, junto al pabellón de autoridades, de muy buen efecto, por su estilo árabe.

En lo que pudiéramos llamar entrada á la Exposición por esta avenida, y donde se alza un kiosko para despacho de billetes, se ha levantado un escenario de madera, cerrando un espacio cubierto de lona para el pueblo; es un teatro gratis.

Volviendo á repasar la plaza de Cádiz, ó dejándola á un lado y siguiendo al borde de la línea férrea, nos encontramos en la monumental puerta de entrada, en la puerta central, á cuyo lado en otro kiosko se expenden las entradas (á una peseta).

Si para verlo todo, en vez de seguir al centro nos dirigimos á la Avenida de la Industria, hermosa calle que cierra por un lado un muro con baranda de hierro sobre el mar, que se enlaza al muro y balaustrada que hemos descrito al ocuparnos de los pabellones radiales, salientes al lago, y que termina en las bonitas casas del barrio de San Severiano, rodeadas de jardines, perdidas entre sus masas de verdura, pues la fortificación no permite que se eleven.

En esta avenida se han colocado tiendas de juguetes, bazares, casitas y una tienda ó pabellón de madera del Ayuntamiento, que se coloca en la Velada de los Angeles.

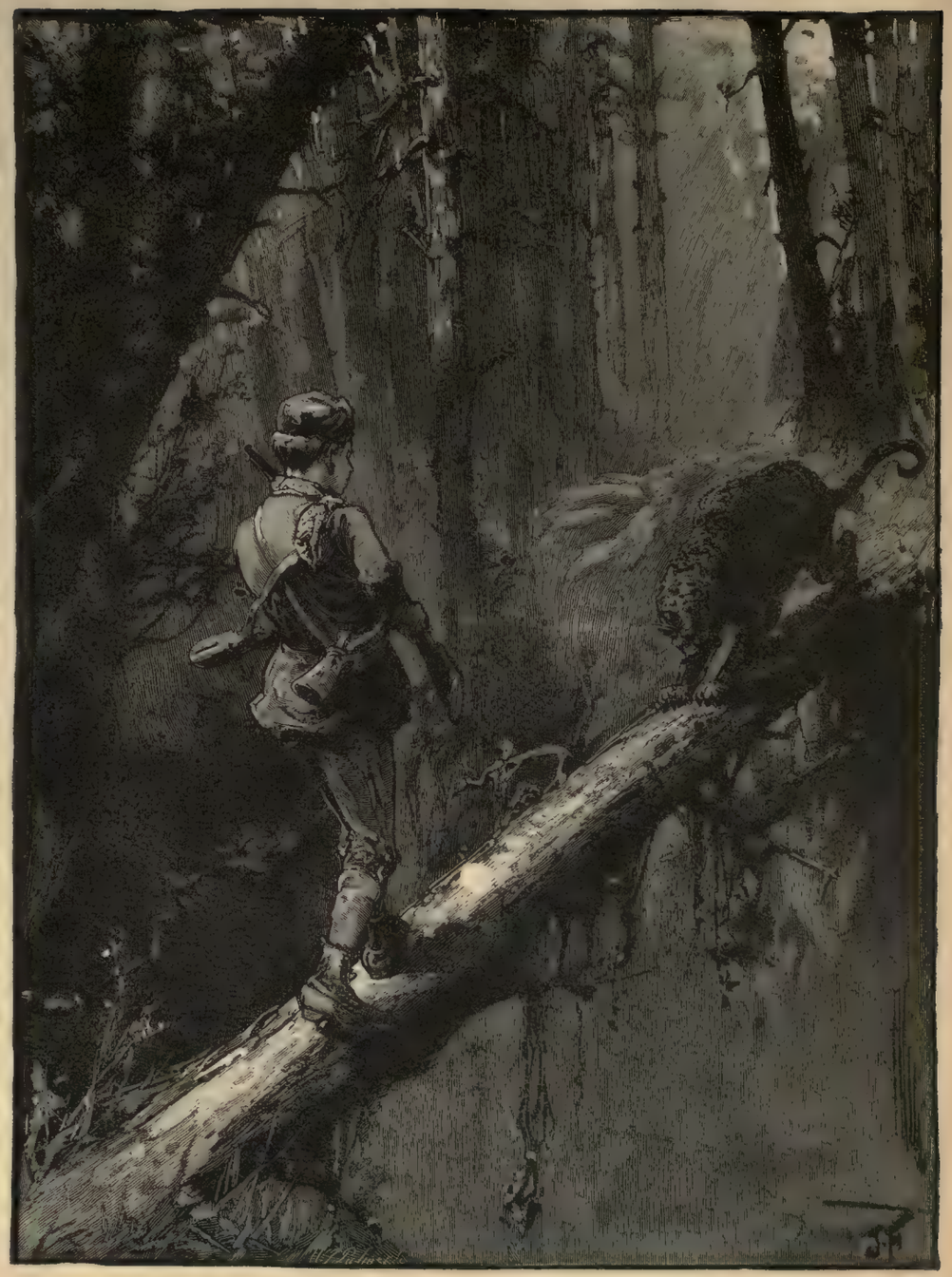
La bajada de carruajes, desde el puente de hierro que se extiende sobre el ferrocarril, es cómoda y amplia, así como el sitio en que éstos se colocan.

Asombra pensar el ímprobo trabajo que suponen estos desmontes, estos rellenos, esta nivelación de terrenos montuosos convertidos en planicie extensísima, rodeada, en la línea de las aguas, de sólidas balaustradas que se abren en escalas de embarque.

Parece un cuento de hadas al contemplar, allí donde nada existía, aquella agrupación de elegantes edificios, tan rápidamente levantados; aquella dársena, que dejaba escapar sus aguas por la carcomida muralla, conservándolas para la navegación, gracias al barco-puerta que la cierra; aquellas lanchas engalanadas con farolillos de colores, cruzando las dormidas aguas del lago en todas direcciones; el muelle de hierro, tantos años solitario, iluminado y visitado como lugar de recreo; todo este espacio, toda este paisaje detallándose enérgicamente bajo la oleada de la luz eléctrica que la envuelve, lo baña en reflejos azulados con tal precisión, que merecen un sincero aplauso los ingenieros elec-

EXPOSICION MARITIMA INTERNACIONAL DE CADIZ: PABELLÓN DE MÁQUINAS Y RESTAURANT DE MORANTE.—INTERIOR DEL PABELLON DE MÁQUINAS

ALEGRE PAREJA



DESAGRADABLE ENCUENTRO

tricistas Sr. R. E. Crompton y Compañía (Londres y Chelmsford), y los empresarios en Cádiz señores Mac Pherson y Webb, según creemos.

Imagínense ahora los lectores que nada cuesta, una vez en el local de la Exposición, y con su entrada correspondiente, el pasear por el lago en lanchas venecianas, el oir las músicas, presenciar las regatas y asistir como asiste la mayor parte del público á sus conciertos, bailes y festejos, y comprenderán que debe ser muy atractivo el sitio descrito para pasar un rato agradable.

Hay además mucho que admirar y de ello nos ocuparemos en los números siguientes.

PATROCINIO DE BIEDMA.

LECTURAS

BAUDELAIRE

IV

No cabe duda que á la fama *actual* de Baudelaire le hubiese convenido que hace algunos años no se hubiese hablado tanto de él, y que por parte de admiradores y de adversarios hubiera habido menos exageración. Cuando apareció su obra se le tuvo por más *satánico* que es; hoy la impresión general de un lector atento, despreocupado y *nuevo* será que... Baudelaire no debe parecer tan espantoso á los timoratos ni tan sublime á los que admiran en él lo que llaman algunos estéticos, como Vischer, *el sublime de la mala voluntad*. Gracias á esas exageraciones, los críticos y lectores amigos de rectificar entusiasmos ajenos pueden seguir, y seguirán, con ciertos aires de justicia, la senda que Brunètiere les señala; y sí, más prudentes que él, no extreman el juicio displicente, influirán en la opinión general y el crédito de nuestro poeta bajará un poco. Pero, pasando tiempo, cuando ya nadie se acuerde de la persecución ni de la apoteosis, *Las flores del mal* quedarán á la altura que deben estar, entre los buenos libros de la verdadera poesía francesa de este siglo, como obra de arte en que se pueden admirar mucho primores.

Acompañan á la edición definitiva de *Las flores del mal* á más de una larga *Noticia* de Teófilo Gautier, tan interesante, variada y pintoresca como descosida é incompleta, varias cartas y artículos dedicados al libro cuyo apéndice forman. Los artículos son de Thierry (Eduardo), F. Dulamon, Barbey d' Aurevilly y Carlos Asselineau respectivamente; el artículo de Asselineau es el más largo, el más importante el de Barbey d' Aurevilly que, como suele, pinta el ingenio y el carácter de Baudelaire con paradojas, antítesis é ideas raras, pero siempre elocuente y nervioso. El panegirista del héroe del *dandysmo* es también el que más exagera, y dando al libro una trascendencia moral que siempre buscan primero que todo los escritores de sus ideas, los católicos *radicales*, llamémosles así, contribuye Barbey d' Aurevilly no poco á dislocar la cuestión crítica y á llenar al lector bonachón de aprensiones de olor á azufre, si bien Barbey cree olfatear *detrás* del azufre incienso. Acaba el elegante y originalísimo escritor católico diciendo que después de semejante libro, *Las flores del mal*, no le queda al autor otro camino que hacerse cristiano... ó pegarse un tiro. Como se ve, esto no es crítica de arte; aquí se considera *Las flores del mal* como un documento para la salvación, como un *acto*, no como pura representación bella. Algo parecido hacen en un sentido ó en otro, los demás críticos citados, así como los autores de las cartas que son, para sendas epístolas, Sainte-Beuve, A. de Custine y Emilio Deschamps, el cual, lleno de entusiasmo escribe además una defensa de *Las flores del mal*, en verso que parece prosa. Es claro que la carta de Sainte-Beuve tiene más miga que toda la demás prosa que acompaña al libro; aquí se nota ya ese *justo medio* de admiración, que es lo que conviene á Baudelaire, pero aún el perspicaz y algo ladino autor de *Volupté* habla más del alcance moral de estas poesías que de su valor intrínseco de obras de arte.

En general, la crítica, antes y ahora no ha hecho casi más, respecto de este libro que fué piedra de escándalo, que estudiar su trascendencia, ya con relación á la sociedad, ya con relación al alma del autor.. Y uno de los aspectos *extra-técnicos* que con más insistencia se ha tratado es el de la porción de sinceridad que habrá ó no habrá en *Las flores del mal*; aún hace pocos días que incidentalmente un ilustre escritor español, espejo de críticos, el gran Valera, hablaba con burla y tedio de la *pose* de Baudelaire.

Y ya está soltada la palabra: la *pose*, es decir, la afectación, la comedia, una postura rebuscada para hacerse interesante; esto es lo que más se le echa en rostro.

Como puede ver cualquiera, todos estos críticos que se salen del libro para penetrar las intenciones del autor, sus probables flaquezas, y para estudiar las consecuencias sociales y morales de sus afirmaciones ó de su *ejemplo*, ya las defiendan, ya las ataquen, dejan á un lado la cuestión propiamente crítica.

Este defecto es generalísimo en la censura moderna. Flaubert se quejaba de él enérgicamente en sus confidencias epistolares con Jorge Sand; Heine, como Flaubert, como Zola, como tantos otros, fué víctima del mismo procedimiento. Un hombre de tanto talento como Gervinus, el famoso historiador de nuestro siglo, juzga al gran poeta del *Reisebilder* con el criterio bajo, interesado y mezquino de un prosaico y vulgar hombre de Estado, metido á censor de artistas; y aún Gervinus tiene la disculpa de que él atiende, por razón de su objeto general, á la trascendencia social de *la obra* del poeta; Einrich y tantos otros, sin tal disculpa, incurren en el mismo defecto.

Hace pocos días Anatolio France en un disparatado artículo *chauvinista* condenaba la última novela de Zola (no terminada) en nombre ¡de los reclutas rurales de Francia!

Pues á todos estos críticos artistas, ó que de tales presumen, les da una lección buena un señor alemán, un ex-ministro, Schäfle, que jamás tuvo pretensiones de dilettante ni de artista, que se contenta con ser gran sociólogo y economista; y dice el tal, en una obra muy larga, muy pesada y muy importante acerca del organismo de la sociedad que la literatura tiene dos aspectos que no deben confundirse nunca, (y que casi siempre se confunden) el social y el técnico; y que la historia y la crítica tienen que ser muy diferentes, en las letras, según se trate de uno ú otro concepto. Nunca se insistirá bastante en tan grande y trascendental verdad. Así como no sirven para filósofos ni para críticos de filosofía los que admiten ó desechan teorías y sistemas no por su fuerza racional sino por las consecuencias morales ó inmorales, alegres ó tristes, de orden ó de desorden social que las teorías y sistemas traigan ó parezca que traen consigo, así es mal crítico de arte el que juzga una obra de bella literatura por las intenciones del autor, por la oportunidad social, por el alcance moral, etc., etc.

Y si algún autor hay que más que todos rechace por su índole este modo de crítica mezclada, impura, es justamente Baudelaire.

Era el tal, como hace notar bien Gautier, muy amigo de metafísicas, razonaba mucho sus procedimientos, y tenía hasta para sus paradojas y sentimientos originalísimos toda una teoría intrincada y sutil. Para Baudelaire no era la poesía expresión inmediata y fiel del estado del alma, porque esto no era arte según él; no había aquí la creación singular en que consiste la invención poética; muchos dicen que el gran poeta expresa su gran pasión, y Baudelaire negaba esto. Oigámosle á él mismo:

«El principio de la poesía es, estricta y simplemente, la aspiración humana á una belleza superior, y la manifestación de este principio está en un entusiasmo, una elevación del alma, *del todo independiente de la pasión*, que es la embriaguez del corazón y de la verdad que es el alimento de la razón. *Porque* la pasión es cosa natural, hasta demasiado natural para no introducir un tono que hiere, discordante, en el dominio de la belleza pura; demasiado familiar y demasiado violenta para no escandalizar á los puros Deseos, á las graciosas Melancolías y á las nobles Desesperaciones que habitan las regiones sobrenaturales de la poesía.»

Claramente se ve en estas palabras, como en otras muchas que no copio, que poeta semejante no se retrata en sus versos tal como es, porque esto repugna á sus ideas de artista; dará de sí mismo aquello que sirve para el elemento ideal, puramente poético, no la pasión familiar, en toda su rudeza de verdad psicológica y fisiológica, que él cree ajena á la vida poético-literaria. Tendrá razón ó no, pero no se trata de eso, sino de comprender que hay injusticia en considerar al autor de *Las flores del mal* como un *poseur*, que quiere hacernos creer que padece lo que no padece. No, él no tiene interés en engañarnos; es absurdo ir á pedirle cuentas de sus acciones con relación á sus versos. Él no dice que él, vecino de París, sea así, aquel poeta que canta las letanías del diablo; figurémonos que es otro, ó que se trata de un gran monólogo dramático, ¿y qué? ¿Está bien ó está mal? ¿Ha producido ilusión ó no? Esta es la cuestión. No se diga que allí hay amaneramiento y falsedad porque se haya averiguado que el autor no responde personalmente con sus pasiones de aquellos versos; si se averigua que el poeta no ha sentido aquello como artista, porque lo dice mal, porque son inverosímiles los efectos, de mal gusto, violento humanamente falso aquel lirismo, entonces se podrá criticar. Pero esto no puede decirlo nadie que sea sincero. Figurándonos un hombre en las condiciones en que el poeta se pone, toda aquella poesía es tan natural como el misticismo de Lamartine ó la desesperación clásica de Leopardi.

Que se trata de un espíritu complicado, de un estilista que aspira á la novedad y á la fuerza original porque sólo así cree que puede haber armonía entre su idea y su forma, es indudable. Pero, ¿y eso qué? Las almas complicadas, los estilistas refinados, ¿no son producto tan natural como los Virgilios y los Bernardino de Saint-Pierre? Nuestro enrevesado y graciosísimo D. Juan Valera es tan de carne y hueso como el Sr. D. Manuel J. Quintana, el cual admito que es un monumento nacional, pero á condición de que se me conceda que es un monumento monolítico; de una sola pieza y sin juegos. Admito que un hombre sea sincero sintiendo el furor pimpleo en vista de que una expedición española va á propagar la vacuna en América bajo la dirección de D. Francisco Balmis. Pero admítase también que puede ser sincero el poeta que quiere asuntos nuevos y formas nuevas y busca y rebusca y encuentra algo original é inaudito en sus pensares de pensares, como dice D.ª Emilia Pardo Bazan; en su espíritu y en su temperamento de artista refinado, nacido en el centro de una sociedad compleja, riquísima en experiencia, que tiene el cerebro excitadísimo por grandes gastos nerviosos y que ve más que vió nunca el mundo y siente especies de dolores, sino nuevos renovados y complicados hasta lo infinito. En suma, llámese al poeta de esta sociedad *decadente*, si tanto nos pagamos de palabras, pero déjesele cantar, con el mismo derecho con que á otros se les deja imitar directamente el *no ensayado canto* de las aves.

(Se continuará.) CLARÍN.

NUESTROS GRABADOS

EL ESCULTOR R. ATCHÉ

Uno de los artistas que más renombre han alcanzado en esta capital es el representado en el bello retrato hecho por el señor Miró. El señor Atché, cuyo *Mal ladrón* le proporcionó envidiable nombradía, ha dado una nueva prueba de su ta

lento modelando el *Colón* que, vaciado en bronce, debe figurar en el monumento que se está levantando en la plaza de la Paz.

VENUS ATRAIDA POR LAS GRACIAS

Cuadro de Angélica Kauffmann; grabado de F. Bartolozzi

Angélica Kauffmann puede ser considerada como la primera mujer que ha conseguido ocupar un lugar eminente en la pintura, ya como retratista, ya en asuntos de historia; con todo, no sería justo pasar en silencio otra *Angélica* que vivía en Tarragona á últimos del siglo XV y á la cual se deben las preciosas miniaturas de los libros de coro de aquella catedral insigne.

Pagado este tributo á nuestra compatriota, diremos que Angélica Kauffmann fué discípula de Mengs, pudiendo asegurarse que fué su digna y única continuadora. Era Angélica celebradísima no solamente por su talento artístico sino por su vivo ingenio, su gracia y su afabilidad. Fué el ídolo de Sir Josue Reynolds y sufrió un cruel desengaño por parte de un aventurero que titulándose conde de Horn resultó ser un villano que aspiraba tan solamente á explotar su renombre.

En lugar de entregarse á la desesperación procuró Angélica deshacerse de aquel marido-pegote pasándole una pensión á condición de que se largase, y libre de nuevo dedicóse con más ardor que nunca al cultivo de su arte pintando al óleo, y á veces al pastel, numerosos retratos, notabilísimos por su graciosa composición, correcto dibujo y sobre todo excelente gusto, hasta el punto de resultarle quizás demasiado bellas cuantas figuras hacía surgir con su pincel de hada, —discípula de Mengs. Tal era, sin embargo, la corriente de la época. Los hombres debían ser tan bonitos que pareciesen mujeres disfrazadas.

La fama de Angélica como pintora decorativa se extendió á no tardar por París, Munich, Viena, Berlín, Madrid y Londres; los grabadores se esmeraban á porfía en reproducir sus obras y los artífices en faenzas, porcelanas, esmaltes, etc., copiaban en sus obras las creaciones de la bellísima pintora. Por nuestro grabado de hoy puede comprenderse el cuidado que ponían los grabadores en transcribir los cuadros de Angélica y cuanto no debía ser la estima en que se les tenía cuando se dedicaban á reproducirlos con su buril hombres tan insignes como Francesco Bartolozzi, Ryland, Burke, etc.

Generalmente tomaba Angélica por asunto temas mitológicos, —pues era gran conocedora de la clásica antiguedad y no tenían secretos para ella Homero, Virgilio, Horacio ni Ovidio,—aunque alguna vez trató también de asuntos contemporaneos, entre ellos algunos inspirados por el *Viaje Sentimental* de Sterne.

Angélica pasó en Roma los últimos años de su vida, quedando su memoria como el de una artista insigne y una mujer encantadora.

MADRID: EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

COMBATE HERÓICO EN EL PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTIN, EN ZARAGOZA (1809)

(Cuadro de D. César Alvarez Dumont.—Dibujo de P. y Valor)

Pocos hechos pueden prestar tanta inspiración á un artista como aquella admirable defensa que hizo Zaragoza en 1809. De ahí que no hayan faltado en la pasada exposición bastantes cuadros sobre aquellos heróicos acontecimientos, siendo uno de los más notables el del Sr. Alvarez Dumont (don César), verdadera especialidad en tales obras, y cuyo mérito ha premiado el Jurado con una medalla de tercera clase.

MADRID: EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS

FACHADA DEL PABELLÓN CENTRAL.—USOS Y ADORNOS DE IGOROTES

Sala segunda (De fotografía)

Continuamos hoy la serie de nuestros grabados sobre la Exposición de Filipinas con dos bellísimas reproducciones: la una del Pabellón Central, notable obra arquitectónica en la cual se celebró ya la Exposición de Minería y la penúltima Exposición de Bellas Artes, y la otra de la Sala 2.ª donde en elegante disposición figuran curiosos instrumentos, utensilios, armas y adornos de los igorrotes.

CERÁMICA COREANA

Los productos de la Corea han adquirido modernamente grande estimación, hasta el punto de considerárseles nada inferiores á los de el Japón y la China. De ellos pueden verse diversos ejemplares, reproducidos en nuestros grabados de hoy, siendo de admirar en todos la originalidad de su ornamentación en esmalte, el buen gusto de la forma y la delicadeza del trabajo.

DESPUÉS DE LA BATALLA

Triste espectaculo ciertamente el de un campo de batalla terminada la lucha, pero más triste todavía el aspecto del mar después de un combate naval. Buques incendiados, explosiones, la lucha con las olas, la desesperación de los que no logran sostenerse á flote, todo esto produce un efecto incomparablemente siniestro que hace desear sean de cada día menos frecuentes esas horrorosas luchas.

ITALIA: PALLANZA, EN EL LAGO MAYOR

El principal atractivo de Pallanza consiste en sus jardines de azaleas y rhodondendrones y sus magníficos bosques de coníferas, cuya vegetación favorece grandemente lo delicioso de su clima. Está situada esta ciudad cerca de las islas Borromeas y ocupa una situación sumamente pintoresca al pié de los Alpes.

EXPOSICION MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CADIZ

PLANO DE EMPLAZAMIENTO

PABELLÓN DE MAQUINAS Y RESTAURANT DE MORANTE

INTERIOR DEL PABELLON DE MÁQUINAS

(Véase el artículo de D.ª Patrocinio de Biedma).

DESAGRADABLE ENCUENTRO.—ALEGRE PAREJA

Endiablada casualidad la de toparse con una pantera en el preciso momento de hallarse el valiente cazador suspendido sobre el abismo. Es de esperar, sin embargo, que el rifle del intrépido joven dará buena cuenta de la fiera que en tan crítica situación le cierra el paso. Según parece, tales tropiezos no son del todo raros en las abruptas montañas del Kentucky.

Forma vivo contraste con la anterior escena la que se ve representada en el otro grabado, cuadro infantil lleno de verdad y gracia.

FRANCIA: QUIMPER

Capital del departamento de Finisterre y puerto importante situado en la confluencia del Odet con el Benaudet, que comunican con el Océano mediante un canal, es Quimper una de las más antiguas y pintorescas ciudades de Francia. Rodéanla en parte antiquísimas murallas y torres; la catedral, de estilo gótico florido restaurada por Viollet le Duc, es preciosa; las construcciones modernas han sido dirigidas de manera que armonicen con la parte antigua y en esta pueden verse aún hoy, perfectamente conservadas, las tradicionales costumbres de los primitivos habitantes, hasta el punto de que quizás en ninguna parte se conserva con tanta pureza como allí el verdadero tipo bretón.

HOY

No de lo porvenir entre la densa
sombra, con que se vela impenetrable,
te finjas con empeño infatigable
la pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa
llames á nueva vida; que indomable,
al recuerdo de tiempo miserable
oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto;
el mañana no llega todavía:
¿por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía,
que en esta vida de dolor y llanto
le basta su pesar á cada día.

VICENTE RIVA PALACIO.

LOKIS

POR PRÓSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

—Hé aquí,—me dijo el conde en alemán,—una muestra de *color local;* una hechicera que fascina una serpiente, al pié de un *Kapas*, en presencia de un sabio profesor y de un ignorante gentilhombre lituano. Esto haría un lindo asunto de cuadro de género para vuestro compatriota Knauss... ¿Tenéis ganas de haceros decir la buenaventura?... Se os presenta ahora una bella ocasión.

Respondíle que me guardaría muy mucho de fomentar semejantes prácticas.—Prefiero,—añadí,—preguntarle si sabe algo sobre la curiosa tradición de que me habéis hablado.—Buena mujer,—dije á la vieja,—¿no has oído hablar de un cantón de este bosque donde las bestias viven en comunidad, ignorando el imperio del hombre?

La vieja hizo una señal de cabeza afirmativa y con una risita mitad necia, mitad maligna, dijo:

—De allí vengo. Las bestias han perdido su rey. *Noble*, el león, ha muerto; las bestias van á elegir otro rey. Ve allí, tú serás rey quizás.

—¿Qué dices tú por ahí, abuela?—exclamó el conde, partiéndose de risa.—¿Sabes bien con quién estás hablando? ¿No sabes, pues, que el señor es... (¿cómo diablos se dice un profesor en jmudo?) que el señor es un gran sabio, un pozo de ciencia, un *waïdelote?* (1)

Miróle entonces la vieja con atención.

—Anduve errada,—dijo;—tú eres quien debería ir allá abajo. Tú serás su rey, no él; eres alto, fuerte, tienes garras y dientes...

—¿Qué me decís de esos epígramas que nos lanza?—me dijo el conde.—¿Sabes tú el camino, abuelita?—le preguntó.

Ella le indicó con la mano una parte de la selva.

—¿Conque sí?—repuso el conde.—Y el pantano, ¿cómo te las compones para atravesarlo? Sabed, señor profesor, que hacia la parte que ella indica hay un pantano infranqueable, un lago de fango líquido cubierto de yerba verde. El año pasado, un ciervo, al que herí, se arrojó á ese diablo de ciénaga. Víle hundirse lentamente, lentamente... Al cabo de dos minutos no veía ya más que su cuerna; pronto desapareció del todo y dos perros míos con él.

—Pero yo no ando pesada,—dijo la vieja con mofa.

—Creo que atraviesas la charca sin ningún trabajo, montada en un palo de escoba.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la vieja.

—Mi buen señor,—dijo tomando de nuevo el tono arrastrado y gangoso de los mendigos, —¿no tendríais una pipa de tabaco que darle á una pobre mujer? Harías mejor,—añadió bajando la voz,—en buscar el paso de la ciénaga que no en ir á Dowghielly.

—¡Dowghielly!—exclamó el conde sonrojándose.—¿Qué quieres decir con eso?

No pude menos de notar que esta palabra producía en él un efecto singular. Hallábase evidentemente embarazado; bajó la cabeza y á fin de ocultar su turbación dióse mucho trabajo con abrir su tabaquera, suspendida del pomo de su cuchillo de monte.

—No, no vayas á Dowghielly,—repuso la vieja.—La palomita blanca no es para tí. ¿No es verdad, Pirkuns?—En este momento la cabeza de la serpiente salió por el cuello del viejo sayal y se alargó hasta el oído de su dueña. El reptil, amaestrado sin duda en aquel manejo, movía las mandíbulas como si hablase.—Me dice que tengo razón,—añadió la vieja.

El conde le puso en la mano un puñado de tabaco.

—¿Me conoces?—le preguntó.

—No, mi buen señor.

—Soy el propietario de Medintiltas. Ven á verme uno de estos días. Te daré tabaco y aguardiente.

La vieja le besó la mano y se alejó á grandes pasos. En un instante la hubimos perdido de vista. El conde permaneció pensativo, anudando y desanudando los cordones de la tabaquera, sin saber gran cosa lo que se hacía.

—Señor profesor,—me dijo al cabo de un rato de silencio bastante largo,—vais á burlaros de mí. Esa vieja bribona me conoce más de lo que pretende, y el camino que acaba de indicarme... Después de todo, no hay nada que sea muy sorprendente en todo eso. Soy tan conocido en el país como el lobo blanco. La tunante me ha visto más de una vez camino del castillo de Dowghielly. Hay allí una señorita casadera y de ahí ha deducido que yo debía de andar enamorado de ella... Quizás algún lindo mozo le habrá dado unto para que me anunciase siniestra aventura... Todo eso salta á los ojos; sin embargo... á pesar mío, sus palabras me han impresionado. Casi estoy asustado... Os reís y tenéis razón... La verdad es que yo tenía proyectado ir á pedir de comer al castillo de Dowghielly, y ahora, titubeo... ¡Soy un grandísimo loco! Veamos, señor profesor, decidid vos mismo. ¿Iremos?

(1) Mala traducción de la palabra profesor. Los *waïdelotes* eran los bardos lituanos.

—Me guardaré muy mucho de formar opinión sobre esto. En materia de casorio no doy nunca mi consejo.

Habíamos llegado ya donde dejamos los caballos. El conde púsose prestamente en la silla y soltando las riendas exclamó:

—El caballo escogerá por nosotros.

El caballo no titubeó; entró sobre la marcha en una vereda que después de muchas vueltas iba á parar á una calzada, y esta calzada conducía á Dowghielly. Media hora después estábamos en la gradinata del castillo.

FRANCIA: QUIMPER

Al ruido que hicieron nuestros caballos, una linda cabeza rubia mostróse en una ventana entreabrió cortinas. Reconocí á la pérfida traductora de Mickiewicz.

—Sed bienvenido,—dijo.—No podíais llegar más á propósito, conde Szemioth. Acaban de traerme un traje de París. No vais á conocerme, tan bonita.

Cerráronse las cortinas. Subiendo las gradas, decía el conde entre dientes:

—Seguramente no es por mi cara por lo que estrenaba ese traje...

Presentóme á madame Dowghiello, la tía de la *panna* Iwniska, que me recibió muy afablemente, y me habló de mis últimos artículos en la *Gaceta científica y literaria* de Koenisberg.

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 1.º de Octubre de 1887 | Núm. 248

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes anterior.

DO ROSAS

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista* (continuación), por Vicente Blasco Ibañez.—*El imperio latino*, por Bernardo Morales San Martin.—*El amor segun Platon*, por U. Gonzalez Serrano.—*Historia de dos notas*, por Corcello.—*El proyectado palacio del Gobierno civil de Barcelona*, por O.—Nuestros grabados.—*A mi madre* (poesía), por Ezequiel Solana.—*Lokis* (continuacion), por Prospero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Cogiendo rosas.—Mistress Antoinette Sterling.—*Bilbao*. Iluminación del puente del Arenal, la noche del 12 de Setiembre, al regresar de Portugalete S. M. la reina Regente.—*Malaga*. Las fiestas del Centenario de la Reconquista: Moros y pajes.—Paisaje.—Lugano y Monte Salvatore.—Tipos japoneses.—Aparición inesperada.—Una declaración.—San Sebastián: La Concha.—Un entreacto.—Verona: Portal de la iglesia de San Zeno.—Sala de fumar en la Sociedad de artistas de Londres, en Newman Street.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

EN LAS FERIAS

QUERIDA Carmen: no se suprime la feria por respeto á las tradiciones populares, mas se la sitúa en sitio apartado; allá en la calle de Alfonso XII, están los puestos de quincalla vieja, los montones de libros, las prenderías de desecho que constituyen la feria actual de Madrid. Los aficionados á gangas van con la esperanza de encontrar algún objeto útil ó raro entre aquella escoria de los mundos en que han vivido nuestros abuelos y nuestros padres. No es fácil volver sin tristeza de aquel cementerio de ilusiones, de aquel bazar de desengaños... Pero del fondo de esta tristeza, si el curioso visitador no es un egoísta, siente nacer un gran consuelo... *¡El mundo marcha!* y si las ferias desaparecen abandonadas de los cortesanos, es porque todo Madrid es una feria de novedades, es porque las Exposiciones han venido á ser las verdaderas ferias del Madrid moderno.

De todos modos, démonos una vuelta por ese Rastro improvisado, seamos madrileños de raza, visitemos la ermita de San Isidro en Mayo, comamos buñuelos en todos los santos y registremos los tenderetes de las ferias al llegar á San Mateo. Por fortuna la feria viene cuando Madrid no suele ofrecer grandes atractivos; los que se fueron á veranear no todos han vuelto; los que han venido, descansan de sus varias expediciones; el sol y la lluvia luchan por reinar soberanamente, y el cielo toma el aspecto de los nublados de Escocia; si habíamos de pasear sin entretener con ideas nuestra imaginación, pasearemos entre las ruinas del pasado, de tantas enseñanzas para el presente.

Declaro, desde luégo, que cuando voy á la feria me detengo de preferencia ante los montones de libros y ante las prenderías donde hay cuadros viejos. En una y otra cosa hemos variado mucho: en imprenta y en pintura. Estos dos artículos bastarán para alimentar las ferias de los siglos, porque las máquinas no cesan de arrojar papel impreso, y cada día se revelan una docena de pintores más.

Al ver que de contínuo se escriben y se imprimen nuevos libros sobre materias de que tanto se ha escrito é impreso, se pregunta uno cómo se compondrá el aficionado para aprender lo correspondiente á una sola ciencia, con tanto más motivo cuanto que la mitad de los libros están escritos para demostrar la inutilidad de los anteriores. Un sabio no se tomaría la molestia de investigar la naturaleza ni la historia, sino lo animase el propósito de desacreditar á otro sabio. Además, en las ciencias como en las artes, en los usos sociales, como en los simples figurines de las modistas hay modas, y los sistemas y los métodos filosóficos y científicos pasan y vuelven sin más razón que la de haber cumplido ya *su tiempo*. En ese montón de libros tan diferentes, apenas si hay una docena de ideas, confeccionadas con estilos diversos, de las cuales la lógica de los unos y la imaginación de los otros han logrado sacar páginas y páginas. Esas doce ideas todos las poseemos, porque todos hemos tenido ocasión de leerlas alguna vez; pero se nos han confundido y extraviado entre tanta y tanta palabrería como se vienen agrupando en torno de ellas. No sé quién ha dicho que las verdades de este mundo caben en un papel de cigarrillo, cierto; los errores, las mentiras, son las que no caben en todo el papel elaborado ni por fabricar. Ante esta consideración se ve cuan difícil es llegar á la posesión de la sabiduría por el estudio, y cuan inútil ir á la feria y comprar libros. Verdad es qué, generalmente, los libros que compran los que van á la feria no corren el peligro de ser hojeados; después de un brevísimo examen de la portada, pasan á la biblioteca á vivir en el eterno reposo. No se suele ir á la feria por libros modernos sino por libros que han leído los que ya no existen. Sus rótulos son, pues, verdaderos epitafios.

De las pinturas no puede decirse lo mismo. Estas *se leen* á la primera mirada: y por eso hay tanta afición á la pintura; es ilustración que se adquiere sin fatiga. Pero esto no puede decirse en absoluto de los lienzos y cobres de la feria; porque suelen estar ennegrecidos por el tiempo ó restaurados lamentablemente; y el aficionado, que siempre busca raros hallazgos, cree ver tras la negrura y los repintes el pincel de un Velázquez ó de un Durero. Es incalculable el número de cuadros viejos que se han comprado y se compran á sabiendas de que son malos y nada más que por si resultaran buenos. Allí, sobre todo, donde hay un niño ó un borrego, por confuso que aparezca, nadie deja de adivinar un Murillo. Las ferias del porvenir nos ofrecerán grandes desengaños en materia de pintura; porque veremos á que bajo precio se dan las obras de muchos autores hoy de moda, por las cuales se pagan cantidades fabulosas. Su *chic* habrá pasado; otros intérpretes del gusto público habrán venido á enriquecerse; y por otra parte, los tonos brillantísimos, aquel *bouquet* de colores que deslumbra á los aficionados se habrán desvanecido rápidamente al enranciarse el lienzo. Los cuadros modernos son espléndidos de color como el día, pero en este día la noche se hace muy pronto. De los cuadros modernos sólo resistirán los que estén bien compuestos y bien dibujados. ¡Tan pocos!

Pero no podemos, Carmen, recorrer la feria si hacemos reflexiones tan dilatadas con cualquier motivo.

En los trajes, ¡qué cambio tan grande! Recuerdo cuando yo era joven y visitaba la feria: ¡qué miriñaques allí colgados! ¡Qué vestidos de cola tan larga! La mujer es un pájaro que varía constantemente de pluma, y hay que convenir en que los años pasados estaba ridícula y en este (cualquier año que sea) está encantadora. Es por lo tanto el traje una preocupación. Mas ¿no hemos visto que también la ciencia y el arte son preocupaciones? Por fortuna caminamos á la simplificación del traje: las mujeres vestirán dentro de poco como los hombres y en las ferias del porvenir no habrá faldas, ni capotas, ni mantillas.

También ha progresado la industria, desde hace cuarenta años, enormemente. Nos convencemos de ello cuando nos miramos en este espejillo de luna borrosa, que nos infla un carrillo como si tuviésemos dolor de muelas, que nos alarga el rostro ó que nos le ensancha según los caprichos del vidrio y del azogue. Hoy, estas lunas pequeñas, van casi de balde y sólo tienen precio las que adornan los establecimientos de lujo; los cafés, las tiendas de novedades y que son verdaderas paredes de cristal, y digamos otro tanto de los demás adornos de las habitaciones; en otro tiempo sólo había dos clases: los muy buenos, construídos para los palacios, y los de pacotilla construídos para todas las demás casas; hoy, que existen los potentados, que hay clases intermedias, y que gastan lujo los pobres, en cada calle hay un magnífico establecimiento de tirolés repleto de inutilidades brillantes. ¿Dónde habrán de ir estos desechos sino es á la calle de Alfonso XII, por ahora y á las Ventas del Espíritu Santo, dentro de algunos años?

¡Ah! te aseguro que alguna vez no puedo menos de conmoverme en la feria, reparando alguno de esos objetos que están destinados á desaparecer sin reemplazo. Ayer mismo ví entre varios cachivaches y telas un morrión de miliciano nacional. No pude menos de llevarme la mano al sombrero y saludar á la sombra gloriosa de la Libertad, que representaba. Representaba la fe, el entusiasmo, la abnegación política. Nada de esto existe. Tal vez porque ya no hay necesidad de que exista. Pero me vino á la imaginación el tiempo aquel en que al grito santo los honrados tenderos se asomaban al balcón inquietos y decían *¡Ya se arma!* y cogían la escopeta y bajaban á la calle y ayudaban á levantar barricadas y disparaban balazo limpio contra la tropa sin saber á punto fijo por qué disparaban, cegados por su horror á la tiranía. Todo eso pasó; morrión, entusiasmo, barricadas, tiranos; y en las ferias del porvenir no habrá chacó especial que recuerde la burguesía de hoy; porque nuestros burgueses no renuncian, en las grandes solemnidades, al sombrero de copa.

Tampoco abundarán en las ferias del porvenir los quinqués, como vemos hoy en las prenderías; porque la luz eléctrica, que imita la luna y que dibuja tan deliciosamente los objetos con su vigorosa sombra, iluminará nuestros hogares como hoy ilumina los establecimientos públicos. Ya casi no se encuentra un velón de mecheros, ni en la feria.

Pero en cambio, una chaquetilla de torero viene á recordarnos que el tiempo es ineficaz contra la índole de nuestro genio; que todo cambia menos nuestro carácter; que somos toreros y lo seremos en todos los siglos.

No quiero enumerar las infinitas vejeces que ayer ví; y las consideraciones, lastimosas unas, llenas de esperanzas otras, que me ocurrieron; pero sí te referiré mi última impresión cuando dejaba la calle de Alfonso XII; impresión la más triste de todas, sin consuelo en el futuro; para mí, al menos.

No era un objeto, sino una persona, lo que ví; lleva un nombre conocido, un nombre que ha sido famoso. Se trata de una mujer. Es hoy baja, gruesa, colorada, con un vientre chino, de andar torpe, de aspecto vulgar; vestía un traje de colores chillones y llevaba un sombrero ridículo, que parecía un calesín lleno de flores. No era posible ver semejante tipo sin risa.

Y sin embargo, hace veinte años cuando me presentaron á ella, era el encanto y el asombro de Madrid; era una joven esbelta de un talle ideal, de un cutis como la hoja de una rosa, el primor de los primores en el vestir, la reunión de todas las gracias en su figura, en su aire, en toda su persona.

Al verla allí en la feria parecía que venía ella en representación de la mujer y de la hermosura para demostrar que entre todas las vejeces y todas las antiguallas y todos los desechos, el más triste es el de la mujer que se avieja.

Tú dirás que esto que digo, sobre ser injusto no es galante; pero debes considerar que yo no puedo referirme á mujeres de tus gracias y de tus condiciones morales; pues si la hermosura de la línea, puede sufrir detrimento, no debe clasificarse en la categoría de vejez el encanto del ingenio y de las virtudes.

Esta aclaración es suficiente para desarrugar tu ceño y el de todas aquellas que siendo esbeltas han engordado y siendo jóvenes son ancianas.

Tuyo, pues, FERNANFLOR.

UN IDILIO NIHILISTA

(CONTINUACIÓN)

—Ya he recibido antes que ésta, otra misiva en que me hablaban de tí anunciándome tu llegada. Según dicen eres muy entendido en mecánica.

—He ganado la medalla de honor en la es-

cuela de ingenieros, y mis profesores aseguran que tengo mucha facilidad para la invención.

—Eso es lo que yo necesito, ó más bien lo que necesita nuestra gran asociación. Las tentativas contra el Czar se repiten, y ninguna produce éxito. Los compañeros te envían para que juntos inventemos algo que corone pronto nuestra obra.

—Estoy dispuesto á todo.

—Poco te toca hacer. Yo tengo lo principal, lo que destruye, el alma de lo que pulveriza; tú has de inventar lo que dirige, el cuerpo que lo contenga. Trabaja joven, trabaja, que tu invento unido al mío atraerá la libertad sobre la Rusia, y será causa del triunfo de nuestros hermanos. Alejandro II ya murió destruído por nuestras bombas, es preciso que su hijo sufra igual suerte.

El profesor quedóse pensativo algunos instantes y luégo murmuró:

—¡La bomba! ¡la bomba! Esto no respira nada de genio. La bomba es tan mezquina como la ignorancia; por lo voluminosa atrae las miradas de la policía, y los efectos que produce son limitados. Y luégo la pólvora, lo que ya conocían los frailes del siglo XIV, lo que antes conocieron los árabes y los chinos, ¡bha!... una antigualla; mi invento, solamente mi invento, puede producir magníficos resultados.

Y al decir esto la voz de Martens fué subiendo de punto, hasta que saliendo de su abstracción le dijo así al estudiante.

—¿Sabes tú lo que me ha costado de inventar ese nuevo elemento de muerte? Yo soñaba con una sustancia explosiva cuya menor cantidad fuera capaz de derrumbar una ciudad entera; era mi deseo constante, era mi preocupación fija. ¿Cuántas vigilias me ha costado el realizar mi ilusión? ¿Cuántas noches he pasado junto al mortero combinando las sustancias más diversas para encontrar mi apetecido invento? Muchos ratos de desaliento he tenido que sufrir al experimentar las dificultades de lo desconocido, pero he vuelto mi pensamiento á la Rusia, he pensado en los tiranos que esclavizan al pueblo, y mi esperanza ha renacido para con la fe del iluminado, emprender otra vez mi trabajo hasta que el cansancio ha rendido mis fuerzas. Hoy tengo ya realizado mi proyecto; poseo el elemento para destrozar á nuestro enemigo y áun si es necesario al palacio que habita. ¡Joven! trabaja tú ahora, envuelve mi invento en otro tuyo y la victoria será nuestra, pues la patria nos deberá su salvación.

Y el viejo profesor al decir todo esto, gesticulaba como un energúmeno y agitaba sus brazos en el espacio presa de febril excitación.

Alejandro le contemplaba con respeto, pues el fanatismo de aquel hombre le admiraba profundamente.

Martens apenas cesó de hablar levantóse de su sillón, y abrió un pequeño armario que tras éste había, artificiosamente oculto en la pared.

Algunos frascos correctamente alineados sobre las tablas del armario, aparecieron ante los ojos del estudiante.

—Mira esto,—dijo el profesor,—Todos los frascos contienen sustancias más ó menos explosivas. Tenerlos junto á mí es lo que me alegra, pues son mis mejores amigos. Aquí hay pólvora y dinamita de todas clases, y sobre todo aquí guardo mi preciosísimo invento.

Y al decir esto, el viejo cogió un bote de hierro de regulares dimensiones que colocó cuidadosamente sobre la mesa.

—¿Ves esto?—continuó.—Es muy pequeño, y sin embargo si lo arrojara con fuerza sobre el suelo, tú y yo seríamos pulverizados, la casa se fraccionaría hasta lo infinito, toda la calle sufriría igual suerte y más de la mitad de San Petersburgo caería deshecho en ruinas.

El viejo al decir esto estaba verdaderamente espantoso. Sus ojuelos brillaban alegres y sus garras se estremecían como á impulsos del placer.

El estudiante no se sintió conmovido á la vista de aquel terrible bote, y sólo le dirigió una fría mirada de curiosidad.

—Eres un valiente,—dijo Martens.—Otro hombre en tu lugar se hubiera estremecido de horror y miedo.

—Maestro,—contestó Alejandro con voz grave y reposada,—la vista de ese frasco no me causa pavor sino alegría, pues me parece que dentro de él oigo tañer la campana que anuncia la última hora de Czares. Grande es vuestro invento según decís, y yo os juro por Dios que supuesto necesitáis de mí, procuraré auxiliaros con todos mis conocimientos.

—Así se contesta joven. ¿Cuándo piensas ponerte al trabajo?

—Ahora mismo; vuestras palabras han despertado mi entusiasmo, y en este instante me encuentro capaz de resolver los más difíciles problemas.

—Retírate pues; pero antes recuerda lo que te he dicho. Lo que necesitamos es una máquina casi imperceptible. Que pueda esconderse en la palma de la mano, y que sin embargo en ciertos instantes lance rayos destructores. Algo semejante á la víbora que permanece escondida entre las hojas de la flor, y que de repente clava su lengua ponzoñosa en el incauto que se acerca. ¿Podrás reunir en tu invento tales circunstancias?

—Confío en que sí, maestro.

MISTRESS ANTOINETTE STERLING

—¿En dónde vives?

—En una posada, en la que sin duda me vigilan desde que llegué.

—Ten mucho cuidado.

—Hace ya tiempo que esquivo las sagacidades de la policía.

—Anda, pues, y que el Señor marche contigo.

El profesor Martens al decir esto, volvió á coger el terrible bote y después de encerrarlo en el armario secreto, se dispuso á acompañar al joven hasta la puerta.

Cuando ambos se encontraron á la mitad de la estancia, el viejo cogió á Alejandro y le dijo en tono de consejo.

—Joven; si sientes desaliento piensa sólo en la sublime misión que tus hermanos te han encargado, y la fe y el entusiasmo volverán á tí. Si la debilidad se apodera de tu inteligencia, acuérdate de este viejo y de mis santos patronos.

Y Martens al decir esto señaló los dos grandes retratos que se ostentaban frente á la puerta.

—¿Quiénes son esos?—preguntó Alejandro.

—Son dos grandes hombres que no vacilaron en hacer caer la cabeza de un rey para labrar la dicha de su patria. Son Dánton y Robespierre.

Tras esto los dos callaron, y silenciosos encamináronse á la puerta; pero al llegar junto á ella se abrió, penetrando en la estancia una joven cuidadosamente abrigada, y llevando todavía sobre el sombrero algunos copos de nieve.

—¡Buenos días padre!—dijo al entrar.—Vengo del anfiteatro anatómico, y mi amiga Olga me ha conducido en su trineo hasta aquí.

La joven fué á continuar hablando pero al notar la presencia de Alejandro callóse como avergonzada y bajó los ojos.

El viejo Martens se sonrió y haciendo en el espacio la misteriosa seña, dijo á su hija.

—Es un amigo.

(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

BILBAO.—ILUMINACIÓN DEL PUENTE DEL ARENAL LA NOCHE DEL 12 DE SETIEMBRE, AL REGRESAR DE PORTUGALETE S. M. LA REINA REGENTE

(Dibujo de Asarta según un apunte de D. J. Martínez)

MÁLAGA.—LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA RECONQUISTA: MOROS Y PAJES (Dibujo de Asarta, según fotografías)

EL IMPERIO LATINO

(BOCETO HISTÓRICO)

Al amigo cariñosísimo é inspirado poeta D. José Antonio Palau

Los últimos destellos de la idea pagana brillaban en el ocaso de su historia con pálidas tintas, mientras se alzaba como radiante astro por Oriente el Cristianismo, augurando su poética alborada la profunda transformación que ante la aparición de la unidad divina en el mundo filosófico-religioso, sufrió la historia de la humanidad.

La vieja capital del imperio tenía socavados sus cimientos.

Roma habíase apropiado la filosofía de los pueblos á quienes convirtió en provincias suyas. Los dioses de las naciones que gemían encadenados bajo su avasalladora planta, estaban junto á los dioses patrios en el Capitolio; los ciudadanos quemaban incienso en muchos altares, ofrecían sacrificios á muchas divinidades y no creían en ninguna ó se mofaban de ellas en los públicos parajes; natural consecuencia de la confusión que envolvía en sus postrimerías á aquel mundo decrépito. La mujer que conservara el pudor que la contuvo á la orilla misma del inmenso mar donde se agitaba encenagada la sensual sociedad latina, se inclinaba y creía ciega en las doctrinas que mejoraban la condición de sus hijos y la suya propia, atrayendo el consuelo al aturdido espíritu, idealizando la terrena vida. Los ciudadanos renegaban de sus derechos, que los convertían en esclavos de los caprichos de un César cruel y voluntarioso; ningún deber tenía exacto cumplimiento; ningún derecho estaba garantido; los preceptos jurídicos que tan alta colocaran á Roma sobre las naciones bárbaras sus rivales, se fundían con los absurdos mandatos y lúbricos deseos de un emperador imbécil. El Senado dormita y la inquieta guardia pretoriana legisla y adjudica la púrpura al mejor postor. La moral de Séneca y de Epicteto fué sustituída por la infame sátira. La literatura cayó al servicio de la adula-

PAISAJE

ción. Las ciencias se escondían tras la vana charlatanería, la argolla del esclavo ó el necio empirismo. La sociedad antigua estaba desquiciada; nuevas costumbres habían de regenerarla. Roma, señora del mundo, era esclava de sus vicios.

A toda ciencia ofrecía su lugar; á todos males saludables remedios; poseía para todos los vicios antídotos eficaces; á todo contratiempo oponía alegre esperanza; para toda pesadumbre tenía consuelo; la doctrina iluminada más intensamente desde el martirio del Gólgotha. El trono del César tiembla. Apréstase á la lucha y opone cruenta resistencia á aquella idea sútil que lo penetraba y reformaba todo, amenazando á las podridas instituciones políticas á la aparatosa é inútil religión, á las impuras costumbres.—Pero así como en sombría noche se dibuja rápido el contorno de plomiza nube, al centelleo de eléctrica chispa fugitiva en el espacio, así la oposición del politeismo al cristianismo fué rápida; que la historia cuenta por breves los trabajosos momentos que resuelven una idea trascendental.

Llegan á Roma en violentas oleadas las ideas que inundaron el Asia antigua,—vertidas con la mágica palabra de Jesús de Nazaret,—chocando terriblemente con el carcomido dique opuesto por los pontífices y emperadores. Los sacerdotes fueron arrancados de la húmeda catacumba y arrojados al circo; centenares de cristianos son confundidos con los esclavos en la ergástula; las vírgenes eran pisoteadas por las fieras, y desgarradas sus blancas vestiduras y delicadas carnes por aquellas salvajes bestias. El César no contenía su regocijo ante el destrozo de tanto «enemigo» y el pueblo aplaudía el nuevo espectáculo que le proporcionara el miedo ruín del emperador. Los cuerpos de los mártires fueron la envoltura de la sublime idea; la misma majestad imperial partía la corteza y germinaba la semilla. Aparece Roma durante esta crisis teñida por la sangre que de tanto mártir corrió por las vías públicas, llenando los arroyos y salpicando los mármoles de los palacios y pórticos, de los anfiteatros y templos, agitándose entre ellos frenético conjunto de siniestras figuras, como á través de rojo cristal ó sangrienta gasa. La resistencia al cristianismo fué la última sacudida del imperial régimen; fué la resistencia de unas leyes á otras leyes, de una religión á otra religión, de unas costumbres á otras; costumbres de la vieja generación que zozobraba en el mar de sus desdichas á la generación nueva animada por salutífera savia; de un mundo caduco,—á quien sólo quedaba aliento para prosternarse ante sus hermosos ídolos, y sensible solo á la materia,—á otro mundo preñado de nuevos ideales, que le hundía de recia patada en la sima que abriera con sus errores. Y era natural. El augusto señor inventa groseros placeres y presta asilo en sus palacios al vicio. Necesitábamos para referir el inconcebible lujo de que rodeaban á sus banquetes y contar todos los desórdenes que consentían y aún regulaban la ley y la religión; las palabras de Elio Lampridio, y la pluma de Salustio para pintar la corrupción de la gran ciudad. Los circos, repletos de ceñudos senadores y graves ciudadanos que pedían entre furiosos gritos: más juegos; y corría la sangre del embrutecido gladiador tiñendo el áurea arena, confundiéndose su ronco estertor y el chocar de sus armas con los rugidos de fiera que se revolca en sangrientos despojos, lanzados por la civilizada Roma. Apenas retirado el cadáver del atleta, apenas cubiertos los charcos de sangre, otra fiera humana se dirigía al palco imperial, murmuraba aquellas palabras,—expresión exacta de la historia del imperio,—«Ave, César...» y corría á solazar con su agonía á la ciudad que disponía á su antojo del mundo y dictaba sus leyes á la humana raza. Las asquerosas «Lupercalias,» las arrebatadas «Bacana-

les» que legó la Etruria, las «Saturnalias,» los «Ludi compitalitios» que restableció cruelmente Tarquino, los «Ludi natalitios» con que el emperador celebraba sus días, con luchas de gladiadores, y arrojando miles de esclavos á las fieras, y las «Naumaquias,» en las que tanto se prodigaba la sangre humana, eran las fiestas con que procuraba distraer el ánimo y conseguir el agrado de sus dioses aquel pueblo idiota. Llegó al ejército la corrupción, invadiendo las legiones la holganza; el soldado romano perdió su ardimiento y noble valor y fué vencido. La filosofía trastornó las ideas que aún flotaban sobre el cieno de aquella moribunda sociedad, influyendo en el general decaimiento las absurdas teorías importadas de las naciones helénicas; las doctrinas de los escépticos, de los cínicos, de los epicúreos, todas cayeron en Roma como en lugar propio, pasando por el tamiz del goce.

La oposición entre estos caracteres de vida del imperio latino y los de la naciente sociedad cristiana, es uno de los más bruscos contrastes que nos ofrece la historia en su largo camino. El recogimiento y la oración eran el reverso del extremado refinamiento en los placeres. Elevaban piadosos cánticos al Dios creador los cristianos durante sus sobrias y sencillas comidas, mientras en el espléndido banquete del senador ó del cónsul se oían entre las contínuas libaciones y los chasquidos de asquerosos besos, ebrias carcajadas é impúdicas frases. El fausto de las viciadas ciudades paganas aparecía humillado por la pobreza evangélica; las ricas vestiduras de las orgullosas matronas y afeminados caballeros hundidos en la pereza, por las sencillas telas de las vírgenes ocupadas en las domésticas labores. La sociedad conyugal aparece sentada sobre sus propias bases. Regulan las relaciones de los hombres leyes más humanas é igualitarias. Al aparatoso rito, al repugnante sacrificio, suceden en la oscura catacumba, en

LUGANO Y MONTE SALVATORE

solitario bosque, ante humilde altar las sencillas prácticas religiosas, austera representación de la unidad divina que trascendía á todos los órdenes y aspectos de la vida, á todo sistema de conocimiento, á toda ciencia (1). A la obscena liturgia sustituye la inocente fiesta de la Pascua con que celebran la resurrección del Maestro, en el grandioso momento de abrirse en flor las variadas especies vegetales para recibir el amoroso beso del polen que fecundiza y convierte en dulces jugos las hermosas coloraciones de los pétalos; que el culto de la Naturaleza es el culto de Dios, y toda vida es reflejo de la sabia y divina disposición y semejanza de nuestro organismo y de las trasformaciones de la idea dentro del humano encierro, las metamórfosis y mudanzas de la vida vegetal. Aquel cúmulo de epicúreos no paraba mientes en tan sencillas cosas y no hubiera disimulado su burlona sonrisa ó escéptica carcajada ante quien le enseñase la intercesión del Sér omnipotente desde las revoluciones cósmicas de la materia, hasta los vitales movimientos del arbusto elegante y de la simple criptógama, y desde la vida sencilla del trasparente infusorio que muestra al examen microscópico las más graves funciones de su fisiología, hasta la organización complicadísima de un sér superior. Verdad es que no entendían el lenguaje del espíritu.

Pasados los tiempos tormentosos para los cristianos de los primeros siglos y purificada la fe en el crisol del martirio, arraigóse el cristianismo con sólidas ataduras en el alma humana. —contribuyendo á ello eficacísimamente la mujer, sér más inclinado á los dulces sentimientos del corazón,—saturándose de los preceptos que resbalaron antes sobre los pórfidos de los templos, sobre las bibliotecas, sobre los cerebros idólatras embotados por la contínua diversión. Surgen tras las legiones de los mártires los filósofos sosteniendo el Verbo, si bien de sus metafísicas sutilezas y al deseo de conciliar las nuevas y antiguas máximas filosóficas, nacen las herejías.

Un gran acontecimiento viene á terminar la obra comenzada.

Avalanchas de bárbaros destrozan el suelo itálico y amenazan á Roma. Los habitantes de las ciudades incendiadas aún piden licencia para abrir el teatro y el circo, ó yacen totalmente ebrios en el triclinium, al lado de espléndida mesa, impotentes para tomar la espada. Confúndense los ayes de los soldados heridos en la defensa de la ciudad, con los bramidos de la muchedumbre que llena los circos. El imperio era un inmenso festín que los bárbaros convir-

(1) Los paganos carecían del idealismo religioso que caracterizó á los iniciados en las doctrinas de Jesús, á quienes bastaba la sencilla adoración de un Dios «uno» en quién firmemente creían. De aquí las complicadas ceremonias de la religión pagana; y de aquí que cuando estas fórmulas ya no satisfacían á su voluble carácter, inventasen otras y otras, buscando la variedad hasta en lascivas y torpes prácticas que de todo se amparaba aquella sociedad falta de primordial idea. Su arte espléndido y magnífico, trasunto de hermosos modelos, comparado con las rígidas y hasta rudas creaciones místicas del arte de los primitivos cristianos y de los artistas del comienzo de la Edad media, confirman nuestra opinión.

TH

ESES

tieron en colosal hoguera. Un papa, un santo detiene con la dulzura de su acento, á las turbas irruptoras que intentaban asolar otra vez á Roma.

Aquellos hijos de los bosques, alejados de las montañas en cuyos riscos estaban pegadas sus tradiciones; apartados de los ásperos desfiladeros donde resonaban potentes sus inspirados himnos de guerra, de las sagradas lagunas y de los seculares bosques cuyos troncos y ramas impregnados estaban de las fórmulas de su sencilla religión; separados de las intrincadas selvas donde el ruido del torrente que se despeña se junta al murmullo de la leyenda fantaseada por los siglos y repetida por unas generaciones á otras, conservan aún sus pensamientos vírgenes y sus costumbres puras. Vislumbran claros horizontes y la luz vivísima que indica el camino á su sencillo espíritu; un débil esfuerzo arranca la duda, repercute en el corazón el sentimiento religioso, aparece Dios en claro concepto, hunden la frente en el polvo de sus victorias y se abrazan á los toscos brazos de la cruz que se alza sobre los escombros humeantes de la civilización antigua.

BERNARDO MORALES SAN MARTÍN.

APARICIÓN INESPERADA

EL AMOR SEGÚN PLATÓN

Pocos filósofos se han ocupado directamente del amor como objeto propio de la especulación reflexiva. En toda la antigüedad apenas si se halla más que Platón que, en su diálogo *El Banquete*, á través de mitos y símbolos, hace una descripción del amor y de sus diferentes clases para concluir exaltando, con la sencilla ingenuidad de la enseñanza socrática, el amor á lo bello y á lo bueno.

Aunque puede parecer que su doctrina sólo tiene interés histórico, no está demás advertir que la sustancia intelectual del Platonismo late y vive al presente en el espiritualismo cristiano, que informa la civilización europea; de suerte que, prescindiendo de la vestidura exterior y áun de las trasformaciones inherentes á la acción continua del tiempo, todavía la teoría platónica del amor constituye sedimento histórico en nuestro pensamiento y energía viva en nuestro corazón. Equivale por tanto el análisis del diálogo platónico *(El Banquete)* á algo más que una reminiscencia ó curiosidad erudita; todavía el común pensar y sentir de las gentes debe encontrar en las teorías de *El Banquete* algo que puede servir de precedente y guía á muchos de los complejísimos afectos que se agitan en el fondo del corazón humano.

Cada uno de los que intervienen en el diálogo *El Banquete* habla desde su punto de vista especialísimo, resultando de este modo una descripción de las evoluciones y distintas fases de este sentimiento, Fedro habla como un joven y considera la pasión del amor; Pausanias es el hombre maduro que lo trata con la experiencia propia de su edad; Eriximaco se explica como médico; Aristófanes, poeta cómico, expone, con apariencias festivas, pensamientos profundos; Agaton añade sus entusiasmos poéticos á los juveniles del primer interlocutor y por último Sócrates, con lenguaje inspirado expone la teoría platónica del amor por la eficacia del amor á lo bello y á lo bueno, que es la verdad vívida ó practicada.

Para Fedro es principio moral que inspira horror al vicio y emulación por la virtud el amor, el dios más antiguo, el más augusto y el más capaz de hacer al hombre virtuoso y feliz durante la vida y después de la muerte. Como Fedro siente y se expresa la juventud cuando suma é identifica todos sus deseos y su existencia entera con la pasión del amor. Tal ha sido y tal será el amor para la juventud, sin que, á pesar de que cambien los elementos intelectuales, los alicientes sensibles ó los móviles internos, se altere el fondo constitutivo del sentimiento amoroso considerado como la pasión que hace rebasar las fuentes de la vida. Si á veces no se entienden las gentes ni nos entendemos cuando hablamos del amor es porque varía el punto de mira y áun la intensidad del sentimiento con el proceso del tiempo; es porque, como ha dicho nuestro gran poeta Campoamor *(Dolora, Cosas de la edad)*:

—No entiendo tu amor, Lucía.
– Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mia
el yerto mar de los años.

Pausanias, segundo interlocutor de diálogo, declara que el amor no camina sin Venus, es decir, que no se explica sin la belleza. Existen dos Venus: la una antigua, hija del cielo y que no tiene madre, es Venus Urania ó celeste; la otra más joven, hija de Júpiter y Dione, es la Venus terrestre ó popular. Las dos almas que describe el doctor de la leyenda, Fausto, simbolizan la misma idea y constituyen reminiscencia de las dos Venus del diálago platónico. Dos clases de amor corresponden á las dos Venus, el primero, sensual y brutal, sólo se dirige á los sentidos, es un amor vergonzoso y que es necesario evitar; el otro amor, guiado por la inteligencia, se dirige al sexo que más participa de ella, al sexo masculino. El amante debe amar el alma y en el alma la virtud, elemento á la vez psicológico y moral que depura la pasión y que constituye el tradicionalismo llamado *amor puro y platónico*.

Interpretado primero como desviación del atractivo sexual ó del instinto genesíaco y cual tendencia á la unión carnal de individuos del mismo sexo, mancha indeleble en el cielo divino de la cultura griega, fué depurado más tarde este símbolo por el espiritualismo cristiano, que le concibió como el amor puro é ideal, libre de toda unión carnal y origen á su vez de todo amor místico. Actualmente, en la hora que corre, la indagación psicológica, ayudada por las experiencias fisiológicas, comprueba que en el hombre todo es *psico-físico* y que el arrobamiento y deliquio del místico equivalen á la espiritualización de determinadas impresiones materiales (éxtasis del iluminado, alucinación del poseído, ilusiones del sonámbulo, etc), y que por tanto no existe el amor platónico en el estricto sentido de la palabra.

Nuevas perspectivas ofrece á la meditación Eriximaco, que considera el amor como principio universal. Estima el amor como la unión y armonía de los contrarios (ley de contraste que han puesto á contribución los poetas todos como materia inagotable de sus inspiraciones) y así dice que está en los elementos, puesto que es preciso el acuerdo de lo seco y de lo húmedo, de lo caliente y de lo frío, naturalmente contrarios, para producir una temperatura regular y agradable; combinación igual á la de los sonidos musicales opuestos, grave y agudo, lleno y tenue. Lo mismo puede decirse del ritmo de la poesía, de la regularidad de las estaciones, etc.

Gœthe ha resumido esta fórmula «unión de los contrarios» en una sola frase, condensando lo íntimo y esencial del amor y á la vez su índole inefable en todo aquello que posee el sentimiento de irreducible al análisis intelectual. El amor es para Gœthe principio universal de vida que se traduce en *afinidad electiva*. Frente uno á otro dos cuerpos que no poseen afinidad electiva, pueden hallarse constantemente en contacto y solo constituirán una juxta-posición ó agregación mecánica inerte y sin vida que no dará de sí ninguna nueva formación, ningún efecto dinámico ó resultado vivo; si por el contrario poseen afinidad electiva se unirán para producir bellas y fecundas y siempre nuevas manifestaciones de su existencia y de su vida; que por esto se ha dicho siempre en sentido recto y figurado que «es el amor fuente de la vida.» Este quimismo moral que no explica (por la naturaleza inefa-

ble del sentimiento irreducible por completo á análisis intelectual) porque un hombre ama á una mujer que prefiere á todas las demás y no á otra, y á la inversa, es lo que se denomina usualmente la corriente secreta de la simpatía, que si se inicia en una inclinación, evoluciona y concluye en el amor.

Después de Erixímaco habla Aristófanes, que en la aparencia se opone y realmente confirma la idea de aquel. «Unión de los contrarios» había definido el amor Erixímaco y Aristófanes dice que es «unión de los semejantes.» Es evidente que los contrarios se unen en algo semejante y este punto de vista nuevo, que en realidad confirma el anterior, es el que examina el poeta cómico y lo explica con el mito de los *andróginos*. Eran los andróginos dobles, unidos por el ombligo, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos semblantes en una misma cabeza, opuestos el uno al otro y vueltos de espalda, dobles los órganos de la generación y colocados del lado del semblante por bajo de la espalda. Al sentir amor el uno por el otro, engendraban sus semejantes, dejando caer la semilla en la tierra como las cigarras, Júpiter resolvió dividir estos andróginos, haciendo de uno dos y desde entonces la generación se hizo mediante la unión del varón con la hembra.

Reproducido se halla este mito por algunos naturalistas y filósofos alemanes (Oken y Krause) al considerar el cuerpo del hombre y de la mujer como dos mitades que al abrazarse reconstituyen el todo íntegro y completo, del cual primitivamente proceden. Admitido se halla también por la sabiduría popular cuando estima varón y mujer respectivamente como las *medias naranjas* que se completan de modo recíproco.

Al término del diálogo, todos se disponen á oir á Sócrates, que considera el amor sér intermedio entre el mortal y el inmortal, *un demonio*, cuya función propia consiste en servir de intérprete entre los dioses y los hombres, llevando de la tierra al cielo los votos y el homenaje de los mortales y del cielo á la tierra las voluntades y beneficios de los dioses. Hijo el amor del dios de la abundancia Posos y de la pobreza Penia, tiene por aspiración final lo bello y el bien. Ama lo bello el que desea poseerlo y producirlo para perpetuarlo; el que aspira á la inmortalidad, enamorándose, en una gradual evolución, de la belleza del cuerpo primero, de la del alma después y finalmente de la superior que es la de la inteligencia.—Queda así elevada la teoría del amor á su más alto y superior sentido moral, pues, en último término para Sócrates y Platón el amor, sublimado y depurado de la escoria de la pasión, es el amor de lo bello y de lo bueno, identificados con la verdad.

Ya se puede colegir por la exposición de esta teoría cuanto ha influído la poderosa intuición del filósofo griego en la manera de ser concebido y áun sentido el poderoso afecto del amor en todo el largo trayecto de la cultura cristiano-europea. Podrá apreciarse el eco de la doctrina platónica, recordando que hasta los mitos, con que da relieve y plasticidad á sus ideas, persisten como emblemas vivos á través de las transformaciones y cambios que fe, creencias y aspiraciones han sufrido.

U. González Serrano.

HISTORIA DE DOS NOTAS

El alma es un acorde de la razón y el sentimiento.

(El Autor.)

I

Nacieron en pobre, sí, pero grande y honrado aposento; habían sido arrancadas de un miserable violín con más años que agujeros y hendiduras tenía.

Al elevarse en el espacio, decían:

—¡Oh, Dios mío! Comenzamos ya á vivir...

—Tan pobres hemos nacido que nadie formará con nosotras acorde alguno; nuestro origen es despreciable.

—Pues qué, ¿acaso nuestro origen turbará nuestra dicha?... Somos puras... hemos sido concebidas por una inteligencia sublime.

Vagando y subiendo iban las infelices notas traspasando todo cuanto se oponía á su paso.

II

Tanto ascendieron, que Dios las llamó y dijo:

—Mirad, pobres é infortunadas notas, os voy á dar un consejo: idos otra vez á la tierra, buscad un alma pura y naciente, penetrad en ella y formad la base de un corazón modelo, de una imaginación ardiente, de una inteligencia artística, en fin. Os cabrá la satisfacción de haber sido vosotras causa de aquel portento de belleza... no viviréis errantes...

—¡Ah, Dios mío! Seríamos arrojadas en el pentágrama.

—No, queridas; hay en el hombre un amor que nace con él, que no es para nadie y es para todos; pues bien: así hay en los músicos unas notas, fuente de las demás, notas que quedan

UNA DECLARACIÓN

siempre en el alma, notas que no son para tal ó cual pentágrama, sino para todos los del Universo... Andad, pues, idos y sed felices.

—Así sea, querido Padre.

Diciendo esto en incomparable duo, las notas se fueron; llegaron otra vez á la tierra y posáronse en el tiernísimo cerebro de un niño acabado de nacer.

¿Habrán sido felices?

III

Pasaron años.

El niño, desarrollado ya, y convertido en hombre, fué uno de los mejores músicos de su tiempo, y murió después de haber terminado una preciosa composición, que dejó extraordinario recuerdo entre sus contemporáneos y descendientes.

IV

. . . . . .

Las notas, á la muerte del notable músico, vagaron algún tiempo sobre este valle de risas y lágrimas, y volvieron suspirando á dar á Dios la bella nueva de haber conseguido su objeto.

—¿Y el alma de que formabáis parte?—les interrogó el Sabio de los sabios.

—Estamos confundidas en ella.

Al decir esto, sonó en el espacio una melodía que hubieran envidiado los ángeles cuando corren por la inmensidad en concierto mágico.

—Yo soy la nota de su sentimiento.

—Yo la de su razón.

Oyóse un beso en sublimes acordes, como los que bullen un momento en la imaginación de un músico, y no vuelven jamás, acordes que no es posible trasladar al papel.

Dios las condujo, y.....

. . . . . .

V

Nuestra vista humana no alcanza más. Gracias si tal vió.

Corcelio.

SAN SEBASTIÁN: LA CONCHA (Dibujo de P. y Valor)

UN ENTREACTO, EN EL TEATRO SAINT-JAMES DE LONDRES

EL PROYECTADO PALACIO DEL GOBIERNO CIVIL DE BARCELONA

Hemos tenido ocasión de ver, antes de ser remitidos á Madrid, los planos de las obras de reforma y ensanche del edificio conocido hoy por la *Aduana* y no podemos menos de felicitar á nuestra dignísima primera autoridad civil, excelentísimo Sr. D. Luís Antúnez, por su iniciativa y fortuna al dar forma al pensamiento de convertir aquella hoy deteriorada fábrica en un magnífico palacio donde estarán centralizadas todas las dependencias de Gobernación y Fomento, con no poca comodidad del público y ventaja del buen servicio. Desalojadas de allí la Delegación de Hacienda y la Aduana y ensanchada su capacidad con los 16.000 palmos de terreno obtenidos avanzando hasta la línea que ocupaba el ex-Palacio Real resultará una obra verdaderamente monumental, que honrará á Barcelona, á pesar de lo cual y gracias al incansable empeño puesto por el señor Antúnez en su realización podrá ser muy pronto un hecho sin el menor gravamen para nadie.

Los arquitectos señores D. Salvador Vinyals y D. José Domenech y Estapé, secundando los levantados propósitos del señor gobernador han desarrollado admirablemente el pensamiento de convertir la actual *Aduana* en lo que las necesidades modernas exigen que sean un Gobierno Civil de la importancia del de Barcelona; respetando la típica arquitectura exterior de la Aduana han reformado la actual distribución interior de la más feliz manera, al objeto de que puedan tener holgada cabida allí todas, absolutamente todas las oficinas y servicios del ramo y no sólo esto, sino que en determinados casos no pueda desearse más suntuoso local para grandes recepciones etc., etc.

El señor Antúnez cuyo mando en esta provincia se recordará siempre con rarísima satisfacción, ha añadido un nuevo motivo á los muchos que tienen los barceloneses, sin distinción de partidos, para felicitarse de tener á su frente tan excelente autoridad, así como para felicitarle una vez más por su brillante gestión y fecunda iniciativa.

O.

VERONA: PORTAL DE LA IGLESIA DE SAN ZENO

NUESTROS GRABADOS

COGIENDO ROSAS

Es esta una ocupación de las más agradables, pero que de cada día se va perdiendo más en las ciudades, donde todo se compra hecho desde el amor hasta los ramilletes. En cuanto al grabado es lindísimo y la protagonista un modelo de suave belleza.

MISTRESS ANTOINETTE STERLING

Trátase de una famosa cantante, muy popular en Inglaterra. Nacida en Norte América, de una familia de ilustre abolengo, es actualmente esposa amante y madre cariñosísima, no desdeñando por los lisonjeros halagos de la gloria, las dulzuras del hogar. Más que como artista dramática, descuella como concertista, y posee una voz de contralto verdaderamente notable. Es bella, tiene talento y viste con tal sencillez, que casi nunca se la ve usar joyas; siendo sus predilectos adornos las violetas naturales.

BILBAO: ILUMINACIÓN DEL PUENTE DEL ARENAL LA NOCHE DEL 12 DE SETIEMBRE, AL REGRESAR DE PORTUGALETE S. M. LA REINA REGENTE

Dibujo de Asarta, según un apunte del señor D. J. Martínez

Hé aquí en qué términos describe el distinguido periodista D. Miguel Moya, la iluminación de la ría de Bilbao en la ocasión citada más arriba:

«Imposible imaginarse nada semejante, ni hay medios de describirlo. Todos confesaban no haber presenciado jamás nada igual. Muchos decían que puede hacerse un viaje desde Madrid solamente por ver el espectáculo.

Los más eruditos recordaban que las famosas fiestas de las bodas del Dux de Venecia, debían ser algo semejante.

Puede decirse que desde Portugalete hasta el puente nuevo de Bilbao, había más de cuatro millones de luces.

La falúa de la reina tenía algo de la aristocrática góndola veneciana y algo también de los antiguos navíos reales. Se llama *Vizcaya*; tiene una hermosa cámara alfombrada de terciopelo donde pueden colocarse varias butacas. Va tripulada por veinte remeros.

Cuando salió de Portugalete era ya de noche; una noche tibia y serena.

Los balcones de las casas que tienen vistas al mar, estaban adornados con colgaduras y lucían preciosos farolillos. En la ría centenares de barquillas con banderas. Iluminábanse también las lanchas, de las que partían sin cesar bombas y cohetes.

En el muelle agolpábanse para ver la comitiva millares de personas. ¡Qué animación! ¡Qué ruido!

La derecha del camino de Portugalete ofrecía un aspecto sorprendente. Las fábricas con sus hornos encendidos, sus embarcaderos cubiertos de arcos iluminados por caprichosos juegos de luz. La izquierda, camino Arenas, veíase iluminado en su línea de 14 kilómetros por faroles de los carruajes particulares y coches tranvías.

Los altos hornos encendidos daban al cuadro mágico aspecto. Uno de los sopletes de la fábrica de acero de Ibarra, iluminaba la ría como si fuera un poderoso foco de luz eléctrica

En la Orconera aparecía hecho en cerilla el escudo de España tan primoroso que semejaba un bordado sobre terciopelo ó una obra de incrustaciones de Eibar. Fué muy aplaudido.

Todos los vapores anclados en la ría estaban iluminados: todos saludaban con cohetes, bengalas, bombas y otros fuegos artificiales.

Cerca de Bilbao llamaban mucho la atención las iluminaciones de la fábrica de petróleo de Fourcade, del asilo de San Mamés, la Universidad católica, el palacio de Ibarra y otros edificios particulares.

Los muelles estaban ocupados por inmenso gentío.

Imposible describir el aspecto de Bilbao al regreso de la comitiva. Los puentes aparecían dibujados con distintos colores; uno rojo, otro verde, otro azul. El Parque de artillería, el Club Náutico y algunas casas particulares eran como de luces de colores.

En ambas orillas estaban puestos todos los farolillos que se utilizaron en las fiestas de jubileo de la reina Victoria.

A las nueve de la noche verificábase el desembarque.

Bilbao conservará eterna memoria de esta fiesta asombrosa, que sería imposible en ninguna otra ciudad de España. Cuantos la han presenciado dicen unánimes que será difícil ver algo semejante.»

MÁLAGA: LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA RECONQUISTA MOROS Y PAJES

Dibujo de Asarta, según las fotografías

Brillante aspecto presentaba la cabalgata histórica representando la entrada de los Reyes Católicos en Málaga, que en la tarde del 19 del pasado Agosto recorrió las calles de aquella ciudad: «lujo y ostentación como en una comedia de magia,» decía el Sr. D. E. de Palacio.

Bandas de soldados, moros cautivos, el clero, la corte, palafreneros, un catapulta y bombardas formaban el cortejo, que presentaba un aspecto deslumbrador y en extremo bello.

Las lucientes armaduras, los vistosos plumeros, ondulando sobre brillantes cascos, las dalmáticas, sobrevestas y bien guarnecidos toneletes, las lórigas, calzas, cotas, adargas, guanteletes, mandobles, cimitarras, turbantes, alquiceles, pendones, ballestas y venablos, que trocaban los hombres del siglo XIX en valerosos adalides del siglo XV, parecía una de esas escenas descritas en los cuentos fantásticos.

Los jóvenes de la sociedad malagueña más distinguida vestían de capitanes y magnates.

La ciudad toda engalanada.

PAISAJE

Esto es el campo cuando se le mira sin ánimos de ver en él nada más que un teatro de incestos, violaciones, borracheras y demás amenidades *asomantes*. Al descubrir un rincón como ese, — que es de todo punto auténtico — piensa uno mejor en ondinas y silvanos que no en monstruosos y repugnantes campesinos y antes cree oir resonar la flauta de Pan que no aquellos sonidos *schocking*, que son al parecer la última *palabra* de cierto fabricante de novelas.

LUGANO Y MONTE SALVATORE

Tiene el lago de Lugano cinco leguas de longitud por una anchura media de media legua y se halla á 285 metros de elevación sobre el nivel del mar y á 58 sobre el lago Mayor, en el cual desagua. Aunque Lugano es una ciudad suiza, capital del cantón de Tesino, tiene todo el aspecto de una población italiana, apareciendo, vista desde orillas del lago, rodeada de jardines, viñedos y elegantes casas de campo.

TIPOS JAPONESES
De fotografía

Creemos que nuestros lectores verán con el mayor gusto estas bellas reproducciones que dan á conocer en toda su exactitud las maneras y tipos de la gente del Japón.

APARICIÓN INESPERADA

Las dos señoras iban de paseo cuando una de ellas se sintió repentinamente indispuesta; aquí de la otra dando gritos de socorro, y en efecto, apareció cierto caballero que se dedicaba asimismo á vagar por aquellos andurriales. Empero ¿cuál no sería la confusión de las dos expedicionarias cuando reconocieron en el recién llegado al hombre con quien más enemistadas estaban por cuestión de una herencia? Él, sin embargo, no reveló la menor acritud y áun ¿quién sabe si de aquella hecha el pleito no quedaría arreglado, transigiéndose todo mediante un casamiento?

El dibujo es muy bonito y revela perfectamente la situación de cada personaje.

UNA DECLARACIÓN

Linda escena, que agradará seguramente á cuantos colegas de los protagonistas la vean, y áun á aquellos que habiendo dejado ya de serlo, recuerdan, sin embargo, los días felices en que hacían declaraciones.

SAN SEBASTIAN: LA CONCHA
Dibujo de P. y Valor

Al pié del monte Orgullo y semejante á una náyade que acabase de surgir de las profundidades del mar, aparece á los ojos del viajero, bellísima, nítida, risueña la ciudad de San Sebastián.

Celebrada siempre por la hermosura y regularidad de sus calles, ha ido en estos últimos tiempos convirtiéndose la capital guipuzcoana de preciosa *bonbonière* en suntuosa estación balnearia, gracias á su incomparable playa de la Concha, pudiendo asegurarse hoy que existen en Europa pocas ciudades que puedan compararse en San Sebastián como centro de animación y agradable sitio donde pasar el verano.

UN ENTREACTO

Estamos en el teatro de San Jaime, uno de los más aristocráticos de Londres; puede figurarse el lector que cada uno de esos señores es, cuando menos, millonario, director de un periódico ó colega de Mr. Parnell; *¡excusez du peu!* La consigna de presentarse de rigurosa etiqueta se cumple inexorablemente y de ahí que la sala aparezca siempre hecha una ascua de oro. En cuanto á lo que representarán ahí probablemente no valdrá la pena de escucharlo, pues si los ingleses son, como creo yo, los primeros novelistas del mundo, en cuanto á autores dramáticos están todavía peor que nosotros que es, ciertamente, todo lo mal que se puede estar.

VERONA: PORTAL DE LA IGLESIA DE SAN ZENO

Es la más curiosa de cuantas iglesias contiene la ciudad; comenzada por un hijo de Carlomagno y restaurada por el emperador alemán Oton I, data, sin embargo, en su mayor parte, del siglo XII. Ese portal, que se remonta á los primeros tiempos de la construcción del templo, es un notabilísimo ejemplar de la barbarie en que había caído la escultura durante la decadencia carlovingia y las invasiones húngaras.

SALA DE FUMAR EN LA SOCIEDAD DE ARTISTAS DE LONDRES EN NEWMAN STREET

Más que por la importancia del asunto descuella este grabado como obra de arte singularmente notable, ya que constituye un dibujo de primer orden, lleno de color y luz. El autor quiso rendir, sin duda, un tributo de admiración á sus compañeros de fumar reproduciendo el aspecto del salón con tanto esmero y brillantez como si se tratase de un dibujo destinado á la posteridad.

A MI MADRE

¡Madre! ¡Madre mil veces! ¡Madre mía,
que cariñosa un día
me adormiste en tu cómodo regazo!
¡Madre llena de amor, que en tu embeleso
me diste un dulce beso
de tu lado al partir, y un fuerte abrazo!

Oye la débil voz de tu hijo ausente
que sabe balbuciente
¡madre! clamar como cuando era niño;
oye el eco vibrar de mis canciones
con santas efusiones
de ternura, de paz y de cariño.

Pero madre... no sé ya cómo canto
cuando me arraso en llanto,
y todo, de tí ausente, encuentro frío,
ni cómo puedo hallar voz tierna y pura
no oyendo la dulzura
con que sabes decir:—¡Dulce hijo mío!

Porque nada yo encuentro, nada, madre,
que á mis delicias cuadre
ni me dé más ventura y alta palma,
que el oirte exclamar con regocijo
tan cariñosa,—¡Hijo!—
para decirte yo:—¡Madre del alma!

¡Hijo mío! y ¡ay madre!... Dos palabras
con que mi dicha labras
teniéndolas continuo en nuestros labios
que nos llevan de amor hasta el exceso
y el plácido embeleso
ni los grandes, comprenden, ni los sabios.

¿Qué es del hombre sin madre cariñosa
que angélica reposa
los fantásticos sueños de la mente?
¿Cómo el hombre hallar puede paz cumplida
sino ha visto en su vida
tiernos labios posar sobre su frente?

¡Ay, huérfano infeliz! Huérfano triste
que en otro tiempo viste
recogiendo una madre tus suspiros,
y hoy solo... solo ya, te hallas cual ave
sin nido, que no sabe
hacia dónde tender sus raudos giros.

Huérfano... ¡Ay! En tu dolor me espantas
cuando la voz levantas
clamando «madre, madre,» en tus dolores,
y no ves una madre que volando
se acerque y derramando
sobre tí la efusión de sus amores...

¡Cuánto soy yo feliz! ¡Cuánto dichoso
al llamar cariñoso
«madre, madre,» en mi triste desconsuelo
y verla que se acerca tan precisa
con su blanda sonrisa
vertiendo en mí raudales de consuelo!

. . . . . .

¡Oh Dios!... Pues que la ves en el ocaso
de la vida, su paso
casi inseguro, con tu mano guía,
conservádmela. ¡Cielos! mientras tanto
que yo en mi pobre cánto
mil veces la bendigo ¡oh madre mía!

EZEQUIEL SOLANA.

LOKIS
POR PROSPERO MERIMÉE

(CONTINUACIÓN)

—El señor profesor,—dijo el conde,—viene á quejárseos de la señorita Juliana que le ha hecho una mala pasada.

—Es una niña, señor profesor, hay que perdonárselo. A menudo me desespera con sus locuras. A los diez y seis años era yo más razonable que no lo es ella á veinte; pero en el fondo es una buena muchacha y posee cualidades sólidas. Es buena música, pinta divinamente flores, habla igualmente bien el francés, el alemán y el italiano... Borda...

—¡Y hace versos jmudos!—añadió el conde riendo.

—¡Es incapaz de ello!—exclamó madame Dowghiello á quien hubo que explicarle la travesura de su sobrina.

Madame Dowghiello era instruída y conocía las antigüedades de su país. Su conversación me agradó singularmente. Leía mucho nuestras revistas alemanas y tenía nociones muy sanas sobre la lingüística. Confieso que no me dí cuenta del tiempo que la señorita Iwinska tardó en vestirse, pero pareció largo al conde Szemioth, que se levantaba, volvía á sentarse, miraba á la ventana y tecleteaba con sus dedos en los cristales como un hombre que pierde la paciencia.

Por fin, al cabo de tres cuartos de hora, apareció, seguida de su aya francesa, la señorita Juliana, llevando con gracia y aplomo un traje cuya descripción exigiría conocimientos muy superiores á los míos.

—¿No estoy bonita?—preguntó al conde, volviéndose lentamente sobre sí misma para que pudiese verla de todos lados.—No nos miraba ni al conde ni á mí; miraba su traje.

—¡Cómo, Iulka!—dijo madame Dowghiello, —¿no le das los buenos días al señor profesor, que está muy quejoso de tí?

—¡Ah! ¡Señor profesor!—exclamó ella con una muequecita encantadora.—¿Pues, qué he hecho yo de malo? ¿Por ventura queréis ponerme en penitencia?

—Nosotros seríamos los que nos pondríamos si nos privásemos de vuestra presencia, señorita,—le respondí.—Estoy muy lejos de quejarme, antes al contrario, me felicito de haber sabido, gracias á vos, que la musa lituana renace más brillante que nunca.

Ella bajó la cabeza y poniéndose las manos delante la cara, teniendo cuidado de no desarreglarse el peinado, exclamó:

—Perdonadme, no volveré á hacerlo más,—con el tono de un niño que acaba de robar unos dulces.

—No os perdonaré, querida Pani,—le dije, —hasta que hayáis cumplido cierta promesa que tuvisteis á bien hacerme en Wilno, en casa de la princesa Katazyna Paç.

—¿Qué promesa?—dijo ella levantando la cabeza y riendo.

—¿Lo habéis olvidado ya? Me prometisteis que si volvíamos á encontrarnos en Samogicia me hariais ver cierta danza del país de la cual contabais maravillas.

—¡Ah! ¡La rosalka! Estoy deliciosa en ella, y hé ahí, justamente, el hombre que me conviene.

Corrió á una mesa donde había cuadernos de música, hojeó precipitadamente uno, lo puso en el pupitre de su piano y volviéndose á su aya dijo:

—Tened, cara amiga, *allegro presto*.—Y tocó ella misma, sin sentarse, el ritornelo para indicar el movimiento.—Venid aquí, conde Miguel, sois demasiado lituano para no bailar bien la rosalka... pero, bailad como un campesino ¿entendéis?

Madame Dowghiello insinuó una reprensión, pero en vano. El conde y yo insistimos. El tenía sus razones, puesto que su papel en este paso no era de los más agradables, como se verá pronto. El aya, después de algunos ensayos, dijo que creía poder tocar esta especie de vals, por extraño que fuese, y la señorita Iwinska, después de haber apartado algunas sillas y una mesa que hubieran podido estorbarla, cogió á su caballero por el pescuezo y le condujo en medio del salón.

—Sabed, señor profesor, que yo soy una rosalka, para serviros.—Hizo una gran cortesía. —Una rosalka es una ninfa de las aguas. Hay una en todas esas charcas llenas de agua negra que embellecen nuestros bosques. ¡No os acerquéis á ellas! La rosalka sale, más linda aún que yo, si esto es posible; se os lleva al fondo, donde según todas las apariencias, se os zampa...

—¡Una verdadera sirena!—exclamé yo.

—El,—continuó la señorita Iwinska, señalando al conde Szemioth,—es un joven pescador, muy botarate, que se expone á mis garras, y yo, para hacer durar el placer, voy á fascinarle bailando un poco á su alrededor... ¡Ah! Pero para hacerlo bien me sería menester un sarafan (1). ¡Qué lástima! Tendréis á bien excusar este traje que no tiene carácter, color local... ¡Oh! Y llevo zapatos... Imposible bailar la rosalka con zapatos... ¡Y áun, con tacones!

Levantó su vestido y sacudiendo con mucha gracia su lindo piececillo, á riesgo de enseñar un poco la pierna, arrojó su zapato al extremo del salón. El otro siguió al primero, y ella quedó sobre el parquet con sus medias de seda.

—Todo está á punto,—dijo al aya, y empezó la danza.

La rosalka gira y regira al rededor de su caballero; él extiende los brazos para alcanzarla; ella pasa por debajo de él y se le escapa. Eso es

(1) Traje de las labradoras, sin corpiño.

muy gracioso, y la música tiene movimiento y originalidad. La figura termina cuando el caballero, creyendo coger á la rosalka para darle un beso, da ella un salto, le pega en la espalda y cae él á sus piés como muerto... Pero el conde improvisó una variante, que fué coger á la pi-carilla en sus brazos y darla contante y sonante un beso. La señorita Iwinska lanzó un ligero grito, se ruborizó mucho y fué á caer en un sofá con aire enfadado, quejándose de que la hubiese oprimido como un oso, que no era más. Ví que la comparación no le gustó al conde, porque le recordaba una desgracia de familia; su frente se oscureció. En cuanto á mí, díle vivamente las gracias á la señorita Iwinska y prodigué elogios á su danza, que me pareció tener un carácter de todo punto antiguo, recordándome las danzas sagradas de los griegos. Fuí interrum-

SALA DE FUMAR EN LA SOCIEDAD D ARTISTAS DE LONDRES, NEWMAN-STREET

pido por un criado anunciando al general y la princesa Veliaminof. La señorita Iwinska dió un brinco desde el sofá á sus zapatos, hundió en ellos precipitadamente sus piececitos y corrió al encuentro de la princesa á quien hizo una tras otra dos profundas cortesías. Noté que á cada una de ellas enderezaba mañosamente el empeine de sus zapatos. El general traía dos edecanes, y como nosotros venía á pedir de comer. En cualquier otro país pienso que una ama de casa se hubiera visto algo embarazada para recibir á la vez á seis huéspedes, y con buen apetito; pero es tanta la abundancia y hospitalidad de las casas lituanas que la comida no se retardó, me figuro, ni media hora siquiera. Unicamente había hartos pasteles calientes y fríos.

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 8 de Octubre de 1887 | Núm. 249

DAMA VIENESA

SUMARIO

TEXTO. *Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Exposición marítima de Cádiz*, por Patrocinio de Biedma.—*El beso*, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Mendiga* (poesía), por Cayetano de Alvear.—Nuestros grabados.—*Muerto* (poesía), por Enrique Gonzalez Quesada.—*Lakis* (continuación), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Dama vienesa.—*Exposición de Bellas Artes de París de 1887*: Herodías.—*Bilbao*: Festejos con motivo del viaje de la real familia (dos grabados).—Recuerdos del último rey de Baviera (tres grabados).—*Madrid. Exposición general de Filipinas* (cuatro grabados).—El canal.—*Madrid. Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*: Primavera.—*Málaga*: Las fiestas del Centenario de la Reconquista. Reyes de armas y peones cristianos.—Expulsada.—Calle Jorge, en Halifax (Nueva Escocia).

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

RECUERDOS DEL TEATRO REAL

MAÑANA sábado se inaugurará la temporada del regio coliseo, con la ópera de gran espectáculo *Ugonotti*, en la que harán su debut la Tetrazzini, Marconi, Giannini y Blanchart, tomando parte además las señoras Fabri, De-Vere, Gassull y Garrido y los señores Uetam, Silvestri, etc.

El maestro Mancinelli dirigirá la orquesta.

La ópera del Real y los toros son los espectáculos que atraen á nuestra sociedad y que les obligan á dejar sus residencias de verano. Ayer los trenes venían llenos de viajeros, cuyo propósito era asistir á la corrida en que tomaría la alternativa Guerrita; hoy por la mañana habrán llegado los últimos abonados del Real que salieron con pretexto del calor. Y en verdad que si quieren tomar el fresco, no necesitan quedarse en el Norte de España, ni en el Mediodía de Francia. Madrid, á estas horas, le ofrece á cualquiera sus más fulminantes pulmonías.

Todo pasa para el cortesano menos el teatro Real; iba yo á decir menos la música, pero esto ya no es tan evidente. Es el edificio, como punto de cita, como escaparate de la hermosura, de la elegancia, de la riqueza de la vanidad, lo que atrae; lo que fascina. Es preciso que concurramos á este sitio, preferentemente, si no queremos vernos borrados de la lista de las notoriedades. Caro es, sin duda, el teatro Real, pero también da utilidades preciosas; á la bella y al elegante, y al rico y al vano, les da campo donde triunfar, donde ser admirados, en el cual pueden resplandecer como primoroso engarce. Frecuentemente censuramos á los que salen de su esfera, á los que sacrifican su escaso dinero, que debieran emplear en cosas útiles, para obtener una consideración debida sólo á esas vanas apariencias... ¿Pero es que el hombre á quien hace dichoso la consideración obtenida por esas apariencias fingidas, no goza tanto con su dicha como aquel á quien da el mundo únicamente la consideración que le debe de toda realidad? Goza tanto y más todavía. Mas, puesto que no la merece. El ser *cursi*, cuando siéndolo se cree no serlo, es un manantial de profundísimas satisfacciones.

Así, pues, no es la música, no es la ópera, no es el arte, lo que al teatro Real nos lleva. Es un *cursilismo* espléndido; allí vamos todos por algo brillante y falso que no llevamos con nosotros mismos, que sólo podemos adquirir bañándonos en aquella atmósfera dorada.

¿Cómo podrían vivir antes las gentes sin ópera y sin teatro Real? Esto se preguntan muchas y muchos elegantes. Madrid mismo no se comprende sin su teatro italiano. Han pasado las instituciones y cuando él ha quedado desierto, los gobiernos, lo mismo los de la monarquía que los de la república, han dicho: «¡El vacío del teatro Real nos deshonra en el mundo civilizado!» y le han concedido subvención y le han llenado de burgueses, vestidos de limpio. El teatro Real es inexpugnable; es más que una institución; es un aforismo. Representa el honor de la capital de España. Se puede destruir un edificio, pero no demolir una frase.

Su misma ya respetable antiguedad lo demuestra; aunque es cierto que en fundarle se invirtió casi tanto tiempo como lleva de efectividad artística. ¡Gran constancia solemos poner en aquellas obras de que esperamos mero deleite! Ya sabes que entre las ideas más pertinaces de nuestro catolicismo sin mácula está la de fundar una catedral nueva, flamante, debida completamente á la iniciativa de los madrileños... Relaciona los siglos que lleva Madrid de ser pueblo católico y verás que no se ha dado gran prisa en realizar tan loable propósito. En cambio la ópera, en España, data,—si hemos de creer á Signorelli,—de fines del siglo pasado. No parece que sea tan nueva; ya Carlos II,—según otra opinión,—se casó con música italiana; pero ello es que Madrid contaba con dos teatros nuevos, bajo los auspicios de Isabel de Farnesio y que la idea de un teatro magnífico para ella debía ser la pesadilla constante de nuestros reyes. La afición de los reyes aseguró la afición universal de este pueblo; que de ellos ha recibido siempre órdenes, modas y aficiones. Los madrileños somos aficionados artificiales; aquí no hemos podido aclimatar la zarzuela, ni podremos jamás aclimatar la ópera española. Bajo este punto de vista nos distinguimos de los barceloneses que sostienen compañías de ópera de primera importancia, sin que su ciudad sea trono de reyes, ni centro de gobernar, ni pretenda regir al mundo de la elegancia y la vanidad. Esta afición de los catalanes hacía que el mismo Rossini la citase, como verdadera ciudad de la música, y cuando había compuesto una ópera solía decir: ¡Esto se cantará desde Barcelona á Petersburgo! Al hablar de Madrid en este caso Rossini diría, sin duda: ¡Los entreactos de esta ópera harán furor en Madrid! Porque entre los filarmónicos de nuestro teatro Real lo más interesante, lo que ellos aman, es los entreactos.

He dicho antes que se tardó mucho tiempo en construir el teatro Real, y que la persistencia en la obra manifiesta el empeño que ponemos en los monumentos de nuestro placer. En efecto, prima, en 1818, nada menos, se empezó á abrir la zanja del teatro de Oriente bajo la dirección del arquitecto D. Antonio López Aguado y no se inauguró hasta el 19 de Noviembre de 1850, en celebridad de ser los días de la reina. Se inauguró con *La Favorita*, habiéndose reunido lo mejorcito de los cantantes de Europa, para mayor brillantez de solemnidad tan esperada.

Mientras tanto que el teatro se alzaba desde las zanjas hasta el techo, habían batallado en Madrid y sobre España la política y la literatura, reformando las instituciones, las costumbres y los trajes. El pueblo había sido esclavo y había sido soberano, la Inquisición había desaparecido, los franceses habían entrado, había muerto Riego, se había representado *La pata de cabra* y estaba para inaugurarse el ferrocarril de Aranjuez. Carlistas y liberales se despedazaban en la península con el simple objeto de que sus jefes se reuniesen después, de frac y guante blanco, en los pasillos del teatro y aplaudiesen juntos el genio de los compositores y la voz de los cantantes italianos. Pero mejor que por estas citas cronológicas entenderás bien el gran espacio de tiempo que duró la edificación del Real si consideras que las damas reunidas, por curiosidad, á ver las zanjas del futuro coliseo, vestían saya de alepín con fleco de cordonería de media vara, con golpes y hombreras, toquilla de tul, mantilla de punto redondo, media de seda calada y zapatos de raso. Por supuesto, lucían la famosa peineta. ¿Qué tal? mírate y compara tu traje. Cientos de figurines han mediado desde entonces, pasando por aquellos miriñaques y aquellas *cocas* y aquellos peinados á la Fuoco que embellecieron los años inaugurales de la Opera y de los cuales vagamente me acuerdo, encontrando que también con ellos las mujeres estaban guapas y la música conmovía los corazones.

Verdad es que si los figurines han variado mucho desde 1818, también los precios de las localidades han variado desde la inauguración del teatro. Entonces las butacas ó *lunetas* costaban veinticuatro reales en el despacho; un palco platea costaba cien.

Ahora que tanto preocupan los incendios en los teatros, vemos que también les preocupaba á los arquitectos del Real, pues ellos establecieron en los descansos de las estaciones generales unos registros de agua formados de una pila de piedra berroqueña con su grifo y surtidero correspondiente, cincuenta varas de manguera con su pitón y cuatro valdes de lona. El agua debía surgir por todos los ángulos del edificio. Ignoro si estos aparatos están útiles hoy en día, pero sí sabemos que se les ha complementado con el famoso telón de agua, promesa deliciosa de un nuevo Diluvio.

Sin embargo, cuando la inauguración del teatro no se habían limitado las precauciones á lo referido. Las mangas necesitaban mangueros y á este fin se había creado un cuerpo de bomberos especiales, compuesto de ciento cuarenta hombres. Y, ¡sabia previsión! como no todos los días de función habría fuego en el edificio, los ciento cuarenta hombres debían servir en las comparsas con el sueldo que por este concepto les correspondiera, cobrando sólo como tales bomberos en los momentos extraordinarios; es decir, cuando ardiese el edificio. ¡Qué diferencia entre el antiguo corista y el de hoy! Aquél bajo su traje de época, bajo su dalmática ó su hábito de fraile, llevaba los instrumentos salvadores de su profesión y parecía decir al abonado: ¡Escucha confiado, que yo velo por tí! ¡No era un simple comparsa, era un protector, era un padre! Verdad es que se corría el riesgo de que un comparsa incendiase con el hachón los bastidores, sólo para demostrar al público lo bien que sabía luégo apagarle.

El propósito de los fundadores del teatro era que se vendiesen flores en el mismo edificio y estableció una tienda. Creyeron que entre las flores y las notas hay armonía misteriosa, pero evidente. Luégo la tienda se ha dividido y trasformado en cestos y cacharros que llevan las floreras convirtiendo las butacas y los palcos en florestas que se mueven y que hablan. También se estableció una tienda de anteojos. Los acomodadores se han apoderado hoy de este comercio importante. ¿Qué hubiera sido de la invención de los teatros sin la de los anteojos? En los teatros de la antigüedad, ¿cuántas hermosuras, cuántas escenas interesantes, no fueron perdidas para muchos por no haberse descubierto este remedio de los ojos?

Y se estableció también una tienda de guantes. Había gentes que no se compraban guantes por si acaso se suspendía la función; y filarmónicos que insultados por otros de diversas opiniones no podían arrojarles al rostro un guante por no llevarlos ni en las manos ni en el bolsillo. Y menos cogidos entre los resortes del *gibus*, como ahora se estila; era aquella la época del frac azul y del frac verde y del frac de color de pasa y de la anarquía de los fraques; y se acompañaba de la chistera felpuda y reluciente, abollable pero sin resortes.

¡Ah! está demostrado que las cosas cuanto más sólidas y cuanto más durables parecen duran menos; aún triunfan en el teatro Real las primeras notas que los cantantes exhalaron; aún *La Favorita* nos enloquece, y por ella vive y vivirá Gayarre; en tanto que las mujeres encantadoras y los hombres presuntuosos ó importantes del teatro Real se desmoronan y que el edificio mismo se grietea y desvencija. ¡Espíritus prosaicos, hombres prácticos, materialistas, burgueses, construid algo más fuerte, más sólido, más permanente que una nota, un verso, una frase; que un sentimiento y una idea!

Creo que después de este reto valiente á los seres vulgares puedo concluir esta carta, y que hasta debo concluirla forzosamente.

Hasta otra, pues, querida Carmen.

Tuyo,

FERNANFLOR.

UN IDILIO NIHILISTA

(CONTINUACIÓN)

Entonces la joven levantó la cabeza y mirando gravemente al estudiante, repitió la seña á lo que éste contestó.

El profesor cogió las manos de ambos jóvenes y díjoles así respectivamente:

—Esta es mi hija Catya, alumna de la escuela de Medicina. Alejandro Ischerkassy, eminente mecánico al que aguardábamos hace días. Y ahora que ya os conocéis,—continuó el viejo,—daos el beso fraternal.

Catya al oir esto presentó su frente á Alejandro que ceremoniosamente estampó en ella un tímido beso.

Después el joven se dispuso á salir.

—Adiós hermanos,—dijo inclinándose de un modo extraño.

—Que pronto te veamos por aquí y no olvides mis encargos,—contestó el profesor.

Y éste y su hija acompañaron hasta la escalera á Alejandro, que atravesando la puerta de la calle desapareció.

III

Cuando Alejandro penetró en su habitación de la posada, arrojó su *tulupa* y la gorra al suelo, y se pasó las manos por la frente como aquel que pretende arrancar de su pensamiento una preocupación.

A pesar del frío y de la nieve, su rostro estaba sudoroso y tenía todo el aspecto del que está sufriendo una penosa gestación cerebral.

El joven estudiante estaba excitado por las palabras del viejo Martens.

El profesor había mezclado en su habitual frialdad una gran dosis de entusiasmo, y Alejandro á impulsos de éste agitaba su cerebro con oleadas de pensamiento, y buscaba aún en los últimos rincones de su imaginación el medio de inventar aquella diminuta máquina que sirviera como de complemento á la sustancia explosiva de Martens.

El deseo de ser útil á sus hermanos le dominaba; además se sentía víctima de otra preocupación.

Catya le había impresionado bastante.

Alejandro era un hombre completamente virgen de las pasiones de la juventud.

Primeramente los estudios, y después las cuestiones nihilistas habían absorbido toda su existencia.

Alejandro nunca había sido joven.

A todos los que con él hablaban les causaba gran extrañeza aquel rostro fresco y lozano, que jamás se descomponía á impulsos de una sonrisa.

Sus amores habían sido los libros y la mecánica, y toda su correspondencia cariñosa se había limitado á las cartas que de vez en cuando remitía á su madre.

Amaba una sola cosa, la Rusia, pero con un amor fanático y tranquilo, con un amor semejante en sus fines, al del médico que amputa un miembro al cliente con objeto de salvarle de la muerte.

Catya, la hija de Martens, como antes hemos dicho, produjo alguna impresión en el ánimo de Alejandro.

Este se extrañaba verdaderamente de aquello. Se decía interiormente que era una niñada impropia de hombres serios, pero de contínuo veía en su memoria con los ojos del pensamiento aquel rostro hermoso aunque grave, aquellos ojos azules y profundos, aquella cabellera rubia y reluciente, y sobre todo aquella frente tersa cuya fina piel había rozado con los labios.

Aquel pensamiento era el que le preocupaba fuertemente, borrando al mismo tiempo de su imaginación parte de la actividad desplegada para encontrar el apetecido invento mecánico.

Alejandro luchaba interiormente para despojarse de aquel recuerdo que le impedía encontrar la forma de la máquina que deseaba Martens. Por fin, llamando en su auxilio las palabras de éste que aún vibraban en su oído, pudo lograr la victoria.

Acordóse de Rusia, del Czar y de sus hermanos de asociación, y la imagen de Catya borróse por completo de su memoria.

Lleno de fe púsose á pensar en el futuro invento, y para ensimismarse mejor y concentrar sus facultades en la misma idea, sentóse sobre el viejo arcón y apoyó su cabeza entre las manos.

Largo tiempo permaneció así, y su cerebro trabajó sin cesar á impulsos del deseo.

Todos los sistemas mecánicos desfilaron ante su pensamiento acompañados de un verdadero ejército de muelles, tornillos, espirales y engranajes.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARIS DE 1887: HERODÍAS (Cuadro de Henner)

De vez en cuando el joven se acordaba del viejo profesor, y del recuerdo de éste pasaba al de su hija; pero apenas esto sucedía, llamaba en su auxilio á las ideas patrióticas y la mecánica volvía á presentarse con toda su esplendidez.

Alejandro hacía trabajar mucho á su pensamiento.

Las venas de su frente se hinchaban como bajo el poder de una idea secreta, y sus sienes latían cual si no pudieran resistir las agitaciones contínuas del cerebro.

Por fin, el rostro del joven se iluminó con una expresión de alegría que no llegó á convertirse en sonrisa, y sus ojos brillaron con el gozo del sabio que ha encontrado la solución de un problema.

Alejandro había dado con el invento destinado á satisfacer los deseos de Martens.

Entonces su pensamiento completamente libre de las meditaciones científicas volvió á fijarse en la hija de aquél.

El estudiante llegó á asustarse de esto.

—¿Estaré yo enamorado?—se preguntó con extrañeza.

Y luégo como para disipar el sobresalto que esta misma pregunta le causaba, murmuró:

—Vámonos á comer; estos pensamientos no son más que delirios, hijos de la debilidad de estómago y de la fatiga intelectual.

Y Alejandro después de decir esto salió de la habitación y siguió á lo largo de la galería hasta llegar al comedor de la posada.

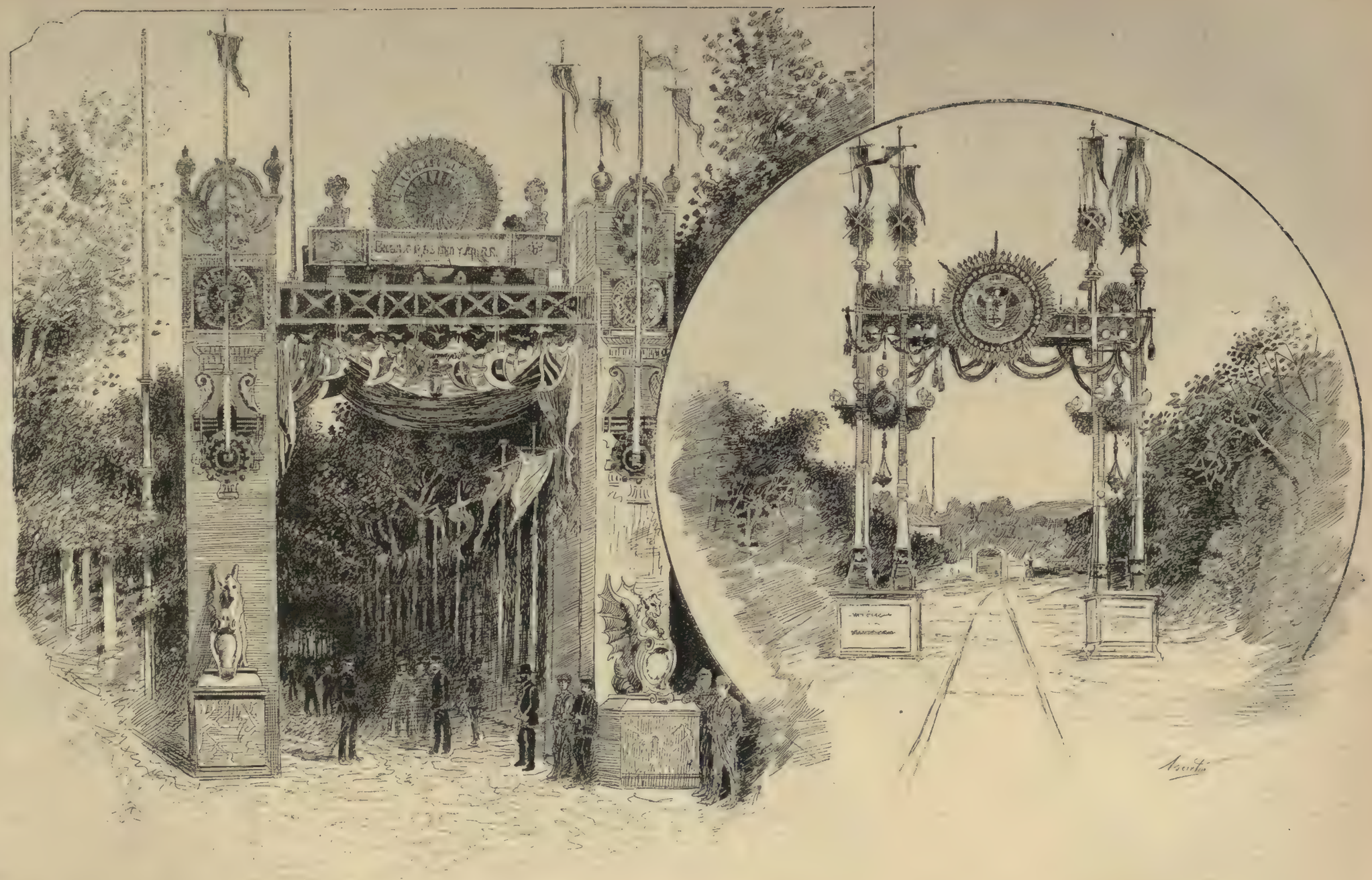
El profesor Martens experimentó una verdadera alegría, cuando al día siguiente Alejandro con su elocuencia razonadora y su lógica incontestable le fué explicando el mecanismo de su invento, y demostrando sus infinitas ventajas.

—¡Bravo! joven,—dijo el viejo entusiasmado.—Así se trabaja; tu máquina es inimitable, lo que demuestra que posees las cualidades de los hombres eminentes que cuando trabajan lo hacen todo pronto y bien. En celebración de tu invento quédate hoy á comer con nosotros.

(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

BILBAO.—FESTEJOS CON MOTIVO DEL VIAJE DE LA REAL FAMILIA: ILUMINACIÓN DE LA RÍA POR LA PARTE DE LA SENDEJA

Dibujo de Asarta según fotografía y apuntes



BILBAO.—FESTEJOS CON MOTIVO DEL VIAJE DE LA REAL FAMILIA: ARCOS DEL AYUNTAMIENTO Y LA DIPUTACION (Dibujo de Asarta, según fotografía y apuntes)

EXPOSICIÓN MARÍTIMA DE CÁDIZ

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA saben ya que en la primera explanada, ó sea en la plaza de Cádiz, se alzan los pabellones de la Provincia, de Bellas Artes, el *Modelo* ó de oficinas, que fué el primero que se construyó y que no responde á ninguna utilidad, y el que acaba de terminar en estos días la Compañía Trasatlántica, el más notable de todos sin género alguno de duda.

En segundo término y fuera del radio comprendido en la plaza, se ve el *monstruo*, destinado á las máquinas, de sesenta y cinco metros de largo y veintiseis de ancho.

Su forma resulta achatada y vetusta en el exterior, pero su bóveda con su atrevida curva, sin base aparente, sorprende en lo interior y es objeto de elogios para el arquitecto D. Amadeo Rodríguez su bien calculada resistencia.

Cumpliendo el dicho francés *al más señor mayor honor*, ó el nuestro más gráfico todavía, *nobleza obliga*, voy á invertir el orden numérico empezando la descripción de los pabellones por el de la opulenta compañía naviera que fundó el honrado hijo del pueblo y digno comerciante D. Antonio López, primer marqués de Comillas.

RECUERDOS DEL ÚLTIMO REY DE BAVIERA
LA CARROZA REAL ESPERANDO EN EL PALACIO DE LINDERHOF

He podido procurarme para LA ILUSTRACIÓN una preciosa fotografía del señor Rocafull, que copia con precisión artística uno de los frentes del pabellón de la Trasatlántica, el principal, puesto que forma el centro, y en la misma vista se admira el elegante faro de carbón descrito por mí en la anterior Revista y que como ya les dije es una de las instalaciones más notables por su graciosa originalidad.

El cuidado exquisito con que LA ILUSTRACIÓN presenta sus grabados, respetando los menores detalles, hará que sea éste uno de los más bellos de los consagrados á la Exposición Marítima.

La extensión del pabellón de la Compañía es de ochenta metros por catorce; el interior semeja la cámara de un barco.

Su estilo, arábigo, con sus vivos colores y sus graciosas columnas, sus floridos adornos y sus pintados frisos es de un efecto verdaderamente encantador.

Las escalinatas de mármol y la ligera línea de verdura de un jardín que parece una guirnalda, le dan un aspecto bello y sólido al par que rico.

Aunque aparecen armonizando el conjunto grandes ventanas-celosías, son figuradas en el exterior, modeladas con cemento hidráulico, pero tan primorosamente pintadas, que parecen calar al interior, trasparentando su media luz.

La techumbre está cubierta de tejas francesas sujetas por alambrado de zinc, alternando en la torrecilla con otras esmaltadas, de barro catalán.

El pabellón central está coronado por una elegante cúpula de estilo mudejar, que se eleva hasta diez y seis metros, con toda la graciosa esbeltez del minarete de una sultana.

Las rotondas poligonales de los extremos, siguiendo la idea general marítima de la obra, semejan la popa de un barco miradas desde el interior; completando el efecto las barandas que cierran la galería entoldada que rodea el pabellón.

El pavimento de madera, las lumbreras de madera calada que reciben la luz como la cámara de los buques, las pinturas de aquellos testeros con cartas geográficas que marcan los derroteros recorridos por los vapores de la Compañía, y el nombre de los buques trazado en los pintados frisos, completan el efecto óptico y dan una elevada idea del buen gusto, la inteligencia artística y la esplendidez que ha presidido á la construcción de tan preciosa obra.

Antes de pasar adelante diremos, que las obras fueron proyectadas por el distinguido arquitecto Sr. García Cabezas, continuadas en ausencia de éste, por el ingeniero señor Arrigunaga, decoradas por el señor Grimaldi y pintadas per los señores Ripoll y Argelí.

Merecen sinceras felicitaciones por el alto sentido estético de que han dado pruebas, pues han sabido unir á lo movido, gracioso, elegante y vistosísimo del estilo árabe-español, lo sobrio, lo serio, lo severo del género marítimo á que se dedicaba, consiguiendo en su conjunto perfecta unidad entre las dos tendencias, armonía completa entre el objeto y la obra.

La Compañía Trasatlántica ha invertido unas ochenta mil pesetas en esta lujosa instalación, y Cádiz debe agradecerle la generosidad con que ha procedido, no permitiendo que la provincia le ofreciese un local para exponer sus efectos navales, sino corriendo ella con todos los gastos y con todas las contingencias.

Veamos ahora cómo responde á su justa fama en el concurso á la Exposición.

Sobre un trofeo formado de atributos marítimos y de banderas de la Compañía, se colocará en breve el busto del honrado fundador de esta casa comercial, el trabajador incansable, el espíritu emprendedor por excelencia, el que saliendo del puerto de Cádiz con una onza de oro por todo capital, guardada en el pico de un pañuelo, supo volver con más millones que gramos de oro llevaba, crear barcos, fundar compañías y dotar á su patria de valiosos elementos de riqueza.

El busto de D. Antonio López, de grata memoria, no está aún terminado.

Como presididos por el fundador, se exhiben allí los modelos de los vapores *A. López*, *Ciudad de Cádiz*, *Patricio de Satustregui*, *Ciudad de Santander*, *Cataluña*, *Alfonso XII*, *Isla de Luzón*, *Vizcaya*, *Méndez Núñez*, *Pasages*, *M. L. Villaverde*, el remolcador *A. López* y un aparato salvavidas que se combina con los bancos de á bordo, inventado por el ingeniero señor Arrigunaga.

El modelo del dique de esta casa presentado en madera, no nos parece que está á la altura de las demás obras, pero ofrece exacta idea de su construcción.

Los muebles destinados á decorar los vapores correos construídos en los talleres de la Compañía, han sabido unir lo cómodo á lo útil, lo práctico á lo bello, y mesas, taburetes, sillones y divanes, responden á las necesidades del buen gusto, no menos que á los del sitio á que se destinan.

Muy notables piezas mecánicas construídas en el dique de la casa, se exhiben en el pabellón; dos émbolos de bombas de aire y circulación, una máquina de pistón con bomba, tubos de cobre, coginetes, sunchos de mastelero, tornillos, grilletes de hierro, tubos ventiladores, ventanillos circulatorios y otras mil cosas que sin detallarlas se adivinan por los inteligentes tratándose de fundiciones marítimas, y que los que no lo somos ni recordamos ni comprendemos.

Compases, lanza cabos, salvavidas, lonas, cáñamos en diversos cabos fabricado todo en esta región y cuantos tejidos utiliza la marinería para sus trabajos y maniobras.

Entre la diversidad de objetos que no detallo, porque como los lectores comprenderán me faltan los conocimientos especiales que para ello se requieren, y prefiero anunciarlos en globo á suscribir un trabajo ajeno, se hallan luces del sistema Holmés para naufragios, mecanismos para que el eje de la hélice no se detenga con la máquina apagada, sales y carbones, proyectos y modelos que deben ser estudiados detenidamente porque revelan profundos estudios y notables conocimientos.

La Compañía Tabacalera de Filipinas exhibe en elegante instalación muestras de tabacos del archipiélago, desde la rama de ancha y sedosa hoja y la rama de seco y pelado tronco, hasta las elaboraciones más lujosas y perfectas.

El pabellón se adorna con grandes cuadros que copian vapores de la Compañía sobre las aguas del mar.

Allí se ven el primer buque de la casa, el grano de arena de la imponente montaña, *General Armero*, y uno de los más modernos ajustado á los adelantos de la ciencia, el *A. López*.

El *Guipúzcoa* también se admira desplegando al navegar su majestuosa grandeza.

No hay que decir si el pabellón está bien servido sabiendo que corre á cargo de la empresa naviera, cuyos representantes y empleados en Cádiz, por su tacto, su cortesía y su inteligencia, contribuyen á las altas consideraciones que la casa obtiene de todas las clases sociales.

Iluminado con luz eléctrica, es contínuamente visitado por la noche, luciendo aún más que con la cernida luz del sol que ilumina los calados de su techumbre en el día, sus dorados y colores.

La sociedad gaditana tiene unánimes elogios para esta obra que honra á sus dueños, y no menos que á la población en que se muestra.

Su construcción está preparada para que pueda sin deterioro trasladarse á otro punto.

Sobre un armazón de hierro se ha adoptado la forma del tablero con cemento, y como al moldearse lleva oculto el alambrado que lo une, su separación es muy fácil así como la de las lumbreras de madera y cristal y la techumbre.

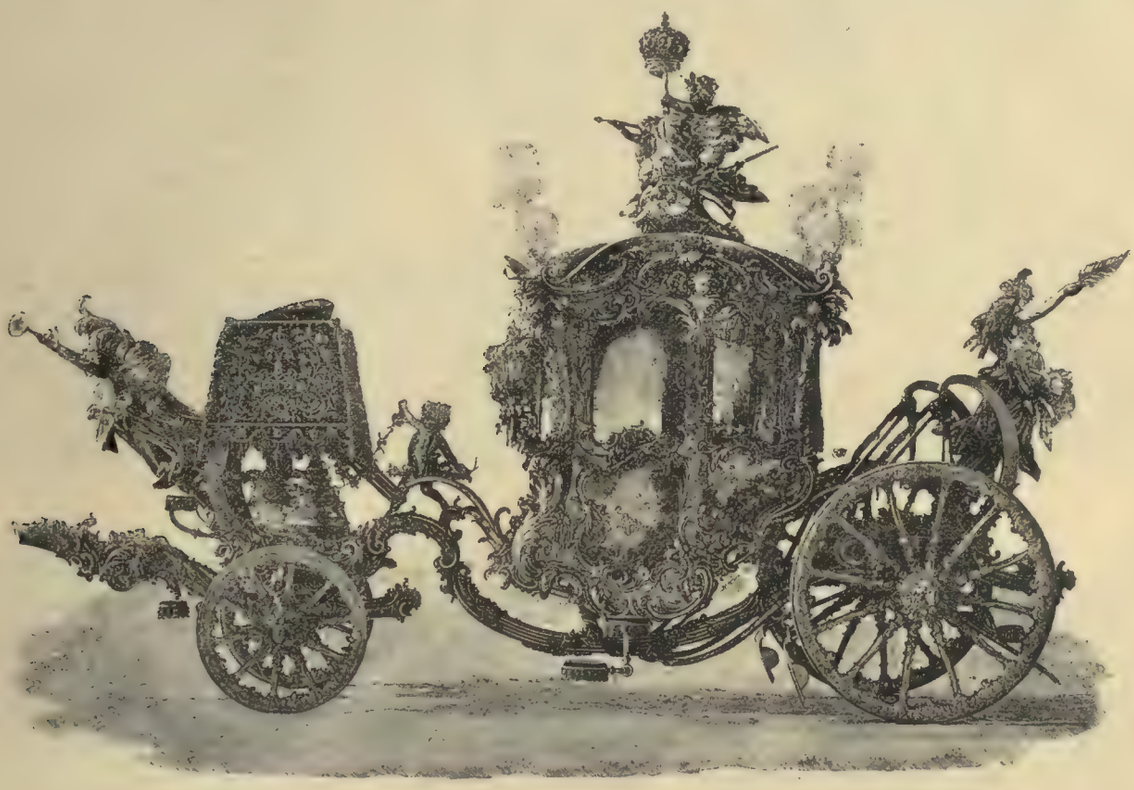
Es, pues, probable, que tan hermosa muestra de la riqueza de esta empresa, luzca en otra Exposición ó quede como lujoso monumento de adorno en los sitios en que la Compañía tiene establecido un centro industrial.

Digno es de ser conocido y admirado por los inteligentes tan brillante trofeo del trabajo y de la inteligencia nacional.

Como es natural, el pabellón se engalana con las banderas que cubren sus barcos; las de Cádiz, Barcelona, Santander, Habana, Puerto Rico, Manila, Coruña y Alicante, ocupando la cúpula central la de la casa.

Continuaremos la descripción de los pabellones mencionados en otros artículos, pues este se hace demasiado largo, si bien he dicho poco para dar á conocer el pabellón de la Compañía Trasatlántica, verdadera joya de nuestra Exposición.

PATROCINIO DE BIEDMA.



RECUERDOS DEL ÚLTIMO REY DE BAVIERA: CARROZA DE GALA DEL REY LUÍS II

EL BESO

El beso es la manifestación externa del sentimiento.

Desde Eva hasta la última mujer la humanidad está enlazada por una serie de ósculos, que terminará sólo el día en que desaparezca la raza humana de la faz del planeta.

Un conjunto de observaciones críticas sobre esta materia constituiría un estudio curioso que tendría sus apasionados:

La fisiología del beso.

Hay besos puros como los de la inocencia.

Tiernos como los del cariño maternal.

Apasionados como los del amor.

De fuego como los de la voluptuosidad.

Tristes como los de despedida.

E interesados como los del vicio.

Campoamor, en una de sus bellísimas doloras ha definido el beso.

Según él:

«En la mejilla es *bondad*,
en los ojos *ilusión*,
en la frente *majestad*,
y entre los labios *pasión*.»

Arolas, el poeta de las sultanas y de los serrallos, que bajo el hábito talar del escolapio, escondía un corazón de fuego, ha sublimado el beso en sus inspiradas composiciones. Estas no son versos, son lluvia de besos, que se escapan de unos labios voluptuosos en forma de estrofas y que queman los ojos de los lectores.

En todo idilio de amor el primer beso es la parte más culminante del mismo. ¿Y cómo no, si la impresión del primer beso no se borra jamás de la mejilla de la mujer enamorada? La poesía popular lo dice:

«Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí;
el último de mi madre
y el primero que te dí.»

Consecuencia: ¿Queréis adelantar camino para vencer á una mujer enamorada? Besadla.

Los labios son los conductores del beso. Sin embargo, no es el roce de éstos en la mejilla de la persona amada lo que constituye en absoluto la acción de besar. También los ojos se besan. ¡Cuánta voluptuosidad adivinamos muchas veces en las miradas de dos personas de distinto sexo, á quienes las exigencias sociales contiene dentro de los límites del decoro y de la prudencia!

El beso es el sueño dorado de la juventud. Cuando las ilusiones bullen en la mente y la sangre hierve en las venas, en todas partes parece que se percibe el melodioso rumor de alas y besos de que nos habla Bécquer. Y es natural que así suceda. La mujer atrae al hombre como el imán al acero. De esta recíproca atracción nace el beso, explosión sensual de dos almas gemelas que se compenetran, y de cuya unión, según la bella frase de Jorge Sand, resulta el solo bien que existe en la tierra: la felicidad.

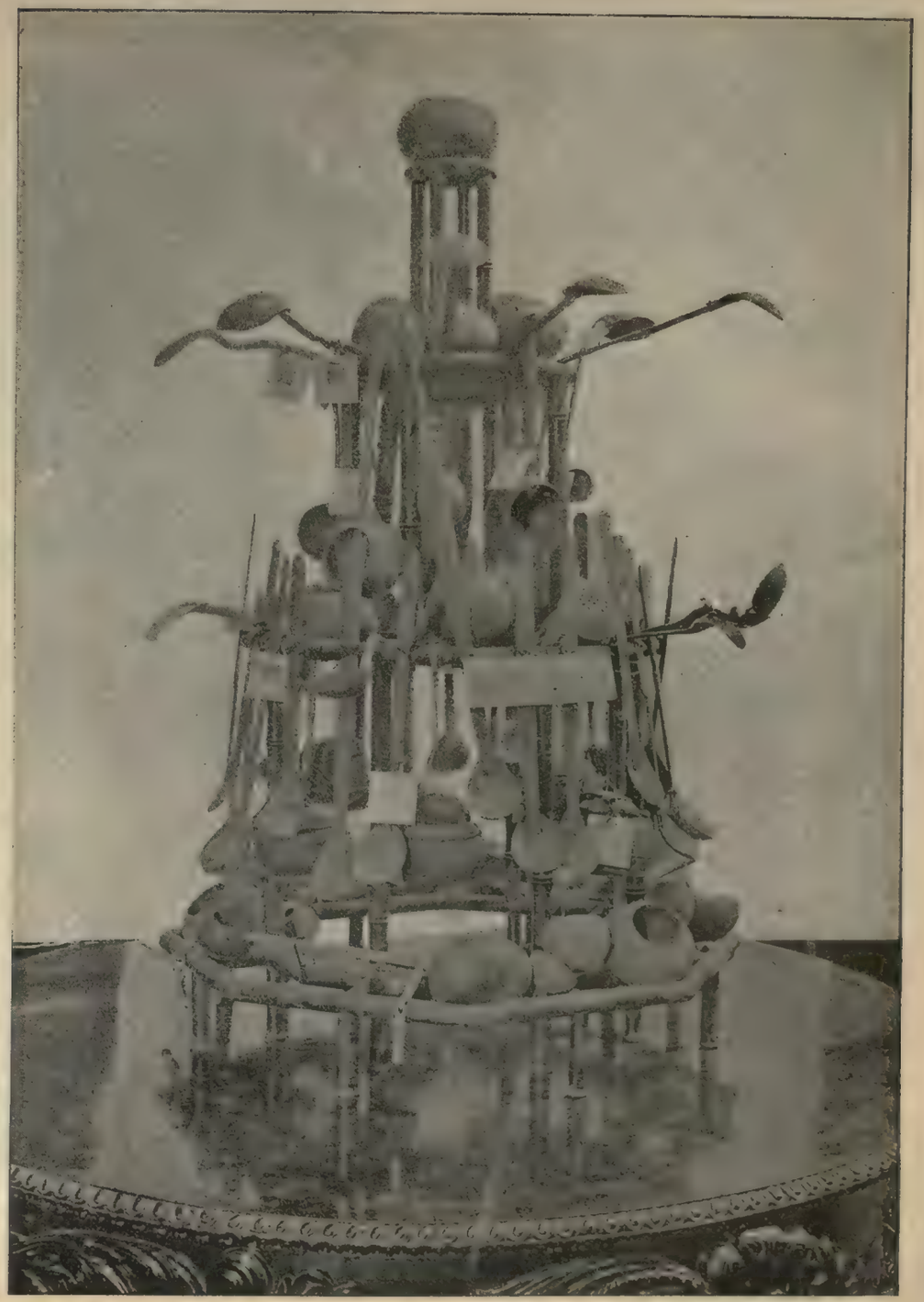
De aquí que el primer beso de la mujer amada, hablando vulgarmente, conduzca al hombre al *séptimo cielo*, suponiendo que existan siete cielos como los orientales opinan.

A propósito: mi amigo Constantino Gil, estuvo feliz al sintetizar en el siguiente terceto el pensamiento primordial de su inspirado soneto, *El primer beso:*

«No, no tuvo el segundo tal encanto,
por hermoso Señor que el cielo sea,
después de verlo ya no será tanto.»

Tiene razón. Tratándose de besos amorosos el primero es el mejor. Nunca como aquí se puede aplicar aquella opinión de Cervantes, de que jamás segundas partes fueron buenas. Por supuesto, tan buenas como la primera.

MADRID.—EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS: SECCION .ª HISTORIA NATURAL.—ÍDOLOS IGORROTES



MADRID.—EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS: ARMAS DE IGORROTES.—UTENSILIOS DOMÉSTICOS

El beso maternal por lo mismo que es más *desinteresado*, es el más afectuoso. Es, si se me permite la expresión, el colmo del beso. La frase *me lo comería á besos*, que oímos comunmente en boca de las madres en medio de su salvajismo antropógrafo, tiene algo de *entrañable*, que es imposible desconocer. Frutos los hijos de sus vientres, en la locura de su cariño, quisieran al besarlos hacer lo que ciertos animales con los suyos: comérselos.

De aquí la fábula de la madre que en la demencia de su cariño mordía á su hijo, dando esto motivo para que el autor pusiese en boca del infantil personaje, á guisa de moraleja, aquel conocido verso:

«El cariño que muerde no es cariño.»

El beso que en todos tiempos ha sido demostración de amor y fraternidad, entre los hombres se empleaba en la antigüedad como saludo. «Dios te guarde maestro,» dijo el traidor discípulo, imprimiendo el ósculo de paz en la mejilla del divino Jesús, al mismo tiempo que lo entregaba al furor de sus encarnizados enemigos. Este ósculo que ha pasado á la posteridad con el nombre del *beso de Judas*, no es el único que la historia registra en sus anales. Sin hacer alardes de erudición y concretándome á nuestros tiempos, las mujeres que tanto abusan de los besos, imprimiéndolos á pares en los rostros de sus amigas, bajo la dulce caricia de la amistad, esconden muchas veces el acíbar de la perfidia. ¡Sus *cariñosos* ósculos no son otra cosa que otros tantos besos de Judas!...

Reminiscencia de la antigüedad que ha puesto en uso la veleidosa moda; en Francia el beso reviste una de las fases del saludo. Allí, sin escándalo de nadie, se besan públicamente las personas de diferente sexo. El caballero estampa en la frente de las señoras un ósculo, sin otro peligro que ensuciarse los labios con los polvos de arroz con que éstas embadurnan sus rostros. Las españolas, que por mojigatería ó por pudor son refractarias á esta costumbre, en materia de besos van, sin embargo, mucho más allá que las francesas. No se dejan besar por nosotros los caballeros; pero nos besan frecuentemente... las manos. Verdad es que este beso ficticio es una de las vanas fórmulas sociales que empleamos para el trato de gentes, y que por lo mismo es un beso sin consecuencias.

Hablando de fórmulas no puedo menos que criticar las de las recepciones oficiales, llamadas vulgarmente *besamanos*. En ellas, cuando es un capitán general el que las preside, el beso no aparece. Los concurrentes desfilan saludando con una ligera inclinación de cabeza por delante de la autoridad militar, y con esto termina la ceremonia que sería ridícula si no resultara tonta.

Otra de las fórmulas sociales que tienen relación con el asunto de que me ocupo, es la del *besa las manos*, que los españoles usamos en los actos de la vida pública para dirigirnos por escrito á determinadas personas. Veces hay que las empleamos para saludar á nuestros más odiados enemigos, conformándonos con el refrán, de que manos besa el hombre que quisiera ver cortadas.

No desea tal cosa al tener el honor de besar las de los lectores de este artículo.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

BAVIERA: EL CASTILLO VIEJO DE HOHENSCHWANGAU

BIBLIOGRAFÍA

SEÑORES DE SALDIVAR, novela española, por M. Martínez Barrionuevo.—Madrid, 1887.

Como alguna otra novela que lleva la misma firma, desenvuélvese esta con la unidad y gradación de un drama; es de aquellas producciones que transportadas al teatro, según acostumbran hacer los franceses, alcanzaría probablemente grande éxito, si no fuese porque la atrevidísima tesis desarrollada por el autor se opondría á ello; ha hecho perfectamente, por lo tanto el señor Barrionuevo en dar la forma de libro á lo que, de otra manera, hubiera sido una brillante creación escénica.

Esta vez no se trata de un delicado análisis como en la *Quintañones*, sino de un conflicto verdaderamente terrible, tanto, que á pesar de ir vestidos los personajes de la manera más *copurchic* posible y de tratarse de banqueros y parroquianas de Worth, es imposible no recordar las tragedias griegas. Por fortuna, el autor, hace aparecer á lo último un *deus ex mâchina* que lo arregla todo, quedando en condiciones de una excelente comedia lo que amenazaba tomar proporciones de tragedia fatídica, ó cuando menos de drama de Alejandro Dumas ó Víctor Hugo.

Seduce como siempre el estilo abundante, *empastelado*, del señor Barrionuevo, la prodigiosa cantidad de luz derramada sobre todos los paisajes descritos y la peregrina facultad que tiene en rasguear los más sutiles estados psicológicos, como si se hubiese reencarnado en él la potencia de un antiguo místico. Los tipos, como sujetos al servicio de un argumento concebido *á priori*, no pueden calificarse de copiados de la realidad, según sucede, por ejemplo, con todos los que aparecen en la colección de *El Padre Eterno;* sin embargo, Juanita, la doncella, es muy de carne y hueso.

En suma, el Sr. Martínez Barrionuevo, ha añadido un hermoso sillar más al edificio de la novela española, que tal carácter tiene, y muy castizo, su última producción.

***

Literomanías (1) es el título que le ha puesto el escritor almeriense D. A. Martínez Duimovich á una colección de artículos, en su mayoría referentes á asuntos literarios. No hay ninguno de ellos que no sea notabilísimo en su género, revelando la vasta erudición del autor y su sana crítica. Aun en asuntos tan gastados como los que tienen por objeto *La Mujer*, aparece el autor nuevo y ameno, derramando á manos llenas citas y textos de los detractores y apologistas del bello sexo, especialmente de antiguos autores españoles.

Mucho ganarían, ciertamente, no pocos escritores con leer, ó por mejor decir, estudiar, el libro del ilustrado autor de *Literomanías*, por

(1) Almería, 1887.—Elegante tomo en 8.º, de excelente impresión.

o cual lo recomendamos vivamente á cuantos se interesan por nuestras letras.

*
* *

FLORES DE MUERTO Y POEMAS MÍNIMOS, por D. Luís Ram de Viu.—Zaragoza, 1887.

Grande satisfacción, ya que no nos atrevemos á decir sorpresa, nos ha causado la lectura de este libro de versos. Trátase de un poeta verdadero, original cuando quiere, delicadísimo siempre. ¿Qué más podemos decir sino que el señor Ram de Viu puede parangonarse, sin temor de aparecer muy inferior á su lado, con Bécquer, Selgas, Bartrina y Heine? Y, para que no se nos tache de apasionados por el señor barón de Hervás, ahí van las pruebas al canto, citando al azar:

Díganme lo que quisieren,
pero yo me echo á reir
cuando oigo á alguno decir:
¡pobres de los que se mueren!
¡Cálculo necio y fallido!
si allí sufren los que están
¡de tantos como se van
alguno hubiera venido!

—El día que me muera, ¡ídolo mío!
¿me escribirás al cielo alguna carta?
—No; vida de mi vida
¡porque iré yo á llevártela!

Yo quería olvidarte y fuí corriendo
á beber en la fuente del olvido;
pero el agua sirvió ¡para olvidarme
de que había bebido!

I

Sentado al pié de una cruz
que hay al borde de una fosa
envuelto en una mortaja
y con la guitarra rota,
un esqueleto atrevido
su triste canción entona;
todos los demás difuntos
se la saben de memoria
y ninguno á flor de tierra
su calva cabeza asoma;
un ciprés del cementerio
me la ha contado en persona;
oid la canción del muerto;
la canción que ríe y llora:

II

«Margarita de mi muerte
me quisiste y me olvidaste,
¡me has dicho que si me muero
vas á venir á buscarme!
¡ven... ven... te daré un abrazo
de costillas y falanjes;

EL CANAL

en las cuencas de mis ojos
aún hay luz para mirarte
y arrinconado en el pecho,
frío, negruzco y sin sangre,
aún baila con agonía
un colgajo miserable
de aquel corazón que tuve
para que tú lo pisases!
¡nunca vienes!... ¡Margarita!
¡me quisiste!... ¡me olvidaste!
¡pobres muertos!... ¡pobres muertos!
¡¡já... já!! *¡Requiescant in pace!*

Para colmo de alabanzas diremos que aún en la imitación de los pequeños poemas de Don Ramón de Campoamor aparece el Sr. Ram de Viu personal y sincero. Felitémonos todos los españoles: ya casi llega á una docena el número de nuestros buenos vates entre castellanos, catalanes, valencianos, asturianos, gallegos, mallorquines, aragoneses y andaluces.

*
* *

TRES LIRAS HERMANAS
colección de poesías originales de los señores Sainz de la Maza, Laguna y Basallo.—Barcelona, 1887.

No se nos hubiera extrañado que en lugar del rótulo musical puesto á este tomito le hubiesen intitulado sus autores *Las tres violetas.* Son, en efecto, poesías modestas, si vale admitir este género, pero que por lo mismo se leen con agrado, recomendándose además por no salirse de las formas generales, sin tratar de remedar á nadie, cualidad excelente en todo poeta.

Por lo que hemos podido comprender, nos ha parecido que en la lira de cada uno de los tres autores suena con más intensidad una cuerda especial: sobresale el Sr. Sainz de la Maza en la expresión de los sentimientos tiernos; el señor Laguna se revela instintivamente filosófico y el señor Basallo forma decididamente entre los poetas amatorios, formando un bonito acorde. Leer un libro de versos y encontrarse con que están *compuestos* como Dios manda y procuran grata impresión, es, sin duda, un caso que no se produce muy frecuentemente, por lo cual bien merecen un aplauso los autores de *Tres liras hermanas.*

CARLOS MENDOZA.

MENDIGA

(DE L. STECCHETTI)

Terminado el festín, la mesa alzada,
salía yo al acaso,
cuando encontré en el fango arrodillada
una niña á mi paso.

Las ropas desceñidas y andrajosas,
pálida y balbuciente,
imploraba con manos temblorosas
la piedad de la gente.

Arrojando en su falda una limosna
dije á la pordiosera:
—«Corre ¡infeliz! y hacia tu madre torna,
¡quizá llora y te espera!»

Una errante sonrisa, de pasada
plegó su labio yerto,
y fijando en el cielo la mirada
dijo:—«¡Mi madre ha muerto!»

Dijo:—«Mi madre ha muerto, el hambre aterra,
la estación es muy cruda;
¡Nadie en mí piensa ya sobre la tierra,
huerfanita y desnuda!..»

. . . . . .

Fuerza es sin duda que el dolor nos venza
viendo al menesteroso;
yo, ante miseria tal, sentí vergüenza
de ser casi dichoso.

CAYETANO DE ALVEAR.

PRIMAVERA (Cuadro de Eduardo Pelayo; medalla de segunda clase. - Dibujo de P. y Valor)

MÁLAGA.—LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA RECONQUISTA: REYES DE ARMAS Y PEONES CRISTIANOS (Dibujo de Asarta, según fotografía)

NUESTROS GRABADOS

DAMA VIENESA

Segun opina un experimentado ethólogo, en un ramillete de mujeres europeas la vienesa logrará siempre brillar entre las primeras por su hechizo y distinción, de todo punto propios. Menos reservada que la inglesa, menos artificial que la parisiense (parece que las demas francesas no cuentan), generalmente linda, á veces graciosa y siempre con mucho *chic*, hállase sobre todo en su elemento en medio de un salón, donde puede lucir su ingenio un tanto mordaz y su aptitud para no dejar escapar nada de lo que pasa.

El tipo dista mucho de ser sencillo, fundiéndose en él la idealista húngara, la sensual eslava, la práctica alemana, la apasionada italiana y la lánguida oriental, siendo además, por educación, más inglesas que francesas las interesadas. Como signo particular, debe atribuírselas una pericia sin igual en los valses y un entusiasmo loco por los placeres de Terpsicore en general. Después de esto viene una ardiente afición al teatro, es decir, á representar comedias. Todo lo cual supone mucho lujo en el vestir, y en efecto, se viste admirablemente allí. En suma, que á aquellas buenas señoras les gusta divertirse en grande. Viena es el París de Alemania y quizás venza á este en la hegemonía de la moda europea.

HERODÍAS

Cuadro de Henner

Viva impresión produjo este *lienzo* en la pasada Exposición de Bellas Artes de París, ó *Salón*, como dicen ellos, á pesar de que son muchos los salones. No hablemos de sus cualidades técnicas, maravillosas como todo lo que sale del pincel de Henner; no es preciso esto para admirar la audacia del artista plantando una figura de escarlata sobre fondo negro (no todo han de ser gammas amarillas), ni para quedar absorto ante el relieve que forma la pálida Herodías sobre aquella roja vestidura, que tan sabiamente armoniza con su expresión. Cansado sin duda Henner de oirse llamar el pintor de los *exquisitos azules*, tomó por el atajo y deslumbró con esa brillante Herodías, digna sucesora de las Salomés del Ticiano y de H. Regnault.

BILBAO

FESTEJOS CON MOTIVO DEL VIAJE DE LA REAL FAMILIA

ILUMINACION DE LA RÍA POR LA PARTE DE LA SENDEJA

ARCOS DEL AYUNTAMIENTO Y LA DIPUTACIÓN

Dibujos de Asarta, según fotografía y apuntes

Ya en el número anterior pudieron enterarse nuestros lectores, por las referencias del señor Moya, de las fantásticas iluminaciones con que la rica, espléndida y culta Bilbao quiso hacer fastuoso alarde de los grandes elementos con que cuenta al recibir digna y respetuosamente á S. S. M. M. y A. A. Hoy damos otro grabado representando la iluminación de la ría por la parte de la Sendeja y además los dos arcos levantados por el Ayuntamiento y la Diputación, de muy buen gusto ambos y á propósito para que pudiera lucir la bonita combinación de luces que ostentaban por la noche.

EXPULSADA (Cuadro de Blandford Fletcher)

RECUERDOS DEL ÚLTIMO REY DE BAVIERA

Carruaje de gala.- Castillo viejo de Hohenschwangau

En Linderhof

Por una singular repercusión histórica hemos visto repetido en nuestros días el fenómeno de un Nerón, un Caracalla, un Heliogábalo ciñendo la corona real en uno de los estados de Alemania; tal fué el rey Luis II, sobre cuya memoria si no pesan las atrocidades cometidas por aquellos soberanos no es por cierto por falta de haberlas concebido, sino por no haber habido quien quisiese obedecer las órdenes de su ejecución. Redúcese el caso simplemente á un delirio de las grandezas; Luis II quería hacer lo que Luis XIV, lo que Lohengrin, etc., etc.; y muy serio construía palacios y hacía que unos cisnes tirasen de un esquife y se rodeaba de pompas como si realmente se tratase de aquellos personajes.

EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS EN EL PARQUE DE MADRID

Utensilios domésticos.- Armas é ídolos igorrotes.— Interior de la sección 5.ª (Historia Natural) De fotografía

Es curiosísima la sección especial en que figuran la mayoría de los utensilios domésticos, armas é ídolos filipinos é igorrotes.

En armas abundan numerosos y notables ejemplares, viéndose en las patrióticas colecciones magníficas de *crises*, [illegible] *cabas* [illegible], cotas de malla, salacots [illegible] de oro y plata los adornos de las armas con [illegible] de ebano y carabao, y de carey los adornos de los carcajes.

Los [illegible] gorretes son de [illegible]nafiera, y algunos de oro. En cuanto á los utensilios presentan todos cierto carácter artístico que les hace [illegible] [illegible]

Notabilísima es también la sección 5.ª destinada á la Historia Natural. Vése allí una magnífica colección de coleópteros entre los cuales se admiran varios ejemplares del *Bichohoja*, que son muy raros.

Entre la familia de los *ortópteros* hay una sección especial que presenta todas las variedades y transformaciones de la langosta, insecto que constituye un manjar delicado para la masa general de la raza indígena filipina.

La colección de mariposas *(Lepidópteros)* es preciosa, admirándose en ella muchos ejemplares tan raros como bellos.

La colección de insectos consta de más de 2.000 ejemplares.

También la de pescados y crustáceos es numerosa é interesante, figurando entre los últimos varios enormes cangrejos de mar y algunos cangrejos llamados vulgarmente pescecacerolas por la semejanza de su forma con aquel utensilio de cocina.

El herbario es soberbio, constando de 4.000 números. La flora natural está coleccionada en un muestrario que forma muchos volúmenes encarpetados.

El Museo de Historia Natural de Madrid ha exhibido, en una magnífica instalación que ocupa el centro de la Sala, cuanto de más notable posee perteneciente al reino animal procedente de nuestras posesiones de Oceanía.

En la parte inferior de las vitrinas hay curiosas colecciones de madréporas y piezas esqueléticas.

Los que hayan oído hablar de la renombrada sopa de *nidos de golondrinas* y quieren conocer este raro artículo de comercio, pueden examinar lo contenido en varios frascos de cristal, colocados en el primer ángulo izquierdo de la Sala.

EL CANAL

¡Lo que no daría cualquier verdadero amante de la naturaleza, ó limitando extraordinariamente el concepto, del campo, por tener ese canal á su vera! De alguien sé decir que preferiría vivir ahí que no en una de esas casas que se hacen ahora en los *ensanches*, con piedra artificial, y portero.

MADRID: EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

PRIMAVERA

Cuadro de Eduardo Pelayo; medalla de segunda clase

Dibujo de P. y Valor

Hé aquí el juicio que ha merecido dicha obra al Sr. Giner de los Ríos, á quien, como de costumbre, recurrimos en esta materia:

«*Primavera*, original de D. Eduardo Pelayo Fernández, discípulo del eminente Sala. Elegancia y distinción, entonación y colorido, atrevimiento digno de artista, son las primeras cualidades que se admiran al contemplar el cuadro. Sobre una mancha excesivamente verde, en un campo donde no penetra la luz ni que se vea una sola ráfaga de cielo, al pié de maravilloso árbol por bajo de cuya extensa rama parece percibirse la fresca aura del primer despertar de la naturaleza, juguetear un niño y una niña de la época clásica, ceñida la cabeza de roja cinta ella y él coronado de verde yedra. El abandono con que el pintor ha querido colocarlos ha dado como consecuencia que el brazo izquierdo de la niña se confunda á primera vista con la pierna izquierda de él. Acaso no sea este el solo defecto de dibujo, porque ninguno de los dos brazos de la niña deben citarse como modelo; pero aparte de este lunar, que salta á los ojos ante tanta belleza, es sin disputa uno de los mejores cuadros que la Exposición encierra la obra del señor Pelayo. Si de aquí pasáramos á estudiar la verdad y la sencillez al propio tiempo, si nos detuviéramos á considerar la manera de estar pintados tirsos y panderetas, que dan caracter y animación al lienzo, causaríamos al lector á fuerza de aplaudir incesantemente. La *Primavera*, del discípulo de Sala, es una verdadera resurrección del arte, que, gracias al maestrazo citado, se ha abierto en nuestra pintura contemporánea. Sigan ese camino los que sienten verdadera vocación, en la seguridad de acertar y de conquistar laureles.»

MÁLAGA

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA RECONQUISTA

REYES DE ARMAS Y PEONES CRISTIANOS

Dibujo de Asarta, según fotografía

Véase el número anterior.

EXPULSADA

Cuadro de Blandford Fletcher

La pobre inquilina ha sido *lanzada* á la calle en virtud de la providencia de evicción decretada por el juez. Grave escándalo, terrible vergüenza (contra la cual, entre paréntesis, se ha formado en París una humanitaria sociedad llamada de los *Demenagements á la cloche de bois);* la pobre viuda tiene que abandonar *su* casa entre los cuchicheos y la curiosidad de los vecinos, dejando allí dentro todo su ajuar. Nada más triste que su fisonomía consternada, como no sea la inocente placidez de la pobre niña.

Ciertamente que Blandford ha retratado de una manera implacable el brutal desahucio de la pobre viuda.

CALLE JORGE, EN HALIFAX, NUEVA ESCOCIA

Forma la Nueva Escocia, península unida al Canadá, un gobierno general como el de dicha colonia autónoma. La capital es Halifax, muy bonita, de construcción regular, pero con los edificios en su mayor parte de madera. Es importante sobre todo por su comercio, pues recibe anualmente más de cinco mil buques, que exportan por valor de unos tres millones de duros, cereales, maderas, pez y trementina.

MUERTO

I

Raudo volando mi pensamiento
buscando goces, dichas sin cuento
cruza el espacio...
¡Aprisa, aprisa! No te detengas
que ya estás cerca; no te entretengas;
¡no tan despacio!

II

Qué ¿ya vacilas desfallecido?
¡ay, pensamiento! ¿qué ha entorpecido
tu raudo vuelo?
¿No ves la dicha cuán cerca se halla?
¡anda otro poco! ¡por Dios, acalla
mi loco anhelo!

III

¡Ay! ya no puedes; ya desfalleces;
¿por qué vacilas y así entorpeces
tu rumbo cierto?...
¡Triste destino del sér humano!
Cuando la dicha se encuentra á mano
te rindes... ¡muerto!

ENRIQUE GONZÁLEZ Y QUESADA

LOKIS

POR PRÓSPERO MERIMÉE

(CONTINUACION)

IV

La comida fué muy alegre. El general nos dió pormenores muy interesantes sobre las lenguas que se hablan en el Cáucaso, algunas de las cuales son *aryas* y otras *turanias*, por más que entre los diferentes pueblos haya una notable conformidad de usos y costumbres. Víme obligado yo también á hablar de mis viajes, á causa de que habiéndome el conde Szemioth felicitado por la manera cómo montaba á caballo, diciendo que no se había encontrado nunca con ministro ni profesor alguno que pudiese hacer tan expeditamente un trecho cual el que acabábamos de correr, debí explicarle cómo, encargado por la Sociedad bíblica de un trabajo sobre los *charrúas*, había pasado tres años y medio en la república del Uruguay, casi siempre á caballo y viviendo en las pampas entre los indios. Este fué el motivo que me llevó á contar como habiendo estado tres días extraviado en aquellas llanuras sin fin, sin tener víveres ni agua, me había visto obligado á hacer como los *gauchos* que me acompañaban, es decir, á sangrar á mi caballo y beber su sangre.

Todas las señoras prorumpieron en un grito de horror. El general hizo observar que los calmukos usaban de igual recurso en parecidas contingencias. El conde me preguntó qué tal me había parecido aquella bebida.

—Moralmente,—respondí,—me repugnaba mucho, pero físicamente la encontré muy buena, y á ella debo el honor de poder comer hoy aquí Muchos europeos, quiero decir, blancos, que han vivido largo tiempo con los indios se acostumbran á ella y áun llegan á tomarle gusto. Mi excelente amigo D. Fructuoso Rivero, presidente de la república, deja pasar raramente la ocasión de satisfacerlo. Acuérdome que un día, yendo al Congreso, de gran uniforme, pasó por delante de un *rancho* donde sangraban á un potro. Detúvose y bajó del caballo para pedir un *chupón*, un sorbo, después de lo cual pronunció uno de sus más elocuentes discursos.

—Pues es un horrible mónstruo vuestro presidente,—exclamó la señorita Iwinska.

—Perdonadme, querida Pani,—le dije,—es un hombre muy distinguido, de un talento superior. Habla maravillosamente muchas lenguas indias muy difíciles, sobre todo el *charrua*, á causa de las innumerables formas que toma el verbo, según su régimen directo ó indirecto y áun según las relaciones sociales existentes entre las personas que lo hablan.

Iba á dar algunos pormenores bastante curiosos sobre el mecanismo del verbo *charrua*, pero el conde me interrumpió para preguntarme dónde era menester sangrar á los caballos cuando se quería beber su sangre.

—Por el amor de Dios, mi caro profesor,—exclamó la señorita Iwinska con aire de terror cómico,—no se lo digáis. Es hombre capaz de matar toda su caballeriza y de comérsenos á nosotros mismos cuando no tenga más caballos.

Con esta salida, levantáronse las señoras de la mesa, riendo, para ir á preparar el té y el café, en tanto que nosotros fumábamos. Al cabo de un rato enviaron del salón á que fuese allí el señor general. Todos queríamos seguirle, pero se nos dijo que las señoras no querían más que un solo hombre á la vez. Pronto oímos en el salón grandes carcajadas y palmoteos.

—La señora Iulka hace alguna de las suyas, —dijo el conde.

Vinieron después á pedir por él; nuevas risas, nuevos aplausos. Tocóme en seguida el turno. Cuando entré en el salón, todos los semblantes habían cobrado un aspecto de gravedad que no era de muy buen agüero. Me esperaba alguna *guasa*.

—Señor profesor,—me dijo el general con su tono más ceremonioso,—estas señoras pretenden que hemos dado demasiada acogida á su champagne y no quieren admitirnos á su lado hasta después de hecha una prueba. Trátase de ir con los ojos vendados desde el centro de este salón á la pared, y tocarla con el dedo. Ya veis que la cosa es muy sencilla; basta marchar derecho. ¿Estáis en el caso de observar la línea recta?

—Así pienso, señor general.

Al punto la señorita Iwinska me echó un pañuelo sobre los ojos y apretó con toda su fuerza por detrás.

—Estáis en medio del salón,—dijo,—extended la mano... ¡Bueno! Apuesto á que no tocáis la pared.

—¡Adelante, marchen!—dijo el general.

No había más que dar cinco ó seis pasos. Adelanté muy lentamente, persuadido de que encontraría alguna cuerda ó taburete, traidoramente colocado en mi camino para hacerme tropezar. Oí risas ahogadas que aumentaban mi embarazo. Por fin, creíame estar ya enteramente á tocar la pared, cuando mi dedo, que extendía yo hacia adelante, entró de pronto en algo de frío y de viscoso. Hice una mueca y dí un salto atrás, que hizo estallar de risa á todos los circunstantes. Arranqué mi venda y ví cerca de mí á la señorita Iwinska que tenía un tarro de miel donde había metido yo el dedo, creyendo tocar la pared. Consoléme al ver que los dos edecanes pasaban por la misma prueba, sin salir mejor librados que yo.

Durante el resto de la velada la señorita Iwinska no cesó de dar libre rienda á su humor juguetón. Siempre burlona, siempre traviesa, tomaba ora al uno, ora al otro por objeto de sus bromas. Noté, sin embargo, que se dirigía más á menudo al conde que, debo decirlo, no se enfadaba nunca, y áun parecía encontrar gusto en sus soflamas. Al contrario, cuando se las había con algunos de los edecanes, fruncía el ceño y veía brillar sus ojos con aquel fuego sombrío que en realidad tenía algo de pavoroso. «Juguetona como una gata y blanca como la natilla.» Parecíame que al escribir este verso Mickiewicz había querido hacer el retrato de la *panna* Iwinska.

V

Retirámonos bastante tarde. En muchas grandes casas lituanas vése una vajilla de plata magnífica, bellos muebles, tapices de Persia preciosos, y no hay, como en nuestra querida Alemania, buenas camas de pluma que ofrecer á un huésped fatigado. Rico ó pobre, gentilhombre ó paisano, un eslavo sabe dormir bien sobre una tabla. El castillo de Dowghielly no formaba excepción á esta regla general. En el cuarto donde se nos condujo al conde y á mí no había más que dos sofás forrados de tafilete. Esto no me asustaba mucho, pues en mis viajes habíame acostado á menudo sobre la tierra desnuda, y me burlé un poco de las exclamaciones del conde respecto á la falta de civilización de sus compatriotas. Un criado vino á sacarnos las botas y nos dió batas y pantuflos. El conde, después de haberse quitado la ropa de encima, paseóse por algún tiempo en silencio, y después, deteniéndose ante el sofá en que me había yo extendido ya, me dijo:

—¿Qué pensáis de Iulka?

—La encuentro encantadora.

—Sí; pero... ¡muy coqueta! ¿Creéis que realmente guste de aquel capitanete rubio?

—¿El edecán? ¿Cómo puedo yo saberlo?

—Es un fátuo..... debe, pues, agradar á las mujeres.

—Niego la conclusión, señor conde. ¿Queréis que os diga la verdad? La señorita Iwinska piensa mucho más en agradar al conde Szemioth que á todos los edecanes del ejército.

Ruborizóse sin contestarme, pero me pareció que mis palabras le habían ocasionado un placer muy sensible. Paseóse aún durante algún tiempo más sin hablar, hasta que mirando su reloj exclamó:

—A fe que haríamos bien en dormir porque es muy tarde.

Tomó su fusil y el cuchillo de caza, que habían llevado á nuestro cuarto, y los puso en un armario del cual retiró la llave.

—¿Queréis guardarla?—me dijo, entregándomela, con gran sorpresa mía.—Podría olvidarla. Seguramente tenéis más memoria que yo.

—El mejor medio de no olvidar vuestras armas,—le dije,—sería ponerlas sobre esta mesa cerca de vuestro sofá.

—No... Ved, hablando francamente, no me gusta tener armas cerca de mí cuando duermo... Y la razón, héla aquí. Cuando estaba yo en los húsares de Grodno, dormí un día en un cuarto con un camarada; mi pistolas estaban sobre una silla, cerca de mí. Por la noche despertóme una detonación. Encontréme con una pistola en la mano; había hecho fuego y la bala había pasado á dos pulgadas de la cabeza de mi camarada... No he podido recordar nunca el sueño que había tenido.

Esta anécdota me inquietó algo. Estaba yo bien seguro de no tener bala alguna en la cabeza, pero cuando me fijé en la elevada estatura, en la complexión hercúlea de mi compañero,

en sus brazos nervudos cubiertos de un vello negro, no pude dejar de reconocer que se hallaba perfectamente en estado de extrangularme con sus manos, si tenía un mal sueño. Con todo, guardeme bien de revelarle la menor inquietud; únicamente coloqué una luz sobre una silla, cerca de mi sofá y me puse á leer el *Catecismo* de Lawicki, que me había yo traido. El conde me dió las buenas noches, extendióse sobre el sofá y se volvió cinco ó seis veces; por fin pareció adormecerse, por más que se hubiese hecho un ovillo, como el amante de Horacio que, en-

CALLE JORGE EN HALIFAX (NUEVA ESCOCIA)

cerrado en un cofre, toca su cabeza con sus rodillas replegadas:

..... Turpi clausus in arca,
Contractum genibus tangas caput.....

De vez en cuando suspiraba con fuerza, dejaba oir una especie de estertor nervioso que yo atribuía á la extraña posición que había tomado para dormir. Una hora, tal vez, transcurrió de esta suerte. Adormecíme yo á mi vez. Cerré mi libro y disponíame á colocarme lo mejor que pudiese en mi lecho, cuando una risa extraña de mi vecino me hizo estremecer. Miré al conde. Tenía los ojos cerrados; todo su cuerpo tembloteaba y de sus labios entreabiertos escapábanse algunas palabras apenas articuladas.

—¡Muy fresca!... ¡muy blanca!... El profesor no sabe lo qué se dice... El caballo no vale nada... ¡Vaya un bocado!...

Después mordió con furia la almohada en que descansaba la cabeza, y al mismo tiempo lanzó un rugido tan fuerte, que se dispertó.

Por lo que á mí hace, permanecí inmóvil en mi sofá é hice como que dormía. Observéle, sin embargo. Sentóse, frotóse los ojos, suspiró tristemente y permaneció más de una hora sin cambiar de postura, absorbido, á lo que parecía, en sus reflexiones. Sin embargo, no las tenía yo todas conmigo y me prometí interiormente no acostarme nunca al lado del señor conde. A la larga, sin embargo, la fatiga triunfó de la inquietud y cuando entraron por la mañana en nuestro cuarto, dormíamos uno y otro profundamente.

(Se continuará.) *Traducción de* A. O.

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLAROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 15 de Octubre de 1887 | Núm. 250

SIN HOGAR (Cuadro de Stanhope Forbes)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Los ciegos*, por Joaquín Borda.—Nuestros grabados.—*Amor* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*Lokis* (continuación), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—*Las Bellas Artes en Inglaterra* (tres grabados).—*Exposición de Bellas Artes de París de 1887* (dos grabados).—*Exposición marítima internacional de Cádiz*: Fachada principal del pabellón de la Trasatlántica.—*Madrid. Exposición general de Filipinas*.—Obsequio á la novia el día de su cumpleaños.—Dort.—El Museo de South Kensington (tres grabados).—Impresiones de un corresponsal artístico especial inglés.—*Pamplona*: Festejos con motivo del viaje de S. S. M. M. y A. A.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

Marruecos en Madrid.—Madrid conquistado por los extranjeros.—Las cigarreras

QUERIDA mía: ¡Qué tiempos aquellos en que hablábamos de América, el país del oro y de la China, el país de los abanicos, como se habla hoy de algunos planetas! Pero los tiempos han cambiado y los españoles de hoy, mientras toman el chocolate, hablan; opinan y fallan de los asuntos de Oriente y de Marruecos, como si se tratase de sus negocios particulares. Un tenedor de papel se cree con derecho á regir la conducta de Bismarck ó de Grevy, puesto que esta conducta influye en la subida ó descenso de los fondos y al leer un telegrama suele exclamar lleno de indignación: ¡Este hombre (y habla del emperador de Alemania) me perjudica!

Se comprende, pues, que los madrileños, y especialmente los hombres políticos, los diplomáticos, los militares y los que gastan babuchas en vez de gastar zapatillas estén preocupados con la enfermedad del sultán de Marruecos y con el movimiento de tropas españolas. Parece que vamos á tener otra guerra civil, como ha llamado no sé quién á nuestras guerras con los moros, y que nos preparamos á otra conquista de Africa. Marruecos es un viejo que agoniza en el desierto y en torno suyo revolotean enormes pájaros con plumaje de águila que en realidad sólo son cuervos... Si el emperador muere, todos esos rapaces pretenderán devorarlo, y nosotros debemos procurar que no se le coman todo. Es otra complicación sobre la de Europa, donde Alemania é Italia en estos momentos tratan de impedir que Rusia llegue hasta Constantinopla y convierta el Mediterráneo en lago suyo, donde no hay diplomático que no tenga ante los ojos el mapa y no esté pensando la nueva forma que convendrá dar al caprichoso dibujo de las naciones: No cabe duda que nos preparamos á grandes acontecimientos, que el miedo refrena, pero que el impulso está dado; que se conciertan finalmente, las voluntades, se urden las últimas intrigas, se firman los últimos pactos y se reparten mentalmente los futuros despojos. ¡Ay de los débiles!

Nosotros no queremos parecerlo y el gobierno dispone tropas y las dirige al Mediodía y las hará pasar el Estrecho tan pronto como alguna otra nación muestre excesiva impaciencia. El sultán, entre la vida y la muerte, recréase tal vez en sus momentos lúcidos pensando en que las naciones le harán magníficos y sangrientos funerales.

Si has leído el libro de Amicis titulado *Marruecos*, habrás dedicado algún recuerdo de simpatía al emperador; cuando Amicis le vió, dice que era el más hermoso y simpático joven que puede brillar en la fantasía de una odalisca. Cierto que tú no lo eres, mas yo sé bien que para juzgar de la gallardía y hermosura de un emperador, y hasta de un moro vulgar y plebeyo, no es preciso haber nacido entre la Morería; un hombre alto y esbelto, de ojos grandes y suaves, de nariz aguileña, de rostro moreno perfectamente ovalado y contornado por barba negra, de nobilísimo rostro bañado por tintas de suave tristeza, aquí como en París y como en Marruecos se lleva la voluntad y el corazón y los más sanos principios de las damas y de las mujeres. Y más si viene con el jaique blanco de pura nieve y el turbante bien puesto y descubierto por la caída capucha y sobre un hermoso y blanquísimo caballo con artísticos arreos en que brillan los colores y el oro.

Cuando el escritor italiano nos describe como vió á Muley-Hassan entre el apiñado círculo de su séquito, comprendemos bien lo que es un sultán y lo que es su imperio. Todos los ojos se fijaban en él, no se oía respirar; sólo se veían rostros inmóviles en actitud de profunda veneración. Dos moros con trémula mano le espantaban las moscas, de los piés; otro de cuando en cuando le pasaba la mano por el borde del jaique como para purificarlo del contacto del aire; un cuarto sirviente, en actitud de sagrado respeto, acariciaba la grupa del caballo; y el que tenía el altísimo quitasol que le servía de dosel, bajaba los ojos, inmóvil como una estátua, como si estuviese confuso y anonadado por la solemnidad de su cargo.—¡No parecía un monarca sino un Dios!—dice Amicis.

Pero es un hombre; nos lo prueba la historia novelesca de su enfermedad tal como corre en Tánger, en las conversaciones privadas, menos respetuosas que las ceremonias palaciegas. Las hermosuras del Harem pertenecen á las familias nobles del imperio; mas hay una, venida de tierra extranjera, que excede á todas en gracia, en distinción, en lealtad y belleza. Es circasiana, blanca y profesa en secreto la religión de Cristo. El sultán tiene un hijo de ella; un hijo de cinco años. Por el hijo y la madre tiene olvidados á sus demás hijos; á sus otras esposas. El amor, el rencor, la envidia, la ambición han llenado el Harem de pensamientos de muerte; antes que ver al emperador esclavo de una extranjera las sultanas quieren verle muerto... El emperador lo sospecha y teme. Con frecuencia hace que prueben su comida unos cuantos negritos que tiene para este delicado experimento y que hasta hoy por fortuna se han dado el trato más exquisito de Marruecos... Pero el caso es que mientras los negritos engordan el emperador enflaquece; un veneno lento parece que vá pudriendo su sangre; un veneno que ya toma el aspecto de un tifus, ya de otras inextinguibles fiebres; y el imperio teme y el sultán se extingue y las naciones se inquietan y nuestro gobierno cree que ha llegado la ocasión de que el Estrecho de Gibraltar no sea mas que un río divisor de España.

De todo esto ¿qué resultará? Si el emperador muere, algunas correrías, tal vez, en las tierras moras fronterizas; un considerable aumento de generales en *la Guía* y una gran abundancia de espingardas y gumías en el Rastro. No tengo fe en el genio de las victorias, ni menos en el semblante de Sagasta. El rostro de Sagasta es moruno y lo son su carácter y costumbres. Convengamos en que nos pasa algo de lo que ocurre en Marruecos: allí una cristiana, disfrazada de odalisca, gobierna al imperio; aquí un moro, de sombrero de copa, se ha posesionado del gobierno.

Pero nada más de política, ni de guerra, ni de alusiones personales; entremos en asuntos diferentes, si bien debemos continuar hablando de asuntos extranjeros al hablar de los nuestros.

En otra carta hablé ya del Congreso literario internacional que se dispone. El programa está redactado. Héle aquí.

Día 8.—Inauguración oficial del Congreso en el paraninfo de la Universidad. Gran función de gala en el teatro Real. Día 9.—Expedición á Toledo; y en esta ciudad almuerzo servido por Lhardy. Día 10.—Velada literaria en el Ateneo. Día 11.—Gran banquete en el salón del Conservatorio, ofrecido por la Asociación de Escritores y Artistas. Día 12.—Corrida de toros; en atención á que los congresistas extranjeros han manifestado vivos deseos de presenciarla, para formar, sin duda, verdadera opinión respecto de esta fiesta llamada bárbara. Día 13.—Expedición al Escorial, dirigida y costeada por la Diputación provincial de Madrid, y almuerzo en el monasterio, de doscientos cubiertos. (Según parece todos los platos de este banquete pertenecerán exclusivamente á la cocina española... *¡Desgraciados!*). Día 14.—Almuerzo servido por Fornos en el palacio municipal y costeado por el Ayuntamiento. (Como aquí no tenemos negritos catadores, los alguaciles de la Corporación con sus trajes del siglo XVII probarán los platos). Por la noche representación extraordinaria en el teatro Español. Vico y Calvo representarán *El Alcalde de Zalamea*. Día 15.—Los ilustres congresistas se dirigirán procesionalmente á la plaza de las Cortes y en ella y en nombre de todos los países representados depositarán coronas sobre el pedestal de la estátua de Cervantes. Además, harán colocar en el zócalo una placa expresiva de que todas las literaturas rinden fervoroso tributo de admiración al insigne autor de *El Quijote*.

Se habla de una recepción en Palacio y de otros diferentes almuerzos. Los congresistas extranjeros que han llegado y deben llegar, son setenta y ocho. Se disponen treinta ó cuarenta sepulturas perpétuas en la Necrópolis, contando con la eficacia de las indigestiones.

Diez y seis congresistas vienen custodiados por sus esposas. Aunque en Madrid no se tiene respeto al honor conyugal y tras de cada esquina hay un grupo de Tenorios dispuestos á un rapto, es de esperar que en esta ocasión las señoras extranjeras encuentren en nosotros artistas, eruditos y filósofos en vez de bandidos generosos y *torerros*.

Parece que Julio Simón no vendrá, porque un médico extranjero residente en Madrid le ha escrito que desista del viaje; pues corren aquí muchas pulmonías. Julio Simón tiene ochenta y cuatro años; á esta edad, lo que precisamente le empieza á faltar á uno es *aire*.

De todas estas fiestas ya te hablaré en mis próximas cartas, querida prima.

Hoy, para concluir, y para concluir con algo, verdaderamente español, sin mezcla de extranjerismo; con algo no sólo castizo sino madrileño, te diré que ayer se insurreccionaron las operarias de la fábrica de tabacos; con motivo de algunas disposiciones de la Compañía Tabacalera. La razón de este alboroto es que, según dicen, cada día ganan menos dinero con su trabajo. El gobernador, duque de Frías, quiso apaciguarlas, y le tiraron un pedazo de carbón, que le dió en el sombrero. Pedían á grito herido la cabeza del señor Camacho, director de la Sociedad, allí presente, sin que fuese posible conseguir que se desprendiese de ella el interesado. El conserje del establecimiento, en vista de esto y recordando la natural influencia que ejerce en el ánimo de las cigarreras en los tiempos normales, se adelantó á parlamentar lleno del mejor espíritu.—¡Quítese V. de ahí, *so mandria!*—le dijeron. Y él se quitó, en efecto, realizando una de las retiradas más famosas. Si se hubiese tratado de obreros, hubiera corrido la sangre, pero se trataba de mujeres y se dejó correr el tiempo. Al fin el señor Camacho aseguró su cabeza capitulando y las cigarreras volvieron á trabajar. Aquellas lenguas abominables que habían azotado el rostro de la autoridad con palabras que escaldarían la lengua de los demonios, articularon bien pronto alegres canciones.. Las cigarreras son fuego y humo... como los cigarros.

Tuyo,

FERNANFLOR.

UN IDILIO NIHILISTA

(CONTINUACIÓN)

IV

Alejandro acogió con alegría la invitación del profesor.

La esperanza de ver á Catya, le causaba una secreta alegría.

Su imaginación, después de despojarse de las preocupaciones mecánicas, sólo trabajaba á impulsos de una sola idea.

El joven estudiante había sufrido en la noche anterior una completa transformación.

Durmiendo había soñado, cosa impropia de su temperamento nada afecto á la preponderancia nerviosa.

En sueños había visto á Catya caminando sobre nubes, rodeada la cabeza de luminosa aureola y tal como él habíase figurado siempre la imagen de la futura Rusia, en sus momentos de fiebre revolucionaria.

Cuando la hija de Martens vino de la escuela de medicina y le dirigió un saludo, el joven sintió que su cuerpo se estremecía.

Ya no quiso dudar más; aquellas sensaciones le eran desconocidas y comprendió que debían formar aquel afecto que muchas veces había llegado á sus oídos con el nombre de amor.

Mientras permaneció en la mesa, solo se ocupó en mirar de vez en cuando á Cayta sin pronunciar palabra alguna.

Martens, en cambio, se encargaba de llevar la parte principal de la conversación y hablaba sin cesar de la nación y del Czar, y forjaba planes tan llenos de entusiasmo, como bárbaros y sangrientos.

Alejandro en tanto se sentía como en otra vida.

El corazón parecía quererle saltar del pecho, su cerebro estaba como envuelto en nubes de color de rosa, las palabras de Martens (á quien no atendía) sonaban en su oído como música incomprensible y deliciosa y no se ocupaba más que en fijar sus ojos en el hermoso y grave rostro de Catya.

Esta permanecía impasible ante las miradas del estudiante, pero éste, que algunas veces bajaba el rostro como avergonzado por tal impasibilidad, la sorprendió en dos ó tres ocasiones con los ojos fijos en él.

Cuando terminó la comida, el viejo Martens se levantó y dijo á los dos jóvenes:

—Bajad al jardín; el aire de la tarde os será de provecho. Yo, en tanto, voy á repasar los diseños que éste me ha entregado de su máquina.

Catya y Alejandro bajaron al jardín.

Este era sombrío y melancólico. Lo componían algunos álamos de secular altura y el suelo estaba cubierto por un muzgo oscuro y tupido.

En el centro del jardín alzábase una estátua bastante deteriorada, representando á Espartaco rompiendo las cadenas de la esclavitud; estátua que el viento y las lluvias se había encargado de cubrir de un moho verdoso.

Los dos jóvenes dieron algunos paseos por el jardín y su conversación versó sobre los males de la patria y los grandes trabajos que todavía se habían de llevar á cabo para colocar á ésta á la altura del resto de Europa.

Pero á pesar de la gravedad del asunto, los dos al hablar se miraban y Catya parecía haber depuesto parte de su serenidad.

Aquellas miradas fueron comprendidas por los dos

Lo que unos amantes de raza latina hubieran encerrado en frases ardientes y en suspiros lánguidos, aquellos hijos del Norte lo expresaban en miradas intensas aunque tranquilas.

Estas equivalieron á una declaración de amor.

Desde aquel momento Alejandro y Catya se consideraron como amantes, sin decirse una sola palabra que declarase su pasión.

Hablaron de mil distintos asuntos, atravesaron varias veces en distintas direcciones el jardín y por fin llegó un instante en que cesaron en su conversación, parándose para mirarse con esa perplejidad del que queriendo decir una cosa se siente cohibido interiormente.

En aquel instante el sol rompiendo los nubarrones plomizos que se amontonaban en el cielo, derramó una luz pálida y amarillenta sobre el jardín.

Catya y Alejandro se miraron silenciosos durante un buen rato, hasta que, por fin, la primera, como herida de una conmoción interior, arrojóse sobre el joven y apoderándose de una de las manos de éste, dijo con una voz apasionada que no parecía propia de su carácter.

—¿Me amáis mucho, Alejandro?

—Hasta la muerte,—contestó el estudiante.

Y al decir esto levantó la mano como para tomar por testigo de sus palabras al sol, que les envolvía con sus hilillos de oro, á través de las nieblas del cielo y de los árboles del jardín.

Desde aquella tarde Alejandro no cesó de acudir un solo día á casa de Martens.

El viejo profesor tenía de contínuo ocasión para hablar con él de su tema favorito y enseñarle á cada instante aquel armario secreto que tan terribles efectos guardaba.

Alejandro había sufrido un cambio radical en su carácter, reemplazando su antigua sagacidad con una contínua distracción.

El amor le había ensimismado y cuando todas las tardes salía de su vivienda con dirección á la casa de Martens, no lograba reparar en que le seguía un hombre que no era otro que el criado de la posada.

El joven estudiante estaba cada vez más enamorado de Catya.

¡Qué momentos de felicidad experimentaba Alejandro!

Mientras el profesor estudiaba en su biblioteca, él con su amada del brazo, se paseaba por

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS: EL AMOR VENCEDOR

(Cuadro de Bouguereau)

el jardín, embriagándose con la luz de aquellos ojos y el sonido de aquella voz grave y argentina á un tiempo.

La elevación de ideas de Catya, su refinado idealismo, y aquel amor á la Rusia causaban grande impresión en el alma del estudiante, quién á cada momento descubría nuevos tesoros ocultos en el interior de su amada.

—¡Qué tardes tan felices!

En algunos instantes Alejandro y Catya se olvidaban de su patria, circunstancia verdaderamente extraordinaria.

Muchas veces los dos perdiendo su habitual seriedad corrían por entre los árboles, otras se sentaban en un banco de piedra al pié de la estátua de Espartaco, y allí contemplando el sol poniente ó las nieblas de la noche, cantaban á media voz y en delicioso coro un himno revolucionario compuesto por un poeta nihilista amigo de Alejandro.

Los días eran entonces muy cortos para éste, pues sólo los pasaba en la contemplación ó recuerdo de Catya.

Poco á poco iba olvidándose de todo, y sólo alguna vez el recuerdo de sus amigos y de la misión que le habían confiado asaltaba fugazmente su imaginación; así es que quedó sorprendido cuando una tarde en que, como de costumbre, se paseaba con Catya por el jardín, le llamó Martens para decirle:

—Joven; el momento de que terminemos por completo nuestro invento se acerca. Sin decirte nada encargué á un herrero de la asociación que forjase las piececitas de tu máquina con arreglo al diseño que me diste, y hoy las tengo en mi poder.

Y al decir esto, el viejo enseñó al estudiante un papel que contenía unos pedacitos de hierro de diversas formas.

Alejandro al verlos se sintió poseído de su curiosidad de mecánico, y púsose á examinarlos con detención.

—Esto está mal,—dijo por fin.—El herrero ha trabajado las piezas burdamente y es preciso pulirlas para que engranen.

—¿Cuándo piensas montar la maquinilla?

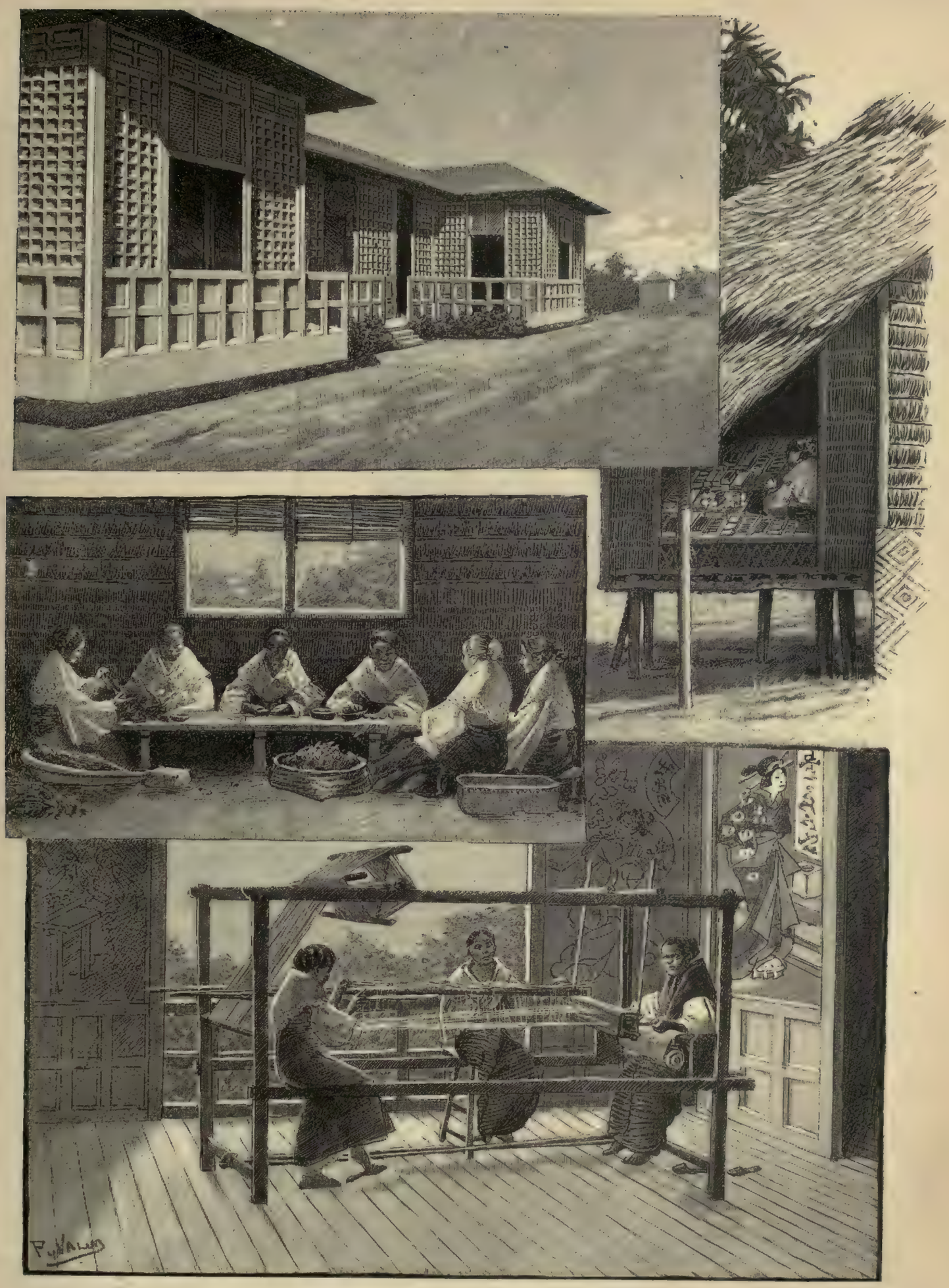
—Esta noche misma. En mi equipaje tengo herramientas para ello.

—Hazlo pues. Mañana la cargaremos con la sustancia de mi invención, y podré presentarla al comité ejecutivo de la asociación. Pierde cuidado que no tardará mucho á ser arrojada por un brazo robusto á los mismos piés del Czar.

(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

EXPOSICIÓN MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CÁDIZ: FACHADA PRINCIPAL DEL PABELLÓN DE LA TRASATLÁNTICA

Dibujo de Asarta, según fotografía exclusivamente destinada á La Ilustración Ibérica



MADRID,—EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS

Edificio donde están instalados los telares.—Despacho de tabacos en la instalación de la Compañía.—Operarias de dicha instalación.—Tejedoras. (Dibujo de P. y Valor.)

REVISTA CIENTIFICA

PREHISTORIA ESPAÑOLA

Con el título de *Les âges prehistoriques de l' Espagne et au Portugal* ha salido á luz recientemente en París (Reinwald, editor) una importante obra debida al distinguido antropólogo francés M. E. Cartailhac, director de la revista *Materiaux pour l' histoire primitive de l' homme*. Es un trabajo interesantísimo, hecho con gran conciencia y digno de los que aquí debemos al saber de los señores D. Casiano del Prado, Vilanova, Tubino, Mac-Pherson, Sales Ferrer, Anton, Góngora, etc., con el aditamento de ir encabezado con un prólogo del ilustre Quatrefages, quien no vacila en afirmar la existencia del hombre *terciario* en Europa. Mucho asegurar es, pero en fin, basta que lo diga Quatrefages para que cualquiera deba tenerlo por artículo de fe (de fe científica). Otros, sin embargo, se rebelan contra la idea de que en la época terciaria haya existido la *familia hominiana* (Broca) y atribuyen los objetos labrados, de los cuales se deduce la mano inteligente que les dió forma, á un sér antropoide, llevando alguno su atrevimiento hasta llamarle *antropopiteco*, palabra que traduciremos libremente por... *mono sabio*. Cada uno fallará según mejor le parezca.

EL SUEÑO DE JESÚS (Cuadro de Deschamps)

Mucho más seguro es lo que puede decirse respecto á la época cuaternaria (1). Ya en 1850 el inolvidable D. Casiano del Prado descubrió en los altos de San Isidro del Campo la existencia de muchos silex que formaban una punta lanceolada, de igual tipo que los conocidos con el nombre de *silex de Saint-Acheul* (1). Otros silex, del tipo de los de la *Madeleine* (2), fueron descubiertos á su vez por M. L. Lartet en las grutas de Peña la Miel, cerca de Nieva de Cameros, en Altamira, cerca de Santander y en Serinyá, Gerona, (1865 á 1881). Merece señalarse el hecho de que en parte alguna se hayan encontrado restos de reno, cuyo animal no pasaría por lo visto de la vertiente francesa de los Pirineos. Por consiguiente no reza con nosotros la división que lleva el nombre de aquel rumiante.

Además de esta particularidad, nótase también otra más singular todavía que dicha ausencia y es que los restos humanos que se han podido descubrir hasta ahora en los terrenos cuaternarios de la península, excepto uno de Gibraltar, y los de Zarauz, respectivamente pertenecientes á la raza de Neanderthal y Cro-Magnon, deben considerarse como propios del *hombre de Furfooz*, el mismo á quien se atribuye la paternidad de esos misteriosos monumentos megalíticos llamados *dolmenes, menhires, ringleras, cromlechs, piedras bamboleantes, caminos cubiertos, nuraghos, talayots*, etc. (1).

Sin embargo, en Mugem (Portugal) han aparecido en unas antiquísimas sepulturas restos que presentan algunos rasgos comunes con los del hombre de Cro-Magnon ó de Zarauz, si bien M. Cartailhac les hace bastante más modernos, creyéndolos del período neolítico. Juntamente con dichos restos fueron descubiertos grandes montones de conchas de moluscos, huesos de mamíferos y aves y esqueletos de pescados, no distinguiéndose indicio alguno de haber sido roídos, lo cual hace presumir que aquellos hombres no poseían perros domesticados, siendo así que en los *kiokkemodingos*, contemporáneos de las sepulturas de Mugem, se observan señales de haber habido perros. «Esto parece indicar, dice M. Quatrefages, que el Norte y el Mediodía de Europa han sido ocupados en aquellos remotos tiempos por dos poblaciones distintas, si es que no por dos razas diferentes, de las cuales solamente una había comenzado á resolver el gran problema de la domesticación de los animales.»

Otra particularidad de las estaciones neolíticas de España es que en su mayoría parecen haber estado establecidas al aire libre y no en grutas ó cavernas, lo cual no quiere decir que éstas no existan también en bastante número. Entre ellas es digna de mención la *Cueva lóbrega* de Sierra Cebollera, explorada muchas veces por M. Luís Lartet, que ha encontrado allí huesos de ciervo, de corzo, y con más abundancia otros de buey, de cabra y de jabalí; con todo, «el rasgo más curioso de esta caverna, dice M. Cartailhac, es la presencia de restos bastantes numerosos de un animal del género *perro*, notablemente distinto del lobo, del chacal y del zorro, por caracteres dentarios que parecen denotar instintos aún más carnívoros. No puede decidirse si este animal había experimentado también la influencia de la domesticación.» Algunos han presumido si este desconocido animal no sería quizás el *Cuon primævus*.

Respecto á industria, recogió allí M. Lartet agujas, punzones y pulimentadores de hueso, y vajilla hecha á mano y cocida al aire libre. «Los cacharros, dice M. Zaborowski, aunque de fabricación muy sencilla, están adornados ya con auxilio de entalladuras ó aplicaciones de franjas de arcilla, ya mediante impresiones hechas con un punzón de hueso ó un pedazo de madera, y sobre todo con los dedos y las uñas, impresiones que forman vendillas entrecruzadas, como se las ha observado también en la cerámica de los palafitos ¡dellago Fimon, en Italia.» Resulta, pues, que dichos restos corresponden al *final del período neolítico*.

Otra caverna notable es la llamada *Cueva de la Mujer* (Granada) estudiada por el señor Mac-Pherson, y convertida en sepultura después de haber servido de habitación. Fué notable el hallazgo de un fragmento de barro en el cual el señor Mac-Pherson observó representada una imagen solar, en forma de rostro humano. Entre multitud de restos parecidos á los de la *Cueva lóbrega* recogióse también un *botón de piedra* y un brazalete hecho con una pechina.

Abundan también las cuevas neolíticas en el Peñón de Gibraltar; pero lo importantísimo es que allí se encontró un cráneo del tipo del de Neanderthal, lo cual no obsta para que en vez de llevar un nombre español se llame desgra-

1 Para más fácil comprensión de lo que va á seguir diremos que la *época cuaternaria* se divide prehistóricamente en tres períodos del *mammuth*, de *transición* y del *reno*, en cuyos respectivos tiempos colocan los geólogos los hombres de la raza de *Canstadt*, *, *Cro Magnon*, y *Furfooz* (del nombre de las tres localidades de Wurtemberg, Francia y Bélgica en que fueron encontrados los cráneos correspondientes). *Arqueológicamente*, la época cuaternaria comprende el primer período de la *Edad de Piedra*, dividida en *Paleolítica* ó de la piedra tallada y *Neolítica* ó de la piedra pulimentada, perteneciendo esta ya á la época Moderna.

La Edad Neolítica precede, arqueológicamente, á la de los Metales la cual se divide á su vez en *Edad del Bronce* y *Edad del Hierro*, siendo puramente accidentales la *edad del oro* y la *edad de la plata*, anterior á todas las de los demás metales.

* Se llama también de Neanderthal, por haberse exhumado este ejemplar en esta localidad, cerca de Dusseldorf, Prusia, en un terreno de aluviones cuaternarios. Con todo como este no se descubrió hasta 1856 y el de Canstadt lo fué ya en 1700, algunos le llaman de este primer modo.

(1) Sub-división de la edad paleolítica ó de la piedra *tallada*, correspondiente al período del mammuth y del nivel bajo de los ríos, es decir, al más antiguo de la época cuaternaria.

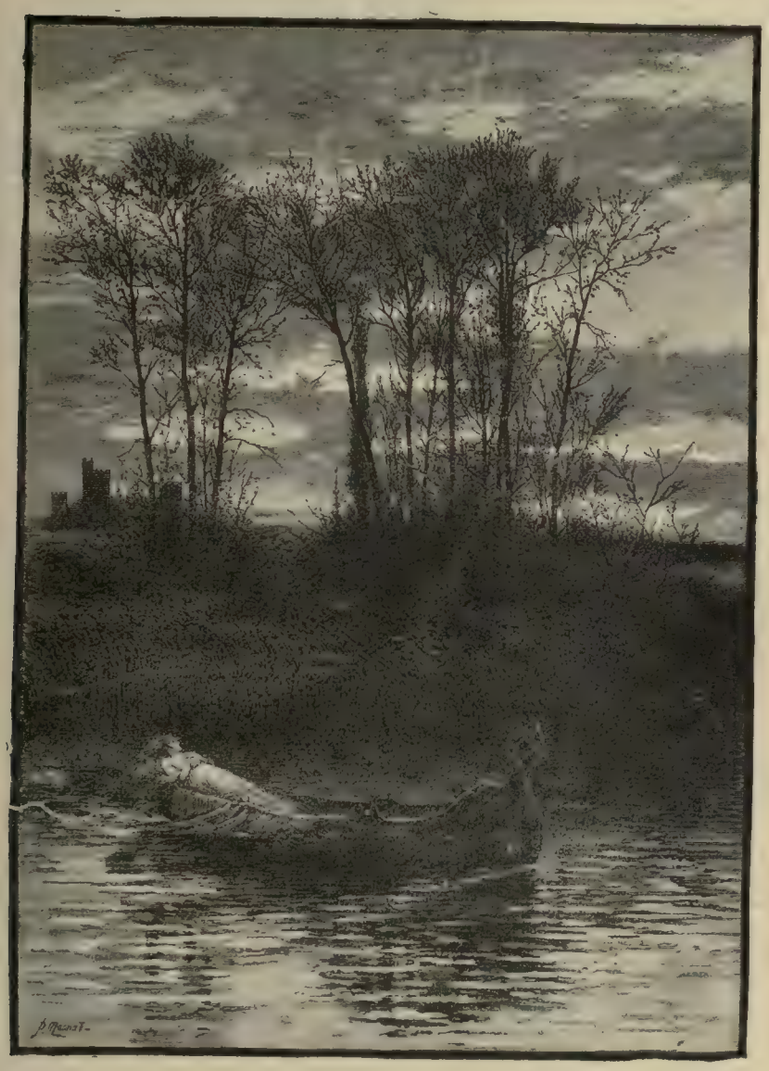
(2) Sub-división de la misma edad, correspondiente al nivel alto de los ríos, ó sea á la época del reno. Es el último período de la época cuaternaria, después del cual viene ya la *época moderna*.

(1) Esta idea de la no existencia de restos del hombre de Cro-Magnon fuera de los cráneos de Zarauz está en contradicción, sin embargo, con lo observado por algunos antrogeólogos españoles que además de aquellos han encontrado otros en distintas localidades de Castilla, Asturias y Andalucía.

ciadamente el cráneo de *Forbes' Quarry*. Dicho cráneo presenta los siguientes caracteres: «Las arcadas superciliares forman una salida considerable; sus órbitas enormes son casi redondas; las fosas nasales muy dilatadas; la cara ancha y prognata (1); la frente, muy huída.» (Zaborowski). Fué encontrado en una ganga muy espesa y adherente y es contemporáneo de los silex descubiertos en San Isidro por D. Casiano del Prado. Allí vivirían aquellos salvajes horribles, bestiales, en compañía del mammuth y del grande oso de las cavernas. Lo que no sabemos hasta qué punto puede admitirse, es el aserto del gran Quatrefages cuando dice que ha encontrado algunos rasgos sueltos del cráneo de Gibraltar (ó de Forbes' Quarry) en la población moderna de la península, pues es imposible formarse idea de lo feo y *simiano* de los tales cráneos.

Muchas otras grutas han sido reconocidas, pertenecientes á la época cuaternaria, siendo una de las más notables la del *Parpalló*, en el Monduber (Gandía). Además se ha descubierto también un taller de silex en Arguilla y dos campos atrincherados, uno en España (Molá de Chert) y otro en Portugal, apareciendo en ellos varias hachas de diorita y basalto, utensilios de hueso y restos de manjares: buey, ciervo, cabra, caballo, lobo, conejo, pero sobre todo, de cerdo.

Aparte de estas cuevas-habitaciones, tenemos también aquí muchas cuevas-sepulturas de la Edad neolítica, especialmente en la provincia de Granada, siendo entre éstas la más digna de mención la *Cueva de los Murciélagos*, notabilísima por la perfección industrial de los



LA DAMA DE SHALOTT (Cuadro de Peter Macnab)

TARDE DE ESTÍO (Cuadro de Hennessy)

objetos encontrados en ella: hachas pulimentadas, huesos labrados, etc.; pero sobre todo, *lo verdaderamente pasmoso*, dado que tratamos del período neolítico, es una diadema de oro, fragmentos de tejidos variados y recamados, un gorro, unas sandalias, y una bolsa de esparto y una cuchara de palo, tan bien conservados, que algunos de estos objetos parecen recientes. En otra gruta, también neolítica, se ven grabados en las paredes el sol y la luna, el arco y las flechas, espadas, árboles, muñecos, etc.

Después de las grutas sepulcrales naturales, es caso de decir que también las hay en España construídas por mano del hombre, constituyendo antiquísimas obras arquitectónicas que debieron de preceder inmediatamente á la edificación de los monumentos megalíticos.

Muchos son los de esta clase que van descubriéndose en nuestra nación, no siendo pocas las piedras dolménicas que se encuentran en diversos puntos, á lo cual hay que agregar el magnífico camino cubierto de Antequera, sin olvidar los *talayots* baleáricos, algunos de los cuales se levantan en medio de un *cromlech* ó círculo de piedras.

El principal interés de la arqueología española prehistórica estriba, no obstante, en la mucha luz que arroja sobre los orígenes de la metalurgia. Parece fuera de duda que aquí se explotaron ya las minas de *cobre* (en estado de sulfuro, de cobre oxidulado y de cobre carbonatado) desde los últimos tiempos del *período neolítico*, en abono de cuya opinión están los pesados martillos de diorita y cuarzita que se han encontrado, entre otras en las minas de Cerro Muriano (Córdoba) y el Milagro (cerca de Covadonga). Más aún: en esta última se ha encontrado también un instrumento hecho de asta de ciervo, parecido al de que se servían los mineros de la época de la piedra pulimentada para la extracción del pedernal. Por manera que en España tenemos una *Edad* que no conocieron otros países: *la Edad del cobre*, anterior á la del Bronce. Encuéntranse aquí, en efecto, bastantes hachas de cobre puro, sin una sola partícula de estaño, de forma parecida á las hachas de pedernal. Hay datos para presumir que eran exportadas para toda Europa, y en cuanto á que el centro de la fabricación estaba aquí, demuéstranlo los moldes encontrados, en que eran vaciadas dichas hachas. En cuanto al estaño es indudable que la mayor parte del que se empleaba para hacer bronce se sacaba de nuestras famosas islas *Cassiteridas*, el país del estaño, por excelencia, pero sin que en un principio se les ocurriese á los indígenas amalgamarlo con el cobre.

En cuanto á restos de la *Edad del Bronce*, se conocen pocos, fuera de algunas sepulturas ó urnas funerarias; probablemente fueron destruídos en las largas guerras de que ha sido teatro la península ó bien permanecerán ignorados todavía. Es de creer también que muchos objetos de dicho metal serían fundidos para aprovecharse de su valor. Con todo, cuando se conoció aquí el bronce, teniendo tan á mano sus dos componentes, convirtióse España en un impor-

(1) Esto es, en que el maxilar superior y los dientes de la misma arcada se dirigen oblícuamente hacia adelante y abajo, mientras el maxilar y dientes inferiores van hacia adelante y arriba.

OBSEQUIO A LA NOVIA EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS (Cuadro de F. Soulacroix

tantísimo centro que proveía de hachas al Sudeste de Francia y el Sur de Inglaterra; así lo indica el que las hachas encontradas en dichas localidades pertenezcan al mismo modelo que las de aquí.

Respecto á la *Edad del hierro* cabe decir lo mismo que de la anterior; tenemos poco, aunque muy interesante, consistiendo generalmente en sables de hoja encorvada ú ondulada, con el pomo representando con frecuencia un perfil de cabeza de caballo.

Finalmente, se han descubierto también entre los monumentos prehistóricos de la península algunas ruínas de pueblos y fortalezas que se cree pertenecen al siglo VIII ó IX antes de nuestra Era y serían por lo tanto contemporáneas de la introducción del hierro. En cuanto á las famosas estátuas del *Cerro de los Santos*, ¿qué puede opinarse de ellas? ¿Son godas como creen muchos apoyándose en su semejanza con las *Kamenya baby* (muñecas de piedra) de la Rusia Meridional, ó bien como cree M. Cartailhac datarían de la *Edad del Bronce?* Difícil es pronunciarse sobre el particular.

Concluiremos este breve análisis diciendo algo sobre la hoy todavía oscura ethnología peninsular. Sabido es que la opinión general se inclina á creer que los primeros pobladores *protohistóricos* de España fueron los Vascos é Iberos, procedentes los primeros de las mesetas de Pamir, y los segundos de la *Iberia* situada al Sur del Cáucaso y al Este de la Cólquida. No falta, empero, quien opine que no vinieron del Asia los Vascos, sino que éstos son ni más ni menos que los famosos Atlantes y vinieron del Norte del Africa. En tal caso, el pueblo vasco no sería *proto*, sino *prehistórico*, de la raza de Cro-Magnon, representada en Canarias por los Guanchos y en Africa por los Bereberes. Los caracteres cranianos de los vascos han sido, en efecto, referidos por Broca á los de aquella raza y áun viene á probar más que estaban ya aquí dichos vascos en el segundo período de la época cuaternaria, ó sea en la Edad Paleolítica, el hecho de que las palabras *hacha, piqueta, cuchillo, tenaza* tienen en su lengua por raíz común una palabra que significa *piedra*.

La descripción que los antiguos nos han dejado de los íberos (color atezado, cabellos negros abundantes y rizados, estatura corta, ágiles, sufridos, fieles y devotos á sus jefes) parece diferenciarlos de los vascos, pero al lado de esta distinción presentan un rasgo común con aquellos, y es la costumbre, (según dicen, seguida todavía hoy en la montaña de Santander), de ocupar el marido el lugar de su mujer durante el puerperio. No empece esto, sin embargo, á que sea evidentísima la diferencia entre vascos é íberos; aquéllos, en efecto, acantonados en el Norte y algo al Nordeste, tienen el cráneo voluminoso, mesaticéfalo, (1) la cara ortognata, (2) fuerte, vigorosa, enérgica, mientras los íberos, (Centro, Mediodía y Este) son dolicocéfalos, (3) no muy ortognatos, de semblante fino, gracioso y delicado. Es indudable su filiación arya y por lo mismo su origen asiático.

En cuanto á los celtas, otra raza protohistórica, acantonada especialmente en Galicia y Portugal, es de creer que siendo aryas también fuesen muy parecidos á los íberos, habiendo resultado del cruzamiento de ambos pueblos el de los celtíberos. Por supuesto que todas estas razas han debido, en el transcurso de los siglos experimentar notables cambios, si bien sin perder nunca el sello particular de su origen.

ALFREDO OPISSO.

1 De cabeza aproximadamente redonda.
2 Dientes poco oblicuos hacia adelante.
3 Cabeza ovalada, con los diámetros longitudinal y transversal en la proporción 9. 7.

DORT (Cuadro de Turner)

LOS CIEGOS

Seres bien desgraciados por cierto. Los de nacimiento ¿qué idea tendrán de este mundo? ¿qué de sus cosas? ¿qué reflexiones no surgirán en el fondo de su mente? Pero por más que se ensimismen, que cavilen, que se devanen los sesos en pensar qué será el mundo, qué el cielo, qué el sol, qué el mar... qué todo... ¿cómo poder saberlo? ¿cómo adivinarlo?

Sucede que á uno le explican un objeto que no ha visto, una ciudad, por ejemplo; por medio de esas explicaciones, se forma una idea de lo que es la ciudad explicada, pero llega á ir á ella y se encuentra con que es muy diferente de como él la había creído.

Esto mismo pasará á los ciegos. Por muchos cálculos que se hagan, no podrán formarse idea exacta de las cosas.

Pero lo que de ningún modo pueden comprender es la luz, colores, sombras, reflejos, perspectivas, etc.

Explicar qué es el día á un ciego, que para él sólo existe una eterna noche, es tiempo perdido. Con los colores pasa lo mismo. ¿Qué idea tendrán de lo líquido? El agua, por ejemplo, ¿qué les parecerá? ¿Y el cielo? Si á nosotros que le vemos, nos admira, nos asombra, no nos sabemos dar explicación de tal prodigio ¿cómo comprenderlo quien no lo ve?

Pero ¿no podrá ser que en ensueños vean, luz, colores y demás? Pues mientras dormimos ¿qué somos nosotros sino ciegos? Y tantas cosas que jamás hemos visto se nos representan... Suceden cosas tan raras con los sueños...

Todo cuanto toquen, despertará en ellos ideas, reflexiones bien extrañas; palparán y repalparán el objeto para querer acertar como es; se engolfarán en un mar de revueltas y encontradas deduciones.

¡De qué extrañas, de qué fantásticas, de qué vanas quimeras, estará poblada la imaginación de un ciego! Cuántos absurdos, cuántas inverosimilitudes la darán juego.

En medio de sus contínuas abstracciones, cuando se desate una formidable tempestad, ¿qué efecto les harán los espantosos truenos? ¿Qué idea se formarán de tan pavorosos ruidos? Se sentirán sobrecogidos de miedo; creerán que todas aquellas enormes montañas que les han explicado se asientan en la tierra, se derrumban bajo su peso y que van á morir sepultados entre las ruínas del edificio, y las montañas, ó tal vez que aquello otro, que también les han dicho existe allá arriba, el cielo, se desploma sobre la tierra; ó quizás que es llegado aquel tremendo trance en que todo ha de oscilar, de chocar, de quedar deshecho.

¡Pobres ciegos! Privados de ver las obras maravillosas de la creación, ¿qué encantos tiene para vosotros la Naturaleza? Ese cielo tan bello, no sabéis cómo es. No podéis contemplar ese hermoso sol que nos alumbra, esa majes-

tuosa y pálida luna que vierte tan suave y melancólica luz, que extasía y embelesa á los que fijan sus miradas en ella; las estrellas con sus incesantes y arrobadores centelleos, no despiertan en vosotros ningún afecto; la luz, los múltiples y hermosos cambiantes que produce, no os deslumbran.

¿Qué os importa que al llegar la primavera, reverdezca el fértil suelo de los campos, se adorne el prado, el jardín de las más ricas galas de la Naturaleza, estén frondosos y lozanos los árboles y todo alegre y sonriente, sino lo podéis ver?

Esos paisajes, esas encantadoras perspectivas que nos sorprenden y admiran agradablemente, ni os admiran, ni os sorprenden á vosotros.

Esos bellos é imponentes espectáculos, los crepúsculos de la mañana y de la tarde que tan profundamente conmueven nuestra alma, no podéis contemplarlos.

¡Oh! ¡Qué desconsoladora situación la vuestra! ¡Qué de tristes reflexiones sugieren al pensar en ella! El espíritu desfallece, se intoxica el ánimo, se siente oprimido el corazón.

Ante nuestros ojos se nos presentan las más espantosas tinieblas y como para hacer mayor la ilusión ciérransenos los ojos; del fondo de esas tinieblas surgen especie de sombras; sombras inmensas como grandes borrones que manchan y entristecen ese cuadro harto tétrico de por sí; en seguida confundiéndose con las sombras, como átomos de fuego que van poco á

LONDRES: MUSEO DE SOUTH KENSINGTON

ENTRADAS PRINCIPALES.—ENTRADA AL DEPARTAMENTO DE LAS COLECCIONES PRECIOSAS.—PROYECTO DE FACHADA

poco tomando fantástico cuerpo, formas exageradas y que no podemos precisar qué semejan; luégo visiones las más raras, las más absurdas que puede imaginarse, fantasmas lo más inconcebibles; y al cabo sombras otra vez, tinieblas impenetrables.

Condenados á vivir en tanta oscuridad sin esperanza de poder ver nada de lo que les rodea, de lo que se cierne sobre sus cabezas, han de sufrir por fuerza horriblemente; mucho más que aquellos que han tenido la desgracia de quedarse ciegos después de su infancia, porque todo lo comprenderán perfectamente, porque pueden distraerse con los relatos de las cosas y sucesos que acaezcan, mientras que los de nacimiento que nada han visto, no podrán comprender tan fácilmente lo que se les refiera. Por otra parte, el vehemente deseo de conocer lo que les rodea, les mortificará lo que no es decible. No tenemos para comprender esto, más que fijarnos en el interés que todo lo desconocido despierta en nosotros. ¿Pues, cuánto más no despertará en ellos que nada, absolutamente nada conocen?

Con estos seres desgraciados, sí que no reza aquello de «á todo se acostumbra uno.» A un ciego no puede dejarle de mortificar la idea de no poder ver aquello que sabe existe.

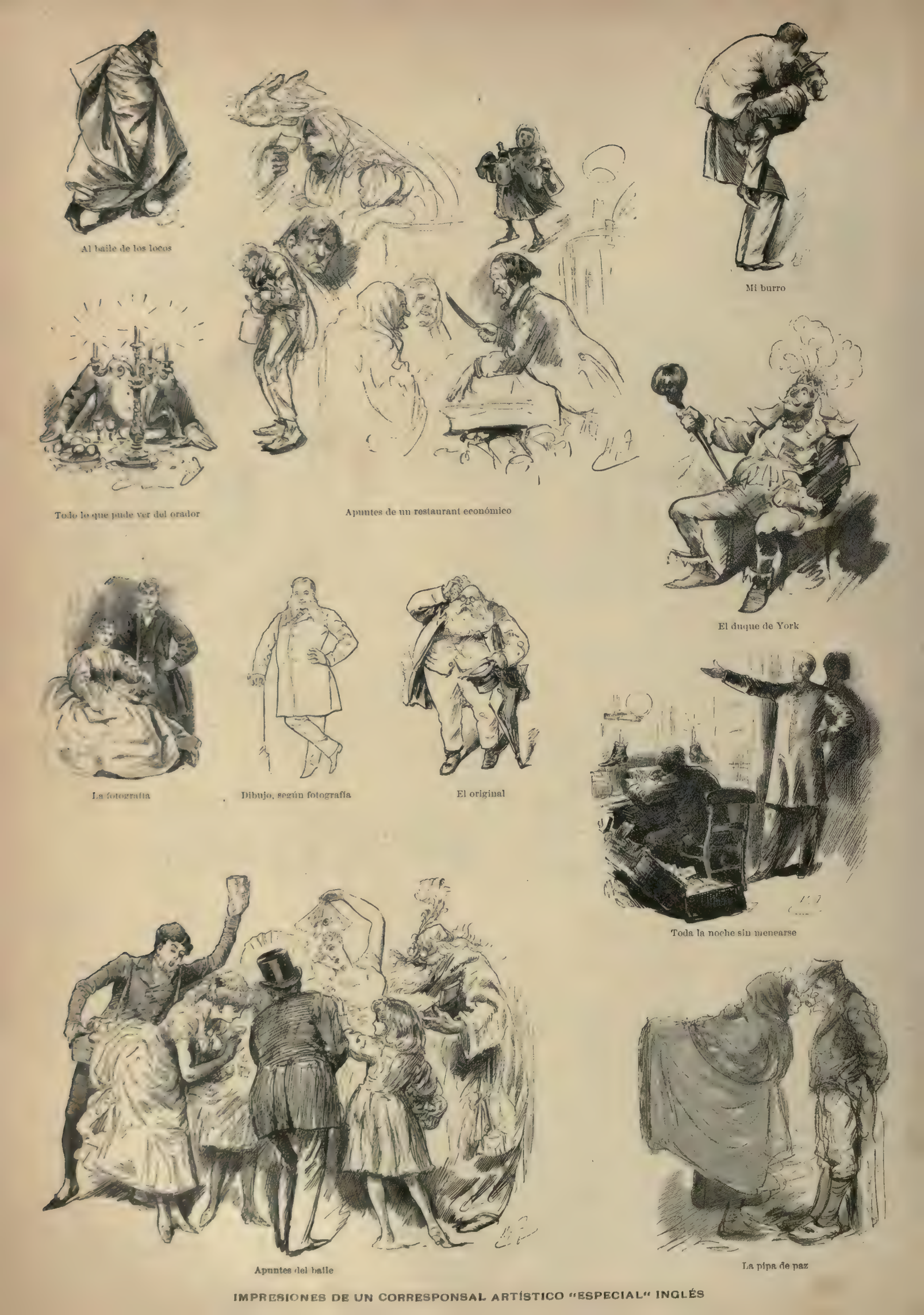
Una cosa hay, sin embargo, que está tan al alcance de ellos como del nuestro. Y es que esa cosa no se ve, se siente; no es hecha para recrear la vista, es sólo para deleitar el alma, para hablarla en un lenguaje tan dulce, tan tierno, tan divino, que la impregna de gratos goces, de sentimientos delicadísimos.

Y creemos será aún más sentida, hallará más eco en el alma de un ciego, porque privado de toda dulce afección que produce la contemplación de lo bello, abismado siempre en el fondo de su conciencia en medio de tranquila quietud la música obrará tales efectos en su alma, la conmoverá, la elevará de tal modo, le hará sentir tales sensaciones que le embriague en deleitosísimos goces.

Las sentidísimas notas de la música, sus divinos conceptos, ese lenguaje misterioso, vago é indefinido, se apoderará del alma del ciego y le hablará de algo no comprensible, de algo tan dulce, tan elevado, que le tenga absorto, que le hechice, que le extasíe.

Mientras oiga la música no sufrirá, porque se disipará toda nube de tristeza, toda amargura de su corazón. Pero ¡ah! en cuanto cese ¡qué desencanto! será mayor el abatimiento, le parecerá mayor su aislamiento, su desgracia, sus angustias; se sumirá otra vez en hondas tristezas, en hondas cavilaciones.

Siempre lo mismo; tinieblas y más tinieblas; su cerebro á vueltas queriendo desentrañar, queriendo ver claro aquello que ve oscuro, oscu-



Al baile de los locos

Mi burro

Todo lo que pude ver del orador

Apuntes de un restaurant económico

El duque de York

La fotografía

Dibujo, según fotografía

El original

Toda la noche sin menearse

Apuntes del baile

La pipa de paz

IMPRESIONES DE UN CORRESPONSAL ARTÍSTICO "ESPECIAL" INGLÉS

PAMPLONA

FESTEJOS CON MOTIVO DEL VIAJE DE S. S. M. M. Y A. A.: PUERTA DE LA TACONERA.—ILUMINACION DEL PASEO DE VALENCIA

risimo; infructuosas todas sus conjeturas, todas sus cavilaciones, todos sus devaneos. ¡Triste estado el suyo! Nosotros los que no nos hallamos lo mismo, no podemos comprenderlo.

JOAQUIN BORDA.

NUESTROS GRABADOS

LAS BELLAS ARTES EN INGLATERRA
SIN HOGAR, *cuadro de Forbes.*—TARDE DE ESTÍO, *de Hennessy*
LA DAMA DE SHALOTT, *de Macnab*

Ensanchando incesantemente sus límites el arte, ha tenido que desaparecer la rígida línea de separación que deslindaba antes la pintura de figura de la pintura de paisaje, habiendo surgido un nuevo género mixto que puede titularse y se titula paisaje con figuras.

A este linaje corresponde de todo punto el cuadro de Stanhope Forbes *Sin hogar*, estando todo el toque de su obra en la representación de una figura en plena atmósfera, cosa rara para los antiguos, que no sabían, al parecer, que el aire era materia *pintable*. Esto es lo que el autor ha conseguido, presentando una figura en cabal relación con las condiciones de luz y aire ambientes, método que implica la abstención de toda superfluidad, como tendiendo especialmente á la producción de una *impresión* única.

Para alcanzar esto ha pintado Forbes una como procesión de vagabundos acaudillados por la patética figura de la mujer y el niño, en medio de empinada y polvorosa carretera. Una atmósfera gris, plateada, difusa, propia de una tarde de otoño, acentúa vaporosamente las distancias, produciendo una impresión de admirable fuerza y veracidad, sin que á pesar de esto resulte una obra de fastidioso realismo fotográfico, pues por eso entra el elemento artístico que sabe prestar acento, color local y sentimiento á lo representado, elegir los accesorios oportunos y trasladarlo todo con estilo propio. Gran cosa es, ciertamente, llevar el arte á tal extremo de perfección.

No menos notable es la obra de Hennessy, artista independiente como pocos y gran devoto también de la madre Naturaleza. Su paisaje, iluminado por la vaga claridad del crepúsculo vespertino en misteriosa fusión con los brillantes rayos de la luna, causa singular impresión, muy poética y sin embargo, muy exacta; muy sutil, impregnada del infinito y con esto, perfectamente moderna, anti convencional, *naturalista* en el sentido fino y exacto de esta palabra. No se trata para nada de las Rognes.

Distinto enteramente de los dos anteriores es el cuadro de Macnab, inspirado en un episodio del poema de Tennyson, *La dama de Shalott*, conocido ya en España por el dibujo de Doré. Aquí bogamos como la pobre señora en pleno río ultraidealista, lo cual no implica que así el poema como el cuadro sean dos preciosas obras, y aún hubiera hecho mal el pintor en interpretar de otra suerte la poética tragedia.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887
EL AMOR VENCEDOR, *cuadro de Bouguereau*
EL SUEÑO DE JESÚS, *de Deschamps*

Aunque se trata de una simple pintura decorativa, adviértese al momento la mano ilustre que ha trazado las dos figuras de *El amor vencedor*. Es una obra perfecta, llena de gracia y dignidad; una verdadera joya.

No diremos otro tanto de *El sueño de Jesús*. Dícese que el autor M. L. Deschamps, quiso inspirarse en los pintores religiosos españoles, y para ello amontonó tonos terrosos, oscuros y lo llenó todo de sombras y de personajes desarrapados. El hombre creería haber hecho *du Velázquez et du Ribera*, y naturalmente, le sucedió lo que á todo francés que quiere meter baza en cosas de España, esto es, que no dió pié con bola.

EXPOSICION MARÍTIMA INTERNACIONAL DE CÁDIZ
FACHADA PRINCIPAL DEL PABELLON DE LA TRASATLÁNTICA
Dibujo de Asarta
según fotografía exclusivamente destinada á
LA ILUSTRACION IBÉRICA

Véase en el número anterior el artículo de nuestra eminente colaboradora D.ª Patrocinio de Biedma.

MADRID EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS
Dibujo de P. y Valor

Damos hoy varias reproducciones de interesantes particularidades de la Exposición filipina, en virtud de los cuales podrá venirse en conocimiento de la elegancia del edificio donde están instalados los telares así como de los diversos tipos de tejedoras y cigarreras oceánicas.

OBSEQUIO Á LA NOVIA EL DÍA DE SU CUMPLEAÑOS
Cuadro de F. Scalacciar, distinguido artista florentino

Un tema gentil, gracia en la elección de los tipos de las figuras, gusto senoril en la composición, los trajes y el fondo colocan esta obra del celebrado pintor toscano entre los buenos ejemplares del género de pintura de trajes históricos.

Una de las condiciones más buscadas y más propias de este linaje de pintura es el no producir impresiones tristes o desagradables o antipáticas y esta cualidad es esencial en el cuadro que reproducimos; la novia es de agraciado rostro, de esbelto y elegante talle, alta, garrida; del novio... se nos importa poco cómo puede ser. En cuanto á la estancia no cabe mayor regalo ni riqueza. Estamos en invierno y si el brasero calienta el ambiente, el amor tiene hechos un volcan los corazones. La joven, impacienta por probar el collar de perlas, regalo del prometido esposo, mírase al espejo haciendo más monerías que Margarita cuando canta el manoseado vals de las joyas..... y el novio, ¿qué ha de hacer?..... Pues, pensar en apresurar todo lo posible la boda.

DORT
Cuadro de Turner

Es William Turner (1775-1851) el más célebre, sino el más ilustre, de los pintores ingleses cuyo nombre ha pasado ya á la historia. Nadie como el ha sido tan elogiado, ni ha tenido tampoco tantos detractores. Decían sus sectarios que en su propia personalidad se juntaban Claudio de Lorena, el Pusino y Salvator Rosa, mientras que sus enemigos aseguraban que era un pintamonas.

La verdad es que fué un paisajista excelente en sus buenos tiempos, hasta que llevado del *demonio* del orgullo, cayó en los mayores excesos naturalistas, acabando sus días en una casa de orates. A tal extremo llegó su manía, lo que llamaba la imitación de la naturaleza, no siendo más que una serie de indecencias, que los pintores, por huir de el, cayeron en el extremo opuesto y se hicieron *pre-rafaelistas*, poniéndose á su cabeza el famoso Millais, vuelto hoy al redil de la sana naturaleza.

El cuadro representando la vista de *Dort* es, sin embargo, una de las hermosas obras que pintó Turner en el pleno goce de sus facultades intelectuales, brillando sobre todo por la maravillosa limpidez del agua y la mágica interpretación de la atmósfera dorada.

EL MUSEO DE SOUTH KENSINGTON

No corresponde ciertamente á la incomparable preciosidad de este establecimiento lo que exteriormente presenta, pues ni sus humildísimas fachadas, ni sus miserables entradas, ni la mezquindad de sus patios y zaguanes están en consonancia con lo que se guarda en las salas. Más de un curioso ha sufrido un verdadero *desappointement* al encontrarse con que el famosísimo *South Kensington Museum* era aquella aglomeración de edificios ramplones, rodeados por un mal vallado de madera de rural aspecto.

No podía durar por lo tanto semejante estado de cosas y así venciendo la *vis inertiæ* propia de todo establecimiento burocrático, ha conseguido el público inglés que se acordara la construcción de una nueva fachada *sugestiva* de la importancia del Museo, y es la que habrá visto ya el lector, juntamente con los dos grabados que demuestran la inconcebible humildad exterior de aquel grandiosísimo centro.

IMPRESIONES DE UN CORRESPONSAL ARTÍSTICO «ESPECIAL» INGLÉS

Cualquier dibujante puede recibir, cuando menos se lo figura, el encargo de trasladarse á tal ó cual parte para enviar unos apuntes de lo que está allí ocurriendo, ó ha ocurrido: una inauguración, una solemnidad monárquica ó republicana, un siniestro, etc., etc.; y esto fué lo que le pasó á mister Harry Furniss, á quien comisionaron para que mandase unos apuntes de lo que viese de notable en los condados de Irlanda, teatro de las hazañas de los lores ingleses contra los infelices colonos naturales de la Verde Erin.

Con ojo atento fijóse, pues, en lo más culminante que se presentase á su escrutadora indagación, y así, con mano firme y pulso rápido dibujó *La pipa de paz*, modelo de costumbres irlandesas. Y creyendo que había cumplido ya bastante por lo que respecta al pueblo, marchóse á Galway donde unos oradores pronunciaban elocuentes discursos en favor del bill de Mr. Gladstone. Por desgracia, el artista no pudo ver más de lo que dibujó, de modo que cualquiera creerá que al orador aquel le faltaba la cabeza.

Dando por terminada ya su misión, regresó mister Furniss á sus patrios lares, recogiendo de paso algunos apuntes. Así, por ejemplo, inmortalizó en su cartera, para ser trasladado á las columnas de los periódicos, varios tipos de un *Restaurant económico* de Edimburgo, sin descuidarse del entusiasta fundador del supradicho establecimiento que se ofreció galantemente á servirle de *easel*, palabra que dejamos en inglés por la facilidad de su traducción.

De pronto recibe Harry un telegrama urgentísimo, previniéndole se trasladase á Liverpool, donde los liberales debían celebrar un gran meeting electoral. Corre allí nuestro artista, pero por desgracia el meeting se había celebrado ya; era preciso, sin embargo, mandar «dibujado del natural» el retrato del candidato; el artista se presenta en su casa, le hace presente su deseo de *sacarle*, y el digno político se está toda la noche en posición *oratoria*, sostenido por la esperanza de que aparezca su *cara efigie*, en el *Graphic* ó el *Illustrated London News* ó LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA.

Corriendo por la ciudad la noticia de la llegada de un «corresponsal artístico *especial*» llueven sobre él invitaciones decidiéndose por asistir á un baile que se daba en un manicomio. Disfrazóse de *Pinel*, sin duda para hacerse simpático á los concurrentes, y una vez metido en la danza, pudo contar treinta María Estuardos, cincuenta Margaritas, treinta y ocho Faustos, cincuenta ramilleteras, nueve Porcias, tres clowns, seis toreros, siete sastres, treinta y cinco Ofelias, treinta y dos Desdémonas y algunos más de imposible clasificación, sobresaliendo un soberbio *Duque de York*.

Nuestro artista copió rapidamente algunos tipos del baile y ya iba á salir cuando se encontró con un fotógrafo que iba á lo mismo. Hiciéronse, al momento, grandes amigos, y el fotógrafo le encargó hiciese un retrato de cierto caballero según la fotografía que le exhibió. Mr. Furniss, concienzudo en todo, nos presenta ahora un estudio comparativo de las transformaciones del original. Y aquí cierra la cartera de sus apuntes, terminada ya su misión de corresponsal artístico *especial*.

PAMPLONA
FESTEJOS CON MOTIVO DEL VIAJE DE S.S. M.M. Y A.A.

La Puerta de la Taconera, una de las seis que tienen las murallas de Pamplona, y da paso al magnífico paseo de aquel nombre, fué adornada elegantemente por la guarnición con trofeos militares, siguiendo el proyecto trazado por el gobernador militar señor marqués de Villa Antonia. Este, por motivo de su cargo y siguiendo la tradición, puso en manos de la Reina, Regente, las llaves de la plaza al entrar S. M. por dicha puerta. El aspecto era muy bonito, á lo que dicen y mucha la animación.

No era menos vistoso, sin embargo, el del *Paseo de Valencia*, tal como estaba preparado para la iluminación. La fotografía reproducida en nuestro grabado está tomada desde la salida de la Plaza de la Constitución á dicho paseo, en el ángulo mismo en que está situado el palacio provincial que ha servido de alojamiento á S.S. M. M.

Este paseo de Valencia es uno de los puntos más bellos de Pamplona, y hace dos ó tres años ha sido reformado, construyendo en el centro un magnífico boulevard que puede competir con los de otras poblaciones de mucha mayor importancia. Todos están contestes en que el aspecto que presentaba el día de la entrada de S.S. M.M. y A.A., en plena iluminación, al paso de la retreta, era deslumbrador.

El *Arco levantado por la guarnición en la Plaza de la Constitución*, esquina á la calle de la Chapitela, está tomado de la parte de la plaza. Descansa sobre cuatro columnas y la base de cada una la componen cuatro cañones sobre los que *van* unas grandes cajas de guerra y encima pabellones de fusiles. Todo él está adornado de trofeos bélicos, formando un agradable conjunto.

AMOR

En una fresca mañana
y por la vega florida,
alegre y entretenida
canta una linda serrana:

—«Tengo un amor tan callado
tan puro, tan inocente,
como la mansa corriente
que se desliza en el prado.

Jamás de los sinsabores
llegó la triste amargura
á turbar su linfa pura
sobre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa
corren sus ondas suaves,
que ni las oyen las aves,
ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna,
sus encantos virginales,
que entre sus limpios cristales
quiebra sus rayos la luna.

Amo con tan dulce calma,
que no sé por darle nombre,
si soy el alma de un hombre
ó él es alma de mi alma.

Con ese amor se engalana
orgulloso el pecho mío,
como gota de rocío
con el sol de la mañana.

Y ni la nube del celo
turba la luz de mi vida,
ni cruza vaga y perdida
la sospecha en nuestro cielo.

De la tarde misteriosa
á los últimos fulgores,
le cuento yo mis amores
á la encina y á la rosa,

Y voy alegre y parlera,
como loca en mi contento,
y digo mi pensamiento
al bosque y á la pradera;

Con el aura que suspira,
con la fuente que murmura,
con el ave que en la altura
en círculo inmenso gira,

Con la leda mariposa,
con el celaje flotante,
con todo, mando á mi amante
una memoria dichosa.

Y me habla de él, el aroma
que desde los valles sube,
y me hablan la blanca nube
y el gemir de la paloma.

Y me habla en el Occidente
el rico manto de gualda
y la alfombra de esmeralda
por donde cruza el torrente.

Dice su nombre á mi oído
la brisa con dulce anhelo,
y yo por causarla celo
repito el nombre querido.

Entonces de gozo llena,
sin que tal encanto cese,
porque la brisa le bese
grabo ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,
vuelvo á mirar con ternura,
que al irme se me figura
que hago mal porque le dejo.

Paso noche de contento
contemplando las estrellas,
pues miro escrita con ellas
su cifra en el firmamento.

Y en inocente deseo
tanto mi ilusión se exalta,
que si una estrella me falta
me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia
tan dulce, tan sosegada,
que vive el alma embriagada
de amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado,
tan tierno y tan inocente
como la limpia corriente
que se desliza en el prado.»

VICENTE RIVA PALACIO.

LOKIS

POR PRÓSPERO MERIMÉE

(CONTINUACION)

VI

Después del almuerzo volvimos á Medintiltas. Allí, como encontrase al doctor Frœber solo, le dije que creía que el conde estuviese enfermo, que tenía sueños horribles, que era, quizás, sonámbulo y que podía ser peligroso en tal estado.

—Me he apercibido de todo eso,—me dijo el médico.—Con una organización atlética es nervioso como una mujer bonita. Quizás tiene eso de su madre... Ha sido endiabladamente mala esta mañana... Yo no creía gran cosa en historias de miedos y de antojos de mujeres en cinta, pero lo cierto es que la condesa es maníaca y la manía es trasmisible por la sangre...

—Pero el conde,—repliqué yo,—es perfectamente razonable; tiene un criterio muy justo, es instruído, mucho más de lo que yo me figuraba, os lo confieso; gusta de leer...

—Conformes, conformes, mi querido señor, pero es á menudo muy extraño. Se encierra, á veces, durante muchos días; con frecuencia ronda por la noche; lee libros increíbles... metafísica alemana... fisiología ¿qué sé yo? Ayer mismo le llegó un bulto de Leipzig. ¿Queréis que hablemos claro? un Hércules tiene necesidad de una Hebe. Hay aquí aldeanas muy lindas.. El sábado por la noche, después del baño, se las tomaría por princesas. No hay ninguna que no se sintiese orgullosa de distraer á monseñor. A su edad, yo... ¡lléveme el diablo! Pero, no, no tiene ninguna querida, no se casa y hace mal. Le sería menester un derivativo.

Como el materialismo grosero del doctor me chocase hasta el último extremo, terminé bruscamente la plática diciéndole que hacía votos porque el conde Szemioth encontrase una esposa digna de él. A la verdad, no dejé de sorprenderme de la afición que supe tenía el conde á los estudios filosóficos. Aquel oficial de húsares, aquel cazador apasionado leyendo metafísica alemana y ocupándose en fisiología, vamos, que esto trastornaba mis ideas. El doctor había dicho la verdad, sin embargo, y desde el día siguiente pude adquirir la prueba de ello.

—¿Cómo os explicáis vos, señor profesor,—me dijo bruscamente al acabar de comer—cómo os explicáis vos la *dualidad* ó *duplicidad* de nuestra naturaleza?...

Y como echase de ver que no le comprendía yo perfectamente, repuso:

—¿No os habéis encontrado alguna vez en lo alto de una torre ó bien al borde de un precipicio experimentando á la vez la tentación de arrojaros al vacío y un sentimiento de terror absolutamente contrario?

—Esto puede explicarse por causas de todo punto físicas,—dijo el doctor.—Primero; la fatiga que se experimenta después de una marcha ascensional determina un aflujo de sangre al cerebro que...

—Dejemos eso de la sangre, doctor,—exclamó el conde con impaciencia,—y tomemos otro ejemplo. Tenéis un arma de fuego cargada. Vuestro mejor amigo está allí. Se os ocurre la idea de meterle una bala en la cabeza. Abrigáis el más profundo horror por un asesinato, y sin embargo, en ello estáis pensando. Creo, señores, que si todos los pensamientos que nos vienen á la cabeza en el espacio de una hora..... creo que si todos *vuestros* pensamientos, señor profesor, á quien tengo por un sabio, estuviesen escritos, formarían un tomo en folio, puede ser, en vista del cual no habría abogado que no pleitease con feliz éxito nuestra inhabilitación, ni juez que no os metiese en la cárcel ó en una casa de locos.

—Ese juez, señor conde, no me condenaría seguramente por haber buscado esta mañana, durante más de una hora, la ley misteriosa en virtud de la cual los verbos eslavos toman un sentido futuro combinándose con una preposición; pero si por ventura se me hubiese ocurrido algún otro pensamiento ¿qué prueba podría aducirse contra mí? No soy dueño de mis pensamientos más de lo que lo soy de los accidentes exteriores que me los sugieren. De que surja un pensamiento en mí, no puede deducirse un comienzo de ejecución, ni aún una resolución. Jamás he tenido la idea de matar á nadie; pero si se me ocurriese el pensamiento de un asesinato ¿acaso no está mi razón allí para apartarlo?

—Habláis de la razón muy á vuestras anchas; pero ¿está siempre allí, como decís, para dirigirnos? Para que la razón hable y se haga obedecer, es menester la reflexión, es decir, tiempo y sangre fría. ¿Se tiene siempre el uno y la otra? En un combate veo que me llega una bala que rebota, me desvío y descubro á mi amigo, por quien habría dado mi vida, si hubiese tenido yo tiempo de reflexionar...

Traté de hablarle de nuestros deberes como hombres y como cristianos, de la necesidad en que estamos de imitar al guerrero de la Escritura, siempre presto al combate; en fin, le hice ver que luchando sin cesar contra nuestras pasiones adquiríamos fuerzas nuevas para debilitarlas y dominarlas. No conseguí, creo, más que reducirle al silencio, mas no parecía convencido.

Permanecí todavía unos diez días en el castillo. Hice otra visita á Dowghielly, pero no pernoctamos allí. Lo mismo que la primera vez mostróse la señorita Iwinska traviesa y niña mimada. Ejercía sobre el conde una especie de fascinación y no me quedaba ninguna duda de que andaba muy enamorado de ella. Sin embargo, conocía muy bien sus defectos y no se formaba ilusiones Sabía que era coqueta, frívola, indiferente á todo lo que no fuese para ella una diversión. A menudo echaba yo de ver que el conde sufría interiormente, sabiendo que era tan poco razonable, pero así que ella le hacía algún melindre olvidábalo todo y su semblante se iluminaba y radiaba de alegría.

Quiso llevarme por la última vez á Dowghielly, la víspera de mi partida, quizás para que me quedase yo hablando con la tía mientras él iba á pasear por el jardín con la sobrina; pero tenía yo mucho que hacer y así excuseme, sin atender á su insistencia. Volvió á comer, por más que nos hubiese dicho que no le esperásemos. Púsose á la mesa y no pudo probar bocado. Durante toda la comida estuvo sombrío y de mal humor. De vez en cuando sus cejas se juntaban y sus ojos tomaban una expresión siniestra. Cuando el doctor salió para ir á ver á la condesa, el conde me siguió á mi cuarto y me dijo cuanto tenía en el corazón.

—Me arrepiento mucho,—exclamó,—de haberos dejado para ir á ver á esa loquilla que se burla de mí y no gusta más que de caras nuevas, pero, felizmente, todo acabó ya entre nosotros; me he ido profundamente disgustado y no volveré á verla jamás...

Paseóse algún tiempo á lo largo y á lo ancho del cuarto, según su costumbre, y después repuso:

—¿Habéis creído quizás que estaba enamorado de ella? Es lo que piensa ese imbécil de doctor. No; no la he amado nunca. Su cara risueña me agradaba. Su piel blanca, me daba placer de ver... Hé ahí todo lo que hay de bueno en ella... la piel sobre todo. Sesos, nada. Nunca he visto en Iwinska más que una linda muñeca, buena para mirarla cuando uno se fastidia ó no tiene un libro nuevo... Sin duda que cabe decir que es una belleza... ¡Su piel es maravillosa!... señor profesor ¿la sangre que hay bajo esa piel debe ser mejor que la de un caballo? ¿Qué pensáis vos?

Echóse á reir á carcajadas, pero aquella risa hacía daño al oirla.

Despedíme de él al día siguiente para ir á continuar mis exploraciones en el Norte del Palatinado.

VII

Duraron cerca dos meses y puedo decir que no quedó ninguna aldea en Samogicia donde no me haya detenido y haya recogido algunos documentos. Séame permitido aprovechar esta ocasión para dar las gracias á los habitantes de aquella provincia, y en particular á los señores eclesiásticos, por el concurso verdaderamente solícito que dispensaron á mis investigaciones y las excelentes contribuciones con que han enriquecido mi diccionario.

Después de una permanencia de una semana en Swazlé, proponíame ir á embarcarme en Klaypeda (puerto que nosotros llamamos Memel) para regresar á mi casa, cuando recibí del conde Szemioth la siguiente carta, que me trajo uno de sus cazadores:

«Señor profesor:

»Permitidme que os escriba en alemán. Todavía cometería más solecismos si os escribiese en jmudo, y perderíais toda consideración para conmigo. No sé si tenéis ya mucha, y la noticia que voy á comunicaros no la aumentará ciertamente. Sin más preámbulos, me caso, y ya

adivinaréis con quién. *Júpiter se ríe de los juramentos de los enamorados.* Así hace Pirkuns, nuestro Júpiter samogicio. Con la señorita Juliana Iwinska es, pues, con la que me caso el ocho del mes próximo. Seríais el más amable de los hombres si vinieseis para asistir á la ceremonia. Todos los aldeanos de Medintiltas y lugares circunvecinos vendrán á casa á comerse algunos bueyes é innumerables cerdos y cuando estarán ebrios bailarán en aquel prado, á la derecha de la avenida que ya sabéis. Veréis trajes y costumbres dignos de vuestra observación. Me dispensaréis el mayor placer y á Juliana también. Añadiré que vuestra negativa nos dejaría en el más triste embarazo. Sabéis que pertenezco á la comunión evangélica, lo mismo que mi novia, y es el caso que nuestro ministro que vive á treinta leguas, se halla imposibilitado por la gota y así me he atrevido á esperar que querréis oficiar buenamente en su lugar. Creedme, mi querido profesor, vuestro afectísimo

Miguel Szemioth.»

A lo último de la carta, en forma de post-data,

PAMPLONA: ARCO LEVANTADO POR LA GUARNICIÓN

una mano femenina bastante linda había añadido en jmudo:

»Yo, musa de la Lituania, escribo en jmudo. Miguel es un impertinente en dudar de vuestra aprobación. No podía darse otra que yo, que en efecto soy bastante loca, para querer á un muchacho como él. Veréis, señor profesor, el 8 del mes próximo, una novia bastante *chic*. Esto no es jmudo, sino francés. Por supuesto que no iréis á caer en distracciones durante la ceremonia.»

Ni la carta ni la post-data me gustaron. Parecióme que los novios demostraban una ligereza imperdonable en ocasión tan solemne. Sin embargo ¿cómo negarme? Confesaré, además, que el espectáculo anunciado no dejaba de darme tentaciones. Según todas las apariencias, entre el gran número de gentil-hombres que se reunirían en el castillo de Medintiltas no dejaría de encontrar personas instruídas que me facilitarían útiles noticias. Mi glosario jmudo era muy rico, pero el sentido de cierto número de palabras aprendidas de boca de groseros campesinos, quedaba envuelto todavía para mí en una oscuridad relativa. Todas esas consideraciones reunidas tuvieron bastante fuerza para obligarme á acceder á la demanda del conde y le respondí que en la madrugada del 8 estaría en Medintiltas. ¡Cuánto tuve ocasión de arrepentirme!

(Se concluirá.) *Traducción de* A. O.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 22 de Octubre de 1887 | Núm. 251

UNA AMAZONA EN PELIGRO (Dibujo de A. Tuck)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Un idilio nihilista* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*La caída de las hojas*, por Antonia Opisso.—*Lecturas*, por Clarín.—*Lo infinitamente pequeño es causa de lo infinitamente grande*, por Rufino Blanco y Sanchez.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—Nuestros grabados.—*La noche* (poesía), por J. Adan Berned.—*Lokis* (conclusión), por Próspero Merimée (traducción de A. O.)

GRABADOS.—Una amazona en peligro.—El lindero del bosque.—*Madrid. Exposición general de Filipinas* (dos grabados).—*Madrid:* Sesión inaugural del Congreso Literario Internacional en el paraninfo de la Universidad el día 8 del corriente.—Pastores árabes.—Regreso del campo.—La Madona del gran Duque.—*Italia:* La «ciudad» de Asolo. La Rocca, Asolo.—Ladies Georgiana y Enriqueta Spencer.—Lady Rushout y su niño.—La nueva Susana.—Beati possidentes.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

CONGRESO LITERARIO INTERNACIONAL

Si estas cartas, mi querida prima, fuesen dirigidas exclusivamente á tu linda persona, ciertamente que no dedicaría la de hoy á un asunto tan serio como el Congreso de que se trata; pero si la dedicatoria de ellas te corresponde, compartes su lectura con miles y miles de curiosos que no tienen tus gustos ni aficiones. De cuando en cuando no está mal ser grave, proceder formalmente y consignar en este libro, si ameno útil, los adelantos, los progresos del siglo. Las sesiones de este Congreso son interesantes, han de influir en nuestra legislación literaria... Consignémoslas, pues. Ya vendrán días en que podamos recobrar nuestra risa y volar con ligeras alas sobre campos de amenidad, más grato para los frívolos y los indiferentes.

Te diré que han venido á este Congreso los señores: Louis Ulbach, Jules Lermina, Paul Lermina, Jules Simon, C. Ebeling, E. Ebeling, A. Ocampo, Eschenauer, Clunet, Mermilliod, Knighton, Pouillet, Cottin, Dubief, Henri Dubief, Le Soudier, Wan Werman, Mans, De Prelle, C. Barry, H. Turot, Cattreux, Ch. Simón, Von Batz, E. Marbeau, B. Fray, A. Lefeuvre, Vantray, A. Marie, Kugelmann, Laurent, Chellard, Le Barazer, Lionel Nunés, Louis Ratisbonne, Lyon Caen, Oppert, Justal, Moret, P. A. Sedger, Damaré, Leveque, Mack, Van Humbeck, Paul Fournier, Chaumat, Dillens, Crepin, Francfor, Nast, Beu, La Fontaine, Bourgeois, Colin, Gornard, Chantréau, Hetzel, Mickiewitz, Pelletier, Wintgens, Pille y otros varios de distintas naciones, que no recuerdo. Algunos han traído á sus señoras; pero debo decirte que nadie ha sabido aquí nada de ellas, lo cual habla en favor de su discreción, pues siempre es buena la mujer que ni mal ni bien da que decir. Entre todos cuantos han venido, merecen lugar preferente, y todos se lo hemos concedido, Messieurs Julio Simon y Luís Ulbach. Estos han llevado principalmente, la voz en las sesiones y banquetes; para éstos han sido las gacetillas entusiastas y los brindis y los *¡vivas!* y los abrazos. Julio Simon, es hombre de edad; su voz es débil, apenas se le oye; pero todos sabemos que es una celebridad justificada, que su talento es inmenso, que nada puede decir que no merezca elogio y por lo tanto aunque no se le oiga, siempre se le aplaude. Pero vamos al caso, porque yo, aunque quiera ser formal, siempre me entrego á ligerezas deplorables...

La inauguración de las sesiones tuvo efecto en el paraninfo de la Universidad, ante un público de damas elegantes y de caballeros vestidos de etiqueta. Banderas francesas, españolas, austriacas, italianas, alegraban los ojos. Las señoras recibieron *bouquets* como en las fiestas del gran mundo, y se hubiera dicho que la gente se reunía con el solo propósito de verse una vez más; como suele verse en Madrid y en los teatros, todos los días. Sabes que al presidente del Consejo de ministros se le ha muerto su señor padre; esta desgracia le impidió presidir el acto; le presidió el ministro de Estado, Moret, charlador elocuente de bonitas palabras. Ofreció dar buena acogida á los acuerdos del Congreso; siempre de acuerdo con los gobiernos de los demás países. La propiedad literaria, según el ministro, está más alta que cualquier otro linaje de propiedad, porque ni reconoce límites ni fronteras. (Por esto es tan difícil, sin duda, vigilarla).

Después habló el presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, Núñez de Arce. Lanzó graves censuras contra los libreros del Sud de América y les llamó piratas literarios. Es uno de los autores más explotados y, por lo tanto, con más razón para estar indignado y dolorido; su discurso, pues, fué una maldición y una queja.

Habló Mr. Ulbach y fué muy aplaudido. Es orador ingenioso como es escritor espiritual. Se le aplaudió con justicia, si bien debo manifestar que su destino, de todos modos, era ser aplaudido. Habló el señor Calzado (el ministro de Hacienda del posibilismo) y hablaron otros varios extranjeros que fueron galantes y breves.

Esto fué el día 8. Al siguiente los congresistas tomaban el tren de Toledo en número de sesenta; visitaban la Puerta del Sol, el Cristo de la Luz, el Hospital de Tavera, los Reyes, Santa María la Blanca, el Tránsito; almorzaban y se dirigían á la Catedral y al Alcázar. Brindaron el gobernador, Mr. Ulbach, Núñez de Arce... Los extranjeros se mostraron sorprendidos ante aquella ciudad que parece la momia de otro siglo conservada bajo un fanal. ¡Aquí se comprende á los moros!—debieron decirse,—y se justifica que esta gente se haya soliviantado en cuanto ha sabido la enfermedad del emperador de Marruecos.

La velada del Ateneo, el día 10, fué brillante: Núñez de Arce pronuncia otro discurso de bienvenida; el conde de Morphy, en representación de la sección de Bellas Artes, un discurso en francés, y en nombre de otras secciones hablaron los Sres. Dacarrete, Villaverde y Silvela... Leyeron poesías Fernández González, Zorrilla, Campoamor... ¡Aplausos, aplausos y aplausos!

La segunda sesión del Congreso se celebró el día 11. Se discuten y aprueban varios puntos, entre ellos, que los derechos de propiedad deben pertenecer sólo á los herederos, durante el plazo que la ley establezca; que la traducción debe asimilarse á la reproducción. A este acto asisten menos señoras que el primer día; las damas han visto en el primero, que los sabios de otras naciones, como los de España, suelen ser maduros, calvos y sólo sensibles á los encantos de la controversia científica. Nada tienen pues, que hacer en el Congreso.

Por la noche la Asociación de escritores y artistas ofreció á los congresistas extranjeros un banquete en el salón del Conservatorio. Voy á insertar el *menú* porque desde hace algún tiempo la prensa juzga indispensable decir á sus lectores los riquísimos platos que hubieran podido comer en el caso de haber sido convidados. ¡En estos tiempos de positivismo un *menú* no es una lista de manjares; es un verdadero programa! El *menú* es la aspiración universal; el cocinero representa la independencia, la consideración, la estimación pública; quien tiene cocinero, quien tiene *menú*, es respetable y respetado. ¡Dime lo que comes y te diré quien eres! Pero, ¡no! ¡no quiero seguir esa costumbre, ni rendir semejante homenaje á los fondistas! El *menú* del banquete fué selecto; arréglalo tú á tú placer, pues que de ello entiendes, si te agrada. Innumerables discursos cayeron como oraciones fúnebres sobre las *pérdreaux rotis*. Brindaron nacionales y extranjeros; el primero que habló fué Núñez de Arce, á quien ha hecho orador el patriotismo. Y habló Julio Simon, el respetado hombre público, brindando por los descendientes del Cid Campeador. ¡Ah! Los descendientes del Cid Campeador en aquel momento batallaban en sus platos respectivos de *haricots pañachés*. ¡La raza degenera mucho! Antes de que la reunión se disolviera Manuel del Palacio leyó el siguiente soneto, el cual copio por que este manjar es plato que sabe hoy tan bien como ayer, y que nada pierde fuera del banquete:

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

A los extranjeros del Congreso Literario Internacional

Noble, valiente, soñador, honrado,
generoso y cortés hasta el exceso,
capaz de dar la vida por un beso
á una mujer de rostro amondongado,
reverso es don Quijote del criado
egoísta y malsín, falso y travieso,
que obra y discurre con prudencia y seso
sin que insulas ni amor le dén cuidado.
Huéspedes, permitid que os felicite;
y si ya en vuestras tierras hoy distantes
nos recordáis por cuerdos ó por locos,
decid á quien saberlo solicite
que habéis visto en la patria de Cervantes
Quijotes á granel; Sanchos muy pocos.

Entremos de nuevo en el Ateneo puesto que se celebra la tercera sesión. Ya no son las damas las únicas que abandonan los placeres de la inteligencia; muchos caballeros de otros días también faltan. Quizás los banquetes han producido numerosas indigestiones. Pero los que asisten hablan y escuchan con fe, convencidos de que realizarán una obra buena. Esta sesión fué fecunda. Decidióse que en toda obra el derecho de crítica implica el derecho de cita; que toda referencia hecha con ocasión de enseñanza es lícita; que la cita, en todo otro caso, hasta con la citación del nombre del autor, constituye violación de su derecho sino ha sido autorizada; que el hecho de que la citación nunca ocasione perjuicio para el autor, no impide que él pueda ejercitar su derecho y que la lectura en público, de una obra literaria, debe quedar subordinada á la autorización del autor.

Cuarta sesión. Proposiciones aprobadas: 1.ª Las obras arquitectónicas deben gozar de la misma protección que las obras literarias ó de las bellas artes. 2.ª El autor de un proyecto de una obra original de arquitectura es el único autorizado para la ejecución ó construcción y reproducción en fotografías ó grabados. 3.ª El autor de un monumento de arquitectura no puede oponerse á su reproducción por medio de dibujos ó fotografías, cuando no se reproduzca más que una parte. 4.ª Hecha entrega de una obra, su dueño queda autorizado á introducir en ella cuantas reformas crea necesarias, como para su demolición, si así lo estima, siempre que no exista contrato en que se convenga lo contrario.

Como ves; un loable espíritu de transacción y benevolencia ha reinado en estas sesiones: ¡todo se aprueba!

El banquete que ayer se celebró en el Escorial fué agasajo de la diputación de la provincia. Los invitados fueron recibidos en el Real sitio con el himno de la *Marsellesa*. ¡Las sombras de Carlos V y de Felipe II debieron agradecer también el obsequio! Se trataba de un almuerzo y de un almuerzo á la española. ¡Brindis y brindis! Ovaciones consiguientes; versos de Manuel Palacio, y discursos de Julio Simon, de Castelar y del P. Valdés, director del Colegio. El de este agustino fué notable. Enumeró los servicios prestados por la Orden á la civilización de España; recordó que Fray Luis de León fué agustino; recordó también que fué agustino el gran autor de la *España Sagrada*, el padre Florez; que á la Orden perteneció el sabio autor de la Flora Filipina, padre Blanco; y que un fraile, el padre Marchena, descubrió en Colón al descubridor de un nuevo mundo. Muchos de los invitados solicitaron inmediatamente una plaza de agustino.

Un acto político se realizó en este banquete, tal lo juzgan, al menos, los adversarios de Castelar. Este gran orador brindó por los jefes de todos los Estados y entre ellos por la Reina Regente. El dió á entender que brindaba por ella para brindar luégo con mayor libertad en honor del presidente de la República francesa. Quizás no estuvo todo lo discreto que debiera.

Bien es cierto que la discreción sólo habla en ayunas.

Hoy, viernes, sesión en honor de Cervantes, y mañana se verificará la coronación del autor de *El Quijote*, en la plaza de las Cortes y en su estátua. Las representaciones de los distintos países que han venido al Congreso depositarán coronas en el pedestal y descubrirán el velo de una lápida de mármol negro conmemorativa del hecho.

La corrida de toros se celebrará esta tarde, la *juerga*, ó sea *fiesta flamenca*, mañana sábado, en el teatro de la Alhambra. Se cantará *soleares*, peteneras, malagueñas, guajiras; se bailará tangos, sevillanas, alegrías, El Vito; y todos los bailes del clasicismo gitano con las reformas consiguientes al progreso de la civilización. Los derechos de la propiedad literaria recibirán así una consagración popular y ruidosa. Como estas fiestas corresponden al género de las que no debe presenciar una mujer que estime su reputación, se permitirá que las señoras concurran de máscara; ocasión que aprovecharán sin duda todas las que quieran pasar por mujeres decentes. Ignoro lo que ocurrirá en la fiesta de mañana; pero recuerdo que cuando vinieron los periodistas italianos se les ofreció otra juerga; que terminó antes de la completa realización de su programa; porque de seguir se hubiese agregado á éste una pieza más *¡El Rosario de la Aurora!*

Si no ocurre nuevo extraordinario en este asunto, pienso dar por concluído cuanto se refiere al Congreso internacional científico y literario...

Si me preguntas cuáles serán los resultados de este acontecimiento, te diré que, en mi concepto, ni serán grandes ni serán rápidos, pero que siempre redundará en beneficio de los literatos, ya que no de las letras; pues las letras y los literatos en esta ocasión están reñidos.

Tuyo siempre,

FERNANFLOR

UN IDILIO NIHILISTA

(CONTINUACIÓN)

Aquella misma noche al retirarse Alejandro á su posada, llevaba en los bolsillos de la *tulupa* las piezas de su invento.

Cuando salió de casa de Martens no reparó en dos hombres que estaban medio ocultos en un portal inmediato.

EL LINDERO DEL BOSQUE (Cuadro de David Cox)

Eran el mozo de la posada y un capitán de policía.

—Ahí va nuestro hombre,—dijo éste al ver á Alejandro.—Procura espiarle esta noche y avisarme si ves en él algo de extraño. Yo aguardaré con algunos agentes á la puerta de la posada.

—¿Se han confirmado las sospechas capitán?

—Sí. Esta mañana uno de los nuestros ha visto al herrero Kotzebue, sospechoso de nihilismo, forjar unos hierrecillos con destino al profesor Martens. Este se sabe ya cierto que pertenece á la misteriosa asociación lo mismo que su hija, y es casi tan seguro que el estudiante Ischerkassy también es nihilista. De la amistad de un estudiante de mecánica y de un químico eminente, que no aman al Czar, ¿puede resultar otra cosa que una máquina infernal?

—Decís bien, capitán.

—Ve pues á vigilar á tu huésped y no olvides en caso extraordinario de que abajo estoy yo.

V

Apenas Alejandro entró en su cuarto y cerró cuidadosamente la puerta, abrió el viejo arcón que contenía su equipaje, y sacó algunas herramientas con las que se dispuso á trabajar.

Puso sobre la cama el papel que contenía las piezas de su invento, y comenzó á limarlas y á ajustarlas unas con otras con sin igual cuidado.

La tarea era difícil. Las piececitas se escapaban á cada instante por entre los gruesos dedos de Alejandro, y éste tenía que hacer grandes esfuerzos de habilidad para conseguir realizar su trabajo.

El estudiante estaba entregado por completo á aquella tarea que absorbía toda su atención.

De otro modo hubiera notado que la puerta se movía como si sobre ella se apoyara algún cuerpo humano.

Sin duda, el criado de la posada le estaba espiando por el agujero de la cerradura.

Alejandro no percibió aquel detalle, y siguió trabajando con ardor durante una media hora.

En este espacio de tiempo la diminuta maquinilla fué tomando forma poco á poco, y sus piezas y engranajes uniéndose unos á otros.

Poco faltaba ya para que Alejandro acabase de arreglarla cuando sucedió una cosa que hizo cambiar por completo la escena.

La cerradura de la puerta crugió como si en ella hubiesen introducido una llave; el estudiante al apercibirse de ello, de un salto se colocó en el centro de la estancia, y aquella por fin se abrió dejando ver sobre el dintel al mozo de la posada y á un grupo de hombres con uniforme militar.

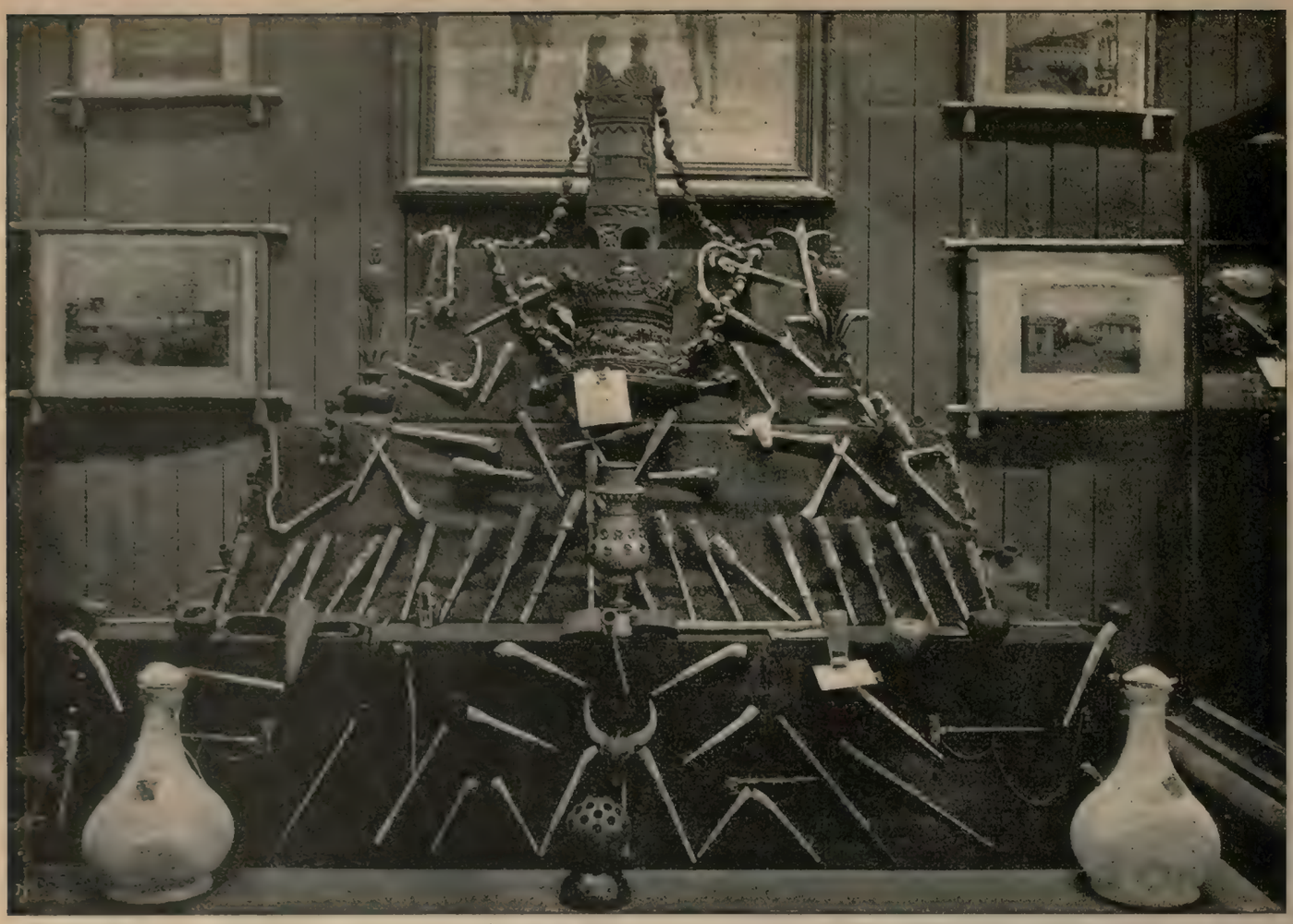
Alejandro dióse inmediatamente cuenta de la situación. Conoció que era la policía que venía á prenderlo, y no estando dispuesto á entregarse, metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó un revólver, y apuntó con él á uno de los polizontes que llevaba insignias de capitán.

—Daos preso en nombre del Czar,—dijo éste con voz enérgica; y al mismo tiempo arrojóse sobre el estudiante que con el deseo de defenderse disparaba su revólver.

El capitán al arrojarse sobre el nihilista desvió el brazo de éste, y la bala fué á clavarse en el techo.

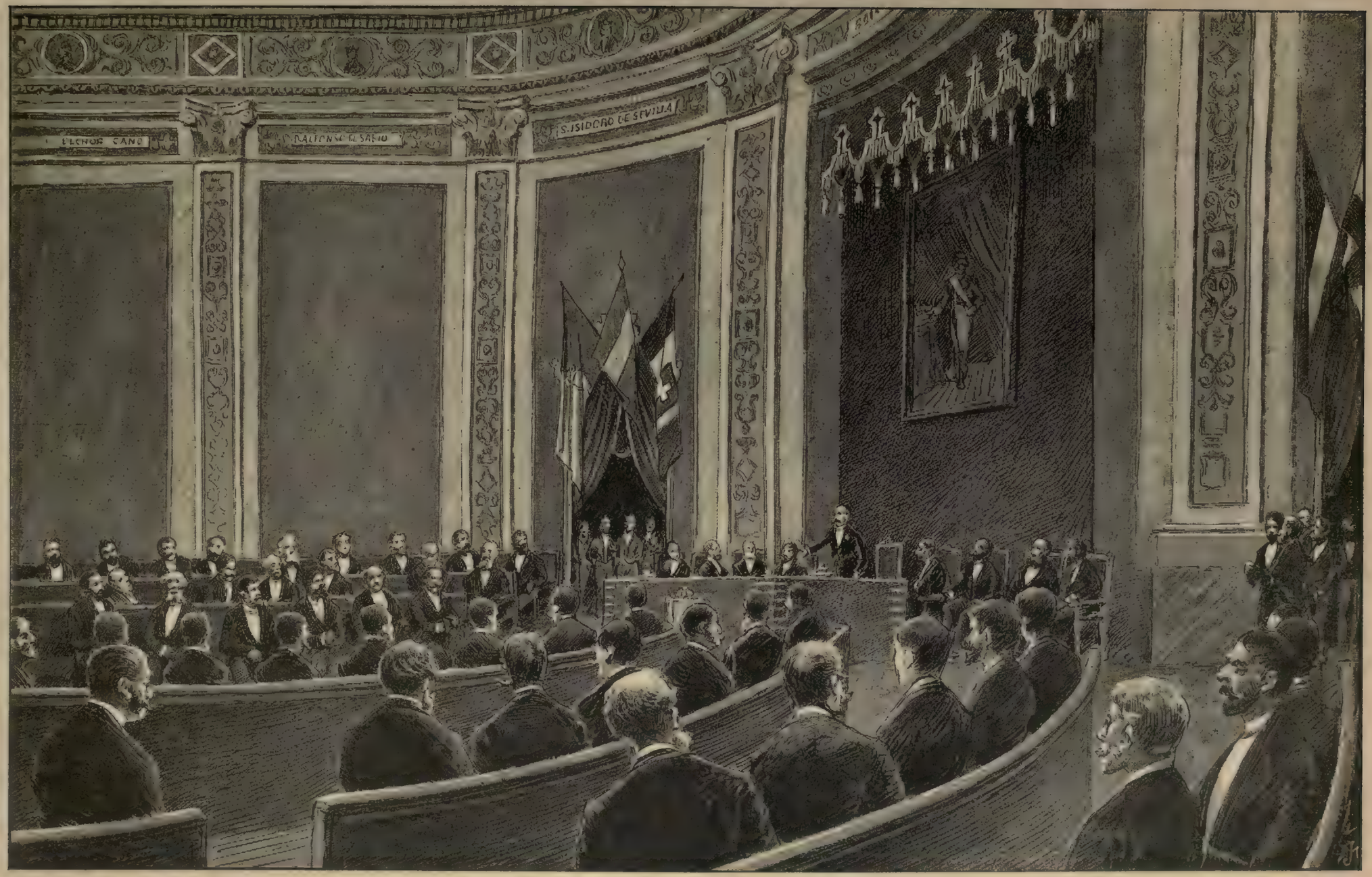
Alejandro no pudo ya resistirse.

(Se concluirá) VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.



MADRID.—EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS

PIPAS DE BARRO, ALHAJEROS Y GARGOTEROS IGORROTES.—INTERIOR DE LA SECCIÓN 6.ª



MADRID: SESION INAUGURAL DEL CONGRESO LITERARIO INTERNACIONAL EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD, EL DÍA 8 DEL CORRIENTE (Dibujo de P. y Valor)

LA CAIDA DE LAS HOJAS

El campo tan alegre y animado hace pocas semanas va cobrando su fisonomía ordinaria. El Otoño ha dejado sentir su primera caricia, y al contacto de su frío beso se han agotado las brillantes galas que eran peregrino ornamento de la campiña. Los árboles han empezado á desnudarse y las golondrinas mundanas han regresado á sus cuarteles de invierno en busca de calor y abrigo. Las quintas y casas de recreo

PASTORES ÁRABES (Cuadro de W. Muller)

van quedándose solas, abandonadas; los que todavía moran en ellas, esperando recobrar la salud perdida, son golondrinas de las que cabe decir, *esas no volverán*.

Se acabaron las alegres jiras; las bulliciosas expediciones; los animados días de la vendimia; las romerías á venerada ermita, y las meriendas á tal ó cual fuente de celebridad más ó menos auténtica. El velo otoñal envuelve al campo entre sus melancólicos pliegues, y la desolación sucede á la actividad generadora de la naturaleza.

Ya han caído las primeras hojas. ¡Cuán breve ha sido su vida! Nacieron á los halagos de la brisa primaveral; el sol canicular las hiere con sus rayos de oro, y al azotarlas el granizo con sus dedos de perlas, les da violenta y prematura muerte. Luégo, basta el más leve soplo de aire para separarlas del árbol que las dió vida. Al caer se juntan con otras hojas y al arrastrarlas el viento en su vertiginosa carrera, parece que se cuentan entre sí la poética leyenda de su corta y dulce vida.

Las que cobijaron á su sombra millares de pájaros que en las noches estivales y al clarear la aurora saludaron á la naturaleza con el himno melodioso de sus arrullos y gorjeos; las que recibieron la visita de cuantos seres alados pueblan los aires y llevan en sus diáfanas alas las brillantes transparencias de las piedras preciosas; las que fueron testigos de pintorescas escenas y de idilios delicadísimos, ruedan en fatigosa carrera entre el lodo y el polvo, por anchos arenales é interminables sendas, yendo al fin á parar á inmundo montón de escombros ó á alimentar la mísera fogata de pobrísimo hogar.

Algunos poetas han hablado del concierto de las hojas. No sé si realmente cantan, ni si brotan armonías de sus sentidos clamoreos, pero es indudable que al encontrarse con sus hermanas de infortunio, se refieran sus alegrías pasadas y sus tristezas presentes, y como á buenas, se consuelan y confortan unas á otras.

Nada tan natural como que después de los correspondientes saludos y presentaciones se entable entre ellas el siguiente diálago:

—¡Quién nos había de decir á lo que vendríamos á parar! —dice una hoja muy pequeñita y delicadamente recortada.— ¡Yo que he visto el cielo tan de cerca, verme confundida con el polvo! Era mi padre un soberbio roble que daba fama y celebridad á una fuente de la comarca. Todos los días de fiesta venía la gente moza del lugar á bailar á nuestro alrededor; ¡cuántas promesas oímos! ¡cuánto perjurio presenciamos! son los hombres muy olvidadizos y las mujeres muy mudables; entre nosotras hay más formalidad. Una tarde, siempre lo recuerdo con pena, bailaba sin compás ni concierto una pareja muy bizarra. Era ella morena, de ojos muy negros y hechiceros, boca sonriente, y expresión traidora en su divino rostro. Iba más bien fajada que envuelta en su pañolón de Manila, que por llevarlo fuertemente arrollado á la cintura guardaba mal su recato, ya que dejaba al descubierto su garganta y el nacimiento de su pecho; pero el descuido era secundario ya que él, apenas si fijaba los ojos en su agraciada pareja; con avidez buscaba algo; algo que indudablemente le traía á mal traer. Yo le miré atentamente; á través de su faja se dibujaba la línea rígida de una navaja; llamé la atención á mis hermanas y todas nos agitamos nerviosamente presintiendo una catástrofe. No se hizo esperar. A los pocos momentos llegaba un mozo de agradable presencia, cambió algunas palabras con *ella* y *él* no necesitó más: echó mano á su navaja, la enarboló furioso, la acerada hoja brilló en lo alto con siniestros fulgores, hundiéndose instantáneamente en la garganta de aquella mujer. Un caño de sangre brotó de su garganta de nieve; fué la nota roja de una lucha muda, tenaz y obstinada; la firma que echaban los celos al término de un funesto amor. Aquella tarde acabó la fiesta entre lágrimas y gritos de desesperación, pero al llegar el domingo inmediato la mayor alegría reinó en nuestro derredor. ¡He sido muy feliz! He vivido entre las caricias del céfiro, y los arrullos de los pajarillos; las auras matinales me enviaban chispas de diamantes, y el crepúsculo nocturno me mecía entre sus gasas de color de rosa. Ahora, ya me veis; manchada de lodo y rodando infatigable á merced del viento. ¡Por qué me abandonó mi padre! ¡por qué me dejó caer!

—Yo,—añade otra,—no he dado celebridad á fuente alguna, pero he visto muchísima agua: nací á la margen de un río; mi padre fué un chopo. De noche y de día contemplaba el cielo y me miraba en el río: mis noches ¡cuán bellas y poéticas eran! yo veía dos cielos, uno azul en lo alto, uno argentado abajo y ambos tachonados de estrellas. A nuestra sombra no se cobijaron millares de pájaros; se refugiaba alguna vez extraviado ruiseñor y ¡ay! ¡qué arrobadores y vibrantes eran sus incomparables cantos que el eco repetía con fidelidad pasmosa! También me acariciaba la brisa y me envolvían las inflamadas gasas crepusculares, pero mi dicha estaba en mi retiro, en mi olvidada soledad. Yo

había sido criada para contemplar eternamente lo infinito; condenarme á morir entre polvo y barro, es una muerte muy injusta, muy cruel.

—No era yo menos feliz que vosotras,—objeta una tercera.—Yo me he criado en un bosque pero no me ha faltado compañía. Jilgueros y ruiseñores anidaban entre nosotros; bandas de mariposas nos transportaban en sus peregrinas alas los perfumes más delicados y suaves que arrebataban á las más exquisitas flores. Yo amaba tiernamente á un pájaro; no era un ruiseñor, pues áun cuando por el arpa divina que llevan en sus gargantas sean los querubines del bosque, son muy feos, y mi amado era un pajarillo de suave plumaje y alas de oro ¡Me contó su historia! Lo guardaba una niña encerrado en preciosa jaula. Era un palacio en miniatura. Tenía tacitas de cristal para el agua y el alpiste, baño con espejo en el fondo, caprichosos columpios para mecerse y un árbol con ramas doradas para saltar: Pero estaba preso, y no podía tender el vuelo; veía el cielo, este cielo tan ancho y hermoso que nos cobija; pero lo veía á través de los hilos de oro de su lujosa cárcel. Estaba muy triste. Un día con su pico logró romper uno de los alambres de la jaula, hizo un esfuerzo y ganó el espacio; rendido de fatiga llegó á mí; en una de sus alas tenía una mancha roja: parecía un rubí engarzado en oro; era que el pobre venía herido: nos entrelazamos algunas hojas, formamos un nido y prestamos seguro asilo al doliente cantor.

¡Cuánto agradeció nuestros cuidados! Prometió no abandonarnos más, y en efecto, siempre permaneció entre nosotras. Saltaba de rama en rama, y cuando tendía su vuelo en el espacio parecía un punto de oro perdiéndose en la inmensidad. Yo me agitaba convulsa, le miraba tristemente creyendo que le iba á perder, pero pronto recobraba la calma, instantáneamente descendía á mí.

—No temas,—me decía,—yo no te abandonaré nunca, solo canto, vivo y aliento para tí.

Yo le amaba también, pero hace pocas semanas que en tanto él estaba nadando por los aires, pasó el céfiro y con voz tentadora me preguntó:—¿No te cansas de estar siempre sujeta á la misma rama?—Y huyó ligero, y yo temblé indecisa.

Volvió al día siguiente y dió á su acento inefable dulzura.— Si quieres venir conmigo—me dijo,—verás flores de incomparable hermosura, y ríos que parecen lagos de plata; yo te llevaré en mis alas que son inmensas y de belleza imponente.—Y huyó veloz y á mí me agitaron extraños y desconocidos deseos.

Me habló el pájaro de oro y le escuché indiferente. Aquella noche estuve muy inquieta; esperaba con ansia infinita la llegada del día, y el día llegó, y el céfiro repitió su visita.

—¡Vacilas todavía!—me preguntó,—¿qué te detiene? mira que llega el invierno y vá á tratarte con mucha crueldad. Yo te llevaré siempre entre mis alas y te mostraré lo que desde este árbol jamás alcanzarás ver.—Y huyó ligero; y yo vacilé, pero caí.....

—También á mí me engañó,—exclama otra hoja amarilla de ira,—y el ingrato no me cumplió ni una sola de sus promesas; á cada instante le veo pasar, y apenas si me mira. Cuando le digo ¡llévame! me arrastra; cuando le pido el cumplimiento de sus promesas huye veloz llevando en su compañía á otras hojas menos bellas pero más felices que yo.....

Al recordar sus dichas pasadas las hojas levantan triste clamoreo; diríase que se conjuran para desafiar al céfiro, que las atiende con irritante desdén. Cuando fatigadas por su charla guardan unánime silencio, el céfiro, con voz majestuosa que aprendió de su padre el huracán, les dice:—¿Queréis que os lleve? pues bien, os llevaré.—Y agita sus gigantescas alas y las pobres hojas ruedan en vertiginosa confusión.

Ya no llegan juntas al mismo término; á cada sacudida del mónstruo que las arrastra se separan para no reunirse jamás. Y las que nacieron elevadas hasta jugar con las nubes, mueren tristes y confundidas con la nada; como mueren las más hermosas esperanzas de la vida.

ANTONIA OPISSO.

LECTURAS

BAUDELAIRE

V

Así como del poeta de Recanati se dijo con razón que, á pesar de ser su musa la muerte, no estaban sus versos llenos de esqueletos ni del aparato terrorífico, pero vulgar, de los cementerios; se puede decir de Baudelaire que, áun admitiendo que sea el poeta *satánico* por excelencia, no huelen mucho sus *Flores del mal* á azufre, ni la imagen del diablo y los paisajes infernales abundan en sus cuadros breves, sobrios y vigorosos. Débese esto á que es el tal *satanismo* más psicológico que físico. Aunque á fuer de buen poeta y de poeta moderno influído por el orientalismo reciente que trasforma la metafísica en paisajes, Baudelaire piensa y canta pintando, pronto se ve que no se trata de un *parnasiano* más, á pesar de la admiración y el respeto que Gautier le merece; y no es difícil descubrir en estas poesías cortas y de apariencia plástica el predominio del elemento psicológico. En estos poemas que las más veces no se llaman sonetos sólo por un escrúpulo de técnica, poemas que en tres, cuatro ó pocas más estrofas consisten casi siempre, no se ve el arte del *esmalte* que con delicado *amore* cultivaba el autor de *Espirita;* ni siquiera esa clásica ligereza y gracia epicúrea de los *Estudios latinos* de Leconte de Lisle; Baudelaire, puede decirse, siempre escribe para el alma, y para el alma espiritual, distinta del cuerpo y hasta separada de la materia por sublimes misteriosos abismos. No trabaja el *camafeo* por el *camafeo;* puede decirse que son sus versos medallas de metales preciosos que conmemoran momentos solemnes del corazón ó de la conciencia del poeta. Se parece á los poetas de su tiempo y de su país por los primores del estilo poético que tiende á la forma *escultural*, pero no se le puede colocar entre las *almas serenas* y las que por tales quieren pasar, que prescinden del fondo moral de la vida y sólo quieren que sirva para la poesía el *bello aparecer*, la trasparente representación sin sustancia. No hay una sola poesía propiamente *horaciana* en toda la colección, ni siquiera

REGRESO DEL CAMPO

LA MADONA DEL GRAN DUQUE (Cuadro de Rafael, existente en el Museo Pitti de Florencia)

cuando *canta* el vino; bien se puede decir que el *vino* de Baudelaire es triste, por lo menos demasiado filosófico para verdaderos bebedores... El *alma del vino* se llama la primera poesía que á este asunto se dedica, y puede decirse que es *socialista* y teológica; pues que en las aficiones de Horacio hace pensar en las excelencias del vino... según el Evangelio. Así, dice:

Car j' éprouve une joie immense quand je tombe
Dans le gosier d' un homme *usé par ses travaux*
. . . . . .
En toi je tomberai, végétale ambroisie,
Grain précieux jeté par l' éternel Semeur,
Pour que de notre amour naisse la poesie
Qui jaillira vers Dieu comme une rare fleur!..

El *vino místico*, si valiera hablar así, es la nota constante de Baudelaire; la belleza física, el placer extremado hasta el dolor y la extravagancia, la orgía diabólica con dejos espirituales, con *mementos* que se repiten como *ritornellos* de canción; algo como la escena de la venganza de Lucrecia, según Víctor Hugo, el cántico de las bacanales con un *épodo* del *Dies iræ*...

Aunque Baudelaire al definir, describiéndola, la Belleza, dice:

Je trône dans l' azur comme un sphinx incompris;
J' unis *un cœur de neige* á la blancheur des cignes;
Je hais le mouvement qui déplace les lignes;
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris,

no hay que tomarle por uno de esos *impasibles* que aborrecen en el movimiento la revelación de la fuerza y la sustancia; Baudelaire es romántico en el alto sentido que da á la palabra Richter en su Introducción á la *Estética;* es poeta de movimiento, del *claire de lune* moral, del drama interior, de la indecible vaguedad en que necesariamente quedan los interesantes fenómenos de la profunda vida psiquica. Sin embargo, no se olvide lo dicho en el artículo anterior respecto de las ideas de nuestro autor acerca de la diferencia entre la poesía y la pasión y la verdad; recordando lo entonces copiado de las opiniones de Baudelaire se resuelve mejor la aparente antinomia y al mismo tiempo se limita, en lo justo, este concepto general del espíritu del poeta. Sí, en las poesías de Baudelaire hay cierta serenidad, casi casi impasibili-

ITALIA: LA «CIUDAD» DE ASOLO

dad, *formal*, que se debe á la creencia del autor tocante á la naturaleza del arte... y además á sus opiniones y experiencia respecto del procedimiento técnico. Dice:

Je hais le mouvement qui déplace les lignes,

pero esto no se habla con el alma de la poesía misma, se refiere á lo exterior, á la composición poética, quiere decir que se prefiere lo que llamaba antes la tendencia escultórica, el *ritmo inmóvil*, al que le basta el espacio, que no necesita combinarse con el tiempo, que encuentra en la variedad sucesiva una especie de abdicación, de flaqueza. Pero esto reza con la forma de la poesía, no llega al alma del arte, que está fuera del alcance de tales categorías; el espíritu finito inmóvil, no significa nada, no puede ser, como no aspire á cualquier especie de panteismo ó *nirvanismo*, completamente antipático al genio de Baudelaire.

No cabe duda, el movimiento que él hace odiar á la belleza es el formal, el del material artístico; quiere decir que la poesía ha de expresarse, siendo á su gusto, en determinado espacio, con sencillez, sin complicaciones retóricas que hagan de la estrofa discurso, del estro elocuencia; sin furor pimpleo, sin arrebato lírico, sin desorden pindárico, sin complejidad *romántica* (aquí ya lo romántico es otra cosa, se trata del romanticismo *formal* de las razas septentrionales).

En Baudelaire no hay, porque su poética las rechaza, las amplificaciones y paráfrasis de Víctor Hugo, los largos discursos líricos de Lamartine ni aún el abandono perezoso y dulce de Musset que deja al capricho de la musa las proporciones de sus cantos. Baudelaire todo lo tiene dispuesto en número, peso y medida de antemano, y cuando la obra no resulta por completo conforme al *ante-proyecto*, no queda satisfecho de ella.

Como el cuadro ha de ser pequeño, el dibujo sencillo, las líneas armoniosas, serenas y de expresión muy intensa, pues con pocos trozos tiene que representar mucha idea, es claro que el arte de la composición es para tal poeta cosa importantísima, muy difícil; no se deja al azar nada, no vale cambiar de postura, saltar de un asunto á otro, recurrir al arrebato lírico para acabar de fijar la imagen que no salió completa en su primera expresión; y por todo esto hay que trabajar el verso como un material precioso que no puede desperdiciarse en tentativas y aproximaciones. De aquí el estilo de Baudelaire que le acerca, en parte, á los verdaderos parnasianos; pero nada de esto trasciende de la forma; y así como podría decirse que la mayor parte de los poetas franceses modernos son una especie de escuela jónica poética, de Baudelaire se puede asegurar que respecto de la esencia de su poesía, es metafísico, idealista. Por no hacer esta distinción indispensable entre el estilo y el pensamiento de nuestro autor, algunos críticos le colocan entre los realistas; así v. gr. el marqués de Custine creyendo contradecir las ideas y la escuela de Baudelaire, escribe: «Ya ve V., caballero, que no soy realista,» á lo que contesta el poeta en una nota: «Ni yo tampoco.»

Baudelaire ha hecho en la lírica algo de lo que Flaubert emprendió en la novela, solo que dentro de los límites que el género le señalaba, es á saber: comunicar á la obra la especial corrección que nace de la impasibilidad del autor, impasibilidad que en la novela puede llegar y llega á cierta impersonalidad..... relativa, (1) pero que en la lírica no puede pasar de determinada serenidad y como abnegación que permite al poeta separar el elemento artístico, el valor genérico y desinteresado, del puramente individual y apasionado que, según Baudelaire

(1) Respecto de la impasibilidad del mismo Flaubert véase las objeciones muy fundadas de M. Félix Frank en su *Gustave Flaubert d' après des documents intimes inedites*. 1887.

(entiéndase), es ajeno á la poesía verdadera. Pero, como se ve, también esta serenidad, esta inmovilidad de la belleza artística se refiere al poema que es la forma de la poesía, no á las ideas y sentimientos del poeta. Todavía estamos aquí en el elemento expresivo, no en el sustancial de la poesía En el alma de los versos de Baudelaire no encontraremos la filosofía indiana de Leconte de Lisle, no encontraremos la adoración del *Midi, roi des etés,* la idolatría de la siesta ecuatorial en que la maza de fuego del mediodía aniquila el pensamiento, la fuerza de moverse, hasta el querer vivir; en este punto Baudelaire á quien tanto se ha acusado de sacrificarlo todo á la novedad, á la originalidad, es bien poco nuevo, es uno de tantos poetas cristianos,—en el lato sentido que la palabra tiene aplicada al arte como lo entiende nuestro poeta,—preocupados con la lucha del alma y del cuerpo, de Dios y del diablo. Esta falta de novedad,—que no es por cierto un defecto,—la ha notado á su modo M. Brunetiére, al decir, creyendo descubrir algo, que, después de todo, lo que abunda en el fondo de las *Flores del mal* son los grandes lugares comunes de la filosofía y de la moral, las ideas generales, etc., etc. M. Brunetiére echa en cara á Baudelaire lo mismo que él y otros desdeñan en Víctor Hugo, *las ideas generales.* Y es que estos críticos que truenan un día y otro contra el *decadentismo* y los *outrancistas* son los menos fuertes, los de estómago más averiado, los más incapaces de elevarse á las grandes ideas, sencillas ó complicadas, entre las cuales ignoran ellos que está el saber tolerar y comprender y penetrar las decadencias, los *sutilismos* nerviosos. Así, Víctor Hugo, el poeta de una piedra, el poeta profeta, el de las *ideas generales* supo comprender y admirar á los Goncourt, el colmo de lo complicado y *deliquescente.*

Tan poco nueva y tan poco retorcida y alambicada es en lo esencial la poesía de las *Flores del mal,* que si hubiéramos de resumir en dos palabras, más gráficas que exactas, la índole de este poeta podríamos decir:

Baudelaire es cuasi maniqueo.
Explíquese por qué y cómo.

(Se continuará). CLARÍN.

ITALIA

LA ROCCA, ASOLO

LO INFINITAMENTE PEQUEÑO

ES CAUSA DE LO INFINITAMENTE GRANDE

(ARTÍCULO SIN TRASCENDENCIA)

Una tarde del mes de Agosto de 1884 estaba yo esperando el fresco vespertino en el balcón de mi despacho. Esto no tiene absolutamente nada de particular. Pero sobre mi cuarto vivía una morena clara, guapísima, lo cual es algo más interesante. Tendría unos veinte años, era de buena estatura, de rostro perfecto, ojos relampagueantes, brazos apretados y redondos, y los contornos de su bien proporcionado busto parecían los de la Venus de Mirlo, que dijo un orador parlamentario. Su pié gordito y pequeño (¡no faltaba más!) se lucía habitualmente dentro del enrejado zapato Margarita. Era, en fin, una chica tan bien templada para el amor como el divino arco de Cupido. Los ratos de ocio los pasaba nuestra morena haciendo que cuidaba las macetas de sus balcones.

Hacía ya lo menos una hora que un pollo almibarado, que en la jerga madrileña se llama un sietemesino, estaba paseándose por la acera de enfrente y dirigiendo amorosas miradas á los balcones de las macetas. Por fin (como dijo *la otra)* sonó la falleba, y la opulenta morena apareció dispuesta á regar las flores y á cultivar simultáneamente el amor que, dactilografiando, la brindaba el pisaverde. Yo permanecí indiferente en la apariencia ante aquel tiroteo amoroso, porque no me gusta cortar el arrullo de los jóvenes atortolados; pero en realidad me quedé pensando, al ver la desigualdad estética de la enamorada pareja, en que la mayor parte de las mujeres bonitas se casan con un ente ridículo La culpa de esto la tuvo, sin duda alguna, la diosa del Amor, que, siendo la más hermosa de todas las hembras, hizo la tontería de casarse con el más feo y más cojo de todos los dioses.

Mi vecina, sin cuidarse de quien estaba debajo, (censurable costumbre de los que se encuentran arriba), empezó á regar, mientras que su corazón, dispuesto como ningún otro para amar, se volatilizaba por los finísimos sensuales poros de su transparente y jamás hollado cutis al fuego de las miradas del joven galanteador. Pero cuando más descuidada estaba la doncella, dos hermosísimas gotas de agua cayeron sobre el puño izquierdo de mi camisa. Me parece que el suceso se puede calificar de infinitamente pequeño, y más si se le compara con las ubérrimas lluvias procedentes de otros balcones ó se le parangona con otras tragedias de la historia.

Pero aquellas gotas habían caído de una manera particular: habían descendido besándose, porque, al estrellarse en el almidonado puño, quedaron en íntimo contacto como dos circunferencias tangentes por fuera. Miré las gotas un momento y, sin querer, pensé en el día aquel en que Paolo y Francesca *ya no leyeron más,* y hasta llegué á figurarme si aquellas gotas serían una indirecta que me tiraba la Naturaleza para que imitásemos mi superior vecinita y yo aquel amoroso consorcio, previa la pasada por la calle de la Pasa, y prescindiendo ambos del irresistible petrimetre, que hacía el oso desde la acera de enfrente.

Miré después al cielo, esto es, al balcón, para ver si aquellas gotitas eran del prosáico Lozoya ó eran dos poéticas fugitivas perlas arrancadas por la emoción de los ojos de la morena, cuando comprendí por la turbación de su semblante

LADIES GEORGIANA Y ENRIQUETA SPENCER (Grabado de Williams Dickinson) —**LADY RUSHOUT Y SU NIÑO** (Grabado de Tomas Burke

Medallones de Angélica Kauffmann

LA NUEVA SUSANA (Cuadro de Arturo Moradei)

que la hermosa jardinera había notado su descuido. Un apóstrofe mío hubiera bastado en aquel crítico momento para desconcertarla; pero haciéndome cargo de la situación y sabiendo cuánto agradecen las mujeres que se las libre del ridículo, me contenté con limpiarme filosóficamente las gotas y con mudarme al otro balcón, donde en fuerza de pensar en ellas y en las buenas prendas de mi vecina, operándose en mi alma un cambio, debido á cierto procedimiento químico muy practicado en la juventud, vine á caer en un estado muy parecido al del enamoramiento.

***

Al día siguiente encontré á mi vecina con su madre en el tranvía; me pidió mil perdones por las gotitas de agua y me dió las gracias por mi excesiva cortesía. Yo la dirigí una insinuante reticencia referente al pipiolo del día anterior. y me dijo que había roto con él la noche antes en los Jardinillos del Buen Retiro. Luégo la conté la particular caída de las gotitas de agua y la interpretación que ye la había dado. Ella lo rió mucho y medio año después... nos casábamos

Queda demostrado que lo infinitamente pequeño (la caída de dos gotas de agua), puede ser causa de lo infinitamente grande (el matrimonio).

NOTA. Desde que Vdes. han visto las estrellas, leyendo este articulejo de entretiempo, no he dicho palabra de verdad. Ni yo soy casado, ni Cristo que lo fundó. Unicamente lo de las gotas es cierto. Palabra.

RUFINO BLANCO Y SÁNCHEZ.

BIBLIOGRAFÍA

Folletos literarios: III.—APOLO EN PAFOS; (Interview) por *Clarín* (Leopoldo Alas).—Madrid, 1887.

La aparición de un libro del autor de *La Regenta* es siempre para los verdaderos amigos de las letras motivo de extraordinario regocijo, pues ya se sabe que, además de aprenderse mucho allí, va á saborearse un estilo tan exquisito como un *nido de golondrinas* para un gastrónomo chino ó un trozo de Renan para quien es devoto del autor de la *Abbesse de Jouarre*. Y otra cosa se sabe también y es, que tratándose de Clarín el libro mejor es siempre el último, regla de que no se aparta *Apolo en Pafos*.

Habrá ciertamente algunos, en especial los aludidos, que no serán sin duda de este parecer, pero claro está que constituirán una exigua minoría; el público que no tiene por que hacer causa común con los interesados, gozará y se embelesará con la elocuentísima doctrina y elevada crítica de Clarín, que ha puesto por marco de su pintoresca interview una *greca* que en nada cede á la de los *Diálogos* platonianos y renanianos.

Vibran en esta obrita diferentes cuerdas y si la de la sátira es á veces tan estridente que escarabajea el oído, en cambio, cuando suena la divinamente armoniosa de Apolo, esto es, el discurso á Clio, siéntese un arrobamiento inefable como cuando la expresión humana llega hasta la sublimidad.

El simbolismo de *Apolo en Pafos* es muy transparente y lo entenderán todos, siendo digno acabamiento del libro la magnífica evocación de San Pablo, *secundum Les Apôtres*. La cosa tiene mucha miga, digna de la espléndida corteza en que se halla envuelta.

Las letras españolas deben estar orgullosas de contar con un crítico como D. Leopoldo Alas.

CARLOS MENDOZA.

NUESTROS GRABADOS

UNA AMAZONA EN PELIGRO
Dibujo de A. Tuck

La equitacion tiene sus percances, lo mismo que la marcha á pie, pero por lo general mas graves que los que estamos expuestos á sufrir los que cuando mas vamos en tranvía. Tuck, con intención más maliciosa que compasiva, ha hecho un lindísimo dibujo de la aventura acaecida á cierta amazona que, á no ser por la oportuna y heroica intervención de un pobre muchacho, Dios sabe dónde hubiera dado con sus huesos, despues de introducir el pánico en una manada de gansos y de haber alborotado todo el lugar.

LAS BELLAS ARTES EN INGLATERRA
LINDERO DEL BOSQUE, *cuadro de David Cox*
PASTORES ARABES, *cuadro de W. Muller*

Pertenecen ambos artistas á la escuela de Birmingham, ciudad que no contentándose con ser un gran centro fabril, aspira también á figurar entre las más cultas y amigas de las artes. Cox se distingue como excelente paisajista, muy hábil en la observación y expresión de la naturaleza, según puede verse en el *Lindero del bosque*, mientras que Muller sobresale en combinar la realidad con la poesía, dedicándose con preferencia á los asuntos orientales.

MADRID: EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS
Pipas de barro, alhajeros y gargoteros igorrotes.—Interior de la sección 6.ª

Constituye una curiosa instalación la que contiene las pipas y demás utensilios y artículos de uso común entre los igorrotes, revelándose en ellos un arte especial y digno de estudio.

En cuanto á la sala 6.ª es un verdadero alarde de la producción de nuestro Archipiélago filipino, especialmente en punto á algodones, maderas de construcción, tabaco, plantas textiles, etc.

MADRID
SESIÓN INAUGURAL DEL CONGRESO LITERARIO INTERNACIONAL EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD EL DIA 8 DEL CORRIENTE
Dibujo de P. y Valor

Con brillante aparato se inauguró, en la fecha indicada más arriba, el Congreso Literario Internacional, con asistencia de unos setenta y dos literatos extranjeros y muchos más de nuestro país, figurando entre los primeros, entre otros, MM. Luis Ulbach, Lermina, Pouillet, Oppert, Ratisbonne, Clunet, Caen, Muzet, Peltier, etc., franceses; Ocampo, portugués; Knighton y Cheling, ingleses; Wintgens, exministro de Justicia de Holanda; Cattreux, belga; Chellard, húngaro y otros distinguidos literatos.

Las sesiones siguientes se han celebrado en el Ateneo, conquistándose numerosos aplausos al lado de MM. Julio Simon, Ulbach, Lermina, Oppert, Caen, etc., los señores Danvila, Fabié, Tolosa Latour, Echegaray, Dacarrete, Calzado y en general cuantos tomaron parte en los debates.

Respecto á la conveniencia del objeto del Congreso, hay mucho que decir y no están acordes todas las opiniones.

REGRESO DEL CAMPO

La gente que se ha dado la gran vida en sus quintas y en los establecimientos balnearios, regresa ya á sus casas; el invierno se echa encima y la permanencia en medio de las delicias campestres se hace ya imposible. Pasan muchos coches por las carreteras y la gente sale á la puerta de sus casas para ver aquellos carruajes tan lujosos ocupados por las elegantes damas y caballeros que han pasado libres de calor y de ingleses los rigores del verano.

LA MADONA DEL GRAN DUQUE
Cuadro de Rafael

Admírase esta *Madona* en el palacio Pitti de Florencia y recibe su nombre de la especial predilección en que la tenía el Gran Duque Fernando III (1790) el cual la llevaba siempre consigo cuando viajaba—y de ahí que se llame también la Madona del *viaggio*,—y la dirigía sus oraciones mañana y tarde. Es una de las obras más sencillas que hayan surgido del pincel rafaelesco. Vista solamente hasta poco más de medio cuerpo y sobre un fondo de retrato, oprime contra su seno al *bambino*, chiquitin y risueño. Bajos los ojos, humilde la postura y severo el traje, es tan modesta, tan virginal, tan angélica que bien podía llevársela el bueno de Fernando III, como hacían los antiguos con sus penates, y colocarla en su oratorio entre las reliquias de sus santos patronos.

ASOLO

Situada en las cercanías de Pádua constituye Asolo mejor una ciudadela que una ciudad, como tiene la pretensión de llamarse. Desde la altura en que está colocada, divísanse las vetustas cúpulas de la antigua corte de los Ezzelinos y aún pueden columbrarse los campanarios de Venecia. Había allí antes un suntuoso convento de monjes armenios, que los granaderos de Napoleon I tuvieron la gracia de incendiar.

MEDALLONES DE ANGÉLICA KAUFFMANN

En nuestro número 247 dimos ya noticia de esta pintora insigne, á lo cual añadiremos hoy que esos medallones en que aparecen retratadas las hermanas Spencer y lady Rushout y su niño, dan perfecta idea de la moda del siglo XVIII, mucho menos hipócrita que la del nuestro en punto á escotes.

LA NUEVA SUSANA
Cuadro de Arturo Moradei

Como habrá visto el lector, esa Susana no va en manera alguna vestida según pintan á la otra, lo cual demuestra que los modernos no somos tan pornográficos, como quieren decir. *Nuestra* Susana, en consecuencia, no tiene tanto motivo para escandalizarse y enfadarse de que dos vejestorios la asalten con expresiones ardientes de una pasión que más que senil podría llamarse póstuma. Uno de los dos Adonis rezagados, expresa el violento ardor de la llama que lo consume con acento lleno de juvenil dulzura y de adoración admirativa, mientras que el otro *seductor* mira á la niña con ojos como si quisiera devorarla, lo cual transforma su cara en semblante de repugnante bestia. La chica se ríe de tales homenajes y procura poner á salvo su palmito, que es la parte más amenazada de los arrumacos de los dos Tenorios osificados y les echa á los grotescos Lovelaces una copa de cierto vinillo que debe ser pasablemente amílico

Moradei, valiente artista y profesor notabilísimo, se distingue por no parecerse á nadie en el *género*, y su *Nueva Susana* figura con honor en el Museo Pisani de Florencia, destinado únicamente á albergar las mejores obras del arte italiano contemporáneo.

BEATI POSSIDENTES
Cuadro de Beard

Si una familia de honrados mirlos ha conseguido gracias á sus cuidados hacerse un nido confortable en lo más abrigadito y sólido de un árbol y viene un lirón y se mete allí, ya sabe la respuesta que le espera:—*Beati possidentes*, les contestará el cuadrúpedo; la posesión es casi una propiedad, y en fin, que nadie me echa ya de aquí.

Cualquier español puede comprender la pena de los pobres mirlos al pensar en Gibraltar.

LA NOCHE

I

La noche se acerca tendiendo su velo;
las nubes semejan girones de tul
y triste y sombrío paréceme el cielo
conforme va huyendo su límpido azul.

Ocultas las aves, marchitas las flores,
parece que todo respira pavor.
La mente recuerda sucesos peores
y el hombre que adora recuerda su amor.

¡Silencio en el cielo!... ¡silencio en la tierra!
¡Silencio doquiera que puedas mirar!
Arriba... ¡grandezas! ¡un *algo* que aterra!
Abajo... ¿quién sabe?... ¡Misterios, pesar!

¡Qué triste está el mundo! el cielo ¡qué her-
¡El viento murmura con fúnebre són! [moso!
¡Moviendo las hojas del árbol frondoso
semeja las notas de triste canción!

Los miles de estrellas, que vagan errantes
cruzando la esfera de algún día en pos...
semejan cascadas de ricos brillantes
que pródiga arroja la mano de Dios.

¡El mundo dormido, callado y en calma,
de sombras cubierto, sin bello arrebol!
¡Algún sér sufriendo, pues paz no halla el
si al mundo no bajan los rayos del sol! [alma.

II

¡Qué bella es la noche callada y serena!
¡Qué bien goza el alma tan dulce quietud!
¡En ella tan sólo mitigo mi pena
pulsando, afanoso, mi pobre laud!

Paréceme hermoso el mundo do habito.
las penas se calman, se ahuyenta el dolor
y veo en el negro sombrío infinito
la inmensa grandeza que tiene el Señor.

Comprendo que existe la dicha en la tierra;
que puedo algún día gozar un placer;

la calma renace y... ¡ya no me aterra
ni un triste recuerdo del hórrido ayer!

—

¡Bien hayas, pues, noche callada y serena!
¡Tú siempre me mandas un rayo de luz
que calma mis males, mi llanto y mi pena!
¡¡Bendito mil veces tu negro capúz!!

J. ADÁN BERNED.

LOKIS

POR PRÓSPERO MERIMÉE

(CONCLUSIÓN)

VIII

Al entrar en la avenida del castillo distinguí gran número de señoras y caballeros, en traje de mañana, agrupados en la gradinata ó circulando por las alamedas del parque. El patio estaba lleno de aldeanos vestidos con sus trajes de los domingos. El castillo tenía un aire de fiesta; por todas partes flores, guirnaldas, banderas y festones. El mayordomo me condujo al cuarto que me habían preparado en el entresuelo, pidiéndome le perdonase si no podía ofrecerme otro mejor, pero había tanta gente en el castillo que había sido imposible conservarme el aposento que yo ocupara durante mi primera estancia, destinado ahora á la señora del mariscal de la nobleza; mi nuevo cuarto, por otra parte, era muy bonito, dando vistas al parque y situado debajo del departamento del conde. Vestíme corriendo para la ceremonia; me puse los hábitos, pero ni el conde ni la condesa parecían. El conde había ido á buscarla á Dowghielly. Desde mucho tiempo habrían debido haber llegado, pero la *toilette* de una novia no es cuestión de poca monta y el doctor advertía á los convidados que, no debiendo verificarse el almuerzo hasta después del servicio religioso, los apetitos demasiado impacientes harían bien en tomar sus precauciones en cierto buffet guarnecido de pasteles y toda suerte de licores. Noté en esta ocasión cuanto excita la maledicencia el esperar: dos madres de lindas señoritas invitadas á la fiesta no acababan de desatarse en epígramas contra la desposada.

Era ya más de medio día cuando una salva de morteretes y escopetazos señaló la llegada, y un momento después entraba en la avenida una carretela de gala, arrastrada por cuatro magníficos caballos. Por la espuma que cubría su pecho era fácil ver que no debía achacárseles el retardo. No había en la carretela más que la desposada, madame Dowghiello y el conde. Bajó éste y dió la mano á madame Dowghiello. La señorita Iwinska, con un movimiento lleno de gracia y de coquetería infantil, hizo ademán de querer ocultarse bajo su chal para sustraerse á las miradas curiosas que la rodeaban por todas partes. Sin embargo, púsose en pié en la carretela é iba á tomar la mano del conde cuando los caballos de las varas, asustados quizás por la lluvia de flores que los aldeanos lanzaban á la novia, ó experimentando tal vez aquel extraño terror que el conde Szemioth inspiraba á los animales, se encabritaron bufando; una rueda chocó con el recantón, al pié de la gradinata, y pudo creerse por un momento que iba á ocurrir un accidente. La señorita Iwinska dejó escapar un ligero grito... Pronto quedamos tranquilizados. El conde, cogiéndola en sus brazos, llevóla hasta lo alto de la gradinata tan fácilmente como si no hubiese llevado más que una paloma. Aplaudimos todos su destreza y su galantería caballeresca. Los aldeanos lanzaban *vivas* formidables; la desposada, toda sonrojada, reía y temblaba á la vez. El conde, que no parecía en manera alguna presuroso por desembarazarse de su encantadora carga, semejaba triunfar mostrándola á la multitud que le rodeaba...

De pronto una mujer de elevada estatura, pálida, flaca, con los vestidos en desorden, los cabellos esparcidos y todas las facciones contraidas por el terror, apareció en lo alto de la gradinata, sin que nadie pudiese saber de dónde venía.

—¡Al oso!—gritaba con voz aguda;—¡al oso! ¡escopetas! ¡Se lleva á una mujer! ¡Matadlo! ¡Fuego! ¡fuego!

Era la condesa. La llegada de la novia había atraído á todo el mundo á la gradinata, al patio, ó á las ventanas del castillo. Las mismas mujeres que vigilaban á la pobre loca habían olvidado su consigna; se había escapado y sin ser observada de nadie había llegado hasta en medio de nosotros. Fué una escena muy penosa. Hubo necesidad de llevársela á pesar de sus gritos y de su resistencia. Muchos convidados no conocían su enfermedad. Debió dárseles explicaciones. Cuchicheóse por largo tiempo en voz baja. Todos los semblantes se habían entristecido.

—¡Mal presagio!—decían los supersticiosos, y el número de ellos es grande en Lituania.

Entretanto, la señorita Iwinska pidió cinco minutos para hacer su *toilette* y ponerse el velo de desposada, operación que duró una hora larga. Era más de lo que era menester para que las personas que ignoraban la enfermedad de la condesa supiesen la causa y los pormenores.

Por fin, la desposada apareció magníficamente ataviada y cubierta de diamantes. Su tía la presentó á todos los invitados y cuando llegó el momento de pasar á la capilla, con gran sorpresa mía, madame Dowghiello aplicó un bofetón á la mejilla de su sobrina, bastante fuerte para hacer que se volviesen los que hubiesen podido estar distraídos. Este bofetón fué recibido con la resignación más perfecta y nadie pareció sorprenderse de ello; solamente un hombre vestido de negro escribió algo en un papel que había traído y algunos de los asistentes pusieron en él su firma con el aire más indiferente. No supe hasta el fin de la ceremonia la clave del enigma. Si lo hubiese adivinado no hubiese dejado yo de levantarme con toda la fuerza de mi sagrado ministerio contra esa odiosa práctica, la cual tiene por objeto dejar entablado un caso de divorcio simulando que el matrimonio solo ha tenido efecto á causa de violencia material ejercida contra una de las partes contratantes.

Después del servicio religioso creí de mi deber dirigir la palabra á la joven pareja, tratando de poner ante sus ojos la gravedad y santidad del lazo que acababa de unirles, y como me dolía aún la post-data impertinente de la señorita Iwinska, recordéle que entraba en una vida nueva, no acompañada ya de diversiones y goces juveniles sino llena de deberes serios y de graves pruebas. Parecióme que esta parte de mi alocución produjo mucho efecto en la recién casada, así como en todas las personas que comprendían el alemán.

Salvas de armas de fuego y gritos de alegría acogieron al cortejo al salir de la capilla, después de lo cual se pasó al comedor. El banquete era magnífico y los apetitos muy aguzados; primero no se oyó otro ruído que el de los cuchillos y tenedores, pero pronto con auxilio de los vinos de Champagne y de Hungría comenzóse á hablar, á reir y hasta á gritar. Brindóse con entusiasmo á la salud de la recién casada. Apenas acababan de sentarse cuando un viejo *pane* de bigotes blancos se puso en pié y con voz formidable dijo:

—Veo con dolor que nuestras viejas costumbres se van perdiendo. Nunca nuestros padres hubieran enviado este «toast» con vasos de cristal. Bebíamos en el zapato de la novia, y hasta en su bota, porque en mi tiempo las damas llevaban botas de tafilete rojo. Mostremos, amigos, que somos aún verdaderos lituanos. Y tú, señora, dígnate darme tu zapato.

La novia le respondió ruborizándose, con una risita ahogada:

—Ven á tomarlo, caballero... pero no te devolveré el brindis en tu bota.

El *pane* no se lo hizo repetir dos veces; púsose galantemente de rodillas, quitó un zapatito de raso blanco con tacón rojo, lo llenó de vino de Champagne y bebió tan aprisa y diestramente que únicamente la mitad se le derramó por el traje. El zapato pasó de mano en mano y todos los hombres bebieron en él, aunque no sin trabajo. El viejo gentil-hombre reclamó el zapato como una reliquia preciosa y madame Dowghiello hizo avisar á una camarera para que viniese á reparar el desorden de la *toilette* de su sobrina.

Este «toast» fué seguido de muchos otros y pronto los convidados se mostraron tan ruidosos que no me pareció conveniente permanecer por más tiempo entre ellos. Me escapé de la mesa sin que nadie parase atención en mí y fuí á respirar el aire fuera del castillo; pero allí encontré también un espectáculo poco edificante. Los criados y los aldeanos que habían bebido cerveza y aguardiente á discreción, estaban ya ebrios en su mayoría. Había habido disputas y cabezas rotas. Acá y acullá, en el prado, algunos borrachos se revolcaban privados de sentido y el aspecto general de la fiesta tenía mucho de un campo de batalla. Hubiera tenido curiosidad de ver de cerca los bailes populares, pero la mayor parte estaban dirigidos por gitanas desvergonzadas y no creí que me sentase bien aventurarme en aquella barahunda. Volvíme, pues, á mi cuarto, leí un rato, después me desnudé y dormíme pronto.

Cuando me desperté el reloj del castillo daba las tres. La noche era clara por más que la luna estuviese algo velada por una ligera bruma. Traté de dormir de nuevo, pero sin conseguirlo. Según mi costumbre en semejante ocasión quise coger un libro y estudiar, pero no pude encontrar las cerillas á mi alcance. Me levanté é iba á tientas por mi cuarto cuando un cuerpo opaco, muy gordo, pasó por delante de mi ventana y cayó con un ruído sordo en el jardín. Mi primera impresión fué que era un hombre y creí que alguno de nuestros borrachos no se hubiese caído por la ventana. Abrí la mía y miré. No ví nada. Encendí por fin mi bujía y volviéndome á la cama repasé mi glosario hasta el momento que me trajeron el té.

A las once me fuí al salón donde encontré muchos ojos soñolientos y semblantes ajados; supe, en efecto, que se habían levantado muy tarde de la mesa. Ni el conde ni la joven condesa habían parecido todavía. A las once y media, después de muchas bromas de mal género, comenzóse á murmurar, por lo bajo en un principio, y después ya sin rebozo. El doctor Frœber tomó bajo su responsabilidad el encargo de enviar al ayuda de cámara del conde á llamar á la puerta de su amo. Al cabo de un cuarto de hora este hombre volvió á bajar, y un poco emocionado, refirió al doctor Frœber que había llamado más de doce veces, sin obtener respuesta. Conferenciamos madame Dowghiello, el doctor y yo. La inquietud del ayuda de cámara se me había pegado. Subimos los tres con él. Delante la puerta encontramos á la camarera de la joven condesa, muy asustada, asegurándonos que alguna desgracia debía haber ocurrido, porque la ventana de la señorita estaba abierta de par en par. Recordé con terror aquel cuerpo pesado que había caído delante de mi ventana. Llamamos á grandes golpes. Nadie respondía. Por fin, el ayuda de cámara trajo una barra de hierro y echamos la puerta abajo... ¡No! El valor me falta para describir el espectáculo que se ofreció ante nuestros ojos. La joven condesa yacía extendida, muerta sobre su cama, con la cara horriblemente lacerada, la garganta abierta, inundada de sangre. El conde había desaparecido, y nadie después ha sabido noticias de él.

El doctor examinó la horrible herida de la joven.

—No es una hoja de acero,—exclamó,—la que ha causado esta herida... ¡Es una mordedura!...

IX

El profesor cerró su libro y miró el fuego con aire pensativo.

—¿Y está acabada la historia?—preguntó Adelaida.

—¡Acabada!—respondió el profesor con voz lúgubre.

—Pero,—repuso ella,—¿por qué la habéis intitulado *Lokis*? Ni uno solo de los personajes se llama así.

—No es un nombre de hombre,—dijo el profesor...—Veamos, Teodoro, ¿comprendéis vos lo que quiere decir Lokis?

—Ni una palabra.

—Si estuviesèis bien penetrado de la ley de transformación del sanscrito al lituano habriais reconocido en *lokis* el sanscrito *arkcha* ó *rickscha*. Se llama lokis en lituano al animal que los griegos han llamado ἄρκτος, los latinos *ursus* y los alemanes *bär*.

BEATI POSSIDENTES (Cuadro de Beard)

Ya comprendéis ahora mi epígrafe:

Miszka su Lokiu
Abu du tokiu.

Sabéis que en la novela del *Zorro* el oso se llama *damp Brun*. Entre los eslavos se le llama Miguel, Miszka en lituano, y este apodo reemplaza casi siempre el nombre genérico *lokis*. Así es como los franceses han olvidado su vocablo neo-latino de *goupil* ó *gorpil* (1) para sustituirle el de *renard* (1). Os citaría muchos otros ejemplos.

Pero Adelaida hizo notar que era tarde y nos separamos.

Traducción de A. O.

(1) Corresponde al castellano *vulpeja* y el catalán *guilla*.

(1) *Raposa, zorra*, como en catalán *guineu, zorra*.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

—) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17, ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 29 de Octubre de 1887 | Núm. 252

Con el presente número repartimos el suplemento de modas EL MUNDO DE LAS DAMAS, correspondiente al mes actual

M. JULIO SIMON (Dibujo de P. y Valor, según fotografía)

SUMARIO

TEATRO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*El dinero de la condesa*, por J. Gasser.—*Exposición marítima de Cádiz*, por Patrocinio de Biedma.—*¡Lamentables equivocaciones!* por A. Sánchez Pérez.—*El monumento de Cuauthemoc, en Méjico.—El premio de la codicia* (poesía), por José Iñigo Romero. Nuestros grabados.—*Un idilio nihilista*, (conclusión), por Vicente Blasco Ibáñez.

GRABADOS.—Mr. Julio Simón.—Fatal noticia.—*Méjico*: Monumento votivo á Cuauthemoc.—*Madrid*. Homenaje tributado á Cervantes por la «Association litteraire et artistique internationale,» la tarde del 15 del corriente.—Un taller de señoras, en París (dos grabados).—Margarita y Mefistófeles llamados á la escena.—La conmemoración de los difuntos.—Una curiosa.—Singular encuentro.—¡Accidente!—La enamorada.—La misericordiosa.—Teatro de Drury Laine, de Londres.—Un casamiento en la *High-life*.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

LOS QUE PASEAN

El otoño es la estación más agradable de Madrid; por eso es la estación del paseo y de los paseos. Todavía están verdes los árboles, todavía entre el verde centellean algunas flores; todavía el cielo está raso y azul como una turquesa y todavía el sol tiene calor para vigorizar nuestra sangre. Así es, que los madrileños sólo piensan en robar al trabajo algunas horas y pasear. Luégo vendrán los días en que la inclemencia de la atmósfera nos encerrará en nuestro hogar, en los ministerios, en los talleres, en los estudios, en los escritorios, en las fábricas, y en que esta dulce estación no habrá dejado otro recuerdo que el rumor de las hojas secas arremolinadas en torno de los desnudos troncos.

Dejemos, pues, para otro día, hablar de los sucesos del momento, que tampoco tienen hoy interés general y paseémonos también y demos cuenta de nuestras observaciones,—querida prima,—observaciones sencillas, que pueden hacer todos, porque ¿quién es tan desventurado que no pasea? Algunos, sin duda; aquéllos sobrecargados de trabajo, aquéllos que sufren enfermedad, aquéllos que su delito retiene en un calabozo, aquéllos también que la misantropía encierra en su casa acompañados de sus negros pensamientos...

Madrid, en verano, no tiene más paseo que el Retiro; en otoño todo despoblado le sirve de tal. No es la tierra, no es la vegetación lo que buscamos, buscamos el sol, sus rayos de vida, su luz que es toda alegría y esperanza. Así es, que la población se difunde por cien parajes distintos, esparciéndose como se esparcen los granos de una granada cuando se abre en pedazos. Cada uno piensa en la retirada y quiere volver tempranito, porque ya los crepúsculos son terribles y apenas caído el sol hace falta la capa, y quien no la tiene tirita. El otoño es la época complementaria de la actividad vegetativa, de la sazón de las frutas azucaradas y oleosas, de la madurez de los frutos, pero es también la época de las humedades, que paralizan los miembros del cuerpo, de los catarros bronquiales, de los reumatismos, de las hidropesías, y en estos días la muerte no se da reposo y ¡zis! ¡zas! sacude su guadaña con más furor que en el estío y en el invierno, sobre todo, contra los tísicos, los niños y los viejos. ¡Hay que cuidarse! Y para cuidarse hay que pasear, pero con método, con precaución, pensando siempre en que todo es bueno y todo es malo, y que el uso no es el abuso.

Hay, pues, que pasear, á ciertas horas, con cierto paso, y para volver, ya lo he dicho, á cierta hora.

Paseando, se abisma uno en sus pensamientos ó se distrae en adivinar los pensamientos de los que pasean. Es curioso, sin duda, ver como desfilan delante de nosotros, como se cruzan, pasa y repasan gentes y gentes que no hemos visto jamás, que no hemos de volver á ver nunca y sorprender en sus fisonomías la nota de alegría ó de tristeza de sus vidas, teniendo cada cual, como tiene todo hombre, una historia, una ambición, un ideal, un misterio ó un millar de misterios.

Algunos paseantes no se inquietan, sin embargo, por observar á los demás. Son los que pasean por higiene. Estos han llenado su misión perfectamente, cuando han puesto en acción y han dejado suaves los músculos extensores y flexores de los muslos y de las pantorrillas, del tronco y de la espalda. Merecen ser imitados porque son los únicos que pasean por principios. Si el terreno es llano, dejan al cuerpo marchar naturalmente; si ascienden, buscan el equilibrio inclinando el pecho; si bajan, inclinan la masa sacro-espinal, y descienden á pasos cortos. El suelo liso, el pedregoso, el que está cubierto de cesped, el que se dilata serpeando entre árboles, el que está revestido de losas le merecen estudios especiales y andan sobre ellas con diferente pié, con mayor ó menor rapidez y hasta con distinta fisonomía. Pasear es una cosa, y otra saber cómo se pasea. Y el paseador higiénico se ve recompensado de su tarea por el paseo mismo; que quien posee una ciencia y la cultiva, en cultivarla lleva su mejor entretenimiento y lauro. El paseante higiénico suele pasear solo, porque si se reune con algún otro de su misma afición no halla medio de quedar satisfecho; lo que es higiénico para el uno es perjudicial para otro y hasta en el subir ó bajar las cuestas,—cosa tan al alcance, teóricamente, de todos los que andan,—discrepan á matarse.

Mas no debe juzgarse de quien va solo que pasea por higiene. No; hay solitarios que se pierden tristemente como una línea negra, porque no tienen amigos, porque no han tenido tiempo de buscar á cualquiera de este nombre, ó porque les gusta saborear ellos solos, en silencio, el aroma de sentimientos y de ideas que se alza de la naturaleza, áun en los desiertos, para quien sabe sentirla. Este paseador aprovecha la calma de la tarde, su amparador aislamiento para registrar su alma por dentro y poner sus miserias y sus fortunas en contacto del aire y de la luz y hasta de Dios; pues no parece sino que los recuerdos, las ilusiones, los sufrimientos y las dichas, necesitan orearse de cuando en cuando; curarse de ese moho que las envilece en el fondo del pecho y en la sociedad, donde el tesoro de nuestra vida debemos ocultarlo. Meditar en pleno campo, entre una atmósfera límpida, midiendo nuestra pequeñez con las inconmensurables grandezas que nos envuelven, da resignación, da calma para sufrir y para esperar. El corazón humano es como las arpas eólicas; el aire basta para arrancarle armonías en las soledades.

Si un hombre pasea solo, casi siempre es un hombre desgraciado. El gozo quiere comunicación; es alborotador; necesita que se acompañe y se le envidie. El dichoso siempre tiene compañía porque la dicha le llama. En cambio son pestilenciales el dolor y la tristeza. ¡Abrid paso á un desdichado! ¡Si queréis consolarle él sabrá contagiaros de su desdicha!

Pero, en fin, se pasea con los amigos: tristes ó alegres. Entonces, ¿de qué se habla? De lo que habla el hombre siempre: de sí propio. Es decir que cada uno de los paseantes habla de su persona, de sus pasiones, de sus intereses, de lo que le pasa. Y es un trenzado contínuo de dos conversaciones; porque cada cual sólo busca la atención del otro; y si escucha lo ajeno, alguna vez, es por tener derecho para replicar con lo suyo. Más ó menos sosegada, toda conversación entre dos es una lucha; porque es un asalto cortés de dos egoísmos. ¿Qué nos importan lo bueno ni lo malo de los otros? Pero... ¿Habrá hombre tan sin entrañas que no se alegre ó se aflija con lo que á nosotros nos pasa? Por lo tanto,—Carmen amiga,—siempre que veas pasear juntos á dos, debes decirte:—¡Ahí va un víctima!—¿Quién? ¡el más tímido; el mejor educado; el más pobre! ¡El que no se atreve á imponerse y escucha!—Los que pasean juntos, suelen ser de la misma profesión, ó por lo menos ligados por el mismo interés; retirados que se recuentan sus campañas; estudiantes que se comunican sus conquistas; cómicos que disputan sobre quién es más amado del público; escritores y poetas que se leen y recitan su prosa y sus versos.

Más felices que ellos seguramente son otras parejas. A gran distancia de la familia se engolfan en apasionada conversación: son novios. Aquí, al aire libre, como en la ciudad, en el salón y en el gabinete encuentran temas de inagotables conversaciones. El ingenio, es, sin duda, manantial de palabras; sabe inventar sentimientos, engaña tal vez, pero al fin sécase; el corazón no deja de manar jamás, y cuando no tiene palabras que decir, repite las mismas. No es la palabra es el acente lo que busca el amor, y en su lenguaje la sintaxis tiene menos importancia que la ortografía. El secreto de esta grande elocuencia no se puede descubrir; porque los enamorados, como los pájaros, cuando sienten ruído ó ven que alguno se acerca, se callan: ¡hay que enamorarse para hablar y para ser oído de este modo! No insisto en ello, prima, ¿á que tratar de explicarte yo como tú paseas?

Mas á distancia de esta pareja, como he dicho, va la familia; otra pareja, que no es de esposo y esposa, encontramos tal vez. Son amantes: ella seguramente delinque, al pasear; él, sin duda desprecia las conveniencias sociales; pues no está bien pasear con mujer que no sea la propia. Su conversación es muy distinta; interrumpida por muchos accidentes; algunos de enojo. El le trata como dueño: ella responde como fiera domesticada que atisba la ocasión de dar un zarpazo, sobre seguro, al domador. Se hablaron tanto en otro tiempo que les queda poco que decirse. El panal destina ya sus últimas gotas de miel: tal vez el año que viene, por ese mismo sitio, les veremos pasar... pero pasar, á él con una, y á ella, con otro.

¿Y por qué hemos de figurarnos que toda pareja es criminal? ¿No se pasea con la esposa, con la mujer, con la parienta? Sí: paseo; indiferente, práctico, en que el uno para el otro es objeto, es cosa, es simbolismo. Se habla de los hijos, cuando se tienen, de economías, del mal propio y del bien ajeno. La humanidad se ha conjurado contra ellos dos; siendo así que el mundo ha sido, indubitablemente, creado para ellos. Mas á decir verdad hablan poco, sus palabras son breves, largos sus silencios; él suele adelantarse distraído; ella se queda detrás entre resignada y colérica. Juntos viven, juntos seguirán; á ratos se quieren; á ratos se odian y solo están unidos en realidad contra el prójimo.

A veces una pollada les precede. Las niñeras van á retaguardia. El ejército avanza haciendo retroceder ó desviarse á los demás paseantes; que vuelven la cabeza para mirar aquel hormiguero de grandes sombreros con lazos y plumas de colores. La infancia tiene el dón de la gracia. No es dón de la especie humana, lo es de todo sér con vida; porque, así como el niño, es el gato joven que se empina y se atusa y da vueltas como si se devanara, y lo es el buche peludo y deforme, que brinca y retoza con gallardísimos movimientos; y lo es el leoncillo, que parece un faldero y deja para luégo su feroz y espantoso semblante. Para entretener las penas, se recomienda ver correr el agua ó flamear la leña; pero mejor se entretiene viendo jugar los niños; resúmenes vivientes de cuanto hay de atractivo en los movimientos del hombre y en los de las flores, los peces y los pájaros.

Hay otras variedades de gentes que se encuentran en el paseo. Una de ellas es el que lleva á pasear su perro; suele ser perro de caza, ó de lanas, ó algún mastín agalgado y corpulento, de estos plomizos que hoy están de moda. Claro que el perro es el amo; y que los dueños podrían poner en el collar, como *Lamartine*: ¡Le pertenezco! Pero salvo el perro de caza amado por ser instrumento de utilidad ó de placer, los demás son signos vivientes de la misantropía

de sus dueños. Se quiere al perro, pero no se le pasea cuando quedan en el mundo afecciones. ¡Todo perro es un lazarillo!

También se ve dos mujeres que pasean juntas, quién sabe; dos casadas, dos viudas, quizás dos *horizontales*, como ahí dicen y como también decimos aquí. De todas maneras no cabe duda, dos mujeres solas hablan del hombre, hablan de amor, de perfidias ajenas ó propias.

He hablado de los que pasean á pié, en atención á que así paseamos casi todos. Pasear en coche, pasear á caballo es recreo de los poderosos, de los escogidos.

Los paseantes de estos días van, pues, á recoger los postreros rayos de un sol de verano, á ver caer las hojas y amarillear la verdura de los árboles y los campos. Las canas de la naturaleza son amarillas.

Y estos paseos otoñales se cierran con uno más triste que todos los del año, con el paseo á los cementerios. Al llegar Noviembre, Madrid envía por delante mozos, criados, lacayos con blandones, cruces, lápidas, coronas, enriqueciendo á las *Funerarias* con su ostentoso dolor; y luégo, cuando llega el día sagrado forma cordones vivientes en los caminos, hacia los Campos santos, donde descansan los huesos de aquellos que tanto amaba, que no creyó olvidar jamás y que recuerda, efectivamente, en este día.

A pié...

A caballo...

En coche...

También se pasea en hombros de los sepultureros.

Se sale de la ciudad. ¡Detrás, todo; porque detrás dejamos la vida!

Delante, el Cementerio. ¡Nada! ¿Nada?

¡Quién sabe!

Tuyo, prima,

FERNANFLOR

EL ANIMA DE LA CONDESA

Era mi amigo Santiago hombre serio, escaso de palabras, pero de ideas extravagantes. Siempre con la pipa en la boca y el jarro de vino en la mesa, se le encontraba en la taberna de los *Tres-Osos*, solo y envuelto perpetuamente en una atmósfera de humo de tabaco que salía de su boca como de un tejar; su mirada extraviada daba calofríos y sus grandes ojos verdes, cuyas pupilas se dilataban sobremanera, prestaban á su fisonomía un aspecto sarcástico y lúgubre.

Es el caso que, una noche de invierno de 18**, lo encontré en la taberna acurrucado en un rincón oscuro, delante de una mesa grasienta, mientras al lado opuesto discutían alegremente otras tres personas, el herrero Daniel, su sobrino Federico y el sastre Ignacio, vecinos de Vilamós y hombres honrados entre los más importantes del lugar.

Era tarde ya; habían dado las once hacía rato; la nieve no cesaba de caer; de cuando en cuando un soplo glacial de ventisco azotaba la ventana dejando en ella una fina capa blanca que se derretía en breve al contacto del calor de la habitación; en el exterior no se oía más sino el ruído de la tempestad y los aullidos de los lobos.

—Mala noche,—dijo después de un momento de silencio el sastre Ignacio.

—Y mal invierno,—contestó su sobrino Federico;—la miseria es espantosa y los lobos hambrientos se aproximan ya á la morada del hombre.

—¡Ay del viajero que se encuentre en camino!...

Un nuevo silencio sucedió á estas palabras; de repente se oyó como una risa lúgubre, una carcajada siniestra; Santiago levantó su cabeza y escuchó ansioso; el ruído cesó pronto y el *cu-cú* tocó doce horas con su timbre monótono: mi amigo se levantó sobresaltado con los ojos desmesuradamente abiertos y con el dedo indicando el reloj...; mas todo sonido se había extinguido y no oíase mas que el invariable tic-tac del *cu-cú*.

—¿La habéis visto?—exclamó con acento extraño.—¿Quién?—preguntamos en coro.—¿No la habéis visto,—continuó,—con su antorcha encendida y sus huesudas manos?

—Vamos, Santiago,—le dijo el herrero,—mira que todo esto son alucinaciones y visiones fantásticas; conque déjalo y ponte á conversar con nosotros.

—Tenéis razón,—dijo él adelantándose, y llenando su vaso en nuestro cántaro de vino, lo llevó á su boca, pero preso súbitamente de un temblor nervioso dejó caer al suelo la copa y su contenido, fijando tenazmente sus ojos en un lado oscuro de la sala.

—Pero, ¿qué te pasa?—le preguntó el sastre Ignacio;—¿otra vez revolotean en tu espíritu esas temerosas ideas?

—¿Y ahora no la habéis visto?—volvió á preguntar él, en tanto que sentíamos su cuerpo temblar y sus dientes chocar unos contra otros;—es ella... sí, es ella.

—Vamos, triste soñador—exclamé sonriendo, no sin que un vago espanto me hiciera tartamudear,—esta es otra de tus extrañas visiones; bebamos, y que el divino licor rechace de tu cerebro estas ideas lúgubres.

—Bebamos,—contestaron todos, y en un instante los vasos se apuraron, pero sin que la fuerza del líquido pudiese quitar de entre nosotros la tristeza que invadía nuestros ánimos.

De repente la voz grave del herrero se dejó oir:

—Pues, ¿qué sucedió?—preguntó á Santiago.

Lo extraño de esta interrogación, lanzada así á boca de jarro, nos hizo estremecer.

—¿Queréis saberlo?—contestó él, agitado, coordinando así la respuesta con la incomprensible pregunta.

FATAL NOTICIA

—Sí,—exclamamos todos, sin comprender siquiera el sentido de nuestras palabras.

—Es horrible,—contestó el,—escuchad;—y lanzando otra vez á la pared una mirada fugaz, empezó en estos términos:

—Era yo en mi juventud, cazador furtivo en los dominios del conde de Canejar, cuyo castillo situado en lo alto de un pico de los Pirineos, dominaba un precipicio de espantosa profundidad.

Era el conde un viejo de cuerpo temblón, roído por los años y los excesos, pero de mirada viva y nerviosos movimientos; decíase de él si era alquimista y en efecto pasaba todo el día en un aposento situado en lo alto del castillo flanqueado por una garita, buscando recetas inverosímiles en abultados y viejos in-folios para componer ó engendrar, según decía, la piedra filosofal.

El castillo era un edificio macizo, cuyas paredes amarillentas denotaban su vejez mientras ventanas ojivales recordaban los antiguos tiempos de la caballería; suspendido sobre el borde del abismo, confundíase su lienzo posterior con la roca del precipicio, formando con esta una sola línea recta que se prolongaba hasta el fondo del valle, cortada solamente en su longitud por una estrecha cornisa, que unía entre sí las escasas ventanas del castillo abiertas todas según un mismo plano horizontal.

Contábanse entre los vasallos y los labradores del país varias leyendas sobre el castillo; entre otras había una que me había llamado mucho la atención por ser la que más se aproximaba á lo natural; según ella la esposa del actual conde, muerta desde unos veinticinco años, había sido una mujer esbelta, de facciones graciosas y correctas, pero de carácter extraño, maligno y nada simpático, aficionada á ciencias ocultas, siempre pensativa y meditabunda.

En aquellos tiempos frecuentaba el castillo un arrogante caballero que tenía con la condesa Inés interminables conversaciones; su tez morena, su cara barbuda y sus ojos de lince atestiguaban un sér sobrenatural; y entre las viejas que le habían visto se decía que era el mismísimo demonio y que olía á azufre.

Una noche, decía la leyenda, vino el caballero montado sobre un hermoso corcel, negro como la tenebrosa noche; ató su caballo á un árbol del valle y desapareció en las sombras del castillo; algunos minutos después dieron las doce y al último toque la garita de lo alto del alcázar se iluminó con un gran resplandor fugaz y se distinguieron en ella dos sombras enlazadas; después la oscuridad se hizo más profunda; la puerta de entrada crugió sobre sus goznes enmohecidos y dos sombras salieron del castillo corriendo hacia el caballo que relinchaba en el valle; soltáronle las riendas y el corcel emprendió una espantosa carrera, iluminando su paso con el fulgor de sus ojos que desprendían chispas de fuego.

(Se concluirá.) J. GASSER.

MÉJICO: MONUMENTO VOTIVO Á CUAUTHEMOC (GUATIMOCIN)

Proyecto de Francisco M. Jiménez, ingeniero mejicano.—Dibujo de Asarta, según fotografía

MADRID: HOMENAJE TRIBUTADO A CERVANTES POR LA ASSOCIATION LITTERAIRE ET ARTISTIQUE INTERNATIONALE LA TARDE DEL 15 DEL CORRIENTE (Dibujo de P. y Valor)

EXPOSICIÓN MARÍTIMA DE CÁDIZ

Hemos quedado con nuestros lectores en el Pabellón de la Compañía Trasatlántica, hermosa obra que revela por sí sola toda la importancia de esta rica empresa naviera, y vamos á continuar la descripción de las instalaciones que adornan y rodean la llamada plaza de Cádiz, si bien á grandes rasgos, pues una detallada reseña de cuanto encierran ocuparía largo espacio, y necesitaría más tiempo del que nos es dado disponer.

A la derecha de la mencionada plaza, cuya izquierda como recordarán los lectores ocupa el pabellón que en nuestro anterior artículo hemos intentado dar á conocer, se alza el de la Provincia, uno de los más bellos é importantes de los catorce en que se subdivide la obra.

Este pabellón tiene 60 metros de largo por 14 de ancho.

La entrada la forma una escalinata de piedra terminada en una graciosa rotonda saliente, especie de vestíbulo interior para dar acceso al gran salón.

Esta rotonda se corona con una cúpula tan airosa como todas estas lindas construcciones, que si bien son hechas con materiales ligeros, teniendo en cuenta la efímera duración que necesitan para llenar su objeto, son modelos de buen gusto, de novedad y de arte, con sus elegantes decorados, sus gallardas líneas y su variedad sobria y graciosa, dentro de la unidad del plan de edificación, y de las necesidades de estos edificios.

El cuerpo central saliente de que hablábamos, está sencillamente adornado con algunos muebles que permiten el descanso, y ligeras instalaciones en el centro que más parecen adornos de un gabinete particular.

El salón revela ya con sus instalaciones variadísimas que lo ocupan por completo, el objeto para el cual ha sido formado.

La provincia exhibe allí sus productos industriales agrarios y manufactureros.

No hay gran abundancia en lo que se expone ni gran novedad tampoco, pero es curioso é interesante por la variedad de productos y objetos que prueban dos cosas con su muda elocuencia: que la provincia de Cádiz es rica en elementos propios, pero es indolente y no los utiliza.

Sus tejidos tienen la misma forma que tendrían probablemente en la época del buen rey Carlos IV.

Pesadas mantas de lana pura; cobertores no más ligeros que ellas; fuertes lonas, algodones de ruda aplicación; capotes igualmente fuertes, irresistibles, probablemente, para los hombres de la moderna generación, han enviado Grazalema, Ubrique, y algún otro pueblo de la sierra.

Corchos, en pequeña cantidad; maderas en colecciones no muy ricas; mármoles en la misma proporción, objetos de hierro, lata y madera, muebles, sin novedad alguna, más ó menos bellos, pero en la forma corriente; bordados de algún mérito, pianos, máquinas de coser, muestras de licores, y pequeños objetos que no vale la pena de describirlos.

Entre estas menudencias se destaca la preciosa instalación de barajas de la gran fábrica de Olea, tan célebre en su género.

En ella se admira desde la más vulgar y corriente marca, hasta la más fina y selecta.

Expone además el activo industrial sus elegantes litografías, y las medallas que ha obtenido en otras exposiciones, lo cual prueba que se ha hecho justicia á su mérito.

La conocida casa de Luis Colomina muestra entre cristales sus ricos abanicos, con vitelas de valiosas pinturas firmadas por nombres ilustres en el arte, caprichosos abanicos de maderas finas con la vista de la exposición á vuelo de pájaro grabada en madera, otros de carey y plumas, de ébano y figuras *flamencas* bordadas en su vitela, de marfil y encaje, lo más rico, en fin, que en este género de adorno femenino se conoce.

Barcelona tiene allí muestras de cintas y tejidos, Vizcaya media docena de objetos pequeñísimos de sus famosas incrustaciones de oro en hierro, y casi todos los pueblos de la provincia han traído cereales, que en realidad no tienen mérito extraordinario, y áun muchos no llegan ni al ordinario en tamaño ó belleza, pues garbanzos, habas, bellotas, nueces, almendras, miel, aceites, que por cierto no presentan ni la limpieza ni el color de los de Córdoba, los mejores de Andalucía; sal, trigo, maíz y otras especies de menor cuantía, no salen de lo vulgar y corriente ni llaman de modo alguno la atención en este lugar.

Doloroso es que de tan pobre manera dé á conocer la provincia sus producciones, pues según todos afirman tiene elementos para ofrecer muestras más ricas, pero la verdad es que si los tiene no los luce.

Casi á la entrada, y como rico adorno de la rotonda central, expone la conocida casa vinícola de la señora Viuda de Ruíz de Mier, de Jerez, sus riquísimos vinos.

Sus marcas son tan conocidas que no hay necesidad de citarlas, y la finura y delicadeza de sus caldos honra la industria vinícola de esta provincia, contribuyendo á su fama.

En esbelta pirámide se agrupan las botellas que semejan en su color topacios líquidos, oro derretido y rubíes disueltos, que dan á conocer los tesoros que encierran las bodegas de la señora Viuda de Ruíz de Mier.

Al rededor de este pabellón se abren balcones de antepecho, adornados con severas cortinas de muy buen efecto, y en el friso que forma su adorno exterior se leen todos los nombres de los pueblos de la provincia que han contribuído con sus donativos á los gustos del certamen.

Unido á él, adosado al muro y á la altura de los primeros huecos, pequeño y pintado con esos vivos colores del gusto árabe, se replega, más bien que se levanta, el pabellón marroquí, pintado por los mismos africanos que expenden en él sus mercancías.

El efecto que hace aquel apéndice raquítico, en la elegante construcción antes descrita, no

UN TALLER DE SEÑORAS, EN PARÍS

M. CHAPLIN ELIGIENDO LOS MODELOS.—LA CLASE TRABAJANDO

es muy estético, pero resulta original con sus vivas pinturas, sus columnillas separando los cristales de sus *agimeces*, que más que ventanas son escaparates de sus mercancías, y los curiosos objetos con que lo exornan.

Imposible parece que en tan reduído espacio se encierre tanta preciosidad como la que se aglomera en el pabellón marroquí, verdadero juguete entre aquellas severas construcciones.

Telas bordadas de una manera bellísima, almohadones recamados de oro, cortinas persas, divanes, taburetes pintados con esos vivos colores que recuerdan las paredes de la Alhambra, ó con incrustaciones de maderas riquísimas formando caprichosos dibujos.

Armas antiguas y modernas, puñales damasquinados, monturas árabes de gran lujo, muy semejantes en la forma á las que, como reminiscencia de su dominio en España, usa el pueblo andaluz, con ancho estribo calado y bridas de terciopelo.

Perfumes, joyas, tapices, tejidos de caprichosos dibujos, todo se amontona allí, se confunde, brilla á la luz de lámparas rarísimas que trasparentan sus reflejos por vidrios de colores, y forman un tono fantástico y original.

Para completar el efecto, los moros con sus membrudas piernas desnudas, sus tostados rostros rodeados por el blanco turbante, y los brazos descubiertos ofrecían á los curiosos tacitas de té hecho por ellos, mezcladas con aromáticas yerbas, y que tienen por un aperitivo de gran fuerza.

Puedo certificar que no sabe mal, pues invitada por el señor ministro de Estado, en cuya compañía asistí al pabellón, para aceptar el obsequio que nos ofrecía el señor Cónsul de España en Tánger, bebí una diminuta taza de té que encontré muy agradable, si bien demasiado dulce.

El señor Lazuna, que es el Cónsul mencionado, nos explicó con su natural amabilidad los ingredientes que entraban en la confección del brebaje, pero como supongo que los lectores de LA ILUSTRACIÓN prefieren el té á la inglesa, es decir, limpio y amargo, no me detengo á describir los detalles.

De los asistentes á este obsequio fueron pocos los que lo probaron, y entre los que no se atrevieron á arrostrar lo desconocido estaba el señor Moret y creo que el señor Toro, presidente de la Diputación, que prefirieron oir cantar una extraña balada árabe, de dulce cadencia, al compás de unos pobres instrumentos que decían ser guzla, violín y viola, amén de algún otro de forma extravagante cuyo nombre no recuerdo.

Los moritos repiten el concierto y el té que nos dieron para obsequiarnos, siempre que lo paguen los visitantes, por lo cual no deja de estar animada la pequeña tiendecilla, pero no por eso son favorables los resultados á sus intereses: venden poco y tienen frío, pues la estación va muy avanzada y las humedades del Océano están muy lejos de parecerse á los ardores de los africanos desiertos.

Como ganancia, como negocio, creo que todos siguen la misma suerte, pues no creemos que haya compradores para los géneros expuestos.

Como ya le he dado noticias del gran pabellón de máquinas, el *mónstruo*, de gigantesca bóveda en el cual sólo hay algunas máquinas, modelos de barcos, instalaciones de carbón, las máquinas para la luz eléctrica, muestras de maderas para construcciones, el esqueleto de una ballena, y algunos otros objetos y el pabellón *modelo* destinado á oficinas no requiere descripción alguna, pues nada encierra que interese al público, continuaremos la descripción de los que rodean la plaza de Cádiz con el de Bellas Artes, que cierra el círculo en cuyo centro se eleva la fuente de cuya escultura les dije en mis primeros artículos que no ofrecía nada de extraordinario, sino las dimensiones, pudiendo ser apreciada más bien por el tamaño que por el mérito artístico.

Aunque no hay en este pabellón mucho bueno ni mucho nuevo, no sería posible pasar por él sin detenerse á saludar siquiera á los autores que lo han honrado con sus cuadros, y por eso me han de permitir que deje su descripción, así como la del gran pabellón central, destinado á las fiestas, para el artículo siguiente, pasando después á la plaza de la Marina, y dando cuenta de sus pabellones radiales, del de autoridades y antigüedades, con lo cual, y con anotar como resumen el acto de la distribución de los premios que tendrá lugar en breve, habré terminado mi honrosa misión de cronista del certamen gaditano en una de nuestras más populares al par que ilustradas publicaciones, desempeñada por mí con gran complacencia, aunque, sin duda, con poco acierto.

PATROCINIO DE BIEDMA.

¡LAMENTABLES EQUIVOCACIONES!

¿Quid me dicunt homines? preguntaba cierto humanista á un su amigo que fué á visitarle muy de mañana.—*No he venido á eso*, —contestaba sencillamente el interpelado, y en efecto resultó que había ido á pedirle cinco duros, como lo hizo en claro y correcto castellano.

MARGARITA Y MEFISTÓFELES LLAMADOS Á LA ESCENA

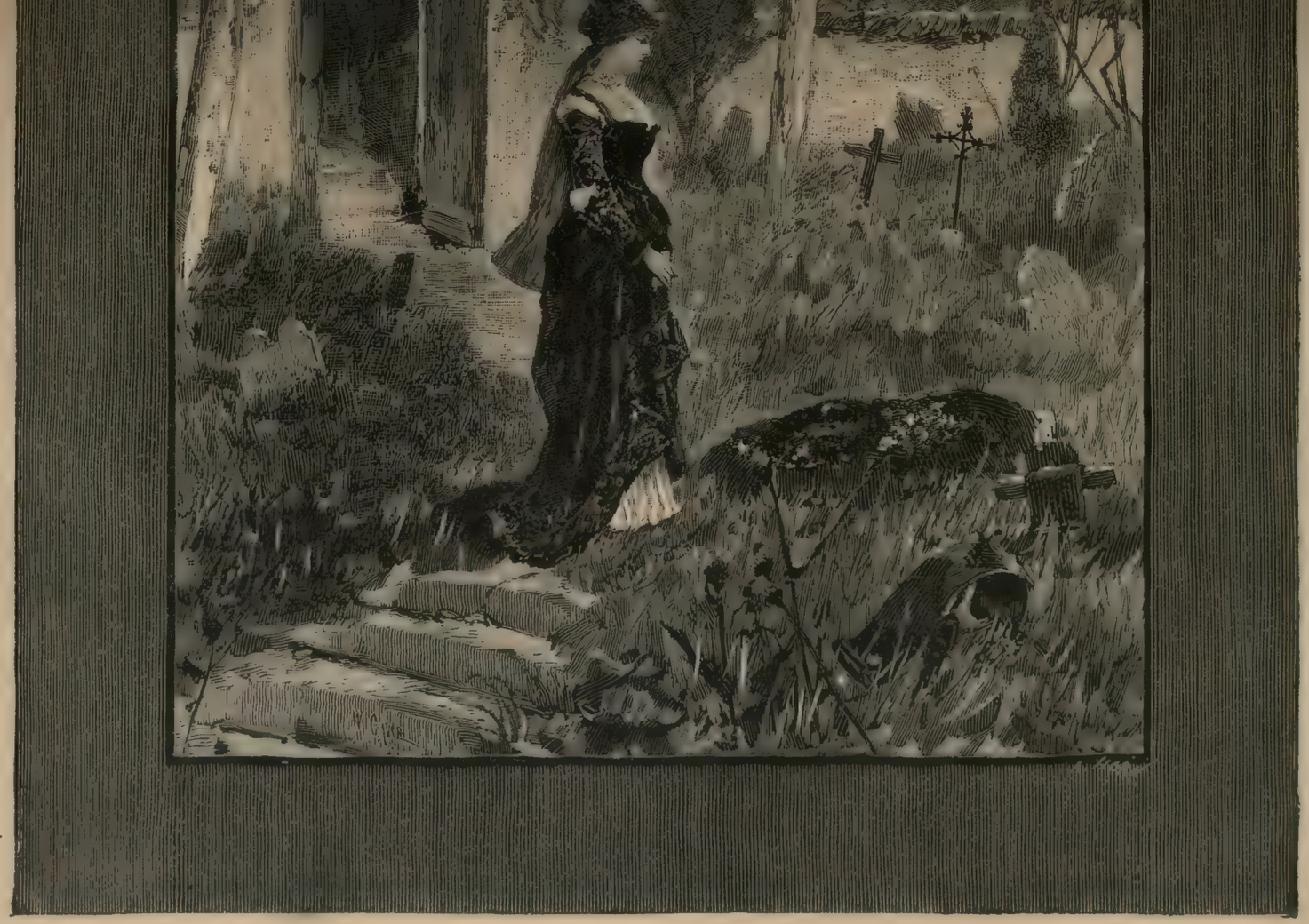
Cuando Julio Simon, Luís Ulbach y otros distinguidos literatos franceses, hasta ayer huéspedes nuestros, echasen de ver que para festejarlos, á nuestro modo, los traíamos de acá para allá, de banquete en banquete, de corrida de toros en *juerga flamenca*, dirían, y si no lo dijeron por exceso de galantería, pensarían: *no vinimos á eso.*

No vinieron á eso ciertamente: el fin principal de su viaje era, todos lo sabemos aunque parece que todos lo olvidasen, celebrar un *Congreso literario:* todo lo que no fuese eso era ajeno á los motivos de su venida.

Santo y muy bueno que aprovechásemos la estancia aquí de estos estimadísimos compañeros de profesión, de estos queridos hermanos en las letras, para manifestarles nuestro cariño y nuestra admiración; pero sin mortificarles, sin obligarles á concurrir con precipitación á teatros y fondas, á vestir constantemente de etiqueta, á viajar cuando necesitaban descanso, pues uno de los deberes más rudimentarios de la hospitalidad, es causar al huésped las menos molestias posibles: y, á poder ser, no causarle ninguna.

Y justamente este deber elemental fué el que parecían haber puesto en completo olvido los que imaginaron el programa de las fiestas que, sin ofender á nadie, me pareció desde su principio poco acertado.

Y no se me diga que los literatos franceses deseaban conocer nuestras costumbres, estudiar nuestros espectáculos, visitar nuestros monumentos, porque yo podría contestar primeramente, que no había tal deseo, ni podía haberlo y *segundamente* que áun en el supuesto de que lo hubiera habido no fueron los medios discurri-



LA CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS (Dibujo de Gause)

dos los más adecuados para satisfacer ese deseo.

Los literatos de la república vecina han venido á España, é insisto en esto porque es argumento capitalísimo, para celebrar un Congreso literario; para discutir puntos de interés común á todos los escritores; para llegar, si puede llegarse, á conclusiones que, en su día, tomen en cuenta los legisladores de los distintos países en el Congreso representados, cuando formulen tratados internacionales de propiedad literaria ó dicten leyes sobre los derechos de autores y traductores.

Todos esos dignísimos viajeros y *congresistas* tienen entendimiento sobrado para no comprender que no se estudia en un par de semanas un país como el nuestro. Si ellos hubiesen concebido el pensamiento de conocer á España, no habrían dedicado á tan corto espacio un estudio que exige largo tiempo y suma atención.

Por eso digo que no son, no podían ser tales, por entonces, los deseos de los escritores que nos visitaron y á los cuales dí de todo corazón la bienvenida. Y eso es lo más satisfactorio que puede admitirse porque, en otro caso, ¿de dónde han sacado los organizadores de los festejos que nuestras costumbres sean celebrar banquetes á diario, comer en Lhardy, y acudir al teatro de la Alhambra á presenciar funciones de *cante* y *baile flamencos*?

UNA CURIOSA

Muy de veras, muy sinceramente deploraría yo mortificar el amor propio de alguno de mis colegas. Dios que ve, á lo que por ahí dicen, el fondo de los corazones, sabe que no hay en el mío, ni intención aviesa, ni mala voluntad para nadie: no sé, no quiero saberlo, á quien corresponde la paternidad del programa, pero nadie que lo medite un poco, el mismo autor inclusive, dejará de reconocer que no lo habría discurrido menos á propósito si lo hubiese consultado con el mismísimo *Enemigo*.

Paso por la solemne inauguración: aquel acto estaba en carácter y parecía lógico que fuera un tanto ceremonioso, si bien yo no habría exigido el traje de etiqueta; ni había para qué exigirlo. El frac, la corbata blanca, el gran uniforme, la banda y las cruces más parecen cosas propias de recepciones palaciegas ó de aristocráticos salones, que de una fiesta de escritores. Así debía de creerlo el insigne Julio Simon cuando se presentó en el paraninfo de *chaquet* y con hongo.

¿Puede admitirse, puede sospecharse siquiera, que el famoso escritor francés intentó, al presentarse con ese traje, alardear de despreocupado, demostrar su desdén hacia la exigencia del trato social? No, seguramente.

Sucedió lo que era natural que sucediese, que nadie se cuidó de avisarle que los directores de la función habían dispuesto que se concurriera á ella con el traje mismo que sirve para concurrir á los bailes de la *alta goma* (dicho sea con perdón) y presumió que entre compañeros, más aún, entre hermanos era muy admisible aquel traje. Fuera de esa circunstancia del frac y del uniforme que dió carácter aparatoso y tono teatral al acto, ya he dicho que la sesión inaugural estuvo, á mi modo de ver, perfectamente dentro de las condiciones del acontecimiento literario. Fuera de esto y de las sesiones del Congreso que se celebraron en el Ateneo, entiendo que todo lo demás fué una continua equivocación.

Habría podido comprenderse un banquete de despedida, banquete modesto; función fraternal ofrecida por escritores españoles á escritores franceses: nada más.

¡Pero una función en el Real! ¿Para qué? ¡Y de gala!... Y lo que es más triste, con el teatro casi desierto.

¡Una función de cante y baile flamenco! *¡Fi donc!* ¿Son por ventura esas costumbres nuestras?

Entiéndase bien que lo que yo censuro, es el carácter colectivo y áun oficial de tales festejos.

Castelar cumpliendo deberes de cortesía y correspondiendo á exigencias de la amistad particular, ha acompañado á Julio Simon en su expedición á Toledo, le ha servido de *cicerone* para visitar los museos, le ha hecho conocer establecimientos artísticos y bibliotecas que merecen conocerse; perfectamente: eso está dentro de lo correcto; que Núñez de Arce hubiese hecho algo parecido con Ulbach; que tal ó cual periodista español, aprovechando ratos de vagar que los trabajos del Congreso dejasen, hubiese enseñado á cual ó tal periodista francés algo de lo que en Madrid hay más ó menos digno de verse, nada habría tenido de extraño; ni eso había de ser oficial, ni eso había de figurar en el programa, ni habría constado en la historia de este viaje.

En resumen, las cosas se dispusieron de tal suerte que son pocas las fiestas que tuvieron, ni áun remotamente, carácter literario y que aún á esas pocas pudieron concurrir contadísimos escritores.

Creo, por lo tanto, que en esta ocasión los que organizaron estas fiestas pasaron una serie de lamentables equivocaciones.

¡Que Dios no se lo tome en cuenta!

A. Sánchez Pérez.

EL MONUMENTO DE CUAUTHEMOC

EN MÉJICO

Conserva el pueblo mejicano grato recuerdo del último de sus emperadores aztecas, y á fe que pocos soberanos pueden ofrecer una historia tan ilustre y trágica como la del desgraciado monarca que vió fenecer con él la gloriosa dinastía fundada por Tenoch en 1327. Vamos á grandes rasgos á reseñar su vida, así como á dar cuenta del monumento levantado á su memoria, extractando, casi al pié de la letra, lo contenido en el precioso folleto publicado por el escritor mejicano D. Francisco Sosa, ya que por su extensión no podamos insertarlo íntegro.

Cuauthemoc, según el testimonio de Bernal Díaz del Castillo, que le conoció muy de cerca, era al subir al trono, joven como de veinticinco años de edad, *bien gentil hombre para ser indio, y que se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban de él.* Celebróse su coronación en uno de los últimos días del mes de Enero—entre el 25 y el 29—de 1521.

"Bajo más siniestros auspicios no ha empuñado el cetro soberano alguno: llevaba él por nombre Cuauthemoc, es decir, *águila que descendió*, y ceñía á su frente la corona imperial en aquellos días aciagos, cuando el imperio se desmoronaba por la traición de sus hijos y la espada del conquistador. «Subir entonces á rey,—dice el historiador Orozco y Berra,—no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaban la destrucción y la muerte... Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabían seguir el ejemplo de los muertos.»

En tales momentos, Cortés, repuesto ya de la trágica jornada de la *Noche triste*, y después de haber llevado á cabo varias conquistas importantes, resolvió venir á poner cerco á la gran metrópoli mejicana, con poderoso ejército.

Cuauthemoc, sabedor de todos los pasos del conquistador, hacía esfuerzos sobrehumanos por preparar la defensa de la capital de su imperio.

Palmo á palmo defendió valerosamente la ciudad, y cuando vió perdida la parte meridio-

nal de ésta, reconcentró todos sus elementos de guerra en Tlaltelolco, donde hizo frente por largo tiempo á los rigores del hambre, á la peste y á la superioridad de las armas de fuego y de la táctica europea, rechazando con indómito brío cuantas proposiciones de paz le hicieron los sitiadores.

Quiso su infausta suerte que tanta abnegación y tanto patriotismo no fuesen coronados por la victoria, y el 13 de Agosto de 1521, después de más de sesenta días de asedio, lograron los españoles ver destruído el último baluarte que les oponían los defensores de la independencia mejicana.

Cierto es que la figura de Cuauthemoc aparecería cubierta de más esplendente gloria, si cabe, sin la fuga que emprendió dicho día y que dándose la muerte al disparar su última flecha, habría puesto digno remate á una vida heróica, ejemplo del más acendrado patriotismo, empero vuelve á agigantarse ante nuestros ojos, cuando ya en su derrota, revela ser el tipo de la caballerosidad azteca, en el instante en que detiene el brazo de sus remeros al ver preparadas las ballestas y los arcabuces de los que le perseguían, diciendo: «No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que ruego es que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, *ni á ninguna mujer,* ni á ninguna cosa de las que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.»

Cuauthemoc al constituirse prisionero por evitar la muerte de las mujeres que llevaba en su fuga, no era indigno del respeto de los soldados de la nación que se ha preciado siempre de hidalga, y cuyos hijos han combatido por su Dios, por su rey y por su dama.

Sabido es el horrible episodio ocurrido durante el cautiverio del infortunado emperador azteca. ¿Por qué ha de registrar la historia aquel tristísimo suceso?

. . . . . .

Cuauthemoc permaneció en la prisión desde el infausto 13 de Agosto de 1521, hasta que Cortés emprendió su expedición á las Hibueras llevándole consigo, porque no quería dejar tras de sí personaje de tal importancia. En el camino, pretextándose que conspiraba el prisionero por reconquistar su poder, fué ahorcado en el pueblo de Teotitlac, á 28 de Febrero de 1524.

¡Así pereció, como vil criminal, el héroe de cien combates, el que llegó á la sublimidad en la defensa de su patria! ¡Honremos todos su memoria!

***

Veamos ahora si corresponde á la grandeza del héroe la grandeza del monumento de que hablamos.

Sobre un gran basamento cuadrado que contiene en dos de sus caras dos de las escenas más culminantes de la vida de Cuauthemoc, la de su entrevista con Cortés, ya prisionero, y la del tormento, y en las restantes las inscripciones alusivas, se levanta un templo en el que están depositadas, en trofeos, las armas de los caudillos que pelearon y sucumbieron en la gloriosa defensa de su patria. El plinto ó zócalo de este templo, con sus inscripciones jeroglíficas, simboliza la unión de los reinos aliados y dependientes del imperio, que lucharon contra los conquistadores, y el remate es un pedestal que soporta la estátua de Cuauthemoc. Este es el conjunto.

El gran basamento de planta cuadrada, sobre el cual se eleva el monumento, presenta, con ligeras variantes, la forma y la disposición de los palacios de Mitla: cuatro contrafuertes en los ángulos, compuestos, cada uno, de tres grandes piedras salientes, dejan un espacio entrante en cada una de las caras, que se han llenado con bajo-relieves y lápidas de bronce. La del espacio del frente contiene la inscripción siguiente:

A LA MEMORIA DE CUAUTHEMOC Y DE LOS GUERREROS
QUE COMBATIERON HERÓICAMENTE EN DEFENSA DE SU PATRIA
MDXXI

La lápida del espacio posterior, al Poniente, recuerda las fechas relativas á la erección del monumento. Dice así:

ORDENARON LA ERECCIÓN DE ESTE MONUMENTO
PORFIRIO DÍAZ PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Y
VICENTE RIVA PALACIO SECRETARIO DE FOMENTO
MDCCCLXXVII

ERIGIOSE POR MANDATO
DE MANUEL GONZALEZ PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
Y SU SECRETARIO DE FOMENTO CARLOS PACHECO
MDCCCLXXXIII

En el espacio que mira al Norte, hay un bajo-relieve que tiene por asunto la prisión de Cuauthemoc. Éste aparece revestido con todas sus insignias reales, tomando el mango del puñal que lleva al cinto Cortés, y en el momento de pronunciar las palabras: *Toma este puñal y mátame con él.* Mide cuatro metros ocho centímetros de largo, por uno cuarenta y seis de alto. Las figuras de que se compone tienen un metro treinta y tres centímetros de altura.

El bajo-relieve que mira al Sur, representa á CUAUTHEMOC en el tormento y en el instante en que lanza al señor de Tlacopan aquella dura y elocuente pregunta de *¿Estoy en algún deleite ó baño?* Sus medidas son en todo iguales á las del anterior.

La parte superior de este basamento, es como la de los palacios de Mitla; en sus ángulos lleva grandes piedras y cada costado está dividido en tres tableros decorados con una ornamentación delicada y especial.

El cuerpo medio, que se levanta inmediatamente sobre este gran basamento, se compone de un zócalo de forma ligeramente piramidal, con un tablero en cada cara, llevando en cada uno de ellos inscrito uno de los nombres de los reyes aliados que tan esforzadamente pelearon al lado de Cuauthemoc; Cuitlahuac, Coanacoch, Cacama, Tetepanquetzal. Este zócalo es muy sencillo, y enteramente desprovisto de decoración, y sirve para presentar un intermedio tranquilo que sostiene la parte superior, en que la ornamentación es bastante profusa.

Cuatro grupos, de tres columnas cada uno, se levantan sobre este zócalo en sus ángulos, separados entre sí por entrepaños cortados por nichos ó entradas, en que se han colocado trofeos de bronce, formados con las armas, pendones é insignias que usaban y distinguían á cada uno de los soberanos de los reinos cuyos nombres están inscritos en el zócalo.

(Se concluirá)

SINGULAR ENCUENTRO

EL PREMIO DE LA CODICIA

El águila triunfal, reina del viento,
cruza el espacio con el loco anhelo
de llegar al empíreo firmamento
y vivir en los ámbitos del cielo;
buscando su ambición otro aposento,
sube fugaz con incansable vuelo,
y, próxima á colmar tanto heroísmo,
pierde la vida, cayendo en el abismo.

El hombre sigue tras la dicha avaro,
cual águila, también con ligereza
buscando la opulencia, que es su faro,
donde sueña vivir con la grandeza,
donde el oro será el mejor amparo
y libre se verá de la pobreza,
y no feliz en la encumbrada altura
consume su ambición la sepultura.

JOSÉ IÑIGO ROMERO.

¡ACCIDENTE! (Escultura por D. Mariano Benlliure.—Dibujo de P. y Valor)

LA ENAMORADA

LA MISERICORDIOSA

NUESTROS GRABADOS

JULIO SIMON
Dibujo de P. y Valor

Sin ánimos de querer enaltecer á nadie á costa de otro, creo que cabe asegurar que la primera figura de Francia es hoy en día el ilustre republicano que vió suceder á su gobierno el del Seize Mai. No importa que no desempeñe papel alguno en la política activa: nadie puede mermar su importancia con la suya, ni disputarle su influencia en el mundo literario y filosófico.

Julio Simon es uno de los hombres más ilustres que ha producido Francia en el corriente siglo y es una verdadera lástima que se haya prescindido de un liberal tan consecuente como él y de un carácter tan elevado como el suyo para la gestión de la cosa pública en los diez últimos años. Filósofo, economista, literato, gobernante, orador, *primus inter pares*, es una verdadera gloria francesa, digna de ser envidiada por Europa.

FATAL NOTICIA

El caso era para eso y áun para más. La aturdida doncella acaba de decirle á su señorita que se acaba de recibir la noticia del fallecimiento de su novio... ¡Tremenda desgracia! Lo menos que puede hacer la interesada es, naturalmente, desmayarse de veras.

MEJICO. MONUMENTO VOTIVO Á CUAUTHEMOC (GUATIMOCIN) EN EL PASEO DE LA REFORMA
Proyecto de Francisco M. Jiménez, ingeniero mejicano
Dibujo de Asarta, según fotografía

(Véase el artículo dedicado á este asunto.)

HOMENAJE TRIBUTADO A CERVANTES POR LA ASSOCIATION LITTERAIRE ET ARTISTIQUE INTERNATIONALE LA TARDE DEL 15 DEL CORRIENTE
Dibujo de P. y Valor

Celebróse este acto tan halagüeño para el pueblo español en medio del mayor entusiasmo, aunque no tal vez sin algún barullo que hubiera podido evitarse fácilmente á ser más previsoras las autoridades de la villa.

Formada la comitiva en el Ateneo, dice un periódico, marchaban en primer término dos carruajes descubiertos, que conducían las coronas.

El cortejo subió por la calle del Prado, descubriéndose los manifestantes ante la estátua de Calderón de la Barca.

En la plaza del Angel incorporáronse los estudiantes, marchando al frente de cada facultad los respectivos estandartes que lucieron cuando el centenario del inmortal autor de *La vida es sueño*.

La manifestación, al llegar á la plaza de las Cortes se componía seguramente de unas dos mil personas.

Con dificultad los que la presidían pudieron llegar al pié de la estátua, pues los agentes de orden público escaseaban tanto, que no pudieron evitar que muchos penetrasen en el jardinillo.

Sin embargo, el tumulto creció cuando el señor Vázquez y algún otro que, contituido en autoridad, debieran haber procurado mantener el orden, hicieron señas para que se franqueasen las puertas: la avalancha fué terrible; atropellóse á las señoras extranjeras destruyéronse las plantas y

TEATRO DE DRURY LANE, DE LONDRES

Los cuatro ladrones, pantomima sacada de un cuento de las *Mil y una noches*.—ALI-BABA Y SU HERMANO CASSIM

los que tenían la misión de dirigir la palabra viéronse rodeados de gente levantisca y sin educación.

A duras penas pudieron colocarse al rededor del monumento los estandartes de las facultades y descubrir el señor Núñez de Arce una lápida de mármol negro que colocada en el pedestal, dice en letras doradas lo siguiente:

A Cervantes, la Asociación Literaria y Artística Internacional.

Mr. Ulbach, en nombre de ésta, depositó una magnífica corona de hojas de laurel y encina, con cintas de los colores nacionales de Francia, y pronunció elocuentes frases en honor de Cervantes, ilustre antepasado de la gran familia literaria.

Mr. Ratisbonne, con vigorosa entonación, dió lectura de una inspirada poesía á Cervantes, que fué acogida con entusiastas aplausos.

Cúpole al Sr. Núñez de Arce la honra de representar al gobierno italiano y á la Asociación de la prensa, cuya corona ostentaba unidos los colores de las banderas de Italia y España.

A continuación Mr. Kingthon, presidente de la Sociedad de Artistas de Londres, presentó una corona, en cuyas cintas, azules y rojas, se leía: *A tribute from England, to Cervantes.*

Dejó algunas frases en inglés, ensalzando la importancia de aquella corona.

Mr. Charles Batz, fundador de la Sociedad de Escritores y Artistas de Maestricht, recitó en alemán los versos que á la memoria de Cervantes contenía el álbum que se entregará á la Asociación de Escritores y Artistas.

En cinco se felicita del honor de haber venido á España para rendir á Cervantes, á Murillo y á Calderón, pareciéndole que Alberto Durero, su gran artista, le invita á que no deje en España su corazón, como acontece á todos los que la han visitado.

Mr. Cattreux depositó una corona en nombre de Bélgica, y Mr. Cellar otra del periódico húngaro *Buda-Pesth Hirlap*, ambos pronunciaron discretas frases, que fueron, como los anteriores discursos, muy aplaudidas.

Por último, Mr. W. Wintgens, exministro de Justicia de Holanda, al ofrecer la corona de su país, dijo que lo hacía en nombre de la nación holandesa, de un pueblo amigo de España, que en sus colonias orientales y occidentales tiene intereses idénticos, un poco desconocidos hoy por las grandes potencias, y que gustoso contribuía al homenaje rendido al genio literario de España.

Como era imposible contener á la muchedumbre que á cada momento, y sin que nadie se lo impidiese, estrechaba el pequeño círculo formado al pié de la estátua, el Sr. Núñez de Arce se vió precisado á dar por terminado el acto, proponiendo un viva á las naciones allí representadas.

Repitiéronse los vítores, y á las cuatro y media ya la plaza de las Cortes había recobrado su aspecto ordinario.

Parece que entre los vivas que se dieron, los hubo también algún tanto inesperados, por ejemplo: *¡Viva Sancho! ¡Viva Turquía!*

Efectos de la *Gran Vía*.

UN TALLER DE SEÑORAS, EN PARÍS
M. Chaplin eligiendo los modelos. La clase trabajando

Calle de *Lisbonne*, número 25, en el Parque Monceau hay una gran casa que bien puede calificarse de *Templo del Arte*; en ella habita y tiene su taller M. Chaplin, cuyas lecciones acuden á tomar muchas y selectas señoritas de París y de otras partes. Por allí han pasado las celebradas pintoras Madeleine Lemaire, Louise Abbema, Henriette Browne, la señorita de Bañuelos y no pocas duquesas y marquesas que exponen sus cuadros bajo un pseudónimo.

El maestro observa, critica, dirige y se muestra ferozmente seco. Un *Pas mal* ó un *Bien observé* caídos de sus labios equivalen á un elogio superlativo.

Es que allí se trabaja de veras y se aprende mucho.

MARGARITA Y MEFISTÓFELES LLAMADOS Á LA ESCENA

No se trata de la ópera, sino de un drama. Ese Mefistófeles es el célebre actor inglés Mr. Henry Irwing y *ella* es Miss Eden Terry, consumada actriz. Ambos trabajan en el *Lyceum* de Londres, preciosísimo teatro donde las obras de Shakespeare son representadas al pelo, de una manera perfecta, lo mismo en cuanto á la interpretación de los personajes que respecto al decorado.

El público inglés es tan especial que aguanta y hasta aplaude un drama sacado del poema de Goëthe.

No hay para qué decir que la escena reproducida en nuestro grabado, es la de la cárcel.

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS
Dibujo de Gause

Es un bello dibujo, atinadamente concebido. Parece, en efecto, que causa mucha más impresión ver á una persona sola recordar la pérdida de un sér amado, que no encontrarse con veinte ó treinta mil ciudadanos que van allí á derramar una lágrima y á admirar, de paso, el lujo de los panteones y el buen gusto de las coronas de última moda. El dolor es discreto.

UNA CURIOSA

Bien se conoce que esa señora descuella sobre todo por su prurito de enterarse de lo que no le importa. Probablemente será cuestión de alguna amorosa pareja que va de paseo por aquellas playas. Dios nos libre á todos de semejantes observadores.

SINGULAR ENCUENTRO

La cosa ocurrió entre Nápoles y Capri. El vaporcito recorría aquellas preciosas costas llevando á bordo buen número de touristes deseosos de admirar aquel sin par paisaje y allí se encontraron *ella* y *él*, que Dios sabe los años se habían perdido de vista. Nada como los viajes para proporcionarle á uno las más inesperadas sorpresas.

¡ACCIDENTE!

Escultura por D. Mariano Benlliure

Pertenece hoy esta preciosa escultura en bronce, que figuró en la Exposición celebrada en Madrid el año 1884, al señor duque de Fernán Núñez. Representa, como se ve, un monaguillo que se ha abrasado los dedos en el incensario y le arroja, llevándose la mano á la boca, figura ingeniosa y agradable que constituye una de las más celebradas creaciones del insigne artista valenciano.

LA ENAMORADA.—LA MISERICORDIOSA

Ambas figuras son lindísimas y simpáticas, representando los dos sentimientos más propios de la mujer: la piedad y el amor. No pueden estar mejor encarnados, ciertamente, tan dulces atributos que en esas dos jóvenes, modelo de suave belleza.

«LOS CUATRO LADRONES» EN EL TEATRO DRURY LAINE DE LONDRES

ALI BABA Y SU HERMANO CASSIM

No se dirá que tratándose de una simple *pantomima* no sean espléndidos los ingleses. Con buen acuerdo creyeron los autores que podía sacarse un excelente partido de las *Mil y una noches* (sin mistificaciones) y de ahí que se les ocurriese echar mano del cuento de *Los cuatro ladrones*, presentándolo en escena con todo el aparato que requiere su interesante argumento.

UN CASAMIENTO EN LA HIGH-LIFE

No hay para qué explicar esa boda, bastando ver el grabado para comprender que se trata de gentes de *hupa*. La novia, como todas, aparece radiante de belleza y satisfacción y el novio, como todos, un tanto corrido y un algo preocupado.

Por muchos años puedan disfrutar de una esplendorosa luna de miel.

UN IDILIO NIHILISTA

(CONCLUSIÓN)

Sintióse agarrado por un sinnúmero de brazos que le arrojaron bruscamente al suelo, para atarle de manos, y hacerle salir á empellones de la estancia.

Al salir vió una cosa que le hizo experimentar una fuerte conmoción.

El capitán tenía entre sus manos, la maquinilla que él había dejado sobre el lecho, y murraba:

—No andaba yo desorientado en mis sospechas. ¡Una máquina infernal! Me lo imaginé desde el primer instante. Este es el mecánico que la construye, falta ahora el químico que la llena. Conduzcamos á este joven al cuartel y después iremos en busca del viejo nihilista.

. . . . . .

A las once de la noche, el profesor Martens estaba en su biblioteca leyendo el periódico clandestino de la asociación, cuando sonó un golpe de aldabón en la puerta de la calle.

—A estas horas,—murmuró el viejo,—no puede ser más que algún compañero que me necesita. Mi sirviente Iwana se encargará de abrirle.

Y abandonó la lectura para aguardar al recién llegado. Pasaron algunos instantes sin que nada viniese á turbar el silencio de la noche, hasta que de pronto la escalera de madera que conducía á la biblioteca desde el piso bajo, comenzó á conmoverse con un buen número de fuertes pisadas.

Aquello alarmó á Martens, pues al momento pudo conocer que eran muchos los que subían.

Levantándose del sillón, fué á abrir la puerta de la biblioteca, y apenas esto hizo cuando vió ante sí los fieros rostros y los chacós de los agentes de policía.

—¿Qué queréis señores?—dijo el profesor bastante sorprendido.

—En nombre del Czar daos preso,—contestó adelantándose el capitán.

—¿Y qué motivo hay para ello?

—Estáis acusado de maquinar contra la vida del amado Padre. Tenemos prueba de ello.

Al oir esto el viejo Martens transformóse por completo. Sus terribles ojuelos centellearon, su roja melena se erizó, y en la actitud de la fiera que se dispone á la defensa, fué retrocediendo hasta llegar á su mesa de estudio.

—Dejaos de resistencias,—dijo el capitán.—Venimos dispuestos á reduciros á prisión como á Alejandro Ischerkassy, y además á registrar vuestra casa para ver si damos con cierta sustancia explosiva, con la que sin duda pretenderíais cargar la máquina de vuestro amigo el mecánico.

Y al decir esto, los agentes de policía precedidos por su jefe, penetraron hasta la mitad de la estancia, revólver en mano y apuntando á Martens.

Este al oir las últimas palabras del capitán y ver que con los suyos avanzaba en actitud hostil, trasformóse hasta adquirir un aspecto horrible.

—¡Cómo miserables!—gritó con voz ronca.—¿Queréis apoderaros de mi invento? Esto es imposible. Me cuesta muchas inquietudes y desvelos, y no sois vosotros los destinados á apoderarse de él. Además es mi alegría, es mi medio de alcanzar la gloria. ¡Ay de aquel de vosotros que pretenda apoderarse de mi invento!

Y el viejo al hablar así gesticulaba como un energúmeno, y agitaba furiosamente los brazos que á la luz de una mezquina lámpara que alumbraba la estancia, semejaban garras de un enorme pulpo dispuestas á enroscarse.

Los agentes de policía sin hacer caso de sus palabras, y fiados en la superioridad numérica, avanzaron dispuestos á apoderarse del viejo á viva fuerza.

Entonces éste gritó con voz potente:

—¡Cobardes! Me atacáis viéndome solo y desarmado, pero vais á ver como se defiende un hombre de ciencia. ¿Queréis conocer mi invento? pues voy á cumplir vuestro deseo. Disponeos á volar por el espacio en compañía de medio San Petersburgo.

Y el viejo al decir esto tocó el resorte oculto en la pared, y abalanzóse al armario secreto que se abrió rapidamente.

El capitán al ver los numerosos frascos y redomas que aquel contenía, comprendió la intención del profesor, vió que éste iba á coger uno de los botes, temió por su vida y la de muchos y oprimiendo el gatillo de su revólver hizo fuego sobre Martens.

Las paredes se conmovieron con el ruido de la denotación, y el profesor dando un rugido cayó muerto con la cabeza destrozada sobre la piel de oso que cubría el pavimento junto á la mesa.

Apenas esto sucedió, oyóse un grito dado al otro extremo de la casa, y á los pocos instantes una mujer medio desnuda penetró corriendo en la estancia.

Era la hija de Martens. Al ver el cadáver y la sangre de su padre, su rostro perdió su grave dulzura para animarse con la feroz expresión propia del que le dió el sér; y con acento desgarrador exclamó:

—¡Asesinos! ¡Miserables!

Después como si se ahogara por momentos, su pecho se agitó rápidamente, y por fin estallando en sollozos cayó de rodillas junto al cadáver de su padre, al que se abrazó fuertemente.

Entonces el capitán acercóse á ella, y poniéndole sobre uno de los hombros su tosca mano, dijo con acento frío.

—Catya Martens, pertenecéis á la asociación nihilista y sois cómplice del atentado que aquí en vuestra casa se preparaba contra el Czar. Sois por lo tanto enemiga del orden. Vestíos y seguidme.

VI

—¡Cuán tristes son las llanuras de Siberia!

La mano de Dios parece que ha trazado sobre ellas el signo de la esterilidad para proporcionar á Rusia un infierno en el que pueda hacer sufrir eternamente á los desterrados moscovitas y polacos.

El cielo de contínuo deja caer sobre gran parte de ellas una nube de nieve.

No parece sino que los espíritus de los infelices cuyos esqueletos yacen sobre las frías estepas siberianas, derraman sin cesar lágrimas escondidos tras las brumas del espacio sobre el teatro de su martirio.

En Siberia todo es simbólico hasta la noche. Su eternidad tiene cierta semejanza con las ilusiones del desterrado, y sus auroras boreales rojas y encendidas, recuerdan la sangre que arrancan de las espaldas de los condenados los golpes del cosaco.

En una dilatada llanura del departamento de Irkutsk el más estéril y miserable de Siberia, álzase un grupo de cabañas mezquinas y ruinosas, que habitan un corto número de deportados de ambos sexos.

Es una verdadera madriguera de seres olvidados del mundo y embrutecidos por el aislamiento, que en algunos instantes recordando su vida pasada lloran lágrimas de desesperación ó profieren palabras de rabia y venganza.

Una tarde en que por rara casualidad, el cielo estaba despejado, la tierra seca, y lucía en el espacio un sol débil y amarillento; una mujer sentada á la puerta de una de las chozas dejaba vagar sus miradas por la amplia llanura cuyos límites se confundían allá á lo lejos con el horizonte.

Era joven, y sin embargo su rostro estaba envejecido prematuramente por el dolor y la fatiga.

Sus ojos de un azul oscuro y hermoso brillaban con la luz de una fiebre interior; sus miembros estaban sumamente enflaquecidos, y á pesar del viejo traje de pieles con que se cubría, su cuerpo tirritaba contínuamente.

La mujer permanecía inmóvil, y al ver su mirada distraída podía asegurarse que su espíritu no estaba en Siberia sino que en alas del recuerdo volaba hacia la querida patria.

De pronto la joven dejó de pasear sus ojos vagamente por el espacio, y los fijó en un punto negro que apareció en el horizonte y fué poco á poco creciendo hasta convertirse en una mancha que se destacó sobre el cielo envuelta en nubes de polvo.

Aquello debía ser una caravana que marchaba á paso bastante acelerado.

Al mismo tiempo que la mujer, apercibiéronse de la novedad los demás habitantes de las cabañas, y en las puertas de éstas aparecieron algunos seres desharapados y con el sello indeleble de la miseria marcado en todo su cuerpo.

Cuando transcurrió un buen espacio de tiempo, la caravana acercóse hasta el punto de que pudiera verse el aspecto de los que la componían.

Era una conducción de presos que atados unos con otros marchaban bajo la vigilancia de un escuadroncillo de cosacos que hacían caracolear en derredor de ellos sus feos y velludos caballos.

La vista de la caravana produjo un penoso efecto en los habitantes de las chozas.

Eran infelices deportados que iban á sufrir una suerte tan terrible como la de ellos.

A los pocos instantes la triste comitiva llegó á la miserable colonia y continuó su marcha sin descansar.

La mujer fijaba su vista con ansiedad en aquellos infelices que por entre las largas lanzas de los cosacos desfilaron junto á ella.

Vió jóvenes y viejos que á pesar de las fatigas de la marcha y de las cadenas que arrastraban tenían un continente noble, firme y decisivo como queriendo demostrar que no les arredraba la sentencia del Czar.

La joven de repente dió un grito. Acababa de fijarse en un hombre que á pesar de no ser viejo tenía la cabellera y barba casi blanca, y que la miraba con ternura y cariño.

—¡Alejandro!—gritó la mujer con alegría.

—¡Catya querida!—contestó aquél en el mismo tono.

Y los dos al hablar así, hicieron un movi-

miento como para abalanzarse el uno sobre los brazos de la otra.

Alejandro intentó separarse de la caravana arrastrando al compañero al cual iba unido por fuerte cadena, pero en el mismo instante un cosaco le dió en la cabeza dos fuertes golpes con el regatón de su lanza, y el joven con ademán resignado continuó marchando entre los presos, no sin antes dirigir á Catya una tierna mirada de despedida.

Esta, sin fuerzas para sostenerse, tuvo que apoyarse con su compañera para no caer.

UN CASAMIENTO EN LA HIGH-LIFE

—¿A dónde van?—le preguntó con ansioso acento.

—Creo que á trabajar en las minas de azogue.

Catya entonces se puso á llorar contemplando la caravana que ya se alejaba de la colonia.

La infeliz comprendía el misterio terrible contenido en aquellas palabras.

Son tantas las fatigas que se sufren, y la naturaleza del trabajo en dichas minas, que ninguno de los infelices á quienes se condena á funcionar en ellas, vive más allá de dos años.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

ADMINISTRACION Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.º

) INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL (

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 5 de Noviembre de 1887 | Núm. 253

¿VENDRÁ?

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*El ánima de la condesa* (conclusión), por J. Gasser.—*Lecturas*, por Clarín.—*El monumento de Cuauthemoc, en Méjico* (conclusión).—*Autores de nota*, por A. Sánchez Pérez.—*Requiescat*, por José M.ª de la Torre.—*Post nubila phœbus* (poesía), por Abraham Guimbao.—Nuestros grabados.—*Sin careta* (poesía), por J. Adan Berned.—*La primera copa de champagne*, por Bernardo Morales Sanmartín.

GRABADOS.—¿Vendrá?—El Támesis (siete grabados). *Madrid. Exposición general de Filipinas.*—Veneciana.—El invierno de la costurera.—El último viaje.—Flores á la ermita.—De vuelta del mercado.—Cabeza de estudio.

MADRID

CARTAS A MI PRIMA

La mujer del hombre de Estado.—Las dos Cármenes.—El *book makers* ha muerto.—Los teatros.

Puesto que sigues con atención, sin duda, cuantos sucesos ocurren en la buena sociedad, en la cual tienes tantas amigas, sabrás que la boda de D. Antonio Cánovas es ya indudable: ayer tarde se celebraron sus esponsales con la señorita D.ª Joaquina Osma, hija de los marqueses de la Puente y Sotomayor. Pocos matrimonios han sido tan debatidos como este por el público, llamado á dar su opinión puesto que se trata de un hombre de Estado; hombre que se juzga con derecho á reformar las leyes del país, á influir en la vida social y áun particular de sus conciudadanos y que por lo tanto no puede menos de ser juzgado á su vez libremente por ellos. La verdad es que nadie había creído que Cánovas se casase, pues se le conceptuaba tan solo enamorado del poder. Su edad le daba por incombustible y por temeroso de nuevos y profundos cambios en su vida privada. Se sabía que cuando era ministro tenía de sobra con las atenciones públicas y que cuando bajaba del poder, su biblioteca, sus antigüedades, sus trabajos literarios le ofrecían gustoso manantial de suaves placeres. Mas en vano el corazón se cubre del moho del estudio y de la política si tiene la costumbre de amar; y ha pasado siempre Cánovas por galante con el bello sexo y por sensible á la hermosura y gentileza. De esto es dechado, según parece, la señorita de Osma, á la cual sus amigos elogian por discreta, ilustrada y revestida de todos los adornos aristocráticos, sin que encuentren censura en ella si no es cierta noble altivez que cuadra bien á las matronas; que no sienta graciosamente en la juventud. De todos modos era considerada la señorita de Osma como difícil para el amor y como despreciadora de relevantes caballeros; el talento de Cánovas, su autoridad, su gran prestigio, han rendido un corazón que se había mostrado inaccesible á los atractivos vulgares. Esta es la opinión, al menos, de los que no pueden comprender que una señorita joven aún, admirable y admirada, quiera con verdadero amor á un hombre madurísimo, no solo en los negocios de Estado sino en los años del vivir; pues tantos ha vivido. Yo, sin embargo, no tengo en este punto determinada opinión; sabiendo como sé que si el amor en el mundo salvaje entra por los ojos, en el mundo civilizado suele entrar con la misma ingenuidad, con el mismo vigor, y con mayor permanencia, por los oídos. Cierto que la figura material de Cánovas no puede sostener comparación con su figura política; mas hay un refrán español respecto del amor que nos dice ser siempre hermosísimo aquello que se ama. En fin, prima, dejándonos de este linaje de consideraciones (lícitas desde luego, pero quizás impertinentes) ello es que se casa irremisiblemente el gran conservador, el *mónstruo*, el hombre civil que resume las glorias y los errores de la restauración. Mas no: quiero decirte aún algo de lo que dicen sus amigos: de lo que murmuran, de lo que temen de resultas de este matrimonio.

Un *quidam* se casa y este acto sólo tiene consecuencias para su familia y para la familia de su mujer; pero cuando se casa un jefe de partido toda la organización interior de este partido se transtorna. Viviendo como viven casi todos los españoles de lo que se llama un padrino, puedes figurarte los que vivirán de la sombra de Cánovas. A congraciarse con él, á conservar su protección, sus amistades, sus simpatías dedica su existencia la mayor parte de los conservadores. Casi todos ellos, después de muchos años de afección sincera, de servicios y de adulaciones se creían ya eternamente amparados por la costumbre que él tiene de distinguirlos y favorecerlos... De pronto tantos años de favoritismo se oscurecen ante la nueva luz que irradia en el hogar doméstico. Una hermosa mujer aparece y el hombre de Estado no puede menos de anteponer los deseos de esta mujer á los suyos propios. Un poder oculto, irresponsable, podrá dirigir desde hoy el partido, si gusta de dirigirle; y así como hubo de conquistar la sonrisa de Cánovas, hay que conquistar ahora otra más dulce. Por más que no se tome en cuenta la influencia de la esposa (y de otras mujeres con menos títulos amadas) es lo cierto que en la política española tiene decidida influencia. Para convencerse de ello basta leer con asiduidad los periódicos: los cuales, en ocasiones graves denuncian más ó menos claramente el dominio de la deidad misteriosa. En tiempo de Narvaez, en el de O'Donnell, en el de Serrano, en el de Sagasta, en todos tiempos no se han podido explicar ciertos sucesos, ciertos nombramientos, ciertos negocios, si no es buscando nombres femeninos para ellos. Nadie ha estampado esos nombres en letras de molde; pero han corrido de boca en boca por las tertulias, en el salón de conferencias, en los cafés y se han hecho en cierto modo populares y se les ha impuesto la única responsabilidad que puede caer sobre la mujer en política: el juicio secreto de las conciencias. Sin duda que una influencia más viene á la política y debemos todos pedir al cielo que la señora de Cánovas sea lo que puede y debe ser en esta España; una musa del bien, de la caridad, de la clemencia, un amparo de todos los propósitos generosos. Después de todo debemos pensar que cuando una joven de altas prendas decide compartir su pacífica vida con la vida agitada del hombre público, no ha pensado tan sólo en la egoísta satisfacción de su cariño sino en los grandes beneficios que podrá derramar con solo abrir los labios.

Y porque no digas que me ha dado por echarla de serio en asunto de amores, cuando sólo debía cumplir deberes de cronista, te daré algún detalle de *los dichos*. Se han celebrado en el suntuoso hotel que los padres de la novia tienen en el Paseo de la Castellana. Estaban presentes el obispo de Madrid, el vicario señor Pando, el notario y sus curiales; éstos últimos de frac y de corbata blanca; los señores Elduayen, Silvela, Toreno y algunas personas de las familias. Después de la firma del contrato, los convidados pasaron al comedor. La novia vestía magnífico traje color violeta con pasamanería de oro, luciendo pendientes de magníficas perlas. Como es costumbre, después de firmar el novio hizo presente á su novia, de una alhaja preciosa,—una peineta de brillantes.

Todavía no han sido expuestos los regalos que han recibido y reciben los novios; y el *trousseau*, como decimos ahora, la *canastilla*, como decíamos antes, no ha llegado aún de París. La reina Isabel ha regalado al señor Cánovas una pulsera de brillantes, y algunos de sus correligionarios otras joyas. Se cuenta un sucedido interesante, relativo al agasajo *póstumo* de uno de sus amigos. Pocos días hace que murió en Madrid un paisano del señor Cánovas, el señor don E. Díaz. Cuando ya la vida le iba faltando y parecía que no debían preocuparle las cosas de este mundo, llamó á su esposa y la dijo: «Te pido que le envíes á Cánovas un recuerdo mío para su boda y le digas que con él le envío todo mi cariño y mi admiración de paisano desde el borde de la tumba.» Pasado el novenario la viuda compró un precioso juego de té, de oro, cumpliendo así el encargo de su moribundo esposo. Hé aquí un juego de té que parece destinado á no sentir jamás el calor del agua hirviendo. Hay en él algo que debe producir ideas tiernas, pero tristes; no me sería posible coger una de esas tazas sin creer que tocaba un cuerpo material; ni ver alzarse el aromoso vapor sin creer que era el espíritu de un alma. Pero este recuerdo de una gratitud que florece más brillante que nunca con el soplo de la muerte, habrá seguramente conmovido al señor Cánovas, más que los recuerdos de los dichosos.

Se ha dicho que la Reina Regente había ofrecido al señor Cánovas un título de Castilla con grandeza de España y que él lo había rechazado; diciendo que no pensaba cambiar por ningún honor su apellido. Es un acto de vanidad disculpable.

Pasemos, querida Carmen, á otro asunto; á un verdadero conflicto teatral, resumido en tu mismo nombre. Se le llama el conflicto de las dos *Cármenes*. Ya tienes noticia de la famosa partitura de Bizet. Se estrenó en la Opera Cómica de París, en 1875. Su éxito fué regular nada más. El pobre Bizet, que tenía conciencia de haber hecho una obra bella, se entristeció y murió desalentado á los pocos meses del estreno. Tenía entonces treinta y siete años. Después se representó en Alemania, Inglaterra, Italia y América; allí fué muy aplaudida y el público francés gustando entonces sus bellezas la declaró por una de sus óperas predilectas. El empresario de la Zarzuela, Ducazcal, imaginó dar esta obra; mas, según parece, el empresario del Real había comprado la *exclusiva* para las representaciones en Madrid; Ducazcal no se dió por vencido, contrató igualmente el derecho de representar la partitura en *Mallorca y en las provincias de España* y como Madrid es provincia, se creyó autorizado para anunciar el estreno. El conflicto surgió; grave, ruidoso, general, en que han intervenido é intervienen los jueces, el gobernador... todo el mundo; dando ocasión á que se hable de pleitos y desafíos. El hecho es que el estreno debió verificarse ayer, y que no se verificó. Sea en la Zarzuela, sea en el Real, habrá de cantarse esta opereta: y el conflicto surgido será vivo aliciente para el dichoso teatro que estrene la ópera. Yo no conozco esta partitura; dicen que en el primer acto son notables la marcha de pitos, coreada por los chiquillos en el relevo de la guardia; el coro de fumadoras, una habanera cantada por Carmen; el duo entre Micaela y José; el coro de las cigarreras y sobre todo la escena de la seducción entre la gitana y José. Se elogia, del segundo acto, la canción y danza bohemia; la salida del matador Joselillo; el duo de Carmen y José y la canción de Carmen al són de la retreta militar, que se oye á lo lejos. Viene luégo el acto tercero con su trio de gitanas echando las cartas, en que Carmen sabe que la espera la muerte á manos de José; y el entreacto del cuarto, también españolísimo, y la marcha con la salida de las cuadrillas y la terrible escena final entre Carmen y José. Tú y todos los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA conocéis la novela de que está sacada la ópera.

El cielo se ha vestido de gala para festejar las Carreras de Caballos; pero han estado más desanimadas que otras veces. Algunos periódicos atribuyen parte de esta desanimación á que han sido suprimidos los *bookmakers*, y á que, por lo tanto, el *betting* se reduce á las apuestas mútuas. El *betting* es, por decirlo así, la Bolsa de las Carreras y los *bookmakers* eran los agentes de cambio. Su oficio consistía en apostar contra todos los caballos ganando así, ó perdiendo las diferencias entre el caballo vencedor y los perdidosos. El *bookmaker* iba con su librito en la mano apuntando sus apuestas, á fin de evitar equivocaciones y controversias, sirviendo este libro de documento para los cobros y pagos. En Inglaterra y en Francia esta profesión es importantísima y lucrativa: aquí dió lugar á cien conflictos que han originado la supresión. Parece que había *bookmakers* que hacían lo mis-

mo que algunos *bolsistas*: jugaban á cobrar y no pagar. Con este sistema no es posible consolidar las instituciones y el *bookmaker* ha caído entre los aplausos de sus *ingleses*.

En el teatro de la Comedia se ha estrenado un juguete cómico en tres actos: *Por meterse á redentor*. Sabes que no asisto á los teatros á causa de la muerte reciente de mi hermano político: mas leo en crónica de autor justificado que la última producción del hermano de Don José, es un disparate gracioso, entretenido, de versificación fácil y bonita, lleno de frases, descripciones y conceptos; de viveza, de movimiento y de luz. Se ha elogiado mucho el carácter de la protagonista, Trinidad, viuda hermosa y gallarda, de carácter inquieto; turbulento casi; mujer decidora, vivaracha, donosa, mareante, en fin, una viuda como alguna que tú sobradamente conoces.

En el Español, Vico representa obras del teatro antiguo. En los demás teatros impera el sainete y la canción española con su falda de percal y su pañolón de Manila.

Tuyo,

FERNANFLOR.

EL ANIMA DE LA CONDESA

(CONCLUSIÓN)

Las dos sombras eran el diablo y la condesa que había huído llevándose con ella toda la fortuna del conde.

Desde aquella noche, cuando la campana de la torre da el último toque de las doce, en el castillo se ve el ánima de la condesa dibujarse en las paredes y encerrarse en la garita.

Los remordimientos carcomen su conciencia y aunque las llamas del infierno atormentan su alma, busca todavía los hechizos de Satanás para devolver al conde la fortuna que le robara.

Hé aquí la leyenda que me había contado Samuel el labrador y cuyas peripecias servían siempre de tema á nuestras conversaciones.

El bueno del campesino enfadábase al oirme tratar de cuentos sus relatos hasta que, enfadado, me dijo un día en voz severa:

—Quedaos esta noche en mi casa, veréis el ánima de la condesa.

Sea por curiosidad, sea por bravata, acepté y la misma noche entraba en casa de Samuel resuelto á aclarar todas mis dudas y confundir las ridículas supersticiones de mi compañero.

Acurrucados al rededor del hogar en cuyo centro quemaba un grueso tronco de encina, oimos dar las once.

En estas horas fantásticas el espíritu revolotea siempre sobre un mar de ilusiones; fijos los ojos en la llama del hogar cuyas lenguas de fuego lamían el tronco de encina, para enroscarse después chisporroteando por la chimenea, veía en cada una de ellas las grotescas formas de unos seres sobrenaturales y en volviendo la mirada hacia la pared oscura parecíame ver bailar allí toda una legión de inmundos sátiros y de gnomos endemoniados.

En el silencio de la noche se oyen á veces misteriosos susurros que no pueden explicarse ni definirse y á los cuales la imaginación presta siempre sus más extravagantes ilusiones; en un instante todo un drama se desarrolla en el cerebro con sus cuadros sangrientos y sus momentos terribles.

A la mañana siguiente todo ha desaparecido; era una puerta que crujía, una veleta que giraba, un perro que gruñía..., y el drama entero se vaporiza...

Las once y media tocando en el reloj nos hicieron volver á la realidad.

—Se aproxima la hora,—dijo Samuel,—vamos.

Hacía una noche parecida á esta; la nieve caía á copos y el cierzo silbaba entre los peñascos de la montaña; caminábamos deprisa, bien envueltos en nuestros abrigos y la cabeza llena de visiones inverosímiles; con el espíritu preocupado de este modo llegamos en frente del castillo que destacaba su negra silueta en lo alto mismo del precipicio.

Todo era tristeza, todo eran tinieblas; resueltos á no llegar más lejos nos escondimos detrás del tronco de un árbol y esperamos allí los acontecimientos, no sin que una sonrisa burlona viniese de vez en cuando á iluminar mi rostro.

En medio de un sepulcral silencio, el reloj del castillo dió las doce con su poderosa voz metálica.

Cuando el último toque hubo retumbado entre los ecos de la montaña, la ventana de la cámara de la condesa, conservada religiosamente, se abrió de par en par y una sombra blanca, la misma de esta noche, apareció de pié en ella sosteniendo en sus manos una antorcha encendida.

—¿Veis el ánima?—me dijo mi compañero.

Más bien muerto que vivo reconocí en el fantasma las facciones de la condesa Inesilla, cuyo retrato adornaba la sala de honor del castillo, pero vieja ya y de cabellos rivalizando en blancura con la nieve.

Con paso seguro la sombra se adelantó hacia la cornisa, resbaladiza en extremo por la capa helada que la cubría, y sin la menor emoción empezó á caminar lentamente por ella; su cuerpo, suspendido sobre el abismo, dibujaba su sombra fantástica en la pared y á sus piés el vacío abría ya su boquerón anchuroso para tragar á su víctima; al llegar á la ventana de la garita, se suspendió con las manos, abalanzóse un momento, y saltó en la habitación donde el conde pasaba todo el día; un instante después un intenso fulgor iluminaba el cuarto y en él aparecía á intervalos una sombra que corría de un lado á otro: «Ved,—me dijo en voz baja

EL TÁMESIS: PUENTE DE NUNHEAM

mi compañero,—está conjurando á Satanás.»

Mi lengua estaba pegada al paladar. «Vamonos» dije aturdido y medio loco, y miré por última vez la ventana para asegurarme de si no sería una visión; pero no, la luz brillaba en la garita cambiando á instantes de color; ora de verde á amarilla, de pálida á sangrienta; ora un momento oscurecida por un humo negro y compacto.

En toda la noche no pude cerrar los ojos y con indecible satisfacción ví aparecer en los vidrios de la ventana el blanquecino fulgor del alba matutina; todo el día registré inútilmente los escondites y las cuevas del castillo; en el cuarto de la condesa busqué huellas de pasos, todo fué infructuoso; en el realce la nieve que había caído había borrado los rastros; me creí juguete de una alucinación.

A la noche siguiente, estando solo en mi cuarto, hice un esfuerzo de valor, y entreabriendo mi ventana esperé la hora fantástica; dieron las diez, las once y por fin las doce; describir lo que en este momento sentía en mí, es imposible; mis piernas flaqueaban, mi corazón latía con violencia y mis ojos espantados hacíanme ver legiones enteras de personajes infernales...

De repente, el reflejo de una luz iluminó mi cuarto... el fantasma blanco y su antorcha pasaron delante de mi ventana... era ella; sin detenerse continuó su camino; sacando fuerzas de flaqueza abrí silenciosamente mi ventana y asomando la cabeza ví su perfil alejándose á lo largo de la pared. «Inés,—grité,—Inés, ¿dónde vas?...» Con grande espanto mío, el fantasma se estremeció y la antorcha escapóse de sus manos; después, en medio de la tenebrosa oscuridad, un grito desgarrador atravesó el espacio y una sombra blanca pasó en el vacío entre mí y el precipicio; los cabellos se me erizaron de horror. ¡Qué pesadilla!... Dudé de mis ojos y volví á mirar el fondo del despeñadero; ¡allí todo era blanco, todo era nieve!...

A la mañana siguiente los campesinos encontraron en el precipicio el cadáver de una mujer que reconocieron por ser el de una vieja loca que se llamaba Ruth; contábase que se la veía salir cada noche con una antorcha en la mano internándose en la montaña y refunfuñando palabras extrañas.

Su muerte se atribuyó á la vejez ó al frío, ó á la miseria; nadie sospechó el crimen, nadie indicó el asesino... nadie, sino ella...

Y con el dedo indicaba Santiago el ángulo de la pared donde se destacaba el perfil del fantasma cuya sombra, esta vez, veíamos todos con su traje blanco, sus piés desnudos y su sonrisa sarcástica.

De repente, apagó la antorcha y desapareció... Oimos á nuestro lado un prolongado suspiro; Santiago, pálido como la nieve, presentaba su faz rígida, inerte... Estaba muerto.

Al día siguiente mientras que doblaban las campanas, acompañamos á su última morada el cadáver del cazador Santiago, muerto la víspera de una repentina congestión cerebral.

J. GASSER.

MADRID. EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS (Dibujo de P. y Valor)

Pabellon del jurado.—Una calle del pueblo indio de Santiago.—Iglesia del mismo.—Pabellón flotante para pasear por el lago.—Casa tribunal ó ayuntamiento del pueblo antedicho

VENECIANA (Cuadro de Giacomo Farretto)

LECTURAS

BAUDELAIRE

VI

La idea del diablo trae consigo su contraria, la idea de Dios. Es, ni más ni menos, la famosa fórmula de Fichte: menos A (— A) supone A. Sin embargo, hay que distinguir, el demonio, el verdadero, quiero decir, el Angel rebelde, el tentador, no es en rigor *contrario* de Dios, no es una negación coordinada, sino subordinada; ni la negación satánica es negación de ser, sino de ser de un modo determinado (de ser bien) ni la tradición ni el dogma suponen en Luzbel caído un dios malo, sino una potestad angélica rebelde, un elemento finito: en suma, para el creyente, el mal es inferior al bien; Dios, el bien, lo es todo, y el mal no, no es más que un límite.

Por lo cual á los que siguen la idea bíblica no se les puede acusar de *nihilismo* metafísica, no es superior al tiempo, sino la perpetuidad del tiempo mismo, el tiempo sin fin, pero no sin principio. El mal comenzó, pero no acabará, no acabará porque no acabarán ni el diablo, ni el infierno.

Sean ó no contradictorios la metafísica necesaria del monoteismo y el dogma del infierno con todas sus premisas y consecuencias, lo cierto es que, con lógica ó sin ella, pensadores y poetas que apoyan sus ideas y sus sentimientos en tales doctrinas y tradiciones están menos lejos del maniqueismo de lo que ellos suelen figurarse. San Agustín, que había sido maniqueo, atribuye su conversión á la ley de Cristo á una intervención directa de lo divino, pero mirado el fenómeno humanamente, cabe pensar que el antiguo maniqueo no estaba tan mal preparado como podía parecer para este cambio. En muchos puntos del dogma, de la tradición, de la moral cristiana (llamo así aquí á la doctrina históricamente tenida por derivación natural de la enseñanza y ejemplo de Jesús, en las varias sectas) se puede ver que al mal, al poder del infierno se le da un valor *cuasi-infinito*, si se puede hablar así; ni más ni menos que en algunas de las doctrinas que admiten la principal idea del maniqueismo, los dos principios superiores y en lucha del bien y del mal, metafísico, ni tampoco de verdadero pesimismo, á pesar de todas las amarguras de Salomón y de toda la triste experiencia de la *Imitación de Cristo*. Considerando esta subordinación del mal, el más famoso y elocuente filósofo cristiano llegó á la teoría heterodoxa del fin del mal, de la absolución del Diablo. La iglesia ha tomado otro camino, y sin hacer infinito y absoluto al demonio, dió al mal en la *eternidad* de las penas, en la eternidad del infierno y de la rebelión diabólica, un carácter extraño, misterioso que hace que se den, en cierto modo, la mano (sobre todo, por lo que toca á los sentimientos que nacen de una creencia) el cristianismo vulgar y el maniqueismo. Es claro que esa eternidad no es la eternidad rigurosamente hablando en buena aquél acaba por vencer á éste, ya sea definitivamente ó para renovarse la guerra. La contradicción del espíritu y del cuerpo, la necesidad de la Redención, las tentaciones del desierto y cien y cien derivaciones doctrinales y morales é históricas del cristianismo histórico, crean esa especie de dualismo que trasciende al fin á la misma metafísica y que hace considerar con horror el panteismo á la Iglesia, que, sin embargo, cuenta entre sus santos á San Pablo y á San Anselmo, y á Fenelon entre sus lumbreras. La separación entre Dios y el mundo, la diferencia esencial entre finito é infinito, el dualismo, en fin, que es inherente al monoteismo, según es generalmente admitido, da á la negación diabólica, con mito ó sin él, como elemento simbólico ó histórico ó puramente metafísico, como quiera, un valor que el mal no puede tener en la idea propiamente monista, unitaria en que infinito y finito no están separados sino meramente distinguidos.

Nadie extrañe estas reflexiones un tanto metafísicas tratándose de penetrar el verdadero fondo de la idea poética de Baudelaire; en el comentario de tal poeta, menos que en caso alguno, deben parecer impertinentes tales excursiones. Todo lo dicho importa para aplicarlo á las *Flores del mal*. Por de pronto se ve que no se trata de un poeta propiamente ateo, es decir, de un poeta desligado de la cuestión de las cuestiones, de la preocupación magna de la vida racional; no se trata de uno de esos *cantores de lo relativo*, que hacen con las ideas primeras y los sentimientos fundamentales lo que cierto positivismo con la metafísica: dejarlas en el tintero; no, no es un poeta de los que podrían llamarse *agnósticos*, no empieza por lo limitado, por lo contingente, no es de los que saben descansar en el aire apoyando la planta con entera confianza en las vanas apariencias de los fenómenos como tales, sin atención á lo que sea su esencia; por lo que decía al principio de este artículo, la inspiración satánica de las *Flores del mal* supone la realidad afirmada, el reconocimiento y la conciencia *estética* de lo infinito y de lo absoluto; sin esto no habría derecho para llamar diablo al diablo, ni mal al mal, ni se les podría atribuir á las tinieblas todo su horror que nace de la conciencia de la luz. Es claro que Baudelaire no es poeta teosófico, ni místico, ni siquiera teológico, por más que la forma literaria de sus versos, el material estético, por decirlo así, se refiere á veces directamente á determinadas creencias y tradiciones religiosas históricas y bien conocidas; la metafísica positiva de las *Flores del mal* más bien se ve *por oposición*.

Mas puede decirse; esta especie de selección del mal que en tantos poetas modernos se encuentra, en un respecto ó en otro, nace en general de que los más de ellos, sépanlo ó no, están impregnados de ese mismo dualismo, algunos á pesar de las apariencias panteísticas de sus poesías, apariencias que son una imitación externa del orientalismo. Podría haber hombres desesperados, tristes hasta la muerte, misántropos, pero no habría poetas pesimistas si el mal no fuera materia poética, si no pudiera atribuírsele cierta sustantividad que es exigida para que haya objeto de gran poesía, verdadera belleza; y esta sustantividad y como dignidad estética del mal, sólo cabe en civilizaciones y creencias en que predomina el dualismo, en que el monoteismo tiene esas que, por lo menos, parecen confusiones cuando no contradicciones, en que al mal se le reconocen derechos de beligerante, categoría metafísica casi igual al bien, igual en muchas cosas, grandeza suficiente como contraste, hasta el punto que la mayor parte de los panegíricos cristianos, históricos, teológicos y poéticos se fundan principalmente en la comparación del dolor sufrido, del mal superado, de cuya magnitud se hace nacer la sublimidad del esfuerzo triunfante y de la victoria. En la estética derivada de estas ideas más ó menos directa y voluntariamente, han descubierto autores insignes el *sublime de la mala voluntad*, negado por otros, si más ortodoxos formalmente, menos inspirados en el profundo sentido de ese dualismo, cuyas consecuencias estéticas confirman la tal doctrina del mal sublime. Entre los poetas modernos ha sido y sigue siendo muy frecuente cantar á Caín y algunos poetizan su rebeldía y hasta le dan el mejor papel en la contienda, ya haciéndole digno de profunda compasión, ya dando relieve poético á la energía de su voluntad, como hace, v. gr., Leconte de Lisle. Nada de esto cabría ni en símbolos ni en poesía directamente metafísica y moral si el mal no fuese una especie de potencia superior, á lo maniqueo, si el mal sólo fuese un límite, una sombra, un *menos tanto*, nada positivo en suma. Tanta poesía pesimista y sobre todo esta que su forma paradógica dice cantar y adorar el mal por mal, sólo cabe en condiciones religiosas y poéticas en que el mal es un ángel, caído, sí, pero ángel al cabo, y ángel que, según el modo de entender muchos la justicia y la

EL TÁMESIS

NACIMIENTO DEL RÍO

idea de Dios, está siendo víctima de una injusticia eterna, ó por lo menos es el vencido en una lucha desigual infinitamente. Sería un contrasentido el poeta blasfemo, el poeta satánico allí donde no hubiese esa especie de maniqueismo estético originado en doctrinas aunque monoteistas, dualistas y, repito, sino contradictorias confusas.

Es claro que para Baudelaire es el diablo símbolo y nada más, pero en el fondo la cuestión es la misma que si creyera en su valor real, histórico; no habrá demonio ni infierno, pero hay un mal prepotente, con cualidades *divinas;* ubicuo, eterno, que lo llena todo, que se extiende por el infinito espacio y desciende á ocupar el fondo más recóndito de las almas; llamándose, allí donde están las raíces de la vida consciente, remordimiento. Esto cree Baudelaire y esto siente (al menos el Baudelaire poeta, el sujeto supuesto, artístico, de sus poesías) y de aquí nace la seriedad de las *Flores del mal,* su valor más real y profundo. Todo lo demás podrá ser apariencia, amaneramiento si se quiere, coquetería de poeta, recurso de retórico, habilidad de sofista, pero queda de fondo sólido, como vigor poético de que se nutre toda la vegetación de tantas flores artísticas, esa amargura del mal poderoso, inevitable, triunfante; y después de haber visto esto en Baudelaire sería absurdo calificarle de frívolo *poseur* ó confundirle con los poetas indiferentistas, que aman la realidad por la apariencia, la vida por las formas y que respecto de la sustancia de las cosas han llegado á una serenidad de apatía absoluta, ó á la desesperación aniquiladora que da aquel resultado y pide lo que pide y canta el poeta del *Midi, roi des etés,* que busca, como va indicado, en el sol, centro de la vida, la *nada* de la conciencia, á fuerza de olas de calor que aplasten el pensamiento.

No; Baudelaire, no sólo es metafísico, no sólo se muestra preocupado con los intereses de la vida, sino que es nervioso, siente con viveza los dolores reales y no lo oculta, ni niega la importancia del dolor, y por consecuencia implícita la importancia, la realidad de su contrario, de la dicha y de su fundamento real, el bien. Baudelaire asusta, entristece, horroriza si se quiere, pero no inspira la *desesperación nihilista* de tantos y tantos poetas modernos que, por uno ú otro camino, llegan á esa región de la estética que llamaba antes el *agnosticismo poético,* donde podrá haber á veces una ráfaga de íntima, dulcísima ternura, que refresque un punto el alma ahogada de sed, pero donde lo constante es el tormento inefable de una conciencia que fisiológicamente no busca su muerte y que se afana por entrar en la vida á fuerza de reconcentrarse en sí misma. Pero el que quiere vivir y crea en la realidad, son menos horribles las *Flores del mal* con todas sus trágicas apariencias, que esa venenosa flor de loto, trasplantada de Oriente, en cuyo cáliz se respira el amor de una *nada* imposible.

(Se continuará). CLARÍN.

EL MONUMENTO DE CUAUTHEMOC

EN MÉJICO

(CONCLUSIÓN)

Las columnas están tomadas de las paredes que aún existen en Tula, cuya forma extraña y distinta de todos los restos que se conocen de la arquitectura tolteca, encierran gran belleza y revelan un sentimiento filosófico y delicado. La ornamentación de los entrepaños está tomada de la que existe en otros de los restos de Tula. El cornisamento que sostiene estos grupos de columnas, está compuesto según los modelos de las cornisas de los palacios de Uxmal y el Palenque, ornamentado en sus distintas partes, con detalles tomados de los mismos palacios, y su friso con los escudos, trajes de guerra y armas de combate, que usaban los guerreros del Anáhuac.

Una grada ó escalón sirve de intermedio entre la cornisa y el pedestal superior, llevando los cuatro frentes decorados con ornatos que se han tomado de los restos de una columna, que existe también en Tula, y que por la forma pura y esbelta, aún pudiera confundirse con delicadas grecas del arte clásico.

En el pedestal superior, que es el sostén de la estátua, se ha procurado conservar el carácter del estilo, con su ornamentación apropiada, decorando su capitel con sus colgantes en los ángulos y nudos de víboras, acusando su forma. El tablero del frente lleva en el bajo-relieve el jeroglífico de CUAUTHEMOC, tal como lo representaban los aztecas: «Aguila que descendió;» una águila desciende á tocar con su pico la huella de un pié humano.

La estátua que remata el monumento, representa á CUAUTHEMOC en traje de guerra; corona su cabeza la diadema y el penacho de plumas, signos de su elevada categoría; su pecho cubierto con la coraza de algodón y en sus hombros sostenido el manto: su actitud es la de esperar al enemigo para el combate; empuñando en su diestra la macana y con la siniestra apoyado en su escudo.

Todo el monumento se levanta sobre un zócalo octagonal: ocho pedestales salientes en cuatro de los lados, que corresponden á las frentes del basamento, encierran las escalinatas que dan acceso y sobre ellos descansan leopardos que guardan las entradas. Un ornato decora la faja superior de este zócalo, tomado de uno de los detalles de las ruinas de Mitla. En este zócalo se adoptó la forma octagonal, para que sirviera la transición entre la cuadrada del monumento y la circular de la glorieta del Paseo de la Reforma, en que se ha erigido, que compuesta de líneas rectas, hará que no se pierda el carácter del estilo. Cada uno de los leopardos tiene dos metros de largo.

DORCHESTER

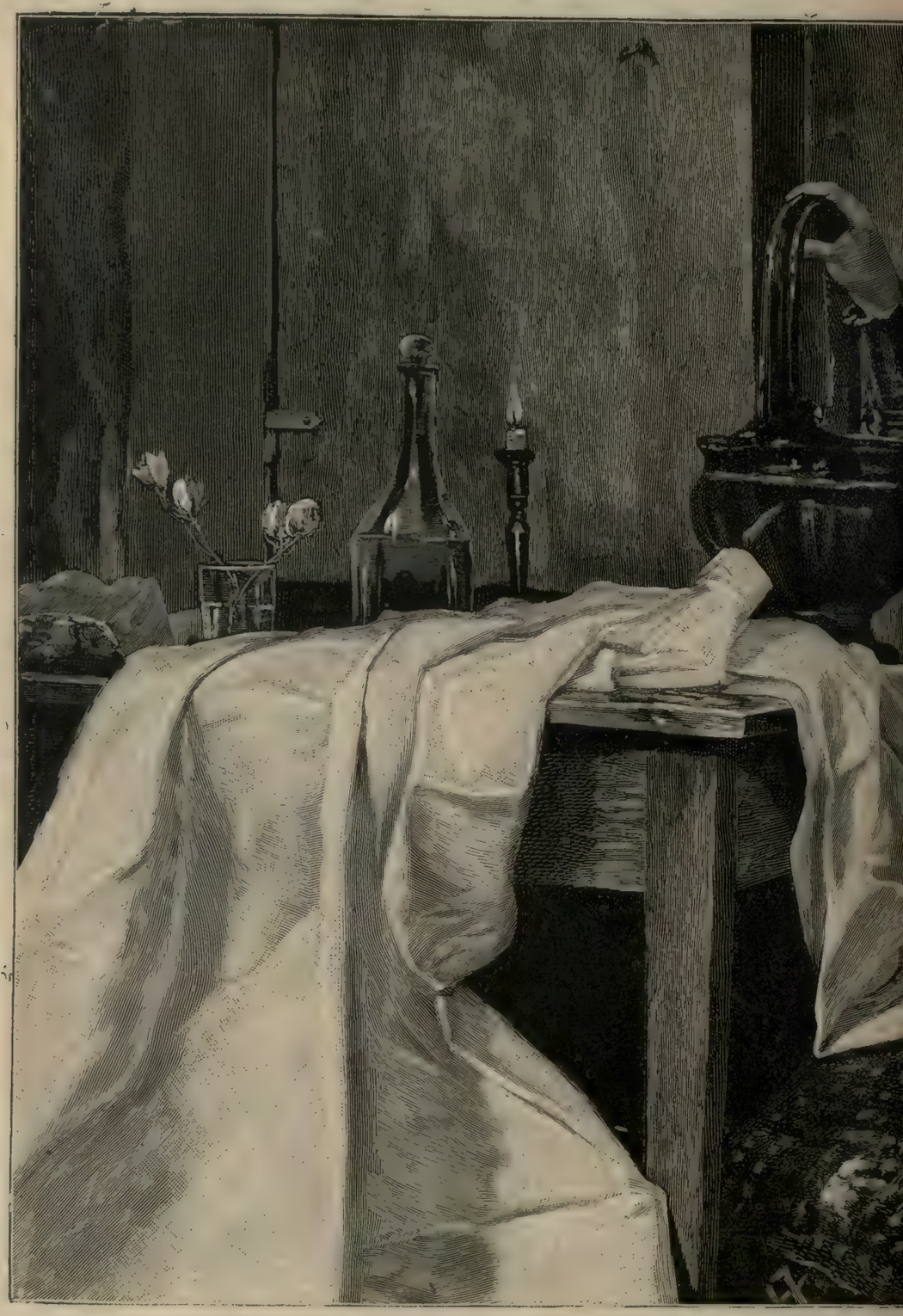
El monumento se ha construído con piedra de una cantera de las inmediaciones de Puebla, de tez fina y bastante pulida, de una dureza semejante á la de la chiluca y de un color gris verdoso que completa el carácter de la arquitectura. La estátua, bajo-relieves é inscripciones, fueron ejecutados en bronce de arte.

La descripción que precede es la misma que el malogrado autor del monumento presentó al Jurado.

De su simple lectura se desprende, que la obra de arte que nos ocupa está llamada, no solamente á perpetuar la memoria de las proezas del último de los emperadores aztecas, sino la arquitectura genuinamente nacional mejicana. Creyó el señor Jiménez, con admirable acierto, que era un verdadero contrasentido,—así lo expresó él mismo,—colocar la estátua de un héroe azteca, sobre un monumento griego, romano, gótico ó de cualquier otro estilo, que proviniera de clima, costumbres y civilización enteramente distintos, y comprendió también la conveniencia de un renacimiento que pusiera de manifiesto lo que fué el arte en Méjico antes de la conquista española El señor Jiménez quiso dar, y dió en verdad, el primer paso en pró de ese renacimiento de la arquitectura antigua del país, anhelando encaminar á los artistas mejicanos al estudio de un estilo nacional apropiado, en que entrasen como elementos, detalles tan hermosos y delicados como los que ostentan las grandiosas ruinas de Tula, Mitla, Uxmal, el Palenque y otras, que han despertado y despiertan todavía la admiración y el entusiasmo de los más ilustrados viajeros, y que revelan un arte adelantado por todo extremo y una gran delicadeza de sentimiento.

***

La primera piedra del monumento fué colocada el día 5 de Mayo de 1878. Circunstancias que no es del caso referir impidieron que la obra quedase terminada con la prontitud que el Gobierno deseaba, y á causa de este retardo no cupo al autor del proyecto la satisfacción de ver convertida en magnífica realidad la mejor



EL INVIERNO DE LA C

RERA (Cuadro de E. Trionfi)

y más querida de sus concepciones, pues le sorprendió la muerte el 17 de Abril de 1884 cuando más risueñas esperanzas de porvenir y de gloria henchían su corazón.

Continuóse, por muerte del señor Jiménez, la construcción bajo las órdenes del señor Ingeniero Arquitecto del Palacio Nacional don Ramón Agea, y celebróse un contrato entre el señor Ministro de Fomento, general D. Carlos Pacheco, y el reputado artista D. Miguel Noreña, profesor de escultura en la Escuela Nacional de Bellas Artes, quién, como el señor Jiménez, puso gran empeño, fructuosamente por dicha, en que fuesen fundidos y cincelados en Méjico los bronces todos de este monumento Nacional, como son mejicanas las piedras de que está formado.

A fin de que el lector posea la mayor suma de datos respecto al monumento, y para que el menos entendido pueda formarse idea de la riqueza de la ornamentación, vamos á poner en seguida el peso, en kilógramos, de los bronces, y el coste total del monumento.

La estátua	2.301
Los dos bajo-relieves	2.359
Los ocho leopardos	2.761
Los trofeos	1.496
Las dos lápidas	1.611
El friso	920
La decoración del pedestal	460

Estas cifras forman un total de *once mil novecientos ocho* kilógramos de bronce.

Las cantidades gastadas desde el comienzo de la obra hasta su conclusión, ascienden á duros 97.914 21 céntimos.

Fué inaugurado este monumento el día 21 de Agosto último.

MONTE SINODUM Y ESCLUSA DE DAY

AUTORES DE NOTA

Hoy dicen una cosa y mañana dirán todo lo contrario.

No tienen ellos la culpa: el noticiero (*reporter* como ahora se dice), no discute lo que le cuentan; va y viene, vuelve y torna, corre de ceca en meca y de zoca en colodra para averiguar lo que sucede ó lo que puede suceder, ó lo que es probable que suceda, y toma notas de todo, y en cuanto le dicen, levanta acta y como *se lo contaron lo cuenta* al lector; sin perjuicio de contárselo de distinta manera al día siguiente, si de distinta manera se lo cuentan á él.

La curiosidad del lector es insaciable; no hay salvación para el periódico sino le da alimento y el alimento preferido es el que nombramos de pocos años á esta parte *información*.

Pero voy al caso.

En varios periódicos he visto la noticia de que los eminentes actores señores Vico y Calvo (ó vice-versa), empresarios del teatro Español de Madrid, han solicitado del Excmo. Ayuntamiento de esta villa coronada y todo, permiso para poner en escena en el mencionado coliseo arreglos ó traducciones de obras extranjeras.

Bueno será advertir por si los lectores lo ignoran, que el teatro Español es propiedad del municipio de Madrid, el cual lo cede gratuitamente, si bien con determinadas condiciones, á los empresarios. Entre ésas condiciones, relacionadas en su mayor parte con las circunstancias artísticas de la compañía y con la conservación y mejoramiento del edificio, existe una en virtud de la cual no puede ser representada en el teatro que deberían llamar municipal, ninguna obra que no sea original española.

Esta cláusula es la que pretenden los señores Calvo y Vico, según los periódicos han contado, que se anule ahora por el Ayuntamiento.

Y esos mismos periódicos dicen, además, que las razones en que se funda tan extraña solicitud es el retraimiento en que están los *autores de nota*.

Por eso dije al comenzar, y por eso repito ahora: *no lo creo*.

¿Y cómo había de creerlo?

Rafael Calvo y Antonio Vico son no solamente artistas de mucho mérito, sino hombres muy sensatos y personas de excelente educación, y sean cuales fueren sus deseos de lucro, deseos muy legales y áun respetables, y sean cuales fueren sus opiniones acerca de cada uno de los autores dramáticos en activo, opiniones de mucho peso sin duda, no se habrían permitido extender *propia auctoritate* patentes de autores de nota, para concedérsela á unos y negársela á otros, descontentando á los más, sin haber contentado á los menos.

Es posible,—todo es posible,—que en el seno de la confianza, departiendo con algún amigo cariñoso hayan manifestado su disgusto por la escasez de obras dramáticas de verdadero mérito; y hasta es posible que hayan indicado lo conveniente que sería, para ocurrir á esa *inopia*, tener autorización para representar el repertorio extranjero, el francés cuando menos; pero no ha pasado de ahí; me atrevería á jurarlo.

La pretensión, si he de exponer la verdad, no me parece descabellada; pero la queja si me parece injusta.

Lamentarse de que los autores dramáticos producen poco, es tener mucho deseo de lamentarse. Pocos días hace inauguró sus tareas la compañía que ha de funcionar en el teatro de *la Comedia* de Madrid; la empresa consideró conveniente publicar con el elenco de la compañía una lista de los autores con cuyas producciones contaba; el número de esos autores pasaba de treinta; y es de advertir que, bien por olvido, bien porque no se hayan ofrecido á la empresa, ya por otras causas que desconozco y que en realidad importan poco, han dejado de incluirse en la lista nombres de poetas cómicos muy conocidos y muy celebrados.

Abiertos están constantemente durante la temporada cómica, hace ya algunos años, ocho teatrillos de función por hora y son pocas las semanas que funcionan sin que en cada uno de esos teatros se verifique algún estreno.

El número de obras nuevas que esto supone no hay para qué decirlo; con dificultad podrá hallarse un período en nuestra historia en que se haya producido más para el teatro.

¿Que hay entre eso mucho malo? Es verdad; ¡pues podría no haberlo! Eso sí que sería milagro; pero también se encuentra algo bueno; rara es la temporada al cabo de la cual no han aparecido media docena de obras muy aceptables; pues, dicho se está, que las de primer orden no se dan todos los años. A que el número de obras buenas sea más escaso contribuye, á más de la natural dificultad de producir trabajos de mérito, la circunstancia de hallarse nuestra literatura, y muy especialmente la dramática, en un período de crisis; crisis, cuya solución no es fácil prever y que obliga á los autores á caminar con paso inseguro, tanteando el terreno, deteniéndose ante los obstáculos imprevistos, haciendo ensayos y realizando tentativas con el propósito de descubrir los nuevos derroteros, si los hubiere, por que han de marchar desembarazadamente y sin miedo los autores de mañana.

Es verdad que la mayor parte de los autores nombrados en los carteles del teatro de la Comedia y los que creando obras propias ó arreglando ajenos trabajos surten y abastecen los teatrillos por horas, no cultivan el género á que los actores Calvo y Vico se dedican preferentemente; pero bien se comprende que siendo tantos como son los poetas cómicos, no han de faltar (y no faltan en efecto) autores dramáticos. Esto sin contar con que no se comprende que del teatro nombrado *Español*, esté sistemáticamente proscripto el género cómico; ni la comedia culta, ni la comedia *de figuron*, ni la tonadilla, ni el sainete, ni nada de eso que evoca los gloriosos recuerdos de Tirso y de Moreto, de Moratín, de Bretón, de Vega, de Narciso Serra, tienen hoy cabida en el teatro del Ayuntamiento de Madrid.

Para este viaje,—como el vulgo dice,—no se necesitan alforjas; para este resultado no valía la pena de que el Municipio fuera empresario de teatros ni tampoco alquilador de locales.

Y esta proscripción del género cómico es tanto menos justificable, cuanto más cierto es que en la compañía de los señores Vico y Calvo hay elementos para formar un excelente cuadro cómico; Vico ha demostrado en más de una ocasión que en ese género sabe y puede hacer tanto como en el drama; Ricardo Calvo es un excelente actor cómico; Donato Jiménez caracteriza como pocos los tipos cómicos, y no hablo de Mariano Fernández porque es de sobra conocido; ni hablo tampoco de las actrices, porque debo terminar y porque considero innecesario decir lo evidente, es á saber, que todas sin excepción, podrán ser por circunstancias espe-

ciales deficientes en el drama; pero representan con gracejo y naturalidad la comedia.

Es claro que arrojado este género y arrojado definitivamente de aquel paraiso; cerradas sus puertas á piedra y lodo á todo lo que no sea drama trágico, queda muy reducido y resulta muy limitado el número de autores que para el teatro español pueden escribir; así y todo, y sin contar con esos que están retraídos y que por el hecho de estarlo les parecen mejores al público y á las empresas, pues siempre parece mejor lo que se nos niega que lo que se nos ofrece, escriben hoy dramas Echegaray, Leopoldo Cano y Valentín Gómez, entre los conocidos y aceptados por el público; y los escriben también muchos jóvenes desconocidos hoy como lo fueron en su día García Gutiérrez y Hartzenbusch, Adelardo Ayala y Eugenio Sellés.

¿Se pretenderá que los autores dramáticos empiezen su carrera con la segunda obra?

Si no es esto lo que se quiere, justo es reconocer que se quiere algo más difícil todavía, que los autores nuevos sean todos de la talla de Shakespeare ó de Schiller ó que sus obras de principiante sean como *Hamlet* ó *El Rey Lear*, como *Guillermo Tell* ó *Don Carlos*.

Si las empresas para decidirse á representar una obra dan en exigir tales condiciones, fuerza será que cierren sus teatros *ad perpetuitatem* y que esperen para abrirlos á que *caiga qué hacer*, porque Shakespeares y Schillers no nacen todos los días; ni siquiera todos los siglos.

Concluyo, pues, como había principiado, diciendo que he oído y he leído eso de la solicitud de los empresarios del teatro Español, *pero no lo creo*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

REQUIESCAT

El día de difuntos es día de reflexiones.

Y no por el *Memento homo*, porque si estuviéramos acordándonos siempre de que nos hemos de morir, no tendríamos tiempo de pensar en otras cosas importantes como pagar al casero, al sastre, etc.; fechas todas tan terribles como el día de la muerte, por lo menos.

Es quizás el día de difuntos el más á propósito para filosofar, no sobre la instabilidad de las cosas humanas y la brevedad de la vida, sino sobre el temple de alma y carácter de cada hijo de vecino.

Los cementerios son visitados por gran número de gentes que llenas de dolor y de recogimiento acuden á emborracharse sobre los venerables restos de sus mayores.

Algún estudiante de Anatomía oculta bajo la capa, rápidamente, un hueso recogido de algún rincón y se marcha después á su casa lleno de alborozo, colocando sobre los libros polvorientos el peroné de algún cobrador de contribuciones ó las mandíbulas de algún guarda nocturno muerto en el campo del honor.

Algunos papás llevan sus hijos á la mansión de los muertos y los nenes se pasan la tarde leyendo todas las lápidas que encuentran á mano y preguntando al autor de sus días:

—Papá, ¿tú le conocistes?

—¿A quién?

—A D. Nicomedes Manzano.

—No, hijo mío. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por si era pariente del otro Manzano, ese señor que viene á ver á la mamá cuando tú te marchas.

Otros padres obligan á sus hijos á que contemplen la tumba de sus abuelas.

—¿Os acordáis de la abuelita Leona, hijos míos?

—Sí, papá; yo me acuerdo de aquel día que te rompió la palangana en la cabeza.

—¡Oh! ¡Era un ángel!

—¿Y no la veremos más?

—Afortunadamente... digo, que afortunadamente está ya en el cielo.

—¡Pobrecita!

—Allí goza de la presencia divina; rezad porque no salga jamás de allí.

—¿Los muertos se aparecen, papá?

—Algunas veces; yo siempre creo que tengo delante á vuestra abuelita materna.

—¡Ay, si se me apareciese á mí! ¡Qué miedo tendría!

—No te asustes, monin, llamaríamos á la guardia.

Por todas partes se ven recuerdos cariñosos, coronas, cirios, flores artificiales y demás utensilios de guardarropía fúnebre.

Sobre una lápida negra hay una corona con inmensas cintas en las que hay escrita esta frase: «Al más idolatrado de los esposos,» corona puesta por una viuda que se casó á los dos meses con un amigo de su difunto marido.

Los panteones están llenos de paños y gasas de alquiler y rodeados de lacayos con ciriales encendidos en sus manos enguantadas.

GORING, DESDE TOLL-GATE.—LA BARCA DE MOULSFORD

El respeto de aquellos sirvientes á las cenizas de los nobles antepasados de sus dueños, es proverbial.

—Oye, Manolo, ¿conociste tú á la señora?

—Sí, era puerca, Dios la haya amparado.

—¿No te daba propinas?

—¡Cá! ni *por pienso;* cuando no tenía listo el coche me ponía tres *días* de multa.

—¡Vaya una *cursi!*

—Oye Pepe, ¿hasta cuando estaremos aquí?

—Hasta la noche.

—¡*Rediós!* ¡Qué *lata!* ¡Y á mí me está esperando la Rita!

—¡Y á mí la Remedio!

—¡Aviados estamos!

Etcétera, etc.

La invasión de los campo-santos en este día es una manifestación religiosa que toma el pueblo á risa y diversión; como las procesiones.

¿Y es que ya no hay alma? ¿Es que ya no existe el sentimiento?

Sí; afortunadamente no está el mundo tan pervertido como quieren los misántropos presentarlo á nuestra vista.

En la nebulosa tarde de este día de Noviembre en que doblan las campanas, en que bullicioso el pueblo se traslada en peregrinación á las Sacramentales y en que la gente noble no sale por la tarde á paseo temiendo el *qué dirán* y va por la noche al Español á ver á Calvo en *D. Juan Tenorio*, hay muchos corazones que no laten sino para el sér perdido.

EL ULTIMO VIAJE (Cuadro de Bartlett)

DE VUELTA DEL MERCADO

FLORES A LA ENFERMITA

Si penetramos en alguna oscura buhardilla podríamos contemplar cuadros horribles cargados de esas tintas sombrías cuyo color se amasa con las lágrimas. Alguna madre y sus hijas jóvenes y hermosas, libran honrada lucha contra la miseria cosiendo sin descanso mientras que en un rincón del cuarto miserable, brilla una lucecita en un vaso de agua cubierta por una ligera línea de aceite. Aquellas mujeres no van al cementerio. No sabrán, sin duda, en que rincón descansan los pobres huesos de aquel que las amó con toda su alma, del padre que murió víctima del trabajo que llenó su vida, por mantenerlas y verlas felices, pero acarician su espíritu con el recuerdo y con el trabajo, la más sacrosanta de las oraciones.

Aquella luz pálida y triste es un beso continuo enviado al alma del que murió.

Algún día del año en que el cementerio está solitario, en que no hay bulla ni gresca, porque no es el día consagrado para acordarse de los muertos, suele verse algún joven elegante que sin cuidar sus pantalones que sepulta en el barro, permanece de rodillas delante de una lápida llorando desesperadamente en aquella soledad donde no puede ser criticado por nadie. En la blanca piedra hay escrito un nombre de mujer y esta frase entre dos signos de admiración en forma de lágrima:

¡MURIÓ Á LOS VEINTE AÑOS!

Para todos estos seres no necesita la iglesia tocar campanas ni deshojar siemprevivas ni autorizar un día al cabo de trescientos sesenta y cinco con objeto de que sea el día del dolor *oficial*.

Para quien amó de veras, todo el año es día de difuntos.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

POST NUBILA PHÆBUS

Roncas las campanas
doblaban á muerto,
la gente escalaba
las gradas del templo,

LA "BOMBA" EN LAS BARGES

y en un catafalco
que había en el centro,
rodeado de negros crespones
se alzaba un féretro.

Lloraba la niña
lloraba en silencio,
por el frío cadáver que duerme
el último sueño,
y sus tristes ojos
clavando en el cielo
parecía querían pedirle
la vida del muerto.

¡Aún latente de aquellas escenas
conservo el recuerdo!
¡Aún parece que veo sus lágrimas
surcar sus mejillas, correr por su cuello!
¡Aún escucho las tiernas palabras,
que al darle consuelo,
me decían: ¡en vano te cansas,
murió mi esperanza, vivir más no puedo!

Pasaron los meses,
y al año no entero,
otra vez á los aires lanzaban
los roncas campanas, metálico acento,
y otra vez la gente
escalando el templo,
contemplaba con vista piadosa
rodeado de flores un blanco féretro.

¡Que amores tan grandes!
¡Que amores aquellos
que al romperse en la tierra se unían
por siempre en el cielo!
Los cuerpos hallaron
en la tumba reposo y silencio,
mas sus almas volaron, y ahora
á través del espacio infinito
felices las veo.

ABRAHAM GUIMBAO

NUESTROS GRABADOS

¿VENDRÁ?

Realmente un bosque es lugar sumamente á propósito para hablar de amores, ya que no muy cómodo; la pobre joven fué más puntual que no el galán, como sucede casi siempre, y está esperando ahora su llegada figurándose á cada momento oir el ruido de sus pasos. ¡Quién sabe, sin embargo, si el gran bergante habrá tenido pereza y creerá que las mañanitas así de Abril como de Noviembre son más buenas de dormir que de pasear!

EL TÁMESIS

Toma su origen el Támesis en el condado de Glocester, al Oeste de Oxford, en un delicioso paisaje y dirigiéndose hacia el Este baña los alrededores de la famosa ciudad universitaria, entre cuyo término y Abingdon se ven las *Barges*, trozo en que se celebran las regatas estudiantiles.

Siguiendo río abajo vese el puente de Nunheam y en las orillas numerosos castillos y abadías góticas, medio ocultas entre frondosos bosques y jardines.

Pasado Abingdon aparece Little Wittenham, desde donde se divisa Dorchester y al lado opuesto el Monte Sinodum, en cuyo punto el Isis desemboca en el Támesis. Viene luégo Moulsford donde antiguamente había una barca para pasar el río y después de dejar atrás Streatley aparece la torre normanda de Goring, punto final de nuestra expedición por hoy.

MADRID. EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS

Sabido es que en el Retiro se ha levantado un pueblecito á estilo de los de Filipinas, pudiendo verse en nuestro grabado de hoy algunos de los edificios que contiene. Todo el recinto quedará convertido en museo permanente de las Colonias y será, sin duda, una de las cosas más instructivas y provechosas que el viajero encontrará en Madrid.

El día 17 del pasado se celebró en dicha Exposición, bajo la presidencia de S. M. la Reina Regente, la distribución de premios, cuyo número ascendió al no escaso de 648.

VENECIANA

Cuadro de Giacomo Farretto

Ahí tenemos lo que en el lenguaje popular veneciano se llama una *Zanze*, esto es, una vecina del *sestiere di Castello*. Redúcese el cuadro á una madre que para darle gusto al chicuelo acomoda en su jaula á un pobre pajarito, motivo que basta para hacer un buen apunte con el sello característico de un tipo y de un traje. El motivo ha salido bien: el cuadro es original y simpático y ese muchachito robusto, con la cabeza al rape y el cuello taurino, moverá, sin duda, á lástima á otras madres que lo compadecerán.

EL INVIERNO DE LA COSTURERA
Cuadro de E. Trionfi

El *invierno de la costurera* pertenece á la categoría de obras de pintura que se proponen la demostración sensible de alguna tesis social. En esa se ve expuesta la dura existencia de la vida de nuestras artesanas. Esta ha trabajado todo el día anterior y toda la noche en su frío cuartito, no teniendo para defenderse del rigor invernal más que un mísero braserillo. El alba ha sorprendido á la laboriosa niña pegada todavía á la costura y no ha tenido piedad de ella concediéndola algún descanso, que la pobre se ha negado rigurosamente durante casi veinticuatro horas. La vela arde aún y su luz cesa de iluminar, vencida por la de los primeros albores. Ciertamente que no todas las costureras pasan así el invierno, pero sí esa, que es bella y honrada. Basta mirar su semblante, lleno de sentimiento y aflicción.

EL ÚLTIMO VIAJE
Cuadro de Bartlett

El autor ha representado con exquisita sensibilidad la conducción del cadáver del niño de unos pobres pescadores de Irlanda al próximo cementerio situado, como sucede muchas veces en aquella costa, en algún cercano islote. Las figuras están muy bien agrupadas y la perspectiva aérea aparece perfectamente estudiada.

FLORES Á LA ENFERMITA.—DE VUELTA DEL MERCADO

No cabe más delicado obsequio que traerle flores á la pobre niña privada de esparcir su ánimo por el ameno campo. Sin duda que tendrá en mucho el recuerdo de su buena amiga y le será deudora de haber sentido en su alma una ráfaga de alegría.

Dulce es, asimismo, la figura de la pobre marinera que de vuelta á casa va sacando muy preocupada la cuenta de lo que ha gastado. La vida es dura para ella y cada moneda de esas representa una exposición de la vida de su padre y hermanos.

CABEZA DE ESTUDIO

Es una buena cabeza, tan venerable como magistralmente dibujada. Hé ahí un hombre en quien, según todas las probabilidades, nadie se fijará al encontrarle por la calle y, sin embargo, tomado por su cuenta por un mozo aprovechado da materia á una obra bellísima. Tal es el poder del arte.

SIN CARETA (1)

Aparentando una dicha
y una calma que no siento,
paso á los ojos del mundo
por feliz y satisfecho.
Muchos envidian mi suerte
pues con los versos divierto,
¡y ríen con mis *Retazos*
mientras yo lloro con ellos!
Si es verdad que por mis labios
la sonrisa vagar dejo,
hay un infierno de ideas
muy tristes en mi cerebro.
Y demostrando alegrías
que me destrozan el pecho
¡es mi vida triste senda
de llanto y de sufrimiento!
Mas no temas que demuestre
los pesares que padezco,
pues cuando el poeta sufre
sabe sufrir en silencio,
y verter fibras del alma
en sus armónicos versos,
los cuales, ya que no gloria,
por lo menos dan consuelo.
¡No saldrá, pues, de mis labios
ni una queja, ni un lamento!
¡En las orgías del mundo
no tienen las penas eco!
¿Qué buscas, mundo? ¿que cante?
¡pues cantar mucho prometo!
Brote la risa á mis labios
y ruja el pesar adentro.
Mártir soy de mi destino
y en la lucha que sostengo,
si no la gloria del mundo
¡quizás halle la del cielo!

J. ADÁN BERNED.

(1) Del libro *Retazos literarios*, recientemente publicado.

LA PRIMERA COPA DE CHAMPAGNE

Había invitado el general á comer á todos sus amigos en una preciosa quinta de su pertenencia, enclavada en un magnífico jardín,—mezcla de umbrío bosque, mezcla de variado invernadero,—donde solemnizaba el día para él más alegre y feliz del año: el día del cumpleaños de su hija. Contábase entre los invitados mi familia. Mi padre, deudo cercano del general y partícipe de sus contratiempos y bienandanzas, vióse obligado á excusar su asistencia por un reciente luto.—«Mándame pues á tu rapaz,»—contestóle el general.

Me presenté en casa mi tío cuando ya los convidados llenaban sus salones. Los criados cruzábanse en todas direcciones terminando los preparativos. En un salón un corro de curiosos sostenía animado diálogo delante de un soberbio cuadro adquirido recientemente en París por el dueño de la casa; sostenían unos que la frescura del color superaba al dibujo; opinaban otros que el trazado de la figura era correctísimo. En la biblioteca, unos graves señores comentaban el último discurso del jefe de la oposición monárquica, mientras hojeaban otros libros y revistas, tendidos en ancho diván ó acomodados en mullida poltrona; oíanse los acordes del piano medio ahogados por un continuado murmullo, en un salón inmediato. Todo era bullicio, todo indicaba franca alegría. Atravesé aquel laberinto dejando á un lado y otro pergamineas mamás, inquietas niñas, irreprochables lazos anudados al rededor de almidonados cuellos, severa levita, lacio frac; me interné en la casa, recorrí todos sus salones y al cabo hallé al general cumplimentando á los recién llegados y dictando órdenes. Dióme un abrazo y me dijo que encontraría á su hija en el comedor, á donde me dirigí en seguida.

Era mi prima una niña aún y ya se mostraba la radiante hermosura que más tarde la había de convertir en acabado tipo de la mujer griega. Mi familia y la de mi prima acariciaban risueños proyectos para lo venidero, concertados antes de partir para el cielo la esposa del general. Era yo muy joven; no rebasaba los quince años y ya era todo lo enamoradizo y apasionado que amenazaba ser después. Estudiaba á la sazón, rudimentos de literatura y bellas artes; la música y la escultura eran mis agradables esparcimientos; el *Ars amandi* mi diccionario y mi primita Gabriela mi encanto.

La encontré en el comedor ocupada en llenar los bolsillos de sus diminutas amigas, de golosinas; nos dimos un fuerte abrazo, después del cual la entregué una lujosa caja con varios regalos de mi madre. Dirigióme rudas reconvenciones por mi tardanza y á vuelta de mil preguntas y después de zarandearme lindamente, colocó con sus rosados dedos en mi boca un dulce que me apresuré á engullir y escapamos al salón. El sarao estaba en su apogeo. Gabriela me arrastró y mi espíritu dócil siempre se dejó arrastrar; envueltos por la turba danzante bailamos hasta rendirnos, charlamos sin tasa ni medida hasta que nos escabullimos y nos bajamos al jardín.

No recuerdo si la Primavera con sus verdes galas y sus flores ó el Otoño con sus cuajados frutos, engalanaban y vestían á la Naturaleza; recuerdo tan solo que el jardín era fondo bellísimo donde resaltaba esplendente la hermosura de Gabriela. Lo recorrimos contándonos nuestras penas y congojas y nuestras alegrías. Ora nos deteníamos á escuchar el canto de un jilguero cuyos melódicos trinos bien podían ser de regocijo ó tristeza; ora nos intrincábamos en espeso rosal donde á cambio de sangriento arañazo salía con las manos repletas de encendidas rosas que colocaba en sus trenzas Gabriela, ayudándole yo en tan grata faena, ó bien nos reclinábamos en rústico asiento hasta donde llegaba el rumor del beso de la brisa á las sútiles hojas y el ruído del arroyo. Así anduvimos largo rato.

Nos dirigimos luégo á una ancha plazoleta rodeada de magnolias, donde iba á servirse el espléndido banquete con que mi tío celebraba los días de su hija. No tardó en desbordarse por las escalinatas y avenidas del jardín la muchedumbre que pisaba antes la alfombra de los salones, dirigiéndose á donde estábamos nosotros. Nos acercamos á rústicas mesas y dió principio la comida. El recuerdo de aquella tarde desaparecerá difícilmente de mi memoria.

. . . . . .

Sordas detonaciones, el ruído de hirviente líquido que se precipita en ruidosa cascada y el débil quejido del cristal al chocar con el cristal, me indicó que el Champagne hacía su escandalosa entrada entre nosotros abandonando su frágil encierro.

Mi tío puso en mi mano transparente copa de tallado cristal que afectaba graciosa forma pompeyana, rebosante del dorado é inquieto líquido en el que fijé medio espantado mis ojos. Parecióme que levísima hurí había derramado en mi copa misterioso licor que iba á convertirme en apuesto caballero, en héroe de los fantásticos cuentos que recitaba mi madre al dormirme en su regazo.

Mi entrada en el mundo iba á sancionarse con una rociada de Champagne. ¡Donoso bautismo!

Aproximé la ancha copa á mis labios y bebí con calma como si intentara apurar todo el misterio encerrado en aquellas inquietas burbujas que del fondo subían en bulliciosa carrera á la superficie, pegándose á mis trémulos labios y produciéndome una nerviosa sensación que parecía invitarme á escudriñar los ignorados placeres de aquel licor de hadas. Dejé la copa sobre el blanco mantel; una pálida gota que quedara en el borde, resbaló vertiginosa por el limpio cristal; germen sin duda de multitud de quiméricos pensamientos, se evaporaba triste y sola.

Un fresco rocío compenetró todo mi sér... Luégo sentí una suave conmoción que trasportó el pensamiento á insondables regiones. Dirigí mi vista en derredor. Los ojos tristes de Gabriela despedían ahora violentos chispazos que repercutían en mi alma con sacudimientos comparables á una descarga de una botella de Leyden. Dentro de mi cabeza parecía agitarse en turbulenta ebullición ígneo líquido. El aire tenía un exceso de oxígeno que consumían rápidamente mis agitados pulmones. Mis ojos abiertos desmesuradamente alcanzaban á ver lejos, muy lejos. El cielo era más inmenso, más infinito: las blancas nubes que se destacaban de su fondo azul, las convertía mi fiebre en alados querubes entre los que volaba mi alma desnuda de su mísera vestidura ó modificaba sus contornos mi intranquilo espíritu trasformándolas en confusa aglomeración de silenciosas estátuas cuyas actitudes convenían á desenfrenada bacanal. Encendíanse los rosados pétalos y abríase el cerrado botón de la flor difundiendo balsámico éter. Las plantas que rastreaban por el suelo erguíanse, alargaban sus tallos y aprisionaban al nudoso tronco enrollándose en él y subiendo, subiendo siempre. Reverdecían las pálidas hojas y enderezábase el mustio tallo; de los secos y rígidos troncos (imagen de la muerte) brotaban blandas yemas (señal de vida) que con su crecimiento daban nuevas ramas llenas de vívida y potente fuerza. Los elevados vegetales celebraban sus amorosas uniones en solitaria región, anunciadas por resonante trino de indiscreto ruiseñor. La tierra regada por nutrida savia que corría invisible por el ligero surco, prestaba calor á todo, y todo seguía la arrebatada corriente de una rápida vida, de un acelerado movimiento.

Sentíme locuaz. Prescindí de mi alrededor y desaté mi lengua antes torpe. Los tiernos conceptos seguían á las enamoradas frases; un torrente de palabras seguía á otro torrente de exclamaciones de júbilo; amontoné ideas sobre ideas, pensamientos tras pensamientos brotados de la pintada corola, prestados por el céfiro, inspirados por el arrullo misterioso del ave.

. . . . . .

Cogió Gabriela mi brazo y nos perdimos en la espesura del jardín. Una orquesta oculta entre la enramada esparcía tristes compases de sencilla gavota. Comencé á atar mis desordenadas ideas.

Nos dirigimos á la quinta. Inclinados sobre la balaustrada de una hermosa galería y tibiamente alumbrados por el triste satélite que aparecía entre los copudos árboles, recordamos mi delirio. Gabriela me repetía que nunca oyó tantas lindezas de mis labios, con las que podría un poeta, decía, formar abultada colección de madrigales.

***

Ha pasado mucho tiempo. Gabriela ha ocupado su puesto entre los célicos querubes que rodean al Señor. Murió y se llevó muchas almas con la suya.

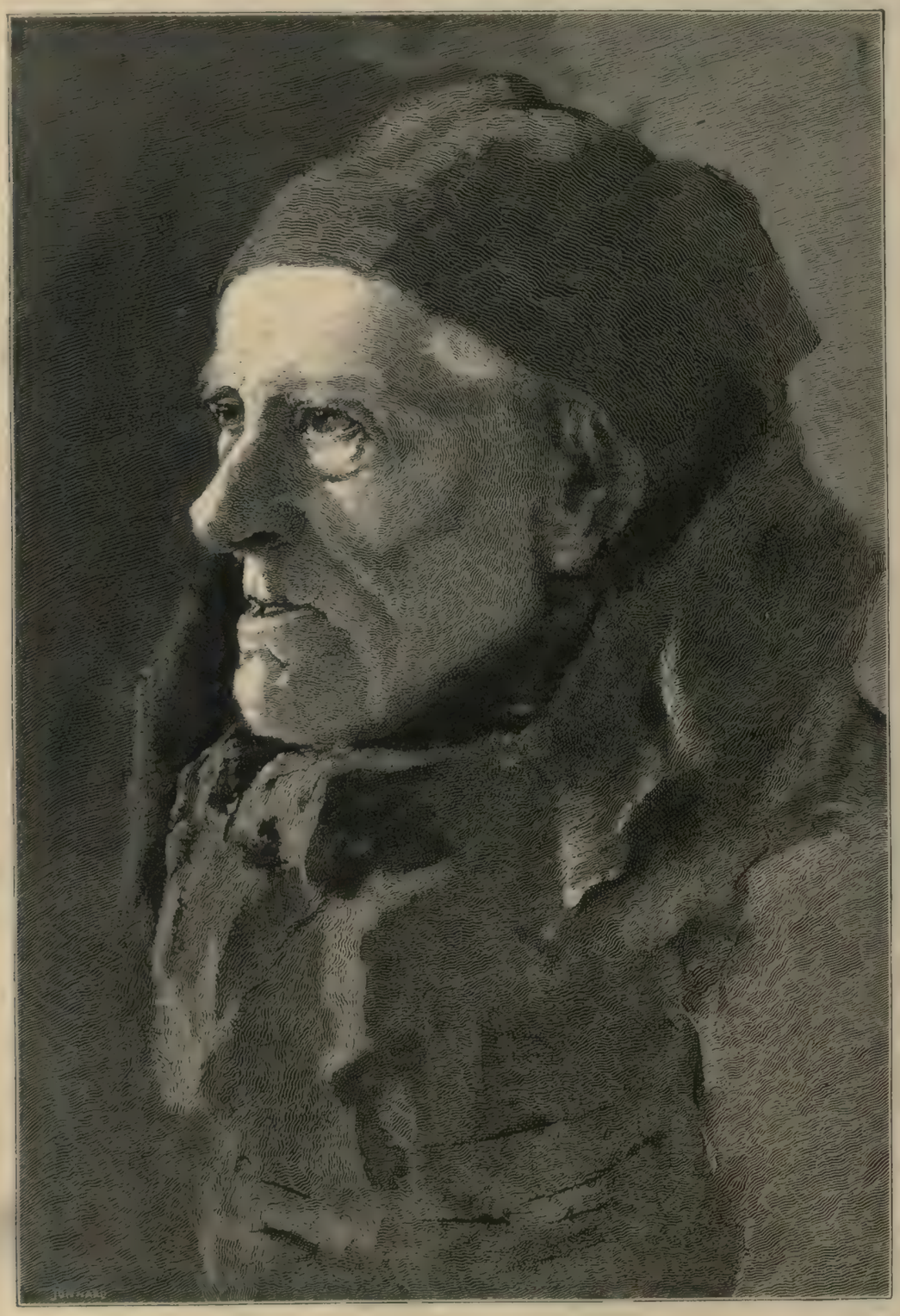
—

He vuelto á beber Champagne.

Risas de sátiros, carcajadas que chocaban en mi oído, chasquidos de besos, espumoso y transparente líquido que me azotó el rostro, furiosa danza, infernal orquesta cuya batuta blandía Lucifer...

Hé aquí la confusa idea que guardó mi atolondrado cerebro de mi segunda copa de Champagne.

BERNARDO MORALES SANMARTIN.



CABEZA DE ESTUDIO

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367, Ramón Molinas, Editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta Casa D. Manuel Plá y Valor, Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. BASEDA.—CALLE DE VILLARROEL, NÚM. 17 ENSANCHE DE SAN ANTONIO.—BARCELONA.

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V	Barcelona 12 de noviembre de 1887	Núm. 254

TIPO MADRILEÑO

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid: cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Una conferencia*, por Manuel Amor Meilán.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Los cosméticos*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—*El público*, por A. Sánchez Pérez.—*Al mar*, poesía, por José M.ª de la Torre.—*La escultura entre los escolares*, por Eduardo Soler.—Nuestros grabados.—*El chinar de las perlas* (leyenda árabe), por Juan García-Guyena Alzugaray.

GRABADOS.—Tipo madrileño.—*Londres*: Palacio de Mecklenburgo. El vestíbulo. Cristales grabados. Salón. Salón visto de frente. Vajilla antigua de plata.—*Exposición de Bellas Artes de París: salón de 1887*. Después del desafío. Mercado de otomo. Mozart.—*París: Museo del Louvre*. La Venus agachada. La Venus agachada, en la galería.—Baile de niños.—Tewkesbury.—Napoleón y Josefina.—*Exposición general de Filipinas*. Instalación de la boa. Interior del Palacio de Cristal. Animales y plantas.—Floristas ambulantes.—Rodope.

MADRID

Cartas á mi prima

El aniversario del *Don Juan* de Mozart.—Hillauraud y Bazaine.—La mejor virtud el vicio.—El pedestal de Bizet es una pandereta.—La gran victoria de *Robert Peel*.

SABRÁS, mi querida prima, que esta noche se conmemora en el Teatro Real el aniversario de la primera representación del *Don Juan* de Mozart: Madrid rinde también al gran compositor el tributo que ya le han rendido las demás capitales de Europa. En Mozart puede afirmarse que se da honor á la música misma, pues él nació ya músico: á los cuatro años extendía las manitas sobre el piano de su padre, arrancando dulces melodías; y las primeras tempestades del genio estallaron debajo de su chichonera. Wagner, que no ha sido deferente con sus colegas, ha declarado que Mozart puede considerarse como la encarnación del arte lírico. Mi opinión, al lado de este juicio ilustre, debe parecer ridícula. Me limito, pues, á plagiar la frase del gran maestro. Por cierto que hay dudas respecto de la fecha en que realmente fué puesto en escena el *Don Juan*. Unos dicen que se estrenó en 4 de noviembre, otros que en 29 de octubre, de 1787. Algunos más eruditos que yo en materias musicales han renunciado á esclarecer este punto: sería presunción intentar resolverlo. Extraña, sin embargo, que sea tan difícil saber lo cierto respecto de un espectáculo presenciado por tantas personas, y de tan grande resonancia. La versión mitológica nos presenta desnuda á la verdad: en aquellos tiempos quizás paseara sin traje, pero hace algunos siglos que va tan encapotada que no es posible conocerla. La misma publicidad que la precede y la rodea sirve de mayor confusión. Hoy día la verdad cambia tanto de trajes que no es posible seguirla en su camino. Por falta de datos no pudo escribirse la historia en otro tiempo: por datos excesivos no podrá escribirse en el porvenir. ¿Quién podrá discernir lo verdadero de lo falso entre el fárrago periodístico de nuestros días? Poco hace que un diario anunciaba el estreno de una obra liricodramática, elogiando y censurando á los autores y á los actores. Era de admirar la precisión de los detalles, que significaban la atención del espectador crítico. Semejante estreno, sin embargo, no había tenido efecto. De los móviles y razones de los personajes políticos y de sus actos no es posible tampoco formar idea, porque la prensa, según sus opiniones, les supone excelentes ó perversos. Los historiadores del porvenir, mareados entre tanto periódico, documento, memorias, folletos, grabados y caricaturas, decidirán inventarla para ser verídicos, como se ha hecho hasta hoy. No hay tal historia: sólo hay novelas en que para figurar es preciso ser ya cadáver.

Sin embargo, el general Bazaine no ha necesitado serlo para figurar en alguna. Verdad es que, respecto de su proceder militar y de sus responsabilidades, tampoco, aun viviendo él, hemos podido saber gran cosa. Hillauraud, cuyo proceso ha empezado á verse ayer, pretende estar en lo cierto: Bazaine es un traidor, y por eso quiso matarle. Hillauraud es joven; tiene veintisiete años; ni es alto ni es bajo; su rostro es agradable, finas sus facciones, la mirada vivísima cuando se exalta. Su bigote, rubio, está retorcido con esmero; el cuidado de su cabeza denota costumbres de tocador, y su traje ciertas pretensiones. Ayer asistió de levita negra, y el clac de seda debajo del brazo. Ya te hablé de este asesinato cuando Hillauraud intentó cometerle. Ayer confirmó lo que sabíamos: declaró que la idea de asesinar á Bazaine nació en él al recibirse en París la noticia de la rendición de Metz; que consultó su propósito con el presidente de la Liga de Patriotas y con algunos otros personajes, entre los cuales figura Sarah Bernard, y es ciertamente extraño que consultase á Sarah no tratándose de una comedia. Hillauraud entiende poco el castellano, lo cual le fué de utilidad en esta ocasión, pues no le hubiera parecido bien su biografía hecha por su defensor. Para éste su defendido no pasa de ser una criatura tratada con rigor por la Naturaleza: es un mentecato de cuerpo entero, enamorado en su juventud, sin esperanza, de una andaluza; que por no servir no sirvió ni para quinto; y que se desquitó de su falta de buen sentido entregándose á las mayores estravagancias patrióticas. El defensor hizo un análisis del libro de Hillauraud titulado *Amores de un viajero*, cuya portada lleva, en primer término, el retrato del autor encerrado en un marco que sostienen dos angelitos. El público quedó convencido, en efecto, de que el general Bazaine, después de su inmensa desgracia de Metz, había estado á punto de sufrir otra casi tan grande: ser asesinado por un majadero. No ha concluído el proceso, mas el público ha dado ya por terminado el incidente. Es uno de esos hechos cuya importancia dimana de matar ó de errar el golpe: es sublime, quizás, en el primer caso; es simplemente ridículo en el segundo. El mariscal Bazaine se presentó en el estrado, apoyándose en una muleta y con el auxilio de un criado suyo y de un hujier de la Audiencia. Su aspecto impresionó al público.—*¡Infame!*—le gritó Hillauraud cuando le vió llegar.—*¡Infame!*—¡Pobre general! ¿Habrá mayor desgracia? ¡Condenado á expiar los errores de un imperio y las derrotas de una nación, todavía los asesinos se creen con derecho á lanzarle una maldición á la frente!

Pasemos á otro asunto: y puesto que tú has tenido siempre el vicio de jugar á la lotería, voy á participarte una innovación trascendental que respecto de este juego apareció ayer en la *Gaceta*. Fernández Bremón publicó, no hace mucho tiempo, en *El Liberal*, una serie de artículos titulada *La lotería moderna se ha hecho antigua*. La reforma del ministro de Hacienda está de acuerdo con el pensamiento de Fernández Bremón. El Ministro no discute la moralidad de la renta: él opina como cierto ministro francés que dijo en ocasión parecida: «Dadme una virtud que me produzca lo que este vicio, y suprimo la lotería.» Puesto que nadie discurre virtudes productivas, y en vista de que nada sale tan caro como las virtudes, el ministro quiere que del vicio se dimanen los menos vicios posibles simplificando el procedimiento, á fin de que el sorteo adquiera mayor claridad y sea de comprobación fácil. Se establece, pues, el sistema de *irradiación*... Se sustituye el bolaje y material antiguo por cinco juegos de bolas nada más. Habrá cinco globos marcados con estas inscripciones: unidades, decenas, centenas, unidades de millar, decenas de millar. Estarán expuestos en un cuadro los cinco juegos de diez bolas para que el público vea que están completos, y se introducirán públicamente en los globos respectivos para extraer de cada uno la unidad, decena y demás cifras que compongan el premio mayor, colocándose éstos en un cuadro, que será la lista abreviada y completa de los premios. Las cifras que queden en los globos se volverán públicamente al cuadro de su procedencia, llenándose con bolas negras los huecos de las premiadas, como comprobante de la operación. La lista de los premios se telegrafiará sencilla é inmediatamente á todas partes. Por ahora este procedimiento se ensayará una sola vez al mes. Si el público no se retrae del juego, quedará definitivamente adoptado: si el público ama la rutina..., el gobierno continuará siendo rutinario. ¿Qué sucederá? El sistema de combinaciones á que se presta la reforma en cuestión no es conocida, y esto es un inconveniente. Hasta es difícil comprender la ventaja de este método no presenciando las operaciones: no todos pueden ordenar en su imaginación bolas y cifras sin que su cabeza se convierta en un verdadero bombo; pero nuestro público es tan novelero que quiere que el primer sorteo especial que se verifique dé grande rendimiento al Estado. Mas, seguramente, como no es posible dar un premio á cada billete ó décimo vendido, aquellos á quienes no les toque la suerte dirán que el sistema innovador es altamente perjudicial é infausto. De todas maneras, hoy por hoy tienes á todo Madrid preocupado con el decreto y procurando explicarse el sistema de *irradiación*, que irradiará todo lo que se quiera, pero que sólo para los matemáticos resulta, de primera intención, sencillísimo y claro.

Me veo en la precisión de dar un salto atrás, de volver á la crónica musical, para decirte que al fin y al cabo se ha estrenado *Carmen* en el Teatro de la Zarzuela. Las peripecias del conflicto entre la Zarzuela y el Real, habían llevado á la primera representación público inmenso. Como sucede en estos casos, unos iban dispuestos á darlo todo por bueno, y otros á darlo por malo todo. El libro ha sido trasplantado á la escena española por Liern, que debe haber encontrado difícil hacer hablar en español á las figuras de abanico dibujadas por Meilhac y Halevy. Respecto de la música, reina el más armonioso desorden entre los críticos. Los unos dicen que esta ópera jamás se aclimatará en España, porque resalta la inverosimilitud de los tipos y la música no tiene tampoco carácter local; otros afirman que nuestro público gustará, en otras representaciones, las bellezas de esta partitura, semejante al tabaco y á la cerveza en el amargor primero y en su creciente dulzura. La ejecución como puedes comprender: cuanto mejor la música, menos buenos son los que no son buenos cantantes. La obra ha sido puesta con verdadero lujo. En fin, *Carmen* durará larguísimo tiempo en escena; que no en balde han intervenido en ella editores del país y extranjeros, los ministros, los embajadores, los abogados y los procuradores. Yo, por mí, deseo que dure tanto... como durará el pleito.

Han terminado las carreras de caballos con la de ayer. La tarde estaba fría y ventosa, el cielo nublado, las tribunas desiertas, el pueblo ausente, los *jockeys* resentidos, los caballos mustios, y pudieron contarse media docena de señoras de esas que sueñan para su tumba con este epitafio: «Murió por vivir á la inglesa.» Una docena de *sportmen*, un *mail coach*, dos *breaks*, cuatro *landaux*, y una *manuela*. La primera carrera fué la más notable. Se corría el premio del Ferrocarril del Norte: 1,500 pesetas. Distancia, 1,000 metros. Sólo corrió *Robert Peel*, de Gobral, que le ganó *disputándoselo á sí mismo*.

En casi todos los teatros de Madrid continúan las representaciones de *Don Juan Tenorio*. Han empezado los ensayos del nuevo drama de Echegaray, que se representará en el Español. En la Comedia se anuncia una comedia de Pleguezuelo...

¡Y se han secado las lágrimas de los que fueron á llorar en los cementerios el día de Difuntos, y se han consumido los blandones que ante las sepulturas se encendieron, y el viento menea tristemente en la soledad las coronas de trapo colgadas en las cruces de mármol y de hierro!...

FERNANFLOR

UNA ROMANZA

PRIMERA PARTE

I

Angelina era una joven encantadora: contaba á la sazón veinte años, y era el objeto obligado de las conversaciones de todos los jóvenes y de la envidia de las muchachas casaderas de Valdesar. Era Angelina de estatura más bien alta que baja, pero no tan alta que constituyese esto un defecto, no: su estatura se había fijado en ese término medio en que las mujeres traspasan los límites de lo regular sin penetrar en los de lo exagerado. A esta clase pertenecía la estatura de Angelina. A pesar de ser ésta un tanto delgada, esta circunstancia parecía aumentar la pureza y corrección de las formas y sus líneas: sus ojos eran grandes, negros, y despedían, en vez de miradas, relámpagos de amor que abrasaban los corazones de los mancebos de Valdesar.

Estos envidiaban con toda su alma á Fermín por ser, al parecer, el preferido por Angelina. Y ya que de Fermín tenemos que ocuparnos, haremos su retrato á grandes rasgos.

Contaría Fermín hasta veinticinco años de edad; era de alta estatura, de fuerte complexión, sano de color, rubio, con ancha y despejada frente que parecía irradiar inteligencia, así como su mirada: pertenecía Fermín á una de las más distinguidas familias de Valdesar; era constante en sus empresas; estaba locamente enamorado de Angelina; y con estos detalles terminamos estos rasguños con pretensiones de retrato de Fermín.

Ya sabemos que éste amaba á Angelina; sabemos que estaba enamorado de ella como un loco: ahora bien: ¿le amaba también ella? Así al menos lo creía el venturoso Fermín y todo el pueblo lo creía. ¡Pues no! ¿Qué significaban entonces aquellas tan tiernas miradas que se dirigían, que no parecía sino que iba el alma envuelta en ellas? ¿Qué expresaban si no? ¿Qué querían decir todos aquellos cuchicheos cuando, acompañados de la venerable mamá de Angelina, campaba la amartelada pareja por sus respetos en el paseo de Valdesar? Porque hay que notar que Angelina parecía no prestar oído sino á lo que Fermín decía: para él era toda ojos y oído. ¿Qué extraño es, pues, que todos los mancebos de Valdesar envidiasen á Fermín?

Un detalle para completar el retrato de Angelina.

Al decir de cuantos la habían oído cantar, tenía una bonita voz de soprano, que, bien cultivada, sería un prodigio.

Pero en Valdesar, como en tantos otros pueblos de poca importancia, no había verdaderos y buenos maestros de música.

Y la voz de Angelina, entretanto, aquella voz que bien cultivada y educada sería un prodigio al decir de los que en Valdesar campaban por peritos en materia musical, permanecía sin cultivo por falta de un buen jardinero.

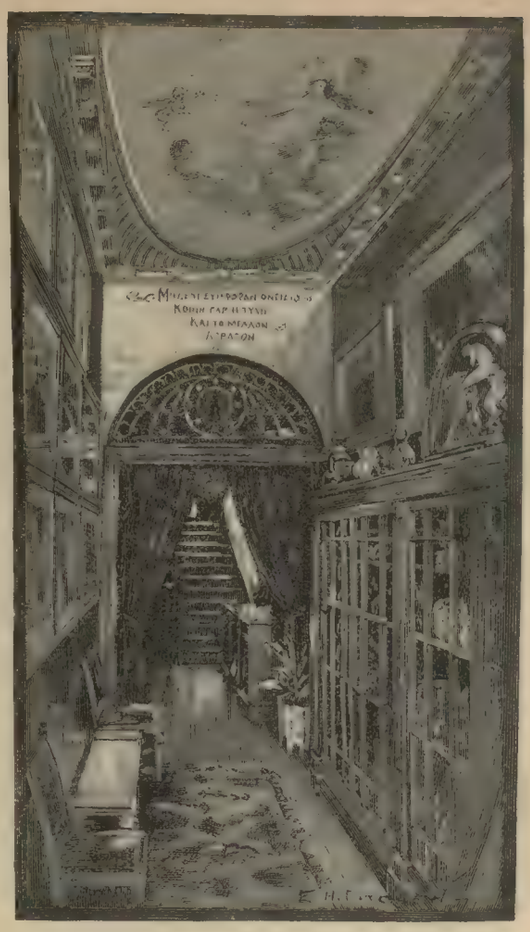
II

Valdesar es un pueblo eminentemente caritativo.

No hay desgracia que no procure aliviar y endulzar en cuanto pueda.

Por eso, cuando los pueblos andaluces se vieron castigados por los terremotos, el Casino de Valdesar hizo un llamamiento á todos los vecinos del pueblo para que contribuyesen á aliviar tamaña desgracia pagando la peseta de entrada en el concierto benéfico que se organizaba.

El programa, repartido con profusión en esquelas color rosa, decía á la letra:



LONDRES: PALACIO DE MECKLENBURGO
EL VESTÍBULO

PALACIO DE MECKLENBURGO
CRISTALES GRABADOS

CASINO DE VALDESAR

Concierto á favor de las víctimas de los terremotos, la noche del 15 de marzo de 1885.

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

1.º *Tanda de valses* por la orquesta. (Strauss.)
2.º El juguete cómico-lírico en un acto

LOS CARBONEROS

3.º *Rapsodia húngara.* (Listz.)
4.º *Il pensier sta negli oggetti*, aria de la ópera ORFEO (Haydn.)

SEGUNDA PARTE

1.º *Pizzicato* de *Sylvia.* (L. Delibes.)
2.º *Vorrei morire*, romanza. (P. Tosti.)
3.º *Morayma*, capricho instrumental. (Espinosa.)
4.º Lectura de poesías

A las ocho y media.

No citaba el programa los nombres de los ejecutantes, ni á nosotros nos importa gran cosa.

Decíase de público que Angelina estaba encargada de las romanzas de Haydn y Tosti, y que Fermín se había comprometido á leer una poesía. Fermín era medio poeta desde que se había enamorado.

¿Qué enamorado no es poeta?

III

Llegó la noche del concierto.

El Casino de Valdesar rebosaba de gente.

Bien que con poca se llenaba el elegante Casino.

Este era más elegante que vasto.

El salón tenía la forma de un rectángulo. Sus paredes estaban forradas de papel rojo con flores de oro. Pendían del techo cuatro lámparas de cristales, en los cuales la luz se quebraba en mil cambiantes. Los pies de los asistentes se hundían en una mullida alfombra de rica labor. En el fondo se destacaba el escenario, muy pintarrajeado con simbólicas figuras su telón de boca. Todo irradiaba luz. Parecía que el salón del Casino era sólo un vasto foco; habíasele declarado, aquella noche y en aquel salón, guerra sin cuartel á la sombra.

Y como si esto no bastase, los ojos de las valdesareñas despedían, según frase de Fermín,

rayos de luz que el sol envidiaría.

La sala, pues, estaba deslumbrante de luz y repleta de hermosuras «que eran la gala de aquel recinto,» como diría al día siguiente un gacetillero cursi.

IV

Alzóse el telón de boca, en el cual se destacaban en un grupo las nueve musas confundidas en estrecho abrazo, y dió principio la función concierto.

Una orquesta formada por ocho socios que así eran músicos como modestos, pues ni una ni otra cosa eran, ejecutaron con ensañamiento una tanda de valses del inmortal Strauss.

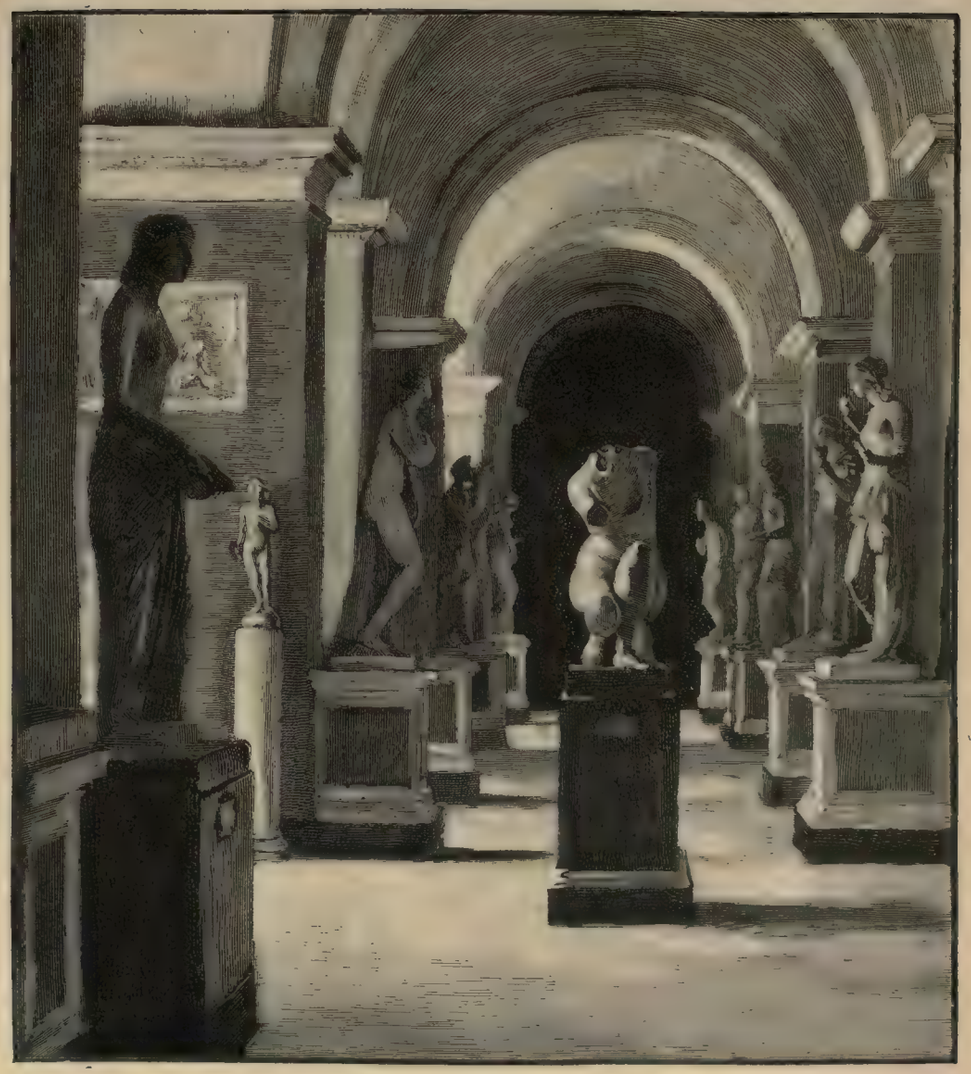
MANUEL AMOR MEILÁN

(Se continuará)

DESPUÉS DEL DESAFÍO (cuadro de N. Sicard

MERCADO DE OTOÑO (cuadro de V. Gilbert)

LA VENUS AGACHADA



LA VENUS AGACHADA, EN LA GALERÍA

PARIS: MUSEO DEL LOUVRE

REVISTA CIENTÍFICA

Fotografías típicas de familia ó de raza.—Inconveniente del [illegible] del aceite.—Contra el mareo.—Remedios contra la [illegible].

Hace algunos años, dice la *Revue Scientifique*, un sabio inglés, Mr. Galton, daba á conocer que era posible obtener el tipo puro de una familia, y hasta de una raza, superponiendo los retratos de cierto número de individuos pertenecientes á esta familia ó á esta raza, y no teniendo en cuenta sino los rasgos comunes, que experimentaban así como un refuerzo natural y dibujaban una fisonomía general que presentaba á veces más semejanza con cada uno de los modelos que no la que éstos presentaban mutuamente entre sí. Procediendo en virtud de este orden de ideas, había obtenido Mr. Galton un *Alejandro Magno*, según seis medallas del Museo Británico, que le representaban en diferentes edades, y una *Cleopatra*, según cinco documentos. Esta Cleopatra era aún mucho más seductora que cada una de las imágenes elementales.

»Pensaba también Mr. Galton que se podría emplear la fotografía para obtener, de una manera mucho más cierta todavía, dichos tipos de raza ó de familia. M. A. Batut ha amparado esta idea, y los resultados que ha obtenido, gracias á una técnica ingeniosa, son, á la verdad, de los más interesantes hechos para alentarle en la tentativa.

El principio que ha guiado á M. Batut es el siguiente. Dada la necesidad de cierto tiempo de posición ó colocación *(pose)* para obtener una imagen fotográfica, si un individuo se coloca en las condiciones de una posición que necesite sesenta segundos y sólo está tres, esto es, un $1/20$ de la duración mínima, no se obtendrá imagen. Pero si se colocan delante del objetivo, sucesivamente, veinte retratos del mismo tamaño, representando individuos de una misma familia, se obtendrá una imagen en la cual ninguno de los rasgos accidentales que modifican el tipo habrá podido quedar fijado, sino que, al contrario, aparecerán únicamente las facciones comunes características de este tipo, que constituyen lo que se llama comunmente *el aire de familia*; y que estarán superpuestas.

»Tal es el principio: hé aquí ahora de qué manera ha realizado su aplicación el autor. Dos operaciones distintas se necesitan: 1.º, obtención de los retratos que deben concurrir á la producción del tipo; 2.º, producción de este tipo. En realidad, cuando se trata del tipo de una familia, bastan, ampliamente, cinco ó seis retratos. Reunidos entonces los individuos en el taller del fotógrafo, fíjase la posición del sitio de colocación y del aparato, en la situación de estar todo á punto para el primer individuo; sucédense los siguientes en la misma posición, que debe ser siempre de cara, corrigiéndose las desigualdades de estatura de los modelos mediante los movimientos de un taburete de piano que sirve de asiento. Las pruebas son tomadas al doble para cada modelo.

»Para la obtención del tipo se toma una prueba cuyos ojos se taladran con un alfiler fino, exactamente en el punto visual. Colocándola bajo un calibre de cristal sin pulimento, y estando la imagen en contacto con dicho cristal, se marcan en éste dos puntos negros, con la punta de un lápiz, á través de los dos agujeros que se han practicado en los ojos. Colócase después sucesivamente cada una de las pruebas bajo el calibre, y mirando por trasparencia se hacen coincidir los puntos visuales con los dos puntos negros trazados. Seguidamente, cortadas todas las pruebas en esta posición, según los bordes del cristal, se las pega en cartulinas de la misma dimensión, en un punto idéntico determinado por un artificio cualquiera, y las cartulinas son colocadas, por fin, en un cuadro fijo *ad hoc* para ser sometidas á la *pose* durante un número conocido de segundos.

»El cliché común deberá llevar el tipo que se busca.

M. Batut habla de la emoción que experimentaba al ver aparecer, á la pálida luz del laboratorio, aquella figura impersonal, aquel retrato del desconocido, en el que se encuentra una pasmosa semejanza con ciertos modelos que han servido para la operación y un notable aire de familia con todos. Y, pormenor digno de tenerse en cuenta, lo más á menudo, el retrato tipo es más regular, más *bello* que ninguno de los que han servido para formarlo. Borrados los accidentes individuales, queda una especie de retrato ideal, cuyas líneas son siempre armoniosas.

»Por lo demás, el autor ha variado sus operaciones. Así, en tal familia ha tomado por separado el tipo femenino y el tipo masculino, y después ha reunido estos dos tipos para obtener una tercera imagen: el tipo general de la familia. No hubiera dejado de ser curioso observar si este último retrato era idéntico al que se obtenía haciendo desfilar por delante del objetivo todos los modelos, hombres y mujeres, en una sola posición.»

Fácil es entrever el alcance de los resultados que puede proporcionar este método y los servicios que es capaz de prestar á la etnografía, y aun quizás á la misma psicología, ya que con auxilio de estas fotografías puede descubrirse la fisonomía esencial, verdadera, de tal ó cual personaje histórico, según ha hecho Mr. Galton con el hijo de Filipo y la hermosa mamá de Cesarión. De esta manera podríamos poner acordes tantos pintores que han interpretado cada uno á su manera un modelo, presentándolo ya como un ser ilustre, ya como un puro zascandil al estilo de tantos como andan por ahí.

***

Después de haber preconizado en este mismo sitio las ventajas del *filage de l'huile* ó la larga del aceite, como nos permitimos traducir, bueno será informar ahora de algún peligro que parece trae consigo aquel cómodo sistema de tener buena mar. Parece, en efecto, según dice la *Gazzette Géographique*, que dicho medio de apaciguar las olas es conocido ha muchos años de los pescadores, pero que muchos se abstienen de emplearlo por lo temible que es para las embarcaciones pequeñas que podrían encontrarse en el surco del buque que hubiese hecho uso del aceite, puesto que á la calma absoluta sucede repentinamente una agitación más violenta aún de las olas, y esto constituye un inmenso peligro al cual el buque sorprendido está á menudo en la imposibilidad de escapar. Consideración de algún valor ciertamente, y que no parece se les haya ocurrido prever y estudiar á los preconizados del *filage de l'huile*.

***

Conocedor M. Skinner, médico naval, de los efectos del mareo, despues de reflexionar mucho sobre la naturaleza de este horroroso sufrimiento ha creído, por fin, haber encontrado su remedio.

«Considerando la *naupatia*,—dice un periódico,—como resultado de un descenso de la presión sanguínea arterial, descenso que estaría á su vez bajo la dependencia de una excitación del gran simpático abdominal y de una suerte de inhibición refleja cuya excitación sería el punto de partida, ha tenido la idea de apelar á medicamentos capaces de realzar la presión sanguínea, y ha empleado ya la cafeína, ya la atropina y la estricnina maridadas.»

Estando la absorción gastrointestinal suspendida durante el mareo, estas sustancias deben ser administradas por la vía hipodérmica. Hé aquí la fórmula que propone el autor en una nota publicada en *La Semaine Médicale*: sulfato de atropina, 0'04; sulfato de estricnina, 0'04; agua de menta, 40 gramos.

Se practica una inyección subcutánea de un gramo de esta solución que contiene un miligramo de cada uno de los alcaloides.

PALACIO DE MEKCLENBURGO: SALÓN

Si al cabo de dos horas de la primera inyección el enfermo no se siente ya curado, puede inyectarse otro gramo de la mezcla, sin ir ya más lejos por aquel día. Para un niño de dos años debe emplearse la *sexta parte* de la dosis indicada.

M. Skinner pretende haber obtenido á menudo efectos sorprendentes de esta medicación, apareciendo la curación á los pocos momentos de hecha la puntura. La cafeína, administrada por el mismo método, le proporcionó también buenos resultados. Hé aquí la fórmula: cafeína, 4 gramos; salicitato de sosa, 3 gramos; agua destilada, cantidad suficiente para 10 centímetros cúbicos.

Inyóctese un centímetro cúbico de esta solución, ó sea 30 centigramos de cafeína.

Parece también que una mezcla de cocaína, cafeína y atropina produciría asimismo buenos resultados. Todas estas medicaciones, tratándose de una *naupatia* simple, producen cuando menos una satisfactoria mejoría y casi siempre la curación. En cuanto á los inconvenientes que pueden presentar no son de mucha cuenta: un poco de sequedad en las fauces, ambliopía pasajera, algún dolor en el sitio de la inyección.

A su vez M. F. Regnault ha puesto á contribución, con el mismo objeto, la famosa cocaína: la solución debe ser algo concentrada, al décimo, administrándose ya por la vía hipodérmica, ya en bebida, á la dosis de 10 á 13 centigramos de cocaína; dosis que nos parece muy atrevida. M. Regnault piensa que en tal caso la cocaína obra anestesiando el estómago, como haría con la piel. Pero una cosa es la piel y otra el estómago, y ya, hace algunas semanas, dimos noticia de los peligros que traía consigo el empleo del supradicho alcaloide.

***

Constante la medicina en buscar remedios para la difteria, hase preconizado en estos últimos meses dos que parece deberán prestar buenos servicios, á saber: el ácido oxálico y el cloral.

El padrino del primero es el doctor Cornilleau quien dice haber curado en Angers diez y siete diftéricos, entre diez y ocho, nada más que dando al enfermito, cada dos horas desde el principio del mal, una cucharada de la siguiente solución: Acido oxálico, un gramo y medio; infuso de te, 120 gramos; jarabe de corteza de naranjas agrias, 30 gramos. Algunos médicos españoles cuentan también maravillas de este tratamiento, si bien lo han ampliado con pulverizaciones de una solución de sublimado corrosivo al milésimo, buena alimentación y una medicación eminentemente tónica.

El otro remedio ha sido presentado por M. Mercier, de Besanzón. Este dice que en cuarenta y ocho horas cura infaliblemente la difteria mediante la administración de jarabe de cloral, al vigésimo, por cucharadas de 2, 3 ó 5 gramos, según la edad, cada media hora. La mejoría aparece á las veinticuatro horas. Curación, un 95 por ciento.

Este método no presenta ningún inconveniente, y parece bastante racional, dado que el cloral, en ciertos casos, manifiesta una acción antiséptica, superior quizá á la del mismo ácido fénico. Hace bastantes años se empleó ya dicho agente, no precisamente al interior, pero sí en solución concentrada, para aplicaciones locales, en esta misma enfermedad.

ALFREDO OPISSO

LOS COSMÉTICOS

Es ya muy antiguo el uso de sustancias destinadas á cubrir la piel para ocultar los estragos del tiempo. Siempre han existido personas que, mal avenidas con los deterioros de los años, han tratado de encubrirlos, aun cuando no hayan conseguido su deseo sino á medias, ó les haya acarreado, en ocasiones, enfermedades graves, sin tener en cuenta que

arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.

La caída del cabello, la cana que asoma inoportuna, la piel arrugada, el diente que desaparece, son hechos que tratan de ocultarse, como si por ello no hubieran de existir. Pero, como afirma con razón un higienista eminente, son vanos los clamores del hombre de ciencia contra el uso de los cosméticos en sus múltiples formas, pues tal es la fuerza de la costumbre, que ha llegado á constituir una ley, en términos que sólo prohibe la higiene aquellos que desde luego son perjudiciales, tolerando los inofensivos.

PALACIO DE MECKLENBURGO: EL SALÓN VISTO DE FRENTE

Los griegos y romanos hacían bastante uso de los cosméticos, sobre todo en tiempo de su decadencia, y muchos de los que empleaban no han llegado hasta nosotros. Critón de Atenas y la reina Cleopatra dicen que escribieron tratados sobre este asunto.

Son en gran número las sustancias que se emplean en el concepto de cosméticos, y en esta parte debe la higiene á la química no escaso número de datos para establecer sus afirmaciones.

Como absorbentes, se emplean varios polvos constituídos por el almidón ó el arroz aromatizados con esencias. Estos son los únicos que puede consentir la higiene, puesto que otros son altamente perjudiciales. Así sucede, por ejemplo, con el albayalde ó carbonato de plomo, que, mezclado con manteca de vaca y cera virgen, constituye el blanco de Kremer, el cual comunica á la piel un hermoso color alabastrino, pero ejerce una acción perniciosa, sobre todo cuando el uso se prolonga indefinidamente. Además presenta el inconveniente de ennegrecerse en el momento de ponerse bajo la influencia de las emanaciones del hidrógeno sulfurado, como sucede con el gas del alumbrado cuando está impuro. No ha sido raro ver muchas señoras, en teatros donde había fugas de gas, completamente ennegrecidas á consecuencia del sulfuro de plomo formado á expensas del súlfido hídrico procedente del gas del alumbrado.

También se usa, para blanquear la piel, el subnitrato de bismuto, que es el nitrato bismútico tribásico ó magisterio de bismuto; y aun cuando por sí solo es inofensivo, debe emplearse con precaución, porque va casi siempre acompañado de pequeñas cantidades de arsénico blanco (ácido arsenioso).

El sistema piloso es y ha sido siempre objeto de gran número de cosméticos. Ya para suavizar, cambiar de color, desaparecer ó aumentar el cabello, forman los cosméticos un inmenso catálogo, donde la charlatanería ha tenido no escasos representantes. Para teñir el pelo se usan, por lo común, preparados de plata: muchas veces el mismo nitrato de plata en disolución. La llamada *Agua de China* está formada por una mezcla de los nitratos argéntico y mercúrico, ambos en disolución concentrada. Tam-

BAILE DE NIÑ

3 (dibujo de E. Ravel)

bien usan el artificio de peinarse primero con peine de plomo y lavar después el pelo con una infusión de hojas de nogal, así como el de pasar, por cima del cabello, jabón que contenga negro de humo; pero estos procedimientos tienen el inconveniente de que sus efectos son muy poco duraderos.

Los perjuicios ocasionados por las preparaciones de que forma parte el plomo, han sido desgraciadamente comprobados por aquellas personas que los han empleado con profusión, como los artistas dramáticos.

El charlatanismo ha designado con pomposos nombres infinidad de sustancias comprendidas en el grupo de los cosméticos y cuyos efectos son más ó menos perniciosos, pero que no han podido menos de atraer la atención vulgar, como sucede con los denominados *Leche virginal, Crema de belleza, Agua de Ninón, Tesoro de la boca, Pomada de las sultanas, Toalla de la diosa Venus,* etc. Así es que, para dar á la piel la coloración que ha perdido con la edad, ó la tersura propia sólo de los juveniles años, usan diversidad de mezclas, en cuya composición no nos detenemos por ser impropia de este lugar.

En Judea, en Egipto, en Grecia y en Roma, las mujeres se pintaban las cejas y las pestañas, y se coloreaban los labios para aumentar su belleza y llamar la atención. Se han encontrado también estas costumbres hasta en los pueblos salvajes del Asia y del Africa, como también en las extensas regiones americanas; lo cual prueba que los defectos de la humanidad son iguales, cualquiera que sea el país que se considere.

Las aguas aromáticas que se emplean como cosmético son asimismo en gran número. La más generalmente usada es el agua de Colonia, que es una disolución en alcohol de diferentes esencias, y cuyo empleo no es perjudicial. Una buena fórmula para su preparación es la siguiente: esencia de bergamota, limón y cidra, cuatro partes; de canela, una; de espliego, dos; de azahar y romero, dos; de mil flores, cuatro; alcohol de melisa, sesenta, y alcohol de noventa grados, cuatrocientos ochenta. Se mezclan estas sustancias, y se tienen en contacto por espacio de seis días, trascurridos los cuales puede rebajarse el alcohol á sesenta grados, y se filtra trascurridas cuarenta y ocho horas.

Resumiendo, debe decirse de los cosméticos que, en general, son inútiles ó perjudiciales. La ficticia belleza que proporcionan es á expensas de la tersura de la piel ó de la salud del individuo. Forzoso es convencerse de que la hermosura natural no es posible imitarla, y los efectos producidos por el artificio sustituyendo á la naturaleza, semejan mucho á los que resultan de los pálidos reflejos de las luces que la industria humana produce, comparados con los deslumbrantes resplandores del astro del día.

Los mejores y verdaderos cosméticos son la limpieza, la buena aplicación de los preceptos higiénicos y la templanza en todos los actos de la vida.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

PALACIO DE MECKLENBURGO

VAJILLA ANTIGUA DE PLATA

EL PÚBLICO

PÚBLICO. m. Conjunto de las personas que participan de unas mismas aficiones ó con preferencia concurren á determinado lugar. ‖ Conjunto de las personas reunidas en determinado lugar para asistir a un espectáculo ó con cualquiera otro fin semejante.
(La Academia Española.)

Sucede al público lo que sucede á todos los poderosos de la tierra, y hasta me figuro que del cielo: los que más le deprimen cuando no pueden oirles son los que más le adulan cuando se hallan en su presencia; y no exceptúo de esta regla general al *Fénix de los ingenios,* al insigne autor de *La Estrella de Sevilla,* de *La Dama boba* y de tantas obras inmortales, que para el público escribía, que solicitaba su indulgencia, que mendigaba su aplauso, que solía llamarle *Senado ilustre* y decía después que era *justo*

hablarle en necio para darle gusto.

Porque, si bien dijo eso hablando del *vulgo,* sabido es que, para los poetas, vulgo y público son una misma cosa.

El público es para los autores una especie de comodín sobre quien descargar todas las responsabilidades y á quien achacar todas las culpas. Es á manera de *galeoto inconsciente,* del cual echan mano los autores para explicar los desaciertos en que ellos incurren, así como sancionar los éxitos felices que logran.

Pero ¡hombre! -se pregunta á un autor discreto, á un escritor culto, que ha escrito algo chavacano y cursi;—pero ¡hombre! V., persona de buen gusto, de gran cultura y paladar delicado, ¿se atreve á dar con su nombre trabajos tan de brocha gorda?

-Amigo mío,- contestará,—*el gusto del público* va por ahí, y el gusto del público se impone. El paga, para él se escribe, él concede ó niega su aprobación, y no hay sino escribir así ó renunciar resueltamente á escribir.

¡Pobre público! Bueno y muy bueno es que tengas anchas espaldas para soportar el pesado fardo que sobre ellas echan.

¡Válgame Dios! (si quisiera valerme) ¡y cómo te ponen de inculto, de estúpido, de extraviado, de qué sé yo! Y todo para disculpar los extravíos, la estupidez y la ineptitud de muchos que escriben como podrían freir buñuelos.

Y no es lo malo que digan eso y eso piensen los que son incapaces de concebir un pensamiento trascendental y darle forma y desarrollo artísticos: lo malo es que esa opinión se extiende y se generaliza, y llega á ser considerada como axioma hasta por personas doctas y de inteligencia clara é ilustración probada y reconocida.

—El gusto del público se encuentra estragado,—dicen muy convencidos; las aficiones del público van por derroteros de perdición: lo extravagante, lo chavacano, lo tosco, es lo que ahora priva; chistes groseros, actitudes lúbricas, exhibiciones escandalosas, inmoralidades y torpezas: esto es lo que constituye hoy el arsenal de los recursos escénicos. Aquella delicadeza de sentimientos, aquellos epigramas finos, saladísimos y agudos; aquella situación hábilmente preparada, aquellos ingeniosos y animados diálogos; todo eso ha desaparecido y no hay medio de que reaparezca: si algún autor pretendiera resucitarlo, el público lo rechazaría. El público de hoy no quiere delicadezas ni ingenio: sólo quiere chocarrerías y desvergüenza.

E pur si muove... y, sin embargo, el público, hoy como ayer, aplaude lo bueno y lo celebra, y sabe estimarlo y lo saborea.

Es cierto, muy cierto, que el gusto del público ha experimentado modificaciones importantes: ¿cómo no si en el trascurso del tiempo se modifica todo y todo se trasforma? Trasformado está el gusto del público: es verdad; pero no en el sentido en que por lo general se cree. Precisamente es en sentido contrario.

El gusto del público es hoy mucho más delicado que era antes. Su juicio ha madurado, su cultura es mayor, y mayor, por consiguiente, su exigencia.

El gusto, lejos de haberse estragado, se ha depurado y es más exquisito que era hace algunos años; y esto es lo racional y esto es lo lógico: pensar otra cosa sería cegar los ojos á la luz, desconocer y negar la ley del progreso. Cuando todo adelanta, cuando se perfecciona todo, ¿va á ser el gusto del público lo único que retroceda y empeore? ¡Oh! No: esto no podría suceder ni sucede.

Lo que sucede aquí es que vemos y tocamos los efectos y no hemos atinado con las causas: para explicarnos aquéllos señalamos éstas, y en eso está la equivocación. Porque la muchedumbre llena todas las noches los teatrillos de funciones por horas y no concurre sino muy de tarde en tarde á los teatros en que se le dan funciones

serias, queremos creer que la tendencia del público va extraviada, y que busca lo malo en vez de buscar lo bueno. Es un error.

El nivel intelectual del país ha subido mucho. Concretando estas reflexiones á Madrid, bien puede asegurarse que las nueve décimas partes de los que hoy concurren al teatro, y allí gozan y en él disfrutan, pertenecen á las masas cuyos representantes, hará treinta ó cuarenta años, no sabían lo que era una representación teatral.

No somos aún muy viejos los que hemos conocido en Madrid dos ó tres teatros solamente: *El Príncipe, La Cruz* y *El Instituto;* que con ser tan escasos en número, y con tener, por lo común, excelentes compañías, estaban casi siempre vacíos. En Madrid no había entonces público bastante para sostener dos teatros, que permanecían cerrados la mayor parte del año, y en que, aun en la corta temporada teatral, no se daba función diaria.

Desde aquella época á esta, ¡qué diferencia!

En Madrid existen hoy, casi constantemente abiertos, doce teatros; y para todos hay público, y en todos se ve animación, y á todos va la concurrencia cuando una obra gusta y logra celebridad.

Esos espectadores que concurren á los teatros *de á real* no son público arrebatado á los teatros formales, sino todo lo contrario: forman un público que ahora comienza á frecuentar esos sitios, que poco á poco tomará afición al arte, y que mañana, depurado su gusto, no se satisfará con juguetillos insustanciales y habrá menester de alimento espiritual más nutritivo.

Pero así como el parroquiano de la taberna se ha elevado á espectador de los teatros pequeños, el antiguo concurrente, por extraordinario, á la representación de comedias y dramas, se ha educado más y es más exigente: para satisfacerle hoy, para llenar sus aspiraciones, para responder á sus deseos, se necesita algo más que una docena de quintillas bien escritas por el poeta y bien recitadas por el cómico; y como darle una cosa buena no es tan fácil hoy como ayer lo era; como á veces el poeta se empeña en echarlas de padre maestro, y de predicador, y de consejero para el público, que no necesita consejos, ni gusta de sermones, ni busca maestros, y que suele saber más que el pretendido maestro; ocurre que, en ocasiones, ese mismo público, entre pasar tres ó cuatro horas escuchando algo que él tiene sabido de sobra y que le quieren dar como cosa nueva, y distraer el ánimo viendo alguno de esos disparates que cuando menos provocan la risa, opta por esto último.

Esto no quiere decir que su gusto esté estragado: significa solamente que no le sirven el alimento exquisito que necesita; y á falta de él, y en espera de que llegue, pasa el rato como puede y lo menos mal que puede.

Esta es la verdad, y de ello se convencerán los autores cuando estudien mucho, lo bastante para ponerse, por lo menos, á la misma altura que la generalidad del público, y escriban obras dignas de un público inteligente é instruído; más inteligente y más instruído, y por lo tanto más exigente, que el de la primera mitad de este siglo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

AL MAR

Cuando te miro en horas de tormenta
rugiendo con furor,
me pareces el alma de un celoso
que su dicha perdió;
y si te miro en horas de molicie
inundado de sol,
gigantesca esmeralda me pareces
del anillo de Dios!

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

LA ESCULTURA ENTRE LOS VISIGODOS

I. Monumentos funerarios. – II. La cruz y el Cristo. – III. San Juan de Baños

I. Descúbrense en bastante número (1) sepulcros pertenecientes á la civilización visigoda,

MOZART (estatua por Barrias)

EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE PARÍS. SALÓN DE 1887

debiendo tenerse por tales algunos que, despojados de ornamentación y labrados con no escasa rudeza, han sido considerados de más remota antigüedad. Por testimonios escritos consta la existencia de los sarcófagos exentos. Puede inducirse la de los murales fundándose en la práctica de colgar sobre los de los santos, mártires y otros hombres insignes, palomas y coronas, lo cual no podría hacerse sin fijar las cadenas en los puntos centrales del intradós del arco; pero confirma la conjetura el que se conserven actualmente, como únicos ejemplos de sepulcros murales, á la vez que del arte latinobizantino, dos que se hallan en el que fué monasterio de Nuestra Señora de Covadonga, erigido en 740 por Alfonso el Católico. Estos sepulcros contuvieron los cadáveres de los primeros abades, y hoy en uno está el del primer marqués de Pidal, descansando la caja sobre tres leones (1).

En León (Catedr.: claustro) hay incrustados en los muros algunos sepulcros pertenecientes á su primitiva basílica, Santa María de Regla. También en Oviedo (Museo), procedentes del monasterio de la Vega, y en Salamanca (Catedral vieja) además del relieve de su claustro (entierro del Salvador).

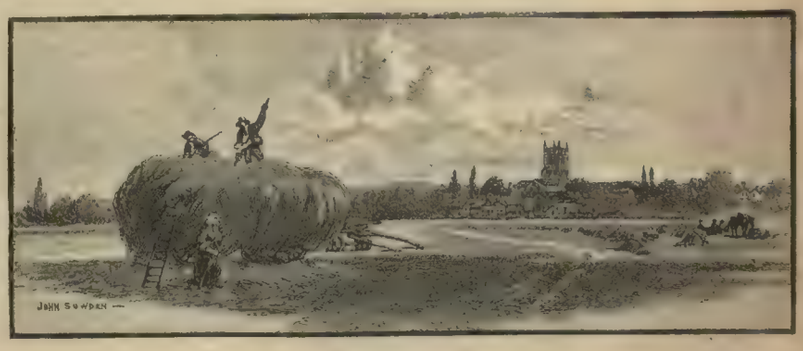
Siendo pocas las losas sepulcrales que conocemos, debe mencionarse la del presbítero Crispín, descubierta por el señor Amador en la basílica destruída de Guarrazar, del VIII, que ostenta una cruz griega encerrada en un círculo (2). Descripción más detallada ha merecido la piedra sepulcral de San Honorato, sucesor de San Isidoro, existente en Sevilla. (Bibliot. Colombina: muro de la escalera) (3). Es una tapa de sepulcro con extensa inscripción y ornatos, algunos profundamente tallados. Debe ser del VII siglo, en que comienzan los visigodos, aunque tímidamente, á alterar el alfabeto romano que adoptaran.

En la parte inferior de sus tres casas corre una orla, formada de dobles ángulos agudos ligados entre sí, á manera de una cinta de puntos: estas fajas dejan espacio entre ellas para otra de la misma figura, pero siendo los lados del ángulo mucho más cortos. En las casas laterales después de la orla hay espacios que ocupan cuatro círculos (dos con una flor de ocho pétalos ovalados agudos: dos con flores radiadas, cuyos rayos, que nacen de un botón central, se inclinan todos hacia la derecha). Separa los cuatro círculos una flor colocada en medio de dos ramos horizontales. «Desde la línea en que termina este ornato está la piedra profundamente tallada en toda su extensión, produciendo un dibujo que resulta de la combinación de una faja horizontal de circunferencias tangentes, á la que corta la inmediata superior, de modo que las de esta segunda son secantes á las de la primera, y así sucesivamente en las demás. Esta forma una serie de flores de cuatro pétalos, que destacan sobre el fondo que se vació al trazar las circunferencias.»

En general la ejecución es vigorosa; pero no esmerada ni sujeta á trazos geométricos, lo cual produce desigualdad en las formas.

Los rasgos bizantinos de esta piedra son: *a,* las líneas quebradas de ángulos agudos iguales, paralelas entre sí (como en la corona votiva de Recesvinto hallada en Guarrazar); *b,* las circunferencias que llevan figuras inscritas ó flores (como en dicha corona y en su remate colgante, en el fragmento de la piedra túmulo del VI, en el Museo de Sevilla y en la iglesia de Teotocos, Constantinopla).

En el Museo citado de Sevilla está la lápida de Octavio, del VI, cuyo emblema es latino



TEWKESBURY

(1) Amador de los Ríos, J. *Mus. esp. de antig.*, I. pág. 239.

(1) Descripcion detallada, pág. 210. *Diseños en los monumentos arquitectónicos.*

(2) Mayores detalles en el *Arte latino-bizantino* del mismo autor.

(3) Boutelón: *Rev. de Fil. Sevil.*, III, pág. 439.

NAPOLEÓN Y JOSEFINA (cuadro de Eleuterio Pagliano)

EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS

INSTALACIÓN DE LA BOA.—INTERIOR DEL PALACIO DE CRISTAL.—ANIMALES Y PLANTAS. (Dibujo de P. y Valor.)

la cruz y á cada lado un ave que se dirige al centro, como se ve en las Catacumbas.

II. ¿Conoció la Iglesia visigoda la cruz y el crucifijo? La antigüedad de aquélla es más remota que la de este (1). La de forma latina está representada en las más antiguas descripciones sepulcrales, y en un monumento que se supone ser del siglo I. Esa representación en inscripciones sepulcrales se multiplica desde el hallazgo de la verdadera cruz por Santa Elena, madre de Constantino, especialmente en el V. Á esta forma de cruz sigue la llamada *monumental*, que aparece por vez primera en las Catacumbas del cementerio Panciano, en el siglo VIII. Por lo que hace á España, la cruz triunfante, con una corona que circunscribe el monograma de Cristo, y dos palomas sobre los brazos, se ve en el sarcófago de Valencia, hoy en el Museo Arqueológico.

Los visigodos ponen la cruz en las monedas; pero por la influencia procedente de Bizancio, adoptan la cruz griega, de cuyo tipo es la famosa de los Angeles ó de Alfonso el Casto, guardada en Oviedo (Catedral.)

Pero la existencia del crucifijo en aquellos siglos, es de más difícil prueba, y, por lo que hace á España, puede negarse. Anterior al siglo VI, dice el Sr. Assas, no hay imagen de Jesucristo en la cruz, de uso general; pues el grafito del Museo Kircher, en Roma, del siglo III, que representa un personaje crucifijado, con cabeza de asno (los cristianos eran inculpados por los paganos de ser adoradores del asno silvestre ú onagro), aunque contuviera la imagen de Jesucristo, como deduce el P. Garucci (*Il crocifixo graffito*, 1857), no demuestra la frecuencia del uso de la imagen, que hay que fijar en el VI; mencionando San Gregorio de Tours uno pintado de este siglo, en Narbona, y siendo el del tesoro de Monza, procedente de San Gregorio el Magno, del VII.

La representación de Jesucristo desde el VI en Occidente, se hace primero bajo la figura de cordero, luego en persona, cabeza ó busto, pero no crucificado), más tarde de ambos modos, indistintamente. Aun en el X, el falso concilio de Constantinopla *in Trullo* (952) manda se [illegible] la imagen humana de Jesucristo en lugar del cordero.

En España sabido es que el concilio de Illiberis, del IV, estableció en absoluto la prohibición de que hubiera pinturas en las iglesias, con el intento de prevenir la idolatría, tan arraigada en las costumbres, que aun en el VII habían de condenarla los concilios de Toledo III y XII, reproduciendo la prohibición antigua del iliberitano. Sólo se pintaban ángeles. Pero de imágenes de Jesucristo no se tiene noticia, conjeturando que las más antiguas no remontan más allá del X (Godoy).

III. Divididos se hallan los pareceres sobre el arte que se muestra en la iglesia de San Juan de Baños, tal como hoy la conocemos; diversidad antigua entre nuestros arqueólogos, como puede verse en el Caveda. En esa iglesia existe actualmente una estatua de mármol blanco, que debió estar dorada y pintada, imagen de San Juan Bautista. Descríbela el Sr. Rada (2), diciendo que su parte posterior está sin modelar y es plana, cómo si sirviera la estatua para adosarse á un muro; por lo cual, más bien parece alto relieve. La cabeza es del tipo con que los escultores romanos representaron á Júpiter, falta de expresión ideal, como obra del arte pagano, y, por lo mismo, ejecutada según sus buenas máximas. Las piernas están modeladas con más descuido: son delgadas, rígidas, simétricas en su disposición y formas, y su dibujo en los extremos es defectuoso. En esto, como en ser la mano izquierda mayor que la derecha y con movimiento demasiado violento, se observa la completa decadencia del arte.

Esta estatua es la más importante visigoda, ya que por su falta de idealismo no puede ser obra de la edad media y que su placidez y tranquilidad acusan la influencia pagana. Siendo así, es prueba de que la estatuaria fué conocida de los visigodos, contra lo que se ha repetido.

EDUARDO SOLER

(1) [illegible] Estudio, [illegible] de [illegible] á [illegible] en España. Mus. esp. de antig. III, pag. [illegible] — Assas: Crucifijo de Fernando I. Mus. I. [illegible]

(2) Mus. esp. de antig. I.

FLORISTAS ROMANAS (cuadro de Poynter)

NUESTROS GRABADOS

TIPO MADRILEÑO

¿Avez-vous vu dans Barcelone
une andalouse au teint bruni, etc.?

Esa madrileña representa, sin duda, el tipo de *gatita*, pero no está expresado con la fogosidad que requiere su interesante argumento. Con todo, es muy bonita y no deja de ofrecer un aspecto bastante *picante* vista así. Probablemente las cosas deben verse de distinto modo según quien las mira, y así se comprende que cuando vienen extranjeros á visitarnos descubran las cosas más estupendas del orbe.

LONDRES: EL PALACIO DE MECKLENBURGO

Ocupa este palacio el número 46 de la calle de su nombre, siendo propiedad actualmente del opulento mejicano señor Sala, que lo ha convertido en un precioso museo, llevado de su depurado gusto de coleccionista. Pueden verse en este número la disposición de algunas piezas y varias de las rarezas artísticas allí conservadas.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE PARIS
SALÓN DE 1887

Es M. Julio Breton un incorregible idealista, lo cual no quita que sus paisajes sean pagados á peso de oro y constituyan la admiración de los inteligentes, así por el conocimiento de la perspectiva aérea como por el modelado de las figuras, y lo mismo por la *modernidad* del sentimiento que por la gracia idílica de sus escenas. Buen testigo es de ello *Á campo traviesa*.

Le soir de M. Duez es una vasta tela destinada á contener tres vacas que pacen en medio de un paisaje todo verde, que contrasta con el tono entre violeta y lila del mar que sirve de fondo al cuadro. Es un lienzo decorativo muy armonioso por la atinada superposición de las dos masas de colores violentos. No cabe negar que la obra respira cierta grandiosidad y misterio que la hace muy agradable.

Por diferentes mares navegan M. Gilbert con su *Marché d'automne*, suculento poema realista que pide á voces una cocinera que se encargue al momento de guisar una *gibelotte*; y M. Sicard, que en *Después del desafío* puede alabarse de haber añadido una elocuente página más á *La morale en action*.

En cuanto á la estatuita de *Mozart* por M. C. Barrias, es verdaderamente sorprendente, y por ella merece mil plácemes su autor. Bien se ve que el eminente escultor quiso echar allí el resto.

LA VENUS AGACHADA DEL LOUVRE

Fué descubierta esta Venus en Viena del Delfinado (Francia), y al decir *Venus* hablamos como habla la generalidad, pues nada prueba que represente efectivamente tal divinidad, siendo meramente un término convencional para designar una hembra de notable hermosura. En realidad se trata de una mujer absolutamente terrenal, digna de medirse, á pesar de su humilde esfera, con las famosas Venus de Milo y de Médicis: una obra *naturalista*, pero llena de encanto, de dulzura y de suavidad.

BAILE DE NIÑOS
Dibujo de E. Ravel

Como dibujo no hay más que pedir: es cosa buena. Respecto al asunto, hay mucho que decir, pues andan muy divididas las opiniones acerca de la coreografía infantil.

TEWKESBURY

Es esta una antigua ciudad del condado de Glocester, la cual, á pesar del trascurso de los tiempos y de formar parte de la industrialísima y progresiva Inglaterra, no parece querer salirse de su paso, apareciendo hoy tal como se la veía en los buenos tiempos de la edad media.

La verdad es que, con sus viejas construcciones ojivales y la profunda tranquilidad en que vegeta, ni envidiada ni envidiosa, parece que no lo pasa del todo mal, apareciendo más original y típica que las demás ciudades que han querido trasformarse y no han hecho más que volverse monótonas.

NAPOLEON Y JOSEFINA

Cuadro de E. Pagliano

Napoleón no fué un Bizco del Borge, como opina Taine, ni un San Vicente de Paul, como quiso decir el malogrado Alberto Duruy: fué, sin duda, hombre de gran talento, pero no le libró esto de tocar muchas veces el violón como el último ministro de Madrid. Así, nada más disparatado é inicuo que su divorcio. ¡Fragilidad, tu nombre es... Napoleón! ¡Pensar que el brutal marido aquél era el mismísimo general Bonaparte que desde Egipto le escribía á la viuda Beauharnais, á la hechicera criolla, á la discretísima y gentil Josefina, las cartas más admirables, más arrebatadas, más fogosas, más sentidas, más enloquecedoras, que podría forjar el mismo Victor Hugo! Todo lo olvidó, sin embargo, para casarse con María Luisa de Austria, verdadera alma de cántaro si las ha habido nunca.

EXPOSICIÓN GENERAL DE FILIPINAS

Finalizamos hoy la serie de nuestros grabados sobre la interesantísima Exposición celebrada en el Parque de Madrid, con la reproducción del interior del *Palacio de Cristal*, del cual hablamos ya anteriormente. La curiosa instalación de la serpiente boa y algunos ejemplares de la fauna filipina completan el bello dibujo, que, como todos los anteriores, creemos habrá llamado la atención de nuestros lectores por su artística ejecución.

FLORISTAS ROMANAS

Cuadro de Poynter

Pintura brillante y perfectamente acabada. La luz está distribuída con laudable exactitud, el grupo de figuras es excelente en punto á expresión y ademanes, y los ropajes y mármoles están reproducidos con fina realidad.

Es un cuadro muy gracioso, cuyo arcaísmo no pasa de los límites de la discreción.

RODOPE

Busto en bronce por Harry Batea

Distínguese esta escultura por la elegante distinción del estilo así como por la delicadeza del modelado. Es una figura dulce y bella, que expresa sentidamente el carácter del tipo.

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA ÁRABE

ORIGINAL DE

Juan García-Goyena Alzugaray

I

El sol, como una lámpara de fuego, centellea esplendoroso sobre las blancas cúpulas de la Sierra de Nieve, envolviéndola en su flotante túnica de oro. La vega, sumergida en un mar de luz, se estremece de placer á los besos de la mañana, agitando al soplo de las embriagadoras auras su palpitante seno, que levanta, en olas de esmeraldas y topacios, sus yerbas y sus mieses, como oriental odalisca perezosamente reclinada sobre las ricas alcatifas de colores de un diván damasquino. La Alhambra, con sus cien torres coronadas de adarves y atalayas, resplandece sobre la colina roja, despidiendo deslumbradores relámpagos que sobre ella se enroscan como blancas nubes de encaje donde se retorcieran los rayos de una tempestad de fuego sin poder atravesar el toldo de verdura de sus espesos bosques; y la torre de la Vela, soberbia y orgullosa, coronada de plateadas nubes, y rompiendo celajes de grana y amaranto, se yergue en sus gigantescos muros sobre esa atmósfera de nácar impregnada de esencias, sonidos y matices incomprensibles, que rodea á la perla de occidente como fanal de vistosísimos cristales donde condensa sus misteriosos amores.

Apoyados en el marmóreo alféizar de uno de los calados ajimeces de la torre, discurren dos personas en animada plática. En los rasgados y tranquilos ojos de una de ellas reluce toda la augusta calma de la majestad y el poderío: en las negras y profundas pupilas de la otra brillan las luminosas ráfagas de la pasión y el genio. Al fresco soplo de las brisas matinales se ve flotar levemente el sayo negro y la toca verde, entrelazada de hilos de gruesas perlas, que orna la tostada frente de los hijos del Hegiaz, junto al blanco turbante y el sencillo albornoz de los maghrebins. ¿Por qué extraño capricho de la suerte se hallan unidos en íntimo concierto la enseña de la gloria con la del trabajo? Uno es el poderoso emir Dohamed Ben-Alhamar, el amparo de los pobres, el consuelo de los afligidos, el protector de los sabios y artistas; y el otro Azhuna, el famoso arquitecto, el hábil artífice, el que, hijo de una esclava, humilde como el pueblo en cuyos últimos peldaños se meció su cuna, supo elevarse hasta la altura del emir, protegido por Alá, que encendió en su ancha frente esa chispa misteriosa, pero infinita, que se llama idea. Ocupan una de las ricas estancias de la famosa torre.

Atravesando su angosta puerta, al oriente de la fortísima Alcazaba, sus oscuros corredores y su estrecha y tortuosa escalera alumbrada por rendijas que le dan el aspecto sombrío y misterioso de aquellas encantadas torres, mansión de famosísimos alcaides, que relatan las árabes leyendas, se abre un esbelto arco donde campea la ojiva con toda su ligera vaguedad, ofreciendo entrada á la vistosa estancia donde platican Alhamar y Azhuna. Sus espléndidas paredes, festoneadas de hermosos azulejos de mil colores, de riquísimos calados por donde resbala la luz de la mañana, despiden deslumbradoras chispas que semejan el magnífico incendio de un castillo de bengalas. Una mesa con tablero de ágata y pies de oro se ostenta en el centro, cubierta de revueltas hojas de finísimo papel de hilo donde destacan los ligeros trozos de geométricas figuras, enlazadas ya en sutiles y vaporosos giros como palacios de hadas, ya en robustas y soberbias líneas como alcázares de hierro. A su lado, un diván, vestido de recamada seda azul turquí como sus largos flecos, convida al descanso con sus blancos almohadones bordados de oro. Desde su estrecho ajimez de mármol se contempla todo el oriente de la colina roja, con sus seculares bosques y sus murmuradoras cascadas, con sus fastuosos jardines y sus altivas fortificaciones. A las plantas de la Vela, y á la manera de ancho coro, se dilata la Alcazaba, alfombrada de fragantes flores que embalsaman el aire, de bosques de palmeras que sacuden sus penachos de oro, de hermosísimos naranjos que columpian sus sazonados frutos color grana en torno de una riquísima fuente alabastrina, de una de esas raras joyas árabes trabajadas contra los preceptos de la ley muslímica. La cuadrada taza, de

RODOPE (busto en bronce por Harry Batea)

mármol blanco de Macael, sostiene un estrecho saltador que derrama en ella las brillantes olas de límpida agua procedente del profundo aljibe recostado junto á la pendiente rampa que conduce á la Vela. En la pared externa de la fuente cuatro leones despedazan á otros tantos venados, y alrededor de ellos se desliza una faja de menudísimas labores con un letrero cúfico glorificando á Alá. Enfrente, la torre Quebrada con sus tristes mazmorras, y la del Homenaje con sus sombrías salas, sirven de avanzadas á una hilera de almenas y torreones que cierran la Alcazaba entre sus muros de granito. Detrás de éstos se percibe el cubo semicircular que sirve de entrada al interior de la Armería. A la derecha ondulan los adarves, hermoseados con vistosos jardines llenos de saltadoras fuentes, de naranjos y limoneros que aroman la atmósfera con su azahar y cubren las paredes con sus verduras, de graciosos templetes, formados por entrelazados arbustos y guirnaldas de jazmines y rosales, con asientos de piedra. Más lejos, tras los ovalados arcos que conducen á la fortaleza, la ancha plaza de los aljibes, cubierta de cipreses, aloes y nopales, tejiendo frescas grutas y triunfales arcos, vistosos canastillos y espléndidos pabellones, se extiende, como rica entrada del mirab, que se levanta con su ajimez de dos arcos, sus delgadas columnas, sus airosos capiteles, sus cinceladas fajas de cintas y de flores, á uno de sus extremos. Después la Alhambra, con sus tupidos bosques de plateados álamos, con sus pendientes coronadas de floridos almendros; de un lado torres bermejas, con sus rojos muros y la puerta de Bib-el-Aujar, sobre el barrio de los Gomeles, con su doble guardia; de otro el Dauro abarcando como una faja de plata los contornos de la hermosa colina; enfrente la vega, como rico chal indiano de múltiples matices, con sus huertos y sus cármenes, sus cortijos y sus sierras, sus olivares y sus viñedos; y, por todas partes circuída de misteriosos sonidos y deleitosas esencias, Granada, «el verjel amenísimo donde las frutas se suceden sin interrupción y donde se encantan las criaturas» (1). A la izquierda se yergue el Albaicín, con sus misteriosas moradas, nidos de amores y delicias; con su alcázar regio, con su casa de moneda, con su mezquita suntuosa. A su lado se arrastra la Cadima, oscura colmena del infatigable hebreo. Junto á ésta se extiende la Alcazaba Cidid, con sus dos barrios de tejedores y mercaderes, con su Ilajeriz ó del deleite, tachonado de frondosos cármenes, de amenos jardines, de espesos árboles, de puras aguas á quienes da grata sombra el odorífero avellano; con su puerta de Elveira, entrada al barrio del Zenete, donde pregonan los Beni-Zenetas sus hazañosos hechos contra las huestes cristianas. Y entre la Alhambra y el Dauro, que se desliza bajo sus arcos árabes, pendiente como guarida de gamuzas, Muror y la Antequeruela destacan sus humildes casas, pobres y sencillas como sus modestos habitantes. Todo este espectáculo grandioso, todo este panorama sorprendente, flota envuelto en los destellos de la mañana ante las vagas miradas del emir y del artista.

(1) Abu-Abdalla, historiador árabe. *(Se continuará.)*

EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE PARIS: SALÓN DE 1887

A CAMPO TRAVIESA (cuadro de Julio Bretón)

LA TARDE (cuadro de Duer)

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. — BARCELONA

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 19 de noviembre de 1887 | Núm. 255

TERRIBLE COLABORADOR (cuadro de J. Mukarowsky)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Una* [illegible] (continuación), por Manuel Amor Meilán.—*Lo infinitamente pequeño es causa de lo infinitamente grande* (artículo «de trascendencia»), por Rufino Blanco y Sánchez.—*Hermosas pastoras*, por Antonia Opisso.—*En las nubes*, por V. Colorado.—*Certamen científico, literario y artístico del* [illegible] *Casino Obrero de Valencia*.—Nuestros grabados.—*El alcázar de las perlas* (leyenda árabe) (continuación), por Juan García Goyena Alzugaray.

GRABADOS.—¡Terrible colaborador!—*Las Bellas Artes en Inglaterra*: La Paz. Dos cuerdas para un arco. Salvamento. La tarde. Concierto de invierno. Dehesa.—*Obras de Nicolás Pastor*: La mujer adúltera. El Diluvio. Pastores de Arcadia.—*Siena*: Plaza del Mercado. Candelabro de bronce. Loggia del Casino de Nobili. Candelabro. Interior de la Catedral. San Domenico y la Catedral vistos desde la muralla.—Museo de Birmingham.—María Antonieta saliendo del Temple para ser conducida al cadalso.—Después del baño.

MADRID

Cartas á mi prima

LA VIRUELA

QUERIDA Carmen: Al dar ayer cuenta un revistero de salones de que en la función del teatro Real brillaban por su ausencia muchas elegantes damas, atribuía su falta nada menos que á estar dichas señoras recientemente vacunadas, y, por lo tanto, recogidas en su hogar al cuidado de su belleza. En efecto, la viruela reina en Madrid, y, como es natural, se preocupan de sus estragos principalmente los que son padres y las que son hermosas. Si quieres saber lo que vale ser bella, es decir, lo que vale el don que tú por nacimiento tienes, pregúntaselo á las feas: sólo éstas son dignas apreciadoras del valor incalculable de la hermosura.

A nada ni nadie tiene que temer una mujer hermosa si no es á la viruela. Llena está la historia de relatos en que se nos presenta á la mujer, humilde por su cuna, remontada luego á las mayores cúspides por la sola virtud de sus encantos... ¿A qué citar los nombres de reyes, de varones ilustres, de sabios profundísimos, todos ellos rendidos al prodigioso imán de una mujer bella? Aquiles, Pirro, Temístocles, Alejandro, César, Augusto, Antonio, Severo, David, Salomón, Aníbal, Atila... ¡el feroz Atila! cuantos vieron postrado el mundo á sus pies; ¿no se creyeron felices al postrarse ellos delante de una mujer encantadora, quizás no virtuosa, quizás impura cortesana? De Alarico, rey de los godos y vencedor de Europa, se cuenta que, enamorado de Pintia, rebajábase al extremo de limpiarle el calzado. Pero, ¿qué digo, rebajarse? ¿Habría sér más dichoso que él cuando se inclinaba sobre el diminuto borceguí de su amante y pensaba que era todavía holgada cárcel del pie que á capricho le guiaba? No hay poder, no hay resistencia contra la hermosura; y todos los días vemos que los más altos destinos se conceden á la influencia de la mujer; que los jueces no dejan torcer la vara de la justicia por manos fuertes, pero sí por manos blandas; y que el vicio, si tiene lindo semblante, se lleva las consideraciones y los honores y las riquezas que debieran corresponder tan sólo á la virtud. «¿Quién es ella?» se ha dicho siempre, buscando la explicación de los conflictos entre hombres... ¿Quién es ella? ¿Quién ha de ser? ¡Una mujer hermosa!

Jamás hubo leyes contra la hermosura. Allá en la remota Grecia se vió que los más ilustres, sapientes y esforzados varones se reunían en la tertulia de las pecadoras y allí trataban los asuntos de Estado, y allí se decidían la paz y la guerra. Creíase que al dar la naturaleza la hermosura imponía un rey; porque si todo el Universo demuestra el poder divino, más lo demuestra la belleza, equilibrio de las perfecciones creadas por Dios; y ante la hermosura deponían aquellos filósofos su moral, los guerreros su audacia, los sabios su ciencia, y su voluntad todos... Aunque viciosa, la hermosura resplandecía, deslumbraba, y todos acudían como acuden las mariposas á la luz: felices cuando sus alas se abrasan en ella. Desde los días de Grecia los siglos se han parecido, pasando por Ninón de Lenclós y llegando á este, en que podéis registrar los libros del personal de los ministerios para convenceros de que muchos de los disfrutadores del presupuesto deben su dicha, más que al mérito, al influjo de las mujeres bonitas.

¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!—dijo el poeta.—No es cierto: ¡dichosa ella! Verá rendidos á sus plantas á los hombres; los verá llegar con ramos, con joyas, con escrituras de hoteles que ellos les ceden; con herencias cuantiosas... ¿Qué les piden en cambio? ¿Talento, instrucción, corazón bueno y sentido? ¿Ni siquiera correspondencia de amor?... ¡Nada de eso! Una mirada... Algo que les conceda preferencia sobre los demás hombres, que, por serlo, deben estar envidiosos ya de semejante dicha. Nada les parece bastante para merecer el más pequeño valor; y si es preciso arrostrar peligro de muerte, se batirán por una flor, por un gesto, por una mirada, y recibirán en el cuerpo un palmo de hierro, una onza de plomo, una cuchillada feroz... ¡Agradar á las hermosas! ¡Esta es la misión, y el deseo, y la esperanza, y la felicidad de los hombres! El día en que la hermosura no hace palpitar ya con dulce calor nuestro corazón, ¿para qué la vida? ¿para qué los desasosiegos, y los trabajos, y los delitos, y los crímenes que á veces cometemos? ¡Oh, hermosura! Sólo los cadáveres pueden ser insensibles á tu poder; y los cadáveres tienen su sitio marcado: el sepulcro.

Y es terrible cosa verse objeto de todos los halagos, de todas las preferencias, de todas las adoraciones, y de la noche á la mañana, después de una fiebre, encontrarse con que han desaparecido tan agradables rendimientos, y la vida grata, y la esperanza, y la felicidad con ellos. Ayer se acostó la hermosa con los ojos resplandecientes tras las pestañas larguísimas, y el cutis terso como el raso y el nácar, y todo el semblante hecho de nieve y rosas ó de claveles y azucenas... y luego, al levantarse y acercarse al espejo, tan adulador siempre (el mejor amigo que ella tenía), ve, ¡cielo santo! ¡desnudos los ojos, el cutis cuajado de hoyitos, el atractivo y prestigio de otro tiempo desaparecido para siempre! Si alguna mujer piensa en el suicidio, es entonces; porque ser mujer y no ser hermosa, motivo es de odiar la vida; pero haberlo sido y dejar de serlo, es morir para la dicha sin el descanso de la muerte.

Se comprende, pues, que las damas de nuestra sociedad hayan enviado por el médico en cuanto han visto las proporciones que toma la epidemia, y que no asistan al teatro Real ni á los sitios de recreo en unos días. Al fin y al cabo los hombres tienen mil caminos para llegar á los honores, á la fortuna y á la consideración pública. Un hombre que se vacuna por temor á que su rostro quede desfigurado, parece ridículo; pero ellas tienen todo *su capital* en su cara, y en ella su talento y sus probabilidades de gozar de los bienes del mundo.

Pero no todas las que faltan en los teatros por estar recientemente vacunadas son hermosas: yo sé de alguna que se ha vacunado siendo como es muy fea. Se sacrifica á una ilusión; se cree hermosa. ¡Desgraciada! ¡Las viruelas podrían mejorar su rostro al variarle!

En todas las calamidades públicas hay algunos inocentes sacrificados. Los inocentes que han sufrido esta vez, como otras muchas, son los pavos, que pensaban entrar en Madrid, recorrer la población y atravesarla triunfalmente entre los comentarios envidiosos de los transeuntes y hacer vida de *turistas* antes de expirar bajo el cuchillo de las cocineras en la época, para ellos infausta, del nacimiento del Señor. Sí; no podrán entrar este año tampoco en Madrid: tendrán que acampar á gran distancia y esperar allí, vergonzosamente, á que vayan los parroquianos, y les tienten la pluma, y les cojan á peso por bajo de las alas, y les pongan mil defectos que no tienen; como es natural que los ponga quien llega tras de largo viaje, cansado, de mal humor, para comprar lo que compró siempre á la puerta de casa, guiado en bulliciosa banda por el mismo pavero. Así es que la industria de estas augustas aves disminuye de año en año y hay pavos que alcanzan edad fabulosa; lo cual no sucedía antes, pues siendo menos los compradores y no teniéndolo así presente los pavos, inclinados al acrecentamiento de la familia, quédanse muchos por colocar; cosa, es cierto, satisfactoria para ellos bajo el punto de vista de la carne; pero realmente depresiva, dado que conservan la vida por la desconfianza del público. Si esto sigue así, el pavo será declarado animal dañino y perseguido como las fieras en las selvas y en los bosques, á los cuales tendrá que emigrar no encontrando protección en los corrales.

Y los periódicos, no contentos con marcar de infamia el pavo, han indicado con su dedo de maldición al coche de alquiler. En los *simones*, han dicho, suelen ser trasladados á los hospitales los atacados de viruela que no tienen fortuna para infestar sus propios hogares: ¡no entréis en los coches de alquiler! Y, en efecto, ya las gentes miran á esos vehículos como mirarían á otras tantas ambulantes cajas de Pandora. Realmente, un coche de alquiler no debe ser ocupado por quienes á todas horas piensen en la conservación de su vida. Hay que olvidar la mísera condición humana para entrar en esos cajones donde se acomodan y se revuelven y dejan el aliento y el contacto de sus cuerpos los enfermos de las infinitas enfermedades de Madrid; y además donde dejan su vida los heridos recogidos en la calle, y los suicidas que con notoria falta de delicadeza se saltan la tapa de los sesos allí donde perjudican á un industrial honrado en vez de quitarse la vida más correctamente fuera de la población y sin perjuicio de tercero...

Así es que se ve circular ahora por las calles de Madrid más número de coches con la tablilla en alto que circulaban de costumbre; y los cocheros llevan en su rostro impreso el desdén que les inspira el temor público; y los mismos extenuados jamelgos que arrastran el cajón con ruedas alzan la cabeza y nos miran con hinchados ojos como preguntándonos dónde se ha ido la industria, el tráfico, el movimiento, la alegría de la corte.

En fin, en las tertulias, en todas las casas, se habla preferentemente de la epidemia variolosa; y el Madrid que no se ocupa en la política, en los negocios, en cualquiera de las actividades que nos absorben las veinticuatro horas, habla siempre de eso; porque, tantas personas, tantas preguntas y respuestas sobre lo mismo: ya se ve: ¿dónde no hay niños? ¿dónde no hay madres? Es, acaso, en la sola ocasión en que la mujer deja de pensar en su rostro para temer en otro; quiere y adora; es el embeleso de una mujer, la niña fea y rara y hasta deforme que ha nacido así por crueldad de la Naturaleza; pero si nació con la tez de rosa, ¿por qué hemos de ver á la pobrecilla perder su tersura, perder su encanto, perder aquella gracia de que estaban suspensos todos? La viruela es el terror de las mujeres: mucho más de las madres.

Si es de temer en todas las casas las viruelas, dispénsame que te indique, sin escrúpulos, que lo es mayor aún en aquellas donde se recoge el vicio. Estas viven de la hermosura, única disculpa de su caída y esperanza de obtener redención: cuando en ellas entra la viruela, entristeciendo y borrando los atrayentes rostros, entra el hambre, la desesperación, el delito, el crimen, el hospital ó el presidio; porque mujeres sin instrucción, sin sentido moral, sin honor y sin poder tenerle ya nunca, ¿qué han de hacer sino rodar entre el desprecio y la indiferencia de sus amantes de ayer, como rueda la escoria de los festines y opulencias de Madrid bajo el escobón de los barrenderos?

¡Ah, querida prima! La conclusión de esta carta, como la de casi todas, es triste; porque demuestra que hasta en las enfermedades los ri-

cos son privilegiados... Todavía, la mujer hermosa que pierde sus encantos, puede encontrar amor, respeto, glorias en el mundo, si tiene riquezas: la viruela fatal, incurable, que destruye el presente y el porvenir, es la pobreza... Para ésta sí que no hay aguas, ni pomadas, ni polvos, ni consuelo.

Y basta por hoy... Despidiéndome de ti en la esperanza de asuntos más agradables para otro día.

Tuyo,

FERNANFLOR

Faltaríamos á un deber de cortesía si desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA no enviáramos al Sr. D. Antonio Fernández Duro, dignísimo Administrador de Correos que por espacio de algunos años ha sido de esta provincia, la expresión de nuestro sentimiento por su traslación á Cádiz. Empleado justiciero, inteligente, incansable en el cumplimiento de su deber, deferente con cuantos se le acercaban y celoso de mejorar constantemente el servicio, débense á su iniciativa multitud de beneficiosos adelantos que harán se recuerde con el mayor agrado el tiempo que ha estado en Barcelona al frente de las oficinas postales; pudiendo estar convencido el Sr. Fernández Duro de las muchas simpatías que deja en esta capital.

UNA ROMANZA

(CONTINUACIÓN)

Aquella música dulce, lánguida y hermosa como el amor, parecía, por semejantes artistas interpretada, los ecos de una cencerril serenata...

Tornóse á alzar el telón, y ¡aquí fué Troya! ¡Desdichados *Carboneros!* ¡Ríome yo de Julio Ruiz y de todos los actores que en tal obra sobresalen! ¡Tamañitos se quedarían al lado de los aficionados de Valdesar, que, con más pretensiones que talento, despedazan tan chispeante juguete! Un carbonero que no sabía sino mostrar sus manos tiznadas y poner los ojos en blanco y dar gritos; una carbonera señorita, más limpia que una patena y más acicalada que miedosa, y que lo era bastante; un chulo y una chula que... pero, gracias á Dios, cayó á tiempo el telón cuando ya los ánimos de los espectadores se hallaban en vías de sublevarse...

Sucedióse luego la *Rapsodia húngara*, de Listz, que pasó casi desapercibida..., y hétenos aquí que Angelina se presenta en el palco escénico, y es saludada con una nutrida salva de aplausos.

V

Y por Dios que bien se lo merecía.

Porque, eso sí, Angelina estaba encantadora.

Ceñía su esbelto cuerpo un hermoso vestido de seda blanco, brillante el corpiño y mate la falda, cuajada materialmente de encajes y bordados.

Su semblante se tiñó, al calor de los aplausos, con los matices del rubor.

Sentóse al piano un apuesto mancebo que la acompañaba en este instrumento, y empezó Angelina á cantar con hermosa voz, aunque no falta de timidez, el aria

Il pensier stá negli oggetti...

Esta aria, de una ópera desgraciadamente inédita, es una maravilla musical: rebosan sus notas dulzura y armonía, y al escucharla no puede el oyente embelesado menos de lamentar que se hayan perdido para siempre muchos números de una ópera del inmortal Haydn.

Ignoramos si los valdesareños se habrán hecho semejantes reflexiones: lo que sí sabemos es que pronto logró Angelina disipar la timidez que la poseía, y de su garganta salió una hermosa cascada de bellísimas notas, de incomparables armonías, que el público escuchaba arrobado...

Pero cuando la admiración de éste no reconoció límites, y se desbordó en estruendosos aplausos y bravos, fué al oir cantar á Angelina

E 'l meschino avvinto al piede
serba un laccio e non lo sá.

—¡Bravo!
—¡Bravísimo!
—¡Excelente!
—¡Ni la Nilsson!
—¡Es un ángel!
—¡Ni la Patti!

Estas exclamaciones, que brotaron espontáneas al calor del entusiasmo, eran ahogadas por los aplausos.

Pero cuanto dejamos reseñado fueron tortas y pan pintado si se compara con la ovación que recibió la *diva* en la segunda parte del programa, al cantar la romanza *Vorrei morire.*

Esta página musical, de las más inspiradas de Paolo Tosti, parece el quejido de un alma moribunda que va á alzar su vuelo...

Angelina se *portó* como todos esperaban.

Mejor tal vez. Todo el mundo (valdesareño) decía:

—Nuestra *diva* ha cantado *divinamente.*

Cuando al terminar la romanza, Angelina, del brazo de uno de los socios del Casino, penetró en su palco, vió en primer término, en él, á Fermín, que con fuerza le estrechó una mano al tiempo mismo que con la que le quedaba libre se enjugó una furtiva y traidora lágrima.

—¡Luego os tocará á vosotros!—le dijo Angelina.

—Sí,—repuso Fermín.—En cuanto terminen *Morayma.*

VI

Llegó su turno á Fermín, y, con voz temblona por la emoción, leyó un *soneto* que empezaba

A vosotras, mujeres seductoras,
que encanto y gala sois de este recinto...

MANUEL AMOR MEILÁN

(Se continuará)

LA PAZ (estatua por Onslow Ford)

LAS BELLAS ARTES EN INGLATERRA

DOS CUERDAS PARA UN ARCO (cuadro de John Pettie)

SALVAMENTO (cuadro de H. Gandy

OBRAS DE NICOLAS PUSINO

LA MUJER ADULTERA

EL DILUVIO

LO INFINITAMENTE PEQUEÑO

ES CAUSA DE LO INFINITAMENTE GRANDE

(ARTICULO SIN TRASCENDENCIA)

Una tarde del anterior verano estaba yo esperando el fresco vespertino en el balcón de mi despacho. Esto no tiene absolutamente nada de particular. Pero sobre mi cuarto vivía una morena clara guapísima, lo cual es algo más interesante. Tendría unos veinte años, era de buena estatura, de rostro perfecto, ojos relampagueantes, brazos apretados y redondos, y los contornos de su bien proporcionado busto parecían los de la Venus *de Mirlo*, que dijo un orador parlamentario. Su pie gordito y pequeño (¡no faltaba más!) se lucía habitualmente dentro del enrejado zapato Margarita. Era, en fin, una chica tan bien templada para el amor como el divino arco de Cupido. Los ratos de ocio los pasaba nuestra morena haciendo que cuidaba las macetas de sus balcones.

OBRAS DE NICOLÁS PUSINO: PASTORES DE ARCADIA

Hacía ya lo menos media hora que un pollo almibarado, que en la jerga madrileña se llama *un sietemesino*, estaba paseándose por la acera de enfrente y dirigiendo amorosas miradas á los balcones de las macetas. Por fin (como dijo *la otra*) sonó la falleba, y la opulenta morena apareció dispuesta á regar las flores y á cultivar simultáneamente el amor que dactilografiando le brindaba el pisaverde. Yo permanecí indiferente en la apariencia ante aquel tiroteo amoroso, porque no me gusta cortar el arrullo de los jóvenes atortolados; pero en realidad me quedé pensando, al ver la desigualdad estética de la enamorada pareja, en que la mayor parte de las mujeres bonitas se casan con un ente ridículo. La culpa de esto la tuvo, sin duda alguna, la diosa del Amor, que, siendo la más hermosa de todas las hembras, hizo la tontería de casarse con el más feo y más cojo de todos los dioses.

Mi vecina, sin cuidarse de quien estaba debajo (censurable costumbre de los que se encuentran arriba), empezó á regar, mientras que su corazón, dispuesto como ninguno otro para amar, se volatilizaba, por los finísimos sensuales poros de su trasparente y jamás hollado cutis, al fuego de las miradas del joven galanteador. Pero cuando más descuidada estaba la doncella, dos hermosísimas gotas de agua cayeron sobre el puño izquierdo de mi camisa. Me parece que el suceso se puede calificar de infinitamente pequeño, y más si se le compara con las ubérrimas lluvias procedentes de otros balcones, ó se le parangona con otras tragedias de la historia.

Pero aquellas gotas habían caído de una manera particular: habían descendido besándose, porque, al estrellarse en el almidonado puño, quedaron en último contacto como dos circunferencias tangentes por fuera. Miré las gotas un momento y, sin querer, pensé en el día aquel en que Paolo y Francesca *ya no leyeron más*, y hasta llegué á figurarme si aquellas gotas serían una indirecta que me tiraba la Naturaleza para que imitásemos, mi superior vecinita y yo, aquel amoroso consorcio, previa la pasada por la calle de la Pasa, y prescindiendo ambos del irresistible petimetre que hacía el oso desde la acera de enfrente.

Miré después al cielo, esto es, al balcón, para ver si aquellas gotitas eran del prosaico Lozoya ó eran dos poéticas fugitivas perlas arrancadas por la emoción de los ojos de la morena, cuando comprendí, por la turbación de su semblante, que la hermosa jardinera había notado su descuido. Un apóstrofe mío hubiera bastado en aquel crítico momento para desconcertarla; pero, haciéndome cargo de la situación y sabiendo cuanto agradecen las mujeres que se las libre del ridículo, me contenté con limpiarme filosóficamente las gotas y con mudarme al otro balcón, donde en fuerza de pensar en ellas y en las buenas prendas de mi vecina, operándose en mi alma un cambio, debido á cierto procedimiento químico muy practicado en la juventud, vine á caer en un estado muy parecido al del enamoramiento.

***

Al día siguiente encontré á mi vecina con su madre en el tranvía, me pidió mil perdones por las gotitas de agua y me dió las gracias por mi excesiva cortesía. Yo le dirigí una insinuante reticencia referente al pipiolo del día anterior, y me dijo que había roto con él, la noche antes, en los Jardinillos del Buen Retiro. Luego le conté la particular caída de las gotitas de agua y la interpretación que yo le había dado. Ella lo rió mucho, y medio año después... nos casábamos.

Queda demostrado que lo infinitamente pequeño (la caída de dos gotas de agua) es causa de lo infinitamente grande (el matrimonio).

NOTA. Desde que ustedes han visto las estrellas leyendo este articulejo de entretiempo, no he dicho palabra de verdad: ni el autor es casado, ni Cristo que lo fundó. Pero lo de las gotas es cierto: palabra.

RUFINO BLANCO Y SÁNCHEZ

HONORES PÓSTUMOS

Loable ha sido en todo tiempo la costumbre de los pueblos que han perpetuado el recuerdo de hechos gloriosos y los nombres de sus hijos más esclarecidos, legando en modestas lápidas ó en soberbios monumentos su memoria á la posteridad. Tan excepcional honor contadas veces se otorga á raíz de un suceso memorable ó del fallecimiento de alguna notabilidad: se deja que el trascurso del tiempo legitime la fama conquistada, y que al sucederse las generaciones sean ellas las que con su admiración concedan, á los que fueron, los honores de la inmortalidad.

Si recorremos las páginas de nuestra brillante historia ó registramos las de nuestra incomparable literatura, en cada una de la primera encontraremos el nombre de algún héroe ó de algún mártir, y en la segunda un genio ó un espíritu revelador que admirar. Sobran, en ambas, personalidades extraordinarias que, por su heroísmo las unas y su soberano saber las otras, se salen del marco de lo natural; sus nombres llenan el mundo, caracterizan y dan esplendor á una época; pero no hay que buscarles más que en su memoria, que, de otra suerte, raros son los que han pasado á la posteridad.

Débese este aparente olvido á las profundas perturbaciones que durante largos siglos han agitado á nuestro país. En épocas calamitosas, cuando continuadas guerras asolan á los pueblos, no hay que buscar quienes glorifiquen lo pasado, ya que saber pelear es lo único que se enseña á los hombres. España, con sus prolongadas guerras, ¿qué podía hacer? Segar en flor la juventud de infinitas generaciones, privar que germinase en todo cerebro otra idea que no fuese la de guerrear, y acumular en sus monasterios y templos los trofeos conquistados á los enemigos, avivando de esta suerte el fanatismo de sus huestes. Así trascurrieron algunos siglos; y al llegar el actual, entre los arreboles de la más ponderada civilización, en vez de la paz apetecida estalla la tremenda guerra de la Independencia, dándonos más héroes cuya memoria honrar, pero enervando nuestras fuerzas, ahogando todo entusiasmo que no fuese luchar y morir por la patria y por su integridad.

Afortunadamente desde la terminación de la última guerra civil disfrutamos de una paz relativa: esta venturosa circunstancia, al par que ha contribuído al desenvolvimiento de las artes y de las letras, ha prestado ocasión para que se pagara á algunas de nuestras eminencias el tributo que la posteridad les debía.

La erección de monumentos á celebridades pasadas y contemporáneas ha sido objeto preferente de los principales municipios de la nación. De ahí que en pocos años se hayan inaugurado el de varias celebridades, y que, desde Espartero á Zumalacárregui, la mayor parte de los caudillos de nuestras nefastas discordias hayan obtenido el galardón que á los escogidos reserva la posteridad.

Uno de los más bellos y artísticos es indudablemente el que Madrid ha dedicado á Colón. La pureza de sus líneas, lo primoroso de sus calados y la atrevida esbeltez de su construcción, le hacen acreedor á ser considerado como uno de

los monumentos mejores de nuestra época. No es tan recomendable el de Calderón, y mucho menos el de Isabel la Católica, si es que puede ser considerado como tal lo que en realidad no es más que un grupo de ornamentación: para monumento le falta majestad, más soltura en los detalles, y, sobre todo, más grandeza en la concepción. Es bastante aceptable el del marqués del Duero, que, como estatua ecuestre, es de lo mejor que se ha modelado.

Barcelona no ha demostrado menos actividad que Madrid en la erección de monumentos, y se justifica su afán, ya que la Providencia no ha sido avara con Cataluña para otorgarle hijos que la han honrado, no tan sólo en la guerra, sino en todos los ramos del saber humano. Sin embargo, quien hubiese asistido á la inauguración de uno de sus primeros monumentos hubiera creído todo lo contrario. No lo dedicaba á ninguno de sus antiguos caudillos ni de sus esclarecidos vates; no perpetuaba el nombre de Casanova, el denodado defensor de sus venerandos fueros, ni lo erigía á los mártires que con él perecieron; no era un tributo pagado á los héroes de Gerona ni al invicto defensor de la inmortal ciudad; no le recordaba ninguna personalidad moderna, ni Balmes, ni Permanyer, ni aun Madoz: era el monumento de... ¡el señor López! Un señor muy afortunado en sus negocios, *et voilà tout.*

SIENA: PLAZA DEL MERCADO

Por mucho que uno se devane los sesos, es difícil que encuentre lógica justificación que le demuestre lo contrario. Nada, absolutamente nada, le debe Barcelona al señor López; además de que el honor á su memoria dispensado, lo hemos dicho ya, cuando no se otorga á un caudillo muerto en el campo de honor, es preciso que sea la posteridad la que lo conceda: los amigos y la familia no son jueces imparciales ni competentes. Nunca hemos sabido (ni nos hemos preocupado para saberlo) de qué cerebro brotó la idea de tal panteón, que, si fué mala en su origen, se llevó á cabo de la manera más desdichada. Levantar un monumento en medio de la plaza de los Encantes es bastante epigramático; y colocar la figura del naviero vuelta de espaldas al mar, contemplando á los vendedores de objetos de lance, es más epigramático todavía. Se dijo que se había hecho así para que no diese la espalda á la ciudad condal: ¡cuánta precaución! Del mal el menos si sus autores hubiesen regalado á la ciudad un monumento notable, artístico, digno de admiración; pero bien se echa de ver que su objeto principal fué hacer un señor López de bronce, y lo hicieron agigantado, colosal, completo. A pesar de todo, estamos seguros de que si por arte de magia, al igual del Comendador, la citada estatua pudiese descender una noche de su pedestal, atropellando aquellos farolillos primitivos dignos del tiempo de Sabatini, echaba á correr y hasta llegar á Comillas no paraba, y allí, naturalmente, le harían una grande ovación.

Posteriores al mencionado se inauguraron: el de Roger de Lauria, una gloria nacional indiscutible; el de don Buenaventura Carlos Aribau, primer campeón de la literatura regional; y el de Prim, el caudillo legendario de la tierra, que personifica como ninguno las fases más notables de nuestra tormentosa época. Próximamente se inaugurarán: el de Clavé, fundador de los coros populares; el de Güell y Ferrer, notabilísimo hacendista é infatigable propagador de los adelantos industriales, timbres que le hacen más acreedor á la fama póstuma que los que autorizaron la erección del de su consuegro, el señor López; y, finalmente, la próxima primavera quedará terminado el de Colón, cuya grandiosidad y magnificencia serán dignas del objeto á que se le destina.

SIENA: CANDELABRO DE BRONCE

Pocos nombres como los que dejamos consignados han pasado á la posteridad con más brillante aureola. Quizás nunca sospecharon conseguirla y abandonaron la vida abrumados por los mayores desencantos; pero las proezas de los uños y la sabiduría de los otros les han sobrevivido, y la inmortalidad los ha grabado en su libro de oro.

¡La inmortalidad! ¡Cuán hermosa es la legítimamente conquistada! ¡Cómo se suavizan las amarguras de la vida ante la idea de que el nombre que se lleva subsistirá á la combatida y oscura existencia! Ganar un nombre: hé ahí la más noble y disculpable de las ambiciones.

Es fama que el mayor tormento que abrumaba al desventurado hijo de Napoleón III en su destierro era la idea de que podía morir sin legar un recuerdo de su paso por el mundo. El papel de pretendiente á un trono es bastante desairado, y más después de los desastres de Estrasburgo Sedán y Metz. Para ganar la voluntad de Francia, debía recoger la corona que su padre perdió en Sedán, y esto no era posible; pero joven, animado de levantados propósitos, esperaba una oportunidad para revelarse, si no como príncipe, como soldado: de ahí que, apenas el Reino Unido declaró la guerra al Zululand, manifestara su decidido propósito de incorporarse al ejército inglés.

Y partió con sus tropas, dejó á su madre, se alejó de Francia, y... ¡halló la muerte donde buscó la gloria! Si no murió como héroe, hay algo de conmovedor martirio en su prematura muerte; y los mártires, si no de la inmortalidad, son dignos de respetuosa veneración.

El que nació destinado á ocupar el trono de Francia, murió en la más espantosa de las soledades, sorprendido por unos salvajes que

GALERÍA DE PINTURAS Y SALÓN INDUSTRIAL

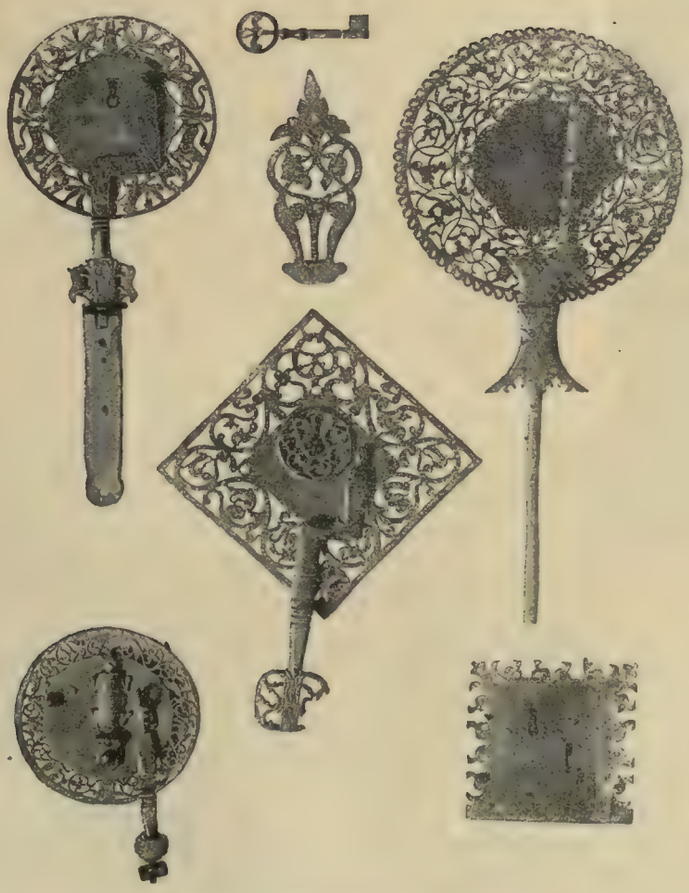
REMATE ITALIANO

LÁMPARA DE PLATA DORADA DEL SIGLO XVI

INDIANA

GALERIA DE BELLAS ARTES Y CASAS CONSISTORIALES

ITALIANO



LLAVES ALEMANAS DEL SIGLO XVI

REMATE ITALIANO

con sus azagayas le quitaron la vida. ¿Qué pensaría, se pregunta, [illegible] al sentir el hierro agudo de sus agresores? Quizá en la estrella funesta que preside la suerte de los Bonapartes, quizá en el dolor de su madre: Tal vez pensó en Francia y su recuerdo endulzó su amarga agonía.

La gloria difícilmente es conquistada por el que la busca, ya que la más legítima é inapreciable sólo á la posteridad le es dado otorgarla.

¡Eso es, cuando los héroes duermen el sueño eterno, cuando los grandes genios han acabado de batallar y sufrir!

ANTONIA OPISSO

EN LAS NUBES

Lo que voy á referir sucedió en la colonia inglesa del sur de Africa, en tiempo de la guerra con los zulús.

John, viajero infatigable, llegó en aquel entonces á dicho punto con objeto de completar algunas investigaciones científicas sobre botánica y zoología.

SIENA: LOGGIA DEL CASINO DE NOBILI

Llevaba consigo innumerables aparatos de óptica, topográficos, etc., y con ellos un inmenso globo en el cual hizo diferentes ascensiones para reconocer aquella zona, imposible de visitar por tierra, dadas las tribus salvajes que la habitaban y cuya ferocidad había acrecentado la guerra.

A los pocos días de establecerse en el Cabo, comenzó sus experimentos con gran fortuna. Pronto se sirvió del globo, *su complemento* según decía, y, en varias tardes, le vieron menos [illegible] en los aires manejando un largo [illegible] de cuerda dorada, en todas direcciones.

Los salvajes trataron inútilmente de dar con el aeronauta en tierra: John, con indiferencia británica, prosiguió sus trabajos sin preocuparse de lo que pasaba de nubes abajo.

Una tarde, célebre entre los habitantes del Cabo por lo que en ella pasó, una señora excesivamente gruesa, que rivalizaba en volumen con el globo de John, y que era mujer de un oficial del ejército inglés, solicitó del excéntrico sabio que le dispensara el honor de acompañarle en su viaje celestial.

John, contra su costumbre, consintió sin meditar el pro y el contra, y á la hora señalada el globo se elevó en los aires, conduciendo á tan original pareja.

El día era delicioso, el cielo estaba despejado y el viento en calma.

—A estas alturas,—dijo la dama, es de temer que el mundo se nos vaya de entre los pies.

—Poco se perdería,—susurró John.

De pronto se levantó un viento sur que internó al globo, rápidamente, en territorio enemigo.

—¡Diablo! ¡No había contado con esto!

—¿Qué ocurre?

—Casi nada: marchamos á vuelo de golondrina por el país zulú.

—¿Hay peligro?

—Pudiera haberlo; pero tranquilícese usted: antes de una hora el viento habrá cambiado y nos devolverá al punto de partida. Conozco perfectamente su condición mudable, y estoy harto acostumbrado á sus bromas para que ya puedan hacerme efecto alguno.

Una flecha que se clavó en los mimbres de la barca aérea interrumpió á John.

—¿Qué es esto?—preguntó la dama con sobresalto.

—El correo zulú, que nos avisa que estamos demasiado cerca de sus tiros. Arrojemos lastre: es una operación muy divertida. Sírvase usted de la lente y observe.

Al propio tiempo arrojó en el espacio dos grandes sacos de arena.

—A juzgar por los gestos que hacen, deben estar furiosos.

—La cosa no es para menos, señora. Desde mi primera ascensión están desesperados porque no logran cazarme; yo, en cambio, con mi buena puntería, como usted acaba de ver en este instante, suelo aplastar los sesos á unos cuantos cada día.

—¡Si cayésemos en su poder!

—Nos comerían.

—¡Qué horror!

—Somos un manjar delicioso para ellos.

A la dama le temblaron las carnes.

Otra flecha les obligó á desalojar los sacos restantes.

—¡John!

—Señora.

—El globo desciende.

El aeronauta vació la barquilla desprendiéndose de sus queridos instrumentos científicos; pero viendo que el globo no ascendía, comenzó á desnudarse.

—¿Qué hace usted?

—Quitar peso.

—¡Ah, todo es inútil!

—Imíteme usted, señora.

—¡John!

—Imíteme usted, ó estamos perdidos.

—Pero...

Nada de palabras; la vida de usted exige ese sacrificio. Si es que no prefiere...

La dama, volviéndose de espaldas á John, se desnudó, murmurando:

—¡Si al menos hubiera anochecido!

Como, á pesar de tales extremos, el globo siguiera bajando, y una nueva flecha viniese á enredarse en el tinglado de cuerdas, Jhon suspendió de una de ellas á la dama, y, asiéndose de otra, cortó las restantes, desprendiéndose en el acto la barquilla.

SIENA: CANDELABRO

El globo subió rápidamente un buen trecho, se columpió inmóvil en el espacio unos instantes y...

—¡John!

—Señora.

—¿Descendemos?

—Sí.

—¿Qué hacer ahora?

—Seguir arrojando.

—¿Qué?

—He tomado mi resolución. Dentro de unos minutos el viento cambiará: es preciso que tenga usted paciencia y espere.

—¿Qué pretende usted?

—Cuando haya el viento cambiado, regresará usted al Cabo; una vez allí, tire de este cordón con intermitencia, una vez cada diez segundos: la válvula irá de este modo dando paso al gas, lentamente, y descenderá á tierra sin sentirlo. Si no quiere presentarse en la colonia tan ligera de vestidos, hágase usted un manto de la tela del globo: esto basta para satisfacer el pudor.

—¡Nunca, John, nunca! No consiento su generoso sacrifi...

La dama no concluyó, ó, por mejor decir, acabó en un síncope al ver lanzarse en el espacio al magnánimo John.

Cuando aquélla se dió cuenta de sí, vióse rodeada de los suyos.

—¿Y John?

Después de terminada la guerra fué canjeado como prisionero. Un grupo de árboles, que le recibió en su apretado follaje, le había salvado la vida.

V. COLORADO

CERTAMEN CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

DEL

«Ateneo Casino Obrero» de Valencia

Esta benemérita corporación, que tanto contribuye al envidiable grado de cultura que alcanza la hermosa capital valenciana, celebrará el 18 de diciembre próximo un certamen, de cuya importancia podrá formarse cargo por el siguiente programa:

PREMIOS ORDINARIOS

1.º UN BRONCE ARTÍSTICO al mejor *busto en barro y tamaño natural, de un valenciano ilustre y ya fallecido.*

2.º UN OBJETO DE ARTE al autor de la mejor *composición musical de carácter sacro, para tiple y coro de niñas y niños, con acompañamiento de sexteto de cuerda y piano.*

PREMIOS EXTRAORDINARIOS

1.º UN OBJETO DE ARTE, regalo del Excmo. Ayuntamiento, al autor de la mejor Memoria sobre el siguiente tema: *Señalar, entre las industrias que actualmente se ejercen en Valencia, la que el autor juzgue más importante, haciendo el estudio de ella é indicando los medios y manera de procurar su mayor desarrollo, asegurando su porvenir.*

2.º OTRO OBJETO DE ARTE, regalo de la Excma. Diputación Provincial, al autor del mejor trabajo sobre el siguiente punto: *Estudio del estado moral, intelectual y económico que alcanzan las clases trabajadoras de Valencia. Medios prácticos que debieran emplearse para mejorar dicho estado.*

3.º MEDALLA DE PLATA DE MÉRITO DE LA «REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS,» al autor del mejor trabajo en el que se estudien: 1.º *La organización de una escuela de artes y oficios en general.* 2.º *La que sería conveniente con arreglo á nuestras necesidades.*—3.º *Los medios para establecerla en Valencia, haciéndose cargo de la posibilidad de aprovechar los recursos de los antiguos gremios.*

4.º UN OBJETO DE ARTE, premio de la sociedad *Lo Rat-Penat,* al autor del mejor trabajo, escrito en castellano ó lemosín, acerca del siguiente tema: *El estudio y cultivo de las diferentes lenguas de origen latino, ¿pueden perjudicar al progreso y perfección de la lengua castellana?*

5.º UNA PLUMA DE PLATA DORADA, en forma de caduceo, regalo del socio protector D. Estanislao García Monfort, al que trate mejor el asunto siguiente: *Siendo conveniente y necesaria la armonía entre el capital y el trabajo, ¿qué medios prácticos deberían emplearse por ambos elementos de la producción para dar á dicha armonía la mayor estabilidad posible? La creación de las Cámaras de Comercio, ¿podrá facilitar la citada armonía? ¿Qué debieran hacer para conseguirlo?*

6.º UN ESCRITORIO Y PLUMA DE BRONCE Y MARFIL, regalo del socio protector D. Gonzalo Julián, al mejor estudio referente á esta proposición: *Causas permanentes ó transitorias que han podido ocasionar la prematura desaparición de la mayor parte de las sociedades cooperativas que en Valencia se establecieron. Qué debiera hacerse para fomentar la creación de dichas sociedades y asegurar en lo posible su existencia.*

Todos los trabajos que se presenten optando á premio habrán de ser originales é inéditos.

Los premios se concederán no sólo al mérito relativo, sino al absoluto.

Podrán concederse accésits.

Todos los trabajos podrán presentarse en la secretaría del *Ateneo Casino Obrero,* calle de Ruzafa, núm. 19, Valencia, hasta las doce de la noche del día 30 de noviembre próximo. La forma de presentación de los trabajos será la acostumbrada en estos casos.

Los trabajos que resulten premiados quedarán de propiedad del *Ateneo Casino Obrero.*

Los autores que alcancen los premios ordinarios, que son los ofrecidos por el *Ateneo Casino Obrero,* obtendrán además el título de socios de mérito de dicha corporación.

SIENA: INTERIOR DE LA CATEDRAL

NUESTROS GRABADOS

¡TERRIBLE COLABORADOR!

Cuadro de J. Makarowsky

Era una obra maestra, ó, cuando menos, así lo creía su modesto autor. ¿Qué duda había en que en la próxima Exposición se calzaría medalla de primera clase? Así estaban las cosas cuando acertó á penetrar en el taller un Apeles en agraz, que sin encomendarse á Dios ni al diablo, ni mucho menos pedirle su consentimiento al artista, ¡zis, zas!, brochazo por aquí, retoque por allá, puso aquello perdido, ¡completamente perdido! haciendo funciones de crítico de bellas artes. Y sin embargo... ¿quién sabe si los manes de Velázquez y Rubens no le quedarían agradecidos al Omar ese?...

LAS BELLAS ARTES EN INGLATERRA

La Exposición que se está celebrando actualmente en Grosvenor abunda en cuadros muy notables, especialmente en paisajes y naturaleza viva.

M. Arturo Lemón presenta una *Tarde,* en cuyo primer término figura un grupo de caballos, que viene á consolidar su fama de admirable colorista y cumplido pintor de animales. Celébrase en gran manera la luz del sol poniente, la armonía de los tonos y la exactitud del follaje.

El académico Pettie ha presentado un cuadro lleno de *humour,* brillantemente pintado: *Dos cuerdas para un arco* (de violín, se entiende); precioso *trío* del siglo XVIII en sus postrimerías.

M. Noble *(habent sua fata nomina)* ha pintado una colección de *Nobles* y un pajarillo que son una bendición de Dios. Si cuesta más trabajo de lo que se cree hinchar un perro, la dificultad es mucho mayor tratándose de pintarlo.

Dehesa, ó, por mejor decir, *Establecimiento de remonta,* por A. Parsons: estilo distinguidísimo; muy bien *impresionado;* color armonioso y originalidad en la composición.

Salvamento: mucha elegancia y habilidad, aunque el efecto es algo frío. M. Gandy es un pintor de porcelanas y no puede olvidar sus hábitos decorativos.

En punto á escultura es digna de los mayores elogios la *Paz,* de M. Onslow Ford, por su gracioso modelado y bonita invención.

Como se ve, la nebulosa Albión hace progresos en las *finas artes,* como dicen ellos hablando con grosero utilitarismo.

OBRAS DEL PUSINO

Nuestros lectores podrán recordar lo que acerca de este pintor insigne dijimos en el núm. 178, p. 351. Hoy damos la reproducción, bellísimamente grabada, de tres de sus más reputados cuadros, verdaderas páginas de arte que hacen formar completa idea de las grandes cualidades que poseía el egregio pintor, que ni por un momento dejaba de revelarse tan profundo filósofo como creador inspirado.

SIENA

Esta ciudad, antigua rival de Florencia y de Pisa, está situada casi en el centro de Toscana, en medio de una montuosa comarca. Referir su historia, especialmente durante la Edad media, que es cuando llegó al apogeo de su esplendor, sería engolfarse en un *maremagnum* interminable: baste decir que fué quizás la más turbulenta repúblicilla italiana, mereciendo que el candoroso cronista francés De Comines dijera de ella: *La cité se gouverne plus follement que ville d'Italie.*

Cosa notable, sin embargo, por la contradicción que envuelve: en aquella viciosísima capital florecía un arte apacible, contemplativo, refinado, místico: aquellos guerreros brutales convertíanse en sensitivas al pensar en la Madona; y sus pintores, en vez de tomar sus asuntos en el medio ambiente, lanzábanse á las *etéreas regiones* y no hacían más que representar los dogmas con tierra de su país, bermellón, azul de ultramar, etc.

Ya en el remoto siglo XII había allí un pintor ilustre, Guido, del propio modo que había Cimabue en Florencia. Sus obras ofrecen visibles reminiscencias bizantinas, como las ofrece San Domenico, que es el templo donde figuran. Vienen después Margaritone, Matteo, Duccio, los hermanos

SIENA: SAN DOMENICO Y LA CATEDRAL VISTOS DESDE LA MURALLA

MARIA ANTONIETA SALIENDO DEL TEMPLE PARA SER CONDUCIDA AL CADALSO (cuadro de Laly)

DESPUÉS DEL BAÑO cuadro de G. Favretto

Lorenzetti, Sano di Pietro, Memmi, Taddeo, Bartolo, Razzi, Domenico Peruzzi, etc., propiamente sieneses todos ellos, sentimentales, delicados, delicadísimos en el colorido, como si se tratase de miniaturas en vez de frescos.

Una ciudad que contaba con tan ilustre escuela de pintura había de presentar necesariamente otras manifestaciones artísticas correlativas, y vemos, en efecto, adquirir admirable vuelo á la arquitectura, que levanta edificios tan soberbios como la Catedral (1189), San Domenico, el *Palazzo Publico*, muchas *loggie* y fuentes, etc. La escultura fué cultivada con brillante éxito por Cozzarelli, Agnolo, Agostino, Jacopo della Quercia, etc. Una verdadera especialidad sienesa fué la de la talla en madera, sobresaliendo también en la metalistería, como puede verse por los candelabros que reproducimos en nuestros grabados.

EL MUSEO DE BIRMINGHAM

Según manifestamos ya en uno de nuestros últimos números, es muy importante el movimiento artístico que se observa en la manufacturera ciudad de Birmingham. Incansables las corporaciones populares de aquel centro en favorecer por todos los medios el cultivo de las bellas artes, han destinado parte de las Casas Consistoriales á galería artística, siendo notabilísimos los objetos allí coleccionados, parte de los cuales reproducimos hoy en nuestras páginas.

MARÍA ANTONIETA
SALIENDO DEL TEMPLE PARA SER CONDUCIDA AL CADALSO

Cuadro de Laly

El autor, uno de los más reputados artistas franceses, ha trazado una verdadera página de historia, llena de vida é intención. Figuras y lugar están estudiados profundamente, y á primera vista se forma cargo uno del carácter que debió revestir el supremo instante de abandonar la infortunada reina el sombrío Temple para ir á expiar en la guillotina el delito de haber nacido bajo la más funesta estrella.

DESPUÉS DEL BAÑO

Cuadro de Favretto

Cuadro lleno de gracia y aun de picardía. No se trata de ninguna duquesa, por lo que revelan los botitos y el mobiliario; pero no por eso deja de ser la interesada una real moza. Los accesorios están hábilmente dispuestos para hacer resaltar las gracias de la niña, que de seguro debe quejarse de su *pobreza* cuando no parece sino que la criara Dios para pisar alfombras y comer faisanes á pasto.

LA TARDE (cuadro de A. Lemón)

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA ÁRABE

ORIGINAL DE

Juan García-Goyena Alzugaray

(CONTINUACIÓN)

Pero ninguno de ellos se fija en los prodigiosos dones de la exuberante naturaleza que los envuelve. Mudos y abstraídos, interrumpida la animada plática que sostuvieran, permanecen silenciosos, dejando percibir los secretos impulsos de su mente por el contínuo agitarse de su pecho. El emir es el primero en reanudar el suspendido diálogo.

—Vuelve en ti, Azhuna; recobra el ánimo de tus mejores días, vuelve á llamar á tu poderosa inspiración, y la finísima hoja de tu tenue cincel volverá á crear esos misteriosos mundos que brotan esplendentes á los golpes de tu temblorosa mano.

—No puedo, emir, no puedo. En vano golpeo mis sienes con el cerrado puño; en vano llamó á los genios de la noche invocando el relámpago de una idea que ilumine mi tenebroso cerebro; en vano invoco á Alá pidiéndole aliento con que continuar mi interrumpida obra: la impotencia, la eterna impotencia de la forma para encerrar en líneas, en colores, los destellos de la idea, me cierra el paso con su espada de fuego.

—¡Oh, artista! ¿Cuándo el rayo dejó de ondear en el seno de la nube?

—¡Nunca, oh, emir! pero el rayo necesita que la nube se abra para centellear á la mirada de los mortales.

—¡Oh, artífice! ¿Es que quieres tesoros con que saciar tu ambición? Habla y te colmaré de espléndidas riquezas. ¿Es que anhelas hermosas vírgenes de alabastrino pecho que te embriaguen en voluptuosos amores? Dilo y te abriré mi harem para que escojas las más bellas. ¿Es que deseas mi corona de oro como emblema de tu poder sobre Granada? Pronuncia una frase, y mi soberbio alcázar, que corona al Albaicín, recibirá bajo sus leves arcos al nuevo emir de la perla de occidente.

No, Alhamar: no apetezco tesoros, vírgenes ni imperios: me has colmado de sobradas mercedes, y sólo tu amistad ansío.

—¿Por qué, pues, no acceder á mis deseos?

—Bien quisiera, emir; pero en las sombras de mi inteligencia no queda un rayo más de luz que poder escanciar en esta colina.

—Busca, busca, y tu perseverancia te hará encontrar inagotables veneros.

—¿Crees que no busco? Diera lo que me queda de vida por conseguir dar forma á algo desconocido que se agita entre las tinieblas de mi frente; pero lucho en vano. Alá no lo quiere: cúmplase la voluntad de Alá.

—Escucha, Azhuna, y no te dejes llevar de la desgracia. Corría, á la sazón, el año 634 de la Hégira. Córdoba, Sevilla y Murcia caían á los golpes del cristiano para no volver á levantarse de sus tumbas; las taifas del Islam, errantes y desordenadas, vagaban por las costas del Mediterráneo, y el poeta de Ronda sollozaba en sus sentidos versos: «Nuestras mezquitas se han trasformado en iglesias y sólo se ven en ella cruces y campanas. Nuestros almimbares y santuarios, aunque de duro é insensible leño, se anegan en lágrimas y gimen por nuestro infortunio» (1). Sobre las humeantes ruinas de nuestros rotos imperios, sólo una blanca sombra, escondida en un rincón de nuestra decadente grandeza, se alzaba majestuosa como las frentes creadas por Alá para los grandes hechos. Era Granada, con su cielo de encajes, sus campos siempre verdes y sus doncellas hermosas «como el sol cuando nace vertiendo corales y rubíes» (2). Era la hora de Almagrib de una tarde de las de la luna de Regeb, una de las tres de Ajiar; el sol bajaba lentamente á sepultarse tras la negra cumbre de sierra Elveira, y las sombras iban poco á poco envolviendo el espíritu en la pesadez del sueño. Yo descansaba bajo el fresco follaje de uno de los bosques de la colina roja, y mi potro pacía la húmeda hierba á su albedrío. Necesitaba estar solo para descansar de las emociones del día.

Aquella mañana habían rezado en todas las mezquitas la *chotba* acostumbrada por mi proclamación al emirato, y aquella tarde habíanme obsequiado los nobles granadinos con vistosos juegos de cañas y sortijas. Bajo los copudos álamos donde daba libertad á mis confusas ideas, me adormecí un instante á las caricias de los aromados céfiros. Sobre mi cabeza se abrió la verde bóveda que formaban los árboles al enlazar sus frondosas ramas, una brillante claridad ofuscó mis pupilas, y Gabriel, el mensajero de Alá, murmuró en mi oído:

—¡Oh, Muamad! El Clementísimo se complace en tí; tú eres la única columna del Islam; á ti es dado congregar los dispersos creyentes en derredor de tu trono: únete al hijo del trabajo, de hondas y negras pupilas, y la colina roja te dará su nombre de Alhamar. Aléjate de los ignorantes y teme ser contado entre ellos. Un dervís sale por sí mismo fuera de las olas. Un sabio saca también á los demás. Nada en el mundo te tenga adherido á sí, excepto la ciencia. Sé docto ó discípulo de los doctos, ó á lo menos amigo de la sabiduría (3).

Desperté azorado y me encontré solo. La noche avanzaba con su túnica de estrellas, y la luna dibujaba caprichosas figuras al atravesar las hojas de los frondosos álamos. Monté mi corcel blanco y me dirigí á la ciudad. A la entrada del barrio de los Gomeles te encontré pensativo, con la vista vuelta á la colina de que bajaba. Vestías el traje de los hijos del trabajo; tus ojos eran negros y profundos. Me acordé del sueño y te pregunté:—¿Qué contemplas?—Un alcázar,—me contestaste.—¿Dónde?—En la colina roja. Volví la cabeza, pero nada distinguí. No veo nada,—te dije.—¡Oh! No es extraño,—repusiste;—¡quién sabe si estará condenado á no ser visto por mortales ojos!—Pues ¿no está en la colina roja?—En ella la pondría si tal fuese la voluntad de Alá.—Pues ¿dónde está ahora?—exclamé admirado.—Aquí,—murmuraste con voz sorda, golpeándote la frente con furiosa demencia.—¡Oh! Este es el elegido de Alá,—pensé yo entonces; y desde aquel instante te brindé mi afecto. Tu cincel de oro, pulsado por tu diestra en los vértigos de la inspiración, ha hecho brotar á la vida los más ricos tesoros de esta ciudad de nácar. Tú has creado mi oriental alcázar, la joya del Albaicín, con sus cien patios poblados de ligerísimas columnas como índico bosque de palmeras seculares, con sus escondidos retretes, sus voluptuosas alhamíes y sus frescos baños. Tú has dado aliento á suntuosas mezquitas de vaporosos minaretes y filigranados arcos. Tú has construído soberbios observatorios, desde donde

(1) Abu Beka Saleh.
(2) Idem.
(3) *Corán*, cap. Limbos.

pueden sorprenderse los más leves movimientos de los astros que ruedan en su malla de éter. Tu has encerrado todos los tesoros de la ciencia en inmensas academias sobre la vega desparramadas como soberbias atalayas de la humana sabiduría. Tú has arrancado á la Sierra de Nieve, á la de Elveira y á Macael sus más hermosos jaspes, sus mármoles más ricos, sus más escondidas piedras para engarzar con ellas un collar de brillantes á la garganta alabastrina de la oriental Granada; y tú, como el genio de sus campos, la has circuído con esa muralla roja de diez y nueve arcos que la rodea como luciente cinturón de fuego. Tu destino, ¡oh, Azhuna! está sujeto á mi destino: yo soy la mina que arroja sus toscos metales; tú eres el joyero que los convierte, con el soplo de tu inspiración, en maravillosísimas alhajas. Estamos unidos por la voluntad de Alá; somos la única robusta piedra del Islam, en Occidente. ¿Dejarás, ¡oh, artista! que el soplo de la desolación descienda sobre nosotros?

Dice Alhamar, é, inclinando su tostada frente sobre el pecho, espera en silencio la respuesta. Azhuna, que ha ido grabando en su alma las palabras del emir, yergue su cabeza altiva, arrojando de sus ojos dos rayos de fuego, y con acento conmovido exclama:

—Mi cincel de oro ha labrado los más encantadores cármenes del Avellano y del Genil. En mi frente han surgido, como engendros de la calentura, los más sutiles minaretes y las más soberbias atalayas. Yo me he elevado, desde hijo de una esclava, á la cumbre de tu grandeza. Y sin embargo, yo, ¡oh, emir poderosísimo!, rompo ante ti mi cincel de oro y lo arrojo á tus plantas como signo de humillación y de impotencia. Un día me viste pensativo sobre la colina roja, contemplando imaginario lo que en las nebulosidades de mi ardiente fantasía había concebido. Me diste medios con que poder realizarlo, y hoy, que toco al término de mis afanes, me declaro pequeño para concluirlo. Tú has estudiado todos esos dibujos, débiles imágenes de todas estas obras. Yo he ido acumulando sobre la colina roja cuanto de sublime puede concebir el arte, cuantas grandezas puede soñar la imaginación más prodigiosa: fortísimos torreones, gigantescos arcos, toda una obra de titanes que engalana la Naturaleza con sus más ricos ardores. Yo he encerrado dentro de este inmenso hacinamiento de moles, rudas y ásperas por fuera, cuanto las hadas pueden desear para sus estancias misteriosas; yo he robado á las grutas sus estalactitas de cristales para adornar los techos de estas salas; yo he arrebatado al encaje sus diáfanas figuras para esculpirlas en los relieves de estos arcos; yo he bebido los inmensos colores de las yerbas para teñir con ellos los calados de estas paradas; yo he amontonado jardines sobre jardines, filigranas sobre filigranas; yo he combinado la brillantez del oro, los reflejos de la púrpura y las titilaciones del nácar; yo he arrancado su secreto á los laberínticos dibujos de los chales indios; yo he enlazado figuras geométricas con signos cabalísticos; y yo me he atrevido, faltando á las leyes del Profeta, á incrustar seres animados en los pilones de esa fuente; para formarte estuche de zafiros donde encerraras esos bosques. Yo, alentado por tus amistosas pláticas, he creado lo que el hombre no pudo ni aun soñar, y que más se debe á tu magnificencia que á mi inspiración. Yo he vivido, por espacio de treinta lunas, en el seno de esta torre, velando noche y día el sueño de mis obras, como ellas velarán mañana el sueño de las tuyas. Mas, ¡oh, emir!, terminada está mi obra. Yo había soñado, en esas horas de la locura del arte, formar tu alcázar regio, digno remate de mis ilusiones y digna cúpula de tu Granada. Ese alcázar lo había yo entrevisto entre velados tules la noche que te conocí. Sus contornos fantásticos flotan en mi mente como rico enjambre de aterciopeladas mariposas. Pero tantas veces como mi mano ha querido darle forma, otras tantas la idea, rebelde á sujetarse á los límites de la línea, me ha ofuscado con su brillante luz: sólo Alá, el Excelso, el Clementísimo, pudo crear los luminosos orbes del caos en que nadaban. Yo le siento, le siento aquí, en mi frente, bullir y mofarse de mi mezquindad, y sólo tus consuelos y las miradas de una virgen de negras trenzas y lánguidas pupilas han podido librarme de perder el juicio. Yo he velado noches enteras sobre las sagradas páginas del *Corán*, impregnándome en las sutiles esencias de sus brillantes imágenes. Yo he soñado un alcázar suntuoso, un alcázar de perlas donde, como en el paraíso prometido á los creyentes, no se sienta ni el frío ni el calor, la sombra se extienda por los jardines, y las ramas se doblen ofreciendo sus frutos; alcázar recamado de vistosos y mullidos cojines, de cálices de plata y lámparas de cristal, en cuyos patios salten blancas fuentes, cerca de las que jueguen las sultanas al son de perpetuas melodías, y donde el agua corra en fugitivas gotas semejantes á desparramadas perlas. Un alcázar imagen de los cielos entrevistos por el Profeta en su ascensión, con gradas de oro y plata, con edificios de esmeraldas y rubíes, con estancias de hierro y de zafiros, pero más sutiles, más diáfanas que las gozadas por Mahoma, pues todas estas bellezas habían de estar copiadas en sus caladas paredes con hábiles figuras, con extraños giros que, sin ser la realidad, la superasen. Un alcázar, en fin, digno del sétimo firmamento, compuesto todo de clarísima luz, tenue, impalpable, pero resplandeciente, fascinadora. Esto es lo que mi pecho ansía; esto es lo que mi cerebro siente, quemándose en sus llamas; y esto es lo que mi torpe mano no puede dibujar.

– ¡Oh, Azhuna, para mí más preciado que el tesoro más rico: busca, busca un medio de construirme ese alcázar, y te regalo mis ciudades!

—Emir, tú sabes que las riquezas no me ofuscan ni el poderío me ensoberbece. Para mí es tu amistad como el sol para las flores: sin sus rayos no pudieran abrir sus perfumados cálices. Ya he buscado, he buscado, y sólo existe un medio, pero medio de imposible realización.

—Habla, habla: ¿qué hay imposible para que se cumplan los designios de Alá? Responde; tu amigo lo suplica; tu señor lo manda.

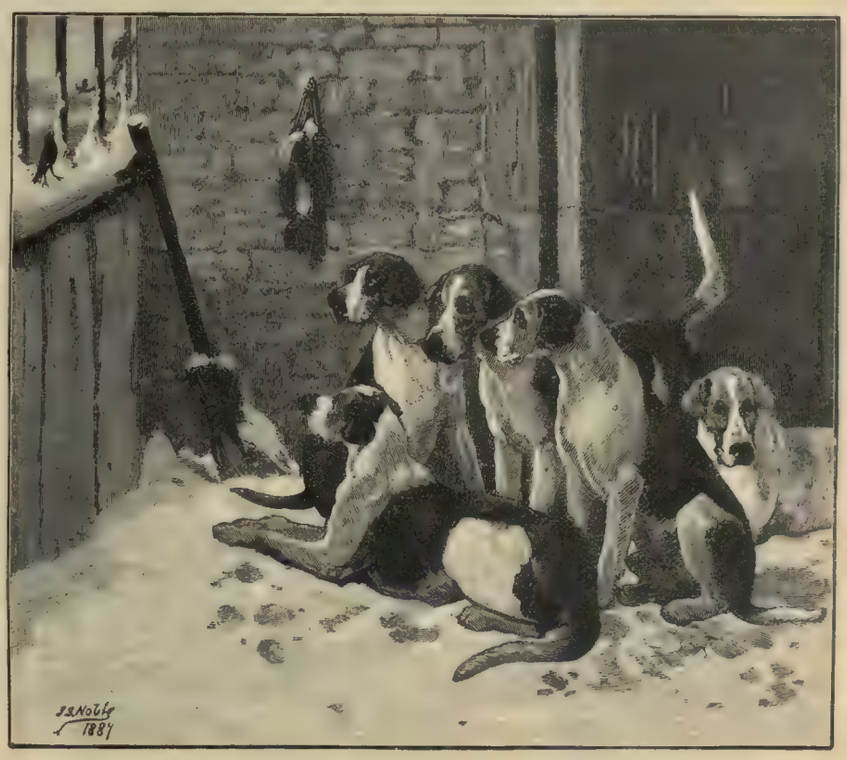
—Pues bien, ¡oh, Alhamar! Yo he estudiado las grandes obras de todas las naciones, y á su descripción han vibrado mis ideas como vibran las notas en las cuerdas de una guzla. El artista, como el ave, necesita de todos los efluvios de la creación para impregnar en ellos, ésta sus cantos, aquél sus concepciones. Necesito visitar el Oriente y el Occidente, el Septentrión y el Mediodía, con todas sus catedrales cristianas, sus mezquitas muslímicas, sus sinagogas hebreas, sus templos griegos, sus palacios y sus ciudades; necesito empaparme en el espíritu de todos los cultos, en los destellos de todas las escuelas, en los misterios de todas las artes; y yo ofrezco á tu grandeza construirte un alcázar como nunca soñaron los genios celestiales ni los paganos dioses. Acaso, ¡oh, emir!, me taches de demente; mas ¿qué es el arte sino la sublime locura del espíritu?

—No, Azhuna; tu cráneo no está enfermo: está poseído por la llama de la inspiración. Tengo tesoros suficientes para que emprendas tu viaje; y hoy que mi pueblo celebra con zambras y regocijos la pascua de Alfitra á la salida del Ramadán, no debe entristecerse el artífice famoso de mi espléndida corte de artistas y de sabios. Parte y torna con el joyel de mi toca, con el florón de mi diadema.

—Sólo Alá es vencedor, ¡oh, emir!, como pregona tu escudo; pero por él te juro que, si vuelvo, te traeré tu regio alcázar de las perlas grabado en mi cerebro. Por ti, Alhamar, se envanece Granada de llamarse la Damasco de Occidente; tú proteges al sabio y al artista, tú das consuelo al pobre y fiestas á tus pueblos; tu corte es corte de poetas, y en ti encuentra pródiga hospitalidad el extranjero. Alá, que es justo, recompensará tus beneficios.

—Parte, parte, mi artista más preciado, y Alá te ayude en tu divina empresa.

Sale el artista de la rica estancia, y el emir vuelve á apoyarse en el marmóreo alféizar del ajimez á contemplar los perfiles de su Alhambra, satisfecho de sus gloriosas acciones.



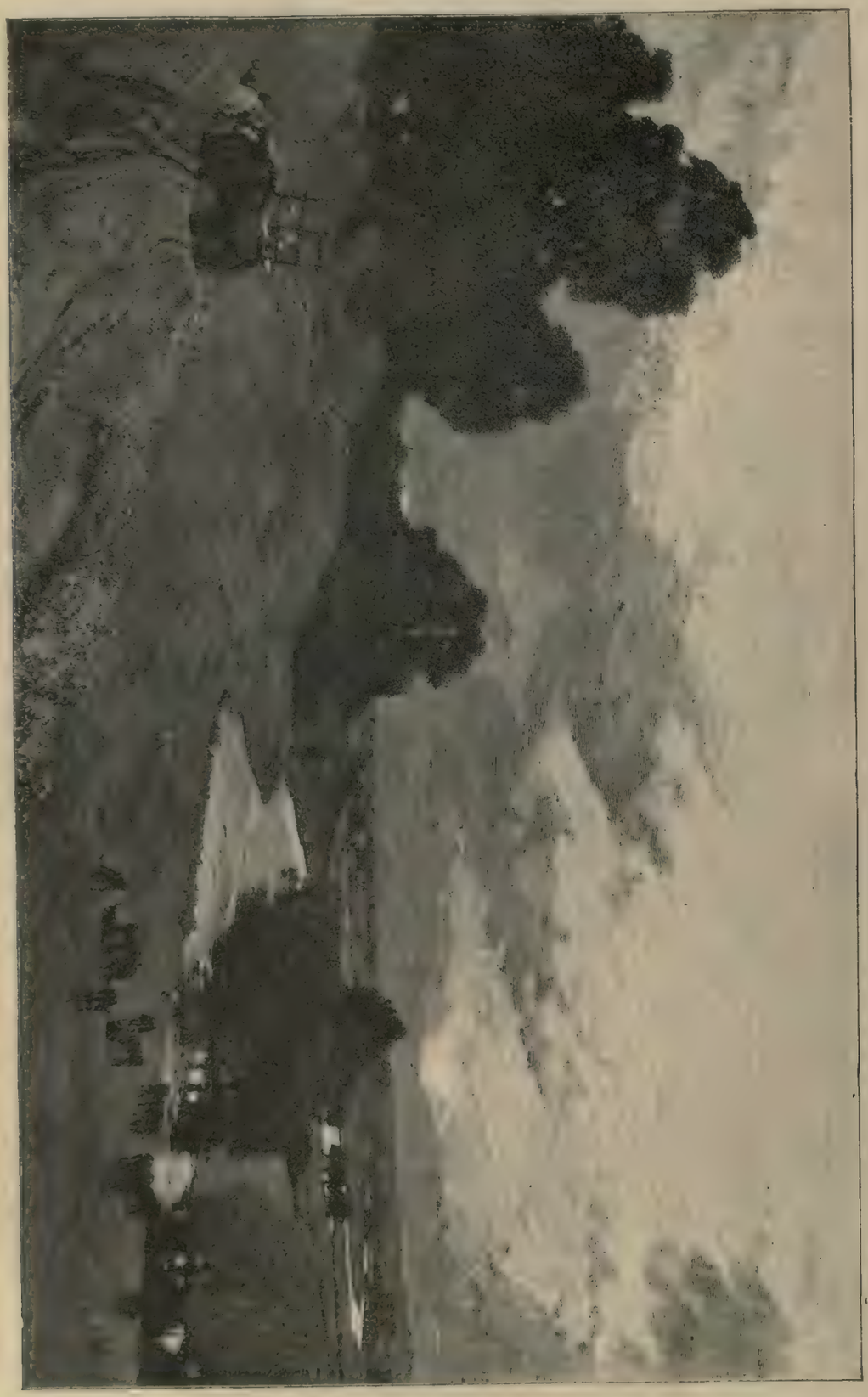
CONCIERTO DE INVIERNO (cuadro de J. S. Noble)

II

Azhuna desciende pensativo por los espesos bosques de la Alhambra. En su mente se agitan las ideas y en su pecho rugen las pasiones. Brillan en sus ojos ráfagas de alegría con destellos de tristeza, sus labios, entreabiertos, murmuran incoherentes frases, y su blanco albornoz ondula á impulsos de su rápida marcha.

¡Oh, sí: aquí está, aquí, en los pliegues de mi cráneo, ese alcázar prodigioso, ese alcázar de las perlas que prometí á Alhamar! ¡El viaje, mi peregrinación á todos los ámbitos del mundo! Al fin se cumplen mis ensueños de artista. ¡Oh! Pero ¿y mi virgen de negras trenzas y lánguidas pupilas? ¡Tendré que abandonarla! ¡Acaso otro muslim cautive su pecho durante mi prolongada ausencia!

(Se continuará)



DEHESA (cuadro de Alfredo Parsons)

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º

INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. — BARCELONA

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 26 de noviembre de 1887 | Núm. 256

ADVERTENCIA: Un incidente ocurrido al entrar en máquina el número 11 de *El Mundo de las Damas* nos obliga á aplazar su reparto hasta la próxima semana.

EN LAS PROPIAS BARBAS (cuadro de V. Brozick)

SUMARIO

TEXTO. *Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor. *Una venganza* (continuación), por Manuel Amor Meilán. *Gioconda*, por A. Pareja Serrada. *Lecturas. Baudelaire* (conclusión), por Clarín.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—Nuestros grabados.—*El alcázar de las perlas* (leyenda árabe) (continuación), por Juan García Goyena Alzugaray.

GRABADOS.—En las propias barbas.—Retrato de una joven.—Guernesey.—Entrada á Saint Pierre Port.—Por el río.—En grave aprieto.—*Joyas del arte florentino antiguo*.—Cristo rodeado de ángeles en medio de los bienaventurados.—La batalla de San Egidio.—La despedida.—Reproducción en facsímile de los tapices de Bayeux.—La defensa de la inocencia.—Bordadoras de los Balkanes.—La costa de Génova.—Spezzia: Porto Venere.—Un cubil de jabalíes en el bosque de Fontainebleau.

MADRID

Cartas á mi prima

La boda.—Frascuelo herido.—Echagüe.—Teatros.

Al fin, querida prima, se ha verificado la boda del Sr. Cánovas del Castillo. Hé aquí la descripción del traje de la desposada: creo que entre todos los detalles de la fiesta es el que más encantará tu ánimo. Vestía la Srta. de Osma un traje de terciopelo blanco labrado, y guarnecido de encajes, regalo del novio; y sobre el abierto cuerpo del vestido la rama de hojas de yedra que D. Antonio Cánovas le ofreciera entre otros presentes: la rama venía arrancando del hombro izquierdo y caía sobre el puntiagudo peto. Tres hilos de perlas, que los marqueses de la Puente habían puesto en la canastilla de su hija, lucían su irisado oriente sobre el hermoso busto; y su gallarda cabeza sostenía una diadema, estilo del primer Imperio, entre cuyos soberbios brillantes asomaban las flores de azahar... Largo y magnífico velo de encaje completaba esta *toilette*, digna (dice el cronista de quien tomo esta pintura) de la prometida de un Nabab. La ceremonia fué breve: el obispo de Madrid-Alcalá, revestido de pontifical, ofició en el acto, pronunciando después una sencilla plática, que, también al decir de las gentes, conmovió á todos cuantos la escucharon. Inútil será decir quiénes asistieron á este acontecimiento excepcional: puedes figurártelo. A las diez y media de la noche los recién casados fueron á Palacio á presentar sus respetos á la reina; después volvieron al hotel de los padres de la novia; y por término natural, á eso de las doce, entraron en la casa del Sr. Cánovas, donde los dejaremos hasta que los sucesos traigan sus nombres otra vez envueltos en el rumor de otras cien actualidades... Pero no: ya que de esto hablo, quiero decirte algo de la casa del Sr. Cánovas del Castillo. Según las descripciones, es un verdadero museo de arte y de antigüedades: tapices, esculturas, porcelanas de todas épocas, pinturas antiguas de raro mérito, grabados de Morghen, ediciones curiosísimas, colecciones de armas... Y es, sobre todo, magnífica por su caudal la biblioteca; templo de retiro, en el cual se confortaba y conforta el gran ministro conservador en los tiempos deprimentes y lacrimosos. Debemos confesar que esta biblioteca no ha sido una habitación más para el Sr. Cánovas, como lo sería para la generalidad de los hombres políticos... Y para terminar definitivamente la historia de este casamiento excepcional, te referiré la última versión de esta leyenda, que le da visos de idilio. Cánovas estaba enamorado de la Srta. de Osma desde hace veinte años (ella tiene treinta y dos nada más), y durante todo ese tiempo le ha dedicado las poesías amorosas que ha escrito. La ha conquistado á fuerza de endecasílabos.

A no dudar, después de este suceso, ninguno otro puede parangonarse en resonancia con la desventurada cogida de Frascuelo. Lidiaba éste uno de los toros que se corrían á beneficio de una sociedad formada para ilustración de los obreros... La corrida tenía ya mala sombra, según decían los aficionados, pues se había suspendido primeramente... Frascuelo se dispuso á matar el toro, pero éste embistió de súbito y paseó al espada en los cuernos. Cuando Frascuelo cayó en tierra, herido como estaba, se levantó, y, poniéndose en facha, dió una estocada al toro, con ira, con furia; estocada de desprecio y de vergüenza. No pudo rematar la suerte y salió para la enfermería. Puedes figurarte la ansiedad, el terror del público; el tumulto que se originó, y las contradictorias versiones que convirtieron aquel sitio en un horno de gritos, preguntas, respuestas, augurios y confusiones. Sin duda para desviar la atención de este acontecimiento, un torero, *El Bebé*, se dejó coger por otra fiera y esto, en efecto, distrajo á la muchedumbre de la cogida principal y grave. Después hubo lo que hay siempre en estos casos: la plaza de Santo Domingo, donde vive Frascuelo, se llenó de gente; las listas que se pusieron en el portal se llenaron de firmas; las bandejas de tarjetas y telegramas; los periódicos de sueltos lúgubres y encomiásticos; Madrid fué cubierto por una nube de tristeza moral y se creyó que desaparecería para siempre uno de los genios más esplendorosos del toreo. En estos días solamente de Frascuelo se hablaba. Algunos que firmaban en la lista expresaban su deseo no sólo de que se restableciera, sino de que toreara pronto. Suponían (y esto es grande elogio del corazón que suponen en Frascuelo), que apenas éste se restableciera volvería por otra cornada. Considera tú, prima, que es preciso, en efecto, tener un alma de espíritu más que humano para sentir repetirse tamaños accidentes y seguir entregando la carne, destrozada y mal unida, á la cólera del toro. Yo comprendo que conforme se van repitiendo las heridas el cuerpo se estremezca más, los ojos se sientan más turbios, la resolución más indecisa, y falte, en suma, la seguridad, la confianza, el aplomo de aquellos toreros afortunados en el arte que han lidiado siempre sin el más ligero zurcido en su pintoresco traje... Así debe ser y así será sin duda; mas el torero, como el soldado, no puede retirarse sin desdoro; y si puede cortarse la coleta cuando llegan los años canos, ó cuando tras de muchas campañas afortunadas se ha hecho una grande hacienda, no puede hacerlo sin desdoro al día siguiente de haberle dicho el médico: *¡Ya es V. hombre!* Frascuelo estará restablecido muy pronto, se anunciará su nombre en los carteles, y el público acudirá con avidez á ver su querido gladiador, y espiar en su apostura, en su gesto, en el color de su rostro, en su mirada, en la quietud ó el temblor de su mano el estado de su corazón, el mayor temple ó decrecimiento de su bravura. ¡Pobre Frascuelo si el pueblo le ve dudar y estremecerse, cerrar los ojos, volver la cabeza, temer, en fin, cuando se lance sobre el toro! *Frascuelo se acabó, tiene miedo*, dirían entonces con aire desdeñoso los que tiemblan en la calle cuando ven pasar algún buey con cencerro... Y tendrán derecho para decirlo: han comprado por algunos reales el derecho de que los actores de la gran fiesta mueran, si es preciso, con augusta dignidad. Ciertamente que las ocasiones y la consideración y el fanatismo que concedemos á los espadas no tiene explicación moral posible; mas como el hombre no se compone tan sólo de espíritu, sino también de materia, esta materia sensible, temerosa, de que estamos formados, nos dice, con sus movimientos de terror ante el peligro, que el matar toros es oficio singular y áspero. Yo encuentro ilógico, sin embargo, que el entusiasmo del pueblo por los toreros crezca en relación de las cogidas que tienen, y que su bello ideal, por lo visto, sea un torero armado en piezas como los esqueletos... El gran torero, sin duda, es el que sabe ser vencedor sin ser jamás vencido. De lo contrario no se debe considerar la tauromaquia como un arte, sino como una lucha. Y, como lucha personal, ¡qué vergonzosa para el hombre! Una cuadrilla entera, muchos hombres á pie y á caballo con capas y con lanzas y con espadas para distraerle y rendir la bravura natural de un toro, y después, ya turbado, desangrado, y aturdido, todavía con otros engaños herirle y matarle... No: en todo incluso en las barbaries hay algo que las embellece, y ese algo es el arte: es el espíritu dominando siempre sobre la fuerza, inutilizándola y desarmándola. ¡Al más artista, pues, al nunca cogido, le corresponden las ovaciones: al que sin arte cae herido le corresponde la lástima!

Pero, en fin, querida prima, ya hemos hablado bastante de este asunto inagotable, al cual habrás prestado alguna atención, sin duda, porque, como buena española, tienes todavía en tu armario la mantilla blanca y la peineta de las fiestas nacionales... Tratemos ahora de otra desgracia, cuya resonancia es infinitamente menor que la de Frascuelo... Me refiero á la enfermedad del general Echagüe, víctima de una pulmonía, y de verdadera gravedad en estos momentos.

El general Echagüe no puede ser bien apreciado más que por los viejos y por los que hemos oído contar á los viejos las campañas de la guerra civil. El general Echagüe fué uno de los oficiales más bravos del ejército liberal, y al oir la relación de sus proezas nos parece oir relaciones de leyendas. Sin duda que el ponerse delante de los toros es brava cosa; pero el batirse durante años casi todos los días, entre tempestades de balas y cruzados de bayonetas, tiene también su mérito. Aquel oficial era de aquellos cuya existencia no se comprendía sino por virtud de alguna protección mágica. Como él hubo otros muchos generales cuyos hechos heroicos desconocemos también, y que han cobrado personalidad en la política después que no tuvieron campaña de guerra. Entre éstos podemos citar á *los doce hombres* de corazón, y entre estos doce al general Echagüe. Hace mucho tiempo que, más que general, es cortesano, palaciego, hombre de sociedad, bajo el cual sólo sus antiguos amigos pueden conocer al oficial de chapelgorris. Después de la muerte de Don Alfonso, dejó de ser comandante general de alabarderos, puesto sujeto á término reglamentario; y dicen que la muerte del rey le impresionó mucho. Los viejos son pesimistas: sin darse cuenta de ello, en todo lo que ven morir sienten su propia muerte, y al sentir concluírseles la vida creen que se concluye toda la vida del mundo. No es así: los hombres pasan y la humanidad prosigue su camino. Lo que hay, en verdad, sensible, es que la sociedad y la patria tengan en menos la muerte de un soldado glorioso, cuya espada trazó felices caminos á las ideas liberales, que la muerte de un gallardo lidiador de reses, actor de feroces recreos.

Aparte de esto, en el mundo de la literatura y de la escena (placer más espiritual seguramente) las novedades más recientes son dos sainetes representados anoche, uno de ellos titulado *Las propinas*; otro titulado *Sereno*. El primero se debe al señor don Fiacro Iráyzoz; el segundo al señor Sánchez Pastor. No he visto este segundo sainete, que la prensa elogia manifestando que pertenece al número de los mejores. Hay un sereno chismoso y entrometido, una niña pegadiza y enamorada, un sietemesino audaz, contra su carácter; una vecina guapa que lamenta las ausencias de un marido atareado, y un barbero pusilánime. Parece que con estos elementos ha hecho el Sr. Sánchez Pastor un cuadrito preciosísimo.

Del otro sainete, *Las propinas*, sí puedo hablar. Un portero ha encontrado la manera de explotar á todos los cabezas de familia de Madrid. Con el libro de las doscientas mil señas en la mano escribe á todos los vecinos un anónimo en que les manifiesta que su honra padece, y que en *tal portería* se les dará explicaciones. El no da explicaciones sino á quien le da dinero. El devuelve á todos la tranquilidad; pero se encuentra en grave riesgo de perder la suya, pues no todos se dan por satisfechos. Al concluir el sainete sabemos que precisamente él ha citado, entre otros, al mismo amante de su mujer, el cual de propina casi está para despacharlo. Hay en todo este sainete una frescura, una

novedad, una gracia para decir cultísimamente los chistes más arriesgados, que algunos de ellos nos recordaron el arte supremo de Bretón. «¡Hé aquí una nueva musa cómica!» nos dijimos, complaciéndonos en saborear aquel delicioso postre.

Decididamente somos *saineteros*. Más vale así: ya que en las regiones superiores no aparezcan nuevos genios, que en el piso bajo de nuestra literatura dramática encontremos nuevos ingenios cada día.

Y sin más, tuyo

FERNANFLOR

UNA ROMANZA

(CONTINUACIÓN)

Eso sí: el soneto no era un modelo de inspiración ni corrección literaria, pero se aplaudió, y desde aquella noche Fermín quedó bautizado con el adjetivo de *poeta valdesareño*.

Y cuando se retiraron todos los asistentes á sus respectivos domicilios, iban tarareando la romanza *Vorrei morire*, y sospechamos si las moléculas de aire de Valdesar se convertirían aquella noche en notas de Paolo Tosti.

SEGUNDA PARTE

I

El vizconde de Malafama era uno de los *personajes* de Valdesar. Su influencia era mucha para con los prohombres del partido que á la sazón regía los destinos de la patria. Había sido elegido dos veces diputado nuestro vizconde, y se prometía serlo la tercera... Esto no es sino un detalle de poca importancia para nosotros, que no hemos de votarle ni asistir á su votación. Pasemos, pues, adelante, y prosigamos el curso de nuestra historia.

II

A la mañana siguiente de la velada presentóse, vestido *á la gran etiqueta*, como diría un traductor chirle, en casa de Angelina.

Hallábanse en ella ésta y su madre, con la que vivía.

La escena que allí tuvo lugar la tomaría un autor dramático para un primer acto de exposición:

El vizconde.—Señoras...

La madre de Angelina.—¡Oh, señor vizconde! *(Con ridículas cortesías.)* Tanto honor...

El vizc.—El honor es mío al venir á saludar en su hija una futura gloria valdesareña.

Angelina.—Muchas gracias.

El vizc.—No las merece: es sólo plena justicia á su artístico mérito. ¿Han leído ustedes *El Eco* de hoy?

Angelina y su madre.—¡No!

El vizc.—Oigan ustedes y juzguen. *(Lee.)* «En el concierto celebrado anoche en el Casino de Valdesar á beneficio de las víctimas de Andalucía, hásenos revelado una futura gloria de esta hermosa ciudad. Nos referimos á la señorita Angelina C..., que, así en el aria *Il pensier sta negli oggeti* como en la romanza *Vorrey morire*, puso de relieve sus excepcionales dotes de artista. Creemos que si la señorita C... no se duerme sobre los laureles anoche conquistados y estudia con entusiasmo y fe, llegará á ser una de nuestras primeras estrellas en el arte lírico.» Y bien: ¿qué dicen ustedes á esto?

Angel.—¡Bah! El revistero no peca de duro...

El vizc.—No: si esta es la opinión de toda Valdesar. Créame usted, Angelina; á usted le hacía falta un año de Conservatorio...

La madre.—Pero nosotras...

El vizc.—¿Qué va usted á decir?

La madre.—Que no podemos...

El vizc.—Como quieran sí.

La madre.—¿Y basta querer?

El vizc.—Querer es poder, señora. Si ustedes quieren, yo me encargo...

La madre.—¿De qué?

El vizc.—De procurarles un medio de subsistencia en Madrid.

La madre (con dignidad).—¿Sacrificarse usted por nosotras?

¡Jamás!

El vizc.—No me han entendido ustedes.

La madre.—Explíquese usted, pues.

El vizc.—A eso voy.

No desconocen ustedes cuánta es mi influencia en la Diputación de la provincia.

Angel.—Mucha.

El vizc.—Pues bien: yo, el vizconde de Malafama, puedo hacer que se otorgue á ustedes una subvención para que la señorita Angelina continúe sus estudios en el Conservatorio de Madrid.

La mad.—¡Ah! Eso es diferente ya...

El vizc.—¡Y tan diferente! ¡Pues qué, señoras! ¿Me juzgarían ustedes capaz de...?

La mad.—Usted dispense, pero...

El vizc.—Nada tengo de qué dispensarles.

Por el contrario, comprendo perfectamente que me he explicado mal, ó por lo menos no he sabido exponer mi pensamiento como debiera haberlo hecho; y así...

Conque ustedes decidirán. Yo tendría una verdadera satisfacción y un orgullo muy legítimo en poder decir algún día, que en la medida de mis fuerzas he contribuído á hacer de Angelina una grande artista.

Ang.—Muchas gracias por su buen deseo, señor vizconde...

Pero usted comprenderá perfectamente que no es éste asunto para tomarlo á barato, y...

El vizc.—Ni yo tampoco ¡líbreme Dios de semejante pretensión! voy á poner á ustedes, como vulgarmente se dice, una espada al pecho.

¡Nada de eso!

Comprendo perfectamente que es un proyecto mío, que tienen ustedes que madurarlo mucho.

Yo expongo la idea.

Ustedes la meditarán.

III

Y resultado de aquella meditación fué que no era para desechado el generoso ofrecimiento del vizconde ex diputado, y decidieron aceptarlo, como así se lo dijeron al de Malafama.

No tuvo éste más tiempo que hablar con unos y otros diputados para que la pensión le fuese concedida á Angelina, á la cual todos la señalaban como una futura *étoile* del arte lírico.

RETRATO DE UNA JOVEN (por G. Clausen)

¡Júzguese del dolor de Fermín al tener que resignarse á una forzosa separación!

Y decimos forzosa porque la vocación de Angelina era decidida.

Y Fermín, en cambio, era pobre para un viaje de tal empeño entre los vecinos de Valdesar, y no podía pedir subvención de ninguna especie.

¡Ya se ve!

¡Él no era ninguna maravilla artística!

¡Nadie le había señalado como una *étoile!*

¡No le habían llamado Gayarre, ni siquiera Gayarrini!

Fermín se desesperaba y dábase á todos los diablos.

¡Ahí era nada!

¡Separarse del ser adorado por nosotros con verdadera pasión!

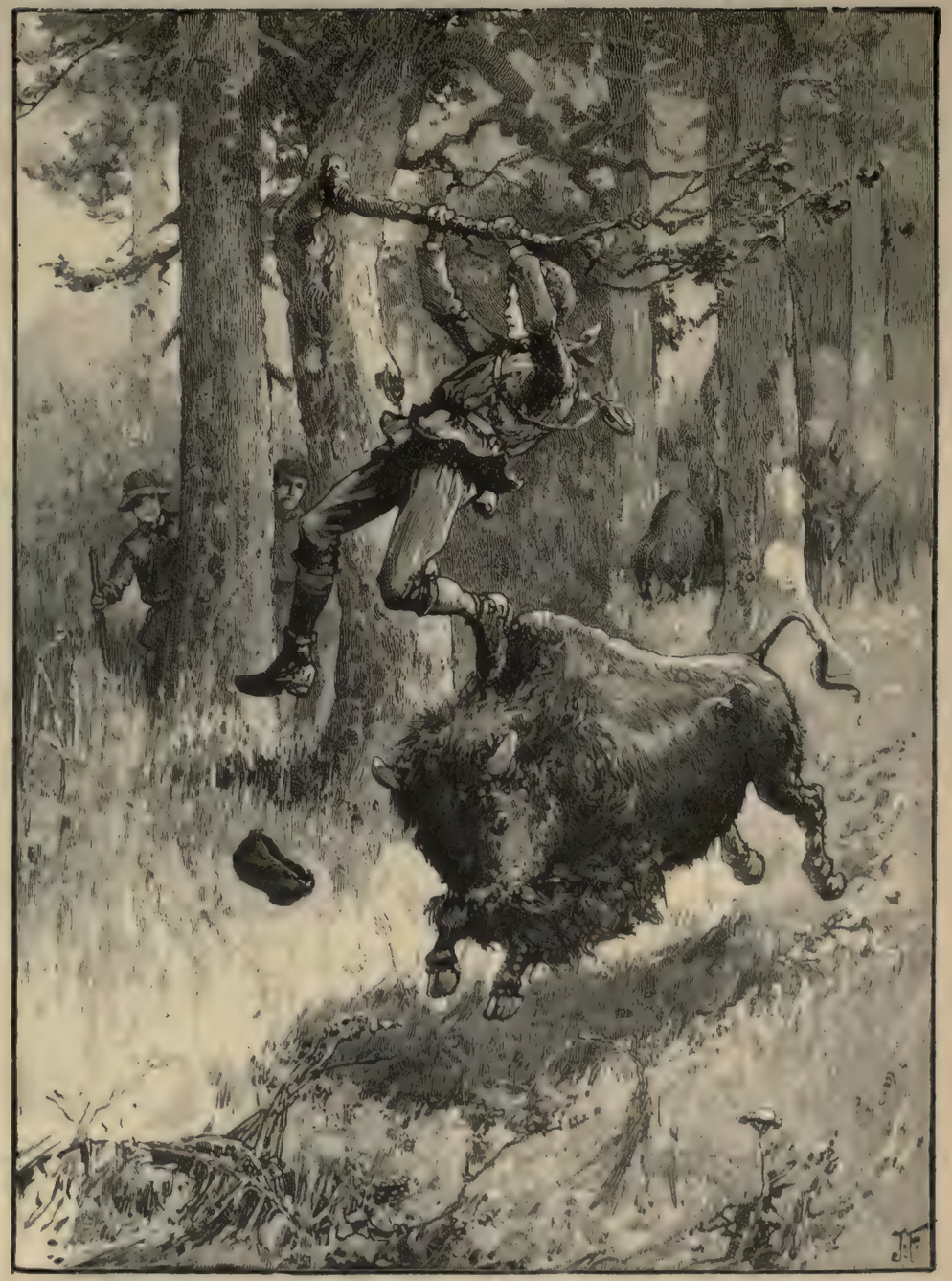
Fermín recordó la noche de la famosa velada, velada de tan fatales resultados para su amor, y la maldecía desde lo más íntimo de su corazón.

MANUEL AMOR MEILÁN

(Se continuará)

GUERNESEY: ENTRADA Á SAINT PIERRE PORT (acuarela de E. Hayes)

POR EL RÍO



EN GRAVE APRIETO

GIOVANETTA

I

Las mesnadas españolas al mando del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba ocupaban militarmente el reino de Nápoles, y á la lucha tenaz de sangrienta guerra habíase sucedido una paz risueña que, aunque cimentada en ruinas, no dejaba de ser deseada por italianos y españoles.

Nápoles en aquellos tiempos era la ciudad de la orgía y el nido predilecto del amor.

Fiestas continuadas, galanteos y amoríos, serenatas y torneos, hacían de la ciudad un nuevo jardín de Armida, entre cuyas frondas se mellaban las espadas toledanas y enmohecían las moharras de aquellas terribles lanzas que la católica Isabel arrojara poco tiempo antes contra la flor de las tropas árabes.

Alguna *vendetta*, algún resentimiento, se solventaba en las sombras de la noche, y no era raro oir después del toque de *queda* el chasquido de los aceros que tras la esquina de una callejuela ventilaban cuestiones de amor ó de juego, alumbrados por el farolillo agonizante del humilladero de alguna Madona, ó el ahogado grito del que caía ante el puñal de los rufianes, ávidos del oro que guardaba una escarcela, ó de la joya que brillaba en el pecho del noble.

Si al día siguiente no se hubiese visto levantar el cadáver, ó lavar la sangre que salpicaba los muros de las casas donde el trágico suceso habíase desarrollado, nadie creería que en aquella hermosa ciudad, donde á todas horas sonaba el bandolín del trovador y el alegre murmullo de las danzas, la muerte silenciosa cobraba su tributo entre el ocaso y el orto del sol.

Entre las hosterías que de más fama gozaban en Nápoles por aquella época, había una situada en lo que hoy es el puerto y que, en descomunal muestra llena de adornos de colores, exhibía una figura que así podía representar un gato como un león ú otro animal fantástico, bajo el cual la mano del pintor había trazado el siguiente rótulo en tinta roja: *La gata blanca. Hostería del signor Francesco Gambardelli.*

La gata blanca era, no sólo el punto donde se servían mejores licores y comidas, sino el sitio de reunión que frecuentaba la nobleza de los tercios españoles, gente que bebía bien y pagaba mejor. Por esta causa el *signor Gambardelli*, que usaba este antenombre por pertenecer, según él afirmaba, á una noble y antigua casa de Roma, no consentía que pisaran su establecimiento ni los soldados de los tercios, ni los pescadores de la rada, ni la multitud de *condotieri* que pululaba por todas partes ofreciendo al mejor postor la hoja de su espada ó la punta de su puñal.

Sentado se encontraba el buen hostelero á la puerta de su establecimiento viendo la negra columna de humo que se elevaba del Vesubio y la dorada cinta que el sol poniente dibujaba en el mar, cuando un grupo compuesto de cuatro caballeros penetró bajo el emparrado del pórtico, y, dando golpes sobre la mesa con el pomo de sus puñales, gritóle con toda la fuerza de sus jóvenes pulmones:

—¡Aquí, maese Gambardelli! ¡Pronto, ó te molemos los huesos á palos!

Gambardelli compuso lo mejor que pudo su fisonomía, dándole el aire de complacencia, y acudió al llamamiento haciendo mil zalemas al tiempo que decía:

—¡Oh, Excelencias! ¿Qué se dignan ordenarme?

—Necesitamos una buena botella de lácrima, un pastel de liebre de los que tanta fama os han conquistado, más otro par de botellas del más añejo y más puro que guardes entre tus vinos.

—Al momento, monseñor Hugo de Alenza, flor y nata de los alféreces españoles.

—¡Bravo, maese!—contestó otro de los comensales.—Así sabéis servir un delicado plato como retener nombres en vuestra asombrosa memoria. Y para que en adelante guardéis uno más, sabed que este bravo capitán que nos acompaña es el noble y rico señor de Alcaudete, nuestro querido compañero y amigo D. Fernán Alvarez de Toledo.

¡Oh, Excelencia! volvió á decir Gambardelli haciendo una profunda reverencia.

—Pronto, maese: esas botellas y ese pastel, que nos morimos de hambre,—dijo Hugo de Alenza.

Gambardelli desapareció, mientras un doncel, casi un niño, que no obstante su poca edad lucía en su pecho la cadena de caballero, decía á D. Fernán:

—¿Y qué os parece la ciudad, amigo mío?

—Admirable, querido Gome, admirable. Y ahora que de esto se habla, he de contaros un suceso que me ocurrió anoche por andar de calle en calle sin conocer la población.

—¡Contad, contad! gritaron todos agrupándose cuanto podían á la mesa.

—No sé deciros dónde, ni la hora precisa: sentía ardor en las sienes, la cabeza pesada, quizás por el calor del camino, ó por haberla traído desde Milán encerrada en la maldita garzota, que Dios confunda; y pocas ganas de acostarme sin haber visto algo de esta famosa Nápoles, de quien tanto había oído hablar. La hora de la *queda* había sonado hacía tiempo, cuando al volver de una calle me encontré detenido por dos rufianes que espada en mano me exigían aligerase mi bolsa y aumentase el peso de la suya. Me hice á un lado, desnudé el acero y cerré contra ellos repartiendo cintarazos; mas los que yo había creído dos se convirtieron en seis, y en Dios y en mi ánimo que me hubieran dado un mal rato si, abriéndose de pronto una puerta que me resguardaba la espalda, no me hubiera sentido arrastrado al interior y visto cerrarse ante mis ojos sus postigos.

Trémula luz, que brotaba de una lámpara de cobre puesta sobre un bloque de piedra, me hizo apreciar mi situación y los detalles del sitio donde me encontraba.

Era una cueva, una verdadera cueva, habitada, no por duendes y trasgos, sino por una bellísima niña que, medio sumida en éxtasis, fijaba en mí sus ojos de fuego.

Aquella hada, aquella delicada mozuela, me había salvado, y traté de pagar su generosa acción entregándole el joyel de mi gorra.

—Guardad, señor caballero,—me dijo en una graciosa jerga italoespañola,—esa joya que me deshonraría y acaso os deshonrase. No necesito de nada, ni con joyas se pagan todos los servicios.

—Sin embargo, me habéis salvado de una muerte cierta...

—He cumplido con mi deber.

—Creed, niña, que mi gratitud no tendrá límites; pero dignaos aceptar...

—Lo primero sí, con orgullo: lo segundo de ningún modo.

—Decidme al menos vuestro nombre, y sepa yo de una vez á quién he de llamar en mis recuerdos.

—Soy Giovanetta, señor; Juanita, como decís en vuestro idioma.

—Pues bien, Juanita: sois adorable...

—Una pobre niña nacida entre el fango de las calles, sin patria, sin hogar... una flor que pasa y se deshoja bajo el pie de cualquiera.

—¿Tan pobre sois?

—¡Oh, no tanto! Es verdad que vivo de mi trabajo, ora vendiendo pescados por las calles de Nápoles, ora cantando por las hosterías, ora sirviendo á las damas como camarista... pero tengo una riqueza inmensa: mi honradez.

—¿Sois española?

—No lo sé: ¿y vos?

—Sí: soy paje de un caballero español, y me llamo Fortún.

Comprenderéis, mis queridos amigos, el por qué de mi inocente mentira: necesito apoderarme del corazón de Juanita, y siendo noble y caballero rebajaría mi nivel hasta el suyo, ó le haría aspirar á una unión imposible.

—¡Qué bueno debe ser eso de vivir en grandes palacios, Fortun!—me dijo.

—¿Lo desearíais?—pregunté.

—Sí y no: sí, por estar al lado vuestro... no, porque... porque estoy mejor aquí en esta pobre cueva que la caridad me da como virginal camarín.

Os hago gracia del resto de la escena: manos que se estrechan, promesas que se cruzan, chirrido de una puerta que se abre, y un beso robado en la mejilla más tersa, más fresca y más linda que el pillo de Fortun, paje de un gran caballero, pudo soñar en su vida.

—¡Bravo, D. Fernán!—gritó Alenza.

—¡Admirable!—contestaron otros.

—¡Os propongo una copa de lácrima á la memoria de Giovanetta!—exclamó el adolescente D. Gome de Quirós.

—Sea como gustéis, mis amigos.

Y llenando las copas, levantó la suya Alenza de Toledo, diciendo en tono solemne:

—¡Por la hermosa Giovanetta!

—¡A su salud!—gritaron todos; mientras Gambardelli murmuraba:

—¡Pobre niña! ¡Ha ido á meterse en las fauces del lobo! ¡Yo velaré por la hermosa *ragazza!*

II

Giovanetta continúa su vida errante por las calles de Nápoles; pero ni en sus mejillas luce aquel aterciopelado carmín que hacía la desesperación de las elegantes napolitanas, ni sus rasgados ojos negros sustentan aquella mirada viva, penetrante, que á un tiempo causaba delirio de poseerla y temor de recibirla.

Sombras del alma, las más tristes, las más negras de todas las sombras, han tendido por debajo de aquellas órbitas el violado círculo de

Joyas del arte florentino antiguo

Cristo rodeado de ángeles en medio de los bienaventurados (cuadro de Fra Angélico)

las penas, y la infeliz *ragazza* doblega su cintura, antes tan esbelta, como se dobla el tierno mimbre ante la brisa más tenue.

Ya se lo decía Gambardelli:

—Desconfía, Giovanetta: nada hay en el mundo más malicioso que un paje, ni menos consecuente que un escudero.

Pero la inocente niña medía á su amante por su propio corazón, y creía en Fortún como las almas sencillas creen lo que se desea hacerles creer.

Por fin cayó de sus ojos la venda.

El enamorado Fortún era un noble español de la más alta alcurnia, y la puertecita de la callejuela no volvió á abrirse más para él.

Giovanetta palideció y cayó enferma.

¿Qué flor delicada no se marchita y muere cuando falta á su raíz el jugo que le da vida?

Luchó su enérgica naturaleza contra la enfermedad, y logró vencerla... pero ¡ay! ¡dejando su ponzoña en el corazón!

Siete meses, siete siglos pasaron para ella sin haber visto aquella imagen que venerabà en el fondo de su alma, el objeto de su inextinguible amor. Fernán, ó Fortún, como ella le llamaba á sus solas, habíala olvidado como cosa que pasa, como hoja de árbol que arrastra el viento.

Un día llegó á *La gata blanca* á ofrecer á Gambardelli unos pescados, y allí oyó vagamente rumores que sin saber por qué se clavaron en su pecho como agudas espadas.

Murmurábase por los bebedores acerca de un misterioso crimen cometido la noche antes en la persona de un caballero español que había caído al pie de una reja acribillado á puñaladas. Decíase que el herido era objeto preferente de las atenciones de una alta dama, y que un rival desdeñado había preparado contra él una *vendetta* terrible. Se hablaba de heridas incurables, de armas envenenadas, y Giovanetta salió de la hostería decidida á saberlo todo.

Cándida y sencilla, tenía en su corazón todas las supersticiones, todas las creencias de la época y del país, y pronto adoptó su partido.

En el promedio de la montaña que corona el cráter del volcán habitaba una hechicera, una maga cuya fama era universal: la tenebrosa cueva que de refugio le servía era visitada con frecuencia, ya por el mísero pescador de la bahía, ya por el encopetado magnate de la Chiagia, y á ella se dirigió llena de fe y con su alma anhelante de esperanza.

La maga era una anciana que, á juzgar por restos que el tiempo había respetado, debía haber poseído excepcional belleza. Sephora era judía, y nadie podía decir de dónde había venido, quién la iniciara en los secretos de la magia, ni cómo ó cuándo había elegido su habitación en la montaña.

—Sephora,—le dijo Giovanetta;—he venido á consultarte un asunto de grande interés para mí; pero soy pobre...

—Habla.

—Es el caso que no podré pagar tu trabajo.

—Y ¿qué te importa si te digo que hables, niña mía?

Giovanetta creyó de buen augurio las palabras de la vieja, y, dejándose llevar de un primer impulso, corrió hacia ella, abrazóse á su cuello, é imprimió sonoro beso en sus mejillas.

La maga, sorprendida, dejó oir un suspiro profundísimo, mezcla de satisfacción cumplida y de dolor por largo tiempo contenido, y tomando entre las suyas las manos de la joven exclamó:

—¡Me has besado! Has besado á la maldita, á la repugnante judía que todo el mundo desprecia, que todo paje apalea... ¡Bendita seas por siempre y para siempre! Cuéntame tus cuitas, nada me ocultes: quizás pueda servirte en algo.

—Pues bien, Sephora: necesito que me digas quién fué herido anoche al pie de una reja.

Sephora murmuró ininteligibles palabras, avivó la llama de moribunda hoguera que á su lado vacilaba, y contestó:

—D. Fernán Alvarez de Toledo, ó el escudero Fortún.

Giovanetta exhaló un supremo grito de angustia, y llevándose la mano al corazón gritó:

—¡Más aún! ¡Más, Sephora, por cuanto ames, por cuanto hayas amado en el mundo!

—Cayó bajo el puñal de un asesino cuando esperaba la cita de su prometida esposa la condesa de Castiglioni.

—¡Oh!... Sigue.

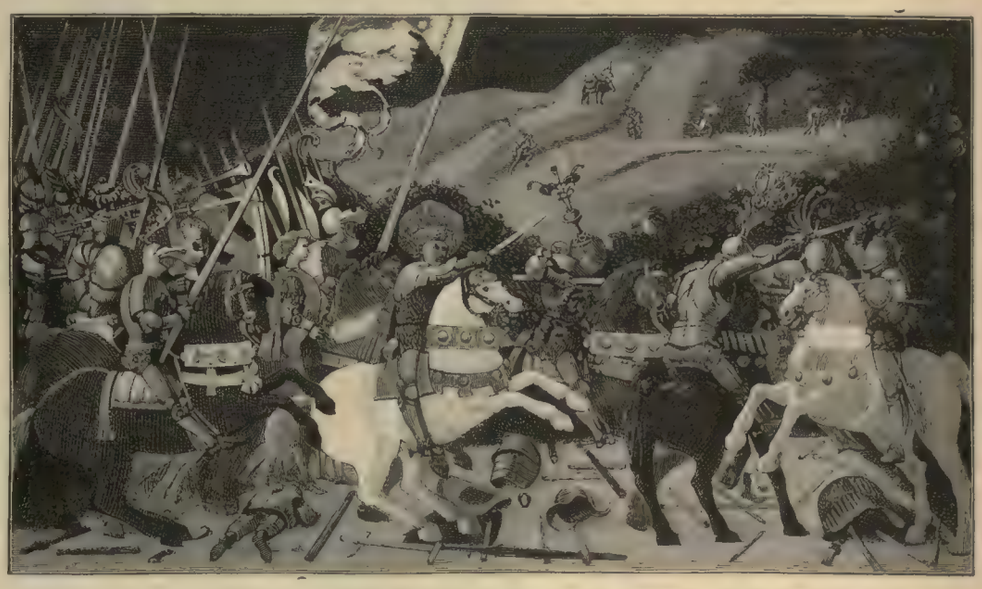
—El puñal estaba envenenado, y es muy difícil que sane de sus heridas.

—¿Por qué, Sephora?

—Porque para ello es preciso que una persona que le ame mucho, que no tenga mancha alguna en su pureza, se decida á hacer en su obsequio un precioso sacrificio.

—¿Cuál?

—Es preciso que deje correr su sangre unos cuantos minutos; qu en vinagre fuerte disuelva una perla negra; y, mezclada esta disolución con aquella sangre, la infiltre gota á gota en las heridas.



Joyas del arte florentino antiguo: La batalla de San Egidio (cuadro de Paolo Ucello)

—¡Gracias, Sephora! ¡Que Dios te guarde y pague tu consejo!

—¿Dónde vas, mi querida Giovanetta?

—A cumplir con mi deber,—exclamó la pobre niña corriendo hacia la falda de la montaña.

Y jadeante, cubierta de sudor, con sus desnudos pies llagados por las asperezas de las rocas, llegó á *La gata blanca,* llamó á Gambardelli y le hizo la confidencia de su extraña visita.

El buen hostelero era supersticioso como todo italiano, y creyó á ojos cerrados en la eficacia de esta medicina; mas existía una dificultad insuperable, y era la falta de dinero. Comprar una perla, y una perla negra, era casi tentar un imposible, por lo cual aconsejó á la desolada Giovanetta que creyese un sueño cuanto había pasado y dejase á D. Fernán en brazos de su suerte.

No obtuvo contestación.

La niña había salido de la hostería y volaba hacia la ciudad en busca de lo que no podía encontrar.

Dos días anduvo errante de calle en calle, de puerta en puerta, implorando una limosna, un préstamo, un dogal de esclavitud, cualquier cosa que le diese el oro que necesitaba, y sólo consiguió juntar un miserable puñado de la moneda más ínfima. Para mayor tormento suyo había visto en la cristalera de un judío magníficas perlas negras, por la menor de las cuales le pedían seis doblas de oro, é, incitada á su vista como al hidrópico incita el agua, su delirio había llegado al último extremo.

Llegó la noche del tercer día, día de fiestas y de algazara en la población.

Giovanetta, medio tendida en el hueco de una puerta, oprimía entre sus manos el cráneo, que estallaba; y no obstante su continuado trabajo ni se le ocurría una idea, ni acertaba á coordinar un pensamiento.

De pronto se irguió.

A poca distancia resonaban las espuelas de un caballero.

—Mi vida es poco, muy poco, por la suya... ¡Hasta mi honra... sí! ¡Hasta mi honra!—dijo.

Y salió al encuentro del desconocido, intentando, aunque con poca seguridad, hablarle el lenguaje del amor.

El caballero la oyó primero con indiferencia, después con lástima y más tarde con interés.

Sobre su mano desnuda había caído una candente lágrima... ¡No de la Magdalena que se arrepiente, sino de la mártir que muere!

La llevó delante de un farolillo que alumbraba á una imagen de la Madona, y allí, con exquisito tacto, hízole confesar el por qué de aquella lágrima.

Momentos después Giovanetta oprimía entre sus manos aquellas doblas que le eran tan queridas, y respiraba sintiéndose pura y sin mancha.

Y en la soledad de su mísero albergue, haciendo de bisturí una tijera y de cirujano su propio corazón, abrióse una vena, y, al compás de la sangre que caía en un vaso, sus ojos se entornaron y rodó sobre el suelo desmayada.

¿Qué pasó después?

Gambardelli, que la vigilaba, la encontró espirante, vendó su herida, la reanimó con el calor de su tabardo, y al día siguiente Giovanetta velaba al moribundo D. Fernán y le administraba la medicina de la maga del Vesubio.

Y D. Fernán curó, quizás por efecto de aquella droga á tanta costa comprada, quizás debido á su robusta naturaleza; pero al ver á su lado á la infeliz abandonada, al saber por Gambardelli el secreto que Giovanetta le había ocultado á pesar de sus ruegos y aun de sus amenazas, tomó su partido, y un día, en que la napolitana preparaba su cesto para salir al mercado en busca de trabajo, numeroso cortejo de pajes y escuderos llegó á su puerta precediendo á los ilustres varones españoles á quienes hemos presentado al principio de esta leyenda, los cuales en ricas bandejas de oro traían soberbias preseas y regalos.

Tras de ellos, llevando á un lado á Gambardelli y al otro al noble Quirós, como su más íntimo, apareció Fernán Alvarez de Toledo, convaleciente aún de su penosa enfermedad.

Alenza se adelantó á la puerta, descubrió su cabeza y dijo á Giovanetta:

—Permitid, señora, que como indigno embajador de un ilustre amigo os pida para él la honra de concederle vuestra mano de esposa.

LA DESPEDIDA (cuadro de Pío Ricci)

Giovanetta le miraba atónita y sin acertar á pronunciar una sílaba.

Fernán Alvarez llegó hasta ella, la tomó de la mano y dijo:

—Tu sangre se ha mezclado con la mía: ¿querrás separarla de mis venas? ¿Negarás á Fortún el escudero la dicha de llamarte su esposa?

—No soy digna de vos, caballero; estoy manchada del vicio...

—¡Juro á Dios que no! gritó Alenza llevando su mano á la cruz de la espada:—Yo fuí, señora, quien os dió las doblas aquella noche, y ni el menor hálito de impureza sombreó vuestra frente.

Lloraba entretanto Giovanetta, y Alvarez de Toledo había caído á sus pies, mientras en su favor intercedían Quirós y Gambardelli.

La niña abandonada cayó por fin en sus brazos, murmurando:

—¡Perdonadme, señor y dueño mío!

—¡Perdóname tú, alma de mi alma, que durante tanto tiempo haya tenido ciegos mis ojos! Condesa de Castiglioni: rica eres, y nada hiciste por mí; Giovanetta: pobre eras, y me diste cuanto podías darme, tu sangre. Quisiste apurar el cáliz del sacrificio apelando por mi vida á la deshonra... ¡Qué menos puedo hacer que dar honra y vida por Giovanetta!

A. Pareja Serrada

REPRODUCCIÓN EN FACSÍMILE DE LOS TAPICES DE BAYEUX

El rey Haroldo, jefe de los ingleses, y sus compañeros cabalgan hacia la iglesia de Bosham

De cómo el rey Haroldo, navegando por la mar, llegó á las tierras del conde Guy

De cómo el rey Haroldo recibe juramento á Guillermo y parte para Inglaterra

LECTURAS

BAUDELAIRE (1)

(CONCLUSION)

VII

Al autor de las *Flores del mal* se le quiere hacer responsable, en gran parte, de los extravíos de los famosos *simbolistas* que hacen en la actualidad algún ruido desde París; pero semejante acusación es de todo punto infundada, como puede ver el que se tome el trabajo de mirar de cerca lo que pretenden y hacen los simbolistas, que llegan al absurdo grotesco á las primeras de cambio. Ningún hombre de gran talento, de vigorosa originalidad verdadera, puede ser cómplice de semejantes extravagancias, donde lo que más se luce es una aptitud singular para la incoherencia lógica, que viene á ser la manía fija. El simbolismo ha llegado, en poder de algunos de sus más ardientes defensores, á lo mismo que llegó entre nosotros el famoso Estrada, el del *Pistón* y los Pentacrósticos, y á donde llegó Passanante en Italia, y á donde acaso llegue también el Sr. Carulla si insiste en disolver el universo en pareados de arte menor y mayor. El simbolismo pertenece por muchos de sus aspectos á la categoría de las obras que estudia Lombroso en los casos teratológicos que ofrecen la grafomanía como campo de observación. Si esto puede parecer exagerado respecto de algunos partidarios de la *nueva escuela*, no lo es ni siquiera en apariencia tocante á muchos de ellos. El simbolismo no es la exageración de la poesía de Baudelaire, como pretende algún crítico francés: es sencillamente, y sin más que dejar en salvo el talento de algún simbolista que no se sabe por qué caprichó insiste en serlo, una payasada tétrica, que inquieta, que marea, producto de algunos ingenios mediocres y de muchos nulos. Estos últimos no sólo están en mayoría en tal secta, sino que dan el tono á la retórica *nueva* y le hacen tomar un aspecto de charada, logogrifo y laberinto poético, que denuncia desde luego el arte del *matoide* de pluma. En otro artículo, independiente de éstos, pienso hablar del simbolismo para decir de él lo poco bueno que se puede decir y lo mucho malo que merece, y por eso no insisto ahora en demostrar mi ruda censura. Pero importa desde luego hacer constar que sólo espíritus muy limitados, que confunden la originalidad con el prurito ridículo y grotesco de la novedad llamativa y *tintamarresque*, pueden sostener que es responsable de las paradojas é hipérboles, sofismas y disparates de ciertos jóvenes, la extraña personalidad literaria que revelan las *Flores del mal*, digna de ser entendida por quien no atiende á lo nuevo y original por absurdo y atrevido, pero tampoco lo desprecia por su novedad y atrevimiento mismos. Ya se sabe que en nuestros tiempos multitud de autores aspiran á llamar la atención por medio de rarezas y esfuerzos y dislocaciones, como los mismos titiriteros que, ante una competencia desconsoladora, se entregan á la desesperación del salto mortal y del equilibrio imposible, y llegan á inventar modos inauditos para colgar la vida de un cabello, y acaban por cortar el cabello. Los literatos que buscan á toda costa el buen éxito, hacen eso, ya se sabe; pero la gracia de la crítica consiste en distinguir entre el pobre diablo que busca un pedazo de pan dando dos vueltas por los aires y el escritor verdadero que obedece, al marchar por camino desusado, á su temperamento extraordinario y de caracteres singulares, no á las sugestiones del hambre ó de la vanagloria... En Baudelaire se puede leer entre líneas toda una metafísica; por lo menos hay allí un poeta que ve y siente á su modo los fundamentales principios de la realidad en cuanto compete á nuestra vida: hace pensar en cosas grandes, nos conmueve profundamente y nos lleva á las regiones de los ensueños graves y á los dominios de esa idealidad que está por encima de las diferencias de *idealismos* y *realismos*, que es necesario ambiente de todo espíritu que no esté adormecido por el vicio más bajo ó la ignorancia más grosera. Después de leer las *Flores del mal*, cualquier hombre de regular sentido y de buena fe declara que ha estado comunicando poéticamente con un espíritu elevado, con una conciencia de las escogidas.

Se ven los defectos del pensador, del artista; se reconoce que no es desapasionado, que no tiene la abnegación estética entre los dones de su ingenio, que mira el mundo á través del egoísmo; se nota, en la manera de exornar las visiones poéticas, cierta monotonía que nace del vigoroso sistema de producir siempre, en breves poesías plásticas, cuadros y más cuadros, ya psicológicos, ya naturales, ya compuestos; se echa de menos algo de lo que nos dan con exceso poetas anteriores, en que la poesía degenera en discurso, y la corriente rítmica se desborda y llega á causar otra monotonía: la de las pampas inundadas; se advierte que *no pulsa muchas cuerdas* el autor de tantos y tantos modelos de corrección y exactitud, de concisión y facilidad graciosa; pero á pesar de tales sorpresas, y aun de otras, subsiste siempre la idea de que se ha tenido enfrente á uno de los pocos semejantes que tenían algo nuevo por contarnos y que sabían decirlo de una manera agradable, original y propia.

En cambio, en tantos y tantos poetas mediocres como se presentan con ciertas sorpresas de lenguaje y tal ó cual sofisma estético más ó menos recalentado, en vano buscamos una sustancia que revele el hombre notable, el pensador original, fuerte, ó el alma que ha pasado por sentimientos de vigor extraordinario ó de una ternura excepcional y comunicativa: muchachos y más muchachos, más ó menos listos, todos llenos de esas ventajas que la vida refinada de ciertos

1 En el artículo anterior núm. 253 se deben rectificar las siguientes erratas: Al hablar de *amplicata* en vez de *implicata*; *pur entrar en la vida* en vez de *por entrar en la vida*; *Pero el que quiere* en vez de *Parecer el que quiere*.

centros facilita á cualquiera, inventar novedades vulgares, pasmos de un día, materia para el hastío del siguiente; y eso es todo.

Así como Zola no es responsable de las menudencias insulsas, ó soeces ó groseras, que nos han contado tantos y tantos prosistas modernísimos franceses y españoles, Baudelaire no es tampoco responsable de las caricaturas que con intención ó sin ella se han hecho de su manera y de la índole de su ingenio.

Hoy no cabe hacerle ascos por sus atrevimientos, pues en este punto multitud de escritores en verso y en prosa le han dejado atrás; sus admiradores tampoco deben recomendarle por las excelencias de sus paradojas de idea y de expresión, pues también en esto le han puesto algunos el pie delante: hoy Baudelaire sigue siendo digno de ser leído, porque su nota característica llega al corazón y embelesa el sentido como los otros grandes autores que nunca fueron admirados por sorprendentes, extraños y excéntricos. Cuando una medianía discurre alguna diablura inaudita, otra medianía más diabólica viene á hacerle pasar á la categoría de un alma de Dios anticuada merced al descubrimiento de alguna otra zapateta artística. Esto sucede hoy con simbolistas, disidentes, instrumentistas, prerafaelistas, esteticistas, deliquescentes, etcétera, etc.: la extravagancia borra la extravagancia. Pero á Baudelaire no hay que colocarle entre esa clase de inventores: hay que penetrar en su obra prescindiendo de ciertos reclamos de la crítica amiga, de los pasajes subrayados por sectarios y enemigos; hay que ver en él aquel dolor cierto de una convicción educada en su espiritualismo cristiano y metida en un cuerpo que es un pólipo de sensualidad: convicción trabajada por la duda como cuitado espíritu moderno, y en la que hay especiales aptitudes (y como tendencias morbosas) para el alambicamiento ergotista, para el entusiasmo ideológico; tormento oculto de muchas almas sinceras y muy seriamente preocupadas con las grandes incógnitas de la vida.

Diré, en fin, por vía de resumen: Baudelaire no es tanto como ha querido Gauss, pero es mucho más de lo que dice Brunetiere. No es el primer simbolista, sino un poeta original cuyo temperamento produjo una poesía nerviosa, vibrada, lacónica, plástica, pero no alucinada, ni materialista, ni indiferente. En la forma, lo que parece característico es la aspiración á lo correcto, sencillo; la línea pura en breve espacio: todo lo contrario del desorden pindárico y de la elocuencia lírica. En el alma de esta poesía de las *Flores del mal*, lo que resalta es el contraste de un espíritu cristiano, por lo menos idealista, con un sensualismo apasionado, sutil y un tanto enfermizo, que vive entre compenetradas *metafísicas*, por decirlo así, y que representa todo lo contrario de la pacífica voluptuosidad poética de Horacio, dentro de la sensualidad misma. La agudeza nerviosa de sentido y de entendimiento de Baudelaire habrá podido ser incentivo y sugestión para que apareciesen las alucinaciones simbolistas; pero no hay que confundir las *Flores del mal* con las *flores de trapo* que algunos nos quieren hacer tomar por el colmo del arte de los jardines poéticos. La distinción importa dejarla consignada no tanto por lo que haya de malsano, retorcido, forzado y decadente en el simbolismo, cuanto por evitar la confusión de clases. Una cosa es el talento de un poeta muy notable, y otra cosa la habilidad de las medianías, que deben más de la mitad del valor de sus ocurrencias al *medio* en que viven, á la atmósfera literaria de París, que produce casi sin necesidad de aprender, como en germinación espontánea, versos y prosas alambicados, quinta esencia de la fiebre intelectual; algo que es en la vida del arte como es á los perfumes acumulados en un almacén el olor que resulta de la mezcla de todos ellos; algo que á la larga molesta, da náuseas y es incompatible con el apetito de manjares sanos y fuertes.

CLARÍN

REPRODUCCIÓN EN FACSÍMILE DE LOS TAPICES DE BAYEUX

De cómo Haroldo regresa á Inglaterra trayendo el cuerpo del rey Eduardo

La coronacion de Haroldo.—Los homrqes admiran su gloria. El rey Haroldo en su trono recibe la noticia de la expedición del duque Guillermo contra Inglaterra

Desembarco del duque Guillermo en Pevensey

La batalla de Hastings

BIBLIOGRAFÍA

BAJO LA PARRA, por D. Salvador Rueda.—Madrid

Muchas veces me he dado á pensar: ¿cómo escribirían Cervantes ó Quevedo si por imposible milagro resucitaran? ¿qué dirían al leer lo que hoy sale de la pluma de los Ruedas, Picones, Abascales y demás estilistas que, obedeciendo más ó menos conscientemente (*conscientemente* decía Sánchez Ruano) al impulso de el *Lunático*, han trasformado casi por completo el carácter del habla castellana, haciéndola tan dúctil, precisa, *matizada* y *colorida* como el francés de Gautier ó el italiano de Edmundo de Amicis? Yo no sé si esto es castizamente español, pero no me cabe duda que es lindísimo.

No parece sino que dando completamente al olvido á Velázquez y Hurtado de Mendoza, á Murillo y Fray Luis de León, á Alonso Cano y Santa Teresa, á Ribera y Calderón, á Zurbarán y Tirso, al Greco y D. Francisco de Quevedo, nuestros escritores han querido rivalizar con Fortuny, Sala, Domingo y Villegas, enviando á paseo á los rancios representantes del carácter español tal como era en los tiempos clásicos de nuestra buena literatura y nuestras artes.

Pero no hablábamos de eso, sino de *Bajo la parra*, y así comenzaremos diciendo que no vaya nadie á creer que el señor Rueda se esté allí porque estén verdes, sino por gusto, por inclinación, cosa natural dada su modestia (no excesiva, sino de muy buen ver), y por ser mucho mejores sus versos y cuentos y artículos que no las mejores uvas... y sus productos inmediatos.

Puede el lector figurarse, por lo tanto, que *Bajo la parra* constituye un preciosísimo cesto de racimos acompañado de una bandeja de cañitas; y si se me permitiera la comparación vitícolo-literaria, diría que los *sonetos* constituyen unos arrogantes moscateles; que los *romances* son de la mejor cepa de Málaga; que las *poesías cortas* hacen soñar con las uvas negras, relucientes, como las pintaba Murillo Bracho; que el *Canto de Noche Buena* da un mareíto por el estilo del Jerez seco, y que el *Festín de los esqueletos* produce una sensación análoga á la de un exceso de amontillado. Creo que los inteligentes comprenderán lo que quiero decir; pero en caso contrario nada cuesta leer á Rueda y comparar después... mediante el cuarto sentido corporal.

Si los versos del autor están exquisitamente cincelados y forman como variados y bien contorneados granos, su prosa aparece como poesía estrujada, donde con poco trabajo podría restablecerse la pristina morfología poética. Aquello es la anarquía del color, la fermentación del éter vínico, la explosión de todo el espíritu. ¡Envidiable riqueza! ¡Rarísima *generosidad!* ¡Orgía de color, de matices, de ingenio y de luz! ¡Prodigalidad de talento! La prosa aquella chisporrotea rompiéndose en miriadas de burbujas que producen un cosquilleo, no precisamente en la nariz, como el Champagne... de Reus, sino en el cerebro. Aun cierto *Vaso de agua* que intercala el autor en su libro, más parece de agua *de Colonia* que no de la que viene del Lozoya y demás ríos serviciales. Y, sin embargo, ¡ironía de la frase! á pesar de tan espirituosas cualidades, no parece sino que el nombre que mejor cuadraría á

EN DEFENSA DE LA INOCENCIA (cuadro de C. Guzzardi)

BORDADORAS DE LOS BALKANES (cuadro de P. Zitelbach)

esos cuadritos sería el de *acuarelas*. Y lo son ciertamente, pero con notable predominio de los tonos fuertes, y sin que en la gama de los colores entren más que el rojo y el anaranjado.

¡Gran colorista tenemos en el Sr. Rueda! ¡Gran cosechero del mejor vino literario! Es, sin duda alguna, el Meissonier de las escenas andaluzas.

CARLOS MENDOZA

NUESTROS GRABADOS

EN LAS PROPIAS BARBAS

Cuadro de V. Brozick

Su necesidad de remontarnos al siglo XVI, puede darse por sentado que ocurren cada día *arranamientos* como el de ese cuadro. Duermase V., si no, teniendo chicas casaderas y frecuentado su casa los novios de las mismas! El santo varon del papa no pudo resistir la lectura del librote, y el sueño entre sus parpados. Nada más inmoralmente natural que los chicos cambiaran un beso á hurtadillas, perdiendo todo respeto á las barbazas del pobre señor, el cual, á la verdad, es el primer responsable del delictuoso ósculo.

JOYAS DEL ARTE FLORENTINO ANTIGUO

Fra Angelico. Paolo Ucello

Figuran estas dos obras en la Galería Nacional de Londres. Fra Angelico, que vivió del 1387 al 1455, heredó las tradiciones de la antigua religiosa de Giotto, superándole, sin embargo, en mística suavidad y adorable candor. La *Resurrección*, que reproducimos hoy en nuestras páginas, puede dar perfecta idea de su manera de componer y dibujar, aunque no de su celeste colorido.

En cuanto á Paolo Ucello, representa mejor como ciertas tendencias científicas y realistas. Fué, con Pietro della Francesa, uno de los primeros en estudiar la perspectiva, figurando dignamente al lado de los mas ilustres *trecentistas*.

LA DESPEDIDA

Cuadro de Pio Ricci

El principal objeto del pintor bien se ve que fué lucirse haciendo alarde de sus conocimientos y habilidad en la indumentaria. La escena está presentada con muy agradables accesorios, y en cuanto á los personajes poco hay que decir de ellos como no sea que hubiera sido preferible verle la cara á ella, pues en cuanto á caras de hombre las damos todas por vistas.

LA COSTA DE GÉNOVA.—PORTO VENERE

Nada mas hermoso que aquella costa de mármol, que llaman los italianos *Riviera di Levante*. La hermosa rada de la Spezzia está resguardada por los dos promontorios de Lerici y Porto Venere, el cual se eleva 500 metros sobre el nivel del mar, gozándose en él de un espectáculo sin igual: efectivamente, bajo él se ve desplegarse el ancho golfo de Génova con sus ensenadas y caprichosos recortes; más allá los Apeninos destacándose con variados colores sobre el fondo azul del cielo: detrás el gran faro de Génova, y á la derecha el mar inmenso. La montaña en sí misma, abrupta y desolada, semeja un paisaje de Salvator Rosa.

UN CUBIL DE JABALÍES EN EL BOSQUE DE FONTAINEBLEAU

Para que nada falte en aquel portentoso bosque de Fontainebleau, que es una de las mejores cosas que tienen los franceses, hay también jabalíes, que, sin cuidado alguno por la persecución que pudieran hacerles los cazadores, viven en las asperezas de Mont d' Ussy, prestando subido color local al imponente paisaje.

COSTA DE GÉNOVA

RETRATO DE UNA JOVEN *(acuarela de G. Clausen)*.—ENTRADA Á SAINT PIERRE PORT, GUERNESEY *(acuarela de E. Hayes)*

La primera de estas obras es una visible imitación de Bastien Lepage. El modelado es enteramente igual al del malogrado pintor del *Idilio rústico*, lo mismo que la luz y los tonos verdes, brillantísimos, del fondo. En punto á vida y sentimiento no desmerece tampoco de los del maestro, y á fe que pocos pudiera escoger Clausen más dignos de admiración.

En la segunda acuarela, de grandes proporciones, muéstrase Mr. Hayes diligente y simpático observador de la forma, color y movimiento de las olas y del efecto general atmosférico: todo está profundamente estudiado, como no podía menos de ser tratándose de la isla inmortalizada dos veces por Víctor Hugo, primeramente por su estancia en Guernesey y despues por su exquisito *Archipiélago de la Mancha*. La acuarela va adquiriendo de día en día mayores vuelos, siendo ya un procedimiento que cuenta, entre sus cultivadores, verdaderos clásicos. Nacida al calor de los gustos modernos, supone una habilidad técnica eminente, por lo cual se hacen visibles los menores defectos. Inglaterra puede citarse como uno de los países donde se cultiva con mayor éxito.

EN GRAVE APRIETO.—POR EL RÍO

No diremos que sea muy agradable emoción la de verse perseguido por un furioso bisonte, y gracias si la víctima tiene agilidad bastante para asirse de una rama y burlar de esta manera al *bicho*. En cambio, la diversión de darse una vuelta por el río en un botecillo, tiene la desventaja de estar expuesto á experimentar á algún remojón, no menos desagradable que una cornada. De donde se sigue que no sabe uno de qué manera divertirse.

REPRODUCCIÓN EN FACSÍMILE DE LOS TAPICES DE BAYEUX

Una asociación de señoras inglesas, hábiles en el bordado, tomó á su cargo reproducir en facsímile los preciosos tapices, relativos al rey Haroldo, que se guardan en la Catedral de Bayeux; y habiendo salido brillantemente airosas de su empresa, figuran hoy dichos bordados en el Museo de South-Kensington.

Respecto al asunto, diremos que, muerto sin dejar sucesión Eduardo el Confesor, último rey de raza sajona, nombró para sucederle en el trono de Inglaterra á Guillermo, séptimo duque de Normandía; pero el inglés Haroldo, hijo del conde Godwin, opuso al derecho del normando la elección de los grandes de su nación, y se preparó á la defensa. La batalla que se dió en Hastings fué terrible, y en ella pereció el desgraciado Haroldo, á quien por lo mismo no puede confundirse en manera alguna con *Haroldo el Normando*, supuesto que era *Haroldo el Sajón*.

EN DEFENSA DE LA INOCENCIA

Cuadro de G. Guzzardi

¿A qué ponderar la franqueza, la alegría de ese cuadro si cualquiera siente *dibujarse* una sonrisa en su cara al verlo, aunque no sea más que en blanco y negro? Cuadro apetitoso, bello, lleno de gracia y de originalidad, es el que ha ejecutado Guzzardi, que por lo visto no entiende menos de rollizas chicas que de escorzos y otras zarandajas.

BORDADORAS DE LOS BALKANES

Cuadro de B. Zitelbach

La composición de esta obra es no poco atrevida como cuestión de perspectiva, amén de lo cual facilita hacer gala del colorido. En cuanto á esas turcas se recomiendan por sus hermosos ojos de gacela, así como por la aplicación que demuestran á la labor. El autor, Zitelbach, es un distinguido profesor de la escuela de Munich, reputado sobre todo como orientalista.

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA ÁRABE

ORIGINAL DE

Juan García-Goyena Alzugaray

(CONTINUACIÓN)

Dice, y, raudo como el relámpago que cruza el seno de las nubes, desciende las empinadas cuestas que conducen al arco de Bib-el-Aujar, atraviesa el maravilloso recinto de la colina roja, y sale al barrio de los Gomeles. A los pocos pasos se detiene, presa de agitación extraña. En una angosta callejuela que á su diestra se retuerce, se levanta el suntuoso palacio de Almanzor, famoso caudillo cuyos hechos narra el pueblo en romances y cantares. Aquel palacio es una de las más ricas obras del inspirado artífice. Contempla breves momentos los ligerísimos calados de sus abiertos ajimeces, los vagos contornos de su extenso patio, circuído de fuentes y jardines que se entrevén tras los tenues y enlazados hierros de una fantástica cancela, y, lanzando un débil suspiro, sigue su descenso por la agria cuesta.

De las próximas calles desemboca, como olas de un mar de fuego, una confusa muchedumbre de hombres y mujeres, de niños y de ancianos, donde todas las clases sociales se mezclan en abigarrado conjunto. A los besos del sol brillan los anchos alquiceles de los esclavos africanos; los trajes de púrpura y de oro de los pajes; los bronceados bustos de los etíopes; las sedosas túnicas de las nobles moras, cuyos hermosos rostros, asomando tras un velo de trasparente

gasa, aumentan su belleza y encienden el deseo; los corvos alfanjes del caudillo envuelto en su caftán de colores; la piel lustrosa del potro cordobés, engalanado de ricos jaeces y orgulloso de sostener sobre su lomo á su noble dueño con su eminente adarga, su bonete recamado de topacios, su escudo de oro, su traje de brocado y sus vistosos motes; las sencillas túnicas de lino y los turbantes blancos de los hijos del trabajo; todo en extraña mezcla, en revuelta confusión, sin orden ni concierto; bajan la áspera cuesta de los Gomeles, perdiéndose en la ancha plaza que á su término se abre, plaza que es la inmensa bóveda de un gigante puente tendido sobre el Dauro, que baña sus extremos con sus arenas de oro, y en ella se corren toros, se juegan cañas, se celebran torneos y sortijas. Es la celebración de la pascua de Alfitra, y el pueblo granadino se entrega á regocijos públicos.

Baja con la muchedumbre Azhuna, embargado por sus meditaciones, de las que le sacan á intervalos los saludos de los caudillos y las miradas de las doncellas; desemboca en la plaza, y hace esfuerzos insuperables para atravesar la inmensa valla humana que le separa del Zacatín. De todos los lados de la ciudad convergen oleadas de cabezas que cantan y que gritan en desaforado estrépito. Allí se mezclan y confunden todas las tribus, todas las razas que en Granada anidan, abortadas por sus extensos barrios. Parece que sus setenta mil casas han arrojado de su seno á sus cuatrocientos mil habitantes para que se reunan en aquel recinto. Ni cuando los muezzines congregan desde los leves minaretes de sus cien mezquitas á los bravos caudillos para salir en algara contra las cristianas huestes se pueblan las calles de la ciudad de la muchedumbre que se agita en el interior de la plaza. Infinidad de voces de sonidos discordes estremecen el aire. En el centro, una legión de bayaderas alzan sus torneados brazos y columpian su cuerpo en los lánguidos giros de las moriscas danzas. Ancianos de barba blanca, de mugrientas tocas y de almaizares raídos, entretienen al pueblo con sus curiosos juegos de cubiletes ó los destemplados ecos de sus negras guitarras; callejeros astrólogos hebraicos recaudan algunas miserables monedas, fruto del trabajo de sus supuestas adivinaciones; apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles y engalanados corceles bajo los calados ajimeces de sus damas, cubiertos de hermosísimos semblantes, con pestañas de raso, nacarado cutis y ojos de fuego; infinitas cuadrillas de alegres mozos y desenvueltas doncellas recorren aquel recinto del placer tañendo melodiosas guzlas, entonando suaves cantos y repartiendo amores y suspiros; de todos los ajimeces y de todas las esquinas, mozos y doncellas, vírgenes y ancianos, derraman esencias olorosas y perfumadas flores, arrojan naranjas color grana y limones color oro, sazonados frutos y vistosas cintas, en contagiosa locura de alegría; y judíos y muzárabes, zenetes y zegríes, almoravides y gomeles, almohades y zauhagas, artistas y sabios, mercaderes y alfaquíes, todos se confunden en aquel vertiginoso remolino de danzas y de voces, de chistes y de risas. Al cabo de infinitos esfuerzos, de sofocantes apreturas, logra Azhuna llegar hasta la esquina del estrecho Zacatín, echa una última mirada sobre aquel océano de placeres y se interna en la solitaria calle.

Es el Zacatín el nervio de Granada, la base de sus grandezas y el pedestal de sus glorias; asilo del comercio de toda la tierra, emporio de todas las naciones, envidia de todos los pueblos. Coronan sus extremos, por un lado, la plaza que acaba de dejar Azhuna; por el otro, la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de cien justas, corridas de caballos y amorosos galanteos. A derecha é izquierda, cerrando su angosto pavimento embaldosado, se levantan espléndidos bazares donde se hacinan en desorden riquezas infinitas: á un lado, hábiles joyeros ostentan, en sus ricos escaparates, como lagos de diáfana pedrería, alhajas de oro y plata, retorcidos brazaletes de esmeraldas, diademas de topacios, collares de perlas, joyeles de rubíes en cuyas tersas facetas se quiebra la luz produciendo relámpagos de cien colores, titilaciones de infinitos giros que chispean como invisibles mariposas de rutilantes alas; á otro, expertos cinceladores ofrecen al público ricos jarrones de bellísima porcelana, caprichosas lámparas de alabastro, rarísimos búcaros de los más preciados metales, elegantes pebeteros de las más extrañas figuras, donde suavísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, erguidos cedros meciéndose sobre tranquilas ondas, haces de mieses y manojos de espigas; junto á un forjador de armas, donde brillan corvos alfanjes damasquinos de inusitado peso, largas cimitarras de un temple irresistible, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles duros y tersos como el diamante, se destaca el bazar de un relojero con sus relojes de arena y sus clepsidras, entre las que descuella una curiosa máquina con ruedas dentadas que se enlazan tras una esfera de colores cubierta de arábigas cifras; lindando con una fundición de hierro, cuya fragua arroja cárdenas llamaradas como el cráter de un volcán, se vislumbran los talleres de un tejedor, donde cuelgan riquísimos tapices blancos, fastuosas alfombras de terciopelo, cómodos cojines de raso, hermosos pabellones de lino y seda, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas indias; y largos tubos cilíndricos por donde el astrólogo percibe los tenues movimientos de los astros; y raras yerbas donde el médico encuentra virtudes desconocidas; y preciosas brújulas, más caras al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; y ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y algodón, donde el poeta vierte sus cadenciosas rimas; y preciosos manuscritos de ciencias y de artes donde se dilata el humano entendimiento; y extraños instrumentos de física y de alquimia; retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas: sublimes descubrimientos, la mayor parte ignorados de las demás naciones, se encierran misteriosos en los bazares del Zacatín, que, como estuche de mármol, los contiene.

PORTO VENERE, SPEZZIA

En él se interna Azhuna, siempre absorto en sus confusos pensamientos: distraído con sus propias ideas, llega hasta el cancel de hierro de la famosa Al-kaisería, cuyo estrecho pero esbelto arco se destaca entre el hueco de dos magníficos bazares. Enfrente de la puerta se ve una calle angosta, de que forma parte un puente por el que se pasa al edificio destinado á la guardia real de la dilatada vega. Fija Azhuna la mirada en sus trasparentes labores, primorosa obra de su cincel de oro. El arco de entrada y sus adornos de brillantes matices, los caprichosos grupos estalactíticos de la bóveda de su vestíbulo; las ajaracas, lazos é inscripciones de sus paredes de concha, que hacen de este alcázar una de las más elegantes obras de la ciudad morisca, y en cuyos retretes misteriosos suenan todavía rumor de zambras, bailes y festines: arrancan al árabe alarife otro suspiro y le hacen proseguir su marcha con más celeridad. Atraviesa el enverjado arco de la Al-kaisería. Se interna en aquel laberinto de calles estrechas y tortuosas, llenas de árabes bazares donde ofrecen sus bellezas sedas y alfombras, preciosas telas y trasparentes encajes, curtidas pieles y suavísimo cáñamo: todo producto de la granadina vega; todo trabajado en la ciudad de las mil torres; todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los telares de tejidos de la Alcazaba; de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elveira.

Como hombre acostumbrado á recorrer aquellos callejones, sin número, pero que todos ellos cabrían en el estrecho seno del Zacatín, Azhuna, después de rodear cien veces las estrechas calles, se detiene junto al cancel de una casa. Da tres palmadas, y, como si esperasen su venida, una esclava negra le conduce al interior del edificio. Atravesando un patio, cuya tosca fuente saltadora da frescura á cuatro débiles naranjos y otros tantos limoneros, levanta la esclava un pesado tapiz festoneado de oro y con flecos de seda, único signo de lujo de una sencilla estancia. Todo en ella revela al mercader avaro de riquezas y desnudo de pompas. Las blancas paredes, como los lisos ajimeces, sólo se hallan adornadas por una ancha cenefa de toscos azulejos; del techo pende una lámpara de alabastro; en un modesto búcaro crecen dos varas de verdes tulipanes; alfombra el suelo, humilde estera de cáñamo; y algunos divanes de blanco lino rodean una mesa primorosamente tejida con hojas de palma.

Penetra Azhuna en la modesta estancia, y, como poseído de extraño sentimiento, detiene el paso, fijando la mirada en uno de los divanes. ¿Qué ve de extraordinario que apenas á respirar se atreve? ¡Ah, sí! Muellemente recostada sobre un cojín de raso, con las hermosas trenzas, negras como el ébano, flotantes sobre los blancos hombros; con la mirada vaga y distraída nadando en el espacio, los mórbidos brazos cruzados sobre el agitado seno, y cubierta de una blanca túnica cuyas mangas rematan en dos brazaletes de oro, y su garganta en un collar de amuléticos zafiros; una doncella, hermosa como las mañanas de abril, blanca como la corona de espuma de la Sierra de Nieve, pura como las cristalinas aguas de la sagrada fuente de Semsem, ondula en ese mundo de los espíritus donde las almas se unen y los corazones se besan. Al entrar Azhuna, aunque su pupila no puede notar su presencia en la estancia, quizás por esa atracción magnética de determinados cuerpos que los maestros árabes explican en las cien academias de la vega, la joven siente correr por sus nervios ligero estremecimiento, vuelve la cara, y sus ojos, fijos en los ojos del artista, se dicen ese cúmulo de cosas que sólo sabe expresar una mirada.

—¡Azhuna!—murmura la niña con acento tembloroso, mientras su semblante se tiñe con las rosas del rubor.

—¡Sobeya!—exclama el artista con apasionado acento, yendo á sentarse en el blando cojín que la doncella le ofrece á los pies de su diván.

—Vienes agitado y tus labios tiemblan, ¡oh, Azhuna! ¿Qué ocasiona tus pesares?—dice la niña con voz dulce y halagadora.

—¡Qué ocasiona mis pesares!—repite el alarife con expresión sombría.—Tu amor y mi pequeñez.

—Di más bien tu gloria, pregonada por todos los ecos de la ciudad granadina.

—¡Mi gloria, mi gloria! Menguada grandeza si ha de estacionarse en la mitad de mi camino! Tú, Sobeya, has sido la luz de la esperanza en la noche de mi espíritu; tú me has dado fuerzas para superar los obstáculos que á mi obra se oponían. «Trabaja, estudia,» me contestabas cuando, desesperado de mi inspiración, arrojaba el cincel, impotente y miserable. Gracias á tus dulces palabras, la obra está concluída y hoy Alhamar ha podido embelesarse en el espectáculo de su colina roja. Pero ¡ay, que la cúpula de mis trabajos, ese soberbio alcázar que había de ser como el joye. de su turbante regio, se niega á que grabe sus contornos en la dura piedra, temeroso de empequeñecerse al tomar forma! Tú, como la voz de mi conciencia, esperando siempre, me dijiste: «Viaja, recorre el mundo, atraviesa los mares, salva las montañas, y esa idea brotará á la vida.» El poderoso emir ha dispuesto mi viaje, y mañana habré de separarme de mi ilusión más rica, de la virgen de mis sueños, de Sobeya la de los negros bucles. ¿Comprendes ahora mi tristeza?

(Se continuará)

UN CUBIL DE JABALIES EN EL BOSQUE DE FONTAINEBLEAU

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca 10 2.º

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. - BARCELONA

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 3 de diciembre de 1887 | Núm. 257

EN CASA DEL FOTOGRAFO (cuadro de J. Mukarowský)

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Una conversación interrumpida*, por Manuel Amor Meilán.—*Pensamientos*, por Francisco Navarro de Ordóñez.—*Al Cristo de la Paloma*, por Ramón García.—*El alcaudón*, por R. Hernández Ramírez.—*Sesión barométrica*, por A. Sánchez Pérez.—*Nuestros grabados*.—*El alcázar de los reyes moros* (novela árabe) (continuación), por Juan García Goyena Azagaray.

GRABADOS.—En casa del fotógrafo.—*Orillas del Tíber*: Todi, Fratta, El Petrosa, La Casa di Castello, Pieve di San Stefano.—El hombre domesticado en Inglaterra.—Nerón ante el cadáver de su madre Agripina.—Floralba.—Dama y caballero.—Entre flores.—El viejo trovador.—La Anunciación.—El bosque de Fontainebleau.—La laguna, cerca de Bellecroix.

MADRID

Cartas á mi prima

Fechas memorables.—Los hombres necesarios.—Ministro y embajador.—Entierro del general Echagüe. Urquijo. Sin vacuna. Los teatros. La lotería.

En la última carta tuya que he recibido me pintas muy alarmado con los sucesos de París á tu señor padre, mi respetable amigo, hasta el punto de que me dices haber mostrado él deseos de venirse con todos vosotros á Madrid, visto que por aquí hay la tranquilidad que pensabais encontrar en ese gran pueblo. Así son las cosas de este mundo, querida prima: no es posible ni remediar el pasado, ni gozar del presente, ni adivinar el porvenir. A la muerte del rey creíais que España sería un caos, y creíais que Francia garantizaría mejor vuestro reposo. Hoy no es posible ya formar almanaques políticos. En otro tiempo, los pueblos bajo instituciones sólidas y universalmente aceptadas: reglamentada la sociedad en clases y categorías reconocidas por todos; cuando los hombres creían de buena fe que la Divinidad se mezclaba en la dirección de la política, de la justicia y de las riquezas; cuando el rico tenía seguridad de serlo siempre, y el pobre sabía resignarse á no dejar de serlo nunca; podía augurarse la marcha de las naciones y de los individuos: el rey sería heredado por el príncipe; el rico por el primogénito; el criado moriría en la casa de su señor; el pobre en el hospital, exhalando ayes, pero sin exhalar ni un reproche... Mas hoy, que los vientos de libertad han trastornado aquella organización tan cómoda para los que se encontraban en las alturas; ni nadie tiene seguridad de continuar siendo rey, ni rico, ni dichoso, ni puede decir como entonces: «sé que viviré y moriré tranquilo;» pues el antagonismo de las ambiciones, de los intereses y de las ideas nos han sumido en agitadísima anarquía. Por eso tu padre quiere volver á España, que consideraba presa de fatal locura, dejando á esa Francia, cuyo genio positivista, prudente, reflexivo, patriótico, nos ha elogiado tantas veces... A creerle, París arde, y dentro de poco la Europa entera será invadida por las llamas de su incendio.

¡Quien sabe! Puede que su temor sea exagerado: se asusta fácilmente quien, como tu señor papá, ni oye una voz más alta que otra ni puede digerir un capón con trufas... Cierto que monsieur Grevy, el venerable anciano que tantas pruebas tiene dadas de sensatez y de patriotismo, se ha visto en la necesidad de hacer dimisión de la presidencia, entregando el país á lo desconocido; pero las naciones son como los individuos, que por instinto se resisten á perecer, y que suelen encontrar grandes fuerzas para grandes resoluciones en los momentos solemnes.

Si quiere convencerse de ello tu señor padre, no tiene más sino recordar la fecha de hoy, 25 de noviembre, aniversario de la muerte de don Alfonso XII. Este inopinado suceso se consideró por los monárquicos como el fin de la monarquía, por los republicanos como el comienzo de la república; por todos como la inauguración de un período de turbulencias. En el real palacio quedaba una mujer joven, extranjera, casi ignorante de nuestra lengua y de nuestras costumbres; escasamente conocedora de nuestros partidos y hombres de Estado... Fácil sería derribarla si acaso ella tenía valor para resistir al miedo... Pues al cabo de dos años es la verdad que esa señora está más firme en el trono que pudo estarlo jamás su esposo; que los partidos de la Revolución están deshechos, y que el país, cansado de los hombres políticos, ávido de libertad y de orden, se contenta con un gobierno que le ofrezca libertades, y fulmina sus iras, como tu señor padre, contra todos y cada uno de los perturbadores. D. Alfonso XII, aquel monarca tan necesario, ha sido reemplazado, no tan sólo en el trono, sino en los corazones de los monárquicos, por un chiquitín que ni se tiene en pie todavía, y que ha sosegado más el país con su vestidito de blancos encajes que D. Alfonso con su uniforme de capitán general. Si D. Alfonso volviese hoy del otro mundo, sin duda que haría dichosos á los que le amaron por su persona, mas sus propios cortesanos le dirían: «Señor: ¡V. M. nos honra demasiado con haber venido!» ¿Sería posible de otra manera que progresase el mundo? Los altos puestos de la Gobernación de un pueblo no son muchos, y el pueblo es muy grande y se encuentra siempre un salvador en su fondo. Si queréis convenceros con nuevos ejemplos de que no hay hombres necesarios, dejad la fecha de hoy y recordad la de mañana, 26. Dos años hace también que murió el duque de la Torre, el intrépido soldado; el hombre que representó dignamente á la nación en el período revolucionario; aquel que muchas veces, con sólo llevar la mano á la rienda de su caballo, vió en armas detrás de él, para seguirle, á todo el ejército... Era la esperanza de la libertad y de la nueva revolución... Murió, y en estos años nadie le ha recordado, ni en los periódicos ni en las conversaciones. Si volviese á la vida, sus correligionarios de otro tiempo no se andarían con cumplidos: desde luego, sin dejarle ir á besar la mano del rey niño, le cogían y le enterraban de nuevo. Y es, amiga Carmen, y está demostrado, que todos los tiempos son para sus hombres, y que, en todas las situaciones creadas, lo que existe, por el mero hecho de existir, es mucho mejor que lo pasado.

También se muestra pesaroso tu padre de que Albareda haya dejado de ser embajador en París, donde tantas simpatías conquistó, y de que haya sido reemplazado por León y Castillo, cuyos méritos, para obtener este puesto han consistido en no gobernar ni poco ni mucho en el ministerio de la Gobernación. Debo decirte que á León y Castillo se le trata por sus amigos mucho peor de lo que merece. Precisamente porque no ha servido para ministro de la política, cargo para el cual se necesita ser algo más que gordo y calvo, puede ser un excelente embajador en concepto de algunos. Pero los hombres de partido no tienen compasión; y aquellos que cuando pronunciaba discursos estentóreos en las Cortes coreaban sus detonantes párrafos con aplausos, hoy le despiden con desdén y con risas. Debemos compadecerle: buscando la paz que no encontraba en su revuelto departamento, cambió con Albareda y buscó la calma en la embajada; pero de pronto los franceses se hacen españoles, y León y Castillo se encuentra de embajador cerca de S. M. el Caos. En el fondo es una buena persona; su aspecto, como veréis, digno del mismo Celeste Imperio; y debemos esperar que obtendrá simpatías.

El general Echagüe, de quien te hablé en mi carta anterior, ha muerto. Ayer vi pasar su entierro. El féretro, desde el sitio en que estaba depositado, fué conducido hasta la puerta de la casa mortuoria en hombros de sus tres hijos, de dos ayudantes del general, y de un antiguo criado de la casa. Este detalle tenía mucho de solemne y sentido á un tiempo, y conmovía. Iba cubierto el féretro con un paño negro, y sobre él la leopoldina, la espada y el bastón. Fué llevado, durante la carrera, por seis soldados de Saboya, que se relevaban. Grande acompañamiento, como era natural. Al llegar á la estación del Norte, fué depositado el ataúd en un furgón donde ya estaban los despojos mortales de la señora D.ª Mercedes Méndez Vigo y Osorio, que fué, en vida, esposa de Echagüe, y que habían sido exhumados por la mañana en el cementerio general del Sur. Los restos de los que en vida fueron modelo de esposos descansarán eternamente en el cementerio nuevo de la ciudad de San Sebastián.

Hace pocos días murió Zabálburu, uno de los banqueros más opulentos de Madrid; y hoy se encuentra gravísimamente enfermo el marqués de Urquijo, nombre que todavía más que el de Zabálburu resume el dinero acrecentado por las sabias y persistentes combinaciones del dinero. No es Urquijo uno de esos capitalistas que deslumbran con la resonancia de sus operaciones ni el constante reclamo de los periódicos; no ha creído necesario, como otros capitalistas, deslumbrar á los tontos con la enumeración continua de sus millones; pero aquí donde hay millonarios que contratan servicios de cientos de millones, y bajo su palabra no encontrarían quien les prestase cinco duros, la palabra de Urquijo es para todos más seria, más honrada, más verdad que los mismos millones. Ha hecho mucho bien sin aparato, y es, en fin, la personificación del mundo viejo de la banca.

Cuando se tiene noticia de que uno de estos millonarios está en peligro de muerte, se viene á la memoria la frase de aquel banquero que en el entierro de uno de sus consocios decía: «¡De qué sirve el dinero si no sirve para comprar la vida!» Hé aquí el consuelo de la pobreza: llegará un día en que pordioseros y millonarios formaremos una misma compañía bajo la razón social de *¡Polvo y Nada!*

Los diarios censuran á las corporaciones oficiales porque su descuido es causa, dicen, de la excesiva mortandad de niños. Parece que la linfa vacuna empleada estaba en mal estado, y parece que también escasea la linfa. Lo que sí hay son mesas construídas para la operación correspondiente. A las madres que llevan sus niños les dicen: «No hay vacuna; pero ya ve usted que todo está preparado para cuando la haya.» Por desgracia la muerte no se satisface con buenas palabras, y los carpinteros de las pompas fúnebres no se dan abasto para construir cajitas. Es triste pasear por las afueras de Madrid en la parte de los cementerios. Es el desfile de la niñez madrileña. Y si es cierto que un solo hombre, en un momento dado, por su saber, su valor, su carácter, puede cambiar los destinos del mundo, ¿no hubiera sido muy distinto de lo que será el porvenir de España si no hubiese muerto alguno de esos niños? Vemos que no se puede dar un paso, ni evocar un recuerdo, ni escribir una palabra, sin que un problema misterioso solicite nuestro pensamiento y le preocupe.

La comisión de propaganda de la Exposición Regional de Madrid ha nombrado un jurado, compuesto de los señores D. Federico Madrazo, D. Bernardo Rico, D. Casto Plasencia y don Eduardo Berrueto, para que juzguen los proyectos de cartel de la Exposición. Véase la importancia que ha tomado el simple anuncio de un concurso cualquiera. En otro tiempo un letrero sencillo bastaba para decir al público la novedad que se le preparaba. Se notó que el público va por la calle distraído, fijándose en lo que reluce ó en lo que levanta estrépito, y se pensó en atraer sus miradas. Esforzando la nota cada vez más, hemos llegado á los carteles de colores con figuras al cromo, de tamaño natural. Es, sin duda, un procedimiento caro, pero vistosísimo, agradable, que da notoriedad, grandeza y hace respetable y de magnitud el acontecimiento. Como el gusto por el arte y en el arte se ha difundido mucho, se ha juzgado preciso que los carteles de las corridas extraordinarias de toros, los de ferias y de Exposiciones estén hechos por verdaderos artistas, poniendo ya éstos su vanidad en un cartel como lo ponen en un cuadro de certa-

men artístico. Acaso el premio de honor que no se concede en las Exposiciones de Bellas Artes se concederá por uno de esos espléndidos carteles que llenan una fachada. El público, siempre supersticioso, juzga de las cosas por sus comienzos, y según le parezca el cartel juzgará de la Exposición Regional.

En Price se ha estrenado una zarzuela en tres actos titulada *Doña Blanca de Navarra*, que ha obtenido grande éxito á pesar del género á que pertenece. Su autor es D. Ramón Ramírez, tipógrafo honrado y laborioso, que roba horas al descanso para dedicarlas al cultivo de las letras. Así lo he leído en *La Opinión*. En Variedades ha merecido también los aplausos del público *Fruta prohibida*, cuyo título basta para saber que se trata de la mujer del prójimo. En el Teatro Real continúan los triunfos de Tamagno.

Estamos á fin de noviembre, y por lo tanto los madrileños empiezan á pensar en la lotería de Navidad. Es decir, que todos empezamos á ser ricos. Lo único bueno que tiene la lotería es que aumenta la riqueza pública en proporciones extraordinarias: millares de capitalistas están pensando ya en el empleo que darán á su dinero cuando lo cobren. Verdad es que casi todos estos banqueros se presentarán en quiebra sin haber llegado á tener los fondos; pero sin el juego de la lotería no sería posible formar esos *castillos en el aire*, que pueden ser verdaderos castillos sobre tierra.

Hablando, hace pocos días, con un amigo, acerca de si al primer sorteo de lotería por *irradiación* acudirían los jugadores como al sorteo ahora en uso, me contestó:—Más todavía: acudirán los que juegan hoy y todos los que han dejado de jugar porque no les caía. La suerte debe cambiar cambiado el sistema.

Por cierto, que le ha caído la lotería á cierto jugador... que se había muerto la víspera del sorteo. No ha sido posible encontrar entre sus papeles el billete premiado. Dinero para el *fondo perdido* de la lotería.

Porque hay muchos, pero muchos, que juegan, les cae y no cobran.

Estos son los verdaderos jugadores: juegan por jugar.

¡Poetas!

Tuyo,

FERNANFLOR

UNA ROMANZA

(CONTINUACIÓN)

—¡Es seguro! se decía el desesperado mancebo.—¡El triunfo de aquella noche la ha engreído! ¡Se cree una mujer superior! Es decir, que mi amor peligra... ¿Cómo atender á su socorro?

Fermín daba vueltas en su imaginación á este pensamiento, y no le hallaba satisfactoria solución.

Al fin, y tras de mucho cavilar, debió decir *¡Eureka!* con el sabio...

Había hallado la solución á problema al parecer irresoluble.

IV

Había sido confirmado Fermín en el título de poeta en la famosa velada de Valdesar.

El recuerdo de esta confirmación fué la chispa que había de hacer brotar el fuego.

—¡Yo iré también á Madrid! se dijo. —¡No pediré subvenciones: sólo pediré se me costee el viaje! Pudiera bien hacerlo mi familia, pero sé que no me dejarían partir y se negarían. De este otro modo varía la cuestión por completo: yo soy el que me impongo.

Con tal pensamiento se tranquilizó un poco el ánimo de Fermín.

V

¡Vaya una noche la de despedida de los dos enamorados!

Fermín prometió á Angelina ir pronto á unirse en Madrid á ella y su madre.

Angelina, por su parte, le prometió no olvidarle en la ausencia.

¡Cuesta tan poco el prometer!

Más tranquilo ya Fermín, regresó á su casa... ¡cerca del amanecer!...

Sin sentirlo se le habían deslizado las horas de una manera vertiginosa ante la reja de Angelina.

Ésta debía partir al día siguiente en el tren que salía á las dos de la tarde.

Creemos excusado manifestar:

Primero: Que Fermín no cerró los ojos aquella madrugada, atormentado por los recuerdos de su amor y más aún por sus temores.

Segundo: Que Angelina tampoco pudo conciliar el sueño. ¿Era el amor lo que se lo impedía? ¿Era su anhelado viaje?

Y tercero: Que el conde de Malafama acompañó á Madrid á Angelina y su madre.

Angelina iba provista de una *Guía oficial, de los caminos de hierro* y una *Guía de Madrid*, é imaginábase á la villa y corte una población inmensa, un inmenso hormiguero (en lo cual bien pudiera no equivocarse), donde todas las inteligencias hallaban protección y sabían abrirse paso (en lo cual bien pudiera equivocarse).

En fin, á Madrid iba.

Uno de sus más dorados sueños se trocaba en hermosa realidad.

. . . . . .

Ocho meses después, logrado su objeto, partía también Fermín para la villa y corte de las Españas.

TERCERA PARTE

I

Aquellos ocho meses de ausencia habían sido para Fermín ocho mortales eternidades.

Habíale escrito innumerables veces, pero en todas ellas había tenido por única respuesta la callada.

¿No era ésto más que suficiente para desesperar á un enamorado como Fermín, y poeta por más señas?

¿Á qué atribuir este silencio por parte de Angelina?

ORILLAS DEL TIBER: TODI

¿Era que no vivía ya en el cuarto tercero de la calle de la Paz, adonde Fermín le dirigía todas sus cartas?

¿Era que tal le abstraía la vida madrileña que le impedía pensar en otra cosa?

¿O, por desgracia, su desamor á Fermín era tan grande que sólo desprecio le inspirasen las epístolas del apasionado mancebo, en cada una de las cuales le juraba veinte veces su infinito amor?

Ante las dos primeras suposiciones transigía un tanto el ánimo de Fermín, pero ante la última se revelaba, sintiendo su corazón herido mortalmente.

Al fin, pronto iba á salir de dudas...

Ya se dirige á Madrid...

Va á ver á Angelina...

Pero ¡qué lento marchaba el maldito tren!...

II

Las primeras palabras, después de atravesar la cuesta de San Vicente, fueron para preguntar por la calle de la Paz.

El mozo de cordel que le conducía su equipaje le contestó:

—No está muy lejos, señorito. En cuanto lleguemos á la Puerta del Sol, un paso...

—¿Y está muy lejos... eso?

—¿El qué?

—La Puerta del Sol.

MANUEL AMOR MEILÁN

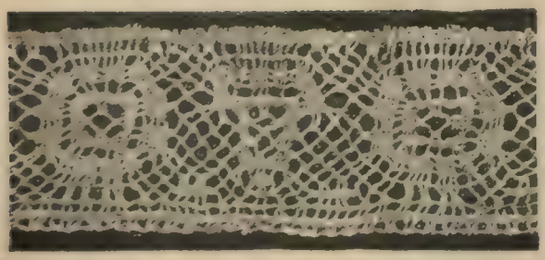
(Se continuará)

Encaje genovés con nudos: punto «á gropo»

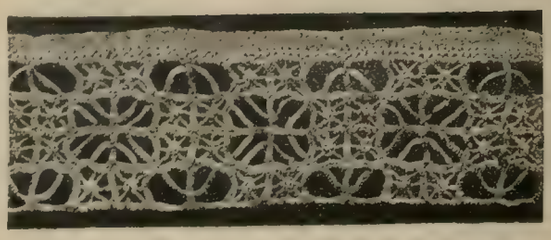
Encaje para almohada, de estilo italian

Bordado inglés de estambre: modelo de hojas de berza

Encaje para almohada, de estilo italiano



Encaje para almohada, de estilo italiano



Antiguo encaje italiano: redecilla ó greca

NERÓN ANTE EL CADÁVER DE SU MADRE AGRIPINA. Obra póstuma de Arturo Montero y Calvo.— Medalla de segunda clase
dibujo de Manuel P. y Valor)

EXPOSICION MARITIMA NACIONAL DE CÁDIZ

Quedamos con nuestros apreciables lectores á la puerta, puede decirse, del pabellón de Bellas Artes, ante el pórtico formado por una especie de marquesina que da entrada á una rotonda central, ni espaciosa ni bella, paso de las dos naves que se extienden á derecha é izquierda.

Mide este pabellón 60 metros de largo por 20 de ancho, y su estilo es igual ó muy parecido al de los ya descritos, si bien su adorno se reduce á cuadros que lo cubren y á unas urnas muy feas en el centro, que, como vitrinas de cocina, encierran algunas menudencias en labores de niñas de colegios ó escuelas, que no vale la pena de nombrar y que no tienen allí sitio adecuado, pues no pertenecen á lo que se entiende por belleza artística.

ORILLAS DEL TIBER: FRATTA

Preparada la techumbre para dar luz á los cuadros, y ocultos los lisos y desnudos muros con los lienzos á que dió valor el pincel, sólo de éstos podemos ocuparnos; pues sea por falta de tiempo, ó por estar, desde luego, destinados estos salones á la exhibición muda y fría de los cuadros, ha hecho que su adorno sea tan escaso que ni siquiera está enlosado el pavimento, y unas cuantas sillas de hierro forman su mobiliario.

El arte lo llena todo y se enseñorea de aquellas frías salas donde encontró humilde templo para recibir el culto de sus admiradores.

En la sección central, de que ya he hablado, como rotonda preparada para recibimiento, se muestran dibujos al lápiz y á la pluma, grabados planos y trabajos caligráficos que no carecen de mérito, pero sin revelar nada extraordinario en su composición.

Debo consignar, antes de pasar adelante, que en esta especie de ojeada sobre la Exposición, escrita expresamente para LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA, y por encargo suyo, no me es posible hacer un minucioso trabajo de clasificación de los objetos de que doy noticia, ni una descripción completa, pues ocuparía mucho más espacio del que me está destinado, y necesitaría dar á estos artículos profundidad y dimensiones que no caben en su forma ni cumplen á su objeto.

Como *ojeada*, me ocuparé tan sólo de lo más notable, sin que pueda tener motivo, el que aparezca olvidado, para creer que sea preconcebido desdén ó calculada indiferencia; pues, sin predilección particular por ninguno, por instinto artístico me son todos igualmente simpáticos, puesto que revelan un triunfo de la voluntad inteligente sobre la vulgar inercia que enmohece el sentido estético genuino en nuestro pueblo.

Ocupando el frente del pabellón en el ala derecha, se encuentra el hermoso cuadro de Salvador Viniegra, joven pintor gaditano, premiado en la Exposición Nacional con medalla de primera clase. *La bendición del campo* es una sencilla y tierna escena campestre de fines del siglo XVIII ó principios del XIX, tan delicadamente sentida y con tanta gallardía expresada, que realiza ese *realismo* del arte que es la suprema belleza.

Amanece en un sitio fresco y perfumado por esa menuda vegetación que viste el suelo de aterciopelado tapiz: la luz es una maravilla de esplendor; el espacio vibra con los reflejos del sol, que dora, sin duda, el horizonte en que se levanta sobre nubes de escarlata.

El paisaje, que no tiene ni árboles ni montes, sino una llanura cubierta de verdes matas y finas hierbecillas, no refracta esos rayos, pero los deja adivinar en la trasparencia de su cielo.

Sencillos aldeanos acompañan la imagen de la Virgen, y presencian con curiosidad la ceremonia de la bendición rodeando al sacerdote que la verifica.

El color y el ambiente de este cuadro son inimitables; y aquí, donde el cielo tiene los mismos tonos de enérgica poesía, parece aún más bello, puesto que se encuentra más verdad en su belleza.

Hay otros varios cuadros y dibujos de este joven artista, que pertenece á una distinguida familia gaditana en la cual tiene el arte valiosos y apasionados representantes; pero de ellos no me ocupo por las razones antes expuestas.

Ruiz de Luna, el melancólico pintor de las soledades del mar, tiene algunos bellos lienzos, y entre ellos el que ha sido premiado en la Exposición de Madrid con medalla de segunda clase: *Restos de un naufragio.*

En la orilla de un islote desierto se estrella un trozo del barco destrozado por la tormenta y arrojado por las olas como despojo de la tempestad pasada.

El cielo tiene los tonos grises que le imprimieron las nubes, y el mar copia su color sombrío con aterradora verdad.

Para disipar esta triste impresión están próximos los cuadritos de Cabral Bejarano, de Sevilla: tan bellos, tan correctos, de tal realismo y de tan graciosa intención, que con su colorido brillante y su dibujo severo tomaríanse por miniaturas ampliadas de los buenos tiempos de la escuela francesa.

Hay algunos retratos que se darán por muy satisfechos con que no se les nombre, así como los retratados por muy favorecidos con que no se les conozca.

Los eternos tipos *flamencos:* la mujer morena de mirada dura y cabello negrísimo, con el pañuelo de flecos y las flores en la cabeza, sin que ofrezca ninguno de estos tipos la menor novedad.

Hay flores menos bellas que los modelos, aunque no dejan de tener frescura y color las de la Rosa, de Sevilla, así como delicada trasparencia las de Aguinaya.

En asuntos religiosos hay varios lienzos notables, y entre ellos se destacan originales de Murillo, Zurbarán y Esquivel, como ornamento de la sala; pues ellos hace mucho tiempo que recibieron, de la opinión pública, premio digno de su mérito.

Hay innumerables marinas, algunas muy bellas; cuadros de género graciosos é intencionados, entre otros un húsar beatíficamente dormido, del joven mudito Federico Godoy, una esperanza del arte gaditano, que no habla, pero siente.

Una señora, que firma con el nombre de *Anselma,* ha enviado de París dos lienzos: uno alegórico de las artes, y el otro mitológico.

El colorido es brillante, tal vez con exceso; el dibujo es bueno, pero hay algo de rigidez en las líneas y de dureza en los contornos.

Juno es más una mujer que una diosa; y como su cara no tiene la belleza alegre y radiante de la hija de Saturno, y más parece preocupada en disgustos terrestres que absorta en célicas meditaciones, no ha gustado mucho, ni á los inteligentes ni á los profanos.

Paisajes hay muchos también, caprichos, estudios, copias de monumentos árabes, tipos, copias de cuadros célebres, fruteros, asuntos históricos, y cuanto constituye una amplia galería pictórica en la cual presentan sus trabajos más de doscientos autores.

Por lo dicho comprenderán los lectores que el pabellón de Bellas Artes contiene muchas obras de mérito y presta atractivo á la Exposición.

Como el pabellón está á la entrada, cerrando, como ya dijimos, el frente de la plaza de Cádiz, es muy visitado, siendo punto de descanso para muchas personas que gozan con admirar reposadamente las creaciones del genio.

De noche se ilumina eléctricamente, y esta azulada luz no hace perder nada á las pinturas, antes bien les presta belleza suavizando sus matices.

El *pabellón de Antigüedades* no puede, en realidad, llamarse así, pues se reduce á una pequeña caseta de madera recostada sobre el montecillo que sirve de base al precioso pabellón pompeyano que construye con sólidos materiales y en terreno propio la Excma. Diputación Provincial.

En esta caseta se muestran los valiosos restos de otras razas y otros tiempos, hallados en los desmontes hechos en estos terrenos para construir los edificios de la Exposición.

Allí está el magnífico sepulcro de mármol que se supone de origen fenicio, conteniendo en su interior el esqueleto de un hombre de grande estatura; y en la parte superior de lo que forma la tapa ó cubierta de esta gran caja mortuoria, un bajo relieve á manera de retrato del que fué su dueño y poseedor, con luenga barba y esos adornos egipcios que prestan á las cabezas de aquella raza sacerdotal aspecto y majestuosa apariencia.

Allí hay monedas de antigüedad extraordinaria, restos de vasos y lacrimatorios, joyas de oro purísimo que sirvieron para el uso de aquellas mujeres cuyos huesos petrificados se amontonan sin orden, y otras que adornaron, á no dudar, las manos de aquellos fuertes varones cuyos huesos aun se conservan entre aquellos restos; anillos con sello egipcio, que tienen gra-

bado el escarabajo simbólico en movediza piedra, de tal modo engastada en el aro que la voltea, que su trabajo constituye una maravilla del arte antiguo.

Anforas, restos de lámparas, granos de oro y ámbar rojo que sin duda formaron vistosos collares; y una verdadera curiosidad arqueológica: los trozos de hueso perforados y preparados como los tubos de una flauta, y que sin duda acompañaron al sepulcro á su dueño como prenda de gran estima, por haber formado la *tuba* ó *tibia,* instrumento musical importado por los egipcios y usado por los romanos y por los cartagineses.

En este departamento se muestran también, entre los objetos prehistóricos que hemos mencionado, clavos de cobre, hallados sin el menor deterioro en el interior de las sepulturas; pedazos de vidrio, irisados por la acción mineral durante los siglos que han permanecido en las entrañas de la tierra; y aros de oro que han debido pertenecer á niñas fallecidas en la primera edad y enterradas con ellos.

Además de estas curiosidades arqueológicas, hay allí históricas y gloriosas banderas, rotas bajo el peso de los años, pero honradas con recuerdos del valor español.

Idolos chinos, más curiosos que notables; muebles *viejos,* pues no tienen valor de época ó de arte, con algún mérito, pero sin interés para su contemplación ni su estudio.

En el mismo caso están algunas labores antiguas y algunas urnas cinerarias.

Aunque, como dejo dicho, esta caseta carece de adornos y de belleza, los objetos que encierra son dignos de estudio y admiración como restos de otras razas, de otras épocas, de otras civilizaciones.

¡Hé aquí esos huesos petrificados y rotos, entre los cuales brillaban intactas y limpias las joyas de oro con que engalanaron su carne, y que llevaron sobre la materia muerta al seno de la tierra!

Han pasado los siglos destruyendo cuanto formó al hombre, y han respetado esos trofeos de su vanidad, semejantes á los que hoy le adornan... ¡La civilización no ha podido desterrar lo inútil, porque la humanidad será siempre esclava de las mismas miserias, víctima de las mismas debilidades!...

El arte moderno y el arte retrospectivo han llenado este artículo, y tengo que dejar para los siguientes la descripción de los pabellones radiales y la noticia del gran pabellón central.

PATROCINIO DE BIEDMA

Á CONCHA

Brillante cascada de oro
tus rubios rizos semejan
si por tu cuello y espalda
libremente juguetean
cuando Favonio los mece
y cuando Febo los besa;
ó nube afiligranada
que por los espacios rueda
cual las locas ilusiones
de soñadores poetas;
ó bien sutil redecilla,
tejida con áureas hebras,
en la que mis pensamientos
y mis miradas se enredan;
y luego, si los recoges
y prendes en tu cabeza
y dejas al descubierto
tus hombros de blanca perla,
rubio manojo de espigas,
que el sol estival orea,
sobre un lecho de jazmines,
de nardos y de azucenas.

RAMÓN GARCÍA

México, 1886

EL ALGUACIL REGIO

(EPISODIO HISTÓRICO)

La frecuencia con que se repetían las reyertas, por cuestiones amorosas unas veces, y otras por asuntos de índole distinta, traían á mal traer, no sólo á los alcaldes de casa y corte de la villa coronada, sino también á los alcaldes de ronda y demás gente de justicia, pues nunca los causantes de las desgracias que acaecían eran cogidos por los vigilantes alguaciles, á pesar de sus desvelos por conseguirlo, para que el Santo Tribunal de la Inquisición hiciera en uno el escarmiento de todos los espadachines que en abundancia salían, como murciélagos, por las noches, en busca de aventuras.

ORILLAS DEL TIBER: EN PERUSA

El rey, que, según frase de un embajador, «tenía el sol por sombrero,» andaba disgustado con las quejas que á sus oídos llegaban de continuo sobre el sinnúmero de muertos que todos los días eran cogidos de las calles; y cuando en cierta ocasión supo que uno de ellos era un gran servidor y fiel vasallo suyo, la indignación del rey prudente alcanzó su colmo, y mandando llamar al alcalde corregidor le dijo:

—Veo con pesar que mis pragmáticas sobre el duelo no se acatan y que la desobediencia no se castiga; y si en adelante no ponéis remedio en ello, yo haré de modo que se cumpla lo mandado, pese á vos y á vuestros alguaciles.

—Señor,—replicó humildemente el aludido,—no es culpa nuestra que por cuestiones personales riñan dos caballeros y que el uno mate al otro, y mucho menos que el asesino deje de ser preso, pues ellos munca se rinden á la justicia, antes bien, la agreden por sí mismos ó auxiliados por otros que siempre están propicios á correr á la autoridad. En muchas ocasiones ha habido alguaciles muertos, y en la mayor parte los heridos son en gran número.

—Porque sólo tendréis cobardes,—replicó el rey con enojo.

—Señor, también los hay valientes, y pruebas mil han dado de serlo,—dijo algo picado el corregidor.

El rey quedó un momento pensativo, y al cabo de buen rato repuso:

—Puesto que hay reñidores tan esforzados al par que desobedientes á mis mandatos, y alguaciles tan poco cuidadosos de defenderlos, yo os enviaré un hombre á quien no le importa nada combatir contra veinte al mismo tiempo. El nuevo alguacil que os recomiendo estará mañana por la noche en la puerta del convento de San Agustín: colocadle en una de las rondas principales.

Dicho esto, Don Felipe despidió al malhumorado alcalde, no sin hacerle nuevas advertencias para en adelante.

A la hora prefijada por el rey ya estaba en el Mentidero el nuevo alguacil aguardando á la ronda de que debía él formar parte; y llegada que fué ésta, todos se pusieron en camino por las tortuosas calles de la coronada villa.

Aquella noche el calendario anunciaba luna y el alumbrado había sido suprimido; pero las nubes, siendo de parecer contrario al del almanaque, se interpusieron, matando la luz, sin duda por imitar al municipio, y dejaron á Madrid en oscuridad completa.

Sólo en alguna qué otra callejuela, débil lámpara de aceite, iluminando el retablo de imagen venerada, hacía mayor la densidad de las tinieblas en lo restante de la calle, é imposible caminar á derechas ni á zurdas.

Ya llevaba la ronda buena parte de la noche andando á tinieblas, sin que novedad alguna hubiese encontrado que pusiera á prueba el valor del nuevo alguacil, cuando de pronto oyó la ronda el ruido de aceros que chocaban. Al volver de una esquina dió con dos combatientes que peleaban á la luz de un retablo, y al gritar el alcalde de ronda «¡Ténganse á la justicia!,» sólo le contestó el «¡Dios me valga!» de uno de los reñidores, que caía al suelo atravesado por la espada de su rival.

El nuevo alguacil arremetió con el vencedor para aprehenderle; pero éste, diestro en el manejo del arma que blandía, volvióse á los de la ronda y comenzó con ellos á cintarazos y estocadas, que, á no huir muchos, alguno quedara allí muerto.

Unicamente el novel alguacil resistió el empuje con singular denuedo, haciendo frente al matador, y entre ambos trabóse reñida lucha, en que demostraron ser valientes y maestros en el arte de manejar la espada.

Duró bastante el combate, y el alguacil nuevo veíase amenazado de sucumbir presto, pues la fatiga le cansaba.

El matador tiró una estocada al corchete, y, cuando ya iba á herirle en el pecho, el embozo que ocultaba la cara del alguacil cayó, dejando al descubierto su rostro.

El agresor, al verle á la claridad proyectada por la lámpara, hincóse en el suelo de rodillas, y, presentando su acero al alguacil, le dijo:

—Sólo al rey me rindo, señor.

—¿Y por qué no al adversario?

—Porque V. M. representa la fuerza del derecho.

Los otros alguaciles, testigos de esta escena, acercáronse con curiosidad, y, al reconocer al rey prudente en el alguacil nuevo, quedaron mudos de asombro.

—Llevad preso á este caballero,—díjoles recogiendo al vencido la espada.

El caballero, que no era otro que el conde de Sástago, fué desterrado á los pocos días por orden del rey.

Y Don Felipe II se convenció de que no era tan fácil como creía ser simple alguacil en los tiempos de su glorioso reinado.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

SESIÓN BORRASCOSA

Definid y no disputaréis, dijo... yo no recuerdo quién lo dijo, pero sé que lo ha dicho alguien: Platón ó Descartes, Pitágoras ú Orti y Lara. Tanto monta: dado por éste ó por aquél, por ése ó por el otro, el consejo me parece excelente.

Por haberlo puesto en olvido, y tal vez por haberlo desdeñado, celebraron no hace muchas noches una sesión viva, animada, y casi casi borrascosa, los señores académicos de la Española.

FLORALIA (dibujo de A. Trentín)

Supongo, lector de mi alma, que nada nuevo te diré si te digo *de como* la Academia de la Lengua está encargada de adjudicar un premio de *cien mal pesetas* al autor de la mejor obra dramática estrenada en todo el corriente año en uno de los teatros de España. Sigo suponiendo que no desconoces la procedencia de esos mil duros con que ha de ser recompensado un poeta dramático español. El premio fué acordado por la reina regente, Dª María Cristina, y ha de ser adjudicado por la corporación doctísima, que sobre *limpiar, fijar y dar esplendor*, dará, por esta vez, Dios mediante, las cinco mil pesetas.

Como el año de gracia (que maldito si la ha tenido) de 1887 está en sus postrimerías, como quien dice (y como quien no dice), los señores de la calle de Valverde han creído del caso ir preparando las cosas á fin de que este novísimo juicio de Paris, en que varios poetas harán de diosas, la Academia será el hijo de Priamo y la manzana los veinte mil reales de vellón, se presente con todo el aparato que su argumento requiere.

Indicóse primeramente la conveniencia de establecer que el año de que se trataba era año civil, no temporada cómica ni año económico; indicóse también alguna otra cosa de poca importancia, relativa al procedimiento para cumplir de la mejor manera posible el honroso encargo recibido; y en esto y en lo otro hubo completa unanimidad de pareceres. Hasta aquí, es decir, hasta ahí, iba todo perfectamente. Pero le ocurre á uno de los congregados preguntar: —¿Se han pedido ya ejemplares de las obras dramáticas estrenadas en los teatros de provincias? Y aquí fué Troya.

—¿Cómo se entiende? —gritó uno. En este concurso solamente han de ser admitidas las comedias ó los dramas estrenados en Madrid.

—No veo la razón, —replicó otro. ¿Por ventura no hay más teatros en España que los teatros de Madrid?

—No los hay.

—Sí los hay.

—Repito que no.

—Insisto en que sí.

Y sobre si los poetas dramáticos de provincias pueden ó no pueden optar al premio consabido, armóse no floja zalagarda (dicho sea sin ofensa de la Academia).

No faltó quien dijese, en lenguaje académico, por de contado, y no con el estilo ramplón y chavacano, como mío, que yo uso en el relato: —Ya veo á dónde van á parar los que pretenden que concurran á este certamen los escritores provinciales: tratan nada menos que de fomentar el funesto movimiento regionalista que renace á fines del siglo XIX como si pretendiera hacernos retroceder á épocas de vergonzosa recordación. Aquí se quiere autorizar, con un acto solemne de la Academia Española, el renacimiento de las literaturas regionales, sobre todo el de la literatura catalana. Eso no debemos hacerlo nosotros: eso no puede hacerlo la corporación que es legisladora en materias de lenguaje. Este acto tendría una significación y un alcance en que es preciso que nos fijemos, y haría caer sobre nosotros responsabilidades tremendas; como que nada menos sería que sancionar oficialmente una tendencia que los encargados de unificar el habla castellana no tenemos más remedio que condenar. Podrían presentarse al concurso obras catalanas, obras gallegas, obras valencianas, obras éuskaras: ¿quieren Vds. hacer el favor de decirme quién de nosotros tendría competencia para juzgar trabajos escritos en idiomas (ó dialectos) que casi ninguno de los presentes conoce ni comprende?

ORILLAS DEL TIBER: EN CITTÁ DI CASTELLO

Y, como sucede en casos parecidos, la discusión se extravió lastimosamente: la observación provocaba una réplica; la réplica daba origen á una contrarréplica; ésta motivaba una rectificación; y la lucha excitaba los ánimos, y la excitación convertía en agresivos á los más templados, y á la frase viva seguían las palabras acres... y el *cónclave* resultó dividido. Opinaban los unos que el regionalismo debía combatirse enérgicamente; sostenían los otros que era un hecho con el cual era preciso conformarse... y no sé cómo, aunque sí sé que con mucha dificultad, el presidente logró encauzar un tanto la controversia, con que tornaron los académicos á discutir si los autores dramáticos gallegos, catalanes, andaluces ó valencianos, podrían estar admitidos á concurso para el caso concreto de que se trataba. Opinaron que sí, y sostuvieron su opinión, Balaguer, Silvela, Menéndez Pelayo, Pidal y algunos otros: defendieron que no, Núñez de Arce, Cañete, el marqués de Molins y alguno más. Cuando el punto se dió por suficientemente discutido, fué puesto á votación, y la opinión sostenida por Balaguer, por Pidal, por Menéndez Pelayo y por Silvela, resultó con mayoría.

Quedó, pues, resuelto, gracias á la eficaz intervención de esa señora Academia, que Cataluña y Galicia, que las Provincias Vascongadas y Valencia, pertenecen á España. No fué poca suerte.

Y aquí entra la aplicación del aforismo, ó lo que sea, con que van encabezadas estas líneas. No soy autoridad para defender ni para combatir el renacimiento literario regionalista: á mí, dicho sea en confianza, no me parece mal. Pero esto no es del caso: parezca bien ó parezca mal, téngase por beneficioso ó por funesto, la señora Academia no era, á la sazón, la llamada á dilucidarlo, ni aun á discutirlo. La reina regente les había encargado de adjudicar un premio á la mejor obra dramática representada durante el año en *uno de los teatros de España:* nada más, nada menos.

No competía á la corporación juzgar el acto de la reina; no tenía para qué extrañar si el acto era político ó no lo era; no le correspondía aquilatar las ventajas ó los inconvenientes de la resolución adoptada... Su deber, en cuanto academia, era acatarla y cumplirla.

Para hacerlo así, debieran comenzar *definiendo* lo que entendían por *España;* y como seguramente habrían incluído en España á Cataluña y Galicia, á Valencia y Andalucía, no habrían disputado.

Que era lo que me proponía demostrar.

He dicho.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

EN CASA DEL FOTOGRAFO

Cuadro de J. Mukarowsky

Buen cuadro de género: expresiones perfectamente sorprendidas en el oportuno momento, maestría en la disposición de los planos, habilidad en la reproducción de los paños, factura elegante y asunto simpático. No se puede pedir más al autor, relativamente á esta obra.

ORILLAS DEL TIBER

Remontando el curso del río desde Bagnorea á sus fuentes y pasado ya Orvieto, descúbrese en medio de un paisaje encantador la antigua ciudad de Todi. Vienen luego Fratta, Perusa, Cittá di Castello, y Pieve di San Stefano; cada una de las cuales se recomienda por alguna particularidad notable: San Stéfano por su bonita situación al pie de los Apeninos; Cittá di Castello por sus viejos palacios y sus recuerdos de cuando imperaba allí la terrible familia Vitelli; Perusa por ser ilustre cuna de la *escuela umbria,* su magnífico *Cambio,* sus viejas fuentes y su proximidad á Asís, la ciudad de San Francisco; Fratta, finalmente, por sus grandiosos conventos y la risueña perspectiva que desde el pueblo se descubre.

EL BORDADO DECORATIVO EN INGLATERRA

Parece ser que la historia del encaje se remonta á muy respetable antigüedad, sabiéndose que era cultivado brillantemente en Asiria, Egipto, Chipre, Rodas, Creta y demás islas griegas, acabando hoy día por ser practicado mejor que en ninguna parte en Turquía, donde se hacen, en efecto, primorosas tapicerías.

El bordado estuvo en gran predicamento, durante el siglo XVI, en Italia y España, desde donde se propagó á los demás países de Occidente, trasformándose bajo el reinado de Luis XIV, en cuya época fueron sustituídos los dibujos geométricos por otros floreados

Fueron célebres, á últimos del siglo XVI, los bordados españoles en *cadeneta,* brillando hoy día Manila por sus pañuelos bordados, inimitables.

Actualmente parece haberse despertado en Inglaterra grande afición á resucitar los antiguos modelos.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

NERÓN ANTE EL CADÁVER DE SU MADRE AGRIPINA

Obra póstuma de

ARTURO MONTERO Y CALVO. (Medalla de 2.ª clase)

Dibujo de P. y Valor

«*Nerón ante el cadáver de su madre Agripina.* El horrible pasaje de la *Vida de los doce Césares,* de Suetonio, en que se da cuenta de las tentativas de Nerón para asesinar á su madre, y en que se relata la forma en que por fin se deshizo de Agripina el cruel tirano, ha animado la paleta del premiado pintor D. Arturo Montero y Calvo para producir la magnífica obra que lleva el número 532. Aparece en el cua-

dro Agripina muerta, tendida en el lecho. Nerón levanta el paño que cubre el cadáver de su madre, ora para recrearse con brutal complacencia en las bellezas de la que le dió el ser, ora para censurar los defectos que la Naturaleza marcó en aquellas esculturales formas, como artista que juzga un modelo, impasible y friamente. Aduladores cortesanos contemplan de otra parte aquella mujer, con sensualidad senil uno de ellos, con cierto temor los demás, no sabiendo cómo expresar sus impresiones de manera que sean gratas á los oídos de aquel que ha pasado á la historia como personificacion repugnante de todos los vicios y perversidades.

»El artista ha pintado su obra con la sobriedad de un maestro, dentro de la rica tradición del incomparable Rosales. Y todos los defectos que pudieran señalarse deben atribuirse á que el tiempo y la salud le faltáron al instante de dar las últimas pinceladas.

Severa y correcta en general la ejecución, estudiadas ante la verdad aquellas cabezas y aquellas figuras romanas, cada una de ellas vale en inspiración y en forma lo que un boceto admirable puede valer. Sentida la obra y connaturalizado el pintor con el pensamiento de la misma, ha señalado en cada personaje los sentimientos que le corresponden y la impresión que deben causar. La pasta de color, la manera de manchar el cuadro, el estilo sincero que resplandece en él, el esmero con que ha estudiado aquel *triclinio*, sin entretenerse en lo que no es principal en la obra, como por ejemplo el fondo; la hermosa cabeza que recuerda el busto clásico de Cicerón, hasta la dureza con que están acusadas algunas líneas, y el soberbio tapiz, en fin, que cubre el suelo; todo en el cuadro revela un artista de condiciones excepcionales, llamado á conquistar en la serie de nuestros pintores una significación análoga á la del autor de la *Muerte de Lucrecia*...»

En tan calurosos términos de admiración se ocupaba el Sr. D. Hermenegildo Giner de los Ríos del cuadro de Agripina. ¡Quién tenía que decir que el malogrado autor no había de experimentar el consuelo de ver aplaudida y premiada su grande obra! Llevada á cabo en medio de las mayores dificultades, minada la existencia de Montero y Calvo por cruel é implacable enfermedad, sorprendióle la muerte cuando el Jurado otorgaba al pintor una segunda medalla... Extinguióse aquella vida preciosa, y el alma del malogrado artista vallisoletano fué á reunirse con la del gran Rosales, á quien hubiera, ciertamente, reemplazado.

FLORALIA

Dibujo de A. Trentin

Está muy bien eso, á pesar de su desenfrenado carácter alegórico, como estarán bien siempre las flores pintadas con primor, y las niñas bonitas reproducidas *con amore*. Déjense Vds., pues, de querer que el arte sea nada más que la fiel y exacta reproducción de la Naturaleza, ó, si no lo quieren así, la Naturaleza reproducida fiel y exactamente, ó, de otra manera, la fidelidad y exactitud en la reproducción de la Naturaleza; y consintamos en que esos intrépidos fantasistas nos presenten cuadros de flores y niñas bonitas y angelitos imaginarios.

DAMA Y CABALLERO. -ENTRE FLORES

La dama, muy experta ella en semejantes achaques, tiene que abotonarle los guantes al caballero antes de presentarse en el salon de baile. Promete la muchacha.

Entre flores es un bellísimo dibujo. «Falso, mentiroso, imposible,» dirán algunos; y, sin embargo, para quien *siente* la Naturaleza y los niños, exactísimo y... casi vulgar.

EL VIEJO TROVADOR

Cuadro de F. Gelli

Esos cuadros de caballete, en que el autor puede hacer gala de todas sus buenas cualidades técnicas sin necesidad de romperse mucho la cabeza en busca de quintesenciados argumentos, son hoy en día muy del gusto del público, que, si en el teatro se deleita con las Menegildas, se complace también en recrearse ante cuadros y dibujos en que aparecen las bonitas mozas de posada, el soldado fanfarrón, el viejo verde, el alegre jugador y demas tipos que sirven de pretexto para pintar un cuadrito bonitillo al alcance de las fortunas modestas y á propósito para figurar en los gabinetitos, saloncitos, y comedorcitos hoy en uso.

LA ANUNCIACIÓN

Bajo relieve de Andrea della Robbia

Admírase esta preciosa escultura en una *luneta* que está sobre la puerta de la sacristía de la iglesia del Hospital de los Inocentes, de Florencia. Un jarro de antigua forma, en el cual crece un simbólico lirio, separa á la Virgen del ángel anunciador. La purísima doncella está concebida con tanto idealismo como pudiera hacerlo el mismo Rafael. Un lindo coro de ángeles sirve de orla á la escena mística. Andrea, como su hermano Lucca, era uno de los artistas del siglo XV que á más alto grado llevaron la perfección de la escultura, recomendándose todas sus obras así por su gracia como por la pureza del modelado.

EL BOSQUE DE FONTAINEBLEAU. LA LAGUNA

Bellecroix es una elevada y solitaria meseta, peñascosa en unas partes, y en otras cubierta de arbustos. Abundan en ella las lagunas, siendo muy pintoresca la que por antonomasia llaman *la Mare*.

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA ÁRABE

ORIGINAL DE

Juan García-Goyena Alzugaray

(CONTINUACIÓN)

—¡Oh, Azhuna!—prorrumpe la niña, mientras sus ojos se arrebolan de trasparentes lágrimas, brillantes como el rocío de la aurora en el cáliz de las flores.—¿Quién te sostendrá en tu marcha cuando decaigan las ilusiones de tu pecho? ¿Quién compartirá contigo las fatigas del viaje, y quién ¡ay de mí! me consolará en tu ausencia?

—¡Oh, Sobeya! Y á Azhuna ¿quién podrá consolarle?

—Tu esposa,—exclama la doncella en voz baja, rozando el oído de su amante con sus rojos labios.

Una infinita sacudida de placer hace vibrar los nervios de Azhuna, que le dice, mientras bebe su aliento:

—¿Me acompañaría mi esposa en mi larga peregrinación?

Un sí débil, impalpable, como el beso de las auras, deja escapar la niña, mientras su rostro se trasfigura de felicidad y amor. Sus manos caen lentamente entre las manos de Azhuna, que las estrecha con pasión; su cabeza se apoya voluptuosa sobre el hombro de su amante; sus ojos, entornados, arrojan tenues ráfagas de fuego en los ojos del artífice; y sus labios, entreabiertos, parecen ofrecer algo divino á los sedientos labios de su compañero, que baja su cabeza y liba en ellos el azahar de la vida, más grato que el que roban las abejas para elaborar sus mieles. El sol, rompiendo el vidrio del blanco ajimez, les manda su rayo, envolviéndoles en un lecho de luz, y el ángel de los amores inunda de misterios la silenciosa estancia.

. . . . . .

—¡El mercader se aproxima!—grita la negra esclava levantando el pesado tapiz del arco que da entrada al misterioso retrete y arrancando de su deliquio embriagador á los amantes.

¡Mi padre! murmura Sobeya volviendo de su éxtasis de gloria.

¡Abu-Hasán! repite Azhuna saliendo con la niña al encuentro del comerciante.

Entra éste rodeado de una turba de jóvenes y ancianos, vestidos con infinita variedad de trajes y hablando innúmeros idiomas; posa sus labios en la tersa frente de Sobeya, que fugaz como un relámpago desaparece de la vista de los extranjeros, lanzando una mirada de cariño al pensativo Azhuna; éste saluda al mercader y sus acompañantes como á antiguos conocidos, y se sienta en el diván que acaba de abandonar Sobeya. Abu-Hasán, el más famoso mercader de la Al-kaisería, se coloca junto á la mesa de palma, y los demás le rodean confundiendo sus voces en acalorada discusión.

¡Quién no siente conmovida su alma al ver aquella extraña mezcla de todos los dialectos, de todas las razas, de todos los cultos, en amigable consorcio, rodeando la mesa del trabajo! Aquí el anciano Abraham, joyero hebreo, conversa con pausado acento con Mohamed, el fundidor turco; allá Pole, el navegante genovés, discute con Baktishua, el tapicero persa; Ilonain, tejedor sirio, habla con Rogerio, cincelador provenzal: y Kasirí, el instrumentista árabe; y Fernán Pérez, el ebanista castellano; y Lahorre, el indio explotador de perlas del golfo de Ormuz; y Goula, el curtidor francés; y Attafsin, el herbolario egipcio; y otros cien de cien países; platican en torno de Abu-Hasán, el mercader granadino más famoso por sus encajes y sus telas. Y en la pequeña estancia se confunden los giros provenzales con las dicciones semíticas, el rico veneciano con el fastuoso árabe, el copto y el francés, el castellano y el hebreo, como genuina imagen de la torre de Babel, pintada en el *Corán* cristiano. Y toda aquella inmensa muchedumbre, reunida un día en la ciudad común, en la comercial Granada, para hacer acopio de sus mercaderías, y que mañana se derramará, como las hojas del árbol al soplo del viento, en numerosas caravanas, por las abrasadas regiones del Africa, por las asiáticas ciudades ó por los pueblos bárbaros de Europa, hoy en derredor de Abu-Hasán, que en medio de ellos ostenta en grueso manuscrito el *Libro de negociaciones* del madrileño Abul-Casín, discuten con animadas voces las ideas en él vertidas.

—¿Qué nación podrá competir en grandeza con la perla de Occidente, con la oriental Granada?—exclama Abu-Hasán haciendo vibrar su

ORILLAS DEL TIBER

PIEVE DI SAN STEFANO

DAMA Y CABALLERO

ENTRE FLORES

EL VIEJO TROVADOR (cuadro de F. Gelli

voz sobre las de los tumultuosos extranjeros. —Tendrá Cachemir sus sedas, Katuy sus cedros, Omaiz sus perlas, podrá envanecerse el genovés de sus tapices, el turco de sus perfumes, el castellano de sus catedrales, el provenzal de sus artistas, pero en Granada se condensa todo. En ella se reunen los productos de todos los pueblos, las riquezas de todas las ciudades. Málaga y Almería, Calahonda y Adra, reciben en sus puertos mercaderes de las más apartadas regiones y despiden de ellos sus más envidiadas mercancías. La vega produce virtuosas y aromáticas yerbas que sirven para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. Alfombras sirias, tapices persas, telas indias, metales preciosísimos, tejidos prodigiosos, abortan nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares suntuosos, erguidos observatorios, incomparables academias, espléndidos bazares donde ofrecer al mundo entero cuanto pueda desear la imaginación más soñadora. Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los dilatados mares; hemos creado el papel para que la idea, impalpable y luminosa, no sea ráfaga de viento que pase sin dejar rastro de su existencia. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias, sabios que las aumentan y alarifes que nos traigan á la tierra todas las hermosuras del paraíso. Nombradme un comerciante de otro pueblo que haya logrado lo que Abul-Casim, autor de esta obra, la única en Europa, á pesar de hacer mil lunas que fué escrita, y os regalo la alfombra más preciada de mis dos bazares.

Prolongado silencio acoge las últimas palabras del mercader, que pasea una mirada de orgullo sobre los rostros de los extranjeros, la para en Azhuna y prosigue de nuevo:

—Ahí tenéis otra prueba de mis palabras: ¿qué ciudad puede envanecerse de tan inspirado artista como Azhuna?

Todos vuelven la mirada al cojín donde se recuesta el alarife, y éste con acento entrecortado murmura:

—¡Oh, extranjeros! La bendición de Alá descienda sobre vuestras casas colmándolas de beneficios. Granada, la de los ricos minaretes, os brinda con su generosa hospitalidad: ¿la negaréis al granadino que visite vuestras tierras? Mi cincel de oro ya no vibra al fuego de la inspiración; mi idea, que ha absorbido todos los jugos de estos campos, necesita nuevos horizontes donde tender las alas. Parto, pues, á recorrer la tierra de levante á ocaso, á visitar vuestras ciudades, á atravesar vuestros desiertos y vuestros bosques: ¿negaréis al peregrino el apoyo de vuestros conocimientos?

Cien negaciones repetidas contestan á Azhuna, que recibe promesas de cartas y de itinerarios para su pronto viaje.

—Y ahora ¡oh tú, Abu-Hasán! escucha,—prosigue el artífice.—Tú posees un tesoro sólo comparable con el del paraíso del Profeta. Yo te pido por esposa á tu hija, la virgen de las negras trenzas de y las lánguidas pupilas: ¿me dejarás vagar errante y sin su divino apoyo en la penosa marcha que tengo que emprender?

—Mucho vale tesoro tan preciado, Azhuna; pero tus acciones te hacen digno de ella.

Se despiden los extranjeros y todos salen, á tiempo que Sobeya aparece ruborosa en el calado arco, y Abu-Hasán estrecha entre sus brazos á la doncella y el artista, sellando de este modo la felicidad de sus amores.

EL BORDADO DECORATIVO EN INGLATERRA
REPRODUCCIÓN DE UN ANTIGUO ENCAJE VENECIANO

III

La tarde va cayendo. El sol arroja sus últimos chispazos sobre la negra cumbre de Sierra Elveira, envolviendo en la poética languidez del crepúsculo los hermosos contornos de la vega.

Por la ribera del Genil, como abrumados por una larga caminata, se acercan á Granada dos personas á paso lento y con la frente inclinada bajo la pesadumbre de amargas ideas. Él es un hombre de cabello entrecano como las primeras estribaciones de la Sierra de Nieve, en que los copos blancos y las peñas negras forman admirable contraste. Sus ojos, de profunda mirada, despiden fuego, pero fuego de cólera y de indignación: la cólera del genio luchando con los límites de la realidad. Ella es hermosa como la luz del alba después de una noche oscura. Su tez, tostada por los ardientes rayos del sol, brilla como la rosa á los besos del día. Sus ojos, lánguidos y tristes, se fijan en la tierra, y sus negras trenzas flotan desceñidas sobre el tosco lino de su túnica blanca. El camina, envuelto en su áspero albornoz, del brazo de ella, y ambos apoyados en gruesas varas de espino de agudas puntas.

—No puedo mas, Sobeya,—dice el hombre dejándose caer junto al robusto tronco de un olivo.

—Descansa, Azhuna,—dice ella sentándose á su lado.

—¡Ya ves mi desventura! ¡Cómo decirle á Alhamar que ha sido infructuoso mi viaje!

—Espera, Azhuna, espera: ¿quién concibe los designios de Alá?

—«*Espera, espera;*» esa palabra me vienes repitiendo desde que empezamos nuestra peregrinación; con ella has sostenido mi espíritu durante nuestro viaje; tú has sido el ángel de la esperanza que ha iluminado mi carrera; y, sin embargo, nada has conseguido.

—Aun no es tarde, esposo mío, y ¿quién sabe?... No sé qué extraño presentimiento me dice que al cabo lograrás tus deseos.

—¡Ah, Sobeya. Tu cariño te engaña. Te has unido á mí en la hora de las penas, y tu tálamo nupcial se ha trasformado en un lecho de zarzas.

—No, Azhuna: no desesperes todavía. Yo he oído decir á los astrólogos que cada espíritu está sujeto por una hebra de oro á uno de esos astros que en el espacio ruedan. No sé qué extraña predilección me hace á mí fijar los ojos en el lucero de la tarde, el más hermoso y el más resplandeciente. Mírale, mírale flotar sobre la Alhambra como el rico diamante de un espléndido joyel. Siempre que le miro me parece, como ahora, que en su centro palpitan luminosos caracteres arábigos que, impalpables y misteriosos, me dicen: «*Espera, espera.*»

—¡Oh, esposa mía! ¡He esperado ya tanto tiempo! Cuarenta lunas han flotado sobre el haz de la tierra desde que abandonamos á Granada en busca de ese prodigioso alcázar que prometí á Alhamar; cuarenta lunas destinadas á recorrer todas las regiones de la tierra. Hemos atravesado inmensos mares, espesos bosques, altas montañas, mortíferos desiertos; hemos visto soberbias ciudades, imperios poderosos; he estudiado todos los cultos, todas las artes, todas las escuelas; ante nuestros ojos han pasado todas las grandezas del mundo, todas sus miserias; y nada he conseguido.

¿Te acuerdas? Era en Grecia, en la ciudad de los sueños. Atenas levantaba sus prodigiosas ruinas, sumergidas en un lago de luz. La colina del Museo, los peñascos del Areópago, del Fénix y el Licabeto, el montecillo Auquesmo y las alturas del Estadio, chispeaban majestuosos, como ajorcas de oro cuyos destellos se vertían en el hilo de perlas que formaba la corriente del Iliso. El Partenón, los templos de Júpiter Olímpico, Minerva y Baco, con sus dóricos triglitos, sus esbeltas columnas estriadas sobre escalinatas de mármol, columnas donde se compendia toda la gravedad del dórico con la ligereza del corintio; sus dos frisos esculpidos y sus dos frontones elegantes, sus bajos relieves cincelados por Praxiteles y Fidias; se erguían esplendentes, brindándonos un mundo de ilusiones y reuniendo en su alabastrino seno la sencillez, la fuerza y la elegancia. Las altas y tornasoladas crestas del Acrópolis y del Himeto reflejaban sus rayos de oro sobre la Academia, rodeada de sepulcros. Y sus frescos bosquecillos de olivos, el Pireo meciéndose en un lecho de algas y de espumas, Salamina brotando como Venus del fondo de los mares, las cumbres del Citeron y del Icaro; parecían poblados todavía de nereidas y tritones, de centauros y de náyades. Yo pasaba horas y horas estudiando aquellas bellezas de donde sacar un rayo de luz que alumbrara mi cerebro; yo, desobedeciendo la ley muslímica, copié sus torneadas estatuas, donde el cuerpo humano se inmortaliza con todos sus esplendores; mi cincel dió vida á desgastados rosetones, plintos y molduras; arrancó sus secretos á los adornos jónicos, ligeros y flexibles, del templo de Erecteo; sorprendió sus grandezas á las famosas cariátides del Pandroseo; y sin embargo, ni una estela, ni una ráfaga, ni un átomo de fuego hizo brotar mi diestra á aquellos tersos mármoles; la forma, siempre la forma, bella, esplendente, pero limitada, finita, aprisionaba á la idea, oprimiéndola y aniquilándola.

¿Te acuerdas? Era en Italia, la nación de los papas y de los césares. Nicolás de Pisa trazaba la silueta de San Antonio de Pádua; Alejandro IV convocaba á la cristiandad para que ayudara al artista. Se elevaban las gigantes cúpulas del templo, besadas por el rayo de la luna, que las bañaba de misteriosa claridad. Sus caladas agujas se perdían en las plateadas nubes de un espacio de seda, y en sus altivas torres dormían las campanas de hierro, como las aves en el fondo de sus nidos. Sus sombríos claustros, sus

ojivales ventanas, sus arcadas góticas y sus altares de jaspe, convidaban á la meditación y al estudio En el recinto cristiano, yo, apoyado en una de sus soberbias columnas, escuchaba las palabras de Nicolás de Pisa, que al mismo tiempo que hablaba, y como si quisiera dar idea de su pasmosa actividad, daba los últimos retoques á una de sus prodigiosas estatuas.

—¡Oh, Azhuna!—me decía;—tú vienes á estudiar en el corazón cristiano el símbolo de la belleza, cuando la revolución más grande ha estremecido sus entrañas. La arquitectura bizantina, misteriosa y terrible como el dios del Sinaí, emblema sombrío de la unidad de estilo, de la impenetrabilidad de las ideas, de lo absoluto velado para los profanos ojos, del sacerdocio deificado, de la teocracia ensoberbecida, del pontificado sujetando al mundo con sus cadenas de hierro, acaba de hundirse para siempre en las cavernas del olvido al golpe de maza de la arquitectura gótica. Obligado desde niño á estremecerme bajo los místicos terrores de las estatuas bizantinas, cinceladas bajo las horribles vibraciones del juicio universal, mi razón se oprimía agobiada por la idea de raza, de dogma, de mito, de Dios centelleando entre tempestades y vértigos. Las cruzadas es el titán que la derriba en tierra. Los pueblos presienten su grandeza, la libertad bate sus alas, y la ojiva, como diadema de espléndidos fulgores, escribe en los modernos edificios: «Igualdad, pueblo, hombre.» La arquitectura bizantina es el tenebroso libro que sólo el sacerdote puede descifrar; es la sumisión de la forma y la muerte de la idea, la conservación de tradicionales líneas y el odio al progreso. La arquitectura gótica es la originalidad, el progreso, la opulencia, el movimiento perpetuo, la variedad en fin, con todas sus bellezas.

—¡Oh, maestro!—dije yo entonces, trémulo de placer, á Nicolás;—enséñame esas maravillas: eso es lo que busco por toda la tierra, sin haberlo encontrado todavía.

—Mira,—me contestó el artista desgarrando el tul que ocultaba los contornos de la estatua que estaba modelando;—mira,—volvió á añadir, señalándome las naves del templo en que estábamos. La estatua era una virgen de incomparable hermosura; el templo era una obra de maravillosa grandeza.—¿Ves?—me dijo.—He procurado condensar en esta virgen las dos artes: la que nace y la que muere. La mística expresión de su rostro es la idea, que anima la rigidez del mármol; los griegos contornos de su cuerpo, donde se ven correr las azuladas venas tras la trasparencia de su pálida epidermis, es la forma flotando, exuberante y rica, y envolviendo en un velo de encaje al pensamiento. ¿Ves? He procurado encerrar en este templo la severidad cristiana, la idea religiosa; pero no al Dios de la venganza, sino al Dios de la clemencia; y he grabado las austeras líneas de la grandeza en cúpulas y frisos, en columnas y bóvedas; pero he querido darle rico estuche donde el pensamiento se envolviera como en una túnica de raso, y la ojiva, campeando atrevida y elegante en todos los arcos y en todas las paredes, le han dado amplia forma, varia y suntuosa con que poder ataviarse. Y este no es más que el principio. A toda grandeza caída se le debe rendir el último tributo de respeto, que es lo que yo hago; pero día vendrá en que la arquitectura gótica, libre y sin trabas, romperá para siempre con las inflexibles reglas que aun le abruman.

Calló el maestro, y mi vista errante corrió por las ojivas de la iglesia, pero sólo vislumbré en torno la idea y la forma queriendo equilibrarse.

—No es esto lo que busco,—murmuré desesperado:—yo anhelo la idea pura, sin trabas ni límites, encarnando en la forma, forma sujeta á ella; que en vez de su señora, ni siquiera de su compañera, sea su esclava, pero esclava espléndida, luminosa como el cuerpo de una huré, díje.

Estreché la mano de Nicolás de Pisa, y salí de San Antonio escuchando la voz del maestro, que mirándome con lástima decía:—Está loco:—y volvió á su trabajo.

¿Te acuerdas, oh Sobeya? Era en París. La catedral llamada de Nuestra Señora desdoblaba á nuestra vista sus inmensas profundidades. Su gigante puerta ornada de simbólicas figuras, sus cinco pisos sobrepuestos y terminando en dos negras y macizas torres con ocho pesadísimas campanas, la tranquila majestad del conjunto, su infinito interior con su enorme coloso San Cristóbal, con su altar gótico atestado de urnas y relicarios; le asemejan á uno de esos monstruos apocalípticos que rugen en las entrañas de la visión terrible del apóstol de Cristo. Inmenso libro de granito donde se ve escrita toda una epopeya, yo aprendí á comprender sus cifras y repasé página por página su colosal volúmen. Vi algo, flotó en mi mente una idea luminosa: la de que un solo hombre no es bastante para escribir una epopeya, y lloré, lloré de amargura de impotencia. Tú, como siempre, murmuraste en mi oído tuamulética frase: «*Espera;*» y proseguimos nuestra marcha. Visitamos el Egipto con sus terribles misterios, con sus esfinges monstruosas, con sus gigantescas pirámides, con sus oscuros geroglíficos; y sólo la materia, la materia hecha diosa, apareció ante nosotros, y huímos, huímos de las tentaciones de la carne. La India, con su naturaleza potentísima, se abrió ante nuestros pasos, deslizando sus subterráneas pagodas, sus monstruosos elefantes, sus deformes ídolos evocados de las salvajes hojas de los Vehdas; y como el pájaro, que espantado corre de la horrible fascinación de la serpiente, así corrimos nosotros á ocultarnos de la atracción del monstruo. Jerusalén, centro común del cristiano, del hebreo y del árabe, nos acogió en su regazo; las aguas del Jordán refrescaron nuestros labios, Sión nos dió la sombra de sus cedros; Belén nos recordó la grandeza de Abraham; el Santo Sepulcro, con sus dos naves, su rotonda de diez y siete columnas, ya ligeras, ya pesadas, pero todas de desproporcionado tamaño, nos ofreció gratos recuerdos del mensajero de Mahoma; mas la ciudad santa permaneció muda á nuestro anhelo. Córdoba, con su maravillosa mezquita, fué la única que hizo latir de admiración nuestros corazones. ¡Oh, Sobeya! Allí te contemplé poseída de éxtasis infinitos. Sus cien columnas, sus abiertos arcos, sus caladas paredes, sus letreros cúficos, conmovieron mis ideas; la grandeza de Alá centelleó en mis ojos; pero no era aquello lo que sentía latir en mi cerebro. Recordé las regaladas termas de Agripina de la ciudad cesárea, su derruido circo, sus alcázares grandiosos, por el tiempo derrumbados; los comparé con la gran Aljama de Sevilla, uní sus líneas con la mezquita cordobesa, abierta á mis miradas, y, al conjunto entre místico y profano de aquella mezcla, me pareció ver surgir los contornos del deseado alcázar: dibujé sus confundidos rasgos, le puse lo que tenía de libro de piedra Nuestra Señora de París, la variedad griega y la grandeza índica; pero fué en vano. Sólo una deforme masa donde todas las arquitecturas se abrazaban, salió de mi trabajo. No era preciso crear un estilo nuevo, fugaz, tenue, impalpable, áereo como los sueños del espíritu, para que mi pensamiento tomara vida. Pero no pude crearlo: En vano me golpeé la frente, en vano martiricé la idea: mi ideal, en el fondo del cráneo, se reía, se reía con estridente carcajada que percibía mi oído, mofándose de mí... Y aquí me tienes: volvemos á Granada, tú siempre gritándome: «*Espera,*» y yo siempre vencido en esta lucha imposible. Hablaba con razón Nicolás de Pisa en San Antonio. ¡Azhuna está demente!

—No: no estás demente, Azhuna,—dice Sobeya conteniendo las lágrimas que brillan en sus pestañas de raso.—Tú encontrarás el nuevo estilo que necesitas para crear tu alcázar; tú has admirado á los más hábiles artistas de los pueblos que hemos visitado con un solo rasgo de tu cincel de oro; todos han visto en ti un genio, y todos respetaron al artista granadino. Cada alcázar de los cien que has dibujado en tu viaje, serviría de inmortal gloria al más famoso artífice: ¿por qué no presentar uno de ellos al poderoso emir?

—Porque en mi frente late algo grandioso que nadie ha concebido; porque yo prometí un alcázar de perlas, digno de la grandeza de Alá, donde imprimiera todas las delicias del paraíso de Mahoma,

—Espera, espera,—dice Sobeya inclinando la frente sobre el pecho. Y enmudece, mientras Azhuna extiende su mirada sobre la extensa vega.

Ante él se dilata ésta con todos sus encantos: cortijos, cármenes y huertos se pierden en todas

LA ANUNCIACIÓN (bajo relieve de Andrea della Robbia)

direcciones, escondidos en un océano de verdura; bosques de olivos y nogales, de frescos álamos y ásperas moreras, entre sabanas de mieses y de flores, de yerbas y de cañas, ondulan misteriosos, bañados por la corriente del Genil, que se bifurca en cien canales abiertos en las tierras para su fecundo riego; anchos caminos conducen á las cien academias que en sus jardines se levantan, y en las que salen y entran estudiantes y maestros; mientras rechinan los carros cargados de verdura, abre el arado anchos surcos en el suelo y los campesinos y trabajadores vuelven á sus aldeas. Granada, enfrente, levanta sus almenas coronadas de atalayas, sus mil torres y sus ligeros minaretes, sus ricos arcos y su prodigiosa Alhambra, alumbrada por la luz del crepúsculo. El sol, sobre la cumbre de Sierra Elveira, lanza sus más hermosos resplandores para ocultarse en la ciudad morisca: fija en él su errante mirada Azhuna, y, loco, trasportado, lanza un grito de admiración y de entusiasmo, desgarrador, inconcebible.

(Se continuará)

EL BOSQUE DE FONTAINEBLEAU: LA LAGUNA CERCA DE BELLE-CROIX

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca 10 2.º

INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. — BARCELONA

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 10 de diciembre de 1887 | Núm. 258

YENDO A MISA

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Una romanza* (continuación), por Manuel Amor Meilán.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Fuentes inagotables* (poesía), por Tomás Camacho.—*Desarreglos*, por A. Sánchez Pérez.—*El último paso*, por Carlos Felices Andújar.—*Luz serena* (poesía), por Juan Menéndez Pidal.—Nuestros grabados.—*El alcázar de las perlas* (leyenda árabe) (continuación), por Juan García-Goyena Alzugaray.

GRABADOS.—Yendo á misa.—Antiguas piedras esculpidas de Inglaterra.—El guardián de la ropa.—Fiesta infantil.—Castillo de Hoghton.—Amor al arte.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887*.—Puesta de sol.—Así estarás más bonita, mamá.—Antiguos aldabones venecianos.—Castillo de Hastings.

MADRID

Cartas á mi prima

La crisis de París.—En el Senado.—El Teatro Español.—Tamagno.

Los telegramas nos anuncian cada día una nueva fase de la crisis presidencial francesa, dándonos idea del espantoso remolino formado en torno de Mr. Grevy por las pasiones. Él tan sólo aparece sereno, tratando de conjurar las tempestades que amenazan, más que su presidencia, la república. Los que conocemos el carácter francés nos admiramos de que el pueblo de París se limite á pasear por los bulevares cantando la Marsellesa: esperábamos barricadas, sangre, voladuras de barrios, y universal incendio... Es que el carácter francés ha cambiado mucho desde el *año terrible;* que á todos los sentimientos de Francia se impone hoy uno: el patriotismo. Para Francia todas las cuestiones interiores tienen repercusión en Prusia, y sobre todas ellas está la *revancha*. Allí los hombres que aspiran á la presidencia de la república son muchos; allí los partidos se odian y se combaten; allí el populacho, como siempre, aprovecharía cualquier momento propicio para saquear al burgués y proclamar la anarquía... Pero, en medio de una situación política que parece favorecer las ambiciones revolucionarias, todos ven de lejos el adusto ceño de Bismark, la mirada penetrante y fija de Moltke, la impasible y augusta faz de Guillermo, que esperan el momento de la lucha civil y del caos para completar la obra de exterminio que no realizaron plenamente cuando lo creyeron. Y el espectro de Francia vencida, y la esperanza luminosa de otra Francia reconquistadora, mitiga las ambiciones de los políticos, sosiega las fracciones, encalma las muchedumbres y hace dudar y temer á todos. Sin Guillermo, sin Bismark, sin Moltke enfrente, París hubiese arrastrado por las calles á Grevy, quizás, á estas horas. Veremos como termina esta crisis. Debemos creer, sin embargo, que, como no se termine por la razón sino por el miedo, lo que se establezca será transitorio.

Aunque hemos de convenir, prima, en que lo transitorio suele durar más que lo permanente. Si quieres convencerte de ello, puedes trasladarte con la imaginación al palacio del Senado, en el cual abrió ayer la reina regente la legislatura de 1887. Es verdad que la abrió sin entusiasmo público, pero también sin odios ni protestas. Hasta, si quieres, con respeto y verdaderas simpatías. ¡Quién lo hubiera pensado! ¡La misma circunstancia de ser considerada transitoria su regencia, se convierte en garantía de su estabilidad! ¡Sus enemigos confían en el tiempo, y ella lo aprovecha disfrutándolo!

En el salón se había colocado un magnífico dosel de terciopelo encarnado bordado de oro, que fué del Estamento de Próceres; y, en vez del sillón antiguo, se pusieron dos más pequeños: uno para la reina; el otro para el niño rey.

Se había procurado dar á este acto extraordinaria importancia; y además, realmente, ofrece un bonito conjunto artístico ver á una mujer y á un niño dando permiso para discutir y votar á tantos hombres con barbas... Las damas, que van siempre donde va la Corte, llenaban los pasillos y casi el salón... Como es natural, abundaban los uniformes, y aquello parecía un hormiguero de insectos de colores ó un remolino de piedras preciosas. La reina llevaba traje de raso negro, con delantera cubierta de encajes; el manto era también de negro raso, y llevaba la cola el mayordomo de semana, Sr. Ortega Morejón. Esto de llevar la cola del manto de una reina debe ser cosa difícil, porque hay que improvisar las actitudes, que deben ser á un tiempo nobles y humildes. Los mayordomos de semana se ensayarán, sin duda, en sus casas, con la cola del vestido de cualquier persona de su familia; pero luego los accidentes sobrevienen, y aquel mayordomo que lleva con graciosa sencillez sobre el brazo la falda de su esposa, se inmuta y aturrulla cuando le entregan la de una princesa.

La reina ceñía una diadema de brillantes de forma etrusca, y lucía un collar de brillantes con hilos diagonales y un sobrepelo, de brillantes también, rematado por una gruesa perla. Llevaba en el lado izquierdo las insignias de todas las órdenes á que pertenece, y le caía desde la cabeza un largo velo de tul negro, recuerdo de su viudez y de su tristeza; emblema quizás de sus temores en el porvenir.

A su derecha marchaba la nodriza, vestida de terciopelo encarnado, llevando en sus brazos al rey niño vestido de blanco.

Después leyó el discurso que le entregó el presidente del Consejo de Ministros, y en el cual se dice, en resumen, que, si ciertamente no estamos del todo bien, como á él se le deje tranquilo es indudable que llegaremos á estar mejor.

Ya consignado este acto inaugural tan importante, me parece que verás con gusto hablemos de otros asuntos. El más trascendental me parece la clausura definitiva del Teatro Español. De la noche á la mañana, cuando menos lo esperábamos, se anunció que las funciones no podían continuar, pues el teatro amenazaba ruina. Algunos dicen que había ya empezado á desmoronarse por el escenario... Ya no era posible continuar representando sin la Unción dentro del edificio.

Vico y Calvo se han encontrado de pronto sin teatro, y parece que se trasladarán al salón de la Alhambra, de malas condiciones para una compañía importante como la suya. También se dice, con visos de formalidad, que darán dos funciones por semana en el Teatro de la Ópera, teatro á su vez demasiado importante para comedias y dramas. Yo recuerdo haber visto algunas representaciones de obras literarias en aquel teatro; y si bien desde algunos palcos y algunas filas de butacas se goza de la representación en sus accidentes necesarios, desde las otras localidades se cree ver una representación de *fantoches*. El drama, y la comedia especialmente, necesita detalles, finezas, que completan el efecto, sin los cuales los tipos resultan angulosos y las frases meros sonidos. Nada de esto puede conservarse en el Teatro Real, donde hay que representar para que resulte á gran distancia. Los actores son figuras que necesitan marcos propios, y esto lo hemos visto ya repetidas veces. Poco hace, un actor popularísimo, el primero de los graciosos quizá para el vulgo, el manantial de la risa, el que con sólo salir de entre bastidores salvaba un *juguete*, se trasladó á otro teatro un poco más importante, donde suele concurrir otro público algo más distinguido. El desencanto fué grande: allí el gracioso no encontraba la nota cómica que debía herir al auditorio, el manantial de la risa se había enturbiado, y el actor y los espectadores, desconcertados, comprendían al fin que los actores son plantas de estufa que no se trasplantan sin peligro.

Trescientos diez y nueve años hacía que se había dado la primera función en el Teatro Español: en 21 de mayo de 1567 se estableció la Cofradía de la Soledad, cofundadora de los corrales ó teatros de la Cruz y el Príncipe, y en 5 de mayo del año siguiente se dió en éste la primera representación dramática. En el siglo XVII, en que ya el *corral* de la Pacheca tenía forma de teatro, la entrada al patio costaba un real, y allí se revolvían, en confusa muchedumbre, plebeyos, nobles, clérigos y frailes. Los *aposentos* se disfrutaban en virtud de privilegios varios. En la cazuela se arremolinaban las mujeres, y, excusado es decir el guirigay que se armaría frecuentemente con tantas mujeres juntas y solas. Tenía el *alojero* sitio destinado para la aloja, refresco compuesto de aguamiel y especias; y este sitio se convirtió después en palco de la autoridad, que antes tenía su asiento en pleno escenario. Dábanse los sainetes y entremeses, no como fin de fiesta, sino entre las jornadas ó actos de las comedias. Así se representaron las obras admirables de Calderón, Alarcón, Lope de Vega, Tirso, Moreto, Rojas Solís y otros.

El Teatro Español fué destruído casi completamente en 1804. Abrióse de nuevo á mediados de 1806, reedificado según los planos de Villanueva, y pasando á él los actores que trabajaban en el de los Caños del Peral, que estaba en la que hoy es plaza de Isabel II. Quintana, el Duque de Rivas, Bretón, Gil y Zarate, Hartzembusch, García Gutiérrez, Zorrilla y Ventura de la Vega, hicieron florecer magníficamente aquella escena. En 1849 se restauró el Teatro del Príncipe y fué declarado Teatro Español, bajo los auspicios de San Luis, que, odioso á los partidos liberales, encuentra simpatía, sin embargo, para ellos, en la división y espontaneidad con que favoreció á los literatos.

Los periódicos recuerdan que desde aquella época el Teatro Español había venido deslucíéndose de su antiguo brillo hasta caer en la literatura más grotesca, y en la exhibición de mujeres merluzas. El Ayuntamiento, á quien correspondía el cuidado de velar por las letras dramáticas, se contentaba con asistir desde su palco á las funciones buenas ó malas, y los concejales tenían por mejor empresario aquel que más generosamente repartía los billetes. Los billetes de teatro, en Madrid, pueblo de gente alegre y liviana, son más estimados que el dinero, y allí donde hay un Catón irreductible está su esposa capaz de entregar á cien Catones por un palco. El del Teatro Español era una tribuna del Ayuntamiento, donde fijamente se encontraba á los concejales que no asistían á las sesiones; y allí tenían que ir á buscarles, pagando sus entradas, los que traían asuntos de limpieza pública, alcantarillas y adoquines y demás servicios públicos. Esto ha contribuído á sostener algo el teatro.

La decadencia del Español era grande: poco á poco había ido perdiendo consideración. Los días de moda concluyeron de matarle; porque se hizo moda no ir los demás días. Unicamente cuando se estrenaba alguna obra de Echegaray ó de Cano acudía el público, más bien á luchar que á recrearse... Los pequeños teatros han concluído por llevarse el público que paga, y el Teatro Español moría del *tifus*. Querida prima, entre bastidores se llama *tifus* á la gente que asiste *gratis*.

Al desaparecer el Teatro Español, los actores, los autores y gran número de aficionados, piden que se levante un nuevo edificio para el arte, y que sea el Gobierno quien lo costee y lo reorganice. Me parece pronto para discutirse este asunto ni dar opinión definitiva. En Madrid esta cuestión del Teatro Español es importantísima y habrá que tratarla.

Lo primero que hay que saber es si hay actores, autores, público, dinero y Gobierno.

Para terminar esta revista me parece bien decirte que Tamagno ha manifestado vivos deseos de tomar parte, antes de abandonar á Madrid, en una función cuyos productos se destinen á aliviar las necesidades de los menesterosos. Con este objeto se ha organizado para esta noche, en el Real, una función á favor de la Beneficencia Domiciliaria y de las tiendas asilo.

Algún resultado dará, aunque estas funciones no suelen atraer al público elegante, que tiene otras formas de socorrer al pobre, ó que, realmente, después de haber pagado el abono y

los trajes y el coche y los guantes que exige la ópera, se queda en disposición de ser beneficiado y socorrido... Mas, produzca lo que produzca, llega oportunamente; porque la miseria en Madrid aumenta con el invierno, y el frío de estos días es horrible.

¡El frío y el hambre! ¡Qué diferente hubiera sido el discurso de la corona si ellos lo hubiesen redactado!

Tuyo,

FERNANFLOR

UNA ROMANZA

(CONTINUACIÓN)

—No, señorito. ¿Ve usted? Estamos en la plaza de Oriente... Este es el palacio Real, la *octava maravilla del mundo:* así le llaman algunos. Ahora no tenemos sino cruzar la plaza, y la calle del Arenal, que no es gran cosa de larga, y estaremos en la gran Puerta del Sol.

Fermín, al revés que tantos otros forasteros, no se detuvo ni un instante ante las suntuosidades que el cicerone le indicaba: sólo tenía pensamiento para una idea.

Llegar cuanto antes al número 35 de la calle de la Paz.

Y al fin llegó, como todo llega en este mundo.

III

Penetró en el zaguán buscando la escalera, cuando de la portería salió una voz cascada que preguntó:

—¿Qué desea usted, señorito?

En Valdesar no se conocen las porterías.

Por lo tanto causó tal pregunta no poca extrañeza á Fermín.

—¿Por quién pregunta usted?

—Por la señorita Angelina B... ¿Vive aquí?

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—¡Si lo sabré yo! Le digo á usted que no vive aquí.

Y en seguida Fermín le enjaretó á la vieja portera todas cuantas señas y detalles podía darle de Angelina.

—No, señor: ya le he dicho á usted que no vive aquí.

—Pero ¿vivió?

—No lo sé. ¡Pegotes como estos provincianos!

Fermín decidióse, pues, antes de hallar á Angelina, por buscar un alojamiento.

—Hallólo, en fin, en la calle Mayor y junto á la de Coloreros.

IV

En vano anduvo todo el día errante por las calles de Madrid como si esperase, al doblar de una esquina, toparse de manos á boca con su deseada Angelina.

En uno de estos paseos, agitado y cansado ya, detúvose en la Puerta del Sol en uno de los apeaderos de los tranvías.

Casi al lado tenía Fermín uno de los carteles anunciadores.

Como distraído, dejó vagar por él su mirada, cuando de pronto todo su cuerpo se estremeció...

Había visto Fermín un anuncio que decía:

TEATRO ESLAVA

Debut de la primera tiple *Señorita Angelina B...*

Y luego á continuación las obras que ejecutaría la debutante. Éstas eran *Niniche, El lucero del alba*, y la romanza *Vorrei morire* en el intermedio del primero al segundo acto de la opereta *Niniche.*

Mudo de asombro quedó Fermín viendo aquel cuadro...

Ya sabía dónde encontrar á Angelina.

¡Iba á verla aquella noche misma!

Pero ¿por qué aquel día era tan largo?

V

Llegó la noche.

El salón de Eslava estaba lleno de gente, ávida de juzgar á la nueva actriz.

Fermín pudo lograrse una butaca de primera fila, lo que no fué poca fortuna.

Cuando penetró en aquella sala, casi cuadrada, y vió la numerosa concurrencia que parecía haberse dado allí cita, Fermín sintió celos...

¡Celos, sí!

Toda aquella gente reuníase allí para ver á *su* Angelina.

Fermín, entretanto, estaba en un potro.

Alzóse, al fin, el telón.

Apareció, recreando los ojos de los espectadores, el coro de bañistas... ¡Y que las había guapas, y que estaban interesantes con los brazos desnudos y casi lo mismo sus cuerpos!

—¿Se presentará así Angelina?—preguntábase Fermín. Y luego, contestándose él mismo, se decía:

—No, no puede ser. ¡Eso sería una indecencia, y ella no es así!

Al fin salió *Niniche* (Angelina) del brazo del príncipe Cornisky...

Fermín la devoraba con los ojos...

Angelina lo vió y la sorpresa le hubiera arrancado un grito á no hallarse ante un público y por la primera vez.

Limitóse, pues, á manifestar su emoción por medio de un rubor muy vivo...

En la sala no se oían sino alabanzas de su hermosura.

—¡Qué hermosa es!—decían muchos.

—¡Veremos si es tan buena actriz como hermosa mujer!—decían otros.

Ya repuesta del susto, Angelina lució sus grandes facultades para la escena.

En Valdesar la habían comparado con la Patti y la Nilson.

En Madrid la comparaban con la escultural Juana Pastor y la graciosa Mariquita Montes...

Cuando cantó Angelina aquellos célebres *couplets:*

Un sietemesino
que perdió el destino...

Fermín sintió que toda su sangre afluía á su cerebro...

Parecíale una alusión personal.

Y Angelina ¡los cantaba con un aire tan picaresco!

La aplaudieron mucho, con entusiasmo.

¡Aquellas palmadas eran saetas que iban á clavarse en el corazón de Fermín!

Cayó el telón...

MANUEL AMOR MEILÁN

(Se concluirá)

ANTIGUAS PIEDRAS ESCULPIDAS DE INGLATERRA: TAPA DE UN SARCÓFAGO, EN WIRKSWORTH

Hemos tenido el gusto de recibir la *Mesa revuelta* en que el inteligente fundidor de esta capital D. Ceferino Gorchs da muestra de los felices resultados obtenidos en su loable empeño de dotar á la tipografía española del carácter conocido por *bastardilla,* en sustitución de las letras inglesa, redondilla, itálica, etc., todas ellas incomparablemente inferiores al carácter español tal como lo cultivaba Iturzaeta. El señor Gorchs, con un patriotismo que le honra, ha conseguido que el grabado y fundición de los nuevos y hermosos tipos se hiciese en España y en su propio establecimiento; por manera que su elaboración constituye un producto eminentemente nacional, desde el grabado de los punzones á la fundición de los caracteres.

Con el nuevo carácter tipográfico creemos se dará por terminado el empleo de las letras exóticas que hasta ahora habían servido para la impresión imitada del manuscrito, no sólo por ser muchísimo más hermoso, sino por resultar más económico, ya que tiene menos perfiles que la escritura inglesa, por ejemplo, y es menos fácil de deteriorarse.

Unimos nuestra felicitación sincera á las muchas que ha recibido el Sr. Gorchs, deseándole la recompensa de que tan digno es por sus desvelos en favor del adelanto tipográfico de nuestra nación.

ANTIGUAS PIEDRAS ESCULPIDAS DE INGLATERRA

LA CRUZ DE GOSFORTH

Fragmento de un capitel de San Andrés

Cara anterior y posterior

Fragmento de la cruz de Gosforth

Las cruces de Ilkley

Fragmentos de capiteles y bases de San Andrés

La cruz de Whalley

La cruz de Leeds

EL GUARDIÁN DE LA ROPA

FIESTA INFANTIL

REVISTA CIENTÍFICA

Los átomos.—El ácido fluorhídrico en el tratamiento de la tisis. Un nuevo antiseptico.—La medicina del porvenir.—Revolucionarismo de M. de Freycinet.—Un nuevo antídoto de la rabia.—Agua, pues.—Aviso á los falsificadores de la leche.

Al crear el químico Dalton su famosa y hoy triunfante *teoría atómica*, que no hay para qué explicar aquí, bastando con saber este nombre, valíase, para hacerla comprender á sus alumnos, de unas esferillas de madera que le servían para representar las combinaciones de dichos componentes. De ahí que, preguntado un estudiante qué eran átomos, respondiese muy serio: «Son unas bolitas de madera inventadas por el señor Dalton.»

No son ciertamente los átomos bolitas de madera; pero tampoco cabe deber imaginarlos como infinitesimales, indivisibles, inenarrables. Así, pues, ya en 1865 Loschmidt, químico vienés, llegó á la conclusión de que un átomo de oxígeno ó de ázoe tiene un diámetro de un diezmillonésimo de centímetro; pero como, aun con auxilio del más poderoso microscopio, sólo podemos distinguir la cuarentamilésima parte de un centímetro, de ahí que, para formarnos cargo de las dimensiones que tiene un átomo, nos veamos precisados á imaginar que en una cajita cúbica de un centímetro cada lado, llena de aire, caben de sesenta á cien millones de átomos de oxígeno ó ázoe.

Algunos años más adelante sir William Tomson perfeccionó el procedimiento de Loschmidt, y halló que la distancia entre los centros de moléculas contiguas varía entre una cinco y una mil millonésima parte de centímetro. Representando esto gráficamente, supongamos que una gota de agua se va hinchando hasta ser del tamaño de la Tierra: la rugosidad de esta masa variaría entre la que ofrecen un montón de perdigones y un montón de bolos.

Clifford emplea otra comparación. Sabiendo que nuestros actuales microscopios aumentan de seis á ocho mil veces la visión de un objeto, si el microbio más diminuto que podemos percibir pudiese ver á su vez en el microscopio, alcanzaría á distinguir los átomos.

***

Demos gracias al cielo por depararnos diariamente un nuevo remedio contra la terrible tisis. La última moda nos viene de la fábrica de cristales de Baccarat. Trátase del *(¡horresco referens!)* ácido fluorhídrico: ni más ni menos que del atrocísimo y tremebundísimo ácido fluorhídrico. ¡Como si se tratara de grabar vidrios!

El procedimiento empleado por los doctores Michaux y Seiler consiste en someter al paciente á una sesioncita de una hora diaria en una cámara de 6 metros cúbicos de capacidad, cuyo aire está saturado del susodicho ácido fluorhídrico; la cual saturación se obtiene haciendo pasar, con auxilio de una bomba, una corriente de aire por un bocal de gutapercha que contiene 300 gramos de agua destilada y 100 gramos del expresado ácido. Las dosis de éste deben, naturalmente, variar según los enfermos, pues ya se sabe hoy día que no existen enfermedades, sino pacientes. Así, pues, para los tísicos que no están muy malos puede llegarse á 20 litros por metro cúbico; pero los que están muy quebrantados no pueden resistir más que 10, y eso después de hacer pasar la corriente de aire fluorhidrizado por un segundo frasco lavador. La saturación debe renovarse al cabo de un cuarto de hora, pues desaparece muy rápidamente.

Según M. Garcin, con este procedimiento las quintas de tos se hacen mucho menos frecuentes, la expectoración aparece modificada, aumenta el apetito, desaparecen los sudores nocturnos y los bacilos se hacen de cada día más raros, no se segmentan y acaban por desaparecer enteramente de las secreciones.

Está muy bien; pero eso de matar los bacilos con ácido fluorhídrico me recuerda aquella moraleja de no sé quién:

Un sabio en las Provincias Vascongadas
se mataba las pulgas á pedradas...

***

Si no estamos por el empleo del ácido fluorhídrico, no negamos, sin embargo, que algunos compuestos de fluor pueden prestar buenos servicios como antisépticos. Eso se deduce, en efecto, de una comunicación dirigida por M. William Thomson, citado más arriba, á la *Asociación Británica*. Buscaba dicho químico una sustancia antiséptica poderosa que no fuese tóxica, no se volatilizara y resistiese á la oxidación. Ensayó diversos preparados en pasta de harina y en pedazos de carne cortados menudamente y humedecidos con agua, y al fin halló que el *fluosilicato de sodio* realizaba casi todas las condiciones apetecidas, pues no es venenoso, no despide mal olor y se disuelve en la proporción de 0'61 por 100 de agua.

El sabor es ligeramente salino: aplicando la solución á una herida, no produce ningún signo de irritación: su poder antiséptico es superior á la ordinaria solución de sublimado corrosivo al milésimo: créese que podría utilizarse en la conservación de las carnes y que haría un buen desodorante. Baste decir, en abono de su inocuidad, que perjudica menos la yerba que no el agua salada. Obtiénese el fluosilicato de sodio del espato fluor y de la cresolita.

***

En disoluciones como la de que acabamos de hablar estriba, sin duda alguna, el porvenir de la medicina; puesto que, reconocida la multitud de enfermedades infecciosas ó *de microbios* que existen, nada más natural que atacar dicha causa. Lo que hay es que es imposible *matar* los microbios, so pena de llevarse juntamente al enfermo; pero no parece sea preciso llegar á tal extremo, bastando *capearlos*, ó, para hablar científicamente, poner trabas á su desenvolvimiento y evolución, y sobre todo á sus secreciones de ptomainas tóxicas.

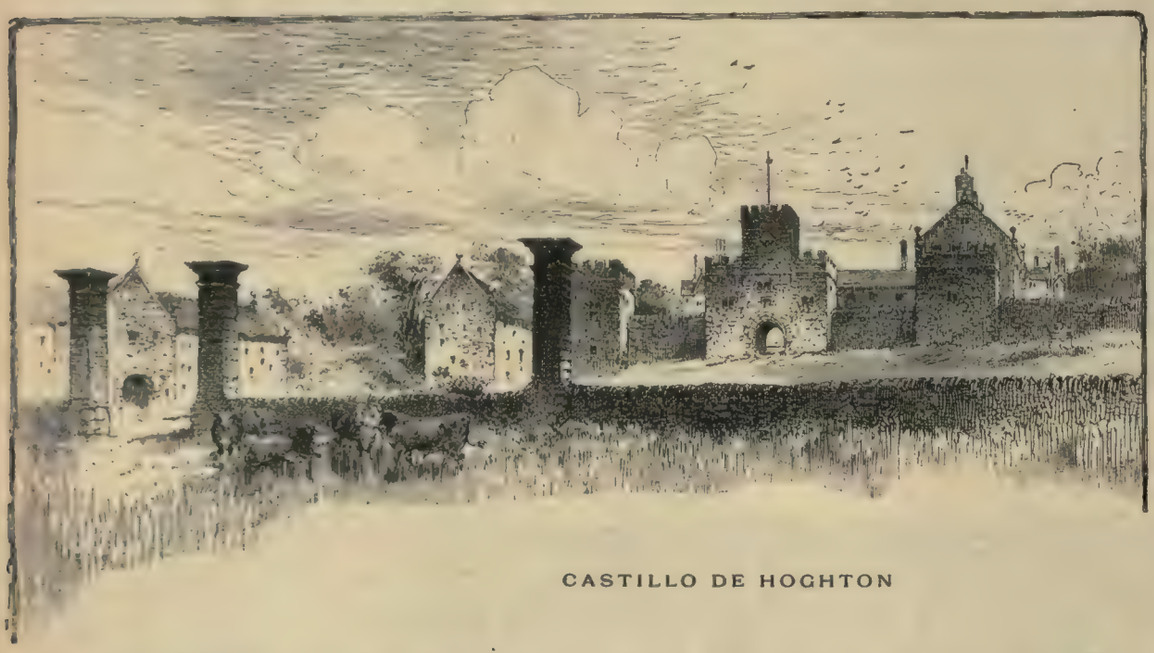
Cualquiera tiene el derecho de asustarse al pensar en el inmenso estudio que requiere la realización de este programa; pero, á Dios gracias, no faltan héroes en el campo de la ciencia capaces de resolver todos los problemas. A este número pertenecen los Sres. Charrín y Roger, los cuales han descubierto, después de concienzudos experimentos, que el aire confinado y el oxígeno puro, así como el sublimado y el sulfuro negro de mercurio, impiden la formación de secreciones de materia colorante en ciertos microbios (el m. piocianógeno de Gessard, y otro que se encuentra en el intestino del conejo). Las dosis varían, según se trate de impedir la secreción ó de detener la evolución del microparásito: para lo primero bastan 5 gramos de sulfuro negro de mercurio ó 3 centigramos de sublimado por litro; mientras que para lo segundo no basta ni con 100 gramos de sulfuro negro por litro, aunque sí con 4 centigramos de sublimado. Lo importante, sin embargo, parece ser que los microbios no segreguen materias colorantes.

El sabio catedrático M. Bouchard ha hecho á su vez experimentos con el naftol, hallando que esta sustancia detiene la secreción de la materia colorante del microbio piocianógeno á la dosis de 0'46 gramos por 100, y estorba la evolución del mismo á la dosis de 0'66 gramos. Igual se observa tratándose del otro microbio que hemos dicho.

«Resulta de estos experimentos,—dice una revista,—que de una manera general, partiendo de la dosis *mínima* de un antiséptico capaz de impedir toda vida de un microorganismo, se puede disminuir esta dosis una tercera parte, y aun una mitad, y por lo tanto disminuir un tercio ó la mitad la acción nociva que podría ejercer sobre el enfermo el antiséptico empleado, conservando con todo, sobre el agente infeccioso que se combate, una influencia considerable. Para realizar una enfermedad infecciosa no basta, en efecto, introducir en un cuerpo vivo un agente patógeno, sino que es menester, además, que este agente se desarrolle en él, y pueda funcionar, ya que se admite, en proporciones variables, el papel desempeñado por los productos de los microbios. Un simple retardo en el desenvolvimiento ó funcionamiento, retardo que podrá ser obtenido mediante una ligera dosis, sería pues, como la clínica ha demostrado ya, muy útil al enfermo.»

***

M. de Freycinet, que, como todos saben, es no solamente hombre político, sino ingeniero de caminos, y de los más distinguidos, ha empleado sus ocios de presidente del Consejo de Ministros tratando de llevar á cabo una tremenda



CASTILLO DE HOGHTON

revolución en el terreno de las *Unidades científicas*, tan bella y completamente estudiadas por mi estimado amigo D. Federico Cajal en el libro que lleva aquel título. Quiere, pues, M. de Freycinet, que en lugar de metros, gramos, litros, etc., se adopte la siguiente base:

La unidad de longitud es la longitud de la velocidad adquirida, al cabo de un segundo de tiempo medio, por un cuerpo que cae libremente en el vacío, en París. Esta unidad engendra una unidad usual igual al $^1/_{100}$ ó á 0'98 metros aproximadamente.

La unidad de volumen es el cubo cuyo lado es el $^1/_{100}$ de la unidad de longitud, ó sea 0'94 litro, aproximadamente.

La unidad de masa es la masa de agua (á 4°'1) contenida en la unidad de volumen.

La unidad de peso es el peso de la unidad de masa, en París.

La unidad de fuerza es igual á la unidad de peso.

Las otras unidades se deducen de las anteriores.

Los dos caracteres distintivos del nuevo sistema son: primero, que la unidad de longitud está tomada del fenómeno dinámico en vez de estar arbitrariamente escogida, *à priori*, entre las longitudes terrestres; segundo, que la unidad de masa es la masa de unidad de peso, en vez de ser ocho veces esta masa.

Cree M. de Freycinet que con ese nuevo sistema se obtendrían sensibles ventajas, además de proceder de un orden de ideas más racional que el actual sistema métrico.

En algo han de entretenerse los ingenieros ilustrados cuando no ocupan las poltronas ministeriales.

***

Quizás no sea preciso dentro de poco someterse á las inoculaciones de médula de conejo rabioso para librarse de la rabia. En este sentido trabaja M. Peyraud, el cual tiene confianza de que con inyecciones de esencia de tanaceto se logrará el mismo resultado, ya que con las mismas se ha conseguido evitar que estallase la rabia en varios conejos á quienes se había inoculado previamente el virus rábico.

***

Por más que sea dar un disgusto á los viticultores y taberneros, ello es que *carta canta*, ó, lo que es igual, que estadística en mano se puede demostrar que vale mucho más no beber vino que beberlo. Así lo han comprendido las sociedades de seguros de Inglaterra, las cuales tienen dos tarifas, según se trata de bebedores de agua ó de bebedores de vino, siendo para éstos mucho más crecida, como más expuestos á morirse. La *Sceptre life assurance* llega hasta el extremo de no admitir á ningún tratante en vino.

En una estadística, de la que resultó haber 1,000 defunciones por 64,441 personas de veinticinco á sesenta y cinco años, se contaban 2,205 defunciones de mozos de tabernas y posadas, 1,465 de fondistas y comerciantes de cerveza, y 1,361 de cerveceros; mientras que aparecían solamente 701 de agricultores, 631 de colonos y ganaderos y 556 de pastores y ministros. De donde resulta que los que por su profesión están más inclinados á beber vino mueren en cantidad cuatro veces mayor que las clases más sobrias.

La compañía *Victoria* hace constar que en el espacio de dos años, en la sección de templanza, había habido solamente 20'3 reclamaciones, mientras que en la sección general ascendían á 33'2 por 100. De ahí que pueda deducirse que las personas abstinentes viven seis años más que las aficionadas al mosto.

Según cálculos, mueren al año, en Inglaterra y País de Gales, 40,000 alcohólicos, siendo la población de 27 millones. En París, después de la tisis, el alcoholismo es la enfermedad que ocasiona más víctimas.

M. Parkett ha demostrado á su vez que es un sofisma la idea de que las bebidas alcohólicas son útiles á los que se dedican á trabajos fatigosos. Al contrario: el alcohol disminuye la capacidad para los trabajos de largo empuje. En suma, que bebiendo agua pura puede uno prometerse hacer la competencia á M. Chevrent.

***

Los numerosos falsificadores de la leche pueden agarrarse á esta noticia como á un clavo ardiendo: el iodo puro no tiñe de azul el almidón, por más que hasta ahora todo el mundo lo hubiese pensado así. M. Meylins, químico alemán, dice, en efecto, que para obtener dicha coloración es indispensable la presencia del ácido iodhídrico ó de un ioduro soluble.

CASTILLO DE HOGHTON

ARCO DE ENTRADA Á LAS CABALLERIZAS

No hay, pues, más que darle iodo puro al encargado de analizar la leche almidonada, y se fastidia.

ALFREDO OPISSO

FUENTES INAGOTABLES

—De los ojos que lloran
tristes pesares,
¿cuáles vierten más lágrimas?
—Los de una madre:
los de una madre,
que son ¡ay, Dios! dos fuentes
inagotables.

La mía, al despedirnos
hace tres años,
triste, desconsolada,
quedó llorando.
Quedo llorando...
¡Todavía sus lágrimas
no se han secado!

TOMÁS CAMACHO

DESARREGLOS

Suponía yo perfectamente al suponer que los Sres. Calvo y Vico, empresarios del Teatro Español, de Madrid, aun puesto el caso de que hubieran solicitado de esta Corporación Municipal permiso para poner en escena traducciones ó *arreglos* del teatro extranjero, no habrían fundado su solicitud en el retraimiento de los autores *de nota*. Resulta ahora, efectivamente, que no sólo se equivocaban los que les atribuyeron tales razonamientos, sino que padecieron igual equivocación los que hablaron de aquellas pretensiones. Ni Vico ni Calvo han pensado siquiera en pedir la derogación de cláusula alguna de su contrato de arrendamiento: representarán obras originales y harán muy bien; y yo les aseguro que no han de faltarles dramas.

Pero no bien se ha desmentido la noticia á que yo no quise dar crédito, aparece en las columnas de los periódicos otra que, por desgracia, me parece más verosímil. Dicen, los que suelen estar bien informados en asuntos de entre bastidores, que un escritor dramático muy conocido está *arreglando* la obra francesa *M'zelle Nitouche*, á fin de que sea representada en el Teatro de la Comedia, y que el principal papel se encomendará á una actriz muy joven, verdadera esperanza del arte escénico español, que ya ha demostrado felicísima disposición para obras de esa índole.

Cito de memoria: no respondo, por consiguiente, de que mis palabras sean reproducción literal de la noticia; pero estoy seguro de que, en sustancia, es eso mismo lo que en la noticia se dice.

Se nos ofrece, pues, como esperanza halagadora y como *alta novedad (passez le mot)*, una antigualla de la descocada y chavacana musa francesa; antigualla que han paseado por casi todos los teatros de Europa y de América la Judic, la Granier, la Theo, y algunas otras actrices del mismo género, aunque de menos popularidad que las tres citadas.

Y pregunto yo: ¿qué van á ganar nuestro público, nuestra literatura, nuestras actrices, ni aun nuestros empresarios, con que se pretenda aclimatar á la escena española esa planta exótica, que todos conocemos?

No me explico ese afán inmoderado de algunos escritores españoles de traducir ó *arreglar* (como ahora se dice, aunque sin permiso de la Academia) todo lo que el teatro francés produce, bueno ó malo, razonable ó absurdo.

No soy, por sistema, enemigo de las traducciones, mucho menos si las obras traducidas son buenas y las traducciones están bien hechas. Creo, sí, que la tarea del traductor es dificilísima, máxime cuando se trata de una obra dramática; pero no por eso condeno en absoluto y sin excepción todas las traducciones.

Creo que cuando se traduce á Schiller, por ejemplo, se presta un verdadero servicio al arte dramático, que no tiene patria ni siglo, que es de todos los países y de todas las épocas. Admito que se procure dar á conocer á nuestro público las obras de Sardou, las de Dumas, y sobre todo las de Augier (que por cierto es de quien menos se traduce). Acepto hasta las traducciones de obras de Labiche, de Gondinet, y alguna otra del mismo género. Pero ¿á qué traernos chocarrerías de teatros de *boulevard*, en que po

AMOR AL ARTE (cuadro de Richter)

PUESTA DE SOL marina del Sr. Gartner, dibujo de P. y Valor)

casualidad se tropieza con alguna situación cómica ó con algún chiste ingenioso; chiste y situación que en la mayor parte de los casos no son nuevos, y en muchos casos no son decentes?

M'zelle Nitouche, por ejemplo, es un batajo de desatinos, mal zurcidos y peor hilvanados, con que se da pretexto á determinadas actrices para lucir su desenvoltura, tal vez su gracia puramente parisiense, casi siempre sus encantos de forma...; cosas todas que agradan allá en París á los que presumen de calaveras, á los viejos verdes y á las *demi-mondaines*; que nos agradan por acá (ó fingimos que nos agradan) cuando la Judic ó la Granier cantan los *couplets*, que la mayoría del público no entiende, ó adoptan actitudes que en una actriz española no tolerarían seguramente esos mismos que las aplauden en las *celebridades* extranjeras.

Tengo por seguro que *M'zelle Nitouche* será, para el autor del *arreglo* y para los actores que la representen, un fracaso; para la empresa que acepte la obra, un mal negocio; para el público aficionado á esos espectáculos afrancesados, un gran desencanto; para nuestro teatro nacional, una gran vergüenza.

Y no se me diga, como en otras ocasiones me ha dicho alguno, que debo respetar la libertad del traductor si halla más cómodo y más sencillo procurar lucro y buscar utilidades recomponiendo obras ajenas que discurriendo mucho para inventarlas propias, porque nada hay en lo que digo que sea contrario á ese derecho. Yo no solicito que los cuerpos colegisladores voten una ley prohibiendo la traducción; no deseo que se imponga pena grave ni leve al que traslade al teatro español majaderías y estulticias de otros teatros, como si aquí no tuviésemos muy suficiente con las nuestras; no predico la destrucción y el exterminio de los que pervierten el gusto del público y corrompen la afición de las multitudes con patochadas indecorosas importadas del *Mabille* de hace veinticinco años; respeto la libertad que los que lo hacen tienen para hacerlo: respétese la que yo tengo para sentirlo y deplorarlo.

No exageremos las ideas de libertad ajena hasta el punto de privarnos de la libertad propia.

Los traductores están en su derecho vertiendo al español todo lo malo que se produce en Francia: convenido. Yo estoy en el mío censurando con todas mis fuerzas á los que lo vierten.

Y en paz.

A. Sánchez Pérez

EL ULTIMO PASO

—¡Carmen!... ¡Carmen!... ¿Dónde estás?... ¡Maldición! ¡Se ha fugado; se ha fugado arrojando sobre mi cabeza todo el peso del deshonor, manchando mis canas con el cieno de la ignomnia y de la vergüenza!... ¡Imposible, imposible! ¡Ella no era mala!... ¡Carmen!... ¡Carmen!...

—¡Por Dios, hombre! No te entregues de ese modo á la desesperación. El mal puede remediarse: él no se niega...

—¡Calla, monstruo! Tuya es la culpa, tuya sólo; y te he de hacer pedazos con mis uñas, porque me ahogo de rabia, de pena, de... no sé de qué, pero me ahogo. Siento deseos de aplastar, de triturar algo entre mis manos, aunque ese algo fuera mi mismo corazón... Tú, mujer, serpiente, demonio, tú eres la causa de todo lo que ocurre; tú, que con tu necio orgullo, con tus infames consejos, has vertido el veneno en su espíritu limpio de toda mancha. ¿Y eres su madre? Mentira, mentira; no lo eres... Habla: di que no, porque te mato... te mato... ¿No ves que me asfixio, que me falta aire, sangre, venganza?... ¿No ves que el infierno se ha desatado aquí dentro... en el pecho... junto á mi alma, que se está quemando?

El que así hablaba llamábase D. Juan Peñafiera. Era un hombre de unos sesenta años de edad, alto, delgado, pálido, ligeramente encorvado por el peso del dolor y de los años. Escasos mechones de cabello blanco, atraídos mañosamente hacia adelante adornaban su cabeza; su frente estaba surcada de profundas arrugas, y en la contracción de su boca se veían señales claras de sufrimiento. Nadie que le tratara podía sustraerse á la fascinación que ejercía la mirada brillante, profunda é investigadora de sus ojos negros, sombríamente negros; y su temperamento nervioso, juntamente con los años, le hacían irascible y descontentadizo hasta el punto de no poder contrariársele en nada sin verse expuesto á sufrir la explosión de su carácter agrio y quisquilloso.

CASTILLO DE HOGHTON: ESCALERA DEL REY JACOBO

La educación severa que recibió en su juventud hizo de D. Juan un idólatra del honor. Jamás perdonó ofensa alguna que al honor se refiriera; y aunque no era vengativo por instinto, guardaba en el fondo de su alma toda acción, toda frase que pusiera en peligro la inmaculada limpieza de lo que constituía su religión y su culto.

La otra interlocutora, D.ª María de Ariza, esposa de D. Juan, era una señora como de cuarenta y cinco años. Aun conservaba en su rostro las señales de su pasada hermosura, adivinándose, en el esmero con que trataba el arreglo de su persona, que, á pesar de su edad, no perdía la presunción de aparecer bella.

Dominada de un orgullo tan desmedido como injustificado, alentando una ambición sin límites, se rebelaba contra su humilde condición, pretendiendo romper la oscuridad en que vivía. Jamás daba un paso que no fuera encaminado á este fin, sin perdonar medio alguno para ver realizado aquel sueño de grandeza, aquel constante afán que formaba todo el anhelo de su vida.

Del matrimonio de D.ª María con D. Juan nació una hija, á la que dedicaron todos sus cuidados y todo su cariño. Nunca hija alguna ha sido tratada con más tierna solicitud que lo fué Berta (éste era su nombre), y jamás hubo padres que prodigaran más dulces atenciones al hijo que es sangre de su sangre y vida de su vida.

Al calor de estas caricias fué creciendo Berta, desplegando una belleza extraordinaria y manifestando una ternura incomparable.

Solicitada y atraída por los opuestos caracteres de sus padres en su educación, su carácter llevó algo de ambos sin confundirse con ninguno en un principio. Más tarde, la influencia del trato continuado por la madre manifestóse en Berta, y al llegar á mujer fué en lo moral la copia fiel de la que la había llevado en su seno.

Por su angelical hermosura, Berta atraía las miradas de todos, y más de un corazón quedó cautivo en las redes de sus encantos. Apareció, en el mundo, radiante como un astro, y hubo de deslumbrar á todo el que, admirado, se detuvo á contemplar la luz de sus ojos.

Entre los muchos que solicitaron el cariño de la hermosa hija de D. Juan Peñafiera, sólo Emilio Villafría, joven distinguido y rico, tuvo la suerte de alcanzarlo. No quiere esto decir que Berta le amara, no: jamás su corazón había sentido nada por él; pero los consejos de doña María le decidieron á aceptar aquellas relaciones como único medio, según ésta, para salir de la oscuridad y entrar en otra vida más llena de deleites y de encantos.

Los dos amantes mantuvieron su amor á la sombra de la de Ariza, que lo patrocinaba, inspirando á su hija todos los medios de seducción que creía necesarios para encadenar á Emilio con los lazos de la pasión.

Doña María quería á su hija entrañablemente, y sería, por lo tanto, disculpable que deseara para ella una posición brillante; pero esta ambición no era de todo punto desinteresada: había algo de egoísmo en sus aspiraciones: también á ella le gustaba brillar, y ya sonreía de placer ante la idea de verse reclinada indolentemente en cómodo carruaje, admirada por su esplendor y envidiada por su fortuna. De este modo fué filtrando en el alma de Berta el veneno del interés, que llegó á dominar por completo sus sentimientos y sus ideas.

Aquella semilla de malos consejos debía producir su cosecha de vergüenzas y la produjo.

—No debo dejar,—se decía Berta,—que un día, cansado de mí, me abandone. Hay que retenerle: hay que hacer que se case conmigo. ¿Cómo?... Esta es la cuestión. Veamos... Esto es: ya está resuelto. Huyendo con él no hay miedo á que se me escape.

Y así lo hizo.

Una mañana, antes que el sol asomara su rubia faz por entre el manto azul de los cielos, Berta salía de la casa paterna y huía en un coche, á todo correr de sus caballos, sin sospechar que aquel lodo que los nobles brutos hacían saltar, en su carrera, del suelo mojado, iba á manchar la honrada frente del anciano que había de llorar con lágrimas de sangre la ingratitud del ser que de su ser formó.

Cuando D. Juan notó la ausencia de su hija, la buscó por todas partes, desesperado, loco, en medio de una agitación espantosa que hacía retemblar los nervios de su cuerpo, los átomos de su carne.

En esta situación le encontramos al principio de este artículo, apostrofando duramente á su esposa y ahogándose en un mar de palabras, que salían á borbotones de sus labios, impelidas por la ira, por la pena, por la desesperación.

No buscaba soluciones al conflicto: ¡era inútil! ¡no las hubiera encontrado! Él sólo veía su nombre arrastrado por el suelo; su honor, su inmaculado honor, cubierto de ignominia; á su Berta... su hija... su único cariño, perdida para siempre y deshonrándole; y al pensar todo esto, sentía en su cuerpo algo así como desgarramiento de carnes, como si le arrancaran el corazón, destrozándole sin piedad. Veía que el cielo se había desatado, derramando para él penas infinitas, de las que nada sabía sino que dolían mucho.

—¡No! ¡Si no lo creo! ¡Si no puedo creerlo!—exclamaba el desventurado padre.—Tener una hija, poner en ella todo el cariño que cabe en el pecho, condensar en su amor toda el alma, confiarle la honra limpia de un anciano próximo á hundirse en el sepulcro sin más patrimonio que su nombre; ¡y que esta hija cometa la más negra de las ingratitudes arrojando el fango de sus vicios sobre la frente de su padre!... ¡Jamás el infierno ha escondido en su seno monstruo semejante! ¡Y es mi hija... mi hija!... Cuanto hay de santo desde el cielo á la tierra ha de horrori-

zarse hoy ante el crimen que lloro, que lloro con lágrimas de sangre, de hiel, de veneno.

—Yo no soy culpable, —balbuceaba doña María sollozando.—¡No te complazcas en destrozarme el alma! Yo no le aconsejé eso, no: ella sola fué... ella sola. ¡Ah! Si supieras...

—No: ya sé bastante... Sé que estoy deshonrado... ¿Quieres que sepa más? Yo creía tener una hija buena, santa, pura; y era mentira... ¡mentira! Por eso siento rabia que me abrasa, y pena que me ahoga; porque no mato como me matan, porque no destrozo como me destrozan. ¡Ven!... ¡Habla! ¿Hay un dolor mayor que el mío sobre la tierra, aunque el sol se apagara para siempre y el infierno se desbordara sobre nosotros en oleadas de fuego?

Don Juan calló: llevóse ambas manos al pecho cual si quisiera apagar los latidos del corazón, y dejóse caer anonadado sobre una silla. El esfuerzo de su actividad mental le había debilitado, y se sumergió en una especie de letargo que tenía algo de terrible.

De cuando en cuando sus labios se entreabrían ligeramente, dejando escapar frases incompletas, palabras vagas é incoherentes, que semejaban ayes y amenazas, lamentos y rugidos.

Poco á poco aquellos sonidos apagados fueron tomando cuerpo, uniéndose, estrechándose, confundiéndose como si se replegaran en sí mismos; y aquellas voces formaron palabras; y aquellas palabras formaron frases, que bien pronto vibraron en el aire con un rumor monótono y acompasado, como un zumbido sordo y continuo, como ruido de hojas secas que se mueven arrastradas por el viento entre polvo y escoria.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Esto es demasiado! Este golpe me ha herido en mitad del alma. Cruzan por mi cabeza ideas terribles, ideas de venganza que no puedo desechar, y veo aquí dentro... en el cerebro, manchas de sangre que me ciegan, que me atraen; ansias de matar que me consumen. ¡Lejos, lejos de mí, espectros ensangrentados! ¡No me arrojéis al crimen!... ¡Ya que han manchado mi frente no quiero manchar mi alma! ¡Idos!... ¡Idos!...

D. Juan estaba horrible. Los músculos de su cara se habían contraído visiblemente, sus labios estaban manchados por una espuma amarillenta, y sus ojos, inyectados en sangre y casi fuera de las órbitas, giraban como los de un loco, sin sostener la mirada en parte alguna. Un temblor convulsivo recorría su cuerpo, y, en su delirio, el infeliz Peñafiera pasaba su crispada mano por la frente, cual si quisiera arrancar de su cerebro las lúgubres ideas que le atormentaban.

Una ráfaga de viento chocó con los balcones de la habitación, y con ella llegó hasta lo alto un murmullo pesado y sordo como un fuerte oleaje, del que se escapaban vibrantes y acompasados gritos salvajes, aullidos de rabia, imprecaciones, amenazas, lamentos; y todo mezclado, confundido, semejaba un inmenso hervidero, algo así como una gran bocanada de desesperación que subía de la calle envuelta entre los repliegues de la niebla.

Esta espantosa gritería era producida por una gran masa de gente que cruzaba en aquel momento bajo los balcones de la casa de nuestro héroe. La muchedumbre avanzaba atropelladamente, y de ella se escapaban palabras que eran rugidos y se extendían clamando contra una gran injusticia de un hombre, contra una gran infamia que respiraba por todas partes ignominia y vergüenza.

—¡Vivan las Carolinas! ¡Viva España!—se oía. Y este grito llenaba el espacio con sus ecos. Era el león que, agitándose, enseñaba las garras para advertir que no dormía.

—¡Ah!—dijo D. Juan, con alegría salvaje, al escuchar los gritos.—También yo siento ira en el pecho y veneno en el alma. Voy con vosotros.

—¿Dónde vas, dónde vas?—exclamó doña María intentando detenerle.

—Aparta, déjame. Hay que ahogar esta pena infinita que siento en clamores de rabia... ¿lo entiendes? de rabia...

Y se precipitó por la escalera, desatinado y loco.

La gritería de la calle era cada vez mayor. El pueblo entero de Madrid, respondiendo á su gloriosa historia, protestaba, en nombre del derecho, de los ataques bárbaros de la fuerza. Aquello era el ruido del torrente que va creciendo sin cesar, invadiéndolo todo y esparciéndose por la extensión sin límites.

Y de todos los labios, de todas las almas, se escapaba un solo grito, como una salutación á la patria agraviada:

—¡Vivan las Carolinas! ¡Viva España!

. . . . . .

Poco después de lo dicho, un grupo de curiosos contemplaba, en la calle del Príncipe, el cadáver de un hombre tendido sobre las frías losas de la acera. Tenía una profunda herida en la región occipital, y, según afirmación del médico que en aquel instante le estaba reconociendo, había muerto de una caída.

Aquel hombre era D. Juan Peñafiera. Su frente, aquella frente cuya limpieza tanto había procurado en vida, quedó salpicada del lodo de la calle al chocar su cabeza contra las duras piedras; y aquel chasquido que se produjo al romperse los huesos de su cráneo, tenía todas las notas de una maldición.

CARLOS FELICES ANDÚJAR

CASTILLO DE HOGHTON: BONITO REMATE

LUX ÆTERNA

—Aúlla un perro, madre,
junto á la puerta:
¡en cuanto aclare el día
ya estaré muerta!

¡Si ya vas mejorando!
No digas eso.
—¡Madre mía del alma:
dame otro beso!
—No temas nada.
—Por ti y por Juan lo siento,
madre adorada.

***

—¿Qué ruido suena, madre?
—Los rondadores:
es sábado, y cortejan
á sus amores.
—¿La voz de Juan no escuchas
entre esos cantos?
—Alguna igual te engaña,
porque ¡son tantos!
—No, madre mía...
¡Y el pérfido juraba
que me quería!

***

—Sabe que estoy muriendo...
¡No, no me quiere!
¡Qué triste se ve el mundo
cuando se muere!
—Mírame; abre los ojos:
es mi deseo...
—Madre: dentro del alma
¡qué claro veo!
Si quiero alzarlos,
negras sombras, muy negras,
me hacen bajarlos.

***

—¡Madre mía del alma,
la muerte es cierta:
vuelve á gañir el perro
junto á la puerta!
¡Qué sola, madre mía,
vas á quedarte!
¿Quién en tu desamparo
va á consolarte!...
Madre querida:
tan sólo por ti siento
perder la vida.

***

¿Quién trenzará amorosa
tus nobles canas,
sentada al sol contigo
por las mañanas;
y quién hasta la tarde,
bajo el castaño,
al par de ti cosiendo,
pasará el año!
¡Años enteros
con mis recuerdos sólo
por compañeros!

***

Al amor de la lumbre
buscando abrigo,
creerás, estando sola,
que estás conmigo:
recuerdos importunos
de mis canciones
fingirán en tu oído
débiles sones;
¡eco apagado
del canto de la dicha
que se ha alejado!

***

Juan vendrá, como todos,
á verme muerta:
no le dejes que pase
de aquella puerta.
Dile que ya muriendo
sentí su canto;
que ni muerta oir quiero
su necio llanto;
que ame á Dolores...
que á mí me basta, madre,
que tú me llores.

***

Vísteme de mortaja
la ropa toda
que en el arca tenía
para mi boda;

ASÍ ESTARAS MAS BONITA, MAMÁ (cuadro de F. Skipworth

Palazzo Longo

MODERNO Ponte de Barcaioli

Palazzo Maffeti

Palazzo Ottobon

Palazzo Grimani

y después que me hubieres
amortajado,
quítame estos corales
que Juan me ha dado,
por que no crea
que aun he muerto queriéndole,
cuando me vea.

***

Vendrán todas las mozas,
menos Dolores,
á poner en mis andas
cintas y flores:
sin *ella* vendrán todas
al cuarto mío
por besar en mi rostro
ya duro y frío...
Madre: si muero,
sin su beso y su cinta
marchar no quiero.

***

Dile, madre del alma,
que la perdono;
que olvide también *ella*
su injusto encono;
que yo siempre la quise
más que á ninguna;
que no hubo de mi parte
traición alguna;
que ya le olvido...
Y ¡qué culpa yo tuve
si *él* me ha querido!—

***

En los robles oscuros
solloza el viento:
se apagan las estrellas
del firmamento;
el río entre los álamos
reluce y pasa;
ni crujir una viga
se oye en la casa;
la candileja,
que ardió toda la noche,
de lucir deja.

***

Suenan dulces tonadas,
risas y bulla;
la niña da un suspiro,
y el perro aúlla...
Al volver de la ronda
los rondadores,
murió la pobre niña
soñando amores.
Cuando moría,
en las cumbres lejanas
amanecía.

JUAN MENÉNDEZ PIDAL

NUESTROS GRABADOS

YENDO Á MISA

Excelente señorita, que no contentandose con ser bonita, elegante, y, sobre todo, joven, se nos revela también como fervorosa creyente yendo á misa á la lejana iglesia del pueblo sin temor á la nieve que alfombra los caminos. Es, sin duda, una circunstancia que aumenta mucho el intrínseco valor de la simpática niña, que, á lo que se ve, tiene el corazón no menos bello que el rostro.

ANTIGUAS PIEDRAS ESCULPIDAS DE INGLATERRA

La *cruz de Gosforth*, cuya altura es de 14 pies, se conserva en el Museo de South Kensington. En la cara posterior esta representado el hórrido poder del diablo, y en la anterior el triunfo del cristianismo. El *fragmento* de la misma cruz que damos por separado, es una alegoría del propio triunfo, en la cual un pez vence á la serpiente.

La *cruz de Leeds*, también en dicho Museo, data del tiempo del rey Canuto el Grande (siglo XI).

La *tapa del sarcófago* de Wakeworth, es el resto más importante de arquitectura cristiana que se encuentra en Inglaterra. En ella están toscamente representadas diferentes escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

La *cruz de Whalley* pertenece al género de las llamadas *cruces de San Agustín*. Es igual á la que se ve en el mausoleo de Gala Placidia en Ravena. Sirvió de mojón para indicar los límites del monasterio á que pertenecía.

Las *cruces de Ilkley*, de 8 pies de altura, figuraban en el *Calvario* de dicha localidad. Son anteriores á la época normanda.

Los fragmentos existentes en la iglesia de San Andres, obispado de Auckland, pertenecen al tiempo de Guillermo el Conquistador. Su ejecucion es tan grosera como llena de buenas intenciones, pero son notables por constituir una buena muestra del estilo normando en su primera época.

EL GUARDIÁN DE LA ROPA.—FIESTA INFANTIL

Dos dibujos bien diferentes como asunto, aunque igualmente recomendables por su gracia. Nada más cómico que la formalidad con que el buen can guarda la ropa de su amo mientras este toma un baño de placer, y nada más suavemente sentido que ese coro de niños, en cuyos semblantes se refleja la mas pura alegría. Es una verdadera fiesta, en la cual no se ve ningún rostro triste ni anublado por los punzantes cuidados de la vida.

EL CASTILLO DE HOGHTON

Está situado este palacio en el condado de Lancashire, cerca de Preston, en medio de un delicioso paisaje, y constituye una importante página de la historia del arte inglés en aquella para ellos felicísima época de Isabel I. Todo respira allí esplendidez y opulencia de gran señor, cuando cada morada de barón constituía una verdadera corte por no estar tan centralizada como hoy la vida en las capitales.

CASTILLO DE HOGHTON: EL MOLINO

Pertenece al *baronet* que lleva su título.

AMOR AL ARTE

Cuadro de Richter

No importa que vaya vestida de corto todavía esa mujercita para comprender que es una futura artista ó cuando menos una *amatrice* de convicción. Vese reflejada en su rostro la sagrada llama del amor á la belleza, mientras brilla en sus ojos el destello de una inteligencia grave y honda. Es un tipo muy bien estudiado, que se aparta de lo vulgar.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

PUESTA DE SOL

Marina del Sr. Gartner, dibujo de P. y Valor

He aquí en que términos se expresa el Sr. Giner de los Ríos (D. Hermenegildo), respecto á la marina expuesta por el distinguido artista malagueño:

«El pintor premiado en otras Exposiciones nacionales é internacionales ha sabido sorprender el momento más feliz de las aguas para que su obra no parezca extraña á los que desconozcan el punto de donde están tomadas; porque uno de los graves inconvenientes con que lucha el pintor de *marinas* estriba en la ignorancia de una gran parte del público, por cuya razon necesita huir de la reproducción del mar en momentos raros, de esos desentonados, cuyo desabrimiento no parece natural, á menos que el ojo este acostumbrado á contemplar los extravagantes cambios de las ondas. La *marina* del Sr. Gartner, en tono gris, luce por el fondo que la anima con los últimos rayos del sol poniente, dorando las aguas con cambiantes de ópalo.»

ASÍ ESTARÁS MÁS BONITA, MAMÁ

Cuadro de F. Skipworth

Confesemos ingenuamente, señores, que si alguien no ha logrado formarse verdadera idea de lo que deben ser las huríes del Paraíso de Mahoma, *esa mujer* bastaría para que lo imaginara con creces. Por lo tanto, está de más que la niña quiera aumentar los hechizos de mamá mediante el empleo del *lápiz mágico*, pues más mágico que la interesada no lo son todos los lápices del mundo.

ANTIGUOS ALDABONES VENECIANOS

Uno de los más notables caracteres de Venecia ha sido la ininterrupción con que se han cultivado allí las artes, lo mismo la arquitectura que la pintura, que la escultura, la metalistería, etc., á pesar de todas las vicisitudes por que haya podido atravesar. Nos fijaremos hoy en los aldabones de sus palacios, ramo que no tiene poco que admirar.

Siempre gozaron, efectivamente, de gran fama los fundidores en bronce venecianos, y no se esmeraron poco en la fundición de los aldabones; tanto, que muchos de éstos figuran hoy en las colecciones extranjeras. Con todo, en el Museo Cívico pueden verse todos los que habían en 1758, copiados á la acuarela por Grevembroch. Allí aparecen las obras de los más egregios *Battaori, Batticoli é Battioli* de la serenísima república.

Los aldabones propiamente dichos se llamaban *battaori*, y entre ellos merecen especial mención los de los palacios Maffeti y Ponte de Barcaioli. Los que tenían la forma anular se llamaban *campanelle*, como era, por ejemplo, el llamador del palacio Ottobon (después Alejandro VIII, papa). Fáltale, sin embargo, el círculo. *Campanelle* son también los llamadores del palacio Grimani y del palacio Longo.

Sin duda son estos aldabones unos lindísimos modelos de cerrajería decorativa.

EL CASTILLO DE HASTINGS

Grandes recuerdos evoca este sitio, teatro de la sangrienta batalla que decidió la dominación de los normandos en Inglaterra. *Vastatum fuit*, dicen las crónicas hablando del castillo; lo cual indica cuán poco quedó del último baluarte en que el rey Haroldo sostenía su derecho. Hoy (¡irrisión de la suerte!) Hastings se encuentra en el foco del mayor movimiento comercial de Inglaterra, entre Portsmouth y Margate; y donde un tiempo resonó el fragor del combate entre normandos y sajones, sólo se percibe el ronco silbido de las locomotoras y el rumor del tráfico comercial.

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA ÁRABE

ORIGINAL DE

Juan García-Goyena Alzugaray

(CONTINUACIÓN)

—¡Allí está! ¡Allí está!—grita el alarife, levantándose poseído de horrible vértigo y señalando á la Sierra de Nieve, que tras la Alhambra se destaca. Sobeya, aterrada, se alza también y mira en dirección del dedo de su esposo. Un espectáculo sublime surge ante su vista.

Los picachos de la sierra confunden sus líneas con las blancas nubes del espacio como si fueran nuevas nubes. Estas se arremolinan, bañadas por la luz crepuscular de los rayos solares, en fantásticas figuras de imposible descripción: el conjunto es un hacinamiento de cúpulas y minaretes, de encajes y de espumas, de flecos de oro y azules pabellones. Columnas suntuosas, pero ligeras y flexibles, sostienen el remate de arcos de herradura, amplios, magníficos como las flexiones de la primera nota de un órgano cristiano que luego se abriera en dos ecos perpendiculares que bajaran vibrando á esconderse en las entrañas de la tierra; una hilera de dobles ajimeces sobre cornisas de grupos estalactíticos, formados á manera que los de las gotas de agua, de chispas de luz, bañan en mar de fuego las caladas paredes de grandiosas estancias de oro; soberbios patios, con deslumbrantes tazas y marmóreos canales por donde el agua cristalina conduce la frescura y el aroma de espléndidos jardines á las más escondidas alhamíes, se confunden abrazados, mezclando en sus vertiginosos giros los rayos que desprenden sus pavimentos de alabastro, sus fuentes de jaspe, sus paredes de azulejos y mosaico, y sus aéreos templetes de filigrana. El todo es un alcázar de inconcebible grandeza: su estilo no se parece á ningún estilo; su arquitectura es extraña á toda otra arquitectura; en ésta la idea engendra al edificio: la idea corre, como las venas por el cuerpo, en cúficos letreros, en arábigas cifras, por todos los nervios del alcázar, ondulando, arrastrándose por la tierra, levantándose al cielo, enlazándose inscripciones con inscripciones, trozos de poesías con suras coránicos, flotando en la magnífica obra el verbo, el pensamiento, la idea, con sus ráfagas luminosas, con su espíritu infinito. La forma es espléndida, augusta, como los mortales nunca la han soñado, y, sin embargo, no es más que la esclava de la idea.

—¡Haber corrido tanto teniéndolo tan cerca!—murmuraba Azhuna.—¡Haber estudiado la tierra sin dirigir una mirada al cielo, torpe de mí, cuando sólo en el cielo podía hallarse la realización de mis sueños!

Su mano corre, corre vertiginosa trazando en el papel las líneas del alcázar, y dibuja un patio cos vistosas galerías, con un jaspeado estanque, con ideales bellezas, y copia una sala majestuosa, sólida, grandiosa, cubierta de ajimeces y columnas como nunca fué soñada. Siente latir la inspiración en el cerebro; vibra su espíritu en la vertiginosa armonía del arte; su pulso traza, nervioso y ardiente, las magníficas líneas; y de su cabeza, impregnada en la atmósfera de lo infinito, brota un raudal de fuego. Empieza una segunda estancia; las valientes combinaciones de caprichosos trazos surgen á los golpes de su mano; ya empieza á dibujarse uno de los ligeros arcos que á sus extremos se ostentan; cuando el sol, hundiéndose de pronto en las entrañas de Sierra Elveira, envuelve á la vega en las sombras de la noche. Una mirada de infinita desesperación brota de las negras pupilas de Azhuna, que, rompiendo el dibujo que tiene entre las manos, se deja caer de nuevo junto al añoso olivo. Sobeya, recogiendo los dos dibujos completos que ha trazado el artista, murmura en su oído:

—No me engañó el lucero de la tarde: ya puedes presentarte á Alhamar con el principio de tu obra. Alá nos protege: espera.

IV

La colina roja vibra como una guzla de la que cien manos arrancaran á un tiempo cien notas distintas. Por todas sus cuestas, por todos sus bosques, por todos sus arcos, se precipita una inmensa muchedumbre, deseosa de llegar á la Alhambra á contemplar la nueva maravilla.

A la salida de su Alcazaba, frente á la torre de la Vela y del Homenaje, asomada como la Armería sobre la corriente del Dauro, de la que le separa un espeso bosque de álamos brillantes como la seda, á un lado de la plaza de los Aljibes, se levanta una nueva torre, cuyo exterior, monótono, severo y sencillo, no ostenta ningún signo de riqueza; y, sin embargo, aquella es la joya de Alhamar, aquel es el nuevo portento de Granada, aquel es el alcázar de las perlas.

La plaza de los Aljibes presenta un aspecto animadísimo. En ella se han levantado, para la magnífica obra, fábricas donde se hace flexible el estuco, talleres donde se confeccionan colores y pinceles, laboratorios donde se liquida el oro y se segrega la púrpura. Una legión de obreros de la vecina villa de Comarech, los más hábiles para tejer mosaicos y arabescos, corren en todas direcciones, unos machacando piedra, otros pulimentando jaspe, muchos suavizando las oquedades del mármol: piedra, jaspe y mármol arrancado á las próximas sierras de Nieve, Macael y Elveira, y subidas á la Alhambra en pesadísimos carros, para cuyo paso se han abierto calles en sus espesos bosques. Todo Granada, curioso y anhelante, se apiña en torno de la nueva torre, donde sólo se permite entrar á los obreros y artífices, defendida por la guardia etíope del palacio de Alhamar. En su interior se escucha ese sordo ruido que produce una colmena. Obreros con trozos de estuco, con paletas y cinceles, atraviesan el patio; el emir, el mismo emir, el poderoso Alhamar, se confunde entre ellos, ayudándoles con su trabajo, alentándoles con sus palabras; y Azhuna, el inspirado alarife, sobre un andamio, acaba de retocar una cenefa, recibiendo sus desleídas pinturas, su cincel de oro y sus pinceles de gamuza de manos de Sobeya, la de los bucles negros, que por merced del emir acompaña á su esposo.

Está Azhuna pálido y trasfigurado; sus ojos vierten llamas, y su cuerpo se estremece en misteriosas ondulaciones; el flotante albornoz y el blanco turbante hacen resaltar su rostro con ese color mate de la vigilia y el trabajo; su mano corre sobre los adornos de las paredes, trazando líneas, haciendo ondear fajas, esculpiendo letreros de extraños giros, de brillantes colores; el vértigo del arte se agita en su cerebro, y tiemblan sus labios, nerviosos y sedientos.

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Terminó al fin!—exclama descendiendo del andamio.—¡Aire! ¡Aire!—murmura arrastrando á Sobeya fuera del recinto. La muchedumbre, al verle salir demacrado y ardiente, se abre con dolor y respeto para dejarles paso, y el artista y la niña se pierden entre los frondosos bosques.

Y pasa el tiempo, y la torre permanece muda. La multitud comienza á impacientarse, y un rumor sordo y confuso, como el de las olas rizadas por el viento, se levanta en la Alhambra. Al fin la guardia etíope se replega á los lados del arco de entrada, y la cancela que lo obstruye, ondeando sus riquísimas labores, queda abierta. La muchedumbre se arroja en el amplio hueco, y, apiñada y revuelta, se derrama en su interior. Un grito inmenso, infinito, que llega hasta la lejana alameda donde pasea Azhuna, haciéndole estremecer de felicidad, se dilata por todos los ámbitos de la colina roja. El espectáculo no puede ser más sorprendente.

El patio de los arrayanes, esa creación de los genios que en un rapto de éxtasis le dieron vida, se presenta á las miradas como un cuento de hadas de una fantástica leyenda oriental. El arco de entrada, uno de esos magníficos arcos de herradura que sólo ostenta la arquitectura árabe, sostenido por dos machones y coronado por tres ajimeces que le hacen más ligero, ostentando sus graciosos adornos de estuco, se levanta bajo una elegante galería de finísimas labores. En los testeros de ella, dos nichos ovalados, con ricos arcos sostenidos por columnas de mármol, con recuadros guarnecidos de leves fajas con letras y con flores, destacan sus huecos, coronados de cenefas que figuran diminutas galerías con columnitas que sostienen triángulos curvilíneos, arcos estrellados y ligeros escudos. Sigue una ventana adornada de hojas y carteles; corre encima una cenefa que sostiene la bóveda ornada de labores estalactíticas; y de los arcos que sostienen esta galería de entrada, pintada de adornos azules y encarnados sobre los que ondean inscripciones cuyas arábigas cifras son de oro, bajan ocho jaspeadas columnas como gigantes cimientos que la sostienen. Después se divisa el patio con sus dos paredes adornadas por un zócalo de azulejos de vivísimos colores, con sus seis puertas circulares á cada uno de sus lados y con sus aéreos ajimeces calados por las hadas. A un lado, entre dos tazas de mármol donde salta el agua bulliidora, y de cuyo seno salen dos canales blancos y lucientes que conducen las ondas al estanque, se dibuja éste, verde como la esmeralda y rodeado de un cerco de marfil. En su seno se agitan peces de colores, y á sus lados dos paredes de cipreses y arrayanes con un canal que les lleva fecundo riego. El pavimento del patio es de losas blancas, brillantes y tersas como límpidos espejos, extraídas de las canteras de Macael. El sol, al titilar sobre ellas, les arranca hermosas chispas que incendian sus contornos con polvo de zafiros. Enfrente de la entrada se alza otra galería de finísimo encaje como la primera; y en ella un arco, formado de nubes del cielo y diamantes de la tierra, da acceso á una sala como nunca fué soñada por la fantasía.

CASTILLO DE HOGHTON: PATIO

Nueve arcos formando medias lunas la dividen en nueve apartamientos con sus ligeros ajimeces y sus deslumbradoras columnas; las paredes, de sutilísimos alicatados, son un confuso hacinamiento de escudos, fajas, adornos y letreros repitiendo en signos cúficos, en caracteres africanos, en cifras arábigas, en todas direcciones y de todos modos, entre poéticas estrofas y religiosas suras: «*No hay más vencedor que Alá.*» Su artesonado sienta sobre una cornisa figurando galería de exquisitas labores; y su techumbre, embutida de piezas de madera de diverso color, blancas, doradas ó azules, que forman círculos, coronas y estrellas, es la imagen más divina de la celeste bóveda, tachonada por esas misteriosas lámparas de las serenas noches. Vistosos arcos dan entrada á escondidas alhamíes veladas por la gasa del sueño y los amores, y en la magnífica estancia se respira esa grandeza que da el fausto del trono y el vértigo de la majestad. Su pavimento, de riquísimo alabastro, hace resaltar la grandiosidad de la sala, y sobre el pavimento se yerguen soberbias todas las grandezas de Granada.

De los vistosos arcos penden, ocultando las próximas alhamíes, costosísimos tapices rojos.

En el arco de entrada empiezan dos hileras de feroces guerreros africanos de negro rostro que contrasta con los vivísimos colores de las

paredes y con la blanca refracción del pavimento. En medio de la estancia, Alhamar, con su amplio sayo negro, su verde toca y su corona de oro tachonada de perlas y diamantes, recibe en pie á su pueblo, con la sonrisa en los labios y el cariño en los ojos. Al lado del emir despliega su hermosura Aixa, la favorita de su alma, muellemente reclinada en un cojín de raso, envuelta en su blanca túnica de seda, haciendo resaltar la blancura de su cuello entre la rutilante titilación de su collar de perlas. Detrás de Aixa las demás mujeres del emir, bellas y esplendentes como las hijas de Granada, y detrás de éstas las esclavas, con canastillos de flores y frascos de esencias. Cuatro ricos pebeteros de oro despiden sus aromas en los ángulos de la estancia. Por los abiertos ajimeces penetran las brisas de los cercanos bosques y los destellos del sol, fijo en su cenit. A los lados de Alhamar, su corte de poetas, de artistas y de sabios da más rico brillo á la grandiosa recepción; ante él su pueblo, su querido pueblo, por el que se afana y se desvela, le aclama y le bendice; y rodeando las paredes como estatuas empotradas en su brillante estuco, infinidad de pajes sostienen pendoncillos rojos, tomados de oro como sus bordados vestidos.

La alegría brilla en todos los semblantes, y Alhamar se extasía en tan espléndido espectáculo. Sin embargo, á veces ráfagas de tristeza anublan sus ojos. ¿Qué le falta? El genio de su corte, el inspirado alarife, Azhuna. Hace un movimiento de impaciencia, y, dirigiéndose á los pajes que le rodean, exclama:

—¡Id, id volando! ¡Buscad por toda mi ciudad morisca al creador de estos portentos, al que le corresponde la gloria de la fiesta, y traedlo!

Ya los pajes se disponen á salir, cuando un estremecimiento extraño conmueve á la apiñada muchedumbre, que se separa en dos gigantes filas.

Apoyado siempre en el brazo de Sobeya, todavía más pálido y tembloroso que á su salida, se adelanta Azhuna hasta inclinarse ante Alhamar. Guarda la multitud profundo silencio por no perder una sílaba de las palabras de su artista más preciado.

—¡Oh, emir!—dice Azhuna.—Ya se cumplieron los designios de Alá. Recorrí la tierra en busca del alcázar que flotaba en mi cerebro, y la tierra se mostró silenciosa á mis afanes. Dirigí una sola mirada al cielo, y él me otorgó en un instante lo que aquélla me había negado en tanto tiempo. Un crepúsculo maravilloso me hizo ver la imagen de mis sueños: fuí á copiarla, y, hundiéndose el sol tras la cumbre de Sierra Elveira, sólo me dejó el dibujo de dos estancias. Volví otras tardes, pero el portento no se reprodujo. ¡Oh, emir! Mi cincel ha hecho brotar los primeros rayos del alcázar de las perlas que te prometí en mi locura. Por Alá te juro que el alcázar brotará completo sobre la colina roja. Mira por el arco de esos ajimeces los picos de esa sierra formada por nubes del cielo. Es la Sierra de Nieve, siempre envuelta en su estuche de plata. ¿No será hermoso un crepúsculo desde la cumbre de esos pinos? Siento en mi frente el sagrado fuego de la inspiración; mis ideas laten como ráfagas de lo infinito; mis venas arden con el soplo de Alá. ¡Alhamar, Alhamar! Yo concluiré este alcázar de las perlas. Ven, Sobeya, mi angel de la esperanza: mira cómo nos sonríe de amor, deseosa de abrirnos sus misterios, la Sierra de Nieve. ¡Oh, Granada! Yo coronaré tu frente con la diadema de los dioses.

Y Azhuna, arrojando de sus ojos la llama de la inspiración, vuelve á atravesar por medio de la apiñada muchedumbre, que conmovida se inclina ante su paso.

V

La brillante luz de una lámpara de alabastro arroja sus destellos en una de las misteriosas alhamíes de la sala de Comarech, iluminando el pálido semblante de Alhamar, que, moribundo, se recuesta sobre los rojos cojines de un diván de raso. Su corte de sabios y poetas rodea silenciosa su lecho de muerte; sus mujeres y sus esclavas sollozan en la estancia próxima; y á sus pies Aixa, la esposa favorita, velados por las lágrimas sus hermosos ojos, se sienta en un cojín, cuidadosa á sus más leves caprichos.

(Se concluirá.)

CASTILLO DE HASTINGS

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

Pídase

El *MAGNIFICO ALBUM ILUSTRADO* redactado en Español ó en Francès, encerrando *554 grabados* inéditos de Vestidos, Confecciones, Artículos para Señoras, Trajes para Caballeros y Niños eta. como tambien la nomenclatura de todos los tejidos de Sederías, Lanerías, Indianas, Pañerías, Telas de hilo, eta, eta; que

Acaba de salir á luz

Y que remitimos *GRATIS Y FRANCO* á quien nos la pida en carta franqueada dirijida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
à Paris

Se envian igualmente gratis, las muestras de todos los tejidos de componen los inmensos surtidos del PRINTEMPS (Especificarnos bien las clases y precios).

Casas de reexpedicion en **IRUN** (España) y **HENDAYA** (Francia).

Todo pedido, cuyo valor llegue á 50 pesetas, es expedido *libre de portes* contra desembolso, ó sea á pagar al recibir la mercancía, á cualquier estacion del Ferro-Carril, mediante un recargo de 5 0/0 sobre el total de la factura ó **libre de portes y de derechos de aduana** mediante el de 25 0/0.

Nuestras Casas de reexpedicion de Irun y Hendaya están especialmente encargadas de las formalidades de la Aduana y de la reexpedicion de los bultos, que llegan siempre al punto de destino sin necesidad de que nuestros parroquianos se cuiden de nada.

LOS GRANDES ALMACENES
DEL **PRIMTEMPS** DE PARIS
NO TIENEN SUCURSALES
ni en Francia, ni en España

ADMINISTRACION: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. — BARCELONA

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 17 de diciembre de 1887 | Núm. 259

SANTA GENOVEVA (cuadro de C. Sprague Pearce)

EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima;* por Fernanflor.—*Una romanza* (conclusión), por Manuel Amor Meilán.—*Yo y tú* (poesía), por Vicente Riva Palacio.—*El premio gordo*, por Vicente Blanco Ibañez.—*Lecturas. Paul Bourget: su última novela*, por Clarín.—*La felicidad* (poesía), por José Gali Boñill.—*Historias callejeras. Memorias de un vencejo;* por Alfonso Perez Nieva.—*La canción del marinero* (poesía), por F. Martinez Orozco.—*Al despedirla* (poesía), por Manuel del Palacio.—Nuestros grabados.—*El alcázar de las perlas* (leyenda arabe) (conclusión), por Juan García-Goyena Alzugaray.

GRABADOS.—*Exposición de Bellas Artes de Paris de 1887:* Santa Genoveva. Una audiencia de Richelieu. La hija del colono. En octubre. En las terrazas: Argel.—*Obras de Emilio Wauters:* María de Borgoña implorando de los burgomaestres de Gante el perdón de los consejeros Hugonet y Humbercourt. Estudio.—Numismática inglesa.—La afición.—Una cornada.—Julieta y Romeo.—Ulises burlando á Polifemo.—Paisaje.—Isla de los Mergos, en la costa de Gales.

MADRID

Cartas á mi prima

Perspectivas.—En la Asamblea de la Liga Agraria.—El Teatro Español.—Stagno.—Galeote.

Y bien: á pesar de que ha terminado en esa la crisis presidencial, dando los partidos republicanos muestras notables de sensatez y patriotismo, ¿tu padre insiste en volver á España y se aplaza tu boda para que pueda celebrarse en Madrid? Me dices que los vientos de Rusia no son favorables á la paz; que Europa está muy trabajada por la diplomacia; que la cuestión de Oriente se renueva siempre dos ó tres meses antes de la primavera, y, en fin, que la guerra inevitable estallará tarde ó temprano y que España es la nación de Europa más indicada para ver la bárbara función, tranquilamente, desde un palco. Yo también creo que este malestar incesante ha de tener un término. Las naciones europeas aumentan sus armamentos, siendo así que ya no pueden sobrellevar tan enormes gastos. La guerra se ha hecho siempre con dinero: más hoy que nunca, en que el valor personal supone poco, y los ministros de Hacienda, más que los de Guerra, declaran la paz imposible. Entre tanto que la situación se despeja, disponed vuestro viaje y llegad á Madrid en la ocasión más propicia, cuando se sirva en la mesa de vuestro hogar, lleno ahora de soledad y polvo, el castizo pavo. Mientras continúo dándote cuenta de los sucesos de Madrid para completar con mis cartas la correspondencia del año.

Si tu padre hubiese querido anticipar el viaje, hubiese podido asistir á las reuniones de la Asamblea de la Liga Agraria, poniendo sus muchos conocimientos al servicio del progreso agricultor y del mejoramiento de la situación lastimosa por que atraviesan los labradores. No se trataba en este congreso de hacer discursos, y por esa razón en la primer conferencia se acordó que sólo hablase cada orador diez minutos. No se cumplió la decisión, naturalmente. La situación de la agricultura puede resumirse en estas palabras de uno de los individuos de la Liga: «Yo, señores, soy el primer labrador de una comarca, y, por lo tanto, el *primer* pobre.» Esta afirmación fué saludada con risas, porque, eso sí, el estado de los agricultores es muy precario, pero se han reído en las sesiones de lo lindo. Aquí en España, donde casi todos los hombres de las ciudades cultivamos la oratoria, no puede menos de existir la hilaridad, sin ofensa, cuanto se dice con sencillez, sinceridad y en lenguaje y tono vulgares. Este mismo labrador decía: «La agricultura es el padre, la industria el hijo y el comercio el nieto.» No sé si á tu padre le habrán parecido bien, sin embargo, las protestas reiteradas que se han hecho en la Asamblea contra los rentistas. Ya sabes que el ministro de Hacienda imaginó echar contribución al papel, y que se armó en Madrid tal escándalo que fué necesario desistir del proyecto. Claro está que los agricultores han de opinar como opinaba el ministro. Uno de ellos no sólo pedía que pagase contribución el papel, sino que también la pagasen los bolsistas. ¡Cinco céntimos por cada operación! «Yo tengo,—decía,—una finca de regadío, *buena, de primera* (aquí todos se ríen de la presunción del terrateniente), y si la quiero vender no encuentro comprador, mientras que el papel lo encuentra en el momento.» Convengamos en que hay justicia en estas consideraciones. La mayoría ha protestado contra el impuesto de consumos, el impuesto contra los pobres, el impuesto de los motines; otro dijo que la agricultura debía tributar el 12 por 100; otros pidieron la supresión de los impuestos sobre las carnes y el pan, y el representante de Fuente Saúco dijo algo sublime como el alcalde de Móstoles, pues dijo: «¡Fuente Saúco, para la regeneración agricultora marchará á la cabeza de España!» Ya comprendes que así debe de ser, pues aquel pueblo es la tierra clásica de los garbanzos, y los garbanzos son la sangre, el nervio, la inteligencia y el valor de nuestra patria.

Natural era que los labradores no tratasen bien á los empleados, que tanta parte se llevan de lo recaudado por contribuciones; sin que faltase quien pusiese la mira más alta. Entre ellos aparece un labrador de capa parda, el cual, así vestido, se dirige á todos para decirles, con extraña soltura, que allí representan á diez y ocho millones de pobres que vienen á pedir limosna al rey; que es preciso tener en cuenta que el hombre se familiariza con todo, hasta con el crimen... menos con el hambre... Y rehaciendo para su capa burda la frase de Napoleón ante las pirámides, exclama: «¡Nos contemplan quince millones de labradores que esperan de nosotros su regeneración!» Ni dijo esto sólo: afirmó que hay demasiado ejército, que la casa real es muy costosa... Y hubiese dicho más si no se le hubiera prevenido que cosas tan oportunas en aquella ocasión... no venían á cuento. El buen hombre debió reflexionar entonces que en este país es difícil el arreglo de las dificultades, porque lo único respetable y sagrado que hay es el abuso. También quiso el desdichado tirar un pellizco á nuestra madre la Iglesia... Excusado es decir que todos le gritaron: «¡A tu capa!» Y el hombre se embozó en ella majestuosamente como César, y dijo para su paño: «¡Bonito discurso y bonito viaje habemos hecho!»

Otro labrador, viendo que, si ciertas cumbres son inexplorables, puede llevarse el beneficio de la contribución á otras, recordó que Mazantini y Gayarre cobraban cantidades fabulosas sin pagar ningún impuesto.

No cabe duda que la Asamblea de la Liga pone de manifiesto, con sus reclamaciones y entre sus risas, el agobiamiento de la agricultura y las causas probables de una revolución económica, quizás, que sustituya con las armas en la mano á las turbas que antiguamente reclamaban derechos políticos. El país productor cree que le faltan medios materiales de vida, y habrá que dárselos ó discurrir algunas promesas con que entretener su hambre. Cuando un enfermo se ve asistido por celebridades eminentes de la ciencia sin mejorar en su estado, pide nuevos medios y nuevas medicinas... Preciso es traer otros, aunque sean peores, y recetarles más drogas, resulten lo que resultar pudieren. Así, pues, creo que algo ha de obtener la Asamblea. Su causa en el fondo es justa; pero tiene en contra el interés de los mismos que han de acordar el bien. Los políticos ni son labradores ni industriales ni comerciantes: son rentistas. Tiene también en su contra, la agricultura, que la contribución sobre ella puede hacerse efectiva, y los ministros de Hacienda van siempre donde puede haber dinero, sin otras preocupaciones. Pero se ha metido mucho ruido, se ha hecho mucho bulto, y se decidirá algo... Por lo menos se cambiará de nombre á las contribuciones, por si, disfrazándolas, el labrador no las conoce. Es el sistema que se ha seguido en España con cierto éxito: mientras se discute y se experimenta una contribución... se paga.

Es también la Asamblea una prueba más de que el espíritu de Asociación se desarrolla en España, nación refractaria siempre á ese espíritu por falta de costumbres políticas y de genio industrial y comerciador. Aquí se cuenta con todo el mundo para todo; mas en realidad no se puede contar con nadie para nada. Los hombres que forman una clase se ocupan en ver como pueden arruinar al compañero en vez de ayudarle con provecho propio.

Después de lo útil lo dulce: hablemos del Teatro Español, tema preferente de las conversaciones en los círculos literarios, en los salones y en las tertulias. El Ayuntamiento parece insistir en la conservación del edificio primitivo. Ha sido reconocido éste por diversas comisiones de arquitectos, opinando todas ellas que el teatro requiere la demolición; pero los concejales no se resignan á que el Teatro Español desaparezca. De todas maneras, el viejo edificio, desquiciado por tantas ovaciones, ha muerto para el público, y no será posible abrirlo de nuevo con ligeras recomposiciones, porque nadie querrá ir á un teatro que se hunde. Hay que pensar en construir otro. Y como esto es difícil, se trabaja en unir los esfuerzos y las voluntades. Hace algún tiempo se habló de que un ministro demócrata, el Sr. Montero Ríos, era precisamente quien había redactado un proyecto creando algo parecido á la *Casa de Molière*, de París: cayó el ministro y nadie se acordó del asunto; mas hoy parece que se trata de llevar á la realidad aquel propósito.

Se ha dicho que Calvo y Vico pensaban ir á provincias, y que este año tendríamos que pasarnos en Madrid sin aquellos eminentes actores. No parece ser cierta la noticia. Dichos señores no piensan ausentarse en tanto que les sea posible organizar aquí decorosamente las representaciones de su compañía. Trabajan mucho para la reconstrucción del teatro nacional; y si se les da esperanzas de que habrá teatro, se resignarán á ocupar el de la Princesa, coliseo muy bonito, mas apartado; y que el público ha mirado siempre, sin motivo quizás, con prevención desdeñosa.

Ayer se verificó la presentación del tenor Stagno en el Real. Vuelve de Sud América, donde ha hecho una larga y brillantísima campaña. Se presentó con su ópera favorita, el *Roberto*, que es también la ópera favorita de los madrileños. Sabido es lo que pasa con los tenores: cada uno de ellos tiene sus apasionados, que elevan su admiración á un culto. Stagno tiene inmensas simpatías en Madrid, y el Real anoche era una excepcional solemnidad, una maravillosa fiesta. Stagno vuelve en el pleno uso de sus facultades, con las pocas notas que tenía manejadas mejor aún que entonces. No es posible hacer más con menos. Los aplausos, los bravos, las llamadas á la escena, se sucedieron sin interrupción desde el acto tercero.

Madrid toma su aspecto de diciembre: los periódicos vienen llenos de anuncios; los tenderos renuevan sus géneros; los vendedores de billetes de lotería pregonan los del sorteo de Navidad; todos los madrileños llevan con resignación las desventuras del pasado y las inquietudes del presente pensando en la redención de la pobreza y del trabajo por el premio grande.

Antes de concluir esta carta quiero dar por concluída una historia terrible cuyos principios viste en esta ILUSTRACIÓN hace mucho tiempo: me refiero á la causa de Galeote. La Academia de Medicina ha resuelto ya el expediente de locura del extraño presbítero, confirmando la opinión de los peritos Sres. Simarro, Escuder y Vera. Galeote tiene la *manía de la persecución*. Será recluído en el manicomio de Leganés. Allí concluirá perseguido á su vez por los remordimientos si en sus momentos lúcidos se le presenta la sombra del obispo de Madrid, sangrienta y horrible.

Después de todo, la humanidad, la Iglesia, han ganado mucho con esta declaración. Que

haya un enfermo más, entristece; pero esto no exige sangre.

Y basta por hoy.

Tuyo,

FERNANFLOR

UNA ROMANZA

(CONCLUSIÓN)

VI

Durante el entreacto ¡qué de comentarios!

Los pasillos del teatro todo eran círculos de chismografía.

—¡Es hermosa!

—¡Escultural!

—¡Y tiene bonita voz!

—¡Y mucha gracia!

—¡Y gran desenfado!

—¡Hace una *Niniche* deliciosa!

—¡Como que es una verdadera *Niniche!*

—¿Qué dice usted?

—La protege, según se cuenta, el conde de Malafama.

—Serán habladurías.

—Dícese que él le paga todos sus gastos; que ella vive con gran boato en un principal de la calle de la Montera.

—Pues ¿cómo se dedica al teatro?

—Dícese que es esa su natural inclinación.

—De cualquier modo, nos hemos ganado una buena actriz.

—¡Es verdad! Eso es lo que importa...

¡Desdichado Fermín! ¿Para qué fuiste al debut?

VII

Alzóse de nuevo el telón, y Angelina cantó la romanza *Vorrei morire* con tal gusto y tal sentimiento que pocas veces se promovió en el teatro Eslava tanto alboroto, tanto entusiasmo.

—¡Y que sea una *horizontal!*—decían muchos al bajarse el telón.—¡Parece mentira!

Fermín se retiró á su casa con el corazón herido...

Maldijo la hora en que vino á Madrid, renegó del día en que había conocido á Angelina, y...

Pero ¿por qué no podía alejar de sus oídos las notas delicadísimas de la romanza de Tosti?...

EPÍLOGO

Al día siguiente se leía en la *Correspondencia de España*:

«Anoche se ha suicidado, disparándose un tiro de revólver debajo de la barba y quedando muerto instantáneamente, un joven recién llegado á Madrid, que habitaba en la calle Mayor número... donde llevó á cabo su fatal propósito. Decíase que el suicida se llamaba Fermín Z... y que era natural de Valdesar. Ignóranse los móviles que le indujeron á tomar tan fatal resolución.»

Nada más.

Media docena de líneas en un periódico noticiero, de las cuales nadie se acordó media hora después de haberlas leído.

Tal fué la despedida que el mundo dió al desesperado Fermín.

MANUEL AMOR MEILÁN

MARROQUÍ (estudio por E. Wauters)

ALDEANO DE ERNZEN boceto por E. Wauters)

YO Y TÚ

Entre la blanca nieve aprisionada
y de la noche en el temido horror,
sola, sin esperanza, abandonada,
lloró la pobre flor.

—

Bajo el negro crespón de la tormenta
con que se entolda el cielo de zafir
y en la noche terrible que amedrenta,
creyó el ave morir.

—

Perdido y solo entre la selva umbría,
sin una estrella que su luz le dé,
triste viajero que perdió la guía,
piensa morir también.

Pero se alza radioso en el oriente,
puro, brillante, esplendoroso, el sol;
y ave, y viajero, y flor, ven dulcemente
las tintas de arrebol.

—

Yo soy la flor aprisionada y muerta,
yo soy el ave que perdió la luz,
yo soy viajero en la región desierta:
puro sol eres tú.

VICENTE RIVA PALACIO

Entre los artistas que más honor hacen á España en el extranjero, cuéntase el inspirado y hábil pintor y escultor barcelonés D. Victoriano Codina y Länglin, bien conocido por sus siempre celebradas obras, tan concienzudas como difíciles. Gratísima ha sido, por lo tanto, la satisfacción que nos ha cabido al ver de nuevo producciones suyas en esta capital, puesto que el Sr. Codina vive en Londres, donde ejerce su noble arte; y no menos viva nuestra admiración ahora que antes. Trátase de unas preciosas pinturas al óleo, representando antiguos tapices, verdadero *trompe l'œil*, que es cuanto puede decirse en su elogio.

La tarea que se impuso el Sr. Codina Länglin no podía ser más ímproba, pues representaba multitud de arduos problemas que vencer; pero de todas las dificultades ha salido victorioso, haciendo gala juntamente de su feliz invención y de la consumada habilidad técnica que siempre le ha caracterizado.

El numeroso público que ha acudido á la Lonja á admirar dichos trabajos, ha hecho los más calurosos elogios de nuestro compatriota, por lo cual le felicitamos, al par que al señor marqués de Camps, afortunado poseedor de aquellos hermosísimos y envidiables lienzos pintados por encargo suyo.

UNA AUDIENCIA DE RICHELIEU (cuadro de Walter Gay)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887

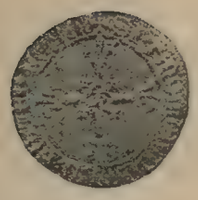
María de Borgoña implorando de los burgomaestres de Gante el perdón de los consejeros Hugonet y Humbercourt (cuadro de Emilio Wauters)

NUMISMÁTICA INGLESA

1, 2. PENIQUE DE CEOLNOTH (833-870)

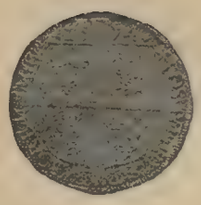
3, 4. GROAT DE EDUARDO I (1272-1307)

5, 6.—PENIQUE DE GUTHRED



7.—GROS DE ENRIQUE V (reverso)

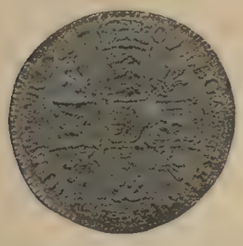
8.—GROS DE ENRIQUE VII (reverso)



9.—REVERSO DE UN CUÑO ELISABETHANO

10. MEDIA CORONA DEL TIEMPO DE CROMWELL

11.—CORONA DE CARLOS II



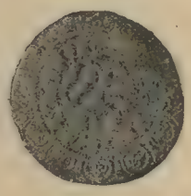
12.—MEDIA CORONA DE GUILLERMO III

13. SOBERANO DE CARLOS II

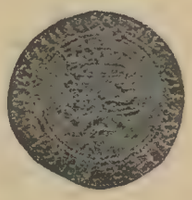
14.—FLORÍN VIEJO (reverso)

15.—DOBLE FLORIN DE NUEVO CUÑO (reverso)

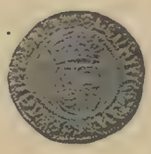
16.—REAL DE JACOBO VI DE ESCOCIA



17.—GROS DE BURDEOS DE EDUARDO I

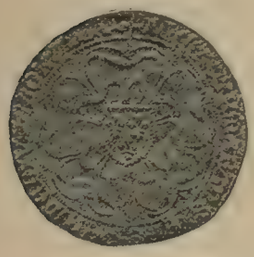


18.—GROS DE ENRIQUE V

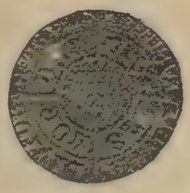


19, 20.—MEDIA CORONA DE ENRIQUE VIII

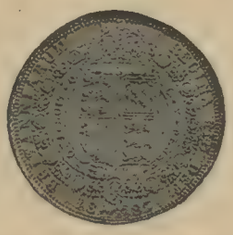
21.—SOBERANO DE ENRIQUE VII



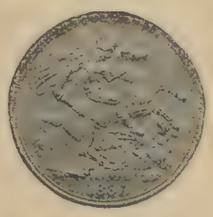
22. NOBLE DE ENRIQUE VII



23.—GROAT DE ENRIQUE VII



24.—MEDIA CORONA DE NUEVO CUÑO (reverso)

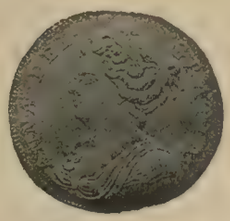


25.—PIEZA DE DOS GUINEAS DE NUEVO CUÑO (reverso)

26.—CHELÍN DE NUEVO CUÑO (reverso)

27.—NOBLE DE ENRIQUE VIII (reverso)

28.—ESPUELA NUEVA DE JACOBO I (reverso)



29.—DOBLE GUINEA DE LA REINA ANA (anverso)

30.—CUÑO DE ISABEL (anverso)

31.—GROAT DE MARÍA I (anverso)

32.—FLORÍN DOBLE DE NUEVO CUÑO (anverso)

EL PREMIO GORDO

Jacinto apuró el último sorbo de café que contenía la taza, chupó furiosamente su cigarro, y luego púsose á contarme la siguiente historia:

(Lector, aquí acaba el prólogo.)

I

Conviértete en Dios, y dale á un hombre todo el talento y la fortuna posibles en este mundo.

De seguro que se alegrará mucho; pero la tal alegría no será ni un trasunto pálido de lo que sentiría si por Navidad le cayesen en el bolsillo 50,000 duros envueltos en un billete de lotería.

Es preciso haber experimentado tal sorpresa para comprender el gozo que uno siente al encontrarse de pronto con un millón, y pasar de la categoría de perdido á la de millonario, aunque nada más sea en singular.

¡Ay, amigo mio! Yo me estremezco todavía cuando recuerdo lo que experimenté al ver que era poseedor de una parte decimal del premio gordo.

Aquello significaba tanto para mí, como para el náufrago que, montado en un madero distingue entre las brumas la cercana costa.

Después de la abstinencia, la hartura.

Luego de los frecuentes ratos de melancolía, la alegre existencia del hombre que, siendo joven, tiene mucho dinero.

Aquel billete premiado ostentaba para mí, escrito en caracteres invisibles, un nuevo método de vida.

Abandono completo de la mísera casa de huéspedes, con su catre desvencijado y sus comidas sucias y estrambóticas.

Renuncia de la vida aventurera y bohémica.

Abstención de dar *sablazos* á nadie.

Y, sobre todo, casarme con mi Gabriela, con aquel ángel de luz á quien debía el ser poseedor de la tal cantidad.

Ella me había sugerido la idea de comprar el décimo ahora premiado; y á sus muchos rosarios rezados por la noche en la cama, y á hurtadillas de la mamá, debía sin duda los favores de la fortuna, tan pródiga para conmigo.

Ni un solo instante se me ocurrió el olvidarla al encontrarme millonario.

—Amigo mío,—me dije:—Gabriela es una pobre chica que te ha querido siendo tú un muchacho de vida poco ejemplar. Nada más justo que darle tu mano ahora que eres rico y puedes hacer su felicidad.

Y fuí corriendo á casa de mi novia para participarle la noticia.

Hubo lo que era de esperar al conocerla junto con mi demanda matrimonial.

Desmayo de la niña, lágrimas de la mamá, abrazos del padre, y después sonrisas cariñosas de todos, y en especial de Gabriela.

¡Pobre chica! En toda su vida gozó tanta felicidad como en aquel instante.

Yo tampoco creo haberme encontrado nunca tan alegre, y...

Vamos, me falta poco para llorar cuando recuerdo aquel momento.

II

A los quince días nos casamos.

Y nuestro casamiento fué propio de un hombre que posee 50,000 duros.

Gran convite, chispeantes brindis, amorosos epitalamios y borracheras de *Champagne*. De todo esto hubo en nuestra boda.

Después Gabriela y yo partimos para París el mismo día, pues para seguir las costumbres de la moda es preciso encerrar las mejores escenas de la luna de miel en un coche de primera.

De París pasamos á Italia, y allí permanecimos bastante tiempo, gastando mucho y divirtiéndonos como yo nunca había podido imaginar.

Cuando volvimos á nuestra patria, ¡qué feliz y portentoso cambio se había operado entre las muchas personas que yo conozco!

Todos me trataban como á un hombre nuevo, y nadie parecía acordarse de aquel muchacho que algunos meses antes apenas si se dignaban saludar.

En esto tal vez influiría el diferente aspecto que yo presentaba.

Verdaderamente debía estar desconocido.

Antes vestía miserablemente, pagaba un pupilaje de ocho reales, y necesitaba valerme de mil artes para subsistir.

Mientras que ahora poseía coches, seguía las modas y siempre tenía dinero dispuesto á satisfacer las necesidades de los amigos.

Comprendí, además, por ciertas manifestaciones, que mi talento había sufrido un rápido desarrollo sin darme yo cuenta de ello.

Aquellos mismos periódicos en cuyas redacciones había sufrido sonrojos mendigando la publicación de mis obras, ahora daban á luz pomposas gacetillas, en las que se me llamaba *eminente publicista, ilustre literato y armonioso poeta*; y en los cafés, cuando, rodeado de los amigos, soltaba alguna majadería, todos aplaudían á coro, y no faltaban muchos que decían por lo bajo, si bien procurando que yo les oyera:

—Este Jacinto tiene un talento asombroso.

En fin, amigo mío, que yo era otro hombre, porque mi personalidad pesaba, sin duda, más en la opinión de la gente con el aditamento de mis 50,000 duros, que, dicho sea de paso, gastaba muy aprisa.

También en Gabriela habíase efectuado un cambio trascendental que noté yo sólo.

Mi mujer me amaba: ésto lo sabía yo de una manera cierta, y buena prueba de ello me había dado durante la época de nuestros galanteos.

Pero, á los pocos meses de casada, su cariño enfrióse bastante, y dejó muchas veces de ocuparse de mí para fijar toda su atención en las modas y esas otras materias fútiles á que tan aficionadas son las mujeres.

Gabriela, al ser rica, deseaba brillar tanto como sus nuevas amigas de la alta sociedad; y esto, unido á que aquéllas no vivían muy unidas á sus cónyuges, hacía que mi mujer, por espíritu de imitación, propio del que está alejado de su esfera, no fuese tan apasionada conmigo como antes.

Yo deseaba una vida alegre y llena de comodidades, pero libre de las tiránicas obligaciones del gran mundo.

Mi esposa, por el contrario, amaba la etiqueta, y las ridículas ceremonias sociales formaban su principal encanto.

Esta diferencia de aficiones producía un ligero enfriamiento en nuestro trato, y era causa de que Gabriela me considerase, allá en su interior, como un hombre *basto* y desprovisto de toda elegancia.

Yo debía haber previsto los resultados de tal diversidad de pareceres; pero, por desgracia, no pensé en ellos, y, antes al contrario, asentí á todas las peticiones que me hizo mi esposa.

Y di en mi casa bailes y reuniones, á los que concurrieron la flor y nata de la elegancia, y sucedió que. . . . . .

. . . . . .

Pero no anticipemos los sucesos, como dicen los novelistas.

III

¡Qué aspecto tan brillante ofrecía mi casa en las noches de bailes! Porque yo daba bailes y gastaba como un Rostchildt, creyendo que el millón no llegaría nunca á agotarse.

Aquello era un torbellino de negros *fracs* y blancos vestidos de encajes meciéndose al compás de las arrebatadoras notas de Straus.

¡Y qué hermosos y confortables eran mis salones!

En ellos había invertido gran parte de mi fortuna y todos los recursos de mi imaginación, que ya sabes no es nada pobre en punto á fantasía.

Mi casa la frecuentaban aquellas noches los principales personajes de Madrid, y no era extraño ver en ella á los embajadores de las principales potencias, á los títulos más apergaminados (en sentido metafórico), y aun de vez en cuando á algún ministro de la corona.

Nadie se acordaba de la posición que algunos años antes ocupábamos Gabriela y yo, y todos acudían á mis bailes, ansiosos de divertirse tanto en el salón como en el *buffet*.

La verdad es que yo era el que menos gozaba en las tales noches.

Mis convidados se paseaban por toda la casa hacían cuanto era de su gusto y no se acordaban del dueño para nada.

Rara era la noche en que no me presentaban cuatro ó cinco caballeros que, después de los saludos y cumplimientos de costumbre, se metían en los salones con la seguridad del que pisa terreno propio, y no volvían tan sólo la cabeza cuando yo pasaba alguna vez por su lado.

En tanto, este infeliz tenía que ir haciendo el dominguillo por los corrillos de las damas, preguntando á los jóvenes si se divertían y echando flores á las mamás, algunas de las cuales podían ya por poco servirme de abuelas.

Te digo que aquello era tan enojoso para mí, que mil veces hubiera suprimido los bailes á no ser por Gabriela, que los tenía como artículo de perentoria necesidad.

Ella sí que se divertía. Constantemente estaba rodeada de un sinnúmero de adoradores, y la infame se sonreía al escuchar sus amables ternezas.

Mil veces estuve tentado de emprender á cachetes con aquellos sietemesinos pegajosos; pero siempre me detenía pensando que usaba *frac*, y que con tal prenda, y en un salón de baile, es preciso desprenderse de ciertas preocupaciones que se sienten cuando es uno pobre y tiene corazón.

Una noche en que el salón principal de mi casa estaba cual nunca deslumbrador, albergando ese *todo Madrid* tan zarandeado por los revisteros elegantes, tuve que decir no recuerdo qué cosa á mi mujer, que en aquellos instantes no se encontraba en el baile.

Pregunté á los criados y no supieron contestarme, hasta que por fin me decidí á buscarla yo mismo, encaminándome á su tocador después de recorrer los principales aposentos de la casa.

Abrí la puerta con un llavín que yo poseía, y no pude menos de proferir una blasfemia al ver á mi Gabriela abrazada á un elegante que por entonces era el hombre de moda y el favorito de las damas.

La infame aprovechaba aquellas horas de confusión para avistarse con su amante, pues el resto del día lo pasaba siempre á mi lado.

Al contemplar aquella escena, mi sangre se enardeció; mi carácter, fiero é indomable, rompió las trabas sociales que hacía tiempo le oprimían; y, faltándome armas, agarré con fuerza colosal una pesada silla, y, ciego de furor, púseme á dar golpes á diestro y siniestro.

ESTUDIO, por Emilio Wauters

Después yo no sé ciertamente lo que sucedió.

Sólo recuerdo que al poco rato penetró mucha gente en el tocador, que me arrancaron la silla de las manos, y que aquellos buenos señores se empeñaron en demostrarme que un hombre bien educado ha de reglamentar sus sentimientos y vengarse con todos los requisitos que exige la buena sociedad.

Nombré padrinos, recibí una tarjeta, y el amante de mi mujer se retiró con la cabeza descalabrada.

El escándalo fué completo, y todo el mundo tuvo noticias de mi deshonra, á la que benévolamente adjudicó el nombre de *chistosa aventura*.

La luz del día me sorprendió sentado en mi despacho y con la cabeza apoyada sobre las manos.

Durante las muchas horas que permanecí en tal posición, hice las siguientes reflexiones:

Que la falta de mi mujer era debida al deslumbramiento producido por los esplendores de una esfera á la que no estaba habituada.

Que Gabriela y yo hubiéramos sido más felices siendo menos ricos y ocupando una modesta posición.

Que ella tal vez no hubiera empañado mi honor á ser yo un empleado de poco sueldo, imposibilitado de dar en su casa bailes y *thes dansants*.

Y que, en su consecuencia, la culpa de todo la tenía aquel maldito premio gordo que tanto había trastornado la carrera de mi existencia, y que para poco había venido á servirme, pues por efecto de los bailes y otros caprichos de mi mujer su cantidad estaba bastante mermada.

IV

La mañana era fría y lluviosa.

A pesar de esto, yo me encontraba tras las tapias del cementerio con una pistola en la mano, y teniendo á veinticinco pasos de distancia al amante de mi esposa, armado de igual modo.

Ibamos á saber de parte de quién estaba la razón, y para ello erigíamos en tribunal á un par de pistolas.

¡Famosos jueces!

El duelo, merced á mis instigaciones y á los buenos deseos de algunos amigos, tenía mucho de bestial.

Los primeros disparos debían hacerse á veinticinco pasos de distancia, y después podíamos avanzar hasta agujerearnos el pellejo á quemarropa.

Los padrinos hicieron la señal; y yo, ansioso de dar muerte á mi enemigo, disparé, sin lograr mi objeto.

El elegante permaneció inmóvil, sin que mi bala le causara el menor daño, y luego avanzó hasta ponerme en el pecho el cañón de su pistola.

Yo estaba desarmado, y, como al mismo tiempo veía en el rostro de mi rival señales de hostilidad, no pude menos que sentir miedo.

Mis piernas flaquearon, mi frente se inundó pe sudor, y, considerando que aquello era un asesinato á mansalva, mi instinto se sublevó y me dispuse á arrojarme sobre mi enemigo.

Pero en el mismo instante sonó una espantosa detonación, y sentí mi pecho atravesado por la bala. . . . . .

—¡Alto ahí!—dije cuando mi amigo Jacinto llegó á semejante punto de su narración.—Yo no comulgo con ruedas de molino, y no puedes hacerme creer que es posible se salve un hombre en un lance tal como tú lo describes.

—Aguárdate un poco,—contestó mi amigo,—y te convencerás de la veracidad de mis palabras.

Apenas sonó el tiro y sentí la herida, cuando me encontré en la casa de huéspedes que habito, sentado ante mi humilde mesa.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ya sabes que yo (según decís todos) tengo una imaginación febril, y que de continuo sueño despierto, hasta paseando por las calles. Pues bien: todo lo que te he relatado no era más que un cúmulo de sucesos creados por mi fantasía en un momento. Aquel día era víspera de Nochebuena, ó sea el destinado para contemplar algunas alegrías é infinitas decepciones.

Yo, instigado por mi novia Gabriela (que ya te enseñaré cualquier día), había tomado un décimo de billete con la esperanza de lograr con la lotería el medio de casarme pronto con ella.

¿Querrás creer que cuando mi patrona me dió el suplemento que contenía los primeros números premiados no tuve gran interés en leerlos?

LA AFICIÓN

En aquellos instantes hasta sentía miedo por si me había tocado el premio gordo.

Tal efecto hicieron en mí las fantasías que había producido mi cerebro soñando despierto.

VICENTE BLANCO IBÁÑEZ

LECTURAS

PAUL BOURGET

SU ÚLTIMA NOVELA

Hace tiempo que tengo propósito de escribir algo acerca de este publicista francés, que es uno de los más notables de la generación que llega ahora á la edad de la madurez intelectual, y uno también de los pocos á quien ya la fama distingue entre los muchos que en pasmosa y acaso alarmante concurrencia acuden hoy á luchar por la vida del renombre literario. Pensaba consagrar muchas cuartillas á estudiar el carácter singular de este escritor y sus tendencias; pero por varios motivos reduzco el proyecto, al realizarlo, á pocas é incompletas observaciones. La principal causa por que prescindo de su estudio extenso consiste en que el eminente crítico D. Juan Valera anunciaba, no ha mucho, en uno de sus excelentes artículos de la *Revista de España*, el propósito de dedicar uno de sus trabajos literarios próximos á Paul Bourget. Me halagó que tan perspicuo ingenio hubiera coincidido con este humilde aficionado al detener la atención singularmente, entre los varios escritores franceses de la nueva generación, en el autor de los *Ensayos psicológicos* y el *Cruel enigma*; pero al mismo tiempo pensé que era casi un deber de cortesía, y un buen consejo de la prudencia, esperar á que el maestro hablase, ó, por lo menos, no tratar con mucho detenimiento asunto que él ha de tocar, según promete.

Por otra parte, cuando yo formé tal propósito, Paul Bourget, aunque ya muy apreciado por algunos, no era estimado en todo lo que vale por la generalidad de los críticos y lectores, y

UNA CORNADA (cuadro de Amadeo Morot)

había alguna novedad y cierta conveniencia del arte en propagar sus méritos. Hoy ya no sucede lo mismo: Bourget es uno de los escritores que están *de moda* en París, y puede decirse, por consiguiente, que en todo el mundo literario. Confieso que, para mí, hablar de un Bourget no famoso todavía, cuyos méritos no hubiesen sido objeto de la atención de muchos, hubiera sido más agradable tarea, de mayor incentivo, que hacer coro á los aplausos generales.

Y esto, principalmente, porque hay muchos, entre los que elogian, tal vez ya demasiado, al notable crítico y novelista, que no lo hacen con muy buena intención, sino con la muy dañada de molestar, si tanto pueden, á otros escritores de mucho crédito, cuya gloria pretenden ellos oscurecer con el incienso tributado al *nuevo ídolo* que todavía no ha llegado á crearse las enemistades de la envidia, especie de óxido de que no puede librarse jamás el talento expuesto por largo tiempo al aire libre. El mismo Paul Bourget habla en su última novela, *Mensonges*, principal asunto de este artículo, de varias épocas de la vida literaria, y una de ellas dice que es aquella en que se sale de la oscuridad y se recibe público homenaje de admiración por parte de los que hacen del escritor nuevo y de su fama arma de combate contra la gloria de los autores ya eminentes. No cabe duda, aunque el hecho sea muy triste, que, así como el elector ateniense negaba su voto á Arístides porque ya estaba cansado de su virtud, muchos críticos y lectores se llegan á cansar de los buenos literatos, y votan contra ellos, y hablan de su decadencia á troche y moche, poniendo todos los conatos de su actividad en buscar un hombre nuevo, un ingenio de reciente fuerza, que ofusque al otro y lo relegue al olvido.

Entre los enemigos de Zola, por ejemplo, se nota el prurito de elevar á todas horas, y sin límites, á Guy de Maupassant y á Paul Bourget.

Este, discreto como pocos, y al parecer hombre seriamente moral, toma, ante semejante campaña, una actitud que le honra: ni deja de saborear la gloria con que se le brinda, porque tiene la conciencia de que, por sus propios méritos, la tiene ganada; ni tampoco se deja engañar por la mala intención que quiere, con miras bastardas, colocarle hasta por encima de sus maestros.

No: Bourget no es un maestro todavía; y así lo reconoce él indirectamente en el pasaje de *Mensonges* antes citado, y en otro en que, hablando de su protagonista *de Vinci*, se queja delicada y amargamente de las rivalidades que temen los grandes escritores en el admirador de siempre que ambicionaba, á lo sumo, llevarle el laurel de una primera victoria como homenaje de admiración y cariño al genio, cada vez más venerado.

Sea como quiera, entre los que elogian hoy sin tasa al autor de *Andrés Cornelis* hay muchos que ni son capaces de comprenderle, y no pocos que se equivocan, ó fingen equivocarse, considerándole á mayor altura como novelista que en cuanto crítico, cuando lo cierto es que su personalidad literaria se destaca principalmente con originalidad y fuerza en esa especie de crítica sentimental-filosófica donde se encuentran muchas novedades recónditas y un verdadero encanto.

Yo he conocido á Paul Bourget como crítico antes que como artista. *Cruel enigma*, primera novela suya que leí, entró en mi cerebro cuando ya me habían impresionado vivamente aquellos estudios psicológicos, dedicados á muchas de las más insignes figuras de la literatura francesa de este siglo. Aunque en la novela de Bourget he visto también notas nuevas y una tendencia privilegiada, para mí sumamente simpática, declaro que el primer libro de impresiones de este autor me produjo menos emoción y me sugirió menos ideas que su primer libro de crítico.

LA HIJA DEL COLONO (cuadro de Isabel Gardner

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887

Es claro que digo *primero*, en uno y otro caso, refiriéndome á mis *Lecturas*, no á su producción.

Como en Francia no hay ahora ningún crítico de excepcional valor en materia de literatura *amena*, crítico de actualidades literarias quiero decir, no habría á quien mortificar poniéndole enfrente á Bourget; pero no sucedía esto en la novela: aquí varios autores eminentes podían ver un rival en el *maestro joven*, y por este lado arrimó el hombro la mala intención de muchos escritores. En Francia pasa lo mismo que en España: hay mucha gente de pluma envidiosa, llena de malas pasiones. Esto, que no se echa de ver estudiando aquella literatura á vista de pájaro, se llega á penetrar cuando un día y otro se aplica la atención á la vida de las letras menudas, al camino diario del arte literario en aquel pueblo, que, queramos ó no, tanto nos hace pensar en él á todos. La diferencia está en que allí los malvados de los periódicos tienen ó mucho, ó por lo menos algo, de talento, y los similares de aquí ó tienen poco ó no tienen ninguno. Dejemos esto y volvamos á Bourget.

No es fácil separar en él, ni hay por qué en rigor, el crítico del artista. El mismo habla, en su última novela, de la índole del moderno artista que siempre tiene dentro de sí un crítico, y generalmente la cultura correspondiente á este último. No podría decir semejante cosa de los autores españoles, que generalmente no tienen dentro de sí ni un crítico, ni medio; ni menos podría decirlo de la cultura adecuada que suele faltar entre nosotros, no sólo á los artistas, sino también á los críticos. Pero, en fin, hay mucho de cierto en esta observación si se trata de escritores franceses, ingleses, alemanes, etcétera. Yo me atrevo á añadir que se nota cierta tendencia en apreciar más y más cada vez la crítica y el arte. No sólo es el artista el que va necesitando ser algo crítico: también el crítico tiende á ser algo artista. Ejemplo de esto son, por citar á pocos: en Inglaterra la ya ilustre Vernon Lee (Violeta Paget), crítico eminente y novelista ya notable, gracias á *Miss Brown* (de que hablaré probablemente á los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA); en Italia G. A. Cesáreo, poeta inspiradísimo y crítico distinguido; en Francia *nuestro autor* y Julio Lemaitre, que escribe también de crítica *artísticamente;* y en Portugal un eminente poeta, Anthero de Quental, profundo y elegante crítico.

Y ha de tenerse cuenta que esta inclinación de la crítica actual, que ahora señalo, no necesita mostrarse en versos y novelas ó en dramas (como los del crítico italiano Gubernatis), sino que, sin salir del terreno de la crítica, puede el escritor de este orden, y esto se observa en muchos de estos días, procurar que su obra sea artística, no sólo en la forma, sino por el fondo, por la índole especial del ingenio y de todo el espíritu del crítico mismo. Detengámonos algo más en este punto, que valdrá tanto como estudiar el carácter más importante en el talento de P. Bourget.

(Se continuará)

CLARÍN

LA FELICIDAD (1)

Lector: hé aquí una palabra
que todo el mundo pronuncia,
y á pesar de los pesares,
es su realidad nula.

Por obtenerla los hombres
con vil egoísmo luchan.
¡Pocos son los que la obtienen!
¡De cuántos ella se burla!

Yo la he visto muchas veces
con la cabecita oculta
entre míseros pañales,
en pobrísima casucha,
sin que nadie haya notado
la encantadora figura
de esta diosa codiciada
que el hombre sin cesar busca.

Es tan tímida la pobre,
si se quiere, tan adusta,
que en cuanto la vislumbramos
de domicilio ya muda;
y es el vacío tan grande
que produce con su fuga,
que á llenarlo no bastara
un porvenir de ventura.

Corre, pues, de casa en casa,
sin que el cansancio la aturda:
ya desciende hasta el abismo,
ya se remonta á la altura,
ya se detiene al instante,
ya vertiginosa cruza,
sin hacer caso, impasible,
por entre agitada turba.

(1) De un libro, próximo á publicarse, intitulado *Mis primeros versos*.

Al verla tan inconstante,
tan rígida, taciturna,
me he dirigido mil veces
esta curiosa pregunta:
—¿Qué es la felicidad? ¿Qué es?
¿Es acaso una locura?—
Y he oído una vocecita,
entre argentina y profunda,
que ha proferido á mi oído
esta verdad inconcusa:
—Vecinita soy del Cielo;
mi bien la Verdad Augusta:
he descendido á la tierra
entre el temor y la duda.
Al ver que no me comprenden
en esta región inmunda,
volaré otra vez al Cielo,
mi santa patria y mi cuna.
Allí me encontrará el hombre
que en esta mansión perjura
haya ajustado sus actos
de Dios á la norma justa.—

. . . . . .

Se apagó la vocecita
de aquella divina Musa
que enloquecía mi tímpano
con armónica dulzura.

¡Gran Dios! Ya comprendo,-dije-
porque, errante, vagabunda,
corre así de casa en casa,
sin cobijarse en ninguna:
¡Es que tiene en el Empíreo
su santa patria y su cuna!
Allí la encontrará el hombre
que muera libre de culpa.—

José Galí Bofill

HISTORIAS CALLEJERAS

Con este título acaba de dar á luz el distinguido escritor Sr. Pérez Nieva una preciosa colección de artículos cuyo asunto indica ya su título, creyendo que nuestros lectores leerán con el mayor gusto el siguiente, que hemos escogido al azar, pues todos son igualmente deliciosos:

MEMORIAS DE UN VENCEJO

3 de abril.—Se han aprobado los presupuestos del Sahara: el desierto tiene ya seguros su crédito de secura y su consignación de huracanes; y, sin embargo, no nos vamos. Yo no sé qué diantre hacemos aún en Africa: todo bicho viviente se ha largado en busca de fresco, menos nosotros. Y el sol debe estar furioso por nuestra tardanza en emigrar, porque nos sacude cada rayazo que nos dobla.

7 de abril.—Ayer hemos tenido noticias de España. Ha estado enferma la Primavera con unas nubes malignas que le salieron y que degeneraron en muy pertinaces lluvias; pero ya se encuentra mejor, y pronto se presentará en público. Se preparan grandes fiestas para cuando salga: el tiempo ha mandado retocar el azul del cielo, y toda la tierra se alfombrará, cuando pase la señora, de tapices de musgo bordados con rosas tempranas.

9 de abril.—Más noticias. Todos nuestros vecinos de invierno se alojan ya en sus fincas de verano. Las tórtolas, tan cursis y románticas como siempre, no paran de arrullarse y pitorrearse ternezas; las codornices alborotan con su golpeteo por los sembrados; y las golondrinas, acometidas del hormiguillo de ordinario, no cesan un punto en su vuelo, y todo se les vuelve ir y venir desde la campiña al campanario y desde el campanario á la campiña. ¡Y nosotros aquí, asándonos como unos sosos!...

13 de abril.—Ni el aguzanieves más frío sería capaz de dormir hoy en mi alcoba. ¡Vaya una noche ardiente y vaya un calor que hace en esta grieta del alminar que me sirve de domicilio! Me voy á echar un chillido con mi novia. ¡Si me encontrase al vuelo algún mosquito, se lo llevaría de regalo!...

22 de abril.—Mi última noche de soltero: mañana entregaré mi pata á la venceja que me tiene sorbido el buche. Estoy muy de veras enamorado, bien que ella es una pájara hasta la punta de la pluma, con un diminuto pico y un cuerpo del más hermoso negro pavonado que se ha visto. Chillen lo que quieran los vencejos camastrones, nuestra misión es algo más que la eterna pitanza de insectos.

¡Qué de ilusiones acarician mi corazón en este instante! ¡Ya me veo en nuestra grieta del campanario andaluz, alojado en el vano de una teja, respirando el aire embalsamado de tomillo, y cenándome, á la luz de la luna, en la compaña de mi venceja, la más sabrosa mosca borriquera que picó á jumento nacido! ¡Adiós por ahora, suelo africano de las invernadas y de las noches cálidas, testigo de tantas voladas á los resinosos dragoneros y á los euforbios, parientes de la cicuta!...

25 de abril.—¡Mala mosca le urgue al que no dispuso el viaje días antes con tiempo sereno!... ¡Vaya una noche de novios!... ¡Ni siquiera hemos podido cambiar mi pájara y yo un mal picotazo! ¡Me pesan las alas como si de plomo fueran, y las llevo empapadas hasta no más! ¡Nos ha cogido, al pasar el Estrecho, un chubasco de todos los demonios! ¡Ya hemos visto algún barco, ya, que nos hubiera prestado refugio en el velamen; pero como no podemos abatir el vuelo en cualquier parte, so pena de no levantarnos más!... No he visto nublado más espeso ni cerrazón más negra. Las mangas de viento nos arrastraban mar adentro y nos envolvían en remolinos de aire hasta atontarnos; el aluvión de la lluvia nos cegaba y nos aturdía con un rugir incesante, y hemos tenido que atravesar á tientas las nubes, helándonos los huesos. Ya me venteaba yo algo por las gaviotas. No sé cómo no me he quedado viudo en el lance, porque en lo más recio se sintió acometida de un síncope mi pájara.

4 de mayo.—Vuelvo á reanudar mis apuntes después de unos días de descanso. ¡Qué hermoso despertar el del siguiente á nuestra llegada! Me alojo en el campanario de todos los veranos; y estaba yo lavándom el piqco con rocío, cuando empezó á tocar la esuila eá misa de alba... ¡Chi, chi, chi!... Lancé yo de mi garganta una de chillidos que aturdía; y al oirlos el chico del sacristán, que le daba al bronce, comenzó á gritar á voz en cuello: «¡Padre, ya estamos en Primavera, ya han venido los vencejos!...» Mi pájara engorda que es un gusto, y no somos nosotros los únicos que trasformamos la torre en un idilio, que por abajo, en un cuarto principal, hay un balcón con persiana verde, jaulas con pájaros, macetas, una muchacha guapísima, sobrina del cura, y un mozo que le hace guiños desde la plaza. Por la noche suben hasta nuestra teja susurros de suspiros, palabras de amor, ecos de cantares, acordes de guitarra y olor á rosas. Todo está verde y en flor. ¡Qué delicia de tierra y que luna de miel!

14 de mayo.—Vuelvo á mis memorias, que no puedo seguir con la asiduidad de antes por mis deberes de casado. Mi pájara se encuentra en estado interesante, y, según me aconseja nuestro médico, un gurriato muy listo, es conveniente que la saque á que haga ejercicio y vuele mucho, porque luego no habrá lugar á ello.

30 de mayo.—El sol se ha puesto hoy echando chispas, rayos y truenos; y la luna ha salido llorando y ha entrado en su cuarto convertida en un mar de lágrimas. ¡Valiente tormenta! Gracias á que todavía mi pájara no está para dar á luz, porque, si no, buenas iban á resultar las crías de tristones.

13 de junio.—San Antonio. Empiezan su reinado las azucenas y los mosquitos, de los que nos hemos dado un atracón soberbio. El estado de mi consorte se acentúa. Pronto seré padre.

24 de junio.—San Juan. El campanario ha estado hoy loco: parecía que iba á volar la esquila de tanto darle al badajo: no ha parado en todo el día. Las chicas del pueblo han venido anoche á lavarse á la fuente de la plaza para hermosearse con el agua que el Santo bendice. Hoy ha habido función de iglesia, con misa mayor y órgano, y luego se corrieron novillos, y salió la procesión, y se ha bailado, y ha tocado la charanga del pueblo, y todo se vuelven guitarras y bailoteo y bulla y algazara, y el sol ha tomado también parte, y dicen que dicen que hoy estrenaba los rayos de verano. Por cierto que no creí que pudiera continuar estos apuntes, porque en señal de júbilo andaban los hombres á escopetazos y por poco me alcanza uno.

3 de julio.—¡Chi, chi, chi!... ¡Albricias!... Ya tiene mi especie tres servidores más á quien

EN OCTUBRE (cuadro de Ridgway Knigth).—EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887

ROMEO Y JULIETA (cuadro de Becker)

ULISES BURLANDO Á POLIFEMO (cuadro de W. Turner)

mandar: tres robustos vencejillos que se están todo el día alborotando y con el pico abierto para que les echen alimento. Hemos celebrado el natalicio con un banquete de moscones tan exquisito, que nos ha sabido á poco.

10 de julio.—Estamos en pleno verano. No se oyen otros ecos que canturias de segadores y relinchos de pares. El grano se ha puesto amarillo como el oro. Todo en cielo y tierra es luminoso y caliente; todo respira vigor y vida; la Naturaleza suda riquezas por todos sus poros. Ahora andamos muy en peligro con los chicos, que nos largan cada pedrada... Son unos desagradecidos los hombres, cuando nosotros somos los que velamos por la limpieza del gazpacho comiéndonos las moscas.

16 de julio.—La Virgen del Carmen. Hoy han hecho mis chicos un pinito: han tendido el vuelo y han atrapado por sí solos una mosca. Estoy, pues, tranquilo por su porvenir: no se morirán de hambre.

EN LAS TERRAZAS: ARGEL (cuadro de F. A. Bridgmann)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887

25 de julio.—No hay más remedio que partir: mis chicos son ya unos mocitos y tienen que matricularse en árabe. ¡Abandonar tanta ventura! ¡Cómo ha de ser! Todo por los hijos. Dentro de unos días nos marcharemos: continuaré mis memorias en nuestra costa africana.

El último adiós, pues, á este país, y hasta el verano que viene.

. . . . . .

Y no hasta el estío próximo, sino para siempre, fué este adiós del vencejo de los apuntes. Todos los pájaros se fueron, y él se quedó colgando, sin vida, del anzuelo oculto en una pluma que revolaba al extremo de larga caña erguida sobre el tejado del campanario, y que, puesta allí por los chicos para atraparle, tomó el incauto vencejo por alguna sabrosa mosca.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LA CANCIÓN DEL MARINERO

Nací de las espumadas
azuladas
olas del hirviente mar,
y será mi mayor suerte
si á mi muerte
puedo á su seno tornar.

Sirvióme un bote de cuna,
y una á una
se disputan el mecer
las olas del mar, que suena
en la arena,
la cuna de un pobre ser.

—

Cuando tranquilo gemía,
yo dormía
al son de su murmurar;
y cuando rugía hirviente,
inconsciente
me enseñé en él á rezar.

—

Eran mis juegos, nadando
ir cruzando
la mar en que moriré,
y buscar bajo, en el fondo
negro y hondo,
la piedra que antes tiré.

Las olas fueron amantes
que constantes
me guardan aun puro amor;
siempre fieles, no son ellas
cual las bellas
que nos olvidan mejor.

—

Si borrascas sufrió el alma,
siempre en calma
me ofreció el mar su amistad;
y alzando en mi barca el vuelo,
el consuelo
encontré en su inmensidad.

—

¿Para qué quiero yo hermosos
y lujosos
palacios en que habitar
si mil astros brilladores
sus fulgores
prestan á mi casa el mar?

—

¿Para qué quiero yo el oro
si un tesoro
me ofrece para vivir?
Ni ¿para qué más arrullo
que el murmullo
de las olas al morir?

¿Por qué de gloria el anhelo
si hasta el cielo
me eleva en el temporal?
Ni ¿quién me da en muerte asilo
tan tranquilo
cual sus bancos de coral?

—

Nací de las espumadas
azuladas
olas del hirviente mar,
y será mi mayor suerte
si á mi muerte
puedo á su seno tornar.

F. MARTÍNEZ OROZCO

AL DESPEDIRLA

Si allá donde te lleve tu destino
vives tranquila plácida y feliz;
si amas y te aman como tú mereces...
¡olvídate de mí!

—

Si el pesar ó la duda te atormentan
y tus flores marchitas ves morir;
si vuelves al pasado la memoria...
¡acuérdate de mí!

MANUEL DEL PALACIO

NUESTROS GRABADOS

LOS PINTORES NORTEAMERICANOS EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS DE 1887

(Walter Gay, Sprague-Pearce, Ridgway-Knigth, Isabel Gardner, F. Bridgmann)

Todos estos pintores han representado estimable papel en el *Salón* del corriente año, no distinguiéndose gran cosa de los artistas parisienses.

La señorita Gardner, en su *Fille du fermier*, ha demostrado saber imitar magistralmente á Bouguereau y Jules Lefebvre, grandes dibujantes, aunque las malas lenguas les califican de un tantico amanerados. Sin embargo, venga siempre de ahí.

Ridgway-Knigth, autor de *En octubre*, presenta con este cuadro un certificado de ser aprovechado discípulo del realista Lhermitte y de M. Jules Breton, con algún más sentimiento del que suelen gastar estos dos autores.

La *Santa Genoveva* de Sprague-Pearce manifiesta en su concepción y ejecución que se trata de un émulo de Bastien Lepage, autor de cierta *Juana de Arco* sumamente parecida. Verdad es que hubiera podido el joven pintor yankee enamorarse de otro modelo algo peor.

Bridgmann, siempre correcto, y con frecuencia convencional, se acuerda también, como siempre, más de lo que debiera, de Gerôme en su *fase* oriental.

Delaroche aparece redivivo en la persona de Walter Gay autor de *Una audiencia de Richelieu*.

Por manera que, en tratándose de la mayoría de los pintores norteamericanos, bien puede decirse que son unos cuantos pintores franceses más.

OBRAS DE EMILIO WAUTERS

Treinta y dos años contaba solamente el insigne pintor bruselés cuando dió á conocer su *María de Borgoña ante los burgomaestres de Gante*, que le dió universal renombre. Siete años han pasado desde entonces, y no ha trascurrido casi ninguno de ellos sin que una nueva obra, celebrada con entusiasmo, haya venido á acrecentar su fama. Por lo tanto, no está tan perdida como quieren decir algunos la *pintura de historia*, que es el género que con preferencia cultiva Emilio Wauters. Retirado Gallait (recientemente fallecido) de la vida activa, quedó Wauters reconocido como jefe de la moderna escuela flamenca, tanto por la habilidad de su *técnica* como por la elevación de sus creaciones.

Nacido en 1848, dió desde joven, nuestro autor, señaladas muestras de su pasión por el arte, en virtud de lo cual entró en el taller de Portaels, que dejó luego para trasladarse á París, donde recibió las lecciones de Gerôme. *La batalla de Hastings*, que pintó entonces, hizo concebir sobre él las más lisonjeras esperanzas.

En 1868 hizo un viaje á Italia en compañía de M. Godecharle, hijo del famoso escultor, de cuya época data *La nave*

mayor de San Marcos de Venecia, que se apresuró á adquirir el rey de los belgas, si bien no se concedió al autor la primera medalla, como todos creían. El ministro trató de indemnizar á Wauters encargándole un viaje á Oriente.

El cuadro de *María de Borgoña implorando de los burgomaestres de Gante el perdón de Hugonet y Humbercourt,* presentado en la Exposición de Bruselas de 1870, hizo furor, lo mismo allí que en Londres, donde figuró después, siendo considerado como la obra más importante de la escuela belga. Adquirióla el soberano de este país para el Museo de Lieja, donde figura. Vino después (1872) *La locura de Hugo van der Goes,* conocido ya de los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA, y causó profunda sensación. Otorgóse al autor medalla de oro, juntamente con la gran cruz de la orden de Leopoldo, y el Estado se apresuró á adquirir el cuadro. El Ayuntamiento de Bruselas le encargó el decorado de la escalera de los Leones del *Hotel de Ville,* para la cual pintó, al fresco, dos grandes cuadros históricos, y puede decirse que desde entonces han llovido sobre Wauters las mayores y más pingües distinciones. En 1875 obtuvo segunda medalla en el *Salón* de París, y en la Exposición Internacional de 1878 le concedió el jurado francés medalla de honor, recibiendo al poco tiempo la credencial de caballero de la Legión... del mismo nombre. ¿Qué más? Nombróle correspondiente suyo la Real Academia de Bellas Artes de Madrid, honor digno siempre de estimarse, dada la formalidad que preside constantemente en los actos de la antigua Academia de San Fernando.

Al año siguiente alcanzaba Wauters, en la Exposición Internacional de Munich, medalla de honor por algunos retratos de cuerpo entero, y en 1880 recibía en Bruselas la visita de Munkaczy, que «iba á tributar homenaje al genio del joven artista.» En 1883 obtiene medalla de honor en el *Salón* de Berlín.

Como dato curioso para apreciar la tela que gasta Wauters en sus cuadros, cosa que tanto asusta á algunos, diremos que se admira en Bruselas un *Cairo y las orillas del Nilo* (pintado en vista de los estudios, bocetos, apuntes, tablillas, etc., que hizo en su viaje de 1868), que mide 380 pies de largo por 49 de alto. Esta vasta obra fué expuesta también en Viena, Munich y La Haya, siendo la admiración de todos.

Wauters admira, sobre todos los pintores, á Velázquez, en cuya compañía coloca en seguida á Van Dyck y Franz Hals: esta es su trinidad artística. Con todo, sus preferencias están por España, que conoce y admira como pocos. En sus excursiones ha llegado hasta Marruecos, y de sus estudios allí pueden verse en este número dos preciosos apuntes.

La rapidez con que Wauters pinta sus obras es extraordinaria, bastándole pocos minutos para hacer un retrato al lápiz, como sucede con los *árabes* que acompañamos, cuya facilidad no obsta para que jamás proceda á comenzar una obra sin tener hechos los bocetos de todo lo que debe entrar en ella.

Tal es, á grandes rasgos, la biografía del famoso y afortunado pintor belga.

NUMISMÁTICA INGLESA

Con ocasión de haberse decretado en la Gran Bretaña una nueva acuñación de monedas, á propósito del jubileo de la reina Victoria, y de no brillar precisamente por su originalidad, andan harto disgustados los numismáticos ingleses, *laudatores temporis acti* en materia de la estética de la pecunia. De ahí que hayan puesto á contribución los monetarios, entusiasmándose con los antiguos cuños y entregándolos á la comparación del público. Como es materia muy interesante eso de los ochavos, diremos algunas palabras sobre las monedas que aparecen hoy en blanco y negro en estas páginas.

El *penique* de Geolnoth es del tiempo de los sajones, y se llama así del nombre de un arzobispo de Canterbury. Presenta muchas reminiscencias bizantinas, y la inscripción está vigorosamente grabada.

El *groat* (valor 4 peniques) de Eduardo I es de estilo gótico.

En el *gros* de Enrique V, en vez de aparecer en el reverso la cruz y la corona, está reemplazada ésta por flores de lis. En las monedas de Enrique VII aparecen leopardos alternando con flores de lis. En las *medias coronas* de Cromwell se ven cruces de San Andrés y San Jorge mezcladas con las barras puritanas.

En la restauración de los Estuardos las *coronas* aparecen llenas de emblemas reales y monogramas monárquicos. (C. S.) Han servido de tipo para el *nuevo florín doble.* El *real* de Jacobo VI estuvo en uso en la América inglesa.

Al advenimiento de Guillermo III suprímense las iniciales del monarca para dar lugar á las flores de lis, que en tiempo de la reina Ana alternaron con las rosas.

Es notable el *soberano* de Carlos II por reemplazarse en él los caracteres góticos con los caracteres romanos. El *gros* de Burdeos, de Eduardo I y Enrique V, han servido, en el concepto heráldico, de modelo para la acuñación de las nuevas piezas de á 2 florines.

Los aficionados á la *ciencia* heráldica podrán deleitarse estudiando por su parte la rosa de los Tudors. *(Soberano, noble y groat de Enrique VII.)*

Los dobles florines de nuevo cuño son imitaciones, en cuanto al reverso, de las medias coronas de Jorge III, mientras que las medias coronas estan inspiradas en el dollar del mismo reinado, que ostenta el collar de la orden de San Jorge. En las dobles guineas nuevas figura en el reverso San Jorge matando el dragón. Algo simplificado, sirve el mismo modelo de reverso á los nuevos chelines.

Los cuños de Enrique VIII eran admirables (véase el *noble),* y lo mismo los de Eduardo VI, María é Isabel, decayendo en tiempo de Jacobo I.

Finalmente, y para que haya para todos los gustos, puede el lector comparar las *facies* de cuatro reinas, Ana, Isabel, María y Victoria, á ver cuál le parece mejor, aunque los ingleses cuidan de gritar que ninguna como la de su actual graciosa soberana.

En suma, que los ingleses, gran gente para recoger monedas, no han sabido inventar nada nuevo para las que acuñan ahora, debiéndose contentar, como dicen ellos, con *new coins for old* (cuños nuevos para cosas viejas).

LA AFICIÓN

Ese mocito promete arrinconar en breve la escoba del barrendero para lanzarse a otro género de ocupaciones más apropiado a sus gustos. Bien se echa de ver que no ha nacido para figurar como plaza subalterna en el ramo de la edilidad; pues quien tan aplicado se muestra que aprovecha el menor rato de descanso para no olvidar las lecciones de escritura aprendidas en la escuela municipal, da señales de albergar aspiraciones que no siempre se ven, por fortuna, defraudadas.

UNA CORNADA

Cuadro de Amadeo Morot

Es este pintor uno de los más notables de Francia por su maestría en materia de caballos. Testigo de ello es *La batalla de Reischoffen,* expuesta en el último *Salón,* verdadero alarde de escorzos y toda clase de diabluras caballísticas.

Esta vez se ha dignado Morot ocuparse en un asunto español, agradable pretexto para hacer algunas variaciones sobre su tema favorito. Su cuadro corre parejas, en punto á color local, con tantas otras obras francesas referentes á España; pero, de todos modos, sólo merece elogios por la valentía de escorzo de la *media peseta,* mucho más acertada que no la del bravo jarameño.

Morot es un pintor que cuando menos tiene el don de la originalidad. Su *Cornada* es un bonito cuadro filosófico de costumbres españolas, viéndose confundidos en un solo sentimiento al viejo, la chula, la niña de corto, el rata, la flamenca, el diputado y hasta el francés, bien caracterizado por su monóculo.

ROMEO Y JULIETA

Cuadro de Becker

Nunca se cansará el arte de inspirarse en las obras del gran William, y especialmente en *Romeo,* para producir obras y más obras llenas de sentimiento. La música, la pintura, la escultura, acuden á la inmortal creación shakespeariana en busca de bellezas ya conocidas, que no hay más que comentar según la genial disposición de cada artista.

ULISES BURLANDO Á POLIFEMO

Cuadro de William Turner

De regreso Ulises a su reino de Itaca, sufrió, como es sabido, mil penalidades, que cuenta el buen Homero en su *Odisea,* más interesante, sin duda, que la *Ilíada,* ya que no pueda compararsele en su blimidad y belleza.

Una de las aventuras más memorables fué la de Polifemo. Arrojado por una tempestad á la isla de Sicilia, donde aquel cíclope, hijo de Neptuno, tenía su morada en lóbrega caverna, quedó Ulises prisionero del gigantazo, en compañía de sus infortunados compañeros. El monstruo (que, repetimos, tenía un solo ojo), se alimentaba únicamente de carne humana. Preguntóle Polifemo á Ulises por su nombre, y el prudente padre de Telémaco respondió que se llamaba *Nadie.* Estaba entonces el gigante haciendo la digestión de un gran banquete de bípedos implumes, y se durmió: tanto sería el exceso de comida. Ulises, entonces, ¿qué hace? Va y le saca el ojo único que tenía, metiéndole un tizón. Cualquiera puede figurarse los tremendos berridos que daría Polifemo al verse ciego. Acudieron los demás de la «oficina» (término clásico); y como al preguntarle que quién le había herido respondiese *¡Nadie!,* tuviéronle por *guillao.* Polifemo, furioso, juró que no por eso dejarían de pagársela, y, cogiendo un enorme peñasco, colocóse á la boca de la caverna donde tenía guardados los prisioneros y el ganado, la cual boca estaba dispuesta de manera que las reses sólo podían salir de una en una, y tenían que pasar precisamente por entre sus piernas. Ulises, sin embargo, que era hombre de mucho *pesquis,* ordenó que los cautivos se colocasen bajo el vientre de las bestias, y así lograron escapar, dejando á Polifemo con un ojo menos y un palmo de narices más.

Tal es el asunto en que se inspiró William Turner (1775-1851) para pintar el magnífico cuadro que reproducimos hoy en nuestras páginas, y respecto al cual es poca toda ponderación.

PAISAJE (dibujo de Speed)

PAISAJE

Dibujo de Speed

Es esta una *ilustración* admirable, de un sentimiento naturalista tan profundo, que no parece sino que está inspirada en el culto á la madre tierra. La humedad del agua y de la vegetación se hace como palpable; todo respira solemne calma, soledad, aislamiento; cielo y suelo se unen en un mismo tono desoladamente bello; los pinos melancólicos parecen entenderse con los devastados abedules, mientras las arenosas colinas aspiran con delicia las emanaciones de la laguna.

ISLA DE LOS MERGOS, EN LA COSTA DE GALES

Está situada al este de la isla de Anglesey, que forma por sí sola un condado. Es muy reducida, y apenas contiene habitantes desde que cesó el contrabando, campando allí, en cambio, por sus respetos, las ratas, conejos y demás gente amiga de la tranquilidad.

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA ÁRABE

ORIGINAL DE

Juan García-Goyena Alzugaray

(CONCLUSION)

Los dos más famosos médicos de Granada observan su semblante, mandándole tisanas de virtuosas yerbas.

El cadí de la mezquita lee en voz alta una página del Corán, en la que imprimió el profeta los premios celestiales reservados al creyente. El emir, como abismado en la sagrada lectura, parece meditar; pero á intervalos, y como si sus ideas tuvieran otra causa, levanta débilmente la cabeza y pregunta:

—No ha vuelto todavía?

Un signo negativo es la contestación de Aixa, y el emir vuelve de nuevo á entornar los párpados.

Así pasa una hora sin que interrumpa el silencio de la estancia otro ruido que el de la agitada respiración de Alhamar y los suspiros de sus angustiados vasallos. De pronto sordo rumor de voces se escucha en la inmediata sala. Vuelve á abrir los ojos el enfermo y dice á Aixa:

—¿Qué es eso?

Corre ésta á enterarse, y al volver exclama:

—Es Sobeya, que, desencajada y loca, quiere llegar á ti.

—Que pase, que pase,—murmura Alhamar con temblroso acento.

Pocos instantes después está Sobeya junto al moribundo; pero no es la Sobeya de lánguidas pupilas y cabello de ébano. Sus largas trenzas se han tornado blancas, y sus dulces ojos brillantes y extraviados. Profundo estremecimiento recorre el cuerpo de Alhamar.

¿Qué es eso, Sobeya? ¿En dos lunas puede efectuarse esa trasformación?

Pero ¡ay!, que al decir esto se contempla asimismo pronto á atravesar el puente de Al Ssirat, ese misterioso puente tan ancho para el bueno como estrecho para el malo, y murmura tristemente:

—¡Ah, sí! ¡Yo también me he trasformado! Y Azhuna,—sigue, dirigiéndose á Sobeya,—¿dónde está? ¿Qué ha sido de él? Yo creí verle una noche en que, al fulgor de los luceros, brilló una hoguera roja en uno de los picos de la Sierra de Nieve. A los destellos de la lumbre me pareció ver flotar su albornoz blanco, casi confundido con los copos de la sierra.

Una estridente carcajada es toda la respuesta de la desdichada loca, que le alarga un papel que oprime entre sus dedos. Lo coge Alhamar, y con ardiente mano lo desdobla. Un grito de admiración se escapa de sus labios. Todos se aproximan, y el emir les dice:

—Miradlo, miradlo: sólo Azhuna puede haber hecho este dibujo. *Alcázar de las perlas* dice encima, y debajo se destacan las habitaciones que han de terminar este edificio. Es una aglomeración de nubes sobre espumas de mares; es una lluvia de estrellas sobre un lecho de flores. Este es el paraíso del profeta. ¡Oh! Ni él ni yo lo veremos. El extravío de esa mujer nos anuncia su fin: debía haberlo adivinado al ver que el mío se aproxima. Otros levantarán el alcázar maravilloso sobre estos dibujos: será espléndido, grandioso; pero no como latía en el cerebro de mi artista, porque él era el genio de la Alhambra. He visto su obra, y puedo morir tranquilo. La voluntad de Alá nos unió en la tierra, y ella nos ofrece un mismo sitio en el paraíso. ¡Oh, mi Granada! Alhamar y Azhuna te hicieron grande: pide á Alá que recoja sus espíritus.

El emir espira. Todos los presentes se arrojan sollozando sobre su cuerpo, mientras Sobeya, lanzando horribles carcajadas, huye del palacio, y entre los bosques de álamos que rodean á la Alhambra se escucha su dulce voz que grita: —¡Espera! ¡Espera!

ISLA DE LOS MERGOS EN LA COSTA DE GALES

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

Pídase

El *MAGNIFICO ALBUM ILUSTRADO* redactado en Español ó en Francès, encerrando *554 grabados* inéditos de Vestidos, Confecciones, Artículos para Señoras, Trajes para Caballeros y Niños eta, como tambien la nomenclatura de todos los tejidos de Sederias, Lanerias, Indianas, Pañerias, Telas de hilo, eta, eta; que

Acaba de salir á luz

Y que remitimos *GRATIS Y FRANCO* á quien nos la pida en carta franqueada dirijida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
á Paris

Se envian igualmente gratis, las muestras de todos los tejidos de componen los inmensos surtidos del PRINTEMPS (Especificarnos bien las clases y precios).

Casas de reexpedicion en **IRUN** (España) y **HENDAYA** (Francia).

Todo pedido, cuyo valor llegue á 50 pesetas, es expedido *libre de portes* contra desembolso, ó sea á pagar al recibir la mercancía, á cualquier estacion del Ferro-Carril, mediante un recargo de 5 0/0 sobre el total de la factura ó **libre de portes y de derechos de aduana** mediante el de 25 0/0.

Nuestras Casas de reexpedicion de Irun y Hendaya están especialmente encargadas de las formalidades de la Aduana y de la reexpedicion de los bultos, que llegan siempre al punto de destino sin necesidad de que nuestros parroquianos se cuiden de nada.

LOS GRANDES ALMACENES DEL **PRIMTEMPS** DE PARIS

NO TIENEN SUCURSALES

ni en Francia, ni en España

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca ,10 ,2.°

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. — BARCELONA

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 24 de diciembre de 1887 | Núm. 260

MARÍA DE BORGOÑA JURANDO RESPETAR LOS DERECHOS DEL COMÚN DE BRUSELAS

(cuadro de Emilio Wauters).

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima*, por Fernanflor.—*Exposición universal de Cádiz*, por Patrocinio de Biedma.—*Soliloquios humanos*, por Antonia Opesso.—*Madrid*, poesía, por J. F. Samaritu y Aguirre.—*Pobre niño!* poesía, por Tomás Camacho.—*Nubes*, poesía, por B. Morales San Martín.—*Dejadme*, poesía, por A. Schandler.—*El pintoresco á la estereoscopia*, por C. González Serrano.—*Noticias científicas*.—*Episodios de la guerra de la Independencia*, por Angel Coello de Torres.

GRABADOS.—María de Borgoña jurando respetar los derechos del concejo de Bruselas.—M. Sadi Carnot, actual presidente de la república francesa.—Vidrieras del siglo XVI.—Los dramas de Shakespeare.—*Palacio de Mecklenburgo (Londres)*.—El estudio.—El ayudante general.—Grupo de estudiantes.—Fresnadas canciones especiales.—Thackeray.—Lady Sandwich.—Curso de pedagogía.—La lección del perro.—Flores dedicadas á la diosa Flora.—Acuarelas del Dart.—Comentarios.—Las cuevas de Tenby (País de Gales).

MADRID

Cartas á mi prima

Terminan las sesiones de la Liga. Moyano. El general San Román.—Las vacaciones. La bruja.—En las ventas del Espíritu Santo.—En la cárcel modelo.—51,000 duros de limosna.—Los banquetes.

QUERIDA Carmen: Han terminado las sesiones de la Liga Agraria, y puedes decir á tu señor padre, que tanto interés demuestra por ellas, que podían haber terminado mejor... Vinieron los mártires y los víctimas de la agricultura con el propósito de enseñar á los madrileños cómo se aprovecha el tiempo, sin entregarse á las disquisiciones impertinentes y á los arrebatos clamorosos de los oradores del Ateneo y de las Cámaras... Así es que empezaron por fijar en diez minutos la máxima duración de los discursos. Pues bien, muchos oradores, si el presidente no les cierra la boca con la mano, están perorando todavía.

Abuso, en verdad, disculpable; porque labrador hay que se ha pasado toda su vida lamentando los errores ajenos y condoliéndose de no poder esclarecer los temas agrícolas en cualquier congreso... y al encontrarse, inopinadamente, con una tribuna para declarar sus pensamientos, no encuentra modo de callarse sin haber vaciado el saco por completo. En resumen, todos piden lo mismo: que el Estado haga economías y que les ayude. El presupuesto se ha venido abajo, y por añadidura se necesita dar á la agricultura más dinero. Excusado es decirte que el mucho pedir excusa el dar, y que el Gobierno se considera dichoso de que le pidan demasiado... Sin embargo, es lo cierto que todas las provincias han enviado numerosa representación y unido sus ayes en una protesta desordenada, pero inmensa; y algo habrá que hacer y algo se hará...

Resumió el debate, por aclamación universal, el Sr. Moyano, aquel famoso reaccionario de áspera corteza y excelente fondo á quien ha dado simpatías generales la terquedad política, que no me atrevo á decir consecuencia. Es una especie de Ruiz Zorrilla del moderantismo; y como no se ha retirado, sino que lo han retirado de la escena sus amigos, es el más respetable de nuestros fósiles. Y de aquí puede observarse que el mercantilismo de los políticos ha llegado á tal punto, que basta que cualquiera de ellos tenga dignidad para que le sean perdonados sus errores, para que se le deifique. El Sr. Moyano representa por sus ideas un pasado funesto: es más popular, no obstante, que la mayoría de los demócratas. La cualidad más rara entre nuestros hombres políticos es el carácter. La síntesis de su discurso fué que ningún país debe gastar más dinero del que tiene: reflexión extensiva, como comprenderás, á los simples particulares.

En la víspera misma de ir á pronunciar un discurso, cuando se consideraba lleno de vida y más necesitaba de ella, ha muerto una de las figuras distinguidas de nuestra sociedad: el teniente general D. Eduardo Fernández San Román, á quien supongo conocías de vista. Pertenecía á cierta clase militar que podríamos llamar generales *civiles*. En sus primeros años, cuando fué subalterno, se batió bien, como todos los oficiales que tienen pundonor; pero su educación, sus gustos, las condiciones de su agradabilísima figura, su don de gentes, sus aficiones literarias, le llamaron luego al mundo de la conversación, de los galanteos, del arte y de la política. Su carrera fué muy rápida: á los treinta y cinco años era general. Se afilió al partido moderado; estudió las necesidades del ejército, su organización, su historia, y le consagró brillantes páginas. Si los generales de foscos bigotes y de empolvado uniforme veían con entrecejo sus rápidos progresos, no por eso dejaban de reconocer, en aquel atildado y exquisito burócrata, gran instrucción, gran talento, amor á la tropa y constante propósito de su engrandecimiento. Ha sido director de infantería; ha desempeñado varias capitanías generales; no quiso reconocer á don Amadeo; creció grandemente en honores cuando la restauración; viejísimo como era, daba idea de haber sido galán y galante en su juventud; escribía libros y los poseía de raro valor y mérito; poseía también inapreciables autógrafos... No deja ningún vacío en la política: uno sí en la literatura militar. Yo le traté algo en casa de María Buschental, centro de la sociedad antigua, presente y venidera, no pudiendo resistirme á la simpatía de su ingenio suave, su cultísimo lenguaje y su distinción suprema.

El general ha legado á la Academia de la Lengua un autógrafo de Cervantes: una carta dirigida por el autor del Quijote al conde de Lemos dándole gracias por una limosna. A la Academia de la Historia le deja un autógrafo de Cristóbal Colón. ¡Colón y Cervantes! ¡Dos desgraciados para la vida: dos venturosos después de la muerte!

Ha empezado el fin de año, y todos nos preocupamos de trabajar lo menos posible, porque la tradición nos dice que en esta época tenemos derecho á descansar. De esta opinión son, especialmente, los diputados y los estudiantes. Y por cierto que unos y otros harían necesarias profundas reformas en el Parlamento y en las universidades, si aquí se investigase el espíritu de las cosas en vez de seguir la rutina. Ni los diputados ni los estudiantes me parecen muy necesarios. Los primeros debían tener el derecho de votar desde sus casas sin asistir á las discusiones; y los segundos pudieran muy bien excusar su asistencia á las cátedras y quedarse en sus pueblos, contestando desde allí, por telégrafo, á las preguntas de los examinadores. Ni hay universidades ni hay parlamentos, en realidad: sólo hay los sitios en que debiera haberlos.

Ciertamente que es lo más cruel del mundo traerse aquí con falsas promesas de ilustración á la juventud de las provincias para que ella no estudie más que la esgrima del paraguas en compañía de las modistas, y la del taco del billar al juego de la treinta y una y de carambolas. Los muchachos, sin duda, quedan muy agradecidos á la institución, como que, gracias á ella, conocen la corte y todos sus agradables peligros; mas las familias, que desde los pueblos les envían el dinero recogido con tantos afanes, no es de suponer queden satisfechas. En fin: ¿qué no vale la ilusión del labrador que envía su hijo á que busque en los libros la riqueza que él ha sabido procurarse sin ellos? En la discusión de la Asamblea de la Liga, se ha dicho mucho bueno, sin duda; pero no se ha dicho que el atraso de la agricultura se debe en parte á que los mismos labradores la niegan á sus hijos: el hijo del cosechero viene á estudiar medicina, y el del labrador á estudiar derecho.

Los estudiantes se niegan á entrar en clase, y los profesores, sólo por el buen parecer, no les dan la razón, pues saben que explicarles en diciembre es explicación perdida... Ni ¿á qué estudiar tampoco? Luego en quince días se puede ganar el curso. Yo recuerdo mis buenos tiempos de estudiante y las angustias que pasé cuando fuí á examinarme de matemáticas: tenía yo la convicción de que no sabía ni dividir decimales, y el tribunal me dirigió preguntas caprichosas que hubiesen hecho palidecer al mismo Arquímedes. Hube entonces de disculparme de contestar, manifestando que la majestad del tribunal me imponía. Salí afligido por mi desgracia; pero el bedel me dijo luego:—¡Está V. *aprobado!*—¡El tribunal premiaba mi timidez y mi modestia!

Se ha estrenado, en el Teatro de la Zarzuela, una en tres actos, letra de Ramos Carrión, música de Chapí, la cual venía anunciada como un acontecimiento literario y musical. En realidad, despojada de sus pretensiones, es una zarzuela de gracioso que hace reir al *buen pueblo*. El señor Chapí ha querido manifestar sus condiciones de compositor serio; ofrecernos un argumento más en favor de la ópera española.

Pasemos de la ficción á la realidad nuevamente. Anteayer, en uno de los merenderos de las ventas del Espíritu Santo, se verificó un doble suicidio. Cierto joven acababa de caer soldado, y se lo había manifestado á su novia, diciéndole que debían separarse y que dudaba él de que fuese constante á su amor mientras él estuviese en el servicio. Tanta fué su insistencia en la duda, que su novia le propuso que se mataran los dos. Él llevaba una pistola de dos cañones en el bolsillo: disparó un tiro en la sien á su novia, y luego volvió la pistola contra su pecho. La muchacha quedó muerta, y él gravísimamente herido. Podrán los varones cristianos y de ánimo entero encontrar risible este suicidio, diciendo que no es valor sino simpleza matarse de tal modo; pero ello es que la generalidad de las gentes leen con profunda emoción estas historias. Es humanitario, sin duda, combatir el suicidio con el ridículo; pero los sentimientos se imponen siempre, y aparecerá divinizado siempre para la multitud quien se quita la vida por amor, quien la pierde por el honor, por la gloria, por la patria y por otros ideales que, como ideales, no son, si se analizan, más que ilusiones. La pasión no se combate con palabras, ni gacetillas duras, que ni siente siquiera quien las escribe: á la pasión se le deja libre el camino como á la locura; sin elogio, pero con piedad y lágrimas. Los que han amado alguna vez, han entrevisto la posibilidad del crimen y del suicidio: el amor va seguido de todos los bienes y de todos los males. La figura del quinto no es simpática en este suceso; pero lo es y lo será siempre la de ella, que prefiere morir á vivir sospechada. Yo no sé por qué hemos de reirnos en la realidad de lo que tan furiosamente aplaudimos en el teatro. Por lo demás, no creo que esta pareja tenga muchos imitadores: estas *simplezas* salen muy caras. Así, pues, ya que no arrojemos flores sobre estos cadáveres, cubrámoslos con un paño negro en señal de respeto.

Otra noticia que parece arrancada al repertorio de las novelas de folletín. Parece imposible que un preso de la cárcel modelo intente escapar si no por medio del soborno: tal es la cárcel y de tal modo se encuentra guardado. Pues no señor: uno de ellos ha estado para realizar su intento. Había empezado por separar algunos ladrillos de la ventana con objeto de separar fácilmente los hierros. Del esterillo colocado bajo el colchón había tejido una cuerda de 10 metros; del palanganero había hecho un gancho, y de los alambres de los timbres y madera de las rinconeras otros útiles para escalar los muros de los patios. Fué sorprendido momentos antes de la fuga. Un pensamiento constante y todas las facultades del alma y del cuerpo consagrados á realizarlo pueden mucho; y, después de todo, se ve que los reclusos necesitan dedicarse á cualquier cosa en su soledad. Algunos se entretienen en contar el número de sus pasos en continuo ir y venir; otros cazan arañas y las domestican; otros ilustran ratones y conejos; algunos se dedican á trabajos tan complicados como inútiles. ¿No es, por lo tanto, más práctico que in-

viertan ese tiempo, esa paciencia, en prepararse lo que más ansían, la libertad?

En la Carrera de San Jerónimo, delante de la casa de la marquesa de Miraflores, suele haber gran número de carruajes, á ciertas horas, que indican se reune allí la sociedad. En efecto: allí se han reunido muchas damas para tratar de asuntos referentes á la peregrinación á Roma. Dichas señoras han reunido 51,000 duros y se los han enviado al papa. El papa es, por su ministerio, el rey de los pobres. Es una limosna digna de un rey.

Se abusa de los banquetes: detrás del celebrado en honor de Villodas viene el de Luna, cuyo cuadro del Senado, *La batalla de Lepanto*, pasa desapercibido. A todo éxito, ya merecido, ya no logrado, le sigue un reclamo de cierto número de cubiertos.

Bien es cierto que estos reclamos son el bello ideal del género; pues son agradables, útiles, ruidosos y los impone á la modestia de un autor el entusiasmo de los amigos.

Tuyo,

FERNANFLOR

Con feliz éxito se verificó el 5 del corriente la botadura al agua de la cañonera construída en el arsenal civil del Sr. Wolgemuth, cuyo establecimiento hace ciertamente honor á Barcelona.

Dicha cañonera mide 24 metros de eslora en la flotación, 3'90 manga fuera cuadernas y 2'10 puntal. El casco está enteramente construído de plancha de acero Martín Siemens galvanizada; dividida en cinco compartimentos estancos; lleva doble fondo celular y pañol de municiones con cubierta metálica estanca. Llevará una máquina de triple expansión, la primera de este sistema construída en España, de la fuerza de 350 caballos indicados.

La caldera es de tipo locomotora modificado por la casa Wolgemuth, con regreso de llama y aparato tubular calentador de agua de alimentación. Está construída con plancha de acero; lleva tubos de latón y ha sido ensayada á 18 atmósferas, debiendo trabajar á la presión de 10'5. El andar de la cañonera, según contrato, será de 13 1/2 millas con tiro forzado, que se obtiene por medio de un poderoso ventilador.

Este buque montará un cañón de acero de 9 centímetros y llevará veinte hombres de tripulación.

Felicitamos al ingeniero Sr. Wolgemuth, que ha acreditado una vez más la importancia de su establecimiento, del cual han salido ya importantísimas obras.

M. SADI-CARNOT

ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

(Según fotografía de M. P. Anthony et Compagnie de París)

EXPOSICIÓN MARÍTIMA NACIONAL DE CÁDIZ

Los siete pabellones radiales que avanzan hacia el mar en forma de barcos enclavados en la orilla, y cuya disposición nuestros lectores recordarán sin duda (pues LA ILUSTRACION tuvo la atención de ofrecerles grabado, en el centro de uno de mis artículos, del plano de desplazamiento que, para mayor comprensión de mis indicaciones, remití á su ilustrado editor), puede decirse que son los que constituyen en realidad la Exposición Marítima, pues en su mayoría están destinados á la marina y objetos que con el mar se relacionan.

El armazón de estos pabellones es de hierro; y aunque su forma no revela diferencias esenciales en el sistema, al cual se ajusta todo el plan de construcción, tienen de novedad la pequeña península saliente al mar, á la cual da acceso la puerta con que termina el pabellón, abierta hacia el pequeño mirador que imita, á lo lejos y sin detalles, la proa de un barco.

Nada hay que decir de su decorado. Estos pabellones no tienen otro que las instalaciones en ellos colocadas: la misma ligereza de materiales, idéntica soltura de líneas, iguales recursos de construcción forman todos los edificios que venimos describiendo.

La unidad del proyecto no permite la variedad en los detalles, y excepto la mayor ó menor elegancia del adorno, según el destino que se haya dado al local, no cambia en ninguno de ellos el sistema gracioso, libre, adecuado y ligero, que tanto puede recordar el género arábigo en sus esbeltas pilastras, calados frisos y airosas cúpulas, como reflejar la fantasía de nuestra época, en que, sin someterse á un género, toma lo más bello de cada uno para satisfacer su caprichoso afán de innovaciones.

Bueno es consignar, para significar el triunfo de la voluntad sobre la Naturaleza, que el terreno en que asientan estos pabellones sus fuertes cimientos ha sido robado al mar, así como la bella plaza de la Marina, que les sirve de vestíbulo.

El largo de estos pabellones es de 30 metros, 10 de ancho y 11 de alto.

El primero de estos pabellones está dedicado á la exposición de los objetos que la humanitaria Sociedad de Salvamento de Naufragio acumula para llevar á cabo, en un caso dado, su humanitaria obra.

No son muchos los objetos, ni nada de extraordinario hay en ellos; pero tienen tan alto fin, que nos atraen para observarlos con cuidado y recordarlos con la veneración que inspira todo aquello que al bien se consagra.

Un bote salvavidas, construído en Londres con fondos de la testamentaría del caritativo patricio *Diego F. Montañés*, que lleva este nombre; herramientas, cabos, remos, timones, lanzacabos, carro para trasladar estos objetos y un ligero esquife inglés, llenan este pabellón, con otro bote salvavidas de gran mérito, según los inteligentes, que ha construído con elementos propios el Centro Obrero de San Fernando; el cual ha demostrado, en las pruebas á que ha sido sometido en la dársena, que es insumergible, reuniendo las condiciones, esenciales para su utilidad, de conservarse estable después de tener la cubierta inundada de agua por los golpes de mar ó por la tempestad, de serle facil y rápida la evacuación del agua embarcada, y de levantarse espontáneamente y volver á su primitiva posición, sin deterioro alguno, cuando las olas lo hundan entre los remolinos de su furia.

Sabido es que estos botes, cuyo solo nombre de *salvavidas* es de resonancias simpáticas en el fondo de todo corazón caritativo, no se lanzan al mar sino cuando el peligro amenaza y la existencia de los náufragos se halla en peligro.

Para llenar su cometido han de reunir condiciones excepcionales de resistencia y ligereza; para lo cual hay que adoptar sistemas distintos á los que se siguen en los otros barcos.

Las cajas de aire comprimido y de corcho desmenuzado con que se ocupan sus huecos, ó sea el volumen libre desde la cubierta á la regala, son, al mismo tiempo que elemento de flotación para los casos ya indicados, sostén del náufrago ó marinero en el momento de zozobrar el bote y en tanto que se repone á su estado.

El Centro Obrero de San Fernando ha sido premiado con verdadera justicia por este trabajo, que denota sus estudios y conocimientos en la materia.

El segundo de estos edificios está destinado á los objetos de pesca, y contiene curiosos ejemplares de redes, anzuelos, aparejos, palangres, boyas, nasas, y cuanto constituye un elemento para la industria pesquera, tan descuidada desgraciadamente en nuestra península; sin que los inteligentes encuentren allí grandes novedades ni importantes mejoras.

Hay un modelo de almadraba que ocupa mucho sitio y vale poco, á pesar de la nimiedad de sus detalles.

Más novedad tiene el modelo del barco vivero, que será estudiado con interés el día en que los españoles se decidan á explotar la riqueza de sus mares cultivando la ostricultura y piscicultura: mina de oro que la indolencia del pueblo y la desconfianza de las clases ricas deja improductiva.

Es éste uno de los pabellones más interesantes bajo el punto de vista de la utilidad práctica; pues, si bien no ofrece revelaciones, contiene enseñanzas para la pesca que son muy dignas de estudio.

Completan su instalación ejemplares de tortugas, esponjas; todo el período embrionario del salmón en frascos perfectamente preparados, así como varios mariscos completos ó en fragmentos; huevos de carey; modelos de fábricas de salazón y conservas; libros que tratan de la legislación é industria sobre la pesca, con otras mil curiosidades que con ella se relacionan; formando una rica exhibición que ha debido ser estudiada con afán por los que á ella se dedican, si es que nuestro pueblo prefiere la enseñanza á la rutina; cosa que no está muy clara y probada todavía.

El tercero de los radiales está destinado á modelos de buques, aparatos, armas, máquinas y objetos de Filipinas.

PATROCINIO DE BIEDMA

(Se concluirá)

VIDRIERAS DEL SIGLO XVI

Vidrieras de la Cartuja de Florencia

Vidriera del Renacimiento: Ruan

Vidriera flamenca en el palacio de San Jorge
plaza de Hannover

EL PRÍNCIPE ENRIQUE Y POINS (*El rey Enrique IV*, parte I, acto II, escena IV)

ENRIQUE V Y CATALINA DE FRANCIA (*El rey Enrique V*, acto II, escena V)

SILUETAS BORROSAS

El año 1887 toca á su término; se aproxima su última hora; un paso más que avance ya no le deja tiempo para recordar su historia, porque la vida se le habrá escapado de entre las manos. Sus días han trascurrido en medio de la indiferencia general: le vamos á perder, y damos en recordar lo que vale lo que perdemos; y es que la última hora es el momento de los prodigios; sus minutos valen más que años enteros; sus segundos se nos antojan eternidades de luz.

PALACIO DE MECKLENBURGO (LONDRES)

EL ESTUDIO

Los acontecimientos más culminantes del año que espira, ya sólo se reflejan como siluetas borrosas prontas á hundirse y á ser olvidadas para siempre: han pertenecido al orden pacífico y no han dejado huella de su paso.

Se han celebrado diversas exposiciones. La trienal de Bellas Artes ha sido regular; la de floricultura, como de flores, de belleza y oportunidad momentáneas; la filipina un pasatiempo variado y agradable por la novedad, pero de ningún resultado práctico ni positivo, que es lo que hay que buscar en esta clase de exposiciones. Los productos filipinos tienen poca aplicación en nuestro país, si se exceptúa el abacá, que se ha ensayado con feliz éxito en algunas embarcaciones. Los filipinos se surten, por lo regular, de productos del Japón y de la India inglesa, y, desde hace pocos años, de productos europeos. Sus frutos y maderas sí que podrían competir ventajosamente con los que producen las Antillas; pero el subido precio que ha alcanzado el giro del archipiélago sobre las plazas de Europa dificulta toda operación y hace imposible la prosperidad de aquellas apartadas provincias.

Entre el sinnúmero de obras nuevas literarias que se han publicado, hay algunas de subido mérito é indiscutible valor; pero en medio de ese noble y brillante alarde de la fuerza intelectual descuella una nota triste, desconsoladora, que viene á convertir en realidad lo que era un vago temor: es la que corresponde al teatro nacional. El que por su brillante pasado debería ocupar el sitio más eminente y marchar á la vanguardia de las letras, es el que queda vencido y rezagado, el que desfallece á cada nuevo esfuerzo que intenta. De vez en cuando el estreno de una nueva producción del insigne autor de *O locura ó santidad* parece devolverle la vida, comunicarle nuevo aliento y vigor; pero las esperanzas ceden pronto y los resultados demuestran que las obras del Sr. Echegaray producen á nuestra decadente escena el efecto de una pila eléctrica aplicada á un cuerpo paralítico: al influjo de la corriente los miembros parecen recobrar su flexibilidad y vigor; pero, apenas ésta se corta, el cuerpo cae más extenuado cuanto más violenta fué la sacudida que le consiguió reanimar.

¿A qué tal fenómeno? ¿Nos faltan autores? No. Para regocijo de las letras viven el ilustre autor del *Drama Nuevo* y los Sres. Núñez de Arce y Echegaray. ¿Nos faltan actores? Tampoco. Con una abnegación digna del mejor elogio los Sres. Calvo y Vico, con los actores de sus respectivas compañías, formaron un cuadro acabado, digno de actuar como actuaba, en el clásico y hoy ruinoso teatro de la calle del Príncipe. ¿Por qué, pues, el público se retrae? ¿Por qué no escriben los autores? ¿Por qué muere el teatro de la muerte más triste que le es dádo, esto es, entre la indiferencia general? ¿Por qué los saineteros y traductores son hoy los únicos campeones de la escena? ¡Saineteros y traductores! Ni podían venir á más los unos, ni á descender á menos la otra. Digna es de preferente atención esta circunstancia; y cuando próximamente se reunan los señores académicos de la Española para dar cumplimiento al bondadoso deseo de S. M. la reina Regente, al examinar las obras estrenadas este año, ante las vaciedades y soserías que entre lo poco bueno que juzguen encontrarán, no estaría de más que, velando cual deben por el buen nombre de nuestra literatura, buscaran las causas de la decadencia del teatro nacional y los medios para devolverle su perdido esplendor.

EL «AYUDANTE GENERAL»

Cádiz ha celebrado su exposición; y aunque sus autores la denominaron *marítima*, han figurado en ella, además de artefactos marítimos, diversos ramos de las artes y la industria. Debido á la iniciativa de D.ª Patrocinio de Biedma, celebró la propia ciudad un Congreso dedicado á la infancia; asunto simpático y digno de las generosas ideas de la distinguida escritora que lo organizó. Finalmente, Madrid, con motivo del Congreso Literario últimamente celebrado en la villa y corte, ha recibido la visita de varias notabilidades extranjeras. Nuestras eminencias literarias recibieron á sus huéspedes con la hidalguía y esplendidez que les es habitual: los extranjeros, en cambio, al volver á sus respectivas naciones, han hablado y escrito de España con la *fidelidad* que los extranjeros suelen hacerlo. Mr. Ulbach, particularmente, es el que se ha revelado mejor enterado.

Otros acontecimientos de orden más secundario han alternado con los que acabamos de indicar. Unidos forman un conjunto frío y descolorido, incapaces de prestar asunto ni interés á una revista; lo que nos obliga á buscar fuera de casa lo que en la propia nos falta.

El jubileo de la reina Victoria de Inglaterra fué el suceso culminante de mayo último. Difícilmente monarca alguno vió reunido en torno suyo cortejo igual de testas coronadas y príncipes, que á porfía la agasajaron con espléndidos presentes. Londres recordará siempre las fiestas del jubileo de su reina; no precisamente por la ostentosa magnificencia en ellas desplegada, sino por un fenómeno muy extraordinario en el Reino Unido: aquellos días hizo sol. Dejó la reina momentáneamente sus tocas de viuda, y el cielo disolvió sus eternas nubes: ambos se mostraron con esplendorosas coronas, de pedrerías la una y de luz el otro, para engalanarse; los dos se hicieron violencia. Al recobrar sus oscuras galas se sintieron felices, porque volvieron á su centro.

Fuera el jubileo de la coronación de la mencionada soberana la nota más brillante del año si sus esplendores no palidecieran comparados con los preparativos que vienen haciéndose para celebrar el de Su Santidad. No son sólo los reyes, sino el mundo entero el que manda sus dones al Vaticano, para demostrar su adhesión al soberano pontífice. La exposición que se organiza en Roma será notable bajo todos conceptos, no sólo por la cantidad, sino por el valor de los objetos en ella atesorados. Cuanto puede desear y pedir la más refinada exigencia, tendrá en ella cabida. Encajes, piedras preciosas, cuadros y esculturas, armas de todas las épocas, objetos de arte de todas clases, caballos y leones (presente del sultán), vestiduras eclesiásticas recamadas de oro, cruces de metales diversos, cintas bordadas, libros primorosamente encuadernados y labores de exquisito mérito, estarán expuestos en las galerías al efecto construídas. Esta exposición será un nuevo aliciente para visitar la Ciudad Eterna, que á los atractivos naturales que posee podrá añadir el que le ofrece la universal piedad. La fiesta del jubileo sacerdotal de León XIII se celebrará el día de la Circuncisión del Señor: el 1.º de enero. Será la puerta de oro que abrirá paso al año 1888.

Alemania no ha dado juego este año, y mejor es así.

¡Francia!... Francia, siempre la misma, lleva en su corazón una herida muy sangrienta; y la más leve contrariedad, el incidente más insignificante, le arranca un ¡ay! de dolor, un grito de desesperación; le produce una de esas crisis que ponen en peligro la existencia. El negocio de unas cuantas cruces la ha sacado de quicio: ¡quién sabe si presintió que se le habían sustraído mapas ó planos de sus defensas! Ello es que por un incidente secundario y falto de importancia ha logrado poner en conmoción á Europa entera. El honorable Mr. Grevy se ha visto precisado á dimitir. Su yerno resultaba más ó me-

nos comprometido en el *épouvantable affaire,* y la opinión pública reclamaba que el presidente rompiese toda relación con el culpable. ¡Exigencia vana! Mr. Grevy ama, ante todo y sobre todo, á su hija Alicia: por ella se ha sacrificado ante sus electores; sólo por ella ha dimitido del primer puesto de la nación. Dejar el hermoso palacio del Elíseo; despojarse de su alta investidura; sentir la ingratitud de los amigos de la víspera; comprometer la fama de una vida acrisolada en los últimos años de la existencia: todo, todo lo había comprendido Mr. Grevy y se había sentido con fuerza y valor para soportarlo. Privarse un día de la compañía de su hija es lo que no había comprendido el ex presidente; es lo único que no había tenido ánimo para ensayar.

Grevy, más que un gran político, es un gran hombre de bien. En el retiro de su palacio de la avenida de Iena, ó en su hermoso castillo de Mont-sous-Vaudrey, cuando los recuerdos de los últimos sucesos amarguen su pacífica existencia, el único lenitivo que le calmará será la idea de haber cumplido cual lo hubiera hecho el mejor de los padres.

Grevy debe admirar, pero no debe comprender, á Guzmán el Bueno.

ANTONIA OPISSO

MADRID FRÍVOLO

Generalmente tachamos á los franceses de frívolos; y, sin embargo, después que el de París, no conozco yo pueblo más frívolo que el madrileño.

Y al decir *pueblo* no me refiero á la última clase social de la población, sino al conjunto de ésta, empezando por el primer título de Castilla y concluyendo en el último barrendero, sin eliminar, por supuesto, á la burguesa clase media.

Bien estudiadas, todas las clases que comprende la inmensa población de Madrid resultan frívolas.

Usando de la gráfica frase de Enrique Gaspar, Madrid es un *niño grande* al que hay que entretener con juguetes para satisfacer sus momentáneos caprichos, y que, como á los niños mimados, es preciso renovárselos oportunamente, á fin de evitar que, al cansarse de los que le entretienen, en un instante de mal humor no acabe por romperlos.

De aquí el que Madrid saque de la nada personas y cosas para ponerlas un día en *moda*, y luego hundirlas otra vez en la nada, de donde nunca debieron salir.

No exagero.

Todos ustedes recuerdan la inmensa popularidad que en poco tiempo alcanzó años atrás el doctor Garrido. ¿Quién era el doctor? Para los hombres de ciencia un charlatán que, á fuerza de anunciar en los periódicos los específicos de su farmacia, trataba de evidenciarse poniendo la medicina en ridículo; para el vulgo un loco de atar, á quien no se debía hacer ningún caso; para los positivistas un *sprit-fort*, un verdadero hombre *práctico*, que, convencido de que la publicidad es el alma del siglo XIX, desechando preocupaciones de clase, se atrevía á prodigarse bombos públicamente, con el objeto de *llamar la atención* y crearse una clientela.

Para un pueblo frívolo como el de Madrid el caso era tan nuevo, tan original, que el desconocido doctor, recién llegado desde un oscuro rincón de provincia al centro de la cultura española como un redentor de la humanidad doliente, ascendió á la categoría de las celebridades, por más que su celebridad tuviese mucho de cómica.

El doctor Garrido fué, durante algún tiempo, el hombre de moda de Madrid. Los periódicos festivos reproducían su caricatura; las cuartas planas de los serios se llenaban por completo con los anuncios de su farmacia; los escolares le aclamaban públicamente á la salida de los toros. Verídicamente hablando, pocos personajes políticos han logrado ovaciones como las de que el doctor era objeto, ni conseguido una popularidad más extraordinaria. Pero su estrella, como la de todos los grandes hombres, debía un día eclipsarse. El pueblo de Madrid, veleidoso por naturaleza, fué cansándose de aquel juguete que le había entretenido durante algún tiempo, y trató de reemplazarlo con otro nuevo. Esta decepción, hija de la frivolidad madrileña, lejos de perjudicar al doctor, redundó en su beneficio, porque lo que perdió en popularidad lo ganó en crédito. Dejó de ser un personaje de relumbrón, para convertirse, ante el público sensato, en lo que nunca dejó de ser desde que abrió su botica: un farmacéutico más del respetable gremio de la corte. El Madrid frívolo olvidó á su ídolo para sustituirlo por el *perro Paco, doña Baldomera, los apóstoles, la Lolilla* y otros personajes de este jaez, puestos en moda por la prensa periódica, que, aunque parezca mentira, destina en sus columnas un lugar preferente á estas cosas superficiales. Los desahuciados, al parecer, no han olvidado al doctor, que continúa, según la frase que se ha hecho popular, *siempre en su farmacia,* repartiendo la salud á cambio de billetes de banco.

En el orden de las cosas frívolas que entretienen al pueblo de Madrid, hoy le toca el turno á los *ratas*. Cuando los autores de *La Gran Vía* escribieron esta popularísima zarzuela, nunca pudieron soñar el éxito colosal que había de obtener. El secreto de este éxito, aparte de la ligereza de la música, que se presta á ser cantada por labios populares, más que en el argumento de la obra, que no existe, estriba en los tipos *madrileños* que en ella aparecen. Supriman ustedes del libro la *Menegilda* y los *ratas,* y no hay éxito posible. Y es porque en Madrid, por más que la moda procure extranjerizar las costumbres de nuestra aristocracia, los tipos populares gustan á todo el mundo. Tal vez esto sea otra fase de la frivolidad que critico. Cuando se estrenó *La Gran Vía* no hubo casa en que no hallara eco la canción de la protagonista. La *pobre chica* fué cantada lo mismo en el *boudoir* que en la boardilla: sobre todo, entre las cocineras tuvo gran resonancia. Con razón calificó discretamente, la ingeniosa pluma de Fernanflor, á la popular zarzuela, de *marsellesa de las criadas*. Pero muy pronto, entre el frívolo público de Madrid, se inició una reacción que quiero hacer notar. La *Menegilda*, que tanto éxito había alcanzado, hasta el punto de que su imagen fuese reproducida en revistas y hojas callejeras, quedó relegada á segundo lugar: los *ratas* ocuparon el suyo. Bastó que ciertos jóvenes de buen tono aceptasen por disfraz, el pasado Carnaval, los trajes de los típicos tomadores, para que su popularidad fuese en aumento. Desde entonces los *ratas* (y no hablo ahora de los que ejercen libremente su industria en los sitios públicos) se ven en todas partes. Hay *ratas* de *biscuit* en los escaparates de los bazares de objetos artísticos, *ratas* ceniceros, *ratas* rompecabezas, un periódico político titulado *Los Ratas*, una novela con el mismo título; sin contar el inmenso número de *ratas* que pueden ver ustedes si tienen la paciencia de fijarse en las revistas cómicas ilustradas con *monos*, en muchas de las cuales se destacan las negras siluetas de los cacos sobre el fondo blanco del papel, como un cebo para pescar compradores. No se puede llevar más allá la exageración ni el colmo de la frivolidad. Los extranjeros que nos juzguen por estas exterioridades ridículas nos creerán infundadamente un pueblo de timadores.

He nombrado las revistas cómicas, y en nada tanto como en estas publicaciones se demuestra la frivolidad de Madrid. Vergonzoso es decirlo: mientras la prensa científica arrastra una lán-

PALACIO DE MECKLENBURGO

(LONDRES)

GRUPO DE ESTATUITAS

(guacha de E. Ravel)

guida existencia ó vive de las subvenciones oficiales, la festiva se multiplica hasta el infinito, debido al espíritu de imitación que reina de un modo imperioso en las costumbres madrileñas. Y, al censurar esto, no piensen ustedes que yo condeno en absoluto este género de revistas, que, como todas las cosas, en la medida de lo justo tienen su razón de ser. Lo que critico es el abuso que de ellas se hace, contribuyendo en gran manera á que la juventud se apasione por las cosas frívolas en perjuicio de las serias y trascendentales para el porvenir de nuestro país. Desde que el peregrino ingenio de Manuel Matoses fundó *El Mundo Cómico*, hasta las horas presentes, sería larga la lista de los semanarios que, cortados con el mismo patrón, han aparecido, y que se sostienen con más ó menos éxito. De ellos uno sigue las buenas tradiciones del primitivo: el que, con la colaboración de los mejorcitos autores en el género, dirige Sinesio Delgado. Todos ustedes conocen su título: *Madrid Cómico*.

Lo mismo que de la prensa cómica debo decir de la que á sí misma se llama *ilustrada* porque adorna sus páginas con láminas de pésimo gusto. No le basta al Madrid frívolo el que los periódicos noticieros reseñen diariamente con sus pelos y señales ocurrencias ó cosas más ó menos dignas de ser conocidas. Necesita más: que el grabado acuda en ayuda del texto para tener una idea más exacta de los sucesos. ¡Trabajo perdido! En esta clase de láminas la verdad nunca aparece. Los modestos artistas que las dibujan se han trazado una norma para todos los sucesos que tienen el encargo de *ilustrar*, y de ella no hay quien los saque. ¿Se trata de un crimen cometido en Valencia? Pues con dibujar al asesino vistiendo blancos zaragüelles (*camalets*) salen del paso. El criminal es un valenciano, y, por más que esta prenda de vestir esté en completo desuso en el antiguo reino de Valencia, hay que presentarlo con el traje típico del país. Si en vez de valenciano es un catalán, nada más fácil: con unos calzones cortos que ajusten á la rodilla y un gorro de lana llenan el expediente. Nos quejamos los españoles de que los franceses nos presenten en caricatura cuando tratan de costumbres y usos de nuestro país, y, no obstante, pasamos por alto el que entre nosotros existan personas tan cándidas ó frívolas que no comprendan, ó no quieran comprender, que los dibujantes de dichas publicaciones las hacen comulgar con ruedas de molino. Pero ¿qué extraño es esto cuando en la Puerta del Sol, los días de corrida, venden los chicuelos como pan bendito la hoja extraordinaria con los nombres y *retratos* de los toros que se han de lidiar por la tarde?

Censuro á Madrid, no por espíritu provincial, sino porque, como español, me duele que la capital de la nación sea presa de la anemia moral que revelan las frivolidades que he puesto de relieve y que van tomando carta de naturaleza en algunas provincias. Sin embargo, cuando recuerdo que el Madrid frívolo, objeto de mi sátira, es el Madrid caritativo, que presta socorros para atender á las víctimas de los terremotos é inundaciones; el Madrid patriótico, que protesta noblemente como un solo hombre cuando el extranjero trata de arrebatarnos, con nuestra honra, un pedazo de nuestro suelo; el Madrid generoso y noble, que improvisa ruidosas manifestaciones para implorar de los poderes del Estado la vida del brigadier Villacampa; pienso que el pueblo que conserva todas esas grandes virtudes, aun da pruebas de virilidad, y está, por lo tanto, llamado á realizar grandes hechos dignos de los muy heroicos que registra en su historia.

Por supuesto, si estas demostraciones no son nuevas fases de su frivolidad.

Porque en este caso exclamaré como Dante: *Lasciate ogni speranza.*

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

PALACIO DE MECKLENBURGO (LONDRES)

ENCUADERNACIONES ESPECIALES

¡POBRE NIÑO!

Solo, triste y harapiento,
por una calle marchaba,
y su manita alargaba
cuando con débil acento
la caridad imploraba.

Un hombre rico pasó
muy deprisa, muy deprisa:
el niño, así que le vió,
un ochavo le pidió
con hechicera sonrisa.

Y aunque caso no le hacía,
el niño tras él seguía,
y con lastimero grito:
—¡Un ochavo!—repetía;—
¡un ochavo, señorito!—

El rico, al ver, enfadado,
que el niño sigue pidiendo,
le rechaza de su lado,
y el infeliz, resignado,
aléjase sonriendo...

¡Pobre víctima inocente
de alguna pasión mundana!
Hoy es ángel sonriente:
mañana... tal vez mañana
será infame delincuente.

Pues, criado en la vagancia
desde la más tierna infancia,
sin padres, sin protectores,
será su misma ignorancia
la causa de sus errores.

Y perderá la dulzura
de su angelical sonrisa,
recorriendo, en su locura,
del vicio la senda impura
muy deprisa, muy deprisa.

TOMÁS CAMACHO

NATURA

I

El cielo, limpio de nubes, ostentaba toda la belleza de su infinito azul. Sólo en occidente algunas difusas manchas envolvían y mitigaban al ardiente sol, como mitigase potente luz encerrada en una bomba de cristal mate.

La campiña, magnífica, luciendo sus galas con excesiva plenitud, como las lucen los vegetales en fecundo agosto. Acá y acullá blancas alquerías y lindos pueblecillos unidos por torrentes de arbolado y cascadas de verdor. Estrechas cintas de agua culebrean en el fondo de las acequias, orladas de revueltas brozas, sencillas plantas y alguna flor silvestre que cabecea al soplo del ligero vientecillo, como manteniendo mudo departimiento, expresado por misteriosos balanceos, con su hermana la simple campanilla, que asoma entre las violetas que coronan la orilla opuesta. Barbechos que aguardan la mano del rústico; huertas recién sembradas; campos húmedos aún por el último riego; ordenadas plantaciones de frutales; viveros dibujados con todo el arte y la paciencia del tostado campesino; piramidales montones de coloreados frutos al pie del árbol que antes los sustentara y enseñara en sus ramas y entre sus hojas, como ataviada lugareña muestra sus rústicos encantos; original espantajo puesto por la previsión del labriego para juego de las menudas aves; espaciosas granjas y pintorescos caseríos, rodeados de copudos álamos cuya colosal estatura y oscuro color resalta del verde vivo de las hortalizas; son otros tantos trazos del cuadro.

En el fondo la ciudad, con sus torres y campanarios, sus chimeneas y sus altos edificios. En un extremo una gallarda encina confunde su silueta con la cúpula de una lejana iglesia. Más allá aparece recostada sobre el brumoso cielo de occidente la áspera cordillera que rodea al valle formado por la vega que divide el río deslizándose por la llanura. Una inmensa cadena de pueblos se extiende desde el norte hasta unirse con la ciudad en el último término, dejando á un lado el grandioso monasterio que á la derecha de nuestro dibujo se alza majestuoso; bañado todo, el campo y la ciudad, los pequeños bosques y alquerías, huertas y sembrados, por impalpables átomos de oro que derrama con su luz el lánguido sol, al par que infinita poesía. Hundido en esta dorada bruma, adivínase un pequeño lugar por el escueto campanario ó histórica torre que asoman su cabeza en aquel hermoso naufragio de la Naturaleza en el océano de la poesía.

Limitan el paisaje, por el norte, indistinta aglomeración de huertos de espléndido follaje, tras los que asoma histórico castillo asentado en las cumbres de unos montes; por el sur, á no estar cubierto por cenicientos nubarrones amontonados en informes masas, vanguardia sin duda de recia tempestad, veríanse adelantar sobre el mar los peñascos del cabo; á nuestras espaldas el mar, extendido en ancha faja de movible líquido que refleja el plateado de escamoso pez,

ó el azulado fondo de submarina gruta, refugio de graciosa ondina. La playa sigue las ondulaciones del mar, estrechándose al pasar entre un montón de barracas y casuchas plantadas caprichosamente por una tribu de pescadores.

Unas barcas de pesca vienen presurosas á la playa. Eran el resto de las que antes del día corrieron al mar á robarle una porción de sus viscosos habitantes, y, terminada su faena formaban en desigual línea, hundida su quilla en la húmeda arena, donde acudían á morir en alborotada cascada de espuma, ó en quieto remanso, las azules ondas.

PALACIO DE MECKLENBURGO THACKERAY

II

La niebla, que envuelve como áurea gasa al efervescente planeta, pierde su brillantez, tornándose más densa, más opaca. Los objetos absorben el iris que los circunda, y el cielo se oscurece, tomando un pesado tinte plomizo. El sol ya no derrama luz y colores en nuestra paleta. Las nubes que nos ocultaban un extremo del paisaje ascienden pausadamente, empujadas por otras más amenazadoras y feas, corriéndose sobre el cielo como una oscura cortina. Cambia la dirección del viento, soplando enormes bocanadas caldeadas en los hornos de los espacios celestes, seguidas de una compacta masa de vapores de colosal dimensión y terrible color indefinible, trazando contornos diabólicos, desproporcionadas figuras y líneas espantosas, cambiando y pasando del matiz rojo al gris, y al amarillo, y al ceniza; avanza el aquelarre con gigantesca velocidad, y barre todo montón de nubes. Parecía aquello un desplome celeste que fuera á inundar la tierra y al paisaje descrito, hermoso aún con sus oscuros y tristes tonos. Una columna de aire (visible por el polvo que arrastra y por las tremendas bofetadas que reparte, en su carrera veloz, á los altos árboles y á las techumbres de los edificios) se levanta furiosa en devastador huracán en donde giran, barajándose, hojas... leves partículas... átomos... seres invisibles y microscópicos, que, agitándose convulsos en el espacio, son trasportados á inconmensurables distancias en aquel viaje original. Troncha aquel torbellino de extraños giros cuanto á su paso aparece; lánzase sobre la playa y se extiende sobre el mar, cuyas aguas tranquilas se agitan hasta desatarse en revueltas oleadas que se desmenuzan con sus violentos choques; intérnase, húndese en alta mar el temporal, y deja un cielo negro y espeso... Una gruesa gota se marca con redonda mancha en la caldeada tierra, que la absorbe rápida. Cae otra con sonoro golpe sobre la lustrosa hoja de un nogal; y luego otra... hasta que se rompen los nudos que sujetan á fortísimo aguacero y tremenda granizada. Lejano tableteo anuncia la venida de las eléctricas nubes; un débil relámpago precede á remoto trueno. Cae más espesa el agua. Los árboles se agitan con fuerza, como enorme gigante se sacudiera su mojada melena, enmarañada por el viento y la lluvia. El granizo, que menudea, y los relámpagos más encendidos, se hacen dueños de los espacios. Brilla un rayo, abriéndose veloz paso entre masas de agua y vapores, y parte á un joven arbusto, que cae sobre la carbonizada arena. Se precipita en el turbio mar una exhalación, mientras corren otras señalando curvas y quebradas líneas, como ígneas grietas en que se abriera el cielo. Los disformes vegetales se inclinan y levantan furiosos queriendo romper las tenazas que sujetan sus raíces á la tierra, que tiembla y se estremece como aviso de un próximo estallido del planeta. Culebrea un rayo sobre parda nube, como colosal látigo de fuego cuyo chasquido rechina en los oídos de los asustados habitantes del valle, que contemplan la tormenta con húmedos ojos y trémulos labios, elevando sin duda, con el pensamiento, una plegaria á las infinitas alturas.

III

Así estuvo la Naturaleza enojada largas horas, enseñando la divina sublimidad á través de su tormentosa crisis.

Luego... disminuye por grados insensibles al vendaval. No azota la lluvia tan recio. El núcleo de la borrasca se aleja y desaparece en el mar como por enorme escotillón. Palidecen los ruidos y los reflejos eléctricos, que de vez en cuando iluminan con vistoso color rosáceo una gran mancha gris levantada sobre las aguas, última huella de la tempestad. Contesta un profundo murmullo á cada cambio de color. El agua se esparce en casi invisible lluvia. El cielo queda cubierto de sucios celajes acumulados caprichosamente, brillando entre sus groseras soldaduras un trozo de clarísimo azul.

El abochornado sol yace en su ocaso, arropado con negruzcas nubes. Las montañas del fondo se borran del paisaje y desaparecen con los últimos señales del día. Precipítanse las sombras arrastrando sus largas vestiduras de espesos pliegues desde el oriente, y con ellas la noche, huyendo, sin duda, de la tormenta que por allí caminara. Los árboles y los irregulares edificios fingen oscuras siluetas de enormes seres que en solitaria ronda recorren los campos, ya dormidos en el regazo de la noche. Si Natura, en este momento, encendiera una de sus misteriosas luces, las flores y plantas, el abundante follaje del arbusto y la esparcida hojarasca, aparecieran cuajados de luminosos brillantes y engarzados en cristalinos rubíes, cuyas varias combinaciones y quebradas de luz dieran fantástico aspecto á aquella nocturna visión...

El mar aun se rebulle en continuo mugido, y fresca brisa orea el paisaje, lanzando lejos la menuda lluvia.

IV

Atraviesa los montones de negras tintas que manchan la alta bóveda, la amortiguada luz de algún astro.

El día, que empezó caluroso y asfixiante, acaba en fría noche.

Óyense los silbidos de una bandada de acuáticas aves que pasan á grande altura, retornando á los nidos que abandonaron medrosas, en las cercanas lagunas, al primer indicio del fiero turbión.

Coagúlanse las sombras y se extingue todo signo de vida.

B. Morales San Martín

DEFINICIÓN DEL AMOR

Es el amor un sueño de ventura;
es mentido ideal que desvanece;
es un engaño que verdad parece;
es brilladora luz que poco dura.
Es un vértigo dulce que depura;
es ilusión que el desengaño ofrece;
es filtro que consume y enloquece;
es origen fatal de desventura.
Es un fuego que agosta nuestra frente;
es esperanza que la dicha inquieta;
es un edén que el corazón adora.
Es bien que sólo finge nuestra mente;
es un delirio que al dolor sujeta;
es... un recuerdo por que el alma llora.

A. Schindler

PALACIO DE MECKLENBURGO (LONDRES
LADY SODIVA

EL PLATONISMO Y EL ARISTOTELISMO

No se concibe hoy hombre culto, sea la que quiera la rama del arte ó de la ciencia que merezca su preferencia, si no ha emprendido una larga peregrinación intelectual á la culta Grecia. Fuera fácil señalar, desde los comienzos de la ciencia y de la filosofía moderna hasta sus manifestaciones novísimas, cómo y por qué procedimientos la sustancia intelectual del saber griego nutre y vivifica el pensamiento contemporáneo. En todo el mundo culto representan Platón y Aristóteles el *pasado del espíritu humano* de que está lleno el presente, sin que sea óbice, para hallar latente en el saber novísimo la influencia de ambos, la superficial consideración histórica que ha estimado antitéticas las direcciones de Platón y Aristóteles.

Platón y Aristóteles se completan; y ambos, unidos á su incomparable maestro Sócrates, constituyen el *siglo de oro* de la filosofía griega. Y que se completan y no se oponen ó bifurcan cual si fueran dos ríos que, naciendo de fuente común, corrieran por cauces diferentes, se comprueba observando únicamente el génesis y proceso de sus doctrinas fundamentales, que ponen de relieve su parentesco íntimo.

Sócrates es el primero que ha profesado la doctrina de que toda ciencia y toda actividad moral (idénticas para él en su origen y en su término, equiparando por tal razón el virtuoso y

LA LECCIÓN DEL PERRO. (Cuadro de M. Ramirez, existente en el «Museo Nacional de Pintura.»)

Dibujo de P. y Valor

FLORALIA (FIESTAS Á LA DIOSA FLORA Cuadro de D. A. Reina Manescau (medalla de tercera clase)

Dibujo de P. y Valor

el sabio, deben proceder del *conocimiento de lo universal* (principio más expresamente formulado después por sus discípulos cuando afirmaban: *Nulla duciorum scientia*); exigencia que se esforzó en cumplir por medio del método *epagógico* educiendo con la *Mayeutica* la verdad del ejercicio del pensamiento).

Igual convicción sirve de punto de partida á la dialéctica platónica, donde lo universal constituye el asunto inmediato de la intuición objetiva (idea). Si Sócrates había afirmado que únicamente el conocimiento del concepto constituye la ciencia verdadera (psicología del sistema), Platón dice que la idea (ó el ser del concepto) es el único ser real y verdadero (ontología del sistema).

Aristóteles es, en el fondo, fiel á este principio, aunque combata la teoría platónica de las ideas. Para Aristóteles también la forma ó el concepto es la realidad de las cosas: la forma pura, la forma en sí y para sí, el acto primero y más perfecto, el del pensamiento, la inteligencia, libre de todo objeto exterior y concentrada en sí misma, es el ser absolutamente real (lógica del sistema).

Lo que distingue á Aristóteles de Platón (cuya distinción se ha convertido precipitadamente en oposición total) es únicamente su opinión acerca de la relación de la forma intelectual con el fenómeno sensible y con lo que existe en el fondo de los fenómenos como substratum ó materia. Según Platón, la idea separada de las cosas existe por sí, y la materia de las cosas, extraña á las ideas, está desprovista de realidad (constituye el no ser), y sólo la obtiene por su participación de las ideas. Inversamente para Aristóteles la forma está en las cosas mismas, en cuanto el elemento material posee cierta predisposición para recibir la forma, resultando que la materia (el no-ser de Platón) constituye la posibilidad del ser. Materia y forma tienen el mismo contenido, pero de dos maneras diferentes. Aunque en este punto concreto la doctrina peripatética contradice la teoría de las ideas de Platón, Aristóteles permanece fiel al principio general de la filosofía de sus maestros Sócrates y Platón, y entiende con ellos que la ciencia verdadera no puede ser más que la ciencia de las ideas.

Debe cesar, pues, la preocupación de algunos comentadores cuando afirman que Platón es el representante del idealismo *a priori*, y Aristóteles del procedimiento empírico *a posteriori*; porque, aparte de que las palabras no tienen siempre el mismo sentido aplicadas á pensadores distintos y á épocas diferentes, no se puede desconocer que si Aristóteles combate la teoría platónica de las ideas es precisamente entendiendo que las ideas no pueden ser verdaderamente lo sustancial y lo real si se conciben separadas de las cosas. Contra aquella opuesta representación hay que afirmar con Lange que Aristóteles conserva una estrecha dependencia del sistema platónico, y que el aristotelismo, sin hablar de sus internas contradicciones, uno á la apariencia, sólo á la apariencia del empirismo, todas las faltas de la concepción socráticoplatónica; faltas que alteran en su origen la indagación empírica, como en parte lo reconocen Trendelenbourg y Encken, neoaristotélicos alemanes.

Después de exponer sus doctrinas filosóficas, cuidó Aristóteles de sistematizar todas las ciencias en su tiempo existentes, buscando en la diversidad de lo que existe la unidad y estabilidad que Platón concebía fuera de las cosas y en la contemplación de las ideas. Aristóteles se atenía al saber de su tiempo, y estaba convencido de que con aquel saber bastaba para resolver toda cuestión. Precisamente porque Aristóteles tenía una concepción del mundo tan exclusiva, porque se movía con tanta seguridad en el círculo estrecho que se había trazado, pudo ser preferentemente el maestro y guía de filosofía de la edad media, mientras que los tiempos modernos, con tendencias al progreso y á la innovación, han tenido que romper el yugo y las trabas de su sistema.

Más conservador que Platón y Sócrates, Aristóteles se cohonesta mejor con la tradición, con la opinión del vulgo, con las ideas consagradas por el lenguaje, siendo el filósofo siempre preferido en las escuelas y más comentado por los instintos conservadores. Así se ha podido decir con razón, del platonismo, que había preparado las vías á la moral cristiana y al dogma, sin que gloria igual pueda atribuirse á Aristóteles; y si más tarde, en la edad media, la Europa le ha aceptado como maestro, no ha pensado más que en preguntarle la *forma* según la cual debía aprender y estudiar.

Platón ha sido siempre un iniciador y un guía, según prueba la misma doctrina de San Agustín. Aristóteles, conocido después, ha sido utilizado para dar forma á resultados ya obtenidos: representa, pues, el primero, la savia doctrinal que del helenismo se asimila la dogmática cristiana; y el segundo la dirección formalista con que se extiende, en la catolización del mundo, aquella misma savia doctrinal. Teniendo en cuenta estas consideraciones, y sin exagerar la distinción innegable entre la *dialéctica* y el *organon*, como lo hace Vacherot, se concibe fácilmente que dentro de cierto límite y grado se puede afirmar que *es Aristóteles un Platón invertido*.

U. González Serrano

A ORILLAS DEL DART

NUESTROS GRABADOS

MARÍA DE BORGOÑA JURANDO RESPETAR LOS DERECHOS DEL COMUN DE BRUSELAS

Cuadro de Emilio Wauters

Es uno de los dos frescos que en nuestro número anterior dijimos había pintado Wauters para la *Escalera de los leones* del Hotel de Ville de Bruselas.

Respecto al asunto del cuadro, diremos que María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, fué la esposa del emperador de Alemania Maximiliano de Austria, y abuela, por lo tanto, de nuestro gran Carlos V. Tan pobre era el buen Maximiliano que, cuando se casó, María tuvo que comprarle vestidos nuevos para que se presentara con decencia.

M. SADI-CARNOT, ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Según fotografía de M. P. Anthony et Compagnie
18, boulevard Montmartre

Es esa, al decir suyo, la mejor fotografía que se ha hecho de M. Carnot; y ahora, viniendo á éste, nos limitaremos á manifestar que suponemos enterados á nuestros amables lectores de la biografía que del nuevo presidente han traído todos los periódicos.

VIDRIERAS DEL SIGLO XVI

Al hablar de vidrieras del siglo XVI, entiéndese que se trata por *excelencia* de las que pintaron los flamencos; los cuales, recogiendo la tradición gótica, llevaron su arte al más alto punto de esplendor que alcanzó en el Renacimiento, realizando inmensos progresos respecto á sus antecesores.

La influencia de los flamencos se dejó sentir en Italia, entre cuyos pintores de vidrios figura Boticelli, autor de las vidrieras de la Cartuja de Florencia así como en Francia, viéndose hermosas vidrieras de colores, en la catedral de Ruan, inspiradas en el gusto de los artistas de los Países Bajos.

En Alemania puede decirse que había comunidad de gusto con Flandes, y así lo demuestran las obras que se admiran en diversas capitales; dando en este número, como una de las más notables, la que se admira en el palacio de San Jorge de Hannover.

LOS DRAMAS DE SHAKESPEARE

EL PRÍNCIPE ENRIQUE Y POINS

Un cuarto en la taberna de la *Cabeza del oso*

Enrique.—Bergante, Falstaff y los demás ladrones están ahí llamando. ¿Te parece si vamos á divertirnos?

Poins.—Ya lo creo: como unos *crickets*, muchacho. Pero dime: ¿qué género de broma es ese que estás haciendo con el mozo de la taberna?

(El rey Enrique IV, acto II, escena IV)

ENRIQUE V Y CATALINA DE FRANCIA

Troyes.—Una cámara del palacio del rey de Francia

Enrique.—Bella y bellísima Catalina: ¿querríais dispensar á un soldado la gracia de enseñarle palabras que sean dignas de penetrar en el oído de una dama, y de defender ante su gentil corazón la causa de su amor?

Catalina.—Vuestra majestad se burlará de mí, sin duda; pero yo no sé hablar inglés.

Enrique.—¡Oh, bella Catalina! Si queréis amarme sólidamente con vuestro corazón francés, feliz sería al otros confesar vuestro amor en lengua inglesa incorrecta. *¿Do you like me*, Catalina?

Catalina.—*Pardonnez-moy*: yo no puedo decir lo que es eso de *like me*.

(El rey Enrique V, acto II, escena V)

PALACIO DE MECKLENBURGO: LONDRES

Dijimos ya que este palacio lleno de preciosidades pertenecía hoy al opulento capitalista mejicano Sr. Sala. En el presente número pueden verse diversas reproducciones de las obras de arte que hay allí acumuladas: una estatua de Thackeray, el bien conocido autor del *Libro de los Snobs*, por Mr. Bohem; ricas encuadernaciones, el estudio, estatuitas, etc., etc. El *ayudante general* es un *bureau* que realiza la última palabra en materia á facilidad para clasificar y guardar papeles; mueble envidiable ciertamente para más de cuatro.

CURSO DE PINTURA

Guacha de E. Ravel

¡Véase cuántas *marineras!* Lo que hay es que quizás ninguna de ellas sería capaz de rivalizar con el autor en punto á emborronar papel, porque miren Vds. que hacer una *guacha* con semejante asunto es empeño más que arduo; y, sin embargo, no cabe mayor brillantez que la que se admira en el desempeño de esa obra.

LA LECCIÓN DEL PERRO

Cuadro de N. Ramirez, existente en el Museo Nacional de Pintura.—Dibujo de P. y Valor

Recomiéndase este cuadro por sus concienzudas condiciones técnicas, ya que no por la importancia del asunto, por más que no deja de ser muy ingeniosa la idea que ha informado la obra. Hoy ese género de asuntos ha pasado á ser moneda corriente, y puede decirse que la materia esta apurada ya.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

FLORALIA (FIESTAS Á LA DIOSA FLORA)

Cuadro de D. A. Reina Manescau (medalla de tercera clase) Dibujo de P. y Valor

He aquí en qué términos se expresa el Sr. Giner de los Ríos (D. H.) respecto á este lienzo: «En conjunto agrada la escena clásica descrita por el pintor malagueño con tanto cariño como minuciosidad; pero cuando se examina detenidamente la obra, saltan á la contemplación algunos lunares, entre los que descuella la falta de seguridad en ejecutar el pensamiento. Con efecto: el menos observador puede notar la indecisión con que el discípulo del Sr. Martínez Vega coloca las figuras, vacilando antes de decidirse. Se adivinan estas dudas por las incorrecciones del dibujo y el temor con que están tratadas algunas tintas. Por lo demás, aunque alguien más exigente marcaría errores de perspectiva, no debe amontonarse tanto *pero* en lienzo de tan indiscutible mérito. El mayor encanto de *Floralia* es la poesía que respira la acción de las mujeres que ofrecen los clásicos *himeneos* á la diosa, y la hermosura y elegancia del grupo de las que se aproximan al ara. Una observación, para concluir, que hacemos todos los profanos y que no he hallado desmentida en la Exposición: no hay un solo tapiz, en ningún cuadro, en que no haya tropezado alguno de los personajes, dejando su correspondiente arruga, su correspondiente boquilla y su correspondiente doblez.»

Á ORILLAS DEL DART

Pocos pueblos habra que hagan tanto caso de sus ríos como la nebulosa Albión, donde no parece sino que se cree todavía que las orillas de sus Támesis, Dartes y Avons están pobladas de ondinas y dríadas. La verdad es, sin embargo, que la mayor parte de ellos son muy poéticos; lo cual, dada la pasión que sienten los ingleses por las bellezas naturales, hace que se comprenda su afición. Entre los ríos más celebrados figura el Dart, en el Devonshire, al cual llaman los britanos *el Rhin inglés*.

COMENTARIOS

El asunto es tan original como simpático, siendo un bonito estudio de costumbres populares. Nada más natural que el interesante coloquio que sostienen los dos arrapiezos, muy engolfados en disquisiciones acerca del verdadero sentido del cartelón, revelando con ello su marcada preferencia por las bellas letras.

LAS CUEVAS DE TENBY, PAÍS DE GALES

Tenby es una ciudad lindísima, la mejor situada de todo el país de Gales, aunque muy decaída de su antiguo esplendor. Conservanse todavía los restos de un antiguo castillo. Son notables las cuevas marinas de su costa. Pertenece al condado de Pembroke, al sur del principado.

EL PRISIONERO

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

I

El día 28 de junio de 1814 amaneció esplendente y magnífico.

Los primerizos rayos del candente sol, formando en el horizonte una ancha faja de fuego, empezaban á disipar la bruma cenicienta que envolvía los viejos torreones de Tarragona.

El campo, que pocos meses antes tanta sangre había tragado, sonreía ahora ostentando los dulcísimos placeres de una naturaleza sosegada y feliz.

Apenas habrían pasado dos meses desde que la paz reinaba en España.

La guerra de la Independencia, la epopeya de nuestro siglo, había terminado completamente.

Ya el último de los generales de Napoleón había traspuesto el Pirineo; ya no quedaba en territorio español ni un solo soldado extranjero.

¡Nuestra desgraciada y hambrienta nación respiraba al fin libremente!

Jamás se prepararon abrazos más cordiales; jamás el patriotismo se dispuso á estallar por medio de más espontáneas demostraciones.

El esforzado guerrillero abandonaba las armas y se dedicaba de nuevo á sus trabajos cotidianos, consolándose de haber perdido á padres, hijos y hermanos con tal de haber defendido y conservado el país en que les vió nacer y morir.

Los templos, tanto tiempo profanados, se abrían de nuevo á los fieles para dar gracias á Dios por la victoria y conmemorar santamente los difuntos.

Los cánticos populares estremecían otra vez el viento.

Todo era, en fin, patético alborozo y entusiasmo indescriptible desde la Coruña hasta Gerona, desde San Sebastián á Cádiz.

II

En la mañana del citado día, dos jóvenes de veinte á veinticinco años, de gallarda figura, y cuyo porte demostraba la clase acomodada á que pertenecían, paseaban por la orilla derecha del Francolí, como sumidos en honda meditación.

Se echaba de ver en ambos una tristeza, al par que tranquila, profunda.

De pronto uno de ellos, al pasar por cierto recodo que forma la misma orilla, y como á 1,500 metros de Tarragona, se quitó el sombrero religiosamente y se santiguó.

—Por fuerza aquí ha debido suceder alguna desgracia,—dijo interrumpiéndole el que le acompañaba.

—¿Cómo? ¡Tú sabes...!

—No sé más sino que te he sorprendido murmurando una oración, y esto me demuestra que este sitio ha debido serte fatal.

—No te equivocas, mi buen amigo. Esas vagas ondas son mudos testigos... ¡Dios les tendrá, sin duda alguna, al lado de los mártires y de los héroes!...

—La mañana está hermosa, y este sitio me parece ameno y muy á propósito para que descansemos de nuestro paseo y me relates lo ocurrido aquí.

—No tengo inconveniente en darte á conocer

COMENTARIOS

los pormenores de la triste escena que hoy precisamente hace tres años tuvo lugar, aunque te prevengo que son de índole demasiado feroz...

Ya sabes lo triste que fué para nuestra querida Tarragona el 28 de junio de 1811. Bien presentes tenemos en nuestra imaginación las

LAS CUEVAS DE TENBY PAIS DE GALES

—No importa: quiero saberlos.

—Pues escucha y estremécete.

Y, tras una breve pausa, empezó su narración del modo siguiente:

escenas que, hasta ayer puede decirse, se sucedieron sin interrupción: escenas de inconcebible barbarie. Sin embargo, tú te hallabas prisionero desde el asalto del 4 de mayo y no las presenciaste como yo; no pudiste apreciar todo el horror de la toma de nuestra ciudad.

No viste morir en diez horas 5,000 ciudadanos indefensos, 5,000 víctimas que ya no podían defender ni el hogar, ni la vida, ni la honra... No viste á la soldadesca desenfrenada, en su horrible embriaguez de vino y sangre, pasear enhiestos, en las puntas de sus bayonetas, á los tiernos infantes, arrancados villanamente del pecho de sus madres... No viste á las débiles mujeres sufrir los más atroces y viles ultrajes... No viste el saqueo y profanación de nuestros templos... ¡No viste, en fin, tres días de luto y de horror!

ANGEL COELLO DE TORRES

(Se concluirá)

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

Pídase

El *MAGNIFICO ALBUM ILUSTRADO* redactado en Español ó en Francès, encerrando *554 grabados* inédítos de Vestidos, Confecciones, Artículos para Señoras, Trajes para Caballeros y Niños eta. como tambien la nomenclatura de todos los tejidos de Sederías, Lanerías, Indianas, Pañerías, Telas de hilo, eta, eta; que

Acaba de salir á luz

Y que remitimos *GRATIS Y FRANCO* á quien nos la pida en carta franqueada dirijida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
á Paris

Se envian igualmente gratis, las muestras de todos los tejidos de componen los inmensos surtidos del PRINTEMPS (Especificarnos bien las clases y precios).

Casas de reexpedicion en **IRUN** (España) y **HENDAYA** (Francia).

Todo pedido, cuyo valor llegue á 50 pesetas, es expedido *libre de portes* contra desembolso, ó sea á pagar al recibir la mercancía, á cualquier estacion del Ferro-Carril, mediante un recargo de 5 0/0 sobre el total de la factura ó **libre de portes y de derechos de aduana** mediante el de 25 0/0.

Nuestras Casas de reexpedicion de Irun y Hendaya están especialmente encargadas de las formalidades de la Aduana y de la reexpedicion de los bultos, que llegan siempre al punto de destino sin necesidad de que nuestros parroquianos se cuiden de nada.

LOS GRANDES ALMACENES
DEL **PRIMTEMPS** DE PARIS
NO TIENEN SUCURSALES
ni en Francia, ni en España

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.°

INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367.—BARCELONA

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

Año V | Barcelona 31 de diciembre de 1887 | Núm. 261

ADVERTENCIA.—Cumpliendo lo ofrecido á nuestros suscritores, recibirán con el presente número la magnífica oleografía **Conversión del duque de Gandía,** copia del admirable cuadro del Sr. Moreno Carbonero, premiado con primera medalla en la penúltima Exposición Nacional de Bellas Artes. Nuestros favorecedores podrán convencerse de que el obsequio que les hacemos es digno de ellos, habiendo procurado por nuestra parte que el trabajo salido de nuestros talleres nada tuviese que envidiar á lo mejor que se hace, no ya en España, sino en el extranjero.

ESTUDIO DE PAISAJE DE INVIERNO

SUMARIO

TEXTO.—*Madrid. Cartas á mi prima;* por Fernanflor.—*Mis cantares* (poesía), por Enrique Frexas.—*Exposición marítima nacional de Cádiz* (conclusión), por Patrocinio de Biedma.—*Lecturas. Paul Bourget: su última novela* (conclusión), por Clarín.—*Pregunta* (poesía), por Manuel del Palacio.—*A un cigarro* (poesía), por A. Schindler.—*Nuestros grabados.—El prisionero. Episodios de la guerra de la Independencia* (conclusión), por Angel Coello de Torres.

GRABADOS.—Estudio de paisaje de invierno.—San Francisco de Sales.—Basílica de San Pedro en Roma.—Marina.—Santa Chantal (Juana Fremyot, baronesa de Rabutin Chantal).—Madame de Sevigné.—Margarita.—*La fiel pastora*, comedia de Fletcher.—*Como gusteis*, comedia de Shakespeare.—La llegada de la carroza.—Terminada la faena.—La catedral de Luneburgo.

MADRID

Cartas á mi prima

Última carta

QUERIDA Carmen: Supongo que esta, mi última carta de año y última también de nuestra correspondencia, te encontrará en París todavía. Te envío, pues, con ella, mi felicitación de Pascuas, sin perjuicio de reiterarla cuando lleguéis á esta corte. «Año nuevo, vida nueva.» Seguramente que para ti ha de ser verdad el refrán, puesto que, al cambiar París por Madrid, cambiarás de cuanto constituyen las necesidades y los gustos de la existencia.

Llegarás á Madrid en la época en que nuestra ciudad ofrece un aspecto de animación extraordinaria. Al concluirse el año parece que todos nos apresuramos á gozar, como si temiésemos que se nos concluyese también la vida.

Los fríos, retrasados, vienen crueles, y muchos que se disponían á brindar en el banquete de Navidad han sentido helarse la voz en sus labios. Gran número de muertes súbitas han llenado de espanto el dichoso hogar de las familias.

Entre los que han muerto de esta manera recordamos á Chao, nombre que tiene simpático encanto para todos los que éramos jóvenes hace veinte años. Es el nombre de un esforzado, constante y honradísimo luchador de la democracia. Nadie ha discutido el mérito de Chao como escritor, ni su lealtad como político: no ha dejado antipatías ni odios, y no sólo su partido y sus amigos, sino todos los menos liberales, le han llorado como suyo. Era ejemplo de esos escasos hombres políticos que no fundan sus medros en el advenimiento al poder de sus correligionarios, sino en el trabajo personal y en su actividad, útil á su país más que á ellos mismos. Ha sido fundador de gran número de revistas y periódicos, trabajando en ellos infatigablemente para difundir el espíritu de la revolución. Poco antes de morir daba sus instrucciones para la publicación del nuevo periódico republicano *La Justicia*, que aparecerá el 1.º de enero próximo.

Eduardo Chao había sido ministro de Fomento. Su modestia era sincera, de esas tan de verdad que todo el mundo respeta. Ayer tarde sus amigos acompañaron su cadáver al cementerio civil del Este, en el cual se le ha dado tierra, respetando así las ideas de toda su vida.

Puesto que los cronistas nos vemos obligados á pasar sin transición de los asuntos tristes á los asuntos alegres, escojamos algunos que, sin tener tristeza, puedan tener simpatía. Ayer se reunieron gran número de personas distinguidas de la sociedad en casa de una hermosísima señora, la cual les había invitado para un te, que ella denominaba «el te de los juguetes.» Le daba este nombre porque todo el vasto y magnífico salón estaba lleno de juguetes regalados á la dama, ó comprados por ella, para los niños pobres. En esta época del año en que los opulentos de la tierra buscan para sus hijos no sólo aquellos manjares y golosinas más exquisitos, sino los recreos de los ojos y del espíritu más ingeniosos y complicados, el hijo del pobre no suele tener, entre sus dedos yertos, ni pan ni juguetes. El pan, sin embargo, suele darse, porque todos nos enternecemos del hambre material, y porque nuestra conciencia nos reprocha los gastos excesivos con que en estos días halagamos nuestra gula...; pero ¿quién piensa en la necesidad de nutrir con alimento espiritual al niño del pobre, en darle alegría? Resígnase éste á ver en manos del niño rico una invención curiosa que le deslumbra con sus colores y con su extraño movimiento; pero surge en su corazón, sin que lo pueda remediar, la envidia y el deseo del robo. ¡Menos niños han robado alimentos que aleluyas, estampas y juguetes!

La bondad de los corazones ha hecho vulgar en otros países lo que en España es una originalidad todavía. Allí se cree que cuando uno es dichoso deben serlo todos, y se hace lo posible para que los demás lo sean. Un diplomático del Norte, invitado al te de que hablo, nos contó que en Noruega es tradición procurar, no tan sólo la felicidad de los hombres, sino la de los animales. Sé que ha de gustar este relato á tu alma sencilla, y voy á referirte esa tradición tal como allí se practica. Allí se cree que no tan sólo los niños tienen derecho á gozar de las bondades hospitalarias, sino que lo tienen de igual modo los pájaros. Durante la mañana del 25 de diciembre, el jefe de la familia sube al tejado llevando una enorme gavilla de trigo, que coloca en lo alto, abandonándola, para que sirva de festín de Navidad á los desdichados huéspedes del aire, hambrientos y transidos de frío, que pían de dolor sobre las ramas de los árboles, cargadas de nieve. Entonces el viento va esparciendo la gavilla; caen los granos sobre las techumbres; acuden los pájaros, revuelan y corretean, sacian su apetito, alegran con sus cantos la tristeza del silencio y recompensan la caridad del hombre con el coro de su gratitud, que en ruidosos sonidos entra por los boquetes de los graneros y de las chimeneas y se confunde con el canto de las mujeres y de los niños.

Es una costumbre encantadora que realmente sólo puede practicarse en los pueblos. En Madrid, sin embargo, hay pájaros en los jardines del interior y de las afueras, con quienes podríamos ser galantes. Mas, sí señor, ¡para galanterías estamos! Si vas á las plazuelas en estos días, no ves más que ristras y ristras de alondras, y en los escaparates de las tabernas se ha hecho gala colocar sobre una enorme fuente de loza una pirámide colosal de calandrias.

En los momentos en que escribo esta carta se decide la suerte de infinito número de españoles: quiero decirte que se está verificando el sorteo de la lotería. Ahora hay un número inmenso de gentes dichosas, porque son gentes que tienen esperanza de serlo: dentro de algunas horas los felices serán muy pocos, y encontraremos por las calles rostros desconsolados y miradas tristes. Pero de todas maneras el día está espléndido, azul la atmósfera, el sol pálido, pero sin velos; y la multitud llena las calles invadiendo las tiendas para vaciarlas de provisiones. Hay que hacer estas compras marchando á pie, porque no hay modo de tomar el tranvía, sin el cual ya no sabemos ir de aquí para allá los cortesanos. En Madrid las empresas de los tranvías han obtenido tantos beneficios, que cada día se proyecta uno nuevo; y dentro de poco los que no puedan ó no quieran subir en ellos tendrán que andar por los tejados. Así es que se ha verificado en la opinión un movimiento contra la creación de nuevos trazados por el interior de la ciudad.

Un diario dice que la extensión de las líneas que se explotan hoy en Madrid es de 38 y medio kilómetros. Para el servicio de viajeros reune, entre todas las empresas, 220 coches de diferentes clases, y para el arrastre y tracción de este material tienen, por término medio, seis caballerías por cada coche; de modo que se emplean en el arrastre 1,320 caballerías, cuyo sostén cuesta á las empresas 2 pesetas diarias cada una, contando atalajes y arreos. El personal de estas empresas pasa de 1,000 individuos.

Es lástima que al darnos estos datos no nos tengan dicho lo que el pueblo madrileño gasta hoy en tranvía; pero yo he hablado con personas competentes, las cuales suponen que gasta por lo menos 30,009 reales.

Y has de saber, prima, que no todos los días son iguales para el tranvía. En los domingos la recaudación aumenta mucho: las mujeres y los niños se suelen quedar en casa los días de trabajo. La recaudación de los lunes es superior á la de los otros días de trabajo; y el martes, y sobre todo el viernes, son los días en que se recauda menos. ¿Qué te parece? ¿Tendremos bien arraigada en nuestro corazón y en nuestro espíritu la superstición cuando no queremos viajar en tales días, ni siquiera en un carruaje tan libre de riesgos, tan seguro? Consolémonos con que, según dicen, en todas las naciones *ilustradas* pasa lo mismo.

Las variaciones atmosféricas se reflejan en las cajas de las empresas con fidelidad. Calcúlase que un súbito chaparrón les vale dos ó tres mil reales. La lluvia, durante algunas horas, es fatal para la recaudación: pero, si continúa algunos días, es favorable. Los ingresos siguen el movimiento del termómetro: suben con el calor, bajan con el frío. El viento es causa de descenso tan activo como el frío, y más á veces.

Al considerar el número de accidentes que ocurren por el movimiento de los tranvías, se ve que son menos que pueden ser con el uso de otros carruajes; pero de mayor gravedad. Los nuevos instrumentos del trabajo son más seguros que los antiguos, pero más terribles. Es ley del progreso.

Se cree que la mayoría de personas que resultan heridas al apearse, son los que no saben bajar cuando el coche anda; es lo contrario: la mayoría de los heridos tiene costumbre de arrojarse al piso. La confianza engendra el peligro; por la misma razón ocurren más atropellos en los parajes anchos que en los estrechos.

De todos modos, como te he dicho, encontrarás las calles entretejidas de carriles; el Ayuntamiento lleno de proyectos de otros nuevos tranvías, y á los zapateros poniendo el grito en el cielo porque ya no venden zapatos.

No estamos, sin embargo, satisfechos los que deseamos trasladarnos rápida y cómodamente de un punto al otro; y se ha celebrado en el hotel inglés un banquete para celebrar la constitución legal de la *Sociedad del globo dirigible*, invención del Sr. Cazorla. Esta sociedad cuenta con gran número de socios. El Sr. Cazorla es modesto oficial del ejército; es además, naturalmente, hábil mecánico y autor de otros muchos inventos muy celebrados. A los brindis relató alguna parte de la historia de su nueva invención, afirmando que en mayo próximo recorrerá los espacios su globo dirigible por el aire comprimido, y que él irá dentro. ¿Será un nuevo mártir ó un nuevo triunfador de la ciencia? Lo que sí puede afirmarse, es que esta vez la empresa de la dirección de los globos no ha encontrado en España la desconfianza de otros tiempos: se acogió sin risa de piedad este proyecto, y se le ha dado singular apoyo. Es que los años pasan, gastando con su lima suave las preocupaciones, y es que cada civilización tiene su locura contagiosa. Se encontraban locos en el siglo diez y seis para embarcarse en las naves de Colón y Cortés: ahora se encuentran para explorar el infinito y conquistar el cielo. Convengamos en que el brindis de Cazorla termine bien el año, y ¡ojalá que, al concluir 1888, la *Sociedad del globo dirigible* escandalice los espacios inexplorados con los taponazos de las botellas de champagne celebrando *La noche buena al globo!*

Fin literario de año: se ha estrenado ayer *La Chiclanera*, otro juguete *flamenco;* esta noche se estrena en Apolo el apropósito en tres cuadros, *Champagne, Manzanilla y Peleón*, de Felipe Pérez, el autor de la celebérrima *Gran Vía*.

¡Bonito año se nos presenta! ¡Hijo de una cantadora y de un rata!

Termina el año y termina esta correspondencia. No dejes, sin embargo, de pasar tus ojos cariñosamente por mis futuras revistas, á las cuales procuraré siempre llevar la sinceridad y rectitud que tú has reconocido siempre en estas cartas.

¡Mil y mil felicidades, y una vez más adiós!

FERNANFLOR

MIS CANTARES

Con este título verá en breve la luz pública un tomito original del inspiradísimo y delicado poeta don Enrique Frexas de Sabater. Mientras llega la ocasión de ocuparnos detenidamente en dicha obra, ofrecemos á nuestros lectores una muestra de los *Cantares*, suficiente para dar á conocer el carácter de tan sentidas poesías.

La riqueza que me queda
no temo que me la roben:
es una conciencia limpia
y un buen sueño por la noche.

—

Tus promesas amorosas
repíteme veces ciento;
pero así... muy callandito,
que no se las lleve el viento...

—

Bueno es el pan de Castilla
y no es malo el pan de Francia;
pero el que sabe mejor
es el pan que uno se gana.

—

Sudores me dan de muerte
cuando sales tan bonita
y voy viendo tantos ojos,
tantos ojos que te miran.

—

El modo de escarmentar
que tiene el género humano
consiste en mirar la piedra
después de haber tropezado.

—

No miro si es malo el mundo,
sino si soy bueno yo;
que muchos le llaman malo
y aun lo merecen peor.

—

Si quieres niña medir
todo el amor de tu amante,
mira si estando contigo
le estorba mucho tu madre.

—

Si me muero antes que tú
teniendo cerca tu rostro,
no ha de haber poder humano
que me haga cerrar los ojos.

—

Bendigo á Dios que me niega
la felicidad aquí.
A ser posible la dicha
¡qué horrible fuera morir!

ENRIQUE FREXAS

EXPOSICION MARÍTIMA NACIONAL DE CÁDIZ

(CONCLUSIÓN)

Curioso es observar esos modelos, que revelan las condiciones especiales de la navegación en aquellos mares, y que no podrían dejar sus costas, según denota su apariencia de escasa resistencia.

Únense á los objetos marítimos algunos otros originales de aquel país, tales como abanicos, armas, filigranas, grabados, figuras antiguas formadas en la raíz de un árbol, idolillos chinos tan feos como inútiles, con una gran colección de modelos de buques, de los cuales la importante casa comercial de los Sres. Haynes ha presentado doce; cinco el Sr. Romero, constructor de la Coruña; varios la importante casa inglesa de Thomsom; otros de Tanger, con varios filipinos.

La casa de Haynes presenta, además, un acuario con el modelo ó proyecto de salvación de un buque sumergido, que resulta más interesante porque el aparato que se copia ha servido ya, con felices resultados, para salvar el vapor *Primer Barreras*.

Con un modelo de buque corsario hay también dos *cárabos* marroquíes.

El modelo del famoso cazatorpederos *Destructor* también ha sido presentado por los señores Haynes.

Modelos de máquinas y aparatos hay pocos, y no tienen nada de extraordinario que sea digno de mención especial.

El cuarto, destinado á la marina de guerra, es, sin duda alguna, y bajo el punto de vista del objeto de la Exposición, el más importante de estos pabellones.

El arsenal de la Carraca, gloriosa obra de Cárlos III, destinada á ser como el fecundo seno de la patria donde la ciencia y la industria preparen la gestación laboriosa de esos hijos predilectos de nuestra gloria que defienden en los mares el honor que representan, prueba bien, con lo que expone, que si sus fuerzas se debilitan por el abandono de los gobiernos, no pierde sus condiciones creadoras y constructoras que acreditan su valía.

SAN FRANCISCO DE SALES

Los magníficos cañones Hontoria, los Plasencia, objeto de admiración de cuantos los observan; máquinas, escalas, anclas, bombas, cilindros de vapor, campanas, faroles, ruedas para timón y cuantos objetos se acumulan en un barco de guerra, se ofrecen con admirable perfección al estudio de los inteligentes.

En cuanto á vestiduras de la marinería, el concienzudo contratista Sr. Lahera demuestra su buena calidad y excelente confección exponiendo ropas de las que usan generalmente.

A ambos lados de la puerta de entrada, sobre bancos de construcción especial, se hallan varios botes del arsenal, pertenecientes, algunos de ellos, á los cruceros en construcción, cuyos modelos se admiran en el interior.

Muéstrase también, en linda caja que forma una vitrina, la hermosa bandera del crucero *Reina Regente*, bordada con gran primor por la augusta madre de D. Alfonso XIII.

Los arsenales del Ferrol y Cartagena han enviado también notables modelos, y el Observatorio de San Fernando aparatos de gran mérito y valor; entre otros, dos con imán, artificial el uno y natural el otro.

Este pabellón hace honor á la marina española por la brillantez que revela en su estado, y ha sido objeto de elogios justísimos de cuantos lo han visitado.

El quinto pudiera decirse que es el complemento de éste, pues está destinado á instalaciones de tejidos y efectos navales: jarcias, lonas, cotonías, gomas elásticas, conservas que puede decirse constituyen el mercado de á bordo, licores, calabretes, espartos, crin vegetal para el relleno de las colchonetas, cordelería, velas y una colección de peces disecados que no carece de interés para la curiosidad, si bien no llega á constituir un elemento de estudio, pues ni es completa, ni el disecado es de lo más selecto.

En este pabellón exponen las casas de Barcelona que á continuación cito: Garriga, goma elástica y lana; y Martí, goma y gutapercha.

El sexto, destinado á conservas, harinas, chocolates, azúcar, mantecas, vinos, pescados en salazón y en lata, dulces, galletas, embutidos, café, sardinas prensadas, aguardientes, medicamentos y jabones, no ofrece nada de particular, si bien hay instalaciones muy vistosas y adornadas.

El séptimo y último de los pabellones radiales que venimos describiendo, está destinado exclusivamente á los vinos, y puede decirse que lo llenan las ricas producciones de esta provincia.

Jerez, Sanlúcar, Chiclana, el Puerto de Santa María, Arcos, Prado del Rey, la Línea, Grazalema, Conil, Espera, Alcalá de los Gazules y Cádiz, concurren con sus caldos; ocupando honroso lugar á su lado Córdoba, Málaga y Oviedo, que han mandado notables vinos.

Las instalaciones son caprichosas y ricas. Hay una que semeja un fuerte cuyos proyectiles son botellas de todos tamaños, y los amenazantes cañones los de estos elementos de la industria vinícola, que más bien dan que quitan vidas.

Otras semejan el lagar con todos los artefactos en miniatura. Otras, en fin, sencillos *etugeres* donde lucen su limpio color los vinos que las botellas contienen.

Hemos terminado la ojeada descriptiva de estos pabellones, y debemos hacer constar, antes de pasar á otro asunto en otro artículo, que hemos tomado la numeración *oficial*, es decir, la que le da una *guía* que de la Exposición se ha publicado (pues catálogo aún no se ha hecho), la cual comienza á contar de izquierda á derecha, contra lo que han hecho todos los cronistas, que han contado de derecha á izquierda.

Hacemos esta advertencia porque podría resultar confusión para el que recordase haber leído, por ejemplo, que el pabellón número *uno* estaba destinado á vinos, siendo así que ahora se le dice que el que tiene tal destino es el número *siete*.

Este es un detalle sin importancia; pero la tiene, y mucha, el que no haya podido el visitador proveerse de un catálogo á su tiempo para salir de dudas, buscar lo que necesitase conocer, ó exponer su juicio con conocimiento de causa; pues no es fácil recorrerlo todo, apreciarlo todo ni entenderlo todo, resultando incompleta toda reseña.

Esto obedece á la falta de tiempo, y se ha salvado en parte por algunos expositores que han publicado folletos ó noticias referentes á la parte que les interesaba.

Otros nos han enviado datos á los corresponsales para facilitarnos el conocimiento de su asunto; y otros, en fin, se han constituído en *cicerones* de los curiosos, ilustrando con sus noticias la comprensión.

BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA (dibujo de P. y Valor)

MARINA (dibujo de Asarta

Así ha resultado que todos hemos quedado perfectamente convencidos de que el catálogo no ha sido de gran necesidad, y el que todavía quiera estudiar este asunto encontrará suficientes datos en la notable guía que publica el Sr. Gautier.

El gran pabellón central, que ha sido destinado á las fiestas y actos de la Exposición, es un hermoso salón de 80 metros de longitud por 10 de latitud en los extremos y 12 en la parte central, que termina por ambos lados en dos graciosos templetes de calada cúpula que le sirven de vestíbulos; pues, abriendo sobre tres escalones de piedra, le dan comunicación con las plazas de la Marina y de Cádiz.

Las amplias persianas que dan frescura y trasparencia al salón, dejando filtrarse la luz en blancas líneas, parecen servir de pedestal á los dibujos luminosos que perfila en reflejos el friso calado que corre sobre los arcos de las puertas y ventanas. Se apoyan sobre un muro saliente al exterior que forma la base de ese esbelto y gracioso edificio, cuyas líneas sueltas y elegantes, sus arcos, sus cúpulas, sus ligeras pilastras, su estilo de arabescas remembranzas, parecen incitar al placer animado y vivaz para el cual se formó, pues sólo ecos de fiestas, aromas y armonías han resonado y se han perdido bajo sus bóvedas.

El decorado de este salón es de gran efecto; el artesonado que forman los recuadros y pinturas de la bóveda, muy bello; las marinas que adornan los medios puntos que separan el salón central de los pabellones poligonales de los extremos, muy bien pensadas y sentidas; el tapizado de las paredes, imitación de cuero con relieves metálicos y adornos marítimos en el mismo género, encuadrados en marcos de tela roja con medias cuñas doradas, de muy buen gusto y de elegante propiedad.

El suelo de mosaico en madera; las cortinas, ricas y bellas, graciosamente colocadas con lambrequines de gusto árabe.

Lámparas eléctricas de centenares de luces con campanitas de cristal rojo y amarillo en el centro y los extremos; jardineras llenas de plantas y flores, y sillas alemanas en amplios círculos, rodeando la plataforma central que ocupaba la presidencia en los actos oficiales, ó los artistas en los conciertos y bailes.

Cuando se llevó allí la ópera, en la cual tomaba parte la célebre diva Blanca Donadio, el salón que vamos describiendo sufrió alguna variación.

La pared que cerraba el último pabellón de la izquierda, entrando por la plaza de Cádiz, fué destruída, y en aquel lado se colocó la parte central del escenario, donde se representaba para el pueblo al aire libre, arreglando con cortinas la parte que en amplio arco formaba la embocadura del improvisado teatro.

Las sillas se numeraron y unieron por medio de barras de hierro en compacta formación, y el pabellón de la derecha, aislado por un muro de cortinas, quedó destinado á *restaurant*.

No fué del gusto de todos este arreglo; pero el otoño se acercaba, las noches se hacían frescas, las plazas y la dársena comenzaban á inspirar recelos por la humedad, y era necesario sostener la animación en aquellos sitios.

La temporada de ópera tuvo noches muy animadas, entre otras aquella en que concurrió al teatro su A. R. é I. el archiduque de Austria, Carlos Esteban, hermano de S. M. la reina regente, que ocupó, muy complacido, un palio originalísimo, que se formó, con otro igual para su acompañamiento, aprovechando un saliente de la rotonda que servía de intermedio entre el primer pabellón, en el cual estaba el escenario, y el salón central, convertido en teatro.

Muy difícil era llenar tan espacioso salón, y, sin embargo, se vió lleno muchas veces de elegante y distinguida concurrencia que, desbordándose en aquel iluminado local en busca de frescura y animación, se dirigía á las plazas, los pabellones abiertos y la dársena, serena y tranquila como si las aguas reposasen con el descanso de la noche, en cuyas escalas esperaban ligeras embarcaciones que trasladaban á los paseantes al *restaurant* colocado en el muelle de hierro que levantó la empresa de Lucasaigne, y que cierra y termina las obras; ó bien se paseaban por aquel sereno lago entre poéticos reflejos de luces venecianas que iluminaban aguas y siluetas marcadas sobre aquella planicie líquida é inmóvil.

SANTA CHANTAL

(Juana Fremyot, baronesa de Rabutin Chantal)

Este recreo no aumentaba los gastos de la excursión, pues la Exposición pagaba las lanchas que estaban á disposición de sus visitantes.

Del efecto mágico de la dársena iluminada en las noches del estío, ha quedado memoria, y muy bella por cierto, pues el laureado pintor don Salvador Viniegra tomó una vista que ha regalado al presidente de la Diputación y organizador de tan bellas fiestas venecianas, D. Cayetano del Toro.

Los que no eran aficionados á la dulce y triste soledad del mar, solían buscar solaz para su espíritu y fuerzas para su estómago en los *restaurants* y cafés que en ambas avenidas les atraían, y fuera de ellos en los clásicos ventorrillos de Puerta de Tierra, donde se encuentra sustanciosa cocina, vinos buenos y mariscos frescos.

El café *árabe*, gracioso templete situado en una eminencia que dominaba perfectamente el panorama de la Exposición; el café *andaluz*, y otros varios con denominaciones menos notables; ofrecían muy buen servicio y eran dignos de mejor suerte, pues todos han sufrido grandes pérdidas, pero que eran muchos y no había público para todos. ¡Apenas si hubiera bastado para llenar uno solo dejándole utilidad!

Perdiendo ó no perdiendo, el caso es que formaban un elemento de animación y un recreo de la vista y el oído; pues los cantares andaluces, las músicas, el movimiento de los que hacia ellos se dirigían, y las luces y adornos que ostentaban, completaban la ilusión óptica de la noche en la Exposición, y embellecían el paisaje fantástico que sus gallardos edificios, sus plazas, fuentes, plantas y estatuas dibujaban bajo el foco eléctrico sobre la sombra azulada de la orilla del Océano.

Los conciertos vespertinos no tuvieron tantas simpatías como los nocturnos, por más que no les faltase animación á estos sitios y se reuniese en ellos escogida concurrencia.

Las fiestas más notables y trascendentales que en el salón que venimos describiendo, y con lo cual damos fin á nuestra tarea, han tenido lugar, han sido: la celebrada para el certamen de la Academia Gaditana de Ciencias y Artes, y la de la clausura oficial de la Exposición para el reparto de premios.

En el primero, el secretario, D. Juan de Burgos, leyó una bien escrita memoria dando cuenta de los trabajos de la Academia durante el año, y del resultado del brillante certamen por ella iniciado, para el cual han ofrecido magníficos premios SS. MM. la reina regente y su augusto hijo D. Alfonso XIII, su A. R. la infanta D.ª Isabel, y varias corporaciones y personajes distinguidos.

Algunos de estos premios no han sido adjudicados, quedando para otro certamen convocado ya; y los que lo han sido han galardonado notabilísimos trabajos científicos, que prueban la importancia de estos actos por el estímulo que ejercen sobre las inteligencias.

El último acto oficial celebrado en este suntuoso local ha sido el reparto de premios de la Exposición, verificado el día 30 de octubre.

Una concurrencia inmensa, pero nunca tanto como el día de su apertura, se apresuraba á tomar sitio en el salón para presenciar la ceremonia.

Este día, como el de la inauguración, no hubo billetes de pago, sino invitaciones; siendo éstas tan numerosas que gráficamente podía decirse que estaba allí *todo Cádiz*.

El presidente, Sr. del Toro, ocupó el sillón central de la plataforma, teniendo á su lado representaciones de la Marina, el Ayuntamiento y la Diputación, así como varias personas distinguidas.

Dió comienzo el acto con la lectura de una memoria escrita por el Excmo. señor presidente de la Diputación, D. Cayetano del Toro, dando cuenta de los trabajos realizados y de los resultados obtenidos, exponiendo que creía de grandísima influencia para esta región la manifestación hecha del estado de su riqueza y productos, así como de su industria.

Lamentó también que no hubieran concurrido otras casas fabriles é industriales, pues estos palenques del verdadero mérito son un valioso elemento de propaganda y un medio de mejoramiento y progreso por el concurso y la emulación.

Anunció que se habían concedido grandes diplomas de honor á la Marina de guerra española, á la Compañía Trasatlántica, y al Museo Nacional de Pesca.

Diplomas de honor al señor marqués de Comillas; Compañía General de Tabacos de Filipinas; Concierto Salinero de San Fernando; don Amadeo Rodríguez, arquitecto de la Exposición; señora viuda de Santa Cruz, por sus esencias;

Sr. D. Carlos Pairó y C.ª (de Barcelona), por sus redes mecánicas; sucesores de Fabra y Portabella (de Barcelona), por sus hilos y redes; á D. Gonzalo Hontoria, por sus cañones; á don Pedro Torres, por sus instrumentos náuticos; á D. Rafael Monleón, por sus acuarelas; y á la Junta del Museo Arqueológico de Cádiz, por los objetos expuestos.

Menciones honoríficas hay treinta, casi todas á corporaciones de la provincia, centros y sociedades, con algunas personalidades que ocupan un puesto oficial, ó que han contribuído con su esfuerzo al certamen.

Votos de gracias y diplomas de cooperación, hay cinco personales y los dedicados á los ayuntamientos que no estaban incluídos en la mención anterior.

Medallas de oro se han concedido muchas, y muchísimas de plata, pues se ha sustituído por ellas las menciones honoríficas.

Como en la memoria, que se repartió impresa, se detalla el objeto al indicar el premio en sus distintas secciones, sería necesario, para indicar el número exacto de unas y de otras, un minucioso trabajo que no creo de interés para LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA no pudiendo unir á él, por su mucha extensión, el nombre del expositor y el objeto premiado.

En realidad el Jurado ha estado espléndido, pues apenas habrá un concurrente al certamen que pueda considerarse desairado.

Esto es digno de loa, y no lo digo en son de censura, pues sólo por arrostrar las molestias y gastos que origina el presentarse en uno de estos concursos merece un premio que aliente á los que vacilan en imitarle.

Felicitando á todos los premiados, réstame dar las gracias á la empresa de este digno periódico ilustrado por haberme honrado con la comisión de llevar á sus selectas páginas la descripción de la Exposición Marítima gaditana, así como á los benévolos lectores que hayan tenido la paciencia de leer mis desaliñados artículos.

PATROCINIO DE BIEDMA

Cádiz, 1887.

LECTURAS

PAUL BOURGET

SU ÚLTIMA NOVELA

(CONCLUSIÓN)

II

Entre la multitud, pues tal puede llamarse, de escritores nuevos que invaden en la actualidad las letras francesas, haciéndose competencia por conquistar la atención del público universal, no tardó en distinguirse Paul Bourget como crítico ó *ensayista;* y no ciertamente por el raro hallazgo de una *manera,* de una teoría estética, de un procedimiento; ni por extremar moda literaria alguna, ni por dar un salto atrás á lo Rossetti ó Gabriel d'Annunzio, ni por blasfemar como Richepin, ó ponerse malo en verso como Rollinat y tantos otros. La honda simpatía que sugiere bien pronto la lectura de cualquier libro de P. Bourget, nace de las cualidades fundamentales de su espíritu artístico, no de elementos formales ó de tal ó cual prurito estético. Cierto es que también hay originalidad y sello personal en aquella elegancia y delicadeza del estilo, en la suave insinuación con que el psicólogo y moralista que hay dentro de este crítico poeta se mete en el alma del lector como un confesor discreto; pero lo que más le distingue y hace apreciar, querer estaba por decir, es lo que á través de sus obras se ve en su corazón y en su cabeza. P. Bourget, mejor que ningún escritor de los jóvenes, tan bien como el que más por lo menos, representa en la literatura y en la filosofía esa tendencia saludable que, sin pretender significar una reacción contra la ciencia positivista ó positiva (según se entienda), ni contra la literatura realista, materialista, verista ó *sincera,* ó como quiera decirse, se coloca con ánimo imparcial en neutralidad no sospechosa; y en nombre del sentido moral, del sentido común y de otros varios sentidos buenos, procura dar á cada uno lo suyo, combate sin pasión las exageraciones de todos, y, sin olvidar que no hay más vida posible que la del presente, buscando el porvenir respeta en el pasado todo lo grande, y entre lo grande escoge lo sublime que nos ofrece la historia como elemento moral no gastado, con una actualidad perenne que lo hace útil acaso para remediar en parte, aliviar por lo menos, ciertos males de nuestros días. Volver los ojos atrás con espíritu reaccionario, con odio de lo presente, es género de orgullo, tal vez de mala índole en muchos de los que tal hacen; pero pensar que todo hemos de hacerlo nosotros y nuestros descendientes, que no hay nada, en lo que se da por muerto y puede no estarlo, que sirva para hoy, y acaso para siempre, es género de ligereza, de vanidad y de apasionamiento, que suele encontrarse aún en espíritus que pasan por muy circunspectos, serios, cautos y profundos. Cualquier estudio de P. Bourget, aunque tenga apariencias de pesimismo tibio, resignado, suave, lleva consigo cierto consuelo y fortaleza: siempre le acompaña un cuidado atento y solícito del bien moral, un respeto jamás declamatorio de la ley ética, una constante alusión implícita, como pudorosa podría decirse, al santo deber, que necesariamente ha de tener un fundamento metafísico, sagrado, por recóndito que sea. Pero, con todo esto, no hay nada en Bourget que signifique borrar lo vivido, desandar lo andado, condenar la historia reciente (absurdo aun más notorio que condenar la remota); no hay nada en él de ese lirismo retrógrado, que á veces es poético, pero casi siempre injusto é infecundo, ligado muy á menudo con malas causas, lleno de prodigios en los más, superficial en su filosofía, vago y deficiente en sus propósitos. Por lo mismo tiene más fuerza la lección sana y espiritual del muy discreto autor de *Cruel enigma.* Un maestro, á quien él casi adora, Alejandro Dumas hijo, produce, en mi sentir, menos efecto con su misión moral ostensible, á veces ostentosa, si no menos sincera, fundada en menos firme terreno, dependiente de ideas más discutibles, y sin ese poder de que antes hablaba, sin esas reticencias y referencias sobreentendidas que dan á la doctrina, en Paul Bourget, la eficacia de un singular encanto. Dumas no sólo ostenta, sino que hasta declama su *moralismo;* y prescindiendo de que es demasiado casuista á veces, y como tal un poco improvisador y algo caprichoso en punto á los deberes y su fundamento, la forma polémica que suele escoger, en libros y en dramas, le lleva más lejos y le hace tomar armas que, si le sirven para lucir el ingenio y defender su cuerpo, no aprovechan tanto á la noble causa que en muchas ocasiones sustenta. P. Bourget, á quien como literato no me atreveré yo á igualar con Alejandro Dumas, en el aspecto de que trato le aventaja, pues no aventura paradojas, ni menos predica, ni provoca la contradicción, ni improvisa teorías, casos apurados y salidas extraordinarias. No pretende tener una especie de Ninfa Egeria moral, como parece que pretende su maestro; y (lo que importa antes que todo), más pensador que el dramaturgo, más estudioso y más filósofo, en suma, no apoya su *moralismo* en tan discutidas bases metafísicas como Dumas, que se contenta en este punto, sin ver que se escurre, con lo corriente, con lo más admitido por los más; pero sin reparar que es lo menos probado, lo menos reflexionado, lo más expuesto á un cataclismo. Basta ver, por ejemplo, lo que Dumas escribía, no ha mucho, para combatir el *nihilismo* estético y moral de Leconte de Lisle. ¡Cuánta gracia, qué soltura, qué precisión y relieve plástico en los argumentos! Pero, al fin y al cabo, ¡qué falta de seguridad, qué falta de justicia, y casi casi qué falta de seriedad! No: no son optimistas á lo Dumas los que han de vencer al pesimismo hoy triunfante.

MADAME DE SEVIGNÉ

Pero, dejando paralelos, diré que Bourget no sólo es moralista, sino muy perspicaz psicólogo, no menos en su crítica que en sus novelas.

Aunque para mí vale más, por ahora, como crítico que como novelista, es evidente que en este último concepto tiene gran originalidad y cualidades raras y preciosas; así como también se ha de decir que su renombre actual más lo debe á sus novelas que á sus ensayos de crítica psicológica. Si yo escribiera en esta ocasión una semblanza completa de Bourget, llamarían mi atención particularmente sus estudios acerca de Renan, Dumas, Flaubert, Stendhal, Baudelaire, Amiel, Taine, etc., que son su obra más importante, uno de los trabajos de crítica más profundos y *sugestivos* de la moderna literatura francesa; pero no siendo mi propósito, hoy por hoy, más que decir cuatro palabras acerca del autor de *Mensonges* y acerca de este libro, no me detengo en materia que, si bien me solicita, no es del momento.

La primera novela de Bourget que fué acogida con gran aplauso, y que no sé si es también la primera que escribió (1), fué *Cruel enigma.* En ella hay elementos parecidos á los que componen *Mensonges;* pero esta semejanza está más bien en la superficie. Se trata, en uno y otro caso, del amor puro de un joven que, en medio de París y sus grandes corrupciones, vive no más para el alma, y sólo siente sus heridas; pero hay grandes diferencias, no sólo en la *vida exterior,* sino en el fondo del espíritu de Hubert Liavran y de René Vincy, como también hay distancia de

(1) *L'irreparable, Deuxième amour, Profils perdus,* forman un tomo en prosa que no he leído. Deben de ser novelas cortas. P. Bourget, poeta notable también, publicó, antes de *Cruel enigma,* tres tomos de versos. *La vie inquiète, Edel, Les aveux.*

MARGARITA (dibujo de T. Mayerhofer)

Mme. de Sauve á Mme. Moraines, y mucha distancia, sin que deje tampoco de haber analogías por lo que se refiere á las repetidas relaciones con Liavran y Vincy. Más es: tenemos en *Cruel enigma* una madre amante, delicada, que hace la guerra á la pasión fatal de su hijo, y en *Mentiras* tenemos una hermana-madre que representa papel muy parecido; como otros personajes secundarios ofrecen semejanzas, si no en los caracteres, en sus relaciones con el protagonista. Pero, de todas suertes, nada de esto acusa falta de invención, pobreza de fantasía, aunque sí la tendencia predominante, por ahora, á estudiar casos psicológicos de un orden en que los recuerdos y cierta observación inmediata ó experiencia propia pueden dar al autor documentos seguros y conocidos profundamente. Después de *Cruel enigma* aparecieron *Crimen de amor,* muy leída y comentada, y *Andrés Cornelis,* que fué llamado el *Hamlet* del día, no para igualarle al de Shakespeare, que tan feo y absurdo le parece á Sardou, sino por la semejanza del asunto entre la novela de Bourget y el drama inmortal. Yo he leído, además, una novelita del ilustre crítico, titulada, si no recuerdo mal, *Carrera de obstáculos,* y también en ella se trata del amor purísimo de un joven, aquí casi un adolescente, héroe por amor.

Sí, el amor; y el amor hondo, el amor, si no platónico tampoco exclusivamente sensual, es hasta ahora el tema constante de este novelista, que, seguro de llevar al asunto una nota original, bien sentida, y observación propia, fecunda, exacta y sincera, no teme caer en lugares comunes ni correr por camino trillado. No busca la novedad, este escritor, en el asunto, sino en la frescura y fuerza espontánea de su corazón y de su talento.

Sin que yo le coloque entre los grandes novelistas del día, ni le crea capaz de copiar cuadros tan ricos y complejos, plásticos y poéticos, como los de algunos maestros, me atrevo á asegurar que la sencillez de sus composiciones no revela falta de imaginación ni medios de expresión artística, sino el propósito de mantener la novela psicológica, para la que tiene singulares dotes, y mantenerla en la forma y en los procedimientos que hoy deben emplearse en ella. El cariño de este autor á Stendhal y á Dumas explica esta predilección del novelista.

Según la murmuración literaria, esa tendencia de P. Bourget le ha valido que algún maestro del arte francés haya dicho de él: «Ese Paul Bourget... es un Ohnet disfrazado de filósofo.» La frase es injusta si se debe entender que Ohnet (á quien yo no he leído) es un mal escritor, un hombre vulgar que gana dinero escribiendo para las masas; porque lo cierto es, que P. Bourget, sin que merezca ser colocado, hoy por hoy, á la altura de Zola, ni aun á la de Daudet y Goncort, es un filósofo sin disfraz y un novelista á quien el vulgo no ha de encontrar mucha gracia ni mucha variedad, pero que será siempre considerado como verdadero artista por los que tienen hábito de juzgar de tales materias.

PERIGOT Y AMARILIS (de la comedia **La fiel pastora**

Y ahora hablemos de *Mensonges* exclusivamente.

III

Á Paul Bourget se le ha censurado la predilección con que trata la vida del gran mundo, y la especie de deleite que encuentra en describir la *decoración* de ese brillante y lujoso teatro, con todos sus muebles de refinado gusto, sus caprichosos *bibelots,* y con la tiránica ley de sus modas. El mismo Lemaître, que en un artículo hermoso y lleno de buena voluntad y de profunda enseñanza trataba con singular cariño las obras de Bourget, desentrañando con admirable perspicacia sus méritos más recónditos, al llegar á este punto, con sonrisa benévola, se burla un si es no es de la afición al lujo y á la *highlife* que se respira, puede decirse, en las novelas de su colega. En efecto: lo mismo en *Cruel enigma* que en *Carrera de obstáculos,* que en *Crimen de amor,* se nota ese prurito. Pues bien: *Mensonges,* que es una reincidencia, nos explica la causa de este fenómeno observado por la crítica, y nos la explica de modo bien original y con muy elocuente ejemplo. En *Mentiras* debe de haber algo de autobiografía, lo mismo que en *Cruel enigma,* ó por lo menos cierto *lirismo de estudio;* algo como una autoanatomía psicológica, á la que no hay más remedio que recurrir cuando se quiere ahondar de veras en la observación y experiencia artísticas. René Vincy nos hace ver con su historia, sobre todo, con su entrada en la sociedad aristocrática de París, las causas del diletantismo *mondain* de su autor. Vincy joven, poeta verdadero, de la honrada y oscura clase media, que parece tener vinculada la prosa de la vida, por lo menos en el ambiente en que se mueve, da á la escena una comedia en un acto y en verso, *Le Sigisbée,* algo así como *Le Passant* de Coppée por lo que mira al éxito. Al día siguiente el nombre de Vincy es famoso en París: el sueño de la ambición juvenil comienza á realizarse, pero su complemento tiene que ser el goce material de la gloria, la entrada triunfal en el mundo de la elegancia y de la riqueza, donde toda comodidad tiene su asiento; donde el bienestar, el lujo, las formas exquisitas, especie de selección de selecciones sociales, son como un dulce acompañamiento musical de la vida que la trasporta á cierta idealidad tangible; donde la misma voluptuosidad, hasta en sus tendencias menos puras, toma un tinte de aparente delicadeza. Vincy vive en un rincón *provinciano* de París con su hermana Emilia, que es para él segunda madre, tan amorosa como la perdida, y con el marido de Emilia, humilde profesor libre ó pasante de lecciones á domicilio; excelente varón resignado con su suerte, que consiste en corregir temas y tolerar que su esposa quiera más á Renato que á él. En el modesto cuarto de estudio de René no faltan ciertos atractivos de ese similar del lujo creado por el buen gusto y por una mano que interpreta con sus aliños un amor apasionado; pero lo demás que rodea á Vincy todo es prosa, á lo menos todo lo que se ve: la prosa irremediable de la pobreza casi universal. Rosalía, una joven á quien en secreto Vincy, antes de ser *célebre,* se ha declarado, y que le quiere con alma y vida, no es prosa por su corazón ni en sus ojos bellos, pero es prosa en el traje, prosa en el hogar, prosa por la calle en que vive, prosa por la madre que tiene; una de esas madres que tan bien pinta nuestro Luis. Taboada, que casi ocultan la belleza íntima de sus virtudes domésticas y de su amor á los hijos bajo un cúmulo de egoísmos familiares opresores y antipáticos, de pretensiones ridículas, de ínfulas cursis; el ama de su casa, en fin, que representa mejor que cualquier otra aquella *necesaria molestia* de que habla el cómico latino. Para sacar al autor del *Sigisbée* de esta oscuridad prosaica, de este limbo de los pobres, sirve su amigo y protector Claudio Larcher, literato distinguido, autor de dramas demasiado parecidos á los de Dumas hijo, hombre de mundo, esclavo por amor de una actriz tan célebre como des-

moralizada, Colette Rigaud, personaje que por sí solo vale una novela, y en cuyo estudio Paul Bourget ha empleado esta vez acaso los más delicados pinceles de los muy sutiles y primorosos con que sabe retratar almas. Á los que niegan que la novela pueda ser un modo (á su modo) de estudiar ciencia social, les invito á penetrar bien el carácter de Claudio Larcher, y de fijo verán en él precioso *documento* para explicarse el cómo y el por qué de muchos de los fenómenos extraños que hoy ofrece la literatura francesa.

La entrada de Vincy en el gran mundo es toda una solemnidad para la familia, y con su descripción comienza la novela. Una dama rusa, la condesa Komof, es la primera que recibe en sus salones al joven poeta cuya comedia famosa va á representarse aquella noche en el teatro casero de la gran señora cosmopolita.

Y aquí es donde el autor, con mucha originalidad y fuerza, pinta y explica el efecto profundo que causa en el alma del artista, del poeta, la impresión de respirar por vez primera en la atmósfera del lujo refinado; y no sólo esto, sino el especial encanto que sigue teniendo para él esta vida excepcional, que por sus apariencias tiene trazas de un oasis de poesía en el desierto de la prosa real que por todas partes nos rodea. Ya Mme. Stäel hablaba de la facilidad con que la corte hace del poeta un palaciego; ya en los tiempos de Augusto se resistía á la seducción de sus corrosivas, pero elegantes, suaves corrupciones, un Antistio Labeon, un jurisconsulto; y más tarde seguían la tradición *puritana* de la república, ariscos, pero fieles á la libertad, un Traseas y sus contertulios. Mas los poetas, los más y los mejores, sucumbían al encanto; y olvidando la memoria y el ejemplo de Nevio en lucha con los poderosos, Horacio, Virgilio, Ovidio, los mejores, entregaban la cerviz al yugo de flores, como en tantas otras cortes tantos y tantos poetas también vivieron al amparo de reyes y grandes, porque necesitaba su temperamento la tibia atmósfera de los salones, la vida cortesana, con toda su fraseología de elegancia, buen gusto, trato exquisito, comodidades voluptuosas y artísticas, esplendores y lujos poéticos.

Si en nuestro tiempo, por mil causas, es ya imposible una corte de Luis XIV ó de Felipe IV (y muchos lo lamentan); si no cabe negar que el mejor ingenio se ha hecho liberal, y, sobre todo, independiente, y ya no caben las debilidades cortesanas, simpáticas acaso, pero nocivas, de un Racine; no dejan los nervios de seguir siendo nervios, y el artista delicado y soñador, tiende, aunque sea de lejos y prefiriendo el ostracismo á la humillación, tiende á la patria natural de sus ensueños, á la vida de apariencias bellas, donde el espíritu encuentra las necesidades más humildes y precisas, satisfechas sin que él trabaje, y puede consagrarse libre de *la gleba*, á cultivar la flor del alma, la santa imaginación, sin que le importe mucho que el fondo de aquella existencia, fácil, sugestiva de visiones hermosas, encierre la universal flaqueza, muchos males, mayores por el mismo contraste con la apariencia dulce, amorosa, refinada en sus atractivos. Es más: de este mismo contraste saca tal vez el artista nuevo placer, por el efecto mismo de la antítesis.

En el mundo de la grandeza lo peor son los personajes, y de ellos recibe el artista que entra en tales regiones el primer soplo del desencanto. Esas damas hermosas, de inefable gracia, de misterioso atractivo, que habrían de ser cifra de la gloria; que son, por lo que parece, la joya propia y digna de tan lujoso estuche, debieran, se dice el soñador, sentir, pensar y hablar mejor que las pobres mujeres pobres: el escenario parece que obliga á grandeza de espíritu, á distinción de alma que corresponde á la distinción real de maneras, costumbres, etc., etc.,... y el observador nota pronto que no es así; que no sólo en el fondo no hay virtud y belleza moral, sino que la vulgaridad, la necedad, viven casi siempre entremezcladas en tan suntuosas regiones: ¡qué lástima!—Tolstoi, como indica con gran perspicacia Emilia Pardo Bazán, fué uno de los autores que mejor pintaron la *vida mundana*, del gran mundo como decimos por acá; y esto se debe, á mi juicio, no sólo á las circunstancias que facilitaron en él este estudio, circunstancia que en otros escritores (aunque no muchos) han concurrido: se debe principalmente á que Tolstoi, aristócrata y artista, pudo observar como nadie toda la profunda tristeza del contraste, no entre el fondo malo y la apariencia bella, sino entre la decoración hermosa, *clásica*, singular en su belleza y grandeza, y la pequeñez de los espíritus que gozan, por azar del nacimiento y otros azares, del privilegio de habitar como naturales señores en este *mundo* único, excepcional, que sólo el alma del artista sería digno de habitar y poseer. Tolstoi, poeta y aristócrata, no entra en la ley general, tan bien señalada por Bourget, que hace que el noble y el grande, nacidos en el lujo, en la vida del privilegio del placer, de la elegancia exterior, de todos los esplendores materiales, no pueda por falta de imaginación, y por el *gasto del uso* sobre todo, sentir ni apenas comprobar las ventajas de su posición y la hermosura del mundo aparte en que viven.

En la novela de Bourget es, á mi juicio, lo principal, el estudio de este fenómeno sociológico: la adaptación del espíritu del poeta al ambiente del gran mundo; las luchas que nacen de semejante empeño. El autor, que no ha querido escribir largo, aunque alude aquí y allí á diferentes aspectos de este campo de observación, concrétase en seguida á una de las principales seducciones que el poeta encuentra en este mundo para él encantado: al amor. Los amores de Mme. Moraines y de Vincy llenan la novela; y el estudio magistral de esa mujer pérfida casi sin saberlo, fruto amargo acaso irresponsable del veneno que destila de costumbres é instituciones viciadas, sirve para mostrarnos las etapas del tormento por que va pasando el alma cándida y entusiástica del pobre autor del *Sigisbée*.

Es claro que prescindo en este rapidísimo análisis (más rápido por motivos que no dependen de mi voluntad) de muchos elementos de esta novela, como v. gr. la muy bien observada y dibujada figura de Desforges, el egoísta metódico, que economiza el placer, especie de Harpagón del edonismo; así como dejo aparte muchas observaciones incidentales de gran mérito y que han contribuído al buen éxito del libro. El hilo de lo reseñado va por donde dejo indicado... ¿Y el fin? Vincy, desengañado del amor que parecía el que él buscaba y era el más ruin, el más degradante, ¿á dónde volverá los ojos? A la muerte. Se suicida; pero el autor no le deja morir: le deja mal herido, con vagas esperanzas de recobrar la vida. En tanto, sin acercarse á su lecho, trasporta el final de la acción á la calle, donde Claudio Larcher, el iniciador, el semiartista perdido irremisiblemente, no por el *gran mundo* sólo, sino más todavía por esa vida *interlope* de cierta clase de escritores, pintores, etcétera, etc., de París, encuentra al sacerdote cristiano, al abate Faconet, director del colegio de San Andrés y tío materno del mísero Vincy.

Este personaje, que al principio de la novela no había hecho más que aparecer incidentalmente, aquí viene á representar un papel tal vez simbólico, sin dejar de ser verosímil su presencia, y natural y lógica toda su intervención en el fondo del libro. Es el caso que, en medio de los refinamientos sensuales y también intelectuales de París que ha pintado el autor, viene esta noble y hermosa figura, como refresco de esperanza, con su austeridad nada aparatosa, con su puro ideal, que es ni más ni menos la fe de Cristo. El P. Faconet opina que «Francia necesita talentos cristianos.» La última palabra de esta novela no es un hecho frío y mudo de la realidad, ni es un rasgo pesimista: es un aliento de cierta vaga esperanza. El P. Faconet, al frente de una escuela, preparando la juventud de ma-

ORLANDO: ADIÓS, SEÑOR MELANCOLÍA (Como gustéis, acto II, escena 3.ª)

ESCENA DE «LA FIEL PASTORA» (comedia de Fletcher)

LA LLEGADA DE LA CARROZA

TERMINADA LA FAENA

ñana y predicando contra, ó más bien *sobre*, todos los alambicamientos de la vida parisiense la austera religión del deber y la amable religión de Jesús, es, sin duda, una figura que quiere dejar el autor en primera línea y como un efecto intencional y de contraste. ¿Será la idea de P. Bourget que la sed de belleza y de verdad ideal que el artista busca no pueda encontrarse en la quinta esencia de la cultura moderna, representada por el París intelectual, elegante, artístico, sino que ha de remontarse el espíritu, no con tendencia reaccionaria, pero sí con *amor histórico*, á la fuente pura, acaso mal estudiada por unos y por otros hasta hoy, á la fuente pura del sublime cristianismo? Aunque algo puede haber de esto, confieso que me han disgustado las afirmaciones demasiado rotundas, poco prudentes por lo rudas y terminantes, de cierto crítico francés, más idealista y alborotador que profundo y caritativo con los contrarios, Mr. de Chantavoine, el cual, precipitándose y exagerando, y, en suma, echando á perder muchas cosas buenas, atribuye á P. Bourget, por causa de su novela *Mentiras* y de su clérigo Faconet, nada menos que la misión de un nuevo Chateaubriand, y hasta se atreve á esperar, para dentro de poco tiempo, otro *Genio del Cristianismo*.

Lo que puede asegurarse es que P. Bourget siente y comprende tan bien como el primero todo el sentido y la idea de la vida espiritual y sensual moderna en su expresión más refinada, según es en ciertos círculos de París y de otros pocos centros; y á pesar de esto, y con la nostalgia de una patria ideal que no existe en París y sus similares, busca otro ambiente, y, como que olfatea por el camino del deber austero, de la abnegación sublime, siguiendo acaso, quiéralo ó no, el rastro de la Cruz.

CLARÍN

PREGUNTA

Si cosas muy diferentes
máscara y semblante son;
si jamás el artificio
con el arte se igualó;
si entre la sombra y el cuerpo
media una distancia atroz,
y es distinto un reloj de oro
de un reloj de similor,
aunque de la misma fábrica
hayan salido los dos;
¿por qué se empeñan algunos
en fundir en un crisol
la mundana hipocresía
y la santa devoción?

MANUEL DEL PALACIO

ORLANDO (Como gustéis, comedia de Shakespeare)

Á UN CIGARRO

¡Qué rubio! ¡Qué lustroso! ¡Qué bien hecho!
¡Con qué placer inmenso lo consumo!
¡Cuánto gozo al mirar subir el humo
en blancas espirales hacia el techo!
¡Qué contento me pone, y satisfecho,
el sentir en mis labios su acre zumo!
Si me dan un cigarro, me lo fumo:
si me lo ofrecen, ¡nunca lo desecho!
Fumando, mi cansancio se disipa:
fumando, hasta el fastidio se me cura;
y fumo puro, y de papel, y en pipa.
De gustos, es el gusto más completo
fumarse un buen cigarro. ¡Y si se apura!...
¡Dadme un cigarro y os haré un soneto!

A. SCHINDLER

PERSONAJES DE LA COMEDIA «COMO GUSTÉIS»

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIO DE PAISAJE DE INVIERNO

Quien siente verdadero amor al arte no se arredra ante el frío, ni ante el calor, de la cual intrepidez da muestra esa simpática pintora. El sitio es á propósito para trazar un boceto que contenga la nota característica de aquella playa, y la elegante artista se dispone á sentarse allí y reproducir en su libro de apuntes el melancólico y solitario paisaje.

SANTA CHANTAL, SAN FRANCISCO DE SALES Y MADAME DE SEVIGNÉ

Hija de confesión de San Francisco de Sales, obispo de Génova, fué Santa Juana Fremyot una de las más ejemplares monjas que florecieron en el siglo XVII, habiendo fundado infinidad de conventos en su país y en Saboya. Perteneció á la orden de las visitandinas. Casada en su juventud con el barón de Rabutin Chantal, fué abuela de madame de Sevigné, *la marquise des marquises* é incomparable escritora.

ROMA: LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

Dibujo de P. y Valor

La celebración del jubileo sacerdotal de S. S. el papa León XIII, da interés de actualidad al insigne monumento, centro del orbe cristiano. No consienten los estrechos límites de que podemos disponer dar una descripción detallada del incomparable templo, por lo cual deberemos contentarnos con decir lo principal.

Fueron echados los cimientos en tiempo de Nicolás V. Julio II activó sobremanera los trabajos y León X tuvo la gloria de dejarlo casi concluído. Los arquitectos directores fueron sucesivamente Sangallo, Rafael, Miguel Angel, autor este último de la asombrosa cúpula, Vignola y Santiago della Porta.

Lo primero que llama la atención al entrar en la Basílica es el sepulcro de San Pedro, donde arden continuamente, noche y día, ciento doce lámparas. Cerca de allí esta la capilla *della Pietà*, poema en mármol, cincelado por el Buonarroti.

El altar mayor se eleva en el centro de la iglesia, y desde allí puede admirarse el interior de la cúpula, con sus treinta y dos pilastras de orden corintio, sostenida por cuatro pilares.

Lo más particular de la gran Basílica es que, al ver fuera la inmensa multitud que se dispone á penetrar en ella, parece que no van á tener cabida tantos seres humanos, y una vez dentro aparece el templo como si estuviese desierto.

El día de Año Nuevo se verificaba antes la gran procesión presidida por el papa, que iba en su litera, sostenida por veinte personas, vestido de blanco y arrodillado ante su reclinatorio. Esta procesión desfilaba bajo los pórticos de la plaza, y era uno de los espectáculos más sublimes que cabía presenciar.

MARINA

Dibujo de G. Asarta

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA conocen bien las siempre bellas é inspiradas obras de nuestro joven colaborador artístico que de cada día va adquiriendo más lisonjera nombradía. A un dibujo correctísimo, á un sentido justo y poético del colorido y á un talento de composición no muy común, reune el Sr. Asarta el más ardiente entusiasmo por el arte, estudiando incansablemente la Naturaleza, y prometiendo, al llegar á su madurez, ser uno de nuestros más renombrados artistas. El grabado que hoy damos es buena prueba de lo que decimos, siendo una de las mejores *Marinas* que ha dibujado el autor.

MARGARITA

Dibujo de T. Mayerhofer

No cabe mayor distinción que la que en medio de su sencillez revela esa Margarita; es un tipo muy felizmente acertado, que reune, á la candidez simbolizada en un nombre, la más acabada representación de la belleza meridional.

ESCENAS CAMPESTRES EN EL TEATRO: «COMO GUSTÉIS,» COMEDIA DE SHAKESPEARE; «LA FIEL PASTORA,» COMEDIA DE FLETCHER

Ambas comedias vienen representándose cada verano, desde hace algunos años, en un teatro al aire libre construído *ad hoc*, en Combe (Sarrey). Cuando se levanta un edificio para representar en él únicamente *Como gustéis* y *La fiel pastora*, puede calcularse con qué acabada perfección no aparecerán dichas obras puestas en escena. Verdad es que todo es poco tratándose de comedias como las que decimos. Véase en qué términos se expresa Teófilo Gautier hablando de *Como gustéis*: «Leyendo esta pieza extraña, siéntese uno trasportado á un mundo desconocido, del cual se tiene, sin embargo, alguna vaga reminiscencia. No se sabe ya si se

está vivo ó se está muerto, si se sueña ó se está despierto, Graciosas figuras os sonríen dulcemente, y os dirigen, al pasar, un amistoso saludo; os sentís conmovido y turbado á su vista, como si á la vuelta de un camino os topaseis de pronto con vuestro ideal... Manan las fuentes murmurando quejas medio ahogadas; el viento menea los viejos árboles de la antigua selva sobre la cabeza del anciano duque desterrado, con suspiros compasivos; y cuando Santiago el melancólico deja caer al agua, con las hojas del sauce, sus filosóficas querellas, paréceos que sois vos mismo quien habláis, y que el pensamiento más secreto y más oscuro de vuestro corazón se revela y se ilumina.

»¡Oh, joven hijo del bravo caballero Roldan-des-Bois, tan maltratado por la suerte! No puedo contenerme de estar celoso de ti: tú tienes aún un servidor fiel: el buen Adán, cuya vejez es tan lozana bajo la nieve de sus cabellos. Estás desterrado, pero á lo menos lo has sido después de haber luchado y triunfado; tu malvado hermano te ha arrebatado tu hacienda toda, pero Rosalinda te da la cadena de su cuello; eres pobre, pero eres amado; abandonas tu patria, pero la hija de tu perseguidor te sigue más allá de los mares ..»

En cuanto á la pastoral de Fletcher, es mucho menos conocida. Su autor vivió en tiempo de Isabel y fué deán de Peterborough.

LA LLEGADA DE LA CARROZA
TERMINADA LA FAENA

Lindos dibujos, sobre todo muy bien dibujados. *La llegada de la carroza* es una feliz inspiración, que constituiría, sin duda, agradabilísima sorpresa para los niños que se hallaren presentes en la fiesta. En *Terminada la faena* presenta el autor un nuevo aspecto de la bondad de los gatos, ahora placidamente juguetones si antes tan laboriosos.

LA CATEDRAL DE LUNEBURGO

Luneburgo, á orillas del Hmeuan, en el ex-reino de Hannover, es estación principal en la línea de Hannover á Hamburgo. El caserío es muy antiguo, y la catedral muy notable por su hermosa aguja.

EL PRISIONERO

Episodio de la guerra de la Independencia

(CONCLUSIÓN)

¡Yo lo vi todo! Vi la matanza y el amor confundidos con el robo y la embriaguez... Vi asesinar flacas mujeres é inermes ancianos...

No hubo casa que no fuese saqueada, ciudadano que no fuese blanco de las más bárbaras injurias, ni respeto para lo divino, ni consideración para lo humano.

En aquel mismo día, de infausta memoria, perdí á mis padres y á mis hermanos: sólo yo pude salvarme no sé cómo.

Sin embargo, fuí herido de la mano derecha, y, por lo tanto, inútil para la lid.

Así es que, rendido por la fatiga, manando de mi herida abundante sangre, y postrado por el hambre y la sed, tuve que refugiarme en una casa que á la sazón hallé deshabitada.

Yo debía permanecer en aquella casa hasta entrada la noche, para que, valiéndome de la oscuridad, pudiese salir de Tarragona.

Esto pensé, y esto decididamente llevé á cabo.

Tan pronto como la noche empezó á extender sus negras alas sobre el horizonte, salí á la calle.

Apenas había andado diez pasos, cuando me detuve.

Tan brutales escenas había presenciado, que la sola idea de ser descubierto por algún soldado extranjero me aterrorizaba.

Pero, en fin, venciendo mi repugnancia, y encomendándome de todo corazón al Todopoderoso, continué mi marcha con resolución.

El trayecto desde la calle del Arco de Santa Tecla, en una de cuyas casas me había refugiado, hasta las afueras de la población, fué feliz y sin ningún incidente.

¡Qué espectáculo se ofrecía á mi vista en cada calle!

Las casas derribadas, y muchas de ellas ardiendo, mostrando sus huecos humeantes como ojos infernales. Aquí y allá montones de cadáveres horrorosamente magullados ó medio inhumados entre los escombros.

En muchos de ellos reconocí á seres queridos, amigos de la niñez, que habían sido víctimas de su valor y arrojo.

Sin embargo, no me detuve.

Mis sentidos, lanzados salvajemente á los extremos del más febril delirio, no me permitían conocer claramente el lugar donde me encontraba: sólo sé que andaba sin descanso, ora arrastrándome por tierra en los puntos de mayor peligro, ora pisando cuerpos, yertos unos y con movimiento otros.

Poco después me hallaba fuera de Tarragona.

ORLANDO (Como gustéis, comedia de Shakespeare)

¡Me había salvado!

Una vez en el campo, me dirigí hacia este punto, que consideré el más seguro para no ser visto.

Yo había atado un lienzo á mi mano, y la herida ya no me molestaba tanto.

Hubo, pues, un momento en que, no pudiendo mi cuerpo resistir más, tuve que sentarme, mejor dicho, dejarme caer, sobre un montón de piedras.

Entonces empecé á reflexionar lo triste de mi situación.

En aquel momento acudían á mi mente las escenas más dulces de la niñez, cuando me hallaba rodeado de los seres más amados, de mis padres y de mis hermanos...

¡Todos habían muerto!

No obstante, les envidiaba.

¡Dichosos ellos mil veces, que han perecido por la patria, que han conquistado la gloria por haber muerto en el puesto del honor! ¡Desgraciado yo, que vivo después de perderlos!

De pronto un ronco rumor, acompañado de fuertes carcajadas, llegando hasta mis oídos, me hizo salir del ensimismamiento en que me hallaba.

Mi primer intento fué alejarme de este sitio; pero, temiendo que mis pasos pudieran venderme, y, por otra parte, deseoso de saber qué significaba aquello á tales horas, renuncié á la empresa y procuré agazaparme lo mejor que pude entre unas piedras y allí esperar.

A poco vi aparecer, por entre aquellos árboles, un grupo confuso que se aproximaba pausadamente.

Yo no podía ser visto, porque, á más de ser casi de noche, estaba perfectamente oculto.

Mi curiosidad era cada vez mayor.

Desde luego supuse, por las risas y algunas voces sueltas, que se trataba de franceses de buen humor que vendrían de conmemorar alguna *hazaña*; pero, conforme el grupo llegaba hasta mí, creía oir sollozos comprimidos y suspiros ahogados.

La mucha oscuridad que reinaba no me permitió salir de dudas hasta que el grupo pasaba á dos pasos de mi escondite.

Entonces todo lo comprendí.

Un inerme anciano y un tierno niño eran conducidos prisioneros de guerra á Tarragona por dos imperiales que, según supe después, habían encontrado á aquellos infelices huyendo de nuestra ciudad en la madrugada del mismo día.

Movía á compasión la vista de aquellos desgraciados, medio vestidos, los rostros trasfigurados, la mirada sin brillo, el paso inseguro y los hombros y espaldas llenos de heridas que sus verdugos les hacían con las puntas de sus bayonetas para hacerles andar más de prisa.

Al llegar frente á donde yo me hallaba, se detuvieron, exclamando el pobre anciano con voz tan débil que apenas se le oía:

—¡Mátenme ustedes... por Dios... buenos militares!... ¡Quiero morir pronto!... ¡No hagan sufrir más á esta pobre criatura!...

—¡Calla, didón, canalla!—le decían aquellos en su idioma, dándole golpes y haciéndole andar.

El que había maltratado al español, decía después:

—Mañana serán fusilados estos miserables, dando con esto un escarmiento á los que no se hayan rendido todavía á nuestras banderas.

—Y nosotros, al entregarlos esta noche, alcanzaremos una cruz,—añadió el otro soldado.

—Y seremos distinguidos de nuestros jefes.

—Yo, por mi parte, puedo asegurar que estos bribones van á tener la culpa de que nos asciendan...

Y una brutal carcajada celebró el dicharacho.

En tanto, las infelices víctimas oían tan atroz

diálogo con la impasibilidad del martir que aguarda con alegría la muerte para descansar.

Los dos dirigíanse dulces miradas y lloraban amargamente.

Eran dos almas que se despedían en este mundo para volverse á ver eternamente en el otro.

—¡Ea, perros, andad de prisa si no queréis que os rompa la crisma! —gritó con voz ronca uno de los franceses.

—¡Si... ustedes son muy buenos y no me harán sufrir más! ¡Mátenme por favor!—exclamaba el infeliz viejo con voz que conmovía á una piedra.—¿No les da lástima ese pobre niño que viene arrastrándose, muriéndose?...

En efecto: la pobre criatura era víctima de una interna fiebre que le consumía por momentos.

Parecía un espectro.

—Mejor sería que dejásemos á ese rapazuelo en libertad,—dijo el otro extranjero, que parecía haberle conmovido el estado del desgraciado joven;—pues la verdad es que está moribundo y no va á poder llegar á Tarragona.

—El buen militar no debe enternecerse nunca, y tú parece que deshonras en este momento, con tu buen corazón, el uniforme que vistes,—respondió el que había llevado siempre la iniciativa de la crueldad, el que hacía andar á los prisioneros á fuerza de bayonetazos.

Después continuó:

—¡Vaya, vaya! Basta de contemplaciones. ¡Adelante!

Y volvió á herir las espaldas de aquellos infelices.

—Compañero,—dijo el que defendía á éstos;—¿qué hacemos con esa pobre criatura?

—Ahora verás. ¡Es muy sencillo!

Y sin darme tiempo, no digo á prever, sino á evitar sus movimientos, descerrajó un tiro sobre el corazón del martir.

Jamás me he considerado héroe, ni mucho menos; pero es lo cierto que en aquel momento no temía á la muerte ni á la catástrofe que acababa de presenciar.

Verdad es que el heroísmo, como hijo del momento y consecuencia de la inspiración, no reconoce clase ni sexo; razón por la cual suele encontrarse algunas veces en los cobardes y en las mujeres.

—¡Prosigue!—exclamó el que escuchaba absorto el relato.

—Pues bien: entonces no me pude contener: había presenciado una infamia, y mis sentimientos estallaron en un grito de suprema indignación.

Quise evitar á todo trance que se repitiese la misma escena con el venerable anciano.

Di un salto prodigioso, y, lanzándome sobre el soldado que había hecho fuego, le arrebaté el fusil por un movimiento brusco que aquél no pudo prevenir, y descargué sobre su cabeza tan fuerte golpe con la culata, que cayó al suelo sin darle tiempo á exhalar ni un gemido.

El otro extranjero, sorprendido por mi rápida acometida, y temeroso de seguir la misma suerte que su compañero, huyó precipitadamente hacia Tarragona.

¡Quedábamos libres!

Pero mis esfuerzos por salvar al pobre anciano fueron inútiles.

LA CATEDRAL DE LUNEBURGO

Casi al mismo tiempo que yo derribaba al soldado, caía él exánime al suelo.

Al caer me lanzó una tierna mirada, como dándome gracias por mi acción.

Después comprendí la causa de su repentina muerte.

Y es que el prisionero pocos momentos antes asesinado á su vista era... ¡su hijo!!!

III

Aquel lance me costó una grave enfermedad, de la cual aun no he logrado reponerme,—concluyó el joven, levantándose de su asiento,—y todavía, cuando paso por este sitio después de la puesta del sol, te confieso que tengo que acelerar el paso, pues se me representa, con todos sus detalles, aquella horrorosa escena.

Poco después se despedían cariñosamente ambos amigos.

Habían llorado juntos.

Jamás olvidaron ninguno de los dos la aventura de *el prisionero*.

ANGEL COELLO DE TORRES

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

Pídase

El *MAGNIFICO ALBUM ILUSTRADO* redactado en Español ó en Francès, encerrando *554 grabados* inéditos de Vestidos, Confecciones, Artículos para Señoras, Trajes para Caballeros y Niños eta, como tambien la nomenclatura de todos los tejidos de Sederias, Lanerias, Indianas, Pañerias, Telas de hilo, eta, eta; que

Acaba de salir á luz

Y que remitimos *GRATIS Y FRANCO* á quien nos la pida en carta franqueada dirijida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
á Paris

Se envian igualmente gratis, las muestras de todos los tejidos de componen los inmensos surtidos del PRINTEMPS (Especificarnos bien las clases y precios).

Casas de reexpedicion en IRUN (España) y HENDAYA (Francia).

Todo pedido, cuyo valor llegue á 50 pesetas, es expedido *libre de portes* contra desembolso, ó sea á pagar al recibir la mercancía, á cualquier estacion del Ferro-Carril, mediante un recargo de 5 0/0 sobre el total de la factura ó libre de portes y de derechos de aduana mediante el de 25 0/0.

Nuestras Casas de reexpedicion de Irun y Hendaya están especialmente encargadas de las formalidades de la Aduana y de la reexpedicion de los bultos, que llegan siempre al punto de destino sin necesidad de que nuestros parroquianos se cuiden de nada.

LOS GRANDES ALMACENES
DEL PRIMTEMPS DE PARIS
NO TIENEN SUCURSALES
ni en Francia, ni en España

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-367. Ramón Molinas, editor. - Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. - Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa, D. Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.°

INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, N.os 365 Y 367. — BARCELONA

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LOS AUTORES QUE HAN COLABORADO EN ESTE TOMO

Adán Berned (José).—*La noche*, pág. 686.—*Sin careta*, pág. 719.
Alcalde Valladares (Antonio).—*Á orillas del Cantábrico*, 350.—*El bien perdido*, 478.—*Al huracán*, 511.
Altamira (Rafael).—*Mujeres de Daudet*, 151, 467, 487, 592.
Alvear (Cayetano de).—*Rumbos opuestos*, 267.—*Vorrei morire*, 592.—*Mon ligu*, 651.
Amor Meilán (Manuel).—*Una romanza*, 723, 739, 755, 771, 787, 603.
Arana (Vicente de).—*Á Elisa*, 350.—*Ayer y hoy*, 445.—*En un abanico*, 558.
Baeza (J. Frutos).—*En el campo*, 398.
Barbany (José).—*Intimas*, 111.—*Modelo*, 159.
Bellmont (V.)—*Fakmes*, 94.
Biedma (D.ª Patrocinio de).—*Exposición Marítima de Cádiz*, 571, 618, 646, 694, 774, 819, 835.
Blanco Asenjo (Ricardo).—*Exposición de Bellas Artes*, 390, 406, 451, 470, 503.
Blanco y Sánchez (Rufino).—*Lo infinitamente grande &.*, 683.
Blasco (Luis).—*Amor suicida*, 479, 495, 511, 518.
Blasco (Ramón).—*En un álbum*, 478.
Blasco Ibáñez (Vicente).—*Á María*, 63.—*Episodio maternal*, 90.—*La muerte de Capeto*, 195, 210, 243, 262.—*El violinista*, 323, 339, 358.—*Un idilio nihilista*, 579, 595, 611, 626, 643, 658, 675, 703.—*El premio gordo*, 806.
Bonet y Alcantarilla (Pedro).—*La campana del lugar*, 494.
Borda (Joaquín).—*Los ciegos*, 666.
Borrás (José).—*¿A qué saben los besos?* 31.—*Loca de amor*, 174.
Camacho (Tomás).—*Las ilusiones*, 46.—*Las dos miserias*, 366.—*Fuentes inagotables*, 791.—*Pobre niño*, 826.
Cano (Carlos).—*Una y no más*, 39.—*Otros son triunfos*, 79.—*El amor de los amores*, 158.
Cano (Ricardo).—*Versos*, 174, 398.
Cañizo y Miranda (Luis del).—*Sutilezas*, 542.
Castelar (Emilio).—*Filosofía de la historia*, 6.
Catarineu (Ricardo J.)—*Egoismo*, 110.—*Poesía*, 205.—*Dilema*, 382.
Ciurana (J.).—*La nariz*, 435, 458.
Clarín (Leopoldo Alas).—LECTURAS: *Los Pazos de Ulloa*, 70, 86.—*A muchos y á ninguno*, 135, 150, 182, 215, 246, 346, 374.—*Maximina*, 279.—*Baudelaire*, 471, 518, 595, 622, 674, 710, 762.—*Paul Bourget*, 807, 839.
Coello de Torres (Angel).—*Zoraida*, 499, 515, 531, 550.—*El prisionero*, 831, 847.
Colorado (Vicente).—*En el andamio*, 27.—*Maceraciones y ayunos*, 218.—*Lo que dicen los libros*, 259.—*Comella*, 267.—*Percances del oficio*, 310.—*En las nubes*, 746.
Corcelio.—*Historia de dos notas*, 631.
Cruz (San Juan de la).—*Sobre el salmo «Super flumina»* 227.
Escobar (Fray Luis de).—*Glosa del «Miserere,»* 235.
Felices Andújar (Carlos).—*El último paso*, 794.
Fernanflor.—*Cartas á mi prima*, todos los números.
Flores García (Francisco).—*La moneda de la suerte*, 167.
Franco (Enrique).—*La muerte de Jesús*, 227.—*A Enriqueta*, 254.—*Filis*, 270.
Frexas de Sabater (Enrique).—*Mis cantares*, 885.
Galí Bofill (José).—*La felicidad*, 819.
García (P. de Alcántara).—*El telescopio*, 259, 278.
García (Ramón).—*A Concha*, 775.
García Goyena y Alzugaray (Juan).—*El alcázar de las perlas*, 735, 750, 766, 779, 798, 816.
Gasser (J.)—*El ánimo de la condesa*, 691, 707.
Genové (Ignacio de).—*Adán Mickiewicz*, 399, 415, 431, 447, 463.
Góngora (D. Luis de).—*Soneto*, 227.
González y Quesada (Enrique).—*Muerto*, 655.
González Serrano (Urbano).—*Lo absurdo*, 11.—*Las academias antiguas*, 232.—*El amor, según Platón*, 694.—*El platonismo y el aristotelismo*, 827.
Gras y Elías (Francisco).—*La Fuente de los Currutacos*, 15, 31, 47, 63, 79, 95, 111, 127, 143, 159, 175, 190.
Guimbao (Abraham).—*Post nubila Phœbus*, 718.
Hernández y Bermúdez (Ricardo).—*Mi amigo López*, 315.—*La viudita*, 491.—*El alguacil regio*, 775.
Iñigo Romero (José).—*El premio de la codicia*, 699.
Iranzo (Ricardo).—*Un castillo en el aire*, 94.—*Dos cartas*, 219.—*Tipos de salón*, 298, 443.
Jackson Veyan (José).—*La capilla*, 398.
Jáuregui (D. Juan de).—*Canción á la redención humana*, 235.
Labalda (Jacinto).—*A un artista*, 143.—*Fe, Esperanza y Caridad*, 175.—*Roma veduta, fede perduta*, 303, 319, 335, 351, 367, 383.
Marqués (Antonio J.)—*La desposada del rey*, 202.
Martínez Barrionuevo (Manuel).—*Desde el manicomio*, 566.—*El centenario de la reconquista, en Málaga*, 602.
Martínez Orozco (F.)—*Es tu alma*, 575.—*La canción del marinero*, 814.
Mathé (Felipe).—*Á la tercera va la vencida*, 275, 291, 307, 326.—*Recuerdos*, 547, 563, 582.
Mendoza (Carlos).—*Bibliografías*, 107, 126, 190, 286, 302, 318, 351, 466, 523, 588, 554, 587, 650, 686, 763.—*Diana de Poitiers*, 247.—*Luisa de la Vallière*, 507.
Menéndez Pidal (Juan).—*Lux æterna*, 795.
Merimée (Próspero).—*Lokis* (traducción de A. O.), 527, 543, 559, 575, 591, 607, 623, 639, 655, 671, 889.
Miró y Folguera (José).—*Los ocho cuartos y el niño muerto*, 119.—*Las bodas de Acmet*, 347.
Morales San Martín (Bernardo).—*La catedral de Virgilia*, 459.—*El imperio latino*, 630.—*La primera copa de champagne*, 719.—*Natura*, 826.
Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Antecedentes históricos sobre el chocolate*, 171.—*Descubrimiento del fósforo*, 369.—*Fosforescencia y calor de las plantas*, 473.—*Cuvier*, 551.—*Los cosméticos*, 727.
Opisso (Alfredo).—*Revista Científica*, 7, 22, 42, 54, 71, 87, 102, 118, 135, 151, 166, 198, 214, 263, 294, 311, 342, 375, 422, 438, 486, 563, 614, 662, 726, 790.
Opisso (Antonia).—*Amuletos y presagios*, 38.—*Notas musicales*, 122.—*Todo el mundo*, 182.—*La religión de Cristo*, 239.—*Auroras boreales*, 330.—*El clown negro*, 395.—*De estrellas arriba*, 475.—*Tiempo perdido*, 531.—*Exposición Universal de Barcelona*, 598.—*La caída de las hojas*, 678.—*Honores póstumos*, 742.—*Silueta borrosa*, 822.
Ortega de la Parra (Federico).—*Carta de Marco*, 266.
Palacio (Manuel del).—*Aguinaldo*, 14.—*Al despedirla*, 814.—*Pregunta*, 815.
Pallol (Eduardo).—*La exposición de Pinturas en España*, 487.
Pareja Serrada (Antonio).—*El robin del ciego*, 387, 414.—*Giovanetta*, 758.
Pato Martínez (Eduardo).—*El genio*, 662.
Peñarrubia (Fernando).—*Cantares*, 296.
Pérez Nieva (Alfonso).—*El regalo de reyes*, 23.—*Campanas y pebetas*, 119, 143.—*La Romería*, 522, 546.—*Memorias de un vencejo*, 811.
Pinto Delgado (Moseh Juan).—*Primera lamentación de Jeremías*, 234.
Pujol de Collado (Josefa).—*El premio de siempre*, 207, 223, 255, 271, 287.
Riva Palacio (Vicente).—*La noche de la muerte*, 47.—*Alborada*, 126.—*El Escorial*, 142.—*Las plegarias*, 174.—*Un recuerdo*, 222.—*La azucena y el huracán*, 270.—*Hoy*, 623.—*Amor*, 659.—*Yo y tú*, 813.
Rodríguez de la Torre (Teodoro).—*Tus ojos*, 254.
Rueda (Salvador).—*El monólogo del viento*, 139.—*Música lejana*, 187.—*El sacorio*, 430.
Sánchez Pérez (Antonio).—*Los listos*, 10.—*Perico Antibón*, 55.—*Lamentables equivocaciones*, 695.—*Autores de nota*, 714.—*El público*, 730.—*Sesión borrascosa*, 775.—*Desarreglos*, 791.
Sanmartín y Aguirre (J. F.).—*Alfombra, estera y ladrillo*, 119.—*Necesidades*, 155.—*Vivir de milagro*, 298.—*Caza y pesca*, 327.—*El beso*, 647.—*Madrid frívolo*, 823.
Schindler.—*Definición del amor*, 827.—*A un cigarro*, 846.
Solana (Ezequiel).—*Ternezas*, 158.—*Abril y mayo*, 254.—*Á mi madre*, 639.
Soler (Eduardo).—*La escultura entre los visigodos*, 781.
Swetchine (Madame).—*La resignación cristiana*, 230.
Tomás y Estruch (Francisco).—*Ciego*, 382.
Tomás Salvany (Juan).—*La casa de Pedro López*, 3, 19, 35, 50, 67, 83, 99, 115, 131, 147, 163, 179, 198.
Torre (José María de la).—*Los parientes de ella*, 196.—*Fragmento*.—*El Talismán*, 126.—*La noche de piñata*, 154.—*Keffir*, 190.—*El ángel*, 318.—*El licenciado Carrillo*, 403, 427.—*A Teresa*, 511.—*La influencia del idilio*, 558.—*Las yemas de coco*, 587.—*Requiescat*, 715.—*Al mar*, 731.
Valdeflores (A. de).—*Bibliotecas mahometanas*, 363.
Vallejo (Mariano).—*Aben Jot*, 222.
Vega (Fray Félix Lope de).—*A la cruz á cuestas*, 227.—*Soneto*, 235.
Villasandino (Alfonso Álvarez de).—*A la Virgen*, 230.
Ubeda (Cancionero de).—*Romances*, 238.
Urrecha (Federico).—*El hijo del regimiento*, 570.
Iráyzoz (Fiacro).—*Por la reja*, 334.
Zahonero (José).—*La repudiada*, 355, 370, 394.
*** *Tipos militares*, 183.
*** *Monumento á Cuahutemoc, en México*, 698, 711.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS GRABADOS QUE ADORNAN ESTE TOMO

A campo traviesa. 736
A la ambulancia. 449
A las fieras. 421
A los pies del Salvador. 376
A punto de dormir. 362
Abanicos venecianos del siglo XVIII. . 53
Abdul Ramán, emir del Afganistán. . 141
Abetos. 560
About (Edmundo). 122
Abuelo (el). 433
¡Accidente! 700
Actriz (la). 284
Adelaida (ciudad de). 481
Adiós. 189
Adoración de la cruz. 229
Afición (la). 807
Aguas tranquilas. 583
Ahasvero. 397
¡Al agua! 515
Alberto Durero en Venecia. 220
Aldabones venecianos. 797
Alegre paisaje. 621
Almuerzo en el bosque. 520
Alpes (los). 592
Amazona en peligro. 673
Amor al arte. 792
» vencedor. 659
» y Criket. 263
Amores. 321
Andrajos y cigarros. 439
Angel de la Guarda (el). 13
Animales como elemento decorativo (los). 179
Antiguas piedras esculpidas de Inglaterra 787
Anunciación (la). 108 (dos), 502 (los) y 783
Arabe. 433
Aranjuéz (palacio de). 324
Aparición inesperada. 634
Ausencia. 535
Arresto (el). 484
Arte asirio. . . . . 195 y 199
Arte fenicio. . . . . 211, 214 y 215
Arte persa. 247
Arte en casa. . . . . 339 y 342
Arte y belleza. 337
Así estarás más bonita, mamá. 796
Asolo. . . . . 682 y 683
Atché (el escultor R.) 609
Atenas.—Ruinas del Panteón. 112
Atención delicada. 344
Aves de amor, flores y espinas. . . . 402
Audiencia de Richelieu (una). . . . 804
Badajoz (puente de). 26
Bacón (sir Nataniel). 70
Baile de bodas. 467
» de niños. 728
» de trajes. 568
Bajo los árboles. 525
» los tilos. 576
Balancín (el). 387
Bandolero (el). 390
Barcelona.—Teatro Principal.—*La Gran-Vía*. 84
Barcelona.—Bendición de la primera piedra de la nueva fachada de la Catedral. 261
Barcelona.—La nieve. . . . . 132 y 133
» Puerto. 156
» Inauguración de las obras del nuevo Palacio de Justicia. . 267
Barcelona.—Carreras de caballos. . . 340
» Inauguración del monumento á Prim. 356
Barcelona.—Fiesta marítima del Club de regatas. 372
Bartri y Safo. 328
Basílica de San Pedro en Roma. . . 836
Beati possidentes. 688
Bellagio. 550
Bella lectora (una). 577
Belleza de Praga. 3
» del siglo XVI. 212
» de Gratz. 264
» griega. 426
Berlín. 168
Biblia de Gutenberg. 17
Bilbao.—Festejos con motivo del viaje de la real familia. . 628, 646 y 445
Birmingham (Museo de). 744
Bordados americanos. . . 218, 219 y 224
» decorativos. . . . 772 y 782
Bordadores de los Balkanes. 765
Borrachos (los). 140
Botadura del acorazado *Pelayo*. . . 148
Bronces rusos. 518
Buzón (el). 209
Cabeza de estudio. 280
» » 720
Cadáver de Alvarez de Castro ante el pueblo de Figueras. 388
Cadáver de Alvarez de Castro ante el pueblo de Gerona. 436
Cádiz.—Exposición Marítima, 564, 580, 581, 619, 620 y 660
Callejuela de Roma antigua. 7
Cambio de tiro. 597
Camino á través del bosque. 192
» del Calvario. 240
Canadá (vistas y escenas del), 252, 272, 320, 336, 358, 359, 378, 391 y 656
Canal de Suez. 405
» » 651
Cantadores españoles. 120
Cantos piadosos. 539
Cárlos V.—Busto y grupo. 406
Carnaval (el). 116
Carnot (M. Sadi). 819
Cartomancera. 65
Casa del Pretor. 445
Casamiento en la high-life. 704
Cascada de la Trinidad (Monasterio de Piedra). 293
Cascada. 599
Castillo de Hatfield. 499
» de Hogthon, 458, 790, 791, 794, 795, 798, ... 799 y 808
Caza de patos. 348
Centinelas. 380
Cerámica coreana. . . . . 614 y 615
César Borgia abandonando el Vaticano 200
Cogiendo flores. 589
» rosas. 625
Coimbra (universidad de). 188
Combate heroico en el pulpito del convento de San Agustín, de Zaragoza. 612
Combate de toros en el Coliseo. . . 584
Comentarios. 831
Como el pez en el agua. 24
Concierto de invierno. 751
» musical. 533
Condottiere. 593
Conmemoración de los difuntos. . . 696
Construcción de una casa. 292
Contemplación. 104
» interesante. 129
Córdoba (Entrada por el puente). . . 164
Cornada (una). 808
Costa de Crimea. 352
» de Genova. 766
Cramer (sir Francis). 71
Cristina, duquesa de Milan. 528
Cristo en el pilar. 232
Cromwell en casa de Milton. 248
» (Retrato). 70
Cuando yo era niño. 477
Cubil de jabalíes. 768
Cuevas de Tenby. 832
Cullercoats. . . . . 23, 51, 554 y 655
Cupido y Psiquis. 131

Curiosa. 698
[illegible] 419
[illegible] 834
[illegible] 198
[illegible] . . . . . [illegible]
» [illegible] 97
» y caballero. 789
» [illegible] . . . . . [illegible]
[illegible] . . . . . 188 y [illegible]
[illegible] 357
[illegible]sta. . . . . [illegible]
[illegible] . . . . . [illegible]
[illegible] 717
[illegible] 635
» de amor. 458
[illegible] 509
[illegible] 752
[illegible] 621
[illegible] . . . . . [illegible]
[illegible] . . . . . [illegible]
[illegible] 544
» [illegible] 748
» [illegible] 615
» [illegible] 734
» [illegible] . . . . . [illegible]
[illegible] 461
[illegible] 149
» [illegible] . . . . . [illegible]
[illegible] 243
[illegible] . . . . . 184 y 192
Dibujos decorativos de W. Crane. 412, 413 y 414
[illegible] 34
[illegible] 19
[illegible] . . . . . 161 y [illegible]
[illegible] de Shakespeare. Otelo. . . . 129
» » Julio César. . . . 123
» » Ricardo II. . . . 461
» » Enrique VIII. . . 461
» » Jaime y Romeo. . 459
» » Enrique VI. . . 462
» » [illegible] . . . 522
» » Enrique IV. . . 821
» » Enrique V. . . 821
» » Cuentos ingleses. 846 y 847
[illegible] 296
[illegible] 20
[illegible] 176
[illegible] 429
[illegible] cadáver de Gustavo [illegible] 184
[illegible] 357
[illegible] fotógrafo. 769
[illegible] 508
[illegible] 161
[illegible] Florencia. 764
[illegible] 354
[illegible] del coleccionista. . . . 289
[illegible] 755
[illegible] 475
[illegible] 811
[illegible] 256
[illegible] 429
[illegible] 195
En las [illegible] barbas. 793
[illegible] 326
[illegible] de Argel. 814
[illegible] de Tiberio. 428
[illegible] 69
[illegible] 471
[illegible] 701
[illegible] 43
[illegible] 424
» de Santa Leocadia. . . . 472
» de Cerdeña. 116
Entrada de Carlos V en el Monasterio de [illegible] 440
Entrada en el teatro de S.t James de Londres. 637
Entre flores. 780
[illegible] 380
[illegible] Ignacio José. 81
Escenas de la vida de artista. . 410, [illegible] 457, 459, 471, 561, 585, 514 y 610
Espejismo. . . . . [illegible]
Estudio. . . . . 71 y 284
Estudio de paisaje. 298
» » de invierno. . . . 833
[illegible] 294
[illegible] . . . . . 275 y 278
[illegible] 654
Fachada de la catedral de Florencia [illegible] 549
[illegible] 154
Familia (la). 149
» [illegible] 304
Fanfarrón (el). 292
Fatal noticia. 691
[illegible] 561
[illegible] emperador Honorio (los). . 6
[illegible] 11
[illegible] 72
[illegible] 811
[illegible] 789
[illegible] 364
Flora. 1
[illegible] 776
[illegible] fiestas de la diosa Flora. 829
[illegible] 717
[illegible] 365
[illegible] romanas. 744
Fontainebleau (bosque de). 784
Francesca de Rimini. 37
Francisco I. 299
Frescos decorativos del Museo de Viena. Rafael. 310
» Rembrandt. 311
» Rembrandt. 314
» Rembrandt. 315
Galeotes antiguos. 177
[illegible] 45
Galeón de la fábula. 435
[illegible] 600
[illegible] músico. 139
[illegible] actor. 94
[illegible] 524
Granada durante un chubasco. . . . 12
» la tormenta. 87
Gregorio el Grande castigando á un [illegible] 246
[illegible] 100
Grieta de Linderof. 152
[illegible] Portada del palacio del Intendente. 173
[illegible] . . . . . 182, 183 y 596
[illegible] de la ropa. 789
[illegible] 756
[illegible] apuntes de la. 552
Hoja de la resaca (el). 454
[illegible] palacio de. . . . . 570, 571, 573 y 574
Hojas y tallos. 155
Holmes. 49
Hora. 21
Horadas. 643
Horas [illegible] 221
[illegible] 603
[illegible] (la). 810
Historia de amor. 535
Hongrato. 27
Horas [illegible] 390
[illegible] 491
[illegible] pictórica. 604
[illegible] 283
[illegible] (la). 293
Impresiones de un corresponsal artista. 668
Intervención intempestiva. 442
Invasión inminente. 349
Invasión de los bárbaros. 408
Invierno (el). 107
Invierno (el). 5
Invierno de una costurera (el). . . 712
Ir por lana. 695
Irene. 529
Isabel de Este. 38
Isabel de Inglaterra. 291
Isla de los Mergos. 816
Isola Bella. 608
Jacquería (la). 248
Jesús [illegible] pueblo. 231
» lamentándose sobre Jerusalén. . 237
Joven (retrato de una). . . . . 407 y 755
» marroquí. 44
Joyas del arte florentino antiguo. 758 y 759
Jugadores. 488
Jurado de París. 244
[illegible] Eugenio). 91
Lago (el). 1
Lamentos. 468
Lección del perro. 828
Lector del Tasso. 480
Lenguaje de las flores. 365
Leona y cachorro. 119
Lectoras en las Termópilas. 549
Lerida (castillo de). 308
Linterna del bosque. 675
Lindo tronco. 411
Locura de Nabucodonosor. 312
Londres.—Puerta de las caballerizas del Temple. 80
» Catedral de San Pablo. . . 96
» Palacio San Jaime. . . 99, 101, 102, 103 y 106
» Ilustres tabernas. . . 266 y 267
» Cartuja. . . . . 346 y 347
» Jubileo de la reina. . . . 437
» Museo de South Kensington. . . . . 666 y 667
Lotes. 40
Lucrecia. 30
Lucrecia Donati. 172
Lucha desesperada. 411
Lugano. 631
Luisa de la Valliere. 504
Luxemburgo. 848
Llegada de la carroza. 845
Madona del Gran Duque. 680
Madona de Guido Reni. 225
Madona del trono. 407
Madre. 395
Madre defendiendo el cuerpo de su hijo. 85
Madrid.—Palacio de la Exposición Nacional. 260
» Exposición de Filipinas. 455, 500, 501, 548, 565, 688, 596, 613, 648, 649, 661, 676, 708 y 729
» Sesión inaugural del Congreso Literario. 677
» Homenaje á Cervantes. . . 693
Málaga.—Centenario de la Reconquista. . . . . 619 y 653
Mañanita y su hija. 451
Mañana en Amsterdam (una). . . . 92
Margarita. 841
Margarita y Mefistofeles. 695
María Antonieta. 62
» saliendo del Temple. 748
María Enriqueta (reina). 512
Marietta. 341
Marina. 837
Marquesa Balbi de Genova. 507
Martir de amor. 76
Martirio de San Sebastián. 503
Maternidad (la). 20
Matrona romana. 29
Maximiliano visitando el taller de Alberto Durero. 541
Mausoleo de Balmes. 124
Mecklenburgo (palacio de), en Londres. 723, 726, 727, 729, 822, 823, 826 y 827
Mejico. Monumento á Cuauthemoc. . 692
Mejor libro (el). 128
Mentor. 432
Mercado de otoño. 724
Mesas de arte. 201
Metalistería norteamericana. . . . 77
Mezquita tártara de Kazan. 279
Miller C. E. 83
Misericordiosa (la). 701
Modas de antaño. 157
Modelos de camafeos. 476
Moises. 109
Moliere. 138
Molino. 333
Momento de peligro. 39
» de excitación. 396
Monjas rezando. 203
Monte Carlo. 416
Moscou: El Kremlin. . . . 135, 150 y 160
Mozart. 781
Mujer de Tarquino el Soberbio (la). . 104
Mujeres alemanas después de la batalla de Agua Sextia. 213
Murcia: Una calle. 144
Museo Helénico de Cambridge. . . 246
Nadejo. 161
Napoleon y Josefina. 732
Natividad. 503
Neal (David). 203
Nelle Huxley. 166
Nerón ante el cadáver de Agripina. . 773
Nido abandonado. 186
Nieta (la). 256
Nike de Samotracia. 48
Niza (terremoto de). 180
¡No me arañes!. 427
Noche (la). 422
Novia de mármol (la). 441
Nuevo bebe (el). 477
Nueva Susana (la). 685
Numismática inglesa. 805
Obras de Angelica Kauffmann. . 611 y 684
» de Emilio Wauters. . 805, 802, 803, 804, 806 y 817
» de Nicolás Pusino. . . . 741 y 742
Obsequio á la novia. 644
Ofrenda de las jóvenes romanas á Lucina. 389
Oración (la). 417
Oráculo. 32
Orillas del Dart. . . . . 245 y 830
Orillas del Deben. 288
Orillas del Mosa. 67
Orillas del Támesis. . 707, 710, 711, 714, 715 y 718
Orillas del Ter. 245
Orillas del Tiber. . 771, 774, 776, 778 y 779
Padre Eterno sosteniendo el cuerpo de su Divino Hijo (el). 236
Paisajes. . . . 167, 187, 547, 630 y 815
» de Australia. 147
Paisajes ingleses. 86
Paisajes del Volga. 262
Paisajista (una). 481
Palabras de amor. 498
Palabras del corazón. 381
Palique interesante. 403
Pallanzana. 618
Pamplona.—Festejos con motivo del viaje regio. . . . . 669 y 672
Pan nuestro de cada día (el). . . .
Paréntesis. 855
Paris en tiempo de la Revolución. . 325, 326, 327, 330, 331 y 334
» Museo del Louvre. 725
Pasmo de Sicilia. 228
Pastores árabes. 678
Paz (la). 739
Paz a palos. 323
Pelotera en la calle. 374
Perigot y Amarilis. 842
Pescadores (los). 363
Pescador (el). 86
Pinturas sobre esmalte. . 515, 522 y 523
Plafón decorativo. 22
Planchadora. 364
Por el río. 757
Porcelana china. . . . . 459 y 460
Porto Venere. 767
Preparativos de la fiesta. 809
Primavera. 295
» » » »

AP
60
I6
año 5

La Ilustración ibérica

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY